ARCA DE SALVACIÓN

Ó SEA

CURSO DE MEDITACIONES ESPIRITUALES

PARA TODO EL AÑO

ARCA DE SALVACIÓN

Ó SEA CURSO DE

MEDITACIONES ESPIRITUALES

PARA TODO EL AÑO

SACADAS EN SU MAYOR PARTE DE LAS OBRAS DEL

V. P. LA PUENTE

ORDENADAS Y ADICIONADAS POR EL

RDO. P. RAMÓN GENOVER

SACERDOTE DE LA CONGREGACIÓN DE MISIONEROS HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

Nisi quod lex tua meditatio mea est, tunc forte periissem in humilitate mea.

(PSALM. CXVIII, 92.)

Si vuestra Ley no hubiera sido mi meditación, entonces de cierto que hubiese perecido en mi abatimiento.

(SALMO CXVIII, vers. 92.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, núm. 22

1887

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
FONDO EMERITO
VALVERDE Y TELLEZ
47834

BX2180
P81

Para uso de la Comunidad de Capuchinas pobres de San Felipe de Jesus de México.

Para el Coro.

+

La que lo dedica como un humilde recuerdo á su respetable y muy amado Padre Capellán el Sr. Canónigo D. Emeterio Valverde Téllez

México Agosto 16 de 1897

Es propiedad.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PRÓLOGO

Ninguna persona medianamente experimentada en el camino espiritual puede desconocer la importancia y necesidad del ejercicio de la meditación. La falta de esta práctica origina y acarrea todas las calamidades y desgracias que lamentamos. Si la tierra está llena de desolación [1], si las virtudes desaparecen, si la inmoralidad cunde, si la impiedad prospera y aumenta, y se presenta cada día más amenazadora, es porque no hay quien considere de corazón. Las verdades de nuestra fe son siempre las mismas; ni el infierno y juicio son menos terribles ahora que en los primeros siglos de la Iglesia, ni los ejemplos de Jesucristo menos admirables, ni la ley de Dios menos apreciable. ¿De dónde procede que ahora todas estas verdades no produzcan aquellos prodigios de penitencia, valor, abnegación, tan frecuentes en los cristianos de otros tiempos? La falta de consideración y meditación. Nuestra santa fe es como el grano de mostaza [2], que para crecer y hacerse grande árbol, ha de ser sembrado en las entrañas de la tierra, y allá germinar y nacer, fecundado por el calor del sol y la humedad del suelo. Es un alimento nutritivo sí, pero que sólo produce su fin masticándolo, digiriéndolo y asimilándolo.

La ley de Dios es inmaculada, decía el profeta David [3]; capaz de convertir las almas y dar inteligencia á los pequeñuelos; mas para producir tan apreciables frutos preciso es amarla, conocerla y meditarla. «¿Cómo amé, Señor, tu ley?», pregunta el mismo Profeta [4]. Y luego se da la razón: «todo día es objeto de mi meditación». La ilustre santa Teresa de Jesús, escribiendo al obispo de Osma [5], decíale con su angelical candor y santa libertad: «Nuestro Señor me ha mostrado que »le faltaba á V. S. lo más principal; y faltando lo más, la obra se des»hace y no es firme: porque le falta la oración con lámpara encendida, »que es la lumbre de la fe; y perseverancia en la oración con forta-

[1] Jerem., XII, 11. — [2] Matth., XIII, 31. — [3] Psalm. XVIII, 8. — [4] Psalm. CXVIII, 97.
[5] Carta 8.

011741

»leza....,.por cuya falta viene toda la sequedad y desunión que tiene »el ánima». El temor de este abandono dejaba entrever el melifluo san Bernardo, el cual, escribiendo al Papa Eugenio III, no sólo le manifiesta este recelo que abriga, sino las consecuencias funestas que de tal abandono se seguirían para su alma: *Timeo, Eugeni,* le dice, *ne multitudo negotiorum, intermissa oratione et consideratione, te ad cor durum perducat quod seipsum non exhorret, quia non sentit* [1]. Mediten los sacerdotes, y en general todas las personas entregadas al desempeño de importantes negocios, que olvidan el ejercicio de la meditación, qué verdad tan profunda y amarga encierra esta sentencia.

Sin la meditación, el alma se ve de ordinario privada de la preciosa y necesaria virtud de la devoción, que la hace ágil y diligente para las cosas que son del servicio de Dios, puesto que ella es la causa intrínseca que la produce [2]. Sin la meditación no se practican las virtudes, porque, ó no se conoce su importancia y necesidad, ó se ignoran los medios, ó falta el estímulo que ayuda á vencer la repugnancia que su ejercicio trae consigo. Si la meditación, en fin, no precede ó acompaña á la oración vocal, ésta se hará sin atención, y vendrá á ser para Dios como *latratus canum,* como dice san Agustín, ó como *grunitus suis,* según san Jerónimo, ó una bestialidad, según santa Teresa. ¡Ay del que abandona la meditación! No necesita de demonio que le tiente. Es un hombre que, debiendo levantar un suntuoso edificio, no se acuerda de pensar con detenimiento en los dispendios que serán necesarios para llevar á cabo la obra [3]; por lo cual se verá forzado á dejarla sin terminar, haciéndose objeto de burla para Dios, para sus ángeles y para los demonios. Es un rey que, debiendo presentar batalla á formidables y aguerridos enemigos, ni se pertrecha, ni se ejercita en la lucha, ni cuenta sus soldados, ni conoce las fuerzas de que dispone, y así naturalmente ha de ser arrollado y vencido.

Por el contrario, para el que se dedica á este devoto ejercicio, la meditación es como un sol refulgente que ilumina las potencias de su alma, para que obren tranquilamente los actos que les son propios en orden á Dios y á la vida eterna, y que fecunda la tierra estéril de su corazón para que, en lugar de espinas y abrojos, produzca opimos frutos de santidad. Es una brisa suave que empuja con tranquilidad y firmeza el navío de su espíritu, para que, salvando escollos y atravesando peligros, llegue con seguridad al puerto deseado. Bienaventurado el varón, dice el Espíritu Santo [4], que medita en la justicia del Señor, y fija su pensamiento en la presencia de Dios. En esta meditación, silencio y soledad aprende el hombre á levantarse sobre todas las cosas

[1] *De consider.,* l. I. — [2] S. Thom., 2.ª 2.ᵃᵉ, q. LXXXIII, a. 3. — [3] Luc., XIV, 28. [4] Eccli., XIV, 22.

y aun sobre sí mismo [1]. Ella enciende en el corazón el fuego divino de la caridad, y hace que las entrañas se abrasen en el amor de Dios [2]. La consideración, dice san Bernardo [3], purifica la mente, rige los afectos, endereza los actos, corrige los excesos, compone las costumbres, ordena la vida, nos señala lo que hemos de hacer, y rumía acerca de lo que se ha hecho. En la prosperidad nos prepara para las adversidades, y en las adversidades estamos como insensibles. La meditación, añade san Lorenzo Justiniano [4], aparta el corazón de las cosas exteriores y le obliga á entrar en sí. Ella es luz del entendimiento, pedagogo espiritual, imán de la oración, instrucción de los principiantes, y sabia gobernadora del hombre. La meditación, según san Agustín [5], produce la ciencia, la ciencia causa la compunción, la compunción es fuente de la devoción, y la devoción perfecciona la oración. Subamos, pues, al monte de la perfección y de la gloria, termina el citado san Bernardo [6], como con dos pies, con la meditación y oración; aquélla nos mostrará lo que nos falte; ésta lo alcanzará, para que nada falte: con aquélla descubriremos los peligros que nos amenazan; con ésta los evitaremos.

Estas tan vivas reflexiones de los Santos Padres, el ardiente deseo que nos anima de extender el ejercicio santo de la meditación, y sobre todo la obediencia debida á los amadísimos Superiores que en lugar de Dios nos gobiernan, nos han movido á editar esta ARCA DE SALVACIÓN, ó curso de meditaciones espirituales para todo el año, sacadas en su mayor parte de las del P. La Puente. Pocos son los libros, quizá ninguno, que como las referidas *Meditaciones* del V. La Puente reunan con tanta perfección la solidez en la doctrina, la viveza y fuego en los afectos santos, la sencillez y sublimidad en las reflexiones, y la manera magistral de hacer prácticos los misterios más profundos y las verdades más especulativas de que trata. Con este libro en la mano, y meditándolo profundamente, fácilmente se descubren los ardides del demonio, los engaños del amor propio, y la astucia de todos nuestros enemigos, que saben colorear sus tentaciones con falsas apariencias de bien, con el fin de introducirse en el alma y hacer en ella horrible estrago. Estas meditaciones son para el confesor un tesoro de afectos y consejos para estimular á los penitentes á la virtud, para el religioso un compañero fiel que le avisa caritativamente de sus faltas, y para el predicador un arsenal muy bien provisto para el desarrollo de casi todos los temas que se deben tratar en el púlpito.

Ahora bien: el difundir estas excelentes meditaciones, poniéndolas en manos de todas las personas que consagran una parte del día á tan

[1] Thren., III, 28. — [2] Psalm. XXXVIII, 4. — [3] *De consid.,* lib. I. — [4] *De cast. connub.,* c. XIII. [5] *De spir. et anima,* c. L. — [6] Serm. prim. S. Andr.

piadoso y útil ejercicio; el formar de ellas una colección que sirva para todo el año, con las adiciones y epílogos que aconsejan los maestros de la vida espiritual; el proporcionar á las comunidades religiosas que hacen laudablemente la meditación en común un manual que les guíe en este camino, sin omitir ninguna de las adiciones prescritas por san Ignacio y demás directores de almas: tal ha sido el fin qne nos hemos propuesto al publicar la presente obra. Sin apartarnos del orden, ni omitir las ideas, y aun conservando casi siempre las mismas palabras del V. P. La Puente, hemos procurado que, tanto las meditaciones como los puntos en que se dividen, fuesen relativamente iguales en extensión, poco más ó menos; para lo cual hemos tenido precisión de dividir unas, acortar otras y extender algunas. En secciones separadas hemos reunido y aumentado las meditaciones de la Virgen Santísima, del Santísimo Sacramento y de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. á fin de que se hagan respectivamente las dos primeras en los sábados y domingos, y la última en los viernes del año y tiempo de Cuaresma. Por último, la quinta sección ó serie consta de 66 meditaciones originales más breves para las dominicas y fiestas de entre año.

Tal es la obra que tenemos el gusto de ofrecer á todas las almas que aspiran á la perfección por medio de la imitación de las virtudes de nuestro adorable Redentor Jesucristo.

No sin madura reflexión y consejo la hemos titulado ARCA DE SALVACIÓN, aludiendo al arca salvadora de Noé y al arca santa de la alianza. Porque confiamos, y aun abrigamos la convicción íntima de que todos aquellos cristianos que se acojan á la meditación y adopten este ejercicio santo, conseguirán la salud con la seguridad con que la elegida familia de Noé se salvó del diluvio; y en esta práctica devota el Señor se dignará hablarles, como hablaba á Moisés desde el arca santa; les aclarará sus dudas, les fortalecerá en sus temores, les manifestará su voluntad y les defenderá y protegerá contra todos sus enemigos.

¡Quiera el cielo que todos aquellos que se resuelvan á tomar en sus manos y valerse de esta ARCA DE SALVACIÓN para sus meditaciones diarias, reporten copiosamente todas estas bendiciones, y saquen de ella todos los tesoros de gracia y virtud que nosotros les deseamos, y que, llenos de méritos y santidad, podamos todos algún día subir á la gloria á bendecir eternamente al Padre de las misericordias y Dios de toda consolación!

MÉTODO PARA HACER LA MEDITACIÓN

Extraño parece que haya necesidad de dar reglas y enseñar el método para meditar. Porque, siendo el hombre racional y discursivo, y pasando por su misma naturaleza del conocimiento de una verdad sabida al descubrimiento de otra desconocida, y de una verdad especulativa á la práctica que dicha verdad exige, debe de serle connatural el ejercicio de la meditación. Porque no consiste en otra cosa que en deducir de una verdad propuesta las consecuencias prácticas que naturalmente de ella se deducen. En el orden corporal y para el bien temporal, todos los hombres saben meditar, sin necesidad de estudiar reglas ni sujetarse á método. Medita el artesano para poder prosperar en su arte, el comerciante para acrecentar sus ganancias, el hombre de ciencia para adquirir una posición decente, el niño para salir con sus pretensiones, y hasta el mendigo para recoger más abundante limosna. Y cuando se trata de la meditación espiritual, que se ordena á la reforma ó mejora de la vida y á la adquisición de las virtudes, muy común es decir: «Yo no sé meditar; en cuanto cierro el libro, ya no sé pensar un instante en lo que acabo de leer».

¿En qué consiste la meditación? ¿Cómo se hace? ¿Qué obstáculos se han de superar y cómo se han de vencer? En dos palabras, y por el mismo orden con que se han propuesto, vamos á contestar á estas preguntas:

¿QUÉ ES LA MEDITACIÓN?

Con lo que hemos dicho anteriormente, parece que ya está contestada la primera pregunta. Sin embargo, bajando más al particular, y concretándonos al sentido en que aquí hablamos de la meditación, diremos con el P. La Puente que es obra de las tres potencias interiores del ánima, memoria, entendimiento y voluntad, ejercitando con el divino favor sus actos cerca de los misterios y verdades que enseña nuestra santa fe católica, y hablando dentro de nosotros mismos y tratando familiarmente con Dios Nuestro Señor, pidiéndole sus dones, y negociando lo necesario para nuestra salvación y perfección. De manera que la substancia de la meditación viene á reducirse á las siguientes cosas: Ejercicio de la memoria, recordando una verdad, misterio ó hecho, acompañándola de actos de fe y avivándola con la imaginación. Ejercicio del entendimiento, entablando discursos, sa-

cando consecuencias, buscando las causas, mirando los efectos y considerándolo todo muy en particular y aplicándolo á sí. Ejercicio de la voluntad, y esto es lo principal de la meditación, y ha de obrar: 1.º Sacando afectos santos de lo que el entendimiento le ha propuesto, con los cuales se aparte del amor de las criaturas y se una con Dios. 2.º Haciendo propósitos particulares, prácticos, y confirmándolos con vivos deseos de ejecutarlos. 3.º Dirigiendo fervientes peticiones á Dios, á Jesucristo, á la Virgen, á los santos, alegando razones y motivos de parte del mismo Dios, de sí, del demonio y otras, no tanto para mover á Dios cuanto para moverse á sí.

¿CÓMO SE HA DE HACER?

La meditación tiene tres partes, á las que llaman los maestros de la vida espiritual preparación, cuerpo y conclusión. La *preparación* es remota y próxima: la remota consiste, como la misma palabra lo indica, en remover y apartar los estorbos de la oración, que, según san Bernardo, son los pecados, las pasiones desordenadas, la solicitud demasiada y la libertad de la imaginación. La *preparación* próxima abraza dos tiempos, que son la noche precedente y lo que precede inmediatamente á la meditación. En la noche anterior se deben preparar los propósitos y súplicas que se hayan de hacer en la meditación de la mañana siguiente, y recordar los puntos sobre los que haya de versar, y con este pensamiento acostarse, y traerlo á la memoria inmediatamente al despertarse por la mañana. Al ir á comenzar la meditación, deben hacerse los actos que se explicarán al hablar del modo práctico de hacer la meditación valiéndose del presente libro.

El *cuerpo* de la meditación son los mismos puntos sobre los cuales se ha de meditar, ejercitando en ellos, como se ha dicho, las tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, haciendo con cada una de ellas los actos que quedan anteriormente indicados. Acerca de lo cual se puede advertir:

Primero: que si se hace en particular la meditación, no es necesario leer de una vez todo el punto, sino que basta leer hasta que el entendimiento encuentra alguna idea para formar sobre ella algunos discursos, y la voluntad halla en la misma pábulo y entretenimiento para hacer, movida por ella, coloquios, afectos, súplicas, en que consiste lo esencial de la meditación; empero si la meditación se hace en compañía de otros, dirigiéndola uno, conviene escuchar con atención todo el punto, y luego volver con la memoria, entendimiento y voluntad sobre aquella reflexión ó idea que más ha llamado la atención, y terminado el gusto y atención hacia ella, pasar á otra, procurando sobre todo gastar la mayor parte del tiempo en los afectos y coloquios, en la repetición de los propósitos y en las súplicas.

Segundo: para activar las potencias del alma es muy útil el hacer trabajar las otras facultades, como la imaginación, fijándola con toda la atención posible en la composición de lugar; la vista, ó teniéndola

recogida y cerrando los ojos, mirando dentro de sí al Señor, ó levantándola al cielo, ó mirando fijamente al tabernáculo ó alguna devota imagen; la lengua, diciendo algunas palabras ú oraciones con más fervor, pronunciando los coloquios, aunque sin esforzarse en decirlos muy concertados, sino según vayan saliendo los afectos del corazón; en fin, todo el cuerpo, guardando una posición modesta y mortificada, y, si se hace á solas la oración, puédense tomar algunas posturas que exciten más la devoción, como levantar los brazos en alto, extenderlos, postrarse, etc.

Tercero: insístase mucho en la repetición de los propósitos, buscando en la misma meditación nuevos motivos para excitarse á más vivos deseos de cumplirlos y á hacer con más fervor las súplicas que deben dirigirse á la Santísima Trinidad en general, ó á cada persona en particular, á la Virgen, ángeles, etc.

Cuarto: si el entendimiento está como atontado ó embobado, que parece no sabe pensar nada, es útil despertarle con varias preguntas á las cuales haya de contestar, ó interiormente, y aun quizá mejor de palabra, hablando consigo mismo. Estas preguntas pueden ser diversas, según la diversidad de los asuntos sobre los cuales se medite. Si se medita acerca de un hecho, se le puede interrogar sobre las circunstancias del mismo; á saber: ¿quién obra? ¿qué hace? ¿porqué lo hace? ¿de qué modo? ¿con qué auxilios? ¿en qué tiempo? También se le puede interrogar acerca de las causas que motivaron aquel hecho, los efectos que de él se originaron, lo que hubiera sucedido á no haberse realizado: no menos útil será preguntarse qué enseñanzas pueden sacarse de cada una de las personas que concurren á él, cómo las ha practicado, qué ha de hacer en lo sucesivo, etc. Si se medita acerca de alguna sentencia, se le puede interrogar: quién dice aquella sentencia, á quién se dice ó endereza, á qué fin, con qué modo y espíritu se dice, y qué es lo que significa; es á saber: qué es lo que manda ó aconseja, amenaza ó promete, ó qué es lo que se pide ó pretende con ella. Si la meditación versa sobre alguna virtud ó vicio, las preguntas pueden ser: ¿Qué dijo Jesucristo sobre él? ¿Qué conviene saber ó creer sobre esta materia? ¿Qué he hecho hasta el presente para obrar conforme á ella? ¿Qué haré en adelante? ¿cómo? ¿cuándo? ¿en dónde? ¿de qué medios me serviré?

Y quinto: que un cuarto de hora antes de terminar la meditación, si ésta dura una hora, ó menos si es más breve, se debe hacer el epílogo ó recapitulación de la misma, como aconsejan san Francisco de Sales, san Ignacio, P. Roothan, y otros maestros de espíritu, en el cual se reunen y recapacitan los afectos que se han ido sintiendo durante la meditación, las razones que más han movido, las reflexiones que más han despertado, y con todo esto, excitada el alma, se desahoga en fervorosos coloquios, ya con Dios, ya consigo misma, ya con su Ángel custodio, etc. Sobre esto, sólo advertiremos que aunque todas las meditaciones tienen su epílogo, como se verá, pero cada cual podrá formárselo en particular ó tomar de él aquello que le convenga,

como hemos dicho de los puntos de la meditación ; porque podrá suceder muy fácilmente que á uno le haya movido mucho una razón que apenas se toque en el epílogo que está escrito, y, al revés, que no haya apenas hecho hincapié en algunas otras que se recuerden con mayor detenimiento en él. Además, esta es la ocasión oportuna para la renovación de los propósitos, cuya repetición aconsejamos encarecidamente, con el fin de que queden muy impresos en la mente y se recuerden después durante el día ; y también para pedir mercedes, lo cual debe hacerse en el coloquio, con palabras que salgan del corazón, aunque dichas sin concierto ni orden, porque esto poco importa, toda vez que el corazón es el que ha de hablar, y su lenguaje es el que principalmente escucha Dios. Insístase aquí mucho en las súplicas, rogando particularmente por la santa Iglesia, por el Sumo Pontífice, por los Prelados y sacerdotes, por la conversión de los pecadores, herejes é infieles ; por la perseverancia de los justos, santificación de las almas consagradas á Dios, libertad de las almas del Purgatorio y demás necesidades generales y peculiares de cada uno.

Conclusión. —Terminado el tiempo de los coloquios, que conviene que dure cuando menos diez minutos, se da fin á la meditación con la oración del Padre nuestro y demás prácticas que después se dirán. Ahora sólo advertiremos que, en acabando la meditación, es muy útil elegir alguna máxima sacada de la misma meditación, expresando la idea que más ha movido ó el propósito que se ha hecho, para recordarla y repetirla durante el día, y por medio de ella renovar el fruto de este santo ejercicio.

¿QUÉ OBSTÁCULOS SE HAN DE SUPERAR Y CÓMO SE HAN DE VENCER?

Como la meditación es el ejercicio piadoso que más ayuda al hombre para seguir el camino del bien y apartarse del mal, á ningún otro tiene el demonio tanta ojeriza como á éste. Prescindiendo de los pretextos de falta de tiempo y sobra de ocupaciones con que suele engañar frecuentemente á la gente del mundo, pretextos que sólo pueden vencerse formándose un reglamento de vida acomodado á las obligaciones del propio estado y profesión, y formándose como un deber imprescindible el cumplirlo ; los medios ordinarios y frecuentes que suele adoptar para impedir el fruto de la meditación en aquellas personas que por regla ó por costumbre ya ordinaria suelen hacerla, son la sequedad, las distracciones y el sueño.

Sequedad. Es la sequedad aquel estado del espíritu en que se encuentra desolado, sin hallar gusto en la meditación ; ninguna reflexión le mueve, ningún afecto le despierta de su postración. Aunque se esfuerza en practicar sus actos con violencia, ninguna satisfacción experimenta. Á lo cual se suelen acompañar obscuridades del alma, turbaciones, tendencia á las cosas terrenas, tentaciones vehementes, tedio, pereza y repugnancia para la meditación y demás ejercicios espirituales. La sequedad, como se ve, no debe confundirse con el estado de *indiferencia*, en el cual el alma ni siente gusto ni disgusto en la oración, va á ella sin repugnancia, persevera sin tedio ni consuelo, y sale como había entrado, aunque con la misma disipación. Este estado es propio de las personas tibias, las cuales, si hacen meditación, es como si no la hicieran, porque no se ocupan en ella en ninguna de las operaciones que constituyen su substancia, ni en afectos, ni súplicas, ni propósitos ; su entendimiento vaguea por donde quiere con toda libertad ; su imaginación loca se entretiene en pintar toda suerte de imágenes, ya vanas, ya ridículas, ya feas ó repugnantes, andando con toda soltura y libertad, sin pensar en enfrenarla. Este estado tan peligroso sólo puede remediarse con una resolución firme de trabajar, haciendo con las potencias, auxiliadas de la divina gracia, los actos que se han dicho, aunque sea con violencia. Los remedios para la sequedad son varios, pero todos pueden reducirse á la humildad, confianza en Dios, y activar las potencias para que hagan alguna cosa. Y así conviene : 1.° Tener muy en la memoria el método de hacer la meditación, de modo que siempre que el alma se aperciba que se halla ociosa, tenga á la mano algo en que ocuparse. 2.° Además, débese tratar el negocio de nuestra salvación de un modo serio, atento, con interés verdadero, al modo que un hombre cualquiera trata los asuntos importantes que tiene entre manos. 3.° Para pasar útilmente el tiempo cuando el alma se halla desolada, puede unas veces considerarse como un pobre que está delante de un Señor riquísimo, ó como enfermo, hijo pródigo, discípulo, etc.; otras puede ir repitiendo con la mente, y aun con los labios, pausadamente y con toda atención, alguna jaculatoria, como la de Tais la pecadora : «Tú que me criaste, ten compasión de mí» ; ó la del ciego : «Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí». ú otras semejantes ; otras echarse á los pies del Señor, diciéndole lo que aconseja el P. M. Ávila : En cuanto es culpa mía esta sequedad, Señor, yo la detesto y abomino de ella ; pero en cuanto es voluntad vuestra, yo me conformo y abrazo con ella. 4.° Si ya se ha pasado casi toda la meditación sin ocuparse uno en cosa provechosa, hallándose al fin de ella, aconseja san Francisco de Borja que se haga un propósito eficaz de portarse uno mejor durante el día, para que ya que el demonio ha ganado algo en la meditación, lo pierda todo en el decurso del día.

Distracciones. Suelen molestar también frecuentemente á las personas que se dedican á la oración mental las distracciones de cosas varias y ajenas á la cosa que se medita ; todo parece que les viene á la mente en aquella hora : la familia, los quehaceres domésticos, las visitas, los encargos. Y si no están alerta, pensarán en todo menos en lo que deben pensar. Para remediar este mal tan dañoso, sirve: 1.° Humillarse profundamente, avergonzándose de estar delante de Dios pensando en cosas tan ajenas de Dios y portándonos con Él de un modo que no nos atreveríamos á portarnos con los hombres. 2.° Tener fortaleza y constancia en apartar cualquier pensamiento

UNIVER... LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

ajeno de lo que se medita, aunque nos parezca muy importante y temamos que después no nos hemos de acordar. 3.° Orar con mayor fervor, menospreciando la turba de pensamientos importunos que nos inquietan, acordándonos que el ciego de Jericó [1], clamando á Jesús en medio del tropel de gente que le quería acallar, mereció ser oído. 4.° Confiar en Dios, el cual, mandándonos orar, nos dará las gracias necesarias para orar bien.

Sueño. Otro obstáculo para la meditación es el sueño, y para vencerlo, conviene indagar la causa que lo produce, la cual quitada, quedará vencido él. Si procede de falta de descanso, remédiese descansando algo más, si es posible; si reconoce alguna causa accidental, como pesadez del tiempo, enfermedad, y lo mismo si es producido ó causado por el demonio, conviene violentarse, ya tomando alguna postura incómoda, ya usando algún cilicio, que sin dañar cause molestia, ya mojándose los ojos, paseándose, etc.

Tales son los obstáculos y dificultades que es preciso vencer y superar para sacar provecho grande de la meditación, y esta lucha debe ser enérgica, constante y perenne, evitando á todo trance caer en el escollo tan frecuente que nos descubre san Agustín al decirnos [2]: «Muchos son los que van aflojando y languideciendo en la oración; »al principio de su conversión oran con fervor; luego con flojedad, »luego con frialdad, y últimamente con negligencia y abandono».

[1] Luc., XVIII, 38. — [2] In psal. 55.

MODO DE SERVIRSE DE ESTE LIBRO

Dos cosas conviene que tengan presentes aquellos que quieran valerse de este libro para hacer, según él, la meditación diaria: Distribución de las meditaciones, y modo práctico de hacerlas.

Distribución de las meditaciones. El que hace en particular la meditación, no tiene necesidad de sujetarse á ningún orden, sino hacer aquellas que más le muevan y exciten á la devoción, aunque por muchos días y aun meses repita la misma. Inútil y aun perjudicial es buscar el afecto santo por otro camino y vía que por aquel en que Dios lo comunica. Si empero la meditación se hace en comunidad, y, aunque sea particularmente, si se desea seguir algún orden, nos atrevemos á proponer el siguiente, aconsejado y aprobado por la experiencia. En el presente curso de meditaciones se hallarán cinco series distintas: La primera abraza las meditaciones propias de las tres vías, purgativa, iluminativa y unitiva, y son en número de 160. La segunda, 70 de la Pasión del Señor. La tercera, 40 de la Virgen Santísima. La cuarta, 30 del Santísimo Sacramento. Y la quinta contiene 66 meditaciones originales para todas las Dominicas y festividades que ocurren entre año. Para distribuir estas meditaciones puede adoptarse el orden siguiente: En los cuatro primeros días de la semana, lunes, martes, miércoles y jueves, háganse las meditaciones de la primera serie por el mismo orden del libro. Las de la segunda se harán en todos los viernes del año y durante el tiempo ocurrente, desde Septuagésima á Pascua, en los días en que debían hacerse las anteriores. En los sábados la meditación será de la Virgen, y en los domingos del Santísimo Sacramento, para que sirva de preparación para la comunión. En las tres Pascuas, de Navidad, Resurrección y Pentecostés, se harán durante la octava las meditaciones designadas para tales tiempos. Lo mismo puede decirse de la octava del *Sanctissimum Corpus*. Para las festividades principales que ocurran durante el año, se interrumpirá el orden indicado, á fin de hacer la que corresponde á dicha festividad, cualquiera que sea la serie en que está incluida. Lo propio se debe decir del día de retiro mensual, en el cual procede hacer la meditación de la muerte. Por fin, las comunidades religiosas, ú otras personas de virtud, que en los días festivos consagran algún rato de tiempo más á la oración, podrán servirse con provecho de las meditaciones de la quinta serie.

Modo práctico de hacer la meditación. Suponiendo que se hace en comunidad, dirigiéndola uno y atendiendo los demás, se procederá en ella del modo siguiente:

Noche. Hecho el examen general y demás ejercicios de la noche, inmediatamente antes de recogerse, el director dirá:

1.° *Preparemos los propósitos particulares que hemos de hacer en la meditación de mañana, y las gracias que debemos pedir....* Y guardando

uno ó dos minutos silencio, cada cual preparará los propósitos, los cuales conviene que sean los mismos cada día, hasta lograr vencer la pasión dominante ó adquirir la virtud más necesaria. Luego añadirá el director :

2.° *La meditación para mañana será....* Aquí lee el título de la meditación, y añade : *La composición de lugar será representarnos*, etc..... Léase aquí la composición de lugar, que en las meditaciones que tienen tres preludios ocupa el segundo lugar, y en las de dos el primero. En seguida anunciará los puntos en que se divide la meditación, tocándolos con brevedad, leyendo el encabezamiento de ellos que está en letra cursiva, diciendo: *En el primer punto consideraremos....; en el segundo....; en el tercero....* Podrá terminarse con la breve antífona *Sub tuum praesidium....*, pidiendo á la Virgen que nos tenga bajo su amparo y protección y nos asista con su eficaz patrocinio.

Hecho todo esto, cada cual se va á descansar sin perder de vista la meditación que ha de hacer al día siguiente y que acaba de preparar, como si ella fuera el negocio de mayor importancia que tiene entre manos. Acostándose con decencia, antes de entregarse al sueño, pensará un momento siquiera en la hora de levantarse y en la meditación que habrá de hacer á la mañana. Lo mismo practicará durante la noche si se despertare.

Llegada la hora de levantarse, lo hará con presteza, modestia y fervor, como si delante de sí tuviera al mismo Jesús que le dice: «Ven, hijo, á tratar conmigo del negocio para ti más importante». Interin se vista, vaya pensando en la meditación que ha de hacer, ayudándose de la composición de lugar; pudiendo también rezar al propio tiempo, ó el ejercicio del cristiano, ú otra devoción particular que tenga, como el Salmo *Deus, Deus meus*, el himno *Te Deum*, los siete Padre-nuestros á san José, etc.

Reunida la comunidad en el lugar señalado para principiar la meditación, invocado el Espíritu Santo, el que dirige dice en voz alta y clara: *Meditación de.... Mas antes*

Reflexionemos atentamente qué vamos á hacer, y á qué fin.... Cada cual interiormente podrá pensar que va á tener un rato de conversación con Dios, Rey soberano de cielos y tierra, al cual va á hablar del negocio más importante.... ¿qué si hubiese de hablar á un Rey terreno ó á un distinguido personaje?....

Excitemos en nosotros vivos deseos de hacer bien la meditación y aprovecharnos de ella.... Diga cada cual consigo: ¡Oh! ¡quién me diera hacer bien la meditación!.... Si hoy hubiese de morir...., si esta fuese la última.... ¿Quién sabe la gracia que el Señor me quiere conceder?....

Preparemos los propósitos que más nos conviene hacer, y las gracias que debemos pedir.... Tráiganse á la memoria los propósitos y gracias que ya se prepararon en la noche anterior: He de enmendarme ó alcanzar esto y esto...., en tal ocasión debo hacer esto, etc.

Avivemos la fe de la presencia de Dios.... Puede hacerse esta adición ó con un acto de fe intelectual: «Creo firmemente, Dios mío, que me veis, escucháis y penetráis mi mismo pensamiento é intención»; ó por vía de imaginación, ya representándose á Dios sentado en trono refulgente, rodeado de ángeles, y que algunos bajan para recibir nuestras oraciones y presentarlas á su Majestad, ya imaginándose uno delante de Jesucristo orando, ó en otro paso de su vida mortal, etc.

Adorémosle con profunda humildad y reverencia.... Yo os adoro, Dios mío. Vos sois mi Dios, yo vuestra criatura; Vos santísimo, yo pecador.... Santo, Santo, Santo.... Bendición, gloria, alabanza, acción de gracias os sean dadas....

Pidámosle gracia para hacer con fruto esta meditación.... Señor, enseñadme á orar.... Pues me mandáis orar, dadme lo que me mandáis....

Invoquemos á este fin la protección de la Virgen Santísima, de los ángeles custodios y demás santos de nuestra devoción.... Virgen Santa, Angel mío, san José, san....; alcanzadme que ore como vosotros....; defendedme del enemigo....; socorredme....

PRELUDIOS.... Váyase practicando lo que se indica en cada uno de los preludios con la mayor perfección que sea posible.... Luego se hace la lectura de los puntos de la meditación con entonación llena, grave y afectuosa; de un modo pausado, dando á cada sentencia y palabra toda la fuerza y peso que reclaman; acomodándose en el tono á los diversos afectos que encierran.... Después de cada punto se guardará silencio por el tiempo de diez minutos si la meditación ha de durar una hora, ó menos si no ha de durar tanto; pero proporcionándolo de tal modo, que sea igual el tiempo de silencio después de cada punto, y que en todo caso queden diez ó doce minutos después del epílogo y coloquios. Durante el tiempo en que se guarde silencio, cada cuál deberá excitar y entretener sus potencias del modo que se ha dicho arriba.

Cinco minutos antes de terminar el tiempo señalado para la meditación, dirá el director:

Para alcanzar las gracias que hemos pedido, recemos un Padre-nuestro.... Y luego continúa :

Demos gracias á Dios por todos los beneficios que nos ha dispensado en la meditación.... Gracias, Dios mío, por los favores, luces, inspiraciones y demás dones que.... Bendito seáis.... Agradecedlo Vos mismo por mí....

Ofrezcámosle los propósitos que hemos hecho, y pidámosle gracia para ponerlos en ejecución.... He propuesto, Señor, esto y esto....; ofrézcoos estas mis resoluciones.... Ayudadme, que sin Vos soy nada, y mi palabra se perderá en el espacio....; experiencia tengo de mi inconstancia y miseria....

Invoquemos á este fin la protección de la Virgen Santísima, de los ángeles custodios, y demás santos de nuestra devoción.... Virgen purísima, sois la Madre de la gracia.... Angel santo, etc....

EXAMEN. El examen de la meditación podrá hacerse en un breve espacio de tiempo que siga á la misma, y para él podrá el que dirige hacer en voz clara las preguntas que siguen, haciendo una breve pausa en cada una de ellas : ¿Preparé anoche los propósitos particulares que hoy debía hacer, las gracias que debía pedir y los puntos de la meditación?.... ¿Procuré dormirme con el corazón fijo en ella?.... Al despertarme, ¿he puesto pronto el pensamiento en la misma?.... ¿La he comenzado con deseo y resolución de hacerla bien y de aprovecharme?.... ¿Me he dejado vencer del sueño?.... ¿He dado lugar á las distracciones?.... ¿He estado en ella con el corazón caído ó remiso, ó con el entendimiento ocioso?.... ¿He estado atento á las reflexiones, y aplicado á las mismas el presente estado de mi alma?.... ¿Qué propósitos particulares he formado, cómo y cuándo pienso cumplirlos?.... ¿He pedido gracia al efecto y rogado por las demás obligaciones y

necesidades?.... ¿Qué es lo que más me ha movido para tenerlo después presente?....

Si nos ha ido bien en la meditación, demos gracias á Dios; mas si hemos cometido alguna falta, pidámosle perdón y propongamos la enmienda.... Hágase interiormente esto por cada uno.

Para obtener el don de la perseverancia en los propósitos, rezaremos el Ave María.... Después digan todos juntos la jaculatoria siguiente: ¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Acordaos que soy todo vuestro; conservadme y defendedme como cosa y posesión vuestra. Amén.

NOTAS. 1.ª Cuando se hace la meditación en particular, si bien no es necesario amoldarse tan al pie de la letra al orden propuesto, conviene mucho no separarse de él, á lo menos en lo relativo á las adiciones.

2.ª Si se hiciera la meditación al pueblo, ó á una reunión de personas menos versadas en este santo ejercicio, úsese el método que sigue:

PREPARACIÓN. 1.º Reflexiona que vas á hablar con Dios, y á tratar con El de un negocio para ti el más importante.

2.º Prepara los propósitos que debes hacer para agradarle, y las gracias que tienes más necesidad de pedir.

3.º Aviva la fe de que Dios te ve y mira hasta lo más secreto de tu corazón.

4.º Humíllate delante de Él, y dile con fervor y confianza: Señor Dios mío, creo que estáis aquí presente; rendidamente os adoro y amo con todo mi corazón. Os doy gracias por todos los favores que me habéis dispensado. Os ofrezco esta meditación, y os suplico me deis gracia para hacerla bien, para gloria vuestra y bien de mi alma. Ilustrad mi entendimiento é inflamad mi corazón. Haced que deseche con prontitud las distracciones, que esté atento á lo que debo considerar, y que sepa formar propósitos prácticos de lo que más me importa. A este fin os ruego, Virgen Santísima, Angel de mi guarda y santos de mi devoción, que intercedáis por mí y me alcancéis estas gracias. Amén.

CONCLUSIÓN. Rezado el Padre-nuestro, como se dijo arriba, añádase: Demos gracias á Dios por los favores que nos ha comunicado, diciéndole: Os doy gracias, Dios mío, por la asistencia que me habéis dispensado en esta meditación. Os pido humildemente perdón de las faltas que en ella he cometido, y propongo enmendarlas. Os ofrezco, Señor, las resoluciones y propósitos que con vuestra gracia he formado, y os suplico me concedáis la que necesito para ponerlos en ejecución. A este fin ruego á Vos, ¡oh Virgen Soberana!, ángeles custodios y santos de mi devoción, que me alcancéis esta gracia. Amén.

INDULGENCIAS

CONCEDIDAS AL EJERCICIO SANTO DE LA MEDITACIÓN.

El ilustre y piadoso Pontífice Benedicto XIV, en su Bula *Quemadmodum* de 16 de Diciembre de 1746, recomendó muy singularmente la piadosa práctica de la meditación; y á fin de estimular eficazmente á los fieles á que se consagrasen á ella, concedió á todos los que hubieran hecho todos los días media hora, ó á lo menos un cuarto de hora de oración mental, una indulgencia plenaria cada mes, que podrán ganar el día en que comulguen y rueguen por la santa Iglesia.

En la misma Bula se concede otra indulgencia plenaria, una vez al mes y con las mismas condiciones, á todos los que enseñen frecuentemente á los demás, en público ó en particular, el modo de meditar, y á aquellos que frecuentemente también hacen que se les enseñe.

Además, cada vez que una persona verdaderamente contrita, y después de haber comulgado, explica á otras el método de la oración, ó concurre á su explicación, gana siete años y siete cuarentenas de indulgencia.

PRIMERA SERIE

1.ª—FIN DEL HOMBRE.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Dios á manera de un mar inmenso, del cual salen las criaturas, y vuelven á El como á su centro.

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de conocer el fin de tu creación.

Punto 1.º *Fin que nos ha señalado Dios al crearnos.*—En este punto has de traer á la memoria el fin para que fuiste criado, que es para alabar, reverenciar y servir á Dios, y por este medio salvar tu alma. Así lo dice san Pablo, escribiendo á los Romanos [1]: «Tenéis por fruto la santificación, y por fin la vida eterna». Pondera aquí cómo la infinita majestad de Dios, que no tiene necesidad de sus criaturas, no por tus merecimientos, sino por sola su bondad, te crió á su imagen y semejanza [2], no para que vivieses á tus anchuras, siguiendo tus antojos, ni para que buscases honras ó dignidades, riquezas ó regalos, ó alguna otra cosa criada, sino para que le reverenciases y alabases, para que le amases y obedecieses en esta vida mortal, y después alcanzases la vida eterna. Bastaba, ciertamente, darte por fin el que tu naturaleza pedía; pero no se contentó Dios con esto, sino, por sola su misericordia, te ordenó y levantó á otro fin más alto y soberano, que es verle claramente y gozarle, y ser bienaventurado como lo son los ángeles, y como lo es Él mismo, conforme á lo que dijo san Juan [3]: «Seremos en la gloria semejantes á Dios, porque le veremos como Él es». Mira luego cuán mal has pretendido este fin en la vida pasada, viviendo como si fueras criado, no para servir á Dios, sino para servir á tus gustos, y buscar honras, regalos y riquezas, haciendo por esta causa innumerables pecados, como si el fin de tu creación hubiera sido, no la santidad [4], sino la inmundicia; no la libertad de espíritu, sino la libertad de carne; y considerando esto, debes excitarte á afectos de admiración viendo lo que ha hecho Dios, y de confusión viendo lo que tú hiciste. ¡Oh caridad inmensa de nuestro soberano Dios! ¿Qué es, Señor, lo que hacéis? ¿Á un gusanillo tan vil como el hombre levantáis á un tan alto fin? ¿Queréis que este pedazo de barro con inclinaciones tan desordenadas y rebeldes llegue á participar de vuestra misma gloria? Bendita sea vuestra infinita misericordia, y os alaben los ángeles por tan soberana merced.

[1] Rom., VI, 22. — [2] Gen., I, 26. — [3] I Joan., III, 2. — [4] I Thes., IV, 7.

Mas, ¡oh qué miseria la nuestra! ¡Cuán ciegos y errados hemos andado en lo que más nos importaba saber! ¡Cuán ingratos hemos sido á quien nos crió para tan alto fin, y cuán mal hemos correspondido á quien tanto bien nos hizo! Pero ¿qué haremos en adelante? ¿Conocemos nuestro fin? ¿Procuraremos conseguirlo?

Punto 2.° *Medios que nos otorgó el Señor para alcanzar el fin.*—Aquí has de considerar los medios innumerables é inapreciables que Dios te concedió para que con ellos alcanzases el fin de tu creación. Estos medios, unos son naturales, otros sobrenaturales y otros divinos. Los naturales son, ya internos, y abrazan todas las facultades y potencias de tu alma y cuerpo, los cuales son otros tantos instrumentos para conocer, amar y servir á Dios; ya externos, y comprenden todas las criaturas sensibles que para tu bien se dignó Dios criar y conserva. En ellas se descubren las perfecciones divinas, ellas demuestran el amor que te profesa, ellas aumentan y acrecientan tus fuerzas y te dan ejemplo de cómo has de servirle, según lo que dice el Profeta [1]: «Por su orden persevera el día, porque todas las cosas le sirven». Pondera luego los medios sobrenaturales que el Señor ha puesto á tu disposición para que te ayudasen á servirle. Por ti inspiró los libros sagrados [2], obró grandes milagros, estableció admirables Sacramentos, fundó la Iglesia, dotándola de infalibilidad en la doctrina, de autoridad para mandar y de su perpetua asistencia. ¡Con cuánta abundancia te ha comunicado su divina gracia! ¡Qué ilustraciones tan claras en tu mente! ¡Qué inspiraciones y piadosos movimientos tan fuertes y suaves en tu voluntad! ¡Cuántos documentos, ejemplos y auxilios te depara diariamente! Pero mira los medios divinos que te ha preparado. No se contentó con darte un ángel que te guardase. Él mismo, siendo el Dios de la majestad y tu último fin, se ha querido hacer medio y bajar á la tierra, para que nosotros subiésemos por su medio al cielo. Por cuyo motivo te dice [3]: «Yo soy el camino, verdad y vida. ¡Oh Dios de misericordia! ¿qué más podíais hacer por la ingrata viña de mi alma, que no hicierais [4]? ¡Y con todo, ella, en vez de frutos, os ha dado agraces! Lo que Vos le dabais para su bien, ella lo empleaba para haceros mal. ¿De cuál de los medios recibidos para su salvación, no ha abusado para su condenación? ¡Oh, Señor! No apartéis de nosotros vuestra misericordia, indignado por nuestras maldades. Y tú, cristiano, ¿seguirás abusando de lo que te ha dado el Señor? ¿No emplearás en su servicio los bienes naturales y sobrenaturales que has recibido? ¿Qué resoluciones debes hacer para esto?

Punto 3.° *Consecuencias de alcanzar ó no alcanzar el fin.*—En este punto has de considerar las consecuencias que necesariamente se han de seguir de trabajar ó no trabajar para

[1] Psalm. cxviii, 91. — [2] II Tim., iii, 16. — [3] Joan., xiv, 6. — [4] Isai., v, 4.

la consecución del fin. Pondera primeramente el daño que se te seguirá si le pierdes, pues no hay ni puede haber mayor pérdida que perder el alma, perder la divina gracia, perder la paz y la alegría de la conciencia y perder la bienaventuranza, con lo cual anda junta la eterna condenación y la pérdida del mismo Dios. Pues, «¿qué te aprovechará ganar todo el mundo, si pierdes tu alma [1]», y á Dios, en cuya comparación el mundo es nada? Por el contrario, si alcanzas este fin, alcanzas la posesión del mismo Dios, salvarás tu alma, tendrás paz y alegría de corazón, serás amparado de la divina Providencia, hallarás quietud y descanso perpetuo, como le hallan todas las cosas en su fin y centro. Pues siendo esto así, como lo es, aliéntate á buscar el fin para el cual Dios te crió, y pon en esto todos tus cuidados, pues no hay cosa que más te importe. Si sirves á Dios, ¿qué más quieres? Si tienes á Dios, ¿qué más buscas? Si Dios es tu posesión, ¿qué te falta? Dale gusto en pretenderle, y confía de alcanzarle, porque ama á sus criaturas, y gusta que alcancen el fin para que las crió. ¡Oh Dios infinito, centro de mi alma! Convertidme á Vos, para que descanse, pues me criasteis para Vos, y mi corazón estará inquieto hasta que llegue á Vos! [2] ¡Oh Padre Eterno!; pues me criasteis para que os amase como hijo, dadme gracia, por quien Vos sois, para que os ame como á Padre. ¡Oh Hijo unigénito!; pues me criasteis y redimisteis para que os obedeciese é imitase, ayudadme para que llene cumplidamente vuestros deseos. ¡Oh Espíritu divino!; ya que por vuestra bondad me criasteis para que fuese santo, concededme que lo sea para gloria vuestra. Y tú, alma fiel, ¿comprendes las consecuencias que se seguirán si no alcanzas tu fin? ¿Qué debes hacer para obtenerlo? ¿Qué has hecho hasta ahora?

Epílogo y coloquios. ¡Oh dignación infinita de Dios! Sin tener ninguna necesidad de nosotros, por sola su bondad y deseo de hacernos bien, nos ha criado á su imagen y semejanza, para que le amásemos, alabásemos y sirviésemos en este mundo, y después le gozásemos en el cielo, disfrutando de su misma felicidad infinita y de la dicha de los ángeles. ¡Oh, cuántos y cuán soberanos medios y auxilios ha puesto á nuestra disposición, para que se nos facilitara la adquisición de nuestro último fin! Gracias y dones naturales y sobrenaturales, propios y extraños, internos y externos, terrenos y celestiales, humanos y divinos. ¿Qué más debía hacer este benignísimo Señor por nuestra alma que no lo haya hecho? Y, con todo, nosotros, ingratos á tantos beneficios, los hemos disfrutado sin dar una mirada siquiera de agradecimiento al Señor que nos los daba, y sin servirle como Él pretendía. Mas, ¿qué haremos desde hoy? ¿Deseamos tener paz, reposo, alegría en este mundo, y la gloria en el otro? Tra-

[1] Matth., xvi, 26. — [2] S. August.

bajemos por alcanzar nuestro fin. ¿Queremos que nuestra alma disfrute de las delicias y de la tranquilidad más constantes? Busquémoslas en Dios que es su centro. Y si hasta el presente no lo hemos hecho, hora es ya que formemos propósitos muy firmes y acomodados al actual estado en que se halla, y pidamos fortaleza y voluntad para cumplirlos, rogando al propio tiempo por la conversión de los pecadores y demás necesidades que tenemos encargadas.

2.ª—FIN DE LAS CRIATURAS.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Dios mirando todas las criaturas, después de haberlas criado, y diciendo que son buenas.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de estar indiferentes en orden á las criaturas, y de usarlas del modo que quiere Dios.

Punto 1.º *Fin de las criaturas.*—En este punto has de considerar el fin para el cual fueron criadas todas las cosas que hay en la tierra fuera del hombre, el cual no fué otro sino para que le ayudasen á conseguir el fin último de su creación, tomándolas por medio para servir á Dios y salvarse, según lo que dijo de su pueblo el real Profeta [1]: «Dióle Dios las regiones de las gentes, y poseyeron las haciendas de los pueblos para que guarden sus santos mandamientos y busquen su santa ley». Pondera aquí primeramente cuán generoso se ha mostrado Dios con el hombre en criar tanta muchedumbre de criaturas tan bellas y maravillosas por su respeto, y no sólo crió las necesarias para conservar su vida, sino otras muchas para su regalo y entretenimiento, y para recreación de su vista, oído, olfato, gusto y tacto. Pondera también otro fin que se ha propuesto el Señor en la creación de todos estos seres visibles, que fué para que por ellos conocieses las excelencias y perfecciones del Criador, y le amases de todo tu corazón [2]; y así puedes imaginar que cada uno te está dando voces, diciendo: «Esta perfección que tengo, mejor está en Dios que en mí: Él me la dió, conócele, ámale, y usa de ella por su servicio». Considerando todo esto, has de moverte á dar infinitas gracias al Señor, ya por el bien que hizo á estas criaturas, ya por el mayor bien que en ellas te hizo á ti, pues por tu respeto lo hizo á ellas. ¡Oh Dios de bondad! Gracias os doy por el ser que dais á los cielos y á los elementos, á los animales y á las plantas, y á los demás cuerpos de la tierra. Gracias os doy por la hermosura de los colores, por la suavidad de los sonidos, por la apacibilidad de los olores, por la dulzura de los manjares, por la blandura de los vestidos, y por todas las cosas que recrean mis cinco sentidos, pues las criasteis para mí, y para que os alabase y sirviese

[1] Psalm. CIV, 44. — [2] Sap., XIII, 5: Rom., I, 20.

con ellas. Pues ¿cómo servimos á Dios, que tanto bien nos ha hecho? ¿Empleamos en su servicio las criaturas? ¿Nos valemos de ellas para conocer, amar y glorificar al Criador?

Punto 2.º *Las criaturas cumplen perfectamente su fin.*—Considera en este punto cuán bien cumplen las criaturas el fin para que Dios las crió; porque ellas no se cansan de servir y regalar al hombre, porque Dios se lo manda. El sol nos alumbra y da calor; el aire purifica la atmósfera; los alimentos nos nutren; las medicinas nos curan, y todos los animales están subordinados al hombre, el cual llega á servirse de todos ellos para su provecho. Por el contrario, reflexiona sobre ti mismo, y verás cuán mal has cumplido y cumples con tu fin respecto de ellas, porque, en vez de usar de ellas para servir á Dios, te has valido de las mismas para ofenderle, poniendo en ellas tu último fin, como si fueras criado para gozar de ellas, haciendo fin de lo que era medio. Discurre por tus cinco sentidos, y hallarás para tu confusión que han estado amancebados con las criaturas, usando de ellas sólo por su deleite, y no para glorificar á Dios. Por lo cual justamente merecías que nuestro Señor te las quitara, y que librara, como dijo por Oseas [1], su trigo y su vino, su lino y lana de la servidumbre que padecen en tu poder, aprovechándote de ellas contra su inclinación, para ofender á su Criador. ¡Oh Criador justísimo! ¿cómo no habéis hecho justicia del que tal agravio hizo á vuestras criaturas, usando de ellas contra Vos? ¡Ay de mí, cuán ingrato he sido á vuestros soberanos beneficios, pues lo que me disteis para serviros, lo convertí en ocasión de ofenderos! ¿Cómo habéis tenido, Dios mío, tanta paciencia conmigo? ¿Por qué no habéis permitido que vuestras criaturas, que yo convertía en cebo de mis pecados, fuesen instrumentos de vuestra justicia para mi castigo? Mas ¿qué haremos en adelante? ¿Cómo nos serviremos de las criaturas?

Punto 3.º *Indiferencia en que hemos de estar en orden á las criaturas.*—En este punto has de reflexionar sobre la conclusión práctica que se sigue de lo dicho; es á saber: que has de estar indiferente acerca del uso de las criaturas, sin tener la voluntad aficionada á ellas, no queriendo más de lo que te ayudare para servir á tu Criador y alcanzar el fin de tu creación, procurando cuanto es de tu parte no querer más riqueza, que pobreza; honra, que deshonra; salud, que enfermedad; vida larga, que corta, sino solamente lo que de esto más te conviniere para la salvación; pues que en buena prudencia cae no tomar de los medios más de lo que conviniere para alcanzar el fin, como de la medicina no se toma más cantidad de la necesaria para la salud. Con esta consideración has de entrar dentro de tu corazón y hacer anatomía de las inclinaciones y aficiones desordenadas que tiene

[1] Osee., II, 9.

á las riquezas, honras y regalos; á los padres, deudos y amigos, y á su propia salud y vida, procurando mover la voluntad á que quiera mortificar la demasía en el amor de las criaturas, confiando en la divina Providencia, que acude con más cuidado á los que totalmente se resignan en sus divinas manos [1], y recordando la promesa de Jesús, que dijo [2]: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.» Mas como no puedes por tus fuerzas obtener este total desprendimiento, has de pedirlo con fervor al Señor. ¡Oh Dios mío! Confieso que mi corazón está muy pegado y asido á las criaturas con amor desordenado; y pues soy tan miserable que puedo asirme á ellas, y no puedo desasirme, favoreced con vuestra omnipotencia mi flaqueza, destruyendo esta trabazón, y arrancando de mí este desordenado amor, para que os ame y sirva con todo mi corazón y con todas mis fuerzas. Mas para esto, ¿qué aficiones debo mortificar? ¿Á qué cosas siento mi corazón inclinado? ¿Cómo he de mortificar esta afición?

Epílogo y coloquios. ¡Qué riqueza, abundancia y preciosidad de criaturas ha creado el Señor para nuestro sustento, alivio, reposo, salud y deleite! En el firmamento, el sol y los planetas; en la tierra, infinita variedad de árboles, arbustos, animales y aves; en el mar, riquezas inconcebibles é innumerables habitadores. Todo esto ha hecho Dios para bien del hombre, para que por medio de estas cosas le sirva, agrade y contente, y para que en ellas, como en un terso espejo, descubra el hombre algunas de las infinitas perfecciones, que de un modo eminente se reunen en su Majestad. ¡Cuán bien cumplen estas criaturas irracionales ó insensibles el cometido que les ha señalado el Criador! No parece sino que de cada una puede decirse lo que decía David [3]: «Puso el Señor precepto, y no fué traspasado». En cambio, para confusión nuestra, tal vez hemos de reconocer que cuanto mayor ha sido la fidelidad de las criaturas para con su Criador, tanto más grande ha sido el abuso que de ellas hemos hecho, poniendo en unas el corazón con desorden, prefiriendo otras al mismo Dios, y depositando en otras nuestro último fin. Pues ¿qué hacemos? ¿Hasta cuándo seremos pesados de corazón [4], amando la vanidad, y buscando con afán la mentira? ¿Por qué no vivimos desprendidos de las criaturas? Escudriñemos los senos de nuestro corazón, y si alguna afición desordenada hallásemos, extirpémosla con eficaces propósitos y fervientes súplicas, rogando por nosotros y por los demás.

[1] I Petr., v, 7. — [2] Matth., vi, 33. — [3] Psalm. cxlviii, 6. — [4] Psalm. iv, 3.

3.ª—PECADO MORTAL: SU GRAVEDAD.

PRELUDIO 1.º Representémonos á nuestra alma enferma y cubierta de llagas, y encerrada en la cárcel del cuerpo.

PRELUDIO 2.º Pidamos luz y gracia para conocer la gravedad del pecado y detestarlo íntimamente.

Punto 1.º *Grandeza de Dios á quien se ofende.*—En este punto has de considerar cómo, siendo el pecado una ofensa de Dios, su malicia será tanto mayor, cuanto más grande y perfecto es el Señor ofendido, y en consecuencia infinita. Para sentir más vivamente esta verdad, pondera las infinitas perfecciones de Dios, contra las cuales va directamente el pecado. Su bondad le hace infinitamente amable sobre todas las criaturas, y si fueses capaz de tener un amor infinito, todo se lo debías; y es tan grande esta bondad, que no es posible verla claramente sin amarla con sumo amor, como lo hacen los bienaventurados. Por su inmensidad, junto con su sabiduría, está presente á todas las cosas, y todo lo ve, y observa, y penetra; y en el mismo instante en que pecas estás dentro de aquella inmensidad llena de ojos, provocándola á enojo, asco y vómito [1], porque sus ojos [2] no pueden mirar la maldad. Su omnipotencia es tal, que da el ser á todas las criaturas, y en un instante las puede privar de él; y sin su concurso nada puedes hacer, ni ver, ni oir, ni hablar, ni menear pie ni mano; y cuando pecas, te ayudas de su omnipotencia para hacer aquello que le da disgusto. Considera luego los infinitos beneficios que de Dios has recibido, por los cuales merece justamente el título de Bienhechor soberano. Él te ha criado, conserva y gobierna, dándote todos los bienes de cuerpo y alma que poseés, los cuales son tantos, que ni tú mismo puedes conocerlos. Él te ha redimido, encarnándose y sometiéndose á toda suerte de penalidades, para librarte de la extrema miseria en que se hallaba tu alma. Él te ha santificado, preparando para ti los Sacramentos, sacrificios y demás medios de santificación. Meditando todo esto, admírate, por una parte, de la excesiva bondad de Dios contigo, y de tu extremada ingratitud con Él. ¡Oh Dios de mi corazón! ¡Cuánto más justo sois vos que yo, porque vos no cesáis de hacerme misericordias, y yo no ceso de haceros ofensas! Vos, pudiéndome quitar el ser y la vida, no lo hacéis, y yo, no pudiendo quitároslo, cuanto es de mi parte lo intento. Perdonad, Señor, mi desagradecimiento, y ayudadme con vuestra copiosa gracia para que no torne á caer en tan horrenda miseria. ¿Cómo no lloro al ver estos mis pecados? ¿Qué haré para evitarlos?

Punto 2.º *Vileza del hombre que ofende á Dios.*—Aquí

[1] Apoc., iii, 16. — [2] Habac., i, 13.

has de meditar la extremada vileza y miseria del hombre que se atreve á pecar contra Dios y á ofenderle descaradamente. En cuanto al cuerpo, su principio es el lodo y su fin el polvo [1], su carne es como flor [2] y heno que presto se marchita, y su vida es un soplo y vapor que presto se pasa; y con ser tan breve, está llena de innumerables miserias [3], de las cuales sin los auxilios de Dios no puede librarse. ¡Qué locura, sabiendo todo esto, entretenerse en ofender al único poderoso Remediador! En cuanto al alma, ha sido criada de la nada, y de su cosecha nada puede, nada vale, nada merece, y si Dios no la asistiese, al instante se volvería á la nada de donde salió. Además, ha sido concebido en pecado, y vive expuesto á innumerables caídas, las más humillantes, y sin los auxilios de Dios caería en los más horribles precipicios, haciéndose inferior á los mismos brutos, dejándose arrastrar de los apetitos desordenados que le hacen cruda y constante guerra, y á los cuales no podría resistir. Pondera luego lo que es el hombre y eres tú comparado con el Señor á quien ofendes pecando. ¿Qué eres comparado con todos los hombres del mundo? Poco más que nada; como una gota de agua comparada con el Océano, como un grano de arena comparado con todos los montes. ¿Qué son todos los hombres y ángeles comparados con Dios? Son como si no fuesen, dice Isaías [4]; nada, una cosa vacía y sin substancia. Pues ¿qué serás tú en la presencia de Dios? ¿Qué será tu ciencia, tu virtud, tu poder, tu discreción, fortaleza, hermosura y todo cuanto tienes, en comparación de lo que tiene Dios? ¡Oh loco y miserable de mí! ¡Siendo tan vil y despreciable, me he atrevido á despreciar á Dios y ofenderle con tantos pecados! ¡Oh Dios inmenso, en cuya comparación soy como si no fuese! Por la infinita excelencia de vuestro ser, os suplico perdonéis mis pecados, y me deis luz para que conozca la vileza en que por ellos he caído; concededme que me aborrezca y desprecie, y me tenga en menos que nada, y haga penitencia, como Job [5], en ceniza y en pavesa, teniéndome por tal en vuestra presencia. ¿Cómo piensas de ti mismo? ¿En qué concepto te tienes? ¿No te avergüenzas de haber despreciado á Dios, pecando?

Punto 3.º *Gravedad del pecado por sus castigos.*—Considera aquí con pavor los terribles castigos que vienen por el pecado. El pecado destruye las haciendas, quitándolas Dios á los pecadores porque usan mal de ellas, como despojó á los egipcios de sus joyas y á los cananeos de sus tierras. El pecado destruye la honra, porque quien pretende quitar la honra á Dios, merece perder la suya, como la perdieron el sacerdote Helí y sus malvados hijos. El pecado destruye el cetro y el imperio, quitándolos Dios á los que abusan de ellos, como Saúl [6] y Nabucodonosor [7],

1 Genes., III, 19. — 2 Isai., XL, 6: Jacob, IV, 15. — 3 Job, XIV, 1 — 4 Isai., XL, 17.
5 Job, XLII, 6. — 6 I Reg., XIII, 14. — 7 Dan., IV, 22.

y es justo que no tenga mando en la tierra el que no se rinde al Rey del cielo y tierra. El pecado destruye la salud, castigándolo Dios con multitud de enfermedades, llagas de pies á cabeza [1], dolorosas y asquerosas, porque no merece tener sano el cuerpo el que tiene enferma el ánima. Destruye el contento y la alegría, causando tristeza mortal que seca los huesos y da una vida peor que la misma muerte. ¡Oh cuán amargas son las consecuencias del pecado! Pondera también los espantosos castigos generales y particulares que Dios ha enviado por causa de él. Mira en particular á Lucifer y á todos sus secuaces, cayendo con desesperación y desorden del cielo, empujados por la mano del Altísimo [2]; á los dos primeros reyes del mundo, Adán y Eva [3], saliendo avergonzados del paraíso y llorando su desgracia; al mundo cubierto de un diluvio; á las ciudades nefandas abrasadas por horrible incendio; á los israelitas pereciendo á millares en el desierto por los pecados, y, sobre todo, al Hijo de Dios muriendo entre espantosos tormentos en el Calvario por los pecados que no ha cometido. ¡Oh Dios infinito en misericordia y bondad!: ¿qué será el pecado, y cuán enorme su gravedad, cuando Vos, infinitamente bueno y misericordioso, con tal rigor lo castigáis? Alumbrad mi entendimiento para que descubra su malicia y lo deteste con toda mi alma, y esté dispuesto á perderlo todo y á sacrificarlo todo antes que cometerlo. ¿Qué juicio formamos del pecado? ¿Comprendemos su gravedad? ¿No nos espantan los castigos que por él Dios ha enviado?

Epílogo y coloquios. ¿Quién podrá comprender toda la malicia que encierra el pecado? Aunque tuviéramos el entendimiento de todos los espíritus angélicos, no seríamos capaces de comprenderla. El pecado es una ofensa de Dios, y sería preciso comprender la grandeza del Señor para comprender la malicia del pecado. Un vil gusanillo nacido del polvo, y condenado al polvo en cuanto al cuerpo, y la nada y la culpa en cuanto al alma, osa levantar su altiva mirada contra un Señor inmenso que le ve y sostiene, infinito en bondad, en poder y en toda clase de perfecciones. ¡Oh locura! ¡Oh insensatez! ¡Oh ingratitud! Dios le da la vida, y él intenta quitarla al mismo Dios; Dios le llena de beneficios, y él llena á Dios de insultos; Dios le da su propia sangre y vida para hacerle feliz, y él derrama la sangre de Dios con horribles tormentos; Dios en cierto modo agota su sabiduría infinita para inventar medios para hacerle bienaventurado, y él no cesa de inventarlos para perseguir, injuriar y ultrajar á Dios. ¿Qué castigos bastarán para expiar tan enorme ingratitud? Justo es que pierda la hacienda, honra, poder, salud y contento quien de todo abusa para ofender al que se lo dió. Y tú, al considerar

1 Isai., I, 6. — 2 Isai., XIV, 15: Luc., X, 18: II Petr., II, 4: Apoc., XII, 9.
3 Genes., III, 7.

esto, ¿no lloras tus pecados? ¿No propones evitarlos en adelante? ¿No tratarás de hacer penitencia? Mira lo que en vista de esto has de proponer, y, conociendo tu miseria, pide auxilio al Señor para cumplir tus propósitos, pide por los pecadores y por todo el mundo.

4.ª—CASTIGO DE LOS PECADOS.

PRELUDIO 1.º Represéntate á Lucifer y á sus ángeles cayendo del cielo, y abrasándose rabiosos en ardientes llamas.

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de conocer los castigos que ha merecido el pecado y temor vivo de cometerle.

Punto 1.º *Pecado y castigo de los ángeles.*—Considera cómo los ángeles fueron criados por Dios en el cielo empíreo, llenos de sabiduría y gracia; pero usando mal, algunos de ellos, de su libre albedrío, se ensoberbecieron contra su Criador, por lo cual fueron echados del cielo, y arrojados en el infierno [1]. Sobre esta verdad has de ponderar cuán generoso fué Dios con los ángeles, á quienes crió á su imagen y semejanza, y adornó con nueve preciosísimas piedras [2]; porque les hizo puros espíritus, sin mezcla de cuerpos, inmortales, intelectuales, libres, sabios, poderosos, santos, moradores del paraíso, y capaces de verle claramente en la gloria. ¡Qué riqueza! Mira luego cuán ingratos fueron algunos de ellos contra Dios, envaneciéndose con estos dones, y haciendo de ellos armas contra quien se los dió, no dándole la reverencia ú obediencia que debían darle con humildad, empleando su libertad y fuerzas en ofender á quien por tantos títulos debieran servir. Pondera, por fin, cuán terrible se mostró Dios en castigarles luego, sin darles lugar de penitencia, privándolos por aquel solo pecado de los dones de gracia que les había concedido, y arrojándolos como rayos desde el cielo á los fuegos eternos del infierno [3], sin tener respeto ni á la hermosura de su naturaleza, ni á la grandeza de su estado, ni á que eran criaturas suyas hechas á su imagen y semejanza, ni á que eran muy sabios, ni á que habían sido sus amigos; porque un solo pecado mortal basta para obscurecer todo esto, y es digno de tan terrible castigo. Vuelve ahora sobre ti mismo los ojos, y mira cuán generoso ha sido Dios contigo, y cuán ingrato tú con Él; si Él te hubiese tratado con el rigor que á sus ángeles, mil veces habrías caído en los horrores infernales. ¡Oh Dios de las venganzas! ¿Por qué habéis usado conmigo de tanta misericordia? ¿Cómo habéis sufrido por tanto tiempo mis enormes ingratitudes? Ya no quiero llamaros Dios de las venganzas, sino Padre de las misericordias, pidiéndoos humildemente que continuéis teniéndola de mí, perdonando mis pecados, y librándome del infierno que he merecido por ellos. ¿Reconocemos la ingratitud que hemos tenido con Dios? ¿Le serviremos en adelante con mayor fidelidad?

1 Isai., XIV, 15; II Petr., II, 4; Apoc., XII, 9. — 2 Ezech., XXVIII, 13.
3 Luc., X, 18.

Punto 2.º *Pecado y castigo de los primeros padres.*—En este punto has de considerar el pecado de Adán y Eva [1], y el castigo que por él les fué impuesto á ellos y á todos sus descendientes. Pondera primeramente la infinita largueza de Dios en llenar de beneficios á nuestros primeros padres, porque, no sólo los crió á su imagen y semejanza, y los adornó de su divina gracia, comunicándoles la integridad de la naturaleza, sino que crió para ellos un amenísimo jardín lleno de belleza y de suavísimos frutos, dió el ser á innumerables vivientes que les sirviesen, alegrasen y ayudasen, y puso todas las cosas visibles bajo su imperio. ¡Qué bondad! Con todo, Adán y Eva fueron tan ingratos con su Bienhechor, que, con no haberles impuesto más que un precepto, éste quebrantaron; porque, seducida Eva por el demonio, que se le presentó en figura de una astuta serpiente, comió de la fruta vedada, y la alargó á Adán, quien, por no disgustarla, también comió, injuriando con esto á su Criador, y haciéndose merecedores de la muerte y de todos los demás castigos, incluso el infierno. Pondera luego la severidad y rigor con que fueron castigados por Dios; porque al momento que pecaron se les presentó, y después de haberles severamente reconvenido, echólos del paraíso, quitóles la justicia original, sujetólos á todas las enfermedades y á la muerte; y en estos espantosos males incurrimos todos sus hijos, naciendo hijos de ira [2] y sujetos á innumerables miserias. Reflexiona que si por un solo pecado, cometido en un instante, por instigación del demonio, tus primeros padres fueron tan terriblemente castigados por un Dios infinitamente justo, sabio y santo, ¿qué merecerás tú, que has cometido tantos, y con tanta deliberación y por pura malicia? ¡Oh Rey de las gentes [3]! ¿quién no os temerá, contemplando y experimentando vuestro espantoso rigor? ¡Oh pecado, cuán pesado y dañoso eres para mí [4]! Tú me quitas la gracia, me robas las virtudes, me echas del paraíso, me condenas á muerte eterna, turbas el reino de mi alma llenándole de innumerables miserias. ¡Oh alma! ¿osarás todavía cometer el pecado? ¿Serás ingrata con Dios?

Punto 3.º *Castigo de algunos que se han condenado por un solo pecado.*—En este punto has de bajar con la consideración al infierno, en donde encontrarás algunas almas que están allí ardiendo por un solo pecado: unas por un perjurio, otras por un pensamiento deshonesto consentido, y otras por otro de

1 Genes., III, 6. — 2 Ephes. II, 3 — 3 Jerem., X, 7. — 4 Psalm. XXVII, 5.

palabra ú obra. Pondera cómo estos infelices condenados eran hombres como tú, y muchos de ellos cristianos como tú, y gozaron de los mismos Sacramentos y sacrificios, y de los sermones y libros sagrados de que tú gozas, y quizá en algún tiempo fueron santos, ó muy mejores que tú, y privaron mucho con Dios. Pero descuidáronse poco á poco, y vinieron á caer en aquel pecado mortal, y por justos juicios de Dios les cogió la muerte en él, y fueron condenados por él justísimamente; porque, como dice Santiago [1], quien cae en un solo pecado, quebrantando un mandamiento, es deudor de todas las penas eternas en su especie, como quien quebranta muchos, porque ofende á Dios de infinita majestad, que los mandó guardar todos. Haz aquí comparación de este pecado á los muchos en que tú has caído, y mira con cuánta razón merecías estar en el infierno, como estos desgraciados, y cuánto debes á Dios que no ha querido condenarte; porque si á uno de estos desdichados le sacase del lugar de tormento, no le haría mayor merced de la que te ha hecho á ti, preservándote de caer en él; como no es menor el favor que se hace al que se preserva de una caída, que al que levantan después de caído. Pues ¿qué le das al Señor por tan extraordinario favor? ¿Cómo correspondes á tamaño beneficio? ¡Oh Dios mío! ¿Qué os movió á esperarme tanto tiempo á que hiciera penitencia? ¿Por qué no me arrojásteis en los infiernos, como á tantos desdichados que están por menos pecados que los míos? Confieso que merecía estar con ellos; mas, pues Vuestra Majestad me ha esperado con tanta misericordia, yo propongo con vuestra gracia hacer muy entera y verdadera penitencia. ¿Son estas nuestras resoluciones? ¿Cómo hemos de cumplirlas?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán espantosos son los juicios de Dios, y cuán terrible su severidad en castigar el pecado! Los ángeles, criaturas nobilísimas, riquísimas, sapientísimas, príncipes de su corte soberana, caen en un pecado de pensamiento ó deseo, y al instante el Señor de la majestad los mira indignado y fulmina contra ellos el más pavoroso castigo. Prívalos de todo lo sobrenatural que tenían, aféales lo natural que conservan, y del cielo empíreo son precipitados en espantoso desorden al profundo del infierno. ¡Qué horror! Los dos primeros personajes que poblaron la tierra, Adán y Eva, han recibido también de su Criador señalados favores y gracias en lo natural y en lo sobrenatural, en el cuerpo y en el alma. Mas ellos, ingratos, no cumplen el único precepto negativo que Dios les ha impuesto; comen la fruta vedada, sucumben á las tentaciones del demonio, y el Señor de los cielos visítalos airado, arrójalos del paraíso, y ellos y sus hijos quedan para siempre privados de la integridad natural y original justicia de que hubieran disfrutado. ¡Cuántos males

[1] Jac., II, 10.

afligen á la humanidad! ¡Cuántos pecados se cometen diariamente! ¡Cuántas miserables almas caen de continuo en el infierno! Originalmente todo procede de este pecado. Y ¿no temeremos la culpa? ¿No huiremos del pecado? ¿Qué hemos hecho hasta hoy? ¿En qué pecados hemos caído con más frecuencia? ¿Qué nos conviene resolver para evitarlos? Examinémoslo; propongamos, pidamos auxilio al Señor, y roguémosle por la santa Iglesia, por la conversión de los pecadores y demás asuntos encomendados.

5.ª—MUERTE: SUS PROPIEDADES Y CONSECUENCIAS.

PRELUDIO 1.º Represéntate en el mismo instante de la muerte, como si estuvieras tendido en el lecho, sin poder apenas respirar, faltándote ya la luz de los ojos.

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de conocer lo que te sucederá en la muerte, y de prepararte para ella.

Punto 1.º *Propiedades de la muerte.*—Considera cómo la primera propiedad de la muerte es su certeza indubitable, acercándote cada día y cada momento á ella, aunque no te acuerdes; y no podrás escaparte de la misma en el tiempo que el Señor ha determinado [1]. Porque Dios, desde la eternidad, tiene contados los años de tu vida, y señalado el mes [2], día y hora en que has de morir; y terminado el plazo, nada será bastante poderoso para impedirla, ni los más afamados médicos, ni las más exquisitas medicinas. Sí, morirás; seguirás el camino que han seguido todos los hombres que han existido hasta hoy, incluso el mismo Jesucristo; y todos los días que vives te son dados por Dios graciosamente, de limosna; por lo cual debes emplearlos todos en servir á tan generoso Señor. La segunda propiedad de la muerte, es ser incierta en cuanto al día, lugar y modo; porque no puedes saber sin revelación de Dios el día ni la hora en que has de morir [3], ni el lugar, ni la ocasión ó coyuntura en que te cogerá la muerte, ni el modo como has de morir, si de muerte natural, lleno de días, ó de muerte prematura, violenta ó repentina, por fuego ó agua, á manos de hombres ó de fieras, ó de un rayo, ó caída, ó de una teja que venga de algún tejado sobre ti. Lo único que sabes es, que será cuando menos pienses y más descuidado estés. ¡Cuánto te importa vivir siempre alerta, esperando la llegada del Esposo para entrar con Él en las bodas! Pondera la tercera propiedad de la muerte, que es ser una sola. Decreto es de Dios, dice san Pablo [4], que los hombres mueran una sola vez. De donde se sigue que el daño y yerro de la mala muerte, con ser el sumo de todos, es irremediable por toda la eternidad; así como el acierto de la buena muerte es perdurable para siempre,

[1] Hebr., IX, 27. — Psalm. XXXVIII, 6. — [3] Matth., XXIV 42. — [4] Hebr., IX, 27.

cumpliéndose entonces lo que dice el Sabio [1]: Dondequiera que cayere el árbol al ser cortado, al Septentrión ó al Mediodía, allí se quedará para siempre jamás. ¡Oh temeridad espantosa! Si es cierto que he de morir, si no tengo un solo día seguro, y si una sola vez lo he de hacer, ¿cómo se comprende que sea yo tan insensato, que viva como si esto fuera una falsedad? ¡Oh Dios de mi alma! Justo sois, y recto vuestro juicio; disponed cuando queráis de mi vida, puesto que bien merezco perderla, habiendo abusado tantas veces de ella para ofenderos. ¿Hemos meditado las propiedades de la muerte? ¿Estamos convencidos de ellas? ¿Cómo, pues, no nos preparamos para este lance horrible?

Punto 2.° *Causas de aflicción en la hora de la muerte.*—En este punto has de considerar las cosas que en la muerte afligirán y angustiarán tu alma. Primeramente la afligirá en gran manera la memoria de los pecados pasados, de todas las libertades, carnalidades, venganzas, odios y codicias, los cuales, á modo de un ejército, como de toros, tigres, leones y otras fieras, te despedazarán el corazón [2]. Allí verás las tibiezas en el servicio de Dios, las negligencias y omisiones en el cumplimiento de tus deberes, el tiempo mal empleado, los Sacramentos que podías haber frecuentado, los sermones que podías haber oído, las limosnas que pudiste hacer, las mortificaciones que pudiste practicar, las inspiraciones á que resististe. Querrías entonces suplir tu abandono; pero oirás la voz que te dice [3]: «No hay más tiempo». ¡Oh desengaño cruel! ¿Quién será tan loco que no abra los ojos pensando en ti? En segundo lugar, afligirá y turbará tu alma la vista de todas las cosas presentes que ha de abandonar. Pondera lo que sentirá al ver que se ha de apartar de todas las riquezas, dignidades, oficios, regalos y posesiones, muchas de ellas tal vez mal adquiridas. De los padres, hermanos, parientes, amigos, cómplices de los pecados y demás seres á quienes había amado con desorden. De su cuerpo y de todos los bienes que por él disfruta. ¡Oh separación dolorosa, cómo amargas al corazón del moribundo! Lo tercero, afligirá tu alma el temor de la cuenta que has de dar y el resultado de ella: el mal que temes es el mayor, el supremo que se puede temer; la sentencia que te van á dar es definitiva é irrevocable, y la causa es muy dudosa, porque te consta del pecado y no de la penitencia. ¡Oh Padre misericordiosísimo! Por la angustia y aflicción que en vuestra muerte sentisteis, os pido no me desamparéis en la mía; mis iniquidades pesan sobre mí como una carga enorme, y apenas me atrevo á levantar la cabeza; si miro al tiempo pasado, me veo árbol sin fruto; si al presente, monstruo de ingratitud; si á lo venidero, tizón del infierno. ¡Oh Jesús! Sed para mí Jesús, salvándome en tan grande apuro y librándome del infierno. ¿Reflexionamos bien

[1] Eccles., XI, 3. — [2] Psalm. XXI, 13. — [3] Apoc., X, 6.

acerca de lo que nos ha de pasar en la muerte? ¿Qué sería de nosotros, si ahora nos asaltase? ¿Qué quisiéramos haber hecho?

Punto 3.° *Estado del cuerpo después de la muerte.*—Considera cuál quedará tu cuerpo después de la muerte. Su estado no podrá ser más triste. Perdido para siempre el uso de los sentidos, jamás podrá ver, oir, oler, gustar, ni menearse de un lado, ni gozar de los bienes del mundo. Las cosas hermosas, las músicas suaves, los manjares delicados, los vestidos blandos, son para él como si no fuesen. Su figura será horrible, causando horror y espanto á los que le miren; descolorido, desfigurado, feo, yerto, helado y hediondo, caminando con gran prisa á la descomposición y corrupción. En él se cumplirá lo que dijo David [1]: «Los que me miraban, huyeron de mí y olvidáronme de corazón». Pondera el vestido, cama y aposento que le aparejarán. Una sencilla mortaja de lo más pobre y vil de toda la casa será su vestido. La cama será la dura tierra, los colchones serán la polilla, los cobertores los gusanos [2], las cortinas y almohadas los huesos de otros muertos. El aposento será una estrecha huesa de siete pies de largo, que se fabrica en media hora; porque las demás fábricas suntuosas de los sepulcros de nada sirven al triste cuerpo, ni es capaz de gozar de ellas. ¡En esto han de parar los vestidos pomposos, las camas regaladas y los suntuosos palacios! Mira, finalmente, la jornada que tu cuerpo hará hasta la sepultura; cerrado dentro de un ataúd para no apestar con su hediondez, irá por las calles en pies ajenos el que poco antes paseaba orgulloso mirando á todas partes; de los pocos que le acompañen, unos llorarán, otros cantarán, todos escarmentarán en su desgracia y se lamentarán de su suerte. Cuanto antes lo encerrarán en la sepultura, para que los gusanos se ceben en él y lo destrocen. ¡Oh cuerpo mío! Este es el desgraciado fin que has de tener. ¿De qué te aprovecharán entonces aquellos gustos que ahora con tanto ardor apeteces? ¿Qué pena te causarán las penitencias y mortificaciones que tanto aborreces? ¡Oh alma! Abre ahora los ojos, ya que el Señor te da tiempo; comienza á practicar aquello que entonces quisieras haber hecho; huye de aquellos gustos y placeres que en aquel día te habrían de afligir. ¿Qué debes resolver para esto?

Epílogo y coloquios. ¡Oh muerte! ¡Cuán sabio y prudente es tu consejo! ¡Dichoso aquel que en todas sus dudas é incertidumbres procura consultarte! Certísimo es que moriremos; ninguna persona de sano juicio puede pensar otra cosa. Nada tan incierto como el lugar, la hora, el modo y las circunstancias de la muerte; en cualquier lugar, y del modo menos imaginado, y en el tiempo menos pensado, puede venir. Y, con todo, es una sola, y si se da este paso en falso, el daño es irreme-

[1] Psalm. XXX, 12. — [2] Isai., XIV, 11.

diable. ¿Es posible que no nos preparemos para él? ¡Qué apuros para el hombre moribundo, que se halla en el perfecto uso de sus potencias y sentidos! Mira lo pasado, y se estremece, viendo que no ha hecho sino pecar y abusar de la bondad divina; contempla lo presente, y se horroriza de la separación amarga que le espera; fija su mirada en lo porvenir, y sólo ve obscuridad, tinieblas palpables, temores horribles. Y si se acuerda de su propio cuerpo, y lo contempla del modo que ha de quedar dentro de poco, el vestido que le han de poner, la cama y aposento en que le han de colocar, ¡qué dolor! ¡qué amargura! ¡qué aflicción! Y nosotros, ¿qué pensamos de todo esto? ¿Quisiéramos que la muerte nos hallase del modo que estamos? Pues ¿qué debemos resolver para nuestro bien? ¿Qué propósitos hemos de hacer ó renovar? Hora es ya que pensemos en lo que más nos importa, y pidiendo gracia y auxilio al Señor para cumplir nuestras resoluciones, roguemos también con fervor por los agonizantes y por las demás necesidades.

6.ª—JUICIO PARTICULAR.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesucristo dictando la sentencia que hemos merecido.
PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conocer la terribilidad del juicio, y prepararnos para él.

Punto 1.º *Personas que asisten al juicio particular.*— En el mismo punto que el alma se separa del cuerpo, es presentada ante el tribunal de Jesucristo [1] para recibir de este Soberano Juez el premio ó castigo merecido por sus obras. Sobre esta verdad de fe has de considerar las personas que á este juicio concurren, y los semblantes con que se presenta cada una. La primera es el alma que ha de ser juzgada, la cual estará sola, desnuda de su cuerpo y de todas las cosas visibles, vestida solamente de sus obras; y aunque en la muerte estuviese rodeada de muchos deudos y amigos, ahora ninguno la puede acompañar; y así, tan sola va el alma del rey como la del vasallo, la del rico como la del pobre, la del sabio como la del idiota. Á los dos lados del alma estarán [2] el Ángel de la guarda y el demonio con diferentes semblantes, según lo que barruntan ha de suceder; á los malos acompañará el demonio con aspecto alegre y satisfecho, estando con grande orgullo á su derecha, mientras que el Ángel custodio estará á la izquierda con triste semblante, por la desgracia eterna en que van á caer; y al contrario será en los buenos. La cuarta persona es el Juez, que es el mismo Dios, el cual ha de hacer este juicio invisiblemente, aunque dará señales de su presencia, imprimiendo terrible miedo y horror en el malo, y

[1] II Cor., v, 10. — [2] Zach., III, 1: Psalm. CVIII, 6: S. Gregor.

paz y consuelo en el bueno. Este Juez es tan sabio, que no puede engañarse; tan bueno, que no puede torcer la justicia; tan poderoso, que ninguno puede resistir á su sentencia; y como es Supremo, no hay lugar á apelación ni suplicación; y su sentencia es siempre definitiva é irrevocable. Imagínate, pues, que te hallas ya en este temible tribunal, considerándote unas veces como criminal, temblando delante del Juez indignado, y viendo al demonio gozoso á tu derecha, y al Ángel triste á tu izquierda, y despierta en ti afectos de temor; otras avivarás la confianza imaginándote como justo que vas á recibir una sentencia favorable. ¡Oh justísimo Juez y misericordiosísimo Padre! Confieso que por mis pecados he merecido vuestra indignación, y que podíais mil veces fulminar contra mí sentencia de muerte eterna; mas vuestra misericordia ha detenido el brazo de vuestra justicia, para que no descargase sobre mi alma; continuad favoreciéndome; lavadme de mis pecados, que detesto de veras, á fin de que en mi muerte, vuestra misericordia me reciba y vuestra justicia me corone. ¿No tememos los rigores del divino juicio? ¿No procuraremos prepararnos para él?

Punto 2.º *Acusadores que hay en el juicio particular.*— Considera cuáles serán los acusadores que se presentarán en el juicio particular para acusar á la pobre alma delante del Juez. El primero será el demonio, cuyo oficio es acusar á los hombres [1] delante de Dios, para que el Señor aparte de ellos su misericordia infinita; mas en este juicio, como verá que tiene poco tiempo, procurará con mayor odio y rabia encarecer las acusaciones, y fingirá otras falsas, por las sospechas que tenía; recordará las tentaciones que él presentó, á las cuales consintió el alma; las intenciones que abrigó, las palabras que dijo el desgraciado reo. ¡Ay de nosotros, si no somos fieles y constantes en resistir al demonio! El segundo acusador será la propia conciencia de cada uno, la cual también será testigo y valdrá por mil, porque sus pensamientos darán latidos contra nosotros; y ellos, como dice el Apóstol [2], nos han de acusar ó defender en aquella hora. El tercero es el mismo Ángel de la guarda, el cual será también testigo de mayor excepción, descubriendo las rebeldías que tuvimos á sus inspiraciones y el menosprecio que hicimos de los avisos interiores con que pretendía apartarnos del pecado. Pondera particularmente el examen minucioso y exactísimo que hará el Supremo Juez de todos los pecados de pensamiento, palabra y obra, de acción y omisión, sin que nada quede oculto, ni olvidado, ni disimulado; patentizando al alma los beneficios que la hizo, los Sacramentos que puso en sus manos, la sangre que derramó, las inspiraciones que le comunicó. Allí juzgará á las mismas justicias [3] y obras buenas, en las cuales hallará grandes

[1] Apoc., XII, 10. — [2] Rom., II, 15. — [3] Psalm. LXXIV, 3.

defectos, que nosotros desconocimos. ¡Oh qué afligida estará nuestra pobre alma con tan estrecho y riguroso examen! ¡Oh Dios eterno! No entréis en juicio con vuestro siervo; porque ninguno de los que viven será en vuestra presencia justificado. Descubridme ahora mis pecados, ilustrad mi entendimiento, á fin de que vea mis iniquidades y las llore con dolor, para que en aquel día temible pueda estar con grande confianza en vuestra soberana presencia. ¿Deseamos no temer la acusación y examen del juicio? ¿Cómo nos portamos en las tentaciones del enemigo, y cómo nos examinamos?

Punto 3.º *Sentencia del Juez.*—Considera en este punto la diversa sentencia y suerte de los malos y de los buenos en este juicio. Porque el alma del malo será en aquel instante privada y despojada de las gracias y dones sobrenaturales que le habían quedado después del pecado. La desnudarán y privarán de la lumbre de la fe, de la cual abusó torpemente; de la virtud de la esperanza, de la cual no quiso aprovecharse para aborrecer al mundo y buscar la gloria; de las gracias *gratis datas* que le habían concedido para bien de sus prójimos, y que no quiso utilizar en su propio bien; de las virtudes morales que le habían sido infundidas ó que él había ganado en vida. ¡Oh desnudez vergonzosa y terribilísima! Estando así desnudo y afrentado delante del soberano Juez, Éste pronunciará la sentencia, diciendo [1]: «Apártate de Mí, maldito de mi Padre; al fuego eterno que está aparejado para Satanás y sus ángeles». Vete, abominable pecador, que no mereces estar en mi presencia, ni entrar en mi gloria: vete al fuego eterno que tus pecados merecen, en compañía de Satanás, á cuyo brazo infernal te relajo para que te lleve consigo. ¡Oh sentencia formidable! ¡Oh palabra durísima! ¡Oh castigo tremendo! ¿Quién no os temerá? Pondera luego la sentencia que se dará al justo, diciéndole invisiblemente el Juez con voz amorosa [2]: «Ven, bendito de mi Padre, á recibir el reino que te tengo aparejado desde el principio del mundo»: ven, siervo bueno y fiel [3], alégrate; que pues fuiste fiel en pocas cosas, Yo te daré posesión de muchas. ¡Oh dicha inefable del alma afortunada que oiga esta sentencia! El demonio huirá, y tomándola los ángeles en sus brazos, la llevarán al cielo. Comparando la suerte de unos con la desgracia de otros, despierta en tu corazón vivos deseos de oir favorable sentencia, pidiéndoselo con fervor á María, Madre del Supremo Juez. ¡Oh Virgen soberana!; pues sois abogada de los pecadores, abogad por mí delante de vuestro Hijo; aplacad con vuestra intercesión su ira, alcanzándome lugar de verdadera penitencia, antes que se pase el tiempo de hacerla. ¿Qué sentencia querríamos se nos diese en el día del juicio? ¿Cómo vivimos? ¿Qué sentencia nos tocaría, si ahora muriésemos?

[1] Matth., xxv, 41. — [2] Matth., xxv, 34. — [3] Matth., xxv, 21, 23.

Epílogo y coloquios. ¡Ay del pobre pecador en la hora de la muerte! Al instante que cierre los ojos á este mundo, se hallará su alma enfrente del mismo Dios que viene á juzgarla. ¡Qué horror! Sola, desamparada, sin apoyo, sin confianza, se presentará ante aquel tribunal rectísimo, supremo, cuyo Juez ha sido siempre mirado como un enemigo. El demonio está gozoso á su derecha; y el Ángel de la guarda, con triste y macilento rostro, á su izquierda. La acusación no podrá ser ni más detallada, minuciosa y exacta, ni más comprobada; los testigos son todos de mayor excepción; entre ellos está la misma conciencia que con sus pensamientos conturba, acusa y reprende al pecador. ¡Qué desesperación, cuando se vea desnudar de todos los dones y gracias sobrenaturales que había conservado después de la culpa! ¡Qué rabia cuando oiga de los labios del Juez la sentencia formidable que le condena á perpetuo llanto, en compañía del demonio y de todos los malvados que han muerto en la obstinación! Mas, ¡dichoso mil veces el justo, que ha muerto en amistad de Dios! El Juez soberano le está esperando con rostro amable y risueño; el demonio está avergonzado á su izquierda, y el Ángel custodio, jovial y alegre, se halla á su derecha. La sentencia no puede ser más satisfactoria; como un río de paz inundará á la felicísima alma. ¿Qué suerte deseamos para nosotros? ¿Qué sentencia pretendemos oir? ¿Cómo nos disponemos para aquel trance que, sin duda, nos ha de ocurrir? Mirémoslo bien, y preparémonos con eficaces propósitos, ardientes súplicas; y extendiendo nuestra caridad, pidamos ahora mismo por todos aquellos que se hayan de presentar hoy al juicio y por las demás necesidades.

7.ª—JUICIO UNIVERSAL.

PRELUDIO 1.º Después de la resurrección general, reunidos todos los hombres en el valle de Josafat, serán juzgados y sentenciados por Jesucristo.

PRELUDIO 2.º Representémonos este espantoso acontecimiento: á los pueblos reunidos, al Juez majestuoso, á los ángeles haciendo la separación, etc.

PRELUDIO 3.º Pidamos vivo temor del juicio y cuidadosa preparación para él, juzgándonos á nosotros mismos con rigor.

Punto 1.º *Preparativos del juicio universal.*—En este punto has de considerar con temblor las cosas que precederán al juicio universal. Porque, así como un reloj que se descompone, y cada una de sus ruedas se aparta de su lugar, así la máquina del universo sufrirá las convulsiones más espantosas, y todas sus partes experimentarán los efectos de la indignación divina. Se verán señales en el sol, en la luna, en los cielos y elementos, y los hombres se secarán á causa del espantoso temor que se apoderará de ellos [1]. El Anticristo levantará la persecución más

[1] Luc., xxi, 26.

defectos, que nosotros desconocimos. ¡Oh qué afligida estará nuestra pobre alma con tan estrecho y riguroso examen! ¡Oh Dios eterno! No entréis en juicio con vuestro siervo; porque ninguno de los que viven será en vuestra presencia justificado. Descubridme ahora mis pecados, ilustrad mi entendimiento, á fin de que vea mis iniquidades y las llore con dolor, para que en aquel día temible pueda estar con grande confianza en vuestra soberana presencia. ¿Deseamos no temer la acusación y examen del juicio? ¿Cómo nos portamos en las tentaciones del enemigo, y cómo nos examinamos?

Punto 3.° *Sentencia del Juez.*—Considera en este punto la diversa sentencia y suerte de los malos y de los buenos en este juicio. Porque el alma del malo será en aquel instante privada y despojada de las gracias y dones sobrenaturales que le habían quedado después del pecado. La desnudarán y privarán de la lumbre de la fe, de la cual abusó torpemente; de la virtud de la esperanza, de la cual no quiso aprovecharse para aborrecer al mundo y buscar la gloria; de las gracias *gratis datas* que le habían concedido para bien de sus prójimos, y que no quiso utilizar en su propio bien; de las virtudes morales que le habían sido infundidas ó que él había ganado en vida. ¡Oh desnudez vergonzosa y terribilísima! Estando así desnudo y afrentado delante del soberano Juez, Éste pronunciará la sentencia, diciendo [1]: «Apártate de Mí, maldito de mi Padre; al fuego eterno que está aparejado para Satanás y sus ángeles». Vete, abominable pecador, que no mereces estar en mi presencia, ni entrar en mi gloria: vete al fuego eterno que tus pecados merecen, en compañía de Satanás, á cuyo brazo infernal te relajo para que te lleve consigo. ¡Oh sentencia formidable! ¡Oh palabra durísima! ¡Oh castigo tremendo! ¿Quién no os temerá? Pondera luego la sentencia que se dará al justo, diciéndole invisiblemente el Juez con voz amorosa [2]: «Ven, bendito de mi Padre, á recibir el reino que te tengo aparejado desde el principio del mundo»: ven, siervo bueno y fiel [3], alégrate; que pues fuiste fiel en pocas cosas, Yo te daré posesión de muchas. ¡Oh dicha inefable del alma afortunada que oiga esta sentencia! El demonio huirá, y tomándola los ángeles en sus brazos, la llevarán al cielo. Comparando la suerte de unos con la desgracia de otros, despierta en tu corazón vivos deseos de oir favorable sentencia, pidiéndoselo con fervor á María, Madre del Supremo Juez. ¡Oh Virgen soberana!; pues sois abogada de los pecadores, abogad por mí delante de vuestro Hijo; aplacad con vuestra intercesión su ira, alcanzándome lugar de verdadera penitencia, antes que se pase el tiempo de hacerla. ¿Qué sentencia querríamos se nos diese en el día del juicio? ¿Cómo vivimos? ¿Qué sentencia nos tocaría, si ahora muriésemos?

[1] Matth., xxv, 41. — [2] Matth., xxv, 34. — [3] Matth., xxv, 21, 23.

Epílogo y coloquios. ¡Ay del pobre pecador en la hora de la muerte! Al instante que cierre los ojos á este mundo, se hallará su alma enfrente del mismo Dios que viene á juzgarla. ¡Qué horror! Sola, desamparada, sin apoyo, sin confianza, se presentará ante aquel tribunal rectísimo, supremo, cuyo Juez ha sido siempre mirado como un enemigo. El demonio está gozoso á su derecha; y el Ángel de la guarda, con triste y macilento rostro, á su izquierda. La acusación no podrá ser ni más detallada, minuciosa y exacta, ni más comprobada; los testigos son todos de mayor excepción; entre ellos está la misma conciencia que con sus pensamientos conturba, acusa y reprende al pecador. ¡Qué desesperación, cuando se vea desnudar de todos los dones y gracias sobrenaturales que había conservado después de la culpa! ¡Qué rabia cuando oiga de los labios del Juez la sentencia formidable que le condena á perpetuo llanto, en compañía del demonio y de todos los malvados que han muerto en la obstinación! Mas, ¡dichoso mil veces el justo, que ha muerto en amistad de Dios! El Juez soberano le está esperando con rostro amable y risueño; el demonio está avergonzado á su izquierda, y el Ángel custodio, jovial y alegre, se halla á su derecha. La sentencia no puede ser más satisfactoria; como un río de paz inundará á la felicísima alma. ¿Qué suerte deseamos para nosotros? ¿Qué sentencia pretendemos oir? ¿Cómo nos disponemos para aquel trance que, sin duda, nos ha de ocurrir? Mirémoslo bien, y preparémonos con eficaces propósitos, ardientes súplicas; y extendiendo nuestra caridad, pidamos ahora mismo por todos aquellos que se hayan de presentar hoy al juicio y por las demás necesidades.

7.ª—JUICIO UNIVERSAL.

PRELUDIO 1.° Después de la resurrección general, reunidos todos los hombres en el valle de Josafat, serán juzgados y sentenciados por Jesucristo.

PRELUDIO 2.° Representémonos este espantoso acontecimiento: á los pueblos reunidos, al Juez majestuoso, á los ángeles haciendo la separación, etc.

PRELUDIO 3.° Pidamos vivo temor del juicio y cuidadosa preparación para él, juzgándonos á nosotros mismos con rigor.

Punto 1.° *Preparativos del juicio universal.*—En este punto has de considerar con temblor las cosas que precederán al juicio universal. Porque, así como un reloj que se descompone, y cada una de sus ruedas se aparta de su lugar, así la máquina del universo sufrirá las convulsiones más espantosas, y todas sus partes experimentarán los efectos de la indignación divina. Se verán señales en el sol, en la luna, en los cielos y elementos, y los hombres se secarán á causa del espantoso temor que se apoderará de ellos [1]. El Anticristo levantará la persecución más

[1] Luc., xxi, 26.

cruel que jamás se ha visto, y obrará tales portentos por arte del demonio, que los mismos elegidos serían seducidos por él, si no se abreviase el tiempo de su imperio [1]. Pondera el espantoso y universal incendio que abrasará todo el mundo y todas las cosas de él; ciudades, palacios, jardines, todos los monumentos del orgullo humano en breve tiempo quedarán reducidos á pavesas. Y cuando ya todo el mundo no sea más que una inmensa soledad y un vasto cementerio, de repente resonará por todos los ámbitos de la tierra la formidable trompeta que hará levantar de sus sepulcros á todos los muertos [2], resucitando gloriosos ó condenados, según el estado de la propia alma. Contempla cómo todos los hombres ya resucitados, y tú entre ellos, se van reuniendo en el valle de Josafat [3]. Vienen los ángeles, y van separando los malos de en medio de los buenos [4], al modo que el pastor separa los cabritos de los corderos [5]. ¡Oh separación espantosa y cruel, que durará por toda la eternidad! Jesucristo, juez de vivos y muertos, precedido de su sagrado estandarte, descenderá con gran majestad, sentado sobre nubes resplandecientes, entre los atronadores aplausos de los justos y los furiosos y desesperados gritos y alaridos de los malos, los cuales pedirán á los montes que los aplasten para no ver tal majestad. ¡Oh Juez soberano! ¡Cuán eficazmente os vengaréis de todas las injurias que ahora recibís de los hombres! ¡Cómo temblarán los malos al veros sentado sobre trono resplandeciente, dando contra ellos muestras de espantosa ira! ¡Oh alma! ¿Qué será de ti en aquel día? ¿Qué pensarás al ver el incendio universal del mundo? ¿Cómo resucitará tu cuerpo? ¿Qué efectos causará en ti la venida del Juez?

Punto 2.º *Examen que se hará en el juicio universal.*—Considera cómo reunidos todos los hombres y puestos los malos á la izquierda del soberano Juez y los buenos á la derecha, comenzará el más terrible proceso contra aquéllos. Se abrirán los libros en que están escritos los pecados de todos [6], comunicando Dios una luz soberana para que todos vean los pecados de cada uno, y cada uno los de todos, sin que nada pueda encubrirse ni disimularse. Se leerán las promesas y profesión que cada cuál hizo, para que aparezcan más patentes y manifiestas las transgresiones. Se descubrirá el mal uso de los beneficios, dones, talentos y gracias, siendo más riguroso el juicio de los que más han recibido. ¡Qué confusión para el pobre pecador! Pero pondera las terribles increpaciones que habrá de oir á pesar suyo. Le acusarán los demonios, trayéndole á la memoria los tiempos, lugares y ocasiones en que sucumbió á sus tentaciones; los ángeles, dando testimonio de las veces que pretendieron sanarle, y

[1] Matth., XXIV, 22. — [2] I Thessal., IV, 15. — [3] Joel., III, 2. — [4] Matth., XIII, 49. — [5] Ibid., XXV, 32. — [6] Apoc., XX, 12.

resistió á sus cuidados; sus superiores, sus compañeros, sus inferiores, los cómplices de sus culpas, los escandalizados con sus malos ejemplos, los pervertidos con sus perniciosas doctrinas; su propia conciencia, que no podrá ocultar ni olvidar nada; el mismo Jesucristo, que le dirá lo del salmo [1]: «Pensaste neciamente que había de ser yo semejante á ti». ¡Pobre pecador! ¿Adónde volverá los ojos? ¿En dónde hallará consuelo? Entonces verá con espanto y rabia á muchos, que habían recibido menos gracias que él, y habían sufrido mayores tentaciones y estado rodeados de más graves peligros, que están colocados á la derecha. Verá á muchos infieles, que con menos luces creyeron; á muchos pecadores, que con menos gracias se convirtieron; á muchos tibios, que con menos auxilios salieron de su pereza, en la cual él ha sucumbido. Si es sacerdote, verá á muchos laicos en la gloria; si es religioso, verá á sus hermanos y á muchos seglares á la diestra del Juez. ¡Oh desesperación tremenda! ¡Oh pecador desgraciado! Mira bien la suerte que te ha de tocar, si no sales del cieno de tus vicios é iniquidades; ten compasión de tu pobre alma [2], y procura limpiarla de sus culpas y pecados antes que caiga en las manos de Dios vivo [3]. ¿Qué querrías haber hecho entonces? ¿Qué debes hacer ahora?

Punto 3.º *Sentencia del Juez soberano.*—Aquí has de considerar la sentencia definitiva, inapelable y eterna, que proferirá el soberano Juez en favor de los buenos y contra los malos. Con ella alegrará y consolará á los justos; confundirá y humillará á los réprobos; ostentará su divina bondad y justicia, y patentizará su admirable providencia, recibiendo todos de Dios la alabanza que hayan merecido ó las reprensiones de que se hayan hecho dignos. Contempla á Jesús, que con semblante amable y cariñoso se vuelve á los buenos, que están á su derecha, y les dice con ternura [4]: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os tengo preparado; tuve hambre y me alimentasteis, tuve sed y me saciasteis, estuve enfermo y me visitasteis». Por el contrario, volviendo su rostro airado y terrible contra los malos, dirá: «Apartaos de mí, malditos; al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus secuaces». Pondera bien cada una de estas palabras, pensando que puede llegar un día que el Señor te las dirija para tu desgracia y sin remedio, y resuélvete á obrar de tal modo ahora, que en aquella hora tengas la dicha de oir las bendiciones del Señor, y recibir la sentencia favorable que dará á los buenos. Mira, finalmente, cómo luego de fallada la causa de unos y otros, se cumplirá sin dilación la sentencia, yendo los réprobos al suplicio eterno [5], para lo cual es de creer que se abrirá la tierra, y en espantosa confusión, y entre furio-

[1] Psalm. XLIX, 21. — [2] Eccli., XXX, 24. — [3] Hebr., X, 31. — [4] Matth., XXV, 34. — [5] Matth., XXV, 46.

sos alaridos, maldiciones y blasfemias, demonios y pecadores descenderán al profundo abismo, cerrándose en pos de ellos la temible abertura, para que no salgan por toda una eternidad. Entretanto los justos, acompañados de los ángeles y guiados por el Salvador, subirán á la vida eterna [1], para cantar á Dios perpetuas alabanzas. ¡Oh Dios eterno! ¿Qué será de mí en aquel día formidable? ¿Cuál será mi suerte? ¿Entre quiénes seré contado? ¡Oh justísimo Juez de las venganzas! Perdonadme generoso mis pecados; borrad mis iniquidades antes que llegue el día de la cuenta, para que, al ser juzgado, no sea yo condenado; antes oiga la sentencia apetecible que me llene de consuelo y me dé la eterna gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Qué día de tanta angustia, temor y dolor será el día del juicio universal! Los preparativos y anuncios de él no pueden ser más temibles. Señales espantosas en el sol, luna y estrellas; guerras, pestes, terremotos en el mundo; persecuciones, crueldades de los malos contra los buenos, apostasías lamentables, milagros falsos con todas las apariencias de verdaderos; no parecerá sino que todo el infierno se conjura, para librar la última batalla á Jesucristo. Mas de nada servirán sus esfuerzos. Un fuego vivísimo, encendido por el soplo de Dios, cubrirá la tierra; y cuando todo esté consumido, y en el mundo reine el más profundo silencio, el Ángel del Señor tocará la trompeta, haciéndola resonar por todo el universo; al instante resucitarán todos los muertos, dirigiéndose al valle de Josafat, adonde bajará también Jesús desde el cielo, vestido de majestad y gloria. Preparado y dispuesto todo, colocados los malos á la izquierda del Juez y los buenos á la derecha, comenzará el proceso. ¡Qué examen tan escrupuloso! ¡Qué acusaciones tan fundadas, ciertas y comprobadas! ¡Qué confusión para el pecador, que no sabrá ni tendrá qué responder! Pero ¿quién será capaz de comprender lo temible de la sentencia? ¡Sentencia definitiva, inapelable y la más grave que se puede imaginar! ¡Ay del que la oiga contra sí! ¿Qué debemos hacer nosotros para que nuestra sentencia sea favorable? ¿Qué quisiéramos en aquella ocasión haber hecho? ¿Qué pecados desearíamos haber llorado y enmendado? Ahora que tenemos tiempo y gracia, resolvamos eficazmente la enmienda de ellos, formando eficaces propósitos y pidiendo gracia para cumplirlos; roguemos por la conversión de los infieles y por los demás fines acostumbrados.

[1] Matth., xxv, 46.

8.ª—INFIERNO Y ETERNIDAD DE SUS PENAS.

PRELUDIO 1.º Representémonos una espantosa caverna en el centro de la tierra, sin respiradero, llena de humo y fuego, y habitada de demonios y condenados.

PRELUDIO 2.º Pidamos un saludable temor de tales tormentos.

Punto 1.º *En qué consiste el infierno.*—Considera en este punto lo que es el infierno, del modo que la fe nos lo enseña. Infierno es una cárcel perpetua, llena de fuego y de innumerables y muy terribles tormentos, para castigar eternamente á los que mueren en pecado mortal. Infierno es un estado eterno, en el cual los pecadores, en castigo de sus pecados, carecen de todos los bienes que pueden desear para su contento, y padecen todos los géneros de males que pueden temer para su tormento. De suerte que en él se junta toda la privación de todos los bienes que en esta vida gozan los hombres y en la otra los ángeles, y la presencia de todos los males que en esta vida afligen á los hombres y en la otra á los demonios. Esto puedes considerar, discurriendo por todos los males y miserias que padeces ó ves padecer á otros, aumentándolos y eternizándolos con la consideración. Porque, si aquí padeces hambre y sed, entiende que en el infierno tendrás otra hambre y sed incomparablemente mayor, y además eterna. Si padeces algún dolor ó deshonra, pobreza ó tristeza, ó falta de amigos, etc., todo esto padecerás en el infierno con tanto exceso, que lo de acá es como pintado y como un soplo; pero lo de allá será todo terribilísimo y nunca se ha de acabar, porque pasados cincuenta mil años, quedan cincuenta mil millones que pasar; y, pasados éstos, otros y otros sin cuento. Cerca de seis mil años hace que Caín está en el infierno, y es como si hoy comenzara; y casi dos mil años ha que el rico Epulón arde y pide una gota de agua, y siempre arderá y la deseará. ¡Oh Dios eterno! Ahora veo cuán gran locura es, por no padecer en esta vida tan breves y pequeños trabajos, ponerme á peligro de padecer males tan grandes y tan largos; ilustradme con vuestra soberana luz para que por los males presentes conozca la terribilidad de los eternos tormentos, y dadme gracia para que, sufriendo con paciencia estas insignificantes penas, me libre de las eternas. ¿No nos atemoriza el infierno? ¿Hemos conocido en qué consiste esta verdad? ¿Hemos meditado sus penas?

Punto 2.º *Eternidad del infierno.*—En este punto has de considerar las causas y circunstancias de la eternidad, ponderando cómo todo cuanto hay en el infierno es eterno. El condenado es eterno, no sólo cuanto al alma, sino cuanto al cuerpo, después de la resurrección; porque será inmortal, y aunque desee morir, la muerte huirá de él, ni Dios le cumplirá este deseo; antes las rabias por deshacerse le darán terrible tormento,

viendo que no puede alcanzar lo que desea [1]. El lugar es eterno, sin que pueda arruinarse, y el fuego que en él hay es también eterno, porque el soplo eterno de Dios [2] servirá de piedra azufre que le irá conservando sin tener necesidad de otra leña, y este fuego tendrá la virtud partida [3], porque abrasará y no consumirá, y así siempre durará lo abrasado por él. El gusano que allí muerde será eterno, sin que haya quien le pueda matar [4], porque la podredumbre de donde se engendra, que es la culpa, nunca se acaba, y la viva aprensión de ella y de la pena nunca cesa, y así la cruel mordedura que hace en la conciencia nunca tendrá fin. El decreto de Dios es también eterno é irrevocable, porque está resuelto á no revocar la sentencia definitiva que dió, ni librar del infierno al que una vez entra en él, porque allí no hay redención de cautivos, ni rescate de presos, ni precio para ello, pues que la sangre de Jesucristo no pasa allá. Finalmente: todas las penas serán eternas [5], porque las culpas también lo serán, por cuanto en el infierno no hay perdón de pecados, ni penitencia verdadera, ni satisfacción que se acepte, ni sangre de Jesucristo que se aplique. Por lo cual, el que quiere morir sin penitencia de sus pecados, virtualmente quiere que ellos sean eternos, y eterno sea también su castigo. ¡Oh Dios verdadero! No permitáis caiga en tan extremada locura, que ose cargar sobre mí el peso inmenso de vuestra indignación eterna. Abrid los ojos de tantos ciegos que voluntariamente se arrojan al suplicio eterno, por no aborrecer con tiempo sus culpas; haced que muden su vida por la penitencia, para que vos podáis revocar la sentencia que tienen merecida. Y tú, alma, ¿no temes este ser eterno obligado á miserias eternas? ¿No te horroriza este fuego, este soplo, este gusano y este decreto de Dios sempiterno?

Punto 3.º *Continuación é invariabilidad de las penas del infierno.*—Considera aquí cómo las penas del infierno de tal manera durarán para siempre, que serán continuas sin interrupción, é invariables sin diminución; de modo que, aunque duren millones de años, no habrá ni un solo día de vacaciones, ni cesará la pena por una sola hora ni por un momento, ni la pena substancial se menoscabará, ni tendrá un mínimo alivio [6]; como se vió en el Epulón, á quien negó Abraham tan pequeño refrigerio, como era tocarle la lengua con el dedo mojado en agua: antes se le acrecentarán nuevas penas accidentales con las nuevas entradas de otros condenados; y la mudanza que acá suele ser de alivio, si la hay en el infierno, será para nuevo tormento; porque si los lujuriosos, como dice Job [7], pasan de los ardores del fuego á las aguas de la nieve, será para que el ardor les congoje, por la guerra que trae con el frío, y el frío les cause mayor

[1] Apoc., IX, 6. — [2] Isái., XXX, 33. — [3] Psal. XXVIII, 7. — [4] Marc., IX, 45.
[5] SS. Thom., August., Greg. — [6] Luc., XVI, 24. — [7] Job, XXIV, 19.

temblor y crujir de dientes, batallando con el ardor. Pondera cómo, con ser los tormentos tan largos y continuos, no se gana costumbre en el padecer, de modo que cause alivio, antes cada día se hacen como nuevos, y con nueva impaciencia reverdecen. Porque como la soberbia de estos desventurados que aborrecen á Dios siempre crece [1], así crece la ira y envidia, la impaciencia, furor y rabia. Pues ¿quién tiene aliento para considerar tanta terribilidad, tanta duración, tanta continuación é inmutabilidad de penas? Si pasar una noche en vela, aunque sea en cama blanda, es tan doloroso, ¿qué será estar en aquella cárcel obscura del infierno en cama de fuego por toda la eternidad? ¡Oh justicia del Todopoderoso! ¡Quién no tiembla en vuestra presencia! Libradme, Señor, de vuestra ira [2], y no me castiguéis con vuestro furor; amparadme con vuestra misericordia, para que no caiga en tan espantosa y eterna miseria. ¿Qué hemos de hacer para preservarnos de tan duras penas? ¿Cómo está nuestra alma en orden á Dios? ¿Reina en ella el pecado?

Epílogo y coloquios. ¡Oh locura criminal del hombre que se atreve á pecar! En el mismo instante en que su voluntad consiente en la culpa, debajo de sus pies se abre el infierno, y todos los demonios se preparan á arrastrarle á él. Pero, ¿qué es el infierno? ¡Ah! Un lugar el más horrible; un estado el más espantoso; la privación absoluta y perpetua de todos los bienes que se pueden desear, y la reunión y cúmulo de todos los males que el hombre puede temer; y esto en un grado incomprensible y por toda la eternidad. Eterno será el condenado, y aunque clame por morir, la muerte huirá de él; eterno el lugar y fuego de que está lleno; eterno el gusano roedor que atormenta la conciencia del réprobo; eterno el decreto divino, eterna la culpa en que se funda y eterno el tormento con que se castiga. ¡Oh eternidad, cuán temible eres! ¿Quién se atreverá á vivir en pecado, si piensa en ti? Porque las penas que en ella sufre el condenado son de tal condición, que nunca cesan, ni disminuyen, ni se hacen más suaves por la costumbre, ni hay esperanza alguna de alivio, ni de refrigerio por siglos infinitos. ¡Oh dolor! ¿Caeremos nosotros en tan horribles penas? Si ahora muriésemos, ¿qué sería de nosotros? ¿Qué quisiéramos haber hecho? Avivemos la fe, y miremos con atención los propósitos que debemos hacer para estar preparados y preservarnos del infierno; y conociendo nuestra debilidad é inconstancia, pidamos al buen Jesús sus auxilios para cumplirlos y el remedio de todas las necesidades generales y particulares.

[1] Psalm. LXXIII, 23. — [2] Psalm. VI, 2.

9.ª—PENAS DEL INFIERNO EN PARTICULAR.

PRELUDIO 1.º Representémonos á un condenado atado de pies y manos, postrado en un lecho de fuego, rodeado de demonios que le atormentan, y en estado de completa desesperación.

PRELUDIO 2.º Pidamos conocimiento y temor de las penas del infierno.

Punto 1.º *Pena de sentido.*—En este punto has de considerar cómo todos los sentidos del condenado tendrán especial tormento, porque por ellos [1] han entrado los pecados; y serán aquéllos tanto más graves, cuanto más se haya pecado por éstos. La vista será atormentada, viendo cabe sí á sus enemigos, y padeciendo horribles visiones de figuras espantables que tomarán los demonios para atormentarla. El oído estará siempre oyendo blasfemias contra Dios, maldiciones y palabras injuriosísimas, con otros sonidos asperísimos á modo de aullidos, bramidos, suspiros lastimeros y quejas amarguísimas. El olfato olerá cosas hediondas, como piedra azufre y el abominable hedor que despedirán los cuerpos de los condenados. El gusto en la garganta y lengua gustará cosas amarguísimas más que hieles y ajenjos, con terribles arcadas y congojas de estómago [2], y padecerá hambre canina y sed rabiosa, deseando una gota de agua [3], que jamás le será dada. El tacto en todo el cuerpo padecerá grandes tormentos, juntándose para atormentarle los dolores de ojos, oídos y muelas, costado, corazón y gota, con llagas podridas, temblores continuos, fríos insoportables y ardores abrasadores. Pondera luego el espantoso tormento del fuego, el cual se entraña [4] con el condenado con tal trabazón, que, adonde quiera que va el demonio, es atormentado con él; y con ser uno, atormenta desigualmente á los condenados, y á uno mismo aflige más en aquella parte del cuerpo con la que más pecó [5] en vida; y además, carece de lo que suele dar alivio, y tiene lo que es puro tormento, porque quema y no consume, arde y nunca se menoscaba. ¿Qué será ver á un condenado metido en un pozo de fuego, en una inmensidad de llamas, con alaridos y gemidos, sin hallar refrigerio ni esperanza de alivio? ¡Oh cuán terrible mal es el pecado!; pues así le castiga un Dios misericordiosísimo, sin que jamás piense en sacar de tal tormento á la miserable criatura suya que voluntariamente lo ha escogido. ¡Oh alma! Contempla con atención este fuego, para que su ardor consuma el fuego de tus codicias y sensualidad: ¿no temes estos ardores sempiternos [6]? ¿No te horroriza este fuego devorador? ¿No te estremeces al pensar en las penas de los sentidos?

[1] Thren., III, 51. — [2] Jerem., IX, 15: XXIII, 15. — [3] Luc., XVI, 24. — [4] S. Thom.
[5] Sap., XI, 17. — [6] Isai., XXXIII, 14.

Punto 2.º *Pena de daño.*—Considera aquí la pena de daño, la cual es infinita, por privar de un bien infinito, que es Dios. Por manera que estos desventurados estarán para siempre privados de la bienaventuranza, desterrados del cielo, apartados de Dios y de sus santos, lo cual les dará suma tristeza, porque, aunque su entendimiento esté obscurecido para conocer lo que les podría dar algún alivio, no lo estará para lo que pueda originar nuevo tormento. Entonces verán la sublimidad y excelencia de la gloria para que habían sido criados, y que ellos por su loca voluntad han perdido. Si tanto sienten los hombres que les quiten algún mayorazgo á que tenían algún derecho, ¿cuánto más sentirán ellos que les quiten el mayorazgo eterno del cielo, á que podrían haber tenido derecho, si no le perdieran por su pecado? Y si la muerte es la más terrible entre las cosas terribles, porque aparta el alma del cuerpo y de todas las cosas visibles, ¿cuánto más terrible será la muerte eterna, en que se aparta el alma de Dios, de su reino y mundo invisible? Así como ni el ojo vió [1], ni el oído oyó, ni en el corazón del hombre puede caber la grandeza de los bienes que Dios tiene aparejados en el cielo para los que le aman, así también no es posible imaginar la terribilidad de los males que están encerrados en carecer para siempre de tales bienes. Con esta pena irá junto el carecer de la vista y compañía de Cristo Nuestro Señor, de su benditísima Madre, de los nueve coros angélicos y de todos los bienaventurados, cuya separación ha de causar terrible pena, sobre todo en el día del juicio, cuando se vean apartados de ellos. Y como ya saben que Dios es más generoso en premiar que riguroso en castigar, por los males que ellos experimentan, barruntarán los bienes de que hubieran gozado, si hubiesen seguido el camino de los justos. ¡Oh qué amargura tan dolorosa y qué dolor tan amargo causará todo esto á aquellos desventurados! ¡Oh Dios infinito! Descarguen sobre mí todas las demás penas de sentido, como sea sin pecado, con tal que no me castiguéis con esta pena de daño, privándome por mi culpa de vuestra amorosa visita. ¿No tememos nosotros el vernos eternamente separados de Dios y de sus santos? ¿Por qué nos separamos ahora de ellos pecando?

Punto 3.º *Pena de las potencias interiores del condenado.*—Considera ahora la pena que sufrirá el condenado en sus potencias interiores, las cuales serán también atormentadas á proporción de los pecados que con ellas haya cometido. La imaginativa será atormentada con horrendas imaginaciones [2], más terribles que las que padecen los muy melancólicos en sueños, y que las que padecieron los egipcios; de las cuales, dice el Sabio [3] que eran horribles y espantables, con visajes monstruosos y tristísimos de fieras y dragones, con bramidos y silbos que les causaban

[1] I Cor., II, 9. — [2] S. Thom. — [3] Sap., XVII, 4.

grande pavor y espanto. Los apetitos serán atormentados con la furia de las mismas pasiones, sintiendo vehementes temores y tristezas, tedios y agonías, iras y desesperaciones, envidias y rabias, con tan cruel guerra entre sí, que se despedazarán unos á otros. La memoria será atormentada con la continua y fija recordación de los bienes que poseyó, de los males que padece, y de los que están por venir en la eternidad, sin que pueda acordarse de otra cosa, si no es para mayor tormento. El entendimiento estará entenebrecido, sin poder discurrir ó entender cosa que le dé gusto; estará lleno de errores, ponderando y encareciendo sus males, juzgando con pertinacia que le hace Dios agravio, quejándose de Él como de injusto. La voluntad estará endurecida y obstinada en sus pecados y en el odio de Dios y de sus santos, sin poderse ablandar, ni mudar, ni arrepentir; y deseando hacer su propia voluntad, jamás podrá, porque está atado de pies y manos en aquellas tinieblas y no tiene libertad para ejercitar obras de luz y alegría. Finalmente: el corazón del miserable condenado es como un mar alborotadísimo, en el cual entran, como ríos caudalosos, todos los tormentos que se pueden sufrir por los cinco sentidos, exteriores é interiores, en castigo de haber dado su consentimiento á los pecados que con ellos cometió. ¡Oh! ¿Qué desdicha mayor podría haber, que las potencias que Dios me dió para gozarle y ennoblecerme, se convirtiesen en mis crueles verdugos para atormentarme y confundirme? ¡Oh Dios inmenso! Ayudadme á mortificar y labrar las potencias que me disteis, y sea yo su verdugo en esta vida, para que ellas no sean mis verdugos en la otra. ¿Cómo mortificamos nuestras potencias? ¿Sujetamos la imaginación? ¿Negamos la voluntad?

Epílogo y coloquios. ¡Oh infierno! ¡Cuán espantosas son tus penas! ¡Cuán desventurados los que entran por tus puertas! Después del día del juicio, cuando el cuerpo esté unido con aquellas infortunadas almas, padecerá horriblemente en cada uno de sus cinco sentidos. Vistas y figuras espantables; suspiros y alaridos intolerables; hedores hediondos; gustos amarguísimos; dolores vivísimos é insoportables. El fuego le envolverá de pies á cabeza, y atormentándole de un modo admirable, jamás le consumirá, y nunca se separará de él por todos los siglos. ¡Qué horror! Y ¿quién será capaz de imaginar la gravedad de la pena de daño? ¡Verse el infeliz réprobo, en un instante, privado por toda la eternidad de su dicha, de su fin, de su bienaventuranza, de su Dios; separado de todo consuelo, de la Virgen Santísima, de los santos y ángeles, y de todo lo que había esperado y deseado! ¡Qué tortura! ¡Ay del religioso, del sacerdote, del cristiano en aquellos momentos! ¿Qué pensará su entendimiento? ¿Qué recordará su memoria? ¿Qué amará su voluntad? ¿Qué sentirá su corazón? Cada una de estas potencias será como una fuente inagotable de amargura y de dolor eternos. ¿Deseamos librarnos

de tales penas? ¿Cómo empleamos nuestros sentidos y potencias? ¿Rehusamos la mortificación? Gozar aquí y en el otro mundo no es posible. Veamos los propósitos que debemos hacer, y roguemos fervorosamente al Señor que nos ayude á cumplirlos, y que se compadezca de los pecadores, convirtiéndolos, y que remedie todas las demás necesidades.

10.—PURGATORIO.

PRELUDIO 1.° Represéntate una cárcel obscurísima y llena de un fuego abrasador, en la que están metidas las almas que han de purificarse antes de entrar en la gloria

PRELUDIO 2.° Pide la gracia de conocer y temer las terribles penas del purgatorio, y de hacer penitencia para evitarlas.

Punto 1.° *Qué es el purgatorio.*—Considera cómo Dios Nuestro Señor ha ordenado que el que muera en gracia, pero sin haber pagado la pena merecida por sus culpas mortales ó veniales, no entre su alma en el cielo hasta pagarla en una cárcel [1] debajo de la tierra, deputada para esto, que llamamos purgatorio, á la cual es llevada por su ángel, luego que sale de este mundo. Acerca de esta verdad de fe has de ponderar primeramente cuán justo es Dios Nuestro Señor, y cuán grande la rectitud de su justicia, aunque mezclada con misericordia, porque ninguna culpa quiere dejar sin algún castigo, por lo cual en el sacramento de la Penitencia, cuando perdona la culpa mortal, conmuta la pena eterna en alguna temporal, mostrando en esto su infinita misericordia en perdonar la pena terribilísima que había de durar para siempre, y la justicia en pedir satisfacción con otra pena más ligera que dure poco. Mira cómo el Señor de tal modo exige que el hombre satisfaga con esta pena por sus culpas, que si no se paga en esta vida con alguna contrición, ó con algunas obras penales, ó con indulgencias, forzosamente se ha de pagar en la otra, así porque se guarde el orden de la divina justicia, como porque Dios es tan amigo de pureza, que no quiere admitir en el cielo al que no está muy purgado, no sólo de culpas, sino de penas que son reliquias de ellas. De donde has de sacar cuán grave mal es un pecado venial, pues con él es imposible entrar en el cielo hasta haberse bien purificado, y lo aborrece Dios tanto, que á sus mismos amigos, aunque sean muy santos, les detiene presos hasta que se purifiquen; y los humilla tanto, que les da por cárcel un lugar obscuro debajo la tierra, cercano al infierno. Tan pesada carga es la de cualquier culpa ó pena que de ella resulta, que da con nosotros en tan profundo abismo. ¿Y no evitaremos las faltas veniales? ¿No haremos penitencia de ellas? ¡Oh Cordero de Dios! Si en vuestra preciosa sangre lavan y blanquean los justos

[1] Zach., IX, 11: S. Thom.

grande pavor y espanto. Los apetitos serán atormentados con la furia de las mismas pasiones, sintiendo vehementes temores y tristezas, tedios y agonías, iras y desesperaciones, envidias y rabias, con tan cruel guerra entre sí, que se despedazarán unos á otros. La memoria será atormentada con la continua y fija recordación de los bienes que poseyó, de los males que padece, y de los que están por venir en la eternidad, sin que pueda acordarse de otra cosa, si no es para mayor tormento. El entendimiento estará entenebrecido, sin poder discurrir ó entender cosa que le dé gusto; estará lleno de errores, ponderando y encareciendo sus males, juzgando con pertinacia que le hace Dios agravio, quejándose de Él como de injusto. La voluntad estará endurecida y obstinada en sus pecados y en el odio de Dios y de sus santos, sin poderse ablandar, ni mudar, ni arrepentir; y deseando hacer su propia voluntad, jamás podrá, porque está atado de pies y manos en aquellas tinieblas y no tiene libertad para ejercitar obras de luz y alegría. Finalmente: el corazón del miserable condenado es como un mar alborotadísimo, en el cual entran, como ríos caudalosos, todos los tormentos que se pueden sufrir por los cinco sentidos, exteriores é interiores, en castigo de haber dado su consentimiento á los pecados que con ellos cometió. ¡Oh! ¿Qué desdicha mayor podría haber, que las potencias que Dios me dió para gozarle y ennoblecerme, se convirtiesen en mis crueles verdugos para atormentarme y confundirme? ¡Oh Dios inmenso! Ayudadme á mortificar y labrar las potencias que me disteis, y sea yo su verdugo en esta vida, para que ellas no sean mis verdugos en la otra. ¿Cómo mortificamos nuestras potencias? ¿Sujetamos la imaginación? ¿Negamos la voluntad?

Epílogo y coloquios. ¡Oh infierno! ¡Cuán espantosas son tus penas! ¡Cuán desventurados los que entran por tus puertas! Después del día del juicio, cuando el cuerpo esté unido con aquellas infortunadas almas, padecerá horriblemente en cada uno de sus cinco sentidos. Vistas y figuras espantables; suspiros y alaridos intolerables; hedores hediondos; gustos amarguísimos; dolores vivísimos é insoportables. El fuego le envolverá de pies á cabeza, y atormentándole de un modo admirable, jamás le consumirá, y nunca se separará de él por todos los siglos. ¡Qué horror! Y ¿quién será capaz de imaginar la gravedad de la pena de daño? ¡Verse el infeliz réprobo, en un instante, privado por toda la eternidad de su dicha, de su fin, de su bienaventuranza, de su Dios; separado de todo consuelo, de la Virgen Santísima, de los santos y ángeles, y de todo lo que había esperado y deseado! ¡Qué tortura! ¡Ay del religioso, del sacerdote, del cristiano en aquellos momentos! ¿Qué pensará su entendimiento? ¿Qué recordará su memoria? ¿Qué amará su voluntad? ¿Qué sentirá su corazón? Cada una de estas potencias será como una fuente inagotable de amargura y de dolor eternos. ¿Deseamos librarnos

de tales penas? ¿Cómo empleamos nuestros sentidos y potencias? ¿Rehusamos la mortificación? Gozar aquí y en el otro mundo no es posible. Veamos los propósitos que debemos hacer, y roguemos fervorosamente al Señor que nos ayude á cumplirlos, y que se compadezca de los pecadores, convirtiéndolos, y que remedie todas las demás necesidades.

10.—PURGATORIO.

PRELUDIO 1.° Represéntate una cárcel obscurísima y llena de un fuego abrasador, en la que están metidas las almas que han de purificarse antes de entrar en la gloria

PRELUDIO 2.° Pide la gracia de conocer y temer las terribles penas del purgatorio, y de hacer penitencia para evitarlas.

Punto 1.° *Qué es el purgatorio.*—Considera cómo Dios Nuestro Señor ha ordenado que el que muera en gracia, pero sin haber pagado la pena merecida por sus culpas mortales ó veniales, no entre su alma en el cielo hasta pagarla en una cárcel [1] debajo de la tierra, deputada para esto, que llamamos purgatorio, á la cual es llevada por su ángel, luego que sale de este mundo. Acerca de esta verdad de fe has de ponderar primeramente cuán justo es Dios Nuestro Señor, y cuán grande la rectitud de su justicia, aunque mezclada con misericordia, porque ninguna culpa quiere dejar sin algún castigo, por lo cual en el sacramento de la Penitencia, cuando perdona la culpa mortal, conmuta la pena eterna en alguna temporal, mostrando en esto su infinita misericordia en perdonar la pena terribilísima que había de durar para siempre, y la justicia en pedir satisfacción con otra pena más ligera que dure poco. Mira cómo el Señor de tal modo exige que el hombre satisfaga con esta pena por sus culpas, que si no se paga en esta vida con alguna contrición, ó con algunas obras penales, ó con indulgencias, forzosamente se ha de pagar en la otra, así porque se guarde el orden de la divina justicia, como porque Dios es tan amigo de pureza, que no quiere admitir en el cielo al que no está muy purgado, no sólo de culpas, sino de penas que son reliquias de ellas. De donde has de sacar cuán grave mal es un pecado venial, pues con él es imposible entrar en el cielo hasta haberse bien purificado, y lo aborrece Dios tanto, que á sus mismos amigos, aunque sean muy santos, les detiene presos hasta que se purifiquen; y los humilla tanto, que les da por cárcel un lugar obscuro debajo la tierra, cercano al infierno. Tan pesada carga es la de cualquier culpa ó pena que de ella resulta, que da con nosotros en tan profundo abismo. ¿Y no evitaremos las faltas veniales? ¿No haremos penitencia de ellas? ¡Oh Cordero de Dios! Si en vuestra preciosa sangre lavan y blanquean los justos

[1] Zach., IX, 11: S. Thom.

sus almas para ser admitidos en vuestro reino, concededme en virtud de ella tan grande dolor de mis culpas, que también quede libre de las penas, para que, suelta mi alma de la cárcel de este cuerpo, no sea detenida en la cárcel del purgatorio.

Punto 2.º *Obscuridad y pena de daño que padecen las almas en el purgatorio.*—Considera aquí lo mucho que sienten las almas la obscuridad y tinieblas de aquella cárcel, en la que se carece de la vista de Dios, cuya pena es semejante á la pena de daño que padecen los condenados. Para conocer algún tanto la terribilidad de esta pena, pondera que allí está muy viva la fe de quién es Dios, y de cuán bueno, cuán hermoso y poderoso es: ven aquellas afligidas almas que Dios es su fin último y bienaventuranza suprema. Todo lo cual atiza el deseo de verle, y acrecienta la pena de la dilación que sufren por su culpa, porque la esperanza que se dilata aflige el corazón [1]. Otra causa de esta dolorosa pena es el amor de Dios, que está allí en su punto, y el alma que se halla en aquel lugar, desea sumamente ver á su amado para unirse con Él, y no tiene cosa que le divierta ni entretenga como cuando estaba en vida. Pues si tan grandes son las ansias de ver á Dios que tienen en vida algunos santos, que parece que se mueren de pena, y dicen como David [2]: «¡Ay de mí!, que se ha dilatado mi destierro, y ha mucho que mi alma peregrina en la tierra», ¿con cuánto mayor sentimiento lo dirán las almas que están detenidas en el purgatorio, amando, penando y no medrando? Finalmente: también causa esta terrible angustia la suspensión en que se encuentran, sin saber cuánto tiempo ha de durar esta cárcel y privación de Dios; y aunque están conformes con la divina voluntad, no dejan de tener grande pena, considerando que originalmente nace de su pecado, y que por sus culpas y negligencias de esta vida se hallan en tal estado sin poder contemplar á su divino Esposo Jesús, ni disfrutar de la compañía de la Virgen, de los ángeles y de los santos, y de las demás cosas que creen y esperan ver. ¡Oh Madre mía amantísima! Sólo Vos y el Dios que le formó sabéis la viva pena que sintió vuestro ternísimo Corazón en los tres días que estuvo separado de Vos el divino Jesús; por el mérito de tan excesivo tormento, os suplico me deis á conocer algo de lo que padecen las almas en el purgatorio, privadas de la vista y compañía de su amoroso Redentor. ¡Oh alma! Si tanta pena te causa la separación de una persona amada, ¿qué sentirás en el purgatorio, separada de tu Criador? ¿No te esforzarás en trabajar para preservarte de aquellas penas?

Punto 3.º *Pena de sentido que se padece en el purgatorio.*—En este punto has de considerar la pena que llaman de sentido que padecen las almas en el purgatorio, consistente en el fuego

[1] Prov., XIII, 12. — [2] Psalm. CXIX, 5.

que las aflige. Este fuego es el mismo que el del infierno, y, en su comparación, el de este mundo es como pintado. Además, atormenta milagrosamente á las almas, como instrumento de Dios, y de Dios airado, el cual tiene la mano muy pesada cuando venga la injuria. Y como el fuego derrite la plata para purificarla de la escoria, así este fuego derretirá, esto es, afligirá terriblemente las almas para purificarlas de la escoria que trajeron del mundo: y mientras hubiere que purificar, será continuo el dolor; porque no hay sueño ni distracción, ni cosa que temple su furia, como lo hay en esta vida. Por lo cual, como dicen los santos [2], los dolores del purgatorio exceden, en lo que es pena y tormento, á los dolores que pueden padecer en esta vida los hombres, y á los que padecieron los mártires, y aun á los que padeció el Rey de todos ellos, Jesucristo Nuestro Señor. Considerando todo esto, has de despertar en tu alma un grande temor de Dios y del rigor de su justicia, porque por ella, amando mucho á las almas del purgatorio y siendo amado de ellas, las ve padecer penas muy terribles y por culpas muy ligeras, y con todo las deja arder y penar hasta que paguen todo lo que deben. Saca también de aquí una firme resolución de satisfacer en vida por tus pecados, y abrazar de buena gana cualesquier penitencias y aflicciones, pues todas ellas son nada en comparación de las penas del purgatorio, y de huir cuanto fuere posible de los pecados veniales, pues no son otra cosa, como dice el Apóstol [3], sino leña, heno y paja con que se ceba el fuego que te ha de abrasar en aquel lugar. Y siendo tal este fuego, ¿es posible que no temas á Dios que con él te amenaza, y que no trates de evitarle por medio de la penitencia, y detestando lo que le sirve de alimento? ¡Oh buen Jesús! ¡Cuán grande es el rigor de vuestra justicia, que así quemáis al árbol fructuoso por unas pocas espinas que mezcló con su buena fruta! Pues que prometisteis purificar á los hijos de vuestra Iglesia, como se purifica el oro y la plata por el fuego, purificadme como quisiereis en esta vida, para que vaya á gozar de Vos en saliendo de ella.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien se descubre la severidad de la divina justicia á la luz del obscuro fuego del purgatorio! El hombre que peca, merece castigo; y aunque Dios en su misericordia le perdone la culpa y le libre de la pena eterna, no quiere dejar de sujetarle á alguna pena temporal, á fin de no abdicar completamente los derechos de su justicia. Y si no la paga en este mundo con un dolor vehemente ó con penitencias ó indulgencias, la habrá de pagar en el otro en el purgatorio, quizá por muchos años, entre amarguísimos tormentos. Allí, envuelta la pobre alma en tenebrosa obscuridad, conoce que Dios es sumamente amable y deseable, que es su tesoro, riqueza, felicidad y bienaventuranza, y no le posee ni sabe cuándo

[1] Malach., III, 2. — [2] SS. August., Greg., Thom. — [3] I Cor., III, 12.

le poseerá. Querría ir al cielo, y la puerta está cerrada para ella; desearía ver á Jesús, á la Virgen y á los santos, y no puede ni sabe cuándo podrá. ¡Oh estado tristísimo! Un noble encerrado en obscurísima cárcel, no es ejemplo adecuado de él. Y si á esta terrible privación se añade el tormento del fuego, ¿quién será capaz de comprender la espantosa terribilidad del purgatorio? El fuego de acá es como pintado si se compara con el de allá; los tormentos todos de este mundo son alivio en comparación de los de aquel lugar. Y conociendo todo esto, ¿no procuraremos evitar las culpas aun ligeras? ¿No temeremos á un Señor tan severo en castigarlas? ¿No haremos penitencia de nuestras culpas? Si un alma saliera de aquellas penas, ¿qué haría, puesta en este mundo? Ahora que el Señor nos da tiempo y ocasión, procuremos proponer y resolver lo que nos convenga; oremos con fervor por nosotros y por los demás, especialmente por las afligidas almas que allí se encuentran.

II.—SOBERBIA Y HUMILDAD.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Satanás cayendo del cielo como un rayo, en castigo de su soberbia.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de vencer la soberbia y practicar la humildad.

Punto 1.º *Modo como se peca por la soberbia.*—Considera cómo la soberbia es un apetito desordenado de la propia excelencia, y es de dos maneras [1]: Carnal y mundana, que pone la excelencia en bienes corporales, como hacienda, linaje, hermosura y demás; y espiritual, que se ceba en los bienes espirituales de ciencias y virtudes, ya atribuyéndose á sí lo que es de Dios, como si fuera suyo; ya atribuyendo á sus merecimientos lo que Dios le ha dado de pura gracia; ya creyendo que tiene muchos más bienes de los que de verdad tiene; ya, en fin, pensando ser singular [2] y excelente sobre todos en los bienes que tiene, ó deseando vanamente serlo, para que todos se le rindan y sujeten. Pondera luego los vicios que dimanan de la soberbia [3], como hijos de tan mala madre. El primero es la *vanagloria* [4], que es un apetito desordenado de ser conocido, estimado y alabado de los hombres, siendo sus actos el gloriarse de lo que se tiene, como si no se hubiera recibido de Dios; gloriarse de lo que no se tiene ó de cosa indigna de gloria; desear vanamente agradar á los hombres; alegrarse vanamente cuando es alabado, saboreándose en oir sus alabanzas, aunque sean falsas lisonjas. El segundo vicio es la *jactancia*, alabándose á sí mismo, diciendo lo que no tiene, ó exagerando lo que tiene, ó descubriendo sin necesidad lo que debiera encubrir. El tercero es *ambición*, de-

[1] Casian. — [2] Psalm. XI, 5; Isai., X, 13; S. Greg. — [3] S. Thom. — [4] S. Basil.

seando desordenadamente honras y dignidades que no merece, ó procurándolas por malos medios ó con demasiada afición, poniendo en ellas su fin. El cuarto es *presunción*, presumiendo de sí cosas grandes, mayores de lo que puede, y arrojándose á ellas con temeridad. El quinto es *hipocresía*, fingiendo una virtud que no tiene, para que le tengan por santo. El sexto es *protervia* en su propio juicio, anteponiéndole al de los demás, aunque sean superiores. El séptimo es *desprecio* de los demás, haciendo poco caso de ellos, primero de los menores, después de los iguales, luego de los superiores, y, por último, del mismo Dios. Considerando estos vicios, y lo mucho que en ellos has pecado, debes confundirte grandemente, y pedir á Dios que te perdone. ¡Oh quién nunca hubiera caído en tales culpas! ¡Quién siempre hubiese detestado un vicio tan irracional! Porque, ¿qué hay en mí que no lo haya recibido [1]? Y si lo he recibido, ¿por qué me glorío como si no lo hubiese recibido y fuese del todo mío? Perdonadme, Señor, tal atrevimiento, y libradme de tales culpas. ¿Somos nosotros soberbios? ¿Caemos en alguno de los vicios que nacen de la soberbia? ¿Cómo hemos de vencerlos?

Punto 2.º *Castigos de los soberbios.*—En este punto has de considerar los castigos que ha hecho Dios en algunos soberbios en esta vida, y hará en todos en la otra. Porque, conforme á su amenaza, que dice [2]: «Quien se ensalzare, será humillado», suele privarlos de la excelencia que tienen, negarles lo que desean, y en su lugar darles la bajeza y confusión que temen. Así lo hizo en Satanás y sus ángeles, los cuales, por su soberbia, perdieron las excelencias de la gracia, y no alcanzaron las preeminencias en las sillas de la gloria, y fueron echados del cielo empíreo al abismo del infierno [3]. Por semejantes castigos pasaron Adán, Nabucodonosor, Holofernes, Senaquerib, Herodes, y otros, que apetecieron ser como Dios, y no le dieron la gloria que le debían. Pondera luego cómo el mayor castigo que Dios hace en esta vida por un pecado, es permitir por su causa otros muchos, y quitar los favores especiales de su gracia que preservaran de ellos; y de este modo castiga la soberbia, la cual es causa de las sequedades, desconsuelos y desamparos que nos suceden, y por ella permite Dios graves caídas en lujurias é infidelidades; como sucedió á Ananías [4] y Safira, que por vanagloria vendieron el campo, y vinieron á caer en graves culpas, y á tener muerte desastrada. Medita sobre todo las penas del soberbio en la otra vida, en donde padecerán especial confusión con terrible vergüenza, viéndose sumamente despreciados, y bajo los pies de Lucifer los que aquí pretendían el primer lugar, y oyendo las mofas y escarnios de los demonios que les dirán [5]: «Tú has sido

[1] I Cor. IV, 7. — [2] Matth., XXIII, 12. — [3] Isai., XIV, 15; Luc., X, 18.
[4] Act. V, 5; S. Basil. — [5] Isai., XIV, 10.

llagado como nosotros, y te han hecho semejante en la pena, como lo fuiste en la culpa; derribada ha sido tu soberbia hasta los infiernos, y hasta lo más profundo de sus lagos.» ¡Oh humildísimo Jesús! Pues bajasteis del cielo y os vestisteis de nuestra miserable naturaleza, para enseñarnos á huir de la soberbia y á buscar la humildad, suplícoos que obréis en mí tal prodigio, que, aborreciendo con toda mi alma aquel abominable vicio, me abrace con la humildad que tanto deseáis hallar en vuestros discípulos. ¿Deseamos nosotros librarnos de los castigos reservados á los soberbios? ¿Huimos para esto de tan pernicioso vicio?

Punto 3.º *Bienes grandes de la humildad.*—En este punto puedes considerar los grandes bienes que alcanzarás si mortificas la soberbia y abrazas la humildad. Estos bienes se incluyen en la promesa que hizo Jesús, diciendo que quien se humillare será ensalzado; en la cual se encierran tres grandes favores, que hace á los que de verdad se humillan, librándoles de las miserias en que habían caído, conservándoles las gracias y excelencias que han recibido, y levantándoles de nuevo á otras mayores: y así, los que se humillan con corazón contrito por haber pecado, son ensalzados de Cristo en lo mismo en que se humillan, porque les perdona los pecados, aparta de ellos los castigos que merecían, dales su gracia y caridad, levántalos á la dignidad de hijos de Dios, oye sus oraciones, y llénalos de grandes dones, porque Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes [1]. El rey Acab [2], porque se humilló delante de Dios, se libró del castigo con que le había amenazado. El publicano [3] quedó justificado por su humildad, siendo reprobado el fariseo por su soberbia. De la misma manera, los justos, humillándose, son ensalzados de Dios en la misma justicia, aumentándoles la santidad, los dones de gracia, y la honra y gloria que merecen por ella. Por lo cual dice el Sabio [4]: «Cuanto fueres mayor, tanto más humíllate, y hallarás gracia delante de Dios», como la halló la Virgen Santísima, que por su profunda humildad fué levantada á la dignidad de Madre de Dios. ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues que dijisteis: «Aprended de Mí que soy humilde de corazón [5]», deseando que todos os imitemos en la virtud de la humildad, de la cual nos disteis los más esclarecidos ejemplos, infundid en mi alma esta importantísima virtud, de modo que la practique en mis pensamientos, palabras y obras, humillándome delante de Dios, de mis superiores y de mis iguales, no para merecer la exaltación, sino sólo por conformarme con Vos en la humillación. ¿Deseamos nosotros hacernos dignos de los favores del cielo? ¿Cómo, cuándo y en qué cosas podemos y nos conviene humillarnos?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán grave mal es la soberbia!

[1] Jacob, IV, 6. — [2] III Reg., XXI, 29. — [3] Luc., XVIII, 14. — [4] Eccli., III, 20.
[5] Matth., XI, 29.

Por ella el hombre pretende la excelencia que no merece, ni le conviene, ya en las cosas materiales y mundanas, ya en las espirituales y divinas, llegando á alzarse con aquello que sólo es propio de Dios. Los hijos que de tan mala madre nacen, son la vanagloria, la jactancia, la ambición, la presunción, la hipocresía, la protervia y el desprecio de los demás; y el desgraciado que la admite en su corazón sentirá que van creciendo continuamente estos venenosos frutos, hasta pretender asemejarse á Dios. Mas ¡ay de él! Presto caerá sobre él la indignación del Señor, el cual, en castigo, le privará de los bienes que posea, le negará los que desee y le sujetará á los males que tema. Así lo hizo con Lucifer y con otros innumerables soberbios. ¡Ay del hombre orgulloso! Quiere levantarse contra Dios, y en justo castigo será desamparado de Él, y de pecado en pecado, de abismo en abismo, no parará hasta el abismo del infierno, en donde será eternamente hollado por los demonios. En vista de esto, ¿no temeremos la soberbia? ¿No arrancaremos de nuestro corazón las raíces todas de este vicio? ¿No practicaremos la humildad, esa virtud divina que atrae las miradas del Señor, libra de todos los males, alcanza todos los bienes, y nos hace merecer eterna exaltación? Pero, ¿qué medios debemos practicar para alcanzarla? ¿En qué nos hemos de corregir? Escudriñémoslo cuidadosamente; propongamos lo que nos convenga hacer y enmendar, pidiendo gracia para ello, y suplicando con fervorosos coloquios al Señor nos libre á todos de la soberbia y nos dé la humildad y las demás gracias que deseamos.

12.—AVARICIA Y POBREZA DE ESPÍRITU.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesús, diciéndonos: «No seáis demasiado solícitos por las cosas materiales».

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de huir del vicio de la avaricia, y practicar y guardar la pobreza espiritual.

Punto 1.º *Modos cómo se peca por avaricia.*—La avaricia es un apetito desordenado de riquezas y bienes temporales, y se peca en ella de muchas maneras. Lo primero, deseando tomar lo ajeno contra el décimo mandamiento de la ley de Dios, ó tomándolo por la obra, ó reteniéndolo contra el séptimo. Lo segundo, usando mal de lo propio, con escasez, y no repartiéndolo, cuando obliga la ley de la justicia ó de la caridad y misericordia, con los necesitados, teniendo entrañas duras con ellos. Lo tercero, buscando estos bienes con demasiadas ansias, poniendo todo el corazón en ellos, atropellando por esta causa los mandamientos de Dios y de su Iglesia, y las obligaciones del propio estado. De donde nacen muchas culpas que son hijas de la avaricia; es á saber: mentiras, fraudes, perjurios, violencias, tiranías, cruel-

011741

dades, pleitos, discordias y otras innumerables; por cuyo motivo dijo el Apóstol [1] que la codicia era raíz de todos los males. Lo cuarto, peca el religioso haciendo contra el voto de la pobreza alguna acción propietaria sin licencia del Superior, como usurpando para sí lo que otros le han dado, ó enajenándolo, ó escondiéndolo, usando de lo que tiene en uso prohibido, ó con modo propietario, esto es, con afición desordenada, como si fuera propio, entristeciéndose ó quejándose de que se lo quiten, aunque sea por justo título. Lo quinto, se falta haciendo las obras buenas, principalmente por interés temporal, ó por sólo él dejar las obligatorias, atropellando las reglas de su estado y oficio. Meditando estos varios modos de pecar por avaricia, has de examinar detenidamente si has caído en alguno de ellos, ya deseando lo ajeno, ya conservando con desorden lo propio, ya faltando á tus promesas y votos, ya, en fin, poseyendo alguna cosa que sea como ídolo, al cual adore tu codicia; porque cierto es lo que dice el Apóstol [2], que la avaricia es servidumbre y adoración de ídolos. ¡Oh Jesús mío! Confieso con grande vergüenza que no pocas veces me ha arrastrado la afición á las cosas del mundo, ora deseándolas con afán, ora conservándolas con inquietud, ora sintiendo con demasía su pérdida. Por vuestra admirable pobreza os pido me hagáis participante de vuestro espíritu, con el cual pise las cosas terrenas, y sólo suspire por las celestiales. ¿Nos domina algún tanto la avaricia? ¿Cómo nos portamos en el uso de las cosas materiales?

Punto 2.º *Castigos de la avaricia.*—Considera aquí los castigos de la avaricia; ya los que trae consigo este pernicioso vicio, ya también los que el Señor añade en este mundo y en el otro. Pondera primeramente cómo la avaricia, según el Apóstol [3], es raíz de dos suertes de males, á que se reducen todos los de esta vida; á saber: culpas y penas, pecados y dolores, los cuales se juntan para castigar á la madre que los sustenta; y así ella es verdugo de sí misma, poniendo al codicioso en grandes congojas y aflicciones por ganar ó por conservar sus riquezas, con una miserable servidumbre ó esclavonía de ellas. Es también lazo de Satanás, con que le arrastra por espinas y abrojos de tentaciones, nieblas en la fe y remordimientos de conciencia, y de cuidados que le punzan, y con él al fin le ahorca, como á Judas, entre el cielo y la tierra; porque ni le deja gozar de los bienes de la tierra, ni que alcance los del cielo. Pondera luego los castigos que en este mundo ha enviado Dios á los que pecan de algún modo por avaricia. Acán [4] pretendió enriquecerse contra el precepto del Señor, y fué quemado vivo con su familia é intereses: Nabal [5] negó á David el necesario alimento, y murió secándosele el corazón: Jezabel [1] usurpó la viña á Nabot, y fué comida de los perros: Ananías y Safira [2], según se cree, quebrantaron el voto de pobreza y murieron repentinamente: Judas [3] vendió al Señor, y se ahorcó. Mira, finalmente, los castigos del otro mundo, en donde los avarientos padecerán gravísimo dolor con la aprensión de su terrible necesidad, viendo que les falta todo cuanto deseó su codicia. ¡Oh Dios omnipotente, rico en hacer misericordias! Libradme de esta insaciable pasión de la avaricia, de la cual nacen tan grandes y espantosas miserias; mil veces prefiero padecer ahora necesidades temporales que, nadando en la abundancia, caer después en las eternas. ¿No temeremos nosotros el dejarnos llevar de la avaricia? ¿Qué hemos de hacer para vencer este vicio?

[1] I Tim., VI, 10. — [2] Ephes., V, 5.— [3] I Tim., VI, 9, 10. — [4] Josue, VII, 25.
[5] I Reg., XXV, 10, 37.

Punto 3.º *Bienes de la pobreza de espíritu.*—Considera aquí los grandes bienes que reportarás, mortificando la codicia y el amor á las riquezas. Dos modos hay de practicar esta mortificación: uno es quedándose con el dominio de las cosas y ejercitándose en mortificar la afición desordenada á ellas, ya haciendo limosnas, ya repartiendo generosamente los bienes cuándo y como convenga; y otro modo es dejando todas las cosas por Cristo, como hacen los religiosos. Ambos modos encierran grandes bienes, porque, generalmente, á todos los pobres de espíritu prometió Jesucristo [4] el reino de los cielos, así el reino de la otra vida como el que se goza en ésta, que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo [5]. De suerte que si mortificas y vences la codicia, gozarás tres grandes bienes: justicia, con abundancia de buenas obras; paz, sin ruido de turbaciones, y gozo espiritual, libre de tristezas y congojas, porque habrás quitado la raíz de todos los males que impide estos bienes. Pondera luego, en particular, cómo, si practicas la pobreza del primer modo, siendo generoso y espléndido con Dios, Dios será generosísimo y abundantísimo contigo, pues por esto dijo [6]: «Dad y os darán; medida buena, llena, apretada y colmada pondrán en vuestro seno; y con la misma medida que midiereis á los otros seréis vosotros medidos». Mas considera los grandes bienes que reportan aquellos que mortifican la codicia del segundo modo, dejando por Cristo todas las cosas; porque como ésta es mayor generosidad con Dios, así el Señor será más generoso con ellos, cumpliendo la promesa que hizo de darles en esta vida el cien doblado de lo que le dan, y después la vida eterna, con un especial premio de sentarles en el día del juicio en tronos de grande gloria para juzgar las tribus de Israel y las naciones del mundo. ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues que vinisteis del cielo á la tierra á darnos ejemplos de pobreza, para que por ella subiésemos de la tierra al cielo, y escogisteis morir

[1] III Reg., XXI, 6. — [2] Act., V, 5; S. Augut.; Belarm. — [3] Joan., XII, 6.
[4] Matth., V, 3. — [5] Rom., XIV, 17. — [6] Luc., VI, 38.

desnudo en una cruz, saliendo del mundo sin tener cosa del mundo, dadme aborrecimiento de las riquezas temporales para que os sirva con perfección y alcance las eternas. ¿Mortificamos el amor á los bienes terrenos? ¿Procuramos desprendernos de ellos del modo que nos es posible?

Epílogo y coloquios. ¡Ay del avariento! ¡Ay del hombre que ha puesto su corazón en los bienes de este mundo! Cometerá muchos pecados, porque la codicia es la raíz de todos los vicios, y, por fin, perderá su alma eternamente. El que es dominado de esta repugnante pasión, unas veces desea lo ajeno injustamente, otras lo usurpa ó retiene, pisando los santos preceptos; ya lo busca con excesiva solicitud, ya lo distribuye con mezquindad y dureza, ya, en fin, falta á sus votos, si es religioso. ¿Qué hará el Señor con un hombre tal, que así menosprecia lo celestial por no perder lo terreno? ¡Ah! Permitirá que la misma avaricia sea su cruel verdugo, despertando en su corazón metalizado envidias, inquietudes, odios y otras bajas pasiones que no le dejen descansar de día ni de noche; enviarále terribles castigos ya en este mundo, de modo que ni halle consuelo en lo que tiene ni en lo que le falta, y, por fin, le privará de las infinitas riquezas de la gloria, condenándole á las eternas privaciones del infierno. ¿Quién, al pensar todo esto, no se decidirá por abrazar la pobreza de espíritu, esa virtud que el Señor quiso poner por primera piedra del edificio espiritual, y que es origen y principio de todos los bienes? ¿Pues cómo la practicamos nosotros? ¿Tenemos el corazón desprendido de las cosas terrenas? ¿Nos disgustamos cuando algo nos falta? ¿Nos quejamos del Señor, ó de los que están en su lugar? ¿Cómo hemos de reformarnos? ¿Qué propósitos nos conviene hacer? Veámoslo con cuidado: miremos lo que en la muerte querríamos haber hecho, y roguemos por nosotros y por los demás por quienes debemos pedir.

13.—LUJURIA Y CASTIDAD.

PRELUDIO 1.º Represéntate á Jesús, diciendo: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán á Dios».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de huir siempre de la lujuria y practicar la angélica virtud de la castidad.

Punto 1.º *Lujuria y sus castigos.*—En este punto has de considerar brevemente cómo la lujuria es un apetito desordenado de deleites sensuales ó de cosas feas y deshonestas, y se peca diciendo, haciendo ó pensando cosas contrarias á la castidad, complaciéndose en los pecados cometidos, ó deseando cometerlos de nuevo; y lo mismo mirando ó escuchando cosas impuras. Pondera cómo, siendo este pecado el que más aleja de Dios y aficiona á lo terreno, es también severamente castigado por el

Señor. Porque primeramente permite que el ángel de Satanás [1], que con el aguijón de la carne derriba á los lujuriosos, les dé crueles bofetadas, atormentando sus cuerpos con mil zozobras y enfermedades penosas, asquerosas y vergonzosas, con infamias y con otros mil tormentos, hasta consumir la hacienda, salud, contento y vida. Demás de esto, ha hecho Dios terribles escarmientos para mostrar la ojeriza que tiene con este vicio. Por él vino el diluvio que anegó al mundo [2], el fuego que abrasó á Sodoma y Gomorra [3], y la gran matanza que hizo Moisés en sus israelitas [4]. Con muerte repentina fué castigado un nieto [5] de Jacob por este pecado, y con grandes trabajos y afrentas lo fueron David y Salomón por el mismo, y los hijos de Helí murieron desastradamente [6]. Pondera singularmente con horror los tormentos excesivos que padecerán los lujuriosos en el infierno, cuyo fuego abrasará con especial tormento aquellos sentidos y partes del cuerpo que fueron instrumento del pecado. Y así, la imaginación, que se saboreaba en pensar estas carnalidades, padecerá representaciones horrendas, y los cinco sentidos, que fueron cinco fuentes de sucios deleites, serán como cinco balsas de increíble tormento; y el miserable lujurioso de pies á cabeza estará metido en el estanque de fuego y piedra azufre, porque vivió rendido á los olores y blanduras de su carne. ¡Oh alma mía! Considera bien las llamas del fuego infernal, para que huyas las llamas del fuego carnal; llora amargamente la menor falta que en este punto hayas cometido, y ruega al Señor que te mire con ojos de misericordia. ¿Sentimos nuestro corazón inclinado á tan funesto vicio? ¿Meditamos los tormentos con que es castigado? ¿Cómo nos portamos en las tentaciones?

Punto 2.º *Actos de la perfecta castidad.*—Considera aquí seis preciosos actos que abraza la perfecta mortificación de la lujuria y práctica de la castidad, los cuales son como las seis delicadas hojas de la azucena, que la simboliza. El primero es, tener pureza en la vista [7] y en el oído, cerrando las puertas de estos sentidos, para que no entre por ellos cosa que despierte algún mal pensamiento ó fea imaginación. El segundo es pureza en el uso de las cosas deleitables al sentido del olfato, gusto y tacto, apartándote de todas las cosas dulces y blandas que dañan á la castidad [8]. El tercero es pureza en las palabras, pláticas y conversaciones; en las risas, semblantes y meneos del cuerpo, y en los trajes y adornos exteriores, castificándolo todo de modo que en todo resplandezcan la honestidad y decencia cristianas. El cuarto es pureza en las amistades y en el trato familiar y amoroso con las criaturas, huyendo con sumo cuidado cualquier familiaridad demasiada con persona ocasionada á tiznar la casti-

1 II Cor., XII, 7. — 2 Genes., VI, 5, 7. — 3 Genes., XIX, 24. — 4 Num., XXV, 9.
5 Genes., XXXVIII, 9. — 6 I Reg., II, 34; IV, 11. — 7 Job, XXXI, 1.
8 I Petr., III, 2: S. Basil.

desnudo en una cruz, saliendo del mundo sin tener cosa del mundo, dadme aborrecimiento de las riquezas temporales para que os sirva con perfección y alcance las eternas. ¿Mortificamos el amor á los bienes terrenos? ¿Procuramos desprendernos de ellos del modo que nos es posible?

Epílogo y coloquios. ¡Ay del avariento! ¡Ay del hombre que ha puesto su corazón en los bienes de este mundo! Cometerá muchos pecados, porque la codicia es la raíz de todos los vicios, y, por fin, perderá su alma eternamente. El que es dominado de esta repugnante pasión, unas veces desea lo ajeno injustamente, otras lo usurpa ó retiene, pisando los santos preceptos; ya lo busca con excesiva solicitud, ya lo distribuye con mezquindad y dureza, ya, en fin, falta á sus votos, si es religioso. ¿Qué hará el Señor con un hombre tal, que así menosprecia lo celestial por no perder lo terreno? ¡Ah! Permitirá que la misma avaricia sea su cruel verdugo, despertando en su corazón metalizado envidias, inquietudes, odios y otras bajas pasiones que no le dejen descansar de día ni de noche; enviarále terribles castigos ya en este mundo, de modo que ni halle consuelo en lo que tiene ni en lo que le falta, y, por fin, le privará de las infinitas riquezas de la gloria, condenándole á las eternas privaciones del infierno. ¿Quién, al pensar todo esto, no se decidirá por abrazar la pobreza de espíritu, esa virtud que el Señor quiso poner por primera piedra del edificio espiritual, y que es origen y principio de todos los bienes? ¿Pues cómo la practicamos nosotros? ¿Tenemos el corazón desprendido de las cosas terrenas? ¿Nos disgustamos cuando algo nos falta? ¿Nos quejamos del Señor, ó de los que están en su lugar? ¿Cómo hemos de reformarnos? ¿Qué propósitos nos conviene hacer? Veámoslo con cuidado: miremos lo que en la muerte querríamos haber hecho, y roguemos por nosotros y por los demás por quienes debemos pedir.

13.—LUJURIA Y CASTIDAD.

PRELUDIO 1.º Represéntate á Jesús, diciendo: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán á Dios».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de huir siempre de la lujuria y practicar la angélica virtud de la castidad.

Punto 1.º *Lujuria y sus castigos.*—En este punto has de considerar brevemente cómo la lujuria es un apetito desordenado de deleites sensuales ó de cosas feas y deshonestas, y se peca diciendo, haciendo ó pensando cosas contrarias á la castidad, complaciéndose en los pecados cometidos, ó deseando cometerlos de nuevo; y lo mismo mirando ó escuchando cosas impuras. Pondera cómo, siendo este pecado el que más aleja de Dios y aficiona á lo terreno, es también severamente castigado por el

Señor. Porque primeramente permite que el ángel de Satanás [1], que con el aguijón de la carne derriba á los lujuriosos, les dé crueles bofetadas, atormentando sus cuerpos con mil zozobras y enfermedades penosas, asquerosas y vergonzosas, con infamias y con otros mil tormentos, hasta consumir la hacienda, salud, contento y vida. Demás de esto, ha hecho Dios terribles escarmientos para mostrar la ojeriza que tiene con este vicio. Por él vino el diluvio que anegó al mundo [2], el fuego que abrasó á Sodoma y Gomorra [3], y la gran matanza que hizo Moisés en sus israelitas [4]. Con muerte repentina fué castigado un nieto [5] de Jacob por este pecado, y con grandes trabajos y afrentas lo fueron David y Salomón por el mismo, y los hijos de Helí murieron desastradamente [6]. Pondera singularmente con horror los tormentos excesivos que padecerán los lujuriosos en el infierno, cuyo fuego abrasará con especial tormento aquellos sentidos y partes del cuerpo que fueron instrumento del pecado. Y así, la imaginación, que se saboreaba en pensar estas carnalidades, padecerá representaciones horrendas, y los cinco sentidos, que fueron cinco fuentes de sucios deleites, serán como cinco balsas de increíble tormento; y el miserable lujurioso de pies á cabeza estará metido en el estanque de fuego y piedra azufre, porque vivió rendido á los olores y blanduras de su carne. ¡Oh alma mía! Considera bien las llamas del fuego infernal, para que huyas las llamas del fuego carnal; llora amargamente la menor falta que en este punto hayas cometido, y ruega al Señor que te mire con ojos de misericordia. ¿Sentimos nuestro corazón inclinado á tan funesto vicio? ¿Meditamos los tormentos con que es castigado? ¿Cómo nos portamos en las tentaciones?

Punto 2.º *Actos de la perfecta castidad.*—Considera aquí seis preciosos actos que abraza la perfecta mortificación de la lujuria y práctica de la castidad, los cuales son como las seis delicadas hojas de la azucena, que la simboliza. El primero es, tener pureza en la vista [7] y en el oído, cerrando las puertas de estos sentidos, para que no entre por ellos cosa que despierte algún mal pensamiento ó fea imaginación. El segundo es pureza en el uso de las cosas deleitables al sentido del olfato, gusto y tacto, apartándote de todas las cosas dulces y blandas que dañan á la castidad [8]. El tercero es pureza en las palabras, pláticas y conversaciones; en las risas, semblantes y meneos del cuerpo, y en los trajes y adornos exteriores, castificándolo todo de modo que en todo resplandezcan la honestidad y decencia cristianas. El cuarto es pureza en las amistades y en el trato familiar y amoroso con las criaturas, huyendo con sumo cuidado cualquier familiaridad demasiada con persona ocasionada á tiznar la casti-

[1] II Cor., XII, 7. — [2] Genes., VI, 5, 7. — [3] Genes., XIX, 24. — [4] Num., XXV, 9.
[5] Genes., XXXVIII, 9. — [6] I Reg., II, 34; IV, 11. — [7] Job, XXXI, 1.
[8] I Petr., III, 2: S. Basil.

dad, no dando ni recibiendo donecillos que sean lazos ó tropiezos para faltar en ella. El quinto es pureza en apartarse de todas las ocasiones, así exteriores como interiores, que provoquen á cualquiera cosa que deslustre ó desmorone la castidad, como es la soberbia, ira, ociosidad y lugares peligrosos. El sexto y supremo grado es pureza en todos los pensamientos del corazón, y en los movimientos y alteraciones de la carne, de tal modo que ni en vigilia, ni en sueños, cuanto es de nuestra parte, se desvíe del dictamen de la razón. ¡Oh dulcísimo Jesús!; pues que os alimentáis entre las azucenas [1], hallándo vuestro contento y regocijo entre las almas puras y castas, concededme esta excelente virtud, con todos los grados y perfecciones que la embellecen y la hacen digna de vuestro divino aprecio, para que gustéis morar conmigo y no os separéis de mí por todos los siglos. ¿Somos castos en el uso de los sentidos, en las palabras y en las amistades? ¿Procuramos huir de todo lo que puede mancillar esta delicada virtud?

Punto 3.º *Premios de la castidad.*—En este punto has de considerar atentamente seis premios riquísimos que el Señor concede á aquellos que se resuelven á pelear con ánimo generoso contra los bríos de la carne y abrazar la castidad. El primero es enviar ángeles que asistan con ellos y les ayuden en esta guerra para que salgan con victoria, como sucedió á santa Cecilia, santo Tomás y otros. El segundo es asistir el mismo Dios con particular protección á la guarda de los castos, los cuales, con su pureza, no sólo se hacen semejantes á los ángeles, sino al mismo Señor de los ángeles, fuente de toda pureza, el cual gusta de tratar familiarmente con los castos y admitirlos á su amistad. El tercero es, por las bodas carnales á que renuncian, admitirlos á las bodas espirituales [2], desposándose espiritualmente con su alma con desposorio de fe, misericordia y caridad, y comunicándoles deleites de espíritu tan soberanos, que olvíden del todo los de la carne. El cuarto favor es, por los hijos carnales que pudieran tener, darles abundancia de hijos espirituales, incomparablemente mejores, llenándoles de buenas obras, de ricos merecimientos y de muchas almas ganadas para Cristo por su ejemplo y palabra. El quinto favor abraza muchas gracias y privilegios muy singulares que les concede, en testimonio de lo mucho que ama la castidad; porque, si los esposos regalan espléndidamente á sus esposas, mucho más lo hará Jesús con las suyas, cuales son las almas castas. El último favor es aquel singular privilegio de seguir en la gloria al Cordero donde quiera que fuere [3]; porque quien le imita en esta vida, abrazando su virginidad y pureza, es justo le siga en la otra, participando de su excelentísima gloria. Considerando estos soberanos premios, has de moverte á deseo

[1] Cant., II, 16. — [2] Osee, II, 20. — [3] Apoc., XIV, 4; August.

de alcanzarlos, perdiendo, si es necesario, todas las cosas del mundo para no verte privado de ellos. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! Gustoso dejaré, no sólo la capa, como José [1], sino la honra, hacienda, contento, vida y todas las cosas, antes que ofenderos con la pérdida de la castidad; sabiendo con certeza que, si por vuestro amor renuncio á la tierra, Vos me haréis rey en vuestro cielo. ¿Hemos visto los sublimes premios de la castidad? ¿Deseamos alcanzarlos? ¿Qué hemos de hacer para esto?

Epílogo y coloquios.—¡Cuán repugnante y asqueroso es el vicio carnal! Ni siquiera su nombre [2] debiera oirse entre los cristianos. Mas ¡cuán fácil es deslizar en él, y cuán severos los castigos enviados por Dios á los que se han dejado esclavizar del mismo! Infamia, deshonor, desprecio del mundo, enfermedades vergonzosas, embrutecimiento intelectual: todo viene á caer sobre el desdichado impuro. Diluvios, incendios, guerras, pestes, fuego eterno, tormentos indecibles, desesperación perpetua: tales son las últimas consecuencias del vicio carnal. ¡Ay del lujurioso! Su gozar será breve y acibarado, su penar inexplicable y eterno. Mas los castos, aquellos que en el uso de sus sentidos, en las amistades, relaciones, conversaciones y trato con el mundo, procuran apartarse de todas las cosas que pueden mancillar la virtud angelical; aquellos que se esfuerzan en contener dentro de los límites y de las leyes de la pureza todos los afectos de su corazón, recibirán premios inmensos. Los ángeles serán sus compañeros, Dios mismo será su protector, y á Él se unirán espiritualmente; sus palabras obrarán maravillosas conversiones; veránse llenos de gracia en este mundo, y en el otro seguirán eternamente al Cordero divino. ¿Qué hacemos, pues, nosotros? ¿Qué dice á esto nuestro corazón? ¿Sentimos que la conciencia nos remuerda de no haber obrado según esta doctrina? ¿Nos hallamos actualmente en alguna ocasión ó peligro? ¿Sentimos la rebeldía de nuestras pasiones? ¿Con qué medios nos opondremos eficazmente á ellas?.... Entremos en reflexión sobre nosotros mismos, hagamos firmes propósitos, y con fervientes y humildes plegarias, dirijámonos al Señor, pidiéndole gracia al efecto para nosotros y para todos nuestros prójimos.

14.—IRA Y MANSEDUMBRE.

PRELUDIO 1.º Represéntate á Jesucristo, diciéndote: «El que se aira contra su hermano, es reo de juicio».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de saber enfrenar la ira y tener paciencia.

Punto 1.º *Pecados que nacen de la ira.*—Considera cómo la ira es un apetito desordenado de vengar las injurias, ó un encendimiento desconcertado del corazón, por las cosas que su-

[1] Genes., XXXIX, 12. — [2] Ephes., V, 3.

ceden contra nuestro gusto. De ella proceden tres clases de pecados. Unos de pensamiento, como son odio del prójimo, propósitos de vengarse de él, deseos de que le suceda algún mal, gozo de que le haya sucedido, tristeza de su bien y saborearse con deleite en las venganzas. Otros pecados son de lengua; es á saber: palabras vengativas é injuriosas en presencia, ó murmuraciones en ausencia; maldiciones, palabras altas y desentonadas con muestras de cólera; contiendas y porfías en las disputas por salir con la suya. Otros pecados son de obra contra el quinto mandamiento, como matar, herir ó maltratar al prójimo; no perdonar al injuriador, dando muestras exteriores de enemistad con él; discordias, pleitos, rencillas, cismas, bandos y guerras. Además, con la ira suele andar junta la impaciencia por los males que nos suceden contra la salud, honra ó hacienda, entristeciéndonos demasiado por el deseo vehemente y desordenado de librarnos de ellos. De lo cual nacen muchos pecados contra Dios y el prójimo y contra sí mismo, como quejas del Señor con asomos de blasfemia, poca conformidad con su voluntad, desconfianza, tedios de la vida, deseos impacientes de la muerte; poner en sí mismo las manos con rabia; ser áspero é intratable con los otros, y airarse con todos hasta con las bestias y cosas insensibles. Mirando todos estos pecados y las innumerables veces que en ellos has caído, debes humillarte grandemente y suplicar al Señor que te perdone. ¡Oh Dios infinito!; pues que vuestra ira es terrible, pero justa, contra los que se airan sin medida, suplícoos humildemente que esclarezcáis los ojos de mi alma, para que, considerando los terribles castigos que nacen de vuestra santa ira, refrene los malos ímpetus que nacen de la mía. ¿Hemos pecado nosotros en el vicio de la ira? ¿Nos ha dominado algunas veces la impaciencia?

Punto 2.º *Castigos de la ira.*—En este punto hemos de considerar los muchos daños y castigos de este vicio de la ira. Primeramente, la ira destruye la semejanza con Dios, cuyas obras son con gran tranquilidad; inquieta la conciencia, tapa la fuente de la divina gracia, ahoga el espíritu de devoción y los consuelos del Espíritu Santo, el cual mora y descansa en los humildes y quietos de corazón, y huye de los iracundos, en quienes mora el espíritu malo. Demás de esto, como el Señor es Dios de las venganzas, ejercítalas con rigurosa justicia contra los que se vengan con ira, y matan ó agravian á su prójimo; por lo cual dió terrible sentencia contra los dos primeros homicidas que hubo en el mundo, Caín y Lamech, disponiendo que del primero se tomase venganza siete veces, y del segundo, que no quiso escarmentar en aquel [1], setenta veces siete, esto es, venganza muy cumplida en todos los géneros de penas que hay en esta vida.

[1] Genes., IV, 24.

Pondera en particular lo que Jesucristo dijo acerca de esto [1]: «Quien se airare contra su hermano, será culpado en el juicio; quien le dijere raca ó vano, lo será en el concilio; y quien le llamare necio, será digno del fuego del infierno». De suerte que, comenzando la ira á señorearse del corazón, se comienza en el tribunal y consejo de la Santísima Trinidad á tratar de la venganza, creciendo el rigor del castigo como crece la gravedad del pecado, llegando á castigar con el fuego del infierno al que no ha querido contener el fuego de la ira [2]. Y aunque el fuego del purgatorio y del infierno sean el mismo, aquél es llevadero por la paciencia, y éste es intolerable por la ira. ¡Oh pacientísimo Jesús! Vos que, como mansísimo cordero, en medio de las mayores aflicciones, no desplegasteis los labios para quejaros, ni en vuestro corazón hubo un solo movimiento desordenado contra vuestros verdugos, libradme, os ruego, de la ira é impaciencia, pues no hay mayor infierno que vivir á ella rendido y de Vos tan apartado. ¿No tememos los castigos de la ira? ¿Los hemos merecido alguna vez?

Punto 3.º *Bienes de la mansedumbre.*—Considera aquí los grandes bienes que trae consigo la perfecta mortificación de la ira, abrazando las dos virtudes que la resisten, mansedumbre y paciencia. Porque estas virtudes nos dan señorío y posesión quieta de nosotros mismos y de nuestras pasiones; porque los mansos poseen la tierra de su corazón, y con la paciencia poseemos nuestras almas y alcanzamos paz de conciencia con alegría cordial de espíritu. Á más, la mansedumbre nos hace amables, y la paciencia nos hace admirables; porque el que hace las obras con mansedumbre, es amado más que la honra y gloria; y quien tiene valor para reprimir su ira y sufrir el agravio, acredita su persona y edifica á los prójimos, porque mejor es y más admirable el paciente que el fuerte. También estas virtudes nos hacen amables á Dios, y nos dan entrada al trato familiar con su Majestad, como Moisés por su mansedumbre tuvo con Él estrecha familiaridad, y por un poquito que faltó en ella, se le menoscabó el espíritu que había recibido [3]. Finalmente: si somos mansos y sufridos, participaremos con excelencia del espíritu de Jesucristo, el cual se esmeró en estas dos virtudes, y las recomendó especialmente á sus discípulos; y cuando dos de ellos faltaron á las mismas con color de celo, deseando vengarse de los samaritanos, les dijo [4]: «No sabeis cuál es vuestro espíritu»; como si dijera: El espíritu de mis discípulos no ha de ser de ira, sino de mansedumbre; no de venganza, sino de sufrimiento. ¡Oh manso y paciente Jesús! Vos, siendo maldecido, no maldecíais [5], padeciendo injurias, no amenazábais, y recibiendo gravísimos desprecios, correspondíais con divina mansedumbre ó callabais con admirable silencio; ayudadme, para que, á imitación vuestra,

[1] Matth., V, 22.— [2] S. August. —[3] S. Dionis. —[4] Luc., IX, 55. —[5] I Petr., II, 23.

venza la ira, reprima la impaciencia, abrace la mansedumbre y me haga digno de eterno premio. ¿Comprendemos las ventajas de la paciencia y mansedumbre? ¿Cuándo y cómo hemos de ejercitar estas virtudes?

Epílogo y coloquios.—¡Cuán digno de lástima es el hombre iracundo que con facilidad se deja arrastrar de los ímpetus de cólera y de los deseos de venganza! ¡Cuántos pecados cometerá á cada momento! Pecados de pensamiento, palabra y obra; deseos punibles, rencores injustos, odios, enemistades, contiendas, disputas, maldiciones y blasfemias, daños del prójimo, injusticias y pleitos. De todos ellos se formará una cadena no interrumpida, que le arrastrará al precipicio del infierno. En este mundo vivirá en continua desesperación é inquietud; atraerá sobre sí la indignación de Dios, la repugnancia de los hombres y los castigos del cielo; y en el otro, su ira rabiosa le obligará á temblar y dar diente con diente por toda la eternidad. ¡Ay de nosotros si nos dominase la ira! Mas, si domando el genio y natural, ejercitamos la paciencia y mansedumbre, nos enriqueceremos de méritos, nos haremos dignos del amor y aprecio de nuestros prójimos, y el Señor nos hará participantes de su divino Espíritu. ¿Qué hacemos, pues, en vista de todo esto? ¿Nos domina la ira ó impaciencia? ¿Cuándo y en qué circunstancias faltamos por este vicio? ¿Qué propósitos prácticos debemos hacer para dominarnos? Veámoslo con detenimiento é imparcialidad; no nos disimulemos ni excusemos á nosotros mismos, y si nos sentimos débiles para reformarnos, acudamos al que es la misma fortaleza con amorosos coloquios y vivas súplicas, rogando al propio tiempo por las necesidades que se nos han encomendado.

15.—GULA Y TEMPLANZA.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesucristo sentado á la mesa, viendo la modestia y templanza con que toma el sustento corporal.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de mortificar la gula y practicar la virtud de la templanza.

Punto 1.º *Maneras de pecar por la gula.*—Considera cómo la gula es un apetito desordenado de comer y beber [1], y se peca en ello de cinco maneras. Primero, comiendo manjares prohibidos por la Iglesia, ó quebrantando sus ayunos, ó aquellos que estamos obligados á guardar por voto particular ó por razón de nuestro estado [2]. Segundo, tomando el manjar ó bebida en demasiada cantidad, ó con grave daño de la salud corporal, ó de la espiritual, que se impide por esto; ó bebiendo hasta perder ó turbar el juicio. Tercero, procurando manjares ó bebidas de tal

[1] S. Thom. — [2] S. Greg.

calidad, que sean muy regalados ó preciosos, más de lo que pide la persona ó estado, por sólo regalo ó sensualidad. Cuarto, comiendo más veces de lo que conviene, fuera de tiempo, y en ocasión que puede hacernos daño, ó en lugar no conveniente, ó contra la prohibición ó regla de la religión. Y quinto, comiendo con demasiado afecto, saboreándose en lo que se come por solo deleite, y con modo inmodesto y apresurado, sumido todo en lo que se está haciendo con pensamientos y palabras de sensualidad. Considerando estos cinco modos de pecar por este vicio tan vil, por una parte has de llorar las muchas culpas que has cometido, y por otra has de hacer grandes propósitos de mortificarte, guardando las reglas de la templanza en las cinco cosas dichas [1]; á saber: en el precepto, cantidad, calidad, tiempo y modo; huyendo en la cantidad de dos extremos, que ni sea tanta que te cargue, ni tan poca que no te sustente; en la calidad, contentándote con manjares ordinarios, antes groseros que exquisitos, imitando á Jesús, que comía pan de cebada; y en el modo, comiendo de manera que al mismo tiempo no sea comido el espíritu [2] y esclavizado del manjar. ¡Ay de mí, Dios mío! Que casi siempre peco, cuando como y bebo, sirviendo más á mi sensualidad que á mi necesidad, y buscando más el deleite de mi carne que la conservación de mi vida. Compadeceos, Señor, de mi flaqueza, y socorredme con vuestra gracia, para que no me arrastre la gula. ¿Nos ha dominado alguna vez este vicio? ¿Nos excedemos en la calidad, cantidad, tiempo ó modo de comer?

Punto 2.º *Castigos de la gula.*—Considera en este punto los castigos de la gula, de los cuales unos proceden del mismo vicio, otros son impuestos y enviados de Dios en esta vida, y otros reservados para la otra. Pondera primeramente cómo la gula es castigo de sí misma, y de contado paga con la pena el deleite de la culpa, porque carga el cuerpo, quita la salud, acorta la vida y apresura la muerte [3]. Á más, aflige el espíritu, entorpece el entendimiento, inhabilita para la oración y trato con Dios, hace incapaz de los consuelos espirituales, porque se deja llevar de los carnales, y acobarda el corazón para cosas grandes del divino servicio; porque, quien se ve rendido á este enemigo, que es el más flaco, pierde el ánimo para acometer á otros más fuertes. Mira luego los castigos que en este mundo ha enviado Dios por pecados de gula. Por comer de una manzana contra el divino precepto [4], Adán y Eva perdieron el estado de inocencia, y fueron echados del paraíso. Los israelitas en el desierto desearon desordenadamente comer carnes, y cuando tenían el bocado en la boca [5], vino sobre ellos la ira de Dios, y el lugar de su hartura [6] fué llamado sepultura de su gula. Un

[1] S. Basil., S. Bern. — [2] Eccli., XXXI, 20. — [3] Luc., XXI, 34. — [4] Genes., III, 6.
[5] Psalm. LXXVII, 30. — [6] Num. XI, 34.

santo Profeta, porque comió en el lugar que Dios le había prohibido, fué devorado por un león [1], sin que le valieran los milagros que había hecho, ni la obediencia que había tenido, ni la necesidad que padecía, ni el engaño que sufrió de parte de otro que parecía ser de su misma profesión. Contempla, finalmente, los castigos de la otra vida en la persona del desgraciado Epulón [2], que comía y bebía espléndidamente durante su vida, y ahora está padeciendo hambre canina y sed rabiosa, sin poder esperar alivio por toda la eternidad. ¡Oh Dios mío! ¿Es posible que no llore yo mis glotonerías y excesos, viendo el rigor con que castigáis tales pecados, y que por los viles alimentos de esta miserable tierra venda el riquísimo mayorazgo del cielo? Haced, Señor, que, contemplando á los que han sido castigados por este vicio, escarmiente en cabeza ajena, antes que la pena venga por la propia. ¡Oh alma! Mira bien las consecuencias amargas del vicio de la gula; mira los castigos que él trae consigo, y los que Dios impone á los esclavos de él. ¿Aún no le temerás?

Punto 3.° *Ventajas y premios de la templanza.*—En este punto has de considerar los grandes bienes que proceden de la templanza, y los premios con que es recompensada por Dios en este mundo y en el otro. La abstinencia premia de contado la pena que trae á los principios, porque alivia al cuerpo, preserva de enfermedades, conserva la salud, alarga la vida, recrea el alma, habilítala para la oración y para recibir los consuelos del cielo; quita las armas á su enemigo, que es la carne, y sujétala al espíritu, para que ose acometer empresas gloriosas del divino servicio. Demás de esto, como Dios es tan generoso y compasivo, no consiente que vivamos sin algún deleite; y así, á los que se privan de los manjares del cuerpo, recrea con los del espíritu, y por los consuelos sensuales da los espirituales. De modo que no pierdan el consuelo, sino lo mejoren, traspasándole de la carne al espíritu. Á éstos comunica ilustraciones celestiales, como á Daniel, y les da esclarecidas victorias, como á sus tres compañeros contra Nabucodonosor, y los levanta á muy alta contemplación, como á Moisés y á Elías, dándoles parte en su gloriosa Transfiguración [3] en premio de su ayuno y mortificación. Pondera, finalmente, cómo los que mortifican este vicio tendrán en el cielo especial hartura, sentándolos Cristo á su mesa para que coman y beban en su reino de los manjares que come el mismo Dios. ¡Oh dulce Jesús! Pues todos los que son de vuestro bando han de crucificar la carne con sus vicios y codicias, concededme que mortifique la mía, como Vos mortificasteis la vuestra. Por la sed que padecísteis en la Cruz, y por la hiel y vinagre que os dieron en ella, os suplico me deis una templanza tan perfecta, que, comiendo y bebiendo, satisfaga mi necesidad sin servir al

[1] III Reg., XIII, 24. — [2] Luc., XVI, 19. — [3] Matth., XVII, 3.

deleite, y un ayuno tan estrecho que aplaque vuestra ira, como los ninivitas, satisfaga por mis pecados, espante á los demonios, alegre á los ángeles, y me haga merecedor de eterno premio. ¿Amamos nosotros la templanza? ¿Queremos alcanzar los premios de ella? ¿Cómo la practicamos?

Epílogo y coloquios.—¡Qué vicio tan impropio del ser racional es la gula! Por él se pone bajo el nivel de los brutos, los cuales conocen por instinto los manjares que no les convienen, y los dejan; y cuando está satisfecha su hambre, dejan de comer. El glotón nada respeta, ni la justa prohibición de quien tiene derecho para imponerla, ni la norma racional en la cantidad, calidad, tiempo ni modo. Con todo, es una grave obligación que todos tenemos el dominar la gula; y si omitimos el cumplirla, vendrán sobre nosotros los más tremendos castigos. ¡Qué efectos tan detestables produce este vicio en el desventurado que á él se rinde! ¡Qué daños tan espantosos ocasiona á sí mismo, á su familia y á toda la sociedad! Enfermedades en el cuerpo, torpeza en el alma, obscuridad en la mente, dureza de corazón; el entendimiento se embota, los intereses de la familia se descuidan, el cuidado de los hijos se olvida, y todo se arruina miserablemente. ¿Y qué castigos podrá temer de la justicia de Dios? Adán y Eva arrojados del paraíso, los israelitas muertos en el desierto, y tantos otros glotones víctimas de la divina indignación en este mundo y en el otro, son testimonios vivos de esta verdad. ¿Por qué, en vista de esto, no detestaremos la gula con toda nuestra alma? ¿Por qué no practicaremos la virtud de la templanza, que tantos bienes produce? ¿Qué debemos proponer y resolver para esto? Pensémoslo con atención, y, haciendo propósitos muy particulares y acomodados al estado actual de nuestra alma, pidamos al Señor y á la Virgen sus auxilios para cumplirlos, y roguémosles por la conversión de los pecadores, perseverancia de los justos y demás necesidades.

16.—ENVIDIA Y CARIDAD.

PRELUDIO 1.° Representémonos á Jesucristo, diciendo á sus discípulos y á nosotros con ellos: «Quien desee ser el mayor, hágase el menor, y el que pretenda presidir, sea el siervo de todos».

PRELUDIO 2.° Pidamos la gracia de vencer la envidia y abrazar la caridad fraterna.

Punto 1.° *Vileza de la envidia, y pecados que de ella nacen.*—Envidia es tristeza desordenada del bien del prójimo, en cuanto sobrepuja ú obscurece el nuestro; nace de la soberbia, acompáñala de ordinario la ira, y sus principales actos son aborrecer al prójimo, porque sus bienes contristan; gozarse de verle caído; pesar de verle ensalzado; sentir pena de sus alabanzas y gozo de sus vituperios; murmurar de él y de sus cosas, apocán-

santo Profeta, porque comió en el lugar que Dios le había prohibido, fué devorado por un león [1], sin que le valieran los milagros que había hecho, ni la obediencia que había tenido, ni la necesidad que padecía, ni el engaño que sufrió de parte de otro que parecía ser de su misma profesión. Contempla, finalmente, los castigos de la otra vida en la persona del desgraciado Epulón [2], que comía y bebía espléndidamente durante su vida, y ahora está padeciendo hambre canina y sed rabiosa, sin poder esperar alivio por toda la eternidad. ¡Oh Dios mío! ¿Es posible que no llore yo mis glotonerías y excesos, viendo el rigor con que castigáis tales pecados, y que por los viles alimentos de esta miserable tierra venda el riquísimo mayorazgo del cielo? Haced, Señor, que, contemplando á los que han sido castigados por este vicio, escarmiente en cabeza ajena, antes que la pena venga por la propia. ¡Oh alma! Mira bien las consecuencias amargas del vicio de la gula; mira los castigos que él trae consigo, y los que Dios impone á los esclavos de él. ¿Aún no le temerás?

Punto 3.º *Ventajas y premios de la templanza.*—En este punto has de considerar los grandes bienes que proceden de la templanza, y los premios con que es recompensada por Dios en este mundo y en el otro. La abstinencia premia de contado la pena que trae á los principios, porque alivia al cuerpo, preserva de enfermedades, conserva la salud, alarga la vida, recrea el alma, habilítala para la oración y para recibir los consuelos del cielo; quita las armas á su enemigo, que es la carne, y sujétala al espíritu, para que ose acometer empresas gloriosas del divino servicio. Demás de esto, como Dios es tan generoso y compasivo, no consiente que vivamos sin algún deleite; y así, á los que se privan de los manjares del cuerpo, recrea con los del espíritu, y por los consuelos sensuales da los espirituales. De modo que no pierdan el consuelo, sino lo mejoren, traspasándole de la carne al espíritu. Á éstos comunica ilustraciones celestiales, como á Daniel, y les da esclarecidas victorias, como á sus tres compañeros contra Nabucodonosor, y los levanta á muy alta contemplación, como á Moisés y á Elías, dándoles parte en su gloriosa Transfiguración [3] en premio de su ayuno y mortificación. Pondera, finalmente, cómo los que mortifican este vicio tendrán en el cielo especial hartura, sentándolos Cristo á su mesa para que coman y beban en su reino de los manjares que come el mismo Dios. ¡Oh dulce Jesús! Pues todos los que son de vuestro bando han de crucificar la carne con sus vicios y codicias, concededme que mortifique la mía, como Vos mortificasteis la vuestra. Por la sed que padecísteis en la Cruz, y por la hiel y vinagre que os dieron en ella, os suplico me deis una templanza tan perfecta, que, comiendo y bebiendo, satisfaga mi necesidad sin servir al

[1] III Reg., XIII, 24. — [2] Luc., XVI, 19. — [3] Matth., XVII, 3.

deleite, y un ayuno tan estrecho que aplaque vuestra ira, como los ninivitas, satisfaga por mis pecados, espante á los demonios, alegre á los ángeles, y me haga merecedor de eterno premio. ¿Amamos nosotros la templanza? ¿Queremos alcanzar los premios de ella? ¿Cómo la practicamos?

Epílogo y coloquios.—¡Qué vicio tan impropio del ser racional es la gula! Por él se pone bajo el nivel de los brutos, los cuales conocen por instinto los manjares que no les convienen, y los dejan; y cuando está satisfecha su hambre, dejan de comer. El glotón nada respeta, ni la justa prohibición de quien tiene derecho para imponerla, ni la norma racional en la cantidad, calidad, tiempo ni modo. Con todo, es una grave obligación que todos tenemos el dominar la gula; y si omitimos el cumplirla, vendrán sobre nosotros los más tremendos castigos. ¡Qué efectos tan detestables produce este vicio en el desventurado que á él se rinde! ¡Qué daños tan espantosos ocasiona á sí mismo, á su familia y á toda la sociedad! Enfermedades en el cuerpo, torpeza en el alma, obscuridad en la mente, dureza de corazón; el entendimiento se embota, los intereses de la familia se descuidan, el cuidado de los hijos se olvida, y todo se arruina miserablemente. ¿Y qué castigos podrá temer de la justicia de Dios? Adán y Eva arrojados del paraíso, los israelitas muertos en el desierto, y tantos otros glotones víctimas de la divina indignación en este mundo y en el otro, son testimonios vivos de esta verdad. ¿Por qué, en vista de esto, no detestaremos la gula con toda nuestra alma? ¿Por qué no practicaremos la virtud de la templanza, que tantos bienes produce? ¿Qué debemos proponer y resolver para esto? Pensémoslo con atención, y, haciendo propósitos muy particulares y acomodados al estado actual de nuestra alma, pidamos al Señor y á la Virgen sus auxilios para cumplirlos, y roguémosles por la conversión de los pecadores, perseverancia de los justos y demás necesidades.

16.—ENVIDIA Y CARIDAD.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesucristo, diciendo á sus discípulos y á nosotros con ellos: «Quien desee ser el mayor, hágase el menor, y el que pretenda presidir, sea el siervo de todos».

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de vencer la envidia y abrazar la caridad fraterna.

Punto 1.º *Vileza de la envidia, y pecados que de ella nacen.*—Envidia es tristeza desordenada del bien del prójimo, en cuanto sobrepuja ú obscurece el nuestro; nace de la soberbia, acompáñala de ordinario la ira, y sus principales actos son aborrecer al prójimo, porque sus bienes contristan; gozarse de verle caído; pesar de verle ensalzado; sentir pena de sus alabanzas y gozo de sus vituperios; murmurar de él y de sus cosas, apocán-

dolas y hundiéndolas, para verle despreciado. Pondera cómo la envidia se ceba unas veces en los bienes temporales, sintiendo que otros sean aventajados en hacienda, honra, dignidades, privanza con príncipes, hermosura en el cuerpo y otras excelencias semejantes. Otras veces se ceba en letras, ciencias, habilidades y artes, y en las excelencias que tocan al entendimiento, y esta envidia suele acometer á los que profesan estudios, y anda acompañada de porfías y contiendas y otros medios ilícitos para salir cada uno con su honra y desdorar la ajena. Otras se ceba en las virtudes y dones espirituales, entristeciéndose de que otros tengan excelencia en ellos y sean honrados y alabados como santos. Y cuando esta envidia crece, llega al supremo grado, que se llama envidia de la gracia y caridad fraterna, y es uno de los pecados que llaman contra el Espíritu Santo [1], entristeciéndose de que el prójimo sea virtuoso, y tenga gracias y dones del Divino Espíritu, deseando que no las tuviese; de donde nace el gravísimo pecado del escándalo, haciendo ó diciendo algo para que el prójimo pierda la gracia, al modo que lo hizo el demonio con el hombre en el paraíso. ¡Oh amantísimo Salvador! ¿Es posible que el hombre tenga envidia de su prójimo, al veros á Vos que os humilláis infinitamente para honrarle? ¡Oh ingratitud del hombre! ¡Oh atrevimiento inconcebible! Olvidándose de los bienes que generosamente Dios le ha concedido, querría usurpar los que ha recibido su prójimo, con menoscabo de la Providencia divina. Libradme, Señor, de este vicio de demonios, porque sé que si los imito en la envidia, sería participante de su pena. ¿Sentimos en nuestro corazón la pasión de la envidia? ¿Nos dejamos llevar de ella en los pensamientos, palabras ú obras?

Punto 2.º *Daños de la envidia.*—Aquí has de considerar los innumerables males que, ó se originan de la envidia, ó son enviados por Dios en castigo de este vicio. Primeramente, la envidia es como un soplo venenoso de la serpiente infernal, por la cual lanza todo su veneno junto, induciendo á gravísimos pecados; obscureciendo la razón, embraveciendo el alma, alterando el cuerpo, pudriendo los huesos [2], y mucho más destruyendo las virtudes fuertes del corazón. De aquí los terribles castigos, con que han sido afligidos los envidiosos. Caín [3] por envidia mató á su hermano Abel; quiso encubrir su pecado, desconfió del perdón, y se perdió. Los hermanos de José [4] vendieron á éste por esclavo, movidos de la envidia, y aunque se les humilló, no se aplacaron, y después debieron humillarse ellos á él. Coré, Datán y Abirón [5], por envidia, quisieron usurpar la suprema dignidad, y se abrió la tierra y los tragó vivos. Saúl, envidioso de David, vivió como endemoniado, y se mató como desesperado. Los

[1] S. Thom. — [2] Prov., XIV, 30. — [3] Genes., IV, 8. — [4] Genes., XXXVII, 28.
[5] Num., XVI, 31.

judíos [1] entregaron por envidia á Jesús, y fueron destruidos y dispersos, sufriendo los mayores castigos que ha visto el mundo. Pondera, finalmente, los castigos del infierno, en donde los envidiosos, con rabia increíble, se convertirán contra sí mismos, mordiendo sus carnes, y el cruel gusano que muerde sus conciencias aguzará sus dientes con la envidia, acordándose de los bienes que perdieron y otros alcanzaron, especialmente después que el día del juicio vean la gloria de los buenos á quienes acá despreciaron. ¡Oh! Desgraciado aquel que sigue los caminos de Caín [2], persiguiendo con envidia á sus hermanos; y como Balaam les da malos consejos, y como Coré pretende ensalzarse, hundiéndolos á ellos! ¡Oh Dios mío! ¿Cómo habéis tenido tanta paciencia, que ni la tierra me ha tragado, ni me habéis arrojado de vuestra presencia, ni me habéis enviado una muerte miserable? Vuestra infinita bondad ha hecho esto, Dios mío, y por ella os pido me libréis de la envidia y me comuniquéis una perfecta caridad. ¿No temeremos caer en los gravísimos males de la envidia? ¿Nos hemos hecho reos de los castigos que tal pasión merece?

Punto 3.º *Bienes de la caridad fraterna.*—Considera cómo la caridad fraterna es el poderoso antídoto con que el alma vence á la diabólica envidia, resiste á sus malos movimientos; de modo que, aunque la acometa la tristeza del bien del prójimo, no consiente con ella. Pasando más adelante, se goza de los bienes que su prójimo tiene, y le da el parabién, como si fuesen suyos. Por último, desea que muchos tengan las excelencias que él tiene, y aun mayores, si así Dios lo quisiera. Pondera cómo es generosidad de ánimo cristiano querer más el gusto de Dios que el suyo, y la gloria de Dios más que la suya; y si Dios quiere y se glorifica en que el prójimo tenga mayores dones naturales ó sobrenaturales que tú, justo es que tú también gustes de ello. No has de ser como Josué, criado de Moisés, que tenía envidia que otros profetizasen, sino como Moisés, que decía [3]: «Quién me diese que todos profetizasen», que fuesen todos sabios, prudentes y santos, y glorificasen mucho á Dios. Ni has de ser como los discípulos del Bautista que tenían envidia de que Cristo bautizase, sino como el mismo Bautista, que decía [4]: «Conviene que Cristo crezca y yo me deshaga». Demás de esto, la caridad fraterna de todas las cosas saca bien para sí, de suerte que, alegrándose de los bienes del prójimo, los hace propios, y entristeciéndose de sus males, merece que Dios le libre de ellos. Y al modo que los envidiosos padecen ya un infierno en este mundo, los caritativos disfrutan del reino de Dios, que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues que vinisteis á traer fuego á la tierra, y no deseáis sino que arda, encended en mi alma la llama de la verdadera caridad, que destruya

[1] Matth., XXVII, 18. — [2] Jud., vers. 11. — [3] Num., XI, 29. — [4] Joan., III, 30.

en mí toda envidia y avive el deseo santo de imitar á los buenos y de aventajarlos en la virtud, no para ser más honrado, sino para que Dios sea en mí más glorificado por todos los siglos. ¿Practicamos la caridad fraterna, alegrándonos de los bienes del prójimo y doliéndonos de sus males? ¿Conocemos los admirables frutos de esta caridad?

Epílogo y coloquios. ¡Qué vicio tan odioso y bajo es la envidia! El alma en quien domina esta pasión, ve con malos ojos á su prójimo, si le aventaja; quisiera quitarle los bienes que posee, alégrase cuando le ve humillado, entristécese cuando le contempla elevado, y los bienes de que disfruta son males para ella. La envidia es un pecado sumamente aborrecible, ya se cebe en los bienes naturales del cuerpo ó del alma, ya en los bienes espirituales y sobrenaturales; mas llega á su colmo la odiosidad que encierra este vicio, cuando alguno intenta robar á su prójimo los bienes sobrenaturales de la gracia y caridad, induciéndole á cometer pecado, escándalo enorme, que se llama pecado contra el Espíritu Santo. ¡Qué daños tan graves y de cuán severos castigos se hace merecedor el envidioso! En este mundo vive muriendo, el odio seca sus huesos [1], la felicidad del prójimo le causa suma tristeza, y halla desconsuelo de muerte en todo aquello que más debiera consolarle. Caín, los hermanos de José, Saúl, son los ejemplares en quienes debiera escarmentar; y si no lo hace, vendrá á caer en la suma infelicidad del infierno, en donde la envidia será el verdugo más cruel que le atormentará eternamente. ¿Cómo no temeremos tan baja pasión? ¿No plantaremos en nuestra alma la caridad fraterna, árbol frondoso que causa suma alegría y nos enriquece de preciosos frutos? ¿Qué debemos reformar, mejorar y perfeccionar en nuestra conducta? ¿En qué cosas nos combate este vicio? ¿De qué medios debemos echar mano para extirparlo? Pensémoslo detenidamente, hagamos eficaces propósitos, avergonzándonos en gran manera de nuestros pasados deslices, y supliquemos al Señor, firmeza y constancia en cumplirlos y remedio de todas las necesidades públicas y privadas.

17.— PEREZA Y FERVOR.

PRELUDIO 1.° Representémonos á Jesucristo reprendiendo nuestra pereza, diciéndonos: «¿Cómo estáis todo el dia ociosos?»

PRELUDIO 2.° Pidamos la gracia de vencer la pereza, y ser fervorosos en el divino servicio.

Punto 1.° *Pecados que nacen de la pereza.*— Considera cómo la pereza es una tristeza desordenada y tedio fastidioso de los ejercicios virtuosos. Muchos son los pecados que de ella se

[1] Prov., XVII, 22.

originan, y muchos los vicios que la acompañan. Tales son: temor demasiado de los trabajos y asperezas de la virtud, huyendo de ella por esta causa. Pusilanimidad y cobardía en acometer cosas arduas del divino servicio, escondiendo por esta causa los talentos que Dios ha concedido, y no usando de ellos cuando la ley de la justicia ó caridad obliga. Descuido y flojedad en el cumplimiento y observancia de la ley de Dios, de los consejos evangélicos y reglas del propio estado, haciendo estas cosas con quiebras, dilaciones y repugnancias, ó con fines bajos é intenciones serviles. Inconstancia en proseguir las obras de virtud, y llevarlas á cabo con instabilidad en ellas, salpicando de una en otra por quitar el enfado, hasta dejar el bien comenzado, volviendo atrás como perro al vómito. Desmayo y desconfianza de salir con la pretensión de las virtudes, y con la victoria de las tentaciones, hasta caer en el abismo de la desesperación. Rencor é indignación contra las personas espirituales, porque dan en rostro sus virtudes y buenos ejemplos. Ociosidad, perdiendo el tiempo precioso que Dios nos da para trabajar. Vagueación en diversas cosas ilícitas y vanas por solo entretenimiento, como distracciones voluntarias, soltura de lengua, palabras ociosas, juegos vanos, curiosidad de sentidos, vista de representaciones profanas, deseos de mudanzas, sin tener estabilidad en cosa alguna, si no es en ser mudable. Finalmente: todos los pecados de omisión proceden también de este mismo vicio, por lo cual no se pasará un día sin faltar en él muchas veces ¡Oh Dios mío! Confieso que en este solo vicio he pecado tantas veces, que no tienen número mis culpas; y así, todas juntas las arrojo en la muchedumbre sin número de vuestras infinitas misericordias, para que remediéis la muchedumbre sin número de mis miserias. ¿Hallamos nosotros haber faltado en el vicio de la pereza? ¿Estamos en ello habituados por desgracia?

Punto 2.° *Daños y castigos de la pereza.*— Considera en este punto los gravísimos daños de la pereza, no sólo los que nacen de ella misma, sino los que añade Dios en su castigo en esta y en la otra vida. Pondera cómo la tibieza es penosa y peligrosa sombra de muerte, y muy cercana al infierno. Ella vacía el corazón de consuelos celestiales, llénale de tristezas, y abre la puerta á innumerables tentaciones del demonio. El alma tibia es como la viña ó heredad que no se labra y está sin valladar [1], la cual se llena de ortigas de pecados, y de espinas de pasiones y amarguras, es pisada y hollada de los demonios y de varios pensamientos que, como pasajeros, entran y salen por ella; se halla pobre de bienes espirituales, y reducida á una mendiguez desaprovechada, y le sucederá lo que á las vírgenes fatuas [2], porque no será admitida al banquete del cielo. Demás de esto, los justos

[1] Prov., XXIV, 31. — [2] Matth., XXV, 9.

padecen gravísimos daños con la tibieza; porque ella es como carcoma de las virtudes, polilla de las buenas obras, acíbar de las conciencias, destierro de las divinas consolaciones, diminución de los merecimientos, y aumento de los trabajos; porque los tibios en la virtud andan llenos de temores y de deseos; trabajan mucho y medran poco, cayendo sobre ellos la maldición de Jeremías, que dijo [1]: «Maldito el que hace la obra de Dios con negligencia y fraude». Finalmente: como el siervo flojo [2] que enterró el talento de su Señor, perdió lo que tenía, y fué arrojado en las tinieblas exteriores, donde hay perpetuo llanto y crujir de dientes, así será castigado el perezoso en el infierno con pena muy proporcionada á su pereza, quitándole el talento de la fe y esperanza que tenía sepultada. Y porque amó la ociosidad y temblaba del trabajo, vivirá en perpetuas tinieblas, no obrando, sino padeciendo, temblando y dando diente con diente, por la terribilidad del tormento que padece. ¡Oh Dios eterno! Si por vuestra sentencia los cobardes [3] y perezosos perecieron en el desierto, sin entrar en la tierra que les habíais prometido, justo sería que por mi pereza fuese yo echado de vuestra casa, excluido de vuestro reino y arrojado en el abismo, atado de pies y manos. Pésame, Señor, de la tibieza pasada; libradme de ella por vuestra misericordia, para que merezca entrar en la tierra de promisión eterna. ¿Comprendemos nosotros los daños de la pereza? ¿Deseamos preservarnos de ellos? ¿Qué hemos de practicar al efecto?

Punto 3.° *Bienes del fervor espiritual.*—En este punto hemos de considerar los inmensos bienes que obtendremos si vencemos la acidia ó pereza, abrazando la alegría espiritual y el fervor en el servicio de Dios. De este modo las obras de virtud nos serán fáciles y suaves: trabajaremos poco y medraremos mucho, creciendo mucho en poco tiempo: como los obreros que vinieron tarde á la viña, trabajaron con tanto fervor, que merecieron tanto premio en una hora [4] como los tibios que habían trabajado muchas, sufriendo el peso del día y del estío, el cual peso no sintieran si hubieran trabajado con fervor; porque la alegría del espíritu hace la carga de la ley muy ligera y su yugo muy suave. Y demás de esto, ella aumenta los merecimientos, dobla los talentos recibidos, causa grande paz en el alma, y asegura mucho la perseverancia en el bien hasta alcanzar la gloria. Pondera también cómo Dios nuestro Señor gusta mucho de ser servido con fervor y alegría, porque como Él es esencialmente la misma alegría, y todas las obras que hace, y las mercedes que nos da es con grande alegría [5], gozándose en hacernos bien, justísimamente nos manda [6] que le sirvamos y le demos cuanto nos pida, no con tedio y tristeza, ni por fuerza y con repugnancia, sino con

[1] Jerem., XLVIII, 10. — [2] Matth., XXV, 18. — [3] Num., XIV, 23. — [4] Matth., XX, 9.
[5] Psalm. CIII, 31. — [6] Psalm. XCIX, 2.

fervor y alegría de corazón, porque Dios ama al dador alegre [1]. Á éste hace grandes mercedes, y oye las peticiones y deseos de su corazón [2]; y, finalmente, le da á gustar la alegría que se goza en el cielo, porque cumple alegremente la divina voluntad en la tierra. Y así, con grandes veras has de pedir á Dios nuestro Señor este espíritu nobilísimo de alegría en su servicio, diciéndole con David [3]: «Vuélveme la alegría de tu salud, y confírmame con tu espíritu principal». ¡Oh Salvador del mundo! Vos, como gigante [4], os alegrasteis para correr vuestra carrera, con ser muy áspera, por el grande amor que me tuvisteis; concededme la salud y alegría de espíritu que me ganasteis, para que corra de tal manera mi carrera, que merezca ganar la corona eterna. ¿Somos nosotros fervorosos de espíritu? ¿Qué debemos hacer y proponer para serlo?

Epílogo y coloquios. ¡Cuántas almas están rabiando en el infierno á causa del funestísimo vicio de la pereza! De esta fuente nace el temor desordenado á los trabajos de la virtud, la pusilanimidad en acometer cosas arduas, la flojedad en cumplir las propias obligaciones, la inconstancia en las obras buenas, el desmayo y desconfianza de vencer los obstáculos de la virtud, la indignación é hipo contra las personas virtuosas, la ociosidad, la vagueación, y, en una palabra, todos los pecados de omisión reconocen á la pereza por su mala madre. Y ¡cuántas calamidades y castigos atrae sobre el infeliz que se deja arrastrar de ella! El perezoso y tibio vive triste y desconsolado, porque ni participa de los consuelos del mundo ni de los regalos de Dios; es como viña sin valladar, cubierta de malezas y pecados, sin que sus frutos puedan llegar á sazón, pobre de virtudes, falto de alegría, hambriento de consuelo, víctima de la maldición de Dios, y expuesto á ser del todo vomitado y apartado del Señor. En la muerte sufrirá el espantoso desengaño de las vírgenes necias, y en el juicio padecerá la triste suerte del siervo perezoso. ¿Seremos todavía nosotros tan insensatos que nos dejemos llevar de tan detestable vicio? ¿No procuraremos despertar el fervor santo y aquella espiritual alegría que tan encarecidamente recomienda Dios á los que le sirven? ¿Qué nos conviene resolver al efecto de conseguirla? Pensémoslo, propongamos, y pidamos con humildad, fervor y confianza.

[1] II Cor., IX, 7. — [2] Psalm. XXXVI, 4 — [3] Psalm. L, 14. — [4] Psalm. XVIII, 7.

18.—MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Represéntate á Jesucristo diciéndote: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de conocer y llorar los pecados cometidos contra ellos, y guardarlos con fidelidad.

Punto 1.º *Pecados que se cometen contra los mandamientos.*— En este punto has de considerar los muchos pecados que has cometido contra la santa ley de Dios, ponderando cómo en el primer mandamiento, que prescribe las virtudes de fe, esperanza, caridad y religión, puedes pecar faltando á alguna de ellas con la infidelidad, desconfianza ó presunción y con el odio contra Dios, ó amando á las criaturas más que á Él; y asimismo, adorando al ídolo de tu propio juicio [1], ó teniendo por Dios al vientre [2], y no guardando á Dios la debida lealtad. En el segundo, que prohibe tomar el santo nombre de Dios en vano, pecas jurando sin verdad, justicia y necesidad; dejando de cumplir los votos y promesas, ó haciéndolas sin intención de cumplirlas, ó difiriendo sin motivo su cumplimiento. En el tercero, que manda santificar las fiestas, pecas haciendo en ellas obras serviles, dejando de oir Misa, ú oyéndola sin reverencia, ó haciendo cosas indignas de la fiesta y contrarias al fin de honrar á Dios, para que han sido establecidas. En el cuarto, que prescribe honrar á los padres, puedes faltar dejando de amar, respetar ú obedecer á tus padres y superiores, contradiciéndolos con protervia, haciendo con desgana lo que mandan, y no queriendo sujetarte á toda humana criatura por el Criador, como nos lo manda pór san Pedro [3]. En el quinto, puedes pecar causando algún daño á tu salud y vida y á la vida y salud del prójimo; y espiritualmente quebrantas este precepto matando tu alma con la culpa, y la de tu prójimo con el escándalo; ahogando el espíritu, esto es [4], resistiendo á las divinas inspiraciones y crucificando [5] con el pecado dentro de ti á Cristo. En el sexto, que prohibe todo pensamiento, palabra y obra contra la castidad, pecas hiriendo de algún modo esta virtud; y en sentido espiritual lo quebrantas aficionándote con desorden á las criaturas, y abusando de las cosas santas para tu propio contento y deleite, adulterando, como dice san Pablo [6], la palabra de Dios. En el séptimo pecas, no sólo por la avaricia, sino también robando á Dios la gloria, desperdiciando el tiempo y la gracia, y quitando á los prójimos la caridad. En el octavo, pecas con juicios temerarios, murmuraciones, mentiras y engaños; y, asimismo, quejándote de Dios, le levantas falsos

[1] I Reg., xv, 23. — [2] Philip., III, 19. — [3] I Petr., II, 13. — [4] I Thes., v, 19.
[5] Hebr., VI, 6. — [6] II Cor., II, 17.

testimonios, y dejando de cumplir tus propósitos, le mientes. Mira bien y confúndete del número sin número de tus pecados, y llora amargamente tanta iniquidad. ¡Oh, Dios de mi alma! ¡Quién pudiera deciros en el Profeta [1]: «Avenidas de agua salieron de mis ojos, porque no guardaron tu santa ley». ¡Dadme estas lágrimas tan copiosas para que lave mis innumerables culpas! ¿Conocemos cuántos pecados hemos cometido? ¿No nos avergonzamos de haber faltado tanto á Dios nuestro Señor?

Punto 2.º *Castigos contra los transgresores de la ley.*— Considera aquí las terribles amenazas y maldiciones que echa Dios á los quebrantadores de su ley. En este mundo caerán sobre ellos las que anuncia Moisés en nombre del Señor [2]; y así serán maldecidos en todo lugar y ocupación, en sus bienes y fortuna, en sus hijos y rebaños, en los bienes que se les negarán, en los males que les afligirán y en todas las cosas. En la muerte caerá como un peso inmenso la maldición que dará Jesús á los pecadores, diciéndoles [3]: «Apartaos de Mí, malditos; id al fuego eterno preparado para el demonio y sus ángeles». Después de la muerte caerán en el pozo del abismo, en el cual Dios esconderá de ellos su rostro y se verán sumergidos en todos los males. Pondera con cuánta puntualidad se han cumplido las temerosas amenazas del Señor contra los transgresores de la ley, recordando cómo Faraón y los egipcios, que fueron rebeldes al mandamiento del Señor, fueron espantosamente castigados con diez plagas, viniendo sobre ellos ranas, moscas y mosquitos, pestes y langostas, truenos, rayos y granizo y tinieblas muy espesas, y hasta el mismo Ángel del Señor [4], con su espada desenvainada, entró por sus casas, matando á sus primogénitos y destruyendo las cosas que más amaban, y porque continuaron en su rebeldía, fueron ahogados en el mar, bajando como plomo al profundo del infierno. Y para que no pienses que sólo á los antiguos tocaron estos espantosos castigos, en el *Apocalipsis* [5] se hace mención de ellos; porque la divina Providencia, que es benigna con los guardadores de su ley, es rigurosa contra los que la quebrantan; y tiene á punto siete ángeles con siete espantosas trompetas, y otros siete con siete copas llenas de su ira é indignación, preparados para derramarla sobre la tierra, hiriendo á los pecadores con insoportables plagas. ¡Oh Dios infinito! ¿Cómo no temblaré de quebrantar vuestra ley, que tan terribles y celosos vengadores tiene? ¿cómo no me espantan los sonidos de estas trompetas? ¿cómo no me causa horror el vino horrible de estas copas? ¿cómo no me pasma la terribilidad de estas plagas? ¡Oh amantísimo Jesús, llagado en la Cruz de pies á cabeza! Curad con vuestra sangre preciosa las llagas de mis culpas, para que sea

[1] Psalm. CXVIII, 136. — [2] Deut., XXVII, 15; XXVIII, 59. — [3] Matth., XXV, 41.
[4] Exod., XIII, 15. — [5] Apoc., VIII, 5; XV, 7; XVI.

libre de tan horrendas plagas. ¿Creemos nosotros en la verdad de las amenazas del Señor contra los que quebrantan su ley? ¿Y nos atrevemos á quebrantarla?

Punto 3.º *Bendiciones en favor de los guardadores de la ley.*—Aquí has de considerar las inmensas bendiciones que reportarán los que observen la santa ley de Dios. Moisés hace un catálogo de ellas, diciendo [1]: «Serás bendito en la ciudad y en el campo; bendito el fruto de tu vientre, de tu tierra y de tu ganado; serán benditos tus graneros, tus entradas y salidas, y todas las obras de tus manos. El Señor abrirá su mano para enriquecerte, mandará á su cielo que te envíe lluvia á su tiempo, serás un pueblo santo, y todos te respetarán, viendo que eres favorecido de su santo nombre». Estas bendiciones que prometía Dios al pueblo hebreo, concede Dios de un modo más perfecto al pueblo cristiano cuando cumple su ley, aunque son muy más excelentes las bendiciones espirituales que sobre él derrama. Pondera luego cómo en la guarda de su ley ha encerrado Dios con gran excelencia los tres géneros que hay de bien; á saber: honesto, útil y deleitable [2]; porque ella es purísima y santísima, convierte las almas, llénalas de sabiduría y de todas las virtudes; es provechosísima para alcanzar todos los bienes que se pueden desear, no sólo para el alma, sino para el cuerpo, como salud, vida larga, sustento y prosperidad [3]; es, en fin, dulcísima, mucho más que la miel y el panal, y alegra los corazones con una alegría mayor que la que pueden dar todas las cosas dulces de esta vida. Á los principiantes previene con bendiciones de dulzura [4], para que comiencen á correr con alegría este camino; á los que aprovechan da el Legislador [5] su bendición, para que crezcan de virtud en virtud hasta la cumbre de la perfección; y sobre la cabeza de los perfectos derrama bendición [6] copiosa, dándoles á gustar algo de lo que han de gozar en la gloria. ¡Oh Legislador dulcísimo! Vos, que al haceros hombre pusisteis luego esta ley santa en medio de vuestro corazón, y con vuestra gracia la escribís en los corazones de vuestros escogidos; escribidla también en el mío, de modo que nunca se borre, para que sea digno de estar escrito en el libro de la vida, sin ser jamás borrado de él por todos los siglos. ¿Comprendemos los premios que Dios reserva para los que observan su santa ley? ¿Deseamos obtenerlos? ¿Qué debemos practicar para esto?

Epílogo y coloquios.—¡Bienaventurados los que, sin mancilla, andan en la ley santa del Señor! Pero, ¡ay de aquellos que, engañados por el demonio ó arrastrados por sus pasiones, se apartan de esta senda de salud! Si, olvidados de lo que deben á su Dios y al prójimo, quebrantan los santos mandamientos, que

[1] Deut. XXVIII, 1. — [2] Psalm. XVIII, 8. — [3] Prov., III, 2. — [4] Psalm. XX, 4.
[5] Psalm. LXXXIII, 8. — [6] Prov., X, 6.

miran al honor de su Majestad ó al provecho de los prójimos, vendrán sobre ellos las maldiciones más espantosas, las plagas más dolorosas, y todos los males imaginables. Testigos de esta temible verdad son los egipcios, rebeldes á las ordenaciones divinas, los israelitas, siempre que se apartaban de la santa ley, y todos aquellos que se han atrevido á pisar los divinos preceptos. No se ofende nunca á Dios impunemente. Y si los males no alcanzan al pecador ya en esta vida, debe con razón temer que subirá de punto la indignación del Señor, y será con tanto mayor rigor castigado, cuanto más tiempo ha tenido para llorar sus culpas y apartarse de ellas. Mas el justo que no se aparta del camino de la santidad, halla en la misma ley divina una abundante fuente de bendiciones, todas las suertes de bienes que puede apetecer, el honesto, útil y deleitable, y el principio de su felicidad perdurable. ¿Pues quién, al considerar esto, no se decidirá á seguir invariablemente el camino de la virtud? ¿Quién no resolverá observar escrupulosamunte los divinos preceptos? ¿Qué responde á esto nuestro corazón? ¿Cuáles son los que con más frecuencia hemos quebrantado? ¿Por dónde suele embestirnos el enemigo? Meditémoslo, opongamos á él sólidos y firmes propósitos, fervorosas súplicas y confiados coloquios.

19.—SENTIDOS Y POTENCIAS EXTERIORES.

PRELUDIO 1.º Represéntate á Jesús diciéndote: «Mira, hijo, que la muerte se introduce por las ventanas de los sentidos».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de enfrenarlos y de practicar la modestia.

Punto 1.º *Pecados que se cometen con los sentidos.*—Considera primeramente los muchos pecados que se pueden cometer con el uso desordenado de los cinco sentidos. Pécase con los ojos, gustando de ver cosas hermosas, vanas, curiosas, ó dañosas por sola curiosidad, vanidad ó sensualidad, con inmodestia y libertad de carne y desedificación de otros. Y en las mismas cosas que ves, puedes pecar en la intención con que las miras, y en el modo de mirarlas, trayendo los ojos altaneros y moviéndolos con liviandad á una y otra parte. Con los oídos se peca oyendo pláticas vanas y curiosas, novedades impertinentes, lisonjas y alabanzas propias, murmuraciones ó detracciones de otros; oyendo con disgusto y pesadumbre las pláticas buenas y sermones, las correcciones y avisos de los que deben darlos. Con el olfato, gusto y tacto puede pecarse, cayendo en los asquerosos vicios de la lujuria y gula. Pondera luego los pecados de la lengua, de la cual puede decirse que es un mundo de maldad [1]; porque con ella se ofende á Dios, se ultraja ó escandaliza al pró-

[1] Jac., III, 6.

libre de tan horrendas plagas. ¿Creemos nosotros en la verdad de las amenazas del Señor contra los que quebrantan su ley? ¿Y nos atrevemos á quebrantarla?

Punto 3.º *Bendiciones en favor de los guardadores de la ley.*—Aquí has de considerar las inmensas bendiciones que reportarán los que observen la santa ley de Dios. Moisés hace un catálogo de ellas, diciendo [1]: «Serás bendito en la ciudad y en el campo; bendito el fruto de tu vientre, de tu tierra y de tu ganado; serán benditos tus graneros, tus entradas y salidas, y todas las obras de tus manos. El Señor abrirá su mano para enriquecerte, mandará á su cielo que te envíe lluvia á su tiempo, serás un pueblo santo, y todos te respetarán, viendo que eres favorecido de su santo nombre». Estas bendiciones que prometía Dios al pueblo hebreo, concede Dios de un modo más perfecto al pueblo cristiano cuando cumple su ley, aunque son muy más excelentes las bendiciones espirituales que sobre él derrama. Pondera luego cómo en la guarda de su ley ha encerrado Dios con gran excelencia los tres géneros que hay de bien; á saber: honesto, útil y deleitable [2]; porque ella es purísima y santísima, convierte las almas, llénalas de sabiduría y de todas las virtudes; es provechosísima para alcanzar todos los bienes que se pueden desear, no sólo para el alma, sino para el cuerpo, como salud, vida larga, sustento y prosperidad [3]; es, en fin, dulcísima, mucho más que la miel y el panal, y alegra los corazones con una alegría mayor que la que pueden dar todas las cosas dulces de esta vida. Á los principiantes previene con bendiciones de dulzura [4], para que comiencen á correr con alegría este camino; á los que aprovechan da el Legislador [5] su bendición, para que crezcan de virtud en virtud hasta la cumbre de la perfección; y sobre la cabeza de los perfectos derrama bendición [6] copiosa, dándoles á gustar algo de lo que han de gozar en la gloria. ¡Oh Legislador dulcísimo! Vos, que al haceros hombre pusisteis luego esta ley santa en medio de vuestro corazón, y con vuestra gracia la escribís en los corazones de vuestros escogidos; escribidla también en el mío, de modo que nunca se borre, para que sea digno de estar escrito en el libro de la vida, sin ser jamás borrado de él por todos los siglos. ¿Comprendemos los premios que Dios reserva para los que observan su santa ley? ¿Deseamos obtenerlos? ¿Qué debemos practicar para esto?

Epílogo y coloquios.—¡Bienaventurados los que, sin mancilla, andan en la ley santa del Señor! Pero, ¡ay de aquellos que, engañados por el demonio ó arrastrados por sus pasiones, se apartan de esta senda de salud! Si, olvidados de lo que deben á su Dios y al prójimo, quebrantan los santos mandamientos, que

[1] Deut. XXVIII, 1. — [2] Psalm. XVIII, 8. — [3] Prov., III, 2. — [4] Psalm. XX, 4.
[5] Psalm. LXXXIII, 8. — [6] Prov., X, 6.

miran al honor de su Majestad ó al provecho de los prójimos, vendrán sobre ellos las maldiciones más espantosas, las plagas más dolorosas, y todos los males imaginables. Testigos de esta temible verdad son los egipcios, rebeldes á las ordenaciones divinas, los israelitas, siempre que se apartaban de la santa ley, y todos aquellos que se han atrevido á pisar los divinos preceptos. No se ofende nunca á Dios impunemente. Y si los males no alcanzan al pecador ya en esta vida, debe con razón temer que subirá de punto la indignación del Señor, y será con tanto mayor rigor castigado, cuanto más tiempo ha tenido para llorar sus culpas y apartarse de ellas. Mas el justo que no se aparta del camino de la santidad, halla en la misma ley divina una abundante fuente de bendiciones, todas las suertes de bienes que puede apetecer, el honesto, útil y deleitable, y el principio de su felicidad perdurable. ¿Pues quién, al considerar esto, no se decidirá á seguir invariablemente el camino de la virtud? ¿Quién no resolverá observar escrupulosamunte los divinos preceptos? ¿Qué responde á esto nuestro corazón? ¿Cuáles son los que con más frecuencia hemos quebrantado? ¿Por dónde suele embestirnos el enemigo? Meditémoslo, opongamos á él sólidos y firmes propósitos, fervorosas súplicas y confiados coloquios.

19.—SENTIDOS Y POTENCIAS EXTERIORES.

PRELUDIO 1.º Represéntate á Jesús diciéndote: «Mira, hijo, que la muerte se introduce por las ventanas de los sentidos».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de enfrenarlos y de practicar la modestia.

Punto 1.º *Pecados que se cometen con los sentidos.*—Considera primeramente los muchos pecados que se pueden cometer con el uso desordenado de los cinco sentidos. Pécase con los ojos, gustando de ver cosas hermosas, vanas, curiosas, ó dañosas por sola curiosidad, vanidad ó sensualidad, con inmodestia y libertad de carne y desedificación de otros. Y en las mismas cosas que ves, puedes pecar en la intención con que las miras, y en el modo de mirarlas, trayendo los ojos altaneros y moviéndolos con liviandad á una y otra parte. Con los oídos se peca oyendo pláticas vanas y curiosas, novedades impertinentes, lisonjas y alabanzas propias, murmuraciones ó detracciones de otros; oyendo con disgusto y pesadumbre las pláticas buenas y sermones, las correcciones y avisos de los que deben darlos. Con el olfato, gusto y tacto puede pecarse, cayendo en los asquerosos vicios de la lujuria y gula. Pondera luego los pecados de la lengua, de la cual puede decirse que es un mundo de maldad [1]; porque con ella se ofende á Dios, se ultraja ó escandaliza al pró-

[1] Jac., III, 6.

jimo, y se perjudica uno á sí mismo. Fáltase hablando sin las debidas circunstancias de tiempo, lugar y modo; quebrantando las reglas del propio estado, y aun dejando de hablar cuando debiera hacerse por motivo del cargo, por caridad ó por otro motivo. Mira, por fin, otros muchos pecados de inmodestia que puedes cometer en el uso de los demás miembros y potencias exteriores, como risadas descompuestas, mofas, escarnios, meneos de cabeza, pies ó manos con liviandad, andar afectado, precipitado y desentonado; y considerando tantas culpas, confúndete, y pide con humildad perdón de ellas. ¡Oh gran Dios! ¿Cómo habéis sufrido en mí tan gran desorden? Y ¿cómo he osado yo cometer tales inmodestias delante de Vos? La presencia de una persona, aunque vil y despreciable, basta para contenerme, y delante de vuestra inmensa Majestad he tenido el atrevimiento de caer en innumerables faltas, que por rubor no hubiera cometido delante de un hombre. Concededme, Dios mío, gracia para saberme dominar y no sucumbir jamás en tales bajezas. ¿Qué faltas de modestia hemos cometido? ¿Cómo usamos de los sentidos y potencias exteriores?

Punto 2.º *Daños de la libertad en los sentidos.*—Considera aquí los daños que te vienen por tus sentidos mal guardados é inmortificados. Ellos son como puertas ó ventanas, por las cuales entra la muerte en la casa de tu alma [1], perdiendo la gracia y el calor vital de la caridad; por ellos entran también las tentaciones del demonio, el cual, como ladrón, roba la casa de tu conciencia, despojándola de los dones de Dios y de las virtudes. Y si Eva por los ojos perdió la justicia original, Dina la virginidad, y David la castidad y la justicia, tú, si no refrenas tus sentidos, perderás unas veces la templanza, otras la obediencia y otras la devoción ú otras virtudes. Demás de esto, por los sentidos entran las imágenes sensibles, que después inquietan la imaginación y la memoria con distracciones y vagueaciones, alborotan los apetitos con el desconcierto de las pasiones, y turban el corazón, echándole fuera de él, de modo que cuando pretendes entrar en ti mismo, no aciertas, ni hallas quietud en tu propia casa, por los alborotos que sientes en ella; de donde nacen innumerables defectos y daños en la oración, privación de los favores del cielo, carencia de fervor, y afán desmedido por las cosas materiales, porque cierto es que cuando falta el consuelo interior, búscalo el hombre en las cosas exteriores. Pondera también los daños y escándalos que con tu inmodestia puedes causar en los otros, y los castigos que te vendrán de Dios en este mundo y en el otro; porque escrito está que cada uno será atormentado especialmente en aquellas cosas por las cuales pecó ¡Oh modestísimo Jesús! Si tanto deseasteis que vuestros discípulos fuesen modelos tan

[1] Jerem., IX, 21; Thren., III, 51.

acabados, que con su modestia moviesen á los hombres á alabar á Dios y á practicar la virtud, haced que aborrezca yo toda inmodestia, de la cual tantos males se originan, y ejercite constantemente la modestia, con la cual glorifique á vuestro Padre, os imite á Vos, edifique á mis prójimos, y merezca vuestras bendiciones. ¿Tememos los daños y castigos de la inmodestia? ¿No los hemos ya experimentado alguna vez?

Punto 3.º *Bienes de la modestia.*—Considera cómo la modestia abre la puerta del alma, para que entre en ella el espíritu de Dios; también la abre para que penetre el espíritu de oración, devoción y contemplación, gustando Dios de conversar con las almas que son como huertos cerrados, y por esto nos dice que para orar entremos dentro del aposento de nuestro corazón, y, cerrada la puerta, hablemos á nuestro Padre, que nos oye en lo escondido. Además, cuando los sentidos hacen sus actos según la voluntad de Dios, son fuentes por donde entra la vida, y lo que ven y oyen, gustan y hablan, les ayuda para alcanzar la vida espiritual de la gracia. Y si, como dice Santiago [1], por un mismo caño de la fuente no sale agua dulce y amarga, tampoco has de consentir que por un mismo sentido entre la vida y la muerte, sino que siempre han de estar cerrados para todo lo que es ocasión de muerte, y abiertos para lo que te ha de dar la vida. Pondera también que la modestia y mortificación exterior edifica mucho á los prójimos, y echa de sí tal fragancia, que llena la casa de la iglesia y religión de buen nombre y crédito; y si la buena portada honra la casa, y despierta deseos de entrar en ella, la modestia y compostura de los sentidos y miembros exteriores es hermosísima portada de la virtud y vida religiosa, y la hace tan amable, que pone ganas de entrar á gozar de lo interior que dentro tiene encerrado. De aquí nace el gran provecho que se causa en los prójimos, y el incomparable premio que Dios concederá en el cielo, comunicando deleites muy soberanos á los sentidos que se han mortificado. ¡Oh dulcísimo Salvador! Por los crueles dolores que en vuestra Pasión sufrieron vuestros cinco sentidos, os ruego con fervor me ayudéis á mortificar los míos. Basta ya, Señor, las faltas que con ellos he cometido; cese tan perniciosa corriente, y comience hoy mismo á imitaros con perfección, para no ser privado de vuestro amor y gloria.... ¿Mortificamos nosotros los sentidos? ¿Cuándo y cómo debemos hacerlo?

Epílogo y coloquios. ¡Cuántos pecados y cuántos desórdenes nacen de la inmortificación de los sentidos! La vista, el oído, el olfato, gusto y tacto, son manantiales inagotables de culpas para el desgraciado que no quiere enfrenarlos. Y ¿qué se podrá decir de la lengua, verdadera universidad de males, como la llamó Santiago? Y si á esto se añaden los demás pecados que

[1] Jac., III, 11.

se pueden cometer con los demás miembros y potencias del cuerpo, preciso será convenir que éste es el mayor enemigo del alma, si no se le sujeta á una rigurosa mortificación. La inmodestia es causa de grandes males espirituales y corporales, atrae los castigos de Dios en este mundo y en el otro, y es piedra de escándalo para los que la ven. Por ella, Eva perdió la gracia, Dina la virginidad y David la castidad; por ella se pierde la devoción, recogimiento, oración, y se franquea la entrada al demonio, nuestro capital enemigo, que, si entra en el alma, sólo es para robarle todos los bienes y sujetarla á todos los males. ¡Dichoso tú si eres modesto! Honrarás á Dios, edificarás al prójimo, te enriquecerás de méritos, te llenarás de virtudes, y te harás merecedor de eterno premio. ¿Qué piensas de todo esto? ¿Cómo debes portarte para practicar la modestia? ¿En qué ocasiones, lugares y ocupaciones sueles faltar? Míralo bien, y para enmendarte, haz propósitos muy particulares, y pide al modestísimo Jesús y á la Virgen Santísima auxilios muy eficaces para cumplirlos, y ruégales por todo cuanto necesitas alcanzar para ti y para los demás.

20.—POTENCIAS INTERIORES DEL ALMA.

PRELUDIO 1.º Representémonos á nuestra alma como un ser hermosísimo, embellecido con tres preciosísimas joyas, que son sus potencias.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de saber dirigir y gobernar de tal modo estas potencias, que nunca ofendamos á Dios con ellas.

Punto 1.º *Pecados del entendimiento.*—En este punto has de considerar los vicios y pecados que tienen su asiento en el entendimiento, y los daños que te causan. El primero es la ignorancia de las cosas necesarias para la salvación, de la cual se origina el faltar á ellas, porque mal se pueden practicar si se ignoran; y así dijo san Pablo [1]: «Quien ignora será ignorado», y Dios le dirá en la muerte: «No te conozco». El segundo es imprudencia ó precipitación y falta de consideración en las cosas que has de hacer, arrojándote á ellas con pasión, de donde nacen innumerables yerros en todas las materias de virtud. El tercero es temeridad en juzgar los dichos ó hechos del prójimo, condenándolos ó sospechando mal de ellos sin bastante fundamento, usurpando á Dios el juicio y agraviando á tus hermanos. El cuarto es inconstancia y mutabilidad en lo bueno, cambiando fácilmente de parecer, por lo cual dejas de cumplir los buenos propósitos, y eres llevado de diversos pensamientos sin concierto, á causa de la veleidad de tu imaginación. El quinto es protervia y pertinacia de juicio, sin quererlo doblegar ni rendir al juicio de tus mayo-

[1] I Cor., XIV, 38.

res, á quienes has de obedecer y dar crédito. Este vicio es el principio de todas las herejías y engendra divisiones, discordias y otros gravísimos daños. El sexto es astucia ó prudencia de carne ó sabiduría mundana, inventando con sagacidad medios para salir con tus intentos mundanos. El séptimo es la curiosidad, deseando saber lo que no conviene, ó por malos medios, ó con afición desordenada. Pondera lo mucho que has faltado en estos vicios, y pide al Espíritu Santo que te ilumine con sus dones para preservarte de ellos. ¡Oh, Espíritu divino! Esclareced con vuestros soberanos dones mi pobre entendimiento, tan obscurecido con pecados, para que, libre de éstos y ayudado de aquéllos, comience una vida nueva, espiritual y perfecta, siguiendo vuestra divina inspiración, sin jamás apartarme de ella. ¿Hemos faltado en alguno de los vicios intelectuales? ¿Cómo hemos de portarnos para preservarnos de ellos?

Punto 2.º *Vicios que nacen de la voluntad.*—Aquí has de considerar lo que es la voluntad propia y los males que de ella proceden. Voluntad propia es la que sólo atiende á querer su propio gusto, dejando el de Dios y el de los prójimos; de modo que, siendo tu voluntad hechura de Dios, tú te alzas con ella, usurpando los derechos que á ella tiene, y entrando en batalla tu voluntad con la divina, queda la tuya triunfante y la de Dios vencida. Pondera los pecados que de esta voluntad propia se originan. De ella nacen todos los vicios y pecados, los cuales pueden reducirse á tres cabezas. Primero, desobediencia general á todo lo que Dios manda, por sí ó por sus ministros. Segundo, malear ó torcer la intención en las cosas buenas que hace, haciéndolas, no porque es voluntad de Dios, sino por otros fines de su propio gusto, interesado ó sensual, por lo cual lo bueno se convierte en malo, y lo que pudiera agradar á Dios le desagrada, como dijo Isaías [1] de los ayunos de los judíos. Tercero, apropiarse á sí todas las cosas que puede, sin reparar en el daño que causa á otros, de donde proceden muchas avaricias, injusticias, crueldades, contiendas y otros innumerables vicios. Finalmente: la propia voluntad es la reina y capitana de todos los vicios, la pobladora del infierno y cebo de los fuegos eternos; por cuyo motivo dijo san Bernardo: «Cese la propia voluntad y no habrá infierno». En esta vida causa ya un infierno anticipado, porque ella es, según san Ambrosio, en las codicias ciega, en las honras hinchada, en los cuidados congojosa, en las sospechas inquieta; más codiciosa de gloria que de virtud, y más amadora de fama que de buena conciencia, y mucho más miserable gozando de las cosas que ama, que si careciera de ellas, porque su experiencia aumenta su miseria. ¡Oh Maestro Soberano, Cristo Jesús! Ahora veo que no merezco llamarme discípulo vuestro, porque la primera condi-

[1] Isai., LVIII, 3.

ción que pusisteis á vuestros discípulos fué que se negasen á sí mismos. Mas desde hoy propongo imitaros, diciendo en mis tribulaciones y contratiempos: No se haga mi voluntad, sino la vuestra. Justo es, Señor, que mi voluntad quede hundida, en castigo de las muchas veces que se alzó contra la vuestra. ¿Hemos caído en los vicios que causa la propia voluntad? ¿En qué cosas debemos particularmente mortificarla?

Punto 3.º *Pecados de las demás potencias y apetitos interiores del alma.*—En este punto debes ponderar primeramente los desórdenes que nacen de la imaginación, la cual es como una sala pintada con muchas imágenes y figuras, unas feas, otras profanas y otras ridículas, monstruosas y disparatadas, entreteniéndose en pintarlas, y saboreándose en mirarlas, y solicitando al entendimiento para que las mire, y arrebatándole muchas veces tras sí para que piense en ellas, dando origen á innumerables culpas internas y también externas. Considera luego cómo tus potencias apetitivas son como un mar turbadísimo, combatido de once olas de pasiones encontradas entre sí mismas, es á saber: amor y odio, deseo y huida, tristeza y gozo, esperanza y desesperación, temor y audacia y la ira. Estas pasiones, que debieran servirte para ayudar á tu alma á alcanzar con más suavidad y eficacia el fin de su creación, vienen á convertirse no pocas veces en arma y lazo del demonio, con que te arrastra á innumerables culpas; porque amas lo que habías de aborrecer, y aborreces lo que habías de amar; deseas lo que debieras huir, y huyes de lo que debieras desear; te alegras de lo que había de entristecerte, y te entristeces de lo que debía alegrarte. De suerte que tú mismo das al enemigo las principales armas con que te combate, persigue y destruye. Y, por fin, estas pasiones se convierten en tus verdugos cruelísimos, por la guerra que traen entre sí y con tu pobre espíritu, molestándote para que quieras lo que no querrías, por hacer lo que quiere tu carne. ¡Oh desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte, que, usurpándome la vida de la gracia, me conduce á la muerte de la culpa? ¿Cómo soy tan miserable que siento en mí tan espantosa contrariedad á Dios, y soy tan pesado y molesto para mí mismo? ¡Oh Señor! Favorecedme con vuestra gracia para que me vea libre de tan grande miseria. ¿Y nosotros nos dejamos dominar de la imaginación? ¿Permitimos que nos esclavicen las pasiones?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán doloroso es que el entendimiento, que había de ser nuestro guía y maestro, se convierta con frecuencia en nuestro capital enemigo, cayendo en los vicios y defectos que introducen el desorden en todas nuestras obras! La ignorancia de las cosas necesarias ú olvido voluntario de ellas, la precipitación y falta de reflexión en lo que se ha de hacer, la temeridad en los juicios, la inconstancia en las determinaciones y consejos, la pertinacia en el propio parecer, la prudencia carnal, y la curiosidad: tales son los vicios que anublan y casi llegan á cegar nuestro entendimiento, ocasionando que él y nosotros caigamos en la hoya profunda del error y del pecado. Pero si son de dolorosas consecuencias estos vicios, no lo son menos los que proceden de la propia voluntad, esto es, de la que sistemáticamente se adhiere á sí, alejándose de Dios. ¡Cuántas desobediencias! ¡Qué intenciones tan torcidas! ¡Qué afición á su propio interés, gusto y contento, con perjuicio de los prójimos! En verdad, esta voluntad propia es nuestro verdugo en vida, y es la que nos abre el infierno por toda la eternidad. En esta obra de perdición tiene por auxiliares, y á menudo por motores, á la imaginación con sus cavilaciones, á las pasiones que fácilmente se desordenan, á las malas inclinaciones y apetitos sensuales que contrarían á la razón. ¡Ay de nosotros si no velamos de continuo! Seremos víctimas en esta vida y después de ella. ¿Qué haremos, pues, en vista de esto? ¿En qué vicios cae nuestro entendimiento? ¿Nos esclaviza el amor propio? ¿Cómo peleamos contra las pasiones y los desórdenes de nuestra imaginación? ¡Ay de nosotros si nos descuidamos! Seremos por siempre miserables. Necesario nos es hacer propósitos particulares y acomodados al estado actual de nuestro espíritu. Pidamos luz y fortaleza para cumplirlos, y no olvidemos el rogar por lo demás que acostumbramos y necesitamos.

21.—ESTADO RELIGIOSO [1].

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesús diciéndonos: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo».

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conocer los fines del estado religioso y alcanzarlos con perfección.

Punto 1.º *Fines del estado religioso.*—Considera cómo Dios nuestro Señor ha establecido dentro de su Iglesia el estado religioso por altos y soberanos fines. El primero es para que la religión fuese escuela de perfección cristiana, la cual consiste en la perfecta caridad y amor con Dios y con los prójimos, dando de mano á todas las demás cosas que desvían de ello. El segundo es para que la religión fuese también escuela de imitación de Dios y de Cristo, en la cual los religiosos estudien por imitar las virtudes ejemplares de Dios y los ejemplos de Cristo, guardando, no sólo sus preceptos, sino también sus consejos. El tercero, para que fuese casa de refugio, donde los fieles se recogiesen,

[1] Como los religiosos, además de las obligaciones comunes á todos los cristianos, tienen otras peculiares de su estado, ha parecido conveniente colocar en este lugar las meditaciones sobre el estado religioso, á fin de que los llamados á la perfección por el camino de los consejos evangélicos, después de haberse examinado acerca de lo que deben á Dios, como cristianos, puedan también examinarse acerca de sus deberes como religiosos.

huyendo de los peligros del mundo, y asegurasen más su salvación por los medios que ella les proporciona. El cuarto, para que la religión sea casa de recreación para Dios en medio de la tierra, y paraíso de deleites; porque como sus regalos son estar con los hijos de los hombres, dispuso que hubiera casa especial de algunos particulares amigos, con quienes regalarse [1]. El quinto, para que ella fuese como candelero de la Iglesia y ciudad sobre este monte, dando luz de doctrina y ejemplar vida, convidando con ella á los hombres. El sexto y último es para que sea lugar deputado para granjear muchos merecimientos y grandes aumentos de virtudes, de modo que los hombres suban á una perfección angélica, haciéndose dignos de ser contados con estos bienaventurados espíritus en la gloria, después de haberlos imitado en su vida en este mundo. Considerando estos seis fines, hemos de procurar otros seis afectos y deseos correspondientes á ellos, los cuales nos ayuden á volar hasta lograr la perfección de nuestro estado. ¡Oh Padre de las misericordias!; pues me habéis llamado á un estado tan alto por fines tan soberanos, suplícoos que la vida no sea baja, sino que concuerde la alteza de la vida con la del estado, para que con ambas alcance la alteza de la gloria. ¿Procuramos alcanzar los fines que el Señor se ha propuesto al instituir nuestra religión? ¿Nos mostramos negligentes en alguno de ellos?

Punto 2.º *Variedad de religiones.*—Considera cómo la Divina Providencia, para obtener con más suavidad y eficacia los predichos fines, ha ordenado que hubiera mucha variedad de religiones, con diversos estatutos y reglas. Las causas de esta variedad son tres, principalmente. La primera, porque como la perfecta caridad tiene varios actos, en orden á Dios y en orden al prójimo, ejercitando con él las obras de misericordia, ya espirituales, ya corporales; y no pudiendo un solo Instituto resplandecer en todo esto, ordenó Dios que hubiese varios, señalándose unos en la contemplación, otros en el culto divino, otros en la penitencia, otros en las obras de misericordia espirituales, y otros en las corporales; y así, en todas las religiones juntas brillase la caridad con toda su perfección. La segunda causa fué, porque como Cristo nuestro Señor es dechado perfectísimo de todas las virtudes, de tal modo que no puede una religión esmerarse con eminencia en imitarle en todas ellas, por ser grande nuestra flaqueza para tan grande empresa, trazó el Señor que hubiese varias, y que unas le imitasen en la pobreza, otras en la obediencia, otras en el celo de las almas, otras en la humildad y ejercicios humildes, y así de las demás. La tercera fué, porque como son varias las inclinaciones de los hombres y no es posible que todos tiendan á la perfección por el mismo camino, quiso que hubiera

[1] Isai., LVI, 5; Cant., II, 4.

varios Institutos, unos con mucha soledad, otros con mucho trato de los hombres; unos con ásperas penitencias, otros con grande obediencia y suavidad, á fin de que todos los temperamentos, complexiones y caracteres hallaran un Instituto en el cual con suavidad pudiesen alcanzar la virtud. ¡Oh sabiduría infinita, que hacéis todas las cosas con fortaleza y las disponéis con suavidad [1]! Gracias os doy por haber edificado dentro de vuestra Iglesia la casa de la religión con mucha variedad de Institutos, que, como columnas [2], la sustentan, y como mesa llena de variedad de manjares, sirve al gusto y necesidad de sus moradores; y pues me habéis arrimado por vuestra bondad á una de estas columnas, atadme fuertemente á ella, para que, perseverando en vuestro servicio hasta la muerte, llegue á ser columna en el santo templo de la gloria [3]. ¿Qué nos exige el Instituto de nuestra religión? ¿En qué virtud hemos de imitar principalmente á Jesús, y qué acto de caridad nos es más conforme?

Punto 3.º *Vocación de los hombres para la religión.*—Considera la providencia de Dios en llamar gente para la religión, y para cada uno de los Institutos que Él ha inspirado. Acerca de lo cual, has de ponderar que nadie puede tomar este estado si no es llamado por Dios, porque la pobreza, castidad y obediencia perpetuas son cosas que exceden tanto á nuestra naturaleza, que no podemos por nosotros prometerlas, sin ser de aquellos á quienes el Señor ha hecho este favor [4]. Además, como este estado no es necesario para entrar en el cielo, sólo escoge Dios á los que quiere, y esto no por los merecimientos de ellos, sino por sola su bondad; y así á veces deja en el mundo á los más santos, y lleva á la religión á los que habían sido pecadores para mejorarlos, cumpliéndose lo que Él dijo á sus Apóstoles: «No me elegisteis vosotros, sino que yo os elegí». Sin embargo, cuando uno se siente llamado, debe responder á su llamamiento, ya por ser grande la merced que con esto Dios le hace, y es enorme ingratitud el menospreciarle, ya también por el peligro en que se pone resistiendo á la vocación, exponiéndose á que el Señor le diga lo que á los convidados á las bodas que rehusaron acudir, á quienes dijo que no gustarían de su cena [5]. Pondera, finalmente, cómo Dios, como sabio Gobernador de todas las religiones, cuida de llamar gentes para cada una, y como buen Padre, inspira á cada uno de sus hijos aquella que más le conviene, según su complexión, salud y demás circunstancias que le rodean. ¿Hemos sentido nosotros la divina vocación? ¿Hemos correspondido á ella? ¡Oh Maestro Soberano! Gracias os doy porque me escogisteis para ser discípulo vuestro en la escuela de la perfección, dejando á otros que merecían mejor entrar en ella. No pudiera yo escoger

[1] Sap., VIII, 1. — [2] Prov., IX, 1. — [3] Apoc., III, 12. — [4] Matth., XIX, 11.
[5] Luc., XIV, 24.

este estado, si vuestra misericordia no me previniera para ello; y pues ya me habéis escogido, ayudadme para que lleve frutos que permanezcan hasta la vida eterna.

Epílogo y coloquios.—¡Oh! ¡Cómo brilla la adorable providencia de Dios en la institución del estado religioso! Quiere que en el mundo se ejercite con perfección la caridad, que Jesús tenga perfectos imitadores, que haya casas de refugio para los que temen los escollos de la tierra. Desea tener una casa de recreación para sí, un faro resplandeciente para los fieles y un arsenal de grandes merecimientos; y viendo que todo esto era dificultoso y casi imposible en el mundo, establece el estado religioso, en donde pueden alcanzarse con suavidad y facilidad todos estos bienes. Y para mejor lograrlos, no se contenta con que haya una sola religión; antes dispone que haya varios Institutos con diversas reglas; pero cuyo objeto y fin general sea la santificación y salvación de los que las profesan, aunque sean diversos los caminos para obtenerla. De este modo la caridad, que abraza actos muy diversos, será ejercitada con perfección, distinguiéndose una religión en uno y otra en otro; y Jesucristo, modelo acabado de toda suerte de virtudes, será imitado en todas ellas; de este modo, todos los hombres, cualquiera que sea su complexión y naturaleza, podrán aspirar á ser perfectos, escogiendo el Instituto que más se acomode á sus circunstancias personales. ¡Oh Providencia inefable de nuestro buen Dios! No se ha contentado aun con instituir las religiones; Él mismo se ha encargado de proveerlas de hijos fieles que vayan perpetuando el Instituto que abrazaron, y atrayendo á él á otros afortunados á que les sigan. ¿Comprendemos los fines que se ha propuesto Dios al establecer el estado religioso? ¿Nos esforzamos en conseguirlos? ¿Agradecemos á Dios el favor que nos ha dispensado, llamándonos á él? ¿De qué modo le probamos nuestra gratitud? ¿Cuántos han quedado en el mundo, que, si hubiesen sido llamados como nosotros, habrían correspondido mejor! Alentémonos á trabajar, por ser lo que debemos. Formemos los propósitos que nos son necesarios, y oremos al Señor nos ayude para cumplirlos y se compadezca de todas las necesidades.

22.—BIENES DEL ESTADO RELIGIOSO.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesús diciéndonos: «Vosotros que, dejadas todas las cosas, me seguisteis, recibiréis el ciento por uno en este siglo y después la vida eterna».

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conocer los bienes que encierra el estado religioso y agradecimiento al Señor que nos escogió para él.

Punto 1.º *Peligros de que se libra el religioso.*—Considera primeramente los males gravísimos de que preserva Dios al religioso. Para lo cual has de ponderar cómo dentro de este mundo

visible, que es bueno y hechura de Dios, hay otro mundo fundado en maldad, cuyo príncipe es el demonio, y cuyo empleo es [1] codicia de carne y ojos, y soberbia de la vida. Este mal mundo tiene dos partes: una está fuera de la Iglesia, que son los infieles, los cuales, como carecen de fe, se deslizan en innumerables vicios, y no paran hasta despeñarse en los infiernos: otra parte está dentro de la Iglesia, y son la congregación de los pecadores, que poseen ó pretenden con desorden los regalos, riquezas y dignidades de la vida, con pérdida de la caridad y riesgo de la salvación. En medio de este mundo viven los justos seglares, que poseen lícitamente estas cosas, los cuales corren grandes peligros, ya por las ocasiones en que viven, ya por los malos ejemplos que ven, y por las calumnias y molestias que reciben de los que pretenden lo mismo que ellos poseen. Pondera cómo de este mundo tan peligroso saca Dios nuestro Señor, por su misericordia, á los religiosos, poniéndolos en un estado desnudo de estas riquezas, deleites y vanas libertades, para que vivan libres de los vicios y pecados que traen consigo. Pero pasa más adelante la amorosa providencia del Señor, porque á algunos que están pegados á las cosas del mundo, si no quieren dejarlas de grado, suele casi hacerles violencia, y forzarlos á que las dejen, permitiéndoles caer en trabajos, enfermedades y tentaciones, y á veces en graves pecados, para que, viendo el peligro al ojo, procuren huir de él: al modo que los ángeles, viendo que Loth no se resolvía á salir de Sodoma [2], le asieron de la mano, y le sacaron por la fuerza, para librarle del incendio. ¡Oh Padre amorosísimo! ¿Qué gracias os daré por haberme compelido á entrar en vuestra casa [3] para huir del fuego que abrasa el mundo? Conservadme dentro de ella, aunque sea á fuerza de trabajos, para que, libre de los fuegos que me amenazan, alcance los premios que me esperan. ¿Hemos oído nosotros el llamamiento divino? ¿Hemos resistido á él? ¿Cómo está nuestra conciencia?

Punto 2.º *La religión comprende los tres bienes, honesto, útil y deleitable.*—Considera cómo el estado religioso encierra con grande excelencia los tres géneros que hay de bienes, á saber: El bien honesto, que abraza todas las virtudes, así morales como teologales, con los dones del Espíritu Santo. El bien útil y provechoso, que encierra los medios convenientes para conservar y aumentar la vida del alma y alcanzar la vida eterna, y también los que ayudan para pasar esta vida temporal del cuerpo con provecho del espíritu. El bien deleitable, que abraza la paz de Dios que sobrepuja á todo sentido, y el gozo del Espíritu Santo, con los deleites que nacen de las obras virtuosas. Todos estos bienes se hallan en la religión excelentísimamente; porque ella es madre de todas las virtudes en su perfección; ella

[1] I Joan. . II, 16.— [2] Genes, XIX. 17. — [3] Luc. . XIV. 23.

este estado, si vuestra misericordia no me previniera para ello; y pues ya me habéis escogido, ayudadme para que lleve frutos que permanezcan hasta la vida eterna.

Epílogo y coloquios.—¡Oh! ¡Cómo brilla la adorable providencia de Dios en la institución del estado religioso! Quiere que en el mundo se ejercite con perfección la caridad, que Jesús tenga perfectos imitadores, que haya casas de refugio para los que temen los escollos de la tierra. Desea tener una casa de recreación para sí, un faro resplandeciente para los fieles y un arsenal de grandes merecimientos; y viendo que todo esto era dificultoso y casi imposible en el mundo, establece el estado religioso, en donde pueden alcanzarse con suavidad y facilidad todos estos bienes. Y para mejor lograrlos, no se contenta con que haya una sola religión; antes dispone que haya varios Institutos con diversas reglas; pero cuyo objeto y fin general sea la santificación y salvación de los que las profesan, aunque sean diversos los caminos para obtenerla. De este modo la caridad, que abraza actos muy diversos, será ejercitada con perfección, distinguiéndose una religión en uno y otra en otro; y Jesucristo, modelo acabado de toda suerte de virtudes, será imitado en todas ellas; de este modo, todos los hombres, cualquiera que sea su complexión y naturaleza, podrán aspirar á ser perfectos, escogiendo el Instituto que más se acomode á sus circunstancias personales. ¡Oh Providencia inefable de nuestro buen Dios! No se ha contentado aun con instituir las religiones; Él mismo se ha encargado de proveerlas de hijos fieles que vayan perpetuando el Instituto que abrazaron, y atrayendo á él á otros afortunados á que les sigan. ¿Comprendemos los fines que se ha propuesto Dios al establecer el estado religioso? ¿Nos esforzamos en conseguirlos? ¿Agradecemos á Dios el favor que nos ha dispensado, llamándonos á él? ¿De qué modo le probamos nuestra gratitud? ¿Cuántos han quedado en el mundo, que, si hubiesen sido llamados como nosotros, habrían correspondido mejor! Alentémonos á trabajar, por ser lo que debemos. Formemos los propósitos que nos son necesarios, y oremos al Señor nos ayude para cumplirlos y se compadezca de todas las necesidades.

22.—BIENES DEL ESTADO RELIGIOSO.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesús diciéndonos: «Vosotros que, dejadas todas las cosas, me seguisteis, recibiréis el ciento por uno en este siglo y después la vida eterna».

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conocer los bienes que encierra el estado religioso y agradecimiento al Señor que nos escogió para él.

Punto 1.º *Peligros de que se libra el religioso.*—Considera primeramente los males gravísimos de que preserva Dios al religioso. Para lo cual has de ponderar cómo dentro de este mundo

visible, que es bueno y hechura de Dios, hay otro mundo fundado en maldad, cuyo príncipe es el demonio, y cuyo empleo es [1] codicia de carne y ojos, y soberbia de la vida. Este mal mundo tiene dos partes: una está fuera de la Iglesia, que son los infieles, los cuales, como carecen de fe, se deslizan en innumerables vicios, y no paran hasta despeñarse en los infiernos: otra parte está dentro de la Iglesia, y son la congregación de los pecadores, que poseen ó pretenden con desorden los regalos, riquezas y dignidades de la vida, con pérdida de la caridad y riesgo de la salvación. En medio de este mundo viven los justos seglares, que poseen lícitamente estas cosas, los cuales corren grandes peligros, ya por las ocasiones en que viven, ya por los malos ejemplos que ven, y por las calumnias y molestias que reciben de los que pretenden lo mismo que ellos poseen. Pondera cómo de este mundo tan peligroso saca Dios nuestro Señor, por su misericordia, á los religiosos, poniéndolos en un estado desnudo de estas riquezas, deleites y vanas libertades, para que vivan libres de los vicios y pecados que traen consigo. Pero pasa más adelante la amorosa providencia del Señor, porque á algunos que están pegados á las cosas del mundo, si no quieren dejarlas de grado, suele casi hacerles violencia, y forzarlos á que las dejen, permitiéndoles caer en trabajos, enfermedades y tentaciones, y á veces en graves pecados, para que, viendo el peligro al ojo, procuren huir de él: al modo que los ángeles, viendo que Loth no se resolvía á salir de Sodoma [2], le asieron de la mano, y le sacaron por la fuerza, para librarle del incendio. ¡Oh Padre amorosísimo! ¿Qué gracias os daré por haberme compelido á entrar en vuestra casa [3] para huir del fuego que abrasa el mundo? Conservadme dentro de ella, aunque sea á fuerza de trabajos, para que, libre de los fuegos que me amenazan, alcance los premios que me esperan. ¿Hemos oído nosotros el llamamiento divino? ¿Hemos resistido á él? ¿Cómo está nuestra conciencia?

Punto 2.º *La religión comprende los tres bienes, honesto, útil y deleitable.*—Considera cómo el estado religioso encierra con grande excelencia los tres géneros que hay de bienes, á saber: El bien honesto, que abraza todas las virtudes, así morales como teologales, con los dones del Espíritu Santo. El bien útil y provechoso, que encierra los medios convenientes para conservar y aumentar la vida del alma y alcanzar la vida eterna, y también los que ayudan para pasar esta vida temporal del cuerpo con provecho del espíritu. El bien deleitable, que abraza la paz de Dios que sobrepuja á todo sentido, y el gozo del Espíritu Santo, con los deleites que nacen de las obras virtuosas. Todos estos bienes se hallan en la religión excelentísimamente; porque ella es madre de todas las virtudes en su perfección; ella

[1] I Joan., II, 16.— [2] Genes., XIX, 17. — [3] Luc., XIV, 23.

las cría y sustenta con la leche de su doctrina, y las hace crecer con los medios que pone para que ejerciten sus actos; y las encierra con los cerrojos de los votos dentro de su casa, para que no se vayan fuera de ella, y las levanta á tanta grandeza, que compite con la angélica; porque, como dice san Basilio, no es otra cosa religión que un traspaso del modo de vivir humano al que tienen los santos en el cielo, y por la semejanza de lo que pasa en el cielo se puede conocer la vida que los religiosos profesan en la tierra. Porque acá toman posesión especial del reino de Dios, que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo [1], el cual con particular asistencia es Padre de todos estos géneros de bienes, de los cuales la religión es madre, llenando de ellos á sus hijos; por lo cual todos los que han recibido la divina vocación, han de procurar escuchar los consejos de esta madre, la cual dice á cada uno de sus hijos [2]: «Reciba tu corazón mi doctrina, guarda mis preceptos, y vivirás, no la vida que solías, sino otra más que humana, vida santa, alegre, pacífica, celestial y divina». ¡Oh Padre amantísimo! Gracias os doy cuantas puedo por haberme traído á vivir en la casa de la santidad, haciéndome hijo de la que es madre de las virtudes, para que me críe en ella; concededme que como buen hijo ejercite luego todo lo que me manda esta buena madre, para que alcance los bienes que me promete. ¿Miramos á la religión como á una madre? ¿Procuramos cumplir lo que ella nos manda?

Punto 3.º *Premios que Dios promete al religioso.*—En este punto has de considerar los bienes que Dios promete al religioso que, dejadas todas las cosas, le sigue. Porque á cada uno dice lo que al apóstol san Pedro y demás discípulos [3]: «Vosotros en la regeneración os sentaréis sobre doce tronos para juzgar á Israel; y todos los que abandonen todas las cosas por mi causa, recibirán el ciento por uno en este mundo, y después la vida eterna». Primeramente, el religioso, en el día del juicio, recibirá un lugar y trono excelentísimo por el lugar que dejó en el mundo y tomó en la religión, de modo que cuando los demás hombres han de parecer ante el tribunal de Cristo para ser juzgados, él, con los apóstoles, se sentará en trono de gloria como juez, con gozo y honra especial, por haber imitado al Juez supremo en la castidad pobreza, obediencia y demás virtudes. En segundo lugar, dale el Señor por lo que dejó ciento tanto en esta vida, y esto lo hace de dos modos: uno es con la misma moneda, abasteciéndole de tal modo de todas las cosas que necesita, que por una casa reciba cien, y por un padre, madre, hermanos, recibe innumerables que le profesen amor más perfecto y encendido que los carnales; otro es pagando con moneda más preciosa, dándole y colmándole de bienes espirituales por los temporales que abandonó. La tercera promesa del Señor consiste en darle la vida eterna, añadiendo á la que se promete á todos los fieles una especial providencia de encaminarle á dicha vida por medios tan seguros, que la alcancen con más facilidad y con mayores ventajas: por cuyo motivo dicen los santos que la perseverancia en la religión es señal de predestinación, porque en premio de haber renunciado su propio parecer y gobierno, los gobierna Dios con especial cuidado para que alcancen su dichoso premio. ¡Oh Dios de mi vida! Gózome de haber sido escogido por Vos para este dichoso estado; más quiero vivir en él despreciado y olvidado, que morar con grande honra en los palacios del mundo; de hoy más, para mí la celda será como mi cielo, procurando vivir en ella con la pureza que viven los ángeles en el cielo: haced, Dios mío, que persevere fiel hasta la muerte, para que logre el premio que me prometisteis. ¿Deseas tú alcanzar los premios que Dios te ha ofrecido? ¿Cómo vives en la religión? ¿Cumples tú las promesas que hiciste á Dios?

[1] Rom., XIV, 17. — [2] Prov. VII, 1-2. — [3] Matth., XIX, 28; Luc., XVIII, 30.

Epílogo y coloquios. ¡Oh religioso! ¡Cuán soberana es la suerte que te ha cabido! Sólo en el cielo conocerás el bien inmenso que el Señor te ha dispensado llamándote al celestial estado en que te hallas. Inminentes peligros de pecar y condenarse rodean por todas partes á los que viven en el mundo. Las tres concupiscencias, y el demonio que las atiza, y el mundo que se vale de ellas y las despierta, no cesan de tenderles por todas partes peligrosos lazos. Y ¡cuántos caen! ¡Cuántas víctimas hace diariamente el infierno! De entre tantos escollos se ha dignado el Señor sacarnos, trayéndonos á la religión. Para esto se ha valido de inspiraciones, amenazas, y aun quizá de castigos. ¡Bendita sea la soberana bondad de nuestro Padre amoroso! En la religión ha dispuesto que hallásemos toda suerte de bienes, el honesto, el útil y el deleitable, de modo que pudiésemos decir que con la divina vocación nos han venido todos los bienes. Por medio de este estado quiere sublimarnos á las más altas honras. ¡Jueces asesores en el día del juicio, confirmando la sentencia que Él dé á los buenos y malos! En este mundo ya quiere recompensarnos con el ciento por uno, y después consumar la obra, llevándonos á la vida eterna. ¿Qué daremos á este amante Padre por lo que Él nos ha dado? ¿Cómo le pagaremos tan señalados beneficios? ¿Qué desea Él de nosotros? ¿En qué cosas nos hemos de mejorar ó reformar? ¿Qué nos falta para ser perfectos religiosos? Meditémoslo muy atentamente, y, en conociéndolo, formemos eficaces y prácticos propósitos, suplicando á Jesucristo nos dé abundante gracia para cumplirlos, y se compadezca de todo el mundo, en particular del estado religioso.

23.—VOTO DE POBREZA.

PRELUDIO 1.° Represéntate á Jesucristo diciéndote: «Bienaventurados los pobres de espíritu».

PRELUDIO 2.° Pide fervorosamente la gracia de saber practicar la pobreza.

Punto 1.° *Obligación de la pobreza.*—Considera la obligación que te impone el voto de pobreza y los varios modos con que puedes pecar contra él. Por este voto has hecho una renuncia espontánea, perpetua y absoluta de todos los bienes de la tierra, prometiendo al Señor no hacer ningún acto que suponga propiedad, sin el consentimiento del superior. Puedes pecar contra este voto de varias maneras: 1.ª Pretendiendo sin necesidad singularidades con menoscabo de la perfecta vida común, y usando de las cosas como si fuesen propias, poniendo en ellas de tal modo el corazón, que temas que te las quiten, las defiendas con pertinacia y te resientas al verte privado de ellas. 2.ª Haciendo actos que suponen propiedad ó libre administración de las cosas, como dar, recibir, retener, gastar, cambiar, no mediando el permiso del superior. Y si eres superior, ó está á tu cargo la distribución ó administración de las cosas, faltarías en lo mismo haciéndolo de un modo arbitrario, ó contra la voluntad de tus principales, ó buscando sólo la satisfacción del amor propio, ó negando sin motivo aquello que razonablemente te pidan tus hermanos ó súbditos. 3.ª Buscando con solicitud para ti lo precioso, curioso y superfluo, y rehusando en las comidas, vestidos y muebles aquellos que sean más propios de los pobres. 4.ª Disgustándote cuando hayas de experimentar los efectos de la pobreza, quejándote y murmurando de los que tienen el cargo de administrar las temporalidades, ostentando con la tristeza del semblante, ó de otro modo, el disgusto interior que sientes, llegando hasta arrepentirte de haber hecho el voto de pobreza y profesado en la religión. 5.ª Finalmente: faltarías á la pobreza teniendo en tu poder ó en el de otro, dinero ú otra cosa equivalente, ocultando aquello que presumes no te había de permitir el superior, y ejerciendo por el lucro temporal los sagrados ministerios. Vistos todos estos pecados, has de acusarte humildemente delante de Dios, diciéndole: Confieso, Dios mío, mi injusticia delante de Vos, porque, habiéndoos entregado todos los bienes terrenos, he pretendido usurpároslos de nuevo, alzándome con ellos como si fuesen míos. Contra vuestro precepto he querido poseer oro, plata y demás bienes materiales, y en lugar de considerar como bienaventurados á los pobres de espíritu, he mirado como una calamidad la pobreza. Ayudadme, Dios mío, para que, mirando como cosa secundaria las cosas de la tierra, busque siempre y con ahinco vuestro reino en este mundo y le goce eternamente

en el otro. ¿Nos hallamos culpables en la observancia del voto de la pobreza? ¿en qué y cuándo hemos faltado á él?

Punto 2.° *Excelencia de la pobreza.*—Considera en este punto la grande excelencia de la pobreza religiosa. Ella, según san Ambrosio, es el origen y madre de todas las virtudes, de tal modo, que no es posible poseerlas con solidez sin fundarlas en la pobreza del espíritu. El mismo Jesucristo la colocó al frente de las bienaventuranzas [1], y todos los fundadores de las religiones la pusieron por piedra fundamental de sus espirituales edificios y firmísimo apoyo para sustentarlos. Por ella te haces semejante al Hijo de Dios encarnado, el cual nació pobre en un establo de brutos, vivió pobrísimo sin tener donde reclinar su cabeza, y murió en la más extremada pobreza, faltándole un vaso de agua para calmar su sed, un harapo para cubrir su desnudez, seis palmos de tierra para extender sus miembros fatigados y moribundos, y un miserable sepulcro para depositar su cuerpo muerto. Pues ¿qué mayor gloria puedes desear que asemejarte al que es el modelo y ejemplar de todos los predestinados? ¿Qué mayor excelencia que parecerte al que es Rey de reyes, Hijo del Eterno Padre y figura de su substancia [2]? De aquí procede que aún el mundo no puede menos de rendir tributo de veneración y respeto á los pobres que, por imitar y seguir á Cristo, dejan todas las cosas. En ellos depositan los hombres su confianza, á ellos confían sus secretos, á ellos consultan sus dudas, de las oraciones de ellos esperan el buen resultado de sus negocios, y aquellos mismos que, quedándose en sus casas, cuidando de sus intereses, hubieran sido el blanco de la maledicencia, murmuración y desprecio de los hombres, después de renunciadas todas las cosas, son venerados, escuchados y santamente amados de todos los que los conocen. ¡Oh amantísimo Jesús! Gracias os doy por el beneficio inmenso que me habéis hecho, inspirándome la resolución de dejar todas las cosas para seguiros. Confuso estoy al recordar aquellos años en que corría tras la vanidad de los bienes terrenos, y buscaba las cosas mentirosas [3] del mundo. No permitáis que vuelva al vómito [4], poniendo otra vez mi afición en estas viles riquezas que con vuestro auxilio he abandonado. ¿Conoces tú, alma religiosa, la excelencia de la pobreza que prometiste? ¿Mirarás todavía como una afrenta el ser pobre?

Punto 3.° *Utilidad de la pobreza.*—Considera los inmensos bienes que produce la pobreza religiosa. Estos bienes, ¿quién los podrá enumerar? Si eres pobre de espíritu, tu pobreza será el más poderoso destructor de la soberbia, el más eficaz medio para satisfacer por los pecados pasados, la fuente más abundante de humildad, templanza, castidad y despego de los deleites mundanos. Pero pondera, sobre todo, las ricas promesas que ha hecho

[1] Matth., v, 3. — [2] Hebr. I, 3. — [3] Psalm. IV, 3. — [4] Prov., XXVI, 11.

el mismo Salvador en favor de los pobres de espíritu [1]: «Vosotros que habéis dejado todas las cosas y me habéis seguido, recibiréis el ciento por uno y después la vida eterna; en el día del juicio, os sentaréis sobre tronos brillantísimos como jueces para juzgar á las tribus de Israel; y si buscáis ante todo el reino de Dios y su justicia, todas las cosas se os darán por añadidura». ¡Qué paz tan abundante, qué riqueza tan espléndida, qué seguridad tan abastecida se encierra en estas generosas promesas! Si eres verdaderamente pobre, nada puedes temer. De tu cuerpo cuidará el que viste los lirios del campo y alimenta á todos los vivientes; la experiencia propia y de todos los religiosos que te han precedido te confirma esta verdad. Tu alma se enriquecerá de virtudes y de gracia. En tu muerte no temerás dejar al mundo y cuanto hay en él. En el juicio no serás contado entre los que oyen la sentencia, sino entre los que la dictan. En el cielo brillarás más que el sol, riquísimo con la posesión de Dios. ¡Oh alma mía! ¿De dónde á ti tanto bien? ¿Cómo no te deshaces en alabanzas de aquel Señor, que se ha dignado escogerte para un estado que tantos bienes produce á los que lo poseen? ¿Cómo conservas todavía rastro de afición á la tierra, por cuyo abandono y renuncia aseguras el cielo? ¡Oh Dios verdadero! De hoy en adelante quiero deciros con el Profeta [2]: ¿Qué hay para mí en el cielo, y fuera de Vos, qué quiero en la tierra? Vos sois toda mi herencia, y mi Dios y Señor por toda la eternidad.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán fácilmente puede faltar el religioso al voto de pobreza! Ya sea superior, ya sea súbdito, está expuesto á quebrantarlo. Todo acto de propiedad es una herida más ó menos grave contra este voto. Si da, recibe, retiene ó permuta sin permiso; si malgasta ó destruye sin cuidado; si rehusa con orgullo las cosas pobres; si desea singularidades injustificadas.... ¡Cuántos pecados! ¿Los has cometido? Mira, para tu confusión y arrepentimiento, la excelencia y utilidad de la pobreza, contra la cual has pecado. Ella es la madre de las virtudes; ella te asemeja á Jesucristo; ella es el fundamento de las religiones. Ella destruye la soberbia, quita el cebo de los vicios, las ocasiones de pecar, los medios de ofender á Dios. Por ella tu muerte será tranquila, tu juicio glorioso y tu gloria abundante. ¿Es posible que te hayas atrevido á destruir este baluarte de la perfección? ¿á cerrar esta fuente de bienes? ¿á perder este tesoro riquísimo? Mira lo que te conviene hacer para remediar tanto mal. Examina qué querrías haber hecho en la hora de la muerte, y mientras Dios te da tiempo, haz los propósitos prácticos que te convengan para la observancia fiel de este voto; pide gracia eficaz para el cumplimiento de ellos, y ruega por las necesidades que te hayan encomendado.

[1] Matth., XIX, 28. — [2] Psalm. LXXII, 25.

24.—VOTO DE CASTIDAD.

PRELUDIO 1.° Represéntate á Jesucristo diciéndote: «Persevera en la castidad, y me seguirás donde quiera que yo vaya».

PRELUDIO 2.° Pide al Señor que te conceda esta angelical virtud.

Punto 1.° *Obligación del voto de castidad.*—Considera cuán estrecha y grave es la obligación que te impone el voto de castidad. Porque mientras que en los otros votos los pecados que contra ellos se cometan, por razón de la materia puede ser que no pasen de pecados veniales, todos los cometidos deliberadamente contra la castidad son otros tantos pecados mortales. ¡Y cuán fácil es resbalar en una cosa tan atractiva para la naturaleza rebelde, y á la cual tan vivamente instigan el mundo y el demonio! Un pensamiento libremente admitido y consentido, un deseo voluntariamente aceptado, una mirada, una palabra, una acción, bastan para perder en un momento esta preciosísima virtud, que, semejante á un terso espejo, un ligero hálito la empaña, y como delicada azucena, muy fácilmente se aja y marchita. Con lo cual en un instante te harías reo de dos pecados mortales, uno contra la virtud de la castidad, y otro contra la virtud de religión, por haberte consagrado y entregado á Dios por medio del voto. ¡Ay del religioso descuidado en este punto! Muy presto su corazón se endurecerá para todas las cosas buenas, mirará con repugnancia sus obligaciones, se labrará una cadena no interrumpida de pecados, que principiará por arrancarle de la religión y acabará por arrastrarle al infierno. Pero considera también que quien está obligado á obtener un fin, ha de practicar los medios necesarios para lograrlo, y remover los impedimentos que estorbarían la consecución del mismo. En consecuencia, no cumplirías las obligaciones que con el voto de castidad has contraído, si no pusieras en práctica los medios para ser casto, y no te apartases, pudiendo, de aquellas cosas que pueden ponerla en peligro. ¡Oh Esposo divino, que os apacentáis entre las azucenas [1], y os regaláis con las almas castas, y miráis con horror á los que osan mancharlas con el vicio inmundo! Gracias os doy cuantas puedo por haberme inspirado la resolución de consagraros esta hermosa virtud; ahora mismo renuevo la promesa que os hice, pidiéndoos gracia muy eficaz para nunca faltar á ella, prudencia para alejarme de los peligros, y constancia en la práctica de los medios que para conservarla son necesarios. ¿Son estos nuestros deseos? ¿Qué hemos de practicar y remover para que sean eficaces?

Punto 2.° *Excelencia de la castidad religiosa.*—En este punto debes considerar la excelencia de la castidad. La cual en

[1] Cant., II, 16.

cierto modo levanta al hombre caído á aquel estado en que se hallaban los primeros padres antes del pecado. Porque de tal manera sujeta la carne al espíritu, que ni en pensamientos ni en obras padezca cosa alguna que desdiga del estado de la inocencia. ¡Qué excelencia tan soberana! Por la castidad, según los santos Padres, te haces semejante á los mismos ángeles, príncipes gloriosos, de los cuales uno solo vale más que todo el universo. Y aun en algún modo, más digna de alabanza es la pureza del hombre casto que la del ángel; porque, como observa san Juan Crisóstomo, la pureza del ángel es natural y necesaria, mientras que la del hombre es libre, voluntaria y adquirida á costa de grandes sacrificios. No terminan aquí las excelencias de la castidad. Esta virtud, según afirman san Basilio y san Juan Clímaco, llega á hacer al hombre semejante á Dios, dándole participación en aquella incorruptibilidad y pureza que se halla en Dios como en su propia fuente, y perfectísimo dechado. Si eres casto alcanzarás ya en este mundo aquella gloriosa semejanza con Dios, con que el enemigo engolosinó á nuestros padres en el paraíso, y por la cual vinieron á perder los bienes de que habían sido colmados. Pondera, finalmente, cómo esta castidad religiosa es un don tan soberano y una dádiva tan preciosa, que no á todos se concede. Es una gracia muy singular, dada por la mano de Dios á aquellos que quiere sublimar á grande altura de perfección. Y por lo mismo que es joya riquísima, son muchos y muy poderosos los ladrones que desean apoderarse de ella. ¡Oh amantísimo Jesús!; pues que por vuestra inefable bondad habéis querido hacerme participante de la angelical virtud, levantándome poco menos que al estado de la inocencia, á la semejanza de los ángeles y de Vos mismo; yo os bendigo y alabo por un favor tan señalado, y quisiera que todos los hombres y ángeles os alabasen por él; y pues sabéis que llevo este tesoro en vaso tan flaco y quebradizo, añadid nuevas gracias, para que sepa conservar lo que con tan grande benignidad me habéis concedido, y con tanta ventaja yo he aceptado.

Punto 3.º *Ventajas de la castidad religiosa.*—Aquí has de considerar las utilidades que te proporciona el voto de castidad fielmente observado. Porque él te libra del imperio de la carne, enemigo doméstico que pretende arrojarte en el abismo de todos los vicios y del infierno. Él te pone en la precisión de adquirir un grande cúmulo de virtudes, cuales son la modestia, cautela, vigilancia, mortificación, desprendimiento del mundo, y otras, de las cuales, á no ser por este voto, apenas te habrías acordado. Él hace á tu alma compañera de los ángeles y amiga de la Reina del cielo, y á tu cuerpo templo del Espíritu Santo y morada de Dios. ¡Qué utilidad! Mira también con atención lo que piensa el mundo acerca de la castidad. Mientras que contempla con desprecio y huye con horror del religioso poco cauto acerca de esta virtud, ama con preferencia y trata con confianza al religioso casto,

escuchando dócilmente sus amonestaciones, y recibiendo con humildad sus consejos. ¡Felices los castos! ¡Qué fruto tan copioso alcanzarán con sus sermones, avisos y correcciones! ¡Cuántos méritos acaudalarán para la otra vida! ¡Á cuántas almas arrancarán del lodazal del vicio con sus buenos ejemplos y porte modesto! Contempla, por último, á los castos en el cielo. Míralos vestidos con blanquísimos ropajes, señal de su candor y pureza, paseando en pos del Cordero [1] inmaculado, al cual nunca perdieron de vista en el mundo para imitarle, y del cual jamás se separarán, para regalarse con Él, entonando deliciosos cantares que sólo ellos saben cantar. ¡Oh virtud, no terrena, sino celestial, que tantos bienes nos causas! Tú nos defiendes de los enemigos, tú nos enriqueces el alma, tú la haces apreciable al mundo, amable á los ángeles, querida de Dios, y compañera inseparable del Cordero divino. ¡Oh alma mía! Mira cuán hermosa y agraciada es la generación de los castos [2]. Su memoria es inmortal, conocida de Dios y de los hombres; porque los hombres la veneran y Dios la premia eternamente en el cielo. ¿Qué piensas de la castidad? ¿Comprendes su excelencia, su delicadeza y utilidad? ¿Qué haces para conservarla?

Epílogo y coloquios. ¡Ay del religioso que, teniendo voto de castidad, no ejerce una constante vigilancia sobre sí mismo! Perderá esta riquísima joya, verá empañado este brillante espejo, tristemente ajada esta hermosa flor. Un pensamiento, una palabra, una mirada, una acción, un deseo, una complacencia, bastan para robarte esta virtud. Pero ¿serás tan insensato, que consientas en perder, por un momentáneo gusto, una virtud que te asemeja á los ángeles, que te transporta al estado de inocencia, y hace que te parezcas al mismo Dios? ¿Permitirás que el demonio te usurpe aquello que más embellece tu alma, y que con más rabia ve él en ti? ¿Te privarás neciamente de las ventajas sublimes que esta virtud proporciona á sus poseedores, así en este mundo como en el otro, así en el orden temporal como en el eterno? Mira atentamente los peligros que te rodean, las ocasiones en que te hallas, los escollos que más deberías temer. Examina del propio modo cómo te portas en las tentaciones, con qué claridad te confiesas, qué conversaciones tienes. Y en vista de todo, forma aquellos propósitos que con mayor eficacia podrán preservarte de mancillar tan excelente y provechosa virtud. Pide gracia para practicarlos, y ruega por las demás necesidades, especialmente para que se conserve inmaculada la pureza en todos los religiosos de uno y otro sexo.

[1] Apoc., XIV, 4. — [2] Sap., IV, 1.

25.—VOTO DE OBEDIENCIA.

PRELUDIO 1.° Represéntate á Jesucristo diciendo: «No vine á hacer mi voluntad, sino la de mi Padre que me envió».

PRELUDIO 2.° Pide la gracia de obedecer á Dios y á sus representantes.

Punto 1.° *Esencia y obligación del voto de obediencia.*—Considera ante todo en qué consiste el voto de obediencia y cómo lo debes cumplir. Al hacer esta excelentísima promesa á Dios, le hiciste dueño absoluto de todas tus acciones, obligándote á obedecer en la religión á todos aquellos que en su nombre te gobiernan, sin distinción de personas, caracteres, cualidades que los adornan, sean cuales fueren las afecciones que con ellos sientas, las relaciones que con los mismos hayas tenido. Debes obedecerles en todas las cosas, aunque sean, por otra parte, no obligatorias y de difícil ejecución. Debes estar dispuesto para ir á cualquier lugar adonde quieran enviarte, desempeñar cualquier cargo que deseen confiarte, recibir las pruebas que pretendan hacerte, aceptar las leyes y preceptos que, sin oponerse á la ley de Dios, te impongan. Tu obediencia ha de ser pronta, sin demora ni excusa; perpetua, no por un mes ni por un año, sino por toda la vida; entera, tanto en lo espiritual como en lo corporal, tanto en lo que mira á la ciencia y virtud, como en lo concerniente á la salud, reposo y bienestar del cuerpo; perfecta, no contentándote con hacer las cosas á medias y por solo cumplir y salir del paso, sino con toda la perfección posible; por motivo del divino amor, apartando los ojos de todo respeto humano é inclinación del amor propio, y mirando sólo á Dios á quien representa el superior; con rendimiento de voluntad y entendimiento, sacrificando en aras de la obediencia tus propios quereres y juicios, buscando razones para apoyar las disposiciones de la superioridad. Luego debes volver los ojos sobre ti mismo, ponderando las muchas faltas que contra esta virtud has cometido, unas veces resistiendo pertinazmente como Saúl, otras con pretexto de humildad como san Pedro [1], ó de no ofender á Dios como Acaz [2]. Á tu obediencia han precedido largas demoras, han acompañado muchas excusas y sentimientos, y seguido la inconstancia é imperfección. Considerando todo esto, debes pedir á Dios perdón, diciendo: ¡Oh, Dios mío! Siento las muchas desobediencias que he cometido. Vos, mansísimo Cordero, os sometisteis á los que os desollaban, y yo, lleno de soberbia, no he querido sujetarme á vuestros ministros, que me guiaban por el camino de la felicidad. Perdonadme, buen Jesús, por vuestra admirable obediencia, y haced que sea en adelante todo mi gusto y contento el sujetarme á vuestra divina voluntad. ¿Hemos faltado á la virtud de la obediencia? ¿No lo sentimos?

[1] Joan., XIII, 8. — [2] Isai., VII, 12.

Punto 2.° *Excelencia de la obediencia.*—Considera en este punto la excelencia de la obediencia religiosa. Para lo cual has de ponderar cómo por este voto haces á Dios entrega completa de lo mejor que tienes. Por el voto de pobreza haces donación á Dios de los bienes materiales; por el de castidad le haces dueño de tu cuerpo; pero por el de obediencia le entregas el alma con sus potencias, consagrándole la voluntad y entendimiento, prometiéndole no querer sino lo que él quiera, ni separarte un punto de sus mandatos. De aquí se sigue que sólo el voto de la obediencia hace que el religioso sea tal, porque en él se incluyen todos los demás, con la observancia de los estatutos, mientras que él no está encerrado en los otros. ¡Cuánto aprecio debieras hacer del voto de la obediencia! En él hallas un manantial inagotable de virtudes, porque ninguna puede faltar al verdadero obediente, ya que faltando á una sola, se falta también á la obediencia, que las prescribe todas. Aunque ofrecieras á Dios los sacrificios más ricos, inspirados por el mayor desprendimiento que pudiera darse, no harías una cosa que le fuese tan grata como sujetarte á su santísima voluntad, pues que Él mismo te dice [1]: «Mejor es la obediencia que las víctimas.» Mas para acabar de convencerte de la excelencia de esta virtud, pondera con atención los ejemplos de Jesucristo. Nace obedeciendo; vive en la obediencia, y muere inclinando la cabeza, en señal de sumisión y rendimiento á su Eterno Padre. Protesta que su manjar y delicia es hacer la voluntad del Padre [2]; que tiene su ley escrita en medio de su corazón; que no vino á cumplir su voluntad, sino la del Padre [3]. ¡Oh Redentor obedientísimo! Abrid los ojos de mi entendimiento para que vea claramente la excelencia que está encerrada en el voto de obediencia, y, convencido de ella, ame cada día más y más la suerte que me ha cabido al haceros dueño absoluto de mi voluntad. Vos dijisteis que es bienaventurado el varón que pone su voluntad en la ley del Señor: inspiradme este santo afecto para con vuestra santa ley, y arrancad de mi corazón todo amor propio para que logre ser partícipe de vuestra bienaventuranza. ¿Qué te conviene hacer para esto?

Punto 3.° *Ventajas de la obediencia.*—Reflexiona en este punto acerca de los provechos grandes que reportarás de la obediencia. Porque esta virtud tiene la admirable propiedad de mejorar y subir de quilates á todas las obras virtuosas, y aun de hacer aceptas á Dios y meritorias aquellas que de suyo serían indiferentes. ¡Cuán necio serás si, olvidándote de la obediencia, te dejas guiar en las obras de los impulsos de tu propia voluntad! En el día del juicio oirás aquella formidable sentencia [4]: «Reci-

[1] I Reg., XV, 22. — [2] Joan., IV, 34. — [3] Joan., V, 30. — [4] Matth., VI, 2.

biste ya tu paga». Empero si tu norma constante es la obediencia, ella te defenderá de los enemigos, aclarará tus dudas, te tranquilizará en las zozobras, y, guiado por ella, saldrás airoso de todos los apuros. Pondera sobre todo la admirable paz de que disfruta el religioso obediente. ¿Qué puede turbársela en este mundo? Nada. El no tiene cuidado por lo que ha de hacer, no está inquieto por el día de mañana, no siente pesadumbre por los cargos ú ocupaciones que deja, ni por los lugares de donde sale; no puede robarle la paz, ni el poco fruto que saca de sus trabajos, haciendo lo que buenamente puede, ni el temor de la muerte, ni aun las faltas ó defectos en que caiga. Bien dijo san Juan Clímaco que la obediencia es una vida sin cuidado, una navegación sin peligro, un caminar sin recelo bajo la dirección de otro, un nadar sobre los brazos de otro, sin peligro de anegarse. ¡Oh santa obediencia! ¡Oh virtud digna de todo aprecio! Tú eres fuente de merecimientos, manantial de bienes eternos, guarda fiel de la gracia, auxiliadora segura contra nuestros enemigos. Por ti el pecador llega á la amistad de Dios, el tibio obtiene el fervor, el soberbio alcanza la humildad, el justo logra la perseverancia y una corona brillantísima en el cielo. ¡Oh alma mía! Sé obediente, sujetándote á toda humana criatura, sobre todo á tus superiores, por amor de Dios, á quien representan. Mira si lo haces.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán estrecha y grave es la obligación que te has impuesto al hacer voto de obediencia! Has renunciado á tu propia voluntad, poniéndola en manos del ministro de Dios, obligándote á someterte con prontitud, integridad, perfección y alegría á todas las disposiciones que dé y preceptos que te imponga, ya acerca de los lugares en donde hayas de vivir, de las ocupaciones que debas tener, los empleos que debas desempeñar; y todo esto, no por un año, sino por toda la vida. ¡Dichoso tú si, fiel á la promesa que hiciste, no te apartas un punto de este camino! Ningún sacrificio podías hacer que fuese á Dios más grato, porque le has consagrado la voluntad y entendimiento, haciéndole dueño absoluto de toda tu persona, y te has conformado cuanto podías al modelo universal de toda santidad. ¡Cuántos bienes obtendrás por medio de esta virtud! Ríos de paz inundarán tu alma, virtudes preciosas vendrán á adornarla, y méritos excelentísimos la prepararán para una elevada gloria. En vista de todo esto, examina: ¿Cómo piensas acerca de la obediencia? ¿De qué modo observas las obligaciones que te impone? ¿Qué motivos te obligan á someterte á tus superiores? ¿Qué debes hacer para ser un perfecto religioso en la observancia de este voto? Piénsalo con cuidado; resuelve aquello que debas hacer ó evitar en adelante. Pide gracia muy eficaz para cumplir estos propósitos, y ruega por las demás necesidades generales y particulares, especialmente por la santa Iglesia, para que en ella se conserve aquella obediencia que tanto recomendó el Salvador.

26. — OBSERVANCIA DE LAS REGLAS.

PRELUDIO 1.° Represéntate á Jesucristo entregándote el libro de las reglas, y diciéndote: «Guarda esta ley y consejo, y será vida para tu alma [1]».

PRELUDIO 2.° Pide conocimiento de las faltas cometidas contra las reglas, y gracia de observarlas con perfección.

Punto 1.° *Obligación de observar las reglas.*—Considera cómo la exacta observancia de las reglas es para ti una estrecha obligación. Esto prometiste en el acto de hacer la profesión religiosa, y no habrías sido admitido á ella sin hacer esta solemne promesa. Contrajiste en aquel día el solemne compromiso con Dios, autor de las reglas; con el Instituto á que perteneces, y que por ellas se gobierna; con tus hermanos, á quienes debes edificar. ¡Ah! La triple atadura, dice el Espíritu Santo [2], con dificultad puede romperse. Es también una necesidad. Las reglas son el camino por donde has de ir al cielo; el conducto por el cual Dios te comunica sus dones, favores y gracias; el antemuro que defiende la ciudad de tu alma, rodeada de encarnizados enemigos. ¡Ay de ti si descuidas su observancia! Te apartas del verdadero y seguro camino, cierras la fuente de las gracias, y quedas expuesto á los más furiosos ataques de tus enemigos, que fácilmente te vencerán. Pondera ahora la facilidad con que puedes quebrantar las reglas. Para lo cual observa cómo algunos faltan á ellas por atender á sus propios caprichos y antojos, prefiriendo seguir su propia voluntad, más bien que las prescripciones de su regla; otros, pretextando que son cosas pequeñas y de escasa importancia aquellas en que faltan; éstos, vacilando ó dudando si han sido verdaderamente llamados á la religión, se dispensan ó prescinden de sus estatutos; aquéllos, con el achaque de antigüedad, nobleza, ciencia, ó de haber trabajado mucho por la religión, desean exenciones y dispensas injustificadas; quiénes, en fin, debiendo vigilar por su cargo acerca de la observancia, ó son descuidados, ó dejan de corregir, ó muy fácilmente dispensan á otros ó á sí mismos. Mírate á ti mismo si estás comprendido en alguna de estas clases, y acúsate humildemente en la presencia de Dios. ¡Oh Dios mío y Padre mío! Ahora conozco mi ingratitud é infidelidad; porque habiéndoos prometido la observancia de las reglas, en cambio de los inmensos bienes que Vos me ofrecíais en vuestra casa, no sólo he olvidado mi promesa, sino que, á sabiendas y con escándalo, las he quebrantado innumerables veces. Perdonadme, Dios mío, y dadme gracia para cumplir en adelante lo que he tenido tan olvidado.

Punto 2.° *Utilidad de observar las reglas.*—Considera la

[1] Prov., III, 21, 22. — [2] Eccles., IV, 12.

grande utilidad que reportarás de la fiel observancia de las reglas. Lo que son las alas para el ave, las ruedas para el carro, el hélice para el navío de vapor, son las reglas para el religioso. Aunque le sean algo pesadas, ellas le ayudan á remontarse hasta el cielo, le facilitan el caminar seguro por el desierto del mundo, y le sirven para surcar con mayor velocidad el mar tempestuoso por donde navega. ¿Lo habías reflexionado? Oye la generosa promesa de Jesucristo [1]: «Alégrate, siervo bueno y fiel; pues que has sido fiel en lo poco, yo te pondré y levantaré sobre lo mucho». ¡Dichoso el que observa con fidelidad las reglas! En este mundo recibirá gracias muy especiales, cumpliéndose en él lo que ha dicho el Apóstol [2]: «El que observare esta regla, vendrá sobre él la paz y la misericordia, como escogido del Señor». ¡Cuántas y cuán señaladas virtudes practica! ¡Cuántos méritos alcanza! ¡Cuántos favores y distinciones de Dios recibe! Si el Rey prefiere al siervo más dócil y sumiso á sus mandatos, si el padre distingue al hijo más obediente y puntual á sus órdenes, ¿qué hará tu Dios y tu Padre contigo si cumples exactamente la ley que te ha impuesto? Levanta tus ojos al cielo, y mira aquel gozo soberano en que será introducido el siervo bueno y fiel, que ha sido fiel en lo poco. Tan grande será este gozo, que no cabrá dentro de él, é inundará sus potencias, sentidos, alma, cuerpo, todo su ser. Será una medida [3] de gloria buena, llena, apretada, y que rebosará. Ante tal perspectiva, ¿quién no se enciende en deseos de observar con fidelidad sus reglas? ¡Oh dulcísimo Jesús! Vos nos dijisteis [4]: «Mi yugo es suave y mi carga ligera; venid á Mí todos los que os halláis agobiados, y Yo os aliviaré». Confieso que es suavísimo el yugo de vuestra ley y ligerísima la carga de vuestros consejos, y que, en lugar de pesar, alivian y llenan el alma de dulce consuelo; ayudadme con vuestra gracia para que jamás arroje de mí este yugo, ni eche esta carga, sino que, adornado con ellos, me presente á Vos para merecer vuestro alivio eterno. ¡Oh alma! ¿Comprendes la utilidad de llevar la carga de Jesucristo, que son tus reglas? ¿Cómo la llevas?

Punto 3.º *Daños de quebrantar las reglas.*—Considera en este punto los daños grandes que se originan de la inobservancia de las reglas. Pondera que con esta inobservancia se perjudica grandemente el mismo transgresor, cumpliéndose en él la sentencia de Jesucristo, que dice [5]: «El que es malo é inicuo en lo poco, lo será también en lo mucho»; porque, despreciando estas cosas, al parecer insignificantes, de su regla, poco á poco irá cayendo al abismo del pecado; y destruido este antemuro, también el muro de la santa ley de Dios será derribado por sus adversarios, y la ciudad de su alma será tomada. Mira cómo por

[1] Matth., xxv, 21. — [2] Galat., iv, 16. — [3] Luc., vi, 38. — [4] Matth., xi, 30.
[5] Luc., xvi, 10.

causa de esas caídas te vas enfriando en el fervor, vas perdiendo el santo temor de Dios, te acostumbras al pecado, tu alma se debilita con las repetidas batallas que pierde, tus enemigos van cobrando nuevos bríos y se hacen más orgullosos, hasta que por último te arrojen en el abismo del pecado mortal, y tal vez del infierno, como á Judas. ¿No temes estas espantosas consecuencias? Reflexiona también acerca del daño que causas á tus hermanos, á los cuales con tus faltas de reglas induces á la inobservancia. Si son fervorosos, tal vez por tus malos ejemplos se debilitarán en el fervor; si son tibios, se confirmarán en la tibieza; y si ya son inobservantes, se endurecerán en su mala conducta y se harán más atrevidos y escandalosos, viendo que hay quien les apoya con su proceder. ¡Qué perjuicio! ¡Qué responsabilidad para ti! La religión misma no podrá ya considerarte como un hijo, sino más bien como un verdugo, por los hijos que le has asesinado con tus escándalos, por la relajación que has introducido y por los castigos de Dios que sobre ella has atraído. ¡Oh Dios mío! ¿Seré yo tan miserable que quiera ocasionar tan graves males á mi Religión? ¿No temblaré ante el pensamiento de quebrantar las reglas? Apartad, Padre misericordioso, de mí, de mis hermanos y de la religión, los castigos que por mis faltas he merecido, y haced que con mi observancia repare el daño que con mis inobservancias había causado. ¿Conoces, alma mía, los daños que se siguen de no observar las reglas? ¿Qué debes hacer para evitarlos?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán estrecha y grave es la obligación que tiene el religioso de observar la regla que ha profesado! La promesa que ha hecho solemnemente á Dios y á su Instituto, el deber de atender á su perfección por el único y necesario medio que Dios le ha señalado, la necesidad de edificar á sus hermanos; razones son poderosísimas que le obligan á una constante y fiel observancia. ¡Ay de él, si por vanos pretextos y fútiles motivos se dispensa del cumplimiento de este sagrado deber! Será inicuo, al parecer, en lo poco; pero dará una triste prueba de que un día lo ha de ser en lo mucho. Despreciando cosas aparentemente pequeñas, perderá el santo temor de Dios, hará paces con las culpas, y al fin vendrá á caer en cosas grandes. Por causa de esta gotera de la inobservancia se arruinará todo el edificio de su alma. Y ¡cuánto daño para sus hermanos! ¡Cuánto perjuicio para toda la religión! Por el contrario, el religioso observante atraerá sobre sí, sobre sus hermanos y sobre toda la religión, bienes inmensos. Las virtudes que practique, los buenos ejemplos que dé, serán para él una fuente de dicha en este mundo y de felicidad en el otro. Mira atentamente si eres inobservante, en qué quebrantas de ordinario la regla, y cómo debes remediar este mal. Forma propósitos serios y eficaces, pidiendo gracia para cumplirlos, y rogando por las demás necesidades que tienes encomendadas.

27.—REINO DE JESUCRISTO.

PRELUDIO 1.º Represéntate al Padre Eterno, mostrándote á Jesús y diciéndote: «He aquí á tu Rey».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de ser vasallo fiel de Jesucristo.

Punto 1.º *Excelencias de Jesús, Rey.*—Considera ante todo la infinita caridad de Dios con los hombres, el cual, queriendo darles un Rey que les guiase, rigiese y gobernase, escogió el mejor que les podía dar, á Jesús, su divino Hijo, el cual por una parte fuese verdadero hombre, de nuestra misma naturaleza, para que fuese delante de nosotros con el ejemplo y nos tratase con blandura y compasión como á hermanos, y por otra fuese verdadero Dios, para que pudiese remediarnos y ayudarnos con su infinito poder. Pondera luego las infinitas excelencias y cualidades sublimes de este Rey; inmensamente más perfectas que todas las que pueden poseer todos los reyes de la tierra. Porque Él es infinitamente sabio, y conoce todas nuestras necesidades y miserias; es omnipotente, y puede remediarlas; infinita es su misericordia en compadecerse de ellas, su bondad y caridad en querer darlas remedio, su providencia en mirar con cuidado por nuestro bien, su mansedumbre y afabilidad en mirarnos como á hermanos, su largueza y magnificencia en repartir con nosotros de sus riquezas y darnos cuanto tiene, hasta su mismo cuerpo y sangre; su justicia y su prudencia en el gobierno, enderezándonos con grande entereza y rectitud, y, finalmente, su eternidad con perpetua firmeza en su imperio celestial, sin que jamás se haya de acabar. Compara ahora lo que hacen, y cómo se han con sus vasallos los reyes de la tierra [1], con el proceder de este Rey celestial, y con grande admiración verás que aquellos les imponen tributos crecidísimos, exigiéndolos con gran rigor; éste los quita y paga todos con sumo amor: aquéllos viven á costa de la sangre de sus súbditos; éste los alimenta con su mismo cuerpo y sangre: aquéllos les obligan á exponer la vida en las guerras para defenderse á sí y á sus tierras; éste pierde la vida para defenderles y salvarles á ellos y merecerles un reino eterno. Al ver todo esto, ¿no agradeceremos al Padre Eterno el habernos dado un Rey tan perfecto como Jesucristo? ¿No nos consideraremos dichosos en ser sus vasallos? ¡Oh, Jesús mío, Rey soberano! Gózome de las grandezas que tenéis tan infinitas, y por ellas os suplico me toméis bajo vuestro amparo; porque si Vos me regís, nada me podrá faltar. Si vos reináis en mí, ¿qué me importa que el mundo me persiga? ¿Por qué he de temer sus amenazas?

Punto 2.º *Invitación que nos dirige para que le siga-*

[1] Isai., x, 1.

mos.—En este punto has de considerar el razonamiento que este soberano Rey hace á todos sus vasallos, con el fin de cumplir el precepto de su Padre [1] al constituirle Rey en Sión. Díceles, si no con palabras, á lo menos con las obras y con el ejemplo: «Mi justísima voluntad es hacer guerra á mis enemigos los demonios, mundo y carne, y á todos los vicios y pecados, y triunfando de ellos, entrar en el reino de mi Padre. Por tanto, quien me quisiere seguir en esta empresa, viva como Yo, y reinará como Yo: imíteme en la pelea, y sin duda tendrá parte en la victoria; puesto que para todos he dicho: Quien me quisiere servir, sígame, y adonde Yo estoy [2], estará el que me sirviere, gozando de la gloria que Yo goce, del mismo modo que participó de mis penas y trabajos.» Pondera luego las sólidas razones que deben moverte á seguir este llamamiento. El que llama es un Rey de grande majestad, y tan bienhechor y dadivoso, que por mil títulos te tiene obligado á su servicio. La empresa á que eres llamado es muy justa y de grande provecho, más tuyo que suyo, pues se trata de destruir á tus enemigos que tantos daños te causan. La victoria es segurísima, si tú quieres, y el premio será inmenso. El resultado será, además de tu provecho, grande gloria para Él, para su Padre y para sus vasallos. Finalmente: Él mismo va adelante peleando, y para darte ejemplo y ánimo bajó del cielo, y no es mucho que un vil soldado haga lo mismo que hace su rey y capitán. ¡Oh Rey eterno! Gracias os doy por la suavidad con que nos llamáis, trayéndonos á vuestro servicio con cuerdas de Adán [3], tejidas con tan eficaces razones. ¡Oh si todos las entendiesen con vuestra divina luz, para que todos os siguiesen con ardiente caridad! Nosotros, á lo menos, ¿estamos penetrados de la fuerza de estas razones? ¿Estamos resueltos á seguir á nuestro Rey Jesucristo?

Punto 3.º *Tres suertes de personas que oyen el llamamiento de Cristo.*—En este punto has de considerar varias suertes de hombres que hay en el mundo, á quienes llega la noticia de este llamamiento. La primera es de aquellos que se hacen sordos á él, y, embaucados con los bienes de esta vida, no quieren seguir á este Rey, mostrándose estos miserables sumamente ingratos y desleales; puesto que querrían llegar adonde está Cristo, y no quieren ir tras Él; querrían el premio de seguirle, y rehusan el trabajo de hacerlo. Éstos, en castigo, no llegarán á gozar de la dulzura del convite celestial, como los que fueron convidados y se excusaron [4]. La segunda es de aquellos que quieren seguir á este Rey, y acompañarle en esta guerra, pero cortamente, contentándose con guardar sus preceptos, queriendo quedarse con sus riquezas y dignidades, y gozar de los deleites y placeres que pueden sin culpa. Éstos, aunque hacen lo que basta para salvar.

[1] Psalm. II, 6. — [2] Joan., XII, 26. — [3] Osee., XI, 4. — [4] Luc., XIV, 24.

se; pero como su imitación es corta, así será corto su galardón; y es género de cortedad, que el soldado, cuanto es de su parte, no imite á su capitán en cuanto puede; pues el capitán hace por él más de lo que está obligado. La tercera suerte es de aquellos que, con ánimo generoso, se ofrecen á seguir á su Rey en todo y por todo, guardando sus preceptos, y también sus consejos, como Él los guardó, viviendo en pobreza, castidad y obediencia, renunciando á todas las cosas por imitar á su Señor. Tales son los religiosos, los cuales, como imitan con más perfección á Cristo, así recibirán de Él más abundante premio [1]; uno en esta vida, que es el ciento por uno, y otro después en la vida eterna. ¡Felices aquellos que han sido llamados, y han correspondido á tan provechosa vocación! ¿Á qué clase pertenecemos nosotros? ¿Correspondemos á las divinas inspiraciones? ¡Oh Señor soberano! hablad á mi corazón, que vuestro siervo escucha [2]. Vedme aquí aparejado para cumplir vuestros preceptos, y también para guardar vuestros consejos: yo me ofrezco por vuestro amor á seguiros en pobreza y castidad, dejando por vuestra gloria mi libertad y cuanto tengo, si tal es vuestra divina voluntad.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán justo es que bendigamos y alabemos la infinita misericordia de Dios, nuestro amantísimo Padre! Nos ha dado un Rey, ¡qué Rey!, Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Como Dios, puede concedernos cuanto le pidamos; como hombre, quiere favorecernos, mirándonos como á hermanos. Él es sapientísimo, omnipotente, misericordiosísimo, lleno de bondad y caridad, de mansedumbre y ternura, de amor y largueza para con sus súbditos. No exige tributos; antes los paga generoso: no vive á expensas de sus vasallos; antes con su vida les da vida y con su sangre los alimenta: no expone la existencia de ellos para defenderse á sí; antes la pierde para defenderlos. ¿Quién no se alegrará de ser contado entre los súbditos de tan distinguido Monarca? Él á todos llama, de nadie se olvida, y al que le siga promete la victoria, asegura el premio y le prepara la recompensa. Para moverles con mayor eficacia, Él mismo va adelante con el ejemplo; en los combates, Él recibe los primeros tiros; en la victoria, reparte todos los despojos: y nosotros, ¿no le seguiremos? ¿Haremos el sordo á la amorosa invitación de este amable Rey? Entre los hombres que lo oyen, unos lo menosprecian, otros se contentan con lo indispensable, cumpliendo sólo sus preceptos, otros siguen también sus consejos. ¿Entre quiénes hemos de ser contados nosotros? ¿Cómo nos portamos con este amoroso Rey? ¿Le seguimos de cerca? Pues ¿cómo nos hemos de portar en lo sucesivo? Atendamos á lo que nos conviene; resolvamos eficazmente, y con fervorosos coloquios roguemos por nosotros y por los demás.

[1] Matth., XIX, 29. — [2] I Reg., III, 10.

28.—CAUSAS DE LA REDENCIÓN.

PRELUDIO 1.º Quiso Dios, por altísimas causas, redimir á los hombres, y no á los ángeles caídos.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Dios sentado en su trono, decretando la redención del género humano.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de conocer y agradecer la misericordia de Dios en la redención del mundo.

Punto 1.º *Misericordia de Dios en la redención del mundo.*—Considera cómo, habiendo criado Dios nuestro Señor dos suertes de criaturas á su imagen y semejanza para que le sirviesen y alabasen, es á saber: ángeles y hombres; ángeles en el cielo empíreo, y hombres en el paraíso terrenal; y habiendo visto que gran parte de los primeros pecaron, y también los segundos, determinó mostrar la terribilidad de su justicia rigurosa en castigar á los ángeles, flechando contra ellos el terrible arco de su ira, y arrojándolos luego del cielo al infierno [1], sin darles lugar de penitencia; pero con los hombres, aunque merecían el mismo castigo, quiso mostrar las riquezas [2] de su misericordia infinita, determinándose á remediarlos y sacarlos de las miserias en que habían caído, dándoles medios para alcanzar el perdón de sus pecados. Porque en ninguna cosa resplandece tanto la misericordia de Dios como en perdonar pecados y compadecerse de sus mismos enemigos, y no era razón que la misericordia dejase de mostrarse en cosa que tanto la engrandece. Y así lo hizo con los hombres, por lo cual todos los hombres debiéramos dar infinitas gracias á este Señor, viendo que con ser criaturas tan viles, y mereciendo ser desamparadas por su justicia, nos amparó con su misericordia, dejando á los ángeles que eran más nobles que nosotros. Mas tú, viendo que la redención, aunque suficiente para todos, no á todos se aplica con eficacia, has de procurar no resistir á la divina misericordia, para no caer en manos de la justicia como los rebeldes. ¡Oh Dios eterno, verdadero Padre de misericordias! ¿Con qué os pagaremos tan soberano beneficio como este, que sin merecerlo nos deis remedio para alcanzar perdón de nuestro pecado? Alábenos los ángeles que quedaron en el cielo; reconózcanla y aprovéchense de ella los hombres que viven en la tierra, y derrítanse sus almas en amor vuestro, cantando la muchedumbre y grandezas de vuestras misericordias. Y nosotros, ¿conocemos la gracia que nos ha hecho el Señor? ¿De qué modo se lo agradecemos? ¿Resistimos á sus inspiraciones?

Punto 2.º *Remedió Dios el pecado del hombre, porque*

[1] II Petr., II, 4. — [2] Sap., XI, 24.

con él dañó á su posteridad.—Considera aquí una de las causas principales que en alguna manera movieron á Dios á remediar el pecado del hombre, dejando sin remedio el de los ángeles. Esto fué porque Adán, con su pecado, no solamente hizo daño á sí mismo, sino también á todos sus descendientes, los cuales debían de nacer pecadores, condenados á muerte y cárcel eterna, incurriendo en estos daños, no por su propia voluntad personal, sino por la que tuvieron en su primer padre [1]. Y como Dios es tan misericordioso, no pudo sufrir su clemencia que toda su obra pereciese sin remedio por culpa de uno, y que todo este mundo visible que había sido criado para el hombre, quedase frustrado de su fin, sirviendo al pecador, por lo cual se determinó remediarlo. De lo cual puedes sacar dos motivos poderosos para confiar en la divina misericordia, alegándolos por títulos para que remedie tu miseria, como lo hacía David. Uno es el haber sido concebido en pecado [2], heredando una naturaleza flaca, débil y excesivamente inclinada al mal, herida con cuatro asquerosas llagas, que son la ignorancia en el entendimiento, la malicia en la voluntad, y la concupiscencia y debilidad en el apetito sensitivo, de las cuales mana abundante postema de pecados. Y otro motivo es, que eres obra de sus manos [3]: por lo cual no te ha de despreciar ni aborrecer, pues nada aborrece de lo que hizo [4]. ¡Oh Padre misericordiosísimo! Pues conocéis la masa de que vuestros hijos somos formados, la cual salió de Vos buena y por Adán se hizo mala, compadeceos de nosotros, remediando el daño que Adán hizo, para reformar lo bueno que Vos hicisteis. Mis manos, Señor, han borrado en mí lo que hicieron las vuestras; reparen las vuestras con una gracia copiosa lo que hicieron las mías con gran culpa. Mas, ¿cómo nos disponemos para alcanzar este favor? ¿Con qué humildad, confianza y fervor se lo pedimos?

Punto 3.º *Dios remedió el pecado de Adán, porque cayó por sugestión del demonio.*—Considera otra causa que pudo motivar en cierto modo la redención del hombre, compadeciéndose Dios de él, y no del ángel caído. Esta fué porque el hombre pecó siendo tentado é inducido del demonio, parte por envidia que tuvo de su bien, parte por la rabia que tenía contra Dios, deseando vengarse del Criador en criatura que de él era tan favorecida, y en quien estaba su divina imagen estampada. Por cuyo motivo, el mismo Dios, movido á compasión, quiso tomar por suya la causa del hombre, determinándose á remediarle, porque su enemigo no quedase para siempre victorioso. Y así le dijo, en pecando Adán [5]: «Yo pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tus descendientes y los suyos, y ellos te quebrantarán la cabeza», venciendo á quien los venció, y triunfando de quien

[1] Rom., v, 12. — [2] Psalm. L, 7. — [3] Psalm. CXXXVII, 8. — [4] Sap., XI, 25.
[5] Genes., III, 15.

de ellos triunfó. Reflexiona con cuánta seguridad tienes derecho de esperar que el Señor se compadecerá de ti y tomará tu causa por suya, pues el demonio ahora te persigue con la misma envidia y rabia, y así puedes decirle con David [1]: «Levántate, Señor, y vuelve por tu causa», ayudándome con vuestra gracia á quebrantar la cabeza de la serpiente, pues siempre me persigue porque os aborrece. Otras veces puedes hacerle presente el gozo y regocijo de tus enemigos, si logran verte caído por la ofensa que haces á Dios con tu pecado, porque sus gozos son los desprecios é injurias que Dios recibe. ¡Oh Dios omnipotente! Mirad la rabia y furor con que vuestros enemigos me persiguen, porque quiero guardar vuestra santa ley. Si por vuestro amor soy perseguido, á Vos principalmente toca ayudarme. Alzad, Señor, vuestra mano omnipotente, y serán disipados todos vuestros enemigos, y de vuestra presencia huirán todos los que os aborrecen, quedando libres de sus ataques vuestros amados. Pero nosotros, ¿podemos decir que los enemigos han causado siempre nuestras caídas? ¿No ha sido el amor propio nuestro mayor enemigo? ¿Hemos resistido del modo que debíamos á las tentaciones?

Epílogo y coloquios.—¡Cuán digna de alabanza, agradecimiento y eterna loa es la misericordia que Dios ha usado con los hombres! Habían éstos pecado como los ángeles, luego de su creación; y mientras que los espíritus rebeldes atraen con su pecado sobre sí las maldiciones é indignación de Dios, el hombre pecador halla en Él á un padre cariñoso que, compadecido de su miseria, trata de remediarla con modo inefable, perdonándole sus pecados. ¡Bendita, glorificada y eternamente alabada sea la misericordia de Dios! Pero, ¿cuáles fueron las causas que en cierto modo pudieron mover á Dios á distinguir de una manera tan amorosa á los hombres? ¿Por qué fueron éstos preferidos á los ángeles? ¡Ah! Los ángeles, pecando, se habían dañado á sí solos, y su reato no podía perjudicar á otros; mas el hombre había envuelto en su ruina espantosa á toda su posteridad, la cual eternamente habría llorado el pecado de su primer padre sin consuelo ni esperanza. Los ángeles pecaron solicitados únicamente por su soberbia y ambición; el hombre había sucumbido á las asechanzas y tiros de su enemigo, deseoso de derribarle, movido del doble odio de Dios y de él. ¡Qué motivos de confianza para impetrar la misericordia de Dios! También nosotros podemos alegarlos; también podemos recordarle que fuimos concebidos en pecado, y que el demonio nos persigue cruelmente, y que, si nuestros padres en el paraíso sucumbieron, más fácilmente sucumbiremos nosotros en este mundo de miserias y desórdenes. Despertemos nuestra confianza en vista de esto, y, proponiendo

[1] Psalm. LXXIII, 22.

con firmeza resistir á nuestros enemigos, imploremos los auxilios divinos para nunca ser vencidos, y el socorro en todos nuestros apuros y necesidades.

29.—ATRIBUTOS DIVINOS QUE BRILLAN EN LA ENCARNACIÓN.

PRELUDIO 1.º Queriendo la Santísima Trinidad remediar al mundo, decretó que la segunda persona se hiciera hombre, mostrando la excelencia de su sabiduría, bondad, poder y demás atributos.

PRELUDIO 2.º Represéntate á la Santísima Trinidad, decretando la encarnación del Verbo.

PRELUDIO 3.º Pide agradecimiento al Señor por este beneficio.

Punto 1.º *La Santísima Trinidad decreta que el Verbo se haga hombre.*—Considera cómo la Santísima Trinidad, viendo en su eternidad muchos medios que tenía para remediar los hombres, ó perdonándolos con pura y sola misericordia, criando otro nuevo hombre que satisfaciese por ellos; ó encargando esto á los serafines, no quiso escoger el medio que era más fácil ni el menos perfecto; ni encargar esta obra á otro, sino escogió el mejor medio que era posible, trazando que el Hijo de Dios se hiciese hombre para remediar á los hombres. De suerte que no pudo darnos mejor remediador, ni más poderoso remedio, ni más copiosa redención, queriendo que en donde abundó el delito [1], abundase infinitamente más la gracia. Para ponderar más esta verdad, mira lo que el primer hombre hizo contra Dios, comparando los pensamientos y trazas del uno con los del otro. Adán trazaba con soberbia alzarse contra el mismo Dios, queriendo usurpar su divinidad y sabiduría, y el dominio sobre todas las cosas; por lo cual merecía que Dios le aborreciera y humillara, y que aniquilara su naturaleza pervertida. Pero Dios, con su infinita bondad, no solamente quiso perdonar esta injuria, sino para ello escogió un medio de suma honra y provecho para el hombre, y de suma humillación y trabajo para sí; porque con ser el Verbo divino de infinita grandeza y majestad, no reparó en [2] deshacerse y humillarse á tomar forma de siervo, y vestirse la naturaleza mortal y pasible de su enemigo, y juntarla consigo en unidad de persona, para sacarla de la suma miseria y levantarla á suma honra; pues, como dice san Agustín, Dios se hizo hombre para hacer al hombre Dios: para que en virtud de Dios humanado, los hombres fuesen Dioses por participación. ¡Oh Dios eterno! Gracias os doy por esta soberana traza que intentasteis por mi remedio, tomando sobre Vos mi bajeza, para comunicarme vuestra grandeza. Concededme que yo me humille para serviros, como Vos os humi-

[1] Rom., v, 20. — [2] Philip., ii, 6-7.

llasteis para remediarme, y que haga yo lo sumo que pudiere por vuestro servicio, como Vos hicisteis lo sumo que podíais para mi remedio. ¡Oh alma mía! Haz por tu Dios todo lo que puedas, pues todo es poco para lo mucho que le debes. Aprende á estimar á Dios como Él te estima; y pues te ha levantado á tanta grandeza, no hagas nada que desdiga de ella. ¿No nos acusa nuestro corazón de haber faltado en esto? ¿Trabajamos y padecemos por Dios todo cuanto Él quiere?

Punto 2.º *En este decreto de la Encarnación se descubren la bondad, misericordia y justicia de Dios.*—En este misterio de la Encarnación pretendió también el Señor descubrirnos la infinita excelencia de todas sus perfecciones y virtudes, empleándolas con la suma perfección que era posible en provecho nuestro. Pondera aquí cómo ostentó su infinita bondad y caridad, misericordia y justicia. Primeramente mostró su infinita bondad en comunicarse á sí mismo con la mayor comunicación que podía, dando su ser personal á una naturaleza humana, y emparentando de esta manera con todo el linaje de los hombres. Mostró también su caridad en unir consigo esta naturaleza con tan estrecha unión, que uno mismo fuese hombre y Dios, para que todos los hombres fuesen una cosa con Dios por unión de amor, dándoles generosamente y de balde la cosa que más amaba y estimaba, y con ella todas las demás cosas [1]. Mostró además su infinita misericordia, hermanándola maravillosamente con la justicia; porque no pudo ser mayor misericordia que venir personalmente Dios á remediar nuestras miserias, y hacerse capaz de tristeza, para tener verdadera compasión de ellas. Finalmente: no pudo mostrar tampoco más eficazmente su justicia, que con pagar el mismo Dios humanado nuestra propia deuda, pasando por la pena de muerte que mereció nuestra culpa; ni pudo ser mayor hermandad que aplicar á los demás hombres por misericordia la paga que Dios-hombre mereció de justicia, dándonos confianza de alcanzar todas las cosas que nos convienen, pues todas las ganó este Señor de justicia, y nos aplica sus merecimientos por su infinita misericordia. ¡Oh Dios infinito! ¡Cuán bien habéis descubierto las infinitas perfecciones y atributos que tenéis! Vuestra caridad es inmensa, vuestra bondad no tiene límites, y vuestra misericordia y justicia se han unido y abrazado tan admirablemente, que, lejos de menoscabar la una á la otra, mutuamente se acrecientan, ensalzan y en cierto modo se engrandecen. Pues ¿cómo no amamos nosotros á un Señor tan bueno? ¿Cómo no confiamos en un Dios tan misericordioso? ¿Cómo no tememos á un Rey tan justiciero?

Punto 3.º *Descúbrense también en este decreto la sabiduría, omnipotencia y santidad de Dios.*—Considera en este

[1] Rom., viii 32.

punto cómo el Señor mostró además en el misterio de la Encarnación su inmensa sabiduría en inventar un modo cómo juntar cosas tan distantes como son Dios y hombre, Eterno y temporal, impasible y pasible, y en dar traza para desatar el nudo dificilísimo de nuestras culpas, perdonándolas la divina misericordia, sin perjuicio de la justicia. Mostró también la omnipotencia, en hacer por el hombre lo sumo que podía, en razón de honrarle y enriquecerle; porque entre todas las cosas divinas, ninguna hay mayor que hacerse Dios hombre. Por último, mostró su santidad y todas sus virtudes, imprimiéndolas en Dios humanado para que fuese dechado visible de todas, animándonos con su ejemplo á imitarlas, y ayudándonos con su gracia á procurarlas, sin que haya quien pueda excusarse de ello. Porque si Dios ama á los prójimos, ¿quién no los amará? Si Dios hace bien á sus enemigos, ¿quién hará mal á los suyos? Si Dios se humilla, ¿quién se ensoberbecerá? Si Dios padece y sufre, ¿quién será impaciente y mal sufrido? Y si obedece Dios, ¿cómo no obedecerá el hombre? Pondera cómo todas estas perfecciones que resplandecen en esta obra, son motivos poderosísimos que deben moverte á alabar á Dios cada día, con deseo de amarle y servirle con la mayor perfección que te fuere posible. Y como la prueba del amor son las obras, has de mostrarlo imitando sobre todo las virtudes que Dios encarnado ejercitó en el mundo para nuestro ejemplo. ¡Oh, Trinidad beatísima! ¿Qué gracias os daré por haber descubierto con esta obra las infinitas grandezas que teníais encubiertas en vuestro pecho? ¿Qué os daré que no sea poco por dádiva tan soberana? ¿Cómo os amaré y serviré por ella? Heme aquí dedicado á vuestro servicio, con deseo de amaros como me amasteis, y de imitar las virtudes que me descubristeis. Y pues me habéis dado lo que es más, dadme también lo que es menos; dándome que os ame por el don infinito que me disteis. ¿Cómo hemos de mostrar el amor que tenemos á Dios? ¿En qué virtudes hemos de imitarle?

Epílogo y coloquios. ¡Oh invenciones soberanas de la sabiduría y bondad de nuestro Padre! Deseando sacar á sus hijos de la esclavitud del demonio en que se hallaban, inventa un medio tan inaudito, que aunque todos los entendimientos angélicos lo hubieran estado pensando por toda la eternidad, jamás lo habrían adivinado. No fía este negocio á otro, sino que lo reserva para sí; ni quiere que la misericordia deje de obrar la obra mayor que podía realizar, ni consiente que la justicia abdique uno solo de sus derechos. El mismo Dios se hace hombre, para poder cargar sobre sí los pecados de los hombres y pagar por ellos el precio infinito de sus satisfacciones divinas. ¡Cuán bien se descubre en todo esto la bondad, la caridad, la misericordia y la justicia de Dios! ¡Cómo resaltan su sabiduría infinita, que halla un medio para unir en una sola persona la humanidad y

la divinidad; su omnipotencia soberana, que logra unir extremos tan distantes como son Dios y hombre, Criador y criatura, infinito y limitado en un solo supuesto! Y todo esto lo ejecuta Dios para bien de los hombres, esto es, de aquellos que pecaron pretendiendo usurparle su sabiduría, su grandeza y el reino universal sobre todas las criaturas. Pues, ¿cómo no salimos de nosotros meditando todo esto? ¿Cómo nos atrevemos á ofender á un Señor tan benéfico? ¿Cómo no tememos á un Dios tan justo? ¿Cómo no temblamos ante un Dios tan poderoso y sabio? ¿Cómo no amamos á un Padre tan amoroso? ¿Qué contesta á todo esto nuestro corazón? ¿Qué debemos reformar en nuestra conducta, en orden á Dios nuestro Señor? Examinémoslo, propongamos y pidamos con fervor y confianza.

30.—INFINITA CARIDAD DE DIOS EN LA ENCARNACIÓN.

Preludio 1.º Descúbrese la caridad de Dios en este misterio, ya en la persona que amó á los hombres, ya en el don que les dió, ya en el fin para que lo dió.

Preludio 2.º Representémonos á Jesucristo diciendo: «De tal modo amó Dios al mundo, que dió por él á su Hijo unigénito».

Preludio 3.º Pidamos la gracia de conocer y agradecer la caridad divina en el misterio de la Encarnación.

Punto 1.º *Excelencia de la caridad por la persona que nos ama.*—Considera aquí la infinita grandeza de la persona que nos amó y nos hizo este soberano beneficio, y la infinita vileza del que es amado, comparando lo uno con lo otro. Pondera cómo el origen de este soberano beneficio fué la infinita caridad y amor de Dios, el cual, para su provecho y bienaventuranza no tenía necesidad de amar á nadie fuera de sí mismo, porque con sólo verse y amarse es infinitamente bienaventurado. Con todo; de pura gracia quiso amar á las criaturas, y hacerlas bien solamente porque es bueno, y por mostrar en ellas las riquezas de su bondad y misericordia, como dijo san Pablo [1]. La cual resalta inmensamente más si se considera que el amado es el mundo, esto es, la muchedumbre de los hombres pecadores que pecaron en Adán, y de él contrajeron la mancha de la culpa original, y después, por su propia voluntad, cayeron en gravísimos pecados actuales, por los cuales eran indignísimos de ser amados, y merecían sumamente ser aborrecidos. De suerte que, no sólo amó Dios á los hombres cuando no eran, y, por consiguiente, ni eran amigos ni enemigos, sino también los amó cuando eran enemigos rebeldes, y desagradecidos á otros innumerables beneficios que les había hecho, para descubrir con esto los infinitos tesoros de

[1] Ephes., II, 4.

punto cómo el Señor mostró además en el misterio de la Encarnación su inmensa sabiduría en inventar un modo cómo juntar cosas tan distantes como son Dios y hombre, Eterno y temporal, impasible y pasible, y en dar traza para desatar el nudo dificilísimo de nuestras culpas, perdonándolas la divina misericordia, sin perjuicio de la justicia. Mostró también la omnipotencia, en hacer por el hombre lo sumo que podía, en razón de honrarle y enriquecerle; porque entre todas las cosas divinas, ninguna hay mayor que hacerse Dios hombre. Por último, mostró su santidad y todas sus virtudes, imprimiéndolas en Dios humanado para que fuese dechado visible de todas, animándonos con su ejemplo á imitarlas, y ayudándonos con su gracia á procurarlas, sin que haya quien pueda excusarse de ello. Porque si Dios ama á los prójimos, ¿quién no los amará? Si Dios hace bien á sus enemigos, ¿quién hará mal á los suyos? Si Dios se humilla, ¿quién se ensoberbecerá? Si Dios padece y sufre, ¿quién será impaciente y mal sufrido? Y si obedece Dios, ¿cómo no obedecerá el hombre? Pondera cómo todas estas perfecciones que resplandecen en esta obra, son motivos poderosísimos que deben moverte á alabar á Dios cada día, con deseo de amarle y servirle con la mayor perfección que te fuere posible. Y como la prueba del amor son las obras, has de mostrarlo imitando sobre todo las virtudes que Dios encarnado ejercitó en el mundo para nuestro ejemplo. ¡Oh, Trinidad beatísima! ¿Qué gracias os daré por haber descubierto con esta obra las infinitas grandezas que teníais encubiertas en vuestro pecho? ¿Qué os daré que no sea poco por dádiva tan soberana? ¿Cómo os amaré y serviré por ella? Heme aquí dedicado á vuestro servicio, con deseo de amaros como me amasteis, y de imitar las virtudes que me descubristeis. Y pues me habéis dado lo que es más, dadme también lo que es menos; dándome que os ame por el don infinito que me disteis. ¿Cómo hemos de mostrar el amor que tenemos á Dios? ¿En qué virtudes hemos de imitarle?

Epílogo y coloquios. ¡Oh invenciones soberanas de la sabiduría y bondad de nuestro Padre! Deseando sacar á sus hijos de la esclavitud del demonio en que se hallaban, inventa un medio tan inaudito, que aunque todos los entendimientos angélicos lo hubieran estado pensando por toda la eternidad, jamás lo habrían adivinado. No fía este negocio á otro, sino que lo reserva para sí; ni quiere que la misericordia deje de obrar la obra mayor que podía realizar, ni consiente que la justicia abdique uno solo de sus derechos. El mismo Dios se hace hombre, para poder cargar sobre sí los pecados de los hombres y pagar por ellos el precio infinito de sus satisfacciones divinas. ¡Cuán bien se descubre en todo esto la bondad, la caridad, la misericordia y la justicia de Dios! ¡Cómo resaltan su sabiduría infinita, que halla un medio para unir en una sola persona la humanidad y

la divinidad; su omnipotencia soberana, que logra unir extremos tan distantes como son Dios y hombre, Criador y criatura, infinito y limitado en un solo supuesto! Y todo esto lo ejecuta Dios para bien de los hombres, esto es, de aquellos que pecaron pretendiendo usurparle su sabiduría, su grandeza y el reino universal sobre todas las criaturas. Pues, ¿cómo no salimos de nosotros meditando todo esto? ¿Cómo nos atrevemos á ofender á un Señor tan benéfico? ¿Cómo no tememos á un Dios tan justo? ¿Cómo no temblamos ante un Dios tan poderoso y sabio? ¿Cómo no amamos á un Padre tan amoroso? ¿Qué contesta á todo esto nuestro corazón? ¿Qué debemos reformar en nuestra conducta, en orden á Dios nuestro Señor? Examinémoslo, propongamos y pidamos con fervor y confianza.

30.—INFINITA CARIDAD DE DIOS EN LA ENCARNACIÓN.

PRELUDIO 1.º Descúbrese la caridad de Dios en este misterio, ya en la persona que amó á los hombres, ya en el don que les dió, ya en el fin para que lo dió.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesucristo diciendo: «De tal modo amó Dios al mundo, que dió por él á su Hijo unigénito».

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de conocer y agradecer la caridad divina en el misterio de la Encarnación.

Punto 1.º *Excelencia de la caridad por la persona que nos ama.*—Considera aquí la infinita grandeza de la persona que nos amó y nos hizo este soberano beneficio, y la infinita vileza del que es amado, comparando lo uno con lo otro. Pondera cómo el origen de este soberano beneficio fué la infinita caridad y amor de Dios, el cual, para su provecho y bienaventuranza no tenía necesidad de amar á nadie fuera de sí mismo, porque con sólo verse y amarse es infinitamente bienaventurado. Con todo; de pura gracia quiso amar á las criaturas, y hacerlas bien solamente porque es bueno, y por mostrar en ellas las riquezas de su bondad y misericordia, como dijo san Pablo [1]. La cual resalta inmensamente más si se considera que el amado es el mundo, esto es, la muchedumbre de los hombres pecadores que pecaron en Adán, y de él contrajeron la mancha de la culpa original, y después, por su propia voluntad, cayeron en gravísimos pecados actuales, por los cuales eran indignísimos de ser amados, y merecían sumamente ser aborrecidos. De suerte que, no sólo amó Dios á los hombres cuando no eran, y, por consiguiente, ni eran amigos ni enemigos, sino también los amó cuando eran enemigos rebeldes, y desagradecidos á otros innumerables beneficios que les había hecho, para descubrir con esto los infinitos tesoros de

[1] Ephes., II, 4.

su misericordia y caridad. Para penetrarte más de la excelencia de esta caridad, compara lo que Dios hace en el cielo con lo que los hombres hacen en la tierra, y verás que Dios ama al mundo que le aborrece, y el mundo aborrece al Dios que le ama. El mundo se emplea en ofender á Dios, y Dios desea emplearse en hacer bien al mundo; y admírate de la maldad abominable del mundo y de la infinita bondad y caridad de Dios. ¡Oh Dios de infinita majestad! ¿Cómo os dignáis de amar á un mundo de infinita vileza? Pues conocéis quién es el mundo, ¿cómo no le aborrecéis? ¿Cómo no le hundís y aniquiláis? Bendita sea vuestra inmensa caridad, en cuyo seno cabe amor de tan ingrata criatura. Mostradla, Señor, conmigo en hacer que os ame como me amáis y os sirva como merecéis. ¿Es posible que no amemos á un Señor que tales títulos reune, que le hacen infinitamente amable? ¿Cómo le mostramos nuestro amor?

Punto 2.º *Grandeza del don que nos ha concedido el Señor.*—En este punto has de considerar la grandeza del don que Dios dió al mundo, que fué su Hijo unigénito. Pondera cómo el amor de Dios no es amor de solas palabras y buenas razones, sino de obras, haciendo bien á los que ama, y cuanto más ama, tantos mayores bienes da al amado. Por lo cual, para mostrar la grandeza de su amor, nos dió la cosa más preciosa que podía darnos, que es su mismo Hijo, de igual dignidad con su Padre y un mismo Dios con Él, queriendo que se hiciese hombre como nosotros, para que dentro de un hombre morase la plenitud de Dios, de la cual todos participasen [1]. Y á esta causa Jesús, queriendo encarecer la grandeza del amor de Dios, dijo [2]: «De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito»; como quien dice: no pudo amarle más que en darle á su Hijo natural, el unigénito y solo. Pondera además á quién se dió don tan precioso, que es á un mundo perverso, ingrato y desconocido, y tan obcecado, que viniendo este gran Unigénito de Dios á vivir en él, no le conoció [3], ni le estimó, ni le reverenció como debía; ni supo agradecerle la honra y el bien que de Él recibía. Y así, comparando lo que Dios hace por los hombres, que es darles á su Hijo, y lo que los hombres hacen contra Dios, que es ofenderle y desconocer su don, has de admirarte grandemente de la infinita caridad de Dios, deseando amarle muy de veras por esta merced, procurando mostrar con obras tu amor; y así como Dios te dió el único Hijo que tenía, así tú le has de dar la única alma que tienes, y tu único corazón, empleando tu memoria, entendimiento y voluntad, con todos tus sentidos y potencias, en amar y servir á tal Padre, que dió tal Hijo á tal mundo. ¡Oh Padre Eterno! Gracias os doy cuantas puedo por el infinito amor que nos tuvisteis, dándonos la cosa más amada y preciada que teníais. Deseo

[1] Colos., II, 9. — [2] Joan., III, 16. — [3] Joan., I, 10.

amaros como me amáis, dándoos la cosa más preciosa que en mí tengo: recibid mi corazón en prenda de este amor, para que de hoy más no os ame con solas palabras y lengua, sino con obras y con verdad [1], buscando siempre vuestra gloria, sin mezcla de cosa profana. ¿Qué damos nosotros á Dios en retorno de lo que Él nos ha dado? ¿Hay en nosotros alguna cosa que no sea para Dios? ¿Reservamos algo para nosotros mismos?

Punto 3.º *Fin por el que dió Dios á su Unigénito al mundo.*—Considera aquí el fin para que Dios dió al mundo este Hijo unigénito, y los infinitos bienes que de este don resultan á los hombres. En lo cual has de ponderar cómo el Hijo de Dios vino al mundo, como Él mismo dijo, para salvar al mundo [2] con una perfectísima salvación, la cual consiste en dos cosas. La primera, en quitarle todas las cosas que son causa de que perezca y se condene, perdonándole los pecados, librándole de la esclavonia del demonio y de la cárcel eterna del infierno, y de todas las demás miserias que andan anejas con la culpa y son causa de volver á ella. La segunda, en darle la vida de la gracia, con todas las virtudes sobrenaturales que la acompañan, y después la vida eterna. En cuyas dos cosas se encierran otras innumerables en número é infinitas en grandeza. Finalmente: para echar el sello á la excelencia de este beneficio, quiere Dios que se extienda á todos los hombres del mundo, de cualquier estado y condición que sean, sin excluir, cuanto es de su parte, á ninguno de cuantos quisieren creer en Él con viva fe, los cuales no perecerán, sino que todos alcanzarán la vida eterna. Y siendo esto así, también á ti se extiende este beneficio, y puedes aplicar á ti todas estas palabras, diciendo con toda verdad: «Así me amó Dios, que me dió á su Hijo unigénito, para que, creyendo en él con viva fe, no perezca, sino alcance la vida eterna.» ¡Oh Hijo unigénito del Padre! ¿Qué gracias os daré por haber venido al mundo para librarnos de tantos males y llenarnos de tantos bienes? Vos perdonáis nuestros pecados, despojáis el infierno, abrís las puertas del paraíso, vencéis al demonio, triunfáis del mundo, domáis nuestra carne, atajáis nuestros peligros, consoláis nuestras tristezas, aviváis nuestras obras, aumentáis nuestros merecimientos, nos dais perseverancia en vuestra gracia, y después nos coronáis con vuestra gloria. Bendito sea el Padre que nos dió tal don; bendito seáis Vos que vinisteis á remediarnos. ¿Por qué no somos agradecidos á tamaños favores? ¿Cómo se los pagaremos á Dios? ¿Qué exige actualmente de nosotros?

Epílogo y coloquios. ¡Con qué energía y viveza declaró Jesús el amor de su Padre al mundo! «De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito Hijo para que el que crea en Él no perezca, sino posea la vida eterna.» ¿Qué más podía decir-

[1] I Joan., III, 18. — [2] Joan., XII, 47.

se para declarar el amor infinito de Dios al mundo? Dios, el Infinito, el Eterno, el Omnipotente, que de nadie necesita, que se basta á sí sólo, que, si dió el ser á las criaturas, no fué porque esperase algo de ellas, sino para hacerlas bien, se dignó amar á un mundo ingrato, rebelde, obstinado en perseguirle, deseoso de destronarle; á unos hombres que, viéndose ricos con los dones que Él les había dado, se los apropian y no quieren reconocer la dependencia que de Él tienen. ¡Oh caridad admirable! Pero esta caridad no es de solas palabras, sino de obras. Si por los efectos se conoce la causa, si por el don se deduce el amor de donde procede, siendo el don que el Señor nos ha dado un don infinito, cual es su mismo Hijo, infinito será el amor. ¡Y da Dios su Unigénito á un mundo que le recibirá en un establo de animales y le despedirá en un patíbulo, y durante su vida no cesará de perseguirle! Pero, ¿para qué nos da Dios un don tan soberano? Para nuestra salvación; para que nos libre de los pecados y nos conceda la divina gracia, y con ella todo cuanto necesitemos para nuestra felicidad temporal y eterna. ¡Qué ingratitud la de aquellos que no quieren reconocer el don de Dios! ¿Qué hacemos nosotros? ¿En qué se conoce nuestro agradecimiento al Señor? ¿En qué cosas y cuándo debiéramos mostrarla? Pensémoslo, resolvamos y pidamos fervientemente por nosotros, por la conversión de los infieles y pecadores, por la santa Iglesia y demás fines acostumbrados.

31.—TIEMPO DE LA ENCARNACIÓN.

PRELUDIO 1.º Dispuso el Padre con admirable providencia enviar á su Unigénito al mundo en la mitad de los tiempos.

PRELUDIO 2.º Representémonos á la Santísima Trinidad en sublime consejo, decretando la Encarnación del Verbo.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de aprovecharnos de este beneficio.

Punto 1.º *En el principio del mundo fué prometido el Redentor.*—Considera cómo Dios nuestro Señor, luego que Adán y Eva pecaron, quiso revelarles el misterio de su Encarnación [1] en remedio de su pecado y de las penas que por él habían merecido, para mostrar en esto la grandeza de su caridad y misericordia con los hombres [2]. La cual resplandeció primeramente en que viniendo como juez á tomar cuenta á Adán y Eva de su desobediencia, y á declararles la sentencia de muerte en que habían incurrido por ella, juntamente, como Padre misericordioso, les promete, no sólo hacerse hombre por ellos, sino morir para librarlos de la muerte; pretendiendo con esto que con la fe de este Remediador no desconfiasen de la divina misericordia ni del perdón de su pecado, sino que luego lo procurasen con la penitencia, doliéndose de haber ofendido á quien tanto amor les mos-

[1] Genes., III, 15. — [2] S. Thom.

traba. De suerte que cuando Dios echa á nuestros padres del paraíso terrenal, les promete quien les abra las puertas del paraíso celestial; y cuando les carga de maldiciones por la culpa, les ofrece el Autor de todas las bendiciones. Resplandeció también la infinita misericordia de Dios en no dilatar esta promesa de nuestro remedio muchos días, ni aun horas, sino en el mismo día que pecó Adán vino á darle aviso de su yerro y de su remedio, porque desea grandemente que el pecador, ya que peca por flaqueza, no se detenga ni un solo día en su pecado, por el grande daño que de ello le resulta, sino que luego se convierta y haga penitencia. Por lo cual tú, si tienes la desgracia de caer en pecado, al sentir que Dios en su bondad, en lugar de castigarte con justicia, te previene con inspiraciones para que salgas de la culpa, has de darle gracias, y levantarte el mismo día de él por medio de la penitencia. ¡Oh Padre de misericordias! Gracias os doy, porque en medio de vuestra ira os acordáis de vuestras bondades [1] infinitas; y cuando todos los hombres, por el Adán primero, merecíamos ser malditos, nos prometisteis el Adán segundo, por quien fuésemos benditos. Mostrad, Señor, conmigo esta misericordia, librándome de las maldiciones que merezco por mis pecados, y llenándome de las bendiciones que vuestro Hijo me ganó con sus merecimientos. ¿Comprendemos ahora el exceso de la misericordia divina? Y ¿no amaremos á un Señor tan misericordioso? ¿No procuraremos salir presto del pecado, si alguna vez cayéremos en él?

Punto 2.º *Conveniencia del tiempo en que se ejecutó la Encarnación del Hijo de Dios.*—En este punto has de considerar la conveniencia del tiempo que escogió el Señor para ejecutar el decreto de la Encarnación de [2] su Hijo, para que brillase más su misericordia infinita. Para esto, levanta los ojos al cielo, y mira á la Santísima Trinidad en el trono de su gloria, dando las trazas para remediar al hombre caído por medio de la Encarnación del Verbo. Así como en la creación dijeron [3]: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza»; así dirían ahora: Remediemos al hombre que criamos, reparando la imagen y semejanza que le dimos. ¡Oh qué gusto tan grande tendrían en esta plática! ¡Qué alegría por haber llegado el tiempo de ejecutar su determinación! Y ¡qué regocijo en apercibirse cada persona para lo que de esta obra le tocaba! Baja luego tu vista, y mira lo que en este tiempo pasaba en el mundo, el cual había llegado al abismo de las maldades. Los gentiles habían crecido tanto en las idolatrías, que se hacían adorar como dioses. Los judíos estaban llenos de hipocresías, avaricias, ambiciones y otros innumerables pecados. La tierra estaba toda anegada con un diluvio de inmundicias y carnalidades, alcanzándose, como dice Oseas [4], una ola de

[1] Habac., III, 2. — [2] Galat., IV, 4. — [3] Genes., I, 26. — [4] Osee., IV, 2.

sangre á otra. Todo esto veía Dios desde el cielo [1], y no sólo no fué causa para que dilatase su determinación, sino que, cuando había de mostrar más su ira [2], se acordó de hacernos mayor misericordia, anegando al mundo, no con un diluvio de agua ó fuego, como merecía, sino con un diluvio de misericordia y amor. ¡Oh caridad infinita, que no pudieron apagar ni disminuir tantos ríos de iniquidad y pecado, antes bien la hicieron dar mayores muestras de amor al que más indigno era de él! Gracias os doy, ¡oh amantísimo Señor!, por esta caridad que nos mostrasteis, por la cual os suplico que, si yo, como malo, mereciere vuestra ira, Vos, como bueno, no dejéis de favorecerme con la grandeza de vuestra misericordia. ¿Comprendemos el admirable contraste entre la bondad de Dios y la malicia del mundo? ¿No ha pasado y pasa aún con nosotros este contraste?

Punto 3.° *Causas por que se difirió la ejecución de la Encarnación.*—Aquí has de considerar las causas porque el Verbo divino difirió por cuatro mil años su venida al mundo. La primera es para que en este tiempo los hombres, por la experiencia de sus innumerables y gravísimos pecados, conociesen la extrema necesidad que tenían de su Remediador, el cual, como venía del cielo para médico de nuestras dolencias, aguardó á que creciesen y se manifestasen, para que también se manifestase su infinita sabiduría y omnipotencia en curar tan graves enfermedades con tan proporcionados remedios. Y así, cuando por la soberbia el hombre se hacía dios, Dios, con infinita humildad, se hizo hombre; y cuando la codicia todo lo avasallaba, Dios se hizo pobre; y cuando la sensualidad todo lo dominaba, Dios se abrazó con la cruz y murió en ella. Otra causa de esta dilación fué porque quiere Nuestro Señor que sus dones, especialmente cuando son muy grandes, sean estimados, pedidos y solicitados con oraciones y gemidos, como lo hicieron todo este tiempo los Padres que estaban en el limbo y los justos que vivían en la tierra; y de camino, probaba con esta dilación la confianza y paciencia de los justos, á quien estaba hecha promesa, porque es heroica virtud no perder la confianza cuando se dilata mucho el cumplimiento de la promesa. Conforme á estas dos causas, suele Dios nuestro Señor permitir que sus escogidos padezcan largos desamparos y tribulaciones, retardándoles el remedio, parte por aumentar su confianza y avivar sus deseos, y parte porque conozcan más su propia necesidad y lo poco que pueden sin los auxilios de Dios. ¡Oh Médico soberano! Gracias os doy por haber venido en tal coyuntura á curar nuestras llagas con tan preciosa medicina, y por haber retardado la curación del mundo para el tiempo en que vuestra misericordia fuese más patente y nuestra necesidad más manifiesta. Mirad, Señor, que han crecido mucho mis llagas; no

[1] Psalm. XIII, 2. — [2] Habac., III, 2.

dilatéis más el remediarlas, para que se descubra en mí la grandeza de vuestras misericordias. Y nosotros, ¿nos quejamos cuando el Señor tarda en ayudarnos? ¿Aumentamos entonces nuestra confianza? ¿Avivamos los deseos?

Epílogo y coloquios. ¡Cómo resplandece la misericordia divina en el misterio de la Encarnación, si se considera el tiempo que escogió el Señor para prometerlo y para ejecutarlo! Apenas nuestros primeros padres acababan de caer en el lazo del demonio, se presenta el Señor, como Juez soberano, para imponerles el castigo, arrojándolos del paraíso; pero en el mismo tiempo ya les descubre los secretos de su misericordia y los intentos paternales que abrigaba su corazón. Ciérrales el paraíso terrenal, pero les promete quien les abra el celestial; les declara incursos en la sentencia de muerte, pero les asegura la venida de Aquel que les ha de dar la vida eterna. ¡Oh misericordia de Dios, cuán digna eres de toda alabanza! Mas, ¿cuándo dispone Dios la ejecución del decreto de su Encarnación? ¡Ah! Precisamente cuando el mundo estaba más apartado de Él; cuando ya todos los hombres, judíos y gentiles, griegos y bárbaros, se habían declarado en abierta rebeldía contra su Dios. No quiere que sea antes, para que el mundo se convenza de su propia necesidad, y para que se aumente la confianza y crezcan los verdaderos adoradores del Señor. ¡Qué documento tan importante! Si lo consideramos atentamente, ¿dejaremos de confiar en la misericordia de Dios? ¿No alabaremos la bondad de este amabilísimo Señor? ¿No avivaremos los deseos de obtener su protección y auxilio? ¿Cómo nos haremos dignos de este favor? ¿Son nuestras obras tales, que merezcan las benignas miradas de Dios? ¿Puede este Señor estar contento de nosotros? ¡Qué confusión, si bien nos examinamos! Volvamos sobre nosotros mismos, propongamos lo que quisiéramos haber hecho aquel día en que el Señor nos pida cuenta del beneficio de la Redención; y para cumplir nuestros propósitos, pidamos gracia al Señor y roguemos por todo lo demás.

32.—CONDICIONES DEL CUERPO QUE TOMÓ EL VERBO ENCARNADO [1].

PRELUDIO 1.° La Santísima Trinidad se alegró en la Encarnación, y el Verbo tomó un cuerpo pasible en estado de niño.

PRELUDIO 2.° Representémonos á la Santísima Trinidad mirando con gozo el cuerpo sacrosanto de Jesús.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de sufrir por Dios todo lo que su Majestad disponga.

Punto 1.° *Alegría de la Santísima Trinidad en la Encarnación del Verbo.*—Luego que la Virgen consintió en ser Madre del Mesías, el Espíritu Santo formó de su sangre purísima un

[1] Las meditaciones que aquí se echen de menos acerca de la Encarnación, se hallarán en la serie de las de la Virgen Santísima.

cuerpo perfectísimo, y crió una alma racional excelentísima, y los juntó entre sí y con la persona del Verbo eterno, quedando Dios hecho hombre [1] y el hombre Dios. Pondera aquí el grande contento de toda la Santísima Trinidad en ver cumplida su promesa y en haber hecho esta muestra de su omnipotencia y de su bondad y caridad. El Padre Eterno se alegró por habernos dado á su Hijo, amándole con amor infinito y agradándose en este Dios-niño sobre todo lo criado; pues, como dice santo Tomás, mucho más ama Dios á solo Cristo que á todos los ángeles y hombres y á todas las criaturas juntas; y más se goza en mirarle, que en mirar á todo el resto de lo criado y por criar. El Verbo eterno tuvo infinito gozo en verse hecho hombre, y comenzó á amar con amor entrañable á aquella Santísima Humanidad, abrazándola consigo, con propósito de no dejar lo que una vez tomó, y por su respeto desearía abrazar y meter dentro de sus entrañas á todos los hombres, como deudos suyos. Finalmente: el Espíritu Santo tuvo grande contento en haber hecho esta obra, que se atribuye á Él, por ser propio de esta persona la bondad y amor; y entonces parece que hartó su deseo, habiendo hecho la suprema obra de amor que podía. Por lo cual dijo Isaías [2] que saldría una vara de la raíz de Jesé, y de ella una flor, sobre la cual descansaría el divino espíritu; porque en este Verbo eterno encarnado, figurado por esta vara y flor de Jesé, halló el Espíritu Santo descanso y gozo perpetuo, como en la cosa que más amaba. ¡Oh Trinidad beatísima! Gózome del gozo que tenéis por una obra en que tan admirablemente se descubren vuestras grandezas soberanas. Por este gozo os suplico me deis parte en los bienes que nos ha merecido el Verbo encarnado, de modo que en este mundo y en el otro mi gozo sea lleno, y nadie pueda privarme de él. ¿Nos gozamos nosotros de este misterio tan glorioso y útil para nosotros? ¿Nos aprovechamos de él?

Punto 2.º *Causas porque quiso Jesús que su cuerpo fuese pasible y mortal.*—Considera cómo el cuerpo del Hijo de Dios fué pasible y mortal para nuestro bien, debiendo ser naturalmente impasible é inmortal, principalmente por dos causas. La primera, porque Cristo nuestro Señor fué totalmente libre de la culpa original, no por privilegio, sino por derecho, por ser Hijo de Dios natural, y por haber sido concebido, no por obra de varón, sino por virtud del Espíritu Santo. Y, por consiguiente, no le tocaba la pena de la mortalidad y pasibilidad, debida al pecado original; pero, con todo, quiso este Señor, para mostrar su humildad y caridad, dejar la culpa y tomar la pena; y sin ser pecador, tomar, como dijo san Pablo [3], carne de pecador, sujeta á todas las penalidades y miserias que tienen los pecadores, para pagar con su muerte y con sus penas nuestras culpas. La segunda causa

[1] Joan., I, 14. — [2] Isai., XI, 1. — [3] Rom., VIII, 3.

porque el cuerpo de Cristo había de ser impasible é inmortal, es porque su alma era gloriosa y bienaventurada; y así, por derecho, había de tener su cuerpo las cuatro dotes de gloria que tiene ahora en el cielo, que son claridad, impasibilidad, sutileza y ligereza; mas con todo eso, quiso este amorosísimo Señor hacer este nuevo milagro y renunciar este derecho, privándose de estas dotes de gloria, y vistiéndose de mortalidad é ignominia, con las demás miserias nuestras, para que su cuerpo, como Él mismo dijo, fuese apto [1] para ser hostia y sacrificio por nuestros pecados en el ara de la cruz. ¡Oh Señor amantísimo! Bendito y alabado seáis mil veces por la caridad que mostrasteis en hacer milagros para poder morir, y en renunciar todo lo que os podía excusar de padecer. ¡Oh, cuán confuso y avergonzado estoy viendo las ansias con que huyo los trabajos, pidiendo á veces milagros para librarme de ellos! Deseo, de hoy más, renunciar todo lo que fuere honra y regalo, por imitaros en padecer ignominia y tormento. ¿Abrigamos nosotros estos deseos? ¿Estamos dispuestos á sacrificar por Dios nuestra paz, reposo, honra y todas las cosas?

Punto 3.º *Causas porque quiso Dios hacerse niño.*—Aquí has de considerar las causas porque quiso Dios hacerse niño, pudiendo tomar un cuerpo de varón perfecto, como formó el cuerpo de Adán. La primera fué para hacerse, como dice el Apóstol [2], semejante en todo á sus hermanos los hombres, y obligarlos con esto á que le amasen más tiernamente. La segunda fué para darnos ejemplo de humildad y aficionarnos á ella cuando viésemos con los ojos de la fe al Dios de la majestad hecho niño pequeñito; y al que no cabe en cielo ni tierra, estrechado en el seno de una mujer. De lo cual has de sacar afectos de admiración é imitación, admirándote que un Dios tan grande así se haya empequeñecido, y deseando imitar la humildad que en esto resplandece. La tercera causa fué para entrar en el mundo dándonos ejemplo de paciencia y mortificación muy perfecta, sufriendo una cárcel horrible, obscura y estrecha de nueve meses, sin poderse mover, ni menear pie ni mano, ni ver, ni oler, ni gustar cosa alguna. Y aunque los otros niños no sienten la apretura en que están en el seno materno, por no tener uso de razón; pero este niño benditísimo, como le tenía muy perfecto, sentíalo y sufría de buena gana aquella cárcel y mortificación de sentidos para librarnos de la cárcel eterna, y para pagar la libertad y desenvoltura de Eva, que salió á pasear por el Paraíso y miró la fruta del árbol y la gustó, contra el precepto divino; y asimismo, para pagar por tus libertades y alentarte á la mortificación y á sufrir algún encerramiento y estrechura en la habitación. ¡Oh Verbo eterno encarnado! Gracias os doy por la entrada que hicisteis en el mundo

[1] Psalm. XXXIX, 7. — [2] Hebr., II, 17.

sufriendo tan estrecha cárcel y tan larga y prolija mortificación de vuestra carne; por ella os suplico me libréis de la eterna cárcel del infierno y de la molesta prisión de mis vicios, ayudándome á enfrenar mis sentidos y á dominar mis pasiones desordenadas. ¿Hemos conocido los ejemplos de amor, humildad y abnegación que nos da Jesús, naciendo niño? ¿Los imitamos como debemos?

Epílogo y coloquios. ¡Qué contento tuvo la Santísima Trinidad en el instante en que la segunda Persona tomó carne humana en el seno de María! Sin duda que el Padre Eterno se alegró, al ver vestido con aquel nuevo traje á su Hijo divino; el Verbo eterno se alegró viéndose revestido con nuestra naturaleza, de la cual jamás había de separarse; el Espíritu Santo se alegró viendo realizada aquella obra en que más brilla su infinita bondad y amor. ¿Quién podrá medir el gozo de la humanidad santísima de Jesús viéndose unida personalmente con el mismo Dios? ¿Quién podrá imaginar el gozo de María, contemplándose Madre de su mismo Criador? Y nosotros, ¿no nos alegramos? ¿No participamos de este gozo purísimo por la parte que nos toca? El Verbo divino quiere unir á sí un cuerpo mortal y pasible, aunque naturalmente había de haber sido impasible é inmortal, ya por no haber sido concebido en pecado, ya por estar unido á un alma en estado glorioso y bienaventurada; mas hace este nuevo milagro para poder padecer, para darnos ejemplos de virtud y mostrarnos su amor. Del propio modo quiere asumir un cuerpo de niño para enseñarnos la humildad y la mortificación, y hacerse en todo semejante á sus hermanos. ¿Cómo no procuramos nosotros hacernos semejantes á Él? ¿Por qué no imitamos sus virtudes y no amamos su bondad infinita? ¿Qué nos conviene hacer en lo sucesivo? ¿Vacilaremos en aceptar penas, deshonras, sacrificios, por amor á Jesús? No seamos tan ingratos á este dulce Salvador. Antes resolvámonos con eficaces propósitos á corresponder á sus bondades, y pidámosle con amorosos coloquios ésta y demás gracias.

33.—EXCELENCIA DEL ALMA DE CRISTO.

PRELUDIO 1.º El alma de Cristo en el primer instante de su creación tuvo la mayor excelencia que puede tener una pura criatura, y ejercitó en el grado más heroico todas las virtudes.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciéndote: «En mí está toda la gracia del camino y de la verdad, y toda esperanza de vida y virtud».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer las excelencias y virtudes del alma de Jesús, y honrarla é imitarla del modo posible.

Punto 1.º *Gracias que recibió el alma de Cristo en la creación.*—Considera en este punto las gracias soberanas que el Señor concedió al alma santísima de Cristo en el instante de su creación. Pueden reducirse á siete cabezas: Primera, pureza inmensa, de modo que ni pecó [1], ni pudo pecar, ni errar, ni engañarse, ni tener imperfección ninguna que desdijese de esta pureza y limpieza de corazón; porque era Cordero de Dios, no terreno, sino celestial; Cordero sin mancha [2], que venía á quitar los pecados del mundo. Segunda, santidad perfectísima, la cual excedió incomparablemente á la de todos los ángeles y hombres juntos; del propio modo poseía la caridad, humildad y obediencia, con todas las demás virtudes, pudiéndose llamar propiamente el santo de los santos [3]. Tercera, gracia consumada, que es la bienaventuranza y visión beatífica, viendo desde aquel instante á la divina esencia con mayor claridad que todos los Santos; y á esta proporción amó á Dios, y se gozó con gozo inmenso. Cuarta, poseyó todos los tesoros [4] de la sabiduría y ciencia de Dios, no divididos, sino juntos, conociendo todas las cosas pasadas, presentes y por venir, para poder ser juez universal de todos. Quinta, tuvo la potestad de hacer milagros sin tasa alguna, ni en el número, ni en la grandeza, ni en el modo. Sexta, tuvo también la potestad de excelencia en perdonar pecados [5], convertir pecadores, trocar sus corazones, ordenar sacramentos y sacrificios, y repartir gracias y dones sobrenaturales á los hombres. Séptima, hízola Dios cabeza [6] de la Iglesia, así militante como triunfante, de los hombres y ángeles, y fuente de todas las bendiciones celestiales. Por estas siete prerrogativas y excelencias, has de bendecir con toda tu alma á Dios que se las dió, y á esta dichosa alma que las posee, suplicándola que las emplee en favor tuyo. ¡Oh Hijo de Dios vivo! Gózome de veros tan hermoso sobre todos los hijos de los hombres [7], blanco y colorado, escogido entre millares. ¡Oh piedra viva y angular! ¡Cuán vistosa estáis con estos siete ojos de inmenso resplandor que puso en Vos la mano de vuestro Padre! ¡Oh Verbo encarnado, lleno de gracia y verdad!; pues de vuestra plenitud [8] reciben los hombres una gracia por otra, cada uno la suya; llenad mi alma de esta gracia, para que con ella os agrade y merezca el premio de la gloria. ¿Conocemos nosotros las excelencias del alma de Cristo? ¿La honramos del modo que es justo? ¿Deseamos participar de los bienes que ella derrama á los hombres?

Punto 2.º *Virtudes que el alma de Cristo ejercitó en el primer instante de su existencia.*—En este punto has de considerar los heroicos actos de virtud que practicó el alma de Jesucristo en el primer momento de su existencia, ya para con Dios, ya para con el prójimo. Primeramente, como vió con toda claridad la divina esencia y los innumerables beneficios que graciosamente había recibido sin mérito suyo, al punto brotó con grande ímpetu cuatro excelentes afectos, como cuatro ríos que salen del paraíso; es á saber: un amor encendidísimo á Dios, un agrade-

[1] I Petr., II, 22. — [2] Joan., I, 29. — [3] Dan., IX, 24. — [4] Colos., II, 3.
[5] Matth., IX, 2. — [6] Colos., II, 10; Ephes., I, 10. — [7] Psalm. XLIV, 3. — [8] Jean., I, 16.

sufriendo tan estrecha cárcel y tan larga y prolija mortificación de vuestra carne; por ella os suplico me libréis de la eterna cárcel del infierno y de la molesta prisión de mis vicios, ayudándome á enfrenar mis sentidos y á dominar mis pasiones desordenadas. ¿Hemos conocido los ejemplos de amor, humildad y abnegación que nos da Jesús, naciendo niño? ¿Los imitamos como debemos?

Epílogo y coloquios. ¡Qué contento tuvo la Santísima Trinidad en el instante en que la segunda Persona tomó carne humana en el seno de María! Sin duda que el Padre Eterno se alegró, al ver vestido con aquel nuevo traje á su Hijo divino; el Verbo eterno se alegró viéndose revestido con nuestra naturaleza, de la cual jamás había de separarse; el Espíritu Santo se alegró viendo realizada aquella obra en que más brilla su infinita bondad y amor. ¿Quién podrá medir el gozo de la humanidad santísima de Jesús viéndose unida personalmente con el mismo Dios? ¿Quién podrá imaginar el gozo de María, contemplándose Madre de su mismo Criador? Y nosotros, ¿no nos alegramos? ¿No participamos de este gozo purísimo por la parte que nos toca? El Verbo divino quiere unir á sí un cuerpo mortal y pasible, aunque naturalmente había de haber sido impasible é inmortal, ya por no haber sido concebido en pecado, ya por estar unido á un alma en estado glorioso y bienaventurada; mas hace este nuevo milagro para poder padecer, para darnos ejemplos de virtud y mostrarnos su amor. Del propio modo quiere asumir un cuerpo de niño para enseñarnos la humildad y la mortificación, y hacerse en todo semejante á sus hermanos. ¿Cómo no procuramos nosotros hacernos semejantes á Él? ¿Por qué no imitamos sus virtudes y no amamos su bondad infinita? ¿Qué nos conviene hacer en lo sucesivo? ¿Vacilaremos en aceptar penas, deshonras, sacrificios, por amor á Jesús? No seamos tan ingratos á este dulce Salvador. Antes resolvámonos con eficaces propósitos á corresponder á sus bondades, y pidámosle con amorosos coloquios ésta y demás gracias.

33.—EXCELENCIA DEL ALMA DE CRISTO.

PRELUDIO 1.° El alma de Cristo en el primer instante de su creación tuvo la mayor excelencia que puede tener una pura criatura, y ejercitó en el grado más heroico todas las virtudes.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús diciéndote: «En mí está toda la gracia del camino y de la verdad, y toda esperanza de vida y virtud».

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de conocer las excelencias y virtudes del alma de Jesús, y honrarla é imitarla del modo posible.

Punto 1.° *Gracias que recibió el alma de Cristo en la creación.*—Considera en este punto las gracias soberanas que el Señor concedió al alma santísima de Cristo en el instante de su creación. Pueden reducirse á siete cabezas: Primera, pureza inmensa, de modo que ni pecó [1], ni pudo pecar, ni errar, ni engañarse, ni tener imperfección ninguna que desdijese de esta pureza y limpieza de corazón; porque era Cordero de Dios, no terreno, sino celestial; Cordero sin mancha [2], que venía á quitar los pecados del mundo. Segunda, santidad perfectísima, la cual excedió incomparablemente á la de todos los ángeles y hombres juntos; del propio modo poseía la caridad, humildad y obediencia, con todas las demás virtudes, pudiéndose llamar propiamente el santo de los santos [3]. Tercera, gracia consumada, que es la bienaventuranza y visión beatífica, viendo desde aquel instante á la divina esencia con mayor claridad que todos los Santos; y á esta proporción amó á Dios, y se gozó con gozo inmenso. Cuarta, poseyó todos los tesoros [4] de la sabiduría y ciencia de Dios, no divididos, sino juntos, conociendo todas las cosas pasadas, presentes y por venir, para poder ser juez universal de todos. Quinta, tuvo la potestad de hacer milagros sin tasa alguna, ni en el número, ni en la grandeza, ni en el modo. Sexta, tuvo también la potestad de excelencia en perdonar pecados [5], convertir pecadores, trocar sus corazones, ordenar sacramentos y sacrificios, y repartir gracias y dones sobrenaturales á los hombres. Séptima, hízola Dios cabeza [6] de la Iglesia, así militante como triunfante, de los hombres y ángeles, y fuente de todas las bendiciones celestiales. Por estas siete prerrogativas y excelencias, has de bendecir con toda tu alma á Dios que se las dió, y á esta dichosa alma que las posee, suplicándola que las emplee en favor tuyo. ¡Oh Hijo de Dios vivo! Gózome de veros tan hermoso sobre todos los hijos de los hombres [7], blanco y colorado, escogido entre millares. ¡Oh piedra viva y angular! ¡Cuán vistosa estáis con estos siete ojos de inmenso resplandor que puso en Vos la mano de vuestro Padre! ¡Oh Verbo encarnado, lleno de gracia y verdad!; pues de vuestra plenitud [8] reciben los hombres una gracia por otra, cada uno la suya; llenad mi alma de esta gracia, para que con ella os agrade y merezca el premio de la gloria. ¿Conocemos nosotros las excelencias del alma de Cristo? ¿La honramos del modo que es justo? ¿Deseamos participar de los bienes que ella derrama á los hombres?

Punto 2.° *Virtudes que el alma de Cristo ejercitó en el primer instante de su existencia.*—En este punto has de considerar los heroicos actos de virtud que practicó el alma de Jesucristo en el primer momento de su existencia, ya para con Dios, ya para con el prójimo. Primeramente, como vió con toda claridad la divina esencia y los innumerables beneficios que graciosamente había recibido sin mérito suyo, al punto brotó con grande ímpetu cuatro excelentes afectos, como cuatro ríos que salen del paraíso; es á saber: un amor encendidísimo á Dios, un agrade-

[1] I Petr., II, 22. — [2] Joan., I, 29. — [3] Dan., IX, 24. — [4] Colos., II, 3.
[5] Matth., IX, 2. — [6] Colos., II, 10; Ephes., I, 10. — [7] Psalm. XLIV, 3. — [8] Joan., I, 16.

cimiento grandísimo á tales beneficios, una humillación profundísima en su presencia, viendo la nada que de sí tenía, y un ofrecimiento prontísimo de obedecerle en todo cuanto quisiere, deseando se le ofreciese ocasión de mostrar todo esto por la obra. ¡Oh qué coloquios tan fervientes y dulces tendría esta alma con la Santísima Trinidad! ¡Cómo se agradarían en ella las divinas personas! Pondera luego los actos de virtud que ejercitó para con los hombres; porque, viendo los pecados de ellos, y las gravísimas injurias que hacían á Dios, y cómo el demonio se había apoderado del mundo, y el infierno se poblaba de almas, tuvo intensísimo dolor, siendo éste el mayor que jamás ha habido ni habrá en esta vida, juntándose en esta alma sumo gozo por la vista de Dios, y suma tristeza por la vista de nuestros pecados. Además, conociendo que era voluntad del Padre que fuese Redentor y remediador de los hombres, á costa de grandes trabajos y sacrificios, al instante se ofreció á ellos, diciendo [1]: «Veisme aquí para hacer en todo vuestra voluntad, poniendo vuestra ley en medio de mi corazón». ¡Oh Maestro soberano! ¡Qué lección tan preciosa nos leéis en el primer momento de vuestro ser! ¡Qué ejemplos tan admirables nos dais! ¡Cuán bien cumplís todos los deberes que la criatura tiene para con su Criador! Concededme, Señor, una luz tan viva que, conociendo quién es Dios, le ame con fervor, agradezca sus beneficios, me tenga por nada en su presencia, y me ofrezca á servirle constantemente; y una caridad tan encendida con mis prójimos, que remedie sus males cuanto pueda, y llore lo que no puedo remediar. ¿Cumplimos estos deberes que nos incumben? ¿En qué cosas y cuándo solemos faltar?

Punto 3.º *Caridad y obediencia del alma de Cristo.*—Considera aquí la caridad y obediencia del alma de Cristo en el primer instante de su existencia. Para mejor comprender tales virtudes, has de ponderar cómo en aquel primer momento el Padre eterno le descubrió todo cuanto había de hacer y padecer por la redención del mundo: que había de nacer pobre, ser circuncidado y perseguido por Herodes y los judíos, ser preso, azotado, coronado de espinas y clavado en una cruz. Y á esta voluntad del Padre, respondió al punto ofreciéndose á padecer todo aquello con prontísima voluntad, cumpliendo lo que dijo San Pablo [2]: que dejando el gozo de esta vida y el gozo eterno de la otra, abrazó la cruz, sin hacer caso de que era muy ignominiosa. No paró aquí su caridad y obediencia, sino que, con ser tanto lo que había de padecer, no contento con esto, se ofreció con un corazón muy generoso y con una sed muy ardiente á padecer mucho más, si su Padre lo ordenase y fuese menester para nuestro bien; porque si San Pablo [3], al anunciarle los trabajos que le esperaban, contestó que estaba aparejado, no sólo á ser preso, sino también

[1] Psalm. XXXIX, 9. — [2] Hebr., XII, 2. — [3] Act., XXI, 11, 13.

muerto por el nombre de Jesús; ¿cuánto más diría esto este Señor, cuyo amor á su Padre superaba al de todos los santos? Pondera, por fin, que de tal manera se ofreció á padecer por todos los hombres, que estaba resuelto á padecer lo mismo por cada uno de ellos si fuese necesario para su salvación, y así á todos y cada uno los tenía presentes, y á ti, como si tú solo fueras el necesitado de remedio; por lo cual, puedes decir con el Apóstol [1], que te amó y se entregó á la muerte por ti. ¡Oh Niño tierno y gigante valeroso! ¿Con qué os pagaré yo el ánimo con que os ofrecéis hoy á correr vuestra carrera, aceptando por junto los trabajos que habéis de pasar en el discurso de ella? Alábenos los ángeles por esta merced tan señalada que hicisteis á los hombres, y mi ánima os glorifique por el amor que entonces la tuvisteis, por el cual me ofrezco á padecer lo que quisiereis en el discurso de mi vida, hasta llegar á la eterna gloria. ¿Agradecemos nosotros á Jesús tal caridad como nos tuvo y mostró en su primer instante? ¿Estamos dispuestos para hacer y padecer lo que el Señor nos exija?

Epílogo y coloquios. ¡Qué gracias tan soberanas, qué carismas tan preciosos recibió el alma de Jesús en el primer momento de su ser! ¡Como que había de unirse personalmente con el mismo Dios! Pureza inmaculada, santidad inmensa, gracia consumada con la visión beatífica, sabiduría y ciencia universal de todas las cosas, poder soberano de hacer milagros, sin limitación de tiempos, lugares ni ocasiones, poder de perdonar pecados sin restricción y ser cabeza de toda la Iglesia y fuente de todas las gracias y dones celestiales: tales son las joyas preciosísimas con que fué adornada esta dichosa alma. ¿Cómo es que no la amamos sobre todas las otras criaturas? Mas, ¡qué actos de virtud tan heroicos practica esta alma gloriosa en el primer instante de su existencia! Ve á Dios cara á cara, contempla la infinita grandeza de los beneficios que ha recibido, y de ella brotan afectos encendidos de amor, agradecimiento, humillación profunda y deseo ardiente de cumplir la divina voluntad. Ve al mundo alejado de su Dios, rebelde á su Señor, en las garras de su enemigo, y por una parte siente extremo dolor por tan grande mal, y por otra encendido deseo de remediarlo; y para ello se ofrece con una voluntad y caridad incomprensible á todos los tormentos y aflicciones que su Padre ha dispuesto. ¡Oh cristiano! ¿Cómo pagarás á Jesús lo que por tu bien ha hecho? ¿Le honras del modo que merece su grandeza y excelencia? ¿Serás remiso en su servicio siendo Él tan generoso en tu obsequio? ¿Rehusarás obedecerle viendo que Él por ti se somete á tan difíciles obediencias? Medita bien todo esto, y, confuso de tu pasado proceder, haz nuevos propósitos, ruégale que te ayude á cumplirlos y que te socorra en todas tus necesidades.

[1] Galat., II, 20.

34.—NACIMIENTO DE JESÚS [1].

PRELUDIO 1.º Llegado el tiempo señalado por Dios, nació Jesús, y su Madre santísima, después de adorarle, le envolvió en unos pañales y reclinóle en un pesebre.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús recién nacido y reclinado en el pesebre.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de aprender las divinas enseñanzas que te dan Jesús y María en esta ocasión.

Punto 1.º *Jesús al nacer concedió gracias muy excelentes á su Madre.*—Considera en este punto cómo, pasados nueve meses desde la Encarnación, salió Jesús á la luz del mundo para cumplir los fines que se propuso al hacerse hombre. Pondera que, así como no quiso anticipar el tiempo de su nacimiento, tampoco quiso diferirlo, sino nacer puntualmente cumplidos los nueve meses, y manifestarse al mundo con un entrañable deseo de comenzar su carrera con gran fervor y alegría de corazón, verificándose lo que dijo David [2]: «Alegróse como gigante para correr su carrera; de lo sumo del cielo es su salida, sin parar hasta el otro extremo»; porque, aunque sabía cuán áspera había de ser esta carrera desde su nacimiento hasta la muerte, se alegró con gran fortaleza, y principió á correrla en este día con amorosa voluntad. Mira luego los dones inmensos que concedió á su Santísima Madre en esta ocasión, porque si un hombre rico y poderoso, cuando se ha hospedado en casa de un aldeano pobre y le ha hecho buen hospedaje, no por interés, sino por servirle, suele á la despedida pagárselo muy bien y darle alguna preciosa dádiva, ó por agradecimiento ó por limosna, así también, como la Virgen había hecho á su Hijo tan buen hospedaje nueve meses, al tiempo que quiso salir de la posada, la dió riquísimos dones; porque no sólo conservó sin detrimento su virginidad y la preservó de los dolores que otras mujeres suelen pasar en el parto, sino que la comunicó una altísima contemplación de aquel misterio y unos júbilos de alegría tan extraordinarios, que echó en olvido todos los trabajos y humillaciones que había sufrido. ¡Oh Niño divino! Gracias os doy por la generosa largueza que mostráis con vuestra dulcísima Madre, y por la puntualidad con que aparecisteis como sol brillante en este mundo, con el fin de alumbrarle con vuestro resplandor: concededme, os suplico, que os hospede con amor cuando vengáis á visitarme, y con presteza me ofrezca á vuestro divino servicio. ¿Seré yo tan ingrato, Señor, que, viendo vuestra fortaleza y alegría en favorecerme, os sirva con flojedad y tristeza?

[1] Esta meditación, y las siete que siguen, podrán servir para toda la octava de Navidad, sin interpolar ninguna otra.— [2] Psalm. XVIII, 7.

Punto 2.º *Afectos de María y José viendo á Jesús recién nacido.*—En este punto has de considerar lo que haría la Virgen Santísima, cuando, por aquel júbilo extraordinario, conoció que era llegada la hora del parto. Porque se recogería á un rincón del portal, y puesta en altísima contemplación, dió á luz á su Hijo unigénito, y luego le tomó en sus brazos. ¡Oh qué contento y alegría recibió en aquella primera vista, no parando en la hermosura que miraba por defuera en el cuerpo, sino pasando á la belleza del alma y de la divinidad! Por una parte, le abrazaría y besaría con amor como á su Hijo, y por otra se encogería y retiraría con humildad, mirando que era Dios, el cual, con estos dos brazos quiere ser abrazado, con caridad y humildad, con amor y reverencia. Pondera cómo habiendo María desahogado su corazón con tiernos afectos, envolvió á su Hijo en los pañales y mantillas que tenía aparejados, y reclinóle en el pesebre, teniéndose por indigna de tenerle en sus brazos; é, hincadas las rodillas, le adoró como á su Dios; dióle gracias por el favor que hacía al género humano viniendo á remediarle, y también se las dió muy detenidamente por haberla escogido por su Madre, ofreciéndose á servirle humildemente con su cuerpo, con su alma y con todas sus fuerzas. Lo mismo haría el glorioso patriarca san José, derramando amorosas lágrimas de amor y consuelo, y agradeciendo con fervientes afectos la merced que le hizo en tomarle por ayo, y ofreciéndose á servirle muy de veras. Contemplando tan tierno espectáculo, ¿no sentimos nosotros deseos de imitar la humildad, reverencia y amor de María y José? ¿No nos ofrecemos como ellos á servir muy de veras al divino Jesús? ¡Oh dulcísimo y soberano Señor! ¿Qué gracias os podré dar por tan gran merced como me habéis dispensado, en venir á remediarme, hecho niño, en tanta pobreza? ¡Oh quién se hallara presente en aquella hora para serviros en vuestra niñez! Aquí me presento en espíritu delante de vuestra majestad, y os ofrezco lo que soy, puedo y valgo, para emplearlo todo en vuestro servicio.

Punto 3.º *Grandezas del Niño recién nacido.*—Considera ahora con grande admiración y ternura las grandezas infinitas de este Niño que acaba de nacer, del modo que las consideraría la Virgen Santísima, contemplándole en el pesebre delante de sus ojos. Mira atentamente la persona de este Niño, haciendo comparación de lo que tiene en cuanto Dios, á lo que tiene en el pesebre en cuanto hombre. Pondera cómo este Niño es aquel Dios de la Majestad, cuya silla es el cielo [1], y cuyo trono son los querubines, y cuyos criados son las jerarquías de los ángeles, estando en medio de ellos como Emperador á quien todos adoran y reconocen vasallaje; y por otra parte está puesto en vil pesebre entre dos torpes animales. Y el que es Verbo y palabra del eterno

[1] Isai., LXVI, 1; XXXVII, 16; Psalm. LXXIX, 2.

Padre, por quien hizo todas las cosas [1], y las sustenta con su virtud, está hecho infante sin hablar ni articular una sola palabra, y fajado de pies y manos sin poderse menear. Y el que tiene por vestidura la lumbre [2] infinita de la divinidad, por ser resplandor de la gloria de su Padre, y viste de hermosura á sus criaturas, y las da mantenimiento con mano larga, para conservar su vida, ese mismo está vestido de pobres pañales y mantillas, y tiene necesidad de ser sustentado con la leche de su Madre. Mas, á pesar de tal abatimiento y humillación tan profunda, no es por esto menos amable y admirable; al contrario, como dice san Bernardo, cuanto más despreciado está por nosotros, tanto es más digno de nuestro amor; y cuanto más abatido, tanto más ensalzado, porque en los abatimientos muestra las grandezas de su inmensa caridad. ¡Oh Niño excelentísimo y abatidísimo! ¡Quién os amase como merecéis! ¡Oh si yo me apocase y humillase como yo mismo merezco! Porque apocarme en mí, será engrandecerme en Vos. ¿Cómo no te confundes, ¡oh alma mía!, de ver esta persona tan grande y tan humillada, y la tuya tan vil y tan envanecida? Aprende de este Niño á humillarte, porque quien se humillare como Él en la tierra, será por Él engrandecido en el cielo.

Epílogo y coloquios. ¿Quién podrá dejar de experimentar el más intenso júbilo en este día tan solemne, glorioso y memorable para el género humano? Llegado el fin de los nueve meses después de la Encarnación, el Verbo divino hecho hombre quiso salir á la luz del mundo; no quiso anticipar su nacimiento, para poder ofrecer por los hombres aquel estrecho encerramiento, y no quiso tampoco dilatarlo, porque tenía vivos deseos de seguir presuroso la carrera que su Padre le había trazado. Mas al salir del seno materno, ¡qué gracias tan singulares, qué dones tan soberanos concedería á su santísima Madre! No sólo la conservó intacta la virginidad, sino que la ilustró con sublimes contemplaciones y llenó de un júbilo inefable. Pero ¡qué sentiría el corazón de esta celestial Madre cuando contempló por primera vez en sus brazos recién nacido el Hijo de Dios! ¡Qué palabras le diría! ¡Qué abrazos! ¡Qué ósculos! ¡Cómo se postraría ante Él con profunda reverencia, ofreciéndose á servirle con su cuerpo y alma, y con todas sus cosas! ¡Qué gracias le darían Ella y el glorioso patriarca san José por haberlos escogido para dignidad tan elevada! ¡Oh, si nosotros nos penetrásemos de los sentimientos de tan dichosos personajes, y recibiésemos á Jesús con los mismos afectos que ellos! También viene Jesús á nosotros, y viene con el mismo objeto que entonces; está animado de idénticos deseos. ¿Cómo lo recibimos? ¿Qué palabras le decimos? ¿Qué fruto reportamos de su venida? ¡Ah! Mil veces viene, y somos siempre los mismos. Y ¿no cambiaremos de proceder? Pensémoslo; propongamos y pidamos confiados por nosotros y por el mundo entero. No seamos escasos en pedir hoy que el Señor viene para derramar gracias con divina generosidad.

[1] Joan., I, 3. — [2] Psalm. CIII, 2; Hebr., I, 3.

35.—ENSEÑANZAS DE JESÚS RECIÉN NACIDO.

PRELUDIO 1.° Representémonos al hijo de Dios hecho niño, tendido en el pesebre y envuelto en los pañales.

PRELUDIO 2.° Pidamos la gracia de aprender las prácticas enseñanzas que desde tan humilde lugar nos está dando.

Punto 1.° *Palabras que dice.*—Considera aquí cómo desde el pesebre el Niño-Dios está hablando con no menos elocuencia y eficacia que cuando después predicaba por el mundo. No habla con la lengua, pero sí con el espíritu; no con voces, sino con ejemplos. Pondera cómo interiormente hablaría con su Eterno Padre, dándole gracias infinitas por haber llegado aquella hora y haber querido que estuviese reclinado en aquel pesebre; le ofrecería con grande amor todos los trabajos que había de padecer en el mundo; y diríale con decidida y firme voluntad aquellas palabras que tanto pondera san Pablo: «Veisme aquí, Señor, que he venido á cumplir vuestra voluntad». ¡Cuán dulcemente resonarían en los oídos del Eterno Padre estas palabras de su divino Hijo! ¡Cuánto se complacería en sus acciones de gracias! ¡Qué contento hallaría en sus ofrecimientos, y con qué gusto los aceptaría! Pero oye también las palabras que habla con los hombres y contigo, porque te da voces, diciéndote desde el pesebre lo que después dijo á todos predicando: «Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón; y si no te convirtieres y te hicieres como niño, no entrarás en el reino de los cielos; y sólo el que se humillase como este Niño será el mayor en aquel reino.» Tales son las palabras que está allí Jesús predicando con el ejemplo, y que debieran oir todos los cristianos con gran devoción, pidiéndole que se digne abrirles los oídos de su corazón para entender este lenguaje y ponerle por obra. ¡Oh soberano Niño! Desde ese pesebre me estáis convidando á que me haga niño, y fuisteis siempre tan amigo de niños, que los abrazabais con amor; hacedme, os suplico humildemente, niño como Vos en la inocencia, pequeñuelo en la humildad, infante en el silencio y tierno en la caridad. ¿Aspiramos nosotros á practicar estas virtudes del Niño Jesús? ¿Oimos con atención y docilidad las palabras que desde el pesebre nos dirige?

Punto 2.° *Obras que hace.*—Considera en este punto las obras que este Niño divino hace en el pesebre, en las cuales has de ponderar una cosa maravillosa que las acompaña, porque, siendo varón tan perfecto en el juicio como cuando era de treinta años, hacía todas las obras, meneos y semblantes de

niño, no contrahechos ni fingidos, sino real y verdaderamente como los demás niños, con una armonía admirable para quien sabe considerar la junta de estas dos cosas tan extremas. Pondera ahora en particular aquel llorar del Niño, y las causas de las lágrimas que derrama; Él llora, no tanto de dolor por lo que padece como los demás niños, cuanto por lo que nosotros padecemos por nuestros pecados, llorando con amor por ellos; llora por las ofensas que de continuo recibe su Eterno Padre, tan enormes, que para borrarlas le ha sido preciso hacerse hombre y ponerse en el estado en que se halla en el pesebre; llora tambien la multitud innumerable de hombres, á quienes mira ya como hermanos, los cuales por sus culpas se hacen merecedores de penas eternas. Es de creer que con aquellas lágrimas juntaría interiormente oraciones fervorosísimas á su Padre, haciendo lo que dice san Pablo, que en los días de su carne ofreció ruegos y oraciones á Dios con gran clamor y lágrimas. La Virgen, al ver llorar á su Divino Hijo, y penetrando las causas de su llanto, lloraría también con Él, deseando consolarle con su dolor. Y nosotros, ¿acompañamos á Jesús y María en su llanto? ¿Nos admiran las obras misteriosas y significativas de este Niño? ¡Oh dulce Jesús! ¿Por qué lloráis tan amargamente mis miserias? ¿Por qué ocultáis con tanta humildad vuestras grandezas, como si no las tuvieseis? ¡Oh Virgen Sacratísima! Alcanzadme esta humildad tan profunda, que me mueva á esconder aquello que no debo manifestar, y don de lágrimas, siquiera para acompañaros con ellas, por el consuelo de vuestro Hijo, que se consuela en vernos llorar, y dice que son bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Punto 3.° *Cosas que padece Jesús.*—En este punto has de considerar las cosas que padece este Niño, que son: pobreza, desprecio, frío y dolor, con otras incomodidades. Todo lo cual padece, no por necesidad ó fuerza, sino por voluntad y de grado; porque como es Dios y varón en el juicio, Él escogió todo lo que padece. Escogió nacer en el tiempo más riguroso del invierno, en la hora más fría de la media noche, en el portal más vil y despreciado de toda la ciudad, con la mayor pobreza y desamparo y olvido de todos los hombres que era posible, y todo con tanto disfraz de humildad, que, siendo voluntario, parecía forzoso, y, por consiguiente, más vil y abatido. Porque desde el pesebre, como dice un salmo, tomó por compañeros inseparables hasta la muerte á la pobreza, á los desprecios, dolores y trabajos, y en todas estas cosas padeció mil géneros de aflicciones, escogiendo tal modo de vida, contraria á la del mundo, para descubrir con su ejemplo los engaños y errores de los mundanos que le siguen; pues, como dice san Bernardo: «Es evidente que el mundo yerra escogiendo por sus compañeros riquezas, honras y regalos; pues Cristo, sabiduría infinita, que no puede engañarse ni engañarnos, escoge sus contrarios». Con esta consideración has de confundirte en la presencia de este Niño benditísimo, viendo cuán al revés has vivido de lo que Él enseña, y proponer de imitarle de aquí adelante, escogiendo padecer lo que Él padece, pidiéndole te ayude para esto. ¡Oh Niño soberano! Vos, mucho mejor que David, sois príncipe sapientísimo entre tres, porque de las tres Divinas Personas, sois la segunda á quien se atribuye la sabiduría; ¿qué hacéis sentado en esa cátedra del pesebre, callando, sin decirnos nada? Vos sois el gusanito ternísimo del madero, que con un ímpetu matáis ochocientos, porque con el desprecio y humillación que tenéis en el madero carcomido de vuestro brizo, matáis con el ímpetu de vuestro amor divino los innumerables ímpetus del amor mundano. ¿Es posible que viendo nosotros vuestra pobreza y desprecio, suspiremos por riquezas y honras? ¿Que pretendamos regalos al contemplaros tan atormentado y afligido en el pesebre?

Epílogo y coloquios. ¡Qué documentos tan sabios, prácticos y necesarios nos da Jesús desde el pesebre! ¡Es, en verdad, nuestro Maestro! Callando enseña, y guardando un silencio, al parecer necesario, nos habla con voz elocuente. Él habla á su Padre celestial con tiernos afectos de agradecimiento, alabanza, oblación de sí mismo y profunda humildad; habla también al mundo, exhortándole á la imitación de su pobreza, confianza y demás virtudes. Sus obras no son menos instructivas; en la apariencia es un niño como los demás, con la misma ignorancia, flaqueza y miserias de los otros niños; y, con todo, en los conocimientos, poder y perfección excede infinitamente á todos los hombres. Así sabe ocultar los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios encerrados en Él. Llora como los niños de su edad; pero no llora por el motivo que ellos, sino por motivos infinitamente más elevados. Para nuestra confusión y ejemplo, se acompaña incesantemente de todas las cosas que aborrece el mundo y echa de sí todas las que ama. Pobreza, sacrificios, humillación: tales son los primeros compañeros que le reciben á su entrada en el mundo, y de ellos no se separará en toda su vida mortal, y con ellos abrazado dará su supremo aliento. ¿Qué dice todo esto á tu corazón? ¿Oyes las palabras que te dice el divino Jesús? ¿Penetras el sentido de las obras que ejecuta? ¿Sientes en ti deseos de imitarle? ¿Cómo y cuándo puedes hacerlo? Actualmente, ¿qué te exige? Reflexiónalo atentamente y con cuidado; no resistas á su inspiración; forma propósitos particulares y acomodados al estado actual de tu alma; pide gracia para cumplirlos, y ruega por todo el mundo.

36.—ADORACIÓN DE LOS ÁNGELES AL NIÑO JESÚS.

PRELUDIO 1.° En el nacimiento de Cristo fué adorado con gran regocijo por los ángeles, los cuales dieron la nueva de él á los pastores.

PRELUDIO 2.° Representémonos á los ángeles adorando á Cristo y anunciándolo á los pastores.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de participar de la santa alegría de los ángeles, y de imitar su humildad y devoción en honrar á Jesús.

Punto 1.° *Adoraciones de las jerarquías angélicas á Jesús recién nacido.*—Considera aquí lo que pasaría en el cielo al tiempo que nació Cristo Nuestro Señor en el suelo; porque las jerarquías de los ángeles, como veían claramente la infinita majestad y grandeza de Dios, y por otra parte le miraban tan humillado, arrinconado y desconocido de los hombres, quedaron admirados en extremo de tanta humildad, y con grandes ansias de que fuese honrado y venerado de todos, deseando, si Dios les diera licencia, bajar al mundo á manifestarle y darle á conocer. Entonces se cumplió lo que después escribió el Apóstol, que cuando el Padre Eterno introdujo á su Primogénito en el mundo, dijo [1]: «Adórenle todos sus ángeles». Todos, dice, sin faltar ninguno; y todos desde el cielo le adoraron con suma reverencia, viéndolo este Niño desde el suelo. Los serafines, encendidos en amor, mirándole, se tenían por helados, y con profunda humildad le reconocían por su Dios. Los querubines, llenos de ciencia, en presencia del Niño se tenían por ignorantes, y con grande temblor le adoraban y reverenciaban como á su Señor. Lo mismo hacían todos los otros coros angélicos, reconociendo la nada que de sí tenían y las infinitas perfecciones y majestad que en aquel Niño contemplaban. Á imitación de estos bienaventurados espíritus, has de mirar con los ojos de tu mente á Jesús en el pesebre, reconociendo su inmensa grandeza y tu pequeñez excesiva, su infinita humillación y tus orgullosas pretensiones, confundiéndote de uno y otro. ¡Oh Bien mío! Gózome de veros adorado de vuestros ángeles, y siento grandemente el veros tan olvidado y desconocido de los hombres. Yo, Señor, os adoro con estos celestiales espíritus, admirado de ver vuestra Majestad tan humillada, y quisiera que todos los hombres os conociesen y adorasen y se hiciesen dignos de participar de las bendiciones de los que os acompañan en ese portal. Y nosotros, ¿adoramos á Jesús? ¿Deseamos darle á conocer? ¿Qué medios practicamos con este objeto?

Punto 2.° *Los ángeles anunciaron á Jesús á unos pastores.*—Al tiempo que nació Cristo en el portal de Belén, estaban en aquella comarca unos pastores guardando sus rebaños durante

[1] Hebr., I, 6.

las vigilias de la noche, y se les apareció el ángel del Señor. Acerca de esto, has de considerar cómo la revelación del nacimiento de Cristo no se hizo á los sabios de Belén y de la Judea, porque eran soberbios y estaban llenos de orgullo, y en un alma orgullosa no penetra la divina sabiduría; tampoco se hizo á los ricos, porque eran codiciosos y tenían su corazón puesto en la tierra, y no convenía que á los tales fuese manifestada la aparición de Aquel que venía á poner por primera condición á los que le siguiesen, la renuncia de todas las cosas; tampoco á los nobles, porque eran regalados y amigos de sus placeres y comodidades. Los afortunados á quienes se manifiesta primeramente el nacimiento de Cristo son los pastores, gente sencilla y humilde, sin pretensiones ambiciosas, contentos con la baja suerte en que Dios los ha puesto; gente laboriosa, que no vacila en privarse del necesario descanso para atender al cumplimiento de su oficio; gente, en fin, que, desprendida de las cosas de la tierra, atendía á buscar con cuidado el reino de los cielos. Mira en estos sencillos pastores las virtudes que debes practicar y los vicios de que debes huir para disponerte á recibir los dones celestiales y la luz divina. La humildad y sencillez, la laboriosidad y vigilancia, el desprendimiento de las cosas mundanas; esto es lo que desea Dios de ti, porque, como dijo después Jesucristo [1], encubre Dios sus secretos á los sabios y prudentes, y los revela á los pequeñuelos y humildes. ¡Oh Jesús humildísimo! Bien se ve cuán amigo seréis de la humildad, cuando, apenas nacido, llamáis en torno de vuestro pesebre á los humildes pastores, recibís sus humildes presentes, y os presentáis á ellos en medio de dos humildes animales. Pues que con los sencillos y humildes tenéis vuestra conversación, enseñadme con eficacia la práctica de esta virtud por la cual más me asemejo á Vos y me hago digno de vuestra benevolencia y amor.

Punto 3.° *Modo cómo los ángeles dieron la nueva á los pastores.*—Considera cómo para comunicar la nueva dichosa del nacimiento de Cristo á los pastores, acercóse á ellos un ángel, que se cree fué san Gabriel, vestido de un cuerpo resplandeciente, y rodeándoles de una luz celestial que les infundió gran temor, les dijo [2]: «Mirad que os traigo una nueva de gran gozo para todo el pueblo, porque ha nacido para vosotros el Salvador en la ciudad de David; esto tendréis por señal, que hallaréis al infante envuelto en pañales y puesto en un pesebre». Sobre esto has de ponderar cómo es materia y motivo de sumo gozo que el Salvador nace para nosotros: no nace para sí, porque no viene á salvarse á sí mismo; ni nace para los ángeles, porque no viene á salvarlos á ellos; sino nace para los hombres y para ti, porque viene á salvarte; para ti nace y es circuncidado; y todo cuanto

[1] Matth., XI, 25. — [2] Luc., II, 10, 12.

36.—ADORACIÓN DE LOS ÁNGELES AL NIÑO JESÚS.

PRELUDIO 1.° En el nacimiento de Cristo fué adorado con gran regocijo por los ángeles, los cuales dieron la nueva de él á los pastores.

PRELUDIO 2.° Representémonos á los ángeles adorando á Cristo y anunciándolo á los pastores.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de participar de la santa alegría de los ángeles, y de imitar su humildad y devoción en honrar á Jesús.

Punto 1.° *Adoraciones de las jerarquías angélicas á Jesús recién nacido.*—Considera aquí lo que pasaría en el cielo al tiempo que nació Cristo Nuestro Señor en el suelo; porque las jerarquías de los ángeles, como veían claramente la infinita majestad y grandeza de Dios, y por otra parte le miraban tan humillado, arrinconado y desconocido de los hombres, quedaron admirados en extremo de tanta humildad, y con grandes ansias de que fuese honrado y venerado de todos, deseando, si Dios les diera licencia, bajar al mundo á manifestarle y darle á conocer. Entonces se cumplió lo que después escribió el Apóstol, que cuando el Padre Eterno introdujo á su Primogénito en el mundo, dijo [1]: «Adórenle todos sus ángeles». Todos, dice, sin faltar ninguno; y todos desde el cielo le adoraron con suma reverencia, viéndolo este Niño desde el suelo. Los serafines, encendidos en amor, mirándole, se tenían por helados, y con profunda humildad le reconocían por su Dios. Los querubines, llenos de ciencia, en presencia del Niño se tenían por ignorantes, y con grande temblor le adoraban y reverenciaban como á su Señor. Lo mismo hacían todos los otros coros angélicos, reconociendo la nada que de sí tenían y las infinitas perfecciones y majestad que en aquel Niño contemplaban. Á imitación de estos bienaventurados espíritus, has de mirar con los ojos de tu mente á Jesús en el pesebre, reconociendo su inmensa grandeza y tu pequeñez excesiva, su infinita humillación y tus orgullosas pretensiones, confundiéndote de uno y otro. ¡Oh Bien mío! Gózome de veros adorado de vuestros ángeles, y siento grandemente el veros tan olvidado y desconocido de los hombres. Yo, Señor, os adoro con estos celestiales espíritus, admirado de ver vuestra Majestad tan humillada, y quisiera que todos los hombres os conociesen y adorasen y se hiciesen dignos de participar de las bendiciones de los que os acompañan en ese portal. Y nosotros, ¿adoramos á Jesús? ¿Deseamos darle á conocer? ¿Qué medios practicamos con este objeto?

Punto 2.° *Los ángeles anunciaron á Jesús á unos pastores.*—Al tiempo que nació Cristo en el portal de Belén, estaban en aquella comarca unos pastores guardando sus rebaños durante

[1] Hebr., I, 6.

las vigilias de la noche, y se les apareció el ángel del Señor. Acerca de esto, has de considerar cómo la revelación del nacimiento de Cristo no se hizo á los sabios de Belén y de la Judea, porque eran soberbios y estaban llenos de orgullo, y en un alma orgullosa no penetra la divina sabiduría; tampoco se hizo á los ricos, porque eran codiciosos y tenían su corazón puesto en la tierra, y no convenía que á los tales fuese manifestada la aparición de Aquel que venía á poner por primera condición á los que le siguiesen, la renuncia de todas las cosas; tampoco á los nobles, porque eran regalados y amigos de sus placeres y comodidades. Los afortunados á quienes se manifiesta primeramente el nacimiento de Cristo son los pastores, gente sencilla y humilde, sin pretensiones ambiciosas, contentos con la baja suerte en que Dios los ha puesto; gente laboriosa, que no vacila en privarse del necesario descanso para atender al cumplimiento de su oficio; gente, en fin, que, desprendida de las cosas de la tierra, atendía á buscar con cuidado el reino de los cielos. Mira en estos sencillos pastores las virtudes que debes practicar y los vicios de que debes huir para disponerte á recibir los dones celestiales y la luz divina. La humildad y sencillez, la laboriosidad y vigilancia, el desprendimiento de las cosas mundanas; esto es lo que desea Dios de ti, porque, como dijo después Jesucristo [1], encubre Dios sus secretos á los sabios y prudentes, y los revela á los pequeñuelos y humildes. ¡Oh Jesús humildísimo! Bien se ve cuán amigo seréis de la humildad, cuando, apenas nacido, llamáis en torno de vuestro pesebre á los humildes pastores, recibís sus humildes presentes, y os presentáis á ellos en medio de dos humildes animales. Pues que con los sencillos y humildes tenéis vuestra conversación, enseñadme con eficacia la práctica de esta virtud por la cual más me asemejo á Vos y me hago digno de vuestra benevolencia y amor.

Punto 3.° *Modo cómo los ángeles dieron la nueva á los pastores.*—Considera cómo para comunicar la nueva dichosa del nacimiento de Cristo á los pastores, acercóse á ellos un ángel, que se cree fué san Gabriel, vestido de un cuerpo resplandeciente, y rodeándoles de una luz celestial que les infundió gran temor, les dijo [2]: «Mirad que os traigo una nueva de gran gozo para todo el pueblo, porque ha nacido para vosotros el Salvador en la ciudad de David; esto tendréis por señal, que hallaréis al infante envuelto en pañales y puesto en un pesebre». Sobre esto has de ponderar cómo es materia y motivo de sumo gozo que el Salvador nace para nosotros: no nace para sí, porque no viene á salvarse á sí mismo; ni nace para los ángeles, porque no viene á salvarlos á ellos; sino nace para los hombres y para ti, porque viene á salvarte; para ti nace y es circuncidado; y todo cuanto

[1] Matth., XI, 25. — [2] Luc., II, 10, 12.

hizo y padeció para ti fué; y lo que pasa en el pesebre, todo es para perdonar tus pecados, para encenderte en el amor de las virtudes y para enriquecerte con aquellos merecimientos. De modo que lo que para Jesús es materia de dolor, para nosotros es motivo de grande gozo por el bien que por ello nos viene; porque este amantísimo Señor ha sido tan bueno con el hombre, que ha tomado para sí sus dolores para comunicarle sus propios gozos. Reflexiona además acerca de la revelación del ángel, que las señales para hallar al Salvador nacido son infancia, pañales y pesebre. ¡Oh grandeza infinita de Dios! ¡Quién tal pensara que cosas tan bajas habían de ser señas para hallar y conocer al Dios de la Majestad! Pero ya sé, Señor, que gustáis de estas bajezas y estáis en medio de ellas para moverme á procurarlas, enseñándome de camino que las señales de que habéis nacido en mí espiritualmente son inocencia de niño en la vida, silencio en la lengua, pobreza en el traje y humildad en escoger para mí lo más vil y desechado de la tierra. ¿Experimentas tú en ti mismo estos virtuosos deseos? Si tu corazón te responde negativamente, mira de dónde procede la causa de ello y trata de remediarla, porque de otra suerte podrías temer que Jesús no había venido eficazmente para ti.

Epílogo y coloquios. ¡Qué pasaría en los cielos al tiempo que Jesús nació en el suelo! Indudablemente los ángeles, al contemplarle tan solo y abandonado de todo el mundo, desearían correr por toda la tierra, exhortando á los hombres á que acudieran presurosos al portal de Belén. Pero ya que esto no les ordenaba su Dios, cuando menos desde el alto cielo se postrarían reverentes y le adorarían con vivos sentimientos de admiración, gratitud, humildad, reverencia y amor. Recibid, Jesús divino, las adoraciones de los espíritus celestiales en cambio de las que os deben y no os dan los hombres terrenos. Mas el nacimiento de Cristo no podía permanecer oculto; preciso era que se manifestase de una manera bastante para probar la verdad de este suceso. ¿Quiénes serán los dichosos á quienes se dé parte de este acontecimiento? No á los ricos, sabios ni nobles de Belén, sino á los sencillos, humildes y diligentes pastorcitos: á estos busca y con estos conversa el humilde Jesús; y si deseamos conocer sus secretos, persuadámonos que nos son necesarias esas mismas virtudes. Entonces podremos decir que el nacimiento de Jesús es para nosotros motivo de grande gozo. ¿Creemos que este Niño recién nacido es verdadero Hijo de Dios? ¿Le adoramos con la humildad, reverencia y amor que los ángeles? ¿Deseamos que no nos oculte sus secretos? ¿Imitamos las virtudes de los piadosos pastores? Escudriñemos los secretos de nuestro corazón, y si nos sentimos soberbios, perezosos, descuidados en nuestras obligaciones, no nos admire que el Señor nos prive de sus regalos. En este caso, propongamos lo que nos convenga

practicar para dominar tales defectos y vencer estos obstáculos; y conociendo nuestra incapacidad y miseria, importunemos al Señor para que nos ayude, y pidámosle todas las demás gracias que pretendemos alcanzar.

37.—CÁNTICO DE LOS ÁNGELES EN EL NACIMIENTO.

PRELUDIO 1.º Apareció á los pastores innumerable muchedumbre del ejército angélico cantando el himno « Gloria á Dios en las alturas ».

PRELUDIO 2.º Represéntate á este ejército celestial, y como si oyeses sus cantares.

PRELUDIO 3.º Pide sincero agradecimiento por el favor que Dios nos ha dispensado al darnos á su Hijo.

Punto 1.º *Enseñanzas de los ángeles en el nacimiento de Jesús.*—Considera en este punto cómo al tiempo que el ángel del Señor estaba manifestando á los pastores el nacimiento de Cristo en Belén, de repente apareció en los aires una muchedumbre innumerable del ejército angélico, bendiciendo á Dios y cantando armoniosos y alegres himnos. El Padre Eterno fué quien envió estos espíritus celestiales para honrar á su divino Hijo, que tan humillado estaba en el pesebre, porque propio es de este celestial Padre ensalzar á los que se humillan por su gloria, manifestar á los que humildemente se encubren, y glorificar á los que se abrazan con los desprecios. Pondera cómo los ángeles no se desdeñaron de abandonar las mansiones de la gloria para venir á acompañar y hacer la corte y alegrar con dulces himnos al Hijo de Dios hecho Niño, y con tanto gusto estaban en el pesebre y en el portal como en lo alto del cielo. Y á su imitación no has de rehusar tú el tomar parte en la pobreza y humillaciones de Jesús, tu Rey, tu Señor y tu Padre. Si á David, cuando salía de su corte macilento, triste y á pie, siguieron sin vacilar todos sus amigos y el pueblo fiel, con mucha más razón has de seguir tú á este Rey, infinitamente más digno del amor de sus súbditos que David. Mira también la alegría que manifiestan los santos ángeles en el nacimiento de Cristo, y aprende tú á alegrarte de un acontecimiento que, si no era necesario para la gloria de ellos, era indispensable para tu felicidad. ¡Oh Padre celestial! Gracias os doy por el cuidado que tenéis de honrar á vuestro Hijo, enviando á vuestros ángeles que le acompañen y prediquen; hacedme participante de los afectos que comunicasteis á estos bienaventurados espíritus, para que toda mi gloria, felicidad y alegría sea la compañía é imitación de Jesucristo. ¿Deseamos nosotros participar de las humillaciones de Jesús? ¿Nos alegramos espiritualmente en su nacimiento?

Punto 2.º *Gloria que da á Dios el nacimiento de Cristo.*—En este punto has de considerar el himno que entonaban los ángeles en este venturoso día, diciendo: «Gloria sea á Dios en las

alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad», significando que por la venida de Cristo al mundo se da á Dios la mayor gloria que se le puede tributar, y á los hombres se conceden los mayores bienes que pueden desear. Reflexiona primeramente cómo toda esta obra de la Encarnación del Hijo de Dios es gloria del Señor por excelencia. Porque si la divina gloria consiste en la manifestación de sus soberanos atributos, en esta obra se descubren y resaltan admirablemente todos ellos. Descúbrese su divina bondad comunicándose á las criaturas del modo más perfecto que es posible: su infinita caridad, ofreciéndose á innumerables sacrificios y trabajos con el fin de unir á sí al hombre, su enemigo rebelde y desagradecido: su misericordia, queriendo Dios por sí mismo sentir los males del hombre, compadecerse de él y prestarle remedio: su omnipotencia, porque mayor poder exige el hacerse Dios hombre y niño que dar el ser á todas las criaturas: su justicia, exigiendo condigna reparación de una ofensa infinita: su sabiduría, descubriendo el medio de realizar todo esto: su providencia, teniendo paternal cuidado del hombre pobre, desnudo, y privado de todos los bienes. De aquí se deduce, que ninguna de sus obras da á Dios tanta gloria como ésta; por la cual merece ser alabado de todos los que profesan alteza de vida; en los cielos es por ella especialmente glorificado, y es razón que lo sea en nuestra tierra, pues por esta causa está la tierra llena de la gloria de Dios. ¡Oh Rey de la gloria! Levantad mi corazón á las alturas, para que glorifique vuestro santo nombre en la tierra, como lo hacen los ángeles en el cielo. Cuanto hiciere y dijere será para vuestra gloria, sin buscar la mía; y de mi boca no se apartará esta palabra: Gloria á Dios trino y uno. Gloria al Padre, porque me dió á su Hijo; gloria al Hijo, porque se hizo hombre por mi remedio, y gloria al Espíritu Santo, de cuyo amor esta obra procedió.

Punto 3.º *Ventajas que el hombre reporta de la venida de Jesús.*—Considera cómo los ángeles, no sólo dijeron que la venida de Cristo era gloriosa para Dios, sino que añadieron: «En la tierra paz á los hombres de buena voluntad». Sobre lo cual has de ponderar cómo con esta insigne obra viene la paz á los moradores de la tierra, y no paz limitada, sino muy cumplida; paz con Dios y con los ángeles; paz á cada uno consigo y con los demás hombres, porque este Salvador trae la reconciliación del mundo con su Padre, el perdón de los pecados, la victoria de los demonios, la sujeción de la carne al espíritu, la unión y concordia de las voluntades entre sí y con Dios, de la cual procede la alegría de la conciencia y la paz que sobrepuja á todo sentido. Por lo cual este Señor se llama Príncipe de la paz, y estaba anunciado por los Profetas que en sus días nacería la justicia y la abundancia de la paz que duraría eternamente. Mas pondera cómo esta paz, aunque originalmente nace de la buena voluntad que

Dios nos tiene, con la cual la ofrece á todos los hombres; pero, con efecto, sólo la gozan los que tienen buena voluntad, bien intencionada, conforme con la de Dios y sujeta á su divina ley. De suerte que no se promete á los hombres por ser de buen entendimiento, ni de grandes fuerzas ó insignes talentos; porque con todas estas cosas puede haber mucha guerra, discordia y enemistad con Dios; y aunque falten, no faltará la paz, si hay buena voluntad; porque, como dice san Gregorio, ninguna cosa hay más rica, ni más amable, ni más pacífica, que la buena voluntad; y, por el contrario, ninguna cosa hay más miserable, ni más turbada, ni más aborrecible, que la mala voluntad. ¿Deseas, pues, gozar de la paz que ha traído el Salvador? Procura esta buena voluntad, pidiéndola con instancia. ¡Oh Salvador dulcísimo! Dadme esta buena voluntad que me ofrecéis, para que niegue mi voluntad propia, y siga la vuestra buena, agradable y muy perfecta; pues la vuestra es principio de todos los bienes, y la mía, dejada á su albedrío, es raíz de todos los males.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán puntual y cuidadoso es Dios, nuestro Padre, en honrar á los que le honran y en glorificar á los que por su amor se humillan! Su divino Hijo está en el pesebre en estado humillante, niño, silencioso, desconocido, despreciado; y para exaltarle el Padre eterno envía legiones de ángeles, que en su honor entonan gloriosos himnos. ¿Temerás humillarte por amor á tu Dios? Mira á los ángeles; descienden del cielo y penetran en el desmantelado portal; no se tienen por humillados en acompañar á su Rey en sus desprecios. ¡Cómo confunden con esto tu orgullo y amor propio! Jesús es pobre, y tú quieres ser rico; Jesús está olvidado, y tú deseas ocupar el corazón de todos; Jesús padece, y tú suspiras por los goces y placeres del mundo. ¿En qué se conocerá que eres discípulo de Jesús? En alegres cantares anuncian los espíritus celestiales que la venida de Jesús al mundo es el acontecimiento más glorioso para Dios y más ventajoso para el género humano. Glorifica este suceso á Dios, porque muestra la excelencia de sus soberanos atributos; aprovecha al linaje humano, porque le proporciona la más perfecta paz, hasta entonces del todo desconocida en el mundo, desde el pecado de los primeros padres. Glorificar á Dios, pacificar nuestra alma: tales son también los frutos que nosotros debemos reportar de este misterio. ¿Procuramos con todas nuestras fuerzas la divina gloria? ¿Es por nuestra causa el nombre de Dios glorificado ó blasfemado entre las gentes? ¿Trabajamos por conservar la paz con el Señor, con nuestros hermanos y con nosotros mismos? ¿Somos nosotros manzana de discordia á causa de nuestro temperamento, orgullo ó genio? ¿Cómo hemos de evitar tamaño mal? Veámoslo atentamente, propongamos y pidamos.

38.—ADORACIÓN DE LOS PASTORES.

PRELUDIO 1.° Oída la revelación del ángel, exhortáronse los pastores mutuamente á ir á Belén: fueron, adoraron al Niño, y se volvieron gozosos.

PRELUDIO 2.° Represéntate á estos pastorcitos entrando con grande orden y reverencia en el portal y adorando á Jesús.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar la docilidad y demás virtudes de estos pastores.

Punto 1.° *Exhortaciones mutuas entre los pastores para ir á Belén.*—Luego de haberse retirado los ángeles, comenzaron los pastores á exhortarse mutuamente, diciendo [1]: «Vamos á Belén, y veamos con nuestros ojos lo que se nos ha dicho»; y así, con gran priesa emprendieron el camino para el portal. Acerca de lo cual has de considerar cómo los pastores no echaron en olvido la revelación, sino con caridad se animaban unos á otros á esta jornada; porque las inspiraciones y mandatos de Dios no se han de olvidar, sino ejecutar, exhortándonos con palabras y ejemplos al cumplimiento de ellos; al modo que los cuatro santos animales, siguiendo el ímpetu del espíritu, se herían unos á otros con las alas, como quien se provocaba á seguirse con más fervor [2]. Pondera luego la admirable obediencia que tuvieron estos pastores; porque, aunque el ángel no les mandó expresamente ir á Belén, contentáronse con que mostró ser este gusto de Dios, pues que para esto lo revelaba é inspiraba; y al perfecto obediente bástale tener cualquier significación de la divina voluntad para ponerla luego por obra, aunque sea necesario dejar por esto, como los pastores, el ganado y todo cuanto tiene. Más adelante pasaron éstos; porque con gran fervor ejecutaron lo que Dios quería; y por esto se dice que iban aprisa, movidos del Espíritu Santo, con deseo de ver la palabra que el ángel les dijo, que era la palabra eterna de Dios, hecho hombre por nosotros; y su fervor les hizo dignos de hallar lo que buscaban, guiándoles el ángel al lugar del pesebre donde estaba. ¡Oh quién supiese imitar la obediencia y diligencia fervorosa de estos santos pastores para buscar y hallar al Salvador! ¿Somos nosotros prestos en obedecer y fervorosos en ejecutar lo mandado? ¡Oh Pastor soberano, cuyas ovejas son los demás pastores! Descubridme con vuestra divina ilustración el lugar donde estáis recostado y os apacentáis en vuestro santo nacimiento, para que os busque y os halle, de modo que os conozca y ame por todos los siglos.

Punto 2.° *Obsequios de los pastores al Niño Jesús.*—En este punto has de considerar lo que hicieron los devotos pastores cuando, entrando en el portal, hallaron al divino Infante con su

[1] Luc., II, 15. — [2] Ezech., III, 13; S. Greg.

Madre. Es de creer que en aquel feliz momento en que penetraron en aquel extraño palacio del Rey del cielo, saldría del rostro del Niño benditísimo una luz y resplandor que penetraría sus entendimientos, y les descubriría con viva fe cómo el que estaba allí era Dios y hombre, Salvador del mundo y el Mesías prometido en la ley; y con esta luz, encendidos en amor suyo, con gran reverencia, postrándose en tierra, le adorarían y agradecerían su venida al mundo, suplicándole llevase adelante esta obra, y se compadeciese de su pueblo de Israel, y también se ofrecerían á servirle con palabras muy llenas de devoción. Es de creer que además le ofrecerían alguna cosa de las que tuviesen, conforme á su pobreza; porque Nuestro Señor les traería á la memoria aquello del Deuteronomio que dice [1]: «No aparecerás vacío delante del Señor». ¡Oh con qué afición se lo ofrecerían, deseando darle inmensamente más, y todo el mundo si fuese suyo; y con qué amor lo recibiría el Niño, y les volvería en retorno copiosos dones de su gracia, de modo que no saliesen vacíos de su presencia! También la Virgen se lo agradecería con humildad, y ellos la hablarían con gran respeto, admirados de la santidad que en ella resplandecía, y la contarían todo lo que les había pasado con los ángeles, de lo cual recibió grandísima alegría por la gloria de su Hijo. ¡Oh dulce Jesús! Yo os adoro con estos santos pastores, y deseo adoraros con la devoción con que ellos os adoraron; y por no venir á vuestra presencia vacío, os ofrezco mi corazón y libertad y cuanto tengo. Suplícoos, Dios mío, que no salga vacío de vuestra presencia; llenadme de vuestra gracia, para que con ella os sirva y alcance la vida eterna. ¿Cómo nos presentamos nosotros delante de Dios? ¿Qué le ofrecemos? ¿Imitamos la devoción y fervor de los pastores?

Punto 3.° *Regreso de los pastores, y diversas clases de hombres que supieron el nacimiento de Jesús.*—Aquí has de considerar cómo los pastores, luego que hubieron satisfecho su devoción, despidiéndose de la Virgen y de san José, volviéronse alabando y glorificando á Dios por lo que habían visto; y refiriéndolo á cuantos topaban, todos se admiraban grandemente de lo que contaban. Pondera aquí cuatro suertes de personas que hubo en Belén y su comarca, que se hubieron diversamente acerca del nacimiento de Cristo. Unos, aunque oyeron lo que decían los pastores y se admiraban de oirlo, ni siquiera se asomaron al portal, por estar embebidos en sus ocupaciones ó negocios; así hacen muchos que no quieren consagrar un momento á la meditación de estos misterios, por pereza ó por acudir á cosas de su gusto. Otros, acaso entraban en aquel portal de paso; pero ni conocían al Niño ni á la Madre, ni reparaban en más de aquel exterior que veían, y pasaban adelante: tales son los que asisten

[1] Deut., XVI, 16.

á estos misterios con fe muerta, sin reparar ni ahondar lo que hay en ellos, y así ningún provecho sacan. Otros, como los pastores, entraron movidos de Dios, y con viva fe adoraron al Niño y sacaron grandes provechos; pero no se quedaron allí, antes se volvieron á sus oficios; así obran aquellos justos que á tiempos se dan á la oración y contemplación de estos misterios, mas de allí salen para cumplir con sus ministerios y mover á otros á que busquen y conozcan á Dios. Otros, en fin, como san José y la Virgen, siempre estuvieron en el portal asistiendo al Niño y sirviéndole con amor, y conservando en la memoria todo lo que veían y oían, confiriéndolo en su corazón con grandes afectos de amor, gratitud y admiración; así obran los que despacio se dedican por algunos días á la contemplación de estos misterios, ocupándose atentamente en estas conferencias espirituales. ¡Dichosos los que de esta manera pueden y saben asistir al Niño en el pesebre! ¿Somos nosotros de estos afortunados? ¿Á cuál de estas clases pertenecemos? ¡Oh Virgen soberana! Ayudadme á conferir dentro de mí mismo lo que la fe me dice de vuestro Hijo y lo que Vos conferíais de Él en vuestro corazón [1], para que, imprimiéndolo en mi espíritu, nunca me aparte de su presencia, ocupándome de continuo en su conocimiento, amor y servicio.

Epílogo y coloquios.—¡Cuán envidiable fué la suerte de los devotos pastores! Porque no sólo tuvieron la dicha de recibir la revelación angélica, sino que correspondieron fielmente á los intentos de Dios al enviársela. Con caridad se estimulan y animan unos á otros, con puntualidad obedecen á los deseos de Dios, sin esperar manifiesto precepto, y con fervor santo ejecutan su resolución, acudiendo presurosos al lugar que les había dicho el ángel. ¡Felices israelitas, que lograron ver al que no habían podido contemplar sus antiguos patriarcas, á pesar de sus intensísimos deseos y ardientes suspiros! ¡Qué sentirían estos afortunados pastorcitos cuando se hallaron ya en la presencia de aquel divino Niño! ¡Qué palabras le dirían! ¡Qué afectos embargarían su espíritu! ¡Qué ofrecimientos le harían! ¡Qué pláticas tan dulces trabarían con la Virgen! ¡Y cómo se admirarían de verla tan tierna, humilde, santa y tan favorecida y regalada del cielo! ¡Cómo envidiarían santamente la suerte de ésta Señora y de san José, los cuales no se separaban un instante del lado de su divino Hijo! Verificados estos obsequios, volviéronse á sus rebaños los pastores, lleno su corazón de júbilo, su alma de riquezas espirituales y su voluntad de firmes deseos de no olvidar jamás esta visita. Y aunque á todos contaron lo que habían visto, y ninguno dejaba de admirarse de ello, unos fueron al portal, otros no, y todos dejaron solos á la Virgen y á san José en compañía del Niño. Y tú, ¿no los acompañas? ¿No te esfuerzas en pasar la mayor parte del tiempo posible en conversar con Jesús en la oración? ¿De dónde nace la repugnancia que á este ejercicio experimentas? Examínalo bien, y para vencerla, haz firmes resoluciones y pide la gracia de ponerlas en práctica. No olvides el rogar por todo lo que te ha sido encomendado.

[1] Luc., II, 19.

39.—CONTEMPLACIÓN DEL NACIMIENTO.

PRELUDIO 1.° Representémonos el portal de Belén, viendo el pesebre, la paja, el Niño sobre ella tendido, y observando todo lo que allí pasa.

PRELUDIO 2.° Pidamos afectos santos de devoción, amor, reverencia y acción de gracias.

Punto 1.° *Aplicación de la vista interior del alma.*—Con la vista interior de tu espíritu contempla afectuosamente todo lo que pasa en la cueva de Belén. Mira todo lo que se ve en el lugar: es solitario, retirado de la ciudad, pocas son las personas que por él pasan; un miserable cobertizo, en el cual entra el que quiere, sin puerta ni cerradura, sin abrigo, expuesto al viento, lluvia, frío y demás inclemencias. ¡Con todo, este es el palacio del Rey de la gloria! Mira luego á Dios hecho hombre, aposentado en este establo de bestias, y encoge tus hombros con admiración y pasmo de tan profunda humildad como resplandece en un Señor de tanta majestad. Fija tu mirada en el hermosísimo Infante, que tendido se halla en el pesebre; es blanco y rubicundo, escogido entre millares [1]; para hacerse amar se ha hecho niño, porque los niños son de ordinario más amables por su candor é inocencia. Mira su corazón que, aunque pequeñito en las dimensiones materiales, es infinito en la capacidad, y arde en amor á su Padre y en deseos de tu salvación; de sus ojos brotan abundantes lágrimas, que derrama, no tanto por sus dolores, cuanto por tus pecados, ofreciendo á su Padre su propia vida para librarte de ellos. Contempla también junto al pesebre á José y á la Virgen, mirando con profunda veneración al Niño tiernecito que en él está tendido; unas veces le besan con amor, otras se hincan de rodillas delante de Él y le adoran con reverencia; ya le hablan con cariñosos afectos, ya le enjugan piadosos sus lágrimas. Contemplando todo esto, despierta en tu alma vivos deseos de practicar las virtudes, cuyos brillantes ejemplos estás viendo en el portal. ¡Oh tierno Niño! ¡Oh cariñosa Madre! ¡Oh afortunado José! ¡Quién tuviese la dicha de hallarse en vuestra dulce compañía y sentir los santos afectos que sentís! Bienaventurados son, Señor, vuestros siervos, que están en vuestra compañía y habitan en vuestra casa; por los siglos de los siglos os alabarán. Sea yo uno de ellos, y no consintáis que nunca me aparte de Vos.

[1] Cant., V, 10.

á estos misterios con fe muerta, sin reparar ni ahondar lo que hay en ellos, y así ningún provecho sacan. Otros, como los pastores, entraron movidos de Dios, y con viva fe adoraron al Niño y sacaron grandes provechos; pero no se quedaron allí, antes se volvieron á sus oficios; así obran aquellos justos que á tiempos se dan á la oración y contemplación de estos misterios, mas de allí salen para cumplir con sus ministerios y mover á otros á que busquen y conozcan á Dios. Otros, en fin, como san José y la Virgen, siempre estuvieron en el portal asistiendo al Niño y sirviéndole con amor, y conservando en la memoria todo lo que veían y oían, confiriéndolo en su corazón con grandes afectos de amor, gratitud y admiración; así obran los que despacio se dedican por algunos días á la contemplación de estos misterios, ocupándose atentamente en estas conferencias espirituales. ¡Dichosos los que de esta manera pueden y saben asistir al Niño en el pesebre! ¿Somos nosotros de estos afortunados? ¿Á cuál de estas clases pertenecemos? ¡Oh Virgen soberana! Ayudadme á conferir dentro de mí mismo lo que la fe me dice de vuestro Hijo y lo que Vos conferíais de Él en vuestro corazón [1], para que, imprimiéndolo en mi espíritu, nunca me aparte de su presencia, ocupándome de continuo en su conocimiento, amor y servicio.

Epílogo y coloquios.—¡Cuán envidiable fué la suerte de los devotos pastores! Porque no sólo tuvieron la dicha de recibir la revelación angélica, sino que correspondieron fielmente á los intentos de Dios al enviársela. Con caridad se estimulan y animan unos á otros, con puntualidad obedecen á los deseos de Dios, sin esperar manifiesto precepto, y con fervor santo ejecutan su resolución, acudiendo presurosos al lugar que les había dicho el ángel. ¡Felices israelitas, que lograron ver al que no habían podido contemplar sus antiguos patriarcas, á pesar de sus intensísimos deseos y ardientes suspiros! ¡Qué sentirían estos afortunados pastorcitos cuando se hallaron ya en la presencia de aquel divino Niño! ¡Qué palabras le dirían! ¡Qué afectos embargarían su espíritu! ¡Qué ofrecimientos le harían! ¡Qué pláticas tan dulces trabarían con la Virgen! ¡Y cómo se admirarían de verla tan tierna, humilde, santa y tan favorecida y regalada del cielo! ¡Cómo envidiarían santamente la suerte de ésta Señora y de san José, los cuales no se separaban un instante del lado de su divino Hijo! Verificados estos obsequios, volviéronse á sus rebaños los pastores, lleno su corazón de júbilo, su alma de riquezas espirituales y su voluntad de firmes deseos de no olvidar jamás esta visita. Y aunque á todos contaron lo que habían visto, y ninguno dejaba de admirarse de ello, unos fueron al portal, otros no, y todos dejaron solos á la Virgen y á san José en compañía del Niño. Y tú, ¿no los acompañas? ¿No te esfuerzas en pasar la mayor parte del tiempo posible en conversar con Jesús en la oración? ¿De dónde nace la repugnancia que á este ejercicio experimentas? Examínalo bien, y para vencerla, haz firmes resoluciones y pide la gracia de ponerlas en práctica. No olvides el rogar por todo lo que te ha sido encomendado.

[1] Luc., II, 19.

39.—CONTEMPLACIÓN DEL NACIMIENTO.

PRELUDIO 1.° Representémonos el portal de Belén, viendo el pesebre, la paja, el Niño sobre ella tendido, y observando todo lo que allí pasa.

PRELUDIO 2.° Pidamos afectos santos de devoción, amor, reverencia y acción de gracias.

Punto 1.° *Aplicación de la vista interior del alma.*—Con la vista interior de tu espíritu contempla afectuosamente todo lo que pasa en la cueva de Belén. Mira todo lo que se ve en el lugar: es solitario, retirado de la ciudad, pocas son las personas que por él pasan; un miserable cobertizo, en el cual entra el que quiere, sin puerta ni cerradura, sin abrigo, expuesto al viento, lluvia, frío y demás inclemencias. ¡Con todo, este es el palacio del Rey de la gloria! Mira luego á Dios hecho hombre, aposentado en este establo de bestias, y encoge tus hombros con admiración y pasmo de tan profunda humildad como resplandece en un Señor de tanta majestad. Fija tu mirada en el hermosísimo Infante, que tendido se halla en el pesebre; es blanco y rubicundo, escogido entre millares [1]; para hacerse amar se ha hecho niño, porque los niños son de ordinario más amables por su candor é inocencia. Mira su corazón que, aunque pequeñito en las dimensiones materiales, es infinito en la capacidad, y arde en amor á su Padre y en deseos de tu salvación; de sus ojos brotan abundantes lágrimas, que derrama, no tanto por sus dolores, cuanto por tus pecados, ofreciendo á su Padre su propia vida para librarte de ellos. Contempla también junto al pesebre á José y á la Virgen, mirando con profunda veneración al Niño tiernecito que en él está tendido; unas veces le besan con amor, otras se hincan de rodillas delante de Él y le adoran con reverencia; ya le hablan con cariñosos afectos, ya le enjugan piadosos sus lágrimas. Contemplando todo esto, despierta en tu alma vivos deseos de practicar las virtudes, cuyos brillantes ejemplos estás viendo en el portal. ¡Oh tierno Niño! ¡Oh cariñosa Madre! ¡Oh afortunado José! ¡Quién tuviese la dicha de hallarse en vuestra dulce compañía y sentir los santos afectos que sentís! Bienaventurados son, Señor, vuestros siervos, que están en vuestra compañía y habitan en vuestra casa; por los siglos de los siglos os alabarán. Sea yo uno de ellos, y no consintáis que nunca me aparte de Vos.

[1] Cant., V, 10.

Punto 2.º *Aplicación del oído y olfato espiritual.*—En este punto, puesto con la imaginación en la presencia de Jesús niño y de la Virgen y san José que están en el portal, al modo que un pobrecito está delante del rico, mirándole si le alarga una limosna, ó como decía la cananea [1], á la manera que los cachorritos están junto á la mesa enclavados sus ojos en los que comen en ella, esperando que les echen un pedacito de pan para comer, escucha primeramente las palabras que el divino Niño habla con su eterno Padre, y los amorosos coloquios que tiene con Él sobre el negocio de nuestra salvación, alegrándote de oirlos y aprovechándote de ellos; oye también los dolorosos gemidos que da, y llora con dolor tus pecados, que así le hacen suspirar; y atiende á lo que te diría, si quisiera hablarte desde el lugar donde está: cómo reprendería tu soberbia, vanidad y curiosidad en el vestido; cómo te exhortaría á que te hicieras niño, y te presentaría, y ofrecería al servicio de su eterno Padre. Luego has de oler con el olfato del alma la fragancia celestial que sale de este Niño y de sus virtudes. Este olor recrea infinitamente al Padre Eterno, el cual diría, lo que de Jacob su hijo, decía el patriarca Isaac [2]: «El olor de mi hijo es como de campo lleno de flores, al cual bendijo el Señor». También con este olor se recrean y alegran los ángeles y las almas justas, las cuales dicen como la Esposa de los Cantares [3]: «Correremos en pos de ti al olor de tus ungüentos». Y así como los defectos y vicios despiden un hedor tan intolerable que aflige, desvanece y provoca á vómito, y este hedor está muy lejos de aquel santo lugar en donde están Jesús y María, así el olor de la virtud alegra, conforta y despierta deseos de adquirirla en los que la contemplan. ¡Oh dulce Niño! Vuestras vestiduras, que son vuestras obras, son como un campo de flores muy olorosas; vestidme con ellas, para que yo huela bien á vuestro Eterno Padre, y por Vos me dé la bendición que por ella merecisteis. Sienta mi alma la fragancia de vuestros divinos olores para que corra tras Vos, imitando vuestras virtudes, hasta que llegue á gozar el premio de ellas.

Punto 3.º *Aplicación del gusto y tacto espiritual.*—En este punto, con el gusto interior del alma, has de gustar la suavidad y dulzura de aquel benditísimo Niño y de sus virtudes, y ¡cuán dulces eran para Dios y para Él mismo, y cuánto lo son para todos los que las ejercitan imitándole! ¡Qué gusto sentiría el Padre Eterno en mirar las virtudes de su Hijo, y qué gusto tenía el Hijo en darle contento en todo! ¡Oh qué dulzura sentía este Niño benditísimo en verse pobre, despreciado y recostado en un pesebre de animales! ¡Cuán dulces y suaves le eran las lágrimas que derramaba, y cuán sabroso el cumplir en todo la voluntad de su Padre, mucho más sin comparación que la leche que

[1] Matth., xv, 27. — [2] Genes., xxvii, 27. — [3] Cant., i, 3.

tomaba en el pecho de su Madre! ¿Hallas tú gusto en las cosas que gustan á Jesús? ¿Te repugnan aquellas que á Él disgustan? Porque á este Niño divino, así como le es sabrosa la virtud y mortificación, así le es amarguísimo el vicio, la soberbia y sensualidad; y los que pecan le dan á beber vinagre, como los soldados en el Calvario. Finalmente: con el tacto espiritual toca las vestiduras de aquel Niño, el heno de aquel pesebre, la tierra de aquel portal, besándolo y abrazándolo con tu corazón, despertando en ti grande estima de todo ello, y escogiéndolo para ti como cosa de grande precio. Si te atreves, llégate al Niño, y pídele permiso para besarle los pies y abrazarte con ellos, y llorar allí tus pecados como la Magdalena, pidiéndole perdón de ellos. ¡Oh Jesús dulcísimo! Dadme licencia para acercarme á Vos y deciros que quiero amaros con todo mi corazón. Confieso que por mis pecados no merezco besar la tierra que pisáis ni presentarme delante de Vos. Mas, pues el amor hace semejantes al amante con el amado, quiero asemejarme á Vos, gustando de lo que gustáis, detestando desde hoy lo que aborrecéis, y vistiéndome de las virtudes con que os vestís, para subir á contemplar la gloria infinita de que disfrutáis.

Epílogo y coloquios. ¡Oh alma devota! Penetra con la consideración en el sagrado portal, y vuelve tus ojos hacia el vil pesebre donde está reclinado Jesucristo, tu Rey, tu Padre y tu Dueño. ¿Qué descubres? La Majestad infinita de Dios y los tesoros inmensos de su sabiduría y bondad escondidos en un tiernecito Niño, que no habla, que llora, que en la apariencia no es más que los otros niños de su edad: los ángeles, que le adoran: María y José, que le sirven: al mismo Padre Eterno, que le mira complacido. ¿Qué oyes? Músicas celestiales de los ángeles, llanto amargo del Niño, consejos sapientísimos, sermones patéticos con que te exhorta á la virtud. ¿Qué percibe tu olfato? Una fragancia divina de santidad que alegra, conforta y da vigor para imitarla; fragancia que deleita infinitamente al Eterno Padre y que recrea á los ángeles. ¿Qué gustas? ¿Qué tocas? ¡Oh Jesús divino! Avivad y perfeccionad los sentidos de mi alma para que perciban todo cuanto pasa en torno vuestro, y que sean recreados con lo que Vos os recreáis, y sientan pena y disgusto de lo que á Vos disgusta. Penetremos dentro de nuestro corazón y examinemos sus inclinaciones con cuidado. ¿Qué desea? ¿En qué se complace? ¿Siente en sí los afectos del divino Jesús? ¿Qué le pide en estos momentos este amantísimo Señor? Escuchemos la voz interior de nuestra conciencia, y propongamos complacerle; y para esto, pidámosle su divina gracia y todo cuanto deseemos obtener.

40.—BUEN USO DEL TIEMPO.

PRELUDIO 1.° Represéntate al tiempo á manera de un caudaloso río, que corre á precipitarse en la eternidad, apareciendo unos hombres y hundiéndose otros, y estando todos en la mayor agitación y continuo movimiento.

PRELUDIO 2.° Pide la gracia de saber aprovechar el tiempo.

Punto 1.° *Incertidumbre del tiempo.*—Considera cómo uno de los motivos que arrancan lágrimas á Jesús recién nacido, es el abuso perniciosísimo que los hombres hacen del tiempo que el Señor les concede para negociar su salvación. Un nuevo año ha pasado, y si das una mirada retrospectiva á lo que durante él has hecho, con lágrimas habrás de confesar que fuiste árbol infructuoso, y que, en vez de dar buenos frutos de virtudes, has dado agraces de vicios. ¿Para cuándo confías en ser prudente y trabajar en tu negocio capital? Pondera que el tiempo de tu vida es incierto, y la seguridad que te forjas no es más que una ilusión diabólica; es el enemigo que te dice lo que á los primeros padres: «No morirás [1]». Millares de millares de personas de toda edad, estado y condición han fallecido durante este año; casi todas esperarían vivir más tiempo; muchas confiarían llegar á ver el fin del año que comenzaron, y sus esperanzas se han desvanecido. ¡Con cuánta razón ha dicho el Espíritu Santo [2] que el hombre no sabe cuándo será su fin! ¡Cuán cierto es lo que asegura el Apóstol [3], que el Señor vendrá como un ladrón, de noche! ¿En qué puedes fundar tus esperanzas de vida, si no aprovechas la que Dios te concede? ¿En la experiencia? Ella te dice que la muerte nada respeta y á todos iguala, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, reyes y vasallos. ¿En la razón? Ésta te dicta que el Señor es dueño de la vida y de la muerte, y puede enviarla cuando quiera; y si eres higuera infructuosa, tienes más motivo para temer no te diga [4]: «Por qué ocupas la tierra?» y te arranque de ella. Mira cuán insensata es esa seguridad que te imaginas, creyendo que podrás evitar un mal del que ahora no haces caso. El Juez [5] rectísimo, severo, inexorable, puede salirte al encuentro. Si falla tu causa, pierdes en un instante tu salud, tu vida, tu fortuna, tu eternidad. En tus oídos resonará aquella formidable voz que dice [6]: «Ya no hay más tiempo». Debajo tus pies se abrirá el pozo del abismo, y quedará para ti cerrado y sellado eternamente. Y ¿menosprecias el tiempo que Dios te da para evitar tales males? ¿Y no procuras aplacar al Juez, llorar tus pecados y hacer buenas obras? ¡Oh Dios eterno! Vos sois siempre el mismo [7], y vuestros años no se menoscaban, mientras que mi vida va

[1] Gen., III, 4. — [2] Eccli., IX, 12. — [3] I Tess., V, 2. — [4] Luc., XIII, 7.
[5] Jac., V, 9. — [6] Apoc., X, 6. — [7] Psalm. CI, 28.

siempre acompañada de incertidumbres y temores, y está rodeada de peligros; concededme que aproveche en vuestro servicio el tiempo que me dais de vida, para que en la muerte encontréis llenos [1] mis días y me coronéis con vuestra misericordia.

Punto 2.° *Brevedad del tiempo.*—Considera en este punto la brevedad de la vida, de la cual con razón dice Santiago [2] que es como un vapor que se levanta y al instante se disipa. Vuelve los ojos sobre tu vida pasada; y ¿qué piensas de ella? ¿No te parece que en un instante se pasaron los años de tu niñez y adolescencia? ¿Qué te queda ya de ellos? ¡Ah! Toda carne es heno [3], y su gloria es como la flor del heno; secóse el heno, y cayó su flor, y nada queda ya de él. Este es tu fiel retrato. Y aun en este poco tiempo de que dispones, apenas hallas ocasión para atender á tu negocio más importante. En la niñez no eras capaz de pensar en cosas tan serias; en la vejez, la debilidad y el peso de tus años te oprimirán, y necesitarás todo el tiempo para conservar tu cuerpo que se irá desmoronando. Actualmente has de emplear la mayor y mejor parte del tiempo en el descanso, alivio ó alimento del cuerpo; y si algo haces por tu alma, es tan poco, que apenas se echa de ver. Los vicios crecen, las virtudes desaparecen, los pecados se aumentan, y la penitencia no se conoce. Y, sin embargo, este es el único y breve tiempo de que disfrutas para preparar tu eternidad; y si no lo empleas bien, pasarás perpetua y cruel hambre. Reflexiona la velocidad con que va pasando el tiempo. Mis días, decía el santo Job [4], huyen con más celeridad que un ligero jinete, y se precipitan veloces como el águila cuando se arroja sobre la presa. Un momento empuja á otro, una hora á la otra, y un día á otro; se te da un momento de tiempo, y al instante quedas privado de él; viene y huye, ahora lo tienes, y mientras estás hablando lo pierdes. Usa de él, por tanto, y aprovéchale mientras pasa. El fruto que reportarás aprovechándole, será infinito y eterno, el daño que te causarás abusando de él será también infinito y eterno. Si tan breve es el tiempo, ¿por qué lo gastas inútilmente? ¿Por qué no lo empleas en lo que más te importa? ¿Por qué lo pasas en la ociosidad? ¡Oh Señor de mi vida! ¿Cómo habéis tenido tanta paciencia conmigo, que, viendo cuán malamente empleaba el tiempo, no dejabais de concedérmelo generoso? Yo he sido el mal siervo que no he negociado con vuestro talento; mi alma ha sido una virgen loca que se ha dormido cuando debía velar; pero ahora os pido, Señor, vuestra gracia, para que, empleando útilmente el tiempo, aporte feliz á vuestra gloria.

Punto 3.° *El tiempo perdido es irreparable.*—Considera aquí cómo la pérdida del tiempo es una pérdida irreparable, porque el tiempo que ha pasado, ya no vuelve, y lo que podías ganar en él, ya se te ha hecho imposible. Así como las aguas que se

[1] Psalm. LXXII, 10. — [2] Jac., IV, 15. — [3] I Petr., I, 24. — [4] Job, IX, 25.

dirigen al mar pasan y no retroceden, así son los días de tu vida. ¿Qué te queda ya de tu niñez? ¿Qué de los días de tu juventud? Pasaron ya, y no volverán; y los días que entonces perdiste, para siempre serán perdidos. Podrás, en verdad, ahora darte prisa, adelantar la obra de tu santificación, ganar en poco tiempo por tu fervor lo que hubieras ganado en mucho tiempo sin él; con todo, el tiempo pasado ya no está en tu mano utilizarlo, y en tus ganancias actuales siempre hallarás que faltan las que pudieras haber hecho en el tiempo que perdiste. ¡Oh locura del hombre que así malgasta un bien tan inestimable como es el tiempo! Cada momento de él vale tanto como la eternidad, porque en él se puede perder ó ganar, y el hombre insensato se entretiene en derrocharlo. Pondera cómo si alguna pena pudiesen tener los bienaventurados en el cielo, sería esta: el haber dejado pasar sin provecho el tiempo, el no haberlo utilizado todo para acrecentar su gloria, para embellecer más su corona, el no haber aumentado sus méritos cuando podían hacerlo, y no poder verificarlo cuando quisieran. En el infierno mismo, uno de los pensamientos que más desesperan á los condenados, es el recuerdo de lo que podían hacer y no quisieron. Ellos dicen aquello de la Sabiduría [1]: «¿De qué nos aprovechó la soberbia, y el derroche de las riquezas qué bien nos hizo? Todo se pasó como una sombra, ó como una nave que surca los mares, ó como una saeta que hiende los aires, que no deja en pos de sí rastro alguno; así nosotros nacimos y desaparecimos del mundo sin dar muestra de virtud, y nos perdimos en nuestra malignidad.» ¡Oh dulcísimo Jesús!: Vos, sin yo merecerlo, me habéis dado un año más de vida, aunque sabíais el poco provecho que de él había de sacar; bendita sea vuestra misericordia infinita, y en cada instante querría bendecirla y alabarla con toda mi alma, porque cada momento es un nuevo beneficio que debo á vuestra bondad; por ella os suplico, Señor, gracia para no malograr el tiempo, antes aprovecharlo para gloria vuestra y bien de mi alma. ¿Cómo hemos pasado este año? ¿Qué virtudes hemos ganado en él? ¿Qué vicios hemos enmendado? ¿No nos acusa la conciencia de haber estado ociosos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh locura é insensatez humana! Sabemos y confesamos que el tiempo es incierto, que el tiempo es breve, y que su pérdida es irreparable; no ignoramos que este tiempo nos ha de servir para alcanzar una eternidad feliz; y, con todo, dejamos pasar los días en la ociosidad; sólo atendemos al cuidado de nuestro cuerpo, y apenas pensamos en lo que nos amenaza en cada instante. ¡Qué desgracia! Quien examine la vida de muchos cristianos, no podrá menos de pensar, ó que han perdido la fe, ó que han hecho pacto con la muerte, ó que Dios les ha asegurado una prolongada existencia. ¡Tan grande descuido tienen para lo que atañe á su eterna felicidad! ¿Puede este desorden creerse de nosotros? ¿Seremos nosotros de aquellos que ponen todo su conato en pasar alegre y deliciosamente la vida y en un momento bajan al infierno? Si damos una mirada al año que espira, ¡qué desengaños! ¡qué enseñanzas! ¡qué avisos tan saludables podremos aprender! Muchos hubo que lo principiaron alegremente; vastos proyectos embargaban su mente; insaciables deseos ocupaban su corazón; grandes esperanzas alimentaban sus ilusiones. Murieron....; todo se desvaneció....; de su cuerpo sólo quedan unos huesos secos; sus almas, ¿dónde están? ¿Pues qué pensamos nosotros? ¿Cuándo trataremos de emplear bien el tiempo? ¿En qué cosas lo hemos de ocupar para que no tengamos que arrepentirnos? ¿Qué haríamos si en el año que va á empezar hubiésemos de morir? Abramos los ojos, miremos lo que más nos interesa, propongamos, oremos con fervor por nosotros y por todo el mundo.

[1] Sap., v, 8.

41.—CIRCUNCISIÓN DEL NIÑO-DIOS.

PRELUDIO 1.° Al octavo día de su nacimiento fué Jesús circuncidado, dándonos ejemplos admirables de virtud, y mostrándonos el deseo de que nosotros nos circuncidemos espiritualmente.

PRELUDIO 2.° Representémonos á la Virgen consolando con tiernas caricias á su Hijo, que llora en la Circuncisión.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de imitar las virtudes de Jesús en su Circuncisión.

Punto 1.° *Obediencia de san José y la Virgen á los preceptos de la ley.*—Considera cómo, llegado el octavo día después del nacimiento de Jesús, determinaron los dos santos Esposos de circuncidarle, en cumplimiento de la ley, que ponía precepto de ello á los padres [1]. Pondera aquí la admirable obediencia de la Virgen y de san José, tan puntual y pronta; porque con saber que el divino Niño no estaba incluido en la ley general de la circuncisión, y que el cumplimiento de ésta le había de ser sumamente penoso y doloroso; con todo, en conociendo la voluntad de Dios, se someten con la mayor prestcza y conformidad; porque ella ha de ser sobre todo; y estimábala tanto la Virgen, que, si fuera menester, ella misma, como otra Séfora [2], tomara el cuchillo y circundara á su Hijo. Y aun algunos aseguran que ella le circuncidó; pero otros creen que fué san José; mas lo cierto es que ambos estaban aparejados para hacer todo lo que juzgaran ser más agradable á Dios. Mira luego la caridad y devoción de la Virgen, la cual, sin duda, quiso hallarse presente á este doloroso espectáculo; lo uno, para acariciar á su Hijo y curarle la llaga, como quien tanto le amaba; lo otro, para recoger la preciosísima

[1] Levit., xii, 3. — [2] Exod., iv, 25.

dirigen al mar pasan y no retroceden, así son los días de tu vida. ¿Qué te queda ya de tu niñez? ¿Qué de los días de tu juventud? Pasaron ya, y no volverán; y los días que entonces perdiste, para siempre serán perdidos. Podrás, en verdad, ahora darte prisa, adelantar la obra de tu santificación, ganar en poco tiempo por tu fervor lo que hubieras ganado en mucho tiempo sin él; con todo, el tiempo pasado ya no está en tu mano utilizarlo, y en tus ganancias actuales siempre hallarás que faltan las que pudieras haber hecho en el tiempo que perdiste. ¡Oh locura del hombre que así malgasta un bien tan inestimable como es el tiempo! Cada momento de él vale tanto como la eternidad, porque en él se puede perder ó ganar, y el hombre insensato se entretiene en derrocharlo. Pondera cómo si alguna pena pudiesen tener los bienaventurados en el cielo, sería esta: el haber dejado pasar sin provecho el tiempo, el no haberlo utilizado todo para acrecentar su gloria, para embellecer más su corona, el no haber aumentado sus méritos cuando podían hacerlo, y no poder verificarlo cuando quisieran. En el infierno mismo, uno de los pensamientos que más desesperan á los condenados, es el recuerdo de lo que podían hacer y no quisieron. Ellos dicen aquello de la Sabiduría [1]: «¿De qué nos aprovechó la soberbia, y el derroche de las riquezas qué bien nos hizo? Todo se pasó como una sombra, ó como una nave que surca los mares, ó como una saeta que hiende los aires, que no deja en pos de sí rastro alguno; así nosotros nacimos y desaparecimos del mundo sin dar muestra de virtud, y nos perdimos en nuestra malignidad.» ¡Oh dulcísimo Jesús!: Vos, sin yo merecerlo, me habéis dado un año más de vida, aunque sabíais el poco provecho que de él había de sacar; bendita sea vuestra misericordia infinita, y en cada instante querría bendecirla y alabarla con toda mi alma, porque cada momento es un nuevo beneficio que debo á vuestra bondad; por ella os suplico, Señor, gracia para no malograr el tiempo, antes aprovecharlo para gloria vuestra y bien de mi alma. ¿Cómo hemos pasado este año? ¿Qué virtudes hemos ganado en él? ¿Qué vicios hemos enmendado? ¿No nos acusa la conciencia de haber estado ociosos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh locura é insensatez humana! Sabemos y confesamos que el tiempo es incierto, que el tiempo es breve, y que su pérdida es irreparable; no ignoramos que este tiempo nos ha de servir para alcanzar una eternidad feliz; y, con todo, dejamos pasar los días en la ociosidad; sólo atendemos al cuidado de nuestro cuerpo, y apenas pensamos en lo que nos amenaza en cada instante. ¡Qué desgracia! Quien examine la vida de muchos cristianos, no podrá menos de pensar, ó que han perdido la fe, ó que han hecho pacto con la muerte, ó que Dios les ha asegurado una prolongada existencia. ¡Tan grande descuido tienen para lo que atañe á su eterna felicidad! ¿Puede este desorden creerse de nosotros? ¿Seremos nosotros de aquellos que ponen todo su conato en pasar alegre y deliciosamente la vida y en un momento bajan al infierno? Si damos una mirada al año que espira, ¡qué desengaños! ¡qué enseñanzas! ¡qué avisos tan saludables podremos aprender! Muchos hubo que lo principiaron alegremente; vastos proyectos embargaban su mente; insaciables deseos ocupaban su corazón; grandes esperanzas alimentaban sus ilusiones. Murieron....; todo se desvaneció....; de su cuerpo sólo quedan unos huesos secos; sus almas, ¿dónde están? ¿Pues qué pensamos nosotros? ¿Cuándo trataremos de emplear bien el tiempo? ¿En qué cosas lo hemos de ocupar para que no tengamos que arrepentirnos? ¿Qué haríamos si en el año que va á empezar hubiésemos de morir? Abramos los ojos, miremos lo que más nos interesa, propongamos, oremos con fervor por nosotros y por todo el mundo.

[1] Sap., v, 8.

41.—CIRCUNCISIÓN DEL NIÑO-DIOS.

PRELUDIO 1.º **Al octavo día de su nacimiento fué Jesús circuncidado, dándonos ejemplos admirables de virtud, y mostrándonos el deseo de que nosotros nos circuncidemos espiritualmente.**

PRELUDIO 2.º **Representémonos á la Virgen consolando con tiernas caricias á su Hijo, que llora en la Circuncisión.**

PRELUDIO 3.º **Pidamos la gracia de imitar las virtudes de Jesús en su Circuncisión.**

Punto 1.º ***Obediencia de san José y la Virgen á los preceptos de la ley.***—Considera cómo, llegado el octavo día después del nacimiento de Jesús, determinaron los dos santos Esposos de circuncidarle, en cumplimiento de la ley, que ponía precepto de ello á los padres [1]. Pondera aquí la admirable obediencia de la Virgen y de san José, tan puntual y pronta; porque con saber que el divino Niño no estaba incluido en la ley general de la circuncisión, y que el cumplimiento de ésta le había de ser sumamente penoso y doloroso; con todo, en conociendo la voluntad de Dios, se someten con la mayor presteza y conformidad; porque ella ha de ser sobre todo; y estimábala tanto la Virgen, que, si fuera menester, ella misma, como otra Séfora [2], tomara el cuchillo y circundara á su Hijo. Y aun algunos aseguran que ella le circuncidó; pero otros creen que fué san José; mas lo cierto es que ambos estaban aparejados para hacer todo lo que juzgaran ser más agradable á Dios. Mira luego la caridad y devoción de la Virgen, la cual, sin duda, quiso hallarse presente á este doloroso espectáculo; lo uno, para acariciar á su Hijo y curarle la llaga, como quien tanto le amaba; lo otro, para recoger la preciosísima

[1] Levit., xii, 3. — [2] Exod., iv, 25.

sangre que allí se derramaba y guardar el pedacito de carne que se cortaba, porque sabía que era sangre de Dios y de inmenso valor. ¡Oh! ¡Con cuánta devoción la besaría, y con qué cuidado la guardaría en su pecho! ¡Qué requiebros tan amorosos diría á esta sangre preciosísima, y cómo pediría al Padre Eterno que por ella perdonase al mundo, suplicándole, si era posible, se contentase con esta sola, pues tanto valía! Y cuando esta Madre cariñosa vió las lágrimas que derramaba su Hijo, quedaría atravesada de compasión y dolor por lo que Él padecía, y lloraría por verle llorar y por la causa que lloraba. ¡Oh Virgen benditísima! ¡Cuán caros cuestan á vuestro Hijo y á Vos nuestros pecados! ¡Cuán amarga os es la culpa de Adán! ¡Oh! ¡Si pudiese yo acompañaros en este llanto, llorando mis culpas para alcanzar remedio de ellas, llorando los dolores de vuestro Hijo, pues fuí causa de ellos, y llorando vuestra aflicción, ya que también yo la he ocasionado!

Punto 2.º *Virtudes de Jesús en la Circuncisión.*—En este punto has de considerar los heroicos actos de virtud que ejercitó Jesús en la Circuncisión, porque en Él, no fué sólo ejercicio de padecer como en los demás niños, sino obra de virtud excelentísima. La primera virtud que ejercitó fué la obediencia á la ley; porque no le obligaba, y aunque hubiese estado obligado á ella, podía dispensar consigo, ni faltaba causa para ello; pero deseando hacer lo mejor y darnos ejemplo, sometióse voluntariamente á ella, poniendo sobre sí la espantosa carga de toda la ley, porque quien se circuncidaba quedaba obligado [1] á cumplirla toda. La segunda fué humildad profundísima; porque, no pudiendo tenerse por pecador, ni siéndolo, ni pudiendo serlo, quiso ser tenido por tal, sujetándose á la circuncisión, que era señal de niños pecadores, y quien le viera circuncidar dijera de Él que tenía pecado: así confunde tu soberbia. Él, siendo santísimo, consiente en ser tenido por pecador, y tú, lleno de culpas, pretendes ser tenido por santo. La otra virtud fué paciencia invicta; porque los demás niños, por carecer del uso de razón, no temen la circuncisión, ni el cuchillo, ni la herida, y hasta que descarga el golpe no lo sienten; pero este niño benditísimo sabía lo que se trataba, y estuvo tan quedo como si lo ignorara; y si lloró como los otros niños, no fué tanto del dolor de la herida, cuanto de la gravedad del pecado por la cual la sufría. La última virtud fué caridad ardentísima, derramando aquella poca sangre con tanto amor, que, si fuera menester derramarla toda luego, así lo hiciera; y si conviniera recibir luego otras más y mayores heridas, á todo se ofreciera por amor de su Padre y para bien nuestro. ¡Oh caridad inmensa! ¡Oh paciencia invencible! ¡Oh humildad profunda y obediencia perfecta de mi Redentor! ¡Oh virtudes soberanas de las que se teje la vestidura sacerdotal de Jesús, mucho más preciosa que de grana y púrpura [1]! ¡Oh gran Sacerdote! Hoy os vestís de esta vestidura para ofrecer el sacrificio de la mañana, y os la vestiréis después en la cruz para ofrecer el sacrificio de la tarde; vestidme con otra tal para que ofrezca mi cuerpo y alma en hostia viva [2], santa y agradable á vuestra Soberana Majestad. ¿Está nuestra alma adornada con estas cuatro virtudes? ¿Somos humildes, pacientes sumisos y caritativos como Jesús?

[1] Galat., v, 3.

Punto 3.º *Circuncisión espiritual que nos pide Jesús.*—En este punto has de considerar la circuncisión espiritual que te pide Jesucristo con el ejemplo de su circuncisión corporal [3]. Con el cual te mueve y enseña á que circuncides y cortes todas tus demasías en regalo, honra y comodidades de la carne, mortificando los vicios y aficiones desordenadas, en razón de cumplir la ley de Dios, aunque sea menester para esto derramar sangre; porque de esta manera se alcanza el verdadero espíritu; y en este sentido decía un santo: «Da sangre y recibirás espíritu»; porque la perfección del espíritu no se alcanza sino es á costa de sangre, mortificando y circuncidando todas las aficiones de carne y sangre. Demás de esto, has de llevar con paciencia que otros te circunciden y quiten algo de tu regalo, honra ó comodidad, ya sea con buena intención y con fin recto, ya con mala, por odio y deseos de injuriarte. Para lo cual te ayudará el recordar que en tres ocasiones derramó Jesús sangre por ministerio de diversas personas: en la Circuncisión, por el ministro de Dios que obraba con santo fin; en el huerto, por sí mismo, considerando sus próximos trabajos; y en el pretorio de Pilatos y Calvario, por mano de los verdugos y ministros de Satanás. Del mismo modo tú has de estar aparejado á dar tu sangre, ya sujetándote á lo que ordenaren tus superiores y los ministros del Señor, aunque sea gravoso y doloroso; ya moviéndote á obras de penitencia voluntarias por tu provecho, ayudándote de la consideración de tus pecados, de las penas de Jesús y otras cosas espirituales; ya, por fin, sufriendo con paciencia los dolores y daños que te vinieren por manos de tus enemigos. ¡Oh buen Jesús! Por la sangre que derramasteis en estas tres ocasiones, os suplico alentéis mi corazón, para que se ofrezca, si fuese menester, á derramarla en las mismas; y pues tiene tanto que circuncidar y el amor propio le detiene para no hacerlo, Vos, Señor, por vuestra mano circuncidadle, y dad traza como otros le circunciden, para que no haya en él cosa alguna que desagrade á Vuestra Divina Majestad. ¿Circuncidamos nosotros nuestro corazón? ¿Mortificamos nuestros apetitos? ¿Nos disgustamos cuando otro nos mortifica?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán presto quiere comenzar Jesús el oficio de Redentor que le ha encargado su Padre! Como

[1] Exod., xxxix, 2. — [2] Rom., xii, 1. — [3] Rom., ii, 29

sin derramamiento de sangre no se perdona el pecado, á los ocho días de su nacimiento principia ya á derramarla. No ignoraban san José y la Virgen que el divino Niño no debía estar obligado á la ley de la circuncisión, que se había dado para los pecadores, á quienes únicamente obligaba; sin embargo, conocen la voluntad de Dios, y á todo la anteponen; y es tal el deseo de cumplirla, que ellos mismos no vacilarán en ejecutar esta operación tan dolorosa, si falta un ministro de Dios que la lleve á cabo. ¡Oh admirable obediencia! Ella vence á la maternal ternura, y sólo la permite consolar y acariciar al Hijo querido que derrama su inocente y preciosa sangre. ¿Por qué no imitamos nosotros la obediencia de la Virgen y de san José? Y ¿cómo no imitamos con mayor cuidado, si cabe, la sublime obediencia, la profunda humildad, la invicta paciencia y la generosísima caridad del divino Niño? Sin estar obligado se somete á la dura y penosa ley de la circuncisión; siendo santísimo, preséntase como pecador, sufre con inalterable mansedumbre, y no sólo derrama gustoso esa poca sangre, sino que está dispuesto á derramarla toda por nuestro bien, y para movernos á que, á imitación suya, nosotros también nos circuncidemos. ¿Oimos esta lección del divino Niño? ¿Estamos dispuestos á circuncidar y enfrenar nuestros apetitos y á declarar guerra mortal á nuestras pasiones. ¡Ah! Nuestros sentidos están muy libres, nuestro genio muy vivo, nuestra voluntad muy rebelde y nuestra imaginación muy suelta. ¿Cuándo y cómo circuncidaremos todo esto? Meditémoslo atentamente, porque mucho nos importa; formemos resoluciones prácticas y pidamos constancia y firmeza en cumplirlas y socorro en todas nuestras necesidades.

42.—NOMBRE DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Representémonos á José y María diciendo en el acto de la Circuncisión del Señor: «Jesús será su nombre».

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conocer las grandezas que encierra el nombre de Jesús, é invocarle á menudo.

Punto 1.º *Significación y excelencias del nombre de* JESÚS.—Considera cómo el que impuso el nombre al Niño circuncidado no fué José, ni María, ni el ángel, sino el Padre Eterno; porque tan grande es la excelencia de este Niño, que ninguna criatura de la tierra ni del cielo podía por sí misma ponerle nombre que le cuadrase, sino sólo su Eterno Padre, que conocía y sabía el fin para que encarnaba, y el oficio que había de hacer en cuanto hombre. Y á esta causa, entre los muchos nombres que podía ponerle, quiso que se llamase JESÚS, que quiere decir Salvador; porque su venida al mundo fué principalmente para salvarnos, y este fué su oficio. Y aunque otros tuvieron este nombre, no fué más que por figura y sombra de este soberano Niño; el cual á boca llena y por excelencia merece ser llamado JESÚS, porque nos salva y libra con tres soberanas excelencias. La primera, que nos libra de toda suerte de males, ignorancias y errores, de culpas y de penas, así temporales como eternas. La segunda, que no sólo nos libra de los males, sino que nos concede excelentísimos bienes, para que nuestra salud y redención sea muy copiosa y perfecta. La tercera, es en el modo de salvarnos, por razón del cual este nombre de JESÚS no puede convenir al que fuere solo Dios, ni á puro hombre ó ángel de cuantos hay criados, sino sólo á Cristo, cuyo es propio, por razón de ser Dios y hombre verdadero; porque sólo hombre, no puede salvarnos; sólo Dios, puede salvarnos, pero con sola misericordia; mas un Dios-hombre nos salva también con rigor de justicia, ganando por punta de lanza y por sus merecimientos la salvación que su nombre significa. Y así, preguntándole á este Señor quién era, respondió [1]: «Yo, que hago justicia y soy fuerte guerrero para salvar». ¿Comprendes tú las soberanas excelencias con que nos salva JESÚS? ¿Conoces cuán bien le conviene este dulce nombre? ¡Oh dulcísimo JESÚS! Sea para bien el nombre tan glorioso que hoy os ponen. Gózome que no sea nombre vacío, ni de sombra, como otros le han tenido, sino lleno de verdad y de toda perfección. Alégrate, ¡oh alma mía!, con las excelencias de este Salvador tan poderoso; porque Él es tu fortaleza, Él te dará pies como de ciervo para huir de los pecados, y como vencedor te llevará con sus santos al descanso y felicidad eterna.

Punto 2.º *Causas por qué se impuso al Niño este nombre en la Circuncisión.*—En este punto puedes considerar las causas por qué se puso este nombre al Señor en la Circuncisión [2], las cuales encierran notables enseñanzas. La primera fué para honra del Niño; porque, viéndole su Padre tan humillado, y que tenía imagen de pecador, quiere que entonces sea ensalzado, dándole un nombre sobre todo nombre, que es el nombre de JESÚS, con el cual se declara que, no sólo no tiene pecado sino que es Salvador de pecadores [3], y perdonador de pecados. Esto te ha de mover á dar gracias al Padre Eterno porque así honra á su Hijo, cuando por Él se humilla; con lo cual te da prendas de que si tú te humillares, también te ensalzará y te dará un nombre nuevo, tan glorioso, que nadie lo sabe estimar como conviene hasta que lo recibe [4]. La segunda causa fué, para que se viera que el nombre y oficio de Salvador le había de costar derramamiento de sangre. Y así, nuestro dulce JESÚS, en tomando el oficio del Redentor, da por señal del precio que ha de pagar en el rescate una poca de sangre que derrama en su Circuncisión, con determinación de pagar todo el precio enteramente en la Pasión, derramándola toda por

[1] Isai., LXIII, 1. — [2] Luc., II, 21. — [3] Matth., I, 21. — [4] Apoc., II, 17.

los pecadores. Verdad es que esta poquita era ya bastante precio por todos los pecados del mundo, por ser sangre de Dios; pero su generosa caridad quiso que el precio fuese toda ella. Para lo cual dió permiso á todos los instrumentos que hay en la tierra para derramar sangre, que sacasen la suya con gravísimo dolor y desprecio; es á saber: el cuchillo, los azotes, espinas, clavos y lanza. El cuchillo abrió hoy la primera fuente de sangre, que después se cerró; los demás instrumentos abrieron después otras, las cuales no se cerraron hasta que salió toda. ¡Oh Salvador dulcísimo! Esas vuestras fuentes, aunque son de sangre derramada con gran dolor, son también fuentes de agua viva [1] de inmensas gracias, que han de ser cogidas con grande gozo y amor; alábeos mi alma por la infinita caridad con que abrís esas fuentes y me mandáis que acuda con alegría á gozar del precio que derramáis con tanta pena. ¡Oh alma mía! ¿Qué será razón hagas tú por tu propia salvación, si tanto hace tu Salvador por ella? ¿Rehusarás humillarte por Dios, viendo la presteza con que este Señor acude á ensalzar á los que por su amor se humillan?

Punto 3.º *Grandezas del nombre de* Jesús.—Considera en este punto con toda atención las grandezas que están encerradas en el nombre de Jesús. Este nombre es primeramente una suma y memorial de todas las grandezas que hay en Cristo, en cuanto Dios, en cuanto hombre y en cuanto Dios-hombre. De suerte que puedes inferir: si es Jesús, luego es infinitamente bueno, santo, sabio, poderoso y la misma bondad, sabiduría y santidad infinita. Si es Jesús, luego es sumamente humilde, manso, paciente, fuerte, modesto, obediente y caritativo, porque de todas estas virtudes ha de ser dechado. Á más, si es Jesús, luego es maestro, médico, padre, juez, pastor, protector y abogado nuestro. De modo que en Jesús tienes todas las cosas, y así, con afecto de amor intenso y gratitud perfecta, puedes decir: ¡Oh Jesús mío y todas mis cosas! Además, este precioso nombre encierra todos los nombres gloriosos que los profetas [2] dieron al Mesías que esperaban; porque Él es el Dios que nos remedia, el Fuerte que vence á nuestro enemigo, el Admirable en todas sus obras, trabajos y portentos, el Ángel del gran consejo, el Padre del siglo venidero y el Príncipe de la paz, pacificándonos con Dios y con los hombres, con abundancia de toda paz. Pondera, finalmente, los bienes que tienes en este santísimo Nombre; Él es el único medio para alcanzar perdón de tus pecados; es título para ser oído en tus oraciones; es medicina de todas tus enfermedades; es arma contra todas las tentaciones; es amparo en los peligros, luz y guía en las ignorancias, dechado y ejemplo de todas las virtudes, y fuego y estímulo que mueve á ejercitarlas. ¡Oh si tuvieses este santísimo Nombre fijo siempre

[1] Isai., XII, 3. — [2] Isai., IX, 6.

en tu memoria, grabado en tu corazón, impreso en tu entendimiento, y nunca cesases de invocarle, alabarle y publicar sus grandezas! ¡Oh dulcísimo Jesús! Sed Jesús para mí en todas mis potencias, ejercitando en ellas vuestro oficio, para que ellas también se ejerciten en procurar vuestra honra. ¡Oh Jesus mío y todas mis cosas! Concededme que os ame sobre todas ellas, y que sólo en Vos busque mi descanso y hartura perfecta, pues sólo en Vos se halla por junto todo lo que me puede hartar eternamente.

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán excelente, significativo y provechoso es el nombre de Jesús! José y María lo pronunciaron por primera vez con extraño júbilo; pero el Padre Eterno lo reveló, y era el único que podía haberlo hallado tan adecuado. Sí, Jesús es nuestro Salvador, porque nos libra del pecado, nos llena de bienes y nos rescata de la esclavitud del enemigo con todo rigor de justicia, pagando con su sangre el precio de nuestro rescate. ¿Cuándo agradeceremos debidamente estas excelencias soberanas con que quiere ser nuestro Salvador? Y ¡cuánto trabajo y dolor le costará el llenar complidamente este oficio! Será nuestro Salvador, pero derramando su sangre, por cuyo motivo, al tomar posesión de este nombre, principia ya á derramarla, aunque en pequeña cantidad. ¿Vacilaremos nosotros en dar la salud, vida, descanso y todos los bienes por Jesús, viendo lo que Él hace por nosotros? Y al contemplar las grandezas inmensas que encierra este glorioso nombre, ¿no le invocaremos con más frecuencia, con mayor devoción y con más firme confianza? El nombre de Jesús incluye y envuelve todas las perfecciones que Cristo tiene como Dios, como hombre y como Dios y hombre juntamente; en Él se contienen todos los títulos honrosos con que los antiguos profetas le distinguieron; en Él, en fin, hallamos la fuente de todos los bienes que podemos desear, los espirituales y los corporales, los temporales y los eternos. Y ¿no seremos todavía más devotos del nombre de Jesús? ¿Con qué amor le invocamos? ¿Con qué asiduidad lo repetimos? Pensémoslo; confundámonos de nuestra tibieza, propongamos verdadera y eficaz reforma, y supliquemos para esto las gracias necesarias.

43.—ADORACIÓN DE LOS REYES.

Preludio 1.º Llegados los Reyes al portal de Belén, postráronse ante el Niño, y le adoraron, ofreciéndole sus dones, y luego, despidiéndose de María y José, regresaron á su país por otro camino.

Preludio 2.º Representémonos á los tres Reyes en estas distintas acciones, adorando al Niño, hablando con María, y volviéndose alegres.

Preludio 3.º Pidamos la gracia de imitar en lo posible á estos santos Reyes.

Punto 1.º *Llegada de los Reyes Magos al portal de Belén.*—Habiendo seguido fielmente los Reyes Magos la estrella prodigiosa que les venía guiando desde sus tierras, llegados á

Belén, paróse aquella brillante luz sobre el lugar donde había nacido el Rey que buscaban; y entrando, hallaron al Niño con su Madre [1]. Acerca de este suceso has de considerar cuán bien premió el Señor la fidelidad de estos Magos en seguir la estrella, haciendo que hallasen lo que con tantas ansias, cansancio y peligros venían buscando; y el mismo favor recibirás tú si procuras seguir fielmente la estrella de la divina inspiración. Luego puedes ponderar la novedad y admiración grande que causó en los Magos ver parar aquella estrella sobre un lugar tan pobre y vil como aquel establo, porque, como hombres y tan principales, pensarían que aquel Rey había nacido en algún palacio, ó en la mejor casa de la ciudad, donde suelen aposentarse los demás reyes; pero, ilustrados con la luz interior, reconocieron que la grandeza de aquel Rey no se mostraba en las cosas pomposas del mundo, sino en el verdadero desprecio de ellas, y así rindieron su juicio al testimonio de la estrella exterior. Pondera también cómo en el mismo punto que los Magos vieron al Niño, salió de su divino rostro un rayo de luz celestial que penetró sus corazones, y les descubrió cómo era Dios y hombre, Rey y Mesías prometido á los judíos y Salvador del mundo, y les causó un gozo interior excesivo que les llenó toda el alma; porque si la vista de la estrella material tan gran gozo les produjo, ¿qué gozo causaría la vista de Jesús [2], Estrella de la mañana y Señor de las estrellas? ¡Oh qué contentos y hartos quedarían con la vista de esta divina Estrella! ¡Oh Gloria del Padre, Estrella resplandeciente de la mañana!: Ilustradme con vuestra luz, hartadme con vuestra vista, alegradme con vuestro resplandor, y llenadme de bienes con vuestra celestial influencia. Dichosos los que os hallan, aunque sea en el pesebre, porque la bajeza del lugar no obscurece la grandeza de vuestra gloria, antes templa la inmensidad de vuestro resplandor para que os contemplen con más gusto. ¿Deseamos nosotros hallar á Cristo? ¿Seguimos, como los Magos, la estrella de la divina inspiración?

Punto 2.º *Adoración de los Magos y presentación de sus reales ofrendas.*—Considera las tres cosas que hicieron los Magos en obsequio de Jesús, luego que penetraron en el portal, las cuales estaban ya profetizadas por David. La primera fué postrarse en tierra, en señal de la suma reverencia interior y exterior que le tenían; porque como el cuerpo se humilló lo más que pudo, así el ánima se humilló delante de este Rey, reconociéndose en su presencia como polvo y nada; y cumpliéndose aquí lo que había dicho David [3]; que delante de Él se postrarían los de Etiopía, y los que antes eran sus enemigos besarían la tierra en señal de sumisión. La segunda cosa que hicieron fué adorarle, no sólo como se adoran los reyes de la tierra, sino con la suprema adoración que se da á solo Dios, y se llama latría, reconociendo con viva fe que aquel Niño era su verdadero Dios y Criador, que había nacido para remedio de todo el mundo; y con esta fe hablarían con Él y desahogarían su corazón con dulces afectos, estando persuadidos que el Niño les entendía. La tercera fué abrir los cofres de sus tesoros, que habían traído cerrados por todo el camino, y ofrecer dones al Niño en señal de vasallaje, y en protestación de que le servirían con sus personas, y con todas sus cosas; y con los mismos dones protestaron la fe que tenían, porque le ofrecieron oro como á Rey, incienso como á Dios y sumo sacerdote, y mirra como á hombre mortal. Así se cumplió lo que estaba escrito [1]: que los reyes de Arabia y Sabá ofrecerían dones y presentes de incienso, mirra y oro, con alabanzas del Señor. Á imitación de estos Magos, has de postrarte ante el Señor, y adorándole profundamente, ofrecerle el incienso de la oración, la mirra de la mortificación y el oro de la caridad; y si eres religioso, puedes ofrecerle el oro de la pobreza, la mirra de la castidad y el incienso de la obediencia. ¿Son estos tus sentimientos? ¿Imitas la devoción, humildad y generosidad de los Magos? ¡Oh Rey del cielo!. Aceptad piadoso los votos que os he ofrecido, cuyo ofrecimiento renuevo en este instante; quitad de mí el espíritu propio que me engaña, dándome vuestro espíritu que me vivifica.

Punto 3.º *Despedida de los Magos y regreso á su tierra.*—Considera aquí el coloquio tan dulce que tuvieron los Reyes con la Virgen, dándola cuenta de la estrella que habían visto en Oriente, y de todo lo que les había pasado en el viaje; luego se ofrecerían á su servicio, admirados de la santidad que en aquella Señora resplandecía, y de ver la pobreza del lugar en que estaba. Y aunque san José no estuvo presente á la primera entrada, para que ellos entendiesen que el Niño no tenía padre en la tierra; pero poco después vendría y tratarían con él de las mismas cosas. ¡Oh qué contenta estaría la Virgen oyéndolas! ¡Cómo las conservaría con cuidado, y las conferiría en su corazón! ¡Cómo agradecería á los Magos el trabajo que habían tomado en venir á adorar á su Hijo, y qué cosas tan divinas les diría para confirmarlos en la fe! Pondera, finalmente, cómo hallándose los Magos perplejos acerca de lo que habían de hacer, y qué camino habían de emprender para volver á su país, en sueños tuvieron respuesta del Señor, que no volviesen á Herodes, y así se volvieron á su tierra por otro camino. En lo que se ve la providencia y cuidado tan paternal que tiene Dios de los que le sirven, avisando á estos Magos de lo que les convenía, no sólo para librar al Niño de la persecución de Herodes, sino para librarlos á ellos de las vejaciones que aquel tirano cruel les hiciera, si volvieran á él. Dóci-

[1] Matth., II, 11. — [2] Apoc., XXII, 16. — [3] Psalm. LXXI, 9.

[1] Psalm. LXXI, 10.

les ellos al mandato de Dios, luego le cumplieron, estimando en más la palabra que les decía Dios, que guardar la que ellos habían dado al hombre, porque no hay mayor cordura que oir la voz de Dios y estar por su gobierno; pues todo va ordenado para nuestra justicia y abundante paz. ¡Oh dichosos Reyes! Volveos contentos y gozosos por vuestro camino; dad por bien empleados todos los trabajos que habéis padecido, y contad á vuestras gentes las maravillas del Señor que habéis contemplado. Mas ahora que estáis en vuestra gloria, acordaos que nosotros, miserables, nos hallamos en medio de innumerables peligros; concedednos que, siguiendo como vosotros la estrella de la divina inspiración, logremos llegar á la eterna contemplación del Señor.

Epílogo y coloquios. ¡Oh Reyes mil veces afortunados! Apenas conocen la señal del gran Rey, síguenla con fidelidad y constancia. Fija su vista en la misteriosa estrella, no declinan ni á la diestra, ni á la siniestra; y aunque han de pasar por amargas pruebas, al fin dan con el tesoro que con tanto afán han buscado. Párase la estrella sobre una humilde cueva ó portal; quedan los Magos sorprendidos de admiración al ver tanta pobreza; mas, alumbrados de celestial luz, en el Niño fajado, tendido sobre el pesebre, contemplan al mismo Dios del cielo; póstranse ante Él, adóranle como á su Dios y Señor, y ofrécenle los dones que traen á este fin dispuestos. Con el oro le reconocen como Rey; con el incienso como Dios, y con la mirra como hombre; mas interiormente le ofrecen oro purísimo de caridad, incienso oloroso de oración, y mirra muy amarga de mortificación. ¡Cuánto agradarían á Jesús estos dones! ¡Y qué gracias concedería en retorno á los donantes! ¡Qué coloquios tan dulces y santos tendrían los Magos con la Virgen y san José! Así nos muestran estos piadosos varones la conducta que hemos de tener en las diversas circunstancias de nuestra vida. ¿Tratamos seriamente de imitarlos? ¿Seguimos como ellos la divina inspiración? ¿Somos dóciles á los avisos de Dios y de sus representantes? ¿Nos arguye de alguna falta nuestra conciencia? ¿Será posible que estos varones gentiles sean una reprensión viva de nuestra dureza y rebeldía? Examinémonos con imparcialidad, resolvamos, y oremos con fervor.

44.—VIRTUDES, PRUEBAS Y PREMIOS DE SAN JOSÉ [1].

PRELUDIO 1.º San José fué digno esposo de María por la excelencia de sus virtudes, y grandemente consolado por su fidelidad en las pruebas.

PRELUDIO 2.º Represéntate al Eterno Padre, que te designa á san José diciéndote: «He aquí el varón justo á quien constituí señor de mi casa y príncipe de mi heredad».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer las excelencias de san José y de imitar sus virtudes.

Punto 1.º *Santidad y virtudes de san José.*—Considera aquí la grande santidad de san José y las excelentes virtudes y gracias que le concedió el Señor para ser digno esposo de María y ayo suyo; porque así como llenó de gracia al Bautista que había de ser su precursor y á los Apóstoles que habían de ser sus pregoneros, así llenaría á san José de dones y gracias excelentísimas, con las cuales pudiese llenar los ministerios que le encomendaba. Pondera luego cuán bien supo negociar san José estas gracias, creciendo continuamente en ellas, cumpliendo con perfección el significado de su nombre, que quiere decir aumento ó crecimiento [2]. Porque él acrecentó su santidad sobre todos los santos que le habían precedido: tuvo mayor fe y obediencia que Abraham; más tolerancia en los trabajos que Jacob; más castidad que su hijo José; trato más familiar con Dios que Moisés; más caridad con su pueblo que Samuel, y más humildad y mansedumbre que David. Y en todas estas y otras virtudes iba trazando cada día mayores crecimientos, auxiliado muy eficazmente por el Señor, que le había escogido para más elevada dignidad que á los antiguos patriarcas. En especial crecía este dichoso santo subiendo por la escalera espiritual de la lección, meditación, oración y contemplación, imitando á su santísima Esposa, y provocándose estos dos serafines á volar con sus alas, y á glorificar al Santo de los santos en su oración [3]. Y para hacer esto con más libertad de espíritu, escogió por inspiración divina guardar perpetua castidad, la cual, como dice san Pablo [4], quita los estorbos de la oración; y en esta virtud se esmeró tanto, que por especial favor ningún mal movimiento sentía, aunque conversaba con una virgen muy bella, pero tan casta, que sólo mirarla ponía deseos de castidad. ¡Oh glorioso Patriarca! De vuestra angelical y purísima hermosura se admiran las jerarquías del cielo; por ella os pido supliquéis al Deseado de los collados eternos [5], que derramó sobre vuestra cabeza su copiosa bendición, la derrame también sobre la mía, para que, á imitación vuestra, crezca en buenas obras y aumente las virtudes, perseverando con firmeza hasta alcanzar la corona. ¿Imitamos nos-

[1] Esta meditación podrá hacerse con provecho en las festividades del glorioso patriarca san José. — [2] Genes., XLIX, 22. — [3] Isai., VI, 2. — [4] I Cor., VII, 35. — [5] Genes., XLIX, 26.

les ellos al mandato de Dios, luego le cumplieron, estimando en más la palabra que les decía Dios, que guardar la que ellos habían dado al hombre, porque no hay mayor cordura que oir la voz de Dios y estar por su gobierno; pues todo va ordenado para nuestra justicia y abundante paz. ¡Oh dichosos Reyes! Volveos contentos y gozosos por vuestro camino; dad por bien empleados todos los trabajos que habéis padecido, y contad á vuestras gentes las maravillas del Señor que habéis contemplado. Mas ahora que estáis en vuestra gloria, acordaos que nosotros, miserables, nos hallamos en medio de innumerables peligros; concedednos que, siguiendo como vosotros la estrella de la divina inspiración, logremos llegar á la eterna contemplación del Señor.

Epílogo y coloquios. ¡Oh Reyes mil veces afortunados! Apenas conocen la señal del gran Rey, síguenla con fidelidad y constancia. Fija su vista en la misteriosa estrella, no declinan ni á la diestra, ni á la siniestra; y aunque han de pasar por amargas pruebas, al fin dan con el tesoro que con tanto afán han buscado. Párase la estrella sobre una humilde cueva ó portal; quedan los Magos sorprendidos de admiración al ver tanta pobreza; mas, alumbrados de celestial luz, en el Niño fajado, tendido sobre el pesebre, contemplan al mismo Dios del cielo; póstranse ante Él, adóranle como á su Dios y Señor, y ofrécenle los dones que traen á este fin dispuestos. Con el oro le reconocen como Rey; con el incienso como Dios, y con la mirra como hombre; mas interiormente le ofrecen oro purísimo de caridad, incienso oloroso de oración, y mirra muy amarga de mortificación. ¡Cuánto agradarían á Jesús estos dones! ¡Y qué gracias concedería en retorno á los donantes! ¡Qué coloquios tan dulces y santos tendrían los Magos con la Virgen y san José! Así nos muestran estos piadosos varones la conducta que hemos de tener en las diversas circunstancias de nuestra vida. ¿Tratamos seriamente de imitarlos? ¿Seguimos como ellos la divina inspiración? ¿Somos dóciles á los avisos de Dios y de sus representantes? ¿Nos arguye de alguna falta nuestra conciencia? ¿Será posible que estos varones gentiles sean una reprensión viva de nuestra dureza y rebeldía? Examinémonos con imparcialidad, resolvamos, y oremos con fervor.

44.—VIRTUDES, PRUEBAS Y PREMIOS DE SAN JOSÉ [1].

PRELUDIO 1.° San José fué digno esposo de María por la excelencia de sus virtudes, y grandemente consolado por su fidelidad en las pruebas.

PRELUDIO 2.° Repre-éntate al Eterno Padre, que te designa á san José diciéndote: «He aquí el varón justo á quien constituí señor de mi casa y príncipe de mi heredad».

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de conocer las excelencias de san José y de imitar sus virtudes.

Punto 1.° *Santidad y virtudes de san José.*—Considera aquí la grande santidad de san José y las excelentes virtudes y gracias que le concedió el Señor para ser digno esposo de María y ayo suyo; porque así como llenó de gracia al Bautista que había de ser su precursor y á los Apóstoles que habían de ser sus pregoneros, así llenaría á san José de dones y gracias excelentísimas, con las cuales pudiese llenar los ministerios que le encomendaba. Pondera luego cuán bien supo negociar san José estas gracias, creciendo continuamente en ellas, cumpliendo con perfección el significado de su nombre, que quiere decir aumento ó crecimiento [2]. Porque él acrecentó su santidad sobre todos los santos que le habían precedido: tuvo mayor fe y obediencia que Abraham; más tolerancia en los trabajos que Jacob; más castidad que su hijo José; trato más familiar con Dios que Moisés; más caridad con su pueblo que Samuel, y más humildad y mansedumbre que David. Y en todas estas y otras virtudes iba trazando cada día mayores crecimientos, auxiliado muy eficazmente por el Señor, que le había escogido para más elevada dignidad que á los antiguos patriarcas. En especial crecía este dichoso santo subiendo por la escalera espiritual de la lección, meditación, oración y contemplación, imitando á su santísima Esposa, y provocándose estos dos serafines á volar con sus alas, y á glorificar al Santo de los santos en su oración [3]. Y para hacer esto con más libertad de espíritu, escogió por inspiración divina guardar perpetua castidad, la cual, como dice san Pablo [4], quita los estorbos de la oración; y en esta virtud se esmeró tanto, que por especial favor ningún mal movimiento sentía, aunque conversaba con una virgen muy bella, pero tan casta, que sólo mirarla ponía deseos de castidad. ¡Oh glorioso Patriarca! De vuestra angelical y purísima hermosura se admiran las jerarquías del cielo; por ella os pido supliquéis al Deseado de los collados eternos [5], que derramó sobre vuestra cabeza su copiosa bendición, la derrame también sobre la mía, para que, á imitación vuestra, crezca en buenas obras y aumente las virtudes, perseverando con firmeza hasta alcanzar la corona. ¿Imitamos nos-

[1] Esta meditación podrá hacerse con provecho en las festividades del glorioso patriarca san José. — [2] Genes., XLIX, 22. — [3] Isai., VI, 2. — [4] I Cor., VII, 35. — [5] Genes., XLIX, 26.

otrós las virtudes de san José? ¿Procuramos, como él, crecer de continuo en la gracia?

Punto 2.º *Pruebas de san José.*—Considera en este punto las amargas pruebas á que fué sometido por la Divina Providencia este santo Patriarca. Porque ley ordinaria es que todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, padezcan tribulación [1]; y que cuanta mayor haya de ser su semejanza con el Señor, tanta mayor participación tengan en su cáliz. Pondera cómo la primera prueba que el Evangelio nos refiere del santo Patriarca José fué cuando, sin comprender el sublime misterio que el Espíritu Santo había obrado en su angelical Esposa, observó el estado en que ésta se hallaba. ¡Qué tribulación tan amarga! ¡Qué dudas, qué ansiedades, qué temores se apoderaron de su desconsolado espíritu! ¿Sospechará de la fidelidad de María? Su santidad no lo consiente. Y si es, como piensa, la venturosa Virgen anunciada por los profetas, ¿se atreverá á morar en su compañía? Su humildad profundísima no se lo permite [2]. ¿Qué hará pues? ¿Separarse de ella? Su amor no lo tolera. ¡Oh, qué angustia! ¡Qué zozobra! No puede descansar un solo instante, hasta que por medio de un ángel queda apaciguada en su corazón esta horrible tempestad. Mas José es el siervo fiel, y habiéndolo sido en esta primera prueba y salido de ella tan acrisolado y brillante, el Señor le sujetará á otras nuevas, compartiendo con su divina Esposa María las tristezas, dolores y penas que habían de atravesar el maternal corazón. Llega el momento en que esta Señora ha de dar á luz el Hijo de Dios, y san José no le puede ofrecer otra casa que un desmantelado portal, ni otra cama que un pesebre de animales, y sobre las pajas ha de contemplar tendido al Rey de cielos y tierra. Pasaron ocho días desde el nacimiento de Jesús, y con lágrimas en los ojos ha de ver José que el cuchillo cruel derrama la sangre de aquel inocentísimo Cordero. En el templo oye los aflictivos pronósticos de Simeón, que atraviesan el alma de María y destrozan su corazón amantísimo. No bien se ha templado algo esta pena irremediable, una visita del cielo le anuncia que Herodes quiere matar á Jesús, y que por tanto es indispensable pasar á Egipto, para salvarle de la matanza infantil que ha resuelto aquella fiera; y José emprende este larguísimo viaje, sin ningún preparativo ni alivio de ningún género. Llora Jesús, y él no le puede consolar; padece, y no le puede aliviar; sufre su Esposa las inclemencias del tiempo y del viaje, y no puede consolarla ni remediarla. ¡Pobre José! ¡Cuántas lágrimas derramaríais en aquel largo y penoso camino, aunque disimulando vuestra pena, para no aumentar la de María! Vuelven de Egipto, y nuevo dolor para José, porque teme al hijo de Herodes. Suben posteriormente á adorar á Dios en el templo, y pierden á Jesús. ¡Qué amarguras! ¡Oh Dios eterno! Pues que permitisteis tales tribulaciones al santo patriarca José, para que en ellas diese los más provechosos ejemplos de virtud; por sus gloriosos méritos os suplico me deis gracia muy eficaz para que en mis pruebas imite sus esclarecidas virtudes, y me haga digno de mayores dones. ¿Cómo nos portamos en las pruebas que Dios nos envía ó permite? ¿Imitamos la paciencia, resignación y prudencia que en las suyas tuvo san José?

[1] II Tim., III, 12 — [2] S. Thom., Suppl., LXII, 3, ad 2um.

Punto 3.º *Consuelos de san José.*—Considera cómo Dios nuestro Señor, aunque reserva para la otra vida la paga principal de lo que por su amor se hace y se padece, no deja, sin embargo, de regalar con abundancia y consolar con ternura á los suyos, aun en este mismo mundo. Así lo hizo con el glorioso Patriarca. Ninguna aflicción grave le permitió á la que no siguiese poco después algún precioso regalo. Vacila entre crueles angustias acerca de lo que debe hacer viendo el estado de María, y al momento un ángel del Señor le dice: «José, hijo de David, no temas recibir á María, tu esposa: porque lo que ha nacido en ella, es obra del Espíritu Santo. Dará á luz un Hijo, á quien llamarás Jesús, porque salvará á su pueblo, librándole de sus pecados». ¡Qué consuelo recibiría José al oir tan regalada noticia, y al saber que Dios Nuestro Señor se dignaba tenerle en su casa y que le sirviese de padre! Á la pobreza, desamparo y padecimientos del portal de Belén, acompañan los himnos angélicos y adoraciones de los devotos pastores, que alegran su corazón. Con la exquisita dulzura del nombre de Jesús queda suavizada la amargura de su espíritu, al ver derramar la divina sangre. Las alabanzas inspiradas de Simeón y Ana y el recuerdo de las grandes obras que ha de realizar el divino Niño, sosiegan su corazón conturbado por la memoria de los padecimientos que sufrirán tanto Él como su santísima Madre. Aflígese á José en el viaje á Egipto; pero consuélase viendo á los ídolos caerse hechos pedazos á los pies de Jesús. Teme la ira de Arquelao, y al instante un ángel de Dios le tranquiliza. Llora inconsolable la pérdida del Niño, y le halla entre los doctores, causando la admiración de todos los sabios, que le escuchan pasmados de tanta sabiduría en tan tierno Niño. De modo que cuantas veces el Señor permitió que la tribulación acibarase la vida de José, otras tantas envióle divinos contentos que volviesen la calma y alegría á aquel corazón contristado. De esta manera fué creciendo en toda suerte de virtudes al lado de la angelical y divina María, teniéndose por indigno de vivir en su compañía, y mucho más de llamar con el cariñoso nombre de esposa á tan distinguida Señora. ¡Oh dichoso santo, á quien tan buena compañía le cupo en suerte! ¡Oh serafines de la tierra, María y José! Vuestra pureza excede á la de los del cielo, y con vuestras alas voláis ligeramente á cumplir la divina voluntad; encended mi corazón en amor de Dios, para que yo

también le sirva con la obediencia que ambos le tuvisteis, y ame á todos mis hermanos con la pureza de caridad con que ambos os amasteis. ¿Hemos meditado nosotros la suave providencia con que Dios regala á los suyos en las tribulaciones? ¿No confiaremos en adelante en su divina bondad?

Epílogo y coloquios. ¡Qué gracias tan singulares y qué dones tan soberanos recibió san José de la benéfica mano del Señor! Por lo mismo que le destinaba para el ministerio más sublime que hasta entonces había sido desempeñado por el hombre, debía recibir mayores favores celestiales que ningún otro; porque propio es del Señor preparar y disponer á sus criaturas para el fin á que las ordena. Mas José, como siervo óptimo y fidelísimo, no se limitó á conservar cuidadoso los talentos recibidos, antes, negociando con ellos, conforme al expresivo significado de su nombre, creció cada día con admirables crecimientos, y adelantó á pasos agigantados en el camino de la santidad. En medio de su próspera carrera se ve sorprendido por las más terribles tribulaciones, dudas crueles, sospechas que destrozan su corazón, temores que amargan su vida, incertidumbres espantosas: todo se junta para poner al santo Patriarca en las más duras pruebas. Pero en todas ellas no da un solo paso en falso, ni desdice un punto de lo que reclaman su acrisolada virtud é ilustre santidad. Su paciencia es inalterable, su prudencia es consumada, su obediencia la más diligente y rendida. Confía en Dios, y Dios le socorre, enviándole sus ángeles ú otros alivios que repentinamente convierten su llanto en gozo, su tristeza en alegría, sus vacilaciones en seguridad completa. ¡Feliz el hombre que pone, como san José, en Dios toda su confianza! ¿Qué hacemos nosotros? ¿Cómo nos conducimos? Si José es tan santo, ¿por qué no le somos más devotos? Si deseamos su devoción, ¿por qué no le imitamos con más cuidado é invocamos con más asiduidad y confianza? ¿Puede este bendito santo estar satisfecho de nuestro proceder? ¡Qué confusión sentirá nuestra alma, si reflexiona bien acerca de esto! Aumentemos, pues, nuestros deseos de honrar á José, y para que sean verdaderos, propongamos lo que hemos de hacer al efecto; pidámosle su protección para nosotros, para la Iglesia y para todo el mundo.

45.—SAN JUAN BAUTISTA EN EL DESIERTO.

PRELUDIO 1.º El Bautista estuvo en el desierto hasta principiar su predicación, y allí se ejercitó en la penitencia, oración, fortaleza y pureza de alma.

PRELUDIO 2.º Represéntate al Bautista cubierto de áspera vestidura, orando.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar la vida santa del Bautista.

Punto 1.º *Ejercitóse en la penitencia corporal.*—Considera atentamente cómo san Juan Bautista en el desierto se

esmeró sobremanera en la penitencia y aspereza corporal, practicándola en todas las cosas en que se puede ejercitar, y esto con gran rigor. En la comida, comiendo langostas y miel silvestre, la que topaba por los campos. En el vestido, vistiéndose una vestidura tejida de pelos de camellos, y ciñéndose con una cinta muy áspera. En el aposento y cama, recogiéndose en alguna cueva ó hendedura de las peñas, y durmiendo en el suelo, sufriendo con admirable paciencia los fríos y calores y las injurias de los tiempos. Pondera cómo este glorioso santo hacía todo esto, no en castigo de pecados pasados, pues fué santificado en el seno de su madre y nunca hizo pecado grave, sino para preservarse de pecados muy ligeros, y para domar su carne y tenerla rendida á su espíritu, y para disponerse á recibir los dones del cielo, los cuales de ordinario no se alcanzan sino por semejantes asperezas [1]. Reflexiona ahora sobre ti mismo, y mira cuánto distas de la imitación de este admirable santo, porque te repugna la mortificación, no puedes sufrir las privaciones, resistes á las penitencias, y te inquietas y hasta murmuras y te quejas cuando en la comida, vestido ó aposento, te falta alguna cosa que por tu antojo quisieras tener, llegando hasta el extremo de sentir envidia de otros que tú crees preferidos. Y confundiéndote de tan repugnante conducta, enciende en tu corazón entrañables deseos de imitar á este santo en lo que es imitable conforme á tu flaqueza, abrazando la aspereza corporal que pudieres, castigando á tu carne, y ofreciéndola en hostia viva, santa, agradable á Dios [2], no solamente por los fines dichos, sino también en satisfacción de los muchos pecados que por su causa has cometido, y porque esta librea es propia de los criados del Rey celestial; pues, como dijo Cristo [3], los que van por contrario camino, viven en los palacios de los reyes terrenos, y préciánse de ser sus siervos. ¡Oh Rey eterno! Siervo vuestro deseo ser, y en serlo poner toda mi gloria. Préciense otros de servir á los nobles y grandes de la tierra; mi gozo, mi honor y toda mi gloria está cifrada en serviros y agradaros á Vos, morar en vuestra casa, vestir vuestra librea, trayendo en mi cuerpo vuestra mortificación, como la trajo vuestro Precursor. ¿Sientes esto, alma mía? ¿Cómo debes practicarlo?

Punto 2.º *Ejercitóse en oración y contemplación altísima.*—Considera en este punto cómo san Juan Bautista se ocupó en oración y contemplación perpetua y muy levantada, teniendo por singular privilegio al mismo Espíritu Santo por Maestro, el cual le llevó á la soledad, y allí le hablaba al corazón [4], enseñándole con maravillosas ilustraciones y consuelos, con más abundancia que á Moisés, Elías, David y á todos los Profetas que le precedieron. Admira aquí la amorosa providencia del Señor, el

[1] Luc., I, 80; III, 2: Matth., III, 4: Marc., I, 4. — [2] Rom., XII, 1. — [3] Matth., XI, 8.
[4] Osee., II, 14.

cual, viendo que no le es posible al hombre vivir sin algún deleite, cuando por su amor uno se priva de los deleites de la carne, le comunica con mayor abundancia los deleites del espíritu [1]. Y como san Juan renunció totalmente las riquezas, honras, dignidades y regalos de la casa de su padre, y afligía su carne tan ásperamente, premiábalo Dios con el ciento tanto, regalándolo con inefables gozos celestiales; de modo, que el desierto era para él casa de recreación, y la cueva como cielo, y la soledad era ocasión de compañía, conversando siempre con los ángeles y con el mismo Dios. Saca de todo esto grande aliento para las asperezas del cuerpo, pues así las premia Dios con los regalos del cielo, y juntamente grande afición á la oración y trato con Dios nuestro Señor, donde tanto consuelo y aliento se recibe. Procura subir juntamente al monte de la mirra y al collado del incienso [2], armonizando la mortificación con la oración, porque la una sin la otra podrían conducirte, ó á la vanidad espiritual, ó á alguna peligrosa ilusión, y las dos se ayudan mutuamente. Pide al Espíritu Santo que sea tu maestro interiormente, aunque no por eso has de dejar á los maestros de espíritu que Dios ha puesto en la tierra, porque no querrá usar contigo del privilegio que concedió á san Juan. ¡Oh, alma mía! Fija tu vista en este glorioso Precursor, y al ver los regalos exquisitos con que Dios le premia en medio del desierto, ten buen ánimo y esfuérzate en imitarle con la perfección que te sea posible, recordando que la mano del Señor no se ha abreviado, y que no negará á sus imitadores las gracias que á él dispensó. Piensa, pues, lo que te conviene hacer.

Punto 3.° *Ejercitóse en la fortaleza de espíritu y limpieza de alma.*—Considera en este tercer punto cómo se esmeró el Bautista en grande fortaleza y constancia, perseverando muchos años en estos dos géneros de ejercicios; y es muy creíble que en este tiempo padecería gravísimas tentaciones y batallas del demonio; porque si Cristo Nuestro Señor las padeció en los cuarenta días que se recogió en el desierto, mucho más las padecería san Juan en el discurso de tantos años, haciendo vida tan admirable, de la cual Satanás tenía rabiosa envidia; y así deseaba derribarle, porque siempre desea tragar el manjar más escogido, y querría sorber si pudiera al mismo río Jordán [3], esto es, al santo más penitente. Pondríale delante los regalos que tendría en la casa de sus padres y entre sus deudos; la dignidad del sacerdocio que le venía por herencia; la terribilidad de la vida que comenzaba, y otras batallas á este talle, invisibles y visibles, permitiéndolas Dios para ejercicio de este santo, y para que creciese en toda virtud y fortaleza, porque le resistía valerosamente y triunfaba siempre de su enemigo. Pondera cómo de esta manera se señala-

[1] S. Greg., lib. VIII, *Moral.*, c. 8. — [2] Cant., IV, S. 6; Greg., lib. I, *Dialog.*, c. 1.
[3] Job, XL, 18.

ba en la pureza de corazón, apartándose de culpas muy ligeras, y en el fervor de crecer en todas estas virtudes; por lo cual dice san Lucas [1] que crecía y se iba confortando en el espíritu, esto es, que crecía en el cuerpo y también en el espíritu: porque el Espíritu Santo le confortaba y ayudaba, cumpliéndose en él lo que dijo David [2]: «Bienaventurado el varón á quien tú ayudares, porque con tu auxilio trazará los crecimientos en su corazón, y subirá de virtud en virtud, hasta ver á ti Dios verdadero en Sión». ¡Oh Espíritu santísimo! Confortad mi flaco espíritu, para que, á imitación de este valeroso Precursor, siga firme y constante por el camino de la penitencia y oración, resistiendo con valor á los espíritus malignos, preservándome de toda culpa y creciendo en las virtudes como la luz de la mañana hasta llegar al perfecto día [3]. Examina, alma devota, si te apartas de esta doctrina, y cómo debes reformarte.

Epílogo y coloquios.—¡Qué penitencia tan austera y rigurosa! ¡qué oración tan elevada! ¡qué fortaleza y constancia tan invicta!, y, sobre todo, ¡qué limpieza tan angelical resplandecen en san Juan Bautista durante su permanencia en el desierto! Su comida, la más frugal; su vestido, el más áspero; su cama, la más dura; su oración y contemplación, incesante; sus batallas contra el demonio, continuas, y quedando él siempre vencedor; y todo esto sin caer apenas en la más ligera falta, y creciendo sin cesar en todo género de virtudes: tal es san Juan, uno de los modelos más perfectos y acabados que debieras tener siempre delante de los ojos. El mismo Jesucristo quiso tributarle las más gloriosas alabanzas y hacer de él el más elocuente panegírico. Y tú apenas te acuerdas de imitarle, quizás sigues un camino opuesto. En lugar de amar la penitencia, buscas los regalos del cuerpo y huyes de toda mortificación; prefieres parlar con los hombres que conversar amorosamente con Dios: á una leve tentación del demonio, ya sucumbes; en tus buenos propósitos eres inconstante, y llenas tu alma de defectos, imperfecciones y hasta pecados. ¿Hasta cuándo ha de durar una vida tan extraviada? ¿Qué debes resolver y practicar para imitar al glorioso Precursor? ¿En qué cosas te debes reformar? Piénsalo atentamente, haz firmes propósitos, pide al mismo santo su protección para cumplirlos é imitarle, y ruega por las demás necesidades.

[1] Luc., I, 80. — [2] Psalm. LXXXIII, 6. — [3] Prov., IV, 18.

46.—PREDICACIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA.

PRELUDIO 1.º Movido del Espíritu Santo, el Bautista salió á predicar con grande espíritu; convirtió muchos pecadores, humillándose profundamente.

PRELUDIO 2.º Represéntate al Bautista predicando á la multitud compuesta de todas las clases sociales, que le oye compungida.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar en lo que puedas al santo Precursor.

Punto 1.º *Motivos y modo de la predicación del Bautista.*—Considera cómo llegado el Bautista á la perfecta edad [1], movido por el Espíritu Santo, salió por las riberas del Jordán á predicar el bautismo de penitencia en remisión de los pecados. Pondera cómo es propio del divino Espíritu, después que hace á sus escogidos muy perfectos, moverles á que procuren hacer perfectos á otros; y así movió á san Juan para que saliese á predicar y aparejar un pueblo perfecto para Cristo nuestro Señor [2]. Demás de esto, como había estado tantos años en la secreta bodega de los vinos de Dios [3], embriagándose con el vino fortísimo de la caridad, ella misma le hizo salir de aquel recogimiento, para convidar á los hombres al servicio de su Amado. Mira los motivos que deben inducir á los predicadores y te deben inducir á ti, si lo eres, á emprender el ejercicio del sagrado ministerio; el amor de Dios y del prójimo, y la obediencia á la inspiración del Espíritu Santo. Si otros motivos te inducen á salir en público, si pones tus ojos en algún bien ó lucro temporal, y te entremetes por tu voluntad, yerras miserablemente, y en vez de ganancias reportarás pérdidas. Reflexiona también cómo el espíritu con que predicaba era por una parte celoso y terrible como el de Elías, y por otra compasivo y misericordioso como el de Moisés, mezclando sabiamente lo dulce con lo amargo, la severidad con la blandura; porque á los obstinados fariseos hablaba con palabras duras, llamándoles [4] linaje de víboras, y amenazándoles con que la segur estaba puesta á la raíz, y otras cosas terribles [5]; pero á la sencilla muchedumbre del pueblo y á los publicanos y soldados acogía con gran misericordia, sin excluir á ninguno, dándoles consejos saludables y de fácil cumplimiento. En estas enseñanzas tienen los varones apostólicos la manera prudente de ejercitar el santo ministerio con provecho de las almas. ¡Oh admirable y glorioso Santo! Verdaderamente sois lámpara que arde y que alumbra [6]; porque el ardor de la caridad en que os abrasáis, os obliga á salir de vuestro retiro, para derramar en abundancia los rayos brillantes del buen ejemplo con que alumbráis á todo el mundo. ¡Oh alma! Á los resplandores de esta luz examina tu conducta, y mira la reforma de que necesitas.

[1] S. Thom.; Luc., III, 3; Matth., III, 2. — [2] Luc., I, 17. — [3] Cant., II, 4.
[4] Matth., III, 7. — [5] Luc., III, 8. — [6] Joan., V, 35.

Punto 2.º *Materia de su predicación y fruto.*—Considera en este punto la materia sobre que versaba la predicación del Bautista. El asunto de todos sus sermones no eran cosas vanas, temporales y de escasa importancia para las almas, sino exhortar á la penitencia, haciendo frutos dignos de ella, y á esto movía con la esperanza del premio eterno, porque se acercaba el reino de los cielos; y también con amenazas del castigo eterno, porque, como él decía, la segur está puesta á la raíz, y todo árbol que no llevare fruto, será cortado y echado en el fuego, y Dios tiene el bieldo en su mano para limpiar la era del mundo; y el trigo, que son los buenos, será recogido en las trojes del cielo, y la paja, que son los malos, será echada en el fuego que nunca se ha de acabar. Con estos dos títulos debes tú alentarte á hacer penitencia, esperando el premio y temiendo el castigo, imaginando que quizá está ya la segur á la raíz del árbol de tu vida para cortarla; y si no te enmiendas, serás paja que ha de ser cebo del fuego eterno. Pondera también el fruto de la predicación de san Juan, el cual fué copiosísimo, porque innumerable gente de todos los estados concurrían á él, y le obedecían, y se dejaban bautizar, con tantas muestras de humildad y arrepentimiento, que le confesaban y declaraban sus pecados [1]. Y lo que más admira es, que, con no hacer milagros, persuadía esto, porque tenían su vida por un continuo y muy señalado milagro. ¡Tan eficaz es la vida ejemplar del predicador para persuadir lo que predica, aunque sea la cosa más dificultosa, y el que lo oye muy duro de corazón. ¡Oh Padre Eterno! Despertad en vuestra Iglesia muchos imitadores de este soberano Precursor, que vayan delante de vuestro Hijo, aparejándole un pueblo perfecto, predicando su santa ley con celo y misericordia, confirmando con la vida lo que dicen con la palabra, para que recojan fruto muy copioso de muchas almas, alcanzándoles la vida eterna. Y tú, alma mía, ¿no te avergüenzas de tu tibieza y soberbia, al ver la penitencia y humildad de los oyentes del Bautista? ¿No pensarás en imitarlos?

Punto 3.º *Humildad del Bautista en medio de los aplausos.*—Considera cómo, viendo el pueblo la admirable vida del Bautista, llegaron á pensar si era el Mesías, y algunos le tenían por tal. Mas en esta ocasión descubrió él la rara humildad que tenía en medio de tantas grandezas y aplausos. Porque él no se envaneció con la vida tan áspera que hacía ni con los excelentes dones y favores que recibía de Dios en la contemplación, ni por el aplauso del pueblo, ni por la grande opinión que de él tenían, ni por la grande honra que todos le daban. Lo cual es cosa rara, porque, como dice san Bernardo [2], es de pocos y muy esclarecidos santos juntar humildad con inocencia y con santidad muy honrada y venerada. Además, él no vaciló en confesar públi-

[1] Matth., III, 6. — [2] Serm. 13 et 42; Epist. 42; S. Greg. lib. mor.

camente su propia bajeza y la grandeza de Cristo Nuestro Señor, diciendo [1]: «Aunque me tenéis por tan grande, sabed que hay otro más fuerte que yo, y más poderoso en la obra y en la palabra; y el exceso que me hace no es como quiera, sino tal, que no soy digno de ser el mínimo de sus esclavos, ni de hacer el oficio más bajo en su servicio, cual es desatarle la correa de sus zapatos». Por donde se ve que el verdadero humilde, cuanto es más santo, tanto se tiene por más vil y bajo á los ojos de Dios, juzgándose por indigno de ser su esclavo, en lo cual podrás tú conocer si lo eres. Por fin, mira cómo el Bautista, prosiguiendo en su humillación, apoca su bautismo por engrandecer el de Jesucristo, diciendo que el suyo es de agua sola, sin tener virtud de perdonar pecados ni lavar el alma; pero que otro vendría que los bautizaría con un bautismo por el cual les diese el Espíritu Santo y el fuego del divino amor; y en esto se ve otro carácter del humilde, que apoca y desprecia sus obras en cuanto son suyas, y juntamente engrandece y da á conocer las obras de Dios. Al ver tan profunda humildad en san Juan, confúndete de conocerte tan diferente y hallarte tan soberbio en los pensamientos, palabras y obras, y pide á este glorioso santo te alcance la gracia de saberle imitar. ¡Oh glorioso Precursor! Gózome en el alma de veros tan humilde, con ser de Dios y de los hombres tan honrado; suplicad al Señor, que os dió tan rara humildad, me dé alguna parte de ella, para que no pierda por mi soberbia el bien que Dios me hubiere dado por su gracia [2]. Y nosotros, siendo tan pobres, ¿no querremos humillarnos? ¿Dejaremos que nos lleve la vanidad, el deseo de agradar y el afán de sobreponernos á los demás?

Epílogo y coloquios. ¡Hermoso y perfecto dechado para el misionero y para todo aquel que tiene á su cuidado la enseñanza de los demás, es el glorioso Bautista! Amante de su retiro y enamorado del desierto, sólo se aparta de él cuando se siente movido por el divino Espíritu é impulsado por el amor á Dios y á los hombres. Él predica, pero ¡con qué celo! ¡con cuánta viveza! ¡con qué dulzura atrae á los arrepentidos, y con qué fuego embiste á los duros y soberbios! Predica, pero ¡qué asuntos tan prácticos! ¡con qué razones tan sólidas los apoya! La penitencia, el arrepentimiento de las culpas, arrancado é inspirado por la consideración de los bienes eternos y de los males perdurables: tales son sus temas favoritos. Así se explica el maravilloso fruto de bendición que logra. Así se comprende que, sin hacer otros milagros que el de su vida austera y penitente, vengan á millares los pecadores más endurecidos, confesando humildemente sus pecados, y pidiendo con lágrimas el perdón de todos ellos. ¡Ah! Es que Dios ensalza á los humildes; y como san Juan estaba adornado con esta hermosa y atractiva virtud, complacíase el

[1] Math., III, 11. — [2] Mich., VI, 14.

Señor en dar eficacia á su palabra. ¿Por qué no imitas tú al glorioso Bautista en las circunstancias de su predicación? ¿Por qué no le imitas, especialmente en la virtud de la humildad, siéndote tan necesaria y tan fácil? Piensa lo que debes hacer; haz propósitos; pide gracia, y ruega por todo lo demás que te hayan encomendado.

47.—EMBAJADA DE LOS JUDÍOS AL BAUTISTA.

PRELUDIO 1.º Enviaron los judíos una embajada á san Juan Bautista para preguntarle si era Cristo, ó Elías, ó algún profeta, á lo que contestó negativamente

PRELUDIO 2.º Represéntate á san Juan Bautista hablando con los embajadores.

PRELUDIO 3.º Pide gracia de imitar la humildad y demás virtudes del Bautista.

Punto 1.º *San Juan dice que no es el Cristo, ni Elías, ni otro profeta.*—Considera cómo los judíos, deseosos de enterarse de quién era Juan, cuya vida tanto les admiraba, le enviaron una diputación que le preguntase si era el Cristo [1]. Mas él, con gran prontitud y aseveración, contestó secamente: «Yo no soy Cristo». Así burló este santo Precursor los ardides del demonio, que, envidioso de su virtud, pensaría derribarle ofreciéndole la dignidad de Dios y de Cristo, como había derribado á los primeros padres Adán y Eva y á muchos príncipes y monarcas del mundo. ¡Cuán poderosa es la virtud de la humildad para descubrir y vencer los engaños de Satanás! Pondera cómo, no satisfechos los enviados de los judíos de la respuesta del Bautista, continuaron preguntándole: «¿Eres Elías?» Respondió: «No soy». «¿Eres profeta?» Respondió: «No». En lo cual debes admirar más la humildad de este grande hombre; porque pudiendo decir con verdad que era Elías [2] y profeta en el sentido en que lo dijo después Jesucristo, no quiso; sino, atendiendo al sentido en que se lo preguntaban, con gran resolución respondió que no lo era. Mira cómo es propio del verdadero humilde, no sólo el rechazar la honra que no merece, sino también el rehusar, cuanto es de su parte, la que merece y pudiera aceptar; por cuyo motivo él inventa modos para encubrir y ocultar sus grandezas, con tal de no ofender á la majestad de Dios; como en este caso dijo san Juan que no era profeta, entendiendo por tal al que anuncia las cosas por venir, en cuyo sentido él no lo era, toda vez que señalaba con el dedo al Mesías, que ya estaba en el mundo. Observa, por fin, el modo cómo responde con palabras breves y muy secas, y cada vez más lacónicas, hasta decir secamente «no». Así se porta el verdadero humilde con los que le lisonjean y alaban vanamente; porque ni se paga de la honra ó fama, ni se recrea en mirar al sol de la gloria mundana cuando resplandece, como dice Job [3], ni á la luna

[1] Joan., I, 19. — [2] Matth., XVII, 12. — [3] Job, XXXI, 26.

camente su propia bajeza y la grandeza de Cristo Nuestro Señor, diciendo [1]: «Aunque me tenéis por tan grande, sabed que hay otro más fuerte que yo, y más poderoso en la obra y en la palabra; y el exceso que me hace no es como quiera, sino tal, que no soy digno de ser el mínimo de sus esclavos, ni de hacer el oficio más bajo en su servicio, cual es desatarle la correa de sus zapatos». Por donde se ve que el verdadero humilde, cuanto es más santo, tanto se tiene por más vil y bajo á los ojos de Dios, juzgándose por indigno de ser su esclavo, en lo cual podrás tú conocer si lo eres. Por fin, mira cómo el Bautista, prosiguiendo en su humillación, apoca su bautismo por engrandecer el de Jesucristo, diciendo que el suyo es de agua sola, sin tener virtud de perdonar pecados ni lavar el alma; pero que otro vendría que los bautizaría con un bautismo por el cual les diese el Espíritu Santo y el fuego del divino amor; y en esto se ve otro carácter del humilde, que apoca y desprecia sus obras en cuanto son suyas, y juntamente engrandece y da á conocer las obras de Dios. Al ver tan profunda humildad en san Juan, confúndete de conocerte tan diferente y hallarte tan soberbio en los pensamientos, palabras y obras, y pide á este glorioso santo te alcance la gracia de saberle imitar. ¡Oh glorioso Precursor! Gózome en el alma de veros tan humilde, con ser de Dios y de los hombres tan honrado; suplicad al Señor, que os dió tan rara humildad, me dé alguna parte de ella, para que no pierda por mi soberbia el bien que Dios me hubiere dado por su gracia [2]. Y nosotros, siendo tan pobres, ¿no querremos humillarnos? ¿Dejaremos que nos lleve la vanidad, el deseo de agradar y el afán de sobreponernos á los demás?

Epílogo y coloquios. ¡Hermoso y perfecto dechado para el misionero y para todo aquel que tiene á su cuidado la enseñanza de los demás, es el glorioso Bautista! Amante de su retiro y enamorado del desierto, sólo se aparta de él cuando se siente movido por el divino Espíritu é impulsado por el amor á Dios y á los hombres. Él predica, pero ¡con qué celo! ¡con cuánta viveza! ¡con qué dulzura atrae á los arrepentidos, y con qué fuego embiste á los duros y soberbios! Predica, pero ¡qué asuntos tan prácticos! ¡con qué razones tan sólidas los apoya! La penitencia, el arrepentimiento de las culpas, arrancado é inspirado por la consideración de los bienes eternos y de los males perdurables: tales son sus temas favoritos. Así se explica el maravilloso fruto de bendición que logra. Así se comprende que, sin hacer otros milagros que el de su vida austera y penitente, vengan á millares los pecadores más endurecidos, confesando humildemente sus pecados, y pidiendo con lágrimas el perdón de todos ellos. ¡Ah! Es que Dios ensalza á los humildes; y como san Juan estaba adornado con esta hermosa y atractiva virtud, complacíase el

[1] Math., III, 11. — [2] Mich., VI, 14.

Señor en dar eficacia á su palabra. ¿Por qué no imitas tú al glorioso Bautista en las circunstancias de su predicación? ¿Por qué no le imitas, especialmente en la virtud de la humildad, siéndote tan necesaria y tan fácil? Piensa lo que debes hacer; haz propósitos; pide gracia, y ruega por todo lo demás que te hayan encomendado.

47.—EMBAJADA DE LOS JUDÍOS AL BAUTISTA.

PRELUDIO 1.º Enviaron los judíos una embajada á san Juan Bautista para preguntarle si era Cristo, ó Elías, ó algún profeta, á lo que contestó negativamente

PRELUDIO 2.º Represéntate á san Juan Bautista hablando con los embajadores.

PRELUDIO 3.º Pide gracia de imitar la humildad y demás virtudes del Bautista.

Punto 1.º *San Juan dice que no es el Cristo, ni Elías, ni otro profeta.*—Considera cómo los judíos, deseosos de enterarse de quién era Juan, cuya vida tanto les admiraba, le enviaron una diputación que le preguntase si era el Cristo [1]. Mas él, con gran prontitud y aseveración, contestó secamente: «Yo no soy Cristo». Así burló este santo Precursor los ardides del demonio, que, envidioso de su virtud, pensaría derribarle ofreciéndole la dignidad de Dios y de Cristo, como había derribado á los primeros padres Adán y Eva y á muchos príncipes y monarcas del mundo. ¡Cuán poderosa es la virtud de la humildad para descubrir y vencer los engaños de Satanás! Pondera cómo, no satisfechos los enviados de los judíos de la respuesta del Bautista, continuaron preguntándole: «¿Eres Elías?» Respondió: «No soy». «¿Eres profeta?» Respondió: «No». En lo cual debes admirar más la humildad de este grande hombre; porque pudiendo decir con verdad que era Elías [2] y profeta en el sentido en que lo dijo después Jesucristo, no quiso; sino, atendiendo al sentido en que se lo preguntaban, con gran resolución respondió que no lo era. Mira cómo es propio del verdadero humilde, no sólo el rechazar la honra que no merece, sino también el rehusar, cuanto es de su parte, la que merece y pudiera aceptar; por cuyo motivo él inventa modos para encubrir y ocultar sus grandezas, con tal de no ofender á la majestad de Dios; como en este caso dijo san Juan que no era profeta, entendiendo por tal al que anuncia las cosas por venir, en cuyo sentido él no lo era, toda vez que señalaba con el dedo al Mesías, que ya estaba en el mundo. Observa, por fin, el modo cómo responde con palabras breves y muy secas, y cada vez más lacónicas, hasta decir secamente «no». Así se porta el verdadero humilde con los que le lisonjean y alaban vanamente; porque ni se paga de la honra ó fama, ni se recrea en mirar al sol de la gloria mundana cuando resplandece, como dice Job [3], ni á la luna

[1] Joan., I, 19. — [2] Matth., XVII, 12. — [3] Job, XXXI, 26.

de la fama cuando está clara, ni les besa la mano, saboreándose en lo que tiene, ó en lo que de él dicen. ¿Caes tú en estos defectos? ¿Imitas al Bautista al recibir aplausos del mundo? ¿Te complaces en las alabanzas que te tributan? ¿Ocultas discretamente los dones que el Señor te ha concedido? ¡Oh Sol de Justicia [1], de quien vuestro Precursor recibió tanta luz para despreciar el resplandor mundano! Ilustradme con otra semejante, que cierre mis ojos para no ver con deleite lo que me ha de cegar con vanidad.

Punto 2.º *El Bautista dice que es voz del que clama en el desierto.*—Considera cómo, preguntando por cuarta vez los enviados de los judíos á san Juan quién era, él respondió [2]: «Soy voz del que clama en el desierto». Con las cuales palabras, como muy humilde, de tal modo declaró el oficio que Dios le había encomendado, que juntamente descubrió la nada que tenía de su cosecha, diciendo que su oficio era ser voz y pregonero de Cristo, avisando á los hombres que se preparasen para recibirle. Pero llamóse voz, porque como la voz no tiene ser ni permanencia de su cosecha, y está pendiente del que la dice y del que habla, así él sentía de sí mismo que de su cosecha no tenía ser ni valor en aquel oficio, sino que todo lo recibía de Dios, que hablaba por él y cuya voz era. Por donde se ve que la humildad no es ciega para conocer los dones que tiene de Dios, ni muda para confesarlos cuando es menester; pero entonces los declara con palabras humildes, en las cuales descubre la dependencia que tiene de Dios y la nada que tiene de sí. Pondera además cómo, pudiendo el Bautista haber dicho que era hijo de Zacarías, de la familia sacerdotal, no dijo sino que era voz de Cristo, porque el humilde no se precia de linajes, ni de padres carnales, ni de oficios habidos por herencia, como el soberbio, sino solamente de ser siervo de Cristo, consagrado á cumplir su voluntad. Finalmente: mira con cuánta razón dijo que era voz, porque su vida y doctrina, sus ejemplos y palabras, eran voz que exhortaba á santidad y perfección; y era voz de Dios, porque así como el hombre es conocido por la voz, así por la vida del Bautista se daba á conocer la grandeza y majestad de Dios. ¡Oh Dios Eterno! Hacedme voz de vuestro Hijo unigénito Jesucristo, concediéndome una vida tan perfecta, que ella sea voz pregonera de su gloria, atribuyéndola, no á mí, sino á Vos, de quien todo lo bueno procede, y á quien sea honra y gloria por los siglos. ¡Oh alma! Mira la humildad del santo Precursor, mira cómo contesta, cómo es voz de Cristo, el poco caso que hace de las cosas mundanas. ¿Deseas imitarle? ¿Qué debes proponer y hacer?

Punto 3.º *San Juan da ilustre testimonio de Jesucristo.*—Considera cómo, oyendo los enviados del concilio de Jerusalén la última respuesta del Bautista, se atrevieron á preguntarle por

[1] Malach., IV, 2. — [2] Isai., XL, 3.

qué bautizaba, reprendiéndole como usurpador de un oficio que no le pertenecía, no siendo ni el Cristo, ni Elías, ni Profeta. Pero san Juan, sin excusarse, ni volver por sí, ni decir que bautizaba por mandato de Dios, contestó sencillamente: «Mi bautismo es sólo de agua; mas en medio de vosotros está otro que no conocéis: este es el Mesías que ha de venir, el cual es mayor que yo, y yo no soy digno de desatar la correa de su zapato». ¡Qué humildad tan profunda! Recibe la reprensión que le dirigen sin defenderse, como que gusta de ser reconvenido sin culpa, y no quiere descubrir lo secreto de su honra, sino es cuando conviene para la honra de Dios, que siempre y en todo procura. ¡Qué fidelidad en cumplir su ministerio! Se vale de la misma reprensión de los delegados del concilio para dar delante de ellos testimonio de Cristo, como lo había dado delante del pueblo, apocando su propia persona y bautismo, y engrandeciendo la persona de Cristo nuestro Señor. En lo cual descubrió también exquisita prudencia, porque como esta gente era tan principal, y había de llevar su respuesta á todo el senado de Jerusalén, gustó de manifestar quién era él y quién era Cristo, para que llegase á noticia de todos, y de todos fuese Cristo venerado como Mesías, y él no más que por una voz, y el bautismo de Cristo fuese más estimado que el suyo, y así le recibiesen de mejor gana. ¡Ah! Con mucha razón dijo el Señor [1], hablando de este glorioso santo, que no era caña que se movía á todos vientos, sino firme como la tierra, porque estaba fundado sobre su nada. ¡Oh Dios Eterno, que labrasteis por vuestra mano este dechado de humildad, y le enviasteis delante de Vuestro Hijo, que venía por maestro de ella! Ayudadme para que aprenda de estos ejemplos á ser humilde, y con la humildad disponga mi corazón para recibir los dones de vuestra gracia, que negáis á los soberbios y concedéis á los humildes, levantándoles de la bajeza, para que suban á la alteza de su gloria. ¿No nos persuadimos aún de cuán necesaria nos es la humildad? ¿Qué hacemos para alcanzarla?

Epílogo y coloquios. ¡Oh humildad verdaderamente admirable del glorioso Precursor! Es tal su perfección y santidad, que da motivo á que se sospeche si es el Mesías, y preguntado acerca de este punto tan glorioso para él, no sólo niega lo que debía negar, sino que encubre lo que sin falta podía manifestar, diciendo que tampoco era Elías ó algún profeta en el sentido en que se lo preguntaban los enviados del Sanedrín. Así te enseña á ocultar con el velo de la humildad los dones que has recibido; pero también te enseña á declararlos con palabras modestas y del modo más humilde, cuando conviene para la gloria de Dios. Oye cómo descubre su ministerio: «Yo soy voz del que clama en el desierto». De mí nada soy, simple voz, sin ser ni permanencia,

[1] Matth., XI, 7.

dependiendo en todo del que por mí habla. Y porque soy voz, yo hablaré y haré que por mí sea conocida y exaltada la grandeza del que me ha enviado. Y porque soy voz, digo que el bautismo que yo administro es de pura agua; pero el que administre aquel que me envió al desierto, y cuyo calzado no soy digno de desatar, será bautismo de Espíritu Santo, el cual limpiará vuestras almas de toda mancha. ¡Qué ministro tan fiel es el Bautista! ¡Qué modelo tan perfecto hallamos en él! ¡Cómo se hunde él en la nada para engrandecer á Jesucristo! ¡Cuán diverso ha sido tu modo de obrar! ¡Cuántas veces has buscado tu honor y gloria á costa de Jesucristo y por el ministerio que te había concedido! ¿Qué harás en adelante? ¿Te atreverás á profanar ó adulterar la palabra de Dios? ¿Usurparás los dones recibidos de Dios para su gloria? Llora tus faltas pasadas; resuelve para lo venidero, y convencido de tu nada, ruega con instancia é importunidad al Señor para ti y para los demás.

48.—BAUTISMO DE JESUCRISTO.

PRELUDIO 1.º Jesucristo fué bautizado por san Juan, y al mismo tiempo fué honrado por el Padre Eterno con un modo maravilloso.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo recibiendo el bautismo de manos de Juan.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar la humildad del Salvador.

Punto 1.º *Humildad de Jesucristo.*—Considera cómo Jesucristo, en su primera salida para la vida pública, se dirigió al río Jordán [1], en donde su Precursor estaba predicando, y habiendo oído el sermón confundido con los pecadores, pidió que le bautizase. Deseaba el Salvador obrar primero lo que había de enseñar, honrando de camino el bautismo de su Precursor, y con la obra aprobarle. Movido por este deseo, mira cómo se humilla, cómo comienza el oficio de maestro y predicador, dándote ejemplo de rara humildad. El Maestro se humilla al discípulo, el Redentor á su redimido, el Hijo de Dios vivo á su Precursor y criado, y el Autor de la santidad toma figura de pecador; porque siendo Cristo sabiduría infinita y maestro de todos, se puso entre los soldados y publicanos á oir el sermón de Juan; y con ser purísimo y sin mancilla, quiso pedir el bautismo de los pecadores como si fuese pecador. Pondera cuán perfectamente cumplió todos los tres grados que tiene la virtud de la humildad; porque en este día se sujetó al que era infinitamente menor que Él, con tanto rendimiento y prontitud como si fuera mayor, en lo cual está el tercero y supremo grado de esta virtud. Aprende de todo esto que todo principio de cosas grandes ha de ser con ejercicios de humildad, disponiéndote con ella para que Dios

[1] Matth., III, 13; S. Thom.

te manifieste cosas de mucha gloria suya: aprende también á practicar antes [1] aquello que debes predicar á los demás, autorizando con el ejemplo la doctrina que enseñas; no contentándote con observar los preceptos, sino guardando también los consejos, porque si Jesucristo guardó el consejo de su Precursor, recibiendo su bautismo, mucha más razón es que tú guardes los de este divino Maestro. ¡Oh Cordero inocentísimo que quitáis los pecados del mundo! ¿Qué á Vos con este bautismo? ¿Qué á Vos con ese lavatorio de gente sucia y manchada de pecados? Vos, Señor, queréis ser tenido por pecador, sin serlo, y yo suspiro por ser tenido en opinión de justo, siendo vil pecador! ¡Vos, siendo Rey de reyes, os humilláis á un siervo vuestro, y yo, miserable gusano, no me quiero sujetar á mis superiores! ¿Qué dices á esto, alma fiel? ¿No quedará consumida tu soberbia con tan raro ejemplo de humildad?

Punto 2.º *Admiración y obediencia del Bautista.*—Considera cómo al tiempo que san Juan iba á bautizar á Cristo, el Espíritu Santo interiormente le reveló cómo aquel hombre era el Mesías, porque no le conocía de cara; y rehusando bautizarle, le dijo [2]: «Yo, Señor, debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes á mí para que te bautice?» Pondera cuál sería el gozo y alegría interior de Juan al conocer á Cristo Nuestro Señor; sin duda se le renovarían aquellos admirables júbilos que tuvo cuando le conoció en el vientre de su madre. Y con este gozo juntó grande reverencia y profunda humildad, confesando de sí que era pecador, necesitado de que el Salvador le lavase y purificase con su bautismo de Espíritu Santo, y lleno de admiración y pasmo por verle tan humillado, prorrumpió en aquellas palabras: «¿Tú vienes á mí?» ¿Tú, Dios infinito? ¿Tú, Salvador del mundo, perdonador de pecados? ¿Tú que me santificaste en el vientre de mi madre? ¿Á mí, tu criatura? ¿Á mí, tu esclavo? ¿Á mí, vil gusanillo? ¿Y para que yo te bautice con mi bautismo de agua sola, siendo tú autor del bautismo de gracia? Así debieras tú recibir las visitas del Señor, especialmente cuando se digna venir á ti en la sagrada comunión, saliéndole al encuentro con fervientes afectos de humildad, reverencia, admiración y amor. Mas reflexiona cómo Jesucristo, aunque muy complacido de las disposiciones de su Precursor, le respondió [3]: «¡Déjate de eso por ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia!» Como si dijera: Al modo que yo me humillo con todos los grados de humildad, así tú has de dar un perfecto ejemplo de obediencia, sometiéndote de obra, de voluntad y entendimiento. Y el Bautista, sin resistir más, como hizo san Pedro cuando era todavía imperfecto, cumplió lo que ordenaba Jesús. ¿Imitamos las virtudes que aquí nos enseñan Jesucristo y su Precursor? ¿Somos obedientes como Juan? ¿Nos

[1] Act., I, 1. — [2] Matth., III, 14. — [3] Matth., III, 15.

humillamos como Jesús? ¡Oh amorosísimo Redentor! Ya que deseáis que se cumpla toda justicia, ilustrad los ojos de mi ánima con la luz que comunicasteis á vuestro favorecido Precursor, para que, conociéndome á mí, me humille bajo vuestra poderosa mano, y me sujete á toda humana criatura [1]; y conociéndoos á Vos, os ame con ferviente amor por todos los siglos.

Punto 3.º *Honra que hace el Eterno Padre á su Hijo.*—Considera cómo el Padre Eterno, cuyo es propio ensalzar á los que se humillan [2], al ver á su Unigénito tan profundamente humillado, quiso honrarle de un modo proporcionado á su propia grandeza y á la dignidad de su Hijo. Para esto dispuso lo primero que se abriesen los cielos [3], formándose en ellos una como abertura con un resplandor maravilloso, con lo cual se daba á entender que Cristo Nuestro Señor, por cuyo respeto se abrían, no era hombre terreno, sino celestial [4]; y que se abrirían las puertas del cielo á los que le imitasen. Lo segundo envió al Espíritu Santo en figura de paloma [5], la cual se puso sobre su cabeza, significando la plenitud del divino espíritu que tenía dentro de sí [6]. Y quiso que tomase la figura exterior de paloma para dar á entender la pureza, inocencia y mansedumbre de Cristo; y para que los hombres supiesen que no sólo estaba limpio de pecados, sino que sería el portador de la paz, y que por él cesaría el diluvio de culpas que inundaba el mundo, al modo que la paloma de Noé anunció la cesación del diluvio [7]. Por fin, el mismo Padre Eterno quiso dar público testimonio de Él, diciendo [8]: «Este es mi Hijo amado, en quien me he agradado». Pondera con atención el significado de cada una de estas palabras, llenas de los sentidos más gloriosos para Jesucristo. Este, que parece puro hombre, que tiene apariencia de pecador, que recibe el bautismo de los pecadores, es mi Hijo, no adoptivo, sino natural, unigénito, en todo igual á Mí tan santo, sabio, poderoso como Yo [9]; por esto es mi muy amado, á quien amo sobre todas las cosas, y por quien comunico mi amor á todas ellas; en Él me agrado, y todas sus cosas me gustan, y no tenía necesidad de ese bautismo para poseer mi amor. ¡Oh Padre Eterno! Gracias os doy por la honra que hicisteis á vuestro Hijo en tal coyuntura, abriendo por su respeto los cielos, enviando el Espíritu Santo sobre Él y dando Vos mismo tan glorioso testimonio; gózome del amor y buen agradamiento que tenéis en Él, por quien os suplicó me ayudéis, para que á su imitación haga siempre lo que os agrade [10], de modo que os agradéis en mí. ¿Hacemos nosotros lo que agrada á Dios? ¿Puede Él complacerse en nuestras obras? ¿Cómo debiéramos hacerlas?

Epílogo y coloquios. ¡Qué humildad tan profunda y admirable descubre Jesucristo en su bautismo! Maestro soberano, oye las lecciones de su discípulo; Dios de pureza, recibe el bautismo de pecadores. No es ya sólo á su Padre á quien se sujeta, sino á su mismo Precursor que, aunque santo, le es infinitamente inferior, cumpliendo y llenando todos los grados de esta importante virtud. Con razón se admira el Bautista al reconocer á su mismo Dios y Redentor en el que le pedía su bautismo de agua. ¿No te admira la humildad de Jesucristo? ¿Rehusarás tú humillarte cuando tanto se abaja el Señor de los ángeles? ¿Querrás pasar por justo, cuando el que es la misma justicia se presenta como pecador? Mira el Bautista con cuánta prontitud se somete á realizar una obra, á la cual su humildad y respeto tanto se resistía. ¿Lo manda Jesucristo? Basta. San Juan se somete y rinde de obra, de voluntad y de entendimiento. ¡Oh si supieras tú imitar la obediencia de este Precursor y la humildad de tu Divino Maestro! Entonces tendrías derecho para esperar las honras de Dios, el cual siempre ha solido ensalzar á los humildes, como en esta ocasión lo hizo con su Divino Hijo. Da gracias al Padre celestial por esta honra; examina cómo debes tú hacerte digno de ella; forma para esto eficaces propósitos, pide gracia para cumplirlos, y ruega por las demás necesidades.

1 I Petr., II, 13. — 2 Luc., XIV, 11. — 3 Matth., III, 16. — 4 I Cor., XV, 47.
5 Luc., III, 22. — 6 Isai., XI, 2; S. Thom. — 7 Gen., VIII, 11. — 8 Matth., III, 17.
9 Psalm. CIX, 3. — 10 Joan., VIII, 29.

49.—JESUCRISTO SE RETIRA AL DESIERTO.

PRELUDIO 1.º Jesucristo, después del bautismo, movido del divino Espíritu, se retiró al desierto, en donde ayunó é hizo otras penitencias.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo en el desierto orando y haciendo penitencia.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar los ejemplos de Jesucristo.

Punto 1.º *Luego de bautizado, partió Jesús del río Jordán.*—Considera cómo, luego de bautizado, partió Jesucristo del río Jordán [1], ejercitando con esta partida varias virtudes propias de los que están llenos del Espíritu Santo. Porque lo primero ejercitó la virtud de la humildad, huyendo las alabanzas humanas y las honras mundanas, porque la muchedumbre del pueblo que había visto y oído las maravillas que pasaron en su bautismo, no cesaran de honrarle y alabarle, y así quiso huir y esconderse, no porque Él tuviese peligro de vanidad, sino para enseñar con su ejemplo á los que le tenemos, que huyamos los lugares y ocasiones de nuestras alabanzas, especialmente en los principios, cuando la virtud está tierna y corre peligro de perderse en flor con el viento de la vanidad, como se pierde la virtud de los hipócritas, según dice el Espíritu Santo [2] en el libro de Job. Lo segundo quiso con esta salida significar que los varones llenos del Espíritu Santo

1 Luc., IV, 1. — 2 Job, VIII, 13.

aunque no desprecian las ceremonias exteriores, como era el bautismo de sola agua; pero en cumpliendo con ellas, luego se retiran á las interiores, y á ejercicios de virtud más levantados y espirituales, porque no se diga de ellos lo que el mismo Señor dijo de los fariseos, que hacían grande caso de estos lavatorios exteriores [1]: «Este pueblo solamente me honra con los labios y con ceremonias exteriores, y su corazón está lejos de mí. ¡Ay de vosotros, hipócritas, que limpiáis por defuera el vaso y el plato, y de dentro estáis llenos de inmundicia» [2]! Por último, se retira del Jordán, en donde se había reunido mucha gente para oir la predicación del Bautista y recibir su bautismo, para significar que quien está lleno del divino Espíritu y ha visto los secretos del cielo, y gustado en la oración la suavidad de Dios, luego desea huir el bullicio y tráfago de la gente, para rumiar á sus solas lo que ha visto, y entregarse más de veras á la contemplación de lo que se le ha mostrado. Vuelve ahora los ojos sobre ti mismo, y poniendo delante de ellos este hermoso espejo de Cristo, mira si te dejas llevar de la vanidad, buscando, ó, á lo menos, aceptando y complaciéndote en las alabanzas del mundo; si pones todo tu corazón en las ceremonias exteriores, y si á los debidos tiempos te retiras á la consideración de las verdades que has aprendido. ¡Oh dulcísimo Jesús! Llenadme del Espíritu Santo de que estabais lleno, para que comience á imitar el ejemplo que me disteis retirándome á orar á sus tiempos del modo que os retirasteis. ¿Abrigamos nosotros estos deseos? ¿Cómo debemos efectuarlos?

Punto 2.º *Jesús yendo al desierto.*—Considera cómo, luego que se retiró Jesús del Jordán, dirigióse al desierto, en lo cual debes ponderar que quien mueve á Jesús á este retiro no es el espíritu de vanidad, ni el carnal, ni el humano, ni el diabólico, sino el Espíritu Santo, de que estaba lleno, porque esta es la diferencia que hay entre los hijos del Adán terreno y los del Adán celestial; aquéllos son guiados en sus empresas por el espíritu malo, pero éstos son movidos del buen Espíritu, siguiendo sus inspiraciones é impulsos celestiales [3]. Mas, reflexiona sobre el modo cómo este divino Espíritu movió á Cristo [4], que fué con presteza, *statim,* al punto, luego de bautizado, sin demora, porque este Espíritu no admite dilaciones ni tardanzas; con eficacia, *expulit,* le arrojó y le impelió eficaz, pero suavemente, como quien le guiaba y llevaba de la mano, enseñándote con esto que los que son hijos de Dios han de obedecer á la inspiración del Espíritu Santo con la misma presteza, eficacia y gusto, alegrándose de seguir su dirección sin divertirse á otra cosa. Observa, finalmente, el lugar adonde guía el Espíritu Santo á Jesucristo, y verás que es al desierto y á la soledad, no á Jerusalén ni á pobladó, para parlar y conversar con los hombres. ¡Ah! Quería que antes de la predicación se ejercitase para tu enseñanza en la humildad, haciendo que morase entre las bestias, á la manera que había nacido en un pesebre de animales antes de entrar en el mundo; en la penitencia, para lo cual es lugar á propósito el desierto, en donde velaba mucho, dormía en el suelo, sufría las injurias de los tiempos sin abrigo alguno, y ayunaba con ayuno riguroso y milagroso; en la oración y contemplación continua, de modo que, aunque su cuerpo estaba con las bestias, su espíritu estaba en el cielo con los ángeles; y así, de aquel desierto subía siempre su oración como pebete de mirra [1] é incienso muy oloroso al Eterno Padre. ¡Oh Salvador mío!; pues por mi ejemplo vais al desierto, llevadme en vuestra compañía, enseñándome á buscar dentro de mí la soledad, y ejercitar la oración y penitencia en ella. ¡Oh Espíritu santísimo! Inspiradme y guiadme con eficacia al monte de la mirra y al collado del incienso, para que pueda seguir al Salvador. ¿Y tú, alma devota, sigues las inspiraciones del divino Espíritu? ¿Amas la soledad, y practicas en ella las virtudes que tu Redentor? Medítalo.

Punto 3.º *Ayuno de Jesús.*—Considera cómo, llegado Jesús al desierto, principió un ayuno que duró hasta cuarenta días y cuarenta noches. Quiso el divino Maestro comenzar su obra de la Redención satisfaciendo por la gula de nuestros primeros padres, que contra el precepto del Señor comieron de la fruta del árbol vedado, y juntamente satisfacer por todas las glotonerías y embriagueces del mundo [2]. Pretendió, además, enseñar á todos los bautizados que, después de recibida la divina gracia, deben ejercitarse en la penitencia [3], para domar los bríos de la carne y sujetarla al espíritu; y á aquellos que han de ser ministros de su Evangelio, que les conviene castigar su cuerpo y reducirle á servidumbre, porque no les suceda que, predicando á otros, queden ellos reprobados [4]. Pondera aquí también las cualidades que acompañaron al ayuno de Jesucristo: el cual fué rigurosísimo, aunque milagroso, porque estuvo todo el tiempo sin comer ni beber cosa alguna de día ni de noche. Así debieran ser los tuyos, rigurosos, aunque sin pedir milagros. Fué largo y prolijo, durando cuarenta días y cuarenta noches, para significarte la constancia que has de tener en las obras de penitencia, y en la castigación de la carne, perseverando hasta alcanzar la perfección; porque, aunque Cristo nuestro Señor no prolongó su ayuno más de estos días, aparejado estaba para dilatarlo más tiempo si fuera necesario. Fué, por fin, aunque riguroso por una parte, por otra suave; porque en todo este tiempo no tuvo hambre, como se colige de los Evangelistas, haciendo la virtud de la divinidad y la dulzura de la contemplación que la carne no sintiese hambre ni trabajo en

[1] Matth., xv, 8. — [2] Matth., xxiii 25. — [3] Rom., viii, 14. — [4] Marc., i, 12.

[1] Cant., iii, 6. — [2] S. Thom. — [3] Cirian; S. Greg. M. — [4] I Cor., ix, 27.

su ayuno; como ni le sintieron Moisés y Elías [1]; el uno por estar en el monte conversando con Dios, y el otro porque iba al monte á conversar con Él y había sido confortado con el pan que le dió el ángel; en lo cual se te avisa [2] que la oración y devoción hacen suave el ayuno, premiando la ayuda que de él reciben con el gusto que le añaden. ¡Oh dulcísimo Jesús! Gracias os doy por el ayuno tan riguroso que hicisteis, en satisfacción de mis pecados; por él os suplico los perdonéis, y me ayudéis, para que de hoy más mi cuerpo ayune, absteniéndose de manjares, y el espíritu ayune, apartándose de los vicios. ¡Oh alma! Mira con sorpresa el ayuno de Jesucristo, y examina cómo piensas acerca de los ayunos. ¿Cómo los practicas? ¿Cómo debieras hacerlo?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien empieza el Salvador á hacer el oficio de Maestro! No ha dado principio á la predicación; pero sus obras hablan ya elocuentemente. Lleno del Espíritu Santo, se retira del Jordán para huir de las alabanzas y aplausos del mundo, para darte á conocer que no debías ser como los hipócritas, que sólo piensan en las obras exteriores de religión, olvidándose después de los ejercicios interiores, para enseñarte que el alma llena del divino Espíritu halla todo su consuelo en la soledad y todas sus delicias en el retiro. Conoce por este ejemplo de Jesucristo si en tu alma mora este espíritu celestial. Pero mírale cómo va al desierto impulsado con fuerza y suavidad por el Espíritu Santo. ¿Qué hará allá Jesús? ¡Ah! Se humillará, viviendo entre las bestias, Él, que tiene su trono sobre los querubines; hará penitencia aquel que es el Hijo muy amado del Padre celestial y el objeto de todas sus complacencias; orará y contemplará las grandezas de Dios, aquel por quien bajan al mundo todas las gracias; ayunará, por fin, para comenzar á satisfacer por las glotonerías del mundo que viene á salvar; y su ayuno será riguroso, pasando días y noches sin probar alimento ni bebida; será prolongado, alargándolo hasta cuarenta días; será suave, acompañado y sostenido por las dulzuras de la divina gracia. Mira de nuevo á Jesús, y mírate á ti, y al ver tu proceder tan disonante del suyo, confúndete, propón, pide gracias, y ruega por todo lo que tengas encomendado.

50.—TENTACIONES DE JESUCRISTO EN GENERAL.

PRELUDIO 1.º Jesucristo fué guiado por el divino Espíritu al desierto para ser tentado, y habiendo vencido las tentaciones, vinieron los ángeles á servirle.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús vencedor y servido por los ángeles.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber luchar y vencer como Jesús.

Punto 1.º *Jesús conducido por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado.*—Considera cómo uno de los fines por

[1] Exod., xxxiv, 28; III Reg., xix, 8. — [2] S. Bern.

los cuales el divino Espíritu movió á Jesucristo á ir al desierto, fué para que fuese tentado del demonio [1]. Es propio del divino Espíritu poner á los varones muy perfectos en lugares y ocasiones donde sean tentados, para descubrir en ellos la eficacia de su gracia, y darles esclarecidas victorias y ganancias de grandes virtudes y merecimientos. Por esto, si la voluntad y providencia de Dios te ha puesto en medio del fuego de las tentaciones, no temas, porque á su fidelidad toca darte la gracia [2] para que, no sólo no recibas daño de ellas, sino que te sean de grande provecho. Pondera cómo el divino Espíritu guió á Jesucristo al desierto más que á otro lugar, para ser tentado, porque el desierto es lugar ocasionado para las tentaciones por razón de la soledad, porque, en viendo el demonio á uno que está solo y que no tiene hombre que le ayude con su consejo y dirección, y con otros medios que los padres espirituales dan á los tentados, espera vencerle; y así, le acomete con grande cuidado, como acometió á Eva en viéndola sola y apartada de su marido Adán, y la venció y engañó fácilmente. Y por esto, ninguno que no sea perfecto ha de presumir de entrar en los desiertos á vivir vida solitaria [3]. Mas reflexiona que, aunque vivas en poblado y en comunidad, si no quieres dar cuenta de tus tentaciones al confesor ó padre espiritual, verdaderamente estás solo, y vives en desierto y en peligro de ser tentado y vencido del demonio fácilmente, porque, como dice el Eclesiastes [4]: «Cuando muerde la serpiente en secreto, y sin silbo, no tiene ganancia el encantador», que es decir: Cuando el demonio tienta y muerde con la culpa, y el mordido calla, aunque haya médico que le cure, no será curado, porque es como estar solo; y ¡ay del solo!, que si cae, no habrá quien le dé la mano para levantarle. Considera, además de esto, que, como la vida de los solitarios, fundada en aspereza y oración, es muy perfecta, en viendo el demonio que alguno la comienza, acude á tentarle, para atajarle los pasos; porque, aunque aborrece y tienta á todos los nombres, pero mucho más á los muy fervorosos que comienzan á servir á Dios con perfección, donde quiera que estén. ¡Oh Espíritu Santísimo! Yo me arrojo en vuestra providencia, para que me pongáis donde quisiereis, á fin de que sea tentado y probado; porque, siendo Vos mi padrino y ayudador en los combates, tengo segura la victoria, y nada podrá contra mí el enemigo, ya esté solo, ya acompañado, ya en desierto, ya en poblado. ¡Oh alma fiel! ¿Quieres no temer los asaltos de tu enemigo? Sé fervorosa, confía en la Providencia divina, manifiesta tus tentaciones á quien debes. ¿Te conduces de esta manera?

Punto 2.º *Causas de las tentaciones de Jesús.*—Considera aquí las causas porque quiso Cristo Nuestro Señor ser ten-

[1] Matth., iv, 1; S. Thom. — [2] I Cor., x, 13. — [3] S. Basil. et Casian. — [4] Eccles., x, 11.

su ayuno; como ni le sintieron Moisés y Elías [1]; el uno por estar en el monte conversando con Dios, y el otro porque iba al monte á conversar con Él y había sido confortado con el pan que le dió el ángel; en lo cual se te avisa [2] que la oración y devoción hacen suave el ayuno, premiando la ayuda que de él reciben con el gusto que le añaden. ¡Oh dulcísimo Jesús! Gracias os doy por el ayuno tan riguroso que hicisteis, en satisfacción de mis pecados; por él os suplico los perdonéis, y me ayudéis, para que de hoy más mi cuerpo ayune, absteniéndose de manjares, y el espíritu ayune, apartándose de los vicios. ¡Oh alma! Mira con sorpresa el ayuno de Jesucristo, y examina cómo piensas acerca de los ayunos. ¿Cómo los practicas? ¿Cómo debieras hacerlo?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien empieza el Salvador á hacer el oficio de Maestro! No ha dado principio á la predicación; pero sus obras hablan ya elocuentemente. Lleno del Espíritu Santo, se retira del Jordán para huir de las alabanzas y aplausos del mundo, para darte á conocer que no debías ser como los hipócritas, que sólo piensan en las obras exteriores de religión, olvidándose después de los ejercicios interiores, para enseñarte que el alma llena del divino Espíritu halla todo su consuelo en la soledad y todas sus delicias en el retiro. Conoce por este ejemplo de Jesucristo si en tu alma mora este espíritu celestial. Pero mírale cómo va al desierto impulsado con fuerza y suavidad por el Espíritu Santo. ¿Qué hará allá Jesús? ¡Ah! Se humillará, viviendo entre las bestias, Él, que tiene su trono sobre los querubines; hará penitencia aquel que es el Hijo muy amado del Padre celestial y el objeto de todas sus complacencias; orará y contemplará las grandezas de Dios, aquel por quien bajan al mundo todas las gracias; ayunará, por fin, para comenzar á satisfacer por las glotonerías del mundo que viene á salvar; y su ayuno será riguroso, pasando días y noches sin probar alimento ni bebida; será prolongado, alargándolo hasta cuarenta días; será suave, acompañado y sostenido por las dulzuras de la divina gracia. Mira de nuevo á Jesús, y mírate á ti, y al ver tu proceder tan disonante del suyo, confúndete, propón, pide gracias, y ruega por todo lo que tengas encomendado.

50.—TENTACIONES DE JESUCRISTO EN GENERAL.

PRELUDIO 1.º Jesucristo fué guiado por el divino Espíritu al desierto para ser tentado, y habiendo vencido las tentaciones, vinieron los ángeles á servirle.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús vencedor y servido por los ángeles.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber luchar y vencer como Jesús.

Punto 1.º *Jesús conducido por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado.*—Considera cómo uno de los fines por

[1] Exod., xxxiv, 28; III Reg., xix, 8. — [2] S. Bern.

los cuales el divino Espíritu movió á Jesucristo á ir al desierto, fué para que fuese tentado del demonio [1]. Es propio del divino Espíritu poner á los varones muy perfectos en lugares y ocasiones donde sean tentados, para descubrir en ellos la eficacia de su gracia, y darles esclarecidas victorias y ganancias de grandes virtudes y merecimientos. Por esto, si la voluntad y providencia de Dios te ha puesto en medio del fuego de las tentaciones, no temas, porque á su fidelidad toca darte la gracia [2] para que, no sólo no recibas daño de ellas, sino que te sean de grande provecho. Pondera cómo el divino Espíritu guió á Jesucristo al desierto más que á otro lugar, para ser tentado, porque el desierto es lugar ocasionado para las tentaciones por razón de la soledad, porque, en viendo el demonio á uno que está solo y que no tiene hombre que le ayude con su consejo y dirección, y con otros medios que los padres espirituales dan á los tentados, espera vencerle; y así, le acomete con grande cuidado, como acometió á Eva en viéndola sola y apartada de su marido Adán, y la venció y engañó fácilmente. Y por esto, ninguno que no sea perfecto ha de presumir de entrar en los desiertos á vivir vida solitaria [3]. Mas reflexiona que, aunque vivas en poblado y en comunidad, si no quieres dar cuenta de tus tentaciones al confesor ó padre espiritual, verdaderamente estás solo, y vives en desierto y en peligro de ser tentado y vencido del demonio fácilmente, porque, como dice el Eclesiastes [4]: «Cuando muerde la serpiente en secreto, y sin silbo, no tiene ganancia el encantador», que es decir: Cuando el demonio tienta y muerde con la culpa, y el mordido calla, aunque haya médico que le cure, no será curado, porque es como estar solo; y ¡ay del solo!, que si cae, no habrá quien le dé la mano para levantarle. Considera, además de esto, que, como la vida de los solitarios, fundada en aspereza y oración, es muy perfecta, en viendo el demonio que alguno la comienza, acude á tentarle, para atajarle los pasos; porque, aunque aborrece y tienta á todos los nombres, pero mucho más á los muy fervorosos que comienzan á servir á Dios con perfección, donde quiera que estén. ¡Oh Espíritu Santísimo! Yo me arrojo en vuestra providencia, para que me pongáis donde quisiereis, á fin de que sea tentado y probado; porque, siendo Vos mi padrino y ayudador en los combates, tengo segura la victoria, y nada podrá contra mí el enemigo, ya esté solo, ya acompañado, ya en desierto, ya en poblado. ¡Oh alma fiel! ¿Quieres no temer los asaltos de tu enemigo? Sé fervorosa, confía en la Providencia divina, manifiesta tus tentaciones á quien debes. ¿Te conduces de esta manera?

Punto 2.º *Causas de las tentaciones de Jesús.*—Considera aquí las causas porque quiso Cristo Nuestro Señor ser ten-

[1] Matth., iv, 1; S. Thom. — [2] I Cor., x, 13. — [3] S. Basil. et Casian. — [4] Eccles., x, 11.

tado, luego después del bautismo y ayuno, porque sin duda son para tu provecho. Pondera cómo, aunque Él no era principiante en la virtud, quiso, con todo, pasar por la ley ordinaria de los que comienzan á servir á Dios, los cuales, como dice el Sabio [1], son tentados, y se han de apercibir para las tentaciones. Quiso además asemejarse á los demás hombres en todas las miserias que no son culpa ó frisan con ella, y para que, sabiendo por experiencia qué es ser tentado, se compadeciese, como dice san Pablo [2], de los que lo son, y con la victoria de sus tentaciones nos enseñase á vencer las nuestras, y nos diese ánimo y esfuerzo para vencerlas. Por cuyo motivo [3], aunque por el discurso de los cuarenta días quiso ser tentado con varias tentaciones, como dan á entender san Lucas y san Marcos, al fin de ellos lo fué con tres tentaciones visibles, en las cuales, como en semilla, están todas las demás, para que por ellas sacásemos el modo de pelear contra las otras. Saca de todo esto varios avisos importantísimos para cuando te halles tentado. Uno es no afligirte ni desconsolarte [4], creyéndote desfavorecido de Dios; pues si tu Salvador, siendo Hijo de Dios, fué tentado, no es mucho que lo seas tú; alégrate, pues, en las tentaciones, ya que la alegría espiritual en ellas es grande arma ofensiva y defensiva para salir con victoria. Otro aviso es prevenirte para las tentaciones con oración y ayuno, como Jesús se previno, porque, así como dijo después á sus Apóstoles [5] que había un género de demonios que no salían de los cuerpos, si no es por ayuno y oración, así también hay algún género de demonios tentadores que no son vencidos si no es con las mismas armas. El último aviso es acudir con gran confianza á este Señor por remedio y ayuda en tus tentaciones, recordándole las que por tu amor quiso sufrir. ¡Oh Rey mío amantísimo! Vos sabéis que padezco violencia; responded por mí; los enemigos me han rodeado y circuyen por todas partes y amenazan devorarme; sed mi escudo y protector; y pues sabéis lo que es ser tentado, compadeceos de mí para que no sucumba á la tentación. ¡Oh! Si nosotros hubiésemos practicado estos avisos en las tentaciones, ¡cuántas caídas habríamos evitado! ¿Lo haremos en adelante?

Punto 3.º *Efecto de las tentaciones de Jesús.*—Considera cómo, habiendo luchado valerosamente y triunfado Jesús de su enemigo, vinieron inmediatamente los ángeles á servirle [6]. En lo cual debes ponderar cómo el Padre eterno se dignó enviarlos para honra de su Hijo, y para solemnizar su victoria, y para que se viese cómo tenía cuidado de él, y le tiene de los tentados; y aunque bastara un ángel para servirle en aquella necesidad, quiso que viniesen muchos á darle el parabién de la victoria, y alegrarse con él por haber vencido á Satanás. Mira cómo con

[1] Eccli., II, 1. — [2] Hebr., IV, 15. — [3] S. Thom. — [4] Eccli., II, 4. — [5] Matth., XVII, 20.
[6] Matth., IV, 11.

gran reverencia le ponen la mesa en aquel desierto, y le dan de comer para aliviar su hambre, sirviéndole como criados á su señor. ¡Qué confianza tan firme debes tener en la Providencia de Dios, pues tan grande cuidado tiene de sus hijos, y de los que por Él pelean en el desierto de esta vida! Mas, de todo esto has de inferir que los ángeles asisten invisiblemente á los que pelean, para ayudarlos, y cuando vencen se alegran con ellos; y así ellos solemnizarán tus victorias y serán los instrumentos de la Providencia para remediar tus necesidades; por cuyo motivo has de amarlos y reverenciarlos, y llamarlos á menudo en tu favor, y no rendirte á las tentaciones; siquiera por no privarles de esta alegría. Tan cierta es esta verdad, que el mismo Satanás, tentando al Señor, la confesó [1], y se la trajo á la memoria, ordenándolo así la divina Providencia para tu esfuerzo; porque sabiendo el demonio que hay un ángel que te defiende y que es más fuerte que él, encoge su orgullo para no hacerte todo el mal que desea. No pierdas la paciencia y sufrimiento en las necesidades temporales, que á su tiempo [2] las remediará Dios Nuestro Señor, y ten confianza en las tentaciones, aunque se multipliquen y prolonguen, porque á su tiempo hará Dios que cesen, apartando de ti al demonio; mas no te asegures mientras estás en el mundo, recordando lo que dice san Lucas [3], que Satanás huyó de Cristo hasta otro tiempo. ¡Oh Padre celestial! Bendita sea la amorosa providencia que tenéis de vuestro Hijo y de todos los que le siguen. Si permitís que el demonio los tiente, disponéis los ángeles para que los ayuden, aplaudan y feliciten en su victoria. Si consentís que sufran algunas privaciones, es para regalarles después con mayor abundancia, preparándoles deliciosa comida en el desierto y enriqueciéndolos de excelentes merecimientos. ¡Oh alma atribulada! ¿Por qué desconfías en las tentaciones? ¿Por qué no invocas á los ángeles que te rodean? ¿Por qué no esperas el socorro que te enviará el Señor?

Epílogo y coloquios. ¡Ay del que está solo [4]!, ha dicho el Espíritu Santo. La soledad, aunque es lugar muy á propósito para levantar el alma á sublime contemplación por medio de la consideración de las cosas divinas, también es lugar en donde el hombre está expuesto á sufrir rudos combates del demonio. Por esto el divino Espíritu condujo á él á Jesucristo. Y si esta soledad se busca por propio capricho, ya retirándose á ella sin consejo, ya dejando de manifestar á quien corresponda las tribulaciones del espíritu, entonces es sumamente peligrosa. ¡Cuántos lo han experimentado por su desgracia! Pecho cerrado, no tardará en ser vencido. Empero evitando esta soledad culpable y practicando los medios que nos enseña Jesucristo, no hay por qué temer las tentaciones, aunque vehementes, repetidas, pertinaces. Jesús fué

[1] Psalm. XC, 11. — [2] Psalm. CXLIV, 15. — [3] Luc., IV, 13. — [4] Eccles., IV, 10.

tentado: ¿por qué querrás tú ser libre de ellas? Él conoce el poder del enemigo, sabe tu debilidad, ve tu temor, te alarga la mano, te mira con amor para alentarte, envía sus ángeles para tu ayuda, ¿y tú temerás? ¿te acobardarás? ¿te creerás abandonado? Mira el fin y resultado que tuvo la lucha de Jesús con el demonio. Éste huyó, y los ángeles se acercaron, dispusieron la mesa en el desierto y le sirvieron como siervos humildes á su amado Señor. Dichoso tú, si á imitación de tu divino Maestro ahuyentas con intrepidez al demonio: no se dejarán esperar los aplausos y premios del cielo. ¿Qué debes, pues, hacer? ¿Qué propósitos? ¿Qué tentaciones sueles padecer? ¿Cómo has de resistir? ¿De qué modo te condujiste hasta hoy? ¡Cuánto te importa armarte de valor y constancia, y no temer al demonio! Haz, pues, eficaces resoluciones, bajando muy al particular, invoca los auxilios del Señor y ruega por los tentados y por las demás necesidades.

51.—TENTACIONES DE JESUCRISTO EN PARTICULAR.

PRELUDIO 1.° Jesucristo fué tentado de gula, vanagloria y ambición.
PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús solicitado por Satanás en estas ocasiones.
PRELUDIO 3.° Pide gracia de conocer los ardides del demonio y vencerle.

Punto 1.° *Primera tentación, de gula.*—Considera cómo el demonio, que andaba mirando á Jesús, envidioso de tanta virtud, y viendo que después de los cuarenta días de ayuno tenía hambre, no perdió esta ocasión de tentarle, y así, con aspecto compasivo y aire de piedad, le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan [1]». Como quien dice: Usa de la potestad que tienes de hacer milagros para remediar tu necesidad y hambre; provocándole con esto á tener un afecto desordenado á la comida, haciendo milagros por haberla. Pondera aquí los varios modos que tiene el demonio para tentar de gula. Á los regalados tienta poniéndoles delante el deleite de la comida, haciéndoles atropellar la ley de Dios por gozarle, como la atropelló Eva. Á los necesitados tienta provocándoles á remediar su necesidad por medios ilícitos. Unas veces al descubierto por medio de hurtos; otras veces con maña ó fingiendo falsas dispensaciones y fingidas revelaciones, como engañó á un santo profeta; ó con capa de piedad, instigando medios vanos ó presuntuosos; y de este modo tentó á Cristo nuestro Señor; y por una vía ó por otra, desea mucho vencer á los que tratan de espíritu en este vicio de la gula, porque, siendo vencidos en vicio tan bajo, queden acobardados para otras peleas. Quizá tú también sientes estos combates, y aun has sucumbido alguna vez en ellos. Mira, pues, cómo has de obtener la victoria, considerando el ejemplo

Matth., IV, 3.

de Cristo Nuestro Señor. El cual, á la solicitación del demonio, contestó humildemente con un texto de la Sagrada Escritura [1]: «No vive el hombre de solo pan, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios»; que fué decirle: No quiero hacer milagros por tu persuasión ni para mi regalo, pues Dios puede sustentarme por otros caminos, y por cualquiera cosa que Él quisiera, sin pan; yo creo á lo que está escrito en la Escritura acerca de esto [2], y confío en su providencia, que no me faltará. Así has de vencer tú las tentaciones que se fundan en necesidades temporales, y en falta de sustento y regalo; teniendo humildad y fe en la palabra de Dios y confianza en su providencia; porque si no niega Dios la comida á los hijos de los cuervos cuando piden por ella [3], ¿cómo la negará el Padre celestial á sus propios hijos, si confiadamente se la piden? ¡Oh Padre bondadosísimo, que hacéis salir el sol para los justos y pecadores, y enviáis la lluvia sobre el campo del santo y del impío! No quiero yo desconfiar de vuestra providencia, porque, aunque pecador, deseo enmendarme y pelear contra el demonio, que querría apartarme de Vos. ¿Hemos imitado nosotros á Jesucristo resistiendo valerosamente al demonio? ¿Nos hemos dejado arrastrar del afán demasiado por las cosas materiales?

Punto 2.° *Segunda tentación, de vanidad.* — Considera cómo Satanás, tomando ocasión de la respuesta dada por el Señor á su primera tentación, pasó á tentarle de vanidad y presunción y confianza demasiada; para esto llevóle al pináculo del templo de Jerusalén, y díjole: «Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo, porque escrito está que ha dado Dios cuidado de ti á los ángeles, y en sus palmas te llevarán para que no recibas daño [4].» Mira aquí las astucias de Satanás para tentar á los hombres, porque en la primera tentación procura descubrir sus inclinaciones, y de ellas se vale para armarles nuevos lazos. Á los confiados en Dios, instiga á que confíen en demasía, hasta dar en presuntuosos. Á los celosos de la gloria de Dios atiza para que den en iracundos; y si ve que son letrados, y que fundan su virtud en los dichos de la Sagrada Escritura, de ella se aprovecha para encubrir su tentación, procurando engañarles. Por lo cual no debes asegurarte con lo que parece bueno, sin examinar el fin, la intención y las circunstancias, probando bien los espíritus, si son de Dios, antes de darles crédito [5]. Observa también la contrariedad del mal espíritu y del bueno que se descubre en este hecho; porque el buen espíritu llevó á Cristo á la soledad, huyendo de las alabanzas del mundo; el mal espíritu le saca de la soledad, colocándole en el pináculo del templo, delante de mucha gente, esperando que por vanagloria haría el milagro que no había que-

1 Matt., IV, 4. — 2 Deut., VIII, 3. — 3 Psalm. CXLVI, 9.
4 Matth., IV, 6; Psalm. XC, 11. — 5 I Joan., IV, 1.

rido hacer por necesidad en el desierto. Mas admira de parte de Cristo su extraordinaria mansedumbre en dejarse tomar del demonio y llevar desde el desierto, hasta ponerle en el pináculo del templo de Jerusalén, sin resistirle ni contradecirle, pudiéndolo hacer tan fácilmente, encubriendo por entonces su omnipotencia para que no le conociese por Hijo de Dios, y dándote ejemplo de humildad. Admira también el modo cómo vence la tentación, respondiendo sencillamente al demonio: «Escrito está, no tentarás á tu Señor Dios [1]». En lo cual puedes aprender cómo la humildad y discreción, con el reposo y mansedumbre, valen mucho para vencer las tentaciones de vanidad, coloreadas con apariencia de virtud. ¡Oh guerrero diestro y poderoso, Cristo Jesús! Ilustrad los ojos de mi alma con vuestra luz celestial, para conocer las astucias de Satanás cuando se transfigura en ángel de luz para engañarme, y ayudadme con vuestra omnipotencia, para que ni la fuerza de este león me espante, ni la astucia de este dragón me engañe. ¡Oh alma! ¿Has sido tú víctima alguna vez de tales engaños? ¿Lo eres actualmente?

Punto 3.º *Tercera tentación, de avaricia y ambición.*—Considera cómo el demonio, pertinaz en el deseo de derribar á Cristo, viéndose burlado en las dos primeras tentaciones, llevó otra vez á Cristo á un monte muy alto, y desde allí le mostró todos los reinos del mundo y sus grandezas, diciéndole: «Todas estas cosas te daré, si postrado me adoras [2]». Mira cuánta es la pertinacia del enemigo y la sed rabiosa de perderte, que por lograrlo, te daría todo el mundo, si fuera suyo. Y tú, ¿no tendrás mayor estima de tu salvación y más firme propósito de hacer cuanto puedas para alcanzarla, y de perder todo el mundo, si necesario es, para no perderla? Pondera sobre todo cómo es propio del demonio, padre de la mentira, engañar á los hombres con falsas promesas de lo que ni es suyo, ni lo puede dar á su voluntad; y esto hace, ya por medio de nuestra imaginación, formando torres de viento y esperanzas de grandes bienes, si hacemos algo que es pecado mortal; ya por medio de hombres mundanos y lisonjeros y amigos falsos, que nos persuaden injustas pretensiones con esperanzas de salir con ellas. Mas ¡ay del que peca mortalmente! Sin pensarlo, viene á postrarse en tierra y á adorar á Satanás, rehusando su adoración á Dios, porque, como dijo Jesucristo, es imposible servir á dos señores [3]. Pondera, finalmente, el modo cómo Cristo nuestro Señor venció esta tentación, diciendo con gran imperio al demonio: «Vete de aquí, Satanás, porque escrito está: Á tu Dios adorarás y á Él sólo servirás [4]». En lo cual mostró el grande celo que tenía de la honra de Dios; porque, viendo la desvergüenza del demonio, le arrojó de sí indignado, y le hizo huir vencido, corrido y atemorizado

[1] Deut., VI, 16. — [2] Matth., IV, 9. — [3] Matth., VI, 24. — [4] Deut., VI, 13.

Con este ejemplo te enseña cuánto te importa vestirte de santo celo contra los tentadores, cuando tocan en la honra de Dios, echándolos de ti con grande brío y valor, preciándote de no hincar la rodilla, ni sujetarte á otro que á solo Dios, y por Él á todos los que Él quiere; pero á ninguno contra Él [1], porque esta santa libertad espanta á los demonios y los hace huir. ¡Oh Dios de las batallas, que armado de vuestro celo, peleasteis contra el príncipe de este mundo y le echasteis de él con vuestra virtud! Ayudad mi flaqueza, para que yo también le venza y le aparte de mí con vuestra gracia. ¡Oh alma mía! Mira las pretensiones de tu enemigo; quiere que te postres y le adores, negando tu adoración á Dios. ¿Harás caso de sus falsas promesas? ¿Te deslumbrarán sus vanos y mentirosos ofrecimientos? ¿Cómo debes contestarle?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán grande y vivo es el deseo que tiene el demonio de perder al hombre! ¡Y cuán sagaz y astuto para tenderle lazos y presentarle tentaciones para hacerle caer! En las tentaciones de nuestro modelo y Maestro, Jesús, descubre toda su habilidad, astucia y saña. De la necesidad que padece el Señor toma ocasión para tentarle de gula, haciendo que con afecto desordenado busque el alimento que necesita. Rechazado, no desmaya; antes de la contestación que recibe se sirve para probarle por la vanidad, llevándole al pináculo del templo é instigándole á que se arroje de él, confiando vanamente en que los ángeles le han de recibir en sus palmas, y todo el mundo le reconocerá por Hijo de Dios. Sufre del Señor nueva repulsa; pero no importa: él insiste, le lleva á la cumbre de un monte, presenta en su imaginación todos los reinos del mundo, y se los ofrece, á trueque de que le rinda adoración. ¡Qué pertinacia y rabia en el enemigo! ¡Cuánta mansedumbre, humildad, serenidad, discreción, prudencia y celo en Jesucristo! ¡Oh! Si tú supieras imitarle en las tentaciones, ¡cuántas caídas evitarías! También el demonio te tienta, unas veces para dar algún placer momentáneo á tu cuerpo, otras veces para satisfacer algún tanto tu vanagloria y deseo de ser alabado y aplaudido, otras, halagando tu ambición de honores ó tu sed de riquezas. ¿Cómo resistes á sus sugestiones? Tal vez te rindes á sus amenazas ó te dejas deslumbrar por sus promesas, ó engañar de sus ardides. Mira el modo cómo te has conducido hasta hoy en las tentaciones de tu enemigo; observa por dónde más te combate, y piensa y reflexiona acerca de los medios de que debes valerte para vencerle. Forma eficaces propósitos; pide gracia para su cumplimiento, y ruega por todos.

[1] Act., V, 29.

52.—VOCACIÓN DE LOS APÓSTOLES.

PRELUDIO 1.° Jesús escogió para Apóstoles hombres pobres y desconocidos, ya justos, ya pecadores.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús llamando á sus Apóstoles.

PRELUDIO 3.° Pídele la gracia de ser agradecido y dócil á su llamamiento.

Punto 1.° *Causas por qué Jesús escogió hombres pobres é ignorantes para el apostolado.*—Queriendo Jesucristo escoger doce varones que fuesen como doce fundamentos de su Iglesia, puso los ojos, no en los nobles, ricos y poderosos de la Judea, ni en los letrados y sabios, sino en unos hombres pobres, humildes, ignorantes, y ejercitados en oficios muy viles y desechados. Considera que tu divino Redentor obró de esta manera, porque, aunque por ser poderoso no desecha á los poderosos [1], y por ser sabio no desprecia á los sabios; pero como se humilló á ser hombre, y se hizo por nosotros pobre, humilde y despreciado, y vino á ser Maestro de humildad, quiso ejercitarla en todas las cosas, y escoger discípulos pobres y humildes, y acompañarse con ellos, porque siempre gustó Dios de tener su conversación con los sencillos y humildes de corazón [2]. Deseaba además este Señor que sus discípulos fuesen muy humildes en el espíritu, y que no se atribuyesen á sí mismos los grandes dones que pensaba darles, ni las gloriosas obras que pretendía hacer por medio de ellos. Por esto, como dice san Pablo [3], no escogió letrados, ni nobles, que suelen ser muy soberbios; sino idiotas, plebeyos y bien fundados en el conocimiento de su flaqueza, por la experiencia que de sí tenían, para que ningún hombre, acordándose que es carne flaca, se glorie vanamente en la presencia de Dios, atribuyéndose á sí mismo lo que no es suyo. Advierte cuánto te importa fundarte bien en la humildad y en el conocimiento propio, si quieres que Dios te escoja para cosas grandes de su servicio, acordándote de que Jesucristo alabó á su Eterno Padre porque había escondido los misterios de nuestra redención á los sabios y prudentes del mundo, y reveládolos á los pequeñuelos [4]. De aquí se sigue la otra causa que tuvo el Señor para la elección que hizo, que fué para que la conversión del mundo tan milagrosa no se atribuyese á fuerzas humanas, sino á la virtud divina, porque no fuera posible que hombres tan pobres y despreciados persuadieran á un mundo tan soberbio y codicioso una fe tan nueva, una doctrina tan levantada, una ley tan pura y una vida tan rigurosa como la evangélica, si la omnipotencia de Dios no hiciera esta obra, y la diestra del muy Alto no hiciera esta mudanza [5]. ¡Oh,

[1] Job, xxxvi, 5. — [2] Prov., iii, 32 — [3] I Cor., i, 26. — [4] Matth., xi, 25.
[5] Psalm. lxxvi, 11.

Padre Soberano, Señor del cielo y de la tierra! Yo os alabo y glorifico por la elección que hacéis de los humildes para darles parte de vuestros misterios. Siempre han robado vuestro corazón los humildes, porque ellos os dan la gloria de todo y no la usurpan para sí: hacedme, Señor, pequeño en mis ojos para que sea grande en los vuestros, tomándome por instrumento de vuestra omnipotencia, para obrar cosas dignas de vuestra grandeza. ¿Qué nos conviene hacer para ser humildes? ¿Cómo debemos disponernos para ser vasos de elección?

Punto 2.° *Jesús escoge algunos que eran justos.*—Considera que la vocación divina sólo tiene dos causas; es á saber: la infinita bondad de Dios y los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, por el cual nos escogió y llamó Dios con su santa vocación [1], no por nuestras obras. Con todo, atiende el Señor no pocas veces en estos llamamientos á algunas congruencias y disposiciones del hombre, en orden al fin á que los llama, para que todos se animen á procurárselas. Pondera cómo, según esto, llamó el Señor para su apostolado á algunos discípulos de la escuela de san Juan Bautista, donde se habían criado en virtud, para honrar á su Precursor, y para que entiendas que gusta de echar mano de tales hombres para cosas grandes. Uno de ellos fué san Andrés, en el cual brillaban dos cualidades que le disponían admirablemente para el oficio de Apóstol [2]; que eran tener grande deseo de su propia santificación y de seguir lo mejor, y vivo celo de que sus hermanos alcanzasen el mismo bien. Anímate tú á procurarlas, si deseas que el Señor te asocie á su divino ministerio y te haga su apóstol. Llamó también Jesús á otros que eran virtuosos, y bien inclinados, y ejercitados en obras buenas, para honrar con esto la virtud, y alentarte á sus loables ejercicios. De estos eran Santiago y Juan, hijos del Zebedeo [3], en quienes resplandecieron otras dos admirables propiedades, que fueron, mucha aplicación á su oficio trabajoso y humilde, huyendo de la ociosidad, ganando la comida con el sudor de su rostro, y remendando por sus manos las redes que tenían, y grande hermandad entre sí, porque, no solamente eran hermanos según la carne, sino según el espíritu, con grande conformidad de voluntades para ayudarse uno á otro y querer para otro el bien que querían para sí. ¿Sientes en ti estas gloriosas cualidades que adornaban á estos santos hermanos, y que les dispusieron en algún modo para que el Señor fijase en ellos sus ojos misericordiosos? ¿Procuras imitar el celo de tu propia santificación que ostenta san Andrés? ¡Oh amantísimo Jesús, que, sin tener necesidad de nadie, sólo para hacernos bien y darnos ocasión de adquirir grandes méritos, os dignáis escoger á los hombres para que os ayuden en la obra de la salvación del mundo! Purificad y adornad de tal

[1] II Tim., i, 9. — [2] Joan., i, 40. — [3] Matth., iv, 21.

modo mi alma, que en ella fijéis vuestra amorosa mirada y la comuniquéis tan soberano don, haciéndola instrumento hábil para la salvación de las almas.

Punto 3.º *Jesús elige á algunos que eran pecadores.*—Considera cómo Jesucristo, no sólo escogió varones justos para su apostolado, sino también á algunos que eran grandes pecadores, y estaban muy inclinados y asidos á las cosas de la tierra, y aun tal vez muy hundidos en el abismo del pecado. Esto hizo el Señor para que conocieses y te convencieses que la vocación es un don gratuito suyo, que á cualquiera, por malo que sea, puede concederse, y así no te engrieses ni prefirieses á nadie, porque podrá ser que ese á quien desprecias sea vaso de elección, y tú merezcas ser reprobado. Pondera con admiración la omnipotencia del Señor, cómo de repente, de golpe y en un instante, cambia un pecador, y le trueca de perseguidor en predicador, de injusto en justo, de aficionado á las cosas del mundo en desprendido de todo lo terreno. Esto puedes ver en la vocación de san Mateo [1], el cual, estando sentado en su despacho, muy atareado en sus negocios y cuentas, y tal vez teniendo su corazón muy ocupado con sus riquezas, al punto que oyó la voz de Jesús, se levantó, abandonó todas las cosas, dejó el destino, y le siguió con tal contento, que quiso manifestarlo dando en honor de su Maestro un convite á todos sus amigos. Lo mismo puedes admirar en el llamamiento de Saulo y en tantos otros. Vuelve los ojos sobre ti mismo, y al recordar el estado en que se hallaba tu alma cuando sintió los primeros síntomas de la divina vocación, quizá no podrás menos de alabar y bendecir la misericordia infinita del Señor, viendo que en ti ha querido cumplir la profecía de David, el cual dice del Señor [2], que levanta las nubes del extremo de la tierra; porque teniendo un corazón frío y seco como tierra sin agua, le ha levantado como nube, para que vuele por el mundo y le riegue con la doctrina y el ejemplo. ¡Oh alma mía! Glorifica á tu Dios que te llamó para su escuela sin merecerlo, dejando á otros muchos compañeros tuyos, y no tan malos como tú, en el abismo del pecado y del error; ponte con la humildad en el extremo de la tierra, para que el Sol de Justicia te mire y te levante como nube á lo alto del cielo. Mira qué es lo que debes hacer para lograr esta gracia.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán admirables son las trazas del Señor! Ha resuelto conquistar el mundo, y quiere confiar esta obra á los hombres. Para ella escogerá doce varones, y teniendo en su mano los corazones de todos, y pudiendo elegir personajes distinguidos, pone sus ojos en algunos pobres, humildes, desconocidos. Así se muestra Jesucristo consecuente con todas las acciones de su vida, descubriendo en esta, como en todas las

[1] Matth., IX, 9. — [2] Psalm. CXXXIV; 7 Jerem., LI, 16.

otras, su amor á la humildad. De este modo serán humildes los apóstoles elegidos, y su humildad los hará aptos para cosas grandes. Así no podrán jamás atribuir á sus fuerzas lo que sólo puede reconocer por causa adecuada la omnipotencia del Señor. Resplandece, ciertamente, la sabiduría de Jesucristo en esta elección; pero no resplandece menos su bondad y misericordia, si se examinan las cualidades morales de los elegidos. Su bondad, atendiendo á algunas cualidades que algunos poseían para fijar en ellos los ojos; teniendo en cuenta el celo, laboriosidad, fraternidad de algunos, que les disponen para el apostolado. Su misericordia, prescindiendo en la elección de otros de toda cualidad dispositiva, arrancándolos del estiércol de sus vicios para colocarlos entre los príncipes de su pueblo [1]. ¿Comprendes ahora algo de la sabiduría, bondad y misericordia de Jesús en la elección de los Apóstoles? ¿Conoces las disposiciones con que debes prepararte para que el Señor te escoja? ¿Las has procurado hasta ahora? ¿Qué debes practicar? Piénsalo; propón particularmente, pide gracias y ruega por todos, especialmente por los elegidos á la vida apostólica.

53.—CORRESPONDENCIA DE LOS APÓSTOLES Á LA VOCACIÓN.

PRELUDIO 1.º Jesucristo llamó á sus Apóstoles, los cuales, respondiendo con docilidad á la divina vocación, recibieron excelentes gracias.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo llamando á sus discípulos, y á éstos obedeciendo á la divina voz.

PRELUDIO 3.º Pide fiel correspondencia á la divina vocación.

Punto 1.º *Modo cómo llamó Jesús á sus Apóstoles.*—Considera cómo de dos modos muy diversos llamó Jesucristo á sus discípulos para el apostolado, aunque ambos fueron muy eficaces. Á unos fué disponiendo poco á poco, llamándoles por tres veces consecutivas [2]. Éstos fueron san Andrés y san Pedro, á los cuales primero admitió en su posada algunas horas, para que le conociesen, conversando con ellos como con otros muchos; luego les invitó á que oyesen su doctrina y tuviesen con Él mayor familiaridad; por fin les mandó que, dejadas todas las cosas, le siguiesen [3]. De este modo te enseña Jesús que los hombres, de ley ordinaria, van subiendo por grados á la perfección, y que importa en gran manera obedecer á cualquier inspiración y llamamiento interior, aunque sea á obras pequeñas y á la oración ordinaria, porque con esta obediencia el hombre se dispone para que su Majestad le llame á cosas mayores. Á otros llamó el Señor de golpe y á la primera vista, para mostrar la omnipotencia de su voluntad en llamar á los que quiere, y arrancarlos en un momento

[1] Psalm., CXII, 8. — [2] S. August. — [3] Marc., I, 18: S. Greg.

modo mi alma, que en ella fijéis vuestra amorosa mirada y la comuniquéis tan soberano don, haciéndola instrumento hábil para la salvación de las almas.

Punto 3.º *Jesús elige á algunos que eran pecadores.*—Considera cómo Jesucristo, no sólo escogió varones justos para su apostolado, sino también á algunos que eran grandes pecadores, y estaban muy inclinados y asidos á las cosas de la tierra, y aun tal vez muy hundidos en el abismo del pecado. Esto hizo el Señor para que conocieses y te convencieses que la vocación es un don gratuito suyo, que á cualquiera, por malo que sea, puede concederse, y así no te engrieses ni prefirieses á nadie, porque podrá ser que ese á quien desprecias sea vaso de elección, y tú merezcas ser reprobado. Pondera con admiración la omnipotencia del Señor, cómo de repente, de golpe y en un instante, cambia un pecador, y le trueca de perseguidor en predicador, de injusto en justo, de aficionado á las cosas del mundo en desprendido de todo lo terreno. Esto puedes ver en la vocación de san Mateo [1], el cual, estando sentado en su despacho, muy atareado en sus negocios y cuentas, y tal vez teniendo su corazón muy ocupado con sus riquezas, al punto que oyó la voz de Jesús, se levantó, abandonó todas las cosas, dejó el destino, y le siguió con tal contento, que quiso manifestarlo dando en honor de su Maestro un convite á todos sus amigos. Lo mismo puedes admirar en el llamamiento de Saulo y en tantos otros. Vuelve los ojos sobre ti mismo, y al recordar el estado en que se hallaba tu alma cuando sintió los primeros síntomas de la divina vocación, quizá no podrás menos de alabar y bendecir la misericordia infinita del Señor, viendo que en ti ha querido cumplir la profecía de David, el cual dice del Señor [2], que levanta las nubes del extremo de la tierra; porque teniendo un corazón frío y seco como tierra sin agua, le ha levantado como nube, para que vuele por el mundo y le riegue con la doctrina y el ejemplo. ¡Oh alma mía! Glorifica á tu Dios que te llamó para su escuela sin merecerlo, dejando á otros muchos compañeros tuyos, y no tan malos como tú, en el abismo del pecado y del error; ponte con la humildad en el extremo de la tierra, para que el Sol de Justicia te mire y te levante como nube á lo alto del cielo. Mira qué es lo que debes hacer para lograr esta gracia.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán admirables son las trazas del Señor! Ha resuelto conquistar el mundo, y quiere confiar esta obra á los hombres. Para ella escogerá doce varones, y teniendo en su mano los corazones de todos, y pudiendo elegir personajes distinguidos, pone sus ojos en algunos pobres, humildes, desconocidos. Así se muestra Jesucristo consecuente con todas las acciones de su vida, descubriendo en esta, como en todas las

[1] Matth., IX, 9. — [2] Psalm. CXXXIV; 7 Jerem., LI, 16.

otras, su amor á la humildad. De este modo serán humildes los apóstoles elegidos, y su humildad los hará aptos para cosas grandes. Así no podrán jamás atribuir á sus fuerzas lo que sólo puede reconocer por causa adecuada la omnipotencia del Señor. Resplandece, ciertamente, la sabiduría de Jesucristo en esta elección; pero no resplandece menos su bondad y misericordia, si se examinan las cualidades morales de los elegidos. Su bondad, atendiendo á algunas cualidades que algunos poseían para fijar en ellos los ojos; teniendo en cuenta el celo, laboriosidad, fraternidad de algunos, que les disponen para el apostolado. Su misericordia, prescindiendo en la elección de otros de toda cualidad dispositiva, arrancándolos del estiércol de sus vicios para colocarlos entre los príncipes de su pueblo [1]. ¿Comprendes ahora algo de la sabiduría, bondad y misericordia de Jesús en la elección de los Apóstoles? ¿Conoces las disposiciones con que debes prepararte para que el Señor te escoja? ¿Las has procurado hasta ahora? ¿Qué debes practicar? Piénsalo; propón particularmente, pide gracias y ruega por todos, especialmente por los elegidos á la vida apostólica.

53.—CORRESPONDENCIA DE LOS APÓSTOLES Á LA VOCACIÓN.

PRELUDIO 1.º Jesucristo llamó á sus Apóstoles, los cuales, respondiendo con docilidad á la divina vocación, recibieron excelentes gracias.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo llamando á sus discípulos, y á éstos obedeciendo á la divina voz.

PRELUDIO 3.º Pide fiel correspondencia á la divina vocación.

Punto 1.º *Modo cómo llamó Jesús á sus Apóstoles.*—Considera cómo de dos modos muy diversos llamó Jesucristo á sus discípulos para el apostolado, aunque ambos fueron muy eficaces. Á unos fué disponiendo poco á poco, llamándoles por tres veces consecutivas [2]. Éstos fueron san Andrés y san Pedro, á los cuales primero admitió en su posada algunas horas, para que le conociesen, conversando con ellos como con otros muchos; luego les invitó á que oyesen su doctrina y tuviesen con Él mayor familiaridad; por fin les mandó que, dejadas todas las cosas, le siguiesen [3]. De este modo te enseña Jesús que los hombres, de ley ordinaria, van subiendo por grados á la perfección, y que importa en gran manera obedecer á cualquier inspiración y llamamiento interior, aunque sea á obras pequeñas y á la oración ordinaria, porque con esta obediencia el hombre se dispone para que su Majestad le llame á cosas mayores. Á otros llamó el Señor de golpe y á la primera vista, para mostrar la omnipotencia de su voluntad en llamar á los que quiere, y arrancarlos en un momento

[1] Psalm., CXII, 8. — [2] S. August. — [3] Marc., I, 18; S. Greg.

de donde estaban atollados, trocando de repente sus corazones. De esta manera llamó á los hijos del Zebedeo, cuando estaban con su padre pescando y remendando las redes, y á san Mateo cuando estaba sentado en su banco, cambiando y negociando con otros; y con estar atado con una cuerda de tres dobleces, á saber, su mala inclinación, la posesión de muchas riquezas y el oficio público de alcabalero, con una sencilla palabra le desató, y diciéndole: «Sígueme», le arrancó de golpe la mala inclinación y le hizo dejar las riquezas y el oficio, mostrando con esto la eficacia de su gracia y el poder que tiene sobre la naturaleza. En la persona de estos varones mírate á ti mismo enredado y enlazado con las redes y lazos de tus pasiones y pecados y de los negocios y cuidados del siglo, tan flaco, que no puedes por tus fuerzas desenredarte; y tan rendido, que ni lo quieres ni lo deseas, antes adoras y sacrificas á tus redes [1], que son las cosas terrenas que miras como ídolos; pero la misericordia de Jesús es tan grande y tan poderosa, que con sola una palabra puede hacer que te guste dejarlas, y darte fuerzas para desenredarte de ellas. ¡Oh Dios omnipotente! Romped con presteza mis ataduras [2], para que nunca más sacrifique á estas redes, sino á Vos sacrificio de alabanza, é invoque vuestro santo nombre [3]. ¿Estamos nosotros también enredados con las cosas materiales? ¿No oimos la voz de Jesús que nos convida y ofrece la verdadera libertad?

Punto 2.º *Obediencia de los Apóstoles al llamamiento de Jesús.*—Considera la obediencia con que los Apóstoles siguieron el divino llamamiento, la cual tuvo tres perfecciones que la hicieron excelentísima. Ella fué de entendimiento y juicio, cautivándole en servicio de Cristo, y rindiéndole á su ordenación, sin replicar ni alegar las razones que tenían para dejar ó diferir el cumplimiento de ella. No pretextaron que habían de cuidar de los padres, ó arreglar los negocios, sino, rindiendo su juicio al mandamiento de Cristo, y arrojándose confiadamente en la divina Providencia, le obedecieron con obediencia ciega, pero no necia, sino muy cuerda. Fué, además, su obediencia con sujeción prontísima de su voluntad á la de Cristo, descarnándose del amor que tenían á mujer, hijos, padres, deudos y á su hacienda; y aunque tenían poca, dejaron muchísima, en cuanto dejaron la voluntad y deseo de tener otra cosa que á Cristo [4]; y si todo el mundo fuera suyo, todo lo dejaran por seguirle. Y á esta causa dijo san Pedro á Cristo nuestro Señor: «Mirad que hemos dejado todas las cosas [5]»; porque, no sólo dejaron las cosas que tenían, sino todas las del mundo absolutamente, privándose hasta del derecho y libertad de tenerlas. Fué, por último, obediencia presta, puntual y alegre en la ejecución, sin dilación, ni por un instante, y sin

1 Habac., I, 16. — 2 Psalm. CXV, 16. — 3 Eccli., LI, 17. — 4 S. Greg.
5 Matth., XIX, 27.

repugnancia ó tristeza; y con tener presentes las cosas que amaban ó estimaban, padres, redes y dineros, luego lo dejaron todo, como si huyeran de una serpiente. Los que tenían las redes tendidas en el mar, al punto las soltaron. Los que las estaban remendando, no dieron más puntada; y el que tenía los libros abiertos y el dinero sobre la mesa, le dejó como se estaba, con tanto gusto, que para manifestarlo, celebró su llamamiento, haciendo un suntuoso convite á Cristo y á sus discípulos. ¡Oh milagros de la omnipotencia de Dios! ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto [1]! ¡Oh sol de Justicia, que abrasáis tres veces los montes con rayos de fuego, cegando los ojos con vuestro resplandor! Concededme una obediencia ciega, fervorosa y diligente, como la disteis á estos montes apostólicos, para que, obedeciéndoos como ellos, llegue á reinar con ellos por todos los siglos. ¿Practicas tú, alma religiosa, la obediencia de este modo? ¿Qué grado de ella te falta?

Punto 3.º *Favores que Jesús concedió á sus Apóstoles al llamarlos.*—Considera aquí los grandes favores que dispensó Jesucristo á sus Apóstoles en premio de la grande obediencia que tuvieron á su llamamiento. Primeramente los levantó á la mayor dignidad de cuantas instituyó en su Iglesia, que es la del apostolado [2], haciéndolos sus legados y embajadores, para que con sus veces y autoridad fuesen á predicar por el mundo la ley evangélica. Escogiólos también, como dice san Marcos [3] «para que estuviesen con Él», andando siempre en su compañía, teniendo con ellos muy estrecha familiaridad, dándoles parte de todos sus secretos, y así les dijo: «No os llamaré siervos, sino amigos, porque todas las cosas que oí á mi Padre os las he manifestado á vosotros [4]». Además, comunicóles mayores gracias y dones, que á todos los santos del Testamento viejo y nuevo, que después de ellos sucedieron, así en género de santidad como de sabiduría, con la potestad de hacer milagros, y las demás gracias que llaman *gratis datas*; por lo cual, dice san Pablo [5] que tuvieron las primicias del espíritu, y son la gloria de Cristo. Finalmente: prometióles que el día del juicio se sentarían con Él en doce tronos, para juzgar las doce tribus de Israel, por haberle obedecido en dejar por su amor todas las cosas, y en esta vida les dió cien veces más de lo que dejaron [6]. Y si es verdad que con la voluntad eficaz dejaron todas las riquezas, honras y regalos que podían desear, lo que les dió valía cien mil veces más que todo eso, porque les dió tales gracias, dones y consuelos espirituales, que excedían incomparablemente á todo cuanto dejaron; y para que te animases á hacer otro tanto como los Apóstoles, te prometió lo mismo que á ellos. ¡Oh Redentor mío! Pues con tanta genero-

1 Psalm. LXXVI, 11. — 2 Marc., III, 14. — 3 Ibid.— 4 Joan., XV, 15.
5 Rom., VIII, 23; II Cor., VIII, 23. — 6 Matth., XIX, 28.

sidad premiáis la obediencia á vuestro llamamiento, justo es que yo os siga en esta vida, para que llegue á estar donde Vos estáis, gozando de vuestra gloria. Mas ¿cómo y en qué cosas debemos nosotros obedecer? ¿Qué nos exige ú ordena Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán digno de toda alabanza y agradecimiento es el Señor por la vocación con que llama á sus escogidos! De dos modos lo realiza, atendiendo á las circunstancias personales de los llamados, y ambos son suaves y cuanto es de su parte eficaces para el fin que se propone. Á unos llama poco á poco y como por grados, á otros de repente, de golpe, con deseo de que al instante le sigan. ¿Cómo has sido tú llamado? Actualmente, ¿cómo te llama Jesús? ¡Feliz si, á imitación de los Apóstoles, sigues el divino llamamiento! ¡Dichoso si, con puntualidad, presteza, buena y decidida voluntad y rendimiento de juicio, abandonas todas las cosas por seguir á Cristo! Los favores más señalados y las gracias más singulares vendrán á inundar tu alma. Mira á los Apóstoles. Son dóciles y obedientes al llamamiento de Cristo, y este Señor, sumamente generoso en remunerar los menores servicios, enriquece sus almas de gracias soberanas, distinguiéndoles entre todos los santos que han existido y existirán hasta el fin del mundo; concediéndoles las primicias del espíritu; de tal modo los une consigo, que les hace confidentes de todos sus secretos, llamándoles á boca llena con el dulce nombre de amigos; quiere que en el mundo sean sus legados y embajadores, y en el día del juicio jueces asesores, para que con Él juzguen las doce tribus de Israel y á todo el mundo. ¿Pueden darse mayores favores ni más grandes distinciones? Mira, pues, qué te conviene hacer para ser participante de ellos; examina cómo corresponde á tu vocación, qué debes hacer para ser fiel á la misma. Propón, pide, y no te canses de importunar á Jesús, rogándole por ti y por todos tus prójimos.

54.—JESÚS ARROJA DEL TEMPLO Á LOS PROFANADORES.

PRELUDIO 1.° Jesús arroja del templo á los negociadores, y exigiéndole éstos una señal, anunció su resurrección al tercer día de muerto.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús encendido en celo, arrojando á los profanadores de templo.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber imitar el celo de Jesús.

Punto 1.° *Celo ardiente y fuerte de Jesús.*—Subiendo Jesús al templo, y viendo que le profanaban, comprando y vendiendo y cambiando dinero, hizo un azote de cordeles, y arrojó á los profanadores, trastornando las mesas, y diciendo: «No hagáis de la casa de mi Padre casa de negociación [1]». En lo cual

[1] Joan., II, 16.

debes considerar el celo grande que tenía Jesús de la gloria de su Padre y de la pureza de su templo; porque celo es [1] un ardiente deseo de quitar ó impedir lo que es contrario á la cosa amada, por ser contra su voluntad, honra ó provecho; y cuanto es mayor el amor, es mayor el celo, y, por consiguiente, mayor la tristeza de la injuria ó daño de su amigo, y mayor el ímpetu de remediarlo. Y como Jesús amaba inmensamente á su Padre y á su templo, así tenía ardentísimo celo de todo lo que les tocaba. Reflexiona con cuánta razón había dicho David [2] de Jesucristo, que el celo de la casa de Dios le devoró; porque este celo fué como fuego consumidor, el cual, no solamente atormentaba su corazón, sino que le consumió hacienda, honra, contento y vida; deshaciéndole todo, hasta dejarle desnudo, deshonrado, desamparado y muerto en una cruz; y así como el que come el manjar lo muda y convierte en sí, del propio modo el celo comió á Cristo, transportándole y transformándole en sí; porque todo Él, sus pensamientos, palabras y obras, estaban transformados en celo; y el celo le meneaba y atizaba á todo cuanto decía y hacía por nuestro bien. ¡Oh! ¡Si tú estuvieras animado de un celo semejante por la gloria de Dios! Mira, por fin, la fortaleza de Cristo Nuestro Señor, nacida de este celo, con la cual hizo rostro á tanto tropel de gente, con riesgo de que se levantasen contra Él; porque el amor divino echa fuera todo temor mundano, y el celo es fuerte y duro como la muerte [3]; y cuando es menester, hace azote con que castiga á los delincuentes, y aparta de la casa de Dios todo lo que es en su daño. Y á esta misma causa Dios [4] castiga al que ama, y al hijo en quien se agrada, para quitar de él todas las imperfecciones que tiene. ¡Oh dulcísimo Salvador, que con un mismo celo tomáis el azote para purificar la casa de vuestro Padre, y permitís que vuestros enemigos lo tomen para castigar vuestro cuerpo, pagando con vuestros azotes la pena de sus pecados! Armadme con este santo celo, para que castigue mi carne por sus culpas, y procure con fortaleza estorbar las ajenas. ¿Sentimos nosotros este celo por la gloria de Dios? ¿Cómo lo hemos de adquirir?

Punto 2.° *Señal que da Jesús á los judíos para que le crean.*—Considera cómo, pidiendo los judíos á Jesús una señal milagrosa para creer en Él y aprobar lo que hacía, les dijo [5]: «Destruid este templo, y en tres días lo volveré á edificar»; aludiendo al templo de su cuerpo, que sería destruido por los judíos, y que Él resucitaría á los tres días. Pondera cómo Jesús en estas palabras dió dos misteriosas señales á los judíos, en confirmación del poder con que celaba por la gloria de su Padre: la primera es la permisión de que destruyesen templo tan precioso con azo-

[1] S. Thom. — [2] Psalm. LXVIII, 10. — [3] Cant., VIII, 6.
[4] Prov., III, 12: Hebr., XII, 6. — [5] Joan., II, 19.

tes, espinas y clavos, dejándole descoyuntado y muerto en una cruz; la segunda es la resurrección que haría con su propia virtud, volviendo su cuerpo á la vida que antes tenía con mayor gloria. Ambas señales son milagrosas y eficaces para probar el poder de Jesús; porque milagro fué grande que Cristo, Dios y hombre, con ánima gloriosa, tuviese cuerpo mortal, y se dejase matar, deshaciéndose la unión del alma con el cuerpo. Y este milagro fué señal de su infinita caridad y misericordia, por la cual dió licencia á sus enemigos que destruyesen el templo de su cuerpo, para reparar el templo de sus almas y hacerlas templo de Dios vivo. Y también fué señal de su omnipotencia, la cual mostró en sufrir tan terribles tormentos y desprecios con milagrosa paciencia y mansedumbre, hasta morir en una cruz. Pero resucitando mostró también su omnipotencia, triunfando de la misma muerte y del infierno, no sólo en sí mismo, sino en sus escogidos, librándolos de su tiranía, y sacando del vientre de la ballena á los demás que había tragado. Con estas señales hizo que los hombres creyesen en Él, y le amasen y obedeciesen, por lo cual Él dijo [1]: «Si Yo fuera levantado de la tierra, traeré á Mí todas las cosas», no con azotes hechos de cordeles, á fuerza de castigos, sino con cuerdas de Adán y con cadenas de caridad, á fuerza de beneficios [2]. ¡Oh dulcísimo Redentor! Gracias os doy por haberme dado señal tan nueva, tan costosa para Vos y tan amorosa para mí. Yo soy el miserable que con mis pecados destruyó vuestro templo, que es mi alma; pero Vos podéis repararle en tres días, vivificándome con vuestra gracia, perfeccionándome con la perseverancia, y resucitándome á la participación de vuestra gloria. ¡Oh alma! ¿No te convencen estas señales que da Jesús de su bondad y misericordia? Y ¿qué señales de gratitud le das tú?

Punto 3.º *Los profanadores arrojados del templo otra vez por el mismo Jesús.*—Considera cómo Jesús otra vez, estando ya cerca de su Pasión, echó del mismo templo á los profanadores, diciendo [3]: «Mi casa es casa de oración, y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones». Acerca de esto has de observar que la primera vez, para echar á los negociantes, se valió de amenazas y azotes; la segunda, de palabras y grandes milagros, reservando los azotes para sus espaldas; con lo cual te enseña cómo tiene dos medios para purificar las almas, que son su templo vivo; el temor y el amor, los castigos y los beneficios, suplicándole que purifique la tuya del modo que más convenga para su gloria. Pondera las palabras que dijo Jesús: «Mi casa es casa de oración». Sí; tu alma ha de ser casa de oración, en la cual has de entrar, y orar en ella á tu Padre celestial [4]. Mas porque no se llama casa de oración aquel lugar en donde una

[1] Joan., XII, 32. — [2] Osee., XI, 4. — [3] Matth., XXI, 12. — [4] Matth., VI, 6.

vez ú otra se ora, sino el que es oratorio dedicado para sólo esto, tal ha de ser tu corazón, consagrándole á la frecuencia de este ejercicio con gran fervor. En todo lugar, como dice san Pablo [1], has de orar, levantando tus manos puras al cielo, sin ira ni turbación, y entrando dentro de ti mismo, en donde está Dios para escucharte. Mas acuérdate que, para que sea casa de oración, debe estar limpia de culpas que la remuerdan, quieta de pasiones que la turben, y adornada con actos de virtudes que la alienten. Porque si está sucia, turbada y descompuesta, en queriendo entrar dentro de ella, te saldrás, y dejarás la oración; como quien entra á orar en una iglesia donde hay gran ruido y gritería, luego se sale porque no puede orar como desea. ¡Oh Salvador mío! Armaos con vuestro santo celo, y tomad el azote en vuestra mano; entrad dentro de este vuestro templo, y echad de él todo lo que os desagrada; no consintáis que pase por él cosa que le turbe; purificad esta cueva de ladrones, para que de hoy más sea casa de oración, morada de ángeles y habitación de paz, donde Vos moréis por todos los siglos. Alma fiel, ¿eres casa de oración ó de disipación? ¿Eres morada de Dios, ó cueva de ladrones? ¿Hallaría Jesús algo que reprender en ti?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán vivo, eficaz y ardiente era el celo que devoraba al Corazón de Jesús! Bien lo demostró al echar del templo á los profanadores. Este celo, inspirado y causado por el amor infinito que profesaba á su amantísimo Padre, de tal modo encendió y abrasó su alma, que vino á consumir todo cuanto tenía: riquezas, salud, descanso y honra, transformándole en sí de manera que todo Él era un celo viviente. ¡Oh si tú celases de este modo por la gloria de Dios y bien de las almas! Así lo harías, sin duda, si en tu corazón hubiese prendido algún tanto la llama del amor divino. Las señales que Jesús aduce para probar la autoridad soberana con que castiga á los profanadores del santo templo, no son otras que su muerte y resurrección. No recuerda la excelencia de su doctrina, ni la grandeza de sus milagros, ni la justificación de su conducta; sólo su muerte y resurrección. El padecer por Dios y por el bien de las almas es la más clara y evidente señal del carácter divino que brilla en los discípulos del Señor. Estas y no otras eran las señales de su apostolado, que con santo orgullo recordaba san Pablo. Si rehusas sufrir tribulaciones, te falta esta señal tan evidente. ¿Qué debes hacer? Fíjate en Jesús, cómo, no contento con haber salvado al templo de la profanación una vez, repite tan santa obra poco tiempo antes de su Pasión, y, aunque en ésta no usó de tanto rigor y severidad como en la primera, increpó, sin embargo, duramente á los judíos, y en ellos á ti, porque convertían el lugar de oración en cueva de ladrones. Mira cómo está tu alma; quizá sea cueva de

[1] I Tim., II, 8.

ladrones, usurpando con sus potencias la gloria á Dios y la caridad al prójimo. Si así fuera, llora, arrepiéntete, forma propósitos, suplica con fervor, rogando por ti y por los demás.

55.—SERMÓN DEL MONTE.—INTRODUCCIÓN.

PRELUDIO 1.º Principia Jesús á ejercitar los oficios de maestro, legislador y consejero, para continuarlos hasta el fin del mundo de un modo invisible y excelente.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús sentado en el monte, hablando á las turbas, entre las cuales te hallas.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de comprender y practicar las enseñanzas de Jesús.

Punto 1.º *Jesús nuestro maestro, legislador y consejero.* —Viendo Jesús la gente que lo seguía, subió á un monte, y sentándose en tierra, se le acercaron sus discípulos, abrió su boca, y comenzó á enseñar [1]. Sobre esta introducción del Evangelista debes considerar cómo Jesús en este día tomó pública posesión de tres oficios muy principales, que su Padre le encargó; es á saber: de maestro, legislador y consejero, ejercitándolos con altísima perfección, significada por el monte. Como maestro, te enseñó [2], no cosas vanas ó curiosas, no astrologías ni otras ciencias humanas, que suelen hinchar mucho y aprovechar poco, sino la ciencia de los santos, que abraza los misterios altísimos de nuestra fe y las cosas necesarias para alcanzar la santidad. Como legislador, promulgó de nuevo, y declaró la divina ley con toda la pureza y santidad que tiene, purgándola de los errores que la malicia humana la había mezclado, y perfeccionando lo imperfecto de la ley antigua. Como consejero, enseñó los consejos de la ley nueva y evangélica, que son los más excelentes que se pueden aconsejar, por razón de los cuales es llamado por el profeta Isaías, admirable consejero y Ángel del gran consejo [3]. Mas reflexiona cómo hizo estos tres oficios con un modo nuevo, admirable y excelentísimo; porque, como maestro, no sólo proponía exteriormente la doctrina, sino también daba interiormente luz celestial para entenderla y estimarla. Como legislador, no sólo ponía excelentes leyes y preceptos, sino imprimíalos en el corazón, dando gracia para cumplirlos con mucha suavidad. Y como consejero, no sólo daba el consejo, sino el espíritu y fuerzas para recibirle y ponerle por obra. En lo cual excedió á todos los maestros, legisladores y consejeros del mundo; por lo cual con mucha razón nos dijo que á ninguno sino á Él llamásemos maestro [4]; porque un solo maestro hay, que es Cristo, y por la misma razón hay un solo legislador y consejero. ¡Oh Padre Eterno! Gracias os doy por haberme dado el mejor maestro, legislador y consejero que podíais darme. ¡Oh Hijo de Dios vivo!

[1] Matth., v, 2. — [2] Isai., XLVIII, 17. — [3] Isai., IX, 6. — [4] Matth., XXIII, 10.

Con qué os pagaré esta merced de haber venido en persona, y haber abierto vuestra misma boca para enseñarme vuestra doctrina, pues bastara que vinieran ángeles, por cuya boca me dierais parte de ella. ¡Oh alma! ¿Aprendes la doctrina de este maestro? ¿Observas las leyes de este legislador? ¿Sigues los consejos de este consejero?

Punto 2.º *Jesús jamás ha dejado de ejercitar estos oficios con los hombres.*—Considera en este punto cómo Cristo nuestro Señor, aunque haya salido del mundo según su vida pasible y temporal, no por esto ha dejado de hacer los oficios para que vino á la tierra con todos los hombres, especialmente con los que desean subir con Él al monte de la perfección, y se le acercan con el amor. Por este motivo has de procurar ser de éstos, porque, como dice la Escritura [1], los que se llegan al Señor serán iluminados; y los que se ponen cabe sus pies, imitando su humildad, recibirán su doctrina. Á ellos dirige especialmente los ojos, para mirarlos con misericordia, al modo que el pastor regala más á la oveja que procura ir cabe él; y los enseña como buen maestro, ya por boca de los predicadores, cuando los oyen [2]; ya por medio de los libros sagrados y devotos, cuando los leen; ya á sus solas por medio de inspiraciones, cuando oran ó meditan, abriendo Él mismo su boca para hablarles al corazón, é infundiéndoles allí nueva luz para conocer los misterios de la fe; como legislador sabio y amoroso, les imprime los afectos de la ley de gracia y caridad, de modo que obedezcan á ella, no como esclavos á las órdenes de su Señor, sino con espíritu de buenos hijos, deseosos de complacer y agradar en todo á su amante Padre; y como consejero prudente y caritativo, les llama y solicita suavemente para que sigan la perfección. De todo lo cual has de sacar con qué espíritu debes acudir al sermón, lección y oración, como quien se llega de cerca á oir este divino Maestro, que te habla interiormente por los demás. Pues por esto dijo el Padre Eterno que nunca se apartaría de nosotros el Preceptor que nos daba [3]. ¡Oh Maestro del cielo!; pues os dignáis hablar también á mí como hablasteis á vuestros discípulos, abrid vuestra boca, que vuestro siervo escucha, y dadme vuestra luz para conocer lo que me enseñáis. ¡Oh Legislador soberano! Dadme vuestra bendición para cumplir lo que me mandáis. ¡Oh Consejero admirable! Dadme fuerzas para seguir lo que me aconsejáis, para que con vuestra ayuda, subiendo de virtud en virtud, llegue á veros en la santa Sión. ¿Qué caso hacemos nosotros de las enseñanzas de Jesús? ¿Obramos según ellas?

Punto 3.º *Tema de su sermón, ó bienaventuranzas en general.*—Considera cómo Jesús, mirando el tesoro de virtudes que tenía dentro de su alma, sacó de allí ocho principalísimas, en que

[1] Psalm. XXXIII, 6. — [2] Deut., XXXIII, 3. — [3] Isai., XXX, 20.

se suma toda la perfección evangélica; virtudes muy antiguas, pero muy nuevas y nunca oídas en el mundo; y llamólas con el nombre nuevo de bienaventuranzas, aunque á la carne son amargas. Pondera cómo aquí se cumplió lo que dice de Él la Esposa [1]; que sus labios son como lirios que destilan la mirra primera; porque, abriendo su boca, destiló esta primera vez por sus labios con gran blandura y suavidad estos ocho actos de virtud y mortificación muy escogida, amargos al gusto de la carne, pero olorosos á Dios y provechosos al espíritu; poderosos para preservarle de toda corrupción de culpa, endulzorándolos con el premio que prometió y con el modo que los proponía. Mira también cómo Cristo nuestro Señor vuelve en esta ocasión por el honor de estas virtudes, que estaban en el mundo muy desechadas y aborrecidas; teniéndolas, no por bienaventuranzas, sino por desdichas; huyendo de ellas, y abrazando las cosas contrarias. Jesús, empero, honra á cada una con un nombre muy glorioso, y con un premio muy esclarecido, y, sobre todo, con su raro ejemplo; porque, como no fuese capaz, en cuanto Dios, de pobreza, llanto y persecuciones, quiso bajar del cielo y hacerse hombre para ejercitar los actos de estas virtudes, y descubrirnos los tesoros que estaban escondidos dentro de ellas. De este modo estas ocho bienaventuranzas han venido á ser como ocho escalones de la escalera del cielo, por los cuales se sube á la cumbre de la santidad y unión con Dios. ¡Oh Maestro soberano! Gracias os doy por haber sacado al mundo del error en que se hallaba en orden á estas virtudes, con vuestra doctrina y ejemplo. De hoy más las tendré por bienaventuranzas, como vos las llamáis, y las miraré como la escalera del cielo, esforzándome en subir por ella hasta llegar á la eterna bienaventuranza.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien empieza Jesucristo los oficios de maestro, legislador y consejero que le ha encomendado su Padre! Sentado sobre la cumbre de un monte, para significar la perfección que encierra su doctrina, y á que conduce á los que la siguen, abre su boca Aquel que hasta entonces había abierto las bocas de los profetas, y comienza á enseñar, á dar leyes y á promulgar consejos. Pero ¡qué doctrina tan celestial enseña! ¡Qué leyes tan sabias dicta! ¡Qué consejos tan santos nos da! Él es Maestro, mas no como los otros, que solamente enseñan exteriormente, sino que también da luz al entendimiento para que se comprendan sus enseñanzas; es Legislador, que, no sólo impone preceptos, sino que ayuda para cumplirlos; es Consejero, que no se satisface con aconsejar, sino que con su ejemplo y gracia hace amar sus consejos. Y no se contentó con ejercitar estos oficios allá en el monte, y durante su vida mortal; ahora mismo sigue ejercitándolos, y lo hará hasta el fin del

[1] Cant., v, 13.

mundo. Él predicará por sí mismo, mediante las inspiraciones secretas, por los predicadores y por otros medios, la práctica de aquellas virtudes sublimes que llama bienaventuranzas, y que el mundo considera como desdichas, y las predicará como único camino que conduce á la verdadera felicidad. ¿Deseas tú ser discípulo de Jesús? Es preciso oir su doctrina, observar sus leyes y seguir sus consejos. ¿Lo has hecho así? ¿Qué debes reformar en tu conducta? ¿Puede Jesús honrarse con tener un discípulo como tú? ¡Ah! Si profundizas sobre esta reflexión, tu rostro se llenará de vergüenza. Despierta ya de tu letargo; haz los propósitos que te convienen, y, viendo tu impotencia para cumplirlos, pide con espíritu para ti y para todo el mundo.

56.—PRIMERA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.º Dijo el Salvador: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos».

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús anunciando esta bienaventuranza.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber comprenderla y practicarla.

Punto 1.º *En qué consiste la pobreza de espíritu.*—Considera lo primero en qué consiste y qué grados abraza la pobreza de espíritu. La pobreza de espíritu no consiste en carecer absolutamente de los bienes temporales, sino en no tener el corazón aficionado á ellos, de modo que, cuanto más desapegado esté él, más excelente será la misma pobreza, la cual abraza cinco actos ó grados. El primero es renunciar con el espíritu y corazón las cosas temporales, quitando las aficiones desordenadas á ellas, y hallándote en la disposición necesaria de ánimo de dejarlas cuando fuere necesario para cumplir la voluntad de Dios. El segundo grado es más perfecto, y consiste en dejar con efecto y desprenderte voluntariamente de todas las cosas que posees, moviéndote á ello, no por ningún motivo bajo, sino con una voluntad espiritual y pura de agradar á sólo Dios, por obedecer al impulso del divino Espíritu que á ello te inclina. El tercero es vaciar y limpiar tu alma de todo espíritu y viento de vanidad y de toda hinchazón y presunción vana, despreciando cuanto pudieres con el corazón las pompas del mundo, ó dejándolas cuando puedes y te conviene para el divino servicio. El cuarto pasa más adelante, y es vaciar el espíritu de toda propiedad, desnudándole del propio juicio y de la propia voluntad con todos sus propios quereres, si no es en cuanto son conformes con los de Dios, porque en tal caso ya no serán propios, sino comunes. El quinto y supremo acto de pobreza de espíritu es vaciarte de ti mismo, conociéndote por tan pobre, que de tu cosecha ninguna cosa buena tienes [1], si

[1] II Cor., III, 5.

se suma toda la perfección evangélica; virtudes muy antiguas, pero muy nuevas y nunca oídas en el mundo; y llamólas con el nombre nuevo de bienaventuranzas, aunque á la carne son amargas. Pondera cómo aquí se cumplió lo que dice de Él la Esposa [1]; que sus labios son como lirios que destilan la mirra primera; porque, abriendo su boca, destiló esta primera vez por sus labios con gran blandura y suavidad estos ocho actos de virtud y mortificación muy escogida, amargos al gusto de la carne, pero olorosos á Dios y provechosos al espíritu; poderosos para preservarle de toda corrupción de culpa, endulzorándolos con el premio que prometió y con el modo que los proponía. Mira también cómo Cristo nuestro Señor vuelve en esta ocasión por el honor de estas virtudes, que estaban en el mundo muy desechadas y aborrecidas; teniéndolas, no por bienaventuranzas, sino por desdichas; huyendo de ellas, y abrazando las cosas contrarias. Jesús, empero, honra á cada una con un nombre muy glorioso, y con un premio muy esclarecido, y, sobre todo, con su raro ejemplo; porque, como no fuese capaz, en cuanto Dios, de pobreza, llanto y persecuciones, quiso bajar del cielo y hacerse hombre para ejercitar los actos de estas virtudes, y descubrirnos los tesoros que estaban escondidos dentro de ellas. De este modo estas ocho bienaventuranzas han venido á ser como ocho escalones de la escalera del cielo, por los cuales se sube á la cumbre de la santidad y unión con Dios. ¡Oh Maestro soberano! Gracias os doy por haber sacado al mundo del error en que se hallaba en orden á estas virtudes, con vuestra doctrina y ejemplo. De hoy más las tendré por bienaventuranzas, como vos las llamáis, y las miraré como la escalera del cielo, esforzándome en subir por ella hasta llegar á la eterna bienaventuranza.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien empieza Jesucristo los oficios de maestro, legislador y consejero que le ha encomendado su Padre! Sentado sobre la cumbre de un monte, para significar la perfección que encierra su doctrina, y á que conduce á los que la siguen, abre su boca Aquel que hasta entonces había abierto las bocas de los profetas, y comienza á enseñar, á dar leyes y á promulgar consejos. Pero ¡qué doctrina tan celestial enseña! ¡Qué leyes tan sabias dicta! ¡Qué consejos tan santos nos da! Él es Maestro, mas no como los otros, que solamente enseñan exteriormente, sino que también da luz al entendimiento para que se comprendan sus enseñanzas; es Legislador, que, no sólo impone preceptos, sino que ayuda para cumplirlos; es Consejero, que no se satisface con aconsejar, sino que con su ejemplo y gracia hace amar sus consejos. Y no se contentó con ejercitar estos oficios allá en el monte, y durante su vida mortal; ahora mismo sigue ejercitándolos, y lo hará hasta el fin del

[1] Cant., v, 13.

mundo. Él predicará por sí mismo, mediante las inspiraciones secretas, por los predicadores y por otros medios, la práctica de aquellas virtudes sublimes que llama bienaventuranzas, y que el mundo considera como desdichas, y las predicará como único camino que conduce á la verdadera felicidad. ¿Deseas tú ser discípulo de Jesús? Es preciso oir su doctrina, observar sus leyes y seguir sus consejos. ¿Lo has hecho así? ¿Qué debes reformar en tu conducta? ¿Puede Jesús honrarse con tener un discípulo como tú? ¡Ah! Si profundizas sobre esta reflexión, tu rostro se llenará de vergüenza. Despierta ya de tu letargo; haz los propósitos que te convienen, y, viendo tu impotencia para cumplirlos, pide con espíritu para ti y para todo el mundo.

56.—PRIMERA BIENAVENTURANZA.

Preludio 1.° Dijo el Salvador: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos».

Preludio 2.° Represéntate á Jesús anunciando esta bienaventuranza.

Preludio 3.° Pide la gracia de saber comprenderla y practicarla.

Punto 1.° *En qué consiste la pobreza de espíritu.*—Considera lo primero en qué consiste y qué grados abraza la pobreza de espíritu. La pobreza de espíritu no consiste en carecer absolutamente de los bienes temporales, sino en no tener el corazón aficionado á ellos, de modo que, cuanto más desapegado esté él, más excelente será la misma pobreza, la cual abraza cinco actos ó grados. El primero es renunciar con el espíritu y corazón las cosas temporales, quitando las aficiones desordenadas á ellas, y hallándote en la disposición necesaria de ánimo de dejarlas cuando fuere necesario para cumplir la voluntad de Dios. El segundo grado es más perfecto, y consiste en dejar con efecto y desprenderte voluntariamente de todas las cosas que posees, moviéndote á ello, no por ningún motivo bajo, sino con una voluntad espiritual y pura de agradar á sólo Dios, por obedecer al impulso del divino Espíritu que á ello te inclina. El tercero es vaciar y limpiar tu alma de todo espíritu y viento de vanidad y de toda hinchazón y presunción vana, despreciando cuanto pudieres con el corazón las pompas del mundo, ó dejándolas cuando puedes y te conviene para el divino servicio. El cuarto pasa más adelante, y es vaciar el espíritu de toda propiedad, desnudándole del propio juicio y de la propia voluntad con todos sus propios quereres, si no es en cuanto son conformes con los de Dios, porque en tal caso ya no serán propios, sino comunes. El quinto y supremo acto de pobreza de espíritu es vaciarte de ti mismo, conociéndote por tan pobre, que de tu cosecha ninguna cosa buena tienes [1], si

[1] II Cor., III, 5.

Dios no te la da de limosna y de pura gracia, pues ni aun el ser que tienes es tuyo, sino de Dios, sin el cual eres nada. Ponderando estos excelentes grados de pobreza, te has de confundir y humillar profundamente, viendo cuánto distas de esta virtud, que es el fundamento de la perfección; porque tienes el corazón tan aficionado á los bienes terrenos, que, si no los tienes, los deseas con avidez; si los posees, tratas de conservarlos hasta con pérdida de tu alma, y cuando los pierdes, lo sientes más vivamente que la pérdida de la gracia y amistad divina. ¡Oh Espíritu divino, que infundisteis en los primeros cristianos tal espíritu de pobreza, que, vendiendo todas sus cosas, arrojaban su precio á los pies de los Apóstoles! Ilustradme con Vuestra gracia para que mire como basura estos bienes, poniéndolos debajo los pies, y no usándolos sino según sea Vuestra santísima voluntad. ¿Qué juicio formamos de la pobreza? ¿En qué grado de ella debiéramos estar? ¿Cómo se halla nuestro corazón respecto de las cosas materiales?

Punto 2.º *Ejemplos de pobreza que dió Cristo.*—Considera en este punto los raros y admirables ejemplos que Cristo nuestro Señor te dió de la pobreza [1], ejercitándola en todas las edades de su vida y en todas las cosas que son materia de ella. Pondera cómo escogió pobre Madre, pobre patria y un pobrísimo portal para nacer, siendo reclinado en un pobre pesebre. En su mocedad ejercitó pobre y despreciado oficio, ganando la comida con el trabajo de sus manos, y viéndose no pocas veces, como dice san Buenaventura, privado hasta de las cosas necesarias. Durante su predicación, comía de la limosna que le daban las personas devotas, que compartían con Él sus escasos alimentos; su comida era de ordinario pan de cebada y algún pececillo. No pocas veces padecieron hambre Él y sus discípulos, los cuales, acosados de la necesidad, habían de coger y desgranar las espigas de trigo que hallaban junto al camino y comer sus granos. No tenía casa propia ni donde reclinar la cabeza, faltando al Hijo de Dios lo que no falta á las raposas y á las aves del campo. Escogió además pobres discípulos, acompañóse con pobres, amó los desprecios, huyó las honras, desapropióse de la propia voluntad y de sí mismo con excelentísima pobreza interior, diciendo [2] que no vino á hacer su voluntad, y que no podía hacer nada por sí, sino lo que viese hacer á su Padre. Y, finalmente, cuando murió, llegó su pobreza á tal extremo, que le tomaron sus vestiduras, dejándole desnudo en la cruz. Y en confirmación del amor y estima que tenía á la pobreza, la puso en este sermón por fundamento de su Evangelio, y por puerta para entrar en su escuela, diciendo [3] que quien no renunciaba, siquiera con el afecto, á las cosas que poseía, no podía ser su discípulo. ¡Oh Maestro soberano,

[1] Luc., VIII, 3; S. Thom. — [2] Joan., VI, 38. — [3] Luc., XIV, 33.

que, no contento con haber predicado la pobreza, la escogéis por compañera inseparable de vuestra vida! Imprimid de tal modo en mi alma vuestras enseñanzas y ejemplos, que jamás me olvide de ellos, buscando en la imitación de vuestra pobreza todo mi honor, gloria y riqueza sempiterna. ¿Hemos considerado nosotros la pobreza de Jesucristo? ¿Deseamos imitarla?

Punto 3.º *Premio de los pobres y castigo de los ricos.*—Considera en este punto la excelente promesa que hace Cristo nuestro Señor á los pobres de espíritu, de los cuales dice [1] que es el reino de los cielos. En este mundo poseen ya el reino de Dios, que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, porque tienen la justicia con abundancia de buenas obras; paz sin ruido de turbaciones, y gozo espiritual libre de tristezas y congojas, por haber quitado la codicia, raíz de todos los males que impiden estos bienes. De este modo alcanzan la bienaventuranza que se puede disfrutar en esta vida, poseyendo también la esperanza y prendas de que han de obtener el reino de los cielos; al modo que el que dió el precio de una cosa tiene prendas de que le darán la misma cosa á que tiene derecho. Mira la felicidad inmensa que en la gloria ha preparado Dios nuestro Señor para ti, si ahora eres pobre de espíritu; pero teme también los castigos que sobre ti lloverán si, rehusando practicar la pobreza, pones tu corazón en los bienes de la tierra. Pondera para esto la terrible amenaza que Cristo nuestro Señor hace á los ricos que aborrecen la pobreza de espíritu y aman con demasía las riquezas, diciéndoles [2]: «¡Ay de vosotros, ricos, que aquí tenéis vuestra consolación!»; que es decir: Desdichados sois vosotros, porque todo vuestro premio pasará en el consuelo que tenéis con vuestras riquezas, recibiendo aquí vuestro galardón. No recibiréis vosotros el consuelo de Dios, que es puro y verdadero, sino el vuestro, que está mezclado con mil zozobras. No será vuestro el reino de los cielos, que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo [3], porque estaréis llenos de injusticia, turbación y tristeza en este mundo, y, después, como el rico avariento, caeréis en la extrema miseria del infierno. ¿Nos asombra el premio que Dios da á los pobres y el castigo de los ricos? Si ahora muriésemos, ¿qué suerte nos tocaría? ¡Oh Padre amantísimo! Ya que no queréis que nadie se pierda, sino que todos se salven, suplícoos arranquéis de mi corazón el afecto desordenado á las riquezas, á fin de que el amor á la tierra no me haga perder el cielo, y por buscar lo temporal venga á menospreciar lo eterno.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán sublime y perfecta es la doctrina de Jesucristo! La primera piedra del edificio de la perfección que desea levantar, es tan preciosa y rara, que los filósofos todos de la antigüedad no alcanzaron á descubrirla. Bienaventu-

[1] Matth., V, 3. — [2] Luc., VI, 24. — [3] Rom., XIV, 17.

rados, dice, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados aquellos que no ponen su corazón en las cosas que poseen; mas dichosos los que con efecto se desprenden de todo lo material, y mucho más todavía los que guardan su corazón libre de toda afición al propio gusto y contento, á la voluntad propia y aun á sí mismos, teniéndose por nada delante de Dios. ¿Has llegado tú á tal perfección? Jesucristo, como buen Maestro, no se contenta con predicarla, sino que pasa adelante á practicarla, dándote ejemplo para que le imites. El es pobre en su niñez, mocedad y edad viril: pobre en las personas de quienes se rodea, en los vestidos que usa, en las comidas, en los viajes, en el descanso, en todas partes: ejercita la pobreza en Belén, en Egipto, en Nazareth, durante la predicación y en su muerte. Razón tiene para decirte: «Ejemplo te he dado para que obres como Yo lo he hecho». Feliz tú si sabes seguir los ejemplos de tu Salvador. El reino de los cielos es ya tuyo, porque has dado el precio de él. Aquí disfrutarás de la justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, y en el cielo nadarás en un mar de deliciosas y eternas riquezas. ¿Qué debes, pues, hacer? ¿Qué propósitos? Piénsalo con madurez, y ora con fervor.

57.—SEGUNDA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.° Dijo Jesucristo: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra».

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús predicando esta bienaventuranza.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de entender y practicar la mansedumbre.

Punto 1.° *En qué consiste esta mansedumbre.* — Considera cómo la mansedumbre es una virtud moral que tiene por objeto el refrenar los ímpetus de la ira. Varios son los actos que abraza esta virtud para llegar á la perfección con que desea Cristo nuestro Señor que la posean sus discípulos [1]. El primero es reprimir los ímpetus interiores de la ira, y las turbaciones del corazón, conservando la quietud interior y exterior en el semblante del rostro y en los meneos del cuerpo, de tal modo, que no te lleven tras sí los arrebatos de la cólera, sino que conserves un completo dominio de tu pasión y de ti mismo. El segundo acto consiste en las palabras, siendo afable con todos, usando de palabras blandas, sin decir ninguna que sea injuriosa y desabrida, ni con voz desordenada, ó con porfía que cause turbación, cumpliendo lo que dice Santiago [2], siendo pronto para oir y tardo para hablar, pesando bien lo que dices, y pasando por la lima de la razón todo lo que habla la lengua. El tercero consiste en que, no sólo no quieras vengar las injurias ni volver mal por mal,

[1] Matth., v, 4. — [2] Jacob., i, 19.

sino antes dejes de resistir con violencia injuriosa al que te hace injuria, llevándola y sufriéndola con serenidad y sosiego, ofreciendo, si es menester, el carrillo derecho [1] á quien te diese una bofetada en el izquierdo; volviendo bien por mal; haciendo favores á aquel de quien recibes daños; excusando con caridad al que te ofende, y rogando á Dios que le perdone. Y esta mansedumbre, no sólo debes conservarla con los mayores, sino también con los iguales y aun con los menores, y en todos los negocios y sucesos, aunque tuvieres necesidad, por razón de tu estado, de usar del celo de la justicia. Reflexiona ahora tus pensamientos, palabras y obras, y verás cuán pobre te hallas de esta virtud, porque ni sabes enfrenar los arrebatos de tu cólera, sino que te llevan hasta proferir palabras de que te has de arrepentir; ni sabes ni quieres perdonar ó excusar las ofensas que recibes de tus prójimos, llegando á consentir en pensamientos de venganza, y deseando llevarlos á efecto. Pues ¿cuándo, alma cristiana, aprenderás á ser mansa? ¿Cuándo dominarás la ira? ¿Qué debes proponer para eso? ¡Oh Dios de bondad y de amor! Vos, que hacéis salir el sol [2] para los justos que os aman y para los pecadores que los ofenden, y enviáis vuestra lluvia benéfica sobre el campo del bueno y del malo, concededme un espíritu tan fuerte y un corazón tan grande, que nunca sea arrastrado por la pasión, sino que, venciéndose á sí mismo, logre conquistar la ciudad de vuestra gloria.

Punto 2.° *Ejemplos de mansedumbre que dió Jesucristo.* —Considera aquí la excelentísima mansedumbre de Jesucristo, de la cual se preció tanto, que se dió por modelo y dechado de ella, diciendo [3]: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón». Los profetas le habían anunciado bajo la figura de un manso cordero que es llevado al matadero sin quejarse, ni resistirse, ni dar la menor señal de ira. De Él había dicho Isaías [4] que no sería triste, ni revoltoso, ni vocinglero, ni apagaría la torcida que humeaba, sufriendo el humo á narices. Jesús comenzó á ser manso desde su misma niñez. Los demás niños de su edad decían, hablando de este divino Niño, según san Dionisio: *Eamus ad suavitatem;* vámos al que es la misma mansedumbre. Durante su vida apostólica, ¿quién podrá referir los raros ejemplos que dió de esta virtud? Si se ve rechazado por aquellos á quienes llenaba de favores, calla; si quieren precipitarle desde la cumbre de una montaña, tranquilamente pasa por medio de sus enemigos, sin obligarles á escarmentar por su temeridad. Mira cómo se porta cuando es cubierto de oprobios y afrentado con injurias. Le llaman samaritano, amigo de publicanos, endemoniado, profanador de la ley de Moisés, y pudiendo fácilmente castigar á tales blasfemos, se contenta con dar muestras las más elocuentes

[1] Matth., v, 39. — [2] Matth., v, 45. — [3] Matth., xi, 29. — [4] Isai., xlii, 2.

de mansedumbre. Pero pondera, sobre todo, la excesiva mansedumbre de Jesús en su Pasión, en la cual no se contenta con sufrir callando, y disimular las injurias que recibe, sino que las ofrece con su sangre por el bien y salvación de los que se las hacen, rogando fervorosamente por ellos y excusándolos del único modo que puede. ¡Oh mansísimo Cordero! ¿Á quién no admira vuestra extraña mansedumbre, que, siendo desollado con azotes, no abríais vuestra boca [1] para quejaros, ni teníais pensamientos de castigo contra vuestros verdugos, cuando tan fácil os hubiera sido aniquilarlos? Concededme vuestra copiosa gracia, para que nunca deje de imitaros en ella. Y nosotros, ¿cuándo y de qué modo podemos y debemos imitar la mansedumbre de Jesús?

Punto 3.º *Premio de los mansos.*—Considera en este punto el premio que Cristo nuestro Señor promete á los mansos, para que te muevas á serlo. Ellos, dice el Señor, poseerán la tierra; porque primeramente serán dueños de la tierra de su corazón y de sus pasiones, poseyendo sus almas con firmeza, y dentro de ellas á su Dios y Señor, con quien tienen trato familiar, como el mansísimo Moisés y el manso David; porque gusta Dios nuestro Señor de enseñar sus caminos á los mansos [2], y de conversar con ellos. Poseen también la tierra de los corazones humanos, porque con su suavidad ganan las voluntades de todos, y haciendo sus obras con mansedumbre, son amados más que la honra y gloria [3]. Y así como el soberbio no puede tener paz con nadie, y es de todos aborrecido, el manso vive en paz con todos; con los superiores, á quienes respeta y obedece; con los iguales, á quienes no se antepone y trata con dulzura; con los inferiores, de quienes por su trato manso se hace amable, inspirándoles confianza; y así es de todos amado. Finalmente: los mansos poseerán algún día la tierra prometida de los vivos, que es la patria celestial para que fueron criados, adonde poseerán á Dios nuestro Señor, que es su herencia y patrimonio, y serán poseídos de Dios, el cual mora y descansa sobre los mansos, y de ellos puebla los cielos. Mira con los ojos del entendimiento aquella tierra dichosísima, región de vivos, donde ninguno puede morir, valle de deleites que mana leche y miel, tierra de bendición y de regadío, fertilizada con aquel río de agua cristalina que mana del trono de Dios [4], en cuya ribera tiene muchedumbre de árboles de vida, cargados de abundantes y variados frutos. Esta tierra te dará el Señor, si eres manso. ¡Oh Espíritu divino, que como mansa paloma descendéis [5] sobre los que son mansos corderos, por la semejanza que con Vos tienen! Hacedme semejante á Vos en la mansedumbre, para que posea con firmeza la unión de vuestra gracia y después la herencia y tierra prometida de la

[1] Matth., XII, 19; Isai., LIII, 7. — [2] Psalm. XXIV, 9.
[3] Eccles., III, 19; Psalm. XXXVI, 9. — [4] Apoc., XXII, 1. — [5] Joan, I, 32.

gloria. ¡Oh alma! Mira cuál será tu suerte si eres mansa. ¿Deseas serlo? ¿Qué medios debes adoptar?

Epílogo y coloquios. ¡Bienaventurados mil veces los mansos! Tales son aquellos que saben enfrenar los impulsos de la ira, los movimientos del genio y los arrebatos de la pasión, sin dar muestra alguna de turbación; aquellos que son tan comedidos en las palabras, que jamás profieren ninguna que no sea inspirada por la más amable caridad; aquellos que, olvidando con suma facilidad las injurias, en lugar de vengarse del que les injurió, son blandos con él, dándole bien por mal, excusándole con amor, disimulando con caridad, y hasta rogando por él. Dichosos son estos tales, porque, haciéndose, en cuanto pueden, semejantes al mansísimo Jesús, modelo perfectísimo de mansedumbre, se harán acreedores al premio que ha prometido á los mansos. Ellos poseerán la tierra de su corazón, dominando y gobernando sus pasiones con la mayor facilidad y eficacia; ellos poseerán los corazones de sus hermanos, triunfando de ellos con la mansedumbre; y, por fin, ellos poseerán la tierra feliz, abundante y deliciosa de los vivos, en la que serán reyes por toda la eternidad, ya que durante su vida supieron reinar sobre sí mismos. ¿Has procurado tú, hasta el presente, hacerte digno de tales premios? ¿Te has esforzado en ser manso con tus superiores, iguales é inferiores? ¿No te arguye la conciencia de algún ligero pensamiento vengativo, de alguna expresión ó palabra dura y áspera, de alguna acción poco conforme con la mansedumbre? Si es así, procura remediarlo, y para esto indaga cuándo y por qué causas te dejas arrastrar de la ira, y aplica la segur á la raíz, haciendo propósitos, pidiendo gracia para cumplirlos, y rogando fervoroso por todas las necesidades que tienes encargadas.

58.—TERCERA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.º Dijo Jesús: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados».

PRELUDIO 2.º Represéntate al Salvador diciéndote estas palabras.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ejercitarte en el llanto, que puede hacerte bienaventurado.

Punto 1.º *En qué consiste el llanto bienaventurado.*—Considera los actos que abraza el llanto que llama Jesús bienaventurado, que son cuatro los principales. El primero es enfrenar las risas, juegos y entretenimientos demasiados, cercenando, no solamente los ilícitos, sino algunos que pudieras tomar sin pecado, diciendo aquello del Eclesiastés [1]: «Á la risa tuve por error, y al gozo dije: ¿por qué me engañas?» El segundo acto consiste en llo-

[1] Eccles., II, 2.

rar los pecados, no tanto por el daño propio que con ellos te ocasionas, cuanto por la ofensa que haces á Dios, al modo que los lloraba el apóstol san Pedro; y como David, que decía [1]: «Arroyos de lágrimas salieron por mis ojos, porque no guardaron tu santa ley». El tercero es llorar por los pecados de los hombres, así por su daño y condenación, como por la injuria que hacen á Dios, doliéndote de ver cuán mal servido es, al modo que Jeremías [2] sentía la perdición de su pueblo y deseaba que sus ojos se convirtiesen en fuentes de lágrimas, para llorar de día y de noche sus miserias. El cuarto es llorar tu destierro y la ausencia de Dios, suspirando por gozar de su presencia, diciendo con David [3]: «Las lágrimas fueron mi pan de día y de noche, mientras me están diciendo: ¿Dónde está tu Dios?» Estas son lágrimas que Jesús llama bienaventuradas, las cuales causan gozos más puros y exquisitos que todos los deleites de los sentidos. Las primeras lágrimas son de contrición; las segundas son de compasión; las terceras son de devoción, y con ellas tienen semejanza las que se derraman meditando la Pasión de Cristo; y las cuartas son de puro amor, por el deseo de unirse con el Amado. Pondera ahora la falta que tú tienes de tales lágrimas, no sólo de las corporales, que suelen faltar sin culpa, sino también del espíritu de donde ellas nacen, y llorando tu sequedad, has de decir á nuestro Señor lo que dijo la hija de Caleb á su padre [4]: «La tierra que me diste es seca y estéril; dame otra que tenga agua; y su padre la dió el regadío superior y el inferior». ¡Oh Padre soberano! Mi alma es como tierra sin agua; dadme el riego inferior, que son lágrimas de temor, y el riego superior, que son lágrimas de amor, para que de tal modo llore mis pecados y miserias y las de todos los mortales, que alcance de vuestra misericordia remedio para ellas. ¿Deseamos nosotros estas lágrimas? ¿Qué hacemos para alcanzarlas?

Punto 2.º *Jesucristo derramó las lágrimas que llama bienaventuradas.*—Considera aquí cómo Jesucristo practicó con la mayor perfección la virtud que te recomienda en esta bienaventuranza. Porque de Él no se lee que nunca riese, como dice san Basilio [5]; y, por el contrario, sabemos y nos consta que lloró varias veces. En el pesebre, en su nacimiento, lloró, como lloran todos los niños, aunque no tanto por el dolor que padecía como ellos, cuanto por lo que tú habías de padecer por tus pecados, deseando con sus lágrimas enjugar y limpiar la causa de las que debieras derramar y no derramas. En la muerte de Lázaro lloró de compasión por el dolor que experimentaba aquella familia tan querida suya, y por los males espantosos que había acarreado el pecado al mundo, especialmente la muerte que tenía delante

[1] Psalm. cxviii, 136. — [2] Jerem., ix, 1. — [3] Psalm. xli, 4.
[4] Josue, xv, 19; S. Greg., lib. i, Dialog. — [5] Regul. 17.

de su vista. Lloró también al entrar en la ciudad de Jerusalén, viendo la ingratitud de sus habitantes, que no conocían el bien que por sus puertas les entraba y los enormes castigos temporales y eternos que habían de venir sobre ellos, por no haberse querido aprovechar de su amorosa visita. En la cruz derramaría muy tiernas lágrimas, rogando fervorosamente por sus perseguidores, doliéndose más del daño que á ellos les venía, que de las penas que Él mismo sufría. Finalmente, como dice san Pablo [1], en los días de su carne, que es de su mortalidad, oraba muchas veces con lágrimas, hasta que en el huerto de Getsemaní oró, sudando, no gotas de agua, sino de sangre, como quien lloraba lágrimas de sangre por todos los poros de su cuerpo natural, por los pecados y miserias de su cuerpo místico. Todo lo cual debe ser para ti un motivo poderosísimo para ejercitarte en esta virtud; porque si aquel Señor, que es la misma alegría esencial, que sin un milagro estupendo no podía sufrir tristezas, quiso hacerlo para poder enseñarte á derramar lágrimas con su ejemplo; ¿qué será razón que hagas tú, viviendo en un valle de lágrimas, expuesto á continuas caídas, y no sabiendo la suerte eterna que te tocará? ¡Oh dulcísimo Jesús! Convertid mis ojos en fuentes de lágrimas, para que os acompañe en las vuestras; pues no es razón que lloréis Vos, siendo inocentísimo, y ría yo, miserable pecador.

Punto 3.º *Premios de los que lloran.*—Considera en este punto cómo el llorar, que en los ojos del mundo es señal de miseria, en los de Cristo lo es de bienaventuranza, prometiendo á los que lloran que serán consolados en lo mismo porque lloran. Si lloran por sus pecados, teniendo de ellos vivo dolor, alcanzarán el consuelo del Señor, perdonándoselos generosamente, y dándoles gracia para que jamás caigan en ellos, si se conservan fieles á la misma. Si lloran los pecados ajenos, Dios convertirá su llanto en gozo [2], haciendo que se conviertan aquellos por cuya salvación lloran, ó á lo menos les concederá otras gracias mayores, que les descubran la bondad que con ellos ha usado el Señor. Si lloran el destierro del mundo en que se hallan, sentirán nacer y aumentarse la esperanza de que tendrán fin los trabajos, y vendrán presto los consuelos eternos [3], en los que aquel que es el verdadero consolador, y que se llama el Dios de todo consuelo, enjugará por sí mismo estas lágrimas, y comunicará tal hartura de bienes, y tal seguridad de poseerlos para siempre, que jamás la tristeza más insignificante pueda venir á aguar el contento. ¡Dichosas lágrimas, que con tantos consuelos son premiadas! Pondera finalmente la amenaza que dirige Cristo nuestro Señor á los que siguen el camino opuesto [4]: «¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque después lloraréis!» De suerte que, si

[1] Hebr., v, 7. — [2] Psalm. xxix, 12. — [3] Apoc., vii, 17. — [4] Luc., vi, 25.

desenfrenadamente te entregas á risas y vanos placeres, después se te seguirán amargas lágrimas y terribles pesares, ó en esta vida, sucediendo el llanto al gozo, como dice el Sabio [1], ó en la otra, adonde, como dice el Salvador [2], habrá llanto y crujimiento de dientes, conforme á la sentencia que se dió contra Babilonia [3]. «Cuanto se glorificó en los regalos, tanto reciba de tormento y llanto; porque dijo en su corazón: Nunca sabré qué cosa es llanto». ¡Oh Juez justísimo, que á todos dais lo merecido, consolando á los que lloran sus pecados, y afligiendo á los que se alegran de ellos! Dadme vivo y claro conocimiento de la malicia que en ellos se encierra, y de los daños que me causan, para que, llorándolos aquí con dolor, merezca ser consolado para siempre. ¡Oh alma mía! ¡Mira cuán distinto es el término á que conducen las risas y llantos de esta vida! ¿Qué es lo que tú prefieres?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán de raíz combate y destruye Jesús las aspiraciones del mundo! Este desea gozar, te convida á risas y entretenimientos, te ofrece goces y pasatiempos deliciosos y recreativos; Jesucristo te dice: «Bienaventurados los que lloran; y ¡ay de los que ahora ríen!» No pretende, por cierto, el prohibirte toda alegría, aunque moderada; muy al contrario, no se cansa de recordarnos, por sí y por sus ministros, que nos alegremos. Lo que Jesús desea es que no pongas tu corazón en los goces mundanos; que llores tus pecados y los de tus prójimos, y que, considerando este mundo como un destierro, suspires por tu patria, por el cielo, en donde se halla únicamente el verdadero consuelo. Este es el llanto bienaventurado, en el que se ejercitó durante su vida mortal el divino Redentor; quien jamás se dice que riera, y se sabe que lloró repetidas veces, como en el pesebre, en la muerte de Lázaro, sobre Jerusalén, y en la cruz. Este llanto es más dulce que todos los placeres del sentido, y llena el alma de dulcísimo consuelo, ya en este mundo, recibiéndole en las mismas cosas que le hacen llorar, y, sobre todo, en el otro, trocándolo el Señor en gozo sempiterno. ¡Oh! ¡Si tú imitases á Jesucristo, tu Maestro, en este llanto! ¿Acaso te faltan motivos para llorar? ¿No sientes á tu alma aprisionada con tantas pasiones, caída en tantos pecados, expuesta tan repetidas veces á la eterna condenación? Piénsalo atentamente. Haz firmes propósitos de no entregarte á alegrías desordenadas, y para cumplirlos, ruega con fervor á Jesús, pidiéndole por ti y por todo el mundo.

[1] Prov., XIV, 13. — [2] Matth., VIII, 12. — [3] Apoc., XVIII, 7.

59.—CUARTA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.º Dijo Jesús á las turbas y discípulos que le escuchaban: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos».

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo diciendo estas palabras.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de tener siempre esta hambre y sed.

Punto 1.º *En qué consiste esta hambre y sed.*—Considera cómo el hambre y sed de justicia de que te habla Jesús en esta bienaventuranza no es otra cosa que un ardiente deseo de la virtud y santidad, y de todas las cosas que son necesarias para alcanzarla. Abraza cinco actos. El primero es desear cumplir todas las cosas que son de justicia y obligación para con Dios y para con los prójimos, sin dejar ninguna, haciéndolas con mucho gusto, sin tedio ni fastidio, aunque sean desabridas á la carne; así como el que come con hambre y bebe con sed, come y bebe todo lo que ha menester con gran gusto; porque, como dice el Sabio [1], «el alma hambrienta tiene por dulce lo amargo». El segundo acto es desear crecer más y más en las virtudes, trazando de continuo nuevas subidas en su corazón, pareciéndole ser poco lo que tiene y mucho lo que todavía le falta. El tercer acto es tener hambre y sed de que en el mundo haya esta justicia, y que todos la procuren y guarden, evitando los pecados y todo aquello que pueda ser escollo ó peligro para perderla, ofreciéndose á padecer hambre temporal y cualquier otro trabajo en razón de que ella prevalezca. El cuarto es desear entrañablemente recibir sacramentalmente, ó á lo menos espiritualmente, á Cristo nuestro Señor, que es nuestra justicia, y desear beber el agua viva de su gracia y el vino y leche de las divinas consolaciones, corriendo con gran sed á los Sacramentos y á la oración y meditación, que son las fuentes [2] de donde manan. El quinto y último acto es desear fervientemente la corona de justicia, suspirando por ver á Dios, para sentarse con Cristo á su mesa y comer y beber lo que para siempre te ha de hartar. Pondera cómo en esta hambre y sed consiste el verdadero fervor del espíritu, opuesto al vicio de la pereza, el cual es tan necesario á los que sirven al Señor, que sin él es imposible hacer algún progreso en el camino de la perfección. Avergüénzate de hallarte tan falto de él, sintiendo tanto fastidio de las cosas y manjares del espíritu, mientras que tienes tanta hambre de los manjares del cuerpo. ¿No es esto lo que te sucede? ¿No sientes el peso de tu cuerpo terreno? ¡Oh Espíritu divino! Vos, que con tanta facilidad y tan de repente trocasteis los corazones de los Apóstoles, haciéndoles de tibios fervorosos, de tímidos valientes, comunicadme una chispa de este amor que

[1] Prov., XXVII, 7. — [2] Isai., XII, 3.

desenfrenadamente te entregas á risas y vanos placeres, después se te seguirán amargas lágrimas y terribles pesares, ó en esta vida, sucediendo el llanto al gozo, como dice el Sabio [1], ó en la otra, adonde, como dice el Salvador [2], habrá llanto y crujimiento de dientes, conforme á la sentencia que se dió contra Babilonia [3]. «Cuanto se glorificó en los regalos, tanto reciba de tormento y llanto; porque dijo en su corazón: Nunca sabré qué cosa es llanto». ¡Oh Juez justísimo, que á todos dais lo merecido, consolando á los que lloran sus pecados, y afligiendo á los que se alegran de ellos! Dadme vivo y claro conocimiento de la malicia que en ellos se encierra, y de los daños que me causan, para que, llorándolos aquí con dolor, merezca ser consolado para siempre. ¡Oh alma mía! ¡Mira cuán distinto es el término á que conducen las risas y llantos de esta vida! ¿Qué es lo que tú prefieres?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán de raíz combate y destruye Jesús las aspiraciones del mundo! Éste desea gozar, te convida á risas y entretenimientos, te ofrece goces y pasatiempos deliciosos y recreativos; Jesucristo te dice: «Bienaventurados los que lloran; y ¡ay de los que ahora ríen!» No pretende, por cierto, el prohibirte toda alegría, aunque moderada; muy al contrario, no se cansa de recordarnos, por sí y por sus ministros, que nos alegremos. Lo que Jesús desea es que no pongas tu corazón en los goces mundanos; que llores tus pecados y los de tus prójimos, y que, considerando este mundo como un destierro, suspires por tu patria, por el cielo, en donde se halla únicamente el verdadero consuelo. Este es el llanto bienaventurado, en el que se ejercitó durante su vida mortal el divino Redentor; quien jamás se dice que riera, y se sabe que lloró repetidas veces, como en el pesebre, en la muerte de Lázaro, sobre Jerusalén, y en la cruz. Este llanto es más dulce que todos los placeres del sentido, y llena el alma de dulcísimo consuelo, ya en este mundo, recibiéndole en las mismas cosas que le hacen llorar, y, sobre todo, en el otro, trocándolo el Señor en gozo sempiterno. ¡Oh! ¡Si tú imitases á Jesucristo, tu Maestro, en este llanto! ¿Acaso te faltan motivos para llorar? ¿No sientes á tu alma aprisionada con tantas pasiones, caída en tantos pecados, expuesta tan repetidas veces á la eterna condenación? Piénsalo atentamente. Haz firmes propósitos de no entregarte á alegrías desordenadas, y para cumplirlos, ruega con fervor á Jesús, pidiéndole por ti y por todo el mundo.

[1] Prov., XIV, 13. — [2] Matth., VIII, 12. — [3] Apoc., XVIII, 7.

59.—CUARTA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.° Dijo Jesús á las turbas y discípulos que le escuchaban: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos».

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesucristo diciendo estas palabras.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de tener siempre esta hambre y sed.

Punto 1.° *En qué consiste esta hambre y sed.*—Considera cómo el hambre y sed de justicia de que te habla Jesús en esta bienaventuranza no es otra cosa que un ardiente deseo de la virtud y santidad, y de todas las cosas que son necesarias para alcanzarla. Abraza cinco actos. El primero es desear cumplir todas las cosas que son de justicia y obligación para con Dios y para con los prójimos, sin dejar ninguna, haciéndolas con mucho gusto, sin tedio ni fastidio, aunque sean desabridas á la carne; así como el que come con hambre y bebe con sed, come y bebe todo lo que ha menester con gran gusto; porque, como dice el Sabio [1], «el alma hambrienta tiene por dulce lo amargo». El segundo acto es desear crecer más y más en las virtudes, trazando de continuo nuevas subidas en su corazón, pareciéndole ser poco lo que tiene y mucho lo que todavía le falta. El tercer acto es tener hambre y sed de que en el mundo haya esta justicia, y que todos la procuren y guarden, evitando los pecados y todo aquello que pueda ser escollo ó peligro para perderla, ofreciéndose á padecer hambre temporal y cualquier otro trabajo en razón de que ella prevalezca. El cuarto es desear entrañablemente recibir sacramentalmente, ó á lo menos espiritualmente, á Cristo nuestro Señor, que es nuestra justicia, y desear beber el agua viva de su gracia y el vino y leche de las divinas consolaciones, corriendo con gran sed á los Sacramentos y á la oración y meditación, que son las fuentes [2] de donde manan. El quinto y último acto es desear fervientemente la corona de justicia, suspirando por ver á Dios, para sentarse con Cristo á su mesa y comer y beber lo que para siempre te ha de hartar. Pondera cómo en esta hambre y sed consiste el verdadero fervor del espíritu, opuesto al vicio de la pereza, el cual es tan necesario á los que sirven al Señor, que sin él es imposible hacer algún progreso en el camino de la perfección. Avergüénzate de hallarte tan falto de él, sintiendo tanto fastidio de las cosas y manjares del espíritu, mientras que tienes tanta hambre de los manjares del cuerpo. ¿No es esto lo que te sucede? ¿No sientes el peso de tu cuerpo terreno? ¡Oh Espíritu divino! Vos, que con tanta facilidad y tan de repente trocasteis los corazones de los Apóstoles, haciéndoles de tibios fervorosos, de tímidos valientes, comunicadme una chispa de este amor que

[1] Prov., XXVII, 7. — [2] Isai., XII, 3.

les disteis, para que, enardecido mi espíritu, corra con celeridad por el camino de la perfección, anhelando con ardor la justicia y santidad, y sobre todo á Vos, que sois fuente de ellas.

Punto 2.º *Jesús sufrió esta hambre y sed.*—Considera cómo Jesucristo sintió esta hambre y sed, pero de un modo tan intenso, que le hacía olvidar el hambre y sed del sustento ordinario y necesario. Ocupado de continuo por el deseo ardiente de la salvación de las almas, olvídase con frecuencia del alimento corporal. Oye cómo, hallándose muy cansado y necesitado de comer, contesta á sus discípulos, que le presentan la comida [1]: «Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre»; como quien dice: Hasta que harte el hambre de mi espíritu, no me da cuidado el hambre del cuerpo, ni el cuerpo siente la falta de su manjar hasta que el espíritu coma el suyo, que consiste en cumplir la voluntad de mi Padre y santificar las almas, para las cuales he venido á este mundo. ¡Oh, si tú sintieras tal hambre de convertir las almas y santificar la tuya cual sentía Jesús, que por ella te olvidases de tus necesidades corporales, y no echases de menos la comida material por hartarte de esta comida espiritual! Mira, además, la sed vivísima que tiene Jesús de beber el cáliz de su Pasión, aunque tan amargo y repugnante, la cual le hace vivir en continua apretura [2] y violencia mientras no se llega el momento de beberle; le mueve á hablar repetidas veces de él, y le hace salir de su paso al dirigirse por postrera vez á Jerusalén; y cuando vienen los verdugos á prenderle, Él mismo les sale al encuentro, mostrando que era más intenso su deseo de padecer que el de ellos de atormentarle. Finalmente: estando ya clavado en la cruz, saturado de oprobios y cubierto de ignominia, dijo que tenía sed, no sólo por la que padecía el cuerpo, sino mucho más por la que padecía el espíritu, porque tenía sed de obedecer en todas las cosas, cumpliendo toda justicia, sin olvidar el menor de los encargos que había recibido de su Padre; sed de padecer por nuestro amor, hallándose dispuesto á estar sufriendo todo el peso de los dolores en la cruz hasta el fin del mundo si fuera necesario; y sed de salvar las almas, por las cuales ofrecía el sacrificio de sí mismo. ¡Oh amantísimo Jesús, cuyo manjar y bebida es cumplir la voluntad de vuestro Padre y procurar, á costa de grandes sacrificios, nuestra felicidad! Gracias os doy por este amor intenso que nos profesáis y por el que tenéis á vuestro Padre, de los cuales procede este deseo. Infundidlos en mi corazón, para que logren despertar en mí esta hambre y sed que os aflige. ¿Qué nos conviene proponer y hacer para alcanzarlos?

Punto 3.º *Premio que corresponde á esta bienaventuranza.*—Considera cómo los hambrientos, según dice Jesucristo, serán hartos, porque Dios les concederá en esta vida las cosas

[1] Joan., IV, 34. — [2] Luc., XII, 50.

que deseaban, comunicándoles copiosa gracia, abundancia de merecimientos, gran gusto interior del espíritu, y dándoseles á sí mismo por manjar, y uniéndose á ellos con amor, con tanta hartura, que digan [1]: «¿Qué quiero yo en el cielo, y fuera de Ti, qué otra cosa puedo desear yo sobre la tierra?» Y aunque la hartura de esta vida despierta nueva hambre y nueva sed [2]; pero esta hambre y sed no es penosa, sino dulce, porque quita el fastidio y aumenta el gusto. Empero, la recompensa cumplida de esta bienaventuranza será la hartura de la gloria, en donde los hambrientos quedarán completamente satisfechos con la vista clara de Dios [3], la cual engrandece y enriquece tanto, que quita las ganas de todas las grandezas y riquezas de este siglo, porque en su comparación todas son miserias y bajezas. Serán satisfechos los deseos de saber, porque en Dios se ven todas las cosas que se pueden desear; y también quedarán saciados los deseos de virtud, porque allí se da el cumplimiento y última perfección de todas ellas. ¡Con tal hartura será premiada esta bienaventurada hambre! Mas, escucha la amenaza de Jesús á aquellos que, estando llenos de bienes temporales, comen y beben hasta hartarse sólo por su regalo [4]: «¡Ay de vosotros los que estáis hartos, porque padeceréis hambre!» Estos no tienen hambre y sed de justicia, sino fastidio de ella; porque, como dice el Sabio [5], «el alma harta pisa el panal»; y les sucederá lo que al rico Epulón, que comía espléndidamente y ahora padece increíble sed, sin que se le dé una gota de agua para refrigerarla [6]. ¡Oh Dios eterno, que en vuestra adorable Providencia llenáis de bienes á los hambrientos, y dejáis vacíos á los ricos y hartos! Quitad de mí tan abominable hartura, que me haga indigno de vuestras misericordias, y dadme aquella hambre cuyo premio es hartura sempiterna. ¿Suspiramos nosotros por este premio? ¿Resistimos al hambre de los bienes terrenos? ¿Nos compadecemos de aquellos que tienen su corazón puesto en los bienes del mundo?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán dichosos son los que tienen hambre y sed de justicia! Pertenecerás á este pueblo escogido y afortunado, si ardes en deseos de cumplir todo aquello á que estás obligado, aunque sea dificultoso, duro y áspero; si, no contento con esto, aspiras cada día á mayor virtud y santidad; si suspiras y trabajas de continuo y con todas tus fuerzas para que los demás vayan creciendo en las virtudes de modo que el Señor tenga muchos amigos fieles que le sirvan, y, por fin, si anhelas vivamente unirte con Dios en esta vida por medio de los Sacramentos y la caridad que por ellos se nos infunde, y en la otra por la participación de su gloria. ¿Sientes en ti esta bienaventurada hambre? Mira á Jesucristo, cómo de ella te da relevantes y ad-

[1] Psalm. LXXII, 25. — [2] Eccli., XXIV, 29. — [3] Psalm. XVI, 15. — [4] Luc., VI, 25.
[5] Prov., XXVII, 7. — [6] Luc., XVI, 25.

mirables ejemplos. Su manjar es cumplir la voluntad de su Padre, para lo cual ha venido al mundo; y es tal el hambre que padece de esto y de la salvación de los hombres, que le hace olvidar todas sus necesidades corporales, vive por ello en continua apretura y violencia, y no puede menos de manifestarla en alta voz desde lo alto de la cruz, pocos momentos antes de espirar. ¡Cómo confunde el Salvador tu tibieza en la práctica de la virtud, tu fastidio por las cosas de perfección, y tu hambre desmedida de bienes materiales! Oye la amenaza que Jesús dirige á los que se hallan en este estado, y tiembla. El mismo Señor, que promete hartura completa á los que le imitan en el hambre, amenaza con hambre eterna á los que sigan un camino opuesto. En vista de esto, ¿qué pensamos nosotros de la hartura de este mundo? ¿Quiénes son los bienaventurados? ¿Deseamos nosotros serlo? Veamos cómo nos hemos conducido hasta hoy, y qué debemos hacer en lo sucesivo. Resolvamos prácticamente lo que nos convenga, y pidamos lo que nos sea necesario.

60.—QUINTA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.º Dijo el Señor: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciendo estas palabras.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de practicar la misericordia.

Punto 1.º *Quiénes son los misericordiosos.*—Considera cómo la misericordia que recomienda Jesucristo en esta bienaventuranza, abraza las catorce obras que se llaman de misericordia, las siete corporales, cuyo objeto es remediar las necesidades del cuerpo, y las siete espirituales, que socorren las necesidades del alma. Más para que la misericordia sea más perfecta, deben tales obras practicarse con tres excelentes condiciones, que la comunican notables quilates. La primera es que se extienda á todos los prójimos que padecen miseria, cualquiera que sea su edad, sexo, condición y estado moral, sin excluir ninguno, aunque sea pecador y enemigo tuyo. La segunda, que se extienda á remediar todo género de miseria corporal y espiritual, conforme al caudal de que dispones, dando mucho si tienes mucho, como dijo Tobías á su hijo [1], y poco si tienes poco: y si no tuvieres posibilidad para remediar tal necesidad, á lo menos has de desear hacerlo, y pedir á Dios que lo verifique, procurando, si puedes, que otros la remedien. La tercera es que se ejercite con interior compasión de la miseria ajena, sintiéndola como si fuera propia, dando primero el corazón compasivo, y después el don por pura caridad, sin esperar otra retribución,

[1] Tob., IV, 9.

si no es de Dios. Pondera ahora cuán culpable eres en la falta de misericordia con tus prójimos, porque ni has tenido el desprendimiento necesario para subvenir á sus necesidades corporales, ni la caridad y abnegación indispensables para remediar las espirituales. Escaso en las limosnas, duro con el necesitado, perezoso para visitar al enfermo, soberbio con el prójimo á quien has negado el consejo, ni has procurado su consuelo, y te has olvidado de rogar por él. Demás de esto, en tus escasos favores has tenido acepción de personas, buscando tal vez en ellos la satisfacción de tu amor propio, el fomento de la vanidad, ó el hacer méritos para que te recompensen con otros beneficios mayores. Ponderando todo esto, has de humillarte y confundirte grandemente delante de Dios, suplicándole que te dé un corazón misericordioso, que sepa compadecerse de las miserias del prójimo. ¡Oh Padre de las misericordias, cuya única ocupación es hacer bien á todas las criaturas, sin esperar de ellas cosa alguna! Concededme un espíritu tan compasivo, que se enternezca por los males de sus hermanos y se mueva con eficacia á remediarlos. ¿Somos nosotros misericordiosos? ¿Nos compadecemos de nuestros prójimos y procuramos remediar sus necesidades?

Punto 2.º *Ejemplos de misericordia que dió Jesús.*—Considera cómo Jesucristo fué misericordiosísimo [1] con gran excelencia en las condiciones que ha de abrazar la misericordia. Estimulado por el deseo de ejercitar esta virtud, se movió á bajar del cielo, y tomar nuestra carne para remediar todos los males que afligían á la humanidad. Porque como la misericordia tiene dos actos, que son: entristecerse del mal del prójimo, y librarle de él, y como en cuanto Dios no fuese capaz del primero, quiso que no le faltase del modo que era posible, haciéndose hombre verdadero, de tal manera que pudiese entristecerse de tus miserias, y tener compasión y tristeza de ellas, como si fueran propias. Pero reflexiona el modo excelente con que ejercita su misericordia durante su vida mortal, porque gastó todos los años de su predicación en estas obras, y no hubo enfermedad que no curase [2], ni desgracia que no aliviase. Mírale cómo sana á los enfermos que le piden remedio; da de comer milagrosamente á los hambrientos, resucita á los muertos, perdona con amor á los pecadores, enseña á los ignorantes, y cansado de las fatigas de la predicación, se retira á orar por todos [3]. Contémplale en la Pasión, y verás que da para los miserables todo cuanto tiene, sin perdonar hacienda, honra, sangre y vida para el remedio de sus miserias; y prepara y amasa de tal modo su cuerpo y sangre, que puede servir de comida para los hambrientos, de bebida para los sedientos, precio para los cautivos, medicina para los enfermos y panacea para todos los males. Finalmente:

[1] Luc., XIV, 13. — [2] Matth., IV, 23. — [3] Act., X, 38.

es tal su deseo de ejercitar la misericordia, que á los que pretendían apartarle de ella, dijo [1]: «Aprended lo que hace al caso y agrada más á Dios, porque más estima la misericordia que el sacrificio». ¡Oh buen Jesús, que vinisteis al mundo, movido de misericordia, y por compasión tomasteis sobre Vos nuestras miserias, para librarnos de ellas! Haced conmigo esta misericordia, que aprenda á imitaros en ella. ¡Oh alma! Acuérdate que Jesús dijo [2]: «Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial» ¿Observas este precepto?

Punto 3.º *Premio de los misericordiosos.*—Considera en este punto el premio que Jesús promete á los misericordiosos, y el castigo que vendrá sobre los que no lo sean. Pondera cómo los misericordiosos alcanzarán de Dios misericordia, librándoles de todas sus miserias, espirituales y corporales, parte en esta vida tratándoles el Señor como hijos muy amados, acudiéndolos en sus necesidades corporales como un padre cuida de sus hijos, y librándoles de las miserias espirituales de culpa y pena, perdonando sus pecados, ayudándoles en las tentaciones, esclareciendo sus dudas, tranquilizándolos en sus temores; y cumplidamente en la otra con tanto exceso, cuanto va de la misericordia del hombre flaco, á la misericordia de Dios omnipotente, la cual por todas partes es infinita. Mas reflexiona que esta misericordia de Dios, aunque infinita en sí misma, será tanto mayor contigo, cuanto fuere mayor la que hicieres con el prójimo, porque serás medido [3] con la medida con que tú midieres á él. Pues si son tantas las miserias que tienes, de las cuales sólo Dios puede librarte, ¿qué cosa más acertada puedes hacer que ser misericordioso con otros para que Dios lo sea contigo? Mira, por último, los castigos que experimentarás si no eres misericordioso; Dios no se compadecerá de ti, como no se compadeció del siervo [4] que no tuvo misericordia de su compañero; el juicio que contigo se haga será sin misericordia, como dice Santiago [5], porque no la tuviste con tus hermanos, y en aquel día tremendo, así como las obras de misericordia serán la palanca poderosa que levantará á los justos hasta el cielo, por la falta de ellas serás precipitado en el infierno. ¡Oh Redentor mío! Gracias os doy por la abundancia de gracias y mercedes con que favorecéis al misericordioso. Bien se echa de ver en esto el amor de padre que nos profesáis, que no os contentáis con hacernos Vos el bien, sino queréis que todos nuestros hermanos nos lo hagan, pagándoles Vos con generosidad divina lo que nosotros no podríamos pagar. Dadme esta misericordia, para hacerme digno de vuestro premio. ¿Lo deseas de veras, alma fiel? ¿Cómo debes alcanzarlo?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán excelente y apreciable es la

[1] Matth., IX, 13.— [2] Luc., VI, 36. — [3] Matth., VII, 2. —[4] Matth, XVIII, 34.
[5] Jacob., II, 13.

virtud de la misericordia! Ella mueve á nuestro corazón á entristecerse por las desgracias y miserias del prójimo, que considera como propias, y á buscar medios y á desprenderse de lo suyo para subvenirlas. Esta misericordia no acepta personas, derramando sus bienes sobre todos indistintamente; ella no distingue necesidades, cuando las puede remediar todas; ella, en fin, no busca su contento y satisfacción, sino sólo el bien del prójimo y la gloria del Señor. ¡Con qué perfección ejercitó Jesucristo esta virtud tan noble y provechosa! Por ella baja del cielo, se carga con el peso de nuestra carne, emprende una vida trabajosa, busca al desgraciado para socorrerle, y, por último, ya en el término de su vida, sacrifica en aras de esta virtud todo cuanto tiene. ¡Bendita sea una tan inaudita misericordia! Y tú, ¿cómo practicas esta virtud? ¿Deseas que Dios sea misericordioso contigo en esta vida, en el juicio, y después de él? Sélo con tu prójimo, porque los misericordiosos serán los que alcancen misericordia. Mas ¡desgraciado de ti si no lo eres! Serás miserable en vida; tu juicio será sin misericordia, y después de él caerás en la eterna miseria. Mira lo que te importa proponer y practicar. Piénsalo bien, y persuadido de tu pequeñez y pobreza, pide con confianza cuanto necesites.

61.—SEXTA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.º Dijo Jesús: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios».

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciendo estas palabras.

PRELUDIO 3.º Pide esta limpieza de corazón.

Punto 1.º *Qué es la limpieza de corazón.* — Considera cómo la limpieza de corazón es la perfecta caridad, con las tres condiciones que pone san Pablo [1], de corazón puro, con buena conciencia y fe no fingida. La primera es pureza de corazón, purificándole, no sólo de pecados mortales, sino lo más que pudieres de veniales; de modo que, aunque toquen al corazón, no estén en él de asiento, ni se detengan por costumbre ó afición estable. La segunda es limpieza y santidad de la conciencia, llenándola de limpios pensamientos y deseos, con limpias y santas obras. La tercera es sencillez en el trato con Dios y con los hombres, andando en verdad con todos con sencillez y pura intención, sin doblez ni engaños. Esta limpieza se llama de corazón, porque principalmente pertenece al alma y á la voluntad, y de ella se deriva al cuerpo en la pureza de la castidad, conforme al estado de cada uno; aunque el de las vírgenes y continentes es más puro;

[1] I Tim., I, 5

porque, como dijo el Apóstol [1], son santos en el cuerpo y en el espíritu, purificándose de las manchas del espíritu y carne. Pondera cómo para conservar tu corazón limpio y puro es indispensable ejercer una continua y atenta vigilancia sobre los sentidos y pasiones; no consintiéndoles ninguna libertad que pueda acarrear algún pensamiento ó deseo menos puro, y poner en peligro tu alma. Los sentidos son las ventanas [2] por donde entra la muerte en el alma. El corazón, colocado dentro del pecho, no podrá ser herido por los dardos enemigos, si los sentidos no les franquean la entrada, pues que sabido es que nada hay en el entendimiento que no lo haya recibido por los sentidos. Debes también vigilar sobre tu imaginación, que es como una sala pintada con muchas figuras, unas feas, otras profanas, ridículas y disparatadas, y si no la gobiernas, se entretendrá en mirarlas, y solicitará á tu corazón á que consienta en algún pecaminoso deseo. Considerando todo esto y tu propia fragilidad é inconstancia, debes pedir al buen Jesús que te ayude para conservar tal limpieza. ¡Oh Hijo de Dios vivo, espejo sin mancha de la majestad de Dios, engendrado desde todos los siglos entre los resplandores de la santidad! Por vuestra hermosura y pureza infinita os suplico me auxiliéis para que conserve limpio el vaso de mi pobre corazón, que os dignasteis lavar con vuestra sangre. ¿Aspiramos nosotros á esta celestial pureza? ¿De qué modo la hemos de obtener y conservar?

Punto 2.º *Jesús fué limpio de corazón.*—Considera cómo Jesucristo fué limpio de corazón en grado excelentísimo. Porque Él ni pecó [3] ni pudo pecar ni de pensamiento, palabra ni obra; el príncipe de este mundo no halló en Él cosa suya, y desafiando á sus enemigos á que le tildasen de algún pecado, nada pudieron echarle éstos en cara, por más que le estaban acechando de continuo para acusarle si en Él hubiesen observado alguna cosa defectuosa ó mala. Por el contrario, adornó su vida con obras purísimas y santísimas, buscando en ellas la gloria de su Padre; ni en su boca se halló jamás doblez ni engaño [4]. Era tal la perfección de todas sus acciones, que de ella se vieron obligados á dar público testimonio sus contrarios, diciendo que había hecho bien todas las cosas; que era veraz en todo, enseñando con toda verdad el camino del cielo. De aquí procedió la grande ojeriza que tuvo siempre contra la limpieza fingida, que no era de corazón, reprendiéndola con palabras ásperas, diciendo [5]: «¡Ay de vosotros, hipócritas, que limpiáis el cáliz y el plato por de fuera, y de dentro estáis llenos de inmundicia! Fariseo ciego, limpia primero lo de dentro, y de ahí resultará quedar limpio lo de fuera», porque de la limpieza del corazón procede la pureza de la obra

[1] I Cor., VII, 34; II Cor., VII, 1. — [2] Jerem., IX, 21. — [3] Joan., VIII, 46.
[4] I Petr., II. — [5] Matth., XXIII, 52.

exterior, y como nadie querría beber en vaso que está muy sucio por dentro, aunque esté limpio por defuera, así Cristo nuestro Señor no se agrada de la limpieza exterior sin la interior [1]. Pondera cómo este mismo Señor no se contentó con ser Él limpio de corazón, sino que exigió esta misma limpieza en todos los que escogió para su escuela; su Madre, su Precursor, todos sus Apóstoles fueron limpios, no consintiendo en ellos ni siquiera el polvo de pecados veniales y afectos desordenados, que fácilmente se contrae; y si algún pecador se acercó á Él, trató de limpiarle y purificarle al momento de sus manchas. ¡Oh Salvador purísimo! Por aquella excelente limpieza que resplandeció en Vos y en todas las acciones de vuestra vida, os suplico humildemente me limpiéis de todas mis mancillas, guiéis todos mis pasos, y gobernéis mis sentidos é imaginación, á fin de que mi corazón se conserve puro y pueda ser agradable morada vuestra. Y nosotros, ¿cómo debemos imitar la limpieza de Jesús? ¿En qué cosas nos diferenciamos de este modelo?

Punto 3.º *Premio de esta bienaventuranza.*—Considera cómo el premio que se da á los limpios de corazón es la vista clara de Dios, no sólo en este mundo por medio de la oración y contemplación, sino principalmente en el otro con la visión clara de la Divinidad, en que consiste la esencial bienaventuranza de los santos. Así se cumple lo que dijo David [2]: «¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién morará en su santo cielo? El inocente de manos y el limpio de corazón, el que no recibió en vano su alma, ni trató á su prójimo con engaño». Pondera aquí con toda atención la riqueza de este premio. Allí tu entendimiento estará lleno de Dios, contemplando sin figuras ni enigmas, rostro á rostro [3] á todo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo; y cómo el Padre engendra al Hijo, y los dos producen el Espíritu Santo, y los tres son un mismo Dios infinito, inmenso é incomprensible. Verá los inefables misterios de la Encarnación del Hijo de Dios, de su sacratísima Humanidad, y las obras maravillosas que Dios ha obrado de naturaleza y gracia. Verá los secretos juicios de Dios en el gobierno de sus criaturas, y la providencia paternal con que Dios te gobernó y encaminó para que lograses la salvación. Verá allí los peligros de que te libró y los beneficios ocultos que te hizo. Finalmente: allí hartarás el deseo insaciable que tienes de saber, porque, viendo á Dios, verás en Él todas las cosas, alcanzando de un modo inefable lo que la serpiente infernal prometió á los primeros padres en el paraíso, que es ser como Dios, que sabe el bien y el mal, gozando de lo bueno sin tener parte en lo malo. Tal es el premio que puedes prometerte, si eres limpio de corazón. ¡Oh bienaventurada limpieza, que es levantada á tanta grandeza! ¡Oh alma mía! Pues que ninguno manchado [4] puede entrar en este

[1] Sap., VII, 23. — [2] Psalm. XXIII, 3. — [3] I Cor., XIII, 12. — [4] Apoc., XXI, 27.

océano de luz y claridad, que es el cielo, procura suma pureza y limpieza, para que alcances esta dichosa vista. ¿Suspiras por ver á Dios? ¿Qué medios practicas para lograrlo? Si ahora fueses llamado á juicio, ¿tendrías confianza de obtener este bien?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán hermoso y agraciado es el linaje de los que se conservan limpios y puros de corazón! Más ¡cuán difícil es conservar la perfecta pureza en esta tierra de corrupción y maldad! Para ello es indispensable evitar todo pecado mortal y venial, no consintiendo que el corazón se manche de un modo estable con uno solo. Preciso es limpiar la conciencia, llenándola de santos pensamientos y limpias obras. Es preciso ejercer una continua vigilancia sobre los sentidos é imaginación, puertas por las que podría el demonio entrar hasta el corazón y mancillarlo con su hálito venenoso. ¿Tratas tú de obrar de este modo? Jesucristo, tu divino Maestro, va delante, y te enseña prácticamente esta limpieza. Mírale; jamás comete un solo pecado, ni siquiera hay en Él la posibilidad de faltar en la cosa más insignificante. Sus enemigos no hallan de qué acusarle, y para justificar de algún modo la sentencia que contra Él dan, instigados por la envidia, necesitan de testigos falsos. ¡Oh, si tu imitaras tal limpieza! ¡Qué premio tan glorioso, abundante y rico alcanzarías! La vista de Dios, en este mundo por medio de la oración y contemplación, y en el otro por la lumbre de la gloria; la cual saciaría todos los deseos de tu corazón y todas las aspiraciones de tu entendimiento. ¿Qué piensas, en vista de todo esto? ¿No procurarás alcanzar ó conservar y perfeccionar esta limpieza de corazón? ¿Te detiene alguna afición desordenada, algún hábito criminal, alguna ocasión peligrosa? Medítalo; haz propósitos acomodados al estado actual de tu alma, y con fervor y confianza ruega á Jesús por ti y por todo el mundo.

62.—SÉPTIMA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.° Dijo Jesús: «Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios».

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús predicando esta bienaventuranza.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de ser siempre pacífico con todos.

Punto 1.° *Quiénes son los pacíficos.*—Considera cómo llama Jesucristo pacíficos á los que hacen paz, en lo cual hay cuatro grados, cada uno más excelente que el otro. El primero es hacer la paz contigo mismo, procurando que se extinga la guerra íntima que hay entre la porción inferior [1] de tu ser con la superior; para lo cual has de sujetar y subordinar la carne al espíritu, tus pasiones á la razón, y todo tu espíritu á Dios; por-

[1] Rom., VII, 23.

que mientras esto no alcances, no disfrutarás de verdadera y sólida paz en ti mismo, consistiendo ésta en una tranquilidad ordenada, como dice San Agustín. El segundo grado es, si no te contentas con tener paz contigo mismo, si no procuras tenerla con todos tus prójimos; evitando todo aquello que pueda turbarla, no dando jamás culpablemente ningún motivo de turbación injusta, sino motivos de mucha unión. El tercero consiste en pacificar los prójimos entre sí, los unos con los otros, procurando entre ellos la concordia, y huyendo de todo aquello que pueda encender la discordia, acordándote de lo que dice el Espíritu Santo [1], que una de las cosas que más aborrece Dios, es al que siembra discordias entre los hermanos, haciendo con esto oficio de demonio. El cuarto y supremo grado es pacificar las almas con Dios, ayudando á reconciliarlas con Él, y á reducir las criaturas al servicio de su Criador. Ponderando estos grados de paz, cuya grandeza, como dice el Apóstol [2], sobrepuja á todo sentido, has de llorar la falta que tienes de ella, porque, si con detención te examinas, verás que ni tienes paz contigo mismo, sino continua lucha, porque no te acabas de resolver á negar del todo tus apetitos desordenados, sujetándolos á la razón; ni la tienes con tus prójimos, porque, cegado por el amor propio, buscas tus propios contentos, con daño é injuria de ellos; en lugar de pacificar á tus prójimos entre sí, has sembrado, no pocas veces, la cizaña de la discordia con tus murmuraciones y críticas injustas; y en vez de pacificar los hombres con Dios, has sido tal vez piedra de escándalo y causa de que se apartasen de su divino servicio. ¡Oh Dios de la paz y caridad! Confuso y arrepentido estoy de las muchas veces que por mi causa se ha turbado la paz entre mis hermanos;! Vos que la concedisteis á vuestros Apóstoles [3], dádmela como la disteis á ellos, para que os sirva con paz y quietud, y otros os sirvan por medio mío, pacificándolos yo con Vos. ¡Oh cristiano ¿Eres verdaderamente pacífico? ¿Has procurado alcanzar esta bienaventuranza?

Punto 2.° *Jesucristo fué modelo de hombres pacíficos.*—Considera cuán perfectamente ejercitó Jesucristo esta bienaventuranza. Porque Él bajó del cielo á la tierra para traer la paz á los hombres de buena voluntad, como lo dijeron los ángeles en su nacimiento [4]. Los profetas le saludaron con los excelentes nombres de Rey pacífico, Príncipe de la paz; anunciaron ríos de paz que inundarían el mundo á su venida, y que el pueblo que redimiese gozaría de asiento de la hermosura de la paz, en los tabernáculos de la confianza y con descanso opulento. Contémplale ya nacido al mundo en la época de mayor paz que hasta entonces se había visto, significando el bien que con su venida había de traer á los hombres, que era pacificarlos entre sí y con

[1] Prov., VI, 19. — [2] Philip., IV, 7. — [3] Joan., XX, 19. — [4] Luc., II, 14.

océano de luz y claridad, que es el cielo, procura suma pureza y limpieza, para que alcances esta dichosa vista. ¿Suspiras por ver á Dios? ¿Qué medios practicas para lograrlo? Si ahora fueses llamado á juicio, ¿tendrías confianza de obtener este bien?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán hermoso y agraciado es el linaje de los que se conservan limpios y puros de corazón! Más ¡cuán difícil es conservar la perfecta pureza en esta tierra de corrupción y maldad! Para ello es indispensable evitar todo pecado mortal y venial, no consintiendo que el corazón se manche de un modo estable con uno solo. Preciso es limpiar la conciencia, llenándola de santos pensamientos y limpias obras. Es preciso ejercer una continua vigilancia sobre los sentidos é imaginación, puertas por las que podría el demonio entrar hasta el corazón y mancillarlo con su hálito venenoso. ¿Tratas tú de obrar de este modo? Jesucristo, tu divino Maestro, va delante, y te enseña prácticamente esta limpieza. Mírale; jamás comete un solo pecado, ni siquiera hay en Él la posibilidad de faltar en la cosa más insignificante. Sus enemigos no hallan de qué acusarle, y para justificar de algún modo la sentencia que contra Él dan, instigados por la envidia, necesitan de testigos falsos. ¡Oh, si tu imitaras tal limpieza! ¡Qué premio tan glorioso, abundante y rico alcanzarías! La vista de Dios, en este mundo por medio de la oración y contemplación, y en el otro por la lumbre de la gloria; la cual saciaría todos los deseos de tu corazón y todas las aspiraciones de tu entendimiento. ¿Qué piensas, en vista de todo esto? ¿No procurarás alcanzar ó conservar y perfeccionar esta limpieza de corazón? ¿Te detiene alguna afición desordenada, algún hábito criminal, alguna ocasión peligrosa? Medítalo; haz propósitos acomodados al estado actual de tu alma, y con fervor y confianza ruega á Jesús por ti y por todo el mundo.

62.—SÉPTIMA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.° Dijo Jesús: «Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios».

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús predicando esta bienaventuranza.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de ser siempre pacífico con todos.

Punto 1.° *Quiénes son los pacíficos.*—Considera cómo llama Jesucristo pacíficos á los que hacen paz, en lo cual hay cuatro grados, cada uno más excelente que el otro. El primero es hacer la paz contigo mismo, procurando que se extinga la guerra íntima que hay entre la porción inferior [1] de tu ser con la superior; para lo cual has de sujetar y subordinar la carne al espíritu, tus pasiones á la razón, y todo tu espíritu á Dios; por-

[1] Rom., VII, 23.

que mientras esto no alcances, no disfrutarás de verdadera y sólida paz en ti mismo, consistiendo ésta en una tranquilidad ordenada, como dice San Agustín. El segundo grado es, si no te contentas con tener paz contigo mismo, si no procuras tenerla con todos tus prójimos; evitando todo aquello que pueda turbarla, no dando jamás culpablemente ningún motivo de turbación injusta, sino motivos de mucha unión. El tercero consiste en pacificar los prójimos entre sí, los unos con los otros, procurando entre ellos la concordia, y huyendo de todo aquello que pueda encender la discordia, acordándote de lo que dice el Espíritu Santo [1], que una de las cosas que más aborrece Dios, es al que siembra discordias entre los hermanos, haciendo con esto oficio de demonio. El cuarto y supremo grado es pacificar las almas con Dios, ayudando á reconciliarlas con Él, y á reducir las criaturas al servicio de su Criador. Ponderando estos grados de paz, cuya grandeza, como dice el Apóstol [2], sobrepuja á todo sentido, has de llorar la falta que tienes de ella, porque, si con detención te examinas, verás que ni tienes paz contigo mismo, sino continua lucha, porque no te acabas de resolver á negar del todo tus apetitos desordenados, sujetándolos á la razón; ni la tienes con tus prójimos, porque, cegado por el amor propio, buscas tus propios contentos, con daño é injuria de ellos; en lugar de pacificar á tus prójimos entre sí, has sembrado, no pocas veces, la cizaña de la discordia con tus murmuraciones y críticas injustas; y en vez de pacificar los hombres con Dios, has sido tal vez piedra de escándalo y causa de que se apartasen de su divino servicio. ¡Oh Dios de la paz y caridad! Confuso y arrepentido estoy de las muchas veces que por mi causa se ha turbado la paz entre mis hermanos;! Vos que la concedisteis á vuestros Apóstoles [3], dádmela como la disteis á ellos, para que os sirva con paz y quietud, y otros os sirvan por medio mío, pacificándolos yo con Vos. ¡Oh cristiano ¿Eres verdaderamente pacífico? ¿Has procurado alcanzar esta bienaventuranza?

Punto 2.° *Jesucristo fué modelo de hombres pacíficos.*—Considera cuán perfectamente ejercitó Jesucristo esta bienaventuranza. Porque Él bajó del cielo á la tierra para traer la paz á los hombres de buena voluntad, como lo dijeron los ángeles en su nacimiento [4]. Los profetas le saludaron con los excelentes nombres de Rey pacífico, Príncipe de la paz; anunciaron ríos de paz que inundarían el mundo á su venida, y que el pueblo que redimiese gozaría de asiento de la hermosura de la paz, en los tabernáculos de la confianza y con descanso opulento. Contémplale ya nacido al mundo en la época de mayor paz que hasta entonces se había visto, significando el bien que con su venida había de traer á los hombres, que era pacificarlos entre sí y con

[1] Prov., VI, 19. — [2] Philip., IV, 7. — [3] Joan., XX, 19. — [4] Luc., II, 14.

Dios su Padre. Tal aprecio hace de la paz, que con ella saluda á los discípulos, y quiere y manda que ellos usen del mismo saludo, diciendo: «Paz sea en esta casa[1]». Cuando un pecador se le postra á los pies pidiéndole perdón, le consuela diciéndole: «La paz sea contigo». Cuando los Apóstoles, turbados y llenos de miedo en medio del mar, no saben qué hacerse ni qué decir, disipa sus temores dándoles la paz. ¡Oh, qué aprecio hacía Jesús de la paz y cuánto hizo para concederla á los hombres! Y aun no se contentó con trabajar durante su vida en pacificarlos, sino que, llegando al término de ella, quiso acabar las paces con Dios; y entonces, ¿qué hace? ¿cuánto padece? Horribles azotes descargan sobre sus espaldas, una corona de espinas atraviesa sus sienes, pesadísima cruz pesa sobre sus hombros, la sangre corre á torrentes, los dolores se multiplican, y da el último suspiro después de decir en alta voz que estaba consumado aquel sacrificio que había de pacificar las cosas del cielo y de la tierra[2]. ¿Qué debes hacer tú para aprovecharte de la paz que te ha merecido Jesús? ¿Eres pacífico como Él? ¡Oh Rey pacífico y soberano, que para ganarnos la paz entráis en cruel guerra con todas las potestades del infierno, hasta perder la vida á sus manos entre horribles tormentos! No permitáis que pierda yo el fruto de ella, ni sea parte en ninguna guerra, para que deje de seguir vuestra paz.

Punto 3.º *Premio de los pacíficos.* — Considera en este punto el premio que se promete á los pacíficos, que es ser por excelencia hijos de Dios. De manera que, si imitas á Jesucristo en esta virtud, tendrás en cierto modo alguna participación en su filiación divina; porque primeramente serás muy amado de Dios, y hallarás gracia en su presencia, por tener con Él mucha semejanza. Además, Dios te tomará debajo de su paternal providencia, mirando por ti como por hijo muy querido, regalándote y enriqueciéndote con sus dones, y dándote espíritu de verdadero hijo, para que, no solamente te llames, sino que seas hijo de Dios[3]. Finalmente: como esta adopción de hijo que se recibe en este mundo es imperfecta, por cuanto se corre peligro de perderla, y aun los mayores santos, como los Apóstoles, mientras vivieron, esperaban otra adopción, según dice el Apóstol[4], Dios comunicará otra filiación más perfecta á tu alma el día que entre en la gloria, cumpliendo con perfección la promesa que ha hecho á los pacíficos de hacerlos hijos suyos; porque entonces tomarás posesión de la herencia que se te debe, para recibir á la fin del mundo tu cuerpo glorificado con las cuatro dotes de gloria; entonces descubrirá Dios la dignidad de los que son sus hijos, porque, como dice san Juan, ahora somos hijos de Dios[5], pero no se ha descubierto todavía lo que seremos; cuando se descubriere, seremos semejantes á Él, porque le veremos como es. ¡Oh Padre amantísimo! Gracias os doy por la herencia soberana y filiación gloriosa que comunicáis á los pacíficos, que, cómo hijos de tal Padre, se esfuerzan en establecer entre los hombres y en sí mismos el reinado de la paz: concededme tal fortaleza y constancia en luchar contra mis enemigos, que no desfallezca hasta vencerlos por completo y alcanzar esta paz bienaventurada, que es una prenda de vuestra gloria. Y nosotros, ¿deseamos obtener el premio que está prometido á los pacíficos? ¿Queremos alcanzar la herencia de Dios nuestro Padre? ¿Qué debemos hacer?

[1] Luc., x, 5. — [2] Colos., i, 20. — [3] I Joan., iii, 1. — [4] Rom., viii, 23.
[5] I Joan., iii, 2.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán digno de alabanza y aprecio es el hombre pacífico! Jesús le llama bienaventurado. En verdad, serás dichoso si estableces la paz en ti mismo, sujetando tu parte inferior á la superior; si la extiendes á los prójimos, evitando todo aquello que puede turbarla; si pacificas los prójimos entre sí, unos con otros; y, sobre todo, si procuras hacer las paces entre las almas y Dios nuestro Señor. Serás dichoso y bienaventurado, porque imitarás á Jesús en una de las cualidades de que más se gloría y que ya anunciaron los profetas como un distintivo claro del Mesías. Contempla cada una de las acciones de su vida, y verás que todas tienden á introducir en el mundo el reinado de la paz, destruido por el primer pecado de nuestros padres. ¡Cuántos trabajos le cuesta esta obra! ¡Qué guerra tan cruel y pertinaz ha de sostener! ¡Cuántas heridas recibe! ¡Derrama toda su sangre y da su misma vida! ¡Oh, si acertases á imitarle! ¡Si fueses pacífico aun con los mismos que aborrecen la paz! Serías llamado hijo de Dios, que es el premio que el Señor ha prometido á esta bienaventuranza. En esta vida disfrutarías de su amistad y gracia, recibirías de Su Majestad singulares caricias y muestras de amor, y en la otra entrarías á poseer y á gozar de aquella herencia riquísima que tiene preparada para sus hijos amados. ¿No despertarán estos bienes en tu corazón un vivo deseo de ser pacífico? ¿Cómo lo has sido hasta hoy? ¿Cómo debes serlo en lo por venir? ¿Qué has de resolver y practicar? ¡Ay! ¡Cuán necesario es que con decisión emprendas la mortificación de tu amor propio y la abnegación de tu voluntad! Estos son los enemigos que turban tu paz y destruyen la que debieras conservar con tu prójimo y con Dios. Propón, pues, con eficacia lo conveniente; pide con confianza, y encomienda al Señor todas las necesidades.

63.—OCTAVA BIENAVENTURANZA.

PRELUDIO 1.° Dijo Jesús: «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos».

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús enseñando esta bienaventuranza.

PRELUDIO 3.° Pide al Señor la gracia de sufrir con amor las persecuciones de tus enemigos.

Punto 1.° *En qué consiste esta bienaventuranza.*—Considera cómo los justos, todos sin excepción, han de padecer algunas persecuciones, recibiendo y tolerando injurias y aflicciones en la hacienda, ó en la honra, ó en el contento, salud ó vida, y de ellas ninguno se escapa. Porque regla general es, según dice san Pablo [1], que todos los que quieren vivir con piedad en Cristo Jesús han de padecer persecuciones por Él. No quieras tú librarte de lo que nadie se escapa. El demonio, tu capital enemigo, será quien las procurará, estimulado por el odio que tiene contra Dios, que no puede desfogar contra Él, y lo vuelve contra su imagen, que erés tú; ayudarán al demonio en esta obra de perdición sus ministros los hombres, así los enemigos descubiertos como los que se precian de amigos con capa de piedad; y hasta los padres, hermanos y deudos, como decía Jesús á sus discípulos [2], os entregarán á la muerte, pensando á veces que hacen servicio á Dios en ello. Pondera también las causas de las persecuciones que padecen los justos, las cuales no son delitos que ellos hayan cometido, como dice el Apóstol san Pedro [3], sino la justicia; esto es, por guardar con firmeza y constancia la fe recibida y la religión que profesan; por hacer las obras de virtud á que por su estado ó condición están obligados; por reprender los vicios que ven en sus hermanos, y cuya corrección desearían alcanzar, aunque fuese á costa de trabajos y humillaciones; por seguir la vida perfecta y religiosa á que se sienten llamados. ¿Conoces tú si has sufrido ó estás sufriendo alguna persecución por alguno de estos motivos? Si es así, debes alegrarte grandemente, sobre todo si la sufres con grande paciencia, teniendo por especial favor del Señor el poder padecer algo por su amor [4], conforme con lo que decía san Pablo á los fieles de Filipos [5]: «Á vosotros ha distinguido el Señor entre todos los demás, porque os ha concedido, no sólo que creáis en Él, sino que podáis padecer por su amor». ¿Puede decirse lo mismo de nosotros? ¿Consideramos como un beneficio del Señor el sufrir algo por su causa? ¡Oh amantísimo Redentor, que, como favor muy señalado, os complacéis en dar á vuestros amigos alguna participación en la cruz

[1] II Tim., III, 12. — [2] Luc., XXI, 16. — [3] I Petr., II, 20. — [4] I Petr., IV, 16.
[5] Philip., I, 29.

de vuestros dolores y persecuciones! Hacedme fiel discípulo y amigo vuestro, y concededme que pueda compartir en este mundo con Vos las penas de la cruz, para poder después participar de las delicias de la gloria.

Punto 2.° *Jesús practicó esta bienaventuranza.*—Considera en este punto los raros ejemplos que te dió Jesucristo en esta materia. Él sufrió desde su misma niñez crueles y dolorosas persecuciones de parte del demonio y de todos sus aliados, conviniéndose y armándose contra Él todas las potestades, como había predicho David [1]. Niño todavía, ya se ve obligado á refugiarse en Egipto, huyendo de la persecución de Herodes. Apenas principia á predicar su divina doctrina, cuando se levantan contra Él innumerables enemigos, de los cuales unos le calumnian, otros le tienden lazos para ver si pueden hacerle caer en contradicción; éstos mueven al pueblo contra Él; aquéllos le arrojan ignominiosamente de su ciudad; en una palabra: le persiguen en toda suerte de cosas con la mayor fiereza que jamás se vió. La causa que Él defendía, y por la cual es blanco de las iras y odios de sus enemigos, es la causa más justa y santa que puede darse; la publicación de su santa ley; la reprensión de los vicios y maldades de los hombres; la redención del género humano; la defensa de los derechos de su Padre celestial, el celo de su gloria, su trabajo asiduo y constante para la salvación del mundo: tales fueron los motivos que despertaron el odio del demonio y de sus ministros contra Jesús. Mas pondera la paciencia invicta é inalterable con que sufrió tan graves é injustas persecuciones, la cual fué tan extraña y admirable, que con ella confundió y triunfó de sus enemigos, de los cuales muchos vinieron á reconocerle por Hijo de Dios. Con este ejemplo has de animarte á padecer y sufrir, diciéndote á ti mismo: Si á mi Señor persiguieron, ¿qué mucho persigan á mí, su siervo? Si llamaron Beelcebub al padre de familias [2], ¿qué maravilla llamen de la misma manera á los de su casa? ¡Oh Salvador mío! De vuestra casa soy, y aparejado estoy á padecer y sufrir cualquier persecución por la gloria y galardón de ella; concededme que, á imitación vuestra, haciendo en vuestro servicio grandes bienes, padezca sin ofensa vuestra grandes males, con los cuales pague los muchos que padecisteis por mí.

Punto 3.° *Premio de esta bienaventuranza.*—Considera aquí cómo es premio de esta bienaventuranza el mismo reino de los cielos que se promete á los pobres de espíritu; pero con mayor ventaja, porque más es sufrir las persecuciones que vienen por mano ajena, que sufrir los trabajos y miserias de la pobreza que se toma por elección propia. Este reino les da Dios á gustar en esta vida, comunicándoles por medio de las tribulaciones grande justicia, paz y gozo en ellas [3]. Por lo cual dijo Cristo nues-

[1] Psalm. II, 2. — [2] Matth., X, 25. — [3] Rom., XIV, 17.

tro Señor que dará el cien doblado con las persecuciones, y después la vida eterna [1]. Y así, Él mismo añade: «Bienaventurados sois, cuando por mi causa os maldijeren los hombres y dijeren contra vosotros todo género de mal con mentira; entonces alegraos y regocijaos, porque vuestro galardón es muy copioso en el cielo». Como quien dice: Es tan grande el premio, que sola su esperanza basta para alegraros en las persecuciones con tanta alegría, que exceda cien veces á la que tuviérais careciendo de ellas. Mira cuán provechosas te serán las persecuciones, pues que ellas te levantarán á ser rey en los cielos, si las sufres con paciencia, á imitación de Jesús y por su causa. Mas considera también la amenaza que Jesús hace á los que van por camino contrario, diciendo [2]: «¡Ay de vosotros cuando os bendijeren los hombres!»; esto es, los mundanos, gustando de sus vanas alabanzas y lisonjas. En no decir más que ¡ay!, te da á entender el Señor que es muy grande la amenaza, como si dijera: ¡Ay de vosotros!; porque con estas bendiciones os engañan y hacen caer en graves culpas; y siendo bendecidos de los malos, á quienes imitáis, tendréis parte en las maldiciones que vendrán sobre ellos. ¡Oh Redentor mío! No quiero ser bendecido de los mundanos, ni que la lisonja del pecador unja con aceite mi cabeza, porque la maldición no penetre como aceite mis entrañas. Aquí quiero ser maldecido de los malos [3], para ser después bendecido por Vos con los buenos y reinar con Vos en el reino de los cielos por todos los siglos. ¡Oh alma! Comprende que no son las alabanzas del mundo, sino las persecuciones, lo que ha de elevarte al cielo [4]. ¿Qué preferirás en adelante? ¿Temerás el ser perseguido?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán opuestas son las máximas de Jesucristo á las máximas del mundo! Éste busca aplausos, se afana por los honores, quiere á todos debajo de sus pies rindiéndole vasallaje y tributándole adoración; Jesús, empero, dice á sus discípulos y á todos los que le siguen: «Bienaventurados los que se ven perseguidos por la justicia»; bienaventurados aquellos que, siendo justos con Dios, con sus prójimos y consigo mismos, dando á cada cual lo que le pertenece y corresponde, á pesar de todo son blanco de cruel persecución. ¿Cómo piensas tú de esta doctrina del Salvador? ¿Llamas dichosos y bienaventurados á los que Él tiene por tales? Vuelve tus ojos á Jesús, que no se contenta con enseñar de palabra esta celestial doctrina; consiente, para darte ejemplo, en ser perseguido todos los días de su vida por toda clase de enemigos á cual más rabiosos contra Él. Todo lo hizo bien: pasó por el mundo favoreciendo á todos, y librando á los esclavos del demonio; ocupó su vida en buscar la gloria de Dios, y en procurar la salvación de los hombres; sin embargo, se ve continuamente perseguido, hasta que

[1] Marc., x, 30. — [2] Luc., vi, 26. — [3] Psalm. cviii, 18; cxl, 5. — [4] Jacob., i, 12.

sucumbe en la cruz bajo el peso de las persecuciones más crueles. Así te enseñó el modo de merecer las bendiciones de Dios, y de hacerte digno de entrar en la gloria. Estas persecuciones que sin culpa tuya te afligen, se convertirán en manantial de bendiciones eternas, y esos trabajos serán los escalones por los que subirás hasta el trono de la gloria, que Dios te tiene preparado. ¿Deseas alcanzar tales bendiciones? ¿Quieres escalar este trono? No te quejes de los trabajos que te afligen; besa con amor la cruz que el Señor te ofrece; alégrate de probar la amargura de su cáliz, y si sientes tu debilidad, fortifícate con firmes y humildes resoluciones, y, sobre todo, insta fervoroso en la oración, rogando por ti, mas sin olvidarte de las demás necesidades.

64.—OFICIOS APOSTÓLICOS.

PRELUDIO 1.º Jesús encargó á sus Apóstoles que fuesen sal de la tierra, luz del mundo y ciudad sobre el monte.

PRELUDIO 2.º Represéntate que te hallas entre los Apóstoles, oyendo á Jesucristo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ser lo que desea Jesús.

Punto 1.º *Los Apóstoles han de ser sal de la tierra como Jesús.*—Considera cómo uno de los oficios de los varones apostólicos que desean imitar perfectamente á Jesús, es salar los corazones de los hombres terrenos con su palabra y doctrina y con el ejemplo de su vida, purificándolos de los humores viciosos de los pecados para que no huelan mal, ni se pierdan para siempre. Y juntamente hacerles sabrosa la penitencia y mortificación y los ejercicios de virtud, para que de buena gana las coman, y ellos mismos sean también sabrosos á Dios, para que guste de incorporarles consigo, y tener paz y unión de amor con ellos. Pondera cuán bien hizo este oficio de sal Cristo nuestro Señor, y cuán á costa suya; porque como la sal, dando sabor al manjar, se deshace, así Él se deshizo á sí mismo [1] con humillaciones y trabajos para hacerte sabroso á Dios, y hacerte sabrosa la virtud y merecerte la sal de la sabiduría y gracia que la da este sabor [2]; porque como ningún sacrificio antiguo agradaba á Dios si no tenía sal, así ninguna obra tuya le agradará si no está unida con Cristo y con su gracia. Reflexiona también que, aunque este oficio de ser sal es dádiva graciosa de Dios, pero su conservación pende también de tu libre albedrío, por lo cual, si eres sal y conservando tu entereza, merecías estar en la mesa de Dios con grande honra, si después, por tu soberbia, te desvaneces y deshaces y pierdes tu sabor, serás echado fuera de la protección de Dios al muladar del mundo, y vendrás á ser pisado de los hombres, y hollado de los demonios en el infierno con grande

[1] Philip., ii, 7. — [2] Levit., ii, 13; Marc., ix, 49.

ignominia. Por tanto, mira si tienes en ti esta sal y con qué sabor sirves á Dios, y cómo haces oficio de sal con los que están á tu cargo. ¿Procuras ser sal del modo que quiere Jesús? ¿Haces suave y agradable la virtud con tus ejemplos? ¡Oh dulce Jesús, que con tal perfección y con tan grande sacrificio vuestro quisisteis ser sal de la tierra, enseñándonos con vuestro ejemplo y palabras á mirar como suave y delicioso lo más amargo que tiene el mundo, que es la cruz! Hacedme sal de la tierra, aunque haya de pasar por fuego y agua. No permitáis que en lugar de darla sabor la escandalice, y que, como tierra sembrada de sal, sea estéril por mi culpa, convirtiendo en mi daño el oficio que me disteis para su provecho.

Punto 2.º *Los Apóstoles han de ser luz del mundo.*—Considera cómo el oficio de los varones apostólicos y doctores no es terreno, sino celestial [1], porque ellos han de ser además la luz del mundo, y como estrellas del firmamento y cielo de la Iglesia, han de lucir y resplandecer, procurando con su doctrina y ejemplar vida ser luz de los hombres mundanos, desterrando de ellos las tinieblas de la ignorancia y de la culpa, y comunicándoles la luz de la verdad [2] y de la virtud, para que se conviertan de hijos de tinieblas en hijos de luz, y vivan conforme á ella, en lo cual imitan á su divino Maestro, que dijo de sí mismo [3]: «Mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo». Reflexiona cuán grande yerro y locura cometerías si por cobardía y pusilanimidad escondieses la luz y caudal de doctrina que Dios te da, ó la obscurecieses con fines terrenos, poniéndote á peligro de perderla y quedarte á obscuras, como se muere la luz de una candela puesta debajo del celemín y sin respiradero. Y no sería menor yerro si, habiendo sido puesto en el candelero de la Iglesia militante, esto es, en algún estado ú oficio público, no dieses luz de doctrina y ejemplo á los que están á tu cargo; porque, cumpliendo Jesús la amenaza que hizo á un Prelado descuidado, quitaría el candelero de su lugar [4], arrojándote del oficio, y castigándote por el descuido que en él hubieres tenido. Y, al contrario, mira cuánto desea Cristo que tus obras sean santas y resplandecientes, que provoquen á los que las ven á glorificar á su Eterno Padre y á hacer otras tales, con que sea del mismo modo glorificado. ¡Oh Salvador mío! Pues tanto deseáis la gloria de Vuestro Padre, concededme gran resplandor de vida, libre de toda obscuridad de culpa, que por ella alumbre á los que me ven y los mueva á alabar y á glorificar á Dios; no permitáis que por un vano temor ó por secreta soberbia esconda y apague la luz que me disteis con daño de vuestra gloria y perjuicio de mi salvación. ¿Somos luz del mundo? ¿Alumbramos con nuestras obras, ó escandalizamos?

Punto 3.º *Los Apóstoles han de ser ciudad sobre el mon-*

[1] Dan., XII, 3. — [2] Ephes., V, 9. — [3] Joan., IX, 5. — [4] Apoc., II, 5.

te.—Considera cómo dice Jesucristo que sus Apóstoles habían de ser también como ciudad sobre un monte, que no puede ocultarse á las miradas de los hombres, con lo cual les declara que su oficio no es ser ermitaños ni solitarios, atendiendo solamente á su propio provecho, sino ser ciudad espaciosa y capaz para recoger á otros muchos, y no ciudad edificada en un valle, esto es, en vida imperfecta y ratera, sino fundada sobre un monte, esto es, en grande fortaleza y alteza de perfección, conforme á lo que dijo el profeta Isaías [1]: «Sube sobre un monte alto, tú que evangelizas á Sión; levanta con fortaleza tu voz, tú que predicas á Jerusalén». Pondera cómo con esto les avisa que su oficio ha de ser recoger no poca gente, sino mucha, como ciudad populosa, admitiendo á todos los que quieran ser perfectos, y enseñándoles el camino de la perfección evangélica, y la policía de la vida celestial. No quiere Cristo nuestro Señor que sus discípulos se contenten con medianías, ni se satisfagan con convertir poca gente, ni se paguen de obras bajas y rateras, sino que suban á la alteza de la vida perfecta, y ayuden á los prójimos á lo mismo, para que con otros muchos suban á poblar la ciudad soberana. De aquí el encargo que les hizo de predicar el Evangelio por todo el mundo [2], no contentándose con un reino ó nación; de enseñar á todas gentes, sin excepción de tribus ni de razas, y de enseñarles todas las cosas que Él les había mandado, no sólo las de precepto, sino también las de consejo, ni sólo las de obligación, sino también las de perfección. ¿Cómo es que no procuras tú subir al monte de la perfección y conservarte en él? ¿Por qué eres inconstante en la práctica de los medios necesarios para ello? ¡Oh sabiduría eterna, que mandáis á vuestras esclavas, que son las almas de los predicadores, que llamen gente para que suba á los muros y alcázar de la ciudad [3], exhortándolas á la alteza de la perfección cristiana! Llamadme con eficacia, para que yo suba primero á ella; y ayudadme también á llamar á otros para que suban por mi medio, para que seáis glorificado de todos.

Epílogo y coloquios. ¡Oh, cuán elevado y honroso es el oficio apostólico! Ellos son, según Jesucristo [4], la sal de la tierra, porque con su doctrina y ejemplo hacen sabrosa la virtud y la observancia de la divina ley; y predicando y convirtiendo á los pecadores, los hacen sabrosos y agradables al paladar de Dios. ¡Qué dicha la tuya en haber sido escogido para tan glorioso oficio, sobre todo si imitas á Jesucristo, que de tal modo fué sal, que para hacer grata á los hombres su santa ley, se deshizo como la sal en el agua. Mas ¡ay de ti, si no cooperando á la vocación recibida, vienes á perder la sal de la sabiduría y gracia que Dios te había concedido! Los Apóstoles y sus suce-

[1] Isai., XL, 9. — [2] Marc., XVI, 15. — [3] Prov., IX, 3. — [4] Matth., V, 13.

sores en el sagrado ministerio son luz del mundo, porque deben, como estrellas en el firmamento, iluminar á las almas con la claridad de sus enseñanzas y buenas obras, apartarlas de las tinieblas del pecado, y guiarlas por el desierto obscuro de esta tierra miserable hasta conducirlas á la Jerusalén celestial. ¿Eres tú luz ó tinieblas? ¿Son tus obras obras de tinieblas ó de luz? ¿Escondes la luz de doctrina que has recibido bajo el celemín de tu orgullo ó pereza? ¿Tratas de aprovechar con ella al prójimo? Mira que Jesús quiere que los elegidos para su ministerio apostólico sean ciudad, no escondida en el valle que con dificultad se encuentra, sino patente sobre un monte y abierta á todos los que á ella quieran acogerse. Reflexiona, por tanto, si te hallas sobre el monte de la perfección. Si trabajas para acoger á todos los que desean alcanzar por ti la vida eterna, ó si, por el contrario, finges pretextos para eludir el trabajo. En este caso, confúndete de tu pésima correspondencia á los piadosos designios del Señor, forma eficaces propósitos de cambiar de costumbres, ruega humildemente al Señor por ti y por todos los que han sido escogidos para el sagrado ministerio y por las demás necesidades.

65.—PROMULGACIÓN DE LA LEY EVANGÉLICA.

PRELUDIO 1.º Jesucristo no vino á derogar, sino á cumplir la ley; quiso que se observase con toda perfección, y mandó á sus discípulos que fuesen perfectos como su Padre celestial.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo enseñando tan sublime doctrina.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de aprender y practicar estas enseñanzas.

Punto 1.º *Jesús no vino á quebrantar la ley natural, sino á cumplirla.*—Considera cómo Jesucristo, queriendo publicar su ley evangélica, comenzó por confirmar la ley natural, declarada por Moisés y los profetas, diciendo [1]: «No vine á quebrantar la ley, sino á cumplirla». Lo cual hizo excelentísimamente, de tres maneras [2]. Porque lo primero, no vino del cielo á traspasar la ley, viviendo á sus anchuras con libertad de carne, como quien no está atado á ley ninguna; ni vino á dispensar en ella consigo ni con los suyos, sino antes vino á guardarla estrechísimamente, y á dar á todos sus discípulos ejemplo de lo mismo. De suerte que, para imitarle, debes tú decirte frecuentemente: «No vine yo al mundo á vivir á mi voluntad, atropellando la de Dios, y haciendo astillas el yugo de su ley, sino á sujetarme á ella y cumplirla con entereza; ni vine á la religión á cumplir mi voluntad propia, sino la divina, declarada en las reglas de mi Instituto; porque, si mi Dios y supremo Legislador, con ser superior á la ley, se sujetó á ella, ¿qué mucho me sujete yo también?

[1] Matth., v, 17. — [2] SS. August. et Crisost.

Además vino del cielo á cumplir la ley cuanto á las promesas que encerraba con tanto rigor, que dice [1]: «Mientras duren el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde de la ley se dejará de cumplir». Puedes estar certísimo y segurísimo de que Dios, de su parte, cumplirá todo cuanto ha prometido en la ley, por mínimo que sea, como Cristo cumplió todo cuanto habían escrito de Él los profetas; con lo cual te provoca á que cumplas todos sus mandamientos, aun los menores, significados por la *jota*, que en hebreo es la menor de las letras, y con toda la perfección que tienen, significada por la *tilde* ó acento que se pone encima de la letra. ¿Lo haces tú así? Mira, por fin, cómo vino del cielo á cumplir la ley, añadiendo á ella la perfección que le faltaba, declarando más sus preceptos, poniendo admirables consejos, y comunicando interiormente la gracia con que se cumplen todos. ¿Imitamos la perfección con que Jesús cumple la ley? ¿Cómo cumplimos nosotros las leyes de nuestro estado? ¿Nos dispensamos con facilidad en ellas? ¡Oh Legislador soberano! Gracias os doy cuantas puedo, por estos varios modos con que cumplisteis vuestra misma ley; ayudadme con vuestra gracia á cumplir lo que me mandáis, para que cumpláis en mí lo que prometéis.

Punto 2.º *Quiénes son los grandes y los pequeños en el reino de los cielos.*—Considera cómo Jesucristo, para inducir á la observancia de la ley, adujo dos memorables sentencias poderosas para despertarte de la apatía y moverte á ser fiel en la misma. La primera es: «Quien quebrantare uno de los mandamientos pequeños y enseñare lo mismo, será pequeño en el reino de los cielos». En cuyas palabras te avisa que, si quebrantas un solo mandamiento, aunque sea de los pequeños, pero de tal modo que la transgresión llegue á culpa grave, serás despreciado y tenido en poco en el reino de los cielos, y por consiguiente excluido de él, como si los hubieses quebrantado todos; porque, según lo que dice Santiago [2], el que quebranta un mandamiento injuria al Legislador que los puso todos, y se hace reo de todos. Empero, aunque la transgresión no llegue á culpa mortal, si á sabiendas y con malicia quebrantares un mandamiento pequeño, serás también pequeño en la virtud, por haber hecho poco caso de lo que Dios manda; pues debieras mirar que, aunque la cosa sea pequeña, el que la manda es grande, y no tiene por cosa ajena de su grandeza mandar cosas pequeñas, y por esta parte no es pequeña injuria el despreciarlas. Y pues el vencedor es mayor que el vencido, si eres vencido de cosa pequeña, serás pequeño, y se cumplirá en ti lo que dice el Sabio [3]: «Quien desprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer». Finalmente: si, no contento con quebrantar algún mandamiento, persuadieres á otros lo mismo, ó de palabra ó con el ejemplo, escandalizándoles

[1] Matth., v, 18. — [2] Jacob., ii, 10. — [3] Eccli., xix, 1.

sores en el sagrado ministerio son luz del mundo, porque deben, como estrellas en el firmamento, iluminar á las almas con la claridad de sus enseñanzas y buenas obras, apartarlas de las tinieblas del pecado, y guiarlas por el desierto obscuro de esta tierra miserable hasta conducirlas á la Jerusalén celestial. ¿Eres tú luz ó tinieblas? ¿Son tus obras obras de tinieblas ó de luz? ¿Escondes la luz de doctrina que has recibido bajo el celemín de tu orgullo ó pereza? ¿Tratas de aprovechar con ella al prójimo? Mira que Jesús quiere que los elegidos para su ministerio apostólico sean ciudad, no escondida en el valle que con dificultad se encuentra, sino patente sobre un monte y abierta á todos los que á ella quieran acogerse. Reflexiona, por tanto, si te hallas sobre el monte de la perfección. Si trabajas para acoger á todos los que desean alcanzar por ti la vida eterna, ó si, por el contrario, finges pretextos para eludir el trabajo. En este caso, confúndete de tu pésima correspondencia á los piadosos designios del Señor, forma eficaces propósitos de cambiar de costumbres, ruega humildemente al Señor por ti y por todos los que han sido escogidos para el sagrado ministerio y por las demás necesidades.

65.—PROMULGACIÓN DE LA LEY EVANGÉLICA.

PRELUDIO 1.º Jesucristo no vino á derogar, sino á cumplir la ley; quiso que se observase con toda perfección, y mandó á sus discípulos que fuesen perfectos como su Padre celestial.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo enseñando tan sublime doctrina.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de aprender y practicar estas enseñanzas.

Punto 1.º *Jesús no vino á quebrantar la ley natural, sino á cumplirla.*—Considera cómo Jesucristo, queriendo publicar su ley evangélica, comenzó por confirmar la ley natural, declarada por Moisés y los profetas, diciendo [1]: «No vine á quebrantar la ley, sino á cumplirla». Lo cual hizo excelentísimamente, de tres maneras [2]. Porque lo primero, no vino del cielo á traspasar la ley, viviendo á sus anchuras con libertad de carne, como quien no está atado á ley ninguna; ni vino á dispensar en ella consigo ni con los suyos, sino antes vino á guardarla estrechísimamente, y á dar á todos sus discípulos ejemplo de lo mismo. De suerte que, para imitarle, debes tú decirte frecuentemente: «No vine yo al mundo á vivir á mi voluntad, atropellando la de Dios, y haciendo astillas el yugo de su ley, sino á sujetarme á ella y cumplirla con entereza; ni vine á la religión á cumplir mi voluntad propia, sino la divina, declarada en las reglas de mi Instituto; porque, si mi Dios y supremo Legislador, con ser superior á la ley, se sujetó á ella, ¿qué mucho me sujete yo también?

[1] Matth., v, 17. — [2] SS. August. et Crisost.

Además vino del cielo á cumplir la ley cuanto á las promesas que encerraba con tanto rigor, que dice [1]: «Mientras duren el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde de la ley se dejará de cumplir». Puedes estar certísimo y segurísimo de que Dios, de su parte, cumplirá todo cuanto ha prometido en la ley, por mínimo que sea, como Cristo cumplió todo cuanto habían escrito de Él los profetas; con lo cual te provoca á que cumplas todos sus mandamientos, aun los menores, significados por la *jota*, que en hebreo es la menor de las letras, y con toda la perfección que tienen, significada por la *tilde* ó acento que se pone encima de la letra. ¿Lo haces tú así? Mira, por fin, cómo vino del cielo á cumplir la ley, añadiendo á ella la perfección que le faltaba, declarando más sus preceptos, poniendo admirables consejos, y comunicando interiormente la gracia con que se cumplen todos. ¿Imitamos la perfección con que Jesús cumple la ley? ¿Cómo cumplimos nosotros las leyes de nuestro estado? ¿Nos dispensamos con facilidad en ellas? ¡Oh Legislador soberano! Gracias os doy cuantas puedo, por estos varios modos con que cumplisteis vuestra misma ley; ayudadme con vuestra gracia á cumplir lo que me mandáis, para que cumpláis en mí lo que prometéis.

Punto 2.º *Quiénes son los grandes y los pequeños en el reino de los cielos.*—Considera cómo Jesucristo, para inducir á la observancia de la ley, adujo dos memorables sentencias poderosas para despertarte de la apatía y moverte á ser fiel en la misma. La primera es: «Quien quebrantare uno de los mandamientos pequeños y enseñare lo mismo, será pequeño en el reino de los cielos». En cuyas palabras te avisa que, si quebrantas un solo mandamiento, aunque sea de los pequeños, pero de tal modo que la transgresión llegue á culpa grave, serás despreciado y tenido en poco en el reino de los cielos, y por consiguiente excluido de él, como si los hubieses quebrantado todos; porque, según lo que dice Santiago [2], el que quebranta un mandamiento injuria al Legislador que los puso todos, y se hace reo de todos. Empero, aunque la transgresión no llegue á culpa mortal, si á sabiendas y con malicia quebrantares un mandamiento pequeño, serás también pequeño en la virtud, por haber hecho poco caso de lo que Dios manda; pues debieras mirar que, aunque la cosa sea pequeña, el que la manda es grande, y no tiene por cosa ajena de su grandeza mandar cosas pequeñas, y por esta parte no es pequeña injuria el despreciarlas. Y pues el vencedor es mayor que el vencido, si eres vencido de cosa pequeña, serás pequeño, y se cumplirá en ti lo que dice el Sabio [3]: «Quien desprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer». Finalmente: si, no contento con quebrantar algún mandamiento, persuadieres á otros lo mismo, ó de palabra ó con el ejemplo, escandalizándoles

[1] Matth., v, 18. — [2] Jacob., ii, 10. — [3] Eccli., xix, 1.

y provocándoles á pecar, serás el mínimo en el reino de los cielos, y serás excluido de él por dos títulos: por haber sido malo para ti y para otros. Pondera la otra sentencia del Señor: «Quien hiciere y enseñare, será grande en el reino de los cielos.» En lo cual te enseña que la medida de la santidad y de la grandeza en la virtud, y del premio que te dará por ella en el reino de los cielos, es la observancia de la ley, en la cual hay dos grados: hacer y enseñar. Hacer es cumplir todos los mandamientos, sin dejar ninguno; y enseñar es persuadir á otros que los cumplan. De estos dos grados, el segundo es el más excelente; pero tú has de procurar los dos, á imitación de Cristo Nuestro Señor, que quiso abrazar entrambos, diciéndose de Él que «comenzó á hacer y á enseñar». ¡Oh Maestro soberano, que de tal modo nos enseñasteis lo que debíamos hacer, que quisisteis antes practicarlo que predicarlo, á fin de podernos decir: «Ejemplo os he dado para que obréis como Yo he obrado!» Concededme vuestra gracia para que oiga atento vuestras lecciones y siga fiel vuestros ejemplos, observando con tal cuidado las cosas pequeñas de vuestra ley, que merezca ser grande en vuestro reino. Y nosotros, ¿cumplimos las cosas pequeñas de la ley haciendo caso de ellas? ¿Somos descuidados en este punto?

Punto 3.º *Perfección que desea Jesús en sus discípulos.*—Considera aquí la grandeza de la perfección á que Cristo nuestro Señor te exhorta, diciendo [1]: «Sé perfecto como lo es tu Padre celestial». Para penetrar la soberanía de esta sentencia has de ponderar cómo la perfección de Dios consiste en tres cosas, á saber: En carecer de toda culpa y defecto, de modo que le es imposible hacer cosa alguna que sea mala ó defectuosa contra su bondad y santidad. En abrazar todas las virtudes y perfecciones que se pueden imaginar, sin que le falte ninguna; porque cuantas hay en las criaturas, y otras innumerables que no alcanzamos, están unidas en el Criador. En tener cada una de estas perfecciones con la mayor excelencia que es posible. De modo que no se puede imaginar mayor sabiduría, bondad y caridad, porque es infinitamente sabio, bueno y caritativo, y así en las demás perfecciones. De aquí es que, siendo Dios tan perfecto en sí mismo, tiene grande inclinación á que todas sus obras sean perfectas, y participen en el grado que puedan de su infinita perfección, especialmente los hombres que crió á su imagen y semejanza [2]; y de este deseo nace el decirnos Cristo: «Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial», como si dijera: No os contentéis con mediana pureza y santidad, ni toméis por dechado de vuestra perfección solamente á Abraham, Moisés ó alguno de los profetas, ni solamente á los ángeles, querubines ó serafines, sino tomad un dechado infinito de perfección infinita, para que á su imitación procuréis la mayor perfección que os fuere posible; y este dechado sea vuestro Padre celestial, para que, como hijos, procuréis serle muy semejantes en las tres cosasque a braza su infinita perfección. ¡Oh Hijo de Dios vivo! Gracias os doy por el favor que hacéis á los hijos adoptivos, exhortándolos á ser perfectos como lo es vuestro Padre celestial. Ilustradme con vuestra luz soberana, para que conozca la perfección que me encomendáis; encendedme para que la ame, y fortalecedme para que la busque de modo que la alcance. ¡Oh alma mía! Mira el modelo que debes imitar para ser perfecta. ¿Lo has procurado con empeño hasta ahora?

[1] Matth., v, 48. — [2] Genes., i, 26.

Epílogo y coloquios. ¡Con qué solidez y firmeza establece Jesucristo su divina ley! No da principio á este establecimiento derogando las leyes antiguas, sino más bien confirmándolas, y protestando que no ha venido á quebrantarlas, sino á cumplirlas, esto es, á observarlas Él mismo, aunque, como Legislador, no está obligado á ellas; á cumplir todas las promesas que allí se hacen, y además á perfeccionarlas, añadiendo los consejos á los preceptos. ¿Imitas tú á este divino Maestro en el cumplimiento de la ley? ¿Buscas con afán pretextos y excusas para librarte de ella, y haces poco caso de las cosas pequeñas? Oye lo que dice este mismo Señor: «Quien quebrantare alguno de estos mandamientos pequeños y lo enseñare á otros, será pequeño en el reino de los cielos». De modo que si quebrantas uno solo de estos mandamientos, perecerás; y si el mandamiento no fuere grave, á lo menos perderás mucho delante de Dios y de sus ángeles; y si llegas á enseñar á otros á pecar con tu mal ejemplo, serás castigado por doble motivo. Mira cuánto importa que sigas la otra sentencia del Salvador que dice: «Quien hiciere y enseñare, será grande en el reino de los cielos». Sólo así lograrás aquella sublime perfección á la que debes aspirar, si deseas llenar los consejos de Jesús, que te dice seas perfecto como tu Padre celestial. ¡Oh qué perfección tan admirable desea ver en ti Jesús! ¡Qué limpieza de pecados, mortales y veniales! ¡Qué cúmulo de virtudes! ¡Qué perfección en todas las obras! Y ¿no lo procurarás? ¿No darás este consuelo á Jesús? ¿Qué has hecho hasta hoy? Piénsalo con atención, llora tu tibieza pasada, forma propósitos, pide gracia, y ruega por todo el mundo.

66.—EXCELENCIAS DE LA LEY EVANGÉLICA.

PRELUDIO 1.º La ley evangélica reune tres excelencias, que son: prohibir todos los pecados, mandar todas las virtudes y prescribirlas con la mayor perfección posible.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús en el monte predicando su ley.

PRELUDIO 3.º Pide conocimiento y aprecio de la ley evangélica y gracia para cumplirla.

Punto 1.º *La ley evangélica prohibe todos los pecados.*—Considera en este punto la primera excelencia de la ley evangé-

lica, que consiste [1] en prohibir todo género de culpa, grande y pequeña, hasta una palabra ociosa, sin que consienta cosa alguna defectuosa. Y para más apartarnos de las culpas, nos encarga que nos desviemos aun de cosas muy menudas, y de cualesquier aficiones demasiadas que pueden ser ocasión de ellas. Al modo que mandaba Dios antiguamente á los nazareos [2] que no bebiesen vino, ni comiesen uvas, ni pasas, ni aun sus granillos, para que estuviesen más apartados de la embriaguez. Esto puedes ponderar discurriendo por algunos mandamientos que se llaman negativos, en que se prohibe algo. Porque en el segundo, para que estemos más lejos de no jurar mal, dice Cristo nuestro Señor que no juremos, ni aun por un cabello de nuestra cabeza: y que nuestro ordinario hablar sea sí, sí, no, no [3]; porque lo demás *a malo est*, ó es malo, ó peligroso é imperfecto, si no es en caso de grave necesidad. En el quinto, para desviarnos de matar al prójimo, dice: Que no le injuriemos de palabra ni por seña, ni tengamos ira interior; y que si nos injuriare, con gran paciencia le suframos, volviendo el carrillo izquierdo al que nos hiriere en el derecho [4]. En el sexto, para no caer en deshonestidad manda que si tu ojo ó mano derecha te escandalizan [5], los arranques ó cortes; esto es, que te apartes de cualquier persona ó cosa que te pueda ser ocasión de pecar, por más amada y preciada que sea, y por más necesaria que te parezca. En el séptimo, para estar más lejos de hurtar lo ajeno, dice que des de lo propio, y á quien te quitare la capa [6], le des también el sayo. ¿Comprendes ahora cuán sin mancha es la pureza de esta divina ley? ¿No te moverá esto á observarla? ¡Oh pureza soberana de la ley evangélica, ley digna del purísimo Dios! Verdaderamente, Señor, vuestros mandamientos son castos y puros como plata purificada de la tierra, que ha pasado siete veces por el fuego [7]. ¡Oh, si los guardase perfectamente, para quedar limpio de los siete vicios, y libre de todas las imperfecciones!

Punto 2.º *La ley evangélica manda todas las virtudes.*—Considera aquí la segunda excelencia de la ley evangélica, que consiste [8] en que se extiende á mandar ó aconsejar toda suerte de virtudes. Porque, no sólo ha pretendido Jesucristo apartar por medio de ella á los hombres del mal, sino que los ha querido obligar ó inducir á hacer el bien. Esta ley, pues, manda las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, por medio de las cuales el hombre se une sobrenaturalmente con Dios, que es su último fin. Manda también las virtudes cardinales de prudencia, justicia, fortaleza y templanza, con todas las demás virtudes intelectuales y morales que de ellas proceden. Porque, habiendo dispuesto el Salvador curar las heridas causadas en la natura-

[1] S. Thom. — [2] Num., vi, 3. — [3] Matth., v, 37. — [4] Matth., v, 39. — [5] Matth., xviii, 9. — [6] Matth., v, 40. — [7] Psalm. xi, 7. — [8] S. Thom.

leza humana por el pecado de nuestros primeros padres, y siendo éstas cuatro, á saber: la ignorancia en el entendimiento, la malicia en la voluntad, la debilidad en el apetito irascible y la concupiscencia en el concupiscible, quiso cicatrizarlas por medio de las cuatro virtudes cardinales, curando la ignorancia por medio de la prudencia, la malicia por la justicia, la debilidad por la fortaleza, y por la templanza la concupiscencia. ¡Oh Providencia adorable de Jesús, cuán digna eres de toda alabanza! Pondera que si observas fielmente la ley evangélica, cumplirás también todos los deberes que tienes ya para con Dios, contigo mismo y con el prójimo, porque practicarás las virtudes que te perfeccionan con tu Criador, las que doman las pasiones de tu carne para sujetarla al espíritu, y las que cumplen todas las obras de justicia y de misericordia con el prójimo. De aquí se sigue que esta santísima ley á todos se extiende, marcando sus deberes á los pobres y á los ricos, á los reyes y á los vasallos, á los sanos y á los enfermos, en una palabra, á todos y á cada uno de los hombres. ¡Oh Redentor amantísimo, que nos habéis dado una ley tan perfecta, que, como el sol, á todos alumbra, sin que nadie quede fuera de la influencia de sus benéficos rayos! Concededme que, contemplándola de día y de noche con toda atención, llegue á conformar mis obras con lo que ella me manda. ¿Qué es lo que nos manda á nosotros la ley evangélica? ¿Cómo lo cumplimos?

Punto 3.º *La ley evangélica prescribe la suma perfección en todas las virtudes.*—Considera últimamente la tercera excelencia que tiene la ley evangélica; la cual consiste en que enseña cada una de las virtudes con el mayor grado de perfección que es posible en esta vida. De modo que no puede haber ni más profunda humildad, ni más heroica paciencia, ni más admirable obediencia, ni más perfecta caridad que la que nuestra ley enseña. ¿Qué intención más pura puede ser que esconder tanto las obras, que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha, por agradar á Dios [1]? Y ¿qué mayor amor de Dios puede haber que amarle con todo el corazón, ánima, espíritu y fuerza [2]? Y ¿qué amor del prójimo puede ser más excelente, que el que se extiende á los mismos enemigos, orando por ellos, saludándolos y haciéndoles bien [3], á imitación de nuestro Padre celestial, que hace salir su sol para buenos y malos, y llueve para justos y pecadores? Con razón concluyó Cristo nuestro Señor la divina sentencia: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». De todo lo cual has de sacar que tu fin principal y el término de tus deseos en la vida cristiana ó religiosa que vives, ha de ser guardar la ley ó tus reglas con las tres excelencias dichas, á saber: evitando todos los defectos contra ellas; practicando las virtudes, y haciendo todas tus obras con la mayor perfección que te fuere

[1] Matth., vi, 3. — [2] Luc., x, 27. — [3] Luc., vi, 27.

posible. ¡Oh Padre celestial, que mostrasteis vuestra perfectísima caridad en hacer que el Sol de Justicia, vuestro Hijo, naciese [1] para todos los hombres, y la lluvia de su doctrina se comunicase á todos, dando en esto á sus enemigos el sumo bien que les podíais dar para su remedio! Haced que imite vuestra infinita caridad con todas sus virtudes, del modo que las mandáis en vuestra ley, para que alcance la perfección de todas ellas. ¡Oh alma fiel! ¿Aspiras á alcanzar esta perfección? ¿En qué cosas principalmente la debes buscar?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán sublime es la excelencia de la ley evangélica que nos enseñó Jesucristo! Jamás otra ley ha reunido tales caracteres de excelencia y santidad. Ella prohibe y condena todos los pecados, inclusos los defectos más insignificantes, encargándonos que nos desviemos de cualesquiera aficiones demasiadas; que huyamos de todas las ocasiones, aunque, al parecer, necesarias; que rechacemos aquellas cosas que, no siendo malas en sí, pueden tener, ó apariencia de mal, ó pueden inducirnos á él. Mas esta ley no se contenta con prohibir todos los pecados y defectos; pasa más adelante, y manda todas las virtudes, sin exceptuar una sola. Ella prescribe las virtudes teologales y morales; ordena á los hombres con Dios, consigo mismos y con los prójimos; da preceptos á todas las clases y estados de la sociedad. Y como si esto no fuese suficiente para satisfacer los deseos de nuestro divino Maestro de hacer un pueblo perfecto [2], encarga en la misma ley la mayor perfección que puede darse en la observancia de cada uno de los mandamientos. Quiere que todas las virtudes se ejerciten en grado heroico, todas las obras se hagan de un modo perfecto, y todas las penas se soporten con la mayor resignación. Vuelve ahora los ojos sobre ti mismo. Has conocido las excelencias de la ley evangélica; en el bautismo y otras mil veces te has comprometido á cumplirlas. ¿Cómo la observas? ¿Cumples los mandamientos que miran á tu estado y oficio? ¿No te acusa de alguna cosa tu conciencia? Medítalo con detención; pues ella servirá de código en el divino tribunal. Forma propósitos eficaces de mejorarte; pide las gracias que te son necesarias para su cumplimiento, y no olvides el rogar por todas las necesidades de costumbre.

67.—PREÁMBULO DEL PADRE NUESTRO.

PRELUDIO 1.º Rogado Jesús por sus Apóstoles á que les enseñase á orar, contestó: «Vosotros, cuando orareis, diréis: «Padre nuestro, que estás en los cielos».

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús enseñando esta sublime oración.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de mirar á Dios como al mejor de los padres.

Punto 1.º *Padre.*—Considera cómo, deseando Jesús inspirarnos la más viva confianza en la oración y sentimientos filiales

[1] Matth., v, 45. — [2] Luc., i, 17.

para con Dios, manda que la comencemos llamándole Padre. Pondera con cuánta razón se llama Dios tu Padre. Él te dió el ser natural como á los demás hombres; te añadió el ser de gracia, adoptándote por hijo en el santo bautismo, y haciéndote heredero del cielo; y es mil veces tu Padre, porque cuantas veces pierdas este ser de hijo adoptivo, está aparejado á volvértele á dar por la penitencia. Mira cómo, aunque de balde se ofrece Dios á ser tu Padre, no le costó poco el serlo, porque te engendró con gravísimos dolores en la cruz, muriendo el Hijo de Dios para formar hijos adoptivos [1], para que todos tuviésemos un mismo Padre. ¿Cómo no se enternece tu corazón al considerar tales finezas divinas? Pondera además cuán bien hace Dios el oficio de Padre, amándote con ternura, mirando por ti con cuidado, amparándote con su providencia, dándote sustento en abundancia, y poniéndote en el estado que te conviene para tu salvación. De modo que todos los padres de la tierra no merecen este nombre en su comparación. Por lo cual dijo Jesucristo [2]: «No llaméis á ninguno padre sobre la tierra, porque un solo Padre tenéis, que está en el cielo. ¡Oh Padre! Sed para mí padre, y mostraos tal conmigo, llenando el nombre que tomasteis por mi amor. Mas atiende á que por el mismo caso que Dios quiere ser tu Padre, te ofrece la dignidad de hijo, y quiere que hagas con Él oficio de hijo para con su padre, amándole con todo tu corazón, reverenciándole en el pensamiento, en las palabras y en las obras, obedeciéndole en todo cuanto mande, y celando constantemente su honra y gloria. ¡Oh Padre celestial! ¿De dónde á mí tanto bien, que siendo tan vil criatura, sea llamado hijo vuestro? ¿Qué caridad os ha movido á tomar por hijo á un tan vil esclavo? Pues hacéis conmigo oficio de padre, ayudadme para que haga con Vos oficio de buen hijo. ¡Oh cristiano! Mira bien la dignidad que Dios te ha concedido, haciéndote su hijo. ¿Degeneras tú de ella? ¿Haces algo repugnante ó impropio de la misma?

Punto 2.º *Nuestro.*—Considera aquí las causas por qué quiso Jesucristo que llamases á Dios Padre nuestro, y no Padre mío. Quería ante todo que conocieses la infinita caridad y munificencia de este Padre, la cual resplandece en que, como no puede tener más que un Hijo natural, quiso tener muchos hijos adoptivos, comunicando esta dignidad tan excelente á hombres y á ángeles, dándola á cada uno sin perjuicio del otro; porque de tal manera es Padre de todos, que es tan tuyo como si lo fuese de ti solo. ¡Bendita sea caridad tan inmensa, en quien cabe tanta infinidad de hijos, cuidando de todos como si no fueran más que uno! Quiso también que entendieses que, como Él es Padre de muchos hijos, así también todos somos hermanos, y así se despertase en ti el amor de tus prójimos, pidiendo para todos, y deseando que

[1] Galat., iv, 5. — [2] Matth., xxiii, 9.

todos sean hijos adoptivos de este Padre, sin despreciar á ninguno; pues el rico y el pobre, el noble y el plebeyo, el sabio y el idiota, pueden ser igualmente hijos de un mismo Padre celestial, acordándote de aquellas palabras del profeta Malaquías [1]: «¿Por ventura no es uno el Padre de todos? ¿Por ventura no nos crió un mismo Dios? Pues ¿por qué desprecia cada uno de nosotros á su hermano?» Quiso, finalmente, que le llamases Padre nuestro en vez de mío, para moverte á reverencia, porque la palabra Padre mío es de mucho regalo, y más propio del Hijo unigénito de este divino Padre, á quien debes tratar con amor y reverencia juntamente. Aunque, sin embargo de esto, á tus solas y en tu rincón le puedes llamar Padre mío, pues tan tuyo es como si no tuviera otro hijo adoptivo más que á ti. ¿Has meditado la infinita caridad de Dios en querer ser Padre de todos? ¿Consideras á tus prójimos como á hermanos? ¿Qué debes corregir ó mejorar para llegar á esto? ¡Oh Padre lleno de misericordia y de bondad! Permitidme que os salude con este dulce nombre de Padre. Sois mi Padre, porque me criasteis, me conserváis y tenéis especial providencia de mí, como si no tuvierais otro hijo; pero os decís Padre nuestro, para indicarnos vuestra caridad que á todos se extiende, y el amor que nos hemos de tener como hermanos. Bendito sea amor tan señalado, por el cual os suplico ame á todos mis prójimos, ya que á todos abraza vuestra caridad.

Punto 3.º *Que estás en los cielos.*—Considera en este punto cómo, estando Dios en todo lugar, quiso que dijeses solamente que estás en los cielos, moviéndole á esto muchas razones. La primera, para moverte á reverencia, considerando la majestad, grandeza y dignidad de este Soberano Padre, que es el Señor de los cielos, y reina eficazmente en ellos. La segunda, para levantar tu corazón de lo terreno á lo celestial, despreciando todo lo de acá, y suspirando por la herencia del cielo, donde está tu Padre. La tercera, para que en esta vida mortal vivas como peregrino y extranjero; pero como pretendiente del cielo, buscando la pureza celestial, sin la cual no se puede entrar allá. La cuarta, especialmente, para que en la oración levantes la vista y el pensamiento al cielo, de donde te han de venir todo socorro [2] y los bienes que pides, cualesquiera que ellos sean, estando de tal modo fijo tu espíritu en la gloria, que pueda decirse de ti lo que de sí decía San Pablo [3], esto es, que toda su conversación era en el cielo. Pondera además cómo también se llaman cielos [4] las almas justas en quienes Dios mora por gracia, y de ellas se hace aquí mención, para que se entienda que Dios es Padre principalmente de los justos que son cielo suyo, y para que quien ora despida de sí toda culpa y terrestridad, y se haga cielo, donde Dios pueda

[1] Malach., II, 10. — [2] Psalm. CXX, 1. — [3] Philip., III, 20.
[4] SS. August. et Ambros.

morar, y para que se recoja y entre dentro de sí donde está Dios, y allí derrame su oración delante de su Padre, que está en lo secreto de su corazón [1], y le ve en lo escondido del aposento interior donde ora. ¡Oh! ¡Quién fuese cielo claro y adornado de virtudes, en quien Dios gustase morar! Confieso, Dios mío, que soy hombre de tierra, y terreno, como hijo del terreno Adán; pero con vuestra gracia deseo convertirme en cielo y en hombre celestial, como hijo del celestial Adán. Levantad, Señor, mi espíritu al cielo en donde Vos moráis, haciendo la dicha de todos los santos. ¡Oh alma! Tu Padre está en los cielos. ¿Deseas ir allá? ¿Te acuerdas á menudo de aquel lugar de ventura? ¿Cómo lo has de alcanzar?

Epílogo y coloquios. ¿Quién será capaz de comprender los tesoros de misericordia, bondad y confianza encerrados en las primeras palabras de la oración dominical? Jesús es quien nos las ha puesto en los labios, y quiere que saludemos á Dios, su Padre, con esta misma palabra ¡Padre nuestro que estás en los cielos! El mismo Dios es tu Padre, porque te ha criado; es tu Padre, porque te ha adoptado, y mil veces es tu padre, porque está dispuesto á volverte otras tantas la dignidad de hijo, si por el pecado llegas á perderla. Él hace contigo los oficios de un buen padre; y, aunque cuida de ti con tanto cariño y providencia como si no tuviera otro hijo, quiere recordarte que su caridad paternal se extiende cuanto es de su parte á todos los hombres, y del propio modo á todos se debe extender tu amor de hermano; por lo cual te manda que le digas Padre nuestro. ¿Te acordarás tú que eres hijo de este amoroso Padre? ¿Cumplirás con él los deberes de un buen hijo? ¿Mirarás á los prójimos como hermanos? Pero advierte que este Padre está en los cielos, no porque deje de estar en todas partes por su inmensidad, sino porque allá especialmente se comunica á sus escogidos. Allí has de levantar tu espíritu; allí has de tener tu tesoro; allí se han de dirigir tus aspiraciones; allí has de conversar con tu Dios; tu vida ya no ha de ser terrena, sino celestial. ¡Oh, si esto alcanzases! ¿No te avergüenzas de tener tan poco amor á tu Padre, que estando Él en el cielo, tú sólo piensas en prolongar tu estancia sobre la tierra y diferir la entrada en el cielo? ¿Cuándo suspirarás por la casa de tu celestial Padre? Desprende tu corazón de los bienes de acá, y entonces buscará los de allá; para esto propón lo que te convenga, y pide gracia para cumplir tu propósito, sin olvidar las demás necesidades, especialmente la santa Iglesia y el Sumo Pontífice.

[1] Matth., VI, 6.

68.—ORACIÓN DEL PADRE NUESTRO.—PRIMERA PARTE.

PRELUDIO 1.° Represéntate á Jesucristo enseñando á sus discípulos, y á ti con ellos, la oración del Padre nuestro.

PRELUDIO 2.° Pide la gracia de penetrar el sentido de sus peticiones, y rezarle con verdadero fervor.

Punto 1.° *Primera petición. Santificado sea el tu nombre.*—Considera cómo en la primera petición pides á Dios que su nombre sea conocido, alabado y glorificado por todos, venerado y adorado y tenido por santo. No dices que su nombre sea alabado ó glorificado, sino que sea santificado, porque la santidad es lo que más ama Dios y de lo que más se precia, deseando que los hombres en la tierra le entonen el mismo cántico que los ángeles en el cielo, diciendo [1]: «Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los ejércitos, el que es, fué y será para siempre». Pondera por qué nos manda Jesús que digamos santificado sea tu nombre, y no santificada sea tu majestad y potencia; la causa es, porque es justísimo que cuanto se nombre de Dios y cuanto conocemos de Él sea venerado, conocido y tenido por santo. Su justicia es santa, su omnipotencia es santa, su providencia es santa, todos sus atributos son santos, y están incluidos y se sobreentienden en la palabra *nombre*. Considera la absoluta universalidad de esta petición, porque no dices santificado sea tu nombre por nosotros, sino de un modo absoluto, santificado sea tu nombre, queriendo que tu petición sea sin tasa ni límite alguno, deseando que el nombre santísimo de Dios sea santificado de los ángeles y de los hombres; y no sólo de los hombres que están en la tierra, sino también de las almas que están en el cielo y en el purgatorio, de las presentes y de las que han de nacer, y que todas las criaturas de este mundo visible, del modo que puedan, alaben y glorifiquen este santo nombre, pues es dignísimo de ser glorificado de todos, y que toda rodilla de los moradores celestiales, terrenales é infernales [2] se doble y postre al soberano nombre de Dios. Mira el modo cómo debes tú y todas las criaturas santificarle; su principal glorificación consiste en que todos crean lo que revela, esperen lo que promete, obedezcan á lo que manda, y le adoren y sirvan como Él ordena, y le amen de todo su corazón. De modo que su vida y sus obras sean tales [3], que quien las viere, por ellas glorifique al Padre celestial. ¿Glorificas tú de este modo el nombre de Dios? ¿Puede acaso decirse de ti que por tus obras es el nombre de Dios blasfemado [4]? ¡Oh Padre gloriosísimo! Por los méritos de vuestro Hijo unigénito, os suplico

[1] Isai., vi, 3; Apoc., iv, 2. — [2] Philip., ii, 10.— [3] Matth., v, 16. — [4] Rom., ii, 24.

deis luz de fe á todos los infieles, gracia y caridad á todos los justos, para que todos santifiquen vuestro santo nombre en la tierra, al modo que lo santifican los bienaventurados en el cielo.

Punto 2.° *Segunda petición. Venga á nos el tu reino.*—Considera aquí la segunda petición: «Venga á nos el tu reino». El reino que pides en ella es, ante todo, el reino con que reina Dios en esta vida en los justos por gracia. El cual abraza la doctrina de la fe que hemos de creer, las leyes de su gobierno que hemos de guardar, los sacramentos que hemos de recibir, los sacrificios que hemos de ofrecer, y las virtudes todas con que hemos de servir á nuestro Rey, disponiéndonos para que entre dentro de nuestras almas y reine en ellas. Pides también el reino de la gloria, donde reina Dios con los bienaventurados pacíficamente; y no dices: llévanos á tu reino, sino: venga á nos el tu reino, porque si viene á ti el reino de Dios por gracia, cierto es que te llevará al reino de la gloria; y así, más cuidado has de tener en desear el primero que el segundo, porque todos desean reinar con Cristo en la gloria, y esto á todos es sabroso; pero no todos desean que Cristo reine en ellos en la tierra, porque esto es penoso, y no agrada á la naturaleza viciada y acostumbrada á vivir sin freno ni sujeción. Otro reino que pides es el reino de Dios, último y consumado, cual será el día del juicio, cuando del todo se acabe el reino del demonio y Dios reine en los justos, glorificando sus almas y cuerpos, y el reino de la gloria sea cumplido en todos. ¡Oh! ¡Cuándo llegará este reino para que del todo se acaben los pecados y se cumplan los deseos de las almas que le están esperando, para gozar de él juntamente con sus cuerpos! Pondera finalmente la palabra *tuum*, tuyo; venga, Señor, á mí tu reino, para que destruya todo reino que no sea tuyo. No reine en mí el reino del pecado ni del demonio; antes os pido que los destruyáis. No os pido, Señor, que venga á mí el reino de este mundo, fundado en riquezas, honras y regalos, sino el reino vuestro, fundado en verdaderas virtudes. ¡Oh Salvador dulcísimo, que dijisteis: Mi reino no es de este mundo! Vuestro reino quiero, vuestro reino deseo, y ese sólo pido. Venid, ¡oh Trinidad Beatísima!, y entrad dentro de nosotros; morad y reinad en los que vivimos en la tierra, como reináis en los santos que viven en el cielo, para que os sirvamos como ellos os sirven. ¿Quieres, ¡oh alma fiel!, que reine en ti Jesús? ¿Qué exige de ti? ¿En qué cosas has de mostrarte súbdita de este Rey?

Punto 3.° *Tercera petición. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.*—Considera cómo en la tercera petición pides que se cumpla la voluntad divina, declarada por los preceptos de la ley, por los consejos del Evangelio, por las secretas inspiraciones del Espíritu Santo, por las ordenaciones de la Iglesia y de sus ministros y de todos los superiores que están en lugar de Dios. ¡Oh, si cumplieses esta voluntad de Dios: pues

basta que sea la voluntad de su Criador para que todas sus criaturas gusten de cumplirla! Pero fíjate en la palabra *tua*, tuya, que es como si dijeses al Señor: No quiero que se cumpla mi propia voluntad, que es perversa; ni la voluntad de la carne, que es rebelde contra el espíritu; ni la voluntad del demonio, que es injusta; ni la del mundo, porque es vana; vuestra sola voluntad se haga, porque ella sola es buena y justa, y regla de toda buena voluntad. Pondera, asimismo, el modo de cumplir esta voluntad, que se declara en las palabras siguientes: «Así en la tierra como en el cielo»; esto es, con aquel modo que los ángeles y espíritus bienaventurados la cumplen en el cielo; conviene á saber: con entereza, sin faltar en cosa alguna, por mínima que sea; con pura intención de agradar á solo Dios; con prontitud, puntualidad y presteza grande, sin tardanza ni repugnancia alguna; con fortaleza y perseverancia hasta el fin, y, finalmente, por amor y con amor ferviente, continuo é intenso, saboreándose y gozándose en cumplir lo que Dios manda. Pides también en esta misma petición que se haga la voluntad de Dios por los hombres terrenos, como la hacen los hombres celestiales, y, sobre todo, como la hizo el Adán celestial, Jesucristo, Señor nuestro, el cual bajó del cielo á cumplir la voluntad divina con excelentísima perfección. ¡Oh Padre celestial! Razón es que los hijos engendrados por vuestra graciosa voluntad hagan lo que les mandáis, como lo hizo el Hijo engendrado de vuestra substancia. Enseñadme á cumplir vuestra divina voluntad [1], porque Vos sois mi Dios, á quien sea honra y gloria por los siglos de los siglos. Ahora bien: ¿qué hemos de hacer nosotros para cumplir la voluntad de Dios? ¿Cómo la hemos cumplido y la cumplimos?

Epílogo y coloquios. ¡La gloria de Dios! He aquí el fin último de todas las cosas, y la primera aspiración del cristiano, y lo que siempre ha de tener delante de los ojos. Jesucristo puso ésta por primera petición de la oración que por sí mismo dictó. Santificado sea el tu nombre. Que sea por siempre este nombre divino y todo cuanto él encierra alabado, glorificado y tenido por santo; porque á él solo corresponde esencialmente la santidad, y nadie es santo sino él ó por él. Por lo cual, justo es que todos, ángeles y hombres, alaben y glorifiquen este santo y divino nombre. Mas después de haber pedido la consecución del fin último de todas las cosas, has de pedir la adquisición de tu propio fin, porque sólo así contribuyes del modo que Dios desea al fin supremo universal. Este fin último tuyo pides en la segunda petición, al suplicar que venga á ti el reino de Dios, esto es, el reino de la gracia en este mundo, y el reino de la gloria en el otro, los cuales están entre sí tan íntimamente enlazados, que no puede obtenerse el segundo sin haber conseguido antes el primero, porque el que

[1] Psalm. CXLII, 10.

quiere reinar con Cristo, ha de procurar que antes reine en él Cristo. Mas ¿cómo obtendrás este doble reino? Cumpliendo la voluntad de Dios. Este es el único medio para lograrlo. Y cumpliéndola, en cuanto puedas, con la perfección con que se cumple en el cielo. De aquí la tercera petición. Mira con atención la obediencia de Jesús á la voluntad divina, y verás que es entera, perseverante, pronta y amorosa. Examina si procuras modelar tu obediencia por la que tuvo el divino Maestro. Y si algo hallas en ti que corregir, haz resoluciones firmes y prácticas, y para cumplirlas pide los auxilios al Señor, rogándole por todas las cosas que te han encargado pedir.

69. — ORACIÓN DEL PADRE NUESTRO. — SEGUNDA PARTE.

PRELUDIO 1.° Represéntate á Jesucristo enseñando esta oración á sus discípulos, entre los cuales te hallas tú.

PRELUDIO 2.° Pide la gracia de penetrar el sentido de las peticiones que encierra y de decirlas con verdadero espíritu y fervor.

Punto 1.° *Cuarta petición. El pan nuestro de cada día dánosle hoy.*— Considera cada una de las palabras de la cuarta petición. En ella pides á Dios el «pan», esto es, el pan que sustenta y conforta el espíritu, que es el santísimo Sacramento del altar, suplicándole que te hagas digno de recibirle cada día sacramentalmente, ó á lo menos espiritualmente; pides también el pan ó sustento del alma ordinario, que son los socorros de la gracia con que se conserva la vida espiritual, el cual comprende los sacramentos, inspiraciones, ilustraciones, inteligencia de las verdades, y, sobre todo, el cumplimiento de la voluntad divina, que Jesucristo llamó su pan [1]; pides, por fin, el pan ó sustento ordinario para conservar la vida del cuerpo, porque quiere Dios que la conserves, y se lo pidas, no con solicitud demasiada, sino confiando en su divina providencia. Este pan dice Jesucristo que es «nuestro», porque, aunque es verdaderamente de Dios, ya que de Él procede, Él lo amasa y reparte; mas quiere que lo llamemos nuestro, porque se ordena al remedio de nuestra necesidad, y Jesucristo nos lo mereció y lo compró con el precio de su sangre, no para sí ni para los ángeles, sino para nosotros. Pondera la palabra de «cada día», la cual significa que no has de pedir aquella ración extraordinaria que suele el Señor conceder á sus particulares amigos, pues que no eres digno de ella, sino la ración ordinaria de cada día, sin la cual no puede vivir tu alma ni medrar en la vida espiritual, ni tampoco el cuerpo, remitiendo á la adorable providencia de Dios otros favores ó gracias extraordinarias que quiera darte. Y esta ración ordinaria no debes

[1] Jean., IV, 34.

pedirla para ti solo, sino también para tus prójimos, por cuyo motivo añade el Señor la palabra «danos», teniendo grande caridad y hermandad con todos, queriendo para ellos lo que quieres para ti. Fija, por último, la atención en la palabra «hoy», la cual te indica que todos los días debes acudir á la oración, estando continuamente colgado de la providencia de Dios, y evitando la demasiada solicitud para el día de mañana, acordándote de los israelitas [1], que en el desierto cogían todos los días el maná, y Dios tenía cuidado de preparárselo. ¿Qué pan pides principalmente al Señor? ¿Suspiras por el pan divino y sobresubstancial? ¿Cómo te aprovechas de él? ¡Oh Padre amabilísimo! Vos, que alimentáis las aves del cielo y preparáis el manjar para todos los seres vivientes, no os olvidéis de este miserable hijo vuestro, que os pide el pan de vuestra divina gracia y el de vuestra santa doctrina; dadme este pan copiosamente para el día de hoy y para siempre, pero de tal manera, que viva y ore con tal fervor en este día, como si para mí no hubiera otro.

Punto 2.° *Quinta petición. Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*— Considera cómo en la quinta petición pides que Dios te perdone las deudas, esto es, los pecados mortales ó veniales y las penas á que por ellos quedaste obligado; las cuales deudas sólo Dios puede perdonar [2], y las perdona por los medios que tiene para ello instituidos; y así le pides que te las perdone, aplicándote estos medios y dándote ayuda para usar de ellos. Pondera que, aunque seas tan santo, que puedas llamar á Dios Padre, y haya venido á ti su reino, y te esfuerces en cumplir la voluntad de Dios aquí en la tierra del modo que se cumple en el cielo, has de reconocer que eres pecador, y puedes presumir que cada día pecas en este género de culpas veniales, é incurres en deudas por las cuales cada día debes decir: «Perdónanos, Señor, nuestras deudas». Reflexiona que para mover á Dios á que te perdone, te ofreces tú á perdonar á tus prójimos las deudas que tienen contigo, como son las injurias y ofensas que te han hecho; y las has de perdonar, no aborreciendo al que te injurió, ni vengándote de él con tu propia autoridad, ni dando señales de aborrecimiento, sino antes las señales comunes de amistad; pero más perfectamente perdona quien totalmente se olvida de la injuria, y con especial amor ama á su injuriador, y le hace especiales beneficios, por lo cual alcanzará de Dios más copioso y absoluto perdón de sus propias deudas. Por donde conocerás cuánto quiere nuestro Señor que perdones á los demás, pues pone esto por condición para perdonarte, y cuánto desea que perdones luego, y que el sol [3] no se ponga reteniendo la ira, pues en la oración de cada día te manda decir que perdonas á tus deudores; y si no lo haces así, tú mismo das sentencia contra ti; porque diciendo á Dios que te perdone como tú perdonas, si no lo haces, es decirle, cuanto es de tu parte, que no te perdone. ¡Oh Padre amorosísimo! Muy de corazón perdono las deudas que me deben, para que Vos me perdonéis las que os debo. Nada es lo que me deben mis prójimos, y yo os debo diez mil talentos [1], por haber pecado innumerables veces contra cada uno de los mandamientos de vuestra santa ley. ¿Conoces tú las deudas que tienes con Dios? ¿Deseas alcancar el perdón de ellas? ¿Perdonas de corazón á tus hermanos?

[1] Exod., xvi, 4. — [2] Marc., ii, 7. — [3] Ephes., iv, 26.

Punto 3.° *Sexta y séptima petición. No nos dejes caer en la tentación; mas líbranos del mal. Amén.*—Considera que en la sexta petición pides al Señor que no te deje caer en la tentación. No le pides que no seas tentado y que no dé licencia al tentador para que te tiente; antes se supone que has de serlo, y que conviene que tu Padre celestial lo permita y dé tal licencia; porque si Él la da, sin duda será justa y para tu provecho, y medida conforme á tus fuerzas [2], y así has de estar aparejado para padecer tentaciones del demonio y de sus ministros que viven en el mundo, y de tu propia carne con sus pasiones. Pero quiere Cristo nuestro Señor que le pidas gracia para no ser vencido en la tentación, y para no caer en ella, consintiendo en algún pecado, y juntamente que no seas tentado con tal género de tentación y en tal género de ocasión, donde ve su Majestad que has de ser vencido. Pondera la última petición, que es: «Líbranos del mal». En la cual pides ser librado de todos los males pasados, presentes y por venir, así temporales como eternos, y así del alma como también del cuerpo, en el grado que conviene para el bien del alma; y así le pides te libre de los pecados pasados, perdonándolos con su gracia, y que te saque de las ignorancias, errores, pasiones, aflicciones y miserias que ahora padeces, y que te preserve y libre de las futuras, especialmente de la eterna condenación y del poderío del demonio, que es el mal [3] de quien deseamos principalmente ser librados cuando decimos: «Líbranos del mal», para que ni en esta vida ni en la futura tenga poder sobre nosotros, ni seamos esclavos suyos. Mira, por fin, cómo Jesús, por remate de esta oración, añadió la palabra «Amén», que quiere decir, así sea; y esta palabra debes decir con un ferviente afecto y deseo de alcanzar todo lo que has pedido, y con una viva confianza de que serás oído, pues pides las cosas que te ha de conceder el mismo á quien pides, y lo haces con las mismas palabras que Él te ha enseñado. ¡Oh amabilísimo Jesús! Vos veis que las tentaciones más violentas nos amenazan y los males más graves nos rodean; el demonio, el mundo y carne desean arruinarnos, y si sucumbimos, corremos peligro de caer en todas las miserias de esta vida y de la otra; levantaos y ayu-

[1] Matth., xviii, 24. — [2] I Cor., x, 13. — [3] Matth., xiii, 19.

dadnos; no permitáis que caigamos en la tentacion; haced que sea eficaz nuestra súplica para vernos libres de los males eternos. ¿No tememos las tentaciones? ¿No deseamos vernos libres de los males que nos amenazan? ¿Qué debemos hacer para esto?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien ha sabido compendiar el Señor en la oración dominical todas las cosas que hemos de pedir para nuestra felicidad eterna! Si para alcanzar el reino de los cielos nos es preciso cumplir acá la divina voluntad como se cumple allá, para hacer esto nos es indispensable el pan de la divina gracia, que á continuación pedimos diciendo: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy». ¿No sientes la necesidad de este pan celestial, contenido en los sacramentos, inspiraciones, obras piadosas? ¡Ay de ti si no tienes hambre de él! Jesucristo quiere que, después de pedir lo necesario para alcanzar tu fin, supliques la remoción ó alejamiento de los estorbos que podrían impedirte esta gracia; y como estos son, ó las culpas cometidas, ó las tentaciones, ó las penalidades de esta vida, que no pocas veces te apartan de Dios, conforme á las pretensiones de tu enemigo, que las causa inmediatamente; de aquí las tres últimas peticiones, en las que ruegas al Señor que te perdone las culpas cometidas y te preserve de otras nuevas, ayudándote á vencer las tentaciones y librándote de todos aquellos males en que podría naufragar tu virtud. ¡Oh con cuánta devoción y con qué voluntad tan ferviente debieras rezar esta sublime y divina oración. ¿Cómo lo has hecho hasta el presente? ¿No es verdad que al rezarla no pocas veces ni tú mismo te oyes ó entiendes? Y ¿quieres que te oiga Dios, á quien con tal disipación hablas? Reflexionemos bien sobre esto que tanto nos interesa; miremos las tentaciones con que somos con más crueldad perseguidos, y formemos aquellos propósitos que más nos ayuden para conservarnos firmes en medio de ellas, y para cumplirlos pidamos la divina gracia que nos es necesaria y todos aquellos bienes que pretendemos alcanzar.

70.—MISIÓN DE LOS APÓSTOLES.

PRELUDIO 1.º Viendo Jesús la mucha mies de pecadores y la escasez de obreros para cogerla, envía á sus discípulos á predicar, dándoles notables consejos y grande potestad.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús enviando á la predicación á sus discípulos, entre los cuales te hallas.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de comprender y seguir los consejos de Jesús.

Punto 1.º *Motivo por el cual Jesús envía sus discípulos á predicar.*—Queriendo Jesucristo enviar sus discípulos á predicar, indicóles el motivo de su misión, diciendo [1]: «La mies es mucha, y los obreros pocos; rogad al Señor de ella que envíe

[1] Matth., IX, 37, 38.

obreros á cogerla». En cuyas palabras debes ponderar su infinita caridad y misericordia, y el deseo que tiene de nuestro bien. Dice primeramente que la mies es mucha, porque son muchos los que tiene escogidos para el cielo, y muchos los que están esperando la ayuda de los predicadores para rendirse del todo á su servicio; y esto le mueve á compasión. Dice, además, que los obreros ó segadores son pocos; porque los más de los hombres son amigos del ocio y enemigos del trabajo; y si trabajan, buscan más bien su propio provecho que el bien de los otros. Añade que al Señor de la mies corresponde el enviar obreros á ella, porque ninguno puede entrar en mies ajena sin voluntad de su dueño, y quien, sin vocación de Dios [1], que es el Señor de la mies, entra en esta labor, señal es que no busca el servicio y gusto de su Señor, ni el provecho de la mies, sino su propio provecho, su honra y comodidad, y trabajará en vano; porque, si no es en nombre y virtud de Jesucristo, ni se puede segar esta mies, ni pescar la pesca de las almas. Dice últimamente que rueguen al Señor de la mies, que envíe obreros; porque no está olvidado de ella, y desea mucho que se coja, aunque quiere ser rogado; toda vez que la oración es medio para ejecutar las trazas de la Divina Providencia, y para manifestar que el interesado en esta obra no es tanto Él como la mies y los obreros que la cogen, porque así han de alcanzar su salvación. Sin embargo, es tal la caridad de este Señor, que antes que le rueguen que envíe obreros, se resuelve de enviarlos, para significar que, aunque nosotros nos descuidemos en pedir esta merced, su infinita bondad no se olvidará de la mies, sino por sola su misericordia escogerá obreros y los enviará. ¡Oh Salvador dulcísimo! Gracias os doy, cuantas puedo, por el cuidado que tenéis de vuestra mies y de enviar obreros á cogerla. Y pues queréis ser rogado, mil veces os suplico enviéis muchos obreros, fieles, ejemplares y libres de toda confusión; y si yo valgo, vedme aquí, enviadme; porque si Vos me llamáis y enviáis, justo es que yo os obedezca, trabajando en cumplir lo que me mandáis. ¡Oh alma mía! Oye las palabras de Jesús, y pregúntate: ¿Has rogado que multiplique las vocaciones al ministerio apostólico? ¿Correspondes tú á ella?

Punto 2.º *Jesús envía á sus discípulos de dos en dos, y dales grande poder.*—Considera aquí cómo Jesucristo, por graves motivos, dispuso que sus discípulos fuesen de dos en dos, y no uno solo. Quería que el uno ayudase, consolase y guardase al otro; y para que pudiesen ejercitar entre sí la ley de la perfecta caridad, con cuyo ejemplo exhortasen á los demás á guardarla; y porque fuesen dos testigos pareados de una misma verdad. Y, finalmente, para que los venideros guardásemos este mismo ejemplo, procurando andar en estos ministerios bien acompaña-

[1] Hebr., v, 4.

dadnos; no permitáis que caigamos en la tentacion; haced que sea eficaz nuestra súplica para vernos libres de los males eternos. ¿No tememos las tentaciones? ¿No deseamos vernos libres de los males que nos amenazan? ¿Qué debemos hacer para esto?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien ha sabido compendiar el Señor en la oración dominical todas las cosas que hemos de pedir para nuestra felicidad eterna! Si para alcanzar el reino de los cielos nos es preciso cumplir acá la divina voluntad como se cumple allá, para hacer esto nos es indispensable el pan de la divina gracia, que á continuación pedimos diciendo: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy». ¿No sientes la necesidad de este pan celestial, contenido en los sacramentos, inspiraciones, obras piadosas? ¡Ay de ti si no tienes hambre de él! Jesucristo quiere que, después de pedir lo necesario para alcanzar tu fin, supliques la remoción ó alejamiento de los estorbos que podrían impedirte esta gracia; y como estos son, ó las culpas cometidas, ó las tentaciones, ó las penalidades de esta vida, que no pocas veces te apartan de Dios, conforme á las pretensiones de tu enemigo, que las causa inmediatamente; de aquí las tres últimas peticiones, en las que ruegas al Señor que te perdone las culpas cometidas y te preserve de otras nuevas, ayudándote á vencer las tentaciones y librándote de todos aquellos males en que podría naufragar tu virtud. ¡Oh con cuánta devoción y con qué voluntad tan ferviente debieras rezar esta sublime y divina oración. ¿Cómo lo has hecho hasta el presente? ¿No es verdad que al rezarla no pocas veces ni tú mismo te oyes ó entiendes? Y ¿quieres que te oiga Dios, á quien con tal disipación hablas? Reflexionemos bien sobre esto que tanto nos interesa; miremos las tentaciones con que somos con más crueldad perseguidos, y formemos aquellos propósitos que más nos ayuden para conservarnos firmes en medio de ellas, y para cumplirlos pidamos la divina gracia que nos es necesaria y todos aquellos bienes que pretendemos alcanzar.

70.—MISIÓN DE LOS APÓSTOLES.

PRELUDIO 1.º Viendo Jesús la mucha mies de pecadores y la escasez de obreros para cogerla, envía á sus discípulos á predicar, dándoles notables consejos y grande potestad.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús enviando á la predicación á sus discípulos, entre los cuales te hallas.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de comprender y seguir los consejos de Jesús.

Punto 1.º *Motivo por el cual Jesús envía sus discípulos á predicar.*—Queriendo Jesucristo enviar sus discípulos á predicar, indicóles el motivo de su misión, diciendo [1]: «La mies es mucha, y los obreros pocos; rogad al Señor de ella que envíe

[1] Matth., IX, 37, 38.

obreros á cogerla». En cuyas palabras debes ponderar su infinita caridad y misericordia, y el deseo que tiene de nuestro bien. Dice primeramente que la mies es mucha, porque son muchos los que tiene escogidos para el cielo, y muchos los que están esperando la ayuda de los predicadores para rendirse del todo á su servicio; y esto le mueve á compasión. Dice, además, que los obreros ó segadores son pocos; porque los más de los hombres son amigos del ocio y enemigos del trabajo; y si trabajan, buscan más bien su propio provecho que el bien de los otros. Añade que al Señor de la mies corresponde el enviar obreros á ella, porque ninguno puede entrar en mies ajena sin voluntad de su dueño, y quien, sin vocación de Dios [1], que es el Señor de la mies, entra en esta labor, señal es que no busca el servicio y gusto de su Señor, ni el provecho de la mies, sino su propio provecho, su honra y comodidad, y trabajará en vano; porque, si no es en nombre y virtud de Jesucristo, ni se puede segar esta mies, ni pescar la pesca de las almas. Dice últimamente que rueguen al Señor de la mies, que envíe obreros; porque no está olvidado de ella, y desea mucho que se coja, aunque quiere ser rogado; toda vez que la oración es medio para ejecutar las trazas de la Divina Providencia, y para manifestar que el interesado en esta obra no es tanto Él como la mies y los obreros que la cogen, porque así han de alcanzar su salvación. Sin embargo, es tal la caridad de este Señor, que antes que le rueguen que envíe obreros, se resuelve de enviarlos, para significar que, aunque nosotros nos descuidemos en pedir esta merced, su infinita bondad no se olvidará de la mies, sino por sola su misericordia escogerá obreros y los enviará. ¡Oh Salvador dulcísimo! Gracias os doy, cuantas puedo, por el cuidado que tenéis de vuestra mies y de enviar obreros á cogerla. Y pues queréis ser rogado, mil veces os suplico enviéis muchos obreros, fieles, ejemplares y libres de toda confusión; y si yo valgo, vedme aquí, enviadme; porque si Vos me llamáis y enviáis, justo es que yo os obedezca, trabajando en cumplir lo que me mandáis. ¡Oh alma mía! Oye las palabras de Jesús, y pregúntate: ¿Has rogado que multiplique las vocaciones al ministerio apostólico? ¿Correspondes tú á ella?

Punto 2.º *Jesús envía á sus discípulos de dos en dos, y dales grande poder.*—Considera aquí cómo Jesucristo, por graves motivos, dispuso que sus discípulos fuesen de dos en dos, y no uno solo. Quería que el uno ayudase, consolase y guardase al otro; y para que pudiesen ejercitar entre sí la ley de la perfecta caridad, con cuyo ejemplo exhortasen á los demás á guardarla; y porque fuesen dos testigos pareados de una misma verdad. Y, finalmente, para que los venideros guardásemos este mismo ejemplo, procurando andar en estos ministerios bien acompaña-

[1] Hebr., V, 4.

dos; pues, como dice el Sabio [1], dos hermanos que se ayudan uno á otro son como una ciudad muy fuerte; y ¡ay del solo! [2], porque, si cae, no tiene quien le ayude á levantar. Y como dijo el mismo Señor [3]: «Donde están dos juntos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos». ¡Oh dichosa junta, en la cual tercia Cristo, asistiendo á mirar por ella! Pondera también la potestad grande y virtud extraordinaria que concedió el Señor á sus Apóstoles y discípulos, diciendo: «Curad los enfermos, resucitad los muertos, sanad los leprosos y echad los demonios». En lo cual has de admirar la largueza y omnipotencia de Cristo nuestro Señor en comunicar tan sin envidia la potestad de hacer milagros á sus discípulos, hasta decirles después [4] que los harían mayores que Él los hizo, para autorizarlos y acreditar su doctrina; porque como eran gente humilde y de baja condición, no fuera estimada, si no es con tan soberana potestad. Lo cual ha de despertar en ti la confianza, que si el Señor te escoge para este oficio tan sublime, no dejará de concederte las gracias y dones que te sean necesarios [5], aunque te reconozcas pobre y falto de cualidades. ¡Oh amantísimo Salvador! No quiero yo desconfiar, viendo el poder que concedéis á vuestros Apóstoles, porque cierto estoy que, si lo necesito para cumplir vuestra voluntad, me concederéis otro tanto; pues que vuestra mano no se ha abreviado, ni vuestra bondad y misericordia han disminuido. ¡Oh alma! Si quieres alcanzar favores de Jesús, oye y sigue sus consejos, ejercitando la caridad con tus hermanos. ¿Lo practicas de este modo?

Punto 3.° *Jesús encarga á sus discípulos que no busquen recompensa de los hombres.*—Considera en este punto la memorable sentencia y provechoso precepto que impuso Jesucristo á sus discípulos cuando les envió á predicar, diciéndoles: «De balde lo habéis recibido, dadlo también de balde». Por la cual pretende primeramente fundarlos en la humildad, para que entiendan que esta potestad y las demás no les han sido dadas por deuda ni por sus merecimientos, sino de pura gracia; y así, que ninguno se gloríe en sí mismo, sino en Dios, de quien las recibió. Y conforme á esto, volviendo los discípulos de esta misión muy ufanos y contentos, porque hasta los demonios se les sujetaban, sin que uno solo se atreviese á resistirles, Cristo nuestro Señor reprimió su soberbia, diciendo [6]: «Vi á Satanás caer del cielo como un rayo»; esto es: escarmentad en los demonios que os obedecen, porque cayeron del cielo por su soberbia, atribuyéndose lo que era propio de Dios. ¡Ay de ti, si, fijando tus ojos en las cualidades que el Señor graciosamente te ha concedido, pusieses en ellas tu fin! Aunque fueses más rico que Lucifer, serías arrojado de la presencia de Dios. La segunda advertencia

[1] Prov., XVIII, 19. — [2] Eccles., IV, 10. — [3] Matth., XVIII, 20. — [4] Joan., XIV, 12.
[5] S. Thom. — [6] Luc., X, 18.

que hace Jesús á sus discípulos, es que del mismo modo que han recibido gratuitamente del Señor la potestad, así la ejerciten de gracia, siendo generosos con sus prójimos, no buscando por medio de sus trabajos ningún interés temporal por vía de precio; sabiendo de cierto que cuanto menor recompensa buscaren de los hombres, tanto mayor la recibirán de Dios, el cual se agravia y queja de que sus ministros sean interesados, diciendo por el profeta Malaquías [1]: «¿Quién hay de vosotros que cierre las puertas del templo y encienda el fuego de mi altar *gratuito*, graciosamente, buscando principalmente mi gloria y no su interés?» ¿Buscamos recompensa en la tierra por nuestros trabajos? ¿Reconocemos como dado por Dios todo cuanto tenemos? ¡Oh dulce Jesús!; pues Vos me habéis dado lo que tengo, con ello os serviré de balde por ser vuestro: por vuestro solo amor cerraré las puertas de mis sentidos, y en el altar de mi corazón encenderé el fuego de los afectos, y os ofreceré sacrificio de buenas obras; y si me diereis algo para bien de mis prójimos, yo lo repartiré con ellos, sin querer otro premio más que á Vos, á quien se dé la gloria por todo.

Epílogo y coloquios.—¡Cuán soberana es la misericordia de Dios! No teniendo Él necesidad alguna de los hombres, ni sacando provecho alguno de los servicios que éstos le prestan, sólo por ser bueno y misericordioso y por hacerles bien se interesa por ellos, diciendo: «La mies es mucha y pocos los segadores» esto es: muchos son los elegidos para el cielo, y pocos aquellos que quieran dedicarse á mostrarles el camino, porque los hombres en su casi totalidad buscan su interés y no la gloria del Señor; mas rogadle que envíe tales obreros, porque la oración es medio para ejecutar las trazas de la divina Providencia; y si Dios los envía, serán obreros útiles y sin confusión. ¡Oh, Señor! Quien vea el interés que mostráis en buscar obreros y segadores para vuestra mies, creerá que tenéis necesidad de ellos. Jesús quiere que sus discípulos vayan á predicar de dos en dos, para que mutuamente se vigilen, se ayuden y consuelen, y sean dos testigos contextes en la misma doctrina. Pero ¡qué poder tan inmenso les concede! ¡qué dominio tan absoluto sobre todas las criaturas! ¡qué eficacia imprime á su palabra! Los mismos demonios se sujetan á su imperio. Mas, para que no se alcen con tales bienes, y den á su generoso Dador la gloria de ellos, y no busquen con los mismos su propio interés y provecho, les dice: «Mirad que lo recibisteis todo de balde, y del propio modo lo habéis de distribuir». ¡Documento importantísimo, que jamás debiéramos borrar de nuestra memoria! Así triunfaríamos del orgullo y vanidad; así buscaríamos en todo á Dios; así nuestros ministerios serían provechosos. ¿Cómo nos hemos portado hasta ahora? ¿Hemos

[1] Malach., I, 10.

rogado al Señor de la mies que envíe obreros á ella? ¿Hemos procurado la fraternidad con nuestros compañeros? ¿Hemos reconocido como venidas de Dios todas las dotes? ¡Ay de nosotros si buscásemos nuestro interés y no el de Jesucristo! En la muerte oiríamos la terrible sentencia: «Recibiste ya tu paga». Abramos los ojos de nuestra mente; examinémonos con imparcialidad, y para corregir nuestros defectos formemos resoluciones muy particulares, según el estado de nuestra alma; pidamos la gracia de cumplirlas y el socorro de todas las necesidades.

71.—REQUISITOS DE LOS VARONES APOSTÓLICOS.

PRELUDIO 1.° Al enviar sus discípulos á predicar, dales Jesús excelentes consejos y les señala el tema de su predicación.

PRELUDIO 2.° Represéntate á ti entre los Apóstoles oyendo los consejos del Señor.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de seguirlos con fidelidad y constancia.

Punto 1.° *Jesús encarga á sus discípulos la mansedumbre, prudencia y otras virtudes.*—Considera lo que dijo Jesús á sus Apóstoles al enviarlos á predicar: «Mirad que os envío como corderos entre lobos [1]». En cuyas palabras les encarga varias virtudes; á saber: mansedumbre de ovejas en no hacer mal á otros, aunque reciban mal de ellos; paciencia en sufrir el mal que les hicieran; caridad en darse á sí mismos y cuanto tienen por el bien de otros, aunque sean enemigos, como las ovejas dan su leche, lana y carne para provecho de los hombres; pero juntamente han de tener grande confianza en el pastor que les envía, al modo que la oveja, olvidada de su propia defensa, toda su guarda tiene puesta en el pastor. Y para más moverles á esto, díceles Cristo: «Mirad que yo os envío»; como si dijera: Tendréis ciertamente perseguidores y enemigos que como lobos os morderán y querrán mataros, y vosotros vais entre ellos, no como lobos ni como perros, sino como ovejas y corderos, peleando con las armas de la mansedumbre y paciencia, de la caridad y confianza, hasta vencerlos y convertirlos en corderos; y para que no os acobardéis, recordad que Yo, vuestro Pastor, Dios y Maestro, soy quien os envío, y miraré por vosotros y os defenderé en los peligros. ¡Oh si siempre te acordases que es Jesús quien te envía y pelea á tu lado! Ciertamente no perderías tantas batallas. Mas, pondera que Jesús de tal modo quiere que sus discípulos sean mansos y pacientes, que no por esto se olviden de la prudencia. Por lo cual añade: «Sed prudentes como las serpientes, y sencillos como la paloma [2]». Prudencia de serpiente has de tener, haciendo tus trabajos de tal modo, que los lobos no muerdan

[1] Luc., x, 3. — [2] Matth., x, 16.

y maten tu alma, aunque maten el cuerpo, como la serpiente expone todo el cuerpo para salvar la cabeza; y buscando el tiempo, lugar y ocasión más oportunos para persuadir la doctrina, como la serpiente supo buscarlo para engañar á Eva. Pero tu prudencia no ha de ser de raposa, mezclada con dobleces y engaños, con falsas sospechas, ficciones y juicios temerarios, sino acompañada de la sinceridad de la paloma, teniendo los ojos puros para mirar lo que es gloria de Dios y bien de las almas, sin mezcla de cosas terrenas. ¡Oh Cordero sin mancilla, en quien descansó el Espíritu Santo [1] en figura de paloma! Juntad en mi alma la prudencia con la simplicidad, la mansedumbre con la paciencia, la caridad con la confianza que en Vos resplandecen, para que sea digno ministro é imitador vuestro, y de tal modo haga bien á otros, que no reciba daño de ellos. ¿Poseemos nosotros las virtudes que el Señor encarga á sus Apóstoles? ¿Qué hemos de hacer para alcanzar las que nos faltan?

Punto 2.° *Modo de viajar que Jesús encarga á los suyos.*—Considera cómo Jesús enseñó á los Apóstoles el modo que habían de tener en los viajes, diciendo: «No llevéis oro, ni plata, ni moneda en la bolsa, ni alforja con bastimento, ni vara, ni dos túnicas, ni calzado, porque digno es el trabajador de su comida, y por el camino á nadie saludéis [2]». En cuyas palabras les da tres admirables consejos. El primero, que cercenen todo lo demasiado y superfluo de las cosas temporales, contentándose con lo necesario, de modo que no lleven cosa preciosa de oro ó plata, ni demasiado dinero para su regalo. Y si les basta un vestido y calzado, no lleven dos para mudarse; y si les bastan sandalias, no lleven calzado entero; y si no han menester báculo, que no usen de él, ó si llevaren báculo en que apoyarse por flaqueza, no lleven vara para defenderse por venganza. El segundo, que pierdan el cuidado demasiado de su sustento [3], vestido y comodidad, fiándose de la divina Providencia, que les proveerá de todo, siendo ellos lo que deben y haciendo bien su oficio, porque el trabajador digno es de que su amo le dé la comida, y Dios se la dará é inspirará á los hombres á que se la den, y él la puede recibir, no como premio de su trabajo, sino como sustento de la vida para trabajar. El tercero, que en el camino no se entretengan en pláticas ni cosas impertinentes que les aparten y diviertan de su intento y propósito. Y por esto, díceles que no saluden por el camino, entreteniéndose con salutaciones profanas; aunque no por esto prohibe las convenientes; y así quiere que sean tan humildes en las posadas adonde lleguen, que ellos primero saluden á los huéspedes, y les conviden con la paz del Evangelio, y entren pidiéndola á Dios nuestro Señor para ellos; porque, si no hay paz en la casa del alma, no está bien dispuesta para oir la ver-

[1] Matth., III, 16 — [2] Luc., x, 4. — [3] Matth., VI, 25.

dadera doctrina. ¡Oh Maestro del cielo!; pues tan á pechos tomáis nuestra enseñanza, imprimidla en mi corazón para que la ponga por obra, sin divertirme á cosa que me aparte de ella. ¡Oh alma mía! Mira los saludables consejos que te da el Salvador, diciéndote que te contentes con lo necesario, ni te preocupes y agobies por buscarlo, fiándote de la Providencia, y evitando cuanto te pueda distraer de lo principal. ¿Los has seguido con fidelidad?

Punto 3.º *Tema de la predicación apostólica.*—Considera cómo Jesucristo, no contento con los provechosos y prácticos consejos que dió á sus discípulos acerca del modo de haberse consigo mismos y con los demás, pasó adelante y les señaló la materia y tema de su predicación, diciéndoles [1]: «Predicad que se ha acercado el reino de los cielos, y que hagan penitencia». Cuyo tema abraza tres puntos muy importantes, que los Apóstoles debían explicar según las enseñanzas que de Él habían recibido. El primero es los medios necesarios para la salvación y para entrar en el reino de los cielos, como era la penitencia de los pecados cometidos, la extirpación de los vicios, ejercicios de obras virtuosas y desprecio de las cosas terrenas, que son causa de la perdición de las almas. El segundo es el fin y motivo de todas estas obras, que era el reino de los cielos, de suerte que no se moviesen, principalmente por temor de castigo, ni por esperanza de premios temporales, sino por la promesa del reino de los cielos. El tercero es que todo esto era fácil, suave y hacedero, porque estaba ya cercano y dentro de ellos el reino de los cielos, esto es, el Autor de la gracia, el cual había de abrir las puertas del cielo, y dar medios suaves y eficaces para entrar en él, como ya los comenzaba á dar. Á estos tres puntos pueden reducirse los asuntos de que deben valerse los varones apostólicos en sus trabajos para la conversión de los pecadores, tratándolos con sencillez, no con palabras de sabiduría humana [2], sino ostentando en sí mismos, por medio de buenos ejemplos, el espíritu y virtud que en sus enseñanzas están encerrados, como lo hacía el apóstol san Pablo. ¿Obras según las enseñanzas de Jesús á los Apóstoles? ¿Practicas tú la penitencia para arrebatar el reino de los cielos? ¿Es este el fin de tus trabajos y fatigas? ¡Oh Rey del cielo, que tan glorioso reino trajisteis al mundo! Ayudadme para que yo le conquiste y arrebate, pues Vos dijisteis [3] que desde los días de Juan Bautista que le comenzó á predicar, padecía fuerza, y los esforzados lo arrebatarían. Dadme, Señor, este esfuerzo, para que yo robe y arrebate joya tan preciosa; pues Vos, que sois su dueño, gustáis de que todos la roben para enriquecerse con ella.

Epílogo y coloquios. ¡Qué cualidades tan superiores exige el divino Maestro de sus Apóstoles y de los que han de imitarlos

[1] Luc., x, 9. — [2] I Cor., II, 1. — [3] Matth., XI, 12.

en el oficio de la predicación! Han de ser como ovejas entre rebaños de lobos. Su mansedumbre ha de ser á toda prueba; su paciencia, invencible; su caridad, inmensa; su confianza en el Pastor que les envía, ilimitada. No deben olvidar la prudencia de la serpiente, procurando salvar á todo trance su alma, aunque se pierda todo lo demás, y buscar la oportunidad más á propósito para hacer eficaz su ministerio, aunque conservando la sencillez columbina. ¿Posees tú estas virtudes? Mira el desprendimiento de las cosas terrenas que tan encarecidamente te recomienda Jesucristo. Has de contentarte con lo puramente necesario, y aun en esto has de evitar toda inquietud demasiada, arrojando tus cuidados en el Señor, que no se olvidará de ti, como no se olvida de los seres más despreciables; á su tiempo te alimentará, tocando para esto los corazones de las almas piadosas, ó valiéndose de otros medios que Él conoce, como siempre ha hecho con los que en Él han puesto su confianza. En tu predicación, si á ella te dedicas, no has de pretender nota de sabio, erudito, orador de moda; Jesús te da el tema ó materia de tus predicaciones. Medios para alcanzar el reino de Dios en este mundo y en el otro; fin é intención en la aplicación de estos medios; proximidad y facilidad de obtener este reino: tales son los puntos culminantes á que debe reducirse tu predicación y enseñanza. ¿Comprendes los consejos y encargos de Jesús? ¿Practicarás las virtudes que te recomienda? ¿Tendrás el desprendimiento que te exige? ¿Cómo contesta tu corazón? ¡Qué responsabilidad contraes si, por olvidar estos divinos encargos, haces infructuoso tu ministerio! Piénsalo maduramente; y á fin de evitarlo, forma eficaces propósitos de seguir los consejos del Salvador, pide fuerzas para cumplirlos, y ruega por todo el mundo.

72.—PRISIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA.

PRELUDIO 1.º Habiendo el Bautista reprendido los vicios de Herodes, fué encarcelado por éste, á instancias de Herodías.

PRELUDIO 2.º Represéntate al Bautista reprendiendo á Herodes con gran celo, y después en la cárcel.

PRELUDIO 3.º Pide la fortaleza y demás virtudes de san Juan.

Punto 1.º *Fortaleza del Bautista.*—Considera la grande fortaleza del Bautista, la cual manifiesta el Evangelista diciendo [1]: «Habiendo el rey Herodes tomado la mujer de su hermano, y casado con ella, san Juan le reprendió, diciendo que no era lícito lo que hacía». Notable en gran manera debía ser la fortaleza y celo de este nuevo Elías, para hablar con esta santa libertad á un rey como Herodes, con quien tenía grande amistad y privanza, y

[1] Matth., XIV, 4.

dadera doctrina. ¡Oh Maestro del cielo!; pues tan á pechos tomáis nuestra enseñanza, imprimidla en mi corazón para que la ponga por obra, sin divertirme á cosa que me aparte de ella. ¡Oh alma mía! Mira los saludables consejos que te da el Salvador, diciéndote que te contentes con lo necesario, ni te preocupes y agobies por buscarlo, fiándote de la Providencia, y evitando cuanto te pueda distraer de lo principal. ¿Los has seguido con fidelidad?

Punto 3.º *Tema de la predicación apostólica.*—Considera cómo Jesucristo, no contento con los provechosos y prácticos consejos que dió á sus discípulos acerca del modo de haberse consigo mismos y con los demás, pasó adelante y les señaló la materia y tema de su predicación, diciéndoles [1]: «Predicad que se ha acercado el reino de los cielos, y que hagan penitencia». Cuyo tema abraza tres puntos muy importantes, que los Apóstoles debían explicar según las enseñanzas que de Él habían recibido. El primero es los medios necesarios para la salvación y para entrar en el reino de los cielos, como era la penitencia de los pecados cometidos, la extirpación de los vicios, ejercicios de obras virtuosas y desprecio de las cosas terrenas, que son causa de la perdición de las almas. El segundo es el fin y motivo de todas estas obras, que era el reino de los cielos, de suerte que no se moviesen, principalmente por temor de castigo, ni por esperanza de premios temporales, sino por la promesa del reino de los cielos. El tercero es que todo esto era fácil, suave y hacedero, porque estaba ya cercano y dentro de ellos el reino de los cielos, esto es, el Autor de la gracia, el cual había de abrir las puertas del cielo, y dar medios suaves y eficaces para entrar en él, como ya los comenzaba á dar. Á estos tres puntos pueden reducirse los asuntos de que deben valerse los varones apostólicos en sus trabajos para la conversión de los pecadores, tratándolos con sencillez, no con palabras de sabiduría humana [2], sino ostentando en sí mismos, por medio de buenos ejemplos, el espíritu y virtud que en sus enseñanzas están encerrados, como lo hacía el apóstol san Pablo. ¿Obras según las enseñanzas de Jesús á los Apóstoles? ¿Practicas tú la penitencia para arrebatar el reino de los cielos? ¿Es este el fin de tus trabajos y fatigas? ¡Oh Rey del cielo, que tan glorioso reino trajisteis al mundo! Ayudadme para que yo le conquiste y arrebate, pues Vos dijisteis [3] que desde los días de Juan Bautista que le comenzó á predicar, padecía fuerza, y los esforzados lo arrebatarían. Dadme, Señor, este esfuerzo, para que yo robe y arrebate joya tan preciosa; pues Vos, que sois su dueño, gustáis de que todos la roben para enriquecerse con ella.

Epílogo y coloquios. ¡Qué cualidades tan superiores exige el divino Maestro de sus Apóstoles y de los que han de imitarlos

[1] Luc., x, 9. — [2] I Cor., II, 1. — [3] Matth., XI, 12.

en el oficio de la predicación! Han de ser como ovejas entre rebaños de lobos. Su mansedumbre ha de ser á toda prueba; su paciencia, invencible; su caridad, inmensa; su confianza en el Pastor que les envía, ilimitada. No deben olvidar la prudencia de la serpiente, procurando salvar á todo trance su alma, aunque se pierda todo lo demás, y buscar la oportunidad más á propósito para hacer eficaz su ministerio, aunque conservando la sencillez columbina. ¿Posees tú estas virtudes? Mira el desprendimiento de las cosas terrenas que tan encarecidamente te recomienda Jesucristo. Has de contentarte con lo puramente necesario, y aun en esto has de evitar toda inquietud demasiada, arrojando tus cuidados en el Señor, que no se olvidará de ti, como no se olvida de los seres más despreciables; á su tiempo te alimentará, tocando para esto los corazones de las almas piadosas, ó valiéndose de otros medios que Él conoce, como siempre ha hecho con los que en Él han puesto su confianza. En tu predicación, si á ella te dedicas, no has de pretender nota de sabio, erudito, orador de moda; Jesús te da el tema ó materia de tus predicaciones. Medios para alcanzar el reino de Dios en este mundo y en el otro; fin é intención en la aplicación de estos medios; proximidad y facilidad de obtener este reino: tales son los puntos culminantes á que debe reducirse tu predicación y enseñanza. ¿Comprendes los consejos y encargos de Jesús? ¿Practicarás las virtudes que te recomienda? ¿Tendrás el desprendimiento que te exige? ¿Cómo contesta tu corazón? ¡Qué responsabilidad contraes si, por olvidar estos divinos encargos, haces infructuoso tu ministerio! Piénsalo maduramente; y á fin de evitarlo, forma eficaces propósitos de seguir los consejos del Salvador, pide fuerzas para cumplirlos, y ruega por todo el mundo.

72.— PRISIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA.

PRELUDIO 1.º Habiendo el Bautista reprendido los vicios de Herodes, fué encarcelado por éste, á instancias de Herodías.

PRELUDIO 2.º Represéntate al Bautista reprendiendo á Herodes con gran celo, y después en la cárcel.

PRELUDIO 3.º Pide la fortaleza y demás virtudes de san Juan.

Punto 1.º *Fortaleza del Bautista.*— Considera la grande fortaleza del Bautista, la cual manifiesta el Evangelista diciendo [1]: «Habiendo el rey Herodes tomado la mujer de su hermano, y casado con ella, san Juan le reprendió, diciendo que no era lícito lo que hacía». Notable en gran manera debía ser la fortaleza y celo de este nuevo Elías, para hablar con esta santa libertad á un rey como Herodes, con quien tenía grande amistad y privanza, y

[1] Matth., XIV, 4.

de quien dice san Marcos [1]: «Que le respetaba, sabiendo que era un varón justo y santo; oíale de buena gana, y hacía muchas cosas que le decía». Sin embargo de esto, reprendió ásperamente su pecado público y escandaloso, aunque sabía que había de perder su amistad y privanza; porque los varones celosos de la honra de Dios no temen perder la gracia del rey terreno, por no perder la del Rey celestial. Y aunque sabía san Juan que Herodes era cruel y Herodías mucho más, y que deseaba matarle por estas reprensiones, no por esto se amedrentó ni acobardó, ni dejó de proseguir su oficio, poniéndose á cualquier peligro y daño que le viniese, mostrando en esto su grande fortaleza y constancia, y que no era caña movediza, sino columna de hierro y muro de bronce [2]; porque como no amaba su honra ni su vida, no temía perderlas, ni hacían en él mella las amenazas, sino, como león, estaba confiado sin pavor alguno. De donde has de sacar grandes propósitos de imitar la fortaleza invicta y firme constancia de este santo Precursor, estando dispuesto á perder la honra, fama y amistad de todo el mundo, antes que dejes de cumplir aquello á que estás obligado, y apartando de ti el amor desordenado de las cosas mudables de esta vida, de donde procede el mudarte, como caña con cualquier viento de tentación. ¡Oh valeroso Santo! Por la admirable fortaleza que nos descubrís en este día, suplícoos me alcancéis del Señor un valor invencible para cumplir su voluntad con corazón grande y ánimo decidido, sin que me detenga ni el amor al mundo ni el temor á su odio. Y nosotros, ¿hemos dejado de decir alguna vez la verdad por temor de ofender á los hombres? ¿Hemos consentido en faltar á Dios para no atraer sobre nosotros la ira de los mundanos?

Punto 2.º *San Juan es preso y metido en la cárcel.*—Instigado el rey Herodes por su perversa compañera de crimen, mandó prender al Bautista, y fué aherrojado en una cárcel [3]. En lo cual has de ponderar cómo nuestro Señor permitió esta prisión de san Juan, aunque era tan amigo suyo, porque hasta entonces todo le había sucedido prósperamente, siendo honrado de todos y alabado y bendecido; y era menester que pasase por las persecuciones que pasaron los Profetas y han de pasar los escogidos, para que, á imitación de Job, como había mostrado sus excelentes virtudes en la prosperidad, así las mostrase en la adversidad, y con ella se afinase más, como el oro en el crisol, y aumentase la corona de su gloria con la excelencia de su paciencia. ¡Cuánto has de estimar las persecuciones y trabajos padecidos por la justicia! Á los ojos del mundo parecen castigos; pero á los de Dios son premio al cual se concede el reino de los cielos. Pondera también el modo cómo san Juan llevó este trabajo, porque es de creer que, cuando le fueron á prender, no huyó ni se escondió; antes saldría

[1] Marc., VI, 20. — [2] Jerem., I, 18. — [3] Marc., VI, 17.

al encuentro á los soldados, ofreciéndose á la prisión, y cuando se vió atar con cadenas, se gozaría con ellas no menos que san Pablo [1], alegrándose de que le ayudaban á maltratar la carne que él tanto aborrecía con santo aborrecimiento. La cárcel convirtió en oratorio, gastando las noches en oración y contemplación, como en el desierto, y de día no cesaba de enseñar á los presos y á sus discípulos; y desde allí los envió á Cristo nuestro Señor, pidiéndole, no que le librase de la cárcel, sino que á ellos librase de la ignorancia que tenían. Finalmente: como ya había hecho su oficio de Precursor en el mundo, deseaba ser desatado de la cárcel de su cuerpo, para ir á hacer el mismo oficio al limbo, y dar noticia á los justos de cuán cerca estaba su Redentor, y así, cada día esperaba la muerte con alegría, porque, siendo tan gran profeta, tendría revelación de la divina voluntad, y sabría que estaba cerca su partida. ¡Oh alma mía! Alégrate como este santo Precursor en las tribulaciones, porque sabes que la tribulación engendra paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba esperanza, y la esperanza no confunde [2] y engaña; porque los que de este modo padecen, tienen dentro de su corazón la caridad del Espíritu Santo, que es prenda de la vida eterna. ¿Qué juicio formas de las tribulaciones? ¿Cómo las aceptas?

Punto 3.º *Maldad de Herodes.*—Considera cómo no sin misterio dijo san Lucas [3], que Herodes á todos sus pecados añadió este de prender al Bautista y aprisionarle, porque es condición del pecado y del pecador que comienza á desenfrenarse, ir siempre de mal en peor, añadiendo á las anteriores culpas otras nuevas y mayores, cumpliéndose lo que dijo David [4]: «La soberbia de los que aborrecen á Dios crece siempre». Y así principió Herodes á trabar una amistad criminal, la cual le hizo caer en la injusticia de quitar la mujer á su mismo hermano, y, consiguientemente, en espantoso adulterio é incesto; luego se hizo sordo á la caritativa amonestación de san Juan; después le prendió y encadenó [5], y, por fin, trató de matarle como raposa astuta, buscando colores aparentes para ello, con título falso de religión, por cumplir un juramento. Examina tu conducta, y confúndete de haber seguido, por desgracia, un procedimiento análogo; pues, á imitación de Herodes, tú, que solías tener amistad con la divina gracia, figurada por Juan, y oías de buena gana sus inspiraciones, por causa de una afición desordenada á tu amor propio, á los intereses ú honores, ó á alguna persona, comenzaste á resistir á ellas, y luego la aprisionaste con tus pasiones, y la mataste con tus pecados, añadiendo unos á otros, unas veces haciendo fiesta de ellos, y otras pensando que guardas religión en hacerlos. Saca de aquí aviso para atajar el mal en sus principios, y en

[1] Colos., I, 24. — [2] Rom., V, 3. — [3] Luc., III, 19, 20. — [4] Psalm. LXXIII, 23.
[5] Luc., III, 20.

especial para aceptar la corrección con ánimo humilde y agradecido; porque la diferencia entre predestinados y réprobos no está en que unos pecan y otros no, sino en que aquéllos finalmente aceptan la corrección, y se enmiendan como David [1]; pero éstos la desechan como Saul [2], y vuelven su ira contra el que los corrige, como Herodes, hasta caer en el profundo de la maldad y en el abismo del infierno. ¿No escarmentarás en el desgraciado Herodes? ¿No tratarás de domar las pasiones en sus principios? ¿No aceptarás con agradecimiento los avisos? ¡Oh Dios infinito! No permitáis que sea yo tan soberbio, que deseche la corrección y me levante como Herodes contra el que me corrige. Corregidme y avisadme, Señor, con misericordia para vivificarme y concederme la vida de la gracia, si no la tuviera; y si no bastara la suavidad, tomad el azote y afligidme con trabajos, á fin de que con ellos, corregido y enmendado, me convierta á Vos, y jamás vuelva á separarme de vuestra amistad.

Epílogo y coloquios. ¡Qué enseñanzas tan prácticas y útiles hallamos en el lamentable suceso de la prisión de san Juan Bautista! La fortaleza invencible de este ilustre Precursor del Mesías, por la cual no vacila en decir la verdad al mismo rey, aunque sepa que por ser amarga le ha de hacer perder su amistad, y le ha de atraer sobre sí el odio de la más cruel é infame mujer, nos enseña que también nosotros hemos de ser fuertes y valientes, prefiriendo los desprecios y odio del mundo entero al abandono de nuestra obligación, y estando dispuestos á sufrir mil muertes antes que apartarnos un solo punto del cumplimiento de la divina voluntad. ¡Oh cómo recibe san Juan la orden de su prisión y encarcelamiento! No huye, ni se esconde; presenta sus manos para ser atadas, y mirando esta persecución como permitida por Dios, que con ella quiere sujetarle á dura prueba, va gozoso á la cárcel, como podría ir á un convite, y la prisión es para él un lugar á propósito para santificarse; conviértela en un oratorio, y de continuo desde ella levanta sus manos al cielo, pidiendo que cumplan en él todos sus designios. ¡Dichoso Precursor, que en la misma cárcel ha hallado un tesoro inagotable de virtud y santidad! Miremos, por fin, á Herodes, y escarmentemos en este criminal. Una pasión, no domada á tiempo, le va conduciendo de abismo en abismo y le arrastrará al profundo del infierno. ¡Ay del que no vence sus pasiones! ¿Hemos imitado la fortaleza del Bautista? ¿Cómo recibimos las pruebas que el Señor nos envía ó permite? ¿Nos domina alguna pasión? Entremos dentro de nosotros mismos, pesemos cuidadosamente las inclinaciones de nuestro corazón, y si observamos que en él asoma algún afecto desordenado, combatámoslo, valiéndonos de firmes propósitos, fervientes súplicas, orando por nosotros y por los demás.

[1] II Reg., XII, 13. — [2] I Reg. XV, 25.

73.—MARTIRIO DE SAN JUAN BAUTISTA.

PRELUDIO 1.º Instado por Herodías, Herodes mandó cortar la cabeza al glorioso Bautista, el cual aceptó la muerte con contento y fué premiado con grande gloria.

PRELUDIO 2.º Represéntate á san Juan en el acto de ser martirizado.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la virtud, conformidad y grandeza de ánimo del santo Precursor.

Punto 1.º *Sentencia de muerte contra san Juan.*—Considera el modo cómo se decidió el cruel Herodes á consentir en dar la muerte á san Juan, según lo explica san Mateo [1]: «En el aniversario de su nacimiento hizo un gran convite á los principales de Galilea, y entrando á danzar la hija de Herodías, agradó tanto á todos, que prometió el rey con juramento darla cuanto le pidiese, aunque fuese la mitad de su reino. Ella, por consejo de su madre, pidió la cabeza de Juan, y el rey, por cumplir su juramento, se la concedió». En lo cual has de ponderar la astucia y crueldad de Satanás por medio de este tirano, levantando todo el escuadrón de los vicios, para cortar la cabeza del Bautista, en odio de sus esclarecidas virtudes y de la guerra que le hacia, sacando por medio de su predicación á muchos del pecado, y moviéndoles á hacer penitencia. Él levantó la glotonería del convite contra su templanza; la lujuria de Herodías contra su castidad; la liviandad y desenvoltura de la hija contra su modestia; la vanagloria de los convidados contra su gravedad; la prodigalidad y jactancia de Herodes en la promesa contra su pobreza y humildad; finalmente, la crueldad, ficción y embuste, la infidelidad y falsa religión se levantaron contra la mansedumbre y la sinceridad, contra la verdad y religión perfectísima de este Santo. Por donde verás cómo el demonio, por medio de los vicios, hace guerra á las virtudes; pero no prevalecerá contra los virtuosos que se han fundado bien en ellas. Y así, con grande ánimo has de resolverte á quebrantar la cabeza de esta serpiente, aunque ella te corte la tuya; porque cuando corte la cabeza de tu cuerpo, no te apartará de tu cabeza Cristo Jesús, en quien está todo bien. ¡Oh dulcísimo Jesús, cabeza de los principados y potestades [2]! Concededme tal fervor de espíritu, que ni tribulaciones, ni angustias, ni peligros, ni persecuciones, ni la misma muerte, me aparten un punto de vuestra caridad; ayudadme á pelear por vuestro servicio en la Iglesia militante, de modo que llegue á reinar con Vos en la triunfante. ¿Con qué vicio nos combate especialmente el demonio? ¿Cómo peleamos contra él?

Punto 2.º *Muerte de san Juan Bautista.*—Resuelto ya Herodes á llevar á cabo su cruel resolución [3], envió un verdugo

[1] Matth., XIV, 6. — [2] Colos., I, 18. — [3] Matth., XIV, 11.

á la cárcel donde estaba san Juan, para que le cortase la cabeza. Hízolo, y trájola á Herodes, el cual la dió á la hija de Herodías, y ella á su madre. Pondera acerca de este tan lastimoso hecho el consuelo grande con que el Bautista aceptó la sentencia de muerte cuando se le notificó, alegrándose de morir por tal causa y conformando su voluntad con la divina, que lo permitía; y es de creer que, como Cristo nuestro Señor quiso morir en día solemne de Pascua, para significar el gozo con que moría, y que sus pascuas eran morir por los hombres, así quiso que san Juan muriese en día solemne de convite, para significar cómo sus convites eran morir por la justicia y verdad. Llegado á la cárcel el verdugo, puede suponerse que el Bautista, hincado de rodillas, haría oración primero por sus enemigos, diciendo á Dios: «Señor, perdónalos, porque la pasión los ciega, y no saben lo que hacen». Después oraría por sus discípulos, y últimamente por sí mismo, encomendando su espíritu en las manos de Dios, y de esta manera dió su cabeza con grande ánimo, y si alguna pena tenía, era porque su muerte no era más penosa, para tener más que padecer por el servicio de su Amado. Pondera luego la grande honra con que aquella alma santísima fué llevada al seno de Abraham, porque si vinieron muchos ángeles [1] á llevar el alma de Lázaro el pobre, ¿cuántos más millares vendrían á llevar la del Precursor? Y así como se alegraron muchos cuando nació en el mundo, como dijo el ángel [2], así cuando entró en el limbo, los justos se alegraron con especial alegría que Dios les comunicó en su entrada, y por las nuevas que les dió del Mesías que esperaban. ¡Oh Redentor amantísimo! Ahora veo con cuánta razón dijisteis [3]: «Bienaventurados seréis cuando os maldijeren los hombres por mi causa; puesto que vuestra recompensa es grande en el cielo». Vuestro santo Precursor lo ha experimentado; su muerte fué un dulce sueño, y ahora recibirá perpetuamente el premio de sus trabajos. ¡Oh alma mía! No te desconsueles al verte perseguida; imita al Bautista, orando por tus perseguidores y ofreciendo al Señor tu vida. ¿Obraste acaso de este modo en tu vida pasada? ¿Qué exige de ti el Señor en la actualidad?

Punto 3.º *Premio y gloria del Bautista.*—Considera en este punto la gloria del Bautista en el cielo, en premio de tantos y tan esclarecidos servicios como hizo á Cristo nuestro Señor, desde que le santificó en el vientre de su madre hasta que murió en la cárcel; porque, aunque la vida fué breve, pues no pasó de treinta y tres años; pero los merecimientos fueron grandísimos, por la grandeza del fervor con que cumplió el ministerio que se le había confiado y con que ejercitó toda suerte de virtudes. Y así Cristo nuestro Señor le sublimó en uno de los más altos tronos del cielo, entre los supremos serafines, y le dió las tres pre-

Luc., XVI, 22. — [2] Luc., I, 14. — [3] Matth., V, 11.

ciosísimas aureolas ó coronas de virgen, de doctor y de mártir, y dos veces mártir, una con perpetuo martirio voluntario, con la pobreza, castidad y mortificación de la carne, crucificándola con todas sus concupiscencias desde niño en el desierto, haciendo rigurosa penitencia, y después por toda la vida, admirando al mundo con sus asperezas y austeridades; y otra, de martirio violento, derramando su sangre en testimonio de la verdad y por cumplir la voluntad de Dios y hacer el oficio que le había confiado; y el día del juicio, por haber dejado todas las cosas por Cristo, estará sentado con Él en un trono glorioso, como los Apóstoles, para juzgar las doce tribus de Israel [1] y á todo el mundo. En todo lo cual puedes ver la generosidad con que Dios recompensa los pequeños sacrificios que por su amor se toleran; porque por treinta y tres años de penitencia goza san Juan una eternidad de delicias; por una vida que perdió ha alcanzado otra gloriosa é inmortal, y por un dolor momentáneo, gozo eterno. Y ¿no te alienta á padecer la consideración de tal premio? ¿En qué cosas quiere el Señor que sufras? ¡Oh santo Precursor! Gózome de vuestra grandeza. Dichoso fuisteis en el nacimiento, más dichoso fuisteis en la vida, y muy más dichoso en la muerte, y dichosísimo en la gloria que tenéis por tal vida y por tal muerte. Dichosos vuestros servicios y trabajos, pues han parado en tan dichosos premios y coronas; y pues tan grande ha sido vuestra dicha, suplicad al Señor me ayude á imitar vuestra vida, para que alcance parte de vuestra gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Qué rabia tan cruel y desapiadada tiene el demonio contra los virtuosos! Cuando ve que no puede atraerlos á su servicio con halagos y promesas ó amenazas, se enturece contra ellos, y mueve todo el escuadrón de las pasiones y vicios, para hacerles sentir todo el peso de su cólera. Para salir con su intento, todas las ocasiones son buenas; en medio del regocijo de un espléndido banquete, resuelve asesinar bárbaramente al santo Bautista, y sin forma de juicio, sin oir al reo, por un antojo mujeril, la cabeza de Juan cae bajo el cuchillo del verdugo. ¡Ay del hombre apasionado, y más si es al mismo tiempo poderoso! Mas ¡qué consuelo da el ver la alegría santa, el gozo inefable del Bautista, cuando oye la noticia de que su muerte está decretada, y que al instante, antes que termine el convite, se ha de ejecutar! ¡Cómo rogaría fervorosamente por sus perseguidores y asesinos! ¡Cómo encomendaría su espíritu en las manos del Padre celestial! ¡Cómo pediría con instancia por los discípulos á quienes había predicado! Alegraos, santo Precursor: un momento, y millares de ángeles descenderán del cielo, y tomando en sus manos vuestra afortunada ánima, la llevarán en triunfo al seno de Abraham, de donde saldrá dentro de breve tiempo, para subir al

[1] Matth., XIX, 28.

trono que es debido á vuestra elevada dignidad y relevantes virtudes. Y allí, sumergido en un océano de luz y ceñida vuestra cabeza con triple aureola, viviréis eternamente, gozando el premio de vuestro martirio. Todo esto, ¿no nos animará á pelear contra nuestras pasiones? ¿No nos moverá á recibir con humildad y resignación los trabajos y persecuciones? Meditémoslo bien, y para saberlo cumplir, propongamos con eficacia aquello que nos convenga, y roguemos con grande fervor.

74.—MISERICORDIA DE JESÚS EN EL MILAGRO DE LOS CINCO PANES.

PRELUDIO 1.° Viendo Jesús la mucha gente que le seguía, se compadeció de su necesidad, y dijo á los Apóstoles que la socorriesen.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús hablando con los Apóstoles acerca de esto.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de conocer y agradecer la misericordia de Jesús.

Punto 1.° *Devoción de la gente que seguía á Jesús.*—Considera la muchedumbre inmensa de gentes que iban en pos de Jesucristo, las cuales, abandonados sus negocios, haciendas y trabajos, no sabían apartarse de su dulce compañía, yendo en pos de Él por valles y collados, por pueblos y montañas desiertas. Más de cinco mil hombres [1], sin contar mujeres y niños, habían seguido á Jesucristo devotamente hasta el desierto, olvidándose hasta de sus necesidades más indispensables. ¡Oh si tuvieras tú la ardiente devoción y amor á Jesús de estas turbas! Pondera las causas que movían á estas devotas gentes á seguir al Señor, que eran dos las principales: La una, por ver los milagros que de continuo hacía, curando enfermos, resucitando muertos, librando endemoniados y socorriendo todas las necesidades. Y la otra, por el pasto de saludable doctrina con que las alimentaba, siendo tales sus enseñanzas, que jamás se había visto otro que hablase como Él. Todo lo cual hacía con tal dulzura y mansedumbre, con tal caridad y humildad, que atraía irresistiblemente los corazones de cuantos le oían, cumpliéndose aquí lo que el Señor había dicho por el profeta Oseas [2]: Traerélos á Mí con cuerdas de Adán y con ataduras de caridad, esto es, con beneficios corporales y espirituales; y con estas cuerdas los tenía Cristo tan asidos, que, con ser ya tarde y no haber comido ni tener que comer, no se querían apartar de Él; y olvidados de la comida, se entretenían con su amorosa presencia, lo cual ha de confundirte grandemente, viendo la tibieza y dejadez que tienes por seguir á Jesús, y tu reprensible delicadeza, pretendiendo disfrutar en su mismo servicio de todas las comodidades, como si éstas se aviniesen con la imitación de un Dios crucificado. ¡Oh dulcísimo Jesús! Traedme á Vos con tales cuerdas y atadme con

[1] Matth., XIV, 21. — [2] Osee., XI, 4.

Vos tan fuertemente, que, olvidado de todas las cosas y aun de mí mismo, sólo quiera á Vos, mi Criador, y abandone mis propios contentos y gustos por contentaros á Vos. ¡Oh alma mía! Inmensos beneficios espirituales y corporales te ha hecho y desea hacerte el Señor, ¿por qué no le sigues?

Punto 2.° *Misericordia de Jesús con la gente necesitada.*—Considera aquí la misericordia de Jesús con estas gentes, y compárala con la que tuvieron de ellas los Apóstoles. La misericordia de los Apóstoles fué corta y mezquina, como de hombres flacos y pobres; porque viendo que aquella gente estaba fatigada y hambrienta, y que ellos no tenían posibilidad para sustentarla, compadeciéronse de ella, y dijeron á su Maestro que la despidiera para que fuese á los lugares comarcanos á comprar de comer, porque, como eran tan obedientes y rendidos, no quisieron hacerlo por su autoridad ni despedirla sin su licencia. Pero Cristo nuestro Señor, viendo la cortedad de esta misericordia, tuvo otra muy mayor, como misericordia de Dios, el cual puede dar manjar en el desierto y sacar fuentes de cristalinas aguas de la peña durísima; y así quiso remediar, con efecto, aquella necesidad, y exhortó á ello á sus discípulos, diciendo: «Dadles vosotros de comer». Como quien dice: Ensanchad las entrañas de piedad, y no enviéis á esta gente necesitada á que ella busque su remedio, sino buscadle vosotros y dádsele, pues os he dado la facultad de hacer milagros, ó á lo menos pedidme á Mí que se le dé, pues Yo puedo hacerlo. En lo cual te avisa que la misericordia, especialmente en los Prelados, no ha de ser corta, sino grande, como decía David [1] de la misericordia de Dios, poniendo todos los medios que pudiéremos para remediar la miseria de nuestros prójimos; y si te faltare posibilidad, has de acudir al que la tiene, y solicitarle para que la remedie. ¡Oh misericordiosísimo Jesús! Como Vos dijisteis que no hay nadie bueno sino Dios, así quiero decir que nadie es misericordioso sino Dios, y Vos que sois Dios y hombre verdadero. Vuestra misericordia, Señor, es sobre todas vuestras obras, y dista tanto de la misericordia de los hombres, como el oriente dista del ocaso. Por ella os suplico remediéis la necesidad que padezco en este valle de lágrimas, y me deis la gracia necesaria para subir al descanso de la gloria. ¿Procuramos nosotros imitar la misericordia de Jesús? ¿No somos agradecidos á la que Él usa con nosotros?

Punto 3.° *Modo cómo Jesús ejercita su misericordia.*—Para comprender mejor la misericordia de Jesús, considera en este punto lo que Él dijo en otro caso semejante [2]: «Tengo misericordia de esta multitud, porque ha tres días que perseveran conmigo, y no tienen que comer, y si los envío ayunos, desfallecerán en el camino, porque algunos han venido de muy lejos».

[1] II Reg., IX, 3.— [2] Marc., VIII, 2; Matth., XV, 32.

trono que es debido á vuestra elevada dignidad y relevantes virtudes. Y allí, sumergido en un océano de luz y ceñida vuestra cabeza con triple aureola, viviréis eternamente, gozando el premio de vuestro martirio. Todo esto, ¿no nos animará á pelear contra nuestras pasiones? ¿No nos moverá á recibir con humildad y resignación los trabajos y persecuciones? Meditémoslo bien, y para saberlo cumplir, propongamos con eficacia aquello que nos convenga, y roguemos con grande fervor.

74.—MISERICORDIA DE JESÚS EN EL MILAGRO DE LOS CINCO PANES.

PRELUDIO 1.° Viendo Jesús la mucha gente que le seguía, se compadeció de su necesidad, y dijo á los Apóstoles que la socorriesen.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús hablando con los Apóstoles acerca de esto.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de conocer y agradecer la misericordia de Jesús.

Punto 1.° *Devoción de la gente que seguía á Jesús.*—Considera la muchedumbre inmensa de gentes que iban en pos de Jesucristo, las cuales, abandonados sus negocios, haciendas y trabajos, no sabían apartarse de su dulce compañía, yendo en pos de Él por valles y collados, por pueblos y montañas desiertas. Más de cinco mil hombres [1], sin contar mujeres y niños, habían seguido á Jesucristo devotamente hasta el desierto, olvidándose hasta de sus necesidades más indispensables. ¡Oh si tuvieras tú la ardiente devoción y amor á Jesús de estas turbas! Pondera las causas que movían á estas devotas gentes á seguir al Señor, que eran dos las principales: La una, por ver los milagros que de continuo hacía, curando enfermos, resucitando muertos, librando endemoniados y socorriendo todas las necesidades. Y la otra, por el pasto de saludable doctrina con que las alimentaba, siendo tales sus enseñanzas, que jamás se había visto otro que hablase como Él. Todo lo cual hacía con tal dulzura y mansedumbre, con tal caridad y humildad, que atraía irresistiblemente los corazones de cuantos le oían, cumpliéndose aquí lo que el Señor había dicho por el profeta Oseas [2]: Traerélos á Mí con cuerdas de Adán y con ataduras de caridad, esto es, con beneficios corporales y espirituales; y con estas cuerdas los tenía Cristo tan asidos, que, con ser ya tarde y no haber comido ni tener que comer, no se querían apartar de Él; y olvidados de la comida, se entretenían con su amorosa presencia, lo cual ha de confundirte grandemente, viendo la tibieza y dejadez que tienes por seguir á Jesús, y tu reprensible delicadeza, pretendiendo disfrutar en su mismo servicio de todas las comodidades, como si éstas se aviniesen con la imitación de un Dios crucificado. ¡Oh dulcísimo Jesús! Traedme á Vos con tales cuerdas y atadme con

[1] Matth., XIV, 21. — [2] Osee., XI, 4.

Vos tan fuertemente, que, olvidado de todas las cosas y aun de mí mismo, sólo quiera á Vos, mi Criador, y abandone mis propios contentos y gustos por contentaros á Vos. ¡Oh alma mía! Inmensos beneficios espirituales y corporales te ha hecho y desea hacerte el Señor, ¿por qué no le sigues?

Punto 2.° *Misericordia de Jesús con la gente necesitada.*—Considera aquí la misericordia de Jesús con estas gentes, y compárala con la que tuvieron de ellas los Apóstoles. La misericordia de los Apóstoles fué corta y mezquina, como de hombres flacos y pobres; porque viendo que aquella gente estaba fatigada y hambrienta, y que ellos no tenían posibilidad para sustentarla, compadeciéronse de ella, y dijeron á su Maestro que la despidiera para que fuese á los lugares comarcanos á comprar de comer, porque, como eran tan obedientes y rendidos, no quisieron hacerlo por su autoridad ni despedirla sin su licencia. Pero Cristo nuestro Señor, viendo la cortedad de esta misericordia, tuvo otra muy mayor, como misericordia de Dios, el cual puede dar manjar en el desierto y sacar fuentes de cristalinas aguas de la peña durísima; y así quiso remediar, con efecto, aquella necesidad, y exhortó á ello á sus discípulos, diciendo: «Dadles vosotros de comer». Como quien dice: Ensanchad las entrañas de piedad, y no enviéis á esta gente necesitada á que ella busque su remedio, sino buscadle vosotros y dádsele, pues os he dado la facultad de hacer milagros, ó á lo menos pedidme á Mí que se le dé, pues Yo puedo hacerlo. En lo cual te avisa que la misericordia, especialmente en los Prelados, no ha de ser corta, sino grande, como decía David [1] de la misericordia de Dios, poniendo todos los medios que pudiéremos para remediar la miseria de nuestros prójimos; y si te faltare posibilidad, has de acudir al que la tiene, y solicitarle para que la remedie. ¡Oh misericordiosísimo Jesús! Como Vos dijisteis que no hay nadie bueno sino Dios, así quiero decir que nadie es misericordioso sino Dios, y Vos que sois Dios y hombre verdadero. Vuestra misericordia, Señor, es sobre todas vuestras obras, y dista tanto de la misericordia de los hombres, como el oriente dista del ocaso. Por ella os suplico remediéis la necesidad que padezco en este valle de lágrimas, y me deis la gracia necesaria para subir al descanso de la gloria. ¿Procuramos nosotros imitar la misericordia de Jesús? ¿No somos agradecidos á la que Él usa con nosotros?

Punto 3.° *Modo cómo Jesús ejercita su misericordia.*—Para comprender mejor la misericordia de Jesús, considera en este punto lo que Él dijo en otro caso semejante [2]: «Tengo misericordia de esta multitud, porque ha tres días que perseveran conmigo, y no tienen que comer, y si los envío ayunos, desfallecerán en el camino, porque algunos han venido de muy lejos».

[1] II Reg., IX, 3. — [2] Marc., VIII, 2; Matth., XV, 32.

En cuyas palabras descubre que es propio de la misericordia de Dios conocer por menudo nuestras miserias, y los títulos ó motivos que tiene para remediarlas, y el peligro que corremos si no las remedia. Y de todo se hace Dios cargo para compadecerse de nosotros y darnos remedio, como si le importara algo el remediarnos. ¡Qué motivo tan poderoso hallamos en esto para excitar nuestra confianza en un Padre tan compasivo, que así se interesa por sus hijos! Pondera también cómo para mostrar Jesús el cuidado que en esta ocasión tenía de aquella gente, dijo á Felipe: «¿De dónde compraremos pan para que coman estos?» ¡Como si fuese un deber suyo el sustentar á los que le seguían! Mas díjolo también para probar la fe de aquel discípulo, y para que se descubriese la necesidad que había de hacer aquel milagro; porque no quiere usar de medios milagrosos para nuestro sustento cuando se puede hacer por medios naturales. La respuesta de Felipe fué: «No bastarán doscientos denarios ó reales para dar un bocado de pan á cada uno»; y lo mismo dijeron los demás Apóstoles. ¡Oh dulcísimo Maestro! Todos nuestros bienes no bastan para hacernos felices y satisfacer las aspiraciones de nuestro corazón; pero Vos, sin necesidad de dinero, con sólo vuestra palabra, podéis alimentarnos, consolarnos y satisfacer los deseos de nuestra alma; de hoy más, no quiero poner mi confianza en el dinero, aunque á él obedezcan todas las cosas [1]; Vos solo seréis el objeto de mi amor, el motivo de mi confianza y el término de mis deseos. ¡Oh alma mía! Sigue el ejemplo de las devotas turbas, y no te separes de Jesús. ¿Qué debes hacer para cumplir esto?

Epílogo y coloquios. ¡Qué consuelo da el ver las muchedumbres inmensas que siguen á Jesucristo, tan embelesadas y contentas con su compañía, que, por no dejarla, se olvidan hasta del indispensable alimento! ¡Cuánta fuerza hacían en los corazones de todos, los milagros del Salvador! ¡Cuán eficaces para moverlos eran sus palabras y doctrina! ¡Qué poder tan irresistible ejercía sobre los ánimos con los maravillosos ejemplos de virtud que daba! Y tú, ¿por qué no sigues á Cristo? ¿Por qué prefieres seguir los placeres, gustos, amor propio y aun al demonio? Mira la misericordia de Jesucristo, ¡cuánto se diferencia de la misericordia de los Apóstoles! Aquélla es misericordia de un Dios omnipotente que puede remediar todos los males; ésta, misericordia de un hombre flaco que nada puede; aquélla, de un Dios sapientísimo, á quien nada se oculta, y detallada y particularmente ve todas las miserias y los medios de remediarlas, y las razones que á ello inducen; ésta, de un hombre ignorante que ni á sí mismo se conoce, y tiene por graves los males ligeros, y por ligeros los gravísimos. Abramos los ojos de nuestro entendimiento, y veamos cuidadosamente á quién hemos de seguir, en quién hemos de confiar, en qué misericordia mejor podemos esperar. Miremos la vida pasada, y ¿qué veremos? ¡Ah! Hemos esperado en el dinero, talento, habilidad, amistad de los hombres, y de Dios apenas nos hemos acordado. ¿Hasta cuándo hemos de ser pesados de corazón? ¿Cuándo nos convenceremos que sólo en Dios hallaremos la misericordia grande que necesitamos? ¿Cuándo imitaremos á las turbas, prefiriendo á Jesús sobre todas las cosas, aun sobre nuestra propia vida? Cese ya nuestra ingratitud con el Señor, y para mostrarnos agradecidos á sus favores, propongamos aquello que hemos de corregir y enmendar en nosotros, y supliquémosle nos dé su gracia y todo cuanto necesitemos.

[1] Eccles., x, 19.

75.—CIRCUNSTANCIAS DEL MILAGRO DE LOS CINCO PANES.

PRELUDIO. Pidió Jesús á los Apóstoles los panes que tenían, y, bendiciéndolos, mandó que los distribuyesen á la gente puesta en orden, y para todos bastaron.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús en estos actos y á los Apóstoles repartiendo el pan.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de aprender las enseñanzas de Jesús.

Punto 1.° *Generosidad de los Apóstoles en dar á Jesús los panes que tenían.*—Deseando Jesucristo remediar la necesidad de las turbas, pidió á los Apóstoles los panes que traían consigo, y éstos le ofrecieron cinco panes [1] de cebada y dos peces. Acerca de lo cual has de ponderar la grande pobreza de Cristo nuestro Señor y de sus discípulos, y el poco cuidado que tenían del regalo y sustento del cuerpo; pues estando en aquella soledad, no tenían para trece personas, y otras que se les llegaban, sino cinco panes, y éstos de cebada, que era el pan más desabrido y más propio de pobres que entonces había; y con ser pescadores, no tenían más que dos peces para todos. Con cuyo ejemplo te has de confundir de la solicitud con que buscas demasías y regalos en las comidas, alentándote á contentarte con poco y ordinario, aunque sea desabrido. Mira también la caridad y obediencia de los Apóstoles; porque, en pidiéndoles el Señor los panes, se los dieron, sin replicar ni decir que los habían menester para su comida, gustando de quitárselo de la boca para dárselo á los necesitados que allí estaban. ¡Oh si tú supieras, como ellos, juntar obediencia y caridad en bien de los pobres, compadeciéndote de ellos, y gustando de perder tus comodidades por remediar sus miserias! Sin duda no las perderías, antes las remediarías mejor, como aquí sucedió á los Apóstoles. Por esta causa, aunque Cristo nuestro Señor pudiera remediar esta necesidad por otros muchos medios milagrosos, quiso aprovecharse del pan

[1] Matth., xiv, 17.

que tenían los Apóstoles, y pedírselo, para probar si su caridad era verdadera, y para que ellos tuviesen parte en la buena obra; y para enseñarte que, si no puedes remediar toda la necesidad del pobre, es bien que remedies parte de ella, y Dios con su generosidad remediará lo que tú no pudieres, cumpliendo lo que dijo Tobías á su hijo [1]: «Del modo que pudieres sé misericordioso; y si tuvieres poco, da poco de buena gana». ¡Oh dulce Jesús, que al pueblo ingrato sustentasteis en el desierto con pan del cielo, y á Vos y á vuestros queridos discípulos sustentasteis con pan de cebada! Concededme que, á imitación vuestra, sea riguroso y áspero conmigo, y caritativo y generoso con mi prójimo, no esperando de él la recompensa, sino de Vos, que reputáis por favor vuestro el bien que á él se hace. ¿Cómo no aprendemos la lección de pobreza que nos da Jesús, y la de obediencia y caridad que nos dan los Apóstoles? ¿Qué debemos resolver en la práctica?

Punto 2.º *Orden y modo del milagro.*—Considera aquí lo que hizo Jesús por principio de este convite. Primeramente mandó á los Apóstoles que hicieran sentar á la gente sobre el heno, en grupos de cien y de cincuenta; ya para que se supiese el número total de los socorridos, que fué de cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños; ya también para que hubiese orden y concierto en la comida. Luego tomó Cristo nuestro Señor el pan en sus manos, y levantó los ojos al cielo, dando á entender que del cielo viene toda dádiva [2]; dió gracias á Dios, así por el manjar que tenía presente, como por el que pretendía dar milagrosamente, enseñándonos á ser agradecidos por cualquier don, aunque sea pequeño; porque basta darlo Dios para que se estime, cuanto más dándolo á quien nada debe ni se lo merece. Después bendijo el pan con algunas palabras de oración, con las cuales le imprimió virtud de multiplicarse y de mejorarse; porque la bendición de Cristo no es como la nuestra, que sólo pide ó desea, sino es eficaz para hacer lo que dice; y echada la bendición, partió el pan, y le dió á los Apóstoles, para que ellos lo diesen á las turbas. Pondera en todo este importantísimo hecho la lección que Jesús te da, enseñándote el modo de comer cristianamente. Porque primeramente importa guardar orden, ocupando cada cual su lugar respectivo, sin competencias, escogiendo más bien el postrer lugar [3]. Luego se han de levantar al cielo los ojos del alma, pensando que Dios está presente, á fin de enfrenar la gula y la lengua, guardando templanza y modestia. En tercer lugar, es preciso comer con ánimo agradecido, como quien come de limosna, dada graciosamente por la benéfica mano de Dios, de quien pobres y ricos reciben el pan que comen. Finalmente: debe preceder la bendición con oración devota, para que de tal modo coma el cuerpo, que no sea comido el espíritu. ¿Guardas tú en

[1] Tob., IV, 8. — [2] Jacob., I, 17. — [3] Luc., XIV, 10.

tus comidas estas excelentes reglas que te enseña prácticamente Jesús? ¡Oh Maestro soberano, que, no sólo nos enseñáis de palabra, sino también con vuestras obras, porque en todas vuestras acciones tácitamente nos indicáis lo que nosotros debemos hacer! Concededme que sea yo discípulo aprovechado, y que aprenda esta lección que me dais, guardando en mis comidas las circunstancias que Vos guardáis.

Punto 3.º *Grandeza del milagro de la multiplicación de los panes.*—En este punto has de considerar la grandeza de este soberano milagro, porque milagrosamente se iba el pan multiplicando en las manos de Cristo nuestro Señor, y en las de los Apóstoles, y en las de los mismos que comían. De modo que, aunque recibiesen poco pan, y aunque comían de él, no se consumía, sino multiplicábase, hasta que todos quedaron hartos y muy contentos, porque el pan era muy sabroso, como pan de Dios, dado por tal mano. En lo cual has de ponderar la omnipotencia del Salvador, que tan fácilmente pudo convertir cinco panes en millares de ellos, y panes desabridos en panes sabrosos, y del mismo modo los peces, y con esto aliéntate á servir á un Señor tan poderoso, y á poner en Él toda tu confianza, porque donde está Él no falta la abundancia, ni hay que temer el desierto. ¡Dichosos los que confían en el Señor, y arrojan en él todos sus cuidados, porque Él los alimentará, y no les dejará vivir en la fluctuación é inquietud! Contempla la providencia paternal de este gran Dios en dar de comer á los que le sirven con mano tan larga y medios tan milagrosos cuando faltan los humanos, con tal que no falte la confianza en ella, recordando que dijo [1]: «No seáis demasiado solícitos por la comida, bebida y vestidos, porque esto es propio de gentiles, y vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todo esto. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». Así se vió en esta gente que vino en busca de Cristo por oir la doctrina del reino de Dios; y después de hablarles largamente, como dice san Lucas, les dió el manjar corporal copiosamente para ellos y para sus hijos. ¡Oh Padre amantísimo! Gracias os doy por esta paternal providencia que tenéis de los que os sirven y esperan en Vos. Concededme, Señor, que tenga mucho cuidado de serviros como hijo, pues tenéis cuidado de darme todo lo necesario como Padre. ¿Confiamos sin temores en el Señor? ¿Le servimos fielmente? ¿Buscamos, ante todo y sobre todo, el reino de Dios?

Epílogo y coloquios. ¡Qué pobreza tan grande la de Jesucristo y de sus Apóstoles! ¡Cómo se olvidan del cuidado y regalo de sus cuerpos! Cinco panes y dos peces era todo el alimento de que disponían en un desierto para trece personas, sin contar otras que se juntarían á comer con ellos. Sin embargo,

[1] Matth., VI, 31.

aun de ellos quiere Jesús que se desprendan los Apóstoles, y se los pide para alimentar á la gente. ¿No replicarán los discípulos del Señor? ¿No dirán que tienen necesidad de ellos? Nada de esto. Con la más admirable obediencia y caridad los ceden voluntariamente, quitándose el bocado de la boca para con él alimentar á sus hermanos, contentos con poder contribuir de algún modo al alivio de aquella necesidad. Mira á Jesucristo cómo, después de ordenada la gente, toma en sus manos el pan, levanta al cielo sus ojos, dando gracias á su Padre, bendice el pan, y lo distribuye á sus Apóstoles para que éstos lo repartan á las turbas. ¡Cuán bien te enseña Jesús el modo de portarte en las comidas! En las acciones que en este caso Él ejecuta, puedes ver lo que debes hacer en tus comidas, para comer, no como irracional, sino como cristiano. Pero, ¡qué milagro tan portentoso se está obrando en el pan! ¡Cuán poderosa ha sido la bendición de Jesús! El pan se multiplica, crece maravillosamente en las manos de Cristo y de todos. El Señor va partiendo, y nunca se acaba el pan que parte; los Apóstoles distribuyen, y nunca agotan lo que reparten; la gente come, y no se acaba el pan hasta que quedan satisfechos. ¡Oh omnipotencia de Dios! ¡Oh misericordia infinita de Jesús! ¡Oh bondad inefable del Señor! ¿No te moverá todo esto á practicar la pobreza, obediencia y caridad? ¿No te inducirá á imitar á Jesús en las comidas y á confiar en su poder? Medítalo con mucho cuidado; mira las cosas en que te apartas de los ejemplos de Jesús; forma eficaces propósitos, y con fervor, confianza y humildad, pide por ti y por todo el mundo.

76.—HARTURA Y GRATITUD DE LAS TURBAS.

PRELUDIO 1.° Estando ya satisfechas las turbas, mandó Cristo recoger los fragmentos sobrantes, y la gente, agradecida, quiso alzarle por Rey.

PRELUDIO 2.° Represéntate esto mismo como si lo presenciaras.

PRELUDIO 3.° Pide agradecimiento á los favores de Jesús.

Punto 1.° *Hartura completa de las turbas en esta ocasión.*—Considera la providencia tan particular y admirable que resplandece en el modo cómo se verificó este milagro. Porque siendo los que comían muchos y de diversas edades y complexiones, mozos y viejos, fuertes y flacos, mujeres y niños, y dando á todos de un mismo pan la cantidad que querían los Apóstoles, ésta bastaba á todos, y los hartaba y dejaba contentos, cumpliéndose lo que está escrito del maná [1], que con la cantidad que cogía cada uno quedaba satisfecho, sin que faltase al que cogía poco, ni sobrase al que cogía mucho, aunque aquí sobró, para que se viese la magnificencia del Dador. En lo cual se representa la

[1] Exod., XVI, 18; II Cor., VIII, 15.

suavidad de la divina Providencia, la cual da á cada uno de los justos lo que quiere, á unos más y á otros menos; pero á todos harta y satisface, dando tanto contento á un justo con lo poco como á otro con lo mucho. Pero mucho más se representa en este hecho la grandeza del Santísimo Sacramento del altar, el cual, con ser un mismo pan del cielo, aunque se reparte por manos de los sacerdotes entre millares de hombres, nunca se menoscaba; y aunque una hostia se divida en muchas partes, tanto tiene dentro de sí cada parte como tenía la hostia entera, porque en toda y en cada parte está todo Cristo; y así, tanto recibe quien recibe la parte pequeña como quien la recibe muy grande, y tanta hartura puede dar aquélla como ésta; y, finalmente, á todos harta y satisface, dando á cada uno la ración de gracia que su necesidad y disposición piden. ¿Comprendemos y agradecemos la providencia que de nosotros tiene Dios? ¿Nos conformamos con sus disposiciones y con los bienes que nos concede? ¡Oh Dios omnipotente! ¡Cuán maravillosas son vuestras obras! ¡Cuán rica vuestra Providencia! ¡Cuán larga, cuán amorosa y cuán suave! Todos los ángeles os alaben por ella; gocen de ella con agradecimiento todos los hombres, y mi ánima se derrita en vuestro amor con todas sus potencias, empleándolas en serviros, pues así os empleáis en regalarme.

Punto 2.° *Celo de Jesús en mandar recoger los fragmentos de pan sobrantes.*—Después que toda la gente hubo comido y quedó completamente satisfecha, Cristo nuestro Señor mandó á los Apóstoles que recogiesen todo el pan que había sobrado, y recogieron doce canastas llenas. En lo cual has de ponderar, primeramente, el cuidado que debes tener de todas las cosas que el Señor te concede, no dejando perecer cosa alguna por tu culpa; porque la virtud de la pobreza, no sólo se opone á la ambición y avaricia en buscar y retener los bienes que no se tienen, ó irracionalmente se quieren conservar, sino también á la prodigalidad, dejando que se malogren y pierdan los bienes que el Señor te ha concedido. También en esto te muestra Jesucristo su generosidad infinita en premiar la voluntad con que los Apóstoles le ofrecieron los cinco panes de cebada, volviéndoles por ellos doce canastas llenas de muy buen pan; y como ellos eran doce, así quiso que las canastas fuesen doce, como quien daba una á cada uno, por lo que cada uno había ofrecido. Así como á la viuda que dió generosamente un poco de harina al profeta Elías [1], se la multiplicó para muchos días. Por donde puedes ver cómo premia Dios á los limosneros y á todos los que le ofrecen algo por servirle, volviéndoles mucho más de lo que dan; porque dar á Dios no es perder, sino ganar, y, como dice el Sabio [2], es dar á interés, pues vuelve el ciento por uno. Saca también de este hecho cuánto dará

[1] III Reg., XVII, 16. — [2] Prov., XIX, 17.

Dios en la otra vida, pues tanto da en esta. Dará sin duda, como Él dijo [1], una medida buena, llena, apretada, colmada, y que sobre y exceda inmensamente á lo que por Él se hace. ¡Oh Dios inmenso! ¿Con qué os pagaremos lo mucho que por nosotros hacéis? Deseo daros una medida de todas partes buena, llena de santas obras, apretada con estrechas penitencias, colmada con fervorosos afectos, y que sobre, cumpliendo más de lo que mandáis, con hacer también lo que me aconsejáis; y pues por vuestra gracia me habéis dado tal deseo, dadme también fuerzas para cumplirlo. ¡Oh alma mía! Reflexiona bien cuán generoso es Dios contigo. ¿Qué debes hacer tú por Él? ¿Procurarás conservar y aprovecharte de lo que graciosamente te ha dado?

Punto 3.º *Pretensión de las turbas en alzar por rey á Jesús.*—Aquí has de considerar la alegría y admiración de la gente que se había alimentado con el pan milagrosamente multiplicado, porque fué tan grande, que se determinaron en sus corazones de alzar á Cristo por rey, teniéndose por dichosos en servir á tan poderoso y espléndido Señor. En lo cual te enseñan el agradecimiento que debes tener á Jesús por los muchos beneficios que te ha hecho, escogiéndole por Rey, y deseando que reine en tu corazón, y que ejerza un completo dominio sobre todas tus potencias y sentidos, de modo que ninguna de ellas se levante jamás contra este Rey [2], sino que voluntariamente, y con gozo, se sometan á su imperio. Has de desear que reine sobre tu entendimiento, memoria y voluntad, sobre tus apetitos y pasiones, sobre tus sentidos y afecciones; y si alguna vez se levanta alguna que diga [3]: «No quiero que reine Jesús sobre mí», has de someterla y dominarla, hasta lograr, si es necesario, su exterminio. Pondera lo que hizo Jesús cuando conoció de lo que trataban las turbas; al momento desapareció de sus ojos y huyó á lo más escondido del desierto, atajando la determinación de estos hombres, porque no quería honras ni dignidades temporales, para enseñarte con su ejemplo que no busques por tus buenas obras premio temporal de los hombres, ni apetezcas dignidades; antes, cuanto es de tu parte, las huyas, y huyas también las ocasiones de ellas. ¡Oh Rey eterno, que así aborrecisteis el reinado temporal, porque vuestro reino no era de este mundo ni os había de venir por elección de los hombres! Dadme gracia para que yo también pise las grandezas temporales, contentándome con las eternas. ¡Oh alma fiel! Escoge á Jesús por Rey, sometiéndote incondicionalmente á su imperio, é imita su proceder. ¿Quién es tu Rey? ¿Quién te domina? ¿Te arrastra la ambición ú otro afecto desordenado?

Epílogo y coloquios. ¡Dichosas turbas, que presenciaron y participaron del pan milagroso que les dió el Señor! ¡Bien les

[1] Luc., VI, 38. — [2] Psalm. II, 2. — [3] Luc., XIX, 14.

pagó Jesús el sacrificio que habían hecho, siguiéndole hasta el desierto! Ciertamente no estarían arrepentidas de haber abandonado sus casas y cuanto tenían para no abandonar á Jesucristo. Padecieron hambre por un momento; mas después quedaron satisfechas con la comida de un pan milagroso, figura expresiva de otro pan soberano que todos tenemos la dicha de poder comer. Tal es el pan eucarístico. ¡Oh! Si tú sabes comerle con las disposiciones debidas, llenará tu corazón de consuelo, tu alma de alegría, tu entendimiento de luz y tu voluntad del fuego divino. ¡Con qué abundancia y generosidad premia el Señor los servicios que se le prestan! Cinco panes le han dado los Apóstoles, y después de comer todo cuanto han necesitado, tanto ellos como los demás discípulos, recogen doce canastas de excelente pan. ¿Qué hará Dios en el día del juicio, cuando con infinita misericordia y de un modo espléndido, como es propio de su Majestad, premie y recompense todos los trabajos, dolores, padecimientos, privaciones y persecuciones que se hayan tolerado y llevado á cabo por su amor? ¡Oh alma! Aliéntate, recordando este premio y mirando en lontananza esta felicidad. Pero entretanto, trata de que Jesús sea tu Rey, que reine Él en ti con absoluto dominio, que sea Él el dueño de todos tus pensamientos, palabras y obras. ¿No te arguye y acusa la conciencia de haber menospreciado alguna vez la autoridad y dominio de Jesús? ¿No has quebrantado su yugo y arrojado de ti su carga? ¿Has correspondido con vivo amor y fiel servicio á la infinita bondad y generosidad de este Rey? ¿Cuándo y en qué cosas has de mostrarle tu sumisión y rendimiento? Piénsalo, renueva tus propósitos, aviva tu fervor y confianza, y con ella ruega por ti y por todas las demás cosas que acostumbras ó tienes obligación de hacerlo.

77.—JESÚS SOSIEGA UNA TEMPESTAD.

PRELUDIO 1.º Navegando el Señor con sus discípulos, durmióse; y como se levantase una tempestad en el mar, acudieron á despertarle, y la calmó con su mandato.
PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús mandando á los vientos que cesen.
PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber acudir á Jesús en tus apuros.

Punto 1.º *Durmióse Jesús, y se levantó una borrasca.*—Hallándose Jesús cansado de predicar, entró en un navío con sus Apóstoles, y mandó que navegasen; Él, entretanto, echóse á dormir en la popa [1]; y al mismo punto se levantó una furiosa tempestad. En este sueño del Señor debes examinar las circunstancias que concurren, las cuales debes imitar en tu descanso. Fué después de grande trabajo y cansancio; tomado de paso, y así no se fué á dormir al fondo del navío como Jonás, sino en la popa; y

[1] Matth., VIII, 24; Marc., IV, 38.

Dios en la otra vida, pues tanto da en esta. Dará sin duda, como Él dijo [1], una medida buena, llena, apretada, colmada, y que sobre y exceda inmensamente á lo que por Él se hace. ¡Oh Dios inmenso! ¿Con qué os pagaremos lo mucho que por nosotros hacéis? Deseo daros una medida de todas partes buena, llena de santas obras, apretada con estrechas penitencias, colmada con fervorosos afectos, y que sobre, cumpliendo más de lo que mandáis, con hacer también lo que me aconsejáis; y pues por vuestra gracia me habéis dado tal deseo, dadme también fuerzas para cumplirlo. ¡Oh alma mía! Reflexiona bien cuán generoso es Dios contigo. ¿Qué debes hacer tú por Él? ¿Procurarás conservar y aprovecharte de lo que graciosamente te ha dado?

Punto 3.º *Pretensión de las turbas en alzar por rey á Jesús.*—Aquí has de considerar la alegría y admiración de la gente que se había alimentado con el pan milagrosamente multiplicado, porque fué tan grande, que se determinaron en sus corazones de alzar á Cristo por rey, teniéndose por dichosos en servir á tan poderoso y espléndido Señor. En lo cual te enseñan el agradecimiento que debes tener á Jesús por los muchos beneficios que te ha hecho, escogiéndole por Rey, y deseando que reine en tu corazón, y que ejerza un completo dominio sobre todas tus potencias y sentidos, de modo que ninguna de ellas se levante jamás contra este Rey [2], sino que voluntariamente, y con gozo, se sometan á su imperio. Has de desear que reine sobre tu entendimiento, memoria y voluntad, sobre tus apetitos y pasiones, sobre tus sentidos y afecciones; y si alguna vez se levanta alguna que diga [3]: «No quiero que reine Jesús sobre mí», has de someterla y dominarla, hasta lograr, si es necesario, su exterminio. Pondera lo que hizo Jesús cuando conoció de lo que trataban las turbas; al momento desapareció de sus ojos y huyó á lo más escondido del desierto, atajando la determinación de estos hombres, porque no quería honras ni dignidades temporales, para enseñarte con su ejemplo que no busques por tus buenas obras premio temporal de los hombres, ni apetezcas dignidades; antes, cuanto es de tu parte, las huyas, y huyas también las ocasiones de ellas. ¡Oh Rey eterno, que así aborrecisteis el reinado temporal, porque vuestro reino no era de este mundo ni os había de venir por elección de los hombres! Dadme gracia para que yo también pise las grandezas temporales, contentándome con las eternas. ¡Oh alma fiel! Escoge á Jesús por Rey, sometiéndote incondicionalmente á su imperio, é imita su proceder. ¿Quién es tu Rey? ¿Quién te domina? ¿Te arrastra la ambición ú otro afecto desordenado?

Epílogo y coloquios. ¡Dichosas turbas, que presenciaron y participaron del pan milagroso que les dió el Señor! ¡Bien les

[1] Luc., VI, 38. — [2] Psalm. II, 2. — [3] Luc., XIX, 14.

pagó Jesús el sacrificio que habían hecho, siguiéndole hasta el desierto! Ciertamente no estarían arrepentidas de haber abandonado sus casas y cuanto tenían para no abandonar á Jesucristo. Padecieron hambre por un momento; mas después quedaron satisfechas con la comida de un pan milagroso, figura expresiva de otro pan soberano que todos tenemos la dicha de poder comer. Tal es el pan eucarístico. ¡Oh! Si tú sabes comerle con las disposiciones debidas, llenará tu corazón de consuelo, tu alma de alegría, tu entendimiento de luz y tu voluntad del fuego divino. ¡Con qué abundancia y generosidad premia el Señor los servicios que se le prestan! Cinco panes le han dado los Apóstoles, y después de comer todo cuanto han necesitado, tanto ellos como los demás discípulos, recogen doce canastas de excelente pan. ¿Qué hará Dios en el día del juicio, cuando con infinita misericordia y de un modo espléndido, como es propio de su Majestad, premie y recompense todos los trabajos, dolores, padecimientos, privaciones y persecuciones que se hayan tolerado y llevado á cabo por su amor? ¡Oh alma! Aliéntate, recordando este premio y mirando en lontananza esta felicidad. Pero entretanto, trata de que Jesús sea tu Rey, que reine Él en ti con absoluto dominio, que sea Él el dueño de todos tus pensamientos, palabras y obras. ¿No te arguye y acusa la conciencia de haber menospreciado alguna vez la autoridad y dominio de Jesús? ¿No has quebrantado su yugo y arrojado de ti su carga? ¿Has correspondido con vivo amor y fiel servicio á la infinita bondad y generosidad de este Rey? ¿Cuándo y en qué cosas has de mostrarle tu sumisión y rendimiento? Piénsalo, renueva tus propósitos, aviva tu fervor y confianza, y con ella ruega por ti y por todas las demás cosas que acostumbras ó tienes obligación de hacerlo.

77.—JESÚS SOSIEGA UNA TEMPESTAD.

PRELUDIO 1.º Navegando el Señor con sus discípulos, durmióse; y como se levantase una tempestad en el mar, acudieron á despertarle, y la calmó con su mandato.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús mandando á los vientos que cesen.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber acudir á Jesús en tus apuros.

Punto 1.º *Durmióse Jesús, y se levantó una borrasca.*—Hallándose Jesús cansado de predicar, entró en un navío con sus Apóstoles, y mandó que navegasen; Él, entretanto, echóse á dormir en la popa [1]; y al mismo punto se levantó una furiosa tempestad. En este sueño del Señor debes examinar las circunstancias que concurren, las cuales debes imitar en tu descanso. Fué después de grande trabajo y cansancio; tomado de paso, y así no se fué á dormir al fondo del navío como Jonás, sino en la popa; y

[1] Matth., VIII, 24; Marc., IV, 38.

aunque dormía el cuerpo, velaba el corazón, conociendo lo que pasaba como si estuviera despierto. Tal debiera ser tu sueño y descanso, tomado por necesidad, de paso y acompañado de buenos sueños, si es posible, de modo que en ti se verifique lo que dice el Salmo [1]: «La noche es mi resplandor en medio de mis regalos». Pondera luego el misterio de este sueño, porque el Señor, en la nave de su Iglesia y de cada alma, se hace algunas veces del dormido, como quien descuida de nosotros, permitiendo que se levanten tan bravas tempestades de persecuciones y tentaciones, que la ponen á punto de anegarse; porque, no sólo la combaten por de fuera, sino también por dentro con tristezas, temores, escrúpulos y otras varias turbaciones. Mas no creas que por esto se ausente Jesús de tu alma, ni deje de ver lo que pasa; contigo está en la tribulación [2], y si la permite, es para probar tu fe y avivar tu confianza, fundarte en la humildad, purificarte de los vicios y provocarte al ejercicio de la oración y de varias virtudes, al modo que permitió que se levantase esta borrasca por estos mismos fines; pues por esto se dice: Que quien entra en la mar, aprende á orar; y entrando en el alma las olas de las tribulaciones, suelen salir de ella las olas de los vicios; entrando la humillación, sale el viento de la vanidad, y entrando la congoja, sale la tibieza. ¡Oh Piloto sapientísimo! Gobernad como quisiereis la nave de mi alma, con tal que no os ausentéis de ella; porque si Vos estáis presente, aunque sea combatida, no será hundida, sino mejorada, levantándola las olas de las tribulaciones al ejercicio soberano de las virtudes. ¿Guardamos en nuestro sueño las circunstancias del sueño de Jesús? ¿Cómo recibimos las tribulaciones que el Señor permite en nosotros?

Punto 2.º *Comportamiento de los discípulos en este aprieto.*—Considera cómo los discípulos, al ver que la tempestad arreciaba, y el peligro que corrían, fueron á Jesús, diciendo [3]: «Señor, sálvanos, que perecemos». Mira á estos prudentes discípulos, que en tal aprieto saben acudir al único remedio de todos los trabajos, que es Dios, por medio de la oración. Unos usaron de palabras breves, pero eficaces, alegando su peligro y necesidad, diciéndole: «Señor, sálvanos, porque perecemos». Otros, con un modo de queja amorosa, dijeron: «Maestro, ¿no te toca mirar que perecemos?» Como quien dice: Á ti pertenece mirar por nosotros, porque eres nuestro Maestro, y en ti tenemos puesta nuestra confianza; pues ¿cómo nos dejas en tanto peligro? Á imitación de estos discípulos has de acudir á Cristo nuestro Señor en tus trabajos, con estas dos oraciones, diciéndole: Señor, salvadme, porque perezco. Maestro mío, á Vos pertenece librar mi alma, porque más es vuestra que mía. Yo soy vuestro discípulo, y debajo vuestra protección vivo. Vuestro soy, salvadme [4]. Levantaos, Señor: ¿por qué dormís [1]? Levantaos, y no me desechéis hasta el fin: ¿por qué volvéis, Señor, vuestro rostro y os olvidáis de mi pobreza y de mi tribulación? Pondera también aquí de parte de Cristo nuestro Señor cuán presto despertó, como quien tenía gana de socorrer á sus discípulos, reprendiéndoles de la poca fe y confianza que tenían en su omnipotencia. Y por esto les dijo: «¿De qué teméis, hombres de poca fe?» Como quien dice: Aunque mirando vuestro peligro y vuestras propias fuerzas hay razón de temer; pero mirando que estáis en mi compañía, no hay por qué temáis, si tenéis fe de quién soy Yo. ¿Acudes tú, como los Apóstoles, á Jesús en tus tribulaciones? ¿Tienes absoluta confianza en su poder y bondad? ¡Oh Salvador mío dulcísimo! Confieso que, mirándoos á Vos, no tengo por qué dudar, ni de vuestro poder, ni de vuestro saber, ni de vuestro querer para mi remedio, porque Vos sois infinitamente poderoso, sabio y bueno; en vuestras manos me arrojo de todo mi corazón, y cuanto fuere mayor mi tribulación, tanto será mayor mi confianza, para que mostréis en mí vuestra omnipotencia.

[1] Psalm. cxxxviii, 11. — [2] Psalm. xc, 15. — [3] Matth., viii, 25. — [4] Psalm. cxviii, 94.

Punto 3.º *Jesús sosiega con su mandato la tempestad.*—Considera en este punto la omnipotencia de Cristo nuestro Señor, el cual, dirigiendo una mirada á las encrespadas olas y á los agitados vientos, mandóles que se sosegasen, diciendo: «Calla, enmudece», y al punto cesó el viento y quedó sosegado el mar. ¡Cuán inmenso es el poder que el Señor tiene sobre todas las criaturas, y qué obediencia tan puntual tienen éstas á lo que Él les manda! Gózate de todo esto, ya que redunda en gloria de tu Redentor; pero al mismo tiempo has de confundirte y avergonzarte profundamente de ti mismo, viendo la rebeldía que tienes á la divina voz, y la poca obediencia á sus mandatos, mientras que los mismos seres insensibles, como si tuvieran razón, con tal docilidad y prontitud se someten. Pondera el misterio que encierran las dos palabras que usó el Señor para calmar la tempestad. Dijo: «Calla, enmudece», porque las obras de Dios son perfectas, y cuando quiere mostrar su omnipotencia, no sólo manda callar, sino enmudecer, que es más, sanando la turbación de raíz y causando perfecta paz. Y así, cuando te vieres turbado con varios pensamientos ó pasiones, has de suplicar al Señor las mande, no solamente callar por un rato, sino enmudecer, para que nunca más te turben en la materia que te turbaron; y si te conviniere, así lo hará; de modo que, con grande admiración de lo que en ti experimentas, digas lo que decía la gente del navío [2]: «¿Quién es este á quien así obedecen los vientos y el mar?» ¡Oh Salvador omnipotentísimo! Mi corazón es un mar turbado con mil vagueaciones, y anda muy alterado con vientos de contrarias pasiones; mandadle que se sosiegue, y decidle: Calla, enmudece,

[1] Psalm. xliii, 23. — [2] Matth., viii, 27.

porque vuestro decir es omnipotente; y luego obedecerá. ¿Ves, alma fiel, con qué puntualidad obedecen á Jesús los vientos y el mar? ¿Cómo, estando muy agitados, se calman á su voz? Y tú, ¿cómo te sujetas á ella? ¿Cómo obedeces al Señor?

Epílogo y coloquios. ¡Qué tesoro de enseñanzas se esconde en las más insignificantes acciones de Jesucristo! En ellas te da documentos importantísimos para todas las circunstancias de la vida. Si come, te dice cómo debes comer; si duerme, te dice cómo debes dormir. Cansado de la predicación, entra en el mar, y échase en la popa del navío, y comienza á dormir; mas sin dejar de conocer todo cuanto pasa en torno suyo. Su sueño es inspirado por la necesidad, tomado de paso, y acompañado de santos pensamientos. Así debiera ser tu sueño. Mas, lo mismo fué dormirse Jesús, que levantarse una horrible tormenta, que puso en grande aprieto á sus discípulos. ¡Cuántas veces el Señor, en el navío de su Iglesia y del alma que le ama, hace del dormido, y permite que se levanten tempestades horribles, que pongan casi en peligro á una y á otra! No se separa de su compañía; pero parece que se esconde y no deja percibir los efectos de su presencia. Pero ¿qué hacer en este caso? ¿Desfallecer y entregarse á una loca desconfianza? Mira á los Apóstoles; corren á Jesús en cuanto conocen el peligro en que se hallan; manifiéstanle su necesidad; quéjanse amorosamente con Él, y el Señor, compadecido, y habiendo reprendido con suavidad su desconfianza, manda imperiosamente á los vientos y al mar, los cuales rendidamente se someten y obedecen á su voz. Vuelve sobre ti los ojos, y considerando este suceso, examina si imitas á Jesús en tu descanso, si desconfías de Él en las tribulaciones, si te vales del recurso de la oración, si tienes completa fe en su poder, sabiduría y bondad. ¿Te remuerde la conciencia acerca de estos puntos? ¿Cuál es tu comportamiento en las tribulaciones? ¿Cómo procedes en tus oraciones? ¡Cuántas veces desfalleces, é interiormente quizá te estás quejando de la providencia del Señor! Basta ya de desconfianza; no hagas tal injuria á Padre tan amante; propón con decidida voluntad lo que debas corregir y enmendar, y pide la gracia que para ello necesitas.

78.—TEMPESTAD EN QUE JESÚS ANDUVO SOBRE LAS AGUAS.

PRELUDIO 1.° Quedándose Jesús en el monte á orar, mandó á los Apóstoles que pasasen el mar de Tiberíades; mas viéndoles envueltos en una tempestad, vino á ellos andando sobre las aguas.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús andando sobre las aguas, y dirigiéndose adonde estaban sus Apóstoles trabajando.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar la caridad de Jesús y la diligencia de los Apóstoles.

Punto 1.° *Jesús obliga á sus Apóstoles á pasar el mar, y Él se queda orando.*—Mandó Jesús á sus discípulos [1] que entrasen en un navío y pasasen el mar de Tiberíades, y Él quedóse solo á orar en un monte, y luego se levantó una tormenta que batía el navío. En estas palabras del Evangelista debes considerar primeramente el amor que el Señor tenía á la oración, escogiendo para ella lugares solitarios y el tiempo quieto de la noche, y dejando la compañía de sus discípulos, prolongábala casi hasta la mañana con gran fervor. ¡Oh cuánto debieras tú orar por tu salvación, viendo este ejemplo de Jesús! Mira también cuánto sintieron los Apóstoles el separarse de la compañía de su divino Maestro, pues San Marcos dijo [2]: *Coegit*, que los forzó á pasar el mar; porque quisieran ellos subir con Él al monte á orar, y estar siempre en su compañía, como quien barruntaba que entrar sin Él en el mar era cosa peligrosa; pero prevaleció la virtud de la obediencia, porque en todo ha de ser Dios obedecido, aunque sea poniéndonos á grande peligro, dejando la oración retirada, porque esto es dejar á Dios por Dios. Pondera el misterio de la tempestad que en esta ocasión padecía la nave de los Apóstoles. Otra vez se levantó la tempestad, estando Jesús durmiendo [3] en el navío; esta vez, estando ausente, para probar más la fe de ellos, viendo más lejos á su Maestro; y para significar que Cristo nuestro Señor suele ausentarse de los suyos cuanto al socorro sensible de su gracia, y dejarlos en grandes tribulaciones para probar su fidelidad. Y como van creciendo en la virtud, suelen crecer las pruebas con tal modo de ausencia por los innumerables bienes que resultan de ellas. ¡Oh Maestro sapientísimo! Muy bien hacéis todas las cosas, y por todo sois infinitamente digno de alabanza; si vuestra presencia nos alegra, vuestra ausencia nos hace crecer en vuestro amor, viendo cuán pobres y miserables somos sin Vos; permitidme que, ya presente, ya ausente, seáis Vos el único tesoro de mi corazón. ¡Oh alma! Aprende de Jesús á amar la oración retirada, y de los Apóstoles á temer el separarte de Él. ¿Qué sientes acerca de esto?

[1] Matth., XIV, 22. — [2] Marc., VI, 45. — [3] Matth., VIII, 24.

Punto 2.º *Conducta de los discípulos en la tempestad, y socorro de Jesús.*—Considera cómo, sobreviniendo la tempestad cuando los discípulos se hallaban en alta mar, no perdieron por esto el ánimo, ni se estuvieron mano sobre mano, sino trabajaban remando contra los vientos que les eran contrarios y las furiosas olas que les embestían, por salvar su pobre navío y llevarle al puerto que les había señalado Jesús. Con lo cual te enseñan que en las tentaciones y tribulaciones no has de amilanarte ni estar ocioso, dejando el remedio á solo Dios, sino que has de hacer de tu parte cuanto pudieres, aunque sea con trabajo, como quien rema á solas, ejercitando las obras de oración y penitencia lo mejor que pudieres, no dudando que cuando el Señor sea servido y vea tu fidelidad, vendrá en tu socorro para sacarte de la tribulación, al modo que el platero saca del crisol el oro cuando ya está purificado y limpio, y como en esta ocasión lo hizo Jesús con sus discípulos. Mira la caridad de este divino Señor, el cual, aunque parece que está ausente, muy cierto es que no se olvida de los suyos, antes está mirando su trabajo y diligencia, y se agrada por una parte de verlos trabajar, y por otra se compadece de verlos padecer. Por lo cual, aunque te veas en el mar de este mundo y en la noche de este siglo, lleno de obscuridades y combatido de tentaciones, has de tener gran confianza, porque tu Salvador está en el monte de esos cielos, abogando y orando por ti á su Eterno Padre [1], y mirando desde su trono tus trabajos, compadeciéndose de ellos y ayudándote, como á san Esteban, con su misericordia infinita, para que alcances la corona eterna; y si se difiriera el socorro, no desconfíes, porque á su tiempo vendrá el remedio, el cual será tanto más eficaz y abundante, cuanto haya sido más deseado. ¡Oh Jesús mío amantísimo! Á ese monte altísimo donde estáis, á la diestra de vuestro Padre, dirijo mis ojos, esperando que de ahí me ha de venir el auxilio. Mirad desde ese lugar seguro el estado triste de mi alma; luchando estoy de día y de noche, en medio de este mundo, con innumerables enemigos. Las heridas que recibo cada día ponen en peligro mi vida; y si Vos no me ayudáis, ellos prevalecerán contra mí; miradme y compadeceos de mi necesidad. ¿Seguimos el ejemplo de los discípulos de Jesús en las tribulaciones, peleando con valor? ¿Confiamos en la bondad de Jesús, nuestro Maestro?

Punto 3.º *Jesús anduvo sobre las aguas, yendo adonde estaban sus discípulos.*—Resuelto Jesucristo á tranquilizar á sus amados discípulos atribulados, abandonó el lugar de su oración y se fué adonde ellos estaban, andando sobre las aguas. Las causas de este nuevo modo de andar sobre el agua como sobre tierra firme que en esta ocasión usó Jesús, fueron dos principalmente, y conviene ponderarlas. La primera, para dar una muestra de su omnipotencia, significando de este modo el poder que tenía sobre las aguas del mar, y sobre las tribulaciones y tempestades del mundo, y cómo era superior á todas y las tenía debajo los pies sin temor ninguno. Y por consiguiente, que si en el tiempo de su Pasión fué sumido debajo de las olas, atollado en el lodo del profundo [1], no era por flaqueza, sino por caridad, con deseo de padecer por nuestro bien; pero de tal manera, que luego saldría de aquel abismo de tribulaciones como superior y vencedor de ellas. Otra causa fué para significar la virtud de la oración que había tenido en el monte, de la cual suelen salir los justos con tanto esfuerzo, que ni temen tempestades, ni se hunden en ellas, sino con ánimo esforzado en la virtud de Dios, las acometen y son superiores á todas: y cuando temen los que están en el navío, no temen ellos en medio de la mar; porque la oración y confianza en Dios les da mayor seguridad, que todos los medios humanos á los que confían en ellos; y aunque estén en medio de innumerables tempestades, y dentro del vientre de la ballena como Jonás [2], orando, alcanzan que la ballena de la tribulación no les dañe, antes les ponga en el puerto con mucha seguridad. ¿Temerás tú aún las tribulaciones que te afligen? ¿Por qué no pones tu confianza en Jesucristo tu Salvador? ¿Cómo no acudes á la oración que te hace superior á ellas? ¡Oh dulce Jesús! Concededme que suba con Vos al monte alto de la oración, levantándome sobre mí mismo, para que en virtud de ella, con vuestra gracia, me levante sobre las aguas de las tentaciones y tribulaciones, sin ser oprimido de ellas.

Epílogo y coloquios. ¡Cuánto temían los Apóstoles separarse de Jesús! ¡Con cuánto mayor gusto se hubieran quedado con Él orando toda la noche en el monte! Mas Jesús lo manda, en cierto modo los fuerza y obliga, y ellos, sumisos, obedecen y entran en el mar, aunque preven el peligro á que se exponen, para enseñarnos que cuando hay de por medio la voluntad de Dios, no hemos de vacilar en exponernos, aunque sea á los mayores peligros. ¡Oh si consultásemos á esto y no al amor propio, á la vanidad y al afán de lucir! Sin duda no sucumbiríamos en ellos; porque Jesús vendría en nuestro socorro, como en esta ocasión lo hizo con sus discípulos. Se ha levantado la tempestad que barruntaban, el navío es furiosamente combatido, las olas amenazan hundirle; mas los discípulos no se acobardan, trabajan con firmeza, reman con valor, y hacen todos los esfuerzos para llegar al puerto, aunque sea peleando contra los vientos. Así debieras tú obrar en las tribulaciones. Mas ¿qué hará Jesús? ¿Se olvidará de sus amados discípulos? Lejos de esto, los mira desde el monte en donde ora, y compadecido de su necesidad,

[1] Rom., VIII, 34: I Joan., II, 1.

[1] Psalm. LXVIII, 3. — [2] Jonae, II, 1.

baja aceleradamente y comienza á caminar sobre las aguas. ¡Oh poder infinito de Jesús! Para Él es el agua como tierra firme; Él se pasea por los mares, y á su imperio cesan las más horribles tempestades. ¡Oh eficacia de la oración, que de tal modo fortalece el alma flaca, y que así atrae los divinos auxilios, para que en medio de las mayores amarguras no se hunda, sino que flote gloriosamente sobre ellas, haciéndose á todas superior! ¿Quién, en vista de esto, no confiará en Jesús? ¿Quién no se aficionará á la oración que tales bienes produce? ¿Qué hemos hecho nosotros? ¡Cuán inconstantes somos en este útil y necesario ejercicio! ¡Y con cuánta frialdad la hacemos! No seamos ya más tibios en cosa que tanto nos interesa; propongamos, dirijámonos al Señor con súplicas fervorosas, pidiendo por nosotros y por todo el mundo.

79.—JESÚS ES TENIDO POR FANTASMA.

PRELUDIO 1.º Viendo los discípulos que Jesús venía á ellos sobre las aguas, temieron grandemente y dieron voces, diciendo: «Fantasma es», y Jesús les tranquilizó.

PRELUDIO 2.º Represéntate este mismo suceso, como si te hallaras presente.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer los espíritus y no padecer ilusiones.

Punto 1.º *Vano temor de los discípulos.*—Viendo los discípulos que hacia ellos venía Jesús, andando sobre las aguas, comenzaron á temer grandemente, y dieron voces, diciendo: «Fantasma es [1]». En lo cual has de considerar cuán grande es la flaqueza y miseria humana, que mientras parece ser muy fuerte para desafiar y vencer enemigos poderosos, desfallece y se acobarda delante de lo que sólo es enemigo imaginario, siendo realmente el mayor amigo; así ves á los discípulos del Señor, que no daban voces con la furia de la tempestad, y las dieron de miedo por un antojo, precisamente cuando debían darlas de gozo y alegría. Muchas veces te ha sucedido que con la virtud de Dios has hecho rostro á grandes peligros y dificultades, y al poco tiempo, con gran pusilanimidad y cobardía, te has espantado de peligros insignificantes y antojadizos. ¿Cuándo llegarás á conocer y á convencerte que nada eres de ti mismo? Pondera cuán perjudicial es la pasión del miedo cuando arrastra el entendimiento; porque le hace tener por fantasma lo que es realidad, por defectuoso lo santo, por imperfecto lo perfecto. Y á tal extremo llega algunas veces esta pasión, sobre todo en algunos escrupulosos y pusilánimes, que vienen á cometer desobediencias ú otras faltas verdaderas y manifiestas por el vano temor de caer en algunos defectos puramente imaginarios. De todo lo cual debes sacar grande desconfianza de tus propias fuerzas, porque si los discípulos del Señor experimentan tal flaqueza sin causa fundada, ¿qué puedes esperar tú, cuya debilidad tienes experimentada tantas veces? Saca también un firme propósito de no temer cuando no hay motivo para ello, recordando que en donde está el espíritu del Señor [1], allí no hay encogimiento, sino libertad. ¡Oh Salvador amorosísimo! Concededme que, arrojando de mí todo temor servil que os desagrade, os sirva con espíritu de hijo, temiendo más vuestra ofensa que el castigo que por ella me podéis dar, y sin que me impida el serviros ningún respeto humano ni el temor de cosa transitoria. ¿Estamos nosotros convencidos de nuestra flaqueza? ¿Tememos lo que no debemos temer?

[1] Matth., XIV, 26.

Punto 2.º *Tres clases de hombres que juzgan diversamente acerca de los favores de Dios.*—Considera cómo hay tres clases de personas que, tratando con Cristo, sienten diferentemente de Él y de sus cosas. Unas hay que tienen por Cristo lo que es solamente fantasma y sombra antojadiza, calificando sus sueños é imaginaciones por verdaderas revelaciones; y á sus pasiones tienen por virtudes, pensando que su rabiosa ira es celo, y su amor carnal, espiritual. Estos, por la mayor parte, son algunos soberbios y presuntuosos que se fían mucho de su propio juicio; y ora el demonio transfigurado en ángel de luz [2], ora su amor propio, ora su imaginación con sus ardides, invenciones y falacias, les hacen caer en ilusiones que no pocas veces les conducen á la perdición. Otras hay, por el contrario, que tienen por fantasma á lo que verdaderamente es Cristo, á la virtud por pasión y á la buena inspiración por antojo de su propio espíritu. Esto, aunque suele acontecer entre gente escrupulosa y melancólica é ignorante, sucede también algunas veces entre gente aprovechada, como se ve aquí en los Apóstoles, sobre todo en tiempos de tentaciones y borrascas, permitiéndolo Dios para prueba de la humildad y virtud, porque entonces es más terrible la tentación, cuando el alma imagina que es nuevo engaño lo que Dios envía por su remedio. Ambos extremos son viciosos, porque si es malo tener á Cristo por fantasma, no lo es menos tener á la fantasma por Cristo [3]. Y así la tercera clase de personas están en el buen camino, siguiendo el consejo de san Juan [4], que dice: «No creáis á todo espíritu, sino probad y examinad los espíritus si son de Dios». Y este examen se ha de hacer por medio de la oración, humildad, consejo y reflexión imparcial. ¿Á cuál de estas clases perteneces? ¿Cómo pruebas los movimientos interiores? ¡Oh Maestro celestial, verdadero ponderador de los espíritus! No permitáis que os haga tal agravio que llame fantasma á lo que es Dios, y Dios á lo que es fantasma; ilustradme con vuestra divina luz, para que pueda discernir entre uno y otro, y ayudadme con vuestra gracia, para que siempre siga los ímpetus del espíritu bueno, y aborrezca los del malo.

[1] II Cor., III, 17. — [2] II Cor., XI, 14. — [3] S. Greg. — [4] I Joan., IV, 1.

baja aceleradamente y comienza á caminar sobre las aguas. ¡Oh poder infinito de Jesús! Para Él es el agua como tierra firme; Él se pasea por los mares, y á su imperio cesan las más horribles tempestades. ¡Oh eficacia de la oración, que de tal modo fortalece el alma flaca, y que así atrae los divinos auxilios, para que en medio de las mayores amarguras no se hunda, sino que flote gloriosamente sobre ellas, haciéndose á todas superior! ¿Quién, en vista de esto, no confiará en Jesús? ¿Quién no se aficionará á la oración que tales bienes produce? ¿Qué hemos hecho nosotros? ¡Cuán inconstantes somos en este útil y necesario ejercicio! ¡Y con cuánta frialdad la hacemos! No seamos ya más tibios en cosa que tanto nos interesa; propongamos, dirijámonos al Señor con súplicas fervorosas, pidiendo por nosotros y por todo el mundo.

79.—JESÚS ES TENIDO POR FANTASMA.

PRELUDIO 1.º Viendo los discípulos que Jesús venía á ellos sobre las aguas, temieron grandemente y dieron voces, diciendo: «Fantasma es», y Jesús les tranquilizó.

PRELUDIO 2.º Represéntate este mismo suceso, como si te hallaras presente.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer los espíritus y no padecer ilusiones.

Punto 1.º *Vano temor de los discípulos.*—Viendo los discípulos que hacia ellos venía Jesús, andando sobre las aguas, comenzaron á temer grandemente, y dieron voces, diciendo: «Fantasma es [1]». En lo cual has de considerar cuán grande es la flaqueza y miseria humana, que mientras parece ser muy fuerte para desafiar y vencer enemigos poderosos, desfallece y se acobarda delante de lo que sólo es enemigo imaginario, siendo realmente el mayor amigo; así ves á los discípulos del Señor, que no daban voces con la furia de la tempestad, y las dieron de miedo por un antojo, precisamente cuando debían darlas de gozo y alegría. Muchas veces te ha sucedido que con la virtud de Dios has hecho rostro á grandes peligros y dificultades, y al poco tiempo, con gran pusilanimidad y cobardía, te has espantado de peligros insignificantes y antojadizos. ¿Cuándo llegarás á conocer y á convencerte que nada eres de ti mismo? Pondera cuán perjudicial es la pasión del miedo cuando arrastra el entendimiento; porque le hace tener por fantasma lo que es realidad, por defectuoso lo santo, por imperfecto lo perfecto. Y á tal extremo llega algunas veces esta pasión, sobre todo en algunos escrupulosos y pusilánimes, que vienen á cometer desobediencias ú otras faltas verdaderas y manifiestas por el vano temor de caer en algunos defectos puramente imaginarios. De todo lo cual debes sacar grande desconfianza de tus propias fuerzas, porque si los discípulos del Señor experimentan tal flaqueza sin causa fundada, ¿qué puedes esperar tú, cuya debilidad tienes experimentada tantas veces? Saca también un firme propósito de no temer cuando no hay motivo para ello, recordando que en donde está el espíritu del Señor [1], allí no hay encogimiento, sino libertad. ¡Oh Salvador amorosísimo! Concededme que, arrojando de mí todo temor servil que os desagrade, os sirva con espíritu de hijo, temiendo más vuestra ofensa que el castigo que por ella me podéis dar, y sin que me impida el serviros ningún respeto humano ni el temor de cosa transitoria. ¿Estamos nosotros convencidos de nuestra flaqueza? ¿Tememos lo que no debemos temer?

[1] Matth., XIV, 26.

Punto 2.º *Tres clases de hombres que juzgan diversamente acerca de los favores de Dios.*—Considera cómo hay tres clases de personas que, tratando con Cristo, sienten diferentemente de Él y de sus cosas. Unas hay que tienen por Cristo lo que es solamente fantasma y sombra antojadiza, calificando sus sueños é imaginaciones por verdaderas revelaciones; y á sus pasiones tienen por virtudes, pensando que su rabiosa ira es celo, y su amor carnal, espiritual. Estos, por la mayor parte, son algunos soberbios y presuntuosos que se fían mucho de su propio juicio; y ora el demonio transfigurado en ángel de luz [2], ora su amor propio, ora su imaginación con sus ardides, invenciones y falacias, les hacen caer en ilusiones que no pocas veces les conducen á la perdición. Otras hay, por el contrario, que tienen por fantasma á lo que verdaderamente es Cristo, á la virtud por pasión y á la buena inspiración por antojo de su propio espíritu. Esto, aunque suele acontecer entre gente escrupulosa y melancólica é ignorante, sucede también algunas veces entre gente aprovechada, como se ve aquí en los Apóstoles, sobre todo en tiempos de tentaciones y borrascas, permitiéndolo Dios para prueba de la humildad y virtud, porque entonces es más terrible la tentación, cuando el alma imagina que es nuevo engaño lo que Dios envía por su remedio. Ambos extremos son viciosos, porque si es malo tener á Cristo por fantasma, no lo es menos tener á la fantasma por Cristo [3]. Y así la tercera clase de personas están en el buen camino, siguiendo el consejo de san Juan [4], que dice: «No creáis á todo espíritu, sino probad y examinad los espíritus si son de Dios». Y este examen se ha de hacer por medio de la oración, humildad, consejo y reflexión imparcial. ¿Á cuál de estas clases perteneces? ¿Cómo pruebas los movimientos interiores? ¡Oh Maestro celestial, verdadero ponderador de los espíritus! No permitáis que os haga tal agravio que llame fantasma á lo que es Dios, y Dios á lo que es fantasma; ilustradme con vuestra divina luz, para que pueda discernir entre uno y otro, y ayudadme con vuestra gracia, para que siempre siga los ímpetus del espíritu bueno, y aborrezca los del malo.

[1] II Cor., III, 17. — [2] II Cor., XI, 14. — [3] S. Greg. — [4] I Joan., IV, 1.

Punto 3.º *Jesús tranquiliza á los Apóstoles.*—Oyendo Jesús los clamores de los Apóstoles, luego les habló, y dijo [1]: «Confiad, yo soy; no temáis». Aquí debes considerar cuán propio es de la clemencia de Cristo nuestro Señor el consolar luego á los afligidos, manifestándoseles por medio de algunas palabras que les habla al corazón, y moviéndoles á verdadera confianza; de manera que, quitado todo temor vano, sientan en su alma tales afectos, que por ellos conozcan la verdad de aquella palabra: «Yo soy», y con ella logren completa paz, conociendo que es palabra del mismo Cristo. Pondera lo que pasa en el corazón humano cuando Cristo nuestro Señor le visita y habla, dándole á entender por algunas señales interiores quién es el que le habla; porque, como cada hombre tiene cierto modo de hablar, por el cual le conocen los que conversan con él, y le diferencian de otros, así los santos [2] dicen de nuestro Señor, que tiene tal modo de hablar al corazón, con tal dulzura y paz y plenitud de virtudes, que representan su divinidad, y se da bien á conocer que es buen espíritu el que habla, porque el malo no puede ni atina á hablar con tal modo de sabor. Esto muestra el Señor con la omnipotencia de su palabra, porque en un momento trueca el corazón de tímido en confiado, de triste en alegre, de turbado en sosegado, de duro en blando, de seco en devoto, de afligido con varias tentaciones de carne ó vanidad y codicia en quieto con los afectos contrarios. ¡Oh cómo disipa las tristezas y turbaciones la voz del Señor, cuando habla al corazón! Mas como el hombre, con una misma palabra dicha de distinto modo, muestra enojo para espantar ó blandura para regalar, así Cristo nuestro Señor, con esta misma palabra, «Yo soy», obra contrarios efectos en contrarias personas, porque á sus discípulos con ella quitó el miedo, y á sus enemigos en el huerto con la misma espantó de tal modo, que dió con ellos en tierra [3]. Y del mismo modo procede ahora, porque á los justos da paz y gozo espiritual, para alentarles en su servicio, y á los pecadores atemoriza con reprensiones, amenazas y espantos para que salgan del pecado. ¿Por qué no confías en un Señor que puede consolarte con tanta facilidad? ¿Por qué no acudes á Él en las tristezas? ¡Oh Dios omnipotente, que sois el que sois! Decid á mi alma *Yo soy,* manifestándolo y haciéndola sentir los efectos de vuestra dulce presencia, para que con ella cesen todos sus vanos temores, y se enciendan sus fervorosos deseos, poniéndolos por obra, para gloria vuestra.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán grande es la cobardía y miseria del hombre! Los Apóstoles, que con tanto valor luchan contra la deshecha tempestad, se llenan de miedo y pavor al divisar á Jesús, que viene á ellos andando sobre las aguas. ¡Cuántas veces lo que nos entristece debiera alegrarnos, y lo que nos alegra nos debiera entristecer! Los discípulos tienen á Jesús por fantasma, arrastrados por un excesivo miedo. Así yerran los hombres acerca de las cosas de Dios. Unos tienen por realidad y verdad y cosa celestial lo que es puro fantasma; otros tienen por fantasma lo que es real y verdadero; pocos son los que tienen siempre un juicio recto de las cosas divinas; porque pocos son los que examinan los espíritus con aquella humildad, prudencia, discreción y desprendimiento del amor propio que son tan necesarios para no errar. ¿Cómo nos portamos nosotros? ¿Tememos padecer errores perjudiciales? En este caso, la oración es el medio más eficaz para salir de dudas y ansiedades. Jesús, cuando quiere, se da á conocer con tal claridad y certidumbre, su voz es tan clara, poderosa y distinta de la voz humana, que no puede menos de reconocerla el que la oye en su corazón. Diciendo: «Yo soy», puede calmar instantáneamente al espíritu más agitado, así como conturbar al hombre más valiente, que alardea de ser enemigo suyo. Tan grande es su poder y tal la eficacia de su palabra. ¿Por qué no confiamos en Él? ¿Por qué no acudimos á Él en nuestras dudas? ¿Qué haríamos si la muerte estuviese á las puertas de nuestra alma? Decidámonos, por fin, á confiar en la sabiduría, bondad y poder de Jesús, y para que así lo verifiquemos, formemos los propósitos oportunos, acudiendo al Señor nos asista con su gracia para cumplirlos, y remedie todas las necesidades.

[1] Matth., XIV, 27. — [2] Greg., August., Diadocus. — [3] Joan., XVIII, 6.

80.—JESÚS PERMITE Á SAN PEDRO ANDAR SOBRE LAS AGUAS.

PRELUDIO 1.º Viendo san Pedro á Jesús, quiso ir á Él, andando también sobre el agua; mas habiendo dudado, comenzó á hundirse; Jesús le tomó de la mano, y subieron al navío.

PRELUDIO 2.º Represéntate con viveza este suceso.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la fervorosa caridad de san Pedro.

Punto 1.º *Pedro pidió á Jesús que le dejase ir sobre las aguas.*—Considera cómo Pedro, oyendo las palabras con que Jesús había consolado á sus discípulos, dijo [1]: «Señor, si Tú eres, mándame venir á Ti sobre las aguas». En cuyas palabras se apuntan cinco propiedades de la verdadera caridad, por las cuales se diferencia el fervor verdadero del falso. La primera, es tener grande luz y estima del Señor y de las grandezas que encierra la palabra «Yo soy», las cuales penetró san Pedro con divina ilustración, y asiendo de ella, dijo, no dudando, sino afirmando: «Señor, si Tú eres....», que fué decir: «Pues tú eres la misma bondad y caridad, muestra conmigo ser el que eres, dando testimonio de quién eres». La segunda, es tener grandes ansias de que Dios le mande algo en que muestre el amor que le tiene, diciendo: «Mándame», porque esclavo tuyo soy; aparejado estoy

[1] Matth., XIV, 28.

á obedecerte; tengo por gran favor que me mandes algo; manda lo que quisieres, que yo te obedeceré.» La tercera, es tener entrañable deseo de estar junto á su amado, pareciéndole larga cualquier dilación, y deseando no caminar al paso ordinario, y por esto dijo san Pedro: «Señor, si Tú eres, mándame ir á Ti sobre las aguas»; y no dijo esto por vanidad ó por pedir milagros, sino llevado del fervoroso deseo de estar junto á su Maestro. La cuarta, es ofrecerse confiadamente á cosas que exceden sus fuerzas, y aun parecen imposibles á su flaca naturaleza, porque no mide sus deseos con las propias fuerzas, sino con las de Dios. Y por esto san Pedro se ofreció á echarse en el mar tempestuoso, pareciéndole que en virtud de su Maestro andaría sobre las aguas como Él andaba, sin ser anegado de ellas, porque la encendida caridad no teme ser anegada de las aguas de las tribulaciones, como se dice en el libro de los Cantares [1]. Finalmente: aunque la caridad es fervorosa, no es precipitada ni temeraria, sino prudente y reportada, ni se arroja á más de lo que puede sin licencia, mandato é inspiración de Dios, en quien confía, como san Pedro no se arrojó en el mar hasta que Cristo se lo mandó. ¡Oh dulcísimo Maestro! Entradme en la bodega de vuestros vinos preciosos [2], y ordenad en mí la caridad con las cualidades que la disteis á este santo Apóstol, para que el fervor, ni por el desorden me despeñe, ni por el mucho miedo se menoscabe. ¡Oh alma! Mira que tu caridad ha de ser ilustrada, deseosa de obedecer y de estar junto al Amado, confiada y prudente. ¿Tiene estas cualidades?

Punto 2.º *Jesús accedió á la súplica del Apóstol.*—Considera cómo Cristo nuestro Señor, aunque otras veces reprimió el fervor de san Pedro, esta vez se agradó de él y le concedió su petición, diciendo: «Ven», porque procedía de verdadero amor y con espíritu de resignación, y con grande confianza, no en sus fuerzas, sino en las de Cristo; y cuando las peticiones son de tal manera, como proceden del Espíritu Santo, admítelas este Señor, cuya propiedad es hacer la voluntad de los que le temen, y oir las peticiones de los que le aman, cuando van ordenadas para muestras de amor. Al contrario: cuando en la noche de la Pasión [3] se ofreció el mismo Apóstol á ir con Él á la cárcel y á la muerte, no le respondió «Ven», porque sabía que aquel ofrecimiento procedía de soberbia y presunción de sí mismo, con algún desprecio de sus compañeros, anteponiéndose á ellos; antes le reprendió y castigó por ello. Mas en esta ocasión concedió también Jesús á san Pedro lo que pedía, para que sus discípulos viesen por experiencia con cuánta razón les había dicho: «Confiad, yo soy, no temáis»; pues era tan poderoso, que con una sola palabra, «Ven», podía hacer una cosa tan prodigiosa cual era andar un hombre

[1] Cant., VIII, 7. — [2] Cant., II, 4. — [3] Luc., XXII, 33.

sobre las aguas como sobre tierra firme, y de allí levantasen el espíritu á creer y confiar que también era poderoso para hacer que anduviesen sobre los basiliscos y escorpiones [1], y hollasen los leones y dragones sin recibir daño de ellos. Pondera ya cómo san Pedro, en oyendo la palabra de Cristo nuestro Señor, sin dilación y sin temor salió de su navío y comenzó su viaje, caminando hacia donde estaba Jesús con deseo de acercarse á Él, para que por aquí entiendas la presteza y confianza con que has de ejecutar todo lo que fuere voluntad de Cristo, y cumplir los propósitos y ofrecimientos que has hecho de su servicio, no dudando de arrojarte á cualesquier peligros en virtud de su palabra, pues todas las cosas podrás en el Señor que te conforta [2]. ¡Oh si imitases la prontitud de san Pedro en cumplir tus propósitos! ¿No te arguye la conciencia de algún descuido en esto? ¿Qué harás en adelante? ¡Oh poderosísimo Jesús! Deseosa está mi alma de ir tras Vos, siguiendo vuestra vida, y de ir á Vos para gozar de vuestra gloria. Decidla, Señor, esta palabra, *ven*, porque en virtud de ella todo le será fácil, pues al que confía en Vos todo le es posible.

Punto 3.º *Pedro vacila y se hunde; pero Jesús le da la mano.*—Viendo Pedro la furia de los vientos, temió; y comenzando á hundirse, dió voces, diciendo: «Señor, salvadme». Y al punto, tomándole Cristo por la mano, le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?» Y entrando en el navío, cesó el viento, y se halló la nave en el puerto. En todo este hecho debes ponderar primeramente, que Jesucristo permitió este temor en Pedro, porque después no se envaneciese, y para que reconociese que todavía no tenía perfecta fe, pues quien tuvo ánimo para echarse en el mar tempestuoso, temió después el viento que se levantó, porque apartó los ojos de Cristo y los puso en el viento; y como faltó la confianza, faltó la consistencia, y comenzó á hundirse. Pondera también que quien por obediencia de Cristo, y fiado en su palabra, se arroja en los peligros, no perecerá; porque, en llamándole, acudirá á darle la mano y librarle de ellos; pero si en ellos te pones por tu propia voluntad, ó por vanidad y jactancia, Dios te dejará de su mano en castigo de tu loco atrevimiento, y perecerás como los sacerdotes Macabeos [3], que por este fin vano entraron en la batalla sin consejo. Observa cómo, entrando Jesús en la nave, cesó el viento, para significar que las tentaciones que se levantan en su ausencia cesan con su presencia, y con su auxilio llegará presto el navío de tu alma al puerto de salvación. Mas espiritualizando este hecho, mira cómo en él se descubre el estilo que tiene Cristo cuando llama á uno á la religión ó á una grande empresa; al principio facilita los medios; después permite borrascas y tentaciones; mas si el alma corresponde á su

[1] Psalm. XC, 13. — [2] Philip., IV, 13. — [3] I Machab., V, 67.

vocación, acaba el Señor por darle completa paz. Y por esto dijo por un profeta [1]: «Yo la engañaré con la leche de mis consuelos, y la llevaré á la soledad, y después la pondré en el valle de la turbación, para que cobre nuevas esperanzas, y cante con alegría, como solía en sus principios». ¡Oh Amado mío! Engañadme con este santo engaño, para que me libréis de los engaños del mundo; y cuando permitáis que me asalte la tribulación, haced que vuelva mis ojos á Vos y con fervor pida vuestro auxilio, á fin de que con él llegue al descanso de la gloria. ¿Hemos acudido á Jesús en nuestras tribulaciones? ¿Hemos desconfiado de su palabra?

Epílogo y coloquios. ¡Qué caridad tan fervorosa ostenta san Pedro en esta ocasión! Apenas oye la voz de Jesús, su amor no sufre dilaciones, y con un santo fervor le dice: «Señor: pues Tú eres, mándame que vaya á Ti sobre las aguas». ¡Con qué claridad conoce Pedro la bondad, poder y misericordia de su Maestro! ¡Qué deseo tan encendido tiene de servirle! ¡Qué ansias por acercarse á Él! Mas, aunque es confiado y animoso, no es imprudente, no se arroja al agua hasta oir el mandato del Señor. Estas son las propiedades que debieran acompañar á tu caridad. Jesús la aprobaría, como aprobó en esta ocasión la de su discípulo; en otras ocasiones había reprimido el fervor de san Pedro, porque procedía del amor propio ó iba acompañado de él; mas esta vez, no sólo no le reprime, sino que accede á su petición, aunque tan osada, y le dice *ven*. Y al instante Pedro salta del navío y comienza á andar hacia donde estaba Jesús. ¡Cuán confiados estarían los Apóstoles viendo el prodigio que por la palabra de su Maestro se estaba realizando en su condiscípulo! ¡Cuán gozoso correría Pedro por aquel camino tan desusado! Mas ¡oh miseria humana! Pedro vacila, aparta los ojos de Jesús para ponerlos en el recio viento que se levanta, y principia á hundirse; clama al Señor, y Éste le toma de la mano, y juntos suben á la nave. ¡Ah! Si en medio de las tribulaciones miras á Jesús, tendrás paciencia; mas si te fijas en ellas, te hundirás en la impaciencia. Dirige tus ojos á ti mismo: ¿tiene tu caridad las propiedades necesarias? ¿Eres animoso para el servicio del Señor? ¿Obedeces á su voz? ¡Cuánto distas de tener el fervor animoso y decidido de Pedro! ¡Qué de dificultades encuentras para cumplir la voluntad del Señor! Reflexiónalo bien; procura enmendarte, y para lograrlo, haz propósitos prácticos y particulares, y ruega por ti y por todo el mundo.

[1] Osee., II, 14.

81.—JUICIO DE LOS HOMBRES ACERCA DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Preguntando el Señor á sus discípulos qué decían de Él los hombres, contestaron: «Unos dicen que sois Elías, otros que Jeremías....»

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús haciendo esta pregunta á sus discípulos.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de juzgar rectamente de Jesús.

Punto 1.º *Pregunta de Jesús acerca del juicio que de El formaban los hombres.*—Viniendo Jesús al territorio de Cesárea de Filipo, preguntó á sus discípulos [1]: «¿Quién dicen los hombres que es Hijo del hombre?» Y, según san Lucas, hizo esta pregunta habiendo estado primero á solas orando, para que se entendiese que no la hacía por vana curiosidad, sino por necesidad; y no para su provecho, sino para el nuestro. Pondera la causa principal que movió á Jesucristo á hacerla, que fué para tomar ocasión de dar á sus discípulos con más claridad conocimiento verdadero de quién era, de cuyo conocimiento, como Él mismo dijo [2], depende, como de semilla, nuestra salvación; y también para enseñarnos el modo cómo nos hemos de aprovechar de los dichos de los hombres; porque desear saber la opinión que tienen de nosotros, para fundar en ella la seguridad de nuestra vida, es gran yerro; pues, como dijo san Pablo [3], quien nos ha de juzgar es Dios, pero no es malo querer saberla, para que, oyendo sus dichos, corrijamos lo malo que dijeren de nosotros, ó huyamos de ello para que no lo digan con verdad; y lo bueno que dijeren, procuremos ganarlo, si no lo tenemos, ó perfeccionarlo, si lo tuviéremos, y de esta manera los dichos de los hombres se convertirán en nuestro provecho. Mira también la humildad que resplandece en llamarse el Señor á sí mismo Hijo del hombre, que es nombre común á todos los hombres, vil y despreciado, dejando otros nombres muy gloriosos con que se podía llamar, enseñándote con este ejemplo á humillarte y á tomar siempre los títulos más bajos y humildes que pudieres, según tu estado, porque quien se humilla será ensalzado. Y así, Cristo nuestro Señor, llamándose á sí mismo Hijo del hombre, luego, por revelación del Padre, fué llamado por san Pedro Hijo de Dios. ¡Oh hijo de Dios vivo! Dadme la humildad que mostrasteis, haciéndoos hijo del hombre, y abrazando las bajezas de los hijos de los hombres, para que por esta humillación llegue á la grandeza de Hijo de Dios, gozando de la gloria que sus hijos gozan. ¡Oh alma! Aprende de Jesús á humillarte y á indagar los juicios que los hombres forman de ti, no por curiosidad, sino para aprovecharte de ellos, corrigiendo lo malo y conservando y perfeccionando lo bueno. ¿Ha sido esta tu conducta?

[1] Matth., XVI, 13 — [2] Joan., XVII, 3. — [3] I Cor., IV, 4.

Punto 2.º *Respuesta de los Apóstoles.*—Contestando los Apóstoles á la pregunta de Jesucristo, dijeron: «Unos dicen que eres Juan Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías, ó uno de los profetas». En lo cual debes ponderar, primeramente, la prudencia que en ella usaron los Apóstoles; porque, sabiendo que los escribas y fariseos decían de Cristo nuestro Señor que era un samaritano, comedor y bebedor y amigo de publicanos [1], y otros muy grandes males, nada de esto respondieron, sino solamente lo que parecía honroso para su Maestro; para que aprendas tú que los justos y prudentes no han de referir á otros los dichos de sus enemigos, porque ordinariamente son falsos, y no sirven sino de provocarles á ira é indignación contra ellos; y así es más cordura encubrírselos, y no andar en chismerías que ahogan la fraterna caridad. Y quizá por esta causa no preguntó el Señor: ¿Quién dicen los escribas y fariseos que es el Hijo del hombre?, sino los hombres, esto es, la muchedumbre del pueblo. Reflexiona también acerca de la respuesta de los Apóstoles, cuán propio es de hombres, dejados á su miserable naturaleza, errar en el conocimiento de Dios y de Jesucristo, ó por cortedad de entendimiento, ó por la pasión que les ciega la lumbre de la razón, ó por engaño del demonio, el cual procura quitarles este verdadero conocimiento para tenerlos cautivos debajo de su tiranía con innumerables pecados, conforme al dicho del profeta [2]: «Mi pueblo fué llevado cautivo porque no tuvo ciencia», esto es, no tuvo verdadera fe y conocimiento de Dios y de las cosas que pertenecen á su servicio. Por lo cual has de compadecerte grandemente de los infieles y de los ignorantes que yerran en esto, de los cuales dice san Pablo [3] que muchos tienen ignorancia de Dios, y que quien ignora, será ignorado, porque Dios ni le conocerá por suyo, ni le aprobará para la vida eterna. ¿Erramos nosotros también en el conocimiento del Señor? ¿Procuramos imitar la prudencia que en esta ocasión tuvieron los Apóstoles? ¡Oh Dios de las ciencias [4]! Compadeceos de nuestras ignorancias, y cumplid la promesa que hicisteis, llenando la tierra de la ciencia de Dios [5]. Abrid los ojos á tantos ciegos, para que vean claramente y conozcan que Vos sois el Señor omnipotente, digno de todo honor y gloria. *Noverim te, noverim me.* Conózcame para despreciarme, y conózcaos para amaros y serviros eternamente.

Punto 3.º *Errores que los hombres padecen acerca de Dios.*—Considera, acerca de la misma respuesta de los Apóstoles, cómo muchos yerran acerca de las cosas de Dios y de Cristo, quitándole lo que tiene, no sólo en la práctica, sino aun especulativamente; porque, midiendo las grandezas de Dios con la cortedad de su ingenio, ó con su juicio rendido á la pasión, unos

[1] Matth., XI, 19. — [2] Isai., V, 13. — [3] I Cor., XV, 34; XIV, 38. — [4] I Reg., II, 3.
[5] Isai., XI, 9.

le quitan la divinidad, como la chusma del pueblo, que en Jesús sólo veía á un hombre como el Bautista ó Elías; otros le quitan la sabiduría, llamándole loco, ó la santidad, llamándole samaritano, ó el poder, ó la providencia. Así obran los infieles, y aun muchos que á sí mismos se llaman cristianos. Más frecuente es ver que muchos fieles, aunque con las palabras confiesan á Cristo, por su mala conciencia, con las obras dan testimonio que tienen falsas aprensiones de Dios y de Él, y yerran prácticamente en su conocimiento, imaginando un Dios severo, implacable, y que quiere coger de lo que no sembró; ó, al contrario, un Dios tan misericordioso, que todo lo disimula, aunque vivan como quisieren; formándose, como dice san Bernardo, un concepto tan ajeno de la verdad de lo que hay en Dios, que no es concepto de Dios, sino de dios falso y de ídolo, que es nada en el mundo [1]; porque en él no hay tal Dios que sea cruel, olvidadizo, inexorable, aceptador de personas, disimulador de pecados, como ellos se imaginan. Finalmente: algunos espirituales yerran también en sus juicios acerca de Dios y de Cristo, pensando que su espíritu es solamente riguroso, áspero y penitente como el del Bautista, ó celoso y terrible contra los pecados como el de Elías, ó compasivo y lloroso por las miserias del mundo como el de Jeremías, ó solitario y abstraído de los hombres como el de algunos profetas; y, según este modo de pensar, quieren juzgar á los demás, obligándoles á ir por el camino que ellos siguen. Y éstos yerran, porque el espíritu del Señor es uno y múltiple [2], y con unos es penitente, con otros es solitario, y á cada cual guía por el camino que más le conviene. ¡Oh Sabiduría eterna, en quien están recogidos todos los espíritus que han tenido los santos que os sirvieron! Dadme aquel espíritu que más os agrade, y á cada uno de vuestros escogidos aquel que más le convenga. Purificad mi entendimiento de errores, para que os conozca como verdaderamente sois, y os tenga dentro de mi corazón en la figura que merecéis. ¿Qué dices tú, alma mía, y qué sientes de Cristo? ¿Cómo juzgas de sus atributos, grandezas y espíritu?

Epílogo y coloquios. ¡Qué prudencia tan consumada descubre el Señor en la pregunta que dirige á sus discípulos! ¡Qué humildad tan profunda! ¡Qué discreción tan admirable! Esta pregunta podría proceder en el que la hiciera de un espíritu dudoso, y para enseñarnos el modo cómo se han de escudriñar los espíritus, no la hace sino después de haber gastado gran rato en la oración á solas y en retiro. ¡Oh si nos valiéramos de este medio para examinar los espíritus! Entonces, no sólo nos aprovecharíamos del modo que conviene de los juicios humanos, sino que tendríamos de Jesús un juicio recto y ajustado, y nosotros también nos tendríamos en el sentido en que debemos, y nos llama-

[1] I Cor., VIII, 4. — [2] Sap., VII, 22.

ríamos con los nombres que nos corresponden según es nuestra miseria. ¡Cuánto se yerra en el mundo acerca del conocimiento de Dios! Unos maliciosamente le usurpan los atributos que le pertenecen y le son esenciales, ya quitándole la justicia, ya la misericordia, ya la providencia. Otros, por ignorancia y debilidad, aunque en sus palabras confiesen á Jesucristo, con sus obras niegan lo que con aquéllas afirman; confiesan su justicia, y obran como si no la tuviese; confiesan su misericordia, y se desesperan como si de ella careciese; hablan de su providencia, y desconfían como si en ella no creyesen. ¿Eres tú, acaso, de esta clase de hombres? ¿Piensas como ciertas personas espirituales, muy apegadas á su propio parecer, para quienes á Jesús sólo gusta aquel espíritu que á ellas les guía? Si son amigas de soledad, creen que sólo este espíritu le agrada; si amantes de la caridad y limosna, piensan que sólo la limosna es el sacrificio acepto al Señor. ¡Qué espíritus tan cortos y mezquinos! Vigilemos para no dejarnos seducir; y para evitarlos, propongamos lo que sea conveniente ó renovemos los propósitos que tenemos hechos, pidiendo fuerzas para cumplirlos y socorro para todos los males que nos afligen.

82.—ILUSTRE CONFESIÓN DE SAN PEDRO.

PRELUDIO 1.º Preguntando Jesús á sus Apóstoles qué decían de Él, respondió Pedro: «Tú eres Hijo de Dios vivo»; por lo cual el Señor le alabó y premió.

PRELUDIO 2.º Represéntate á san Pedro confesando á Jesús por Hijo de Dios.

PRELUDIO 3.º Pide viva fe de la divinidad de Jesucristo.

Punto 1.º *Pregunta del Señor y confesión de san Pedro.*—Considera cómo Jesucristo, habiendo oído lo que de Él decían los hombres, interrogó á los mismos Apóstoles, no porque ignorase lo que de Él sentían, sino para confirmarlos en la fe de su divinidad, y les dijo: «Vosotros, ¿quién decís que Yo soy?» Á esta pregunta, que se había dirigido á todos colectivamente, respondió sólo san Pedro; ya porque, como más fervoroso, era siempre el primero en todas las cosas que miraban á la honra de su divino Maestro; ya porque, como mejor dispuesto, fué ilustrado por el Señor con extraordinaria luz para que conociese las grandezas de Cristo. La respuesta del Apóstol fué [1]: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo». Pondera cada una de sus palabras. Tú, que te llamas por humildad el Hijo del hombre; Tú, de quien dicen los hombres que eres el Baustista ó Elías; Tú, que eres nuestro Maestro y nos has escogido por discípulos; Tú eres el que eres, y el mismo ser esencial, del cual depende todo lo que existe. Tú eres el Cristo de Dios, esto es, el Mesías prometido

[1] Matth., XVI, 16.

á los judíos y esperado de las gentes; el Rey de Israel, Rey de reyes y Señor de señores: el sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec [1]; el supremo Profeta; el Santo de los santos [2], ungido del Señor con óleo de alegría sobre todos tus compañeros. Tú eres, no cualquier Cristo como los puros hombres, sino Hijo de Dios, no adoptivo, sino natural, Hijo de Dios vivo, el cual por ser vivo tiene la obra más noble de los vivientes, que es engendrar á sus semejantes; y así te engendró á Ti, Dios vivo como Él, y por consiguiente infinito, inmenso, eterno y todopoderoso, sabio y bueno y la misma sabiduría y bondad. Todo esto y mucho más penetró san Pedro con la luz del cielo, y lo confesó con la boca con tal fervor, reverencia y devoción, que se hizo digno de soberana recompensa. Y nosotros, ¿qué pensamos de Cristo y de sus atributos, grandezas y virtudes? ¿Damos testimonio verdadero de Él? ¡Oh Hijo de Dios vivo! Concededme tal luz y tal viveza de fe, que todas mis palabras y acciones den testimonio de quién Vos sois; no obre yo de tal modo, que por mi causa sea vuestro santo Nombre blasfemado; antes bien que sea buen olor de Cristo [3], manifestándose vuestra santidad y virtud en mi cuerpo mortal.

Punto 2.º *Alabanzas de Jesús á san Pedro.*—Oyendo Jesús la fervorosa confesión de san Pedro, le respondió: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, porque la carne y la sangre no te reveló esto, sino mi Padre que está en los cielos». En esta respuesta manifestó el Señor claramente lo mucho que se había agradado de la confesión de su Apóstol; y así le honró, llamándole primeramente bienaventurado, porque de este conocimiento y confesión comenzó su buena dicha, como también comienza la nuestra, por ser principio de la vida eterna y bienaventurada. Llámale Simón, que quiere decir obediente, hijo de Juan, que significa gracia, ó de Joná, que quiere decir paloma, para significar que por esta confesión tan noble se había mostrado obediente á Dios, que se la reveló, hijo de su gracia ó del Espíritu Santo que se la inspiró; y en virtud de ella sería obediente á la ley de gracia y sería lleno del Espíritu Santo con gran plenitud de sus divinos dones. Dícele, en tercer lugar, que no le reveló esto la carne ni la sangre; porque ni esta fe ni los bienes sobrenaturales que de ella proceden se pueden entender ni haber por herencia de los padres carnales, ni por industria ó magisterio de los hombres de carne, ni por las fuerzas de la naturaleza humana, pues no somos suficientes para pensar cosa semejante, sino toda nuestra suficiencia ha de ser de Dios [4]. Añádele que se lo reveló su Padre que está en los cielos, con lo cual confirma que es Hijo de Dios vivo, cuyo Padre está en los

[1] Psalm. CIX, 4. — [2] Dan., IX, 24; Psalm. XLIV, 8. — [3] II Cor., II, 15.
[4] II Cor., III, 5.

ríamos con los nombres que nos corresponden según es nuestra miseria. ¡Cuánto se yerra en el mundo acerca del conocimiento de Dios! Unos maliciosamente le usurpan los atributos que le pertenecen y le son esenciales, ya quitándole la justicia, ya la misericordia, ya la providencia. Otros, por ignorancia y debilidad, aunque en sus palabras confiesen á Jesucristo, con sus obras niegan lo que con aquéllas afirman; confiesan su justicia, y obran como si no la tuviese; confiesan su misericordia, y se desesperan como si de ella careciese; hablan de su providencia, y desconfían como si en ella no creyesen. ¿Eres tú, acaso, de esta clase de hombres? ¿Piensas como ciertas personas espirituales, muy apegadas á su propio parecer, para quienes á Jesús sólo gusta aquel espíritu que á ellas les guía? Si son amigas de soledad, creen que sólo este espíritu le agrada; si amantes de la caridad y limosna, piensan que sólo la limosna es el sacrificio acepto al Señor. ¡Qué espíritus tan cortos y mezquinos! Vigilemos para no dejarnos seducir; y para evitarlos, propongamos lo que sea conveniente ó renovemos los propósitos que tenemos hechos, pidiendo fuerzas para cumplirlos y socorro para todos los males que nos afligen.

82.—ILUSTRE CONFESIÓN DE SAN PEDRO.

PRELUDIO 1.º Preguntando Jesús á sus Apóstoles qué decían de Él, respondió Pedro: «Tú eres Hijo de Dios vivo»; por lo cual el Señor le alabó y premió.

PRELUDIO 2.º Represéntate á san Pedro confesando á Jesús por Hijo de Dios.

PRELUDIO 3.º Pide viva fe de la divinidad de Jesucristo.

Punto 1.º *Pregunta del Señor y confesión de san Pedro.* —Considera cómo Jesucristo, habiendo oído lo que de Él decían los hombres, interrogó á los mismos Apóstoles, no porque ignorase lo que de Él sentían, sino para confirmarlos en la fe de su divinidad, y les dijo: «Vosotros, ¿quién decís que Yo soy?» Á esta pregunta, que se había dirigido á todos colectivamente, respondió sólo san Pedro; ya porque, como más fervoroso, era siempre el primero en todas las cosas que miraban á la honra de su divino Maestro; ya porque, como mejor dispuesto, fué ilustrado por el Señor con extraordinaria luz para que conociese las grandezas de Cristo. La respuesta del Apóstol fué [1]: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo». Pondera cada una de sus palabras. Tú, que te llamas por humildad el Hijo del hombre; Tú, de quien dicen los hombres que eres el Baustista ó Elías; Tú, que eres nuestro Maestro y nos has escogido por discípulos; Tú eres el que eres, y el mismo ser esencial, del cual depende todo lo que existe. Tú eres el Cristo de Dios, esto es, el Mesías prometido

[1] Matth., XVI, 16.

á los judíos y esperado de las gentes; el Rey de Israel, Rey de reyes y Señor de señores: el sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec [1]; el supremo Profeta; el Santo de los santos [2], ungido del Señor con óleo de alegría sobre todos tus compañeros. Tú eres, no cualquier Cristo como los puros hombres, sino Hijo de Dios, no adoptivo, sino natural, Hijo de Dios vivo, el cual por ser vivo tiene la obra más noble de los vivientes, que es engendrar á sus semejantes; y así te engendró á Ti, Dios vivo como Él, y por consiguiente infinito, inmenso, eterno y todopoderoso, sabio y bueno y la misma sabiduría y bondad. Todo esto y mucho más penetró san Pedro con la luz del cielo, y lo confesó con la boca con tal fervor, reverencia y devoción, que se hizo digno de soberana recompensa. Y nosotros, ¿qué pensamos de Cristo y de sus atributos, grandezas y virtudes? ¿Damos testimonio verdadero de Él? ¡Oh Hijo de Dios vivo! Concededme tal luz y tal viveza de fe, que todas mis palabras y acciones den testimonio de quién Vos sois; no obre yo de tal modo, que por mi causa sea vuestro santo Nombre blasfemado; antes bien que sea buen olor de Cristo [3], manifestándose vuestra santidad y virtud en mi cuerpo mortal.

Punto 2.º *Alabanzas de Jesús á san Pedro.*—Oyendo Jesús la fervorosa confesión de san Pedro, le respondió: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, porque la carne y la sangre no te reveló esto, sino mi Padre que está en los cielos». En esta respuesta manifestó el Señor claramente lo mucho que se había agradado de la confesión de su Apóstol; y así le honró, llamándole primeramente bienaventurado, porque de este conocimiento y confesión comenzó su buena dicha, como también comienza la nuestra, por ser principio de la vida eterna y bienaventurada. Llámale Simón, que quiere decir obediente, hijo de Juan, que significa gracia, ó de Joná, que quiere decir paloma, para significar que por esta confesión tan noble se había mostrado obediente á Dios, que se la reveló, hijo de su gracia ó del Espíritu Santo que se la inspiró; y en virtud de ella sería obediente á la ley de gracia y sería lleno del Espíritu Santo con gran plenitud de sus divinos dones. Dícele, en tercer lugar, que no le reveló esto la carne ni la sangre; porque ni esta fe ni los bienes sobrenaturales que de ella proceden se pueden entender ni haber por herencia de los padres carnales, ni por industria ó magisterio de los hombres de carne, ni por las fuerzas de la naturaleza humana, pues no somos suficientes para pensar cosa semejante, sino toda nuestra suficiencia ha de ser de Dios [4]. Añádele que se lo reveló su Padre que está en los cielos, con lo cual confirma que es Hijo de Dios vivo, cuyo Padre está en los

[1] Psalm. CIX, 4. — [2] Dan., IX, 24; Psalm. XLIV, 8. — [3] II Cor., II, 15.
[4] II Cor., III, 5.

cielos, y revela estas verdades de pura gracia para gloria de su Hijo y bien de los hombres. El cual, por esta causa, es llamado Padre de los hombres [1], porque de Él proceden todas las verdaderas ilustraciones con que son conocidos Él y su Hijo. ¡Oh Padre celestial! Por el amor que tenéis á este vuestro Hijo unigénito, os suplico ilustréis mi alma para entender lo que carne y sangre no pueden alcanzar; y pues ninguno puede ir á vuestro Hijo, si Vos no le traéis [2], traedme, Señor, con las cuerdas de la caridad, para que le obedezca como debo; y siendo hijo de obediencia, lo sea también de vuestra gracia, que dais á los que están en caridad. ¿Nos hacemos dignos con nuestra obediencia de que Dios nos revele sus secretos? ¿Somos dóciles en corresponder á la divina gracia?

Punto 3.° *Promesas de Jesús á san Pedro.*—Considera aquí las promesas gloriosas y los grandes bienes que Jesús concedió á san Pedro en premio de su ilustre confesión. Primeramente le impuso un nombre glorioso, diciendo: «Tú eres Pedro»; como quien dice: Tú has dicho de Mí que soy Cristo Hijo de Dios vivo; pues Yo quiero ahora cumplir la palabra que te di [3], de que te llamarías Cefas ó Pedro, y así de hoy más quiero que te llames Pedro. Y como los nombres que pone Cristo no son vacíos, sino llenos de la virtud que significan, así con este nombre hizo á este Apóstol participante de las virtudes que significa el nombre de Pedro, derivado de piedra, que es Cristo, haciéndole semejante á sí mismo en lo que es ser piedra fundamental de la Iglesia, y en fortaleza y constancia, y en las demás virtudes de esta piedra preciosa y fuerte. Luego le dijo: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»; como quien dice: Sobre ti, como sobre piedra firme, fundaré mi Iglesia, dándote la dignidad de cabeza universal de todos los fieles; los cuales estribarán en ti y en tu confesión y viva fe, y sobre ella edificarán las casas de sus conciencias, y tú los confirmarás y establecerás en la fe y religión, y en la obediencia á mi santa ley. En seguida añadió que será tan firme y sólido este edificio y piedra sobre que descansa, que aunque se abran de par en par las puertas del infierno, y salgan todos los poderes infernales á combatirla, no prevalecerán contra ella. Y aunque las lluvias, vientos y ríos [4] de todas las persecuciones del mundo y de la carne descarguen sobre esta casa, no la derribarán, porque está fundada sobre la omnipotencia, sabiduría y protección de Cristo, que es piedra viva; el cual da firmeza á la piedra, que es Pedro, y á sus sucesores. Finalmente: le dió las llaves del reino de los cielos, para que lo abra y cierre á los hombres; y estas llaves son la llave de la ciencia [5], para declarar las verdades que están encerradas en las sagradas Escrituras, y la llave del poder para perdonar los pecados que impiden la entrada en el cielo. ¡Oh santo Apóstol! Gózome del nuevo nombre que hoy os ponen, y de la nueva dignidad que os prometen. Sea para bien ser piedra fundamental de la Iglesia, espantable á los demonios y llavero del cielo, amable á los ángeles y á los hombres. Suplicad al Señor, que os hizo piedra fundamental, me ayude á fundar mi vida sobre esta piedra, de modo que las puertas del infierno no prevalezcan contra mí. ¿Ves, alma mía, cuán bien recompensa Jesús á los que le honran? ¿Buscarás todavía agradar á los hombres con preferencia á Él? ¿No serás devoto del Sucesor de Pedro?

[1] Jacob, I, 17. — [2] Joan., VI, 44; Osee., XI, 4. — [3] Joan., I, 42.
[4] Matth., VII, 25. — [5] Luc., XI, 52.

Epílogo y coloquios. ¡Dichoso mil veces el Apóstol san Pedro, á quien se dignó Dios revelar el misterio de la divinidad de Jesucristo, escondido desde todos los siglos! Jesús pregunta á sus discípulos quién dicen que es Él. Y san Pedro, iluminado por extraordinaria luz y estimulado por divino fervor, contesta por todos: «Tú eres el Hijo de Dios vivo». Aunque te llames por humildad el hijo del hombre y te dignes conversar amorosamente con discípulos tan pobres y miserables como somos nosotros, no eres menos que el Hijo de Dios divino. ¡Oh Pedro! Escucha el premio inestimable que mereciste con tu inspirada confesión. Es Jesús quien te habla. Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná. Bienaventurado por la obediencia con que te has dejado guiar del divino Espíritu; bienaventurado, porque has alcanzado una gracia tan singular como el recibir tan alta revelación de mi Padre; bienaventurado por tu sencillez; bienaventurado por tu comunicación con mi Padre. Desde hoy tú eres Pedro y piedra por la firmeza, consistencia y robustez; sobre ti se asentará mi Iglesia, y todas las potestades del infierno reunidas no podrán derrocar á ella ni al fundamento sobre el cual se apoye. ¡Oh recompensa infinita del Señor! Verdaderamente paga como quien es. ¿Qué dices tú de Jesucristo? ¿Qué dicen de Él tus obras? Si le crees y confiesas por Hijo de Dios, ¿por qué no le amas con todo tu corazón? ¿Por qué no sigues sus consejos? ¿Por qué no temes sus amenazas? ¿No oyes que te dice por un Profeta: Si yo soy tu Padre, ¿dónde está el amor que me tienes? Si soy tu Señor, ¿dónde está el temor que te inspiro? ¿No te conmueven estas sentidas palabras? Mira á Pedro, imítale en la fe, se fiel á su enseñanza, no te apartes un punto de su doctrina y de la de sus sucesores; para esto haz eficaces y particulares resoluciones, y pide fuerzas para cumplirlas, rogando al mismo tiempo por la Iglesia, por el Sumo Pontífice y demás necesidades.

83.—TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR.

PRELUDIO 1.º Estando Jesús en un monte con tres de sus discípulos, se transfiguró, quedando sus vestidos blancos más que la nieve y resplandecientes como el sol.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo transfigurado.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de transfigurarte en otro varón.

Punto 1.º *Tiempo y lugar de la transfiguración.*—Queriendo Jesús dar á sus Apóstoles algún testimonio de la gloria que tenía encubierta debajo de su humanidad mortal y pasible, y de la que tendrían los que le sirviesen cuando con Él reinasen; y para animarlos á llevar la cruz, y para que entendiesen que también en esta vida da Dios á gustar los gozos de la gloria, aunque de paso quiso transfigurarse delante de ellos, apareciendo con su rostro más resplandeciente que el sol, y con sus vestiduras más blancas que la nieve [1]. Aquí será bien consideres cómo el tiempo que para esto escogió fué en medio de su predicación, y seis días después que predicó á todos que llevasen su cruz, y que prometió que algunos de los presentes verían su gloria; para que veas que no tarda el Señor en cumplir las promesas que hace, y para que todos conozcan que la perfecta glorificación será después de los seis días de esta vida mortal, al octavo de la resurrección general; pero todo el tiempo es poco en respecto á la eternidad; pues, como dice David [2], mil años delante de Dios son como el día de ayer que ya pasó; ó, como dice san Pablo [3], todo es un momento que apenas se puede percibir. El lugar fué un monte alto y apartado, muy acomodado para la oración, en señal de que estos favores no los hace Dios á las almas en lo público y en el bullicio y tráfago del mundo, sino en la soledad [4] y secreto del recogimiento, y cuando están muy apartadas de los afectos y cuidados terrenos, y levantadas á vida de gran perfección, como Moisés y Elías no llegaron á contemplar á Dios en lo poblado, sino en un monte muy apartado; con lo cual debes animarte á buscar esta soledad y alteza de vida, diciendo con David [5]: «¡Oh quien me diese alas como de paloma para volar y alejarme á la soledad, esperando que allí me hablará Dios al corazón, y hallaré el descanso que deseo!» ¡Oh alma mía! Levántate sobre ti misma, y procura que tu corazón sea como monte alto y apartado; monte por la perfección de tus obras; alto, por la contemplación de las cosas eternas; apartado, por la mortificación de las cosas transitorias, para que guste Cristo de venir á ti, y transfigurarte por amor en sí. Para esto,

[1] Matth., XVII, 1. — [2] Psalm. LXXXIX, 4. — [3] II Cor., IV, 17. — [4] Osee., II, 14.
[5] Psalm. LIV, 7.

¿qué debes corregir y enmendar en ti? ¿Qué cosas has de practicar?

Punto 2.º *Compañía que tuvo Jesús en su transfiguración.*—Considera los compañeros que llevó consigo Jesús al monte y el ejercicio de oración en que se ocupaba. Los compañeros fueron tres Apóstoles, los más fervorosos y más queridos; porque aunque Dios nuestro Señor quiere y ama á todos los justos, pero á los fervorosos hace mayores regalos; y si no llevó á todos doce, fué porque se entienda que no á todos se hacen estas mercedes extraordinarias; y quizá porque entre los doce estaba Judas, hombre malo y pervertido, y no convenía llevarle á que gozase de tanto bien, ni dejarle á él solo para no infamarle. Por donde se ve cuánto importa ser fervoroso en el amor de Cristo, y cuánto daño hace un malo en una comunidad de buenos. Advierte también que el Señor hace estos favores á quien quiere y como quiere, y á veces por sus altos juicios los hace al menos santo y deja á otro más santo, remitiendo todo el premio para la otra vida; y así, no te has de desconsolar, aunque te vieres desechado y otros son favorecidos con estas gracias soberanas. Pondera el misterio que está encerrado en estos tres discípulos, por los cuales se representan tres virtudes principales que acompañan á la oración levantada, en la que se hace la transfiguración del alma; conviene á saber: fe viva y fervorosa, figurada por Pedro; esperanza fuerte, peleando con valor contra los enemigos de la oración, figurada por Santiago, y caridad muy encendida y afectuosa, figurada por Juan; aunque siempre es menester que Cristo guíe y enderece con sus inspiraciones los afectos con que se verifica la transfiguración amorosa en Dios. El ejercicio en que se ocupaba Cristo en el monte era la oración, para significar que en la oración se dan los regalos y favores del cielo, y la oración alcanza la transfiguración del alma, mudándola de terrena en celestial: en la oración el alma se levanta sobre sí misma, su rostro se pone resplandeciente por la luz de las verdades, y sus vestiduras, que son sus obras, aparecen blancas con purísimas intenciones. ¿Poseemos nosotros las virtudes que nos disponen para la transfiguración espiritual? ¿Nos ejercitamos en la oración fervorosa y retirada que tal efecto produce? ¡Oh dulcísimo Jesús! Concedednos que de tal manera meditemos y contemplemos la gloria de vuestras virtudes, que quedemos transformados en ellas. Enseñadnos á orar con tanto espíritu, que seamos transfigurados en la imagen de vuestra gloria.

Punto 3.º *Modo cómo se verificó la transfiguración de Jesús.*—En este punto has de considerar el modo cómo se transfiguró Cristo nuestro Señor, que fué dando licencia para que la gloria del alma, que estaba como represada, sin derivarse al cuerpo, saliese afuera y se le comunicase; y así quedó resplandeciente como el sol, y aun mucho más, sino que no hubo cosa más

resplandeciente á que compararle. Y de allí resultó que sus vestiduras quedaron blancas como la nieve, y su divino rostro lleno de inefable hermosura, la mayor, como dice David [1], que jamás hubo ni habrá entre los hijos de los hombres. Levántate sobre ti mismo y contempla á este Jesús Nazareo [2], príncipe de los nazareos, más rubicundo que el marfil, y más hermoso que el zafiro. Mírale cuán glorioso ha aparecido en la presencia del Señor, con la hermosura de que le ha vestido; tu Amado es hermoso más que la luna, resplandeciente más que el sol, blanco y colorado, escogido entre millares [3], digno de todo amor y ternura. Despierta también en tu corazón grandes afectos de alabanza y agradecimiento á Cristo nuestro Señor, por los muchos años que privó á su cuerpo de tanta gloria por nuestra causa, y también porque se la dió ahora á gustar, aunque por poco tiempo, con propósito de quitársela para proseguir el negocio de nuestra Redención. ¡Oh buen Jesús! Gracias os doy cuantas puedo, por el alivio que dais á vuestro afligido y maltratado cuerpo, haciéndole que pruebe la dulzura de la gloria que ha de gozar en la resurrección, antes que pase por los dolores y afrentas de la Pasión. Por aquí veo, Señor, lo mucho que os debo, pues privasteis por tantos años á vuestro santísimo cuerpo de tanta gloria, para que pudiera ser sacrificado en la cruz con tan grande ignominia. ¡Oh quién pudiese renunciar á todos los deleites y gozos perecederos de esta miserable vida, para padecer algo por vuestro infinito amor!

Epílogo y coloquios. ¡Cuán fiel y puntual es Dios en el cumplimiento de sus promesas! Ha soltado una prenda, ha ofrecido á algunos de sus Apóstoles que contemplarían su gloria; y pocos días después toma aparte á Pedro, Juan y Santiago, y subiendo con ellos á un monte alto, apartado y solitario, se transfigura delante de ellos, transmitiendo al cuerpo la gloria que estaba como encerrada y escondida en el alma, y parándole más resplandeciente que el sol, más blanco que la nieve y más hermoso que el cielo. ¡Oh milagro estupendo del poder, sabiduría y bondad de Jesús! ¡Oh consuelo inefable para el alma que, afligida y agobiada con el peso de la cruz, camina penosamente por este valle de lágrimas! Jesús en su transfiguración te dice que aun en el mundo puedes esperar, aunque transitoriamente, gozar de favores celestiales; que para esto debes prepararte con el ejercicio asiduo de las virtudes de la fe, esperanza y caridad; y que si quieres transfigurar tu alma y cambiarla de terrena en celestial, de imperfecta en perfecta, debes ejercitarte en la oración humilde, fervorosa y retirada, apartándote del bullicio y tráfago del mundo, en donde el Señor de ordinario no concede estos favores. ¡Oh si te penetrases bien de la importancia de estas verdades! ¡Oh si ellas despertasen en ti vivos deseos de la transformación espiritual que

[1] Psalm. XLIV, 3. — [2] Thren., IV, 7. — [3] Cant., V, 10.

tanto necesitas! El olvido de estos medios ha hecho que, después de mucho tiempo de vida espiritual, todavía no te hayas cambiado y continúes con los mismos defectos, con el mismo genio indómito, el mismo amor propio vivo, la misma rebeldía en los sentidos. ¿Qué debes, pues, hacer? ¿Qué has de corregir? Míralo con cuidado y detenimiento, y después de conocido, haz firmes propósitos, y con fervor ruega por ti y por los demás.

84.—CIRCUNSTANCIAS DE LA TRANSFIGURACIÓN.

PRELUDIO 1.° Estando Jesús transfigurado, apareciéronse Moisés y Elías gloriosos, y al ver Pedro tanta grandeza y gloria, pidió quedarse allí para siempre.

PRELUDIO 2.° Represéntate este maravilloso suceso.

PRELUDIO 3.° Pide viva fe y encendidos deseos de la gloria.

Punto 1.° *Aparecieron Moisés y Elías hablando con Jesús.*—Estando Jesús transfigurado, apareciéronse Moisés y Elías, también gloriosos, y hablaban con Él [1]. Fueron escogidos estos dos grandes personajes, más que otros, porque se señalaron entre todos en la grandeza de la santidad: porque ambos fueron muy celosos por la observancia de la ley y por el bien de su pueblo: porque ambos ayunaron, como el Señor, cuarenta días [2], y en otro monte contemplaron la gloria de Dios; y porque representaban la ley y los profetas que dan testimonio de Jesucristo. Considera cómo vinieron estos dos santos con grande resplandor y majestad, ya porque así convenía para la honra de Cristo, á quien venían á reconocer por su Redentor; ya para que se entendiese que los santos han de ser semejantes á Cristo en la gloria y majestad, como lo son en los trabajos é ignominias de esta vida. ¡Oh, qué contento recibirían estos santos en ver al que por tantos años habían deseado y esperado! ¡Cómo le reconocerían por su Dios y Salvador, y qué gracias le darían por haber venido á redimirlos! Atiende también á lo que hablaban con Cristo nuestro Señor, diciéndole el exceso que había de cumplir en Jerusalén, esto es, su Pasión y muerte, la cual fué exceso de dolores é ignominias, y exceso de satisfacción por nuestros pecados, pues todo fué excesivo, y mucho más de lo que nosotros merecíamos, y más de lo que era necesario para nuestro remedio. De esto hablaba Jesús aun en medio de sus mayores gozos, para que aprendas que cómo Él mientras vivió no quiso tener un rato de puro descanso, sino mezclado siempre con trabajo, así en esta vida el gozar es para padecer, y se han de recibir los favores espirituales que el Señor concede para adquirir fuerzas y sufrir mayores tormentos por su amor. ¡Oh Amador excesivo! Dadme que os ame como me amasteis para que guste de padecer y hablar de ello como Vos

[1] Luc., IX, 30. — [2] Exod., XXXIV, 28; III Reg., XIX, 8.

gustasteis. ¡Oh, si todos mis consuelos se ordenasen á padecer dolores é ignominias con exceso! Aunque no será exceso, pues todo será poco para lo que yo merezco por mis culpas, y para lo mucho que el Señor padeció por mí. ¿Gustas tú, alma fiel, de padecer trabajos por Jesús? ¿Imitas el celo, penitencia y oración que á Moisés y Elías hicieron dignos de acompañarle en su transfiguración?

Punto 2.° *Deseos de san Pedro de hacer tres tabernáculos y de quedarse en aquel monte.*—Al tiempo que Jesús se transfiguró, estaban los Apóstoles gravados de sueño, y en despertando, al ver tanta gloria, dijo san Pedro: «Señor, hagamos aquí tres tabernáculos, uno para Ti, otro para Moisés y otro para Elías». Acerca de lo cual debes considerar primeramente la diferencia que hay entre la oración de los fervorosos y la de los tibios, en la cual aquéllos se transfiguran y éstos se duermen. Es de creer que los Apóstoles comenzarían la oración con Jesús; mas como se prolongase mucho, ellos no pudieron vencer el sueño, y como flacos y miserables se durmieron. ¡Cuánta es la miseria del hombre, que, lejos de ser más fervorosa su oración al fin que al principio, como dice el Sabio [1], hace lo contrario, principiando con fervor y acabando con tibieza! Pondera luego la inmensidad de gozo que habrá en la gloria, porque si una sola gotica de ella que recibió san Pedro [2] bastó para sacarle de sí y no suspirar sino por quedarse allí siempre, sintiendo que se fuesen Moisés y Elías, y ofreciéndose á hacer tres tabernáculos para ellos, ¿qué será cuando Dios introduzca al alma en aquel gozo inmenso y mar infinito de placeres y delicias soberanas? Mira, por fin, lo que dice el Evangelista: que san Pedro no sabía lo que decía; parte por estar embriagado con la dulzura que sentía en su alma, y parte por el horror que tenía á la muerte y padecimientos de Cristo, de cuya plática no gustaba, antes pretendía estorbarla, como ya lo había hecho antes; mas ni en una ni en otra ocasión sabía lo que decía; porque Dios tenía ordenado que Cristo muriese, y porque esta vida no es para gozar, sino para padecer, y los consuelos de la oración no son para quedarse en ellos, sino para alentarse con ellos á los trabajos de la pasión. ¿No te alentarás á padecer viendo las grandezas de la gloria? ¿Seguirás á san Pedro, mostrando repugnancia á la cruz? ¡Oh dulce Jesús! Concededme que ame lo que Vos amáis, y guste de lo que Vos gustáis, y que mi gusto sea con las dulzuras que me diereis en el Tabor, animarme á estar con Vos en el monte Calvario.

Punto 3.° *El Padre Eterno da testimonio de Jesús, y los Apóstoles se asustan.*—Considera cómo, mientras decía san Pedro las palabras referidas, una nube muy resplandeciente los cercó, y de la nube salió una voz que dijo [3]: «Este es mi Hijo

[1] Eccles., VII, 9. — [2] S. August. in solil. — [3] Matth., XVII, 5.

muy amado, en el cual me he agradado; oidle». Tal fué el modo maravilloso con que el Padre y el Espíritu Santo se dignaron honrar al Hijo. El Espíritu Santo le honró en figura de aquella nube, representando la lluvia copiosa de doctrina y ciencia, y la abundancia de gracias y dones espirituales que se darían á los hombres por Cristo; y aquella nube no era obscura, como antiguamente se mostraba Dios en nube y nieblas [1], sino clara y resplandeciente, para significar que ya cesaron las figuras, y vino la verdad representada por ellas. El Padre Eterno honró á su Hijo, repitiendo las palabras que había dicho al tiempo de ser bautizado en el Jordán, como ratificándose en lo que había manifestado de Él; pero aquí añade: «Oidle», como quien dice: Oid lo que os enseña y manda; creedlo y cumplidlo, porque Él es vuestro Maestro, no Moisés ni Elías, y es mi voluntad que le oigáis. ¡Oh qué testimonio tan glorioso para Jesús! Pondera el temor que se apoderó de los Apóstoles al oir la voz del Padre; el cual fué de manera que cayeron en tierra como muertos. Y si tal efecto produjo en sus corazones la voz amorosa del Padre, ¿qué hará en los réprobos la voz terrible del Juez, cuando venga á juzgar á todos, y castigarlos según sus obras [2]? Observa, por último, la humildad de Jesús al encargar á sus Apóstoles que á nadie dijesen lo que habían visto, hasta después de su resurrección, con el fin de encubrir por entonces esta gloria que le habría cabido, y quizá para que no fuese ocasión de estorbar su muerte. ¡Oh Padre Eterno! Gracias os doy por el honor infinito que hacéis á vuestro Hijo dando tan repetidos testimonios de su divinidad; concededme que oiga siempre sus enseñanzas, siga sus ejemplos é imite sus virtudes, para que, transfigurado aquí en su imagen, tenga la dicha de participar de su gloria. ¡Oh alma mía! ¿Oyes con docilidad á Jesucristo, como te manda el Padre Eterno? ¿Qué caso haces de sus palabras? ¿Sigues sus consejos?

Epílogo y coloquios. ¡Qué gloria para Moisés y Elías! Son elegidos para dar testimonio de Jesucristo, y á su lado están gloriosos y resplandecientes, y hablando dulcemente del exceso de amor á que se ha de entregar en Jerusalén. Bien les paga ya el Señor el ayuno de cuarenta días que hicieron en el desierto; los trabajos que sufrieron para promulgar y defender su ley, y el celo que tuvieron por el bien de su pueblo. Gozad, ¡oh ilustres santos!, de tanta gloria, y enseñadnos á practicar las virtudes que os han hecho dignos de ella. Mas, ¡ay!; si entramos dentro de nosotros mismos, quizá nos hallemos tan flacos y más que los Apóstoles. Empiezan con Jesús la oración, y mientras Él se transfigura, ellos se duermen; y al despertar y contemplar la admirable visión que se les presenta, en vez de confundirse y humillarse, se engolosinan tanto con ella, que san Pedro, no pen-

[1] Exod., XXIV, 18. — [2] Rom., II, 6.

sando ya en el oficio que el Señor le ha encargado, sin saber lo que habla, sólo trata de idear un medio de quedarse para siempre en aquel monte. ¡Oh Pedro! No penséis tanto en disfrutar de la vista de vuestro Maestro glorioso, cuanto en oir su voz, que no cesa, ni aun en medio de sus glorias, de hablar de trabajos. Esto os dice el Padre Eterno, y esto mismo es lo que nos encarga á todos. Felices nosotros si ahora seguimos este encargo; llegará un día que gozaremos de su gloriosa vista. ¿Qué nos dice Jesucristo? ¿Qué preceptos y consejos nos da? ¿Cómo los cumplimos? Si ahora tuviésemos que presentarnos ante el Padre, podríamos decirle: ¿Hicimos lo que nos mandasteis? ¡Cuánto más diligentes somos para oir la voz de los hombres, y aun quizá las voces que dan nuestros apetitos, que la voz de Jesús! Confundámonos de tan indigno proceder; resolvámonos á cambiar de conducta, renovando los propósitos que tenemos hechos, y pidiendo gracia y fuerza para ponerlos en obra, sin olvidarnos de los que se han recomendado á nuestras oraciones.

85.—PETICIÓN DE LOS HIJOS DEL CEBEDEO.

PRELUDIO 1.º Santiago y Juan llamaron á Jesús aparte, y le pidieron los dos primeros asientos en su reino; mas el Señor les dijo que no sabían lo que pedían.

PRELUDIO 2.º Represéntate á estos dos Apóstoles hablando á solas á Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber evitar siempre la ambición.

Punto 1.º *Daños de la ambición.* — Llegáronse á Jesús Santiago y Juan, hijos del Cebedeo, y le dijeron [1]: «Queremos que nos concedas cualquier cosa que te pidiéremos»; con cuyas palabras, sin ellos pensarlo, descubrieron los daños que causa la ambición, y será bien los consideres. Porque, primeramente, habiendo oído decir á Jesús que había de padecer y después resucitar [2] y entrar en su reino, olvidados de lo primero, echaron mano de lo segundo, pidiendo los primeros puestos de él. Así obra el ambicioso; cierra los ojos para no ver lo que es ignominia, y los abre para atender á lo que es honra, deseando desordenadamente procurarla. Luego hace que la oración sea imperfecta é imprudente en el modo, como lo fué la de estos Apóstoles al decir: «Maestro, queremos que nos des cuanto te pidiéremos»; en lo cual mostraron tres imperfecciones; á saber: ser muy voluntariosos y amigos de su propia voluntad; falta de resignación en la voluntad divina, porque no dijeron: Maestro, si quieres, ó si es posible, sino, queremos; y presunción grande en pedir á Cristo lo que se les antojase, usando mal de la promesa que les había hecho, diciéndoles [3]: «Pedid, y recibiréis». A esto conduce la ambición. La cual, además, hace que carne y sangre se unan y concierten

[1] Marc., x, 35. — [2] Matth., xvi, 21. — [3] Joan., xvi, 24.

para pretensiones de honra; y así, estos Apóstoles, no sólo se unieron los dos para hablar á Cristo, sino que, para obtener más eficazmente lo que pedían, obligaron á su madre á que ella hiciese la demanda, después de haberle adorado profundamente. En todo lo cual se ve con cuánta razón David [1] llama á este vicio negocio que anda en tinieblas; porque él es mal sutil, ponzoña secreta, peste oculta, tramadora de engaños, madre de la hipocresía, fuente de la envidia, origen de los vicios, polilla de las virtudes y gusano destructor de la santidad. ¿Somos nosotros ambiciosos? ¿Deseamos puestos elevados? ¿Sentimos ser pospuestos á los demás? ¡Oh humildísimo Jesús! Pues que por amor nuestro quisisteis abajaros tanto, hasta llamaros gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe; por tan profunda humildad os suplico me deis á conocer los daños de la ambición y deteste con toda mi alma un vicio que atrae vuestro odio y maldiciones sin cuento sobre el que le tiene.

Punto 2.º *Prudencia de Jesús en responder á estos Apóstoles.*—Considera la prudencia y sabiduría que mostró Jesús con estos Apóstoles, diciéndoles: «¿Qué queréis que haga con vosotros?» Porque con saber lo que deseaban en su corazón, no los reprendió luego ni les dijo: No me pidáis lo que queréis, porque no es conveniente; antes quiso que ellos mismos descubriesen la llaga de su ambición y echasen por su boca la ponzoña. Ni tampoco les dijo que les daría todo lo que le pidiesen, porque no es prudencia el ofrecer á bulto cualquier cosa que nos pidieren otros, porque nos podrían pedir una cosa injusta, como Herodías á Herodes [2]. Pondera que estos dos hermanos no ignoraban que con san Pedro eran preferidos á los demás Apóstoles; mas sentían que san Pedro tuviese alguna preferencia á ellos, y por esto pidieron los dos lugares inmediatos á su Maestro; y es temible que, si la ambición pasara adelante, también cundiera entre los mismos y los desuniera, porque cada uno deseara para sí la mano derecha por ser antepuesto al otro. Porque la ambición es un vicio insaciable é inquieto, que no perdona á compañeros ni hermanos. Y así, lo más seguro es escoger el lugar último, como dijo Cristo nuestro Señor [3], después del cual no hay otro, sin querer ser preferido á uno solo, porque de otra manera este sólo bastará á quitarte la paz del corazón y el fruto de la humildad. Mira también cómo la ambición cunde en todas las cosas, espirituales y corporales, deseando la prima en todas con desorden; y así estos Apóstoles, ó desearon la mayor grandeza en el reino y gloria de Cristo, imaginando que este reino sería temporal, como creían los judíos, ó si creían que era espiritual, deseaban la mayor grandeza en él, no por ser más santos, sino por ser más honrados de los otros. ¡Oh Maestro de humildad Cristo Jesús!

[1] S. Bern., Serm. 6 in Psalm. xc. — [2] Marc., vi, 25. — [3] Luc., xiv, 10; S. Bern.

sando ya en el oficio que el Señor le ha encargado, sin saber lo que habla, sólo trata de idear un medio de quedarse para siempre en aquel monte. ¡Oh Pedro! No penséis tanto en disfrutar de la vista de vuestro Maestro glorioso, cuanto en oir su voz, que no cesa, ni aun en medio de sus glorias, de hablar de trabajos. Esto os dice el Padre Eterno, y esto mismo es lo que nos encarga á todos. Felices nosotros si ahora seguimos este encargo; llegará un día que gozaremos de su gloriosa vista. ¿Qué nos dice Jesucristo? ¿Qué preceptos y consejos nos da? ¿Cómo los cumplimos? Si ahora tuviésemos que presentarnos ante el Padre, podríamos decirle: ¿Hicimos lo que nos mandasteis? ¡Cuánto más diligentes somos para oir la voz de los hombres, y aun quizá las voces que dan nuestros apetitos, que la voz de Jesús! Confundámonos de tan indigno proceder; resolvámonos á cambiar de conducta, renovando los propósitos que tenemos hechos, y pidiendo gracia y fuerza para ponerlos en obra, sin olvidarnos de los que se han recomendado á nuestras oraciones.

85.—PETICIÓN DE LOS HIJOS DEL CEBEDEO.

PRELUDIO 1.º Santiago y Juan llamaron á Jesús aparte, y le pidieron los dos primeros asientos en su reino; mas el Señor les dijo que no sabían lo que pedían.

PRELUDIO 2.º Represéntate á estos dos Apóstoles hablando á solas á Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber evitar siempre la ambición.

Punto 1.º *Daños de la ambición.* — Llegáronse á Jesús Santiago y Juan, hijos del Cebedeo, y le dijeron [1]: «Queremos que nos concedas cualquier cosa que te pidiéremos»; con cuyas palabras, sin ellos pensarlo, descubrieron los daños que causa la ambición, y será bien los consideres. Porque, primeramente, habiendo oído decir á Jesús que había de padecer y después resucitar [2] y entrar en su reino, olvidados de lo primero, echaron mano de lo segundo, pidiendo los primeros puestos de él. Así obra el ambicioso; cierra los ojos para no ver lo que es ignominia, y los abre para atender á lo que es honra, deseando desordenadamente procurarla. Luego hace que la oración sea imperfecta é imprudente en el modo, como lo fué la de estos Apóstoles al decir: «Maestro, queremos que nos des cuanto te pidiéremos»; en lo cual mostraron tres imperfecciones; á saber: ser muy voluntariosos y amigos de su propia voluntad; falta de resignación en la voluntad divina, porque no dijeron: Maestro, si quieres, ó si es posible, sino, queremos; y presunción grande en pedir á Cristo lo que se les antojase, usando mal de la promesa que les había hecho, diciéndoles [3]: «Pedid, y recibiréis». A esto conduce la ambición. La cual, además, hace que carne y sangre se unan y concierten

[1] Marc., x, 35. — [2] Matth., xvi, 21. — [3] Joan., xvi, 24.

para pretensiones de honra; y así, estos Apóstoles, no sólo se unieron los dos para hablar á Cristo, sino que, para obtener más eficazmente lo que pedían, obligaron á su madre á que ella hiciese la demanda, después de haberle adorado profundamente. En todo lo cual se ve con cuánta razón David [1] llama á este vicio negocio que anda en tinieblas; porque él es mal sutil, ponzoña secreta, peste oculta, tramadora de engaños, madre de la hipocresía, fuente de la envidia, origen de los vicios, polilla de las virtudes y gusano destructor de la santidad. ¿Somos nosotros ambiciosos? ¿Deseamos puestos elevados? ¿Sentimos ser pospuestos á los demás? ¡Oh humildísimo Jesús! Pues que por amor nuestro quisisteis abajaros tanto, hasta llamaros gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe; por tan profunda humildad os suplico me deis á conocer los daños de la ambición y deteste con toda mi alma un vicio que atrae vuestro odio y maldiciones sin cuento sobre el que le tiene.

Punto 2.º *Prudencia de Jesús en responder á estos Apóstoles.*—Considera la prudencia y sabiduría que mostró Jesús con estos Apóstoles, diciéndoles: «¿Qué queréis que haga con vosotros?» Porque con saber lo que deseaban en su corazón, no los reprendió luego ni les dijo: No me pidáis lo que queréis, porque no es conveniente; antes quiso que ellos mismos descubriesen la llaga de su ambición y echasen por su boca la ponzoña. Ni tampoco les dijo que les daría todo lo que le pidiesen, porque no es prudencia el ofrecer á bulto cualquier cosa que nos pidieren otros, porque nos podrían pedir una cosa injusta, como Herodías á Herodes [2]. Pondera que estos dos hermanos no ignoraban que con san Pedro eran preferidos á los demás Apóstoles; mas sentían que san Pedro tuviese alguna preferencia á ellos, y por esto pidieron los dos lugares inmediatos á su Maestro; y es temible que, si la ambición pasara adelante, también cundiera entre los mismos y los desuniera, porque cada uno deseara para sí la mano derecha por ser antepuesto al otro. Porque la ambición es un vicio insaciable é inquieto, que no perdona á compañeros ni hermanos. Y así, lo más seguro es escoger el lugar último, como dijo Cristo nuestro Señor [3], después del cual no hay otro, sin querer ser preferido á uno solo, porque de otra manera este sólo bastará á quitarte la paz del corazón y el fruto de la humildad. Mira también cómo la ambición cunde en todas las cosas, espirituales y corporales, deseando la prima en todas con desorden; y así estos Apóstoles, ó desearon la mayor grandeza en el reino y gloria de Cristo, imaginando que este reino sería temporal, como creían los judíos, ó si creían que era espiritual, deseaban la mayor grandeza en él, no por ser más santos, sino por ser más honrados de los otros. ¡Oh Maestro de humildad Cristo Jesús!

[1] S. Bern., Serm. 6 in Psalm. xc. — [2] Marc., vi, 25. — [3] Luc., xiv, 10; S. Bern.

Vos, que, compitiendo con Barrabás, no quisisteis ser preferido ni á este solo, escogiendo para Vos el último lugar en la opinión del mundo; ayudadme para que yo también le escoja para mí, pues es razón escoja el discípulo lo que escogió su maestro. ¡Oh alma mía! Si Jesús te hiciera la pregunta que hizo á los dos Apóstoles, ¿qué contestarías? ¿Te arrastra la ambición? ¿Sientes estar en lugar bajo y humilde?

Punto 3.º *Yerros en la oración.*—Contestando Jesús á la petición de los Apóstoles, les dijo: «No sabéis lo que pedís». Acerca de lo cual has de reflexionar que muchas veces te podría decir lo mismo el Señor, y por esto no alcanzas lo que pides, por hacerlo mal, como dice Santiago [1]. Los errores que en la oración suelen de ordinario cometerse, son: 1.º Pedir alguna excelencia ó dignidad temporal ú otra cosa de la tierra, sin resignación en la voluntad de Dios, y sin poner condición, si conviene alcanzarla para la salvación del alma. 2.º Pedir alguna excelencia espiritual, aunque sea en virtudes, sin la pureza de intención debida, pretendiéndola, no tanto por la gloria de Dios, cuanto por la nuestra. Ó pedir alguna de estas grandezas que excede mucho á nuestros merecimientos, y es singular ó extraordinaria y mayor de lo que pensamos; pero, con ignorancia y falta de humildad, como quien pidiese raptos, revelaciones y otros favores tales. 3.º Pedir estas mismas grandezas, pretendiendo alcanzarlas con solos ruegos é intercesiones, sin hacer caso de merecimientos ni de obras; porque dado caso que son necesarias oraciones; pero no bastan, si con ellas no juntas obras y trabajos con que te dispongas á recibirlas; y mucho menos bastan cuando sólo se alegan títulos de carne y sangre, y puramente naturales, los cuales pesan poco delante de Dios para cosa tan alta. 4.º Por fin: es otro yerro el pedir estas grandezas, que son premio y corona de los que vencen, antes de haber peleado ni merecido el premio. Por lo cual debes mirar cuidadosamente lo que pides, y la intención y medio y modo cómo lo pides, para que no te diga el Señor lo que dijo á sus Apóstoles: «No sabes lo que pides». ¡Oh buen Jesús! Ya que dijisteis á vuestros Apóstoles [2], cuanto pidiereis en mi nombre se os dará, concededme que sólo pida lo que es justo pedir en nombre vuestro, para que, pidiendo lo que os agrade, me deis lo que os pidiere. ¡Oh alma mía! ¿Guardas en tus peticiones las circunstancias que exige Jesucristo? ¿Te propones en ellas un fin recto y las haces del modo que agrada al Señor?

Epílogo y coloquios. ¡Oh qué vicio tan detestable, pernicioso y funesto es la ambición! Juan y Santiago, con ser ilustres Apóstoles de Cristo, le dan alguna entrada en su corazón, y por ello, después de caer en varios defectos, se hacen merecedores de una reprensión de su divino Maestro, y atraen sobre sí la indignación de sus condiscípulos. Por la ambición se olvidan de los trabajos que el Señor tenía siempre grabados en su corazón, y cuyo amor deseaba inspirar, sobre todo á sus discípulos, y sólo piensan en la gloria, de la cual les quiere desprendidos; por la ambición caen en grandes imperfecciones en el trato con su Maestro, deseando en cierto modo imponérsele, con el pretexto del parentesco que con Él les liga, mostrándose voluntariosos y poco resignados en sus súplicas, y abusando de la promesa que el Señor les ha hecho de escucharlas; por la ambición desean derrocar á san Pedro del lugar que el Señor le ha señalado, sintiendo que sea á ellos preferido; por la ambición miran los bienes espirituales y celestiales, como si fuesen materiales y terrenos, pensando que la carne y sangre y las recomendaciones solas podían bastar para obtenerlos. ¡Ay de nosotros si nos dejásemos llevar de este vicio, y si de un modo abierto y patente ó solapado pretendiéramos ascender, subir, aun pasando por encima de los que están sobre nosotros! Mereceríamos que el Señor nos dijese: No sabéis lo que pretendéis y deseáis; ignoráis el espíritu que os mueve. Entremos dentro de nosotros, y estudiando los afectos de nuestro corazón, examinemos si somos ambiciosos; si deseamos algún lugar, empleo, ocupación ó destino, que no nos corresponde; si conservamos con espíritu ambicioso el que tenemos; si sentimos el vernos postergados, olvidados y arrinconados. Y si algo de esto nos perturba, combatámoslo con firmes propósitos, humildes súplicas y fervientes coloquios, rogando por nosotros y por todo el mundo.

[1] Jacob., IV, 3. — [2] Joan., XIV, 13.

86.—LOS HIJOS DEL CEBEDEO ACEPTAN EL CÁLIZ DE LA PASIÓN.

PRELUDIO 1.º Jesús, sin responder directamente á la súplica de Santiago y Juan, les brindó con el cáliz de su Pasión, y ellos se ofrecieron á beberle.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús hablando con los dos Apóstoles, oyendo tú el razonamiento que tienen.

PRELUDIO 3.º Pide fortaleza y virtud para beber el cáliz de amargura que el Señor te ofrezca.

Punto 1.º *Jesús ofreció el cáliz de su Pasión á Santiago y Juan.*—Habiendo Jesús oído la petición de los dos Apóstoles, y descubierto el error en que se hallaban, en vez de acceder á ella, les preguntó diciendo [1]: «¿Podréis beber el cáliz que yo bebo, y ser bautizados con el bautismo que yo soy bautizado?» Esto es, ¿sentís ánimo y fuerzas para esto, y estáis aparejados para ello? Sobre lo cual has de considerar cuán grande es el beneficio que te hace el Señor, cuando yerras en las cosas que

[1] Marc., X, 38.

pides, ó en el modo de pedirlas, negándotelo ó enderezándote en lo uno y en lo otro, y poniéndote delante lo que es razón que le pidas, como lo hizo con estos dos Apóstoles, así esta vez como cuando le pidieron permiso para hacer bajar fuego del cielo en castigo de los samaritanos, y el Señor les contestó [1]: «No sabéis el espíritu que habéis de tener, porque yo no he venido á destruir las almas, sino á salvarlas». Por lo cual debes dar gracias á Dios, no sólo cuando te concede lo que le pides, sino también cuando te lo niega, como buen Padre, ó endereza tu oración, concediéndote otra cosa que no habías pedido, y te conviene más que aquello. Pondera también aquí la caridad y suavidad del Señor en esta pregunta, convidando á los Apóstoles á los trabajos de su Pasión con palabras, ejemplos y razones eficaces, dándoles á entender que el medio para alcanzar la mano derecha é izquierda que pretendían, era beber el cáliz que Él bebía y ser bautizados con el bautismo que Él lo era, provocándoles con su ejemplo á imitarle en esto. Porque si el Monarca supremo del cielo y de la tierra llega á sentarse en el trono de la gloria, bebiendo este cáliz, ¿cuánta más razón es que sus vasallos no lleguen á sentarse con Él en los tronos que les ha prometido, sino bebiéndole también [2]? Y¿ qué mucho le beban los discípulos, pues le bebe su Maestro? Pues, ¿cómo rehusarás tú beber la parte del cáliz del Señor que te ha tocado? ¿Cómo no quieres sufrir el pequeño sacrificio que ahora te exige? ¡Oh Amado mío! Bástame que Vos hayáis bebido este cáliz y que gustéis de que yo le beba, para que me ofrezca á ello. Aunque no hubiera para mí asiento de mano derecha ó izquierda en vuestro reino, me tengo por dichoso en beberle, porque mi principal premio es hacer y padecer mucho por Vos, en agradecimiento de lo mucho que hicisteis y padecisteis por mí.

Punto 2.º *Los dos Apóstoles se ofrecen á beber el cáliz de Jesús.*—Considera cómo los dos Apóstoles, en oyendo la pregunta de Cristo, luego contestaron: *Possumus*, podemos. Esta palabra, aunque muchas veces se dice con espíritu de ambición, ó de fervor ciego, ignorante y poco experimentado, tomando el padecer á bulto y en común, es de creer que ellos la dijeron con espíritu de Cristo, ofreciéndose muy en particular á todos los trabajos que Él mismo padeció. Y de este modo has de ofrecerte á los trabajos, estribando y confiando, no en tus fuerzas, sino en las que te dará el Señor que te conforta [3]. Reflexiona qué es un grande favor de Cristo darte á beber su cáliz, y como tal le concedió á estos Apóstoles, de los cuales, no sin misterio, el uno murió por la fe, y el otro, aunque padeció mucho por ella, murió de muerte natural, para que entiendas que, no sólo beben el cáliz de Cristo los que mueren como los mártires, sino también los

[1] Luc., IX, 55. — [2] Luc., XXII, 30. — [3] Philip., IV, 13.

que padecen como los confesores. Pondera cómo Jesús, contestando al ofrecimiento de los Apóstoles, dijo: «Así será, que beberéis mi cáliz y recibiréis mi bautismo; pero sentaros á mi lado, no me toca darlo á vosotros, sino á aquellos para quienes lo ha aparejado mi Padre [1]». Con las cuales palabras de tal modo les niega la petición, que al propio tiempo se la concede; porque les dice que no les ha de dar tales asientos por ser sus deudos, ni por solas intercesiones y ruegos, porque este premio no se da á los que no lo merecen trabajando; pero que lo dará á los que están señalados por su Padre, que son los que beben su cáliz y trabajan en su servicio, cumpliendo lo que les manda. Y pues vosotros habéis de beber este cáliz. Yo os lo daré por este título, cuando lo hubiereis bebido. ¡Oh dulcísimo Jesús, Dios verdadero, á quien pertenece también, como á vuestro Padre, disponer las sillas y asientos de vuestro reino! Gózome de la rectitud que tenéis, mezclada con tanta suavidad. Y pues no es vuestro dar esas sillas á los indignos, sino á los dignos [2], hacedme tal por vuestra gracia, para que alcance una de ellas en la gloria. ¡Oh alma mía! Imita la buena voluntad de estos Apóstoles, y trabaja en hacerte digna de un trono de gloria. ¿En qué has de ejercitar tu trabajo? ¿Qué has de hacer para que puedas algún día ser contado entre los elegidos del Padre?

Punto 3.º *Indignación de los Apóstoles contra Santiago y Juan, y consejos de Jesús.*—Oyendo los diez Apóstoles lo que pasaba, indignáronse contra los dos por las pretensiones que mostraban; y llamándolos el Señor á todos, les dijo [3]: «Los príncipes de las gentes se enseñorean de ellas, y ejercitan su potestad con gran imperio en sus súbditos; pero vosotros habéis de ir por otro camino, porque quien quisiere ser mayor, ha de ser como criado; y el que quiere ser el primero, ha de ser siervo de todos, como el Hijo del hombre no vino para que le sirviesen, sino para servir y dar su vida por la redención de muchos». ¡Oh, cuán grande se manifiesta en todo esto la flaqueza del hombre y la prudencia del Señor! Con haber oído los Apóstoles lo que Cristo nuestro Señor había dicho á los dos hijos del Cebedeo, lo cual tan eficaz era para poder reprimir su loca ambición, no recibieron por ello ninguna enseñanza, antes tropezaron en el mismo vicio, indignándose contra ellos porque habían querido aventajarlos. De aquí debes inferir cuánto daña el mal ejemplo y cuán perjudicial es la ambición en las comunidades, por las discordias, envidias é indignaciones que de ella se originan. Descúbrese también la prudencia y mansedumbre del Señor, el cual no se indigna ni contra los ambiciosos ni contra los indignados, sino que con prudencia los junta á todos, y reprime su ambición con dos ejemplos: uno que deben huir, y otro que han de seguir. El

[1] Matth., XX, 23. — [2] Luc., XXII, 29. — [3] Marc., X, 29.

primero es el de los príncipes mundanos, que ponen su grandeza en mandar con imperio y tiranía y en tener los súbditos debajo de sus pies, y de él han de huir, poniendo su grandeza en servir á todos. El segundo es el de su vida, porque Yo, dice, con ser vuestro Maestro, vine al mundo, no á ser servido, sino á servir y á ser el postrero de todos, como siervo; y este es el ejemplo que han de seguir, como discípulos á su Maestro. ¡Oh dulcísimo Maestro! He oído la soberana lección que me habéis leído; no quiero, de hoy más, aprender de los ejemplos del mundo, que son para mi condenación, sino de los vuestros, que son para mi salvación y perfección. Y pues por vuestra gracia me habéis traído á vuestra escuela, ayudadme á poner en práctica esta lección, para gloria de vuestro santo nombre. ¿Cómo reprimimos nosotros los movimientos de la ambición? ¿Deseamos imitar á los mundanos soberbios, ó á Jesús humilde?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán diferentes son los pensamientos y juicios de Dios, de los pensamientos y juicios de los hombres! Santiago y Juan, como hombres, sólo buscan lo que anhela su amor propio: el primer lugar, el figurar sobre todos los demás; Jesucristo, verdadero Dios, sólo se acuerda de humillaciones y padecimientos y sumisión absoluta. Ellos le piden los primeros asientos en su reino; Él les ofrece su amarguísimo cáliz con todas las privaciones, sacrificios y penalidades que en él se encierran. Con todo, esto es lo verdaderamente importante, y este es el único camino para subir á ocupar los asientos primeros en el cielo. ¡Dichosos los Apóstoles á quienes el Señor lo da á beber! ¿Te ha ofrecido alguna vez el Señor este cáliz? Actualmente, ¿te concede alguna participación de él? ¿Cómo respondes al ofrecimiento de Jesucristo? Mira cómo los Apóstoles, confiados en los auxilios del Señor, contestan con decisión y buena voluntad: «Podemos». ¿Respondes tú lo mismo cuando Dios te brinda con el cáliz de alguna enfermedad, humillación, calumnia ú otro mal temporal? Posible es que, apartando los ojos del Señor que te conforta, y fijándolos en tu miseria, digas: «No puedo sufrir este dolor». Posible es que, como los diez Apóstoles, mirando con disgusto la humillación y desvío que sufres, fijes tus ojos envidiosos en los que son preferidos y gozan del mundo, y te indignes contra ellos. Posible es que en tu proceder imites más ordinariamente el dominio despótico y arbitrario de los mundanos, que la potestad humilde y afable de Jesucristo. Pues, ¿qué has de hacer? ¿Qué debes corregir? Si te hubieses de presentar ante el tribunal de Jesús, ¿no podría echarte en cara ninguna falta contra sus divinas enseñanzas? Jesús quiere discípulos humildes y que escojan el último lugar, y tú suspiras por el primero. Piensa bien todo esto, y, convencido de la necesidad de reformarte, haz firmes y prácticos propósitos, ora con fervientes coloquios, rogando por ti y por todo el mundo.

87.—SANTIDAD DE LÁZARO EL POBRE.

PRELUDIO 1.° Lázaro, el mendigo, después de una vida llena de sufrimientos, tuvo una muerte santa, y fué su alma llevada por los ángeles al seno de Abraham.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Lázaro cubierto de llagas y tendido á la puerta del palacio del rico Epulón.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar la paciencia de Lázaro.

Punto 1.° *Paciencia de Lázaro.*—Considera los males gravísimos que padeció Lázaro, y el modo admirable cómo los sufrió. Primeramente, se señaló en padecer graves dolores de llagas, estando cubierto de ellas de pies á cabeza [1], como Job [2], sin poderse menear de una parte á otra, estando tendido á la puerta del rico Epulón, sufriendo esto con gran resignación y conformidad con la voluntad de Dios, sin rencor ni murmuración ó queja. En segundo lugar, padeció extremada pobreza, mendiguez y hambre; la cual llevaba con tanto silencio, que no se dice de él que pidiese limosna con palabras, sino con la manifestación de sus llagas. Además, padeció sumo desamparo y desprecio de los hombres, porque, siendo tanta su hambre, que quisiera hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico, no había quien se las diese, y no por esto se quejaba de la crueldad del rico, ni de sus criados. Por último; á tal extremo llegó su miseria, que los perros venían á lamerle las llagas, por cebarse en su podre, y él estaba tan tullido, que ni los podía echar de sí, ni había quien se los desviase. Pondera sobre esto cómo la paciencia perfecta abraza toda suerte de trabajos [3]: los que vienen de la naturaleza, como enfermedades; los que de la malicia de los hombres, como robos; los que de los irracionales, como fieras, etc., y los que se originan de causas naturales, como fríos; y todos los acepta y tolera por imitar á Jesucristo. De este modo Lázaro vino á subir á tal grado de santidad, que el mismo Salvador quiso hacerse cronista de su vida, y darla por dechado de perfección, y aun dibujar en ella su propia Pasión, en la cual estuvo lleno de llagas, con extremada pobreza, y con tanto desamparo, que, deseando una gota de agua en la cruz, no hubo quien se la diese, ni quien de Él se compadeciese. Con lo cual te enseña que el camino más breve y llano para la santidad está en abrazar todos los dolores, pobreza, desamparo y desprecios de los hombres, conformándote en todos, sin exceptuar uno, con la divina voluntad. ¿Procedes tú de este modo? ¿Te atreves á quejarte de tus trabajos y dolores? ¿No los sufrirás con paciencia? ¡Oh Jesús llagado, pobre y desamparado! Dadme gracia para imitar vuestra santa paciencia y la de este pobre mendigo, conformando mi voluntad con la

[1] Luc., XVI, 20. — [2] Job. II, 8. — [3] Jacob., I, 4.

primero es el de los príncipes mundanos, que ponen su grandeza en mandar con imperio y tiranía y en tener los súbditos debajo de sus pies, y de él han de huir, poniendo su grandeza en servir á todos. El segundo es el de su vida, porque Yo, dice, con ser vuestro Maestro, vine al mundo, no á ser servido, sino á servir y á ser el postrero de todos, como siervo; y este es el ejemplo que han de seguir, como discípulos á su Maestro. ¡Oh dulcísimo Maestro! He oído la soberana lección que me habéis leído; no quiero, de hoy más, aprender de los ejemplos del mundo, que son para mi condenación, sino de los vuestros, que son para mi salvación y perfección. Y pues por vuestra gracia me habéis traído á vuestra escuela, ayudadme á poner en práctica esta lección, para gloria de vuestro santo nombre. ¿Cómo reprimimos nosotros los movimientos de la ambición? ¿Deseamos imitar á los mundanos soberbios, ó á Jesús humilde?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán diferentes son los pensamientos y juicios de Dios, de los pensamientos y juicios de los hombres! Santiago y Juan, como hombres, sólo buscan lo que anhela su amor propio: el primer lugar, el figurar sobre todos los demás; Jesucristo, verdadero Dios, sólo se acuerda de humillaciones y padecimientos y sumisión absoluta. Ellos le piden los primeros asientos en su reino; Él les ofrece su amarguísimo cáliz con todas las privaciones, sacrificios y penalidades que en él se encierran. Con todo, esto es lo verdaderamente importante, y este es el único camino para subir á ocupar los asientos primeros en el cielo. ¡Dichosos los Apóstoles á quienes el Señor lo da á beber! ¿Te ha ofrecido alguna vez el Señor este cáliz? Actualmente, ¿te concede alguna participación de él? ¿Cómo respondes al ofrecimiento de Jesucristo? Mira cómo los Apóstoles, confiados en los auxilios del Señor, contestan con decisión y buena voluntad: «Podemos». ¿Respondes tú lo mismo cuando Dios te brinda con el cáliz de alguna enfermedad, humillación, calumnia ú otro mal temporal? Posible es que, apartando los ojos del Señor que te conforta, y fijándolos en tu miseria, digas: «No puedo sufrir este dolor». Posible es que, como los diez Apóstoles, mirando con disgusto la humillación y desvío que sufres, fijes tus ojos envidiosos en los que son preferidos y gozan del mundo, y te indignes contra ellos. Posible es que en tu proceder imites más ordinariamente el dominio despótico y arbitrario de los mundanos, que la potestad humilde y afable de Jesucristo. Pues, ¿qué has de hacer? ¿Qué debes corregir? Si te hubieses de presentar ante el tribunal de Jesús, ¿no podría echarte en cara ninguna falta contra sus divinas enseñanzas? Jesús quiere discípulos humildes y que escojan el último lugar, y tú suspiras por el primero. Piensa bien todo esto, y, convencido de la necesidad de reformarte, haz firmes y prácticos propósitos, ora con fervientes coloquios, rogando por ti y por todo el mundo.

87.—SANTIDAD DE LÁZARO EL POBRE.

PRELUDIO 1.º Lázaro, el mendigo, después de una vida llena de sufrimientos, tuvo una muerte santa, y fué su alma llevada por los ángeles al seno de Abraham.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Lázaro cubierto de llagas y tendido á la puerta del palacio del rico Epulón.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la paciencia de Lázaro.

Punto 1.º *Paciencia de Lázaro.*—Considera los males gravísimos que padeció Lázaro, y el modo admirable cómo los sufrió. Primeramente, se señaló en padecer graves dolores de llagas, estando cubierto de ellas de pies á cabeza [1], como Job [2], sin poderse menear de una parte á otra, estando tendido á la puerta del rico Epulón, sufriendo esto con gran resignación y conformidad con la voluntad de Dios, sin rencor ni murmuración ó queja. En segundo lugar, padeció extremada pobreza, mendiguez y hambre; la cual llevaba con tanto silencio, que no se dice de él que pidiese limosna con palabras, sino con la manifestación de sus llagas. Además, padeció sumo desamparo y desprecio de los hombres, porque, siendo tanta su hambre, que quisiera hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico, no había quien se las diese, y no por esto se quejaba de la crueldad del rico, ni de sus criados. Por último; á tal extremo llegó su miseria, que los perros venían á lamerle las llagas, por cebarse en su podre, y él estaba tan tullido, que ni los podía echar de sí, ni había quien se los desviase. Pondera sobre esto cómo la paciencia perfecta abraza toda suerte de trabajos [3]: los que vienen de la naturaleza, como enfermedades; los que de la malicia de los hombres, como robos; los que de los irracionales, como fieras, etc., y los que se originan de causas naturales, como fríos; y todos los acepta y tolera por imitar á Jesucristo. De este modo Lázaro vino á subir á tal grado de santidad, que el mismo Salvador quiso hacerse cronista de su vida, y darla por dechado de perfección, y aun dibujar en ella su propia Pasión, en la cual estuvo lleno de llagas, con extremada pobreza, y con tanto desamparo, que, deseando una gota de agua en la cruz, no hubo quien se la diese, ni quien de Él se compadeciese. Con lo cual te enseña que el camino más breve y llano para la santidad está en abrazar todos los dolores, pobreza, desamparo y desprecios de los hombres, conformándote en todos, sin exceptuar uno, con la divina voluntad. ¿Procedes tú de este modo? ¿Te atreves á quejarte de tus trabajos y dolores? ¿No los sufrirás con paciencia? ¡Oh Jesús llagado, pobre y desamparado! Dadme gracia para imitar vuestra santa paciencia y la de este pobre mendigo, conformando mi voluntad con la

[1] Luc., XVI, 20. — [2] Job. II, 8. — [3] Jacob., I, 4.

vuestra en mis trabajos; pues para este fin me ponéis delante tales ejemplos.

Punto 2.º *Muerte dichosa de Lázaro.*—Aquí has de considerar la muerte gloriosa de Lázaro, del cual dice Cristo nuestro Señor [1], que, «en muriendo, los ángeles le llevaron al seno de Abraham». Con ella dió fin á todos sus dolores, pobrezas y desamparos temporales, y principio á sus descansos, riquezas y honras eternas. Es verdad que su muerte, cuanto al cuerpo, fué vil y despreciada á los ojos del mundo; pero cuanto al alma, fué preciosa á los ojos de Dios [2]; el cual envió sus ángeles para que la llevasen al seno de Abraham á descansar con los justos. Y aunque para esto bastaba el Ángel de su guarda, quiso que viniesen muchos ángeles, y como un ejército de ellos, para honrarla y acompañarla. ¡Oh qué contenta saldría aquella alma de su cuerpo! ¡Oh qué gozosa iría con tan ilustre compañía! ¡Oh qué de parabienes la darían de su victoria los santos ángeles, y cuán corridos quedarían los demonios! Pondera luego la gloria de que goza ahora el ánima de este mendigo en el cielo, adonde fué trasladada del limbo, y la que gozará su cuerpo en la resurrección. Por las llagas, recibe ahora goces inmensos; por la pobreza, riquezas eternas; por la desnudez, vestidura de gloria; por el hambre, hartura sempiterna; por el desamparo y desprecio de los hombres, amparo y honra de Dios y de sus ángeles. ¡Oh por cuán bien empleados da los trabajos padecidos en esta vida! Ahora le parece poco y momentáneo lo mucho que padeció, comparado con lo mucho y eterno [3] que le han dado. ¡Oh Dios de bondad! Verdaderamente veo ahora que es preciosa la muerte de vuestros santos, aunque hayan sido pobres, llagados y despreciados en el mundo. De las manos de hombres crueles caen en las del Padre más misericordioso; y cuanto más profundas echaron las raíces por medio de humillaciones y desprecios, más frondosos, lozanos y bellos suben en vuestra divina presencia. ¡Oh alma mía! Aliéntate á padecer en esta vida, pues tanto descanso te está esperando en la otra. ¿Crees firmemente estas verdades? Y ¿no te mueven á aceptar con alegría los trabajos, aunque sean como los de Lázaro?

Punto 3.º *Honra que Jesucristo tributó en esta vida á Lázaro.*—Considera la grande honra que Cristo nuestro Señor hizo en esta vida á este mendigo, especialmente en dos cosas. La primera fué en revelarnos su nombre, que estaba olvidado en el mundo, y quiso que quedase escrito en su Evangelio, para que todos tuviesen de él memoria, no dignándose de nombrar al rico Epulón, ni de tomar su nombre en la boca, para que los pobres y despreciados entiendan que no les tiene Dios olvidados, y que les conoce por sus nombres y tiene cuidado de ellos, y á su tiempo los publicará y honrará, y quiere que en su Iglesia sean honrados, como lo son san Pablo, primer ermitaño, san Francisco y otros, cuyos nombres estuvieran olvidados, si no hubieran sido santos. Y para que con esto perdamos el hipo de ser conocidos y nombrados en el mundo, y de que nuestro nombre y obras sean sabidos, dejando á Dios el cuidado de ello. La segunda fué en canonizarle Él mismo por santo, y revelar la gloria que le hicieron los ángeles en su muerte, para que todos le tengan por tal, y en su Iglesia le edifiquen templos y pongan imágenes, y si hubiera reliquias, las veneráramos con devoción. Y en especial hizo esto para que se entienda la excelencia de la paciencia en los trabajos y miserias, pues ella sola basta por testimonio de santidad, para canonizar por santo al paciente, porque quien se conforma con la voluntad de Dios en el padecer, más fácilmente se conformará en el obedecer; y, para ser santo insigne, basta obedecer á cuanto Dios manda, y padecer bien cuanto ordena ó permite. ¡Oh Dios eterno! Gracias os doy por la honra que hacéis á vuestros siervos, levantando al pobre Lázaro del estiércol, para colocarle con los príncipes de vuestro cielo. Concededme que imite su paciencia y obediencia, para que con ellos goce de vuestra gloria. ¡Oh alma mía! ¿No te admira la honra que, aun en este mundo, hace Dios á sus siervos? ¿Qué hará en el otro? ¿Por qué, pues, no le sirves con amor?

Epílogo y coloquios. ¡Dichoso mil veces el mendigo Lázaro! Durante su vida padeció toda suerte de tormentos; las enfermedades más crueles le afligieron; los hombres le despreciaron; los mismos irracionales aumentaron su pena, y las inclemencias del tiempo vinieron á acrisolar su paciencia; mas su padecer fué breve, y su gozar será eterno. En su muerte se abrieron para él de par en par las puertas de la felicidad perdurable. Millares de ángeles toman su alma y la suben al seno de Abraham, y rescatada por Jesucristo, es colocada en trono glorioso. ¡Oh santo ilustre! Gozad en hora buena de los bienes que el Padre de las misericordias os ha concedido; adornaos con la vestidura de gloria, por las asquerosas llagas que os cubrieron; recibid los parabienes de los ángeles, por los desprecios de los hombres; disfrutad de ese mar de delicias, por el mar de miserias en que estuvisteis sumergido. ¿Á quién no animarán los premios de que goza este santo? Aun en este mundo recibe ya recompensa. Jesucristo ha sido su panegirista, ha revelado su nombre, ha manifestado su gloria, y ha querido que su virtud sirva de modelo á todos, y quede eternamente escrita en los fastos divinos. ¡Oh si le imitásemos en la paciencia! ¡Si recibiésemos como de la mano de Dios los trabajos, abrazándonos amorosamente con ellos cuando esta es la voluntad del Señor! ¿Cómo nos portamos? ¿Nos inquietamos cuando la enfermedad no cede á los remedios que se nos prescriben? ¿Nos preocupa demasiado el cuidado de las

[1] Luc., XVI, 22. — [2] Psalm. CXV, 15. — [3] Rom., VIII, 18.

cosas temporales? ¿Nos inquietan los desprecios de los hombres? Avergoncémonos de no saber sufrir lo que sufre este pobre mendigo; formemos eficaces propósitos de corregirnos, y roguemos al Señor nos dé su gracia para ponerlos en ejecución y se compadezca de todas las necesidades.

88.—DESVENTURA DEL EPULÓN.

PRELUDIO 1.º El Epulón, entregado á los placeres y regalos del cuerpo, murió desastradamente, y su alma fué sepultada en el infierno.

PRELUDIO 2.º Represéntate á este desgraciado entre llamas profundas, clamando por una gota de agua.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de huir de los vicios de este infeliz.

Punto 1.º *Vicios del Epulón.*—Considera la miserable vida del Epulón, que fué en todo contraria á la del justo Lázaro, porque toda ella fué un continuo ejercicio de soberbia y avaricia, de regalo para consigo y dureza de corazón para con los otros. La soberbia y sensualidad mostró en el vestido, vistiéndose de púrpura por vanidad y de holanda por regalo [1]. Y también en la comida, haciendo banquetes espléndidos por jactancia, y de manjares delicados por glotonería, comiendo y bebiendo cada día hasta hartarse. La avaricia mostró usando de las riquezas para sí solo, teniendo gran dureza y crueldad con los pobres, sin tener misericordia de ellos ni darles limosna, ni aun de las migajas que se caían de su mesa; y sin compadecerse del llagado y hambriento que tenía á su puerta, siendo más cruel que sus mismos perros, y dando de comer á los perros, no lo daba á los pobres. De aquí procedía que los de su casa eran tales como él, aprendiendo del ejemplo de su señor, pues no hubo criado que tuviese piedad del pobre. Por estos pasos cayó en muchos y gravísimos pecados, bebiendo todo el espíritu del mundo maligno, fundado en las tres concupiscencias [2], de las cuales era víctima. Por lo cual fué sumamente despreciado de Cristo, y cuando contó su vida, no quiso nombrarle ni tomar su nombre en la boca, en señal de horror y desprecio, y de que no lo conocía ni aprobaba, y de que su nombre estaba borrado del libro de la vida, ni quería que hubiese memoria de él entre los hombres. Mira cuán contrarios son los juicios de Cristo y los del mundo. Lázaro, en los ojos del mundo era desdichado; en los de Cristo dichoso. Al contrario, Epulón en los ojos del mundo era dichoso, pero desdichado en los de Cristo, el cual fué humilde y áspero consigo y blando para con los otros, y tales quiere que sean sus siervos. ¡Oh dulce Jesús! Con todo mi corazón abomino la soberbia de la púrpura y la delicadeza de la holanda, pues Vos estuvisteis vestido de

[1] Luc., XVI, 19. — [2] I Joan., II, 16.

púrpura por escarnio y desnudo en una cruz. No quiero banquetes ni regalos en la comida, pues Vos comíais pan de cebada y bebíais hiel y vinagre. No quiero que mi nombre sea pregonado en el mundo, porque no le borréis del libro de la vida ni os olvidéis de mí, echándome de vuestro santo reino. ¿No escarmentaremos nosotros en la cabeza de este rico? ¿Buscaremos regalos y delicadezas para nuestro cuerpo, viendo lo que hace Jesús con el suyo?

Punto 2.º *Muerte desventurada del Epulón.*— Considera la muerte desventurada del Epulón, el cual, en muriendo, como dijo el Señor, fué sepultado en el infierno; de suerte que su muerte fué fin de todas sus riquezas, regalos y vanidades, y principio de las miserias, tormentos y desprecios que padece y padecerá sin fin. De esta vida no llevó cosa que tuviese, sino los vicios y pecados, que han de ser cebo de sus tormentos, verificándose en él lo que dice Job [1]: «Pasan los días en deleites, y en un punto bajan al infierno»; porque aunque muriese con apariencia de muerte suave, el instante último de su vida fué principio de su pena. ¡Oh punto terrible, fin de la vida deleitable que presto se acaba, y principio de la vida miserable que nunca se ha de acabar! Si en este punto bajas al infierno, ¿de qué te servirá la soberbia? Y la jactancia de las riquezas, ¿de qué te aprovechará [2]? Mejor es pasar los días en trabajos, y en un punto subir al cielo á gozar el premio de ellos. Pondera, para tu mayor temor, las cuatro espantosas penas que, según Jesucristo, padece este desventurado en el infierno y padecerá para siempre. La primera, de llamas que le cubren de pies á cabeza, en castigo de la vanidad y regalo de la púrpura y holanda con que se cubría. La segunda, en la lengua, que fué instrumento de sus gustos y parlerías, abrasándole el fuego y padeciendo terrible hambre y sed rabiosa. La tercera, de envidia, viendo por revelación la buena suerte de Lázaro, que, llagado y hambriento, solía estar á la puerta de su casa despreciado. La cuarta, sumo desamparo y desprecio de todos en castigo de su crueldad; porque ni halló misericordia en Abraham, ni se le concedió la gota de agua que pedía, no mereciendo alcanzar misericordia aquel que jamás la tuvo del necesitado. ¡Oh justísimo Dios! ¡Cuán justos son vuestros juicios y cuán proporcionados vuestros castigos con nuestros pecados! ¿Cómo no temo el rigor de vuestra justicia? Libradme, Señor, de vuestras ofensas, para que no descarguen sobre mí vuestras iras; abrid los ojos de los ricos, para que escarmienten en la cabeza de éste; y abrid también los ojos de los pobres, para que no tengan envidia de los ricos. ¡Oh alma mía! Mira el resultado fatal que tiene el hombre sensual y mundano. ¿No temerás aficionarte á sus vicios? ¿De nada te arguye la conciencia que te haga semejante á este desventurado rico?

[1] Job, XXI, 13 — [2] Sap., V, 8.

Punto 3.º *Justicia é inmutabilidad de las penas del Epulón.*—Estando el Epulón en el infierno, levantó los ojos, y vió á Lázaro en el seno de Abraham; y pidiendo á éste que se lo enviase para refrigerarle siquiera con una gota de agua, oyó esta respuesta [1]: «Acuérdate que tú recibiste bienes en tu vida, y Lázaro males; y ahora muy justamente es él consolado y tú castigado; además, entre nosotros y vosotros hay un caos tan profundo, que no es posible pasar de una parte á otra». En cuyas palabras se ve primeramente la justicia de la suerte de uno y otro; porque el rico recibió bienes, y los aceptó y abrazó con sumo gusto, como premio de algunas buenas obras, y en castigo de las malas recibe ahora males y tormentos. Al contrario, Lázaro recibió en esta vida males y trabajos, abrazándolos con paciencia, y purgando con ellos las culpas en que había caído; y en premio de las buenas obras, ahora recibe grandes bienes y regalos. Coteja la suerte de estos dos hombres tan diferentes en vida y en muerte, y mira lo que escoges, porque no es posible en vida ser Epulón y en la muerte Lázaro. Reflexiona, en segundo lugar, sobre la inmutabilidad y eternidad de las penas [2] del infierno y de la gloria del cielo, la cual se indica al decir que no hay paso de un lugar á otro; porque el decreto de Dios es irrevocable, y ni los bienaventurados jamás podrán temer la condenación, ni los condenados podrán jamás esperar la salvación, sino que dondequiera que caiga [3] el árbol, allí quedará para siempre: ó para pudrirse con los condenados en el infierno, ó para florecer y fructificar perpetuamente con los santos en la gloria. ¡Oh Dios de tremenda Majestad! ¿Quién no temblará al ver el rigor y severidad con que castigáis á aquellos que, despreciando vuestras leyes, ponen su corazón en el mundo y en sus bienes perecederos, adorándolos como dioses? Y ¿quién no se alentará á sufrir y padecer por vuestro amor, al contemplar el premio inefable con que pagáis tales penas? ¡Oh cristiano! Piensa bien la suerte que escoges en esta vida, pues de ella depende la que te ha de caber en la otra. Si ahora llegase tu muerte, ¿estarías satisfecho de ti mismo? ¿Qué suerte te tocaría?

Epílogo y coloquios. ¡Oh fin desastroso y horrible del Epulón! Durante su vida nadaba en riquezas, sólo pensaba en regalar su cuerpo y en dar pábulo á su sensualidad con los vestidos, comidas y otros gustos. Su corazón duro le hacía apartar la vista del desgraciado mendigo; y con su mal ejemplo arrastraba á todos los de su casa á los vicios de que él adolecía. Llegó el momento fatal de la muerte, y en un abrir y cerrar de ojos se vió privado de todas sus delicias, separado de todos sus amigos, olvidado de sus admiradores, y echado de su casa por los mismos criados que le servían. En cambio, á los placeres sensuales sucedieron llamas abrasadoras; á la abundancia de manjares y bebidas, hambre canina y sed rabiosa; al orgullo con que despreciaba á los demás, envidia devoradora; á la compañía numerosa y jovial de sus amigos, la más horrible soledad y triste desamparo. ¡Adónde conduce la sensualidad, el amor desordenado á los placeres, el orgullo y la soberbia! La sentencia y pena de este desventurado rico, ha sido justísima, y será irrevocable, lo mismo que la del pobre Lázaro. El mismo Jesús habló de él con tal desprecio y aborrecimiento, que ni su nombre quiso tomar en sus labios. ¡Ay de ti, si sigues el camino que él siguió! Un breve gozar te conducirá á un eterno penar. ¿Qué debes resolver y hacer en vista de esto? ¿Cómo miras los gustos del mundo? ¿Cómo se halla tu corazón respecto de los bienes terrenos? ¡Cuántas veces tu amor desordenado te ha arrastrado á cometer la culpa! ¡Cuántas veces has mirado con emulación á los favorecidos con ellos, siendo así que eran más bien dignos de compasión que de envidia! Corrige ya tus afectos; ordénalos según las enseñanzas de Jesús; y para esto, mira los propósitos que debes hacer; ora con confianza, pidiendo las gracias necesarias para ti y para los demás.

[1] Luc., XVI, 25. — [2] II Thes., I, 9. — [3] Eccles., XI, 3.

89.—CONVERSIÓN DE LA MAGDALENA.

PRELUDIO 1.º Estando Jesús comiendo en casa de un fariseo, se presentó la Magdalena á pedirle perdón de sus pecados, lo cual excitó la murmuración del fariseo.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús sentado á la mesa y á la Magdalena á sus pies, llorando.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la penitencia de la Magdalena.

Punto 1.º *Pecados y conversión de la Magdalena.*—Habiendo sido convidado [1] Jesús por un fariseo llamado Simón, una mujer de la ciudad, y pecadora, fué á buscarle, mientras estaba sentado á la mesa. Las calidades de esta pecadora y el llamarla con este nombre, dan á entender que sus pecados eran de sensualidad y muy arraigados y escandalosos, pues por tales pecados suele darse tal nombre á las mujeres. Pero el Evangelista no nombra la especie de estos pecados, porque, como dijo san Pablo [2], ni aun su nombre debe tomarse en la boca. Mas diciendo san Lucas y san Marcos [3] que Cristo echó de esta misma mujer siete demonios, puede pensarse que no serían sólo estos los pecados que tenía, sino otros muchos, significados por el número de siete, y que los siete demonios que tientan de los siete pecados capitales morarían casi de asiento en ella. De lo cual has de sacar por una parte grande temor de tu flaqueza, escarmentando en la Magdalena, que por males pequeños vino á caer en gran-

[1] Luc., VII, 36. — [2] Ephes., V, 3. — [3] Luc., VIII, 2; Marc., XVI, 9.

Punto 3.º *Justicia é inmutabilidad de las penas del Epulón.*—Estando el Epulón en el infierno, levantó los ojos, y vió á Lázaro en el seno de Abraham; y pidiendo á éste que se lo enviase para refrigerarle siquiera con una gota de agua, oyó esta respuesta [1]: «Acuérdate que tú recibiste bienes en tu vida, y Lázaro males; y ahora muy justamente es él consolado y tú castigado; además, entre nosotros y vosotros hay un caos tan profundo, que no es posible pasar de una parte á otra». En cuyas palabras se ve primeramente la justicia de la suerte de uno y otro: porque el rico recibió bienes, y los aceptó y abrazó con sumo gusto, como premio de algunas buenas obras, y en castigo de las malas recibe ahora males y tormentos. Al contrario, Lázaro recibió en esta vida males y trabajos, abrazándolos con paciencia, y purgando con ellos las culpas en que había caído; y en premio de las buenas obras, ahora recibe grandes bienes y regalos. Coteja la suerte de estos dos hombres tan diferentes en vida y en muerte, y mira lo que escoges, porque no es posible en vida ser Epulón y en la muerte Lázaro. Reflexiona, en segundo lugar, sobre la inmutabilidad y eternidad de las penas [2] del infierno y de la gloria del cielo, la cual se indica al decir que no hay paso de un lugar á otro; porque el decreto de Dios es irrevocable, y ni los bienaventurados jamás podrán temer la condenación, ni los condenados podrán jamás esperar la salvación, sino que dondequiera que caiga [3] el árbol, allí quedará para siempre: ó para pudrirse con los condenados en el infierno, ó para florecer y fructificar perpetuamente con los santos en la gloria. ¡Oh Dios de tremenda Majestad! ¿Quién no temblará al ver el rigor y severidad con que castigáis á aquellos que, despreciando vuestras leyes, ponen su corazón en el mundo y en sus bienes perecederos, adorándolos como dioses? Y ¿quién no se alentará á sufrir y padecer por vuestro amor, al contemplar el premio inefable con que pagáis tales penas? ¡Oh cristiano! Piensa bien la suerte que escoges en esta vida, pues de ella depende la que te ha de caber en la otra. Si ahora llegase tu muerte, ¿estarías satisfecho de ti mismo? ¿Qué suerte te tocaría?

Epílogo y coloquios. ¡Oh fin desastroso y horrible del Epulón! Durante su vida nadaba en riquezas, sólo pensaba en regalar su cuerpo y en dar pábulo á su sensualidad con los vestidos, comidas y otros gustos. Su corazón duro le hacía apartar la vista del desgraciado mendigo; y con su mal ejemplo arrastraba á todos los de su casa á los vicios de que él adolecía. Llegó el momento fatal de la muerte, y en un abrir y cerrar de ojos se vió privado de todas sus delicias, separado de todos sus amigos, olvidado de sus admiradores, y echado de su casa por los mismos criados que le servían. En cambio, á los placeres sensuales sucedieron llamas abrasadoras; á la abundancia de manjares y bebidas, hambre canina y sed rabiosa; al orgullo con que despreciaba á los demás, envidia devoradora; á la compañía numerosa y jovial de sus amigos, la más horrible soledad y triste desamparo. ¡Adónde conduce la sensualidad, el amor desordenado á los placeres, el orgullo y la soberbia! La sentencia y pena de este desventurado rico, ha sido justísima, y será irrevocable, lo mismo que la del pobre Lázaro. El mismo Jesús habló de él con tal desprecio y aborrecimiento, que ni su nombre quiso tomar en sus labios. ¡Ay de ti, si sigues el camino que él siguió! Un breve gozar te conducirá á un eterno penar. ¿Qué debes resolver y hacer, en vista de esto? ¿Cómo miras los gustos del mundo? ¿Cómo se halla tu corazón respecto de los bienes terrenos? ¡Cuántas veces tu amor desordenado te ha arrastrado á cometer la culpa! ¡Cuántas veces has mirado con emulación á los favorecidos con ellos, siendo así que eran más bien dignos de compasión que de envidia! Corrige ya tus afectos; ordénalos según las enseñanzas de Jesús; y para esto, mira los propósitos que debes hacer; ora con confianza, pidiendo las gracias necesarias para ti y para los demás.

[1] Luc., XVI, 25. — [2] II Thes., I, 9. — [3] Eccles., XI, 3.

89.—CONVERSIÓN DE LA MAGDALENA.

PRELUDIO 1.º Estando Jesús comiendo en casa de un fariseo, se presentó la Magdalena á pedirle perdón de sus pecados, lo cual excitó la murmuración del fariseo.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús sentado á la mesa y á la Magdalena á sus pies, llorando.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la penitencia de la Magdalena.

Punto 1.º *Pecados y conversión de la Magdalena.*—Habiendo sido convidado [1] Jesús por un fariseo llamado Simón, una mujer de la ciudad, y pecadora, fué á buscarle, mientras estaba sentado á la mesa. Las calidades de esta pecadora y el llamarla con este nombre, dan á entender que sus pecados eran de sensualidad y muy arraigados y escandalosos, pues por tales pecados suele darse tal nombre á las mujeres. Pero el Evangelista no nombra la especie de estos pecados, porque, como dijo san Pablo [2], ni aun su nombre debe tomarse en la boca. Mas diciendo san Lucas y san Marcos [3] que Cristo echó de esta misma mujer siete demonios, puede pensarse que no serían sólo estos los pecados que tenía, sino otros muchos, significados por el número de siete, y que los siete demonios que tientan de los siete pecados capitales morarían casi de asiento en ella. De lo cual has de sacar por una parte grande temor de tu flaqueza, escarmentando en la Magdalena, que por males pequeños vino á caer en gran-

[1] Luc., VII, 36. — [2] Ephes., V, 3. — [3] Luc., VIII, 2; Marc., XVI, 9.

des pecados, lo cual puede suceder en ti; y por otra, grande confianza en la misericordia de Dios, en quien halló remedio esta pecadora, confiando que tú también lo hallarás, si, como imitaste á la que pecó, imitas á la que se arrepintió. Pondera la pronta obediencia de esta pecadora á la inspiración de Dios; porque, sintiéndose movida á dolor de sus pecados y á pedir perdón de ellos, por haber quizá oído algún sermón de Jesús, y saber la mansedumbre con que recibía á los pecadores, no aguardó, para presentarse á pedirle perdón, á que Jesús se recogiese á su posada donde solía estar, sino en sabiendo dónde comía, aunque era en casa ajena, y en convite, entre convidados, luego fué á buscarle; para que aprendas á no dilatar los buenos propósitos y á responder á las divinas inspiraciones, especialmente en materia de tu conversión, acordándote de lo que dice el Sabio [1]: «No tardes en convertirte al Señor, ni lo difieras de día en día, porque de repente vendrá su ira, y en el día de la venganza te destruirá.» ¡Oh Padre celestial, sin cuyo favor ninguno viene á Jesucristo [2]! Traedme á su servicio con cadenas de caridad, doliéndome de haber ofendido al que por tantos títulos merece ser amado; concededme una docilidad y obediencia tal á vuestra santa inspiración, que la ponga al momento en obra, sin temor á los respetos humanos ni á las afrentas que por ello me puedan venir. ¿Hemos imitado á la Magdalena pecadora? ¿Cómo hemos de seguir á la penitente?

Punto 2.º *Virtudes de la Magdalena en su conversión.*—Considera aquí las excelentes virtudes que acompañaron la conversión y penitencia de la Magdalena. Primeramente, tuvo grande fe y estima de la divinidad [3] y misericordia de Jesús, porque creyó que era Dios, cuyo es el perdonar los pecados, y creyó que sin hablarle palabra, la entendía y penetraba el corazón y sabía á lo que venía; otros venían á Cristo á pedir remedio de sus enfermedades corporales; sólo de ella se lee que viniese con el único fin de remediar las espirituales y alcanzar el perdón de sus pecados. Tuvo también heroica humildad, despreciando los respetos humanos y su propia honra, sabiendo lo que probablemente dirían los convidados al verla de aquella manera. No vino á Jesús, como Nicodemus, de noche [4], sino en pleno día, entre las alegrías de un banquete; humillóse también delante del Señor, no atreviéndose á ponerse delante de Él, avergonzada de la multitud de pecados de que se reconocía culpable. Tuvo además un dolor interior intensísimo, junto con grandes afectos de oración y devoción, declarados por aquellas señales exteriores; porque regaba con lágrimas los pies de Cristo, llorando sus malos pasos, y suplicándole la lavase con su gracia; limpiábalos con sus cabellos, pidiéndole la limpiase de sus culpas; besábaselos, pidiéndole

[1] Eccli., v, 8.— [2] Joan., vi, 66. — [3] Isai., xlii, 25. — [4] Joan., iii, 2.

la reconciliase consigo, y la diese beso de paz y perdón; ungíaselos, suplicándole la ungiese con sus virtudes, y sin hablar palabra, derramaba su corazón mucho más [1] que el ungüento en la presencia de Cristo, manifestándole todas sus miserias con grande sentimiento y dolor de ellas. De este modo debieras tú presentarte delante de Cristo, orando, no tanto con palabras cuanto con obras y señales exteriores, nacidas del afecto del corazón. Tuvo, por fin, perfectísima penitencia exterior, convirtiendo en instrumentos de satisfacción aquellas cosas que lo habían sido del pecado; cumpliendo lo que después dijo el Apóstol [2]: «Como empleasteis vuestros cuerpos para servir á la inmundicia y maldad para vuestra perdición, así empleadlos ahora en servir á la justicia para vuestra santificación». ¡Oh penitente fervorosa! ¡Oh poder de la divina inspiración! Tocadme, Señor, con tal eficacia, que todas mis entrañas se estremezcan y todas mis potencias y sentidos se ocupen en aplacaros, convirtiéndome á Vos [3] diez veces más que me aparté de Vos. ¿Imitamos nosotros las virtudes de la fe y de la humildad que con tanta perfección practica la Magdalena? ¿Ejercitamos, como ella, la penitencia interior y exterior?

Punto 3.º *Juicio temerario y murmuración del fariseo.*—El fariseo que había convidado á Jesús, viendo lo que pasaba, decía entre sí: «Éste, si fuera profeta, supiera quién y cuál sea esta mujer que le toca, porque es pecadora». Aquí se han de ponderar dos gravísimos juicios temerarios de este fariseo: uno contra Cristo, y otro contra la Magdalena, y ambos nacían de su soberbia y presunción. Primeramente juzgó de Cristo que no conocía qué mujer era aquella, y, por consiguiente, que no era profeta; ó, si la conocía, que no era santo, pues se dejaba tocar de ella y mancharse con tal tocamiento; y en ambas cosas erraba, siguiendo el dictamen de los demás fariseos soberbios, que decían aquello de Isaías [4]: «Apártate de mí; no te llegues á mí, porque eres inmundo y sucio»; cuyo castigo añade el Profeta, diciendo: «Que serán humo y cebo del fuego eterno», pagando su error con el humo, y su soberbia con el fuego. De la Magdalena juzgó que, habiendo sido pecadora, todavía lo era, teniendo indicios bastantes para pensar que ya no lo era, pues así lloraba á los pies de Jesús; por donde echarás de ver cuán errados son los juicios de los hombres, que se abalanzan á juzgar los corazones y las intenciones que están reservadas á sólo Dios, y del bien sacan mal; pues de donde habían de sacar compasión y edificación, toman motivo para despreciar al prójimo. Pero, pondera especialmente en la persona de este fariseo á algunos tan pertinaces en sus primeras aprensiones, que, enmar-

[1] I Reg., i, 3; Psalm. xxxi, 5. — [2] Rom., vi, 19. — [3] Baruch., iv, 28.
[4] Isai., lxv, 5.

cando á otro por malo, nunca se quieren persuadir que es bueno, y siempre se recelan de él; y aunque vean señales de su mudanza, no las dan crédito, de suerte que con mayor dificultad mudan ellos su juicio, que el otro la mala vida; y si son superiores, son ocasión de desesperación á los súbditos, porque no creen su penitencia como creyeron su culpa; en lo cual injurian á Dios, cuya propiedad es olvidarse de los pecados [1] en haciendo el hombre penitencia de ellos, y honrar al que pecó y se enmendó. ¡Oh buen Jesús, Profeta santo! Librad á mi alma de tal soberbia, que quiera juzgar atrevidamente de aquello que Vos habéis reservado á vuestra sabiduría infinita. Concededme tal simplicidad en mis juicios, que, atento á mí mismo, no quiera jamás juzgar á los otros. ¿Somos nosotros fáciles en juzgar temerariamente de nuestros prójimos? ¿Nos dejamos llevar de las primeras aprensiones?

Epílogo y coloquios. ¡Qué confusión, y cuánto aliento ha de despertar en nosotros el maravilloso ejemplo de la conversión de la Magdalena! Ella había, sin duda, ofendido á Dios; mas, tal vez nosotros la hemos excedido en las culpas, ya en el número, ya en la malicia: y ¡cuán distinta es su penitencia de la nuestra! Al punto que siente en su corazón la voz de su Amado que la llama á penitencia, sin demora, al instante le busca, sin esperar á que se recogiese á su posada ó á que fuera de noche, como lo hizo Nicodemus. No importa que la maledicencia se ensañe contra ella; no importa que su honra sufra menoscabo; no importa que Jesús esté en un convite en medio de los maliciosos fariseos; ella se presenta, se arroja á sus pies, los riega con lágrimas de sus ojos y enjúgalos con los cabellos; dando á conocer en su postura humilde y modesta y en su aspecto confuso y vergonzoso, el dolor interior que destroza su alma. ¡Qué fe tan viva en la divinidad del Señor! ¡Qué humildad tan profunda! ¡Qué dolor y arrepentimiento tan intensos! ¡Qué penitencia y mortificación exterior tan prudente y eficaz para el fin que se propone! ¡Cómo la guía el mismo espíritu del Señor! Y tú, ¿por qué no imitas á esta feliz pecadora? Si la imitaste en los pecados, ¿por qué no la sigues en la penitencia? ¿Temes, acaso, las murmuraciones de los hombres? También de ella murmuraron; pero el mismo Jesucristo la defendió, y lo mismo hará contigo. Mira, pues, el modelo que debes seguir. ¿Qué le pides al Señor? ¿Rehusas el humillarte en su divina presencia? ¿Vacilas por la muchedumbre y gravedad de tus culpas? ¿Te detienen los respetos humanos? Aliéntate; aviva tu fe y confianza, y, renovando y confirmando tus resoluciones, arrójate, como la Magdalena, á los pies de Jesús, y pídele por ti y por el mundo entero.

[1] Ezech., XVIII, 22.

90.—JESÚS DEFIENDE Y PERDONA Á LA MAGDALENA.

PRELUDIO 1.° Viendo Jesús los juicios del fariseo contra la Magdalena, salió á su defensa con una parábola, y despidióla en paz.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús hablando con el fariseo.

PRELUDIO 3.° Pide agradecimiento al Señor por las deudas que te ha condonado.

Punto 1.° *Jesús, por medio de una parábola, corrige al fariseo.*—Considera aquí la sabiduría y justicia de Cristo, por las cuales conoció claramente los pensamientos del fariseo y los de la Magdalena, aprobando los de ésta, y condenando los de aquél. Mira luego la caridad con que procedió en la corrección del fariseo, porque, teniendo respeto á que le había convidado y se hallaba en su casa, primero le pidió permiso para hablarle, y, obtenido, lo hizo no con claridad, sino preparándole por medio de una expresiva parábola [1]. ¡Oh, si supieras imitar estas admirables virtudes del Señor! ¡Cuánto más eficaces serían tus correcciones, sobre todo cuando te diriges á letrados ó amigos! La parábola que adujo el Señor es la de un acreedor que tenía dos deudores; de los cuales uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta, y que no pudiendo pagarle, á ambos condonó la deuda, con lo cual quedan obligados á amarle á proporción de la cantidad perdonada. El acreedor es Dios nuestro Señor; el cual, no cesando de hacer beneficios á los hombres, no recibe de ellos otra cosa que ofensas. Los deudores somos todos los hombres, debiendo los unos cincuenta, porque con los cinco sentidos hemos quebrantado los diez mandamientos, y los otros quinientos por haber pecado más veces, atropellando los preceptos de la Iglesia y de su estado, y los de la ley evangélica, que es ley de perfección, significada por el número de ciento. Pero los hombres, por más que hagan, no pueden pagar esta deuda, porque es infinita, y todos sus méritos son muy limitados; por lo cual Dios nuestro Señor, con gran bondad y generosidad, se la perdona. Y aunque todos debieran corresponderle con un amor infinito y proporcionado al bien que les hace, desgraciadamente no es así; sino que algunos, no conociendo la enormidad de su deuda, como los soberbios fariseos, le aman poco; otros, empero, teniendo muy grande conocimiento de ella, como la Magdalena, le aman mucho. Y tú, ¿cómo amas á este Señor, que tales favores te hace? ¿Reconoces la deuda que tenías contraída y que con tanta largueza está dispuesto á perdonarte? ¡Oh Dios generosísimo y misericordiosísimo! Con todo mi corazón deseo amaros; pues, en lugar de castigarme porque os ofendí, queréis perdonarme para que os ame. Reconozco ser muchos y muy graves mis pecados, y por ellos deseo volveros muchos y muy grandes servicios.

[1] Luc., VIII, 41.

Punto 2.º *Jesús defiende á la Magdalena.* — Considera cómo Jesús aplicó la parábola á la mujer que se tenía por grande pecadora, y al fariseo que se tenía por justo y menos pecador, porque, señalando á la mujer, dijo á Simón [1]: «¿Ves á esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para los pies; y ésta los lavó, no con agua, sino con lágrimas, y los limpió, no con toalla, sino con sus cabellos; no me diste beso de paz, y ésta no ha cesado de besar mis pies; no ungiste con óleo mi cabeza, y ésta ungió mis pies con precioso ungüento. Por tanto, te digo que le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho, y al que menos se le perdona, menos ama». Que fué decir: Esta mujer siente de sí que debe mucho, y así espera de Mí mayor beneficio en que la perdone. Y por eso me amó mucho, como se ha visto por las obras, y yo la he perdonado muchos pecados, porque con este amor se ha dispuesto para el perdón de ellos; pero tú piensas que debes poco, y así esperas pequeño beneficio en que te perdone, y, por consiguiente, también amas poco. Mira cómo el Señor, con el ejemplo de los grandes pecadores convertidos, suele confundir á los que presumen de justos, y así nos aconseja que los miremos y consideremos despacio, diciendo: *Vides hanc mulierem?* ¿Ves á esta mujer? ¿Ves sus lágrimas, suspiros, penitencias, su humillación y confusión? ¿Ves las invenciones que halla para aplacar á Dios? Considéralo bien, y confúndete de lo poco que tú haces para que Dios te perdone, y sabe que muchos publicanos y pecadores [2] precederán á muchos que presumen de justos en el reino de los cielos. Reflexiona igualmente cómo un gran pecador, con un acto fervoroso, suele subir á más excelente caridad y santidad que un justo tibio con muchos actos y en muchos años, como la Magdalena en este caso. Y saca de todo esto cuán generoso modo de alcanzar el perdón es amar mucho á Dios, porque el amor dispone para el perdón de los pecados, anda con él y con él crece y se aumenta, viéndose el hombre obligado á amar á quien así le perdona [3]. ¡Oh Redentor mío! Confuso estoy en presencia de esta penitente tan fervorosa, viendo mi extremada tibieza. Lavad, Señor, las manchas de esta hija de Sión, mi pobre alma, con espíritu de juicio y con espíritu de ardor, dándome espíritu de justicia y fuego de caridad, para que os ame mucho, pues me habéis perdonado mucho. ¿No nos confunde el ejemplo de la Magdalena, que Jesús nos invita á contemplar? Superiores á los suyos en número y gravedad habrán sido tal vez los pecados que Jesús nos ha perdonado; ¿por qué no le tenemos siquiera tanto amor como ella?

Punto 3.º *Jesús despide á la Magdalena ya perdonada.* —Vuelto Jesús á la Magdalena, la dijo [4]: «Perdonados te son tus pecados»; y aunque se turbaron los circunstantes oyendo esta

[1] Luc., VII, 44. — [2] Matth., XXI, 31. — [3] Isai., IV, 4. — [4] Luc., VII, 48.

palabra, Jesús no hizo caso, y continuó diciéndola: «Tu fe te ha hecho salva; vete en paz». Pondera en este suceso la eficacia de la palabra del Salvador: «Perdonados te son tus pecados», con la cual absolvió á la Magdalena de culpa y de pena, y la comunicó muy copiosa gracia, regocijándose ella grandemente al oirla. Y tú también debes regocijarte no menos, pues por medio de los confesores, cuando te absuelven, te dice la misma palabra, la cual tendrá la misma eficacia, si tienes las disposiciones que ella tenía. Observa cuán grande fué la modestia de Cristo en este caso; pues, viendo que los fariseos se admiraban de la palabra que había dicho, perdonando los pecados, sin responder como en otra ocasión hizo, prefirió atribuir este perdón, más que á su omnipotencia y generosidad, á la fe de la pecadora, diciéndole: «Tu fe te ha hecho salva»; esto es: la fe viva que has tenido de mi divinidad y potestad, y la confianza amorosa que has tenido de mi misericordia, han sido causa de tu salud. Finalmente: puedes ponderar cuán asida estaba la Magdalena á los pies de Cristo, pues con haber alcanzado el perdón que pretendía, no se quería apartar de allí, hasta que la dijo el Señor: «Vete en paz», pues ya estás pacificada con Dios y dentro de ti con la plenaria indulgencia de tus pecados, y con la cumplida victoria de tus pasiones sensuales, porque todo esto se puede presumir que concedió la misericordia del Señor á la que tanto amó. Quizá por esto no la dijo lo que decía á otros pecadores [1], no quieras más pecar, como quien conocía la gran firmeza que en esto tenía, por la mucha gracia y amor que la había dado. ¡Oh, dichosos los que se llegan con humildad y caridad á los pies de Cristo, pues tan bien despachados se levantan de ellos! ¡Oh amantísimo Jesús! Decid á mi alma: Tus pecados te son perdonados, vete en paz: suene en mis oídos [2] vuestra dulce voz, y alegrarse ha mi corazón, y gustoso os sacrificará hostia de alabanza y holocausto de amor, alabando y bendiciendo vuestro nombre por siempre. ¡Oh alma mía! Llégate á los pies de Cristo con gran confianza, abrázalos con amor, y sigue sus pisadas, y no te apartes jamás de ellos. ¿Qué debes resolver para practicar esto?

Epílogo y coloquios. ¡Oh Bondad infinita de Jesús! ¡Cuán digna sois de toda alabanza! Apenas el Señor ve el corazón del fariseo que juzgaba dura é injustamente de Él y de la Magdalena, olvidado de volver por su propia honra, sólo piensa en dejar á salvo la de aquella pecadora arrepentida. Pero, ¡de qué prudencia usa para avisar al que le ha invitado! ¡Le pide permiso! ¡Dios, á un hombre misérable! Se insinúa indirectamente por medio de una parábola, y con tal destreza la presenta, que el mismo fariseo corrige su juicio y se ve obligado á confesar que mayor es el amor que tiene á Dios aquella mujer á quien

[1] Joan., V, 14. — [2] Cant., II, 14.

en su corazón había ya condenado, que el que le profesa él mismo. ¡Oh sabiduría, prudencia y caridad de Jesucristo! Corregidnos, Señor, de esta manera, para que, humillando nuestra soberbia, nos confesemos viles y despreciables á vuestros ojos. Pero no apartemos los ojos de esta mujer, porque así nos lo recomienda el Señor. Ella debía mucho, sí; pero el conocimiento claro de la bondad y grandeza de su Dios le hacía profundizar de tal modo en estas mismas deudas, que, viéndose por una parte cargada de ellas, y por otra rodeada de la misericordia del Señor que la perdonaba, su corazón era un incendio de caridad. ¡Cuán dulcemente resonarían en sus oídos las tiernas palabras de Jesucristo: Perdonados son tus pecados; vete en paz! ¡Qué gratitud tan eterna profesaría á su divino Maestro! ¿Hemos nosotros contraído muchas deudas con Dios? ¿Tenemos conocimiento de ellas? ¿Deseamos que se nos perdonen? ¿Qué debemos practicar para ello? Miremos á la Magdalena, y propongamos imitar los hermosos ejemplos que nos da, con los cuales, sin duda, alcanzaremos la dicha que ella alcanzó. Para esto pidamos gracia, y no nos olvidemos de rogar por las demás necesidades.

91.—JESÚS HABLA CON LA SAMARITANA.

PRELUDIO 1.º Para convertir á una mujer samaritana, sentóse Jesús junto á un pozo, y entabló con ella conversación hasta lograr convertirla.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús sentado, hablando con esta mujer.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar el celo de Jesús.

Punto 1.º *Celo incansable é ingenioso de Cristo.*—Caminando Jesucristo desde la Judea á Galilea por Samaria, fatigado del camino, sentóse junto á un pozo á eso de mediodía, y entonces llegó una mujer con un cántaro, que venía por agua [1]. En lo cual debes ponderar los trabajos y cansancios de Jesús en sus caminos y peregrinaciones por el bien de las almas, yendo á pie y sin alivio, con soles de mediodía y jornadas largas. ¡Cuán caro le cuesta á este buen Pastor buscar las ovejas perdidas, trabajando por una como por muchas! ¡Qué de veces sudaba en los caminos, forzándole el cansancio del cuerpo á sentarse para tomar algún alivio! Mas en esta ocasión se sentó junto al pozo, no tanto para descanso de su cuerpo, aunque se hallaba muy fatigado, cuanto para cazar un alma que tenía para sí escogida, porque nunca perdía ocasión de hacer bien á ellas. Así debieras portarte tú, aprovechando para bien de las almas todas las ocasiones que te proporciona tu estado, y que las obligaciones del mismo te deparan. Pero, mira acerca de este hecho cuán maravillosos son los secretos de Dios en la conversión de los pecadores.

[1] Joan., IV, 5.

poniéndoles ocasiones para ello cuando menos piensan. Era la samaritana una mujer pecadora y carnal, que con haber tenido cinco maridos ó varones, ahora estaba amancebada con otro. Y aun san Crisóstomo y otros Doctores dicen que todas cinco veces estuvo amancebada, y que los cinco varones no fueron legítimos. Siendo, pues, tal esta mujer, y viniendo por agua, bien descuidada de su salvación, allí topó con Cristo, que le hizo extraordinarios favores con admirable eficacia y suavidad, acomodándose á la calidad y condiciones de la persona con quien trataba. ¿Ves, alma fiel, el cuidado tan amoroso que tiene Jesús de los pecadores? ¿Imitas su encendido é incansable celo por la salvación de tus prójimos? ¡Oh Sabiduría encarnada! ¡Cuán admirable y amorosa es la providencia con que salís al camino á los que yerran! Los que no os buscan os hallan; y á los que por Vos no preguntan, decís [1]: «Aquí estoy». Si la Magdalena fué á buscaros [2], Vos se lo inspirásteis; y si la samaritana os halla, es porque Vos la fuisteis á buscar. Inspiradme, Señor, que os busque; y buscadme para que os halle.

Punto 2.º *Cortedad del hombre con Dios y largueza de Dios con el hombre.*—Considera cómo, habiendo pedido Jesús agua á la samaritana, ésta le respondió: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides agua, siendo así que vosotros los judíos no comunicáis con los samaritanos?» Mira cuán grande es la cortedad del hombre con Dios. Así como esta mujer no sólo negó á Cristo el agua, sino que aun le reprendió porque se la pedía y hablaba con ella, así el hombre suele negar á Dios lo que le pide, ora sea por secretas inspiraciones, ora por su santa ley ó por los superiores, ó por los pobres que le piden limosna, y nunca le faltan excusas y achaques para no dárselo; y á veces disimuladamente le reprende, quejándose de que le pida cosas graves y muchas, y aun tiene por pecado el mismo hablar y tratar con Dios. Todo lo cual procede de que no conoce, como la samaritana, quién es este gran Dios que se lo pide, ni tiene de Él la estima que fuera razón, por tener la fe muy amortecida. Pondera en cambio la infinita largueza de Dios con el hombre, que se descubre en la contestación del Salvador á la samaritana, diciéndola: «Si conocieses el don de Dios, y quién es el que te pide de beber, tú quizá se lo pedirías, y Él te daría una agua viva». Porque Dios nuestro Señor, en lugar de vengarse del hombre, que rehusa darle lo que le pide, como quería hacer David con Nabal [3], porque le negó lo que le pedía, de nuevo le convida á que le pida los bienes que le faltan, y desea que conozca quién es Dios, y cuán grandes son sus dones para que tenga ganas de pedirlos. Y aún pasa más adelante su generosidad; porque por una parte dice que, conociendo el hombre sus dones, *forsitan*, tal vez se los

[1] Isai., LXV, 1. — [2] Luc., VII, 37. — [3] I Reg., XXV, 22.

pedirá, siendo, como es, libre para ello; mas, por otra parte asegura que, en pidiéndoselos, sin ninguna duda los alcanzará. Es dudoso que el hombre quiera pedirlos; pero no lo es que Dios los dé al que los pida. ¡Oh Salvador mío! Esclareced mi alma para que conozca el don de Dios, y movedme con eficacia á que le pida de modo que lo alcance. Si Vos tenéis sed de mi salvación, yo deseo vivamente saciaros, porque quiero con todas veras salvar mi alma. Decidme lo que queréis; pedidme cuanto deseéis, que no es justo, dándoos todo á mí, os niegue yo cosa alguna. ¡Oh alma! ¿Has visto la generosidad de Jesús contigo? ¿Ves cómo nada te niega? Y tú, ¿desechas sus inspiraciones y súplicas?

Punto 3.º *Propiedades de la divina gracia.*—Considera cómo pensando la Samaritana que Jesús le hablaba del agua del pozo, le objetó: «No tienes con qué sacarla, y el pozo está hondo: ¿cómo me darás agua viva?» En cuyas palabras se ve palpablemente la propiedad del hombre animal de que nos habla san Pablo [1], que mientras es muy diligente para todo lo que concierne al cuidado y gustos del cuerpo, no percibe ni comprende las cosas de Dios, ni piensa que haya otra agua viva que la que mana de las fuentes que ve al ojo. Tal vez tú has merecido con tu porte ser comprendido en esta clase tan degradada. Pondera en la respuesta del Señor declaradas las propiedades de la divina gracia; porque dice que el agua que Él dará quita la sed para siempre, formándose en el que la recibe una fuente de agua viva, que saltará hasta la vida eterna. El agua de la divina gracia quita primeramente la sed de tal modo, que el alma queda perpetuamente satisfecha, porque, como es agua viva, no se consume como el agua material en el que la bebe, sino que permanece siempre mientras no se arroja voluntariamente. Ella harta de tal modo al alma, que quita al propio tiempo la sed de los bienes materiales, cumpliéndose lo que dijo Cristo [2]: «El que cree en Mí, no tendrá más sed; esto es, no tendrá sed ni apetito de cosa contraria á Mí, porque conmigo estará harto y satisfecho. Esta agua viva es además como fuente que siempre mana, porque ella va creciendo y aumentando por los actos virtuosos á que inclina la misma gracia y el Espíritu Santo [3], que mora en el alma que la posee. Ella sale y crece, saltando y bullendo dentro del alma, inclinando con ímpetu á las cosas celestiales con grande alegría, presteza y prontitud; porque ni consiente ser detenida por las cosas terrenas, ni soporta dilaciones ni tardanzas, ni admite repugnancias y tedios, sino que hace saltar hasta su fuente, que es Dios. Por fin, ella salta hasta la vida eterna, porque es prenda ó arras de la gloria eterna, como dice san Pablo [4]. ¡Dichoso tú si tienes la suerte de beber con abundancia de esta agua en los Santos Sacramentos! ¡Oh Señor de cielos y tierra! Dadme esta agua viva, para que

[1] I Cor., II, 4. — [2] Joan., VI, 35. — [3] Joan., VII, 38. — [4] Ephes., I, 4; I Cor., XIII, 8.

nunca tenga sed de otra cosa, ni me ocupe con ansia en buscar el agua de los bienes corporales y corruptibles, pues me bastan los espirituales y eternos. ¡Oh dulce Jesús, fuente de agua viva! Poned dentro de mi alma esta divina fuente, de modo que siempre bulla, crezca y salte hasta la vida eterna.

Epílogo y coloquios.—¡Cuán ardiente, fervoroso é incansable es el celo de Jesús por la salvación de las almas! Cansancios, fatigas, viajes largos, calores intensos: todo lo soporta y tolera para esto. Él las sale al encuentro, y cuando más descuidadas están, se les presenta para salvarlas. Nadie acaso merecía menos que la Samaritana la gracia del Señor. Esclava de sus pasiones, no sabía negarles cuanto le pedían, aunque fuese con escándalo del mundo; y, á pesar de todo, en ella fija Cristo sus ojos, la tiende amoroso lazo y persevera en su intento hasta que logra extinguir en su corazón el amor al mundo y entronizar en lugar suyo la caridad de Dios. ¡Oh amor inmenso y generoso de Dios para con los hombres! ¡Oh cortedad y miseria de los hombres para con Dios! Éstos niegan al Señor lo que les pide, y aun á veces le insultan porque les pide; Él les ofrece sus riquísimos dones sin pedírselos. Ellos le niegan un vaso de agua, una acción transitoria, la sumisión á su ley; Él en cambio quiere darles el agua viva de su gracia, don soberano que radicalmente quita la sed de bienes temporales, que permanece constantemente dentro del alma si el hombre no la rechaza, y que, inclinándole siempre con alegría á las cosas celestiales, le da una prenda segura de su salvación. ¿Cómo, en vista de esto, no amaremos la bondad infinita del Señor? ¿Nos atreveremos á negarle lo que nos pida? Pues, ¿qué desea de ti Jesús? ¿Qué propósitos te ha inspirado, y cuándo los debes cumplir? No uses con Jesús de la mezquindad que no tendrías con una vil criatura. Sé generoso con un Señor que tanto se distingue en este atributo. Para esto resuelve, ora, suplica y ruega por ti y por todos los que se han encomendado á tus oraciones.

92.—CONVERSIÓN DE LA SAMARITANA.

PRELUDIO 1.º Iluminada por la gracia de Cristo, la samaritana confesó sus pecados, se arrepintió, y fué á invitar á los suyos á que viniesen á escuchar á Jesucristo.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús hablando con la samaritana.

PRELUDIO 3.º Pide docilidad á las enseñanzas y correcciones del Señor y de sus ministros.

Punto 1.º *Modo admirable con que Jesús convirtió á la samaritana.*—Considera la destreza con que Jesús fué disponiendo á la samaritana para recibir la divina gracia, porque primeramente le descubrió el secreto de su vida licenciosa, manifestándole que sabía bien todos sus pecados, y que, aunque ella

pedirá, siendo, como es, libre para ello; mas, por otra parte asegura que, en pidiéndoselos, sin ninguna duda los alcanzará. Es dudoso que el hombre quiera pedirlos; pero no lo es que Dios los dé al que los pida. ¡Oh Salvador mío! Esclareced mi alma para que conozca el don de Dios, y movedme con eficacia á que le pida de modo que lo alcance. Si Vos tenéis sed de mi salvación, yo deseo vivamente saciaros, porque quiero con todas veras salvar mi alma. Decidme lo que queréis; pedidme cuanto deseéis, que no es justo, dándoos todo á mí, os niegue yo cosa alguna. ¡Oh alma! ¿Has visto la generosidad de Jesús contigo? ¿Ves cómo nada te niega? Y tú, ¿desechas sus inspiraciones y súplicas?

Punto 3.º *Propiedades de la divina gracia.*—Considera cómo pensando la Samaritana que Jesús le hablaba del agua del pozo, le objetó: «No tienes con qué sacarla, y el pozo está hondo: ¿cómo me darás agua viva?» En cuyas palabras se ve palpablemente la propiedad del hombre animal de que nos habla san Pablo [1], que mientras es muy diligente para todo lo que concierne al cuidado y gustos del cuerpo, no percibe ni comprende las cosas de Dios, ni piensa que haya otra agua viva que la que mana de las fuentes que ve al ojo. Tal vez tú has merecido con tu porte ser comprendido en esta clase tan degradada. Pondera en la respuesta del Señor declaradas las propiedades de la divina gracia; porque dice que el agua que Él dará quita la sed para siempre, formándose en el que la recibe una fuente de agua viva, que saltará hasta la vida eterna. El agua de la divina gracia quita primeramente la sed de tal modo, que el alma queda perpetuamente satisfecha, porque, como es agua viva, no se consume como el agua material en el que la bebe, sino que permanece siempre mientras no se arroja voluntariamente. Ella harta de tal modo al alma, que quita al propio tiempo la sed de los bienes materiales, cumpliéndose lo que dijo Cristo [2]: «El que cree en Mí, no tendrá más sed; esto es, no tendrá sed ni apetito de cosa contraria á Mí, porque conmigo estará harto y satisfecho. Esta agua viva es además como fuente que siempre mana, porque ella va creciendo y aumentando por los actos virtuosos á que inclina la misma gracia y el Espíritu Santo [3], que mora en el alma que la posee. Ella sale y crece, saltando y bullendo dentro del alma, inclinando con ímpetu á las cosas celestiales con grande alegría, presteza y prontitud; porque ni consiente ser detenida por las cosas terrenas, ni soporta dilaciones ni tardanzas, ni admite repugnancias y tedios, sino que hace saltar hasta su fuente, que es Dios. Por fin, ella salta hasta la vida eterna, porque es prenda ó arras de la gloria eterna, como dice san Pablo [4]. ¡Dichoso tú si tienes la suerte de beber con abundancia de esta agua en los Santos Sacramentos! ¡Oh Señor de cielos y tierra! Dadme esta agua viva, para que

[1] I Cor., II, 4. — [2] Joan., VI, 35. — [3] Joan., VII, 38. — [4] Ephes., I, 4; I Cor., XIII, 8.

nunca tenga sed de otra cosa, ni me ocupe con ansia en buscar el agua de los bienes corporales y corruptibles, pues me bastan los espirituales y eternos. ¡Oh dulce Jesús, fuente de agua viva! Poned dentro de mi alma esta divina fuente, de modo que siempre bulla, crezca y salte hasta la vida eterna.

Epílogo y coloquios.—¡Cuán ardiente, fervoroso é incansable es el celo de Jesús por la salvación de las almas! Cansancios, fatigas, viajes largos, calores intensos: todo lo soporta y tolera para esto. Él las sale al encuentro, y cuando más descuidadas están, se les presenta para salvarlas. Nadie acaso merecía menos que la Samaritana la gracia del Señor. Esclava de sus pasiones, no sabía negarles cuanto le pedían, aunque fuese con escándalo del mundo; y, á pesar de todo, en ella fija Cristo sus ojos, la tiende amoroso lazo y persevera en su intento hasta que logra extinguir en su corazón el amor al mundo y entronizar en lugar suyo la caridad de Dios. ¡Oh amor inmenso y generoso de Dios para con los hombres! ¡Oh cortedad y miseria de los hombres para con Dios! Éstos niegan al Señor lo que les pide, y aun á veces le insultan porque les pide; Él les ofrece sus riquísimos dones sin pedírselos. Ellos le niegan un vaso de agua, una acción transitoria, la sumisión á su ley; Él en cambio quiere darles el agua viva de su gracia, don soberano que radicalmente quita la sed de bienes temporales, que permanece constantemente dentro del alma si el hombre no la rechaza, y que, inclinándole siempre con alegría á las cosas celestiales, le da una prenda segura de su salvación. ¿Cómo, en vista de esto, no amaremos la bondad infinita del Señor? ¿Nos atreveremos á negarle lo que nos pida? Pues, ¿qué desea de ti Jesús? ¿Qué propósitos te ha inspirado, y cuándo los debes cumplir? No uses con Jesús de la mezquindad que no tendrías con una vil criatura. Sé generoso con un Señor que tanto se distingue en este atributo. Para esto resuelve, ora, suplica y ruega por ti y por todos los que se han encomendado á tus oraciones.

92.—CONVERSIÓN DE LA SAMARITANA.

PRELUDIO 1.º Iluminada por la gracia de Cristo, la samaritana confesó sus pecados, se arrepintió, y fué á invitar á los suyos á que viniesen á escuchar á Jesucristo.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús hablando con la samaritana.

PRELUDIO 3.º Pide docilidad á las enseñanzas y correcciones del Señor y de sus ministros.

Punto 1.º *Modo admirable con que Jesús convirtió á la samaritana.*—Considera la destreza con que Jesús fué disponiendo á la samaritana para recibir la divina gracia, porque primeramente le descubrió el secreto de su vida licenciosa, manifestándole que sabía bien todos sus pecados, y que, aunque ella

negaba que tuviese marido, Él sabía perfectamente que había estado unida con cinco hombres, y que el actual no era suyo. Esta corrección y reprensión, no solamente no fué rechazada por la samaritana, ni se indignó por ella; sino que comenzó á venerar al Señor, teniéndole por profeta, y confesó la verdad, diciendo [1]: «Señor, veo que eres profeta», que fué decir: «Verdad es cuanto dices». Así principió la conversión de esta mujer. ¡Feliz aquel pecador que no rehusa confesar sus propias culpas! Él obtendrá finalmente el perdón, si no desiste de practicar todos los medios para alcanzarlo. En segundo lugar, la enseñó el modo de honrar y servir á Dios; el cual no se contenta con sacrificios exteriores, como creía la samaritana, y por esta causa no cuidaba de limpiar su corazón; sino que quiere ser adorado en espíritu y en verdad, esto es, dentro de nuestro espíritu, que es el templo espiritual de Dios, en donde hemos de entrar, para hablar con Dios en lo escondido [2]. En verdad, no desmintiendo con el corazón lo que dice la lengua, conformando nuestros sentimientos con la verdad de la fe, y nuestra vida con la del Salvador, y las obras exteriores con las interiores, sin fingimiento ni doblez alguna. Y esta adoración puede y debe hacerse en todo lugar, sin concretarse á uno solo, como los judíos, que sólo debían ofrecer en el templo sus oraciones y sacrificios. ¡Oh doctrina soberana, que como rocío cayó en el corazón de la samaritana, y le ablandó para que en él fructificase esta preciosa semilla! ¡Oh Padre de misericordias!; pues me habéis hecho nacer en la ley de gracia, concededme que os adore, no en un solo lugar, sino en todas partes; no con sólo el cuerpo, sino con el espíritu; no con apariencias, sino con verdad; siguiéndoos á Vos que sois camino, verdad y vida, digno de eterna honra. ¿Conocemos y confesamos nuestras propias culpas? ¿Cómo adoramos ó servimos á Jesucristo?

Punto 2.º *Benignidad de Jesús y mudanza de la samaritana.*—Considera la benignidad de Jesucristo en descubrir claramente á esta mujer pecadora una verdad que había encubierto á los escribas y fariseos soberbios, porque diciendo ella que, en viniendo el Mesías enseñaría todas las cosas, respondió el Señor [3]: «Yo soy el que hablo contigo». ¡Cuán cierto es que el Señor revela á los pequeñuelos las cosas que esconde á los sabios altivos! Pero mucho más has de ponderar la maravillosa mudanza que en el ánimo de la samaritana obró esta sola palabra de Jesús. Porque en un instante ilustró su entendimiento con verdadera fe, para que conociese quién era el que hablaba con ella, y le creyese el Mesías. Ablandó su corazón, para que aborreciese su vida y extravíos pasados, y recibiese el agua de la divina gracia. Llenóla de tal gozo interior, que, olvidada del agua por la que

[1] Joan., IV, 19. — [2] Matth., VI, 6. — [3] Joan., IV, 26.

había venido, y dejado el cántaro, volvióse á la ciudad con presteza á dar noticia de Cristo á sus conciudadanos, para que viniesen á gozar del tesoro que ella había hallado. Dióla una perfecta humildad; por lo cual no se desdeñó de infamarse á sí misma en razón de honrar á Jesucristo, publicando que le había descubierto los secretos de su mala vida, para que le tuviesen por profeta, dándote ejemplo de anunciar la verdad, como dice san Pablo [1], por infamia y buena fama. Infundióla grande prudencia en el modo de predicar á Cristo, porque no entró diciendo, «creedme, he visto un profeta; sin duda es el Mesías»; sino, conociendo su flaqueza mujeril, y que ella por sí no merecía ser creída, les decía: «Venid y ved», deseando que ellos por sus ojos viesen y se convenciesen de la verdad que les anunciaba. Finalmente: le comunicó tanto fervor y espíritu en sus palabras, que muchos salieron de la ciudad para ver á Cristo nuestro Señor, y por su causa creyeron en Él. ¿No nos confunde el celo, fervor, prudencia y humildad de la samaritana? ¿No imitaremos estas virtudes? ¡Oh riquezas de la divina gracia! ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto [2]! ¡Oh Dios mío! ¿Quién, sino Vos, pudiera tan presto trocar el corazón de esta mujer, y obrar en ella y por ella tantas maravillas? Corrido estoy de mi tibieza, al ver el fervor de esta pecadora. Ilustradme, Señor; encendedme y mudadme como á esta samaritana, para que os sirva y predique vuestras grandezas, de modo que sea digno instrumento de vuestra gloria.

Punto 3.º *Cuál es el manjar que apetece Jesucristo.*—Viniendo los Apóstoles de la ciudad de comprar los alimentos, quedaron admirados de ver á su Maestro hablar á solas con una mujer, pareciéndoles excesiva humildad en su divino Maestro trabar pláticas con ella, presuponiendo que hablaría, como lo tenía de costumbre, de cosas celestiales. Mas, admiráronse también de que hablase á solas con ella, por ser cosa tan rara en Cristo que hablase de tal modo con mujeres; pero no le dijeron nada, porque veneraban todo lo que su Maestro hacía, sin juzgar mal de cosa que hiciese. De lo cual deben los superiores sacar aviso para tener recato en semejantes pláticas, si no es en caso raro de urgente necesidad; y los súbditos tomar ejemplo para no juzgar mal ni sospechar de los dichos y hechos de sus mayores, á los cuales deben venerar como santos, acordándose de aquello del Salmo [3]: «No toquéis á mis Cristos, ni uséis de malignidad con mis Profetas». Pondera cómo, diciendo los Apóstoles al Señor que comiese, respondió [4]: «Tengo otro manjar que comer que vosotros no sabéis. Mi manjar es hacer la voluntad del que me envió, y perfeccionar su obra». Mira cuán grande estima tenía Cristo de hacer la voluntad de su Padre, que era la conver-

[1] II Cor. VI, 8. — [2] Psalm. LXXIV, 11. — [3] Psalm. CIV, 15. — [4] Joan., IV, 34.

sión de las almas; pues estando cansado y hambriento, ni quiere comer, ni gusta de ello; antes dice que su manjar es hacer esta voluntad, y no como quiera, sino con grande perfección y entereza; y aunque le había de costar hiel y vinagre, todo le pareció dulce, por ser la voluntad del que tanto amaba. Procura no te haya de decir lo que á los Apóstoles: «Como un manjar que tú no sabes»; porque si eres desobediente á la ley de Dios, y á sus inspiraciones, y á los mandatos de tus superiores, no conoces el manjar que come Cristo, ni lo pruebas, ni gustas de él, ni es para ti manjar; y así, no comiéndole, tampoco vivirás la vida de Cristo. ¡Oh dulce Jesús! Concededme que tenga por comida cumplir vuestra voluntad y no la mía, haciendo con perfección la obra que me mandáis, y comiendo con tanta hambre este manjar del alma, que me haga olvidar el manjar del cuerpo. ¿Hallamos nuestro gusto y contento en cumplir la voluntad de Dios? ¿Imitamos la prudencia de Jesús en el trato con personas de otro sexo? ¿Nos dejamos llevar de juicios desfavorables á nuestros prójimos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh Sabiduría infinita de Jesús! ¡Cómo sabe perfectamente los senderos todos por donde se ha de insinuar y penetrar en el corazón humano! Quiere convertir á la samaritana, y le pregunta por su marido, no por otro motivo, sino para traerle á la memoria su vida licenciosa, y despertar en su corazón, hasta entonces encenagado en el vicio, algún sentimiento de rubor y vergüenza saludable, que le vaya disponiendo para recibir la gracia. Él se digna enseñarla el modo de adorar, honrar y servir á Dios, no contentándose con solas obras exteriores, sino entrando en el corazón y adorándole en el espíritu, con toda verdad, sin fingimiento, hipocresía ni simulación alguna. Él la dice que es el Mesías, lo cual no había declarado nunca de un modo tan manifiesto á los mismos judíos. ¡Oh dignación infinita de Jesús! Pero, ¡qué cambio obra en la Samaritana esta sublime revelación! Antes era incrédula y trataba con menosprecio á Cristo; ahora es fiel y le cree Mesías: antes apegada al mundo y á sus falsos bienes; ahora pura y limpia de todo afecto desordenado: antes soberbia; ahora humilde hasta declarar públicamente sus delitos: antes cobarde para lo bueno y atrevida para lo malo; ahora animosa para el bien y enemiga de todo mal; y de escandalosa pecadora se convierte en prudente y celosa predicadora de Jesucristo. Así sabe el Señor mudar los corazones; y esto es lo que le contenta, deleita y da gusto; este es su manjar: la conversión de las almas, el buscar la gloria de su Padre, y cumplir su voluntad santísima. ¡Ojalá fuese también este nuestro alimento! Mas, ¿qué quiere de nosotros el Señor? ¿Cómo trabajamos para salvar las almas? ¿Hallamos gusto y suavidad en cumplir la voluntad de Dios? ¿Es este nuestro regalado y nutritivo manjar? Posible es que busquemos más bien nuestro contento en cumplir nuestra voluntad con olvido de la divina. Si de

esto nos remuerde la conciencia, formemos serios y firmes propósitos, confirmémoslos con fervientes súplicas, y no olvidemos rogar por las demás necesidades.

93.—DE LA MUJER ADÚLTERA.

PRELUDIO 1.° Presentaron á Jesús una mujer adúltera, para que la sentenciase según la ley; mas Él, no sólo no la sentenció, sino que la libró de sus acusadores y la perdonó sus pecados.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús escribiendo en el suelo, y á los acusadores de la mujer que se van marchando.

PRELUDIO 3.° Pide grande odio al pecado y compasión del pecador.

Punto 1.° *Jesús oyó la acusación de los fariseos, y se puso á escribir en el suelo.*—Considera cómo los fariseos, deseosos de tentar á Jesús, le presentaron una mujer cogida en adulterio, preguntándole si la apedrearían ó no [1]. Esto hacían para tener ocasión de acusarle de poco misericordioso, en el caso en que la condenase, ó de transgresor de la ley, en el caso en que la absolviese. ¡Cuánta es la malicia del hombre, que se atreve á tentar al mismo Dios! Pondera cómo Jesús, oyendo la pregunta de los fariseos, se inclinó y comenzó á escribir con el dedo en la tierra. Esto hizo para manifestar el poco caso que hacía de aquella pregunta capciosa, porque ni le tocaba entonces el ser juez [2] de aquella causa en el juicio exterior, ni se quería meter en ella; enseñando que los que se han dedicado al servicio de Dios, no se deben implicar ni enredar en negocios seglares [3], que no les tocan. Además, quiso significar que los asuntos graves, en los que se interesa la honra y vida del prójimo, no deben tratarse precipitadamente, sino despacio, con mesura y prudencia, escribiendo, leyendo y entendiendo bien lo que pasa, porque muchas veces los hombres se engañan, juzgando por malo lo que no lo es, y condenando por criminal á un inocente. Pretendió también recordar á aquellos acusadores, que con tanta malicia procedían, que Él era el mismo Dios que había escrito la ley en tablas de piedra, escribiendo en ella, no sólo un mandamiento contra la adúltera, sino también otro contra los que faltasen á la caridad en la acusación, ó en el modo, ó en la intención que tenían al hacerla, en lo cual estaban ellos incluídos. Pondera cómo, aunque no dicen los Evangelistas lo que escribió el Señor, creen muchos doctores [4] que escribía los pecados de los acusadores, como diciéndoles [5]: «Veis la paja en el ojo de vuestro hermano, y no veis la viga que tenéis atravesada en el vuestro». Porque aquellos miserables estaban tan ciegos con su

1 Joan., VIII, 3. — 2 Luc., XII, 14. — 3 II Tim., II, 4. — 4 S. Ambr., S. Jeron., etc.
5 Matth., VII, 3.

pasión, y tan embebidos en acusar á la mujer para salir con su intento, que no advertían en sus propias culpas, y sólo en encarecer las ajenas. ¿Imitas tú á los fariseos, poniendo ocasión de tropiezo á tu prójimo? ¿Sigues el ejemplo de Jesús en los juicios acerca de tus hermanos? ¡Oh Maestro del cielo! Esclareced los ojos de mi alma para que vea las vigas de mis pecados, sin meterme temerariamente en los ajenos; aumentad en ella la caridad para qué, mirando á mis prójimos con ojos misericordiosos, me mire á mí sólo con ojos severos, juzgándome con aquel rigor que por Vos he de ser juzgado en la muerte.

Punto 2.º *Jesús confundió á los fariseos, diciendo que arrojase la primera piedra aquel que estuviese limpio de culpa.*—Considera cómo, perseverando los fariseos en su pregunta, se levantó el Señor, y les dijo: «El que de vosotros esté sin pecado arroje la primera piedra»; y luego continuó escribiendo. En lo cual has de ver la divina prudencia de tu Salvador: porque sin ir contra la ley, ni condenar á la mujer, confundió á los acusadores, y esto con gran rectitud, como lo indica la acción de levantarse y ponerse derecho para pronunciar la sentencia. Mas pondera cómo con esta palabra revolvió el Señor las conciencias de aquellos malvados acusadores, trayéndoles á la memoria las muchas iniquidades que habían cometido y tenían muy olvidadas; para que así, confundidos de sus propias culpas, cesasen de acusar á la mujer y de pedir su muerte, porque ellos la tenían muy más merecida. Y así sucedió, porque luego comenzaron á marcharse, avergonzados, uno en pos de otro, principiando los más viejos, los cuales, como encanecidos en las culpas, no podían soportar la presencia de aquel Señor que con tanta claridad las veía. ¡Cuán grande será la confusión del pecador en la hora de su muerte y del juicio, cuando aparezca delante de Dios, sin poder esconder sus pecados, que tan ocultos estaban á las miradas de los hombres. Pero mira cómo el Señor, para darles lugar á que hiciesen lo que debían hacer, se inclinó segunda vez á escribir en tierra, dejando á la conciencia de ellos el aplicar la sentencia. Mas los desventurados, movidos por el orgullo, menospreciaron la ocasión; y aunque conocieron sus culpas y se confundieron por ellas, no quisieron confesarlas con verdadero dolor delante del Juez que los podía perdonar, sino que corridos se fueron de su presencia: en lo cual se ve la diferencia entre varios pecadores; porque unos, muy obstinados en su pecado, no lo confiesan, sino huyen de Dios, y quieren esconderse de Él, como Adán [1]; pero otros, tocados de la gracia, como el publicano y la Magdalena, corren á Dios para que los perdone. ¡Oh Padre misericordiosísimo y Juez justo! Aunque conozco mis culpas, no quiero huir de Vos, como huyeron estos hijos del Adán terreno,

[1] Gen., III, 10.

imitando á su propio padre; antes, Señor, porque soy pecador, vengo á vuestra presencia, como enfermo al médico, confesando con vergüenza mis culpas, para que me concedáis entero perdón de ellas. ¿No nos admira la prudencia y caridad de Jesús en defender á los pecadores? ¿No confiaremos en Él? ¿Nos atreveremos á juzgar á nuestros prójimos siendo nosotros tan pecadores?

Punto 3.º *Jesús despide con caritativas palabras á la adúltera y la perdona.*—Considera cómo, levantándose segunda vez Jesús, dijo á la mujer: «¿Dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, dijo ella. Díjola Jesús: Ni yo te condenaré; vete y no quieras más pecar [1]». Acerca de esto observa cómo Jesús se levantó dos veces de donde estaba inclinado, escribiendo en la tierra; la una, para mirar á los fariseos y confundirlos con su justicia; la otra, para mirar á esta pobre mujer y darla libre con su misericordia. Porque los ojos de Dios miran á los pecadores rebeldes para castigarlos, y á los pecadores contritos para perdonarlos; y en ambas cosas es recto, justo y santo, como dice David [2]; empero, después que miró á los fariseos, se tornó á inclinar por no verlos, como indignos de su vista y como gente de cuya presencia se apartaba por ser indigna de ella; mas á esta mujer miróla con misericordia y despidióla con buena gracia, porque estaba contrita y humillada. Pondera también cómo, libre esta mujer de los acusadores y estando sola delante de Jesús, se compungió de su pecado grandemente, avergonzándose de haberle cometido, y esperando la sentencia del Señor, en cuya presencia estaba; pero Jesús la consoló, diciéndole: «¿Dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado?» Como quien dice: De Mí has recibido este bien, que los acusadores se hayan ido, dejándote libre. Y pues ellos no te condenan, no seré Yo más cruel que ellos; y así, ni Yo te condenaré, porque no vine á condenar pecadores, sino á salvarlos; por tanto, vete libre. Con lo cual, no sólo la libró de la muerte temporal, sino de la eterna, y también de la culpa que la hacía merecedora de una y otra. ¡Cuán agradecida quedaría á Jesús esta pobre pecadora! ¡Cómo grabaría en su memoria y cumpliría exactamente el encargo que la hizo, diciéndola: No quieras más pecar! ¡Oh dulcísimo y misericordiosísimo Jesús, amparo y refugio de los pecadores! ¿Con qué os pagaré, Señor, el amor y cuidado que conmigo tenéis [3]? ¿Quién se atreverá á acusarme y condenarme, si Vos me justificáis y dais por libre? ¿Cómo no me fiaré de vuestra misericordia, si en vuestra presencia se deshace toda mi miseria [4]? ¡Oh alma! ¿Cómo pagarás á Jesús el cuidado que tiene de ti? ¿Te ha dicho alguna vez: No peques más? ¿Cómo has obedecido á este mandato?

[1] Joan., VIII, 11. — [2] Psalm. XXXIII, 7; CXLIV, 17. — [3] Rom., VIII, 34.
[4] Psalm. CXVIII, 134.

Epílogo y coloquios. ¡Oh astucia luciferina de los fariseos! Pretenden tentar á Dios una y otra vez; le tienden cada día nuevos lazos, y hacen preguntas capciosas para tener ocasión de acusarle. ¡Vana pretensión! Jesús burla todos sus intentos, y los deja enteramente confundidos. Hoy le presentan una mujer adúltera, para que la imponga la pena prescrita en la ley de Moisés; Jesús, que lee en sus corazones y los ve más corrompidos que el de la pobre pecadora, sin contestar una sola palabra, se inclina y escribe en tierra, tal vez los pecados de ellos. Insisten en la acusación; apremian al Señor á que dé el fallo; no quieren demoras; y entonces Jesucristo se levanta, y mirándolos con ojos severos, les dice: «Aquel de vosotros que se halle sin pecado, arroje primero la piedra». ¡Oh sentencia justísima, rectísima y terrible para los acusadores! Ciertamente que ellos no la esperaban. Ella les ha descorrido el velo que encubría sus propios pecados, y al verlos en toda su deformidad, no se atreven á permanecer más tiempo delante de un Señor que los conoce muy á fondo, y así, corridos de vergüenza, van desfilando todos, empezando por los más ancianos, que, á imitación de los detractores de Susana, quizá estaban también encanecidos en la maldad[1]. El Señor ha triunfado una vez más de la astucia maliciosa de los fariseos. Ya se levanta para dar una mirada compasiva á la pobre mujer que, sola, compungida, avergonzada y en pie, está delante de Jesús, esperando la sentencia. Vete en paz, la dice, y no vuelvas á pecar. ¡Oh caridad de Jesús! ¿Quién no os amará? ¿Quién no confiará en Vos? ¿Sentimos nosotros que nuestras almas han sido infieles á Dios, posponiéndole á las criaturas? Pues ¿por qué no acudimos á Jesús, pidiendo misericordia? ¡Ah! Si viéramos y conociéramos la fealdad de nuestras culpas, ¡con cuánto rubor nos presentaríamos á Jesús! Propongamos hacer cuanto nos sea necesario para conocerlas y detestarlas, y para lograrlo, pidamos auxilios al Señor, y roguemos por todas las cosas que se nos han encomendado.

94.—CONVERSIÓN DE ZAQUEO.

PRELUDIO 1.º Deseoso Zaqueo de ver á Jesús, subióse á un árbol; el Señor le llamó, pidiéndole hospedaje en su casa, y estando en ella, convirtióse él con toda su familia.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo llamando á Zaqueo.

PRELUDIO 3.º Pide obediencia al llamamiento de Jesucristo.

Punto 1.º *Deseos de Zaqueo de ver á Jesús.*—Había en Jericó un hombre rico llamado Zaqueo, el cual era como el príncipe de los arrendadores de los tributos, y, por consiguiente, reputado entre los judíos por hombre muy injusto y ladrón; y

[1] Dan., XIII, 52.

deseando ver á Jesús, y no pudiendo por ser bajo de estatura, corriendo se subió á un árbol para verle al paso[1]. Considera aquí cómo el principio de la conversión de Zaqueo fué un deseo vehemente de ver á Jesús, inspirado por Dios, y de conocerle de vista, confiando que esta sola vista le dejaría medrado, y no le engañó su corazón. Tal suele ser siempre el principio de nuestro remedio: ver con viva fe á Jesucristo nuestro Redentor, y conocerle del modo que pasó y vivió en este mundo, figurado por Jericó; mirarle pobre, manso, humilde y crucificado por amor á los hombres; porque nada hay que tan eficazmente descubra la malicia del pecado, la terribilidad de la justicia de Dios, y la severidad de los divinos castigos, como esta vista. Y si la vista de la serpiente de metal, puesta en un palo[2], bastó para curar las heridas de los israelitas mordidos por las serpientes, mucho más bastará la vista de un Dios crucificado para disponernos á recibir el perdón de los pecados. Reflexiona la eficacia de este deseo de Zaqueo, y la diligencia que puso en cumplirle, atropellando la honra mundana y el qué dirán todos, viendo á un hombre rico y principal correr como un niño y subirse encima de un árbol. Es de creer que los pasajeros harían burla de él, sobre todo al verle tan pequeño de estatura. Por este ejemplo debes entender que, cuando Dios te inspirare buenos deseos, has de atropellar la honra del mundo, en razón de cumplirlos, por salvarte; y, como Zaqueo, has de subir sobre el árbol sicomoro, que es higuera loca[3] y silvestre, hollando los regalos del mundo y sus riquezas y honras, abrazando lo que él tiene por locura, que es la cruz de Cristo. ¡Oh buen Jesús, que por mi causa subisteis al árbol de la cruz, donde fuisteis despreciado y mofado de los hombres! Dadme gracia para que yo también suba á este árbol, que es sabiduría para los escogidos y locura para los mundanos[4]; porque cierto estoy que, si subo á él con espíritu, luego me miraréis como á Zaqueo con ojos de misericordia. ¡Oh alma! ¿No sientes en ti deseos de ver y conocer á Jesús? ¿No suspiras por conservar su dulce y provechosa presencia? ¿Qué medios practicas para esto?

Punto 2.º *Jesús llamó á Zaqueo, pidiéndole hospedaje en su casa.*—Considera cómo Jesucristo, rico en bondad y misericordia, deseoso de complacer á Zaqueo, al llegar al lugar donde estaba, levantó los ojos, y hablóle, diciendo: «Zaqueo, presto baja de ahí, porque conviene que Yo me hospede hoy en tu casa». Fija tu atención en cada una de estas palabras, que tienen particular misterio. Llámale primeramente por su propio nombre, para que entendiese que, aunque nunca le había visto, le conocía bien, y sabía su nombre y le tenía escrito en el libro de la vida, y deseaba henchir el vacío de él, porque Zaqueo

[1] Luc., XIX, 1. — [2] Num., XXI, 9. — [3] Teophilac.; S. Gregor. — [4] I Cor., I, 23.

Epílogo y coloquios. ¡Oh astucia luciferina de los fariseos! Pretenden tentar á Dios una y otra vez; le tienden cada día nuevos lazos, y hacen preguntas capciosas para tener ocasión de acusarle. ¡Vana pretensión! Jesús burla todos sus intentos, y los deja enteramente confundidos. Hoy le presentan una mujer adúltera, para que la imponga la pena prescrita en la ley de Moisés; Jesús, que lee en sus corazones y los ve más corrompidos que el de la pobre pecadora, sin contestar una sola palabra, se inclina y escribe en tierra, tal vez los pecados de ellos. Insisten en la acusación; apremian al Señor á que dé el fallo; no quieren demoras; y entonces Jesucristo se levanta, y mirándolos con ojos severos, les dice: «Aquel de vosotros que se halle sin pecado, arroje primero la piedra». ¡Oh sentencia justísima, rectísima y terrible para los acusadores! Ciertamente que ellos no la esperaban. Ella les ha descorrido el velo que encubría sus propios pecados, y al verlos en toda su deformidad, no se atreven á permanecer más tiempo delante de un Señor que los conoce muy á fondo, y así, corridos de vergüenza, van desfilando todos, empezando por los más ancianos, que, á imitación de los detractores de Susana, quizá estaban también encanecidos en la maldad[1]. El Señor ha triunfado una vez más de la astucia maliciosa de los fariseos. Ya se levanta para dar una mirada compasiva á la pobre mujer que, sola, compungida, avergonzada y en pie, está delante de Jesús, esperando la sentencia. Vete en paz, la dice, y no vuelvas á pecar. ¡Oh caridad de Jesús! ¿Quién no os amará? ¿Quién no confiará en Vos? ¿Sentimos nosotros que nuestras almas han sido infieles á Dios, posponiéndole á las criaturas? Pues ¿por qué no acudimos á Jesús, pidiendo misericordia? ¡Ah! Si viéramos y conociéramos la fealdad de nuestras culpas, ¡con cuánto rubor nos presentaríamos á Jesús! Propongamos hacer cuanto nos sea necesario para conocerlas y detestarlas, y para lograrlo, pidamos auxilios al Señor, y roguemos por todas las cosas que se nos han encomendado.

94.—CONVERSIÓN DE ZAQUEO.

PRELUDIO 1.º Deseoso Zaqueo de ver á Jesús, subióse á un árbol; el Señor le llamó, pidiéndole hospedaje en su casa, y estando en ella, convirtióse él con toda su familia.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo llamando á Zaqueo.

PRELUDIO 3.º Pide obediencia al llamamiento de Jesucristo.

Punto 1.º *Deseos de Zaqueo de ver á Jesús.*—Había en Jericó un hombre rico llamado Zaqueo, el cual era como el príncipe de los arrendadores de los tributos, y, por consiguiente, reputado entre los judíos por hombre muy injusto y ladrón; y

[1] Dan., XIII, 52.

deseando ver á Jesús, y no pudiendo por ser bajo de estatura, corriendo se subió á un árbol para verle al paso[1]. Considera aquí cómo el principio de la conversión de Zaqueo fué un deseo vehemente de ver á Jesús, inspirado por Dios, y de conocerle de vista, confiando que esta sola vista le dejaría medrado, y no le engañó su corazón. Tal suele ser siempre el principio de nuestro remedio: ver con viva fe á Jesucristo nuestro Redentor, y conocerle del modo que pasó y vivió en este mundo, figurado por Jericó; mirarle pobre, manso, humilde y crucificado por amor á los hombres; porque nada hay que tan eficazmente descubra la malicia del pecado, la terribilidad de la justicia de Dios, y la severidad de los divinos castigos, como esta vista. Y si la vista de la serpiente de metal, puesta en un palo[2], bastó para curar las heridas de los israelitas mordidos por las serpientes, mucho más bastará la vista de un Dios crucificado para disponernos á recibir el perdón de los pecados. Reflexiona la eficacia de este deseo de Zaqueo, y la diligencia que puso en cumplirle, atropellando la honra mundana y el qué dirán todos, viendo á un hombre rico y principal correr como un niño y subirse encima de un árbol. Es de creer que los pasajeros harían burla de él, sobre todo al verle tan pequeño de estatura. Por este ejemplo debes entender que, cuando Dios te inspirare buenos deseos, has de atropellar la honra del mundo, en razón de cumplirlos, por salvarte; y, como Zaqueo, has de subir sobre el árbol sicomoro, que es higuera loca[3] y silvestre, hollando los regalos del mundo y sus riquezas y honras, abrazando lo que él tiene por locura, que es la cruz de Cristo. ¡Oh buen Jesús, que por mi causa subisteis al árbol de la cruz, donde fuisteis despreciado y mofado de los hombres! Dadme gracia para que yo también suba á este árbol, que es sabiduría para los escogidos y locura para los mundanos[4]; porque cierto estoy que, si subo á él con espíritu, luego me miraréis como á Zaqueo con ojos de misericordia. ¡Oh alma! ¿No sientes en ti deseos de ver y conocer á Jesús? ¿No suspiras por conservar su dulce y provechosa presencia? ¿Qué medios practicas para esto?

Punto 2.º *Jesús llamó á Zaqueo, pidiéndole hospedaje en su casa.*—Considera cómo Jesucristo, rico en bondad y misericordia, deseoso de complacer á Zaqueo, al llegar al lugar donde estaba, levantó los ojos, y hablóle, diciendo: «Zaqueo, presto baja de ahí, porque conviene que Yo me hospede hoy en tu casa». Fija tu atención en cada una de estas palabras, que tienen particular misterio. Llámale primeramente por su propio nombre, para que entendiese que, aunque nunca le había visto, le conocía bien, y sabía su nombre y le tenía escrito en el libro de la vida, y deseaba henchir el vacío de él, porque Zaqueo

[1] Luc., XIX, 1. — [2] Num., XXI, 9. — [3] Teophilac.; S. Gregor. — [4] I Cor., I, 23.

quiere decir puro ó justificado, y hasta entonces era un nombre falso, y quería que fuese verdadero. Dícele que se dé prisa en bajar para descubrir las grandes ganas que tiene de hacerle bien y de apresurar su justificación, y que no quiere perder un punto de tiempo ni la ocasión de santificarle, antes que se enfríen los deseos; con lo cual enseña á los que trabajan en la conversión de las almas á que, en viéndolas tocadas de Dios, las den prisa á que cumplan sus propósitos, antes que el cierzo de la tentación les hiele, ó el estío de la persecución los marchite. Por la misma causa añade el Salvador á Zaqueo que hoy quiere entrar y hospedarse en su casa, no mañana ú otro día, porque no gusta que se difieran los propósitos para el día siguiente, si se pueden cumplir en el día de hoy, porque el día de hoy es seguro y el de mañana es incierto; y así, quiere que hoy, con prisa y con fervor, tratemos de hospedarle, porque quizá mañana querremos y no podremos, ó Él se pasará y nos dejará en blanco, porque perdimos la ocasión que nos ofreció. Finalmente: no se contenta con estar de paso, sino que quiere *manere*, estar de asiento en ella hasta hacer toda la obra que pretende; porque lo que tanto importa no lo toma el Señor de paso, sino de asiento. Y aunque se da prisa en venir, no se da prisa en salir, si no fuere echado del alma donde entra. ¿Hemos oído nosotros la voz de Jesús que interiormente nos llama? ¿Qué desea de nosotros? ¿Cómo accedemos á su deseo? ¡Oh Hijo del Padre eterno, con el cual venís al alma que os ama, y hacéis morada en ella! Venid, Señor, á la mía, y estad en ella con firmeza, de modo que nunca la dejéis, ni ella dé en tal locura que os eche de sí.

Punto 3.º *Conversión sólida de Zaqueo.*—Considera cómo, oyendo Zaqueo que Jesús le llamaba, vivamente reconocido á tal benignidad, con pronta obediencia bajó al instante del árbol, y con grande gozo le hospedó en su casa. ¡Cuán admirable obediencia! ¡Qué puntual! ¡Qué alegre! ¡Cuán sin excusa, ni encogimiento, ni vanos pretextos de falsa humildad! Pondera cómo, tocado Zaqueo de la divina gracia, por ocasión de las amorosas palabras que le diría el Señor antes ó después de comer, se convirtió tan de veras, que, puesto en pie delante de Jesús, para significar lo pronto que estaba para cumplir sus propósitos, dijo: «La mitad de mis bienes, doy á los pobres; y si en alguna cosa engañé á alguno, le vuelvo cuatro doblado». No dice daré y volveré, sino doy ó pago, luego lo ejecuto; y es tan cierto, como si ya lo hubiera hecho, al modo que decía David [1]: «Á la mañana, mató todos los pecadores de la tierra»; porque con tantas veras proponía hacer esto, que ya lo daba por hecho. Con esta misma eficacia has de hacer tú los propósitos, de modo que luego comiences á ponerlos en práctica, confiando en la divina

[1] Psalm. c, 8.

gracia, como David, el cual diciendo [1]: «Ahora comienzo,» luego añadió: «Esta mudanza de la diestra es del muy Alto». Pero más hay que ponderar en este propósito de Zaqueo, siendo no de cosa fácil, sino muy dificultosa, y no de cosa obligatoria solamente, sino de cosa voluntaria y de consejo; porque con ser muy rico, y estar muy pegado á sus riquezas, y parte de ellas quizá mal ganadas llevado de la codicia, de repente divide su hacienda en dos partes, y la mitad quiere dar á los pobres, haciendo limosna por sus pecados; y de la otra mitad quiere pagar lo que debe de justicia, volviendo, no sólo lo que tomó, sino el cuatro doblado, para más asegurarse; y, por consiguiente, le quedaba tan poco, que era como deshacerse de toda su hacienda, para seguir á Cristo con perfección. ¡Oh Salvador del mundo! ¡Con cuánta verdad dijisteis [2], que aunque era más fácil entrar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el cielo; pero que es posible á Dios lo que es imposible á los hombres! Hacedme, Señor, posible por vuestra gracia lo que es imposible á mi flaca naturaleza. ¡Oh alma religiosa! Avergüénzate de tu tibieza al ver el fervor de Zaqueo, y examina si obedeces, como él, á la voz de Cristo, y si tu conversión y penitencia es generosa como la suya.

Epílogo y coloquios. ¡Con qué bondad y sabiduría busca el Salvador las ocasiones oportunas para hacer bien á las almas! Se dirige á Jericó, en cuya ciudad hay un hombre rico, y de triste fama entre sus habitantes, pero vaso de elección para Jesucristo. Inspírale un vivo deseo de verle pasar, y, estimulado por él, Zaqueo, que era bajo de estatura, corre á subirse á un árbol, para contemplar á su placer y sin estorbo al Redentor del mundo. ¡Feliz publicano! ¡Prepárate para el mayor de los favores que hasta ahora recibiste! Jesús le mira, y le llama por su nombre, aunque nunca quizá le había visto, y le encarga que baje apresurado del árbol, y que quiere hospedarse en su casa. ¡Qué sentiría en este momento Zaqueo! ¡Cómo alabaría en su corazón la bondad y misericordia de Jesús! ¡Con qué humildad, agradecimiento, confusión propia y amor encendido, se acercaría á Cristo, le adoraría, y le entraría en su casa, y le pondría todo á su disposición! Mas en donde entra Jesús, entra también la gracia y es arrojado el pecado y toda injusticia. Así le sucedió á Zaqueo, el cual no se contentó con llorar como otros pecadores sus culpas, sino, pisando todas las cosas mundanas, da á los pobres la mitad de sus bienes y restituye el cuádruple de todo lo que había usurpado. Al ver el bien inmenso que causó en Zaqueo la visita de Jesús, ¿no deseamos nosotros que nos visite? ¿Cómo lo recibimos cuando viene á nosotros en la comunión? ¿Qué le hemos de ofrecer para que pueda quedar contento de nosotros? ¿Qué virtud nos es más necesaria? ¿Qué defecto es en nosotros

[1] Psalm. LXXVI, 11. — [2] Matth., XIX, 24, 26.

más habitual y pernicioso? Meditémoslo con cuidado; propongamos con decisión la enmienda, y supliquemos con encendido fervor.

95.— LIBRA JESÚS DEL DEMONIO Á LA HIJA DE LA CANANEA.

PRELUDIO 1.° Una mujer cananea pidió á Jesús librara á su hija del demonio, y aunque al parecer no le hacía caso, movido de sus instancias le concedió cuanto le pedía.

PRELUDIO 2.° Represéntate á esta pobre mujer clamando en pos de Jesús.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar las virtudes de esta mujer, especialmente su fe.

Punto 1.° *Virtudes que descubrió la cananea en la súplica que dirigió á Jesús.*— Caminando Jesús hacia la parte de Tiro y Sidón, salió al encuentro una mujer gentil cananea, diciéndole á voces [1]: «Señor, hijo de David, tened misericordia de mí, porque mi hija se halla atormentada del demonio». En cuyas palabras, esta ilustre mujer practicó varias y excelentes virtudes. La primera fué grande fe y confianza, sintiendo altamente de Cristo nuestro Señor, confesándole por Señor y por Mesías, y por poderoso para echar los demonios, y tan poderoso, que bastaba sólo quererlo ó mandarlo; y así no dice: rogad por mí, sino tened misericordia de mí y ayudadme, proponiendo en breves palabras su miseria al que creía que la podía remediar. La segunda fué grande caridad, con la cual miraba los males de su hija como propios; y así no dijo: tened misericordia de mi hija, sino de mí. Con ella juntó profunda humildad, porque tal vez atribuía á sus pecados, más que á los de su hija, el ser atormentada del demonio; en cuyas dos virtudes suelen señalarse los santos, atribuyendo á sus pecados los males, las culpas y las desgracias del mundo. De esta humildad nació la profunda reverencia con que oró; porque, como dice san Marcos [2], se postró á los pies de Jesucristo y le adoró. Á estas virtudes añadió la oración con grande afecto y constancia, como lo demuestran así los clamores que daba, salidos de lo íntimo de su corazón, como el seguir á Cristo, yendo tras Él multiplicando sus peticiones. Con estas virtudes has de acompañar tu oración; y cuando te vieres tentado de algún vicio de soberbia, gula ó ira, postrado á los pies de Cristo, le has de decir muchas veces: «Señor, hijo de David, tened misericordia de mí, porque mi alma está muy atormentada del demonio de la soberbia». Y cuando ves algún prójimo tuyo estar rendido al vicio, tomando como propia su miseria, has de decir igualmente: «Señor, hijo de David, tened misericordia de mí, que mi hermano se halla en gran peligro». ¡Oh Maestro soberano! Vos, y no otro, enseñasteis á esta dichosa mujer á que con la oración ferviente y confiada juntase fe viva, humildad profunda y caridad encendida, porque queríais despachar favorablemente su petición; haced también que yo la imite en ella, para que mis oraciones sean también oídas. ¿Reune nuestra oración estas condiciones? ¿Juntamos con ella la práctica de estas virtudes?

[1] Matth., xv, 21. — [2] Marc., vii, 25.

Punto 2.° *Pruebas á que sometió Jesús la fe de la Cananea.*— Considera las duras pruebas á que sujetó el Señor á esta mujer antes de concederla lo que pedía. Primeramente, no quiso responderla palabra, y perseverando ella en clamar, lo hizo, pero con aparente desprecio [1], diciendo: «No es bueno quitar el pan de los hijos y darlo á los perros». En lo cual puedes ponderar que, si Jesucristo callaba y no contestaba á los clamores de la mujer, no era por desprecio, sino para que con aquella dilación creciesen en ella más los deseos; y si después llegó á motejarla de perra é indigna de ello, fué para probarla y humillarla, porque propio es de Jesús probar antes con la humillación á aquellos que pretende ensalzar [2]; y así, cuando te vieres más humillado y afligido, piensa que está muy próximo tu remedio y exaltación. Pondera luego cuán bien llevó la cananea esta prueba del Señor; porque aunque oyó de los labios de Jesús palabras muy ásperas y duras, no se indignó, ni quejó, ni murmuró de Cristo, ni cesó de su demanda, sino que, con gran constancia, perseveró en ella. Además, con rara humildad, confesó lo que era, diciendo: «También los perritos comen de la mesa de los señores»; que fué decir: «Así es, Señor, que soy perra y gentil, y aun perrilla desaprovechada, que no merezco que se haga caso de mí». Y pasando más adelante en esta virtud, ni aun se creyó digna de comer las migajas que se dan á los perrillos, porque no le pidió que le diese alguna, sino calló, dejándolo todo á la generosidad y misericordia del Señor. Por último, demostró una gran prudencia, porque de las mismas palabras de Cristo nuestro Señor y de su propia bajeza, sacó títulos para negociar lo que pedía, como quien dice: Si soy perra, también los señores sustentan, no sólo á los hijos, sino á los perrillos, con las migajas que caen de su mesa. Con este mismo espíritu has de decir á Cristo: ¡Oh Rey del cielo, que estáis en vuestro reino sentado á la mesa con los bienaventurados, dando espléndida comida á vuestros hijos! Á vuestra presencia vengo como cachorrillo, esperando alguna migaja de pan de las que de esa mesa se caen para los que viven en la tierra. Mirad, Señor, que, aunque como perro sea indigno de ello, yo quiero dejar de serlo, y por esto os pido ese pan que tiene la virtud de convertir los perros en hijos vuestros. ¡Oh alma! Mira bien la humildad, perseverancia y prudencia de la cananea, y escudriña si sabes imitar estas virtudes. ¿Cuándo y cómo debes hacerlo?

Punto 3.° *Jesús alabó la fe de la cananea, y la concedió*

[1] Matth., xv, 26. — [2] S. Bern.

lo que pedía.—Considera cómo, oyendo Jesús las palabras de la Cananea, y viendo cuán bien había sabido aprovecharse de la prueba á que sujetó, la respondióla con muestras de admiración [1]: «¡Oh mujer! Grande es tu fe: hágase lo que quieres; por esta palabra que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija»; y al punto salió, y quedó sana la endemoniada. Mira cuánto gusto recibe Cristo nuestro Señor cuando ve un alma humilde, sufrida y confiada; cómo la alaba y engrandece, y cómo la cumple sus deseos, y la da todo cuanto le pide. Este afecto declaró con aquella exclamación: «¡Oh mujer; grande es tu fe!» Y ¡qué grande sería, pues un Dios inmenso é infinito, no vacila en calificarla de grande! Á los Apóstoles llamó muchas veces Cristo nuestro Señor hombres de poca fe [2]; á esta mujer cananea llama el mismo Señor mujer de grande fe. Pondera la causa porque honra y alaba Jesucristo á aquellos que tienen esta grande fe; la cual no es otra que la honra y gloria que recibe de ellos, porque con esta grandeza de fe sienten altamente de Jesús y de sus atributos, de su bondad infinita tan inclinada á hacer bien á todos, de su providencia soberana, en cuyos brazos confiadamente se arrojan, y de su poder inmenso, en el cual con seguridad confían; y propio es de Jesús honrar á los que le honran. Finalmente: debes notar la última palabra de Cristo: «Por esto que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija». En la cual Cristo nuestro Señor atribuye la salida del demonio á la palabra humilde de la cananea, porque la humildad espanta á los demonios, y los hace huir de los cuerpos y de las almas. ¿Cuándo llegaremos á tener la fe de la cananea? ¿Por qué nos dejamos dominar de nuestro enemigo, pudiendo vencerle tan fácilmente con la humildad? ¡Oh Redentor mío! Poned en mi corazón y en mi lengua palabras de verdadera humildad, con las cuales, en virtud vuestra, destierre de mi alma y de las de mis prójimos todos los demonios que las atormentan, para que, libres de su servidumbre, os sirvamos en justicia y santidad.

Epílogo y coloquios.—¡Qué virtudes tan ilustres y escogidas puso el Señor en el espíritu de la cananea! Su fe es tan sólida, que con toda certeza y sin duda alguna confiesa á Jesús por hijo de David, Señor de todas las cosas, Omnipotente para echar los demonios con un acto de su voluntad. Su caridad tan encendida, que mira como propios los males de su hija. Su humildad tan profunda, que se tiene tal vez por culpable en lo que no hay culpa de su parte. Y su oración es tan fervorosa y perseverante, que ni las negativas ni las dilaciones son parte para que cese en ella ó afloje en su fervor. Mas, ¡oh admirable providencia del Señor!; todo parece que hace esperar que Jesús accederá al momento á la súplica de esta pobre madre. La necesidad es grande,

[1] Matth., xv, 28. — [2] Matth., vi, 30; viii, 26; xiv, 31; xvi, 8.

la oración es exquisita, las virtudes que la acompañan son sublimes. los mismos Apóstoles interceden por ella; sin embargo, Jesús nada contesta por de pronto; y si después de instado habla, es para responder la palabra más dura que ha salido de sus labios y que menos se podía esperar. ¡Á qué pruebas tan severas y rigurosas sabe el Señor sujetar á las almas que quiere subir á elevada perfección! ¡Felices las que, como la cananea, salen bien de tales pruebas! Si, al modo que esta mujer, aciertan á humillarse y sufrir pacientemente la prueba, y de ella saben sacar nuevos motivos de confianza, Jesús, complacido de ellas, alabará su fe, despachará favorablemente sus súplicas, y aun las honrará delante de su Padre y de los ángeles del cielo. ¿Deseamos nosotros obtener tales y tan grandes bienes? ¿Cómo practicamos las virtudes que nos enseña la cananea? ¿De qué modo nos portamos en las pruebas á que nos somete la Providencia? ¿Nos quejamos de las dilaciones en concedernos lo que pedimos? Esperemos confiados, esmerémonos en la oración, y no dudemos que el socorro del cielo no se hará esperar; mas entretanto hagamos propósitos, y roguemos con confianza por nuestra santificación, por la de nuestros hermanos y por todas las demás necesidades.

96.—SANA JESUCRISTO AL CRIADO DEL CENTURIÓN.

PRELUDIO 1.º **Rogado el Señor para que sanase á un criado de un Centurión, se ofreció á ir á verle; mas diciéndole el Centurión que no era digno de tal honor, alabó su fe y sanó al siervo.**

PRELUDIO 2.º **Represéntate á Jesús oyendo el humilde recado del Centurión, y alabando su fe.**

PRELUDIO 3.º **Pide los sentimientos de humildad, reverencia y confianza de este Centurión.**

Punto 1.º *Virtudes del Centurión.*—Un Centurión que moraba en Cafarnaum, tenía un criado enfermo, y no atreviéndose á ir personalmente á Cristo, le envió un recado, diciendo [1]: «Señor, un criado, en mi casa, está con perlesía y muy atormentado». Considera primeramente cuán grande es la piedad de este Centurión, pues tan solícito está de la salud, no de su hijo, como la cananea, sino de su siervo y esclavo, amando con caridad á los pequeñuelos, sin otras obras que hacía, reparando las sinagogas, y haciendo mucho bien á los judíos con ser él gentil. Pondera también su profunda humildad, por la cual se creía indigno de parecer delante de Cristo nuestro Señor, y de ir en persona donde Él estaba, pareciéndole que era tan malo, y el Señor tan bueno, que no era digno de estar delante de Él; y aunque los mensajeros dijeron á Cristo que era digno de que le concediese

[1] Matth., viii, 5; Luc., vii, 2.

lo que pedía.—Considera cómo, oyendo Jesús las palabras de la Cananea, y viendo cuán bien había sabido aprovecharse de la prueba á que sujetó, la respondióla con muestras de admiración [1]: «¡Oh mujer! Grande es tu fe: hágase lo que quieres; por esta palabra que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija»; y al punto salió, y quedó sana la endemoniada. Mira cuánto gusto recibe Cristo nuestro Señor cuando ve un alma humilde, sufrida y confiada; cómo la alaba y engrandece, y cómo la cumple sus deseos, y la da todo cuanto le pide. Este afecto declaró con aquella exclamación: «¡Oh mujer; grande es tu fe!» Y ¡qué grande sería, pues un Dios inmenso é infinito, no vacila en calificarla de grande! Á los Apóstoles llamó muchas veces Cristo nuestro Señor hombres de poca fe [2]; á esta mujer cananea llama el mismo Señor mujer de grande fe. Pondera la causa porque honra y alaba Jesucristo á aquellos que tienen esta grande fe; la cual no es otra que la honra y gloria que recibe de ellos, porque con esta grandeza de fe sienten altamente de Jesús y de sus atributos, de su bondad infinita tan inclinada á hacer bien á todos, de su providencia soberana, en cuyos brazos confiadamente se arrojan, y de su poder inmenso, en el cual con seguridad confían; y propio es de Jesús honrar á los que le honran. Finalmente: debes notar la última palabra de Cristo: «Por esto que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija». En la cual Cristo nuestro Señor atribuye la salida del demonio á la palabra humilde de la cananea, porque la humildad espanta á los demonios, y los hace huir de los cuerpos y de las almas. ¿Cuándo llegaremos á tener la fe de la cananea? ¿Por qué nos dejamos dominar de nuestro enemigo, pudiendo vencerle tan fácilmente con la humildad? ¡Oh Redentor mío! Poned en mi corazón y en mi lengua palabras de verdadera humildad, con las cuales, en virtud vuestra, destierre de mi alma y de las de mis prójimos todos los demonios que las atormentan, para que, libres de su servidumbre, os sirvamos en justicia y santidad.

Epílogo y coloquios.—¡Qué virtudes tan ilustres y escogidas puso el Señor en el espíritu de la cananea! Su fe es tan sólida, que con toda certeza y sin duda alguna confiesa á Jesús por hijo de David, Señor de todas las cosas, Omnipotente para echar los demonios con un acto de su voluntad. Su caridad tan encendida, que mira como propios los males de su hija. Su humildad tan profunda, que se tiene tal vez por culpable en lo que no hay culpa de su parte. Y su oración es tan fervorosa y perseverante, que ni las negativas ni las dilaciones son parte para que cese en ella ó afloje en su fervor. Mas, ¡oh admirable providencia del Señor!; todo parece que hace esperar que Jesús accederá al momento á la súplica de esta pobre madre. La necesidad es grande,

[1] Matth., xv, 28. — [2] Matth., vi, 30; viii, 26; xiv, 31; xvi, 8.

la oración es exquisita, las virtudes que la acompañan son sublimes. los mismos Apóstoles interceden por ella; sin embargo, Jesús nada contesta por de pronto; y si después de instado habla, es para responder la palabra más dura que ha salido de sus labios y que menos se podía esperar. ¡Á qué pruebas tan severas y rigurosas sabe el Señor sujetar á las almas que quiere subir á elevada perfección! ¡Felices las que, como la cananea, salen bien de tales pruebas! Si, al modo que esta mujer, aciertan á humillarse y sufrir pacientemente la prueba, y de ella saben sacar nuevos motivos de confianza, Jesús, complacido de ellas, alabará su fe, despachará favorablemente sus súplicas, y aun las honrará delante de su Padre y de los ángeles del cielo. ¿Deseamos nosotros obtener tales y tan grandes bienes? ¿Cómo practicamos las virtudes que nos enseña la cananea? ¿De qué modo nos portamos en las pruebas á que nos somete la Providencia? ¿Nos quejamos de las dilaciones en concedernos lo que pedimos? Esperemos confiados, esmerémonos en la oración, y no dudemos que el socorro del cielo no se hará esperar; mas entretanto hagamos propósitos, y roguemos con confianza por nuestra santificación, por la de nuestros hermanos y por todas las demás necesidades.

96.—SANA JESUCRISTO AL CRIADO DEL CENTURIÓN.

PRELUDIO 1.º Rogado el Señor para que sanase á un criado de un Centurión, se ofreció á ir á verle; mas diciéndole el Centurión que no era digno de tal honor, alabó su fe y sanó al siervo.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús oyendo el humilde recado del Centurión, y alabando su fe.

PRELUDIO 3.º Pide los sentimientos de humildad, reverencia y confianza de este Centurión.

Punto 1.º *Virtudes del Centurión.*—Un Centurión que moraba en Cafarnaum, tenía un criado enfermo, y no atreviéndose á ir personalmente á Cristo, le envió un recado, diciendo [1]: «Señor, un criado, en mi casa, está con perlesía y muy atormentado». Considera primeramente cuán grande es la piedad de este Centurión, pues tan solícito está de la salud, no de su hijo, como la cananea, sino de su siervo y esclavo, amando con caridad á los pequeñuelos, sin otras obras que hacía, reparando las sinagogas, y haciendo mucho bien á los judíos con ser él gentil. Pondera también su profunda humildad, por la cual se creía indigno de parecer delante de Cristo nuestro Señor, y de ir en persona donde Él estaba, pareciéndole que era tan malo, y el Señor tan bueno, que no era digno de estar delante de Él; y aunque los mensajeros dijeron á Cristo que era digno de que le concediese

[1] Matth., viii, 5; Luc., vii, 2.

lo que le pedía, por las buenas obras que les había hecho, él, olvidado de estas buenas obras, se tenía por indigno. Admira, por fin, su grande fe y confianza, contentándose con declarar á Cristo la necesidad de su criado, que estaba perlático y muy atormentado, creyendo que era poderoso para sanarle en ausencia; y teniéndole por tan misericordioso, que bastaba representarle aquella necesidad, sin pedirle que la remediase. De todo lo cual has de sacar el modo de negociar con Cristo, no tanto con palabras, cuanto con afectos: no con llegarte presuntuosamente á Él, sino retirándote humildemente de Él; aproximándote más con afectos del ánimo, que con pasos del cuerpo. ¡Oh Dios de mi alma! Dadme luz del propio conocimiento como á este Centurión, para que, olvidado de cualquier bien que hubiese hecho, me tenga por siervo desaprovechado [1] é indigno de parecer en vuestra presencia; pero de tal manera, que no me retire tanto por pusilanimidad, que deje de acercarme á Vos con verdadera caridad. ¿Deseas, ¡oh alma mía!, negociar algo con Cristo? ¿Posees para esto las virtudes de fe, caridad y humildad que en tan alto grado se hallan en este Centurión?

Punto 2.º *Benignidad de Cristo y humildad del Centurión.*—Considera cuán grande fué la benignidad del Señor en esta ocasión. Porque, en oyendo el recado que le dieron, dijo: «Yo iré y le sanaré»; y luego principió á caminar hacia la casa del enfermo. Al reyezuelo que le pidió fuese á su casa á sanar á su hijo, aunque era tan principal y él mismo en persona venía á pedírselo, le respondió con aspereza [2], notándolo de incrédulo; pero á este Centurión, que por humildad no se tenía por digno de pedirle tal cosa, se ofreció á ello, y de hecho iba ya á su casa, y no para sanar á su hijo, sino á un esclavo. ¡Oh con cuánta humanidad y ternura mira Jesús á los humildes y pequeñuelos! Mira cómo por esta dignación del Señor, no sólo no se ufanó y envaneció el Centurión, sino creció más en humildad, arraigándose más en el propio conocimiento y en la fe de la omnipotencia de Cristo, que con una sola palabra podía sanar á su criado; y así, luego que supo que Jesús se dirigía á su casa, le envió un nuevo recado, diciéndole [3]: «Señor, yo no soy digno de que entréis dentro de mi casa, por lo cual ni yo me tuve por digno de ir donde Vos estabais; solamente decid una palabra, y será sano mi criado». ¡Oh si tú te penetrases de los sentimientos de este Centurión, sobre todo cuando te acercas á la sagrada mesa y por disposición de la Iglesia repites estas mismas palabras! Pondera la expresiva confesión que de la omnipotencia de Cristo hizo el Centurión, añadiendo: «Yo soy un hombre que tengo superior, y debajo de mi mando tengo soldados; y en diciendo á uno ve, va; y á otro haz esto, lo hace». Que fué decir: Lo que para mí son los

[1] Luc., XVII, 10.— [2] Joan., IV, 48.— [3] Matth., VIII, 8.

soldados, para Vos son las criaturas todas y las enfermedades; y si á mi voz aquéllos me obedecen, aunque sea hombre flaco, mucho más os obedecerán todas las criaturas á Vos, Dios verdadero. ¿Nos sometemos nosotros á la voluntad de Jesús? ¿Imitamos su benignidad y la fe y confianza del Centurión? ¡Oh Salvador mío! Gózome de que seáis supremo Monarca, á quien todos obedezcan, y que sea tan grande vuestro poder, que, en diciendo con eficacia hágase esto, todos cumplan vuestro mandato. Mandad, Señor, á mis apetitos rebeldes que nunca se aparten de vuestra santísima voluntad, que, si con eficacia los mandáis, ellos con sumisión os obedecerán.

Punto 3.º *Jesús se admiró de la fe del Centurión y le concedió lo que pedía.*—Oyendo Jesucristo los dos recados consecutivos que le envió el Centurión, admirado grandemente, dijo á los que le seguían [1]: «De verdad os digo que no he hallado tanta fe en Israel. Muchos vendrán del Oriente y Occidente á sentarse con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, y los que debieran ser hijos del reino serán echados en las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes». Pondera cómo Jesús dió muestras exteriores de admiración, para significar que la humildad y la fe son virtudes heroicas, y tan admirables, que parece bastan para causar admiración al que es sobre todos admirable; y mucho más cuando tales virtudes se hallan en personas del mundo, como en capitanes y soldados, cuya profesión suele de ordinario ser, cuando menos, una ocasión de tropezar en los vicios que á ellas se oponen. Mira qué alabanza tan gloriosa y extraordinaria tributa Jesús al Centurión, diciendo que durante el tiempo de su predicación no había hallado otro tal que tuviese la fe que él en todo el pueblo judaico, reprendiendo de paso la incredulidad de esta nación, que, teniendo en su poder los oráculos de los profetas y los libros de la Sagrada Escritura, y viendo tan patente el cumplimiento de ellos en la persona de Jesús, no tenía la fe que un hombre gentil. Grande será también tu confusión cuando en el día del juicio veas muy superiores á ti en méritos á muchos que distaron mucho de tener los medios de que tú dispones para tu santificación. Pondera, últimamente, cómo Jesús cumplió el deseo del Centurión, sanando á su criado con decir: «Hágase como quieres»; porque propio es del Señor, según dice David [2], cumplir la voluntad de los que le temen. ¡Oh Dios mío! Confieso que, como Israel, he sido escogido graciosa y dulcemente para ser de vuestro linaje preferido, real sacerdocio [3], y pueblo santo. Gracias os doy por tan admirable beneficio, por el cual os suplico humildemente me concedáis tal firmeza, que no venga á perder por mi culpa el bien que me habéis dispensado. ¿Es nuestra fe como la del Centurión? ¿No tememos el dejar de

[1] Matth., VIII, 11.— [2] Psalm. CXLIV, 19.— [3] I Petr., II, 9.

corresponder á los beneficios recibidos y hacernos indignos de los premios del cielo? ¿Qué debemos hacer para librarnos de tal desgracia?

Epílogo y coloquios. ¡Qué fe tan viva! ¡Qué humildad tan profunda! ¡Qué caridad y piedad tan tierna ostenta el Centurión de Cafarnaum! Cree con toda firmeza y de un modo práctico que Jesús es dueño absoluto de la salud y enfermedad, pudiendo mandarlas con el mismo imperio que un capitán manda á los soldados de su compañía; cree que su bondad y misericordia es tan grande, que basta presentarle la necesidad para que se mueva á socorrerla; cree que su santidad y pureza es tan divina, que no es digno de presentarse á Él ni de recibirle en su casa, teniéndose á sí por impuro é imperfecto. No importa que haya hecho obras notables en pro de los judíos, edificando y reparando sinagogas y haciéndoles otros favores: la humildad se las encubre con modesto velo, sin dejarle ver más que su propia miseria y nada; y si el Señor, atraído del suave perfume de tales virtudes, se decide á ir personalmente á su casa, lejos de engreirse, toma pie de aquí para humillarse más y confesar públicamente su indignidad de recibir tan señalado y distinguido beneficio. ¡Oh, qué tesoro de virtudes había escondido el Señor en aquella grande alma! El mismo Jesucristo da muestras exteriores de estar admirado de ellas; y asegura que, á imitación de Él, otros muchos habrá en el reino de los cielos, de los cuales no se había creído que hubiesen de subir á tan encumbrado lugar; y, entretanto, los que se creían elegidos bajarán á los infiernos. Y tú, ¿no te estremeces al oir estas palabras de Jesucristo? Si ahora murieses, ¿qué suerte te tocaría? ¿Cómo practicas la fe, la humildad, la caridad? ¿Caerás en tal desgracia, que vengas á ser pospuesto á muchos que no gozan de tantos medios de santificación? ¡Cuán necesario es que medites muy seriamente este punto y te decidas á practicar cuanto te sea necesario para no caer en tal miseria! Pídelo con fervor, y ruega por la Iglesia y el Sumo Pontífice, por la conversión de los pecadores y demás fines acostumbrados.

97.—CURACIÓN DE LA HEMORROÍSA.

PRELUDIO 1.º Tocó una mujer confiadamente el vestido de Cristo, y quedó sana, y queriendo ella ocultar el milagro del flujo de sangre que padecía, Jesús lo descubrió.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús preguntando quién le ha tocado.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de tocar con fe viva á Jesús en la sagrada comunión.

Punto 1.º *Confianza y curación de la mujer.*— Considera cómo esta mujer hemorroísa [1] hacía doce años que padecía una enfermedad dolorosa y vergonzosa, y á pesar de haber gastado

[1] Matth., IX, 20; Marc., V, 25; Luc., VIII, 43.

en médicos y medicinas todo cuanto tenía, no pudo hallar remedio para ella; para que veas cuán poco se puede confiar en los médicos de la tierra; los cuales no pueden curar las enfermedades del cuerpo, si el Señor no da eficacia á su medicina; y así mucho menos podrán remediar las del alma, y el flujo de pecados feos y vergonzosos que del amor propio nacen, si Dios no pone la mano. Pondera luego la admirable fe y confianza de esta ilustre mujer; la cual, con saber que su enfermedad era incurable, en oyendo la fama de los milagros de Jesús, concibió tan grande confianza, que decía dentro de sí: «Si tocare su vestidura, seré sana». Y con esta confianza se llegó á Cristo por las espaldas, y ocultamente tocó el ruedo de su vestido, y al punto sanó. ¡Oh virtud inefable de la humilde confianza, que tanto alcanza, tocando con espíritu á Jesús! ¡Oh virtud infinita de Jesús, que tales maravillas obra en los que le tocan confiadamente! De este hecho sacarás el modelo de lo que has de practicar cuando te llegas á la comunión: mirando primeramente tu extremada miseria; la cual, ni puedes tú remediar por tus propias fuerzas, ni todo el mundo puede darte remedio para ella, saliendo de tu pobre alma un continuo é impetuoso flujo de pecados de soberbia [1], envidia, deseos malos, miradas peligrosas; mas Jesús, deseoso de sanarte, se ha querido quedar en el mundo cubierto con el blanco ropaje de los accidentes de pan, para que á Él puedas llegarte y tocarle con toda confianza, y por medio de tal tocamiento quedar del todo sano de tu enfermedad. Pero reflexiona que para obtener este apetecible efecto debes llegarte como esta mujer, por una parte con grande fe y confianza en la bondad y omnipotencia de este Señor, y por otra parte con gran reverencia y temor por tu indignidad, juzgándote indigno de tocarle, y aun de mirarle. ¡Oh dulcísimo Jesús! Gracias os doy porque os quedasteis con nosotros para remediar nuestros males. ¡Oh fuente de misericordia! Secad en mi corazón la fuente de mis miserias, y mostrad conmigo vuestra omnipotencia, favoreciéndome para que os toque y reciba de tal manera, que cese del todo el abominable flujo de pecados que padezco. Y tú, cristiano, ¿quieres curar de tus enfermedades espirituales? ¿Cómo te llegas á Jesús en la oración y en la comunión? ¿Le tocas con fe y humildad?

Punto 2.º *Jesús reveló el milagro obrado en favor de la hemorroísa.*—Aquí has de considerar cómo Jesucristo, que de ordinario ocultaba los milagros que hacía, y prohibía publicarlos, en esta ocasión, pudiendo quedar oculto, quiso revelarlo; y así dijo: «Alguno me ha tocado, porque sé que ha salido virtud de mí». Y al oir esto la mujer, públicamente contó lo que había pasado. Las causas que movieron á Cristo á obrar de este modo fueron varias: la primera, para que se echase de ver la diferen-

[1] Osee., IV, 2.

cia que hay entre los que tocan á Cristo, á los Sacramentos y cosas sagradas con humildad, reverencia y devoción, y los que tocan sin ella; porque los primeros agrádanle mucho, y de él sale la virtud de la gracia, dones y favores que les comunica; los segundos le desagradan, aprietan y afligen, y así no participan de su virtud, como la chusma de los que comulgan sin espíritu. Mira tú cómo comulgas, y la gracia que de tan soberano Sacramento sacas, acordándote que cuanto mejor sea la disposición con que te acerques, mayor caudal de gracias reportarás. La segunda fué para curar la imperfección é ignorancia de esta mujer; la cual, aunque devota, pensó que podía tocar á Cristo sin que Él lo sintiese ni lo echase de ver, tocándole á bulto, como muchos le tocaban, y para sacarla de esta ignorancia, dijo: «¿Quién me ha tocado?» Por donde entenderás que el Señor sabe muy bien y conoce á todos los que le tocan y se llegan á Él, y ve quién le recibe con reverencia y en gracia, y quién sin ella y en pecado, y á su tiempo lo revelará todo. La tercera causa fué para curar otra imperfección de aquella mujer, que era la vergüenza y empacho que tenía de manifestar su enfermedad, pareciéndola que era asquerosa y que todos la desecharían por inmunda. Por lo cual hizo que ella misma se manifestase, á fin de fundarla en la humildad y desprecio de sí misma. No quiere el Señor la vergüenza demasiada que te impide manifestar los pecados en la confesión, ni el afán con que tratas de encubrir tus faltas por temor de la humillación que de manifestarlas se te había de seguir. ¡Oh buen Jesús! Libradme de la mala confusión que trae consigo el pecado y cierra la puerta á su remedio, y favoreced á mi pusilanimidad para que tenga brío para manifestar mis culpas sin temor de la ignominia de ellas, pues esta confusión será gloriosa para Vos y para mí, quedando yo glorificado con la gloria que reciba de Vos. Y nosotros, ¿tocamos á Jesús en la comunión de manera que salga virtud de Él? ¿Escondemos, disminuimos ó disimulamos por rubor nuestras faltas?

Punto 3.º *Jesús consoló á la mujer, que estaba temerosa y afligida delante de Él.*—Considera cómo, estando la mujer hemorroísa temiendo y temblando delante de Jesucristo y postrada á sus pies, díjola: «Confía, hija; tu fe te ha hecho salva; vete en paz». En lo cual has de ponderar la caridad de Cristo nuestro Señor en consolar á sus escogidos, porque como esta mujer estaba congojosa y temerosa, no sabiendo si le había desagradado en tocarle ó si le había de quitar la salud que le había dado, para consolarla y asegurarla en todo, con amor la llama hija y la dice que, por la fe que tuvo, alcanzó la salud, y así, que no se la quitará. Mira cómo es propio de buenas almas temer culpa donde no hay que temer, y recelarse si agradan á Dios con sus confesiones y comuniones y otras devociones; y así andan con dudas si tocarán á Cristo, ó lo recibirán, ó no; lo cual permite nuestro Señor

para labrarlos y fundarlos en humildad y en diligencia de aprovechar cada día más en la virtud, y para que se aparejen mejor para la comunión. Debes sacar también de esto cómo Cristo nuestro Señor gusta más que te llegues á Él con amor, que no de que te retires con temor; y así aprobó el espíritu de esta mujer y la llamó hija, porque el espíritu de amor y confianza es propio de los hijos de Dios, el cual muestra su infinita bondad en mirar con buenos ojos tus cosas, aunque vayan mezcladas con algunas imperfecciones, como alabó la fe de esta mujer y atribuyó á ella la salud que había recibido, aunque fué imperfecta, para que no desmayes cuando vieres tus obras mezcladas con alguna imperfección. Pues, como dijo el profeta David [1], también escribe Dios á los imperfectos en el libro de la vida, y después de purgados los admite en su gloria, donde reinarán con Él por todos los siglos. ¡Oh Padre amabilísimo! Vos, que con amor de padre consolasteis y alentasteis á aquella mujer que, confusa y avergonzada, estaba á vuestros pies; mirad á mi pobre alma confusa por el grande abuso que ha hecho de vuestros beneficios, y avergonzada por la ingratitud con que ha correspondido á ellos; decidla una palabra de consuelo, para que, levantándose sobre sí misma, emprenda con decisión una vida conforme en todo con vuestra divina voluntad. ¿Desconfiamos nosotros de la bondad de Jesús? ¿Conocemos nuestros defectos? ¿Qué nos conviene hacer para quitarlos?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán vanos é inútiles son los remedios humanos cuando falta el divino, y cuán poca falta hacen aquéllos cuando Dios quiere dar por sí mismo la salud! Doce años hacía que esta pobre mujer iba tras los médicos, probaba todas las medicinas, agotaba todos sus recursos, y no hallaba alivio para su dolencia. Se acuerda del poder de Jesús, concibe en su corazón viva confianza en que sanará tocando su vestidura; se acerca, toca, y al instante huye de ella la enfermedad que la venía consumiendo las fuerzas por tanto tiempo. Mas, ¿olvidará el Señor en esta ocasión su costumbre de sujetar á alguna prueba á sus favorecidos? No; á otros prueba antes de conceder el favor; á ésta probará después de habérselo dado. Así, unos son probados antes de la conversión ó de realizar su vocación, otros después. Jesús se detiene, manifiesta que alguien le ha tocado de un modo distinto de la demás turba, y aunque conoce bien quién es, quiere que la misma mujer se manifieste y dé público testimonio de la enfermedad que padecía y de la curación milagrosa que acaba de experimentar. Así te enseña que puedes tocarle en los santos Sacramentos de dos modos distintos: con fe, confianza y fervor, y por rutina, costumbre y sin espíritu; y que, según sean tus disposiciones, saldrá virtud de Él. Asimismo te indica que no ha

[1] S. August. in Psalm. cxxxviii.

de ser tanta la vergüenza de tus culpas que te obligue á esconderlas á aquellos á quienes Él quiere que las manifiestes. ¡Oh si tú supieras aprender esta doctrina! ¿Cómo te has portado hasta hoy? ¿Confías en los hombres más que en el poder y en la providencia de Dios? ¿Rehusas manifestar con sinceridad y claridad tus pecados? ¿Cómo te acercas á la santa comunión? ¡Con cuán poca fe, humildad y devoción te llegas á tocar á Jesús! Procura con todas veras el remedio de tan pernicioso descuido, proponiendo, pidiendo y clamando al Señor para que remedie todas las necesidades.

98.—CURACIÓN DEL TULLIDO DE LA PISCINA PROBÁTICA.

PRELUDIO 1.° Preguntó Jesús á un enfermo que treinta y ocho años había estado en la probática piscina, si quería sanar, y habida respuesta afirmativa, le sanó, encargándole después que no volviera á pecar.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús diciendo al enfermo: «Levántate, coge tu carretón, y anda».

PRELUDIO 3.° Pide á Jesús que te sane de tus enfermedades espirituales.

Punto 1.° *Pregunta de Jesús al enfermo, y respuesta de éste.*—Entrando Jesús en los soportales de la probática piscina, vió, entre la multitud de enfermos que allí estaban esperando el movimiento del agua, á uno más desgraciado, que hacía treinta y ocho años que estaba allí, y no había podido nunca llegar á tiempo al agua para curarse. Preguntóle Jesús [1]: «¿Quieres ser curado?» Y él contestó: «Señor, no tengo hombre que me introduzca en la piscina así que el agua está agitada, y cuando llego, ya otro ha bajado antes». Contempla, ante todo, la misericordia de Jesús, el cual, entrando solo y desconocido en aquellos patios, al momento fijó sus compasivos ojos en el enfermo más desgraciado y desamparado para curarle; porque cuanto mayor es la miseria, tanto más provoca su gran misericordia. Pondera luego la razón por qué Jesús preguntó al enfermo: «¿Quieres ser curado?» Pues llano era que deseaba sanar. Esto hizo para significarnos que en el negocio de nuestra salvación son necesarias dos voluntades: la de Dios y la del hombre. La de Dios está cierta, pues nos convida con la salud; la nuestra ha de ser voluntad verdadera y eficaz, y no de cumplimiento. Por lo cual no le dijo: ¿querrías ser sano?, sino ¿quieres ser sano?, porque este «quiero» ha de ser absoluto y eficaz, quitando los afectos desordenados de las culpas, las ocasiones de pecar, y practicando los medios eficaces para ello. Escucha la respuesta del enfermo, el cual juntamente confiesa su voluntad de sanar y la imposibilidad en que se

[1] Joan., v, 6.

halla, diciendo que ni tenía hombre que le ayudase, ni fuerzas para entrar por sí solo en el agua. Así, debes tú reconocer y confesar humildemente tu flaqueza y necesidad; porque ni tienes fuerzas por ti solo para sanarte, ni hay hombre puro ni criatura alguna que pueda por sí misma favorecerte, sino de solo Jesucristo te ha de venir el socorro. Y al modo que este enfermo manifiesta su triste estado sin impaciencia, y sin quejarse de los que no le ayudan, así tú has de confiar en el Señor, y esperar con paciencia su socorro aunque se difiera. ¡Oh Redentor mío! Tullido estoy y debilitado, sin fuerzas para buscar salud, y sin ayuda de criaturas para procurarla. No puedo yo decir que no tengo hombre; pues os tengo á Vos, que sois Dios y hombre verdadero. Ayudadme, Señor, pues en Vos sólo confío, cuya es la salud y bendición eterna. ¡Oh cristiano! ¿Conocías tú la gravedad de tu dolencia espiritual? ¿Estabas convencido de la imposibilidad en que te hallas de remediarla por tus propias fuerzas?

Punto 2.° *Precepto de Jesús mandando al enfermo que se levante, y obediencia de éste.*—En este punto has de considerar la bondad y omnipotencia de Jesucristo, el cual, usando de la plenitud de su poder, sin exigir al enfermo que creyese, como solía hacer en otras ocasiones, ni tocarle con la mano, ni mandarle que se lavase en la piscina, le dijo [1]: «Levántate, toma tu carretón, y anda»; y con estas solas palabras le dió perfectísima salud. Pero pondera la causa porque le mandó tomar, no sólo la camilla en que estaba echado, sino el mismo carretón, y andar; quería que se viese que la salud corporal que Dios da es perfecta, y lo propio sucede con la salud espiritual; porque el enfermo, que antes tenía el alma tullida, postrada y rendida en el carretón de su miserable cuerpo, llevada y arrastrada de sus codicias y de las pasiones desordenadas de su carne, en virtud de Cristo se levanta tan sana, que ella misma lleva su cuerpo adonde ella quiere, y le rige y endereza á su voluntad; no es llevada de la pasión de la ira ó temor, tristeza ó gozo, sino ella lleva y rige estas pasiones, y se sirve de ellas conforme al dictamen de la razón; y esta es la señal de haber sanado perfectamente. Mira también la obediencia perfectísima de este hombre: porque, con ser sábado, día en que los judíos no tenían por lícito llevar cargas, en diciéndole Cristo: «Toma tu carretón y anda», rindió su juicio, y con gran prontitud, presteza y alegría se cargó de él, y comenzó á caminar; y á los que le decían: «Mira que es sábado, y no te es lícito llevar esa carga», respondía: «El que me sanó, me dijo: toma tu carretón y anda»; como si dijera: Quien fué tan santo y poderoso que pudo sanarme, ese me mandó esto; y es cierto que será lícito, pues Él lo mandó, y esto me basta. Esto decía sin conocer quién era Cristo, el cual quiere que obedezcan

[1] Joan., v, 8.

de ser tanta la vergüenza de tus culpas que te obligue á esconderlas á aquellos á quienes Él quiere que las manifiestes. ¡Oh si tú supieras aprender esta doctrina! ¿Cómo te has portado hasta hoy? ¿Confías en los hombres más que en el poder y en la providencia de Dios? ¿Rehusas manifestar con sinceridad y claridad tus pecados? ¿Cómo te acercas á la santa comunión? ¡Con cuán poca fe, humildad y devoción te llegas á tocar á Jesús! Procura con todas veras el remedio de tan pernicioso descuido, proponiendo, pidiendo y clamando al Señor para que remedie todas las necesidades.

98.—CURACIÓN DEL TULLIDO DE LA PISCINA PROBÁTICA.

PRELUDIO 1.º Preguntó Jesús á un enfermo que treinta y ocho años había estado en la probática piscina, si quería sanar, y habida respuesta afirmativa, le sanó, encargándole después que no volviera á pecar.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciendo al enfermo: «Levántate, coge tu carretón, y anda».

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús que te sane de tus enfermedades espirituales.

Punto 1.º *Pregunta de Jesús al enfermo, y respuesta de éste.*—Entrando Jesús en los soportales de la probática piscina, vió, entre la multitud de enfermos que allí estaban esperando el movimiento del agua, á uno más desgraciado, que hacía treinta y ocho años que estaba allí, y no había podido nunca llegar á tiempo al agua para curarse. Preguntóle Jesús [1]: «¿Quieres ser curado?» Y él contestó: «Señor, no tengo hombre que me introduzca en la piscina así que el agua está agitada, y cuando llego, ya otro ha bajado antes». Contempla, ante todo, la misericordia de Jesús, el cual, entrando solo y desconocido en aquellos patios, al momento fijó sus compasivos ojos en el enfermo más desgraciado y desamparado para curarle; porque cuanto mayor es la miseria, tanto más provoca su gran misericordia. Pondera luego la razón por qué Jesús preguntó al enfermo: «¿Quieres ser curado?» Pues llano era que deseaba sanar. Esto hizo para significarnos que en el negocio de nuestra salvación son necesarias dos voluntades: la de Dios y la del hombre. La de Dios está cierta, pues nos convida con la salud; la nuestra ha de ser voluntad verdadera y eficaz, y no de cumplimiento. Por lo cual no le dijo: ¿querrías ser sano?, sino ¿quieres ser sano?, porque este «quiero» ha de ser absoluto y eficaz, quitando los afectos desordenados de las culpas, las ocasiones de pecar, y practicando los medios eficaces para ello. Escucha la respuesta del enfermo, el cual juntamente confiesa su voluntad de sanar y la imposibilidad en que se

[1] Joan., v, 6.

halla, diciendo que ni tenía hombre que le ayudase, ni fuerzas para entrar por sí solo en el agua. Así, debes tú reconocer y confesar humildemente tu flaqueza y necesidad; porque ni tienes fuerzas por ti solo para sanarte, ni hay hombre puro ni criatura alguna que pueda por sí misma favorecerte, sino de solo Jesucristo te ha de venir el socorro. Y al modo que este enfermo manifiesta su triste estado sin impaciencia, y sin quejarse de los que no le ayudan, así tú has de confiar en el Señor, y esperar con paciencia su socorro aunque se difiera. ¡Oh Redentor mío! Tullido estoy y debilitado, sin fuerzas para buscar salud, y sin ayuda de criaturas para procurarla. No puedo yo decir que no tengo hombre; pues os tengo á Vos, que sois Dios y hombre verdadero. Ayudadme, Señor, pues en Vos sólo confío, cuya es la salud y bendición eterna. ¡Oh cristiano! ¿Conocías tú la gravedad de tu dolencia espiritual? ¿Estabas convencido de la imposibilidad en que te hallas de remediarla por tus propias fuerzas?

Punto 2.º *Precepto de Jesús mandando al enfermo que se levante, y obediencia de éste.*—En este punto has de considerar la bondad y omnipotencia de Jesucristo, el cual, usando de la plenitud de su poder, sin exigir al enfermo que creyese, como solía hacer en otras ocasiones, ni tocarle con la mano, ni mandarle que se lavase en la piscina, le dijo [1]: «Levántate, toma tu carretón, y anda»; y con estas solas palabras le dió perfectísima salud. Pero pondera la causa porque le mandó tomar, no sólo la camilla en que estaba echado, sino el mismo carretón, y andar; quería que se viese que la salud corporal que Dios da es perfecta, y lo propio sucede con la salud espiritual; porque el enfermo, que antes tenía el alma tullida, postrada y rendida en el carretón de su miserable cuerpo, llevada y arrastrada de sus codicias y de las pasiones desordenadas de su carne, en virtud de Cristo se levanta tan sana, que ella misma lleva su cuerpo adonde ella quiere, y le rige y endereza á su voluntad; no es llevada de la pasión de la ira ó temor, tristeza ó gozo, sino ella lleva y rige estas pasiones, y se sirve de ellas conforme al dictamen de la razón; y esta es la señal de haber sanado perfectamente. Mira también la obediencia perfectísima de este hombre: porque, con ser sábado, día en que los judíos no tenían por lícito llevar cargas, en diciéndole Cristo: «Toma tu carretón y anda», rindió su juicio, y con gran prontitud, presteza y alegría se cargó de él, y comenzó á caminar; y á los que le decían: «Mira que es sábado, y no te es lícito llevar esa carga», respondía: «El que me sanó, me dijo: toma tu carretón y anda»; como si dijera: Quien fué tan santo y poderoso que pudo sanarme, ese me mandó esto; y es cierto que será lícito, pues Él lo mandó, y esto me basta. Esto decía sin conocer quién era Cristo, el cual quiere que obedezcan

[1] Joan., v, 8.

los súbditos á los superiores y los penitentes á los confesores con semejante obediencia pronta, puntual, alegre y rendida, donde no se vea claro pecado, haciendo lo que les mandare Dios y el confesor que los sanó. ¿Ejercitamos de este modo la obediencia? ¿Nos arrastran todavía los apetitos desordenados? ¡Oh Dios mío, salud verdadera de mi alma! Mandadme cuanto quisiereis, aunque sea dificultoso, afrentoso y muy pesado, y aunque parezca disparatado, porque á todo me rendiré de buena voluntad; y si alguno quisiere impedir mi obediencia, yo le responderé: Dios que me sanó, me lo manda; bástame que Él lo mande para que yo lo cumpla.

Punto 3.º *Jesús encarga al enfermo curado que no vuelva á pecar.*—Considera cómo Jesús, luego de haber curado al enfermo, se escondió de las gentes y se fué al templo á dar gracias á su Padre, enseñándote la virtud de la humildad y del agradecimiento. Lo mismo hizo el enfermo al verse sano, el cual fué inmediatamente al mismo templo á dar gracias á Dios por la merced que le había hecho. ¡Oh, si tú supieses imitar á uno y otro, siendo muy agradecido á los beneficios que recibes, especialmente cuando en el sacramento de la Penitencia recibes el perdón de tus pecados! Pondera luego cómo, hallando Jesús á este dichoso hombre en el templo, le dijo: «No quieras pecar más, porque no te suceda otra cosa peor». En estas palabras le da tres avisos importantísimos y prácticos. El primero, que las enfermedades suelen venir en castigo de los pecados, y así debes pensarlo tú de las tuyas. Otros justos padecen por la gloria de Dios y por ejercicio de virtud; mas tú, pecador miserable, piensa que padeces por tus culpas, y así has de llevar la ira del Señor[1], porque pecaste. El segundo es que no quiera pecar más; no dice que no peque más, porque de hombres es el pecar, especialmente en culpas ligeras, sino que no quiera más pecar; esto es, que haga un propósito firme y tenga una voluntad muy resuelta de no pecar más, con la divina gracia; y este propósito has de renovar tú siempre que te confiesas, con verdadero deseo de enmendarte. El tercero es que la recaída será peor que la caida, por el desagradecimiento que muestra á quien le perdonó, y en hacer tan poco caso de la salud que le dió, perdiéndola tan presto; y por consiguiente, será el castigo mayor que antes, pues la culpa es mayor. ¡Oh Maestro verdadero! Vuestras obras son perfectas[2], y vuestros desengaños son ciertos y provechosos; he oído vuestros avisos; ayudadme para que los guarde en mi corazón, y ordene mi vida según ellos; libradme de las recaídas, y dadme firme voluntad de nunca más pecar, y conservad lo que me habéis dado, para que siempre viva con pureza y santidad. ¡Oh alma fiel! Sé agradecida á los beneficios de Dios. ¿Procuras

[1] Mich., VII, 9. — [2] Deut., XXXII, 4.

conservar la gracia que el Señor te concedió? ¿Has recaído muchas veces en tus defectos y pecados?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán triste y desconsolador era el estado de este pobre tullido, antes que Jesús pusiese en él sus ojos misericordiosos! Treinta y ocho años hacía que estaba esperando el momento de poder sanar de su enfermedad; pero todo en vano. No tenía hombre que le auxiliase ni se compadeciese de él. Tal está tu alma cuando ha tenido la desgracia de caer en pecado; postrada, inmóvil, tullida, sin poder siquiera pronunciar el nombre de Jesús con mérito para la vida eterna. ¡Oh estado tristísimo! Y ¿no le temes? Y ¿vives en él contento? Afortunadamente, no puedes decir lo que aquel tullido, que no tienes hombre. Jesucristo, que le miró con ojos compasivos y por su sola misericordia se decidió á darle perfectísima salud, sin exigir de él más que una voluntad verdadera y eficaz de sanar, desea hacerte este mismo favor. También Él te mira con ojos misericordiosos. Él te espera en los santos Sacramentos para curarte, y si tú no vas, Él vendrá á ti, ofreciéndote generoso perdón y perfecta salud. Él te dirá: «Levántate de ese abatimiento y postración en que te hallas, cosido á las cosas de la tierra; toma el carretón de tu cuerpo, enfrenando sus apetitos y obligándole á la mortificación y penitencia, y no vuelvas más á pecar, porque te sucedería alguna cosa peor». ¿Qué dices tú á esto? Si deseas que las palabras del Señor obren en ti todo lo que significan, debes imitar la obediencia de aquel enfermo, sujetándote á tus superiores y confesores; has de hacer firmes propósitos de jamás consentir en el pecado. ¿Son estos tus sentimientos? ¿Te hallas quizá postrado y tullido, sin poderte mover, á causa de tus pecados? ¿Has sido ya favorecido con la misericordiosa mirada de Jesús y con el perdón de ellos? ¿Cómo le has mostrado tu gratitud? Oye al mismo Señor, que te avisa que evites la recaída. Para esto, forma resoluciones firmes y prácticas, atendiendo al estado actual de tu alma, y ruega, no sólo para ti, sino por todos los pecadores y por todo el mundo.

99.—CURACIÓN DE UN LEPROSO.

PRELUDIO 1.º Pidió un leproso la salud á Jesús, el cual se la concedió, mandándole que se presentase á los sacerdotes.

PRELUDIO 2.º Represéntate á este leproso hincado delante de Jesús, pidiéndole la salud.

PRELUDIO 3.º Pide al Señor que te limpie de la lepra del pecado.

Punto 1.º *Virtudes del leproso, y modo de hacer jaculatorias.*—Llegóse á Jesús un hombre lleno de lepra, é hincadas las rodillas y pegando su rostro con la tierra, le adoró, y dijo[1]:

[1] Matth., VIII, 2; Marc., I, 40; Luc., V, 12.

«Señor, si quieres, puedes limpiarme». Mira qué virtudes tan excelentes descubre en esta ocasión este miserable leproso, movido del deseo de obtener la salud del cuerpo. Muestra, en primer lugar, gran reverencia interior y exterior, hincando ambas rodillas, postrándose en tierra, adorando á Cristo, y llamándole Señor. Tiene, además, grande fe en la omnipotencia de Cristo, confesando que con sólo querer podía fácilmente sanarlo; porque no dice, si lo pides á Dios, sino, si quieres, puedes, confesando que era Mesías, Hijo de Dios. Y no dijo, si quieres, dudando de su misericordia, sino por no saber si sus pecados lo desmerecían, ó si le convenía aquella salud corporal. Muestra también gran resignación, porque no pidió ninguna cosa expresamente, pues no añadió, límpiame, sino descubrió su necesidad y deseo con brevísimas palabras, y confesó la omnipotencia de Cristo, y remitió á su voluntad el sanarle. Con estas virtudes de reverencia, fe y resignación omnímoda, has de ponerte delante de Cristo, como un hombre lleno de lepra de pecados y de otras miserias, ponderando la lepra de tus potencias y sentidos, y de toda tu alma, que es la ira, gula, soberbia y demás vicios, y luego, con grande humildad y reverencia muy profunda, con viva fe y entera resignación, has de decir á Jesús: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Y en lugar de la palabra Señor, puedes poner otros nombres de Dios que le provoquen á misericordia, y á ti te provoquen á reverencia; y en lugar de la palabra limpiar, puedes poner otras en que le pidas remedio de algunas miserias, diciendo: «Padre mío, Médico mío, Salvador mío y todo mi bien, si queréis, me podéis sanar de mi soberbia, gula, pereza; si queréis, me podéis alumbrar y abrasar en vuestro amor. Si queréis, me podéis hacer paciente, manso y humilde. No dudo de vuestra omnipotencia, porque todo lo podéis; ni de vuestra voluntad en la salud de mi alma, porque sé que la deseáis; por mi indignidad dudo; en vuestras manos me arrojo, y en vuestra voluntad pongo mi remedio». ¡Oh dulcísimo Maestro! Vos mismo inspirasteis á este pobre leproso un modo de orar como éste, breve, sí, pero confiado, humilde, resignado y apto para obtener cuanto se pide. Enseñadme como enseñasteis á él, é inspiradme á pedir cómo deseáis que os pida, para que me concedáis lo que deseo. ¿Hacemos nuestras oraciones con fe, humildad y resignación? ¿Tenemos el uso de hacer frecuentes jaculatorias?

Punto 2.º *Jesús se compadeció del leproso y le sanó.*— Compadecido Jesús del leproso, extendió su mano y le tocó, diciéndole: «Quiero; sé limpio», y al punto quedó sano. En lo cual debes ponderar, ante todo, la infinita misericordia del Señor. Porque luego se compadeció de la miseria del leproso, sin dilación alguna, porque es notablemente compasivo; y quien tanto se compadece de la miseria del cuerpo, ¿cuánto más se compadecerá de las del alma? Porque la lepra del pecado que provoca la ira é indignación de Dios cuando es querida, provoca su misericordia cuando es aborrecida y deseamos sanar de ella. Mira, además, en este hecho una rara muestra de la bondad y omnipotencia de Jesús, correspondiendo á la fe y confianza del leproso, diciéndole[1]: «Quiero; sé limpio». Tú dices, si quiero; pues digo que quiero: tú dices que puedo; pues digo, sé limpio; y así fué. ¡Oh grandeza de la bondad y misericordia de Jesús, que así cumple los deseos de los que confían en Él! Pondera, por fin, la gran benignidad del Señor, porque, sin tener asco de la lepra, á que tenían tanta repugnancia los judíos, que ni la tocaban ni se llegaban al leproso, y era inmundo el que le tocaba, su Majestad extendió su mano, y le tocó amorosamente para darle salud. Y advierte el Evangelista que extendió la mano para significar que la había de extender en la cruz para librarnos de la lepra de los pecados, y que su carne preciosísima tenía virtud de sanar al que tocaba, y que cuando Dios abre y extiende su mano, á todos hinche de bendiciones[2] y dones. Por donde verás la eficacia de la oración hecha con las debidas condiciones, y el fin á que has de enderezarla, que es á obtener de Jesucristo un «quiero, sé limpio», un abrir la mano que tenía cerrada y apretada, y un tocamiento con que sane la lepra de tu alma. ¡Oh Médico sapientísimo, que con sólo tocar al enfermo le curáis radicalmente, y que con una sola palabra arrojáis del cuerpo todas las dolencias! Extended hacia mi pobre alma vuestra mano poderosa; tocadla eficazmente, de manera que huyan de ella todas las enfermedades que la aquejan. ¡Oh alma mía! Pide confiadamente á Jesús que te toque, y no dudes que su tocamiento echará de ti todos los pecados y miserias que padeces. ¿Dudas de la misericordia de Jesús? ¿Temes que su poder y bondad no harán contigo tal prodigio?

Punto 3.º *Jesús mandó al leproso presentarse al sacerdote.*— Considera el celo que Jesús tenía de que se guardase exactamente la ley vieja mientras duraba; porque luego de sanar al leproso, le dijo: «Ve, y muéstrate al sacerdote», puesto que estaba mandado en el Levítico[3] que, cuando un leproso sanaba, se presentase al sacerdote y ofreciese sacrificios á Dios, así en agradecimiento de la merced recibida, como en testimonio de que estaba limpio. Si tan ardiente celo tenía Jesús de que se obedeciese á los mandatos de la ley vieja, ¿cuánto mayor le tendrá de que se obedezca á los de la nueva? Pero ponderando el significado de todo esto, quiso el Señor con este mandato anunciar el sacramento de la Confesión que pensaba instituir en su Iglesia, en el cual se manda que cualquier leproso con la lepra del pecado, aunque por la contrición haya alcanzado perdón de

[1] Matth., VIII, 3. — [2] Psalm. CXLIV, 16. — [3] Levit., XIV, 2.

ellos, se presente al sacerdote, y le descubra la lepra que ha tenido, y delante de él ofrezca sacrificio de espíritu atribulado y de corazón contrito y humillado [1], y oiga la absolución, con la cual se confirme el perdón recibido, y quede hábil para recibir el sacramento de la Comunión. Y así como el leproso debía raer los cabellos y pelos de su cuerpo [2], y lavar sus vestidos y carne al presentarse al sacerdote, y luego ofrecía un cordero sin mancilla, quedando así limpio de la inmundicia legal; así tú, al presentarte al santo tribunal de la Penitencia, has de raer tus cabellos, esto es, quitar todas las demasías de la vida vieja, y lavar con agua de lágrimas tu alma y tus vestiduras, que son tus obras, y de este modo estarás dispuesto para llegarte limpio á ofrecer el sacrificio del Cordero sin mancilla, Cristo Jesús, y á recibir su santo Cuerpo. Pues ¿de qué modo obedeces tú á la divina ley? ¿Cómo te preparas para la Confesión, y te aprovechas de ella? ¿Te llegas á la Comunión con las disposiciones debidas? ¡Oh Cordero mansísimo! Ahora veo el deseo encendido que abrasa vuestro corazón de entregaros todo por nuestro bien. Mientras vivisteis vida mortal sobre la tierra, con las palabras y con los ejemplos predicasteis la obediencia á la ley que á Vos conducía, y cuando ya salís del mundo según vuestra vida mortal, tratáis de disponernos para que os podamos recibir en nuestras almas. Preparad, Señor, mi corazón con grande limpieza, para que os reciba con sumo provecho.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán cierto es que la necesidad es gran maestro para la oración! El leproso del Evangelio lo demuestra. Vese cubierto de asquerosa enfermedad, apartado de sus conciudadanos y amigos, y sepultado en el fondo de una selva. En tan triste situación, oye hablar de los milagrosos favores que dispensa el Señor. Al instante, con viva fe, sólida confianza, profunda humildad y reverencia y excelente resignación, se presenta á Cristo, y postrado á sus pies, le adora y dice: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Aprende esta jaculatoria para repetirla incesantemente en todas tus tribulaciones. Jesús, al ver la actitud humilde y suplicante del leproso, y, sobre todo, leyendo en su corazón los afectos más puros de confianza, rendimiento y conformidad con la voluntad divina, no resiste á la ternura infinita de su corazón, y así, contestando á la súplica del enfermo, responde: «Quiero; sé limpio». Y al instante huye la lepra, sana el enfermo, y éste alaba en su corazón la bondad, misericordia y omnipotencia del Salvador. ¡Bienaventurado el que confía en el Señor! ¡No se verá confundido eternamente [3]! Pero, ¡qué celo muestra Jesús por la observancia de la ley antigua! La curación del leproso ha sido milagrosa, y así como Jesús le había librado de la lepra, podía también librarle del precepto de la ley;

[1] Psalm. L, 8. — [2] Levit., XIV, 8. — [3] Psalm. XXX, 2; LXX, 1.

mas no quiere. Al contrario, le manda que se presente al sacerdote y haga todo cuanto aquélla prescribe. ¿Qué aprecio haces tú de las leyes á que estás obligado? ¿Haces todo lo que te manda Jesús? ¿Deseas curar la lepra de tus pecados? ¿Cómo oras? ¿Qué virtudes practicas para limpiarte de ella? ¡Ah! ¡Si vieses á tu pobre alma cuál está á causa de las culpas en que ha caído! Te horrorizarías de tu propia figura. Ea, pues; levántate de tan miserable estado; propón, pide fortaleza y gracia para cumplir los propósitos, y no olvides el rogar por la santa Iglesia, por la conversión de los pecadores y demás fines que acostumbras.

100.—CURACIÓN DE DIEZ LEPROSOS.

PRELUDIO 1.° Diez leprosos pidieron desde lejos á Jesús les sanase, y contestándoles que fueran á los sacerdotes, al ir, quedaron sanos; uno sólo de ellos volvió á dar gracias á Jesús.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús mandando á estos leprosos que se presenten á los sacerdotes.

PRELUDIO 3.° Pide las virtudes de la obediencia y gratitud á los beneficios del Señor.

Punto 1.° *Petición colectiva de los diez leprosos.*—Diez infortunados leprosos salieron al encuentro de Jesús, y desde lejos, á voces, le decían [1]: «Jesús, Maestro, tened misericordia de nosotros». Acerca de esto debes considerar primeramente las virtudes que ejercitan en su oración estos leprosos; los cuales dan muestras de profunda humildad y reverencia, clamando desde lejos, teniéndose por indignos de llegarse á Jesucristo, conociendo la vileza del mal que les aflige; muestran además grande confianza y admirable resignación, porque con saber el poder de Jesucristo, y la necesidad que tienen de su auxilio, no quieren pedir expresamente el remedio, contentándose con manifestar brevemente su situación, y remitiendo su alivio á la misericordia del Señor, por lo cual dicen: «Jesús, Maestro, tened misericordia de nosotros». Con estas virtudes juntaron la unión en el pedir, la cual puede mucho con Dios, cuando muchos que tienen la misma necesidad oran á una con caridad; porque pidiendo cada uno por todos, alcanza también para sí. Por lo cual dijo Santiago Apóstol [2]: «Orad unos por otros para que seáis salvos, porque vale mucho con Dios la oración continua del justo». Al contrario de los pobres de acá, que querrían pedir solos, porque, si piden muchos, cánsanse los ricos, y temen que no les darán limosna. Pero nuestro Señor no se cansa de que le pidan muchos, porque tiene para todos; antes gusta de que todos sus pobres tengan entre sí caridad, y les da de mejor gana su limosna. ¡Oh generosísimo y misericordiosísimo Maestro! Muchos leprosos somos en este mundo, figurados por estos diez, por-

[1] Luc., XVII, 12. — [2] Jacob., V, 16.

ellos. se presente al sacerdote, y le descubra la lepra que ha tenido, y delante de él ofrezca sacrificio de espíritu atribulado y de corazón contrito y humillado [1], y oiga la absolución, con la cual se confirme el perdón recibido, y quede hábil para recibir el sacramento de la Comunión. Y así como el leproso debía raer los cabellos y pelos de su cuerpo [2], y lavar sus vestidos y carne al presentarse al sacerdote, y luego ofrecía un cordero sin mancilla, quedando así limpio de la inmundicia legal; así tú, al presentarte al santo tribunal de la Penitencia, has de raer tus cabellos, esto es, quitar todas las demasías de la vida vieja, y lavar con agua de lágrimas tu alma y tus vestiduras, que son tus obras, y de este modo estarás dispuesto para llegarte limpio á ofrecer el sacrificio del Cordero sin mancilla, Cristo Jesús, y á recibir su santo Cuerpo. Pues ¿de qué modo obedeces tú á la divina ley? ¿Cómo te preparas para la Confesión, y te aprovechas de ella? ¿Te llegas á la Comunión con las disposiciones debidas? ¡Oh Cordero mansísimo! Ahora veo el deseo encendido que abrasa vuestro corazón de entregaros todo por nuestro bien. Mientras vivisteis vida mortal sobre la tierra, con las palabras y con los ejemplos predicasteis la obediencia á la ley que á Vos conducía, y cuando ya salís del mundo según vuestra vida mortal. tratáis de disponernos para que os podamos recibir en nuestras almas. Preparad, Señor, mi corazón con grande limpieza, para que os reciba con sumo provecho.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán cierto es que la necesidad es gran maestro para la oración! El leproso del Evangelio lo demuestra. Vese cubierto de asquerosa enfermedad, apartado de sus conciudadanos y amigos, y sepultado en el fondo de una selva. En tan triste situación, oye hablar de los milagrosos favores que dispensa el Señor. Al instante, con viva fe, sólida confianza, profunda humildad y reverencia y excelente resignación, se presenta á Cristo, y postrado á sus pies, le adora y dice: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Aprende esta jaculatoria para repetirla incesantemente en todas tus tribulaciones. Jesús, al ver la actitud humilde y suplicante del leproso, y, sobre todo, leyendo en su corazón los afectos más puros de confianza, rendimiento y conformidad con la voluntad divina, no resiste á la ternura infinita de su corazón, y así, contestando á la súplica del enfermo, responde: «Quiero; sé limpio». Y al instante huye la lepra, sana el enfermo, y éste alaba en su corazón la bondad, misericordia y omnipotencia del Salvador. ¡Bienaventurado el que confía en el Señor! ¡No se verá confundido eternamente [3]! Pero, ¡qué celo muestra Jesús por la observancia de la ley antigua! La curación del leproso ha sido milagrosa, y así como Jesús le había librado de la lepra, podía también librarle del precepto de la ley;

[1] Psalm. L, 8. — [2] Levit., XIV, 8. — [3] Psalm. XXX, 2; LXX, 1.

mas no quiere. Al contrario, le manda que se presente al sacerdote y haga todo cuanto aquélla prescribe. ¿Qué aprecio haces tú de las leyes á que estás obligado? ¿Haces todo lo que te manda Jesús? ¿Deseas curar la lepra de tus pecados? ¿Cómo oras? ¿Qué virtudes practicas para limpiarte de ella? ¡Ah! ¡Si vieses á tu pobre alma cuál está á causa de las culpas en que ha caído! Te horrorizarías de tu propia figura. Ea, pues; levántate de tan miserable estado; propón, pide fortaleza y gracia para cumplir los propósitos, y no olvides el rogar por la santa Iglesia, por la conversión de los pecadores y demás fines que acostumbras.

100.—CURACIÓN DE DIEZ LEPROSOS.

PRELUDIO 1.° Diez leprosos pidieron desde lejos á Jesús les sanase, y contestándoles que fueran á los sacerdotes, al ir, quedaron sanos; uno sólo de ellos volvió á dar gracias á Jesús.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús mandando á estos leprosos que se presenten á los sacerdotes.

PRELUDIO 3.° Pide las virtudes de la obediencia y gratitud á los beneficios del Señor.

Punto 1.° *Petición colectiva de los diez leprosos.*—Diez infortunados leprosos salieron al encuentro de Jesús, y desde lejos, á voces, le decían [1]: «Jesús, Maestro, tened misericordia de nosotros». Acerca de esto debes considerar primeramente las virtudes que ejercitan en su oración estos leprosos; los cuales dan muestras de profunda humildad y reverencia, clamando desde lejos, teniéndose por indignos de llegarse á Jesucristo, conociendo la vileza del mal que les aflige; muestran además grande confianza y admirable resignación, porque con saber el poder de Jesucristo, y la necesidad que tienen de su auxilio, no quieren pedir expresamente el remedio, contentándose con manifestar brevemente su situación, y remitiendo su alivio á la misericordia del Señor, por lo cual dicen: «Jesús, Maestro, tened misericordia de nosotros». Con estas virtudes juntaron la unión en el pedir, la cual puede mucho con Dios, cuando muchos que tienen la misma necesidad oran á una con caridad; porque pidiendo cada uno por todos, alcanza también para sí. Por lo cual dijo Santiago Apóstol [2]: «Orad unos por otros para que seáis salvos, porque vale mucho con Dios la oración continua del justo». Al contrario de los pobres de acá, que querrían pedir solos, porque, si piden muchos, cánsanse los ricos, y temen que no les darán limosna. Pero nuestro Señor no se cansa de que le pidan muchos, porque tiene para todos; antes gusta de que todos sus pobres tengan entre sí caridad, y les da de mejor gana su limosna. ¡Oh generosísimo y misericordiosísimo Maestro! Muchos leprosos somos en este mundo, figurados por estos diez, por-

[1] Luc., XVII, 12. — [2] Jacob., V, 16.

que quebrantamos los diez mandamientos de vuestra santa ley; aunque unos estamos muy más manchados que otros, tened misericordia de todos, limpiad los herejes de la lepra de su herejía; á los soberbios de la lepra de su soberbia; á los carnales de la de su sensualidad, y á mí con ellos, de toda la lepra que tengo en mis potencias interiores y exteriores, para que me convierta á Vos, diez veces más que me aparté de Vos [1]. ¿Qué lepra nos aflige y afea? ¿Cómo pedimos el vernos libres de ella? ¿Reune nuestra oración las condiciones necesarias?

Punto 2.º *Jesús mandó á los leprosos ir á los sacerdotes, y comenzando á obedecer, quedaron sanos.*—Considera cómo Jesucristo dió á los leprosos una mirada compasiva, y sin curarlos antes, como había hecho con otro enfermo del mismo mal, les dijo [2]: «Id y mostraos á los sacerdotes; y ellos, obedeciendo, á medio camino quedaron sanos». En lo cual se ve que Jesucristo, no sólo exigió de estos leprosos fe y confianza, sino que quiso probar en gran manera su obediencia; porque ya antes de ser curados les mandó que fueran á los sacerdotes, siendo así que nadie debía presentarse á ellos sino después de limpio; mas ellos rindieron su juicio, y sin replicar ni detenerse, obedecieron á lo que se les mandó, y en comenzando á obedecer, sanaron; para que tú aprendas cuánto vale la obediencia rendida, puntual y presta, y cómo por ella el Señor hace milagros; y así no dudes nunca someterte á lo que Dios te manda, por sí ó por otro, aunque te parezca un despropósito. Pero, pondera la causa mística de este hecho: en él se te enseña que, si acudes á Dios por la salud del alma, aunque puede Él dártela por sí mismo, quiere de ordinario que primero acudas á sus sacerdotes ó confesores, y les descubras la lepra de tus pecados, aunque sea muy asquerosa, sin encubrirles nada. Y tiene misterio aquella palabra: *ostendite vos*, mostraos; esto es, descubríos todos al sacerdote, para que os vea, y conozca interior y exteriormente quiénes sois, sin encubrir cosa mala de cuantas hubiereis hecho, dicho ó consentido. Y de este modo lo has de hacer tú con espíritu de obediencia á Cristo. Los leprosos, en el camino quedaron limpios de su lepra, antes que llegasen á los sacerdotes; porque á los ojos de Dios la voluntad se reputa por obra, y el dolor perfecto de los pecados, con voluntad de confesarlos, basta para alcanzar la salud del alma y limpiarla de la lepra; aunque, sin embargo de esto, se ha de ir después al sacerdote. ¡Oh buen Jesús! Pues Vos veis mi lepra y la conocéis, ¿qué se me da á mí que la vea vuestro ministro? No quiero honra con los hombres, si con Vos no la tengo; podríaisme mandar que manifestara mi lepra á todo el mundo, y con razón lo mandarais; mas os contentáis con que la muestre al sacerdote: yo lo haré así para que me lim-

[1] Baruch, IV, 28. — [2] Luc., XVII, 14.

piéis de ella. ¡Oh alma mía! No te ruborices de confesar lo que te atreviste á cometer, y lo que ve Jesús no quieras ocultarlo á su ministro. ¿Obedeces á lo que te manda Jesús?

Punto 3.º *Ingratitud de nueve de los leprosos, y queja de Jesús.*—Considera cómo nueve de los diez leprosos curados prosiguieron su camino sin acordarse de volver á Jesús, á darle gracias del favor recibido; sólo uno, que era samaritano, regresó, y postrado en tierra le dió gracias por la merced que le había hecho. En lo que puedes ver cómo la mayor parte de los hombres, cuando se ven en necesidad y aprieto, son devotos é importunos con Dios, y tienen fe y confianza en su misericordia; pero en recibiendo el beneficio, y en viéndose con salud y prosperidad, se olvidan de Dios y no le dan las gracias convenientes. Lo cual desagrada mucho al Señor, y por este motivo ahora dijo en tono de sentimiento [1]: «Diez fueron los curados; y los nueve, ¿dónde están?» Con cuya pregunta daba á entender que desaprobaba su conducta. En la persona del samaritano agradecido puedes ponderar cómo muchas veces los mayores pecadores, cuando reciben la salud del cuerpo ó del alma, ó algún otro beneficio, suelen ser más agradecidos, porque conocen más su indignidad, y estiman en más el favor, como dado á quien menos lo merecía; aunque, por otra parte, era más razón que los justos tuviesen mayor agradecimiento, por ser mayor el bien que reciben. Pondera, finalmente, de parte de Cristo la modestia con que se quejó de la ingratitud de los nueve, diciendo: «Ninguno volvió á dar gloria á Dios». No dice á dar gloria á mí, ó á darme gracias; para enseñarte que quien hace el beneficio no ha de pedir para sí el agradecimiento, sino para Dios, de quien todo lo bueno procede. Mira, finalmente, la blandura y amor con que acogió al samaritano, y le habló y honró, y atribuyó á su fe la salud recibida; y es de creer que le libró de la lepra de la infidelidad y de los demás pecados, enviándole sano de cuerpo y alma por aquel agradecimiento que mostraba. ¡Oh Señor de mi alma! ¡Cuán agradecido os mostráis con los agradecidos para que siempre tengan que agradeceros! Siempre querría agradeceros las grandes mercedes que me hacéis, aunque siempre quedaré corto y vencido en esta parte, porque mi agradecimiento es un nuevo beneficio que recibo de Vos, Bienhechor mío, á quien sea honra y gloria eternas. ¿Somos nosotros de los ingratos? ¿Imitamos al samaritano? En los favores que hacemos, ¿queremos para nosotros la honra y el agradecimiento?

Epílogo y coloquios.—¡Oh poder de la oración colectiva! ¡Cuán diferente es Dios de los hombres! Éstos no pueden tolerar que muchos á la vez les pidan, porque sus recursos son limitados, y dando á los demás, ellos se empobrecen; mas Dios nuestro

[1] Luc., XVII, 17.

Señor, que es riquísimo en misericordia é infinito en toda clase de bienes, lejos de cansarse cuando muchos le piden, se alegra y se digna estar en medio de ellos para ordenar con sus inspiraciones las oraciones que le dirigen. Estos leprosos lo acertaron: de lejos, en señal de humildad y reverencia, con gran clamor, significando su fervorosa devoción, le piden misericordia en general para manifestar su confianza y resignación. Jesús los mira compasivo, y los envía á los sacerdotes para que diesen pruebas de obediencia, como las daban de otras virtudes. Ellos obedecen, y, ¡oh virtud y eficacia de la obediencia!, antes que lleven á cabo la obra que se les ha encargado, ya se ven libres de la inmunda lepra. Mas ¡quién lo dijera! Diez reciben el favor de Jesucristo, y sólo uno vuelve á darle gracias, y éste samaritano. ¡Cuántos cristianos hay que obran de igual suerte! En sus necesidades piden, ruegan, importunan á Dios, le ofrecen grandes servicios y obsequios; y cuando han obtenido el remedio, se olvidan de su Bienhechor; y á veces los que más agradecimiento demuestran son los que menores beneficios han recibido ó más pecadores eran. ¿Has imitado tú la conducta de tantos ingratos á los beneficios de Dios? ¿Podrá Jesús decir de ti lo que dijo de estos nueve curados: dónde están? Muchos bienes y talentos ha concedido á tu alma: ¿has ejercitado los actos que exige la gratitud, que son: reconocer el beneficio, alabar al dador y pagarle con exceso en servicios ú otros medios? Confúndete, si has descuidado el cumplimiento de un deber tan sagrado: trata desde hoy de reparar tu falta, haciendo eficaces propósitos, y rogando con fervor para ti y para todos los demás.

101.—CURACIÓN DEL CIEGO DE JERICÓ.

PRELUDIO 1.º Clamó un ciego á Jesús que tuviera de él misericordia; Jesús le preguntó qué quería, y habiendo respondido que ver, le dió la vista.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús preguntando al ciego qué quiere.

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús que te conceda la vista espiritual de la fe.

Punto 1.º *Virtudes del ciego.*—Caminando Jesús por las cercanías de Jericó, un ciego que estaba junto al camino mendigando, oyendo que Jesús pasaba, dió voces, diciendo [1]: «Jesús, hijo de David, tened misericordia de mí». Y aunque la gente le reprendía y decía que callase, él daba mayores voces, diciendo lo mismo. En este hecho has de considerar primeramente las virtudes maravillosas que descubre este ciego en su oración. Estas fueron, grande fe y confianza en Jesucristo, creyendo que era Mesías, hijo de David y que era Dios todopoderoso, cuyo es tener misericordia, y por ella remediar nuestras miserias: gran

[1] Marc., x, 47; Luc., XVIII, 35; Matth., XX, 29.

fervor y afecto en la oración, nacido del conocimiento de su ceguera y miseria, y de la esperanza que tenía en Cristo que le libraría de ella, y este afecto declaraba con su gran clamor: gran constancia y perseverancia, sin hacer caso de los que le reprendían y mandaban callar; antes, tomando de ahí ocasión para levantar más la voz y repetir la oración. En la persona de este ciego has de mirarte á ti mismo, ciego espiritualmente con las dos ceguedades de ignorancia y culpa, error y pasión, las cuales ciegan los ojos del alma, que san Bernardo llama conocimiento y amor. De donde se sigue que toda la vida estás sentado y ocioso, sin atender á las obras de virtud á que estás obligado, ocupándote en mendigar de las criaturas que pasan por este mundo, alguna cosilla de deleite, honra ó interés que te entretenga la vida, lo cual es todo poco y perecedero, como limosna de pasajeros y pobres caminantes. Ponderando esta tu gran miseria, has de clamar con grande afecto, viva fe y firme constancia á tu único remediador Cristo Jesús, pidiéndole tenga misericordia de ti, resistiendo entretanto valerosamente á los impedimentos de la oración; esto es, al tropel de imaginaciones que turban tu alma, de remordimientos que inquietan tu conciencia, y de varios cuidados que embargan tu espíritu y que quieren apartarle de tan saludable ejercicio. ¡Oh Jesús, Salvador mío! Libradme piadosamente, porque soy necesitado y pobre [1], y mi corazón anda muy turbado: voyme deshaciendo como sombra cuando declina el día, y como langosta ando inquieto, arrojándome mis pensamientos de una parte á otra; sosegadlos, Señor, con firmeza, para que ore y os alabe con fervor. ¡Oh cristiano! ¿Conoces tu ceguera? ¿Qué medios practicas para curarte de ella?

Punto 2.º *Jesús manda al ciego que se acerque, y le pregunta qué quiere.*—Considera cómo Jesús, aunque oyó al ciego desde el primer clamor que dió, y decidió darle la vista, con todo, hizo como que no le oía, para probar su perseverancia y para que creciese más en él el deseo de la salud. Del mismo modo se porta no pocas veces con nosotros, difiriendo el concedernos lo que pedimos, para que se aviven nuestros deseos de alcanzarlo; mas luego muestra su clemencia, como la mostró en esta ocasión, parándose al oir la voz de este pobre ciego, y mandando que le trajeran á su presencia. Mira la alegría del ciego al oir que Jesús le llama [2]; deja sus vestidos, y saltando de placer, va donde estaba con grande gozo, por la esperanza de recobrar la vista. Tal es el gozo del alma que ha oído la divina inspiración que le llama á un estado perfecto, que luego con alegría abandona todas las cosas del mundo, para seguir desnudo á Cristo desnudo. Pondera el misterio que se encierra en la pregunta que hizo Jesús al ciego, diciendo: «¿Qué quieres que haga con-

[1] Psalm. CVIII, 22. — [2] Marc., x, 50.

tigo ?» Pues todo el mundo sabía lo que deseaba el ciego, y antes que todos el mismo Jesús, que penetra lo más recóndito del corazón; mas, hizo esta pregunta para dar á entender que no quiere dar los dones de su gracia sino al que quiere disponerse para recibirlos, teniendo verdaderos y eficaces deseos de ellos. Y así como el ciego, al oir la pregunta de Jesús, contestó al momento, *ut videam,* que vea, del propio modo has de pedirle la vista espiritual, que abraza principalmente cinco cosas: Dios, Jesucristo, su santa ley, tú mismo y las criaturas, y en ellas el Criador con los bienes inmensos de la gloria. ¡Oh Rey mío! Decid á mi alma lo que dijisteis al ciego: *Respice;* ve lo que deseas; ve mi divina voluntad para someterte á ella; ve mi grandeza para adorarla, mi misericordia para confiar en ella; ve las criaturas para menospreciarlas y adorar en ellas á su Autor. Decidme esto. Amado mío, porque vuestro decir es hacer, y diciendo que vea, luego quedaré con vista. ¡Oh alma! No te canses de orar, aunque no conozcas el fruto de tu oración. ¿Por qué desconfías del Señor cuando difiere concederte lo que pides? ¿Serás más constante en tus súplicas?

Punto 3.º *La curación del ciego fué atribuida á su fe, quedando él muy agradecido.*—Considera la palabra que añadió Jesucristo luego de haber dado la vista al ciego: «Tu fe te ha hecho salvo», con cuya palabra atribuyó Jesucristo á la fe del ciego lo que era obra de su omnipotencia y misericordia; y esto hizo para honrarle y para aficionarnos á esta virtud; pues ella dispone para tales maravillas, como lo declaró diciendo á otros dos ciegos que le pedían vista [1]: «¿Creéis que puedo dárosla?» Respondieron: «Sí, Señor». Pues, según vuestra fe, así se haga con vosotros; y tocándoles, vieron luego. Y es mucho de notar que en ambos casos cobraron estos ciegos la vista de repente, y en un momento, por su grande fe, habiéndola recibido otro ciego poco á poco por su corta fe, porque primero veía no más que bultos de hombres, como árboles que se meneaban, y después vió claramente todas las cosas. En lo cual se representan dos modos que tiene el Señor de comunicar la luz espiritual y perfección del espíritu: uno extraordinario y momentáneamente, como hizo con Saulo; otro ordinario, poco á poco, y por sus grados, comunicando primero un conocimiento obscuro de sus misterios, después otro más claro, creciendo la claridad según crece la disposición, hasta llegar á ver las cosas divinas con tanta luz, que se certifique de ellas como si las viese, subiendo de claridad en claridad hasta transformarse en imagen de su gloria [2]. Pondera, por último, cómo el ciego, viéndose ya sano, seguía á Cristo, glorificando á Dios; porque como las obras de este Señor son perfectas, con la vista del cuerpo le dió la del alma, para que,

[1] Matth., IX, 28. — [2] II Cor., III, 18.

olvidado de todas las cosas, se fuese tras quien tanto bien le hizo. En lo cual también se representa que la luz interior que Jesús comunica en la oración tiene por fin el seguirle, imitando sus virtudes con perfección, ocupándose en sus alabanzas con acción de gracias por los beneficios recibidos. ¡Oh Salvador mío! ¿Qué maravilla es que, abriéndome Vos los ojos del alma para veros, quiera seguiros? ¿Cómo no seguiré tanta bondad? ¿Cómo no imitaré tanta santidad? Más merced me hacéis Vos en admitirme para que os siga, que yo servicio en quereros seguir. Sigue, alma mía, á este divino Señor, que ha dicho: «El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida en este mundo y en el otro.

Epílogo y coloquios. ¡Qué oración tan eficaz fué la de este afortunado ciego! ¡Qué virtudes tan excelentes la acompañaron! Firmemente convencido de la bondad y ternura de Jesús y de su inmenso poder, conocedor de su propia miseria y necesidad, levanta la voz, y grita con gran clamor: «Jesús, hijo de David, tened compasión de mí». Jesús no le responde al instante, mas no importa; él repetirá la súplica; las gentes le increpan, y dicen que calle; mas él clama con mayor brío. ¡Qué fe! ¡Qué constancia! ¡Qué confianza! Tales virtudes no podían dejar de atraer las gracias del Salvador. Y, en efecto, hace alto en su carrera; manda que le traigan al suplicante ciego, y teniéndole delante de sí, le pregunta con cariño: «¿Qué quieres que haga contigo?» ¡Oh ternura más que paternal de Jesús! ¡Preguntar á una vil criatura suya qué desea que obre en ella! Señor, que vea, dice el ciego. Pues ve, responde Jesús; tu fe te ha salvado. ¿Quién puede llegar á comprender el inmenso tesoro de bondad, omnipotencia, amabilidad y dulzura que descubre Jesús en este hecho? ¿Quién no se sentirá animado y con grande aliento para acercarse á Jesús, y presentarle sus necesidades, y confiar en su misericordia, y concebir la mayor seguridad de ser socorrido? Ya no admira que el ciego agradecido siguiese á Cristo, alabando á Dios. Lo que sorprende es que nosotros estemos todavía ciegos en el espíritu, ociosos toda la vida, y mendigando de las criaturas que pasan por este mundo un efímero gusto, viendo la facilidad con que podríamos recibirlos muy dulces y duraderos, acudiendo á Jesús, nuestro universal remediador, en la forma que lo hizo este ciego. ¿De qué medios nos hemos de valer para esto? ¿Cómo hemos de rogar? Pensémoslo con atención; propongamos aquello que nos convenga según el estado actual en que nos hallamos, y roguemos con fervor y confianza.

102.—CURACIÓN DEL CIEGO DE NACIMIENTO.

PRELUDIO 1.º Compadecido Jesús de un ciego de nacimiento, y queriendo darle vista, le puso barro en los ojos y le mandó lavarse; después, anatematizado éste por los judíos, le consoló.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús ungiendo con barro los ojos del ciego.

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús claro conocimiento de tu propia miseria.

Punto 1.º *Jesús ungió con barro los ojos á un ciego para curarle.* —Pasando Jesús por donde estaba un hombre, ciego de nacimiento, le miró [1] con particular amor, y resuelto á darle vista, escupió en el suelo, hizo lodo con su saliva, y con él ungió los ojos del ciego, mandándole que fuera á lavarse á los baños de Siloé; y habiendo obedecido, volvió con vista. En todo este hecho has de considerar cuán grande provecho reportó este ciego de la mirada de Jesús, deseando que este divino Señor te mire también á ti con este mismo amor. Contempla la omnipotencia soberana de Jesucristo, que se descubre en dar la vista con una cosa que parecía contraria á ella, y bastante para quitarla al que la tuviese, pues enlodar los ojos, más era para cegar que para dar vista. Mas esto hizo para mostrar que el medio de cobrar la luz de la divina gracia es poner delante de nuestros ojos el lodo de nuestra nada y miseria, esto es, la nada que fuimos, la tierra de que hemos sido formados y el polvo en que nos hemos de convertir, y el lodo de los pecados que hemos cometido, mirándolos y llorándolos y humillándonos por ellos. Pero este lodo ha de ser de tierra y de la saliva de Cristo; porque si su sabiduría infinita, significada por la saliva, no toca nuestros ojos, nunca serán esclarecidos para conocer como conviene nuestra miseria. Pondera cómo á esto añadió Jesús mandar al ciego que se lavase en las aguas de Siloé, que quiere decir enviado, para significar los sacramentos del Bautismo y Penitencia, en los cuales se perfecciona la salud espiritual del hombre, por la virtud que está en ellos del Salvador, que fué enviado por el Padre á este mundo para nuestro bien. Pero á estos baños has de ir con la disposición de este ciego, el cual tuvo insigne fe, grande humildad y obediencia muy puntual, dejando enlodar sus ojos, y yendo así por las calles enlodado á la vista de todos, obedeciendo sin tardanza ni réplica al mandato de Cristo, rindiendo su juicio y venciendo los obstáculos que tal vez le opondría su amor propio, como á Naamán [2] cuando Eliseo le mandó que fuera á bañarse en el Jordán. Del propio modo cobrarás tú la vista espiritual si al sentir la inspiración obedeces con prontitud á todo cuanto el Señor te inspire. ¿Te sometes gustoso á Jesucristo y á sus mi-

[1] Joan., IX, 2. — [2] IV Reg., V, 10.

nistros? ¿Te acuerdas frecuentemente del polvo de donde naciste? ¡Oh dulcísimo Maestro! Sólo Vos podéis obrar tales prodigios como éste, convirtiendo un contrario en otro, enlodando para esclarecer, humillando para ensalzar, y empobreciendo para enriquecer. Haced que tales prodigios despierten en mí un vivo deseo de someterme siempre á vuestras disposiciones, porque sé que para mi bien será todo lo que dispongáis.

Punto 2.º *Persecuciones que padeció el ciego, y virtudes que ejercitó.*—Considera en este punto la ilustre confesión de este ciego, con las persecuciones que padeció y las virtudes que descubrió, para que puedas imitarlas. Primeramente tuvo gran celo por la honra de Jesucristo, que le había sanado, publicando con espíritu de agradecimiento su milagro á todos los que no lo sabían. Luego tuvo gran fortaleza, porque, temiendo sus padres descubrir lo que sabían por causa de los fariseos, que aborrecían el nombre de Jesucristo, él, sin temor, confesó libremente que había sido ciego, y que Cristo le había sanado y el modo cómo le sanó. Tuvo además grande celo de la verdad, con prudencia celestial para no dejarse engañar, ni callarla por ningún respeto; porque diciéndole los fariseos [1]: «Da gloria á Dios confesando la verdad, porque siendo este hombre tan pecador, no es posible que te sanase»; él confiadamente perseveró en confesarla y en defender á Cristo, y en acusarles á ellos de que no le conocían, y convidándoles si querían ser sus discípulos. Ejercitó también de un modo admirable la paciencia, sufriendo las maldiciones que le echaron y los denuestos, diciéndole: «Eres pecador desde que naciste, ¿y ahora vienes á enseñarnos?» Y también sufrió que le echasen de la Sinagoga, como excomulgado é indigno de vivir entre los fieles. Todas estas excelentes virtudes practicó, ayudándole Cristo nuestro Señor, el cual se quiso servir de un ciego mendigo y tomarle por predicador, para confundir á los sabios y fariseos, dando una constancia más que de hombre al que de suyo era tímido y despreciado. ¡Oh grandeza de la omnipotencia de Cristo, que por instrumentos tan bajos hacéis obras tan gloriosas! ¡Oh Salvador mío! Sea yo en vuestras manos instrumento dócil, dejándome manejar á vuestra voluntad, no teniendo movimiento contrario á vuestros designios soberanos, á fin de que seáis por mí glorificado. ¡Oh alma mía! Mira el celo, la fortaleza, paciencia y deseo de publicar la verdad que en este ciego resplandecen. ¿Cómo te hallas tú acerca de estas virtudes? ¿Cuándo y de qué modo puedes y debes practicarlas?

Punto 3.º *Jesús consuela y anima al ciego perseguido por los judíos.*—Considera lo que Cristo nuestro Señor hizo con este hombre, después de la persecución que sufrió de los judíos. Primeramente, al saber que le habían echado de la Sinagoga,

[1] Joan., IX, 24.

acudió á consolarle, para que se viese el paternal cuidado que tiene de consolar á los que padecen por su causa persecuciones, y cómo no se olvida de los que le confiesan delante de los hombres, para acudirles presto con su consuelo. Quiso luego perfeccionarle en la fe, y aumentarle la vista interior del alma; porque como no le tuviese más que por profeta, preguntóle [1]: «¿Crees en el Hijo de Dios?» Respondió: «¿Quién es, Señor, para que crea en Él?» Mostrando en esto la prontitud de su corazón en aprender las enseñanzas de Cristo. Dícele: «Ya le has visto, y el que habla contigo, ese és». Como quien dice: Con la vista que te di me has visto, y Yo soy el que hablo contigo. En oyendo esta palabra, respondió: «Creo, Señor»; y postrándose en tierra, le adoró. ¡Oh qué ojos le dió entonces Jesús! ¡Oh qué luz comunicó á su alma! ¡Oh qué vista tan perfecta, causadora de tan profunda humillación! Por fin, Jesús trató de sosegarle en el escándalo que pudiera recibir, por lo que de Él habían dicho los fariseos, y por esto le dijo: «Vine al mundo á hacer juicio, para que los que no ven, vean; y los que ven, se hagan ciegos». Esto es: vine á hacer diferencia entre unos y otros hombres, para que los ignorantes y rudos, por su humildad y pequeñez, vengan como tú á cobrar vista, y crean los misterios de mi divinidad y humanidad; y, al contrario, los que son sabios en la ley, como los fariseos, filósofos y letrados del mundo, por su soberbia vengan á cegar, no por mi causa, sino por su culpa, porque no quieren creer mi doctrina, ni aprovecharse de ella. ¡Oh buen Jesús! No permitáis que aquellos que tienen obligación de ver más, por su soberbia vean menos; y los que habían de tener la vista más clara, vengan á estar más ciegos. Libradnos, Señor, de la soberbia, que es causa de esta ceguedad. ¡Oh cristiano! Con el ejemplo de este ciego curado, consuélate en las persecuciones, sabiendo que el Señor te consolará, y ellas servirán para acrecentar tus virtudes y méritos. ¿Has obrado así? ¿No temes que la soberbia te ciegue, como á los fariseos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh grandeza de la omnipotencia de Jesús! Ha mirado con ojos misericordiosos á un pobre ciego, y, resuelto á darle vista, comienza por enlodarle los suyos. ¿Quién, jamás, hubiera imaginado que sirviese para dar la vista perfecta aquello que bastaría para quitarla al que la tuviese? Con todo, el lodo hecho de polvo y de la saliva de Jesucristo obra este prodigio en un ciego de nacimiento. Del propio modo da la vista espiritual á nuestra alma la consideración de nuestra miseria y nada, avivada y perfeccionada con la sabiduría de Cristo. Mas, es preciso imitar al ciego, que con obediencia puntual, humilde y rendida, fué á lavarse los ojos en los baños de Siloé: para recobrar la vista del alma es indispensable la recepción de los Sacramentos que Jesús ha instituido, acercándose á ellos con las disposiciones con que se dirige el ciego á las aguas de Siloé. Humildad profunda, sentimiento de la propia ceguera y deseo de remediarla; confianza en el poder y bondad de Jesús que nos manda, y obediencia puntual á todo cuanto nos ordena. ¡Oh si procurases para tu alma tales disposiciones! ¡Cuánto mayor sería el provecho que reportarías de los santos Sacramentos! Entonces, alumbrado con la gracia, resistirías con firmeza á tus enemigos, tendrías celo por la predicación de la verdad, desafiarías á todos los enemigos, y, en una palabra, como este ciego ya curado, tolerarías con paciencia todas las injurias, baldones, persecuciones y males con que te afligiese el mundo ó el demonio. Entonces Jesús, por cuya causa padecieses, saldría á defenderte y consolarte, aumentando tu fe y acrecentando todas las virtudes en tu alma. ¿Qué propósitos exige esto de ti? ¿Qué medios practicas para librarte de la ceguera espiritual? ¿Cómo te portas en las tribulaciones que padeces, y en las persecuciones que te afligen? Despierta tu confianza en Jesús, tu divino Padre y Protector, el cual no te abandonará si por su causa padeces. Para esto, examina qué resoluciones prácticas debes hacer; suplica con humildad la gracia y fuerzas que necesitas para ponerlas en ejecución, y ruega por todo el mundo.

[1] Joan., IX, 35.

103.—CURACIÓN DE UN SORDO Y MUDO.

PRELUDIO 1.° Para sanar un sordo-mudo, Jesús le tocó la lengua, entró sus dedos en los oidos, y quedó curado de ambas dolencias.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús haciendo estas operaciones con el sordo-mudo.

PRELUDIO 3.° Pide á Jesús que te libre de la sordera y mudez espiritual.

Punto 1.° *Estado calamitoso del hombre sordo-mudo en el espíritu.*—Considera cómo fué presentado á Jesús un hombre sordo-mudo [1], con el fin de que, imponiéndole las manos, le diese el uso de estos sentidos. En este hombre desgraciado se representa al vivo el triste estado del sordo-mudo en el espíritu. La sordera espiritual es falta de fe y obediencia, cuando el hombre no quiere oir ni entender las verdades de la fe, ni las palabras de Dios, ni los preceptos de la ley, ni las divinas inspiraciones, haciéndose sordo para todo esto. La mudez espiritual es falta de oración y confesión, cuando el hombre no sabe ni quiere abrir su boca para llamar á Dios, ni pedirle misericordia, ó alabarle y darle gracias por los beneficios que le ha hecho, ó confesar sus pecados, para alcanzar perdón de ellos. Pondera cómo la sordera espiritual suele ser causa de que el sordo sea también mudo, y ambas cosas procura el demonio, que por san Lucas [2],

[1] Matth., VII, 32. — [2] Luc., XI, 14.

se llama demonio mudo, porque, cerrando la entrada de estos dos sentidos interiores del alma, queda cerrada la puerta al remedio el cual entra por el oído de la fe y de la obediencia, y se alcanza por el hablar, orando á Dios, y confesando los pecados á su ministro el sacerdote. Mírate ahora á ti mismo, y con gran dolor verás que, mientras tienes el oído siempre abierto para las vanidades, alabanzas y malas palabras, y la lengua suelta para ofender á Dios é injuriar al prójimo, eres sordo para lo bueno y mudo para hablar con Dios y confesar tus pecados. Reflexiona que así como este sordo-mudo nunca fuera por remedio á Cristo, si otros no le llevaran y rogaran por él, supliendo con sus lenguas la falta de la lengua del mudo; así hay muchos pecadores sordos y mudos y tan olvidados de su miseria, que nunca se convertirían á Dios si algunos justos no intercediesen por ellos. Lo cual te ha de mover á orar á menudo por la conversión de los pecadores, y procurar del modo que pudieres llevarlos á Cristo y á sus ministros, acordándote de que perdonó los pecados al paralítico [1], viendo la fe de los que se lo pusieron delante. ¡Oh Dios infinito! Tened misericordia de tantos sordos y mudos como hay en este mundo. Echad, Señor, de sus almas al demonio, que las ensordece y enmudece, para que libremente os oigan, alaben y glorifiquen eternamente. Cerrad mis oídos y atad mi lengua para todo lo malo, para que no os ofenda, y desatadla para lo bueno, á fin de que os sirva con verdad.

Punto 2.º *Operaciones de Jesús para curar al sordo-mudo.*—Considera en este punto seis cosas que hizo Jesús para curar á este sordo-mudo, con las cuales se manifiesta la dificultad grande que hay para curar á los sordo-mudos espirituales, no por parte de Dios, que es omnipotente, y con un acto de la voluntad puede obrar en ellos el más completo cambio, sino por la ruin disposición de ellos; por lo cual se ha de tomar su cura muy despacio. Primeramente, tomándole de la mano, le separó de la gente, significando que tales personas, para ser curadas, han de apartarse de las que pueden estorbar su cura, y de los bullicios y tráfago de los negocios temporales, atendiendo á solas á su remedio. Lo segundo, gimió, para denotar la grande miseria de estas almas, y cuán grande pena le dan. ¡Oh cuán grave mal debe de ser aquel que hace gemir al mismo Dios! Gimió también y miró al cielo, para significar que estos males se hán de curar con oración ferviente y llorosa, levantando los ojos al cielo, de donde ha de venir el remedio, porque no le hay en la tierra. Lo cuarto, entró los dedos en los oídos del sordo, un dedo en un oído, y otro en el otro, para denotar los dones del Espíritu Santo, figurados por los dedos de Cristo; porque como el dedo procede de la mano, así el Espíritu Santo procede del Verbo divino, que es como

[1] Matth., IX, 2.

mano y brazo del Padre Eterno, por quien obra las cosas. Lo quinto, escupió en la lengua y la tocó, como había escupido en los ojos de un ciego para darle vista, para significar que la Sabiduría celestial, figurada por la saliva de Jesucristo, es la que suelta nuestra lengua, para que sepa hablar con Dios, consigo y con sus prójimos; ella enseña la oración, las alabanzas de Dios y la confesión de los pecados, y la debida reprensión de los ajenos para curarlos. Lo sexto, con gran imperio dijo: *Efeta*, ábrete, para significar la virtud de su palabra omnipotente; porque, dado que los hombres no hablen con los sordos, porque sería inútil [1], Dios puede hablar con ellos, porque su palabra es viva, eficaz y penetrativa [2], y poderosa para abrir el oído, y entrar dentro del alma, y hacer en ella lo que quiere, trocándola para que consienta con lo que manda. ¡Oh Dios omnipotente! Abrid mi oído, que yo no os contradiré [3], porque aparejado estoy para creer lo que me enseñareis, y para obedecer á cuanto me mandareis. ¡Oh alma fiel! Mira el modo cómo has de ayudar á la conversión de los pecadores. ¿Practicas estos medios? ¿Te haces tú sordo á las enseñanzas del Señor?

Punto 3.º *Alabanzas de las gentes que vieron el milagro.*—Considera aquí la omnipotencia de Jesucristo en hacer lo que quiere, porque al instante que dijo la palabra *Efeta*, se abrieron los oídos del sordo y la lengua se soltó, y hablaba bien y rectamente. ¡Oh con qué facilidad quita el Señor los impedimentos que se oponen á la consecución de su deseo! ¡Cuán sin trabajo ni esfuerzo abre el oído á los sordos, y suelta la lengua de los mudos, para que aquéllos oigan con docilidad, y éstos hablen con rectitud. Pondera luego cómo, aunque Jesús mandó á las gentes que presenciaron el milagro que no dijesen nada, aquella multitud devota y agradecida comenzó á clamar con gran fervor: *Bene omnia fecit*, bien ha hecho todas las cosas. Que fué decir: Bien ha hecho todas las cosas, así las que crió, como Dios, desde el principio del mundo [4] con su omnipotencia, como las que ordenó con su providencia. Bien ha hecho todas las obras de la Redención, los milagros, los sermones, los Sacramentos, las humillaciones y todos los ejercicios virtuosos. ¡Oh qué alabanza tan perfecta es la que tributa el Padre eterno á su santísimo Hijo por boca de estas gentes sencillas! Pondera, finalmente, cómo esta gente, glorificando á Cristo nuestro Señor, aunque no sanó más que á un mudo y sordo, dicen que hizo oir á los sordos y hablar á los mudos, confesando que quien hizo este bien á uno, le podía hacer á muchos, y estaba aparejado para hacerlo con todos los que están sordos y mudos en el alma, si quieren aprovecharse de su misericordia, porque este es su oficio, y á esto vino al mundo. ¡Oh buen Jesús! Haced este oficio con todos los infieles,

[1] Eccli., XXXII, 6. — [2] Hebr., IV, 12. — [3] Isai., L, 5. — [4] Gene., I, 31.

para que os crean, y con todos los pecadores, para que os obedezcan, y con todos los tibios, para que os sirvan con fervor, de modo que todos os glorifiquen y alaben por todos los siglos. ¿Imitamos á Jesús, buscando el secreto en nuestras buenas obras? ¿Decimos y creemos, como las gentes, que Jesús hizo bien todas las cosas? ¿Por qué, pues, no le imitamos?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán triste y lamentable es el estado del sordo y mudo en el espíritu! Nada oye de lo que podía aprovecharle, y tiene siempre el oído atento á lo que puede dañarle. Su lengua es como una chispa de fuego, que enciende la guerra entre los prójimos y el afecto desordenado en el corazón; pero está inmóvil para hablar con Dios, confesar los pecados y hacer oración. Un alma tal tiene cerradas todas las puertas por donde podría recibir la luz, y es necesario un gran milagro de la omnipotencia divina para sacarla del atolladero en que se halla. Lo que Jesucristo hizo para curar al sordo-mudo del Evangelio, indica, al par que la dificultad de la curación, los medios por donde puede obtenerse. Le saca de en medio de la muchedumbre, gime dolorosamente, le entra los dedos en los oídos, toca con la mano su lengua, y con gran imperio dice: *Efeta*, ábrete; y al instante los oídos del sordo se abren y su lengua se suelta; y con un nuevo milagro, quizá más estupendo, comienza á hablar rectamente, como todos los demás, un hombre que jamás había articulado una palabra, ni oído una sola expresión. ¿Quién se atreverá á desconfiar del Salvador al contemplar estas maravillas de su omnipotencia? ¿Quién desesperará de la conversión de un pecador, por sordo y mudo que esté en el espíritu, al ver la facilidad y presteza con que los cura el Médico celestial? Ya nadie debe admirarse que las turbas entusiasmadas alaben y engrandezcan á Jesucristo con palabras de tanto encarecimiento; que en alta voz proclamen la perfección de todas sus obras. ¿Qué piensas tú de esto? ¿Crees que todo lo que dispone Jesús está bien hecho? ¿Por qué no tienes más conformidad? ¿Por qué te quejas de tus padecimientos? ¡Oh alma! Entra en ti misma, y conociendo tu miserable sordera y mudez, propón remediar tal estado, practicando cuanto sea necesario para ello; y sabiendo tu propia impotencia, pide, ruega, importuna á Dios, y no desistas hasta conseguir lo que pretendas para ti y para los demás.

104. — CURACIÓN DEL ENDEMONIADO LUNÁTICO.

PRELUDIO 1.° Fué presentado á Jesús un endemoniado lunático, al que no habían podido librar sus discípulos; y Él, increpando al demonio, le obligó á salir.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Cristo increpando al demonio que se había apoderado de este pobre hombre.

PRELUDIO 3.° Pide á Jesús que te libre del poder del demonio.

Punto 1.° *Poder y rabia del demonio contra sus esclavos.* — Considera cómo se presentó á Jesús un hombre del pueblo, y le dijo [1]: «Señor, tened misericordia de un hijo único que tengo, lunático y con espíritu mudo, que le arrebata y da con él en tierra, y le hace echar espuma por la boca y dar diente con diente, y le pasma y le deja casi despedazado, y unas veces cae en el fuego, otras en el agua; y rogué á vuestros discípulos que le sanasen, y no han podido». En esta tan triste relación, puedes ver la fiereza y crueldad que tiene el demonio contra el hombre para dañarle en todo lo que toca á su cuerpo, si Dios no lo detiene; y así trataría á todos, como á este pobre mozo, á quien hizo mudo, sordo y lunático, con tormentos muy terribles y continuos desde su mocedad, pretendiendo, ya abrasarle en el fuego, ya ahogarlo en los ríos y pozos, y esto con tanta pertinacia, que no quiso obedecer á los Apóstoles de Cristo, como quien triunfaba de ellos. Pondera cómo este cruel enemigo muestra todavía mayor furia con el ánima del pecador que se le rinde, al cual hace sordo y mudo para las cosas santas: lunático, esto es, sujeto al mundo, variable, mudable é inconstante para lo bueno: da con él en tierra, pegándole con las aficiones á las cosas terrenas: hácele echar por la boca espumarajos de palabras feas y asquerosas, y dar diente con diente por la furia de la ira y cólera: hácele estólido y como insensible para las cosas de Dios: unas veces le arroja en el fuego de las codicias carnales, para que se abrase en ellas, otras en las corrientes de las aguas de los negocios mundanos para que se ahogue en ellos [2]; y así le trae de un pecado á otro, despedazándole y haciéndole resistir á los predicadores y confesores, sin que haya quien le pueda subyugar. Y si esto hace en este mundo, en donde está como perro atado, discurre qué hará en el infierno contra los pecadores que le están ya del todo rendidos. ¡Qué sordera, qué mudez, qué crujir de dientes, qué desesperación! Pues, ¿cómo no aborrecemos al que en esta vida y en la otra es verdugo tan cruel del que le obedece? ¿Cómo hemos de resistirle? ¿En qué cosas nos persigue? ¡Oh Dios eterno! Abrid los ojos de todos los hombres para que los que han caído en la horrible miseria de ponerse bajo la esclavitud del demonio,

[1] Matth., XVII, 14; Marc., IX, 17; Luc., IX, 39. — [2] Job, XXIV, 19.

para que os crean, y con todos los pecadores, para que os obedezcan, y con todos los tibios, para que os sirvan con fervor, de modo que todos os glorifiquen y alaben por todos los siglos. ¿Imitamos á Jesús, buscando el secreto en nuestras buenas obras? ¿Decimos y creemos, como las gentes, que Jesús hizo bien todas las cosas? ¿Por qué, pues, no le imitamos?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán triste y lamentable es el estado del sordo y mudo en el espíritu! Nada oye de lo que podía aprovecharle, y tiene siempre el oído atento á lo que puede dañarle. Su lengua es como una chispa de fuego, que enciende la guerra entre los prójimos y el afecto desordenado en el corazón; pero está inmóvil para hablar con Dios, confesar los pecados y hacer oración. Un alma tal tiene cerradas todas las puertas por donde podría recibir la luz, y es necesario un gran milagro de la omnipotencia divina para sacarla del atolladero en que se halla. Lo que Jesucristo hizo para curar al sordo-mudo del Evangelio, indica, al par que la dificultad de la curación, los medios por donde puede obtenerse. Le saca de en medio de la muchedumbre, gime dolorosamente, le entra los dedos en los oídos, toca con la mano su lengua, y con gran imperio dice: *Efeta*, ábrete; y al instante los oídos del sordo se abren y su lengua se suelta; y con un nuevo milagro, quizá más estupendo, comienza á hablar rectamente, como todos los demás, un hombre que jamás había articulado una palabra, ni oído una sola expresión. ¿Quién se atreverá á desconfiar del Salvador al contemplar estas maravillas de su omnipotencia? ¿Quién desesperará de la conversión de un pecador, por sordo y mudo que esté en el espíritu, al ver la facilidad y presteza con que los cura el Médico celestial? Ya nadie debe admirarse que las turbas entusiasmadas alaben y engrandezcan á Jesucristo con palabras de tanto encarecimiento; que en alta voz proclamen la perfección de todas sus obras. ¿Qué piensas tú de esto? ¿Crees que todo lo que dispone Jesús está bien hecho? ¿Por qué no tienes más conformidad? ¿Por qué te quejas de tus padecimientos? ¡Oh alma! Entra en ti misma, y conociendo tu miserable sordera y mudez, propón remediar tal estado, practicando cuanto sea necesario para ello; y sabiendo tu propia impotencia, pide, ruega, importuna á Dios, y no desistas hasta conseguir lo que pretendas para ti y para los demás.

104. — CURACIÓN DEL ENDEMONIADO LUNÁTICO.

PRELUDIO 1.º Fué presentado á Jesús un endemoniado lunático, al que no habían podido librar sus discípulos; y Él, increpando al demonio, le obligó á salir.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Cristo increpando al demonio que se había apoderado de este pobre hombre.

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús que te libre del poder del demonio.

Punto 1.º *Poder y rabia del demonio contra sus esclavos.* — Considera cómo se presentó á Jesús un hombre del pueblo, y le dijo [1]: «Señor, tened misericordia de un hijo único que tengo, lunático y con espíritu mudo, que le arrebata y da con él en tierra, y le hace echar espuma por la boca y dar diente con diente, y le pasma y le deja casi despedazado, y unas veces cae en el fuego, otras en el agua; y rogué á vuestros discípulos que le sanasen, y no han podido». En esta tan triste relación, puedes ver la fiereza y crueldad que tiene el demonio contra el hombre para dañarle en todo lo que toca á su cuerpo, si Dios no lo detiene; y así trataría á todos, como á este pobre mozo, á quien hizo mudo, sordo y lunático, con tormentos muy terribles y continuos desde su mocedad, pretendiendo, ya abrasarle en el fuego, ya ahogarlo en los ríos y pozos, y esto con tanta pertinacia, que no quiso obedecer á los Apóstoles de Cristo, como quien triunfaba de ellos. Pondera cómo este cruel enemigo muestra todavía mayor furia con el ánima del pecador que se le rinde, al cual hacé sordo y mudo para las cosas santas: lunático, esto es, sujeto al mundo, variable, mudable é inconstante para lo bueno: da con él en tierra, pegándole con las aficiones á las cosas terrenas: hácele echar por la boca espumarajos de palabras feas y asquerosas, y dar diente con diente por la furia de la ira y cólera: hácele estólido y como insensible para las cosas de Dios: unas veces le arroja en el fuego de las codicias carnales, para que se abrase en ellas, otras en las corrientes de las aguas de los negocios mundanos para que se ahogue en ellos [2]; y así le trae de un pecado á otro, despedazándole y haciéndole resistir á los predicadores y confesores, sin que haya quien le pueda subyugar. Y si esto hace en este mundo, en donde está como perro atado, discurre qué hará en el infierno contra los pecadores que le están ya del todo rendidos. ¡Qué sordera, qué mudez, qué crujir de dientes, qué desesperación! Pues, ¿cómo no aborrecemos al que en esta vida y en la otra es verdugo tan cruel del que le obedece? ¿Cómo hemos de resistirle? ¿En qué cosas nos persigue? ¡Oh Dios eterno! Abrid los ojos de todos los hombres para que los que han caído en la horrible miseria de ponerse bajo la esclavitud del demonio,

[1] Matth., XVII, 14; Marc., IX, 17; Luc., IX, 39. — [2] Job, XXIV, 19.

procuren salir de ella, y los demás huyan de caer en la misma, resistiendo al espíritu por quien tanto mal les viene.

Punto 2.º *Nuestra poca fe causa la pertinacia del demonio.*—Considera aquí la viva exclamación de Jesucristo antes de curar al enfermo, diciendo [1]: «¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Cuánto tiempo tengo de estar entre vosotros, y cuánto tiempo os he de sufrir?» Con la cual manifestó la pena que recibía por la incredulidad y pertinacia de aquella gente, de donde procedía que el demonio estuviera tan pertinaz en atormentar al endemoniado; y parece que estaba como cansado de vivir entre ellos y de sufrirlos por su dureza. ¡Cuán grave pecado y enorme ingratitud es la incredulidad, que así apena y aflige á Jesucristo! ¡Cuánto sufriría en estos tiempos aquel divino Señor, si pudiese padecer! Mira cómo luego mandó Jesús que le trajesen al endemoniado; y en viéndole, el mal espíritu le atormentó y revolcó por tierra, en señal de lo mucho que aborrecía al Redentor. Y si en presencia de Cristo así trata á los que posee, ¿qué hará en ausencia? Afligido con esto el padre del mozo, dijo al Señor: «Si podéis algo, ayudadnos, teniendo misericordia de nosotros». Pero viendo Jesús la poca fe de este hombre, díjole [2]: «Si puedes creer, todas las cosas son posibles al que cree». Lo cual, oído por el desconsolado padre, y viendo que de su fe dependía la salud de su hijo, respondió con fervor y humildad: «Creo, Señor; pero ayudad mi incredulidad». Que fué decir: Creo cuanto puedo, y lo que me falta, súplalo vuestra bondad. En cuyas palabras te enseña un modo maravilloso de orar, haciendo luego lo que puedes, y pidiendo á Dios que añada lo que te falta. Creyendo, has de pedir aumento de fe; humillándote, aumento de humildad, y amando, aumento de caridad. ¡Oh dulce Jesús! ¡Bendita sea vuestra infinita bondad, que tan poco me pide para hacerme los mayores favores! ¡Creer que el Omnipotente todo lo puede, y que el infinito en misericordia quiere usarla conmigo! Creo y mil veces creo cuanto me decís, y espero cuanto me prometéis; pero suplid mi falta de estas virtudes, pues á vuestra bondad toca acabar el bien que habéis comenzado. ¿Oyes tú, alma mía, las palabras de Jesús? ¿Tienes la fe que Él desea?

Punto 3.º *Obligado por Jesús, salió el demonio mostrando grande rabia.*—Considera cómo Jesús, amenazando al demonio, dijo: «Espíritu sordo y mudo, Yo te mando que salgas, y jamás vuelvas á él». El demonio salió dando gritos y atormentando mucho al hombre, dejándole como muerto; pero tomándole Jesús de la mano, le levantó y entregó sano á su padre. En estas palabras del Evangelio has de admirar primero, el señorío de Cristo sobre los demonios, y el imperio con que mandó á éste dos cosas: salir de él, y no volver más á entrar; y no carece de

[1] Matth., XVII, 16 — [2] Marc., IX, 19.

misterio este último mandato, porque sabía bien el Señor la condición del demonio cuando ha estado mucho tiempo en un alma y le han echado de ella, que no halla descanso hasta volver, llevando consigo otros siete peores que él; y para reprimir esta fiereza, quiso usar aquí de su cumplida misericordia, mandándole que ni sólo ni acompañado volviese más á este mozo, y así lo hizo. Pondera también lo mucho que siente el demonio salir del alma, especialmente cuando ha mucho que la posee, y los dolores que padece la misma al tiempo que ha de salir de su tiranía y dejar los vicios en que ha vivido, los cuales son dolores como de muerte, pero necesarios para que cobre vida; y así, por más que el demonio te amedrente y el mundo te amenace, no has de diferir la conversión, echando cuanto antes de ti á este tirano. Y para más animarte, mira en este mismo hecho la bondad de Cristo y su benignidad en dar la mano al caído, y levantarle y vivificarle, porque Él solo puede restituir la vida y salud perfecta; y aunque pudiera tomar este mozo para su servicio, no quiere sino volvérsele á su padre, mostrando en todo su caridad y cuán sin interés hace el bien á todos. ¡Oh Dios de mi alma! Todo esto me convida á que os ame y sirva muy de veras; mas, pues me habéis librado del demonio, mandadle que no vuelva á mí, y tomadme por vuestro, porque no tengo ni quiero otro padre sino á Vos, á quien sea honra y gloria por las grandezas que obráis en vuestros hijos para su provecho. Y nosotros, ¿no resistiremos en adelante con más valor al demonio? ¿No nos valdremos de los auxilios de Jesús, que así impera en él?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán furiosa es la rabia que el demonio tiene contra el hombre! Es verdad que, para atraerle á su servicio, le ofrece grandes bienes, mucha seguridad, toda suerte de dichas; empero, cuando logra dominarle, hácele sentir todo el peso de su furor y odio. Esto vemos en este pobre poseso, al cual el demonio había atado casi todas sus potencias y sentidos, y le había puesto en mil peligros de perecer. Y si esto hace con el cuerpo, ¿qué hará con el alma que se le entrega? Y si esto hace en este mundo, ¿qué hará en el otro, cuando con dominio absoluto impere sobre todos los condenados? ¡Cuán insensato es el que se deja seducir por los engaños, halagos y promesas del demonio! Puesto delante de Jesús el endemoniado, es atormentado con mayor crueldad por el enemigo. Es que no puede tolerar la presencia de este Señor. Es un reo criminal, y la vista del Juez le llena de coraje. Es un enemigo vencido, y la presencia de su vencedor le confunde, avergüenza y enciende su rabia. ¡Oh cuán poco debemos temer al demonio, si poseemos la amistad de Jesús! Creyendo en este Señor y confiando en El, y puestos bajo su protección, triunfaremos de todos los enemigos de nuestra alma. Una palabra suya bastará, no sólo para alejarlos de nosotros, sino para vedarles eternamente la entrada en

nuestro corazón. Y aunque busque otros compañeros peores que él, y ponga en práctica todos los medios de que puede disponer, nuestra alma será para él un campo vedado en el que no podrá penetrar. Pues ¿cómo hemos de resistirle? ¿Tenemos aquella fe viva que disipa estos enemigos? ¿Nuestra confianza en Jesús es sólida y firme cuanto lo exige su infinita bondad y poder? ¿Hasta cuándo caeremos en el punible error de la desconfianza? Basta ya de abusar de la paciencia de Jesús; propongamos con firmeza, pidamos con confianza lo que necesitamos, y roguemos al mismo Señor que nos libre del demonio y nos conceda todas las gracias.

105.—RESURRECCIÓN DE LA HIJA DE JAIRO.

PRELUDIO 1.º Habiendo muerto una niña de doce años, su padre acudió á Jesús, pidiéndole que la resucitase; fué Jesús, la tomó de la mano, y la devolvió la vida.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciendo á esta difunta: «Niña, levántate».

PRELUDIO 3.º Pide al Señor que te libre de la muerte del pecado.

Punto 1.º *Súplica del padre de la niña difunta.*—Habiendo fallecido una doncella de doce años [1], hija única de un príncipe de la sinagoga, llamado Jairo, su padre se presentó á Jesús, pidiéndole que fuese á su casa y pusiese las manos sobre ella. Acerca de la muerte de esta niña debes ponderar cómo á pesar de ser hija única, de padres ricos y nobles, y por consiguiente muy querida y regalada de ellos, sin embargo de esto, la salteó la muerte, sin que pudiesen atajarla ni los padres, ni los médicos, ni la hacienda, ni el verdor de la edad; para que entiendas que en toda edad y en cualquier fortuna y estado no hay seguridad de vida, sino que cuando menos pienses te salteará la muerte; y que, aunque esta joven y otros difuntos que resucitaron, pudieron remediar el daño de la primera muerte, tú no podrás esto, porque ley general es que los hombres mueran una sola vez [2]; y el daño de la primera muerte no tendrá remedio. ¡Oh cuánto te importa vivir del modo que desees morir! Pondera luego cómo la muerte de esta gente moza sucede unas veces por los pecados de los padres, que los aman y regalan en demasía; otras, por pecados de ellos mismos, que se van sin freno tras sus inclinaciones, y quiere Dios atajarles esos pasos porque no se condenen, ó porque tengan menos infierno; otras veces por favor, arrebatándolos antes que la malicia mude su corazón [3], y el fingimiento engañe su alma, para que veas lo mucho que te importa huir del pecado, y arrojarte en los brazos de la divina Providencia, pidiéndole que te dé la muerte en aquel tiempo y coyuntura que convenga para tu salvación. Mira cómo esta difunta quedara

[1] Matth., IX, 18; Marc., V, 22; Luc., VIII, 42. — [2] Hebr., IX, 27. — [3] Sap., IV, 11.

muerta para siempre si su padre no fuera á rogar por ella; así muchos pecadores, aunque no están tan muertos por la culpa que no puedan de algún modo acudir á Cristo, tienen, con todo, grande necesidad de intercesores que rueguen por ellos, y soliciten á Dios nuestro Señor que los resucite; y así te debes mover á hacerlo. ¡Oh Padre piadosísimo! Mirad á innumerables almas que hay por este mundo tan muertas y sumidas en sus culpas, que no os piden vida ni resurrección. Yo, Señor, aunque indigno, os suplico vengáis á sus casas, y toquéis con la mano de vuestra inspiración sus corazones, para que cobren vida. ¿Nos hallamos nosotros preparados para cuando venga la muerte? ¿Usamos de la vida de tal modo que no nos hagamos indignos de ella?

Punto 2.º *Benignidad del Señor en ir á casa de Jairo.*—Considera cómo, oyendo Jesús la petición del archisinagogo, se levantó de donde estaba, y se fué tras él; y, llegando á su casa, y viendo á mucha gente que estaba allí llorando, los dejó y se entró en el aposento de la difunta con solos su padre y madre y tres Apóstoles, Pedro, Santiago y Juan. En lo cual has de ponderar la admirable benignidad de Jesús en seguir luego á este archisinagogo, aunque su fe era imperfecta y no lo merecía, por cuanto le pedía que fuese á su casa á sanar á su hija, como si no pudiera desde allí sanarla con sola su voluntad. Pero no le reprendió el Señor, porque le vió postrado á sus pies y humillado, y la humildad suple mucho nuestras faltas y mueve la misericordia de Dios á que las perdone; así como la soberbia del reyezuelo [1] y la entereza que mostró en pedirle la salud para su hijo sin humillarse ni postrarse, le movieron á indignación y á que le zahiriese de su poca fe. Pondera también que Jesús quiso hacer este milagro, no en público, sino en secreto, porque como éste era el más famoso de cuantos había hecho, por ser el primer difunto que resucitaba, quiso en él darte ejemplo de humildad y de huir la vana ostentación de los hombres; y en confirmación de esto, hecho el milagro, mandó con gran firmeza á los que estaban presentes, que no lo publicasen; pero juntamente quiso que hubiese testigos que después lo manifestasen para nuestro provecho. Y no sin misterio escogió para esto á los tres Apóstoles dichos; los cuales fueron también testigos de su transfiguración en el monte Tabor y de la aflicción que padeció en el huerto de Getsemaní, para significar que á los más queridos y fervorosos da más parte de sus secretos, especialmente en tres cosas: en las obras de la conversión de las almas, en las grandezas de su gloria, y en las ignominias de su Pasión. ¡Oh quién fuese tan dichoso que privase con Jesús, y siguiese á este Cordero [2] donde quiera que va, sin apartarse un punto de su dulce compañía! ¡Oh Salvador mío! Hacedme tan fervoroso en vuestro divino ser-

[1] Joan., IV, 48. — [2] Apoc., XIV, 4.

vicio, que cifre toda mi gloria y felicidad en cumplir cuanto Vos deseáis, y en sufrir toda suerte de trabajos y humillaciones por vuestro amor. ¡Oh alma! Imita las virtudes que representan estos tres Apóstoles, para que merezcas los favores que ellos recibieron. Humíllate como el archisinagogo, y confía ciegamente en la benignidad de Jesús.

Punto 3.º *Jesús resucita á la niña difunta.*—Tomando Jesús por la mano á la difunta, dijo en alta voz [1]: «Niña, levántate», y al mismo punto se levantó y anduvo, y la mandó dar de comer, quedando sus padres maravillados de este milagro. En lo cual has de admirar la omnipotencia del Salvador; pues con sola una palabra, no rogando, como Elías [2] y Eliseo [3], sino mandando con imperio, da vida á los muertos, y al punto el alma del difunto que estaba en el limbo, ó dondequiera que estuviese, oye su voz, y viene á entrar en su cuerpo, sin que pueda resistirse, ni haya quien pueda detenerla. ¡Oh grandeza de la omnipotencia de Jesucristo! ¡Quién será tan atrevido que ose contradeciros, al ver que los mismos muertos se os sujetan! Pondera también la causa por qué tomó de la mano á esta difunta, y ella comenzó á andar, y la mandó dar de comer; lo cual no hizo con otros difuntos. Todo fué para significar que los pecadores que pecan por flaqueza, figurados por esta niña, son vivificados por Cristo, ayudándoles con su mano poderosa á vencer aquella flaqueza; y así, en resucitando con su virtud, quiere de ellos dos cosas. La una, que no estén ociosos, ni se queden en la cama de la pereza, sino que luego comiencen á andar, y á ejercitar buenas obras, aprovechando en el camino de la virtud. La otra, que coman el pan que corrobora el corazón [4], que es el Santísimo Sacramento del altar, con cuya virtud acaban de fortalecerse; y al mandar á otros que den de comer á la difunta, da á entender que manda á sus ministros que den este pan de vida á los pecadores convertidos, para que se alienten á proseguir la jornada que han comenzado. ¡Oh Salvador de mi alma! Tomadla de la mano, porque, juntándose la vuestra con la mía, luego me levantaré y comenzaré á trabajar, sacudiendo de mí toda pereza. Dadme también á comer el pan de vida sobresubstancial, que conforta á los flacos, alienta los corazones desmayados, para que, con su virtud, no me canse de caminar, hasta que llegue al monte santo de Horeb [5], donde vea vuestra gloria. ¿Hemos ya resucitado de nuestros pecados? ¿Trabajamos en el ejercicio de las virtudes, y nos alimentamos del modo que quiere Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán inexorable es la muerte! Llegado el momento trazado definitivamente por la divina Providencia, morirás, sin que puedan estorbarlo ó impedirlo ni todas

[1] Marc., v. 41.— [2] III Reg., XVII, 21. — [3] IV Reg., IV, 33. — [4] Psalm. CIII, 15.
[5] III Reg., XIX, 8.

las riquezas, ni los más afamados médicos, ni los más exquisitos medicamentos. Y esta muerte vendrá, ó en castigo de tus pecados y del abuso que de la vida has hecho, ó por otros motivos reservados á la adorable Providencia. ¡Cuánto te interesa no gastar la vida ofendiendo á Dios, sino emplearla toda en su servicio! Pero, ¡cuán admirable se muestra la benignidad de Jesús con Jairo, que le pide que vaya á su casa á resucitar á su hija! Al instante le sigue, aunque él da muestras de una fe muy escasa; pero la humildad todo lo suple, y no hay gracia que no consiga de Cristo; le ve humillado, y esto basta para que acceda á su súplica. Mira á Jesús, que penetra en la habitación donde está tendida sobre un lecho la difunta; por huir la vanagloria, sólo consiente que entren los padres de la niña y los tres Apóstoles más fervorosos. ¡Dichosos los que sirven con verdadero fervor á Jesucristo! Ellos tendrán parte en sus glorias, en sus trabajos y dolores, y también en sus obras misteriosas para la conversión de las almas. Jesús toma la mano de la niña, y diciéndola: «Niña, levántate», ¡oh prodigio de la omnipotencia de Jesús!, la difunta abre los ojos, se levanta, y comienza á comer. ¡Qué sorpresa tan consoladora y grata para aquellos afligidos padres! ¡Qué admiración para los Apóstoles! ¡Qué documento para todos! El que muera espiritualmente por debilidad, luego de resucitado, con el auxilio de Cristo, ha de andar y no estar ocioso, y debe alimentarse con el cuerpo del Señor. En vista de todo esto, ¿estás tú preparado para la muerte? ¿Te has hecho indigno de la vida á causa de tus abusos? ¿Pides con humilde confianza por ti y por los pecadores? Acuérdate que muchos no se salvarán, si no hay quien les dé la mano por medio de oraciones; mira, pues, lo que te conviene resolver y practicar; y, conociéndolo, ruega con espíritu por ti y por todas las necesidades que te han encomendado.

106. — RESURRECCIÓN DEL HIJO DE LA VIUDA DE NAIM.

PRELUDIO 1.º Compadecido Jesús de la aflicción de una pobre viuda que acababa de perder á su único hijo, lo resucitó y devolvióla á su madre.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo llegándose al féretro donde estaba el difunto, y mandándole que se levante.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de oir dócilmente la voz de Jesús.

Punto 1.º *Encuentro de Jesús con el difunto en Naim.*—Caminando Jesús á la ciudad de Naim [1] con sus discípulos y otra mucha gente, llegando á la puerta de la ciudad, sacaban á enterrar á un mancebo difunto, hijo único de su madre viuda, é iba con ella mucho pueblo. En la persona de este joven, muerto en la flor de su edad, has de mirar al pecador que está muerto

[1] Luc., VII, 11.

por culpas nacidas de sus vehementes pasiones, teniendo su alma encerrada en el cuerpo como en unas andas ó ataúd; porque todo cuanto piensa, habla y trata es en carne y de su carne. Los que llevan estas andas son cuatro apetitos ó pasiones vehementes; á saber: lujuria, que es apetito de deleites carnales; ambición, ó apetito de honras vanas; codicia, que es apetito de riqueza; y la ira, ó apetito de venganza contra los que le impiden estos bienes. De estas cuatro pasiones es llevado este miserable pecador á enterrar en el abismo de innumerables pecados, y después en el abismo del infierno, si el Señor no le detiene. ¡Oh estado, tanto más lamentable, cuanto menos conocido por el mismo que en él se halla! Pondera luego la caridad y providencia de Cristo nuestro Señor, en venir á Naim, en tal coyuntura, que se encontrase con este difunto, pues no fué acaso, sino sabiéndolo y con deseo de resucitarle, ofreciéndose á ello sin que nadie se lo pidiese: á la doncella resucitó á petición de su padre[1]; á Lázaro[2], á ruegos de sus hermanas; pero á éste de su solo motivo, para significar la grandeza de su misericordia en buscar las almas muertas, salirles al encuentro y ofrecerles el remedio, aunque no se lo pidan, movido de la compasión que tiene de ellas; y aun cuando se lo piden, Él previene é inspira á que lo hagan, de suerte que todo nuestro bien comienza de su misericordia. ¡Oh Padre misericordiosísimo! Mirad la muchedumbre de pecadores muertos que andan por las plazas de este mundo[3], arrastrados por sus pasiones, que les conducen á innumerables y graves pecados. Compadeceos de ellos, salidles al encuentro, atajad sus pasos antes que la muerte los coja en ellos. ¿Somos nosotros de estos desgraciados? ¿No tememos caer en tal infortunio?

Punto 2.° *Compasión que Jesús tiene de la madre viuda.* —Considera cómo mirando Jesús á la desconsolada viuda y madre del difunto, tuvo misericordia, y díjola[4]: «No llores»; y acercándose más, tocó las andas, y al punto pararon los que las llevaban. Acerca de este hecho has de meditar cómo el Señor quiso hacer este milagro, no en secreto, como el de la hija de Jairo, sino en público, para gloria de su Padre y para autorizar su doctrina; y para que se viese que no lo hacía por ostentación, sino de compasión, enterneciose viendo la miseria de aquella mujer, por ser viuda y ser único el hijo que perdió; en lo cual te enseña la prudencia en hacer las obras en público de modo que no se busque la ostentación; y también la compasión que te deben inspirar los afligidos y desconsolados, á imitación de nuestro gran Dios, que se complace en llamarse[5] Padre de huérfanos, marido de viudas y amparo de todos. Mira cómo las lágrimas de esta viuda, sin hablar ni pedir nada, movieron á Cristo á que resucitase á su

[1] Matth., IX, 18. — [2] Joan., XI, 43. — [3] Jerem., IX, 1. — [4] Luc., VII, 13.
[5] Psalm. LXVII, 6.

hijo, porque las lágrimas que derramamos por nuestros pecados, ó por los de otros, son un modo de oración muy eficaz para mover á Dios á remediar tales miserias, cumpliendo lo que ha dicho[1]: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados». Pondera, finalmente, cómo Jesús se llegó á las andas y las tocó, y pararon los que las llevaban, para significar que, antes de resucitar al pecador, le toca con la mano de su omnipotencia y con fuertes inspiraciones, ya de temor con amenazas, ya de esperanza con promesas, y hace que cese el ímpetu de las cuatro pasiones que le arrastraban, las cuales, por más bravas que sean, se rinden al toque é imperio de Cristo. ¡Oh manos de Jesús! Ya que tocasteis el madero de la cruz, siendo en ella cosidas y enclavadas para dar vida al que murió tocando con las suyas la fruta del árbol vedado; tocad á los pecadores muertos por la culpa, para que se dispongan á recibir la vida de la gracia. ¡Oh alma! Aprende de Jesús cuándo has de hacer tus obras en público. ¿Imitas su misericordia? ¿Te dejas llevar aún de tus desordenadas pasiones?

Punto 3.° *Jesús mandó al difunto que se levantase, y lo dió á su madre.*—Considera cómo mirando Jesús al cadáver tendido sobre las andas, dijo[2]: «Mancebo, á ti te digo: levántate»; y al punto el difunto se levantó y comenzó á hablar, y Cristo se lo dió á su madre. En lo cual puedes ponderar, sobre todo, la omnipotencia de Cristo, porque no tuvo necesidad, cómo Elías y Eliseo[3], de detenerse sobre el cuerpo del mozo difunto, juntando rostro con rostro, y ojos con ojos, ni aun le tocó con la mano, como á la hija de Jairo[4], sino con una palabra imperiosa, hablando con el muerto, como si estuviera durmiendo, le volvió á la vida. Reflexiona cómo este mancebo no principió luego á andar como la hija del archisinagogo, sino, sentándose en las andas, comenzó á hablar, para significar que los pecadores que están arrastrados por las pasiones van sanando poco á poco; primero reciben la vida de la gracia y apartan el afecto de las cosas carnales, aunque todavía se quedan con algo de afición que les pega y traba el corazón con ellas; pero después vienen del todo á despegarse de las costumbres viciosas. Además, comienzan á hablar, confesando los pecados, pidiendo perdón de ellos, proponiendo la enmienda y alabando á Dios por las mercedes que les hace; por lo cual no debes indignarte contra los que no dejan de un golpe las costumbres de la vida vieja. Pondera, por fin, la caridad del Señor en volver el hijo resucitado á su madre, viuda, aunque pudiera tomarle para sí; mas no quiso, porque atendiese á servirla en su vejez y viudez, y para que su consuelo fuese cumplido, significando con esto que

[1] Matth., V, 5 — [2] Luc., VII, 14. — [3] III Reg., XVII, 21; IV Reg., IV, 33.
[4] Marc., V, 41.

es propio de Cristo restituir los pecadores á su madre la Iglesia. Y así como este mancebo salió de su casa muerto, pero volvió á ella vivificado por Cristo, así el pecador que sale de la Iglesia, ó congregación de los justos, llevado de sus pasiones, vuelve á ella restituido á la vida, con grande alegría de todos. ¡Oh dulcísimo Salvador! Gracias os doy por el bien que hacéis á tantas almas. ¡Oh, si todos los pecadores se volviesen á juntar en la congregación de los justos, para que la Iglesia se gozase de tener muchos hijos vivos! Pues Vos podéis darle este gozo, no la privéis de él, para que vuestro nombre sea glorificado, y digamos lo que dijo la gente que vió este milagro [1]: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado con misericordia á su pueblo».

Epílogo y coloquios. ¡Oh triste estado del pecador, que ha venido á perder la divina gracia, á consecuencia de la fogosidad de sus pasiones! El difunto hijo de la viuda de Naim es su fiel retrato. Encerrada y metida su alma en su cuerpo como en un ataúd ó andas, es arrastrada por cuatro violentas pasiones: lujuria, codicia, ambición é ira; las cuales le llevan irresistiblemente al hoyo del infierno, si Dios no pone remedio. Pero ¡bendita sea la misericordia de Jesús! Él sale al encuentro de aquel difunto, y compadecido de las lágrimas de su desconsolada madre, se acerca al féretro, toca las andas, páranse los que las llevan, y hablando con voz sonora con el muerto, como si estuviera vivo: «Mancebo, dice, á ti te digo: levántate». Y el difunto se levanta, se incorpora en las andas, y Jesús lo entrega á su madre, la cual resucita también de la tristeza mortal que la consumía las fuerzas. ¡Cuántas veces el Señor nos ha salido, por ventura, al encuentro en medio de nuestra carrera de disolución y pecado! ¡Cuántas veces con su omnipotencia ha tocado las andas, calmando nuestras pasiones, para que, tranquilos y sosegados, pudiésemos pensar en lo que más nos importaba! Y nosotros tal vez, en lugar de imitar al difunto, que se levantó á la voz de Cristo, nos hemos quejado interiormente de que nos venía á turbar nuestros placeres mundanos, y voluntariamente nos hemos vuelto á echar en brazos de las pasiones desordenadas. ¿Qué haremos en adelante? ¿Cómo corresponderemos á la bondad de Jesús? ¿Qué exige de nosotros Su Majestad? ¿Sentimos todavía la fuerza de las pasiones que nos arrastran al mal? ¿Quién nos librará de este cuerpo de muerte? Sólo la gracia de Dios. Para alcanzarla, pues, hagamos muy eficaces propósitos de practicar los medios necesarios, y roguemos, no sólo por nosotros, sino por todos los pecadores, y por todo el mundo.

[1] Luc., VII, 16.

107.—ENFERMEDAD Y MUERTE DE LÁZARO.

PRELUDIO 1.° Habiendo enfermado Lázaro, sus hermanas se lo comunicaron á Jesús, el cual no fué á Betania hasta pasados cuatro días de su muerte.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús diciendo á sus discípulos: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros, para que creáis».

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber orar de tal modo, que alcances lo que pretendes.

Punto 1.° *Enfermedad de Lázaro, y diligencia de sus hermanas en notificarla á Jesús.*—Habiendo caído gravemente enfermo Lázaro, hermano de Marta y María, discípulas muy amadas del Señor, le enviaron un recado, diciendo [1]: «Señor, mira que el que amas está enfermo». Pondera en estas breves palabras un modo de orar breve, perfecto y muy eficaz, propio de los varones espirituales, ejercitados en la vida activa y contemplativa, figuradas por Marta y María, al cual llama Hugo de San Víctor [2] modo de orar por insinuación, y consiste en representar á Dios brevísimamente alguna necesidad del cuerpo ó alma que padeces, alegándole por título el amor que te tiene, dejando en todo lo demás el cuidado de tu remedio á su divina providencia, con grande confianza y resignación en su voluntad; porque, si sabes que te ama, basta esto para que creas que hará todo lo que te conviene, aunque no le pidas nada. Este modo de orar presupone grande estima del amor que Dios nos tiene, grande confianza en su misericordia y resignación en su voluntad, no queriendo más que lo que Él quisiere cuanto al remedio de tus necesidades, y al lugar, tiempo y modo de remediarlas. En este modo de oración debes ejercitarte á menudo, diciendo á Jesús: «Señor, el que amáis está enfermo»; ó cambiando esta última palabra, puedes decir: Señor, el que amáis está triste, desconsolado, tibio, seco, indevoto; está tentado de ira, soberbia. En lugar de «el que amáis», puedes aducir otros títulos de amor, diciendo: Señor, el que redimisteis con vuestra sangre, el que prohijasteis en el Bautismo, el que alimentais con vuestra carne, el que escogisteis por religioso, está lleno de imperfecciones. Este modo de orar es semejante al que usó la Virgen cuando en las bodas dijo [3]: «No tienen vino», dejando el remedio de la necesidad á la voluntad de Jesús. ¡Oh Maestro soberano! Grandemente confuso al ver mi miseria, me postro delante de Vos, y os digo: Señor y Padre mío, este pobre siervo é hijo vuestro, á quien creasteis, conservasteis y redimisteis, á quien habéis rodeado de vuestra protección, es tan miserable, que ni sabe conocer los favores que le hicisteis, ni los sabe agradecer como conviene, y se ve grandemente conturbado por las inmensas deudas que ha contraído y no puede pagar; mostrad

[1] Joan., XI, 3. — [2] Lib. de modo orandi, c. 2. — [3] Joan., II, 3.

es propio de Cristo restituir los pecadores á su madre la Iglesia. Y así como este mancebo salió de su casa muerto, pero volvió á ella vivificado por Cristo, así el pecador que sale de la Iglesia, ó congregación de los justos, llevado de sus pasiones, vuelve á ella restituido á la vida, con grande alegría de todos. ¡Oh dulcísimo Salvador! Gracias os doy por el bien que hacéis á tantas almas. ¡Oh, si todos los pecadores se volviesen á juntar en la congregación de los justos, para que la Iglesia se gozase de tener muchos hijos vivos! Pues Vos podéis darle este gozo, no la privéis de él, para que vuestro nombre sea glorificado, y digamos lo que dijo la gente que vió este milagro [1]: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado con misericordia á su pueblo».

Epílogo y coloquios. ¡Oh triste estado del pecador, que ha venido á perder la divina gracia, á consecuencia de la fogosidad de sus pasiones! El difunto hijo de la viuda de Naim es su fiel retrato. Encerrada y metida su alma en su cuerpo como en un ataúd ó andas, es arrastrada por cuatro violentas pasiones: lujuria, codicia, ambición é ira; las cuales le llevan irresistiblemente al hoyo del infierno, si Dios no pone remedio. Pero ¡bendita sea la misericordia de Jesús! Él sale al encuentro de aquel difunto, y compadecido de las lágrimas de su desconsolada madre, se acerca al féretro, toca las andas, páranse los que las llevan, y hablando con voz sonora con el muerto, como si estuviera vivo: «Mancebo, dice, á ti te digo: levántate». Y el difunto se levanta, se incorpora en las andas, y Jesús lo entrega á su madre, la cual resucita también de la tristeza mortal que la consumía las fuerzas. ¡Cuántas veces el Señor nos ha salido, por ventura, al encuentro en medio de nuestra carrera de disolución y pecado! ¡Cuántas veces con su omnipotencia ha tocado las andas, calmando nuestras pasiones, para que, tranquilos y sosegados, pudiésemos pensar en lo que más nos importaba! Y nosotros tal vez, en lugar de imitar al difunto, que se levantó á la voz de Cristo, nos hemos quejado interiormente de que nos venía á turbar nuestros placeres mundanos, y voluntariamente nos hemos vuelto á echar en brazos de las pasiones desordenadas. ¿Qué haremos en adelante? ¿Cómo corresponderemos á la bondad de Jesús? ¿Qué exige de nosotros Su Majestad? ¿Sentimos todavía la fuerza de las pasiones que nos arrastran al mal? ¿Quién nos librará de este cuerpo de muerte? Sólo la gracia de Dios. Para alcanzarla, pues, hagamos muy eficaces propósitos de practicar los medios necesarios, y roguemos, no sólo por nosotros, sino por todos los pecadores, y por todo el mundo.

[1] Luc., VII, 16.

107.—ENFERMEDAD Y MUERTE DE LÁZARO.

PRELUDIO 1.º Habiendo enfermado Lázaro, sus hermanas se lo comunicaron á Jesús, el cual no fué á Betania hasta pasados cuatro días de su muerte.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciendo á sus discípulos: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros, para que creáis».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber orar de tal modo, que alcances lo que pretendes.

Punto 1.º *Enfermedad de Lázaro, y diligencia de sus hermanas en notificarla á Jesús.*—Habiendo caído gravemente enfermo Lázaro, hermano de Marta y María, discípulas muy amadas del Señor, le enviaron un recado, diciendo [1]: «Señor, mira que el que amas está enfermo». Pondera en estas breves palabras un modo de orar breve, perfecto y muy eficaz, propio de los varones espirituales, ejercitados en la vida activa y contemplativa, figuradas por Marta y María, al cual llama Hugo de San Víctor [2] modo de orar por insinuación, y consiste en representar á Dios brevísimamente alguna necesidad del cuerpo ó alma que padeces, alegándole por título el amor que te tiene, dejando en todo lo demás el cuidado de tu remedio á su divina providencia, con grande confianza y resignación en su voluntad; porque, si sabes que te ama, basta esto para que creas que hará todo lo que te conviene, aunque no le pidas nada. Este modo de orar presupone grande estima del amor que Dios nos tiene, grande confianza en su misericordia y resignación en su voluntad, no queriendo más que lo que Él quisiere cuanto al remedio de tus necesidades, y al lugar, tiempo y modo de remediarlas. En este modo de oración debes ejercitarte á menudo, diciendo á Jesús: «Señor, el que amáis está enfermo»; ó cambiando esta última palabra, puedes decir: Señor, el que amáis está triste, desconsolado, tibio, seco, indevoto; está tentado de ira, soberbia. En lugar de «el que amáis», puedes aducir otros títulos de amor, diciendo: Señor, el que redimisteis con vuestra sangre, el que prohijasteis en el Bautismo, el que alimentais con vuestra carne, el que escogisteis por religioso, está lleno de imperfecciones. Este modo de orar es semejante al que usó la Virgen cuando en las bodas dijo [3]: «No tienen vino», dejando el remedio de la necesidad á la voluntad de Jesús. ¡Oh Maestro soberano! Grandemente confuso al ver mi miseria, me postro delante de Vos, y os digo: Señor y Padre mío, este pobre siervo é hijo vuestro, á quien creasteis, conservasteis y redimisteis, á quien habéis rodeado de vuestra protección, es tan miserable, que ni sabe conocer los favores que le hicisteis, ni los sabe agradecer como conviene, y se ve grandemente conturbado por las inmensas deudas que ha contraído y no puede pagar; mostrad

[1] Joan., XI, 3. — [2] Lib. de modo orandi, c. 2. — [3] Joan., II, 3.

en él el amor paternal que tenéis, haciendo que os sirva y alabe del modo que queréis. ¡Oh alma! ¿Imitarás en adelante la resignación y confianza de estas piadosas hermanas?

Punto 2.º *Respuesta de Jesús, diciendo que la enfermedad de Lázaro no era de muerte.*—Al recado de Marta y María contestó Jesús, diciendo [1]: «Esta enfermedad no es de muerte, no parará en muerte, sino que está ordenada para gloria de Dios». Esta respuesta trazó Jesús, parte para consolar á las dos afligidas hermanas, parte para probar su virtud fuertemente, para que se viera cuál era su fe y resignación. Considera primeramente el modo cómo consuela Cristo á estas devotas suyas con la razón de mayor consuelo que hay en la tierra, que es decirlas que la enfermedad de Lázaro y las enfermedades y penalidades de los escogidos, así del cuerpo como del alma, todas son para la gloria de Dios y suya, y que sabe el suceso que han de tener antes que venga, y el bien que ha de sacar de ellas. Y esta gloria de Dios resplandece, ó en librarnos de ellas cuando menos pensamos con un modo maravilloso, ó en darnos en ellas maravillosos dones de su gracia y maravillosa paciencia. ¿Quién, al considerar esto, no se alentará á sufrir las enfermedades? Pondera luego la grande prueba de las dos hermanas viendo que su hermano murió, habiéndolas dicho Jesús que su enfermedad no era de muerte. ¡Qué fe tan viva necesitaron para no sucumbir en ella, llegando á dudar, ó de la veracidad, ó de la omnipotencia de Jesús! Así había Dios probado á Abraham [2] cuando le mandó sacrificar á su hijo Isaac, el cual creyó en la esperanza contra la esperanza [3], pensando que Dios era poderoso para resucitarle. Del mismo modo quiso el Señor que hiciesen estas hermanas de Lázaro, y así has de obrar tú cuando, pidiendo la salud, la humildad ú otra virtud, permite el Señor que crezca la enfermedad ó arrecien las tentaciones contra ella. ¿Cuáles son las pruebas á que te sujeta actualmente el Señor? ¿Cómo las llevas? ¡Oh Salvador dulcísimo! En vuestras manos me arrojo, á Vos rindo mi juicio y voluntad, y me ofrezco á pasar por todo lo que ordenareis. Aunque me matéis [4], no perderé la esperanza de que me podéis resucitar; y si dijereis que he de morir, y me asaltare la muerte, creeré en la esperanza contra la esperanza, entendiendo que esta muerte será para darme mejor vida.

Punto 3.º *Jesús reveló á sus discípulos la muerte de Lázaro, y se decidió á ir á Betania.*—Considera cómo, pasados dos días, dijo el Señor á sus Apóstoles: «Volvamos á Judea». ¡Cuánta fortaleza manifiesta en esta ocasión el Señor! Poco hacía que le querían matar los judíos, como le objetaron los discípulos; mas, conociendo ser aquella la voluntad de su Padre, nada puede estorbarle que la cumpla, enseñándote lo que tú debes hacer

[1] Joan., XI, 4. — [2] Gen., XXII, 1. — [3] Rom., IV, 18. — [4] Job, XIII, 15.

cuando conoces la voluntad de Dios. Para esto, pondera dos memorables sentencias que Jesús dijo á sus discípulos en esta ocasión para animarlos. La primera: «¿Por ventura el día no tiene doce horas [1]?» Como si dijera: Así como el día tiene doce horas, y nadie podrá hacer que no las cumpla sino Dios, del mismo modo los días y horas de mi vida están tasados, y ninguno podrá cortarlos antes de tiempo. Por lo cual, bien puedo acometer lo que fuere para gloria de Dios, sin miedo de perder la vida, hasta que Dios lo tenga ordenado, fiándome de su providencia, que, si conviene, mudará las voluntades de mis enemigos, y los que eran mis contrarios se convertirán en auxiliares. La segunda: «Quien anda de día y con luz, no tropieza porque ve la luz». Que es decir: Que teman los que andan en las tinieblas de la infidelidad y faltos de la luz de la fe y de la gracia, es muy justo; pero quien anda en verdad delante de Dios, no tiene que temer, porque la verdad y luz de Dios le librará de caer y morir, mientras Dios quisiere que viva. ¡Qué motivos tan poderosos de fortaleza y resignación te da el Señor en estas dos sentencias! Luego declara á sus Apóstoles la muerte de Lázaro con estas palabras: «Lázaro, nuestro amigo, duerme, y voy á despertarle». La muerte para el justo es como un sueño, y con la misma facilidad que tú despiertas un dormido, puede Dios resucitar á un muerto. ¡Oh Dios verdadero! Mirad cuántos muertos en el espíritu andan por el mundo; todas las fuerzas humanas no bastan para darles vida; pero Vos podéis otorgársela con solo vuestro querer: obrad con todos ellos este prodigio, para que, resucitando á la vida de la gracia, puedan, después de la universal resurrección, alabaros y glorificaros en el cielo. ¡Oh alma! No temas exponerte á los peligros por el servicio y gloria de Dios. ¿No te acuerdas que tus días están contados, y nadie podrá acortarlos contra la voluntad del Señor?

Epílogo y coloquios. ¡Ay de nosotros, cuando el Señor se apartare de nuestro lado! Con Jesús, aunque nada tengamos, somos riquísimos; sin Él, aunque tuviéramos todo el mundo, seríamos pobrísimos. Lázaro comienza á enfermar al punto que Jesús se aleja de él, y su enfermedad va tomando incremento, hasta que le sepulta en una tumba. En vano sus hermanas quieren detener su rápido curso, manifestando á Jesús con las más expresivas palabras el estado de su hermano; aunque Jesús las consuela con las palabras más eficaces para tranquilizar un espíritu cristiano, las sujeta, sin embargo, á la más dura de las pruebas. Repitamos nosotros con frecuencia la oración de estas hermanas: Señor, el que amas está enfermo; y tendremos el consuelo de oir á Jesús, que dice: Esta enfermedad no es para muerte, sino para glorificar á Dios por ella. ¿Quién, al recordar

[1] Joan., XI, 9.

estas palabras, no se alentará en sus enfermedades? Con ellas podemos glorificar á Dios; y ellas no acabarán con la vida del alma, aunque paren en muerte del cuerpo, á no ser que nosotros queramos. Y al ver á Jesús que animoso vuelve otra vez á Judea, sin hacer caso de los judíos que querían matarle, y al oir cómo exhorta á sus discípulos que, cuando se trata de cumplir la voluntad de Dios, hay que hollar todos los temores humanos, porque Dios vela sobre nosotros, y en nuestro mayor apuro esta luz nos librará, ¿por qué aún temeremos? Entremos dentro de nosotros, y, cotejando nuestra conducta con estas prácticas enseñanzas, preguntémonos: ¿Cómo nos hemos portado cuando Jesús ha retirado sus consuelos de nosotros? ¿Hemos decaído de ánimo? El temor mundano, ¿nos ha hecho abandonar alguna vez el cumplimiento de la divina voluntad? ¡Qué vileza! ¡Temer á un puñado de polvo, cual es el hombre, y no temer al Omnipotente! Avergoncémonos de tan extraño proceder, y, para corregirnos, renovemos nuestras resoluciones y hagamos fervorosos coloquios, rogando por nosotros y por todo el mundo.

108.—RESURRECCIÓN DE LÁZARO.

PRELUDIO 1.º Llegado Jesús á Betania, quiso ver el cadáver de Lázaro, y, quitada la losa, le dijo: «Lázaro, sal afuera», y el muerto resucitó.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús mandando á Lázaro que se levante.

PRELUDIO 3.º Pide gran confianza en la omnipotencia del Señor.

Punto 1.º *Salutaciones de Marta y María al ver á Jesús.* —Considera cómo, llegando Jesús á Betania, salióle á recibir Marta, y en viéndole, le dijo [1]: «Señor, si estuvieras aquí, no muriera mi hermano; pero ya sé que te dará Dios cuanto le pidieres». En lo cual puedes ver cómo la muerte del pecador suele acontecer, como la de Lázaro, cuando el Señor se ausenta con sus favores sensibles, porque brotan entonces las pasiones que le arrastran al pecado. Mira también cuán corta era la fe que Marta tenía de la divinidad del Salvador, que pensaba que sólo por medio de súplicas á Dios podía obrar la resurrección de su hermano; por lo cual el Señor la dijo que Él era la misma resurrección y vida; y hasta que ella hizo profesión de creer esto, no se decidió á realizar el milagro. ¡Cuánto importa que tengas fe para alcanzar los favores del cielo! Pondera las virtudes de María en esta ocasión, la cual, en oyendo que su hermana la decía que Jesús había llegado y la llamaba, al instante se levantó, corrió á Él, postróse á sus pies, y le dijo: «Señor, si estuvieras aquí, no muriera mi hermano». En lo cual descubrió tres excelentes virtudes, que son: Obediencia presta, puntual y amorosa, nacida

[1] Joan., XI, 21.

de la grande estima que tenía de Jesús; y así, en oyendo que la llamaba, se levantó y fué prestamente, sin despedirse de los que estaban con ella, ni hacer otros comedimientos que la detuviesen. Gran reverencia al Señor, porque, en viéndole, al punto se postró á sus pies, sin hacer caso que estaban allí muchos nobles de Judea que le aborrecían y llevaban á mal cualquiera honra que le hicieran. Y, por último, mostró mucha mayor fe que su hermana, con gran resignación, porque, llena de amor y dolor, dijo: «Señor, si estuvieras aquí, no muriera mi hermano»; pero calló lo demás que había dicho Marta, remitiéndolo todo á la voluntad del Señor. Y con esta oración, acompañada de una resignación tan amorosa y confiada, recabó la resurrección de Lázaro, como dice la Iglesia en la oración de su fiesta. ¡Oh si tú imitases estas ilustres virtudes de la Magdalena! ¡Oh Redentor mío! Pues tanto os agradó la obediencia, devoción y fe de esta vuestra sierva, por ellas os pido aumentéis en mi alma la fe viva y eficaz que transporta montes y resucita muertos, para que con su ayuda pueda allanar los montes de la soberbia y resucitar á las almas muertas por el pecado. ¡Oh alma devota! ¿Cuál es tu fe? ¿Imitas á Marta, ó á la Magdalena? ¿Practicas las virtudes de ésta?

Punto 2.º *Antes de resucitar á Lázaro, Jesús lloró, mandó quitar la losa y dió gracias á su Padre.*—Considera tres cosas muy significativas que hizo Cristo antes de obrar el milagro. La primera fué gemir ó llorar, lo cual hizo dos veces; la una de compasión, al ver llorar á la Magdalena y á los circunstantes, porque es propio de la caridad [1] llorar con los que lloran; la otra de compasión del difunto, que había de volver á esta vida miserable, y de dolor del pecado que había introducido la muerte en el mundo [2], y porque allí se le representó cuán caro le había de costar destruir la muerte y el pecado; y cómo por esta causa Él había de morir y su cuerpo estaría amortajado en otro sepulcro como aquel, y su alma en el limbo; y también gimió de compasión de los fariseos que estaban allí, y habían de calumniar aquel milagro, y tomar de él ocasión para procurarle la muerte. La segunda cosa que hizo fué mandar quitar la losa que cubría el sepulcro, para que todos viesen el cuerpo del difunto; y aunque pudiera con sola su palabra quitarla, no quiso, porque no quería mostrar el milagro en cosa que los hombres podían hacer por sí mismos, sino en lo que excedía á su facultad. Y es de ponderar que Marta quiso estorbar esto con buen celo, diciendo: «Olerá mal, porque cuatro días ha que murió»; en lo cual se representa cómo algunas veces nuestros deudos y amigos impiden, con título de amor, nuestro bien espiritual, pretendiendo que no quitemos lo que nos estorba alcanzarlo. La tercera cosa fué levantar los

[1] Rom., XII, 15. — [2] Rom., V, 12.

ojos al cielo, de donde había de venir la vida de aquel difunto, enseñándote que tu remedio consiste en ver tus miserias, no á bulto y encubiertas con losas blanqueadas, sino al descubierto, sintiendo la hediondez de tus pecados, y luego levantar la vista á Dios, de quien te ha de venir el remedio, pidiéndolo con humildad. Dió también gracias á su Padre, lo cual era peculiar en Cristo dar gracias antes de hacer el milagro, como quien estaba cierto de que su Padre gustaba que le hiciese; en lo cual también te enseña que si quieres recibir nuevas mercedes de Dios, has de comenzar dándole gracias por las recibidas. ¡Oh Redentor amantísimo! Conceded á mi pobre corazón la compasión y ternura que tiene el vuestro, para que se compadezca de las desgracias y tristezas de mi prójimo; hacedle conocer su propia miseria, y ayudadle á levantar los ojos al cielo, de donde le ha de venir el remedio de ella, comunicándole afectos santos con que agradezca al Señor los muchos bienes que le ha hecho. ¿Consideramos nosotros con atención nuestra propia hediondez y miseria? ¿Nos compadecemos de las desgracias de nuestro prójimo?

Punto 3.º *Jesús resucitó á Lázaro, diciendo: Lázaro, sal afuera.* — Considera cómo Jesucristo, puesto en pie cerca del sepulcro que estaba abierto, y en cuyo fondo se hallaba tendido el corrompido cadáver de Lázaro, levantó la voz, como quien hablaba con persona que estaba muy lejos, como lo estaba el alma de Lázaro (la cual es de suponer que estaría en el seno de Abraham); representando también con este clamor la voz de trompeta clamorosa con que los muertos han de ser llamados á juicio [1]; y con gran imperio dijo: «Lázaro, sal afuera». Y al mismo punto el alma salió de donde estaba, y se juntó con el cuerpo; y el cuerpo vivo salió del sepulcro, atado como estaba en su mortaja, y cubierto el rostro con el sudario, para que se viese la grandeza del milagro en dar juntamente á un muerto hediondo la vida y salud perfecta, y el movimiento, con estar atado; y aunque pudiera desatarle, no quiso, sino que le desatasen y dejasen ir, para que los mismos que le desataran fueran testigos del milagro. De lo cual has de sacar afectos de admiración y gozo por la omnipotencia de Jesús. Pero espiritualizando todo este hecho, en la persona de Lázaro has de considerar á un pecador que antes había sido justo, y que, ausentándose de él Dios, según la presencia sensible y afectuosa, vino á enfermar de tibieza y á morir por consentimiento en la culpa; luego fué enterrado, sumiéndose voluntariamente en las aficiones terrenas y cayendo sobre él la losa del endurecimiento; estuvo hediondo por los escándalos que dió. Los justos pidieron por él, movidos de caridad; y viniendo sobre él la inspiración divina, salió del estado de pecado en que se hallaba; si bien atado con los cordeles de las pasiones y malas inclinaciones que le tienen sujeto, las cuales se irán aflojando y le dejarán libre si sigue los consejos de los ministros del Señor. ¿Es este nuestro retrato? ¿Cómo hemos de mostrar á Jesús nuestro agradecimiento? ¡Oh Salvador poderosísimo! Pues vuestras obras son perfectas y me habéis sacado vivo, como confío, del sepulcro de mis culpas, libradme de las ataduras viciosas que resultaron de ellas. No rehuso acudir por ayuda á vuestros ministros, sino pido vuestro favor para quedar libre y sano por medio de ellos.

[1] I Cor. xv. 52.

Epílogo y coloquios. ¡Ay de aquella alma que, apartada del Señor, según los favores sensibles, empieza á languidecer! Acabará en triste muerte espiritual, si Dios no la visita de nuevo con auxilios especiales. Así le aconteció á Lázaro. Bien dijo Marta á Jesús: «Señor, si hubieseis estado aquí, no muriera mi hermano». Mas ¡oh miseria del corazón humano! Marta confiesa que Jesús es poderoso para impedir la muerte, y piensa que por sí sólo no puede dar vida, olvidándose que Él es la misma resurrección y vida. ¡Cuánto más viva es la fe, cuánto más excelentes son las virtudes que descubre su hermana María en este apurado trance! Apenas oye que Jesús la llama, con obediencia puntual corre á su encuentro; con la más profunda veneración y reverencia se le postra á los pies; y con la más sólida y viva fe, y admirable resignación, confiesa que á su ausencia es debida la muerte de Lázaro, remitiendo á la bondad soberana del Señor hacer lo que más conviniese en aquel apurado caso. ¡Oh ilustre Santa! Vuestras virtudes encantan á vuestro Divino Esposo, y por vuestras oraciones veréis las maravillas del Señor. Jesús, al ver la aflicción de aquella gente, gime y llora de compasión; se dirige al sepulcro; manda levantar la losa; alza los ojos al cielo, dando gracias á su Padre, que siempre le oye, y, con voz levantada y poderosa, dice al difunto: «Lázaro, sal afuera»; y Lázaro recobra la vida; se levanta por sí mismo, no obstante sus ligaduras, y desatado de ellas, anda con libertad. ¡Oh grandeza del poder de Jesucristo! Y tú, al considerar tal prodigio, ¿no creerás? Y si crees, ¿no imitarás las virtudes del Señor? ¿No tendrás compasión de los afligidos? ¿No pondrás delante de tus ojos la nada de que fuiste formado, y no serás fiel en dar gracias al Señor por sus favores? Ingratitud grande es el que no reconozcas el beneficio que te ha hecho Dios resucitándote de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Trata de agradecérselo del modo que te sea posible; y para esto, propón, ruega acordándote en tus súplicas, no sólo de tus necesidades y flaquezas, sino también de las necesidades de todo el mundo.

109.—LOS JUDÍOS DECRETAN LA MUERTE DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Juntáronse los judíos en concilio, y en él se decretó la muerte de Cristo, por cuyo motivo desde entonces ya no andaba en público.

PRELUDIO 2.º Represéntate á los judíos reunidos en concilio y á Caifás como presidente y sumo sacerdote, diciendo que conviene que Jesús muera.

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús que te libre de la pasión de la envidia.

Punto 1.º *Los judíos, inquietos por la preponderancia de Jesús, reuniéronse en concilio para oponérsele.*—Algunos de los judíos que vieron el milagro de la resurrección de Lázaro, fueron á dar cuenta de ello á los fariseos: y, en oyéndolo, juntaron los Pontífices un concilio, diciendo [1]: «¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchos milagros; y si le dejamos así, todos creerán en Él, y vendrán los romanos y destruirán nuestro templo y gente». Sobre esto debes ponderar primeramente cuán abominables son los que se han sujetado al vicio del odio y de la envidia, fundados en la pretensión de su propia honra é interés; pues de los milagros y obras de Cristo sacan motivo de mayores pecados, convirtiendo el antídoto en veneno para perecer con él; y de donde otros toman ocasión de virtud para salvarse, toman ellos ocasión de mayor maldad para condenarse. ¡Ay del hombre que se hace víctima voluntaria de esta pasión! Él será carga pesada para sí mismo, y se hará insoportable á los demás. Pondera luego con qué presteza los malos se arman contra Cristo [2] y contra los buenos, y cuán ciegos son en sus consultas, porque el odio, como viga, les ciega el ojo de la razón. Por una parte, confiesan que Cristo hace muchos milagros, y que todos han de creer en Él, recibiéndole como á Mesías; y por otra parte, no se dignan de nombrarle por su nombre propio, ni de tomarle en la boca, y no quieren creer ellos á sus milagros ni recibirle por Mesías, por no dejar sus vicios. Y por justos juicios de Dios, declarando el mal que temían si no mataban á Cristo, declararon el mal en que habían de incurrir por matarle, que fué la destrucción de su templo y gente. ¡Oh buen Jesús, Ángel del gran consejo! Libradme de los consejos apasionados de mi carne, que, aconsejándome lo que gusta, por huir de dolores y deshonras, viene á caer en ellas. No quiero, Señor, otro consejo que el vuestro, y mis consejos serán vuestras justificaciones [3], procurando siempre ordenar mi vida conforme á ellas. ¿Sentimos acaso nosotros la pasión de la envidia? ¿Nos dejamos llevar de ella alguna vez?

Punto 2.º *Decreto de Caifás decidiendo la muerte de Jesús.*—Considera el decreto que dió Caifás, pontífice de aquel

[1] Joan., XI, 46. — [2] Psalm. II, 2 — [3] Psalm. CXVIII, 24.

año, diciendo [1]: «Vosotros no sabéis nada, ni entendéis que nos conviene que muera un hombre por todo el pueblo, para que no perezca toda la gente». Esta sentencia puede mirarse en cuanto salió del dañado corazón de este mal pontífice, y en cuanto salió del Espíritu Santo, que quiso hablar por su boca, como dice el Evangelista, por ser el Pontífice en aquel año. En cuanto á lo primero, pondera la diabólica soberbia de este pontífice, cómo comienza su plática motejando á todos de necios, y él da en una grandísima necedad, sentenciando que era bien matar á Cristo porque no muriesen todos muerte corporal á manos de los romanos, siendo esto mismo la causa de su destrucción. Mira en esto cómo la pasión hace tanto mayores daños, cuanto es más calificada la persona en quien predomina, como sucede cuando ciega á los sabios y sacerdotes, y á los prelados y príncipes; los cuales, como dice Jeremías [2], mucho más quebrantan el yugo de la divina ley, y rompen las ataduras de sus preceptos. Cuanto á lo segundo, admira la traza del Espíritu Santo, que se aprovecha de la lengua de los malos para declarar sus intentos; primero se determinó Caifás á decir estas palabras con odio de Cristo, y luego le inspiró el Espíritu Santo á que las dijese, profetizando la necesidad que tenía el mundo de que muriese Cristo, para que no muriesen todos, y para recoger á una fe y caridad á los que en la eterna predestinación eran hijos de Dios y estaban derramados por el mundo. ¡Oh caridad infinita del Señor, que dispone que muera un hombre que vale infinitamente más que todos los hombres, para que no mueran ellos! ¡Oh hombre, más que hombre, hombre uno y singular entre los hombres! Gracias os doy cuantas puedo, porque escogisteis morir por los hombres, para que vuestra muerte temporal les librase de la muerte eterna. No se pierda, Redentor mío, el fruto de esta muerte; recoged los derramados; allegad todos vuestros hijos; poblad la Iglesia de muchos justos, y el cielo de muchos escogidos. ¡Oh alma! ¿No reflexionas que también por ti ha muerto Jesús? Y tú, ¿qué haces por Él? Jesús pierde la vida por tu amor, y tú, ¿de qué te privas por el suyo?

Punto 3.º *Jesús, desde este día, ya no se presentó en público.*—Considera cómo desde el día de este concilio, aprobando todos la sentencia de Caifás, quedó decretado matar á Cristo, el cual, desde entonces, como dice el Evangelista, no andaba en público, sino recogióse con sus discípulos á la ciudad de Efrén. Pondera aquí, en primer lugar, el gusto de aquella malvada gente enemiga de Cristo, con la resolución que habían tomado, y el aplauso que hicieron al dicho de Caifás, aunque tan deshonroso para ellos; y suplica al Señor que te libre de la compañía de aquellos que se alegran cuando hacen mal, y se regocijan en

[1] Joan., XI, 49.— [2] Jer., V, 5.

sus grandes pecados[1]. Mira luego la paciencia y mansedumbre del Salvador, que, aunque estaba ausente, lo veía todo, y no se vengó de tan injurioso decreto, sino dió lugar á la ira de sus enemigos hasta su tiempo, disimulando con ellos, como si no supiera sus malos tratos; en lo cual cumplió lo que había dicho por Jeremías[2]: «Descubrísteme, Señor, sus estudios y tratos; pero yo húbeme como un cordero que es llevado al matadero, como si ignorara los consejos que habían pensado contra mí, diciendo: Entremos un madero por su pan, y arranquémosle de la tierra de los vivos». Reflexiona, por fin, cuán fieles fueron los discípulos en acompañar á su divino Maestro en todos estos trabajos y retiramientos, especialmente en éste, ponderando cómo Cristo nuestro Señor en aquella ciudad, que era pequeña y cercana al desierto, se estaba aparejando para la muerte, muy gozoso de que se iba acercando su hora. ¡Oh Redentor del mundo, Remediador del linaje humano! Ya está publicado el decreto de vuestra muerte por boca de un sumo pontífice, aunque malo, pero movido del Espíritu de vuestro Padre para ello. Apercibíos, Señor, para la batalla que os está amenazando, para que, muriendo, alcancéis la victoria que todos esperamos. Y pues ahora ya la habéis ganado, no permitáis que yo pierda el fruto de ella. ¡Oh si todos nos preparáramos como Jesús para luchar con nuestros enemigos! ¿Por qué no lo hacemos? ¿Por qué no imitamos la paciencia y mansedumbre que usa con los que le odian y persiguen?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán poderosa es la pasión del odio para juntar y unir á los malos contra los buenos! Los fariseos, que miran á Jesús como á su más capital enemigo, porque les descubre sus hipocresías y maldades, y que le odian de muerte al ver lo portentoso de los milagros que realiza, previendo que la gente se iría tras Él, como era muy justo y natural, se reunen bajo la presidencia del sumo sacerdote Caifás, y, después de ligera y apasionada reflexión sobre los milagros del Señor, se levanta aquel mal Pontífice y pronuncia contra Él sentencia de muerte. Pero, ¡cuán altos y soberanos son los juicios de Dios! El mismo Espíritu Santo quiso que fuese una profecía, sumamente gloriosa para Jesús, lo que Caifás había dicho movido de la envidia, ira y deseos de venganza. Así sabe aprovecharse de la malicia de los hombres para salir adelante con sus intentos. Pero mira los edificantes ejemplos de Jesús en este caso. Sabe todo lo que han tratado los judíos; nada se le ha escondido de cuanto han resuelto; sin embargo, sus pensamientos no son pensamientos de venganza. Mansísimo y pacientísimo, da lugar á la ira de ellos; y á fin de prepararse con más quietud y reposo para el día de la lucha, se retira á una humilde ciudad,

[1] Prov., II, 14. — [2] Jer., XI, 18.

contigua al desierto. ¿Qué nos dice todo esto? ¿Sentimos alguna ira ó antipatía contra los que nos han injuriado? ¿No nos contrista é intimida la malicia, obstinación y ceguera de los judíos? ¡Ay del hombre endurecido! Y, con todo, no hay nadie que no pueda caer en tan detestable estado. Temamos el orgullo, la tibieza, la envidia, pasiones que condujeron á la perdición á los malvados judíos, y para evitarlas, propongamos ser humildes, fervorosos y caritativos, pidiendo gracias para ello; no olvidemos el rogar por las demás necesidades.

110.—LAS DOS BANDERAS.

PRELUDIO 1.° Represéntate dos campos: uno todo es humo y confusión, presidiendo Lucifer: el otro es todo paz y claridad, y preside Jesús.

PRELUDIO 2.° Pide gracia para descubrir y evitar los lazos del primero, y conocer é imitar las virtudes del segundo.

Punto 1.° *Bandera de Lucifer.*—Considera una espaciosa llanura, y en medio de ella un trono de fuego y humo, sobre el cual se sienta Lucifer, príncipe de los demonios y de todos los réprobos; á su alrededor todo es confusión y desorden; sus miradas son terribles; sus ojos como carbones encendidos; en su mano tiene un estandarte, en torno del cual se reune innumerable multitud de gentes de todas clases, condiciones y estados. Allí están los demonios, que fueron los primeros que se rebelaron contra Dios. Allí se hallan todos los hombres que se han hecho esclavos de sus pasiones....: los soberbios...., los ladrones...., los envidiosos...., los impúdicos....: todos los malvados que asombraron al mundo con sus crímenes, y no hay uno solo que no sea abominable por sus vicios. Pondera cómo Lucifer, rabioso por aniquilar el reinado de Jesucristo y por perder á los hombres, se dirige á todos los ministros que le rodean, y les manda con dureza que tiendan lazos á la virtud, que se esfuercen en hacer caer á los hombres. Primero quiere que despierten y aviven en el corazón de ellos el amor á las riquezas y bienes del mundo, para que lo aparten de los bienes del cielo; luego, que les induzcan á buscar con afán los placeres del sentido, sin considerar su vileza, malicia y desorden; por último, que fomenten en ellos la soberbia y orgullo, abismo sin fondo, de donde salen todos los pecados, como de su inmunda fuente. ¡Mira con qué actividad trabajan en su perniciosa obra los ministros de Lucifer! ¡Cuántos sacrificios se imponen para lograr sus intentos! ¡Cuántos lazos tienden! Compañías, amistades, diversiones, libros, sociedades, necesidades propias y ajenas, inclinaciones sensuales, todo lo ponen en juego para lograr sus intentos. Y desgraciadamente alcanzan lo que pretenden.... ¡Cuántos incautos se dejan seducir por sus promesas! ¡Cuántos insensatos se enredan voluntaria-

sus grandes pecados[1]. Mira luego la paciencia y mansedumbre del Salvador, que, aunque estaba ausente, lo veía todo, y no se vengó de tan injurioso decreto, sino dió lugar á la ira de sus enemigos hasta su tiempo, disimulando con ellos, como si no supiera sus malos tratos; en lo cual cumplió lo que había dicho por Jeremías[2]: «Descubrísteme, Señor, sus estudios y tratos: pero yo húbeme como un cordero que es llevado al matadero, como si ignorara los consejos que habían pensado contra mí, diciendo: Entremos un madero por su pan, y arranquémosle de la tierra de los vivos». Reflexiona, por fin, cuán fieles fueron los discípulos en acompañar á su divino Maestro en todos estos trabajos y retiramientos, especialmente en éste, ponderando cómo Cristo nuestro Señor en aquella ciudad, que era pequeña y cercana al desierto, se estaba aparejando para la muerte, muy gozoso de que se iba acercando su hora. ¡Oh Redentor del mundo, Remediador del linaje humano! Ya está publicado el decreto de vuestra muerte por boca de un sumo pontífice, aunque malo, pero movido del Espíritu de vuestro Padre para ello. Apercibíos, Señor, para la batalla que os está amenazando, para que, muriendo, alcancéis la victoria que todos esperamos. Y pues ahora ya la habéis ganado, no permitáis que yo pierda el fruto de ella. ¡Oh si todos nos preparáramos como Jesús para luchar con nuestros enemigos! ¿Por qué no lo hacemos? ¿Por qué no imitamos la paciencia y mansedumbre que usa con los que le odian y persiguen?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán poderosa es la pasión del odio para juntar y unir á los malos contra los buenos! Los fariseos, que miran á Jesús como á su más capital enemigo, porque les descubre sus hipocresías y maldades, y que le odian de muerte al ver lo portentoso de los milagros que realiza, previendo que la gente se iría tras Él, como era muy justo y natural, se reunen bajo la presidencia del sumo sacerdote Caifás, y, después de ligera y apasionada reflexión sobre los milagros del Señor, se levanta aquel mal Pontífice y pronuncia contra Él sentencia de muerte. Pero, ¡cuán altos y soberanos son los juicios de Dios! El mismo Espíritu Santo quiso que fuese una profecía, sumamente gloriosa para Jesús, lo que Caifás había dicho movido de la envidia, ira y deseos de venganza. Así sabe aprovecharse de la malicia de los hombres para salir adelante con sus intentos. Pero mira los edificantes ejemplos de Jesús en este caso. Sabe todo lo que han tratado los judíos: nada se le ha escondido de cuanto han resuelto; sin embargo, sus pensamientos no son pensamientos de venganza. Mansísimo y pacientísimo, da lugar á la ira de ellos; y á fin de prepararse con más quietud y reposo para el día de la lucha, se retira á una humilde ciudad,

[1] Prov., II, 14. — [2] Jer., XI, 18.

contigua al desierto. ¿Qué nos dice todo esto? ¿Sentimos alguna ira ó antipatía contra los que nos han injuriado? ¿No nos contrista é intimida la malicia, obstinación y ceguera de los judíos? ¡Ay del hombre endurecido! Y, con todo, no hay nadie que no pueda caer en tan detestable estado. Temamos el orgullo, la tibieza, la envidia, pasiones que condujeron á la perdición á los malvados judíos, y para evitarlas, propongamos ser humildes, fervorosos y caritativos, pidiendo gracias para ello; no olvidemos el rogar por las demás necesidades.

110.—LAS DOS BANDERAS.

PRELUDIO 1.° Represéntate dos campos: uno todo es humo y confusión, presidiendo Lucifer: el otro es todo paz y claridad, y preside Jesús.

PRELUDIO 2.° Pide gracia para descubrir y evitar los lazos del primero, y conocer é imitar las virtudes del segundo.

Punto 1.° *Bandera de Lucifer.*—Considera una espaciosa llanura, y en medio de ella un trono de fuego y humo, sobre el cual se sienta Lucifer, príncipe de los demonios y de todos los réprobos; á su alrededor todo es confusión y desorden; sus miradas son terribles; sus ojos como carbones encendidos; en su mano tiene un estandarte, en torno del cual se reune innumerable multitud de gentes de todas clases, condiciones y estados. Allí están los demonios, que fueron los primeros que se rebelaron contra Dios. Allí se hallan todos los hombres que se han hecho esclavos de sus pasiones....: los soberbios...., los ladrones...., los envidiosos...., los impúdicos....: todos los malvados que asombraron al mundo con sus crímenes, y no hay uno solo que no sea abominable por sus vicios. Pondera cómo Lucifer, rabioso por aniquilar el reinado de Jesucristo y por perder á los hombres, se dirige á todos los ministros que le rodean, y les manda con dureza que tiendan lazos á la virtud, que se esfuercen en hacer caer á los hombres. Primero quiere que despierten y aviven en el corazón de ellos el amor á las riquezas y bienes del mundo, para que lo aparten de los bienes del cielo; luego, que les induzcan á buscar con afán los placeres del sentido, sin considerar su vileza, malicia y desorden; por último, que fomenten en ellos la soberbia y orgullo, abismo sin fondo, de donde salen todos los pecados, como de su inmunda fuente. ¡Mira con qué actividad trabajan en su perniciosa obra los ministros de Lucifer! ¡Cuántos sacrificios se imponen para lograr sus intentos! ¡Cuántos lazos tienden! Compañías, amistades, diversiones, libros, sociedades, necesidades propias y ajenas, inclinaciones sensuales, todo lo ponen en juego para lograr sus intentos. Y desgraciadamente alcanzan lo que pretenden.... ¡Cuántos incautos se dejan seducir por sus promesas! ¡Cuántos insensatos se enredan voluntaria-

mente en sus lazos! ¡Cuántos miserables, no contentos con haberse dejado seducir, trabajan por seducir á otros! Y tú, ¿has sido preso en los lazos del demonio? ¿Te has alistado á su bandera? ¿Has sucumbido á sus tentaciones? ¡Oh amantísimo Jesús! Mirad los peligros en que me veo; el demonio, rabioso por no haberos podido vencer á Vos, trabaja por triunfar de mí, que soy vuestro discípulo. Levantaos, Señor, y juzgad vuestra causa; defendedme del enemigo y libradme de sus lazos, para que jamás pueda decir: «Prevalecido he contra él».

Punto 2.º *Bandera de Jesús.*—Considera en este punto á Jesucristo en amena campiña, rodeado de sus discípulos, con un estandarte en la mano, invitando á todos á que le sigan. Él es el más hermoso de los hijos de los hombres; es padre ternísimo, médico caritativo, pastor amorosísimo, maestro sapientísimo: su humildad, modestia, caridad, paciencia y demás virtudes, son en grado infinito. Si llama discípulos á su escuela y soldados á su bandera, no es por interés propio; sólo por amor. Mira la distinguida compañía que consigo tiene. Allí están juntos los santos y los justos de todos los siglos: patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes, doctores, pontífices. Allí no hay un vicioso, ni una sola de las debilidades que deshonran á la humanidad; allí, por el contrario, se hallan todas las virtudes llevadas hasta el heroísmo. Pondera luego los designios de este dulce Capitán. Pretende conquistar á los hombres y darles la felicidad única que se puede disfrutar en este mundo y en el otro. Yo he venido, dice, para darles vida y dársela abundante [1]. El Hijo del hombre ha venido á buscar y salvar lo que había perecido [2]. Para esto envía á sus discípulos por todo el mundo, encargándoles que con toda sinceridad y verdad predíquen su doctrina, que inculquen á los hombres el desasimiento de lo terreno, la abnegación propia, la sólida virtud, y el buscar sobre todas las cosas su reino celestial; y que prometan á cuantos les escuchen y sigan, no bienes terrenos, sino bienes celestiales; no los goces del mundo, sino los de la patria celestial. Sin embargo, ya en este mundo deja experimentar no pocas veces, aunque de paso, la dicha y felicidad que acompañan á su seguimiento. Mira, finalmente, el éxito de esta empresa. ¡Innumerables pecadores felizmente arrancados al infierno! ¡Millares de discípulos conquistados para la humildad y pobreza evangélica! ¡Numerosos apóstoles formados para la salvación de las almas y gloria de Dios! ¡Oh Jesús! Gracias mil por el favor que habéis hecho al mundo, viniendo á sacarle del lamentable estado en que se hallaba. Sólo el amor os ha obligado á descender del cielo, para que en alas de vuestra gracia subieran allá los que, ciegos por la pasión, se precipitaban al abismo de los infiernos. ¡Cuán locos

[1] Joan., x, 10. — [2] Luc., XIX, 10.

son los hombres que no os quieren escuchar ni seguir! ¿Seré yo uno de estos desventurados? ¿Lo he sido alguna vez?

Punto 3.º *Elección entre las dos banderas.*—Considera la indispensable necesidad en que te hallas de seguir á alguno de estos dos capitanes. Seguir á entrambos es imposible, porque nadie puede servir á dos señores [1]. Permanecer neutral no puede ser, puesto que Jesús ha dicho: «El que no está conmigo, está contra Mí [2]». En esta precisa alternativa, ¿á quién escogerás? ¿Á qué bandera te alistarás? Pondera para tu acierto primeramente las cualidades de uno y otro: Jesús reune todas las excelencias y encierra en sí todos los tesoros que pueden cautivar tu corazón; Lucifer abarca todo cuanto puede merecer la aversión y el odio. Jesús ha sido para ti el más generoso de los bienhechores; Lucifer el más cruel de los enemigos. Mira luego los propósitos de uno y otro: Jesucristo pretende asociarte á sus trabajos en este mundo, y después á la felicidad y gloria en el cielo; Lucifer intenta hacerte cómplice de sus crímenes, y después compañero de su tormento. Escucha también las promesas que te hacen: Jesucristo promete bienes sólidos, infalibles, infinitos, eternos; todos los elegidos dan testimonio de la verdad de sus promesas; todos confiesan que no se han engañado al decidirse á seguirle, y confiesan que sus premios y recompensas exceden infinitamente á sus promesas; Lucifer ofrece bienes indignos del hombre, que siempre dejan un vacío inmenso en el corazón, que no harán sino aumentar la sed y el disgusto, que pasarán muy presto, y terminarán en suplicios eternos. Tales son las condiciones, cualidades, pretensiones y promesas de los dos caudillos que solicitan tu servicio. ¿Á quién escogerás? ¡Qué ingratitud será la tuya si vuelves las espaldas á Jesucristo! Él tiene derechos soberanos sobre ti. Él te ha criado, conservado, redimido; por ti se ha cansado, ha orado, ha sufrido tormentos inmensos, y ha dado su vida y te ha colmado de favores. Y ¿no le seguirás? ¿No le escogerás por tu Rey, caudillo, capitán y todas tus cosas? ¡Oh dulce Jesús! Abrid los ojos de tantos ciegos que no os conocen, y por eso no os aman ni os quieren por su soberano. Llamadme con eficacia; atraedme con los dulces atractivos de vuestro amor, y concededme que con firme resolución os diga siempre: «Yo os seguiré. Señor, donde quiera que vayáis».

Epílogo y coloquios.—¡Cuán peligroso es el estado del hombre que peregrina sobre la tierra! Dos caudillos, enemigos irreconciliables entre sí, solicitan sus servicios, y le invitan á que se aliste á su respectiva bandera. Lucifer, príncipe de los soberbios, sentado en un trono de fuego, rodeado de satélites, envía sus ministros al mundo para que tienten, soliciten y tiendan lazos á los desgraciados mortales, y con promesas mentidas y

[1] Matth., VI, 24. — [2] Luc., XI, 23.

halagüeñas ofertas les induzcan á ponerse á sus órdenes. Jesucristo, manso y humilde, cercado de amantes y fieles discípulos, manda á sus enviados á que arranquen del pecado á los desgraciados que se hallan sumergidos en él y los conduzcan á sus dichosas filas. Tú has sentido innumerables veces el llamamiento de uno y otro caudillo; y quizá has sucumbido no pocas en las luchas con que te ha combatido el demonio. Has vuelto las espaldas á Jesús para asociarte á su enemigo. Y ¿quién sabe si, no contento con ser de su bando, has llegado hasta el extremo de ayudarle en su obra criminal con tus malos ejemplos y peores palabras? Vuelve ahora sobre tus pasos, y mira lo que te conviene hacer; examina bien á cuál de los dos capitanes te importa más seguir. Sus cualidades, pretensiones, ofertas, promesas y premios te iluminarán para que aciertes. ¿Qué querrías haber escogido en la hora de tu muerte? ¿Qué consejo darías á un amigo por quien te interesaras? Piénsalo con mucha reflexión, y con fervorosos coloquios pide á la Virgen Santísima, al mismo Jesús y al divino Espíritu, que te guíen y te concedan todas las gracias que pretendes alcanzar.

III.—TRES CLASES DE HOMBRES.

PRELUDIO 1.° Represéntate á Jesús, diciéndote: «Si quieres venir en pos de mí, niégate á ti mismo, toma tu cruz, y sígueme».

PRELUDIO 2.° Pide la gracia de escoger siempre lo que sea más agradable á su Divina Majestad.

Punto 1.° *Primera clase, de los que desean el fin, pero no quieren practicar medios.*—Considera cómo á la primera clase de hombres pertenecen todos aquellos que no quieren dar á Jesucristo más que deseos. Tales son aquellos cristianos que, convencidos de la verdad de la religión, de la malicia del pecado, del peligro de una muerte repentina, dicen que desean convertirse, hacer penitencia, alcanzar la gloria del cielo; empero no quieren practicar los medios necesarios para ello. Repúgnales la penitencia, háceseles duro dejar sus gustos y placeres criminales, no pueden soportar la abnegación, la oración, la mortificación. Estos desgraciados son semejantes á un enfermo que quiere curarse, pero no quiere tomar ningún remedio para lograr la salud: lo cual prueba que no la desea con verdadera voluntad. Y por más que proteste tener este deseo, sus obras lo desmienten. ¡Oh cuán fatal y peligrosa es la situación y el estado de tales cristianos! Ellos conocen lo que deben hacer, no les excusa la ignorancia, están persuadidos que van por un camino extraviado; y, sin embargo, por su flojedad, pereza ó malicia, no se apartan de él. ¡Cómo abusan de las luces que el Señor les comunica! ¡Cómo resisten á las inspiraciones del Espíritu Santo! Son estos

tales semejantes á aquellos judíos rebeldes á la voz del Señor, de quienes dijo [1]: «Si no hubiese venido, y no les hubiera predicado, carecerían de pecado; pero ahora son inexcusables». Estos desdichados se representan en aquella tierra maldita, de la cual, hablando san Pablo, dice [2] que recibe el agua y rocío del cielo, y con todo sólo produce espinas y abrojos, por lo cual es aborrecida de su dueño, amenazada con su maldición, y termina por pegarla fuego. ¡Ay de ti si pertenecieses á esta clase de hombres! Motivo tenías para temblar ante las amenazas divinas. ¡Oh gran Dios! No permitáis que sea yo tan loco, que pretenda destruir el orden de vuestra divina Providencia, según el cual, para obtener un fin, es necesario practicar los medios á él conducentes; dadme deseos de mi santificación, pero tan eficaces, que me obliguen á hacer todo lo necesario, hasta alcanzarla.

Punto 2.° *Segunda clase, de los que desean el fin, pero por los medios acomodados á su amor propio.*—En este punto has de considerar la necedad de la segunda clase de hombres, la cual comprende á todos aquellos que desean el fin, ya sea la salvación eterna, ó la conversión, ó la santificación, pero ni quieren poner en práctica todos los medios que á él conducen, ni siquiera los seguros para obtenerlo. Quieren convertirse, mas sin abandonar la ocasión y peligro; desean salvarse, y para esto hacen limosna y otras obras, pero no quieren restituir todo lo mal adquirido; pretenden santificarse, y para esto se entregarán á la oración, harán algunas penitencias; empero no se deciden á vencer del todo el amor propio, á negar por completo su voluntad. Éstos se parecen al enfermo que quiere curarse, pero que no quiere tomar sino ciertos remedios, desechando otros, los únicos tal vez que serían eficaces. Reflexiona sobre ti mismo, y sobre tu proceder, y con dolor quizá habrás de confesar que te hallas incluido en esta desventurada clase de hombres. ¿No has sentido innumerables veces internas inspiraciones de mayor recogimiento y abstracción de las cosas del mundo, de más constante silencio, de mayores penitencias y mortificaciones? ¿No te dice el corazón que debieras ser más humilde, vencer esas antipatías é inclinaciones sensibles, privarte de esas pequeñas satisfacciones? Y tú no acabas de resolverte. Con lo cual impides el fruto de tus santos ejercicios, te haces merecedor de que Dios vaya retirando de ti su gracia y sea escaso contigo, como tú lo eres con Él; expones tu eterna salvación, porque, no llegando al grado de virtud á que debías llegar, corres peligro de no llegar tampoco á la altura del trono que Dios te había preparado en el cielo, y te veas rechazado de allí. ¡Oh Dios mío! Si Vos habéis sido tan largo en favorecerme, no quiero yo ser corto en serviros. Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha; mostradme vuestra voluntad, que no de-

[1] Joan., xv, 22. — [2] Ad Hebr., vi, 7.

seo otra cosa sino cumplirla, cueste lo que costare. ¿Son estos los sentimientos de nuestro corazón? ¿Tenemos reservas para Dios? ¿Pertenecemos á esta segunda clase?

Punto 3.º *Tercera clase, de los que quieren eficazmente el fin y practican todos los medios para alcanzarlo.*—Considera cómo la tercera clase de hombres comprende á todos aquellos que, sin vacilaciones, dudas ni reservas, se entregan del todo á Dios. Tales son aquellos que, queriendo eficazmente la salvación, ó la conversión, ó la santificación, no reparan en la dificultad ni aspereza de los medios, sino que, con grande corazón y decidida voluntad, los aceptan todos, aunque repugnantes á su carne, contrarios á su amor propio y dificultosos en la ejecución. Á éstos, nada se les pone delante, y nada miran como obstáculo para lograr su fin, porque están decididos á sacrificarlo todo y perderlo todo antes que dejar de alcanzarlo. Son como el enfermo que con eficacia quiere la salud, el cual se abandona sin restricción en manos del médico para que purgue, corte, queme y practique todos los medios, por repugnantes que sean, para alcanzar la salud perdida. ¡Feliz estado el de los hombres de esta tercera clase! Ellos, sin ninguna duda, lograrán lo que pretenden. ¿Puedes tú contarte entre estos afortunados? Para moverte á tomar esta determinación, mira lo que hacen los mundanos. Lo sacrifican todo por dar contento y agradar al mundo; y ¡qué mundo! Riquezas, honores, reposo, descanso, todo lo ponen á su servicio. ¿Y no harás tú por Dios y por tu alma y felicidad eterna lo que ellos por un mundo tan perverso? Mira al demonio, tu enemigo capital; ¡cuánto hace para perderte! No omite ningún medio, no retrocede ante ninguna dificultad para lograr su intento. ¿Serás tú menos celoso de tu bien que él lo es de tu perdición? Fija, sobre todo, los ojos en lo que hace Jesús por ti; y al verle en el pesebre, con la cruz á cuestas, en el tabernáculo de día y de noche, cubre tu rostro de vergüenza, considerando tu propia miseria, mezquindad é indecisión. ¡Oh amantísimo Jesús! Basta ya de tanta ingratitud y miseria. ¿Cómo me habéis sufrido por tanto tiempo? ¿Cómo no os habéis cansado de mi indecisión y corta voluntad? Haced, Dios mío, que en lo sucesivo oiga vuestra dulce voz con tal voluntad, que no resista un punto á la vuestra, y cumpla todo cuanto deseéis, aunque me cueste la sangre y la vida.

Epílogo y coloquios. Todos los hombres buscan la felicidad y el cielo; todos desean su salvación; pero, ¡qué diferencia tan inmensa hay entre unos y otros! Unos desean salvarse, mas no quieren practicar medios para ello; otros están dispuestos á practicarlos, pero no todos, sino sólo los que son conformes á su amor propio; otros, en fin, tienen firme y decidida resolución, y no perdonan sacrificios ni reparan en dificultades, á trueque de alcanzar la salud eterna. Estos son los prudentes; ellos llegarán á su fin. También entre los religiosos se hallan estas tres clases.

Muchos desean la santificación de su alma, pero no quieren poner en práctica los medios necesarios para esto; otros la desean y hacen algo para conseguirla, mas no todo; y otros suspiran también por ella, y con tal eficacia, que hacen cuanto está de su parte para lograrla, aunque hayan de negarse, sacrificarse y domar su amor propio. ¡Dichosos los que han llegado á formar parte de esta distinguida clase! Ellos cantarán victoria de todas sus pasiones y adquirirán todas las virtudes que les han de merecer una brillante é inmortal corona. ¿Aspiras tú á tal felicidad? ¿En cuál de las tres clases te hallas? Sólo en la tercera hay seguridad; sólo esta clase nos asegura las bendiciones de Dios y la abundancia de su gracia, porque sólo los que á ella pertenezcan son generosos con Él, y, en consecuencia, tienen derecho á esperar que Él lo sea con ellos. Esforcémonos, en vista de esto, en pertenecer á esta afortunada clase; y, para alcanzarlo, hagamos propósitos prácticos y con firmeza, y roguemos con todo fervor por nosotros y por todo el mundo.

112.—TRES GRADOS DE HUMILDAD.

Preludio 1.º Represéntate á Jesucristo, diciéndote: «Aprende de Mí, que soy manso y humilde de corazón».

Preludio 2.º Pide la gracia de renunciarte perfectamente á ti mismo, á ejemplo de Jesucristo.

Punto 1.º *Primer grado, que consiste en sufrirlo todo antes que pecar mortalmente.*—Considera cómo la primera manera de humildad, como dice san Ignacio, es necesaria para la salud eterna, y consiste en que te bajes y te humilles cuanto sea necesario para obedecer en todo á la ley de Dios, de tal suerte, que, aunque te hiciesen señor de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la vida propia temporal, has de quebrantar un mandamiento, sea divino, sea humano, que te obligue á pecado mortal. Pondera los motivos poderosísimos que deben inducirte á echar profundas raíces en este primer grado de humildad. La malicia del pecado mortal es infinita; es un mal sobre todos los males, castigado por Dios con eternos y espantosos suplicios. Dios es el Soberano Señor de todo, y tiene sobre ti absoluto y perfecto dominio, y á su autoridad suprema todo debe estar subordinado, y cuando Él manda, el hombre, criatura suya, ha de obedecer, aunque le haya de costar el honor, la fortuna y la misma vida. La muerte se acerca, y con ella el juicio, que será, espantoso para aquellos que hayan pospuesto á Dios á las criaturas. El premio para los fieles en perseverar en este grado, será infinito. Una pléyade innumerable de mártires de toda edad, sexo, condición, renunciaron á todas las cosas, inclusa la vida, antes

que caer de él, y por este motivo, como dice san Pablo [1], sufrieron el ser apedreados, aserrados, probados con mil tormentos, y morir á filo de espada. Esto exige la prudencia, cordura y sensatez; proceder de otra manera es la mayor locura, es vender lo eterno por lo temporal, Dios por la criatura, delicias inefables por un placer transitorio. ¿Qué dices tú á todo esto? ¿Te encuentras en este grado? ¿Estás dispuesto á perderlo todo, sacrificarlo todo, y negarte en todo, antes que ofender gravemente á Dios? ¡Oh Señor! Confuso estoy al recordar mi vida pasada. ¡Cuántas veces, por no privarme de un gustillo momentáneo, he perdido á Dios! Un empleo, un vil interés, un respeto humano: todo lo he antepuesto á Vos. Para Vos he reservado el último rincón de mi alma, y cualquier criatura ha podido arrojaros de ella. Mas, basta ya de ingratitud; reinad en mí, Dios mío, como soberano dueño.

Punto 2.° *Segundo grado de humildad, que consiste en sufrirlo todo antes que pecar venialmente.*—En este punto has de considerar cómo la segunda humildad ó el segundo grado de ella es más perfecto, y consiste en que te halles en tal punto, que no quieras ni te afectes más por tener riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, siendo igual servicio de Dios y la salud de tu alma; y con esto, que por todo lo criado, ni porque te quitasen la vida, has de consentir en un pecado venial. Pondera cómo esta disposición de ánimo, aunque muy perfecta, es también necesaria. La razón dicta que te has de hallar indiferente en orden á las criaturas, tomando y usando de ellas sólo en cuanto te conducen al Criador. Poner en ellas tu fin es un crimen gravísimo contra Dios; por lo mismo que son medios, sólo debe el hombre servirse de ellas en cuanto le conducen á su fin. Y cometer un pecado venial por huir de la pobreza, por librarse de un trabajo ó alcanzar algún bien, es faltar á la justa y razonable indiferencia en que debes hallarte acerca de aquellas cosas que esencialmente son medios. Pondera algunas razones que deben moverte á aborrecer el pecado venial: su malicia es en cierto modo infinita: después del pecado mortal, no hay otro mal que le iguale: Dios lo aborrece íntimamente y lo castiga con horribles suplicios en este mundo y en el otro: los efectos que causa en el alma son tristísimos, porque debilita la caridad y dispone para la culpa mortal: por fin, muchos santos han preferido la muerte al pecado venial. Considerando todo esto, has de mirar atentamente cuál es tu regla de conducta acerca del pecado venial y de la indiferencia en el uso de las criaturas. ¿Estás dispuesto á perderlo todo, humillarte á todo, antes que pecar venialmente y perder esta necesaria indiferencia? ¡Oh Dios mío! Auxiliad mi flaqueza; fortaleced mi debilidad. Quiero preferiros á

[1] Hebr., XI, 37.

todo, y antes querré morir que daros el más ligero disgusto. Pero mi experiencia pasada me confunde, y mi inconstancia me hace temer. Ayudadme con vuestra gracia, para que no vacile en desagradar á todo el mundo y á mí mismo, antes que desagradaros á Vos, infinitamente digno de ser amado.

Punto 3.° *Tercer grado de humildad, que consiste en la perfecta imitación de Jesucristo.*—Considera cómo la tercera humildad ó el tercer grado de esta virtud es perfectísimo, y consiste en que, incluyendo los dos anteriores, siendo igual alabanza y gloria de su divina Majestad, por imitar y parecerte más á Cristo, quieras y elijas más pobreza con Cristo pobre, que riqueza; oprobios con Cristo lleno de ellos, que honores; y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que fué tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo. ¡Qué virtud tan heroica encierra este grado de humildad, en el cual se imita con la mayor perfección posible á Jesucristo, supremo modelo del hombre, de quien dice el Apóstol [1] que, habiéndole propuesto su Padre el gozo y la cruz, escogió ésta, despreciando su ignominia. Pondera la dicha inefable de que gozan los que han llegado á este supremo grado de humildad. Su paz es inalterable, su alegría imperturbable. ¿Qué podrán temer en el mundo? Todo lo que los hombres temen, para ellos es objeto de deseo; y lo repugnante del mundo forma toda su delicia. Jesucristo se comunica con inefable plenitud á estas almas afortunadas; porque sabe que no han de abusar de sus dones y convertirlos en su propio provecho, con menoscabo de la divina gloria. Este grado es el camino más seguro para la salvación; porque te aparta de todos los peligros que acompañan á los bienes del mundo; el más corto, porque en un momento te libra del pecado y te eleva á todas las virtudes; el más meritorio, porque encierra una serie no interrumpida de sacrificios, y, por consiguiente, de méritos para la eternidad. ¡Oh, si te esforzaras en llegar á él! Aquí serías temido de tus enemigos, que ya no se atreverían á tentarte; admirado de los hombres, que se asombran de ver á uno de su misma naturaleza que así menosprecia las cosas que ellos más aman, y favorecido de Dios, el cual tiene en los humildes sus complacencias. ¡Oh alma religiosa! Levanta tus ojos al cielo y mira allá á tus hermanos, que se hallaron en el mundo como tú, tuvieron las mismas tentaciones, sufrieron idénticas ó mayores tribulaciones; pero supieron abrazarse con ellas por amor á Jesús, y ya reciben el premio. ¿No procurarás imitarlos? ¿Qué debes hacer?

Epílogo y coloquios. ¡Ay del hombre que no procura conservarse en el primer grado de humildad! Si no detesta el pecado mortal sobre todos los males, si no prefiere sufrir cualquier trabajo, aunque durísimo, antes que cometerlo, ya puede des-

[1] Hebr., XII, 2.

pedirse de la gloria: el cielo no será para él; debajo sus pies el infierno abre su espantosa boca para devorarle. No debes tú contentarte con este primer grado, sino pasar al segundo, que, aunque perfecto, es obligatorio y, en cierto modo, necesario. Preferir todas las persecuciones, desprecios, humillaciones, antes que consentir en un pecado venial; estar indiferente en orden á las cosas del mundo, abrazando con igual sentimiento y afecto las dulces que las amargas, las agradables que las repugnantes: en esto consiste el segundo grado de humildad. ¿Te encuentras en él? ¡Ah! ¡Si lograses subir al tercero! ¡Si en igualdad de circunstancias prefirieses las deshonras, desprecios, humillaciones, á las honras, alabanzas y aplausos, y esto sólo por conformarte con Jesús, entonces podrías decir que has llegado al tercer cielo. ¡Qué paz! ¡Qué seguridad! ¡Qué estado tan á cubierto de todos los enemigos! Y, ¿no deseas llegar á él? ¿No sientes la necesidad que de él tienes? ¿Piensas acaso que es imposible? Dios no propone cosas imposibles, pero sí perfectas. Aliéntate, pues; Jesús va delante; millares de santos de todos estados, edades y condiciones te han precedido por este camino. Forma, en vista de esto, propósitos muy eficaces de abrazar el tercer grado de humildad; desea con viveza el no ser conocido y ser reputado por nada. Y si sientes tu flaqueza, pide con humildad la gracia que necesitas, y ruega por todo el mundo.

113.— PARÁBOLA DE LOS QUE EDIFICAN SOBRE ARENA Y LOS QUE sobre piedra.

PRELUDIO 1.º El que cree y obra la doctrina de Cristo es como el cuerdo que edifica sobre piedra, cuyo edificio no es batido por las lluvias, vientos ni ríos; el que la cree y no la obra, es como el que edifica sobre arena, siendo derribada su casa.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide con fervor una fe muy viva, esto es, acompañada de las obras.

Punto 1.º *Necedad de los que creen y no obran según su fe, y cordura de los contrarios.*—Considera cómo Jesucristo en esta parábola [1] presupone que entre los que oyen su doctrina y la creen, unos hay sabios que la ponen por obra, y otros hay necios que se contentan con creerla sin obrarla. Con razón los llama con este nombre, porque, así como no hay mayor sabiduría y discreción que creyendo obrar según la fe que se tiene, así no hay mayor y más perjudicial necedad y locura que creer lo que dice Cristo y hacer lo contrario. Y ¡cuántos son, por desgracia, estos necios! Creen que hay infierno, y viven como si no le hubiera; creen que Dios está en todo lugar, y le ofenden como si no estuviera. Pondera luego la variedad de tentaciones con que es

[1] Matth., VII, 24; Luc., VI, 48.

probada la vida de todos los hombres, figuradas por las lluvias, vientos y ríos, de que hace mención el Salvador; porque unas vienen de Dios, significadas por la lluvia que cae del cielo; otras del demonio, príncipe de este aire tenebroso, representadas por los aires; otras de nuestra carne ú hombres carnales con quienes conversamos, indicadas por los ríos. Además, unas son de sensualidad y avaricia, figuradas por los ríos; otras de vanidad y curiosidad, figuradas por los vientos; y otras de soberbia y ambición de dignidades y grandezas, figuradas por las lluvias. Por fin, como los ríos baten la casa por los cimientos, los vientos por los lados, y las lluvias por el tejado, así unas tentaciones se sufren en los principios, otras en medio de las obras, y otras al fin; unas combaten á los principiantes, otras á los proficientes, y otras á los perfectos. De lo cual has de sacar que la diferencia entre cuerdos y necios no está en que unos padecen tentaciones y otros no, sino en que los primeros triunfan de ellas, y se fortifican más en la virtud, enriqueciéndose de grandes méritos, y los segundos sucumben miserablemente en ellas. Por lo cual no pienses que, si dejas de hacer lo que Dios te inspira, te veas libre de tentaciones; al contrario, tal vez entonces serán más recias y vehementes, y te verás privado de los auxilios especiales que el Señor te hubiera concedido si hubieses seguido su inspiración. ¡Oh buen Jesús! Pues es vuestra voluntad que sufra tentaciones, yo me ofrezco gustoso á padecerlas por vuestro amor; sólo os pido que no sea yo del número de los necios, aunque éste sea infinito [1], sino que, como verdadero sabio, obre conforme á la fe que me enseñáis, y salga con victoria de ellas. Y tú, cristiano, ¿eres sabio ó necio? ¿Obras conforme á tu fe, ó de un modo opuesto á ella? ¿Qué tentaciones permite el Señor que padezcas? ¿Cómo te portas en ellas?

Punto 2.º *Cómo se cae la casa de los necios.*—Considera cómo la casa ó la conciencia de los necios se cae por estar fundada sobre arena. En esto está su necedad más calificada; edificar sobre tan flaco cimiento una casa que saben que ha de ser tan combatida. Y la edifican sobre arena, porque fundan su vida en sola fe, contentándose con creer lo que Dios dice, sin propósito de cumplirlo, ó en un propósito muy flaco y mudable; ó porque la fundan en la fe mezclada con la tierra movediza de sus aficiones ó de las cosas terrenas, como son hacienda, honra ó regalo; y como la arena no es buena para cimiento, por tener sus partes desunidas, así no lo es el corazón dividido en varias aficiones que no están unidas en Dios; finalmente, edifican sobre arena los que se fundan en su propia naturaleza, estribando en sus propias fuerzas y en la mutabilidad de su propia voluntad y de su propio juicio y parecer. De aquí procede que, como tales casas no

[1] Eccles., I, 15.

pedirse de la gloria: el cielo no será para él; debajo sus pies el infierno abre su espantosa boca para devorarle. No debes tú contentarte con este primer grado, sino pasar al segundo, que, aunque perfecto, es obligatorio y, en cierto modo, necesario. Preferir todas las persecuciones, desprecios, humillaciones, antes que consentir en un pecado venial; estar indiferente en orden á las cosas del mundo, abrazando con igual sentimiento y afecto las dulces que las amargas, las agradables que las repugnantes: en esto consiste el segundo grado de humildad. ¿Te encuentras en él? ¡Ah! ¡Si lograses subir al tercero! ¡Si en igualdad de circunstancias prefirieses las deshonras, desprecios, humillaciones, á las honras, alabanzas y aplausos, y esto sólo por conformarte con Jesús, entonces podrías decir que has llegado al tercer cielo. ¡Qué paz! ¡Qué seguridad! ¡Qué estado tan á cubierto de todos los enemigos! Y, ¿no deseas llegar á él? ¿No sientes la necesidad que de él tienes? ¿Piensas acaso que es imposible? Dios no propone cosas imposibles, pero sí perfectas. Aliéntate, pues; Jesús va delante; millares de santos de todos estados, edades y condiciones te han precedido por este camino. Forma, en vista de esto, propósitos muy eficaces de abrazar el tercer grado de humildad; desea con viveza el no ser conocido y ser reputado por nada. Y si sientes tu flaqueza, pide con humildad la gracia que necesitas, y ruega por todo el mundo.

113.— PARÁBOLA DE LOS QUE EDIFICAN SOBRE ARENA Y LOS QUE sobre piedra.

PRELUDIO 1.º El que cree y obra la doctrina de Cristo es como el cuerdo que edifica sobre piedra, cuyo edificio no es batido por las lluvias, vientos ni ríos; el que la cree y no la obra, es como el que edifica sobre arena, siendo derribada su casa.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide con fervor una fe muy viva, esto es, acompañada de las obras.

Punto 1.º *Necedad de los que creen y no obran según su fe, y cordura de los contrarios.*—Considera cómo Jesucristo en esta parábola [1] presupone que entre los que oyen su doctrina y la creen, unos hay sabios que la ponen por obra, y otros hay necios que se contentan con creerla sin obrarla. Con razón los llama con este nombre, porque, así como no hay mayor sabiduría y discreción que creyendo obrar según la fe que se tiene, así no hay mayor y más perjudicial necedad y locura que creer lo que dice Cristo y hacer lo contrario. Y ¡cuántos son, por desgracia, estos necios! Creen que hay infierno, y viven como si no le hubiera; creen que Dios está en todo lugar, y le ofenden como si no estuviera. Pondera luego la variedad de tentaciones con que es

[1] Matth., VII, 24; Luc., VI, 48.

probada la vida de todos los hombres, figuradas por las lluvias, vientos y ríos, de que hace mención el Salvador; porque unas vienen de Dios, significadas por la lluvia que cae del cielo; otras del demonio, príncipe de este aire tenebroso, representadas por los aires; otras de nuestra carne ú hombres carnales con quienes conversamos, indicadas por los ríos. Además, unas son de sensualidad y avaricia, figuradas por los ríos; otras de vanidad y curiosidad, figuradas por los vientos; y otras de soberbia y ambición de dignidades y grandezas, figuradas por las lluvias. Por fin, como los ríos baten la casa por los cimientos, los vientos por los lados, y las lluvias por el tejado, así unas tentaciones se sufren en los principios, otras en medio de las obras, y otras al fin; unas combaten á los principiantes, otras á los proficientes, y otras á los perfectos. De lo cual has de sacar que la diferencia entre cuerdos y necios no está en que unos padecen tentaciones y otros no, sino en que los primeros triunfan de ellas, y se fortifican más en la virtud, enriqueciéndose de grandes méritos, y los segundos sucumben miserablemente en ellas. Por lo cual no pienses que, si dejas de hacer lo que Dios te inspira, te veas libre de tentaciones; al contrario, tal vez entonces serán más recias y vehementes, y te verás privado de los auxilios especiales que el Señor te hubiera concedido si hubieses seguido su inspiración. ¡Oh buen Jesús! Pues es vuestra voluntad que sufra tentaciones, yo me ofrezco gustoso á padecerlas por vuestro amor; sólo os pido que no sea yo del número de los necios, aunque éste sea infinito [1], sino que, como verdadero sabio, obre conforme á la fe que me enseñáis, y salga con victoria de ellas. Y tú, cristiano, ¿eres sabio ó necio? ¿Obras conforme á tu fe, ó de un modo opuesto á ella? ¿Qué tentaciones permite el Señor que padezcas? ¿Cómo te portas en ellas?

Punto 2.º *Cómo se cae la casa de los necios.* Considera cómo la casa ó la conciencia de los necios se cae por estar fundada sobre arena. En esto está su necedad más calificada; edificar sobre tan flaco cimiento una casa que saben que ha de ser tan combatida. Y la edifican sobre arena, porque fundan su vida en sola fe, contentándose con creer lo que Dios dice, sin propósito de cumplirlo, ó en un propósito muy flaco y mudable; ó porque la fundan en la fe mezclada con la tierra movediza de sus aficiones ó de las cosas terrenas, como son hacienda, honra ó regalo; y como la arena no es buena para cimiento, por tener sus partes desunidas, así no lo es el corazón dividido en varias aficiones que no están unidas en Dios; finalmente, edifican sobre arena los que se fundan en su propia naturaleza, estribando en sus propias fuerzas y en la mutabilidad de su propia voluntad y de su propio juicio y parecer. De aquí procede que, como tales casas no

[1] Eccles., I, 15.

tienen bastante fuerza para sostener el peso, los que las han edificado son fácilmente vencidos de las tentaciones. Y como la estatua que vió Daniel [1], aunque tenía la cabeza de oro, el pecho de plata, el vientre de bronce y las piernas de hierro; pero como los pies eran parte de hierro y parte de barro, una sola chinita que dió en el barro la derribó toda; así, aunque tu vida sea muy levantada y esclarecida con dones de sabiduría humana, con grandes dignidades, y aun con gracias de profecía y de hacer milagros, si se funda en sola fe, mezclada con arena de las cosas dichas, cualquier tentación la derribará. Y cuán grande sea la pérdida, puedes discurrirlo, reflexionando que se pierde la gracia y amistad de Dios, los dones del Espíritu Santo y virtudes que acompañan á la caridad; y á veces el religioso mal fundado pierde la vocación, y el cristiano viene á perder la fe, y su caída causa gran estruendo, por el escándalo que ocasiona. ¡Oh alma mía! Mira bien cómo fundas la casa de tu conciencia para que no se caiga; no la fundes en amor de cosa movediza, porque te moverás con ella; no estribes en tu prudencia [2], ni en tu propio juicio y consejo, porque te despeñarás tras él; no te fundes en sola fe, aunque hagas milagros, porque el día de la cuenta te dirá Cristo que no te conoce; ni se divida tu corazón como arena, porque morirás muerte eterna. ¿Fundas en alguna de estas cosas tu vida espiritual?

Punto 3.° *La casa del sabio resiste á todos los embates por estar bien fundada.*—Considera cómo la casa ó conciencia de los cuerdos no se cae, por estar fundada en piedra ó peña viva; esto es, en fe viva, junto con la caridad, en la cual tiene unidas todas sus aficiones y arraigadas todas sus pretensiones. Además, se fundan en la mortificación y abnegación de sí mismos, de su carne, de su amor propio y propia voluntad y propio juicio, como quien cava para sacar del corazón todo lo terreno y movedizo, hasta llegar al conocimiento de su nada, sobre la cual la misma tierra está fundada, con tanta firmeza, que no se moverá jamás. Y, finalmente, se fundan en un propósito firme y estable de hacer lo que Dios manda, no estribando en sus fuerzas, sino en la divina gracia y en la virtud de Jesucristo, que es la piedra viva y fundamento seguro de toda santidad, por el cual se atreven á decir con san Pablo [3]: «¿Quién me apartará de la caridad de Cristo? ¿Por ventura la tribulación, ó angustia, ó el cuchillo? Cierto estoy que ninguna cosa me podrá apartar de la caridad de Dios, que está fundada y arraigada en Cristo Jesús». Vuelve sobre ti los ojos, y mira cuál es el motivo y fundamento de la vida espiritual y religiosa que has emprendido. Si quieres asegurarte, debes apoyarte en la fe viva y eficaz, en tu mortificación y abnegación propia, en un deseo de cumplir la voluntad

[1] Dan., II, 32. — [2] Prov., III, 5. — [3] Rom., VIII, 35.

de Dios, haciendo caso omiso de todo interés propio. ¿Nos fundamos en la confianza en Dios y en la imitación de Jesús al seguir la vida devota? ¿Ó nos mueve á ello algún interés personal? ¡Oh dulce Jesús! Vos que, como Dios y hombre sapientísimo, fundasteis vuestra Iglesia sobre piedra, con tanta firmeza que las potestades del infierno no podrán prevalecer contra ella [1]; fundad sobre Vos mismo el edificio de mi alma, para que ni los ríos furiosos, ni los vientos fuertes, ni las lluvias tempestuosas, ni las potestades del infierno prevalezcan contra ella, sino que en vuestra virtud persista fuerte hasta la vida eterna.

Epílogo y coloquios.—¡Oh insensatez inexcusable! Creer lo que Jesús ha enseñado y obrar de un modo opuesto á tales creencias, es la mayor y más perniciosa locura. así como no hay sabiduría igual á la de aquellos que amoldan perfectamente sus acciones á las enseñanzas divinas que han abrazado. ¿Cómo te portas tú? ¿Disienten tus obras de tus creencias? ¿Está en pugna lo que haces con lo que enseñas? Si así fuese, tu vida se apoyaría en un fundamento excesivamente débil, que no podría resistir á los combates que de continuo has de sufrir. Mira las tentaciones que te asaltan por todos lados, en todos tiempos y contra todas las virtudes. ¿Qué será de ti, si no estás debidamente arraigado en la virtud y caridad, en la religión ó en la fe? ¡Qué ruina tan espantosa! Perderás los mayores bienes que el hombre puede poseer en este mundo, porque son los que pueden hacerle eternamente feliz en el otro. ¿Pues cuál es el fundamento flaco y arenoso que acarrea tal ruina, y cuál es el fuerte y robusto que sostiene el edificio espiritual, á pesar de todos los enemigos? Si fundas en sola fe sin la caridad; si te mueves á servir á Dios por respetos humanos ó por propio interés, tu fundamento es arenoso; pero si te apoyas en la fe viva, en el deseo de imitar á Jesucristo, en la abnegación y mortificación propia, tu fundamento es de peña viva. Piensa, pues, lo que te importa hacer. ¿Por qué sirves á Dios, siguiendo el camino de la virtud? ¿Qué pretendiste al abrazar el estado religioso? ¿Qué te mueve á perseverar en él? ¿Cómo resistes los combates de tus enemigos? ¡Cuántos han sucumbido por no estar bien cimentados! Vigila, no seas tú de ellos. Para preservarte de tal ruina, haz eficaces propósitos de obrar siempre por la fe, prescindiendo de todo respeto humano y motivo bajo, y pide esta gracia para ti y para todos tus prójimos.

[1] Matth., XVI, 18.

114.—PARÁBOLA DEL SEMBRADOR.

PRELUDIO 1.º Salió el sembrador á sembrar su semilla, y de cuatro partes las tres se perdieron, y sólo una dió fruto.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide que fructifique en ti la semilla de la divina palabra ó inspiración.

Punto 1.º *Quién es el sembrador, cuál la semilla y la tierra en que se siembra.*—Considera aquí en particular las circunstancias de esta parábola [1]. La semilla es la palabra de Dios, así la exterior, que entra por el oído del cuerpo, como la interior, que suena dentro del alma, que es la divina inspiración, de la cual principalmente nacen los frutos que produce nuestro corazón; porque ella da sentimiento de lo que se oye, y es como la virtud seminal que está dentro del grano que se siembra. El principal sembrador es Dios trino y uno, el cual siembra esta semilla, ó por los predicadores que se oyen, ó por los libros que se leen, ó por los ejemplos que se ven, ó por sí mismo la arroja de repente dentro de nuestro corazón. La tierra en que se siembra es el alma con sus potencias, sembrando en la memoria santos pensamientos y devotas imaginaciones, como recuerdo doloroso de los pecados, de las penas del infierno, de los premios del cielo, de la brevedad de la vida y otros; en el entendimiento, ilustraciones celestiales que esclarecen alguna verdad de la fe, buenos consejos y rectos dictámenes de la conciencia, que indican lo bueno y lo malo; en la voluntad, santos deseos y aficiones, que brotan como chispas y producen el fuego del amor divino y diversos afectos santos, como temor de Dios, odio del pecado, caridad con el prójimo y otros. La causa que mueve al Señor á sembrar esta semilla no es su propio interés, sino el interés y provecho de la misma alma, porque esta semilla tiene la propiedad de mejorar la tierra en que se siembra, aunque de suyo sea mala, estéril y desaprovechada; y para este fin la siembra Dios, no por merecimientos que tenga la tierra, sino porque es bueno, generoso y amigo de hacer bien. Considerando todo esto, has de despertar en ti un vivo deseo de que el Señor siembre en tu corazón tan preciosa semilla, pidiéndolo con gran fervor á la Santísima Trinidad. ¡Oh Trinidad beatísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por quien todas las cosas fueron hechas y se conservan, y los hombres han de llegar á su perfección! Sembrad con abundancia en mi corazón la divina semilla de vuestras inspiraciones, y hacedle dócil y sumiso á vuestra voluntad, para que esta semilla fructifique en gran manera y alegre al sembrador. ¡Oh alma! Siendo, como eres, tierra sin provecho, ¿cómo

[1] Matth., XIII, 3; Marc., IV, 3; Luc., VIII, 5.

no deseas esta semilla que podría mejorarte, cómo no la pides, ni suspiras por ella, ni la solicitas con eficacia?

Punto 2.º *Tres cuartas partes de la semilla se perdieron.*—Considera cómo una parte de la semilla cayó cerca del camino, y fué pisada de los pasajeros, y las aves del cielo vinieron y la comieron. En lo cual se ve que cuando la semilla cae en corazones duros, que son como camino hollado y pisado, no fructifica, porque sólo la oyen superficialmente, y no la penetran ni abrazan, dando entrada á toda clase de pensamientos terrenos que la pisan y huellan; y entretanto los demonios, con suma ligereza, vienen á robársela y quitársela de la memoria y del corazón. ¡Ay del corazón duro, que lo pasará mal en el día postrero [1]! Otra parte de la semilla cayó en tierra pedregosa y de poca hondura, y así, aunque salió la semilla y creció, en saliendo el sol se secó, por no estar arraigada y no tener humor. Por tierra pedregosa y de poca hondura se entienden aquellas almas que tienen un corazón blando y sienten gusto en las cosas de Dios, por lo cual conciben fácilmente buenos deseos y principian á ejecutarlos; pero sobreviniendo las tentaciones y trabajos, desfallecen y se cansan presto, por no estar arraigados en la humildad y confianza en Dios, y carecer del humor ó jugo de la devoción substancial; son temporales y volubles, cambiando á todo viento, y así en ellos no fructifica la semilla. La otra parte cayó entre espinas, y creciendo éstas, ahogaron el fruto. Tales son las almas que oyen la palabra de Dios; pero embargadas con los cuidados de las riquezas, honras y gustos sensuales, ahogan el espíritu y no le dejan fructificar. De modo que tres cosas apagan la divina inspiración y estorban el aprovechamiento: riquezas, cuidados congojosos y deleites sensuales; y las tres en el vocabulario de Cristo se llaman espinas. ¡Oh Maestro soberano! ¡Cuán diferentes son vuestros juicios de los del mundo! A lo que éste llama riquezas y deleites, Vos llamáis espinas y abrojos. ¡Oh divino sembrador! No sea yo tan ingrato que deje perder miserablemente la semilla que sembráis en mi corazón. Libradme de la dureza, inconstancia y cuidados excesivos, y dadme blandura para recibirla, firmeza para retenerla y desprendimiento de todas las cosas para no impedir su desarrollo. ¿Qué fruto produce en nosotros la divina semilla? ¿Hemos consentido en que se menoscabase, ó en que los demonios la arrebataran?

Punto 3.º *La cuarta parte de la semilla fructificó abundantemente.*—Considera cómo la cuarta parte de la semilla cayó en buena tierra y llevó copioso fruto. Tierra buena son los que con corazón bueno oyen y reciben la palabra de Dios, y la conservan dentro de sí, y producen fruto de buenas obras con paciencia, unos de treinta, otros de sesenta y otros de ciento. De

[1] Eccli., III, 27.

suerte que, como hay tres géneros de malos que pierden la semilla, así hay tres géneros de buenos que fructifican con ella: unos en estado de principiantes, con moderado provecho; otros en estado de los que van aprovechando, con mayor fruto, y otros en estado de perfectos, con grande excelencia; y todos con paciencia y longanimidad trabajan, esperando su galardón; y aunque sean menos en número que los malos, recompensan con su ganancia las tres partes de la semilla perdida. Pondera cómo por estas tres clases de ganancias pueden también significarse los distintos estados de la república cristiana, como dicen los Santos, atribuyendo el fruto de treinta á los casados; el de sesenta á las viudas y vírgenes, y el de ciento á los mártires ó á los religiosos que profesan la vida contemplativa ó mixta, enseñando á otros el camino de la perfección que ellos siguen. Pero, ¡qué confusión será la tuya si, hallándote en estado de ciento, tu fruto no es más que de treinta! ¡Y qué gloria dan al Señor aquellos que, teniendo estado de treinta, su fruto es de ciento por la grandeza del fervor, que suple la imperfección del estado! ¡Oh alma mía! ¿Qué fruto llevas tú? ¿Cómo te aprovechas de los ejercicios espirituales y de los medios de santificación de que dispones? ¿Corresponden tus obras á la perfección del estado que tienes? ¡Oh sembrador soberano! Gózome de que haya tierras tales en quien vuestra semilla descubra su virtud y lleve ciento por uno. Sea mi alma una de estas tierras afortunadas, que no se contente con el fruto de treinta ó sesenta, sino que aspire al de ciento, porque cuanto mayor sea el fruto en esta vida, mayor será la gloria en la otra.

Epílogo y coloquios. ¡Oh Bondad infinita de nuestro Dios! Por este solo atributo se mueve este amoroso Padre á ejercer el oficio de sembrador. Para sí nada espera ni pretende; sólo el deseo del bien del hombre le induce á sembrar en su alma la preciosa semilla de sus inspiraciones, llenando de ella todas sus potencias, ya por sí mismo, ya por sus predicadores ó por otros medios inesperados. Mas ¡oh necedad del hombre!, que deja que se pierda la mayor cantidad de esta semilla. Unas veces su corazón está duro, y ni siquiera llega á recibirla, no queriendo oir ni entender la voz de Dios para seguir su propio antojo; otras veces, aunque momentáneamente la reciba y comience á desarrollarse, por su flojedad y pereza se seca, y no puede producir los frutos que de ella hubieran podido esperarse si el que la recibió hubiera sido constante en sus buenos propósitos; y otras, en fin, esta divina semilla viene á ser como sofocada por la multitud de cuidados causados por el amor á los intereses, placeres y honras mundanas. ¡Y que así se inutilice la gracia divina! ¡Que de esta manera se malgaste un don que, para merecerlo, el mismo Jesucristo ha dado la vida! ¿Has sido tú alguna vez esta tierra ingrata, que, en vez de dar buenos frutos al divino

sembrador, sólo le has dado espinas y abrojos? ¿Qué harás en lo sucesivo? ¿No recibirás con más agradecimiento la semilla de la divina inspiración, y no procurarás que dé en ti fruto de ciento? ¿No te esforzarás en hacer tus obras de tal manera, que las inspiraciones divinas den todo el fruto que el amoroso sembrador espera? ¡Cuántas veces, lejos de hacer fructificar la divina semilla, te has quejado interiormente del Señor que la sembraba! No seas más ingrato; propón firmemente aprovechar los dones de Dios; y si te sientes débil, acude al Señor, que te dará fortaleza y constancia; pídele por ti y por todos los que se han encomendado á tus oraciones.

115.—PARÁBOLA DE LA CIZAÑA.—PRIMERA PARTE.

PRELUDIO 1.° Habiendo un Señor sembrado buena semilla en su campo, durmiendo los operarios, el enemigo sembró cizaña; al aparecer ésta, preguntaron aquéllos al amo por qué había cizaña, á lo que contestó: «El hombre enemigo lo hizo».

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús proponiendo y declarando esta parábola.

PRELUDIO 3.° Pide vigilancia para no dejarte sorprender del enemigo.

Punto 1.° *Quién es el que siembra la buena semilla y quién la cizaña.*—Considera cómo el sembrador [1] que siembra la buena semilla es Cristo nuestro Señor, cuyo oficio es en el campo del mundo sembrar los hijos del reino; esto es, los justos que han de ser herederos de su reino celestial, y se llaman semilla de Cristo, porque son hijos suyos, de su generosa y celestial casta, engendrados en el ser de la gracia, en virtud de la semilla de su divina inspiración que se sembró en sus corazones. También son semilla de la cual nacen otros como ellos; porque los perfectos, á imitación de su Maestro, procuran engendrar otros justos que sirvan á Dios como ellos le sirven. Pero el enemigo, que es el demonio, en medio de la buena semilla sembró cizaña, que son los malos; porque como la cizaña cuando está en hierba es semejante al trigo; pero después que crece, negrea y es perjudicial al trigo con quien se cría, y al hombre que de ella se sustenta, puesto que enturbia la vista, provoca á vómito y turba el sentido; así los malos parécense á los buenos en la naturaleza de hombres, y á veces en la fe y ceremonias exteriores de cristianos [2]; pero de verdad son negros en el alma por los pecados, tienen la vista interior muy turbada con ignorancias y errores, y á veces contra la fe, y otras contra las buenas costumbres, causan escándalos y disensiones, y al fin provocan á Dios á que los vomite [3] y eche de sí. Por lo cual, haciendo comparación de estas dos semillas, mira qué es lo que prefie-

[1] Matth., XIII, 24. — [2] Vide Salmer., t. 7. — [3] Apoc., III, 16.

res; ser semilla de Cristo, que es tu amigo y busca tu salvación, ó ser semilla del demonio, que es tu enemigo y quiere tu condenación. ¡Oh Dios de mi alma! Semilla vuestra quiero ser, obedeciendo á vuestra divina inspiración; no permitáis que obedezca á la sugestión de mi enemigo y vuestro, porque no sea cizaña de vuestra Iglesia, y os provoque á que me echéis de ella. ¡Oh alma! Mira si con tus exhortaciones y trabajos eres semilla de Cristo, dándole otros hijos, ó, por el contrario, semilla del diablo con tus escándalos. ¿Cuáles son tus obras?

Punto 2.º *Cuándo sembró la cizaña el enemigo, y qué hizo después de haberla sembrado.*—Considera cómo el enemigo sembró la cizaña en el campo del padre de familias después de sembrado el trigo, y mientras estaban durmiendo los sembradores; para significar que primero hubo buenos que malos, así entre los ángeles en el cielo, como entre los hombres en el paraíso; y generalmente, después que Cristo nuestro Señor siembra en su Iglesia la semilla de los justos, por medio del Bautismo y Sacramentos, acude Satanás á sembrar cizaña, procurando pervertirlos y convertirlos en neguilla. Y esto hace durmiendo los hombres; esto es, de noche, de repente y cuando están más descuidados, ó cuando aflojan y duermen el sueño de la pereza; ó cuando los encargados de vigilar por razón de su ministerio y dignidad se duermen y descuidan la vigilancia que deben tener de sus encargados. ¡Triste cosa es que vigile siempre el demonio para perder á los hombres, y se duerman los que tienen la misión de salvarlos! Pondera cómo el enemigo, en sembrando la cizaña, se fué, para significar que se esconde para no ser conocido, como quien tira la piedra y esconde la mano; y unas veces se transfigura en amigo y en ángel de luz para engañarnos; otras veces se va, dejando de tentarnos, para que nos aseguremos, y luego vuelve con mayor rabia para derribarnos. De aquí es [1] que el trigo y la cizaña, por la semejanza que tienen entre sí, no se descubrieron hasta que llevaron fruto; para significar que muchas veces buenos y malos son semejantes á los principios, porque los malos toman hábito y figura de buenos, y los lobos se cubren con piel de oveja [2]; pero al tiempo de llevar fruto se descubre quién es cada uno, y si son verdaderas ó aparentes sus virtudes, por las obras que hace. ¡Oh dulcísimo Jesús! No permitáis que yo, como los hipócritas, pretenda engañar, aparentando una virtud que aborrezca; sembrad más bien como buen sembrador en mi corazón la semilla de la sinceridad, esforzándome en ser aquello que debo parecer para edificación de los prójimos. ¡Oh cristiano! Mira que tu enemigo no duerme; ¿dormirás tú el sueño de la pereza? ¿Te has dejado engañar alguna vez de tu enemigo?

Punto 3.º *Aflicción de los justos por ver la mala semilla*

[1] S. Chrisost.; S. Hier. — [2] Matth., VII, 15.

en el mundo.—Preguntaron los criados al padre de familia por qué había cizaña en su campo, á lo que contestó, que la había sembrado el enemigo. Acerca de esto has de considerar ante todo cómo es propio de los varones apostólicos, al ver la muchedumbre de males y de errores que hay en el mundo, quedar pasmados y angustiados de esto, y acudir á Jesús, diciendo [1]: «Señor, ¿cómo habiendo Vos sembrado en el mundo tan buena semilla, está mezclada con tanta cizaña? ¿Cómo entre los Apóstoles hay un Judas? ¿Cómo en el jardín de la Iglesia, entre los lirios [2] de los justos, hay espinas de pecadores, y en las casas de religión, con el trigo de los perfectos, hay cizaña de inobservantes?» Esto dicen, no por curiosidad, ni quejándose de que Jesús lo haya permitido, sino doliéndose del mal con deseo de remediarlo. Pondera luego la respuesta de Cristo, que dice: «El hombre enemigo hizo esto». En la cual apunta tres verdades importantes. La primera, que Dios nuestro Señor no es sembrador de cizaña ni de mala semilla, sino solamente de la buena, porque es suma bondad, y de la suma bondad no puede proceder cosa mala, ni tentar ó inducir á ella. La segunda, que el demonio es el principal sembrador de cizaña, y de él nacen las tentaciones, por la enemistad que tiene contra Dios y contra los hombres. La tercera, que también los hombres, como dice santo Tomás, con su libre albedrío, incitado de las pasiones de la carne, se hacen cizaña, siendo tentadores y ministros del demonio; y quizá por esto dijo el Señor: «El hombre enemigo hizo esto»; como si dijera: el hombre, que es enemigo de su alma [3] y mío, sembró esta cizaña en el mundo y en sí mismo, siendo, con el consentimiento que da á la tentación, la causa de este daño. ¿Y no sientes tú, cristiano, alguna pena por la mucha cizaña que hay en el mundo y en ti mismo? ¿Has sido alguna vez sembrador de ella, ayudando al demonio en este su oficio? ¡Oh Sembrador justísimo! Ya que con suma bondad permitís en vuestra Iglesia la cizaña de tantos malos, y en mi alma la semilla de tan fuertes tentaciones, concededme que no se convierta en mi daño lo que Vos permitís para mi provecho. Mostrad conmigo la grandeza de vuestra misericordia, sacando de tantos males grande abundancia de bienes.

Epílogo y coloquios. ¡Qué contraste entre la bondad, misericordia y amor de Jesús al mundo, y la malicia, crueldad y odio del demonio! Jesús, deseando hacer la felicidad de un mundo de quien no espera más que ingratitudes y desprecios, siembra en él su buena semilla, que son sus hijos y todos los justos; y entretanto el demonio, sólo por odio, rabia y deseo de hundir á todos en los tormentos que él por su soberbia ha merecido, viene á sembrar la cizaña, esto es, los hombres malvados

[1] Matth., XIII, 27. — [2] Cant., II, 2. — [3] Psalm. X, 6.

llenos de vicios, imitadores de su criminal padre [1], los cuales, introduciéndose hipócritamente entre los justos, no pretenden otra cosa que atormentarlos, afligirlos y perderlos eternamente. Pero ¡cuánta astucia tiene, y de qué medios tan solapados se vale para salir con su intento! Espera que se descuiden ó se duerman los encargados de vigilar el campo, y él, que está en acecho, siembra entonces la cizaña, y se va para no ser conocido. ¡Con cuánta razón quiere el Señor que vigilemos y oremos para no caer en la tentación [2], y para no admitir en nuestro espíritu la cizaña que viene á echar ocultamente el enemigo! Mas oye las palabras de Jesús: «El hombre enemigo ha sembrado la cizaña». De modo que también el hombre, enemigo de sí mismo, siembra la cizaña en su propio corazón. Nada alcanzaría el demonio con toda su astucia y poderío, si el hombre no condescendiese con sus solicitaciones. Mira, pues, si eres trigo de Cristo, produciendo otros hijos para el Señor con tus ejemplos y consejos, ó cizaña de Satanás, pervirtiendo con tus escándalos á los que eran semilla divina. ¿Te has descuidado en la vigilancia que exigía tu cargo ó ministerio? ¡Ay de ti, si por tu descuido el demonio logra arrebatar alguna alma que estaba á tu cargo! Mira bien lo que debes hacer para cumplir con exactitud todos tus deberes; no sólo los que tienes para contigo, sino los que te ligan con los prójimos; forma propósitos muy firmes y particulares, y ora con fervor para poderlos cumplir, y no olvides las demás obligaciones y necesidades.

116.—PARÁBOLA DE LA CIZAÑA.—SEGUNDA PARTE.

PRELUDIO 1.° Pidieron los operarios permiso al Padre de familias para arrancar la cizaña; mas no se lo quiso dar, diciendo que en el tiempo de la siega sería separada del trigo, y arrojada al fuego.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús proponiendo esta palabra.

PRELUDIO 3.° Pide á Dios que tu celo sea siempre discreto y un saludable temor de la última siega.

Punto 1.° *Celo indiscreto de los criados del Padre de familias.*—Indignados los criados del Padre de familias al ver tanta cizaña en su campo, dirigiéronle una pregunta, diciendo [3]: «¿Quieres que vayamos y la arranquemos toda?» En esta pregunta puedes considerar el celo que tienen los justos al ver tantos males en el mundo; cuyo celo en algunos es indiscreto y demasiado, por una de cuatro causas: la primera, porque con su fervor querrían arrancar de un golpe toda la cizaña junta, y quitar del mundo, ó de la Iglesia, ó de la religión, todos los malos, y de sí mismos todos los vicios ó pasiones juntas; lo cual,

[1] Joan., VIII, 44. — [2] Matth., XXVI, 41. — [3] Matth., XIII, 28.

de ley ordinaria, no es posible. La segunda causa [1] de tal indiscreción, es porque quieren arrancar la cizaña antes de tiempo y sin sazón. De donde se sigue mayor daño, porque quien hoy es cizaña, quizá mañana se convertirá en trigo, y sufriendo con paciencia y larga esperanza al malo, viene con la blandura de la corrección á ser bueno; y quien se apresura con demasía por ganar la perfección, suele quebrantar su salud, y perder lo que ha ganado. La tercera causa es porque quieren arrancar la cizaña con peligro de arrancar también el trigo; y esto sucede cuando imprudentemente se corrige ó castiga á los malos con daño de los buenos, por los escándalos, turbaciones y guerras que de esto resultan; lo cual no es otra cosa que arrancar una cizaña y sembrar otra mayor. La cuarta es porque quieren arrancarla con espíritu de ira y venganza, llevados más de la indignación que de la compasión, como sucedió á los Apóstoles Santiago y Juan [2], cuando los samaritanos no quisieron recibirlos, y por esto fueron reprendidos de su divino Maestro. Considerando todo esto, mira si tu celo es indiscreto, por el modo, tiempo, ocasión ó fin que te propones, y pide al Señor que lo enderece. ¡Oh Maestro soberano! Comunicadme vuestro divino Espíritu, para que, guiado por Él, no me exceda jamás en el ejercicio del celo, y de tal modo persiga y odie al pecado, que conserve siempre amor al pecador, en cuanto es criatura vuestra, capaz de gozaros en el cielo. ¡Oh alma fiel! Examina tu celo si es según ciencia. ¿Guardas en él las circunstancias que quiere el Señor?

Punto 2.° *El Padre de familias no permitió arrancar la cizaña.*—Aquí has de considerar la respuesta que dió el Padre de familias á los criados, diciéndoles [3]: «No quiero que arranquéis ahora la cizaña, no suceda que juntamente arranquéis el trigo». En lo cual has de admirar la infinita caridad de Dios que en ella resplandece; porque con haber sido este soberano Señor tan riguroso con los ángeles del cielo [4], que al mismo punto que sembró Lucifer la cizaña, arrancó al sembrador y á toda su semilla, y la echó en el fuego del infierno, con los hombres no quiere usar de este rigor, sino esperarles mucho tiempo, dándoles lugar de penitencia, con deseo, no tanto de arrancar la cizaña, cuanto de convertirla en buena semilla; porque la voluntad de nuestro Dios no es la perdición de las almas [5], sino su salvación; y aunque desea destruir los pecados, no querría destruir los pecadores. Pero no menos resplandece la misericordia de Dios en querer sufrir la cizaña, por el amor que tiene al trigo, tolerando los malos por amor de los buenos, como se vió cuando dijo á Abraham que si hubiese diez justos en Sodoma y Gomorra, por éstos sufriría los pecadores que allí había, aunque esta-

[1] S. Thom. — [2] Luc., IX, 53. — [3] Matth., XIII, 29. — [4] II Petr., II, 4.
[5] Genes., XVIII, 24.

llenos de vicios, imitadores de su criminal padre [1], los cuales, introduciéndose hipócritamente entre los justos, no pretenden otra cosa que atormentarlos, afligirlos y perderlos eternamente. Pero ¡cuánta astucia tiene, y de qué medios tan solapados se vale para salir con su intento! Espera que se descuiden ó se duerman los encargados de vigilar el campo, y él, que está en acecho, siembra entonces la cizaña, y se va para no ser conocido. ¡Con cuánta razón quiere el Señor que vigilemos y oremos para no caer en la tentación [2], y para no admitir en nuestro espíritu la cizaña que viene á echar ocultamente el enemigo! Mas oye las palabras de Jesús: «El hombre enemigo ha sembrado la cizaña». De modo que también el hombre, enemigo de sí mismo, siembra la cizaña en su propio corazón. Nada alcanzaría el demonio con toda su astucia y poderío, si el hombre no condescendiese con sus solicitaciones. Mira, pues, si eres trigo de Cristo, produciendo otros hijos para el Señor con tus ejemplos y consejos, ó cizaña de Satanás, pervirtiendo con tus escándalos á los que eran semilla divina. ¿Te has descuidado en la vigilancia que exigía tu cargo ó ministerio? ¡Ay de ti, si por tu descuido el demonio logra arrebatar alguna alma que estaba á tu cargo! Mira bien lo que debes hacer para cumplir con exactitud todos tus deberes; no sólo los que tienes para contigo, sino los que te ligan con los prójimos; forma propósitos muy firmes y particulares, y ora con fervor para poderlos cumplir, y no olvides las demás obligaciones y necesidades.

116.—PARÁBOLA DE LA CIZAÑA.—SEGUNDA PARTE.

PRELUDIO 1.° Pidieron los operarios permiso al Padre de familias para arrancar la cizaña; mas no se lo quiso dar, diciendo que en el tiempo de la siega sería separada del trigo, y arrojada al fuego.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús proponiendo esta palabra.

PRELUDIO 3.° Pide á Dios que tu celo sea siempre discreto y un saludable temor de la última siega.

Punto 1.° *Celo indiscreto de los criados del Padre de familias.*—Indignados los criados del Padre de familias al ver tanta cizaña en su campo, dirigiéronle una pregunta, diciendo [3]: «¿Quieres que vayamos y la arranquemos toda?» En esta pregunta puedes considerar el celo que tienen los justos al ver tantos males en el mundo; cuyo celo en algunos es indiscreto y demasiado, por una de cuatro causas: la primera, porque con su fervor querrían arrancar de un golpe toda la cizaña junta, y quitar del mundo, ó de la Iglesia, ó de la religión, todos los malos, y de sí mismos todos los vicios ó pasiones juntas; lo cual,

[1] Joan., VIII, 44. — [2] Matth., XXVI, 41. — [3] Matth., XIII, 28.

de ley ordinaria, no es posible. La segunda causa [1] de tal indiscreción, es porque quieren arrancar la cizaña antes de tiempo y sin sazón. De donde se sigue mayor daño, porque quien hoy es cizaña, quizá mañana se convertirá en trigo, y sufriendo con paciencia y larga esperanza al malo, viene con la blandura de la corrección á ser bueno; y quien se apresura con demasía por ganar la perfección, suele quebrantar su salud, y perder lo que ha ganado. La tercera causa es porque quieren arrancar la cizaña con peligro de arrancar también el trigo; y esto sucede cuando imprudentemente se corrige ó castiga á los malos con daño de los buenos, por los escándalos, turbaciones y guerras que de esto resultan; lo cual no es otra cosa que arrancar una cizaña y sembrar otra mayor. La cuarta es porque quieren arrancarla con espíritu de ira y venganza, llevados más de la indignación que de la compasión, como sucedió á los Apóstoles Santiago y Juan [2], cuando los samaritanos no quisieron recibirlos, y por esto fueron reprendidos de su divino Maestro. Considerando todo esto, mira si tu celo es indiscreto, por el modo, tiempo, ocasión ó fin que te propones, y pide al Señor que lo enderece. ¡Oh Maestro soberano! Comunicadme vuestro divino Espíritu, para que, guiado por Él, no me exceda jamás en el ejercicio del celo, y de tal modo persiga y odie al pecado, que conserve siempre amor al pecador, en cuanto es criatura vuestra, capaz de gozaros en el cielo. ¡Oh alma fiel! Examina tu celo si es según ciencia. ¿Guardas en él las circunstancias que quiere el Señor?

Punto 2.° *El Padre de familias no permitió arrancar la cizaña.*—Aquí has de considerar la respuesta que dió el Padre de familias á los criados, diciéndoles [3]: «No quiero que arranquéis ahora la cizaña, no suceda que juntamente arranquéis el trigo». En lo cual has de admirar la infinita caridad de Dios que en ella resplandece; porque con haber sido este soberano Señor tan riguroso con los ángeles del cielo [4], que al mismo punto que sembró Lucifer la cizaña, arrancó al sembrador y á toda su semilla, y la echó en el fuego del infierno, con los hombres no quiere usar de este rigor, sino esperarles mucho tiempo, dándoles lugar de penitencia, con deseo, no tanto de arrancar la cizaña, cuanto de convertirla en buena semilla; porque la voluntad de nuestro Dios no es la perdición de las almas [5], sino su salvación; y aunque desea destruir los pecados, no querría destruir los pecadores. Pero no menos resplandece la misericordia de Dios en querer sufrir la cizaña, por el amor que tiene al trigo, tolerando los malos por amor de los buenos, como se vió cuando dijo á Abraham que si hubiese diez justos en Sodoma y Gomorra, por éstos sufriría los pecadores que allí había, aunque esta-

[1] S. Thom. — [2] Luc., IX, 53. — [3] Matth., XIII, 29. — [4] II Petr., II, 4.
[5] Genes., XVIII, 24.

ban cargados de innumerables pecados; y cuando quiso castigarlos, primero sacó á Loth [1], poniendo á salvo el trigo, antes de arrancar la cizaña; lo cual es de grande consuelo para los buenos, pues pueden tener seguridad de que no les vendrá daño de parte del Señor por estar con los malos. Con todo, debes advertir que con esto no prohibe absolutamente el Señor arrancar la cizaña, cuando se puede sin perjuicio del trigo, como lo hace la Iglesia castigando á algunos pecadores, para escarmiento de unos, para preservar del peligro á otros, y para que los buenos puedan tener una vida quieta. ¡Oh Salvador dulcísimo! Gracias os doy por la compasión que tenéis de los que son cizaña, y de la misericordia que usáis con los que son trigo. ¡Ojalá que, admirados los malos de vuestra bondad en sufrirlos, se arrepintiesen de sus pecados y se convirtiesen en trigo; y que los buenos perseveren con vuestra gracia, hasta ser trasplantados en los campos de la gloria! ¡Oh alma religiosa! Esta bondad y misericordia del Señor con todos, ¿no enciende en ti la confianza? ¿No aviva tu caridad?

Punto 3.° *Última sentencia del Padre de familias contra la cizaña.*—Considera en este punto cómo, prosiguiendo el Padre de familias la respuesta, dijo que en el día de la siega general, ó fin del mundo, mandaría atar toda la cizaña en haces para arrojarla al fuego, y colocaría el trigo en sus graneros. En lo cual puedes ponderar primeramente cómo es cierto que hasta el fin del mundo habrá trigo y cizaña, buenos y malos mezclados entre sí. Porque la divina Providencia nunca dejará de sembrar buena semilla en su Iglesia y en las religiones, por más que el demonio procure sembrar cizaña; y así, no debes desmayar viendo muchos malos, creyendo que hay pocos buenos; porque tal vez hay muchos que tú no conoces y Dios los tiene conocidos, y se precia de ellos. Pondera luego cómo el tiempo que hay antes de la siega, el trigo y la cizaña se van multiplicando y creciendo; porque, así los muy buenos como los muy malos, crecen en el tiempo de su vida, unos en santidad y otros en maldad, conforme á lo que se lee en el Apocalipsis [2]: «El que daña, dañe más; el manchado, mánchese más; el justo, justifíquese más, y el santo, santifíquese más». Pero con la inmensa diferencia que, en cuanto al trigo, Cristo desea que crezca y se multiplique, y ayuda para ello; pero de la cizaña sólo es permisión dejarla crecer, y que vaya de mal en peor hasta la siega; la cual se hará al fin del mundo para todos, y se hace al fin de la vida de cada uno. Reflexiona, últimamente, la suerte fatal de los malos, representados por la cizaña, en aquel espantoso día de la siega. Serán cogidos por los segadores, que son los ángeles [3], sin que puedan resistir; atados en haces, siendo privados de toda libertad, y unidos y

[1] Genes., XIX, 15, 17. — [2] Apoc., XXII, 11. — [3] Apoc., XIV, 15.

atados cruelmente con los que fueron compañeros de sus crímenes, para que mutuamente se despedacen y atormenten; y, por último, arrojados al fuego tenebroso del infierno. ¡Oh desventurada cizaña! Tú te complaces en sembrar discordias en el mundo entre los buenos; mas en el infierno padecerás discordia eterna con los mismos malos. ¡Oh Dios infinito! Libradme de ser cizaña, cometiendo tales culpas, porque no caiga en tan horribles penas. ¡Oh alma mía! Medita el último paradero de la cizaña, y teme el serlo. ¿Ves esas ataduras? ¿No te espanta tal compañía? ¿No te horroriza el lugar? ¿Qué debes hacer para librarte de todo esto?

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta razón nos advierte el Espíritu Santo [1] que no creamos á todo espíritu! No todos los pensamientos y deseos que parecen buenos proceden de Dios. Bueno parecía el celo de los criados que, admirados é indignados al ver tanta cizaña en el campo de su amo, querían arrancarla al instante. Con todo, era indiscreto, como lo prueba la negativa que de este recibieron. Quizá porque la querían arrancar antes de tiempo; tal vez porque lo querían hacer por espíritu de venganza, ó porque había peligro de arrancar con ella el buen trigo. ¡Cuántas veces los arrebatos que tú sientes, y piensas ser inspirados por el celo, serán reprobados en el acatamiento divino, y quizá castigado tú por causa de ellos! Admira la misericordia y justicia de Dios. La misericordia en consentir que vivan los malos, pudiéndoles quitar con tanta facilidad la vida, ya por esperar á que se conviertan, dándoles tiempo y ocasión para ello, ya para no incluir en el castigo de ellos á algunos justos, con los cuales aquéllos están unidos con algunos lazos. ¡Oh qué Padre tan amante es nuestro buen Dios, que para no contristar á su hijo dócil, contiene temporalmente su indignación, y no descarga el golpe contra el rebelde! Su justicia se echa de ver en la postrera sentencia que se ejecutará en la siega universal. Entonces la cizaña de los malos será separada del trigo. ¡Oh separación dolorosa! Será atada en haces. ¡Oh ligadura y unión espantosa! Y será echada en el infierno. ¡Oh horrible tormento! ¿No le temes tú? Si cuando eras cizaña con tus escándalos hubiese Dios enviado á sus segadores, ¿qué hubiera sido de ti? Medítalo bien, y piensa lo que debes resolver para no ponerte nuevamente en tan temible peligro. Pide con fervor la divina gracia para ti y para todo el mundo.

[1] I Joan., IV, 1.

117.—PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA.

PRELUDIO 1.º El reino de los cielos es como el grano de mostaza, que, siendo la menor de las semillas, crece como grande árbol, y vienen las aves del cielo á descansar en sus ramas.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ser pequeño por la humildad y grande en las obras.

Punto 1.º *El grano de mostaza representa á Jesucristo, al alma justa y á las virtudes cristianas.*—Considera cómo en el grano de mostaza de la parábola [1] se representa primeramente al mismo Jesucristo, Rey supremo de los cielos; porque así como el grano de mostaza en lo exterior es pequeñito, vil en la apariencia, sin color ni olor apacible, pero grande en la virtud encendida que tiene, la cual se descubre cuando es molido ó comido, así Jesucristo, en cuanto hombre, fué en lo exterior tan pequeño y despreciado, que dijo de sí por un profeta [2]: «Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo»; pero en lo interior y en cuanto á la divinidad, fué de una virtud infinita, la cual descubrió sobre todo al ser molido y atormentado en su Pasión. Mucho mejor puede decirse que es como un granito de mostaza en el divino Sacramento del altar, porque allí, bajo una apariencia pequeñísima y la más despreciada, esconde admirablemente la virtud de todo un Dios. Pondera cómo el grano de mostaza representa también á todos los justos, ciudadanos de la Iglesia y discípulos de Cristo, los cuales, á su imitación, son pequeños y menospreciados á los ojos de los hombres; pero en lo interior son de gran virtud y eficacia, por la grandeza de la caridad y fervor de espíritu, descubriéndolo más cuando son perseguidos y maltratados, como lo fué su Capitán. Finalmente: el grano de mostaza representa también las virtudes con que se gana el reino de los cielos, las cuales en la apariencia son pequeñas, pero en el valor y fruto son eficacísimas. La fe parece en lo exterior cosa poca y propia de gente ignorante y apocada; pero es de inmensa virtud para aquel que con la meditación muele y desmenuza los misterios sublimes que ella enseña; y así dice san Pablo [3] que Cristo crucificado es escándalo para los judíos y necedad para los gentiles, pero sabiduría y virtud de Dios para los fieles; y lo mismo puedes ponderar de la humildad, obediencia y demás virtudes cristianas. ¡Oh Dios omnipotente! Pues que para muestra de vuestro poder escogéis las cosas viles para confundir [4] á las altas, y tomáis las flacas para destruir las fuertes; concededme que de corazón ame y abrace las cosas pequeñas que Vos escogisteis, para que sea digno de alcanzar las grandes que en ellas encerrasteis. ¿Deseamos nosotros ser como

[1] Matth., XIII, 31. — [2] Psalm. XXI, 7. — [3] I Cor., I, 23. — [4] Ibid., I, 27.

grano de mostaza? ¿Procuramos imitar la humildad y pequeñez de nuestro Salvador?

Punto 2.º *Crecimiento y grandeza del grano de mostaza y de las cosas que representa.*—En este punto has de considerar cómo el grano de mostaza, sembrado en la tierra, echa profundas raíces, y luego, naciendo vigoroso, crece con rapidez, y extiende tanto sus ramas, que se hace grande árbol. De este mismo modo Jesucristo, habiéndose humillado y hecho hombre por nosotros, quiso, como grano de mostaza, ser sembrado en la tierra y morir en ella [1]; porque la vida que vivió siempre fué acompañada de grandes mortificaciones; y después en un huerto padeció ansias mortales, y en un campo fué muerto con terribles tormentos, y en otro huerto sepultado y puesto debajo de tierra. De esta manera echó sus raíces hasta el limbo, de donde sacó las ánimas de los santos padres, y resucitó glorioso á nueva vida, y vino á crecer y subir á tanta honra y grandeza, que quien poco antes fué tenido por el mínimo de los hombres, llegó á ser adorado como cabeza y Señor Supremo de los hombres y ángeles [2], hincando todos la rodilla á su nombre, y cumpliéndose lo dicho por Isaías [3]: «Que el pimpollo del Señor crecería con gran magnificencia, y su fruto sería muy sublime», porque engendró innumerables hijos espirituales, semejantes á sí en la virtud y santidad. Lo mismo puedes ponderar en todos los verdaderos discípulos de Jesús, los cuales, á imitación de su divino Maestro, por el mismo camino vinieron á crecer y hacerse grandes árboles. Así pasó á los Apóstoles, que, trayendo siempre consigo la mortificación de Jesús [4], y siendo por El mortificados todo el día y tratados como ovejas del matadero, vinieron á ser príncipes de la Iglesia, y á dilatar la fe por todo el mundo; así pasó á los mártires y confesores y á todos los santos, y en general á los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús [5], los cuales han de ser como granos de mostaza, creciendo y prosperando por medio de la mortificación. Pondera también el crecimiento admirable de las virtudes, que son como granos de mostaza; la fe crece hasta la vista de Dios; la esperanza hasta la posesión de Dios, y la caridad hasta la unión con Dios; y así de las demás. ¡Oh dulcísimo Jesús! Gózome de la grandeza que tenéis en premio de la bajeza que por mí tomasteis. Concededme que, como los santos, vuestros discípulos, os imite en la humillación, y me haga digno de participar de vuestra exaltación. ¿Qué crecimientos hacemos nosotros en la virtud? ¿Rehusamos andar por el camino de las humillaciones que Jesús siempre siguió?

Punto 3.º *Las aves del cielo vienen á morar en las ramas del árbol de la mostaza.*—Considera cómo el grano de mos-

[1] Joan., XII, 24. — [2] Philip., II, 10. — [3] Isai., IV, 2.
II Cor., IV, 10; Rom., VIII, 36. — [5] II Tim., III, 12.

taza dilata y extiende tanto sus ramas, que las aves del cielo, como dicen los Evangelistas [1], moran debajo de su sombra, y hacen allí sus nidos y descansan en ellos. En esto se representa también á Cristo nuestro Señor, que echó de sí muchos ramos; conviene á saber: la doctrina del Evangelio que predicó; la ley de la perfección con todos los consejos que promulgó; los Sacramentos y sacrificios que instituyó; los ejemplos maravillosos que nos dió; los milagros y obras insignes que hizo, con los demás misterios de su vida gloriosa, hasta su subida á la alteza que tiene en los cielos. Y á estos ramos acuden las aves del cielo, no las águilas y aves muy grandes, que son figura de los soberbios, sino las aves pequeñas, que son las almas justas y humildes, especialmente las que dejan las cosas de la tierra, deseando con la contemplación conversar en el cielo, á cuya imitación te has de asentar con reposo á la sombra de estos ramos, considerando la dulzura de sus frutos, y gozándote de la protección y amparo que te viene por ellos, diciendo con la Esposa [2]: «Sentéme á la sombra del que deseaba, y su fruto es muy dulce para mi garganta». También has de hacer nido y morada en estos ramos, meditando estos misterios; unas veces lo has de hacer en el misterio del pesebre; otras has de volar al árbol de la cruz, y otras al cielo empíreo, poniendo en Cristo toda tu confianza y amor. Allí has de cantar cantares de alabanza y agradecimiento, y allí has de descansar en las noches de las tribulaciones, y sustentarte con el grano y fruto delicado que hallares. ¡Oh quién me diese alas de ave para volar á este divino Árbol! ¡Oh Árbol altísimo y soberanísimo! Por más alto que subáis, puedo yo volar y subir á Vos con las alas de la contemplación que Vos me diereis. Levantadme, Señor, sobre mí mismo y sobre todo lo criado, para que descanse en Vos, mi Criador, por todos los siglos. ¡Oh alma! ¿No gustas tú de reposar como ave en los ramos de este árbol de vida? ¿No quieres meditar los misterios de la vida, Pasión y resurrección del Señor?

Epílogo y coloquios. ¡Con qué sencillez y claridad nos revela Jesucristo las propiedades del reino de los cielos! Es semejante á un grano de mostaza, la menor de todas las semillas, pero que, después de sembrada, va creciendo con tal lozanía y vigor, que viene á hacerse el mayor de los arbustos, tanto que las aves del cielo vienen á posarse en sus ramas, y á fabricar en ellas su nido, regalándose en su sombra. Este grano de mostaza representa á Jesús mismo, pequeño y vil en la apariencia exterior; pero rico de virtud y eficacia en lo interior de su alma y divinidad. Él, por nuestro amor, bajó á la tierra, y, muerto entre horribles torturas, pisado y estrujado como uva en el lagar, fué enterrado; y echando hasta el seno de Abraham sus raíces, se levantó lozano, hermoso y glorioso, llegando su altura hasta lo más alto de los cielos; y en sus ramos, que son las obras excelentes que ejecutó y los diversos misterios de su vida, hallan reposo, consuelo, alegría y defensa las almas puras y sencillas, como avecitas del cielo. Este grano de mostaza son también los justos que han imitado á Jesús en la sencillez, humildad y abnegación, los cuales son tanto más exaltados, cuanto mayores fueron las humillaciones que toleraron; y ahora sus vidas son también objeto de contemplación y motivo de consuelo para los que siguen sus pisadas. Es también grano de mostaza la virtud cristiana, el estado religioso, y sobre todo el divino sacramento de la Eucaristía. ¡Oh qué fuente de dulces contemplaciones y suaves afectos hay en todo esto! Pues si nosotros somos avecillas del cielo, ¿por qué no nos regalamos en la consideración quieta y sosegada de tales cosas? ¿Será acaso porque, en vez de avecitas humildes, somos como aves grandes y soberbias, y consideramos estas meditaciones como cosa inútil y de ningún provecho? En este caso, temblemos, porque el Señor no se revela á los orgullosos; propongamos la enmienda, y pidamos la gracia que necesitamos.

[1] Marc., IV, 32; Luc., XIII, 19; Matth., XIII, 32. — [2] Cant., II, 3.

118.—PARÁBOLA DEL MERCADER QUE BUSCABA PERLAS.

PRELUDIO 1.° Lo que pasa en el reino de los cielos es lo que hace un mercader que busca perlas, y hallando una preciosa, vende cuanto tiene y la compra.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de ser buen mercader, desprendiéndote, si es necesario, de todas las cosas para alcanzar á Dios y su gracia.

Punto 1.° *Quién es el mercader y qué son estas perlas.*—Considera cómo todos los hombres que viven en el mundo son mercaderes que buscan perlas, porque todos buscan lo que es bueno y precioso, aunque en diferente manera. Unos buscan perlas de bienes temporales, riquezas, dignidades y las cosas que el mundo tiene por preciosas; otros buscan perlas de ciencias y artes humanas, por sólo saber, ó por sus honras é intereses; otros buscan perlas de virtudes morales y políticas, para vivir como hombres de razón en su república ó comunidad. Mas el verdadero cristiano no se ha de ocupar en buscar cosas tan bajas y apocadas, sino que, acordándose de la nobleza de su linaje y de la generosidad de su Padre, ha de poner su corazón en cosas más altas, buscando las perlas de las verdades y virtudes celestiales y divinas, las cuales son á boca llena buenas y preciosas, y hacen al que las posee bueno y precioso á los ojos de Dios. De aquí es, que, si tú quieres ser buen mercader y tratante, no has de gastar el tiempo buscando riquezas, las cuales, según el Señor, en vez de perlas que adornan, son espinas que punzan; ni has de poner todo tu conato en buscar las ciencias

humanas, que hinchan y envanecen, y son cebo de la vanidad; ni tampoco las virtudes políticas, que sólo son aparentes, ni merecen aplauso más que de los hombres, porque sólo brillan en lo exterior. Tu empleo ha de ser buscar las perlas de las virtudes sobrenaturales, como son la gracia, caridad, paciencia, obediencia y otras semejantes, con las cuales serás bueno y santo, y merecerás entrar en el cielo. Pero, sobre todo, has de buscar á Jesucristo, verdadero Dios y hombre, perla oriental preciosísima, que, como rocío, bajó del cielo, y en las entrañas de la Virgen se hizo hombre para honra y adorno de los hombres; Él es la perla por excelencia buena, de quien procede toda bondad, la cual has de procurarte, para poseerla y tenerla siempre contigo y enriquecerte con los tesoros de sus gracias y virtudes, siendo uno de aquellos que dijo David [2]: «Esta es la generación de los que buscan al Señor, de los que buscan al Dios de Jacob». ¡Oh Salvador del mundo, negociador de perlas, en cuanto bajasteis del mundo á buscar las almas, y perla preciosísima, á quien todos los negociadores hemos de buscar para enriquecernos! Pues vinisteis á la tierra para manifestarnos las perlas buenas y preciosas de las verdades y virtudes celestiales, descubrídmelas para que las busque, pretendiendo por ellas, no mi gusto, sino agradaros y poseeros eternamente. ¿Somos nosotros también mercaderes de perlas? ¿Cuáles son estas perlas por las cuales nos afanamos y sacrificamos?

Punto 2.º *Modo cómo se han de buscar las buenas perlas.* — Considera aquí de qué modo has de buscar estas buenas perlas, pues que el Señor quiere que las busques y te ocupes en esto. Lo primero, se buscan con la oración, pidiendo al Señor que nos las descubra, no cesando de importunarle para ello; pues Él dijo [3]: «Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y abriros han». Lo segundo, debes buscarlas con meditación del entendimiento prevenido y ayudado de la divina ilustración, cavando y ahondando en las verdades y misterios de la fe, y en las excelencias de las virtudes, hasta hallar la inteligencia y estima de ellas. Lo tercero, has de buscarlas con deseos y afectos de la voluntad, prevenida de la divina inspiración, suspirando por estas perlas, y aplicando tu libre albedrío á que quiera buscarlas por los demás medios que Dios ha dejado para hallarlas, cuales son: obras de penitencia, lección de buenos libros, frecuencia de Sacramentos, especialmente el de la Eucaristía, que es como la concha dentro de la cual está la preciosísima perla de Cristo nuestro Señor, para comunicarte las demás perlas de las virtudes. Esto es ser negociadores, y hacer, como dice san Pablo [4], nuestro negocio. Y si los negociantes de la tierra son codiciosos y solícitos en buscar sus perlas terrenas, y se ponen

[1] I Cor., VIII, 1. — [2] Psalm. XXIII, 6. — [3] Matth., VII, 7. — [4] I Thes., IV, 11.

á tantos peligros por haberlas, ¿cuánta más razón es que tú seas solícito por estas perlas del cielo, pidiéndolas con oraciones, buscándolas con meditaciones y deseos, obedeciendo á lo que Dios manda para hallarlas? ¡Oh Salvador mío! Hacedme negociador diligente y codicioso, para que busque la perla de la divina Sabiduría con la diligencia que los hombres buscan el tesoro y allegan el dinero, pues prometéis que la hallaré si de esta manera la buscare [1]. ¿De qué medios nos valemos para buscar las perlas divinas que el Señor nos ofrece? ¿Cómo practicamos tales medios?

Punto 3.º *Qué hace el mercader hallando una perla.*— Hallada una perla preciosa, el mercader vendió cuanto tenía y la compró. Acerca de lo cual has de considerar cómo esta perla preciosa hallada por el mercader se llama una, porque Jesucristo es uno, Dios y hombre verdadero; y aunque las virtudes, que también se llaman y son riquísimas perlas, son muchas, todas, sin embargo, están unidas y trabadas, como si fuesen una, con la caridad, que es vínculo y atadura de perfección [2]; y ella es la que une al hombre con Dios y con Cristo, y con todos los prójimos, y los hace entre sí unos, como si tuviesen un ánima y un corazón [3]; así como entre las conchas del mar, donde están las perlas, hay una como capitana á quien siguen las demás, y cogida ésta, es fácil coger las otras, así la caridad es la capitana de las virtudes, y quien la alcanza, con ella las halla todas; porque, como dice el Apóstol [4]: «La caridad todo lo cree, espera y sufre, y en todas las cosas obedece». Pondera luego cómo hallar esta perla es descubrirla con la luz de la fe, y ver su excelencia y hermosura, y gozar su dulzura y suavidad, la cual es tan grande, que arrebata el corazón del que la halla; el cual luego vende y da de mano con todas las cosas que le estorban el poseerla con entereza, y echa de sí todos los amores y aficiones terrenas contrarias á ella, por comprarla y conservarla dentro de sí, y aun todo lo que da le parece poco, según aquello de los Cantares [5]: «Si diere el hombre toda su hacienda por la caridad, estimarla ha como nada». Todo lo cual debe moverte á entrar dentro de ti mismo, y con gran detenimiento examinar, no sólo si buscas perlas y si son verdaderas las que buscas, sino también si estás resuelto á dar por ellas el precio que valen, que es la renunciación de todas las cosas que posees, á lo menos con el afecto, mirando si hay en tu corazón algo de amor propio y de aficiones terrenas, y proponiendo varonilmente mortificarlo y arrancarlo del alma; porque la diminución de la codicia es aumento de la caridad. ¿Estoy dispuesto para perderlo todo á fin de ganar á Dios y á su divina bondad? ¿Conservo alguna afición des-

[1] Prov., II, 4. — [2] Colos., III, 14 — [3] Act., IV, 32. — [4] I Cor., XIII, 7.
[5] Cant., VIII, 7.

ordenada á las cosas terrenas? ¡Oh caridad preciosísima! ¡Oh unión de amor excelentísima! ¡Oh Dios amabilísimo, que os llamáis caridad y sois perla de infinito valor, uno en esencia, aunque trino en personas, y tan amigo de unidad, que á todos los que se juntan y unen á Vos los hacéis un espíritu con Vos! Descubridme esta perla una y preciosa, y aficionadme á ella y dádmela en posesión. Yo os ofrezco por ella cuanto tengo, y si más tuviera, más os diera, porque todo es nada para lo que ella vale.

Epílogo y coloquios. ¡Oh locura é ignorancia del hombre! Toda la vida pasa negociando á manera de un mercader, y llegará la muerte cuando mayor necesidad tendrá de sus trabajos, y se hallará con las manos vacías. Semejante al avariento, diránle en aquel momento terrible [1]: «Necio, las cosas que allegaste, ¿de quién serán?» La causa de tal desengaño es porque no busca verdaderas perlas, sino perlas falsas ó aparentes. Busca con inquietud las riquezas ó placeres, la ciencia mundana ó la honra, las virtudes políticas ó puramente exteriores, cuyas cosas ni le hacen bueno, ni verdaderamente rico, ni pueden servirle de ayuda en la muerte. ¡Oh si buscara las verdaderas perlas, la virtud y santidad, la mortificación propia, y, sobre todo, la amistad y posesión de Jesucristo! Estas son las verdaderas, ricas y preciosas perlas, que tú debes buscar con oración continua y fervorosa, con meditación detenida y profunda, y con afectos tiernos y deseos ardientes. Y luego de halladas y descubiertas por medio de la luz de la fe, has de conservarlas con tal cuidado y estimarlas en tanto grado, que, como el mercader del Evangelio, has de estar dispuesto á dejarlo todo, abandonarlo todo, antes que perderlas de nuevo. ¿Qué valen todas las cosas de la tierra en comparación de ellas? Entremos dentro de nosotros mismos, y estudiándonos detenidamente, miremos qué perlas hemos buscado; en qué hemos puesto hasta ahora nuestro corazón, y cuáles son nuestras aspiraciones. Y si ya buscamos buenas perlas, tratemos de buscarlas con asiduidad, fervor y anhelo grande; y al efecto, propongamos, roguemos, importunemos al Señor hasta que nos oiga.

119.—PARÁBOLA DE LA OVEJA PERDIDA.

PRELUDIO 1.° Un pastor que tiene cien ovejas y pierde una, deja las noventa y nueve, y va en busca de la que se perdió, y luego de hallada, cárgala sobre sus hombros con alegría, y la vuelve al rebaño.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de ser buena oveja de Cristo.

Punto 1.° *Quién es el Pastor, quién la oveja, y por qué se pierde.*—Considera cómo este piadoso Pastor [2], que busca la oveja perdida, representa á Jesucristo, que bajó del cielo para ser pastor de los hombres [1]; el cual, con admirable providencia y vigilancia, rige sus ovejas, y las conoce muy bien; las señala con la señal de su gracia y caridad; va delante de ellas con el ejemplo; dales buenos pastos de doctrina y Sacramentos; defiéndelas del lobo infernal; y, en fin, es tan bueno y tal el amor que las tiene, que Él mismo se hace pasto, y las apacienta con su cuerpo y sangre. Las ovejas fieles son los justos, que Él tiene muy bien contados, y sabe quiénes son. Estas ovejas conocen á su Pastor por la fe y la contemplación; oyen su voz obedeciendo á sus mandatos; siguen sus pasos imitando sus virtudes; reciben agradecidos sus pastos saludables; y con gran generosidad dan á su Pastor la lana de su hacienda, la leche de sus tiernos afectos del corazón, y las crías de sus buenas obras, y, si es menester, le darán su misma carne y vida, perdiéndola por su amor. Mas ¡ay!; cuando alguna de estas ovejas comienza á desconocer á su pastor y los bienes que en Él tiene, y se hastía del pasto de doctrina y Sacramentos, gustando mucho de los pastos del mundo y de la carne, poco á poco se va apartando de las ovejas dóciles, y se va alejando de las miradas del Pastor, hasta que, por fin, llega á abandonarle del todo, poniéndose en gran peligro de eterna condenación. Mas es tal la caridad del Pastor, que, dejando las noventa y nueve en lugar seguro, corre en busca de ésta que se ha perdido. Por esta causa bajó del cielo á la tierra á llamar y buscar los pecadores, y en este ejercicio pasó los tres últimos años de su vida, padeciendo excesivos trabajos y persecuciones, hasta sufrir la muerte con terribles tormentos. ¡Oh Pastor soberano! ¡Cuán caras os cuestan estas ovejas, con no tener necesidad alguna de ellas! Cuando ellas se perdieran, ¿qué es lo que Vos perdíais? ¿Acaso habéis de vestiros con su lana? ¿ó sustentaros con su leche? ¿ó enriqueceros con sus crías? Y si ovejas queréis, ¿no tenéis otras mejores en el cielo, las cuales acuden fielmente á vuestro servicio? ¡Bendita sea vuestra caridad, Dios mío, que es la causa de todo esto! ¡Oh alma mía! Sé dócil oveja de Cristo, oye su amorosa voz, participa de sus deliciosos pastos. ¿Qué te conviene resolver para esto?

Punto 2.° *Caridad del Pastor al hallar la oveja perdida.*—Considera cómo, aunque el buen Pastor busca la oveja perdida, no siempre la halla; por lo cual dice por san Mateo [2]: «Si aconteciere que la hallare». Y si no la encuentra, no es por falta de diligencia de su parte, sino porque ellas huyen de El, y resisten á sus inspiraciones y llamamientos, como se perdió Judas, aunque su Maestro hizo mucho por reducirle. ¡Oh locura criminal de tales ovejas, que no se dejan hallar de tal Pastor! Pondera luego su inmensa caridad al hallar la oveja extraviada y per-

[1] Luc., XII, 20. — [2] Luc., XV, 4.

[1] Joan., X, 11. — [2] Matth., XVIII, 13.

ordenada á las cosas terrenas? ¡Oh caridad preciosísima! ¡Oh unión de amor excelentísima! ¡Oh Dios amabilísimo, que os llamáis caridad y sois perla de infinito valor, uno en esencia, aunque trino en personas, y tan amigo de unidad, que á todos los que se juntan y unen á Vos los hacéis un espíritu con Vos! Descubridme esta perla una y preciosa, y aficionadme á ella y dádmela en posesión. Yo os ofrezco por ella cuanto tengo, y si más tuviera, más os diera, porque todo es nada para lo que ella vale.

Epílogo y coloquios. ¡Oh locura é ignorancia del hombre! Toda la vida pasa negociando á manera de un mercader, y llegará la muerte cuando mayor necesidad tendrá de sus trabajos, y se hallará con las manos vacías. Semejante al avariento, diránle en aquel momento terrible [1]: «Necio, las cosas que allegaste, ¿de quién serán?» La causa de tal desengaño es porque no busca verdaderas perlas, sino perlas falsas ó aparentes. Busca con inquietud las riquezas ó placeres, la ciencia mundana ó la honra, las virtudes políticas ó puramente exteriores, cuyas cosas ni le hacen bueno, ni verdaderamente rico, ni pueden servirle de ayuda en la muerte. ¡Oh si buscara las verdaderas perlas, la virtud y santidad, la mortificación propia, y, sobre todo, la amistad y posesión de Jesucristo! Estas son las verdaderas, ricas y preciosas perlas, que tú debes buscar con oración continua y fervorosa, con meditación detenida y profunda, y con afectos tiernos y deseos ardientes. Y luego de halladas y descubiertas por medio de la luz de la fe, has de conservarlas con tal cuidado y estimarlas en tanto grado, que, como el mercader del Evangelio, has de estar dispuesto á dejarlo todo, abandonarlo todo, antes que perderlas de nuevo. ¿Qué valen todas las cosas de la tierra en comparación de ellas? Entremos dentro de nosotros mismos, y estudiándonos detenidamente, miremos qué perlas hemos buscado; en qué hemos puesto hasta ahora nuestro corazón, y cuáles son nuestras aspiraciones. Y si ya buscamos buenas perlas, tratemos de buscarlas con asiduidad, fervor y anhelo grande; y al efecto, propongamos, roguemos, importunemos al Señor hasta que nos oiga.

119.—PARÁBOLA DE LA OVEJA PERDIDA.

PRELUDIO 1.° Un pastor que tiene cien ovejas y pierde una, deja las noventa y nueve, y va en busca de la que se perdió, y luego de hallada, cárgala sobre sus hombros con alegría, y la vuelve al rebaño.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de ser buena oveja de Cristo.

Punto 1.° *Quién es el Pastor, quién la oveja, y por qué se pierde.*—Considera cómo este piadoso Pastor [1], que busca la oveja perdida, representa á Jesucristo, que bajó del cielo para ser pastor de los hombres [1]; el cual, con admirable providencia y vigilancia, rige sus ovejas, y las conoce muy bien; las señala con la señal de su gracia y caridad; va delante de ellas con el ejemplo; dales buenos pastos de doctrina y Sacramentos; defiéndelas del lobo infernal; y, en fin, es tan bueno y tal el amor que las tiene, que Él mismo se hace pasto, y las apacienta con su cuerpo y sangre. Las ovejas fieles son los justos, que Él tiene muy bien contados, y sabe quiénes son. Estas ovejas conocen á su Pastor por la fe y la contemplación; oyen su voz obedeciendo á sus mandatos; siguen sus pasos imitando sus virtudes; reciben agradecidos sus pastos saludables; y con gran generosidad dan á su Pastor la lana de su hacienda, la leche de sus tiernos afectos del corazón, y las crías de sus buenas obras, y, si es menester, le darán su misma carne y vida, perdiéndola por su amor. Mas ¡ay!; cuando alguna de estas ovejas comienza á desconocer á su pastor y los bienes que en Él tiene, y se hastía del pasto de doctrina y Sacramentos, gustando mucho de los pastos del mundo y de la carne, poco á poco se va apartando de las ovejas dóciles, y se va alejando de las miradas del Pastor, hasta que, por fin, llega á abandonarle del todo, poniéndose en gran peligro de eterna condenación. Mas es tal la caridad del Pastor, que, dejando las noventa y nueve en lugar seguro, corre en busca de ésta que se ha perdido. Por esta causa bajó del cielo á la tierra á llamar y buscar los pecadores, y en este ejercicio pasó los tres últimos años de su vida, padeciendo excesivos trabajos y persecuciones, hasta sufrir la muerte con terribles tormentos. ¡Oh Pastor soberano! ¡Cuán caras os cuestan estas ovejas, con no tener necesidad alguna de ellas! Cuando ellas se perdieran, ¿qué es lo que Vos perdíais? ¿Acaso habéis de vestiros con su lana? ¿ó sustentaros con su leche? ¿ó enriqueceros con sus crías? Y si ovejas queréis, ¿no tenéis otras mejores en el cielo, las cuales acuden fielmente á vuestro servicio? ¡Bendita sea vuestra caridad, Dios mío, que es la causa de todo esto! ¡Oh alma mía! Sé dócil oveja de Cristo, oye su amorosa voz, participa de sus deliciosos pastos. ¿Qué te conviene resolver para esto?

Punto 2.° *Caridad del Pastor al hallar la oveja perdida.*—Considera cómo, aunque el buen Pastor busca la oveja perdida, no siempre la halla; por lo cual dice por san Mateo [2]: «Si aconteciere que la hallare». Y si no la encuentra, no es por falta de diligencia de su parte, sino porque ellas huyen de El, y resisten á sus inspiraciones y llamamientos, como se perdió Judas, aunque su Maestro hizo mucho por reducirle. ¡Oh locura criminal de tales ovejas, que no se dejan hallar de tal Pastor! Pondera luego su inmensa caridad al hallar la oveja extraviada y per-

[1] Luc., XII, 20. — [2] Luc., XV, 4.

[1] Joan., X, 11. — [2] Matth., XVIII, 13.

dida. No le da con el cayado, ni la lleva arrastrando, ó á puntapiés, sino con grande gozo se carga de ella sobre sus hombros, hasta volverla á su rebaño; porque trata á los pecadores que se convierten con grande amor y afabilidad; no les lleva arrastrando, mal que les pese, á fuerza de castigos y palos, como á esclavos, sino de su voluntad mudada y trocada por la gracia; no les deja ir de su pie, porque ellos, á sus solas, no pueden dar un paso en el camino del cielo: Él les sirve de ojos, dándoles la luz de la fe y sabiduría celestial; sírveles de pies, enderezando sus pasos y afectos para que no tuerzan ni se aparten de la ley divina; sírveles de manos, ayudándolos en todas sus obras buenas; cárgase de ellos sobre sus hombros, porque les ayuda á llevar con suavidad las cargas de esta vida, y por ellos paga la deuda de sus pecados, aplicando para esto sus propias satisfacciones y merecimientos. Finalmente: á tal punto llega su admirable caridad, que no sólo se goza Él al recobrar la oveja perdida, sino que convida á todos los ángeles del cielo y justos de la tierra á que se gocen con El, y le den el parabién de haberla hallado. ¿Hemos sido nosotros algún tiempo ovejas perdidas? ¿Hemos dado á este buen Pastor el contento de que nos hallase? ¡Oh Padre amantísimo! Este parabién á la oveja se había de dar, porque á ella la importa el ser hallada; pero queréis que lo demos á Vos, porque la oveja es vuestra, y os ha costado trabajo el buscarla y hallarla. Yo os doy, Señor, el parabién de los pecadores que con vuestra gracia han salido del pecado, y me gozo del gozo que por ello tenéis.

Punto 3.° *Gozo que hay en el cielo por un pecador que hace penitencia.*—Considera cómo Jesús termina la parábola, diciendo que, así como se alegra el pastor cuando halla la oveja perdida, y quiere que se alegren sus amigos, así en el cielo hay grande gozo cuando un pecador hace penitencia. Porque si un padre tiene muchos hijos sanos y prósperos, y uno de ellos cae enfermo de muerte ó en una gran adversidad, cuando sale de aquel peligro, recibe un gozo nuevo actual grande, diverso del que tiene con la salud y prosperidad de los otros, también cuando un pecador se convierte, los ángeles reciben nuevo gozo accidental por su conversión, diferente del que tienen por los demás justos, que no tienen necesidad de penitencia para convertirse á Dios, porque están ya convertidos. De lo cual puedes sacar que es voluntad de Cristo nuestro Señor que nos holguemos de la conversión de los pecadores, y no sólo no murmuremos, como los escribas y fariseos, del que procura convertirlos y agasajarlos para este fin, sino que nosotros hagamos lo mismo, ayudando á su conversión, y siendo cooperadores de Cristo en buscar las ovejas perdidas y volverlas á su rebaño, teniendo esto por suma dicha. Además, si tú tuvieses la desgracia de ser oveja perdida, has de procurar volver cuanto antes al rebaño de Cristo,

siquiera por darle esta materia de gozo y por alegrar á los ángeles del cielo. Y si Dios te ha hecho merced de ponerte en gracia suya, procura no perderla; porque como la conversión de un pecador alegra á los ángeles y entristece á los demonios, así la caída del justo alegra á los demonios, y, cuanto es de su parte, entristece á los ángeles de paz [1], que llorarían nuestra perdición amargamente, si fueran capaces de lágrimas y amarguras. ¡Oh espíritus celestiales! Suplicad al supremo Pastor, Príncipe de los pastores, me dé su santo amor y en él me conserve. Y si por mi desventura le perdiere, me ayude luego á recobrarle para que mi conversión sea materia de gozo en el cielo, y yo goce de Dios en vuestra compañía. ¡Oh alma mía! Reflexiona bien cuál será el aprecio que de ti hace Jesús, cuando, después de haberte perdido á su gracia, se alegra grandemente al recobrarte. Según esto, ¿no harás cuanto puedas por proporcionar estas alegrías á Jesús, oyendo sus amorosos silbos, agradeciendo su paternal solicitud, y trabajando por la conversión de los pecadores?

Epílogo y coloquios. ¡Qué Pastor tan tierno y amoroso es nuestro Señor Jesucristo! Para serlo bajó del cielo, y llegado el tiempo señalado en su providencia, comenzó á reunir sus ovejas, teniendo de ellas el más paternal cuidado. Porque Él las guía, señala, conoce, alimenta y defiende. En cambio ellas, si son buenas y aman á tan buen Pastor, conocen su amorosa voz, tienen en Él la más ilimitada confianza, se alimentan de los pastos que les ofrece, y generosas le dan su lana, desprendiéndose de su hacienda; su leche, privándose de sus consuelos, y sus crías, ofreciéndole las buenas obras. ¿Eres tú oveja fiel de este Pastor? Mas su caridad se descubre especialmente con las rebeldes. Si alguna se separa del rebaño, El deja á todas las otras, y corre en busca de esta única, y si la halla, al momento la carga sobre sus hombros, y la vuelve con gozo al redil; y es tal su alegría por haberla recobrado, que quiere que todos le den el parabién y se alegren con Él por la suerte que ha tenido de hallar la oveja que se había perdido. ¡Oh caridad infinita del Señor, que así se deshace y envilece para favorecer á los pobres pecadores! ¿Qué pecador, por ingrato que haya sido, y por enormes que hubiesen sido sus pecados, ha de vacilar en acercarse á Jesús? No tema su castigo, ni aun sus reprensiones. Que se humille profundamente, y Jesús se compadecerá de él en tan alto grado, que será para él pastor, padre, amigo y hasta casi criado. ¿Eres tú oveja dócil ó extraviada? ¿Has menospreciado los silbos de este divino Pastor? ¡Cuántas veces Él te buscaba y tú huías! ¡Cuántas te llamó, y tú hiciste el sordo! Merecías que te hubiera abandonado, dejándote caer en las garras del lobo infernal; sin

[1] Isai., XXXIII, 7.

embargo, todavía te espera, te llama, y quiere acogerte á su amistad. Dale este gusto; propón huir del pecado, volver á Jesús, hacer penitencia y mudar de vida. Para esto, medita y ora con vivo fervor.

120. — PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO. SUS EXTRAVÍOS.

PRELUDIO 1.° Un padre tenía dos hijos, y el menor de ellos le pidió su legítima y se fué á una región lejana, en donde vivió lujuriosamente.

PRELUDIO 2.° Represéntate á este hijo desnaturalizado exigiendo á su padre la hacienda.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de no separarte jamás de la amistad y compañía de tu Padre celestial.

Punto 1.° *Dos clases de hijos que tiene Dios, y generosidad que con ellos muestra.*—Un padre tenía dos hijos [1], de los cuales el menor le exigió la parte de herencia que le tocaba, para marcharse de su compañía. Considera acerca de esto, cómo Dios nuestro Señor, figurado por este padre, tiene dos suertes de hijos: unos buenos, representados por el mayor de los dos hermanos, porque la virtud es más antigua y preciosa que el vicio, y en ella consiste la verdadera sabiduría, en que está la venerable ancianidad; otros malos, figurados por el hijo menor y mancebo, porque con el vicio anda la imprudencia y liviandad; la cual mostró en pedir á su padre la hacienda que le pertenecía, para gobernarla por sí mismo; dando los tales á entender con secreta soberbia que Dios les debe algo, y presumiendo vanamente que á sus solas sabrían gobernarlo; al contrario de los buenos hijos, que con humildad creen que lo que tienen es de gracia, y no se fían de su propia prudencia. Pondera luego la infinita sabiduría y generosidad de Dios en la repartición de sus bienes, así de naturaleza como de gracia. Descúbrese la sabiduría al decir que dividió la hacienda, porque no la dió toda á uno, sino que la repartió entre los dos, para que veas que en este mundo ningún hombre puede envanecerse creyendo que no necesita de otros; porque los bienes naturales y sobrenaturales están distribuidos entre los hombres, y el que posee la hacienda, carece no pocas veces de salud; y el que tiene salud, está falto de talento, y así de lo demás; y en el orden sobrenatural, como dice san Pablo [2], Dios á unos hizo Apóstoles, á otros profetas, á otros doctores. La generosidad del Señor brilla en que reparte estos bienes á todos sus hijos buenos y malos, dándoles libertad para usar bien ó mal de ellos, y para estar en su casa ó salirse de ella, sin querer hacer fuerza á ninguno, aunque Él siempre les inspira y ayuda á la buena elección y al buen uso de lo que les ha dado. ¡Oh Padre amorosísimo! Ya que con tanta benignidad y generosidad me habéis hecho participante de vuestra hacienda, no permitáis que sea tan necio é insensato que abuse de ella, con ofensa vuestra y perjuicio mío; haced más bien que, reconociéndome deudor á vuestros favores, os sirva siempre con ellos hasta la muerte. ¿Qué bienes hemos recibido nosotros de Dios? ¿Cómo los empleamos?

[1] Luc., xv, 11. — [2] Ephes., iv, 11.

Punto 2.° *Suerte de los buenos hijos y desgracia de los malos.*—Considera cómo la suerte de los buenos hijos y la desgracia de los malos, no está en poseer más ó menos hacienda, en estar más ó menos regalados, ni aun en ocupar puestos más ó menos distinguidos en la casa de este mundo. La buena dicha de los hijos está en quedarse en la casa de su Padre celestial, debajo de su protección y gobierno, para que Él los dirija y enderece en el uso de los talentos y dones recibidos, obedeciéndole en todo; porque quien se deja gobernar de Dios, alcanzará, como Él lo promete por Isaías [1], un mar de justicia y un río de grande paz. Y, al contrario, la desdicha de los malos hijos comienza por querer salirse de la casa de su padre y de su gobierno, guiándose ellos por su propio juicio y propia voluntad, viviendo á sus anchuras. De donde procede que luego se van, como el pródigo, á una región muy distante, alejándose mucho de Dios por la culpa y por la desemejanza de la vida, y por el olvido de su divina presencia, gastando y empleando cuanto tienen en vivir desenfrenadamente, amancebados con las criaturas, amándolas más que al Criador. Por donde se ve que la secreta soberbia para en manifiesta lujuria; y el fiarse mucho de sí, en alejarse mucho de Dios; y el olvidarse mucho de Dios, en pegarse con demasía á las criaturas, hasta perder los bienes sobrenaturales de la gracia y caridad, y destrozar y afear los dones naturales, con pérdida muchas veces de hacienda, honra y contento. Lo mismo que á este mancebo, pasa á todos los pecadores, y tal vez te haya pasado á ti mismo, porque, habiendo recibido de la mano benéfica del Padre celestial grandes dones, te saliste de su casa y gobierno por seguir tu propia voluntad y juicio. Te alejaste de su presencia por innumerables pecados, y despreciaste los bienes que te dió, usando de ellos sólo para tu deleite. ¿Y no te ruborizas de haber sido tan insensato? ¿No siente tu corazón la ingratitud que ha tenido con su Padre? ¡Oh Señor! ¡Cómo me habéis sufrido con tanta paciencia! ¡Oh! ¡quién nunca se hubiera salido de vuestra casa! ¡Oh miserable de mí, que, como mozo libre y mal experimentado, me dejé engañar de mi sensualidad! ¡Dios mío! Tened piedad de mí, y no me neguéis vuestra misericordia, pues pequé por ignorancia.

Punto 3.° *Miserias en que cae el pecador alejándose de Dios.*—Considera las miserias espirituales y corporales en que

[1] Isai., xlviii, 18.

caen los pecadores rebeldes que se apartan de Dios, las cuales descubre el Evangelista diciendo: «Luego que el hijo pródigo consumió toda su hacienda, sucedió una grande hambre en aquella región; y viéndose en necesidad, se llegó á un ciudadano, el cual le envió á su granja para que apacentase puercos, y deseaba hartar su vientre de lo que comían los puercos, y ni aun eso le daban». La primera miseria es grande hambre y falta de la comida espiritual [1], la cual prevalece en la región de los malos, porque ni reciben Sacramentos, ni oyen la palabra de Dios, ni leen buenos libros, ni ven buenos ejemplos, ni gustan los consuelos interiores del alma. La segunda es sujetarse al ciudadano mayor de esta región, que es el demonio, y servirle miserablemente, amando con amor estrecho lo que habían de aborrecer, y obedeciéndole en cosas infames y en vicios indignos de la generosidad del hombre. La tercera es apacentar puercos, que es ocuparse en sólo el gobierno de sus sentidos y apetitos carnales, buscándoles en qué se ceben, y en apacentar á los demonios, cuya comida son las lujurias y carnalidades del hombre, con que ellos se deleitan. La cuarta es ser tanta el hambre de sus deleites, que nunca se ven hartos, ni alcanzan lo que desean, porque el manjar que comen no es de hombres, sino de bestias inmundas, y así no basta para hartarlos. ¡Oh miseria del hombre, que de hijo de Dios viene á ser émulo de los puercos! Mas no paran aquí estas miserias, sino que suele el Señor afligir á los pecadores con miserias temporales, sembrando sus caminos de abrojos y espinas [2], para que siquiera por la pena sean cuerdos, y se vuelvan á Dios; y así los castiga con pobreza y hambre, con deshonra y servidumbre, y con otros males temporales, para que la vejación y las penalidades abran los ojos de su entendimiento, que se hallaba anublado y obscurecido por las pasiones. ¡Oh Dios de mi alma! No apartéis de mí vuestro celo misericordioso; si me apartase de Vos, llenadme luego de tormentos, hasta que me vuelva á Vos, haciendo penitencia de mis pecados. ¡Oh alma! Pondera bien las miserias en que caen los que se apartan de Dios. ¿Te apartarás tú de Él? Y si te hubieses apartado, ¿no volverás á su servicio?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán admirable es la sabiduría, generosidad y providencia del Señor en la distribución de sus bienes! Como el mar engendra las nubes que van á llevar la fertilidad á todos los campos, el agua á todos los ríos y el verdor á los montes, así de Dios proceden todos los bienes naturales y sobrenaturales distribuidos y repartidos entre todos los seres, y más especialmente entre los hombres. No te envanezcas de los bienes que posees, ni te sobrepongas á tu hermano; porque lo que tienes es un regalo de Dios, y tu hermano ha recibido tal vez

[1] Amos, VIII, 11. — [2] Osee, II, 6.

algún bien que tú no posees, y en él te supera á ti. Mucho menos has de ensoberbecerte por ellos, si piensas que tu dicha no está en poseer tales bienes, sino en vivir en la casa de tu Padre celestial, disfrutar de su amistad, seguir sus consejos, someterte á sus leyes y no apartarte de Él. Y, sin embargo, esto es lo que no has hecho, de esto te has olvidado. ¡Infeliz! Miraste con vana complacencia los dones recibidos, y para gozar de ellos sin trabas, te alejaste de la compañía de tu Padre, yéndote á una región lejana, olvidándote de Dios. Mas ¡ah, qué miserias tan espantosas vinieron sobre ti! Hambre cruel que no pudiste saciar, esclavitud ominosa de la que no te pudiste librar, entretenimientos y gustos groseros, propios más de los irracionales que de los hombres, los cuales, lejos de apagar tu sed de placeres, la encendían y hacían más intolerable. ¡Oh estado lamentable del hombre, hijo de Dios, criado para la gloria, destinado á ser compañero de los ángeles! ¿Te hallas acaso en él? ¿Te hallaste en otro tiempo? ¿Qué debes practicar para no delinquir otra vez? Reflexiónalo maduramente; forma eficaces y firmes propósitos de evitar los pecados y huir de los peligros; despierta ya de tu letargo espiritual, y con fervor y confianza pide á Jesús por ti y por todos los pecadores.

121.—ARREPENTIMIENTO DEL HIJO PRÓDIGO.

PRELUDIO 1.° Arrepentido el hijo pródigo, determinó volver á su padre, el cual le recibió con grandes muestras de alegría, llegando á despertar la emulación del otro hijo bueno y sumiso.

PRELUDIO 2.° Represéntate al pródigo confuso y lloroso delante de su padre, y á éste abrazándole.

PRELUDIO 3.° Pide grande confianza en la bondad y misericordia de Dios.

Punto 1.° *Arrepentimiento del pródigo y propósito de volver á su padre.*—Reflexionando el pródigo su aflictiva situación, deplorando su soledad y desamparo, y atizado por el hambre, volvió en acuerdo, y dijo [1]: «¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre comen con abundancia, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré é iré á mi padre». Acerca de esta reflexión y propósito del pródigo, has de ponderar primeramente cómo el principio de la conversión del pecador está en entrar dentro de sí mismo, y considerar sus miserias, de las cuales estaba olvidado, por andar fuera de sí, derramado por las criaturas. Para esto le previene Dios con su inspiración é ilustración interior, la cual nunca falta; antes en medio de sus maldades le suele decir aquello del profeta [2]: «Volved, ¡oh pecadores!, á entrar en vuestro corazón, y á cobrar el seso que habéis perdido». Mira, ade-

[1] Luc., XV, 17. — [2] Isai., XLVI, 8.

caen los pecadores rebeldes que se apartan de Dios, las cuales descubre el Evangelista diciendo: «Luego que el hijo pródigo consumió toda su hacienda, sucedió una grande hambre en aquella región; y viéndose en necesidad, se llegó á un ciudadano, el cual le envió á su granja para que apacentase puercos, y deseaba hartar su vientre de lo que comían los puercos, y ni aun eso le daban». La primera miseria es grande hambre y falta de la comida espiritual [1], la cual prevalece en la región de los malos, porque ni reciben Sacramentos, ni oyen la palabra de Dios, ni leen buenos libros, ni ven buenos ejemplos, ni gustan los consuelos interiores del alma. La segunda es sujetarse al ciudadano mayor de esta región, que es el demonio, y servirle miserablemente, amando con amor estrecho lo que habían de aborrecer, y obedeciéndole en cosas infames y en vicios indignos de la generosidad del hombre. La tercera es apacentar puercos, que es ocuparse en sólo el gobierno de sus sentidos y apetitos carnales, buscándoles en qué se ceben, y en apacentar á los demonios, cuya comida son las lujurias y carnalidades del hombre, con que ellos se deleitan. La cuarta es ser tanta el hambre de sus deleites, que nunca se ven hartos, ni alcanzan lo que desean, porque el manjar que comen no es de hombres, sino de bestias inmundas, y así no basta para hartarlos. ¡Oh miseria del hombre, que de hijo de Dios viene á ser émulo de los puercos! Mas no paran aquí estas miserias, sino que suele el Señor afligir á los pecadores con miserias temporales, sembrando sus caminos de abrojos y espinas [2], para que siquiera por la pena sean cuerdos, y se vuelvan á Dios; y así los castiga con pobreza y hambre, con deshonra y servidumbre, y con otros males temporales, para que la vejación y las penalidades abran los ojos de su entendimiento, que se hallaba anublado y obscurecido por las pasiones. ¡Oh Dios de mi alma! No apartéis de mí vuestro celo misericordioso; si me apartase de Vos, llenadme luego de tormentos, hasta que me vuelva á Vos, haciendo penitencia de mis pecados. ¡Oh alma! Pondera bien las miserias en que caen los que se apartan de Dios. ¿Te apartarás tú de Él? Y si te hubieses apartado, ¿no volverás á su servicio?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán admirable es la sabiduría, generosidad y providencia del Señor en la distribución de sus bienes! Como el mar engendra las nubes que van á llevar la fertilidad á todos los campos, el agua á todos los ríos y el verdor á los montes, así de Dios proceden todos los bienes naturales y sobrenaturales distribuidos y repartidos entre todos los seres, y más especialmente entre los hombres. No te envanezcas de los bienes que posees, ni te sobrepongas á tu hermano; porque lo que tienes es un regalo de Dios, y tu hermano ha recibido tal vez

[1] Amos, VIII, 11. — [2] Osee, II, 6.

algún bien que tú no posees, y en él te supera á ti. Mucho menos has de ensoberbecerte por ellos, si piensas que tu dicha no está en poseer tales bienes, sino en vivir en la casa de tu Padre celestial, disfrutar de su amistad, seguir sus consejos, someterte á sus leyes y no apartarte de Él. Y, sin embargo, esto es lo que no has hecho, de esto te has olvidado. ¡Infeliz! Miraste con vana complacencia los dones recibidos, y para gozar de ellos sin trabas, te alejaste de la compañía de tu Padre, yéndote á una región lejana, olvidándote de Dios. Mas ¡ah, qué miserias tan espantosas vinieron sobre ti! Hambre cruel que no pudiste saciar, esclavitud ominosa de la que no te pudiste librar, entretenimientos y gustos groseros, propios más de los irracionales que de los hombres, los cuales, lejos de apagar tu sed de placeres, la encendían y hacían más intolerable. ¡Oh estado lamentable del hombre, hijo de Dios, criado para la gloria, destinado á ser compañero de los ángeles! ¿Te hallas acaso en él? ¿Te hallaste en otro tiempo? ¿Qué debes practicar para no delinquir otra vez? Reflexiónalo maduramente; forma eficaces y firmes propósitos de evitar los pecados y huir de los peligros; despierta ya de tu letargo espiritual, y con fervor y confianza pide á Jesús por ti y por todos los pecadores.

121.—ARREPENTIMIENTO DEL HIJO PRÓDIGO.

PRELUDIO 1.° Arrepentido el hijo pródigo, determinó volver á su padre, el cual le recibió con grandes muestras de alegría, llegando á despertar la emulación del otro hijo bueno y sumiso.

PRELUDIO 2.° Represéntate al pródigo confuso y lloroso delante de su padre, y á éste abrazándole.

PRELUDIO 3.° Pide grande confianza en la bondad y misericordia de Dios.

Punto 1.° *Arrepentimiento del pródigo y propósito de volver á su padre.*—Reflexionando el pródigo su aflictiva situación, deplorando su soledad y desamparo, y atizado por el hambre, volvió en acuerdo, y dijo [1]: «¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre comen con abundancia, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré é iré á mi padre». Acerca de esta reflexión y propósito del pródigo, has de ponderar primeramente cómo el principio de la conversión del pecador está en entrar dentro de sí mismo, y considerar sus miserias, de las cuales estaba olvidado, por andar fuera de sí, derramado por las criaturas. Para esto le previene Dios con su inspiración é ilustración interior, la cual nunca falta; antes en medio de sus maldades le suele decir aquello del profeta [2]: «Volved, ¡oh pecadores!, á entrar en vuestro corazón, y á cobrar el seso que habéis perdido». Mira, ade-

[1] Luc., XV, 17. — [2] Isai., XLVI, 8.

más, cuánto importa al pecador hacer comparación de su estado miserable con el estado de los justos, aunque sean los más imperfectos, y los que sirven á Dios como jornaleros, por interés del premio; porque con esto echa más de ver su hambre y necesidad, y también la abundancia con que Dios provee á los que le sirven, y las mercedes que les hace en el uso de los Sacramentos, sermones y otros manjares del alma; y así se anima á desear y á pretender un estado que tanta ventaja hace al suyo; y si en algún tiempo fué justo, bueno es que coteje su estado presente con el pasado. Pondera también que importa no menos concebir grandes propósitos de volver á Dios, fundados, por una parte, en humildad y en el conocimiento de nuestra indignidad, y, por otra, en la bondad y misericordia de nuestro Padre celestial, porque con esto se facilita mucho el remedio. Mas luego de hechos los propósitos, conviene ponerlos en obra, antes que se enfríen, como lo hizo el pródigo; el cual al momento se levantó y comenzó á caminar. ¡Oh Padre mío! Conozco que soy tan miserable que no merezco ser llamado hijo vuestro, ni nombre tan glorioso debe darse á un hombre tan infame como yo; mas, pues Vos sois Padre, á vuestra casa vuelvo, esperando que me admitiréis; á vuestros pies me arrojo, diciéndoos con dolor que pequé contra el cielo y contra Vos. Si no merezco ser hijo vuestro, admitidme como el último de vuestros esclavos. ¡Oh alma! Entra en ti misma, y si conoces haberte apartado alguna vez de Dios, imita al pródigo en sus buenas resoluciones.

Punto 2.º *Amor con que el Padre recibió al hijo arrepentido.*—En viendo el Padre á su hijo desde lejos, movido de misericordia, corrió para él, echóle los brazos al cuello, y le perdonó, disponiendo á seguida un banquete en señal de regocijo por haberle hallado. En lo cual has de ponderar la infinita bondad y misericordia de Dios con el pecador, que resplandece en muchas cosas. Porque, primeramente, le mira con ojos de misericordia, aun cuando está lejos de Él, y no ha acabado de convertirse, pero trata de ello; y con esta piedad acude como corriendo con gran presteza, para ayudarle con inspiraciones y toques interiores, hasta que se convierte del todo y se junta con Él, abrazándole y dándole beso de paz; esto es, restituyéndole á su amistad y gracia. Luego le restituye lo que perdió con gran munificencia; dale la estola y la vestidura de la gracia y caridad, el anillo del Espíritu Santo y trato familiar con Dios, y el ejercicio de las buenas obras para sus manos; para los pies el calzado de la divina protección, y de las virtudes que mortifican los afectos del ánima y enderezan sus pasos, y la adornan para predicar á otros el Evangelio de paz; convídale con el alimento nutritivo de su sacratísimo cuerpo en el Sacramento del altar, y con la abundancia de los consuelos y regalos espirituales que allí le concede. Finalmente: todo esto hace con grande

gusto y alegría, como si le interesara algo su conversión, y quiere que todos sus criados se alegren y que celebren juntos delicioso banquete. Por lo cual, el pecador, que antes creía que sólo podía ser recibido como vil esclavo, ya se llena de confianza, y no le pide que le admita entre sus jornaleros, como no lo pidió el hijo pródigo, á pesar de haberlo antes resuelto; sino que se arroja en las manos de tan amoroso padre, esperando que le admitirá por hijo. ¡Cuánta es la caridad de nuestro Padre celestial! ¿No le corresponderemos fielmente? ¡Oh Padre mío! Mucho os debo por los bienes que me dais; pero muy más obligado me siento por el gusto y exceso de amor con que me los dais. Quisiera yo en adelante serviros con este mismo contento y gusto, pagándoos algo de lo mucho que os debo, pues no se puede pagar amor, si no es con amor.

Punto 3.º *Disgusto del hijo mayor, y cómo le consuela su padre.*—Viniendo del campo el hijo mayor, y oyendo la música y regocijo de su casa, preguntó qué era aquello; y sabiendo que era una alegre fiesta por la vuelta de su hermano, se indignó, y no quería entrar; mas su padre le consoló, diciendo[1]: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas». En todo esto debes de ponderar, ante todo, cómo algunos imperfectos, que han sido inocentes y preservados de grandes pecados, suelen tener envidia de los favores que hace Dios á los que han sido muy pecadores, y murmuran y se quejan de que Dios no los regala como á ellos, pareciéndoles que lo merecen mejor; lo cual nace de falta de humildad y caridad, y es muy ofensivo á Dios; el cual gusta mucho de que nos gocemos del bien que hace á nuestros hermanos, y digamos como Moisés[2]: «¡Ojalá todo el pueblo profetizara!» ¡Ojalá, Señor, recibáis á todos los pecadores y los levantéis á grande alteza de santidad! Considera luego el intento de Cristo nuestro Señor en el dicho de este hijo mayor, que fué exagerar la misericordia y generosidad que hace Dios con el pecador, la cual es tan grande, que basta para provocar á envidia y queja á los justos, aunque ellos por su virtud no den entrada á tales vicios, venerando los secretos juicios de Dios y la grandeza de su bondad en comunicarse á las criaturas, dando algunas veces muestras de mayores regalos á los que son más indignos de ellos. Oye, finalmente, y medita las palabras con que el Padre de misericordia responde interiormente á los justos que de veras le sirven: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas». ¡Oh Padre amantísimo! ¿Qué es lo que decís? ¿Qué mayor favor puede haber que este? Si todas vuestras cosas son mías, mía es vuestra gracia, míos vuestros dones, mío vuestro cielo, mío vuestro Hijo y mi Redentor, y mío sois Vos mismo, en quien están todas

[1] Luc., xv, 31. — [2] Num., xi, 29.

las cosas. ¡Oh Padre mío, Dios mío y todas mis cosas! Vos sois mi regalo, mi honra y mis riquezas; y si vuestras cosas son mías, las mías también son vuestras. ¿Hemos sentido alguna vez envidia de nuestros prójimos? ¿Podemos decir con certeza que todas nuestras cosas son de Dios, y que ninguna le usurpamos. como si fuera propia?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán eficaces son las tribulaciones y penalidades para que el hombre abra los ojos del alma y se aparte del extraviado camino que antes seguía! El hijo pródigo, que había resistido á todos los halagos, súplicas y lágrimas de su padre, al verse solo, hambriento y desnudo, comienza á reflexionar consigo mismo; compara su estado presente con el que tenía en la casa de su padre; su miseria y hambre con la abundancia y regalo de los jornaleros de su casa; y esta meditación despierta en él un propósito eficaz de volver allá; propósito que al instante principia á poner en práctica. Pero ¿qué hará su padre? ¿Le recibirá? ¿No le recordará siquiera su ingratitud pasada? Nada de esto; como si le estuviera acechando, le ve de lejos, y, enternecidas sus paternales entrañas, corre á él, abrázale con ternura, riégale con amorosas lágrimas, y dale dulce beso de paz; pone en su mano hermoso anillo, en sus pies rico calzado, y cubre su desnudez con preciosa estola. No contento con esto, llama á sus criados, mándales preparar delicioso banquete, y entre festivas músicas y regocijos celebra el hallazgo de un hijo perdido y la resurrección del que había muerto. ¡Oh caridad divina, que así se porta con aquellos mismos que le han despreciado y rechazado, después que se arrepienten! Es tal su incendio, que basta para despertar celos y emulación en sus hijos más queridos, al ver que así regala á los ingratos. ¿Quién osará todavía desconfiar de la caridad de este amoroso Padre? ¿Hemos sido hijos pródigos? ¿Deseamos volver á la amistad de nuestro Padre ofendido? ¿Conocemos que nuestro estado es demasiado vil para aspirar á la dignidad de hijos? No importa, humillémonos profundamente, y resolvámonos á servir con mayor fidelidad á tan buen Padre; y para verificarlo más eficazmente, hagamos propósitos, y supliquemos por nosotros y por el mundo.

122.—PARÁBOLA DEL SAMARITANO.

PRELUDIO 1.° Un hombre cayó en manos de ladrones, los cuales le hirieron hasta dejarle medio muerto; viéronle un sacerdote y un levita, y pasaron de largo; vióle un samaritano, y se compadeció de él.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de tener caridad con el prójimo.

Punto 1.° *Circunstancias de la parábola.*—Jesucristo, para explicar á un letrado quién era su prójimo, propuso la importante parábola[1] del hombre que bajaba de Jerusalén á Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, que, después de robarle cuanto tenía, le hirieron gravemente, hasta dejarlo medio muerto. Acerca de lo cual debes ponderar que este hombre caído en manos de los ladrones representa á cualquier hijo del Adán terreno, que, á imitación de su padre, estando en gracia y amistad de Dios, señalado por heredero del cielo, va cayendo de este estado, inclinándose á los bienes de este mundo miserable y mudable, figurado por Jericó, que quiere decir Luna, y en esto está el principio de su perdición. Sálenle al camino los demonios, que son ladrones, salteadores y enemigos nuestros; los cuales con sus tentaciones, ora al descubierto, ora con traición y engaño, con el auxilio de los otros enemigos pretenden destruirnos. Los bienes que roban al que cae en sus manos son la gracia de Dios, los dones del Espíritu Santo, la caridad, con las virtudes infusas que la acompañan, y, en especial, á unos roban la castidad, á otros la humildad, á otros la paciencia, á otros la templanza ú otras, y también la esperanza, haciendo caer en desesperación, ó la fe, haciendo caer en infidelidad. Las llagas y heridas que le causan son los daños que dejan en nuestras potencias; la ignorancia en el entendimiento; la debilitación del libre albedrío; la furia desordenada de los apetitos y pasiones inclinadas á lo terreno. De todo lo cual resulta quedar el miserable medio vivo, porque sólo le queda la luz de la fe ó de la razón natural, y queda medio muerto, con peligro de morir eternamente. Considerando todo esto, en la persona de este desdichado hombre has de mirarte á ti mismo y lamentar tu desventura, viendo que, por haberte inclinado con desorden á los bienes deleitables, has venido á caer en manos de tus enemigos por tu culpa, robándote todos los bienes espirituales que poseías, y poniéndote en peligro de perderte para siempre. ¡Oh Dios eterno! Mirad con ojos de misericordia á este pobre miserable; por mi culpa me he dejado robar de mis enemigos; las llagas y heridas que he recibido en mi alma son mortales; desde la planta del pie á la coronilla de la cabeza, no hay en mí parte sana[2]; socorredme con vuestra gracia, antes que acabe de morir desdichada muerte.

Punto 2.° *Crueldad de un sacerdote y un levita con el enfermo, y caridad de un samaritano.*—Considera cómo estando el desgraciado herido postrado en el suelo sin poderse menear, pasó por allí primero un sacerdote, el cual no hizo caso y no se paró siquiera; luego pasó un levita, y tampoco le socorrió; vino después un samaritano, quien se llegó á él y se compadeció. El sacerdote y el levita que con tanta crueldad se portaron con el infortunado herido, representan el linaje de los hombres constituidos en cualquier dignidad y excelencia que sea; los cuales no

[1] Luc., x, 30. — [2] Isai., i, 6.

son bastante para remediar á un pecador, y así, todos le dejan y pasan de largo; y aunque tienen ojos para ver su miseria, no tienen de sí mismos posibilidad para remediarla. Demás de esto, unos tienen poca compasión de los males ajenos, por estar muy metidos en sus propias comodidades; otros por parecerles que tienen harto que ver consigo y defenderse de los ladrones que les acometen en el camino, y temen que si se detienen á curar al caído, vendrán ellos á caer. Finalmente: ninguna pura criatura puede socorrer á este miserable, ni sanarle de sus llagas; por lo cual, si no le viene socorro del cielo, es fuerza que venga á perecer. El samaritano que tuvo de él compasión, es el Verbo eterno, Hijo de Dios vivo, guarda y amparo de los desamparados, que esto significa samaritano; el cual, viendo nuestro peligro y desamparo, quiso hacerse hombre, bajando de la celestial Jerusalén á este mundo, y vivir como hombre, caminando por los caminos que andan los demás hombres, pero sin pecado, aunque conversaba y se acercaba á los pecadores; por lo cual fué tenido por pecador y samaritano [1], y abominado de los judíos. Aun ahora es tal su compasión, que se le van los ojos tras cualquier pecador que ve despojado de su gracia y rendido á los demonios, con peligro de su eterna condenación. ¿Agradecemos á Jesús el amor que nos muestra? ¿Hemos imitado la dureza del levita y del sacerdote con nuestro prójimo? ¡Oh piadosísimo Samaritano, que vinisteis del cielo á pasar por este mundo, y pasasteis haciendo bien á todos, y sanando á los que estaban llagados y oprimidos del demonio! Gracias os doy por la misericordia que tuvisteis de nosotros, y por el bien que nos hicisteis, remediando nuestra miseria, la cual quedara sin remedio si no fuera por vuestra gran misericordia.

Punto 3.º *Modo cómo el samaritano remedió al enfermo.* —Considera aquí el modo cómo el divino Samaritano tuvo misericordia de nosotros y los innumerables bienes que nos hizo, comparándolos con los que hizo el samaritano al herido, á quien se resolvió de remediar. Primeramente, acercóse al llagado; esto hace Jesús con el pecador, el cual no podría ir á buscarle si Él mismo no se anticipase; de manera que, siendo Él el ofendido, es el primero que se baja, ofreciendo la reconciliación. Luego ató sus llagas y heridas para que parase la corriente de la sangre, y del propio modo este piadosísimo Cirujano nos toma la sangre y ata la corriente de los pecados y la furia impetuosa de las pasiones con la venda purísima de su gracia y caridad, la cual nos ha merecido, siendo Él mismo atado con sogas, y habiendo derramado su sangre con terribles tormentos. ¡Oh piedad infinita de Jesús....! En seguida echó encima de las llagas óleo y vino, lo cual significa los Sacramentos eficacísimos, llenos de misericordia y

[1] Joan., VIII, 48.

virtud celestial, con los cuales unge Jesús al pecador, le cura, sana, conforta, sustenta y le alegra el corazón. Viendo que el herido no podía andar por su pie, cargólo sobre su jumento para llevarle á la posada; y el Salvador, vivamente compadecido de los enfermos espirituales, carga sobre su cuerpo santísimo el peso de nuestras culpas, y nos ayuda con sus inspiraciones y socorros para hacernos suave el yugo de su ley y la observancia de sus preceptos. Por último: al modo que el samaritano, el Señor, bondadoso, saca al enfermo del camino, quitándole de las ocasiones de pecar, y le pone en el mesón honrado, seguro y muy acomodado de su Iglesia ó Religión, en donde tiene todo lo necesario para convalecer. ¡Oh caridad infinita de Jesús! ¿Qué gracias os podré dar por tantos favores y regalos como me habéis hecho? Los ángeles os alaben por ellos y mi alma se deshaga en vuestras alabanzas. Bendito seáis por el óleo y vino con que curáis mis llagas; bendito seáis mil veces por el socorro con que aliviáis mi flaqueza; seáis cien mil veces bendito por haberme sacado de tantos peligros y puéstome en la posada de vuestra Iglesia; y millones de veces lo seáis porque me habéis puesto en la posada segurísima de la Religión.

Epílogo y coloquios. ¡Ay del hombre que, viviendo en amistad y paz con el Señor, comienza á aficionarse desordenadamente á los bienes de la tierra! Le sucederá lo que á aquel desdichado que bajaba de Jerusalén á Jericó; le saldrán al encuentro los ladrones infernales, que le despojarán de todos los dones sobrenaturales que con la caridad había recibido; le herirán en todas sus potencias hasta dejarle postrado en el suelo, pegado á los bienes terrenos, sin fuerza para moverse por sí solo. ¿Quién sabe si tú te has encontrado ó encuentras en esta espantosa situación? En este caso, ¿quién te podrá remediar? Los hombres, aunque ricos, poderosos, nobles, honrados con altas dignidades, son incapaces de hacerlo, y, lo que es peor, que, aunque pudieran, quizá tampoco querrían. Jesucristo es el piadoso Samaritano en quien únicamente puedes confiar; Él ha descendido del cielo para ser el guarda fiel de la viña de su Padre, y al ver al género humano postrado en el camino de este mundo, despojado de todos los bienes que recibió en su primer padre en la creación, herido con crueles heridas de ignorancia y malicia, debilidad y concupiscencia, compadecido de él, se le ha acercado, ha atado con su gracia las heridas, las ha ungido con sus Sacramentos, y, cargando sobre sí el peso de sus miserias, le ha puesto en su santa Iglesia. Del mismo modo obra con cualquier pecador, y tal vez contigo. ¿Qué dice á esto tu corazón? ¿Estás todavía herido por el enemigo? ¿No gimes y llamas á este divino Samaritano? ¿Te hallas ya en el mesón del estado religioso? ¿Cómo vives en él? Abre los ojos para reconocer los beneficios que te ha hecho Jesús, y, avergonzado de tu mala correspondencia

cia, propón con firmeza mudar de vida, bajando muy al particular. y ruega por ti y por todas las necesidades.

123.—PARÁBOLA DEL SIERVO DE LOS TALENTOS.

PRELUDIO 1.° Llamado á cuentas un siervo que debía diez mil talentos, no pudiendo pagar, se arrojó á los pies de su Rey, el cual, compadecido, le perdonó la deuda.

PRELUDIO 2.° Represéntate á este siervo á los pies de su Rey, pidiéndole misericordia y paciencia en esperarle.

PRELUDIO 3.° Pide al Señor que te perdone tus muchas deudas.

Punto 1.° *Cuenta que exige Dios á todos sus siervos.*—Considera cómo es un punto de fe que Dios nuestro Señor ha de pedir cuenta [1] estrechísima á todos los hombres, de todos los bienes de naturaleza y gracia que les ha concedido, del modo cómo han usado de ellos, y de los provechos que de los mismos han reportado. De suerte, que esta cuenta será de todos los días que has vivido, de la salud que has disfrutado, de la hacienda, honras y dignidades á que has sido sublimado; allí se pedirá cuenta de todos los beneficios en orden á tu redención, santificación y glorificación. ¡Oh cuán rigurosa, cuán estrecha, cuán exacta será esta cuenta! La cual toma Dios á cada uno en la hora de su muerte, y allí se remata en un momento; pero antes de la muerte la comienza á tomar, cuando interiormente nos avisa de lo que le debemos, y nos pide que le paguemos las deudas contraídas por medio de la penitencia en esta vida; y en especial, cuando nos pone en alguna grave enfermedad ó peligro de muerte, parece que ya es comenzar á tomar la cuenta. Pero pondera cuidadosamente esta espantosa diferencia: que si en el instante de la muerte te alcanza Dios de cuenta, y te halla cargado de graves culpas, la cuenta se concluye sin remedio y sin esperanza de perdón; pero en vida, siempre que se toma cuenta, hay esperanza de salir bien de ella, por la infinita generosidad del Rey eterno. Pensando todo esto, has de procurar entrar en cuentas con tu Dios mientras vives, examinando muy por menudo lo que te alcanza, trayendo para esto á la memoria dos clases de deudas que diariamente vas contrayendo: la una, de beneficios y favores que Él de continuo te hace, por los cuales le debes agradecimiento; y la otra, de faltas que tú cometes, de manera que, en lugar de pagarle con un fiel servicio sus inmensos beneficios, añades á esta deuda otras más graves y difíciles de pagar. ¡Oh Dios de misericordia! Al ver que las deudas de mis pecados y de vuestras generosidades gravitan sobre mí como un peso enorme, me hallo como oprimido, y apenas me atrevo á levantar mis ojos

[1] Hebr., IX, 27; Rom., XIV, 12.

á Vos pidiendo misericordia y perdón. ¿Cómo pagaré tales deudas? ¿Cómo me libraré de tal peso? ¡Oh alma mía! Suple con humildad y confusión propia lo que te falta de virtud y fervor.

Punto 2.° *Gravedad de las deudas del pecador.*—Considera cómo el siervo que debía diez mil talentos [1] es figura del pecador cargado de pecados, cuyas propiedades se significan por los diez mil talentos. La primera es, que son contra los diez mandamientos de la Ley de Dios, quebrantándolos con injuria del Legislador; y aunque el pecado sea contra un solo mandamiento, es, según Santiago [2], de tal jaez, que encierra alguna manera de injuria contra todos. La segunda, que son muchísimos é innumerables, y por esto se comparan al número de diez mil; y si en este número entran los pecados veniales, podemos decir que son más que los cabellos de nuestra cabeza y que las arenas del mar. La tercera, son gravísimos, y cada uno es pesadísimo como talento, y encierra grande carga y gravísima injuria, por ser contra un Dios infinitamente bueno, y contra sus innumerables y altísimos beneficios, y por ser con desprecio de la sangre de Jesucristo, que es de infinito valor, y en daño de las almas que se compraron con este infinito precio, y con la destrucción de los talentos que Dios nos da con infinita caridad. La cuarta es que ningún hombre puede por sí mismo pagar esta deuda, ni tiene caudal para pagar á Dios un solo pecado mortal. cuanto más tantos, porque, siendo enemigo de Dios, nada puede hacer que le satisfaga, y cuanto le puede dar es nada con respecto de lo infinito que le debe. La quinta es estar sujeto á una pena tan terrible, como es ser vendido él, su mujer é hijos y cuanto tiene; esto es, ser condenado á perder su libertad, y ser perpetuo esclavo del demonio en el infierno, y á perder todos los bienes que Dios le ha dado, corporales y espirituales, quitándoselos como á traidor é indigno de ellos. Mírate á ti en este lamentable estado, y clama con fervor á este gran Dios, el cual es todavía para ti Padre amoroso. ¡Oh Padre de misericordia! Confieso que la gravedad de mis culpas es enorme, su número infinito, su peso insoportable, y no pudiendo yo pagar tales deudas, merecía ser arrojado á la cárcel eterna del infierno; mas, pues sois mi Padre, acudo confiado á Vos, pidiéndoos misericordia y perdón.

Punto 3.° *Generosa condonación de la deuda por el Rey.*—Considera cómo este desgraciado siervo, oyendo que el Rey le condenaba á ser vendido él y todas sus cosas, postróse en tierra, y orando le dijo [3]: «Ten paciencia, señor, en esperarme, y yo pagaré todo lo que debo». Entonces tuvo el señor misericordia del criado, y perdonóle la deuda. Mira en la persona de este criado los medios de que debes valerte para alcanzar el perdón de tus pecados. El primero es no negar la deuda, antes recono-

[1] Matth., XVIII, 23. — [2] Jacob., II, 10. — [3] Matth., XVIII, 26.

cia, propón con firmeza mudar de vida, bajando muy al particular. y ruega por ti y por todas las necesidades.

123.—PARÁBOLA DEL SIERVO DE LOS TALENTOS.

PRELUDIO 1.° Llamado á cuentas un siervo que debía diez mil talentos, no pudiendo pagar, se arrojó á los pies de su Rey, el cual, compadecido, le perdonó la deuda.

PRELUDIO 2.° Represéntate á este siervo á los pies de su Rey, pidiéndole misericordia y paciencia en esperarle.

PRELUDIO 3.° Pide al Señor que te perdone tus muchas deudas.

Punto 1.° *Cuenta que exige Dios á todos sus siervos.*—Considera cómo es un punto de fe que Dios nuestro Señor ha de pedir cuenta [1] estrechísima á todos los hombres, de todos los bienes de naturaleza y gracia que les ha concedido, del modo cómo han usado de ellos, y de los provechos que de los mismos han reportado. De suerte, que esta cuenta será de todos los días que has vivido, de la salud que has disfrutado, de la hacienda, honras y dignidades á que has sido sublimado; allí se pedirá cuenta de todos los beneficios en orden á tu redención, santificación y glorificación. ¡Oh cuán rigurosa, cuán estrecha, cuán exacta será esta cuenta! La cual toma Dios á cada uno en la hora de su muerte, y allí se remata en un momento; pero antes de la muerte la comienza á tomar, cuando interiormente nos avisa de lo que le debemos, y nos pide que le paguemos las deudas contraídas por medio de la penitencia en esta vida; y en especial, cuando nos pone en alguna grave enfermedad ó peligro de muerte, parece que ya es comenzar á tomar la cuenta. Pero pondera cuidadosamente esta espantosa diferencia: que si en el instante de la muerte te alcanza Dios de cuenta, y te halla cargado de graves culpas, la cuenta se concluye sin remedio y sin esperanza de perdón; pero en vida, siempre que se toma cuenta, hay esperanza de salir bien de ella, por la infinita generosidad del Rey eterno. Pensando todo esto, has de procurar entrar en cuentas con tu Dios mientras vives, examinando muy por menudo lo que te alcanza, trayendo para esto á la memoria dos clases de deudas que diariamente vas contrayendo: la una, de beneficios y favores que Él de continuo te hace, por los cuales le debes agradecimiento; y la otra, de faltas que tú cometes, de manera que, en lugar de pagarle con un fiel servicio sus inmensos beneficios, añades á esta deuda otras más graves y difíciles de pagar. ¡Oh Dios de misericordia! Al ver que las deudas de mis pecados y de vuestras generosidades gravitan sobre mí como un peso enorme, me hallo como oprimido, y apenas me atrevo á levantar mis ojos

[1] Hebr., IX, 27; Rom., XIV, 12.

á Vos pidiendo misericordia y perdón. ¿Cómo pagaré tales deudas? ¿Cómo me libraré de tal peso? ¡Oh alma mía! Suple con humildad y confusión propia lo que te falta de virtud y fervor.

Punto 2.° *Gravedad de las deudas del pecador.*—Considera cómo el siervo que debía diez mil talentos [1] es figura del pecador cargado de pecados, cuyas propiedades se significan por los diez mil talentos. La primera es, que son contra los diez mandamientos de la Ley de Dios, quebrantándolos con injuria del Legislador; y aunque el pecado sea contra un solo mandamiento, es, según Santiago [2], de tal jaez, que encierra alguna manera de injuria contra todos. La segunda, que son muchísimos é innumerables, y por esto se comparan al número de diez mil; y si en este número entran los pecados veniales, podemos decir que son más que los cabellos de nuestra cabeza y que las arenas del mar. La tercera, son gravísimos, y cada uno es pesadísimo como talento, y encierra grande carga y gravísima injuria, por ser contra un Dios infinitamente bueno, y contra sus innumerables y altísimos beneficios, y por ser con desprecio de la sangre de Jesucristo, que es de infinito valor, y en daño de las almas que se compraron con este infinito precio, y con la destrucción de los talentos que Dios nos da con infinita caridad. La cuarta es que ningún hombre puede por sí mismo pagar esta deuda, ni tiene caudal para pagar á Dios un solo pecado mortal. cuanto más tantos, porque, siendo enemigo de Dios, nada puede hacer que le satisfaga, y cuanto le puede dar es nada con respecto de lo infinito que le debe. La quinta es estar sujeto á una pena tan terrible, como es ser vendido él, su mujer é hijos y cuanto tiene; esto es, ser condenado á perder su libertad, y ser perpetuo esclavo del demonio en el infierno, y á perder todos los bienes que Dios le ha dado, corporales y espirituales, quitándoselos como á traidor é indigno de ellos. Mírate á ti en este lamentable estado, y clama con fervor á este gran Dios, el cual es todavía para ti Padre amoroso. ¡Oh Padre de misericordia! Confieso que la gravedad de mis culpas es enorme, su número infinito, su peso insoportable, y no pudiendo yo pagar tales deudas, merecía ser arrojado á la cárcel eterna del infierno; mas, pues sois mi Padre, acudo confiado á Vos, pidiéndoos misericordia y perdón.

Punto 3.° *Generosa condonación de la deuda por el Rey.*—Considera cómo este desgraciado siervo, oyendo que el Rey le condenaba á ser vendido él y todas sus cosas, postróse en tierra, y orando le dijo [3]: «Ten paciencia, señor, en esperarme, y yo pagaré todo lo que debo». Entonces tuvo el señor misericordia del criado, y perdonóle la deuda. Mira en la persona de este criado los medios de que debes valerte para alcanzar el perdón de tus pecados. El primero es no negar la deuda, antes recono-

[1] Matth., XVIII, 23. — [2] Jacob., II, 10. — [3] Matth., XVIII, 26.

cerla y confesarla con entereza y con grande arrepentimiento de haber incurrido en ella. El segundo es humillarte delante de Dios con profunda reverencia, hasta postrarte en tierra como él, reconociendo tu nada y miseria. El tercero es orar y pedirle humildemente misericordia y espacio de penitencia, para satisfacer por las ofensas que contra Él has cometido. El cuarto es un propósito eficaz de pagar toda la deuda; esto es, de hacer de tu parte con su ayuda todo lo que pudieres para pagarle. Con estos medios te dispondrás para que tu Rey, compadecido de ti, y conmovido al ver tu humillación, te perdone generosamente lo que debías. Y para más animarte, pondera en la persona de este Rey la infinita misericordia y liberalidad de nuestro gran Dios en conceder á los pecadores humillados mucho más de lo que ellos se atrevieran á pedir y desear; pues de pura gracia revoca la sentencia del castigo con que les había amenazado y les perdona la deuda, sin reparar en que era mucha y muy gruesa, y todo esto de pura misericordia; porque el perdón de la culpa y de la pena eterna no se da por nuestro merecimiento. ¿No te admira tanta benignidad en el Señor? ¿No practicarás los medios necesarios para aplacarle? ¡Oh Rey misericordiosísimo y magnificentísimo! Alaben los ángeles vuestra infinita misericordia, publiquen los hombres vuestra inmensa largueza, y mi ánima os ensalce por vuestra inefable magnificencia. Menester era un Dios tan misericordioso como Vos para un hombre tan miserable como yo; necesaria era tanta magnificencia como la vuestra, para perdonar deuda tan grande como la mía. Haced, Señor, que en agradecimiento no cese yo de castigarme con penas temporales, pagando lo que pudiere por las eternas que he merecido.

Epílogo y coloquios. ¡Qué cuenta tan rigurosa, exacta y detallada ha de pedirnos Dios en la hora de la muerte! Nada quedará olvidado; todos los beneficios que Él nos hizo, y todas las faltas que nosotros cometimos. ¡Qué deuda tan enorme! ¡Diez mil talentos! Innumerables pecados contra los diez mandamientos: gravísimas ofensas hechas á un Dios de infinita majestad: deudas que de ningún modo podemos por nosotros mismos pagar, y por las cuales hemos merecido las eternas penas del infierno. Si ahora el Señor nos llamase á este juicio, ¿qué sería de nosotros? ¿Qué le responderíamos? De mil cargos, no podríamos indudablemente responder á uno solo. El siervo de la parábola nos enseña el medio de alcanzar misericordia de nuestro amantísimo Rey. Si reconocemos confusos las deudas que hemos contraído y no las negamos por orgullo; si nos humillamos profundamente delante de nuestro divino Acreedor, confesando que Él es la misma bondad y nosotros somos la misma ingratitud; si confiadamente le pedimos compasión y misericordia de nuestro triste estado de deudores; y si, finalmente, nos ofrecemos á pagar todo cuanto podamos, abrazando la mortificación y penitencia; entonces, ¡ah!, nuestro Rey benigno se ostentará Padre misericordioso y hará con nosotros más que lo que le pidamos. ¿Somos deudores de Dios? ¿Reconocemos que con El hemos contraído gravísimas deudas que nos es imposible pagar? ¿No tememos presentarnos con tal carga al divino tribunal? Ahora es tiempo oportuno para humillarnos, reconociendo nuestra vileza y miseria. Para esto, para que nuestra humillación no sea fingida, resolvamos, pidamos luz para conocernos y despreciarnos, y remedio para todas las necesidades espirituales y corporales.

124.—INGRATITUD Y CASTIGO DEL SIERVO DE LOS TALENTOS.

PRELUDIO 1.° Saliendo de la presencia de su Rey el siervo ya perdonado, se encontró con otro consiervo que le debía cien denarios y no se los quiso perdonar; por lo cual, indignado el Rey, le entregó á los verdugos para que le atormentasen hasta pagar la primera deuda.

PRELUDIO 2.° Represéntate á este mal siervo atormentando á su compañero porque no le paga la miserable deuda que tiene con él.

PRELUDIO 3.° Pide á Dios un corazón generoso para con tu prójimo.

Punto 1.° *Crueldad del mal siervo con su compañero.* — Considera cómo el siervo ya perdonado, saliendo de la presencia de su señor, se encontró con un compañero que le debía cien denarios, y asiéndole de la garganta, le ahogaba, diciendo [1]: «Págame lo que me debes». Arrojóse á sus pies el deudor, y orando le dijo: «Ten paciencia en esperarme y te pagaré todo lo que te debo»; mas él no quiso, sino echóle en la cárcel hasta que le pagase. Sobre lo cual has de ponderar cómo es muy ordinario que los hombres unos deban algo á otros, por razón de injuriarse con palabras ó con obras, ó por otras causas; lo cual nace de nuestra flaqueza; y es permitido por la Divina Providencia, para que los buenos tengan ocasión de merecer, sufriendo y perdonando las injurias, y puedan decir á Dios: «Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores»; las cuales deudas indudablemente exceden á las que nos deben nuestros prójimos, más que diez mil talentos á cien denarios. Pondera luego la crueldad del mal siervo contra su compañero; la cual se echa de ver, primero, en la ira y rencor que mostró contra él, no contentándose con pedirle la deuda de palabra, sino también asiéndole con violencia y apretándole la garganta para ahogarle; segundo, en que, postrándose á sus pies, y pidiéndole con humildad que le esperase, ofreciéndose á pagar toda la deuda, y usando las mismas palabras que él había usado con su señor, ni se compadeció de él, ni le quiso oir, ni perdonar, ni

[1] Matth., XVIII, 28.

aun esperar un poco de tiempo; tercero, en la furia precipitada con que le echó en la cárcel hasta que le pagase, usando con él tan excesivo rigor; y cuarto, en la ingratitud que mostró contra su mismo señor, cuyo criado era aquel deudor, porque la injuria que á éste hacía era en deshonor de su amo. Todo esto procedió de lo que insinúa el Evangelio, diciendo que este criado se salió de la presencia de su señor; para que entiendas que la causa de tus pecados es porque te apartas de la presencia de Dios, y te olvidas de que está presente, y que es tu juez, que te ha de premiar ó castigar; lo cual es propio de los pecadores. ¿Has imitado tú la crueldad de este siervo perverso? ¿Cómo te portas con los que te han causado algún mal? ¡Oh Dios mío! No permitáis que sea yo tan ingrato que, olvidándome de las infinitas mercedes que me habéis concedido, vuelva contra mi prójimo mi ira, exigiéndole con rigor el pago de las deudas insignificantes que me debe, mientras que Vos me las habéis perdonado infinitas. De buena gana perdono á todos mis deudores para merecer de Vos el perdón.

Punto 2.º *Castigo del mal siervo.*—Viendo los otros compañeros el furor del mal siervo contra el otro, entristeciéronse grandemente, y fueron á contar á su señor lo que pasaba. Entonces le llamó el señor, y le dijo: «Siervo malo, te perdoné toda la deuda porque me lo rogaste; ¿no fuera razón que tuvieras tú misericordia de tu compañero, como yo la tuve de ti?» Y enojado el señor, le entregó á los verdugos, hasta que pagase toda la deuda. Acerca de lo cual puedes considerar cómo tus maldades y los agravios que haces á tus prójimos parecen mal á los ángeles y á los hombres; y todos los siervos de Dios que las ven se afligen y entristecen grandemente, parte por compasión del agravio, parte por el daño que recibe el mismo agraviador, y parte por la ofensa que á Dios se hace; por donde verás que, como es de buen espíritu entristecerse de las culpas de los prójimos, así lo es dejar de cometerlas por no entristecer, cuanto es de tu parte, á los justos y á los ángeles; cuya tristeza y pena por las maldades de los hombres y el deseo que tienen de librar á los oprimidos y afligidos, es como un clamor y cuenta que dan de ellos á Dios, con la cual suele despertarse á tomar venganza de los opresores. Pondera cómo el señor airado mandó llamar al mal siervo con el último llamamiento á juicio; porque en castigo de una maldad crecida, suele Dios acortar los días de la vida y llamar luego al pecador para tomarle la postrera cuenta; y hallándole culpado, le entrega á los atormentadores y verdugos infernales, hasta que pague toda la deuda; y como nunca la puede acabar de pagar, así nunca le acaban de atormentar. Reflexiona, por fin, que á este mal siervo le castigaron, no sólo por el pecado presente, sino también en cierto modo por las deudas pasadas, aunque ya perdonadas, porque ellas agravaban

inmensamente su ingratitud, y en este sentido le hacían digno de especial castigo. ¡Oh Dios mío! Justo sois, y rectísimos vuestros fines. Si manifestáis en vuestros castigos la severidad y rigor de vuestra justicia, no es sino después de haber agotado los tesoros inmensos de vuestra misericordia. No permitáis que caiga yo en la torpe ingratitud de abusar de ésta como el mal siervo, á fin de librarme de la terribilidad de aquélla. ¿Qué castigo hemos nosotros merecido con nuestro proceder? ¿Hemos afligido con nuestras culpas y escándalos á los ángeles del cielo y á los justos de la tierra?

Punto 3.º *Razones para perdonar las injurias.*—Considera la conclusión de la parábola, que fué ésta: «Así lo hará mi Padre celestial con vosotros, si no perdonare cada uno á su hermano de todo corazón». En lo cual has de ponderar la infinita caridad del Señor, que resplandece en querer que nos perdonemos unos á otros, no de cumplimiento, sino de corazón, fundándolo todo en leyes de caridad, sacadas de estas palabras, que aquí dice. Lo primero, porque así lo quiere nuestro Padre celestial, cuyos hijos somos, y esto basta para que le demos contento en lo que nos manda. Lo segundo, porque todos somos hermanos, hijos de un mismo Padre, y es razón que un hermano perdone á otro. Lo tercero, porque cada uno tiene algo que su hermano le ha de sufrir y perdonar, y es justo que le perdone como quiere ser perdonado. Lo cuarto, porque nuestro Padre celestial nos perdona deudas incomparablemente mayores; con lo cual nos obliga á que perdonemos las que otros nos deben, que son muy menores. Lo quinto, porque si la ley del amor no nos convence á cumplir esto, entrará la ley del temor y del castigo, el cual será terrible, porque no será perdonado otra vez quien con rebeldía no quiso perdonar, y, por consiguiente, será entregado á los demonios, verdugos de la justicia de Dios, para que le castiguen como merece. Considerando todas estas razones, has de sacar propósitos muy eficaces de tener misericordia de tus prójimos, y perdonarles cualquier injuria que te hicieren, deseando, si sin ofensa de Dios se pudiera hacer, ser injuriado, sólo por tener ocasión de perdonar. ¡Oh Padre celestial! De todo mi corazón perdono las deudas que me deben los que me han injuriado, por parecerme á Vos, que tan generoso sois en perdonar á los que os injurian, pues es justo que el hijo sea semejante á su padre. Recibid esta buena voluntad, y dadme gracia para que, ofreciéndose la ocasión, luego la ponga en obra. ¡Oh alma! Profundiza bien en las razones que tienes para perdonar á tus prójimos. ¿Sientes alguna antipatía ó repugnancia? ¿Perdonas de corazón á los que te han faltado?

Epílogo y coloquios. ¡Qué contraste entre la misericordia de Dios y la crueldad del hombre! Dios ha perdonado generosamente, sólo por una breve súplica, diez mil talentos á su

siervo; y éste, que tiene un deudor en la persona de otro siervo del mismo amo, pero que sólo le debe la cantidad de cien denarios, dista tanto de perdonarle, que á la primera vez que le encuentra le coge del cuello y le está ahogando, exigiéndole con tal furor deuda tan mezquina. ¡Oh perversa condición del hombre! Olvídase fácilmente de lo que él debe, ó reclama con importunidad el perdón de ello, y es exigente hasta la crueldad en lo poco que otros le deben á él. ¡Con qué furia el mal siervo embiste á su compañero! ¡Con qué dureza oye sus humildes súplicas! ¡Con qué rabia le mete en la cárcel, obligándole con la fuerza á pagar la deuda, sin perdonarle ni un denario! Y ¿callará el amo de entrambos al saber la injuria que á él se hace en la persona de su criado? ¿No hará sentir el peso de su indignación sobre el mal siervo que tan desagradecido se muestra á su bondad? No podía esperarse esto de su justicia; y así, llamándole con rigor, manda en castigo que sea entregado á los verdugos para que le atormenten hasta que pague el último denario. ¡Ay del hombre iracundo y rencoroso que no quiere perdonar! ¿Quién, en vista de esto, no se alentará y moverá á perdonar á su prójimo? Lo quiere Dios nuestro Padre y nos lo manda; Él lo hace, dándonos ejemplo; somos sus hijos; somos todos hermanos; nos exponemos á espantosos castigos, no haciéndolo. ¿Qué resolvemos, pues? ¿Sentimos alguna acritud con nuestro prójimo? ¿Hay alguna repugnancia en nuestro corazón? ¿Pretendemos que Dios nos perdone, y no queremos nosotros hacerlo? ¡Oh necedad la nuestra! Tratemos seriamente de corregirnos, y para lograrlo, propongamos con firmeza y oremos con confianza por nosotros y por nuestros prójimos.

125.—PARÁBOLA DEL MAYORDOMO LLAMADO Á CUENTAS.

PRELUDIO 1.º Un mayordomo infiel fué llamado á dar cuentas, y, viéndose alcanzado, procuró con injusticias hacerse amigos, para que después le socorriesen.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de estar siempre dispuesto á dar á Dios la cuenta que te pida.

Punto 1.º *Todos somos mayordomos, y Dios es nuestro amo y Señor.*—Considera cómo Dios nuestro Señor se representa en el hombre rico de esta parábola [1], el cual, siendo dueño absoluto de todos los bienes y riquezas, ya corporales, que sirven para el mantenimiento y adorno del cuerpo; ya espirituales, que adornan y enriquecen el espíritu con la gracia y virtudes; ya eternas, con las cuales son premiados los justos en el cielo, las reparte á los hombres, dando las primeras á justos y á pecadores, fieles é infieles; las segundas á sólo los fieles, y algunas á sólo los justos; y las terceras á los bienaventurados. El mayordomo de este soberano Señor es el hombre, á quien entrega el gobierno de las riquezas que posee; y aunque le da verdadero dominio de algunas, llámase siempre mayordomo, porque su dominio no es absoluto, sino sujeto al dominio de Dios y á sus leyes y no puede lícitamente distribuir ni usar de los bienes que tiene, si no es conforme á la voluntad del Supremo Señor que se los dió, á quien ha de dar cuenta y razón de todo, el día que se la pidiere. Y si gasta ó usa de estos bienes contra la divina voluntad y los preceptos que ha puesto en su santa ley, los desperdicia miserablemente. Deperdicias el manjar si le comes por gula; el vestido, si lo usas por sola jactancia; el dinero, si le empleas en cosas prohibidas, ó lo conservas, cuando Dios quiere que lo emplees en limosnas; y así de todos los otros bienes, como los sentidos del cuerpo ó potencias del alma. Por estas cosas viene el mayordomo á ser infamado delante su Señor, porque nuestra buena ó mala fama para con Dios no depende de los dichos de los hombres, sino de nuestras obras. Éstas nos acreditan ó desacreditan, honran ó deshonran en sus ojos; y aunque todo el mundo tuviese buena opinión de ti, si eres malo, tus obras claman contra ti [1], y te infaman delante de Dios. ¡Oh Dios eterno! Pues que por vuestra infinita misericordia hicisteis al hombre mayordomo de esta gran casa del mundo, y pusisteis todas las cosas debajo de sus pies [2], no permitáis que siga yo los pasos del viejo Adán, que dió mala cuenta de su mayordomía en el paraíso terreno; sino ayudadme con vuestra gracia, para que haga tales obras, que me acrediten con Vos, y por ellas sea admitido en vuestro paraíso celestial. ¡Oh alma fiel! Piensa que no eres dueña de los bienes que tienes. ¿Cómo los empleas? ¿Qué cuenta darás á Dios cuando te la pida?

Punto 2.º *Cuenta que exige el señor á su mayordomo.*—Sabiendo el señor la mala administración de su mayordomo, le llamó á cuentas, diciéndole: «¿Qué es lo que oigo decir de ti [3]? Dame cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ejercer más este oficio». En lo cual puedes considerar que, así como este señor, por la noticia que tuvo de la mala administración de su mayordomo, le quitó antes de tiempo el oficio, así el clamor de nuestros pecados, que llega hasta Dios, es causa de que nos acorte los días de nuestra vida [4], y nos llame á que le demos cuenta de ella. Este llamamiento suele suceder de dos maneras. La una terribilísima, cuando llama Dios á los pecadores tan de repente, que no tienen aviso de que se mueren, ni tiempo de aparejarse para la cuenta que han de dar. La otra es llamando poco á poco, por medio de alguna enfermedad, la cual es aviso de la

[1] Luc., XVI, 1.

[1] Gen., XVIII, 20. — [2] Psalm. VIII, 8. — [3] Luc., XVI, 2.
[4] Eccles., VII, 18; Psalm. LIV, 24.

muerte, y da lugar de aparejarse para la cuenta, y entonces dice aquella palabra: ¿Qué es lo que oigo decir de ti? Con la cual nos trae á la memoria todos los pecados de que estamos notados é infamados delante de Él, para que, oyendo el cargo, demos el descargo; porque si no, en el instante de la muerte nos la dirá para convencernos de la culpa y sentenciarnos por ella. Pondera con espanto la terribilidad de esta sentencia: «Dame cuenta de tu mayordomía, porque ya se acabó para ti el tiempo de administrarla. Que es decir: dame cuenta de la casa de este mundo con todas las plantas, animales, manjares y demás cosas que crié para tu regalo, sustento y felicidad temporal; dame cuenta de los pensamientos, palabras y acciones que hiciste; de los pasos que has andado con tus pies, y de todos los afectos y deseos que has fraguado dentro de tu corazón. Se acabó el tiempo de negociar [1] y merecer, y mal que te pese, has de dejar esta morada para recibir el premio ó castigo que en ella has merecido [2]. ¡Oh alma mía! Oye con espanto esta terrible palabra del Juez eterno, y comienza desde hoy á ajustar con Él las cuentas, para que cuando llegue la muerte no te halles en descubierto. ¡Ay de ti, miserable! ¿Qué dirás en aquel momento aterrador? ¿Á qué patrocinio te acogerías si estuvieses en pecado, cuando apenas el justo tendrá seguridad? Pues ¿qué debes hacer? ¿Estás preparado para la cuenta?

Punto 3.º *Medios de que se vale el mal mayordomo para asegurar su porvenir.*—Considera cómo el mayordomo, sabiendo que su amo le iba á quitar la administración, rehusando trabajar de manos para ganar su sustento, y avergonzándose de mendigar, llamó á los deudores, y rebajándoles la deuda que tenían con su amo, se granjeó la amistad de ellos, para que le recibiesen en sus casas cuando se viese privado del oficio. En lo cual se representa una clase de hombres mundanos, astutos y sagaces para todo lo malo, para quienes cualquier medio es justo, con tal que les conduzca á la consecución de su fin. No quieren cavar, trabajando para comer, porque son regalados y amigos de ociosidad; no quieren mendigar, porque son muy honrados y enemigos de ejercicios bajos; y así buscan su comida á costa de la hacienda ajena, con engaños, proveyendo así á sus necesidades. Y este ejemplo no lo recuerda el Señor para que le imites, sino para que, así como este mayordomo tuvo providencia en remediar con tiempo las necesidades del cuerpo, así tú la tengas en subvenir á las del alma. Pondera los varios medios de granjear la vida eterna que se indican en este hecho. Unos lo hacen cavando, esto es, tomando por principal asunto la penitencia y mortificación de la carne con grandes rigores y asperezas; otros la ganan mendigando, esto es, valiéndose principalmente de la oración y

[1] Joan., IX, 4. — [2] II Cor., V, 10.

contemplación, en la cual no se hace otra cosa que mendigar y pedir á Dios y á sus Santos lo necesario para la salvación y perfección; otros, que no son para ninguno de estos medios y modos de vida, y dicen como el mayordomo: No puedo cavar, y tengo vergüenza de mendigar, resta que tomen otro tercer modo, que es con limosnas y obras de misericordia corporales y espirituales, siguiendo el aviso que dió Jesús por remate de esta parábola: «Por tanto, os aviso que ganéis amigos con las riquezas de maldad, para que cuando muriereis os reciban en las eternas moradas». De este modo las riquezas, que suelen ser cebo de la maldad, se convierten en medios de salvación. ¡Oh Dios misericordiosísimo! Ilustrad y encended los corazones de los ricos de este siglo con el resplandor y fuego de vuestra gracia y caridad, para que con las riquezas que les habéis dado se hagan ricos en buenas obras, y ganen por amigos á los pobres y justos de la tierra, y á los ángeles y santos del cielo, por cuya intercesión sean recibidos en las eternas moradas. ¡Oh alma! Confúndete de tu poca prudencia viendo la que tienen los mundanos. ¿De qué modo has de ganar tú la gloria del cielo?

Epílogo y coloquios. ¿Quién osará ensoberbecerse? ¿Quién se envanecerá de los dones y favores que posee? Dios es el dueño absoluto; nosotros somos simplemente administradores. Y ¡ay de aquel que se alza con la hacienda que el Señor le ha concedido, y usa de un modo opuesto á la voluntad de Dios de las riquezas y bienes recibidos! Sus obras le acusarán é infamarán delante de Dios, el cual, para atajarle los pasos y para librarle de más grandes tormentos si persevera en sus maldades, le saldrá al encuentro con la muerte y el juicio, y le hará oir en sus estremecidos oídos: «Dame cuenta de tu mayordomía y administración, porque ha terminado el tiempo de ejercer tu oficio». ¡Oh palabra espantosa, que resonará como horrible trueno en el alma del infeliz moribundo! Teme este momento y esta palabra amenazadora, y procura cautelarte, tomando por dechado al injusto mayordomo, haciendo tú lícitamente para la dicha y felicidad del alma lo que él hizo injustamente para la vida y sustento del cuerpo. Antes que llegue la muerte, preciso es prepararte para ella, ora cavando con ejercicios de penitencia, ora mendigando con la práctica y uso de la oración, ora consagrándote á obras de misericordia, ganando amigos que te ayuden y defiendan en aquel funesto trance. ¿Qué haces, pues? ¿Cómo te portas? ¿Cómo administras la hacienda que el Señor te ha confiado? ¿Abusas de su gracia, Sacramentos y demás bienes espirituales que Dios ha puesto en tus manos? ¡Ay de ti, si tal conducta observas! Horrible será tu cuenta. Reflexiona ahora lo que te importa hacer y evitar; haz firmes resoluciones, y con fervientes coloquios ruega para ti y para todos los que se han encomendado á tus oraciones.

126.—PARÁBOLA DEL FARISEO Y DEL PUBLICANO.

PRELUDIO 1.º Un fariseo y un publicano subieron al templo á orar; aquél hacía su oración con gran soberbia, y fué rechazada; éste la hizo con profunda humildad, y fué escuchada.

PRELUDIO 2.º Represéntate á estos dos hombres orando en el templo, cada uno á su manera.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber orar como el publicano.

Punto 1.º *Actos de soberbia del fariseo.*—Considera cómo el fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo, diciendo [1]: «Dios, gracias te doy, porque no soy como los demás hombres, robadores, injustos, adúlteros, ni como este publicano; pago los diezmos de todo, y ayuno dos días cada semana». En estas palabras cometió varios actos de soberbia, por los cuales mereció ser reprobado. Primeramente, se tuvo por santo y lleno de virtudes, de donde procedió que en su oración, ninguna cosa pidió á Dios, ni perdón de sus pecados, ni que le conservase ó aumentase los dones, como si de ello no tuviera necesidad. Luego, con título de acción de gracias, sólo pensó en alabarse y jactarse de sus obras buenas, saboreándose en ellas, de modo que sólo con la boca daba gracias á Dios, mas con el corazón á sí mismo se las daba; y así, dice el Evangelista, que oraba *apud se,* consigo, no *apud Deum,* con Dios. Además, se antepuso á todos los demás hombres, teniéndose por mejor que todos, y por singular en la virtud, como si él solo fuera bueno entre todos. En cuarto lugar, hizo mucho caso de sus buenas obras, aunque pequeñas de suyo, porque las comparaba con las malas de los otros, debiendo hacer lo contrario; y solamente hizo caso de cosas exteriores, como era ayunar y pagar diezmos; lo cual hacía por vanidad, no reparando en que era sepulcro blanqueado [2], y que de dentro estaba lleno de inmundicia y hediondez. Por último, despreció á todos los hombres, y á su compañero el publicanoteniéndolos en poco; y además, de este juzgó temerariamente que todavía era pecador, pudiendo sospechar que estaba arrepentido por las señales que de ello daba. En todo lo cual se ve cuán ciego estaba el desgraciado fariseo, y cómo ciega la soberbia para conocer sus propias cosas y las ajenas, viendo la paja [3] en el ojo del hermano, y no viendo la viga en el propio. ¡Oh soberbia abominable! ¡Oh bestia monstruosa, ciega para ver los males que tienes, y presuntuosa de los bienes que no tienes! Y ¿no abominamos nosotros la soberbia de este fariseo? ¿Le imitamos en sus palabras, conversaciones ú oraciones? ¿Menospreciamos, como él, á los demás? ¡Oh Dios mío! Confieso que he seguido los pasos desatinados de aquel que,

[1] Luc., XVIII, 11. — [2] Matth., XXIII, 27. — [3] Matth., VII, 3.

siendo religioso en la profesión, era profano en la vida; mas vuestra gracia me puede trocar, para que desde hoy mi vida sea en todo conforme con la profesión que por vuestra misericordia he abrazado.

Punto 2.º *Actos de humildad del publicano.*—Considera ahora la oración del publicano, el cual, puesto en pie, apartado muy lejos de lo superior del templo, no se atrevía á levantar los ojos al cielo, é hiriendo su pecho, decía [1]: «Dios, sé propicio á mí, pecador». En ella resplandecen varios actos de humildad, contrarios á los de soberbia del fariseo, por los cuales mereció ser acogida benignamente por el Señor. El primer acto de humildad fué tenerse por indigno de estar cerca de Dios, y aun de estar cerca del fariseo, y así se apartó lejos, á la parte inferior del templo, escogiendo el postrer lugar de todos. El segundo fué no atreverse á levantar los ojos al cielo, pareciéndole que ni merecía premio de Dios, ni sus obras podían parecer delante de Él; y así, de vergüenza y confusión, los tenía clavados en tierra. El tercero fué herir su pecho, mostrando con esto el dolor interior que sentía de sus pecados, y el deseo que tenía de castigar su carne por ellos, juntando las tres partes de la humilde penitencia: corazón contrito y humillado, humilde confesión de sus culpas, y satisfacción del modo que podía. El cuarto fué pedir perdón á Dios para sí solo, como si él solo fuera pecador en el mundo, no juzgando de otros que lo fuesen, ni del fariseo; y si por ventura oyó las palabras con que le despreciaba, no se indignó contra él teniéndose por digno de desprecio. El quinto fué confiar mucho en la misericordia de Dios, porque no oró con muchas palabras, pareciéndole que para Dios bastan pocas, y que no está el ser oído en la muchedumbre de ellas. Á imitación de este publicano, has de acompañar tu oración con estos fervorosos actos de humildad, repitiendo muchas veces su breve y fervorosa oración: «Dios mío, sé propicio á mí, pecador, y gran pecador»; sé propicio á este hombre soberbio, iracundo, perezoso. ¡Oh virtud soberana de la humildad, maestra de todas las virtudes! Tú me enseñas á amar y confiar en Dios, y á tenerle reverencia y amor, y á no despreciar á nadie, sujetándome á todos, teniéndome por el más vil de todos. ¡Oh quién imitase á este publicano, no ya publicano, sino santo, pues su humildad publica su santidad! ¡Oh alma mía! La humildad es el imán poderoso que atrae las gracias de Dios. ¿Cómo la practicas? ¿Imitas al publicano?

Punto 3.º *Sentencia que dió Jesús á estos dos personajes.*—Considera en este punto la sentencia que Jesucristo, rectísimo juez, dió á estos dos hombres, diciendo: «Dígoos de verdad que este publicano bajó del templo justificado, mas no el fariseo; porque todo hombre que se ensalza será humillado, y el que se

[1] Luc., XVIII, 13.

humilla será ensalzado». Acerca de lo cual has de ponderar primeramente, cómo Cristo, nuestro soberano juez, no se paga de cosas exteriores, si no penetra lo interior, y ve las intenciones y afectos del corazón, de donde nacen las obras, y según éstos da la sentencia de justificación ó condenación; al revés de los demás hombres, que miran solamente lo exterior, y así se engañan muchas veces. Pondera luego cuán poderosa es la humildad y cuán agradable á Dios, pues de públicos pecadores hace hombres muy justos; y, al contrario, cuán abominable es la soberbia, pues á los que eran justos pervierte y trueca en grandes pecadores; y la causa es porque el soberbio, atribuyéndose las virtudes á sí mismo, con su vana complacencia las destruye, humillándole Dios porque se ensoberbeció; pero el humilde, atribuyéndose los pecados á sí, con verdadera displicencia los deshace, ensalzándole Dios porque se humilló. Reflexiona, finalmente, sobre aquella sentencia general con que Jesús termina esta parábola [1]: Todo hombre, de cualquiera estado y condición que sea, eclesiástico, seglar ó religioso, noble ó plebeyo, letrado ó idiota, si se humilla de verdad, será ensalzado; y en lo mismo que se humillare, Dios le ensalzará, ó en esta vida, si le conviene, ó en la otra con grande gloria. Y al contrario, quienquiera de éstos que soberbiamente se ensalzare, será humillado en esta vida ó en la otra. Por lo cual has de tener grande amor á la humildad y horror á la soberbia, estando cierto que por humillarte no has de perder la exaltación que te conviniere para tu salvación eterna, y si te ensoberbeces, tu caída será segura. ¡Oh dulcísimo Jesús! ¡Cuán distintas son vuestras trazas de las del mundo! El mundo aprecia, honra y ensalza á los soberbios; Vos ensalzáis y glorificáis á los humildes, y nos enseñáis de palabra y con el ejemplo, que el único y cierto camino para subir á la exaltación verdadera, es, abrazarse con la humildad profunda. ¡Oh alma! Mira que tu corazón y afectos no contradigan á tus obras exteriores; ora de tal modo, que Jesús oiga tus oraciones. ¿Deseas ser ensalzada? ¿Cómo practicas la humildad, que es el único camino para la exaltación?

Epílogo y coloquios. ¡Qué repugnancia despierta la soberbia, y qué atractivo tan divino tiene la humildad! El soberbio fariseo, lleno de amor propio, sube al templo, aparentando querer orar; pero realmente no pretende otra cosa que alabarse á sí mismo y afrentar y menospreciar á los demás. ¡Qué juicio tan elevado forma de sí! Se cree lleno de virtudes y dones, y por esto nada pide; en vez de orar, se alaba y cuenta sus buenas obras, haciendo mucho caso de las cosas más insignificantes y parándose en solas exterioridades; nadie es bueno sino él mismo, y la misma actitud humilde y suplicante del publicano, enciende más

[1] Luc., XIV, 11; Prov., XVI, 19.

su orgullo y de ella toma pie para menospreciarle. Entretanto, el pobre publicano, compungido y avergonzado de sí mismo, ni siquiera se atreve á subir hasta lo más interior del templo, teniéndose por indigno de acercarse á Dios y aun de levantar los ojos al cielo; hiere con dolor el pecho, y en breves y humildes palabras confiesa su miseria y pide el remedio de ella. ¿Qué sentencia dará Jesús á estos dos hombres? El mundo hubiera mirado con desprecio al arrinconado publicano y llenado de aplausos al fariseo; pero Jesús no se satisface con aparentes exterioridades; penetra el corazón, y según Él ve, juzga; y como vió el orgullo y exaltación del fariseo, le humilló; y como vió la humillación y vergüenza del publicano, le exaltó, cumpliéndose la sentencia: Quien se humillare será ensalzado, y quien se exaltare será humillado. ¿Qué hacemos nosotros? ¿Qué sentencia deseamos que nos dé Jesús? ¿Qué sentencia nos habría de dar en este momento si nos llamara á juicio? ¿Mereceríamos la exaltación, ó habríamos de ser humillados? Acordémonos de la excelencia y provecho grande que encierra la humildad, y para alcanzarla, hagamos propósitos de practicarla, pidamos gracia para vencer la soberbia, y roguemos por todas las necesidades.

127.—PARÁBOLA DE LOS OBREROS ALQUILADOS.

PRELUDIO 1.º Á diversas horas del día, el Padre de familias llamó obreros para su viña; y al terminar, dió á todos la misma paga, por lo que los que habían trabajado todo el día murmuraban de él.

PRELUDIO 2.º Represéntate á este Padre de familias saliendo repetidas veces á llamar obreros.

PRELUDIO 3.º Pide docilidad á la vocación y fervor en el trabajo.

Punto 1.º *Llamamiento de los obreros.*—Considera cómo el Padre de familias salió [1] en amaneciendo, á la hora de tercia, sexta, nona y undécima, á llamar obreros para su viña. Este Padre de familias representa á Dios nuestro Señor, verdadero Padre de familias, que teniendo en el cielo una numerosísima familia de ángeles y bienaventurados, y en la tierra á los hombres viandantes, cuida de todos y de cada uno de ellos, como si su familia fuese muy pequeña, interesándose por cada uno en las cosas más menudas que le pueden acaecer. Su viña es la congregación de los fieles, y más especialmente la de los justos, que son las cepas ó sarmientos de ella, los cuales producen frutos de bendición y el vino del amor divino, y de aquí los va cortando y trasplantando á la viña del cielo. Los obreros de esta viña son los hombres, á quienes pertenece labrar y cultivar sus almas, cavándolas y podándolas con la azada y podadera de la mortifica-

[1] Matth., XX, 1.

ción y penitencia, procurando que lleven ricos y copiosos frutos, no agrazones, sino uvas maduras y agradables á Dios. Y porque ninguno puede entrar en esta viña, ni trabajar en ella sin el llamamiento y auxilios de Dios [1], que es su dueño absoluto; por esto Él va llamando á los obreros, saliendo ya de madrugada, porque su deseo es que todos, desde que amanece para ellos el uso de la razón, comiencen á trabajar; pero reitera las salidas, no cansándose de llamar, á unos en la niñez, á otros en la adolescencia, á otros en la virilidad, á otros en la edad madura, y á algunos en la misma vejez. Para moverles á seguir su llamamiento, se vale unas veces de promesas, asegurándoles el jornal; otras veces de reprensiones interiores, afeándoles su mala vida ú ofreciéndoles un justo precio, y otras, con imperio, mandándoles ir á trabajar por el amor de la virtud y del trabajo virtuoso. Todo lo cual ha de moverte á varios afectos de agradecimiento y alabanza de este Padre, con deseos de obedecerle cuando te llame. ¿Has sentido alguna vez este divino llamamiento? ¿Cómo has respondido á él? ¡Oh Padre de familias soberano, cuidadoso de vuestra viña y de llamar obreros para ella! Gracias os doy por el cuidado que habéis tenido de enviar desde el principio del mundo á los patriarcas y profetas, y después á vuestro propio Hijo, para que por Sí y por sus ministros la cultivase. Salid de nuevo por este mundo corrompido, y llamad á los gentiles y herejes á la fe, á los pecadores á la conversión, y á todos á vuestro servicio, á fin de que vuestra viña crezca y dé los frutos que deseáis.

Punto 2.° *Paga que se da á los obreros.*—Considera cómo, acabado el día, el dueño de la viña encargó á su mayordomo que pagase á cada obrero su jornal, empezando por los postreros hasta los primeros, dando á cada uno un denario. Sobre lo cual debes ponderar cómo el Padre Eterno ha encargado á Jesucristo en cuanto hombre el juicio de los obreros [2], y el llamamiento para darles su jornal, y esto hace al fin de la vida de cada uno, la cual, aunque sea larga, se cuenta como un día, y aun no lo es, comparada con la eternidad [3]. ¡Cuánto te importa aprovechar este tiempo! Pondera luego cómo todos los obreros han de recibir su premio, los primeros y los postreros; los que comienzan temprano, y los que vienen tarde, y ni una hora de trabajo se pasará sin galardón; y, por consiguiente, cuanto las obras fueren más y mejores, tanto será el premio más copioso, porque cuando el Señor venga á juzgar, dará á cada uno según sus obras [4]. Mas, reflexiona cómo para premiar este trabajo, no se mira tanto al tiempo que dura, cuanto al fervor, diligencia y amor con que se toma; de donde procede que los últimos obreros, en una sola hora, merecieron tanto galardón como los que trabajaron todo el día, porque aquéllos trabajaron con mucho

[1] Joan., VI, 44. — [2] Joan., V, 22. — [3] Psalm. LXXXIX, 4. — [4] Matth., XVI, 27.

fervor, con grande humildad y caridad, teniéndose por indignos de premio alguno, y esotros trabajaron con tibieza, y por fines más bajos é interesados, y con alguna presunción de sí mismos y de su trabajo, por haber sido largo. Pero, si los postreros con trabajar una hora con fervor merecieron tal recompensa, ¿qué hubieran merecido si hubiesen trabajado con fervor todo el día? Y si en el cielo pudiesen los santos tener pena, ¿cuán grande la tendrían de no haber sido más fervorosos durante su vida? ¡Oh alma mía! Pues estás en tiempo de trabajar, trabaja ahora como quisieras haber trabajado el día en que se te haya de dar el galardón; date prisa, que el tiempo es breve y el premio grande, y cualquier grado de gloria que se merece es eterno, y no es justo perder por tibieza la grandeza que durará por toda la eternidad. ¿Cómo trabajas en la viña que te ha confiado el Señor? ¿Eres de los tibios que sienten el peso del día y del calor, ó de los fervorosos á los cuales todo se les hace suave?

Punto 3.° *Quejas de los primeros obreros porque no les daban más que á los postreros.*—Considera cómo, creyendo los primeros obreros que iban á recibir mayor jornal que los postreros, y viendo que sólo les daban el denario prometido, comenzaron á murmurar del Padre de familias, el cual les reprendió con aspereza. En lo cual has de ponderar primeramente el intento de Jesús al hablar de este modo. Fué como decir: Son tan grandes los premios y favores que concede Dios aun á los mismos pecadores convertidos y que con fervor han trabajado poco tiempo, que si los otros bienaventurados que no tuvieron tanto fervor miraran las cosas como se miran en la tierra, se quejaran y murmuraran y tuvieran envidia de lo que Dios hace con aquéllos. Pondera aquí también las propiedades de los que sirven muchos años á Dios con tibieza, opuestas á los que le sirven menos, pero con fervor. Aquéllos presumen de sus obras y servicios por su antigüedad, y así piensan que han de recibir gran premio; éstos, ni presumen de sí, ni se tienen por dignos de premio. Aquéllos llevan el peso del día y del calor, porque la tibieza es causa de que se sientan mucho los trabajos de la virtud, aunque sean pequeños; pero el fervor hace que no se sientan, aunque sean grandes: de modo que los tibios penan mucho y medran poco; los fervorosos penan poco y medran mucho. Aquéllos son jornaleros é interesables, buscando su interés, y así son quejicosos y murmuradores, quejándose hasta de Dios, pensando que favorece más á otros; éstos sirven á Dios sin interés, por sólo amor; y así están siempre contentos con lo que Dios les da, teniéndose por indignos de ello. Aquéllos son envidiosos y se carcomen por la merced que Dios hace á los fervorosos, quieren hundirlos y despreciarlos, notándolos de nuevos en la virtud, y de que vinieron tarde á trabajar en la Iglesia; éstos trabajan y callan, deseando que Dios haga bien á todos. ¡Oh Padre celestial!

Vos, que tanto favorecéis á los obreros fervorosos y diligentes en vuestro servicio, desterrad de mi corazón la tibieza y flojedad; ayudadme para que os sirva con fervor y para que me goce de que otros muchos os sirvan de esta manera; no permitáis que sea yo tan malo, que mi ojo sea envidioso porque Vos sois bueno. ¿Sientes tú, alma fiel, alguna envidia de los bienes que reciben tus hermanos? ¿Te dejas llevar de la tibieza en el divino servicio?

Epílogo y coloquios.—¡Qué providencia y cuidado tan paternal tiene Dios de llamar obreros para su viña! Es, en verdad, el Padre de familias que cuida de cada uno de sus hijos como si no tuviera otro en quien pensar. Desde el principio del uso de razón le llama á su servicio con toques interiores, ejemplos y otros medios; si no hace caso, vuelve á llamarle, y así repite sus avisos hasta la hora de la muerte. ¡Bendita sea la caridad y ternura de tan buen Padre! De todos los medios se vale para obligar á los hombres á seguir su llamamiento: promesas, amenazas, reprensiones, ofrecimientos. Y cuando uno es dócil, ya tiene la seguridad indudable de que recibirá á su tiempo el galardón. Llegado el fin de la vida, Jesucristo le dará el premio, el cual será proporcionado al fervor, actividad y celo santo con que haya trabajado, más bien que al tiempo que haya durado su trabajo. ¡Dichoso aquel que sea fervoroso! Mas, ¡ay del que haya pasado la vida en la tibieza y flojedad! Entonces palpará las tristes consecuencias de su torpe proceder. El pobre tibio presume de sus obras, pensando que la sola multiplicación de los días acrecienta los méritos, siente todo el peso de su trabajo, sólo busca su interés, y así nunca está contento, y en el fin de la vida, al ver cuán diversa es la paga que él recibe de la que dan á los fervorosos, se vería mortificado de la envidia, si la luz del cielo no le descubriese la justicia con que Dios ha obrado con él. ¡Cuánto importa ser fervoroso! ¿Hemos oído el llamamiento divino? ¿Hemos seguido la vocación del Señor? Y ahora, ¿qué hacemos en su divino servicio? ¿Buscamos en él puramente la gloria de Dios, ó pretendemos nuestro interés? ¿Puede estar contento de nosotros el Padre de familias? Pensémoslo con atención, y alentémonos á reformar nuestra vida, haciendo para ello propósitos muy firmes; oremos con fervor para ponerlos en práctica, sin olvidar las demás necesidades.

128.—PARÁBOLA DE LA VIÑA DADA EN ARRIENDO.

PRELUDIO 1.º Habiendo un Padre de familias plantado una viña y puesto en ella renteros, cuando quiso cobrar las rentas, éstos asesinaron á sus enviados, y aun á su propio hijo; por lo cual fueron desposeídos de la viña y castigados.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús proponiendo esta expresiva parábola.

PRELUDIO 3.º Pide al Señor que te libre del vicio de la ingratitud.

Punto 1.º *Cuidado que Dios tiene de la viña de su Iglesia.*—Había un Padre de familias que plantó una viña [1], púsola cerca, hizo en ella un lagar y edificó una torre, y entregándola á unos renteros, se marchó á lejanas tierras. En estas palabras descubre el Salvador la soberana providencia que Dios nuestro Señor, Padre de familias, tiene de su Iglesia, la cual resplandece en tres cosas, figuradas por la cerca, torre y lagar. Cerca es la protección de los ángeles [2], que la rodean y defienden de los demonios, y detienen las fieras de los perseguidores para que no la huellen; y guardan con tanto cuidado á cada uno, como si él sólo fuera la viña que tienen bajo su custodia; pero muy más fuerte cerca es la protección de Dios, que está alrededor de su pueblo, amparándole con el socorro de sus inspiraciones, y le tiene cercado con preceptos, fortificado con promesas espléndidas para quien los guardare, y con amenazas terribles al que los quebrante. Lagar es la muchedumbre de Sacramentos y sacrificios [3], en que se recoge la sangre de Jesucristo, pisada y estrujada con la viga de la cruz, en cuya virtud se comunica el perdón de los pecados y el vino de la caridad. Torre es la providencia especial de nuestro gran Dios [4], que previene las cosas que están por venir para bien de su Iglesia y de cada una de las almas; además, es el templo y casa de oración donde invocamos el nombre de nuestro Señor, que es torre fortísima para nuestra defensa; y también la multitud de prelados y maestros, que, como atalayas, guardan la viña, para que ni las fieras la destrocen ni las raposas la destruyan. ¡Oh cuán generoso y próvido ha sido el Señor para con su viña! Mira luego cómo la ha entregado á los labradores y renteros, que son los hombres, no por venta, sino por arrendamiento, porque Él se queda con el dominio, encargándonos que la labremos y cultivemos, con la obligación de darle cuentas, cuando las pida, de la parte de la viña que cada uno ha de cultivar, que es la propia alma. Luego se marcha lejos, dando á entender que nos deja en completa libertad, sin hacernos fuerza, como si no nos viese, aunque realmente lo ve todo y está en todo lugar. ¡Oh Padre de familias soberano! Gracias os doy

[1] Matth., XXI, 33. — [2] Psalm. XXXIII, 8; XC, 11. — [3] Isai., V, 2. — [4] Prov., XVIII, 10.

por los bienes que hacéis á esta viña que plantasteis con vuestra mano; y pues me habéis puesto en ella y me pedís renta, no para vuestro provecho, sino para el mío, tomadme debajo vuestra protección y amparo; concededme que lleve abundantes frutos, no para mi gloria, sino para la vuestra. ¡Oh alma mía! No olvides nunca que tú eres viña de Dios, y que, por tanto, debes aprovecharte de las defensas que te ha concedido, y darle copiosos frutos de buenas obras.

Punto 2.º *Ingratitud de los renteros para con su amo.*—Considera aquí la ingratitud de los renteros á cuyo cuidado había puesto el Señor la viña. Llegado el tiempo de los frutos, envióles repetidas veces muchos criados para recogerlos; pero ellos los maltrataron y mataron; luego les envió á su propio hijo, confiando que le tendrían respeto; mas ellos, sumamente ingratos, sacándole de la viña, le quitaron también la vida. Pondera aquí atentamente la caridad de Dios nuestro Señor para con los hombres; porque en todo tiempo tuvo cuidado de enviar patriarcas, profetas y predicadores que los exhortasen á trabajar en bien de la viña de su alma; y aunque ellos fueron tan rebeldes y descomedidos, que maltrataron y mataron á estos profetas y predicadores, Él, por su infinita bondad, en lugar de abrasar á estos homicidas, les dió á su Hijo unigénito, hecho hombre, para que viniese en persona á predicarles y exhortarles á lo mismo; pero creció tanto la maldad de los renteros de aquel tiempo, que se atrevieron á querer matar á este Hijo unigénito, y echarle de la viña, que era suya, entregándole á los gentiles; de los cuales, como manso corderò, se dejó prender, azotar y crucificar fuera de la ciudad de Jerusalén, y con su sangre preciosa quiso regar la viña, para que llevase fruto con abundancia. ¡Oh bondad extremada del Padre, que tal cuidado tiene de una viña tan ingrata, y tal misericordia usa con renteros tan descorteses y atrevidos! Pero mírate á ti mismo, y te verás dibujado en la persona de estos malvados renteros. Porque innumerables veces se ha dignado el Señor avisarte que cuides de la viña de tu alma por medio de los predicadores y maestros de espíritu, y por criados invisibles, que son las inspiraciones; pero tú fuiste tan malo, que muchas veces los maltrataste, y ahogaste el espíritu [1] que te incitaba á lo bueno, y pisaste el dictamen de la conciencia que te reprendía lo malo, y aun llegaste á crucificar dentro de ti al Hijo de Dios [2], echándole fuera de tu corazón para dar entrada al pecado. ¡Oh dureza rebelde! ¡Oh rebeldía ingrata! ¡Oh ingratitud abominable de mi corazón! ¿Por qué no te ablandas con los favores inmensos que recibes, para servir como debes al Señor que te los da? Ayudadme, Salvador mío, con vuestra gracia para que desde luego comience nueva vida, abominando la ingratitud

[1] Thes., v, 19. — [2] Hebr., vi, 6.

y crueldad de estos colonos, y temiendo los castigos que por imitarles he merecido.

Punto 3.º *Castigo de los malos renteros.*—Considera cómo, habiendo propuesto esta parábola, preguntó el Salvador á los judíos que le escuchaban, qué debía hacer el Señor de la viña con tan criminales é injustos renteros. Ellos le contestaron que debía castigarlos terriblemente, y entregar la viña á otros que fuesen fieles en pagar á sus tiempos. Á lo que respondió Jesús [1]: «Así será, que os será quitado el reino de Dios, y se dará á la gentilidad, que producirá frutos con él». Reflexiona aquí cuán justo es Dios en sus juicios, pues sus mismos enemigos pronuncian contra sí la sentencia que Él había de pronunciar; y cuán abominable es la maldad del hombre contra Dios, pues el mismo que la hace, puesto en tercera persona, la reprueba y condena, pronunciando contra sí la misma sentencia que Dios había de pronunciar contra él, para castigarle como merece. Pondera luego el terrible pero justísimo castigo con que Jesús amenazó á los fariseos y judíos, diciendo que les quitaría el reino de Dios, que es lo mismo que la viña con su cerca, lagar y torre, y como los amenazó, así lo hizo, desamparándolos por su pertinacia para que fuesen destruidos. Quitóles el derecho que tenían á los Sacramentos y sacrificios, á los libros sagrados y á las leyes del reino del Mesías, traspasando todo esto á la gentilidad, de la cual recogió su Iglesia. Por lo cual tú debes escarmentar en cabeza ajena, y esforzarte en dar buena cuenta de la viña que te ha encomendado, teniendo con firmeza lo que has recibido, porque Dios sabe todavía traspasar la fe de un reino á otro y las dignidades [2] de una persona á otra; y si tú faltas en la fe ó religión que has profesado, llamará á otros innumerables que la guarden y lleven el fruto de ella. ¡Oh Padre misericordiosísimo y Juez muy justo! Templad vuestra justa ira con vuestra gran misericordia; y si con tales parábolas como ésta nos queréis convencer, no sea para condenarnos como á los fariseos, sino para que, conociendo nuestras culpas como David [3], hagamos penitencia de ellas. ¿Reconocemos nosotros la justicia de Dios en sus castigos? ¿No tememos que nos prive de sus beneficios y gracias, si de ellas abusamos?

Epílogo y coloquios.—¡Qué providencia tan paternal y amorosa tiene el Señor de la viña de su Iglesia y de la de cada alma! Después de haberla plantado á costa de su sangre y vida, la cerca con la protección y presencia de los ángeles y la suya propia; construye un lagar, que es el depósito de su divina gracia, que se halla en los santos Sacramentos, singularmente en la sagrada Eucaristía; edifica una torre fortísima, porque Él por sí mismo y por medio de sus ministros la están vigilando, cui-

[1] Matth., xxi, 43. — [2] Job., xxxiv, 24. — [3] II Reg., xii, 13.

dando y defendiendo; y, por fin, la entrega á los hombres para que con su cultivo esmerado dé abundantes y sazonados frutos. Pero ¡oh ingratitud enorme é increíble del hombre! Cuando el Señor manda á sus criados que reciban los frutos, son maltratados y asesinados por los renteros de la viña; y si se resuelve á enviar á su propio Hijo, se enfurecen contra Él, y arrojándole de su propia viña, le asesinan vilmente. Así procedieron los judíos en la ley antigua, los cuales, después de haber perseguido á casi todos los profetas del Señor, viniendo su Hijo, lo arrojaron de su ciudad, poniéndole en poder de los gentiles: así has obrado tú muchas veces, ahogando dentro de ti las divinas inspiraciones, y crucificando en tu corazón al mismo Hijo de Dios vivo con la culpa. ¿No te remuerde la conciencia de haberte portado de un modo tan ingrato? ¿No te hallas dibujado en esta parábola? Pues ¿qué debes hacer para apartar de ti los castigos que mereces y con que el Señor te amenaza? Con la humildad, arrepentimiento y mudanza de vida, atraerás las misericordias y perdón de tu Dios. Mira, pues, lo que debes resolver y proponer; obra como si hoy mismo hubieras de dar á Dios la cuenta; ruega con gran espíritu y fervor, pidiendo por ti y por todas las cosas que te han encargado.

129.—PARÁBOLA DE LOS CONVIDADOS Á LA BODA.

PRELUDIO 1.º Un Rey celebró las bodas de su hijo, y habiendo convidado á muchos, se excusaron de asistir por varios pretextos.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide grande docilidad y obediencia al llamamiento del Señor.

Punto 1.º *Qué representan las bodas para las que Dios convida gente.*—Un Rey celebró las bodas de su hijo, y mandó á sus criados á que llamaran á los convidados. Acerca de esto has de considerar cómo el Padre eterno, Rey de cielos y tierra, por sola su bondad y misericordia, quiso que su Hijo Unigénito se desposase con la naturaleza humana, uniéndola consigo en unidad de persona, dotándola con tantas joyas de gracia y virtudes, cuantas convenían á esposa de un Hijo que era en todo igual á su Padre. De modo que no quiso que se uniese con la naturaleza angélica, que era más noble y más perfecta, y dispuso que se desposara con la humana, tan vil y fea como era después del pecado. Pero pasó más adelante la bondad de este celestial Padre, porque también quiso que su Hijo, Dios y hombre verdadero, se desposase y celebrase las bodas con la Iglesia, que es la congregación de los fieles, juntando consigo las almas justas con unión de caridad, y adornándolas con virtudes cuales convienen á esposas de tan soberano Rey. ¡Qué dicha tan grande para tu alma el poder aspirar á la dignidad de esposa de Jesús! ¡Cuánto conviene para esto que te laves con la penitencia, te unjas con la devoción y te adornes con virtudes celestiales, para que seas recibida por esposa de este Esposo celestial[1]! Mas no para aquí la bondad de nuestro Dios; porque si esta merced la ofreciera solamente á pocas almas, y esas de personas muy nobles ó muy letradas, ó de grandes prendas, fuera sin duda grande beneficio; pero muy mayor es que llama á muchos[2] para que tengan parte en estas bodas, sin excluir á ningún hombre, aunque sea vil, idiota ó grande pecador, y aunque le haya quebrantado muchas veces la lealtad de este divino desposorio. ¡Oh piélago inmenso de la caridad de Dios! ¿Qué hay en el hombre para que así le magnifiquéis, y por qué ponéis en él vuestro corazón[3]? ¿No sabéis que le es casi connatural la ingratitud con Vos? Agradece el favor más insignificante de un amigo, y no agradece los que Vos le hacéis, aunque infinitos. ¿Cómo no salgo de mí, considerando este abismo de la caridad divina? ¡Oh alma! Anímate á aceptar este divino desposorio que te ofrecen, pues con él te trocarás de fea en hermosa, de vil en noble, de pobre en rica, y de terrena en celestial. ¿Cómo debes disponerte para él?

Punto 2.º *En qué consiste el convite de estas bodas, y quiénes son á él convidados.*—Considera cómo, para solemnizar estas bodas, así el Rey del cielo como su Hijo Jesucristo, hacen un convite y cena espléndida, en la cual se sirven tres suertes de platos ó manjares preciosísimos. El primero, es de doctrina celestial y divina, para sustento del entendimiento ilustrado con la fe, el cual come este manjar cuando oye la palabra de Dios, ó la lee en los libros sagrados y devotos, ó cuando á sus solas la medita, comunicándole Dios luz y gusto grande en ella. El segundo, es de preceptos y consejos admirables y de grande perfección, para sustento de la voluntad deseosa de su salvación, la cual come este manjar cuando cumple la voluntad de Dios en todas las cosas que manda y en las que aconseja, infundiéndola grande alegría en esta amorosa obediencia. El tercero, es de Sacramentos llenos de gran virtud, para comunicar la gracia y las virtudes y dones celestiales, que vivifican, sustentan y perfeccionan las almas; entre los cuales el más principal es el Santísimo Sacramento del Altar, en donde el mismo Esposo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, da real y verdaderamente por manjar su cuerpo en especies de pan, y por bebida su sangre, cubierta con especies de vino, para regalo y sustento de las almas que le reciben, y para unirlas consigo como esposas, con unión de amor perfecto. Á la participación de estos tres manjares son convidados todos los hombres del mundo, ya por medio de los predicadores, que son como los criados del Rey soberano;

[1] Ose., II, 19; II Cor., IX, 2.— [2] Luc., XIV, 16.— [3] Job., VII, 17.

dando y defendiendo; y, por fin, la entrega á los hombres para que con su cultivo esmerado dé abundantes y sazonados frutos. Pero ¡oh ingratitud enorme é increíble del hombre! Cuando el Señor manda á sus criados que reciban los frutos, son maltratados y asesinados por los renteros de la viña; y si se resuelve á enviar á su propio Hijo, se enfurecen contra Él, y arrojándole de su propia viña, le asesinan vilmente. Así procedieron los judíos en la ley antigua, los cuales, después de haber perseguido á casi todos los profetas del Señor, viniendo su Hijo, lo arrojaron de su ciudad, poniéndole en poder de los gentiles: así has obrado tú muchas veces, ahogando dentro de ti las divinas inspiraciones, y crucificando en tu corazón al mismo Hijo de Dios vivo con la culpa. ¿No te remuerde la conciencia de haberte portado de un modo tan ingrato? ¿No te hallas dibujado en esta parábola? Pues ¿qué debes hacer para apartar de ti los castigos que mereces y con que el Señor te amenaza? Con la humildad, arrepentimiento y mudanza de vida, atraerás las misericordias y perdón de tu Dios. Mira, pues, lo que debes resolver y proponer; obra como si hoy mismo hubieras de dar á Dios la cuenta; ruega con gran espíritu y fervor, pidiendo por ti y por todas las cosas que te han encargado.

129.—PARÁBOLA DE LOS CONVIDADOS Á LA BODA.

PRELUDIO 1.º Un Rey celebró las bodas de su hijo, y habiendo convidado á muchos, se excusaron de asistir por varios pretextos.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide grande docilidad y obediencia al llamamiento del Señor.

Punto 1.º *Qué representan las bodas para las que Dios convida gente.*—Un Rey celebró las bodas de su hijo, y mandó á sus criados á que llamaran á los convidados. Acerca de esto has de considerar cómo el Padre eterno, Rey de cielos y tierra, por sola su bondad y misericordia, quiso que su Hijo Unigénito se desposase con la naturaleza humana, uniéndola consigo en unidad de persona, dotándola con tantas joyas de gracia y virtudes, cuantas convenían á esposa de un Hijo que era en todo igual á su Padre. De modo que no quiso que se uniese con la naturaleza angélica, que era más noble y más perfecta, y dispuso que se desposara con la humana, tan vil y fea como era después del pecado. Pero pasó más adelante la bondad de este celestial Padre, porque también quiso que su Hijo, Dios y hombre verdadero, se desposase y celebrase las bodas con la Iglesia, que es la congregación de los fieles, juntando consigo las almas justas con unión de caridad, y adornándolas con virtudes cuales convienen á esposas de tan soberano Rey. ¡Qué dicha tan grande para tu alma el poder aspirar á la dignidad de esposa de Jesús! ¡Cuánto conviene para esto que te laves con la penitencia, te unjas con la devoción y te adornes con virtudes celestiales, para que seas recibida por esposa de este Esposo celestial[1]! Mas no para aquí la bondad de nuestro Dios; porque si esta merced la ofreciera solamente á pocas almas, y esas de personas muy nobles ó muy letradas, ó de grandes prendas, fuera sin duda grande beneficio; pero muy mayor es que llama á muchos[2] para que tengan parte en estas bodas, sin excluir á ningún hombre, aunque sea vil, idiota ó grande pecador, y aunque le haya quebrantado muchas veces la lealtad de este divino desposorio. ¡Oh piélago inmenso de la caridad de Dios! ¿Qué hay en el hombre para que así le magnifiquéis, y por qué ponéis en él vuestro corazón[3]? ¿No sabéis que le es casi connatural la ingratitud con Vos? Agradece el favor más insignificante de un amigo, y no agradece los que Vos le hacéis, aunque infinitos. ¿Cómo no salgo de mí, considerando este abismo de la caridad divina? ¡Oh alma! Anímate á aceptar este divino desposorio que te ofrecen, pues con él te trocarás de fea en hermosa, de vil en noble, de pobre en rica, y de terrena en celestial. ¿Cómo debes disponerte para él?

Punto 2.º *En qué consiste el convite de estas bodas, y quiénes son á él convidados.*—Considera cómo, para solemnizar estas bodas, así el Rey del cielo como su Hijo Jesucristo, hacen un convite y cena espléndida, en la cual se sirven tres suertes de platos ó manjares preciosísimos. El primero, es de doctrina celestial y divina, para sustento del entendimiento ilustrado con la fe, el cual come este manjar cuando oye la palabra de Dios, ó la lee en los libros sagrados y devotos, ó cuando á sus solas la medita, comunicándole Dios luz y gusto grande en ella. El segundo, es de preceptos y consejos admirables y de grande perfección, para sustento de la voluntad deseosa de su salvación, la cual come este manjar cuando cumple la voluntad de Dios en todas las cosas que manda y en las que aconseja, infundiéndola grande alegría en esta amorosa obediencia. El tercero, es de Sacramentos llenos de gran virtud, para comunicar la gracia y las virtudes y dones celestiales, que vivifican, sustentan y perfeccionan las almas; entre los cuales el más principal es el Santísimo Sacramento del Altar, en donde el mismo Esposo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, da real y verdaderamente por manjar su cuerpo en especies de pan, y por bebida su sangre, cubierta con especies de vino, para regalo y sustento de las almas que le reciben, y para unirlas consigo como esposas, con unión de amor perfecto. Á la participación de estos tres manjares son convidados todos los hombres del mundo, ya por medio de los predicadores, que son como los criados del Rey soberano;

[1] Ose., II, 19; II Cor., IX, 2.— [2] Luc., XIV, 16. — [3] Job., VII, 17.

ya por medio de secretas inspiraciones con que el Señor los mueve interiormente á que asistan al convite. ¡Oh convite soberano! ¡Oh cena grande, y sobre todas las que ha habido y habrá por extremo excelentísima! ¡Oh bienaventurados los que son llamados á esta cena del Cordero [1]! En ella el Cordero divino, que quita los pecados del mundo, es el que convida y el convite, el que da de comer y el que es comido, purificando con esta comida al que le come y llenándole de deleites del cielo. Mira bien, ¡oh alma fiel!, á qué eres convidada, y procura buena disposición. ¿Alimentas tu entendimiento y voluntad con los regalados manjares que te da Jesús? ¿Consideras y meditas su doctrina y practicas sus consejos?

Punto 3.º *Los convidados se excusan de asistir.*—Considera cómo varios de los convidados se excusaron, pretextando diversos motivos, que son los que indica san Juan [2] que impiden el servicio de Dios; conviene á saber: la soberbia de la vida, codicia de los ojos y concupiscencia de la carne. El primero que se excusó, dijo: «He comprado una heredad, y tengo necesidad de salir á verla; ruégote me tengas por excusado». Donde se denota que la soberbia de la vida, la curiosidad de la vista y de los sentidos, y la solicitud de mirar y atender á las cosas propias, nos impide responder al divino llamamiento. El segundo dijo: «Compré cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlos; ruégote me tengas por excusado». Por lo cual se entiende que la codicia de bienes temporales, de granjerías demasiadas, y la muchedumbre de ocupaciones poco necesarias, impide lo mismo. El tercero dijo: «Heme casado, y por esto no puedo ir». No dice, tenme por excusado, para significar que el deleite del matrimonio le tenía embriagado y enajenado de sí; y el hombre aficionado á los gustos sensuales, aunque lícitos, pero tomados con ilícita demasía, llega á perder, no sólo la afición á las cosas espirituales, sino hasta se olvida de las reglas de la educación cristiana y social. Y si esto hacen los lícitos, ¿qué harán los ilícitos y prohibidos por la ley de Dios? Pondera, finalmente, cómo otros hombres, con mayor desvergüenza, no sólo no quisieron ir al convite, sino que mataron á los criados que les invitaban; en los cuales se representan aquellos ingratos pecadores que aborrecen y persiguen á los predicadores y confesores, y á los que reprenden sus vicios y les aconsejan lo que les conviene, y con el cuchillo de la lengua les quitan la honra, fama, y cuanto es de su parte, la vida de cuerpo y alma. ¡Oh Rey eterno! Ablandad la dureza de los rebeldes, judíos, herejes é infieles que resisten á vuestras inspiraciones y matan á vuestros ministros, que les llaman á vuestras bodas y convite; templad, Señor, vuestra ira y tened de ellos misericordia. ¿Hemos oído nosotros el llamamiento divino en nuestro corazón? ¿Nos hemos excusado por seguir nuestros gustos?

[1] Apoc., XIX, 9. — [2] I Joan., II, 16.

Epílogo y coloquios.—¡Oh bondad infinita del Padre celestial! Deseoso de salvar á los hombres, y usando con ellos de una misericordia que no había usado con los ángeles, resuelve que su Hijo Divino, la segunda persona de la Santísima Trinidad, se una en divino desposorio con la naturaleza humana, formando con ella una sola persona, que á la vez es Dios y hombre; pero, no quedando satisfecha con esto la divina caridad, quiere que este Hombre Dios se una con toda la Iglesia, y aun con cada una de las almas que la componen, desposándose amorosamente con ellas. ¡También nosotros somos llamados á esta celestial unión! ¡También nosotros podemos aspirar á la participación del divino banquete con que el Señor solemniza estas bodas celestiales! ¡Qué manjares tan preciosos se sirven en él! ¡Qué alimentos tan nutritivos y deliciosos! Doctrina celestial y divina, preceptos y consejos santísimos, Sacramentos y sacrificios regalados y eficaces para sustentar el alma. ¿Pueden darse platos más exquisitos? Mas, ¡quién lo creyera! Aunque Dios nuestro Señor convida á todos los hombres para que vengan á tomar parte en este banquete espiritual, muchos se excusan, y, esclavos de sus aficiones sensuales, sólo piensan en sus entretenimientos mundanos. Bien ha dicho el Apóstol [1], que el hombre animal no conoce las cosas que son del espíritu de Dios. Y nosotros, ¿hemos sido llamados á este convite á alimentar nuestro entendimiento con la doctrina divina, nuestra voluntad con los consejos y preceptos de Jesús? ¿Hemos resistido á este llamamiento? ¡Oh inconsecuencia del hombre? Si él llama á sus subordinados, exige con rigor la más absoluta sumisión, y, entretanto, él no quiere someterse al Señor cuando le llama. ¡Cuántas veces le hemos resistido! Propongamos nosotros con eficacia la enmienda; y para lograrla, roguemos fervientemente, no sólo para nosotros, sino también para todos los demás.

130.—NUEVOS CONVIDADOS Á LA BODA.

PRELUDIO 1.º Viendo el Rey que los convidados habían rehusado asistir á su convite, mandó á sus criados que llamaven á toda clase de personas, y habiendo entrado uno sin vestido de boda, fué reprendido y castigado severamente.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conservar siempre el vestido nupcial de la gracia.

Punto 1.º *Manda el amo que sean llamados todos los hombres al convite.*—Considera cómo viendo el Rey que el convite estaba aparejado y los llamados habían rehusado asistir, mandó

[1] I Cor., II, 14.

á sus criados que fuesen por las calles, plazas y encrucijadas, y que llamasen á cuantos topasen, hasta que se hinchese la mesa de convidados [1]. Acerca de lo cual has de ponderar la inmensa generosidad y caridad de Dios, que no se cansa del linaje de los hombres, porque muchos desprecien sus convites y favores, aunque sean los más principales del mundo, y los más letrados y aventajados, los cuales de razón habían de ser más comedidos; antes, viendo que éstos por su culpa son indignos de estos beneficios, quiere que con eficacia sean llamados los viles y despreciados, y la gente que no tiene en el mundo cosas que les traen el corazón. Y admite á los buenos y á los malos; esto es, á los que tienen bueno ó mal natural, buenas ó malas inclinaciones, para que todos se hagan buenos y santos, gozando de su convite, aunque algunos después hayan de ser malos. Y lo que más admira, es que en especial manda llamar á los pobres y tullidos, ciegos y cojos; y que si estos no bastan, llamen á cuantos topen, y que los compelan á entrar, no con fuerza de brazos, sino con fuerza de milagros y razones, y con la fuerza que hace la buena y santa vida del predicador. De este modo la mesa y casa de Dios se hinche de los llamados; porque nunca le faltan medios para llenar sus trazas y para cumplir el número de sus escogidos; porque si unos le resisten, sabe, puede y quiere llamar á otros, de modo que no le resistan, y así no temas que la casa de Dios esté despoblada, si Él quiere poblarla; ni las casas de la religión tendrán falta de gente llamada para ellas, pues Dios es el que las fundó y el que ha de llamar quien entre en ellas. ¡Oh Padre de misericordia! Pues que á nadie queréis forzar contra su voluntad á que os sirva y siga vuestro llamamiento, forzadme con tal fuerza interior, que trueque mi voluntad rebelde, y la haga rendida con mucho gusto á la vuestra; llenad vuestra casa de convidados, que, aprovechándose de los preciosos manjares que les dais, crezcan en virtud y santidad y os tributen grande gloria. ¡Oh alma! Mira tu vocación y consérvala con cuidado, para que otro no arrebate tu corona. ¿Qué has de resolver y practicar para esto?

Punto 2.º *Un convidado entró en el festín sin el vestido de boda, y fué ásperamente reprendido.*—Considera cómo, entrando el Rey á ver á los que estaban en el convite, entre ellos vió á un hombre que no estaba con vestidura de boda, y díjole [2]: «Amigo, ¿cómo entraste aquí sin ropa de boda?» Y él enmudeció. Pondera acerca de esto que no basta consentir con el divino llamamiento, y venir á su convite y cena con sola la virtud de la fe, sino que es necesario venir con vestidura de boda, que es la caridad y pureza de vida, la cual hace al hombre digno de estar en este convite, de modo que agrade á Dios, que le convidó. ¡Ay

[1] Matth., XXII, 10. — [2] Matth., XXII, 11.

de ti, si sin tal requisito te acercas á la Mesa sagrada! Pondera cómo el Rey del cielo, al fin del mundo, ó al fin de la vida de cada uno, ha de venir á ver á todos los convidados, y á juzgar sus obras y vidas, mirando si hay entre ellos alguno que no haya asistido con la dignidad y decencia que convenía, para castigarle severamente, como castigó á los que no quisieron venir al convite. Y de este juicio ninguno se puede escapar, y esta es la causa por qué, siendo muchos los malos que se condenan, dice el Señor que vió solamente á uno sin ropa de bodas; para que entiendas que, aunque entre todos los cristianos del mundo no hubiese más que un solo malo que comulgase mal, ó no guardase la ley de Dios, ese no se podría esconder, porque los ojos de Dios le descubrirían y condenarían. Pondera, finalmente, la terribilidad de aquella reprensión del Rey, dada, no por odio de la persona, porque ya no le llamaría amigo, sino por celo de la justicia contra aquel que se presentó sin el vestido que debía. «¿Cómo entraste aquí?; esto es, ¿quién te dió atrevimiento para entrar con vestidura tan sucia y asquerosa?» ¡Qué confusión tan grande padecerá el desventurado pecador cuando se vea reprender de Cristo en presencia de los ángeles, y quede tan convencido, que enmudezca, no teniendo qué responder! Y ¿no temes tú, alma mía, esta reprensión? ¿Te has presentado alguna vez al convite divino sin el vestido nupcial de la gracia? ¿Cómo te hallas actualmente? ¡Oh buen Jesús! Reprendedme en esta vida con misericordia, de modo que yo calle con humildad, y acepte vuestra corrección para mi enmienda y alcance la vida eterna.

Punto 3.º *Castigo de aquel desgraciado que se presentó sin el vestido nupcial.*—Considera cómo el Rey, airado contra aquel hombre que se había presentado á su convite sin la ropa de boda, dijo á sus criados [1]: «Atadle de pies y manos, y echadle á las tinieblas exteriores, en donde habrá llanto y crujir de dientes». ¡Qué sentencia tan terrible, y qué penas tan dolorosas abraza! Y esta es la sentencia que se da al pecador, y en ella se le imponen cuatro penas; á saber: La primera es cárcel perpetua, sin poder salir jamás de ella. Esto denota atarle de pies y manos, de modo que no pueda desatarse, en castigo de la soltura con que vivió en esta vida. La segunda es obstinación en el mal, sin quedarle libertad para obras buenas significadas por las manos, y para buenos afectos significados por los pies, en castigo de que él se ató en esta vida los pies y las manos con las cadenas de sus pasiones y aficiones desordenadas. La tercera es tinieblas extremas y terribles, así del alma por la privación de la vista de Dios, y obscuridad del juicio, tupido con su miseria, como tinieblas exteriores del lugar infernal, porque el fuego abrasa y no da luz. La cuarta es llanto y crujir de dientes per-

[1] Matth., XXII, 13.

petuo, porque llorará acordándose del convite en donde estuvo, y del aparejo que tuvo para salvarse, y de que por su descuido no se aprovechó de la buena ocasión, y llorará por la miseria que ahora padece, y el llanto será con crujimiento de dientes, por la rabia é impaciencia que tendrá en los tormentos, viéndose sin esperanza de salir de ellos. Todo esto mandará el Rey á los ministros ejecutores de su justicia, que son los demonios; los cuales, arrebatando al miserable convidado, le arrancarán de la casa del convite, que es la Iglesia, y le arrojarán en la cárcel del infierno, que es su morada. ¡Oh Rey eterno y Juez justísimo! Vuestros juicios son rectos, aunque terribles con los malos; yo me presento ante Vuestra Majestad, atado de pies y manos, no con cadenas de obstinación, sino con cadenas de obediencia, aparejado para no resistir á cuanto me mandareis. Confirmad, Señor, esta voluntad con las ataduras de la caridad, para que, siendo constante en amaros y obedeceros, llegue á veros y gozaros para siempre. ¿No tememos los rigores de la justicia divina? ¿Los hemos merecido en algún tiempo? ¿Qué nos dice actualmente nuestro corazón?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán invencible es la paciencia de Dios! Vese menospreciado por muchos que desechan sus ofrecimientos; pero no se cansa, é insiste en llamar; si los ricos no son dóciles, llama á los pobres; si los sabios se hacen sordos á su voz, se dirige á los ignorantes; al fin logra que se llene su casa. Su palabra no cae en vano sobre la tierra; sus trazas se han de cumplir exactamente. ¡Quién no confiará en un Señor tan poderoso, que hace cuanto quiere en el cielo y en la tierra, y tan benigno, que, sin acepción de personas, admite á su mesa hasta los cojos, tullidos y gente más despreciada? Mas ¡ay de aquel que no se presente con el adorno de la gracia! Cuando el Señor visite en la muerte á los llamados, no podrá esconderse entre la muchedumbre; mal que le pese, será encontrado; y aunque todos sean buenos, si él solo es malo, caerá en las manos de un Juez rectísimo y Rey omnipotente, el cual, después de haberle ásperamente reprendido y avergonzado á la faz de todo el mundo con sentidísimas frases, le entregará á sus ministros para que eternamente le atormenten. ¡Oh dolor! Será atado de pies y manos, privado de libertad en horrible cárcel, obstinado en el mal, envuelto en palpables tinieblas interiores y exteriores, y presa de horrible desesperación, que se traducirá en amargo llanto y crujimiento de dientes, vivirá muriendo por toda la eternidad. Y ¿no tememos tan espantoso desenlace? ¿Hemos merecido alguna vez este castigo? ¿Nos hemos presentado delante de Dios sin el vestido nupcial de la gracia? ¿Hemos osado acudir á su divino convite de un modo que no nos hubiéramos atrevido á presentar delante de un hombre? En este caso, ¡ay de nosotros!.... Pero no desesperemos; tratemos de desandar lo andado, haciendo para ello aquellos propósitos que nos convenga. Pidamos gracia para cumplirlos, y remedio para todas las necesidades.

131.—PARÁBOLA DE LAS DIEZ VÍRGENES.

PRELUDIO 1.° La Iglesia se representa en diez vírgenes, cinco prudentes y cinco necias; todas las cuales se durmieron ó dormitaron hasta que llegó el Esposo.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de ser prudente y vigilar para cuando el Señor te llame.

Punto 1.° *Á quiénes representan las diez vírgenes.*—Considera cómo las diez vírgenes de la parábola [1] representan á todos los hombres que pertenecen á la Iglesia de Jesucristo; y así como de estas diez vírgenes, cinco eran prudentes, porque tenían las lámparas encendidas y aceite para cebarlas, y otras cinco eran necias, porque tenían las lámparas, pero carecían de aceite; del propio modo, entre los que pertenecen á la Iglesia, aunque todos poseen la fe y las obras comunes de los cristianos, y todos están esperando la venida del Esposo, unos son prudentes y se aperciben con lo necesario para recibirle, y otros son necios, y proveyéndose de algunas cosas, dejan otras que son muy necesarias. Son necios aquellos que tienen lámparas, pero con muy poco aceite, ó del todo carecen de él; esto es, tienen fe, y no caridad; luz de verdades, y no el óleo de las virtudes; lámparas que lucen con obras exteriores, y no los afectos fervorosos de las obras interiores; tienen, á veces, devoción sensible que dura poco, pero carecen de la devoción substancial; tienen virginidad y entereza de cuerpo, y no la pureza y entereza del espíritu; tienen estado de perfección, y mucha imperfección con intenciones muy terrenas y groseras. ¡Qué necedad es esperar con tan mal aparejo á un Esposo que tiene ojos de lince y penetra lo más recóndito del corazón! Los prudentes, al contrario, como las vírgenes sabias, tienen lámparas llenas de aceite, y las vasijas bien provistas; porque tienen fe y caridad, luz de verdades y virtudes, obras exteriores é interiores, pureza del cuerpo y del espíritu, y, finalmente, todo lo bueno que ha de durar hasta la vida eterna. No se contentan con la fe que ha de cesar, ni con lo agradable á los hombres que acaba con la muerte, sino procuran la sabiduría del espíritu, la piedad y la caridad [2], que nunca desfallece, y la ropa de bodas que agrada al Esposo. ¡Oh prudencia y discreción digna de hombres cristianos, que obran lo que creen, y se aperciben de modo que puedan recibir lo que esperan! ¿La poseemos nosotros? ¿Somos prudentes ó necios? ¡Oh Dios de mi alma! Dadme esta prudencia y discreción, para que

[1] Matth., XXV, 1. — [2] I Tim., IV, 8; Ephes., I, 17.

petuo, porque llorará acordándose del convite en donde estuvo, y del aparejo que tuvo para salvarse, y de que por su descuido no se aprovechó de la buena ocasión, y llorará por la miseria que ahora padece, y el llanto será con crujimiento de dientes, por la rabia é impaciencia que tendrá en los tormentos, viéndose sin esperanza de salir de ellos. Todo esto mandará el Rey á los ministros ejecutores de su justicia, que son los demonios; los cuales, arrebatando al miserable convidado, le arrancarán de la casa del convite, que es la Iglesia, y le arrojarán en la cárcel del infierno, que es su morada. ¡Oh Rey eterno y Juez justísimo! Vuestros juicios son rectos, aunque terribles con los malos; yo me presento ante Vuestra Majestad, atado de pies y manos, no con cadenas de obstinación, sino con cadenas de obediencia, aparejado para no resistir á cuanto me mandareis. Confirmad, Señor, esta voluntad con las ataduras de la caridad, para que, siendo constante en amaros y obedeceros, llegue á veros y gozaros para siempre. ¿No tememos los rigores de la justicia divina? ¿Los hemos merecido en algún tiempo? ¿Qué nos dice actualmente nuestro corazón?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán invencible es la paciencia de Dios! Vese menospreciado por muchos que desechan sus ofrecimientos; pero no se cansa, é insiste en llamar; si los ricos no son dóciles, llama á los pobres; si los sabios se hacen sordos á su voz, se dirige á los ignorantes; al fin logra que se llene su casa. Su palabra no cae en vano sobre la tierra; sus trazas se han de cumplir exactamente. ¡Quién no confiará en un Señor tan poderoso, que hace cuanto quiere en el cielo y en la tierra, y tan benigno, que, sin acepción de personas, admite á su mesa hasta los cojos, tullidos y gente más despreciada? Mas ¡ay de aquel que no se presente con el adorno de la gracia! Cuando el Señor visite en la muerte á los llamados, no podrá esconderse entre la muchedumbre; mal que le pese, será encontrado; y aunque todos sean buenos, si él solo es malo, caerá en las manos de un Juez rectísimo y Rey omnipotente, el cual, después de haberle ásperamente reprendido y avergonzado á la faz de todo el mundo con sentidísimas frases, le entregará á sus ministros para que eternamente le atormenten. ¡Oh dolor! Será atado de pies y manos, privado de libertad en horrible cárcel, obstinado en el mal, envuelto en palpables tinieblas interiores y exteriores, y presa de horrible desesperación, que se traducirá en amargo llanto y crujimiento de dientes, vivirá muriendo por toda la eternidad. Y ¿no tememos tan espantoso desenlace? ¿Hemos merecido alguna vez este castigo? ¿Nos hemos presentado delante de Dios sin el vestido nupcial de la gracia? ¿Hemos osado acudir á su divino convite de un modo que no nos hubiéramos atrevido á presentar delante de un hombre? En este caso, ¡ay de nosotros!.... Pero no desesperemos; tratemos de desandar lo andado, haciendo para ello aquellos propósitos que nos convenga. Pidamos gracia para cumplirlos, y remedio para todas las necesidades.

131.—PARÁBOLA DE LAS DIEZ VÍRGENES.

PRELUDIO 1.° La Iglesia se representa en diez vírgenes, cinco prudentes y cinco necias; todas las cuales se durmieron ó dormitaron hasta que llegó el Esposo.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de ser prudente y vigilar para cuando el Señor te llame.

Punto 1.° *Á quiénes representan las diez vírgenes.*—Considera cómo las diez vírgenes de la parábola [1] representan á todos los hombres que pertenecen á la Iglesia de Jesucristo; y así como de estas diez vírgenes, cinco eran prudentes, porque tenían las lámparas encendidas y aceite para cebarlas, y otras cinco eran necias, porque tenían las lámparas, pero carecían de aceite; del propio modo, entre los que pertenecen á la Iglesia, aunque todos poseen la fe y las obras comunes de los cristianos, y todos están esperando la venida del Esposo, unos son prudentes y se aperciben con lo necesario para recibirle, y otros son necios, y proveyéndose de algunas cosas, dejan otras que son muy necesarias. Son necios aquellos que tienen lámparas, pero con muy poco aceite, ó del todo carecen de él; esto es, tienen fe, y no caridad; luz de verdades, y no el óleo de las virtudes; lámparas que lucen con obras exteriores, y no los afectos fervorosos de las obras interiores; tienen, á veces, devoción sensible que dura poco, pero carecen de la devoción substancial; tienen virginidad y entereza de cuerpo, y no la pureza y entereza del espíritu; tienen estado de perfección, y mucha imperfección con intenciones muy terrenas y groseras. ¡Qué necedad es esperar con tan mal aparejo á un Esposo que tiene ojos de lince y penetra lo más recóndito del corazón! Los prudentes, al contrario, como las vírgenes sabias, tienen lámparas llenas de aceite, y las vasijas bien provistas; porque tienen fe y caridad, luz de verdades y virtudes, obras exteriores é interiores, pureza del cuerpo y del espíritu, y, finalmente, todo lo bueno que ha de durar hasta la vida eterna. No se contentan con la fe que ha de cesar, ni con lo agradable á los hombres que acaba con la muerte, sino procuran la sabiduría del espíritu, la piedad y la caridad [2], que nunca desfallece, y la ropa de bodas que agrada al Esposo. ¡Oh prudencia y discreción digna de hombres cristianos, que obran lo que creen, y se aperciben de modo que puedan recibir lo que esperan! ¿La poseemos nosotros? ¿Somos prudentes ó necios? ¡Oh Dios de mi alma! Dadme esta prudencia y discreción, para que

[1] Matth., XXV, 1. — [2] I Tim., IV, 8; Ephes., I, 17.

de tal manera aperciba y aderece la lámpara de mi corazón con luz de verdades y óleo de heroicas virtudes, que tenga todo lo necesario y bastante para esperar vuestra venida y parecer sin vergüenza en vuestra presencia.

Punto 2.º *Sueño de las vírgenes antes de la venida del Esposo.*—En este punto has de considerar cómo, tardando el Esposo, todas las diez vírgenes dormitaron y durmieron; porque las unas se entregaron á un sueño profundo, completamente descuidadas de la venida del Esposo que estaban esperando; y las otras, vencidas del cansancio y tibieza, se permitieron un sueño más ligero y corto, que se llama dormitar. Pondera aquí cómo la venida del Esposo tarda al parecer de todos los hombres, porque todos piensan que su vida será larga, y que hay mucho de aquí á la muerte y al juicio que en ella se hace: de donde procede que los buenos dormiten el sueño de la pereza, dando cabezadas de pecados veniales, y los malos duerman con el sueño del pecado mortal, como si nunca hubiese de venir el Juez soberano. Mas reflexiona también cómo todas las diez vírgenes dormitaron y durmieron, porque todos los hombres vienen á caer en enfermedad, ó vejez, ó flaqueza, ó en otra alguna causa, que dispone para el sueño de la muerte, y al fin todos vienen á dormir este último sueño, sin que nadie se pueda escapar de él. Y llámase la muerte sueño, porque, como el sueño, mal que nos pese nos vence, por más que le resistamos y porfiemos, y por entonces nos priva del uso de los sentidos y de todas las cosas de esta vida, así también la muerte; y como viendo la imagen te acuerdas de la cosa que representa, así cuando te acomete el sueño ó te vas á dormir, has de acordarte de la muerte; y en viendo la cama donde se cubre el cuerpo dormido, debieras acordarte de la sepultura donde se esconde el cuerpo muerto. ¡Oh Juez soberano! Libradme del mal sueño de la culpa, para que no venga á dormir mi alma el sueño terrible de la muerte eterna; no se dormite en muchas culpas ligeras, porque no venga á dar en las graves. ¡Oh alma religiosa! Despierta del letargo en que te hallas, porque se acerca la muerte. ¿Te dormitas con la tibieza, ó te duermes por el pecado? ¿Te acuerdas mucho de la muerte para preservarte de este sueño?

Punto 3.º *Venida súbita del Esposo.*—Estando las vírgenes dormitando ó durmiendo, súbitamente, á media noche, se oyó un gran clamor, diciendo [1]: «Mirad que viene el Esposo; salidle á recibir». Acerca de esto has de considerar cuidadosamente las circunstancias de este llamamiento, capaz de asustar á los más fuertes, seguros y preparados. Viene súbitamente, cuando menos se piensa, como el ladrón que acecha la ocasión en que los habitantes de la casa están mas descuidados para asaltarla; por

[1] Matth., xxv, 6.

lo cual decía Jesús que estuviésemos preparados, porque en la hora menos pensada había de venir. Precede un gran clamor, con el cual se significa la turbación y espanto de aquellos á quienes visita, al modo que los Apóstoles [1] en medio del mar principiaron á clamar, movidos del miedo y espanto que les causaba ver acercarse al Señor sobre las aguas. Viene á la media noche, para indicarte que todos los pecadores y muchos justos quedan tristemente burlados, creyendo que podrán pasar toda la noche de esta vida tenebrosa y que ella ha de ser muy larga, y que han de poder descansar regaladamente durante toda ella; mas de repente, cuando están en la mitad de sus goces y delicias, y cuando descubrían nuevos horizontes de placer y esperaban gozar de él sosegadamente, les asalta la muerte y la venida del Juez. Porque, aunque se llama Esposo, es también Juez, puesto que viene con adorno de esposo para los buenos y con rigor de juez para los malos; viene como esposo para regalar y enriquecer á los que hallare bien dispuestos y aparejados, y como juez para excluir y desechar á los que hallare mal apercibidos. ¡Oh alma mía! Suene á menudo en tus oídos esta temerosa voz, y procura estar aparejada, pues no sabes el día ni la hora en que ha de sonar. Cuando te toca la enfermedad, imagina que es sonido de esta voz para que te apercibas, pues no sabes en lo que ha de parar, y para oirla entonces con seguridad, óyela también cuando vas á comulgar, imaginando que te dicen: Mira que viene tu Esposo; sal á recibirle con el debido aparejo, pues viene para desposarte consigo en misericordia y caridad. ¿Lo practicas de este modo? ¿No temes la venida del Señor?

Epílogo y coloquios. ¡Qué prudencia tan provechosa es la de las vírgenes sabias, y qué necedad tan insensata la de las fatuas! Aquéllas tienen las lámparas con aceite; éstas las tienen también, pero sin él, por lo cual de nada les sirven. Así son muchos hombres, y quizás tú mismo has pertenecido á este número; tienen fe sin caridad, resplandor de doctrina sin adorno de virtudes, exterioridades sin virtud interior; bienes que duran hasta la muerte, pero que no les acompañan más allá del sepulcro. Y en este triste, descuidado y peligroso estado se duermen. ¡Oh locura del pecador! Toma precauciones para librarse de los males temporales y materiales, y no se acuerda de los males espirituales y eternos que le pueden coger de sorpresa. Creen ellos torpemente que la muerte está muy lejos, y que el Juez ha de tardar mucho en venir, y así se duermen en los brazos de su abandono, tibieza y pecado. Cuando menos piensen, cuando más descuidados estén, á media noche ó en la mitad de sus días, resonará en sus oídos aquel espantoso clamor: El esposo viene, salidle á recibir. Mas para ellos no será esposo cariñoso, sino

[1] Matth., xiv, 26.

juez severísimo; no vendrá vestido de hermosura para enamorarles, sino ceñido de fortaleza para amedrentarlos; no traerá en sus manos la recompensa, sino una espada de dos filos para acabar con ellos. ¿Querrás tú imitar todavía á las vírgenes fatuas? ¿No te esforzarás en seguir los ejemplos de las prudentes? Si ahora fueses llamado á juicio, ¿cuál sería tu suerte? ¡Oh cristiano! Mira por ti, escudriña y piensa cómo quisieras hallarte en aquella hora temible; y conociéndolo, haz propósitos eficaces y prácticos, pide los auxilios necesarios para ponerlos en ejecución, y no olvides el rogar por los pecadores, por aquellos que hoy tengan que presentarse á juicio, y por lo demás que tienes encomendado.

132.—CASTIGO DE LAS VÍRGENES NECIAS.

PRELUDIO 1.º Llegado el Esposo, las vírgenes prudentes que estaban preparadas, entraron con Él en las bodas, y las fatuas no pudieron entrar por no estarlo.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de estar preparado para cuando Dios te llame.

Punto 1.º *Inquietud de las vírgenes locas en la venida del Esposo.*—Considera cómo todas las vírgenes, al punto que oyeron la voz de su Esposo, se levantaron y comenzaron á preparar sus lámparas para salir á recibirle; mas, las necias echaron de ver que les faltaba el aceite, y pidiéronselo á las prudentes, las cuales respondieron que no podían dárselo, porque todo el que tenían habían menester para sí, y que lo fuesen á comprar. Acerca de esto has de ponderar cómo los buenos y los malos han de resucitar y parecer en el juicio universal; y antes de esto, en muriendo, han de abrir los ojos, como quien despierta del sueño que tenían en esta vida mortal, y se han de hallar en el juicio particular, y cada uno ha de llevar su lámpara con el aparejo que granjeó en esta vida, ó sin aceite ó con aceite, poco ó mucho, porque sus obras le han de seguir, ya sean malas ya sean buenas, tales cuales fueron, y, según ellas, ha de ser juzgado. Pondera cuán burlados se hallarán en aquella hora los malos y necios, y cómo caerán en la cuenta de su necedad, viendo sus lámparas muertas por falta de aceite; y aunque acudan á los buenos á pedir misericordia é intercesión, no habrá quien interceda ni abogue por ellos, porque cada uno tendrá harto que ver consigo, y porque ya cesó el tiempo de intercesión por otros; antes, como por escarnio, les dirán: «Id á comprarlo á los que lo venden»; que es decir: Tarde os habéis acordado, porque ya no hallaréis quien os lo dé, ni os lo venda, ni lo podréis comprar, porque se pasó la hora y el tiempo de la compra. ¡Oh Señor mío amantísimo! Pues que estáis aparejado para venderme este precioso aceite, y aun me dáis para ello el precio, y me convidáis á

que os le compre de balde, haced que oiga con tiempo lo que me inspiráis y haga lo que me mandáis. Avivad mi confianza y devoción en los santos y ángeles, y sobre todo en la Reina de todos, para que sean ahora mis poderosos intercesores y abogados. ¡Oh alma! Escarmienta en estas vírgenes imprudentes, y acude con tiempo á los santos, que te favorecerán. ¿Estás provista del aceite de la caridad? ¿Recibirías con gusto y confianza la venida de tu Esposo?

Punto 2.º *Dichosa suerte de las vírgenes prudentes.*—Considera cómo las vírgenes prudentes, teniendo preparadas sus lámparas, y estando provistas de aceite para cebarlas, salieron al encuentro del Esposo y entraron con Él en las bodas; mas al momento se cerró la puerta. Aquí debes ponderar primeramente cómo, llegando el Esposo á juicio, todas las almas puras y prudentes, que están aparejadas con el aparejo que ganaron en la vida, serán admitidas á las bodas celestiales, en compañía de su dulce Esposo. ¡Oh qué contentas se hallarán por haberse apercibido con tiempo! ¡Oh qué alegres de verse con quien tanto amaron! ¡Oh qué dulzura será la suya, y qué consuelo, cuando vean á su Esposo celestial cara á cara, y le abracen con el amor beatífico, y coman con Él á su mesa los manjares de la divinidad, y beban del río de sus deleites! ¡Oh qué resplandeciente estará la lámpara de su alma con la lumbre de la gloria! ¡Qué ardiente con el fuego de la caridad! ¡Qué devota y alegre con el óleo de la divina consolación! ¡Oh dichosos trabajos que llevan á tan felices descansos! Pondera luego cómo la puerta del cielo se cierra el día del juicio universal, de tal manera, que nunca más se abre para echar de allí al que una vez entró, porque su gloria será perpetua, mientras Dios fuere Dios, gozando eternamente de su compañía, sin miedo de perderle. En esta vida algunas veces te entra el Señor en la bodega de sus vinos [1], consolándote con sus visitas é inspiraciones, pero siempre queda abierta la puerta; y cuando menos piensas, te echan fuera ó te sales; pero, en entrando en el cielo, luego se cierra la puerta, de modo que ni Dios te echará de él, ni tú querrás nunca salir. ¡Oh entrada dichosa y bienaventurada! ¡Oh lugar seguro! ¡Oh Dios mío! Entre yo cuanto antes en esa bodega celestial y en ese jardín delicioso en que se recrean los bienaventurados, para estar siempre con Vos, alegrándome con ellos. ¿Cuándo iré, Señor, á Vos, y me presentaré ante vuestra soberana presencia [2]? ¡Oh cristiano! Llora este destierro en que te hallas, y en donde puedes todavía ofender á Dios; y puesto que deseas ir á aquel lugar de seguridad, prepárate con el óleo de las buenas obras, como las vírgenes prudentes.

Punto 3.º *Pena de las vírgenes fatuas.*—Considera cómo, viniendo después las vírgenes necias, comenzaron á llamar á la

[1] Cant., II, 4. — [2] Psalm. XLI, 3.

puerta, diciendo: «Señor, Señor, ábrenos». Pero Él respondió: «Dígoos de verdad, que no os conozco». Pondera aquí cómo la puerta del cielo estará eternamente cerrada para aquellos que en la hora de la muerte no estén aparejados con las buenas obras; y habiendo sido una vez excluidos, ya para ellos no se abrirá por toda la eternidad. Y aunque giman y den voces, pidiendo á Dios que les abra, no serán oídos; antes les dirá: No os conozco, ni apruebo vuestras vidas: no conozco esas voces ni las quiero admitir: apartaos de Mí [1], obradores de maldad, condenados al fuego eterno. ¡Oh cuán terrible es esta palabra! ¡Cuán espantosa esta sentencia! Si en tu muerte eres excluido del cielo, para siempre quedarás desterrado de él. Jamás entrarás á ver á Dios. Ya no te mirará tu Criador sino como extraño y enemigo. Perpetuamente aherrojado has de quedar en las obscuras cavernas del infierno. ¡Oh dolor! Mira con cuánta razón concluye Jesús esta parábola, diciendo: «Velad, porque no sabéis el día ni la hora». Imprime firmemente en tu corazón estas palabras; pues á todos y á cada uno en particular se dicen. ¡Oh misericordiosísimo Dios! Templad la justa indignación que contra mí tenéis; reconocedme por criatura vuestra, hecha á vuestra imagen y semejanza, y por esclavo vuestro, comprado con vuestra sangre. Bien merecido tengo que no me conozcáis ni aprobéis para vuestro paraíso, pues con innumerables pecados he borrado en mí vuestra imagen; mas todavía es tiempo de misericordia; veis aquí abiertas las puertas de mi corazón para recibiros; abridme las de vuestro cielo para recibirme en él, donde os vea y goce para siempre. ¡Oh alma fiel! Ya que has visto y meditado la suerte desventurada de las vírgenes necias, ¿no te decides á velar con la diligencia de las prudentes, para que el Señor no te halle desprevenido? ¿Qué debes hacer al efecto?

Epílogo y coloquios. ¡Qué sorpresa tan temible recibieron las vírgenes al oir la voz clamorosa que les anunciaba la llegada del Esposo! Tal será la tuya cuando en la muerte abras los ojos, y te encuentres cara á cara con tu Dios. Entonces sentirás las consecuencias de tu necedad, si, siguiendo el ejemplo de las vírgenes locas, no has procurado conservar tu alma alumbrada con la luz de la fe, y enriquecida con el óleo de la caridad. ¡Qué desengaño tan fatal! ¿Á quién acudirás en aquel instante? ¿Á qué santo invocarás? ¡Ah! El tiempo de prepararse y de merecer ya ha pasado, y comienza el de pagar la pena de tu descuido. Pero, ¡cuán dichoso y afortunado serás si, estando prevenido, como las vírgenes prudentes, puedes salir al encuentro del divino Esposo con el brillo de las virtudes y con el adorno de la gracia! Serás introducido en el gozo de tu Señor [2], entronizado en un solio celestial, y coronado de alegría y de felicidad;

[1] Matth., VII, 23; Luc., XIII, 27. — [2] Matth., XXV, 21.

en pos de ti se cerrará la puerta del cielo, de modo que jamás puedas salir, ni Dios te querrá echar de aquel océano de delicias. Y aquel mismo Señor que dirá al pecador: no te conozco ni admito como cosa mía, se regalará contigo, te sentará á su mesa, te hará comer en su mismo plato, y te hará participante de su felicidad. Pues, al considerar esto, ¿qué hacemos? ¿Seguiremos, por nuestro descuido, pereza y flojedad, imitando á las vírgenes locas? ¿Es posible que tengamos fe, y no nos despierte y estimule esta meditación? ¿Será que aun en ella está dormitando nuestro corazón? ¡Oh Dios mío! Abrid los ojos de nuestra mente; descubridnos los propósitos que nos conviene formar; concedednos gracia para cumplirlos, y remediad con eficacia todas nuestras necesidades.

133.—PARÁBOLA DE LOS TALENTOS.

PRELUDIO 1.° Lo que pasa en el reino de los cielos es como lo que hace un señor que reparte á sus criados los talentos, encargándoles que negocien con ellos.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber negociar con los talentos que has recibido.

Punto 1.° *Qué significan estos talentos.*—Considera cómo los talentos de que habla Jesucristo en esta parábola [1] significan el caudal necesario y conveniente para negociar nuestra salvación y la de nuestros prójimos, y todo lo que para esto ayuda. Lo cual puede reducirse á cinco suertes de cosas. La primera abraza los dones y cualidades de naturaleza, así de cuerpo como de alma, como es salud, fuerzas corporales, habilidad, ingenio, viveza de sentidos, y, sobre todo, la lumbre de la razón, que es común á fieles é infieles, la cual descubre el bien y el mal, inclinando á seguir lo bueno y á huir de lo malo [2]. La segunda abraza los dones y partes adquiridas por industria humana, como son riquezas, honras, dignidades, ciencias y artes, virtudes morales y políticas, todo lo cual también es don de nuestro Señor, y puede ayudar á nuestra salvación. La tercera abraza las virtudes sobrenaturales comunes á los fieles, así buenos como malos, como son la lumbre de la fe, la virtud de la esperanza y el derecho para usar de los Sacramentos de la Iglesia, con los cuales se negocia la gracia y la salvación eterna. La cuarta abraza la misma gracia y caridad, con las virtudes y dones que la acompañan, con las cuales se negocia el aumento de los merecimientos y de los premios eternos. La quinta encierra todas las gracias *gratis datas*, que se ordenan para edificación de la Iglesia y para salvación de los prójimos, como son: gracia de entender las divinas Escrituras, de predicar y enseñar, don

[1] Matth., XXV, 14; Luc., XIX, 12. — [2] Psalm. XXXVI, 27.

puerta, diciendo: «Señor, Señor, ábrenos». Pero Él respondió: «Díguos de verdad, que no os conozco». Pondera aquí cómo la puerta del cielo estará eternamente cerrada para aquellos que en la hora de la muerte no estén aparejados con las buenas obras; y habiendo sido una vez excluidos, ya para ellos no se abrirá por toda la eternidad. Y aunque giman y den voces, pidiendo á Dios que les abra, no serán oídos; antes les dirá: No os conozco, ni apruebo vuestras vidas: no conozco esas voces ni las quiero admitir: apartaos de Mí [1], obradores de maldad, condenados al fuego eterno. ¡Oh cuán terrible es esta palabra! ¡Cuán espantosa esta sentencia! Si en tu muerte eres excluido del cielo, para siempre quedarás desterrado de él. Jamás entrarás á ver á Dios. Ya no te mirará tu Criador sino como extraño y enemigo. Perpetuamente aherrojado has de quedar en las obscuras cavernas del infierno. ¡Oh dolor! Mira con cuánta razón concluye Jesús esta parábola, diciendo: «Velad, porque no sabéis el día ni la hora». Imprime firmemente en tu corazón estas palabras; pues á todos y á cada uno en particular se dicen. ¡Oh misericordiosísimo Dios! Templad la justa indignación que contra mí tenéis; reconocedme por criatura vuestra, hecha á vuestra imagen y semejanza, y por esclavo vuestro, comprado con vuestra sangre. Bien merecido tengo que no me conozcáis ni aprobéis para vuestro paraíso, pues con innumerables pecados he borrado en mí vuestra imagen; mas todavía es tiempo de misericordia; veis aquí abiertas las puertas de mi corazón para recibiros; abridme las de vuestro cielo para recibirme en él, donde os vea y goce para siempre. ¡Oh alma fiel! Ya que has visto y meditado la suerte desventurada de las vírgenes necias, ¿no te decides á velar con la diligencia de las prudentes, para que el Señor no te halle desprevenido? ¿Qué debes hacer al efecto?

Epílogo y coloquios. ¡Qué sorpresa tan temible recibieron las vírgenes al oir la voz clamorosa que les anunciaba la llegada del Esposo! Tal será la tuya cuando en la muerte abras los ojos, y te encuentres cara á cara con tu Dios. Entonces sentirás las consecuencias de tu necedad, si, siguiendo el ejemplo de las vírgenes locas, no has procurado conservar tu alma alumbrada con la luz de la fe, y enriquecida con el óleo de la caridad. ¡Qué desengaño tan fatal! ¿Á quién acudirás en aquel instante? ¿Á qué santo invocarás? ¡Ah! El tiempo de prepararse y de merecer ya ha pasado, y comienza el de pagar la pena de tu descuido. Pero, ¡cuán dichoso y afortunado serás si, estando prevenido, como las vírgenes prudentes, puedes salir al encuentro del divino Esposo con el brillo de las virtudes y con el adorno de la gracia! Serás introducido en el gozo de tu Señor [2], entronizado en un solio celestial, y coronado de alegría y de felicidad;

[1] Matth., VII, 23; Luc., XIII, 27. — [2] Matth., XXV, 21.

en pos de ti se cerrará la puerta del cielo, de modo que jamás puedas salir, ni Dios te querrá echar de aquel océano de delicias. Y aquel mismo Señor que dirá al pecador: no te conozco ni admito como cosa mía, se regalará contigo, te sentará á su mesa, te hará comer en su mismo plato, y te hará participante de su felicidad. Pues, al considerar esto, ¿qué hacemos? ¿Seguiremos, por nuestro descuido, pereza y flojedad, imitando á las vírgenes locas? ¿Es posible que tengamos fe, y no nos despierte y estimule esta meditación? ¿Será que aun en ella está dormitando nuestro corazón? ¡Oh Dios mío! Abrid los ojos de nuestra mente; descubridnos los propósitos que nos conviene formar; concedednos gracia para cumplirlos, y remediad con eficacia todas nuestras necesidades.

133.—PARÁBOLA DE LOS TALENTOS.

PRELUDIO 1.° Lo que pasa en el reino de los cielos es como lo que hace un señor que reparte á sus criados los talentos, encargándoles que negocien con ellos.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber negociar con los talentos que has recibido.

Punto 1.° *Qué significan estos talentos.*—Considera cómo los talentos de que habla Jesucristo en esta parábola [1] significan el caudal necesario y conveniente para negociar nuestra salvación y la de nuestros prójimos, y todo lo que para esto ayuda. Lo cual puede reducirse á cinco suertes de cosas. La primera abraza los dones y cualidades de naturaleza, así de cuerpo como de alma, como es salud, fuerzas corporales, habilidad, ingenio, viveza de sentidos, y, sobre todo, la lumbre de la razón, que es común á fieles é infieles, la cual descubre el bien y el mal, inclinando á seguir lo bueno y á huir de lo malo [2]. La segunda abraza los dones y partes adquiridas por industria humana, como son riquezas, honras, dignidades, ciencias y artes, virtudes morales y políticas, todo lo cual también es don de nuestro Señor, y puede ayudar á nuestra salvación. La tercera abraza las virtudes sobrenaturales comunes á los fieles, así buenos como malos, como son la lumbre de la fe, la virtud de la esperanza y el derecho para usar de los Sacramentos de la Iglesia, con los cuales se negocia la gracia y la salvación eterna. La cuarta abraza la misma gracia y caridad, con las virtudes y dones que la acompañan, con las cuales se negocia el aumento de los merecimientos y de los premios eternos. La quinta encierra todas las gracias *gratis datas*, que se ordeñan para edificación de la Iglesia y para salvación de los prójimos, como son: gracia de entender las divinas Escrituras, de predicar y enseñar, don

[1] Matth., XXV, 14; Luc., XIX, 12. — [2] Psalm. XXXVI, 27.

de aconsejar, de convertir almas, con los demás oficios de la Iglesia ordenados á este fin. Estas son las gracias y dones soberanos que muy propiamente pueden llamarse talentos, por ser grande su valor, ya por la persona de quien proceden, ya por el fin á que se ordenan, ya por los bienes que por ellos se pueden alcanzar. ¿Cuál de estos talentos hemos recibido nosotros? ¿Cómo nos aprovechamos de él? ¡Oh Padre amantísimo! Pues que de Vos procede toda buena dádiva [1] y todo don perfecto, repartid entre los hombres vuestros dones de tal modo, que todos se aprovechen de los que les habéis concedido.

Punto 2.° *Quién da estos talentos y quién los recibe y en qué forma.*—Considera cómo el que reparte estos talentos es Dios nuestro Señor, porque todos son bienes suyos y de su bondadosa y benéfica mano proceden. Él da los bienes de naturaleza y los de fortuna y los de gracia, y á Él se le deben todos; y quien quisiera atribuirse á sí estos bienes, excluyendo á Dios, es soberbio é indigno de lo que tiene, y Dios le castigará en quitárselo como á ingrato; y así, es justo que por todos le desgracias, alabándole por la generosidad con que reparte á sus esclavos los bienes que tiene, sólo por hacerles bien, y porque es bueno y amigo de dar á otros lo que tiene. Estos talentos se dan á los hombres en tres grados, significados por los tres siervos de la parábola, que recibieron, respectivamente, cinco, dos y uno. Á unos da Dios talentos en grande abundancia, significada por el número de cinco. A otros con medianía, significada por el número de dos. Á otros da el ínfimo grado, significado por el número de uno; en cuya distribución no hace agravio á nadie, porque á nadie debe nada; y á quien nada se le debe, honra se le hace en darle algo. Cuanto más, que basta quererlo Dios, y ordenarlo así con su providencia, para que lo tengas tú por bueno y te agrades de ello. Estos talentos se dan á cada uno según su propia virtud, esto es, según la capacidad y posibilidad que tiene, en orden al fin para que los talentos se ordenan y reparten. De suerte que á ninguno carga Dios nuestro Señor mayor carga de la que ve que puede llevar, ni quiere obligarle á más de lo que puede hacer; y así, en la distribución y repartimiento de los talentos, mira las fuerzas naturales y la disposición del hombre, así la que tiene de su complexión como la que granjea de su industria, mediante la divina inspiración; la cual siempre nos previene y ayuda con suavidad á disponernos para recibir los talentos sobrenaturales, y al buen uso de ellos. ¡Oh Soberano Señor de todas las cosas! Gracias os doy infinitas por los talentos que distribuís entre todas vuestras criaturas, y quisiera que todas os alabasen por ellas. Vuestra es la salud de que disfrutan, las riquezas que poseen, las virtudes que adornan sus almas y

[1] Jacob., I, 17.

los dones todos que las enriquecen. Haced, Señor, que todos los reconozcan á Vos como á la fuente de donde les vienen y os den la gloria de todo. ¿Agradecemos al Señor del modo debido los dones que hemos recibido? ¿Nos esmeramos en acrecentarlos con nuestros trabajos y cooperación?

Punto 3.° *Fin para que concede Dios los talentos.*—Considera aquí el fin que se propone Dios nuestro Señor en la distribución de estos talentos. El cual no es para que nos sirvamos de ellos para nuestra gloria y vanidad, ni para que pongamos en ellos el fin de nuestros trabajos, ni para que busquemos solamente la felicidad y grandeza en este mundo; sino para negociar con ellos nuestra salvación y perfección, y la de nuestros prójimos, conforme á nuestro caudal. Esto es lo que dijo por el evangelista san Lucas [1] más claramente á los siervos, á quienes repartió las minas ó libras de dinero. «Negociad mientras vuelvo». Como quien dice: Mirad que este dinero no os le doy para que esté ocioso, ni para que lo gastéis pródigamente; sino para que negociéis con él y saquéis ganancia. De suerte, que les prohibe dos vicios en el uso de los talentos, uno de ociosidad y flojedad, no usando de ellos por pereza, escondiéndolos y no reportando ganancia de ellos por evitar el trabajo; y otro de prodigalidad, usando de ellos sin tiento ni discreción, con peligro de perderlos. Y para que estén alerta, añade, «mientras vengo», asegurándoles que ha de venir á tomarles cuenta; pero no les quiere decir cuándo vendrá, porque negocien todo aquel tiempo hasta que venga. ¡Oh cuánto importa que, aprovechando los talentos que has recibido, vayas atesorando méritos y enriqueciéndote de virtudes, esperando la venida de tu Señor, que no tarda! ¡Oh Redentor del mundo! Vos, que subiendo á lo alto disteis dones á los hombres [2], y repartisteis varios talentos á vuestros discípulos: dadme vuestro Espíritu para conocer los que me habéis dado, para poder negociar con ellos; concededme que esté contento con ellos y que no envidie á los que tengan más, y que, acordándome de vuestra venida, ni los tenga ociosos por pereza, ni los pierda con prodigalidad. ¿Cómo empleas tú, alma mía, los talentos recibidos? ¿Qué fin te propones al negociar con ellos? ¿Estás dispuesta para dar la cuenta á tu Señor?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán generoso y espléndido es Dios en la distribución de sus dones y favores! Pueden estos reducirse á cinco clases: Bienes de naturaleza; virtudes y ciencias adquiridas; dones sobrenaturales comunes á todos los fieles, aunque sean pecadores; dones sobrenaturales exclusivos de los justos, y gracias *gratis datas*, que se ordenan principalmente á la santificación de los demás. Estos talentos reparte Dios con profunda sabiduría y admirable providencia, no con igualdad en

[1] Luc., XIX, 13. — [2] Ephes., IV, 8.

todos los hombres, sino á unos más y á otros menos, según la propia capacidad y virtud y según convenga á los designios de la divina Providencia. Mas ya dé mucho, ya poco, siempre es infinitamente digno de toda alabanza, y de que el hombre le quede perpetuamente agradecido. ¿Qué nos ha dado á nosotros este gran Dios? En su bondad infinita, ha querido también acordarse de unos miserables gusanos como somos, y abriendo su mano, nos ha llenado de bendición, no contentándose con uno, ni con dos, sino concediéndonos cinco talentos, para que con ellos negociemos el reino de los cielos. Esto quiere que nos propongamos con los talentos recibidos. No quiere que estemos ociosos, ni que los malgastemos inútilmente. Ahora, pues, entremos dentro de nosotros mismos y examinemos con detención: ¿Qué talentos hemos recibido de Dios? ¿Cómo se los hemos agradecido? ¿Cómo los hemos usado? ¿Con qué fin hemos negociado con ellos? ¡Cuántas riquezas hubiéramos atesorado, si siempre hubiésemos sido negociantes diligentes y activos! Mas todavía hay tiempo y ocasión; tratemos de ordenar nuestra vida con decididos y particulares propósitos; de fortalecernos con fervorosas oraciones, y de ayudar á los demás con importunos ruegos á Jesús, á la Virgen y á los santos.

134.—PREMIOS DE LOS QUE LUCRARON CON LOS TALENTOS.

PRELUDIO 1.º Los criados que recibieron cinco y dos talentos negociaron con ellos, y fueron premiados; el que sólo recibió uno, lo escondió, y fué castigado.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la virtud de la diligencia y grande horror á la pereza.

Punto 1.º *Cómo negociaron los criados con los talentos.*— El siervo que recibió cinco talentos [1] negoció con ellos, y ganó otros cinco; el que recibió dos, ganó otros dos; pero el que sólo recibió uno, cavó en la tierra y escondió el dinero de su Señor. Acerca de lo cual has de considerar cómo la mucha ó poca medra espiritual no consiste tanto en los talentos recibidos, cuanto en el menor ó mayor cuidado en trabajar y negociar con ellos; porque quien recibió cinco talentos, pudiera enterrarlos por flojedad, como el que recibió uno; y éste pudiera negociar y doblar su caudal, como los que recibieron más; y así, por su culpa no negocia el perezoso, é injustamente se queja de no haber recibido más talentos, cuando no quiere emplear el que ha recibido; pero el fervoroso medra por su diligencia, cooperando con la gracia de Dios, que previene y ayuda á su libre albedrío. Reflexiona también que puso el Señor ejemplo de los fervorosos y diligentes en el que recibió cinco talentos y en el que recibió

[1] Matth., xxv, 20.

dos; porque, ordinariamente, los que han recibido mucho caudal cobran grande ánimo y confianza para trabajar, y, como mercaderes ricos, se abalanzan á grandes negocios y ganan mucho, con tal que tengan humildad, atribuyendo su fervor, no sólo á su albedrío, sino principalmente á la divina gracia, como lo hacía el apóstol san Pablo, cuando decía [1]: «He trabajado más que todos, no yo, sino la gracia de Dios conmigo». Al contrario, puso el Señor ejemplo de los perezosos en el que recibió un talento solo, porque los que tienen poco caudal, sino son muy humildes, suelen ser muy quejicosos y envidiosos y pusilánimes, y así se rinden á la pereza; y si tienen otros talentos de mundo y carne, empléanse en buscar los bienes terrenos, y debajo de esta tierra sepultan el talento que recibieron para negociar los dones del cielo. ¡Oh Dios de mi alma! ¡Si pusiese yo tanto cuidado en acrecentar con mi caudal los bienes eternos, como ponen los negociantes del siglo en negociar con el suyo los temporales! No permitáis, Señor, que talentos tan preciosos estén enterrados debajo de tan vil cubierta. Ayudadme para que use bien de ellos, y los doble y redoble con grande ganancia, pues no habéis puesto tasa en ella. ¿Á cuál de estos siervos hemos imitado en el uso de los talentos recibidos? ¿Á los que con su negocio los duplicaron, ó al que por pereza lo escondió? ¿Nos dejamos llevar de la pusilanimidad ó amor propio, escondiéndolo?

Punto 2.º *Premio que Dios da á los siervos diligentes.* — Después de mucho tiempo, vino el Señor para liquidar cuentas con sus siervos; y presentándose los dos que habían hecho con los talentos grande ganancia, dijo á cada uno de ellos [2]: «Alégrate, siervo bueno y fiel; pues fuiste fiel en cosas pocas, yo te haré señor de muchas; entra en el gozo de tu Señor». Aquí debes ponderar primeramente cómo la venida del Señor á tomar cuentas se difiere por mucho tiempo, ya porque la venida á juicio universal se retarda por muchos días, ya también para que veas que da á cada criado tiempo bastante y sobrado para negociar lo necesario para su salvación; y así nadie con razón puede quejarse que le falte tiempo para convertirse á Dios, si quiere. Pondera luego la grande confianza y seguridad que tienen los fervorosos en la hora de la muerte y de la cuenta, viendo que la tienen buena, porque allí ven lo que han recibido y lo que han ganado, y así confiadamente dicen: «Cinco talentos me disteis, y otros cinco he ganado aumentando los dones que recibí de vuestra gracia, y granjeando con ellos otros de nuevo». ¡Oh dichoso fervor, que tal seguridad causas en tiempo de tanto temor! Pondera además el premio que el divino Redentor da á estos siervos. Llama á uno y otro, siervo bueno y fiel: bueno, porque vivió santamente cumpliendo la ley de Dios; fiel, porque usó fielmente

[1] I Cor., xv, 10. — [2] Matth., xxv, 21, 23.

de los dones recibidos, aunque en sí grandes, pero pequeños respecto de los eternos, y por esto dice: «Pues fuiste fiel en lo poco», cual es lo que pasa en esta vida mortal, «Yo te constituiré en el cielo sobre lo mucho», te haré muchas y muy grandes mercedes; «entra en el gozo de tu Señor», engólfate en el abismo de los deleites celestiales, para que de dentro y de fuera estés lleno y relleno de gozo, bebiendo del río caudaloso de su alegría [1], hasta tener perfecta hartura. ¡Oh placer inmenso! ¡Oh gozo eterno y digno de Dios! ¡Oh dichosa negociación, con la cual se negocia el gozo del cielo, del cual ninguno nos podrá privar! Pondera, últimamente, cómo Jesús dió igual recompensa al que había ganado cinco talentos que al que había ganado dos, porque en su premio, no tanto atiende á la ganancia, cuanto á la diligencia en trabajar; por lo cual, si el que recibe menos trabaja más que otro que había recibido más, aquél será más premiado. ¡Oh alma mía! Trabaja en todo tiempo y con todo el fervor posible, porque en el cielo tiene Dios muchas moradas [2]; y si con un talento puedes ganar diez, no te contentes con cinco, no tanto por tu interés, cuanto por amar más al que merece infinito amor. ¿Has meditado el premio que se da á los diligentes? ¿Deseas la seguridad de los fervorosos?

Punto 3.º *Castigo del siervo perezoso.*—Considera cómo habiéndose presentado el siervo que había recibido un talento, dijo á su Señor: «Sé que eres hombre duro y que coges de lo que no sembraste; y así, temiéndote, escondí tu talento en la tierra; ves aquí guardado lo que es tuyo». En cuya respuesta has de ver la malicia del siervo perezoso, que, para encubrir su pereza, finge dificultades y peligros terribles, y teme donde no hay que temer, como hacen muchos. Porque unos entierran el talento de la oración y contemplación, y le dejan por temor de ser engañados; otros esconden el talento de predicar y tratar almas, temiendo perder las suyas; otros peores dejan de guardar la divina ley, fingiendo que es áspera, y que no tienen fuerza para ello, notando á Dios de duro para con ellos, porque quiere coger el fruto que no siembra, y sin darles fuerzas, quiere que fructifiquen en buenas obras. ¡Oh ceguedad abominable! ¡Oh pereza maldita, que por disculparte á ti, quieres culpar á Dios! Pondera ahora con horror el castigo de este mal siervo, al cual primeramente respondió el Señor con aspereza, diciéndole [3]: «Siervo malo y perezoso, por tu misma boca te condeno; si sabías que quería coger fruto de lo que no sembré, ¿cuánto más debías saber que querría coger fruto del talento que te di?» ¡Qué confusión para el pecador cuando oiga esta terrible reprensión! Luego mandó que le quitasen el talento que tenía, y que le despojasen de todos los bienes de gracia, y de todos los dones

[1] Psalm. xxxv, 9; Joan., xvi, 22. — [2] Joan., xiv, 2.— [3] Matth., xxv, 26.

añadidos á su naturaleza, en castigo de su pereza: así lo hace el Señor no pocas veces, permitiendo que pierda la fe ó la vocación el que no usa bien de ella. Por fin, mandó echarle en las tinieblas exteriores del infierno, donde perpetuamente llore y rabie por su pereza desaprovechada; y si tal castigo se da al que por dejadez no usa del talento que recibió, ¿qué castigo se dará al que usa de él para ofender á Dios y escandalizar ó dañar á su prójimo? ¿Qué sería de ti si te hallaras en este caso? ¡Oh Dios eterno, Juez justo y santo! No entréis en juicio conmigo, porque bien sé que de mis palabras me podréis justamente condenar. Merecía que me hubierais quitado los talentos que me disteis, por haberlos enterrado; mas ya que por vuestra misericordia me habéis sufrido, ayudadme á desenterrarlos, para que, negociando con ellos, alcance el gozo que me prometisteis.

Epílogo y coloquios. ¡Qué consuelo experimentan en la muerte y juicio los siervos diligentes y cuidadosos en el divino servicio! No da mérito, ni infunde confianza, ni proporciona seguridad el haber recibido muchos talentos, sino el haber negociado con ellos. Cierto es que los que más han recibido suelen ser más animosos para gananciar con ellos, y que los que menos, degeneran más fácilmente en pusilánimes, envidiosos y abandonados; sin embargo, si el que recibió poco trabaja como el que recibió mucho, el premio será igual, aunque la ganancia no sea tan cuantiosa. ¡Qué motivo tan poderoso para conformarnos con la suerte que nos ha cabido y con los talentos que se nos han dado! ¡Qué estímulo tan eficaz para trabajar cuanto nos sea posible en aumentar los talentos recibidos! Mira á los siervos diligentes que han duplicado sus talentos. ¡Qué confiados y alegres se presentan á su señor! ¡Qué palabras tan dulces y cariñosas oyen de sus labios! ¡Siervo bueno y fiel! ¡Qué premio tan inmenso reciben! ¡Entrar de lleno en el gozo divino! Mas ¡ay del perezoso! Su Señor le mira con indignación, le reprende asperísimamente, manda que le quiten el talento y que sea arrojado en el infierno. ¿Quién no tiembla al oir tan formidable sentencia? ¿No nos decidiremos á ser fieles siervos? ¿No sacudiremos de nosotros toda pereza? ¿No procuraremos negociar activamente con los talentos recibidos? ¡Oh! ¡Si el Señor nos diera á conocer con toda claridad cuánto nos importa esta santa negociación! Seamos en adelante más fervorosos; y para lograrlo, propongamos y roguemos con fervor.

135.—RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO [1].

PRELUDIO 1.º Llegado el tercer día después de su muerte, salió el alma de Cristo del limbo, acompañada de las almas rescatadas; fué al sepulcro donde estaba su cuerpo, y entrando en él, lo resucitó y glorificó.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús saliendo del sepulcro glorificado.

PRELUDIO 3.º Pide viva fe de la resurrección de Jesús y la gracia de resucitar espiritualmente con Él.

Punto 1.º *Jesús resucitó al amanecer del tercer día después de muerto.*—Llegado el tercer día después de la Pasión, que era el domingo, al amanecer, el alma de Jesús salió del limbo con los coros de almas justas que había rescatado, y se fué derechamente al sepulcro donde estaba su cuerpo. Considera aquí la causa de haber Cristo nuestro Señor apresurado su resurrección; porque, habiendo dicho que estaría en el corazón de la tierra tres días y tres noches [2], como Jonás en el vientre de la ballena, abrevió este tiempo todo lo posible, salva la verdad de su palabra, contentándose con tomar de los tres días alguna parte, y ésta bien pequeña, que fué la del viernes y la mañana del domingo. Esto hizo movido de su infinita caridad, por socorrer con presteza á los discípulos que estaban en las tinieblas de la infidelidad, y por acudir al consuelo de su afligida Madre y de todos sus amigos, y por alumbrar y alegrar al mundo con la gloria de su cuerpo, como había alumbrado y alegrado al limbo con la de su alma. Pondera luego cómo quiso Jesús que su muerte fuese á la tarde, al ponerse el sol, y su resurrección á la mañana, cuando quería salir, para significar que moría por nuestros pecados, con los cuales nos privamos de la luz celestial y del resplandor de la divina gracia, y resucitaba, como dice el Apóstol [3], por nuestra justificación, para restituirnos la vida de la misma gracia y con ella el gozo, según lo que dice David [4]: «Á la tarde habrá llanto, y á la mañana alegría». Contempla cuán grande sería la alegría de aquella alma dichosa, saliendo del limbo con tan gloriosa compañía, triunfando del infierno, y dejándole despojado de la presa que tenía. ¡Qué cantares de gloria entonaría! ¡Con qué regocijo le acompañarían todos aquellos escuadrones de ángeles y almas rescatadas! ¡Oh alma felicísima de Jesús! Decid con júbilo lo que el santo patriarca Jacob que os acompaña [5]: «Con sólo mi báculo pasé por este Jordán, y ahora vuelvo con dos compañías. Vos con sólo el báculo de la cruz, y sin tener quien os ayudase, pasasteis por el mundo, y ahora volvéis con dos compañías de justos de las dos leyes, natural y escrita. Sea para bien, Señor, tan gloriosa compañía; honraos con tan abundantes despojos, y concededme que pueda yo también formar parte de ellos. Deseamos, en verdad, acompañar á Jesús en la resurrección; pero ¿le imitamos en la vida virtuosa?

[1] Esta meditación y las siete siguientes se harán sin interrupción durante la octava de Pascua.—[2] Matth., XII, 40.—[3] Rom., IV, 25.—[4] Psalm. XXIX, 6.—[5] Gen., XXXII, 10.

Punto 2.º *Dispuesto ya el cuerpo convenientemente, entró en él el alma, glorificándole.*—Luego que el alma de Jesús llegó al sepulcro, mostró á su gloriosa comitiva la triste y horrible figura de su cuerpo, para que viesen cuán caro le había costado su rescate; y cuando aquellas benditas almas vieron el cuerpo tendido en el sepulcro, todo acardenalado y descoyuntado, herido de pies á cabeza, y agujereado por tantas partes, alabarían de nuevo á su Libertador, y le darían inmensas gracias por la libertad que les dió tan á costa suya. Considera cómo al punto Jesús con su omnipotencia, y quizá por ministerio de los ángeles, recogió toda la sangre que había derramado; para lo cual algunos ángeles partirían al huerto, otros al pretorio de Pilatos, otros al Calvario, y con gran reverencia tomarían la sangre que en tales sitios había el Señor vertido, y la volverían á su cuerpo, para llenar las venas, que habían quedado vacías del todo. Hecho esto, entró aquella beatísima alma en su cuerpo, y con su entrada le trocó y transfiguró mucho más excelentemente que en el monte Tabor; desnudóle de las mortajas en que estaba envuelto; limpióle de la mirra con que estaba ungido; quitóle todas las fealdades y manchas que tenía, y comunicóle para siempre las cuatro dotes de gloria, claridad, impasibilidad, sutileza y agilidad, quedando mil veces más resplandeciente que el sol: cada parte era como un sol de inmenso resplandor, y particularmente las cinco llagas arrojaban rayos de admirable brillantez, y las heridas de la corona de espinas formaban como una corona de luz graciosísima que adornaba su sagrada cabeza. ¡Oh qué gozo recibió aquella benditísima alma, uniéndose de nuevo con su cuerpo! Y ¡cuán alegre quedó aquel cuerpo, viéndose adornado con tan soberanas dotes! ¡Oh Rey de la gloria! ¡Cuán hermoso salís otra vez al mundo, renovado en vuestro traje, para vivir nueva vida, toda llena de grandeza! ¿No nos alegramos de la gloria de Jesús? ¿No aspiramos á participar de ella? Gózome, Señor, de este vuestro nuevo nacimiento, no menos admirable que el primero; en aquél salisteis como nuevo hombre, libre de culpas, pero sujeto á penas; en éste salís todo renovado, libre también de toda pena y coronado de grande gloria. Ahora sí que podremos decir á boca llena que hemos visto vuestra gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad [1].

Punto 3.º *Adoraciones que recibe Jesús resucitado.*—Con-

[1] Joan., I, 14.

sidera cómo, resucitando Jesucristo, por ordenación de su Eterno Padre, bajaron las jerarquías y coros de los ángeles á darle el parabién y á celebrar la fiesta de su glorioso triunfo; porque si vino el ejército de la milicia del cielo á celebrar la fiesta de su nacimiento cuando entraba en el mundo á vivir vida mortal, ¿cuánto más se ha de creer que vendría en su resurrección, cuando comenzaba la vida inmortal, y no venía á pelear, sino á triunfar por la victoria? Así lo da á entender el Apóstol san Pablo [1], al decir que cuando Dios introdujo otra vez á su Primogénito en el mundo, dijo: «Adórenle todos sus ángeles». Este día es cuando por segunda vez le introdujo en el mundo y le adoraron todos sus ángeles como á su Dios y supremo Señor. Renovarían aquel cántico del nacimiento: «Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad», y con mucha razón; porque toda esta obra fué de grande gloria para Dios y de grande paz para los hombres; pues por ella quedaron pacificados con Dios, y sus enemigos destruidos; por lo cual bien podemos entonar aquello del salmo [2], que la Iglesia repite tantas veces en estos días: «Este es el día que hizo el Señor; ¡alegrémonos y regocijémonos en él!» ¡Oh Padre Eterno! Gracias os doy por el cuidado que tenéis de glorificar á vuestro Hijo, cumpliendo la palabra que le disteis, diciendo [3]: «Yo te he clarificado y te clarificaré más». Gózome, Salvador mío, de que vuestros ángeles os adoren, y yo con ellos os adoro y glorifico en este día, que todo es vuestro y nada mío; porque todo lo que en él hicisteis pertenece á la grandeza de vuestra divinidad, y no á la bajeza de mi humanidad. ¿En qué circunstancias y de qué modo hemos dado pruebas de este gozo espiritual?

Epílogo y coloquios. Apenas amanecido el tercer día después de la Pasión del Señor, y viendo su alma santísima desde el limbo que estaba ya cumplida la profecía, resuelve no diferir por más tiempo la resurrección. Su encendida caridad no consiente que la Virgen continúe un momento más sumida en la soledad más espantosa, y los discípulos en el más peligroso desamparo. Vuela á consolar á la una, á remediar á los otros, y á alegrar al mundo. Acompañada el alma beatísima de Jesús de la cautividad que había rescatado, sale del seno de Abraham, se dirige al sepulcro, presenta á la vista de todos sus cautivos á su cuerpo destrozado, manda á los ángeles que recojan toda la sangre que ha perdido, y cuando las venas y arterias quedan llenas como antes, penetra de nuevo en aquel cuerpo divino, parándole en un instante más resplandeciente y bello que el sol, más blanco que la nieve, y glorioso sobre todas las criaturas; y usando al mismo tiempo de sus preciosas dotes, sale del sepulcro sin quitar la losa que lo cubre. ¡Oh ángeles del cielo! Venid volando á adorar á vuestro Dios y Señor: entonad en su alabanza himnos de júbilo: cantad al Señor, que tan gloriosa y completamente ha triunfado de sus enemigos. Y nosotros, ¿no tomamos parte en esta universal alegría? ¿Qué hijo no se regocija en la exaltación de su padre? Que se asusten sus enemigos, como los guardas del sepulcro, se comprende. Pero si nosotros deseamos la gloria de Jesús, y participar algún día de su felicidad, hemos de alegrarnos y proponer firmemente seguirle en las humillaciones, y tendremos parte en su exaltación; para esto examinemos cómo y en qué cosas hemos de reformarnos, y pidamos gracia á Jesús resucitado, y roguémosle hoy que renueve al mundo y remedie todos los males que nos afligen.

[1] Hebr., I, 6. — [2] Psalm. CXVII, 24. — [3] Joan., XII, 28.

136.—APARICIÓN DE JESUCRISTO Á MARÍA SANTÍSIMA.

PRELUDIO 1.° Queriendo Jesús resucitado mostrarse á los hombres, la primera persona á quien se apareció fué á su Madre Santísima.

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesús resucitado y glorioso apareciéndose á su Madre é inundándola de gozo.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de imitar á la Virgen y de hacernos dignos de que el Señor se nos muestre espiritualmente.

Punto 1.° *Manifestación de la resurrección de Jesús.*— Considera cómo, habiendo resucitado Jesús, quiso manifestar al mundo su resurrección gloriosa, para que muchos gozasen el fruto de ella. Esta manifestación trazó realizarla por tres vías distintas, á saber: por medio de algunos santos resucitados con Él, los cuales, como dice san Mateo [1], vinieron á la ciudad de Jerusalén y aparecieron á muchos, sin duda para predicarles que Jesús crucificado era el Salvador del mundo. Por medio de los ángeles, los cuales manifestaron su resurrección á las devotas mujeres, dándolas nuevas de ella y mostrándolas el sepulcro. Finalmente, por sí mismo quiso mostrarse á sus amigos para descubrir más la grandeza de su caridad. Por lo cual, aunque en resucitando debía subirse al cielo empíreo, por ser el lugar propio de los cuerpos gloriosos, quiso quedarse en el mundo algunos días, y, como buen pastor, recoger su ganado, sin fiar esto de otro, consolando á sus discípulos y enseñándoles muchas cosas del reino del cielo, y mostrándoseles glorioso, para que, como testigos, pudiesen predicar su resurrección. Pondera en esto representados los tres modos de que se vale Dios para manifestarnos sus misterios y para consolarnos y enseñarnos. Uno es por medio de hombres espirituales y experimentados, que, habiendo resucitado con Cristo, con santo celo enseñan á otros, para gloria de Dios, lo que ellos saben. Otro por medio de los

[1] Matth., XXVII, 53.

ángeles, los cuales, con secretas ilustraciones, nos alumbran, consuelan y enseñan. Y otro por sí mismo, hablándonos al corazón y dándonos interiores testimonios de su divina presencia, lo cual hace con los más queridos discípulos, en cumplimiento de la palabra que dijo [1]: «El que me ama, será amado de mi Padre, y Yo le amaré y manifestaré á Mí mismo». ¡Oh Amado mío! Si tal recompensa dais al que os ama y tan grande bien le concedéis, yo quiero amaros con todo mi corazón, espíritu y fuerzas. Desde hoy quiero decir como la Esposa: «Mi amado para mí, y yo para mi amado». Descubridme, Señor, vuestras soberanas grandezas, é ilustradme con vuestra luz, para que me encienda más cada día en vuestro amor. ¿Cómo se nos manifiesta Jesucristo? ¿Agradecemos el favor singular que en esto nos hace?

Punto 2.° *Aparición de Jesús á su Madre.*—Aquí has de considerar cómo la primera visita ó aparición que quiso hacer Jesús fué á su Madre Santísima, la cual estaba grandemente afligida por su Pasión, aunque con viva fe y esperanza de su resurrección; y como vió que ya entraba el tercer día, puesta en una alta contemplación, con grandes ansias y suspiros pediría á su Hijo que apresurase su venida. Estando ella con estos deseos, entró de repente Cristo nuestro Señor, acompañado de aquellos tres lucidísimos ejércitos que tenía consigo, de ángeles, almas y cuerpos glorificados, y manifestósele con toda la gloria y claridad que tenía, confortando su vista, así del cuerpo como del alma, para que pudiese verle y gozarle. ¡Oh qué contenta y glorificada quedaría la Virgen con tan gloriosa vista! ¡Oh qué dulces coloquios tendrían entre sí tal Hijo con tal Madre! ¡Cómo se regalaría la Virgen mirando y besando aquellas preciosísimas llagas de Jesús, de las cuales sacaría copiosísimos arroyos de consuelo, así como antes los había sacado de desconsuelo! Pondera luego cómo aquella ilustre compañía de almas que con Jesús iban, darían á la Virgen el parabién por haber sido escogida por Madre de su Libertador, y le agradecerían el trabajo que había puesto en la obra de su redención; y los ángeles solemnizarían esta fiesta con alguna música celestial á gloria del Hijo y de la Madre. Finalmente, después que Jesús estuvo gran rato con su Madre, manifestándola grandes secretos y descubriéndola sus adorables designios, se despidió de ella, dejándola inundada de consuelo; mas la Virgen, con gran silencio, calló este favor, como había ocultado otros muy señalados. ¡Oh Reina del cielo! Alegraos, aleluya; porque el que trajisteis en vuestro seno, aleluya, ha resucitado, como dijo, aleluya; rogad por nosotros, aleluya; haciéndonos participantes de la eterna aleluya que se canta en las plazas de la celestial Jerusalén. ¿Nos alegramos del favor que recibe la Virgen? ¿Queremos participar de él? ¿Sabemos guardar con secreto las gracias que el Señor nos concede?

[1] Joan., XIX, 21.

Punto 3.° *Un ángel revela á unas devotas mujeres la resurrección de Jesús.*—En este mismo tiempo, un ángel del Señor manifestó á María Magdalena, María Jacobi y á otras piadosas mujeres la resurrección de Jesús [1]. Considera acerca de esto las virtudes con que estas devotas mujeres se dispusieron para merecer la revelación del ángel. Primeramente, fueron muy obedientes á la ley, porque con tener gran deseo de ungir el cuerpo de Jesús, no quisieron hacerlo en la fiesta por no ir contra el precepto; enseñándonos que por título de piedad no se ha de faltar á la obediencia. Luego fueron muy diligentes, porque antes que amaneciese, siendo aún de noche, emprendieron el camino para ir al sepulcro, despreciando los temores que generalmente suelen asaltar á las personas de su sexo. Tuvieron también gran confianza y perseverancia en su propósito, porque, aunque recordaron que la piedra que cerraba el sepulcro era tal que ellas no la podrían quitar, con todo, prosiguieron su camino, confiando en el Señor que las ayudaría para llevar á cabo su piadoso intento. Pondera luego cómo, llegando estas piadosas discípulas de Jesús al sepulcro, hallaron que la piedra estaba quitada, y entrando con gran temor, vieron á un ángel sentado sobre ella, el cual les dijo: «No temáis. ¿Buscáis á Jesús Nazareno crucificado? Ya ha resucitado, no está aquí; venid y ved el lugar donde le habían puesto». Que fué decir: Que teman los guardas que custodiaban el sepulcro, es muy justo, porque son malos; mas vosotras no temáis, ni os congojéis, porque vengo á daros buenas nuevas de la resurrección del Señor á quien buscáis. ¡Oh afortunadas discípulas de Jesús! Muy bien os ha pagado el Señor vuestra obediencia, diligencia y confianza, descubriéndoos el secreto que ninguno de los discípulos conocía. Por estas excelentes virtudes os suplico me alcancéis del Señor tal fervor, que siempre os imite en la práctica de ellas y merezca la dicha que por ellas merecisteis. ¿Lo hemos hecho así hasta el presente? ¿Somos, como estas distinguidas mujeres, obedientes, diligentes y perseverantes en el bien obrar?

Epílogo y coloquios. ¡Oh amorosa Providencia de Jesús! Resucitado y glorioso, era muy natural que el Señor abandonase esta tierra de llanto y este mundo corruptible, y se trasladase al cielo, que era su propia morada. Empero, quedábanle ministerios muy sublimes, cuya ejecución no quería confiar á otro. Para esto permanece en el mundo por algún tiempo y da público testimonio de su resurrección, ya por medio de algunos muertos que con Él han resucitado, ya por los ángeles sus ministros celestiales, ya por sí mismo. La primera visita que hace después de resucitado es á su Madre Santísima, á la cual se presenta, des-

[1] Matth., XXVIII, 1.

pués que esta Señora con vivas ansias había suspirado por su vista. ¡Qué júbilo inundaría en aquel momento al corazón de María! ¡Qué comunicación de afectos tan tiernos y cariñosos embargarían aquellos dos corazones! ¿Qué diría María á Jesús? ¿Qué diría este Señor á su Madre? Y ¿qué la dirían aquellas innumerables almas que venían acompañando á su Redentor? Entretanto, mientras esto pasaba en el aposento de María, un ángel del Señor se encarga de recompensar la obediencia, diligencia, confianza y perseverancia de la Magdalena y otras devotas mujeres. Revélales el misterio que se acaba de obrar. Dales las pruebas más convincentes de la verdad, y ellas creen firmemente, y sólo piensan en regresar á Jerusalén á dar cuenta á Pedro y demás discípulos de las maravillas que han visto. ¿No despierta todo esto nuestra fe? ¿No enciende en nuestro corazón vivos deseos de amar á Jesús y de buscar y procurar su gloria? ¿No nos estimula á practicar las virtudes que nos disponen para recibir los dones del cielo? Pensémoslo, propongamos con eficacia, y pidamos con fervor por nosotros y por el mundo entero.

137.—APARICIÓN DE JESÚS Á LA MAGDALENA.

PRELUDIO 1.° Perseverando la Magdalena en buscar á Jesús, se la apareció disfrazado de hortelano; y compadecido de las ansias de aquella fervorosa discípula, se le descubrió.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús presentándose á la Magdalena y llamándola por su nombre.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber imitar el fervor de la Magdalena en buscar á Cristo y su encendida caridad.

Punto 1.° *Fervorosas ansias con que la Magdalena buscaba á Jesús.*—Considera aquí las grandes ansias y vivos deseos con que la Magdalena deseaba hallar el cuerpo de su divino Maestro. Porque, habiéndose vuelto sus compañeras luego que oyeron el anuncio de los ángeles, ella se quedó sola fuera del monumento, en pie y llorando, inclinándose de vez en cuando á mirar en él para ver si hallaba la segunda vez lo que no halló la primera. Pondera cómo estos deseos de la Magdalena, aunque se fundaban en poca fe de la resurrección, fueron muy gratos al Señor, porque procedían de un amor vehemente que no sufre estar sin la compañía del amado; iban acompañados de cuidadosa solicitud en buscarle, por lo cual, ni se sentó junto al sepulcro, ni se volvió como las otras mujeres, sino que, estando en pie, asomábase repetidas veces para ver si estaba equivocada, pensando que los sentidos la engañaban, no descubriendo en el fondo del sepulcro al que todavía se hallaba en él; fueron perseverantes, no bastando para saciarlos ni el dicho de los ángeles ni el ejemplo de sus compañeras, que habían regresado á la ciudad, ni el de los apóstoles Pedro y Juan, que se volvieron luego que vieron el sepulcro vacío;

mas ella permaneció constante junto al monumento, hasta que alcanzó ver al que tanto deseaba; por fin: fueron muy devotos y iernos, como lo prueban las abundantes lágrimas que derramaba, sin que pudiese secarlas otro que el mismo Cristo. Estos deseos vehementes, solícitos, perseverantes y devotos has de procurar tú con grande cuidado, si deseas inclinar en tu favor la divina misericordia. Y si lloras, que sean tus lágrimas como las de la Magdalena; de dolor por haber perdido voluntariamente á Jesús por la culpa, ó de pena por haberse Él ausentado de ti y haberte dejado en tinieblas sin culpa tuya. ¡Oh Dios mío! Si mis pecados os han obligado á separaros de mí y os han quitado de donde estabais, quitadlos de mí por vuestra infinita misericordia, para que podáis volver á vuestro lugar y permanecer en él para siempre. ¡Oh alma que lloras la ausencia de Jesús! Imita el fervor de la Magdalena, si quieres recobrar tu tesoro; examina si son tus deseos como los suyos, y si perseveras con dolor en buscar á Jesús.

Punto 2.° *Aparición de Jesús á la Magdalena en la forma de hortelano.*—Compadecido Jesús de las lágrimas de su fervorosa discípula, determinó consolarla y cumplirla sus deseos. Para esto se le apareció, no poniéndosele delante como en otras apariciones, sino á la espalda, haciendo algún ruido para que ella volviese la cabeza y le viese. Así busca el Señor á las almas que le tienen vueltas las espaldas y no le conocen; pero, á poco se va introduciendo, y disponiéndolas hasta que del todo las hace suyas. Mas, aunque la Magdalena vió á Jesús, no le conoció, porque estaba disfrazado. Es que por su corta fe no merecía verle todavía con claridad; y esta poca fe es causa de que, estando Dios en todo lugar, no le reverencies, y estando Jesús en el Santísimo Sacramento, no le respetes ni trates como cosa presente. ¡Oh, cuán necesario es que crezcas cada día en esta virtud, fundamento de la santidad y origen de los mayores favores que el Señor hace á los hombres! Considera luego, cómo viendo la Magdalena á Jesús, creyendo que era el hortelano, le dijo: «Señor, si tú le llevaste, dime dónde le pusiste, y yo le traeré». ¡Oh, qué caridad y amor tan encendido muestra la Magdalena en estas breves palabras! ¡Cuán bien se declaran las propiedades de la encendida caridad! Porque esta virtud, cuando se ha apoderado del alma, de tal modo la saca de sí, que no piensa sino en su Amado, y cree que todos piensan en Él: la caridad, para obsequiar al Amado, no reconoce dificultades ni halla imposibles, porque cree que todo lo podrá con los auxilios de Él: la caridad induce al amante á que se humille á toda humana criatura, en razón de servir á su Amado. Así la Magdalena, en esta ocasión, se humilla al que tenía por hortelano, llamándole señor; se ofrece á llevar el cuerpo de Cristo de dondequiera que esté, sin temor á los guardas, y sin acordarse de sus pocas fuerzas, y cree, por fin, que aquel

que tiene por hortelano piensa como ella, por lo que sólo dice: «Si tú le llevaste». ¡Oh Rey eterno! Entradme en la bodega de vuestros vinos como entrasteis á esta esclarecida sierva vuestra, y ordenad en mí la caridad; dadme tal amor, que me olvide del todo de mí para pensar sólo en Vos, que me humille á toda humana criatura, y que no halle dificultad alguna tratándose de serviros. ¿Imitamos nosotros la fervorosa caridad de la Magdalena? ¿Nos disponemos, avivando la fe, para recibir los favores del cielo?

Punto 3.° *Manifestación de Jesús á la Magdalena.*—Viendo Jesús el fervor, lágrimas y ofrecimientos de la Magdalena, descubriósele, llamándola por su propio nombre con el tono que solía, diciendo: «María»; y al punto ella le reconoció, y respondió: «Maestro mío». En lo cual has de considerar primeramente la omnipotencia de Cristo, llena de dulzura y suavidad, pues con una sola palabra trocó de repente el corazón de esta devota sierva suya, y desterrando de ella la tristeza, la colmó de incomparable alegría; entonces ilustró su entendimiento con nueva luz, disipando todas las tinieblas de infidelidad que le obscurecían, y encendió su voluntad con nuevo fuego de amor para que amase como Dios vivo al que amaba como hombre muerto. ¡Oh poder infinito de Jesús! ¿Quién desconfiará viendo las maravillosas obras que hacéis? Pondera luego cómo la Magdalena, en oyendo á Jesús que la llamaba por su propio nombre, arrebatada de amor, le contestó con el nombre que solía, diciendo: «Maestro mío». Cuando hablaba con los ángeles le llamaba Señor, en señal de reverencia; ahora que habla con Él mismo, llámale con nombre de reverencia y amor juntamente, Maestro mío, porque acababa de sentir en su alma los efectos de su divino magisterio. Finalmente: has de ponderar cómo, deseando la Magdalena besar á Jesús los pies, no se lo permitió, parte para que conociese la reverencia con que en lo sucesivo le había de tratar por ser ya glorificado, parte para manifestarle la imperfección de la fe que tenía; porque, así como no se le manifestó de golpe, sino poco á poco, así tampoco quiso hacerle todos los favores de una vez, sino paulatinamente. De todo lo cual has de sacar afectos grandes de confianza en el Señor, de profunda reverencia y de vivos deseos de aumentar la fe, con la cual te dispongas para recibir las gracias del cielo. ¿Qué sientes acerca de estas virtudes? ¿Tienes firme confianza en el poder de Jesús? ¿Le tratas con humilde reverencia? ¡Oh Maestro soberano! Vos, que tan en breve enseñasteis tantas grandezas á esta fervorosa discípula vuestra, ilustrad mi entendimiento, para que os conozca, y, conociéndoos, os ame como ella os amó.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán vehementes, cuán solícitos, cuán perseverantes y fervorosos fueron los deseos que tuvo la Magdalena de ver el cuerpo de Cristo, que creía que había sido robado del sepulcro! Nada puede calmarla ni enjugar sus lágrimas. Ni la vista de los ángeles, ni la partida de las otras mujeres para la ciudad. Allí queda ella sola, en pie, ansiosa por descubrir en alguna parte el tesoro que le habían quitado, según le hacía sospechar su poca fe. Sin embargo, unos deseos tan vivos, unas lágrimas tan ardientes, no podían menos de conmover el corazón del divino Maestro. Se le aparece, pero por la espalda y en traje desconocido, fingiendo una voz que no era la suya: todo esto era con objeto de ir disponiendo y preparando á la Magdalena para el favor que iba á dispensarle. La cual, al verle, teniéndole por el hortelano, ruégale que le muestre dónde está el cuerpo de su Maestro, que ella lo traerá á su lugar. ¡Cuánto puede el amor! En verdad es fuerte como la muerte; nada teme, en nada repara, con tal que redunde en obsequio de la persona amada. Jesús está ya satisfecho de las pruebas por las que ha pasado la Magdalena, y resuelve hacerle el más singular favor, antes que á ninguno de sus discípulos: llámala por su propio nombre y con su acostumbrada voz; y María, como si resucitase de muerte á vida, responde: «Maestro mío», arrojándose al instante á sus pies, donde solía permanecer para escuchar su doctrina. Todo esto, ¿qué dice á nuestro corazón? ¿Qué fe es la nuestra? ¿Con qué deseos buscamos á Jesús? ¿Con qué fervor suspiramos por Él? ¡Ah! Si Jesús no se nos manifiesta en la oración y en otros ejercicios santos, á nuestra tibieza hemos de atribuirlo. Miremos, pues, qué resoluciones nos interesa hacer para desterrarla de nuestro corazón, y, conociendo nuestra inconstancia, oremos con espíritu, fervor y vivos deseos de alcanzar lo que necesitamos para nosotros y para nuestros prójimos.

138.—APARICIÓN DE JESÚS Á SAN PEDRO.

PRELUDIO 1.° Oídas las mujeres, aunque los discípulos no las creyeron, Pedro y Juan fueron al sepulcro, y cerciorados del suceso, regresaron á la ciudad, y meditando Pedro sobre lo que había visto, apareciéle Jesús.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús, que se aparece á san Pedro.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de la fe y la diligencia en instruirte en ella.

Punto 1.° *Incredulidad de los discípulos.*—Considera primeramente la incredulidad de los Apóstoles y discípulos del Señor. Porque, llegando las mujeres al lugar donde estaban, tristes y llorosos, y dándoles cuenta de lo que habían visto, no las creyeron; antes tomaron sus palabras como desvaríos y sueños mujeriles; y aunque la Magdalena les dijo que le había visto, tampoco la creyeron [1]. Pondera sobre esto cuán dificultoso es el acto de fe que nos levanta á creer alguna cosa contraria á lo que he-

[1] Luc., XXIV, 11; Marc., XVI, 11.

que tiene por hortelano piensa como ella, por lo que sólo dice: «Si tú le llevaste». ¡Oh Rey eterno! Entradme en la bodega de vuestros vinos como entrasteis á esta esclarecida sierva vuestra, y ordenad en mí la caridad; dadme tal amor, que me olvide del todo de mí para pensar sólo en Vos, que me humille á toda humana criatura, y que no halle dificultad alguna tratándose de serviros. ¿Imitamos nosotros la fervorosa caridad de la Magdalena? ¿Nos disponemos, avivando la fe, para recibir los favores del cielo?

Punto 3.° *Manifestación de Jesús á la Magdalena.*—Viendo Jesús el fervor, lágrimas y ofrecimientos de la Magdalena, descubriósele, llamándola por su propio nombre con el tono que solía, diciendo: «María»; y al punto ella le reconoció, y respondió: «Maestro mío». En lo cual has de considerar primeramente la omnipotencia de Cristo, llena de dulzura y suavidad, pues con una sola palabra trocó de repente el corazón de esta devota sierva suya, y desterrando de ella la tristeza, la colmó de incomparable alegría; entonces ilustró su entendimiento con nueva luz, disipando todas las tinieblas de infidelidad que le obscurecían, y encendió su voluntad con nuevo fuego de amor para que amase como Dios vivo al que amaba como hombre muerto. ¡Oh poder infinito de Jesús! ¿Quién desconfiará viendo las maravillosas obras que hacéis? Pondera luego cómo la Magdalena, en oyendo á Jesús que la llamaba por su propio nombre, arrebatada de amor, le contestó con el nombre que solía, diciendo: «Maestro mío». Cuando hablaba con los ángeles le llamaba Señor, en señal de reverencia; ahora que habla con Él mismo, llámale con nombre de reverencia y amor juntamente, Maestro mío, porque acababa de sentir en su alma los efectos de su divino magisterio. Finalmente: has de ponderar cómo, deseando la Magdalena besar á Jesús los pies, no se lo permitió, parte para que conociese la reverencia con que en lo sucesivo le había de tratar por ser ya glorificado, parte para manifestarle la imperfección de la fe que tenía; porque, así como no se le manifestó de golpe, sino poco á poco, así tampoco quiso hacerle todos los favores de una vez, sino paulatinamente. De todo lo cual has de sacar afectos grandes de confianza en el Señor, de profunda reverencia y de vivos deseos de aumentar la fe, con la cual te dispongas para recibir las gracias del cielo. ¿Qué sientes acerca de estas virtudes? ¿Tienes firme confianza en el poder de Jesús? ¿Le tratas con humilde reverencia? ¡Oh Maestro soberano! Vos, que tan en breve enseñasteis tantas grandezas á esta fervorosa discípula vuestra, ilustrad mi entendimiento, para que os conozca, y, conociéndoos, os ame como ella os amó.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán vehementes, cuán solícitos, cuán perseverantes y fervorosos fueron los deseos que tuvo la Magdalena de ver el cuerpo de Cristo, que creía que había sido robado del sepulcro! Nada puede calmarla ni enjugar sus lágrimas. Ni la vista de los ángeles, ni la partida de las otras mujeres para la ciudad. Allí queda ella sola, en pie, ansiosa por descubrir en alguna parte el tesoro que le habían quitado, según le hacía sospechar su poca fe. Sin embargo, unos deseos tan vivos, unas lágrimas tan ardientes, no podían menos de conmover el corazón del divino Maestro. Se le aparece, pero por la espalda y en traje desconocido, fingiendo una voz que no era la suya; todo esto era con objeto de ir disponiendo y preparando á la Magdalena para el favor que iba á dispensarle. La cual, al verle, teniéndole por el hortelano, ruégale que le muestre dónde está el cuerpo de su Maestro, que ella lo traerá á su lugar. ¡Cuánto puede el amor! En verdad es fuerte como la muerte; nada teme, en nada repara, con tal que redunde en obsequio de la persona amada. Jesús está ya satisfecho de las pruebas por las que ha pasado la Magdalena, y resuelve hacerle el más singular favor, antes que á ninguno de sus discípulos: llámala por su propio nombre y con su acostumbrada voz; y María, como si resucitase de muerte á vida, responde: «Maestro mío», arrojándose al instante á sus pies, donde solía permanecer para escuchar su doctrina. Todo esto, ¿qué dice á nuestro corazón? ¿Qué fe es la nuestra? ¿Con qué deseos buscamos á Jesús? ¿Con qué fervor suspiramos por Él? ¡Ah! Si Jesús no se nos manifiesta en la oración y en otros ejercicios santos, á nuestra tibieza hemos de atribuirlo. Miremos, pues, qué resoluciones nos interesa hacer para desterrarla de nuestro corazón, y, conociendo nuestra inconstancia, oremos con espíritu, fervor y vivos deseos de alcanzar lo que necesitamos para nosotros y para nuestros prójimos.

138.—APARICIÓN DE JESÚS Á SAN PEDRO.

PRELUDIO 1.° Oídas las mujeres, aunque los discípulos no las creyeron, Pedro y Juan fueron al sepulcro, y cerciorados del suceso, regresaron á la ciudad, y meditando Pedro sobre lo que había visto, aparecióle Jesús.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús, que se aparece á san Pedro.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de la fe y la diligencia en instruirte en ella.

Punto 1.° *Incredulidad de los discípulos.*—Considera primeramente la incredulidad de los Apóstoles y discípulos del Señor. Porque, llegando las mujeres al lugar donde estaban, tristes y llorosos, y dándoles cuenta de lo que habían visto, no las creyeron; antes tomaron sus palabras como desvaríos y sueños mujeriles; y aunque la Magdalena les dijo que le había visto, tampoco la creyeron [1]. Pondera sobre esto cuán dificultoso es el acto de fe que nos levanta á creer alguna cosa contraria á lo que he-

[1] Luc., XXIV, 11; Marc., XVI, 11.

mos visto con los sentidos, y cuán mal correspondemos á lo mucho que Dios hace por nosotros, pagándole con incredulidad, y con tenerlo por desvarío, siendo más desvarío no creerlo, cuando Dios lo ha revelado. Porque, habiendo anunciado el mismo Cristo su muerte y su resurrección al tercer día, y diciendo ahora estas mujeres que se había cumplido la segunda parte de la profecía, con todo, no lo creyeron, teniendo por desvarío creer que un hombre muerto en la cruz, desangrado y llagado por todas partes, hubiese resucitado, echando al olvido la revelación de su divino Maestro, la resurrección de Lázaro, y otros milagros que ellos mismos habían presenciado. Considerando esta conducta poco recta de los discípulos del Señor, has de procurar huir de dos extremos, ambos peligrosos. Uno es de aquellos que de ligero creen á cualesquier revelaciones y visiones de mujeres, con peligro de creer muchas cosas que son desvaríos y sueños; y otro de los muy duros en creer, y que todo lo tienen por desvarío; lo cual es grande yerro; pues aunque sean mujeres y gente idiota, por su devoción y fervor suelen ser dignas de tener tales gracias. Y no es menor desorden llamar desvarío de la imaginación á la revelación de Dios, que llamar revelación de Dios á lo que es desvarío de la imaginación. ¡Oh Maestro soberano! Con mucho gusto cautivo mi entendimiento en obsequio de la fe, negando todo lo que me dicen mis sentidos, si es necesario para creer lo que Vos reveláis; porque sé que si ellos me pueden engañar, Vos ni podéis ni queréis hacerlo. Guiadme por el justo medio para juzgar de lo que no comprendo, para que ni la credulidad me precipite en el error, ni la dureza en creer os ofenda. ¿Cómo juzgamos nosotros de las cosas sobrenaturales? ¿Somos demasiado crédulos, ó sentimos dureza de juicio?

Punto 2.º *Visita de san Pedro y san Juan al sepulcro de Cristo.*—Considera cómo aunque los discípulos en general no dieron crédito á las palabras de las mujeres, con todo, Pedro y Juan se resolvieron á ir al monumento [1], para enterarse de la verdad de lo que aquéllas contaban. Juan llegó antes al lugar del sepulcro; pero Pedro entró primero en él, y ambos vieron á un lado la sábana en que se envolvió el cuerpo, y al otro lado el sudario con que se cubrió la cabeza; lo cual era una prueba de que no había sido hurtado el cuerpo, y entonces creyeron lo que las mujeres habían dicho. En este hecho has de ponderar cómo estos dos fervorosos discípulos no dieron en el extremo de los otros, teniendo por desvarío la revelación que contaban las mujeres, sino quisieron probar el fundamento y señales de ella; porque propio es de los más fervientes y discretos hacer diligencias para enterarse bien de las cosas de Dios, aunque para ello se hayan de vencer grandes dificultades. Pero, á estos discípulos no

[1] Joan., xx. 3.

se aparecieron ángeles como á las mujeres, ya porque bastaba el dicho de éstas, que ya creían, ya también porque la resurrección estaba suficientemente demostrada con la presencia de la mortaja y sudario recogidos en el sepulcro, ya, finalmente, para que se entienda que las visiones y apariciones de los ángeles no prueban mayor santidad en el que las recibe, y muchas veces tales favores se hacen á los menos santos. Pondera también cómo en estos dos discípulos se representan las dos virtudes con que hemos de buscar á Jesús, á saber, la fe y la caridad. La fe descubre las verdades y entra primero como Pedro en el sepulcro, y luego entra el amor como Juan, y con su entrada se confirma y fortalece la misma fe. También se representan las vidas contemplativa y activa, de las cuales ésta entra primero disponiendo, y aquélla después poseyendo y gozando. ¡Oh amantísimo Jesús! Esclareced mi fe y encended mi caridad, para que, pospuesto todo temor humano, os busque y entre donde quiera que pueda hallaros; perfeccionadme con los ejercicios de la vida activa en todo género de virtud para que suba á los ejercicios de la vida contemplativa, y por medio de ellos entre en lo escondido de vuestro rostro, para gozar de la belleza y hermosura que tenéis en la gloria. ¿Imitamos nosotros la diligencia de estos discípulos? ¿Practicamos las virtudes que en ellos se representan?

Punto 3.º *Aparición de Jesús á san Pedro.*—Volviendo Pedro á su posada, se retiró aparte á considerar y rumiar lo que había visto; y estando así, se le apareció repentinamente el Señor. Considera sobre esto cómo Pedro se hizo digno de esta aparición por la diligencia de ir al sepulcro y la meditación de lo que había visto. Y aunque san Juan había ido también al monumento, no se lee que se le apareciese Jesús; para que se vea que suele el Señor hacer mayores regalos á los pecadores convertidos para confirmarlos en su conversión, que á los justos que no pecaron, como se ve en la parábola del hijo pródigo; y así, no sin causa el primer varón y la primera mujer á quienes se lee que se apareció Cristo resucitado, habían sido pecadores; por lo cual has de alentarte á confiar en Dios, sabiendo que si te arrepientes de veras, tus pecados, aunque sean muchos, no serán parte para que Él deje de favorecerte. Pondera luego la vergüenza que sentiría san Pedro viendo delante de sí á Jesús, y acordándose que le había negado. Sin duda se arrojaría á sus pies, llorando amargamente su pecado, pidiendo perdón de él. Y Jesús con amor le consolaría y aseguraría una vez más del perdón que ya le había concedido. ¡Qué palabras tan tiernas le diría! ¡Qué avisos tan saludables le daría! Y, ¡qué gozoso y consolado quedaría el Apóstol con la vista y palabras de su Maestro! ¡Cuán confirmado en la fe y encendido en su amor! Mira, finalmente, cómo Pedro, en cumplimiento de la palabra que le había dicho el Señor, corrió al momento á los demás discípulos, á fin de con-

firmarlos en la fe; y fué tan poderoso su testimonio, que muchos creyeron en él de los mismos que no habían querido dar crédito á las mujeres; y así decían, sin vacilar ni dudar: «Resucitado ha el Señor verdaderamente y aparecido á Simón»; como quien dice: Basta que Simón nos asegure que le ha visto, para que creamos que la resurrección del Señor no es fingida ó aparente, sino real y verdadera; porque su autoridad es de gran peso. Aprende tú de san Pedro á disponerte para merecer los favores divinos, á recibirlos con humildad y aprovecharte de ellos para bien de tus prójimos; y de los discípulos á creer lo que te enseña la Iglesia y su Cabeza visible. ¿Has olvidado estas enseñanzas? ¡Oh glorioso Apóstol! Con mucha razón os llamáis Simón, que quiere decir obediente, pues tan bien obedecéis á la voz de vuestro Maestro en cumplir lo que os manda, haciendo el oficio de piedra, como Pedro, y de cabeza como Cefas, en confirmar y fortalecer la fe de vuestros condiscípulos, cuya cabeza habéis de ser. Confirmad mi flaca fe, y perfeccionad mi corta obediencia, para que os imite en estas virtudes y merezca el premio que Vos merecisteis.

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán grande es la dureza del corazón del hombre y la dificultad en creer aquello que se opone á lo que le dicen los sentidos! Los discípulos del Señor habían sabido su muerte y sepultura; y aunque las mujeres les aseguran que han visto ángeles que les han dicho que había resucitado, y esta palabra está muy conforme con las repetidas promesas del Señor, ellos persisten en su incredulidad, tildando de visionarias á las mujeres que les hablan. Peligroso es dar crédito á cualquier espíritu, sin examen; pero, no lo es menos rechazar por sistema todo lo extraordinario, porque esto arguye poca fe. Pedro y Juan fueron en este caso los prudentes; ellos, sin reparar en dificultades, fueron al sepulcro, y por sus propios ojos vieron ser verdad lo que las mujeres aseguraban. La fe y el amor son las dos excelentes virtudes que nos guían por el camino de la vida, y nos preservan de los escollos que nos circundan por todas partes. ¡Oh, si las practicásemos con perfección! Pedro, admirado de lo que ha visto, se retira á meditar y á orar, apartado de sus compañeros; y en este momento se le presenta su amantísimo Maestro resucitado. ¡Qué sentiría en aquella primera vista el santo Apóstol! ¡Qué confusión, recordando sus negaciones! ¡Qué humillación, viendo la benignidad y ternura de Cristo! ¡Cómo se confirmaría en el propósito de morir mil muertes, antes que volver á ofenderle! ¿En qué podemos y debemos imitar á san Pedro y á los otros Apóstoles? ¿Cómo nos hemos portado hasta hoy? ¿Qué hemos de corregir y enmendar en nuestra conducta? ¡Ay de nosotros si, contemplando tales prodigios y favores como estos, no avivamos nuestra fe y no encendemos más nuestro amor! Reflexionémoslo con cuidado, y haciendo con firmeza los propósitos que nos convengan, pidamos fortaleza para ponerlos en ejecución, y roguemos por todo el mundo, especialmente para que todos los católicos estén cada día más unidos á la Santa Sede.

139. — APARICIÓN Á LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS.

PRELUDIO 1.° Apareciose Jesús en traje desconocido á dos de sus discípulos que iban á Emaús, y quedándose con ellos, se les descubrió al tiempo de partir el pan.

PRELUDIO 2.° Represéntate á estos dos discípulos y á Jesús hablando con ellos familiarmente.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber escuchar á Jesús que te habla, seguir sus inspiraciones, y recibir con agradecimiento sus correcciones.

Punto 1.° *Aparición de Jesús á estos discípulos, y su reprensión.*—Considera cómo dos discípulos, instigados por el miedo de los judíos, salieron de Jerusalén el mismo día de la resurrección, dirigiéndose á Emaús, lugar próximo, que era la patria de uno de ellos, en donde esperaban tener seguridad. Muchas veces la pasión del miedo es causa de que el hombre se aparte de la compañía de los buenos para hallar algún alivio en las cosas del mundo. Jesucristo, como buen Pastor, deseoso de recoger estas dos ovejas que se apartaban de su rebaño, se les apareció y juntó con ellos en el camino, aunque disfrazado y encubierto; y, principiando á trabar plática con ellos, y viendo cuán corta y apagada era su fe, reprendiólos con viveza, diciéndoles: «¡Oh necios y tardos de corazón para creer las cosas que han dicho los profetas!» Y luego, comenzando desde Moisés y de los profetas, les iba declarando todo lo que estaba de El escrito. Pondera la aspereza de esta reprensión de Cristo, la cual no procedía de indignación, sino de compasión y deseo de avivar su fe y sacarlos de la ignorancia en que estaban. Llámales necios é ignorantes, porque, con haberle oído hablar tantas veces de este misterio, no acababan de entenderle. Llámales tardos de corazón, porque, teniendo bastantes indicios y motivos para creer, todavía estaban dudosos. ¡Cuántas veces podría el Señor dirigirte á ti estas duras reprensiones! Mira luego el efecto que produjo en estos discípulos la corrección de Cristo: no sólo no se resintieron por estas palabras, en la apariencia tan ásperas, sino que escucharon atentamente la explicación que les hacía de las Escrituras, penetrándose de tal manera de sus palabras, que su corazón se iba encendiendo y abrasando en el amor del que les hablaba, como ellos mismos lo confesaron, y de las verdades que les enseñaba. Considerando todo este admirable suceso, ¿no procurarás tú resistir á la pasión del miedo, que tan grandes daños causa? ¿No harás que tus pláticas y conversaciones sean de cosas buenas, de modo que Jesús guste de acom-

pañarte? Y ¿cómo recibes las correcciones? ¡Oh Maestro divino! Habladme frecuentemente en el camino de esta vida, para que mi corazón arda en amor vuestro, y mi alma se derrita oyendo vuestra voz; reprendedme, si me conviene, con dureza, y ayudadme á sufrir con amor y agradecimiento todas las correcciones.

Punto 2.° *Violencia santa que hacen los discípulos á Jesús para que se quede con ellos.*—Llegando al lugar adonde iban, Jesús hizo ademán de querer pasar más adelante; pero ellos le detuvieron y forzaron, diciéndole: «Quédate con nosotros, Señor, porque se va haciendo tarde, y el día se acaba». Acerca de lo cual debes ponderar primeramente cómo Cristo hizo ademán de querer pasar adelante y dejarles, no porque en realidad quisiese separarse de ellos, sino para provocarles á que le convidasen y detuviesen, brotando afuera el fuego que ardía dentro de ellos, y para que con aquella obra de caridad de hospedar al peregrino, se hicieran dignos del favor que les quería hacer; y, además, para significar que, en su opinión, estaba lejos de ellos, por causa de su poca fe. Pondera luego cómo los discípulos, no sólo detenían á Cristo, sino que le forzaban, como dice el Evangelista; porque gusta mucho el Señor de ser forzado de nosotros con oraciones, gemidos, lágrimas, penitencias y ruegos importunos, alegándole títulos y razones que le hagan fuerza para que nos conceda lo que le pedimos; al modo que Jacob, luchando con el ángel, le dijo [1]: «No te dejaré, si no me das tu bendición». ¡Dichoso aquel que con esta constancia y voluntad insiste en sus oraciones! Él obtendrá lo que deseare. Reflexiona, por fin, las razones que alegaron los dos discípulos para mover á Cristo á que se quedase con ellos, y la oración que le dirigieron, diciéndole: «Quédate, Señor, con nosotros, porque anochece y se acaba el día». Llaman Señor al que habían llamado peregrino, por la estimación que de Él habían concebido, y alegan por título para detenerle que era ya tarde y anochecía. ¡Oh buen Jesús! Quedaos conmigo, porque en mi alma se va obscureciendo la luz de la fe, y el fervor de la caridad se va enfriando y declinando, y si os vais, quedaré convertido en noche obscura y fría. Confieso que no merezco vuestra compañía, á causa de mi poca fe; pero, ¿qué será de mí si os vais? ¡Oh alma mía! Conociendo la necesidad que tienes de que Jesús esté contigo, ¿por qué no le obligas á ello con penitencias, lágrimas y ruegos importunos?

Punto 3.° *Manifiéstase Jesús á los discípulos al partir el pan.*—Sentándose Jesucristo á la mesa con los dos discípulos que le habían invitado, tomó en sus manos un pan, bendíjolo, partiólo y dábaselo; y entonces abriéronse sus ojos y conocieron-

[1] Gen., XXXII, 26.

le, y al punto desapareció. Considera aquí cómo el Señor se manifestó á sus discípulos al partir el pan, por varias causas, todas muy provechosas. La primera, para que se entendiese lo mucho que estima la hospitalidad y caridad y demás obras de misericordia, las cuales nos disponen para recibir los favores divinos. La segunda, para que se viese cuánto más eficaces son las obras que las palabras, para darse á conocer; porque, aunque Él era poderoso en uno y otro, mostróles en el camino la dulzura y sabiduría de sus palabras pero, con la vista de las virtudes que ejercitó en la mesa, le conocieron perfectamente. La tercera, para significar la eficacia del Santísimo Sacramento, figurado por el pan que Jesús les distribuyó; y aun dicen algunos que era el mismo Sacramento, el cual tiene virtud para alumbrar el alma y esclarecer los ojos interiores, mucho mejor que la miel que esclareció los ojos de Jonatás [1]. De estas tres causas has de sacar vivos deseos de ejercitarte en obras de caridad y misericordia, dar buen ejemplo á otros, y frecuentar la sagrada comunión, para lograr conocer á Cristo y servirle como merece. Pondera cómo, en descubriéndose Cristo, al punto desapareció, para dar á entender á aquellos discípulos que los gustos espirituales que concede á sus fieles en este mundo son momentáneos, y se ordenan á ayudarnos en las obras de caridad; y así, estos dos discípulos, en recibiendo este favor, luego se levantaron de la mesa, y volvieron sin miedo á Jerusalén á contar lo que habían visto. ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto! ¡Oh poder infinito de nuestro dulce Jesús! ¡Con cuánta facilidad trocó con una visita instantánea los corazones de estos discípulos! Visitadme, Señor, á menudo, aunque luego me probéis [2]; porque un momento que dure vuestra visita, basta para llenar mi alma de celestial alegría, dilatando mi corazón para que corra por el camino de vuestros mandamientos. ¿Cómo nos disponemos para recibir la visita de Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán peligrosa es la pasión del miedo, sobre todo cuando se funda en cortedad de fe en el Señor! Esta pasión indujo á estos dos discípulos á salir de Jerusalén y abandonar á sus hermanos; y si Jesús, como buen pastor, no les hubiera salido al encuentro para volverlos á su rebaño, tal vez acabaran de perder la escasa fe que les quedaba. Mas, ¡con qué sabiduría se introduce Jesús en su conversación, de la cual gustaba, porque hablaban de cosas espirituales! ¡Con qué severidad reprende su debilidad en la fe, á pesar de tantos oráculos, profecías y portentos que ellos mismos habían presenciado! Llega á llamarles necios y tardos de corazón, aunque no por indignación, sino por la compasión que tenía de su estado y el deseo de que saliesen de él. Y estos discípulos, ¿cómo reciben la repren-

[1] I Reg., XIV, 27. — [2] Job., VII, 18.

sión del Señor? Con la más admirable mansedumbre, humildad y agradecimiento; en vez de quejarse, escuchan silenciosos la explicación que les hace Jesús acerca de las Escrituras; sus corazones se van encendiendo en amor al Señor; y cuando llegan á la posada, viendo que aparentaba querer pasar adelante, le ruegan, suplican é importunan á que se quede, y lo alcanzan. Afortunados discípulos, que, pensando hospedar á un peregrino, reciben en su compañía á su mismo Maestro, el cual se les descubre al partir el pan, desapareciendo al mismo instante de su vista. ¡Oh, si nosotros supiéramos imitar las virtudes que estos discípulos nos enseñan, y huir los defectos que el Señor les reprende! ¿Nos dejamos arrastrar del miedo ó de otra pasión desordenada? ¿Gustamos de andar en la presencia de Dios, hablando con Él, escuchando su voz y siguiendo sus inspiraciones? ¿Cómo recibimos las correcciones? ¿Puede Jesús aprobar nuestro proceder? Meditémoslo muy atentamente, y resolvamos con eficacia corregir aquellos defectos y practicar aquellas virtudes que nos sean necesarias; pidamos para esto los divinos auxilios, y no olvidemos las demás necesidades que se nos han encomendado.

140.—APARICIÓN DE JESÚS Á LOS APÓSTOLES.

PRELUDIO 1.º El día de la resurrección al anochecer, estando reunidos los Apóstoles en el cenáculo, á puerta cerrada, entró Jesús, les dió la paz, y pidióles de comer, para que se certificasen de la verdad de su resurrección.

PRELUDIO 2.º Represéntate estar con los Apóstoles, viendo á Jesús que entra, y todo lo demás que pasa.

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús que te dé su paz, como la dió á sus discípulos.

Punto 1.º *Aparición de Jesús en medio de sus discípulos sin abrir las puertas de donde estaban.*—En el mismo día de la resurrección, al anochecer, recogiéndose los discípulos en su casa y cerrando las puertas por miedo de los judíos, y estando ellos juntos, vino Jesús, y se puso en medio de ellos [1]. Acerca de esto has de considerar los motivos que tuvo Jesús para diferir la aparición á sus discípulos hasta el anochecer de aquel día, los cuales fueron varios; á saber: porque entre ellos había algunos muy duros de creer, y era menester disponerlos poco á poco para que les entrase en provecho la visita. Además, quería probar la paciencia de los más fervorosos y queridos; y con esta dilación aumentar los deseos que tenían de verle, y disponerles mejor para el favor que iba á hacerles. Por fin: deseaba enseñarte que debes esperar con paciencia su visita, y nunca desconfiar de su socorro, porque suele Él acudir al consuelo de los suyos cuando ya están desconfiados y desahuciados de recibirle. Pondera luego cómo Jesús entró en el aposento donde se hallaban sus discípulos sin abrir las puertas, que estaban cerradas; queriendo que entendiesen que su cuerpo estaba glorificado y que gozaba de la dote de sutilidad, en cuya virtud podía penetrar por donde quisiera sin estorbo alguno, y asimismo, que por su omnipotencia puede entrar en el alma á consolarla cuándo y cómo quiera; y que gusta mucho de que sus siervos cierren las puertas de sus sentidos, y entonces entra Él, como autor de la vida, para llenarlos de alegría. Púsose Jesús en medio de sus discípulos como si les quisiera confirmar con la obra las promesas que les había hecho, diciendo [1]: «Dondequiera que estuviesen dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos». ¡Oh Rey mío! Mi alma es casa fabricada por vuestra omnipotencia para morada vuestra; entrad en ella como Señor, y disponed lo que quisiereis, porque deseo no resistir á cuanto ordenareis. Y tú, alma mía, no desconfíes de recibir la visita de tu dueño y Señor; espérale con toda confianza, que vendrá y no tardará; pero ¿procuras cerrar las puertas de tus sentidos? ¿Tratas de unir entre sí tus potencias para la oración?

Punto 2.º *Jesús tranquiliza á sus discípulos, dándoles la paz y mostrándoles sus llagas.*—Considera cómo Jesús, viendo turbados y medrosos á sus amados discípulos, tranquilizólos por medio de palabras y de obras. Las palabras que dijo fueron tres muy señaladas, las cuales son signos de buen espíritu, y muy eficaces para quitar toda turbación. Primero les dijo [2]: «Paz sea con vosotros»; como quien dice: Acordaos que os dije: Mi paz os dejo, mi paz os doy; esta paz he ganado con mi Pasión y muerte; y así ahora os la comunico y saludo con ella. Luego añadió: «Yo soy»; que fué decir: Yo soy el mismo que solía en la naturaleza, en la persona y en la condición: Yo soy vuestro Maestro, Salvador, Protector, Amigo, Hermano y vuestro Dios. Y dijo esta palabra de un modo tan suave, que con ella les sosegó y se les dió á conocer. Y así continuó diciendo: «No queráis temer», como quien dice: Ya que el temor os acomete, no queráis admitirle ni darle entrada; no temáis la furia de los judíos, ni la ira de los gentiles, ni la rabia de los reyes y príncipes que se levantaron contra Mí; porque estando Yo en medio de vosotros, estáis seguros. ¡Oh si Jesús hablase á nuestro corazón estas dulces y eficaces palabras! ¡Cómo se disiparían sus dudas! ¡Cómo se calmarían las mayores tempestades! Pondera cómo, no contento el Señor con certificarles de su resurrección con palabras, quiso valerse de las obras; y así, dióles licencia para que se acercasen á Él, y le tocasen y palpasen su sagrado cuerpo, especialmente sus manos, pies y costado, donde tenía las señales de las llagas de clavos y lanza, para sanar con ellas las llagas

[1] Joan., xx, 19.

[1] Matth., xviii, 20. — [2] Joan, xiv, 27.

sión del Señor? Con la más admirable mansedumbre, humildad y agradecimiento; en vez de quejarse, escuchan silenciosos la explicación que les hace Jesús acerca de las Escrituras; sus corazones se van encendiendo en amor al Señor; y cuando llegan á la posada, viendo que aparentaba querer pasar adelante, le ruegan, suplican é importunan á que se quede, y lo alcanzan. Afortunados discípulos, que, pensando hospedar á un peregrino, reciben en su compañía á su mismo Maestro, el cual se les descubre al partir el pan, desapareciendo al mismo instante de su vista. ¡Oh, si nosotros supiéramos imitar las virtudes que estos discípulos nos enseñan, y huir los defectos que el Señor les reprende! ¿Nos dejamos arrastrar del miedo ó de otra pasión desordenada? ¿Gustamos de andar en la presencia de Dios, hablando con Él, escuchando su voz y siguiendo sus inspiraciones? ¿Cómo recibimos las correcciones? ¿Puede Jesús aprobar nuestro proceder? Meditémoslo muy atentamente, y resolvamos con eficacia corregir aquellos defectos y practicar aquellas virtudes que nos sean necesarias; pidamos para esto los divinos auxilios, y no olvidemos las demás necesidades que se nos han encomendado.

140.—APARICIÓN DE JESÚS Á LOS APÓSTOLES.

PRELUDIO 1.° El día de la resurrección al anochecer, estando reunidos los Apóstoles en el cenáculo, á puerta cerrada, entró Jesús, les dió la paz, y pidióles de comer, para que se certificasen de la verdad de su resurrección.

PRELUDIO 2.° Represéntate estar con los Apóstoles, viendo á Jesús que entra, y todo lo demás que pasa.

PRELUDIO 3.° Pide á Jesús que te dé su paz, como la dió á sus discípulos.

Punto 1.° *Aparición de Jesús en medio de sus discípulos sin abrir las puertas de donde estaban.*—En el mismo día de la resurrección, al anochecer, recogiéndose los discípulos en su casa y cerrando las puertas por miedo de los judíos, y estando ellos juntos, vino Jesús, y se puso en medio de ellos [1]. Acerca de esto has de considerar los motivos que tuvo Jesús para diferir la aparición á sus discípulos hasta el anochecer de aquel día, los cuales fueron varios; á saber: porque entre ellos había algunos muy duros de creer, y era menester disponerlos poco á poco para que les entrase en provecho la visita. Además, quería probar la paciencia de los más fervorosos y queridos; y con esta dilación aumentar los deseos que tenían de verle, y disponerles mejor para el favor que iba á hacerles. Por fin: deseaba enseñarte que debes esperar con paciencia su visita, y nunca desconfiar de su socorro, porque suele Él acudir al consuelo de los suyos cuando ya están desconfiados y desahuciados de recibirle. Pondera luego cómo Jesús entró en el aposento donde se hallaban sus discípulos sin abrir las puertas, que estaban cerradas; queriendo que entendiesen que su cuerpo estaba glorificado y que gozaba de la dote de sutilidad, en cuya virtud podía penetrar por donde quisiera sin estorbo alguno, y asimismo, que por su omnipotencia puede entrar en el alma á consolarla cuándo y cómo quiera; y que gusta mucho de que sus siervos cierren las puertas de sus sentidos, y entonces entra Él, como autor de la vida, para llenarlos de alegría. Púsose Jesús en medio de sus discípulos como si les quisiera confirmar con la obra las promesas que les había hecho, diciendo [1]: «Dondequiera que estuviesen dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos». ¡Oh Rey mío! Mi alma es casa fabricada por vuestra omnipotencia para morada vuestra; entrad en ella como Señor, y disponed lo que quisiereis, porque deseo no resistir á cuanto ordenareis. Y tú, alma mía, no desconfíes de recibir la visita de tu dueño y Señor; espérale con toda confianza, que vendrá y no tardará; pero ¿procuras cerrar las puertas de tus sentidos? ¿Tratas de unir entre sí tus potencias para la oración?

[1] Joan., xx, 19.

Punto 2.° *Jesús tranquiliza á sus discípulos, dándoles la paz y mostrándoles sus llagas.*—Considera cómo Jesús, viendo turbados y medrosos á sus amados discípulos, tranquilizólos por medio de palabras y de obras. Las palabras que dijo fueron tres muy señaladas, las cuales son signos de buen espíritu, y muy eficaces para quitar toda turbación. Primero les dijo [2]: «Paz sea con vosotros»; como quien dice: Acordaos que os dije: Mi paz os dejo, mi paz os doy; esta paz he ganado con mi Pasión y muerte; y así ahora os la comunico y saludo con ella. Luego añadió: «Yo soy»; que fué decir: Yo soy el mismo que solía en la naturaleza, en la persona y en la condición: Yo soy vuestro Maestro, Salvador, Protector, Amigo, Hermano y vuestro Dios. Y dijo esta palabra de un modo tan suave, que con ella les sosegó y se les dió á conocer. Y así continuó diciendo: «No queráis temer», como quien dice: Ya que el temor os acomete, no queráis admitirle ni darle entrada; no temáis la furia de los judíos, ni la ira de los gentiles, ni la rabia de los reyes y príncipes que se levantaron contra Mí; porque estando Yo en medio de vosotros, estáis seguros. ¡Oh si Jesús hablase á nuestro corazón estas dulces y eficaces palabras! ¡Cómo se disiparían sus dudas! ¡Cómo se calmarían las mayores tempestades! Pondera cómo, no contento el Señor con certificarles de su resurrección con palabras, quiso valerse de las obras; y así, dióles licencia para que se acercasen á Él, y le tocasen y palpasen su sagrado cuerpo, especialmente sus manos, pies y costado, donde tenía las señales de las llagas de clavos y lanza, para sanar con ellas las llagas

[1] Matth., xviii, 20. — [2] Joan, xiv, 27.

de la infidelidad y pusilanimidad que tenían en su corazón, porque para este fin, entre otros, las había dejado. Y así fué que, tocando los Apóstoles dichas llagas con gran reverencia y amor, quedaron ilustrados y confirmados en la fe, llenos de amor y gozo por la gloria de su Maestro. ¡Oh, quién se hallara presente con tan dulce compañía, y pudiera tener la dicha que tuvieron estos afortunados discípulos, viendo la hermosura de Jesús, oyendo su voz y tocando sus divinas llagas! ¡Oh dulce Jesús! Con el espíritu me acerco ante vuestra soberana presencia, y adoro vuestra Majestad, y postrado en lo profundo de mi corazón, me llego á besar vuestras llagas preciosísimas, con grande confianza que por medio de ellas quedaré sano de las mías.

Punto 3.° *Jesús, para certificar á sus discípulos de su resurrección, comió delante de ellos.*—Considera cómo no acabando de creer algunos de los discípulos que era el mismo Cristo que había sido crucificado, y estando admirados con el gozo que tenían, para confirmarlos más en la fe, pidióles algo para comer; y habiéndole presentado parte de un pez asado y un panal de miel, comió delante de ellos, y dióles lo que sobró [1]. Pondera aquí la excesiva benignidad de Jesús y la grandeza de su amor, porque, no contento con lo que había dicho y hecho para probar su resurrección, añadió esta otra señal de grande hermandad y afabilidad, pidiéndoles de comer y comiendo con ellos, con ser esta una cosa muy ajena de su estado glorioso. ¿Quién será tan duro de corazón que no quiera amar al que tanto se humilla y humana por nuestro bien? Reflexiona acerca del significado espiritual de esta comida de Cristo, la cual no carece de misterio. El pez asado representa su santísima humanidad, que fué asada en la cruz con fuego de tribulaciones; y el panal de miel significa su divinidad, que es fuente de toda dulzura; y ambas cosas están juntas en el Santísimo Sacramento del Altar, y con ellas sustenta ahora nuestras almas para abrasarlas en el fuego de su amor y llenarlas de espiritual alegría. Y estas mismas le has de ofrecer tú en sacrificio en la santa Misa, en agradecimiento de un bien tan señalado. Mira cómo después de esto, Jesús se entretuvo hablando largo rato con sus discípulos, declarándoles y abriéndoles el sentido de las Escrituras que hablaban de Él; y es de creer que su corazón también ardería dentro de ellos cuando se las declaraba, como ardía el de los discípulos que iban á Emaús. ¡Oh Maestro del cielo! Mirad que vuestros soberanos misterios están cerrados para mí, y mi sentido está cerrado para ellos, porque con mis pecados lo tengo obscurecido; acordaos que por los méritos de vuestra Pasión abristeis el libro cerrado y sellado con siete sellos [2], de modo que se pudiese leer; abrid para mí el libro

[1] Luc., XXIV, 43. — [2] Apoc., V, 7.

de vuestros misterios, y también mi sentido para que pueda entenderlos, encendiéndome todo en el fuego de vuestro amor. ¿No nos admira la benignidad y ternura de Jesús? ¿No deseamos participar de sus gracias y recibir sus ilustraciones? ¿Qué hacemos para alcanzarlo?

Epílogo y coloquios. ¿Quién se atreverá á desconfiar de la misericordia, bondad y amor de Jesús? ¡Triste era la situación de sus discípulos el día de la resurrección! Al anochecer, amedrentados por los judíos, se habían encerrado en el cenáculo, no esperando ya ver á Jesús por aquel día; y de repente, sin abrir las puertas, aparece en medio de ellos. No se les había presentado antes, para ejercitar á unos, para disponer á otros y para despertar más vivos deseos en todos; pero, cuando más atribulados y tristes se hallaban, de repente penetra el muro como cuerpo glorificado, y se pone en medio de ellos, trayéndoles á la memoria lo que les había prometido: que estaría entre ellos cuando dos ó más se reunieran en su nombre. ¡Qué sentirían los Apóstoles, sorprendidos por tan extraordinaria visita! El temor se apodera de ellos; no creen á sus mismos ojos; piensan que es un sueño lo que ven. Jesús, con inefable dulzura, les dice: «Paz sea con vosotros. Yo soy; no queráis temer». Les permite, con admirable benignidad, que se acerquen á Él, y le toquen y besen sus llagas; y como si todo no fuese suficiente para probarles su amor y convencerles de la verdad de su resurrección, les pide comida, y come con ellos, y les da lo que sobra, y en suave conversación les explica las divinas Escrituras, abriéndoles el sentido para que las entiendan. ¿No nos arrebata tanta ternura y afabilidad en Jesús? ¿Por qué no amamos á un Señor tan amable? ¿Por qué no servimos con mayor cuidado á un Padre tan benigno? ¡Cuántos favores podríamos prometernos si le sirviéramos con todo amor! Veamos, pues, qué hemos de evitar y practicar en lo sucesivo. Roguémosle que nos ayude á cumplir nuestras resoluciones, y que nos auxilie en todas nuestras necesidades.

141. — APARICIÓN DE JESÚS EN EL MAR DE TIBERÍADES.

PRELUDIO 1.° Pescando siete discípulos en el mar de Tiberíades, y no habiendo cogido nada en toda la noche, apareciósele Jesús en la orilla, y les mandó echar la red de nuevo, é hicieron grande pesca.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús mandando á sus discípulos tender la red en la diestra del navío.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar la laboriosidad de estos discípulos y la obediencia y fervor de Pedro.

Punto 1.° *Trabajo inútil de los discípulos, que, pescando toda la noche, nada cogen.*—Considera cómo siete discípulos de Jesús, entre los cuales se hallaban Pedro y Juan, fueron á pes-

car en el mar de Tiberiades, parte por su pobreza para tener algo que comer, parte por huir de la ociosidad, porque no era llegado todavía el tiempo de ocuparse en pescar almas; y entre estos discípulos había tal concordia y hermandad, que en diciendo Pedro [1]: «Voy á pescar», al instante todos se ofrecieron á acompañarle. Pondera cómo dispuso el Señor que estos discípulos, trabajando toda la noche, no cogiesen pez ninguno, para que conocieran cuán poca parte es la industria del hombre, tomada á solas, para pescar las almas y sacarlas de pecado; y así, sabiendo que algún día serían pescadores de hombres, procuraran bien fundarse en humildad y propio conocimiento, y de este modo hacerse instrumentos hábiles de su providencia. También era de noche, para significar el miserable estado del mundo antes que le alumbrase Cristo, sol de justicia, con cuya luz se hace la pesca de las almas; y que, mientras el hombre se halla en la noche de la ignorancia y en las tinieblas del pecado mortal, no medra, ni sus obras son de merecimiento para la vida eterna. Lo cual te ha de mover á tener grande horror al pecado, y huir de él con todas tus fuerzas, viendo la grande miseria del pecador, que se cansa de pescar toda la noche de su miserable estado y no saca provecho alguno de merecimiento para la gloria del cielo. Pondera también qué harían estos siete discípulos, viendo que no pescaban pez alguno, porque, llevando su trabajo con paciencia, se acordarían de su Maestro y de la falta que les hacía su presencia, y es de creer que hablarían entre sí mismos de lo que otra vez les había sucedido en aquel mismo mar con el Señor, y suspirarían por Él con grande fervor para alcanzar tu socorro. ¿Imitas tú la diligencia, constancia y fervor de estos discípulos? ¿Te quejas ó enfadas cuando tus negocios no marchan según tus deseos? ¡Oh Maestro soberano! Confieso que nada puedo por mí mismo; si Vos me abandonáis, ni perfeccionaré mi alma, ni convertiré á los pecadores, si me dejáis solo. Venid, Señor; acercaos á mí; si deseáis que yo pesque en el campo de vuestra Iglesia, necesito de vuestra luz, porque me hallo en la noche de la ignorancia y del pecado, y aunque trabaje toda ella, nada cogeré.

Punto 2.º *Aparécese Jesús, y manda á los discípulos que tiendan la red á la diestra del navío.*—Á la mañana se apareció Jesús en la ribera, y preguntó á sus discípulos si tenían algo, y respondiéndole que no, les mandó echar la red en la diestra del navío, y cogieron tanta pesca, que no podían traerla. Acerca de esto has de considerar la amorosa caridad con que acudió Cristo á remediar la necesidad de sus discípulos y darles regalado consuelo en su aflicción. Mas no se les descubrió al instante, para que les fuese más provechosa su visita. Tampoco quiso

[1] Joan., XXI, 3.

andar sobre las aguas, porque el estado en que se hallaba después de su resurrección era estable y ajeno de toda mutabilidad. Por fin, aunque no ignoraba que nada habían cogido, quiso preguntarles si tenían algo, para que ellos mismos conociesen su propia necesidad, y la poca parte que tenían en la pesca que pensaba darles. Pondera luego cómo les mandó echar la red á la diestra del navío, para significar el próspero suceso de aquella pesca, que era figura de la pesca de las almas que han de salir del mar de este mundo para la eterna bienaventuranza, en virtud de Cristo, que es diestra de Dios. Y, obedeciendo los discípulos á este mandato, pescaron gran muchedumbre de grandes peces, para que se vea la eficacia de la obediencia, mayormente en los trabajos que se hacen por la salvación de las almas. Y es de notar que otra vez, conociendo Pedro á Cristo, le obedeció, lanzando al mar las redes en su nombre; pero esta vez se sometió á Él sin conocerle, y en ambas sacó gran pesca, porque gusta el Señor que obedezcamos á toda humana criatura por su amor, y nos desnudemos de nuestro propio juicio y voluntad para hacer la de otro en cosas donde no se ve pecado. ¡Oh Jesús mío! Enseñadme la obediencia que inspirasteis á vuestros discípulos, y de la que nos disteis tan admirables ejemplos, porque cierto estoy que si obedezco cantaré victoria, triunfando del mundo, demonio y carne; os daré mucha gloria, y haré gran pesca en las almas. ¿Somos nosotros obedientes? ¿Estamos dispuestos para someternos á cuanto nos diga Jesús?

Punto 3.º *Penetración de Juan en conocer á Cristo y fervor de Pedro en correr á Él.*—Conociendo á Jesús el discípulo amado, dijo á Pedro: «Es el Señor»; y al punto Pedro ciñóse la túnica y arrojóse al mar, para llegar más presto adonde estaba. Acerca de lo cual has de considerar la diferencia que hay del fervoroso amor en los que siguen la vida contemplativa y en los que siguen la activa. En aquéllos el amor aguza el entendimiento para que conozcan á Dios, como Juan; en éstos el amor da bríos, actividad y ligereza para que vuelen á cumplir la voluntad de su Amado, pareciéndoles pesada toda dilación y carga. Con este fervor que aquí te enseña san Pedro has de procurar tú seguir á Cristo. Pondera cómo, llegando los otros discípulos con la pesca, entró Pedro en el navío y trajo la red, y hallaron que había ciento cincuenta y tres peces; y con ser tantos y tan grandes, no se rompió la red. Esta pesca misteriosa era figura de la pesca de las almas escogidas para la gloria, así como la otra pesca milagrosa que hizo san Pedro representaba la pesca de las almas que habían de entrar en la Iglesia de Jesucristo. Por esta causa la primera pesca se hizo á la diestra y á la siniestra del navío, recogiendo toda suerte de peces; la segunda sólo á la diestra, porque los escogidos estarán á la derecha de Dios. En aquélla cogiéronse peces grandes y pequeños; en ésta eran todos gran-

des, porque en el cielo ninguno es pequeño. En aquélla, la red se iba rompiendo, porque en esta vida padece quiebras y cismas la Iglesia y la predicación de Cristo; en ésta, la red se trae hasta la tierra, donde está Cristo, que es la tierra de los vivos, y no se rompe, porque no habrá entonces disensiones, ni cismas, ni cosa que les perturbe, pues ya los ángeles habrán apartado los malos de los buenos [1]. En aquélla, finalmente, no se cuentan los peces, porque no todos los que entran en la Iglesia son contados entre los elegidos; en ésta se cuentan exactamente los peces, porque tiene Dios muy conocido el número de los que quiere colocar en la eterna felicidad. ¡Oh dichosos los peces que entraren en esta red para ser colocados en la vida eterna! ¡Dichosas las aguas vivas en donde se criaron y sustentaron, alcanzando la perfecta salud y vida que Cristo les ganó! ¡Oh Redentor dulcísimo! Concededme que viva yo en las aguas vivas de vuestra gracia, de modo que sea sacado de ellas para la vida eterna. Ya que, por la divina misericordia, nosotros figuramos entre las almas congregadas en la mística red de la Iglesia, ¿nos hacemos dignos de tan soberana merced? ¿Imitamos el fervoroso y encendido amor de san Pedro?

Epílogo y coloquios. — ¡Qué ejemplo tan edificante nos dan los discípulos de Jesús en esta ocasión! Para huir de la ociosidad y para ganar el necesario sustento, van con grande concordia y hermandad á trabajar en su antiguo oficio de pescadores. Y con admirable paciencia y constancia perseveran toda la noche, aunque nada absolutamente logran pescar. Entonces conocerían su propia pequeñez y miseria, su ineptitud para la obra colosal de pescar á los hombres que el Señor les iba á encomendar; entonces se acordarían de su divino Maestro, suspirarían por Él y le invocarían con fervor. ¡Oh, si tú te penetrases bien de los sentimientos y deseos de estos discípulos! ¡Si supieras y quisieras imitarles en la práctica de las virtudes que te enseñan! Jesús, que, aunque glorioso, no olvidaba á los suyos que se hallaban en alguna tribulación, presentóse á la orilla del mar á la mañana siguiente, y oyéndoles decir que nada habían cogido, mandóles tender la red á la diestra del navío, y en un momento cogieron ciento cincuenta y tres peces grandes, de un peso tan colosal, que por milagro no se rompió la red. Juan conoció que era Jesús el que estaba en la ribera, y díjolo á Pedro. Éste, sin detenerse un momento, salta al mar, y á nado corre á postrarse á los pies de su divino Maestro. ¿Quién no se edifica de las excelentes virtudes que en todo este suceso descubren los discípulos del Señor? ¿Quién no se enamora de la dulce afabilidad y tierna condescendencia de Jesús? ¡Dichosos los Apóstoles que tal pesca hicieron! ¡Dichosos los hombres representados en ella! ¿De-

[1] Matth., XIII, 49.

seamos nosotros ser contados entre ellos? Seamos dóciles á los ministros y enviados de Jesús, y para lograrlo propongamos, roguemos con fe y amor por nosotros y por el mundo.

142.—APARICIÓN Á LOS APÓSTOLES ESTANDO SANTO TOMÁS.

PRELUDIO 1.° Ocho días después de la resurrección, estando Tomás con los demás discípulos, apareciósе Jesús, y mandó á aquél que pusiera las manos en sus llagas, y no fuese más incrédulo, sino fiel.

PRELUDIO 2.° Represéntate este suceso como si lo estuvieras viendo.

PRELUDIO 3.° Pide á Jesús que te libre de la infidelidad y te conceda constante y viva fe.

Punto 1.° *Incredulidad de Tomás, y defectos en que por ella cayó.*—Considera cómo Tomás, uno de los Apóstoles, no estaba con ellos cuando les apareció Jesús; y habiéndole dicho los demás que habían visto al Señor, respondió [1]: «Si no viere en sus manos la abertura de los clavos, y si no entrare mi dedo por sus agujeros, y mi mano por su costado, no creeré». Acerca de esto se han de ponderar los defectos que hubo en este Apóstol, no para su desprecio, sino para nuestro escarmiento. El primero fué apartarse de la compañía de sus condiscípulos, ó por enfado, ó por atender á alguna cosa de su gusto, por cuya causa se privó de un bien tan grande como ver á Cristo; en lo cual has de ver cuán perjudicial es al religioso el separarse sin causa de la comunidad, y á cualquier hombre el apartarse de la compañía de los buenos, privándose así de muchos bienes y ocasionándose muchos males. El segundo fué incredulidad con dureza de corazón y protervia de juicio, no queriendo creer lo que todos sus condiscípulos atestiguaban como testigos de vista, anteponiendo con secreta soberbia su juicio y parecer al de todos los demás. El tercero fué un modo de presunción y curiosidad, que llegó á señalar á Dios el medio para creer, diciendo que no se contentaría con ver á Cristo, sino que le había de tocar, y entrar sus dedos y mano por sus llagas, no contentándose con los favores ordinarios, sino pretendiendo gracias singulares. El cuarto fué un modo de pertinacia, durando ocho días en esta ruin disposición, sin quererse ablandar ni por el dicho de sus condiscípulos, ni de Pedro, y quizá le diría lo mismo la Virgen Santísima, haciéndose sordo á todo, y así permaneciera en su incredulidad para siempre, si el mismo Cristo no viniera á remediarle. Todo esto permitió Dios, parte para que la incredulidad de este discípulo sirviese para afirmar y consolidar nuestra fe, parte para que echásemos de ver nuestra flaqueza, si Dios nos dejase de su mano, y que nadie puede creer ni venir á Cristo

[1] Joan., XX, 25.

si no le es dado de arriba, y si no es traído por su Padre[1]. ¡Oh Hijo de Dios vivo! Vos conocéis la masa de que estoy formado, y sabéis que me perdería si me dejaseis de vuestra mano; venid en mi socorro, compadeciéndoos de mi necesidad y flaqueza, y librándome de estos cuatro vicios que como cuatro vientos combatieron la casa de Tomás, para que no combatan ni echen por tierra la mía. ¿Hemos nosotros caído en alguno de los defectos de este Apóstol? ¿Hemos sido fáciles en separarnos de la comunidad, ú obstinados y protervos en nuestro proceder?

Punto 2.° *Aparición de Jesús, y palabras que dice á Tomás.*—Pasados ocho días, estando otra vez los discípulos reunidos, y con ellos Tomás, apareciose Jesús, y les dijo: «La paz sea con vosotros». Y vuelto á Tomás, añadió: «Entra tu dedo por aquí, y mira mis manos: llega tu mano, y éntrala por mi costado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel». Considera acerca de esto la infinita caridad de Jesús en mirar por el bien de sus ovejas; porque, habiendo esperado ocho días para ver si Tomás se convertía, viendo su dureza, no quiso retardar más el remedio, sino venir en persona á sanarle, mostrándosele como á los demás, entrando con las puertas cerradas, y dándoles la paz como la otra vez, para moverle con esto á que creyese. Pondera cómo, pudiendo Jesús aparecerse á Tomás, estando sólo, como se había aparecido á Pedro, no quiso, sino delante de los otros; ya para que él entendiese que esta gracia no se le hacía por sus merecimientos, sino por estar en compañía de sus queridos discípulos; ya también para que todos fuesen testigos de la caridad de su Maestro, que, por hacer bien á uno, regalaba á todos; y que así como habían presenciado la incredulidad de Tomás, viesen su arrepentimiento y las muestras que daba de su fe. Admira, por último, la infinita afabilidad de Jesús, cómo habla cariñosamente con Tomás y condesciende con su flaqueza. Y para que entendiese éste que conocía sus pensamientos, y que sabía bien lo que había dicho, y con esto convencerle, díjole: Pues has dicho que no creerás si no vieres y tocares las llagas de mis manos y costado, acércate y cumple tu deseo, y no quieras ser más incrédulo, que no te lo tengo merecido; sé fiel, pues estas llagas te provocan á serlo. ¿No nos admira esta caridad, blandura y amor de Jesús? ¿No confiaremos en un Señor tan amante? ¡Oh Salvador mío! Ahora veo con cuánta razón dijo vuestro Apóstol[2]: «Apareció la benignidad de Dios nuestro Salvador, el cual, no por nuestras obras, sino por su gran misericordia, nos hizo salvos». Vuestra humanidad y blandura, Señor mío, se ha manifestado hoy, apareciéndoos á Tomás, para hacerle salvo, no por sus obras, que no lo merecían, sino por vuestra gran misericordia, la cual no se encubre á los que la buscan, sino que

[1] Joan., VI, 44. — [2] Tit., III, 4.

aparece á los que no la creen y se descubre á los que no preguntan por ella.

Punto 3.° *Confesión y conversión de Tomás.*—Considera cómo Tomás, confuso al ver la benignidad de Jesús y su pasada incredulidad, respondió: «Señor mío y Dios mío». No nos consta del Evangelio si tocó las llagas de Cristo, ó si se contentó con haberle visto, y oído las palabras que le dijo, convidándole á que las tocase. Creíble es que por reverencia se detendría, arrojándose á sus pies; pero el Señor le tomaría de la mano y le haría que cumpliese su deseo, mostrando en esto la grandeza de su caridad. Lo cierto es que quedó Tomás tan ilustrado, que con grande afecto de su corazón confesó que Cristo era su Señor y su Dios, dando testimonio claro de su divinidad y humanidad, y entregándose totalmente á su servicio con ferviente amor, declarado por las palabras Señor mío y Dios mío, que significan amor tierno y singular. Pondera cómo Jesucristo no quiso alabar la fe de Tomás, llamándole bienaventurado, como á Pedro cuando confesó su divinidad, porque había sido tardo en creer, y para no dar ocasión á que otros pidiesen pruebas de sentidos, para creer en los misterios de Dios. Por el contrario, reprendióle tácitamente, diciendo: «Porque me viste, Tomás, creiste», que fué decir: Ha sido menester que me hayas visto y palpado, para que creyeses que soy tu Dios y Señor. Y luego añadió: «Bienaventurados los que no vieron y creyeron»; cuyas palabras han de ser nuestro mayor consuelo, porque, por una parte, nuestra fe es más meritoria, en cuanto creemos sin haber visto y palpado con los sentidos corporales á Jesús; y por otra, disfrutamos de todos los bienes que nos ganó por su muerte, de los Sacramentos que instituyó, de los ejemplos que nos dió en el discurso de su vida, de los sermones que predicó y de la ley perfecta que enseñó. ¡Oh Salvador mío! Gracias os doy por el cuidado que tuvisteis de consolar á los que no merecimos gozar de vuestra dulce presencia; y pues no tuve la dicha de veros con los ojos corporales, haced que os vea con los ojos espirituales; esclarecedlos con vuestra celestial lumbre, para que, avivada mi fe y encendida mi caridad, os crea y ame en este mundo, y sea después bienaventurado en el otro.

Epílogo y coloquios. ¡Cuánto debiera avivar y consolidar nuestra fe el acontecimiento que meditamos! Tomás, uno de los discípulos más distinguidos de Jesús, que no se hallaba con los demás al tiempo de la primera aparición, se obstina en no dar asentimiento á la resurrección de su divino Maestro. Háblanle los Apóstoles todos, y aun quizás la misma Virgen Santísima; ve en todos ellos retratada la alegría más singular; sabe las promesas que tan repetidas veces les había hecho Jesús, y, sin embargo, todo se estrella contra su obstinada incredulidad, llegando á imponer á Dios condiciones para creer. ¡Pobre Tomás! ¿Qué

hubiera sido de ti, si Jesús te hubiese abandonado? Pero no; este Padre amantísimo no quería dejar en la rebeldía á un hijo tan querido. Preséntase en medio de los Apóstoles, entre los cuales dispuso que estuviera éste, dales amoroso la paz, y, vuelto á él, le concede el permiso para que se acerque y cumpla el deseo de tocar sus llagas. ¡Cuán confuso y avergonzado estaría Tomás al ver la benignidad y ternura de su divino Maestro! ¡Con qué humildad se arrojaría á sus pies, confesándole por su Señor y por su Dios, y ofreciéndose á servirle, y á no negar jamás la fe que había recibido! Mas Tomás había faltado, y, aunque Jesús le perdonó con tanta blandura, no quiso alabarle por su confesión, antes al contrario, indirectamente le reprendió porque, sin verle, no había querido creer, asegurando que los que creen sin el testimonio de los sentidos son bienaventurados. ¿Hemos seguido á Tomás en su extravío y obstinación? ¿No le imitaremos en su confesión y arrepentimiento? ¿Reconocemos en Jesús á nuestro Señor y nuestro Dios? ¡Oh Jesús! Alumbradnos como á este vuestro discípulo, para que, conociendo lo que de nosotros deseáis, resolvamos con eficacia cumplirlo, haciendo de nuestra parte lo que podamos, y pidiendo con fervor y confianza aquello que nos es imposible. Remediad con amor todas las necesidades del mundo.

143.—ASCENSIÓN DE JESUCRISTO AL CIELO.

PRELUDIO 1.º Estando Jesús con sus discípulos en el monte de las Olivas, después de despedirse de ellos, dándoles su bendición, subióse al cielo; y los discípulos le siguieron con la vista, hasta que una nube se lo ocultó.

PRELUDIO 2.º Representémonos estar con los discípulos, recibiendo la última bendición de Jesús y viéndole subir á la gloria.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de ser verdaderos discípulos de Jesús, de modo que merezcamos subir con Él á la gloria.

Punto 1.º *Despedida de Jesús.*—Considera cómo estando todos los discípulos y la Virgen Santísima en el monte de las Olivas [1], mostróseles Jesús con un rostro más resplandeciente y amoroso que solía, y en lugar de los abrazos que se suelen dar al separarse los que mucho se aman, consintió que todos besasen sus sacratísimos pies y manos, saliendo de sus llagas un olor suavísimo que les confortaría el corazón. Llegaría primero la Virgen sacratísima, la cual, con título de Madre, besaría la llaga del costado, deseando entrar dentro del Hijo para subirse con Él al cielo, si le fuera concedido; aunque conformándose siempre con la divina voluntad. Llegaron luego san Pedro, san Juan y los demás Apóstoles y discípulos, tocándole todos con gran reverencia y devoción. Luego levantó el Señor sus divinas manos y los bendijo, según refiere san Lucas [1]. Levantó las manos en alto, para significar que la bendición que pretendía echarles, no era en bienes de la tierra, sino en bienes del cielo, y que había sido ganada por su Pasión y muerte levantando las manos en la cruz; y alzó ambas manos, no una sola, porque ambas fueron clavadas en ella, y para significar la largueza de su bendición, ofreciéndoles á manos llenas los bienes de gracia y gloria. Pondera luego cómo teniendo Jesús levantadas las manos, bendijo á sus discípulos, declarando con palabras los bienes que deseaba y pedía para ellos. No sabemos las palabras que dijo; pero puede ser que repitiese parte de la oración que había hecho á su Padre en la noche de la cena, pidiéndole que guardase y amparase á sus discípulos que quedaban en el mundo, para que un día subiesen adonde Él subía, y permaneciesen siempre en su compañía para ver la claridad que tenía. ¿Deseamos que Jesús derrame su bendición sobre nosotros? ¿Qué clase de bienes le pedimos? ¡Oh dulcísimo Jesús! Dadme parte de esa bendición que derramáis sobre vuestros discípulos; pues de ella está colgado todo mi remedio. Por el dolor y amor excesivo con que levantasteis las manos en la cruz, levantadlas ahora y bendecidme, no con bendición de la tierra, sino con bendición del cielo, porque no me hartan los bienes terrenos, sino solamente los celestiales

Punto 2.º *Afectos de los Apóstoles al ver subir á Jesús.*—Considera cómo, habiendo Jesús dado la bendición á sus discípulos, comenzó á elevarse de la tierra, y á subir al cielo, no como Elías [2], arrebatado en un carro de fuego, sino con su propia virtud, llevado del fuego de su infinita divinidad y majestad, cuya inclinación es subir á lo alto, como á su propio lugar. Con Él iban todas las almas de los justos que había sacado del limbo, y muchos coros de ángeles que bajaron del cielo para acompañarle. También los discípulos le acompañaban con el corazón, teniendo enclavados los ojos del cuerpo y del alma en su Maestro, con tres afectos encendidísimos. El primero de admiración, viendo una cosa tan nueva como era subir un hombre por los aires con tanta suavidad y facilidad, y con muestras de tanta grandeza. El segundo de alegría grandísima, gozándose de la gloria de su Maestro y de la divinidad que en Él resplandecía. No rasgaron sus vestiduras como Elíseo cuando vió subir á Elías; antes darían saltos de placer con el gusto de verle subir con tanta majestad. El tercer afecto era un entrañable deseo de seguirle, y subirse con Él, porque los corazones se iban tras su Amado, cumpliéndose lo que estaba escrito en un salmo [3]: «Subiendo á lo alto, llevó cautiva la cautividad». Porque llevaba Cristo consigo dos suertes de cautivos, unos real y verdaderamente en sus propias

[1] Marc., XVI, 19; Act., I, 9.

[1] Luc., XXIV, 50. — [2] IV Reg., II, 11. — [3] Psalm., LXVII, 19.

hubiera sido de ti, si Jesús te hubiese abandonado? Pero no; este Padre amantísimo no quería dejar en la rebeldía á un hijo tan querido. Preséntase en medio de los Apóstoles, entre los cuales dispuso que estuviera éste, dales amoroso la paz, y, vuelto á él, le concede el permiso para que se acerque y cumpla el deseo de tocar sus llagas. ¡Cuán confuso y avergonzado estaría Tomás al ver la benignidad y ternura de su divino Maestro! ¡Con qué humildad se arrojaría á sus pies, confesándole por su Señor y por su Dios, y ofreciéndose á servirle, y á no negar jamás la fe que había recibido! Mas Tomás había faltado, y, aunque Jesús le perdonó con tanta blandura, no quiso alabarle por su confesión, antes al contrario, indirectamente le reprendió porque, sin verle, no había querido creer, asegurando que los que creen sin el testimonio de los sentidos son bienaventurados. ¿Hemos seguido á Tomás en su extravío y obstinación? ¿No le imitaremos en su confesión y arrepentimiento? ¿Reconocemos en Jesús á nuestro Señor y nuestro Dios? ¡Oh Jesús! Alumbradnos como á este vuestro discípulo, para que, conociendo lo que de nosotros deseáis, resolvamos con eficacia cumplirlo, haciendo de nuestra parte lo que podamos, y pidiendo con fervor y confianza aquello que nos es imposible. Remediad con amor todas las necesidades del mundo.

143.—ASCENSIÓN DE JESUCRISTO AL CIELO.

PRELUDIO 1.° Estando Jesús con sus discípulos en el monte de las Olivas, después de despedirse de ellos, dándoles su bendición, subióse al cielo; y los discípulos le siguieron con la vista, hasta que una nube se lo ocultó.

PRELUDIO 2.° Representémonos estar con los discípulos, recibiendo la última bendición de Jesús y viéndole subir á la gloria.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de ser verdaderos discípulos de Jesús, de modo que merezcamos subir con Él á la gloria.

Punto 1.° *Despedida de Jesús.*—Considera cómo estando todos los discípulos y la Virgen Santísima en el monte de las Olivas [1], mostróseles Jesús con un rostro más resplandeciente y amoroso que solía, y en lugar de los abrazos que se suelen dar al separarse los que mucho se aman, consintió que todos besasen sus sacratísimos pies y manos, saliendo de sus llagas un olor suavísimo que les confortaría el corazón. Llegaría primero la Virgen sacratísima, la cual, con título de Madre, besaría la llaga del costado, deseando entrar dentro del Hijo para subirse con Él al cielo, si le fuera concedido; aunque conformándose siempre con la divina voluntad. Llegaron luego san Pedro, san Juan y los demás Apóstoles y discípulos, tocándole todos con gran reverencia y devoción. Luego levantó el Señor sus divinas manos y los bendijo, según refiere san Lucas [1]. Levantó las manos en alto, para significar que la bendición que pretendía echarles, no era en bienes de la tierra, sino en bienes del cielo, y que había sido ganada por su Pasión y muerte levantando las manos en la cruz; y alzó ambas manos, no una sola, porque ambas fueron clavadas en ella, y para significar la largueza de su bendición, ofreciéndoles á manos llenas los bienes de gracia y gloria. Pondera luego cómo teniendo Jesús levantadas las manos, bendijo á sus discípulos, declarando con palabras los bienes que deseaba y pedía para ellos. No sabemos las palabras que dijo; pero puede ser que repitiese parte de la oración que había hecho á su Padre en la noche de la cena, pidiéndole que guardase y amparase á sus discípulos que quedaban en el mundo, para que un día subiesen adonde Él subía, y permaneciesen siempre en su compañía para ver la claridad que tenía. ¿Deseamos que Jesús derrame su bendición sobre nosotros? ¿Qué clase de bienes le pedimos? ¡Oh dulcísimo Jesús! Dadme parte de esa bendición que derramáis sobre vuestros discípulos; pues de ella está colgado todo mi remedio. Por el dolor y amor excesivo con que levantasteis las manos en la cruz, levantadlas ahora y bendecidme, no con bendición de la tierra, sino con bendición del cielo, porque no me hartan los bienes terrenos, sino solamente los celestiales

[1] Marc., XVI, 19; Act., I, 9.

Punto 2.° *Afectos de los Apóstoles al ver subir á Jesús.*—Considera cómo, habiendo Jesús dado la bendición á sus discípulos, comenzó á elevarse de la tierra, y á subir al cielo, no como Elías [2], arrebatado en un carro de fuego, sino con su propia virtud, llevado del fuego de su infinita divinidad y majestad, cuya inclinación es subir á lo alto, como á su propio lugar. Con Él iban todas las almas de los justos que había sacado del limbo, y muchos coros de ángeles que bajaron del cielo para acompañarle. También los discípulos le acompañaban con el corazón, teniendo enclavados los ojos del cuerpo y del alma en su Maestro, con tres afectos encendidísimos. El primero de admiración, viendo una cosa tan nueva como era subir un hombre por los aires con tanta suavidad y facilidad, y con muestras de tanta grandeza. El segundo de alegría grandísima, gozándose de la gloria de su Maestro y de la divinidad que en Él resplandecía. No rasgaron sus vestiduras como Eliseo cuando vió subir á Elías; antes darían saltos de placer con el gusto de verle subir con tanta majestad. El tercer afecto era un entrañable deseo de seguirle, y subirse con Él, porque los corazones se iban tras su Amado, cumpliéndose lo que estaba escrito en un salmo [3]: «Subiendo á lo alto, llevó cautiva la cautividad». Porque llevaba Cristo consigo dos suertes de cautivos, unos real y verdaderamente en sus propias

[1] Luc., XXIV, 50. — [2] IV Reg., II, 11. — [3] Psalm., LXVII, 19.

personas, como eran los justos que sacó del limbo, los cuales le siguieron hasta el cielo empíreo, y otros con el afecto, y eran los corazones de su Madre y de sus discípulos, los cuales le seguían con la vista y el deseo, atados con las cadenas del amor, sin poderse de Él apartar. ¡Oh quién nos diese ser de estos cautivos de Jesús! ¿No deseamos acompañarle? ¿No le seguimos siquiera con los afectos que los Apóstoles? ¡Oh dulcísimo Jesús! Llevad con Vos mi corazón cautivo al cielo, para que esté allá siempre en vuestra compañía. Gózome de que subáis por esos aires volando como águila, y provocando á vuestros hijos á que vuelen con Vos [1]. Dadme, Señor, alas de águila con que vuele en vuestro seguimiento, poniendo en Vos mis pensamientos y deseos en la tierra, para gozaros en el cielo.

Punto 3.º *Una nube oculta al Señor, y dos ángeles avisan á los discípulos.*—En este punto has de considerar cómo, estando los discípulos mirando á Cristo cómo subía, una nube le recibió y se le quitó de los ojos. Es de creer que esta nube sería muy hermosa y resplandeciente, cual convenía para significar la majestad del Señor, que subía en ella y la hermosura del cielo adonde iba; y al verla los discípulos, sentirían nuevos accesos de santa alegría por la gloria que recibía su Maestro. Pondera cómo esta nube que quitó á Cristo de los ojos de sus discípulos, representa todo aquello que nos impide ver á Dios, ya sea por culpa nuestra, como cuando pecamos, y entonces nuestras faltas son nubes, como dice Jeremías [2], que se interponen entre nosotros y Dios; ya sea sin culpa, como cuando el Señor quiere sujetarnos á alguna prueba, y permite que nos sintamos rodeados de triste obscuridad. Mas, así como los discípulos no dejaron de mirar al cielo, aunque la nube les privó de la vista de Jesús, así nosotros no hemos de desistir de nuestra oración, aunque nos hallemos en tinieblas, hasta que tengamos respuesta del Señor, como ellos. Finalmente, considera cómo estando los Apóstoles extasiados, fijos los ojos en el cielo, mirando el camino que había seguido Jesús, se les acercaron dos ángeles en forma de varones, con vestidos blanquísimos, y les dijeron: «Varones de Galilea, ¿qué hacéis aquí mirando al cielo? Este Jesús que se partió de vosotros, así volverá, como le visteis subir al cielo». En cuyas palabras les dió dos avisos, y en ellos á nosotros, á saber: Que los gustos y afectos de la divina contemplación en esta vida se han de tomar con medida, porque no son fin último, sino medios para cumplir mejor la voluntad de Dios y las obligaciones de nuestro oficio. Y, además, que juntasen el pensamiento de la subida de Cristo al cielo con el recuerdo de su bajada á juzgar el mundo, y que ambas cosas predicasen, á fin de que los hombres viviesen de tal modo, que estuviesen siempre preparados para

[1] Deut., xxxii, 11.— [2] Thren., iii, 44.

cuando bajase. ¿Seguimos nosotros estos avisos de los ángeles? ¿Cómo nos portamos cuando nos vemos privados de la vista de Cristo? ¡Oh Cristo santísimo! Quitad de mi alma las nubes de los pecados que yo he puesto, y deshaced los nublados de las tentaciones y turbaciones que padezco, para que pueda contemplar vuestra gloria en esta vida mortal, y cuando vengáis á juzgarme, oiga de vuestros labios palabras de vida, y suba con Vos á la gloria eterna.

Epílogo y coloquios. ¿Quién no siente su espíritu inundado de dulce alegría y confianza al contemplar la Ascensión de Cristo á los cielos? Este amantísimo Maestro, llegado el día en que había de realizar su subida al empíreo, reune á sus discípulos en la cumbre del monte de las Olivas, muéstraseles con rostro más dulce y hermoso, y levantando al cielo aquellas benditas manos, que habían sido levantadas y enclavadas en la cruz, les da su bendición abundante y copiosísima; y después de haberles dejado besar sus manos y pies, comienza á alzarse majestuosamente por su propia virtud, y á subir con gran sosiego é infinita grandeza al cielo. ¿Qué sentirían los discípulos y la Virgen Santísima al contemplar tan nuevo y extraordinario espectáculo? ¡Qué alegría tan celestial inundaría sus corazones al ver la gloria de su Maestro! ¡Qué arrebatos de júbilo y admiración experimentarían! ¡Qué deseos tan vivos de seguirle por aquel tan desusado camino! Mas, ¡ay!, fórmase en el aire una nube hermosa y brillante que paulatinamente va envolviendo el cuerpo de Jesús, hasta que lo sustrae completamente á los ojos que le están mirando. Sin embargo, ellos no apartan su vista del cielo, arrebatados de placer, y sólo bajan de su arrobamiento cuando dos ángeles los sacan de él, recordándoles que el gusto de la contemplación es en este mundo muy transitorio, y que lo que importa es pensar á menudo en la segunda venida de Jesús, cuando baje á juzgar al mundo. ¿Hemos grabado bien en nuestra mente estos divinos documentos? ¿Participamos de los afectos de los Apóstoles cuando veían subir á Jesús? ¡Oh! ¿Cuándo nos acordaremos que nuestro tesoro está en el cielo y procuraremos fijar allí nuestra morada? ¿Hasta cuándo tendremos nuestro corazón aficionado á los bienes de este mundo de miseria? Confundámonos de tal modo de obrar, y hagamos serias y firmes resoluciones de cambiar de conducta; y para cumplirlas con más fidelidad, pidamos la gracia á Jesús y roguémosle por todo el mundo.

144.—VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

PRELUDIO 1.° Estando los Apóstoles y discípulos del Señor reunidos en el cenáculo con María y las otras devotas mujeres el día de Pentecostés, de repente vino el Espíritu Santo sobre ellos.

PRELUDIO 2.° Represéntate este suceso como si te hallaras en el cenáculo.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia que venga también á ti el Espíritu Santo.

Punto 1.° *Lugar en donde se realizó la venida del Espíritu Santo.*—Considera en este punto cómo por inspiración del Espíritu Santo, el día de Pentecostés juntáronse en la casa y cenáculo donde solían los discípulos de Cristo con la Virgen Santísima, los cuales serían, por lo menos, los ciento veinte que menciona san Lucas [1]; y todos á una clamaban y pedían al Padre Eterno, por los méritos de su Hijo, y al mismo Hijo, les enviase el divino Espíritu que les había prometido, cuyas oraciones fueron presentadas á Dios por medio de los ángeles, y juntándolas con la petición de Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, fueron oídas, resolviéndose que aquel día se les diese lo que pedían, porque no hay plazo que no llegue para quien pide, persevera y espera con paciencia la venida del Señor. Pondera cómo esta casa y cenáculo representa la Iglesia universal, en la cual se recogen todos los que son discípulos de Cristo, unidos en una misma fe, y en el culto de un mismo Dios, y en la observancia de una misma ley. Y como en este día se dió el Espíritu Santo á los que estaban en esta casa, y no á los que estaban fuera de ella, así también el divino Espíritu sólo se da á los que están dentro de la Iglesia, y ninguno que estuviere fuera de ella le recibirá; porque como la paloma no halló dónde poner el pie fuera del arca de Noé [2], así el Espíritu Santo, figurado por ella, no halla en quien morar fuera de la Iglesia [3], que es representada por el arca. Por lo cual dijo Jesús [4] que el mundo, esto es, los mundanos que niegan su fe, reprueban su doctrina y resisten á su ley, no pueden recibir el Espíritu Santo. ¡Cuán agradecido debes estar á Dios, que te ha traído á esta casa de su Iglesia, en la cual, si por ti no queda, le recibirás, disponiéndote, como los Apóstoles, con la oración ferviente y la unión de caridad! ¿Estás reconocido á tal beneficio? ¿Te preparas debidamente para recibir el Espíritu divino? ¡Oh dulcísimo Redentor! Gracias os doy con toda mi alma por el favor singular que me habéis dispensado, por haberme admitido en el arca santa de vuestra Iglesia; haced, Señor, que, así como fuí de los llamados, sea también de los elegidos para vuestro reino, de modo que, después de una vida santa, merezca una eterna corona.

Punto 2.° *Tiempo en que vino el Espíritu Santo.*—Considera cómo el Espíritu Santo vino á los Apóstoles y discípulos de Cristo cincuenta días después de la Pasión y resurrección del Señor, para significar que con su venida tan copiosa concede jubileo plenísimo, significado por el número de cincuenta, dando plenaria remisión de las deudas [1] y pecados en virtud de la Pasión de nuestro Redentor. Por lo cual, dice la santa Iglesia que el Espíritu Santo es remisión de todos los pecados, perdonándolos con la abundancia de gracia y caridad que infunde en e alma. Pondera también cómo este divino Espíritu vino en el día de Pentecostés, que era una fiesta de los judíos, instituida en memoria de la ley que les dió el Señor en el monte Sinaí, para significar que venía principalmente á imprimir en las almas la ley de gracia que Cristo había predicado, dando fin y cumplimiento á la ley vieja, que había sido su figura; y así, en este mismo día que se dió la una se promulgó la otra, aunque en diferente manera, porque la ley vieja era ley de temor, y así se dió con truenos y relámpagos y amenazas de muerte en el monte Sinaí, y escribióse en tablas de piedra, porque era pesadísima, y se daba á hombres de dura cerviz y empedernido corazón; pero la ley nueva es ley de amor, y así con gran suavidad la escribió el Espíritu Santo en las entrañas de los hombres [2], y en las tablas de su corazón, quitándoles el corazón de piedra y trocándosele en corazón de carne [3], como por sus Profetas lo tenía prometido. ¡Oh Padre Soberano, cuya mano es el Hijo, que de Vos procede, por quien criasteis todas las cosas, y cuyo dedo es el Espíritu Santo, por quien las reformasteis, escribiendo con Él vuestra santa ley en los corazones de los hombres! Escribidla en el mío con este dedo de vuestra diestra, con tanta fuerza que nunca más se borre; y pues Vos me mandáis que yo también la escriba, cooperando con amor al cumplimiento de ella, dadme lo que me mandáis para que lo cumpla como queréis. ¡Oh alma! Oye la ley que te enseña el divino Espíritu, y pídele que te conceda remisión plena de los pecados que has cometido, quebrantándola. ¿Sientes en ti esos deseos?

Punto 3.° *Modo cómo vino el Espíritu Santo.*—Considera en este punto el modo cómo vino el Espíritu Santo, el cual tiene misterio, porque representa la manera cómo se comunican á las almas sus divinas inspiraciones. Primeramente, vino de repente, porque la inspiración divina y su visita al alma no tiene día ni hora señalada y determinada, sino que viene cuando el hombre menos piensa, y cuando el Espíritu Santo quiere, y como quiere; porque el Espíritu sopla é inspira donde quiere [4] pues que inspira por sola su misericordia; por lo cual en todo tiempo has de suplicarle que venga, y esperar su venida, dejando á su paternal providencia el día y la hora en que ha de venir.

[1] Act., I, 15. — [2] Gen., VIII, 9. — [3] I Petr., III, 21. — [4] Joan., XIV, 17.

[1] Levit., XXV, 10. — [2] Jerem., XXXI, 33. — [3] Ezech., XXXVI, 26. — [4] Joan., III, 8.

Lo segundo, vino como viento, con gran vehemencia, para significar, no sólo que la inspiración de Dios da vida al alma, templa el ardor de su concupiscencia, impele y mueve á correr, como viento; sino que obra todo esto y excita á las obras de virtud con ímpetu y fervor, aunque con suavidad y gusto del que las practica, cuya alma es como navío que navega con viento en popa, sin trabajo y con grande velocidad. Lo tercero, vino con grande estruendo, que se oyó en toda la ciudad, para significar que la venida del Espíritu Santo hace en los justos y por los justos tales cosas, que suenan en todo el mundo, por el admirable ejemplo de su vida, y á veces por grandes milagros, y en especial por la fuerza de su predicación y palabra, como se vió en los Apóstoles, cuya voz resonó, como está escrito [1], hasta los últimos términos de la tierra. Considerando tales bienes, ¿no suspiramos nosotros por el Espíritu Santo? ¿No deseamos este viento delicado que nos impela á correr por los caminos de Dios? ¡Oh Espíritu divino! Venid á mi alma como viento vehemente, moviéndola á todo lo que os agrada; suene la voz de vuestra inspiración en mis oídos, para que con ella haga tales obras, que suenen en todo el mundo, edificando á mis prójimos y despertándolos á que os glorifiquen por todos los siglos.

Epílogo y coloquios. ¡Oh quién tuviera la dicha de penetrar en el cenáculo el día memorable de Pentecostés, en aquella sagrada reunión, presidida por la misma Reina de los cielos! Pero este tan honrado salón ó cenáculo figuraba la santa Iglesia, en la cual sólo se da el Espíritu Santo. Y en esta dichosa arca santa nos hallamos por la divina misericordia; y si, al modo que los discípulos de Jesús, nos preparamos con el recogimiento, caridad y oración, lograremos la suerte feliz de recibir como ellos el divino Espíritu. El cual en su venida imprimirá en nuestra alma la ley de gracia con caracteres de fuego de amor, y nos concederá generosa remisión de nuestras culpas. El vendrá de repente, cuando menos pensemos, como viento fresco, para vivificar, templar, refrescar y dar actividad á nuestro espíritu; vehemente, impulsándole con energía y seguridad á correr presuroso por el camino de la gloria, y con grande estruendo, por los ruidosos ejemplos de virtud que daremos al mundo. ¡Oh cuánta necesidad tenemos de este don celestial! ¡Oh si suspirásemos por Él con aquel mismo ardor, fuego y súplicas vivísimas que los Apóstoles! Si es cierto que la mano del Señor no se ha encogido ni abreviado, y está dispuesto á comunicarse con la misma largueza que se comunicó á los Apóstoles, ¿qué hacemos? ¿Qué pensamos? ¿Cómo no salimos de nuestra apatía? ¡Oh locura insensata la nuestra! El Señor nos abre los celestiales tesoros, ¿y nosotros no salimos de nuestra pobreza? Pidamos el Espíritu

[1] Rom., x, 18.

Santo; y para merecer recibirlo, propongamos ser más fervorosos en la oración, más caritativos con el prójimo, más unidos con los lazos del divino amor; y para lograr ésta y demás gracias, oremos con fervor y confianza absoluta.

145.—DON SOBERANO DEL ESPÍRITU SANTO.

PRELUDIO 1.° Represéntate á Jesús diciendo: «Yo rogaré á mi Padre y os dará otro Consolador que permanezca con vosotros eternamente».

PRELUDIO 2.° Pide la gracia de conocer la soberanía de este don y agradecerlo intimamente.

Punto 1.° *Quién nos da este soberano don.*—Considera aquí quién nos dió este infinito don del Espíritu Santo. Primeramente nos le dió el Padre Eterno, movido de su infinita bondad, por la cual, así como nos había dado á su Hijo [1] por Redentor, también quiso darnos al Espíritu Santo por Santificador, y esto de gracia y puro amor, sin merecerlo nosotros, antes desmereciéndolo por mil títulos; pues, habiendo el mundo tratado tan mal á la persona del Hijo, no merecía recibir la persona del Espíritu Santo. Movióle también á hacernos esta dádiva los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, que con su Pasión y muerte nos la había merecido, y estando á la diestra de su Padre, abogaba por nosotros, pidiéndole que cumpliese la promesa que había hecho de enviar el Espíritu consolador [2]. Además, movióle nuestra gran miseria y pobreza, la cual despertó la compasión de aquel bondadoso Padre de misericordias, resolviendo enviar el último remediador de todos los males, que era el Espíritu Santo. De suerte que la justicia y la misericordia [3] se concertaron para negociar esta venida: la justicia de parte de Jesucristo, que la mereció, y la misericordia de parte de la bondad de Dios, atendiendo á nuestra miseria. Pondera también cómo nos envía el Espíritu Santo [4], y nos le da Jesucristo nuestro Señor, Hijo de Dios vivo, de quien procede juntamente con el Padre, cumpliendo lo que estaba profetizado [5], que en subiendo á lo alto con sus cautivos, dió dones á los hombres, enviando al Espíritu Santo, en quien se encierran todos los dones celestiales. Finalmente: el mismo Espíritu Santo se nos da también á Sí mismo, porque Él es dador y don, por el grande amor que nos tiene; y porque procede del Padre y del Hijo como amor, dándonos su amor, se nos da á Sí mismo, y así le hemos de pedir que se nos dé y comunique. ¿Comprendemos y agradecemos la benignidad y amor de la Trinidad beatísima en la dádiva que nos hace? ¿Cómo hemos de corresponder á tan grande beneficio? ¡Oh Tri-

[1] Joan., III, 16. — [2] Joan., XIV, 16. — [3] Psalm. LXXXIV, 11. — [4] Joan., XVI, 7.
[5] Efes., IV, 8.

nidad Santísima! Desde el sublime trono en que estáis, enviadme al Espíritu Santo para que me consuele en mis tristezas, me fortifique en mis desmayos é ilumine en mis dudas. ¡Oh Padre Eterno! ¡Oh Verbo divino! Dadme este Espíritu que de ambos procede; y Vos, Espíritu santísimo, daos á mí Vos mismo, porque ningún don fuera de Vos me puede hartar.

Punto 2.° *Excelencia de este soberano don.*—En este punto has de considerar la infinita grandeza de este don que Dios nos da, dándonos el Espíritu Santo, el cual, por excelencia, se llama don de Dios altísimo, porque es el supremo de todos los dones y fuente de todos ellos. De suerte que, no contentándose nuestro Dios con darnos la gracia y la caridad, y las virtudes sobrenaturales, y los siete dones del Espíritu Santo, también nos da al que es principio y causa de todos ellos, para que Él los conserve, rija, aumente y perfeccione, como quien tiene una fuente, y no se contenta con dar el agua de ella, sino da también la misma fuente, de donde perpetuamente procede el agua. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor [1], hablando del Espíritu Santo que habían de recibir los que creyesen en Él, que de su vientre saldrían ríos de agua viva; y para que se entendiese que estos ríos serían perpetuos, añadió que dentro de ellos habría una fuente de agua viva que saltaría hasta la vida eterna [2]. De todo lo cual has de sacar una grande confianza que Dios te dará todo lo que le pidieres; pues quien te da lo más te dará lo menos. Y si dijo san Pablo [3]: «Quien nos dió á su Hijo, ¿no nos dará con El todas las cosas?», tú también puedes decir, hablando del Espíritu Santo: Quien me dió á su divino Espíritu, ¿no me dará con Él todas las cosas que de Él proceden, pidiéndoselas en virtud del mismo Espíritu, y por los merecimientos del Hijo por quien se da? Y quien me da el árbol, ¿no me dará los preciosos frutos que produce? ¡Oh Espíritu santísimo! Vos sois el río cristalino de agua viva, que procede del trono de Dios y del Cordero, y riega la ciudad de Dios y el árbol de vida que produce doce frutos al año [4], cuyas hojas son para salud de las gentes; venid á esta breve ciudad de mi alma; regadla con vuestras copiosas gracias, y producid en ellas vuestros doce frutos [5], comunicándome la caridad, gozo y demás con grande perfección, y asistiéndome siempre con vuestra presencia, para que no se marchiten ni pierdan nunca su verdor hasta la vida eterna. Habiendo nosotros conocido cuán soberano es el don que nos da el Señor dándonos el Espíritu Santo y suspirando por gozar de sus frutos, ¿qué hacemos para merecerlos y alcanzarlos?

Punto 3.° *Á quién se da el don del Espíritu Santo.*—Aquí has de considerar á quién se da este soberano don del Espíritu

[1] Joan., VII, 38. — [2] Joan., IV, 14. — [3] Rom., VIII, 32. — [4] Apoc., XXII, 2.
[5] Galat., V, 22.

Santo, para que descubras más la infinita largueza de Dios y te muevas á alabarla y engrandecerla. Pondera cómo, aunque fué generosidad incomprensible dar este don á unos pobres pescadores, idiotas y pusilánimes, y á otra muchedumbre de menor estofa; pero más admira que le ofrezca Dios á todas las naciones y pueblos del mundo, así de judíos como de gentiles y bárbaros, sin excluir á ningún hombre, por vil y despreciado que sea, y por grande pecador que haya sido, como él quiera disponerse para recibirle; porque, como dijo san Pedro [1], no es Dios aceptador de personas, sino entre todas las gentes, cualquiera que le temiere y obrare justicia, le será aceptable y recibirá de su Majestad el Espíritu Santo; y así le dió á muchos que trataron de crucificar á su Hijo, y á otros innumerables que adoraban por dioses á las serpientes y bestias de la tierra, y lo mismo quiere hacer con todos los hombres. De suerte que quien antes era morada de Satanás y cueva de leones y dragones, viene á ser templo de Dios vivo y morada de su divino Espíritu, en quien descansa con sus dones, cumpliendo la promesa que hizo por el profeta Joel [2]: «Derramaré mi Espíritu sobre toda carne». Porque, aunque no quiere Dios dar su Espíritu al que es carne y vive según las leyes de la carne, contrariando á las del espíritu, según lo que dijo en el Génesis [3]: «No permanecerá mi Espíritu en el hombre, porque es carne»; mas si el que es carne quiere mudar su vida carnal, doliéndose del tiempo que ha gastado en ella, Dios derramará sobre él su Espíritu, con el cual vivificará su carne, para que viva vida espiritual digna de tal Espíritu. ¿Abrigamos nosotros tales deseos de ser espiritualmente vivificados por la presencia del divino Espíritu? ¡Oh Padre de las misericordias! Gracias os doy por la infinita bondad que mostráis en dar tal don á tan vil criatura como el hombre, y en juntar vuestro divino Espíritu con nuestra miserable carne; si queréis que vuestra misericordia resplandezca mucho en estas dádivas, aquí tenéis un hombre que es todo carne, pero deseoso de ser vivificado con vuestro Espíritu; dádmele, Señor, graciosamente, para que more en mí, y mi alma os glorifique por tan soberana merced.

Epílogo y coloquios. ¡Oh grandeza de la bondad, misericordia y largueza de Dios! ¿Quién será capaz de comprenderla, ni mucho menos alabarla dignamente? El Padre Eterno, por su bondad infinita, sin méritos nuestros, antes con grandes deméritos, atendiendo sólo á los merecimientos de su divino Hijo y á nuestra extrema necesidad, nos da el Espíritu Santo. No satisfecha su generosidad infinita con haber dado á su Hijo al mundo para que le redimiese, ahora le da el Espíritu Santo para que le santifique y consuma la obra que Jesús comenzó. El mismo Jesús nos hace también este regalo; y aun el Espíritu divino en per-

[1] Act., X, 34. — [2] Joel, II, 28. — [3] Gen., VI, 3.

sona se nos comunica, haciéndose dador el que por excelencia es don del Padre y del Hijo. ¡Bendita y alabada sea misericordia tan inmensa, bondad tan inefable! ¡Oh mundo afortunado! ¿Sabes la excelencia de la dádiva que te envía tu amantísimo Criador? ¿Conocemos nosotros siquiera la soberanía de este don? No es ya sólo la gracia y la caridad y los dones del Espíritu Santo lo que Dios nos da, sino la misma fuente y causa de tales bienes. No se llena el infinito deseo que tiene el Señor de hacernos bien dándonos los frutos del divino Espíritu; quiere también darnos el árbol que los produce. Y esto, ¿á quién? Á un mundo que le ha desconocido, que le ha aborrecido, que ha trabajado por borrar la imagen divina que en sí mismo tenía impresa. ¿Comprendemos todo esto? ¿Pertenecemos ó hemos pertenecido á este loco é insensato mundo? ¿Y no morimos de vergüenza? ¿No suspiramos por el divino Espíritu? ¡Qué cambio tan radical obraría en el nuestro! Avivemos, pues, los deseos de recibirle, y para disponernos, propongamos aquello que desea Él hallar en nosotros: humildad, amor, agradecimiento, pureza; pidamos las gracias necesarias, y roguemos con fervor por todo el mundo.

146.— FIN POR QUE SE DA EL ESPÍRITU SANTO.

PRELUDIO 1.º Dios nuestro Señor nos da el Espíritu Santo para que sea nuestro Abogado, Maestro, Consejero y Fortaleza.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús prometiendo á sus Apóstoles, y á nosotros con ellos, el divino Espíritu.

PRELUDIO 3.º Pidamos agradecimiento por tal don, y docilidad en dejarnos guiar por Él.

Punto 1.º *El Espíritu Santo se nos da para que sea nuestro Abogado y Protector.* — Considera cómo entre los fines por los cuales el Padre y el Hijo nos dan el Espíritu Santo, y este mismo divino Espíritu se nos entrega, uno es muy principal, para que suceda á Cristo nuestro Señor en el oficio de protector, abogado y consolador, haciendo esto invisiblemente con sus Apóstoles y discípulos, como Él solía hacerlo visiblemente con aquellos antes de subir á los cielos. Por este motivo les dijo en la noche de la Cena, antes de separarse de ellos [1]: «Yo rogaré á mi Padre, y Él os dará otro Paracleto»; que quiere decir patrón, abogado y consolador, el cual tendrá cuidado de vosotros, y os será padrino y protector en vuestros trabajos, consolador en vuestras tristezas, abogado é intercesor en vuestras necesidades, pidiendo por vosotros con grandes gemidos [2], en cuanto os impelerá y moverá á orar y pedir lo que os conviene. Y este Paracleto, como ha de venir invisiblemente, nunca se apartará de vosotros, como Yo me aparto por la presencia corporal, sino permanecerá en vuestra compañía para siempre, si vosotros no le resistís y desecháis. En todo lo cual has de admirar la infinita y paternal providencia de Jesús, nuestro bien, que no puede sufrir que sus discípulos queden desamparados y huerfanos, y ni aun se contenta con dejarnos en el divino Sacramento un trono glorioso, desde donde nos escucha, sino ha querido darnos el Espíritu Santo, para que siempre esté con nosotros y nos acompañe á todas partes, y no se separe jamás de nuestra compañía. ¿Será posible que no sintamos un solo afecto de gratitud por tal beneficio? ¿Y no nos aprovecharemos de la presencia continua de tal abogado y protector? ¡Oh Redentor del mundo! Gracias os doy por habernos dado tal sucesor en vuestra ausencia, que sea para nosotros fuerte protector, dulce consolador y solícito abogado. ¡Oh Espíritu Santísimo! Venid á vuestro siervo, que está suspirando por teneros consigo; apadrinadme en las batallas, amparadme en los peligros, consoladme en las aflicciones, y abogad por mí en todas mis necesidades, haciéndome orar con tal fervor, que alcance remedio de ellas.

[1] Joan., XIV, 16. — [2] Rom., VIII, 26.

Punto 2.º *El Espíritu Santo se nos da para que nos enseñe y nos dé testimonio de Cristo.*— En este punto has de considerar cómo Cristo nuestro Señor nos da el Espíritu Santo para que le suceda en el oficio de Maestro, enseñando y platicando dentro de nuestro corazón la doctrina que Él predicó por su boca. Y así dijo á sus Apóstoles [1]: «Cuando viniere el Espíritu Santo que os enviará mi Padre en mi nombre, esto es, en mi lugar y por mi respeto, Él os enseñará todas las cosas, y os traerá á la memoria todo lo que os he dicho y os dijere»; que es decir: Os enseñará todas las cosas que os conviniere saber para vuestra salvación y para cumplir vuestro oficio, muchas de las cuales exceden ahora á vuestra capacidad; y, además de esto, os traerá á la memoria, cuando fuere menester, las que hubiereis oído, leído ó aprendido de mi doctrina, y os las repetirá y platicará dentro de vuestro espíritu, para que ni por ignorancia ni por olvido faltéis en lo que os conviene. Pondera luego otro fin de esta riquísima dádiva, la cual, así como se dió á los Apóstoles para que les diese interiormente testimonio de quién era Cristo, y ellos le diesen públicamente al mundo, ofreciéndose al martirio, como testigos de esta verdad, y muriendo por el testimonio de ella, si fuera menester; así se da al justo y entra en su corazón para darle testimonio de quién es Cristo nuestro Señor, ilustrándole con su luz, para que crea que es Dios y hombre, Salvador y único remediador suyo, y para que tenga grande estima de Él, y le ame de todo corazón, y se anime á imitarle, incitándole á ejercitar obras tan santas, y á veces tan milagrosas, que ellas den testimonio de Cristo, á quien imitan. ¡Oh Salvador mío! Enviad sobre mí el Espíritu de verdad

[1] Joan., XVI, 13.

sona se nos comunica, haciéndose dador el que por excelencia es don del Padre y del Hijo. ¡Bendita y alabada sea misericordia tan inmensa, bondad tan inefable! ¡Oh mundo afortunado! ¿Sabes la excelencia de la dádiva que te envía tu amantísimo Criador? ¿Conocemos nosotros siquiera la soberanía de este don? No es ya sólo la gracia y la caridad y los dones del Espíritu Santo lo que Dios nos da, sino la misma fuente y causa de tales bienes. No se llena el infinito deseo que tiene el Señor de hacernos bien dándonos los frutos del divino Espíritu; quiere también darnos el árbol que los produce. Y esto, ¿á quién? Á un mundo que le ha desconocido, que le ha aborrecido, que ha trabajado por borrar la imagen divina que en sí mismo tenía impresa. ¿Comprendemos todo esto? ¿Pertenecemos ó hemos pertenecido á este loco é insensato mundo? ¿Y no morimos de vergüenza? ¿No suspiramos por el divino Espíritu? ¡Qué cambio tan radical obraría en el nuestro! Avivemos, pues, los deseos de recibirle, y para disponernos, propongamos aquello que desea Él hallar en nosotros: humildad, amor, agradecimiento, pureza; pidamos las gracias necesarias, y roguemos con fervor por todo el mundo.

146.— FIN POR QUE SE DA EL ESPÍRITU SANTO.

PRELUDIO 1.º Dios nuestro Señor nos da el Espíritu Santo para que sea nuestro Abogado, Maestro, Consejero y Fortaleza.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús prometiendo á sus Apóstoles, y á nosotros con ellos, el divino Espíritu.

PRELUDIO 3.º Pidamos agradecimiento por tal don, y docilidad en dejarnos guiar por Él.

Punto 1.º *El Espíritu Santo se nos da para que sea nuestro Abogado y Protector.* — Considera cómo entre los fines por los cuales el Padre y el Hijo nos dan el Espíritu Santo, y este mismo divino Espíritu se nos entrega, uno es muy principal, para que suceda á Cristo nuestro Señor en el oficio de protector, abogado y consolador, haciendo esto invisiblemente con sus Apóstoles y discípulos, como Él solía hacerlo visiblemente con aquellos antes de subir á los cielos. Por este motivo les dijo en la noche de la Cena, antes de separarse de ellos [1]: «Yo rogaré á mi Padre, y Él os dará otro Paracleto»; que quiere decir patrón, abogado y consolador, el cual tendrá cuidado de vosotros, y os será padrino y protector en vuestros trabajos, consolador en vuestras tristezas, abogado é intercesor en vuestras necesidades, pidiendo por vosotros con grandes gemidos [2], en cuanto os impelerá y moverá á orar y pedir lo que os conviene. Y este Paracleto, como ha de venir invisiblemente, nunca se apartará de vosotros, como Yo me aparto por la presencia corporal, sino permanecerá en vuestra compañía para siempre, si vosotros no le resistís y desecháis. En todo lo cual has de admirar la infinita y paternal providencia de Jesús, nuestro bien, que no puede sufrir que sus discípulos queden desamparados y huerfanos, y ni aun se contenta con dejarnos en el divino Sacramento un trono glorioso, desde donde nos escucha, sino ha querido darnos el Espíritu Santo, para que siempre esté con nosotros y nos acompañe á todas partes, y no se separe jamás de nuestra compañía. ¿Será posible que no sintamos un solo afecto de gratitud por tal beneficio? ¿Y no nos aprovecharemos de la presencia continua de tal abogado y protector? ¡Oh Redentor del mundo! Gracias os doy por habernos dado tal sucesor en vuestra ausencia, que sea para nosotros fuerte protector, dulce consolador y solícito abogado. ¡Oh Espíritu Santísimo! Venid á vuestro siervo, que está suspirando por teneros consigo; apadrinadme en las batallas, amparadme en los peligros, consoladme en las aflicciones, y abogad por mí en todas mis necesidades, haciéndome orar con tal fervor, que alcance remedio de ellas.

[1] Joan., XIV, 16. — [2] Rom., VIII, 26.

Punto 2.º *El Espíritu Santo se nos da para que nos enseñe y nos dé testimonio de Cristo.* — En este punto has de considerar cómo Cristo nuestro Señor nos da el Espíritu Santo para que le suceda en el oficio de Maestro, enseñando y platicando dentro de nuestro corazón la doctrina que Él predicó por su boca. Y así dijo á sus Apóstoles [1]: «Cuando viniere el Espíritu Santo que os enviará mi Padre en mi nombre, esto es, en mi lugar y por mi respeto, Él os enseñará todas las cosas, y os traerá á la memoria todo lo que os he dicho y os dijere»; que es decir: Os enseñará todas las cosas que os conviniere saber para vuestra salvación y para cumplir vuestro oficio, muchas de las cuales exceden ahora á vuestra capacidad; y, además de esto, os traerá á la memoria, cuando fuere menester, las que hubiereis oído, leído ó aprendido de mi doctrina, y os las repetirá y platicará dentro de vuestro espíritu, para que ni por ignorancia ni por olvido faltéis en lo que os conviene. Pondera luego otro fin de esta riquísima dádiva, la cual, así como se dió á los Apóstoles para que les diese interiormente testimonio de quién era Cristo, y ellos le diesen públicamente al mundo, ofreciéndose al martirio, como testigos de esta verdad, y muriendo por el testimonio de ella, si fuera menester; así se da al justo y entra en su corazón para darle testimonio de quién es Cristo nuestro Señor, ilustrándole con su luz, para que crea que es Dios y hombre, Salvador y único remediador suyo, y para que tenga grande estima de Él, y le ame de todo corazón, y se anime á imitarle, incitándole á ejercitar obras tan santas, y á veces tan milagrosas, que ellas den testimonio de Cristo, á quien imitan. ¡Oh Salvador mío! Enviad sobre mí el Espíritu de verdad

[1] Joan., XVI, 13.

que procede de Vos y de vuestro Padre, para que llene mi memoria de las verdades que Vos enseñasteis é ilustre mi entendimiento para que las conozca, y con la abundancia de su luz me dé á conocer quién sois, de modo que os ame, y haga tales obras, que por ellas sea vuestro Padre glorificado y Vos seáis conocido y honrado. ¿Aprendemos las lecciones que nos da el Espíritu Santo? ¿Procuramos el recogimiento y quietud necesarios para oir su voz?

Punto 3.º *El Espíritu Santo se nos da para reprender los vicios del mundo.*—Considera aquí cómo viene el Espíritu Santo para reprender y corregir los vicios del mundo y convencerle de ellos, y de la victoria que el Salvador ganó contra el demonio, de la manera que Cristo nuestro Señor hacía este oficio, cuando predicaba. Y así, dijo á sus Apóstoles [1]: «Cuando viniere el Espíritu consolador, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio». Esto es, revistiéndose en vosotros, por vuestro medio reprenderá al mundo de sus pecados é infidelidades, convenciéndole que hace mal en no creer en Mí. Y también le convencerá con razones y testimonios de la justicia y santidad de mi vida, de mi ley, de mi doctrina. Y últimamente le convencerá y dará á entender el juicio que Yo he hecho contra el pecado, condenando al demonio, que á él instiga, echándole del mundo, reprobando la maldad, y aprobando la justicia. Pondera cómo este divino Espíritu, no sólo viene á reprender por medio de sus ministros los vicios del mundo en general, ó sea de los hombres que viven según sus perniciosas máximas, sino que, entrando en el mundo abreviado de cada hombre, hace también interiormente este oficio, reprendiéndole lo malo que hace, y exhortándole á lo bueno y justo que debe hacer, y descubriéndole el juicio que es razón haga entre lo bueno y lo malo, entre Cristo y el demonio, para que abrace lo bueno, siguiendo á Cristo, y aborrezca lo malo, huyendo del demonio. Y así, tú has de escuchar la voz interior de este divino Espíritu que te habla y enseña diariamente dos lecciones, reprendiéndote las faltas y exhortándote á la virtud. ¿Nos hemos hecho sordos á estas saludables reprensiones y divinas enseñanzas? ¡Oh Espíritu Santísimo! Venid á este pequeño mundo de mi alma, y convencedla de su pecado para que lo deteste y se humille, de vuestra justicia para que la siga é imite, y enseñadla á hacer recto juicio; porque no menos os mostráis verdadero consolador y abogado mío, cuando con amor reprendéis mis vicios, que cuandome regaláis con vuestros consuelos.

Epílogo y coloquios. ¡Qué abogado tan poderoso! ¡Qué maestro tan sabio! ¡Qué guarda tan fiel es para nosotros el Espíritu Santo! Estos fueron los fines principales que se propuso la Santísima Trinidad al conceder al mundo este soberano don,

[1] Joan., XVI, 8.

como Jesucristo lo manifestó. Este divino Redentor debía partir para su Padre, según su forma visible, y, á fin de que sus discípulos no quedasen en este mundo sin un continuo abogado, un poderoso protector y tierno consolador, se digna enviar el Espíritu Santo. ¿Comprendemos y agradecemos este beneficio? Mas, aunque Jesús nos había enseñado su divina doctrina y la había confiado en depósito á su santa Iglesia para que la custodiase y extendiese, la ignorancia y olvido del hombre necesitaban de un maestro que no se separase nunca de él, para aclararle lo que no entendía, y recordarle lo que olvidaba; á este fin nos fué concedido el Espíritu divino. El cual, no sólo nos sugiere las cosas que Jesús enseñó, sino que da testimonio de Él para que le oigamos, creamos y reconozcamos por nuestro Rey, Padre, y Redentor. Y como si todo esto no bastara para mostrar la providencia y amor que Dios nos tiene, ha querido que este mismo Espíritu santísimo se convierta en nuestro constante censor, que nos corrija, reprenda y descubra lo malo que debemos evitar, lo bueno y justo que hemos de hacer, y el juicio recto que hemos de formar acerca de las cosas y sucesos del mundo. ¿No arrebata nuestra admiración y amor una providencia tan tierna, amorosa y paternal? ¿Confiamos en un abogado tan poderoso? ¿Oimos con docilidad á tal maestro? ¿Recibimos con amor sus divinas correcciones? ¿Somos rebeldes á sus amonestaciones? Reflexionemos bien acerca de todo esto, y si nos hallamos culpables, propongamos eficazmente la enmienda, y pidamos para ello los auxilios necesarios, sin olvidar las demás necesidades.

147.—EFECTOS QUE OBRÓ EL ESPÍRITU SANTO EN LOS APÓSTOLES.

PRELUDIO 1.º El Espíritu Santo llenó á los Apóstoles de luz, y les inflamó en el fuego de amor, disponiéndoles para la predicación.

PRELUDIO 2.º Representémonos el cenáculo, viendo las lenguas de fuego que descienden sobre los discípulos, y á estos transformados maravillosamente.

PRELUDIO 3.º Pidamos al divino Espíritu que nos enriquezca como enriqueció á los Apóstoles.

Punto 1.º *El Espíritu Santo llenó á los Apóstoles de soberanos dones.*—Considera cómo es propio del divino Espíritu llenar la casa donde entra, esto es, el alma á quien se comunica, llenando su memoria de buenos pensamientos, su entendimiento de santos discursos y meditaciones, su voluntad de fervientes afectos y deseos, y sus apetitos de santas aficiones. Esta plenitud concedió en este dia á los Apóstoles. Porque aunque es cierto que unos recibieron más gracia y otros menos, según la capacidad y disposición, con todo, también lo es que todos quedaron llenos del Espíritu Santo, como dice san Lucas. Llenó con especialidad las potencias de su alma, porque en su memoria

estampó las divinas Escrituras, para que se acordasen de ellas siempre que las hubiesen menester; en su entendimiento infundió gran luz é inteligencia de ellas y de todos los misterios principales que encierran debajo de su corteza; en su voluntad y corazón imprimió de un golpe toda la ley de la caridad y amor con tanta perfección, que, aunque no hubiese en el mundo ley ni Evangelio escrito, ellos fueran ley viva, y la ley interior les impeliera á guardarla perfectamente. En conclusión, de repente hizo el Espíritu Santo todos sus oficios, porque, como viento fresco, les llenó de suavidad; como sol, les hinchió de luz; como maestro, los llenó de su doctrina; como médico, de una perfecta y cumplida salud, y en un momento los trocó de cobardes en animosos; de flacos, en fuertes; de ignorantes, en muy sabios; de envidiosos, en caritativos; de ambiciosos, en humildes, y de imperfectos, los hizo consumados en toda perfección. ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto [1]! ¡Oh poder infinito del divino Espíritu! La mudanza que no hizo el combate de tres años con tres fuertes tiros de sermones, ejemplos y milagros, la hizo hoy en un instante el Espíritu de Cristo y la virtud que viene de lo alto. ¡Oh buen Jesús! Enviad sobre mí esta virtud de vuestro divino Espíritu, para que me trueque en otro varón hecho en todo á vuestra voluntad. Quisiéramos ciertamente que en nosotros se obrara el cambio que obró en los Apóstoles el Espíritu Santo; pero ¿cómo nos disponemos para ello?

Punto 2.° *Los abrasó con el fuego de su amor.*—Considera en este punto cómo quiso el Espíritu Santo darse esta vez á los Apóstoles en la forma visible de fuego, porque siempre ha tomado formas exteriores que representan los efectos maravillosos que causa interiormente en los que le reciben. En el bautismo se dió en forma de paloma, para significar la inocencia de Cristo y la fecundidad de las obras buenas que inspira. En la transfiguración apareció como nube resplandeciente, para significar la lluvia de doctrina que comunica. Pero en este día apareció en forma de fuego, para significar que, así como el fuego purifica, alumbra, enciende, sube á lo alto, y es muy unitivo y comunicativo de sí mismo, transformando en sí lo que se le junta, así el Espíritu Santo purifica las almas, consumiendo la escoria de los vicios y pecados, y apartando del oro y plata de las virtudes la escoria y estaño de las faltas é imperfecciones que suelen mezclarse con ellas. Alumbra los entendimientos con una lumbre sobrenatural tan excelente, que los certifica de las verdades y misterios de la fe más que si los vieran con los ojos corporales. Enciende las voluntades con el ardor de la caridad, abrasándolas en amor de Dios y de sus prójimos. Levanta los corazones de la tierra á las cosas celestiales, haciendo que tengan su conversación en los

[1] Psalm. LXXVI, 11.

cielos, y allí descansen por la contemplación como en su esfera y propio lugar. Finalmente: une las almas consigo mismo, comunicándolas sus virtudes y dones, de modo que sean un espíritu con Él por unión de perfecto amor. Todo esto hizo en este día en los bienaventurados Apóstoles, y esto mismo desea hacer con todos los hombres que viven en la tierra; por lo cual dijo Cristo nuestro Señor [1]: «He venido á traer fuego á la tierra; ¿qué otra cosa quiero Yo sino que arda?» Ahora bien: ¿ha prendido en tu corazón el fuego del divino amor? ¿Obras conforme al impulso del divino Espíritu? ¡Oh amantísimo Redentor! Cumplid vuestro deseo en la tierra de mi alma arrojando en medio de ella este divino fuego, para que consuma todo lo terreno y me levante sobre mí á lo celestial. ¡Oh Espíritu divino! Pues sois fuego consumidor, consumid en mí todo lo que os desagrada, para que sea capaz de recibir la luz, ardor, ligereza y actividad de este fuego, siendo en él perfectamente transformado.

Punto 3.° *El Espíritu Santo preparó á los Apóstoles para la predicación.*—Aquí has de considerar cómo el Espíritu Santo vino á los Apóstoles en forma de lenguas, no en forma de corazones de fuego. La causa de esto fué porque se les daba, para que no solamente ellos amasen y se convirtiesen en fuego, sino para que fuesen celosos predicadores, y con sus lenguas, movidas de este divino Espíritu, predicasen al mundo la ley de Cristo y su muerte y Pasión. Y haciendo oficio de fuego, purificasen los hombres de sus errores y pecados, y los alumbrasen con la lumbre de la verdadera doctrina, y los encendiesen con las llamas de la caridad, y los levantasen al deseo de las cosas celestiales, uniéndolos con Dios Nuestro Señor, con unión de amor. Pondera también cómo, á la manera que vino el Espíritu Santo en figura de lenguas de fuego sobre los Apóstoles para disponerlos á la predicación del Evangelio, también cuando viene sobre nosotros espiritualmente, viene en lenguas de fuego, comunicando al alma la devoción, la cual, como dice san Bernardo, es lengua del alma, con la cual habla con Dios, saliendo de ella afectos encendidísimos de caridad. Considera, por fin, lo que dice la Escritura, que aquellas lenguas se sentaron sobre cada uno de los que se hallaban reunidos, para significar que el Espíritu Santo, cuanto es de su parte, viene de asiento sobre nosotros, con deseo de nunca dejarnos, si no le echamos por nuestra culpa; por lo cual hemos de huir de todo fingimiento, desorden y maldad, que son las causas por las que el Espíritu Santo deja al alma, como se dice en el libro de la Sabiduría [2]. ¡Oh Espíritu purísimo! Pues que no queréis entrar en alma mal intencionada, ni habitar en cuerpo sujeto á pecados, ni permanecer en el hombre carnal y terreno, quitad de mí todos estos peligrosos desórdenes, y concededme

[1] Luc., XII, 49. — [2] Sap., I, 5.

simplicidad en mis deseos, pureza en mis acciones y espiritualidad en mis palabras; sed para mí lengua de fuego que me encienda en vuestro amor, y me enseñe lo que he de hacer para agradaros constantemente.

Epílogo y coloquios. ¡Qué efectos tan portentosos obró el Espíritu Santo en los Apóstoles y discípulos de Jesús! ¡Con cuánta facilidad trocó aquellos corazones débiles, cobardes, pusilánimes y apegados á las cosas de este miserable mundo! Como el fuego transforma en sí todas las cosas á que se junta, así el Espíritu Santo cambió y transformó en cierto modo en sí los espíritus de los afortunados discípulos, de suerte que cada uno pudiera decir, á imitación del Apóstol: «Vivo yo, mas ya no yo, sino el divino Espíritu en mí». El Espíritu Santo llenó toda su alma con sus potencias; Él remedió todas las necesidades que les agobiaban; Él calmó sus tristezas; Él disipó sus ignorancias; Él fortaleció su cobardía; en una palabra: mudó radicalmente su estado espiritual. ¡Oh, si nosotros recibiésemos como estos dichosos Apóstoles al Espíritu divino! ¡Qué cambio tan completo experimentaría nuestra alma! Mas el Espíritu Santo vino en forma de lenguas de fuego; porque, como fuego, deseaba purificar, alumbrar, encender, levantar á lo alto los corazones de los discípulos de Cristo; y como lenguas, porque les venía á comunicar la gracia soberana de que necesitaban para predicar y convertir al mundo. ¡Qué obras tan prodigiosas realiza en este día el Espíritu Santo! La consideración de ellas, ¿no despertará en nosotros un ardiente anhelo de recibirle? ¿Cómo nos preparamos para lograr este bien tan soberano? ¿No sentimos la necesidad de este fuego divino? ¿No experimentamos nuestra propia mudez, que sólo puede remediarse eficazmente por ministerio del divino Espíritu? Excitemos en nosotros vivos deseos de recibirle, y para inclinar en favor nuestro su misericordia, propongamos con firmeza lo que para esto debemos practicar y evitar; pidamos con vivo fervor el cumplimiento de nuestros propósitos y el remedio de todas las necesidades generales y particulares.

148.—DON DE LENGUAS.

PRELUDIO 1.º Uno de los efectos que causó el Espíritu Santo en los Apóstoles en el día de Pentecostés, fué el don de lenguas, y de algún modo lo comunica á todos aquellos en quienes entra.

PRELUDIO 2.º Representémonos á los Apóstoles predicando las grandezas de Dios, y á las gentes oyéndolas con grande admiración.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de saber imitar á los Apóstoles en hablar las grandezas de Dios.

Punto 1.º *Don de lenguas que recibieron los Apóstoles.*—Considera con admiración la especial gracia que hizo el Espíritu Santo á los Apóstoles, dándoles de repente facultad de hablar

en varias lenguas, para que pudiesen predicar el Evangelio en todo el mundo, porque esta gracia no era tanto para su propio provecho, cuanto para el provecho de todos los hombres de la tierra; y así todos hemos de alabar á Dios por esta merced que les hizo para nuestro bien. Pondera que, así como la división de las lenguas [1] fué castigo de la soberbia, así la unión de ellas fué premio de la humildad; y como los soberbios, queriendo edificar una torre cuya cumbre llegase hasta el cielo, fueron confundidos dividiéndoles Dios los lenguajes, sin que uno entendiese al otro, para que se dividiesen y cesasen de su loca pretensión, así los humildes, deseando edificar la torre de la perfección, cuya cumbre llegase á la vista y unión con Dios, fueron ayudados con la unión de los lenguajes, para que pudiesen unirse con todos los hombres, y llevar adelante su edificio. De modo que si la soberbia divide, confunde y hace intratables á los hombres dominados de este vicio, la humildad estrecha une y hace sumamente tratables á los que la poseen. Mira luego la grande admiración que causó en los moradores de Jerusalén, y en todos los que se hallaban accidentalmente en ella, oir á los Apóstoles, hombres desconocidos é ignorantes, que hablaban con soltura y corrección todas las lenguas; todos se preguntaban asombrados [2]: «¿Qué significa esto? Siendo nosotros de tan distintas regiones, oimos á estos hombres galileos que hablan en nuestras lenguas las grandezas de Dios». Y ¿no nos asombra á nosotros este prodigio? ¿No nos ejercitaremos en la virtud de la humildad, que tal favor atrajo á los Apóstoles? ¡Oh dulcísimo Jesús! Dadme verdadero espíritu de esta virtud, y perfeccionad con el fuego de vuestro amor la lengua que me habéis dado, para que de mi parte ayude á levantar la torre de la perfección, no sólo en mi alma, sino en las de mis prójimos, de modo que todos lleguemos á la cumbre de vuestra eterna gloria.

Punto 2.º *Modo de hablar que nos enseñaron en este día los Apóstoles.*—En este punto has de considerar cómo los Apóstoles, luego que conocieron la merced soberana que el Señor les había concedido, sabiendo que era voluntad de Dios que la emplearan en bien de los hombres, comenzaron á hablar en estas lenguas, no por su antojo, sino movidos del divino Espíritu, hablando de las cosas con el modo y fervor que les inspiraba: y así, sus palabras eran de cosas santas, y con modo santo, lo cual conservaron toda la vida, como lo dijo el Apóstol san Pablo [3]: «No somos como muchos que adulteran la palabra de Dios; antes hablamos con sincera intención, movidos de Dios, en la presencia de Dios, y de cosas que pertenecen á Cristo». En cuyas palabras apunta cuatro condiciones que has de procurar guardar en tus conversaciones, si deseas guiarte por el modelo de los gloriosos

[1] Gen., XI, 7. — [2] Act., II, 7, 8. — [3] II Cor., II, 17.

Apóstoles, enseñados é iluminados por el Espíritu Santo: La primera es que las palabras no sean proferidas por un fin malo ó vano, sino con pura intención de la gloria de Dios, y del bien nuestro y de nuestros prójimos. La segunda, que procedan, no de espíritu impetuoso ó apasionado, ó esclavo de alguna pasión que le domine, sino de buen espíritu, santo, reposado, que habla con simplicidad y advertencia lo que siente, y siente rectamente de las cosas. La tercera, que sean en la presencia de Dios, pensando que te oye y es testigo de lo que dices. Y la cuarta, que no sea de cosas malas, ni vanas, ni impertinentes, sino todas de Cristo, ó de cosas enderezadas á Cristo, y aun grandezas suyas, porque propio es del espíritu de Dios mover á hablar grandezas de Dios. ¿Reunen estas condiciones tus palabras? ¿En tus conversaciones procuras fin recto, modo suave, presencia de Dios y que sean de cosas santas? ¡Oh Dios de santidad! Enviad desde el cielo vuestro ángel que toque mi lengua y purifique mis labios, para que mis palabras sean siempre puras, rectas, santas y dichas de tal modo en vuestra presencia, que no haya en ellas cosa alguna que os desagrade.

Punto 3.° *El Espíritu Santo da, á quienes se comunica, un modo de don de lenguas.*—Considera cómo, á la manera que el Espíritu Santo, infundiéndose en los Apóstoles, despertólos para que hablasen en público y predicasen las grandezas de Dios, también cuando está en el alma, luego la hace hablar interiormente en varias lenguas, las cuales son varios afectos de devoción, conforme á lo que dice san Pablo [1]: «Llenaos del Espíritu Santo, hablando dentro de vosotros mismos con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y tañendo en vuestros corazones al Señor, haciendo siempre gracias por todos á Dios Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo». Los salmos son los actos internos de amor de Dios, con propósito eficaz de servirle y obedecerle, ofreciéndose á ello de muy buena voluntad, y con firme propósito. Himnos son los afectos de alabanza de Dios, contando todas las excelencias y perfecciones que tiene, y las obras que ha hecho, por las cuales es digno que todas las criaturas le alaben y glorifiquen. Cánticos espirituales son los afectos de gozo y alegría espiritual, gozándonos de que Dios sea quien es, y de los infinitos bienes que posee en Sí mismo, y de la gloria que le dan los santos en el cielo, y de los servicios que le hacen los justos en la tierra. Acciones de gracias son actos de agradecimiento por los beneficios que de nuestro Señor hemos recibido, contándolos todos por menudo, y alabándole por cada uno de ellos. En estos actos espirituales se desahoga el alma que ha sido llena del Espíritu Santo, y ya que no puede comunicar á otros la participación del bien que tiene, trata de suplir con

[1] Ephes., v, 18.

mayor fervor interior lo que no puede hacer en lo exterior. ¿No sentimos en nuestro corazón estos afectos? ¡Oh quien oyera cómo hablaba la Virgen este día con estas varias lenguas, inspirada por este divino Espíritu! ¡Qué afectos tan encendidos de alabanzas y acciones de gracias brotaría! ¡Y cómo se derretiría en fuego de amor, hablando con su Amado! ¡Oh Espíritu santísimo! Venid á mi alma muda, y enseñadla á hablar con varias lenguas de encendidos afectos; y pues me pedís que suene mi voz en vuestros oídos [1], aclaradla y endulzadla, para que esta música os sea siempre dulce y agradable.

Epílogo y coloquios.—¡Qué obra tan maravillosa obró instantáneamente el Espíritu Santo en sus amados discípulos el día de Pentecostés! Comunicóles el don de lenguas, jamás conocido en la antigüedad. En un momento hizo que se hallasen hábiles para predicar en todas las lenguas del mundo, de modo que toda la concurrencia que á la sazón había en Jerusalén, y que había venido de países los más remotos, comprendiese perfectamente cuanto les decía san Pedro, y pudiesen ellos transmitirlo á sus paisanos. Así pagó Dios á los Apóstoles su profunda humildad. Mas, ¿cómo usan estos discípulos de Jesucristo del soberano beneficio que se les concede de hablar tan diversas lenguas? ¿Acaso para envanecerse locamente? ¿Acaso para hablar de cosas vanas y ridículas? Lejos de esto, hablan en la presencia de Dios, grandezas del Señor, con verdadera sinceridad y recto fin. ¿Son estas las cualidades que á nuestras conversaciones acompañan? ¡Oh, si descendiese á nosotros el Espíritu Santo, como á estos felices discípulos! También hablaríamos varias lenguas, con diversos afectos santos de amor, alabanza, alegría y acción de gracias. Pues, ¿por qué no nos humillamos? ¿Por qué no buscamos siempre el último lugar? ¿Por qué no nos preparamos de este modo tan sencillo y fácil para que el divino Espíritu venga á nosotros y nos enseñe á hablar santamente? ¡Ah! Nuestras conversaciones, en vez de ser inspiradas por el espíritu de Jesús, lo son tal vez por el espíritu del mundo ó de la carne. ¿Cuándo imitaremos á los sagrados Apóstoles? ¿Cuándo el Espíritu Santo será el que guíe y rija nuestra lengua, para que no deslice con tanta facilidad en las circunstancias que han de acompañar á todas las conversaciones? Pensémoslo atentamente; veamos las resoluciones que nos conviene tomar, y pidamos por nosotros y por todo el mundo.

[1] Cant., II, 14.

149.—INSPIRACIONES DEL ESPÍRITU SANTO.

PRELUDIO 1.º El Espíritu Santo envía sus inspiraciones á los hombres con gran libertad, con mucha eficacia y con profunda sabiduría.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciéndote: «El Espíritu inspira dondequiere, oyes su voz, é ignoras de dónde viene y adónde va».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de no hacerte nunca sordo á las inspiraciones del Espíritu Santo.

Punto 1.º *El Espíritu Santo inspira con gran libertad.*—Considera cómo el Espíritu Santo inspira donde quiere [1], porque no hay quien le fuerce; no inspira por temor, que no tiene que temer; ni por interés propio, porque no espera premio de sus criaturas; ni por obligación de justicia, porque ninguno con merecimientos le puede obligar á ello: inspira solamente porque quiere y porque su infinita bondad le inclina á hacernos este bien de pura gracia. De suerte que comunica sus inspiraciones á las personas que quiere, y en el tiempo que quiere, y con el modo que quiere; con mucha frecuencia ó con poca, con gran fuerza ó pequeña, moviendo á las cosas que quiere, según las trazas de su divina providencia, dividiendo las gracias y favores como quiere. Mas, en todo esto muestra su infinita largueza, porque da estas inspiraciones de repente á todos, con todos los modos que hay de generosidad. Porque las da primero á quien no se las pide, ni se acuerda de pedírselas. Segundo, concédelas á quien no las merece, y aun las desmerece por los pecados. Tercero, comunícalas también á quien no las quiere, y aun las resiste, como Saulo [2]; pero, con más frecuencia y eficacia las da á los justos que ha escogido por hijos regalados suyos, de los cuales dice el Apóstol san Pablo [3]: «Los que son movidos del divino Espíritu, estos son hijos de Dios». ¡Oh dichosos hijos que traen por ayo y compañero perpetuo al Espíritu Santo! De aquí has de sacar un vivo deseo de que el Espíritu Santo se digne comunicarte sus divinas inspiraciones y una firme resolución de jamás resistir á ellas; antes con gran libertad dar de mano á todas las cosas que te impidan el seguirlas. ¿Son estos tus deseos? ¡Oh Espíritu divino! Pues inspiráis donde queréis, porque sois infinitamente bueno, mostrad conmigo vuestra bondad en querer lo que podéis, inspirándome con frecuencia lo que tengo de pensar, decir y obrar, para que, siendo movido por Vos, en todo me parezca á Vos.

Punto 2.º *El Espíritu Santo inspira con grande eficacia.*—Considera cómo es una propiedad del Espíritu Santo el hacer que cuando inspira, el hombre oiga su voz, como dice Jesucristo. Porque para Él no hay puerta cerrada en el alma, ni

[1] Joan., III, 8. — [2] Act., IX, 3. — [3] Rom., VIII, 14.

estorbo que pueda impedir su entrada, ni es posible dejar de oir su voz, esto es, sentir su toque é inspiración y lo que por ella dice, aunque puede el hombre no consentir en ello. Él puede de golpe entrar en nuestro entendimiento y voluntad, imprimiendo de repente el conocimiento y buen afecto que quiere; porque es dueño absoluto y señor de nuestro espíritu, y puede hablarle ó por sí inmediatamente, ó por cosas sensibles, ó por imaginaciones. Además, es tal su omnipotencia, que tiene fuerza y maña para inspirar de tal manera, que, no solamente oigamos su voz, sino consintamos con ella, y obedezcamos á lo que nos dice, no con violencia y necesidad, sino con sumo gusto y suavidad, trocando nuestra voluntad, para que diga con la misma resolución de Saulo [1]: «Señor, ¿qué queréis que haga?» ¡Oh si de este modo inspirase este divino Espíritu á todos los pecadores, de modo que corriesen á los pies de los ministros de Dios, para hallar el perdón de los pecados! Pondera luego, que, así como cada hombre tiene su voz particular por la cual se manifiesta, y es conocido y diferenciado de otro, así la voz interior é inspiración del Espíritu Santo tiene sus particulares propiedades y señales que percibe el oído del alma, por las cuales conoce que es Dios el que la habla, y distingue su voz de la voz del mal espíritu, que las tiene muy contrarias. Porque aquél, con imperio y amor, con suavidad y eficacia, enternece los corazones duros, doblega los tercos, enciende los fríos, fortalece los flacos, alienta los pusilánimes, recoge los distraídos, convierte los soberbios en humildes, los iracundos en mansos y los codiciosos en pobres de espíritu; lo contrario hace el mal espíritu. ¿Qué espíritu nos guía? ¿Resistimos al bueno? ¡Oh Espíritu divino! Hablad dentro de mí, que vuestro siervo oye. Vos decís que deseáis oir mi voz; yo deseo mucho oir la vuestra; haced que oiga esta voz divina, y sienta los efectos de ella, para que pueda yo responderos con la mía, haciendo tales obras, que sean muy parecidas á las vuestras.

Punto 3.º *El Espíritu Santo inspira con secreta y profunda sabiduría.*—En este punto has de considerar lo que dice el Salvador, que su divino Espíritu inspira de tal modo, que oimos su voz; pero no sabemos de dónde viene ni adónde va, encubriéndonos de propósito sus entradas y salidas, sus principios y sus fines, con admirable traza de su providencia. Porque nos oculta primeramente la venida de su inspiración cuanto al lugar, tiempo, ejercicio y ocasión de ella. Unas veces viene en días de fiesta, otras en días de trabajo; ya de día, ya de noche, á la mañana ó á la noche, en casa, en la iglesia ó en el campo. Unas veces viene en la oración, ó Misa, ó sermón; otras en el negocio ú obra exterior. Unas veces entra por la vista, viendo

[1] Act., IX, 6.

alguna imagen devota; otras por el oído, oyendo algunas buenas palabras, ó por el gusto ó tacto, padeciendo algún dolor ó trabajo. Finalmente, no se puede saber, como dijo el Señor á Job [1], por qué caminos esparce su luz y el calor de sus inspiraciones, para que siempre estemos colgados de su providencia, y reconozcamos con humildad la dependencia que de Él tenemos, confesando que no bastan nuestras industrias para alcanzar tal favor. Pondera cómo á la manera que el Espíritu Santo nos encubre sus principios, también oculta sus fines; porque aunque sabemos que sus inspiraciones se ordenan siempre á la gloria de Dios y santificación de las almas, ignoramos de ordinario los fines particulares á que se encaminan, porque muchas veces con pequeños principios pretende grandes fines, y con grande impulso mueve á algunas cosas, cuyos fines no se pueden saber hasta que el suceso los descubre, como le sucedió á san Pablo [2] cuando, atado en el Espíritu, subió á Jerusalén, ignorando lo que allí le había de pasar; porque quiere el Señor que le rindamos nuestro juicio y voluntad, y estemos siempre pendientes de su providencia. ¡Oh Padre amorosísimo! Inspiradme lo que os agrada conforme á vuestra santa ley, y venid por el camino que quisiereis; no pretendo escudriñarlo curiosamente; bástame saber el fin último que pretendéis, para que yo os obedezca en los demás medios y fines que ordenareis.

Epílogo y coloquios. ¡Oh infinita libertad, poder y sabiduría del divino Espíritu, que maneja y guía á los hombres por aquel camino que es más conveniente para los fines de su soberana providencia! Este soberano Señor es infinitamente libre en sus inspiraciones, porque inspira donde quiere, sin que nada le pueda poner trabas ni cosa alguna le pueda forzar ni hacer violencia; mas con esta libertad absoluta junta una largueza infinita, llamando á los que no le piden, visitando á los que no lo merecen, y saliendo al encuentro á los mismos que le resisten. Es también omnipotente, porque para Él no hay puerta cerrada en el alma; y aunque el hombre puede siempre resistir á su voz, sabe Él darse tales trazas é inspirar en tales ocasiones y circunstancias, que el hombre venga á consentir voluntariamente y con grande alegría en aquello mismo que antes aborrecía con toda su alma. ¡Y cuán admirable es la secreta providencia y sabiduría con que envía sus divinas inspiraciones! No sabemos de dónde viene ni adónde va; ignoramos sus principios y sus fines; desconocidos nos son el lugar, el tiempo, la ocasión en que desea venir, y no conocemos más los fines particulares que pretende con su visita. ¡Oh, si nos visitase con frecuencia y eficacia este divino Espíritu! ¿No lo deseamos? ¿No procuramos oir con docilidad su voz para que seamos dignos de recibir con más

[1] Job, XXXVIII, 24.— [2] Act., XX, 22.

frecuencia sus inspiraciones? ¿Qué fruto hemos sacado de las muchas inspiraciones que nos ha comunicado? ¡Cuántas veces hemos resistido á sus deseos! Avergoncémonos de un proceder tan ingrato, y pensemos en remediarlo por medio de propósitos prácticos y firmes, súplicas fervientes é incesantes, y fidelidad en oir y corresponder á sus inspiraciones.

150.—DONES DEL ESPÍRITU SANTO.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesucristo, diciéndonos: «Yo rogaré al Padre y os dará un Consolador y Auxiliador»; ó al alma justa como un ser bellísimo, adornada con siete piedras preciosas, símbolo de los dones del Espíritu Santo.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conservar estos dones y obrar conforme á ellos.

Punto 1.º *Los dones del Espíritu Santo nos ayudan á seguir sus inspiraciones.*—Considera cómo el Espíritu Santo, con las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, infunde también en los justos siete dones, que son [1]: sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios, cuyos oficios y fines son muy diferentes de los oficios y fines de aquéllas; porque el oficio de las virtudes es inclinar al hombre al ejercicio de las obras virtuosas por su propia elección y libre albedrío, ayudado de la divina gracia; pero el oficio de los dones es inclinar al justo á que se rinda y sujete al impulso y movimiento que le viene de fuera, esto es, del Espíritu Santo, cuando con el viento de la inspiración le mueve á bien obrar, como las velas sirven á los navíos para que sean fácilmente movidos de los vientos. Y por esto el profeta Isaías llama á estos dones espíritus, porque son instrumentos del Espíritu Santo para las obras que hacen los justos, movidos de su impulso. Pondera las grandes ganas que tiene el Espíritu Santo que obedezcas á sus inspiraciones, pues para esto te da tan excelentes y eficaces dones; los cuales, en la actual providencia, según santo Tomás, te son necesarios para alcanzar la vida eterna, ya porque siempre andan trabados con la gracia y caridad, de la cual no se pueden apartar, ya también porque el instinto é inspiración del Espíritu Santo es muy necesario para conservar las dos partes de la justicia y santidad, que son apartarse del mal y seguir el bien, especialmente en muchas cosas arduas y dificultosas que suceden en esta vida; y como el Espíritu Santo desea tanto nuestra salvación y perfección, acude luego á favorecernos con los auxilios de estos poderosos dones. ¡Oh Espíritu Santísimo! Gracias os doy por el cuidado que tenéis de ayudar mi flaqueza con tan excelentes dones de vuestra bondad; no permitáis que sea yo tan ingrato que los pierda miserablemente; antes haced que, socorrido y ayu-

[1] Isai., XI, 2.

dado por ellos, vuele como paloma en vuestro servicio, y como nube me deje llevar del viento de vuestra santa inspiración. ¿Qué provecho reportamos nosotros de los dones del Espíritu Santo? ¿Seguimos con docilidad y presteza sus santas inspiraciones?

Punto 2.° *Los dones del Espíritu Santo nos ayudan á apartarnos del mal.*—En este punto has de considerar cómo los dones del Espíritu Santo son armas poderosas que te concede para pelear contra toda suerte de tentaciones y vencerlas. Porque unas tentaciones proceden de tedio y desgana de las cosas de Dios, hallando enfado en las cosas de espíritu y buscando para nuestro alivio los gustos del sentido, y contra ellas nos da el Espíritu Santo el don de sabiduría, el cual despierta nuestro gusto espiritual y hace que hallemos sabor y dulzura en las cosas buenas. Otras proceden de la rudeza y obscuridad en las cosas de fe, naciendo por esta causa dudas, perplejidades, desconfianzas, así en creer como en esperar y obrar; contra ellas viene el don de entendimiento, que ilustra nuestra mente y nos da paz y gozo en creer. Otras nos vencen por ser indiscretos y precipitados en nuestras cosas, faltos de prudencia y desapercibidos; y en este caso ayúdanos el Espíritu Santo con el don de consejo, inspirándonos lo que hemos de hacer en tales circunstancias. Cuando las tentaciones nacen de la ignorancia, engaño, olvido ó inadvertencia, nos socorre el Espíritu Santo con el don de ciencia, el cual nos descubre las astucias del demonio, los lazos del mundo y los engaños de la carne. Si proceden de la flaqueza de nuestro ánimo y debilidad de nuestro corazón por el temor de perder la vida, honra ó intereses, con el don de fortaleza nos presta socorro. Otras vienen de la dureza de nuestras entrañas, no queriendo hacer bien al prójimo, y para vencerlas nos da el don de piedad. Finalmente, contra las tentaciones de soberbia, presunción y vanidad, somos armados con el santo temor de Dios. ¿Comprendemos el sumo bien que nos hace el divino Espíritu con sus dones? ¿Sucumbimos á pesar de ellos en las tentaciones? ¡Oh Espíritu divino! Gracias os doy por las armas que me habéis dado contra mis terribles enemigos; haced que las maneje debidamente. Ponedme junto á Vos [1], y que pelee quien quisiere contra mí; porque, aunque vengan impulsos del demonio para derribarme, si los vuestros me previenen, no podrán vencerme.

Punto 3.° *Los dones del Espíritu Santo nos ayudan á practicar las virtudes.*—Considera cómo el Espíritu Santo, por medio de estos siete dones, nos ayuda á ganar las virtudes con gran perfección, así las propias de la vida contemplativa, como las de la vida activa. Con los tres primeros dones, entendimiento, sabiduría y ciencia, nos perfecciona en lo concerniente á la lec-

[1] Job., XVII, 3.

ción, meditación, oración y contemplación. Con el entendimiento nos ilustra en los misterios de la fe, haciendo que penetremos en lo más íntimo y secreto que hay en ellos, como si lo viéramos. Con la sabiduría nos perfecciona en el conocimiento de Dios, de sus excelencias y atributos, imprimiendo en nosotros grande estima de las cosas divinas, con sabor y dulzura indecibles. La ciencia nos perfecciona en el conocimiento de las cosas criadas, haciendo que las menospreciemos y las tengamos por estiércol, en razón de ganar á Cristo. Los tres últimos dones de piedad, fortaleza y temor de Dios nos ayudan para el ejercicio de las virtudes de la vida activa. La piedad nos imprime espíritu de hijos con nuestros superiores, de madres con nuestros inferiores, y amor tierno y compasivo con nuestros iguales. La fortaleza nos socorre para cumplir los deberes que tenemos con nosotros mismos, fortaleciendo nuestra flaqueza, reprimiendo nuestros temores, y dándonos bríos para emprender cosas gloriosas y provechosas. El temor de Dios nos perfecciona en lo que debemos á Dios, infundiéndonos sentimientos de humildad y reverencia, teniéndonos por nada en su presencia, reconociendo como suyo todo el bien que tenemos. Finalmente, el don de consejo está como el sol en medio de estos siete planetas del cielo, dándonos luz de lo que debemos hacer en las obras de ambas vidas, activa y contemplativa, para que acertemos á escoger las más convenientes, y el modo, lugar y tiempo de ejercitarlas. ¡Oh Espíritu divino! Pues deseáis y me mandáis que crezca en la perfección y me santifique con el ejercicio de las virtudes, visitadme con vuestros dones y ayudadme con vuestras ilustraciones, para que brote mi entendimiento santos pensamientos, mi voluntad encendidos afectos, y mis potencias se muevan á excelentes obras. ¿Practicamos las virtudes auxiliados con los dones del Espíritu Santo? ¿Son éstos acaso para nosotros un talento con el que no negociamos?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán tierno y amante Padre es para nosotros el divino Espíritu! Él nos envía piadoso sus santas inspiraciones, y deseando más que nosotros mismos que accedamos á ellas para nuestro bien y provecho, añade para este fin un auxilio especial, que son sus divinos dones. Sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios: tales son las velas que proporciona el Espíritu Santo al navío de nuestra alma para que vuele con celeridad impulsado por su inspiración; las alas, con que volamos á lo alto de la contemplación. Armados con estos dones, no hemos de temer á nuestros enemigos. Si nos combaten por la necedad ó estulticia, cegando nuestra mente para que no vea ni guste las cosas divinas, nos auxilia la sabiduría; si obscurece nuestro espíritu, haciéndolo rudo para las cosas de la fe, viene á nuestro socorro el entendimiento. Contra la precipitación tenemos el consejo; contra la ig-

norancia, la ciencia; contra la debilidad, la fortaleza; contra la dureza, la piedad; y contra la soberbia, el temor. ¡Dichoso el cristiano que nunca suelta de sus manos estas poderosas armas! No sólo triunfará de sus enemigos, sino que ejercitará todas las virtudes, creciendo, así en las de la vida activa como en las que son propias de la contemplativa; y siempre con seguridad, prudencia y solidez, guiado por el don de consejo, al cual pertenece el manejo del espiritual timón, para que el hombre no tuerza ni á la derecha ni á la izquierda. ¿Hemos comprendido la importancia y provecho grandísimo que de los dones del Espíritu Santo podemos y debemos reportar? ¿Agradecemos á este divino Espíritu tan señalados bienes? ¿Nos aprovechamos de ellos? ¿Qué responderemos cuando en el juicio se nos pida cuenta de los mismos? Reflexionémoslo con cuidado, y propongamos con firmeza aquello que nos convenga, y roguemos por todas las necesidades.

151.—UNIDAD DE DIOS Y TRINIDAD DE PERSONAS.

PRELUDIO 1.º Representémonos á la Santísima Trinidad en un trono excelso, rodeada de serafines y recibiendo los homenajes de toda la corte celestial.

PRELUDIO 2.º Pidamos grande devoción á este misterio, y la gracia de imitar la caridad y unión que se profesan las tres divinas Personas.

Punto 1.º *Unidad de Dios.*—Considera aquí el primero y fundamental artículo de nuestra santa fe, por el que creemos que no hay más que un solo Dios [1], con una sola esencia y divinidad, sin que sea posible haber muchos dioses. La misma razón natural nos convence de esta importante verdad, porque como Dios nuestro Señor es el Bien sumo é infinito en quien están encerrados todos los bienes [2] y perfecciones posibles, sin que le pueda faltar una, porque si una le faltase sería imperfecto, y andaría mendigando la de otros, síguese claramente que no puede haber más que uno, porque si hubiera otros, faltárale la bondad y perfección de éstos, por la cual se diferenciarían. Además, Él es soberano Señor y supremo Gobernador de sus criaturas, á quien todas están sujetas, y á cuya voluntad eficaz ninguno puede resistir [3], porque si alguno pudiese resistirle, sería Dios miserable, y no tendría paz ni contento en su gobierno, ni su reino podría durar; de lo cual se sigue que no puede haber más que un Dios, porque si fueran muchos, tuvieran diferentes juicios, voluntades y poderes; habría lucha entre ellos, y su reino sería destruido, porque no podría librarse de la maldición en que incurre todo reino dividido [4]. El es también el Supremo Legislador, cuyo dictamen y voluntad es regla universal de lo que se ha de hacer; es el Supremo Juez á quien pertenece juzgar á todos; es nuestro

[1] Deut., VI, 4; I Cor., VIII, 4. — [2] S. Thom. — [3] Psalm. LXXV, 8. — [4] Luc., XI, 17.

último fin y bienaventuranza perfecta; y esto exige que sea uno sólo, porque, si fueran varios, pudiera haber encuentro en las leyes, en las penas y castigos, y ninguno por sí sólo podría hartar nuestros deseos, porque siempre quisiéramos ver y gozar del otro. De todo lo cual has de sacar eficaces propósitos de amar sobre todo á este Bien Sumo; servir á este Supremo Señor, y obedecer á este Soberano Legislador. ¿Cumples fielmente con estos deberes? ¡Oh Dios infinito, uno en esencia, de quien todos procedemos! Aunque criatura vilísima, quiero daros todo mi amor, porque sois el Sumo Bien, infinitamente digno de ser amado; quiero serviros con todas mis fuerzas, porque sois mi supremo y único Señor; deseo obedeceros fielmente y en toda mi vida, porque sois el dueño absoluto de todas mis acciones; ayudadme á cumplir mis deseos, pues que son también los vuestros.

Punto 2.º *Trinidad de personas.*—Considera en este punto el otro artículo principalísimo de nuestra fe, por el que creemos que, aunque Dios es uno en esencia, es también trino en personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo [1]. Pondera acerca de esto con gran admiración cómo Dios junta en sí todo lo bueno y perfecto de las criaturas, sin lo malo é imperfecto que hay en ellas [2]. Y así tiene lo bueno de ser uno, sin lo malo de ser solo; tiene lo perfecto de ser en alguna manera muchos, sin lo imperfecto que tiene ser diversos. Es uno en la esencia, en la divinidad, en los atributos, en el sentir y querer, en el poder y obrar, sin que entre las tres Personas haya diferencia de pareceres, ni contrariedad de voluntades, ni oposición de obras. Pero juntamente son tres Personas distintas, y no una sola, porque no careciese Dios de la perfección y gozo que trae consigo la comunicación y amistad perfecta entre iguales, y para que la bondad y sabiduría y potencia de Dios cumpliesen su deseo de comunicarse infinitamente con modo infinito. Y así, el Padre llena estos deseos comunicando su divina esencia y toda su sabiduría y omnipotencia al Hijo; y el Padre y el Hijo comunican lo mismo al Espíritu Santo; y entre los tres hay amor infinito y amistad perfectísima, y en esta amistad, infinito gozo y alegría, gozándose infinitamente cada Persona del propio ser personal que tiene la otra. Contemplando todo esto en silencio, adora con profunda reverencia y grande admiración este sublime misterio, y gózate de la perfectísima unidad que entre sí tienen las divinas Personas, deseando tener parte en ella é imitarla del modo que puedas. ¡Oh Padre Eterno! Gózome de la unión que tenéis con vuestro Hijo. ¡Oh Hijo unigénito de Dios! Gózome del amor que tenéis á Vuestro Padre. ¡Oh Espíritu Santo! Gózome de la unión y amor que tenéis al Padre y al Hijo. ¡Oh Trinidad beatísima! Gózome

[1] Matth., XXVIII, 19. — [2] S. Thom.

de la infinita amistad que resplandece dentro de Vos misma. ¡Oh Dios infinito! Pues me habéis dado fe de esta unión, dadme gracia para imitarla del modo que Vos queréis.

Punto 3.º *Modo cómo pasa en Dios este misterio.*—En este punto has de considerar el modo cómo pasa en Dios este misterio. Porque la primera persona, que es el Padre, conociéndose y comprendiéndose á sí mismo y á su divina esencia con claridad infinitamente mayor que la del hombre que se ve en un espejo, por este conocimiento forma dentro de sí un concepto é imagen viva de sí mismo. Y este concepto es el Hijo, el cual, como dice san Pablo [1], es resplandor de la gloria de su Padre, figura de su substancia é imagen invisible suya [2]. Este es el que llama san Juan [3], Verbo ó palabra de Dios, la cual habla dentro de sí, exprimiendo en ella todo cuanto Dios sabe; y por esto se llama su Sabiduría. En produciendo el Padre al Hijo, necesariamente le ama, y se agrada en Él con infinito amor y gozo, porque ve en Él su misma bondad infinita: y el Hijo de la misma manera ama al Padre con infinito amor y gozo, por la infinita bondad que ve en Él y recibe de Él: y los dos juntos por este amor producen un ímpetu é impulso de su divina voluntad, que llamamos Espíritu Santo, comunicándole su divinidad, y así es Dios como ellos. Y todo esto está en Dios desde su eternidad, porque todas tres personas son eternas, sin que la una sea primero que la otra. Todas tres son inmensas, sin que puedan apartarse una de otra; todas son iguales en dignidad, porque en Dios tanta dignidad es ser Hijo como ser Padre, y ser Espíritu Santo como ser Hijo; todas tienen entera y cumplida bienaventuranza, con el conocimiento y amor de sí mismas y de su divinidad; de donde procede estar infinitamente gozosos y hartos, sin fastidio y sin tener necesidad de cosa alguna fuera de sí mismos. Todo lo cual ha de movernos á grandes afectos de admiración, amor, gozo y alabanza, por las grandezas de cada Persona y de todas en general. ¡Oh Trinidad beatísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo! Desde el abismo de mi nada, me atrevo á levantar á Vuestro trono mis miradas, y pasmado de tal majestad y grandeza, deciros con los serafines [4]: «Santo, Santo, Santo sois, Señor Dios de los ejércitos»; el cielo y la tierra están llenos de vuestra gloria; vuestro nombre es admirable por todo el universo, y ante vuestra soberana grandeza todas las cosas son como si no fuesen; concededme, Señor, que, creyendo en este mundo con viva fe vuestras enseñanzas, tenga la dicha de participar en el otro de vuestra bienaventuranza eterna.

Epílogo y coloquios. ¡Oh verdad soberana é incomprensible misterio! ¡Un Dios, Rey de cielos y tierra, Dueño de todo lo criado, uno en esencia y trino en Personas! Una sola sabiduría, bondad, poder, entendimiento, voluntad y amor, y, con todo, tres personas realmente distintas. La primera de estas verdades se halla al alcance de la razón natural; porque claro se ve que el Sumo Bien no puede ser más que uno, que el Supremo Señor no puede tener rival, y el universal Legislador no puede tener quien se halle con poder para impugnar sus leyes. Mas si nuestra mente puede alejar de Dios la idea de división, no alcanza cómo puede haber en Él distinción real de Personas, y tiene el deber de cerrar los ojos, á lo que acerca de esto le dice la fe. Ha de creer que en Dios hay una naturaleza y tres personas distintas. Porque las perfecciones todas que se hallan en las criaturas deben hallarse en Dios de un modo eminente, sin mezcla de las imperfecciones que las acompañan. Y si Dios tiene la perfección de la unidad, no puede carecer de la que trae consigo la pluralidad. Has de creer que el Padre eternamente engendra al Hijo, comunicándole su misma esencia; y el Padre y el Hijo producen el Espíritu Santo, Dios igual en todo á ellos. ¿Qué siente tu corazón ante tales grandezas? ¿No te admira esta unidad tan perfecta en Dios, junto con la distinción real de las Personas? ¿No procuras imitar la unión que entre sí tienen las divinas Personas, teniendo tú otra semejante con tus prójimos? ¡Oh! Si el Señor te concediera un rayo de luz, y pudieras penetrar en los abismos infinitos de las grandezas divinas, quedarías arrebatado de admiración. Medita con atención este misterio; haz propósitos de venerarle é imitarle del modo que te sea posible, y para esto pide los auxilios al Señor, suplicándole también por todo el mundo.

[1] Hebr., I, 3. — [2] Colos., I, 15. — [3] Joan., I, 1. — [4] Isai., VI, 3.

152. — BONDAD INFINITA DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Represéntate á Jesús diciéndote: «Nadie es bueno, sino sólo Dios».

PRELUDIO 2.º Pide agradecimiento y correspondencia á los infinitos bienes que te ha concedido la bondad de Dios.

Punto 1.º *Excelencias de la bondad de Dios al comunicarse á sus criaturas.*— Considera cómo siendo el bien naturalmente difusivo y comunicador de sí mismo [1], Dios, Sumo Bien, suprema y esencial Bondad, ha de ser infinitamente inclinado á comunicarse con todos los modos posibles. Pondera las excelencias que muestra el Señor en estas comunicaciones. Porque Él no se comunica por necesidad, fuerza ó violencia, sino por sola su bondad y su libre voluntad; porque es bueno y quiere seguir la inclinación de su bondad en hacer bien; y esto te ha de mover á servirle de grado, diciendo con David [2]: «Voluntariamente os sacrificaré, Señor, y alabaré vuestro nombre, porque es bueno».

[1] S. Dionis.; S. Thom. — [2] Psalm. LIII, 8.

de la infinita amistad que resplandece dentro de Vos misma. ¡Oh Dios infinito! Pues me habéis dado fe de esta unión, dadme gracia para imitarla del modo que Vos queréis.

Punto 3.º *Modo cómo pasa en Dios este misterio.*—En este punto has de considerar el modo cómo pasa en Dios este misterio. Porque la primera persona, que es el Padre, conociéndose y comprendiéndose á sí mismo y á su divina esencia con claridad infinitamente mayor que la del hombre que se ve en un espejo, por este conocimiento forma dentro de sí un concepto é imagen viva de sí mismo. Y este concepto es el Hijo, el cual, como dice san Pablo [1], es resplandor de la gloria de su Padre, figura de su substancia é imagen invisible suya [2]. Este es el que llama san Juan [3], Verbo ó palabra de Dios, la cual habla dentro de sí, exprimiendo en ella todo cuanto Dios sabe; y por esto se llama su Sabiduría. En produciendo el Padre al Hijo, necesariamente le ama, y se agrada en Él con infinito amor y gozo, porque ve en Él su misma bondad infinita: y el Hijo de la misma manera ama al Padre con infinito amor y gozo, por la infinita bondad que ve en Él y recibe de Él: y los dos juntos por este amor producen un ímpetu é impulso de su divina voluntad, que llamamos Espíritu Santo, comunicándole su divinidad, y así es Dios como ellos. Y todo esto está en Dios desde su eternidad, porque todas tres personas son eternas, sin que la una sea primero que la otra. Todas tres son inmensas, sin que puedan apartarse una de otra; todas son iguales en dignidad, porque en Dios tanta dignidad es ser Hijo como ser Padre, y ser Espíritu Santo como ser Hijo; todas tienen entera y cumplida bienaventuranza, con el conocimiento y amor de sí mismas y de su divinidad; de donde procede estar infinitamente gózosos y hartos, sin fastidio y sin tener necesidad de cosa alguna fuera de sí mismos. Todo lo cual ha de movernos á grandes afectos de admiración, amor, gozo y alabanza, por las grandezas de cada Persona y de todas en general. ¡Oh Trinidad beatísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo! Desde el abismo de mi nada, me atrevo á levantar á Vuestro trono mis miradas, y pasmado de tal majestad y grandeza, deciros con los serafines [4]: «Santo, Santo, Santo sois, Señor Dios de los ejércitos»; el cielo y la tierra están llenos de vuestra gloria; vuestro nombre es admirable por todo el universo, y ante vuestra soberana grandeza todas las cosas son como si no fuesen; concededme, Señor, que, creyendo en este mundo con viva fe vuestras enseñanzas, tenga la dicha de participar en el otro de vuestra bienaventuranza eterna.

Epílogo y coloquios. ¡Oh verdad soberana é incomprensible misterio! ¡Un Dios, Rey de cielos y tierra, Dueño de todo lo criado, uno en esencia y trino en Personas! Una sola sabiduría, bondad, poder, entendimiento, voluntad y amor, y, con todo, tres personas realmente distintas. La primera de estas verdades se halla al alcance de la razón natural; porque claro se ve que el Sumo Bien no puede ser más que uno, que el Supremo Señor no puede tener rival, y el universal Legislador no puede tener quien se halle con poder para impugnar sus leyes. Mas si nuestra mente puede alejar de Dios la idea de división, no alcanza cómo puede haber en Él distinción real de Personas, y tiene el deber de cerrar los ojos, á lo que acerca de esto le dice la fe. Ha de creer que en Dios hay una naturaleza y tres personas distintas. Porque las perfecciones todas que se hallan en las criaturas deben hallarse en Dios de un modo eminente, sin mezcla de las imperfecciones que las acompañan. Y si Dios tiene la perfección de la unidad, no puede carecer de la que trae consigo la pluralidad. Has de creer que el Padre eternamente engendra al Hijo, comunicándole su misma esencia; y el Padre y el Hijo producen el Espíritu Santo, Dios igual en todo á ellos. ¿Qué siente tu corazón ante tales grandezas? ¿No te admira esta unidad tan perfecta en Dios, junto con la distinción real de las Personas? ¿No procuras imitar la unión que entre sí tienen las divinas Personas, teniendo tú otra semejante con tus prójimos? ¡Oh! Si el Señor te concediera un rayo de luz, y pudieras penetrar en los abismos infinitos de las grandezas divinas, quedarías arrebatado de admiración. Medita con atención este misterio; haz propósitos de venerarle é imitarle del modo que te sea posible, y para esto pide los auxilios al Señor, suplicándole también por todo el mundo.

[1] Hebr., I, 3. — [2] Colos., I, 15. — [3] Joan., I, 1. — [4] Isai., VI, 3.

152. — BONDAD INFINITA DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Represéntate á Jesús diciéndote: «Nadie es bueno, sino sólo Dios».

PRELUDIO 2.º Pide agradecimiento y correspondencia á los infinitos bienes que te ha concedido la bondad de Dios.

Punto 1.º *Excelencias de la bondad de Dios al comunicarse á sus criaturas.*— Considera cómo siendo el bien naturalmente difusivo y comunicador de sí mismo [1], Dios, Sumo Bien, suprema y esencial Bondad, ha de ser infinitamente inclinado á comunicarse con todos los modos posibles. Pondera las excelencias que muestra el Señor en estas comunicaciones. Porque Él no se comunica por necesidad, fuerza ó violencia, sino por sola su bondad y su libre voluntad; porque es bueno y quiere seguir la inclinación de su bondad en hacer bien; y esto te ha de mover á servirle de grado, diciendo con David [2]: «Voluntariamente os sacrificaré, Señor, y alabaré vuestro nombre, porque es bueno».

[1] S. Dionis.; S. Thom. — [2] Psalm. LIII, 8.

Además, tampoco se comunica por su propio provecho, sino por el nuestro; porque de comunicarse á otros, ningún bien se le acrece, pues tan bienaventurado era antes de criar el mundo como ahora; y todas las perfecciones que hay en todas sus criaturas las tiene Él desde toda la eternidad de un modo eminente. Por fin: otra excelencia es, que no deja estar ociosa esta inclinación, antes la cumple, comunicándose con todos los modos que era posible comunicarse, hasta el sumo. De suerte que, si el bien es derramador de sí mismo, Dios se derramó todo cuanto podía, según el orden de su infinita sabiduría, con lo cual nos obliga á que nos derramemos todos en su servicio y bien de los prójimos, haciendo todo el bien que pudiéramos y con la mayor perfección que nos fuere posible. Y así, cuando oramos, hemos de derramar, como Ana [1], nuestra alma en la presencia de Dios; y, cuando amamos, hemos también de derramar, como David [2], nuestra oración y afectos delante del Señor, ocupándolos todos en amarle. ¡Oh Sumo Bien! Vos deseáis sumamente comunicaros, porque, si no os comunicáis, no es posible que haya otro bien fuera de Vos; comunicadme estas excelencias con que os comunicasteis, para que os ame, sirva y obedezca, no por fuerza ni temor, sino de grado y con amor; no por mi propio interés, sino por vuestro solo servicio; y siempre con ánimo largo y generoso, haciendo lo sumo que pudiere en vuestro servicio. ¿Servimos á Dios con estas condiciones? ¿Nos buscamos, al servirle, á nosotros mismos?

Punto 2.° *Comunicación de la divina bondad en los bienes naturales.*—Aquí has de considerar cómo la divina bondad, en fuerza de la inclinación que tiene á difundirse, ha comunicado á las criaturas los bienes naturales que poseen, repartiendo por ellas cuatro excelentes grados de hermosura y perfección. Á unas dió el ser corporal sólo, aunque con gran variedad de perfecciones, como son los cielos y los seres inorgánicos. Á otras dió la vida vegetativa, como son los árboles, flores y plantas. Á otras la vida sensitiva, como son los animales, aves y peces. Á otras el ser espiritual y vida intelectiva, como son los ángeles de las tres jerarquías. Y, últimamente, todos cuatro grados los recogió en el hombre, compuesto de cuerpo y espíritu, dándole ser como á los cielos y elementos, vida como á las plantas, sentido como á los animales, y entendimiento como á los ángeles; por lo cual el hombre se llama toda criatura y mundo abreviado. De modo que estos cuatro modos de ser y perfección son como cuatro ríos [3] que nacen de la fuente del paraíso, los cuales riegan por diversas partes la tierra y cielo, y después todos cuatro se recogen en el hombre, haciéndole muy semejante al paraíso de donde salieron. De todo lo cual has de sacar grandes afectos de

[1] I Reg., I, 15. — [2] Psalm. CXLI, 3; LXI, 9 — [3] Gen., II, 10.

admiración y gozo, de agradecimiento y amor, por este maravilloso modo como Dios nuestro Señor se comunicó á los hombres, admirándote de la sabiduría infinita que mostró en esto, gozándote de su omnipotencia, agradeciendo su largueza y amando su infinita bondad. ¡Oh bondad soberana! Ahora veo con cuánta razón me mandáis que os ame [1] con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y con toda mi mente; pues es razón que todo cuanto recibí de vuestra bondad se ocupe en amaros sin fin: os amaré con todo mi corazón, por el ser corporal que me disteis; con toda mi alma, por la vida que con ella vivo; con todas mis fuerzas, por los sentidos y potencias de que uso; con toda mi mente, por el espíritu y entendimiento que me habéis dado. ¡Oh, si de mis entrañas, por tales beneficios, saliesen cuatro ríos de agua viva, llenos de fervientes afectos de amor y gozo, de alabanza y agradecimiento!

Punto 3.° *Comunicación de la divina Bondad en los bienes sobrenaturales.*—Considera cómo, no contenta la divina Bondad con este modo de comunicación, escogió otro excelentísimo con otros cuatro modos, que exceden á todo el ser natural. El primero es el ser sobrenatural de la gracia, por la cual hombres y ángeles llegan á ser participantes de la divina naturaleza [2], hijos y amigos muy queridos de Dios. El segundo es el ser de la gloria, por el cual los justos se hacen perpetuamente semejantes á Dios [3], en las propiedades gloriosas que tiene, reinando con Él en el mismo reino. El tercero es el ser personal del mismo Dios el cual comunicó la segunda Persona de la Santísima Trinidad á la naturaleza humana. El cuarto modo es admirable, porque, como no fuese conveniente que el Hijo de Dios comunicase su ser personal á muchas naturalezas, su bondad infinita le inclinó á comunicar aquel divino ser con sus dos naturalezas, divina y humana, á todos los hombres en el Santísimo Sacramento, juntándolas con un modo inefable con las especies de pan y vino, y con ellas se nos comunica todo Cristo, Dios y hombre verdadero. Del propio modo, pondera con admiración cómo, no conviniendo que la Bondad divina comunicase su ser personal á todas las naturalezas criadas, escogió una en que estaban todas, que es la humana, y así, del modo que convenía, se comunicó y honró á todas. Además, de los cuatro grados de comunicación sobrenatural, los dos primeros son comunes á los ángeles y á los hombres, y los dos últimos son peculiares de éstos [4], con lo cual descubrió bien que sus deleites son estar con los hijos de los hombres [5], por lo cual, no sólo los crió á su imagen y semejanza, sino hizo que uno de ellos fuese el mismo Verbo, que es la misma imagen y semejanza infinita del Padre y un Dios con Él. ¡Oh bondad infinita de nuestro Dios y Señor! ¿Cómo no nos deshacemos en

[1] Marc., XII, 30.— [2] II Petr., I, 4.— [3] I Joan., III, 2.— [4] Hebr., II, 16.— [5] Prov., VIII, 31.

alabanzas de un Padre tan amoroso que tales prodigios de amor hace en favor nuestro? No diga ya el Profeta que habéis hecho al hombre poco menos que los ángeles, porque, ¿cuál de estos soberanos espíritus oyó jamás que el Padre Eterno le dijese: Tú eres mi Hijo? Con todo, este bien, que no fué concedido á los ángeles, ha sido comunicado al hombre con infinita caridad. ¿Y no amaremos á una Bondad tan admirable? ¿No emplearemos en su servicio cuanto tenemos?

Epílogo y coloquios. ¿Quién podrá alabar y glorificar dignamente la bondad infinita con que Dios se comunica á sus criaturas? Sólo Él mismo puede tributarse las alabanzas que justamente merece. Su bondad soberana, sin ser forzada por ninguna necesidad ni violencia, sin esperar cosa alguna de las criaturas, se digna derramar á manos llenas los dones soberanos sobre ellas. En el orden puramente natural, á unas ha dado el ser, á otras el ser y el vivir, á otras el ser, vivir y sentir, á otras el entender; y, por fin, al hombre le ha hecho depositario general de todos estos bienes, haciendo de él un pequeño mundo, en el cual se resuman las cualidades de todos los seres: el ser de los inanimados, el vivir de las plantas, el sentir de los animales y el entender de los ángeles. ¡Oh hombre! Mira lo que por ti ha hecho Dios en el orden puramente natural. ¿Qué no habrá hecho en el sobrenatural? ¡Ah! Los bienes que aquí ha derramado sobre el hombre, exceden á toda ponderación. Por la gracia, le hace especial hijo suyo; por la gloria, desea hacerle participante en lo sucesivo de su misma felicidad; por la encarnación, el mismo Hijo de Dios se hace hijo del hombre; y por la Eucaristía, este Dios y hombre se comunica indistintamente á todos los que se presenten á recibir este divino manjar. ¿Podía desearse bondad más soberana é inefable? ¿Quién se hubiera jamás atrevido á pedir á Dios las gracias que Él mismo nos ha comunicado sin pedirlas? ¿Cómo podremos corresponder á tamaña bondad? Aunque le diésemos cuanto tenemos, nada haríamos que no fuese debido, y así, siempre hemos de tenernos por siervos inútiles y sin provecho. Ofrezcamos á Dios siquiera nuestra humildad, haciendo firmes propósitos de practicarla, y rogando por nosotros y por todo el mundo.

153.—CARIDAD Y AMOR DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesús diciéndonos: «He venido á traer fuego á la tierra, y sólo deseo que arda».

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conocer y corresponder al amor de Dios.

Punto 1.º *Eternidad del amor de Dios.*—Considera la primera excelencia de la caridad de Dios para con los hombres, que es ser eterna. Esta eternidad consiste en ser tan antigua como

el mismo Dios, el cual, desde su eternidad, se resolvió en amar á los hombres y trabar amistad con ellos, y no solamente á bulto y en común, sino en particular, conociendo á cada uno, y queriendo, cuanto es de su parte, darle todos los bienes de gracia y gloria en que se funda esta amistad; aunque más particularmente amó á los que llamamos predestinados. De suerte que cada uno puede aplicarse á sí mismo las palabras que Dios dice por Jeremías [1]: «Con caridad perpetua te amé». Como si dijera: Desde que soy Dios, te amo: desde que me amo á Mí, te amo á ti: tan eterno es el amor que te tengo, cuan eterno soy Yo y el amor con que me amo. De aquí se sigue, que la caridad y amor de nuestro gran Dios es siempre primero que el nuestro, y nos gana por la mano; por lo cual dijo san Juan [2]: «En esto se descubrió la caridad de Dios, porque no amamos nosotros primero á Él, sino Él primero nos amó»; lo cual prueba que no nos ama por su interés ni por nuestros merecimientos, sino de gracia y solamente porque es bueno. Considera, además, cómo la caridad de Dios, así como es eterna cuanto á lo pasado, también lo es cuanto á lo porvenir, de modo que así como no tuvo principio, así, cuanto es de su parte, nunca tendrá fin, si por nosotros no queda. Pero aún pasa más adelante la estabilidad de este amor; porque cuando por nuestra culpa rompemos esta amistad, Él con su infinita caridad siempre está firme en desear que volvamos á ella, y está aparejado para admitirnos de nuevo á su gracia si le pedimos perdón. ¡Oh Amador eterno é inmutable! Dadme un amor semejante al vuestro, del cual ninguna cosa me pueda apartar. No permitáis, Señor, que por mi culpa corte el hilo de vuestra amistad; y si como flaco le cortare, vuestro amor me despierte y prevenga para que me vuelva á Vos diez veces más de lo que me había apartado de Vos. ¿Somos firmes y constantes en amar á Dios? ¿Nos apartan de su amor las tribulaciones y contrariedades?

Punto 2.º *Extensión del amor de Dios.*—En este punto has de considerar otra excelencia de la caridad de Dios, que es ser anchísima con infinita anchura, abrazando, cuanto es de su parte, á todos los hombres, de cualquier estado y condición que sean, deseando admitir á todos á su gracia y amistad, sin excluir á ninguno que quiera ser admitido; cumpliéndose también en esto lo que dijo el Sabio [3]: «Disimulas los pecados de los hombres por la penitencia, porque amas todas las cosas que son, y ninguna cosa aborreces de las que hiciste». Y aunque es verdad que con más especial amor ama á los predestinados, y en este sentido se dice que aborrece á los réprobos, porque no les amó tanto como á ellos; pero absolutamente á todos, cuanto es de su parte, ama con infinita caridad, deseando que todos se salven [4], y que

[1] Jerem., XXXI, 3. — [2] I Joan., IV, 10. — [3] Sap., XI, 24. — [4] I Tim., II, 4.

todos sean amigos suyos; y no cesa de hacerles caricias, como hizo con Judas, echando brasas de caridad y beneficios sobre su enemigo [1], para convertirlo en amigo; y para todos hizo nacer el Sol de justicia, su divino Hijo, y para todos llovió su doctrina celestial y se derramó el rocío de su divina gracia. Pondera cómo, aunque esta divina caridad se extiende á innumerables cuanto á la familiaridad y ternura, es como si fuese con muy pocos; entre los hombres la estrecha amistad puede ser sólo entre muy pocos, porque es cosa rara hallar muchos amigos fieles de quien poderse fiar; mas en Dios, aunque los muy queridos sean muchos, trata con tanta familiaridad con cada uno, como si fuera solo; de modo que la muchedumbre de amigos no quita la familiar comunicación con ellos, como se ve en el cielo, donde está muy perfecta esta amistad. Á imitación de Dios, has de extender tu caridad á todos, sin tener á nadie por enemigo, ensanchando los senos de tu corazón para que todos quepan dentro de él, y, además, has de reducir el amor de todos á uno, amándolos á todos por Dios. ¡Oh Amador inmenso! Pues tan anchos senos tiene vuestra caridad, admitid dentro de ellos á todos los mortales; cerrad, si es posible, los senos del infierno, donde sois aborrecido, para que ninguno baje á ellos, y abrid los senos del cielo, donde sois amado, para que todos suban á ocuparse para siempre en vuestro amor. ¿Es nuestra caridad extensa y dilatada como la caridad divina? ¿Rehusamos extenderla á alguna persona?

Punto 3.º *Alteza de la caridad de Dios.*— Considera aquí la sublimidad y elevación de la caridad de Dios, la cual se descubre en la alteza de los beneficios y favores que por ella nos concede, los cuales son tan altos, que no pueden ser mayores. Porque Él nos levanta á la alteza de la soberana dignidad de hijos suyos y herederos de su reino; por lo cual dijo san Juan [2]: «Mirad qué caridad nos dió el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos»; como si dijera: contemplad y ponderad la alteza adonde llegó la caridad de Dios, los admirables afectos y efectos que brotó, pues nos levantó á ser hijos de Dios, con todas las excelencias que han de tener los hijos de tal Padre. Y cuáles sean éstas, no es posible conocerlo en esta vida, y así añade: «Ahora somos hijos de Dios; pero no se descubre lo que seremos: cuando se descubriere, seremos semejantes á Él, porque le veremos como es». De modo que sólo en el cielo se conoce la soberana alteza de esta dignidad de hijos y la caridad de Dios que nos levantó á ella. Pondera cómo se muestra también la alteza del amor de Dios para con nosotros, en que por nuestro remedio levantó un hombre de nuestra naturaleza á ser Hijo de Dios, no adoptivo, sino el mismo Hijo de Dios natural,

[1] Prov., xxv, 22; Rom., xii, 20. — [2] I Joan., iii, 1.

por la unión de la encarnación: de modo que un hombre sea real y verdadero Hijo de Dios, igual con el Padre y un Dios con Él. Y aquí subió tan alto la caridad de Dios para con el hombre, que no pudo subir más; por lo cual dijo el mismo Cristo nuestro Señor [1]: «Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito». Con este Hombre celestial trabó Dios la más excelente amistad que puede haber, después de la amistad infinita que hay entre las tres divinas Personas, porque así como ésta se funda en la unidad de esencia, aquélla estriba en la unidad de una misma persona, en todo igual al mismo Dios. ¡Oh alteza de la bondad y caridad de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus obras, y cuán inapeables sus caminos! ¡Oh amor inefable, que para trabar amistad perfecta con el hombre, le subes á la igualdad de Dios! ¡Oh Amador altísimo! ¿Qué gracias os daré por tan altas y soberanas obras de amor que habéis hecho, y cómo os podré alabar dignamente por ellas? Pues que me habéis levantado á la dignidad de hijo vuestro, esclareced los ojos de mi alma, para que conozca cuál sea esta caridad, y vestido de ella, os ame como á Padre, procurando seros semejante en el amor, para serlo después en la gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Oh, cuán soberanas son las excelencias de la caridad que Dios nos tiene! Su amor es eterno, tan antiguo como su ser. Desde que se ama á Sí mismo, nos ama tiernamente á nosotros. Amarse y amarnos, tal ha sido su perenne ocupación desde toda la eternidad. Y porque nos amó, llegado el tiempo señalado por su adorable Providencia, nos dió el ser que tenemos y todos los bienes espirituales y corporales que poseemos. Aunque ahora le entreguemos todo nuestro corazón, no haremos sino corresponder á su infinita caridad, que nos ha prevenido con bendiciones de dulzura. Y este divino amor, no sólo carece de principio, sino, en cuanto es de su parte, carece también de fin; porque jamás dejará de amarnos, si nosotros no le rechazamos voluntariamente y resistimos á su amor. ¡Oh insensatez del hombre, que ciega sus ojos para no recibir el amoroso influjo de este sol! El cual extiende sus rayos á todos, sin excluir á uno solo, porque su amor es extenso, sin que su extensión menoscabe la intensidad, ternura y familiaridad con que abraza á cada uno. Nos ama á todos y á cada uno con la misma ternura y afecto que si amara á uno solo. Y tales y tan altos son los efectos que causa este divino amor, que nuestro entendimiento no puede llegar á comprenderlos. ¡Hácenos hijos suyos, herederos de su reino, participantes de su gloria! Pues, ¿cómo no amamos á Dios? ¿Por qué somos rebeldes á la ternura de tan amante Padre? Si Él nos ama desde toda la eternidad, ¿por qué no comenzamos nosotros siquiera desde hoy á correspon-

[1] Joan., iii, 16.

derle? Si Él extiende su amor á todos, ¿por qué excluimos del nuestro á uno sólo? Y si tan altos bienes nos ha hecho, ¿por qué no le servimos cuanto nos es posible? ¡Ah! ¡Qué ingratitud la nuestra! Nos consideramos obligados á corresponder al amor de un vil gusano de la tierra, y no correspondemos al amor de Dios. Reflexionemos bien sobre esto, y, proponiendo lo que nos convenga hacer, pidamos con fervor por nosotros y por los demás.

154.—MISERICORDIA DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesucristo diciéndonos: «Quiero misericordia y no sacrificio».

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conocer la excelencia de la divina misericordia, y de confiar en ella.

Punto 1.º *Misericordia de Dios, comparada con su justicia.*— Considera cómo, aunque las divinas perfecciones, según están en Dios, todas son iguales, porque son el mismo Dios; sin embargo, en orden á los efectos en que resplandecen, una se muestra mayor que otra. Y así, aunque la misericordia y la justicia sean en Dios infinitas, brillan más los efectos de aquella; por lo cual dijo Santiago [1]: «La misericordia sobrepuja la justicia»; porque aquella precede, acompaña y sigue á ésta en todas su obras. Pondera cómo la misericordia siempre precede á la justicia, porque todas las obras de justicia presuponen alguna obra de misericordia en que se fundan, y antes de castigar Dios á los pecadores, les ha hecho infinitas misericordias y les ha perdonado innumerables veces, avisándoles que se enmienden y huyan de su justicia. De modo, que la misericordia y perdón nacen de Dios, el cual, por sola su bondad, desea librarnos de nuestras miserias; mas la justicia en el castigo no nace de solo Él, sino de nosotros, que con nuestros pecados lo provocamos á que nos castigue. Demás de esto, la misericordia siempre acompaña las obras de justicia, las cuales nunca andan solas, porque en medio de ellas usa Dios con los castigados de muchas misericordias, ya dando avisos á sus enemigos para que huyan de sus castigos, ya convidándolos con el perdón y moderando el castigo; y aun en el mismo infierno se deja sentir la misericordia de Dios, el cual castiga á los condenados *citra condignum* [2] menos de lo que merecían. Por fin, la misericordia es el fin de la justicia, porque los castigos de esta se ordenan á que el castigado se enmiende; y si él no quiere, á lo menos que otros, por ocasión de su castigo, acudan á la divina misericordia, y ésta campee y resplandezca más en los buenos, puesta en parangón con la justicia que se ejecuta en los malos. En vista de todo esto, ¿cómo

[1] Jacob, II, 13. — [2] S. Thom., I p., q. 21, art. 4 ad 1.

no confías en esta misericordia infinita que se descubre en todas las obras de Dios? ¡Oh Dios eterno! Gózome de que seáis justo y misericordioso: yo venero humildemente vuestra justicia, y me sujeto á vuestra corrección; pero deseo que prevalezca en mí vuestra misericordia, haciéndome vaso é instrumento de ella, para que seáis en mí glorificado y yo cante vuestras misericordias por toda la eternidad.

Punto 2.º *Misericordia de Dios con los pecadores.*—En este punto has de considerar la misericordia de Dios, que brilla especialmente con los pecadores, la cual tiene varias propiedades excelentísimas, que la hacen infinitamente digna de alabanza. Primeramente, su misericordia se extiende á todos los pecadores, de cualquier estado y condición que sean, sin excluir á ninguno. Todos tienen derecho á esperarla, ya sean libres, ya esclavos, ora grandes, ora pequeños, porque todos son hechura de Dios y obra de su omnipotencia, y porque Él ama á las almas, y del amor nace la compasión de las miserias que padece la cosa amada. En segundo lugar, la misericordia de Dios se extiende á todos los pecados, por muchos y graves que sean, porque ningún pecado puede ser tan grande que no sea infinitamente mayor la misericordia de Dios para perdonarle; ni pueden ser tan innumerables, que no sean incomparablemente más innumerables sus misericordias. Todo lo cual te ha de servir de título para implorarlas, diciendo con David [1]: «Compadécete, Señor de mí, según tu gran misericordia, y según la muchedumbre de tus misericordias, borra luego mis maldades». De aquí procede la tercera propiedad de la misericordia de Dios, que es esperar á los pecadores á que hagan penitencia, y convidarlos con el perdón, concediéndosele con gran facilidad cuando se lo piden, y olvidándose de sus pecados, como si no los hubieran cometido. Y lo que echa el sello es que no ha puesto tasa en las veces que ha de perdonar; sino que después de haber perdonado una vez muchos y graves pecados, torna segunda vez á perdonar otros tantos, y mucho mayores [2]; y lo mismo tercera vez. ¡Oh Dios misericordiosísimo! ¿Qué gracias y alabanzas os podremos dar por vuestras infinitas misericordias? Menores somos que todas ellas; ¿cómo os las podremos dar de un modo debido? Ellas mismas, Señor, os alaben y bendigan para siempre, y ensalcen vuestra bondad las maravillas que hacéis con los hijos de los hombres. ¿Hemos conocido nosotros la misericordia de Dios con los pecadores? ¿Serán parte para hacernos desconfiar la muchedumbre y repetición de nuestros pecados?

Punto 3.º *Misericordia de Dios con los justos.*—Considera ahora con profundo agradecimiento las sublimes propiedades de la misericordia de Dios con aquellos que ha escogido para

[1] Psalm. L, 3. — [2] Matth., XVIII, 22.

derle? Si Él extiende su amor á todos, ¿por qué excluimos del nuestro á uno sólo? Y si tan altos bienes nos ha hecho, ¿por qué no le servimos cuanto nos es posible? ¡Ah! ¡Qué ingratitud la nuestra! Nos consideramos obligados á corresponder al amor de un vil gusano de la tierra, y no correspondemos al amor de Dios. Reflexionemos bien sobre esto, y, proponiendo lo que nos convenga hacer, pidamos con fervor por nosotros y por los demás.

154.—MISERICORDIA DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesucristo diciéndonos: «Quiero misericordia y no sacrificio».

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conocer la excelencia de la divina misericordia, y de confiar en ella.

Punto 1.º *Misericordia de Dios, comparada con su justicia.*— Considera cómo, aunque las divinas perfecciones, según están en Dios, todas son iguales, porque son el mismo Dios; sin embargo, en orden á los efectos en que resplandecen, una se muestra mayor que otra. Y así, aunque la misericordia y la justicia sean en Dios infinitas, brillan más los efectos de aquella; por lo cual dijo Santiago [1]: «La misericordia sobrepuja la justicia»; porque aquella precede, acompaña y sigue á ésta en todas su obras. Pondera cómo la misericordia siempre precede á la justicia, porque todas las obras de justicia presuponen alguna obra de misericordia en que se fundan, y antes de castigar Dios á los pecadores, les ha hecho infinitas misericordias y les ha perdonado innumerables veces, avisándoles que se enmienden y huyan de su justicia. De modo, que la misericordia y perdón nacen de Dios, el cual, por sola su bondad, desea librarnos de nuestras miserias; mas la justicia en el castigo no nace de solo Él, sino de nosotros, que con nuestros pecados lo provocamos á que nos castigue. Demás de esto, la misericordia siempre acompaña las obras de justicia, las cuales nunca andan solas, porque en medio de ellas usa Dios con los castigados de muchas misericordias, ya dando avisos á sus enemigos para que huyan de sus castigos, ya convidándolos con el perdón y moderando el castigo; y aun en el mismo infierno se deja sentir la misericordia de Dios, el cual castiga á los condenados *citra condignum* [2] menos de lo que merecían. Por fin, la misericordia es el fin de la justicia, porque los castigos de esta se ordenan á que el castigado se enmiende; y si él no quiere, á lo menos que otros, por ocasión de su castigo, acudan á la divina misericordia, y ésta campee y resplandezca más en los buenos, puesta en parangón con la justicia que se ejecuta en los malos. En vista de todo esto, ¿cómo

[1] Jacob, II, 13. — [2] S. Thom., I p., q. 21, art. 4 ad 1.

no confías en esta misericordia infinita que se descubre en todas las obras de Dios? ¡Oh Dios eterno! Gózome de que seáis justo y misericordioso: yo venero humildemente vuestra justicia, y me sujeto á vuestra corrección; pero deseo que prevalezca en mí vuestra misericordia, haciéndome vaso é instrumento de ella, para que seáis en mí glorificado y yo cante vuestras misericordias por toda la eternidad.

Punto 2.º *Misericordia de Dios con los pecadores.*—En este punto has de considerar la misericordia de Dios, que brilla especialmente con los pecadores, la cual tiene varias propiedades excelentísimas, que la hacen infinitamente digna de alabanza. Primeramente, su misericordia se extiende á todos los pecadores, de cualquier estado y condición que sean, sin excluir á ninguno. Todos tienen derecho á esperarla, ya sean libres, ya esclavos, ora grandes, ora pequeños, porque todos son hechura de Dios y obra de su omnipotencia, y porque Él ama á las almas, y del amor nace la compasión de las miserias que padece la cosa amada. En segundo lugar, la misericordia de Dios se extiende á todos los pecados, por muchos y graves que sean, porque ningún pecado puede ser tan grande que no sea infinitamente mayor la misericordia de Dios para perdonarle; ni pueden ser tan innumerables, que no sean incomparablemente más innumerables sus misericordias. Todo lo cual te ha de servir de título para implorarlas, diciendo con David [1]: «Compadécete, Señor de mí, según tu gran misericordia, y según la muchedumbre de tus misericordias, borra luego mis maldades». De aquí procede la tercera propiedad de la misericordia de Dios, que es esperar á los pecadores á que hagan penitencia, y convidarlos con el perdón, concediéndosele con gran facilidad cuando se lo piden, y olvidándose de sus pecados, como si no los hubieran cometido. Y lo que echa el sello es que no ha puesto tasa en las veces que ha de perdonar; sino que después de haber perdonado una vez muchos y graves pecados, torna segunda vez á perdonar otros tantos, y mucho mayores [2]; y lo mismo tercera vez. ¡Oh Dios misericordiosísimo! ¿Qué gracias y alabanzas os podremos dar por vuestras infinitas misericordias? Menores somos que todas ellas; ¿cómo os las podremos dar de un modo debido? Ellas mismas, Señor, os alaben y bendigan para siempre, y ensalcen vuestra bondad las maravillas que hacéis con los hijos de los hombres. ¿Hemos conocido nosotros la misericordia de Dios con los pecadores? ¿Serán parte para hacernos desconfiar la muchedumbre y repetición de nuestros pecados?

Punto 3.º *Misericordia de Dios con los justos.*—Considera ahora con profundo agradecimiento las sublimes propiedades de la misericordia de Dios con aquellos que ha escogido para

[1] Psalm. L, 3. — [2] Matth., XVIII, 22.

que sean vasos de misericordia, esto es, instrumentos para descubrir los abismos infinitos de ella. Con estos afortunados, la divina misericordia es eterna, sin principio ni fin, por lo cual dijo David [1]: «La misericordia del Señor con los que le temen es desde la eternidad por toda la eternidad». Y por esta misericordia los predestinó, y se determinó librarles de todas las miserias, y de la suprema de ellas, que es la eterna condenación. Luego esta misma misericordia los va previniendo, acompañando y siguiendo hasta la muerte. Ella los llama para justificarlos, y les justifica para engrandecerlos y glorificarlos [2]. Si están muertos en la culpa, la misericordia de Dios se anticipa á llamarlos para que resuciten á nueva vida; si duermen en la tibieza, ella los despierta para que salgan de tan funesto estado; si han de obrar algo, la misma misericordia los previene é inspira á ello [3]; y para que perseveren hasta la muerte, ella los va siguiendo todos los días de su vida, y les ayuda á vencer las tentaciones y á alcanzar la victoria postrera, por la cual merecen la eterna corona. Mira, por fin, los altísimos bienes de gloria que para ellos ha preparado en los cielos; en donde, como dice David [4], la misericordia de Dios es grande, porque allí se despliega con los escogidos, y como el cielo dura siempre cubriendo la tierra, así su misericordia durará amparando eternamente á los que le aman. ¡Oh Dios mío y gloria mía! ¿Qué diré de vuestra misericordia? Ella se compadeció de mí antes que fuese; ella me crió para que fuese; ella me previene para que obre, me acompaña cuando obro; y me va siguiendo hasta que acabe de obrar; ella me cerca de bendiciones y me corona de grandes victorias, y ella me da grandes esperanzas de conseguir las eternas. ¿Seré yo tan ingrato, que no reconozca tales y tan grandes bienes? ¿No corresponderé con amor y fidelidad á las misericordias divinas?

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta razón exclamaba David que la misericordia de Dios era sobre todas sus obras! Si todos los caminos del Señor son misericordia y verdad, paz y justicia, no puede dudarse que las obras de la divina misericordia superan inmensamente á las que nacen de la divina justicia. La misericordia previene la justicia, porque antes que Dios castigue ha usado con el castigado de especial misericordia. Ella la acompaña, porque nunca el Señor castiga con todo el rigor y severidad que merecen nuestros pecados. Ella, en fin, la sigue, porque si da castigos, es para poder derramar misericordias, ó con los mismos que los reciben, ó con otros que los contemplan. De modo que en todo resplandece la misericordia divina, y el deseo infinito que tiene de hacernos bien. Mas en donde brilla con todo esplendor es en perdonar á los pecadores. Nadie, por vil y despreciable que sea, por enormes que sean sus pecados, por

[1] Psalm. CII, 17.—[2] Rom., VIII, 30.—[3] Psalm. LVIII, 11.—[4] Psalm. XXXV, 6.

más que haya abusado innumerables veces de la bondad divina, deja de tener derecho á esperar la misericordia de Dios y el perdón de sus culpas, mientras está en este mundo. Al momento que se humille contrito y practique los medios ordenados por Dios para conceder el perdón, el Señor le mirará con ojos misericordiosos, y se olvidará de todas sus culpas. Y si esto hace la misericordia divina con los pecadores, ¿qué hará con los justos? ¿Qué gracias les concederá? ¿Cómo los acompañará, seguirá, asistirá y ayudará en todas sus obras? ¿Cómo los defenderá en todos sus peligros? ¿Cómo pondrá su mano para que no caigan? ¿Cómo los levantará después de caídos? ¡Oh alma! Contempla extasiada tal exceso de misericordia, y conociendo la extrema necesidad que de ella tienes, propón no hacerte indigna de ella; aprovéchate de los favores que te dispensa, y pide con confianza la gracia de saberte aprovechar, y asimismo las demás que necesites.

155.—OMNIPOTENCIA DE DIOS EN LA CREACIÓN.

PRELUDIO 1.° Represéntate á Dios dando el ser á todas las cosas con un acto de su voluntad soberana.

PRELUDIO 2.° Pide agradecimiento á tan soberano beneficio y confianza en el poder del Señor.

Punto 1.° *Dios creó todas las cosas.*—Considera aquí cómo es un artículo principalísimo de nuestra santa fe, que Dios, con su poder infinito, dió el ser á todas las cosas visibles é invisibles que hay en el mundo, de modo que no hay en el cielo ni en la tierra [1] una sola que no haya recibido el ser de Él. Acerca de lo cual has de ponderar cómo antes de la creación del mundo que cuenta la Escritura, no había cosa alguna fuera de Dios; era nada todo lo que tiene ahora ser, y sólo existía Dios, de quien todas las cosas recibieron el que tienen; y así, mirando á ti mismo, á tu cuerpo y tu alma, te has de despreciar, como que eres de la nada; y si ahora eres algo, antes fuiste nada, y por consiguiente digno de infinito desprecio. Pondera, además, cómo Dios nuestro Señor crió todas las cosas que existen, libremente y de su voluntad pura y graciosa, sin que hubiese quien le forzase, porque ni le forzaron merecimientos, pues no había quien mereciese; ni le forzó su necesidad ó interés, porque sin sus criaturas era bienaventurado, y ninguna necesidad tenía de ellas; ni le forzó la bondad de las criaturas, porque es muy limitada y no puede imponer á nadie necesidad de amarla, mucho menos á Dios; sólo por su bondad y misericordia se movió á criarlas para sí mismo y para gloria suya. Demás de esto, en esta obra no tuvo

[1] Gen., I, 1.

Dios otro ejemplar y modelo que á sí mismo; de suerte que Él fué la causa eficiente de su creación, la causa final y el ejemplar perfectísimo de donde las sacó. Porque, descubriendo con su infinita sabiduría todas las cosas que podía hacer, y la traza y orden de ellas, escogió con su libre voluntad el que vemos, y con su omnipotencia lo ejecutó. Y dejó á otras infinitas criaturas en el abismo de la nada, y escogió criar las que crió; y del mismo modo dejó en la nada á infinitas almas, resolviendo dar el ser á la tuya. ¡Oh Dios sapientísimo y poderosísimo! ¿Qué visteis en mi alma para querer criarla, dejando otras innumerables en la nada? ¡Cuántas os hubieran servido con más fidelidad que la mía! ¡Cuántas os hubieran imitado con mayor perfección! ¡Oh Dios mío! Pues habéis sido tan generoso conmigo, concededme que os honre como á mi principio, os imite como á mi ejemplar, y os busque como á mi último fin.

Punto 2.° *Omnipotencia de Dios en la creación.*—Aquí has de considerar cuánto resplandece la omnipotencia de Dios en la creación del universo. Porque, primeramente, de tal modo le dió el ser, que no tuvo necesidad de algunos materiales para fabricarle, como la tienen los ángeles y los hombres para sus fábricas y obras artificiales, sino de nada hizo las partes más principales del mundo, dándoles su ser todo y entero, sin que nada de él precediese antes. De este modo crió el cielo y la tierra, y las substancias espirituales, como son los ángeles y nuestras almas, los cuales no pueden ser hechos sino de nada, para que conozcan la total obligación que tienen de servir á Dios con todo lo que son, y le den las gracias por todo, sin presumir nada de sí. Además, resplandece la omnipotencia de Dios en haber hecho unas cosas de otras de la manera que quiso; porque, aunque pudiera criar de nada todos los vivientes, quiso mostrar su poder en hacer que naciesen del agua los peces y las aves, y de la tierra las plantas y animales, para que se entienda que tiene pleno dominio y señorío sobre todas sus criaturas, mudándolas y convirtiéndolas unas en otras á su voluntad, y nosotros aprendamos á someternos enteramente á sus divinos mandatos. Pondera cómo también brilla su omnipotencia en haber hecho tan maravillosa obra á solas, como dice por Isaías [1]: «Yo solo extendí los cielos y establecí la tierra, y ningún otro conmigo»; enseñándonos con esto que á Él solo hemos de rendir vasallaje, y adorar y servir como á Criador nuestro y Hacedor de todas las cosas, dándole la gloria de todo, y obedeciéndole con la misma prontitud y sumisión con que se rindieron á su ordenación las criaturas, sin resistencia ni demora; sino en diciendo *fiat*, hágase, aparecieron. ¡Oh alma mía! Ves que al poder de tu Dios nada resiste; ¿por qué no te sujetas á su imperio y mandamiento? ¿Por qué tú sola contradices á quien

[1] Isai., XLIV, 24.

todas las cosas obedecen? ¡Oh Dios omnipotente! Pues que me disteis libertad para querer y no querer, haced que renuncie á la que tengo para resistiros, y use siempre de la que me concedisteis para obedeceros.

Punto 3.° *Modo cómo obró la omnipotencia de Dios en el adorno de las cosas.*—Considera cómo, aunque pudiera Dios con su omnipotencia criar todas las cosas con toda la perfección que habían de tener, quiso adornarlas y perfeccionarlas poco á poco, en los varios días ó espacios de tiempo que empleó hasta la total perfección de ellas. Esto hizo por varios motivos de nuestro provecho. Primero, para que entendiésemos mejor y más distintamente la traza de la sabiduría divina en la creación del mundo, y aprendiésemos á meditarla, no á bulto, sino poco á poco y por sus partes, dando gracias á nuestro Bienhechor por los nuevos beneficios que cada día nos iba haciendo. Lo segundo, para que entendiésemos mejor la necesidad que había de las cosas que crió, mirando el primer día la falta que hacían las cosas que crió en el segundo, y en éste las que crió en el tercero, y así nos moviésemos á mayor amor y agradecimiento por cada uno de estos beneficios. Lo tercero, para que entendiésemos en esta primera obra de la creación, cómo Dios nuestro Señor guarda este mismo estilo en la obra de nuestra santificación y perfección, comunicándola, no toda junta de una vez, sino por sus partes y grados, primero un grado, después otro, por todo el discurso de nuestra vida, hasta que llega el sábado del descanso eterno, en el cual la obra debe estar ya perfecta, para gozar del premio del trabajo. Considerando esto, debes moverte á eficaces propósitos de agradecer con corazón humilde todos y cada uno de los beneficios de la creación, procurando que todas las cosas que ves te ayuden á levantar tu espíritu al Señor que te las ha dado; y, además, has de trabajar constantemente en tu perfección, para no dejar sin terminar tu edificio espiritual, haciéndote merecedor de eterna afrenta. ¡Oh Dios mío! Vos que me disteis un alma capaz de perfeccionarse mediante sus actos y los auxilios de vuestra gracia, asistidme eficazmente con ella, para que durante los seis días de mi vida mortal la vaya adornando y embelleciendo, de modo que, en llegando el sábado de la muerte, pueda subir al descanso de vuestra gloria.

Epílogo y coloquios. ¿Quién no se humilla profundamente al recordar la bajeza de su origen? Antes que Dios pronunciase el eficacísimo *fiat*, nada existía, ni cielo, ni tierra, ni hombres, ni ángeles: sólo Dios en su eternidad. Nosotros no éramos, ni hubiéramos podido existir jamás, si el Señor no nos hubiera sacado de la nada; esto fuimos, y esto seríamos aún, si Dios no nos hubiera mirado con amor. Pues, siendo tal nuestro origen, ¿cómo nos atrevemos á ensoberbecernos? ¿Cómo no reconocemos con agradecimiento la misericordia y omnipotencia que Dios ha usado

con nosotros? Dios es la causa eficiente, final y ejemplar del mundo. Él lo hizo sin necesidad de materiales, ni de auxiliares. Con la eficacia de su voluntad soberana, aparecieron las criaturas, se transformaron, mudaron y perfeccionaron. Para ello no se cansó, ni fatigó, ni necesitó auxilio; la obra del universo entero fué para Él como un juego, un entretenimiento: *ludens in orbe terrarum;* jugando hizo el orbe de la tierra. Y si no le perfeccionó en un momento, fué para enseñarnos á que despacio veamos lo que por nosotros ha hecho, le agradezcamos cada cosa en particular, y, á imitación suya, vayamos paulatinamente perfeccionando nuestra alma, hasta que llegue á la gloria. ¿Comprendemos los adorables designios de Dios en sus portentosas obras? ¿Sentimos afectos de gratitud por tan soberanos beneficios? ¿Procuramos imitarle de algún modo, perfeccionando gradualmente nuestra alma, sin retroceder ni pararnos en tan importante obra? Cuando llegue el sábado de nuestra muerte, debiéramos ser perfectos, y quizá nos hallemos más imperfectos que al principio de nuestra conversión. Tratemos ahora de prevenir tal desgracia con eficaces y prácticos propósitos, amorosos coloquios, y en ellos ardientes súplicas por nosotros y por todos.

156.—OMNIPOTENCIA DE DIOS EN LA CONSERVACIÓN.

PRELUDIO 1.° Representémonos á Jesucristo enseñándonos que nada acontece en el mundo, ni la muerte de un pajarito, ni la pérdida de un cabello, sin la ordenación de su Padre.

PRELUDIO 2.° Pidamos la gracia de conocer la grandeza del beneficio de la conservación y agradecerlo de veras.

Punto 1.° *Dios, con su omnipotencia, conserva el mundo.*—Considera aquí cómo todas las cosas que Dios crió en el principio y todas las que después de ellas se han ido multiplicando por su medio, dependen en la conservación de su ser del mismo Dios que se le dió; porque la conservación no es otra cosa que una continuación de la obra con que Dios hace una cosa. Y así como hizo todas las cosas con tres dedos de su mano, que son la bondad, la sabiduría y omnipotencia; así con estos mismos las sustenta y conserva, como dice Isaías [1], y lo confirma san Pablo [2], diciendo que Dios, con la palabra de su virtud, sustenta todas las cosas. Pondera con admiración cómo toda la máquina inmensa del universo está como colgada actualmente de la voluntad y poder de Dios, mucho más que la luz del aire está dependiente del sol. De tal manera, que, como ausentándose el sol, deja de ser la luz; así en queriendo Dios suspender su concurso, toda esta máquina se volvería á la nada; el sol se apagaría, la

[1] Isai., XLVIII, 6. — [2] Hebr., I, 3.

tierra se disiparía, y todo el universo y los hombres dejarían de ser. De todo lo cual hemos de sacar grandes y provechosos afectos. Mira primeramente cuánta confianza te debe inspirar el pensamiento de que Dios todo lo puede, y que de Él todo depende, y apoyado en la omnipotencia del Criador, has de vencer los temores de las criaturas. También has de moverte á un santo temor de ofender á un Dios que actualmente te sostiene, y en un instante puede dejarte caer en el abismo, al modo que temerías ultrajar á un hombre que con tres dedos te tuviese suspendido de una torre muy alta, y en su voluntad estuviese el dejarte caer. Mas sobre todo debes humillarte, reconociendo tu propia pobreza, y levantarte á amar á un Dios que tal cuidado tiene de ti. ¡Oh Dios amantísimo! Ahora sí que quiero decir con el Profeta [1]: «No temeré los males, porque Vos estáis conmigo». Si Vos me conserváis, ¿quién me destruirá? Si Vos me defendéis, ¿quién me vencerá? Suplícoos, Señor, que no os apartéis de mí; porque si me dejaseis, sería conturbado, y perecería en mi miserable pobreza. ¿Demostramos en las obras esta creencia y confianza que tenemos en Dios como conservador de todas las cosas?

Punto 2.° *Bienes que encierra la conservación.*—En este punto has de considerar los innumerables bienes que encierra este beneficio de la conservación. Para lo cual has de ponderar cómo todas las cosas del mundo están eslabonadas de suerte que, para existir una sola, es necesario que Dios conserve la existencia á otras innumerables. Y así, todas las cosas que suceden en el mundo son beneficios tuyos, que el Señor hace por tu bien. Para darte alimento con que te sustentes, manda á las lluvias que te den su agua, al sol que envíe sus rayos, y á todas las demás cosas que son necesarias antes que el trigo se convierta en pan; y lo mismo puedes discurrir que hace para darte vestido, medicinas y demás cosas necesarias. Pondera también en este mismo beneficio la infinita caridad de Dios, el cual, pudiendo con su omnipotencia aniquilar cualquier cosa de las criadas, nunca jamás aniquiló una ni la destruyó del todo, sino siempre que destruye alguna cosa es para poner en su lugar otra; y si una se corrompe, otra se engendra; y ni aun en el tiempo del diluvio quiso Dios aniquilar á los hombres, á pesar de haber dicho que estaba arrepentido de haberlos criado. Considera, finalmente, los innumerables beneficios ocultos que encierra éste de la conservación; porque, sin nosotros conocerlo, ataja Dios innumerables cosas que la impedirían, y nos preserva de innumerables peligros de fuego, agua, aires corruptos, fieras, infortunios, ladrones, enfermedades y ocasiones de muerte. Y como ningún mal hay que padezca un hombre que no podamos también padecer nosotros, por lo mucho que sufren otros podemos deducir lo que nosotros

[1] Psalm. XXII, 4.

padeceríamos, si el Señor con su providencia bondadosa no nos librase. ¡Oh Soberano Bienhechor de los hombres! Gracias os doy cuantas puedo, porque, con espíritu de Padre, nos hacéis innumerables beneficios manifiestos y secretos; los unos para provocarnos al agradecimiento, los otros para enseñarnos á hacer el bien sin buscar nuestra alabanza; y unos y otros para que os amemos como á Padre que en todo busca el provecho de sus hijos. Haced que os sirvamos como hijos, haciendo los servicios con el mismo espíritu con que Vos hacéis tan innumerables beneficios.

Punto 3.º *Dios en este beneficio conserva, no sólo el ser, sino también el obrar.*—Considera aquí cómo todas las cosas están de tal modo colgadas de la mano de Dios, que dependen de Él, no sólo en el ser que tienen, sino en las obras que hacen; de modo que el mismo Dios las ayuda á hacer las obras, y las conserva todo el tiempo que duran; y si Dios suspendiese su concurso, no podrían hacer cosa alguna, ni usar de sus potencias; y lo que con la ayuda de Dios comienzan, con ella lo han de acabar, porque, si ella cesa, también cesará la obra. Pondera, acerca de esto, la omnipotencia de Dios en acudir al concurso y ayuda de tantas obras como hacen las criaturas del mundo, cielos, elementos, hombres y ángeles, sin faltar á ninguna, sin cansarse ni enfadarse, ni ocuparse más que si acudiera á una sola. De este concurso maravilloso estás gozando tú á cada momento; porque Dios concurre con tus ojos cuando ves, con tus oídos cuando oyes, y con el sonido que escuchas; con tu entendimiento y voluntad concurre á todas las obras que hacen, y, generalmente, con todos aquellos que algo te ayudan, porque, como dijo Isaías[1]: «Tú, Señor, haces en nosotros todas nuestras obras». Este concurso de Dios en ayudar á sus criaturas es tan cierto é infalible, que, aunque concurre de su voluntad porque quiere, parece ya una ley necesaria, y si alguna vez deja de concurrir para bien de sus escogidos, como en el fuego del horno de Babilonia[2], ya se mira como un estupendo milagro; y aunque las criaturas abusen de sus potencias para pecar y hacerle algún agravio, no suspende el concurso, antes por conservarles la libertad y guardar esta ley que Él se ha puesto, les da su concurso para aquella obra mientras dura. ¡Oh bondad inmensa! ¡Oh largueza infinita de nuestro soberano Criador! ¿Qué bondad puede ser mayor que hacer actualmente bien al que está al mismo tiempo abusando de aquel bien para injuriar al que se lo hace? No permitáis, ¡oh Amado mío!, que yo me aproveche de vuestra omnipotencia para hacer obras con que os ofenda; no consintáis que use mal de las criaturas, siendo Vos el que concurre con ellas para que me den gusto, y conmigo para que le reciba. ¿Reconocemos lo que por

[1] Isai., xxvi, 12. — [2] Dan., iii, 50.

nosotros hace Dios? ¿Hemos abusado de su concurso para ofenderle?

Epílogo y coloquios. Si es infinito el beneficio de la creación que se ha dignado hacer por nosotros el Señor, no es menor el de la conservación. Todas las cosas que de Él han recibido el ser están de tal manera colgadas de su divina mano, que si un momento las soltase, volverían al instante á reducirse á la nada de donde habían salido. Él las conserva con su soberano influjo; Él jamás ha aniquilado ni aniquilará una sola; Él, no sólo manifiestamente obra para conservarlas, sino que ocultamente no cesa de apartar de sus criaturas aquellas cosas que podrían destruirlas. ¡Oh bondad inmensa de nuestro gran Dios! Él no se cansa, ni se duerme, ni se olvida un solo momento de nosotros. Estamos nosotros durmiendo, y Él vela por nuestro bien y defensa, detiene la enfermedad para que no nos saltee, enfrena á sus criaturas para que no nos dañen. ¿Y no amaremos á un Señor que tanto hace por nosotros? Y no sólo atiende á nuestra conservación, sino que concurre con sus auxilios para que podamos obrar y ejercitar nuestras facultades. Y en un mismo tiempo concurre con todas y cada una de sus criaturas para que lleven á cabo las obras á que están ordenadas; y, lo que más admira, es que si los hombres abusan de sus mismas acciones para injuriarle, aunque no concurre á la mala voluntad, concurre con todo á aquella acción. ¿No nos sorprende esta bondad? ¿Nos atreveremos á pecar contra este bondadosísimo Señor? ¡Qué atrevimiento! ¡Qué osadía! ¡Qué locura! ¡El nos da la vida, y nosotros pretenderíamos matarle! ¡Él nos conserva, y nosotros haríamos por destruirle! Avergoncémonos grandemente de tan extraño proceder, y para lo sucesivo, armémonos con firmes y constantes propósitos de evitar todo pecado; pidamos auxilios al Señor, y roguémosle por la conversión de los pecadores y por todo el mundo.

157.—PROVIDENCIA DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Represéntate á Jesús diciéndote: «No seas demasiado solícito por la comida ni por la bebida; sabe tu Padre celestial que tienes necesidad de estas cosas».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de confiar, seguro en la amorosa providencia del Señor.

Punto 1.º *En qué consiste la divina providencia.*—Considera cómo la providencia de Dios consiste en una disposición y orden de los medios que tiene Dios para salir con sus intentos y para que todas las criaturas alcancen los fines para que fueron criadas. Pondera cómo tres cosas principales concurren á la providencia que Dios tiene de sus criaturas. Primeramente, Él, con su sabiduría infinita, desde toda la eternidad conoce y comprende todos los fines que puede pretender y pretende de todas

padeceríamos, si el Señor con su providencia bondadosa no nos librase. ¡Oh Soberano Bienhechor de los hombres! Gracias os doy cuantas puedo, porque, con espíritu de Padre, nos hacéis innumerables beneficios manifiestos y secretos; los unos para provocarnos al agradecimiento, los otros para enseñarnos á hacer el bien sin buscar nuestra alabanza; y unos y otros para que os amemos como á Padre que en todo busca el provecho de sus hijos. Haced que os sirvamos como hijos, haciendo los servicios con el mismo espíritu con que Vos hacéis tan innumerables beneficios.

Punto 3.° *Dios en este beneficio conserva, no sólo el ser, sino también el obrar.*—Considera aquí cómo todas las cosas están de tal modo colgadas de la mano de Dios, que dependen de Él, no sólo en el ser que tienen, sino en las obras que hacen; de modo que el mismo Dios las ayuda á hacer las obras, y las conserva todo el tiempo que duran; y si Dios suspendiese su concurso, no podrían hacer cosa alguna, ni usar de sus potencias; y lo que con la ayuda de Dios comienzan, con ella lo han de acabar, porque, si ella cesa, también cesará la obra. Pondera, acerca de esto, la omnipotencia de Dios en acudir al concurso y ayuda de tantas obras como hacen las criaturas del mundo, cielos, elementos, hombres y ángeles, sin faltar á ninguna, sin cansarse ni enfadarse, ni ocuparse más que si acudiera á una sola. De este concurso maravilloso estás gozando tú á cada momento; porque Dios concurre con tus ojos cuando ves, con tus oídos cuando oyes, y con el sonido que escuchas; con tu entendimiento y voluntad concurre á todas las obras que hacen, y, generalmente, con todos aquellos que algo te ayudan, porque, como dijo Isaías[1]: «Tú, Señor, haces en nosotros todas nuestras obras». Este concurso de Dios en ayudar á sus criaturas es tan cierto é infalible, que, aunque concurre de su voluntad porque quiere, parece ya una ley necesaria, y si alguna vez deja de concurrir para bien de sus escogidos, como en el fuego del horno de Babilonia[2], ya se mira como un estupendo milagro; y aunque las criaturas abusen de sus potencias para pecar y hacerle algún agravio, no suspende el concurso, antes por conservarles la libertad y guardar esta ley que Él se ha puesto, les da su concurso para aquella obra mientras dura. ¡Oh bondad inmensa! ¡Oh largueza infinita de nuestro soberano Criador! ¿Qué bondad puede ser mayor que hacer actualmente bien al que está al mismo tiempo abusando de aquel bien para injuriar al que se lo hace? No permitáis, ¡oh Amado mío!, que yo me aproveche de vuestra omnipotencia para hacer obras con que os ofenda; no consintáis que use mal de las criaturas, siendo Vos el que concurre con ellas para que me den gusto, y conmigo para que le reciba. ¿Reconocemos lo que por

[1] Isai., xxvi, 12. — [2] Dan., iii, 50.

nosotros hace Dios? ¿Hemos abusado de su concurso para ofenderle?

Epílogo y coloquios. Si es infinito el beneficio de la creación que se ha dignado hacer por nosotros el Señor, no es menor el de la conservación. Todas las cosas que de Él han recibido el ser están de tal manera colgadas de su divina mano, que si un momento las soltase, volverían al instante á reducirse á la nada de donde habían salido. Él las conserva con su soberano influjo; Él jamás ha aniquilado ni aniquilará una sola; Él, no sólo manifiestamente obra para conservarlas, sino que ocultamente no cesa de apartar de sus criaturas aquellas cosas que podrían destruirlas. ¡Oh bondad inmensa de nuestro gran Dios! Él no se cansa, ni se duerme, ni se olvida un solo momento de nosotros. Estamos nosotros durmiendo, y Él vela por nuestro bien y defensa, detiene la enfermedad para que no nos saltee, enfrena á sus criaturas para que no nos dañen. ¿Y no amaremos á un Señor que tanto hace por nosotros? Y no sólo atiende á nuestra conservación, sino que concurre con sus auxilios para que podamos obrar y ejercitar nuestras facultades. Y en un mismo tiempo concurre con todas y cada una de sus criaturas para que lleven á cabo las obras á que están ordenadas; y, lo que más admira, es que si los hombres abusan de sus mismas acciones para injuriarle, aunque no concurre á la mala voluntad, concurre con todo á aquella acción. ¿No nos sorprende esta bondad? ¿Nos atreveremos á pecar contra este bondadosísimo Señor? ¡Qué atrevimiento! ¡Qué osadía! ¡Qué locura! ¡El nos da la vida, y nosotros pretenderíamos matarle! ¡Él nos conserva, y nosotros haríamos por destruirle! Avergoncémonos grandemente de tan extraño proceder, y para lo sucesivo, armémonos con firmes y constantes propósitos de evitar todo pecado; pidamos auxilios al Señor, y roguémosle por la conversión de los pecadores y por todo el mundo.

157.—PROVIDENCIA DE DIOS.

PRELUDIO 1.° Represéntate á Jesús diciéndote: «No seas demasiado solícito por la comida ni por la bebida; sabe tu Padre celestial que tienes necesidad de estas cosas».

PRELUDIO 2.° Pide la gracia de confiar, seguro en la amorosa providencia del Señor.

Punto 1.° *En qué consiste la divina providencia.*—Considera cómo la providencia de Dios consiste en una disposición y orden de los medios que tiene Dios para salir con sus intentos y para que todas las criaturas alcancen los fines para que fueron criadas. Pondera cómo tres cosas principales concurren á la providencia que Dios tiene de sus criaturas. Primeramente, Él, con su sabiduría infinita, desde toda la eternidad conoce y comprende todos los fines que puede pretender y pretende de todas

sus criaturas, y todos los medios que son necesarios para alcanzarlos, y los obstáculos que pueden estorbar la consecución de ellos; por lo cual su providencia nunca puede faltar por ignorancia. Además, con su divina voluntad, llena de infinita bondad y caridad, de todos los fines y medios que conoce con su infinita sabiduría, escogió los más altos y soberanos, y los más proporcionados á sus criaturas, conforme á la naturaleza y capacidad de cada una. Finalmente: con su omnipotencia infinita, desde el principio del mundo comenzó á poner por obra los medios que había escogido, y con la misma va prosiguiendo y proseguirá siempre, sin que su providencia pueda ser defectuosa por falta de poder, como la nuestra [1]. Estas tres propiedades de la divina providencia has de aplicar á la que el Señor tiene de ti y de tus cosas. Porque Él conoce perfectísimamente todas tus necesidades y miserias, los peligros en que te hallas, los obstáculos que has de superar para lograr tu fin; Él, como tierno y amoroso Padre, quiere y pretende que lo alcances; y Él también puede ejecutar y poner en práctica los medios para ello, por ser Todopoderoso. ¿No confiarás, en vista de esto, en su providencia? ¿Te acobardarás en tus tentaciones y trabajos? ¡Oh Dios de mi alma! De hoy más quiero deciros: Mi Amado para mí, y yo para mi Amado. Cuidad Vos de mis cosas, y yo tendré cuidado de las vuestras; mirad por mi provecho y salvación eterna, y yo miraré por vuestra gloria y servicio para siempre.

Punto 2.º *Bienes que encierra la divina providencia.*—Considera aquí los bienes inmensos que encierra la divina providencia. Para lo cual has de ponderar cómo ella es nuestra madre, porque nos da el ser que tenemos y nos trae dentro de sus entrañas [2]. Es nuestra ama, porque nos cría y sustenta y nos lleva en sus brazos [3], como á niños. Es nuestra aya, porque siempre anda á nuestro lado y nos acompaña en todos nuestros caminos. Es nuestra reina y gobernadora, porque nos rige y gobierna en todo el discurso de nuestra vida [4]: nuestra maestra y consejera, porque nos enseña y guía [5]: nuestra protectora y defensora en las necesidades, y nuestra consoladora en las aflicciones. Finalmente: hace con nosotros todos los oficios de caridad que podemos imaginar, con infinita eminencia, haciéndose Dios por medio de ella nuestro Padre, amigo, médico, juez, pastor y todos los demás. De aquí es, que la providencia divina es la primera fuente de todos los bienes de cuerpo y alma, temporales y eternos, que hemos recibido y esperamos recibir; y, como dijo san Doroteo: «Donde está la providencia de Dios, allí está el bien y toda suerte de bien»; el honesto, el útil y el deleitable. Por ella también somos librados de todos los males contrarios, ó preservándonos de caer en ellos, ó sacándonos de ellos, después de haber caído, porque en lo uno y en lo otro quiere mostrar Dios su providencia; y para lograr su intento, se nos hace encontradiza y nos sale al encuentro, teniendo de nosotros todo el cuidado posible, con todos los modos de providencia que se puede tener para llenarnos de bienes. ¡Oh providencia soberana! Tú abres la mano de Dios para llenar á todas las criaturas de bendición [1]; yo te adoro y glorifico como á reina y madre mía, y te suplico hagas conmigo oficio de madre y de maestra, de protectora y consoladora mía, y de ayuda universal en todas mis cosas. ¿Qué sentimos nosotros de la providencia de Dios? ¿Nos refugiamos á ella en nuestros apuros?

[1] Sap., IX, 14. — [2] Isai., XLVI, 3. — [3] Osee, XI, 3. — [4] Sap., XIV, 3
[5] Isai., XLVIII, 17.

Punto 3.º *Modo de ejecutar las trazas de la divina providencia.*—En este punto has de considerar el modo que tiene Dios de ejecutar los designios de su adorable providencia. Porque Dios nuestro Señor no es como los hombres que gobiernan, y tienen á su cargo otros, los cuales tienen necesidad de tener providencia de sí mismos y de las obras propias que les tocan, lo cual suele ocuparles tanto, que no les da lugar á mirar todo lo que era menester por los otros. Mas Dios, como en sí tiene todo bien, sin que le falte nada ni espere nada de fuera, emplea toda su providencia en mirar por los otros, esto es, por las criaturas que crió, para tener en quien mostrarla. De aquí es que su divina providencia se extiende á todas las criaturas, sin excluir á ninguna, y á todos los hombres, sin olvidarse de ninguno, por vil y despreciado que sea; porque, como dice el Sabio [2], Dios hizo al grande y al pequeño, é igualmente tiene cuidado de todos. Síguese también de aquí que el mismo Dios por sí mismo es el ejecutor de su providencia; porque, aunque es verdad que por medio de unas criaturas provee á otras; pero Él por sí mismo asiste á todas en todo lugar y en todo tiempo, porque sin su concurso nada puede hacerse. De aquí, finalmente, procede que ninguna cosa sucede acaso en este mundo respecto de Dios, aunque sea muy acaso respecto de los hombres, porque con su infinita sabiduría conoce todo lo que sucede, aun antes que acaezca, y con su providencia lo tiene ordenado ó permitido para el fin supremo de su gobierno, que es su gloria y la manifestación de su misericordia y justicia y de las demás divinas perfecciones. ¡Oh Padre amorosísimo! Pues que con providencia tan admirable proveéis á todas las criaturas, y mucho más á los que con fe encendida en amor confiadamente se arrojan en vuestras manos, yo me pongo en ellas, porque en ellas están mis suertes; enderezad con vuestra providencia mis obras, para que sean agradables á vuestros ojos, de modo que por ellas me suceda la buena suerte de la eterna bienaventuranza.

[1] Psalm. CIII, 28. — [2] Sap., VI, 8.

Epílogo y coloquios. ¡Qué río de paz tan caudaloso debiera nacer para nosotros de la providencia de nuestro Padre celestial! Dios lo sabe todo; conoce nuestro fin; los medios que necesitamos para alcanzarlo; los enemigos que nos quieren impedir el obtenerlo. Dios puede cuanto quiere; á su potestad nada puede resistir: por ella puede sacar de los mismos males grandes provechos. Dios es un Padre amantísimo, que nos ama con amor eterno é infinito, y desea nuestra felicidad más intensamente que nosotros la podemos desear. ¿Qué falta ya para que podamos dormirnos tranquilos en los brazos de la divina providencia, teniendo la seguridad de que, si por nosotros no se pierde, alcanzaremos nuestra salvación? ¡Ah! La providencia de Dios es nuestra madre, nuestra ama, nuestra aya, nuestra maestra, consejera, protectora, nuestro todo. ¡Qué tesoros de protección y de dulzura encierra para nosotros esta providencia! Por ella Dios se llama nuestro Padre, amigo, médico y demás amorosos títulos de que se precia. Por ella Dios atiende á todas la criaturas, sin olvidar ninguna, por vil que sea, y sin entretenerse en mirar para sí; lo gobierna todo, y nada consiente que para Él sea acaso, porque conoce las causas de todo, y las ordena al altísimo fin de su gloria. ¿Creemos en la providencia de Dios? ¿Miramos todas las cosas como dispuestas ó permitidas por ella? ¿Esperamos en ella después de hacer cuanto nos sea posible de nuestra parte? ¿Cuál ha sido nuestra conducta precedente acerca de esta importantísima doctrina? ¿Qué hemos de corregir y enmendar para lo sucesivo? ¡Ah! Miremos el consejo que daríamos al que se hallase en nuestra situación, y tomémoslo para nosotros, proponiendo con eficacia, orando con fe, y suplicando por todas las necesidades generales y particulares.

158.—ELECCIÓN, VIRTUDES Y PREMIOS DE LOS SANTOS.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesucristo, diciéndonos: «No me elegisteis vosotros á Mí, sino que Yo os elegí á vosotros, y os puse en el mundo para que dieseis frutos, y vuestro fruto permaneciese eternamente».

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de saber imitar las virtudes de los santos, á fin de participar después de sus premios.

Punto 1.º *Elección de los santos.*—Considera aquí la paternal providencia que tuvo Dios de los Santos en orden á su elección y á los medios para ejecutarla. Primeramente, Él por sola su bondad, y por los merecimientos de Jesucristo, los predestinó y escogió para que fuesen santos y limpios en su presencia[1], señalándolos para que fuesen vasos de misericordia[2] en quien depositase y manifestase las riquezas de su gracia. Luego, para

[1] Ephes., I, 4. — [2] Rom., IX, 23.

ejecutar esta soberana elección, á su tiempo los crió, dejando á otros innumerables en el abismo de la nada; los llamó eficazmente á la fe y religión cristiana, haciéndolos miembros de su Iglesia por el bautismo, dejando perecer á otros muchos en el diluvio de la infidelidad; y, si pecaron, llamólos de nuevo para que saliesen de la culpa por la penitencia, dejando á otros morir en ella. Durante la vida preservóles de grandes pecados. Sacóles de graves peligros, favorecióles en terribles tentaciones, previnoles con muchas inspiraciones y con bendiciones de dulzura, para que ejercitasen heroicas virtudes, y engrandecióles con muchos dones de su gracia, para que fuesen grandes en su presencia. Más adelante pasó la amorosa providencia de Dios con ellos; porque los llamó al estado ú oficio que más les convenía para ser santos, dando á cada uno bastantes ayudas para cumplir con sus obligaciones. Y, finalmente, trazó su modo de muerte, de manera que fuese paso para la gloria, porque es muy preciosa en los ojos del Señor la muerte de sus santos[1], en la cual se termina todo el discurso de su dichosa elección, para ser conformes con nuestro Señor en su gloria, como lo fueron en su vida. Estas consideraciones han de despertar en ti varios afectos y moverte á diversos coloquios, hablando ya con Dios para darle gracias por la providencia que ha tenido con sus santos; ya con estos mismos santos, gozándote del bien que Dios les ha concedido; ya contigo mismo, reconociendo las gracias que Dios te ha hecho y confundiéndote de lo mal que has correspondido. ¿No son estos, alma mía, tus sentimientos? ¡Oh Santo de los santos! Vuestra voluntad es que nos santifiquemos, y por esto dijisteis á vuestro pueblo[2]: «Sed santos como Yo lo soy». Dadme, os suplico, lo que me mandáis, para que alcance lo que deseáis. Y pues la santidad es vuestra, prevenidme con vuestra copiosa gracia, para que suba muy altos grados en ella.

Punto 2.º *Virtudes de los santos.*—En este punto has de considerar la fiel y exacta correspondencia de los santos á la misericordiosa providencia del Señor, practicando con grande perfección las virtudes que les inspiró, y señalándose en ellas. Porque, primeramente se distinguieron en la abnegación propia, cumpliendo la primera condición que impone Jesús á los que le sigan[3]. Ellos concibieron un santo odio de sí, de su carne y amor propio. Y así, los que fueron pecadores, para borrar sus culpas hicieron grandes penitencias, las lloraron con vivo dolor y las confesaron con tal humildad, que las dejaron escritas para confusión y vergüenza propia. Los que no cayeron en culpas graves, para preservarse de ellas afligían su carne con asperezas, negaban su voluntad, no dejando que saliese con sus pretensiones, mortificaban su amor á las riquezas y placeres con la pobreza y

[1] Psalm. CXV, 15. — [2] Levit., XI, 44. — [3] Matth., XVI, 24.

penitencia, y su afición á carne y sangre desprendiéndose de sus mismos padres y amigos, renunciando á muchas cosas que pudieron poseer sin ofensa de Dios. Pondera cómo, no contentos con negarse á sí mismos, llevaron la cruz con constancia, fortaleza y paciencia hasta la muerte; porque, combatidos fuertemente por enemigos interiores y exteriores, no desfallecieron, ni se rindieron; antes con grande fortaleza perseveraron en la pelea, sufriendo con invencible paciencia enfermedades, dolores, pobreza, infamias, falsos testimonios, y otras muchas aflicciones semejantes. Y de este modo sufrieron todos algún género de martirio en el cuerpo ó en el espíritu; siendo como piedras vivas, labradas con golpes de tribulaciones, y así fueron colocados en el edificio del cielo. Reflexiona, por fin, cuán perfectamente siguieron los santos á Jesucristo [1], su modelo, imitando las excelentes virtudes que ejercitó; sirviéndose, para lograrlo, de las dos alas de la oración y obediencia; porque tuvieron frecuente recurso á Dios, y se sometieron con puntualidad y perfección á la divina voluntad, obedeciéndole en los preceptos, en los consejos y en todas las ocasiones. Y nosotros, ¿imitamos á los santos en tan excelentes cualidades? ¿Nos ejercitamos en la abnegación, penitencia y seguimiento de Jesús como ellos? ¡Oh Dios altísimo! Así como mostrasteis la alteza de vuestra bondad en las virtudes que disteis á los santos para que fuesen conformes con la imagen de vuestro Hijo, mostradla conmigo en hacerme semejante á ellos, para que imite al que ellos imitaron, y la vida de Jesús resplandezca en la mía, como resplandeció en la suya.

Punto 3.º *Premio de los santos.*—Aquí has de considerar cuán generoso ha sido Dios nuestro Señor en honrar y premiar á os santos en esta y en la otra vida. En esta vida premió á muchos de ellos con raros consuelos espirituales, con gracias de contemplación, con raptos y revelaciones muy regaladas, con espíritu de profecía, con don de milagros y otras gracias singulares, que les atraían la admiración y aplauso de los hombres, de modo que cuanto más ellos se humillaban, tanto más Dios los honraba y hacía que los honrasen los hombres. En la muerte los premió, concediendo á unos que muriesen como mártires confesando su fe, y á otros con tal modo, que, aunque penoso á la carne, fuese muy dulce al espíritu, dándoles á gustar algo de lo que esperaban recibir en la gloria. Demás de esto, después de su muerte los honra en su Iglesia militante, queriendo que su santidad sea publicada y alabada de todos, y que á honra suya se edifiquen muchos templos, pinten imágenes, y se celebren fiestas; y que todos veneren sus huesos y cenizas, y los vestidos remendados que trajeron, las cadenas con que estuvieron presos, y las firmas de sus cartas, haciendo grandes milagros por estas cosas para

[1] II Cor., IV, 11.

honrarlos, y castigando los desacatos que se hacen contra ellos. En el día del juicio los honrará con honra excelentísima, poniéndolos á su mano derecha con grande majestad á vista de todo el mundo, cumpliendo la palabra que dió á quien le confesase delante de los hombres [1], que le honraría delante de su Padre. Finalmente: en el cielo los honrará y premiará con tal magnificencia, que sólo Dios y ellos la pueden declarar. Allí se sentarán en tronos brillantísimos junto al trono de Dios, vestirán vestiduras de gloria, ceñirán sus sienes con corona de oro, en sus manos empuñarán palmas gloriosas. Allí todas las virtudes serán premiadas: la fe con la visión de Dios; la esperanza con la posesión del Sumo Bien; la caridad con el amor beatífico; la humildad, paciencia y demás virtudes con el río de deleites que les embriagará. ¡Oh alma fiel! ¿Cómo no suspiras por alcanzar la santidad, cuyo fin es tan soberano galardón? ¡Oh Dios infinito, glorioso y admirable en vuestros santos! Gracias os doy por las maravillas que en ellos obrasteis, y por los admirables premios que les disteis; pues es gloria vuestra que sean muchos, juntadme en el número de ellos, para que os sirva con pureza y santidad todos los días de mi vida, y después suba á gozaros en la gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán dulce, cuán amorosa, cuán benéfica es la providencia que el Señor tiene de sus santos! Brilla admirablemente en su elección; porque, cuando no eran, los crió; criados los adornó de su gracia y los hizo miembros de su Iglesia; siendo ya cristianos, dispensóles admirables gracias; Él fué su protector en los peligros, su fortaleza en las tentaciones, su luz en las obscuridades, su consolador en las aflicciones. En cambio, los santos, agradecidos á los beneficios del Altísimo, y recordando los avisos del Señor, que dijo: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame», abrazaron la más perfecta abnegación, cargaron sobre sí la cruz del Señor, gozándose en las tribulaciones por Cristo, y le siguieron con fidelidad y constancia, imitando las virtudes que Él ejercitó, y practicando los ejemplos que Él les dió. ¿Cómo recompensará este Padre tan bondadoso una tan fiel correspondencia á las divinas inspiraciones? ¿Qué premio dará á siervos tan buenos y fieles? Aquel Señor que por un vaso de agua dado de limosna por su amor remunera con una medida llena [2], apretada y colmada de gloria, ¿qué medida tan sin medida dará á aquellos que le dieron cuanto tenían, y aceptaron gustosos todos los sacrificios que les impuso? ¡Ah! No puede dudarse que la recompensa que les conceda ya en este mundo será grande; el bien que les haga en la muerte será magnífico; la honra que les tribute en el juicio será gloriosa, y la gloria que les dé en el cielo será espléndida. ¿Deseamos nosotros esta recompensa, este bien, esta honra

[1] Matth., x, 32. — [2] Luc., VI, 38.

y esta gloria? ¿Cómo nos disponemos para merecerlo? ¿Agradecemos la providencia amorosa con que Dios nos ha dirigido? ¿Imitamos las relevantes virtudes que los santos han ejercitado? Pensémoslo detenidamente, y no podremos menos de confundirnos, cotejando nuestra vida con la suya; mas no desmayemos por esto: comencemos hoy mismo á imitarlos; y para esto hagamos eficaces resoluciones y devotas súplicas, rogando por nosotros y por todo el mundo.

159.—GLORIA DEL CIELO.

PRELUDIO 1.° Representémonos el cielo en la forma de una reunión brillantísima de todos los Santos, que están contemplando con inefable gozo la Majestad de Dios, y cantando armoniosos cantares.

PRELUDIO 2.° Pidamos la gracia de conocer los incomprensibles goces de la gloria y desearlos, y trabajar para alcanzarlos.

Punto 1.° *Gloria del alma.*—Considera aquí la grandeza de la gloria que es propia del alma y la hace bienaventurada, la cual es tan grande, que, según santo Tomás, no puede Dios darla una bienaventuranza mayor, por encerrar en sí á Él mismo. El alma queda como endiosada, llena de Dios, y hecha un Dios por participación eterna é inmutable, uniéndose Dios con ella, como el fuego suele apoderarse del hierro y penetrarle, comunicándole su luz y resplandor, su calor y demás propiedades, de modo que parece fuego. Con esta unión queda del todo harta, como dice el Profeta [1]. La memoria entra en las potencias del Señor [2], y se engolfa en el abismo de su divinidad, teniéndole siempre presente, sin poderse olvidar de Él, ni divertirse á otra cosa, ni recordar cosa que la pueda dar pena. El entendimiento está lleno de Dios con la vista clara de su Divinidad y Trinidad. Allí ve sin figuras ni enigmas, cara á cara [3], á todo Dios, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y cómo el Padre engendra al Hijo, y los dos producen al Espíritu Santo, y los tres son un mismo Dios infinito, eterno, inmenso é incomprensible. Allí ve los misterios inefables de la Encarnación, Eucaristía y sacratísima humanidad de Jesús y las misteriosas obras que por ella ha hecho; los secretos juicios de Dios, los arcanos de su providencia paternal, los peligros de que le libró, los beneficios que le hizo, recibiendo con este conocimiento un sumo gozo. La voluntad está llena de Dios, unida con su divinidad con unión perpetua, continua, entrañable y amigable, amándole como padre, amigo, esposo, bienhechor infinito, bien sumo, primer principio y último fin suyo. Y de este amor resulta un río continuo, perpetuo y caudalosísimo de deleites, del cual bebe y se embriaga [1], y está toda engolfada dentro de los infinitos gozos de su Señor [2]. ¡Oh alma mía! ¿Cuándo llegará este día dichoso, que podrás parecer ante la presencia de tu Dios? ¿Cuándo lograrás entrar en aquel océano de luz y hermosura? ¿Cuándo tendrás tal pureza, que puedas contemplar el divino rostro? ¡Oh Padre mío! Tomad mis potencias y ocupadlas desde luego en lo que siempre han de hacer. Ocúpese mi memoria en miraros, mi entendimiento en conoceros, mi voluntad en amaros, mi lengua en bendeciros, mis sentidos y miembros en obedeceros, gozándose todos en Vos por todos los siglos.

[1] Psalm. XVI, 15 — [2] Psalm. LXX, 16. — [3] I Cor., XIII, 12.

Punto 2.° *Gloria del cuerpo.*—Considera aquí la grandeza de la gloria del cuerpo bienaventurado con las cuatro dotes que le han de adornar. La primera dote es claridad, con admirable hermosura, porque cada cuerpo resplandecerá como el sol [3], á semejanza del cuerpo de Cristo; aunque el más bienaventurado tendrá más resplandor, y Cristo sobre todos, con soberana entereza, proporción, color y figura hermosísima en todos los miembros. Y además de la hermosura exterior, será vistosísima y apacibilísima la interior del mismo por su transparencia, descubriéndose la armonía de los huesos, venas, arterias, con grandísimo resplandor de todas. La segunda es impasibilidad inmortal ó inmortalidad impasible, porque nunca más tendrá hambre [4], sed, dolor ni recelo de muerte; en el fuego no se quemará, en el agua no se humedecerá, su vigor no se marchitará, su salud no se menoscabará, y una impasibilidad eterna sustituirá á las penas que padeció en este mundo. La tercera dote es agilidad ó ligereza, por la cual tendrá el alma tanto dominio de su cuerpo, que lo podrá mover de una parte á otra, sin cansancio ni fatiga ó tardanza, sino con suma velocidad, como centella [5], discurrirá por el cielo empíreo á su gusto, ya al trono de Jesucristo, ya al de su Madre ó de otros Santos. La cuarta dote es sutilidad ó espiritualidad, porque ya no estará sujeto á la obra de la vida vegetativa, pasando sin comidas, ni bebidas, sin sueño y sin las demás obras que le son comunes con las bestias. Por esta misma dote podrá penetrar los cielos, y otro cualquier cuerpo, sin que tenga impedimento que le estorbe. Con la consideración de estas dotes has de alentarte á padecer de buena gana las miserias de esta vida, teniendo por dicha el sufrirlas, pues han de ser tan bien premiadas. ¡Oh dichosas ignominias, cuyo fin es tanto resplandor! ¡Dichosas penalidades, que causan ser tan impasible! ¡Dichosos trabajos, que son premiados con tantos alivios! Aliéntate, alma mía, á traer en tu cuerpo la mortificación de Jesús, pues tu cuerpo humillado será conforme con el suyo glorificado. ¿Crees esta verdad? ¿Deseas que tu cuerpo disfrute de tan ricas dotes? ¿Qué debes ahora hacer para merecerlo?

[1] Psalm. XXXV, 9. — [2] Matth., XXV, 21. — [3] Matth., XIII, 43. — [4] Apoc., VII, 16. [5] Sap., III, 7.

y esta gloria? ¿Cómo nos disponemos para merecerlo? ¿Agradecemos la providencia amorosa con que Dios nos ha dirigido? ¿Imitamos las relevantes virtudes que los santos han ejercitado? Pensémoslo detenidamente, y no podremos menos de confundirnos, cotejando nuestra vida con la suya; mas no desmayemos por esto: comencemos hoy mismo á imitarlos; y para esto hagamos eficaces resoluciones y devotas súplicas, rogando por nosotros y por todo el mundo.

159.—GLORIA DEL CIELO.

PRELUDIO 1.º Representémonos el cielo en la forma de una reunión brillantísima de todos los Santos, que están contemplando con inefable gozo la Majestad de Dios, y cantando armoniosos cantares.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conocer los incomprensibles goces de la gloria y desearlos, y trabajar para alcanzarlos.

Punto 1.º *Gloria del alma.*—Considera aquí la grandeza de la gloria que es propia del alma y la hace bienaventurada, la cual es tan grande, que, según santo Tomás, no puede Dios darla una bienaventuranza mayor, por encerrar en sí á Él mismo. El alma queda como endiosada, llena de Dios, y hecha un Dios por participación eterna é inmutable, uniéndose Dios con ella, como el fuego suele apoderarse del hierro y penetrarle, comunicándole su luz y resplandor, su calor y demás propiedades, de modo que parece fuego. Con esta unión queda del todo harta, como dice el Profeta [1]. La memoria entra en las potencias del Señor [2], y se engolfa en el abismo de su divinidad, teniéndole siempre presente, sin poderse olvidar de Él, ni divertirse á otra cosa, ni recordar cosa que la pueda dar pena. El entendimiento está lleno de Dios con la vista clara de su Divinidad y Trinidad. Allí ve sin figuras ni enigmas, cara á cara [3], á todo Dios, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y cómo el Padre engendra al Hijo, y los dos producen al Espíritu Santo, y los tres son un mismo Dios infinito, eterno, inmenso é incomprensible. Allí ve los misterios inefables de la Encarnación, Eucaristía y sacratísima humanidad de Jesús y las misteriosas obras que por ella ha hecho; los secretos juicios de Dios, los arcanos de su providencia paternal, los peligros de que le libró, los beneficios que le hizo, recibiendo con este conocimiento un sumo gozo. La voluntad está llena de Dios, unida con su divinidad con unión perpetua, continua, entrañable y amigable, amándole como padre, amigo, esposo, bienhechor infinito, bien sumo, primer principio y último fin suyo. Y de este amor resulta un río continuo, perpetuo y caudalosísimo de deleites, del cual bebe y se embriaga [1], y está toda engolfada dentro de los infinitos gozos de su Señor [2]. ¡Oh alma mía! ¿Cuándo llegará este día dichoso, que podrás parecer ante la presencia de tu Dios? ¿Cuándo lograrás entrar en aquel océano de luz y hermosura? ¿Cuándo tendrás tal pureza, que puedas contemplar el divino rostro? ¡Oh Padre mío! Tomad mis potencias y ocupadlas desde luego en lo que siempre han de hacer. Ocúpese mi memoria en miraros, mi entendimiento en conoceros, mi voluntad en amaros, mi lengua en bendeciros, mis sentidos y miembros en obedeceros, gozándose todos en Vos por todos los siglos.

[1] Psalm. XVI, 15 — [2] Psalm. LXX, 16. — [3] I Cor., XIII, 12.

Punto 2.º *Gloria del cuerpo.*—Considera aquí la grandeza de la gloria del cuerpo bienaventurado con las cuatro dotes que le han de adornar. La primera dote es claridad, con admirable hermosura, porque cada cuerpo resplandecerá como el sol [3], á semejanza del cuerpo de Cristo; aunque el más bienaventurado tendrá más resplandor, y Cristo sobre todos, con soberana entereza, proporción, color y figura hermosísima en todos los miembros. Y además de la hermosura exterior, será vistosísima y apacibilísima la interior del mismo por su transparencia, descubriéndose la armonía de los huesos, venas, arterias, con grandísimo resplandor de todas. La segunda es impasibilidad inmortal ó inmortalidad impasible, porque nunca más tendrá hambre [4], sed, dolor ni recelo de muerte; en el fuego no se quemará, en el agua no se humedecerá, su vigor no se marchitará, su salud no se menoscabará, y una impasibilidad eterna sustituirá á las penas que padeció en este mundo. La tercera dote es agilidad ó ligereza, por la cual tendrá el alma tanto dominio de su cuerpo, que lo podrá mover de una parte á otra, sin cansancio ni fatiga ó tardanza, sino con suma velocidad, como centella [5], discurrirá por el cielo empíreo á su gusto, ya al trono de Jesucristo, ya al de su Madre ó de otros Santos. La cuarta dote es sutilidad ó espiritualidad, porque ya no estará sujeto á la obra de la vida vegetativa, pasando sin comidas, ni bebidas, sin sueño y sin las demás obras que le son comunes con las bestias. Por esta misma dote podrá penetrar los cielos, y otro cualquier cuerpo, sin que tenga impedimento que le estorbe. Con la consideración de estas dotes has de alentarte á padecer de buena gana las miserias de esta vida, teniendo por dicha el sufrirlas, pues han de ser tan bien premiadas. ¡Oh dichosas ignominias, cuyo fin es tanto resplandor! ¡Dichosas penalidades, que causan ser tan impasible! ¡Dichosos trabajos, que son premiados con tantos alivios! Aliéntate, alma mía, á traer en tu cuerpo la mortificación de Jesús, pues tu cuerpo humillado será conforme con el suyo glorificado. ¿Crees esta verdad? ¿Deseas que tu cuerpo disfrute de tan ricas dotes? ¿Qué debes ahora hacer para merecerlo?

[1] Psalm. XXXV, 9. — [2] Matth., XXV, 21. — [3] Matth., XIII, 43. — [4] Apoc., VII, 16. [5] Sap., III, 7.

Punto 3.º *Gloria de los cinco sentidos.* Aquí has de considerar la gloria y deleite de los cinco sentidos corporales, discurriendo por cada uno de ellos. La vista tendrá sumo deleite, viendo la hermosura de tan innumerables cuerpos gloriosos, con la variedad que habrá en ellos de rostros y figuras apacibles. Y sobre todo se deleitará en ver la humanidad sacratísima de Jesucristo y sus resplandecientes llagas, cuya vista será tan gloriosa, que sólo su recuerdo bastaba para consolar á Job [1] en el muladar en que se hallaba postrado. El oído se deleitará en oir las dulces palabras que se dirán los bienaventurados unos á otros, llenas de sabiduría, discreción y santidad, y las alabanzas que darán á Dios; tambien se recrearán oyendo músicas celestiales y sonidos nuevos, inventados por la sabiduría de Dios para recrear los oídos que en esta vida gustaron de oir sus palabras para creerlas, y sus preceptos para cumplirlos. El olfato se recreará con el olor suavísimo que tendrán los cuerpos glorificados, especialmente el de Cristo nuestro Señor, de quien Él dice que adonde está el cuerpo allí van las águilas [2], llevadas de su olor. ¡Oh qué fragancia y variedad de olores inventará la divina piedad para recrear la carne que dió de sí olor de santa vida! El gusto tendrá una hartura y sabor celestial sin fastidio alguno, comunicándole el Señor sin manjares la suavidad que pudiera recibir de ellos con otro modo más sabroso y soberano, porque si el maná, siendo uno, contenía el sabor de todo manjar para regalar á los justos, también sabrá Dios hacer tal modo de sabor, que abrace con eminencia todos los sabores, para regalar á los bienaventurados. Finalmente: el tacto, extendido por todo el cuerpo, estará lleno de deleites santos y puros; de modo que todo el bienaventurado estará como empapado en el río de los deleites de Dios. ¡Oh cuerpo mío! Anímate á padecer por Cristo, para que gocen tus sentidos del gozo que tienen los suyos. ¡Oh Dios infinito! Ya que por vuestra gran misericordia nos habéis adoptado por hijos, dándonos esperanza de poseer la herencia del cielo, que tenéis guardada por viva fe para vuestros escogidos, para manifestársela el día postrero [3], conservad, por vuestra bondad, en mí la gracia, para que alcance esta soberana herencia de la gloria. ¿Deseamos que nuestros sentidos gocen eternamente? ¿Los subordinamos al freno de la santa ley?

Epílogo y coloquios. ¡Oh muchedumbre infinita de bienes y deleites que Dios tiene reservados para los que le temen y aman! En la gloria, en aquella mansión de placer y delicia, el alma quedará inundada de felicidad y ventura. Poseerá á Dios, fuente de todo bien; quedará como sumergida y absorbida en el océano inmenso de la divinidad, y quedarán satisfechas y hartas

[1] Job, XIX, 25. — [2] Matth., XXIV, 28. — [3] I Petr., I, 5.

todas sus aspiraciones y deseos. Su memoria no recordará otra cosa que aquello que le puede dar inmenso gozo, y aun el recuerdo de sus pecados será causa de felicidad; su entendimiento verá al invisible, conocerá lo que desconocía, y penetrará aun en los misterios más profundos; su voluntad poseerá el sumo bien, la suma dicha, el manantial mismo de todos los deleites, con gozo inefable. El mismo cuerpo que fué instrumento para ejercitar la virtud y para adquirir grandes méritos, después de la resurrección tendrá una gloria accidental indecible. Le adornarán las dotes riquísimas de claridad con eminente hermosura, de impasibilidad con inmortalidad gloriosa, de agilidad y ligereza incomprensible, y de sutileza y espiritualidad, cual si fuera puro espíritu. ¿Y quién podrá imaginar los deleites en que nadarán los sentidos del bienaventurado? ¿Es posible que creamos todo esto y no se despierte en nosotros un ardiente anhelo de mortificarnos y hacernos merecedores de la gloria del cielo? Si ahora muriésemos, ¿podríamos con fundamento esperar tanta dicha? ¿Qué responde á esto nuestro corazón? Nos fatigamos para ganar un puñado de polvo ó un poco de humo de vanidad, y ¿no trabajaremos para obtener la gloria? ¡Oh alma necia! Mira bien lo que te conviene, y conociendo el camino que debes seguir para llegar á la gloria, forma resoluciones prácticas y muy particulares, y con fervorosos coloquios ruega por ti y por todo el mundo.

160.—SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesucristo mostrándonos su amantísimo Corazón ardiendo en amor á nosotros y coronado de espinas, diciéndonos: Este es el Corazón que más ha amado á los hombres.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de amar con fervor al Corazón de Jesús.

Punto 1.º *Excelencia del Corazón de Jesús considerado en sí mismo.*—Para despertar en ti la devoción al sacratísimo Corazón de Jesús, has de considerar que la devoción ha de ser proporcionada á la excelencia del objeto que se honra: y siendo el Corazón de Jesús el más rico, excelente y hermoso objeto que puede darse después de Dios, síguese que la devoción á este Corazón adorable ha de ser la más viva, fervorosa y ardiente que tengas. Para esto pondera la excelencia de este divino Corazón considerado en sí mismo. Él es la parte y el miembro más noble del cuerpo sacratísimo de Jesús; es el principio de su vida natural, de la vida del Hombre-Dios, esto es, de una vida infinitamente excelente; es el laboratorio precioso en donde se elabora y desde donde se distribuye la sangre de Jesucristo, sangre que es de un valor infinito; es, en fin, el órgano preciosísimo que ejerce su vital influjo sobre todos los miembros, que da principio

á todas las obras, y de él, como de un manantial fecundísimo, proceden todos los movimientos, palabras, miradas, acciones, sensaciones, dolores y afectos, con los cuales Jesucristo ha redimido al género humano. Este divino Corazón está unido con la más perfecta de las almas que ha sido criada por la mano de Dios, y es su órgano más noble, por el cual produce las más sublimes afecciones. ¿Comprendes, ¡oh cristiano!, la excelencia del alma de Jesús? Pues, si no la puedes comprender, tampoco comprenderás la excelencia de su Corazón. La cual sube de quilates, si se reflexiona que está también unido personalmente con el Verbo Eterno, y puede llamarse, y es realmente el Corazón de Dios. Pues si los clavos, lanza, espinas, quedaron santificados, y son dignos de veneración por el simple contacto que tuvieron con Jesucristo, ¿cuánto más digno de toda nuestra veneración y obsequios será el Corazón sacratísimo, del cual procede la vida de este divino Señor? Reflexiona también acerca de la santidad suprema de este Corazón, físicamente considerado. Es santo, no solamente porque pertenece á una alma santísima, y es parte muy principal de un cuerpo divino, sino porque en él recibió el Señor los elevados afectos que le unieron espiritualmente con su Padre celestial, y de él procedieron las ejemplares virtudes que le hacen el perfectísimo modelo de la humanidad. En este Corazón se albergó el dolor más intenso que se ha podido sentir por la gravedad de la culpa; la confianza más ilimitada en la bondad y poder del Señor; la resignación más perfecta en la divina voluntad; él fué como el receptáculo de todos los consuelos divinos, tristezas penosas, alegrías soberanas y gozos celestiales que recibió en este mundo el Hijo de Dios humanado. De él, como de una fuente inagotable, procedieron las virtudes divinas, que descubrieron los tesoros infinitos escondidos en Cristo. Pues siendo tal la excelencia del Corazón de Jesús, ¿por qué no le amamos con más ardor? ¿Por qué no sentimos más intensa devoción á tan soberano objeto? ¡Oh Corazón admirable! Ilustrad nuestra mente, para que descubramos las riquezas y tesoros infinitos que en Vos ha depositado el Señor, y encended el nuestro, aunque miserable, para que os amemos cuanto merecéis, ó á lo menos cuanto nos sea posible.

Punto 2.º *Excelencia del Corazón de Jesús con relación á nosotros.* — En este punto has de considerar la suprema excelencia del divino Corazón de Jesús con relación á los hombres. Este Corazón es el expresivo símbolo del infinito amor que Jesús nos ha profesado, de sus beneficios, de sus virtudes y sufrimientos. En este horno divino se ha encendido aquella ardiente caridad que le movió á hacerse pobre para enriquecernos, á sufrir los más acerbos tormentos para aliviarnos, á morir para darnos la vida. Pondera cómo este divino Corazón es para nosotros un corazón de padre, del cual procede todo cuanto tenemos; un corazón de hermano, que nos ama con ternura y mira como propios todos los trabajos que padecemos, la pobreza que pasamos, las tentaciones que nos combaten; un corazón de amigo el más cariñoso, que ha llegado hasta el extremo de hacerse comida para unirse con nosotros, y no separarse jamás de nuestra compañía; un corazón de esposo, tan deseoso de la felicidad de las almas justas, sus esposas, que por ellas ha perdido voluntariamente todo cuanto tenía, incluso la misma vida; por fin, es el corazón del más amable de los reyes, del más generoso de los bienhechores, del más vigilante de los pastores, del más sabio y piadoso de los maestros; el corazón del que es nuestro guía, luz, camino, consuelo, vida y bienaventuranza. Contempla también á este sacratísimo Corazón recibiendo las amarguísimas oleadas de las penas interiores que afligieron á Jesucristo durante su Pasión. Es indudable que los dolores internos de Jesús excedieron inmensamente á todos los tormentos que afectaron exteriormente á su cuerpo; y todos estos dolores internos vinieron á reunirse en este martirizado Corazón. Aquí se juntó la mortal tristeza del huerto, el sensible abandono de su Padre, el inmenso dolor que sintió por los pecados del mundo, el profundo abatimiento al verse cargado con las culpas de todos los hombres, el temor, la angustia, la agonía; en una palabra: todas las penas internas que por nosotros sufrió. Este es el Corazón de Jesús. ¿Será posible que no le amemos? ¿Que no sintamos por él un solo afecto de compasión, agradecimiento, ternura y devoción? ¡Oh Corazón de mi Redentor! Confuso y avergonzado estoy de mi enorme é incomprensible ingratitud; no sé resistir al amor de una vil criatura; me vence la más insignificante muestra de aprecio; roba mi corazón una simple mirada cariñosa; y, con todo, para amar á vuestro amorosísimo Corazón, me siento remiso, duro é incapaz. ¡Oh Jesús! Ayudadme con vuestra gracia; dadme vuestro amor, que es el único que me puede hacer feliz.

Punto 3.º *Utilidad de la devoción al Corazón de Jesús.*— Considera los inmensos bienes é incomparables gracias que puedes esperar si eres verdaderamente devoto del Sagrado Corazón de Jesús. El mismo Jesucristo, apareciéndose á su fiel sierva la B. Margarita, la dijo: «Te prometo que mi Corazón se dilatará para repartir abundantemente las influencias de su divino amor entre aquellos que le honran y procuran que otros le honren». Todos los bienes hallaremos en este divino Corazón, y él será un lugar seguro de refugio y consuelo en todas nuestras tribulaciones, inquietudes y penalidades; en la enfermedad, será nuestra salud; en las tristezas, nuestro consuelo; en las dudas, nuestra seguridad; en los temores, nuestro alivio. Los deliciosos efectos de esta devoción déjanse sentir sobre todo en la muerte y en el divino juicio. ¡Oh cuán dulce es morir, decía la fiel confidente del divino Corazón, cuán dulce es morir después de haber

profesado una constante devoción al Corazón misericordioso del que nos ha de juzgar! Mas, aun en vida, la generosidad de Jesucristo se extiende abundantemente á los devotos de su Corazón santísimo. Él mismo lo ha prometido. «Á los seglares que viven en el mundo promete dar los socorros necesarios á su estado. esto es. paz en la familia, paciencia en los trabajos, la bendición en sus empresas, y el consuelo en sus infortunios. Á las personas que le están consagradas en la religión asegura tales socorros, que no necesiten valerse de otros medios para establecer el fervor y la más exacta regularidad en las comunidades más relajadas, y para elevar á lo más alto de la perfección á las que viven ajustadas á sus reglas. A los que por divina vocación trabajan en la salvación de las almas, promete el mismo Señor que en esta devoción encontrarán el arte de mover los más endurecidos corazones, y trabajarán con maravilloso resultado, si se penetran ellos mismos de una tierna devoción á este Corazón divino». ¡Oh cuán delicioso es, y cuán agradable, habitar en el Corazón de Jesús! ¡Oh Corazón sacratísimo, fuente inagotable de bienes, manantial perenne de gracia! Yo quiero amaros con toda mi alma, quiero serviros con todas mis fuerzas, quiero pensar en Vos, alabaros, bendeciros y glorificaros con todo mi corazón. Fuera de Vos, todo lo que hay en el mundo es engaño y mentira; sólo en Vos se hallan todos los bienes. Pues ¿por qué no amamos á este divino Corazón? ¿Por qué no le somos más devotos?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán insensatos somos si no amamos ni somos devotos del divino Corazón de Jesús! Él es el objeto más noble, más excelente, más rico, más santo, más digno de todo nuestro aprecio y amor. Él ha sido el perfectísimo instrumento y órgano corporal, en donde ha residido el amor infinito de Jesús á su santísimo Padre y á nosotros sus hermanos. De él han salido, como de un manantial fecundísimo, todas las obras, afectos, suspiros, deseos y virtudes, con que el Hijo de Dios compró nuestras almas. Él es el corazón más amable, más amante, más tierno, más compasivo, más generoso, más caritativo, más desprendido, más puro y más perfecto. ¡Oh Corazón admirable! Quien no os ama, preciso es que no os conozca ó que haya perdido el corazón. Mas, si tan excelente es en sí mismo el Corazón de Jesús, ¿qué será, si le consideramos con relación á nosotros? ¡Ah! En él descubriremos un corazón de padre amorosísimo, de amigo fidelísimo, de hermano ternísimo, de bienhechor generosísimo; una fuente abundantísima de gracias y dones celestiales, y una mina riquísima de todos los bienes. ¡Bienaventurado el hombre que posee una ardiente devoción al Corazón Sagrado de Jesucristo! El cumplirá en vida sus deberes; en la muerte tendrá un poderoso consolador; en el juicio el mismo Juez será su amado Padre, y por toda la eternidad nadará en un mar de delicias. ¿Cómo es que tú no seas más devoto del Sagrado

Corazón? ¿Por qué no piensas más en él y no ejercitas con mayor perfección los oficios que te encarga? ¿Qué harás en lo sucesivo? Sal de una vez de esa deplorable apatía, y trata seria y eficazmente de comenzar con decisión la práctica de una devoción tan provechosa; para esto forma los propósitos convenientes, y pide por ti y por todos los devotos del Sagrado Corazón y por todo el mundo.

SEGUNDA SERIE

MEDITACIONES DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO.

ADVERTENCIA. *Las 70 meditaciones que siguen abarcan toda la Pasión de nuestro divino Salvador Jesús. Como se ha dicho en la introducción de este libro, podrán hacerse con provecho, además de los viernes de todo el año, en el tiempo que media desde Septuagésima hasta Pascua de Resurrección, exceptuados los sábados y domingos de cada semana, y los días festivos extraordinarios que ocurran.*

Á fin de que con la Cuaresma se terminen las meditaciones de la Pasión, podrá comenzarse el lunes después de Septuagésima por la meditación número 30, reservando las primeras para durante el año.

1.ª—EXCELENCIA DE LA PERSONA QUE PADECE.

PRELUDIO 1.º La persona que padece es la más santa é inocente, la más generosa y la más caritativa.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo en los diferentes actos de su Pasión.

PRELUDIO 3.º Pide conocimiento de lo que por ti padeció y correspondencia á su amor.

Punto 1.º *Inocencia y santidad de Jesucristo.*—Considera en este punto la inocencia y santidad del Señor que padece. Él era inocentísimo, sin que tuviera la más ligera mancha de pecado, de tal modo, que podía desafiar á sus enemigos, diciéndoles: «¿Quién de vosotros podrá acusarme de pecado?», sin temor de que nadie le contestase. El mismo juez que lo condenó á muerte, no pudo menos de reconocer y confesar repetidas veces que era inocente y que no hallaba en Él cosa alguna merecedora de castigo. Él era Santísimo con todo género de santidad, lleno de gracias y virtudes, en quien tenía sus complacencias el Padre eterno, habiéndole dado al mundo para que con las palabras y ejemplos enseñase á los hombres el camino de la virtud. Su humildad era profundísima, su obediencia admirable, su mansedumbre, paciencia, resignación, todas las virtudes, en una palabra, se hallaban en Él de un modo nunca visto en el mundo. Él era sapientísimo y discretísimo, puesto que se encerraban en Él

todas las riquezas espirituales de la sabiduría y ciencia [1] de Dios y le había sido comunicado su divino espíritu sin medida [2]. De modo que cuanto padecía era sin culpa suya, y podía decir con mayor razón que David: «Aborreciéronme de balde». Y aunque sus enemigos fingían que la tenía y que le atormentaban como á blasfemo y transgresor de la ley de Moisés, con todo, Él era un dechado el más perfecto y modelo más acabado de inocencia, virtud y santidad. Pues, ¿cómo no te compadeces de ver padecer á un Señor tan inocente, santo y sabio? El Centurión y otros muchos que se hallaron en el Monte Calvario, herían sus pechos, de dolor, viendo padecer al que tenían por justo; ¿cómo no hieres tú el tuyo, considerando que padece, no cualquiera justo, sino el Supremo de los justos, sin haber dado ocasión culpable para tantos trabajos? ¡Oh corazón mío, más duro que las piedras! ¿Cómo no te partes por medio á causa del dolor, pues ellas se partieron y desmenuzaron cuando padeció esta Piedra viva, fuente de la gracia y dechado de santidad? ¡Oh alma delicada! Mira cómo padece el inocente; y tú, culpable, ¿no querrás padecer?

Punto 2.º *Beneficencia y generosidad de Jesucristo.*—Lo segundo que debes considerar aquí es la generosidad y omnipotencia de este Señor en hacer bien á todos y en ser universal bienhechor de todos. Pondera cómo pasó y ocupó su vida, según dijo san Pedro [3], en hacer bien y curar á todos los oprimidos del demonio. ¿Qué necesidad vió que no remediase? ¿Qué lágrima que no enjugase? ¿Qué corazón afligido que no aliviase? Valiéndose de la virtud omnipotente que tenía, alumbraba á los ciegos limpiaba los leprosos, curaba los tullidos, daba habla á los mudos, sanaba toda clase de enfermos y resucitaba los muertos. No se contentaba con remediar los cuerpos; hacía además bien á las almas, perdonando los pecados, librándolas del infierno, abriendo las puertas del cielo, comunicándolas luz de doctrina maravillosa y fuego de caridad, con el resplandor de todas las virtudes. De donde consta que padecía tormentos y deshonras, no sólo sin culpa, sino por lo que merecía sumo descanso y honra. Bien dijo de Él san Agustín [4], que vivió en este mundo, obrando cosas maravillosas y padeciendo cosas muy trabajosas hasta ser colgado en un madero. Pues, ¿cómo se explica que no te deshagas de pena, viendo padecer á este bienhechor de todo el mundo, el cual, haciendo bien y aprovechando á todos, recibe mal y daño de todos? ¡Oh Salvador mío! ¿Quién pudiera alcanzar tal gracia y llegar á tan alta virtud, que, obrando bien como Vos, supiese padecer algún mal por vuestro amor! ¡Oh alma mía! No pretendas de los hombres premio de tus buenas obras, pues tu Redentor recibió de ellos graves tormentos por las suyas. No te quejes de la ingratitud é injusticia que usan contigo al verte perseguida,

[1] Colos., II, 3. — [2] Joan, III, 34. — [3] Act., X 38. — [4] In Psalm. XLIX.

viendo á este Señor afligido con tan espantosos males, habiéndoles hecho tan soberanos bienes. ¿Has obrado hasta hoy según esta doctrina? ¿Qué te conviene hacer en adelante?

Punto 3.º *Caridad de Jesús.* — Considera en este punto la infinita caridad de este Señor, por la cual se ha dado voluntariamente á todos, y á ti en particular, haciéndose mucho mejor que san Pablo, todo para todos, á fin de ganarlos á todos. Reflexiona con vivo afecto de tu corazón cómo este Señor es tu Padre amantísimo, á quien debes el ser, la salud, las fuerzas, todo cuanto posees: es tu Maestro sapientísimo, que ha venido del cielo para enseñarte la verdadera ciencia de Dios, sin la cual de poco sirven las ciencias humanas, y la cual sola basta para obtener la felicidad: es tu Médico piadoso que, movido del más tierno amor, te ha librado de las enfermedades, sufriendo Él los dolores que por ellas merecías; es tu Redentor amorosísimo, que ha dado su propia sangre para sacar á tu alma de la dura esclavitud del demonio; es tu Pastor amantísimo, que para sustentarte y alegrarte ha preparado y amasado de tal modo su carne y sangre, que te sirve de pasto delicioso y nutritivo; es tu Criador omnipotente, tu Bienaventuranza eterna, el Esposo dulce de tu alma, tu Dios y todas las cosas. ¡Ah! Si el hijo llora la muerte de su padre, y la esposa la de su esposo, y el amigo la de su amigo, ¿qué corazón es el tuyo, que no llora la Pasión y Muerte de tal Padre, de tal Esposo y de tal Amigo? ¿Cómo es posible que pueda entregarse á frívolos pasatiempos y á placeres criminales, considerando que por ellos se ha sometido á tales trabajos este piadosísimo Redentor? ¡Oh Dios de amor y volcán de caridad! Yo quisiera tener las lenguas de todos los hombres y de los ángeles para poder alabaros con todas ellas por los favores tan grandes que me dispensáis. Bastaba, Señor, lo mucho que conmigo habíais hecho, dándome el ser, la vida y la inteligencia, y mandando á todas las demás criaturas que me sirviesen; pero no bastaba todo eso para satisfacer vuestro amor; y éste os obliga á sufrir los más acerbos dolores para hacerme el mayor bien que podía pretender. ¡Oh alma! ¿Has conocido la viveza de este amor? ¿Qué debes hacer tú en retorno por él?

Epílogo y coloquios. ¡Qué inocencia tan santa, qué generosidad tan misericordiosa, y qué caridad tan ardiente resplandece en Jesús, nuestro amante Padre! Sus enemigos más encarnizados, á pesar de estar siempre acechándole, no logran descubrir en Él ninguna falta ni defecto real. Emplea todos los días de su vida en hacer beneficios y obrar milagros para socorrer á los desgraciados, alimentar á los hambrientos y consolar á los afligidos. El es el paño de lágrimas de todos. A Él se acerca el pecador arrepentido y oye palabras de vida; á Él acude la madre agobiada por la suerte de su hija, y se retira consolada. Su caridad es tan encendida, que se hace todo para todos, y no se desdeña de llamarse nuestro Maestro, Médico, Padre, Hermano, Amigo, Esposo de las almas, y hacer con nosotros de un modo eminente todo cuanto exigen estos títulos. Y este Señor tan santo padece como si fuera el más criminal pecador, y este Bienhechor universal es condenado á muerte como si fuera el mayor enemigo de la humanidad. Mírale, cristiano, contémplale bien. Es el mejor de los Padres, y el más fiel Amigo y el más tierno Hermano. ¿Seguirás todavía ofendiéndole? ¿No te compadecerás de Él? Y ¿no llorarás tus pecados, que son sus más crueles verdugos? Oye lo que te dice tu mismo corazón: haz eficaces propósitos: pide la gracia de cumplirlos, y ruega por todas las demás necesidades y obligaciones.

2.ª—PENAS INTERIORES Y EXTERIORES DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Jesucristo padeció toda suerte de dolores, interiores y exteriores.

PRELUDIO 2.º Represéntate al Señor llagado y coronado de espinas, diciendo: «Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo»

PRELUDIO 3.º Pide conocimiento y compasión de las penas de Jesús.

Punto 1.º *Penas exteriores de Jesús.*—Considera cómo Jesucristo durante su Pasión fué atormentado en todas las cosas exteriores que pueden ser materia de trabajos. En la hacienda y cosas que poseía [1] llegó á padecer tal pobreza y desnudez, que murió públicamente desnudo en una cruz, tomándole los soldados las vestiduras y repartiéndolas entre sí. En la honra padeció innumerables irrisiones y escarnios, tratándole de ladrón, malhechor y blasfemo contra Dios. En la fama padeció muchos falsos testimonios, con que pretendieron desacreditarle, tachándole de pecador, samaritano, endemoniado, revolvedor del pueblo, comedor, bebedor y blasfemo, considerándole como hombre reprobado de Dios y condenado [2]. En materia de sabiduría y ciencia fué despreciado y tenido por idiota, sin letras, por loco y furioso [3], por imprudente y necio. En materia de potencia y milagros se le tuvo por embustero y encantador, y por hombre que tenía pacto con Belcebub y Satanás [4]. Finalmente, padeció en sus mismos amigos y allegados, porque unos le negaron, los más le desampararon, y los que se hallaron presentes, como su benditísima Madre y algunos otros más fieles, agravaban su dolor, sintiendo Él mismo con gran viveza la pena y afrenta que ellos padecían. ¡Oh generosísimo Redentor! ¡Cuán bien pagáis nuestras deudas con vuestras penas! Porque todas las cosas del mundo fueron cebo de nuestra codicia, carnalidad y soberbia, queréis padecer en todas pobreza, tormento y humillación. Permitidme, Señor, que de

[1] S. Thom. — [2] Psalm. LXXXVII, 5. — [3] Marc., III, 21. — [4] Luc., XI, 15.

hoy más me sean ellas instrumento para serviros, como hasta aquí me fueron ocasión para ofenderos. ¡Oh alma mía! Compara las excelencias de esta divina Persona con las ignominias y dolores que padece, para que te confundas de tu soberbia y sensualidad, y te alientes á padecer para imitarle. ¿Estás resuelta á verificarlo? ¿Abusarás todavía de los bienes exteriores que has recibido? ¿Qué debes hacer para evitarlo?

Punto 2.º *Dolores de Jesús en sus cinco sentidos y en los miembros de su cuerpo.*—Reflexiona en este punto sobre lo mucho que padeció Jesucristo en cada uno de sus cinco sentidos. Pondera con dolor cómo sus ojos fueron afligidos viendo los visajes, mofas y meneos de sus enemigos, y las lágrimas y sollozos de sus amigos; y fueron también enturbiados con las salivas y las gotas de sangre que corrían de su cabeza, y con el ardor de las encendidas lágrimas que por ellos vertía. Sus oídos padecieron oyendo contra Sí muchas y muy grandes blasfemias, injurias y falsos testimonios y terribles acusaciones de sus enemigos. El olfato padeció sufriendo el mal olor del monte Calvario, donde fué crucificado. El gusto padeció terrible sed, y en ella fué, no aliviado, sino atormentado con hiel y vinagre. El tacto sufrió gravísimos dolores con los azotes, que desgarraron sus purísimas carnes; las espinas, que acribillaron su cabeza, y los clavos, que traspasaron sus pies y manos. De modo que los cinco sentidos que tú has convertido en fuentes de pecados é iniquidad y puertas por donde ha entrado la muerte en tu alma, fueron para Jesús manantiales de tormento y dolor, con el fin de merecerte la vida que habías perdido. ¡Cuán ingrato serás si continúas abusando de ellos! Discurre también por todos los miembros y partes principales del cuerpo de Jesucristo, y verás que en todos ellos padeció exquisitos dolores y tormentos. La cabeza fué punzada con espinas y aporreada con la caña; los cabellos y barbas arrancados; los carrillos abofeteados; los brazos descoyuntados, hasta poderse contar todos los huesos; las muñecas atadas fuertemente con sogas; las manos y pies atravesados con clavos; las espaldas y todo el cuerpo rasgado con azotes muy crueles; y como las heridas eran en partes tan sensibles, causaban dolores excesivos. ¡Oh cuerpo delicadísimo! ¡Con cuánta razón se puede decir de Vos [1] que desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no teníais parte sana, sino todas llenas de heridas y cardenales, de llagas y dolores muy terribles! ¡Oh! ¡Cuánta mayor razón había para que mi cuerpo fuera atormentado en todas sus partes y sentidos, pues con todas y de todos han manado innumerables pecados! Sanad, ¡oh buen Jesús!, con las llagas de vuestro cuerpo las llagas de mi alma; y por vuestros dolores corporales,

[1] Isai, I, 6.

libradme de mis males espirituales. ¿Conocemos nosotros las penas de Jesús? ¿Deseamos aliviarlas? ¿Qué hemos de practicar al efecto?

Punto 3.º *Dolores interiores de Jesucristo.* — Considera aquí las aflicciones y dolores interiores de Jesús, los cuales acompañaban á los referidos dolores exteriores. Estos dolores fueron muchos y muy graves, y en todas las cosas que el ánima purísima del Salvador podía padecer sin imperfección. Porque Él fué desamparado de su Padre celestial del modo que podía serlo, y con tan vehemente dolor, que Él mismo lo quiso declarar en la cruz, diciendo: «Dios mío, Dios mío; por qué me desamparaste»; privóse de todo consuelo sensible del corazón, obligándole á devorar los más intensos tormentos sin darle el menor alivio; sufrió tristezas vehementes en la voluntad por las injurias que se hacían á Dios, y por la perdición de los hombres, por cuya salud había venido al mundo; padeció temores gravísimos, tedios de muerte y agonías tan intensas, que hubieran bastado para causarle la muerte, si con su omnipotencia no hubiera conservado la vida. Fué tal la pena interior, que le hizo derramar un sudor nunca visto, no de agua, sino de sangre, y tan copioso, que llegó á regar con él la tierra. Finalmente: aunque fueron terribles los dolores del cuerpo, fueron mucho mayores los del espíritu; porque en lo interior tomaba tanta pena cuanta quería; y como amaba mucho, quería que fuese mucha, para mayor bien de los que tanto amaba. ¡Oh dulce Redentor! ¡Ahora veo con cuánta razón os llama Isaías [1] Varón de dolores y curtido en enfermedades, pues por todas partes os miro rodeado de dolores y cercado de aflicciones! Las tempestades del mar amargo bañan y atormentan vuestro cuerpo, y sus olas penetran hasta vuestra alma [2]. Por defuera os aflige penosísimo bautismo de sangre [3], y por dentro el amarguísimo cáliz [4] de la tristeza. Concededme, Señor, que sea semejante á Vos en todas estas penas, para que os agraden mi cuerpo y mi espíritu, y queden limpios de todas sus mancillas. ¿Abrigas, alma mía, estos sentimientos? ¿Por qué te quejas al verte agobiado de tristeza y amargado por el dolor?

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta razón puede dirigirnos Jesús aquellas palabras del profeta Jeremías: «¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino de la vida; atended y ved si hay dolor semejante al mío!» Todas las penitencias de los confesores, todas las austeridades de los anacoretas, todas las fatigas de los Apóstoles y todos los dolores de los mártires no pueden compararse con los tormentos de Jesús en su Pasión. Él es afligido en los bienes exteriores, quitándole cuanto tenía, robándole la fama, calumniando su poder, burlando su sabiduría,

[1] Isai., LIII, 3. — [2] Psalm. LXVIII, 2. — [3] Luc., XII, 50. — [4] Marc., X, 38.

echando á la peor parte las más laudables obras realizadas en favor del hombre. Él es atormentado en su cuerpo; cada uno de los cinco sentidos padecen especial dolor: la vista con la presencia de los enemigos que le atormentan y con la de los amigos que le ven sufrir; el oído con las maldiciones y blasfemias que profieren los verdugos y judíos; el gusto con la sed ardiente y con la hiel y vinagre; el olfato y el tacto padecen sus tormentos propios. ¿Qué diremos de los miembros del cuerpo? ¡Ah! Mira su cabeza, y la verás cubierta de espinas; mira sus manos, y las hallarás agujereadas; contempla sus espaldas, sus mejillas, todo el cuerpo, y lo encontrarás herido de pies á cabeza, cual si fuera un leproso. Y si pasas al alma, y si penetras en su corazón, lo verás envuelto en un mar de amargura, combatido por espantosas olas de tristeza, tedio, pavor, agonía. Congojoso sudor de sangre brota de todos sus miembros, y riega el suelo. ¡Cuánto padece Jesús! ¡Y todo lo soporta por ti! ¿Te atreverás á aumentarle sus penas con nuevas culpas? ¿Cómo debes corresponder á Jesús? Medítalo, haz propósitos, pide gracia para cumplirlos, y no olvides las demás necesidades que tienes encomendadas.

3.ª—PERSEGUIDORES DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Jesús es perseguido y atormentado por toda clase de hombres, y sobre todo por los demonios.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús rodeado de sus perseguidores, que le golpean y escupen, instigados por el demonio.

PRELUDIO 3.º Pide compasión de Jesús y confusión por haberle perseguido.

Punto 1.º *Quiénes persiguen á Jesucristo.*—En este punto debes considerar la muchedumbre y calidad de las personas que se conjuraron contra Cristo nuestro Señor, para despreciarle y atormentarle en su Pasión. Pondera cómo concurrieron y cooperaron á esta obra criminal é infame reyes, gobernadores, jueces, sumos pontífices, sacerdotes, letrados, religiosos de aquel tiempo, cortesanos, soldados, gentiles y judíos, y hasta de sus mismos discípulos no faltó quien le persiguiese. El rey Herodes con su corte le escarnece; el juez Pilatos le condena; Anás y Caifás, sumos sacerdotes, le reprueban; los escribas y fariseos le acusan; los soldados le prenden y mofan; los verdugos le azotan, coronan y crucifican; la canalla del pueblo da voces contra Él, pidiendo que muera; un discípulo le vende, otro le niega, y todos le desamparan. Reflexiona cómo á todos estos tenía el Señor obligados con innumerables beneficios para que le amasen, honrasen y sirviesen, porque demás de los beneficios generales que como Dios y Redentor comunicaba á todos, en especial había hecho otros muy particulares á los de aquel pueblo, enseñándoles su doctrina, haciendo en su presencia muchos milagros, curándoles sus enfermedades y las de sus hijos, criados ó amigos, dándoles de comer milagrosamente en los desiertos; por lo cual le querían alzar por Rey, y le recibieron en su ciudad con la mayor pompa que jamás fué recibido príncipe alguno de la tierra. Pues todos estos se trocaron y convirtieron contra su Dios y Redentor, y contra su Bienhechor infinito, injuriando, atormentando y matando á quien tanto bien les había hecho, y á quien poco antes juzgaban por digno de toda honra y le aclamaban por autor de la vida y le llamaban hijo de David, que viene en nombre del Señor. ¡Oh dulce Jesús, Rey de reyes, Juez de vivos y muertos, Sumo Pontífice y Supremo Sacerdote, fuente de la ciencia y santidad, piedra angular del pueblo gentílico y judaico! ¿Cómo sois perseguido de los reyes y jueces terrenos, de los sacerdotes y sabios de la tierra, y de todos los pueblos y naciones del mundo? No me espanto que os persigan los que no os conocen; pero ¿qué diré viéndoos perseguido de los que os conocían y por mil títulos estaban obligados á serviros? ¡Oh alma cristiana! ¿Has perseguido tú también á Jesucristo con tus pecados? ¿No lloras tamaña ingratitud?

Punto 2.º *Causas que movían á los perseguidores de Cristo.*—Considera las causas que inducían á los perseguidores de Jesucristo á ensañarse contra este benignísimo Señor, y por ellas podrás rastrear algún tanto la crueldad y fiereza que usaron en su persecución. Pondera cómo todos ellos eran soberbios, ambiciosos, codiciosos, hipócritas y fingidos, y por consiguiente, eran enemigos irreconciliables de la verdad y del maestro que les enseñaba y del médico que deseaba curar sus mortales llagas. Estaban, además de esto, poseídos de la pasión de odio, rencor y envidia de Cristo, porque les reprendía sus inmundos y asquerosos vicios, y obscurecía sus honras vanas con la autoridad de su sabiduría, santidad y milagros, y así deseaban á todo trance hundirle por completo. Los unos, obrando por pura malicia, pretendían vengarse de las injurias que juzgaban haber recibido; los otros, vencidos de la pasión del temor, consentían en la consumación del crimen, por no perder la gracia del César ó la aprobación y aplauso del pueblo; éstos, por una ignorancia culpable, por no querer conocer bien quién era Aquel que había sido puesto por blanco de las iras de todos; aquéllos, en fin, por falso celo de la Religión y del bien público, el cual celo, cuando se junta con la envidia, atiza la crueldad, y la hace más terrible que de fieras. Contempla ahora, como David [1], á este mansísimo cordero, cercado de tantos perros y novillos y toros gruesos, leones y unicornios muy feroces, que son los enemigos que le rodean. Mira cómo unos le espantan con sus bramidos, otros le

[1] Psalm. XXI, 13.

desgarran con sus uñas, le muerden con sus dientes, y le voltean con sus cuernos de una parte á otra, trayéndole de tribunal en tribunal, hiriéndole con tanta crueldad, como si no fuese hombre, sino estatua de hombre, gusano y desecho del pueblo. ¡Oh dulcísimo Jesús! ¡Quién pudiera libraros de la furia tan endemoniada de vuestros enemigos! ¡Quién pudiera hallarse en vuestro lugar, para que, descargando esos perseguidores su rabia y furor sobre mí, quedaseis Vos libre de sus cruelísimas manos! Mas vuestra caridad no lo permite, para que en medio de tantas fieras resplandezcan vuestras soberanas virtudes. ¡Oh alma, más dura que un diamante! ¿No te compadeces de tu Padre, al ver el estado en que se halla? ¿Continuarás ayudando á sus perseguidores en su obra criminal?

Punto 3.º *El demonio es el principal perseguidor de Cristo.*—Considera en este punto cómo los principales perseguidores de Cristo nuestro Señor, fueron las potestades de las tinieblas infernales [1], que son los demonios, los cuales sumamente le aborrecían, porque con su virtud omnipotente los echaba de los cuerpos, en cuya posesión se hallaban, sacaba de su poder las almas que había esclavizado, y destruía y arruinaba su reino, que era el reino del pecado. Durante su vida mortal habían manifestado en repetidas ocasiones el odio y rabia que sentían contra Jesucristo, ya tendiéndole lazos para hacerle caer en sus garras, ya ensalzando sus portentos para desvanecerle con la vanidad, ya publicando las grandezas y excelencias soberanas que presumían hallarse en Él, para que no fuese con ellos tan severo. Mas ahora, viendo que todos sus ardides y enredos habían sido inútiles, quieren vengarse de Él, y provocarle á algún acto de impaciencia, y así atizan la fiereza de los hombres para que le persigan, atormenten y le hagan sufrir los dolores más vivos y acerbos que se pueden imaginar. Á Judas instigó Satanás á que le vendiese; á los soldados, á que inventasen los escarnios que le hicieron, y en los judíos encendía el fuego de la ira con que ardían; y como la licencia que para afligir al Señor le dieron no fué con la limitación que se le dió contra el santo Job, no se contentó con arrojarle en un muladar lleno de llagas, sino hasta quitarle la vida con terribles tormentos. ¡Oh Jesús, gran Sacerdote! [2] ¿Qué á Vos con Satanás para que tal poderío se le dé sobre vuestro sagrado cuerpo? ¡Oh amor insaciable! ¿Por qué no os contentáis con ser atormentado de los hombres? ¿Por qué consentís que sus atizadores sean los demonios? ¡Ah! Es que deseáis librarme con estos tormentos de los que ellos me habían de dar por mis pecados. ¡Oh cristiano! Mira á qué extremo de males se ha sujetado Jesús por tu amor; mira en qué manos ha querido caer, para librarte de ellos. ¿Consentirás todavía en ser engañado del demonio? ¿No te apartarás de los lazos que te tiende?

[1] Luc., XXII, 53. — [2] Zachar., III, 1.

Epílogo y coloquios. — ¡Bien dijo el Profeta: Se reunieron y juntaron los reyes y príncipes de la tierra contra Dios y contra su Cristo! Todas las clases de la sociedad se han convenido para atormentar á Jesús. Reyes y pueblos, sacerdotes y legos, religiosos y seglares, sabios é ignorantes, nobles y plebeyos: todos se han levantado contra Cristo. La soberbia, ambición y codicia que les estimula; el odio, envidia, rabia y furia que les incita contra Él; las pasiones todas se despiertan para deshacerse de aquel que venía á sujetarlas y enfrenarlas á todas, y á destruir el imperio brutal que ejercían sobre el hombre. De los perseguidores del Señor, á unos avasalla el temor, á otros incita la envidia, á estos el rencor, á aquellos los deseos de venganza, y á todos el demonio, enemigo capital de Jesucristo, porque temía con razón que por Él había de venir la destrucción del imperio que ejercía en el mundo. ¡Oh! ¡Con qué rabia le persigue! ¡Cómo sabe instigar y encender la fiereza de los hombres contra Él! Pero Jesucristo, nuestro Redentor y Maestro, ¡con qué paciencia, mansedumbre, serenidad y calma se halla en medio de sus perseguidores! ¡Qué enseñanzas tan prácticas y sublimes podemos aprender de Él! Entra dentro de ti mismo, examina con grande confusión si tú también has formado parte con los perseguidores de Jesucristo. ¿Qué debes ahora hacer para reparar tal iniquidad? Piénsalo, propón, pide auxilio al Señor para cumplir los propósitos, y pide por todo lo demás.

4.ª—PERSONAS POR QUIENES PADECE CRISTO.

PRELUDIO 1.º Jesús padeció por todos los pecadores, inclusos sus perseguidores, por ti y por cada uno en particular.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciéndote: «Por ti soporté el oprobio».

PRELUDIO 3.º Pide verdadero agradecimiento á Jesús por sus bondades.

Punto 1.º *Padece por todos los pecadores.* — Considera cómo Cristo nuestro Señor padeció los dolores y desprecios de su Pasión por los pecados de todos los hombres, pasados, presentes y por venir, deseando pagar con su sangre las deudas que habían contraído, volver por la honra de su Padre, aplacar su justa indignación, reconciliar los pecadores con Dios, librándolos de las culpas y penas, así temporales como eternas, que habían merecido. Pondera que, siendo los pecados de los hombres infinitos en la gravedad, por ser contra Dios infinito, era necesario que fuese infinita la persona que padecía estos dolores, para pagar con ellos la deuda con igualdad. Y, aunque cualquier dolor de Jesucristo y una sola gota de su sangre bastara para esto, quiso padecer tanta muchedumbre de tormentos, para que su re-

desgarran con sus uñas, le muerden con sus dientes, y le voltean con sus cuernos de una parte á otra, trayéndole de tribunal en tribunal, hiriéndole con tanta crueldad, como si no fuese hombre, sino estatua de hombre, gusano y desecho del pueblo. ¡Oh dulcísimo Jesús! ¡Quién pudiera libraros de la furia tan endemoniada de vuestros enemigos! ¡Quién pudiera hallarse en vuestro lugar, para que, descargando esos perseguidores su rabia y furor sobre mí, quedaseis Vos libre de sus cruelísimas manos! Mas vuestra caridad no lo permite, para que en medio de tantas fieras resplandezcan vuestras soberanas virtudes. ¡Oh alma, más dura que un diamante! ¿No te compadeces de tu Padre, al ver el estado en que se halla? ¿Continuarás ayudando á sus perseguidores en su obra criminal?

Punto 3.º *El demonio es el principal perseguidor de Cristo.*—Considera en este punto cómo los principales perseguidores de Cristo nuestro Señor, fueron las potestades de las tinieblas infernales [1], que son los demonios, los cuales sumamente le aborrecían, porque con su virtud omnipotente los echaba de los cuerpos, en cuya posesión se hallaban, sacaba de su poder las almas que había esclavizado, y destruía y arruinaba su reino, que era el reino del pecado. Durante su vida mortal habían manifestado en repetidas ocasiones el odio y rabia que sentían contra Jesucristo, ya tendiéndole lazos para hacerle caer en sus garras, ya ensalzando sus portentos para desvanecerle con la vanidad, ya publicando las grandezas y excelencias soberanas que presumían hallarse en Él, para que no fuese con ellos tan severo. Mas ahora, viendo que todos sus ardides y enredos habían sido inútiles, quieren vengarse de Él, y provocarle á algún acto de impaciencia, y así atizan la fiereza de los hombres para que le persigan, atormenten y le hagan sufrir los dolores más vivos y acerbos que se pueden imaginar. Á Judas instigó Satanás á que le vendiese; á los soldados, á que inventasen los escarnios que le hicieron, y en los judíos encendía el fuego de la ira con que ardían; y como la licencia que para afligir al Señor le dieron no fué con la limitación que se le dió contra el santo Job, no se contentó con arrojarle en un muladar lleno de llagas, sino hasta quitarle la vida con terribles tormentos. ¡Oh Jesús, gran Sacerdote! [2] ¿Qué á Vos con Satanás para que tal poderío se le dé sobre vuestro sagrado cuerpo? ¡Oh amor insaciable! ¿Por qué no os contentáis con ser atormentado de los hombres? ¿Por qué consentís que sus atizadores sean los demonios? ¡Ah! Es que deseáis librarme con estos tormentos de los que ellos me habían de dar por mis pecados. ¡Oh cristiano! Mira á qué extremo de males se ha sujetado Jesús por tu amor; mira en qué manos ha querido caer, para librarte de ellos. ¿Consentirás todavía en ser engañado del demonio? ¿No te apartarás de los lazos que te tiende?

[1] Luc., XXII, 53. — [2] Zachar., III, 1.

Epílogo y coloquios. — ¡Bien dijo el Profeta: Se reunieron y juntaron los reyes y príncipes de la tierra contra Dios y contra su Cristo! Todas las clases de la sociedad se han convenido para atormentar á Jesús. Reyes y pueblos, sacerdotes y legos, religiosos y seglares, sabios é ignorantes, nobles y plebeyos: todos se han levantado contra Cristo. La soberbia, ambición y codicia que les estimula; el odio, envidia, rabia y furia que les incita contra Él; las pasiones todas se despiertan para deshacerse de aquel que venía á sujetarlas y enfrenarlas á todas, y á destruir el imperio brutal que ejercían sobre el hombre. De los perseguidores del Señor, á unos avasalla el temor, á otros incita la envidia, á estos el rencor, á aquellos los deseos de venganza, y á todos el demonio, enemigo capital de Jesucristo, porque temía con razón que por Él había de venir la destrucción del imperio que ejercía en el mundo. ¡Oh! ¡Con qué rabia le persigue! ¡Cómo sabe instigar y encender la fiereza de los hombres contra Él! Pero Jesucristo, nuestro Redentor y Maestro, ¡con qué paciencia, mansedumbre, serenidad y calma se halla en medio de sus perseguidores! ¡Qué enseñanzas tan prácticas y sublimes podemos aprender de Él! Entra dentro de ti mismo, examina con grande confusión si tú también has formado parte con los perseguidores de Jesucristo. ¿Qué debes ahora hacer para reparar tal iniquidad? Piénsalo, propón, pide auxilio al Señor para cumplir los propósitos, y pide por todo lo demás.

4.ª—PERSONAS POR QUIENES PADECE CRISTO.

PRELUDIO 1.º Jesús padeció por todos los pecadores, inclusos sus perseguidores, por ti y por cada uno en particular.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciéndote: « Por ti soporté el oprobio ».

PRELUDIO 3.º Pide verdadero agradecimiento á Jesús por sus bondades.

Punto 1.º *Padece por todos los pecadores.* — Considera cómo Cristo nuestro Señor padeció los dolores y desprecios de su Pasión por los pecados de todos los hombres, pasados, presentes y por venir, deseando pagar con su sangre las deudas que habían contraído, volver por la honra de su Padre, aplacar su justa indignación, reconciliar los pecadores con Dios, librándolos de las culpas y penas, así temporales como eternas, que habían merecido. Pondera que, siendo los pecados de los hombres infinitos en la gravedad, por ser contra Dios infinito, era necesario que fuese infinita la persona que padecía estos dolores, para pagar con ellos la deuda con igualdad. Y, aunque cualquier dolor de Jesucristo y una sola gota de su sangre bastara para esto, quiso padecer tanta muchedumbre de tormentos, para que su re-

dención fuese más copiosa [1], y para que los hombres, por la consideración del remedio, conociésemos la gravedad de nuestro peligro [2]. ¡Ah! Miraba tu buen Jesús todo el cuerpo místico del linaje humano llagado de pies á cabeza con innumerables culpas; y, para curarle, quiere que su cuerpo sea de pies á cabeza llagado con innumerables heridas, y su espíritu afligido con graves ignominias. Contémplale bien: por las codicias de los avaros está desnudo en la cruz; por la soberbia de los letrados, es tenido por loco; por la vanidad de los que presumen de santos, es tenido por pecador; por la hinchazón de los poderosos, es tratado como miserable y flaco; por los regalos de los sensuales, es cargado de tormentos. Sus cinco sentidos son atormentados por las demasías de los nuestros; su cabeza coronada de espinas, en castigo de nuestras ambiciones; su lengua aheleada, por nuestras glotonerías; sus manos y pies agujereados por nuestras malas obras y peores pasos; sus espaldas aradas con azotes por nuestros hurtos; sus hombros oprimidos con el peso de la cruz, porque echamos de los nuestros el peso de su santa ley. ¡Oh Redentor generosísimo, cuya redención es tan copiosa, que bastara para redimir infinitos mundos, si los hubiera! Aplicad esta redención á este único mundo que criasteis; pero con tal eficacia, que todos los hombres gocen de ella y se salven. ¡Oh cristiano! Mira en qué estado tan lastimoso han puesto tus pecados á este Señor. ¿Volverás á cometerlos? ¿No los llorarás arrepentido?

Punto 2.º *Padece por sus mismos perseguidores.*—Considera aquí cómo Cristo nuestro Señor padecía todos estos tormentos por los mismos enemigos que se los daban. Como buen Maestro, después de haberte leído durante su vida y predicación la lección sublime é importante de amar á tus enemigos y de hacer bien á los que te aborrecen y persiguen, quiere por sí mismo ponerla en práctica para que, si sus palabras no te convencen, no puedas ya resistir al argumento eficacísimo de sus obras. Pondera con atención cómo este divino Señor derrama su sangre preciosísima para lavar con ella los pecados que cometen sus verdugos derramándola; Él pide fervorosamente á su Padre desde la cruz, y excusa á aquellos que le están maldiciendo y blasfemando; abre las puertas del cielo á los mismos que quisieron arrojarle en las tinieblas y sombras de la muerte, y prepara su cuerpo y sangre para que un día sea comida y bebida de los que le propinan hiel y vinagre. ¡Oh, á qué extremo llega la inmensa caridad de este amante Redentor! Él ofrece su Pasión por dar esta misma caridad á los que le aborrecen, por dar honra á los que le deshonran, por dar libertad á los que le prenden, por dar descanso á los que le afligen, y por dar eterna vida á los que le

[1] Psalm. cxxix, 7. — [2] S. Bern.

dan cruel muerte. ¡Bendita sea, Salvador mío, vuestra incomprensible caridad, y glorificada sea vuestra infinita misericordia! ¡Oh! Si vuestros enemigos la conocieran, ¡cómo se confundirían de su ingratitud, y, convertidos en amigos, no cesaran de alabaros y serviros con más amor que antes os perseguían con rencor! Abrid, Señor, los ojos de los que ahora os persiguen, para que, cesando de perseguiros, traten muy de veras de serviros. Y nosotros, en vista de tal modelo, ¿nos atreveremos á pensar en venganzas? ¿No perdonaremos de corazón á los que nos hayan ofendido? ¿Conservaremos en nuestro pecho una sola chispa de rencor ó antipatía contra nuestro prójimo?

Punto 3.º *Padece por cada hombre en particular.*—Considera en este punto con toda atención y recogimiento cómo Jesucristo nuestro Señor de tal manera padecía todos los desprecios y dolores por todos los hombres del mundo, que al mismo tiempo los padecía y ofrecía en especial por cada hombre en particular, como si él solo estuviera en el mundo. Pondera cómo en aquellos dolorosos momentos tú ocupabas la mente y el corazón de Jesucristo, el cual contemplaba todos los pecados en que has caído, las debilidades y flaquezas espirituales que tienes, las miserias que te rodean y las necesidades que padeces, y, como tierno Padre, amante Médico y generoso Redentor, estaba preparando la medicina para curarte y remediarte y el socorro para librarte de todos los males que te afligen. También tú puedes decir lo que de sí decía el Apóstol san Pablo [1], hablando de Cristo nuestro Señor: «El que me amó y se entregó á la muerte por mí». ¡Oh! ¡Si tú te vieras en el corazón de tu dulce Jesús, al tiempo que padecía tan acerbos dolores, sin duda tu corazón se partiera de pena! Allí verías el desconsuelo que le causaba tu ingratitud, la tristeza que le ocasionaba tu mala correspondencia y la fatiga espantosa que sentía al considerar el poco fruto que de sus tormentos has reportado. Allí descubrirías, admirado, el amor más que de padre, hermano y esposo, que te ha profesado, ofreciendo su sangre por tu rescate, sus penas por tu dicha, su desamparo por tu eterna felicidad. ¡Oh dulcísimo y amorosísimo Redentor! ¿Qué os daré yo, miserable pecador, por lo que Vos me disteis? ¿Cómo os pagaré lo que por mí hicisteis? Estaba condenado á muerte por mis culpas, y Vos la sufrís para que yo viva; merecía ser eternamente desamparado en el infierno, y Vos queréis ser desamparado de vuestro Padre para abrirme el cielo. ¡Oh alma mía! Llora ahora tus pecados, por los cuales padece tanto el que tanto te amó, y ama con todas tus fuerzas al que tanto por ti padeció, y como si por ti solo padeciera, así alábale y glorifícale por todos los siglos. Mas, ¿qué debes hacer para esto? ¿Qué te exige el amor de Jesús?

[1] Galat., II, 20.

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta razón se admiraba el Apóstol de la caridad de Cristo nuestro Señor! Siendo Él inocentísimo, quiso padecer por los culpables; siendo impecable y purísimo, quiso ser atormentado como pecador. Apenas se halla quien se resigne á morir por la salvación de un justo de quien se hayan recibido grandes favores, y Jesucristo padece y muere por los hombres, de quienes no ha recibido más que ingratitudes. ¡Qué bondad! ¡Qué misericordia! Jesucristo muere por los mismos que le matan; da su sangre para lavar con ella á los mismos que la derraman; es atado para desatar de sus culpas á aquellos que le atan. Así cumple lo que ha mandado, á saber: que amemos á nuestros enemigos y que hagamos bien á los que nos aborrecen. ¿Comprendes el amor de Jesús? ¿Te admira su caridad? Más te admirará si recuerdas que de tal modo murió por todos en general; que también murió por cada uno en particular, y por ti, y dispuesto estaba á sufrir por cada alma lo mismo que sufrió por todas ellas, si ésta hubiese sido voluntad de Dios, y hubiese sido conveniente por la salvación de ella. ¡Qué confusión debes sentir al verte tan amado de Jesús, y tan ingrato á sus favores! ¡Qué vergüenza al verte en su divino Corazón, tan cubierto de pecados y cargado de faltas! ¿No los lloras? ¿No los enmiendas? ¿Qué debes resolver para esto? Haz propósitos, pidiendo auxilio para cumplirlos y remedio para todas las necesidades.

5.ª—AMOR CON QUE PADECE CRISTO.

PRELUDIO 1.º Jesús padeció con tal amor, que deseó que llegasen sus tormentos, los recibió con señales de contento, y estaba dispuesto para sufrirlos mayores.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo crucificado, diciéndote: «Tengo sed de padecer».

PRELUDIO 3.º Pide gracia de corresponder al amor de Jesucristo.

Punto 1.º *Jesús deseó los tormentos antes que llegasen.*—Considera la grandeza é inmensidad del amor con que Jesucristo padecía los dolores y desprecios de su Pasión. Porque no los padeció por necesidad y fuerza, sino de voluntad y porque quiso, como había dicho Isaías [1], movido del infinito amor que profesaba á su eterno Padre, cuya gloria deseaba, y del que por su respeto tenía á los hombres. Pondera cómo la primera señal de amor á los trabajos es desear que vengan presto; hablar con gusto de ellos, siempre que se presenta ocasión; refrescar su memoria con muestras de contento; entrar con alegría y gozo en el lugar donde se han de padecer; afligirse al ver que se dilata el tiempo de su llegada; reprender á aquellos que quieren estorbarlos, llamándolos adversarios suyos. Todo esto hace Jesús, como verdadero enamorado del padecer. Oye cuántas veces habla de los trabajos que ha de padecer en Jerusalén. Si le confiesa

[1] Isai., LIII, 7.

san Pedro por Hijo de Dios vivo, Él le contesta que ha de ser entregado á los príncipes de los sacerdotes para ser atormentado. Si, vestido de gloria y majestad y acompañado de Moisés y Elías, se halla transfigurado en el Tabor, allí habla de su dolorosa salida del mundo. Si el mismo san Pedro se atreve á oponerse á que acepte los amargos y duros trabajos que anuncia, oye de Él una áspera reprensión. Escucha cómo suspira [1]: «Con un bautismo he de ser bautizado. ¡Oh! Cómo me aflijo hasta que venga». Mírale subiendo apresurado á Jerusalén, en donde sabe que ha de padecer dentro de breves días; precediendo á sus Apóstoles, excitando con este paso tan desusado su admiración, y provocándoles á que le sigan por el camino de los trabajos y en el amor á los padecimientos. ¡Oh Amado mío! ¿Qué es lo que hacéis? ¿Por qué ese apresuramiento? ¿Por qué esa angustia y aflicción? ¿Por qué ese ardiente deseo? Si el bautismo por el que suspiráis fuera de agua, no me admirara que os diera pena su tardanza y dilación; mas siendo de sangre, y de sangre salida de vuestras venas con terribles penas, ¿cómo le deseáis con tantas ansias? ¡Oh alma! ¡Cuánto distas de la imitación de Jesús! ¿Tienes hambre y deseos de padecer trabajos? ¿No prefieres disfrutar de continuo y regalado descanso?

Punto 2.º *Jesús aceptó los trabajos cuando llegaron.*—La segunda muestra y señal clara del amor con que Jesús abrazó los tormentos de su Pasión, está en el modo cómo los aceptó luego de llegado el tiempo de sufrirlos. Pondera cómo muchos blasonan de los trabajos y los desean antes que vengan, y después de venidos los aborrecen y huyen de ellos. Quizá tú eres de esta clase de hombres. El amor al sufrimiento no sólo se manifiesta en el deseo que le precede, sino con mayor evidencia se demuestra en la manera de aceptarlo. El acometer los mismos trabajos, salirlos á recibir, no huir de ellos, ni impedirlos, aunque se pueda; no excusarse, ni volver por sí, ni hablar en su defensa, aunque sea provocado á ello, para eximirse de ellos; ofrecerse aparejado sin resistencia á todo cuanto quisieren hacer de él sus atormentadores, con tal modo de mansedumbre que ellos no pierdan el ánimo de atormentarle, por muchos tormentos que le den; tales son los indicios manifiestos de que hay verdadero amor al trabajo y sufrimiento. Mira ahora á Jesús cuán exactamente cumple todo esto y mucho más. Él va al huerto donde le han de prender: puede rogar al Padre que envíe legiones de ángeles para su defensa, y no quiere: da licencia á sus enemigos, que estaban postrados en tierra, para que se levanten y le prendan: entrega su rostro á las bofetadas y su cuerpo á los azotes, sin volver el rostro ni desviar el cuerpo á dolor alguno: no quiere hacer milagros para que Herodes le ampare, ni hablar en su defensa para que Pilatos le

[1] Luc., XII, 50.

suelte, aunque le provoque á ello admirándose de su silencio. Finalmente, acepta su injusta sentencia, abraza dulcemente la cruz, y se tiende en ella, dejándose enclavar con duros clavos de hierro, porque estaba ya muy más enclavado con los clavos del amor. ¡Oh amor infinito y fuego inmenso! No fueron bastante poderosas para apagaros las aguas de trabajos tan inmensos [1]; antes con ellas os encendisteis mucho más. Abrásese mi alma; Jesús mío, con este fuego, y enciéndase con este amor, á finde, que, al contemplar el modo tan admirable como recibís los trabajos cuando os llegan, no ose quejarse de las tribulaciones que la asaltan. ¿No querremos nosotros abrazarnos con la cruz? ¿Cómo nos hemos portado, y qué debemos hacer?

Punto 3.º *Jesús deseó padecer tormentos mayores.*—Considera cómo pasó muy más adelante el amor inmenso de Jesús, en dar señales de inmensidad, pues no se hartó con padecer lo que padeció, sino deseó padecer infinitamente más. Miraba las ansias con que sus enemigos deseaban inventar nuevos tormentos para afligirle, y dilatando más su amor, no solamente deseaba padecer los tormentos que le dieron, sino estaba aparejado á sufrir todos los que deseaban darle. Y aun, no contento con esto, estaba deseoso y aparejado para sufrir otros incomparablemente mayores, si fuera necesario, para nuestro bien. Pondera cómo el fuego divino que abrasa el Corazón de Jesús es un fuego que siempre arde y nunca dice basta, porque nunca quedó satisfecho, ni aun después de haber consumido la hacienda, fama, repóso y vida de aquel Señor, porque deseaba consumirlas mil veces más, si hubiera convenido. Y así, si mucho debes á Jesús por lo que por ti padeció, mucho más le debes por lo mucho más que deseó padecer por tu redención. Si recibió en sus espaldas cinco mil azotes, amor tenía para recibir cinco mil millares más crueles. Si su cabeza fué traspasada con setenta y dos espinas, su amor estaba rendido para dejarse traspasar de setenta mil de ellas. Si estuvo colgado tres horas en la cruz, con excesivos dolores, aparejado estaba para estar millares de horas con tormentos mucho mayores. Más deseó ser atormentado, que sus enemigos atormentarle; é infinitamente más amó el padecer, que todos los hombres mundanos aman el descansar. ¡Oh amantísimo Redentor! Vos dijisteis que no hay mayor amor que dar la vida por el amado; pero veo que el vuestro ha superado al de todos los amigos y padres, porque, no sólo os ha obligado á dar la vida por nosotros, sino que mil vidas hubierais dado por salvarnos. Más fuerte que la muerte es vuestro amor, á quien la muerte misma no pudo vencer, sino que anheló morir mil muertes por su amado. ¡Oh! ¡Quién me diese un amor tan insaciable, que no se viese harto de padecer por quien tanto padeció por mí con tan insaciable amor! ¿No sientes tú los afectos opuestos? ¿No te repugnan toda suerte de sufrimientos? ¿Dirás que amas á Jesús?

[1] Cant. VIII, 7.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán admirable es el amor de Jesucristo en su Pasión! Bien había dicho Isaías que padecería por su voluntad. Exteriormente parece violentado y forzado; pero, en la realidad, todo cuanto padece es porque quiere, por el amor que tiene á su Padre, cuya gloria desea, y por el que profesa á los hombres, que ha venido á salvar. Á fin de darte una señal clara de este amor, Él manifiesta vivos deseos de que llegue presto la hora de padecer, y se muestra afligido y contristado al ver que se retarda, y reprende con acritud si alguno le estorba esto. Mas, llegada la hora por Él tan suspirada, mira cómo se ofrece á sus perseguidores, presenta las manos para que las aten, no se defiende pudiendo hacerlo, abrázase con la cruz, se deja enclavar en ella, y, como sediento, apura hasta las heces el cáliz amarguísimo de su Pasión. Y, como enfermo de amor, aún no queda satisfecho, y, estando para espirar, desea sufrir nuevos tormentos, y dice: «Tengo sed», sed de nuevos azotes, nuevas espinas, nuevos clavos, nuevas injurias, nuevos dolores. Así prueba Jesucristo que el amor, y sólo el amor, le obligó á cargarse con la cruz. Así te enseña cómo debes tú portarte. Desgraciadamente, hasta ahora has obrado tal vez de un modo opuesto. Y, si no, pregúntate: ¿Deseas padecer por Jesús? Si el Señor quiere probarte con alguna tribulación, ¿cómo la recibes y soportas? ¿Qué te convendría hacer en el estado en que te hallas para imitar con perfección á Jesucristo? Medítalo con todo cuidado; forma resoluciones, grabándolas bien en tu memoria. Pide gracia para su cumplimiento, y ruega por las demás necesidades.

6.ª—SUBIDA DE JESUCRISTO Á JERUSALÉN.

PRELUDIO 1.º Al subir Jesucristo á Jerusalén á padecer, iba con paso muy acelerado; descubrió á sus Apóstoles lo que harían con Él los judíos; mas los Apóstoles no le comprendieron.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Cristo subiendo á Jerusalén y oyendo tú lo que dice.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar á Jesús en su amor al trabajo.

Punto 1.º *Jesucristo subió á Jerusalén con paso muy acelerado.*—Considera cómo, llegado el tiempo de su Pasión, Jesucristo subió á Jerusalén desde la ciudad de Efrén, en donde se había retirado, y en esta subida iba con paso tan acelerado [1], que los Apóstoles estaban como admirados, y con gran temor se esforzaban en seguirle. Pondera las causas de este nuevo modo de caminar de Cristo nuestro Señor. Quería ante todo declarar

[1] Marc., X, 32.

al mundo la prontitud de voluntad y el fervor de espíritu con que iba á padecer, sin temor de los trabajos que le esperaban en Jerusalén; y así, mientras que en las obras de suyo fáciles y gloriosas, como predicar, hacer milagros, sanar enfermos, etc., iba con su paso ordinario, á la obediencia afrentosa y penosa de su Pasión y muerte quiso ir con paso extraordinario; porque el amor de Dios, al contrario del amor propio, es como fuego y aguijón que hace correr con más fervor á la obediencia más penosa á la carne y más agradable á Dios. Conoce por aquí cómo en tus obras y trabajos eres más llevado del amor propio que del divino. Demás de esto, quiso el Salvador ir aprisa delante de todos, para significar que en materia de padecer trabajos interiores y exteriores quiso llevar la delantera á todos sus Apóstoles y discípulos, y aun á todos los hombres. En los milagros, que es cosa honrosa, dió la delantera á sus Apóstoles [1] y á otros santos; empero en los padecimientos Él quiso ser el primero, padeciendo mayor necesidad que Job, más desamparo que Lázaro y más cruel persecución que los profetas todos. Mira cuánto dista tu espíritu del de Jesús, viendo que en las honras quieres siempre ser el primero, y el postrero en las deshonras y persecuciones. Por fin, pretendía el Señor con su celeridad provocar á sus discípulos á que se esforzaran en seguirle, y así vemos que cada uno procuraba adelantarse á su compañero, para acercarse más á Jesús, venciendo el temor y el miedo que tenían con el fuego del amor que le profesaban, el cual les obligaba también á salir de su paso, provocados por su ejemplo. ¡Oh dulcísimo Jesús, que subisteis á Jerusalén á padecer tormentos con tanto fervor y prisa como si fuerais á recibir descansos! Llenad mi alma del amor divino que os sacó de vuestro paso, para que yo salga del mío, perezoso y tibio, ofreciéndome á padecer cuanto Vos quisiereis, con un espíritu ferviente, semejante al vuestro. ¡Oh, cuán opuestos son nuestros sentimientos, deseos y aspiraciones á los de Cristo! ¿Qué hemos de resolver para imitarle?

Punto 2.° *Descubre el Señor á sus Apóstoles lo que habrá de padecer en Jerusalén.*—Considera cómo en esta ocasión reveló de nuevo el divino Maestro á sus discípulos [2] que subía á padecer, explicándoles detalladamente los trabajos de su Pasión. Mira cuán presente tenía el Señor su Pasión santa; de ella había hablado á sus Apóstoles cuando san Pedro le confesó por Hijo de Dios, y á todas las turbas cuando curó al endemoniado lunático, como refiere san Lucas [3]; y como si esto no bastase, hoy vuelve á explicarla con todas sus circunstancias á sus discípulos. ¡Ah! Es que gusta de saborearse en su amargura y de beber sin cesar este cáliz tan penoso; cuando come y bebe, cuando predica, enseña y hace milagros, allí la tiene presente; y en la misma transfiguración habla de ella [1] con Moisés y Elías, como de cosa de que gustaba hablar, aunque fuese muy amarga; con lo cual te enseña á que tengas siempre presente su Pasión, gustes hablar de ella, y sea como pan, que se come con todos los otros manjares. Además, hablaba tan repetidas veces de su Pasión, para confirmar á sus discípulos en la fe y creencia de estas ignominias, que eran más dificultosas de creer que sus grandezas, y para que se apercibiesen con gran constancia para ellas. Por esto cuando es más honrado delante de sus discípulos con la confesión de san Pedro y delante de las turbas por la grandeza de sus milagros, entonces les descubre su Pasión, acordándose en el día de los bienes, como dice el Sabio [2], del día de los males, y apercibiéndoles de un día para el otro. ¡Oh Maestro soberano! Donde Vos subís quiero subir yo, porque padecer con Vos no es bajar, sino subir y medrar; y si yo voy en vuestra compañía, no tengo que temer, porque será cierta vuestra ayuda, con la cual las penas se convertirán en méritos y los dolores pararán en descanso eterno. ¿Ves, cristiano, cómo Jesús piensa en sus padecimientos, y su mayor consuelo es revolverlos en su memoria? ¿Qué haces tú? ¿Qué debes hacer?

Punto 3.° *Los Apóstoles no entendieron lo que les decía Jesús.*—Considera cómo los Apóstoles no entendían [3] lo que Jesús les decía, siendo para ellos palabra escondida y encubierta, que ni sentían, ni alcanzaban, ni se atrevían á preguntársela, y les entristecía vehementemente. Pondera cómo no todos los que oyen predicar la Pasión ó la leen, y oyen hablar de ella, la entienden, penetran y sienten, como no la entendían, ni penetraban en este tiempo los Apóstoles, que eran imperfectos; porque sentirla y penetrar los misterios y frutos de ella y las grandezas que en sí encierra es don de Dios, el cual da cuando quiere á sus escogidos, quienes deben pedírselo con verdadero fervor, por lo mucho que les interesa. Mas, reflexiona cuál fué la causa de que los Apóstoles no entendiesen lo que Jesús les decía acerca de su Pasión, y verás que no fué otra que la baja estima con demasiado temor que tenían de las injurias y desprecios, y la grande estima con demasiado amor de las honras y grandezas, teniendo por muy indigno de Cristo, cuya dignidad habían conocido, el que se sujetase á las humillaciones que les pronosticaba de su Pasión. Y ésta es la causa también por qué tú, al meditar estos misterios, te hallas seco y sin sentimiento; es que te llegas á esta meditación con disposición contraria á lo que ellos exigen. Te asemejas en esto al Apóstol san Pedro [4], que, oyendo referir á su divino Maestro los tormentos que había de sufrir, opúsose hasta el punto de decirle: «Guárdete Dios de entregarte á tales dolo-

[1] Joan., XIV, 12; S. Thom. — [2] Matth., XX, 18. — [3] Luc., IX, 44.

[1] Luc., IX, 22. — [2] Eccles., XI, 17. — [3] Luc., XVIII, 34. — [4] Matth., XVI, 16.

res». Pero Jesucristo, con grande energía y viveza, le contestó: «Vente tras Mí, Satanás; éresme escándalo, porque no sabes las cosas que son de Dios». Así te trataría Jesucristo si mirases las aflicciones y dolores enviados y ordenados por Dios, no con los ojos de la fe y sabiduría celestial, sino con la luz de la sabiduría humana. ¡Oh Maestro soberano! Vos sentíais tan altamente de vuestra Pasión, por la sabiduría del cielo con que mirabais la causa de ella, y considerabais como enemigo y adversario al que quería estorbarla, aunque con pretexto de celo y amor; desnudadme de toda sabiduría terrena, y vestidme de vuestra sabiduría celestial, para que yo sienta altamente de vuestros trabajos y de los que quisiereis que padezca por vuestro amor. ¿Comprendemos nosotros el mérito del padecer? ¿Cómo miramos la cruz de Cristo? ¿Es para nosotros escándalo ó locura, como para los judíos y gentiles, ó virtud de Dios?

Epílogo y coloquios. ¡Hermosos y saludables son los ejemplos de Jesús en su subida á Jerusalén en vísperas de su Pasión! Lleva un paso acelerado, casi precipitado, causando grande admiración á los Apóstoles, que nunca le habían visto andar de aquella manera. ¡Ah! Deseaba mostrarte las ganas que tenía de padecer por ti, y por esto corría á su Pasión con la celeridad que los mundanos á sus entretenimientos; quería demostrarte que en materia de dolores quería ser el primero, sin admitir á otro que le aventajase, ni aun igualase, entre todos los hombres pasados, presentes y por venir; pretendía despertar en sus discípulos afectos de admiración é imitación, como realmente lo logró. Admira tú también á Jesús, viéndole correr á la cruz; oye las palabras que dirige á sus Apóstoles, anunciándoles, como ya lo había hecho en otras ocasiones, los trabajos que le esperaban. ¡Cuán dulce es para Él este recuerdo! Ama á su Padre, y por esto gusta de pensar en aquello que le ha de causar suma gloria; ama á los hombres, y por esto se complace en recordar aquello que ha de ser para ellos principio de todos los bienes. Y tú, ¿cómo piensas acerca de los trabajos? ¿Acaso no entiendes ni penetras, como no penetraban los Apóstoles, el mérito, provecho y gloria que en ellos hay encerrados? ¿Qué debes sentir y pensar de ellos en adelante? Reflexiónalo; haz propósitos, pide gracia para cumplirlos, y ruega por todos.

7.ª—ENTRADA SOLEMNE DE CRISTO EN JERUSALÉN.

PRELUDIO 1.º Jesucristo quiso entrar pomposamente en Jerusalén pocos días antes de su Pasión.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús en este paso.

PRELUDIO 3.º Pide amor á los trabajos, á imitación de Jesús.

Punto 1.º *Causas porque quiso entrar con tal pompa.*—Considera las causas por qué Jesucristo determinó entrar en Jerusalén con grande pompa exterior y especiales muestras de alegría, algunos días antes de su Pasión. Quiso primeramente manifestar las ganas que tenía de padecer, y la alegría con que recibía los trabajos que le esperaban en aquella ciudad, entrando en ella con tanto regocijo, como si fuera á bodas. Causábale este gusto el celo por la gloria de su Padre que buscaba, y por la salvación de los hombres que ardientemente deseaba; y porque tú no tienes este vivo celo, se te hacen duros los trabajos. Demás de esto, para dar una prueba de que las tristezas y temores del huerto no habían de llegar á la parte superior del espíritu, sino quedarse en la parte inferior del alma, ahora, antes que sobrevengan, y teniéndolas ya delante de los ojos, quiere dar muestras exteriores de alegría, enseñándote que la suma paciencia consiste en ofrecerse con gran contento de espíritu á sufrir, no solamente trabajos exteriores, sino aflicciones interiores, en las cuales se muestra principalmente la sólida virtud y perfecta conformidad con la voluntad de Dios. Otra causa fué para manifestar que todas las injurias que hasta entonces había recibido en aquella ingrata ciudad, no habían sido poderosas para entibiar un solo grado su amor, como tampoco lo serán todos tus pecados, por enormes que sean, con tal que arrepentido te arrojes en los brazos de su misericordia. La caridad de este Señor es como un fuego encendidísimo, al cual ni todos los ríos de las tribulaciones, ni las muchas aguas de los pecados pueden apagar. Pondera finalmente la última causa de tan nueva entrada, que fué para que entiendas que padecer trabajos y desprecios por cumplir la voluntad divina y por la virtud, es cosa gloriosa y honrosa en los ojos de Dios, de los ángeles y de los justos; y así, has de entrar en ellos, no sólo con gozo, sino con muestras de honra y pompa, como quien se precia de ellos y se honra con ellos, sin avergonzarse ni correrse por ello. Mas, no paró aquí la caridad de Jesús, sino que quiso estas honras y aplausos exteriores para que después sus deshonras y afrentas fuesen mayores; de suerte que una sola vez admitió los aplausos y honras del mundo, y esta fué para que se convirtiesen en mayor ignominia suya, ordenando esta honra á su mayor deshonra. ¿Y nosotros qué juicio hacemos de los trabajos? ¿Cómo los miraremos y recibiremos en adelante? Jesús mío, gracias os doy por el hambre insaciable que tenéis de padecer ignominias, por lo cual corréis á ellas con mayor deseo y contento que los mundanos á sus alegrías y pasatiempos. Corrido estoy en vuestra presencia por la repugnancia que tengo á padecer trabajos por vuestro amor. Suplícoos, Señor, quitéis de mí esta repugnancia, y me deis tales ganas de padecer por Vos afrentas, que no se menoscaben, aunque reciba honras.

Punto 2.º *Modo de verificar su entrada Cristo en Jerusalén.*—Considera en este punto el modo cómo dispuso Cristo nuestro Señor su entrada en la ciudad. Llegando ya cerca de ella,

res». Pero Jesucristo, con grande energía y viveza, le contestó: «Vente tras Mí, Satanás; éresme escándalo, porque no sabes las cosas que son de Dios». Así te trataría Jesucristo si mirases las aflicciones y dolores enviados y ordenados por Dios, no con los ojos de la fe y sabiduría celestial, sino con la luz de la sabiduría humana. ¡Oh Maestro soberano! Vos sentíais tan altamente de vuestra Pasión, por la sabiduría del cielo con que mirabais la causa de ella, y considerabais como enemigo y adversario al que quería estorbarla, aunque con pretexto de celo y amor; desnudadme de toda sabiduría terrena, y vestidme de vuestra sabiduría celestial, para que yo sienta altamente de vuestros trabajos y de los que quisiereis que padezca por vuestro amor. ¿Comprendemos nosotros el mérito del padecer? ¿Cómo miramos la cruz de Cristo? ¿Es para nosotros escándalo ó locura, como para los judíos y gentiles, ó virtud de Dios?

Epílogo y coloquios. ¡Hermosos y saludables son los ejemplos de Jesús en su subida á Jerusalén en vísperas de su Pasión! Lleva un paso acelerado, casi precipitado, causando grande admiración á los Apóstoles, que nunca le habían visto andar de aquella manera. ¡Ah! Deseaba mostrarte las ganas que tenía de padecer por ti, y por esto corría á su Pasión con la celeridad que los mundanos á sus entretenimientos; quería demostrarte que en materia de dolores quería ser el primero, sin admitir á otro que le aventajase, ni aun igualase, entre todos los hombres pasados, presentes y por venir; pretendía despertar en sus discípulos afectos de admiración é imitación, como realmente lo logró. Admira tú también á Jesús, viéndole correr á la cruz; oye las palabras que dirige á sus Apóstoles, anunciándoles, como ya lo había hecho en otras ocasiones, los trabajos que le esperaban. ¡Cuán dulce es para Él este recuerdo! Ama á su Padre, y por esto gusta de pensar en aquello que le ha de causar suma gloria; ama á los hombres, y por esto se complace en recordar aquello que ha de ser para ellos principio de todos los bienes. Y tú, ¿cómo piensas acerca de los trabajos? ¿Acaso no entiendes ni penetras, como no penetraban los Apóstoles, el mérito, provecho y gloria que en ellos hay encerrados? ¿Qué debes sentir y pensar de ellos en adelante? Reflexiónalo; haz propósitos, pide gracia para cumplirlos, y ruega por todos.

7.ª—ENTRADA SOLEMNE DE CRISTO EN JERUSALÉN.

PRELUDIO 1.º Jesucristo quiso entrar pomposamente en Jerusalén pocos días antes de su Pasión.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús en este paso.

PRELUDIO 3.º Pide amor á los trabajos, á imitación de Jesús.

Punto 1.º *Causas porque quiso entrar con tal pompa.*—Considera las causas por qué Jesucristo determinó entrar en Jerusalén con grande pompa exterior y especiales muestras de alegría, algunos días antes de su Pasión. Quiso primeramente manifestar las ganas que tenía de padecer, y la alegría con que recibía los trabajos que le esperaban en aquella ciudad, entrando en ella con tanto regocijo, como si fuera á bodas. Causábale este gusto el celo por la gloria de su Padre que buscaba, y por la salvación de los hombres que ardientemente deseaba; y porque tú no tienes este vivo celo, se te hacen duros los trabajos. Demás de esto, para dar una prueba de que las tristezas y temores del huerto no habían de llegar á la parte superior del espíritu, sino quedarse en la parte inferior del alma, ahora, antes que sobrevengan, y teniéndolas ya delante de los ojos, quiere dar muestras exteriores de alegría, enseñándote que la suma paciencia consiste en ofrecerse con gran contento de espíritu á sufrir, no solamente trabajos exteriores, sino aflicciones interiores, en las cuales se muestra principalmente la sólida virtud y perfecta conformidad con la voluntad de Dios. Otra causa fué para manifestar que todas las injurias que hasta entonces había recibido en aquella ingrata ciudad, no habían sido poderosas para entibiar un solo grado su amor, como tampoco lo serán todos tus pecados, por enormes que sean, con tal que arrepentido te arrojes en los brazos de su misericordia. La caridad de este Señor es como un fuego encendidísimo, al cual ni todos los ríos de las tribulaciones, ni las muchas aguas de los pecados pueden apagar. Pondera finalmente la última causa de tan nueva entrada, que fué para que entiendas que padecer trabajos y desprecios por cumplir la voluntad divina y por la virtud, es cosa gloriosa y honrosa en los ojos de Dios, de los ángeles y de los justos; y así, has de entrar en ellos, no sólo con gozo, sino con muestras de honra y pompa, como quien se precia de ellos y se honra con ellos, sin avergonzarse ni correrse por ello. Mas, no paró aquí la caridad de Jesús, sino que quiso estas honras y aplausos exteriores para que después sus deshonras y afrentas fuesen mayores; de suerte que una sola vez admitió los aplausos y honras del mundo, y esta fué para que se convirtiesen en mayor ignominia suya, ordenando esta honra á su mayor deshonra. ¿Y nosotros qué juicio hacemos de los trabajos? ¿Cómo los miraremos y recibiremos en adelante? Jesús mío, gracias os doy por el hambre insaciable que tenéis de padecer ignominias, por lo cual corréis á ellas con mayor deseo y contento que los mundanos á sus alegrías y pasatiempos. Corrido estoy en vuestra presencia por la repugnancia que tengo á padecer trabajos por vuestro amor. Suplícoos, Señor, quitéis de mí esta repugnancia, y me deis tales ganas de padecer por Vos afrentas, que no se menoscaben, aunque reciba honras.

Punto 2.º *Modo de verificar su entrada Cristo en Jerusalén.*—Considera en este punto el modo cómo dispuso Cristo nuestro Señor su entrada en la ciudad. Llegando ya cerca de ella,

mandó á dos de sus discípulos á un lugar que se hallaba enfrente, encargándoles le trajesen una asna con su pollino que allí estaban atados; y colocando los discípulos sobre el último sus capas, subió en él Jesús. ¡Con qué humildad hace tu Rey su solemne entrada en la corte de su reino! En lugar de carros de cuatro caballos, un jumentillo; en vez de ricos aderezos, las pobrísimas capas de sus discípulos. Bien había pronosticado de Él un profeta [1], diciendo á la hija de Sión: «Alégrate, hija de Sión, porque tu Rey vendrá para ti justo y salvador, pobre y sentado sobre un jumentillo». Mira el bajo aprecio que debes hacer de las pompas del mundo, y lo mucho que debes estimar la pobreza, mansedumbre y humildad de Cristo. Si estas son las señales de tu Rey y de tu Señor, razón será que sean también las tuyas, ya que te precias de ser su vasallo; con ellas has de salir á recibirle cuando viene á ti en la sagrada Comunión; y con las mismas debieras presentarte cuando seas llamado á su reino. Mas pondera las circunstancias particulares de este suceso, que todas son muy instructivas. Envía dos discípulos por el jumentillo, y no uno solo, por llevar adelante la costumbre de que anduviesen acompañados, y de dos en dos, unidos en caridad. Manda que suelten los dos animales atados, y se los traigan, para significar que el oficio de los Apóstoles era soltar á los pecadores que viven vida bestial, y están atados con las sogas de sus pecados [2], y traerlos á Cristo, para que se apodere de ellos, y los rija como rige al jumento el que va montado en él. Manda que, si alguno se lo impidiere, le digan que el Señor tiene necesidad de ellos, y al instante los dejará, avisándoles que ha de haber quienes quieran estorbar su oficio, pero que tales estorbos cesarán en el nombre del Señor que les envía. ¡Oh palabra omnipotente, que así tapa las bocas y ata las manos de los que quieren impedir los mandatos del Señor! ¡Oh Rey de la gloria! ¡Qué entrada tan nueva es la que hacéis en este día! ¡Pobre, manso y humilde, sentado sobre un jumentillo! ¿Cómo no vienen los ángeles del cielo para arrebataros en un carro de fuego como á Elías? ¿Dónde está el fervoroso David, para que cante y se alegre delante de Vos como delante del Arca? Pero, ¿qué es lo que decís, Señor? ¿Que tenéis necesidad de un jumentillo tan vil y despreciado como este miserable pecador? ¡Bendita sea vuestra bondad! Yo soy el que tengo necesidad de Vos; porque sólo Vos podéis desatarme de los pecados, librarme del yugo de mi cruel amo el demonio, y ponerme bajo vuestro servicio.

Punto 3.° *Recibimiento que le hacen los judíos.*—Llegando Jesús cerca de la ciudad, á deshora, por inspiración del cielo, salieron á recibirle tropas de gente que, para manifestar su alegría, unos extendían en el suelo sus vestiduras para que sobre

[1] Zachar., IX, 9. — [2] Prov., V, 22.

ellas pasara, otros cortaban ramos de olivo, otros llevaban palmas en las manos en señal de victoria, y todos entonaban armoniosos cánticos, diciendo [1]: «Hosanna al Hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor». Mira cuán de verdad honra el Padre Eterno á su divino Hijo, con honras sólidas y verdaderas. En el pesebre, recién nacido, le envió millares de ángeles para que le alabasen, y ahora despierta ejércitos de hombres y mozos puros é inocentes para que solemnicen su entrada. Mira también la devoción de esta sencilla gente, que se quita sus capas y las tiende en el suelo para que las pise Cristo nuestro Señor en señal de reverencia, teniéndose por dichosos de que tocase sus cosas. Arroja con el mismo espíritu todas tus cosas á los pies de Cristo, para que Él haga de ellas todo lo que quisiere. Muy contraria fué la conducta de los fariseos, quienes, envidiosos de la honra que se tributaba al Señor, acudieron á Él mismo, diciéndole: «Maestro, reprende á tus discípulos y hazlos callar». ¡Cuán grande es la malicia del envidioso! Pésale del bien del prójimo, condena por malo lo que es bueno, y tiene por pasión lo que es inspiración de Dios. Huye tú de tan abominable vicio, y sigue las inspiraciones del Espíritu Santo, las cuales son de sí tan eficaces, que truecan los corazones, enseñan á los ignorantes y los mueven á glorificar á Dios, dejando á los presuntuosos y soberbios fariseos en su tibieza. Por cuyo motivo respondió Jesús á la petición de estos: «Dígoos de verdad, que si estos callaren, las piedras hablarán». ¡Oh dulcísimo Jesús, que soltasteis con vuestra inspiración las lenguas de los sencillos é inocentes, para que con gran júbilo os bendijesen y alabasen, dejando en su malicia y obstinación los duros corazones de los soberbios y envidiosos fariseos! Concededme vuestra gracia, que es poderosa para hacer de las piedras hijos de Abraham, para que con mis palabras y acciones os reconozca por mi Rey y Señor, y todas ellas sean para Vos bendición y alabanza perfecta. ¿Cómo piensas tú, alma cristiana, de Jesús? ¿Te alegra su venida, como á los sencillos israelitas? ¿Ó te llena de coraje, como á los fariseos? Mira cómo sientes de su doctrina, ejemplos y consejos.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán admirable es nuestro Salvador en todas y cada una de sus obras! Se acerca el tiempo de su Pasión; pocos días se pasarán, y será puesto en las manos de sus enemigos, y en esta ocasión quiere verificar su entrada solemne, pomposa y triunfal en aquella misma ciudad que le ha de arrojar de sí y suspenderle en un madero fuera de sus puertas. Así, de un modo palpable nos muestra el Señor cómo mira los tormentos de su Pasión, que no considera tanto como causas de tristeza, sino cual motivos de alegría, porque también ellos redundan en gloria de Dios y bien de los hombres. Así nos

[1] Luc., XIX, 38.

enseña que todas las ingratitudes de Jerusalén no han podido entibiar su ardiente caridad, y cómo el padecer por Dios y por la virtud no es cosa afrentosa, sino gloriosa. ¿Habíamos aprendido estas lecciones que nos da el divino Maestro? Fíjate en la manera de verificar su entrada. Como Rey soberano y triunfador, entra montado; pero no en carroza triunfal, sino en manso jumentillo: las músicas que acompañan su entrada son los cantares de los humildes israelitas, las alfombras que cubren el pavimento son los vestidos de las gentes sencillas, gozosas de que Jesús los pise. Verdaderamente es el Rey manso, humilde y caritativo anunciado por el profeta Zacarías. Y Él es tu Rey, y tú eres su vasallo. ¿Cómo lo recibes? ¿Qué siente tu corazón en este caso? Dos suertes de personas le rodean; pero ¡con qué diferencia! Los humildes, sencillos y mansos como Él, le reconocen, reciben y vitorean como á su Rey; los orgullosos, hipócritas y envidiosos fariseos, se contradicen y sienten pena por sus alabanzas. ¿Qué piensas tú? ¿Has llevado pesadamente alguna vez que se hablase de Jesús, que se le alabase? Medítalo, y examina los propósitos que has de hacer para enmendar tu conducta. Baja muy al particular, escudriñando con grande cuidado lo que en ti has de corregir, enmendar ó mejorar; pide á Jesús la gracia que necesitas para alcanzarlo, y ruégale por ti y por todos aquellos que se hayan encomendado á tus oraciones.

8.ª—JESÚS LLORA SOBRE JERUSALÉN.

PRELUDIO 1.º Jesucristo llora sobre Jerusalén, deplorando su ingratitud.
PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús en este paso de su Pasión.
PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber aprovechar las visitas de Jesús.

Punto 1.º *Causas que motivaron el llanto de Jesús.*—Subiendo Jesucristo á Jerusalén, rodeado de las turbas, que con extraordinario entusiasmo le vitoreaban [1], luego que divisó la ciudad, comenzó á llorar amargamente sobre ella. Entre las varias ocasiones en que lloró Jesús, ésta es la que más sorprende, y sin duda fueron muy graves las causas que motivaron este llanto tan extraño. Pondera cuán poco caso hacía Jesucristo de los aplausos y alabanzas que le tributaban los hombres, y cuán poco se le pegaba de ellos al corazón, pues que á tales honores, vítores y bendiciones responde derramando lágrimas. Muy lejos estaba de reirse y envanecerse con aquellas prosperidades quien las aguaba con lágrimas y suspiros. Pero mira, sobre todo, la infinita caridad de Jesús, de la cual procedió el gozo de entrar en Jerusalén á morir, por el bien que de allí resultaba á sus escogidos, y, juntamente, el llanto á que ahora se entrega por el

[1] Luc., XIX, 38.

mal que había de venir á los réprobos. No llora Jesús sobre sí mismo, por los trabajos que ha de padecer, sino que, olvidado de sí, llora, como dice san Lucas, sobre la desdichada Jerusalén, por los pecados que había de cometer matándole, y por los castigos que por esta causa habían de venir sobre ella; todo lo cual se le puso delante al tiempo que la vió. Mas es creíble que, así como Cristo nuestro Señor, mirando á esta ciudad de Jerusalén, en la que había algunos buenos y muchos malos, lloró los pecados de los malos y la destrucción que por su causa vendría sobre ella; así también entonces se le representaría la ciudad de este mundo y la Jerusalén terrena, donde están mezclados pecadores con justos; y mirando los pecados de los malos y los castigos que por ellos habían de venir, también lloraría sobre ellos; y, por consiguiente, lloraría sobre tus pecados, pues los tenía también presentes. Y tú, ¿no lloras los pecados que hacen llorar á Jesús? ¿Y seguirás cometiéndolos? ¿Y no harás penitencia por ellos? ¡Oh Redentor mío! Ahora veo cuán grave mal es el pecado, pues os hace llorar á Vos en medio de tanto regocijo. ¡Cuánto me pesa, Jesus mío, de la causa que os he dado y doy para que así lloréis! Deseo cuanto es de mi parte enjugar vuestras lágrimas, quitando de por medio mis pecados, que son la causa de ellas.

Punto 2.º *Jesús lamenta la ceguera de Jerusalén y pronostica sus castigos.*—Considera cómo Jesús, en medio de su llanto, apostrofó á Jerusalén, diciendo: «Si conocieses en este día las cosas que son para tu paz, y ahora te están escondidas». En las cuales palabras apunta que la causa principal de la perdición del alma es la falta de conocimiento de sus propias miserias, la cual hace que ni las llore, ni las deteste, ni remedie; y la ignorancia de la bondad de Jesús y de los medios que ofrece para la salvación, por lo cual, ni le busca á Él, ni admite éstos. ¡Cuánto importa profundizar en el conocimiento de las propias miserias y del Remediador de ellas, que es Cristo nuestro Señor, con los medios que ofrece para ello, que son creerle, amarle y obedecerle! Mira, en particular, los medios que te ofrece para la paz de tu alma, en el estado que tienes en la Iglesia ó en la Religión. Y, al propio tiempo, pondera los castigos que Jesús pronostica á Jerusalén, en pena de su enorme ingratitud. «Serás (dice) cercada de tus enemigos y apretada por todas partes y echada por tierra, sin dejar en ti piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita.» ¡Ay del alma que no conoce ni se aprovecha de la visita del Señor! Sobre ella vendrán también los castigos que anuncia Jesús contra Jerusalén. ¡Ay de ti, si menosprecias las ocasiones que se te ofrecen para tu salvación y perfección! Tus enemigos te cercarán, te derribarán, sin dejar en pie ninguna virtud sólida. Y si esto te sucede en este mundo, ¿qué será en el otro? Jesús, que tanto lloraba los cas-

tigos temporales de Jerusalén, por el grande amor que la tenía, ¡cuánto más lloraría el castigo eterno que habrá de recibir en la otra vida, cuando venga á visitarla, no con visita de misericordia, sino de justicia muy rigurosa, en el día de la cuenta! ¡Oh piadosísimo Jesús! ¡Con cuánto afecto llorabais los desventurados hijos de esta perversa Jerusalén, mirándoles cercados de los demonios, postrados en el infierno, atormentados en todas sus potencias con turbación y desorden sempiterno! ¡Oh alma! Teme no seas tú de estos desgraciados. ¿Qué has de hacer para evitarlo? ¿Cómo aprovechas las visitas amorosas del Señor?

Punto 3.º *Jesús se dirige al templo, y, al anochecer, cansado de trabajar, se vuelve á Betania.*—Considera en este punto cómo Jesucristo, en entrando en Jerusalén, luego se fué al templo [1] á dar gracias á su Padre eterno, como lo tenía de costumbre, y allí sanó á muchos ciegos y cojos, y los niños que estaban en el templo, á imitación de los otros, renovaron el cántico: «Hosanna al hijo de David». Los fariseos, indignados, le dijeron: «¿Oyes lo que dicen estos?» Respondió: «Sí, oigo. ¿No habéis leído lo que dice la Escritura [2]: De la boca de los infantes sacaste perfecta alabanza?» Pondera, por una parte, la bondad y largueza de Jesús en hacer bien á cuantos se le llegaban, ciegos, cojos y tullidos, dando con esto testimonio de quién era; y además, la eficacia de la divina inspiración en mover las lenguas de los niños para glorificar á Cristo, atestiguando sus grandezas con estas alabanzas. Y, por otra parte, la maldad de los fariseos en sacar de todo ponzoña; porque, carcomidos de la envidia, ni les enternecía la mansedumbre de Cristo, ni la grandeza de sus obras, ni las alabanzas de los niños que apenas sabían hablar. ¡Ay del hombre, cuyo corazón es presa del odio y de la envidia! Finalmente, mira cómo, habiendo estado Cristo nuestro Señor todo aquel día trabajando en predicar y hacer maravillas, siendo ya tarde, miraba á todos [3], por ver si alguno le convidaba y hospedaba en su casa, y no hubo quien se moviese á ello, por temor de los fariseos; y así se volvió con sus Apóstoles ayuno á Betania, que distaba dos mil pasos de Jerusalén. En lo cual se ve la infinita generosidad y misericordia de Dios con los hombres, y la infinita cortedad y desagradecimiento de los hombres contra Dios, y cuán poco se puede fiar de ellos. pues tan presto desampararon por temor humano al que habían recibido con tanto regocijo; cuya pena profetizó Cristo nuestro Señor al día siguiente por la mañana [4], maldiciendo á la higuera que no tenía fruta de que comiese, y al punto se secó. ¡Oh Juez justísimo! ¡Cuán justamente echaréis la maldición á los malos en el día del juicio, porque teniendo hambre no os dieron de comer, y siendo peregrino no os quisieron hospedar! No permitáis que sea yo

[1] Matth., XXI, 12. — [2] Psalm. VIII, 3. — [3] Marc., XI, 11. — [4] Matth., XXI, 19.

tan ingrato, que, recibiendo de Vos todas las cosas, os niegue lo que me pedís, aunque sea mi corazón. ¡Oh alma mía! Imita á los tiernos infantes que sin dolo y con sinceridad alaban á Jesús, y huye de la abominable y envidiosa conducta de los fariseos que quieren estorbarlo. No te impida el temor humano el convidar y hospedar á Cristo, para que Él no te deseche de su reino. ¿Qué debes hacer á este fin?

Epílogo y coloquios. ¿Á quién no sorprende y admira la conducta de Jesucristo en su entrada en Jerusalén? Rodeado de turbas qué le alaban, vitorean y llenan el aire de armoniosos cantares en su honor, prorrumpe en amargo llanto al momento que divisa la ciudad. ¡Tan poco caso hace de los aplausos de los que le acompañan! Tan encendida es la caridad que siente por aquella infeliz ciudad y por sus habitantes, que, ya entra con muestras de alegría en señal del deseo que tiene de remediarla, ya derrama lágrimas para manifestar la pena que le causa su ingratitud. ¡También por ti lloraría Jesús en esta ocasión! Previendo tus pecados, el poco caso que de sus gracias habías de hacer, derramaría tiernas y amargas lágrimas de sentimiento. ¿No te confundes de haber causado llanto al mismo Dios? ¡Ah! ¡Si hubieses conocido lo que hacías! ¡Si hubieses reflexionado acerca de los medios que ponía Jesús en tus manos para no ofenderle y para conservar la paz en tu corazón y con Dios, indudablemente te hubieras detenido! Mas no lo pensaste, ni lo meditaste, y viniste á arrojarte en el precipicio de la culpa. Levanta tus ojos á Jesús, y al contemplarle tan solícito en el templo, curando á todos y enseñando sabia doctrina, y confundiendo con perentorias razones á los fariseos, acércate á Él humildemente, y al verle cansado, sediento, muerto de hambre, ofrécete á servirle, dándole tu corazón por morada y tu sangre por refrigerio. ¿Qué debes hacer para ello? ¿Qué exige de ti? Medítalo, propón, pide gracia, y ruega por todo el mundo.

9.ª—JESÚS UNGIDO POR LA MAGDALENA.

PRELUDIO 1.º La Magdalena ungió á Jesús con precioso ungüento, lo que dió ocasión á que Judas murmurase de ella; mas el Señor la defendió.

PRELUDIO 2.º Represéntate vivamente este suceso, y que te hallas presente á él.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la devoción de la Magdalena y de huir de murmuración.

Punto 1.º *Devoción de la Magdalena en ungir á Jesús.*—Considera cómo, hallándose Jesús en un convite en Betania, se presentó María [1], hermana de Lázaro, trayendo en un vaso de alabastro una libra de ungüento muy precioso, y con él ungió al

[1] Joan., XII, 3.

tigos temporales de Jerusalén, por el grande amor que la tenía, ¡cuánto más lloraría el castigo eterno que habrá de recibir en la otra vida, cuando venga á visitarla, no con visita de misericordia, sino de justicia muy rigurosa, en el día de la cuenta! ¡Oh piadosísimo Jesús! ¡Con cuánto afecto llorabais los desventurados hijos de esta perversa Jerusalén, mirándoles cercados de los demonios, postrados en el infierno, atormentados en todas sus potencias con turbación y desorden sempiterno! ¡Oh alma! Teme no seas tú de estos desgraciados. ¿Qué has de hacer para evitarlo? ¿Cómo aprovechas las visitas amorosas del Señor?

Punto 3.º *Jesús se dirige al templo, y, al anochecer, cansado de trabajar, se vuelve á Betania.*—Considera en este punto cómo Jesucristo, en entrando en Jerusalén, luego se fué al templo [1] á dar gracias á su Padre eterno, como lo tenía de costumbre, y allí sanó á muchos ciegos y cojos, y los niños que estaban en el templo, á imitación de los otros, renovaron el cántico: «Hosanna al hijo de David». Los fariseos, indignados, le dijeron: «¿Oyes lo que dicen estos?» Respondió: «Sí, oigo. ¿No habéis leído lo que dice la Escritura [2]: De la boca de los infantes sacaste perfecta alabanza?» Pondera, por una parte, la bondad y largueza de Jesús en hacer bien á cuantos se le llegaban, ciegos, cojos y tullidos, dando con esto testimonio de quién era; y además, la eficacia de la divina inspiración en mover las lenguas de los niños para glorificar á Cristo, atestiguando sus grandezas con estas alabanzas. Y, por otra parte, la maldad de los fariseos en sacar de todo ponzoña; porque, carcomidos de la envidia, ni les enternecía la mansedumbre de Cristo, ni la grandeza de sus obras, ni las alabanzas de los niños que apenas sabían hablar. ¡Ay del hombre, cuyo corazón es presa del odio y de la envidia! Finalmente, mira cómo, habiendo estado Cristo nuestro Señor todo aquel día trabajando en predicar y hacer maravillas, siendo ya tarde, miraba á todos [3], por ver si alguno le convidaba y hospedaba en su casa, y no hubo quien se moviese á ello, por temor de los fariseos; y así se volvió con sus Apóstoles ayuno á Betania, que distaba dos mil pasos de Jerusalén. En lo cual se ve la infinita generosidad y misericordia de Dios con los hombres, y la infinita cortedad y desagradecimiento de los hombres contra Dios, y cuán poco se puede fiar de ellos, pues tan presto desampararon por temor humano al que habían recibido con tanto regocijo; cuya pena profetizó Cristo nuestro Señor al día siguiente por la mañana [4], maldiciendo á la higuera que no tenía fruta de que comiese, y al punto se secó. ¡Oh Juez justísimo! ¡Cuán justamente echaréis la maldición á los malos en el día del juicio, porque teniendo hambre no os dieron de comer, y siendo peregrino no os quisieron hospedar! No permitáis que sea yo

[1] Matth., XXI, 12. — [2] Psalm. VIII, 3. — [3] Marc., XI, 11. — [4] Matth., XXI, 19.

tan ingrato, que, recibiendo de Vos todas las cosas, os niegue lo que me pedís, aunque sea mi corazón. ¡Oh alma mía! Imita á los tiernos infantes que sin dolo y con sinceridad alaban á Jesús, y huye de la abominable y envidiosa conducta de los fariseos que quieren estorbarlo. No te impida el temor humano el convidar y hospedar á Cristo, para que Él no te deseche de su reino. ¿Qué debes hacer á este fin?

Epílogo y coloquios. ¿Á quién no sorprende y admira la conducta de Jesucristo en su entrada en Jerusalén? Rodeado de turbas que le alaban, vitorean y llenan el aire de armoniosos cantares en su honor, prorrumpe en amargo llanto al momento que divisa la ciudad. ¡Tan poco caso hace de los aplausos de los que le acompañan! Tan encendida es la caridad que siente por aquella infeliz ciudad y por sus habitantes, que, ya entra con muestras de alegría en señal del deseo que tiene de remediarla, ya derrama lágrimas para manifestar la pena que le causa su ingratitud. ¡También por ti lloraría Jesús en esta ocasión! Previendo tus pecados, el poco caso que de sus gracias habías de hacer, derramaría tiernas y amargas lágrimas de sentimiento. ¿No te confundes de haber causado llanto al mismo Dios? ¡Ah! ¡Si hubieses conocido lo que hacías! ¡Si hubieses reflexionado acerca de los medios que ponía Jesús en tus manos para no ofenderle y para conservar la paz en tu corazón y con Dios, indudablemente te hubieras detenido! Mas no lo pensaste, ni lo meditaste, y viniste á arrojarte en el precipicio de la culpa. Levanta tus ojos á Jesús, y al contemplarle tan solícito en el templo, curando á todos y enseñando sabia doctrina, y confundiendo con perentorias razones á los fariseos, acércate á Él humildemente, y al verle cansado, sediento, muerto de hambre, ofrécete á servirle, dándole tu corazón por morada y tu sangre por refrigerio. ¿Qué debes hacer para ello? ¿Qué exige de ti? Medítalo, propón, pide gracia, y ruega por todo el mundo.

9.ª—JESÚS UNGIDO POR LA MAGDALENA.

PRELUDIO 1.º La Magdalena ungió á Jesús con precioso ungüento, lo que dió ocasión á que Judas murmurase de ella; mas el Señor la defendió.

PRELUDIO 2.º Represéntate vivamente este suceso, y que te hallas presente á él.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la devoción de la Magdalena y de huir de murmuración.

Punto 1.º *Devoción de la Magdalena en ungir á Jesús.*—Considera cómo, hallándose Jesús en un convite en Betania, se presentó María [1], hermana de Lázaro, trayendo en un vaso de alabastro una libra de ungüento muy precioso, y con él ungió al

[1] Joan., XII, 3.

Señor. Dos veces hizo la Magdalena este devoto obsequio á Jesús. La primera, en su conversión, para obtener el perdón de sus pecados. La segunda fué ésta, en acción de gracias por haber resucitado á Lázaro su hermano. Y es de creer que comenzaría arrojándose á los pies de su divino Maestro, como la primera vez, y lavándolos con sus lágrimas, y limpiándolos con la mejor toalla que tenía, que eran sus cabellos, luego los ungió respetuosamente, y, cobrando nuevo ánimo, se atrevió á ungirle la cabeza, quebrando el vaso de alabastro en que estaba el ungüento, para que no quedase nada de él. ¡Oh, qué atento y contento estaría el Salvador, viendo la obra de aquella su sierva fiel y la devoción y afecto interior con que la hacía! Á imitación de esta ilustre discípula del Señor, procura ungirle dos veces; á saber: una para pagar la deuda de los pecados cometidos, y otra para agradecer los beneficios recibidos, sirviéndole con lo mejor y más precioso que tuvieres. En especial, trata de quebrantar el vaso de alabastro, que es tu cuerpo, con ejercicios de mortificación y penitencia; y con la contrición y dolor de tus pecados quebranta tus quereres y apetitos. Unge con muchedumbre de afectos y obras muy excelentes de humildad y caridad, con fidelidad y pureza de intención, primero los pies, después la cabeza de Cristo, meditando devotamente las bajezas de su humanidad, figurada por los pies, procurando imitarlas y abrazarlas con obras de mortificación; y después, subiendo á meditar las grandezas de su divinidad, figuradas por la cabeza, gozándote de ellas y agradeciendo los beneficios que proceden de ambas. ¿Ungimos nosotros á Cristo con el óleo de la devoción y el bálsamo del buen ejemplo? ¿Meditamos los misterios de su humanidad y divinidad con los afectos que á los mismos convienen? ¡Oh dulcísimo Jesús, Dios y hombre verdadero! Pues de vuestra mano he recibido lo bueno que tengo en este vaso quebradizo, yo os lo ofrezco todo, sin reservarme nada, aunque se haya de quebrar el vaso, cuando fuere menester para vuestro servicio.

Punto 2.º *Judas y los demás discípulos murmuran de la acción de la Magdalena.*—Viendo el desgraciado Judas lo que hacía la Magdalena, comenzó á decir [1]: «¿Cómo no se vendió este ungüento en trescientos dineros, y con él se podían remediar muchos pobres?» Y los demás discípulos, siguiendo el mal ejemplo del traidor, dijeron lo mismo, llevando pesadamente lo que hacía aquella devota mujer, y enojándose contra ella. En lo cual puedes considerar, cómo nunca falta quien censure y critique las buenas acciones de los prójimos. Unos, llevados de su malicia y dañada intención, como Judas; otros, por ignorancia ó buen celo, aunque indiscreto, como los otros discípulos, los cuales murmuraron también de la Magdalena, pareciéndoles que era pródiga en despreciar aquel ungüento tan precioso en cosa de que su Maestro no gustaba, como era aquella recreación de ser ungido; y que era indiscreta en no remediar con el valor de aquel ungüento muchos pobres; y también tácitamente redundaba esta murmuración en su Maestro que la permitía. Pero todos erraban en su juicio, porque no sabían ponderar el espíritu que movía á esta santa mujer á hacer tal obra, ni el que movía á Cristo á aceptarla, y por su poca devoción ó por su aprensión superficial la condenaron, y se indignaron y murmuraron de ella. De donde has de sacar aviso para nunca juzgar mal de nadie, ni echar á mala parte las obras que parecen buenas, dejando el juicio de todo esto á solo Dios, que es el verdadero juez; de otra suerte, yerras y te expones á pecar contra los prójimos y contra el Espíritu Santo, que les ha inspirado aquella obra de que murmuras. Pondera cómo es creíble que la murmuración comenzaría por Judas, el cual, con su mal ejemplo, indujo á sus condiscípulos á que hicieran lo mismo que él, para que veas cuán pestilencial es el mal ejemplo de un malo para llevar tras sí á muchos buenos, si de él no se apartan. ¡Oh Maestro soberano, que dijisteis [1]: «No queráis juzgar, y no seréis juzgados, y con la medida que midiereis á otros, seréis medidos!» Concededme ojos sencillos de paloma, para que mire á mis prójimos y á todas sus obras sin odio ni mala voluntad, y juzgue de ellos del modo que deseo ser juzgado de Vos. ¿Juzgamos nosotros torcidamente á nuestros prójimos? ¿Cómo debemos evitar tales juicios?

Punto 3.º *Jesús sale á la defensa de la Magdalena.*—Considera cómo Jesús, viendo los juicios de sus discípulos, los reprendió, diciendo: «¿Por qué sois molestos á esta mujer? Ella ha hecho una buena obra en Mí; siempre tendréis á quien hacer bien; á Mí no siempre me tendréis. Dígoos de verdad que, dondequiera que se predique este Evangelio, se dirá lo que esta mujer ha hecho conmigo». Mira las heroicas virtudes que aquí descubre Jesús. La fidelidad en defender á su sierva la Magdalena, callando ella, como ya lo había hecho otras veces [2]; porque propio es de este Señor volver por la honra de los que por su causa padecen murmuraciones, y no quieren excusarse ni defenderse, fiándose de su divina providencia. ¡Oh, si tú supieras callar en tales casos! ¡Cuánto mejor que tú mismo te defendería aquel Señor por cuyo honor padeces tales afrentas! Muestra también grande benignidad y blandura en corregir á sus discípulos y á Judas; porque, aunque vió turbada su escuela, Él no se turbó ni indignó, sino con mansedumbre les quitó los engaños que tenían y deshizo sus falsas aprensiones, aprobando aquella obra, diciendo que había sido por instinto del divino Espíritu, que movió á esta mujer para que ungiese con aquel ungüento su cuerpo vivo,

[1] Matth., XXVI, 9; Marc., XIV, 4.

[1] Luc., VI, 37. — [2] Luc., VII, 44.

porque no le podría ungir después de muerto. Manifiesta, por fin grande caridad y generosidad, con muestras de la providencia que tiene de convertir en bien [1] de sus escogidos todas las cosas que les suceden, aunque sean afrentosas; porque si la Magdalena no fuese murmurada por esta obra, no habría sido publicada ni premiada con tanta honra suya; y en premio de esta ligera afrenta que recibió, prometióla el Señor que su obra sería predicada y publicada por todo el mundo, para honra de quien la ejecutó; y así se ha cumplido, porque todos creemos que esta obra fué santa y por inspiración divina, y alabamos á la que la hizo. ¡Oh Redentor mío! Gózome de la devoción con que os obsequia esta mujer; pero mucho más alabo vuestra generosidad en premiar lo poco que por Vos hace ó padece; pues por cuatro ó seis que de esta obra murmuraron, queréis que millones de hombres la engrandezcan. ¡Oh! ¡Cuán abundantemente recompensáis, aun en este mundo, los servicios que os prestamos! ¿Cómo es que no sirvamos nosotros con mayor celo á Jesús? ¿Cómo nos atrevemos á criticar á los que le sirven?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán laudable y gloriosa fué la devoción de la Magdalena! No contenta con haber ungido á Jesús cuando de Él recibió el perdón de los pecados, se le presenta nueva ocasión, y repite esta caritativa y amorosa obra, en agradecimiento al beneficio que de Él había recibido con la resurrección de su hermano Lázaro. ¡Oh, si tú imitases á esta devota mujer ungiendo á Jesús por medio de la meditación devota de los misterios de su humanidad y divinidad, y quebrantando con la penitencia el vaso de tu cuerpo! No importa que te censuren los hombres. Tampoco pudo evitar estas murmuraciones la Magdalena, á pesar de ser guiada por el Espíritu del Señor. También ella fué juzgada desfavorablemente y criticada por Judas, y aun por los otros discípulos del Señor, los cuales, juzgando por las apariencias exteriores, tuvieron por prodigalidad lo que era un acto de la más acrisolada devoción. En cambio, Jesús, fidelísimo á su promesa de proteger á los perseguidos por su amor, defiende cuidadoso á su amante sierva, corrigiendo con blandura á sus murmuradores, y prometiéndola eterna y universal gloria por aquella acción, en recompensa de la ligera humillación que la habían ocasionado los juicios de aquellos pocos. ¿Ves cómo paga Jesús los servicios que se le hacen y las penas que por Él se sufren? ¿Observas la facilidad con que se introducen las murmuraciones en una comunidad? ¿No temerás la familiaridad y comunicación con los relajados? Medita bien todo esto, porque puede ser para ti muy provechoso; aprende las lecciones que te dan Jesús y la Magdalena; escarmienta en la malicia de Judas y en la debilidad de los Apóstoles; y para una y otra cosa, forma

[1] Rom., VIII, 28.

los propósitos prácticos que te convengan; ruega fervorosamente por ti y por todas las necesidades que te han recomendado.

10.—JUDAS VENDE Á CRISTO, SU MAESTRO.

PRELUDIO 1.° Instigado del demonio y movido de la avaricia, Judas vendió á Jesucristo.
PRELUDIO 2.° Represéntate á Judas concertando con los sacerdotes esta venta.
PRELUDIO 3.° Pide la gracia de no dejarte arrastrar de ninguna pasión.

Punto 1.° *Quién es el vendido por Judas.* — Considera cómo el primer paso de la Pasión de Jesucristo, y la primera injuria que se le infirió, fué el ser vendido por Judas á sus enemigos, y esta fué una de las mayores ignominias que Él recordó con más sentimiento después, estando cenando con sus discípulos. Acerca de este triste y doloroso suceso, debes ponderar primeramente quién es el vendido y las causas por que permite esta venta. El vendido tan injuriosamente es el mismo Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Señor de todo lo criado, cuya propiedad es ser inestimable, porque su valor es infinito; el cual, por su inmensa caridad, bajó del cielo á comprarnos con el precio de su sangre [1], y á comprar para nosotros los bienes de gracia y gloria que perdimos, y en esto gastó toda su vida, haciendo innumerables bienes á los hombres, para sacarlos de la servidumbre del demonio, á quien de su voluntad se habían vendido por el pecado. Aunque este Señor tan soberano y bienhechor de todos es vendido á traición y como si fuera esclavo, consintió, sin embargo, en ser el objeto de esta venta tan afrentosa, principalmente por dos causas. La primera, para satisfacer con ella la injuria que hiciste á Dios, vendiendo tu alma al demonio por la culpa, por la cual merecías que este Señor te hubiese mandado vender como al siervo que debía diez mil talentos [2]; pero Él, lleno de bondad, ha querido ser vendido para pagar todas tus deudas. La segunda fué para darte ejemplo de rara humildad, porque, como tomó por tu amor forma de siervo y esclavo, quiso humillarse á la suprema bajeza de los esclavos, que es ser vendidos por dineros. Por donde echarás de ver la grande obligación que tienes de amar y servir á un Señor que tales extremos de caridad ha hecho por tu bien. ¡Oh dulcísimo Jesús! ¡Qué de invenciones buscáis para humillaros, por curar mi soberbia con vuestra humildad! Bastante era que hubierais querido tomar la forma de esclavo, y sujetaros á los trabajos de ellos; mas, no quedaba satisfecha vuestra sed de humillaciones, y por esto quisisteis ser vendido como un vil siervo. Curad, Dios mío, de una vez mi soberbia, pues tanto lo deseáis, para que yo sepa imitar vuestra humildad. ¿Ves, alma

[1] Act., XX, 28. — [2] Matth., XVIII, 24.

fiel, la generosidad y humildad de Jesús? ¿Cómo practicas estas virtudes?

Punto 2.º *Quién es el vendedor de Jesús.* — Considera cómo agravan la injuria de Jesucristo las circunstancias de la persona que le vende; porque no fué algún enemigo descubierto, sino un discípulo suyo; y no discípulo de los que comúnmente le seguían, ó de los setenta y dos discípulos que le eran más allegados, sino uno de los doce que llamó Apóstoles, á quien hizo extraordinarios favores y mercedes, descubriéndole sus secretos y dándole potestad para lanzar los demonios y hacer milagros. El motivo principal que tuvo para esto fué la avaricia; por aquí comenzó su maldad; por aquí creció y llegó á la cumbre, cumpliéndose en él lo que dijo san Pablo [1], que la codicia es la raíz de todos los males, y por ella muchos faltan en la fe y se meten en grandes trabajos. Era Judas inclinado á tener dineros y cosas propias, y dejándose vencer de esta pasión en cosas pequeñas, vino á caer en otras muy grandes [2]. Porque teniendo el cargo de recoger las limosnas que daban á su Maestro, comenzó á hurtar algo [3], y gastarlo á su albedrío y en sus comodidades. Con esto principió á faltar al voto de pobreza, si es que lo tenía hecho, y así vino á perder la gracia de Dios. Y cuando la Magdalena ungió los pies de Cristo, murmuró de aquella obra tan santa, y de que Cristo la consintiese; por lo cual le aborreció, y en venganza, y para reparar la pérdida de lo que hurtara si aquel ungüento se vendiera en trescientos dineros, se decidió á venderle. Mira á qué extremo de males condujo á Judas una pasión no mortificada. Por ella cayó en hurto, quebrantamiento de un voto, murmuración, escándalo, aborrecimiento de su Maestro, en infame venta de Su Majestad y en condenación eterna. Saca de todo esto grande temor y temblor de los juicios de Dios; porque mientras estás en este mundo, no tienes seguridad de tu perseverancia, aunque muy santo y seguro parezca el lugar en donde moras. Acuérdate que Lucifer cayó en el cielo, Adán en el paraíso, y Judas, de discípulo de Jesús, vino á ser el caudillo de sus enemigos. ¡Oh Maestro piadoso! Tened de vuestra mano á este pobre discípulo, para que no caiga en las miserias de este falso apóstol. Ayudadme á combatir con ardor y decisión todas mis pasiones, á fin de que el demonio no tenga por donde asirme y no me precipite en el pecado. ¿Sentimos nosotros los estímulos de alguna pasión ó inclinación desordenada? ¿Qué debemos hacer para combatirla y extirparla?

Punto 3.º *El demonio persuadió á Judas esta maldad.*— Considera en este punto cómo el que persuadió á Judas la venta de su divino Maestro fué Satanás [4], movido, parte por el deseo que tenía de robarle el alma, y parte por el odio que tenía á

[1] I Tim., VI, 10. — [2] Eccli., XIX, 1. — [3] Joan., XII, 6. — [4] Joan., XIII, 2.

Cristo nuestro Señor, deseando quitarle la vida y sacarle de su poder aquel discípulo. En lo cual has de ponderar que la perdición de Judas, aunque de su parte comenzó por querer seguir su mala inclinación; pero creció mucho por la solicitud del demonio, que le iba atizando y soplando por momentos, luego que entró dentro de su alma; porque la pasión no mortificada es como enemigo doméstico que abre la puerta del corazón á Satanás, para que entre y le despeñe en el abismo de la maldad; y mientras la pasión dura, tiene el demonio muy segura su morada y posesión. Por donde puedes ver cómo el demonio hace de las pasiones lazos muy fuertes para enlazarte y arrastrarte á su voluntad; como el cazador que tiene atada el águila por una sola uña, fácilmente la puede quebrar las alas y cortar la cabeza; y así te importa mucho el mortificarlas y vencerlas, para que no se conviertan en instrumento de tu enemigo. Mas, pondera aquí la razón aparente con que esta serpiente astuta engañó á este miserable, coloreando la maldad de esta manera: «Tu Maestro dice que ha de morir esta Pascua, y los judíos lo desean y procuran mucho; pues ello ha de ser, y tu Maestro lo quiere, poco daño le haces en venderle; antes cumples su deseo, y de camino cumplirás el tuyo, cobrando el dinero que perdiste.» ¡Ay del hombre cegado por la pasión! Cualquiera aparente razón, si es conforme con los ímpetus de ella, basta para convencerle, como ésta convenció al desgraciado Judas; y llegará á tener por justo y santo lo que es injusto y criminal, y á mirar como un obsequio hecho á Dios la persecución y muerte de sus siervos. ¿Nos ha engañado alguna vez el enemigo, haciéndonos caer en la culpa? ¿Qué medios debemos adoptar para descubrir sus engaños y vencerle en sus ataques? ¡Oh Salvador fortísimo y sapientísimo! Pues vinisteis á echar de las almas al fuerte armado [1] que pacíficamente las poseía, y á alumbrarnos, para que conociésemos las astucias de esta infernal serpiente; dadme vuestro socorro y vuestra luz para que ni su furor me acobarde, ni su astuta malicia me engañe, sino que, descubriendo sus ardides, pelee contra él hasta vencerle.

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán profundos é inescrutables son los divinos juicios! Según lo anunciado por los profetas, el Salvador del mundo ha de ser vendido á sus enemigos. El que no tiene precio y cuyo valor es infinito, ha de ser vendido por el más vil precio. Así quiere expiar la culpa que cometimos, vendiéndole con el pecado; así quiere llegar al extremo de la humillación, queriendo pasar por todas las bajezas de los esclavos, cuya forma ha tomado, inclusa la venta. ¡Oh amor de Jesús! ¡Cuán admirable eres! Pero ¿quién será el atrevido y criminal que llegue á intentar esta venta? ¿Cuál será el monstruo que ose conce-

[1] Luc., XI, 21.

birla y aconsejarla? Judas, uno de los discípulos del Salvador, y aun de los más allegados, será el desgraciado que consienta en tamaña tentación. Estimulado por una insaciable codicia, y viéndose privado de las ganancias que pensaba hacer con el precioso ungüento que la generosa y devota Magdalena había derramado para ungir á Jesucristo, intenta reintegrarse, vendiendo á su mismo Maestro. Satanás, deseoso de quitar del mundo al Salvador, del cual temía grande ruina para su imperio, excita y aviva la pasión avarienta en Judas, le inspira razones aparentes para moverle al criminal contrato, y no cesa en sus tentaciones hasta que le precipita en el abismo del más enorme pecado. ¡Oh cuán temible y perniciosa es una pasión no mortificada! ¡Cómo sabe valerse de ella el demonio para hacernos caer! ¡Cuánto debemos recelar de nosotros mismos y de nuestros propósitos, aunque nos parezcan muy firmes, y aunque nos hallemos en un lugar en la apariencia seguro! ¿Cómo piensas tú acerca de todo esto? ¿Te domina alguna pasión? ¿Confías en ti mismo? ¿Amas desordenadamente los bienes de la tierra? Mira á Judas: de Apóstol de Jesús, ¡adónde vino á parar! Haz propósito de reformarte y vencerte, y conociendo tu flaqueza, pide auxilios al Señor, y ruégale por todas las necesidades por las que debes rogar.

II.—OBJETO Y PRECIO DE LA VENTA DE JESÚS.

PRELUDIO 1.° Jesús es vendido por treinta dineros á los príncipes de los sacerdotes, que le compran para matarle; desde este momento busca Judas la oportunidad de entregárselo.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Judas estipulando con los sacerdotes la venta de su Maestro.

PRELUDIO 3.° Pide compasión de Jesús por la afrenta que padece, y gracia para imitar su admirable mansedumbre.

Punto 1.° *Jesús es vendido á los judíos, quienes le compran para matarle.*—Considera aquí las personas á quienes es vendido Jesús, que fueron los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y magistrados del templo, al tiempo que estaban buscando una ocasión favorable para darle muerte, por la ira y rabia que tenían contra Él. No le vende el desdichado Judas á su Madre Santísima, que le compraría segunda vez, como le compró en el templo, para regalarle; ni le vende á otros discípulos ó amigos, que le compraran para libertarle y tomarle por su Señor; sino véndele á los mayores enemigos que tiene, los cuales le compran para quitarle la vida con terribles tormentos. ¡Qué injuria para Jesucristo! ¡Qué crueldad tan endemoniada en el vendedor, y qué furia tan infernal en los compradores! Pondera además la grande afrenta que resultó al Señor de esta venta en la opinión de aquella gente, y la paciencia con que la llevó, pues la estaba mirando, aunque de lejos. Es de creer que Judas, para

encubrir una cosa tan fea como era vender á su Maestro, diría de Él mucho mal á los del concilio, protestando que salía de su escuela, porque era quebrantador de la ley, enemigo de las costumbres antiguas, comedor y bebedor en los convites; que era regalado y pródigo, consintiendo que una mujer le ungiese los pies y la cabeza con un ungüento que valía trescientos dineros y otras cosas por el estilo. Las cuales oían con grande gusto aquellos sacerdotes, sin que hubiese uno sólo que saliese á la defensa de Cristo. No fué tampoco pequeña la afrenta que resultó á Cristo nuestro Señor á los ojos de aquella gente y del pueblo, que saliese de su escuela un discípulo tan codicioso y abominable, que vendiese á su Maestro, con muestras exteriores de grande aborrecimiento; de esto tomarían ocasión sus enemigos para decir: «Cual es el discípulo, tal es el Maestro». ¡Qué consuelo y conformidad han de sacar de todo esto aquellos maestros y prelados, que sin culpa suya se ven murmurados por sus súbditos, ó cuando estos no se aprovechan cual debieran de sus consejos y ejemplos! ¡Oh Maestro celestial! No permitáis que con mi mala vida, ni por mi causa, sea vuestro nombre blasfemado entre las gentes. Tenedme con vuestra mano poderosa, para que no venga á caer en tal desgracia y malicia, que, como Judas, os injurie gravemente, y aun á costa de vuestra honra quiera justificar mi pecado. ¿Hemos nosotros vendido alguna vez á Jesús con nuestros pecados? ¿Hemos pretendido excusar á costa de Él nuestras culpas?

Punto 2.° *Precio en que es vendido Jesús.*—Considera aquí el precio en que es vendido Jesucristo, que fué treinta dineros de aquel tiempo; precio vilísimo, en el cual comúnmente los judíos apreciaban á su esclavo, cuando alguno le había muerto [1]. Y esto acrecienta mucho la injuria del Salvador, pues por aquí se ve la baja estima que tenían de Él, así el que le vendía como los que le compraban. Pero fué todavía mayor la injuria que se le hizo en el modo del concierto, porque el discípulo, codicioso de algún dinero, puso el precio en la voluntad de los mismos compradores diciendo: «¿Qué me daréis, y yo os lo entregaré?» Como quien dice: Dadme lo que quisiereis, y yo le pondré en vuestras manos. Y ellos, parte por ver la codicia del vendedor, parte por la baja estima y odio que tenían de Cristo, á la primera palabra le ofrecieron los treinta dineros que se daban por los esclavos, no en satisfacción de la muerte, sino para dársela muy cruel. Mira cuán diferente es la estima que Jesús tiene de los pecadores de la que ellos tienen de Él. Ellos le venden por treinta dineros, Él los compra con su propia sangre: ellos ponen en voluntad de su carne el precio de la venta, Él pone en la voluntad de su Padre el precio de la compra. ¡Qué confusión para ti, si

[1] Exod., XXI, 32.

birla y aconsejarla? Judas, uno de los discípulos del Salvador, y aun de los más allegados, será el desgraciado que consienta en tamaña tentación. Estimulado por una insaciable codicia, y viéndose privado de las ganancias que pensaba hacer con el precioso ungüento que la generosa y devota Magdalena había derramado para ungir á Jesucristo, intenta reintegrarse, vendiendo á su mismo Maestro. Satanás, deseoso de quitar del mundo al Salvador, del cual temía grande ruina para su imperio, excita y aviva la pasión avarienta en Judas, le inspira razones aparentes para moverle al criminal contrato, y no cesa en sus tentaciones hasta que le precipita en el abismo del más enorme pecado. ¡Oh cuán temible y perniciosa es una pasión no mortificada! ¡Cómo sabe valerse de ella el demonio para hacernos caer! ¡Cuánto debemos recelar de nosotros mismos y de nuestros propósitos, aunque nos parezcan muy firmes, y aunque nos hallemos en un lugar en la apariencia seguro! ¿Cómo piensas tú acerca de todo esto? ¿Te domina alguna pasión? ¿Confías en ti mismo? ¿Amas desordenadamente los bienes de la tierra? Mira á Judas: de Apóstol de Jesús, ¡adónde vino á parar! Haz propósito de reformarte y vencerte, y conociendo tu flaqueza, pide auxilios al Señor, y ruégale por todas las necesidades por las que debes rogar.

II.—OBJETO Y PRECIO DE LA VENTA DE JESÚS.

PRELUDIO 1.° Jesús es vendido por treinta dineros á los príncipes de los sacerdotes, que le compran para matarle; desde este momento busca Judas la oportunidad de entregárselo.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Judas estipulando con los sacerdotes la venta de su Maestro.

PRELUDIO 3.° Pide compasión de Jesús por la afrenta que padece, y gracia para imitar su admirable mansedumbre.

Punto 1.° *Jesús es vendido á los judíos, quienes le compran para matarle.*—Considera aquí las personas á quienes es vendido Jesús, que fueron los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y magistrados del templo, al tiempo que estaban buscando una ocasión favorable para darle muerte, por la ira y rabia que tenían contra Él. No le vende el desdichado Judas á su Madre Santísima, que le compraría segunda vez, como le compró en el templo, para regalarle; ni le vende á otros discípulos ó amigos, que le compraran para libertarle y tomarle por su Señor; sino véndele á los mayores enemigos que tiene, los cuales le compran para quitarle la vida con terribles tormentos. ¡Qué injuria para Jesucristo! ¡Qué crueldad tan endemoniada en el vendedor, y qué furia tan infernal en los compradores! Pondera además la grande afrenta que resultó al Señor de esta venta en la opinión de aquella gente, y la paciencia con que la llevó, pues la estaba mirando, aunque de lejos. Es de creer que Judas, para

encubrir una cosa tan fea como era vender á su Maestro, diría de Él mucho mal á los del concilio, protestando que salía de su escuela, porque era quebrantador de la ley, enemigo de las costumbres antiguas, comedor y bebedor en los convites; que era regalado y pródigo, consintiendo que una mujer le ungiese los pies y la cabeza con un ungüento que valía trescientos dineros y otras cosas por el estilo. Las cuales oían con grande gusto aquellos sacerdotes, sin que hubiese uno sólo que saliese á la defensa de Cristo. No fué tampoco pequeña la afrenta que resultó á Cristo nuestro Señor á los ojos de aquella gente y del pueblo, que saliese de su escuela un discípulo tan codicioso y abominable, que vendiese á su Maestro, con muestras exteriores de grande aborrecimiento; de esto tomarían ocasión sus enemigos para decir: «Cual es el discípulo, tal es el Maestro». ¡Qué consuelo y conformidad han de sacar de todo esto aquellos maestros y prelados, que sin culpa suya se ven murmurados por sus súbditos, ó cuando estos no se aprovechan cual debieran de sus consejos y ejemplos! ¡Oh Maestro celestial! No permitáis que con mi mala vida, ni por mi causa, sea vuestro nombre blasfemado entre las gentes. Tenedme con vuestra mano poderosa, para que no venga á caer en tal desgracia y malicia, que, como Judas, os injurie gravemente, y aun á costa de vuestra honra quiera justificar mi pecado. ¿Hemos nosotros vendido alguna vez á Jesús con nuestros pecados? ¿Hemos pretendido excusar á costa de Él nuestras culpas?

Punto 2.° *Precio en que es vendido Jesús.*—Considera aquí el precio en que es vendido Jesucristo, que fué treinta dineros de aquel tiempo: precio vilísimo, en el cual comúnmente los judíos apreciaban á su esclavo, cuando alguno le había muerto [1]. Y esto acrecienta mucho la injuria del Salvador, pues por aquí se ve la baja estima que tenían de Él, así el que le vendía como los que le compraban. Pero fué todavía mayor la injuria que se le hizo en el modo del concierto, porque el discípulo, codicioso de algún dinero, puso el precio en la voluntad de los mismos compradores diciendo: «¿Qué me daréis, y yo os lo entregaré?» Como quien dice: Dadme lo que quisiereis, y yo le pondré en vuestras manos. Y ellos, parte por ver la codicia del vendedor, parte por la baja estima y odio que tenían de Cristo, á la primera palabra le ofrecieron los treinta dineros que se daban por los esclavos, no en satisfacción de la muerte, sino para dársela muy cruel. Mira cuán diferente es la estima que Jesús tiene de los pecadores de la que ellos tienen de Él. Ellos le venden por treinta dineros, Él los compra con su propia sangre: ellos ponen en voluntad de su carne el precio de la venta, Él pone en la voluntad de su Padre el precio de la compra. ¡Qué confusión para ti, si

[1] Exod., XXI, 32.

recuerdas el precio en que has vendido á Jesús y á su divina gracia! Porque ha sido un precio todavía más vil que treinta dineros. Un vil deleite de la carne, un puntillo de honra, un interesillo de hacienda: tales han sido los precios por los que has entregado á Jesucristo á tus enemigos, para que dentro de ti le crucificaran. Por lo cual puedes imaginar que Cristo te dice lo que se lee en el profeta Zacarías [1]: «Si te parece bien, sírveme por los bienes que te he hecho; y si no, déjalo, que no quiero forzarte». Y á esta tan justa petición, tú contestas vendiéndole por treinta dineros, obligándole á que te diga [2]: «¡Oh donoso precio con que me aprecias!» ¡Oh alma mía! ¿Cómo no te cubres de vergüenza, oyendo esta palabra de tu Redentor? ¡Oh Redentor mío! ¡Cuán justo fuera quitarais de mí la vara de vuestro gobierno, y me cortarais el hilo de la vida, pues tan mal me aprovecho de ella! Perdonadme, Señor, la injuria pasada, y ayudadme á que os aprecie como merecéis, de modo que podáis decir sin ironía: «¡Hermoso precio es este con que me aprecias!»

Punto 3.° *Judas y los sacerdotes esperan la oportunidad de cumplir su mutua promesa.*— Considera lo que hicieron, así Judas como los sacerdotes, después de estipulada la venta de Cristo nuestro Señor. Aquél, luego de concertado el precio, prometió cumplir lo que había ofrecido, y con gran cuidado buscaba oportunidad para hacer la entrega por cobrar el precio, y así se volvió al colegio de los Apóstoles y á la compañía de Cristo, disimulando su maldad, porque, como había perdido la fe, pensó que Cristo no lo sabría. Pero este divino Señor le admitió con tanto amor como si no supiera lo que había hecho ejercitando en esto el amor á los enemigos con grande eminencia, sin reprenderle, ni afrentarle, ni descubrir su traición. Quizá le diría: «Amigo mío, seas bien venido; ¿dónde has estado? ¿Qué has hecho?» Y á sus falsas respuestas calló con gran disimulación. Mas ¿qué sentiría el corazón de este dulce Pastor al ver entrar este lobo en medio de su rebaño, cubierto con piel de oveja, para hacer presa de su propio Pastor? Él disimula por no ser conocido, y Jesús, aunque le conoce, hace el disimulado; él viene de procurar la muerte de su Maestro, y Éste le recibe con tanto amor, como si en ello no le fuera la vida. Entretanto los príncipes de los sacerdotes quedaron contentísimos con el pacto que habían hecho, y luego mudaron de parecer; porque, habiendo resuelto de no matar á Cristo en el día de la fiesta, porque no se levantase algún alboroto en el pueblo, no quisieron perder la ocasión, y resolvieron matarle cuando Judas se le entregase, sin hacer caso de que el pueblo se alborotase. En lo cual se echa de ver, por una parte, la rabia de estos crueles enemigos, y, por otra parte, resplandece la sabiduría y providencia

[1] Zach., XI, 12.—[2] Ibid., 13.

de Dios en salir con su traza, que Cristo muriese en aquella fiesta, para que fuese sacrificado el verdadero Cordero de Dios cuando lo era el figurativo. ¡Oh Cordero inocentísimo Jesús! ¡Con cuánta razón os podemos llamar Cordero pascual, porque vuestras fiestas y pascuas son morir por librarnos de la muerte y ser sacrificado por darnos la vida; y si vuestros enemigos se dan prisa en querer mataros, mucha más prisa tenéis Vos en querer morir por ellos! Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico encendáis mi corazón con tanto fervor, que tenga por fiesta y por pascua el padecer algo por vuestro amor. ¿Hemos imitado á Judas, escandalizando á nuestros hermanos? ¿Qué siente nuestro corazón al contemplar la rabia de los sacerdotes y la benignidad de Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Qué crimen tan enorme es el de Judas! Vende á su divino Maestro, no á su Santísima Madre, que por Él hubiera dado cuanto tenía y todo el mundo; no á sus discípulos, que le hubieran comprado para hacerle su Rey y Señor. Véndele á los príncipes de los sacerdotes y escribas, enemigos jurados de Jesucristo, que habían resuelto no dejar nada por hacer á trueque de quitarle la vida con terribles tormentos. Á éstos vende Judas á su celestial Maestro, justificando su infame traición con decir mil calumnias y acusaciones contra Él. ¡Qué afrenta para Jesús al saber que de este modo era tratado por uno de sus más íntimos discípulos, y que un hombre tan monstruoso había salido de su escuela! Pero ¡cuánta mayor es su afrenta si se mira el precio por que es vendido! ¡Treinta dineros! El precio que espontáneamente quisieron dar los sacerdotes, porque á su arbitrio dejó el malvado Judas el fijarle; el mismo que se daba por un siervo cuando había sido muerto injustamente. Así es tratado Jesús. Pero por más vil precio le venden los pecadores y le vendiste tal vez tú mismo. Por un gustillo, por un interés, por salir con la tuya, por no pasar por una insignificante humillación, vendiste á Jesús y á su divina gracia, queriendo que fuese crucificado dentro de tu corazón. ¿Y no lo sientes? ¿No lo lloras? ¿No trabajarás en recobrar la gracia y en hacer revivir en ti á Cristo, á lo menos con el celo y empeño que pone Judas en realizar el contrato y terminar la venta? ¡Mírale con qué disimulo se presenta en la escuela de Jesús! ¡Mira á este Señor con qué mansedumbre le recibe! ¿Tratas tú de este modo á tus enemigos? ¿Sabes sufrir y disimular con caridad las faltas que contra ti hacen? ¡Ay, cuán lejos estás de poderte llamar con razón discípulo de Cristo! Humíllate profundamente, y suple con confusión lo que te falta de virtud; pero trata también de corregir tus defectos con firmes propósitos, fervientes coloquios y humildes súplicas para ti y para todos tus prójimos.

12.—JESÚS CELEBRA LA PASCUA CON SUS DISCÍPULOS.

PRELUDIO 1.° Llegado el día en que se sacrificaba el cordero pascual, mandó el Señor aparejar todas las cosas necesarias, y comióle con sus Apóstoles, observando todas las ceremonias prescritas para este acto.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús en este acto, cercado de los Apóstoles, entre los cuales te hallas.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber obedecer perfectamente en todo lo que te manden Dios y sus representantes.

Punto 1.° *Jesús envía á Pedro y á Juan á que preparen las cosas necesarias para celebrar la Pascua.*—Habiendo llegado el día en que se había de sacrificar el cordero pascual, salió Jesús de Betania para Jerusalén, y enviando delante de sí á Pedro y á Juan, encargóles[1] que buscasen la casa y preparasen lo necesario para el sacrificio y la comida que ordenaba la ley. Considera aquí el cuidado grande que tenía Jesús con la observancia de ésta; pues quiso ir á Jerusalén, en donde se debía comer el cordero, sabiendo que le había de costar la vida, y que allí había de ser preso y crucificado. Y como es propio de los verdaderos obedientes prevenir con tiempo las cosas necesarias para cumplir la obediencia, así quiso con tiempo prevenir lo necesario para ésta, dándote ejemplo de obediencia y de diligencia, y providencia en la ejecución de ella, para confusión de tus desobediencias, y de los descuidos y negligencias que tienes en la guarda de su santísima ley, aun en las cosas que te han de costar poco. Para hacer estos preparativos escogió Jesús á los dos discípulos que más se distinguían en la fe, amor y obediencia, que eran Pedro y Juan, y á ellos comisionó para que, con destreza y diligencia, le ayudasen en los preparativos para el sacrificio del cordero. Con lo cual te enseña que debes preparar con cuidado tu alma para recibir en la sagrada comunión al Cordero purísimo de la nueva ley, ejercitándote sobre todo en los actos de las virtudes de la fe, figurada por san Pedro, y de la caridad, figurada por el glorioso san Juan, ambas fervorosas y acompañadas con obediencia muy perfecta. ¡Oh! Si de este modo lo hicieses, ¡con qué gusto entraría Jesús en tu corazón! Medita, por fin, aquel breve y tierno recado que mandó dar al dueño de la casa. El Maestro dice: «Mi tiempo es llegado; en tu casa quiero celebrar la Pascua con mis discípulos»; el cual fué tan eficaz, que luego aquel hombre, tocado del divino Espíritu, ofreció la mejor pieza de su casa, muy bien aderezada, para que Cristo nuestro Señor celebrase allí su Pascua, sirviéndole con cuanto tenía. ¡Oh Maestro divino! ¡Cuán bien nos enseñáis la obediencia

[1] Matth., XXVI, 17; Luc., XXII, 8.

que debemos á los mandatos de Dios, previniéndonos para la ejecución de ella! Pues que tan eficaz es vuestra palabra, que hace luego lo que dice, decid á mi alma: «Mi tiempo es llegado, en tu casa quiero celebrar la Pascua»; y con esto la cambiaréis de terrena en celestial, y os ofrecerá, no sólo la pieza mejor que ella tiene, que es su voluntad, sino á sí misma toda entera, pues toda es vuestra. ¿Oyes, alma mía, la voz de Jesús? ¿Cómo te sometes á sus mandatos y consejos?

Punto 2.° *Jesús va á Jerusalén y comienza la ceremonia de la cena con vivo deseo.*—Llegada la tarde del jueves, se dirigió Jesús con sus discípulos á Jerusalén. ¡Cuán diferentes eran los semblantes de los que iban en esta ocasión por este camino! Jesucristo iba contento, porque iba á padecer y á beber el cáliz que por tantos años había deseado. Judas iba gozoso, porque se le acercaba el tiempo y ocasión de entregar al que vendió, y cobrar el precio que le ofrecieron. Los Apóstoles iban tristes por la muerte que temían de su Maestro, acordándose que les había dicho el día antes: «De aquí á dos días será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado». Embargados los ánimos de unos y otros con estos afectos, subían á Jerusalén trabando dulces pláticas, procurando el Señor con ellas moderarles la tristeza de su corazón y aliviarles el trabajo del camino. En su compañía iba Judas, fingiendo participar de los afectos de los otros discípulos, y, aunque Jesús conocía lo dañado de aquel corazón, y que él había de ser el lobo que alborotaría su rebaño, con admirable paciencia y mansedumbre sufre y calla, prefiriendo su propio tormento á la afrenta del traidor, si le descubriera, y esperando con su caritativo disimulo ganarle el corazón. Pondera cómo llegado ya á Jerusalén, y entrando en la casa y aposento dispuesto de antemano, el amantísimo Jesús se sentó á la mesa, y mirando con entrañable caridad y dulce afabilidad á los discípulos que le rodeaban, dijo aquellas tan tiernas palabras[1]: «Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros». Como si dijera: Muchos días ha que deseo grandemente este día para daros muestra de lo mucho que os quiero, comiendo con vosotros, no sólo este cordero legal, sino otro más precioso que os daré antes que padezca. ¡Oh dulcísimo y amorosísimo Jesús! Estando tan cerca vuestra amarga Pasión, ¿decís que con gran deseo habéis deseado este convite antes de veros en ella? ¿Con qué os pagaré tales deseos, sino con procurar otros tales para serviros? Si Vos deseáis comer conmigo esta última Pascua, yo también deseo mucho comerla con Vos. ¿No nos enternecen las amorosas palabras de Jesús? ¿Y no le amaremos?

Punto 3.° *Modo cómo Jesús comió el cordero pascual.*—Considera en este punto el modo cómo comió Jesucristo el cor-

[1] Luc., XXII, 15

dero pascual, guardando todas las ceremonias de la ley, y contemplando lo que significaban con sentimiento de su corazón. Mirando el cordero sobre la mesa, muerto, desollado y asado en fuego [1], se le representaría cómo había de estar tendido sobre la mesa de la cruz, muerto y desollado con cruelísimos azotes, desangrado hasta quedar sin una gota de sangre en sus venas, y asado con tormentos. Mirando cómo le despedazaban, sin quebrarle ningún hueso, se contemplaría á sí mismo descoyuntado hasta poderse contar todos los huesos de su cuerpo, pero sin que le quebrantasen las piernas como á los ladrones. Mirando la prisa como lo comían, consideraría la prisa con que descargaría sobre Él la furia de sus enemigos, para consumirle con tormentos. Gustando las lechugas amargas que con él se comían, se acordaría de las hieles y amarguras que le estaban esperando, y con las que había de ser abrevado. Y cuando se vió con el báculo en la mano, se acordó de la cruz con la que se había de abrazar y en la que había de estar enclavado. ¡Oh! ¡Cuán amarga sería para Jesús una comida que tales recuerdos le evocaba! ¡Oh! ¡Si tú supieras sazonar las tuyas con tales pensamientos! Pondera, finalmente, cómo acabada la cena legal, es de creer que Cristo nuestro Señor daría gracias á su Eterno Padre, porque se había puesto fin á aquella figura y representación, y se ofrecería gustoso á padecer todo cuanto en ella se representaba, por cumplir enteramente su voluntad, diciéndole [2]: «Padre mío, bien sé que estos holocaustos y sacrificios antiguos no te han agradado perfectamente, y que por esto me enviaste al mundo con un cuerpo apto para padecer y ser sacrificado. Ya es llegada la hora de este sacrificio; vesme aquí aparejado para cumplir tu voluntad; como lo has ordenado, así lo quiero». ¡Oh Hijo unigénito de Dios! Gracias os doy por este nuevo ofrecimiento que hacéis á vuestro Eterno Padre; bien se ve el grande deseo que tenéis de sacrificaros por los hombres, pues que no os cansáis de ofreceros repetidas veces á ello. Yo también me ofrezco á cumplir vuestra voluntad; mandadme lo que quisiéreis, ayudándome con vuestra gracia á cumplir lo que me mandareis. Y nosotros, ¿imitamos á Jesús en el modo de tomar las comidas? ¿Tenemos vivos deseos de cumplir la voluntad de Dios aun á costa de sacrificios?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien te enseña Jesús el modo de cumplir las leyes á que estás obligado! Ha llegado la Pascua en la que ha de ser sacrificado; conoce el contrato que Judas ha ajustado con sus enemigos; en esta misma festividad ha de ser entregado á éstos. Sin embargo, todos estos temores no le detienen, sino que, preparadas todas las cosas por los dos Apóstoles á quienes comisionó, sale de Betania en dirección á Jerusalén.

[1] Exod., XII, 9, 11. — [2] Psalm. XXXIX, 7.

Mira cuán previsora es la obediencia de Jesús; todo lo prepara de antemano, para poderla cumplir exactamente. Al subir á Jerusalén, ¡qué mansedumbre ostenta Jesús! Ve entre sus fieles discípulos al traidor, y calla; contempla en medio de sus ovejas aquel lobo carnicero, y disimula. ¡Qué ternura tan paternal! Los ve tristes y les consuela amorosamente. Los contempla en torno de sí, y se regala con ellos, y les manifiesta el gusto grande que sentía en comer con ellos aquella noche: «Con deseo he deseado tomar esta cena con vosotros». ¡Cómo quedarían arrobados de amor sus amantes discípulos, al oirle proferir tan dulces palabras! Pero, fija tu imaginación en Jesucristo en este instante. Mira la serenidad y dulzura de su semblante, la elevación de sus pensamientos, la consideración piadosa en que tiene ocupado su entendimiento, los interiores ofrecimientos que hace á su Eterno Padre de sufrir todos los tormentos que estaban figurados al vivo en aquel cordero que tenía delante. Y tú, ¿cómo imitas á tu Salvador? ¿Cumples con perfección las cosas que tienes mandadas? ¿Eres manso con tus enemigos? ¿Consuelas á los tristes ó les aumentas la tristeza? En las comidas, ¿cómo te portas? Fija bien tu atención en cada una de estas preguntas, y si te hallas culpable, forma propósitos muy eficaces de corregirte, y para lograrlo pide á Jesús con fervor sus auxilios y el remedio de todas las necesidades, generales y particulares, espirituales y corporales.

13 —LAVATORIO DE LOS PIES.

PRELUDIO 1.° Jesucristo, Dios y hombre, movido de su inmensa caridad, se humilló hasta el extremo de lavar los pies á sus discípulos.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús, ceñido con la toalla, lavando los pies á sus Apóstoles.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar la caridad y humildad del Señor.

Punto 1.° *Caridad de Jesús demostrada en el lavatorio.*— Considera cómo uno de los motivos que indujeron á Jesús á lavar los pies de sus discípulos, fué para darles una muestra del amor intenso que les profesaba. Por lo cual, queriendo el Evangelista referir este suceso, comienza diciendo: «Sabiendo Jesús que era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, que estaban en este mundo, amólos hasta el fin [1]». En cuyas palabras debes ponderar las admirables propiedades del amor de Jesús á los discípulos, que tenía en la tierra, y á todos los que á ellos habían de suceder. Porque primeramente los amó como cosa propia, y, por consiguiente, como á sí mismo, y en cierto modo más que á sí mismo; pues con estar

[1] Joan., XIII, 1.

dero pascual, guardando todas las ceremonias de la ley, y contemplando lo que significaban con sentimiento de su corazón. Mirando el cordero sobre la mesa, muerto, desollado y asado en fuego [1], se le representaría cómo había de estar tendido sobre la mesa de la cruz, muerto y desollado con cruelísimos azotes, desangrado hasta quedar sin una gota de sangre en sus venas, y asado con tormentos. Mirando cómo le despedazaban, sin quebrarle ningún hueso, se contemplaría á sí mismo descoyuntado hasta poderse contar todos los huesos de su cuerpo, pero sin que le quebrantasen las piernas como á los ladrones. Mirando la prisa como lo comían, consideraría la prisa con que descargaría sobre Él la furia de sus enemigos, para consumirle con tormentos. Gustando las lechugas amargas que con él se comían, se acordaría de las hieles y amarguras que le estaban esperando, y con las que había de ser abrevado. Y cuando se vió con el báculo en la mano, se acordó de la cruz con la que se había de abrazar y en la que había de estar enclavado. ¡Oh! ¡Cuán amarga sería para Jesús una comida que tales recuerdos le evocaba! ¡Oh! ¡Si tú supieras sazonar las tuyas con tales pensamientos! Pondera, finalmente, cómo acabada la cena legal, es de creer que Cristo nuestro Señor daría gracias á su Eterno Padre, porque se había puesto fin á aquella figura y representación, y se ofrecería gustoso á padecer todo cuanto en ella se representaba, por cumplir enteramente su voluntad, diciéndole [2]: «Padre mío, bien sé que estos holocaustos y sacrificios antiguos no te han agradado perfectamente, y que por esto me enviaste al mundo con un cuerpo apto para padecer y ser sacrificado. Ya es llegada la hora de este sacrificio; vesme aquí aparejado para cumplir tu voluntad; como lo has ordenado, así lo quiero». ¡Oh Hijo unigénito de Dios! Gracias os doy por este nuevo ofrecimiento que hacéis á vuestro Eterno Padre; bien se ve el grande deseo que tenéis de sacrificaros por los hombres, pues que no os cansáis de ofreceros repetidas veces á ello. Yo también me ofrezco á cumplir vuestra voluntad; mandadme lo que quisiéreis, ayudándome con vuestra gracia á cumplir lo que me mandareis. Y nosotros, ¿imitamos á Jesús en el modo de tomar las comidas? ¿Tenemos vivos deseos de cumplir la voluntad de Dios aun á costa de sacrificios?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien te enseña Jesús el modo de cumplir las leyes á que estás obligado! Ha llegado la Pascua en la que ha de ser sacrificado; conoce el contrato que Judas ha ajustado con sus enemigos; en esta misma festividad ha de ser entregado á éstos. Sin embargo, todos estos temores no le detienen, sino que, preparadas todas las cosas por los dos Apóstoles á quienes comisionó, sale de Betania en dirección á Jerusalén.

[1] Exod., XII, 9, 11. — [2] Psalm. XXXIX, 7.

Mira cuán previsora es la obediencia de Jesús; todo lo prepara de antemano, para poderla cumplir exactamente. Al subir á Jerusalén, ¡qué mansedumbre ostenta Jesús! Ve entre sus fieles discípulos al traidor, y calla; contempla en medio de sus ovejas aquel lobo carnicero, y disimula. ¡Qué ternura tan paternal! Los ve tristes y les consuela amorosamente. Los contempla en torno de sí, y se regala con ellos, y les manifiesta el gusto grande que sentía en comer con ellos aquella noche: «Con deseo he deseado tomar esta cena con vosotros». ¡Cómo quedarían arrobados de amor sus amantes discípulos, al oirle proferir tan dulces palabras! Pero, fija tu imaginación en Jesucristo en este instante. Mira la serenidad y dulzura de su semblante, la elevación de sus pensamientos, la consideración piadosa en que tiene ocupado su entendimiento, los interiores ofrecimientos que hace á su Eterno Padre de sufrir todos los tormentos que estaban figurados al vivo en aquel cordero que tenía delante. Y tú, ¿cómo imitas á tu Salvador? ¿Cumples con perfección las cosas que tienes mandadas? ¿Eres manso con tus enemigos? ¿Consuelas á los tristes ó les aumentas la tristeza? En las comidas, ¿cómo te portas? Fija bien tu atención en cada una de estas preguntas, y si te hallas culpable, forma propósitos muy eficaces de corregirte, y para lograrlo pide á Jesús con fervor sus auxilios y el remedio de todas las necesidades, generales y particulares, espirituales y corporales.

13 —LAVATORIO DE LOS PIES.

PRELUDIO 1.° Jesucristo, Dios y hombre, movido de su inmensa caridad, se humilló hasta el extremo de lavar los pies á sus discípulos.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús, ceñido con la toalla, lavando los pies á sus Apóstoles.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar la caridad y humildad del Señor.

Punto 1.° *Caridad de Jesús demostrada en el lavatorio.*— Considera cómo uno de los motivos que indujeron á Jesús á lavar los pies de sus discípulos, fué para darles una muestra del amor intenso que les profesaba. Por lo cual, queriendo el Evangelista referir este suceso, comienza diciendo: «Sabiendo Jesús que era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, que estaban en este mundo, amólos hasta el fin [1]». En cuyas palabras debes ponderar las admirables propiedades del amor de Jesús á los discípulos, que tenía en la tierra, y á todos los que á ellos habían de suceder. Porque primeramente los amó como cosa propia, y, por consiguiente, como á sí mismo, y en cierto modo más que á sí mismo; pues con estar

[1] Joan., XIII, 1.

tan cercano á la muerte, como olvidado de sí y de sus trabajos, todo se ocupó en regalarlos, y perdió su vida por la vida de ellos [1], tomando los pecados y miserias de sus escogidos como suyos [2], y pagando con su muerte las deudas que ellos debían. Su amor fué, en segundo lugar, perseverante hasta el fin; amólos mientras vivió en esta vida, y hasta que llegó el fin de ella; y amólos mientras vivieron, hasta que llegó para ellos su fin; y hasta el fin del mundo amará á todos los que sean suyos. Fué, además, un amor sin medida, sin tasa, hasta el fin donde puede llegar el amor, haciendo y padeciendo por ellos lo sumo que podía y convenía hacer y padecer, y deseando mucho más sin fin, si fuera necesario para su remedio. Fué, por último, para el fin; esto es, amándolos para el fin á que fueron ordenados, que es amarle y servirle en esta vida mortal, y gozar de Él en la vida eterna. No los amó para darles riquezas, ni honras ó regalos temporales, porque no era este su fin, sino para darles los bienes de gracia con que alcanzasen el fin de la gloria. Este mismo amor que Jesús profesó á sus discípulos continúa profesándolo á todos aquellos que le reconocen por su Señor y Maestro; de modo que te ama á ti como á cosa propia, con un amor constante, intenso y con deseo de hacerte eternamente feliz. ¿Cómo correspondes tú al amor de Jesús? ¿Ignoras que amor sólo con amor se paga? ¡Oh Amado mío! ¡Si yo os amara como me amáis! ¡Si os amara como á cosa mía, con perseverancia, con intensidad y para el fin que me amásteis! ¡Oh! ¡Cuántas veces por mis pecados he renunciado voluntariamente á vuestro amor, prefiriendo una vil criatura á Vos, Señor de cielos y tierra, amador infinito!

Punto 2.° *Humildad profunda de Jesús en el lavatorio.*—Considera cuán profunda y excesiva fué la humildad que ejercitó Jesús al lavar los pies á sus discípulos; porque tanto mayor es la humillación, cuanto más alto es el que se humilla; y tanto la humildad es más heroica, cuanto es más excelente la persona en quien se halla. Mira, pues, en Cristo nuestro Señor lo que tiene en cuanto Dios y lo que tiene aquí en cuanto hombre. En cuanto Dios, está en el cielo en medio de innumerables ángeles, que, postrados á sus pies, le adoran; en cuanto hombre, está en un pobre cenáculo y en medio de unos viles pescadores, y postrado á sus pies para lavárselos: en cuanto Dios, está vestido de hermosura y ceñido de fortaleza, criando con sus manos todas las cosas; en cuanto hombre, está desnudo de sus vestiduras, ceñido con un lienzo, y con sus manos lava los pies lodosos de sus criaturas. Pondera en particular lo que ponderó el Evangelista, que este Señor, que así se humilla, es infinitamente sabio, á quien nada se le esconde, ni la excelencia de su persona, ni la maldad del discípulo que le vende, ni la vileza y cobardía de los otros que tiene

[1] Isai., LIII, 12. — [2] Psalm. XXI, 1.

delante. Es infinitamente poderoso, porque el Padre Eterno puso en sus manos y potestad todas las cosas, comunicándole su omnipotencia en cuanto Dios por la eterna generación, y en cuanto hombre por la unión hipostática al Verbo. Es también Hijo natural de Dios, de quien nació *ab aeterno*, y vino al mundo para remediarle, y después de muerto volverá á Dios á sentarse en su trono á la diestra de su Padre; y con saber todo esto claramente, quiso humillarse á esta obra; de suerte que no se humilló por ignorancia de lo que era, ni por fuerza que otro le hiciese, ni por ser de baja ralea, ni por tener bajos intentos y fines, sino sólo porque quiso humillarse y tomar forma de siervo por tu amor, cumpliendo perfectísimamente aquel consejo del Sabio, que dice [1]: «Cuanto fueres más grande, humíllate en todas las cosas». ¡Oh Jesús, infinitamente sabio y poderoso! ¿De dónde á Vos tan excesiva humillación? ¿Vos á los pies de vuestros discípulos, y del mismo Judas? ¿Vos haciendo una obra propia del más vil siervo de la casa? ¡Oh hombre! Al contemplar tal humildad en Jesús, ¿te atreverás á ensoberbecerte, siendo tú hijo de ira, polvo y ceniza, flaco é ignorante, esclavo del demonio por el pecado? ¿No llegará á hundir tu orgullo la excesiva humildad de Jesús? ¿No procurarás imitarla?

Punto 3.° *La humildad de Jesús en el lavatorio fué amorosa y diligente.*—Considera cómo la humildad de Jesucristo en el lavatorio no fué solamente profunda y excesiva, sino también fué amorosa y diligente, haciendo toda esta obra por sí mismo, sin ayuda de otro, en señal de amor. Él mismo se desnuda y ciñe; Él echa el agua en la bacía y la lleva donde están sus discípulos, y se postra en tierra, y les lava, no las manos, sino los pies, muy polvorientos y lodosos; y Él mismo amorosamente se los limpia con la toalla con que está ceñido, regalándose y saboreándose en hacer todo esto por su persona, enseñándote á ejercitar las obras de humildad y caridad por ti mismo, gustando más de hacer que de mandar, y haciendo la obra humilde, sin mezcla de cosa jactanciosa. Pondera también cómo, aunque fué grande la humildad de esta obra exterior que ejecutó el Señor, mucho mayor fué la humildad que en ella se representaba; la cual ejercitó contigo y con todos los hombres. Porque Él, por tu causa, siendo Hijo de Dios, se apocó á sí mismo, tomando forma de siervo [2], y se desnudó las vestiduras de su gloria y grandeza, ciñéndose con carne mortal y pasible, sujeta á grandes penalidades; y en el monte Calvario consintió en ser desnudado de sus vestiduras con grande ignominia, y allí derramó, en lugar de agua, toda la sangre preciosísima de sus venas, depositándola en los Sacramentos que ordenó para lavarte de tus culpas; y porque tú quedases limpio, quiso que el purísimo lienzo de su humanidad,

[1] Eccli., III, 20. — [2] Philip., II, 7.

con que se ciñó, quedase en la apariencia sucio y manchado con ella; y no se contentó con limpiarte una sola vez con este precioso baño, como una sola vez lavó á sus Apóstoles, sino que dispuso que este baño estuviera siempre preparado para que pudieses acudir á lavarte todas cuantas veces tuvieras necesidad de ello. ¡Oh Dios eterno! ¿Con qué os pagaré lo mucho que por mí habéis hecho, y las humillaciones á que os habéis sujetado? Deseo por vuestro amor desnudarme de toda grandeza temporal, y ceñirme con rigor de penitencia, y derramar toda mi sangre, cargándome con las penas de que os cargasteis por mis culpas; y después que hubiere hecho todo esto, diré [1] que soy siervo sin provecho, pues no hago la mínima parte de lo que hizo mi Señor. ¡Oh alma! ¿No lograrán estos ejemplos de tu Maestro destruir la repugnancia que sientes á la humildad y penitencia? ¿Será en adelante diligente y amorosa tu humildad, como la de Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán eficazmente demostró Jesús el amor que profesaba á sus discípulos, al lavarles los pies! Humillóse hasta un punto tal, que jamás nadie lo hubiera podido imaginar. Verdaderamente su amor es infinito en todos conceptos. Si miras él dechado de él, es el que se profesa á sí mismo; si la duración, cuanto es de su parte, es eterno; si la intensidad, llega al último límite á que puede llegar; y si la intención, es la felicidad eterna del amado, no su interés propio, ni un bien temporal, sino la dicha perdurable. ¿Quién no amará á un Señor que tanto le ama, y que, movido de este amor, ha consentido en sujetarse y abrazar las mayores humillaciones? Contémplale á los pies de sus discípulos y del mismo Judas. ¿Quién lo creyera? ¿Es acaso aquel Dios de la Majestad, sentado en trono de gloria, adorado de millones de espíritus soberanos? ¿Es aquel Rey poderoso que rige los pueblos con cetro de hierro? ¿Es aquel Hijo de Dios, sapientísimo, poderosísimo, en cuyas manos ha puesto el Padre todas las cosas, y que dentro de poco, triunfante y glorioso, subirá á lo más alto del cielo? Él es, y, sin embargo, mírale cómo por sí mismo, amable y cariñoso, toma en sus manos la bacía y se aproxima á los pies de cada uno de sus discípulos, y los lava y limpia y besa con muestras de la más extraña humildad y caridad. ¿No te confunde el ejemplo de Jesucristo? ¿No te aficionarás á practicar con mayor constancia y perfección estas dos excelentes virtudes? ¿Cómo lo has hecho hasta el presente? ¿Qué debes hacer en adelante? ¡Ah! No adelantas en el espíritu, porque te falta humildad, que es el fundamento; eres débil é inconstante, porque tienes poca caridad, la cual es fuerte como la muerte. Trata ya de remediar tan grave mal, proponiendo eficazmente lo que te convenga, y pidiendo gracia para cumplirlo, sin olvidar las cosas que tienes encomendadas.

[1] Luc., XVII, 10.

14.—RESISTENCIA DE PEDRO AL LAVATORIO DE LOS PIES.

PRELUDIO 1.° Pedro se resistía á dejarse lavar, pero amenazado por Jesús, consintió en que le lavase.

PRELUDIO 2.° Represéntate este suceso.

PRELUDIO 3.° Pide á Dios prudencia y discreción en el ejercicio de las virtudes.

Punto 1.° *Pedro no consiente en que le lave los pies su Maestro.*—Admirado grandemente el apóstol san Pedro de ver á Jesucristo que se le acercaba para lavarle los pies, prorrumpió en estas sentidas palabras: «Señor, ¿Tú me lavas los pies?» Considera cómo en estas palabras descubrió este fervoroso apóstol la viva fe que tenía de las grandezas de Jesús, y de su propia bajeza, y de la vileza de la obra á que su Maestro se humillaba; porque fué como decir: «Tú, Dios infinito, Criador de cielos y tierra, Señor de los ángeles y de los hombres, á mí, criatura tuya, esclavo tuyo, pecador vilísimo y asquerosísimo, con esas manos que dan vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos, quieres lavar, no mi cabeza ó mis manos, sino mis sucios y miserables pies. Así deberás tú imitar á este ilustre discípulo, sintiendo altamente de Jesucristo, y muy bajamente de ti. Mas oyendo Jesús á Pedro, y enderezándole á lo que convenía, respondió: «Lo que Yo hago no lo entiendes ahora; después lo entenderás»; como si dijera: «Esto que hago, tiene misterio que no alcanzas; Yo te lo descubriré después; ahora déjate gobernar». Respondió Pedro: «No me lavarás jamás los pies». Á lo que Cristo contestó: «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo». En todo lo cual puedes ponderar lo mucho que ofende á Cristo cualquiera desobediencia y rebeldía, y cualquier asomo de pertinacia en tu propio parecer, aunque sea con capa de humildad y reverencia, pues este solo vicio bastó para que dijese á Pedro aquella tan terrible amenaza: «No tendrás parte conmigo», esto es, no serás mi discípulo, ni te tendré en mi escuela y compañía, ni te admitiré á la herencia de mi reino. Aprende á no resistir por ningún título á la voluntad de Dios y de tus superiores, y á rendir tu juicio y voluntad al primer aviso y á la primera corrección de amor, antes que venga la segunda corrección de amenaza y temor. Convéncete igualmente de la necesidad que tienes de que Jesucristo te lave y limpie de tus culpas; pues si Él no te lava, no tendrás parte con Él. Y á esta causa no dijo: «Si no te lavare los pies», antes dijo: «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo». ¡Oh Salvador del mundo! Confieso que estoy sucio y manchado con innumerables pecados, de los cuales no me puedo lavar, porque el pecar fué mío, y el perdonar es vues-

tro. Lavadme más y más de ellos [1], y después que me hubiereis lavado, lavadme de nuevo para tener mayor parte con Vos, con mayor seguridad de nunca perderos. ¿Deseamos nosotros que Jesús nos lave? ¿Cumplimos lo que Él nos manda y nos sometemos á lo que ordena?

Punto 2.º *Pedro, asustado de la amenaza de Cristo, consiente en ser lavado.*—Oyendo Pedro la terrible amenaza de Jesucristo, respondió al instante: «Señor, no solamente los pies, sino lavadme también manos y cabeza». En lo cual has de considerar el grande amor que tenía este apóstol á Cristo nuestro Señor, y la grande estima que tenía de estar siempre con Él, y lo mucho que hubiera sentido apartarse de su compañía. Porque fué como decir: Señor, si para tener parte contigo es menester que me laves, lávame, no solamente los pies, sino manos y cabeza. De aquí has de aprender á rendirte á Dios y á tus superiores, siquiera por el temor de que Dios no te aparte de sí, aunque este temor no es servil y de esclavos, sino filial y de muy justos, porque es rendirse á Dios por no carecer de Dios. Y á esta causa no dijo Cristo á Pedro: Si no te lavare, te echaré en los infiernos, sino no tendrás parte conmigo, como quien deseaba ser obedecido por temor casto, y no por temor de esclavos. Oye la contestación de Jesús á las palabras de Pedro: «El que está lavado no tiene necesidad, sino de lavar los pies, porque todo está limpio; vosotros estáis limpios, aunque no todos»; porque sabía quién le había de entregar. En cuyas palabras pretendió enseñarte que quien está lavado, por el bautismo ó la penitencia, de las culpas mortales, aunque está todo limpio, porque tiene la limpieza necesaria para estar en amistad y gracia de Dios; pero tiene necesidad de lavarse los pies de los afectos terrenos y de las aficiones mundanas que se le pegan, tratando en las cosas de la tierra; y estas culpas aunque ligeras, también te impiden el tener parte en Cristo, porque sin purificarte de ellas no podrás entrar en la gloria, y sólo pueden limpiarse y lavarse con la sangre de Jesucristo. Mira, pues, con horror toda clase de culpas, aunque sólo sean veniales, y vive con un santo temor acerca del estado de tu alma, acordándote de la última palabra del Señor, que, para avisar secretamente á Judas, y para que todos desconfiasen de sí, dijo: «Vosotros estáis limpios, aunque no todos». ¡Oh sapientísimo Jesús! Vos, que penetráis el corazón del hombre, sabéis cual está mi alma delante de Vos; porque aunque mi conciencia no me remuerde, no por esto estoy justificado. Por la benignidad y humildad con que lavasteis á vuestros Apóstoles, os suplico lavéis mis pies de los malos afectos y desordenados pasos; mis manos de sus acciones y desobediencias, y mi cabeza de todos los malos pensamientos y deseos, de modo que quede limpio delante de Dios.

[1] Psalm. L, 4.

Punto 3.º *Lavatorio de Judas, y exhortación de Jesús á sus discípulos.*—Prosiguiendo Jesús en su ejercicio de humildad, llegó adonde estaba Judas; y puesto á sus pies, comenzó á lavárselos y los limpió con el lienzo como á los demás, y aun con algunas muestras de mayor caricia y amor para enternecerle. Pondera cómo, mientras le estaba lavando, le hablaría al corazón, y le diría: «¡Oh Judas, discípulo y apóstol mío; ¿qué te he hecho Yo, que así me aborreces y tratas de venderme? Si te lavo los pies, mira que deseo vivamente lavarte las manchas del alma; no rehuses que te lave, porque de otro modo nunca tendrás parte conmigo». Y estas palabras diría con tal ternura, que, al decirlas, derramaría lágrimas de sus ojos por la dureza y miseria de aquella alma, y las mezclaría con el agua de la bacía, lavándole también con ellas; pero nada aprovechó, porque tenía el corazón obstinado y poseído de Satanás. ¿Quién no tiembla al ver la dureza del corazón de Judas? ¿Quién no se anima al amor de los enemigos, viendo las finezas de Jesús con este tan malvado discípulo? Considera, por fin, cómo Jesús, terminado el lavatorio, se levantó, y exhortando á sus discípulos á la imitación de lo que Él acababa de hacer, les dijo: «Si Yo, siendo vuestro Maestro y Señor, os he lavado los pies, ¿cuánto más vosotros debéis lavar los pies unos á otros?» Fíjate bien en esta razón, que no la puede haber más poderosa, y escucha otra palabra del Señor, que dijo: «Si sabéis estas cosas, seréis bienaventurados si las hiciereis». No basta que sepas los ejemplos de Cristo; es indispensable, para tu bienaventuranza, que los imites. ¡Oh bienaventuranza mía! Gracias os doy cuantas puedo, porque me habéis dado que conozca vuestros brillantes ejemplos. No permitáis que sea tan desgraciado que, sabiéndolos, no los imite; antes concededme la gracia que medite constantemente lo que hicisteis, y obre siempre como deseáis. Perdonad mis yerros pasados, y alentadme para que me enmiende de ellos, y merezca ser del número de vuestros escogidos. ¿Imitamos los ejemplos de Jesús? ¿Nos contentamos con saberlos? ¿No tememos por nosotros al ver la dureza de Judas?

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta razón se admira Pedro al ver que Jesús se le postra á los pies para lavárselos! Es el mismo Dios infinito, Hijo del Eterno Padre, puesto á los pies de un pobre pecador. ¡Cuán grato sería para el Señor el sentimiento humilde que inspiraba á su Apóstol aquellas palabras: «Señor, ¿Tú me lavas los pies?» Mas la humildad consiste en un medio, y no puede estar en pugna con ninguna otra virtud, por lo cual al resistirse ya positivamente, y al oponerse á la voluntad de Jesús, se hizo Pedro merecedor de la áspera repulsa de su divino Maestro, el cual quiso enseñar con esto que el súbdito debe someterse á la obediencia, aunque honrosa, mientras que no sea la cosa ostensiblemente mala. Mas ¡qué temor tan vivo tiene Pedro de

separarse del Señor! Al punto que oye esta amenaza, rinde su juicio, doblega su voluntad, y con la mayor sumisión accede á la indicación de Jesús. Así debes tú rendir tu juicio y voluntad á la de Dios y de sus representantes. Mira á Jesús á los pies de Judas, y admírate grandemente, y adora los altos juicios de Dios, y teme tu propia obstinación. ¡Qué humillación en Jesús! ¡Qué desgracia la del infeliz Judas! ¡Qué dureza en su corazón! ¿Quién no temblará ante estos juicios soberanos de Dios? Vuelve sobre ti el pensamiento, y escudriña si cumples lo que dice el Señor: Os he dado ejemplo para que hagáis lo que he hecho. ¿Cuál ha sido tu proceder en tus años pasados? ¿Qué debes hacer en lo por venir? No serás bienaventurado por saber lo que hizo Cristo, sino por practicarlo. Examina, pues, lo que te conviene resolver para esto; y á fin de conseguirlo, propón con firmeza, pide con confianza, y en amorosos coloquios ruega por ti y por todo el mundo.

15.—JESÚS DESCUBRE Á SUS APÓSTOLES QUE ENTRE ELLOS HAY UN traidor.

PRELUDIO 1.º Estando Jesús sentado á la mesa, turbóse, y dijo á sus Apóstoles que uno de ellos le había de entregar, lo cual entristeció á todos y moviólos á que preguntase cada uno si era él el traidor.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús y á los Apóstoles en este paso.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de no entregar jamás á Jesús por el pecado.

Punto 1.º *Turbación de Jesús y revelación del traidor.*— Estando Jesús sentado á la mesa, turbóse de improviso, y dijo á los Apóstoles que uno de ellos le había de entregar. Considera aquí la causa de esta turbación y sentimiento interior de Jesucristo, que fué por ver allí entre los suyos á Judas, hombre perverso, impenitente y reprobado, el cual, aunque era solo, bastaba para turbarle, entristecerle y aguarle el contento que allí tenía con tantos buenos y escogidos, no porque aborreciese la persona en sí misma, sino porque sumamente aborrecía su maldad, y sobre todo, su abominable ingratitud, después de haber recibido de Él tantos beneficios. Esto quiso declarar con grande ponderación, diciendo [1]: «Uno de vosotros me ha de entregar;» que es decir: uno de vosotros, á quien Yo tomé por Apóstol, y descubrí mis secretos, y di potestad de hacer milagros, y he lavado los pies, y dádole á comer mi cuerpo y á beber mi sangre, comiendo conmigo en un plato, éste me ha de entregar á la muerte. ¡Cuán sentimentales son todas estas palabras de Jesús! Mas, pondera las causas que movieron al Señor á decirlas delante de los Apóstoles, las cuales fueron dos: La primera, para que

[1] Matth., XXVI, 21.

todos entendiesen que era Dios y que conocía todo cuanto contra Él se tramaba, lo cual contribuía á hacer más amarga su pasión. La segunda, para convertir á Judas, movido de la compasión que le inspiraba la desgracia de este miserable. Y así le dijo, hablando con todos en general, y dirigiéndose interiormente á él en particular, que conocía bien sus ocultos pensamientos y malos tratos, y, por consiguiente, que era su Dios y su juez, á quien nada se ocultaba; deshizo el vano pretexto con que pretendía excusar su maldad, fundándose en la necesidad de la muerte de Jesús, y que Él mismo la quería, diciendo: «El Hijo del hombre ha de morir, como está decretado; mas, ¡ay del que le entregare!» Por fin, le amenazó con terribles castigos, diciendo: «Mejor le estuviera no haber nacido, que cometer este pecado, por el cual será condenado al fuego eterno, donde deseará no ser, por no padecer tales tormentos, y no le será concedido. ¡Oh Jesús mío amantísimo! Por aquella turbación que experimentasteis al ver delante de Vos al desgraciado Judas, os suplico que con mis ingratitudes no ponga jamás la causa de vuestra turbación y tristeza. Abrid los ojos de mi entendimiento para que, penetrando las razones que disteis á aquel mal discípulo, llore mis culpas, deteste mis pecados, y haga condigna penitencia de ellos. ¿Hemos acaso nosotros turbado á Jesús con nuestras culpas? ¿No nos moverán á aborrecerlas las poderosas razones de Cristo?

Punto 2.º *Temor de los Apóstoles al oir las palabras de Jesús.*—Considera aquí el efecto que causaron las palabras de Jesús á los Apóstoles y lo que hizo el Señor en este caso. Los Apóstoles se entristecieron grandemente y comenzaron á preguntarle cada uno: «Maestro, ¿soy, por ventura, yo?» Propio es de buenas almas el temer culpa donde no la hay, porque temen tanto el pecado, por el grande amor que tienen á Dios, que no querrían ver su sombra ni oir que entre ellos hubiese rastro de él. ¡Oh! ¡Quién tuviera tan entrañado en el corazón el amor de Jesucristo, que temblase de sólo pensar que puede ofenderle! Jesucristo, con su acostumbrada mansedumbre, caridad y providencia, no quiso publicar al traidor, porque todavía estaba oculto, y porque no fuese ocasión de que los Apóstoles se alborotasen contra él, dándote ejemplo de encubrir los pecados del prójimo, aunque se hayan presto de descubrir, como también de quitar cualquier ocasión de discordia y alboroto en la comunidad ó casa donde estás. Con todo, lo descubrió á dos personas, que fueron al mismo Judas, el cual, con grande desvergüenza, por encubrir su delito, preguntó, como los demás, si era él, y Jesús, con voz baja, de modo que no lo oyesen los demás Apóstoles, le contestó: «Tú lo dices»; que fué decirle: tú eres el que me ha de entregar, y por ti he dicho todo esto; á tiempo estás de arrepentirte, si quieres que Yo te perdone. La otra persona á quien

separarse del Señor! Al punto que oye esta amenaza, rinde su juicio, doblega su voluntad, y con la mayor sumisión accede á la indicación de Jesús. Así debes tú rendir tu juicio y voluntad á la de Dios y de sus representantes. Mira á Jesús á los pies de Judas, y admírate grandemente, y adora los altos juicios de Dios, y teme tu propia obstinación. ¡Qué humillación en Jesús! ¡Qué desgracia la del infeliz Judas! ¡Qué dureza en su corazón! ¿Quién no temblará ante estos juicios soberanos de Dios? Vuelve sobre ti el pensamiento, y escudriña si cumples lo que dice el Señor: Os he dado ejemplo para que hagáis lo que he hecho. ¿Cuál ha sido tu proceder en tus años pasados? ¿Qué debes hacer en lo por venir? No serás bienaventurado por saber lo que hizo Cristo, sino por practicarlo. Examina, pues, lo que te conviene resolver para esto; y á fin de conseguirlo, propón con firmeza, pide con confianza, y en amorosos coloquios ruega por ti y por todo el mundo.

15.—JESÚS DESCUBRE Á SUS APÓSTOLES QUE ENTRE ELLOS HAY UN traidor.

PRELUDIO 1.º Estando Jesús sentado á la mesa, turbóse, y dijo á sus Apóstoles que uno de ellos le había de entregar, lo cual entristeció á todos y moviólos á que preguntase cada uno si era él el traidor.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús y á los Apóstoles en este paso.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de no entregar jamás á Jesús por el pecado.

Punto 1.º *Turbación de Jesús y revelación del traidor.*— Estando Jesús sentado á la mesa, turbóse de improviso, y dijo á los Apóstoles que uno de ellos le había de entregar. Considera aquí la causa de esta turbación y sentimiento interior de Jesucristo, que fué por ver allí entre los suyos á Judas, hombre perverso, impenitente y reprobado, el cual, aunque era solo, bastaba para turbarle, entristecerle y aguarle el contento que allí tenía con tantos buenos y escogidos, no porque aborreciese la persona en sí misma, sino porque sumamente aborrecía su maldad, y sobre todo, su abominable ingratitud, después de haber recibido de Él tantos beneficios. Esto quiso declarar con grande ponderación, diciendo [1]: «Uno de vosotros me ha de entregar;» que es decir: uno de vosotros, á quien Yo tomé por Apóstol, y descubrí mis secretos, y di potestad de hacer milagros, y he lavado los pies, y dádole á comer mi cuerpo y á beber mi sangre, comiendo conmigo en un plato, éste me ha de entregar á la muerte. ¡Cuán sentimentales son todas estas palabras de Jesús! Mas, pondera las causas que movieron al Señor á decirlas delante de los Apóstoles, las cuales fueron dos: La primera, para que

[1] Matth., XXVI, 21.

todos entendiesen que era Dios y que conocía todo cuanto contra Él se tramaba, lo cual contribuía á hacer más amarga su pasión. La segunda, para convertir á Judas, movido de la compasión que le inspiraba la desgracia de este miserable. Y así le dijo, hablando con todos en general, y dirigiéndose interiormente á él en particular, que conocía bien sus ocultos pensamientos y malos tratos, y, por consiguiente, que era su Dios y su juez, á quien nada se ocultaba; deshizo el vano pretexto con que pretendía excusar su maldad, fundándose en la necesidad de la muerte de Jesús, y que Él mismo la quería, diciendo: «El Hijo del hombre ha de morir, como está decretado; mas, ¡ay del que le entregare!» Por fin, le amenazó con terribles castigos, diciendo: «Mejor le estuviera no haber nacido, que cometer este pecado, por el cual será condenado al fuego eterno, donde deseará no ser, por no padecer tales tormentos, y no le será concedido. ¡Oh Jesús mío amantísimo! Por aquella turbación que experimentasteis al ver delante de Vos al desgraciado Judas, os suplico que con mis ingratitudes no ponga jamás la causa de vuestra turbación y tristeza. Abrid los ojos de mi entendimiento para que, penetrando las razones que disteis á aquel mal discípulo, llore mis culpas, deteste mis pecados, y haga condigna penitencia de ellos. ¿Hemos acaso nosotros turbado á Jesús con nuestras culpas? ¿No nos moverán á aborrecerlas las poderosas razones de Cristo?

Punto 2.º *Temor de los Apóstoles al oir las palabras de Jesús.*—Considera aquí el efecto que causaron las palabras de Jesús á los Apóstoles y lo que hizo el Señor en este caso. Los Apóstoles se entristecieron grandemente y comenzaron á preguntarle cada uno: «Maestro, ¿soy, por ventura, yo?» Propio es de buenas almas el temer culpa donde no la hay, porque temen tanto el pecado, por el grande amor que tienen á Dios, que no querrían ver su sombra ni oir que entre ellos hubiese rastro de él. ¡Oh! ¡Quién tuviera tan entrañado en el corazón el amor de Jesucristo, que temblase de sólo pensar que puede ofenderle! Jesucristo, con su acostumbrada mansedumbre, caridad y providencia, no quiso publicar al traidor, porque todavía estaba oculto, y porque no fuese ocasión de que los Apóstoles se alborotasen contra él, dándote ejemplo de encubrir los pecados del prójimo, aunque se hayan presto de descubrir, como también de quitar cualquier ocasión de discordia y alboroto en la comunidad ó casa donde estás. Con todo, lo descubrió á dos personas, que fueron al mismo Judas, el cual, con grande desvergüenza, por encubrir su delito, preguntó, como los demás, si era él, y Jesús, con voz baja, de modo que no lo oyesen los demás Apóstoles, le contestó: «Tú lo dices»; que fué decirle: tú eres el que me ha de entregar, y por ti he dicho todo esto; á tiempo estás de arrepentirte, si quieres que Yo te perdone. La otra persona á quien

descubrió el traidor fué su discípulo amado Juan, que estaba reclinado sobre su pecho, y lo hizo para que fuese testigo de la caridad que usaba con Judas, y así le dijo: «Aquel es á quien Yo diere un pedazo de pan mojado», y dióselo á Judas. Y es de creer que se lo daría con grandes caricias y muestras de amor, como una madre le suele dar á un hijo, ó un amigo á otro muy familiar y querido suyo, para que se vea adónde llegó la caridad del Señor, que con haberse turbado y entristecido con la traición de aquel hombre, no cesó de darle muestras de amor para reducirle á su amistad. ¿No nos confunde esta exquisita caridad de Jesús? ¿Amamos nosotros del mismo modo á nuestros enemigos, salvando su honor y haciéndoles el bien posible? ¡Oh Salvador amorosísimo! Gracias os doy, porque no os cansáis de echar brasas sobre la cabeza del que os aborrece, no solamente velando por su honor y fama, dejando de manifestar sus intentos, que teníais muy conocidos, sino regalándole con amoroso bocado, para enternecer y ablandar su corazón.

Punto 3.° *Judas es presa de Satanás y desamparado de Cristo.*—Considera cómo el desventurado Judas tomó el bocado que le alargó Jesús, pero con gran pertinacia y obstinación en su propósito, como diciendo: «Por más que me regales, tengo de venderte y sacar el dinero que perdí». Y en pena de tal pertinacia, vinieron sobre él dos terribilísimos castigos. El primero fué permitir el Señor que tras el bocado entrase en él Satanás, el cual ya había entrado en él otra vez [1], para persuadirle á que vendiese al Señor; y ahora entra de nuevo para moverle á que lo ejecute con diligencia, instigándole á que se saliese del cenáculo [2] y fuese á poner por obra la entrega que tenía tramada. ¡Cuán peligrosa cosa es usar mal de los regalos de Dios y de las señales de amor que te da! Y, por consiguiente, ¡cuán peligroso es recibir en pecado el pan de vida mojado en la sangre preciosísima de Cristo que en sí encierra! El segundo castigo que vino sobre el desventurado Judas fué decirle el Señor: «Lo que haces, hazlo presto». Que fué como desampararle y dejarle de su mano, permitiendo que cumpliese su dañada voluntad, como quien dice: Hasta ahora te he detenido en mi compañía y en este cenáculo, haciéndote muchos regalos y favores, para que te arrepintieses de tu pecado; mas, pues no quieres, Yo alzo la mano de ti, y permito que vayas á ejecutar lo que deseas; y pues has de ir, ve presto, porque mayores ganas tengo Yo de morir que tú de entregarme á la muerte. En lo cual has de ponderar cuán espantoso castigo es este abandono que Dios hace de aquellas almas que, por haber abusado de la gracia, se puede decir de ellas lo que de Babilonia dijeron los ángeles [3]: «Curado hemos á Babilonia, y no ha sanado; desamparémosla». ¡Oh Redentor de

[1] Luc., XXII, 3. — [2] Joan., XIII, 27. — [3] Jerem., LI, 9.

mi vida! No apartéis de mí vuestros ojos misericordiosos, cansado de las muchas ingratitudes que he cometido. Si es necesario para mi salud, castigadme con azotes, afligidme con dolores; pero no permitáis que llegue á tal extremo mi maldad y abuso de vuestras gracias, que vuestra justicia haya de ordenar mi perpetuo abandono. ¡Oh alma! Escarmienta en la dureza de Judas, y teme el abusar de la divina misericordia, haciéndote el sordo á sus avisos. ¿Has reflexionado bien todo esto?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán terrible mal es la ingratitud, pues ella basta para causar turbación á Jesucristo! Al ver este Señor al malvado é ingrato Judas en medio de sus discípulos, se turba, y manifiesta esta interior aflicción, diciendo: «De verdad os digo, que uno de vosotros me ha de entregar». Deseaba darles una nueva prueba de su divinidad, de la cual es propio leer en el corazón del hombre, y mucho más deseaba dar una nueva aldabada al corazón endurecido de Judas. Pero, ¡cuán distinto es el efecto que las palabras de Jesús causan en los buenos discípulos, del que en el malvado Judas! Aquéllos, llenos de un santo temor, preguntan con humildad si serán ellos los ingratos; éste lo pregunta también, pero con maliciosa hipocresía, con el deseo de disimular. Mas, ¡oh prudencia divina del Señor!: por una parte no descubre públicamente el traidor, para evitar disturbios en su escuela y apostolado, y por otra manifiesta á dos que lo sabe: á san Juan para que después sea testigo de los extremos de caridad que ha usado con el infame traidor, y á éste mismo para herirle con las saetas de su amor encendido. Parece imposible que pueda ocultarse en el corazón del hombre tal dureza, cual encontramos en Judas. Jesús, con amor é insinuándose blandamente, le dice que sabe su trama; pero que está dispuesto para perdonarle; que sólo desea que se arrepienta. Añadiendo finezas á finezas, toma de la mesa un pedazo de pan, mójalo en su plato, y, con ternura sin igual, lo alarga á Judas. Nada basta para ablandar aquel corazón metalizado. Y en castigo entra en él Satanás, y Jesús le deja abandonado á sus depravados intentos. ¡Ay del pecador que se hace sordo á los avisos, amenazas y caricias de Dios! ¿Qué piensas tú de todo esto? ¿Has seguido los detestables ejemplos de Judas? ¿No te admira y encanta la tierna caridad de Jesús? ¿Qué haces para imitarla? Piénsalo bien; y, para lograrlo, haz propósitos prácticos, pidiendo la fuerza y constancia que necesitas para cumplirlos; ruega por todo lo demás que acostumbras.

16.—CONTIENDA DE LOS APÓSTOLES Y AVISOS DE JESÚS.

PRELUDIO 1.° Disputaban los Apóstoles sobre quién parecía ser el mayor, y Jesús les dió saludables avisos y predijo las tentaciones de san Pedro.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús hablando con sus Apóstoles, y oyendo tú los consejos que les da.

PRELUDIO 3.° Pide al Señor que te libre de la ambición y presunción.

Punto 1.° *Contienda de los Apóstoles sobre la mayoría, y cómo la ataja Jesús.*—Habiendo salido Judas del cenáculo, dijo el Salvador á sus Apóstoles que presto iba á ser clarificado el Hijo del hombre, y que su Padre le clarificaría; y oyendo los Apóstoles tales palabras, al momento brotó en ellos un espíritu de ambición y contienda, sobre quién de ellos era el mayor [1]. En lo cual se descubre la viveza de esta pasión de la honra, la cual luego saltea en cualquier ocasión, y los que poco ha estaban tristes por la nueva de que uno de ellos había de entregar á su Maestro, ahora andan en porfías sobre quién privará más con Él, y quién será mayor y más honrado. Pondera luego cómo Cristo nuestro Señor procuró atajar pronto esta contienda y raíz de ella, para que entiendas que has de combatir presto las pasiones y tentaciones, antes que crezcan y se enseñoreen de ti. Para esto les dijo que en su escuela se había de proceder diferentemente que en el mundo y entre los reyes de las gentes; porque quien quisiere ser mayor, ha de procurar ser como el menor, y el que desea preceder á todos, ha de tratar de servir á todos, del propio modo que Él estaba entre ellos como siervo, sirviéndoles con humildad. Luego, para estimularles á obrar de este modo, les añadió: «Vosotros habéis permanecido conmigo en todas mis tentaciones y tribulaciones; pues perseverad en esto, y no en pretender mayorías, porque yo por testamento dispongo y ordeno daros mi reino, como mi Padre me lo dió á Mí»; esto es, ordeno que entréis en el reino que Yo os he conquistado, del mismo modo que Yo entro; por el camino de la cruz, de las humillaciones y tribulaciones, y no por el camino de las grandezas, excelencias, mayorías y aplausos mundanos. Y nosotros, ¿nos dejamos llevar alguna vez de la ambición y deseo de lucir? ¿Deseamos ir al cielo por otro camino que el que siguió Jesús? ¡Oh dulce Salvador! Yo acepto el legado de vuestro reino, con la condición de perseverar en vuestros trabajos por vuestro servicio. Ayudadme Vos á la perseverancia, para que no pierda la corona. Libradme de las contiendas, á no ser que sean acerca de mi bajeza, pretendiendo el postrer lugar para imitar vuestra humildad.

[1] Luc., XXII, 24.

Punto 2.° *Jesús predice el escándalo de sus discípulos y las negaciones de Pedro.*—Considera cómo Jesucristo, deseando humillar provechosamente á los Apóstoles, y desvanecer los humos de la ambición que los traían algo turbados, y prevenirlos contra la desesperación, les avisó de su próxima infidelidad y escándalo con estas palabras [1]: «Todos vosotros seréis escandalizados en Mí esta noche, porque escrito está [2]: Heriré al pastor, y serán esparcidas sus ovejas; pero después que resucitare, os veré en Galilea». Que fué decir: Vosotros á quienes he favorecido y regalado tanto, habéis de recibir escándalo con lo que veréis pasar en Mí esta noche: y me desampararéis, y vendréis á perder la fe ó titubear en ella; pero no desesperéis por esto, porque Yo resucitaré y os veré en Galilea. Pondera luego cómo Pedro, al oir esta palabra del Señor, movido de un fervor indiscreto, dijo: «Aunque todos se escandalicen, yo no me escandalizaré; antes aparejado estoy para ir con Vos á la cárcel y á la muerte». En lo cual cometió tres graves yerros, que fueron: Contradecir imprudentemente á Cristo, como no dando crédito á lo que había dicho; presumir de sí, anteponiéndose á los otros y presumir de sus fuerzas más de lo que podía, y jactarse de ello. ¡Oh cuántas imprudencias ocasiona el fervor indiscreto cuando no va acompañado de la humildad en dejarse gobernar! En castigo de esta presunción y triple yerro de Pedro, permitió el Señor que cayese en tres faltas gravísimas, que le anunció en esta misma ocasión, diciéndole: «Dígote de verdad, que antes que el gallo cante me negarás tres veces». Que fué decirle: Tú que presumes más que todos, te escandalizarás más que todos esta noche, porque en ella me negarás tres veces. ¡Oh Salvador mío dulcísimo! No permitáis que yo presuma nunca de mí mismo, ni me anteponga á nadie con soberbia; antes dadme abundante luz celestial, para que, conociendo mi flaqueza y miseria, tema siempre mi inconstancia en vuestro servicio, y evite toda ocasión de escándalo, que pueda ser causa de mi ruina. ¡Oh alma mía! Mira adónde conduce á Pedro el indiscreto fervor y poca humildad: ¿no desconfiarás más de ti en adelante? ¿No temerás más y más tu debilidad y flaqueza?

Punto 3.° *Avisos que da Jesús á Pedro en esta ocasión.*—Considera aquí cómo Jesús, después de pronosticar á Pedro sus caídas, le dió tres importantes avisos, que debes aplicarte á ti mismo, por si te has hallado ó te hallares en la misma situación que aquel Apóstol. Dícele [3]: «Mira que Satanás ha deseado y pedido cribarte como á trigo; pero Yo he rogado por ti, ¡oh Pedro!, para que no falte tu fe, y tú, después de convertido, confirma á tus hermanos». Adviértele, en primer lugar, que Satanás, su enemigo, había pedido licencia para tentarles, porque sin esta

[1] Matth., XXVI, 31; Joan., XVI, 32. — [2] Zachar., XIII, 7. — [3] Luc., XXII, 31.

licencia no pudiera conseguirlo, como no pudo tentar sin ella á Job [1], ni aun entrar en los puercos [2]. Pero concediósele porque así convenía; pues que, dado caso que el demonio pretendía turbarlos y esparcirlos, como quien criba trigo sin tiento alguno; pero Dios pretendía convertir aquella tentación en provecho de ellos, para que quedasen más humildes y puros en adelante, como el trigo bien cribado queda limpio de la neguilla y paja. ¿Quién desconfiará en las tentaciones de los enemigos, sabiendo que por encima de ellos está la mano del Señor que nos defiende? Luego le dice que Él había rogado para que no desfalleciese ó faltase su fe, dándole á entender que sin duda pereciera, y Satanás prevaleciera contra él hasta del todo destruirle, si no fuera por su oración y protección. Por fin, le exhorta á que se muestre agradecido á la protección que le dispensa, diciéndole: «Luego de convertido, confirma á tus hermanos». ¡Oh caridad infinita de Jesús! No dice á san Pedro: Cuando te convirtieres, dame gracias por los auxilios que te haya prestado, sino confirma á tus hermanos en la fe y confianza; mira por ellos, ayúdalos en lo que fuiste ayudado, y en esto me pagarás algo de lo mucho que por ti he hecho. ¡Oh amantísimo Jesús! Suplico á vuestra divina Majestad que, si diereis licencia á Satanás para que me cribe como trigo, seáis Vos mi abogado y protector, para que no desfallezca mi fe, ni falte en la caridad; convertid, Señor, la tentación en mi provecho y en el de mis prójimos, para que la aflicción sea crisol en que me purifique y me haga instrumento hábil para convertir á mis hermanos. ¿Hemos nosotros oído los avisos de Jesús á Pedro? ¿Desconfiaremos en las tentaciones? ¿No procuraremos ser agradecidos á la protección del Señor?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuánta es la sutileza del vicio de la ambición! ¡Con qué inoportunidad y disimulo se introduce en los corazones que más debieran resistirle! Los Apóstoles, que poco antes estaban cargados de tristeza y miedo por las palabras que les había dicho Jesús, en cuanto les habló de su gloria, ya comienzan á cavilar y á disputar entre sí sobre quién sería el mayor entre ellos. Pero ¡cuán sabiamente corta Jesús esta peligrosa contienda! En mi escuela, dice, quien quiera ser mayor, se ha de hacer el menor, y el reino que Yo quiero daros ha de ser obtenido por vosotros del mismo modo que Yo le alcanzo, esto es, por medio de humillaciones y trabajos. Graba bien en tu corazón estas palabras divinas, y escucha con saludable temor los tristes anuncios de Jesucristo. Habláis de grandeza, añade, vosotros que sois tan flacos, que en esta misma noche me habéis de abandonar cobardemente: pensáis en superioridades, y Pedro, que se hace superior á todos, presumiendo de sí y creyéndose invencible, me negará hasta tres veces. ¿Qué sentirían los Apóstoles al oir estos

[1] Job., I, 12. — [2] Matth., VIII, 31.

tristes pronósticos de su divino Maestro? Atiende, por fin, á los saludables avisos que da á Pedro, después de haberle anunciado su caída. Satanás ha querido cribarles y esparcirles; mas El ha rogado y obtenido de su Padre firmeza en la fe; y, en cambio, quiere que confirme á sus hermanos después de convertido. En vista de esto, ¿qué debemos resolver? ¿Nos ha dominado algún tanto la ambición? ¿Queremos sobreponernos á los demás? ¿No recelamos de nuestra propia debilidad? ¡Ah! Basta que demos una ojeada á nuestros años pasados, y con grande confusión habremos de confesar que hemos sido más dignos de castigo que Pedro. Salgamos ya de nuestra apatía en resistir al demonio; para lograrlo, propongamos lo conveniente, y pidamos por nosotros, por los pobres pecadores y por todo el mundo.

17.—SERMÓN DE LA CENA.—AMOR DE DIOS.

PRELUDIO 1.° Jesucristo, en el sermón de la cena, exhortó al amor de Dios, diciendo que se echa de ver en la observancia de los mandamientos, y pónese á sí mismo por modelo.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús predicando á sus discípulos, y á ti entre ellos.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de amar á Dios.

Punto 1.° *Excelencia del precepto del amor de Dios.*—Considera cómo lo que con más encarecimiento inculcó Jesús á sus Apóstoles, fué el amor de Dios. Para despertar en ellos este divino afecto, les dijo [1]: «Como el Padre me amó, así Yo os he amado; permaneced en mi amor»; como quien dice: El amor que os he tenido no es como quiera, sino como el que mi Padre me tiene, comunicándoos de gracia muchos de los dones que mi Padre me ha dado, y por esto quiero y os mando que permanezcáis en mi amor, procurando de vuestra parte conservar este amor que os tengo, para que Yo por vuestra culpa no haya de dejar de amaros; y esforzándoos también en amarme, como Yo os amo, porque amor no se paga sino con semejante amor, y el amor mueve á ser amado. Para moverte á practicar este divino amor, recuerda lo que en otra ocasión dijo el Señor de este mandamiento, que es el primero y mayor de todos [2]. Es el primero *en orden*, porque se pone por fundamento de todos, y es fundamento de la vida espiritual y raíz de toda la perfección; *en la dignidad*, porque manda el supremo acto de virtud que hay en la vida cristiana, que es la caridad, la cual es mayor que la fe y la esperanza, y sin la cual todas las virtudes son muertas, y nada eres delante de Dios; *en el merecimiento*, porque la caridad es la primera causa de todos tus merecimientos delante de Dios, y sin ella ninguna obra merece algo; y aunque des toda tu hacienda á los pobres y tu cuerpo á las llamas, nada

[1] Joan., XV, 9. — [2] Matth., XXII, 38.

licencia no pudiera conseguirlo, como no pudo tentar sin ella á Job [1], ni aun entrar en los puercos [2]. Pero concediósele porque así convenía; pues que, dado caso que el demonio pretendía turbarlos y esparcirlos, como quien criba trigo sin tiento alguno; pero Dios pretendía convertir aquella tentación en provecho de ellos, para que quedasen más humildes y puros en adelante, como el trigo bien cribado queda limpio de la neguilla y paja. ¿Quién desconfiará en las tentaciones de los enemigos, sabiendo que por encima de ellos está la mano del Señor que nos defiende? Luego le dice que Él había rogado para que no desfalleciese ó faltase su fe, dándole á entender que sin duda pereciera, y Satanás prevaleciera contra él hasta del todo destruirle, si no fuera por su oración y protección. Por fin, le exhorta á que se muestre agradecido á la protección que le dispensa, diciéndole: «Luego de convertido, confirma á tus hermanos». ¡Oh caridad infinita de Jesús! No dice á san Pedro: Cuando te convirtieres, dame gracias por los auxilios que te haya prestado, sino confirma á tus hermanos en la fe y confianza; mira por ellos, ayúdalos en lo que fuiste ayudado, y en esto me pagarás algo de lo mucho que por ti he hecho. ¡Oh amantísimo Jesús! Suplico á vuestra divina Majestad que, si diereis licencia á Satanás para que me cribe como trigo, seáis Vos mi abogado y protector, para que no desfallezca mi fe, ni falte en la caridad; convertid, Señor, la tentación en mi provecho y en el de mis prójimos, para que la aflicción sea crisol en que me purifique y me haga instrumento hábil para convertir á mis hermanos. ¿Hemos nosotros oído los avisos de Jesús á Pedro? ¿Desconfiaremos en las tentaciones? ¿No procuraremos ser agradecidos á la protección del Señor?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuánta es la sutileza del vicio de la ambición! ¡Con qué inoportunidad y disimulo se introduce en los corazones que más debieran resistirle! Los Apóstoles, que poco antes estaban cargados de tristeza y miedo por las palabras que les había dicho Jesús, en cuanto les habló de su gloria, ya comienzan á cavilar y á disputar entre sí sobre quién sería el mayor entre ellos. Pero ¡cuán sabiamente corta Jesús esta peligrosa contienda! En mi escuela, dice, quien quiera ser mayor, se ha de hacer el menor, y el reino que Yo quiero daros ha de ser obtenido por vosotros del mismo modo que Yo le alcanzo, esto es, por medio de humillaciones y trabajos. Graba bien en tu corazón estas palabras divinas, y escucha con saludable temor los tristes anuncios de Jesucristo. Habláis de grandeza, añade, vosotros que sois tan flacos, que en esta misma noche me habéis de abandonar cobardemente: pensáis en superioridades, y Pedro, que se hace superior á todos, presumiendo de sí y creyéndose invencible, me negará hasta tres veces. ¿Qué sentirían los Apóstoles al oir estos

[1] Job., I, 12. — [2] Matth., VIII, 31.

tristes pronósticos de su divino Maestro? Atiende, por fin, á los saludables avisos que da á Pedro, después de haberle anunciado su caída. Satanás ha querido cribarles y esparcirles; mas El ha rogado y obtenido de su Padre firmeza en la fe; y, en cambio, quiere que confirme á sus hermanos después de convertido. En vista de esto, ¿qué debemos resolver? ¿Nos ha dominado algún tanto la ambición? ¿Queremos sobreponernos á los demás? ¿No recelamos de nuestra propia debilidad? ¡Ah! Basta que demos una ojeada á nuestros años pasados, y con grande confusión habremos de confesar que hemos sido más dignos de castigo que Pedro. Salgamos ya de nuestra apatía en resistir al demonio; para lograrlo, propongamos lo conveniente, y pidamos por nosotros, por los pobres pecadores y por todo el mundo.

17.—SERMÓN DE LA CENA.—AMOR DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Jesucristo, en el sermón de la cena, exhortó al amor de Dios, diciendo que se echa de ver en la observancia de los mandamientos, y pónese á sí mismo por modelo.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús predicando á sus discípulos, y á ti entre ellos.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de amar á Dios.

Punto 1.º *Excelencia del precepto del amor de Dios.*— Considera cómo lo que con más encarecimiento inculcó Jesús á sus Apóstoles, fué el amor de Dios. Para despertar en ellos este divino afecto, les dijo [1]: «Como el Padre me amó, así Yo os he amado; permaneced en mi amor»; como quien dice: El amor que os he tenido no es como quiera, sino como el que mi Padre me tiene, comunicándoos de gracia muchos de los dones que mi Padre me ha dado, y por esto quiero y os mando que permanezcáis en mi amor, procurando de vuestra parte conservar este amor que os tengo, para que Yo por vuestra culpa no haya de dejar de amaros; y esforzándoos también en amarme, como Yo os amo, porque amor no se paga sino con semejante amor, y el amor mueve á ser amado. Para moverte á practicar este divino amor, recuerda lo que en otra ocasión dijo el Señor de este mandamiento, que es el primero y mayor de todos [2]. Es el primero *en orden,* porque se pone por fundamento de todos, y es fundamento de la vida espiritual y raíz de toda la perfección; *en la dignidad,* porque manda el supremo acto de virtud que hay en la vida cristiana, que es la caridad, la cual es mayor que la fe y la esperanza, y sin la cual todas las virtudes son muertas, y nada eres delante de Dios; *en el merecimiento,* porque la caridad es la primera causa de todos tus merecimientos delante de Dios, y sin ella ninguna obra merece algo; y aunque des toda tu hacienda á los pobres y tu cuerpo á las llamas, nada

[1] Joan., XV, 9. — [2] Matth., XXII, 38.

te aprovecha para merecer la vida eterna; *en la suavidad y dulzura,* porque de la caridad nace toda la suavidad del yugo de Dios y la ligereza de la carga de su ley; y, finalmente, *en la intención,* porque, como dice san Pablo [1], es el fin de los preceptos, y todos se ordenan á la caridad, y á ella ha de ir enderezada nuestra intención, y así has de acompañar todas tus obras, haciéndolas por amor, para que su bondad sea perfecta. ¡Oh Amador dulcísimo! ¿Quién no se moverá á cumplir este primer mandamiento, al oir lo que Vos nos decís de él? ¡Con qué palabras más encarecidas podíais declarar la grandeza del amor que nos tenéis, que con decir que nos amabais como vuestro Padre os amó! Y ¡con qué razones más eficaces nos podíais mover á que os amásemos, que con decirnos la grandeza del amor con que nos amáis! ¡Oh alma mía! Escucha la palabra de Jesús, que te exhorta á que cumplas este primer mandamiento. ¿Cómo lo has hecho? ¿Amas á Dios del modo que Jesús quiere?

Punto 2.º *Señal y premio del amor de Dios.*—Considera cómo Jesucristo manifestó á sus discípulos en este sermón la señal más evidente é infalible de que uno ama á Dios, diciéndoles [2]: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; el que guarda mis mandamientos, este es el que me ama». De modo que el amor de Dios no se descubre en las palabras, sino en las obras; y no se echa sólo de ver en hacer muchas limosnas, severas penitencias, largas oraciones, ó en tener altas contemplaciones, sino en observar exactamente los divinos mandamientos. Tampoco quiere el verdadero amor estar ocioso ó vivir á su libertad, sino que trabaja por cumplir la voluntad del amado, y en esto se encierran tres grandes bienes. El primero, ser amado del Eterno Padre con especiales señales de amor; y si tan gran bien es ser amado de los reyes de la tierra, ¿cuán gran bien será ser amado del Rey del cielo? Nada puede faltar ciertamente al que priva con tal Rey. El segundo, que el Padre y el Hijo, y por consiguiente el Espíritu Santo, morarán dentro de él, y estarán en su alma, rigiéndola, regalándola y teniendo especial cuidado de ella. El tercero, que Cristo se le manifestará, así en esta vida por la luz de la fe muy esclarecida con la gracia de la contemplación, como en la otra por la visión beatífica con que se ve á Dios claramente. Estos son los abundantes y regalados premios que promete Jesús á los que le aman, diciendo: «El que me ama será amado de mi Padre, y Yo le amaré, y le manifestaré á Mí mismo; y si alguno me ama, mi Padre le amará, y ambos vendremos á él y haremos morada en él». ¡Oh dichosos los que aman á Cristo cumpliendo sus mandamientos, pues tan grandes bienes alcanzarán por ello! ¿Amamos nosotros á Jesús observando sus preceptos? ¿Está nuestro amor ocioso? ¿Es interesado ó voluntarioso? ¡Oh sabiduría eterna! Vos que mostráis vuestra justicia y rectitud en premiar y favorecer á los que os aman, ayudadme á caminar por los caminos de la justicia y por las sendas de la perfección, amándoos con todas mis fuerzas, para que sea digno de que me enriquezcáis con las riquezas celestiales, y llenéis mis deseos con los tesoros de los bienes sempiternos.

[1] I Tim., I, 5. — [2] Joan., XIV, 15.

Punto 3.º *Modelo y dechado de este amor.*—Considera cómo Jesucristo quiso ponerse á sí mismo por ejemplo y dechado del amor que debemos á Dios, y del modo cómo hemos de ejercitarlo, diciendo: «Si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor: como Yo guardé los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor, así en el amor que me tiene, como en el que Yo le tengo». Pondera el modo divino cómo guardó Jesucristo los preceptos de su Padre. Porque los observó con toda perfección, diciendo de Él su mismo Padre: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias». Guardólos perpetuamente, pudiendo decir que hacía siempre las cosas que le eran agradables: guardólos con admirable abnegación, privándose del reposo, comida y sueño por cumplir la voluntad de su Padre, separándose temporalmente de su Santísima Madre, aunque era intensísimo el amor que la profesaba, y sabía la amargura y dolor que con su separación inusitada le había de causar; y, por fin, se entregó á los azotes, espinas y cruz para cumplir la voluntad y precepto que le había impuesto el Padre. Tal es el modelo perfectísimo de amor que pone Jesús delante de tus ojos. De manera que si deseas que tu amor á Dios sea verdadero, es necesario que observes sus preceptos con toda la perfección que sea posible, sin omitir ninguno, por pequeño que sea, y cumpliéndolos con grande fervor, recta intención y encendida caridad; debes observarlos perpetuamente, sin desfallecer ni volver atrás, y con grande abnegación, estando dispuesto á sacrificar todas tus inclinaciones, vencer todas las repugnancias, y cargar con todos los trabajos, para cumplir la ley divina. ¡Oh Amado mío! Deseo cumplir la voluntad de vuestro Padre celestial como Vos la cumplisteis, amándoos como le amasteis, para ser amado como Vos lo fuisteis. *Diligam te sicut diligor a te.* Ámeos como me amáis. Y pues me mandáis que os ame, dadme lo que me mandáis, para que pueda amaros como queréis. ¡Oh alma fiel! Pon tus ojos en Jesús, y verás el modo de amar á Dios. ¿Cumples los divinos preceptos con la perfección, constancia y abnegación que Él?

Epílogo y coloquios. ¡Qué legados tan ricos, qué consejos tan excelentes, qué encargos tan divinos hace Jesús á sus Apóstoles, y en ellos á todos sus discípulos, antes de ir á la muerte! El amor de Dios es el primero y más principal de todos los preceptos; primero en la eficacia, en la dulzura, en el merecimiento, en la intención; y este precepto es repetidas veces

inculcado por el Salvador en su divino sermón de la cena. «Como mi Padre me amó, dice, así Yo os he amado; permaneced en mi amor.» ¿Qué corazón puede haber tan duro que resista á tan ternísimas palabras de un Dios? ¡Qué ingratitud tan monstruosa no amar á Jesús! Pero ¿cómo hemos de amarle? Él mismo nos lo enseña: «El que guarda mis mandamientos, ese es el que me ama». El amor de Dios no puede estar ocioso ni es amigo de libertad, sino que se hace esclavo voluntario de su Amado. Pero en retorno, ¡qué bienes! ¡qué grandezas! ¡qué provechos reporta! Ser amado del Padre Eterno con singular ternura: ser morada especial de la Santísima Trinidad: recibir altísimas ilustraciones de Dios en esta vida, y en la otra la visión beatífica. ¡Oh, si amásemos con perfección á Dios! ¿Dónde hallaremos un modelo, un ejemplar y dechado de este perfecto amor? Jesús nos lo dice: «Como Yo guardo los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor, así debéis hacerlo vosotros». ¿Qué resolvemos, pues, en vista de todo esto? ¿Cómo no imitamos los ejemplos de obediencia que nos da Jesús? ¡Oh, dureza insensata de nuestro corazón! ¡Tan blando para rendirse al amor de las criaturas, y tan rebelde para entregarse á Dios! Trabajemos para poner eficaz remedio á tan pernicioso desorden; propongamos lo que nos convenga hacer y evitar, y pidamos los auxilios divinos que nos son necesarios para esto, sin descuidar el rogar por todas las cosas que se nos han encomendado.

18.—SERMÓN DE LA CENA.—AMOR FRATERNAL.

PRELUDIO 1.º Jesús, en el sermón de la cena, recomendó eficazmente el precepto de la caridad fraterna, llamándole nuevo, suyo, y compendio de todos los otros.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús exhortando á la caridad.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de tener grande caridad con el prójimo.

Punto 1.º *El precepto de la caridad fraterna es un precepto nuevo.*—Considera cómo Jesucristo no se contentó en el sermón de la cena con exhortar á sus Apóstoles al amor de Dios; inculcóles también con palabras muy encarecidas el amor del prójimo, y hasta por tres veces, para que se viese el ardiente deseo que tenía de que se cumpliese. La primera vez les dijo[1]: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos á otros como Yo os amé, y con esto conocerán que sois mis discípulos, si os tenéis amor». Llama á este mandamiento nuevo, porque Él le renovó, que estaba muy caído, y le puso en perfección, y como fundamento de la ley nueva, que toda es ley de amor, y por él somos semejantes al Adán nuevo, y somos renovados en el espíritu, y alcanzamos la nueva dignidad de hijos de Dios por la

[1] Joan., XIII, 34.

adopción de Cristo. El precepto antiguo del amor decía: «Amarás al prójimo como á ti mismo». El nuevo dice: «Amarás á tu prójimo como Cristo te amó», esto es, con la pureza, fervor é intensidad con que te amó, á semejanza suya, queriendo y procurando para él principalmente los bienes espirituales, aunque sea con menoscabo de tus comodidades temporales. Y para que estimemos más este amor, dice que esta es la divisa y señal de sus discípulos, que fué decirles: Los discípulos de Moisés son conocidos por la observancia de las ceremonias de la ley; los del Bautista, por ayunos y asperezas; los de los fariseos, por los vestidos y ceremonias exteriores; los de los filósofos, por sus dichos y sentencias agudas; pero los discípulos de mi escuela, por el amor de unos con otros; y aunque puede haber otras señales, como son la fe, la profecía, los milagros y otras obras muy gloriosas; pero esta del amor es certísima y puede hallarse en todos, sin la cual las demás son imperfectas. Y por esto dijo el Sabio[1]: «Que los hijos de la sabiduría son la congregación de los justos, cuya nación y condición propia es obediencia y amor»; porque como las naciones se conocen por el lenguaje ó trajes, ó por los fueros y otras señales exteriores, así la nación de los hijos de la sabiduría encarnada, que es Cristo, se conoce por la obediencia y el amor de Dios, y de unos con otros entre sí. ¿Queremos nosotros que Dios y los hombres nos reconozcan por discípulos de Cristo? ¿Cómo lo hacemos? ¿Amamos al prójimo del modo que Jesús nos ama? ¡Oh Maestro dulcísimo! Dadme la señal de los que cursan en vuestra escuela, para que por ella, no solamente sea yo conocido, sino seáis Vos glorificado, pues la virtud del discípulo es gloria del Maestro. Renovad mi corazón para que reciba y conserve el precepto del amor que Vos renovasteis, subiéndole á una perfección que no tenía.

Punto 2.º *El precepto de la caridad fraterna es propio de Cristo.*—La segunda vez que Jesús exhortó á sus discípulos á la mutua caridad, les dijo[2]: «Este es mi precepto, que os améis unos á otros, como Yo os amé; ninguno tiene mayor amor que éste, que es dar la vida por sus amigos». Considera cómo en estas palabras al mandamiento del amor que Jesús llamó nuevo, llama ahora suyo; porque, aunque es verdad que todos los mandamientos son suyos, porque Él, en cuanto Dios, es el legislador soberano que desde el principio imprimió en la razón del hombre la ley natural, y después en tablas de piedra la ley del decálogo, este precepto es por excelencia suyo. Es suyo, porque en él funda su ley, estribando en él todos los demás preceptos que comprende; es suyo, porque lo amó especialmente y se preció de guardarle perfectísimamente, poniéndose por dechado en el cumplimiento de él; es suyo, porque le estima en más que á los otros,

[1] Eccli., III, 1. — [2] Joan., XV, 7.

queriendo que en su observancia se señalen de un modo singular sus discípulos; es suyo, porque por él hace á los hombres suyos, sus hijos, sus amigos, sus fieles siervos, y con él les da sus cosas propias, que son su gracia y la herencia de la gloria, y á sí mismo se entrega por suyo. Finalmente: es precepto suyo, porque en su práctica ha querido ser Él mismo un acabado modelo, porque, siendo el supremo acto de este amor el dar la vida, si fuere menester, por sus amigos, esto es, por aquellos á quienes ama, Él la ha dado por nosotros, á fin de podernos decir: «Ejemplo os he dado para que os améis como Yo os he amado». Ponderando todo esto, has de confundirte grandemente viendo por una parte el grande aprecio que Jesús, tu Maestro, hace del amor fraternal, y por otra el triste y culpable olvido en que lo has tenido, á causa de haberte dominado el amor propio, que es mortal veneno de aquél. ¡Oh Amador infinito! Vos disteis la vida por todos, porque á todos amasteis, y aunque eran vuestros enemigos, la ofrecisteis por ellos para convertirlos en amigos; dadme un amor tan perfecto como éste, pues no es razón quiera yo mi vida, siendo tan vil y miserable, más que Vos quisisteis la vuestra, siendo tan preciosa y admirable. ¡Oh cristiano! Si estas palabras del Señor no te aficionan al amor del prójimo, no tienes corazón. ¿Qué has hecho hasta hoy? ¿En qué aprecio has tenido la caridad fraterna?

Punto 3.º *El precepto del amor es un compendio de todos los otros preceptos.*—Considera cómo por tercera vez el Señor recomendó á sus Apóstoles el amor de unos con otros, diciendo [1]: «Estas cosas os mando: que os améis unos á otros». En las cuales palabras, claramente da á entender que todas las cosas que mandó en su ley y todos los demás mandamientos, están cifrados y compendiados en este único del amor, y por esto dijo: Estas cosas os mando: que os améis; porque si os amáis cumpliréis todas las demás; porque la caridad es paciente, benigna, no es envidiosa, no obra en vano, no busca su interés, ni piensa mal; todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta, y, en una palabra, el cumplimiento y plenitud de la ley es el amor. Pondera, además, cómo el Señor, para dejar más impreso en la memoria y fijo en el corazón este deber del amor mutuo, lo repite tres veces, y todas tres le llama precepto, con no haber usado este vocablo cuando les encargó que le amasen, como quien dice: Para que me améis, no será menester diga Yo que os lo mando, porque el amor que os tengo y los bienes que os he hecho están diciendo con elocuencia que me améis; mas para que améis á vuestros prójimos, quiero mandarlo expresamente una, dos y tres veces, porque no os descuidéis en este amor. Y así, aunque todos los pecadores serán castigados según la gravedad de sus

[1] Joan., XVI, 23.

culpas, para los que carecen de amor á sus prójimos, ni usan con ellos de misericordia, se hará un juicio durísimo y sin misericordia, por haber resistido con mayor conocimiento á la voluntad del Supremo Juez. ¡Oh Salvador amantísimo! ¿Qué más podíais hacer para encender en los corazones de vuestros discípulos el fuego de la caridad fraterna? ¿Con qué palabras más encarecidas podíais inculcar este precepto? Ahora conozco mi enorme malicia al resistir á vuestra voluntad, dejando de amar á mis hermanos. Dadme un corazón nuevo, llenadle de los afectos que ocupan el vuestro, para imitaros en amar á mis prójimos, haciéndome digno de vuestros premios.

Epílogo y coloquios. ¡Con qué eficacia y encarecimiento recomendó Jesucristo á sus discípulos el precepto de la caridad fraterna! Para moverlos á observarle, se lo presenta como un precepto nuevo, porque, aunque estaba ya mandado en la antigua ley de Moisés, y todavía más, consignado y promulgado en la ley misma natural; pero Jesús lo renovó, perfeccionó y sancionó nuevamente. Púsolo como fundamento de la ley nueva, y como medio indispensable para la renovación espiritual del hombre. El antiguo ordenaba que el modelo del amor al prójimo fuese el amor que cada cual se tiene á sí mismo; Jesús quiere que el modelo de nuestro amor sea el que nos ha profesado Él mismo; y en este amor hemos de ser conocidos por discípulos suyos, y esta ha de ser la principal cualidad que copiemos de nuestro Maestro. Este precepto es suyo de un modo especial, porque se precia de guardarle perfectísimamente; en él funda su ley, le estima más que á los otros, y es el medio por el cual los hombres han de venir á ser suyos. Este precepto es también, según el Señor, una suma y compendio de todos los demás preceptos, y cumpliéndolo perfectamente, cumplimos toda la ley, ya que todos los mandamientos de ella se reducen á los dos, amar á Dios sobre todo, y al prójimo como Jesús nos amó. Ante tales motivos de amar á nuestros hermanos, ¿qué nos dice nuestro corazón? ¿Nos atreveremos á abrigar el odio, la envidia, la antipatía, los resentimientos y otros defectos tan opuestos á la verdadera caridad? ¿Haremos de la caridad fraterna el aprecio que desea Jesús? Imposible parece que haya hombres que se atrevan á llamarse discípulos de Cristo, teniendo, como tienen, un corazón durísimo para con sus hermanos. Detestemos nosotros tan abominable proceder, imprimamos en nuestro corazón las palabras de nuestro divino Maestro, y para regularnos por ellas, hagamos propósitos firmes y muy particulares, roguemos al mismo Jesús que nos ayude á cumplirlos, y nos socorra en todas nuestras necesidades.

19.—SERMÓN DE LA CENA.—ORACIÓN.

PRELUDIO 1.º Encargó Jesús en el sermón de la cena la oración, prometiendo á sus discípulos que los oiría y concedería cuanto le pidiesen.

PRELUDIO 2.º Represéntate que con los Apóstoles estás oyendo estos consejos del Señor.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber orar, de modo que tu oración sea oída.

Punto 1.º *Modo cómo debe hacerse la oración para ser oída.*—Considera cómo Jesucristo, exhortando á sus Apóstoles á la oración, les dijo [1]: «El que cree en Mí, hará las obras que Yo hago y otras mayores, porque voy al Padre, y cualquiera cosa que pidiereis en mi nombre la haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; y si me pidiereis alguna cosa en mi nombre, también la haré». En cuyas palabras te enseña que la oración con la fe viva y esperanza cierta en su palabra, es poderosa para alcanzar del Padre Eterno y del mismo Cristo fuerzas y poder para hacer obras maravillosas, semejantes á las que Él hizo en este mundo, así obras de virtud y santidad, como obras de milagros mayores que los suyos, si fuere menester; y para certificarnos de esto, repite lo mismo segunda vez, y dice que es gloria de su Padre conceder esto por su Hijo, para que entiendas cuán de buena gana lo cumplirán ambos. Luego añade [2]: «Si permaneciereis en Mí, y mis palabras en vosotros, todo lo que quisiereis pediréis, y dárseos ha»; enseñándote la maravillosa eficacia y trabazón de la oración con la unión con Cristo por amor y por la obediencia á sus preceptos; porque en manos de la voluntad, unida de este modo con Cristo, se pone el querer y el pedir; y el mismo Cristo nuestro Señor se obliga á conceder lo que pidiere. Esto se entiende cuando quiere y pide movida de esta divina unión y según ella, la cual nunca quiere más que lo que Dios quiere, ni pide sino lo que da gusto á Dios, por que no tiene voluntad propia, sino la de Dios tiene por suya; y por esta razón, dice santo Tomás, que siempre se cumple la oración de los que de esta manera oran. ¡Oh Dios de mi alma! Concededme que siempre esté unido con Vos, y vuestras palabras y preceptos estén siempre unidos conmigo, amándolos y cumpliéndolos de corazón, porque cierto estoy que si os amo, obedezco y concierto mis quereres con la ley del amor, cuanto quisiere puedo pedir, y cuanto pidiere me daréis, porque gustáis de hacer placer á quien os le hace, y de cumplir la voluntad de quien siempre cumple la vuestra [3]. ¡Oh alma! Mira si tu oración va acompañada de la fe, confianza y conformidad con la voluntad de Dios. ¿Te esmeras en juntar con ella estas virtudes que la hacen eficaz?

[1] Joan., XIV, 12, 14. — [2] Joan., XV, 7. — [3] Psalm. CXLIV, 19.

Punto 2.º *Promesa de oir las oraciones.*—Considera aquí la solemne promesa que hizo Jesús á sus Apóstoles de oir sus oraciones, diciendo [1]: «De verdad os digo, si alguna cosa pidiereis al Padre en mi nombre, Él os la dará; hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea lleno». Para conocer la trascendencia de esta generosa promesa, pondera atentamente todas sus circunstancias. Quien la hace es el Hijo de Dios vivo, cuyo nombre es fiel y verdadero [2], y la misma verdad y sabiduría, que no puede engañar ni engañarnos; y sabe muy bien lo que promete, y lo que puede y quiere cumplir y conviene que se cumpla, y así, de todas partes es certísima. Á quien se hace la promesa es á los discípulos de Jesús que con Él estaban en aquel cenáculo, habiéndose ya salido Judas; que es decir, hácese solamente á los que creen en Cristo y esperan en Él, y desean servirle y obedecerle como discípulos; y no á los pecadores, rebeldes y obstinados que se apartan de su escuela y obediencia. Y en este sentido dijo el ciego [3] que Dios no oye á los pecadores. Mas si ellos desean no serlo, sino ser discípulos de Cristo, también tienen parte en esta promesa, porque nuestro Padre celestial da su espíritu bueno al que se lo pide para dejar de ser malo. El que ha de cumplir esta promesa es el Padre; esto es, aquel Señor que por excelencia merece este nombre, y es Padre amoroso, cuidadoso y todopoderoso para dar á sus hijos cuanto le pidieren, mucho, mejor que todos los padres de la tierra, porque da sin perder nada, y sus gustos son dar á todos. También ha de cumplir esta promesa el Hijo, que es el mismo que la hace, y el Espíritu Santo, que es un Dios con los dos, el cual pide por nosotros, incitándonos á pedir por las ganas que tiene de dar. Los títulos para pedir son el nombre de Cristo, esto es, la bondad de Jesús con todas sus virtudes y merecimientos; los trabajos de su vida y muerte; los servicios que hizo al Padre, y su gloria y honra; de modo que no has de pedir en tu nombre, ni en tus méritos, ni para tu gloria, sino, dejando todo esto, estribar en Cristo y ordenar cuanto pidieres á su gloria. ¡Oh bondadoso Padre! Desde hoy no quiero desconfiar de que sean oídas mis oraciones. Vos que habéis prometido escucharme, sois fidelísimo; vuestro Padre es riquísimo; y yo, aunque miserable pecador, deseo salir del pecado y serviros con fidelidad y constancia. Concededme esta gracia para vuestra honra y gloria.

Punto 3.º *Cosas á que se extiende la promesa de Jesús.*—Considera cómo las cosas á que se extiende la promesa son todas las que son decentes y convenientes á la bondad del Padre que las ha de dar, y al nombre y virtud del Hijo por quien se piden, y á la necesidad del que las pide para bien de su alma, ó de otros

[1] Joan., XVI, 23. — [2] Apoc., XIX, 11. — [3] Joan., IX, 31.

para quien pide, sin poner tasa en esto, pues no la puso el que hizo la promesa. De donde se sigue que, pues Dios quiere ser largo en dar, no has de ser tú corto en pedir, sino pedir como quien pide al munificentísimo Dios, y pedir, como dice Cristo, para que tu gozo sea lleno; esto es, pedir, no principalmente cosas temporales y terrenas que no pueden dar gozo lleno, sino las cosas celestiales, y esas no cortamente, sino con tal abundancia, que llenen tu gozo y harten tu deseo, primero en esta vida temporal, y después en la eterna. El modo cómo has de pedir es con grande fe y confianza en la bondad y largueza del que promete y ha de dar lo que se pide, y en los merecimientos del medianero por quien se pide. Esta es la fe, de la cual dijo Cristo nuestro Señor por san Marcos [1]: «Tened fe de Dios», esto es, una fe viva que sea grandísima, fe digna de Dios, fe altísima, que, dejando todo lo bajo de la tierra, ponga sus áncoras en el cielo, y espere de Dios todo lo que ha prometido, estribando en su palabra y en quien Él es. Esta es la fe que se compara al grano de mostaza, pequeño y vil en la apariencia exterior, pero de grande virtud y eficacia interior. Con esta fe has de juntar grande perseverancia hasta que el gozo sea cumplido; esto es, hasta que por experiencia veas que eres oído, y te goces de ello, y alcances el gozo lleno que se recibe con los dones concedidos. ¿Qué cosas le pedimos nosotros á Dios? ¿Cómo hacemos nuestras oraciones? ¿Las acompaña la fe y confianza y las sigue la perseverancia? ¡Oh Redentor del mundo! ¡Cuán generoso sois en prometer, y cuán fiel en cumplir lo prometido! Gracias os doy por esta generosidad y fidelidad que en todo mostráis; suplícoos me deis gracia para que pida lo que me mandáis pedir, y con el modo que queréis que lo pida, para que mi gozo sea lleno, recibiendo lo que pido, y gozándome con vuestros dones, y mucho más con Vos, dador de ellos, poseyéndoos eternamente.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán vivamente desea Jesucristo que sus discípulos sean asiduos en la oración! ¡Qué razones tan poderosas aduce para moverlos á hacerla! La gloria de su Padre y su propia gloria están cifradas en la oración constante, fervorosa y acompañada de fe viva, confianza cierta y de la observancia de los mandamientos. ¿Quién no siente revivir en sí el deseo de la oración al oir la solemne promesa y firme compromiso que contrae Jesucristo, diciendo á sus Apóstoles: «En verdad, en verdad, os digo que cualquiera cosa que pidiereis al Padre en mi nombre, os será concedida»? El mismo Jesús, Dios verdadero, fiel en sus palabras, lo ha dicho; los cielos y la tierra pasarán, y sus palabras no dejarán de cumplirse. Los afortunados á quienes ha hablado son sus discípulos y amigos, ó á lo menos los que, siendo enemigos, desean reanudar su amistad. El Padre,

[1] Marc., XI, 22.

Dios omnipotente, riquísimo, bondadosísimo, la misma bondad esencial, el que por antonomasia se llama Padre, es el que ha de cumplir la promesa. Los títulos en que debe estribar la oración es el nombre, virtud, merecimientos y sacrificios de Jesús, los cuales son de valor infinito. Las cosas á que debe extenderse la oración que se hace en el nombre del Salvador son las que convienen á la salud verdadera, y que pueden causar un gozo lleno. ¡Qué motivos tan eficaces para despertar nuestra confianza en la oración, avivar nuestro deseo de tan soberano y provechoso ejercicio! ¿Qué hemos hecho hasta el presente? ¿Cómo hemos mirado esta práctica tan necesaria para la eterna salvación? ¡Ah! ¡Cuántas veces, instigados por nuestro enemigo, habremos sido remisos é inconstantes en ella! Tratemos ahora de remediar un mal tan pernicioso por medio de eficaces propósitos y vivas súplicas, rogando por nosotros y por todo el mundo.

20.—SERMÓN DE LA CENA.—CONSUELO EN LOS TRABAJOS.

PRELUDIO 1.° En el sermón de la cena exhortó Jesús á sus discípulos á la conformidad en los trabajos, aduciendo eficaces razones para moverlos á ello.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesucristo predicando este sermón, y á ti entre los Apóstoles oyéndole.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saberte conformar en los trabajos.

Punto 1.° *Padeciendo trabajos, somos discípulos de Jesús y no del bando del mundo.*—Considera cómo Jesucristo gastó gran parte del sermón de la cena en animar á sus Apóstoles, y consolarlos en los trabajos presentes, y en otros que después habían de padecer en el mundo, trayéndoles muchas y muy poderosas razones, las cuales debes meditar muy atentamente, para que te alientes á sufrir con la misma paciencia que ellos los trabajos que necesariamente te asaltarán; porque cierto es que los que quieren vivir piadosamente en Cristo, padecerán tribulación. La primera razón que les presenta es su mismo ejemplo, diciéndoles [1]: «Acordaos de las palabras que os he dicho: No ha de ser el siervo mayor ó más privilegiado que su Señor; si á Mí persiguieron, también perseguirán á vosotros. Echaros han de las sinagogas, y vendrá hora en que quienquiera que os matare, piense que hace servicio á Dios, y estos trabajos os vendrán por mi causa». ¡Dichosos trabajos cuya causa es Cristo, y por los cuales somos semejantes á Cristo! Estas palabras del Señor debes estampar en tu memoria, y cuando te visite la tribulación, ó te moleste la tentación, ó te aflija la enfermedad, imagínate que el mismo Jesús es quien te dice: «Acuérdate que siendo mi siervo, no debes ser más privilegiado que Yo». So-

[1] Joan., XV, 20.

berbia grande sería no querer seguir el camino que no se desdeñó de seguir tu propio Señor. La segunda razón es, porque el ser perseguido es señal y prenda de que no es uno del bando reprobado del mundo; y, por consiguiente, que es del bando de Cristo y de sus escogidos. «Si el mundo, dice Él, os aborrece, sabed que primero me aborreció á Mí; si fuerais del mundo, el mundo amara lo que es suyo; mas, porque no sois del mundo, sino que Yo os escogí y saqué del mundo, por eso os aborrece el mundo». ¡Qué consuelo es tener una prenda cierta de que no se pertenece al bando de este mundo maligno que aborrece á Cristo y á los suyos! ¡Oh buen Jesús! De vuestro bando quiero ser, y no del mundo; y si el mundo me aborreciere y persiguiere, de esto me alegraré, porque Vos volveréis por mí, pues por Vos me persigue. ¡Oh alma! Piensa bien que los trabajos y persecuciones te hacen semejante á Jesús y te dan seguridad que no eres del mundo. ¿Y los temerás con exceso?

Punto 2.° *Los trabajos se convertirán en gozo y nos merecerán el cielo.*—Considera otra poderosa razón que alega Jesucristo para alentar á sus discípulos á los trabajos, porque éstos se convertirán presto en gozo. Así como la mujer, cuando llega el tiempo de dar á luz, tiene gran tristeza y dolor, pero después se goza por el hijo que le ha nacido en el mundo [1], y el mismo hijo que fué causa de su dolor es después causa de su gozo, y el dolor duró poco tiempo, mientras que el gozo es mucho y tan grande, que hace olvidar los dolores del parto; así también vosotros tenéis tristeza por mi ausencia y por mi muerte, dice Jesús; pero Yo resucitaré, como quien de nuevo nace en el mundo, y convertiré vuestro llanto en gozo. Tendréis grandes dolores, como de parto, predicando mi ley, haciendo lo que os mando, porque se levantarán contra vosotros grandes persecuciones; pero eso mismo que os diere tristeza, será ocasión de alegría tan grande, que os haga echar en olvido la tristeza pasada, por el fruto que de ella cogeréis; el dolor durará poco tiempo, pero el gozo será perpetuo, porque ninguno os lo podrá quitar. ¡Qué motivo tan poderoso y eficaz para alentarte en las tribulaciones! ¿Qué enfermo no sufre la purga, la sangría, para con ellas quedarse después descansado y sano? Pondera la cuarta razón que se sigue de ésta, y es que en el cielo hay muchas moradas, donde serán aposentados por Cristo los que acá padecen por su amor. Oye las palabras de Jesús [2]: «No se turbe vuestro corazón; creed y confiad en Dios y en Mí, porque en la casa de mi Padre hay muchas moradas, y Yo voy á aparejaros el lugar que habéis de tener, y volveré por vosotros, y os llevaré conmigo, para que donde Yo estoy, allí estéis gozando de mi compañía y de mi gloria». ¡Oh Padre amorosísimo! ¿Quién

[1] Joan., XVI, 21. — [2] Joan., XIV, 1.

no se consolará en los trabajos, oyendo vuestras dulces palabras? Si mis penas pasajeras se han de convertir en gozos perdurables, y si el estar en este mundo entre aflicciones me ha de merecer estar después en vuestra compañía, vedme que estoy preparado para los azotes y tormentos, pidiéndoos solamente que, por librarme de ellos, jamás me separe de Vos.

Punto 3.° *Los trabajos nos merecen el amor de Dios y las visitas de Cristo.*—Considera cómo el ser atribulados por causa de Cristo, lejos de ser una señal del abandono de Dios, es la prueba más clara y evidente de que el Padre celestial nos ama. Por lo cual dice Jesucristo [1]: «Cuando Yo no rogara por vosotros, sabed que el Padre os ama, porque me amasteis y creisteis que salí de Dios». Como quien dice: No os turbéis, ni temáis, ni perdáis la confianza y el ánimo en medio de los trabajos que padeciereis por mi causa, porque son prendas de que mi Padre os ama, por el amor que mostráis en padecer por Mí; y si el Padre os ama, Él os amparará y consolará; pues un Padre tan amoroso y poderoso no puede faltar al consuelo de los hijos. Pondera también otra razón de conformidad, y es la grande seguridad que tienes de salir con la victoria de todos los enemigos que te persiguen, diciendo Jesús [2]: «En el mundo tendréis apretura; pero confiad, que Yo vencí al mundo». Esto es, Yo vencí al demonio, príncipe de este mundo, y vencí la fiereza de los trabajos y persecuciones, y vencí al pecado y á la muerte; y en virtud de mi victoria podéis seguramente confiar que venceréis, pues Yo vencí para vosotros, y estoy en vosotros peleando para vencer. Fíjate bien en esta otra y última razón de consuelo, que es la visita y compañía de Jesús, que se complace en acompañar y ayudar á los que sufren; y así dice: «No os dejaré huérfanos; Yo volveré á vosotros: no se turbe vuestro corazón ni tema, pues os he dicho que voy y vengo á vosotros: un poco, y no me veréis, y otro poco, y me veréis, y se gozará vuestro corazón, y ninguno podrá quitar el gozo que os diere». ¡Oh Padre amantísimo! Vos nunca dejáis huérfanos á vuestros hijos, aun cuando, á su parecer, estáis ausente de ellos, porque nunca lo estáis para mirar por su bien: deseo no turbarme en mis trabajos, pues tan presto habéis de venir á visitarme y consolarme en ellos. Dadme, Señor, el gozo interior, del cual ni el demonio, ni el mundo, ni criatura alguna me puede privar; porque, poseyendo este gozo, me será sabroso cualquier trabajo. ¡Oh alma fiel! ¿No te resignarás tú en los trabajos, sabiendo que son prendas del amor de Dios, que tu victoria es segura, contando con la compañía y auxilio de Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Qué razones tan sólidas y eficaces aduce Jesús para mover á sus Apóstoles y discípulos á abrazarse

[1] Joan., XVI, 26. — [2] Joan., XVI, 33.

con la cruz y á conformarse con los trabajos! Ellos nos hacen semejantes á nuestro divino Maestro y Capitán, el cual, despreciando la confusión, toleró la cruz durante todos los momentos de su vida. ¿Qué más puede desear un discípulo aprovechado y un soldado fiel? Ellos nos certifican que no somos del bando del mundo, sino que pertenecemos á la milicia de Cristo. Dentro de poco tiempo se convertirán en gozos y delicias sempiternas, sucediéndonos lo que á Lázaro el mendigo, y del muladar seremos transportados á las moradas eternas, y del cieno de este mundo seremos colocados entre los príncipes de la corte celestial. Las tribulaciones nos dan seguridad de que nuestro Padre celestial nos ama, porque Él ama á todos los que ve conformes con la imagen de su Hijo. La victoria es cierta: aunque nuestros enemigos sean poderosos y formidables, no hay que dudar de ella un solo momento; teniendo nosotros firme voluntad, el campo quedará por nosotros; el mismo Dios nos asiste, nos contempla en la lucha, nos comunica fuerzas, y se alegrará de nuestra victoria, y nos coronará de ventura y felicidad. ¿Por qué decaemos de ánimo en los trabajos? ¿Por qué desconfiamos en las tribulaciones? ¿Cómo no se despierta nuestro valor, pensando que Dios nos está mirando? Si la presencia del capitán infunde valor al soldado, mucho más debiera infundirle en nosotros la presencia de Dios. Suframos con paciencia; alegrémonos en los trabajos; gocémonos en las tribulaciones, y para esto, propongamos el modo de recibirlas cuando nos vienen, de sobrellevarlas cuando nos hallamos sumergidos en ellas, y de manifestar á Dios nuestro agradecimiento por ellas; para todo roguemos fervorosamente por nosotros y por los demás.

21.—ORACIÓN DE JESÚS DESPUÉS DE LA CENA.

PRELUDIO 1.º Antes de salir del cenáculo, hizo Jesús una fervorosa oración, pidiendo primero para sí, después para sus discípulos y después para todo el mundo.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús orando en medio de sus Apóstoles.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de tener espíritu de oración, imitando en ella á Jesús.

Punto 1.º *Jesús pide primeramente para sí mismo.*— Estando Jesucristo en pie, en presencia de sus Apóstoles, levantando los ojos al cielo, con voz clara oró á su Padre por sí mismo, diciendo [1]: «Padre, llegada es la hora, clarifica á tu Hijo para que tu Hijo te clarifique á Ti». En lo cual debes considerar ante todo la reverencia interior y exterior de Jesús en su oración, con deseo y propósito de imitarlas, pues por este motivo quiso hacerla delante de sus Apóstoles. Pondera luego lo que pide en esta oración; es á saber: que fuese glorificado en el tiempo de su Pa-

[1] Joan., XVII, 1.

sión con milagros, para que se descubriese que, aunque padecía cosas ignominiosas, era Hijo de Dios. Además, ser clarificado con la claridad y gloria de la resurrección y ascensión á los cielos, y ser clarificado en el mundo, y conocido de los hombres por Hijo de Dios; y todo esto lo pide, no por su propia honra, sino para la gloria de su Padre y para que el Padre sea glorificado con su gloria. Á imitación de Jesús, has de pedir al Padre Eterno la gloria de su Hijo, suplicándole que le haga conocer en todo el mundo. Y apropiándote á ti mismo esta oración, puedes decir al Padre: Clarifica á este tu hijo para que él te clarifique; ámale, para que él te ame; ayúdale, para que te sirva. Medita luego los títulos que añadió Jesús en su oración, diciendo [1]: «Yo te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me encomendaste. Clarifícame, pues, ¡oh Padre!, cerca de Ti mismo, con la claridad que tuve cerca de Ti antes que el mundo fuese hecho». Como quien dice: Justo título tengo para pedir esto, porque Yo he procurado siempre tu gloria en la tierra, y he obedecido á tu voluntad, cumpliendo todo lo que me has ordenado; justo es que Tú me clarifiques con la claridad y con el premio que me tienes señalado en tu predestinación eterna. Saca de aquí que la oración es medio para ejecutar las trazas de la divina predestinación, y que los varones justos y perfectos pueden aducir con humildad como título en sus oraciones los servicios que han hecho á Dios. Y nosotros, ¿qué títulos podemos aducir en nuestra oración? ¿Qué debemos pedir para nosotros á Dios? ¡Oh Padre amantísimo! ¡Si pudiera deciros con verdad que siempre os he glorificado en la tierra y acabado la obra que me habéis encomendado! ¡Ay de mí! He vivido buscando mi gloria con menoscabo de la vuestra, y atropellando vuestra voluntad por hacer la mía; y así os suplico, no como fiel criado, sino como pobre necesitado, que me clarifiquéis con vuestra gracia, para que de hoy más os clarifique sobre la tierra, y perfeccione la obra que me habéis encomendado.

Punto 2.º *Jesucristo pide para sus Apóstoles.*— Considera cómo Jesús pidió luego por sus Apóstoles, diciendo al Padre: «No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos». ¡Qué título tan eficaz para dirigirte al Padre! Dile: «Tuyo soy, sálvame». Pero pondera las cosas que el Señor pide para sus discípulos. Primeramente, dice: «Padre santo, en tu nombre y por tu gloria, guarda á éstos que me diste, que sean una cosa como Yo y Tú lo somos». En las cuales palabras pide al Padre que mire por ellos y los conserve, dándoles unión de caridad entre sí mismos y con Dios, no unión cualquiera, sino perfectísima, semejante á la que hay entre el Hijo y el Padre. De modo que como los dos, por ser un Dios, tienen un modo de sen-

[1] Joan., XVII, 4.

con la cruz y á conformarse con los trabajos! Ellos nos hacen semejantes á nuestro divino Maestro y Capitán, el cual, despreciando la confusión, toleró la cruz durante todos los momentos de su vida. ¿Qué más puede desear un discípulo aprovechado y un soldado fiel? Ellos nos certifican que no somos del bando del mundo, sino que pertenecemos á la milicia de Cristo. Dentro de poco tiempo se convertirán en gozos y delicias sempiternas, sucediéndonos lo que á Lázaro el mendigo, y del muladar seremos transportados á las moradas eternas, y del cieno de este mundo seremos colocados entre los príncipes de la corte celestial. Las tribulaciones nos dan seguridad de que nuestro Padre celestial nos ama, porque Él ama á todos los que ve conformes con la imagen de su Hijo. La victoria es cierta: aunque nuestros enemigos sean poderosos y formidables, no hay que dudar de ella un solo momento; teniendo nosotros firme voluntad, el campo quedará por nosotros; el mismo Dios nos asiste, nos contempla en la lucha, nos comunica fuerzas, y se alegrará de nuestra victoria, y nos coronará de ventura y felicidad. ¿Por qué decaemos de ánimo en los trabajos? ¿Por qué desconfiamos en las tribulaciones? ¿Cómo no se despierta nuestro valor, pensando que Dios nos está mirando? Si la presencia del capitán infunde valor al soldado, mucho más debiera infundirle en nosotros la presencia de Dios. Suframos con paciencia; alegrémonos en los trabajos; gocémonos en las tribulaciones, y para esto, propongamos el modo de recibirlas cuando nos vienen, de sobrellevarlas cuando nos hallamos sumergidos en ellas, y de manifestar á Dios nuestro agradecimiento por ellas; para todo roguemos fervorosamente por nosotros y por los demás.

21.—ORACIÓN DE JESÚS DESPUÉS DE LA CENA.

PRELUDIO 1.º Antes de salir del cenáculo, hizo Jesús una fervorosa oración, pidiendo primero para sí, después para sus discípulos y después para todo el mundo.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús orando en medio de sus Apóstoles.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de tener espíritu de oración, imitando en ella á Jesús.

Punto 1.º *Jesús pide primeramente para sí mismo.*— Estando Jesucristo en pie, en presencia de sus Apóstoles, levantando los ojos al cielo, con voz clara oró á su Padre por sí mismo, diciendo [1]: «Padre, llegada es la hora, clarifica á tu Hijo para que tu Hijo te clarifique á Ti». En lo cual debes considerar ante todo la reverencia interior y exterior de Jesús en su oración, con deseo y propósito de imitarlas, pues por este motivo quiso hacerla delante de sus Apóstoles. Pondera luego lo que pide en esta oración; es á saber: que fuese glorificado en el tiempo de su Pa-

[1] Joan., XVII, 1.

sión con milagros, para que se descubriese que, aunque padecía cosas ignominiosas, era Hijo de Dios. Además, ser clarificado con la claridad y gloria de la resurrección y ascensión á los cielos, y ser clarificado en el mundo, y conocido de los hombres por Hijo de Dios; y todo esto lo pide, no por su propia honra, sino para la gloria de su Padre y para que el Padre sea glorificado con su gloria. Á imitación de Jesús, has de pedir al Padre Eterno la gloria de su Hijo, suplicándole que le haga conocer en todo el mundo. Y apropiándote á ti mismo esta oración, puedes decir al Padre: Clarifica á este tu hijo para que él te clarifique; ámale, para que él te ame; ayúdale, para que te sirva. Medita luego los títulos que añadió Jesús en su oración, diciendo [1]: «Yo te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me encomendaste. Clarifícame, pues, ¡oh Padre!, cerca de Ti mismo, con la claridad que tuve cerca de Ti antes que el mundo fuese hecho». Como quien dice: Justo título tengo para pedir esto, porque Yo he procurado siempre tu gloria en la tierra, y he obedecido á tu voluntad, cumpliendo todo lo que me has ordenado; justo es que Tú me clarifiques con la claridad y con el premio que me tienes señalado en tu predestinación eterna. Saca de aquí que la oración es medio para ejecutar las trazas de la divina predestinación, y que los varones justos y perfectos pueden aducir con humildad como título en sus oraciones los servicios que han hecho á Dios. Y nosotros, ¿qué títulos podemos aducir en nuestra oración? ¿Qué debemos pedir para nosotros á Dios? ¡Oh Padre amantísimo! ¡Si pudiera deciros con verdad que siempre os he glorificado en la tierra y acabado la obra que me habéis encomendado! ¡Ay de mí! He vivido buscando mi gloria con menoscabo de la vuestra, y atropellando vuestra voluntad por hacer la mía; y así os suplico, no como fiel criado, sino como pobre necesitado, que me clarifiquéis con vuestra gracia, para que de hoy más os clarifique sobre la tierra, y perfeccione la obra que me habéis encomendado.

Punto 2.º *Jesucristo pide para sus Apóstoles.*— Considera cómo Jesús pidió luego por sus Apóstoles, diciendo al Padre: «No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos». ¡Qué título tan eficaz para dirigirte al Padre! Dile: «Tuyo soy, sálvame». Pero pondera las cosas que el Señor pide para sus discípulos. Primeramente, dice: «Padre santo, en tu nombre y por tu gloria, guarda á éstos que me diste, que sean una cosa como Yo y Tú lo somos». En las cuales palabras pide al Padre que mire por ellos y los conserve, dándoles unión de caridad entre sí mismos y con Dios, no unión cualquiera, sino perfectísima, semejante á la que hay entre el Hijo y el Padre. De modo que como los dos, por ser un Dios, tienen un modo de sen-

[1] Joan., XVII, 4.

tir, querer y obrar, así ellos se conformen en todo con el sentir de Dios y con su divina voluntad, obrando sólo aquello que Dios quiere que obren; y conviniendo todos en esta unión con Dios, quedarán también unidos entre sí. La segunda cosa que pide es que sean libres de lo que se opone á esta divina unión, diciendo: «No te ruego que los saques del mundo, sino que les libres del mal». Que es decir: En el mundo han de padecer grandes tribulaciones y trabajos; no te pido, Padre mío, que los saques del mundo, porque conviene se queden en él, sino que los libres de lo malo; esto es, del pecado, de la desunión y discordia, del demonio, y de todo mal eterno, de modo que vivan en el mundo sin que se les pegue el mal del mundo. La tercera cosa que pide es, que les dé plenitud de todas las virtudes, diciendo: «Santifícalos en verdad, pues Yo me santifico por ellos, para que ellos queden santificados en verdad». Que es decir: No sólo líbralos del mal, sino santifícalos con abundancia de virtudes verdaderas, libres de toda hipocresía y fingimiento, conformes á la verdad que Yo les he predicado, pues Yo me he consagrado y ofrecido en sacrificio y hostia santa para hacerlos santos. Mira cómo Jesús quiere que en la oración pidas á Dios cosas grandiosas, alegándole principalmente dos títulos: la majestad de su nombre, y el sacrificio de su divino Hijo. ¡Oh Padre soberano! Oid la oración de vuestro Hijo unigénito, librándome de lo malo que inficiona el mundo, y santificándome con verdadera santidad, para que goce de la unión que tenéis con Él, unido con Vos en perfecta caridad. ¿Poseemos nosotros la unión con nuestros hermanos que pide Jesús? ¿Ponemos obstáculos á ella? ¿Trabajamos por santificarnos?

Punto 3.° *Jesús pide por el mundo que ha de creer en Él.* Considera aquí la oración que hizo por todos los demás fieles, pidiendo para ellos los bienes de gracia y la vida eterna. Lo primero, dijo: «No ruego solamente por estos, sino por todos los que por su predicación han de creer, para que todos sean una misma cosa; y como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, así ellos sean uno en nosotros, para que crea el mundo que Tú me enviaste». De donde consta que oró por todos los que ahora vivimos en la Iglesia, y, por consiguiente, que oró por ti mismo, porque á todos y á cada uno, y á ti también, los tenía presentes, como á los que estaban en aquel cenáculo, y para todos pidió esta unión de caridad perfectísima con Dios y entre sí al modo dicho, la cual fuese tan grande y maravillosa, que bastase para convertir al mundo, y para que los infieles creyesen que Cristo era Dios, pues tenía discípulos tan unidos en caridad. ¡Oh, cuánto importa que tú hagas cuanto puedas por conservar con tus prójimos esta unión que tan vivamente deseó Jesús para sus discípulos! ¡Qué crimen tan grande es el destruirla, cediendo á las exigencias del amor propio! Lo segundo que pidió, fué: «Padre, quiero para los que me diste que adonde Yo estoy, allí estén ellos conmigo, para que vean la claridad que me diste». Que es decir: Padre, no solamente pido para mis fieles la unión de caridad y perfección en esta vida, sino que después de ella estén conmigo en el cielo, donde Yo estoy, gozando de mi compañía, para que vean la claridad que me diste en cuanto Dios y en cuanto hombre, y sean bienaventurados con esta vista. ¡Oh Amador dulcísimo! ¡Con qué eficacia orabais cuando esto decíais! Pues hablando con vuestro Padre interponéis vuestra suprema autoridad, y la igualdad que con Él tenéis, diciendo: «Padre, *quiero* que donde Yo estuviere, estén también mis discípulos». ¿Quién podrá ir contra este *quiero* vuestro, pues lo que Vos queréis eficazmente, todo se cumplirá? ¡Oh quién estuviera donde Vos estáis! Bien sé que estáis en todas partes, en donde hay buenos y malos; pero no todos están con Vos, gozando de vuestra dulce compañía. Concededme que siempre esté yo donde estáis Vos, viéndoos en esta vida por fe muy esclarecida, y después con clara vista en vuestra gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Qué oración tan ferviente, humilde y perfecta dirige á su Eterno Padre nuestro divino Maestro antes de su Pasión! Poniendo en práctica lo que acababa de inculcar á sus Apóstoles, se levanta, alza los ojos al cielo, y con humilde reverencia interior y exterior, en voz clara, comienza su oración pidiendo por sí. ¿Qué pide? La gloria y claridad durante su Pasión y después de ella, y esto, no por su propia honra, sino por la gloria de su Padre, y para que tuviesen perfecto cumplimiento las trazas de su predestinación eterna. Y como título para moverle á que le oiga, recuérdale las obras que por su honor y gloria ha llevado á cabo. ¡Qué documento nos da el Señor! Pero Él no se contenta con pedir por sí: en el mundo quedan sus Apóstoles, y de ellos se acuerda, y fervientemente pide á su Padre que les dé unión de caridad y sentimientos entre sí y con Dios; que les preserve del mal, esto es, de todo aquello que puede destruir ó menoscabar esta unión divina: y que los santifique en verdad, no en apariencia, y que su santidad sea sólida, constante, perfecta en toda suerte de virtudes. He aquí lo que ha de ser el continuo objeto de tus súplicas: unión de voluntad con Dios, limpieza de pecado y santidad verdadera. Y para el mundo, esto es, para aquellos mundanos que por la predicación apostólica han de creer en Él, ¿qué pedirá Jesús? ¿Bienes materiales? ¡Ah, no! Virtudes sólidas, eterna bienaventuranza. ¿Ves lo que Jesús te enseña á pedir? ¿Observas el modo cómo has de pedir? ¿Qué pides para ti y tus prójimos? Confúndete al ver que sólo pides con fervor los bienes materiales, y cuando pides los espirituales y eternos, tu oración es lánguida, disipada, distraída y sin espíritu. Trata seriamente de corregir tu proceder, formando eficaces propósitos y fervientes y confiadas súplicas.

22.—VA JESÚS AL HUERTO, Y LE ASALTA LA TRISTEZA.

PRELUDIO 1.° Sale Jesús con sus discípulos del cenáculo, y se dirige al huerto de Getsemaní, y llegado á él, le asalta espantosa y mortal tristeza.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús yendo al huerto, y muy acongojado en aquel lugar.

PRELUDIO 3.° Pide vivo dolor de tus pecados.

Punto 1.° *Causas porque Jesús salió del cenáculo y se fué á orar al huerto de Getsemaní.*—Considera cómo Jesús, acabado el sermón de la cena, y dicho el himno [1], salióse con sus once Apóstoles del cenáculo, y se encaminó al huerto de Getsemaní, que estaba al otro lado del torrente Cedrón. Las causas de esta salida de Jesús á tan altas horas de la noche fueron principalmente tres: La primera, por guardar la costumbre que tenía de recogerse á lugares solitarios á oración retirada, después de haber cumplido con el oficio de predicar. Y es mucho de ponderar la magnanimidad de este Señor, que por ningunos trabajos quería dejar sus buenas costumbres, y así predicó y dijo el himno acostumbrado después de la cena, y se fué á la soledad, como si no esperara ningún trabajo. Así condena la tibieza en dejar por cualquier motivo tus loables costumbres, especialmente la oración. La segunda causa fué porque su prisión no se hiciese en cenáculo y casa ajena, sino en la soledad y en el campo, donde podía hacerse más cómodamente, sin que viniera daño á su huésped. Y para que se viese que no huia, fuese al lugar que era muy sabido del traidor que le había de entregar, como quien de su voluntad se iba á ofrecer á la Pasión y muerte, llevado, no con cadenas de hierro, sino con cadenas de amor y obediencia; y así dijo [2]: «Para que conozca el mundo que amo al Padre, y que cumplo su mandato, levantaos, y vamos de aquí». La tercera causa fué para significar que, así como la pérdida del mundo comenzó por la mala libertad que Adán pretendió en un huerto, así la salvación del mundo comenzase por la prisión de Cristo en otro huerto plantado en el valle de las Olivas; porque todo lo que allí sucedió fué para nosotros río inmenso de misericordia, aunque para Él fué arroyo impetuoso de tristezas y trabajos; y aunque al tiempo que pasó el arroyo de Cedrón se acordó de las avenidas de dolores que habían de entrar en su alma, con todo eso iba con sus Apóstoles, mostrándoles grandes caricias, y hablando con ellos con grande afabilidad. ¡Oh Salvador mío! Dadme licencia para que os acompañe, atravesando con Vos el arroyo de los trabajos y penas, y ejercitando fielmente en medio de ellas todo cuanto exige el amor que os debo, pues siendo así, ellas serán para mí valle de olivas y misericordias.

[1] Matth., XXVI, 30. — [2] Joan., XIV, 31.

¿Imitamos nosotros la constancia de Jesús en el cumplimiento de nuestros buenos propósitos? ¿Rehusamos sujetarnos á los trabajos y humillaciones que el Señor permite en nosotros?

Punto 2.° *Dos circunstancias con que empieza Jesús su Pasión y la hacen terribilísima.*—Llegando Jesús al huerto de Getsemaní, separóse de sus discípulos para entregarse á la oración, y al momento se dejó asaltar de espantosa tristeza, tedio, pavor [1] y otros afectos sumamente repugnantes y dolorosos. Acerca de esto has de ponderar cómo Jesucristo, tu amante Padre, quiso dar principio á los trabajos de su Pasión, con dos cosas terribles, que la hicieron penosísima. La primera fué privarse voluntariamente de toda alegría sensible, ya interior, ya exterior; de suerte que, aunque en otras ocasiones solía tener gusto de padecer con muestras de alegría, ahora se privó de esta alegría en la parte interior de su alma, y cerró la puerta á todo consuelo sensible, no sólo los que de la parte superior de ella le podían venir, sino también de los objetos exteriores, como era la compañía de su Madre, la conversación de sus discípulos, y demás. La segunda fué tomar los afectos contrarios de temor y tristeza, dando licencia á sus apetitos para que brotasen estos afectos penosos con grande vehemencia; porque como estaba en su mano tomarlos ó dejarlos, y tomarlos con poca ó mucha intensidad, tomólos con grandísima fuerza, para que su Pasión fuese más amarga; porque los trabajos, cuando hay alegría sensible, siéntense poco, como lo experimentaron muchos mártires; mas cuando hay tristeza, siéntense mucho; y así la paciencia entonces es muy más gloriosa, porque se padece sin ayuda de costa sensible, y se come sin salsa el manjar desabrido y amargo de la tribulación, puramente por amor de Dios. Mas todo esto prueba la infinita caridad de Jesús, porque así como se descubrió en desear la muerte y gozarse de su Pasión para nuestro bien, así resplandece en tomar voluntariamente estos afectos que la hacen más amarga. ¡Oh buen Jesús! Gracias os doy por este principio que disteis á vuestros trabajos, tomando por nuestro amor lo que había de ser aumento de ellos; concededme que por amor vuestro me prive de cualquier gusto sensible, y me ofrezca á beber el cáliz de vuestra Pasión, puro como lo bebisteis. Y nosotros, viendo lo que hace Jesús, ¿desearemos todavía los gustos sensibles? ¿No nos conformaremos en las tristezas que nos asalten?

Punto 3.° *En qué consistieron las aflicciones interiores de Jesús.*—Considera la muchedumbre y gravedad de las aflicciones interiores de Jesucristo, que los Evangelistas llaman temor ó pavor, tedio, tristeza y agonía. El temor fué de los tormentos y muerte tan terrible que tenía cercana, el cual suele

[1] Marc., XIV, 33; Matth., XXVI, 37.

atormentar más que la misma muerte, y causa un modo de temblor y espanto, que se llama pavor, y una congoja interior que se llama agonía. Este temor acometió á Cristo como un ejército de soldados innumerables, imaginando tantos temores como fueron después los tormentos; porque tuvo temor de la prisión, de las injurias de aquella noche, de los azotes, de la corona de espinas, de la cruz y clavos, y hasta de la lanzada que le habían de dar después de muerto. Todos estos temores tomó de su voluntad para afligirse con ellos y mostrar su fortaleza en resistirlos, sin volver por su causa atrás de lo comenzado. El tedio fué un enfado y desgana de todas las cosas de este mundo, no hallando en la tierra cosa que le diese gusto, consuelo ó alivio; y hasta de la misma vida, como otro Job, tenía tedio, viéndola cercada de tantos males y peligros; con lo cual pagaba los tedios que tú tienes de las obras de virtud y las desganas de sufrir lo amargo de ella. La tristeza fué un pesar y aflicción interior de los males que miraba como presentes, contrarios á la inclinación natural de su carne; y como los trabajos eran muchos y muy terribles, y la aprensión de todos ellos muy viva, y los aprendía como inevitables, según la divina ordenación, tuvo la mayor tristeza que jamás hubo ni habrá en esta vida; y esta tristeza también le embistió como otro ejército de soldados terribles, entristeciéndose de verse afrentado, despreciado, desamparado y perseguido. ¡Oh alma! ¿Comprendes las aflicciones interiores que por ti ha aceptado Jesús? Y tú, ¿no querrás sufrir algo por Él? ¡Oh alegría de los ángeles! ¿Por qué os sujetáis á tantas tristezas? ¡Ah! Es que queréis convertir vuestros gozos en penas, para convertir mis penas en gozos celestiales. Alábennos los ángeles por esta caridad tan grande, con la cual escogisteis para Vos la tristeza, para llenarme á mí de alegría. Concededme, Señor, tal esfuerzo en vuestro servicio, que ni el temor me acobarde, ni el tedio me oprima ni la tristeza me consuma.

Epílogo y coloquios. ¡Qué enseñanzas tan sabias y prácticas nos da Jesús, al dar principio á su Pasión! ¡Cuán bien descubre la infinita caridad que le mueve en cada uno de los pasos de ella! Llegado el momento señalado por su Padre, sale del cenáculo acompañado de sus amados Apóstoles, para dirigirse al lugar en donde acostumbraba hacer su oración, mientras ellos descansaban tranquilos, confiados en la vigilancia de su Maestro. No ignora Jesús los pasos que está dando Judas, y que allí ha de ir á encontrarle; pero Él no deja por ningún temor humano sus santas costumbres; no quiere que el piadoso israelita que con tanta generosidad ha franqueado su cenáculo, sufra ningún disgusto si la prisión se hiciera en él; y, además, quiere que la redención del mundo empiece en un huerto, como en otro había principiado su perdición. ¡Oh bondad de Jesús! ¡Cuán digna eres de alabanza! Miremos á Jesús; llega ya al huerto, y antes que

sus enemigos le atormenten, comienza Él á afligirse voluntariamente. Prívase de todo consuelo sensible, no consintiendo que ni del interior del espíritu ni de las cosas exteriores reciba su alma alivio alguno; y hace que le asalten furiosamente todos los afectos opuestos. Su temor es pavoroso, su tedio y desgana de todas las cosas es sin igual, y su tristeza es tal, que bastaría para quitarle repentinamente la vida. Penetremos en el amante Corazón de Jesús, y cotejándole con el nuestro tan delicado, preguntémonos: ¿Hemos abandonado por tibieza nuestras buenas prácticas? ¿No sentimos tristeza de los pecados que tanto afligen á Jesús? ¿No trabajaremos por aliviar el dolor de nuestro divino Maestro? ¿Qué nos conviene hacer para esto? Meditémoslo, propongamos y pidamos por nosotros y por los demás.

23.—CAUSAS DE LA TRISTEZA DE CRISTO EN EL HUERTO.

PRELUDIO 1.° Jesús quiso padecer mortal tristeza recordando los pecados del mundo, el poco fruto de su Pasión y las penas de sus escogidos, y la manifestó á sus Apóstoles.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús con semblante afligido, diciendo á sus Apóstoles que está triste hasta la muerte.

PRELUDIO 3.° Pide dolor y sentimiento de tus pecados, que fueron causa de la tristeza de Jesús.

Punto 1.° *Jesús padece tristeza, considerando el poco fruto de sus trabajos y los muchos pecados del mundo.*—Considera en este primer punto dos causas que acumuló Jesucristo para moverse á la tristeza mortal que padeció en el huerto. Una fué la consideración del poco provecho que habían de hacer en muchos hombres los medios de su encarnación, Pasión y muerte, los sacramentos y sacrificios, la doctrina y ejemplos de su vida; y en todo esto ponderaba la terrible ingratitud de ellos, su ceguedad, dureza y rebeldía en desechar estos bienes que tan á su costa les ofrecía; por lo cual, con efecto, muchos se habían de condenar. Otra fué, que, no sólo no habían de sacar provecho de su redención, sino que habían de corresponder á sus favores con enormes é innumerables pecados, y aquí los traía todos á la memoria con la más viva aprensión, así los pasados, como presentes y por venir; los tenía presentísimos, y con grande evidencia conocía y pesaba tres cosas que hay en ellos muy terribles; es á saber: su muchedumbre sin cuento, su gravedad como infinita, por la injuria que con ellas se hace á Dios, y el grandísimo daño que causan en los hombres, condenándolos á los terribles tormentos del infierno. Todo esto le causó terrible tristeza, y la tomó de buena gana; lo uno, para suplir la falta de tristeza que los hombres tienen de su tibieza y pecados; y lo otro, para librarlos de la eterna tristeza que por ellos merecían. Imagínate á ti mismo dentro de la memoria y Corazón de Cristo

atormentar más que la misma muerte, y causa un modo de temblor y espanto, que se llama pavor, y una congoja interior que se llama agonía. Este temor acometió á Cristo como un ejército de soldados innumerables, imaginando tantos temores como fueron después los tormentos; porque tuvo temor de la prisión, de las injurias de aquella noche, de los azotes, de la corona de espinas, de la cruz y clavos, y hasta de la lanzada que le habían de dar después de muerto. Todos estos temores tomó de su voluntad para afligirse con ellos y mostrar su fortaleza en resistirlos, sin volver por su causa atrás de lo comenzado. El tedio fué un enfado y desgana de todas las cosas de este mundo, no hallando en la tierra cosa que le diese gusto, consuelo ó alivio; y hasta de la misma vida, como otro Job, tenía tedio, viéndola cercada de tantos males y peligros; con lo cual pagaba los tedios que tú tienes de las obras de virtud y las desganas de sufrir lo amargo de ella. La tristeza fué un pesar y aflicción interior de los males que miraba como presentes, contrarios á la inclinación natural de su carne; y como los trabajos eran muchos y muy terribles, y la aprensión de todos ellos muy viva, y los aprendía como inevitables, según la divina ordenación, tuvo la mayor tristeza que jamás hubo ni habrá en esta vida; y esta tristeza también le embistió como otro ejército de soldados terribles, entristeciéndose de verse afrentado, despreciado, desamparado y perseguido. ¡Oh alma! ¿Comprendes las aflicciones interiores que por ti ha aceptado Jesús? Y tú, ¿no querrás sufrir algo por Él? ¡Oh alegría de los ángeles! ¿Por qué os sujetáis á tantas tristezas? ¡Ah! Es que queréis convertir vuestros gozos en penas, para convertir mis penas en gozos celestiales. Alábennos los ángeles por esta caridad tan grande, con la cual escogisteis para Vos la tristeza, para llenarme á mí de alegría. Concededme, Señor, tal esfuerzo en vuestro servicio, que ni el temor me acobarde, ni el tedio me oprima ni la tristeza me consuma.

Epílogo y coloquios. ¡Qué enseñanzas tan sabias y prácticas nos da Jesús, al dar principio á su Pasión! ¡Cuán bien descubre la infinita caridad que le mueve en cada uno de los pasos de ella! Llegado el momento señalado por su Padre, sale del cenáculo acompañado de sus amados Apóstoles, para dirigirse al lugar en donde acostumbraba hacer su oración, mientras ellos descansaban tranquilos, confiados en la vigilancia de su Maestro. No ignora Jesús los pasos que está dando Judas, y que allí ha de ir á encontrarle; pero Él no deja por ningún temor humano sus santas costumbres; no quiere que el piadoso israelita que con tanta generosidad ha franqueado su cenáculo, sufra ningún disgusto si la prisión se hiciera en él; y, además, quiere que la redención del mundo empiece en un huerto, como en otro había principiado su perdición. ¡Oh bondad de Jesús! ¡Cuán digna eres de alabanza! Miremos á Jesús; llega ya al huerto, y antes que

sus enemigos le atormenten, comienza Él á afligirse voluntariamente. Prívase de todo consuelo sensible, no consintiendo que ni del interior del espíritu ni de las cosas exteriores reciba su alma alivio alguno; y hace que le asalten furiosamente todos los afectos opuestos. Su temor es pavoroso, su tedio y desgana de todas las cosas es sin igual, y su tristeza es tal, que bastaría para quitarle repentinamente la vida. Penetremos en el amante Corazón de Jesús, y cotejándole con el nuestro tan delicado, preguntémonos: ¿Hemos abandonado por tibieza nuestras buenas prácticas? ¿No sentimos tristeza de los pecados que tanto afligen á Jesús? ¿No trabajaremos por aliviar el dolor de nuestro divino Maestro? ¿Qué nos conviene hacer para esto? Meditémoslo, propongamos y pidamos por nosotros y por los demás.

23.—CAUSAS DE LA TRISTEZA DE CRISTO EN EL HUERTO.

PRELUDIO 1.° Jesús quiso padecer mortal tristeza recordando los pecados del mundo, el poco fruto de su Pasión y las penas de sus escogidos, y la manifestó á sus Apóstoles.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús con semblante afligido, diciendo á sus Apóstoles que está triste hasta la muerte.

PRELUDIO 3.° Pide dolor y sentimiento de tus pecados, que fueron causa de la tristeza de Jesús.

Punto 1.° *Jesús padece tristeza, considerando el poco fruto de sus trabajos y los muchos pecados del mundo.*—Considera en este primer punto dos causas que acumuló Jesucristo para moverse á la tristeza mortal que padeció en el huerto. Una fué la consideración del poco provecho que habían de hacer en muchos hombres los medios de su encarnación, Pasión y muerte, los sacramentos y sacrificios, la doctrina y ejemplos de su vida; y en todo esto ponderaba la terrible ingratitud de ellos, su ceguedad, dureza y rebeldía en desechar estos bienes que tan á su costa les ofrecía; por lo cual, con efecto, muchos se habían de condenar. Otra fué, que, no sólo no habían de sacar provecho de su redención, sino que habían de corresponder á sus favores con enormes é innumerables pecados, y aquí los traía todos á la memoria con la más viva aprensión, así los pasados, como presentes y por venir; los tenía presentísimos, y con grande evidencia conocía y pesaba tres cosas que hay en ellos muy terribles; es á saber: su muchedumbre sin cuento, su gravedad como infinita, por la injuria que con ellas se hace á Dios, y el grandísimo daño que causan en los hombres, condenándolos á los terribles tormentos del infierno. Todo esto le causó terrible tristeza, y la tomó de buena gana; lo uno, para suplir la falta de tristeza que los hombres tienen de su tibieza y pecados; y lo otro, para librarlos de la eterna tristeza que por ellos merecían. Imagínate á ti mismo dentro de la memoria y Corazón de Cristo

nuestro Señor, y mira cómo está contemplando tus pecados y tibiezas, y cómo con ellas le causas tristeza y desconsuelo terribles; por lo cual te has de entristecer, ponderando, cómo Jesucristo, las tres cosas dichas; es á saber: la muchedumbre de tus culpas, su gravedad, y la pena eterna que por ellas merecías; y procurando aborrecer el pecado, pues tan grande mal es, que basta su consideración para causar á Cristo tal tristeza. ¡Oh Padre eterno! Yo os ofrezco esta tristeza y dolor de vuestro Hijo unigénito en satisfacción de mis muchos y graves pecados. Pésame de haberlos cometido; mas porque mi pesar y tristeza es muy pequeña, yo la junto con la suya, por la cual os pido aumentéis la mía, para que pague con esta pena lo que debo por mi culpa.

Punto 2.º *Jesús se entristece por lo que habrán de padecer sus escogidos.*—Considera aquí otra de las causas más eficaces de la tristeza de Jesús en el huerto, que fué la consideración de todos los trabajos y tristezas que habían de padecer sus escogidos y todos los justos por su causa, las cuales tenía presentísimas, y las sentía como si Él mismo las padeciera, porque los tenía unidos consigo con entrañable amor y caridad, y quien tocaba á uno de ellos, tocaba á las niñas de sus ojos[1], porque más unidos estaban con su corazón que la niñeta con el ojo. Allí sentía las aflicciones de los Apóstoles y mártires; las persecuciones de los doctores y ministros del Evangelio; las tentaciones que padecieron los confesores y vírgenes, y las tristezas y desconsuelos de los justos atribulados; y allí tenía también presentes tus tribulaciones y tentaciones, tus temores y tristezas; y, compadeciéndose de ti, se entristecía por ellas, queriendo, por este afecto de compasión, padecer lo mismo que tú padeces, obligándote á que tú, con el mismo afecto, padezcas lo que Él padeció. Á estas causas generales de la tristeza de Jesús se pueden añadir otras particulares, cuales son la perdición de aquel pueblo hebreo, que había escogido por suyo, y la ingratitud que mostraba en quitarle la vida. Además, la condenación y perdición de Judas, viendo que el demonio se le quitaba y arrebatabá de su escuela, porque si un hombre siente grande dolor y tristeza cuando le cortan un miembro que está unido con todo el cuerpo, también Cristo sentía en su corazón todos los empellones y vaivenes del demonio, con que le cortaba ó arrancaba aquel miembro de su cuerpo místico, que era como atravesarle las entrañas y arrancarle al que tenía metido dentro de ellas. También sintió viva pena por el escándalo y abandono de sus discípulos, y otras varias. ¡Oh mi buen Jesús! Si por todos los que se han apartado de vuestra amistad pasáis tristeza, ¡cuán innumerables tormentos de estos padecíais por junto, teniendo presentes las caídas de tantos justos que el demonio arrebataba para sí! Doleos, Señor,

[1] Zachar., II, 8.

de mí, que también me ha engañado el enemigo, y no permitáis que sea jamás apartado de Vos. ¿No acompañamos á Jesús en su tristeza? ¿Qué debemos hacer para aliviársela?

Punto 3.º *Jesús manifiesta á sus discípulos la tristeza que siente.*—Considera cómo Jesús, habiéndose separado de los Apóstoles, y quedádose con sólo los tres más queridos, Pedro, Santiago y Juan, declaró á éstos su aflicción, diciéndoles con semblante demudado[1]: «Triste está mi alma hasta la muerte; esperadme aquí, y velad conmigo». Que fué como decir: Mi alma está triste con una tristeza cual se padece en las agonías de la muerte, y tan grande, que bastara á causarme la muerte, si no guardara la vida para padecerla más cruel; y será tan larga, que durará sin cesar hasta el instante de la muerte, despidiéndome de tener más alegría mientras viviere en esta vida mortal. Esta dolorosa revelación quiso el Señor hacer á sus Apóstoles, primeramente porque, como esta tristeza era interior, era necesario que Él nos manifestara su grandeza, para que conociésemos lo mucho que por nosotros padecía, y se lo agradeciésemos, y nos alentásemos á imitarle en ello; así como en la cruz dijo, «sed tengo»[2], para que se supiese aquel trabajo que en secreto padecía por nuestra causa. En segundo lugar, para mostrar que era hombre, y que se sujetaba á tristezas y temores, y, como tal, se consolaba con sus amados discípulos, descubriéndoles su aflicción, para que se compadeciesen de Él y le consolasen, y por esto les dijo: «Velad conmigo y hacedme compañía». Los Apóstoles á quienes declaró su tristeza fueron los mismos á quienes se había manifestado en el Tabor[3], hermoso, resplandeciente y transfigurado, para que, viendo por una parte la gloria de que se privaba, y por otra la aflicción que aceptaba, conociesen y testificasen la infinita caridad que nos tuvo; y también para que se conozca que los regalos que Dios concede á las almas, sus queridas en este mundo, no son para que paren y se complazcan en ellos, sino para prepararlas á mayores trabajos. ¡Oh consuelo de los desconsolados! ¿Quién os ha sujetado á pedir consuelo á vuestras criaturas? Mis pecados han hecho esto, y el deseo que tenéis de mi consuelo, comprándole con el precio de vuestros desconsuelos. Por esta tristeza mortal que os aflige, haced que todo mi consuelo sea llorarlos amargamente todos los días de mi vida. ¡Oh alma fiel! Viendo la tristeza á que se sujeta Jesús, ¿querrás todavía consuelos en esta vida? ¿No procurarás consolarte con la compasión de Jesús y con el odio al pecado?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán graves han de ser los motivos que causen tristeza mortal al que es la misma alegría por esencia! Jesús se entristece. ¿Por qué? Está previendo el poco fruto que la mayor parte de los hombres han de reportar por

[1] Matth., XXVI, 38.— [2] Joan., XIX, 28. — [3] Matth., XVII, 2.

su culpa de la Pasión y muerte á que voluntario se sujeta. Está mirando la ingratitud de los mortales, que, no sólo no querrán aprovecharse de los medios de salvación que pone en sus manos, sino que pretenderán con nuevos pecados aumentar, si les fuese posible, sus dolores y penas; y ve que estos pecados son innumerables y gravísimos, y que por ellos han de ser eternamente atormentados los que los cometen. Él contempla en lo porvenir todo cuanto han de padecer sus discípulos por conservar su fe, por extender su religión y por no apartarse de su amistad. Y al ver Jesús todo esto, su Corazón paternal se conmueve, su espíritu se anubla, y sus entrañas se conturban. Mira, además, la perdición del pueblo hebreo, el escándalo y dispersión de sus discípulos, la pena de su afligida Madre, la condenación de Judas. ¡Oh Jesús amantísimo! Desahogad vuestro Corazón; descubrid vuestra tristeza á vuestros más íntimos amigos, y de este modo disminuirá. Oigámosle cómo habla: «Triste está mi alma hasta la muerte»; tal y tanta es mi tristeza, que bastaría para causarme la muerte, y durará hasta que dé el último suspiro en la cruz. ¿Quién, al oir estas aflictivas palabras de Jesús, querrá consuelos y alegrías? Si Él está triste por nuestros pecados y tibiezas, ¿cómo nosotros, que los hemos cometido, no nos entristecemos? ¿Qué pensamos hacer en adelante? ¿Seguiremos en nuestra flojedad y en nuestras culpas, afligiendo al amantísimo Corazón de Jesús? No seamos tan crueles con un Padre que tanto nos ha amado; propongamos aliviar con el ejercicio fervoroso de las virtudes la tristeza que le han causado nuestras tibiezas y pecados; supliquémosle nos ayude á poner en práctica nuestras resoluciones, y nos asista en todas nuestras necesidades.

24. — ORACIÓN DE CRISTO EN EL HUERTO.

PRELUDIO 1.º Viéndose Jesús acometido de la tristeza, se retiró de sus discípulos, y, postrado en tierra, se entregó á fervorosa oración.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús postrado en tierra y orando.

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús la gracia de imitarle en la oración.

Punto 1.º *Jesús encarga á sus Apóstoles la oración, y se retira de ellos para hacerla.*—Hallándose Jesús sumido en la tristeza, y viendo que también sus Apóstoles estaban tristes, les dijo [1]: «Velad conmigo y orad, porque no entréis en tentación»; y tomando para sí el mismo consejo, se apartó de ellos como un tiro de piedra para orar. Acerca de esto has de considerar cómo Jesús con su palabra y ejemplo te enseña que el remedio de las tristezas no es parlar, y enternecerse con los hombres, que no

[1] Matt., XXVI, 41; Luc., XXII, 40; S. Thom.

pueden dar consuelo cordial, sino hablar con Dios en la oración, á quien has de acudir como á principal consolador, el cual te puede quitar la tristeza ó moderarla, como más te conviniere, como de sí lo dice David [1]: «Mi alma rehusó ser consolada, acordéme de Dios, y alegróse mi corazón». También te avisa el Señor que el único y eficaz medio para no caer en las tentaciones y no perecer en los peligros, es la oración, á la cual has de acudir con más fervor cuando te halles más cerca de ellos. Pero no dice, orad para que no seáis tentados; sino, orad para que no caigáis en la tentación y os aneguéis en ella; porque muchas veces nos conviene ser tentados y afligidos; pero la oración sirve para que no caigamos en ella, ó, si cayéremos, no perezcamos del todo; sino que nos levantemos con el fervor que nos dará Dios para ello. Pondera particularmente aquella palabra: «Velad conmigo»; esto es: en mi compañía, y como Yo velo, imitándome á Mí, en lo cual claramente da á entender que Él vela con los que velan, y ora con los que oran; y los que velan y oran, hacen esto con Él, teniéndole por maestro, por compañero y ayudador. Meditando todo esto, has de confundirte al recordar que en tus tristezas y tentaciones, olvidándote del aviso del Señor, has buscado con grande inquietud el consuelo en los hombres, y apenas te has acordado de Dios; por cuyo motivo has tenido que lamentar tristes caídas; y cuando has orado, ha sido con tal tibieza y distracción, como si no estuviera Dios contigo. ¿Cómo te portarás en adelante en tus tristezas y peligros? ¿Procurarás guardar la presencia de Dios en tu oración? ¡Oh dulcísimo Jesús! ¿Cómo no gustaré yo de velar y orar, sabiendo que Vos estáis siempre en mi compañía? Ayudadme para que siempre vele con Vos, gastando los días en trabajar y las noches en orar, y días y noches en obedecer á quien siempre veló, oró y trabajó por mi amor.

Punto 2.º *Cualidades de la oración de Jesús.*—Considera cómo Jesús, llegando al lugar de la oración, hincó ambas rodillas y postróse, pegando su rostro con la tierra, y puesto así, dijo [2]: «Padre mío, si es posible, pase de Mí este cáliz; pero no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Vos queréis». Que fué decir: Padre mío, si es hacedero, salvo el decreto de vuestra justicia, que pase de Mí el cáliz de esta pasión sin que le beba, concedédmelo; pero no se haga lo que mi voluntad natural desea conforme á su inclinación, sino lo que fuere vuestra voluntad, porque ésta quiero que sea preferida á la mía. ¡Oh! ¡Qué modelo de oración la más perfecta! Ella reunió las más excelentes cualidades que han de acompañarla. Lo primero, fué retirada y sola, quitando todas las ocasiones de divertirse para hablar á solas con Dios, rompiendo violentamente con la inclinación na-

[1] Psalm. LXXVI, 3. — [2] Matth., XXVI, 42.

tural de estar con sus discípulos para consolarse con ellos en la tristeza. Lo segundo, fué con profunda reverencia y humildad interior y exterior, nacida de la grande estima que Jesús tenía de la divina Majestad, y del conocimiento de la bajeza de su humanidad en cuanto criatura, y de la necesidad en que estaba. Lo tercero, fué acompañada de grande confianza y amor, lo cual declara aquella palabra: «Padre mío». Otras veces le llama sólo Padre; pero esta vez «Padre mío», dando muestras de aumentar la confianza y amor con quien era particularmente Padre suyo, no por adopción, sino por naturaleza. Lo cuarto, fué con grande abnegación de la propia voluntad, y resignación en la divina, porque los trabajos eran terribles, la inclinación natural de huir de ellos era grande, la congoja interior muy crecida, y así resignarse en esta ocasión á lo que Dios quería, fué acto de heroica virtud. Considerando todo esto, humíllate al ver la falta que tienes de estas virtudes, y propón, para cuando te halles en algún trabajo, decir esta misma oración con el espíritu que Jesús la dijo. ¡Oh Padre mío muy amado! Mirad que la tristeza no pocas veces me aflige, y el demonio me persigue, y las pasiones quieren enseñorearse de mí! Si es posible, pase de mí este cáliz de amargura que me atormenta; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Vos queréis. ¿Oramos nosotros en nuestras necesidades con la humildad, confianza, recogimiento y resignación que Jesús? ¿En qué cosas debemos corregirnos?

Punto 3.º *Perseverancia de Cristo en su oración.* — Considera aquí otra cosa muy señalada de esta oración de Cristo nuestro Señor, que fué ser larga; porque no has de pensar que duró solamente el tiempo que gastó en decir estas tres palabras, sino por lo menos duró una hora, como se colige de la amorosa reprensión que dirigió á san Pedro, diciéndole [1]: «¿No habéis podido velar conmigo una hora?» Este tiempo gastó Cristo pensando las cosas que le movían á la reverencia, confianza, amor y resignación, y á los demás afectos que ejercitó en su oración. También pasaría por la memoria todas las partes de su cáliz, conformándose particularmente en cada una de ellas, como si dijera: Padre, si es posible, pase de Mí este cáliz de la tristeza; pero no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Tú; si es hacedero, pase de Mí el cáliz de las prisiones, de los azotes, de la corona de espinas, etc.; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Puédese también creer que en esta hora diría esta oración en otros sentidos, que refieren los santos haberla dicho, como en el que santa Catalina de Sena supo por revelación, que Cristo nuestro Señor, con las ansias de padecer para concluir la redención del mundo, pidió que, si era posible, se abreviase y pasase de presto la bebida de aquel cáliz; en lo cual fué oído, porque en pocas horas se terminó el negocio de su Pasión. A imitación de Jesús, has de gastar una hora ó más en oración recogida, de modo que, aun que el tema ó materia de ella sea una breve sentencia, pero la variedad de consideraciones y afectos la puede alargar mucho, como se dice de san Francisco, que gastaba toda la noche en oración, diciendo solamente: «Dios mío y todas mis cosas», ó, como decía san Agustín hablando con Dios: «Conózcame á mí y conózcate á Ti». ¡Oh Maestro soberano! Pues que en la oración habéis querido vincular todas las gracias y que me vea libre de mis miserias, pídoos encarecidamente que me enseñéis á orar. Sea mi oración como la vuestra, humilde, retirada, confiada y resignada, y haced que persevere en tan santo ejercicio hasta obtener lo que pretendo, á fin de que Vos seáis en mí glorificado, y yo sea por Vos remediado.

[1] Matth., xxvi, 40.

Epílogo y coloquios. ¡Qué Maestro tan sabio y caritativo tenemos en Jesucristo nuestro Señor! En medio de sus tristezas y agonías, no se olvida de darnos altísimas y prácticas enseñanzas. Se arranca violentamente de la compañía de sus queridos Apóstoles, después de haberles encargado la vigilancia y oración, para vencer las tentaciones que les iban á asaltar. Así te enseña que el medio para calmar tu tristeza no es parlar con los hombres, sino conversar con Dios; que el antídoto y arma poderosa contra los peligros y tentaciones es la oración. ¡Dichoso tú si sabes aprender perfectamente la lección que te enseña el Señor! Mas, ¿cuál ha de ser tu oración? ¿Qué cualidades ha de reunir para que merezca ser presentada delante del trono de Dios y logre favorable acogida? Mira á Jesús separado de sus Apóstoles, postrado en el suelo, cosida su frente con el polvo; oye las palabras que salen de sus labios: «Padre mío, si es posible, pase de Mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». ¡Qué recogimiento y retiro! ¡Qué humildad! ¡Qué confianza! ¡Qué resignación! Así permanece quizá más de una hora, rumiando las mismas palabras, buscando nuevos motivos de confianza y resignación, y extendiéndolas á todos y á cada uno de los dolores de su Pasión, que tenía tan presentes como si ya los estuviese pasando. ¡Oh! ¡Si en tus oraciones supieses imitar á tu dulce Salvador! ¡Si acompañasen á tu oración las virtudes que ostenta Jesús en la suya! ¿Qué responde á esto tu corazón? ¿Adónde acudes y de qué medios te vales para pelear contra tus tentaciones y tristezas? ¿Es tu oración humilde, confiada y perseverante? ¡Ah! ¡Te quejas de no alcanzar lo que deseas! Quéjate más bien de ti mismo, que no oras como debes; y para poner un eficaz remedio á ese tu abandono, haz propósitos, pide gracias, y ruega por todo el mundo.

25.—JESÚS VISITA Á SUS APÓSTOLES, Y VUELVE Á ORAR.

PRELUDIO 1.º Pasada una hora de oración, Jesús visitó á sus discípulos, que estaban durmiendo, despertólos, y se volvió á orar.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús despertando á sus discípulos y encargándoles de la vigilancia y oración.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de seguir los consejos é imitar los ejemplos de Jesús.

Punto 1.º *Levántase Jesús de la oración, y visita á sus Apóstoles.*—Pasada la primera hora de oración, Jesús fué adonde estaban sus discípulos, para ver si velaban, como les había encargado, y hallólos durmiendo. Despertólos, y díjoles con blandura [1], especialmente á Pedro, que se preciaba de más fervoroso: «¿Así no pudisteis velar una hora conmigo? Velad y orad, para que no entréis en tentación; porque, aunque el espíritu está pronto, la carne está flaca». Pondera aquí la grande caridad, solicitud y cuidado que Jesús tenía de sus discípulos, pues en medio de tantas aflicciones interrumpe su oración para visitarlos y alentarlos; y aunque los halló durmiendo, no se indignó contra ellos, sino con blandura los corrigió y avisó del peligro en que estaban, repitiéndoles lo que antes les había dicho, que orasen para no caer en la tentación; pues aunque el espíritu esté pronto y desee lo mejor, como la carne es flaca, si no es ayudada con oración, será vencida. Aprende de esto á darte de tal modo á la oración y ejercicios piadosos, que no te olvides del cuidado de los que están á tu cargo; y á corregir con blandura y amor, sobre todo á los que faltan más por flaqueza que por malicia. Mira en la conducta de los discípulos el descuido del hombre en el negocio de su salvación, tomándolo el Señor tan de veras y con tanto cuidado. Y en la persona de ellos te debes mirar á ti mismo, que duermes y aflojas en tu aprovechamiento imaginándote que Cristo te dice lo que á Pedro: «¿No puedes velar una hora conmigo?» ¡Oh, cuánta es la miseria del hombre que, velando Cristo por su salvación, él se duerme! Reflexiona, por fin, cuán grande es la diferencia que hay entre los perfectos y los imperfectos; porque en éstos la tristeza causa soñolencia y desmayo, y enfado de la oración, y porque la dejan, vienen á caer en la tentación, como cayeron los Apóstoles, desamparando á Cristo; pero en los perfectos la tristeza les convida y lleva á la oración; y cuanto más crece ella, tanto crece el fervor de la oración, como se ve en Cristo, por lo cual no desfallecen en la tentación, sino que permanecen con gran fortaleza en ella. ¡Oh Dios benditísimo! No apartéis de mí la oración [2] ni vuestra misericordia, y no permitáis que yo la abandone por tibieza; porque si yo no la dejo, vuestra misericordia nunca me dejará. ¿Olvidamos nosotros el cumplimiento de nuestros deberes por atender á nuestras devociones voluntarias? ¿Imitamos el fervor que Jesús tiene en su oración, ó la flojedad de los Apóstoles?

[1] Matth., XXVI, 40. — [2] Psalm. LXV, 20.

Punto 2.º *Vuelve Jesús á la oración con más fervor.*—Después que Jesús hubo despertado á sus Apóstoles, volvióse á la oración, repitiendo las mismas palabras, aunque con más instancia, porque es de creer diría las que pone san Marcos [1]: «Padre, Padre, todas las cosas te son posibles; traspasa de Mí este cáliz; mas no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Tú quieres». En lo cual has de ponderar el grande afecto de amor y confianza que se descubre en la repetición de la palabra «Padre, Padre», y la confesión de su omnipotencia, en que estriba la oración, alabándole primero que pida lo que desea, como quien dice: No puedes dejar de oirme por falta de amor, porque eres padre y muy padre; ni por falta de poder, porque todas las cosas te son posibles: Esta misma oración debes tú repetir en los trabajos que te aflijan. Pondera luego cómo Jesús gastó también buen rato de tiempo en esta oración, y es de creer que en él oraría de nuevo por todos los hombres, cuyo Redentor era, deseando, cuanto era de su parte, que todos se salvasen, y que su Pasión fuese provechosa á todos, y no se perdiese el fruto de sus grandes trabajos. Y en este sentido puedes creer que también dijo las palabras referidas: Padre, todas las cosas te son posibles; si es posible, no quede este cáliz de mi Pasión en Mí sólo, y no sirva sólo para mi gloria y provecho; sino traspásale á todos los hombres, para que todos reciban provecho de él; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Esta petición era muy conforme á la caridad de Jesucristo, y de ella puedes usar, suplicando al Padre eterno que el cáliz de la Pasión de su Hijo se traspase con eficacia á todo el mundo, pero rindiendo tu juicio y voluntad á su eterna ordenación. En esta consideración te puedes imaginar presente á Cristo nuestro Señor, y cómo pide á su Padre que pase á ti el cáliz de su Pasión, comunicándote el fruto de ella, y así le has de suplicar te lo aplique. ¡Oh Padre eterno! Pues vuestro Hijo ha bebido este cáliz tan amargo, poderoso para dar vida á todo el mundo y mil mundos, mostrad vuestra caridad y omnipotencia en traspasar su fruto á muchos para gloria del que le bebió por ellos. Pase también este cáliz á mí, y lléneme de sus amarguras y de los dones que ganó con ellas. ¡Oh cristiano! ¿Deseas tú también participar del cáliz de la Pasión de Jesús? ¿Apoyas tus súplicas en la confesión de la omnipotencia de Dios?

Punto 3.º *Vuelve Jesús á sus Apóstoles, y ya no los despierta.*—Considera cómo, terminada la segunda oración, volvió Jesús á sus Apóstoles; y hallándolos dormidos, compadecido

[1] Marc., XIV, 39.

de su flaqueza, dejólos, y volvióse á la oración, y entonces, como dice el Evangelista [1], puesto en agonía y congoja, oraba más prolijamente, prolongando más su oración. Pondera acerca de esto cómo Cristo nuestro Señor, aunque sabía que sus discípulos dormían, quiso venir á visitarlos, para descubrir el cuidado que de ellos tenía, aunque no los despertó, compadecido de verlos tan oprimidos del sueño. Mira sobre todo con atención, y compadécete de la soledad que sintió Jesús en este punto, viéndose privado de todo consuelo. El lugar era solo y el tiempo obscuro; los discípulos estaban dormidos, su Madre estaba ausente, su Padre celestial parece que se hacía el sordo, y no le respondía; su divinidad y la porción superior de su alma dejaba padecer á la porción inferior, cumpliéndose lo que dijo David [2]: «Busqué quien me consolase, y no le hallé». Entonces diría aquello del salmo XXI: «¡Dios mío, Dios mío!; mira por mí; ¿por qué me desamparaste? Doy voces de día y de noche, y no me oyes, aunque bien sé que no es por mi culpa, ni será para mi daño». Á pesar de todo, Cristo perseveró en su oración, sin quejarse con impaciencia de no ser oído, ni enfadarse, ni dejar por esto de orar y repetir lo mismo, una, dos y tres veces, creciendo en el fervor, enseñándote el modo cómo debes portarte en la oración. Finalmente: has de ponderar cómo el Padre Eterno dilató el responder á la oración de su Hijo, para darnos á entender la grande necesidad que teníamos de la Pasión y muerte de Jesús, pues se detenía en contestarle cuando le pedía que, si era posible, se impidiese, lo cual te obliga mucho á amarle, pues tanto estima tu bien. ¡Oh Padre soberano! ¿Por qué amáis tanto á los esclavos, que queréis por su causa afligir á vuestro Hijo? ¿Por qué os hacéis el sordo á su demanda, dejando de cumplir su deseo por respeto de los que nunca cumplen el vuestro? Vuestra caridad, Dios mío, y la de vuestro Hijo, es causa de esto, por lo cual os suplico me deis perfecta conformidad en todo lo que ordenareis; pues, aunque sea por mi culpa, no será para mi daño, con el grande amor que tenéis á vuestro Hijo y á todos los que le pertenecen. ¿No nos compadecemos nosotros de la tristeza y soledad que por nuestro amor padece Jesús? ¿No imitaremos su constancia en la oración?

Epílogo y coloquios. ¡Qué Padre tan tierno y cuidadoso del bien de sus hijos es el divino Jesús! Se había apartado de sus discípulos para entregarse á la oración, y cuando más sumergido se hallaba en la contemplación de los soberanos designios de su Padre, se levanta, va á visitar á sus Apóstoles, á quienes encuentra profundamente dormidos; los despierta con una amorosa queja, exhórtalos nuevamente á la oración, y vuelve á entregarse con mayor fervor á la repetida súplica que venía haciendo una hora había. ¡Qué solicitud tiene Jesucristo por nuestra salvación! ¡Con qué abandono la miran los hombres, figurados por los flacos Apóstoles! ¡Qué diferencia entre la oración de los perfectos y de los imperfectos! Después que el divino Jesús hubo suplicado otro rato muy largo que pasase de Él el cáliz amargo de su Pasión, y que su fruto, á ser posible, se extendiese eficazmente á todo el mundo, visita nuevamente á sus Apóstoles, los cuales habían vuelto á su pesado sueño, y, compadecido de ellos, ya consiente en que duerman, y regresando al lugar de su oración, entra en una penosísima congoja y como agonía, en la cual prolonga más la oración hasta alcanzar contestación de su Padre celestial. ¡Qué ríos de amargura inundarían el alma del Señor en este momento! ¡En qué soledad tan desconsoladora se hallaba! Todo cuanto ve á su alrededor le despierta tristes y congojosos pensamientos; la noche obscurísima, el lugar solitario, los Apóstoles dormidos, su Madre lejos de su compañía sumida en la angustia y dolor, su Padre sordo á sus humildes súplicas. ¡Oh Jesús! ¿Quién podrá dejar de amaros si considera lo que por él habéis hecho? ¿Cómo le correspondemos nosotros? ¿Vigilamos por los que están á nuestro cargo? ¿Nos dormimos en nuestra oración, vencidos de la pereza? ¡Cuánto disentimos de nuestro amantísimo Salvador! Fijemos en Él nuestra vista; tratemos eficazmente de modelar nuestra conducta por sus ejemplos, y con este fin propongamos muy particularmente lo que debemos practicar y evitar para este objeto; y convencidos de nuestra inconstancia y flaqueza, pidamos con fervor á Dios sus auxilios, y roguemos por todo el mundo.

[1] Luc., XXII, 43. — [2] Psalm. LXVIII, 21.

26. — APARICIÓN DEL ÁNGEL Y SUDOR DE SANGRE.

PRELUDIO 1.° Envió el Padre Eterno un ángel para confortar á Jesús; y este Señor, al oir las razones que el celestial enviado le decía, sintió tal lucha interior, que sudó sangre.

PRELUDIO 2.° Represéntate al ángel confortando á Cristo y á este Señor sudando sangre.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de luchar fuertemente contra tus pasiones.

Punto 1.° *Aparécese un ángel á Jesús, y le conforta.*— Considera cómo el Padre eterno, viendo á su divino Hijo en tanta aflicción y congoja, y que todavía perseveraba en la oración [1], para que se echase de ver que tenía providencia y cuidado de Él, y que no despreciaba su oración, envió del cielo un ángel que en su nombre le consolase, así como en el desierto, cuando venció al demonio, había enviado algunos [2] que le diesen de comer, con lo cual juntamente nos enseña el cuidado paternal que tiene de los que oran, enviándoles á su tiempo el consuelo con algún ángel invisible, que es su santa inspiración; y si dilata esto, no

[1] Luc., XXII, 43. — [2] Matth., IV, 11.

es porque les aborrezca, sino para enviárselo al tiempo que más les conviene. El ángel que vino créese que fué san Gabriel, encargado del servicio del Verbo encarnado [1], no como ángel de guarda, sino como ministro y ejecutor de lo que tocaba y pertenecía al misterio de la Redención. Llegado este celestial mensajero en forma visible al lugar donde estaba Jesús, hablóle con gran reverencia y con semblante muy compasivo, poniéndole delante algunas razones que podían consolarle y confortarle en su aflicción. Diríale que era voluntad y decreto del Padre eterno que muriese y bebiese aquel cáliz; que era necesario para remedio del mundo, para rescatar á los justos que estaban en el limbo, para poblar el cielo y para cumplimiento de las profecías; que los trabajos pasarían presto, y luego se seguiría la gloria de la resurrección y el descanso perpetuo de su carne. Estas y otras razones le diría el ángel, y Jesús con humildad las escuchaba, mostrándose, en cuanto hombre, necesitado del consuelo de sus criaturas; y, aunque sabía muy bien todo lo que el ángel podía decirle, gustaba de oírselo y se confortaba con ello, enseñándote que no debes desdeñar el recibir consuelo de cualquier persona, aunque sea menos sabia y discreta que tú, y aunque sepas todo lo que te puede decir, porque á veces, por medio del menor, ilustra y consuela Dios al mayor. ¡Oh Salvador mío! Cómo, siendo Vos el consuelo y esfuerzo de los ángeles, os habéis puesto en necesidad de ser confortado por uno de ellos? Vuestra caridad ha hecho esto, por la cual os doy innumerables gracias, y os suplico me ayudéis para que me aproveche de los consejos que me diere, así el ángel de mi guarda como Vos, Ángel del gran consejo, cuyas inspiraciones propongo seguir fielmente todos los días de mi vida, para merecer veros en el cielo eternamente.

Punto 2.º *Jesucristo suda sangre.* — Oyendo Jesús las razones del ángel, oraba más prolijamente, y vínole un sudor como de gotas de sangre, que caían en la tierra. Considera aquí las causas de este sudor tan extraordinario y prodigioso, las cuales son varias y todas muy provechosas. La primera fué para manifestar la terribilidad de la aflicción interior que en esta ocasión padecía su alma, porque en ella se levantó una espantosa lucha entre el temor y tristeza de la muerte por una parte, y el celo de la gloria de Dios y bien de los hombres por otra. La imaginación, aprendiendo con viveza los dolores, avivaba los afectos de temor, tristeza y congoja interior; y la razón superior, con las conveniencias de la muerte, encendía los afectos de celo y amor, resistiendo á aquéllos; y con esta lucha creció tanto la congoja, que vino á reventar la sangre por sudor de todo el cuerpo con tal abundancia, que regó la tierra. La segunda causa fué

[1] S. Thom.

para mostrar su infinita generosidad en dar la sangre por nosotros, sin esperar á que los verdugos se la sacasen; por cuyo motivo es comparado al árbol de la mirra, el cual primero echa por los poros este licor á modo de sudor, y después es punzado y descortezado para que lo dé con más abundancia; así Jesús, antes que vengan los verdugos á cebarse en Él, quiere que su imaginación sea el verdugo que le saque la sangre, de su espontánea voluntad. La tercera, para mostrar el vivo y tierno sentimiento que tenía de nuestros pecados y de las llagas mortales de su cuerpo místico la Iglesia, para cuyo remedio, como cabeza nuestra, quiso tomar la purga y medicina interior con tanta vehemencia, que sudó sangre por todo su cuerpo natural; y como los pecados se perdonan con lágrimas nacidas de este dolor, el suyo fué tan excesivo, que las derramó, no sólo por sus ojos, sino por todos los poros de su cuerpo, como gotas de sangre. ¡Oh sangre preciosísima, derramada por mis pecados con infinito amor y excesivo dolor! ¡Oh buen Jesús! Lavadme con esa sangre, y aplicadme una gota de ella, pues una basta para mi salud. ¿Y qué digo para mi salud? Para la salud de todo el mundo bastara una sola. Pues ¿por qué, Salvador mío, derramáis tantas? ¡Oh amor sin medida, quién os amase sin medida! ¡Oh alma mía! Glorifica á este Señor, que por ti suda sangre. ¿Imitas el modo de luchar contra las pasiones que Él te enseña? ¿Tienes dolor de tus pecados y eres generoso con Él?

Punto 3.º *Jesús, después del sudor de sangre, visita por tercera vez á los Apóstoles.*—Considera cómo, á causa del sudor de sangre, quedó el dulcísimo Jesús sumamente debilitado y extenuado de fuerzas; y como estaba solo, no hubo quien le aliviase ni enjugase su santo cuerpo, completamente bañado en ella. Solamente el ángel, pasmado de tan extraño suceso, le confortaría de nuevo, hasta que llegó el tiempo de partirse. Pondera cómo luego se levantó Cristo de la oración, y por tercera vez volvió á sus discípulos, y hallándolos durmiendo, los despertó, diciéndoles [1]: «Basta ya; levantaos, y vamos de aquí, porque ya se acerca el que me ha de entregar». Con lo cual, amorosamente los reprendía, porque era como decirles: Vosotros, que sois mis amigos, que habéis protestado seguirme fielmente, hallándome en grande tribulación y en peligro inminente de caer en manos de mis enemigos, estáis durmiendo; pero mi enemigo no duerme, y ya se acerca para apoderarse de Mí. ¡Cuánto debes confundirte de ver que los malos son más prudentes y activos para ejecutar sus maliciosos planes que tú! Pero medita en particular el ánimo y esfuerzo que sacó el Señor de la oración para acometer con denuedo los trabajos de la Pasión, con lo cual te enseña la eficacia de la oración para fortalecer la carne flaca,

[1] Matth., xxvi, 46.

y darla vigor para acometer lo que antes aborrecía y huía. Mira, por fin, la mansedumbre de Jesús, el cual, con haberse hallado en tanta congoja, y ver á sus discípulos tan descuidados y dormidos, no se indigna, sino que, antes de llamarles por última vez, como compadecido de ellos, les dice: «Dormid y descansad». ¡Oh buen Jesús! Vos teníais grande necesidad de dormir y descansar; pero, como buen Padre, queréis para vuestros hijos el descanso, y tomáis para Vos el trabajo. No permitáis quiera yo entregarme al ocioso descanso, viendo á Vos, que con tanto dolor estáis velando y orando, y á vuestros enemigos, que con tanto odio y encarnizamiento os están persiguiendo en vuestros discípulos. ¡Oh alma fiel! La diligencia de los enemigos de Cristo, ¿no te moverá á serlo en su servicio? ¿Procuras buscar en la oración la fortaleza que te falta y necesitas?

Epílogo y coloquios. ¡Qué cuidado tan amoroso tiene el Padre eterno de su Hijo! Le contempla solo, agobiado de temor, desamparado, sumergido en la tristeza, y viendo que insiste en su ferviente oración, manda á un ángel del cielo que en forma visible se presente á consolarle. ¿Quién no confiará en la providencia de tan tierno Padre? Mira al ángel san Gabriel cómo se acerca respetuosamente á Jesús y le comunica las órdenes del Padre celestial, y se esfuerza en consolarle, y Jesús le escucha atento. ¡Qué humildad! ¡Dios recibiendo consuelo de una criatura! Oyendo Jesús al ángel, enciéndese en el celo por la gloria de su Padre y bien de los hombres; y como su imaginación aviva al propio tiempo los afectos de temor, congoja y tristeza, entáblase dentro del Corazón de Jesús terrible lucha, y no cabiendo en él la sangre, se derrama con tal violencia por todas sus venas, que viene á brotar por los poros del cuerpo, llegando á regar el suelo. ¡Oh amor incomprensible! ¡Oh dolor inefable! Así ostenta Jesús la caridad que nos profesa y el dolor que le causan nuestros pecados. Mas, ha llegado la hora fatal; el ángel ha desaparecido, y Judas se acerca con su tropa; Jesús, saliendo animoso de la oración, va á sus discípulos, y aunque se compadece de su debilidad al hallarlos dormidos, mas con amorosa reprensión los despierta, recordándoles la vigilancia del traidor y comparándola con la tibieza de ellos. Lo mismo, quizá, nos podría decir á nosotros. Pues, ¿qué hacemos? ¿Deseamos que los ángeles nos consuelen? ¿Por qué no somos más asiduos y vigilantes en la oración? ¿Por qué no tenemos por la defensa de los intereses de Jesús el celo siquiera que sus enemigos tienen para hacerle la guerra? Avergoncémonos de nuestro proceder; propongamos corregirnos, pidiendo para ello las gracias necesarias, sin olvidar las demás necesidades que se nos han recomendado.

27.—LLEGADA DE JUDAS Y DE LOS SOLDADOS AL HUERTO.

PRELUDIO 1.° Vino Judas con los soldados, y saludó á Jesús, el cual le recibió con muestras de amor; y después, preguntando á los soldados á quién buscaban, dijeron que á Jesús, contestó: «Yo soy», y ellos cayeron en tierra.

PRELUDIO 2.° Represéntate este suceso como si le vieses con tus ojos.

PRELUDIO 3.° Pide grande y vivo temor de los juicios de Dios y de su justicia.

Punto 1.° *Llegada de Judas, y su beso hipócrita.*—Considera cómo habiendo Judas advertido á los soldados que con él iban, que Jesús era aquel á quien besase, llegando donde estaba el Señor, se le acercó y le besó, diciendo: «Dios te salve, Maestro». El Señor le respondió: «Amigo, ¿á qué viniste? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre[1]?» Sobre lo cual has de ponderar primeramente las marañas y trazas que inventó Satanás para prender á Cristo, parte con violencia de muchos soldados muy desaforados, parte con astucia y doblez, encubriendo la traición con beso de paz; la diabólica maldad de Judas, que de Apóstol de Cristo se hizo capitán y guía de sus enemigos; y su enorme desvergüenza en aprovecharse del conocimiento que de Él tenía para entregarle con beso de paz á sus verdugos. ¡Cuánto has de temer los juicios de Dios al ver la suerte de este desventurado! Pondera luego la mansedumbre y caridad admirables de Jesús, el cual, no sólo admitió el beso de aquel traidor, sabiendo que le tomaba por señal de su traición, sino que llegó hasta llamarle amigo, diciéndole con amoroso disimulo: «Amigo, ¿á qué has venido?» Como quien dice: Acuérdate que has sido mi amigo, y siempre te traté como tal, y deseo ahora convertirte de enemigo en amigo, y de amigo fingido en amigo verdadero. Si vienes á esto, Yo te recibiré y perdonaré; dime: ¿á qué viniste? ¡Oh, bendita sea tal caridad, que con tanta blandura convida al que usa contra Él de tanta crueldad! Mira, además, cómo queriendo Jesús después de esto corregir blandamente á Judas, manifestándole que sabía sus intentos, le dijo: «Judas, ¿con beso entregas al Hijo del hombre?» Llamóle por su nombre, en señal de conocimiento y amor, y á sí mismo se nombra con el nombre común de Hijo del hombre, en señal de humildad, deseando por todas vías conquistar aquel corazón endurecido para ablandarle; pero su dureza fué tan grande, que nada aprovechó; sino, dada la señal del beso, como se había adelantado á los soldados, volvióse de presto á ellos, para que hiciesen su hecho. ¡Oh dulcísimo Jesús! La dureza de Judas me estremece y hace temblar; pero vuestra infinita mansedumbre y caridad me llenan de dulce esperanza. ¿Cómo no tuvisteis asco de que

[1] Matth., XXVI, 48; Marc., XIV, 44; Luc., XXII, 48; Joan., XVIII, 3.

y darla vigor para acometer lo que antes aborrecía y huía. Mira, por fin, la mansedumbre de Jesús, el cual, con haberse hallado en tanta congoja, y ver á sus discípulos tan descuidados y dormidos, no se indigna, sino que, antes de llamarles por última vez, como compadecido de ellos, les dice: «Dormid y descansad». ¡Oh buen Jesús! Vos teníais grande necesidad de dormir y descansar; pero, como buen Padre, queréis para vuestros hijos el descanso, y tomáis para Vos el trabajo. No permitáis quiera yo entregarme al ocioso descanso, viendo á Vos, que con tanto dolor estáis velando y orando, y á vuestros enemigos, que con tanto odio y encarnizamiento os están persiguiendo en vuestros discípulos. ¡Oh alma fiel! La diligencia de los enemigos de Cristo, ¿no te moverá á serlo en su servicio? ¿Procuras buscar en la oración la fortaleza que te falta y necesitas?

Epílogo y coloquios. ¡Qué cuidado tan amoroso tiene el Padre eterno de su Hijo! Le contempla solo, agobiado de temor, desamparado, sumergido en la tristeza, y viendo que insiste en su ferviente oración, manda á un ángel del cielo que en forma visible se presente á consolarle. ¿Quién no confiará en la providencia de tan tierno Padre? Mira al ángel san Gabriel cómo se acerca respetuosamente á Jesús y le comunica las órdenes del Padre celestial, y se esfuerza en consolarle, y Jesús le escucha atento. ¡Qué humildad! ¡Dios recibiendo consuelo de una criatura! Oyendo Jesús al ángel, enciéndese en el celo por la gloria de su Padre y bien de los hombres; y como su imaginación aviva al propio tiempo los afectos de temor, congoja y tristeza, entáblase dentro del Corazón de Jesús terrible lucha, y no cabiendo en él la sangre, se derrama con tal violencia por todas sus venas, que viene á brotar por los poros del cuerpo, llegando á regar el suelo. ¡Oh amor incomprensible! ¡Oh dolor inefable! Así ostenta Jesús la caridad que nos profesa y el dolor que le causan nuestros pecados. Mas, ha llegado la hora fatal; el ángel ha desaparecido, y Judas se acerca con su tropa; Jesús, saliendo animoso de la oración, va á sus discípulos, y aunque se compadece de su debilidad al hallarlos dormidos, mas con amorosa reprensión los despierta, recordándoles la vigilancia del traidor y comparándola con la tibieza de ellos. Lo mismo, quizá, nos podría decir á nosotros. Pues, ¿qué hacemos? ¿Deseamos que los ángeles nos consuelen? ¿Por qué no somos más asiduos y vigilantes en la oración? ¿Por qué no tenemos por la defensa de los intereses de Jesús el celo siquiera que sus enemigos tienen para hacerle la guerra? Avergoncémonos de nuestro proceder; propongamos corregirnos, pidiendo para ello las gracias necesarias, sin olvidar las demás necesidades que se nos han recomendado.

27.—LLEGADA DE JUDAS Y DE LOS SOLDADOS AL HUERTO.

PRELUDIO 1.° Vino Judas con los soldados, y saludó á Jesús, el cual le recibió con muestras de amor; y después, preguntando á los soldados á quién buscaban, dijeron que á Jesús, contestó: «Yo soy», y ellos cayeron en tierra.

PRELUDIO 2.° Represéntate este suceso como si le vieses con tus ojos.

PRELUDIO 3.° Pide grande y vivo temor de los juicios de Dios y de su justicia.

Punto 1.° *Llegada de Judas, y su beso hipócrita.*—Considera cómo habiendo Judas advertido á los soldados que con él iban, que Jesús era aquel á quien besase, llegando donde estaba el Señor, se le acercó y le besó, diciendo: «Dios te salve, Maestro». El Señor le respondió: «Amigo, ¿á qué viniste? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre [1]?» Sobre lo cual has de ponderar primeramente las marañas y trazas que inventó Satanás para prender á Cristo, parte con violencia de muchos soldados muy desaforados, parte con astucia y doblez, encubriendo la traición con beso de paz; la diabólica maldad de Judas, que de Apóstol de Cristo se hizo capitán y guía de sus enemigos; y su enorme desvergüenza en aprovecharse del conocimiento que de Él tenía para entregarle con beso de paz á sus verdugos. ¡Cuánto has de temer los juicios de Dios al ver la suerte de este desventurado! Pondera luego la mansedumbre y caridad admirables de Jesús, el cual, no sólo admitió el beso de aquel traidor, sabiendo que le tomaba por señal de su traición, sino que llegó hasta llamarle amigo, diciéndole con amoroso disimulo: «Amigo, ¿á qué has venido?» Como quien dice: Acuérdate que has sido mi amigo, y siempre te traté como tal, y deseo ahora convertirte de enemigo en amigo, y de amigo fingido en amigo verdadero. Si vienes á esto, Yo te recibiré y perdonaré; dime: ¿á qué viniste? ¡Oh, bendita sea tal caridad, que con tanta blandura convida al que usa contra Él de tanta crueldad! Mira, además, cómo queriendo Jesús después de esto corregir blandamente á Judas, manifestándole que sabía sus intentos, le dijo: «Judas, ¿con beso entregas al Hijo del hombre?» Llamóle por su nombre, en señal de conocimiento y amor, y á sí mismo se nombra con el nombre común de Hijo del hombre, en señal de humildad, deseando por todas vías conquistar aquel corazón endurecido para ablandarle; pero su dureza fué tan grande, que nada aprovechó; sino, dada la señal del beso, como se había adelantado á los soldados, volvióse de presto á ellos, para que hiciesen su hecho. ¡Oh dulcísimo Jesús! La dureza de Judas me estremece y hace temblar; pero vuestra infinita mansedumbre y caridad me llenan de dulce esperanza. ¿Cómo no tuvisteis asco de que

[1] Matth., XXVI, 48; Marc., XIV, 44; Luc., XXII, 48; Joan., XVIII, 3.

boca tan maldita llegase á vuestro divino rostro? ¿Cómo no salieron de él llamas de fuego que le abrasasen? Vuestra inmensa caridad, Señor, quería ablandar aquel duro corazón, y detuvo el fuego de vuestra justísima cólera. Usadla, Señor, conmigo; que si he sido pecador como Judas, no quiero ser obstinado como él. ¿Imitamos la caridad de Jesús en tratar á nuestros enemigos? ¿No temeremos los juicios divinos?

Punto 2.º *Eficacia de la palabra de Jesús en derribar á todos sus enemigos.*—Luego que Judas se retiró, salió Jesús al encuentro de los soldados, y les dijo [1]: «¿Á quién buscáis?» Ellos, como no le conocían, á pesar de la señal de Judas, respondieron: «Á Jesús Nazareno.» Díjoles Jesús: «Yo soy»; y al instante volvieron atrás, y cayeron de espaldas en tierra. Acerca de esto has de considerar cómo Jesús en su prisión quiso dar muestras de su omnipotencia y divinidad, haciendo dos milagros, uno para manifestar el poder de su justicia, y otro [2] para descubrir la grandeza de su misericordia. En el primero has de ponderar la magnanimidad y omnipotencia de Cristo en salir sin temor ninguno á recibir á sus enemigos, y con una sola palabra dar con todos y con Judas en tierra, de donde nunca se pudieran levantar, si El no les diera licencia para ello; y esto hizo para que toda aquella malvada gente entendiese que contra Él ni valen astucias, ni fraudes, ni tampoco armas ni fuerzas humanas. Pondera luego la fuerza de aquella palabra: «Yo soy;» la cual para los buenos es dulce y de grande consuelo, cuando, después de haberle buscado en la oración, les dice [3]: «No temáis, Yo soy;» esto es, Yo soy vuestro Padre, Maestro, Salud, y Vida; pero con los malos que buscan á Cristo para ofenderle é injuriarle, es terrible y espantoso, porque significa, Yo soy vuestro Juez, el Todopoderoso, el Dios de las venganzas. Y si esta palabra, dicha por el Señor cuando se hallaba en la aflicción, fué tan poderosa que dió con todos sus enemigos en tierra, ¿qué será cuando venga como Rey á juzgar, y diga á los malos: «Apartaos de mí, malditos?» Sin duda será como un viento impetuosísimo, que dará con ellos, no sólo en tierra, sino en el profundo del infierno. Reflexiona también por qué causa cayeron estos desgraciados hacia atrás y no hacia adelante, pues no fué acaso, sino para significar que la caída de los malos es peligrosísima, sin saber adónde caen, ni ver los terribles castigos que les esperan, en los cuales caerán de repente y cuando menos piensen. ¡Oh Dios mío! Libradme de tal caída, para que ni vuelva atrás del bien que comencé, ni caiga de vuestra gracia en el abismo de la culpa. Delante de mi rostro quiero caer con humildad, reconociendo mi pecado y la nada que de mí tengo, y la tierra de que fuí formado, para que, cayendo de esta manera, me levante á gozar de vuestra eterna gloria. ¿No nos

[1] Joan., XVIII, 4. — [2] Sanar la oreja de Malco. — [3] Matth., XIV, 27.

admira la omnipotencia de Jesucristo? ¿No temeremos su espantosa ira contra los malos en el día del juicio?

Punto 3.º *Permite Jesús á los soldados que se levanten, y prohíbeles que toquen á sus Apóstoles.*—Considera cómo habiéndose levantado los soldados y judíos, previo el permiso del Señor, les preguntó segunda vez: «¿Á quién buscáis?» Y diciendo ellos que á Jesús Nazareno, les respondió con gran imperio: «Ya os he dicho que Yo soy; si me buscáis á Mí, dejad ir á estos». En lo cual debes ponderar la extremada dureza y obstinación de los malvados judíos y de aquellos miserables soldados, que con haber visto y experimentado en sí mismos un milagro tan manifiesto de la divinidad y omnipotencia de Cristo, no se le rindieron ni reconocieron por Dios, sino como endemoniados, persistieron en su obstinada y maliciosa ceguedad; pero, aunque tales, no sin misterio, á la pregunta que les hizo Cristo nuestro Señor, respondieron que buscaban á Jesús Nazareno, queriendo el Espíritu Santo por sus bocas, aunque tan malas, declarar que el que buscaban para prenderle y matarle, era Jesús, Salvador del mundo, nazareno y santo, consagrado á Dios y florido con virtudes celestiales, porque tal había de ser el que con su muerte nos había de salvar. ¡Oh si tú buscases constantemente á este Señor, no para ofenderle, sino para servirle fielmente durante tu vida! Mira también aquí la inmensa caridad de Jesucristo con los suyos, y el cuidado paternal que tiene en mirar por ellos, y defenderlos con su omnipotencia; porque aquella palabra que dijo: «Dejad ir á éstos», fué un mandato tan poderoso y eficaz, que no pudieron sus enemigos traspasarlo, ni hacer daño alguno á los Apóstoles. ¡Oh amantísimo Jesús! ¡Cómo no cesáis de mostrar en todas ocasiones el amor que nos tenéis! Dais licencia á vuestros enemigos contra Vos, y quitáisela contra vuestros amigos. Queréis que los males descarguen sobre vuestras espaldas, para librar de ellos á vuestros escogidos. ¡Oh alma mía! Sirve de corazón á este Señor, sin cuya licencia ninguno te puede molestar, y cuya bondad es tan grande, que no la dará para tu daño, si le sirves con cuidado. ¿Cómo lo haces? ¿En qué has de reformarte?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán criminal y enorme fué la maldad de Judas! Sólo podía compararse con la excesiva caridad de Jesucristo. Aquel mal discípulo, de Apóstol del Señor se hace capitán y guía de los enemigos que le buscan para matarle, y con el conocimiento que tenía de las costumbres del Salvador, los conduce al huerto, al tiempo mismo que Jesús salía de su oración. Para mostrarle á los soldados, se le acerca, le saluda y le besa con fingido amor; y Jesús, siempre tierno y amable, con su inagotable caridad corresponde á su saludo, y le dice: «Amigo; ¿á qué viniste?» Y para que no creyese el mal discípulo que estaba ignorante de sus intentos, añadió: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?» ¡Oh estado desconsolador de un

alma endurecida! Tan sentidas palabras ninguna mella hacen en el corazón de Judas. Ya Jesús, animoso y valiente, sale al encuentro de sus enemigos; quiere entregarse en sus manos, porque ésta es la voluntad de su Padre; mas antes les obligará á confesar prácticamente su omnipotencia y divinidad. Pregúntales á quién buscan, y respondiendo que á Jesús Nazareno; «Yo soy», contesta; y al instante toda aquella turba retrocede horrorizada, y cae de espaldas en el suelo, sin fuerzas para levantarse, hasta que Jesús se lo manda. ¡Oh poder inmenso de la palabra de Jesús! Á ella nada resiste, y sola ella basta para preservar á los Apóstoles de todos sus enemigos. «Si me buscáis á Mí, dejad á estos.» Y esta palabra es un mandato tan imperioso que nadie puede quebrantar. ¿Por qué no confiamos más en el poder de Jesús? ¿No temeremos el rigor de su justicia, al ver que en medio de su aflicción postra tan fácilmente á todos sus enemigos? ¿No esperaremos con mayor seguridad en su misericordia, viendo la providencia que tiene de los suyos? ¿Por qué decaemos tan presto de ánimo? Alentémonos, y temiendo por una parte nuestra debilidad y esperando por otra del Señor las fuerzas, propongamos con firmeza, pidamos con fervor por nosotros y por todos.

28. — LOS APÓSTOLES QUIEREN DEFENDER Á JESÚS, Y ÉL NO LO permite.

PRELUDIO 1.º Queriendo los Apóstoles defender á su Maestro con las armas, Él no lo permitió, dándoles eficaces razones, y sanó la oreja de Malco.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús conteniendo el fervor indiscreto de sus Apóstoles y sanando la oreja á Malco.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de aprovecharte de los consejos y avisos de Jesús.

Punto 1.º *Ardor arrebatado de los Apóstoles y corrección de Jesús.*—Considera cómo, viendo los Apóstoles que los soldados acometían á Jesús, llenos de celo por la defensa de su divino Maestro, le dijeron: «¿Les herimos con nuestras espadas?» Mas Pedro, sin esperar la respuesta, arrebatado de su fervor, de un golpe cortó la oreja de un siervo del pontífice, llamado Malco. Cristo nuestro Señor les dijo: «Dejadles hacer lo que quieren». Y, vuelto á Pedro, reprendió y reprimió su fervor indiscreto con breves y admirables sentencias, mezcladas de rigor y blandura. La primera fué: «Torna la espada á su vaina, porque quien con espada mata, á espada morirá». Que es decir: quien con espíritu de venganza mata, digno es de muerte. En lo cual has de ponderar cuán lejos quiere Jesucristo que estemos de este espíritu de venganza en cosas propias, pues así reprende á su discípulo, porque con mezcla de este espíritu le quería defender; y también puedes descubrir aquí la mansedumbre de este Señor, el cual no se cansa de dar lecciones de sufrimiento en medio de tan-

tos enemigos que le injuriaban, como si estuviera en la cátedra, en medio de muchos discípulos que le oyeran. La segunda sentencia fué: «¿El cáliz que me dió mi Padre, no quieres que le beba?» Pondera con qué ojos miraba Jesús el cáliz de su Pasión y la estima que tenía de beberle. No le miraba como dado por mano de sus enemigos, sino como recetado y ordenado por la voluntad de su eterno Padre, la cual deseaba cumplir, y sentía mucho que se lo impidiesen; y aunque el cáliz fuese amargo, bastaba ser dado por Padre tan sabio y amoroso, para beberle como si fuera dulce. Con estos ojos has de mirar todos los trabajos y tribulaciones que te sucedieren; y si sintieres tentación interior ó pensamiento que te aparte de beber con gana este cáliz, has de responder á tu tentación: ¿y cómo no quieres que beba el cáliz que mi Padre me da? ¡Oh Padre amantísimo! Yo me ofrezco á beber cualquier cáliz que me dicreis y á recibir cualquier purga que ordenareis, por amarga y desabrida que sea; pues siendo ordenada por vuestra sabiduría y providencia, sin duda será para mí muy justa y provechosa. ¿Nos dejamos llevar del espíritu de venganza? ¿Miramos las tribulaciones como dispuestas por Dios?

Punto 2.º *Jesús, para defenderse, podía alcanzar doce legiones de ángeles, y no quiso.*—Considera la tercera sentencia que profirió Jesucristo para reprimir el celo indiscreto de san Pedro y el fervor inoportuno de los demás discípulos, la cual fué decir: «¿Por ventura no podría Yo hacer oración á mi Padre, y luego enviaría más de doce legiones de ángeles para mi defensa? Pero, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, que dicen convenir que Yo padezca?» En las cuales palabras nos manifiesta cuán fácil cosa le hubiera sido defenderse por medio de la oración, alcanzando con ella ejércitos de ángeles inmensamente más numerosos y fuertes que la turba de hombres que venían á prenderle. Pero que dejaba de pedir esto porque se cumpliese la divina ordenación de la muerte, declarada en las Escrituras. Con lo cual te enseña dos cosas muy importantes para el espíritu. La primera, que la oración hecha con confianza en el poder y la bondad de Dios, es de grandísima eficacia; y así debes persuadirte que por ella, si fuere necesario, alcanzarás que te defiendan de tus enemigos legiones de ángeles, de modo que puedas decir con verdad lo que Eliseo dijo á su criado, cuando le anunció que estaba completamente cercado de sus enemigos[1]: «Más son los que están en favor de nosotros que contra nosotros». La segunda es que cuando te consta ya de la voluntad de Dios, no has de pedirle cosa en contrario, aunque supieses que la habías de alcanzar; porque ninguna cosa debes tanto desear y pedir como que se cumpla en ti su santísima voluntad y ordenación. Mas no

[1] IV Reg., VI, 16.

por eso has de omitir los medios prudentes para librarte de los males que te afligen, porque la misma voluntad divina que los ordena, dispone también que con discreción pongas los remedios para defenderte de ellos, dejando á su providencia el resultado de los mismos. ¡Oh buen Jesús! Gracias os doy por lo que dejasteis de pedir, y que vuestro Padre os concediera, atendiendo más á la necesidad que teníamos de vuestra muerte, que al descanso de vuestra persona. ¿Estamos convencidos de la eficacia de la oración? ¿Nos resignamos debidamente con la divina voluntad?

Punto 3.º *Jesucristo sanó la oreja de Malco.*—Considera aquí un nuevo milagro que obró Jesús antes de su prendimiento, para descubrir la grandeza de su misericordia, el cual consistió en curar á Malco la herida que le había hecho san Pedro en la primera embestida, y esto lo hizo repentinamente y con sólo tocarla. Los motivos que indujeron al Señor á hacer esta curación milagrosa fueron varios; ya por cumplir con la ley del amor perfecto, haciendo bien á su enemigo, y al que tanto mal le quería hacer; ya por las entrañas de misericordia que tenía, doliéndose de que alguno, por su ocasión, recibiese daño; y ya también porque sus enemigos no tomasen de allí ocasión de hacer daño á sus discípulos, calumniándolos como á gente que resistía á la justicia. Mira qué bello ejemplo te da Jesús para mostrarte el modo de conducirte con tus enemigos, y el cuidado que has de tener de aquellos que están á tu cargo. Pondera luego el espíritu y significación de este milagro; porque sanar Cristo la oreja derecha, significa que por los méritos de su Pasión se nos ha de restituir el oído derecho del alma, que es la fe y la obediencia á lo que Dios revela y manda. Y puédese creer que, como las obras de Cristo nuestro Señor fueron perfectas, dando con la salud del cuerpo la del alma, este Malco, en recibiendo este beneficio, admirado del milagro y de la omnipotencia de Jesús, creyó en Él y quedó sano en el alma; y apartándose de la maldita canalla, se fué á su casa, llorando las injurias que se hacían á hombre tan santo y poderoso. ¡Oh mudanza de la diestra del muy alto! ¡Oh Señor! Tocad el oído de mi alma, y sanadle con perfección, para que, dejando el espíritu de siervo, me haga verdadero Malco, que quiere decir rey, sirviéndoos muy de veras con señorío de mis pasiones; pues servir á Vos es reinar por todos los siglos. ¿Hemos aprendido de Jesús á volver á los enemigos bien por mal? ¿Somos dóciles y obedientes á las enseñanzas y ordenaciones de Dios?

Epílogo y coloquios. ¡Qué valor muestran los Apóstoles al ver el peligro en que se halla su Maestro divino! Están dispuestos á resistir á una muchedumbre bien armada y adiestrada, aunque hayan de perder la vida. ¿Tenemos nosotros este celo y fervor por la defensa de los intereses de Jesús? Mas, no quiere

Jesucristo ser defendido por sus Apóstoles con violencia y á mano armada, porque ha llegado el tiempo determinado por su Padre para entregarse á la muerte; y así, no sólo no consiente á sus discípulos el uso de las armas, como le pedían, sino que reprende amorosamente á Pedro, que, sin su consentimiento, arremetió á uno de los enemigos. ¡Qué sentencias tan admirables profiere! «Quien á hierro mata, á hierro muere»; el que con espíritu vengativo mata á su enemigo, tendrá la misma pena, si no se arrepiente. «¿El cáliz que me da mi Padre no le beberé?» Así, con estos ojos, mira Jesucristo el cáliz de su Pasión, como propinado por su Padre, como ordenado por el Padre más tierno y amoroso. ¿Cómo miras tú los trabajos? «Con hacer oración, bajarían doce legiones de ángeles para socorrerme». ¡Oh eficacia de la oración! ¡Oh poder de la divina caridad, que se priva de hacer oración, por no impedir su sacrificio! Buena prueba de ella te da Jesús en la curación de Malco, volviendo bien por mal, la salud por la muerte que le querían dar. Vuelve sobre ti mismo, y al contemplar los admirables ejemplos de Jesús y sus divinas enseñanzas, mira cómo celas por la gloria de Jesús y por la defensa de sus intereses. ¿Estás dispuesto á perder la vida antes que ofenderle y consentir que los demonios le maten en tu corazón? ¿Cómo te portas tú con tus enemigos? ¿Te arrebata alguna vez el espíritu de venganza? ¡En cuántas ocasiones merecerías la reprensión que dió Jesús á Pedro! Trata seriamente de cambiar de proceder, haciendo para ello resoluciones muy eficaces, y pidiendo la gracia necesaria para cumplirlas.

29.—PRENDIMIENTO DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Habida la licencia, los soldados se arrojaron sobre Jesús y le ataron; los Apóstoles, acobardados, huyeron.

PRELUDIO 2.º Represéntate al escuadrón de soldados arrojándose sobre Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar las virtudes de Jesús.

Punto 1.º *Jesús reprende á sus enemigos y se deja prender.*—Considera cómo, llegado el momento en que Jesús había de ser entregado en manos de sus enemigos, antes de darles licencia, quiso reprenderles la forma con que habían venido á prenderle, diciendo: «¿Como á ladrón habéis venido con espadas y lanzas á prenderme? Cada día estaba con vosotros en el templo enseñándoos, y no me prendisteis; pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas [1]». Sobre estas palabras debes ponderar primeramente, cómo el inocentísimo Jesús fué tenido y tratado como ladrón, y como á tal vinieron á prenderle; y es de creer que con esta voz iban los soldados gentiles á ello; lo cual permi-

[1] Luc., XXII, 52.

por eso has de omitir los medios prudentes para librarte de los males que te afligen, porque la misma voluntad divina que los ordena, dispone también que con discreción pongas los remedios para defenderte de ellos, dejando á su providencia el resultado de los mismos. ¡Oh buen Jesús! Gracias os doy por lo que dejasteis de pedir, y que vuestro Padre os concediera, atendiendo más á la necesidad que teníamos de vuestra muerte, que al descanso de vuestra persona. ¿Estamos convencidos de la eficacia de la oración? ¿Nos resignamos debidamente con la divina voluntad?

Punto 3.º *Jesucristo sanó la oreja de Malco.*—Considera aquí un nuevo milagro que obró Jesús antes de su prendimiento, para descubrir la grandeza de su misericordia, el cual consistió en curar á Malco la herida que le había hecho san Pedro en la primera embestida, y esto lo hizo repentinamente y con sólo tocarla. Los motivos que indujeron al Señor á hacer esta curación milagrosa fueron varios; ya por cumplir con la ley del amor perfecto, haciendo bien á su enemigo, y al que tanto mal le quería hacer; ya por las entrañas de misericordia que tenía, doliéndose de que alguno, por su ocasión, recibiese daño; y ya también porque sus enemigos no tomasen de allí ocasión de hacer daño á sus discípulos, calumniándolos como á gente que resistía á la justicia. Mira qué bello ejemplo te da Jesús para mostrarte el modo de conducirte con tus enemigos, y el cuidado que has de tener de aquellos que están á tu cargo. Pondera luego el espíritu y significación de este milagro; porque sanar Cristo la oreja derecha, significa que por los méritos de su Pasión se nos ha de restituir el oído derecho del alma, que es la fe y la obediencia á lo que Dios revela y manda. Y puédese creer que, como las obras de Cristo nuestro Señor fueron perfectas, dando con la salud del cuerpo la del alma, este Malco, en recibiendo este beneficio, admirado del milagro y de la omnipotencia de Jesús, creyó en Él y quedó sano en el alma; y apartándose de la maldita canalla, se fué á su casa, llorando las injurias que se hacían á hombre tan santo y poderoso. ¡Oh mudanza de la diestra del muy alto! ¡Oh Señor! Tocad el oído de mi alma, y sanadle con perfección, para que, dejando el espíritu de siervo, me haga verdadero Malco, que quiere decir rey, sirviéndoos muy de veras con señorío de mis pasiones; pues servir á Vos es reinar por todos los siglos. ¿Hemos aprendido de Jesús á volver á los enemigos bien por mal? ¿Somos dóciles y obedientes á las enseñanzas y ordenaciones de Dios?

Epílogo y coloquios. ¡Qué valor muestran los Apóstoles al ver el peligro en que se halla su Maestro divino! Están dispuestos á resistir á una muchedumbre bien armada y adiestrada, aunque hayan de perder la vida. ¿Tenemos nosotros este celo y fervor por la defensa de los intereses de Jesús? Mas, no quiere

Jesucristo ser defendido por sus Apóstoles con violencia y á mano armada, porque ha llegado el tiempo determinado por su Padre para entregarse á la muerte; y así, no sólo no consiente á sus discípulos el uso de las armas, como le pedían, sino que reprende amorosamente á Pedro, que, sin su consentimiento, arremetió á uno de los enemigos. ¡Qué sentencias tan admirables profiere! «Quien á hierro mata, á hierro muere»; el que con espíritu vengativo mata á su enemigo, tendrá la misma pena, si no se arrepiente. «¿El cáliz que me da mi Padre no le beberé?» Así, con estos ojos, mira Jesucristo el cáliz de su Pasión, como propinado por su Padre, como ordenado por el Padre más tierno y amoroso. ¿Cómo miras tú los trabajos? «Con hacer oración, bajarían doce legiones de ángeles para socorrerme». ¡Oh eficacia de la oración! ¡Oh poder de la divina caridad, que se priva de hacer oración, por no impedir su sacrificio! Buena prueba de ella te da Jesús en la curación de Malco, volviendo bien por mal, la salud por la muerte que le querían dar. Vuelve sobre ti mismo, y al contemplar los admirables ejemplos de Jesús y sus divinas enseñanzas, mira cómo celas por la gloria de Jesús y por la defensa de sus intereses. ¿Estás dispuesto á perder la vida antes que ofenderle y consentir que los demonios le maten en tu corazón? ¿Cómo te portas tú con tus enemigos? ¿Te arrebata alguna vez el espíritu de venganza? ¡En cuántas ocasiones merecerías la reprensión que dió Jesús á Pedro! Trata seriamente de cambiar de proceder, haciendo para ello resoluciones muy eficaces, y pidiendo la gracia necesaria para cumplirlas.

29.—PRENDIMIENTO DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Habida la licencia, los soldados se arrojaron sobre Jesús y le ataron; los Apóstoles, acobardados, huyeron.

PRELUDIO 2.º Represéntate al escuadrón de soldados arrojándose sobre Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar las virtudes de Jesús.

Punto 1.º *Jesús reprende á sus enemigos y se deja prender.*—Considera cómo, llegado el momento en que Jesús había de ser entregado en manos de sus enemigos, antes de darles licencia, quiso reprenderles la forma con que habían venido á prenderle, diciendo: «¿Como á ladrón habéis venido con espadas y lanzas á prenderme? Cada día estaba con vosotros en el templo enseñándoos, y no me prendisteis; pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas [1]». Sobre estas palabras debes ponderar primeramente, cómo el inocentísimo Jesús fué tenido y tratado como ladrón, y como á tal vinieron á prenderle; y es de creer que con esta voz iban los soldados gentiles á ello; lo cual permi-

[1] Luc., XXII, 52.

tió su Majestad, para que tú no te desconsueles ni aflijas, si alguna vez eres tenido en bajo concepto y juzgado reo de crímenes que no has cometido. Pondera luego la reprensión tan amarga que da Cristo nuestro Señor á los pontífices y sacerdotes: «Cada día estaba con vosotros en el templo, enseñándoos, y no me prendisteis». Que fué decir: ¿Este pago me dais por el continuo trabajo que me he tomado en enseñaros, tratando como á ladrón al que siempre ha sido vuestro Maestro? ¡Cuán mal pagamos á Jesús las enseñanzas que nos da, los sacrificios que hace, y las penas que tolera por nuestro amor! Medita, por fin, aquellas sentidísimas palabras: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas»; por las cuales el Señor dió licencia y poderío sobre su cuerpo á todos sus enemigos, y á los demonios, cuyos ministros eran, para que le prendiesen y atormentasen á su voluntad, no con limitación de reservar la vida como á Job [1], sino con plena potestad de quitársela á fuerza de tormentos; lo cual ha de moverte á grandes afectos de compasión y dolor, viendo entregado á tu Señor á enemigos tan crueles por tu causa. ¡Oh amantísimo Jesús! Gracias os doy por esta caridad tan grande que mostrasteis en querer entregar vuestro cuerpo y vida á los poderes del infierno, para librar de ellos á mi alma. Yo, yo, Señor, era el que había de ser entregado á ellos; pues yo he sido el que pequé; mas vuestra caridad quiere pasar por esta pena, para librarme de la culpa. Suplícoos, Dios mío, me libréis de su furia, para que ni en esta vida ni en la otra caiga en sus tinieblas. ¡Oh alma ingrata! ¿No te compadecerás de Jesús, al verle tan infamado por tu amor? ¿Harás todavía caso de los juicios de los mundanos?

Punto 2.° *Virtudes de Jesús en su prendimiento.*—Habida la licencia apetecida, el escuadrón de soldados arremetió furiosamente á Jesús para prenderle; y es de creer que con aquel ímpetu darían con Él en tierra y le pisarían boca, rostro y todo el cuerpo, hollándole con rabia increíble. Luego le levantarían del suelo con gran violencia, y, como dice el Evangelista [2], le ataron. En este lastimoso hecho has de ponderar las excelentes y heroicas virtudes de Jesús, para imitarlas, compadeciéndote de los trabajos que padece. La primera virtud que descubre es extremada humildad: mira cómo está debajo de los pies de los más viles hombres y es pisoteado por ellos, el que tiene su asiento sobre los querubines y serafines; si fué grande su humildad en el lavatorio de los pies, cuando se puso de rodillas ante el mismo Judas para lavárselos, ¿cuánto mayor es la que muestra en esta ocasión? La segunda, fué invencible paciencia, sufriendo tantas injurias y golpes, sin responder palabra, ni quejarse; ni siquiera tenía movimiento de ira ó indignación alguna, aunque estaba viendo los corazones rabiosos de sus enemigos, y los regocijos

[1] Job., I, 12. — [2] Joan., XVIII, 12.

que hacían por haberle prendido; antes, doliéndose de la ofensa que hacían á Dios, ofrecía sus mismos trabajos para que les fuese perdonada. Mas, sobre todas las virtudes campea la infinita caridad de este dulcísimo Salvador en dar sus benditísimas manos para ser atadas con tanta crueldad, manos que siempre se ocuparon en hacer bien á los mismos que se las ataban; y aunque pudiera romper las ataduras con más facilidad que Sansón rompió las suyas, no quiso hacerlo, porque Él mismo se las quiso atar con las sogas y cadenas de la caridad, en castigo de la mala libertad y demasiada soltura que han tenido las nuestras, y para librarnos de la cárcel, adonde merecíamos estar atados de pies y manos. ¡Oh amabilísimo y amorosísimo Jesús! ¿Quién pudiera atar vuestras manos, si vuestro amor primero no las atara? ¡Oh manos generosísimas y poderosísimas, que poco ha repartisteis á los vuestros el pan del cielo, y nunca estuvisteis atadas para hacer bien á los hombres! ¿Por qué os dejáis atar con tanta crueldad? Gracias os doy, Señor mío, por esas ataduras, por las cuales os suplico me atéis de modo que nunca me aparte de Vos.

Punto 3.° *Los Apóstoles, viendo á su Maestro atado, huyeron, dejándole solo.*—Los once Apóstoles, viendo á Jesús en manos de sus enemigos, huyeron atemorizados, dejándole solo, á causa del excesivo miedo y cobardía que de ellos se apoderó. Pondera cómo los que poco antes habían recibido de Cristo tantos favores y oído tan saludables consejos, y visto tantos milagros, y blasonaban que estaban aparejados para morir con Él, olvidados de todo esto, se escandalizan en viéndole preso, y le desamparan y huyen, no solamente con el cuerpo, sino también con el espíritu, ó perdiendo la fe ó titubeando en ella. Los pies que poco antes habían sido lavados por las manos de Cristo, fueron enlodados y manchados con la culpa de esta huída tan cobarde. El corazón que había sido fortificado con el cuerpo y sangre de Cristo, perdió la fortaleza por el miedo de perder la vida. La fe, arraigada con la vista de tantos milagros, se obscureció con la niebla que levantó el temor de las persecuciones. ¡Ah! ¡Cuán poco se puede fiar de los hombres, cuya condición es acompañar al amigo en la vida y dejarle en la muerte, seguirle en tiempo de prosperidad y huir de él en tiempo de adversidad! En la persona de estos discípulos mírate á ti mismo, que en tiempo de paz blasonas y presumes, y, en viniendo la guerra y contradicción, huyes; sigues á Cristo al tiempo de partir el pan y cuando te regala, y huyes de Él cuando se ha de beber el cáliz y cuando te aflige. Considera también el vivo sentimiento que tendría el buen Jesús cuando vió derramado su rebaño y el escándalo que padecía, y cuando se vió solo y desamparado de sus amigos; entonces diría aquello de David [1]: «Mis conocidos se

[1] Psalm. LXXXVII, 9.

alejaron de Mí, tuviéronme por abominable, como hombre aborrecible: fuí entregado á mis enemigos, y no me defendí, y mis ojos se enflaquecieron viendo su miseria». ¡Oh Amado mío! ¡Quién pudiera acompañaros en esta hora, siendo preso con Vos, de modo que unas mismas sogas ataran vuestras manos y las mías! Esto quiero que sea mi honra, estar atado con Vos; no permitáis caiga en tal locura, que tenga por abominación al que es todo mi consuelo y santificación. ¿Hemos nosotros caído en la cobardía de los Apóstoles, abandonando á Jesús? ¿Cómo nos portamos en las pruebas que nos afligen?

Epílogo y coloquios. ¡Oh crueldad endemoniada de los judíos! ¡Oh mansedumbre inefable de Jesús! Acababa el Señor de hacer dos milagros estupendos delante de los mismos que venían á prenderle; les recuerda los beneficios singulares que les venía dispensando tres años hacía, enseñándoles la verdadera doctrina en su mismo templo: mas, todo esto no ablanda aquellos corazones rabiosos, ávidos de apoderarse de Jesucristo como si fuera el más insigne malhechor; y al momento que les da permiso, diciéndoles que había llegado su hora, á manera de un río que se desborda, arrójanse furiosamente sobre Él, le tiran por el suelo, le huellan con rabia, le atan con crueldad inaudita, y se preparan para llevarle con gran algazara al tribunal que ha de fallar su muerte. ¡Oh cuán admirable es la humildad de Jesucristo! ¡Cuán invencible su paciencia! ¡Cuán incomprensible su caridad! ¡Dios á los pies de los hombres, y de los hombres más infames y viles! ¡Dios sufriendo tormentos horribles, sin quejarse ni defenderse! ¡Dios atado con cadenas por sus mismas criaturas! ¿Qué harían los ángeles que desde el cielo miraban tal escena? ¿Qué diría el Padre Eterno, viendo al Hijo de sus complacencias tratado como un ladrón? Y nosotros, ¿qué hacemos? ¡Ah! Quizá imitamos la cobardía de los Apóstoles, que, al ver preso á su Maestro, huyeron despavoridos, acrecentando su dolor. ¿Nos hemos portado de esta manera? ¿Seguimos á Jesús así en las penas como en los consuelos? ¿Imitamos su humildad profunda, su paciencia inalterable, y, sobre todo, su encendida caridad? ¿De qué medios debemos valernos para practicar tales virtudes? Reflexionémoslo bien; y, haciendo firmes propósitos al efecto, roguemos al Señor nos ayude para cumplirlos, y nos socorra benéfico en todas las demás necesidades.

30.—JESÚS ES LLEVADO Á CASA DE ANÁS.

PRELUDIO 1.º Jesús fué llevado con crueldad á casa de Anás, el cual le preguntó acerca de sus discípulos y doctrina, á lo que contestó el Señor con gran libertad.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús atado delante de Anás, y á éste preguntándole.

PRELUDIO 3.º Pide compasión de los trabajos de Jesús y gracia para imitar sus virtudes.

Punto 1.º *Trabajos que padeció Jesús desde el huerto á la casa de Anás.*—Considera cómo el escuadrón de soldados, con su tribuno y los ministros de los judíos, luego de haber atado á Jesús, le llevaron á casa de Anás, suegro del pontífice de aquel año, Caifás. En este camino padeció el Señor graves dolores, porque era llevado de sus enemigos con gran crueldad, tirando de Él por las sogas, dándole golpes y empellones, haciéndole ir aprisa, medio corriendo, y tropezando y arrodillando, como en semejantes casos suele acontecer á los que van presos y maniatados. Acordaríase este Señor de la última vez que caminó á Jerusalén con sus discípulos, yendo muy aprisa delante de ellos, para significarles las ganas que llevaba de padecer [1]. Y al verse ahora sólo y con los discípulos huidos, rodeado de sus crueles enemigos, se le aumentaría el dolor. Pondera también la fatiga que sentiría el cuerpo tierno de Jesucristo, por razón del sudor de sangre que poco antes había tenido; puédese creer que, con la grande furia que le llevaban, se tornarían á abrir los poros, y á sudar de nuevo, si no sangre, á lo menos sudor de congoja y fatiga. También, al pasar el arroyo Cedrón, quizá tropezaría en aquellas piedras, bebiendo, no del agua del arroyo, sino del arroyo de las fatigas y amarguras que traspasaban su corazón [2]. ¡Oh cuánto cuestan á Jesús nuestros extraviados pasos y repetidos tropiezos en la virtud! Medita, además, la grande ignominia de Cristo nuestro Señor en este camino, siendo llevado como ladrón con gran vocinglería; y especialmente, al tiempo que entraban por la puerta de la ciudad, levantarían el grito aquellos fieros ministros del demonio, pregonando con gran orgullo la presa que llevaban. ¿Y no te compadeces tú de los dolores, cansancio y afrentas de este Señor? ¿No te avergüenzas de las muchas veces que, cansado de servirle, te has convertido en su enemigo? ¡Oh Redentor mío! ¡Cuán diferente entrada es esta en Jerusalén de la que hicisteis el domingo pasado! En aquélla iban con palmas en las manos en señal de vuestra victoria; en ésta van con espadas y lanzas en señal de la suya: en aquélla levantaban la voz para alabaros; en ésta alzan el grito para vituperaros é injuriaros: en aquélla tendían sus capas por el suelo para que las pisaseis; en ésta

[1] Marc., x, 32. — [2] Psalm. cix, 7.

tiran de vuestra ropa, y os la rasgan, y os llevan á pie y medio arrastrando. ¡Oh mudanza de los hombres contra su Dios! ¡Oh paciencia de Dios en sufrir tales hombres!

Punto 2.º *Es preguntado Jesús acerca de su doctrina y de sus discípulos.*—Considera en este punto los desprecios que recibiría Jesucristo en su entrada en casa de Anás. Allí se habían juntado los ancianos, letrados y maestros de la ley, como personas á quienes tocaba calificar la doctrina de Jesucristo, á quien el pueblo llamaba profeta; y como todos eran sus enemigos, y juntamente eran letrados soberbios, en viendo á Cristo, comenzaron á escarnecer y mofar de Él, mostrando grande regocijo en verle preso y humillado; para que se vea cómo la ciencia que hincha da principio á los desprecios de Cristo, en castigo del pecado de Adán, que tuvo principio del apetito de la ciencia, queriendo saber, como Dios, el bien y el mal. ¡Ay de aquel que, estando dotado de sublime talento y adornado con profunda ciencia, no se funda en la virtud de la humildad! Mucho debe temer la amenaza del Señor que dice[1]: «Perderé la prudencia de los prudentes, y reprobaré la sabiduría de los sabios». Pondera luego la soberbia con que el pontífice y sus letrados comenzaron á examinar á Cristo nuestro Señor, con ánimo de calumniarle; sin duda le preguntarían qué doctrina era la suya; si era contraria á la ley de Moisés; si era doctrina del cielo y habida por revelación; cuántos discípulos tenía; quiénes eran; dónde estaban. Todo lo cual oía Cristo nuestro Señor con grande humildad y mansedumbre. De donde has de sacar afectos grandes de confusión propia y de compasión de Cristo, mirándole en medio de aquellos sayones, ellos sentados como jueces, Él en pie como reo; ellos con insignias y borlas de doctores, y Él maniatado con insignias de malhechor. ¡Oh Doctor excelentísimo! Vos, que, siendo de doce años, estabais sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles con admiración de todos, ¿cómo ahora estáis en pie en medio de los mismos, oyendo y respondiendo con escarnio de ellos? ¡Ah! Si grande y divina fué la sabiduría que mostrasteis entonces con las respuestas que disteis, no es menos admirable la que mostráis en las que ahora dais, sufriendo las ignominias que de ellas resultan.

Punto 3.º *Respuesta de Jesús á la pregunta de Anás.*—Considera cómo á la pregunta del Pontífice respondió Jesús diciendo: «Públicamente he hablado al mundo; siempre enseñé en la sinagoga y en el templo, donde concurrían todos los judíos, y nada he dicho en secreto, pretendiendo que lo fuese; ¿para qué me preguntas á mí eso? Pregúntalo á los que me oyeron, pues ellos saben lo que les he dicho». Acerca de esta respuesta has de ponderar primeramente cómo Cristo, aunque preso y maniatado, no estaba acobardado en este concilio, sino con grande libertad de espíritu, que procedía de la santidad de su vida y de la verdad de su doctrina; porque la conciencia que se funda en santidad y verdad es libre y animosa para todo lo bueno, sin temor ni encogimiento alguno, aunque esté delante de los sabios y grandes del mundo. Esta conciencia y libertad santa has de procurar para ti, al modo que después la tuvieron los Apóstoles, imitando á su Maestro. Mira luego la prudencia de Jesús en no querer decir, en particular de su doctrina, qué tal era, porque sabía cuán mal recibida había de ser la verdadera respuesta; sino remitióse á los que la habían oído, porque estaba tan seguro de su verdad, que á sus mismos enemigos presentes hacía testigos de ella. ¡Oh cuánta es la fuerza de la doctrina de Cristo, que á todos sus enemigos hace enmudecer! Tampoco quiso decir una palabra de sus discípulos; porque, como habían dado mala cuenta de sí, ni los quiso acusar publicando su flaqueza, ni se pudo preciar de ellos alabando su lealtad. Y demás de esto, como algunos contemplan, estaba allí Judas esperando á que le diesen el dinero de la venta, porque estaba remitido á Anás; y como este desventurado era conocido por discípulo de Cristo, con su presencia desacreditaba á su Maestro. Todo lo cual afligía no poco á nuestro Salvador. ¡Oh Maestro amantísimo! No permitáis que yo desdiga de la lealtad que os debo como fiel discípulo, afrentándoos con mi mala vida delante de vuestros enemigos, para que no os avergoncéis Vos de confesarme por vuestro delante de vuestro Padre y de sus ángeles. ¿Es nuestra conciencia recta delante de Dios? ¿Y nuestras palabras y enseñanzas se fundan en la verdad? ¿Contribuimos con nuestros pecados á confundir á Jesús ante sus enemigos?

Epílogo y coloquios. ¡Qué dolores tan acerbos, qué fatiga tan extremada y qué injurias tan graves sufrió Jesús en el trayecto desde el huerto á casa de Anás! Sus enemigos, con rabiosa crueldad, le tiran de las sogas, llevándole medio arrastrando y tropezando á cada paso; su cuerpo, extenuado por el cansancio y debilitado por el sudor de sangre, suda de congoja, y los desaforados gritos de la soldadesca lo anuncian á los habitantes de Jerusalén como al más odioso criminal. ¡Cuánto sufre Jesús! ¡Y todo por nosotros! Es presentado á Anás, suegro de Caifás, queriendo hacer á aquél esta obsequiosa deferencia á costa del Señor. Los letrados de la ley y los ancianos se han dado cita en aquella casa, y tomando la palabra Anás, principia á interrogar á Jesús acerca de su doctrina y de sus discípulos. ¡Qué soberbia tan repugnante! Un hombre vilísimo quiere convertirse en censor y juez de la doctrina de la misma Sabiduría eterna; y, estando Jesús en pie y maniatado como reo, él está sentado como juez y condecorado con insignias de doctor. Mas, toda su altanera ostentación no puede acobardar ni imponer al Señor, el cual está

[1] I Cor., I, 19; Isai., XXIX, 14; Abdiae, 8.

delante de Anás con la mayor serenidad y libertad de espíritu, contestando sólo á aquellas palabras y á aquellas cosas á que en su divina sabiduría ve que conviene contestar. Y así nada dice particularmente de su doctrina, dejando que contesten por Él los que la habían oído y estaban presentes; tampoco habla de sus discípulos, porque no convenía, atendido el triste proceder que habían tenido. ¡Oh, quién supiera imitar el espíritu de sufrimiento, la humildad, la libertad santa y demás virtudes que nos enseña Jesús! ¿En qué cosas podemos y debemos imitarle? ¿En qué disentimos de Él? ¿Cómo sufrimos los desprecios del mundo? ¿Nos repugna el último lugar? ¿Cuándo seremos verdaderos imitadores de la santidad de Jesús? Miremos lo que nos importa proponer y hacer; y luego de conocido, pidamos fervorosamente por nosotros y por todos los demás.

31.—BOFETADA DE JESÚS Y REMISIÓN Á CAIFÁS.

PRELUDIO 1.º Un ministro del pontífice dió una bofetada á Jesús, el cual, en esta ocasión, se defendió modestamente; luego fué remitido á Caifás.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús recibiendo la terrible bofetada.

PRELUDIO 3.º Pide al Señor que te dé paciencia en las injurias, y moderación y prudencia cuando hayas de defenderte.

Punto 1.º *Circunstancias de la bofetada que recibió Jesús.*—Habiendo contestado Jesucristo con entereza á la pregunta que le hizo el Pontífice acerca de su doctrina, uno de los ministros le dió una bofetada, diciendo[1]: «¿Así respondes al Pontífice?» Esta bofetada fué la primera injuria que recibió Jesús en casa del Pontífice por mano de sus ministros, y fué tan señalada, que san Juan quiso hacer de ella especial mención. Pondera las circunstancias que tuvo. Lo primero, fué cruel, dada por un sayón encendido en ira, con deseo de vengar la injuria de su amo, pareciéndole que con esto le ganaba la voluntad y hacía placer á todos los circunstantes. Lo segundo, fué afrentosa, porque se dió en presencia de muchos nobles y principales, y á una persona que hasta entonces era venerada y respetada de todos, de cuyo rostro salía tal resplandor, que movía á reverencia á los que le miraban sin pasión. Lo tercero, fué injusta, porque se dió por venganza, y calumniando una respuesta prudentísima, juzgando temerariamente que era descomedido contra la autoridad del Pontífice. Lo cuarto, fué con aprobación y aplauso de todos los presentes, sin que hubiese quien volviese por Cristo y reprendiese la furia de aquel mal hombre, y así abrió camino para que otros se descomediesen á hacer con Él otro tanto. Mira con dolor el rostro de tu Señor lastimado con el furioso golpe

[1] Joan., XVIII, 22.

de este sayón, sonrosado con la vergüenza natural de tan grave injuria, y corrido por el regocijo que sus enemigos recibieron con ella, y compadécete de ver abofeteado el soberano rostro en quien desean mirar los ángeles. ¡Oh Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su substancia[1]! ¿Quién ha puesto en vuestro divino rostro la figura de tan abominable mano? ¡Oh Padre eterno! Mirad el rostro de vuestro Hijo, señalado con los dedos de un insigne pecador; y pues Él sufre esta injuria por amor de los pecadores, sufridlos y perdonadlos por lo que Él sufrió por ellos. ¡Oh cristiano! ¿Qué sientes al ver á tu Maestro abofeteado? ¿Has hecho tú otro tanto con tus pecados?

Punto 2.º *Jesús, para defenderse, da razón de su respuesta.*—Considera cómo Jesús, con admirable calma y serenidad, respondió al siervo que le insultó: «Si hablé mal, da testimonio de ello, y si bien, ¿por qué me hieres?» En lo cual has de ponderar primeramente la admirable paciencia y mansedumbre que Jesús conservó en su ánima, recibiendo tal injuria; aunque este malvado merecía que bajara fuego del cielo y le abrasara, ó se abriera la tierra y le tragara, ó la mano se le secara para siempre, como se secó la mano de Jeroboán porque quiso asir con ella á un santo Profeta[2]; y aunque fuera fácil á Cristo nuestro Señor castigarle con estas ú otras penas semejantes; pero no quiso vengar su injuria, sino llevóla con tanta serenidad, que mostró con la obra estar aparejado á recibir otra bofetada en el otro carrillo, y otras muchas sin cuento. Pondera luego cómo Jesucristo, que sabía bien callar y disimular sus afrentas, esta vez, con grande mansedumbre, quiso dar razón de sí, porque no entendiesen que había pretendido injuriar al Pontífice, y de camino, tácitamente, corrige al injuriador, para que reconozca su pecado, diciéndole: Si hablé mal en lo que dije, da testimonio de ello primero que me castigues, pues no eres juez, sino testigo; y si hablé bien, ¿por qué me hieres contra razón, y me notas de descortés y descomedido? Y con ser esta razón tan concluyente, no fué admitida ni se hizo caso de ella, para que aprendas tú á tener paciencia cuando no fueren oídas ni admitidas las tuyas, ni se hiciere caso de ellas. ¡Oh! ¡Si tú imitases en tus injurias la mansedumbre y paciencia de Jesús! ¿Te defiendes acaso con espíritu de venganza? ¡Oh amantísimo Jesús! Bien se ve que fué propiedad vuestra hablar siempre bien, y que en vuestra boca nunca se halló engaño[3], diciéndose de Vos con toda verdad[4]: «Nunca así habló hombre alguno»; gracias os doy por la injuria y dolor que padecéis hablando bien, en castigo de las culpas que yo hice hablando mal. Concededme, Señor, que siempre hable lo que os agrade, aunque desagrade á los hombres, sufriendo con paciencia sus calumnias.

[1] Hebr., I, 3. — [2] III Reg., XIII, 4. — [3] I Petr., II, 22. — [4] Joan., VII, 46.

delante de Anás con la mayor serenidad y libertad de espíritu, contestando sólo á aquellas palabras y á aquellas cosas á que en su divina sabiduría ve que conviene contestar. Y así nada dice particularmente de su doctrina, dejando que contesten por Él los que la habían oído y estaban presentes; tampoco habla de sus discípulos, porque no convenía, atendido el triste proceder que habían tenido. ¡Oh, quién supiera imitar el espíritu de sufrimiento, la humildad, la libertad santa y demás virtudes que nos enseña Jesús! ¿En qué cosas podemos y debemos imitarle? ¿En qué disentimos de Él? ¿Cómo sufrimos los desprecios del mundo? ¿Nos repugna el último lugar? ¿Cuándo seremos verdaderos imitadores de la santidad de Jesús? Miremos lo que nos importa proponer y hacer; y luego de conocido, pidamos fervorosamente por nosotros y por todos los demás.

31.—BOFETADA DE JESÚS Y REMISIÓN Á CAIFÁS.

PRELUDIO 1.º Un ministro del pontífice dió una bofetada á Jesús, el cual, en esta ocasión, se defendió modestamente; luego fué remitido á Caifás.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús recibiendo la terrible bofetada.

PRELUDIO 3.º Pide al Señor que te dé paciencia en las injurias, y moderación y prudencia cuando hayas de defenderte.

Punto 1.º *Circunstancias de la bofetada que recibió Jesús.*—Habiendo contestado Jesucristo con entereza á la pregunta que le hizo el Pontífice acerca de su doctrina, uno de los ministros le dió una bofetada, diciendo[1]: «¿Así respondes al Pontífice?» Esta bofetada fué la primera injuria que recibió Jesús en casa del Pontífice por mano de sus ministros, y fué tan señalada, que san Juan quiso hacer de ella especial mención. Pondera las circunstancias que tuvo. Lo primero, fué cruel, dada por un sayón encendido en ira, con deseo de vengar la injuria de su amo, pareciéndole que con esto le ganaba la voluntad y hacía placer á todos los circunstantes. Lo segundo, fué afrentosa, porque se dió en presencia de muchos nobles y principales, y á una persona que hasta entonces era venerada y respetada de todos, de cuyo rostro salía tal resplandor, que movía á reverencia á los que le miraban sin pasión. Lo tercero, fué injusta, porque se dió por venganza, y calumniando una respuesta prudentísima, juzgando temerariamente que era descomedido contra la autoridad del Pontífice. Lo cuarto, fué con aprobación y aplauso de todos los presentes, sin que hubiese quien volviese por Cristo y reprendiese la furia de aquel mal hombre, y así abrió camino para que otros se descomediesen á hacer con Él otro tanto. Mira con dolor el rostro de tu Señor lastimado con el furioso golpe

[1] Joan., XVIII, 22.

de este sayón, sonrosado con la vergüenza natural de tan grave injuria, y corrido por el regocijo que sus enemigos recibieron con ella, y compadécete de ver abofeteado el soberano rostro en quien desean mirar los ángeles. ¡Oh Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su substancia[1]! ¿Quién ha puesto en vuestro divino rostro la figura de tan abominable mano? ¡Oh Padre eterno! Mirad el rostro de vuestro Hijo, señalado con los dedos de un insigne pecador; y pues Él sufre esta injuria por amor de los pecadores, sufridlos y perdonadlos por lo que Él sufrió por ellos. ¡Oh cristiano! ¿Qué sientes al ver á tu Maestro abofeteado? ¿Has hecho tú otro tanto con tus pecados?

Punto 2.º *Jesús, para defenderse, da razón de su respuesta.*—Considera cómo Jesús, con admirable calma y serenidad, respondió al siervo que le insultó: «Si hablé mal, da testimonio de ello, y si bien, ¿por qué me hieres?» En lo cual has de ponderar primeramente la admirable paciencia y mansedumbre que Jesús conservó en su ánima, recibiendo tal injuria; aunque este malvado merecía que bajara fuego del cielo y le abrasara, ó se abriera la tierra y le tragara, ó la mano se le secara para siempre, como se secó la mano de Jeroboán porque quiso asir con ella á un santo Profeta[2]; y aunque fuera fácil á Cristo nuestro Señor castigarle con estas ú otras penas semejantes; pero no quiso vengar su injuria, sino llevóla con tanta serenidad, que mostró con la obra estar aparejado á recibir otra bofetada en el otro carrillo, y otras muchas sin cuento. Pondera luego cómo Jesucristo, que sabía bien callar y disimular sus afrentas, esta vez, con grande mansedumbre, quiso dar razón de sí, porque no entendiesen que había pretendido injuriar al Pontífice, y de camino, tácitamente, corrige al injuriador, para que reconozca su pecado, diciéndole: Si hablé mal en lo que dije, da testimonio de ello primero que me castigues, pues no eres juez, sino testigo; y si hablé bien, ¿por qué me hieres contra razón, y me notas de descortés y descomedido? Y con ser esta razón tan concluyente, no fué admitida ni se hizo caso de ella, para que aprendas tú á tener paciencia cuando no fueren oídas ni admitidas las tuyas, ni se hiciere caso de ellas. ¡Oh! ¡Si tú imitases en tus injurias la mansedumbre y paciencia de Jesús! ¿Te defiendes acaso con espíritu de venganza? ¡Oh amantísimo Jesús! Bien se ve que fué propiedad vuestra hablar siempre bien, y que en vuestra boca nunca se halló engaño[3], diciéndose de Vos con toda verdad[4]: «Nunca así habló hombre alguno»; gracias os doy por la injuria y dolor que padecéis hablando bien, en castigo de las culpas que yo hice hablando mal. Concededme, Señor, que siempre hable lo que os agrade, aunque desagrade á los hombres, sufriendo con paciencia sus calumnias.

[1] Hebr., I, 3. — [2] III Reg., XIII, 4. — [3] I Petr., II, 22. — [4] Joan., VII, 46.

Punto 3.º *Jesús es remitido al pontífice Caifás.*—Considera cómo habiendo satisfecho Anás y los ancianos del pueblo, que en su casa se habían reunido, la curiosidad y deseo que tenían de ver é insultar á Jesús y de complacerse en su humillación, tomaron todos la resolución de que fuese llevado á casa de Caifás, que era el juez legítimo de estas causas, por ser el pontífice aquel año; allí se habían reunido aquella noche los sacerdotes y fariseos y otros ancianos, con el fin de tratar juntamente la causa del Señor, y activarla de tal modo, que se terminase antes del gran día de la Pascua. Y dice el Evangelista que Anás le envió atado, para significar que le había reconocido por culpable. Y quizá le ataron de nuevo y le doblaron las ataduras, para que no se les fuese, ni alguno se les quitase, habiendo de pasar por medio de la ciudad. Pondera aquí la grande fatiga é ignominia que padeció Cristo nuestro Señor en esta segunda jornada, siendo llevado por las principales calles de la ciudad con gran priesa y vocinglería, saliendo mucha gente á saber lo que era, y muchos se juntarían con los soldados, ayudándoles á injuriar al Salvador, olvidados del bien que habían recibido. Con todo, Jesús no perdía un punto de su paz y caridad, ofreciéndose á padecer mucho más por el bien de todos, enseñándote á que obres del modo que dijo el Apóstol san Pablo, no separándote de la caridad que le debes, por graves y dolorosas que sean las tribulaciones y penas á que te veas sujeto, antes que ellas mismas sirvan para avivar en tu corazón el amor de Dios. ¡Oh Cordero mansísimo! Aunque del primer concilio y tribunal salís más atado y apretado, para entrar en el segundo; pero no se menoscaba por esto vuestra caridad, antes os ata y aprieta con nuevos deseos de padecer, por desatar de sus graves culpas á los que os atan con tan crueles sogas. Aumentad, Señor, en mí los trabajos, con tal que aumentéis el amor de padecerlos. ¿Hemos nosotros atado á Jesús con nuevas ataduras, multiplicando los pecados? ¿Hemos desistido del camino de la virtud por causa de las tribulaciones?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán dolorosa y cruel es la primera injuria que recibe Jesús en casa del Pontífice por mano de sus ministros! Apenas acababa de dar la respuesta acerca de su doctrina, cuando encarándose contra Él un malvado siervo de Anás, con diabólica rabia descarga sobre su hermoso rostro terrible bofetada. ¡Oh dolor! ¡Dios abofeteado por el hombre! Aumentan la gravedad de esta injuria las circunstancias que la acompañaron. Fué cruelísima, afrentosísima, injustísima y dada con aprobación y aplauso de todo el concilio, reconociendo todos que el siervo había obrado bien, y conviniendo tácitamente en que Jesús había faltado á la reverencia debida al Pontífice. Sin embargo, el Señor, que pudiendo fácilmente vengarse, no quiso hacerlo, porque no era aquel el tiempo de ostentar su poder y justicia, sino su misericordia y mansedumbre, no dejó de dar con

humildad y serenidad razón de sí de un modo concluyente: Si he hablado mal, como testigo que eres, da testimonio de ello; y si bien, ¿por qué me hieres? ¡Qué razón tan terminante! Mas el concilio de los judíos no la toma en consideración, antes, atando de nuevo más fuertemente á Cristo, le llevan á Caifás. ¿No nos compadecemos de las injurias que sufre nuestro Padre amantísimo? ¿Nos resentiremos si no se hace caso de nuestras razones? ¿No imitaremos la paz y tranquilidad de espíritu que conserva Jesús en medio de tan enormes injurias? ¿Cómo las hemos llevado hasta el presente? Examinémoslo con detención, propongamos lo que debemos hacer para portarnos según los ejemplos de Jesús; supliquemos á este divino Señor nos ayude á cumplir los propósitos, y se compadezca de los pecadores y de todo el mundo.

32.—PEDRO NIEGA POR TRES VECES Á CRISTO.

PRELUDIO 1.º Pedro, poniéndose imprudentemente en la ocasión, negó repetidas veces á su Maestro, y hasta con juramento.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Pedro acobardado, sentado á la lumbre, y disimulando ser discípulo de Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saberte apartar de las ocasiones y despreciar el temor mundano.

Punto 1.º *Causas de la caída de san Pedro.*—Habiendo huido todos los Apóstoles en el huerto, Pedro, cobrando ánimo, volvióse para seguir á Cristo, aunque desde lejos, acompañado de otro discípulo, que, por ser conocido del Pontífice, entró en el patio, y con él Pedro, quien se juntó con los criados que estaban arrimados á la lumbre [1]. En este paso has de considerar los escalones y causas por donde llegó Pedro á negar á Jesucristo, para escarmentar en cabeza ajena y huir de ellos. El primero fué tibieza en el amor nacida del temor humano, porque el amor de Cristo le movió á seguirle; pero el temor le entibió de modo que le siguiese de lejos, como antes siempre le siguiese de cerca. El segundo fué olvidarse de lo que Cristo nuestro Señor le había dicho, que le negaría tres veces aquella noche; y es propio de los que confían mucho de sí, olvidarse de las palabras de Dios y de los avisos que les da para reprimir su orgullo, como si no hablara con ellos. El tercero fué, con título de amar á Cristo, ponerse en la ocasión de negarle, juntándose con malas compañías que le provocasen á ello, llegándose al fuego donde había trulla de gente ruin y ruines pláticas. Todo lo cual procedió radicalmente de la presunción y confianza que tenía de sí mismo, que no se curó con los avisos de Jesús, y como quedó viva, brotó estos malos frutos. De donde has de sacar tres avisos, que son:

[1] Matth., XXVI, 58; Joan., XVIII, 25.

no presumir de ti, ni fiarte de tus propósitos, sino con temor y temblor obrar tu salvación: seguir á Cristo, no de lejos, sino de cerca y con fervor, porque el que le sigue de lejos, no pone los pies donde Cristo, ni advierte bien sus pisadas, ni es amparado de Él en los peligros; y, por último, huir las ocasiones de tropezar y las malas compañías, acordándote de lo que dice el Espíritu Santo[1]: «Quien ama el peligro, caerá en él». ¡Oh Dios omnipotente! Libradme de las ocasiones de caer; y si en ellas me viera por mi gran miseria, amparadme con vuestra divina misericordia. Ponedme junto á Vos, y pelee contra mí cualquier mano[2], porque si me tenéis de la vuestra, nadie me derribará ni sacará de ella. ¡Oh alma mía! Escarmienta en la caída del Apóstol san Pedro. ¿Confías algo en ti misma? ¿Te encuentras en alguna ocasión?

Punto 2.º *Primera negación de Pedro.*—Estando Pedro junto á la lumbre con los criados del Pontífice y demás gente, llegóse una mujercilla, portera de la casa, la cual, mirando á Pedro, y reconociéndole por discípulo de Cristo, dijo á los que estaban allí: «Este con Jesús andaba». Y volviéndose al mismo Pedro, le dijo: «¿Por ventura tú no eres discípulo de este hombre? Sin duda tú con Jesús Nazareno estabas». Respondió Pedro: «No soy su discípulo, ni le conozco, ni sé lo que dices». Pondera aquí primero la astucia del demonio en acometer la primera vez á san Pedro por medio de una mujer, como acometió á Adán en el paraíso, y le derribó. ¡Ay de ti, si no estás prevenido contra este escollo en que vienen á perecer las mismas columnas de la Iglesia! Pondera en segundo lugar la extremada flaqueza de Pedro, el cual, siendo piedra fundamental de la Iglesia, y habiendo recibido revelación de la divinidad de Cristo, y habiéndole confesado por Hijo de Dios, protestando que moriría mil muertes antes que faltarle á la fidelidad; ahora, á la voz de una mujercilla, teme tanto, que le niega, y dice que no le conoce, ni es su discípulo, ni se precia de ello. Y si Pedro hace esto, ¿cómo te atreverás á presumir tú que no eres Pedro, ni piedra, sino polvo y lodo, tan frágil, que una pequeña chinita basta para derribarte? Mira en tercer lugar cuán dañoso es el temor demasiado de la deshonra y de la muerte; porque quien nos derriba no es tanto la noche de la adversidad, cuanto el vano temor de ella; por el cual muchas veces negamos á Cristo, si no con palabras, á lo menos con obras, desdeñándonos de algunas cosas de virtud obligatorias, por no perder un punto de la honra mundana, ó algún interés ó regalo de la carne. Por fin, pondera con dolor la grave injuria que hizo Pedro á su Maestro en este caso, y lo mucho que Cristo sintió ver que su querido y regalado discípulo se desdeñase de serlo, condenando por esto la vida del que negaba por Maestro; y con esta consideración has de compadecerte de

[1] Eccli., III, 27. — [2] Job., XVII, 3.

ver á tu Señor tan desconocido y desamparado de los suyos. ¡Oh Maestro soberano! Ya no me espanto que Judas, el tibio, os niegue por codicia; pues Pedro, el fervoroso, os niega por pusilanimidad; mas vuestra sabiduría permite esta ignominia, para que se descubra más vuestra paciencia en el sufrir, nuestra flaqueza en el pecar, y vuestra gracia en convertir al que pecó. ¡Oh alma fiel! Huye del trato con personas del otro sexo, teme por tu flaqueza, y no te dejes llevar del temor mundano. ¿Qué te conviene resolver para esto?

Punto 3.º *Segunda y tercera negación de Pedro.*—Viendo Pedro lo que le había sucedido y el peligro en que estaba, salióse del patio hacia el portal, y entonces cantó el gallo la primera vez; pero con la turbación no advirtió en ello, y de ahí á poco tornó á entrar donde estaban los demás, calentándose al fuego, y dijéronle: ¿Por ventura, no eres tú de los discípulos de ese hombre? Y uno de ellos afirmó que, en verdad, lo era. Pedro, con juramento, negó, diciendo que no conocía tal hombre. Pasada una hora, tornaron tercera vez á hacer instancia en que era su discípulo, dándole señas de ello. Uno dijo que le había visto en el huerto, otro que era galileo, y se le conocía por el habla; mas Pedro tornó á negar, echando maldiciones si le conocía. Pondera en estos sucesos y caídas de Pedro las astucias de Satanás en tentarle, cribándole, según había predicho Jesús, como á trigo, ya con unas tentaciones, ya con otras, hasta que le derribó una, dos y tres veces, porque á los mejores combate con mayor furor; y si no están arraigados en la humildad, derríbalos de la cumbre de la santidad. Reflexiona también cuán malo es durar en la ocasión, no escarmentando en la primera caída, porque un pecado llama á otro, y el menor trae luego á otro mayor, como le sucedió aquí á Pedro, el cual primero negó sencillamente á Cristo, luego con juramento, y al fin con juramento y maldición. Mira, finalmente, cómo habiendo Pedro presumido tres veces de sí aquella noche, en castigo de estas tres presunciones permitió Dios estas tres negaciones en la misma noche, porque la soberbia luego trae consigo la humillación en la materia misma en que se ceba, y por esto es muy importante llorar luego la culpa de la soberbia, antes que se apresure la pena de la humillación. ¡Oh Dios eterno! No permitáis que entre dentro de mí el pie de la soberbia, preservándome del afecto á este diabólico vicio, á fin de que no me mueva la mano del pecador, echándome del lugar que tenía por tu gracia. ¡Oh alma mía! ¿No temerás tú, al ver las caídas de Pedro, permanecer en la ocasión? ¿Consentirás que te domine la soberbia ó presunción?

Epílogo y coloquios. ¡Ay de aquella alma que, habiendo sido fervorosa en el servicio del Señor, principia á debilitarse y á entregarse en brazos de la tibieza! Puede, con razón, temer que le acontezca lo que al príncipe de los Apóstoles, el cual

comenzó á aflojar en el divino amor, y á seguir á Jesús, no de cerca, sino de lejos; luego se olvidó de las palabras de Cristo; y, puesto en la ocasión, vino á negarle miserablemente. ¡Pobre Pedro! ¡Cuán lejos estaba de su pensamiento que pudiera cumplirse en él la predicción de Jesucristo, de que aquella noche le negaría tres veces! Sin duda que no la consideraba como una profecía, sino como una simple amenaza: la experiencia le enseñó que no debía presumir de sí. Pero ¡con qué astucia procedió Satanás para derribarle! Le embistió por medio de una mujer, como á Adán; infundióle grande temor de perder la honra y de hacerse odioso al mundo, pretextando tal vez que le convenía saber qué fin tenía la prisión de su Maestro, para dar de ello cuenta á sus condiscípulos; y después que hubo sucumbido la primera vez, ya con mayor facilidad fué repitiendo y agravando las caídas hasta negar tres veces á su divino Maestro. ¡Qué crimen tan enorme! ¡Dos juramentos falsos, y uno de ellos execratorio! ¡Qué injuria y afrenta para Jesús! ¡Hasta su más querido discípulo se avergüenza de conocerle, y le abandona! En vista de esto, ¿nos atreveremos á presumir de nosotros mismos? ¿Querremos ponernos voluntariamente en la ocasión? ¿Aflojaremos en el divino servicio? Locos seremos si, al contemplar tan lamentable caída, no abrimos los ojos y no vivimos con un santo temor. ¿Quién presumirá de sí cayendo un Apóstol como san Pedro? Pensemos bien el camino que hemos de seguir, los escollos que nos rodean, las ocasiones en que nos hallamos; y para precavernos de todo peligro, formemos eficaces propósitos, é importunemos al Señor, rogándole por nosotros mismos y por todas las necesidades, singularmente por la perseverancia de los justos, por la santa Iglesia y por el Sumo Pontífice.

33.—PENITENCIA DE PEDRO.

PRELUDIO 1.º Después de la tercera negación cantó el gallo, y mirando Jesús á Pedro, éste se acordó de la palabra de su Maestro, y saliendo de aquella casa, comenzó á llorar, y prosiguió haciéndolo toda su vida.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Pedro llorando amargamente su culpa.

PRELUDIO 3.º Pide vivo dolor de haber negado á Jesucristo.

Punto 1.º *Jesús miró á Pedro, moviéndole á dolor.*—Poco después de la tercera negación de Pedro, cantó el gallo la segunda vez, y al mismo tiempo dióle Jesús una angustiosa y compasiva mirada; y acordándose Pedro de la palabra de El, salióse afuera y lloró amargamente. Acerca de esta conversión y penitencia de Pedro, has de considerar primeramente la infinita misericordia y caridad de Cristo nuestro Señor; el cual, aunque estaba rodeado de enemigos, y metido en un fuego de terribles persecuciones y calumnias, como olvidado de sus trabajos, se

acuerda del discípulo, que se los aumentaba con aquella injuria; y aunque estaba lejos de Pedro, conoció los pecados en que había caído; y en lugar de castigarle, se compadeció de él, con deseo de provocarle á penitencia para perdonarle, y todo con suma presteza, para sacar de presto aquella oveja de la garganta del lobo infernal, que se la había tragado. Para esto hace que luego cante el gallo, para que sirviese como de despertador al adormecido corazón del Apóstol; pero, no bastara el segundo canto del gallo, como no bastó el primero, si el mismo Jesús no convirtiera á él sus ojos misericordiosos, alumbrándole los suyos con luz del cielo para que conociese sus yerros, y ablandándole el corazón para que los llorase. De lo cual has de sacar una profunda convicción de la necesidad indispensable que tienes de la gracia del Salvador, no sólo para tu propia conversión, sino para la de los pecadores; creyendo con certeza que todos tus sermones y avisos no podrán convertir á una sola alma, si el Señor no se digna mirarla con sus ojos benéficos, y comunicarla con su mirada la gracia de la conversión. ¡Oh amorosísimo Jesús! ¿Cómo no os amaré con todo mi corazón, pues cuando trato de ofenderos, ponéis medios para perdonarme [1]? ¿Y cuando habíais de mostrar vuestra ira en el castigo, mostráis vuestra misericordia en el perdón? Compadeceos, Señor, de todos los pecadores, miradlos con ojos de misericordia, abrid sus oídos para que oigan la voz y el canto de los predicadores, tocadles el corazón para que lloren sus pecados; y si yo pecare por flaqueza, no dejéis de mirarme con ojos benignos, y movedme con eficacia á un intenso dolor de mi culpa hasta quedar enteramente libre de ella.

Punto 2.º *Penitencia de Pedro.*—Considera en este punto las lágrimas amargas de Pedro, las cuales no procedían de temor de algún castigo, sino del amor de su Maestro; porque, acordándose este arrepentido Apóstol de los favores y beneficios que de Él había recibido, y de la ingratitud que mostró, negándole en tan recia coyuntura, sus ojos se convirtieron en fuentes de lágrimas con grande amargura de su corazón, como quien sentía lo que dice Jeremías [2] ser cosa muy amarga haber dejado á su Dios y negado á su Señor. ¡Ay de mí!, diría: ¿cómo vivo, habiendo negado al autor de la vida? ¿Cómo no se abre la tierra y me traga, habiendo injuriado al Criador de ella? ¡Oh boca abominable! ¿Cómo te abriste para jurar que no conocías al que tanto bien te ha hecho? ¡Oh lengua maldita! ¿Cómo te soltaste para maldecirte, si conocías al que tanto amor te había mostrado? ¡Oh, cuán justo fuera que viniera sobre mí la maldición, pues la escogí, y que penetrara todos mis huesos [3], pues la abracé! De esta manera lloraba san Pedro, trayendo á su

[1] Habac., III, 2. — [2] Jerem., II, 19. — [3] Psalm. CVIII, 18.

memoria los inmensos beneficios que el Señor le había hecho y comparándolos con su enorme ingratitud, y se movía á confianza del perdón, acordándose de lo que Jesús le dijo, que había rogado por él, para que no desfalleciese su fe, y que cuando se convirtiese, confirmase á sus hermanos. Y de esta manera lloró todos los días de su vida cuando oía el canto del gallo; y así se dice de él que tenía como surcadas y cavadas las mejillas por la muchedumbre de las encendidas lágrimas que diariamente por ellas corrían. Y á imitación de este Apóstol, has de moverte frecuentemente á afectos de dolor y arrepentimiento de los pecados, recordando que con ellos has negado y ultrajado al mejor de los Padres, al más fiel Amigo, al más cariñoso Maestro, al más generoso Bienhechor. ¡Oh Padre y Maestro mío! He pecado contra el cielo y contra Vos [1]; no soy digno de ser llamado vuestro hijo ni vuestro discípulo; admitidme siquiera como uno de los jornaleros de vuestra casa, porque no hay para mí más duro infierno que ser echado de ella. ¡Oh alma! ¿Son estos tus sentimientos? ¿Has imitado á Pedro en la culpa, y no le imitas en la contrición y dolor de ella?

Punto 3.º *Conversión de Pedro; figura de la conversión del pecador.*—Considera en este punto la traza y modo cómo se verificó la conversión de Pedro, en la cual está figurada y representada al vivo la conversión de cualquiera otro pecador. Porque lo primero, hizo Jesús que se acordase de las palabras que le había dicho, y para esto le miró, trayéndole á la memoria con aquella mirada lo que le había anunciado acerca de su negación y arrepentimiento subsiguiente, y despertando en su ánimo afectos tiernos de compunción, dolor y confianza en la misericordia de su amabilísimo Maestro. Lo segundo, le inspiró á que abandonase aquel lugar tan peligroso, en el cual había tantas veces sucumbido, porque, aunque hubiera podido llorar y retractarse allí públicamente, y arrojarse á los pies del Salvador, reparando así el escándalo que había dado, no lo hizo, porque con la caída había quedado más humilde y menos confiado de sí mismo, y no quería de nuevo ponerse á riesgo y hacer experiencia de su flaqueza; enseñándote que el verdadero penitente se echa de ver, sobre todo, en la fuga de las ocasiones del pecado. Lo tercero, lloró su pecado con grande amargura por el claro conocimiento que tenía de Dios á quien había ofendido, de los beneficios que de Él había recibido, y de la ingratitud que había cometido. Á imitación de este ilustre penitente, los pecadores han de recibir la mirada de Cristo, el cual por medio de su gracia los mueve á temor, confianza y amor; han de huir de los peligros y estorbos de la verdadera penitencia, y llorar sus pecados, alcanzando el fruto de ella. ¿Obramos nosotros de este modo? ¿Imitamos á

[1] Luc., xv, 18.

Pedro, el penitente, así como habíamos imitado al pecador? ¡Oh glorioso Apóstol! Admirable fué la providencia de Jesús en permitir que cayerais vos que habíais de ser la piedra fundamental de su Iglesia y habíais de confirmar á vuestros hermanos; pues tenéis experimentada en vos mismo la gran flaqueza del hombre, alcanzadme con vuestra poderosa intercesión abundante gracia, para que con ella fortalecido, imite vuestra asombrosa penitencia de los pecados cometidos, y vuestra invencible firmeza en no caer de nuevo en ellos.

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán triste y desconsoladora era la situación del Apóstol Pedro en el patio de la casa de Caifás! Había caído en gravísimos pecados, se hallaba rodeado de enemigos de Cristo, y no se decidía á salir del peligro en que se encontraba. Mas ¡oh bondad infinita de Jesús! Este Señor había ido siguiendo paso á paso todos los deslices de su amado Apóstol, y aunque oprimido de dolores, más opresión le causaba el estado aflictivo de Pedro. En un momento que le fué posible, dirige á él sus ojos y dale amorosa mirada; y esta vista de Jesús más que el canto del gallo, corrió el velo que tenía Pedro delante de su entendimiento, y presentáronsele con viveza todas las cosas que podían despertar en su corazón afectos de dolor, confusión, vergüenza, confianza y amor. Ve la bondad de Jesús, que es infinita; los beneficios que le ha hecho, que son sin cuento; los avisos que le ha dado, las amenazas, promesas, distinciones; y comparando todo esto con su ingratitud presente, ya no puede contenerse; sale presuroso y avergonzado del patio de aquella casa, vase á un lugar solitario, y dando libertad á sus contenidas lágrimas, derrámalas abundantísimas, con deseo de lavar con ellas los pecados con que se había manchado. Desde entonces aquella fuente ya no se seca; y todas las noches, al canto del gallo, Pedro se levanta de su descanso, y repite los sollozos y lágrimas, acordándose de sus negaciones. ¡Oh, si nosotros supiésemos imitar á este santo penitente! ¡Oh, si como él llorásemos incesantemente nuestras culpas! ¿Qué hemos de hacer? ¿Hemos negado á Jesús como Pedro? ¿Nos hallamos en alguna ocasión de negarle de nuevo? No escaseemos nuestras lágrimas por los pecados cometidos, porque, por más que lloremos, no será tanto como ellos merecen. Y si nos sentimos secos, meditemos los motivos de dolor, ejercitémonos en fervorosos afectos, propongamos evitar las culpas sucesivas, y pidamos confiadamente por nosotros mismos, por la conversión de todos los pecadores y por todo el mundo.

34.—FALSOS TESTIMONIOS CONTRA CRISTO.

PRELUDIO 1.° Presentáronse varios testigos falsos, que depusieron contra Cristo; mas no estando entre sí contestes, Caifás le preguntó si era Hijo de Dios, á lo que respondió afirmativamente.

PRELUDIO 2.° Represéntate el concilio de los judíos, y á Caifás interrogando á Jesús y oyendo su respuesta.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar la mansedumbre y humildad de Jesús.

Punto 1.° *Falsos testimonios que dijeron contra Jesús.*— Deseando Caifás justificar de algún modo sus criminales intentos de matar á Jesús, reunió el concilio de los sacerdotes y magistrados, y viniendo á él muchos falsos testigos, no pudieron hallar cosa bastante de qué acusarle; y aunque le culpaban de muchas cosas, Jesús callaba [1]. Acerca de este concilio has de ponderar atentamente quiénes son los jueces, sus dañados corazones, y la soberbia y ambición con que están sentados; quiénes son los acusadores y testigos, su muchedumbre y perversas entrañas; quién es el preso y acusado, su divinidad y soberanía, junta con la modestia y humildad, admirándote de que el Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, esté como reo en pie y atadas las manos, oyendo contra sí tantas calumnias, delante de tan malditos jueces; los cuales eran sus perseguidores, y, haciendo forma de juicio, iban, contra todas las leyes de justicia, convocando testigos falsos para condenar al inocente. Mira luego la grande pureza é inocencia que resplandecía en Jesús, pues andando sus enemigos con tanta ansia á buscar algo de qué acusarle, no hallaron fundamento aparente para testificar contra Él cosa digna de castigo: tanta verdad era lo que había dicho: «Vino á Mí el príncipe de este mundo, y no halló en Mí cosa alguna». Pondera también el maravilloso silencio de Cristo en todas estas calumnias, sin querer volver por sí ni excusarse, ni confundir á los testigos, ni cogerlos á palabras, descubriendo su falsedad; lo cual hizo para darnos ejemplo de silencio y sufrimiento en tales casos, remitiendo nuestra defensa á Dios y á la verdad conocida; y además, es este un modo secreto y muy glorioso de triunfar de nuestros enemigos, los cuales desean que respondamos, para tener algo de que asir con nuestra impaciencia ó indiscreción, ó calumniando nuestra excusa. ¡Oh Verbo divino, palabra del Padre! ¿Por qué no habláis alguna palabra en defensa vuestra? Mirad no digan que quien calla consiente, y os tengan por culpado por no haberos defendido. Vuestra misericordia, Señor, quiere con su silencio satisfacer por mis parlerías, y enfrenar mi lengua para que no excuse mis culpas. Enfrenadla,

[1] Matth., XXVI, 63.

Señor, con vuestra gracia, para que sufra callando, como Vos sufristeis, y triunfe de mis enemigos como Vos triunfasteis. Y tú, cristiano, ¿no te compadeces de Jesús, viéndole tan afrentado? ¿No te admira su inocencia y su silencio entre tantas acusaciones? ¿Por qué no le imitas?

Punto 2.° *Pregunta de Caifás y respuesta de Jesús.*— Viendo Caifás que Cristo callaba á todas las acusaciones, díjole: «Conjúrote por Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo, Hijo de Dios bendito». Respondióle Jesús: «Tú lo dices que lo soy: y dígoos de verdad que dentro de poco veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo». Acerca de esta respuesta del Señor debes meditar el grande respeto que tenía al santo nombre de Dios; pues, habiendo callado con tanta constancia, en oyendo conjurar por este santo nombre, luego respondió y obedeció al Pontífice, aunque sabía que le conjuraba con mala intención, y que su respuesta le había de costar muy caro, pues le habían de condenar por ella; enseñándote á reverenciar aquel santísimo nombre, y por él obedecer á los prelados, aunque sean malos, sin resistirlos ni porfiar en tu silencio con dureza cuando te mandan hablar, ó hacer algo contra lo que habías determinado. Mira luego con qué sencillez respondió la verdad de que era Cristo, desengañándoles del error que tenían contra esto, por verle tan oprimido, y deseando ponerles temor de su divina justicia y poder; por lo cual añadió que algún día ellos mismos le verían sentado sobre las nubes del cielo y á la diestra de Dios. Y esto, dijo, será de aquí á poco: porque en los ojos de Dios, mil años son como un día; y aunque nos parezca que la venida de Cristo á juzgar se dilata, será muy presto. Todo lo cual debe servirte para tu consuelo y esperanza cuando te vieres atribulado, y para tu humildad y confusión cuando te vieres aplaudido y ensalzado, entendiendo que vendrá presto el día del juicio y con él la exaltación para los humildes y la humillación para los soberbios, como lo han experimentado ya Caifás y los suyos. ¡Oh! ¡Cómo se trocarán entonces las suertes! ¡Oh Hijo de Dios, é hijo del hombre, Dios y hombre verdadero, humillado y ensalzado, que estáis en pie como reo, para ser juzgado de Caifás, y estaréis sentado como juez en las nubes del cielo para juzgar á todo el mundo! Mi alma se abrasa en el fuego de vuestro amor cuando os miro humillado para redimirme, y tiemblo con gran temor cuando os considero entronizado para juzgarme. Séame, Señor, vuestro amor espuela para serviros, y vuestro temor freno para no ofenderos. ¡Oh alma mía! Mira el respeto que Jesús tiene al santo nombre de Dios, y procura imitarle, temeroso, al propio tiempo, de sus severos juicios. ¿Es esto lo que haces?

Punto 3.° *El Pontífice condena á Jesús por blasfemo.*— Considera cómo, oyendo Caifás la respuesta de Cristo, rasgó

sus vestiduras, diciendo: «Ha blasfemado. ¿Para qué deseamos más testigos? ¿No habéis oído la blasfemia? ¿Qué os parece?» Y luego todos le condenaron, y dijeron: «Digno es de muerte». Sobre este punto has de ponderar la hipocresía endemoniada de este mal Pontífice, para indignar á todos contra Jesucristo: por una parte, rasga sus vestiduras en señal de tristeza, como quien había oído una grande blasfemia contra Dios, y por otra se goza de haber hallado ocasión para condenarle; y así, como quien había alcanzado victoria, dice: «¿Para qué buscamos testigos?» Y atropellando el orden del juicio, él se hace acusador, y á los circunstantes hace jueces, pidiéndoles que ellos le juzguen y digan su parecer, provocándoles á que le condenen como blasfemo, y así lo hicieron, diciendo: «Digno es de muerte». Mira cuán errados son los juicios de los hombres, especialmente cuando están apasionados, pues llegan á condenar por digno de muerte al que es Autor de la vida, y á juzgar por blasfemo contra Dios al que es el mismo Dios. Mas, pondera la tristeza que causaría á Jesús el ver la injusticia de aquella gente, que, olvidada de los beneficios que les había hecho, le condenaba á la muerte; y la profunda humillación en que se vió en este caso, compadeciéndote de verle calumniado y oprimido por haber respondido la verdad, y admirándote que el Hijo de Dios llegue á tal extremo de desprecio, que sea juzgado por blasfemo, y sus palabras, que son de vida eterna, sean tenidas por blasfemias, dignas de muerte eterna; sacando de este ejemplo motivos para consolarte, cuando te vieres despreciado y condenado sin culpa. ¡Oh dulce Jesús! ¿Con cuánta más razón pudierais Vos rasgar vuestras vestiduras, cuando oisteis las palabras de Caifás, tan llenas de blasfemias contra Dios, como las vuestras estaban llenas de verdad y gloria del mismo Dios? ¡Oh! ¡Si mi corazón se rasgase de dolor y pena, oyendo las blasfemias que aquí dicen contra Vos! No sois Vos, Señor, el blasfemo, sino el blasfemado, y por las blasfemias que los hombres dicen contra Dios, permitís ser blasfemado de ellos, pagando sus culpas con vuestras penas. ¿Hemos condenado nosotros á Jesús á muerte con nuestras obras y pecados? ¿Cómo llevamos las injurias de los mundanos cuando nos condenan injustamente?

Epílogo y coloquios. ¡Qué escena tan repugnante ofrece el concilio de los pontífices y sacerdotes, presidido por Caifás! Hombres orgullosos, cargados de culpas, están sentados como jueces; y en pie, y atadas las manos, está Jesús como reo: una chusma de testigos falsos están diciendo mil acusaciones contra el Señor, pero que nada prueban, porque las unas niegan lo que las otras afirman; y Jesús está silencioso, como si no supiese qué responder. ¡Oh! ¡Cuán grande es la inocencia de Jesús! ¡Cuán diabólica es la malicia de los hombres! Viendo Caifás que nada adelantaban con tantos falsos testimonios, deseoso de hallar algún pretexto para condenarle, le preguntó en nombre del Señor si era el Mesías Hijo de Dios; y Jesucristo, al oir el nombre de su Padre celestial, á quien reverencia profundamente, contesta con entereza y sin temor afirmativamente, aunque no ignora que su respuesta ha de ser calumniada, y por ella ha de ser condenado á muerte. Y para infundirles un santo y provechoso miedo, y para que mirasen bien antes lo que hacían, les recuerda que si ahora Él está como reo y ellos como jueces, vendrá un día, y muy presto, en que se han de trocar los papeles, sentándose Él en trono majestuoso para juzgarles á ellos y á todo el mundo. ¡Oh fortaleza invicta de Jesús, que, estando para morir, amenaza á los que le quitan la vida! ¡Oh detestable obstinación de Caifás, al cual tal valor y constancia no conmueve! Muy al contrario: apenas oye lo que dice Jesús, alegre canta victoria, y aparentando un falso celo, rasga las vestiduras; y olvidando su oficio de juez, se hace acusador, y acaba por condenar á Cristo y solicitar de sus compañeros que confirmen la sentencia. ¡Adónde llega la malicia del hombre! Y, ¿no tememos nuestra fragilidad y miseria, viendo el horrendo crimen en que vienen á caer los judíos? ¿No confiaremos en la bondad de Jesús, al considerar que por nuestro amor permitió que le tratasen de blasfemo? Espantados de tal blasfemia, postrémonos á los pies de Jesús, propongamos hacer lo posible para reparar las injurias que le hacen, y supliquémosle nos dé las gracias necesarias para cumplir nuestros propósitos y nos auxilie en todas las necesidades.

35.—INJURIAS QUE SUFRIÓ JESÚS EN CASA DE CAIFÁS.

PRELUDIO 1.º Jesús en casa de Caifás fué escupido, vendado de ojos y herido en el rostro con bofetadas.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús en pie recibiendo tan atroces injurias.

PRELUDIO 3.º Pide compasión de las penas de Jesús y horror al pecado.

Punto 1.º *Jesús fué escupido en el rostro.*—Considera cómo, habiendo los pontífices dado sentencia de muerte[1] contra Cristo, mientras se llegaba el día para ejecutarla, los ministros y criados de Caifás se apoderaron de Él, entreteniéndose toda la noche en causarle terribles injurias, ya dolorosas, ya afrentosas. La primera de estas injurias fué escupirle en el rostro, lo cual era sumamente ignominioso y asqueroso, y se usaba entre los judíos, teniéndose por gravísima injuria; y como los soldados y ministros eran muchos, y todos á porfía le arrojaban salivas, quedó el rostro de Cristo extremadamente afeado y obscurecido. Pondera bien las circunstancias de este hecho: quién es el escupido, quiénes son los que le escupen, y saca de él vivos afectos

[1] Matth., XXVI, 65.

de compasión de Jesús, horror de la culpa que sus enemigos cometen contra Él, y deseos de limpiar con lágrimas de penitencia y contrición de los pecados aquel venerable rostro. Porque es cierto que siempre que el hombre peca, espiritualmente escupe á Cristo, y le afea con las salivas de su culpa, salidas de su lengua emponzoñada y de su corazón y pecho venenoso. Y siendo esto así, ¡cuánta lluvia de salivas como estas descargaron y descargan diariamente sobre el Señor los pecadores, y cuánto más siente éstas que estotras, por ser más abominables y hediondas delante de Dios! También despreciar y escupir al prójimo es escupir á Cristo, que toma esta injuria como suya; y así has de huir con gran cuidado de cometerla. Pondera, finalmente, la modestia, serenidad y gravedad que tenía Cristo nuestro Señor, sufriendo con extraña mansedumbre y silencio aquella lluvia de salivas, sin apartar su rostro, como dice Isaías [1], de los que le escupían, sin hacer gesto ni meneo de hombre injuriado ni enojado, y sin decir palabra contra los injuriadores. ¿Hemos osado nosotros escupir á Jesús con nuestros pecados? ¿No le limpiaremos con la penitencia? ¡Oh Dios eterno! Si á María, hermana de Aarón, porque injurió á Moisés, escupisteis en el rostro y se llenó de lepra [2], ¿por qué no escupís á estos que os escupen, para que se llenen de lepra, como su maldad merece? Mas Vos, Dios mío, no vinisteis al mundo á hacer leprosos, sino á sanarlos, tomando sobre Vos la pena de su lepra y la figura de leproso [3]. No vinisteis á escupir para matar, sino para sanar y dar vida con vuestra saliva al pecador que carece de ella; tocadme con ella, Señor, para que sea sabio en conoceros, sano y fuerte para amaros y serviros.

Punto 2.° *Los judíos vendaron á Jesús los ojos.*—Considera la segunda injuria que recibió Cristo, que fué vendarle los ojos para más á su salvo herirle y escarnecerle, pensando que no los veía, porque la serenidad y gravedad del rostro de Jesús les encogía para no burlar de Él á su gusto. Moisés [4] cubrió su cara con un velo para hablar con el pueblo, porque el resplandor que salía de ella ofuscaba la vista de los que la miraban; mas nuestro dulce Jesús, resplandor de la gloria del eterno Padre, consiente que la suya sea cubierta con otro velo por los discípulos de Moisés, no para que le oigan con más atención, sino para que le desprecien con mayor libertad, mostrando en esto que tiene no menos ganas de ser despreciado que ellos de despreciarle. Y es de creer que el velo ó venda con que le cubrieron y vendaron sería vil y despreciado para que el escarnio fuese mayor. Pondera también aquí cuán propio es de los grandes pecadores desear que Dios no les vea, ó imaginar que no los ve, para pecar más libremente, diciendo lo que está escrito en

[1] Isai., L, 6. — [2] Num., XII, 10. — [3] Isai., LIII, 4. — [4] Exod., XXXIV, 35.

Job: [1] «Las nubes son su escondrijo, y no considera nuestras cosas»; al modo que estos miserables vendaron los ojos corporales de Cristo nuestro Señor para que no les viese; mas no por eso dejaba de verlos con los ojos de su alma y de su divinidad; y así, más fué cegarse y quitarse la vista á sí mismos, que quitarla á Cristo. Y de esta manera has de pensar que cuando pecas, olvidado de que Dios te mira, este olvido es como un velo con que piensas estar cubiertos los ojos de Dios [2], pero no lo están sino los tuyos; porque los de Dios, como dice el Sabio [3], contemplan en todo lugar al bueno y al malo, y al bien y al mal que hace cada uno. ¡Oh Dios Eterno! No permitáis que yo cubra vuestros ojos y vuestro rostro, sino es como los serafines le cubrían con sus alas, venerando vuestra divinidad y confesando que no tenían ojos para comprenderla [4]; pero Vos, Señor, los tenéis muy claros para verme y comprenderme, y esto basta para que yo crea que miráis mis culpas, y me mueva á llorarlas con propósito de nunca más volver á ellas. ¡Oh alma fiel! ¿Pretendes tú también vendar los ojos á Jesús, olvidando su presencia? ¿No procurarás en adelante verle presente en todo lugar?

Punto 3.° *Los judíos herían con sus manos el rostro de Jesús.*—Considera la tercera injuria y tormento de Cristo, que fué herirle con sus manos cruelmente, y esto fué en dos maneras. Unos le herían con los puños, dándole puñadas y golpes en la cabeza y en el rostro, brazos, pecho y espaldas, con grande rabia y porfía. Y es de creer que su celestial rostro quedaría hinchado y acardenalado, y el cuerpo como molido por la muchedumbre de los golpes. Otros le herían con las palmas de las manos, dándole de bofetadas, lo cual entre los hombres es más ignominioso que ser herido con el puño. Aquí cumplió el Señor á la letra el consejo que había dado [5]: «Si alguno te hiere en un carrillo, ofrece el otro»; porque las bofetadas no fueron una, como en casa de Anás, sino muchas y á porfía, por muchos ministros del demonio, pareciéndoles que ganaban perdones en herirle, y todas las recibía este mansísimo Salvador, sin decir, como entonces: «¿Por qué me hieres?»; antes ofreciéndose á recibir más de las que sus sayones le querían dar. Pondera luego el misterio de estos dos modos de herir á Jesucristo, con los cuales se representan dos suertes de pecadores que le ofenden y hieren; unos con la mano cerrada y apretada, y son los avarientos y codiciosos, que se ocupan en allegar bienes para sí, y los aprietan sin querer repartirlos con los pobres; otros con las palmas y manos extendidas y abiertas, y éstos son los soberbios y jactanciosos del mundo, y los regalados y blandos en su carne; cuyas culpas traen mayor ignominia, porque afrentan á Cristo, despreciándolo por honrarse á sí. Y en castigo de estas dos suer-

[1] Job., XXII, 14. — [2] Job., XXII, 13. — [3] Prov., XV, 3. — [4] Isai., VI, 2. — [5] Luc., VI, 29.

tes de culpas, quiere el Señor pasar por estas dos diferencias de penas. Y así, has de pensar que hieres con el puño á Cristo cuando pecas por codicia de los bienes terrenos, y con la mano abierta cuando por vanidad y sensualidad. ¡Oh magnificentísimo Dador de todos los bienes! Pues que con tanta generosidad dais el rostro al que os hiere, con deseo de darle vuestro corazón, por el grande amor que le tenéis, abrid vuestra mano benditísima, y tocad á los que con la suya os hieren, para que cesen de heriros, y con ella hieran sus pechos como el publicano, confesando sus culpas, para que alcancen perdón de ellas. ¿De qué modo hemos herido nosotros á Jesucristo? Actualmente, ¿en qué pecados solemos caer?

Epílogo y coloquios. ¡Oh qué injurias, qué baldones, qué crueldades ejecutaron en Jesús los infames judíos, luego que su concilio le condenó á muerte! Toda la noche estuvieron entretenidos á costa de Él, desfogando la saña que contra Él tenían, y el odio que el demonio les inspiraba. La primera injuria fué escupirle en el rostro. ¡Oh cielos! ¡El Dios de la majestad escupido por viles gusanillos de la tierra! ¿Y es posible que también nosotros hayamos caído en la osadía de los judíos, escupiendo al Señor? Esto hemos hecho siempre que hemos quebrantado su ley. ¡Qué dolor! Luego le vendan los ojos para que no los vea, porque la gravedad y serenidad de su rostro les pone empacho, y no se atreven á ultrajarle con descaro; y para librarse del encogimiento que podía causarles la tranquila y pacífica mirada de Jesús, ponen delante de sus ojos un paño vil y sucio, para mayor escarnio. Del propio modo los pecadores pretenden vendar los ojos á Dios, olvidándose de su presencia, pensando que no los ve, entregándose obstinadamente á sus brutales inclinaciones. ¡Qué desgracia! ¿Hemos caído en ella alguna vez? ¿Hemos añadido la otra injuria de los judíos contra Jesucristo, abofeteándole espiritualmente, ó abierta la mano con los pecados de vanidad y sensualidad, ó cerrado el puño con la avaricia y ambición? ¡Ah! Si penetramos dentro de nuestro corazón, tal vez con rubor habremos de confesar que si fueron malvados los judíos con el Señor, nosotros hemos sido más criminales, por haber pecado con mayor conocimiento, y abusando más de las gracias divinas. Pues, ¿qué haremos en lo sucesivo? ¿Cómo repararemos nuestras iniquidades? ¿Qué quiere Jesús de nosotros? ¿Qué quisiéramos haber hecho, cuando nos hayamos de presentar en el tribunal divino? Puesto que puede ocurrirnos muy pronto este paso tan temible, formemos aquellas resoluciones prácticas y particulares que entonces quisiéramos haber hecho, y con fervientes coloquios pidamos las gracias necesarias para ponerlas en práctica, sin olvidar las demás cosas que tenemos encomendadas.

36.—NUEVAS INJURIAS DE JESUCRISTO EN CASA DE CAIFÁS.

PRELUDIO 1.° Insistiendo los judíos en atormentar á Cristo, unos le mesaban las barbas, otros le decían palabras afrentosas, y le atormentaban de otros modos.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús en medio de los judíos, hecho el juguete de ellos.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber padecer injurias por amor á Jesús.

Punto 1.° *Los judíos mesaron las barbas á Jesús.*—Considera cómo, prosiguiendo los judíos en su cruel entretenimiento, sujetaron á Jesús á una nueva pena y tormento doloroso y afrentoso, que fué mesarle las barbas y arrancarle los cabellos con crueldad excesiva; porque, aunque los Evangelistas no cuentan esto, pero díjolo el mismo Señor por Isaías [1], y es cierto que se cumplió. «Yo, dice, di mi cuerpo á los que le herían, y mis barbas á los que las arrancaban; no aparté mi rostro de los que me escarnecían y escupían». Pondera aquí el dolor y afrenta de este tormento, los cuales son tan grandes, que obligaron al profeta Isaías á hacer especial mención de él. Porque siendo la cabeza y la cara lugares tan delicados y sensibles del cuerpo humano, y arrancándole aquellos malvados sayones sin tiento y con crueldad los cabellos y la barba, el dolor debía ser intensísimo. Además, siendo las barbas símbolo de la fortaleza varonil, se consideraba como grande afrenta entre los judíos el cortarla, por cuyo motivo declaró David la guerra á los ammonitas, que se atrevieron á deshonrar de este modo á sus enviados; y mucha mayor injuria era el arrancarlas. Mas todo lo quiso sufrir nuestro buen Jesús, para pagar por nuestras cobardías afeminadas, y por nuestras demasías y excesos en buscar las cosas superfluas de este mundo, y por nuestro amor desordenado á las criaturas, al modo que á Sansón le fueron cortados los cabellos por causa de su apasionado amor á Dalila. ¡Oh sumo Sacerdote, mucho más noble que Aarón [2], cuya unción destilaba de la cabeza hasta la barba, para significar su dignidad y fortaleza varonil! ¿Cómo consentís que la vuestra sea mesada y arrancada con tanta ignominia y crueldad? ¡Oh sagrado Nazareno! Si vuestros cabellos no habían de ser cortados mientras durase vuestra consagración [3] á Dios, ¿por qué os los dejáis repelar y arrancar, siendo siempre nazareno y santo, y la misma santidad? Suplícoos, Señor, que me perdonéis las culpas que han sido causa de estas penas, y me deis un ánimo fuerte para serviros y muy mortificado para nunca más ofenderos.

Punto 2.° *Los judíos dijeron á Jesús muchas palabras injuriosas.*—Otra de las injurias que hicieron los judíos á Jesús fué de palabras afrentosas, que proferían cuando le daban bofe-

[1] Isai., L, 6. — [2] Psalm. CXXXII, 2. — [3] Num., VI, 5.

tes de culpas, quiere el Señor pasar por estas dos diferencias de penas. Y así, has de pensar que hieres con el puño á Cristo cuando pecas por codicia de los bienes terrenos, y con la mano abierta cuando por vanidad y sensualidad. ¡Oh magnificentísimo Dador de todos los bienes! Pues que con tanta generosidad dais el rostro al que os hiere, con deseo de darle vuestro corazón, por el grande amor que le tenéis, abrid vuestra mano benditísima, y tocad á los que con la suya os hieren, para que cesen de heriros, y con ella hieran sus pechos como el publicano, confesando sus culpas, para que alcancen perdón de ellas. ¿De qué modo hemos herido nosotros á Jesucristo? Actualmente, ¿en qué pecados solemos caer?

Epílogo y coloquios. ¡Oh qué injurias, qué baldones, qué crueldades ejecutaron en Jesús los infames judíos, luego que su concilio le condenó á muerte! Toda la noche estuvieron entretenidos á costa de Él, desfogando la saña que contra Él tenían, y el odio que el demonio les inspiraba. La primera injuria fué escupirle en el rostro. ¡Oh cielos! ¡El Dios de la majestad escupido por viles gusanillos de la tierra! ¿Y es posible que también nosotros hayamos caído en la osadía de los judíos, escupiendo al Señor? Esto hemos hecho siempre que hemos quebrantado su ley. ¡Qué dolor! Luego le vendan los ojos para que no los vea, porque la gravedad y serenidad de su rostro les pone empacho, y no se atreven á ultrajarle con descaro; y para librarse del encogimiento que podía causarles la tranquila y pacífica mirada de Jesús, ponen delante de sus ojos un paño vil y sucio, para mayor escarnio. Del propio modo los pecadores pretenden vendar los ojos á Dios, olvidándose de su presencia, pensando que no los ve, entregándose obstinadamente á sus brutales inclinaciones. ¡Qué desgracia! ¿Hemos caído en ella alguna vez? ¿Hemos añadido la otra injuria de los judíos contra Jesucristo, abofeteándole espiritualmente, ó abierta la mano con los pecados de vanidad y sensualidad, ó cerrado el puño con la avaricia y ambición? ¡Ah! Si penetramos dentro de nuestro corazón, tal vez con rubor habremos de confesar que si fueron malvados los judíos con el Señor, nosotros hemos sido más criminales, por haber pecado con mayor conocimiento, y abusando más de las gracias divinas. Pues, ¿qué haremos en lo sucesivo? ¿Cómo repararemos nuestras iniquidades? ¿Qué quiere Jesús de nosotros? ¿Qué quisiéramos haber hecho, cuando nos hayamos de presentar en el tribunal divino? Puesto que puede ocurrirnos muy pronto este paso tan temible, formemos aquellas resoluciones prácticas y particulares que entonces quisiéramos haber hecho, y con fervientes coloquios pidamos las gracias necesarias para ponerlas en práctica, sin olvidar las demás cosas que tenemos encomendadas.

36.—NUEVAS INJURIAS DE JESUCRISTO EN CASA DE CAIFÁS.

PRELUDIO 1.º Insistiendo los judíos en atormentar á Cristo, unos le mesaban las barbas, otros le decían palabras afrentosas, y le atormentaban de otros modos.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús en medio de los judíos, hecho el juguete de ellos.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber padecer injurias por amor á Jesús.

Punto 1.º *Los judíos mesaron las barbas á Jesús.*—Considera cómo, prosiguiendo los judíos en su cruel entretenimiento, sujetaron á Jesús á una nueva pena y tormento doloroso y afrentoso, que fué mesarle las barbas y arrancarle los cabellos con crueldad excesiva; porque, aunque los Evangelistas no cuentan esto, pero díjolo el mismo Señor por Isaías [1], y es cierto que se cumplió. «Yo, dice, di mi cuerpo á los que le herían, y mis barbas á los que las arrancaban; no aparté mi rostro de los que me escarnecían y escupían». Pondera aquí el dolor y afrenta de este tormento, los cuales son tan grandes, que obligaron al profeta Isaías á hacer especial mención de él. Porque siendo la cabeza y la cara lugares tan delicados y sensibles del cuerpo humano, y arrancándole aquellos malvados sayones sin tiento y con crueldad los cabellos y la barba, el dolor debía ser intensísimo. Además, siendo las barbas símbolo de la fortaleza varonil, se consideraba como grande afrenta entre los judíos el cortarla, por cuyo motivo declaró David la guerra á los ammonitas, que se atrevieron á deshonrar de este modo á sus enviados; y mucha mayor injuria era el arrancarlas. Mas todo lo quiso sufrir nuestro buen Jesús, para pagar por nuestras cobardías afeminadas, y por nuestras demasías y excesos en buscar las cosas superfluas de este mundo, y por nuestro amor desordenado á las criaturas, al modo que á Sansón le fueron cortados los cabellos por causa de su apasionado amor á Dalila. ¡Oh sumo Sacerdote, mucho más noble que Aarón [2], cuya unción destilaba de la cabeza hasta la barba, para significar su dignidad y fortaleza varonil! ¿Cómo consentís que la vuestra sea mesada y arrancada con tanta ignominia y crueldad? ¡Oh sagrado Nazareno! Si vuestros cabellos no habían de ser cortados mientras durase vuestra consagración [3] á Dios, ¿por qué os los dejáis repelar y arrancar, siendo siempre nazareno y santo, y la misma santidad? Suplícoos, Señor, que me perdonéis las culpas que han sido causa de estas penas, y me deis un ánimo fuerte para serviros y muy mortificado para nunca más ofenderos.

Punto 2.º *Los judíos dijeron á Jesús muchas palabras injuriosas.*—Otra de las injurias que hicieron los judíos á Jesús fué de palabras afrentosas, que proferían cuando le daban bofe-

[1] Isai., L, 6. — [2] Psalm. CXXXII, 2. — [3] Num., VI, 5.

tadas y puñadas, diciendo: «Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?» Que era como decir: Pues dices de Ti que eres Cristo y Profeta, adivina quién te dió esta bofetada; en lo cual daban á entender que le tenían por Cristo fingido y profeta falso. Y añade san Lucas: «Y otras muchas blasfemias decían contra Él», dejando á nuestra consideración su número y gravedad. Mas, para creer que fueron muchas y muy graves, basta saber que los blasfemadores eran muchos y muy atrevidos y descomedidos, llenos de ira y rencor, y que la serpiente infernal movía sus lenguas serpentinas, para que vomitasen injurias y blasfemias nunca oídas, á fin de provocarle á impaciencia y tomar de Él cruel venganza. Es de creer que renovarían todas las palabras injuriosas que otras veces le habían dicho, llamándole samaritano, endemoniado, comedor y bebedor, amigo de publicanos, quebrantador de los sábados y fiestas, revolvedor del pueblo, nigromántico, blasfemo contra Dios, y otras innumerables. De suerte que ellos hartaron y cumplieron el deseo que tenían de injuriarle, y en Cristo se cumplió lo que dijo de sí el santo Job [1]: «Abrieron contra mí sus bocas, diciéndome oprobios, hirieron mi rostro, y hartáronse de mis penas». Y el mismo Cristo, como dijo Jeremías [2], quedó también harto de desprecios; pero siempre con ganas de recibir otros mayores, como los recibió en el discurso de esta noche; porque el deseo de sus enemigos era como hambre canina y sed de hidropesía, que, aunque se harte, luego tiene hambre y sed; pero el deseo de Cristo era hambre y sed de caridad infinita que nunca del todo se puede ver harta; y así, por mucho que ellos deseaban llenarle de injurias, estaba aparejado para recibir otras muy mayores. ¡Oh dulcísimo Jesús! Gracias os doy por esta caridad tan insaciable y fuego de amor tan encendido, que nunca supisteis decir á vuestros injuriadores, basta; suplícoos, por las sacratísimas penas que por ellos sufristeis, me perdonéis las culpas que fueron causa de ellas, y me hagáis tan dichoso, que guste de padecer con paciencia y caridad las penas que Vos padecisteis por mí. ¿Hemos nosotros injuriado á Jesús con nuestras palabras? ¿Cómo debemos hablar de Él en lo sucesivo? ¿Cómo hemos de sufrir las injurias de nuestros enemigos?

Punto 3.° *Otros trabajos de Jesús en lo restante de la noche.*— Considera aquí lo demás que Cristo nuestro Señor padecería en lo restante de aquella noche; lo cual es más de lo que nuestro entendimiento puede alcanzar; porque habiéndose ido los pontífices y sacerdotes á reposar, Jesús quedó fuertemente atado en aquella sala, con muchos soldados de guarda, acudiendo también los criados y chusma de la casa: los cuales se entretuvieron todo aquel tiempo burlándose de Él en las cosas

[1] Job, XVI, 11. — [2] Thren., III, 30.

referidas y con otras muchas á que Satanás les instigaba para vengarse de Cristo y derribar su constancia; y marchándose unos á dormir, venían otros de refresco, que proseguían sus injurias, sin dejarle dormir ni descansar en toda la noche, estando como blanco y terrero de todos, cumpliéndose lo que había dicho Simeón [1], que estaría puesto como señal de contradicción, y lo que dijo por David [2]: «Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo». Pero, ¿qué hacía entonces este soberano Redentor, no hombre, sino más que hombre y gloria de todos los hombres? Mostraba un rostro como de diamante, y un cuerpo como de acero, sin cansarse de sufrir ni dar señal de enfado ó enojo, y en lo interior ofrecía todos aquellos trabajos á su Padre por los pecadores, y estaba continuamente orando por ellos con grandísimo fervor, de modo que podíamos decir de Él [3]: «Estaba trasnochando y pasando toda la noche en oración de Dios»; esto es, en oración altísima, digna de Dios, sin que la muchedumbre de injurias que oía, ni la terribilidad de los dolores que padecía, lo divirtiesen ó entibiasen en ella. Allí tenía presentes á sus discípulos, que andaban descarriados como ovejas sin pastor, y oraba por ellos ardientemente, porque no se los tragase el lobo infernal; y también puedes creer que te tenía presente en su memoria y ofrecía por ti su oración. ¡Oh Salvador mío! ¡Quién se hallara en vuestra compañía para consolaros en el desconsuelo de tan larga noche! Con el espíritu me pongo en vuestra presencia, deseando trasnochar en la oración de Dios, juntando la mía con la vuestra, para que sea bien recibida y despachada. ¡Oh alma! Aprende de Jesús el modo de portarte en los trabajos con que te visita. ¿Le imitas entonces como debes, sufriéndolos con paciencia y orando con fervor?

Epílogo y coloquios. ¡Oh crueldad insaciable de los judíos! No satisfechos con llenar de inmundas salivas el venerable rostro de Jesús, con vendarle los ojos y magullarle el rostro á golpes, inventaron un nuevo modo de atormentarle y afrentarle, y fué arrancándole los cabellos y mesándole con furia las barbas. ¡Qué dolor! De él quiso hacer especial mención el santo profeta Isaías, añadiendo que Jesús lo sufrió con tal paciencia, que de sí mismo ofreció sus barbas á los que las mesaban. ¡Oh caridad de Jesús! ¡Cuán insaciable eres! Con estas injurias de obra acompañaban aquellos infames judíos muchas injurias de palabra. Unos, al pegarle, le dicen: «Adivina quién te dió»; otros le repiten los dicterios y ultrajes que solían decirle los judíos; y todos se toman la libertad de decir contra el Señor todo aquello á que les instiga Satanás. Y, á pesar de todo, Jesús no se cansa; y si sus enemigos se hartan de atormentarle, todavía

[1] Luc., II, 34; Psalm. LXXIX, 7. — [2] Psalm. XXI, 7. — [3] Luc., VI, 12.

no pueden llegar á satisfacer el insaciable deseo que tiene de padecer, diciendo interiormente á cada nueva injuria lo que después dijo en la cruz: *Sitio,* tengo sed. Y así pasa toda aquella noche; noche memorable, noche tenebrosa, noche cruel; pero noche en que el Padre Eterno recibió la mayor gloria, y el mundo pecador tenía un Dios infinito que intercedía por él, y rogaba y pedía el perdón de sus pecados. En esto se ocupaba Jesucristo en medio de sus penas. ¡Oh! ¡Si nosotros le imitásemos! ¿Hemos contribuído con nuestras culpas á causar los tormentos de Jesús? ¿Hemos mesado sus barbas, menoscabando nuestra dignidad de hombres, ó arrancado los cabellos, buscando demasías y regalos? ¿No nos inspira compasión este Señor tan atormentado? ¿Nos atreveremos á ayudar á los atormentadores con nuevos pecados? No seamos tan ingratos; procuremos más bien consolar á Jesús en su desconsuelo y aflicción, haciendo para este fin los propósitos que nos convengan, y pidiendo las gracias que necesitamos para su cumplimiento y para todo lo demás.

37.—PRESENTACIÓN DE JESÚS Á PILATOS.

PRELUDIO 1.º Los judíos, llegada la mañana, oyendo que Jesús se ratificaba en lo que antes había dicho, le llevaron á Pilatos; y Judas, viendo lo que pasaba, desesperado, se ahorcó.

PRELUDIO 2.º Represéntate estos hechos como si los vieras con tus ojos.

PRELUDIO 3.º Pide la firmeza en la fe y confianza en la misericordia de Dios.

Punto 1.º *Llegado el día, reúnense los sacerdotes, y confirman la sentencia contra Jesús.*—Luego que amaneció el día, juntáronse de nuevo los sacerdotes con Caifás, y llamando á Jesús, le preguntaron si era Hijo de Dios; y habiendo contestado afirmativamente como en la víspera anterior, dijeron: «No tenemos necesidad de testigos, pues de su boca hemos oído lo que deseamos [1]». Pondera acerca de esto, ante todo, cuán deseada tenían la mañana, así Cristo nuestro Señor, como sus enemigos, pero con fines contrarios. Cristo la deseaba, porque en aquel día pensaba concluir la redención del mundo, y había treinta y tres años que estaba esperando este día que tenía por suyo, en cuanto todo era para nuestro bien. Sus enemigos deseaban que amaneciese para concluir su dañada pretensión de matarle cruelmente; y así madrugaron mucho para juntarse otra vez de nuevo en su concilio. ¡Cuánta diligencia tienen los malos para salir con sus malvados intentos, y cuánta pereza tienes tú para cumplir la voluntad divina! Observa la malicia y astucia de estos escribas en la pregunta que hicieron á Cristo nuestro Señor para cogerle

[1] Luc., XXII, 66, 70.

de cualquier modo que respondiese; porque si negaba que era Cristo, dijeran que era contrario á sí mismo, y que Él se condenaba en haberse tenido por Cristo; y si confesaba que lo era, ratificándose en lo dicho, alcanzarían lo que deseaban para condenarle. Pero más digna de consideración es la respuesta de Cristo, en la cual demostró su admirable prudencia, modestia y mansedumbre, junto con gran libertad de espíritu, añadiendo segunda vez aquella palabra, que estaría sentado á la diestra de Dios, para ponerles miedo, y para que entendamos que sus humillaciones habían de parar en exaltación; y lo mismo será de las nuestras, si le seguimos; y también para enseñarnos que ningún temor humano nos ha de impedir el confesar la verdad que de Dios hemos recibido. Finalmente: viendo á Jesús desfigurado con los trabajos de aquella noche, pregúntale con otro ánimo: ¡Oh Jesús mío! ¿Sois Vos por ventura el Cristo? ¿Sois el resplandor de la gloria del Padre, el Hijo de Dios vivo? Pues si lo sois, como de verdad lo sois, ¿cómo está vuestro rostro tan desfigurado? ¿Cómo tan afeado con salivas? ¿Cómo tan acardenalado con bofetadas? Mis pecados son la causa de todo esto, y vuestra caridad ha tomado estas insignias, por las cuales se conoce que sois el Cristo, Hijo de Dios vivo, que vino al mundo para redimirle. ¿Y he de ser yo tan ingrato, que no os quiera reconocer? ¿Y tan loco, que no quiera temer vuestra ira? ¿Cuándo y en qué cosas me debo corregir?

Punto 2.º *Jesús es llevado á Pilatos.*—Considera cómo, oída la respuesta de Jesús, levantóse toda la muchedumbre de gente que constituía el concilio, y atándole de nuevo, le llevaron á Poncio Pilatos, presidente. En esta nueva estación has de meditar, lo primero, cómo el estado eclesiástico de los judíos, enemigo declarado de Jesucristo, por su sentencia le relajó al brazo seglar de Pilatos, presidente por los romanos, para que le ajusticiase más cruelmente, pareciéndoles que era muy pequeña la pena que ellos podían darle, porque deseaban muriese con muerte muy cruel; ordenándolo así la divina Providencia para que judíos y gentiles concurriesen á la muerte del que moría por la salvación de todos. ¡Oh cuán profundos son los juicios de Dios, y con qué sabiduría tan maravillosa dispone todas las cosas! Pondera luego la crueldad con que llevaron á Cristo nuestro Señor por las calles de Jerusalén, con grandes voces y alaridos, concurriendo á esto mucha gente, por ser innumerable la que había en la ciudad á causa de la fiesta del Cordero. Iba nuestro buen Jesús maniatado, con paso muy apresurado; pero con un rostro modesto, grave y manso, dejándose llevar de aquellos tigres sin resistencia alguna, sufriendo los desprecios y baldones que le decían, con mucha mayor afrenta que la noche pasada; porque con el día claro todos le podían ver y conocer; y como sabían que esto se hacía por orden de sus sacerdotes, y que ellos

iban allí cerca, ninguno se atrevía á contradecir, antes clamaban contra el preso. ¡Oh buen Jesús! Gracias os doy por todos los pasos que disteis desde la casa de Caifás hasta la de Pilatos, y por las afrentas que en este camino padecisteis; por ellas os suplico perdonéis los malos pasos que he dado para ofenderos, y los enderecéis de aquí adelante para que todos sean para serviros. ¿Imitamos la modestia y gravedad de Jesús al ir en público por las calles? ¿Le hemos arrojado alguna vez de nosotros, entregándolo á su enemigo?

Punto 3.º *Desesperación de Judas.*—Viendo Judas que Cristo estaba condenado á muerte en el concilio de los sacerdotes, y que le llevaban á Pilatos para que lo aprobase y ejecutase, pesóle de lo que había hecho, y fuese al templo donde estaban algunos sacerdotes y ancianos ocupados en sus ministerios, y díjoles: «Pequé entregando la sangre del justo». Ellos respondieron: «¿Qué se nos da á nosotros? Miráraslo primero». Y él, arrojando los dineros en el templo, fuése y ahorcóse. Acerca de este hecho has de ponderar primero cómo el demonio ciega los ojos del pecador al tiempo que peca, porque no vea la maldad de la culpa y huya de ella, y después los abre, encareciéndosela mucho, y afeándosela tanto, que de corrido venga á desesperar como sucedió á Caín [1], á Judas y otros. En segundo lugar, mira cómo Judas comenzó á hacer penitencia, y á ejercitar las tres partes de ella, porque tuvo dolor interior, y confesó su pecado delante de los sacerdotes, y satisfizo, restituyendo el precio que había llevado injustamente; pero todo le aprovechó poco, porque no fué buena su penitencia, ni el dolor era verdadero, ni hizo la confesión á quien debía, ni con esperanza de perdón. Y así, por justo juicio de Dios, fué desamparado, como sus pecados merecían, permitiendo que no hallase consuelo en los hombres, ni contento en su dinero; antes, su dinero fué su verdugo, recibiendo mayor congoja en tenerle, que contento recibió al tiempo de aceptarlo; por lo cual lo arrojó de sí, y, no atreviéndose á acudir á Cristo, y temiendo esperar el tiempo de la resurrección, atormentado de la conciencia é instigado de Satanás, resolvió ahorcarse luego, mostrándonos en sí mismo que la pena de la avaricia es perder el dinero y la felicidad eterna, y morir á sus mismas manos, reventando por medio y derramando sus entrañas por no haber tenido entrañas de misericordia con Cristo. Pondera, por último, el sentimiento que causó á este Señor la condenación de Judas, y cuán de buena gana le hubiera perdonado si, como acudió á los sacerdotes, hubiese venido á Él. ¡Oh Redentor misericordiosísimo! Pues tanto sentís la perdición de los que eran vuestros, no me dejéis de vuestra mano; porque, si me dejáis, daré en los desvaríos de Judas, pues no hay mal que haga un

[1] Genes., IV, 13.

hombre que no pueda hacer otro, si le soltáis de vuestra mano. Y nosotros, ¿nos hemos dejado engañar como Judas de los ardides del enemigo? ¿Tiene nuestra penitencia y dolor las condiciones que ha de tener para purificar el alma?

Epílogo y coloquios. ¡Oh Jesús! Alegraos. Ha amanecido ya el día en que daréis fin á la redención del mundo, por la cual tanto os habéis afanado. Mas si Jesús se alegra, movido de la caridad que nos tiene, sus enemigos también se alegran de hallarse en este día, en que podrán desahogar su saña contra Él. Ya le hacen presentar de nuevo á su tribunal para que se ratifique en la afirmación que había dejado escapar de sus labios, diciendo ser Hijo de Dios. Ya confirman á una voz la sentencia que habían dictado el día anterior. Ya se levantan de sus asientos, y atando más fuertemente á Jesús, y rodeándoles gran muchedumbre de gente, le llevan á Pilatos, para que inmediatamente confirme la sentencia que ellos han dado y la ejecute. ¡Qué rabia tan inaudita la de estos malos sacerdotes! ¡Qué mansedumbre tan divina la de Jesús! Con paso grave, los ojos bajos, el semblante majestuoso y humilde al mismo tiempo, marcha en medio del tropel de la gente; todos le miran á Él, y Él, sin mirar á nadie, los ve á todos, contemplando en unos el gozo por su desgracia, en otros la compasión natural, en otros la complacencia por sus penas. ¡Y todo aumenta su aflicción dolorosa! ¿Y quién sabe si llegaría á ver también en esta ocasión á su Madre? Entre tanto, el desgraciado y criminal Judas, acosado de remordimientos, instigado del demonio, abandonado de Dios, despreciado de los hombres, sumergido en un mar de tinieblas, viendo que por él Jesús iba á morir, avergonzado de la vida, arroja de sí el dinero, y confesando la justicia de Dios y su propia injusticia, se ahorca. ¿No temeremos los divinos juicios? ¡Ay de nosotros si comenzásemos á ceder á las exigencias de una pasión! Esto solo podría conducirnos al paradero de Judas. Veamos, pues, por dónde nos ataca el enemigo; si es el genio, la sensualidad, pereza ó imaginación las armas de que se vale contra nosotros, propongamos resistirle, pidiendo gracia al Señor y rogando por todo el mundo.

38.—ACUSACIÓN DE JESÚS ANTE PILATOS.

PRELUDIO 1.º Presentado Jesús á Pilatos, fué acusado por los pontífices de varias cosas, y Pilatos le examinó.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús en pie ante Pilatos, que le examina.

PRELUDIO 3.º Pide gracia para imitar la mansedumbre y humildad de Jesús.

Punto 1.º *Recibimiento que Pilatos hizo á Jesús.*—Presentando los pontífices á Jesús ante Pilatos en su pretorio, salió el presidente á ellos, y preguntóles: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?» Y ellos respondieron: «Si no fuera malhechor,

iban allí cerca, ninguno se atrevía á contradecir, antes clamaban contra el preso. ¡Oh buen Jesús! Gracias os doy por todos los pasos que disteis desde la casa de Caifás hasta la de Pilatos, y por las afrentas que en este camino padecisteis; por ellas os suplico perdonéis los malos pasos que he dado para ofenderos, y los enderecéis de aquí adelante para que todos sean para serviros. ¿Imitamos la modestia y gravedad de Jesús al ir en público por las calles? ¿Le hemos arrojado alguna vez de nosotros, entregándolo á su enemigo?

Punto 3.º *Desesperación de Judas.*—Viendo Judas que Cristo estaba condenado á muerte en el concilio de los sacerdotes, y que le llevaban á Pilatos para que lo aprobase y ejecutase, pesóle de lo que había hecho, y fuese al templo donde estaban algunos sacerdotes y ancianos ocupados en sus ministerios, y díjoles: «Pequé entregando la sangre del justo». Ellos respondieron: «¿Qué se nos da á nosotros? Mírarasio primero». Y él, arrojando los dineros en el templo, fuése y ahorcóse. Acerca de este hecho has de ponderar primero cómo el demonio ciega los ojos del pecador al tiempo que peca, porque no vea la maldad de la culpa y huya de ella, y después los abre, encareciéndosela mucho, y afeándosela tanto, que de corrido venga á desesperar como sucedió á Caín [1], á Judas y otros. En segundo lugar, mira cómo Judas comenzó á hacer penitencia, y á ejercitar las tres partes de ella, porque tuvo dolor interior, y confesó su pecado delante de los sacerdotes, y satisfizo, restituyendo el precio que había llevado injustamente; pero todo le aprovechó poco, porque no fué buena su penitencia, ni el dolor era verdadero, ni hizo la confesión á quien debía, ni con esperanza de perdón. Y así, por justo juicio de Dios, fué desamparado, como sus pecados merecían, permitiendo que no hallase consuelo en los hombres, ni contento en su dinero; antes, su dinero fué su verdugo, recibiendo mayor congoja en tenerle, que contento recibió al tiempo de aceptarlo; por lo cual lo arrojó de sí, y, no atreviéndose á acudir á Cristo, y temiendo esperar el tiempo de la resurrección, atormentado de la conciencia é instigado de Satanás, resolvió ahorcarse luego, mostrándonos en sí mismo que la pena de la avaricia es perder el dinero y la felicidad eterna, y morir á sus mismas manos, reventando por medio y derramando sus entrañas por no haber tenido entrañas de misericordia con Cristo. Pondera, por último, el sentimiento que causó á este Señor la condenación de Judas, y cuán de buena gana le hubiera perdonado si, como acudió á los sacerdotes, hubiese venido á Él. ¡Oh Redentor misericordiosísimo! Pues tanto sentís la perdición de los que eran vuestros, no me dejéis de vuestra mano; porque, si me dejáis, daré en los desvaríos de Judas, pues no hay mal que haga un

1 Genes., IV, 13.

hombre que no pueda hacer otro, si le soltáis de vuestra mano. Y nosotros, ¿nos hemos dejado engañar como Judas de los ardides del enemigo? ¿Tiene nuestra penitencia y dolor las condiciones que ha de tener para purificar el alma?

Epílogo y coloquios. ¡Oh Jesús! Alegraos. Ha amanecido ya el día en que daréis fin á la redención del mundo, por la cual tanto os habéis afanado. Mas si Jesús se alegra, movido de la caridad que nos tiene, sus enemigos también se alegran de hallarse en este día, en que podrán desahogar su saña contra Él. Ya le hacen presentar de nuevo á su tribunal para que se ratifique en la afirmación que había dejado escapar de sus labios, diciendo ser Hijo de Dios. Ya confirman á una voz la sentencia que habían dictado el día anterior. Ya se levantan de sus asientos, y atando más fuertemente á Jesús, y rodeándoles gran muchedumbre de gente, le llevan á Pilatos, para que inmediatamente confirme la sentencia que ellos han dado y la ejecute. ¡Qué rabia tan inaudita la de estos malos sacerdotes! ¡Qué mansedumbre tan divina la de Jesús! Con paso grave, los ojos bajos, el semblante majestuoso y humilde al mismo tiempo, marcha en medio del tropel de la gente; todos le miran á Él, y Él, sin mirar á nadie, los ve á todos, contemplando en unos el gozo por su desgracia, en otros la compasión natural, en otros la complacencia por sus penas. ¡Y todo aumenta su aflicción dolorosa! ¿Y quién sabe si llegaría á ver también en esta ocasión á su Madre? Entre tanto, el desgraciado y criminal Judas, acosado de remordimientos, instigado del demonio, abandonado de Dios, despreciado de los hombres, sumergido en un mar de tinieblas, viendo que por él Jesús iba á morir, avergonzado de la vida, arroja de sí el dinero, y confesando la justicia de Dios y su propia injusticia, se ahorca. ¿No temeremos los divinos juicios? ¡Ay de nosotros si comenzásemos á ceder á las exigencias de una pasión! Esto solo podría conducirnos al paradero de Judas. Veamos, pues, por dónde nos ataca el enemigo; si es el genio, la sensualidad, pereza ó imaginación las armas de que se vale contra nosotros, propongamos resistirle, pidiendo gracia al Señor y rogando por todo el mundo.

38.—ACUSACIÓN DE JESÚS ANTE PILATOS.

PRELUDIO 1.º Presentado Jesús á Pilatos, fué acusado por los pontífices de varias cosas, y Pilatos le examinó.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús en pie ante Pilatos, que le examina.

PRELUDIO 3.º Pide gracia para imitar la mansedumbre y humildad de Jesús.

Punto 1.º *Recibimiento que Pilatos hizo á Jesús.*—Presentando los pontífices á Jesús ante Pilatos en su pretorio, salió el presidente á ellos, y preguntóles: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?» Y ellos respondieron: «Si no fuera malhechor,

no le entregáramos á ti [1] ». Acerca de este paso has de considerar, primeramente, la mala acogida y peor tratamiento que haría Pilatos á Cristo nuestro Señor, cuando le vió traer tan atado y con tanto estruendo y en día tan solemne, concibiendo que sería algún gran malhechor, pues en tal día y por gente tan grave venía preso. Compadécete de ver á tu Señor tan despreciado, acordándote de la diferente manera con que Él recibió á la mujer adúltera [2], que le trajeron los judíos para que la juzgase. El recibía con humildad y mansedumbre á los culpados; y, siendo inocentísimo, es recibido con soberbia y altanería por los culpados; Él defendía al reo de la furia de sus acusadores; mas con El los mismos jueces se convierten en acusadores. Y á todo esto se somete por la infinita caridad que nos tiene. Pondera también el orgullo y presunción que manifestarón los acusadores de Cristo en su respuesta á Pilatos: «Si este no fuera malhechor, no le trajéramos á tu tribunal». Como quien dice: Basta que nosotros, siendo sacerdotes y letrados de la ley, le traigamos preso, para que estés cierto que es malhechor. ¡Oh soberbia endemoniada que así ciegas á los malhechores! ¡Oh humildad soberana que así humillas al Supremo bienhechor! De esta humildad de Cristo, que, siendo bienhechor de todos, quiso ser tenido por público malhechor de los mismos á quienes hizo bien, has de sacar grandes afectos de esta virtud, teniendo por dicha hacer bien á todos, y que todos te tengan por malhechor á imitación de tu Salvador. ¡Oh Salvador dulcísimo! Poco es lo que de Vos había dicho Isaías, que erais gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe; porque los hombres malvados no sólo os tienen ya por una cosa inútil, sino por un ser perjudicial, por su mayor enemigo; y esto, en el tiempo mismo en que vais á derramar la sangre para darles vuestra amistad.

Punto 2.º *Acusaciones de los judíos contra Jesús.*—Oyendo Pilatos la orgullosa contestación de los pontífices, y habiéndoles dicho que, supuesto que le tenían por malhechor, le castigasen según la ley, ellos dijeron que no les era lícito matar á nadie con el género de muerte que merecía el Señor; y luego, para inclinar el ánimo de Pilatos, comenzaron á acusar á Jesucristo de tres cosas: La primera, que alborotaba la gente con mala doctrina. La segunda, que prohibía dar los tributos debidos al César. La tercera, que decía de sí ser Cristo Rey; esto es, el Mesías que estaba prometido por rey de los judíos. Pondera bien aquí la extremada maldad de estos acusadores, y las calumnias que inventaron contra Cristo nuestro Señor con ánimos emponzoñados; porque llana cosa era que no alborotaba Cristo á la gente, antes la movía á penitencia y á todo género de virtud, tanto, que dijo á sus discípulos [3]: «Sobre la cátedra de Moisés se

[1] Joan., XVIII, 29. — [2] Joan., VIII, 3 — [3] Matth., XXIII, 2.

sentaron los escribas y fariseos; haced todo cuanto dijeren». También era público que no prohibía pagar los tributos al César, antes dijo [1]: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios»; y El pagó el tributo por sí y por Pedro, con no estar obligado á ello. Además, nunca dijo de sí que era rey temporal como los que hacían los romanos; antes, queriéndole hacer rey, huyó [2]. Y si decía que era Mesías, sus obras daban testimonio de ello. Pues ¿adónde más pudo llegar la maldad de estos falsos acusadores que á inventar tales calumnias? ¿Y qué mayor crueldad pudo ser que no hartar su rabia con la muerte que ellos podían darle, sino fingir delitos para condenarle á otra más cruel, que era la muerte de cruz? ¿Has caído tú en tales excesos, atreviéndote á acusar alguna vez en tu interior á Jesús, quejándote de sus disposiciones? ¡Oh dulce Jesús! Gracias os doy por el silencio con que oís tales calumnias, pudiendo fácilmente deshacerlas. Concededme que imite vuestra paciencia, y libradme del vicio del aborrecimiento, que tales calumnias inventa contra el que es aborrecido.

Punto 3.º *Pilatos examina á Cristo, el cual confiesa que es Rey.*—Considera cómo Pilatos, en oyendo las acusaciones de los judíos contra Jesús, entróse en la sala del tribunal para examinarle de los delitos que le oponían, y comenzando por el postrero, que tenía por más grave, le dijo: «¿Eres tú rey de los judíos?» Cristo nuestro Señor, que vió que esta pregunta era con sencillez, respondió á ella: «Mi reino no es de este mundo, porque, si lo fuera, tuviera vasallos y criados que me defendieran para no ser entregado á los judíos, y así mi reino no es como los del mundo». Y replicando Pilatos, si era rey, contestó el Señor: «Tú lo dices que soy rey». Acerca de este interrogatorio debes en particular meditar con cuidado las notables sentencias que dijo Jesús acerca de su reino, del cual afirmó primero que no era reino terreno y mundano como los de acá, y por esto no tenía aparato de soldados, ni gente de guarda, ni los demás ministros que suelen tener los reyes terrenos en sus reinos. Y no solamente quiso decir que no lo era, sino que no lo pretendía, ni jamás lo había pretendido, como sus acusadores decían. Lo segundo, confesó que verdaderamente era rey, pero rey celestial; y tenía reino, pero reino de otro mundo, que es el reino del cielo, y el reino espiritual de la Iglesia; y, por consiguiente, tenía vasallos ó criados, pero celestiales y espirituales, que son los ángeles, los justos y los fieles que le creen, porque cual es el rey tales son los vasallos, y cual es el reino tales son sus ciudadanos. ¡Oh Rey soberano! Muy debido era á vuestra grandeza ser rey de este mundo, y tener por vasallos y esclavos á todos los reyes de la tierra. Mas, vuestra infinita caridad renunció esta pompa mundana para

[1] Luc., XX, 25. — [2] Joan., VI, 15.

darme ejemplo de humildad, y levantar mi corazón á la pretensión del reino celestial, con desprecio del terreno. Hacedme, Rey mío, vasallo digno de vuestro reino, con ánimo para hollar todo lo que estima el mundo. ¿Queremos nosotros que Jesús sea nuestro Rey? ¿Cómo nos sujetamos á su imperio?

Epílogo y coloquios. ¡Oh rabia diabólica de los judíos, enemigos de Jesús! Según su ley, y suponiendo al Señor blasfemo, como ellos decían, debía morir apedreado. Mas esta pena es poco cruel y dura para satisfacer su insaciable odio contra Jesús, y así inventan mil calumnias, y con ellas se presentan á Pilatos para que le condene á muerte de cruz. ¡Qué recibimiento tan malo haría este presidente á Jesús! ¡Qué juicio tan desfavorable formaría de Él, viendo que le traían tan atado y sujeto todo lo mejor y más notable de los judíos! Mas, como era preciso que á lo menos se simulase un juicio según las leyes romanas, Pilatos exige que le manifiesten la acusación; y la perversidad judaica, que tal vez esperaba que por sola su palabra sería puesto el Señor en el suplicio que pretendían, viéndose precisada á acusarle, hace caso omiso del supuesto delito de la blasfemia, y le acusa de enemigo del César, perturbador de la gente y pretendiente á ser Rey de los judíos. ¡Cuán claro se ve que los judíos eran guiados por el príncipe de las tinieblas, pues que así aborrecían la luz! Manifestaban lo que convenía á sus intentos, y callaban lo demás. Pilatos pregunta á Jesús si es rey, y la contestación del Señor es afirmativa, aunque su reino no es temporal, sino eterno; no es terreno, sino celestial; no es dado por los hombres, sino por su Padre. Tal es nuestro Rey. ¿No nos causa pena y dolor verle tratado con tanto desprecio y odio? ¿No nos someteremos voluntariamente á su autoridad? ¿Cómo le honramos, cumplimos sus leyes y le pagamos tributo? ¿Dan nuestras obras testimonio de que Jesús es nuestro Rey? Examinémoslas con cuidado; tratemos seriamente de corregir, evitar, enmendar ó reformar en nosotros lo que sea conveniente por medio de propósitos y súplicas, sin descuidar las otras necesidades.

39.—SILENCIO ADMIRABLE DE JESÚS.

PRELUDIO 1.° Habiendo dicho Jesús que había venido á dar testimonio de la verdad, Pilatos manifiesta que no halla en Él culpa; los judíos siguen acusándole; mas Jesús calla.

PRELUDIO 2.° Represéntate este suceso como si pasara delante de ti.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar á Jesús en la virtud del silencio.

Punto 1.° *Jesús vino á dar testimonio de la verdad.*—Considera cómo Jesucristo, después de haber dicho á Pilatos que era Rey, añadió que había nacido y venido al mundo para dar testimonio de la verdad; esto es, para enseñarla y predicarla confirmándola con milagros y obras maravillosas. En lo cual

tuvo el Señor tres excelencias soberanas. La primera, que nunca testificó cosa que fuese falsedad ó mentira, sino todo cuanto dijo fué verdad, y no cualquiera, sino verdad provechosa para alcanzar el reino cuyo Rey era. La segunda, que testificó esta verdad con gran valor, aunque le hubiese de costar la vida el decirla. La tercera, que cuando era de cosa gloriosa para Él, la decía, no por su honra, sino por cumplir con su oficio, dando testimonio de la verdad. A imitación de este Señor, has de persuadirte que tú también naciste y viniste al mundo para dar testimonio de la verdad con tus obras y palabras, procurando que siempre resplandezca en ellas la divina verdad, sin mezcla de mentira ni fingimiento, aunque te cueste la vida el testificarla. Pondera las palabras que añadió, diciendo que todos los que son del bando de la verdad y la aman, oyen su voz [1], dando crédito á lo que dice, y obedeciendo á lo que manda; y por aquí echarás de ver si eres del bando de Cristo, que es la misma verdad, ó del bando del demonio [2], que es padre de la mentira. Por último: admírate de la autoridad de Jesucristo, y de la divinidad que en Él resplandece en medio de tantos desprecios, sin dejar por ellos de hacer su oficio de Maestro. Y si Pilatos le hubiera querido escuchar, aparejado estaba para enseñarle con mayor luz la verdad; pero el desventurado, aunque comenzó á tener deseo de ella, preguntando á Cristo «¿Qué es la verdad?», no esperó la respuesta, porque no mereció oirla. ¡Oh Maestro del cielo! Respondedme dentro de mi corazón, ¿qué es la verdad?, y dádmelo á sentir con gran firmeza. Vos, Dios mío, Vos sois la misma verdad, y todo cuanto de Vos procede es la verdad. Verdad es vuestra vida, verdad vuestra doctrina, vuestros preceptos, vuestros consejos, vuestros milagros y vuestros sacramentos. ¡Oh! ¡Si mi vida se conformase con esta verdad, y anduviese siempre en verdad, hasta veros claramente en vuestra gloria! ¿Qué debes tú reformar en ti para obtener este provechoso resultado? ¿Son tus obras inspiradas por la verdad ó por otros motivos?

Punto 2.° *Insistiendo los judíos en acusar á Cristo, este Señor se calla.*—Considera cómo oyendo Pilatos las respuestas de Cristo tan concertadas, coligió de ellas su inocencia, y sacándole consigo fuera del pretorio, á la vista del pueblo, dijo: «Yo no hallo en este hombre causa para condenarle». Oyendo esto los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, y temiendo no le soltase, acusábanle en muchas cosas; pero Cristo no respondía. Díjole Pilatos: «¿No ves en cuántas cosas te acusan, y cuántos testimonios dicen contra Ti? ¿Cómo no respondes algo?» Mas Jesús no respondía palabra, sino callaba, de modo que el presidente se admiró vehementemente. Reflexiona aquí con atención acerca del maravilloso silencio de Cristo, el cual, con razón,

[1] Joan., XVIII, 37. — [2] Joan., VIII, 44.

causó vehemente admiración en Pilatos, como cosa nueva y no vista en el mundo, porque concurrían muchas cosas que al juicio humano le provocaban á hablar y responder por sí. Las acusaciones eran muchas y falsas, y en materias gravísimas y de gravísima deshonra, opuestas por personas muy calificadas, y á fin de que por ellas fuese condenado á muerte cruel y muy infame; y el mismo juez le provocaba á que respondiese por sí, con deseo de darle por libre, porque conocía su inocencia. Cualquiera cosa de estas bastaba para mover á cualquier hombre á hacer su defensa; pero este divino Señor, rompiendo por todas, quiso callar y no responder palabra, descubriendo en esto su grave mansedumbre y paciencia, no sólo en no vengarse de sus calumniadores, pero ni quererlos convencer de su calumnia, pudiendo hacerlo con facilidad. En lo cual dió además pruebas de gran fortaleza, mostrando por la obra cuán poco temía la deshonra, los tormentos y la muerte; pues ni aun hablar quería para defenderse de ella, y esto admiró á Pilatos y te ha de admirar á ti. ¡Oh buen Jesús! ¡Con cuánta razón os pusieron por nombre el Admirable [1]; pues no sólo sois admirable en las grandezas y milagros, sino en las bajezas y trabajos! Admirable es vuestra mansedumbre, vuestro sufrimiento y vuestro silencio. Admirable fué vuestro callar ante Caifás; pero más admirable fué delante de Pilatos. Menester era tal silencio para castigar mi parlería, y para darme eficaz ejemplo de callar sufriendo con paciencia las injurias. ¡Oh alma! ¿Imitas el silencio de Cristo? ¿Cuándo y cómo faltas á él?

Punto 3.º *Todas las virtudes concurren al perfecto silencio.*—Acerca del silencio de Cristo nuestro Señor, has de considerar cómo una virtud tan singular y extraordinaria como esta no se puede hallar sino en gente que tiene muy mortificado el amor de la honra y de la vida, y que ha llegado á no temer con demasía la deshonra y la muerte, arrojando todas sus cosas en la divina Providencia. Esto pretendió manifestar el Espíritu Santo cuando dijo [2]: «Funde el oro y plata que tuvieres, y haz de ello un peso para tus palabras y frenos justos para tu boca, porque no deslices con tu lengua»; que es decir: recoge todas las virtudes morales con la caridad, figuradas por el oro, y todas las virtudes intelectuales con la prudencia, figuradas por la plata, porque todas son menester para saber bien hablar y bien callar, por cuanto todos los vicios se aunan para desconcertar la lengua; y así es menester que se aunen las virtudes para concertarla, y por esto, quien no ofende á Dios con la lengua, señal es que es perfecto varón [3]. Esto mismo significó el Señor, cuando dijo por el profeta Jeremías que el silencio era el cultivo de la justicia, por que con él se alcanza la justicia, que es el conjunto de todas las virtudes. Considerando todo esto, has de confundirte grande-

[1] Isai., IX, 6. — [2] Eccli., XXVIII, 29. — [3] Jacob., III, 2.

mente viendo cuán olvidada tienes una virtud tan importante y necesaria, y que tu lengua es como un fuego abrasador, capaz de encender en cada momento la ira, la envidia y todas las pasiones desordenadas. ¡Oh Dios de bondad! Poned guarda á mi boca [1] y puerta muy justa á mis labios; no permitáis que mi corazón se incline á palabras de malicia, para dar vanas excusas de mis pecados: y yo también con vuestra gracia propongo guardar fielmente mi lengua para que con ella ni me perjudique á mí mismo, ni dañe á mi prójimo, ni ofenda á Vos, mi Dios, digno de eterna alabanza y gloria. ¡Oh alma fiel! Piensa bien las virtudes que sueles herir con tus palabras. ¿Qué resoluciones debes hacer para prevenir y evitar tanto daño?

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta razón dijo Jesucristo que había venido al mundo á dar testimonio de la verdad! ¡Cuán exacta y perfectamente cumplió su cometido! Él siempre dijo la verdad, como confesaron sus adversarios; y la dijo, sabiendo que esta confesión le había de costar la vida; y la confesó tan sin interés é imparcialmente, que, si decía algo que redundase en su honra prescindía del todo de sí mismo, y sólo atendía á la gloria de su Padre y al amor de la verdad. ¡Y con qué prudencia predicó la verdad! ¡Y cómo supo conciliar la predicación de la verdad con la observancia del más riguroso silencio! Acúsanle los pontífices y sacerdotes, el juez le induce á que se defienda, dispuesto á favorecerle; las acusaciones son gravísimas, humillantes, contradictorias, con intento de causarle la muerte; y pudiendo Jesús combatirlas con la mayor facilidad, y acallar y concluir á todos sus enemigos con una sola palabra, calla, permanece en silencio, como si estuviera sordo y no oyera lo que contra Él dicen. ¡Dichoso el que sabe imitar á Jesucristo en la guarda del silencio! Este tal poseerá todas las virtudes. ¿Cómo, pues, no nos movemos á ser verdadera y constantemente silenciosos? ¿En qué ocasiones hemos de practicar esta virtud? ¿Imitamos á Jesús en la confesión de la verdad? ¿Guardamos las debidas circunstancias para la observancia y práctica del silencio? Meditemos lo que nos conviene proponer con este objeto; roguemos con fervor á Jesús que nos conceda la gracia de imitarle, y pidámosle remedio para todas las necesidades generales y particulares.

[1] Psalm. CXL, 3.

40. — PRESENTACIÓN DE JESÚS ANTE HERODES.

PRELUDIO 1.° Jesús fué presentado á Herodes, á quien no quiso contestar palabra alguna, á pesar de las muchas preguntas que le hizo; por cuyo motivo fué despreciado por él y por su ejército.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús en pie y sereno, y á Herodes preguntándole.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de que no te dominen los respetos humanos.

Punto 1.° *Jesús es presentado á Herodes.*—Perseverando los sacerdotes y la multitud en acusar á Cristo, dijeron á Pilatos que alborotaba al pueblo, enseñando su doctrina por toda Judea, comenzando desde la Galilea hasta Jerusalén; de lo cual coligió Pilatos que Cristo era de la jurisdicción de Herodes, el cual á la sazón estaba en Jerusalén, y remitióselo preso para que él conociese de la causa [1]. Considera aquí cómo Cristo nuestro Señor, de quien dice san Pedro [2] que pasó desde la Galilea por toda Judea, haciendo bien á todos y sanando los oprimidos del demonio, es ahora calumniado de que alborotaba al pueblo con mala doctrina desde Galilea por toda Judea, para que se vea cuánto quiso ser humillado el que permitió que todas su peregrinaciones y sermones, que se ordenaban para bien de aquella gente, fuesen calumniados, diciendo que eran para su destrucción. ¡Así son interpretadas las acciones más santas de Jesús! ¿Quién temerá, pues, los juicios de los hombres? Medita luego el trabajo é ignominia que Cristo padeció en esta cuarta estación, desde casa de Pilatos al palacio del rey Herodes, por medio de las calles y plazas de Jerusalén, con grande estruendo de gente, porque era ya más entrado el día; y admírate de la caridad y humildad del Hijo de Dios, que quiso ser traído por tantos tribunales, uno peor que otro, y venir al tribunal de un rey cruelísimo é injustísimo, que tomó para sí la mujer de su propio hermano, y degolló al gran Bautista porque se lo reprendía. Lo cual trazó su divina Providencia para que, padeciendo más por nosotros, nos obligase más á su servicio, y nos diese más eficaces ejemplos de paciencia. ¡Oh dulcísimo Maestro! Ahora veo con cuánta razón había dicho el profeta que los reyes de la tierra y los príncipes del mundo se habían levantado contra Dios y contra su Cristo. Vos, ungido del Padre, veis aunadas para daros la muerte á todas las potestades de la tierra y del infierno; por lo cual os suplico infundáis en mi alma gran fortaleza, para que ningún temor mundano pueda apartarla de vuestro servicio. ¿Temeremos nosotros las calumnias de los hombres, viendo á Jesús tan calumniado? ¿Nos resentiremos si interpreta mal lo que hacemos con buen fin?

[1] Luc., XXIII, 7. — [2] Act., X, 38.

Punto 2.° *Pregunta Herodes á Jesús acerca de varias cosas, y Jesús calla.*—Considera cómo Herodes, en viendo á Jesús, holgóse mucho, porque había mucho tiempo que deseaba verle, y esperaba que haría en su presencia algún milagro. Hízole muchas preguntas, y á ninguna respondió. Pero los príncipes de los sacerdotes estaban allí, acusándole pertinazmente. Acerca de esto has de ponderar en Herodes el gozo que tuvo con la vista de Cristo, y la buena acogida que le hizo, no por caridad, sino por curiosidad de ver á un hombre de tanta fama, y esperar ver alguna novedad; pero todo redundó después en mayor afrenta del Señor, el cual, sin embargo de esta acogida, no le quiso hablar ni responder palabra, ni hacer milagro alguno en su presencia; lo primero, en detestación de su maldad, tratándole como á excomulgado é indigno de ver sus maravillas; y por esto, otra vez le llamó raposa, declarando la malicia astuta con que perseguía los principales sarmientos de la viña del Señor. Lo segundo, en detestación de la vana curiosidad, porque no habla Dios sus divinas palabras, ni hace sus obras maravillosas por sólo cebo del apetito curioso; y quien con este vano espíritu se llega á tratar con Dios en la oración, hallarále mudo y sordo para consigo, ni sentirá sus inspiraciones y hablas interiores, ni su moción para cosas grandes. Lo tercero, para descubrir las ganas que tenía de padecer y morir; porque quien hizo milagros para poder dar la vida por los hombres, privándose milagrosamente de la gloria del cuerpo, que se le debía por ser bienaventurado en el alma, no había de hacer milagros para huir el morir y padecer; con lo cual confunde nuestra tibieza que pedimos á Dios milagros para que nos libre de los trabajos, por no padecer con ellos. ¡Oh buen Jesús! Ya que tantos milagros habéis hecho para remediar las necesidades ajenas, ¿por qué no hacéis uno siquiera, delante de Herodes, para remediar la propia? Pues, aunque su curiosidad lo desmerezca, vuestra necesidad clama; pero no queréis oir este clamor por oir el clamor de nuestras necesidades, cuyo remedio está en que muráis por ellas. Bendita sea vuestra caridad, por la cual os suplico me prive yo de mis comodidades y ventajas, con el fin de honraros y serviros como merecéis, sin hacer caso alguno de los respetos humanos. ¿Son estos tus sentimientos y deseos, alma cristiana?

Punto 3.° *Jesús es despreciado por Herodes y por su ejército.*—Viendo Herodes que Cristo no le hablaba, despreciólo con su ejército; y burlando de Él, vistióle una vestidura blanca y remitióle á Pilatos. Pondera aquí primeramente la inicua sentencia de este infame rey, porque, teniendo á Cristo por hombre sin juicio, y muy rústico y maicriado, y juzgando que de simplicidad ó bobería callaba, y había deseado ser rey, no quiso condenarle á muerte, sino afrentarle; y así dispuso que por escarnio y mofa le vistiesen una ropa blanca, como la solían traer los

Césares, aunque sería rota y vieja para mayor escarnio. Y de este modo le remitió á Pilatos, como quien dice: «Ahí te vuelvo este loco y simple, que por simplicidad quería ser rey». Y todo el ejército, queriendo vengar la injuria de su Señor y lisonjearle, escarneció á Cristo con mil géneros de injurias, llamándole simple, descomedido, tonto y loco, reyecillo y otros nombres infames, y es de creer que también jugarían de manos con Él, instigándoles á ello Satanás. Todo lo cual sufría Jesús con admirable paciencia, enseñándonos á despreciar las vanas honras del mundo, y á no hacer caso de los errados juicios de los hombres, que así trataron al mismo Dios. Contempla, en segundo lugar cuán corrido y afrentado andaría el Señor por las calles de Jerusalén con aquel nuevo traje, y cómo proseguiría el populacho las injurias y baldones que habían comenzado los soldados de Herodes, llamándole con grandes voces loco y rey fingido. ¡Oh cuán caro le cuesta nuestra redención! Mas reflexiona cómo esta vestidura blanca que por escarnio pusieron á Cristo, figuraba la blancura y pureza de su alma y la inocencia de su vida, la cual suele andar junta con desprecios y humillaciones; porque es gran cosa ser puro y blanco en lo interior, y denegrido y despreciado en lo exterior; y así, has de pedir al Señor te vista la vestidura blanca de la inocencia en el alma, y la vestidura de sus desprecios en el cuerpo, para serle en todo semejante. ¡Oh Cordero sin mancilla! Pues que vuestra purísima sangre es baño saludable en donde se lavan y blanquean las almas, concededme, humildemente os pido, una gota siquiera de ella, para que mi alma quede blanca y limpia de todas sus manchas. Bien estáis, inocentísimo Señor, cubierto con vestidura blanca; pues aunque para el mundo es señal de ignominia, para Dios y para vuestros hijos es símbolo de inocencia y gloria. Y nosotros, ¿rehusaremos sufrir los escarnios de los mundanos? ¿No procuraremos imitar la inocencia, humildad y demás virtudes de Jesucristo?

Epílogo y coloquios. ¡Cuánta es la malicia del hombre contra Dios! De los mismos favores que recibe se vale para injuriarle y calumniarle. Jesús había pasado por toda la Judea y Galilea haciendo bien, y ahora es acusado que en estos mismos parajes alborotaba al pueblo. Mas ¡oh sabiduría divina! Esta misma acusación sirve para que se cumpla el vaticinio de David, que había anunciado que Jesús sería el blanco contra el que asestarían sus tiros los tribunales todos de la tierra. Miremos al buen Jesús delante de Herodes; éste, con curiosidad, halagos, promesas y adulaciones, trata de moverle á hacer algún milagro; mas Jesús, no sólo no le hace, sino que ni siquiera contesta una palabra á aquel soberbio y escandaloso rey. Es un criminal, y no merece oir la voz de Dios, que jamás ha querido escuchar; busca satisfacer una vana curiosidad, y Dios no prodiga sus milagros por tan bajos motivos; con un milagro tal vez se hubiera librado

el Señor de la muerte; pero, cabalmente no cesaba Él de hacerlos de continuo para poder sufrirla. De este modo nos enseña Jesucristo el poco caso que hemos de hacer de los hombres, aunque grandes, si, abusando de su poder, quieren inducirnos á que nos alejemos del estrecho camino de la virtud. ¿Se burlarán de nosotros? No importa. ¿Nos tratarán de locos, mentecatos? Tanto mejor. ¿Nos expondrán á las burlas del mundo? Dichosos nosotros, que entonces nos asemejamos á Jesús. ¿Son estos nuestros sentimientos? ¿Nos dejaremos llevar de los respetos humanos? ¿Qué hemos hecho hasta hoy? ¿Qué haremos en adelante. Pensémoslo; propongamos lo conveniente para imitar al divino Redentor; y, conociendo nuestra flaqueza é inconstancia, pidamos la gracia que nos es necesaria, sin olvidar el rogar por todo el mundo.

41.—JESÚS POSPUESTO Á BARRABÁS.

PRELUDIO 1.° Deseoso Pilatos de librar á Jesús de la muerte, y debiendo soltar un preso á elección del pueblo, les propuso á Jesús y á Barrabás; mas ellos escogieron á éste, y pidieron que Jesús fuese muerto.

PRELUDIO 2.° Representémonos á Pilatos preguntando al pueblo qué reo escoge para que sea libre, y al pueblo pidiendo á Barrabás, oyéndolo Jesús.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de preferir siempre á Jesús y su amistad sobre todas las cosas.

Punto 1.° *Propuesta de Pilatos al pueblo.* — Considera cómo, deseando Pilatos librar á Cristo de la muerte [1], viendo que Herodes tampoco le había condenado, tomó un medio, á su parecer conveniente, y puédese creer que fué por inspiración de Dios. Había costumbre que el presidente de los romanos en aquella Pascua presentase dos ó más presos al pueblo, dándole facultad de escoger uno de los nombrados, y éste quedase libre. Pilatos, aprovechándose de esta ocasión, propuso con Cristo nuestro Señor un solo preso, y ese el más insigne malhechor que había en la cárcel, llamado Barrabás, hombre revoltoso, ladrón, homicida, y por esto aborrecido de todos, pareciéndole que el pueblo, por no dar libertad á tan mal hombre, escogería á Cristo; y así les dijo: «A quién queréis que os suelte, según vuestra costumbre: ¿á Cristo ó á Barrabás?» Pondera aquí con toda atención y amargura la extremada humillación de Cristo nuestro Señor; el cual, con ser tan grande, tan santo, tan sabio y tan bienhechor de todos, entra en votos y en competencia con un hombre infame, ladrón, revoltoso, homicida y público malhechor, siendo la competencia sobre cosa tan importante, como era la libertad, honra y vida. Acá se tiene por afrenta entrar en competencia ó hacer oposición con un hombre

[1] Matth., XXVII, 17

vil y de partes muy desiguales, y Cristo nuestro Señor compite con el más vil hombre del pueblo, para darnos ejemplo de humildad en todas las cosas, y también para confundir nuestra soberbia, que se desdeña de alternar con personas de inferior condición en nobleza, ciencia ú otras cualidades naturales. Compadécete de Jesús, el cual oye el parangón que públicamente se hace entre Él y Barrabás, equiparando la suerte de ambos, como si fuese igual la causa. ¡Oh buen Jesús! ¡Con cuánta razón podíais quejaros, y decir lo que dijisteis por vuestro profeta [1]: «¿Á quién me asemejasteis é igualasteis? ¿A quién me comparasteis é hicisteis semejante?» Mas, ¡ay, Señor!; mayor injuria os espera, porque nuestra soberbia con mayor humillación debía ser curada. Y nosotros, ¿á quién comparamos á Jesús y á su amistad y gracia? ¿Á un vil interés? ¿Á un bajo gustillo? ¿Á nuestro amor propio? Y ¡no nos confunde tamaño proceder!

Punto 2.º *Vacilación del pueblo y actividad de los sacerdotes para inducirle á que pida á Barrabás.*—Hallándose el pueblo perplejo acerca de quién escogería, los sacerdotes y ancianos comenzaron á sobornarle y persuadirle á que pidiese á Barrabás. Pondera aquí la solicitud de estos malditos sacerdotes en sobornar al pueblo, porque es de creer que andarían repartidos por varias partes, hablando, ya á unos, ya á otros, diciéndoles mil males de Cristo, que era más revoltoso y homicida que Barrabás, pues revolvía, no sólo una ciudad, sino toda una provincia y reino, con peligro de que muriesen, no uno ó dos hombres, sino toda la gente, si Él no moría. Y que merecía la muerte más que Barrabás; porque era muy mayor pecador, pues era blasfemo, encantador, enemigo de la ley de Moisés. Todo esto entendía bien Cristo nuestro Señor, y le causaba grande sentimiento, viendo cómo aquellos falsos predicadores engañaban al simple pueblo, y le quitaban el verdadero sentimiento que tenía. Mira también con grande dolor de tu corazón, cómo Barrabás tiene tantos patronos y solicitadores y agentes de su negocio, los cuales le abonan, favorecen y sobornan al pueblo, con ser su causa tan injusta; y no le faltarían amigos y deudos que juntamente con los sacerdotes hablarían por él. Pero Cristo está tan solo y desamparado, que no tiene solicitador, ni agente, ni persona que se atreva á informar al pueblo, y hablar en su favor, con ser su causa tan justa y estar el juez inclinado á favorecerle; ni tiene amigo, ni discípulo, ni pariente, ni persona de las muchas á quien hizo grandes bienes, que ose hablar en su defensa. ¡Oh Amparador y Abogado de los pobres! ¿Cómo no hay quien os ampare y abogue por vuestra causa? Quejaos, Señor, á vuestro Padre, y decidle [2]: *Tibi derelictus est pauper.* ¡Oh Padre mío! Tú solo eres amparador de este pobre

[1] Isai., XL, 25. — [2] Psalm. IX, 14.

desamparado, y ayudador de este triste huérfano; envía de tu alto cielo alguno que abogue por Mí, y sea mi agente en causa tan grave. Mas vuestra caridad, Salvador mío, quiere pasar por este desamparo, para librarme del que yo por mis pecados había merecido. ¿Quién será tan duro que no reconozca y agradezca tal caridad? ¿Qué haces tú para mostrar tu reconocimiento? ¿No procuras defender la causa de Jesús? ¿No sientes la persecución y desamparo que sufre?

Punto 3.º *El pueblo, apretado por Pilatos, pide á Barrabás.*—Considera cómo Pilatos, exigiendo pronta respuesta á su proposición, dijo de nuevo á los judíos, que se hallaban reunidos: «¿Á quién queréis que os suelte, á Barrabás, ó á Jesús, que se llama Cristo?» Y luego todos con gran clamor dijeron: «No queremos sino á Barrabás». Acerca de lo cual has de ponderar la extremada humillación y bajeza de Jesucristo; pues en competencia de un hombre tan vil y abominable, perdió la cátedra, y fué reprobado y tenido por más indigno de la libertad y la vida que Barrabás. ¡Á qué extremo de humildad ha querido descender el Señor para hundir nuestra soberbia! Reflexiona aquí cuán errados son los juicios de los hombres, pues en causa tan clara dan sus votos contra la justicia y verdad, en agravio manifiesto de Cristo; y cuán poderosa es la pasión de la envidia y odio para cegar el entendimiento y despeñarle en intolerables errores, y cuán mudables son los hombres, y cuán fáciles en dejarse engañar; pues los que pocos días ha con grandes voces clamaban que Cristo era Salvador y Rey de Israel, ahora con gran alarido dicen que es peor que Barrabás; para que veas el poco caso que has de hacer de ellos, y lo poco que puedes fiarte de sus palabras. Mas, aplicando todo este hecho á ti mismo, mira cómo siempre que pecas, pasa dentro de ti un juicio perverso, semejante á este de los judíos. La tentación que te incita al pecado es la pregunta que te hace, diciendo: ¿Á cuál quieres más, á Jesús y á su gracia, ó á Barrabás y el pecado? Si estás vacilando, luego vienen el demonio y la carne con sus auxiliares á persuadirte que elijas el pecado. Finalmente: el consentimiento en la culpa es como escoger á Barrabás y crucificar á Cristo. ¡Oh Hijo del Padre celestial! Por la humillación que sufristeis al ser comparado con Barrabás, que quiere decir hijo del padre no celestial, sino terreno, y al ser en tal competencia reprobado por los que eran hijos del demonio y cumplían los deseos de su padre, no permitáis, os ruego, que haga yo tal traición, como esta dentro de mi alma, sino que siempre viva como hermano vuestro, hijo de vuestro Eterno Padre, reprobando lo que Vos reprobáis, aprobando lo que aprobáis, y estimándoos sobre todo lo criado. ¿Son estos los sentimientos que abriga nuestro corazón? ¿Hemos alguna vez desechado á Jesús para conservar la amistad con su enemigo? ¿Hacemos caso de los juicios de los hombres?

Epílogo y coloquios. ¡Á qué humillación tan extremada quiso sujetarse Jesús por nuestro amor! No contento con haberse dejado conducir de tribunal en tribunal, y afrentar en todos ellos, antes de oir la final sentencia, permite que se le compare con un hombre infame, ladrón, homicida y revoltoso, y que sea pospuesto á él. Pilatos, deseoso de librarle de la muerte, no dudando que el pueblo, consultando á su propio interés, y guiado de los naturales sentimientos de equidad que el Señor ha depositado en el corazón humano, en cuanto se le propusiese la elección entre Jesús y Barrabás, al instante escogería á Jesús; y con este intento hace al pueblo una proposición tan humillante para Él. Pero ¿quién lo creyera? El pueblo vacila, y entre tanto los sacerdotes le van sobornando y exhortando á que pida la libertad de Barrabás, mientras que en favor de Jesús nadie habla. Barrabás tiene muchos abogados, los cuales logran al fin hacer triunfar su causa. Y así, cuando Pilatos insta de nuevo para que escojan al que ha de ser puesto en libertad, oye espantado y admirado que todos á una voz y con grandes alaridos le piden á Barrabás. ¡Cuán avergonzado y humillado quedaría Jesucristo al verse desechado por un pueblo á quien tanto había querido y quería aún! ¡Cuánta es la veleidad del hombre en sus aficiones y amor! ¡Cuán errados son los juicios de los hombres, llegando hasta el extremo de juzgar por digno de muerte al Autor de la vida! ¿Hemos caído en tan espantoso desatino? ¿Hemos consentido en perder la amistad de Jesús, por no perder la amistad de Barrabás? ¿Cómo no morimos de vergüenza al considerar tal bajeza? Humillémonos ahora cuando menos, y, para desagraviar á Jesucristo por las injurias que le hemos irrogado, formemos propósitos muy firmes y prácticos de honrarle con nuestras palabras y obras, prefiriéndole siempre á todos nuestros gustos, inclinaciones y deseos; y, para poder cumplir estos propósitos, pidamos las fuerzas que necesitemos, y roguemos por todo lo que nos han encomendado.

42.—FLAGELACIÓN DE JESÚS.

PRELUDIO 1.° Deseoso Pilatos de aplacar á los judíos presentándoles á Jesús del todo desfigurado, mandó que le azotasen con crueldad.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús atado á la columna, y á los soldados azotándolo.

PRELUDIO 3.° Pide grande dolor de los pecados y compasión de Jesús.

Punto 1.° *Motivos de azotar á Cristo, y cómo acepta Él la sentencia.*—Viendo Pilatos la pertinacia del pueblo en pedir que Jesús fuese crucificado, dió contra Él la primera sentencia que fuese azotado [1], entregándole á los soldados para que luego la

[1] Joan., XIX, 1.

ejecutasen. Los motivos que tuvo Pilatos para dar esta sentencia, fueron dos: el uno, para ver si con esta pena de azotes ablandaría al pueblo, de modo que quedase satisfecho, y así pudiese librar á Cristo de la muerte: de donde se puede creer que mandaría á los soldados le azotasen cruelmente y le pusiesen tal, que moviese á compasión á los que le mirasen. El otro motivo fué, porque, si hubiese de ser crucificado, hubiesen precedido los azotes, según la ley de los romanos, que lo ordenaba así, para que el crucificado no ofendiese con su vista á los que le miraban desnudo, antes les moviese á compasión viéndole llagado. Considera cuán injustísima, cruelísima y afrentosísima fué esta sentencia; el juez conocía bien que Cristo era inocente, y, sin embargo, le condena á castigo de azotes, que era castigo infame, propio de ladrones y esclavos, y castigo cruel, derramando la sangre inocente con terribles dolores, y confirmando con la obra lo que el pueblo había hecho en escoger á Barrabás y condenar á Cristo, pues le trataba como debía ser tratado Barrabás. Con ser tal la sentencia, Cristo la acepta en su corazón, sin apelar, ni suplicar, ni decir palabra de queja, ni dar muestra de sentimiento contra ella; antes, ofrecería de muy buena gana su cuerpo á los azotes, diciendo aquello del profeta David [1]: «Aparejado estoy, Padre mío, para los azotes», porque así lo has dispuesto; mi cuerpo había de ser inmortal é impasible; mas ya que has ordenado que tuviese un cuerpo apto para padecer [2], vesme aquí aparejado á todos los tormentos, con deseo de pagar con ellos lo que no robé, por librar de la pena á los que robaron tu honra. ¡Oh Redentor dulcísimo! Gracias os doy por haber aceptado sentencia tan cruel, tan infame y tan injusta. Vedme, Señor, aparejado por vuestro amor para los azotes, con ánimo de aceptar la sentencia que diereis contra mí, porque ni será injusta, pues mis pecados la merecen, ni será cruel ni infame, pues es sentencia de un padre que azota al hijo que ama, para que se enmiende. ¿Quién será tan necio que no la acepte? ¿Y no nos moverá á ello la compasión y amor que debemos á Jesús? ¿No le imitaremos en la generosidad con que se ofrece á tal tormento?

Punto 2.° *Apodéranse los soldados de Cristo, y se preparan para azotarle.*—Oída por los soldados y ministros del presidente tan cruel sentencia, despojados de todo sentimiento de humanidad y con grande orgullo, tomaron al Señor, y, entrándole en una sala deputada para la flagelación, quitáronle las vestiduras, hasta la túnica inconsútil. Considera cuán grande vergüenza padecería aquel hermosísimo mancebo y excelentísimo Señor, viéndose así desnudo delante de tanta muchedumbre de soldados, y los escarnios que harían de Él, viéndole tan vergonzoso; y esta afrenta quiso sufrir con gran paciencia, en castigo

[1] Psalm. XXXVII, 18. — [2] Hebr., X, 5; Psalm. XXXIX, 7.

de la desvergüenza con que te desnudaste la vestidura de la gracia, y en precio, para comprar esta sagrada vestidura, con que se cubra tu miserable desnudez. ¡Oh cuán digno es este divino Señor de todo tu agradecimiento, alabanza y amor, por haberse querido sujetar á tales pruebas y dolores por tu bien! Pondera luego que, como algunos dicen, los soldados ataron fuertemente á Jesús á una columna, los brazos levantados en alto, para poderle herir más á su placer, lo cual no sería pequeño tormento, porque le ataron por los pies y por las muñecas con grande crueldad; pero, cuando no le atasen con sogas, estaba Él más atado con las cuerdas del amor, y aparejado para dejarse desollar con azotes por nuestro remedio. Contempla con viveza este horrible espectáculo: Dios atado por sus criaturas, y éstas empuñando los azotes para descargarlos furiosas contra su Dios. ¡Oh Cordero sin mancilla! Pues que con admirable mansedumbre os dejáis atar de estos crueles esquilmadores, no sólo para quitaros la lana de vuestras sagradas vestiduras, sino para desollaros con las tijeras de los azotes, suplícoos me atéis con Vos con cuerdas de caridad tan fuertes, que no basten á desatarme los azotes y trabajos temporales. Y tú, ¿no deseas estar unido con Cristo? ¿No te compadeces de la vergüenza que sufre? ¿Volverás á desnudarte de la vestidura de su gracia?

Punto 3.° *Instrumentos y modo del suplicio.*—Considera cómo, estando ya Cristo nuestro Señor desnudo y atado á la columna, comenzaron los sayones á azotarle con gran crueldad. Los instrumentos del castigo, como algunos dicen, fueron tres diferentes, de que usaron diversos verdugos, hiriéndole unos después de otros; es á saber: unas varas verdes llenas de espinas, unos ramales tejidos de nervios de bueyes con sus abrojos de hierro al remate de ellos, y unas cadenillas de hierro que herían y penetraban hasta los huesos. Con estos azotes comenzaron á descargar terribles golpes sobre las espaldas de Jesús, las cuales, con la furia de los golpes, primero se acardenalaron, luego se desollaban del cuero delgado que tenían, después penetraban los azotes la misma carne, vertiendo arroyos de sangre que caían en el suelo. Y con esta crueldad iban golpeando é hiriendo todo el cuerpo sin perdonar brazos ni hombros, y todo el pecho hasta descubrir los huesos. De suerte que, como el cuerpo místico de su pueblo estaba llagado de pies á cabeza, y del menor hasta el mayor, con llagas de pecados, así el cuerpo de Cristo, desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, no tuvo parte sana, sino todo llagado, como leproso, al modo que le había visto en espíritu Isaías, cuando dijo [1]: «No tenía figura ni hermosura. Vímosle, y no había en Él cosa que se pudiese ver y desear. Estaba despreciado, y el más abatido de los hombres,

[1] Isai., LIII, 2.

varón de dolores y experimentado en trabajos. Traía su rostro escondido, y no hicimos caso de Él. Verdaderamente, tomó sobre sí nuestras enfermedades, y se cargó de nuestros dolores, y le tuvimos por leproso, herido de Dios y humillado». ¡Oh Redentor mío! ¡Quién tuviera luz del cielo para contemplar la figura tan desfigurada que teníais en esa columna! Yo pequé, y Vos sufrís la pena; yo ultrajé á Dios, y Vos, Dios mío, sois por mi causa ultrajado y atormentado por los hombres. ¡Oh inmensa caridad del Padre, que así quiere castigar al Hijo, para reconciliar consigo al esclavo! ¡Oh infinita caridad del Hijo, que así quiere ser castigado por reconciliar al esclavo con su Padre! ¿Es posible que no agradezcamos tal caridad? ¿Nos compadeceremos siquiera de los dolores de este Señor? ¿No procuraremos sufrir por su amor los trabajos que nos envíe?

Epílogo y coloquios. ¡Oh condescendencia criminal de Pilatos! Conoce este mal juez la inocencia de Jesucristo, repetidas veces la ha confesado; sin embargo, al oir los alaridos del pueblo, vencido del temor, comienza á ceder terreno y á condescender con lo que los judíos desean. No da sentencia de muerte todavía; pero, para aplacar á los enemigos de Jesús, accede á que sea azotado. ¡Qué crueldad! ¡Qué infamia para Jesús! ¡Qué injusticia tan manifiesta! Apenas Pilatos despliega sus labios para consentir en los azotes, apodéranse los soldados de Jesús, y conduciéndole con algazara á una espaciosa sala, le desnudan, le atan fuertemente á una columna, y armados de cruelísimos y bárbaros instrumentos, principian á descargar golpes tremendos, que como granizo caen sobre el delicado cuerpo del Señor bendito. Cúbrese desde luego de cardenales, la piel se rasga por todas partes, las venas se abren, la sangre chorrea y muchos huesos llegan á descubrirse. ¡Oh dolor! ¡Oh angustia! ¡Oh crueldad! ¡Así tratan los hombres á su Padre, Maestro, Médico, Redentor y Dios! Y Jesús, que había aceptado humilde la sentencia, está firme como una roca, cual si careciera de sensibilidad. ¿Y no nos compadeceremos de Él? ¿Y no aceptaremos las penitencias y trabajos que Él nos envíe ó nos inspire? ¿Seremos delicados y amigos de placeres, viendo á Jesús entre tales tormentos? ¿Rehusaremos sufrir las molestias ordinarias que contra nuestra voluntad nos ocurren, contemplando lo que se hace en el Salvador? Entremos dentro de nosotros mismos; hagamos aquellos propósitos particulares que nos convengan, atendido el estado actual de nuestra alma; acudamos al Señor con fervorosos coloquios, rogando por nosotros y por los demás.

43.—CIRCUNSTANCIAS DE LA FLAGELACIÓN.

PRELUDIO 1.º Todas las circunstancias de los azotes nos prueban su terribilidad; mas Jesús los sufrió con paciencia inalterable.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús atado, cubierto de llagas, su rostro modesto y silencioso, moviendo á compasión.

PRELUDIO 3.º Pide compasión de las penas de Jesús é imitación de su paciencia.

Punto 1.º *Circunstancias de los azotes.*—Considera aquí cuatro circunstancias que concurren en los azotes de Jesucristo, las cuales prueban su excesiva crueldad. La primera, de parte del cuerpo del Señor, que era tierno y delicado y muy sensible, y por otra parte estaba muy quebrantado con el sudor de sangre que precedió, y con el trabajo de la noche y de aquel día; y como las heridas entraban muy adentro, penetrando las entrañas, causaban excesivo dolor, y por esto en el Salmo donde dijo [1]: «Sobre mis espaldas fabricaron los pecadores», dice otra letra, «araron»; porque como el arado penetra la tierra y la surca toda, así los azotes araron su sacratísima carne, y la surcaron penetrando lo interior de ella. ¡Qué dolor! La segunda causa fué, de parte de los sayones, que eran crueles de su condición, y el presidente les había mandado que con crueldad le azotasen, hasta quedar todo el cuerpo hecho una llaga; y el demonio les atizaba á ello, para mover á Cristo á impaciencia; y los príncipes de los sacerdotes les pondrían fuego; y como se remudaban á menudo los que de nuevo comenzaban, heríanle con nueva crueldad, especialmente que viendo á Cristo tan sufrido y que no se quejaba, quizá á porfía le herirían para arrancarle algún grito ó quejido. La tercera fué, de parte de la muchedumbre de azotes, y de los que le herían. Muchos dicen que aquellos pasaron de cinco mil, y así se puede presumir de la crueldad de sus enemigos, porque no se guardaba con Cristo la ley de dar cuarenta golpes menos uno [2], sino muchos números de cuarenta, haciendo la penitencia que nuestros pecados merecían. Y esta es la cuarta causa, por parte de nuestros pecados, que eran innumerables y gravísimos; y así los azotes con que se pagaban debían ser innumerables y cruelísimos. ¡Oh Jesús dulcísimo! ¿Por qué consentís que sea arado vuestro cuerpo, tierra virginal y purísima? ¿Por qué os ponéis en manos de verdugos tan crueles y desapiadados, cuyo consuelo es vuestro desconsuelo, cuyo alivio es vuestro dolor, y cuya alegría es vuestra tristeza? Si mis pecados son las causas de esto, más justo es que sea yo castigado. Convertid vuestra mano contra mí; descarguen los azotes sobre mis espaldas, para que pague la pena quien cometió la culpa [3]. ¿Cómo no amamos á

[1] Psalm. CXXVIII, 3 — [2] Deut., XXV, 3; II Cor., XI, 24. — [3] II Reg., XXIV, 17.

un Dios que tanto nos amó? ¿Cómo no despierta nuestra compasión el pensar en la delicadeza de su cuerpo, la crueldad de los verdugos y el número de los azotes? ¿Y todavía nos atreveremos á pecar?

Punto 2.º *Paciencia de Jesús en los azotes.*—En este punto debes considerar con toda atención la invencible paciencia de Cristo nuestro Señor entre tan horribles tormentos. Contempla su exterior, y verás que está como mudo, sin decir una sola palabra que indique cansancio, disgusto ó desagrado, sin dar una sola señal ni muestra exterior de queja, ó de turbación ó enfado, sufriendo como un yunque toda aquella espantosa lluvia de golpes. Mira su interior y los sentimientos de su corazón, y verás que no cesa de ofrecer cada uno de los golpes al Padre eterno, en satisfacción de nuestros pecados, y esto con un amor tan grande, que por muchos que fueron los azotes, tenía deseo y voluntad de recibir muchos más, y más crueles, si fuera necesario, para nuestro remedio; y así nunca dijo basta, hasta que la rabia de sus enemigos quedó harta y la justicia de Dios satisfecha. ¡Cuánto debieras tú aborrecer el pecado que fué causa de este castigo de Jesús! Ponte, finalmente, con el espíritu á los pies de este Señor, junto á la columna, mirando su soledad y cómo no hay hombre que de Él se duela y compadezca, y cómo por todas partes se va desangrando y afligiendo; y unas veces besa con el espíritu la tierra bañada con la sangre de tu Señor y Criador; toma otras veces aquellos azotes teñidos con su preciosa sangre y ponlos sobre tu corazón, suplicándole sane las llagas de tus aficiones desordenadas, y te llague con su divino amor; otras abraza aquella santa columna, y salúdala con reverencia. ¡Oh columna soberana, labrada y esmaltada con la sangre del Hijo de Dios [1]! ¡Quién estuviera atado contigo, para ser bañado con esta sangre, á fin de ser como columna firmísima en el servicio de aquel que la derramó! ¡Oh Cristo Jesús, columna fortísima en quien estriba todo el mundo! Compadeceos de Vos mismo; vestíos de fortaleza, ¡oh brazo del Señor!, porque os habéis enflaquecido tanto, que estáis á punto de desfallecer. ¡Oh, si nosotros desfalleciésemos castigando con penitencias nuestros pecados: ¡Oh, si á lo menos sufriéramos con paciencia y alegría los males que nos afligen! ¿Qué debemos resolver y hacer? ¿Cómo hemos de imitar la paciencia de nuestro Redentor?

Punto 3.º *Estado de Jesús después de los azotes.*—Considera en este punto lo que dicen algunos santos [2], que, estando Jesús todo llagado de pies á cabeza, y manando sangre de todo su cuerpo, viendo tal carnicería un hombre que se hallaba presente, y conociendo que, á no poner fin á ella, muy presto moriría el Señor, dijo á los soldados que proseguían en su cruelísima

[1] Apoc., III, 12. — [2] Santa Brígida, Palma, etc.

obra: «¿Por ventura habéis de matar á este hombre antes de sentenciarle?» Y diciendo esto, se acercó á la columna, y de un golpe cortó las sogas con que estaba atado Jesús, y cesaron los sayones de golpearle. ¡Cuán lastimosa sería la figura que presentaría este divino Señor, el cual, como quedó molido con los golpes, y enflaquecido por la mucha sangre que había vertido por las llagas, es de creer que caería en tierra: y como se vió desnudo, y las vestiduras estarían algo apartadas, iría por ellas medio arrastrando, bañándose en su propia sangre, que estaba formando como una balsa alrededor de la columna; y como mejor pudo se las vistió por sí mismo, porque los verdugos, parte por crueldad, parte por desdén, no le quisieron ayudar á vestir! Todo esto puedes piamente contemplar, compadeciéndote grandemente del desamparo de este Señor, recordando que es aquel que viste los lirios del campo, y que da á todas las criaturas su manjar y vestido, y desea vestirnos de gloria é inmortalidad. ¡Oh Rey del cielo! Vos que ayudáis á todas las criaturas en sus obras, porque sin Vos no pueden hacer cosa alguna, ¿cómo no tenéis quien os ayude en esta necesidad? ¡Oh vestiduras sagradas, que sanabais á los enfermos que os tocaban! Sanad las llagas de mi Salvador y detened la corriente de su sangre, para que pueda padecer hasta dar fin á nuestra redención. ¡Oh alma mía! Acércate á Jesús, y ayúdale con humildad á ponerse las vestiduras, encubriendo y disimulando con caridad las faltas de tu prójimo. ¿Cómo lo has hecho hasta hoy? ¿Eres inclinado á la murmuración y á descubrir los defectos de tus hermanos?

Epílogo y coloquios. ¡Qué tormento tan doloroso debió de ser la flagelación de Jesucristo! El cuerpo de este Señor era sumamente sensible; todos sus sentidos, incluso el tacto, eran tan delicados y perfectos, que no ha habido otro que le igualase: como que estaba labrado por la misma mano del Espíritu Santo, y los azotes fueron tan crueles, que, no sólo lo desollaron, sino que lo surcaron y agujerearon por todas partes; los verdugos eran cruelísimos y atizados por el demonio y excitados por los judíos, los cuales, temiendo que el juez no le sentenciara, desearían que quedase tal que no pudiese ya sobrevivir á este tormento; los azotes pasaron de cinco mil, y los pecados que con ellos expiaba eran innumerables. ¡Oh! ¡Quién es capaz de llegar á imaginar toda la intensidad del dolor de Jesús en sus azotes! Mas ¿cómo los sufre? En su exterior está como un yunque; ni un movimiento de impaciencia, ni una palabra de disgusto, ni un solo quejido, ni un suspiro que indique que está cansado de padecer; y en su interior ofrece á su Padre aquellos azotes y desea recibir todos cuantos convengan por la salvación de los hombres. Miremos con lágrimas á este Señor cuando, cortadas las ataduras que le sostienen á la columna, de debilidad se cae

en el suelo, y arrastrando va por las vestiduras, y se cubre con ellas. ¿No nos compadecemos de Él? ¿No lloramos nuestros pecados, por los cuales padece? ¿Cómo podemos aliviarle su dolor? ¿Qué desea Él de nosotros? Pensémoslo con detenimiento, y luego de conocido, propongamos con firmeza, haciendo fervientes y confiados coloquios, rogando en ellos por nosotros mismos, por la conversión de los pecadores, santificación de las almas consagradas á Dios, y por todo el mundo.

44.—CORONACIÓN DE ESPINAS.

PRELUDIO 1.° Reunida toda la cohorte de los soldados, después de haber azotado á Jesús, le vistieron una ropa de púrpura y le coronaron de espinas.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús cubierto con la púrpura, y á los soldados haciendo burla de Él.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber menospreciar las honras mundanas y amar los desprecios.

Punto 1.° *Reúnese toda la cohorte para afrentar á Jesús.* —Considera cómo los crueles soldados, no satisfechos con el tormento de los azotes que habían ejecutado en Jesús, instigados por el demonio, inventaron para afligirle nuevos géneros de tormentos, por una parte dolorosísimos y por otra afrentosísimos; y para que la afrenta fuese mayor, convocaron á toda la cohorte, que eran los soldados de la guardia, para que asistiesen á este espectáculo y la burla ó farsa que pretendían hacer de Cristo, á costa de su honra y descanso, y todos fueron de buena gana por entretenerse. Sobre lo cual, has de ponderar primeramente la insaciable gana que el Señor tenía de padecer por nuestro amor, porque de ésta nació querer que se inventasen nuevos modos de injurias y tormentos, no contentándose con los ordinarios, para descubrir el amor que nos tenía y la gravedad de nuestros pecados; porque como los hombres, arrastrados del amor propio, inventan nuevos modos de ofender á Dios para su honra y regalo, así Cristo, llevado del amor divino, quiso que se inventasen nuevos modos de castigos contra tales pecados, y nuevos modos de derramar sangre para satisfacer por ellos. Mira luego la maldad de estos sayones, en convocar gente para que se junten á burlar de Cristo, y se hallen á sus desprecios, compadeciéndote de la humillación de este Señor, que llegó á ser risa de los hombres; y abominando con toda tu alma de los que solicitan á otros para ofender á Cristo y hacer escarnio de sus cosas. ¡Oh dulcísimo Jesús! Gracias os doy por la excelencia de la caridad con que nos amasteis. Bien merecido tenéis el nombre de Justo, pues tantos modos inventáis para ganar la justicia con que nos habéis de justificar. Permitidme, Señor, que, como los soldados, asista al espectáculo de vuestra afrenta, aunque no para escar-

neceros. como ellos, sino para meditar vuestras obras y sacar de vuestros trabajos esfuerzo para llevar los míos. ¿Consideramos con este espíritu los desprecios y dolores de Jesús? ¿Procuramos corresponder al amor que en ellos nos demuestra?

Punto 2.º *Quitan las vestiduras á Jesús, y le ponen una ropa de púrpura.*—La primera injuria que los soldados hicieron á Jesucristo, fué desnudarle de sus sagradas vestiduras; y créese que como el fin de esto era para que todo el pueblo después viese llagado su cuerpo, le desnudarían hasta la misma túnica inconsútil, dejándole desnudo del todo; con lo cual padeció gran dolor y afrenta: dolor, porque las vestiduras ya se habrían pegado á la carne con la sangre fresca que tenía cuando se las vistió, y es de creer se las desnudarían con crueldad, sin tiento alguno. La afrenta fué grande al verse desnudo delante de todo aquel ejército de soldados, que se reirían y mofarían de Él, y le dirían palabras feas y afrentosas. Tras esta injuria sucedió la segunda, que fué vestirle una vestidura que llaman clámide, que era una ropa larga de grana ó púrpura, que solía ser vestidura de los reyes; pero á Cristo nuestro Señor se la pusieron por escarnio, para motejarle de rey falso y fingido. De suerte que lo que tenía el mundo por honra, convirtió en deshonra de Cristo, para hacer de Él una farsa y representación de rey. Mas, pondera el misterio de esta vestidura, la cual significaba nuestros sangrientos pecados, que cargaron sobre Cristo nuestro Señor, y le pesaban y afrentaban más que la ignominia de la púrpura, y en particular representaba las obras que tienen apariencia de buenas y generosas; pero, en los ojos de Dios son malas y abominables, por la intención mundana y terrena con que se hacen, y así, en lugar de honrar á Cristo con ellas, le despreciamos y escarnecemos, ¡Oh Dios de mi alma! No permitáis que os ponga tal vestidura, ni que la escoja para mí. Si púrpura he de escoger, sea la púrpura encendida de la caridad, con la cual cubra la muchedumbre y fealdad de mis pecados, y sea agradable á vuestros divinos ojos. ¡Oh, si todos nos vistiésemos de esta púrpura divina! Pero, ¿nos compadecemos á lo menos de la vergüenza y afrenta de Jesús? ¿Nos conformaremos con su divina voluntad al vernos afrentados?

Punto 3.º *Pónenle una corona de espinas.*—La tercera injuria dolorosa y afrentosa que hicieron los soldados al divino Jesús fué poner en su cabeza una corona, no de oro, ni de plata, ni de rosas ó flores, sino tejida de agudas espinas, la cual cubría toda su cabeza; y como se la pusieron encima con grande furia, las espinas atravesaron sus sagradas sienes, vertiendo abundancia de sangre por sus heridas. Pondera, pues, aquí la ignominia y dolor de esta coronación, por que de ambas cosas fué instrumento esta corona. Pusiéronsela por escarnio, en lugar de las coronas que se ponen á los reyes y á los que triunfan de sus enemigos, para significar que sus triunfos habían sido vanos, y su reino era una locura; mas, inventaron que fuese tal la corona que le atormentase cruelmente; porque como las espinas eran muchas y muy agudas, rompían la cabeza, y sacaban la sangre que los azotes habían dejado en aquella más noble parte del cuerpo, y, corriendo hilo á hilo por el rostro y por los ojos, los afeaba y enturbiaba, atormentando la sagrada cabeza con gravísimo dolor. ¡Con esta crueldad es coronado Jesús para pagar por la soberbia con que los hombres quieren coronarse de gloria! Pero considera el misterio de esta corona, fija en la cabeza de Cristó; la cual, aunque se le puso por escarnio, significaba que era Rey eterno, y que su reino era eterno y su corona firme, no como la de los reyes de la tierra, que se pone y quita fácilmente. Además, que era triunfador perpetuo de sus enemigos, aunque á costa de su sangre, derramada con aquella corona, con la cual ganaba innumerables coronas para sus escogidos, no sólo de victorias que habían de alcanzar en esta vida, sino de gloria en la otra. ¡Oh Rey soberano, vencedor glorioso y triunfador perpetuo! Gracias os doy por el modo que escogisteis para ganar la corona y triunfo de vuestra gloria, permitiendo que los hombres os coronasen de dolorosas espinas. ¡Oh sagrada corona de Jesús! Aunque eres espantable al mundo, yo te adoro y reverencio como á corona de Dios. ¡Oh quién tuviese la dicha de ser coronado de ti! ¿Deseamos nosotros esta corona? ¿Nos compadecemos de Jesús á quien la ponen? ¿Reconocemos en ella la firmeza y estabilidad de su reino?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán insaciable es la sed de padecer que abrasa las entrañas de Jesús, y cuán rabioso es el deseo que tienen los soldados de atormentarle! Destrozado su cuerpo sacrosanto por los azotes, no quedaba en Él otra parte sana más que la cabeza, y permite el Señor que también ella sea cruel y afrentosamente atormentada. Reúnese toda la cohorte de los soldados, y puestos alrededor de Jesús, como perros rabiosos para devorarle, comienzan á quitarle con furia y sin tiento sus vestiduras, arrancando con ellas pedazos de piel y carne viva; ponen sobre sus hombros desnudos un manto real de púrpura, viejo, roto, sucio y asqueroso; y mandándole sentar, colocan sobre su cabeza un haz de espinas en forma de corona, apretándolas con rabia, y atravesando con ellas toda la cabeza, que al momento comienza á verter sangre por todas las heridas. ¡Oh Jesús, cruelmente afrentado y afrentosamente martirizado! ¡Cuán dura es para Vos la carga enorme de nuestros pecados, y cuánto os cuesta triunfar de nuestros enemigos, y merecernos una eterna corona! ¿Será posible que todavía no os amemos? ¿No lloraremos los pecados, por los cuales tales afrentas y dolores pasa Cristo? ¿Qué nos dice nuestro corazón? No es posible que le tengamos, si, contemplando á Jesús, no nos enternecemos y no llo-

ramos nuestras culpas y pecados. Suplamos siquiera con confusión y vergüenza la falta que sentimos de lágrimas y de dolor; y para desagraviar de algún modo á Jesús, y reparar las enormes injurias que recibe, propongamos servirle con verdadero amor, pidiendo las gracias necesarias para esto, y rogando por todas las necesidades.

45.—AFRENTAS Y DOLORES DE CRISTO EN LA CORONACIÓN.

PRELUDIO 1.º Coronado Jesús de espinas, pusiéronle en su mano una caña por cetro, y, postrándose, le adoraban, diciéndole palabras injuriosas.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús sentado en un poyo, coronado de espinas, con la caña en la mano, y á los soldados mofándole.

PRELUDIO 3.º Pide amor á los desprecios y aborrecimiento á las honras mundanas.

Punto 1.º *Ponen á Jesús por cetro una caña en la mano.* —Puesta en la cabeza de Jesús la corona de espinas, colocaron los soldados en su mano derecha, en lugar de cetro, una caña, por escarnio, queriendo significar por esto que su reino era reino hueco y sin substancia, y que era rey de palillos y movedizo como caña, y falto de juicio y seso en llamarse rey, y en desprecio de las palmas y ramos de árboles que llevaba la gente que solemnizó su triunfo en Jerusalén pocos días había. Pondera sobre esto la injuria grave de Cristo nuestro Señor, y la estima que hacía el mundo de su reino y de su doctrina y de la perfección que predicaba, teniéndolo todo por cosa vana y hueca, y la grande humildad con que aceptó Cristo esta injuria. No se resistió á tomar la caña, no la echó luego de sí; antes la tomó con su benditísima mano, y la apretó muy bien, como á insignia de su desprecio, porque amaba los desprecios, enseñándonos á que también los aceptemos y abracemos con amor. Mira cuán errados son los juicios de los hombres, los cuales para sí toman cetro de oro macizo, en señal de la excelencia y estabilidad de su reino, siendo de verdad como caña mudable y que de presto se pasa, y tan frágil, que, como dijo Isaías [1], no se puede con seguridad estribar en él. Y, al contrario, tienen por cosa vana, como dijo el profeta Malaquías [2], servir á Dios y guardar sus preceptos. Por lo cual has de aprender á estimar en poco juicios tan errados, procurando no guiarte nunca por ellos. ¿Qué concepto formamos nosotros de los juicios del mundo? ¿Cómo recibimos sus desprecios y afrentas? ¿Nos compadecemos de Jesús al verle tan deshonrado? ¡Oh Rey omnipotente! Pues que de Vos una caña recibe virtud para dar vida á cualquiera que tocareis, mucho mejor que el cetro de oro del rey Asuero [3], tocadme con esa vuestra real vara, imprimiendo en mi corazón estima grande de vuestros desprecios, porque este tocamiento será para mí señal de clemencia y prenda de vida eterna.

[1] Isai., XXXVI, 6. — [2] Malach., III, 14. — [3] Esther, IV, 11.

Punto 2.º *Hincan los soldados la rodilla ante Jesús, adorándole por escarnio.* —Considera aquí otra injuria que hacían los soldados á Jesús estando coronado de espinas y con la caña en la mano, la cual consistía en hincar delante de Él la rodilla, adorándole por escarnio, y diciéndole [1]: «Dios te salve, Rey de los judíos». Y aunque la salutación era honorífica, pero como se decía por escarnio, atormentaba los oído de este excelentísimo Señor, que en el cielo estaba oyendo alabanzas de los ángeles, y siempre se recrea en oir nuestras oraciones. Pondera cómo dos veces fué Cristo nuestro Señor saludado en su Pasión, una con fingimiento secreto de hipocresía, cuando le dijo Judas: *Ave, Rabbi*, Dios te salve, Maestro. Otra, con fingimiento público, por vía de escarnio, cuando le dijeron estos soldados [1]: «Dios te salve, Rey de los judíos». En lo que se denotan dos suertes de pecadores que ofenden á Dios: unos hipócritas, que fingen amarle y reverenciarle, pero no le aman ni reverencian; otros públicos y escandalosos, que hacen burla de las cosas sagradas y divinas, y por todos padece Cristo para dar salud á todos. También tiene misterio decir el Evangelista [2] que le adoraban «hincada la rodilla», y no ambas rodillas, para significar que los mundanos no se dan todos á Dios, sino parte dan á Dios y parte al mundo, y con una rodilla adoran su honra, regalo y hacienda, y con otra adoran á Dios. Mas tal adoración aprovecha poco, porque Dios no quiere ser servido con un corazón dimediado, sino entero. ¡Oh Rey soberano! ¡Cuán diferentemente sois servido y adorado de los ángeles en el cielo y de los hombres en la tierra! Los ángeles os adoran con sinceridad y como á su Dios y Rey verdadero; pero los hombres con adoración fingida os escarnecen como á Dios falso y Rey de burla. Y es tal vuestra caridad, que sufrís callando tales escarnios, para merecer con ellos el perdón de sus culpas y el reino de la gloria á los mismos que os escarnecen. Y nosotros, ¿cómo adoramos y servimos á Jesús? ¿Somos sinceros y fervorosos en nuestros servicios y adoraciones? ¿Nos compadecemos de las burlas que le hacen sus adversarios?

Punto 3.º *Otras injurias que hacen á Cristo.*—Considera cómo los soldados, al tiempo que se hincaban para adorar con escarnio á Jesús, con la injuria de palabra, acompañaba cada uno alguna injuria de obra dolorosa ó afrentosa. Unos le tomaban la caña, y con ella le herían la cabeza, atormentándola y enclavando más las espinas en ella. Otros le daban bofetadas en el rostro, y otros le escupían en la cara, afeándosela con sus asquerosas salivas. Estas tres cosas refieren los Evangelistas, y

[1] Marc., XV, 18. — [2] Matth., XXVII, 29.

puédese creer que otros le darían golpes y puñadas en el cuerpo, y otros le darían repelones, mesándole las barbas, para que padeciese por los gentiles en casa de Pilatos, lo que había padecido por los judíos en la de Caifás. Solamente los gentiles no le vendaron el rostro, porque le trataban como á Rey, aunque de farsa, y porque, como estaba tan desfigurado, no representaba ya aquella majestad, que ponía respeto y empacho de herirle al descubierto. En todo esto puedes ponderar la invencible paciencia y humildad de Jesús en sufrir tan graves é innumerables injurias, ofreciéndolas con admirable amor por la salvación del mundo; y además, cuán cansado y afligido quedaría su Majestad de tales juegos y tormentos; cuán desflaquecida la cabeza por la mucha sangre que vertía con las espinas; cuán afeado su rostro con las manchas de sangre y con la muchedumbre de las salivas, y cuán acardenalado con los golpes de las bofetadas; y aunque no hubo quien se compadeciera de Él, su espíritu estuvo incansable y aparejado para los nuevos tormentos que le esperaban. ¡Oh Salvador del mundo! ¡Cuán repetidas son vuestras injurias, y cuán repetidos vuestros duros tormentos! Bastara, Señor, ser una vez abofeteado, escupido y golpeado por nuestros pecados; pero vuestra caridad quiere pasar estos tormentos dos veces por manos de judíos y gentiles, para que, padeciendo de todos, pague por todos. ¡Oh! ¡Si supiésemos imitar tan extremada caridad! ¿Conocemos las injurias que Jesús recibe de los gentiles? ¿Se las hemos causado nosotros con los pecados? ¿No nos admira la excesiva paciencia y amor de este Señor adorable?

Epílogo y coloquios. ¡Oh! ¡Adónde llega la malicia del hombre contra su Dios y la caridad de Dios para con el hombre! Prosiguiendo los infames soldados el pesadísimo y afrentoso juego que hacían á costa de Jesús, teniéndole coronado con corona de espinas, ponen en su mano una caña figurando un cetro real, queriendo indicar maliciosamente que su reino era hueco, vacío, movedizo como caña. ¡Oh insensatez de los hombres! Ellos, que son caña frágil, toman para sí cetros de oro macizo, como si su imperio y poder fuese estable, rico y brillante, y ponen en la mano de Dios un cetro de caña, suponiendo que su reino es una mentira y necedad. ¿Hemos pensado nosotros de este modo? No está con esto satisfecha la saña de los soldados. Hincan una rodilla delante de Cristo, le adoran por escarnio, saludándole como á rey de los judíos; y para que no se ignore que todo lo hacen por burla, al tiempo de hincarse toman la caña y le hieren en la cabeza, meneando é introduciendo con nuevo dolor las espinas; escúpenle en el rostro, y danle crueles bofetadas, y si no le vendan los ojos es porque le tratan como á Rey. Y á todo esto, Jesús calla, está como un diamante, y ni en su exterior ni en su interior da ninguna muestra de impaciencia y cansancio. ¿Es posible, en vista de esto, que no amemos los desprecios, que no nos compadezcamos de Jesús, que nos atrevamos todavía á ofenderle, ayudando en cierto modo á los infames soldados? ¡Oh Redentor amoroso! Inspiradnos lo que debemos hacer para reparar las espantosas injurias que recibís. Y nosotros, propongamos evitar las culpas, practicar las virtudes y servir con fervor á este afligido Señor: supliquémosle los auxilios que necesitamos, rogándole al propio tiempo por la conversión de los herejes é infieles, y por todo el mundo.

46. —JESÚS PRESENTADO AL PUEBLO POR PILATOS.

PRELUDIO 1.° Viendo Pilatos á Jesús tan desfigurado, pensando que su vista aplacaría á los judíos, se lo presentó, diciendo: «*Ecce homo*».

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús vestido de la púrpura, la corona en la cabeza y la caña en la mano, presentándose al pueblo.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de compadecerte de Jesús é imitarle.

Punto 1.° *Pilatos presenta á Jesús al pueblo, diciendo: Ecce homo*».—Viendo Pilatos á Jesús tan maltratado por los azotes y demás tormentos, parecióle que con sólo mostrarle al pueblo aplacaría su furor; y así mandó llevarle á un lugar alto, donde pudiese ser visto de todos, y adelantándose un poco, dijo [1]: «He aquí al hombre». Pondera primeramente la vergüenza que padecería el Señor, viéndose delante de tanta gente en aquel traje tan abatido, y la humildad con que se presentó á ser visto de todos en aquella tan horrenda figura. Esto sufrió el Señor para librarte de la confusión que hubieras sufrido si, cubierto con tus pecados, te hubieses presentado delante de Dios y sus ángeles. Mas, pondera bien el significado de esta palabra: *Ecce homo*, en cuanto fué dicha por Pilatos á los judíos, para moverles á compasión, la cual quiere decir: Mirad á este hombre, que se llama Rey, Mesías é Hijo de Dios, y vereisle tan castigado y desfigurado, que apenas parece hombre, aunque de verdad lo es, como vosotros; y pues es hombre, y de vuestra misma naturaleza, compadeceos de Él y contentaos con los castigos que ha recibido este miserable hombre. Esto quiso decir Pilatos; mas tú, parando la atención en estas mismas palabras, con gran dolor de tu alma has de mirar todo lo exterior de Jesús, para compadecerte de su dolorosa figura. Mira á este hombre llagado con azotes, afeado con salivas, acardenalado con bofetadas; mira á este hombre vestido con vestidura de escarnio, y coronado con corona de desprecios. Mírale bien, y hallarás ser verdad lo que dijo de sí [2]: «Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo»; y el que era el más hermoso de los hijos de los hombres [3], es el más feo de todos, y en Él no hay cosa que

[1] Joan., XIX, 4. — [2] Psalm. XXI, 7. — [3] Psalm. XLIV, 3.

puédese creer que otros le darían golpes y puñadas en el cuerpo, y otros le darían repelones, mesándole las barbas, para que padeciese por los gentiles en casa de Pilatos, lo que había padecido por los judíos en la de Caifás. Solamente los gentiles no le vendaron el rostro, porque le trataban como á Rey, aunque de farsa, y porque, como estaba tan desfigurado, no representaba ya aquella majestad, que ponía respeto y empacho de herirle al descubierto. En todo esto puedes ponderar la invencible paciencia y humildad de Jesús en sufrir tan graves é innumerables injurias, ofreciéndolas con admirable amor por la salvación del mundo; y además, cuán cansado y afligido quedaría su Majestad de tales juegos y tormentos; cuán desflaquecida la cabeza por la mucha sangre que vertía con las espinas; cuán afeado su rostro con las manchas de sangre y con la muchedumbre de las salivas, y cuán acardenalado con los golpes de las bofetadas; y aunque no hubo quien se compadeciera de Él, su espíritu estuvo incansable y aparejado para los nuevos tormentos que le esperaban. ¡Oh Salvador del mundo! ¡Cuán repetidas son vuestras injurias, y cuán repetidos vuestros duros tormentos! Bastara, Señor, ser una vez abofeteado, escupido y golpeado por nuestros pecados; pero vuestra caridad quiere pasar estos tormentos dos veces por manos de judíos y gentiles, para que, padeciendo de todos, pague por todos. ¡Oh! ¡Si supiésemos imitar tan extremada caridad! ¿Conocemos las injurias que Jesús recibe de los gentiles? ¿Se las hemos causado nosotros con los pecados? ¿No nos admira la excesiva paciencia y amor de este Señor adorable?

Epílogo y coloquios. ¡Oh! ¡Adónde llega la malicia del hombre contra su Dios y la caridad de Dios para con el hombre! Prosiguiendo los infames soldados el pesadísimo y afrentoso juego que hacían á costa de Jesús, teniéndole coronado con corona de espinas, ponen en su mano una caña figurando un cetro real, queriendo indicar maliciosamente que su reino era hueco, vacío, movedizo como caña. ¡Oh insensatez de los hombres! Ellos, que son caña frágil, toman para sí cetros de oro macizo, como si su imperio y poder fuese estable, rico y brillante, y ponen en la mano de Dios un cetro de caña, suponiendo que su reino es una mentira y necedad. ¿Hemos pensado nosotros de este modo? No está con esto satisfecha la saña de los soldados. Hincan una rodilla delante de Cristo, le adoran por escarnio, saludándole como á rey de los judíos; y para que no se ignore que todo lo hacen por burla, al tiempo de hincarse toman la caña y le hieren en la cabeza, meneando é introduciendo con nuevo dolor las espinas; escúpenle en el rostro, y danle crueles bofetadas, y si no le vendan los ojos es porque le tratan como á Rey. Y á todo esto, Jesús calla, está como un diamante, y ni en su exterior ni en su interior da ninguna muestra de impaciencia y cansancio. ¿Es posible, en vista de esto, que no amemos los desprecios, que

no nos compadezcamos de Jesús, que nos atrevamos todavía á ofenderle, ayudando en cierto modo á los infames soldados? ¡Oh Redentor amoroso! Inspiradnos lo que debemos hacer para reparar las espantosas injurias que recibís. Y nosotros, propongamos evitar las culpas, practicar las virtudes y servir con fervor á este afligido Señor: supliquémosle los auxilios que necesitamos, rogándole al propio tiempo por la conversión de los herejes é infieles, y por todo el mundo.

46. — JESÚS PRESENTADO AL PUEBLO POR PILATOS.

PRELUDIO 1.º Viendo Pilatos á Jesús tan desfigurado, pensando que su vista aplacaría á los judíos, se lo presentó, diciendo: «*Ecce homo*».

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús vestido de la púrpura, la corona en la cabeza y la caña en la mano, presentándose al pueblo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de compadecerte de Jesús é imitarle.

Punto 1.º *Pilatos presenta á Jesús al pueblo, diciendo: Ecce homo*».— Viendo Pilatos á Jesús tan maltratado por los azotes y demás tormentos, parecióle que con sólo mostrarle al pueblo aplacaría su furor; y así mandó llevarle á un lugar alto, donde pudiese ser visto de todos, y adelantándose un poco, dijo [1]: «He aquí al hombre». Pondera primeramente la vergüenza que padecería el Señor, viéndose delante de tanta gente en aquel traje tan abatido, y la humildad con que se presentó á ser visto de todos en aquella tan horrenda figura. Esto sufrió el Señor para librarte de la confusión que hubieras sufrido si, cubierto con tus pecados, te hubieses presentado delante de Dios y sus ángeles. Mas, pondera bien el significado de esta palabra: *Ecce homo*, en cuanto fué dicha por Pilatos á los judíos, para moverles á compasión, la cual quiere decir: Mirad á este hombre, que se llama Rey, Mesías é Hijo de Dios, y vereisle tan castigado y desfigurado, que apenas parece hombre, aunque de verdad lo es, como vosotros; y pues es hombre, y de vuestra misma naturaleza, compadeceos de Él y contentaos con los castigos que ha recibido este miserable hombre. Esto quiso decir Pilatos; mas tú, parando la atención en estas mismas palabras, con gran dolor de tu alma has de mirar todo lo exterior de Jesús, para compadecerte de su dolorosa figura. Mira á este hombre llagado con azotes, afeado con salivas, acardenalado con bofetadas; mira á este hombre vestido con vestidura de escarnio, y coronado con corona de desprecios. Mírale bien, y hallarás ser verdad lo que dijo de sí [2]: «Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo»; y el que era el más hermoso de los hijos de los hombres [3], es el más feo de todos, y en Él no hay cosa que

[1] Joan., XIX, 4. — [2] Psalm. XXI, 7. — [3] Psalm. XLIV, 3.

pueda ser vista. ¡Oh Hijo del hombre, Dios y hombre verdadero! Harta humillación fué bajaros á tomar forma de hombre; pues, ¿por qué os humilláis tanto en esa forma que vengáis á ser tenido por gusano y no hombre, y por afrenta del linaje de los hombres? Así debía ser pagada la soberbia, por la que quería hacerse el hombre como Dios, usurpándole sus dominios, poder y sabiduría. Oh! ¡Si á lo menos ahora los hombres imitasen vuestra humildad! ¿Cómo lo hacemos nosotros? ¿En qué cosas nos ensoberbecemos? ¿Meditamos los dolores y afrentas de Jesús?

Punto 2.º *El Espíritu Santo y el Padre Eterno nos dicen también: «Ecce homo».* — Considera aquí las palabras *Ecce homo,* en cuanto fueron dichas por el Espíritu Santo, por boca de Pilatos. Pondera su significado: *Ecce homo:* Mirad á este hombre, que, aunque parece sólo hombre é inferior á los demás hombres, es más que hombre, porque es Hijo de Dios vivo, Mesías prometido en la ley, Cabeza de los hombres y de los ángeles, Redentor del linaje humano y único remediador de todas sus miserias, cuya caridad fué tan grande, que tomó esta figura tan dolorosa por sólo amor á los hombres, para pagar las deudas de sus pecados y librarlos de las penas eternas que merecían por ellos; por lo cual merece que todos le den millones de gracias, y le confiesen por Dios y hombre verdadero. Con esto has de despertar la fe, y, considerando con la luz que ella te comunica, la diferencia que va de Dios á hombre, has de avivar los afectos de admiración, agradecimiento, alabanza y deseos de servir á Jesús. Medita luego estas mismas palabras como dichas por el Padre Eterno, las cuales significan: Mirad á este hombre que Yo envié al mundo, para que fuese maestro de los hombres y dechado de toda perfección y santidad, y para dar ejemplo de ella, ha tomado esta horrenda figura. Mirad sus virtudes interiores, su humildad entre tantos desprecios, su paciencia, obediencia; mirad sus virtudes exteriores, sus palabras, sus obras, y estampad en vuestras almas una viva imagen de Él. ¡Oh Padre soberano! ¿Es por ventura este hombre aquél de quien dijisteis en el bautismo y transfiguración, «este es mi Hijo muy amado, en quien me agrado, á Él oid»? Si este es el mismo que entonces, ¿dónde está la figura de paloma que declare su inocencia? ¿Dónde Moisés y Elías que atestigüen su divinidad? ¡Oh cuán cambiado está todo cuanto le rodea! Sólo hallo en Él sus admirables virtudes, que con mayor esplendor brillan en su angustiosa situación. ¡Quién tuviera la dicha de imitarlas! ¿Qué debemos hacer para esto? ¿Tenemos viva fe de la grandeza de Jesús en medio de sus extremadas bajezas? ¿Le miramos como á nuestro maestro y procuramos aprender sus lecciones?

Punto 3.º *Los judíos, al ver á Jesús, piden su muerte.*— Oyendo los judíos las palabras de Pilatos, y viendo á Jesús en tan triste y desconsolador estado, lejos de aplacar su furiosa rabia, avivaron su odio contra el Señor, y comenzaron á gritar á una voz y con fuerza: «Crucifícale, crucifícale». Considera bien la crueldad endemoniada de estos pontífices y sacerdotes, y de este pueblo inducido por ellos, los cuales, no sólo no se compadecieron de Jesús, tan llagado y afligido, sino que con increíble odio, con la vista de sus trabajos creció la sed de añadir otros mayores, diciendo: Crucifícale, crucifícale; como quien dice: Buen principio has dado en azotarle; acaba lo que has comenzado, crucificándole, pues los azotes preceden á la crucifixión. De parte de Jesús, pondera el sentimiento grande que le causarían estos clamores, viendo la pertinacia de aquel pueblo en pedir su muerte con más crueldad que los gentiles, pues éstos se daban ya por satisfechos, y ellos deseaban añadirle nuevos tormentos. Acordaríase de los bienes que había hecho á esta nación, y viendo el mal pago que le daban, lastimábase por el castigo y desamparo que merecían. Finalmente: tú, abominando de la ingratitud, crueldad y barbarie de estos judíos, entregiriéndote entre ellos y mirando con toda atención á Jesucristo en tan lastimoso estado, en vez de pedir al presidente su muerte, pide al Padre eterno misericordia. ¡Oh Padre eterno! Mirad á vuestro Hijo, llagado y desfigurado, por mis pecados. Vos queréis que yo le mire para compadecerme de Él; yo os suplico que le miréis para compadeceros de mí. ¡Oh Dios, protector nuestro [1]! Mirad, mirad el rostro de vuestro Cristo, porque no es posible desamparéis á los que Él tiene escondidos en lo secreto de su rostro afligido con tal figura. Si los ingratos judíos piden su muerte para saciar su rabia, yo os pido que por ella me deis la verdadera vida. ¡Oh alma mía! ¿No te horroriza la crueldad insaciable de los judíos? ¿No te admira la admirable paciencia de Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán lastimoso sería el estado del divino Salvador, cuando Pilatos creyó que sola su vista bastaría para aplacar la ira de los judíos! Cubierto de llagas dolorosas de pies á cabeza y envuelto en la clámide, con la corona de espinas en la cabeza y la caña en la mano, le presenta á los judíos, diciéndoles: *Ecce homo.* Mirad á este pobre hombre; mirad cuál ha quedado, que no hay que temer de Él quiera hacerse Rey. ¡Qué vergüenza pasaría Jesucristo, viéndose en tan apurado y afrentoso lance, al oir que el mismo presidente que le había mandado azotar, compadecido de Él, con voz lastimosa pretendía mover á los judíos á compasión, descubriéndoles la carnicería que en Él habían hecho! Mas estas palabras: *Ecce homo,* dícelas también el Espíritu Santo para darnos á conocer la gravedad del pecado por el cual Dios padece, la bondad del Señor que á tal martirio se ofrece, y la ingratitud de los hombres que tal bondad desconocen. Dícelas también el Padre eterno, y con ellas nos

[1] Psalm. LXXXIII, 10.

recuerda las virtudes admirables que en Jesús, nuestro Maestro, debemos imitar. Y nosotros, oyendo con horror la contestación que á ellas dan los judíos, hemos de ponerlas en nuestros labios, y dirigiéndonos al Padre eterno, debemos rogarle por los méritos de su Hijo hecho hombre y el oprobio de los hombres, se digne tener misericordia de todos ellos, infundiéndoles vivo dolor de sus pecados y firmes resoluciones de jamás caer en ellos. ¿Abrigamos nosotros estos sentimientos? ¿Consideramos, conforme nos encarga el Padre celestial, las virtudes de Jesús? ¡Oh dolor! Sabemos pensar con exceso en las persecuciones que nosotros sufrimos y en las calumnias con que se nos persigue, y apenas sabemos acordarnos y pensar un instante en las penas de Jesús. ¿Qué haremos en lo sucesivo? Pensémoslo, propongamos, pidamos.

47.—CONTIENDA ENTRE LOS JUDÍOS Y PILATOS ACERCA DE LA MUERTE de Jesús.

PRELUDIO 1.º Queriendo Pilatos librar á Cristo, insisten los judíos en pedir su muerte, y dicen que no quieren á otro rey que al César.

PRELUDIO 2.º Represéntate á los judíos alborotados, contendiendo con Pilatos, y á Jesús callando.

PRELUDIO 3.º Pide á Dios que te libre de la obstinación y de los respetos humanos.

Punto 1.º *Dicen los judíos que Jesús, según su ley, ha de morir.*—Al ver Pilatos la protervia de los judíos, cuya rabia no quedaba satisfecha ni aun con el escarmiento horroroso que se había hecho en Jesús, enfadado de tan extraño é inhumano proceder, les dijo: «Tomad vosotros á este hombre, y sacrificadle, porque yo no hallo en Él causa bastante para esto». Ellos respondieron: «Nosotros tenemos ley, y, según nuestra ley, debe morir, porque se hizo Hijo de Dios». En cuyas palabras acusaron á Cristo nuestro Señor de blasfemo, teniendo por blasfemia que dijese de sí ser Hijo de Dios, no por adopción, sino por naturaleza; y así que, según la ley, debía ser castigado con pena de muerte. En lo cual se ve la ceguedad abominable de esta gente, que tenía por blasfemia la misma verdad de Dios, aprobada por su Escritura, que decía que el Mesías era el Hijo de Dios, y confirmada con tantos milagros, como Cristo hizo, para dar testimonio de ella. Por donde consta que ellos eran blasfemos en decir que esta era blasfemia, y, por consiguiente, dignísimos del castigo de la ley; pero, la verdadera blasfemia es aplaudida y la falsa castigada, porque el Hijo de Dios quiso humillarse á ser castigado como blasfemo, para merecer el perdón de las verdaderas blasfemias. Pondera también aquí cuán propio es de los malos é imperfectos preciarse de la ley y no cumplirla, si no es conforme á lo que su gusto y honra exigen. Y para esto se aprovechan de la ley, queriendo disimular y encubrir con ella su dañada pretensión; más tú, abominando esta perversa y odiosa costumbre, has de procurar preciarte de la ley y del entero cumplimiento de ella, porque de otro modo la ley sería tu condenación, manifestando tu desobediencia. ¡Oh Rey mío y Legislador soberano! Verdad es muy grande que, según la ley que Vos disteis, habéis de morir; mas no porque os habéis hecho Hijo de Dios, sino porque, siendo Hijo de Dios, os habéis hecho hombre, y con vuestra muerte habéis de engendrar muchos hijos adoptivos para Dios. Esta ley tenéis escrita en medio de vuestro corazón, y no cesáis de suspirar porque se cumpla perfectamente. ¡Oh, si nosotros deseásemos como Vos cumplir la ley! ¿Qué pensamos de las blasfemias de los judíos? ¿Hablamos mucho de la ley? ¿La observamos con fidelidad, exactitud y en todos sus preceptos?

Punto 2.º *Pilatos presenta nuevamente á Jesús, diciendo: «Mirad á vuestro Rey».*—Habiéndose entrado un momento Pilatos á hablar con Jesús en el pretorio, deseando más librarle de la muerte á causa de la última acusación de los judíos, los pontífices le apretaban con amenazas, diciendo: «Si sueltas á éste, no eres amigo del César», como quien dice: «Si le sueltas, acusarémoste delante del César, porque soltaste á su enemigo». Por lo cual, amedrentado Pilatos, sacó otra vez á Jesús, y dijo: «Mirad á vuestro Rey». Pondera bien estas últimas palabras, en cuanto fueron dichas por Pilatos como de su propio espíritu, las cuales dijo por escarnio, y venían á significar: «Ved aquí á este miserable, de quien decís que se hace Rey vuestro; miradle que ni es rey, ni puede pretenderlo; no es sino rey de farsa y de representación, como lo declara esta corona, cetro y púrpura que trae; compadeceos de Él, y no creáis que pueda contradecir al César en hacerse rey». ¡Cuán abatido está Jesús entre los hombres en figura de rey fingido, pagando con esta humillación la soberbia y ambición con que ellos desean reinar! Mas considera estas palabras de Pilatos, como dichas por el Espíritu Santo por boca de este mal juez, en las cuales avisa á los judíos de lo que tienen presente y tanto habían deseado: Veis aquí al Rey que habéis estado esperando tanto tiempo; al Rey y Mesías prometido por los profetas para vuestro remedio; ved si le admitís; de otra suerte caeréis en manos de vuestros enemigos. Y esto mismo te está diciendo á ti y á todos los fieles: Mira á tu Rey, santo y sabio, manso y humilde. Mira si le quieres por Rey y si deseas ser su vasallo, y vestirte de su librea y andar siempre en su compañía, pues para ti vino. ¡Oh dulcísimo Jesús! De muy buena gana os recibo y adoro por mi Rey; y cuanto os miro más abatido, tanto de mí sois más estimado. Vestidme de vuestra librea, que muy grande honra es del vasallo andar vestido como su rey. Y tú, ¿oyes en tu interior las palabras del Espíritu San-

to? ¿Quieres ser vasallo de Jesús? ¿Quieres vestirte de su librea y sujetarte á su imperio?

Punto 3.º *Los judíos dicen que no quieren á otro rey que á César.*—Oyendo los pontífices las palabras de Pilatos, y viendo que nuevamente les presentaba á Jesús, respondieron alborotados: «Quítale, quítale, crucifícale». Dijo Pilatos: «¿Á vuesto Rey he de crucificar?» Respondieron ellos: «No tenemos otro rey sino á César». Considera aquí, primeramente, la rabia increíble de esta gente, los cuales ni aun ver á Cristo querían, y por eso dijeron: «Quítale de ahí», que fué decir: No le vean más nuestros ojos; crucifícale, para que de una vez se acabe. Pusieron por obra lo que de ellos refiere el libro de la Sabiduría[1]: «Acechemos al justo, porque es inútil para nosotros y contrario á nuestras obras. Danos en rostro con los pecados que hacemos contra la ley, y publícalos á todos. Pesado es para nosotros aun el mirarle, porque su vida es muy desemejante á la nuestra, y sus caminos muy diferentes». Pondera luego la maldad y ceguedad de esta misma gente en dejar al Rey verdadero, que Dios les había dado para su bien, y aceptar por rey al tirano que les quitaba la hacienda y la libertad que ellos tanto estimaban; y al que antes aborrecían, ahora le reciben por odio á Cristo; y en castigo de esta maldad permitió Dios que perdiesen á su verdadero Rey Mesías, y que el rey terreno que escogieron se volviera contra ellos, y los asolase y destruyese. Vuelve ahora sobre ti tus ojos, y confúndete de ver cuántas veces has dejado al Rey del cielo por el de la tierra, y por puntos de honra, viviendo como si no tuvieses otro que el César; con lo cual haces grande injuria á Dios, á semejanza del pueblo hebreo. ¡Oh Rey soberano! De todo corazón me pesa por las veces que os he dejado y ofendido. Cuando era del mundo, decía con los mundanos: No tengo otro rey que á César; pero de hoy más, Señor, digo, cuanto es de mi parte, que no quiero otro rey sino á Cristo. ¡Oh, si todos los hombres tuviesen este lenguaje, reconociendo en Jesús á su soberano y verdadero Rey! ¿Reina Jesús en nosotros? ¿Hemos consentido que nos dominasen sus enemigos? ¿Hemos pretendido apartarle de nuestra presencia, esforzándonos en alejarle de nuestra mente?

Epílogo y coloquios. ¡Oh atrevimiento diabólico de los hombres! Á tal extremo llega, que acusan y condenan al mismo Dios por blasfemo, fundándose en la ley santísima que Él mismo había dictado. Aparentan mucho celo por el cumplimiento de la ley, y ellos, con el mayor descaro, obstinación y malicia, la quebrantan. Jesús, que con milagros patentes y visibles, con virtudes heroicas, con el cumplimiento de las profecías había probado hasta la evidencia que era el Mesías Hijo de Dios, es acusado y se pide su muerte por haber dicho que lo era. Mas, ¿qué hará Pilatos? Convencido como está de la inocencia de Jesús, ¿decidirá por fin darle libertad? A esto le induce su conciencia; pero le han dicho una palabra que le hace vacilar: Si sueltas á Cristo, no eres amigo del César; y por no perder la amistad del César, consentirá en pisar los fueros de la justicia. Verdad es que probará algunos medios para librar á Cristo: Unas veces se valdrá del ridículo, presentando á Jesús y diciendo: Mirad al Rey que teméis; otras con reprensiones, diciendo: ¿Queréis que mate á vuestro Rey? Mas al fin cederá á la presión y amenazas de los judíos. ¡Oh debilidad criminal de este mal juez! ¡Oh malicia inaudita del pueblo judío! Desecha á Jesús, su Rey, y en su lugar escoge un tirano, que dentro de poco tiempo le destruirá. Así paga el demonio á quien le sirve. ¿Qué haremos, pues, nosotros? ¿Hemos imitado alguna vez á los judíos, desechando á Jesús y entregándonos á su enemigo? ¿Le miraremos desde hoy y le honraremos como á nuestro Rey? ¿Qué pruebas hemos de dar á fin de testificar que Jesús es nuestro Rey? Hasta ahora en nosotros ha reinado tal vez la pasión, el genio, los sentidos; procuremos que de hoy más reine Jesús, y para esto hagamos eficaces propósitos, fervientes coloquios, confiadas súplicas por nosotros y por todo el mundo.

[1] Sap., II, 12.

48.—SENTENCIA DE MUERTE CONTRA JESÚS.

PRELUDIO 1.º Antes que Pilatos dictase la sentencia, su mujer le mandó un recado encargándole que no lo hiciese; lavóse las manos, y la firmó.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Pilatos sentado en su tribunal, firmando la sentencia de muerte contra Jesús que está presente.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de no sentenciar á muerte á Jesús, pecando.

Punto 1.º *La mujer de Pilatos le manda un recado, encargándole que nada haga á Cristo.*—Habiéndose sentado Pilatos en su tribunal para sentenciar la causa de Cristo, envióle su mujer un recado que decía[1]: «No te metas en la causa de este Justo, porque muchas cosas he padecido hoy en visiones por Él». Aquí has de considerar cómo estas visiones, que padeció en sueños la mujer de Pilatos, pudieron proceder del demonio y del buen ángel; y de ambos modos puedes tú sacar provecho. Pondera primero cómo el demonio, viendo la extraña mansedumbre de Cristo, y su invencible paciencia en tantas injurias y dolores, comenzó á sospechar que era el Mesías Hijo de Dios, y el que había de destruir su reino; y así amedrentó con sueños á la mujer de Pilatos, para que ella procurase estorbar su muerte, pareciéndole que por medio de la mujer persuadiría al marido lo

[1] Matth., XXVII, 19.

to? ¿Quieres ser vasallo de Jesús? ¿Quieres vestirte de su librea y sujetarte á su imperio?

Punto 3.º *Los judíos dicen que no quieren á otro rey que á César.*—Oyendo los pontífices las palabras de Pilatos, y viendo que nuevamente les presentaba á Jesús, respondieron alborotados: «Quítale, quítale, crucifícale». Dijo Pilatos: «¿Á vuesto Rey he de crucificar?» Respondieron ellos: «No tenemos otro rey sino á César». Considera aquí, primeramente, la rabia increíble de esta gente, los cuales ni aun ver á Cristo querían, y por eso dijeron: «Quítale de ahí», que fué decir: No le vean más nuestros ojos; crucifícale, para que de una vez se acabe. Pusieron por obra lo que de ellos refiere el libro de la Sabiduría[1]: «Acechemos al justo, porque es inútil para nosotros y contrario á nuestras obras. Danos en rostro con los pecados que hacemos contra la ley, y publícalos á todos. Pesado es para nosotros aun el mirarle, porque su vida es muy desemejante á la nuestra, y sus caminos muy diferentes». Pondera luego la maldad y ceguedad de esta misma gente en dejar al Rey verdadero, que Dios les había dado para su bien, y aceptar por rey al tirano que les quitaba la hacienda y la libertad que ellos tanto estimaban; y al que antes aborrecían, ahora le reciben por odio á Cristo; y en castigo de esta maldad permitió Dios que perdiesen á su verdadero Rey Mesías, y que el rey terreno que escogieron se volviera contra ellos, y los asolase y destruyese. Vuelve ahora sobre ti tus ojos, y confúndete de ver cuántas veces has dejado al Rey del cielo por el de la tierra, y por puntos de honra, viviendo como si no tuvieses otro que el César; con lo cual haces grande injuria á Dios, á semejanza del pueblo hebreo. ¡Oh Rey soberano! De todo corazón me pesa por las veces que os he dejado y ofendido. Cuando era del mundo, decía con los mundanos: No tengo otro rey que á César; pero de hoy más, Señor, digo, cuanto es de mi parte, que no quiero otro rey sino á Cristo. ¡Oh, si todos los hombres tuviesen este lenguaje, reconociendo en Jesús á su soberano y verdadero Rey! ¿Reina Jesús en nosotros? ¿Hemos consentido que nos dominasen sus enemigos? ¿Hemos pretendido apartarle de nuestra presencia, esforzándonos en alejarle de nuestra mente?

Epílogo y coloquios. ¡Oh atrevimiento diabólico de los hombres! Á tal extremo llega, que acusan y condenan al mismo Dios por blasfemo, fundándose en la ley santísima que Él mismo había dictado. Aparentan mucho celo por el cumplimiento de la ley, y ellos, con el mayor descaro, obstinación y malicia, la quebrantan. Jesús, que con milagros patentes y visibles, con virtudes heroicas, con el cumplimiento de las profecías había probado hasta la evidencia que era el Mesías Hijo de Dios, es acusado y se pide su muerte por haber dicho que lo era. Mas, ¿qué hará Pilatos? Convencido como está de la inocencia de Jesús, ¿decidirá por fin darle libertad? A esto le induce su conciencia; pero le han dicho una palabra que le hace vacilar: Si sueltas á Cristo, no eres amigo del César; y por no perder la amistad del César, consentirá en pisar los fueros de la justicia. Verdad es que probará algunos medios para librar á Cristo: Unas veces se valdrá del ridículo, presentando á Jesús y diciendo: Mirad al Rey que teméis; otras con reprensiones, diciendo: ¿Queréis que mate á vuestro Rey? Mas al fin cederá á la presión y amenazas de los judíos. ¡Oh debilidad criminal de este mal juez! ¡Oh malicia inaudita del pueblo judío! Desecha á Jesús, su Rey, y en su lugar escoge un tirano, que dentro de poco tiempo le destruirá. Así paga el demonio á quien le sirve. ¿Qué haremos, pues, nosotros? ¿Hemos imitado alguna vez á los judíos, desechando á Jesús y entregándonos á su enemigo? ¿Le miraremos desde hoy y le honraremos como á nuestro Rey? ¿Qué pruebas hemos de dar á fin de testificar que Jesús es nuestro Rey? Hasta ahora en nosotros ha reinado tal vez la pasión, el genio, los sentidos; procuremos que de hoy más reine Jesús, y para esto hagamos eficaces propósitos, fervientes coloquios, confiadas súplicas por nosotros y por todo el mundo.

[1] Sap., II, 12.

48.—SENTENCIA DE MUERTE CONTRA JESÚS.

PRELUDIO 1.º Antes que Pilatos dictase la sentencia, su mujer le mandó un recado encargándole que no lo hiciese; lavóse las manos, y la firmó.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Pilatos sentado en su tribunal, firmando la sentencia de muerte contra Jesús que está presente.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de no sentenciar á muerte á Jesús, pecando.

Punto 1.º *La mujer de Pilatos le manda un recado, encargándole que nada haga á Cristo.*—Habiéndose sentado Pilatos en su tribunal para sentenciar la causa de Cristo, envióle su mujer un recado que decía[1]: «No te metas en la causa de este Justo, porque muchas cosas he padecido hoy en visiones por Él». Aquí has de considerar cómo estas visiones, que padeció en sueños la mujer de Pilatos, pudieron proceder del demonio y del buen ángel; y de ambos modos puedes tú sacar provecho. Pondera primero cómo el demonio, viendo la extraña mansedumbre de Cristo, y su invencible paciencia en tantas injurias y dolores, comenzó á sospechar que era el Mesías Hijo de Dios, y el que había de destruir su reino; y así amedrentó con sueños á la mujer de Pilatos, para que ella procurase estorbar su muerte, pareciéndole que por medio de la mujer persuadiría al marido lo

[1] Matth., XXVII, 19.

que quería. En lo cual es digna de gran consideración la invencible fuerza de la heroica virtud, pues pone admiración á los mismos demonios; los cuales, como dice Santiago [1], creen y tiemblan; creen, forzados de los indicios, y tiemblan de la majestad y santidad que creen. Puedes, en segundo lugar, considerar que el buen ángel con su inspiración habló en sueños á esta mujer, y la dijo: que si su marido condenaba á Cristo, él sería condenado, y padecería terribles trabajos, y el pueblo hebreo sería asolado. Y á este talle le representaría algunas cosas espantosas, para que persuadiese á su marido le soltase; por lo cual ella lo tuvo por justo, y así dió testimonio de ello, diciendo á su marido: «No te entremetas con este Justo». ¡Oh Justo y justificador de los hombres! Muy conocida y atestiguada es vuestra justicia, y con todo eso no es admitida ni aprobada. Justificadme con vuestra justicia, y dadme parte en ella, porque ni yo puedo vivir sin vuestra compañía, ni querría jamás apartarme de ella. ¿Deseas tú participar de la justicia de Jesús? ¿Imitas sus virtudes heroicas? ¿Sigues el mal consejo de Pilatos, no haciendo caso de las buenas inspiraciones?

Punto 2.° *Pilatos se lava las manos, aparentando inocencia.*—Sentado Pilatos en su tribunal, pidió agua, y delante de todo el pueblo lavó sus manos, diciendo [2]: «Inocente soy de la sangre de este Justo; vosotros, mirad lo que hacéis». Ellos respondieron: «Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Pondera aquí ante todo cómo los Evangelistas muy á menudo nos traen á la memoria la inocencia de Jesucristo y los testimonios que de ella daba Pilatos, para que nos acordemos en cada uno de los tormentos que padece, no por sus pecados, sino por los nuestros; convidándonos con esto á compadecernos más de este Señor, y á llorar nuestras culpas, por las cuales padece tan graves penas. Considera luego la maldad furiosa del pueblo judaico, que, á trueque de quitar la vida á Cristo nuestro Señor y derramar su sangre, ofrecieron la suya y la de sus hijos, cargándose de los castigos que merecía la muerte de este Justo tan injusta; y así les sucedió, porque la sangre de Jesucristo, que era poderosa para dar la vida á sus mismos derramadores, fué para ellos ocasión de muerte, durando en su rebeldía. Con otro espíritu que los judíos dirígete tú al Eterno Padre, diciéndole: Venga, Señor, la sangre de este Justo, Hijo vuestro, sobre mí y sobre todos los fieles para limpiarnos y santificarnos con ella; porque yo, Señor, os ofrezco la mía, con deseo de derramarla por quien derramó por mí la suya. ¡Oh sangre preciosísima de Jesús! No vengáis sobre mí como sobre estos rebeldes, para confundirme, sino con misericordia para lavarme y justificarme. ¡Oh Redentor mío! No permitáis que, como Pilatos, lave yo las

[1] Jacob, II, 19. — [2] Matth., XXVII, 24.

manos con agua, y deje mi corazón manchado con la culpa; y que, haciendo obras malas por temor humano, las quiera excusar y lavar en la apariencia, atribuyendo á otro lo que yo miserable peco. ¿No te horroriza la pertinacia y malicia de los judíos? ¿No te compadeces de Jesús, tan inocente y tan atormentado?

Punto 3.° *Pilatos da la sentencia de muerte.*—Al ver Pilatos la obstinación de aquel pueblo, juzgó que se debía cumplir su demanda, y así entregó á Jesús á su voluntad, para que hiciesen lo que querían [1]. Esta fué la sentencia que dió el mal juez contra Jesús, condenándole á morir crucificado; en la cual has de considerar primeramente cuán injusta y cruel fué, pues el mismo juez conocía que era inocente, y lo testificaba, no sólo con palabras, sino con aquella ceremonia exterior de lavarse las manos; y con todo eso, la pronunció, movido de temor humano, para que el pueblo no le acusase delante del César, atropellando por esto la justicia. También fué cruel, porque, sabiendo que los pontífices, por envidia, acusaban á Cristo, y por odio deseaban que muriese de tal muerte, le entregó á su voluntad, siguiendo, no la razón, ni las leyes de la justicia ni de la misericordia, sino la voluntad de un pueblo furioso, que no se contentaba con menos que con muerte de cruz. Pondera luego la grande alegría de aquella malvada gente, y la gritería que levantó cuando vió pronunciada esta sentencia, y el parabién que se darían unos á otros de haber salido con su pretensión; todo lo cual era en grave injuria de Jesús, que lo estaba oyendo. Pero con más devoción contempla cómo notificaron á Jesús la sentencia; el cual, aunque vió que era injustísima de parte del juez, pero mirando cómo venía por orden de su Eterno Padre para remedio del mundo, luego la aceptó de muy buena gana, no apeló, ni suplicó, ni se quejó del agravio que le hacían, ni habló palabra contra el juez, ni contra sus ministros, sino con gran voluntad se ofreció á la ejecución de ella por nuestro bien, entregándose con su voluntad amorosa á la voluntad rabiosa de sus enemigos, para que hiciesen de Él lo que Pilatos había sentenciado. ¡Oh Redentor dulcísimo! Gracias os doy por esta voluntad con que aceptasteis sentencia tan injusta y tan cruel por librarme de la justa sentencia de muerte que contra mí estaba dada. Desde hoy os entrego totalmente mi voluntad por cumplir en todo la vuestra. ¡Oh, si nunca me hubiese yo apartado de ella! ¡Oh, si todos los hombres se rindiesen al servicio de Aquel que murió por todos! ¿Cómo lo hacemos nosotros? ¿Qué efecto produce en nosotros la sentencia de Jesús? ¿Nos someteremos como Él á todas las disposiciones divinas?

Epílogo y coloquios. ¡En qué lucha tan empeñada se encuentra Pilatos al tener que fallar la causa de Cristo! Su concien-

[1] Luc., XXIII, 24.

cia, el sentimiento natural de la justicia, su propia mujer, tratan de consuno de retraerle de cometer un enorme delito; mas el temor humano, el deseo de no perder la amistad del César, y de conservar el importante cargo que desempeña, le inducen á fallar contra Cristo. El Angel custodio, con temibles visiones, amedrenta á su mujer, trazándole el cuadro de males que va á sobrevenir á su familia, si su marido consiente en la muerte de Jesús; y quizá también el demonio pretende estorbarla, barruntando que va á terminar su imperio. En tan angustiosa alternativa, Pilatos lávase las manos, deseando justificarse delante de los hombres. ¡Infeliz! ¡Como si esta ceremonia exterior fuese suficiente para abonarle delante de Dios! Así hacen muchos cristianos; con mil pretextos vanos y fútiles de necesidad, imposibilidad, distracción, quieren excusar las graves faltas que cometen. La sentencia que da el mal juez no puede ser ni más cruel ni más injusta; entrega á Jesús á la voluntad de los judíos, sabiendo la rabia que le tenían, el odio que le profesaban. ¡Adónde conduce el temor humano exagerado! ¿Nos dejamos llevar nosotros de él? ¿Hemos imitado alguna vez á Pilatos, condescendiendo con la alborotada turba de las pasiones que nos combate y oprime? ¿Hémos llegado á condenar y á crucificar á Jesús dentro de nuestro corazón? Si así es, llorémoslo con amargas lágrimas, y con eficaces propósitos resolvámonos á evitar todas las culpas, pidiendo con este objeto las fuerzas que necesitamos. Roguemos por la perseverancia de los justos, por los tentados, por los que se hallan entre peligros, y por todo lo demás.

49.—SALE JESÚS CON LA CRUZ Á CUESTAS.

PRELUDIO 1.º Dada la sentencia, Jesús tomó la cruz que le presentaron, y, cargando con ella, salió para el monte Calvario.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús al tiempo de abrazarse por primera vez con el sagrado madero.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber aceptar la cruz.

Punto 1.º *Ponen á Jesús sus vestidos, y preséntanle la cruz.*—Oída y aceptada la sentencia de muerte de cruz [1], la primera cosa que hicieron los soldados encargados de ejecutarla, fué desnudar á Jesús de la vestidura de púrpura y vestirle sus propias vestiduras, para que fuese conocido por ellas; pero no leemos que le quitasen la corona de espinas; antes se la dejaron puesta, para no darle aquel alivio. Pondera aquí las palabras afrentosas que en esta ocasión le dirían, como á hombre condenado por facineroso, y cómo le llevarían con crueldad á la sala donde le habían azotado, para desnudarle, dándole sus vestiduras sangrientas para que se las vistiese. Todo lo cual tuvo misterio, porque, al modo que Jesucristo, para llevar su cruz, se desnudó de las vestiduras ajenas que le habían puesto en casa de Herodes y Pilatos, y se vistió las suyas propias, así tú, para llevar tu cruz é imitarle, debes desnudarte de todas las costumbres viciosas del mundo y carne, y vestirte las que son propias de Cristo, por las cuales has de ser conocido y tenido por discípulo suyo, especialmente la mansedumbre, paciencia, misericordia y entrañas de caridad. La segunda cosa que hicieron los soldados fué traer allí el madero de la cruz, grande y muy pesado. Y cuando Jesús la vió, ¿qué sentiría y diría en su corazón? Sin duda se regalaría con ella, y diría, mucho mejor que después dijo san Andrés: «Dios te salve, cruz preciosa, que tantos años has sido deseada por Mí con gran deseo, amada con gran solicitud, buscada con gran continuación, y estás ya aparejada para el que desea verse junto contigo; ven, y abrazarte he con mis brazos, porque me has de recibir en los tuyos; ven, y daréte beso de paz con mi boca, porque tengo de reclinar en ti mi cabeza, y dormir en paz el último sueño de la muerte». ¡Oh, con qué ternura abrazaría nuestro Salvador su cruz, santificándola con aquel primer abrazo! ¡Con qué ganas la tomaría en sus manos y la pondría sobre sus afligidos hombros! ¡Oh dulce Jesús! Dadme gracia para que mire vuestra cruz con tales ojos, y la abrace con este amor, y la busque con este deseo, gloriándome de la cruz, y no descansando hasta morir en ella. ¿Cómo miramos nosotros la cruz de nuestras tribulaciones? ¿Cómo la aceptamos? ¿Procuramos, para llevarla, revestirnos de la humildad, paciencia y demás virtudes que son como la vestidura de Cristo?

Punto 2.º *Acompañado de dos ladrones, sale Jesús con la cruz á cuestas* [1].—Considera cómo para aumentar la ignominia y afrenta de Jesús, sacaron de la cárcel dos ladrones que estaban condenados al mismo suplicio, á fin de que fuesen con Él por el camino, y por causa de ellos fuese tenido por ladrón y malhechor. Mas ¡con cuán diferentes ojos miraron estos ladrones la cruz, estremeciéndose con su vista, y cerrando los ojos para no verla! Ellos amaron la culpa y aborrecieron la pena; mas nuestro amado Jesús amó la pena y aborreció la culpa. Por donde se ve que la compañía de estos ladrones sirvió para que resaltase más la admirable paciencia, virtud y santidad del Señor, cuya deshonra buscaban los que le dieron tal compañía. Pondera cómo, estando todo preparado, los soldados dispuestos y los verdugos armados, á una pequeña insinuación de su jefe, el divino Señor cargóse con la cruz, y salió caminando hacia el monte Calvario. Mira cuán grande sería la afrenta de Cristo en aquella primera salida de la casa de Pilatos, cargado de su cruz

[1] Marc., xv, 20.

[1] Joan., xix, 17.

y en medio de ladrones, con voz de pregonero que publicaba sus fingidos delitos, y con grande gritería del pueblo, concurriendo innumerable gente á ver este espectáculo. Contempla á los ángeles, que desde el cielo miran espantados á su Señor en medio de tales afrentas, con deseo de bajar á defender su causa; y al Eterno Padre, que, cual otro Abraham [1], con el fuego en la mano, y con el cuchillo desenvainado, va acompañando á su obedientísimo Isaac hasta el santo monte. ¡Oh Padre celestial! Abrasadme con ese fuego para que ame al que tanto me amó; heridme con ese cuchillo de modo que muera en mí todo lo que os desagrade; descubridme á la luz de este fuego divino la grandeza de vuestra inmensa caridad y la profundidad de la humildad y obediencia de vuestro Hijo, para que me precie de sus desprecios y los abrace con amor á la vista de todo el mundo. ¡Oh, quién pudiese participar de sus afrentas y acompañarle en el camino del Calvario! ¿Le seguimos nosotros á lo menos con la consideración y compasión? ¿Ó es nuestra vida causa de su mayor deshonra, como la de los ladrones?

Punto 3.º *Dolor de Jesús por el peso de la cruz y de los pecados que ella representa.*—Considera en este punto la grande congoja y dolor que sentiría el cuerpo flaco de Jesucristo con la pesadísima carga de la cruz. ¡Qué de veces tropezaría y arrodillaría con el peso, por estar el cuerpo muy debilitado por los tormentos pasados! ¡Cómo sudaría de fatiga, oprimido con la carga de aquel madero! ¡Cómo iría regando las calles con la sangre que corría de las llagas, oprimidas y exprimidas con aquella viga de lagar que caía encima de ellas. Y este divino Señor ve cómo los hombres pisan su sangre sin que haya quien la recoja, y se ríen de su cansancio sin que nadie le ayude; muy al contrario, este cansancio les da nueva ocasión de injuriarle. ¡Qué dolor! Mas, pondera cómo lo que más siente Jesús en este doloroso camino, no es tanto la carga de la cruz, cuanto la carga de nuestros pecados, que por ella se representan; porque si David decía que los suyos eran para él carga pesada, cuánto más pesada sería la carga de los pecados de todos los hombres pasados, presentes y por venir; la cual cargó toda sobre este Señor; de quien dijo Isaías: [2] «Todos nosotros erramos como ovejas, cada uno se fué por su camino, y el Señor puso sobre Él la maldad de todos nosotros». ¡Oh dulce Jesús! Mis pecados son los que cargan sobre vuestros hombros. Yo soy la oveja que erré, y Vos sois llevado como oveja al matadero del monte Calvario, para ser sacrificado por mis yerros. ¡Oh, quién nunca los hubiera cometido, para no daros tanto trabajo! Pero ya que la culpa es mía, razón es que lleve parte de la pena, y que cargue sobre mí la cruz que tengo merecida. Yo, Señor, me ofrezco á llevarla, como Vos llevasteis la vuestra. ¿Nos animan á nosotros estos sentimientos? Si Jesús tanto padece por nuestros pecados, ¿cómo nosotros no nos mortificamos por ellos?

[1] Genes., XXII, 6. — [2] Isai., LIII, 6.

Epílogo y coloquios. ¡Cómo brilla el amor infinito de Jesucristo en aceptar la cruz en la que ha de morir afrentosa muerte! Apenas se acaba de dar la sentencia, cuando los soldados, impacientes por ejecutarla, llevan al Señor á la sala de los azotes, cámbianle las vestiduras, poniéndole las suyas propias; preséntanle la cruz, con la cual amorosamente se abraza, saludándola con ternura sin igual; y sacando de la cárcel dos ladrones para que vayan con Él y mueran al mismo tiempo en el Calvario, emprenden el camino, dirigiéndose hacia la cumbre del monte en donde se ha de consumar el sacrificio. ¡Qué vergüenza y afrenta pasaría Jesús al verse cargado con el infame madero, en medio de dos facinerosos, como si fuese el mayor de todos, caminando al son de trompeta hacia el Calvario! ¡Qué congoja y dolor experimentaría su fatigado y enflaquecido cuerpo subiendo por aquel áspero camino, cargado con el pesado madero, dejando en pos de sí un reguero de sangre! Mas ¡qué confusión y pena le causaría la enorme carga de los pecados de todo el mundo, que su Padre celestial le había impuesto, por haberse Él mismo ofrecido á asumir la responsabilidad de todos los pecadores! Miremos con dolor á Jesús, y al contemplarle en este paso, jadeando y manando de todo su cuerpo copioso sudor, preguntémonos: ¿Qué penitencia hacemos nosotros por los pecados que hemos cometido? ¿Cómo recibimos las tribulaciones y cruces que el Señor nos envía? ¿Qué debemos hacer para consolar y ayudar á Jesús, tan afligido y cansado? ¿Qué desea de nosotros este divino Señor? Basta ya de ingratitudes; no seamos mezquinos con un Señor que tan generoso se muestra con nosotros; resolvamos lo que hemos de practicar y evitar; pidamos gracia para ejecutarlo, y roguemos por todo lo que deseamos obtener.

50.—SIMÓN CIRINEO AYUDA Á JESÚS Á LLEVAR LA CRUZ.

PRELUDIO 1.º Temiendo los judíos que Jesús se les muriese antes de llegar al Calvario, obligaron á Simón Cirineo á que llevase la cruz en pos de Él.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús caminando con paso vacilante y á Simón en pos de Él llevando la cruz.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ayudar á Jesús del modo que puedes.

Punto 1.º *Jesús, en su flaqueza, ordena que un hombre le ayude á llevar la cruz.*—Caminando Jesús con su cruz á cuestas, como temieran los judíos que se muriese en el camino, asieron de un hombre, llamado Simón, para que llevase la cruz detrás de Él [1]. Sobre este paso puedes considerar la grande fatiga

[1] Luc., XXIII, 26.

y en medio de ladrones, con voz de pregonero que publicaba sus fingidos delitos, y con grande gritería del pueblo, concurriendo innumerable gente á ver este espectáculo. Contempla á los ángeles, que desde el cielo miran espantados á su Señor en medio de tales afrentas, con deseo de bajar á defender su causa; y al Eterno Padre, que, cual otro Abraham [1], con el fuego en la mano, y con el cuchillo desenvainado, va acompañando á su obedientísimo Isaac hasta el santo monte. ¡Oh Padre celestial! Abrasadme con ese fuego para que ame al que tanto me amó; heridme con ese cuchillo de modo que muera en mí todo lo que os desagrade; descubridme á la luz de este fuego divino la grandeza de vuestra inmensa caridad y la profundidad de la humildad y obediencia de vuestro Hijo, para que me precie de sus desprecios y los abrace con amor á la vista de todo el mundo. ¡Oh, quién pudiese participar de sus afrentas y acompañarle en el camino del Calvario! ¿Le seguimos nosotros á lo menos con la consideración y compasión? ¿Ó es nuestra vida causa de su mayor deshonra, como la de los ladrones?

Punto 3.º *Dolor de Jesús por el peso de la cruz y de los pecados que ella representa.* — Considera en este punto la grande congoja y dolor que sentiría el cuerpo flaco de Jesucristo con la pesadísima carga de la cruz. ¡Qué de veces tropezaría y arrodillaría con el peso, por estar el cuerpo muy debilitado por los tormentos pasados! ¡Cómo sudaría de fatiga, oprimido con la carga de aquel madero! ¡Cómo iría regando las calles con la sangre que corría de las llagas, oprimidas y exprimidas con aquella viga de lagar que caía encima de ellas. Y este divino Señor ve cómo los hombres pisan su sangre sin que haya quien la recoja, y se ríen de su cansancio sin que nadie le ayude; muy al contrario, este cansancio les da nueva ocasión de injuriarle. ¡Qué dolor! Mas, pondera cómo lo que más siente Jesús en este doloroso camino, no es tanto la carga de la cruz, cuanto la carga de nuestros pecados, que por ella se representan; porque si David decía que los suyos eran para él carga pesada, cuánto más pesada sería la carga de los pecados de todos los hombres pasados, presentes y por venir; la cual cargó toda sobre este Señor; de quien dijo Isaías: [2] «Todos nosotros erramos como ovejas, cada uno se fué por su camino, y el Señor puso sobre Él la maldad de todos nosotros». ¡Oh dulce Jesús! Mis pecados son los que cargan sobre vuestros hombros. Yo soy la oveja que erré, y Vos sois llevado como oveja al matadero del monte Calvario, para ser sacrificado por mis yerros. ¡Oh, quién nunca los hubiera cometido, para no daros tanto trabajo! Pero ya que la culpa es mía, razón es que lleve parte de la pena, y que cargue sobre mí la cruz que tengo merecida. Yo, Señor, me ofrezco á llevarla, como Vos llevasteis la vuestra. ¿Nos animan á nosotros estos sentimientos? Si Jesús tanto padece por nuestros pecados, ¿cómo nosotros no nos mortificamos por ellos?

[1] Genes., XXII, 6. — [2] Isai., LIII, 6.

Epílogo y coloquios. ¡Cómo brilla el amor infinito de Jesucristo en aceptar la cruz en la que ha de morir afrentosa muerte! Apenas se acaba de dar la sentencia, cuando los soldados, impacientes por ejecutarla, llevan al Señor á la sala de los azotes, cámbianle las vestiduras, poniéndole las suyas propias; preséntanle la cruz, con la cual amorosamente se abraza, saludándola con ternura sin igual; y sacando de la cárcel dos ladrones para que vayan con Él y mueran al mismo tiempo en el Calvario, emprenden el camino, dirigiéndose hacia la cumbre del monte en donde se ha de consumar el sacrificio. ¡Qué vergüenza y afrenta pasaría Jesús al verse cargado con el infame madero, en medio de dos facinerosos, como si fuese el mayor de todos, caminando al son de trompeta hacia el Calvario! ¡Qué congoja y dolor experimentaría su fatigado y enflaquecido cuerpo subiendo por aquel áspero camino, cargado con el pesado madero, dejando en pos de sí un reguero de sangre! Mas ¡qué confusión y pena le causaría la enorme carga de los pecados de todo el mundo, que su Padre celestial le había impuesto, por haberse Él mismo ofrecido á asumir la responsabilidad de todos los pecadores! Miremos con dolor á Jesús, y al contemplarle en este paso, jadeando y manando de todo su cuerpo copioso sudor, preguntémonos: ¿Qué penitencia hacemos nosotros por los pecados que hemos cometido? ¿Cómo recibimos las tribulaciones y cruces que el Señor nos envía? ¿Qué debemos hacer para consolar y ayudar á Jesús, tan afligido y cansado? ¿Qué desea de nosotros este divino Señor? Basta ya de ingratitudes; no seamos mezquinos con un Señor que tan generoso se muestra con nosotros; resolvamos lo que hemos de practicar y evitar; pidamos gracia para ejecutarlo, y roguemos por todo lo que deseamos obtener.

50.—SIMÓN CIRINEO AYUDA Á JESÚS Á LLEVAR LA CRUZ.

PRELUDIO 1.º Temiendo los judíos que Jesús se les muriese antes de llegar al Calvario, obligaron á Simón Cirineo á que llevase la cruz en pos de Él.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús caminando con paso vacilante y á Simón en pos de Él llevando la cruz.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ayudar á Jesús del modo que puedes.

Punto 1.º *Jesús, en su flaqueza, ordena que un hombre le ayude á llevar la cruz.*—Caminando Jesús con su cruz á cuestas, como temieran los judíos que se muriese en el camino, asieron de un hombre, llamado Simón, para que llevase la cruz detrás de Él [1]. Sobre este paso puedes considerar la grande fatiga

[1] Luc., XXIII, 26.

y debilidad que tenia Cristo en este camino; de lo cual tomarían sus enemigos ocasión para baldonarle por la flaqueza que mostraba, diciendo por otra parte que era Hijo de Dios, y que en tres días podía levantar la máquina del templo. Todo lo cual sufría el Señor con admirable paciencia, hasta que los príncipes de los sacerdotes, temiendo no se les muriese en el camino, le quitaron la cruz, no por aliviarle, sino por la gana que tenían de crucificarle en ella. De donde has de sacar tú consuelo en tus trabajos, y en la cruz que te cupiere en suerte, aunque sea muy pesada, confiando en la misericordia de Jesucristo, que proveerá quien te ayude á llevarla, acordándote de lo que dice san Pablo[1]: «Hemos sido cargados de tribulaciones sobre todo modo, y sobre nuestra virtud y fortaleza; de manera que teníamos enfado de la vida, y tuvimos ya respuesta de muerte; pero de todo nos libró Dios, y nos librará en adelante». Pondera también cómo Cristo nuestro Señor, aunque pudiera llevar su cruz solo hasta el Calvario, esforzando para ello su carne milagrosamente, no quiso usar de este poder, sino dispuso que la cruz se diese á otro, que la llevase tras Él, para significar que la cruz se había de comunicar á sus fieles, que, á imitación suya, habían de llevarla, cumpliendo lo que había dicho[2]: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz cada día y sígame». ¡Oh buen Jesús! Si Vos vais delante y lleváis cruz tan pesada que os hace arrodillar, ¿qué mucho os siga yo llevando la mía con las fuerzas que me dáis para llevarla? Cruz es, Señor, la que llevo, vuestra y mía; vuestra, porque Vos la llevasteis primero, y por vuestra orden viene, y por vuestra causa se lleva; pero es mía, porque está cortada á la medida de mis fuerzas, y es para mi provecho. Siendo esto así, ¿quién rehusará llevarla? ¿Quién no querrá aliviaros en vuestro cansancio? ¿No nos compadecemos de la debilidad y falta de fuerzas del Señor? ¿No recibiremos con amor y agradecimiento la cruz que nos envíe?

Punto 2.º *Para que el Cirineo tomase la cruz, fué necesario forzarle.*—Considera cómo entre tan innumerable muchedumbre de gente que asistía al espectáculo del Calvario, no hubo uno solo que espontáneamente se ofreciese á llevar la cruz de Cristo, ni á ayudarle en este trabajo; porque los judíos tenían por género de maldición é irregularidad el tocar la cruz, por cuanto, según la ley, era maldito el que moría en ella[3]: los soldados gentiles teníanlo por afrenta; y entre los amigos y discípulos de Cristo, ninguno se atrevió á ello, porque el miedo los tenía acobardados; y así, hubieron de forzar á un pasajero y extranjero que la llevase. En lo cual se representan varias suertes de personas que huyen de la cruz de Cristo: unos, porque no creen la virtud que Dios ha puesto en ella, como los gentiles: otros, porque la tienen por afrenta y contraria á su honra, como los soberbios y ambiciosos: otros, por temor del trabajo que hay en llevarla contra su sensualidad, como los regalados y carnales. ¡Cuántos son aquellos de quienes dice san Pablo[1] que son enemigos de la cruz de Cristo, teniendo por Dios al vientre y á su gloria vana para su confusión! Pondera también cómo todos tenemos horror natural á la cruz, y no hay quien la lleve, si no es en alguna manera forzado, como Simón Cirineo, pero en diferente manera; porque unos la llevan con impaciencia y sin mérito, otros con paciencia y mérito, haciendo de la necesidad virtud, como este cirenense; pero á otros más suavemente fuerza el mismo Dios con la eficacia de su inspiración y de su gracia, por la cual vencen su repugnancia y la inclinación de la carne, y con voluntad pronta del espíritu aceptan el llevar la cruz; y, como san Pablo, se glorían y gozan de llevarla en todo tiempo y lugar. ¿Llevamos nosotros la cruz con paciencia y alegría? ¿La miramos como una carga afrentosa como los gentiles, ó pesada como los sensuales, ó maldita como los judíos? ¡Oh dulce Salvador! Ya que á ninguno queréis forzar á que lleve vuestra cruz contra su voluntad, y por esto dijisteis: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, tome su cruz, y sígame»; mirad que mi carne repugna y contradice á llevarla; prevenidme con vuestra gracia para que con ella yo la fuerce, y tome de grado vuestra cruz, siguiéndoos á Vos, que tan de grado la llevasteis por mí.

Punto 3.º *Circunstancias que concurrieron en el Cirineo.*—Considera en este punto las circunstancias de este hombre que llevó la cruz de Cristo, sacando de ellas las enseñanzas que encierran, pues no sucedieron en vano. Primeramente, llamóse Simón, que quiere decir obediente, para significar que la virtud de la obediencia se señala en vencer la repugnancia de la voluntad propia, y en aceptar la cruz que Dios nos diere, de cualquier modo que nos la diere; y los obedientes son los que alivian á Cristo y á sus vicarios; los demás, antes les son carga, haciendo, como dice san Pablo[2], que lleven la suya gimiendo. En segundo lugar, este hombre era extranjero, y venía de una granja, caminando á Jerusalén, para significar que los que se han de encontrar con Cristo nuestro Señor, y ser dignos de tomar su cruz, han de resolverse á vivir como peregrinos, y dejar el mundo y sus costumbres agrestes y profanas, enderezando sus pasos y obras á la celestial Jerusalén; y si de esta manera deseas vivir, cuando más descuidado estuvieres, te encontrarás con Cristo, y te hará digno de que padezcas con Él y por Él. Y, como el trabajo del Cirineo duró poco, y hasta hoy dura la memoria de él y de sus hijos en la Iglesia; así, si tú llevas la cruz de Cristo, aunque

[1] II Cor., I, 8. — [2] Luc., IX, 23.— [3] Galat., III, 13; Deut., XXI, 23.

[1] Philip., III, 18. — [2] Hebr., XIII, 17.

hayas comenzado á la fuerza, prosiguiendo con la paciencia y de grado, tu trabajo durará poco, y tu gloria será mucha y eterna. ¡Oh, dichoso el que encuentra á Cristo cargado con la cruz! ¡Dichosos los obedientes á quienes concede el Señor parte de su trabajo, haciéndoles después participantes de sus premios! ¡Oh Jesús dulcísimo! Concededme esta soberana virtud, con la cual me sujete á vuestra ordenación, haciendo y padeciendo lo que de ella procediere, aunque sea para mí cruz muy pesada. ¿Qué nos falta para imitar las circunstancias que concurren en el Cirineo? ¿Carecemos de la virtud de la obediencia? ¿Procuramos vivir como extranjeros y peregrinos?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán apurado sería el estado en que se hallaba Jesús cuando subía la montaña del Calvario con la cruz á cuestas! Los pontífices y soldados temieron que no llegaría á su cumbre, y que se verían privados del placer de verle crucificado; y movidos de este temor, resolvieron que fuese ayudado á llevar el pesado madero. Mas ¿quién hará este oficio de caridad con Jesucristo? Parece increíble; no se halló uno solo que lo hiciera voluntariamente. Unos, porque lo consideraban como una deshonra; otros, porque lo miraban como escándalo; quiénes por delicadeza, quiénes por orgullo ó sensualidad: todos rehusan llevar la cruz del Señor, y es necesario apelar á la fuerza para que haya uno que cargue con ella. ¡Oh cuán ingratos son los hombres con su Dios! De Él reciben las fuerzas, salud y bienes, y nada de esto quieren consagrarle. Por fin, Simón Cirineo es el afortunado que, si bien toma con desagrado la cruz, llévala después con paciencia, para aliviar á Jesús la carga. No es extraño; llamábase Simón, que significa obediente, y era extranjero que caminaba hacia Jerusalén; y los que como extranjeros viven en este mundo, suspirando por el cielo y son obedientes, son los que ayudan á Jesús á llevar la cruz. Pues ¿qué nos conviene hacer y resolver? ¿Desechamos la cruz que el Señor nos envía? Actualmente, ¿en qué consiste nuestra cruz? ¿Cómo la llevamos? ¿Nos quejamos de su peso ó duración? ¡Oh! ¡Si supiésemos imitar al divino Salvador, y aliviarle la carga con nuestra pronta y alegre obediencia! Hagamos para este fin aquellas resoluciones prácticas que nos conviene, rogando al Señor nos ayude á cumplirlas y nos socorra en todas nuestras necesidades espirituales y corporales.

51.—ENCUENTRO DE JESUCRISTO CON SU SANTÍSIMA MADRE.

PRELUDIO 1.° Entre la mucha gente que seguía á Jesús, había algunas mujeres compasivas que lloraban, y las consoló; luego su Madre salióle al encuentro.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús consolando á las mujeres y encontrándose con María Santísima.

PRELUDIO 3.° Pide tierna compasión de las penas de Jesús y María.

Punto 1.° *Diversos fines de los que siguen á Jesús.*—Seguía á Jesucristo hacia el Calvario gran muchedumbre del pueblo, y entre esta multitud había muchas mujeres que lloraban y lamentaban los trabajos y dolores del Señor. Acerca de esto has de ponderar con mucha atención los diversos fines de los que iban siguiendo á Jesucristo; los cuales son los mismos que se proponen los hombres al meditar ó recordar las penas de este Señor. Unos le seguían para crucificarle, como los soldados y verdugos; así obran aquellos que hablan de Jesús, pero no para honrarle con sus palabras, sino para matarle, quitándole la divinidad, hablando de Él como si fuera puro hombre. Otros le seguían para escarnecer de El, y regocijarse en verle morir, como los sacerdotes y escribas; figura muy expresiva de los escandalosos que se complacen en apartar á las almas del servicio de Jesús, y se alegran de las injurias que le hacen, y procuran con sus palabras y malos ejemplos inducir á otros á que le ofendan. Otros le seguían por la simple curiosidad de ver este espectáculo tan nuevo; los cuales representan á la chusma del pueblo curiosa, que no sabe meditar en los misterios de Cristo, y no pasa de la corteza exterior que presentan. Otros, por algún conocimiento y amistad que tenían de Cristo, le seguían llorando de compasión natural por los trabajos que padecía; mas entre toda esta muchedumbre no había ninguno que le siguiese con deseo de ayudarle á llevar la cruz, ni con deseo de morir con Él, al modo que había dicho [1]: «Si alguno quisiere venir en pos de Mí, tome su cruz, y sígame». Ponderando estas varias clases de los que siguen á Cristo, has de confundirte, viendo que tantas veces te has olvidado del verdadero fin que debe moverte á meditar la Pasión, contentándote con alimentar la vanidad ó la curiosidad. ¡Oh buen Jesús! Dadme abundante gracia para que os siga, no como esta turba del pueblo, sin devoción, amor ni compasión, ó con sola compasión natural, cual se podría tener de un enemigo y aun de un ser irracional; sino del modo que Vos queréis ser seguido, abrazando vuestra cruz, para morir con Vos en ella. ¿Cómo seguimos nosotros á Jesús? ¿Qué fruto sacamos de la meditación de sus trabajos?

[1] Luc., IX, 23.

Punto 2.º *Jesús consuela á las mujeres de Jerusalén que llorando le siguen.*—Viendo Jesús los lamentos de las mujeres que le seguían, les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí, sino por vosotras y por vuestros hijos; porque día vendrá en que se diga: Bienaventuradas las que no tuvieron hijos. Porque, si en el madero verde se hace esto, ¿qué se hará en el seco?» En cuyas palabras has de considerar cómo el Señor, en medio de tanto tropel de gente y de tanta ignominia, conservó su divina autoridad; y volviéndose á las mujeres que le seguían y lloraban, las enseñó el modo cómo habían de llorar con más perfección, diciéndolas: «No queráis llorar por Mí, sino llorad sobre vosotras». Con lo cual no prohibe el llorar su Pasión, pues es justo que la lloren todos, sino el modo, llorándola solamente como miseria humana, y con olvido de la causa porque padece, que son los pecados, como quien dice: No lloréis tanto por Mí y por lo que padezco, cuanto por vosotras y por vuestros pecados, y por los pecados de vuestros hijos, que son causa de mi Pasión. Pondera luego la infinita caridad de este Señor, que, como olvidándose de sus trabajos, quiere que lloremos los nuestros y los de nuestros prójimos, especialmente los castigos de aquellos que no se aprovechan de su Pasión y muerte para alcanzar perdón de sus pecados. Y para eso nos dice aquella temerosa sentencia: «Si en el madero verde se hace esto, ¿qué se hará en el seco?» Que fué decir: Si á Mí, que soy árbol verde y fructuoso, me castiga tan terriblemente la divina justicia por los pecados ajenos, ¿cómo castigará á los pecadores, que son maderos secos y desaprovechados? ¡Oh palabra temible, capaz de hacer estremecer de espanto á los mayores santos! ¡Oh Padre eterno! Apláquese vuestra ira con lo que padece vuestro Hijo inocente. Satisfágase vuestra justicia con los frutos que produce este árbol de vida; y aunque yo, como árbol seco, merezca ser cortado para el fuego del infierno; mas, por sus merecimientos, os suplico me ingiráis en Él de nuevo, para que lleve frutos dignos de vida eterna. ¿Hemos meditado nosotros las palabras de Jesús? ¿Lloramos nuestros pecados que son la causa de sus penas? ¿Tememos los rigores de la divina justicia?

Punto 3.º *María encuentra á Jesús en el camino del Calvario.*—Considera cómo, según piamente se cree, la Virgen Santísima, oída la triste nueva de la condenación de su Hijo á muerte, salió con san Juan y la Magdalena y otras devotas mujeres en su busca, siguiéndole con excesivo dolor por el rastro de la sangre; y al tiempo que Jesús volvió el rostro á las hijas de Jerusalén, levantó sus ojos para ver á su Madre, y la Madre levantó los suyos para ver al Hijo; y encontrándose los ojos de los dos, se penetraron los corazones, y cada uno quedó traspasado de dolor con la vista del otro. ¡Qué cuchillo de dos filos tan agudo penetró el alma de la Virgen cuando vió á su Hijo

con aquella cruel corona de espinas que hería su cabeza, su divino rostro tan desfigurado, su cuerpo tan encorvado con la carga de aquel pesado madero, en medio de dos ladrones, y rodeado de innumerables sayones que por todas partes le atormentaban! Si las hijas de Jerusalén así lloraban y sentían las penas del Señor, no teniéndole más que por santo, ¿cómo las lloraría y sentiría la que le tenía por su hijo y por su Dios? Alzó luego los ojos del alma al Eterno Padre, y vióle en espíritu[1], que estaba allí con el cuchillo y con el fuego para el sacrificio de su Hijo; y con encendidos afectos, unas veces se resignaría enteramente con la voluntad del Padre celestial, que disponía muriese el Hijo para dar vida al esclavo, agradeciéndole tan extraña caridad; otras veces se ofrecería ella misma en holocausto, con deseo de consumar el sacrificio y morir juntamente con su Hijo por la salvación del mundo; otras ofrecería al Padre celestial la sangre preciosísima de Jesús, rogándole que fuese medicina eficaz para curar todos los pecados de los hombres. ¡Oh Virgen Santísima! Pues tanto amáis á los pecadores, que os ofrecéis con vuestro Hijo á morir por ellos, mostrad conmigo el amor que me tenéis, en darme á sentir los dolores que sentisteis viendo á vuestro Hijo tan lastimado, para que me ofrezca á morir con Él á todo lo terreno, crucificando mi carne por su amor. ¡Oh, quién penetrara en vuestro corazón en ese momento en que divisáis á vuestro afligido Jesús! ¿Meditamos la pena que en este momento padece la Virgen? ¿Participamos de los afectos que embargaban su espíritu?

Epílogo y coloquios. ¡Qué sentimientos tan diversos, qué afectos tan encontrados ocupan la mente y el corazón de los que acompañan á Cristo hacia el Calvario! Unos van para matarle, otros para gozarse y complacerse en sus trabajos y muerte, otros por simple curiosidad, otros movidos de la compasión natural; ninguno para ayudar y aligerar la carga á Jesús. Así son los cristianos que hablan ó meditan los trabajos del Señor. ¿Cómo pensamos nosotros? ¿Qué sentimientos, qué afectos ocupan nuestra alma? Jesucristo, que en medio de sus tormentos conservaba toda su autoridad, al ver las lágrimas que de natural compasión derramaban las hijas de Jerusalén, quiso instruirlas y á la vez consolarlas. «No lloréis por Mí, dijo; llorad por vosotras y por vuestros hijos»; esto es, no lloréis tanto mis trabajos y aflicciones cuanto la causa de ellos, que son vuestros pecados y los de vuestros hijos. ¡Ay de vosotras si así no los lloráis! Porque si en el árbol verde esto se hace, ¿qué se hará en el seco? ¡Oh palabras más penetrantes que agudísima espada! ¿Quién no temblará, cuando ve que es Jesús quien las profiere? Miremos á María, que se encuentra con su adorado Hijo en el camino del Calvario. ¡Qué dolor! ¡Qué amargura para el Hijo y la Madre!

[1] Genes., XXII, 6.

¿Qué dicen uno y otro á nuestro corazón? ¿No nos compadecemos de ellos? ¿No nos mueve su dolor á sufrir con paciencia nuestros trabajos? Fijemos bien nuestra atención en una escena tan dolorosa como esta, y propongamos llorar nuestras culpas y evitarlas con mucho cuidado en adelante, á fin de no poner de nuestra parte la causa del dolor de Jesús y María: pidamos la gracia que al efecto necesitamos, y roguemos por todas las necesidades generales y particulares.

52.—PRELIMINARES DE LA CRUCIFIXIÓN.

PRELUDIO 1.° Llegado Jesús á la cumbre del Calvario á eso del mediodía, antes de crucificarle, diéronle vino mirrado y le desnudaron.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús en este doloroso paso.

PRELUDIO 3.° Pide compasión de las penas de Jesús é imitación de sus virtudes.

Punto 1.° *Circunstancias de lugar y tiempo del sacrificio de Jesús.*—Considera en este punto las causas porque quiso ser crucificado en el monte Calvario, al mediodía, en tiempo de Pascua, cuyas circunstancias tienen misterio, y por eso fueron elegidas voluntariamente por Él. Con ellas se propuso el Salvador que su Pasión fuese para sí más penosa, y para nosotros más provechosa, por los raros ejemplos de virtud que en ella nos dejó. Quiso morir en campo raso, para que sus ignominias y tormentos fuesen más públicos y pudiesen ser vistos de todos, pues eran para bien de todos. Quiso que este campo fuese el monte Calvario, donde eran ajusticiados los malhechores, para que su muerte fuese más afrentosa, muriendo en el lugar donde eran castigados los hombres por enormes delitos, y para que se entendiese que moría, no tanto por sentencia de la justicia humana, cuanto por fallo de la divina justicia, en castigo de los pecados de los verdaderos malhechores, para pagar sus penas y librarles de las culpas. Quiso que este lugar se llamase Calvario, lleno de calaveras de los ajusticiados, lugar hediondo y asqueroso, para que se entendiese que derramaba su sangre para salud de vivos y muertos. Quiso también ser crucificado al mediodía, para que todos pudiesen ver su desnudez é ignominia, y lo que padecía por todos con exceso de fervor, significado por el sol de mediodía. Y por esta misma causa escogió el día solemne de Pascua, cuando concurría á Jerusalén innumerable gente; porque, llegando sus penas á noticia de muchos, fuesen más afrentosas, y todos pudiesen aprender de la heroica humildad, paciencia y caridad con que padecía tales cosas, y de tales perseguidores, y con tales circunstancias cuales nunca en el mundo fueron vistas. ¡Oh dulcísimo Redentor! Gracias os doy por haber escogido para vuestra muerte lo peor y más desechado de la tierra. Para nacer escogisteis un vil establo; para morir un

infame Calvario: para nacer elegís un asqueroso lugar, morada de animales; para morir otro no menos asqueroso, cubierto de calaveras de malhechores. Haced, Señor, que, á imitación vuestra, escoja para mí lo peor del mundo, huyendo de lo que es honra, y abrazando lo que es deshonra, perseverando en la humillación hasta la muerte. ¿Tenemos nosotros estos deseos? ¿Buscamos siempre aquello que más nos humilla?

Punto 2.° *Dan los soldados á beber á Jesús vino mezclado con mirra.*—Llegando al monte Calvario, los soldados dieron á Cristo vino mirrado mezclado con hiel, y como lo gustase, no quiso beberle [1]. Medita aquí y admira la crueldad grande de estos sayones, porque, acostumbrando dar buen vino [2] á los que habían de ajusticiar, para confortar su desmayo, y hallándose Cristo afligidísimo y cargado de sed, por estar muy desangrado y haber andado muchos caminos, al tiempo que le hubieron de dar el vino se lo mezclaron con hiel y mirra amarga, para atormentarle la lengua, boca y estómago, donde no habían llegado los azotes y las espinas. Pero Jesús, sabiendo el vino que le daban, gustólo, en cierto modo, queriendo gustar aquella amargura y padecer aquel tormento en su seca lengua, para darnos ejemplo de paciencia cuando los hombres, en vez de darnos alivio, nos dan tormento, y pagar por nuestras gulas y embriagueces; mas no lo tragó, para privarse del alivio que podía tener con aquella bebida. Pondera acerca de esto cuántos son los hombres que ahora dan á beber á Jesús vino mezclado con hiel, ofreciéndole obras de suyo buenas, con intenciones perversas y circunstancias abominables. Vino con hiel es la doctrina mezclada con errores, la fe con malas obras, el celo con venganza, la limosna por vanagloria, la oración con distracciones voluntarias, y todas las obras de hipocresía. Esta es la uva que llama Moisés uva de hiel, y el vino que llama hiel de dragones [3] con que los pecadores convidan á Jesucristo; pero, aunque lo gusta, no lo traga, sino luego lo escupe de la boca, porque le desagrada y ofende sumamente tal modo de bebida. ¡Oh Rey soberano! ¡Cuán diferente comida y bebida me dais de la que yo os doy! Vos me dais vuestro cuerpo y sangre santísima, y yo en retorno os vuelvo pan y vino mezclado con hieles amarguísimas. Perdonad, Señor, mi ingratitud, y ayudadme con vuestra gracia para que de hoy más os ofrezca vino de buenas obras [4] tan puro y oloroso, que os alegre el gustarlo, rumiarlo y admitirlo en vuestro corazón, juntándome con Él con unión de perfecto amor. ¿Hemos ofrecido á Dios este suave vino? ¿No hemos imitado á los malvados judíos, mezclando con el vino de las buenas obras la hiel de las imperfecciones y pecados?

[1] Matth., XXVII, 34; Marc., XV, 23. — [2] Prov., XXXI, 6. — [3] Deut., XXXII, 32.
[4] Cant., VII, 9.

¿Qué dicen uno y otro á nuestro corazón? ¿No nos compadecemos de ellos? ¿No nos mueve su dolor á sufrir con paciencia nuestros trabajos? Fijemos bien nuestra atención en una escena tan dolorosa como esta, y propongamos llorar nuestras culpas y evitarlas con mucho cuidado en adelante, á fin de no poner de nuestra parte la causa del dolor de Jesús y María: pidamos la gracia que al efecto necesitamos, y roguemos por todas las necesidades generales y particulares.

52.—PRELIMINARES DE LA CRUCIFIXIÓN.

PRELUDIO 1.° Llegado Jesús á la cumbre del Calvario á eso del mediodía, antes de crucificarle, diéronle vino mirrado y le desnudaron.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús en este doloroso paso.

PRELUDIO 3.° Pide compasión de las penas de Jesús é imitación de sus virtudes.

Punto 1.° *Circunstancias de lugar y tiempo del sacrificio de Jesús.*—Considera en este punto las causas porque quiso ser crucificado en el monte Calvario, al mediodía, en tiempo de Pascua, cuyas circunstancias tienen misterio, y por eso fueron elegidas voluntariamente por Él. Con ellas se propuso el Salvador que su Pasión fuese para sí más penosa, y para nosotros más provechosa, por los raros ejemplos de virtud que en ella nos dejó. Quiso morir en campo raso, para que sus ignominias y tormentos fuesen más públicos y pudiesen ser vistos de todos, pues eran para bien de todos. Quiso que este campo fuese el monte Calvario, donde eran ajusticiados los malhechores, para que su muerte fuese más afrentosa, muriendo en el lugar donde eran castigados los hombres por enormes delitos, y para que se entendiese que moría, no tanto por sentencia de la justicia humana, cuanto por fallo de la divina justicia, en castigo de los pecados de los verdaderos malhechores, para pagar sus penas y librarles de las culpas. Quiso que este lugar se llamase Calvario, lleno de calaveras de los ajusticiados, lugar hediondo y asqueroso, para que se entendiese que derramaba su sangre para salud de vivos y muertos. Quiso también ser crucificado al mediodía, para que todos pudiesen ver su desnudez é ignominia, y lo que padecía por todos con exceso de fervor, significado por el sol de mediodía. Y por esta misma causa escogió el día solemne de Pascua, cuando concurría á Jerusalén innumerable gente; porque, llegando sus penas á noticia de muchos, fuesen más afrentosas, y todos pudiesen aprender de la heroica humildad, paciencia y caridad con que padecía tales cosas, y de tales perseguidores, y con tales circunstancias cuales nunca en el mundo fueron vistas. ¡Oh dulcísimo Redentor! Gracias os doy por haber escogido para vuestra muerte lo peor y más desechado de la tierra. Para nacer escogisteis un vil establo; para morir un

infame Calvario: para nacer elegís un asqueroso lugar, morada de animales; para morir otro no menos asqueroso, cubierto de calaveras de malhechores. Haced, Señor, que, á imitación vuestra, escoja para mí lo peor del mundo, huyendo de lo que es honra, y abrazando lo que es deshonra, perseverando en la humillación hasta la muerte. ¿Tenemos nosotros estos deseos? ¿Buscamos siempre aquello que más nos humilla?

Punto 2.° *Dan los soldados á beber á Jesús vino mezclado con mirra.*—Llegando al monte Calvario, los soldados dieron á Cristo vino mirrado mezclado con hiel, y como lo gustase, no quiso beberle [1]. Medita aquí y admira la crueldad grande de estos sayones, porque, acostumbrando dar buen vino [2] á los que habían de ajusticiar, para confortar su desmayo, y hallándose Cristo afligidísimo y cargado de sed, por estar muy desangrado y haber andado muchos caminos, al tiempo que le hubieron de dar el vino se lo mezclaron con hiel y mirra amarga, para atormentarle la lengua, boca y estómago, donde no habían llegado los azotes y las espinas. Pero Jesús, sabiendo el vino que le daban, gustólo, en cierto modo, queriendo gustar aquella amargura y padecer aquel tormento en su seca lengua, para darnos ejemplo de paciencia cuando los hombres, en vez de darnos alivio, nos dan tormento, y pagar por nuestras gulas y embriagueces; mas no lo tragó, para privarse del alivio que podía tener con aquella bebida. Pondera acerca de esto cuántos son los hombres que ahora dan á beber á Jesús vino mezclado con hiel, ofreciéndole obras de suyo buenas, con intenciones perversas y circunstancias abominables. Vino con hiel es la doctrina mezclada con errores, la fe con malas obras, el celo con venganza, la limosna por vanagloria, la oración con distracciones voluntarias, y todas las obras de hipocresía. Esta es la uva que llama Moisés uva de hiel, y el vino que llama hiel de dragones [3] con que los pecadores convidan á Jesucristo; pero, aunque lo gusta, no lo traga, sino luego lo escupe de la boca, porque le desagrada y ofende sumamente tal modo de bebida. ¡Oh Rey soberano! ¡Cuán diferente comida y bebida me dais de la que yo os doy! Vos me dais vuestro cuerpo y sangre santísima, y yo en retorno os vuelvo pan y vino mezclado con hieles amarguísimas. Perdonad, Señor, mi ingratitud, y ayudadme con vuestra gracia para que de hoy más os ofrezca vino de buenas obras [4] tan puro y oloroso, que os alegre el gustarlo, rumiarlo y admitirlo en vuestro corazón, juntándome con Él con unión de perfecto amor. ¿Hemos ofrecido á Dios este suave vino? ¿No hemos imitado á los malvados judíos, mezclando con el vino de las buenas obras la hiel de las imperfecciones y pecados?

[1] Matth., XXVII, 34; Marc., XV, 23. — [2] Prov., XXXI, 6. — [3] Deut., XXXII, 32.
[4] Cant., VII, 9.

Punto 3.º *Desnudan á Cristo para crucificarle.*—Considera cómo para crucificar á Jesús le desnudaron primero de todas sus vestiduras, hasta la túnica interior, con gran dolor y afrenta. Cuatro veces desnudaron á Cristo en su Pasión, en castigo de las muchas que tú te desnudaste la vestidura de la gracia, ofendiéndole con tus pecados. La primera cuando le azotaron; la segunda cuando le coronaron de espinas, para vestirle de púrpura; la tercera cuando después le desnudaron la púrpura y le tornaron á poner sus vestidos; la cuarta para crucificarle, y ésta fué la más dolorosa y afrentosa, porque es de creer que la túnica estaría pegada á las carnes llagadas, y quitáronsela con gran crueldad, desollándole como cuando trasquilan sin tiento á la oveja, y llevan con las tijeras pedazos de pellejo con la lana. La afrenta que padeció era gravísima, viéndose desnudo del todo en medio de un campo lleno de innumerable gente, burlando y escarneciendo de El los que le miraban. Todo lo cual sufría este pacientísimo Cordero con incomprensible paciencia y humildad, ofreciéndolo al Eterno Padre por la confusión que nuestros pecados merecían; y dándonos ejemplo de paciencia cuando nos faltare el vestido y lo demás necesario para el cuerpo, y exhortándonos á la desnudez y pobreza evangélica que había predicado, y siempre desde que nació había ejercitado. ¡Cuán á la letra cumple este divino Salvador lo que había dicho por boca del santo Job [1]: «¡Desnudo salí del seno de mi madre, y desnudo volveré á ella!» ¡Oh Adán celestial! Muy caro os ha costado la desnudez del primer Adán terreno, nacida de su desobediencia [2], pues para cubrirla con la vestidura de la gracia fué menester que Vos estuvieseis desnudo con tanta ignominia. De hoy más, Dios mío, para imitaros, vuestra desnudez será mi vestidura; vuestra deshonra mi librea; vuestra confusión mi gloria, y vuestra muerte será mi vida. ¡Oh si todos dijésemos con toda sinceridad estas palabras! ¿Nos compadecemos del dolor y afrenta de Cristo en su desnudez? ¿Nos hemos desnudado de la vestidura de su gracia? Y ahora, ¿cómo está nuestra alma?

Epílogo y coloquios. ¡Qué sed tan ardiente de padecimientos, dolores, afrentas é injurias está abrasando las entrañas y corazón de Jesús! Va á consumar el sacrificio; y pudiendo escoger un lugar escondido ó reservado para pocos espectadores, y á una hora intempestiva, para no ser tan visto y deshonrado, escoge un campo raso, el mediodía y la época de mayor concurso de gente, para servir de triste espectáculo á todo el mundo, y aumentar su propia deshonra. ¡Qué lección tan importante y práctica para nosotros, tan prontos para huir de todo lo que es deshonra y buscar y abrazar lo que es honra! Llegado al Calvario, mientras que á los ladrones dan vino puro para fortalecerles en el suplicio de la cruz, y quizá para turbarles el sentido y hacerles menos dolorosa la crucifixión, á Jesús le dan vino mezclado con hiel y mirra, vino amarguísimo, que debió de abrasar la lengua y paladar secos del Señor, el cual lo tomó y gustó pero no lo tragó, porque quería que su sensibilidad estuviese perfectamente dispuesta para sentir todo el peso de los tormentos. ¡Ah! ¡Cuántas veces hemos sido nosotros tan malvados como los judíos, ofreciéndole el vino de las buenas obras mezclado con la hiel de los pecados! ¡Cuántas veces, desechando su divina gracia, que, cual variada y brillante vestidura, nos cubría, hemos aumentado el dolor y afrenta de su desnudez! ¿Lo haremos así en lo sucesivo? ¿Evitaremos el mezclar imperfecciones con las buenas obras que hacemos? ¿Procuraremos dar á Jesús el vino puro de la caridad sin mezcla de amor propio desordenado? ¿En qué cosas nos debemos reformar y enmendar? Reflexionémoslo con atención; y con fervientes y confiadas súplicas, pidamos por nosotros y por nuestros prójimos.

[1] Job, I, 21. — [2] Gen., III, 10.

53.—CRUCIFIXIÓN DE JESUCRISTO.

PRELUDIO 1.º Extendiendo los verdugos la cruz en el suelo, mandaron á Jesús que se tendiese en ella, y le clavaron los pies y las manos.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús tendido sobre la cruz, y á los verdugos clavándole.

PRELUDIO 3.º Pide conocimiento y dolor de los tormentos de Jesucristo.

Punto 1.º *Extienden los verdugos la cruz, y el Señor se tiende sobre ella.*—Después que Cristo nuestro Señor estuvo desnudo [1], habiendo puesto la cruz tendida en tierra, mandáronle los soldados que se tendiese de espaldas sobre ella, y al mismo tiempo lo hizo, alargando sus manos y pies para que fuesen enclavados. En lo cual se ha de ponderar la excelentísima obediencia de este Salvador, la cual resplandece en oir y obedecer puntualmente á la voz de aquellos crueles sayones, en cosa tan áspera y terrible como era tenderse sobre aquella durísima y mal labrada cama de la cruz, para ser crucificado en ella; dándote ejemplo de obedecer á tus prelados, aunque sean malos, y de sujetarte á toda humana criatura por su amor, en lo que no fuere contrario á la divina ordenación. Considera luego lo que haría Cristo nuestro Señor cuando se vió de espaldas sobre aquel asperísimo lecho, porque sin duda levantaría los ojos al cielo y daría gracias al Eterno Padre porque á tal tiempo le había traído, y porque se hallaba ya apurando aquel amargo cáliz por el que tanto había suspirado, y bañándose á su satisfacción en el doloroso baño que durante su vida siempre había ardientemente deseado;

[1] Matth., XXVII, 35; Joan., XIX, 18.

luego con grande voluntad se ofrecería á ser sacrificado sobre aquel altar con sacrificio sangriento por nuestros pecados; y así como el obediente Isaac se dejó atar de su propio padre, y por su mano fué puesto encima del altar y de la leña, y allí estaba esperando el golpe de la espada [1], así nuestro dulce Jesús estaba sobre el madero de la cruz, atado con los cordeles del amor, esperando el golpe del martillo y del clavo. ¡Oh Padre Eterno! Si tanto os agradó la obediencia de Abraham é Isaac, que enviasteis un ángel que impidió el sacrificio de éste, contentaos también con las excelentísimas muestras de obediencia que os ha dado vuestro Hijo, y satisfágase vuestra justicia con tan generosa voluntad, sin que llegue á ponerse en obra. Mas ya veo, Señor, que vuestras obras son perfectas, y así Vos y vuestro Hijo queréis que sea perfecto el sacrificio. para que sea copiosa nuestra redención. Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico me deis gracia, para que yo os ofrezca un sacrificio de mí mismo entero, perfecto y agradable á vuestra Majestad. Y nosotros, al ver la obediencia de Jesús, ¿no nos resolvemos á obedecer? ¿No nos conformaremos en todo con la divina voluntad?

Punto 2.° *Clavan las manos y los pies de Jesús.*— Tendido nuestro Señor en la cruz, tomaron los soldados la una mano, y con un clavo grande y grueso y no afilado, sino romo, para que con mayor dificultad penetrase, la enclavaron con muy grandes golpes, y luego, al otro lado, enclavaron la otra; y de la misma manera le enclavaron el uno y el otro pie con uno ó dos clavos, vertiendo arroyos de sangre por las cuatro heridas. Sobre este paso has de considerar el terrible é intensísimo dolor que sintió Cristo con estas crueles heridas, por ser en las partes más nerviosas de su cuerpo, y ser éste tan delicado. Si tanto sentimos la simple picadura de una aguja, cuya herida es apenas perceptible á la vista, ¿cuánto sentiría este delicadísimo Señor ser traspasado con tan horribles clavos, rompiéndole venas, atravesándole nervios y rasgándole sus delicadas carnes? Muy bien le cuadra el nombre con que le designó Isaías [2], llamándole varón de dolores, puesto que jamás hubo dolor en esta vida que igualase al suyo. Sus manos sacratísimas, en las cuales estaba escondida la fortaleza de Dios [3], fueron enclavadas en los brazos de la cruz y esmaltadas con las cabezas de sus clavos; sus pies santísimos [4], de cuya presencia sale huyendo el demonio como vencido, fueron cosidos con aquel duro madero. ¡Oh dulce Jesús! ¿Qué llagas son esas que tenéis en medio de vuestras manos y de vuestros pies? ¿Quién ha dado atrevimiento al martillo y á los clavos para traspasarlos, siendo Vos su Criador? Mis pecados, sin duda, son la causa de todo esto; los que yo cometí con las manos de mis malas obras y con los pies de mis malos afectos, llagando ellos á mi alma, y afligiéndoos más con estas llagas que con las que recibís en vuestro cuerpo. Por estas llagas y dolores vuestros, os suplico me libréis de las llagas de mis pecados y de los dolores que por ellos tengo merecidos. ¿Hemos nosotros llagado y disgustado á Dios con nuestras culpas? ¿Nos compadecemos de las penas de Jesús?

[1] Gen., XXII, 9. — [2] Isai., LIII, 3. — [3] Habac., III, 4. — [4] Zach., XIII, 6.

Punto 3.° *Nuevo dolor de Jesús y aflicción de María.*— Considera aquí un nuevo y terrible dolor que padeció Cristo en su crucifixión, porque, enclavada la una mano, se encogieron los nervios; y cuando quisieron enclavarle la otra, no llegaba al lugar donde estaba hecho el taladro; y para que llegase, estiráronle tan fuertemente, que casi le desencajaron los huesos, cumpliéndose en este paso al pie de la letra lo que dijo por el Profeta [1]: «Cavaron y agujerearon mis manos y mis pies, y contaron todos mis huesos»; esto es, mis miembros estuvieron tan extendidos en la cruz, y mi carne tan flaca y consumida, que pudieron contar los huesos que tenía. Este dolor fué de los más terribles que padeció Cristo nuestro Señor en su Pasión; porque aunque no le quebraron ningún hueso, como dice la Escritura [2]; pero aquella extensión y desencajamiento y descoyuntamiento fué dolorosísimo, y ofrecíolo el Señor en satisfacción de los pecados que cometieron los miembros de su Iglesia por la desunión y falta de concordia y caridad. Por donde verás cuánto debes temer toda desunión con tus iguales, y mucho más con tus superiores, y el grande cuidado con que has de corregir en ti mismo todo aquello que pueda perjudicar y herir la verdadera caridad. Pondera, finalmente, el dolor intensísimo que sentiría la Virgen nuestra Señora cuando oyó los golpes del martillo, al tiempo que enclavaban á su Hijo, porque un mismo golpe penetraba con el clavo la mano ó el pie del Hijo, y traspasaba también con agudo dolor el Corazón de la Madre. ¡Oh Virgen Soberana! Si vuestro Hijo es el varón de dolores, á Vos con razón os llamaremos Mujer de dolores, pues con verdad podíais decir á todos los que estaban en aquel monte y pasaban por aquel camino [3]: «Atended y mirad si hay dolor semejante al mío». ¡Oh, si estas martilladas traspasasen también nuestro corazón, como traspasaban el vuestro! Mas ¿quién sabe si nosotros, con nuestros pecados, habremos contribuido á causaros este dolor? ¿Hemos ocasionado divisiones y desuniones entre nuestros hermanos, poniendo la causa del dolor de Jesucristo?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán admirable es la obediencia de Jesucristo! Sorprendente era su obediencia cuando se sometía á la Virgen Santísima y san José; empero mucho más, sin comparación, sorprende el verle que se humilla y obedece á sus mismos verdugos. Han tendido la cruz en el suelo, y man-

[1] Psalm. XXI, 18. — [2] Joan., XIX, 36. — [3] Thren., I, 12.

dan á Jesús que se coloque de espaldas sobre ella, y al instante, sin réplica, lo ejecuta. ¿Qué pensaría, qué sentiría, qué afectos embargarían el Corazón de Jesús en aquellos instantes? Sin duda daría gracias á su Eterno Padre por haber llegado aquel momento que tanto había deseado, y se ofrecería á morir por la salud del mundo. Ya los soldados toman una de sus manos, y aplicando á ella un grueso clavo, descargan furiosos y terribles martillazos sobre él, y rompiendo nervios y atravesando venas, pasa la mano de parte á parte, y la deja como cosida con el madero; lo mismo la otra mano y los dos pies. ¿Quién puede llegar á imaginar la intensidad del dolor que sentiría Cristo en tales operaciones? ¿Quién puede calcular la viveza del tormento y angustia que pasaría cuando, estirándole los miembros de su cuerpo para que llegasen al taladro preparado, se desencajarían todos sus huesos? ¿Quién es capaz de comprender el dolor de María, su Madre, que todo esto presenciaba? ¿Fuimos nosotros causa de estos dolores con nuestros pecados? ¿Y aún rehusaremos hacer penitencia de ellos? Demos una nueva mirada á Jesucristo, y al verle estirado y clavado en la cruz padeciendo tormentos tan acerbos, resolvámonos eficazmente á imitar su paciencia, evitar el pecado y servirle con fervor; para esto, hagamos fervorosas súplicas, rogando por nosotros mismos y por todos nuestros prójimos.

54.—LEVANTAN LOS SOLDADOS LA CRUZ EN ALTO.

PRELUDIO 1.° Clavado Jesús en la cruz, la levantaron los soldados en alto á la vista de todo el pueblo y de su Santísima Madre, que, al verle, quedó traspasada de dolor.

PRELUDIO 2.° Represéntate á los soldados levantando en alto la cruz, en la que está Cristo enclavado.

PRELUDIO 3.° Pide dolor de los pecados y compasión de las penas de Jesús y de su Santísima Madre.

Punto 1.° *Dolor de Jesucristo al levantar la cruz.*—Contempla en este punto cómo después de clavado Cristo nuestro Señor, levantaron los soldados la cruz en alto; y es de creer que la dejaron caer de golpe en el hoyo que para esto estaba hecho, estremeciéndose todo el cuerpo con gravísimo dolor. Levántate aquí en alto con tu Señor, y levanta los sentidos y afectos de tu corazón para enclavarlos con Él en la cruz. Mira lo primero el dolor, la vergüenza y aflicción que sintió tu dulce Jesús cuando se vió en alto á la vergüenza á vista de tanta gente, desnudo, afrentado y hecho señal de oprobio, cargado de inmensos dolores por todas las partes de su cuerpo: mira cómo la cabeza no tiene dónde reclinarse, porque si se reclina en la cruz, se le hincan más las espinas; las manos se le están rasgando con los clavos por el peso del cuerpo, que tira de ellos; las heridas

de los pies se van abriendo y dilatando con la carga del cuerpo que estriba en ellos. Y viendo á este tu Señor tan rasgado con tormentos por tus pecados, rasga tu corazón de dolor por haberlos cometido. Mira luego aquellos cuatro arroyos de sangre que salen de las cuatro llagas, como cuatro ríos [1] que salen del paraíso para regar y fertilizar la tierra del corazón humano. Llégate cerca de estos arroyos con el espíritu; gusta la dulzura de esta sangre derramada con tanto amor y dolor, y lávate con ella para que quedes limpio de tus culpas, como los que lavaron y blanquearon sus estolas con la sangre del Cordero [2]. ¡Oh sangre preciosísima! Lávame, purifícame, enciéndeme y embriágame con el exceso de amor con que fuiste derramada, y penétrame con el exceso de dolor con que fuiste sacada de las venas de mi Señor. Y tú, ingrato corazón mío, ¿proseguirás siendo rebelde y no rindiéndote al amor de Jesús? ¿Volverás al vómito de tus pecados, sabiendo que ellos han sido los verdugos que le han suspendido en la cruz?

Punto 2.° *Clamores de los enemigos y llanto de los amigos de Cristo, al verle suspendido.*—En este punto has de abrir el oído de tu alma para escuchar todo cuanto pasa en torno de Jesucristo suspendido en la cruz. Oye los clamores y alaridos en que los enemigos de Cristo prorrumpieron cuando le vieron levantado en la cruz, gozándose de verle tan desfigurado y afligido, y sin esperanza alguna de vivir. Oye también los clamores y llantos dolorosísimos que levantarían las hijas de Jerusalén cuando viesen aquel doloroso espectáculo, y especialmente los suspiros y gemidos vehementes de las mujeres devotas que allí estaban. ¡Oh cuán atormentados estaban los oídos del divino Jesús con los alaridos de sus enemigos y con el llanto de sus amigos! Si los amigos de Job, cuando levantaron los ojos á mirarle como le vieron en un muladar cubierto de llagas, apenas le conocieron, y levantando el grito, lloraron amargamente [3], rasgando sus vestiduras y cubriendo con polvo sus cabezas, y así estuvieron siete días sin atreverse á hablar palabra, porque veían que su dolor era vehemente, ¿qué harían los amigos de Jesús cuando levantaron los ojos y le vieron en tan horrible cama, cubierto de llagas de pies á cabeza, muy más terribles y dolorosas que las de Job? Sin duda que apenas le conocerían, y levantando el grito con amargo llanto, rasgarían sus entrañas por la fuerza de su dolor, y cubriéndose de polvo con la vergüenza de la desnudez del Señor, quedarían enmudecidos y pasmados, sin saber qué decir, viendo la vehemencia de su dolor. ¡Oh Salvador mío! Dadme un sentimiento tan grande como este, pues tengo mucha más razón de sentir vuestros dolores que tuvieron los amigos de Job para sentir los de éste. Job no padecía por

[1] Genes., II, 10. — [2] Apoc., VII, 14. — [3] Job, 12.

los pecados de ellos, Vos padecéis por los míos; el dolor de Job era vehemente, el vuestro es vehementísimo, hasta acabaros la vida. Y ¿seré yo tan ingrato que no me compadezca de Vos? ¿Cometeré nuevos pecados, con los cuales se acreciente vuestro dolor y aumente el gozo de vuestros enemigos?

Punto 3.º *Intenso dolor de María en esta ocasión.*—Considera aquí el dolor que la Virgen Santísima padeció en aquella primera vista de su Hijo, porque, en encontrándose los ojos de Cristo y de su Madre, ambos quedarían eclipsados con suma tristeza: la Madre quedó espiritualmente crucificada con la vista del Hijo, y el Hijo nuevamente afligido con la vista de la Madre; y callando ambos por la vehemencia del dolor, el corazón de cada uno se ocupaba en sentir los dolores que padecía el otro, doliéndose más por ellos que por los propios. Aumentaba el dolor y amor de María el conocimiento claro que tenía de los afectos del Corazón de Jesús; porque sabía que se ofrecía en la cruz también por ella, y más por ella que por otra ninguna criatura, puesto que de aquella muerte le cabía más parte y la alcanzaba más fruto que á otra ninguna. Pues la que era tan humilde y agradecida, y sabía el valor de los dones y gracias que Dios había puesto en ella por los merecimientos de la Pasión y muerte de su Hijo, ¿con cuánta compasión, dolor y amor le miraría, viendo que tan á costa suya y con tanto dolor se las ganaba? ¡Oh! ¡Qué consejo tan alto fué el de Dios, que cuando su Hijo subió á la cruz desnudo y embriagado como otro Noé de los amores de la Iglesia su esposa, se le pusiese delante aquella Virgen, que ella sola valía más que toda la Iglesia! Ponte ahora entre estos dos crucificados, y levanta los ojos á ver al Hijo crucificado con clavos de hierro, y luego bájalos á ver la Madre crucificada con clavos de dolor y compasión, y suplícales que repartan contigo de sus dolores, de modo que estés tú también crucificado con ellos por verdadera imitación. ¡Oh Madre de dolor! Dadme parte en la aflicción que sintió vuestra alma al contemplar por primera vez á vuestro Hijo puesto en la cruz; penetrad mi corazón con la espada que atravesó el vuestro, y no permitáis vuelva á cometer los pecados que tal estrago hicieron en vuestro Hijo. Y nosotros, ¿cómo agradecemos á María la pena que en esta ocasión sintió? ¿Se la aumentamos con nuevas caídas en el pecado?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán aflictivo y lamentable fué el estado en que se halló Jesús después de la crucifixión! No es posible tenga corazón quien lo medita y no se compadece de Él. Clavado en la cruz, los soldados la levantan en alto, y con ímpetu, y de golpe, la echan en el hoyo abierto en la tierra, estremeciéndose todo el cuerpo de Jesús. Tres clavos lo sostienen en alto, y con su peso vanse rasgando con acerbo dolor las heridas de los pies y de las manos. En ninguna parte puede apoyar la cabeza sin que aumenten inmensamente el dolor las

espinas de que está cubierta. Arroyos de sangre corren de sus heridas. Vese rodeado de innumerable multitud de gentes que le contemplan vergonzoso y desnudo entre el cielo y la tierra. Los unos se alegran, los otros gritan; éstos lloran movidos de sentimiento de compasión natural; aquéllos están con el alma partida de dolor, porque en Él ven á un Padre, á un amigo, á un bienhechor. Pero entre toda la multitud, los ojos de Jesús buscan á su Madre, ya porque en la aflicción es natural el dirigirse á la persona más amada, ya también porque entre todos los presentes, ninguno le amaba y compadecía como María. ¡Oh dolor de la Madre! ¡Oh angustia del Hijo! ¡Cuán ingratos somos si no sabemos compadecernos de ellos! ¿Qué exige de nosotros la compasión de estos dos personajes tan dignos de nuestro amor? Pidámosles que nos hagan participantes de sus dolores, y sobre todo de su paciencia inalterable en sufrirlos; formemos resoluciones de abrazarnos con nuestra cruz, y para cumplirlas acudamos con fervientes y amorosos coloquios á Jesucristo y á la Virgen Santísima, rogándoles por nosotros y por todo el mundo.

55.—MISTERIOS ENCERRADOS EN JESÚS CRUCIFICADO.

PRELUDIO 1.º Jesús crucificado es nuestro Dios, nuestro sumo Sacerdote y nuestro Maestro.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús clavado en la cruz.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de venerar con humildad y escuchar con docilidad á Jesús crucificado.

Punto 1.º *Jesús crucificado es nuestro Dios.*—Considera cómo este Señor que está crucificado es aquel Dios eterno é inmenso, cuya silla es el cielo, y la tierra es estrado de sus pies, el cual está sentado sobre los querubines, y anda sobre las plumas de los vientos. Es sumamente sabio y todopoderoso, por quien fueron criadas todas las cosas del cielo y de la tierra, ángeles y hombres. Y, como dice Isaías [1]: «Sustenta con tres dedos la redondez de la tierra», porque con su bondad, sabiduría y omnipotencia la conserva. Y después que hubieres considerado esto, baja los ojos á mirar la extremada miseria y bajeza de que esta divina Persona está vestida en la cruz, ponderando cómo su afligido cuerpo está suspendido con otro ternario de tres agudos clavos que le tienen asido en aquel madero, sin poderse menear de una parte á otra, los cuales de tal manera sustentan la carga de su cuerpo, que le atormentan con gran dolor, y le atormentarán hasta quitarle la vida. Y haciendo comparación de lo que esta divina Persona tiene en estos dos tronos, quedarás admirado y pasmado de que tanta grandeza haya venido á tanta bajeza; y

[1] Isai., XL, 12.

los pecados de ellos, Vos padecéis por los míos; el dolor de Job era vehemente, el vuestro es vehementísimo, hasta acabaros la vida. Y ¿seré yo tan ingrato que no me compadezca de Vos? ¿Cometeré nuevos pecados, con los cuales se acreciente vuestro dolor y aumente el gozo de vuestros enemigos?

Punto 3.º *Intenso dolor de María en esta ocasión.*—Considera aquí el dolor que la Virgen Santísima padeció en aquella primera vista de su Hijo, porque, en encontrándose los ojos de Cristo y de su Madre, ambos quedarían eclipsados con suma tristeza: la Madre quedó espiritualmente crucificada con la vista del Hijo, y el Hijo nuevamente afligido con la vista de la Madre; y callando ambos por la vehemencia del dolor, el corazón de cada uno se ocupaba en sentir los dolores que padecía el otro, doliéndose más por ellos que por los propios. Aumentaba el dolor y amor de María el conocimiento claro que tenía de los afectos del Corazón de Jesús; porque sabía que se ofrecía en la cruz también por ella, y más por ella que por otra ninguna criatura, puesto que de aquella muerte le cabía más parte y la alcanzaba más fruto que á otra ninguna. Pues la que era tan humilde y agradecida, y sabía el valor de los dones y gracias que Dios había puesto en ella por los merecimientos de la Pasión y muerte de su Hijo, ¿con cuánta compasión, dolor y amor le miraría, viendo que tan á costa suya y con tanto dolor se las ganaba? ¡Oh! ¡Qué consejo tan alto fué el de Dios, que cuando su Hijo subió á la cruz desnudo y embriagado como otro Noé de los amores de la Iglesia su esposa, se le pusiese delante aquella Virgen, que ella sola valía más que toda la Iglesia! Ponte ahora entre estos dos crucificados, y levanta los ojos á ver al Hijo crucificado con clavos de hierro, y luego bájalos á ver la Madre crucificada con clavos de dolor y compasión, y suplícales que repartan contigo de sus dolores, de modo que estés tú también crucificado con ellos por verdadera imitación. ¡Oh Madre de dolor! Dadme parte en la aflicción que sintió vuestra alma al contemplar por primera vez á vuestro Hijo puesto en la cruz; penetrad mi corazón con la espada que atravesó el vuestro, y no permitáis vuelva á cometer los pecados que tal estrago hicieron en vuestro Hijo. Y nosotros, ¿cómo agradecemos á María la pena que en esta ocasión sintió? ¿Se la aumentamos con nuevas caídas en el pecado?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán aflictivo y lamentable fué el estado en que se halló Jesús después de la crucifixión! No es posible tenga corazón quien lo medita y no se compadece de Él. Clavado en la cruz, los soldados la levantan en alto, y con ímpetu, y de golpe, la echan en el hoyo abierto en la tierra, estremeciéndose todo el cuerpo de Jesús. Tres clavos lo sostienen en alto, y con su peso vanse rasgando con acerbo dolor las heridas de los pies y de las manos. En ninguna parte puede apoyar la cabeza sin que aumenten inmensamente el dolor las

espinas de que está cubierta. Arroyos de sangre corren de sus heridas. Vese rodeado de innumerable multitud de gentes que le contemplan vergonzoso y desnudo entre el cielo y la tierra. Los unos se alegran, los otros gritan; éstos lloran movidos de sentimiento de compasión natural; aquéllos están con el alma partida de dolor, porque en Él ven á un Padre, á un amigo, á un bienhechor. Pero entre toda la multitud, los ojos de Jesús buscan á su Madre, ya porque en la aflicción es natural el dirigirse á la persona más amada, ya también porque entre todos los presentes, ninguno le amaba y compadecía como María. ¡Oh dolor de la Madre! ¡Oh angustia del Hijo! ¡Cuán ingratos somos si no sabemos compadecernos de ellos! ¿Qué exige de nosotros la compasión de estos dos personajes tan dignos de nuestro amor? Pidámosles que nos hagan participantes de sus dolores, y sobre todo de su paciencia inalterable en sufrirlos; formemos resoluciones de abrazarnos con nuestra cruz, y para cumplirlas acudamos con fervientes y amorosos coloquios á Jesucristo y á la Virgen Santísima, rogándoles por nosotros y por todo el mundo.

55.—MISTERIOS ENCERRADOS EN JESÚS CRUCIFICADO.

PRELUDIO 1.º Jesús crucificado es nuestro Dios, nuestro sumo Sacerdote y nuestro Maestro.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús clavado en la cruz.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de venerar con humildad y escuchar con docilidad á Jesús crucificado.

Punto 1.º *Jesús crucificado es nuestro Dios.*—Considera cómo este Señor que está crucificado es aquel Dios eterno é inmenso, cuya silla es el cielo, y la tierra es estrado de sus pies, el cual está sentado sobre los querubines, y anda sobre las plumas de los vientos. Es sumamente sabio y todopoderoso, por quien fueron criadas todas las cosas del cielo y de la tierra, ángeles y hombres. Y, como dice Isaías [1]: «Sustenta con tres dedos la redondez de la tierra», porque con su bondad, sabiduría y omnipotencia la conserva. Y después que hubieres considerado esto, baja los ojos á mirar la extremada miseria y bajeza de que esta divina Persona está vestida en la cruz, ponderando cómo su afligido cuerpo está suspendido con otro ternario de tres agudos clavos que le tienen asido en aquel madero, sin poderse menear de una parte á otra, los cuales de tal manera sustentan la carga de su cuerpo, que le atormentan con gran dolor, y le atormentarán hasta quitarle la vida. Y haciendo comparación de lo que esta divina Persona tiene en estos dos tronos, quedarás admirado y pasmado de que tanta grandeza haya venido á tanta bajeza; y

[1] Isai., XL, 12.

cubriendo como los serafines lo alto y lo bajo de tu Redentor por no alcanzar á comprenderlo, dirás con grande afecto [1]: «Santo, Santo, Santo sois, Señor Dios de los ejércitos»; tres veces santo por los tres dedos con que sustentáis el mundo; y otras tres veces Santo por los tres clavos que sustentan vuestro cuerpo en la cruz; y mucho más otras tres veces por otros tres clavos con que os habéis enclavado, á saber: Amor á los hombres, obediencia á vuestro Padre, y celo de nuestro bien. ¡Oh Redentor soberano! Gracias os doy por este amor, obediencia y celo con que estáis fijado en la cruz. Suplícoos, Señor, que me clavéis con esos mismos clavos en ella, de modo que siempre os ame más que á mí, y obedezca á vuestra voluntad, sin hacer caso de la mía, y cele vuestra honra y mi salvación eterna, sin cuidar mucho de lo que presto se pasa! ¿Cómo te conduces tú acerca de esto? ¿Cómo piensas respecto de estas virtudes? ¿No te admira la infinita grandeza de Dios sumergida en tales bajezas?

Punto 2.° *Jesús crucificado es Sacerdote.*—Luego has de considerar cómo este Señor que está en la cruz, es aquel gran sacerdote según el orden de Melquisedech, supremo Pontífice de la Iglesia, escogido y llamado de Dios, con más excelencia que Aarón, príncipe de los pastores [2] y obispo vigilantísimo de nuestras almas; el cual subió á la cruz para ofrecer un sacrificio sangriento, el más excelente que jamás se ofreció en la tierra. Las insignias de este sumo sacerdote son dolorosas y afrentosas, pero misteriosas. Por mitra tiene una corona de espinas fija en su cabeza, porque es cabeza perpetua de la Iglesia, y sacerdote eterno que nunca se ha de acabar. El báculo pastoral es la cruz. El anillo son los clavos en las manos. La vestidura sacerdotal de varios colores es su carne labrada con varios cardenales y llagas causadas de los azotes. De esta manera entró nuestro buen Jesús una sola vez en el *Sancta Sanctorum* á ofrecer sacrificio [3], no de animales, sino de sí mismo; no por sí mismo, sino por nosotros; no sacrificio común que se divide, sino holocausto que todo se abrasa con fuego de dolor y con fuego de amor, derramando toda su sangre en remisión de nuestros pecados, hasta quedar muerto y consumido en la cruz. ¡Oh cuán caro le costó á este sumo sacerdote aplacar la ira de Dios contra nosotros, pues no se contentó con ofrecer carne y sangre de animales, sino su propia carne y sangre unidas con su divinidad y apartadas entre sí con excesiva crueldad! Necesaria era tal ofrenda como esta para satisfacer de justicia por tal ofensa como la nuestra. Menester era que fuese Dios el sacerdote y el sacrificio, para que Dios quedase del todo contento y aplacado. ¡Oh supremo Pontífice y Pastor de mi alma! ¿Qué os daré por este sacrificio que estáis ofreciendo en la cruz por ella? Deseo asistir á ese vuestro sacrificio sangriento, y ofreceros un sacrificio de mi corazón contrito y humillado; contrito, por los pecados que cometí contra Vos, y humillado, por ver los dolores y afrentas que padecéis por mí. Y tú, ¿qué sacrificio ofreces á Dios? ¿Le ofreces, cuando menos, sacrificio de alabanza en agradecimiento del que Él ofrece por ti?

[1] Isai., VI, 3. — [2] I Petr., V, 4; II, 25. — [3] Hebr., IX, 12.

Punto 3.° *Jesús crucificado es nuestro Maestro.*—Aquí has de mirar á Jesucristo crucificado como á doctor y maestro, enviado por el eterno Padre al mundo para enseñarnos los caminos de la verdad y de la virtud, y las sendas de la santidad y perfección, el cual, habiéndolas enseñado por palabra y obra en los treinta y tres años de su vida, al fin de ella se sube á la cátedra de la cruz, y allí hace un epílogo de todo cuanto ha enseñado con excelentísima perfección; porque, así como cuando comenzó á predicar se subió á un monte, sentándose con sus discípulos, abrió su boca, y les predicó las ocho bienaventuranzas, que son ocho actos de virtud en que se funda la perfección evangélica; así ahora sube al monte Calvario, y puesto en la cruz, platica estas mismas virtudes y las ejercita con la mayor excelencia que jamás se ejercitaron. Pondera bien cuán excesiva fué su pobreza, humildad y mansedumbre, y oye cómo te dice Dios al corazón aquellas palabras que dijo á Moisés [1]: «Mira y obra según el ejemplar que se te ha mostrado en el monte»; esto es, mira el ejemplo de virtudes que mi Hijo te ha dado en el monte Calvario, y obra según ellas, aprendiendo la lección que te ha leído. Y para cumplir este encargo del Señor, has de ponerte á los pies de la cruz, y oir la lección que está leyendo Cristo crucificado, no siendo perezoso en escucharla y repetirla, pues le cuesta tanto el leerla; imprímela en tu corazón, y ponla luego por obra con tantas veras, que puedas decir con el Apóstol [2]: «No me precio de saber otra cosa entre los hombres, sino á Cristo, y éste crucificado». ¡Oh Maestro soberano! Vos dijisteis [3]: «Si fuere levantado de la tierra, traeré á Mí todas las cosas»: atraed mi memoria, para que piense siempre lo que ahí me enseñáis, mi entendimiento para que lo penetre, y mi voluntad para que lo ame, y todo mi espíritu para que lo imite. ¡Oh alma! Contempla con atención y silencio á tu divino Maestro: ¿qué fruto has sacado de sus lecciones? ¿Las has aprendido con la perfección que Él desea?

Epílogo y coloquios. ¡Oh! ¡Qué misterios tan profundos y qué enseñanzas tan sublimes están encerradas en Jesucristo crucificado! Él es aquel Dios omnipotente que, sentado sobre querubines, gobierna á las gentes con cetro de hierro, con su mirada hace temblar la tierra y en su mano empuña las riendas del universo; y para mostrar el amor que ha tenido á los hombres, la obediencia que á su eterno Padre profesa, y el celo que por

[1] Exod., XXV, 40. — [2] I Cor., II, 2. — [3] Joan., XII, 32.

el bien de la humanidad le abrasa, ha descendido de su trono para subir al trono afrentoso de la cruz, en donde ha sido colgado de tres clavos durísimos. ¡Oh amor de Dios! ¡Cuán grande es tu eficacia y poder! Es también el Sumo Sacerdote que, revestido con nuevas y humillantes vestiduras, ha entrado en el *Sancta Sanctorum* una sola vez, para ofrecer un holocausto perfectísimo para la remisión de los pecados del mundo; pero ¡qué holocausto! Su mismo cuerpo y sangre abrasados con el fuego del amor y del dolor. ¡Oh pecado! ¡Cuán enorme mal eres, cuando tal sacrificio se necesita para destruirte! Es, además, el supremo Doctor y Maestro, venido al mundo para enseñarle la verdad, al cual su mismo Padre encargó que oyéramos dócilmente. ¡Qué enseñanzas tan prácticas nos da! ¡Qué virtudes tan perfectas nos predica! Y en vista de esto, ¿agradecemos nosotros la benignidad de este soberano Señor, el sacrificio de este sumo Sacerdote, y las enseñanzas de este divino Maestro? ¿Aprendemos las lecciones que nos lee desde la cruz? No seamos discípulos desaprovechados y no sean en vano las enseñanzas de este sapientísimo Maestro. Oigámosle con atención, y hagamos propósitos de poner en práctica lo que nos enseña. Pidamos la gracia de practicarlo, y roguemos por todo lo demás.

56.—TÍTULO PUESTO SOBRE LA CRUZ.

PRELUDIO 1.° Pusieron sobre la cruz un título que decía: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos», y estaba escrito en hebreo, griego y latín.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús crucificado y á los judíos poniendo el título sobre su cruz.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de penetrar la significación de este título, y honrar por él al que le lleva.

Punto 1.° *Jesús Nazareno.*—En estas dos palabras se encierran las dos causas principales de su crucifixión y muerte. Jesús quiere decir Salvador. y se le puso este nombre porque vino á salvar al mundo y á librarle de los pecados que tenía y de las penas que por ellos merecía; y por esta causa fué crucificado, para que con su muerte y derramamiento de su sangre acabase la obra de nuestra redención. Este nombre se le puso en la Circuncisión, tomando posesión del oficio de Salvador con la poca sangre que allí derramó. Mas ahora se le pone encima de la cruz como título de su Pasión; porque acaba y perfecciona todo lo que pertenece á este oficio con el derramamiento de toda su sangre; pues, como dice san Pablo [1]: «Sin derramamiento de sangre no hay redención de pecados ni salvación». ¡Oh! ¡Cuán dulce, suave y grato ha de ser para tu espíritu el

[1] Hebr., IX, 22.

inefable nombre de Jesús, de que el Señor se gloría en estos últimos instantes de su vida! Pondera luego el nombre *Nazareno,* que quiere decir florido; en el cual se indica la segunda causa de haber subido Jesús al árbol de la cruz, que fué para brotar en ella las flores excelentísimas de las virtudes que ejercitó para nuestra enseñanza y ejemplo: flores fueron su pobreza y obediencia, su mansedumbre y humildad, su paciencia y caridad. Estas flores brotan con grande abundancia, derramando en torno de sí un precioso perfume de santidad, con el cual embriaga y conforta á sus escogidos para que las practiquen y lleguen á ser santos y nazarenos como Él. ¡Oh Jesús Nazareno! ¡Cuán florido estáis! Toda la vida fuisteis muy florido; pero mucho más lo estáis al fin de ella. Bien podéis decir á vuestra Esposa la Iglesia [1]: «Nuestro lecho es florido», porque el lecho de la cruz está lleno de flores olorosísimas que brotáis en ella. ¡Oh! ¡Si nosotros supiésemos oler estas flores y alentarnos á producir otras como ellas! ¿Nos ejercitamos en la meditación de las virtudes que ejercita Jesús? ¿Procuramos que su nombre santo no sea vano para nosotros?

Punto 2.° *Rey de los judíos.*—La tercera palabra del título es *Rey;* en la cual se significa la causa porque Pilatos condenó á Cristo á ser crucificado; es á saber: porque los judíos le acusaban de que quería ser su rey, y porque de verdad era Rey, no temporal, sino eterno, cuyo reino comenzó con estabilidad desde la cruz, porque escrito estaba [2] que Dios reinaría desde el madero; porque como el reino del pecado comenzó en un árbol, por la desobediencia del primer Adán, así el reino de Dios comenzó en otro árbol, por la obediencia de Cristo, que murió en él. De lo cual debes sacar que, si quieres reinar con Cristo, ha de comenzar tu reinado también desde la cruz, crucificando en ella tu hombre viejo, y destruyendo el cuerpo del pecado, porque los reinos de la tierra gózanse viviendo; pero el de Cristo muriendo. ¡Oh! ¡Quién supiera morir para todas las cosas del mundo de tal modo que toda mi gloria fuese Cristo y Éste crucificado! Pondera la última palabra del título, que es Rey *de los judíos;* y aunque ellos no le quisieron recibir, y por esto pidieron que fuese crucificado; pero no por esto dejó de ser Rey, enviado por el Eterno Padre para que reinase en ellos y en todos aquellos que tuviesen la significación de su nombre, que es confesar con verdadera confesión lo que Dios ha revelado, glorificándole por ello. Y á esta causa el título se escribió en hebreo, griego y latín, para que todas las naciones del mundo, significadas por estas tres lenguas, conozcan á este Rey y le adoren; y toda lengua, como dice san Pablo [3], confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. ¡Oh Hijo de Dios

[1] Cant., I, 15. — [2] Psalm. XCV, 10. — [3] Philip., II, 11.

vivo! Confieso que os cuadra muy bien este glorioso título, porque Vos solo y no otro sois Jesús Nazareno, Rey de los judíos. ¡Oh si todo el mundo leyese este título y lo admitiese, y todos os confesasen por su Rey y Salvador! ¡Oh título soberano, en quien están cifrados todos los títulos que tengo para negociar mi salvación! Por ti serán oídas mis oraciones, cumplidos mis deseos y remediadas todas mis necesidades. ¿Qué aprecio hacemos nosotros de este título? ¿Reconocemos por nuestro Rey á Jesús crucificado? ¿Deseamos reinar con Él?

Punto 3.º *Los judíos quieren cambiar el título, y Pilatos se opone.*—Habiendo muchos leído este título, los pontífices de los judíos dijeron á Pilatos: «No escribas Rey de los judíos, sino Él dijo: Rey soy de los judíos». Pero Pilatos respondió: «Lo que escribí, escribí». Acerca de lo cual has de considerar tres suertes de personas que leyeron el título de la cruz de Cristo. La primera fué de los pontífices y fariseos y otros malintencionados enemigos de Cristo, los cuales le tuvieron por falso, y quisieron enmendarlo; y éstos son figura de los herejes y demás infieles que oyen ó leen los libros sagrados, y los títulos y obras de la divinidad y humanidad de Cristo, y niegan muchas de ellas, y las quieren enmendar por su antojo y errado parecer. Otros leyeron el mismo título por curiosidad, como es costumbre en tales casos; pero no hicieron caso de él, ni le entendieron ni penetraron el misterio que encerraba; y éstos figuran á aquellos que oyen y leen las cosas de Cristo, y las creen á bulto y sin ahondar ni penetrar los misterios que en sí encierran, y así no sacan provecho de ellas. La tercera suerte de hombres fueron la Virgen Santísima, san Juan y las devotas mujeres que se hallaban en el Calvario, los cuales leyeron el título con devoción, y lo entendieron, y penetraron su sentido con grande afecto de su corazón; y éstos figuran á aquellos que leen las verdades de la fe, y procuran meditarlas y rumiarlas con devoción y espíritu para su propio provecho. ¡Oh, si todos perteneciésemos á esta afortunada clase! Pondera luego cómo Pilatos, movido de divina inspiración, no quiso cambiar el título, por más que se lo rogaron; en lo cual se significa que era verdad lo que decía, y que ninguna razón humana puede hacer que se mude la verdad de lo que Dios ha enseñado; y así lo que está escrito en la divina Escritura, escrito estará, sin que nadie lo pueda borrar. ¡Oh Salvador del mundo! Pues tan amigo sois de firmeza, que no consentisteis que se mudase una letra de este título, suplícoos me hagáis tan constante en vuestro servicio, que ninguna persuasión de mis enemigos baste á derribarme de él. Pero ¿qué debo yo hacer para esto? ¿Cómo leo ú oigo las verdades de la religión? ¿Qué firmeza tengo en mis propósitos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán admirable es la Providencia del Señor! En medio de las injurias y ultrajes de que es

blanco el divino Redentor crucificado, dispone su Majestad que reciba la mayor gloria y claridad que podía desear, y los mismos judíos que le afrentan, son los instrumentos de que se vale para glorificar á su Hijo. Ponen en lo alto de la cruz un título, el más honroso, glorioso y honorífico que podía darse al Señor, en el cual se compendian las causas de su muerte, y se resumen las ilustres virtudes y sublimes grandezas que le enriquecieron. Jesús Nazareno, Rey de los judíos. ¿Qué más podía decirse en honor de nuestro Redentor? Si es Jesús, es Dios y hombre verdadero, uniéndose en una misma persona las sublimes excelencias y atributos de la divinidad y las bajezas de la humanidad, para salud de los hombres. Si es Nazareno, es florido con todas las flores más preciosas, olorosas y delicadas de las virtudes; es santo por excelencia y fuente de santidad. Si es Rey, ejerce soberano dominio sobre todas las cosas, obedeciendo todas puntualmente á la insinuación de su voluntad. Si es Rey de los judíos, todos los que con verdad confiesen y alaben á Dios, han de reconocerle por dueño y soberano, y han de ponerse bajo sus órdenes, si desean que sus alabanzas y confesiones sean aceptas al Señor. ¡Oh, si todos leyésemos con atención, penetrásemos el sentido, y obrásemos según la divina enseñanza que encierra este glorioso título! ¿Cómo lo leemos? ¿Imitamos á los fariseos, que querían enmendarle? ¿O á la chusma que lo leyó por curiosidad sin ahondar en su significado? ¿Confesamos con las obras que Jesús es nuestro Salvador, nuestro Rey y nuestro Maestro? ¿Imitamos las preciosas flores de las virtudes que brotan en la cruz? Abominemos el proceder de aquellos que no quisieron que Jesús reinase sobre ellos; propongamos conducirnos siempre como fieles súbditos de este Rey, y para alcanzarlo pidamos las gracias que necesitamos, y roguemos por todo el mundo.

57.—PARTICIÓN DE LAS VESTIDURAS.

PRELUDIO 1.º Los soldados que habían crucificado á Cristo se partieron sus vestiduras, sortearon su túnica y sentados le guardaban.

PRELUDIO 2.º Represéntate á estos soldados, enajenando á la vista de Jesucristo sus sagradas vestiduras.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de amar la pobreza y demás virtudes que brillan en Jesucristo.

Punto 1.º *Los soldados parten las vestiduras de Cristo.*—Después que los soldados terminaron la crucifixión del Señor, tomaron sus vestiduras, partiéronlas en cuatro partes, tomando cada uno la suya [1]. Sobre esta partición has de considerar las causas que la motivaron y los misterios que encierra. De parte

[1] Joan., XIX, 23.

vivo! Confieso que os cuadra muy bien este glorioso título, porque Vos solo y no otro sois Jesús Nazareno, Rey de los judíos. ¡Oh si todo el mundo leyese este título y lo admitiese, y todos os confesasen por su Rey y Salvador! ¡Oh título soberano, en quien están cifrados todos los títulos que tengo para negociar mi salvación! Por ti serán oídas mis oraciones, cumplidos mis deseos y remediadas todas mis necesidades. ¿Qué aprecio hacemos nosotros de este título? ¿Reconocemos por nuestro Rey á Jesús crucificado? ¿Deseamos reinar con Él?

Punto 3.º *Los judíos quieren cambiar el título, y Pilatos se opone.*—Habiendo muchos leído este título, los pontífices de los judíos dijeron á Pilatos: «No escribas Rey de los judíos, sino Él dijo: Rey soy de los judíos». Pero Pilatos respondió: «Lo que escribí, escribí». Acerca de lo cual has de considerar tres suertes de personas que leyeron el título de la cruz de Cristo. La primera fué de los pontífices y fariseos y otros malintencionados enemigos de Cristo, los cuales le tuvieron por falso, y quisieron enmendarlo; y éstos son figura de los herejes y demás infieles que oyen ó leen los libros sagrados, y los títulos y obras de la divinidad y humanidad de Cristo, y niegan muchas de ellas, y las quieren enmendar por su antojo y errado parecer. Otros leyeron el mismo título por curiosidad, como es costumbre en tales casos; pero no hicieron caso de él, ni le entendieron ni penetraron el misterio que encerraba; y éstos figuran á aquellos que oyen y leen las cosas de Cristo, y las creen á bulto y sin ahondar ni penetrar los misterios que en sí encierran, y así no sacan provecho de ellas. La tercera suerte de hombres fueron la Virgen Santísima, san Juan y las devotas mujeres que se hallaban en el Calvario, los cuales leyeron el título con devoción, y lo entendieron, y penetraron su sentido con grande afecto de su corazón; y éstos figuran á aquellos que leen las verdades de la fe, y procuran meditarlas y rumiarlas con devoción y espíritu para su propio provecho. ¡Oh, si todos perteneciésemos á esta afortunada clase! Pondera luego cómo Pilatos, movido de divina inspiración, no quiso cambiar el título, por más que se lo rogaron; en lo cual se significa que era verdad lo que decía, y que ninguna razón humana puede hacer que se mude la verdad de lo que Dios ha enseñado; y así lo que está escrito en la divina Escritura, escrito estará, sin que nadie lo pueda borrar. ¡Oh Salvador del mundo! Pues tan amigo sois de firmeza, que no consentisteis que se mudase una letra de este título, suplícoos me hagáis tan constante en vuestro servicio, que ninguna persuasión de mis enemigos baste á derribarme de él. Pero ¿qué debo yo hacer para esto? ¿Cómo leo ú oigo las verdades de la religión? ¿Qué firmeza tengo en mis propósitos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán admirable es la Providencia del Señor! En medio de las injurias y ultrajes de que es

blanco el divino Redentor crucificado, dispone su Majestad que reciba la mayor gloria y claridad que podía desear, y los mismos judíos que le afrentan, son los instrumentos de que se vale para glorificar á su Hijo. Ponen en lo alto de la cruz un título, el más honroso, glorioso y honorífico que podía darse al Señor, en el cual se compendian las causas de su muerte, y se resumen las ilustres virtudes y sublimes grandezas que le enriquecieron. Jesús Nazareno, Rey de los judíos. ¿Qué más podía decirse en honor de nuestro Redentor? Si es Jesús, es Dios y hombre verdadero, uniéndose en una misma persona las sublimes excelencias y atributos de la divinidad y las bajezas de la humanidad, para salud de los hombres. Si es Nazareno, es florido con todas las flores más preciosas, olorosas y delicadas de las virtudes; es santo por excelencia y fuente de santidad. Si es Rey, ejerce soberano dominio sobre todas las cosas, obedeciendo todas puntualmente á la insinuación de su voluntad. Si es Rey de los judíos, todos los que con verdad confiesen y alaben á Dios, han de reconocerle por dueño y soberano, y han de ponerse bajo sus órdenes, si desean que sus alabanzas y confesiones sean aceptas al Señor. ¡Oh, si todos leyésemos con atención, penetrásemos el sentido, y obrásemos según la divina enseñanza que encierra este glorioso título! ¿Cómo lo leemos? ¿Imitamos á los fariseos, que querían enmendarle? ¿O á la chusma que lo leyó por curiosidad sin ahondar en su significado? ¿Confesamos con las obras que Jesús es nuestro Salvador, nuestro Rey y nuestro Maestro? ¿Imitamos las preciosas flores de las virtudes que brotan en la cruz? Abominemos el proceder de aquellos que no quisieron que Jesús reinase sobre ellos; propongamos conducirnos siempre como fieles súbditos de este Rey, y para alcanzarlo pidamos las gracias que necesitamos, y roguemos por todo el mundo.

57.—PARTICIÓN DE LAS VESTIDURAS.

PRELUDIO 1.º Los soldados que habían crucificado á Cristo se partieron sus vestiduras, sortearon su túnica y sentados le guardaban.

PRELUDIO 2.º Represéntate á estos soldados, enajenando á la vista de Jesucristo sus sagradas vestiduras.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de amar la pobreza y demás virtudes que brillan en Jesucristo.

Punto 1.º *Los soldados parten las vestiduras de Cristo.*—Después que los soldados terminaron la crucifixión del Señor, tomaron sus vestiduras, partiéronlas en cuatro partes, tomando cada uno la suya [1]. Sobre esta partición has de considerar las causas que la motivaron y los misterios que encierra. De parte

[1] Joan., XIX, 23.

de los cuatro soldados, que fueron los cuatro verdugos que crucificaron al Señor, la causa fué su codicia; porque como era gente vil, cada uno quiso llevar su pieza de la vestidura, echando suerte sobre cuál pieza tocaría á cada uno, y también la descosieron y dividieron á vista de Cristo, por escarnecer de El; como quien dice: Ya no tendréis más necesidad de vestiduras. Y cuando las partían, quizá diría alguno: Rasguemos las vestiduras de este blasfemo, pues no quiso Él rasgárselas por las blasfemias que dijo contra Dios. De esta manera estaban allí atormentando los ojos y los oídos de nuestro buen Jesús. El cual permitió que los soldados hicieran entre sí tal partición, enajenando sus vestidos, que era la única hacienda que le quedaba, para darnos ejemplo de perfectísima pobreza evangélica, diciéndonos con la obra lo que había dicho de palabra: «El que no renuncia todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo». ¡Oh, si nosotros aprendiésemos con perfección esta lección del Salvador! Pondera también otra causa de esta partición, que fué para mostrar su inmensa caridad y benignidad en dar cuanto tenía á los hombres, cuerpo, sangre y hacienda, y en especial para significar que todos los hombres, de cualquiera de las cuatro partes del mundo que viniesen á El, podrían tener parte en las vestiduras de su gracia, caridad y virtudes, para que se vistiesen y adornasen con ellas; y que así como estos soldados que le crucificaron tuvieron derecho á ellas, así los pecadores, que le crucifican dentro de sí, tienen derecho á pedirlas, no por sus merecimientos, sino por la sangre del Señor que anda junta con ellos. ¡Oh dulcísimo Jesús! Gracias os doy por vuestra infinita generosidad, por la cual os dignáis vestir con vuestra preciosa vestidura al mismo que os crucifica con tanta deshonra. Pésame de la parte que he tenido en vuestra crucifixión; mas, pues sois tan dadivoso, dadme parte en vuestras sagradas vestiduras, repartiendo conmigo vuestras soberanas virtudes. ¿No nos horroriza la codicia de los soldados que quitan á Jesús sus vestidos? ¿No imitaremos la pobreza de Jesús? ¿No deseamos vestirnos de su gracia?

Punto 2.º *Los soldados echan suertes sobre la túnica inconsútil de Jesús.*—Como la túnica era inconsútil, tejida toda desde arriba abajo, los soldados no la partieron, sino echaron suertes sobre cúya había de ser, cumpliéndose lo que estaba escrito: «Dividieron entre sí mis vestidos, y sobre mi vestidura echaron suertes». Acerca de este paso has de considerar las causas misteriosas de él, pues tan en particular quiso el Señor que fuese profetizado. De parte de los verdugos la causa fué, porque si la túnica se partiera, no fuera de provecho para ninguno, por ser toda de una pieza, tejida, según se dice, por la Virgen Sacratísima, la cual sintió tiernamente ver aquella preciosa túnica, bañada con la sangre de su Hijo, en las manos de tan vil gente. ¡Con cuánta razón y dolor podría decir esta Señora lo que dijo Jacob [1]: «Una fiera muy cruel ha tragado á mi hijo José, y con su sangre está teñida la túnica que yo le di». Otra causa de este hecho fué porque esta túnica representaba la humanidad de Cristo, tejida desde arriba abajo; porque desde el cielo se tejió, sin obra de varón, en las entrañas de la Virgen, por obra del Espíritu Santo. La cual es vestidura riquísima de los fieles, que, como dice el Apóstol [2], se visten de Nuestro Señor Jesucristo cuando se bautizan, conformándose con su vida en unión de caridad, sin admitir división alguna, porque Cristo no se puede dividir. También representaba esta túnica la Iglesia [3], Esposa suya, en la cual quiere que no haya división, sino que se conserve siempre una, en unidad de fe y de caridad; y quien intentare dividirla, pretende dividir á Cristo y á su preciosa túnica, en lo que es más cruel que los verdugos que á esto no se atrevieron. ¡Oh Dios de la paz y del amor! No permitáis que haya cisma en vuestra Iglesia, ni discordia en vuestra religión, ni división alguna en vuestro pueblo cristiano. Conservadlos á todos en unión de caridad, para que sean una cosa en Vos, y Vos podáis vestiros de ellos, como de túnica preciosa, para colocarlos en el reino de vuestra gloria. ¿Hemos nosotros sido causa de que se turbase alguna vez la unión? ¿Qué hemos de hacer de nuestra parte para evitar este mal?

Punto 3.º *Los soldados sentáronse para guardar á Cristo.*—Hecha la partición de las vestiduras, los soldados se sentaron al pie de la cruz con el fin de guardar á Cristo [4]. Esto hicieron, según puede suponerse, por orden de Pilatos, á instancias de los judíos, cuya mala conciencia les hacía temer que alguno no le bajase vivo de la cruz, ó para prohibir que ninguno le diese algún refrigerio y alivio de los que se solían dar á otros crucificados, y quizá se dieron á los ladrones que estaban crucificados con Cristo, porque esta guarda no era para ellos. Pondera aquí cómo estos enemigos de Cristo, después que le pusieron en la cruz, no solamente no se movieron á compasión de verle padecer tan graves ignominias y tormentos, sino con una crueldad endemoniada procuraban añadir otros de nuevo, con palabras y meneos, diciéndole grandes injurias y blasfemias por instigación del demonio, el cual pretendía por ellas tentarle, unas veces de impaciencia y desconfianza, y otras de inconstancia, faltando en lo que había comenzado. Pero todas las sufría este inocentísimo Cordero con admirable paciencia y humildad, y con grande constancia y fortaleza, sin dar muestras, ni por palabra, ni por meneo, de algún sentimiento ó queja contra sus blasfemadores, ni de alguna flaqueza ó arrepentimiento de haber subido á la cruz, dándonos un heroico ejemplo de sufrir y vencer las tentaciones que de este modo nos acometieren. ¡Oh Rey del

[1] Gen., XXXVII, 33. — [2] Galat., III, 27. — [3] I Cor., I, 13. — [4] Matth., XXVII, 36.

cielo! Vos, que en el cielo estáis rodeado de innumerables ángeles que os cantan alabanzas, ¿cómo os habéis humillado á estar en ese vil trono de la cruz, teniendo en torno de Vos tanta gente que no cesa de vituperaros? Gózome de la gloria que tenéis en el cielo, y afíjome por las ignominias y tormentos que padecéis en el suelo, y por ambas os alabo y glorifico. ¡Quién pudiera tener parte en vuestras ignominias, á fin de tenerla después en vuestra gloria! ¿No nos compadeceremos nosotros de Jesús? ¿Imitamos su constancia y firmeza en medio de las tribulaciones? ¿Nos dejamos llevar del decaimiento de ánimo?

Epílogo y coloquios. ¡Á qué extremo de pobreza se ve reducido el Salvador en la cruz! Desnudo de pies á cabeza, contempla desde ella á los soldados que entre sí están repartiendo sus vestiduras, única hacienda que le ha quedado. De este modo quiere mostrarnos su infinita caridad y largueza, disponiendo que todos, inclusos sus enemigos, puedan tener parte en las vestiduras de gracia, caridad y virtudes que, muriendo, nos ha merecido. ¡Oh! ¡Cuán digna de alabanza es la generosidad de este Señor! Mas, no permite que se divida su túnica inconsútil, porque representa su humanidad, la cual no consiente división en aquellos á quienes enriquece, y porque figura también la Iglesia, que siempre será una con unidad de fe, de costumbres, de aspiraciones, y luchará contra toda división, arrojando de sí, en caso necesario, á los que pretendan dividirla. ¡Ay de aquel que ose sembrar discordias en la Iglesia, en la religión ó entre los amigos de Cristo! Los soldados, satisfechos de la parte de los vestidos del Señor que en suerte les ha tocado, sentados junto á la cruz, le están guardando, y se entretienen insultándole. ¡Qué malicia tan diabólica! ¡Qué crueldad tan inhumana! Pero, ¡qué paciencia tan invencible la de Jesucristo! ¿Qué dice todo esto á nuestro corazón? ¿No se despiertan en él deseos de pobreza, contemplando la de Jesús? ¿Hemos sido alguna vez sembradores de discordias entre nuestros hermanos? ¡Qué injuria hemos hecho con esto á Jesús, que tanto ha recomendado la unión entre los suyos! Sigamos desde hoy otro camino; trabajemos para que no se menoscabe por nuestra causa la unión y caridad; hagamos al efecto eficaces y prácticos propósitos; importunemos al Señor con nuestras súplicas, rogando por nosotros y por todo el mundo.

58.—INJURIAS QUE RECIBE JESÚS CRUCIFICADO.

PRELUDIO 1.° Dicen palabras afrentosas contra Cristo la gente que estaba en el Calvario, los pontífices y fariseos y los soldados.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús crucificado, oyendo las injurias que le dicen sus enemigos.

PRELUDIO 3.° Pide viva compasión de Jesús, y detestación de los pecados.

Punto 1.° *Los que estaban en el Calvario insultaban á Cristo con gestos y palabras injuriosas.*—Considera aquí lo que dice san Mateo, que los que pasaban por allí blasfemaban de Jesucristo, meneando sus cabezas, y diciendo por mofa [1]: «¿Eres tú el que destruyes el templo de Dios, y en tres días le reedificas? Sálvate ahora á ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz». Es de creer que, mientras proferían estas afrentosas blasfemias, harían muchos gestos con la boca y con los labios, como lo apunta David en sus Salmos [2]; y que también, como dijo Jeremías [3] en sus lamentaciones, darían palmadas con las manos, y le silbarían con sus bocas por irrisión, sufriendo el divino Redentor estas silbas de desprecio, para remediar el veneno que la serpiente infernal derramó en el género humano con los silbos venenosos de su maldita sugestión. Y así como ningún caso hizo de su silbo cuando, llevándole del desierto al pináculo del templo delante de innumerable muchedumbre, le dijo: «Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo»; así tampoco hace caso de este silbo que da por boca de estos blasfemos, diciéndole [4]: «Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz». Antes al contrario, precisamente porque es Hijo de Dios, no quiere descender vivo de la cruz, sino morir en ella, para engendrar allí muchos hijos de Dios por adopción. En lo cual te enseña prácticamente que es propio de los hijos de Dios no descender por su voluntad de la cruz, sino morir en ella al mundo y al pecado, perseverando en la mortificación hasta el fin. ¡Oh Hijo de Dios vivo! Por aquella invencible constancia que mostrasteis en esta ocasión, permaneciendo en el suplicio á pesar de las solicitaciones de vuestros contrarios, os suplico no permitáis que la serpiente astuta me engañe con sus silbos infernales, persuadiéndome á bajar de la cruz que una vez tomé por vuestro amor; dadme que persevere en ella como hijo de tal Padre, porque no venga á perder la dignidad de hijo. ¿Deseamos nosotros bajar de la cruz? ¿Hemos sentido impulsos de abandonar el camino de la virtud emprendido, ó el estado de perfección que hemos abrazado? ¿Hemos dado oído á tales sugestiones?

Punto 2.° *Los príncipes de los sacerdotes insultan á*

[1] Matth., XXVII, 39.—[2] Psalm. XXI, 14.—[3] Thren., II, 15.—[4] Matth., IV, 6.

Cristo.—Además de la chusma del pueblo, también los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos se burlaban de Jesús crucificado, diciendo unos á otros de modo que lo oyese: «Á otros hizo salvos, y á sí no puede salvarse. Si es Rey de Israel, baje de la cruz, y creeremos en Él. Pues confía en Dios, que le libre ahora, si quiere, ya que ha dicho: Hijo soy de Dios». En las cuales palabras, por escarnio, le zaherían en las cuatro cosas más principales de que Cristo nuestro Señor se preciaba. Lo primero, en su poder, diciendo que quien podía librar á otros, no tenía poder para librarse á sí. Lo segundo, en su reino, diciendo que si era Rey de Israel, bajase de la cruz y creerían en Él, como si dijeran: tan falso es que es Rey, como imposible que baje de la cruz. Lo tercero, en la confianza que tenía en Dios, diciéndole que si se preciaba de confiar en Dios porque le amaba, pidiese á Dios que le librase [1]; como quien dice: No le librará, porque no le ama. Lo cuarto, en la dignidad de Hijo de Dios, teniéndola por fingida: y en todas cuatro cosas mezclaban grandes falsedades, porque el demonio, que es padre de la mentira, hablaba por ellos para tentar á Cristo y descubrir si era Hijo de Dios, bajando de la cruz á título de que aquella gente creyese en Él. Mas el buen Jesús sufría con inalterable paciencia todos estos escarnios sin responderles palabra ni hacer caso de sus dichos, porque sabía el mal ánimo de donde procedían. ¡Oh mansísimo Cordero! ¿Qué os daré por la paciencia con que sufríais tales baldones y blasfemias contra vuestras soberanas y divinas virtudes? Lo que para gloria vuestra deseo, es confesar lo que estos blasfemos no alcanzaron, y preciarme de lo que ellos despreciaron. Confieso que sois el Salvador de todos y que podíais salvaros á Vos mismo; confieso que sois el Rey de Israel; confieso que tenéis confianza en Dios vuestro Padre, el cual os ama como á su unigénito Hijo, y si no quiere libraros de vuestros trabajos, es porque no es señal cierta de ser hijos de Dios ser librados de los trabajos, sino perseverar constantemente hasta la muerte en ellos. ¿Qué dices tú, alma mía, de las acusaciones de los enemigos de Cristo? ¿Confiesas tú de corazón y con las obras lo que ellos niegan?

Punto 3.º *También los soldados gentiles escarnecieron á Jesús.*—Los soldados que allí estaban también burlaban de Jesucristo, leyendo el título de la cruz y diciendo: «Si tú eres Rey de los judíos, sálvate á ti mismo». Como si dijeran: Si eres Rey tan poderoso que podrás salvar y librar á los judíos, líbrate á ti de la cruz en que estás. De la misma manera dice san Marcos que blasfemaban de Cristo los ladrones que estaban crucificados con Él. En todo lo cual puedes considerar de paso la pena grande que recibiría la Virgen Sacratísima, oyendo aquellas blasfe-

[1] Sap., II, 13-18.

mias que se decían contra su Hijo, y los meneos, silbos y escarnios que de Él hacían. Ya que no había visto los que padeció en casa de Caifás y en el pretorio de Pilatos, ordenó la divina Providencia que oyese estos, para que también sus oídos fuesen atormentados con estas injurias y blasfemias, las cuales sentía más que si se dijeran contra ella; y aun se puede creer que de recudida, aquellos fieros perseguidores, blasfemando del Hijo, revolvían sobre la Madre que tal Hijo había dado á luz; pero todo lo sufría con admirable paciencia y silencio, mirando el ejemplo que su Hijo la daba. Finalmente: has de considerar cómo, según dice san Lucas [1], el pueblo estaba allí mirando á Cristo, y esperando en qué había de parar su crucifixión; y este mirar no era con devoción, sino con irrisión, y así Cristo nuestro Señor le cuenta entre sus injurias, diciendo [2]: «Consideráronme y miráronme». ¡Oh! Si estos miserables le miraran como habían de mirarle, ¡cuán grandes bienes sacaran de esta vista! Porque si mirar á la serpiente de metal [3] bastaba para sanar de las mordeduras de las serpientes venenosas, ¿cuánto más bastara mirar al Salvador, figurado por esta serpiente, puesto sobre el madero de la cruz con figura de pecador, para librarles de las mordeduras venenosas de sus pecados? ¡Oh Salvador mío! Concededme que os mire y os contemple con viva fe y con espíritu de amor y devoción, para que de esta vista quede sano y fuerte para alabaros y serviros por todos los siglos. ¿Miramos nosotros á Cristo crucificado por medio de la meditación? ¿Nos compadecemos de sus penas y de las de su Madre Santísima? ¿Qué fruto sacamos de mirar á Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Cuánta es la rabia de los hombres contra Jesucristo! Está clavado en la cruz, agobiado de dolores y tormentos, sin hallar consuelo ni descanso en parte alguna, y, no satisfecho su odio incomprensible con verle padecer tales penas, se divierten dirigiéndole palabras injuriosas, que, como dardos envenenados, vienen á atravesar de parte á parte su generoso corazón. La gente que pasaba por el Calvario le decía: Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz; y ¿no eres tú el que quería edificar en tres días el templo de Dios? Pues, ¿por qué no te salvas á ti mismo? Los príncipes de los sacerdotes y ancianos también hacen burla de El, y le motejan de falto de poder para salvarse, de rey falso, de loco, que presume confiar en Dios, y de farsante que enseña que es Hijo de Dios. Los mismos soldados gentiles leen el título de la cruz, y en tono irónico y burlesco dicen: «Si tú eres Rey de los judíos, sálvate á ti mismo». Á todo esto Jesús calla con la más admirable paciencia y profunda humildad, como si no tuviese qué contestar, y no supiese cómo tapar las bocas inmundas de aquellos blasfemos. Y María, su

[1] Luc., XXIII, 35. — [2] Psalm. XXI, 18. — [3] Num., XXI, 8.

amantísima Madre, se halla presente, y ve los meneos, y oye las burlas que se hacen á su Hijo; y á todo calla con humildad, aunque de rechazo hiera su honor alguna palabra de los enemigos de Jesús. ¡Qué ejemplos tan dignos de nuestra imitación! ¿Cómo nos portamos en las injurias que recibimos? ¿Hemos seguido la conducta de estos atrevidos injuriadores de Cristo? ¿No sentimos compasión de lo que padecen este Señor y su Santísima Madre? Esforcémonos, á lo menos nosotros, en reparar de algún modo tan enormes injurias; para esto propongamos llorar más nuestras culpas, hacer penitencia y practicar aquello que desea Jesús á quien hemos de suplicar nos auxilie y remedie todos nuestros males.

59.—PRIMERA PALABRA QUE DIJO CRISTO EN LA CRUZ.

PRELUDIO 1.º La primera palabra que Jesús dijo en la cruz, fué para pedir á su Padre perdón por sus enemigos.

PRELUDIO 2.º Represéntate estar junto á la cruz, oyendo esta palabra: «Padre, perdónalos».

PRELUDIO 3.º Pide al Señor crucificado perdón de tus propias culpas, y para todos los pecadores.

Punto 1.º *La primera palabra de Jesús: «Padre, perdónalos», toda es amor.*—Estando Cristo nuestro Señor en su cruz, sufriendo los desprecios de sus enemigos, y habiendo callado con grandísimo silencio, abrió su boca para pronunciar la primera palabra, diciendo [1]: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen». Considera cómo la primera lección que este Señor lee desde su cátedra de la cruz, toda es amor, orando por los que le crucificaban, y excusándolos del modo que podía, mostrando en esto su infinita caridad. Para comprender mejor el incendio vehemente que le abrasaba, pondera cómo el Señor estaba lleno de dolores y tormentos en todos los miembros de su cuerpo, sin hallar lugar de descanso en aquella dura cama de la cruz. Y demás de esto, estaba rodeado de sus enemigos que le habían puesto en ella; los cuales actualmente se estaban saboreando en verle tan afligido, añadiéndole nuevas aflicciones con terribles injurias y blasfemias, abriendo sus bocas, moviendo sus labios y meneando sus cabezas por escarnio. A este tiempo levanta Jesús sus ojos al cielo, y derramando lágrimas por ellos, abre su boca, no para pedir fuego que los abrase, como pidió Elías [2], ni para echarles su maldición, como Noé [3] y Elíseo [4] cuando maldijeron á los que los escarnecían, sino para rogar á su Eterno Padre que les perdonase el pecado que hacían en crucificarle y escarnecerle, doliéndose más del daño que les venía

[1] Luc., XXIII, 34. — [2] IV Reg., I, 10. — [3] Gen., IX, 25. — [4] IV Reg., II, 24.

por esta culpa, que de los tormentos é injurias que de ellos recibía, cumpliendo por la obra lo que había dicho [1]: «Amad á vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen»; y lo que de Él estaba profetizado, que rogaría por los transgresores [2]; esto es, por aquellos que quebrantaron contra Él todas las leyes de la caridad y piedad, de la justicia y gratitud, con la mayor crueldad y desagradecimiento que jamás se había visto en el mundo. ¡Oh amantísimo Jesús! ¡Cuán bien habéis mostrado que sois Dios de amor, y la misma caridad! Pues ni las aguas de las tribulaciones, ni los ríos de tantas persecuciones han podido apagar vuestro fuego [3]; antes ha crecido tanto, que levantó su llama hasta el cielo, rogando al Padre celestial que no castigue á los que en tantos trabajos os han puesto. ¡Oh quién tuviera tal caridad con los enemigos! ¿Cómo nos portamos nosotros en orden á esta virtud? ¿Perdonamos de corazón á nuestros enemigos? ¿Rogamos por ellos y estamos dispuestos para hacerles todo el bien posible?

Punto 2.º *Palabras que usó Jesús en esta súplica.*—Considera aquí cada palabra de esta fervorosa oración. La primera es *Padre*, al cual endereza su oración; porque, aunque á Él mismo, en cuanto Dios, pertenecía perdonarles, quiso más, como hombre, pedir esto á su Padre; porque pidiéndole que los perdonase, claramente daba á entender que Él de su parte los perdonaba y cumplía con su oficio de supremo sacerdote, ofreciendo sacrificio de sí mismo por los pecados é ignorancias del pueblo [4], y rogando con mucho fervor á Dios por ellos. Y no dice, «Dios, perdónalos», sino «Padre», para que se entendiese que no había perdido la confianza que en Él tenía, y para obligarle con este título tan amoroso á que le oyese; pues, como Padre, hace nacer el sol para justos y pecadores, y envía su lluvia á los buenos y malos. La segunda palabra es, *perdónalos*. No dice, «perdónales esta injuria que me hacen», sino absolutamente «perdónalos», porque deseaba que fuesen perdonados de todos sus pecados, y no reparaba tanto en la injuria propia cuanto en la ofensa de su Padre. Tampoco dice «perdona á estos que me crucifican», sino «perdónalos»; porque no quiere poner en su oración ninguna palabra que les acuse, ó irrite la ira del Padre; y además pedía no sólo para los que le crucificaban corporalmente, sino para todos aquellos que le crucificarían espiritualmente. La otra palabra es, *porque no saben lo que hacen*, en la cual excusa del modo que puede á sus enemigos; porque, aunque la ignorancia de muchos de ellos fué muy grosera y afectada y muy culpable; pero, la caridad de este piadosísimo Redentor, de cualquiera cosa que pudo echar mano, quiso con ella encubrir y excusar la muchedumbre y gravedad de sus pecados. Y esta misma excusa

[1] Matth., V, 44. — [2] Isai., LIII, 12. — [3] Cant., VIII, 7. — [4] Hebr., IX, 7.

amantísima Madre, se halla presente, y ve los meneos, y oye las burlas que se hacen á su Hijo; y á todo calla con humildad, aunque de rechazo hiera su honor alguna palabra de los enemigos de Jesús. ¡Qué ejemplos tan dignos de nuestra imitación! ¿Cómo nos portamos en las injurias que recibimos? ¿Hemos seguido la conducta de estos atrevidos injuriadores de Cristo? ¿No sentimos compasión de lo que padecen este Señor y su Santísima Madre? Esforcémonos, á lo menos nosotros, en reparar de algún modo tan enormes injurias; para esto propongamos llorar más nuestras culpas, hacer penitencia y practicar aquello que desea Jesús á quien hemos de suplicar nos auxilie y remedie todos nuestros males.

59.—PRIMERA PALABRA QUE DIJO CRISTO EN LA CRUZ.

PRELUDIO 1.° La primera palabra que Jesús dijo en la cruz, fué para pedir á su Padre perdón por sus enemigos.

PRELUDIO 2.° Represéntate estar junto á la cruz, oyendo esta palabra: «Padre, perdónalos».

PRELUDIO 3.° Pide al Señor crucificado perdón de tus propias culpas, y para todos los pecadores.

Punto 1.° *La primera palabra de Jesús: «Padre, perdónalos», toda es amor.*—Estando Cristo nuestro Señor en su cruz, sufriendo los desprecios de sus enemigos, y habiendo callado con grandísimo silencio, abrió su boca para pronunciar la primera palabra, diciendo [1]: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen». Considera cómo la primera lección que este Señor lee desde su cátedra de la cruz, toda es amor, orando por los que le crucificaban, y excusándolos del modo que podía, mostrando en esto su infinita caridad. Para comprender mejor el incendio vehemente que le abrasaba, pondera cómo el Señor estaba lleno de dolores y tormentos en todos los miembros de su cuerpo, sin hallar lugar de descanso en aquella dura cama de la cruz. Y demás de esto, estaba rodeado de sus enemigos que le habían puesto en ella; los cuales actualmente se estaban saboreando en verle tan afligido, añadiéndole nuevas aflicciones con terribles injurias y blasfemias, abriendo sus bocas, moviendo sus labios y meneando sus cabezas por escarnio. A este tiempo levanta Jesús sus ojos al cielo, y derramando lágrimas por ellos, abre su boca, no para pedir fuego que los abrase, como pidió Elías [2], ni para echarles su maldición, como Noé [3] y Eliseo [4] cuando maldijeron á los que los escarnecían, sino para rogar á su Eterno Padre que les perdonase el pecado que hacían en crucificarle y escarnecerle, doliéndose más del daño que les venía

[1] Luc., XXIII, 34. — [2] IV Reg., I, 10. — [3] Gen., IX, 25. — [4] IV Reg., II, 24.

por esta culpa, que de los tormentos é injurias que de ellos recibía, cumpliendo por la obra lo que había dicho [1]: «Amad á vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen»; y lo que de Él estaba profetizado, que rogaría por los transgresores [2]; esto es, por aquellos que quebrantaron contra Él todas las leyes de la caridad y piedad, de la justicia y gratitud, con la mayor crueldad y desagradecimiento que jamás se había visto en el mundo. ¡Oh amantísimo Jesús! ¡Cuán bien habéis mostrado que sois Dios de amor, y la misma caridad! Pues ni las aguas de las tribulaciones, ni los ríos de tantas persecuciones han podido apagar vuestro fuego [3]; antes ha crecido tanto, que levantó su llama hasta el cielo, rogando al Padre celestial que no castigue á los que en tantos trabajos os han puesto. ¡Oh quién tuviera tal caridad con los enemigos! ¿Cómo nos portamos nosotros en orden á esta virtud? ¿Perdonamos de corazón á nuestros enemigos? ¿Rogamos por ellos y estamos dispuestos para hacerles todo el bien posible?

Punto 2.° *Palabras que usó Jesús en esta súplica.*—Considera aquí cada palabra de esta fervorosa oración. La primera es *Padre*, al cual endereza su oración; porque, aunque á Él mismo, en cuanto Dios, pertenecía perdonarles, quiso más, como hombre, pedir esto á su Padre; porque pidiéndole que los perdonase, claramente daba á entender que Él de su parte los perdonaba y cumplía con su oficio de supremo sacerdote, ofreciendo sacrificio de sí mismo por los pecados é ignorancias del pueblo [4], y rogando con mucho fervor á Dios por ellos. Y no dice, «Dios, perdónalos», sino «Padre», para que se entendiese que no había perdido la confianza que en Él tenía, y para obligarle con este título tan amoroso á que le oyese; pues, como Padre, hace nacer el sol para justos y pecadores, y envía su lluvia á los buenos y malos. La segunda palabra es, *perdónalos*. No dice, «perdónales esta injuria que me hacen», sino absolutamente «perdónalos», porque deseaba que fuesen perdonados de todos sus pecados, y no reparaba tanto en la injuria propia cuanto en la ofensa de su Padre. Tampoco dice «perdona á estos que me crucifican», sino «perdónalos»; porque no quiere poner en su oración ninguna palabra que les acuse, ó irrite la ira del Padre; y además pedía no sólo para los que le crucificaban corporalmente, sino para todos aquellos que le crucificarían espiritualmente. La otra palabra es, *porque no saben lo que hacen*, en la cual excusa del modo que puede á sus enemigos; porque, aunque la ignorancia de muchos de ellos fué muy grosera y afectada y muy culpable; pero, la caridad de este piadosísimo Redentor, de cualquiera cosa que pudo echar mano, quiso con ella encubrir y excusar la muchedumbre y gravedad de sus pecados. Y esta misma excusa

[1] Matth., V, 44. — [2] Isai., LIII, 12. — [3] Cant., VIII, 7. — [4] Hebr., IX, 7.

puede darse de todos los pecadores que crucifican á Cristo, pudiéndose decir de todos lo que dice san Pablo [1]: «Que nunca crucificaran al Señor de la gloria si perfectamente le conocieran.» ¡Oh Salvador dulcísimo! ¡Cuán bien habéis subido hoy al monte de la mirra y al collado del incienso, juntando en este monte Calvario mirra de mortificación muy amarga é incienso de oración muy encendida. Confortad, Señor, mi corazón con esta mirra para que la abrace, y con este incienso para que os le ofrezca, buscando siempre vuestra gloria y siguiendo vuestros ejemplos. ¿Qué dice á esto nuestro corazón? ¿Imitamos á Jesús? ¿Confiamos en nuestro Padre? ¿Perdonamos á nuestros enemigos? ¿Procuramos excusarlos en lo posible?

Punto 3.º *Efectos de esta oración de Cristo.*—Considera aquí los efectos de esta oración de Cristo nuestro Señor, la cual fué sin duda oída por su Padre; porque si la oración de los humildes y mansos siempre le agrada [2], ¿cuánto más le agradaría la oración de este humildísimo, mansísimo y amantísimo Hijo suyo? El cual, como dice san Pablo [3], cuando oró en la cruz con lágrimas, fué oído por su reverencia; esto es, por el respeto que se debía á la infinita majestad de su persona, y por la reverencia con que se humilló y honró á su Padre; y así por esta oración alcanzaron perdón muchos de los judíos que estaban allí, á los cuales convirtió san Pedro el día de Pentecostés, no tanto por su predicación, cuanto por la virtud de oración de Cristo, por la cual también se da el perdón á todos los pecadores que le piden y reciben. Pondera luego el efecto que obró esta oración en la Virgen Santísima y en san Juan y otras personas devotas que allí estaban. ¡Cuán admiradas quedarían de ver tanta caridad y mansedumbre en el Señor, y cuán llorosas por ver crucificado con tanto dolor al que oraba por sus perseguidores con tanto amor! Especialmente la Virgen Santísima, tomando ejemplo de su Hijo, ejercitaría luego la misma caridad y amor de sus enemigos; y repitiendo la oración que había oído, diría: «Padre, perdonad á estos, porque no saben lo que hacen». ¡Oh cuán agradable fué al Padre Eterno la oración de esta Virgen humilde y mansa, más que todas las puras criaturas! ¡Cuán bien recibida fué en el cielo, y, juntándola con la del Hijo, ayudaría á recabar el perdón que deseaba! ¡Oh Abogada de los pecadores! Abogad por mí delante de vuestro Dios, pidiéndole que me perdone, pues no supe lo que hice. Acompañad con las vuestras las súplicas que á mi Padre celestial dirijo, para que por las vuestras hallen las mías favorable acogida en el acatamiento divino. Y tú, ¿conoces la necesidad y utilidad del patrocinio de María? ¿Has perdido la confianza de alcanzar perdón de tus pecados? ¿Imitas la caridad de Jesús y María, rogando por los pecadores

[1] I Cor., II, 8. — [2] Judith, IX, 16. — [3] Hebr., V, 7.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán vivo, intenso é incomparable es el amor de Jesús! Este divino Señor ha permanecido largo tiempo en la cruz, silencioso, oyendo con aparente insensibilidad las enormes injurias que le dirigen. Por fin abre los labios para hablar. ¿Qué dirá? «Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.» ¡Oh palabra breve pero poderosa, eficaz, significativa y argumento de la más encendida caridad! El estado en que se halla Jesús es el más desconsolador, y, queriendo hablar por sus enemigos, no pide fuego del cielo, ni los maldice, sino con humildad pide para ellos el perdón. Padre, dice, ¡qué caridad y confianza!, perdónalos, no sólo estas, sino todas las faltas y pecados; no sólo á estos que me atormentan, sino á todos los pecadores que en adelante me crucifiquen. ¡Qué generosidad! No saben lo que hacen; porque aunque sea su ignorancia culpable, no conocen perfectamente ni mi grandeza, ni mi amor, ni mi majestad, ni mi justicia; y por este motivo me ofenden. ¡Oh bondad de Jesús! ¡Cómo sabe este Señor excusar los pecados de los que le injurian! ¿Te atreverás tú á ofender de nuevo á tamaña bondad? ¿No te moverás á pedir por la conversión de los pobres pecadores? ¿No imitarás los sentimientos de la Virgen al oir estas palabras de Jesús? ¿No excusarás con caridad á los que te ofendieren? ¡Ah! ¡Cuán lejos has estado de obrar según estas enseñanzas tan soberanas! Humíllate ante el divino Jesús; pídele que ore también por ti; propón aprovecharte de su oración, llorando tus culpas, á fin de obtener el perdón de ellas; pide la fortaleza que necesitas para esto, y ruega por todo el mundo.

60.—LADRONES CRUCIFICADOS CON CRISTO.

PRELUDIO 1.º De los dos ladrones crucificados con Jesús, el uno le blasfemaba como los judíos, pero el otro confesó y publicó su santidad.

PRELUDIO 2.º Represéntate el Calvario y á estos dos ladrones al lado de Jesús, blasfemando el uno y orando el otro.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la paciencia y celo del buen ladrón.

Punto 1.º *Dos ladrones son crucificados con Cristo.*—Crucificaron con Jesús dos ladrones, poniendo uno á su mano derecha, y otro á su izquierda, y Él en medio [1]. Acerca de este hecho has de considerar la humildad rara de Jesucristo nuestro Señor en haber querido ser crucificado en medio de dos ladrones con tanta ignominia; y es de creer que escogerían los más insignes que había en la cárcel, otros tales como Barrabás, para que se cumpliese lo que estaba de Él profetizado, que fué contado con los malhechores facinerosos [2]. Y para ponderar más esta humil-

[1] Luc., XXIII, 33; Joan., XIX, 18. — [2] Isai., LIII, 12.

dad, has de levantar los ojos á mirar su infinita dignidad, considerando cómo Él es el Verbo eterno, que está como en medio de las divinas Personas: y el mismo que estuvo en el monte Tabor transfigurado en medio de Moisés y Elías, y el que es piedra angular en que se juntan los pueblos hebreo y gentil, y en el día del juicio estará sentado en el trono de su Majestad, en medio de buenos y malos, teniendo los buenos al lado derecho y los malos al izquierdo. Este Señor, pues, es el mismo que está en este monte Calvario, y en este trono de la cruz, en medio de dos ladrones, despreciado y abatido como si fuese ladrón; pero no se le pega nada de su compañía, ni malicia, ni infamia; antes está allí representando al vivo el juicio que algún día habrá de hacer entre justos y pecadores. En todo lo cual nos da un ejemplo maravilloso con que nos consolemos cuando nos viéremos puestos en lugar bajo y contados en el número de los malhechores, persuadiéndonos que, si no se nos pega su malicia, no nos podrá dañar su infamia. ¡Oh Rey de la gloria! ¡Cuán bien habéis mostrado que vinisteis al mundo para darnos ejemplo de humildad! En la entrada fuisteis puesto en un pesebre en medio de dos animales, y en la salida sois puesto en una cruz en medio de ladrones, para que el fin correspondiese al principio, y la humillación fuese creciendo por sus grados hasta el supremo á que podía llegar ¡Oh, si yo supiera imitaros en ese amor á las humillaciones! Pero, ¿cómo las recibo? ¿Siento que se me menosprecie y ser tenido por pecador ó ignorante? ¿Huyo de las humillaciones?

Punto 2.º *El mal ladrón blasfemaba de Jesús.*— Considera cómo uno de los ladrones, que estaba crucificado con Jesús, mofaba de Él, diciéndole: «Si Tú eres Cristo, sálvate á Ti mismo y á nosotros». Este ladrón, que se cree era el del lado izquierdo, porque representaba á los reprobados, blasfemaba de Cristo nuestro Señor como los fariseos, zahiriéndole del pecado porque decían estaba crucificado, que era haberse hecho Cristo y Mesías; lo cual fué de grande ignominia para el Salvador, pues llegó á tanto su desprecio, que un hombre vilísimo, condenado á muerte de cruz por sus latrocinios y maldades, le escarneció, pareciéndole que ganaba indulgencia para bien morir en escarnecerle. Por donde se ve cuán propio es de los malos olvidarse de sus delitos y agravar los ajenos, murmurando de ellos y condenando á los que los cometieron, teniéndose á sí por inocentes en su comparación, como sucedió á este mal ladrón, el cual con este pecado hinchió la medida de su condenación, y dió ocasión al Salvador para mostrar su admirable paciencia callando, sin responder palabra al injuriador que cabe sí tenía. Pondera aquí cómo este mal ladrón, que está crucificado, y en medio de sus tormentos blasfema de Jesucristo, representa á aquellos hombres que son castigados de Dios por sus culpas, y llevan con impaciencia el castigo, ó blasfemando de Dios que les castiga, ó maldiciendo su suerte, ó desesperándose por falta de fe en la divina Providencia; los cuales serán condenados como este mal ladrón, bajando de la cruz á los infiernos. ¡Oh Salvador amantísimo! Libradme de tan extremada miseria como esta, que, habiendo pecado, rehuse conocer mi culpa y hacer penitencia de ella, revolviéndome contra Vos, que, como Padre, me castigáis para mi enmienda y corrección. Quiero más bien deciros con el profeta[1]: «Llevaré la ira ó castigo de mi Dios, porque pequé contra Él», para que recibiendo Él con benignidad mi penitencia, me conceda el perdón. ¿Hemos nosotros obrado de este modo? En nuestras tribulaciones, ¿hemos bendecido al Señor que las permite? ¿Nos compadecemos de la extremada afrenta de Jesús?

Punto 3.º *El buen ladrón reprende á su compañero.*— Oyendo el otro ladrón las blasfemias de su compañero, le respondió: «¿Ni tú temes á Dios, estando en la misma condenación de muerte que está Éste? Y nosotros justamente estamos condenados, porque recibimos lo que nuestras obras merecieron; pero Este ninguna cosa mala ha hecho[2]». Considera cómo este ladrón, que estaba á la mano derecha representando á los elegidos, tocado con la inspiración del Espíritu Santo, y ayudado de la gracia del Señor que tenía cabe sí, volvió por Él, trazándolo así la divina Providencia, para que, pues Cristo nuestro Señor sufría la injuria callando, no faltase quien respondiese por Él; y en la respuesta ejercitó algunos actos de virtud, especialmente de caridad y humildad. El primero fué corregir al público blasfemo con palabras graves y concluyentes, diciéndole: «¿Ni tú temes á Dios, estando á punto de muerte como Éste?» Como quien dice: Que no teman á Dios los que están sanos y sin peligro de muerte, se comprende; pero que tú no le temas, estando á peligro de morir, no es tolerable. El segundo fué confesar públicamente su culpa, y que justamente merecía la pena que padecía en aquella cruz, avisando de lo mismo al compañero. El tercero fué confesar la inocencia del Señor, diciendo: «Éste ningún mal ha hecho». De suerte que tuvo ánimo para confesar delante de todo el pueblo que los príncipes de los sacerdotes y escribas se engañaban en acusar á Cristo, y que Pilatos erró en condenarle, y que todos hacían mal en blasfemar de Él, porque de verdad ningún mal ni pecado había hecho. ¡Oh varón admirable, que no tuvo vergüenza de confesar la inocencia de Cristo, cuando todo el mundo lo condenaba! Huyen los Apóstoles, encúbrense los discípulos, callan todos sus conocidos, temiendo la ira de los judíos, y sólo este ladrón, en lo alto de la cruz, predica á voces que Jesús es inocente. ¡Oh, quién supiese imitar el valor é intrepidez de este ladrón, para hacerse digno del premio que

[1] Mich., VII, 9. — [2] Luc., XXIII, 39.

recibió! ¿Confesamos nosotros la inocencia de Cristo y nuestra culpa? ¿Tenemos celo para defender su honor menospreciado? ¿Qué hacemos al oir que su santo nombre es blasfemado?

Epílogo y coloquios. ¡Oh malicia judaica, á qué extremo has llegado! Para que el Señor sea de todos modos tenido por un criminal y malvado, disponen crucificarle con dos ladrones, los más insignes y facinerosos, colocándole al medio entre los dos, como si les superara en maldad. Jesucristo, que en el cielo está en medio de la Trinidad beatísima, y en el Tábor estaba glorioso y resplandeciente en medio de Moisés y Elías, que le aparecieron para honrarle, en el monte Calvario está crucificado entre dos ladrones infames. ¡Qué humillación! ¿Quién se atreverá á rechazar el postrer lugar, contemplando á Jesús en tal abatimiento? Mas no para aquí la humillación del Señor. Uno de los ladrones, hallándose en el tormento, imitando á los malvados judíos, se atreve á insultarle, y estando para morir, osa injuriar al Juez que dentro de poco le ha de juzgar. Con todo, á tales afrentas Jesús no contesta palabra, y habría quedado sin defensa si el otro ladrón no hubiese vuelto por su honor, reprendiendo á su desvergonzado y loco compañero, confesando sus propias culpas, por las cuales eran justamente castigados, y la inocencia de Jesús, que con tan admirable paciencia sufría los más horribles suplicios. Así provee Dios que el inocente tenga quien le defienda, y que á la humillación siga la exaltación. ¿No confiaremos en el Señor que tal providencia tiene de los que padecen y esperan en Él? ¿Hemos seguido alguna vez los pasos del mal ladrón, injuriando al Señor por motivo de los trabajos que nos envía ó permite? ¿No nos confunde el celo del buen ladrón en defender á Cristo, comparándolo con nuestra propia tibieza? ¡Ah! ¡Un ladrón defiende á Jesús, y nosotros, discípulos suyos, callamos, viéndole ofendido! Resolvámonos á mudar de conducta, y, para lograrlo, oremos con fervor y viva confianza.

61.—ORACIÓN DEL BUEN LADRÓN, Y SEGUNDA PALABRA DE CRISTO.

PRELUDIO 1.° El buen ladrón oró, diciendo: «Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino». Y Jesús le contestó: «Hoy estarás conmigo en el paraíso».

PRELUDIO 2.° Represéntate este suceso como si lo vieses y oyeses lo que dicen.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber orar con la eficacia que este ladrón.

Punto 1.° *Oración del buen ladrón.*—El buen ladrón, después que hubo ejercitado la humildad y caridad, confesando su pecado y defendiendo á Jesucristo, tomó luego ánimo y confianza, y vuelto al Señor, le dijo: «Señor, acuérdate de mí cuando vinieres á tu reino». Llámale primeramente Señor, con gran reverencia, respetando al que de todos era vituperado y tenido por vil gusano y desecho del pueblo. Luego le confiesa por Rey y que tiene verdadero reino, al modo que Él mismo había dicho, no en este mundo, sino en el otro; y que por la cruz y muerte iba á tomar posesión de este reino eterno y celestial. Por fin, le pide que se acuerde de él cuando entrare en su reino, como si dijera: No te pido me salves aquí, librándome de la muerte, como pide mi compañero, sino que me salves después que muriere en la cruz. Tampoco te pido que me lleves á tu reino y me des en él un trono; porque un ladrón como yo no se ha de atrever á pedir cosa tan grande; sólo te pido que te acuerdes de mí, porque si esto haces, me darás buena muerte, y me pondrás en el lugar que quisieres en tu gloria. ¡Qué oración tan ferviente y qué conversión tan perfecta es la de este ladrón afortunado! Pondera luego las causas de donde procedió esta conversión, presupuesta la gracia de Dios. Los medios de que se valió el Señor para convertirle no fueron milagros, porque quizá no vió ninguno; tampoco sermones, porque ningún sermón de Cristo había oído. Lo que le movió fué la heroica paciencia y mansedumbre del Señor en medio de tantas injurias, y la rara caridad que demostró orando por sus enemigos. Estas virtudes, junto con la ilustración del cielo, le convencieron de que aquel Señor era santísimo; y pues Él decía que era Rey y Mesías é Hijo de Dios, así sería sin duda. ¡Cuánto importa para convertir á los pecadores, ser paciente, manso, caritativo y ejemplar! Estas virtudes tienen mayor eficacia para esto que todos los milagros. ¡Oh dulce Jesús! Vos que, puesto en la cátedra de la cruz, con vuestra milagrosa paciencia y maravilloso ejemplo de caridad convertisteis al buen ladrón, ayudadme, para que, á imitación vuestra, haga yo semejantes milagros, dando otros tales ejemplos, con que edifique á mis prójimos, enfrene á los malos y encienda en mayor deseo de perfección á los buenos. ¿Aprendemos estas santas lecciones del buen Jesús? ¿Procuramos dar buenos ejemplos de virtud? ¿Imitamos en la oración la humildad, confianza y demás cualidades de la del ladrón convertido?

Punto 2.° *Promesa de Jesucristo.*—Á la súplica del buen ladrón contestó Jesús, diciendo: «De verdad te digo que hoy estarás conmigo en mi reino». Acerca de esta espléndida promesa y segunda palabra de Jesús crucificado, has de considerar primeramente la eficacia de la oración en que rogó por los pecadores, cogiendo luego el fruto de ella en este grande pecador; del cual dicen algunos que al principio blasfemaba de Cristo, juntamente con su compañero, por decir san Mateo y san Marcos en número plural que los ladrones escarnecían de Él; y siendo esto así, mucho más campea la virtud de Cristo en trocar á este blasfemo, como después se mostró en trocar á Saulo por la oración de san Esteban. Pondera cómo resplandece también aquí la efi-

recibió! ¿Confesamos nosotros la inocencia de Cristo y nuestra culpa? ¿Tenemos celo para defender su honor menospreciado? ¿Qué hacemos al oir que su santo nombre es blasfemado?

Epílogo y coloquios. ¡Oh malicia judaica, á qué extremo has llegado! Para que el Señor sea de todos modos tenido por un criminal y malvado, disponen crucificarle con dos ladrones, los más insignes y facinerosos, colocándole al medio entre los dos, como si les superara en maldad. Jesucristo, que en el cielo está en medio de la Trinidad beatísima, y en el Tábor estaba glorioso y resplandeciente en medio de Moisés y Elías, que le aparecieron para honrarle, en el monte Calvario está crucificado entre dos ladrones infames. ¡Qué humillación! ¿Quién se atreverá á rechazar el postrer lugar, contemplando á Jesús en tal abatimiento? Mas no para aquí la humillación del Señor. Uno de los ladrones, hallándose en el tormento, imitando á los malvados judíos, se atreve á insultarle, y estando para morir, osa injuriar al Juez que dentro de poco le ha de juzgar. Con todo, á tales afrentas Jesús no contesta palabra, y habría quedado sin defensa si el otro ladrón no hubiese vuelto por su honor, reprendiendo á su desvergonzado y loco compañero, confesando sus propias culpas, por las cuales eran justamente castigados, y la inocencia de Jesús, que con tan admirable paciencia sufría los más horribles suplicios. Así provee Dios que el inocente tenga quien le defienda, y que á la humillación siga la exaltación. ¿No confiaremos en el Señor que tal providencia tiene de los que padecen y esperan en Él? ¿Hemos seguido alguna vez los pasos del mal ladrón, injuriando al Señor por motivo de los trabajos que nos envía ó permite? ¿No nos confunde el celo del buen ladrón en defender á Cristo, comparándolo con nuestra propia tibieza? ¡Ah! ¡Un ladrón defiende á Jesús, y nosotros, discípulos suyos, callamos, viéndole ofendido! Resolvámonos á mudar de conducta, y, para lograrlo, oremos con fervor y viva confianza.

61.—ORACIÓN DEL BUEN LADRÓN, Y SEGUNDA PALABRA DE CRISTO.

PRELUDIO 1.° El buen ladrón oró, diciendo: «Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino». Y Jesús le contestó: «Hoy estarás conmigo en el paraíso».

PRELUDIO 2.° Represéntate este suceso como si lo vieses y oyeses lo que dicen.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber orar con la eficacia que este ladrón.

Punto 1.° *Oración del buen ladrón.*—El buen ladrón, después que hubo ejercitado la humildad y caridad, confesando su pecado y defendiendo á Jesucristo, tomó luego ánimo y confianza, y vuelto al Señor, le dijo: «Señor, acuérdate de mí cuando vinieres á tu reino». Llámale primeramente Señor, con gran reverencia, respetando al que de todos era vituperado y tenido por vil gusano y desecho del pueblo. Luego le confiesa por Rey y que tiene verdadero reino, al modo que Él mismo había dicho, no en este mundo, sino en el otro; y que por la cruz y muerte iba á tomar posesión de este reino eterno y celestial. Por fin, le pide que se acuerde de él cuando entrare en su reino, como si dijera: No te pido me salves aquí, librándome de la muerte, como pide mi compañero, sino que me salves después que muriere en la cruz. Tampoco te pido que me lleves á tu reino y me des en él un trono; porque un ladrón como yo no se ha de atrever á pedir cosa tan grande; sólo te pido que te acuerdes de mí, porque si esto haces, me darás buena muerte, y me pondrás en el lugar que quisieres en tu gloria. ¡Qué oración tan ferviente y qué conversión tan perfecta es la de este ladrón afortunado! Pondera luego las causas de donde procedió esta conversión, presupuesta la gracia de Dios. Los medios de que se valió el Señor para convertirle no fueron milagros, porque quizá no vió ninguno; tampoco sermones, porque ningún sermón de Cristo había oído. Lo que le movió fué la heroica paciencia y mansedumbre del Señor en medio de tantas injurias, y la rara caridad que demostró orando por sus enemigos. Estas virtudes, junto con la ilustración del cielo, le convencieron de que aquel Señor era santísimo; y pues Él decía que era Rey y Mesías é Hijo de Dios, así sería sin duda. ¡Cuánto importa para convertir á los pecadores, ser paciente, manso, caritativo y ejemplar! Estas virtudes tienen mayor eficacia para esto que todos los milagros. ¡Oh dulce Jesús! Vos que, puesto en la cátedra de la cruz, con vuestra milagrosa paciencia y maravilloso ejemplo de caridad convertisteis al buen ladrón, ayudadme, para que, á imitación vuestra, haga yo semejantes milagros, dando otros tales ejemplos, con que edifique á mis prójimos, enfrene á los malos y encienda en mayor deseo de perfección á los buenos. ¿Aprendemos estas santas lecciones del buen Jesús? ¿Procuramos dar buenos ejemplos de virtud? ¿Imitamos en la oración la humildad, confianza y demás cualidades de la del ladrón convertido?

Punto 2.° *Promesa de Jesucristo.*—Á la súplica del buen ladrón contestó Jesús, diciendo: «De verdad te digo que hoy estarás conmigo en mi reino». Acerca de esta espléndida promesa y segunda palabra de Jesús crucificado, has de considerar primeramente la eficacia de la oración en que rogó por los pecadores, cogiendo luego el fruto de ella en este grande pecador; del cual dicen algunos que al principio blasfemaba de Cristo, juntamente con su compañero, por decir san Mateo y san Marcos en número plural que los ladrones escarnecían de Él; y siendo esto así, mucho más campea la virtud de Cristo en trocar á este blasfemo, como después se mostró en trocar á Saulo por la oración de san Esteban. Pondera cómo resplandece también aquí la efi-

cacia de la sangre de Cristo, derramada en la cruz, cuyas primicias fueron este buen ladrón, trocándolo con modo maravilloso, perdonándole sus pecados á culpa y á pena, prometiéndole la entrada en el paraíso sin dilación, y asegurándole de ella. ¡Oh! ¡Quién no confiará en el poder, bondad y deseo que tiene el Señor de justificar á los pecadores! Mira, por último, la generosidad y riqueza de esta promesa de Jesucristo. No pide el ladrón á Cristo sino que se acuerde de él, cuando viniere á su reino, y Cristo le asegura que en aquel mismo día estará con Él en el paraíso. No le difiere la entrada por algunos años, ni le sujeta á algún tiempo de purgatorio, sino quiere que del tormento de la cruz pase al paraíso de deleites, cumpliendo en este afortunado ladrón lo que había dicho, que el que le siguiese estaría con Él para siempre [1]. ¡Oh Rey de la gloria! Si con tanta generosidad premiáis al que sólo os siguió tres ó cuatro horas del día, ¿cómo premiaréis al que os siguiere con perfección todas las horas y edades de su vida? Si tan agradecido os mostráis al pecador que os ha injuriado innumerables veces, por una sola vez que os honra, ¿qué agradecimiento mostraréis al que toda la vida gasta en honraros? Y nosotros, en vista de esto, ¿por qué no honramos con más fidelidad á Cristo? ¿Le servimos con fervor? ¿Confiamos en su bondad y en la eficacia de su sangre?

Punto 3.º *Significaciones que tiene este suceso y conversión.*—Considera aquí cómo en los dos ladrones que están crucificados con Cristo, se representan dos suertes de hombres, malos y buenos, que se presentarán al juicio, para ser los unos reprobados eternamente y los otros elegidos. Pondera lo que dice Jesucristo [2], que en el día del juicio, de dos que estarán en el campo, ó en el molino, ó en el lecho, uno será dejado y otro tomado; que fué decir: de todos estados y modos, unos serán tomados para el cielo por las buenas obras que hicieron, prevenidos y ayudados de la divina gracia, y otros serán dejados para el infierno por las culpas que cometieron con su libre albedrío. De suerte que quien está en el molino del estado del matrimonio con muchos cuidados y trabajos, no ha de perder la confianza de su salvación; y quien está en el lecho del estado de continencia con mucho descanso, no ha de perder el miedo de su condenación; y el que trabaja en el campo de la vida activa, y el que descansa en el lecho de la vida contemplativa, han de vivir con esperanza mezclada con temor de los juicios de Dios, á quien humildemente has de suplicar que no seas de los dejados, sino de los escogidos, haciendo vida digna de que Dios te tome para sí, colocándote en su paraíso. Reflexiona, finalmente, cómo la sangre de Jesucristo, aunque era poderosa para justificar á los dos ladrones, sólo obró en el uno, para darnos motivos junta-

[1] Joan., XII, 26. — [2] Matth., XXIV, 40.

mente de temor contra la presunción y de confianza contra la pusilanimidad. De suerte que los grandes pecadores, viéndose cercanos á la muerte, no desesperen, viendo que en aquella hora un ladrón alcanzó misericordia; pero ninguno presuma vivir á sus anchuras, esperando convertirse en la muerte, viendo que otro ladrón, estando junto á Cristo, murió sin penitencia; y harto motivo de temor es ver que entre tantos malos que estaban á la sazón en el monte Calvario, á uno solo se dijo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». ¡Oh Salvador del mundo! Pues que en vuestras manos clavadas en la cruz está la llave de David, con la cual abrís y ninguno cierra, cerráis y ninguno abre; abridme las puertas del cielo que mis pecados cerraron, y cerradme las puertas del infierno que ellos abrieron, para que en el día de mi muerte pueda, como el buen ladrón, entrar con Vos en el paraíso. ¡Oh alma! Si ahora llegase la muerte, ¿qué suerte te tocaría? ¿Has desesperado alguna vez de la misericordia de Dios? ¿Has presumido vanamente de su bondad?

Epílogo y coloquios. ¡Qué oración tan ferviente, devota y eficaz dirigió el buen ladrón á Jesucristo! Viéndose cercano á la muerte, cargado de culpas, próximo al juicio, iluminado con luz divina, conoció el peligro en que se hallaba y el medio de librarse de él, y volviendo los ojos á Jesús, le dice: «Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino». Llámale Señor, ¡qué respeto!, le confiesa por Rey, y no atreviéndose á pedirle cosa alguna, se contenta con suplicarle que se acuerde de él. Mas ¿cómo ha adquirido este ladrón tanta fe, confianza, dolor de los pecados y una conversión tan completa? ¿Cuál ha sido el motivo de cambio tan radical? ¡Ah! Los ejemplos portentosos de paciencia, mansedumbre, fortaleza y caridad de Jesús; ellos han sido los sermones que han convertido á este hombre, de ladrón famoso en santo ilustre. ¡Cuánta es la fuerza del buen ejemplo! El Salvador, al oir la oración de este pecador arrepentido, quiso dar una muestra evidente de la eficacia de su sangre para borrar los pecados más enormes, y así al momento le contestó: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». En un momento borra sus pecados, limpia su alma, la adorna con la gracia, y la dispone para las bodas celestiales. ¡Oh poder infinito de la sangre de Jesucristo! ¿Quién no confiará á la vista de tal portento? ¿Quién desesperará, aunque se halle cargado de culpas las más graves, al ver la facilidad, prontitud y perfección con que es purificado y santificado un ladrón? Mas ¿quién osará presumir, viendo al mal ladrón que baja al infierno después de haber muerto al lado mismo de Jesús, y teniendo á sus pies la Abogada de los pecadores? Jamás un hombre ha tenido ocasión más propicia para convertirse, y, sin embargo, se condena miserablemente. Abramos los ojos de nuestra mente, y contemplando estos dos ejemplos de la justicia y misericordia divina, formemos tales propósitos,

que merezcamos seguir el camino del buen ladrón; y para cumplirlos, oremos con grande fervor por nuestras almas y por las de nuestros prójimos.

62.—TINIEBLAS Y CUARTA PALABRA DE JESÚS [1].

PRELUDIO 1.º Estando Jesús crucificado, la tierra toda se cubrió de tinieblas, y á la hora de nona dijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?»

PRELUDIO 2.º Represéntate que estás en el Calvario, y ves todo lo que pasa, oyendo esta palabra de Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de no desamparar á Dios con el pecado, y de no ser desamparado de su gracia.

Punto 1.º *Tinieblas que sobrevinieron á la crucifixión de Jesús.*—Habiendo sido Jesucristo crucificado cerca de la hora de sexta, poco después sucedieron unas grandes tinieblas en toda la tierra, que duraron hasta la hora de nona [2]. Pondera las causas por las cuales ordenó el Señor estas tinieblas milagrosas, eclipsándose el sol en tal coyuntura y por el tiempo de tres horas. La primera fué para manifestar la ira que tenía contra aquel pueblo ingrato por el delito atroz que cometía contra Cristo, pues no eran dignos de ver la luz del sol los que quitaban la vida al Sol de justicia. Y también con estas tinieblas exteriores significaba las interiores de aquella miserable gente y las eternas en que habían de caer por su obstinación. La segunda fué para manifestar la inocencia y majestad de Cristo con este milagro, haciendo que el sol se obscureciese y cubriese á la tierra de luto por la muerte de su común Hacedor, y del modo que podía mostrase compasión de sus dolores é ignominias; y, escondiendo su luz, quitase á los perseguidores la ocasión de mirarle con escarnio y á los blasfemos de añadir nuevas blasfemias, haciéndolos retirar con aquella obscuridad. La tercera fué para que, cesando con esta repentina noche el bullicio de la gente, pudiese el Señor á sus solas y con quietud gastar aquellas tres horas en apercibirse para la muerte, y en orar [3] con gran fervor y lágrimas por nosotros, á la manera que cuando predicaba gastaba los días en su oficio, conversando con los hombres, y las noches en oración retirada; así en el Calvario, tendidas sus manos en la cruz, después que hubo cumplido con los oficios de caridad y piedad con los pecadores y con su Madre, gastó las tres horas de tinieblas en orar fervorosamente por todos los hombres que tenía en su memoria, de los cuales uno eras tú. ¡Oh dulcísimo Jesús! Enseñadme á orar con la quietud

[1] Entre las meditaciones de la Virgen Santísima correspondientes á la serie tercera, se hallará la meditación de la tercera palabra: *Ecce Mater tua.*

[2] Matth., XXVII, 45. — [3] Hebr., V, 7.

y espíritu que en estas tres horas orasteis, y avivad mi tibieza para que me aproveche del tiempo que tengo de vida, aparejándome con gran fervor para la muerte. No permitáis que me sorprenda la muerte en las tinieblas del pecado; antes bien alumbradme con el resplandor de vuestra gracia para que os honre, venere y sirva fielmente toda mi vida. ¿Hemos nosotros merecido por nuestras culpas el ser privados del Sol de justicia? ¿Imitamos á Jesús, orando con mayor fervor en los tiempos de obscuridad y tribulación espiritual? ¿Estamos convencidos de la inocencia, poder y majestad de Jesús?

Punto 2.º *Cuarta palabra de Cristo.*—Cerca de la hora de nona, que era las tres de la tarde, clamó Jesús diciendo [1]: «Dios mío, Dios mío: ¿por qué me desamparaste?» Esta fué la cuarta palabra que habló Cristo en la cruz poco antes de espirar, y díjola con grande clamor, para que se entendiese que estaba vivo, y para declarar el afecto con que la decía, afligidísimo por el interior desamparo que sentía. Este desamparo estuvo en dos cosas. La primera en que el Padre Eterno le dejaba padecer sin librarle de aquellos terribles trabajos en que estaba; lo cual es un modo de desamparo que usa Dios con los justos para su provecho; pero en Jesús fué terribilísimo, porque no hallaba descanso en cosa alguna. Su cabeza no podía descansar sobre la cruz sin nueva pena; las manos no podían sustentar el cuerpo sin rasgarse con mayor dolor; los pies no podían con la carga sin dilatarse más las heridas; y viéndose por todas partes afligido, levantó la voz al cielo con gran clamor, diciendo: «Dios mío, Dios mío: ¿por qué me desamparaste?» La segunda cosa en que estuvo este desamparo fué en que la divinidad desamparó á la humanidad cuanto á los consuelos sensibles, dejándola padecer con las tristezas y agonías que tuvo en el huerto, las cuales duraron hasta que murió; y porque nadie pensase que su paciencia era insensibilidad, y que el acudir á las cosas de los otros procedía de no sentir sus penas, quiso con estas palabras declararlas. Mas, para que se viese que esta queja no nacía de desesperación ni impaciencia, no dijo «Dios, Dios», sino «Dios mío, Dios mío», con lo cual declaraba la confianza, amor, intimidad y unión que con Él tenía. ¡Oh buen Jesús! Aunque ya sabéis la causa de vuestro desamparo, yo os la quiero decir para mi confusión; porque yo os desamparé, apartándome de vuestra voluntad por cumplir la mía, queréis ser desamparado de vuestro Padre, mereciendo con este desamparo que nunca me desampare su misericordia. ¡Bendita sea vuestra caridad! ¡Oh, si nunca os hubiese desamparado con mis culpas! Y tú, ¿qué has hecho? ¿Desamparaste á Jesús? ¿Te compadeces del desamparo que Él sufre?

Punto 3.º *Continuación de la oración de Jesús y senti-*

[1] Matth., XXVII, 46.

miento de la Virgen.—Considera cómo, aunque Cristo nuestro Señor solamente dijo en voz alta las palabras referidas, que son principio del salmo XXI, que trata de su Pasión, piamente se puede creer que en secreto prosiguió todo este salmo, contando á su Padre todos los trabajos que están expresados allí; pero con mayores ansias diría aquellas palabras: «Libra, Señor, mi alma del cuchillo, y defiende á la única querida mía del poder del perro; sácame de la boca del león, y libra mi pequeñez de los cuernos del unicornio». Llama cuchillo á la muerte á que está condenado por la divina justicia, y perro á Caifás con los demás perseguidores que mordían su fama; león á Pilatos con los ministros y soldados que le despreciaban y afligían con aquellos tormentos, y unicornios á los poderes de las tinieblas infernales que solicitaban á sus enemigos contra Él. Estas palabras diría con gran sentimiento, conforme á lo que de Él dice san Pablo [1]: «Que en los días de su carne hizo oración con gran clamor y lágrimas al que le podía salvar y librar de la muerte». Considera también aquí el sentimiento grande que tendría la Virgen cuando oyó decir á su Hijo estas lastimosas palabras; las cuales, en entrando por sus oídos, penetraron su corazón, y al momento lo levantó al Eterno Padre, suplicándole que no desamparase á su afligido Hijo; y como Ella sabía también los salmos de David, es de creer que cuando el divino cantor con voz llorosa comenzó este salmo en el facistol de la cruz, Ella juntamente le proseguiría en su corazón, doliéndose de los tormentos que allí se van contando de su Hijo, teniendo á la vista el cumplimiento de tales profecías. ¡Oh Madre afligidísima! Ahora pagáis, como nueva Eva, la conversación libre é imprudente que la primera tuvo con la serpiente junto al árbol del paraíso. Si aquella conversación ocasionó nuestra muerte, la que Vos tenéis con vuestro Hijo será causa de nuestra vida. Proseguid orando; y, como Madre, enseñadnos á que os imitemos en vuestra compasión, devoción, fervor y perseverancia en los trabajos. ¿Lo hemos hecho de este modo? ¿Acompañamos á María en su dolor? Y en nuestras penas, ¿seguimos el ejemplo que nos ha dado Jesús, orando fervientemente en las suyas?

Epílogo y coloquios. ¡Oh poder infinito del Señor! En medio del día, contra todas las leyes de la naturaleza, hace que el sol recoja sus rayos, y deje á la tierra sepultada en obscuras tinieblas por espacio de tres horas. De este modo manifiesta Dios la indignación que tiene contra aquel pueblo ingrato que ha crucificado á su Hijo; así la naturaleza entera muestra tristeza y viste de luto por la muerte de su Creador; de esta manera Jesús se ve libre de las molestias de sus enemigos y del bullicio de la gente, y puede tranquilamente entregarse á la oración recogida.

[1] Hebr., v, 7.

Así se pasan tres horas entre dolores acerbos, tormentos indecibles y oración altísima. Pasadas las cuales alza Jesús la voz nuevamente, y con acento lloroso y entonación triste, dice: «Dios mío, Dios mío: ¿por qué me desamparaste?» ¡Oh! ¡Cuán terrible sería este desamparo cuando el mismo Cristo se queja amorosamente de él! Sin duda que el Padre celestial dejaría padecer á aquella bendita Humanidad sin ningún consuelo ni alivio. Sin duda que Jesús sentiría todo el dolor corporal de que es susceptible el hombre, mientras está en este mundo, y toda la tristeza y congoja espiritual que puede sufrir un alma que todavía es viadora. Mas Él insiste en la oración, acompañado de su dulce Madre, que con Él ora, llora, suspira y padece. Y nosotros, ¿qué hacemos? ¿No acompañamos á Jesús en su oración? ¿No nos compadecemos de su desamparo? ¿Le hemos desamparado pecando? Y ¿no lloramos nuestras culpas? ¡Qué ingratitud y locura es la nuestra! Entremos dentro de nuestro corazón; examinemos qué siente al meditar los tormentos del Señor; y para conformar con los suyos nuestros afectos, formemos resoluciones muy particulares y prácticas, pidiendo con humildad y confianza la gracia necesaria para su cumplimiento.

63.—QUINTA PALABRA: TENGO SED.

PRELUDIO 1.° Teniendo Jesús ardiente sed, dijo: «Sed tengo», y le dieron á beber vinagre.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús crucificado diciendo esta palabra.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de compadecerte de Jesús, y aliviarle su sed del modo que puedas.

Punto 1.° *Sed corporal de Jesús.*—Sabiendo Jesucristo que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo [1]: «Sed tengo». Considera aquí primeramente la terrible sed corporal que Jesucristo nuestro Señor padecía en la Cruz. Desde la noche anterior no había bebido una sola gota de agua, y en todo este tiempo había padecido grandes trabajos, andado muy aprisa muchas jornadas, y vertido mucha sangre con los azotes y espinas, y sobre todo en la cruz, por las cuatro heridas de pies y manos, en las tres horas que hacía que estaba en ella colgado. Esta sed había profetizado David, diciendo en el salmo XXI en la persona de Cristo: «Mi virtud se secó como una teja, y mi lengua se pegó al paladar, y llegué á estar como polvo, á punto de perecer». Con ser esta sed tan ardiente, la sufrió y disimuló el Señor hasta que estaba para espirar; y si entonces la declaró, no fué porque desease ningún alivio, ni refrigerio alguno, sino para que supiésemos lo que padecía en castigo de

[1] Joan., XIX, 28.

miento de la Virgen.—Considera cómo, aunque Cristo nuestro Señor solamente dijo en voz alta las palabras referidas, que son principio del salmo XXI, que trata de su Pasión, piamente se puede creer que en secreto prosiguió todo este salmo, contando á su Padre todos los trabajos que están expresados allí; pero con mayores ansias diría aquellas palabras: «Libra, Señor, mi alma del cuchillo, y defiende á la única querida mía del poder del perro; sácame de la boca del león, y libra mi pequeñez de los cuernos del unicornio». Llama cuchillo á la muerte á que está condenado por la divina justicia, y perro á Caifás con los demás perseguidores que mordían su fama; león á Pilatos con los ministros y soldados que le despreciaban y afligían con aquellos tormentos, y unicornios á los poderes de las tinieblas infernales que solicitaban á sus enemigos contra Él. Estas palabras diría con gran sentimiento, conforme á lo que de Él dice san Pablo [1]: «Que en los días de su carne hizo oración con gran clamor y lágrimas al que le podía salvar y librar de la muerte». Considera también aquí el sentimiento grande que tendría la Virgen cuando oyó decir á su Hijo estas lastimosas palabras; las cuales, en entrando por sus oídos, penetraron su corazón, y al momento lo levantó al Eterno Padre, suplicándole que no desamparase á su afligido Hijo; y como Ella sabía también los salmos de David, es de creer que cuando el divino cantor con voz llorosa comenzó este salmo en el facistol de la cruz, Ella juntamente le proseguiría en su corazón, doliéndose de los tormentos que allí se van contando de su Hijo, teniendo á la vista el cumplimiento de tales profecías. ¡Oh Madre afligidísima! Ahora pagáis, como nueva Eva, la conversación libre é imprudente que la primera tuvo con la serpiente junto al árbol del paraíso. Si aquella conversación ocasionó nuestra muerte, la que Vos tenéis con vuestro Hijo será causa de nuestra vida. Proseguid orando; y, como Madre, enseñadnos á que os imitemos en vuestra compasión, devoción, fervor y perseverancia en los trabajos. ¿Lo hemos hecho de este modo? ¿Acompañamos á María en su dolor? Y en nuestras penas, ¿seguimos el ejemplo que nos ha dado Jesús, orando fervientemente en las suyas?

Epílogo y coloquios. ¡Oh poder infinito del Señor! En medio del día, contra todas las leyes de la naturaleza, hace que el sol recoja sus rayos, y deje á la tierra sepultada en obscuras tinieblas por espacio de tres horas. De este modo manifiesta Dios la indignación que tiene contra aquel pueblo ingrato que ha crucificado á su Hijo; así la naturaleza entera muestra tristeza y viste de luto por la muerte de su Creador; de esta manera Jesús se ve libre de las molestias de sus enemigos y del bullicio de la gente, y puede tranquilamente entregarse á la oración recogida.

[1] Hebr., v, 7.

Así se pasan tres horas entre dolores acerbos, tormentos indecibles y oración altísima. Pasadas las cuales alza Jesús la voz nuevamente, y con acento lloroso y entonación triste, dice: «Dios mío, Dios mío: ¿por qué me desamparaste?» ¡Oh! ¡Cuán terrible sería este desamparo cuando el mismo Cristo se queja amorosamente de él! Sin duda que el Padre celestial dejaría padecer á aquella bendita Humanidad sin ningún consuelo ni alivio. Sin duda que Jesús sentiría todo el dolor corporal de que es susceptible el hombre, mientras está en este mundo, y toda la tristeza y congoja espiritual que puede sufrir un alma que todavía es viadora. Mas Él insiste en la oración, acompañado de su dulce Madre, que con Él ora, llora, suspira y padece. Y nosotros, ¿qué hacemos? ¿No acompañamos á Jesús en su oración? ¿No nos compadecemos de su desamparo? ¿Le hemos desamparado pecando? Y ¿no lloramos nuestras culpas? ¡Qué ingratitud y locura es la nuestra! Entremos dentro de nuestro corazón; examinemos qué siente al meditar los tormentos del Señor; y para conformar con los suyos nuestros afectos, formemos resoluciones muy particulares y prácticas, pidiendo con humildad y confianza la gracia necesaria para su cumplimiento.

63.—QUINTA PALABRA: TENGO SED.

PRELUDIO 1.° Teniendo Jesús ardiente sed, dijo: «Sed tengo», y le dieron á beber vinagre.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús crucificado diciendo esta palabra.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de compadecerte de Jesús, y aliviarle su sed del modo que puedas.

Punto 1.° *Sed corporal de Jesús.*—Sabiendo Jesucristo que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo [1]: «Sed tengo». Considera aquí primeramente la terrible sed corporal que Jesucristo nuestro Señor padecía en la Cruz. Desde la noche anterior no había bebido una sola gota de agua, y en todo este tiempo había padecido grandes trabajos, andado muy aprisa muchas jornadas, y vertido mucha sangre con los azotes y espinas, y sobre todo en la cruz, por las cuatro heridas de pies y manos, en las tres horas que hacía que estaba en ella colgado. Esta sed había profetizado David, diciendo en el salmo XXI en la persona de Cristo: «Mi virtud se secó como una teja, y mi lengua se pegó al paladar, y llegué á estar como polvo, á punto de perecer». Con ser esta sed tan ardiente, la sufrió y disimuló el Señor hasta que estaba para espirar; y si entonces la declaró, no fué porque desease ningún alivio, ni refrigerio alguno, sino para que supiésemos lo que padecía en castigo de

[1] Joan., XIX, 28.

nuestras glotonerías y embriagueces, y se lo agradeciésemos, alentándonos á padecer semejante sed por su amor, teniendo paciencia cuando nos viéremos acosados de ella, acordándonos que así como las glotonerías del Epulón pararon en sed rabiosa y eterna, así la sed de Jesús terminó en eterno refrigerio, y lo mismo sucederá en nosotros. ¡Oh valeroso Sansón, que, después de haber muerto á vuestros enemigos, tenéis sed mortal! Pedid á vuestro Padre que de esa cruz con que los vencéis saque una fuente con que se apague vuestra sed. ¡Oh piedra viva y pedernal de fuego amoroso! Pues estáis herido con la vara de la cruz, brotad como la piedra que hirió Moisés [1] alguna fuente de agua, con que refresquéis vuestra afligida lengua. Mas ya veo, Señor, que vuestra caridad no quiere sino brotar arroyos de sangre para lavar nuestras culpas, pues su refrigerio es padecer mucho por librarnos de ellas. Por vuestra sed os suplico me deis paciencia y templanza para que ni la falta de la bebida me turbe, ni su abundancia me desordene. ¿Sufrimos nosotros con paciencia, si alguna vez experimentamos las molestias de la sed? ¿Nos compadecemos de la sed de Jesús? ¿Nos ha arrastrado alguna vez la destemplanza?

Punto 2.° *Otras clases de sed que sintió Cristo.*—Demás de la sed corporal, afligieron al divino Jesús otras tres suertes de sed, por las cuales dijo: «Sed tengo». La primera fué una insaciable sed de obedecer, con la cual deseó cumplir la voluntad de Dios en todas las cosas, sin dejar una jota, ni una tilde, ni cosa alguna, por penosa que fuese; y como sabía que era voluntad del Padre que en su sed le diesen vinagre, no quiso dejar de cumplirla, y por esto dice que tiene sed, no tanto de beber agua, cuanto de gustar aquel vinagre por obedecerle. La segunda sed fué un entrañable deseo de padecer por nuestro amor; porque por mucho que había padecido, deseaba padecer mucho más, y sin duda lo padeciera, si esta fuera la voluntad de su Padre. Y como le faltaba por padecer la bebida del vinagre, dijo: «Sed tengo». Y no lo dijo para pedir refrigerio, sino por padecer nuevo tormento. Y así manifestó sencillamente su necesidad, sin alegar razones ni causas para persuadir que le diesen de beber; ni aun lo pidió expresamente; sino sólo dijo: «Sed tengo»; como si dijera: Esta necesidad padezco; vosotros ved si la queréis remediar, y el cómo y el cuándo la remediaréis. En lo cual enseña á todos, especialmente á los religiosos, el modo de representar sus necesidades corporales á los prelados, contentándose con declararlas sencillamente, dejando su remedio á la prudencia y providencia de ellos. La última sed fué de la salvación de las almas que con su Pasión redimía, deseando que su sangre aprovechase á todos, y que todos sirviesen á su Padre, y le diesen la gloria y culto debido como á Dios, porque siempre el celo ardiente de la casa de Dios le comía las entrañas, y de aquí procedía esta sed que con mayores ansias padeció en la cruz. En especial, has de ponderar la sed que allí tuvo de tu salvación y de que le sirvieses con perfección, dándole gracias por ella, y animándote á darle de beber para refrigerar su sed. ¡Oh alma mía! Mira las varias suertes de sed que padece tu Señor: sed de obedecer á su Padre, sed de padecer por su amor, y sed de la salvación de las almas. ¡Ah! Él te está diciendo: Tengo sed de que seas humilde, obediente, paciente. ¿No procurarás aliviarle esta sed? ¿No tienes sed de obedecer á sus mandatos, de padecer por su gloria, de que se conviertan los pecadores?

[1] Exod., xvii, 6.

Punto 3.° *Los judíos dieron á Jesús vinagre.*—Estaba allí una vasija llena de vinagre, y corriendo luego un soldado, tomó una esponja, y, empapándola en el vinagre, la puso sobre una caña, y la juntó á la boca de Cristo para que bebiese. En lo cual has de considerar la terrible escasez y crueldad del hombre contra Dios, y la inmensa largueza y bondad de Dios para con el hombre; porque no pudo ser mayor liberalidad que derramar Dios toda la sangre de sus venas, sin dejar gota, para el bien del hombre; ni pudo ser mayor cortedad y villanía que en este tiempo no dar el hombre ningún alivio á la sed de Dios. Pero, particularizando esto, has de ponderar el desamparo de Cristo en esta su sed, sin tener quien se compadeciese de Él y le diese agua con que refrescarse, sino vinagre, y aun éste mezclado con la hierba del hisopo, mortal y desabrida. Mas, su Majestad sufrió este trabajo con admirable paciencia y silencio, sin quejarse ni decir palabra de indignación, para darnos ejemplo de sufrimiento y para librarnos de la sed eterna que por nuestros pecados merecíamos en el infierno. ¡Cuán digno de toda alabanza, bendición y agradecimiento es este Señor, que quiso sujetarse á un desamparo, semejante en algo al de los condenados, para preservar de él á sus enemigos! Pondera también la aflicción de Cristo nuestro Señor en la sed espiritual que allí padecía, cuando en aquella esponja, llena de vinagre, sobre la caña, consideró la bebida que le habían de dar muchos pecadores, dándole sus corazones fofos para lo bueno, llenos del vinagre ácido del pecado, puestos sobre la caña movediza de la vanidad y mutabilidad de su carne. ¡Oh Salvador mío! ¡Cuán diferente bebida me dáis para hartar mi sed, de la que yo os doy para apagar la vuestra! Por la esponja llena de vinagre sobre la caña de hisopo, me dais vuestra santísima carne, mezclada con vuestra preciosa sangre, exprimida en esa caña de la cruz; y con ella me rociáis como con hisopo para que quede limpio, y me embriagáis como con vino para llenarme de vuestro amor. ¿Qué os daré, Señor, por tal caridad? ¿Qué le damos nosotros? ¿Imitamos á los malvados judíos, dándole vinagre en retorno de su amor?

¿Correspondemos á sus beneficios con nuevas y graves ingratitudes?

Epílogo y coloquios. ¡Qué sed tan ardiente abrasaba las entrañas de Jesucristo, suspendido en la cruz! Veinte horas á lo menos habría pasado sin beber una gota de agua, y en tan largo espacio de tiempo no había podido descansar ni un minuto, empleándolo todo, ó en pesados viajes, ó en sufrir escarnios é injurias dolorosas, sudando, no sólo sudor de congoja y cansancio, sino abundantes gotas de sangre, de la cual su cuerpo había quedado casi exhausto, por la mucha que con los azotes, espinas y clavos había derramado. Razón tenía para decir: «Sed tengo». Sin embargo, si le aflige la sed corporal, mucho mayor y más intensa es la sed espiritual que siente. Tiene sed de obedecer á su Padre celestial; sed de sufrir nuevos tormentos y trabajos por su amor y por el bien de los hombres; sed de que se salven las almas que ha redimido con su sangre, y de librarlas de la sed eterna, y de que se santifiquen; y estas suertes de sed manifiesta, al decir: «Sed tengo». Mas, ¡oh crueldad, villanía y perversidad de los hombres! Viendo á su Dios y Señor en tal aprieto y agobio, en vez de darle por alivio un vaso de agua fresca, le dan vinagre. ¡Cuánto padecería el corazón de Jesucristo al ver tanta dureza! ¡Cuánto más le afligiría el pensar que así habíamos de obrar nosotros, después de haber recibido de Él inmensos favores! ¿Y hemos sido tan ingratos con Jesús? ¿Le hemos aumentado su aflicción con nuevos pecados? ¿No procuraremos calmar de hoy más su sed, trabajando con fervor en el negocio de nuestra salvación, aceptando con alegría todos los trabajos, y obedeciendo en todas las cosas por su amor? ¿Qué propósitos hemos de hacer al efecto? Pensémoslo atentamente, y, conociendo lo que hemos de resolver, hagámoslo con decisión; mas, convencidos de nuestra nada, busquemos en la oración las fuerzas que necesitamos y el remedio de todos los males.

64.—SEXTA PALABRA: «CONSUMMATUM EST».

PRELUDIO 1.° En recibiendo Jesús el vinagre, dijo: *Consummatum est*; significando que estaban terminados sus trabajos, cumplidos los fines de su venida, y las profecías.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesucristo en la cruz, diciendo esta palabra.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de obrar de tal modo durante tu vida, que en la muerte puedas decir tranquilo esta palabra del Señor.

Punto 1.° *Con la sexta palabra significó Jesús que había padecido todo cuanto quería su Padre.*—En recibiendo Jesús el vinagre, dijo [1]: *Consummatum est.* Acabado es. Y ésta fué la sexta palabra que se dignó hablar desde la cruz, después de haber bebido algún poco de vinagre, para que se entendiese el fin con que había dicho que tenía sed; y así, gustada aquella bebida, con la cual daba fin á sus trabajos, dijo: *Consummatum est.* Acabado y cumplido está ya todo. Considera primeramente cómo Jesucristo en este momento puso los ojos en todos los trabajos y tormentos que su Padre Eterno quiso padeciese, desde el instante de su encarnación hasta el punto en que estaba, que era el fin de su Pasión y de su vida; pasando por la memoria los trabajos de su nacimiento y circuncisión, los de su destierro en Egipto, los de su predicación por Judea y Galilea, y últimamente los de su Pasión; y viendo cómo todos estaban cumplidos enteramente, sin faltar ninguno, consolóse grandemente de ver que hubiese llegado al fin de sus trabajos, tan á gusto de su Eterno Padre; y con un afecto de reconocimiento y agradecimiento, dijo: *Consummatum est;* acabado es todo cuanto mi Padre me mandó padecer. Y es de creer que repetiría la oración que hizo en el cenáculo dándole gracias por esta obra, diciendo [1]: «Gracias te doy, Padre mío, porque me has traído á esta hora tan deseada para Mí: Yo te he clarificado en la tierra, y he acabado la obra que me encomendaste; Yo te la ofrezco por la redención del mundo, y para que todos sean clarificados por Mí». ¡Oh Redentor mío! Vos decíais [2]: Con un bautismo he de ser bautizado; ¿cómo me aflijo hasta que le vea cumplido? Cese ya vuestra aflicción, pues ya está acabado este bautismo; y si la esperanza que se dilataba afligía vuestro corazón [3], el cumplimiento de vuestro deseo sea para Vos árbol de vida: séalo también para nosotros, ¡oh Dios de bondad!, cogiendo el fruto que en el árbol de la cruz habéis brotado. Pero, ¿podemos decir, como Jesús: *Consummatum est;* hemos sufrido los trabajos que quería nuestro Padre? ¿No nos quejamos de las tribulaciones que nos manda? ¿Recibimos con paciencia las cruces que nos envía ó permite?

Punto 2.° *Con esta palabra significa Jesús que ha llenado los fines de su venida al mundo.*—Considera cómo Jesucristo, al decir la sexta palabra, puso los ojos en todos los fines de su venida al mundo, y en los oficios que su Padre le había encargado, pasando por su memoria cómo su venida fué para satisfacer por el pecado de Adán; porque vino á quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, á destruir la muerte y el infierno, á abrir las puertas del cielo, á enseñar como maestro la doctrina de la perfección, á dar heroico ejemplo de todas las virtudes, á entablar los consejos evangélicos, y á instituir Sacramentos y sacrificios propios de la nueva ley. Y habiendo visto cómo de su parte había hecho todo lo necesario para conseguir estos fines, y cumplido enteramente todos sus oficios, con grande contento dijo: *Consummatum est:* ya es acabado todo lo que pretendí

[1] Joan., XIX, 30.

[1] Joan., XVII, 4. — [2] Luc., XII, 50. — [3] Prov., XIII, 12.

con mi venida al mundo: ya he concluido la consumación y abreviación que había de hacer en medio de la tierra [1], de la cual pueda nacer abundancia de santidad en el mundo, acabándose la indignación que contra él tenía. Ya también se han cumplido las semanas de Daniel [2], en las cuales se había de acabar la prevaricación, y tener fin el pecado, y borrarse la maldad, y venir la justicia sempiterna, y cumplirse toda profecía. Ya, finalmente, he cumplido de mi parte todo lo necesario para que mis escogidos sean consumados [3] y acabados en unión de caridad, como Yo y mi Padre lo deseamos. ¡Oh perfectísimo Salvador del mundo! Gracias os doy por lo bien que habéis cumplido vuestros oficios y acabado la obra de nuestra redención; suplícoos, Señor, que acabéis también en mí la obra que habéis comenzado, consumiendo en mí todo pecado, comunicándome cumplida y consumadamente vuestra justicia, para que cuando mi vida se acabare, sea yo en vuestros ojos acabado y consumado en toda virtud. Para esto, ¿cooperas, alma mía, debidamente á la gracia del Señor? ¿Qué destino tienes en el mundo, ó en el estado ú oficio en que te hallas? ¿Cómo llenas los deberes que te impone?

Punto 3.° *Jesús con esta palabra significó que se habían cumplido las profecías.*—Considera cómo Jesús, al proferir la sexta palabra, puso los ojos en todas las sombras y figuras de su venida, que se habían sucedido desde el principio del mundo hasta entonces; y en especial en los sacrificios y ceremonias de la ley vieja, y en las cosas que los profetas habían dicho, para representar todo lo que había de hacer y padecer en el mundo, y viendo cómo todo esto estaba cumplido, dijo: *Consummatum est;* acabado es todo lo que era sombra y figura: acabados son los sacrificios y ceremonias antiguas; acabada es ya la ley de la circuncisión con las cargas intolerables que traía consigo; cumplida es ya la ley y los profetas, pues no vine á quebrantarla, sino á cumplirla [4]; porque el cielo y la tierra faltarán antes que se deje de cumplir una jota ó una tilde de todo cuanto en ella se dice. Ultimamente: has de ponderar cómo este divino Señor que está en este doloroso trono para espirar, volverá el día del juicio en un trono de gloria para juzgar; y habiendo dividido á buenos de malos, y sentenciando á unos y otros según sus obras, dirá también esta palabra: *Consummatum est.* Ya es acabado el mundo y su gloria vana: ya es acabado el tiempo de merecer y de desmerecer: ya son acabados los deleites de los malos y los trabajos de los buenos: ya es acabado el poderío y reino del demonio para tentar y engañar de nuevo á los hombres: ya es acabado y cumplido el número de los escogidos para el cielo, y su medida ha llegado á cumplimiento y perfección. Y esto mismo proporcionalmente te dirá á ti en la hora de tu muerte, cuando venga á juzgarte, pues para ti todo esto se acaba en aquella hora. ¡Oh Juez supremo de los hombres! Pues que vuestra justicia será en aquel día tan cumplida y consumada como lo ha sido vuestra misericordia, cumplid ahora en mí vuestra misericordia, llenándome de gracia y de merecimientos, para que después cumpláis en mí vuestra justicia, dándome la corona de ellos en vuestra gloria. ¿Seremos nosotros tan felices, que podamos decir en aquel momento [1]: He cumplido mi carrera y guardado mi fe? ¿Podríamos hablar así, si nos saltease ahora la muerte? ¿Hemos trabajado por nuestra santificación, útilizando los medios que tenemos?

[1] Isai., x, 23. — [2] Dan., ix, 24. — [3] Joan., xvii, 23 — [4] Matth., v, 17.

Epílogo y coloquios. ¡Dichoso aquel que, próximo á morir, pueda decir con verdad la sexta palabra de Cristo en la cruz! Acababa de probar este Señor la bebida del vinagre, cumpliendo la última de las profecías, que versaba acerca de sus tormentos, y dando una mirada retrospectiva á todo el cuadro de dolores, tormentos, aflicciones, tristezas y demás penalidades que habían anunciado los profetas acerca de Él, y que su Padre eterno había ordenado, y viendo que había ya pasado por todo, y que no quedaba nada que sufrir de lo que estaba dispuesto, dijo: *Consummatum est.* Tiende también su vista por todos los oficios que había de hacer en el mundo, los ministerios que había de cumplir, los fines que había de llenar, las obras que había de realizar, y viendo que ha sido para la humanidad médico piadoso, maestro sapientísimo, pastor amorosísimo, Redentor abundantísimo, luz, guía, consuelo, todo, lleno de contento, dice *Consummatum est.* Vuelve sus ojos á las figuras y profecías que de Él se habían escrito, á las ceremonias que le representaban y á todos los acontecimientos de la antigüedad que tenían carácter de tipos; y observando que todo está cumplido, dice: *Consummatum est.* ¡Ah! Del modo que Él cumplió con todo, quiere que nosotros también cumplamos, y en el día del juicio vendrá á pedirnos cuenta si podemos con verdad decir esta palabra, y nos anunciará que para nosotros ha llegado el fin y consumación. ¡Qué temblor y espanto si no podemos decir: *Consummatum est,* todo está cumplido de la manera que debía! Pues, ¿qué nos conviene ahora hacer? ¡Ah! Quizá está muy cercano este momento terrible. Miremos lo que nos importa ahora; propongamos con eficacia y bajando muy al particular acerca de lo que hemos de hacer; pidamos con fervorosos coloquios las gracias que nos son necesarias, tanto para nosotros como para todo el mundo.

[1] II Tim., iv, 7.

65.—SÉPTIMA PALABRA DE CRISTO, Y SU MUERTE.

PRELUDIO 1.° Con gran clamor dijo Jesús: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»; é inclinando la cabeza, espiró.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús diciendo esta palabra y exhalando su último aliento.

PRELUDIO 3.° Pide confianza en la bondad de Dios, y gratitud al Señor por la muerte que sufre.

Punto 1.° *Causas por qué Jesús dijo la última palabra con gran clamor.*—Clamando Jesús con grande voz, dijo [1]: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Acerca de lo cual has de considerar las causas de este grande clamor y grito con que dijo Jesús la última palabra. La primera fué para que se entendiese que tenía fuerza y vigor para dilatar la vida y atajar la muerte, si quisiera, y que si moría, era porque quería morir, conforme á lo que antes había dicho [2]: «Nadie me puede quitar la vida, si Yo no la ofrezco de mi voluntad, porque tengo poder de dejarla y tornarla á tomar cuando quisiere». Y así, muriendo voluntariamente, hácese grandemente acreedor á tu agradecimiento. La segunda causa de tal clamor fué para declarar el natural sentimiento que tenía el alma de separarse de su cuerpo. Miraba la buena compañía que le había hecho treinta y tres años, y cuán bien le había servido y ayudado en todas las obras de nuestra redención, y cómo estaba unido con la divinidad así como ella; de aquí resultaba una grande pena y dolor natural en apartarse de Él, la cual significó con este clamor y grito, en lugar de las congojas y bascas con que otras almas se apartan de sus cuerpos. Lo tercero, clamó Cristo nuestro Señor con voz clara y sonora en señal de la victoria que alcanzaba del demonio y del infierno; porque así como Gedeón [3] quebrantó su cántaro, y alzando el grito venció á los madianitas, también nuestro glorioso Capitán, quebrantando su cuerpo en la cruz con los tormentos, y clamando con esta voz sonora, venció con su muerte á los demonios, poniendo terror y espanto á las potestades infernales. Y fué esta voz milagrosa, porque los crucificados, como mueren desangrados, cuando están cercanos á la muerte, están muy desflaquecidos; pero nuestro buen Jesús usó entonces de su poder, mostrando que su muerte era para vencer, y que en ella estaba escondida su fortaleza y su victoria. ¡Oh Salvador poderosísimo! Gracias os doy por la victoria que habéis ganado, no tanto para Vos como para nosotros, muriendo por darnos vida. Suplícoos que, cuando desfalleciere mi virtud [4], no me desamparéis; fortalecedme entonces con la vuestra, para que, muriendo, alcance por Vos

[1] Luc., XXIII, 46. — [2] Joan., X, 18. — [3] Judic., VII, 19. — [4] Psalm. LXX, 9.

la victoria que ganasteis para mí. ¿Agradecemos á Jesús la voluntad con que por nosotros dió la vida? ¿Nos compadecemos de la aflicción de su alma santísima? ¿Nos aprovechamos de la victoria que para nosotros ganó?

Punto 2.° *Significación de la séptima palabra.*—En este punto has de considerar la séptima palabra, que fué: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Cada palabra tiene particular misterio. Llámale Padre en señal de amor y confianza, la cual es muy necesaria en la hora de la muerte, para que haga Dios con nosotros oficio de Padre, amparándonos y defendiéndonos con su protección, y admitiéndonos á la herencia que tiene prometida á sus hijos; mas, para esto es menester que en vida hagamos con Él oficio de buenos hijos, amándole, honrándole y sirviéndole como tal Padre merece y como Jesucristo nos enseñó. Lo segundo, encomienda su espíritu en las manos del Padre para significar que en las manos de tal Padre, y no en otras, puede estar seguro. Estas manos criaron nuestro espíritu, y en ellas nos tiene escritos [1] para no olvidarse de nosotros. En sus manos están nuestras suertes, porque de ellas depende la dichosa suerte de nuestra salvación. Lo tercero, dice que le encomienda su espíritu; no dice su hacienda, porque ninguna tiene; no su honra, porque no le da cuidado; no su cuerpo, porque no es lo que más estima; sino su espíritu, que es lo principal del hombre, de cuya buena suerte depende todo lo demás, enseñándonos con esto el cuidado grande que en la hora de la muerte hemos de tener de encomendar á Dios el alma, dejando á su providencia el suceso de lo que toca al cuerpo; porque si tu espíritu entra en las manos de Dios, eso te basta para ser bienaventurado. Mas la caridad de Jesús no se contentó con encomendar á su Padre su propio espíritu, sino que le encomendó el espíritu de todos sus escogidos; porque, como dice san Pablo [2], el que se llega á Dios es un espíritu con Él; y así encomendó también tu espíritu al Padre, suplicándole que lo tomase bajo su protección. ¡Oh dulce Jesús! Como Vos encomendáis vuestro espíritu en las manos de vuestro Padre, así yo encomiendo el mío en las vuestras que tenéis extendidas en la cruz, para abrazar á los pecadores, que se acogieren á ellas. ¡Oh, si todos se llegasen á Vos! Sin duda los abrazaríais con ternura y no los dejaríais hasta llevarlos á vuestro reino. ¿Nos encomendamos nosotros en las manos de Jesús? ¿Tenemos en Él la confianza á que es acreedor por su infinita bondad y misericordia? ¿Tenemos más cuidado del espíritu que del cuerpo y de las cosas materiales?

Punto 3.° *Jesús inclinó la cabeza, y espiró.*—En diciendo Jesús la séptima palabra, inclinó la cabeza, y entregó su espíritu [3]. Acerca de esta inclinación de cabeza, que como fué vo-

[1] Isai., XLIX, 16. — [2] I Cor., VI, 17. — [3] Joan., XIX, 30.

luntaria, así fué misteriosa, has de considerar las causas de ella, que fueron varias: Primera, para significar que moría por obediencia, inclinando su cabeza á la divina ordenación. Segunda, para declarar su humildad de corazón y su pobreza, como no tenía donde reclinar su cabeza en la cruz. Tercera, para darnos á entender la gravedad de nuestros pecados, que con su carga le hicieron inclinar hasta la muerte. Cuarta, para señalar el lugar del limbo, adonde su espíritu encaminaba la jornada que había de hacer para despojarle. De estas causas has de sacar afectos de agradecimiento é imitación, inclinando tu cuello y cabeza al yugo de la obediencia por Cristo, y mirando siempre la tierra de donde fuiste formado, y el infierno que has merecido, adonde te aploma la carga de tus pecados, suplicando al Señor que por la inclinación de su cabeza en la cruz te conceda todo esto, para que, inclinando ahora tu cabeza con humildad, la puedas después levantar con grande confianza. Pondera luego cómo Jesús de tal manera entregó su espíritu, que verdaderamente murió por la fuerza y terribilidad de los dolores que padeció en la cruz y por el desfallecimiento de la sangre que por las heridas derramaba hilo á hilo sin parar; y así como las venas comenzaron á vaciarse de la sangre, comenzó el rostro á demudarse y los miembros á enflaquecerse, y faltando las fuerzas, vino á espirar. ¡Oh buen Pastor! ¡Cuán bien habéis cumplido con vuestro oficio, dando la vida por vuestras ovejas! ¡Oh Sumo Sacerdote! ¡Cuán buen sacrificio habéis ofrecido de Vos mismo en esa ara de la cruz! ¡Oh sapientísimo Maestro! ¡Cuán alta lección de justicia y santidad habéis leído en esa cátedra! ¡Oh Redentor generosísimo! ¡Cuán copioso precio habéis dado por la redención de vuestros cautivos! Mas ¡cuánta es la ingratitud de los hombres que se atreven á ofender á un Señor tan benigno, bondadoso y abundante en misericordia! ¿Somos nosotros también reos de tamaña ingratitud? ¿Sentimos los pecados cometidos que han causado la muerte del Señor? ¿Inclinaremos en adelante la cabeza al yugo de la obediencia, sometiéndonos á la voluntad de Dios?

Epílogo y coloquios. Jesús había vivido como Dios, y muere como Dios. Está á punto de espirar; su rostro está pálido, sus miembros sin fuerzas, sus venas vacías de sangre, sus fuerzas acabadas; y en este momento, como si recobrase todas sus fuerzas, alza la voz, y con gran clamor dice: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Clama Jesús y da una grande y sonora voz, para demostrar que, como Dios, es dueño de perder la vida ó conservarla; para manifestar el sentimiento natural que su alma tenía de separarse del cuerpo; y para dar la señal de la victoria sobre todos los enemigos, que con su muerte quedaban todos heridos de muerte. En este instante Jesús se dirige á su Padre, puesto que á Él debemos acudir en los grandes apuros, sobre todo en la muerte; y llamándole con este dulce nombre en señal de confianza y amor, encomienda en sus manos, no su hacienda, honra, cuerpo, fama, sino su espíritu. En diciendo esto, Jesús inclina la cabeza, para significar que muere por obediencia, y que se encamina al limbo; y por la fuerza del dolor exhala su espíritu. ¡Oh muerte que da la vida al mundo! ¡Oh inclinación de cabeza que es causa que todos podamos levantar la nuestra! ¿Qué dice todo esto á nuestro corazón? ¿Deseamos poder llamar á Dios Padre nuestro en la hora de la muerte? ¿Vivimos y obramos como hijos suyos? ¿Inclinamos nuestra cabeza, obedeciendo á sus órdenes? En aquel momento terrible querríamos, sin duda, haber imitado las admirables virtudes de Jesús. Veamos, pues, ahora si lo hacemos, porque exige la prudencia que vivamos del modo que querríamos morir. Y si nos hallamos defectuosos, corrijámonos con firmes propósitos, fervorosos coloquios y encendidas súplicas.

66.—MILAGROS OCURRIDOS EN LA MUERTE DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Al morir Jesús, rasgóse el velo del templo, la tierra tembló y el Centurión y los que con él estaban, confesaron que era Dios.

PRELUDIO 2.º Represéntate estos sucesos como si te hallases presente.

PRELUDIO 3.º Pide una viva fe de la divinidad de Jesucristo.

Punto 1.º *El velo del templo se rasgó de arriba abajo.*— Considera cómo, luego de espirar Jesucristo en la cruz, demás de las tinieblas que habían precedido, se verificaron otros varios milagros, ordenados por Dios para declarar la gloria del que moría, y la maldad de aquel pueblo que le crucificaba, y para significar los admirables efectos que se seguirían de su muerte. El primero de estos milagros fué que el velo del templo, que ocultaba el santuario á las miradas de los hombres, por sí solo se dividió en dos partes de alto abajo [1]. Pondera las causas de esta división milagrosa, que fueron dos principalmente. La una, porque, así como el sumo sacerdote Caifás, cuando oyó decir á Cristo que era Hijo de Dios, horrorizado aparentemente de lo que él reputaba por una blasfemia [2], rasgó sus vestiduras en señal de dolor y pena; así el mismo Dios rasgó el velo de su templo en señal del dolor y pena que bastaba para causarle la blasfemia diabólica y sacrilegio horrendo que había cometido aquel pueblo ingrato, injuriando y crucificando á su Hijo. Con lo cual te enseña que debes rasgar tu corazón de pena y aflicción, al considerar lo que por causa de tus pecados ha padecido Jesús. Otra causa de este suceso extraordinario fué para significar que por la muerte de Cristo nuestro Señor se abría

[1] Marc., xv, 38. — [2] Matth., xxvi, 65.

camino para conocer los secretos y misterios de Dios [1], que antes estaban ocultos, parte por el velo de las sombras y figuras de la vieja ley, parte por el velo de nuestros pecados, que hacían división entre nosotros y Dios. ¡Oh Salvador mío! Romped en mí este velo que me impide conoceros. Dadme luz divina con que penetre vuestros misterios, y descubridme los tesoros de vuestros secretos celestiales en aquel grado que me conviene para serviros con perfección. ¿Cuándo, Señor, destruiréis en mí el velo de mis pecados y pasiones que me ciega para no poder contemplaros? Mas, ¿por qué no rasgamos nosotros nuestro corazón de dolor por las penas de Jesús? ¿Por qué nos cubrimos voluntariamente con el inmundo velo de nuestras culpas, privándonos de la vista de Dios? ¿Qué hemos de hacer para evitar tal locura?

Punto 2.º *Temblor de la tierra.*—Considera cómo, muriendo Jesús, la tierra tembló, las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron [2]. Estas cosas milagrosas ordenó el Señor principalmente por dos causas. La primera, para que las criaturas insensibles á su modo diesen muestras de dolor y sentimiento por la muerte del Salvador, en detestación de la dureza y obstinación de aquel pueblo rebelde que le crucificó, y juntamente fuesen confusión de los que no se compadecen de la Pasión de Cristo nuestro Señor. Por lo cual tú debieras temblar y estremecerte de dolor como la tierra, viendo estremecer á Jesús en la cruz; y tu corazón debiera partirse de pena como las piedras, viendo que la piedra viva Cristo se parte por medio, apartando su alma de su afligido cuerpo. Y, si esto no haces, piensa que eres más insensible que la tierra, y tu corazón más duro que un peñasco. La segunda causa fué para significar que, en virtud de la Pasión de Cristo nuestro Señor, temblarían los corazones terrenos con el santo temor de Dios, que es principio de la justificación; y por más duros que fuesen, se quebrantarían con la contrición y dolor de sus pecados, y se abrirían para descubrir en la confesión sus obras muertas, que son las culpas que matan las almas, á fin de resucitar con Cristo á nueva vida. De donde has de deducir cuán provechoso sea meditar bien estos divinos misterios, con los cuales se alcanzan en la oración los tres afectos referidos. ¡Oh Salvador del mundo! No permitáis que seamos más insensibles que la tierra, y más duros que las piedras y que los sepulcros de los muertos; pues, siendo nosotros los que pecamos, tenemos más razón de sentir lo que Vos padecéis por nuestro pecado. Gran confusión es para nosotros el ver las muestras de dolor que dan las criaturas insensibles por vuestra muerte, viendo la insensibilidad de nuestra alma. ¿Es acaso que no meditamos debidamente las penas de Jesús? ¿No nos convencemos

[1] Hebr., IX, 8. — [2] Matth., XXVII, 51.

que las sufre por nuestra culpa? ¿No conocemos la gravedad de ella?

Punto 3.º *El centurión y otros confiesan que Cristo es Hijo de Dios.*—El centurión que guardaba á Cristo, viendo estas cosas y que había espirado con gran clamor, dijo [1]: «Verdaderamente este hombre era justo, y era Hijo de Dios». Y los soldados que con él estaban, temieron mucho, y dijeron: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios». Y la turba del pueblo que estaba allí mirando este espectáculo, hiriendo de dolor sus pechos, se volvieron á la ciudad. En todo este suceso has de considerar con grande admiración y contento de tu espíritu, cómo los milagros que habían sucedido inmediatamente á la muerte de Jesús obraron los efectos que significaban, en virtud de su sagrada Pasión, moviendo los corazones de los que los vieron para que confesasen á Cristo por justo y santo; y, lo que más era, por Hijo de Dios, hiriendo sus pechos en señal de penitencia y dolor por las injurias que le habían hecho. Y, aunque el centurión y los soldados eran gentiles, y la turba del pueblo había estado tan dura y pertinaz en pedir la muerte de Cristo, se trocaron en este punto, convencidos de la verdad y de la inocencia y santidad del que murió por ellos; y también en virtud de la oración que hizo en la cruz, rogando por los que le perseguían, la cual obró estas mudanzas y conversiones dichas. Y, á imitación de esta gente, debemos nosotros herir nuestro pecho por los pecados que contra Cristo hemos cometido, suplicándole que por su Pasión nos los perdone. ¡Oh poderosísimo Jesús! Si tan pronto triunfáis de la dureza de vuestros enemigos, que apenas acabáis de espirar, ya se arrepienten de la muerte que os han dado, confesando vuestra justicia y divinidad, y su injusticia y crueldad; triunfad también de mi corazón, que por desgracia no ha sido menos duro y criminal que el suyo. Dadle á conocer la enormidad de su culpa, para que, avergonzado de ella, se hiera con la contrición interna y castigue el cuerpo con la mortificación externa, con las cuales me disponga á recibir vuestra gracia. ¿Qué debemos hacer para lograr esto? ¿Imitamos el dolor de las turbas? ¿Confesamos con nuestras obras la justicia y santidad de Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán presto empieza el Padre Eterno á cumplir la palabra que había dado de glorificar á su divino Hijo! Apenas ha acabado de exhalar el último suspiro, y ya toda la naturaleza á porfía se empeña en dar muestras de sentimiento y dolor, como si conociese que el que ha muerto es el mismo que la dió el ser. El velo que cubría el santuario, ocultándolo á las miradas de los hombres, se rasga ó parte por medio en dos partes, como si Dios rasgase su vestido horrorizado de la blasfemia y sacrilegio cometido por el hombre, asesinan-

[1] Marc., XV, 39; Luc., XXIII, 47.

do á su propio Hijo; mostrando al mismo tiempo que por la muerte de Cristo se nos abren las puertas del cielo y franquea la entrada en la gloria, y que los misterios de la divinidad no estarán ya velados y encubiertos, sino patentes y manifiestos. La tierra se estremece de terror, viendo á su Criador espirar en la cruz; las piedras se parten y los sepulcros se abren, anunciando el Señor por medio de estos sobrenaturales sucesos los efectos que produciría la Pasión de Jesucristo bien meditada, aun en los corazones más terrenos y duros. Porque éstos, al modo que el centurión con sus soldados y los judíos que á la sazón se hallaban en el Calvario, heridos de temor confesarán sus culpas, se quebrantarán con el dolor de ellas, disponiéndose para el perdón. ¿Reportamos nosotros estos frutos de la Pasión del Señor? ¿Cuál es la causa del escaso provecho que sacamos de su meditación? ¿Cómo es que seamos más insensibles que la tierra, más duros que los peñascos y más rebeldes que los gentiles? ¿Cómo no nos confunde nuestra frialdad? Lloremos amargamente las penas de Jesús, los pecados por que padece, y sobre todo nuestra sequedad al meditar tales padecimientos. Propongamos con gran resolución todo esto, y roguemos al Señor que nos ayude y que se compadezca de todas las necesidades, especialmente de los pecadores.

67.—LANZADA DEL COSTADO DE CRISTO.

PRELUDIO 1.º Habiendo pedido los pontífices á Pilatos que mandase quebrar las piernas á los crucificados, á Jesús no lo hicieron, por estar ya muerto; pero un soldado le abrió el costado con una lanza.

PRELUDIO 2.º Represéntate al soldado dando una lanzada á Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer é imitar la caridad de Cristo.

Punto 1.º *Piden los pontífices que se quiebren las piernas á los ajusticiados.*—Rogaron los judíos á Pilatos mandase quebrar las piernas á los crucificados y quitar sus cuerpos de la cruz, porque no estuviesen en ella el día siguiente, que era sábado y fiesta muy solemne [1]. Considera aquí la maldad de estos príncipes de los sacerdotes, los cuales, con título de fingida religión, encubrieron su crueldad y envidia, porque pretendieron se quebrantasen las piernas al Señor, para darle este nuevo tormento, si estuviera vivo, ó á lo menos para que pasase por esta nueva injuria, si estaba muerto. Y desearon se quitase de la cruz, porque observaron que la gente se compungía de verle, y le confesaba por justo é Hijo de Dios, queriendo quitárselo de sus ojos, para obscurecer su gloria. De lo cual has de sacar un saludable temor de los juicios de Dios acerca de los obstinados y

[1] Joan., XIX, 31.

endurecidos pecadores, á los cuales los milagros, en vez de ablandar, endurecen más y más, añadiendo pecados á pecados, para llevar adelante su intento. Pondera luego cómo accediendo Pilatos á la pretensión de los judíos, mandó á sus soldados que lo hicieran; los cuales, viniendo al Calvario, quebraron las piernas á los ladrones; mas á Jesús, como le vieron muerto, no lo hicieron. Mira cómo jamás las trazas de los hombres pueden prevalecer contra las de Dios, el cual no quiso que quebrasen las piernas á Cristo, en cumplimiento de la profecía que, aludiendo al cordero pascual, figura del Señor, decía [1]: «No le quebrantaréis ningún hueso». Con lo cual se significaba que los tormentos de la Pasión, aunque terribilísimos, no quebrantarían su fortaleza y paciencia, ni menoscabarían la caridad ni las virtudes sólidas, significadas por los huesos, sino que siempre se conservarían enteras, por más que los demonios pretendiesen quebrantarlas; y lo propio sucederá en sus escogidos, si, confiados en la virtud de Cristo, luchan valerosos contra sus enemigos. ¡Oh Dios eterno! Vos que libráis á los justos de muchas tribulaciones [2] y guardáis sus huesos sin que se quiebre ninguno, conservad en nosotros la fortaleza en los trabajos, y guardad las virtudes interiores de nuestra alma, porque si Vos no guardáis estos huesos, pronto serán de nuestros enemigos quebrantados. Pero nosotros, ¿vigilamos los ataques de nuestros enemigos para que no nos sorprendan? ¿Tenemos nuestra confianza puesta en Dios? ¿Detestamos la pésima conducta de los judíos, á quienes los milagros endurecen?

Punto 2.º *El costado de Cristo fué abierto para mostrarnos su amor.*—Considera cómo uno de los soldados abrió con una lanza el costado de Cristo, acerca de cuyo misterio has de ponderar la causa de esta lanzada de parte de los soldados, la cual no fué otra que su crueldad y furia, para asegurarse más de la muerte de Cristo, y hacer aquella injuria al cuerpo muerto, ya que no le pudieron quebrar las piernas, estando vivo. Pero, aunque el cuerpo de nuestro Señor recibió la herida, y por estar muerto no sintió dolor, sintiólo grandemente el ánima de la Virgen su Madre, la cual, por la grandeza de su amor, más estaba en el cuerpo de su Hijo que en el suyo. Y así Ella en la lanzada padeció y sintió el dolor que Él había de padecer, si estuviera vivo; y lo ofreció al eterno Padre por el cuerpo místico de su Hijo, que es la Iglesia, y consiguientemente por todos y cada uno de los que á Él pertenecemos. Pondera luego con mayor atención las causas porque Cristo no se contentó con que sus espaldas fuesen abiertas con azotes, su cabeza con espinas, sus manos y pies con clavos, sino también quiso que su costado fuese abierto con la lanza con mayor abertura, que penetrase

[1] Exod., XII, 46. — [2] Psalm. XXXIII, 20.

hasta su corazón; todo esto permitió en castigo de los pecados que todo el cuerpo místico del linaje humano había cometido con todos los miembros y potencias exteriores é interiores, y mucho más con el corazón, de donde, como dijo el Señor [1], salen los pecados que manchan al hombre y le condenan; y, para purgarle de esta ponzoña, quiere que sea abierto el suyo, del cual procede la vida. ¡Oh Salvador mío! Por la abertura de vuestro precioso costado, os suplico perdonéis los innumerables pecados que de mi corazón han procedido. Cerradle, Señor, de tal manera, que nunca salgan de él obras que manchen mi alma, y abridle solamente para que de él procedan obras con que gane la vida eterna [2]. ¿Qué obras salen de nuestro corazón? ¿Nos hemos atrevido á herir como estos crueles soldados el Corazón de Cristo? ¿No agradecemos á Jesús la herida que ha querido recibir en él por nuestro amor?

Punto 3.º *El costado de Jesús abierto nos descubre su amor y es nuestro refugio.*—Considera cómo por esta llaga del costado quiso descubrir nuestro buen Jesús la infinita caridad y amor que nos tenía, y cómo todo cuanto había hecho y padecido por nosotros, había sido por puro amor y con amor, pudiendo decir lo de los Cantares [3]: «Llagaste mi corazón, esposa y hermana mía; llagaste mi corazón»: dos veces le llagaste, una con llaga de amor, cuando te amé por sola mi bondad y misericordia, poniendo en ti mis dones, para que ellos me inclinasen á amarte; y otra le llagaste con el hierro de una lanza, pues por tu causa fué llagado, para que por esta segunda llaga conocieses la primera, y echases de ver lo mucho que te amé. Pondera luego cómo quiso también este dulcísimo Amador que fuesen abiertos sus pies y manos con los clavos y el costado con la lanza, para que los agujeros y aberturas de esta piedra viva fuesen morada espiritual de todos los fieles en cualquier estado y grado de virtud que estuviesen. De modo que pecadores y principiantes, los que aprovechan y los perfectos, con la meditación de estas llagas, entrando con el espíritu dentro de ellas, alcanzasen su deseado fin. Ellas son lugares de refugio para los erizos de los pecadores [4]; son madriguera para el pueblo flaco de los principiantes; son como soledad espiritual para los que, cansados del bullicio del mundo, quieren conversar con Dios, y nido donde moran con paz y seguridad los que de corazón desean estar siempre unidos con Cristo. ¡Oh amantísimo Jesús y Redentor mío, hermano y esposo de las almas castas! ¿Con qué os pagaré las llagas que recibisteis por mi amor? ¿Por qué no llagáis mi corazón con llaga de amor y de dolor, para que os ame por lo mucho que me amasteis y me compadezca de lo que por mí padecisteis? ¡Oh Amado mío! Pues abrís vuestras llagas para que

[1] Matth., xv, 19. — [2] Prov., iv, 23. — [3] Cant., iv, 9. — [4] Psalm. civ, 18.

moremos en ellas, de hoy más ellas serán nuestro refugio, defensa, palacio y lugar de recreación. Perdonad el olvido en que hemos estado, y ayudadnos para cumplir este nuestro propósito. ¿Nos acordamos de las llagas de Jesús? ¿Nos recogemos á ellas en las tentaciones? ¿Meditamos el amor que con las mismas nos ha mostrado?

Epílogo y coloquios. ¡Oh crueldad endemoniada! ¡Oh diabólica obstinación de los judíos! Jesús ha entregado ya su espíritu; su cuerpo está colgado en la cruz; y, no satisfecha todavía su saña contra el Redentor con las crueldades que en Él han ejecutado estando vivo, desean cebarse en su cuerpo muerto; y así piden á Pilatos que mande que le quebranten las piernas. ¡Ay del hombre endurecido, á quien nada conmueve, ni los favores, ni las amenazas, ni los milagros, ni los castigos! ¿Pero, qué podrá el hombre contra el consejo de Dios? Nada; el Señor ha dicho y mandado que no quebrantasen ningún hueso á este Cordero pascual; y por más que lo pretenden sus enemigos, no se hace; y su cuerpo se conserva íntegro, como íntegro se conservó su espíritu, sin flaquear en ninguna de las virtudes que le ennoblecieron. Mas, Jesús consiente en que su cuerpo sea injuriado, y así no se opone á que un soldado cruel levante la lanza y le abra el costado, deseando por esta nueva injuria expiar los pecados de nuestro ingrato corazón; ostentar y patentizar el amor inmenso que nos profesa, y prepararnos dentro de su mismo Corazón una morada segura, un refugio inexpugnable, un precioso gabinete en donde podamos recogernos para defendernos de nuestros enemigos, descansar de nuestras fatigas, y entregarnos al dulce ocio de la contemplación. ¡Oh bondad infinita de Jesús! ¿Nos aprovechamos de sus favores? ¿Nos recogemos á meditar en lo secreto de su Corazón? ¿Deploramos allí la ingratitud de los hombres? ¿Lloramos en aquel lugar nuestras culpas y pecados? ¡Ah! ¡Cuán poco nos acordamos de las llagas y heridas de Jesús! Nosotros no sabemos olvidar las injurias que nos hacen, y apenas acertamos á pensar en las que Jesús por nuestro amor recibe. Volvamos sobre nosotros mismos; y, deseosos de remediar tan punible descuido, formemos propósitos, pidamos gracia para ponerlos en obra, sin olvidarnos de las demás necesidades.

68.—SANGRE Y AGUA QUE SALIÓ DEL COSTADO ABIERTO DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Abierto el costado de Cristo, salió de la herida sangre y agua, por varias causas misteriosas.

PRELUDIO 2.º Representémonos con viveza este hecho.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de corresponder á la caridad de Jesús.

Punto 1.º *Quiso Jesús que saliese sangre y agua de su costado, para descubrirnos su caridad.*—Considera cómo, lue-

hasta su corazón; todo esto permitió en castigo de los pecados que todo el cuerpo místico del linaje humano había cometido con todos los miembros y potencias exteriores é interiores, y mucho más con el corazón, de donde, como dijo el Señor [1], salen los pecados que manchan al hombre y le condenan; y, para purgarle de esta ponzoña, quiere que sea abierto el suyo, del cual procede la vida. ¡Oh Salvador mío! Por la abertura de vuestro precioso costado, os suplico perdonéis los innumerables pecados que de mi corazón han procedido. Cerradle, Señor, de tal manera, que nunca salgan de él obras que manchen mi alma, y abridle solamente para que de él procedan obras con que gane la vida eterna [2]. ¿Qué obras salen de nuestro corazón? ¿Nos hemos atrevido á herir como estos crueles soldados el Corazón de Cristo? ¿No agradecemos á Jesús la herida que ha querido recibir en él por nuestro amor?

Punto 3.º *El costado de Jesús abierto nos descubre su amor y es nuestro refugio.*—Considera cómo por esta llaga del costado quiso descubrir nuestro buen Jesús la infinita caridad y amor que nos tenía, y cómo todo cuanto había hecho y padecido por nosotros, había sido por puro amor y con amor, pudiendo decir lo de los Cantares [3]: «Llagaste mi corazón, esposa y hermana mía; llagaste mi corazón»: dos veces le llagaste, una con llaga de amor, cuando te amé por sola mi bondad y misericordia, poniendo en ti mis dones, para que ellos me inclinasen á amarte; y otra le llagaste con el hierro de una lanza, pues por tu causa fué llagado, para que por esta segunda llaga conocieses la primera, y echases de ver lo mucho que te amé. Pondera luego cómo quiso también este dulcísimo Amador que fuesen abiertos sus pies y manos con los clavos y el costado con la lanza, para que los agujeros y aberturas de esta piedra viva fuesen morada espiritual de todos los fieles en cualquier estado y grado de virtud que estuviesen. De modo que pecadores y principiantes, los que aprovechan y los perfectos, con la meditación de estas llagas, entrando con el espíritu dentro de ellas, alcanzasen su deseado fin. Ellas son lugares de refugio para los erizos de los pecadores [4]; son madriguera para el pueblo flaco de los principiantes; son como soledad espiritual para los que, cansados del bullicio del mundo, quieren conversar con Dios, y nido donde moran con paz y seguridad los que de corazón desean estar siempre unidos con Cristo. ¡Oh amantísimo Jesús y Redentor mío, hermano y esposo de las almas castas! ¿Con qué os pagaré las llagas que recibisteis por mi amor? ¿Por qué no llagáis mi corazón con llaga de amor y de dolor, para que os ame por lo mucho que me amasteis y me compadezca de lo que por mí padecisteis? ¡Oh Amado mío! Pues abrís vuestras llagas para que

[1] Matth., xv, 19. — [2] Prov., iv, 23. — [3] Cant., iv, 9. — [4] Psalm. cm, 18.

moremos en ellas, de hoy más ellas serán nuestro refugio, defensa, palacio y lugar de recreación. Perdonad el olvido en que hemos estado, y ayudadnos para cumplir este nuestro propósito. ¿Nos acordamos de las llagas de Jesús? ¿Nos recogemos á ellas en las tentaciones? ¿Meditamos el amor que con las mismas nos ha mostrado?

Epílogo y coloquios. ¡Oh crueldad endemoniada! ¡Oh diabólica obstinación de los judíos! Jesús ha entregado ya su espíritu; su cuerpo está colgado en la cruz; y, no satisfecha todavía su saña contra el Redentor con las crueldades que en Él han ejecutado estando vivo, desean cebarse en su cuerpo muerto; y así piden á Pilatos que mande que le quebranten las piernas. ¡Ay del hombre endurecido, á quien nada conmueve, ni los favores, ni las amenazas, ni los milagros, ni los castigos! ¿Pero, qué podrá el hombre contra el consejo de Dios? Nada; el Señor ha dicho y mandado que no quebrantasen ningún hueso á este Cordero pascual; y por más que lo pretenden sus enemigos, no se hace; y su cuerpo se conserva íntegro, como íntegro se conservó su espíritu, sin flaquear en ninguna de las virtudes que le ennoblecieron. Mas, Jesús consiente en que su cuerpo sea injuriado, y así no se opone á que un soldado cruel levante la lanza y le abra el costado, deseando por esta nueva injuria expiar los pecados de nuestro ingrato corazón; ostentar y patentizar el amor inmenso que nos profesa, y prepararnos dentro de su mismo Corazón una morada segura, un refugio inexpugnable, un precioso gabinete en donde podamos recogernos para defendernos de nuestros enemigos, descansar de nuestras fatigas, y entregarnos al dulce ocio de la contemplación. ¡Oh bondad infinita de Jesús! ¿Nos aprovechamos de sus favores? ¿Nos recogemos á meditar en lo secreto de su Corazón? ¿Deploramos allí la ingratitud de los hombres? ¿Lloramos en aquel lugar nuestras culpas y pecados? ¡Ah! ¡Cuán poco nos acordamos de las llagas y heridas de Jesús! Nosotros no sabemos olvidar las injurias que nos hacen, y apenas acertamos á pensar en las que Jesús por nuestro amor recibe. Volvamos sobre nosotros mismos; y, deseosos de remediar tan punible descuido, formemos propósitos, pidamos gracia para ponerlos en obra, sin olvidarnos de las demás necesidades.

68.—SANGRE Y AGUA QUE SALIÓ DEL COSTADO ABIERTO DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Abierto el costado de Cristo, salió de la herida sangre y agua, por varias causas misteriosas.

PRELUDIO 2.º Representémonos con viveza este hecho.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de corresponder á la caridad de Jesús.

Punto 1.º *Quiso Jesús que saliese sangre y agua de su costado, para descubrirnos su caridad.*—Considera cómo, lue-

go que el soldado cruel abrió el costado de Cristo con la lanza, salió de la herida sangre y agua, como lo atestigua san Juan [1]; y el misterio de esta sangre y agua fué la principal causa de que el Señor permitiera dicha abertura. Pondera las causas de esta misteriosa y nueva fuente. La primera fué para declararnos Jesús su inmensa largueza y caridad en darnos toda su sangre, sin reservar gota de ella, porque esta poca que había quedado en el corazón, donde no llegaron las espinas ni los clavos, quiso que saliese siendo punzado con la lanza. Y para que se viese que había salido toda, con esta última salió una cantidad de agua, porque ya no quedaba sangre en todo el cuerpo. ¡Oh, cuán pródiga se ostenta la bondad, misericordia y largueza de Dios, si prodigalidad puede llamarse lo que con tanto acuerdo y tan suave providencia se ejecuta! La segunda causa fué para declararnos la eficacia de su Pasión y muerte, para lavar nuestros pecados, y purificarnos en virtud de su sangre con el agua de su gracia, y con ella juntamente apagar el ardor de nuestras codicias, y hartar la sed de nuestros deseos. Este Señor es en verdad la fuente de David [2], de cuyo costado, patente y abierto, mana continuamente agua y sangre para lavar las manchas sangrientas de nuestras culpas. Es la piedra viva y pedernal de fuego [3], la cual, siendo herida en el costado con la lanza, brota abundantísimas aguas para refrescar á los que en el desierto de este mundo perecen de sed. ¡Oh fuentes del Salvador [4], abiertas en sus pies, manos y costado! Con grande gozo acudo á vuestros caños por agua de salud, que me lave y limpie, sane y salve. Brotad, Jesús mío, por esas fuentes patentes agua y sangre que lleguen hasta lo íntimo de mi corazón, el cual, agradecido á tanto bien, se entregue todo á Vos con deseo de amaros y serviros perpetuamente. ¡Oh, si este fuese nuestro firme propósito! ¿Qué le damos á Jesús por lo que Él nos ha dado? ¿Cómo correspondemos á su generosidad? ¿Procuramos limpiarnos de nuestras culpas con su sangre preciosa?

Punto 2.º *Esta fuente significa que los Sacramentos salieron del costado de Cristo.*—Considera cómo quiso el Señor que de su costado, abierto con la lanza, saliera sangre y agua para dar á entender que de él saldrían los Sacramentos de la nueva ley, con virtud de lavar y santificar las almas, especialmente el sacramento del Bautismo y el de la Penitencia, que son bebida de lágrimas [5], figuradas por el agua; y el Santísimo Sacramento del altar, figurado por el agua y sangre, en cuya memoria en el cáliz se mezcla agua con vino; y así, cuando vas á recibir estos Sacramentos, y sobre todo la divinísima Eucaristía, has de imaginar que te llegas al costado de Cristo, y aplicas

[1] Joan., XIX, 34. — [2] Zach., XIII, 1. — [3] Num., XX, 11. — [4] Isai., XII, 3.
[5] Psalm. LXXIX, 6.

á él tus labios para beber del agua y sangre que salió de él, y participar de las gracias y dones que manan de las fuentes del Salvador. ¡Oh! ¡Si con este espíritu nos llegáramos siempre á los santos Sacramentos! ¡Qué tesoro tan inmenso de gracias reportaríamos, siendo asiduos y cuidadosos en frecuentarlos! Otra causa por la cual quiso Jesucristo que fuese abierto su costado, y se saca de las anteriores, es para significar que como de la costilla de Adán [1], estando dormido, fué formada Eva, así de su costado, estando durmiendo el sueño de la muerte en la cruz, saldría la Iglesia, como otra Eva, madre de los verdaderos vivientes, la cual fuese hermosa sin tener mancha ni ruga [2], ni otra fealdad, porque con el agua y sangre del mismo costado se lavaría y alcanzaría esta hermosura. ¡Oh Adán celestial! Gracias os doy por el amor que tuvisteis á vuestra Iglesia, entregándoos por ella á tantos trabajos. Pero ¿qué mucho la amaseis tanto, pues Vos mismo la sacasteis de vuestro lado y del seno de vuestro Corazón? Suplícoos, Señor, la conservéis en paz y santidad, limpia de toda mancha, para que todos sus hijos podamos subir á glorificaros en el cielo. ¿Veneramos nosotros á la Iglesia, sabiendo que ha salido del costado de Cristo? ¿La amamos como á nuestra Madre? ¿Nos aprovechamos de los Sacramentos que ella nos distribuye?

Punto 3.º *Quiso Jesús que su costado fuese abierto, para que se cumpliese una profecía.*—Considera, finalmente, cómo el Señor, que estaba tan atento al cumplimiento de las cosas más menudas que acerca de su persona habían escrito los profetas, permitió que su costado fuese abierto con la lanza para cumplir, como advirtió el Evangelista, la profecía de Zacarías, que dijo [3]: «Verán al que traspasaron». En lo cual te enseña por una parte el cuidado que has de tener en el cumplimiento de todo cuanto te prescribe la ley; y por otra, que los pecadores que con nuestros pecados punzamos y alanceamos á Cristo nuestro Señor, hemos de verle, mirarle y contemplarle con viva fe, para que con sus heridas quedemos sanos, y con sus llagas quedemos libres de las nuestras, y con su lanza quede traspasado nuestro corazón, y salga de él una fuente de agua de lágrimas, haciendo grande llanto por su muerte y por la causa que dimos á ella. Porque no es posible mirar con viva fe á Jesús crucificado haciendo pausa á todo lo que ha sufrido por los pecados de los hombres, sin que se levante en el corazón un vivo pesar por los que cometió, cooperando con ellos á los tormentos de este divino Señor. Mas, si no hiciéremos esto en vida para nuestro provecho, de todos modos se cumplirá en nosotros la referida profecía, porque vendrá tiempo en que le veremos, no en la cruz con las llagas de fealdad, sino en trono de gloria, como juez, con llagas

[1] Gen., III, 20. — [2] Ephes., V, 27. — [3] Zach., XII, 10.

de inmenso resplandor, de las cuales saldrán rayos de ira y de venganza contra sus perseguidores, y llorarán amargamente sin remedio las injurias que le hicieron [1]. ¡Oh dulce Jesús! Pues es certísimo que os hemos de mirar, ó para nuestro provecho, ó para nuestro justo y espantoso castigo, haced que os miremos ahora clavado en la cruz, traspasado con una lanza y cubierto de heridas dolorosas, imprimiendo en nuestro corazón vuestra triste figura, para que en el juicio os veamos para nuestro consuelo, haciéndonos felices eternamente vuestra vista. ¿Miramos con frecuencia á Jesús, meditando sus dolores? ¿Lloramos nuestras culpas que los causaron? ¿Cumplimos la ley con toda perfección y en todas sus partes como Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Oh abundante largueza y generosidad de Jesucristo! No contento con haber derramado por innumerables heridas la sangre de sus venas hasta quedar exhaustas, permite que su costado y corazón sean abiertos, para verter una pequeña cantidad que se había recogido en aquel delicado miembro. Y con la sangre sale agua, porque este líquido preciosísimo ha de servir para lavar, limpiar y blanquear nuestras almas de las manchas de los pecados que las afean. ¡Bendita sea la bondad y ternura de este divino Padre, que tal providencia tiene de sus hijos, aunque ingratísimos! Del costado de Jesucristo y del encendido amor de su divino Corazón han salido los santos Sacramentos que nos purifican y alimentan; el santo Bautismo y Penitencia, en los cuales somos lavados con el agua de lágrimas y el soberano sacramento de la Eucaristía, en el cual ha querido Jesús depositar su propia sangre para que nos alimentase, confortase, hiciera crecer y nos librase de la muerte. ¡Oh, si nos acercáramos á estas fuentes de salud con el mismo fervor y devoción con que aplicaríamos los labios á las llagas de Jesucristo! ¡Oh, si recordando que del costado de Jesús ha salido la Iglesia santa, la amásemos, obedeciésemos y siguiésemos fielmente sus enseñanzas! ¡Oh, si cumpliendo la profecía, fijáramos nuestra vista en Jesús atravesado, con vivo dolor y contrición de los pecados con que le hemos herido! Pues ¿qué debemos hacer? ¿Cómo hemos de corresponder á la infinita largueza de Jesús? ¿Cómo hemos correspondido hasta hoy? Él tan generoso, y nosotros tan escasos; Él nos lo da todo, y nosotros no le damos nada; Él cumple todo cuanto le ha ordenado su Padre, y nosotros apenas cumplimos cosa alguna. ¿Hasta cuándo seremos ingratos con un Señor tan espléndido? Lloremos nuestra ingratitud, propongamos la enmienda, y pidamos el remedio.

[1] Apoc., I, 7.

69.—DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.

PRELUDIO 1.° Obtenido el permiso del juez, José de Arimatea y Nicodemus bajaron el cuerpo del Señor de la cruz, y lo pusieron en los brazos de su Madre.

PRELUDIO 2.° Represéntate á estos santos varones bajando á Jesús de la cruz.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber imitar el valor, piedad y demás virtudes que resplandecen en estos santos varones.

Punto 1.° *La divina Providencia escoge á José de Arimatea para que honre el cuerpo de Jesús.*—Siendo ya tarde, vino un hombre noble y rico llamado José, varón bueno y justo, y discípulo de Jesús, aunque oculto por miedo de los judíos, el cual, con grande osadía y ánimo, fué á Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús; y Pilatos, sabiendo que ya era muerto, mandó que se le diesen [1]. Acerca de este paso has de considerar primeramente la providencia y cuidado que Dios tiene con los suyos, así vivos como difuntos. Estaba el cuerpo de Cristo colgado en la cruz, con grande infamia de sus conocidos: algunas mujeres devotas lo miraban de lejos por miedo de los judíos: su Madre santísima y san Juan con la Magdalena, estaban cerca; pero muy llorosos y afligidos por su muerte, y congojados porque no sabían cómo podían bajarle de la cruz con la decencia que tan precioso cuerpo merecía, temiendo que si los soldados le bajaban, sería con gran ignominia y desacato. En tal apuro, no faltó la providencia de aquel amoroso Padre, cuyo es propio consolar á los afligidos y honrar á los humillados, y así lo hizo en esta ocasión, disponiendo que en la misma cruz comenzasen las exaltaciones de Jesús. Para este fin inspiró el Señor á un varón llamado José que se encargase de este ministerio, el cual era noble y rico, porque así convenía para poder desempeñarle; pero juntamente era bueno y justo, deseoso del reino de Dios, porque no quiso el Señor servirse de hombre malo y vicioso y de poca caridad; ni hiciera caso de su nobleza y riqueza, si no las acompañara con bondad y justicia. Éste había sido discípulo de Cristo; pero estaba amilanado por temor de los judíos; mas entonces con grande ánimo se manifestó, y tuvo atrevimiento para entrar á Pilatos y pedirle el cuerpo de su Maestro, para darle sepultura. ¡Oh amantísimo Jesús! Bien se ve en este ilustre varón la virtud de vuestra Pasión santa, para desterrar del alma toda cobardía y pusilanimidad, llenándola de un santo atrevimiento, para acometer las dificultades que antes temía y las cosas de que huía. Tocadnos como á él con la fuerza de vuestra inspiración, para que, pospuesto todo temor humano, acometamos con gran pe-

[1] Matth., XXVII, 58; Luc., XXIII, 50.

cho lo que fuere del servicio divino. ¿Nos dejamos llevar y vencer de la pusilanimidad? ¿Desconfiamos de la providencia de Dios? ¿Nos disponemos con la virtud, para ser aptos ministros del Señor?

Punto 2.° *Preparativos que hacen José y Nicodemus.*—Habida licencia, compró José una sábana limpia, y vino también con él otro hombre llamado Nicodemus, trayendo consigo una mixtura ó ungüento de mirra y áloe, como cien libras, para ungir el cuerpo de Jesús. Considera aquí el cuidado que tuvo la Providencia de dar á José de Arimatea un compañero que le ayudase, igual á él, porque también era noble y justo, y discípulo de Jesús, aunque oculto [1]; sabe nuestro Señor cuánto importa juntarse dos que sean buenos para las obras de caridad, animándose y esforzándose uno á otro con el ejemplo. José acabó de perder el miedo con la compañía de Nicodemus, y éste con la de José, y ambos con gran fortaleza acometieron esta obra; porque, como dice el Sabio [2], cuando un hermano ayuda á otro, ambos son como una ciudad muy fuerte; y como Cristo nuestro Señor, en su vida, enviaba á sus discípulos de dos en dos, así ahora, en su muerte, escoge otros dos discípulos para que le bajen de la cruz, porque todas sus obras quiere se hagan con caridad. Pero, así como cada uno de estos dos varones trajo algo para la sepultura de Cristo, José trajo una sábana para envolver el cuerpo, comprándola nueva en la tienda, porque juzgó que no convenía traer sábana que hubiese servido á otros, y Nicodemus trajo un precioso ungüento, y en gran cantidad, para ungirle todo; así también, quien ofrece su corazón al servicio de Cristo, siempre con la voluntad ha de juntar las obras que pueda, procurando que sean puras y limpias, mezcladas con mortificación y devoción, preciosas y muchas; de modo que ni por ser preciosas sean pocas, ni por ser muchas sean de poco precio. ¡Oh dulcísimo Salvador! ¿Qué maravilla es que os ofrezcamos tales obras, habiéndonos Vos ofrecido las vuestras, que infinitamente sobrepujan á las nuestras? Concedednos que no seamos cortos en daros todo lo que pudiéremos, pues todo es poco cuanto podemos daros. ¿Qué obras le damos á Jesús? ¿Con qué perfección hacemos lo que es para su gloria? ¿Las compañías que tenemos nos ayudan á servir á Cristo, ó nos lo estorban?

Punto 3.° *Los dos santos varones bajan el sagrado cuerpo de la cruz, y María lo recibe.*—Considera cómo, llegados al Calvario estos dos piadosos varones, arrimando escaleras á la cruz, bajaron de ella el cuerpo de Cristo nuestro Señor, con grande reverencia y devoción, mezclada con grande compasión y lágrimas. Desclavaron los sagrados pies y manos, besándoselos con gran ternura; quitáronle la corona de espinas de la cabeza, adorándola con gran reverencia; y cuando le desclavaban, abrazáronse con el sagrado cuerpo, para sustentar al que antes sustentaban los clavos, cuya divina Persona sustenta con sola su palabra cielos y tierra y todo cuanto está dentro de ellos. ¡Oh prodigio de amor, que el Hijo de Dios vivo unido con cuerpo muerto necesite que sus criaturas le sustenten! Pondera cómo, en bajando el sagrado cuerpo de la cruz, le recibiría la Virgen en sus brazos, y le abrazaría con ellos, y mucho más con los de su alma, toda traspasada de dolor, cumpliéndose á la letra lo que se dice en los Cantares [1]: «Hacecico de mirra es mi Amado para mí; entre mis pechos le pondré». También acudiría la Magdalena, abrazándose con los pies, donde alcanzó el perdón de sus pecados, y como los vió tan rasgados, quedó su corazón herido de dolor, y sus ojos convertidos en fuentes de lágrimas; mas el discípulo amado iríase luego al pecho, donde se había recostado la noche antes; y como le vió abierto por un lado con la lanza, besaba aquella sagrada llaga, bañábala con lágrimas de sus ojos, y deseaba entrar en ella á dormir otro sueño de contemplación más profundo que el pasado. ¡Oh Virgen soberana! ¡Cuán diferentes son los abrazos que ahora dais á vuestro Hijo de los que le dabais en el portal de Belén! Entonces era hacecico y ramillete de mirra para Vos, como joyel puesto entre vuestros sagrados pechos; pero ahora es haz grande de mirra que os llena toda de amargura. ¡Oh almas dichosas, á quienes fué concedido tocar y abrazar este sagrado cuerpo! Alcanzadnos de este Salvador licencia para que con el espíritu le abracemos, transformándonos del todo en su amor. ¿Tocamos con reverencia el cuerpo del Señor en la santa Comunión? ¿Nos inflamamos en su amor, recordando sus dolores y llagas?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán fiel es Dios en cumplir sus promesas! Dijo á su Hijo que le glorificaría, y apenas ha espirado, ya principia á honrarle y ensalzarle. Mil veces ha asegurado que sacará á sus escogidos de la tribulación y que ensalzará á los que se humillan. Sus amigos más íntimos hállanse en el monte Calvario sumidos en las mayores angustias, no sabiendo cómo dar honrosa sepultura á Jesús, el cual, á su vez, no puede estar más humillado, hecho la maldición de la tierra. En este instante Dios, para cumplir sus promesas, toca el corazón de un discípulo del Señor, pero oculto por el miedo, el cual, estimulado por la divina gracia, depuesto todo temor, pide el cuerpo de Jesús á Pilatos; y provisto de una sábana nueva, y acompañado de otro discípulo de Jesús, antes cobarde y ahora animoso, se dirigen al Calvario, llevando cien libras de una riquísima composición de mirra y áloe. ¡Oh poder de la divina gracia! ¡Con cuánta facilidad cambia á sus favorecidos de cobardes en

[1] Joan., III, 5. — [2] Prov., XVIII, 19.

[1] Cant., I, 12.

fuertes, de tibios en fervorosos, de meticulosos en valientes y osados! Mira ya á José y Nicodemus bajando de la cruz con la más profunda reverencia el sagrado cuerpo de su Maestro, y poniéndolo en los brazos de su Madre; mira á esta Señora adorándole y ofreciéndole al Eterno Padre; á la Magdalena, llorosa, abrazada á los pies, y á Juan besando reverente la llaga del costado. ¡Oh, si supiéramos imitar á todos estos ilustres personajes! ¿Honramos á Jesús trabajando mucho y ofreciéndole excelentes obras? ¿Procuramos deponer el miedo á los respetos humanos en tratándose de su divino servicio? ¿Somos generosos para con el Señor, honrándole con las cosas más ricas que poseemos? Reflexionemos bien sobre todo esto, y si nos hallamos defectuosos, formemos propósitos, pidamos gracias, y conociendo las necesidades que nos rodean, con fervientes coloquios supliquemos el remedio de ellas.

70.—ENTIERRO Y SEPULTURA DE CRISTO.

PRELUDIO 1.º **Ungido el cuerpo de Jesús**, fué llevado al sepulcro en donde le colocaron, cerrándolo después con una piedra.

PRELUDIO 2.º **Represéntate todo este** suceso como si lo presenciaras.

PRELUDIO 3.º **Pide la gracia de imitar** la piedad de los santos varones que sepultan el cuerpo de Jesús.

Punto 1.º *Tomando José y Nicodemus el cuerpo de Jesús, le ungieron y amortajaron.*—Considera cómo, después que la Virgen Santísima hubo tenido un rato el cuerpo de su Hijo en su regazo, dióle á José y Nicodemus para que hiciesen su ministerio, quedándose ella con la corona de espinas y con los clavos, como con prendas y joyas muy preciosas. Tomaron el santo cuerpo estos varones, y ungiéronle con la mirra, gastando en esto todas las cien libras, de modo que todo el cuerpo quedó empapado en ella, para significar que todo aquel santísimo cuerpo, desde que fué concebido hasta que espiró, vivió empapado en mirra de trabajos y mortificaciones, para que todo el cuerpo místico de su Iglesia se ungiese con esta mirra, preservando de la corrupción de la culpa al que quisiese ungirse con ella; y porque el número de ciento significa perfección, por estas cien libras nos da á entender que nuestra mortificación ha de ser muy perfecta y acabada en todo género de virtud, como fué la suya, conforme á lo que se dice en el libro de los Cantares [1], que las manos y dedos de la esposa estaban llenos de mirra escogidísima, significando con esto que los que se unen con Cristo por amor han de traer siempre en su cuerpo, como el Apóstol [2], la mortificación de Cristo Jesús. Hecha esta unción, envolvieron el sagrado cuerpo

[1] Cant., v, 5. — [2] II Cor., iv, 10.

con la sábana limpia y nueva, y la sagrada cabeza con un sudario, según era costumbre; y tanto la sábana como el sudario y la mirra con que fué ungido, como también el sepulcro en que fué enterrado, todo fué ajeno y prestado, ó dado á Jesucristo de limosna, disponiéndolo así el Señor, para darnos ejemplo de amor á la pobreza. ¡Oh Virgen sacratísima! ¡Qué dolor sentiría vuestro Corazón, viendo cubierto el rostro en que deseabais mirar más que los ángeles del cielo! ¡Oh rostro más puro que el sol! ¿Quién os ha cubierto con la nube de esa mortaja? ¡Oh Adán celestial! ¿Quién os ha vestido con piel de animales muertos? Vuestra caridad ha hecho esto para librar de la muerte al Adán terreno, y para quitar de por medio la nube de nuestros pecados, que nos impiden ver vuestro divino rostro. ¿Qué hacemos nosotros para librarnos de ellos? ¿Ungimos nuestra alma con la mortificación? ¿Somos generosos con Dios dándole lo que nos pide?

Punto 2.º *Llevan el cuerpo de Cristo al sepulcro.*—Considera cómo, luego que aquellos santos varones hubieron amortajado el cuerpo de Jesucristo, es de creer que le pondrían en unas andas, como era costumbre llevar á enterrar á los difuntos, y toda aquella compañía de devotas mujeres irían llorando con la Madre del difunto, que lloraba como la viuda de Naím [1] á su hijo único que había muerto en la flor de la edad. Mas á esta desconsolada Madre no le salió al encuentro, como á aquella, el Señor para decirla: «No quieras llorar». No vino á tocar con su omnipotente mano las andas y á mandar con imperiosa voz al muerto que estaba en ellas que se levantase para entregarlo á su madre. Era necesario que este divino Jonás entrase en el vientre de la ballena [2] y quedase sepultado en él tres días primero que saliese vivo y glorioso. Pondera luego, como píamente puede creerse, que los coros de los ángeles se dividirían en dos partes, y una parte iría acompañando al alma de Cristo nuestro Señor, y la otra vendría acompañando este divino cuerpo unido con la divinidad, para honrarle como convenía, cumpliendo lo que estaba escrito: «Que el sepulcro de este Señor sería glorioso», por concurrir muchas cosas que le honraron en la sepultura, y una de ellas fué la compañía de estos ángeles gloriosos, de los cuales podemos decir lo que dijo Isaías [3]: «Que los ángeles de la paz lloraban amargamente», no porque de verdad llorasen, sino porque si fuesen capaces de lágrimas, su caridad les hiciera llorar con los que lloraban, habiendo tan justa causa para llorar. ¡Oh ángeles de paz! Alcanzadme que llore con amargura la muerte de mi Señor, y que con lágrimas de mi corazón acompañe á los que lloran, pues yo he sido la causa de ponerle en tal figura que mueva á todos á llorar. ¡Oh alma mía! Acompaña con compasiva amargura á esta Madre desolada que

[1] Luc., vii, 13. — [2] Jonae, ii, 1. — [3] Isai., xxxiii, 7.

fuertes, de tibios en fervorosos, de meticulosos en valientes y osados! Mira ya á José y Nicodemus bajando de la cruz con la más profunda reverencia el sagrado cuerpo de su Maestro, y poniéndolo en los brazos de su Madre; mira á esta Señora adorándole y ofreciéndole al Eterno Padre; á la Magdalena, llorosa, abrazada á los pies, y á Juan besando reverente la llaga del costado. ¡Oh, si supiéramos imitar á todos estos ilustres personajes! ¿Honramos á Jesús trabajando mucho y ofreciéndole excelentes obras? ¿Procuramos deponer el miedo á los respetos humanos en tratándose de su divino servicio? ¿Somos generosos para con el Señor, honrándole con las cosas más ricas que poseemos? Reflexionemos bien sobre todo esto, y si nos hallamos defectuosos, formemos propósitos, pidamos gracias, y conociendo las necesidades que nos rodean, con fervientes coloquios supliquemos el remedio de ellas.

70.—ENTIERRO Y SEPULTURA DE CRISTO.

PRELUDIO 1.° Ungido el cuerpo de Jesús, fué llevado al sepulcro en donde le colocaron, cerrándolo después con una piedra.

PRELUDIO 2.° Represéntate todo este suceso como si lo presenciaras.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar la piedad de los santos varones que sepultan el cuerpo de Jesús.

Punto 1.° *Tomando José y Nicodemus el cuerpo de Jesús, le ungieron y amortajaron.*—Considera cómo, después que la Virgen Santísima hubo tenido un rato el cuerpo de su Hijo en su regazo, dióle á José y Nicodemus para que hiciesen su ministerio, quedándose ella con la corona de espinas y con los clavos, como con prendas y joyas muy preciosas. Tomaron el santo cuerpo estos varones, y ungiéronle con la mirra, gastando en esto todas las cien libras, de modo que todo el cuerpo quedó empapado en ella, para significar que todo aquel santísimo cuerpo, desde que fué concebido hasta que espiró, vivió empapado en mirra de trabajos y mortificaciones, para que todo el cuerpo místico de su Iglesia se ungiese con esta mirra, preservando de la corrupción de la culpa al que quisiese ungirse con ella; y porque el número de ciento significa perfección, por estas cien libras nos da á entender que nuestra mortificación ha de ser muy perfecta y acabada en todo género de virtud, como fué la suya, conforme á lo que se dice en el libro de los Cantares [1], que las manos y dedos de la esposa estaban llenos de mirra escogidísima, significando con esto que los que se unen con Cristo por amor han de traer siempre en su cuerpo, como el Apóstol [2], la mortificación de Cristo Jesús. Hecha esta unción, envolvieron el sagrado cuerpo

[1] Cant., v, 5. — [2] II Cor., iv, 10.

con la sábana limpia y nueva, y la sagrada cabeza con un sudario, según era costumbre; y tanto la sábana como el sudario y la mirra con que fué ungido, como también el sepulcro en que fué enterrado, todo fué ajeno y prestado, ó dado á Jesucristo de limosna, disponiéndolo así el Señor, para darnos ejemplo de amor á la pobreza. ¡Oh Virgen sacratísima! ¡Qué dolor sentiría vuestro Corazón, viendo cubierto el rostro en que deseabais mirar más que los ángeles del cielo! ¡Oh rostro más puro que el sol! ¿Quién os ha cubierto con la nube de esa mortaja? ¡Oh Adán celestial! ¿Quién os ha vestido con piel de animales muertos? Vuestra caridad ha hecho esto para librar de la muerte al Adán terreno, y para quitar de por medio la nube de nuestros pecados, que nos impiden ver vuestro divino rostro. ¿Qué hacemos nosotros para librarnos de ellos? ¿Ungimos nuestra alma con la mortificación? ¿Somos generosos con Dios dándole lo que nos pide?

Punto 2.° *Llevan el cuerpo de Cristo al sepulcro.*—Considera cómo, luego que aquellos santos varones hubieron amortajado el cuerpo de Jesucristo, es de creer que le pondrían en unas andas, como era costumbre llevar á enterrar á los difuntos, y toda aquella compañía de devotas mujeres irían llorando con la Madre del difunto, que lloraba como la viuda de Naím [1] á su hijo único que había muerto en la flor de la edad. Mas á esta desconsolada Madre no le salió al encuentro, como á aquella, el Señor para decirla: «No quieras llorar». No vino á tocar con su omnipotente mano las andas y á mandar con imperiosa voz al muerto que estaba en ellas que se levantase para entregarlo á su madre. Era necesario que este divino Jonás entrase en el vientre de la ballena [2] y quedase sepultado en él tres días primero que saliese vivo y glorioso. Pondera luego, como píamente puede creerse, que los coros de los ángeles se dividirían en dos partes, y una parte iría acompañando al alma de Cristo nuestro Señor, y la otra vendría acompañando este divino cuerpo unido con la divinidad, para honrarle como convenía, cumpliendo lo que estaba escrito: «Que el sepulcro de este Señor sería glorioso», por concurrir muchas cosas que le honraron en la sepultura, y una de ellas fué la compañía de estos ángeles gloriosos, de los cuales podemos decir lo que dijo Isaías [3]: «Que los ángeles de la paz lloraban amargamente», no porque de verdad llorasen, sino porque si fuesen capaces de lágrimas, su caridad les hiciera llorar con los que lloraban, habiendo tan justa causa para llorar. ¡Oh ángeles de paz! Alcanzadme que llore con amargura la muerte de mi Señor, y que con lágrimas de mi corazón acompañe á los que lloran, pues yo he sido la causa de ponerle en tal figura que mueva á todos á llorar. ¡Oh alma mía! Acompaña con compasiva amargura á esta Madre desolada que

[1] Luc., vii, 13. — [2] Jonae, ii, 1. — [3] Isai., xxxiii, 7.

ve llevar á su Hijo al sepulcro. ¿No has sido tú la causa de su tristeza? ¿No has aumentado sus dolores con la ingratitud? ¿Qué debes hacer para consolarla?

Punto 3.º *Jesús fué sepultado en un sepulcro nuevo.*— Cerca del lugar donde Jesús fué crucificado había un huerto, y en él estaba un sepulcro nuevo, cavado en la peña, donde ninguno había sido enterrado; allí pusieron el cuerpo de Jesús, y José puso una gran piedra á la puerta del sepulcro [1]. Considera sobre esto las propiedades del sepulcro que Cristo escogió para sí, tomándoselo á José, que le había labrado. La primera, estaba en un huerto; porque como el primer Adán pecó en un huerto, y allí incurrió en la pena de muerte, quiso el segundo Adán llorar este pecado en otro huerto, y en otro ser sepultado, para librarle del pecado y de la muerte. La segunda, era nuevo, porque siendo este Señor el nuevo Adán y hombre nuevo, no había de escoger para su cuerpo sino sepulcro nuevo; así como cuando entró en el mundo escogió para su cuerpo el seno de la Virgen, que era como sepulcro, pero nuevo, en quien ninguno había sido puesto, porque siempre fué Virgen, huerto cerrado [2], y morada de sólo Cristo, en quien no tuvo parte su esposo José, como ni estotro la tuvo en el sepulcro que para sí había labrado. La tercera, estaba cavado en piedra ó peña, á fuerza de picos que la hendieron, para significar que había de ser sepultado en él la piedra viva Cristo, labrado con picos de trabajos. En este sepulcro pusieron aquel santísimo cuerpo de Jesús, humillándose el que está sobre los cielos á ser puesto debajo la tierra entre los muertos. «Pusiéronme, dice por David [3], en el lago inferior, en las tinieblas y en la sombra de la muerte». Esto ordenó el Señor para librarnos del lago inferior del infierno, de las tinieblas de la ignorancia y de la sombra de la muerte, que es el pecado, porque consigo sepultó los vicios del mundo, para que en virtud de su muerte quedasen muertos para siempre. ¡Oh sepulcro de Dios! Verdaderamente eres glorioso [4], porque dentro de ti encierras al que es resplandor del Eterno Padre, gloria de los ángeles, honra del mundo, salud y vida de los hombres. Libradnos, ¡oh divino Jesús!, por este sepulcro del obscuro lago del infierno, y de la mortal sombra del pecado; admitidnos dentro de él, para que muramos y seamos sepultados por el que lo fué por nosotros [5]. ¿Deseamos imitar la humillación de Jesús? ¿Le ofrecemos en la comunión nuestro corazón como sepulcro nuevo ó renovado?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán extremada es la pobreza de Cristo! Para envolver su cuerpo no tiene una sábana, y para cubrir su cabeza carece de un pobre sudario; por lo cual todo

[1] Marc., XV, 46; Joan., XIX, 41. — [2] Cant., IV, 12. — [3] Psalm. LXXXVII, 7.
[4] Isai., XI, 10. — [5] Rom., VI, 4.

ha de ser de limosna: la sábana en que es envuelto, la mirra con que es ungido, el sudario que cubre su cabeza y el sepulcro en que es enterrado. ¡Con qué devoción tan generosa y con qué caridad tan espléndida ungen los dos santos varones y honran al cuerpo de su divino Maestro! No sienten gastar en él las cien libras de ungüento que han traído, hasta dejarle del todo empapado. Contempla ya la devota y fúnebre procesión que forman los ángeles del cielo, los piadosos varones que llevan las andas y las devotas mujeres que le van acompañando, y rodeando y consolando á su afligida Madre. Únete en espíritu con esta triste procesión, llorando, ya las penas y muerte de Jesús, ya la desolación de su Madre, ya, sobre todo, los pecados que cometiste, que fueron parte de la causa de procesión tan lastimosa. Por fin, Jesús es sepultado en un huerto, y en un sepulcro nuevo y cavado á fuerza de picos; humillándose hasta las inferiores partes de la tierra, para elevarse después hasta lo más empinado del cielo. ¿Deseamos nosotros seguir á Cristo en la gloria? ¿Procuramos imitarle en la pobreza, humildad y demás virtudes? ¿Cómo, cuándo y en qué cosas podemos y debemos imitarle? Meditémoslo con reflexión; y, resueltos á hacerlo, propongamos muy particularmente lo que nos conviene evitar y practicar; oremos con grande fervor, pidiendo la gracia que nos es necesaria para cumplir nuestros propósitos, y un eficaz socorro en todas nuestras necesidades.

TERCERA SERIE

MEDITACIONES SOBRE LA VIDA Y MISTERIOS DE MARÍA SANTÍSIMA.

ADVERTENCIA. *Despertar y avivar en el corazón del cristiano que se dedique al ejercicio santo de la meditación, la devoción filial y amor tierno á la Virgen Inmaculada María; tal es el objeto de la serie de meditaciones que aquí comienza. Si se discurre un momento acerca de la excelencia, utilidad, necesidad y equidad de esta devoción, se deducirá fácilmente la importancia de esta serie tercera.*

En cuarenta meditaciones está distribuida la vida de la Virgen Santísima, sus principales virtudes y los títulos más poderosos que la hacen acreedora á todos nuestros obsequios y estimación. No podemos menos de recomendar con toda eficacia á aquellos cristianos que aspiran á la perfección, á que escojan de esta serie la meditación de cada sábado, día especialmente consagrado á la Virgen, y la de las principales festividades de esta Señora diseminadas por todo el decurso del año. Sin duda, con esta piadosa práctica crecerá en ellos el amor á María, y se harán dignos de especial y notable recompensa.

1.ª—ELECCIÓN Y PREDESTINACIÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º María fué elegida para Madre de Dios, y predestinada para que fuese santa, pura é inmaculada.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Dios mirando á la Virgen y diciendo: «Yo elegí y santifiqué este tabernáculo».

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de saber agradecer esta elección de María é imitar su santidad y pureza.

Punto 1.º *Por qué quiso Dios tener Madre, al encarnarse.*—Considera cómo, habiendo determinado Dios de hacerse hombre, aunque hubiera podido tomar cuerpo de varón perfecto como el de Adán, no quiso sino nacer de mujer [1] y tener Madre como los demás hombres. Quería la divina Bondad, tan amiga de comunicarse á sus criaturas, honrar los dos sexos de la hu-

[1] Galat., IV, 4: S. Thom.

mana naturaleza, levantando un varón á la infinita dignidad de Hijo natural de Dios, y una mujer á la dignidad de Madre de Dios, que también en algún modo es infinita. Además, como nuestra perdición comenzó por un hombre y una mujer, así quiso que nuestra redención tuviese principio de otro hombre y de otra mujer. La cual, siendo Madre del Redentor, fuese también Madre y abogada de los pecadores, á la cual acudiesen confiadamente los que, temerosos de su justicia, no osasen acudir á Él. Considera luego cómo la Santísima Trinidad, entre innumerables mujeres que vió en su eternidad, puso los ojos graciosamente en la Virgen, la escogió para ser Madre del Verbo encarnado y su cooperadora en la redención del mundo, Madre y abogada de los hombres, y á quien el mismo Dios en cuanto hombre se sujetase y obedeciese [1]. Esta elección, como dicen los santos Padres [2], fué la raíz de las otras grandezas de esta Señora; y de ello tuvo siempre grande estima y agradecimiento, viendo que había sido de pura gracia y sin merecimientos suyos; porque como Dios la escogió para ser Madre suya, pudiera escoger á otras muchas mujeres, y hacer tales como á Ella. Pero tú has de gozarte de que le cupiese esta buena suerte, y darla el parabién de ella, diciéndola: ¡Oh Virgen Santísima! Gózome de que hayáis sido escogida para dignidad tan soberana como es ser Madre del mismo de quien sois hija. Y pues con esta dignidad os dan también ser Madre y abogada de los pecadores, mostraos ser Madre nuestra en favorecernos, y abogad por nosotros, para que seamos dignos hijos de quien Vos sois Madre.

Punto 2.º *Dios escogió á María para ser la criatura más perfecta.*—Luego has de considerar cómo Dios nuestro Señor, en su eternidad, escogiendo á esta Señora para ser Madre suya, juntamente la escogió para ser vaso excelentísimo de misericordia, en quien depositase todas las grandezas de gracia y gloria que convenían á Madre de tal Hijo; y por consiguiente las mayores que se concediesen á pura criatura. Por esto se dice de Ella que es *escogida como el sol* [3], porque como el sol es único y singular en sus excelencias entre todas las estrellas, así la Virgen fué escogida para ser única y singularísima en los dones de gracia entre todas las puras criaturas, de modo que ninguna la igualase en ellas. De Ella puede decirse con eminencia sobre todos los santos, lo que dice el Apóstol [4], que fueron «elegidos para que fuesen santos é inmaculados en su presencia por la caridad». Fué escogida para ser santa con todos los grados de santidad, y en todo género de gracias y virtudes que se habían de dar á las demás criaturas, y con mucha mayor excelencia que á ellas. Porque, como dice san Jerónimo, las gracias que están repartidas en los demás santos, todas juntas con gran plenitud se dieron

[1] Luc., II, 51.—[2] Vide Suárez.—[3] Cant., VI, 9.—[4] Ephes., I, 4.

á María, porque había de nacer de Ella el Autor de todas las gracias, Cristo Jesús, el cual, como santo de los santos, quiso santificar á la que había de ser su tabernáculo [1], para que entre las puras criaturas fuese como santa de las santas, superior á todas en santidad. Fué también escogida para ser pura y sin mancilla, con todos los grados de pureza que se pueden hallar en pura criatura, sin que tuviese mancha de culpa ni rastro de ella, porque, como dice san Anselmo, convenía que la Virgen resplandeciese con tal pureza, que, después de Dios, no la hubiese mayor, por cuanto había de ser Madre del que es la misma pureza; el cual, como en cuanto Dios tiene Padre puro y limpio de todo pecado por su divina esencia, así, en cuanto hombre, quería tener Madre pura y limpia, con semejante pureza, por especial gracia, para que la Madre de la tierra se pareciese también al Padre del cielo. Gracias os doy, Redentor amabilísimo, por las admirables prerrogativas que habéis concedido á vuestra Madre, haciéndola más pura que á los mismos ángeles y muy superior á todos ellos en gracia y santidad. Y pues es voluntad vuestra que los hijos imiten las virtudes de sus padres, haced que yo imite la santidad y perfección de María y merezca participar de su gloria.

Punto 3.° *Escogió Dios á María para ser perfecta delante de Él.*—Lo tercero que debes considerar es que María fué escogida para ser santa y sin mácula, no como quiera, sino en la presencia de Dios; esto es, para que con santidad y pureza no fingida, sino verdadera, no exterior solamente, sino también interior, anduviese en la presencia de Dios; así en la presencia de su divinidad, mirándole y agradándole en todas sus obras, como fiel hija, como también en la presencia de Dios humanado, regalándole y sirviéndole como madre, amándole por ambos títulos con encendidísima caridad, y allegando con tales servicios innumerables y muy esclarecidos merecimientos, por los cuales le comunicase después su amorosa presencia y clara vista con mayor excelencia de gloria que á todos los demás escogidos. Todo lo cual procedió de la infinita caridad con que la santísima Trinidad la amó sobre todos, y la predestinó para tanta gloria. El Padre, porque había de ser Madre de su propio Hijo. El Hijo, porque había de ser su propia Madre. Y el Espíritu Santo, porque había de obrar en Ella la concepción de este Hijo, Dios y hombre verdadero. Este es el fin de la elección y predestinación de la Virgen, por la cual has de alabar á la Santísima Trinidad, y gozarte de la gloria que de aquí resulta á la que tienes por Madre. Y pues Dios nuestro Señor también te ha llamado para ser santo y sin mancilla en su presencia, has de tomar á la Virgen por dechado de todo esto, para imitarla en las tres cosas

[1] Psalm. XLV, 5.

que se han dicho, y por abogada para que te las alcance de su Hijo, procurando de tu parte hacer cierta tu vocación y elección con buenas obras. ¡Oh Virgen soberana! Gózome de que seáis escogida como el sol, en quien no hubiese obscuridad de culpa, sino grande resplandor de gracia, y después esclarecida lumbre de gloria, excediendo á los demás santos como el sol á las estrellas. Haced conmigo oficio de sol, alumbrando mis tinieblas, para que sea puro y resplandeciente como estrella del firmamento, luciendo en perpetuas eternidades. ¡Oh Dios eterno, por cuya caridad sin nuestros merecimientos fuimos escogidos para ser limpios y santos en vuestra presencia! Gracias os doy por haber escogido á esta Virgen con elección tan soberana, y por ella os suplico limpiéis mi alma de sus culpas y la adornéis con vuestras virtudes para que viva siempre en vuestra presencia y alcance la vida eterna.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán gloriosa es para María la elección que de Ella hizo Dios para que fuese Madre de su Hijo! Habiendo dispuesto nacer de mujer con el fin de honrar á los dos sexos de la naturaleza humana y para que entrambos concurriesen á su reparación como habían concurrido á su perdición, entre todas las hijas de Adán fué escogida María, nuestra santísima Madre, para tal dignidad. ¡Qué honor! ¡Qué gloria! El efecto inmediato de tal elección fué hacerla más pura que los ángeles, más resplandeciente que el sol, más hermosa que todas las otras criaturas, adornándola de aquellos carismas y dones que pueden engrandecer á una pura criatura. Desde aquel momento María está presente á Dios nuestro Señor, el cual, movido de su caridad infinita, va trazando en su alma benditísima todas las perfecciones que distribuye entre los demás seres. Y luego que aparece en el mundo, Ella tampoco pierde de vista ni un solo instante á su amado, sirviéndole con caridad encendida, regalándole con maternal ternura, permaneciendo en su presencia con amor inefable. ¡Oh! ¡Que enseñanzas tan provechosas y prácticas nos da esta elección de María! Dios la escoge por Madre, y nosotros ¿no la honraremos, amaremos y obedeceremos como á tal? Así como escogió á María para que fuese pura, santa é inmaculada en su presencia, también hemos sido escogidos nosotros. ¿Buscamos esta pureza, santidad, fidelidad á sus mandatos, asiduidad en su presencia? Pensémoslo, resolvamos la enmienda con los propósitos oportunos. Pidamos por las demás necesidades.

2.ª—INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º María en su concepción fué limpia de pecado, libre de la rebeldía de la carne, confirmada en gracia y llena de virtudes.

PRELUDIO 2.º Represéntate al Señor contemplando á María y diciéndola: «Eres toda hermosa».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer la excelencia de los privilegios concedidos á María, y de imitarla cuanto te sea posible en lo relativo á ellos.

Punto 1.º *María en su Concepción fué limpia de pecado.*—Considera cómo, entre los muchos privilegios que Dios nuestro Señor concedió á la que había de ser su Madre en el instante de ser concebida, el primero fué preservarla de la culpa original en que había de caer por ser hija de Adán, santificando su alma en el primer instante de su creación, cuando la juntó con el cuerpo. De modo que, como Dios en un mismo instante dió al sol el ser y la luz, y á los ángeles y á los primeros padres Adán y Eva dió juntamente la naturaleza y la gracia, así en un mismo instante crió y santificó el alma de la Virgen, y la hizo escogida como el sol, sin que la tocasen las tinieblas del pecado. Pondera cómo, viniendo Cristo nuestro Señor al mundo para redimir á los hombres y librarlos de toda culpa, especialmente de la original, y pudiendo hacer esto de dos maneras, ó sacándolos de la culpa después de haber caído en ella, ó preservándolos de caer, quiso usar de este segundo modo con la que había de ser su Madre, ya por ser el más excelente y por resplandecer en él más la omnipotencia y misericordia del Redentor, ya para honrar á aquella Señora, preservándola de la infamia y miseria de la culpa, y hermoseándola con su gracia, de modo que la Madre fuese semejante al Hijo en la pureza, siendo los dos concebidos sin pecado, Él por derecho, y Ella por privilegio; Él como Redentor del mundo, y Ella como ayudadora en la obra de la redención. ¡Oh Hijo de Dios vivo, que os hicisteis hombre, naciendo de la Virgen, por hacer una Iglesia gloriosa, sin mancha ni ruga, ni otra imperfección [1]! Gracias os doy por haber querido que vuestra Madre, por especial gracia, gozase desde su Concepción la limpieza de culpa que los demás escogidos alcanzan en la gloria. ¡Oh Madre gloriosísima! Gózome de la pureza con que entráis en el mundo, resplandeciendo con la luz de la gracia, como entró vuestro Hijo, el Sol de justicia. Y pues tal favor os concedió mi Redentor, para que le ayudéis en su oficio, suplicadle me aplique su redención con excelencia, perdonándome las culpas

[1] Ephes., v, 27.

cometidas, y preservándome de las que puedo cometer, con tan grande horror al pecado, que ni por un instante quiera estar en ellas. Mira, ¡oh cristiano!, si abrigas tales sentimientos.

Punto 2.º *María en su Concepción fué libre de la concupiscencia y confirmada en gracia.*—Considera aquí el segundo privilegio de María en su Concepción, que fué quitarla el *fomes peccati*, la raíz, semilla y cebo del pecado, que es la rebeldía de la carne contra el espíritu, y de la sensualidad contra la razón, para que la casa de su alma, con todos sus moradores, que son las potencias, tuviese perpetua paz y concordia, porque había de ser morada del Príncipe de la paz, cuya habitación, como dice David [1], es en la misma paz. De suerte, que esta Señora nunca sintió la guerra interior que todos sentimos y gemimos, porque su carne no codiciaba contra el espíritu, ni el espíritu hallaba dificultad en gobernar la carne [2]: la ley de los apetitos no contradecía la ley de la razón, ni la razón tenía trabajo en domar las pasiones de los apetitos; antes con sumo gusto se unían y concordaban en sujetarse á la ley [3] eterna de su Dios. ¡Era el templo de Salomón, que se estaba edificando sin estrépito ni ruido! ¡Qué gloria para María! Pero no fué menos glorioso el tercer privilegio, por el cual quedó confirmada en gracia con un modo singularísimo, de tal suerte, que por todo el tiempo de su vida nunca pecase actualmente ni por obra, ni por palabra, ni por pensamiento alguno, asistiendo nuestro Señor con particular providencia con Ella en todas sus obras, para que todas fuesen obras gloriosas y puras con los tres grados que hay de pureza, esto es, sin mancha de pecado mortal, sin ruga de pecado venial, y sin imperfección alguna, dejando, no solamente lo malo, sino lo imperfecto y menos bueno, escogiendo siempre lo que tenía por mejor, y estampando en cada obra la gloriosa pureza que tiene la Iglesia triunfante. ¡Oh Dios eterno [4], que santificasteis el tabernáculo de vuestra Madre de tal manera, que la librasteis de las luchas intestinas que todos sentimos, y asististeis sin mudanza en medio de ella, madrugando cada día muy de mañana para ayudarle en todas las obras que hacía: Santificad también mi alma; concededla fortaleza para resistir á los apetitos desordenados; asistid con ella, previniéndome con vuestra gracia para que mis obras sean puras, sin mancha ni ruga ni cosa que os desagrade. ¿Qué nos conviene hacer y proponer para eso?

Punto 3.º *María en su Concepción fué llena de gracia y de virtudes.*—Considera últimamente el cuarto privilegio de María en su Concepción, que fué llenarla en aquel instante de gracia y caridad y de las otras virtudes y dones del Espíritu Santo, con tanta abundancia y plenitud, que excedía á los ángeles y serafines del cielo, para que fuese digna Madre de Dios y digna reina de

[1] Psalm. LXXV, 3. — [2] Galat., v, 17. — [3] Rom., VII, 22. — [4] Psalm. XLV, 5.

las jerarquías angélicas, haciéndola tanto mejor [1] y más santa que ellos, cuanto era mejor el nombre que pensaba darla de Madre, que el que ellos tenían de siervos y ministros de su casa: de suerte que la Virgen comenzó su carrera por donde los ángeles acabaron la suya; y estando en la tierra, tenía más grados de santidad que los que vivían en el cielo, sacando lo que es propio de aquel estado; cumpliéndose en Ella lo que dice David [2] de la ciudad de Dios, que sus fundamentos son sobre los montes altos, porque los principios de su vida fueron más empinados en santidad que la cumbre donde llegaron los grandes santos de la Iglesia. ¡Oh, qué contento recibiría la Santísima Trinidad mirando la excelencia de esta Niña! El Padre Eterno se holgaría de tener tal Hija. El Hijo de Dios se alegraría viendo tan bella y agraciada á la que había de ser su Madre. El Espíritu Santo se regocijaría en tener tal Esposa, y todos tres entraron en Ella por gracia, y moraban en Ella con sumo gozo. ¡Oh ángeles del cielo que adorasteis después al Hijo de Dios cuando entró en el mundo! Venid á reverenciar en este punto á la que ha de ser su Madre y vuestra Reina ¡Oh Reina de los ángeles! Desde ahora os saludo en el seno de vuestra madre con las palabras que después os dirá el ángel san Gabriel: Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres, porque en el primer instante de tu Concepción hallaste gracia delante de Dios sobre todas ellas. Pedidle, Señora, que limpie mi espíritu, enfrene mi carne, modere mis pasiones, y me llene de su gracia, para que comience á servirle con gran fervor y perseverancia hasta que alcance la corona. Piensa cómo has de lograr tales bienes.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán excelentes y preciosos fueron los privilegios concedidos á la Virgen santísima en el primer instante de su inmaculada Concepción! Preservada de la culpa original en que incurren todos los hijos de Adán pecador; libre del fomes del pecado, sin sentir en sí misma la guerra y lucha intestina que hace gemir á todos los mortales; confirmada en gracia, de tal modo que jamás consintiera en la menor y más insignificante falta deliberada ni indeliberada; llena de gracias y virtudes sobre todos los ángeles y santos: tales fueron los ricos dones que recibió María en el primer momento de su ser. ¡Qué gloria para nuestra dulcísima Madre! ¡Qué honor para nosotros tener una Madre tan honrada y glorificada por el mismo Dios! ¡Qué contento tendría la misma Trinidad al contemplar esta obra de sus manos, cuya perfección tanto superaba á todas las demás que había creado! ¡Qué alegría para los ángeles, viendo que el imperio del demonio comenzaba ya á derrumbarse en el mundo y se echaban ya los gloriosos y sólidos fundamentos de la ciudad de Dios! ¡Qué rabia para el enemigo capital, al sentir que una

[1] Hebr., I, 4. — [2] Psalm. LXXXV, 2.

humilde doncellita, aun antes de nacer, le aplastaba valerosa su altiva y orgullosa cabeza! Y tú, ¿qué sientes? ¿Qué afectos despierta en tu alma la Concepción inmaculada de María? Tu Madre limpia de toda mancha, ¿y tú, no te apartarás de la culpa? Ella confirmada en gracia, ¿y tú arrojarás voluntariamente de ti la que el Señor te ha concedido? Ella, llena de virtudes, ¿y tú no trabajarás para obtenerlas? Confúndete, resuelve, pide gracia para que sean eficaces tus resoluciones y por las demás necesidades.

3.ª—NACIMIENTO DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.

PRELUDIO 1.º En el nacimiento de María tenemos poderosos motivos que despiertan nuestro gozo, excitan la confianza y aseguran la salvación.

PRELUDIO 2.º Representémonos á María recién nacida, contemplándola alborozados los ángeles, y mirándola el mismo Dios.

PRELUDIO 3.º Pidamos al Señor el ser agradecidos al favor que nos ha dispensado en el nacimiento de María.

Punto 1.º *El nacimiento de María fué motivo de gozo universal.*—Considera cómo, cumplidos nueve meses después de la Concepción de la Virgen, nació en la casa de sus padres, para gozo de todo el mundo, como dice la Iglesia. Pondera ante todo el gozo de la Santísima Trinidad, viendo nacida esta Niña tan querida suya, por la cual pensaba obrar cosas tan gloriosas: el Padre se gozó al ver tan hermosa y agraciada á esta su Hija predilecta; el Hijo se gozó viendo en el mundo á aquella de quien había de recibir la humanidad y á quien había de tener por Madre; y el Espíritu Santo se alegró también al ver nacida á aquella su tierna Esposa, en la cual había de obrar tales misterios. Mira en especial el alborozo santo de los ángeles con que se apresuraron á reverenciar á la que reconocían por su Reina. Pero, ¿quién podrá comprender el gozo santo que inundaría á los padres de esta Niña, habiéndola deseado por tantos años tan intensamente, y habiéndola pedido á Dios con tal fervor? ¿Quién puede dudar que el Señor comunicaría también en este día especial gozo á los justos de la tierra y á los padres del limbo, como pronóstico del que recibirían con la venida de Dios al mundo, cuya madre había de ser aquella Niña? Si la aurora cuando nace, causa cierto modo de gozo y alivio en los vivientes, como señal del nacimiento del sol; y si muchos se gozaron en la natividad de san Juan Bautista [1], porque era lucero y precursor de Cristo, muchos más, sin comparación, se holgarían con el nacimiento de la Virgen que había de ser su Madre, y la que nos había de traer el divino Sol de justicia. Con esta consideración debes moverte á

[1] Luc., I, 14.

as

las jerarquías angélicas, haciéndola tanto mejor [1] y más santa que ellos, cuanto era mejor el nombre que pensaba darla de Madre, que el que ellos tenían de siervos y ministros de su casa: de suerte que la Virgen comenzó su carrera por donde los ángeles acabaron la suya; y estando en la tierra, tenía más grados de santidad que los que vivían en el cielo, sacando lo que es propio de aquel estado; cumpliéndose en Ella lo que dice David [2] de la ciudad de Dios, que sus fundamentos son sobre los montes altos, porque los principios de su vida fueron más empinados en santidad que la cumbre donde llegaron los grandes santos de la Iglesia. ¡Oh, qué contento recibiría la Santísima Trinidad mirando la excelencia de esta Niña! El Padre Eterno se holgaría de tener tal Hija. El Hijo de Dios se alegraría viendo tan bella y agraciada á la que había de ser su Madre. El Espíritu Santo se regocijaría en tener tal Esposa, y todos tres entraron en Ella por gracia, y moraban en Ella con sumo gozo. ¡Oh ángeles del cielo que adorasteis después al Hijo de Dios cuando entró en el mundo! Venid á reverenciar en este punto á la que ha de ser su Madre y vuestra Reina ¡Oh Reina de los ángeles! Desde ahora os saludo en el seno de vuestra madre con las palabras que después os dirá el ángel san Gabriel: Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres, porque en el primer instante de tu Concepción hallaste gracia delante de Dios sobre todas ellas. Pedidle, Señora, que limpie mi espíritu, enfrene mi carne, modere mis pasiones, y me llene de su gracia, para que comience á servirle con gran fervor y perseverancia hasta que alcance la corona. Piensa cómo has de lograr tales bienes.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán excelentes y preciosos fueron los privilegios concedidos á la Virgen santísima en el primer instante de su inmaculada Concepción! Preservada de la culpa original en que incurren todos los hijos de Adán pecador; libre del fomes del pecado, sin sentir en sí misma la guerra y lucha intestina que hace gemir á todos los mortales; confirmada en gracia, de tal modo que jamás consintiera en la menor y más insignificante falta deliberada ni indeliberada; llena de gracias y virtudes sobre todos los ángeles y santos: tales fueron los ricos dones que recibió María en el primer momento de su ser. ¡Qué gloria para nuestra dulcísima Madre! ¡Qué honor para nosotros tener una Madre tan honrada y glorificada por el mismo Dios! ¡Qué contento tendría la misma Trinidad al contemplar esta obra de sus manos, cuya perfección tanto superaba á todas las demás que había creado! ¡Qué alegría para los ángeles, viendo que el imperio del demonio comenzaba ya á derrumbarse en el mundo y se echaban ya los gloriosos y sólidos fundamentos de la ciudad de Dios! ¡Qué rabia para el enemigo capital, al sentir que una

[1] Hebr., I, 4. — [2] Psalm. LXXXV, 2.

humilde doncellita, aun antes de nacer, le aplastaba valerosa su altiva y orgullosa cabeza! Y tú, ¿qué sientes? ¿Qué afectos despierta en tu alma la Concepción inmaculada de María? Tu Madre limpia de toda mancha, ¿y tú, no te apartarás de la culpa? Ella confirmada en gracia, ¿y tú arrojarás voluntariamente de ti la que el Señor te ha concedido? Ella, llena de virtudes, ¿y tú no trabajarás para obtenerlas? Confúndete, resuelve, pide gracia para que sean eficaces tus resoluciones y por las demás necesidades.

3.ª—NACIMIENTO DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.

PRELUDIO 1.º En el nacimiento de María tenemos poderosos motivos que despiertan nuestro gozo, excitan la confianza y aseguran la salvación.

PRELUDIO 2.º Representémonos á María recién nacida, contemplándola alborozados los ángeles, y mirándola el mismo Dios.

PRELUDIO 3.º Pidamos al Señor el ser agradecidos al favor que nos ha dispensado en el nacimiento de María.

Punto 1.º *El nacimiento de María fué motivo de gozo universal.*—Considera cómo, cumplidos nueve meses después de la Concepción de la Virgen, nació en la casa de sus padres, para gozo de todo el mundo, como dice la Iglesia. Pondera ante todo el gozo de la Santísima Trinidad, viendo nacida esta Niña tan querida suya, por la cual pensaba obrar cosas tan gloriosas: el Padre se gozó al ver tan hermosa y agraciada á esta su Hija predilecta; el Hijo se gozó viendo en el mundo á aquella de quien había de recibir la humanidad y á quien había de tener por Madre; y el Espíritu Santo se alegró también al ver nacida á aquella su tierna Esposa, en la cual había de obrar tales misterios. Mira en especial el alborozo santo de los ángeles con que se apresuraron á reverenciar á la que reconocían por su Reina. Pero, ¿quién podrá comprender el gozo santo que inundaría á los padres de esta Niña, habiéndola deseado por tantos años tan intensamente, y habiéndola pedido á Dios con tal fervor? ¿Quién puede dudar que el Señor comunicaría también en este día especial gozo á los justos de la tierra y á los padres del limbo, como pronóstico del que recibirían con la venida de Dios al mundo, cuya madre había de ser aquella Niña? Si la aurora cuando nace, causa cierto modo de gozo y alivio en los vivientes, como señal del nacimiento del sol; y si muchos se gozaron en la natividad de san Juan Bautista [1], porque era lucero y precursor de Cristo, muchos más, sin comparación, se holgarían con el nacimiento de la Virgen que había de ser su Madre, y la que nos había de traer el divino Sol de justicia. Con esta consideración debes moverte á

[1] Luc., I, 14.

as

afectos de gozo, participando de la alegría universal con que es saludado el nacimiento de María: da el parabién á sus afortunados padres, que la reciben en sus brazos, y á la Santísima Trinidad, que la ha criado. ¡Oh Trinidad beatísima! Sea para bien el nacimiento de esta querida vuestra; repartid conmigo el gozo que dais á otros, pues también nace para mí. ¡Oh alma mía! ¿Qué sientes? Si los pueblos se alegran y celebran con regocijo el nacimiento de sus príncipes, ¿cómo es que tú nada sientes en el de María? ¿Acaso es que no la reconoces y veneras como á Reina, ó no quieres ser su vasallo?

Punto 2.° *El nacimiento de María es motivo de confianza.*—Considera cómo el nacimiento de María debe despertar en tu corazón la confianza de obtener abundantes gracias del cielo. Porque si los reyes de la tierra, en el día del nacimiento de su hijo mayorazgo, hacen gala de conceder gracias y favores muy señalados, indultando á unos de las penas á que habían sido condenados, ennobleciendo á otros con títulos y condecoraciones honrosas, favoreciendo á éstos con cuantiosas limosnas, y librando á aquéllos de pesadas cargas, puédese también presumir que Dios, en el nacimiento de esta su hija muy amada, querría dispensar dones muy soberanos de su omnipotente misericordia. Pero reflexiona en particular quién es esta Niña benditísima que nace, y cuáles son los oficios que viene á desempeñar. Es la más hermosa de todas las mujeres [1], distinguiéndose entre todas ellas en la pureza, inocencia y limpieza de todo pecado; es la más llena de gracias y virtudes, robando con ellas el corazón de su mismo Criador, que la contempla complacido, y atrayendo la admiración de los ángeles, que al verla exclaman [2]: ¿Quién es Ésta que sube como aurora naciente, hermosa como la luna y elegida como el sol? Ella viene para ser tu Reina, tu abogada, tu corredentora, tu bondadosa madre y tu esperanza, como dice la Iglesia; Ella ha de ser tu fiadora con Dios, según san Agustín; Ella, tu mediadora con el soberano Mediador, según san Bernardo: el remedio de todos tus males, según san Buenaventura: tu paz, tu alegría y tu consuelo, según san Efrén: en fin, tu gloria, tu corona y tu vida, en expresión de la santa Iglesia. ¿Quién, al considerar tales grandezas, no se animará á confiar que por la intercesión de María ha de obtener las gracias que desee? ¿Qué podrá negar Dios á esta su Hija predilecta? ¿Qué dejará de obtener esta Madre poderosa? ¡Oh alma mía! Contempla agradecida á esta Niña, que nace adornada con todos los atavíos de las virtudes que brillan en los ángeles, y dispuesta para ejercitar en favor tuyo el poder que ha recibido del Señor. Póstrate á sus pies, y pídela que te haga participante de aquellas gracias, cuya distribución le ha sido confiada, y de que tanto necesitas. ¿Qué sientes en tu corazón? ¿Cuáles son las gracias y virtudes que más falta te hacen?

[1] Prov., XXXI, 29. — [2] Cant., VI, 9.

Punto 3.° *El nacimiento de María en el alma es señal de predestinación.*—Considera cómo el alma en quien nace la devoción á María, tiene una señal muy clara y segura de ser predestinada para el cielo. Así como el nacimiento de María fué para el mundo en general una prenda segura de su salvación y un indicio claro de que presto sería iluminado por el verdadero Sol de justicia, del mismo modo, cuando la devoción á esta Señora nace en un alma, tiene ésta una prueba cierta de que pronto será iluminada con la gracia divina, y si va creciendo en la misma devoción, y persevera en ella, es indudable, según asegura san Anselmo, que está predestinada para el cielo. Pondera cómo la Virgen negociará para ti, si le eres devoto, los efectos de la divina predestinación, disponiéndote para que puedas subir á la gloria. Ella, como Madre, solicitará las inspiraciones del cielo que te aparten del mal y te induzcan á obrar el bien. Ella te obtendrá la vocación de Dios, por medio de la cual, con mayor facilidad y suavidad, puedas cumplir tus deberes. Ella te alcanzará la gracia de la justificación, si te hallas esclavo del pecado; la victoria de las tentaciones, con que te asaltan los enemigos de tu salvación; la preservación de las caídas, cuando te veas combatido por todas partes y rodeado de escollos; el aumento de los merecimientos por la práctica de las buenas obras, la perseverancia en la gracia, y, por fin, la corona de la gloria. ¡Dichoso tú, si eres verdaderamente devoto de esta inmaculada Madre! Mas, ¡ay de tí!, si no ha nacido todavía en tu alma este generoso sentimiento para con María: te falta una señal muy clara de predestinación. Pues, ¿cómo no lo eres? ¿Qué te conviene hacer para serlo? ¡Oh Virgen soberana, que por mandato de Dios echáis raíces en los escogidos para el cielo! Echad en mi alma tan hondas raíces de vuestra devoción é imitación, que sean prendas de mi eterna bienaventuranza. Sea yo de los escogidos para serviros y amaros en este mundo; porque cierto estoy que también lo seré para glorificaros en el cielo.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien ha dicho la santa Iglesia que el nacimiento de María causó gozo universal! La Trinidad beatísima, los ángeles del cielo, los justos de la tierra, los padres del limbo: todos experimentaron una alegría especial en este día. Y tú, ¿qué sientes? Los hijos se regocijan al celebrar el cumpleaños de sus padres, y ¿nada siente hoy tu corazón? ¿Y te llamas hijo de María? Esta Niña benditísima nace llena de gracia, adornada de virtudes, y aparece en el mundo para hacer los oficios de mediadora, abogada y corredentora, para ser nuestra luz, esperanza, consuelo, vida y felicidad sempiterna. ¡Qué confianza debe excitar en nuestro espíritu este nacimiento! ¡Cómo ha de desterrar de nuestro corazón los temores, las dudas y las

inquietudes exageradas por nuestra eterna salvación! ¡Con qué seguridad de alcanzar cuanto necesitemos, podemos hoy presentarnos ante el trono de nuestro Padre celestial! Aliéntate, alma pusilánime. ¿Necesitas virtudes? ¿Deseas humildad? ¿Te falta castidad? ¿Quisieras más espíritu de mortificación? Por respeto á María, su hija muy amada, el Rey de los cielos despachará favorablemente tus peticiones. ¿Temes por tu eterna salud? ¿Recelas que tu nombre no está escrito en el libro de la vida? Si eres devoto de María, no debes temer, porque posees una señal infalible de predestinación. Si no lo eres, propón cambiar de rumbo, emprende con decisión este camino, haciendo los convenientes propósitos. Pide gracia para cumplirlos, y ruega por las demás necesidades.

4.ª—DULCE NOMBRE DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º Represéntate á san Joaquín recibiendo por medio de un ángel el encargo de imponer á su Hija el nombre de María y llamándola con él.

PRELUDIO 2.º Pide á Dios conocimiento de las grandezas que encierra, y gracia para saberle invocar frecuente y devotamente.

Punto 1.º *Significaciones del nombre de María.*—Considera cómo, queriendo Dios nuestro Señor declarar las grandezas inefables que había depositado en María, escogió este dulce nombre, que encierra muchas significaciones en diversas lenguas, y mandó, á lo que se cree, á un ángel que lo descubriese á sus padres. Pondera cómo este nombre bendito significa *Estrella del mar* [1], porque María es luz, consuelo y guía de los que navegan en el mar de este mundo, combatidos de muy grandes olas y tempestades, de tentaciones y peligros de condenación, los cuales, por las oraciones de la Virgen, con sus ejemplos y con los favores que les hace, se alegran y esfuerzan, y atinan con el camino, y llegan al puerto de salvación. Significa también *Mar amargo,* porque María es mar por la inmensidad de gracias celestiales que abraza dentro de sí, comunicadas por la munificencia del que la escogió por Madre; y es amargo, por la inmensidad de amarguras que padeció en la Pasión de su Hijo, porque suele Dios igualar la medida de los regalos y la de los trabajos, y así lo hizo en esta Virgen. Significa también *Señora* y *ensalzada,* porque fué con eminencia Señora de sus potencias y apetitos, y de su imaginación y sentidos, mandándolos á todos con gran imperio; es Señora de los ángeles y ensalzada sobre todos ellos, y, ¡qué mucho!, pues, en cierto modo, fué también Señora del mismo Dios, mandándole Ella en cuanto hombre, y obedeciéndole Él como Hijo que estaba sujeto [2] á su Madre. Significa este nombre *Ilustrada* ó *ilustradora,* porque recibió de Dios grande luz de celestial sabiduría, no sólo para sí misma, sino para ilustrar á otros; y así fué Maestra de los Apóstoles y de los demás fieles. Considerando todo esto, despierta en tu alma vivos afectos de gozo y confianza y gran devoción al dulce nombre de María, suplicándola que contigo haga los oficios que significa. ¡Oh Virgen sacratísima! Permitidme que con vivo afecto de amor y confianza pronuncie é invoque vuestro santo nombre. ¡Oh inmaculada María! Sed para mí estrella del mar, guiándome en mis tentaciones y peligros; sed mar de gracias y amarguras, repartiendo conmigo de unas y otras; sed mi Señora gobernándome, mi Maestra enseñándome, mi ilustradora conduciéndome por las sendas de la perfección hasta llegar á la cumbre de ella. ¿Ves tú, alma mía, el tesoro que tienes en el nombre de María? ¿No te aprovecharás de él? ¿No sientes de él necesidad?

[1] Num., XXIV, 17.— [2] Luc., II, 51.

Punto 2.º *Poder del nombre de María.*—Considera en este punto cuán grande es el poder del nombre de María. Puédese decir de él en cierto modo lo que san Pablo [1] afirma del nombre de Jesús, que á su invocación doblan las rodillas los cielos, la tierra y el infierno. Pondera cómo María ha trocado, según afirma la Iglesia, el nombre de Eva, puesto que ha venido á restaurar lo que aquella había destruido, y á destruir lo edificado por la misma. Eva se rindió á la serpiente; María la venció y aplastó la cabeza: Eva se sujetó á sus desordenados apetitos; María señoreó á los suyos y los tuvo refrenados y sujetos á su espíritu: Eva cayó como flaca y nos acarreó la muerte; María triunfó como fuerte y nos dió la vida: Eva, alargando al hombre la fruta vedada, se hizo madre del pecado y atrajo sobre él la ira de Dios; María, dándonos el fruto de vida, ha sido constituida Madre de la gracia y ha atraído sobre la humanidad las bendiciones del cielo: ¡Cuán bien puedes llamar á María con los dulces y honrosos títulos de gloria de Jerusalén, alegría de Israel y honor del pueblo fiel! Reflexiona, finalmente, cómo el nombre de María puede compararse, como el de su Hijo divino, al aceite derramado [2]. Él alumbra las tinieblas de los ignorantes, arrojando rayos de luz que descubren las perfecciones de Dios, el camino del cielo, la práctica de la virtud; él conforta tu espíritu de modo que no venga á desfallecer al verse atribulado por las desgracias, miserias y males de esta vida; él sana las dolencias del alma, por más arraigadas que estén y por graves que ellas sean; él regocija el corazón, llenándole de tal dulzura, que hace insípidos todos los deleites del mundo. ¿Creemos en el poder de este nombre? ¿Por qué no confiamos más en él y no le invocamos con más frecuencia? ¡Oh nombre venerable de María, nombre poderosísimo, ante el cual se inclinan modestamente los ángeles del

[1] Philip., II, 10. — [2] Cant., I, 2.

cielo y huyen los demonios al abismo! ¡Nombre eficacísimo, que ha mudado y cambiado el de nuestra madre Eva, deshaciendo la obra que ella ejecutó! Yo os alabo y glorifico, y con la mayor confianza os invoco. Sí, María; concededme que este vuestro nombre, como precioso aceite, me ilumine, conforte, sane y regocije en esta vida y me conduzca hasta la eterna gloria.

Punto 3.º *Invocación del nombre de María.*—Considera en este punto cómo te conviene invocar con frecuencia el nombre de María. Si es propio de un hijo invocar y llamar á su madre, cuando se halla en algún peligro; si el enfermo llama al médico, cuando se siente sorprendido por algún accidente; si el ciego busca quien le dé la mano para preservarse de caer en alguna hoya, tú, hijo de María, asaltado de tantos enemigos y puesto en medio de tales escollos, enfermo, con tantas dolencias y ciego, has de invocar á menudo este dulce nombre. Pondera cómo en todos los siglos han solido los cristianos unir el nombre de María con el de Jesús, creyendo razonablemente que no debían separarse los nombres de Aquellos que estuvieron inseparablemente unidos durante su vida mortal, y que contribuyeron eficazmente á la salvación del mundo, aunque de un modo distinto. ¡Feliz tú, si, imitando á tus padres en la fe, te acostumbras á invocar el santísimo nombre de María, mientras vives sobre la tierra! Este nombre será tu más poderoso apoyo en vida, y en la hora de tu muerte te llenará de dulce consuelo. En aquel trance espantoso no hay arma tan poderosa para vencer al demonio, ni medicina más eficaz para combatir los temores exagerados de eterna condenación que la invocación devota del nombre de María. Por esto la Iglesia exhorta á sus ministros que exciten á ella á los moribundos á quienes asistan, ofreciendo abundantes indulgencias, no sólo á los que con los labios lo invoquen, sino también á los que, no pudiendo de este modo, lo verifiquen de deseo y con el corazón. ¡Oh María! ¡Dichoso el que sin cesar os invoca en vida y en la hora de su muerte! Como tierna Madre, no dejaréis de escucharle, de atender á sus súplicas, y despachar favorablemente sus peticiones. ¡Oh alma devota! Invoca á esta dulce Madre, y Ella te oirá, diciendo al instante: «Aquí estoy para favorecerte». ¿Cómo lo has hecho hasta ahora? ¿Qué te conviene practicar en lo sucesivo?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán excelente y cuán poderoso es el nombre de María, y cuán eficaz su invocación en vida y en la hora de la muerte! Las significaciones más expresivas y halagüeñas están encerradas en él. Decir MARÍA, es decir *Estrella del mar,* que guía á los que van extraviados por el mundo; *Señora,* que tiene absoluto dominio sobre todas las cosas; *Iluminada é iluminadora,* que despide vivísimos rayos de verdad; *Mar amargo,* inmenso por las gracias que posee, por los dolores que sufre y por los beneficios que dispensa. Decir MARÍA, es

nombrar á la criatura más poderosa que hay en el cielo y en la tierra, á Aquella que vino á reparar el daño ocasionado por Eva, á Aquella ante la cual se inclinan los cielos, se postra la tierra y tiemblan los infiernos. ¡Oh María! El cristiano que no invoca este santo nombre, ó ha perdido la fe, ó es un loco ó un criminal. Es un mal hijo que no quiere acordarse del amor que le profesa la Madre más tierna; es un insensato que no se interesa por su eterna salvación; es un infiel que no reconoce ni admite el poder y el tesoro de protección que en él se encierra. ¿Serás tú de éstos? ¿Invocarás del modo debido el nombre de María? ¿Cómo lo hiciste hasta hoy? ¿Qué propósitos debes hacer para mejorarte? Hazlos eficaces, pide la gracia para cumplirlos, y ruega también para que la devoción al nombre de María se aumente, y con este aumento vengan al mundo las bendiciones del cielo.

5.ª—PRESENTACIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.

PRELUDIO 1.º Llamada por Dios, consagróse la Virgen á su divino servicio en el templo.

PRELUDIO 2.º Representémonos á los padres de María presentando á su hija en el templo.

PRELUDIO 3.º Pidamos docilidad y obediencia al llamamiento del Señor.

Punto 1.º *Dios llama á la Virgen al retiro del templo.*—Considera cómo, siendo la Virgen de poca edad, á lo que se cree de sólo tres años, por inspiración de Dios, fué presentada al templo por sus padres, para que se dedicase y ocupase allí en el divino servicio con otras doncellas que profesaban lo mismo. Reflexiona que no se movió á abandonar el mundo por librarse de los trabajos y penalidades, ni por arrojar de sí la carga de la obediencia á sus queridos padres, ni por otro bajo motivo. La majestad de Dios fué la que escogió á esta Niña bienaventurada, y la inspiró este recogimiento en el templo, mostrando su providencia paternal con Ella en sacarla del bullicio y tráfago del mundo y traerla á su casa y templo, porque había de ser casa donde Él encarnase y templo vivo donde viviese. Con grande amor la diría al corazón aquellas palabras del salmo [1]: «Oye, hija, y ve: inclina tu oreja y olvídate de tu pueblo, y de la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura». Oyó la Virgen esta voz é inspiración de Dios: vió la merced inmensa que en esto le hacía; inclinó su oreja á obedecer y cumplir con presteza lo que la mandaba; olvidóse totalmente de su pueblo, y renunció á la casa de su padre terreno, por dar gusto al Padre celestial, que la llamó hija; y fué tanto lo que con esta nueva obediencia y humildad creció su hermosura, que el Rey de los cielos y tierra se aficionó á Ella, y

[1] Psalm. XLIV, 11.

cielo y huyen los demonios al abismo! ¡Nombre eficacísimo, que ha mudado y cambiado el de nuestra madre Eva, deshaciendo la obra que ella ejecutó! Yo os alabo y glorifico, y con la mayor confianza os invoco. Sí, María; concededme que este vuestro nombre, como precioso aceite, me ilumine, conforte, sane y regocije en esta vida y me conduzca hasta la eterna gloria.

Punto 3.º *Invocación del nombre de María.*—Considera en este punto cómo te conviene invocar con frecuencia el nombre de María. Si es propio de un hijo invocar y llamar á su madre, cuando se halla en algún peligro; si el enfermo llama al médico, cuando se siente sorprendido por algún accidente; si el ciego busca quien le dé la mano para preservarse de caer en alguna hoya, tú, hijo de María, asaltado de tantos enemigos y puesto en medio de tales escollos, enfermo, con tantas dolencias y ciego, has de invocar á menudo este dulce nombre. Pondera cómo en todos los siglos han solido los cristianos unir el nombre de María con el de Jesús, creyendo razonablemente que no debían separarse los nombres de Aquellos que estuvieron inseparablemente unidos durante su vida mortal, y que contribuyeron eficazmente á la salvación del mundo, aunque de un modo distinto. ¡Feliz tú, si, imitando á tus padres en la fe, te acostumbras á invocar el santísimo nombre de María, mientras vives sobre la tierra! Este nombre será tu más poderoso apoyo en vida, y en la hora de tu muerte te llenará de dulce consuelo. En aquel trance espantoso no hay arma tan poderosa para vencer al demonio, ni medicina más eficaz para combatir los temores exagerados de eterna condenación que la invocación devota del nombre de María. Por esto la Iglesia exhorta á sus ministros que exciten á ella á los moribundos á quienes asistan, ofreciendo abundantes indulgencias, no sólo á los que con los labios lo invoquen, sino también á los que, no pudiendo de este modo, lo verifiquen de deseo y con el corazón. ¡Oh María! ¡Dichoso el que sin cesar os invoca en vida y en la hora de su muerte! Como tierna Madre, no dejaréis de escucharle, de atender á sus súplicas, y despachar favorablemente sus peticiones. ¡Oh alma devota! Invoca á esta dulce Madre, y Ella te oirá, diciendo al instante: «Aquí estoy para favorecerte». ¿Cómo lo has hecho hasta ahora? ¿Qué te conviene practicar en lo sucesivo?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán excelente y cuán poderoso es el nombre de María, y cuán eficaz su invocación en vida y en la hora de la muerte! Las significaciones más expresivas y halagüeñas están encerradas en él. Decir MARÍA, es decir *Estrella del mar,* que guía á los que van extraviados por el mundo; *Señora,* que tiene absoluto dominio sobre todas las cosas; *Iluminada* é *iluminadora,* que despide vivísimos rayos de verdad; *Mar amargo,* inmenso por las gracias que posee, por los dolores que sufre y por los beneficios que dispensa. Decir MARÍA, es

nombrar á la criatura más poderosa que hay en el cielo y en la tierra, á Aquella que vino á reparar el daño ocasionado por Eva, á Aquella ante la cual se inclinan los cielos, se postra la tierra y tiemblan los infiernos. ¡Oh María! El cristiano que no invoca este santo nombre, ó ha perdido la fe, ó es un loco ó un criminal. Es un mal hijo que no quiere acordarse del amor que le profesa la Madre más tierna; es un insensato que no se interesa por su eterna salvación; es un infiel que no reconoce ni admite el poder y el tesoro de protección que en él se encierra. ¿Serás tú de éstos? ¿Invocarás del modo debido el nombre de María? ¿Cómo lo hiciste hasta hoy? ¿Qué propósitos debes hacer para mejorarte? Hazlos eficaces, pide la gracia para cumplirlos, y ruega también para que la devoción al nombre de María se aumente, y con este aumento vengan al mundo las bendiciones del cielo.

5.ª—PRESENTACIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.

PRELUDIO 1.º Llamada por Dios, consagróse la Virgen á su divino servicio en el templo.

PRELUDIO 2.º Representémonos á los padres de María presentando á su hija en el templo.

PRELUDIO 3.º Pidamos docilidad y obediencia al llamamiento del Señor.

Punto 1.º *Dios llama á la Virgen al retiro del templo.*—Considera cómo, siendo la Virgen de poca edad, á lo que se cree de sólo tres años, por inspiración de Dios, fué presentada al templo por sus padres, para que se dedicase y ocupase allí en el divino servicio con otras doncellas que profesaban lo mismo. Reflexiona que no se movió á abandonar el mundo por librarse de los trabajos y penalidades, ni por arrojar de sí la carga de la obediencia á sus queridos padres, ni por otro bajo motivo. La majestad de Dios fué la que escogió á esta Niña bienaventurada, y la inspiró este recogimiento en el templo, mostrando su providencia paternal con Ella en sacarla del bullicio y tráfago del mundo y traerla á su casa y templo, porque había de ser casa donde Él encarnase y templo vivo donde viviese. Con grande amor la diría al corazón aquellas palabras del salmo [1]: «Oye, hija, y ve: inclina tu oreja y olvídate de tu pueblo, y de la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura». Oyó la Virgen esta voz é inspiración de Dios: vió la merced inmensa que en esto le hacía; inclinó su oreja á obedecer y cumplir con presteza lo que la mandaba; olvidóse totalmente de su pueblo, y renunció á la casa de su padre terreno, por dar gusto al Padre celestial, que la llamó hija; y fué tanto lo que con esta nueva obediencia y humildad creció su hermosura, que el Rey de los cielos y tierra se aficionó á Ella, y

[1] Psalm. XLIV, 11.

se gozó de haberla escogido para ser su madre. Mira cuán gran merced hace Dios á los que saca de los peligros y ocasiones del mundo, y cuán justo es que, si tú has sentido la inpiración y voz de Dios que te llama á una vida más perfecta, obedezcas á este llamamiento, el cual es indicio claro que Dios te ama como hijo muy querido, porque te saca, como á Abraham, del fuego de los caldeos, y como á Lot, del incendio de Sodoma. ¡Oh Dios mío, que por sola vuestra bondad y misericordia, y por el deseo que tenéis de hacerme bien, me habéis arrancado de los peligros del mundo; asistidme con vuestra gracia, para que nunca vuelva atrás del camino emprendido, haciéndome indigno de vuestros singulares favores! ¡Oh alma religiosa! ¿Comprendes la gracia que has recibido con la vocación? ¿Cómo has correspondido á ella?

Punto 2.º *Devoción de los padres de María al ofrecer su Hija.*—Considera la admirable y edificante devoción que san Joaquín y santa Ana, padres de la Virgen, mostraron en esta ocasión. El sacrificio que el Señor les exigía no era ciertamente pequeño. No les pedía que se desprendiesen de sus intereses, ni de sus comodidades y regalos, ni de su salud y bienestar. Otra cosa deseaba de ellos inmensamente más costosa y dolorosa: el desprendimiento y la entrega de aquella Hija que habían alcanzado á costa de sacrificios y oraciones, y después de haberla deseado por muchos años; de aquella Hija que, después de Dios, era toda su felicidad y alegría, en la que habían cifrado sus más halagüeñas esperanzas. Sin embargo, luego que conocieron la voluntad del Señor, no sólo no estorbaron los buenos deseos de su Hija, sino que la ganaron por mano, y, movidos por inspiración del mismo Dios, le ofrecieron el fruto único de su vientre, volviéndole lo que les había dado, teniéndose por dichosos de que Dios se sirviese de su Hija, y privándose de Ella por dársela á Él. Lo cual harían no con menor espíritu que Ana [1], madre de Samuel, cuando ofreció á este hijo á Dios, porque sabían cuán agradable le sería esta ofrenda. Aprende de estos fervorosos consortes á ofrecer á Dios con espíritu y fervor á la hija única y más querida de tu alma, que es la libertad, y la primera de sus aficiones, que es el amor, con determinación de no querer más de lo que El quisiere, y amar solamente lo que Él amare, ofreciéndote á darle cualquiera cosa tuya que te pidiere. ¿Qué te pide Dios en la actualidad? ¿Qué sacrificio desea de ti? ¿Cómo te portas? ¡Oh Dios bondadoso, que me habéis prometido darme cuanto os pida, diciéndome: «Pídeme, y recibirás»! No quiero yo ser tan ingrato que rehuse daros lo que Vos me pidáis. Mi corazón con todos sus afectos, mi alma con todas sus potencias, mi cuerpo con sus sentidos, todo cuanto soy, tengo y puedo, pongo en

[1] I Reg., I, 28.

vuestras manos. Haced de mí lo que os plazca, que mi único deseo es cumplir el vuestro por toda la eternidad.

Punto 3.º *Devoción de la Virgen en esta ocasión.*—En este punto considera la devoción que mostró María en su presentación. Porque en diciéndole sus padres que la querían llevar al templo, se llenó de alegría, diciendo aquello de David [1]: «Me he alegrado por las cosas que me han dicho; porque tengo de ir luego á la casa del Señor». Mas, contempla cómo, llegando al templo, comenzó á subir sus quince gradas con gran fervor y espíritu, proponiendo de subir por todos los grados de la virtud hasta llegar á lo supremo de la perfección, cumpliendo lo que dijo David [2]: «Bienaventurado el varón á quien Tú ayudares, el cual trazó subidas y crecimientos dentro de su corazón en este valle de lágrimas, en el lugar que para esto escogió: subirá de virtud en virtud, hasta ver al Dios de los dioses en Sion». ¡Qué propósitos tan fervorosos haría la Virgen dentro de su Corazón, y cuán bien trazaría los crecimientos de virtud que anhelaba realizar en el lugar santo que había escogido para su morada! Pondera, por fin, cómo, habiendo subido al templo, postrada en tierra, adoró á la divina Majestad, y se presentó y ofreció á su perpetuo servicio, porque su intención no fué ofrecerse por un año ó por diez, como las demás doncellas, sino para siempre, con propósito, cuanto era de su parte, de servirle toda la vida en su santo templo. ¡Oh! ¡Cómo se agradaría Dios de esta ofrenda! ¡Con qué gusto la aceptaría, y qué retorno de gracias y dones la volvería por ella! Diría la Virgen: Veisme aquí, Señor; vengo á vuestra casa para ser perpetua esclava vuestra; recibidme en vuestro servicio, porque en serviros pongo toda mi gloria. Y el Señor la respondería dentro de su corazón [3]: Ven, Esposa mía; entra en mi huerto, porque quiero poner en ti mi trono: tú serás el sol donde asiente mi morada, para salir de ella como esposo de su tálamo. ¿Ves, ¡oh alma!, la recompensa que Dios da á María? ¿Pretendes alcanzarla como Ella? Ofrécete á servirle como perpetuo esclavo, con determinación de nunca apartarte de Él.

Epílogo y coloquios. ¡Qué gracia tan singular y excelente dispensó el Señor á María cuando apenas contaba más que tres años! Antes que conociese los peligros del mundo, la saca de él para colocarla en el puerto seguro de su santo templo. ¡Oh bondad inmensa de Dios! No sólo á María, su hija muy amada, sino á otras muchas almas dispensa el Señor esta misma gracia. Tal vez tú eres uno de estos afortunados. Quizá también te ha librado, como á Abraham, del fuego de los caldeos, y como á los israelitas de la tiranía del Faraón del mundo. ¿Has correspondido debidamente? Los piadosos padres de la Virgen, luego que conocen la voluntad de Dios, que les exige el sacrificio de la joya

[1] Psalm. CXXI, 1. — [2] Psalm. LXXXIII, 6. — [3] Cant., V, 1.

más preciosa y de la prenda más querida de su corazón, no vacilan, se apresuran á presentarla al templo: hacen al Señor la ofrenda más rica que podían hacerle. ¡Cómo condenan con su proceder la frialdad, escasez y mezquindad de muchos cristianos, los cuales, recibiendo continuamente beneficios de Dios, se resisten á oir su voz, hacen el sordo á sus inspiraciones, cuando exige de ellos alguna privación ó sacrificio, aunque de poca monta! ¿Imitarás tú á estos ingratos? ¿No tomarás por modelo de tu ofrenda á María? Mírala: se presenta al templo puntual, se ofrece generosa, se entrega al perpetuo servicio del Señor, con propósito, en cuanto pueda, de jamás separarse de su casa. ¿Qué exige Dios de ti? Piénsalo, haz propósitos, pide gracia para cumplirlos, y ruega por las necesidades y fines recomendados.

6.ª—VIDA QUE HIZO LA VIRGEN EN EL TEMPLO.

PRELUDIO 1.º María en el templo crecía en virtud y santidad, ocupándose en ejercicios piadosos y en las obras de manos que la encargaban.

PRELUDIO 2.º Represéntate á María, ya orando, ya trabajando, y siempre admirando á todos con su virtud.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitarla.

Punto 1.º *María crecía en virtud y santidad.*—Considera en este punto la vida excelentísima de María en el templo. Al modo que iba creciendo en edad, crecía también en el espíritu delante de Dios y de los hombres; y, como dice san Ambrosio, cada paso del cuerpo acompañaba con ejercicio y aumento de virtud, creciendo como la luz de la mañana hasta el perfecto día [1], porque el Espíritu Santo la solicitaba con sus inspiraciones, y Ella cooperaba con todas las fuerzas que tenía. Pondera, sobre todo, la excelencia de sus obras, que se descubría principalmente en cuatro cosas señaladas, porque con cada una de ellas crecía en la caridad y santidad, aumentando y multiplicando sus méritos en cada instante: todas eran obras llenas con la intención y plenitud de perfección que podía, según sus fuerzas: en cada obra usaba de gran prudencia y discreción, con singular constancia, hasta llevarla á cabo: en fin, con cada una mezclaba mucha variedad de afectos y virtudes, para crecer juntamente en todas. Los ángeles, como admirados de tantas excelencias, decían [2]: «¿Quién es ésta que camina como la mañana, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como ejército de muchos escuadrones concertados?» ¿Quién es esta Niña que camina de virtud en virtud, creciendo como la luz de la mañana, sin parar ni volver atrás? ¿Hermosa como la luna llena, con plenitud de gracia, sin menguar en ellas? ¿Escogida como el sol, sin

[1] Prov., IV, 18. — [2] Cant., VI, 9.

haber en la tierra otra que la iguale? Y ¿quién es esta que, siendo doncella flaca en la naturaleza, está firmísima en la gracia, por tener dentro de sí el ejército de todas las virtudes, concertadas con el orden de la invencible caridad? Esto decían los ángeles con afectos de admiración; y Dios se regalaba en ver su fervor, y los hombres que la miraban se edificaban de ver tanta santidad en tan tierna edad. ¡Oh Niña dulcísima! Gózome que con vuestra santidad causéis tal admiración á los ángeles, alegréis al Señor que os ha criado, y edifiquéis á cuantos os contemplan. Yo quisiera seguir vuestros pasos, imitándoos en la práctica de las virtudes que os hacen tan admirable; mas, quedo confuso y avergonzado de la distancia inmensa á que me hallo, y os pido me auxiliéis para que os pueda seguir más de cerca, y participar con mayor abundancia de los favores que el Señor os ha concedido, ¡Oh alma mía! Piensa cómo debes portarte en las obras que haces para imitar á María; mira si en la intención, modo, constancia y prudencia con que las ejecutas, tomas por modelo á esta Señora.

Punto 2.º *Oración y contemplación de María.*—Considera cómo, estando en el templo, gastaba María gran parte del día en subir y bajar por aquella escala mística de Jacob [1], que llegaba desde la tierra hasta el cielo, en cuya cumbre estaba Dios, y cuyos escalones, según san Bernardo, son lección, meditación, oración y contemplación. Un rato del día gastaba en la lección de las sagradas Escrituras con grande consuelo de su alma, abriéndola Dios el sentido, para que las entendiese y penetrase. De aquí subía á la meditación, confiriendo consigo misma lo que había leído, y buscando nuevas verdades que ilustraban su alma, y la encendían con el fuego del amor y devoción. De aquí subía otro rato por el escalón de la oración, pidiendo fervorosamente á Dios los dones de su gracia, no solamente para sí misma, sino para sus compañeras y para todo el pueblo. Últimamente, subía el escalón de la contemplación, donde se detenía mucho tiempo, uniendo su alma con Dios, de quien recibía tanta suavidad y dulzura y tan extraordinaria abundancia de dones celestiales, que ninguno lo puede saber, sino Dios que se los daba y Ella que los recibía, gozando de aquel maná escondido, cuyo sabor ninguno alcanza, sino es quien le recibe [2]. En estos ejercicios visitábanla á menudo los ángeles, que andan por esta escalera, consolando á los que suben por ella, y mucho más á esta Virgen, cuya pureza era mayor que la suya, y viéndola subir decían admirados aquello de los Cantares [3]: «¿Quién es esta que sube por el desierto como varica de humo oloroso, salido de mirra é incienso y de todo género de polvos aromáticos?» ¿Quién es esta Niña que vive en el desierto de este mundo y en la soledad de este templo,

[1] Gen., XXVIII, 12. — [2] Apoc., II, 17. — [3] Cant., III, 6.

y sube, no como vara, sino como varica pequeña y humilde en sus ojos, pero olorosísima y graciosísima en los de Dios, en los cuales siempre va creciendo y subiendo con la mirra de la mortificación y el incienso de la oración, y con el ejercicio continuo de todas las virtudes? ¡Oh Virgen benditísima, que, subiendo por la misteriosa escala de Jacob, os vais aproximando al Señor, que está en su cumbre, hasta uniros con Él por amor! Enseñadme á seguiros en este camino, gastando parte de mis días en los ejercicios santos, que son como las gradas de esta escalera, hasta que pueda ver á mi Dios y á Vos en la gloria. ¿Deseamos nosotros de veras estas gracias? ¿Cómo las hemos de alcanzar?

Punto 3.º *Trabajo manual de María.*—Considera cómo María, en bajando esta mística y deliciosa escalera, se ejercitaba en obras de manos para servicio del templo y en provecho de sus compañeras. Sabía muy bien que el Señor impuso al hombre, después del pecado, la ley del trabajo, mandándole que buscase el pan con el sudor de su rostro [1], y que, por el mismo trabajo, los hombres se han de defender de la ociosidad y han de prevenir las tentaciones y asaltos del enemigo, y que quien no trabaja no tiene derecho á comer, según dice el Apóstol [2]. Y, como en todo debía Ella ser modelo, según los designios del Señor, por esto la inspiraba grande asiduidad á las mismas obras de manos. Mas pondera, en particular, el modo edificante que guardaría esta Virgen en estos ejercicios exteriores. Porque, como dice san Ambrosio, Ella era sumamente aplicada á las obras que hacía, poniendo todo su cuidado en hacerlas con la mayor perfección que podía: no se derramaba en conversaciones inútiles que la distrajesen de su intento, y buscaba siempre el agradar, no á los hombres, sino á Dios, á quien tenía en su memoria, y era dueño de todos sus pensamientos; por fin, con sus obras exteriores mezclaba siempre la oración, por lo cual de Ella se dice en los Cantares [3] que sus vestidura solían á incienso. ¡Oh Virgen Soberana, vara que nacisteis de la raíz de Jesé y subisteis á vuestro Amado como varica y pebete muy oloroso! Alcanzadme que sea yo también pequeño en la humildad, y que, habiendo subido con Vos por la escalera de la oración, baje igualmente á ejercitar las obras de mortificación para conmigo y de piedad para con mis prójimos, creciendo en todas las virtudes, y dando á todos olor de buen ejemplo, por el cual glorifiquen á Dios por todos los siglos. Y tú, alma piadosa, ¿deseas imitar á tu Madre? ¿Cómo te ejercitas en las obras exteriores? ¿Guardas en ellas la atención, el recogimiento é intención que María?

Epílogo y coloquios. ¡Qué modelo tan perfecto y acabado para el religioso y para todas las almas piadosas en general es María, durante su permanencia en el templo! Como la luz del

[1] Gen., III, 19. — [2] II Thes., III, 10. — [3] Cant., IV, 11.

sol va creciendo paulatinamente, y su calor va aumentando hasta llegar al perfecto día, así María crece, sube y se perfecciona. Sus obras son todas llenas con toda plenitud; cada una es un nuevo mérito y una nueva perla añadida á su corona; en cada una de ellas, ni la intención puede ser más recta, ni la perfección más acabada, ni la discreción más perfecta, ni las virtudes que la acompañan más escogidas. Y ¿qué podrá decirse de la oración y demás ejercicios espirituales de esta benditísima Niña? Ella no dejaba de subir la mística escalera de Jacob, ejercitándose de continuo en la lección, meditación, oración y contemplación, que son los escalones de ella. Los ángeles la contemplan admirados, Dios la ve gozoso, y los hombres que la miran quedan edificados de su santidad. ¡Oh, si tú imitases á esta diligente Virgen, creciendo en virtud, ocupándote en los ejercicios santos y no descuidando las obras exteriores á que estás obligado! Da una mirada á toda la conducta que observas, y confúndete de hallarte tan distante de tu dulce Madre; pero mira al propio tiempo qué debes corregir, enmendar, mejorar y perfeccionar. Forma propósitos eficaces y prácticos. Pide la gracia que necesites para su cumplimiento, y ruega fervorosamente para ti y para los demás.

7.ª MARÍA CONSAGRA SU VIRGINIDAD Á DIOS.

PRELUDIO 1.º **María en el templo consagró á Dios su virginidad.**
PRELUDIO 2.º **Represéntate á María ofreciendo á Dios su purísimo Corazón.**
PRELUDIO 3.º **Pide la gracia de imitar en lo posible la pureza de la Virgen.**

Punto 1.º *María fué la primera mujer que hizo este voto.*—Considera cómo, morando la Virgen Santísima en el templo, según piadosamente se cree, hizo una ofrenda á Dios nuestro Señor muy nueva, pero muy agradable, que fué el voto de perpetua virginidad, ofreciéndole por especial inspiración del Espíritu Santo [1] y con extraordinaria devoción. Reflexiona cómo María no se movió á hacer este obsequio al Señor por imitar á otras ilustres santas que antes que Ella se hubiesen ligado con Él; era éste un sacrificio completamente ignorado y desconocido por las mujeres de la antigua ley, que consideraban como una infamia el carecer de hijos á quienes pudiese caber alguna parte entre los ascendientes del Mesías. La grandeza del amor que profesaba á Dios fué lo único que la movió á desear entregarle todo su Corazón y tomarle por esposo, ocupándose totalmente en pensar en Él y en darle gusto, sin dividirse en otras cosas, como se dividen las casadas, según dice san Pablo [2]. No ignoraba María que, aunque la virginidad es siempre una flor hermosísima

[1] S. Thom. — [2] I Cor., VII, 34.

y sube, no como vara, sino como varica pequeña y humilde en sus ojos, pero olorosísima y graciosísima en los de Dios, en los cuales siempre va creciendo y subiendo con la mirra de la mortificación y el incienso de la oración, y con el ejercicio continuo de todas las virtudes? ¡Oh Virgen benditísima, que, subiendo por la misteriosa escala de Jacob, os vais aproximando al Señor, que está en su cumbre, hasta uniros con Él por amor! Enseñadme á seguiros en este camino, gastando parte de mis días en los ejercicios santos, que son como las gradas de esta escalera, hasta que pueda ver á mi Dios y á Vos en la gloria. ¿Deseamos nosotros de veras estas gracias? ¿Cómo las hemos de alcanzar?

Punto 3.º *Trabajo manual de María.*—Considera cómo María, en bajando esta mística y deliciosa escalera, se ejercitaba en obras de manos para servicio del templo y en provecho de sus compañeras. Sabía muy bien que el Señor impuso al hombre, después del pecado, la ley del trabajo, mandándole que buscase el pan con el sudor de su rostro [1], y que, por el mismo trabajo, los hombres se han de defender de la ociosidad y han de prevenir las tentaciones y asaltos del enemigo, y que quien no trabaja no tiene derecho á comer, según dice el Apóstol [2]. Y, como en todo debía Ella ser modelo, según los designios del Señor, por esto la inspiraba grande asiduidad á las mismas obras de manos. Mas pondera, en particular, el modo edificante que guardaría esta Virgen en estos ejercicios exteriores. Porque, como dice san Ambrosio, Ella era sumamente aplicada á las obras que hacía, poniendo todo su cuidado en hacerlas con la mayor perfección que podía: no se derramaba en conversaciones inútiles que la distrajesen de su intento, y buscaba siempre el agradar, no á los hombres, sino á Dios, á quien tenía en su memoria, y era dueño de todos sus pensamientos; por fin, con sus obras exteriores mezclaba siempre la oración, por lo cual de Ella se dice en los Cantares [3] que sus vestidura solían á incienso. ¡Oh Virgen Soberana, vara que nacisteis de la raíz de Jesé y subisteis á vuestro Amado como varica y pebete muy oloroso! Alcanzadme que sea yo también pequeño en la humildad, y que, habiendo subido con Vos por la escalera de la oración, baje igualmente á ejercitar las obras de mortificación para conmigo y de piedad para con mis prójimos, creciendo en todas las virtudes, y dando á todos olor de buen ejemplo, por el cual glorifiquen á Dios por todos los siglos. Y tú, alma piadosa, ¿deseas imitar á tu Madre? ¿Cómo te ejercitas en las obras exteriores? ¿Guardas en ellas la atención, el recogimiento é intención que María?

Epílogo y coloquios. ¡Qué modelo tan perfecto y acabado para el religioso y para todas las almas piadosas en general es María, durante su permanencia en el templo! Como la luz del

[1] Gen., III, 19. — [2] II Thes., III, 10. — [3] Cant., IV, 11.

sol va creciendo paulatinamente, y su calor va aumentando hasta llegar al perfecto día, así María crece, sube y se perfecciona. Sus obras son todas llenas con toda plenitud; cada una es un nuevo mérito y una nueva perla añadida á su corona; en cada una de ellas, ni la intención puede ser más recta, ni la perfección más acabada, ni la discreción más perfecta, ni las virtudes que la acompañan más escogidas. Y ¿qué podrá decirse de la oración y demás ejercicios espirituales de esta benditísima Niña? Ella no dejaba de subir la mística escalera de Jacob, ejercitándose de continuo en la lección, meditación, oración y contemplación, que son los escalones de ella. Los ángeles la contemplan admirados, Dios la ve gozoso, y los hombres que la miran quedan edificados de su santidad. ¡Oh, si tú imitases á esta diligente Virgen, creciendo en virtud, ocupándote en los ejercicios santos y no descuidando las obras exteriores á que estás obligado! Da una mirada á toda la conducta que observas, y confúndete de hallarte tan distante de tu dulce Madre; pero mira al propio tiempo qué debes corregir, enmendar, mejorar y perfeccionar. Forma propósitos eficaces y prácticos. Pide la gracia que necesites para su cumplimiento, y ruega fervorosamente para ti y para los demás.

7.ª MARÍA CONSAGRA SU VIRGINIDAD Á DIOS.

PRELUDIO 1.º María en el templo consagró á Dios su virginidad.
PRELUDIO 2.º Represéntate á María ofreciendo á Dios su purísimo Corazón.
PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar en lo posible la pureza de la Virgen.

Punto 1.º *María fué la primera mujer que hizo este voto.*—Considera cómo, morando la Virgen Santísima en el templo, según piadosamente se cree, hizo una ofrenda á Dios nuestro Señor muy nueva, pero muy agradable, que fué el voto de perpetua virginidad, ofreciéndole por especial inspiración del Espíritu Santo [1] y con extraordinaria devoción. Reflexiona cómo María no se movió á hacer este obsequio al Señor por imitar á otras ilustres santas que antes que Ella se hubiesen ligado con Él; era éste un sacrificio completamente ignorado y desconocido por las mujeres de la antigua ley, que consideraban como una infamia el carecer de hijos á quienes pudiese caber alguna parte entre los ascendientes del Mesías. La grandeza del amor que profesaba á Dios fué lo único que la movió á desear entregarle todo su Corazón y tomarle por esposo, ocupándose totalmente en pensar en Él y en darle gusto, sin dividirse en otras cosas, como se dividen las casadas, según dice san Pablo [2]. No ignoraba María que, aunque la virginidad es siempre una flor hermosísima

[1] S. Thom. — [2] I Cor., VII, 34.

que roba el corazón de Dios, sin embargo, es más preciosa y excelente cuando se ofrece con voto de guardarla perpetuamente, ya porque supone más vivo y ardiente amor de Dios, ya porque exige mayor dominio y poder sobre las propias pasiones, ya también porque con el voto se entregan á Dios, no sólo los frutos de nuestro corazón, que son los actos virtuosos, sino el mismo árbol que los produce, que es el mismo corazón. Por esto, no se contentó con sólo tener el propósito de guardarla, sino hizo voto particular de ello, porque siempre quiso hacer lo mejor, lo más firme y seguro, y lo que glorifica más á Dios nuestro Señor. Con lo cual te enseña la generosidad que debes tener con este Señor, de quien dijo David [1] que es santo con el santo, inocente con el inocente, y severo con el perverso, acordándote de que el Apóstol san Pablo [2] ha dicho que el hombre encontrará en el otro mundo aquello que en este hubiere sembrado. Pues ¿qué exige esto de nosotros? ¿En qué cosa quiere el Señor que le mostremos nuestra generosidad? ¡Oh Virgen Santísima! ¿Quién os enseñó á ser tan generosa con Dios, ofreciéndoos en hostia viva, santa é inmaculada? No aprendisteis de las ilustres matronas que os precedieron este glorioso ejemplo. El Espíritu Santo, vuestro esposo, y no otro, fué vuestro maestro. Pedidle, Señora, que me dé su gracia para que ofrezca siempre á Dios lo mejor y más perfecto, gloriándome de imitaros á Vos que sois mi Madre.

Punto 2.° *Dios aceptó y se complació en la ofrenda de María.*—Considera cuánto se agradó la Majestad de Dios en esta ofrenda que le hizo esta su Hija predilecta. Entonces se cumplió lo que dijo de Ella su Esposo [3]: «Huerto cerrado eres, hermana mía; huerto cerrado y fuente sellada». Llámala dos veces huerto cerrado, porque tuvo perfectísima castidad en el alma y en el cuerpo, confirmándola con voto perpetuo, el cual servía de cerradura para su mayor seguridad, añadiendo por guardas todas las virtudes que ayudan para conservarla. Llámala huerto, para que se entendiese que su virginidad no era estéril, sino acompañada con muchas flores y de virtudes con excelentes frutos de buenas obras; unas que hermoseaban el alma, otras que adornaban el cuerpo, de modo que era, como dice san Pablo [4], santa en el cuerpo y en el alma. Pondera cómo Dios nuestro Señor, á manera de cuidadoso hortelano de este huerto y dueño absoluto de esta fuente, se recrearía con la vista y olor de las flores de sus virtudes: comería de los dulces frutos de sus buenas obras: se gozaría de haberle tan bien cerrado con el voto, gustando mucho de la cerradura y de los guardas que tenía: y así le regaría con grande abundancia de consolaciones y dones celestiales; y querría que esta fuente fuese un manantial de aguas vivas que

[1] Psalm. XVII, 26. — [2] Galat., VI, 8. — [3] Cant., IV, 12 — [4] Cor., VII, 34.

saltasen hasta la vida eterna, cerrado con su divina protección. ¡Oh Cordero purísimo, que os apacentáis entre las azucenas [1] candorosas de las vírgenes, y en el cielo queréis ser acompañado de ellas [2], cantando con ellas un cantar nuevo! Gózome que en esta Virgen admirable encontréis todas vuestras delicias, y que gustéis de estar sentado en medio de su Corazón como soberano dueño. Purificad también mi espíritu, limpiadlo de todo amor terreno, y adornad de tal modo mi pobre corazón, que gustéis morar en él y no os separéis de él por todos los siglos. Mira, alma mía, en quién se complace el Dios de la pureza. ¿Qué debes hacer para que se complazca en ti?

Punto 3.° *Modo cómo la Virgen guardó su virginidad.*—Considera en este punto cómo la Virgen, aunque nunca se vió atacada por los enemigos interiores y exteriores que suelen combatir esta hermosa virtud con intento de robársela, porque su celestial Esposo la había rodeado de un modo especial con su eficaz protección; sin embargo, cuanto estuvo de su parte, practicó todos los medios necesarios para conservarla y apartó de sí todas aquellas cosas que podían ponerla en peligro. Pondera las virtudes que le sirvieron de guardas fieles y poderosas para su intento. Sabiendo que la soberbia suele ser castigada por Dios, permitiendo vergonzosas caídas y perdiendo en un momento lo que se había conservado á costa de muchos trabajos, se acogió al refugio seguro de la humildad, compañera inseparable y defensa valerosa de la castidad. Para que la muerte del alma no penetrara por las ventanas de sus sentidos, los tuvo constantemente vigilados y sujetos por medio de la modestia. La abstinencia y mortificación fueron la sal que hubiera bastado para conservar su Corazón, si el Señor no hubiera tomado esto por su cuenta; y el silencio y recogimiento profundo libraba á su alma de distraerse en objetos diversos de aquel que formaba todas sus delicias. Aprende de María á practicar los medios necesarios para conservar la castidad. Admira, finalmente, la fe y confianza de María, creyendo firmemente que su virginidad no peligraría, contrayendo matrimonio con san José, por someterse enteramente al precepto del Señor, manifestado por medio de sus ministros, los sacerdotes del templo. Ella sabía muy bien que para aquel Señor, á cuya ordenación se sometía, es muy fácil juntar virginidad con desposorios, contemplación con ocupación, y la hermosura de Raquel con la fecundidad de Lía, sin que la una reciba daño de la otra. ¡Oh alma mía! Arroja en Dios todos tus cuidados, y Él te alimentará. Pon en Él toda tu confianza, que no dejará al justo que viva en perpetua fluctuación y duda. Pero mira que tienes enemigos fuertes contra los que debes pelear. ¡Ay de ti, si no imitas á la Virgen, armándote contra ellos con

[1] Cant., II, 16. — [2] Apoc., XIV, 4.

poderosas virtudes! ¿Cómo lo has hecho hasta hoy? ¿Qué harás para lo sucesivo?

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta razón la santa Iglesia llama á María *Virgen veneranda!* Sí, venerable fué, no sólo por la perfección de su virginidad y por el precioso aroma de virtud que despedía, sino porque Ella, antes que ninguna otra, la consagró á Dios con voto perpetuo, sabiendo que era más meritoria y laudable la virtud que se asegura y confirma con voto, que la que se ofrece sin él. Así trazó esta Maestra soberana el camino que habían de seguir innumerables almas santas que irían en pos de Ella, atraídas del suave perfume de sus delicadas virtudes. ¿Eres tú alguna de estas almas afortunadas que se han consagrado al Señor con igual promesa? ¡Oh, cuánto se agradaría en ti Dios en aquel felicísimo día en que abriste los labios para pronunciar tan regalada palabra! Sin duda te miraría con complacencia, como miraba á María en el retiro del templo después que le entregó todo su corazón. Mas, ¿qué has hecho para guardar fidelidad á tu solemne promesa? ¿Has imitado á la Virgen Santísima, poniendo á tu alma guardas tan prudentes y valerosas como las virtudes de la humildad, modestia, silencio y recogimiento? Quizá, si penetras en lo más recóndito de tu corazón, si examinas todos tus pensamientos, deseos, miradas y acciones, te llenarás de rubor, por no haber tenido el recato y vigilancia que debías. Confúndete, imita á tu Madre: y para esto, mira qué propósitos debes hacer. Pide gracia para su cumplimiento, y ruega por las demás necesidades generales y particulares, por las que debes interesarte.

8.ª—EMBAJADA DE SAN GABRIEL Á MARÍA.

PRELUDIO 1.º Fué enviado por Dios el arcángel san Gabriel á María Santísima.
PRELUDIO 2.º Represéntate al Arcángel saludando á esta Señora.
PRELUDIO 3.º Pide la gracia de escuchar y ejecutar fielmente los mandatos del Señor.

Punto 1.º *Quién envía la embajada.*—En este punto has de considerar cómo la Santísima Trinidad, estando en el trono de su gloria, queriendo dar noticia del misterio de la Encarnación á la que había de ser Madre del Verbo encarnado, determinó enviarla una embajada muy gloriosa para que lo aceptase. Oye cómo la cuenta el sagrado Evangelista [1]: «Fué enviado de Dios un ángel que se llamaba Gabriel, á una ciudad de Galilea que se decía Nazareth, á una virgen desposada con un varón por nombre José, de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María». Pondera cómo el que envía la embajada es Dios omnipotente y misericordioso, el cual, sin tener necesidad alguna de sus criaturas, puesto que Él se basta á sí mismo, no sólo para su bienaventuranza, sino también para todo cuanto quiera ejecutar; sólo por ser bueno y para hacer bien á los hombres, gusta de comunicar con ellos y enviarles recados y embajadas. Admira aquí la benignidad y bondad de Dios, que se digna abajarse tanto, que no se desdeña de hablar con sus criaturas, descubrirles sus pensamientos secretos, manifestarles sus deseos y darles participación en las obras misericordiosas que ejecuta en bien de ellas. ¡Oh qué Rey tan amoroso y benigno, que á todos sus vasallos da audiencia y á cada uno hace oir su dulcísima voz! También tú has recibido repetidas veces las inspiraciones del Señor, y tal vez no has querido oir su voz ni hacer caso de ellas. Reflexiona que, aunque muchas veces el Señor manifiesta por sí mismo su voluntad, suele servirse frecuentemente para esto, como de criados, de criaturas tan nobles como son los ángeles, los cuales, como dice san Pablo [1], son ministros de Dios para bien de los que han de recibir la herencia de la eterna salud; y su continuo ministerio es andar por la escalera que vió Jacob [2], bajando recados de Dios para los hombres, y subiendo recados y peticiones de los hombres á Dios. ¡Oh Dios de inmensa majestad [3]! ¿Qué habéis visto en el hombre, vil gusanillo de la tierra, para que con tal amor le visitéis? ¿No sabéis acaso su ingratitud tan monstruosa, que oye voluntario la voz y las solicitaciones del enemigo que le odia y quiere perderle, y no hace caso de las inspiraciones de Vos, Padre amante, que queréis salvarle? ¿Por qué le enviáis vuestros ángeles á visitarle? Alábenos, Señor, esos mismos ángeles, por el amor tan tierno que tenéis á los hombres. Y tú, alma devota, ¿has oído la voz de Dios? ¿Has resistido á su inspiración? ¿Qué exige de ti?

Punto 2.º *El embajador es el arcángel san Gabriel.*—Considera quién es el arcángel escogido por Dios para llevar á cabo esta embajada, y los motivos por el cual le elige y no á otro, porque sin duda encierra grande misterio. El designado es un arcángel tan excelente que tiene por nombre Gabriel, que quiere decir fortaleza de Dios, puesto que este atributo divino resplandece admirablemente en esta obra de la Encarnación. Brilla la fortaleza en el Dios que le envía, y que se ha de encarnar, puesto que ha de juntar en una sola persona cosas tan opuestas como Dios y hombre, lo infinito y lo finito, lo eterno y lo temporal. Resplandece la fortaleza en las obras que ha de hacer el Verbo encarnado, puesto que ha de vencer al fuerte armado que tiene bajo su imperio á todo el mundo, y que sólo puede ser destronado por otro más fuerte que él, como dijo el mismo Salvador; El ha de combatir contra todos los vicios y pasiones que señorean á la humanidad; El tendrá por enemigos á todos los hijos de

[1] Luc., I, 26.

[1] Hebr., I, 14. — [2] Gen., XXVIII, 12. — [3] Psalm. VIII, 5.

Adán pecador, que siguen las huellas de su padre, y á todos ha de vencer y de aniquilar, y sobre sus ruinas establecer su imperio. ¡Qué fortaleza tan soberana se necesita para realizar tales obras! Esta misma virtud es necesaria á los ministros que ha de tomar, y de quienes ha de valerse para ejecutar tales obras, y á ti por consiguiente, si has tenido la dicha de participar de este ministerio. Y aunque de tu cosecha seas caña frágil y movediza, en virtud de Dios, serás fuerte [1] y poderoso para cumplir todo cuanto te mande, si imitas á este santo Arcángel, el cual ponía toda su gloria en hacer la voluntad de su Señor, ejecutando con igual prontitud y alegría cualquier ministerio, ya honroso y levantado como éste, ya humilde. ¡Oh soberano Arcángel! Alcanzadme de vuestro Dios esta excelente gracia, que en todas mis obras no tenga otro gusto ni placer que cumplir en ellas su voluntad santísima. Ésta sea mi comida invisible; éste sea el principio de mi fortaleza, ésta la causa de mi constancia, para que, cumpliéndola en el mundo, reciba el premio en el cielo. ¿Buscamos nosotros en las obras la voluntad de Dios? ¿Tenemos acaso otra norma y regla de conducta? ¿Pretendemos hallar contento, prescindiendo de ella?

Punto 3.º *La embajada viene á María.*—Considera á quién viene la embajada, que es á una doncella pobre, olvidada del mundo, desposada con un pobre oficial, que vivía en una ciudadilla tan apocada, que apenas se podía creer que saliese de ella cosa buena [2]; pero esta doncellita, aunque es desconocida é ignorada de los hombres, como santísima y purísima es muy estimada de Dios, y por esto es preferida á todas las hijas de los reyes y emperadores del mundo; porque en los ojos de Dios no hay otra grandeza que la santidad. Del mismo modo has de juzgar tú las personas, teniendo únicamente por grandes á los que aspiran á distinguirse en la humildad y santidad, estimando solamente lo que Dios estima, y juzgando por grande y digno de aprecio aquello qué Dios tiene por tal. Pondera cuál es el intento de esta embajada, que no es otro que pedir consentimiento á esta Virgen para ser Madre de Dios, porque este Señor es de tan noble condición, que, con ser Señor absoluto, no quiere servirse de sus criaturas en cosas tan graves sin el consentimiento libre de ellas. Y, aunque el ser Madre de Dios era cosa muy excelente, había de tener anejos grandes trabajos, y era bien que la Virgen aceptase de su voluntad la dignidad con la carga, para que mereciese más y se le hiciera más suave y llevadera; así como tampoco quiere entrar á morar por la gracia en los hombres, ni levantarlos á la dignidad de hijos de Dios, sin su libre consentimiento, cuando tienen uso de razón. Reflexiona cómo Dios nuestro Señor te envía también invisiblemente muchas embajadas con sus inspiraciones,

[1] Psalm. cii, 20. — [2] Joan., i, 46.

las cuales, según san Buenaventura, son como nuncios y mensajeros invisibles de Dios, y por ellos te habla y descubre su voluntad, y solicita á que le des entrada en tu alma, y á que te ocupes siempre en cosas de su servicio. Y así, en sintiendo dentro de ti estas inspiraciones, las debes venerar como embajadores de Dios, y darle muchas gracias porque se digna hablarte por ellas, consintiendo luego á lo que te pida. ¡Oh Padre amorosísimo, que solicitáis mi consentimiento con tanto amor y cuidado, como si os importara á Vos lo que me importa á mí! Inspiradme lo que quisiereis, que aparejado estoy á consentir con cuanto me inspirareis. ¿He endurecido acaso mi corazón á las voces de Dios? ¿He recibido agradecido y obediente sus inspiraciones?

Epílogo y coloquios. ¡Oh! ¡Cuán admirable es la bondad y benignidad de Dios, que con ser un Señor de infinita majestad, y no necesitando para nada de sus criaturas, se digna hablarles! Sí, Dios te habla, ya por sí mismo, ya por ministerio de sus ángeles. ¿Qué caso haces de sus palabras? Si un personaje distinguido se digna hablarte, ya te consideras honrado, y escuchas dócilmente lo que te dice. Dios te habla, ¿y no le escuchas? Para anunciar á María el misterio de la encarnación y obtener su consentimiento para ser Madre de Dios, es enviado el arcángel san Gabriel, *la fortaleza de Dios.* Grande fortaleza exigía la realización de la obra anunciada; por esto dijo María [1]: «Hizo un esfuerzo en su brazo»; no menor la exigían las obras que el Verbo encarnado debía ejecutar; y no pequeña debe ser la de los que son enviados por Dios para tomar parte en la obra de la redención. ¿Cómo te encuentras en orden á esta virtud? ¿Sabes dominar la audacia, reprimir los ímpetus de tu carácter y vencer los temores exagerados que te impiden el cumplimiento de la voluntad de Dios? Felicita á María por la dicha inefable que ha tenido, recibiendo al mismo embajador de Dios; alégrate del honor tan sublime que le hacen, escogiéndola para dignidad tan elevada como es ser Madre de Dios. Mira tú si la veneras, honras y obedeces del modo que exige tal dignidad. Haz propósitos firmes y eficaces de ordenar tu vida según exige esta doctrina. Pide fervorosamente los auxilios que necesites para cumplirlos, y no olvides las muchas y graves necesidades que tienes encomendadas.

[1] Luc., i, 51.

9.ª—SALUTACIÓN ANGÉLICA.

PRELUDIO 1.º Entrando el arcángel San Gabriel donde estaba María, la saludó, diciendo: «Dios te salve, llena de gracia, etc.»

PRELUDIO 2.º Represéntate al santo Arcángel saludando á María.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de penetrar las grandezas encerradas en esta salutación.

Punto 1.º *Dios te salve, llena de gracia.*—Considera cómo entra san Gabriel donde estaba María, presentándose á esta Señora con rara modestia y con un rostro exterior de santidad, que manifestaba bien la que tenía en su espíritu, y saludándola, dijo[1]: «Dios te salve, llena de gracia». ¡Qué salutación tan honorífica para María! El mismo Dios la puso en boca de su enviado, inventando los nuevos, gloriosos y nunca oídos nombres que encierra para honrar á esta Señora. Porque así como en sus profetas había descubierto algunos nombres excelentes con los cuales había de ser conocido el Verbo encarnado, tales como Príncipe de la paz, Dios con nosotros[2], Consiliario; así quiso que su dichosa Madre fuese llamada con los nombres, de *la llena de gracia, el Señor contigo*, etc.; con los cuales es justo que la llames, penetrando la significación y grandezas que encierran. Pondera primeramente cómo María estuvo llena de gracia con todos los modos que hay de plenitud. Porque estaba llena de la gracia que justifica: llena de caridad, fe y esperanza; de humildad, obediencia y paciencia, con todas las demás virtudes: llena de sabiduría, ciencia, piedad, con los demás dones del Espíritu Santo. Su memoria estaba llena de santos pensamientos; su entendimiento de grandes ilustraciones de Dios; su voluntad de fervientes actos de amor y celo, con entrañables deseos de la gloria de Dios, de la venida del Mesías y de la redención del mundo. Demás de esto, estaba llena de gracia en todas sus obras, porque todas ellas eran obras llenas, enteras y macizas, con la plenitud que podían tener de intención pura, fervor y amor. Reflexiona sobre esta plenitud de María, comparándola con la de otros muchos santos que también se dicen llenos de gracia, y verás que excede á todos ellos, pues que es conforme á su dignidad, infinitamente superior á todas las dignidades y oficios de los santos. ¿Creemos nosotros en esta plenitud de gracia de María? ¿La honramos del modo que es debido? ¡Oh Virgen Santísima! ¿Quién podrá decir la plenitud de gracia que tenéis sobre los otros santos que estuvieron llenos de ella? Ellos fueron como ríos; Vos sois un mar: ellos tuvieron la gracia que conviene á los siervos del Altísimo; Vos la que corresponde á la Madre de Dios. Gracias os doy, Trinidad beatísima, por la plenitud de gracia que

[1] Luc., I, 28. — [2] Isai., IX, 6.

disteis á esta Virgen soberana, y por sus merecimientos os suplico me déis parte de ella, hasta que el vaso de mi alma, aunque pequeño, quede lleno según su capacidad.

Punto 2.º *El Señor es contigo.*—Considera el segundo nombre que impuso el Señor á María por ministerio del ángel, diciéndole: «El Señor contigo». Esta palabra sube de punto la salutación, porque significa que Dios está en la Virgen por excelencia, con todos los modos con que puede estar en sus puras criaturas. Es como decir: El Señor está contigo, no sólo por esencia, presencia y potencia, como está en todos los hombres y en todos los seres criados; ni solamente por gracia, como está con todos los justos, sino con eminencia de gracia, asistiendo dentro de ti con especial gracia y amistad, y con estrecha familiaridad. Está contigo en todas tus potencias, uniéndolas consigo; está en tu memoria, arrebatándola para que siempre de Él te acuerdes; en tu entendimiento, ilustrándole, para que siempre le conozcas; y en tu voluntad, encendiéndola, para que siempre le ames. Está contigo también, asistiendo á todas tus cosas, con especial providencia y protección, gobernándote con sus inspiraciones y enderezándote en cuanto haces. Está en ti, como en su cielo, en su templo, en su tálamo, en su casa de recreación; y de aquí á poco estará en tu seno como hijo tuyo; y así por excelencia y á boca llena digo de ti: *Dominus tecum.* Mas observa cómo el ángel no dice: El Señor es, fué ó será contigo, sino el Señor contigo, para dar á entender que fué, es y será siempre con ella, como quien dice: desde tu creación el Señor estuvo contigo[1], sin que ni un solo instante dejase de estar, porque estuviste libre de toda mancha, y el enemigo nunca tuvo parte contigo; y ahora es, y será por toda la eternidad. No se apartará de ti, ni se mudará de ti, ni en ti habrá mudanza que menoscabe la divina Providencia. ¡Oh Virgen bienaventurada! Gózome de tan gran bien como poseéis en tener con Vos al mismo Dios, gozando con firmeza de su dulce compañía. Suplicadle que esté por gracia conmigo, poseyéndome con tal amor, que nunca se aparte de mí, ni yo me aparte de Él para siempre. ¿Deseas tú, alma fiel, estar con Dios? ¿Qué debes hacer para lograrlo?

Punto 3.º *Bendita tú entre las mujeres.*—Considera en este punto el tercer nombre glorioso con que saludó san Gabriel á la Virgen, como enviado de Dios, diciéndola: «Bendita tú entre las mujeres». Llámala de este modo, porque Ella sola se libró de las maldiciones á que había sujetado Dios á la mujer, después del pecado: se libró de la maldición de la esterilidad, sin daño de la virginidad, y se libró también de la maldición de dar á luz con dolor, porque no había de concebir con deleite. María es también la bendita entre las mujeres, porque como una mujer dió

[1] Psalm. XLV, 6.

principio á todas las maldiciones que comprendieron á los hombres, así Ella da principio á todas las bendiciones celestiales que han de venir sobre ellos, por el fruto bendito de su vientre, por quien ha de quebrantar la cabeza de la serpiente [1], y librarlos de las maldiciones que su perniciosa sugestión les acarreó. Para comprender mejor la excelencia de este título que da el ángel á esta Virgen soberana, recuerda cómo otras mujeres ilustres han recibido gratas y honrosas bendiciones de sus hermanos y de los de su nación. Los habitantes de Betulia bendicen á Judith [2] por haber cortado la cabeza á Holofernes; los israelitas bendicen á Jahel [3] por haber quitado la vida á Sísara; y á Ester [4], por haber aplacado la cólera de Asuero. ¿Cuánto más digna de las bendiciones universales es María, que ha contribuido y cooperado eficazmente á aplacar la ira del Señor, y á humillar el poder y audacia del enemigo infernal? Por esto es muy justo que entre todas las mujeres que han existido y han de existir hasta el fin del mundo, reciba Ella singulares bendiciones; y que se las tributen gloriosas los ángeles del cielo y los hombres de la tierra, así los justos como los pecadores, porque á todos ha de caber parte de su copiosa bendición. ¡Oh Señora! Permitidme que yo también, indigno siervo vuestro, os alabe, bendiga y glorifique, y me goce de que todos os alaben, bendigan y glorifiquen; yo os suplico me libréis de las maldiciones de culpa y pena á que vivo sujeto, y me hagáis participante de las bendiciones que vuestro Hijo, nuestra cabeza, por Vos, como por su cuello, comunica á la Iglesia.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán honrosos y excelentes son los títulos con que san Gabriel saluda á la Virgen Santísima en su anunciación! Llámala llena de gracia, morada de Dios, bendita entre las mujeres. Sólo Dios, que había criado el alma de María ya dornado y enriquecido de preciosísimos carismas su Corazón, podía inventar nombres tan adecuados y honoríficos. ¡Qué gloria para María! El mismo Dios le impone el nombre que le corresponde. ¡Qué honor para los que nos gloriamos de ser sus hijos! Es la llena de gracia, porque posee todas las que se han distribuido entre todas las criaturas, y las posee con la mayor plenitud que se puede imaginar. En Ella, como en un mar inmenso, han venido á reunirse todas las virtudes morales, intelectuales y teologales, los dones del Espíritu Santo, las gracias *gratis datas*. Todas las potencias de su alma están llenas de gracia; sus palabras, pensamientos y acciones, llenos de gracia. ¡Ah! Es que el Señor está con Ella de asiento con permanencia y fijeza, y jamás se separará. Él es el sol que la ilumina, el fuego que la abrasa, el imán con el que está siempre unida. De aquí nace el ser la bendita entre las mujeres, porque, ayudada del Señor que

[1] Gen., III, 15. — [2] Judith, XVI, 25. — [3] Judic., V, 24. — [4] Esther, IX, 31.

en Ella mora, aparta del mundo las antiguas maldiciones, y le atrae todas las bendiciones. Y tú, ¿no bendecirás á María? ¿No te dispondrás para ser morada de Dios? ¿No procurarás llenarte también de gracias? ¿Qué has de proponer al efecto? Piénsalo; resuelve, pide gracia, y ruega por todas aquellas cosas que desea María, especialmente la conversión de los infieles, herejes y pecadores, la perseverancia de los justos, la paz de la Iglesia y el alivio de las almas del purgatorio.

10.—TURBACIÓN DE MARÍA EN LA ANUNCIACIÓN.

PRELUDIO 1.° Turbóse María al oir la salutación del ángel; mas éste la tranquilizó, diciéndola que había hallado gracia delante de Dios.

PRELUDIO 2.° Represéntate á María turbada al ver y oir al ángel san Gabriel.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber imitar las virtudes que en esta ocasión ejercita María.

Punto 1.° *Turbóse María á causa de su humildad y castidad.*—Considera cómo la Santísima Virgen, en viendo al ángel, y oyendo la salutación que la dirigía, turbóse, y pensaba dentro de sí, qué salutación era aquella [1]. Las causas de donde procedió esta turbación no fueron otras que las dos excelentes virtudes de la castidad y de la humildad, que Ella poseía en grado heroico, y de las que en esta ocasión dió manifiesto ejemplo. Mostró su admirable castidad, turbándose, como dice san Ambrosio, con la vista repentina de un varón en medio de su aposento, estando sola; porque propio es de la virgen recatada turbarse de cualquiera vista ó palabra de varón; así como es propio del varón casto cerrar, como Job [2], sus ojos, por no tener pensamiento malo contra la virgen. Por donde conocerás, si haces el aprecio que es debido de esta virtud angelical, cerrando tus ojos y tus sentidos á todos aquellos objetos de los cuales ella se recata. Piensa que es ella una flor muy delicada, y que el más ligero hálito puede marchitarla. Mostró también María más principalmente una excelente y rara humildad, porque al tiempo que entró el ángel en forma de varón, estaba esta Señora recogida en su aposento, en grande contemplación de las grandezas de Dios y del Mesías y de la que había de ser su Madre. Tenía de sí muy bajo concepto por su profunda humildad; y cuando oyó una salutación tan nueva y tan gloriosa, turbóse, no tanto por la vista del ángel, cuanto porque no hallaba en sí fundamento de tales alabanzas y grandezas como la decía. Propio es del humilde no gozarse en las alabanzas que se le tributan, por considerarse indigno de ellas; y como no ve en sí cosa buena, y cuanto tiene lo considera, no como propio, sino como prestado de Dios, al verse ensalzado, se tur-

[1] Luc., I, 29. — [2] Job., XXXII, 1.

ba. porque teme que la gloria que se tributa á él, se usurpa á Dios, á quien únicamente se debe. ¡Oh Virgen humildísima! ¿por qué esa turbación vergonzosa? ¿Tembláis y os ruborizáis á la presencia de tan hermoso mancebo? No hay para qué, Señora, que es un ángel del cielo. ¿Turban vuestra humildad las palabras que os dice? No es él quien os habla, sino el mismo Dios por su ministerio. ¡Oh si me alcanzaseis de Dios tal recato y humildad, que supiese imitar vuestra graciosa turbación! ¿Practicarás en adelante estas virtudes de María? ¿Qué has de resolver al efecto?

Punto 2.º *En su turbación, María reflexiona callando.*—Considera cómo se porta María en esta inopinada é inesperada turbación, para aprender el modo cómo te has de conducir tú en casos semejantes. Ella no se abalanza á contestar á la salutación angélica, ni para mostrar agradecimiento por las alabanzas, ni para recordar lo indigna que se consideraba de ellas. ni aun para mostrar su sorpresa por las mismas; sino que con exquisita prudencia reflexiona atentamente qué salutación era aquella, y á qué fin se podía ordenar. Con esta prudencia juntó la virtud del silencio, callando por entonces, y dando por respuesta el semblante exterior de su humildad y vergonzosa turbación. De este modo movió al ángel á que, insistiendo en hablarla, la tranquilizase con blandura, y le manifestase el objeto de su venida y la causa de tan honrosa salutación. Para comprender algo más el excelente proceder de María, recuerda lo que hizo la primera mujer Eva, y compara la conducta de esta Señora con la de aquella mujer. Eva, cuando aún virgen, andaba vagueando por el paraíso, sola y sin la compañía de su esposo; María se halla retirada en su aposento, apartada de las miradas de los hombres y atenta á la presencia de Dios, su divino Esposo. Eva, á la primera pregunta que le hizo el mal ángel disfrazado en figura de serpiente [1], contestó, trabando con él largas pláticas; María, al hablarle el ángel bueno, aparecido en la forma de un hermoso y modestísimo joven, se turba, reflexiona, calla. Eva, en su conversación con el enemigo, dió muestras de excesiva curiosidad, imprudencia, soberbia, ganas de parlar y otros vicios; María, en su conducta con el ángel, demostró que poseía en grado supremo la humildad, pureza, prudencia, silencio y otras exquisitas virtudes que debemos imitar los hijos de Eva, si queremos remediar los males causados por nuestra primera madre. ¿Á cuál de estas dos madres seguimos; á Eva que lo es de la muerte, ó á María que es madre de la vida? ¡Oh Virgen purísima! Cuán bien os cuadra en este punto lo que vuestro Esposo dijo [2]: «Hermosas son tus mejillas como de tórtola», porque, no sólo resplandece en ellas vuestra humilde castidad, sino que con vuestro prudente

[1] Gen., III, 1. — [2] Cant., I, 9.

silencio os apartáis del común modo de obrar de los hombres, gustando de hablar á solas con Dios, para alcanzar las luces que necesitáis para agradarle.

Punto 3.º *San Gabriel, viendo la turbación de María, la tranquilizó.*—Considera cómo viendo el ángel la turbación de María, trató de tranquilizarla, diciendo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios». Propio es del buen espíritu el sosegar cualquier temor y turbación del corazón, para que el alma reciba con sosiego y quietud la revelación y visita de Dios; y así, has de procurar por tu parte quitar las turbaciones que nacen de tu flaqueza, acordándote de que Cristo reprendió á Marta porque estaba turbada en muchas cosas [1], impidiendo con tal turbación el recibir con mayor fruto su divina visita, que es la única cosa necesaria. Mas, pondera con grande alegría la razón que dió el ángel para quitar la turbación á María: Has hallado gracia delante de Dios, que fué decirla: No tienes que temer demonio, ni infierno, ni enemigos visibles ni invisibles; ni hay por qué te receles de las grandezas que te he dicho en esta salutación, ni de otras que luego te diré; porque te hago saber que has caído en gracia delante de Dios, y esto basta para que estés segura, y de aquí te viene el ser llena de gracia, y que el Señor sea contigo, y que seas bendita entre las mujeres, porque quien halla gracia delante de Dios, ¿qué bienes no recibirá de su larga mano? ¡Oh! ¡Dichosa y mil veces dichosa el alma que halla gracia delante de Dios! Si se tiene entre los hombres por suma felicidad caer en gracia al rey terreno, ¿cuánto mayor será caer en gracia al Rey celestial? De aquella gracia procede abundancia de riquezas, honras, dignidades y otros bienes de la tierra; mas de ésta procede abundancia de virtudes y dones del cielo, que da Dios á sus queridos. Por lo cual, de los muy grandes santos se dice en la Escritura que hallaron gracia delante de Dios, como de un Noé, Moisés, David [2] y otros tales; pero sobre todos la Virgen sacratísima halló muy mayor gracia cerca de Dios, y tan cerca, que siempre estuvo con El, y Él con Ella, hasta tenerle en su vientre como madre. ¡Oh Madre dulcísima! Gózome de que hayáis hallado gracia delante de Dios con tan singular privanza. Y pues la reina Ester, porque halló gracia delante del rey Asuero [3], fué causa de que su pueblo también la hallase y fuese de él muy favorecido, sed Vos nuestra medianera, para que hallemos gracia delante de Dios, y alcancemos la gracia consumada, que es la gloria eterna. ¿Deseamos nosotros hallar gracia delante de Dios? Examinemos si imitamos la virtud de María.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán edificante es la conducta de María al oir que era tan honrosamente saludada por el ángel

[1] Luc., X, 41. — [2] Gen., VI, 8; Exod., XXXIII, 12; Act., VII, 46. — [3] Esther, II, 17.

del Señor! ¡Qué virtudes tan sublimes ostenta! La vista del enviado celestial, que se presenta en la forma de un apuesto y gallardo mancebo, la turba. Tan excelente es su castidad, que tiembla á la sola presencia de un varón, aunque no tenga Ella nada que temer, porque está guardada con la poderosa protección del Señor. Pero si por su castidad se sobresalta por la presencia del enviado del cielo, mucho mayor impresión causan á su humildad las honrosísimas palabras que la dirige al saludarla; y ya no puede ocultar la turbación que le produce una salutación tan gloriosa é inesperada como, según su humilde juicio, inmerecida, aunque muy digna fuese de ella. Mas, en tal apuro, ¿qué hace María? ¿Cómo se porta? ¡Oh, si supieras tú imitarla! Mira qué prudencia tan discreta y reposada; mira qué silencio tan prudente y oportuno. Ella no se precipita á contestar al ángel, sino que piensa qué salutación es la que oye, y á qué fin puede ordenarse; ella no traba largas pláticas con el ángel, por más que tiene toda la seguridad que no la engaña, sino que guarda profundo silencio, hablando por Ella la turbación que experimenta y el exterior modesto y humilde con que está delante de aquel ministro del Señor. ¡Oh María! Tranquilizaos, no temáis, habéis hallado gracia delante de Dios. Él os mira con ternura, os ha escogido con preferencia, os ha enriquecido con mayor abundancia de bienes que á todas las demás criaturas, y quiere que seáis su Madre; no tenéis, pues, por qué temer. Y tú, alma cristiana, ¿cómo recibes las visitas del Señor? ¿Cómo te portas cuando oyes tus alabanzas? ¿Imitas la castidad, la humildad, la prudencia y el silencio de María? ¿Puede decirse de ti que has hallado gracia delante de Dios, ó más bien que has perdido la que se había servido concederte? Entra en tu interior, y medita bien todo esto, y, confuso y humillado al ver el abuso que hiciste de la divina gracia, propón la enmienda, y para lograrla, pide, ruega, importuna á Jesús, suplicándole por ti y por el mundo entero.

II.—PRUDENTE PREGUNTA DE LA VIRGEN.

PRELUDIO 1.° Oyendo María que el ángel le anunciaba que sería madre de Jesús, le preguntó cómo sucedería esto, teniendo ella voto de virginidad.

PRELUDIO 2.° Represéntate á María preguntando humilde y prudentemente al ángel.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de ser prudente y circunspecto en las palabras.

Punto 1.° *Admirable prudencia de María en la pregunta que hizo al ángel.*—Considera cómo, oyendo la Virgen lo que el ángel la decía, que había de concebir y dar á luz á un hijo, que sería el Mesías, acordándose del voto de virginidad que había ofrecido al Señor desde su primera edad, repuso[1]: «¿Cómo pue-

[1] Luc., I, 34.

de ser esto, pues no conozco varón?» Como si dijera: No dudo yo de la omnipotencia de Dios, el cual puede hacer este milagro, que una Virgen conciba y dé á luz; ni dudo tampoco de tu promesa, porque te reconozco por embajador celestial; mas quiero que me informes, ¿cómo puedo yo obedecer á esto que se me manda, pues tengo hecho voto de no conocer varón? En esta indagatoria descubrió la Virgen grande prudencia con excesivo amor á la virginidad, y así con mucha razón la llama la Iglesia, Virgen prudentísima; porque, con ser tan grande la promesa del ángel, no se cebó luego en ella, hasta ver cómo se concertaría con el voto que tenía hecho de castidad, á la cual estaba tan aficionada, que con detrimento de ella se le hacía muy dificultoso ser madre, aunque fuese de tal Hijo. Y, aunque sabía por la profecía de Isaías[1] que la Madre del Mesías sería Virgen, quiso con prudencia examinar la revelación del ángel, para ver cómo concertaba con la revelación del Profeta. De donde debes sacar un entrañable amor á la castidad, huyendo, cuanto es de tu parte, todo aquello que puede ser ocasión de menoscabarse, aunque tenga apariencia de piedad y religión. Y, á imitación de la Virgen, has de examinar bien el espíritu que te incline á cosa en que pueda haber peligro, temiendo no sea espíritu de Satanás, el cual, como dice el Apóstol[2], se transfigura en ángel de luz para engañar á los que son muy sencillos ó demasiado confiados, ó muy celosos del bien ajeno, sin mirar tanto por el propio. ¿Qué espíritu nos mueve en los pensamientos, deseos y obras? ¿Meditamos y pedimos oportuno consejo para no ser engañados? ¡Oh Virgen prudentísima! Confieso que por mi falta de discreción y prudencia he sido muchas veces víctima de los ardides de mi enemigo, que me hizo tener por bueno lo que era malo, por lícito lo ilícito; haced que imite vuestra consumada prudencia, examinando los espíritus si son de Dios, siguiendo el bueno y huyendo del malo.

Punto 2.° *La Virgen nos enseña á hablar con prudencia.*—Considera cómo en estas palabras, que son las primeras que leemos haber sido proferidas por María, se hallan cuatro importantes circunstancias, en las cuales se contiene una admirable regla para hablar con prudencia; porque éstas fueron pocas y muy contadas, y no más que las necesarias, y en caso de grande importancia, y con modo muy humilde y muy decente. Pondera cuán presente en la memoria tendría la Virgen Santísima el consejo del Espíritu Santo que dice[3]: «Mancebo, hablarás no más que en tu propia causa, cuando fuere necesario, y esto apenas y con dificultad; si fueres preguntado dos veces, tu respuesta sea breve y muy recogida; pasa por muchas cosas como quien no las sabe; oye callando y preguntando cada cosa en su

[1] Isai., VII, 14. — [2] II Cor., XI, 14. — [3] Eccli., XXXII, 10.

tiempo». Todo esto guardó maravillosamente la Virgen en estas breves palabras; porque las dijo después que el ángel la habló dos veces, la una para saludarla honrosamente, y la otra para declararle la misión que traía; y, aunque tenía ocasión para alargarse en la pregunta, no tocó más que el punto necesario con gran brevedad, declarando el voto de castidad que tenía hecho con palabras humildes y castas, bastantes para que el ángel la entendiese, diciendo: «No conozco varón». Así condena María en estas primeras palabras, que el Espíritu Santo ha querido conservar para modelo, tu locuacidad, tu curiosidad, parlería y libertinaje en las expresiones, de lo cual te has de confundir, llamándote hijo de María y viéndote tan distante de imitar á tu Madre. ¡Oh Virgen benditísima! Con mucha razón se agradó el divino Esposo de vuestros labios, diciendo [1] que son como cinta de grana y como panal de miel que destila poco á poco, porque vuestras palabras son ceñidas y muy miradas, dichas con reposo, dulzura y caridad. Pues tanto le agrada esta regla en el hablar, suplicadle que la estampe en mi corazón, para que salgan de él mis palabras bien arregladas. ¿Guardamos en nuestras palabras las circunstancias de modo, lugar y tiempo? ¿Imitamos la prudencia de María?

Punto 3.º *Tres promesas gloriosas que hizo el ángel respondiendo á la pregunta de María.*—Considera cómo el ángel, respondiendo á la pregunta de María, la dijo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra: y, por tanto, lo que de ti nacerá, siendo santo, se llamará Hijo de Dios». Fíjate en las tres excelentísimas promesas que hace el ángel á María. La primera, que esta concepción no sería por obra de varón, sino por virtud del Espíritu Santo, el cual, desde el cielo, vendría á ella para la ejecución de esta obra. Y, porque las obras del Espíritu Santo son perfectas, juntamente vino sobre Ella con nueva plenitud de gracias, para disponerla á obra tan soberana. La segunda, que la virtud del Altísimo le haría sombra, preservándola del deleite sensual en la concepción, y formando de su purísima sangre el cuerpo del divino Niño, como la gallina que, cubriendo los huevos con sus alas, les da vida con su calor. La tercera fué, dando razón de las dos pasadas, porque lo que había de ser concebido tan santamente, sería Hijo de Dios, no por adopción, como los demás justos, sino por la unión de naturaleza humana con la persona divina; y así sería santo, no por privilegio, sino por virtud de su santa concepción. Á este mismo modo, para que tú concibas en tu alma el espíritu de salud [2], por el cual eres hijo de Dios adoptivo, es necesario que venga sobre ti la inspiración del Espíritu Santo, y que la virtud y omnipotencia de Dios te haga sombra, templando el ardor de tus concupiscencias sensuales, y amparándote en todas las tentaciones y peligros, y enriqueciéndote de gracias. ¡Oh Virgen Santísima! Si cuando entró el ángel estabais llena de gracia, ¿cuánto más llena quedaréis viniendo el mismo Espíritu Santo sobre Vos? Si antes con Vos estaba el Señor, ¿cuánto más lo estará ahora, viniendo la virtud del Altísimo á haceros sombra? Sea para bien, ¡oh Virgen purísima!, tal plenitud, tan dichosa sombra, con esperanzas de tan dulces frutos. ¿Deseas tú, alma devota, participar de tales gracias? Ruega, imita á María, invócala con devoción y confianza.

[1] Cant., IV, 3. — [2] Isai., XXVI, 18.

Epílogo y coloquios. ¡Qué prudencia tan consumada ostenta María en la primera respuesta que da al ángel! Acaba de oir la salutación más gloriosa que puede darse; se le ha comunicado la noticia más grata para ella y más provechosa para el linaje humano. Un ángel es quien la habla, y de ello no le cabe duda; la dice que ha de ser Madre del Mesías; con todo, María no se precipita á dar su consentimiento, engolosinada con la dignidad que le ofrecen, sino que, acordándose del voto de castidad que tiene hecho, y deseando saber cómo se conciliaría una cosa con otra, y, sobre todo, queriendo ver si la revelación del ángel estaba conforme con la profecía de Isaías, el cual anunció que una Virgen sería la Madre del Mesías, le pregunta: «¿Cómo podrá ser esto, si no conozco varón?» ¡Oh palabras dignas de constante meditación, y de servir de perfecto modelo! Palabras breves, las necesarias, dichas en un caso verdaderamente trascendental, y del modo más modesto, decente y puro que pueden proferirse. ¡Oh si tú supieras imitar á esta Reina en el modo de hablar! ¡Si, como ella, hablases después de pensar lo que dices, usando sólo las palabras necesarias, y esto con brevedad, decencia y honestidad, acordándote que Dios te escucha! Oye las promesas que el ángel hace á María: el Espíritu Santo vendrá sobre ti: ¡qué riqueza de gracias! La virtud del Altísimo te hará sombra: ¡qué dicha! Lo que de ti nacerá, será santo y se llamará Hijo de Dios: ¡qué gloria! ¿Comprendes las prerrogativas y privilegios de tu Madre? ¿La honras del modo que ellos exigen? ¿Procuras imitar sus virtudes, particularmente su prudencia en el hablar? Piénsalo cuidadosamente, y mira qué debes hacer para conformar tu conducta con la de María. Acuérdate que la perfección depende en gran parte de la mortificación de la lengua. Para esto, forma propósitos firmes, eficaces y bien fundados; suplica al Señor que te conceda la gracia que necesitas para cumplirlos, y que remedie todas las demás necesidades.

12.—CONSENTIMIENTO DE MARÍA Á LA EMBAJADA DEL ÁNGEL.

PRELUDIO 1.º María consintió en lo que el ángel le proponía, diciendo: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra».

PRELUDIO 2.º Represéntate á María diciendo estas palabras.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar á María, teniendo de ti bajo concepto.

Punto 1.º *Virtudes que ejercitó María en esta respuesta.* —Considera primeramente el deseo que tendría el ángel de la respuesta de la Virgen, y no sólo el ángel, pero el mismo Espíritu Santo, su celestial Esposo, el cual la diría al corazón aquello de los cantares [1]: «Suene tu voz en mis oídos, porque es dulce para Mí». Pondera luego cómo María, inspirada sin duda por el mismo Espíritu divino, contestó al ángel, diciendo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»; en lo cual ejercitó algunas excelentísimas virtudes, que acabaron de disponerla para ser digna Madre de Dios. Estas fueron grande fe, dando crédito á las palabras del ángel, creyendo que podría ser madre sin dejar de ser virgen, sintiendo altamente de la omnipotencia de Dios. Profundísima humildad en medio de tantas grandezas que se le ofrecían, llamándose esclava del Señor, y, por consiguiente, juzgándose por indigna de ser su Madre, poniéndose, cuanto era de su parte, en el último lugar, cual es el de las esclavas. Grande obediencia y resignación en las manos de Dios, ofreciéndose á cumplir lo que el ángel decía y á todo lo que Dios le mandase. Estas distinguidas virtudes debes ponderar atentamente, recordando la palabra *Ecce*, con la cual principió María su inspirada respuesta; porque esta palabra suele usarse en la Divina Escritura para señalar ó significar alguna cosa grande y digna de ponderación. Y, aunque la Virgen la usó para manifestar las grandes ganas que tenía de que el ángel ponderase la bajeza de esclava que Ella tenía de su cosecha, puedes creer que el Espíritu Santo se la inspiró para moverte á ti á ponderar y meditar las admirables virtudes que brillan en la que la profiere. ¡Oh Virgen sapientísima! ¿Quién os ha enseñado á juntar con tal primor cosas que tanto distan? Si creéis que habéis de ser Madre de Dios, ¿cómo os llamáis su esclava? Si os tenéis por esclava, ¿cómo os ofrecéis á ser Madre de Dios? ¡Oh alma mía! *Ecce ancilla Domini:* mira bien esta esclava del Señor; mira su fe invicta, su humildad profundísima, su obediencia omnímoda, su resignación absoluta. ¿Posees tú tales virtudes?

Punto 2.º *María se llama esclava del Señor.*—Considera cómo María, llamándose esclava del Señor, declaró perfectamente el concepto en que se tenía á sí misma desde que tuvo

[1] Cant., II, 14.

uso de razón; porque aunque el nombre de siervo ó esclavo, en cuanto significa servir á Dios con espíritu de temor y como por fuerza, es vituperado en la Escritura; pero cuando se junta esclavo con amor, es nombre gloriosísimo, porque el esclavo no es suyo, sino de su señor; no tiene libertad para hacer lo que quiere, sino lo que su señor le manda; no le sirve por salario ni jornal, sino porque está obligado á ello; no trabaja para sí, sino para su señor; ni sirve solamente á él en su persona, sino á todos los de su familia y casa, en la cual tiene el más bajo lugar, y siempre le dan lo peor y más desechado. Todo lo cual sentía de sí la Virgen nuestra Señora al llamarse esclava del Señor. Porque Ella no se tenía por suya, sino por cosa propia de Dios, hacienda y propiedad de Él, no sólo porque la había criado, sino porque Ella voluntariamente se le había entregado, escogiéndole por su dueño absoluto. Ella no hacía lo que su voluntad le dictaba, sino lo que el Señor la mandaba, de cuya voluntad estaba tan asida, como si no tuviera libertad para desviarse de ella. Ella no servía á Dios por salario y jornal, pretendiendo principalmente el galardón de su servicio, sino porque estaba obligada como esclava, y gustaba de hacer placer á su Señor. Finalmente: no sólo se tenía por la esclava del Señor para servirle á Él, sino para servir á todos los de su casa y familia, y así se dedicaba al servicio de sus padres cuando estaba con ellos, y al de san José cuando se hallaba en su compañía. Y mucho mejor que Abigail [1], diría á Dios lo que ésta á David: «Ves aquí á tu criada, aparejada para ser tu esclava y lavar los pies á los siervos de mi Señor»; y con este espíritu de humildad siempre escogió para sí el lugar más bajo, y lo peor y más desechado del mundo. ¡Oh Madre admirable! ¿De dónde á Vos tan profunda humildad, que os llaméis esclava y os tengáis por tal? Vos, la llena de gracia, ¿buscáis el lugar más desechado? Vos, la morada y templo del Señor, ¿queréis ser la esclava de sus siervos? Vos, la bendita entre las mujeres, ¿os tenéis por nada? ¡Oh! ¡Quién supiese seguiros en la práctica de esta virtud que tanto os enaltece! ¿Qué juicio tenemos formado de nosotros mismos? ¿Nos tenemos por esclavos, y nos portamos como tales?

Punto 3.º *Modo cómo María da su consentimiento.*—Considera cómo la Virgen, con profunda sabiduría, al dar su consentimiento, no dijo: «Haré lo que dices», sino «Hágase en mí». De la palabra *fiat*, hágase, se había servido Dios para crear el mundo, y entendía muy bien la Virgen que la encarnación del Verbo era obra de la omnipotencia de Dios, como la creación del mundo; y con un *fiat* de su omnipotencia se había de realizar, sin que de su parte hubiese merecimiento alguno de cosa tan gloriosa; aunque juntamente lo aceptaba diciendo *fiat*, como

[1] I Reg., XXV, 41.

quien dice: Aunque no era menester mi consentimiento, pues soy la esclava del Señor, y Él puede hacer de su esclava lo que quisiere; y, aunque como esclava yo no mereciera que tal cosa se hiciera conmigo; con todo eso, pues Dios así lo quiere, *fiat*, hágase así, que Yo gustaré de todo lo que Él quisiere. Por donde se ve la soberana obediencia y resignación de la Virgen, fundada en el conocimiento de su nada, ofreciéndose á no resistir al *fiat* de Dios, como no resisten las criaturas insensibles, ni resiste lo que es nada, cuando Dios dice, hágase. Esta resignación sube de punto si consideras que María, al dar su consentimiento, no sólo puso los ojos en la alteza de la dignidad que se le ofrecía, sino también en los terribles trabajos que había de padecer aquel Hijo que la ofrecían, de los cuales había de caber muy gran parte á su Madre, y á todos se ofreció como humilde y resignada esclava, diciendo: «Hágase en mí, según tu palabra». Y advierte de paso que no dice, según lo que Dios ordena, sino según tu palabra, para que se vea la perfección de su fe y obediencia, porque la fe perfecta cree todo lo que Dios revela por sí mismo y por otros; y la perfecta obediencia obedece á Dios en lo que manda por sí ó por medio de sus ministros, pues quien á ellos oye, á Cristo oye. ¡Oh Virgen Santísima! Gracias os doy por este generoso ofrecimiento que hacéis con tanta magnanimidad de corazón, por él deseo que os alaben los ángeles del cielo, los justos de la tierra y los que estaban en el limbo. Concededme que, á imitación vuestra, tenga tal fe y obediencia, que siempre me porte como un esclavo del Señor en el entendimiento, creyendo lo que Él dice, y en la voluntad, haciendo lo que me manda. ¿Dices tú, cristiano, á los mandatos de tus superiores lo que la Virgen: Hágase en mí según tu palabra? ¿Lo dirás en adelante?

Epílogo y coloquios. ¡Qué virtudes tan excelentes nos enseña la Virgen en la respuesta que da á la embajada del ángel! Su fe es vivísima, creyendo firmísimamente lo que le promete Dios por medio de su enviado; su humildad es tan profunda, que, invitándola con la dignidad altísima de Madre de Dios, Ella se llama esclava, y su obediencia y sujeción al Señor es absoluta, sin reserva. ¡Oh María! ¡Cuán admirable sois en todas vuestras palabras y virtudes! Se llama esclava del Señor, no por alardear de humildad, sino convencida de la verdad de lo que dice, y sintiéndolo Ella así; esclava, porque no es suya, sino de Dios; esclava, porque no busca su provecho y utilidad, sino la de su Señor; esclava, porque carece de libertad aparentemente para hacer su propia voluntad, y se siente como forzada á cumplir la del Señor; esclava, porque, no sólo sirve á Dios, sino á todos por su amor; esclava, en fin, porque ocupa el último y más desechado lugar, y gustosa permanece en él. Mira cuán consecuente es María con su palabra: se llama esclava, y á continuación añade que desea que se cumpla en Ella la voluntad de Dios, y creyendo con

gran fe á la palabra del ángel, y sometiéndose con admirable obediencia al divino beneplácito manifestado por el mismo, dice: «Hágase en mí según tu palabra». ¡Oh! ¡Quién tuviera este rendimiento, sumisión, fe, humildad y grandeza de corazón que tiene María! ¡Cuánto distas de imitar estas virtudes de tan ilustre Señora! Pero, ¿qué harás en adelante? ¿Cuándo, cómo y en qué circunstancias puedes y debes imitar á María? Necesario es que lo medites atentamente, y que, conociéndolo, hagas resoluciones prácticas y sólidas de verificarlo; mas, para esto ruega con fervor y confianza, no solamente por ti, sino por todas las demás personas y cosas que te han encomendado.

13.—VISITACIÓN DE MARÍA Á SANTA ISABEL.

PRELUDIO 1.º — La salutación de María regocijó al niño Juan en el seno de Isabel, quedando ésta llena del Espíritu Santo y con el don de profecía.

PRELUDIO 2.º — Represéntate á María saludando á su prima.

PRELUDIO 3.º — Pide la gracia de imitar las virtudes que brillan en María y en su prima Isabel.

Punto 1.º *Bienes que la venida de María produjo en la casa de Isabel.*—Considera lo primero la entrada de María en casa de Isabel, y los grandes bienes que con Ella entraron; porque María, como más humilde, la saludó primero; y el Verbo eterno encarnado, que estaba en sus entrañas, tomó las palabras de su Madre por instrumento para hacer obras maravillosas en el niño que estaba en las de santa Isabel. Limpióle del pecado original, justificóle con su gracia, llenóle del Espíritu Santo, aceleróle el uso de la razón, hízole su profeta, dióle conocimiento del misterio de la Encarnación, y comunicóle tanta alegría, que daba saltos de placer en el seno de su madre, manifestando del modo que podía el gusto que tenía con la venida y visita de su Señor. Pondera aquí la omnipotencia y largueza del Salvador escondido en el seno de María, pues tan de repente hace obras tan maravillosas de pura gracia, sin merecimientos del que las recibe, cumpliéndose aquí lo que dijo el Sabio [1]: «El rey que está sentado en su trono, con su vista deshace todo mal», porque este Rey de reyes, sentado en el trono del vientre virginal, miró con ojos de misericordia á su Precursor, y con sola esta vista deshizo todo el mal de culpa que tenía. Pondera también la eficacia de la palabra de la Virgen, por ser Madre de Dios, y lo mucho que podrá alcanzar de su Hijo cuando ruegue, pues por su medio tantos bienes juntos se dieron tan de repente al Bautista, que fué las primicias de Cristo y de su redención; el cual quiso madurar este primer fruto antes de su propio tiempo por medio de su Madre,

[1] Prov., xx, 8.

para darte confianza que por su intercesión serás prevenido y ayudado de su misericordia. ¡Oh Madre poderosísima! Pues que tan grande poder habéis recibido de vuestro divino Hijo, decidle que muestre en mi favor las riquezas de su misericordia y omnipotencia, librándome de todos los males y llenándome de todos los bienes, para que en mí brille la copiosa abundancia de su redención. ¡Oh alma mía! Medita y pesa bien la seguridad que deben inspirarte la misericordia de Jesús y el poder de su Santísima Madre. ¿Confías debidamente en ellos?

Punto 2.° *Contestación de Isabel al saludo de María.*— Considera aquí cómo santa Isabel, al oir el saludo de María, fué también llena del Espíritu Santo, y comunicóle Dios en este momento luz y conocimiento del misterio que se había obrado en su afortunada prima, por lo cual prorrumpió en cuatro maravillosos afectos, con los cuales has de agradecer tú las inspiraciones é ilustraciones que recibas del cielo. El primero fué de alabanzas á Dios y á la Virgen, por cuyo medio había recibido tanto bien, diciendo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre». Como quien dice: Verdad es lo que te ha dicho el ángel, de que eres bendita entre las mujeres. Mas yo añado que también es bendito el Hijo que traes en el vientre, y que por Él has recibido tú la plenitud de las bendiciones celestiales y las han de recibir todos los hombres. El segundo fué de profunda humildad, teniéndose por indigna de recibir la visita de la Madre del mismo Dios, diciendo: «¿De dónde á mí que venga á visitarme la Madre de mi Señor?» Á este afecto añadió el tercero, que fué de grande agradecimiento, confesando las maravillas que había experimentado en sí y en el niño que llevaba en su seno, diciendo: «Luego que sonó tu voz en mis oídos, se alegró con grande gozo el infante que tengo en mis entrañas». Esto debes hacer tú cuando el Señor se dignare visitarte con sus inspiraciones ó en la sagrada comunión, recibiéndole con profunda humildad, reconociendo por una parte tu extremada indignidad de recibir tal favor, y la infinita bondad del Señor que te lo concede. El cuarto afecto consistió en confirmar á la Virgen en la fe que tenía, diciéndola: «Bienaventurada eres tú que has creído, porque en ti se cumplirán las cosas que te ha dicho el Señor». Aprende de todo esto á aprovecharte de los dones que el Señor te ha dispensado en bien de los prójimos, para confirmarlos en la fe y en el amor que deben á Dios. ¿Lo haces de este modo? ¿Qué provecho sacas de las visitas del Señor? ¿Cómo las agradeces? ¡Oh Virgen purísima! Por aquel gozo que sintió vuestro espíritu al oir las palabras de vuestra prima, que inspirada del divino Espíritu os llamaba Madre de Dios, os suplico me alcancéis la gracia de recibir las inspiraciones y visitas divinas con aquel agradecimiento, humildad y provecho con que ella la recibió.

Punto 3.° *Respuesta de María á las alabanzas de su prima.* — Considera en este punto lo que respondió María en oyendo las palabras de santa Isabel, porque, recibiendo en aquel instante nueva plenitud de luz celestial y del espíritu de profecía, compuso el soberano cántico del *Magnificat*, en el cual campean admirablemente todos los afectos que embargan á un alma enamorada de Dios, y agradecida á los favores que tiene recibidos. Pondera cómo en esta ocasión la Virgen, habiendo oído tantas cosas en su alabanza, no enderezó su respuesta á santa Isabel, que la alababa, como suelen hacer comúnmente los hombres, á título de mostrarse agradecidos, sino todas sus palabras enderezó á Dios nuestro Señor, enseñándote el modo cómo te has de haber con los hombres cuando te alaban; porque lo mejor y más seguro es mudar la plática y hablar con Dios, de quien proceden los dones de que eres alabado. Mira también cómo la Virgen, que tan corta y tan medida era en sus palabras, cuando hablaba con los ángeles y con los hombres, se alargó mucho más al hablar con Dios, contando sus grandezas; porque lo primero es prudencia y cautela, mas lo segundo es exceso de amor y agradecimiento, conforme lo que dice el Sabio:[1] «Los que bendecís al Señor, alabadle cuanto pudiereis, porque mayor es que toda la alabanza». Y, como el que está lleno de Dios, todas sus pláticas son de Dios, para engrandecerle y alabarle en todo cuanto tiene, porque de la abundancia del corazón habla la boca; así la Virgen nuestra Señora, como estaba llena de Dios, echó por la boca este soberano cántico, en el cual resumió los principales afectos con que gusta ser ensalzado. ¡Oh Maestra Soberana! Verdaderamente estáis llena del Espíritu Santo, como lo patentiza el modo admirable con que respondéis á las alabanzas que os tributan. Vuestro Corazón está lleno del amor de Dios, y de él, como de un abundante manantial, brotan á raudales los afectos de alabanza á vuestro Amado. Haced, Señora, que participe de ese vuestro amor, á fin de que tome parte en vuestras alabanzas. ¡Oh alma devota! Mira á tu Madre, y por Ella conocerás si amas á Dios. ¿Hablas mucho con Él? ¿Te acuerdas de Él, y en tus conversaciones te ocupas en Él?

Epílogo y coloquios. ¡Qué cúmulo tan inmenso de gracias y favores recibieron san Juan Bautista y su madre con la visita que se dignó hacerles María! Uno y otra fueron llenos del Espíritu Santo, y, no pudiendo el Bautista manifestar de otro modo su plenitud y el agradecimiento que por ella sentía, dió saltos de gozo en el mismo seno materno. Mas su madre santa Isabel, conociendo por interna inspiración el misterio obrado en su prima, prorrumpió en fervorosos afectos de alabanzas á Dios por tan estupenda obra, de humildad profunda, reconociéndose indigna de recibir tal visita, de vivo agradecimiento por tan

[1] Eccli., XLIII, 33.

insigne beneficio y de encendidos deseos de confirmar á María en la fe que tales grandezas le había merecido. ¡Oh! ¡Cuán admirable es la omnipotencia de Dios! ¡Cuán eficaz la mediación de su Santísima Madre! En un instante purifica á Juan, aun antes de nacer, le alumbra con el más claro conocimiento, y antes de recibir la luz material es ya alumbrada su inteligencia con la luz divina. Confía en Dios; espera en el patrocinio de María, por cuya mediación tales bienes se alcanzan. Pero ¿te haces digno de esta protección de tu Madre divina? ¿La procuras imitar en las virtudes que enseña, singularmente en el menosprecio de las alabanzas humanas y en los deseos de ensalzar y glorificar á Dios? ¿La tomas por modelo, cuando el mundo te prodiga alabanzas? ¿Atribuyes, como Ella, á la misericordia de Dios todo cuanto tienes? Escudriña los senos de tu corazón, y con firmes propósitos y ardientes súplicas trata de mejorar tu conducta, amoldándola á la de tu Santísima Madre; ruégala con fervor que interceda por tus necesidades y las de todo el mundo.

14.—CÁNTICO «MAGNIFICAT».—PRIMERA PARTE.

PRELUDIO 1.º—La Virgen Santísima, en contestación á las alabanzas que le tributaba su prima, elevó al Señor un sublime cántico de acción de gracias.

PRELUDIO 2.º Represéntate á María diciendo por primera vez éste cántico.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de participar de los afectos que para con Dios sentía la Virgen, al decirlo.

Punto 1.º *Mi alma engrandece á Dios.*—Considera en este punto el primer verso del *Magnificat* «Mi alma engrandece al Señor», en el cual María te enseña el espíritu con que debes alabar á Dios, que consiste en sentir alta y magníficamente de Él, y en engrandecer todas sus cosas, sabiendo que es tan grande, sublime y perfecto, que por más que digas y pienses, siempre excederá en perfección á todos tus pensamientos y palabras, acordándote de lo que dice el Sabio [1], que Dios es superior á toda alabanza. Por este motivo, siguiendo el ejemplo de María, has de alabar y engrandecer su bondad y misericordia, poder y hermosura y demás atributos, sintiendo altamente de ellos porque tanto sobresalen, que con propiedad y esencialmente sólo Él los posee, pudiéndose decir de ellos lo que de la bondad particularmente decía Jesucristo [2]: Nadie bueno sino solo Dios, y nadie misericordioso, y nadie poderoso y santo, sino solo Dios; y así de todas las demás perfecciones. Y todo esto, no con solas palabras corporales, sino con el ánima y con todas sus potencias interiores, convidándolas para que á su modo alaben al Señor,

[1] Eccli., XLIII, 33. — [2] Luc., XVIII, 19.

ejercitando por su honor y gloria los actos que les son propios; y así has de convidar al entendimiento á que medite sus grandezas, crea sus enseñanzas, juzgue altamente de lo que le pertenece; á la voluntad para que ame su bondad, desee su gloria y deteste sus ofensas; á la memoria para que recuerde sus favores, y asimismo las demás potencias interiores y exteriores del ánima, de modo que todo cuanto hagas sea confesión y alabanza de su Dios. Pero mira que María no dijo: Mi ánima engrandecerá ó engrandeció al Señor, sino engrandece; para significar que su principal oficio y perpetua ocupación era engrandecer á Dios, haciendo en la tierra lo que hacen los ángeles en el cielo. ¡Oh si mi ánima engrandeciese siempre á su Señor! ¡Oh Señor de infinita grandeza! Poco puedo yo engrandeceros con mis alabanzas; mas, del modo que pueda, os alabo y engrandezco, y confieso que sois más grande de lo que puedo yo decir y sentir. ¡Oh Virgen soberana, cuya alma siempre engrandeció al Señor, y, como otro David [1], convidaba á todos á que le engradeciesen! Alcanzadme que la mía le engrandezca, ocupándose de continuo en cantar sus grandezas. Y tú, cristiano, ¿engrandeces al Señor? ¿Son tales tus obras que provoquen á alabar á Dios, ó, al contrario, es por ellas su santo nombre blasfemado?

Punto 2.º *Y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador.*—Considera cómo en estas palabras te enseña María el modo de gozarte en Dios, apuntando cinco condiciones de este gozo, para que sea puro y perfecto. Porque, primeramente, no has de cifrar tu gozo y alegría principal en las cosas espirituales, ni tanto en los dones recibidos, cuanto en el dador de los dones, que es el mismo Dios. Y aunque te has de gozar en Dios, en cuanto es tu Criador que te ha sacado de la nada; pero principalmente, porque es tu Salvador y Santificador, porque de esta manera es fuente de la alegría espiritual, que se funda en la salud del alma, santificada por la gracia. Y este gozo ha de ser principalmente en el espíritu ó parte superior del alma, para que sea más limpio de lo que tiene resabio de carne; cual suele ser el gozo sensible del cuerpo, aunque algunas veces el gozo del espíritu redunda también en la carne, según aquello de David [2]: «Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo». Finalmente, tu espíritu no se ha de gozar en sí mismo, como si por sus merecimientos tuviese todos los dones de que se alegra, sino su alegría ha de ser en Dios su Salvador que se los dió, en quien ha de estribar su alegría, como dijo el real Profeta [3]: «Mi alma se alegrará en el Señor, y se deleitará en su Salvador». Tal fué el gozo de la Virgen, la cual, en este punto, miró al Salvador, que tenía dentro sus entrañas, y arrebatada de su amor, dijo: «Mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador». ¡Oh Virgen benditísima! Razón

[1] Psalm. XXXIII, 2; CII, 1. — [2] Psalm. LXXXIII, 2. — [3] Psalm. XXXIV, 9.

tenéis para alegraros en vuestro Salvador, del cual habéis recibido dones tan soberanos, que no han sido concedidos iguales á los espíritus angélicos. ¡Oh alma mía! Levántate sobre ti misma como la Virgen, y alégrate puramente en tu Dios y Salvador. Si deseas gozo, gózate en el Señor [1], y Él te cumplirá los deseos de tu corazón, para que tu gozo sea lleno. ¿Buscas en las criaturas los motivos de tu gozo y alegría?

Punto 3.º *Por qué miró la pequeñez de su esclava.*—Considera cómo María en este verso comienza á enumerar los beneficios singulares con que el Señor la enriqueció, los cuales la mueven á alabarlo y á regocijarse en Él. El primer privilegio particular que de Dios recibió María fué el haberse dignado mirar la pequeñez de su esclava, como Ella misma dice, apuntando dos raíces de los divinos beneficios; una principal de parte de Dios, y otra de parte nuestra. De parte de Dios es dignarse mirarte con buenos ojos y acordarse de ti para hacerte bien. Porque, aunque es verdad que ve todas las cosas, pero no se dice mirar ni hacer caso de lo que deja en el abismo de la nada ó en el profundo de su miseria, sino de las que mira para usar con ellas de grande misericordia. La raíz de parte del hombre es el conocimiento de su pequeñez, por el cual se dispone á recibir los dones de su divina gracia y largueza; y así la Virgen, como tan ilustrada de Dios, juntó ambas cosas, engrandeciendo á Dios porque se dignó mirar la humildad de su esclava. Por las cuales palabras no tanto confiesa de sí que tiene la virtud de la humildad, cuanto la ejercita; porque como verdadera humilde, no se tiene por tal, ó lo callara, sino con humildad confiesa que es pequeña, vil y despreciada como esclava; y que, sin embargo de esto, no se desdeñó Dios de mirarla. Con lo cual te enseñó que el fundamento de las alabanzas de Dios, y de la acción de gracias por los favores que te hace, ha de ser el reconocimiento de tu pequeñez é indignidad, porque de esta manera no habrá peligro de mezclarse vana complacencia; antes, esta pequeñez ha de ser título para que te mire con buenos ojos y te haga grandes mercedes; porque su condición es mirar las cosas pequeñas en el cielo y en la tierra y hacerles grandes misericordias. Y así lo experimentó David, cuando dijo [2]: «Porque Dios miró mi humildad y pequeñez, libró á mi alma de todas sus miserias». ¡Oh Virgen humildísima, que tal conocimiento tenéis de Vos misma, que por él merecisteis atraer las miradas y el corazón de Dios, y al mismo Verbo divino á vuestro santísimo seno! Haced que conozca mi vileza y pequeñez, colocándome con el pensamiento en el polvo de mi nada y en el estiércol de mis pecados, para que de allí me levante el Señor para reinar en el cielo con sus santos. ¿Conocemos nosotros nuestra pequeñez?

[1] Psalm. xxxvi, 4; Joan., xvi, 24; Matth., xxv, 21. — [2] Psalm. xxx, 8.

¿Estamos convencidos de nuestra nada, y obramos fundados en este convencimiento?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien hace María, sin pensarlo, el oficio de Maestra! Ella entona un armonioso himno, convidándonos con su ejemplo á que le sigamos. ¿Qué dice en este himno? ¿Á quién alaba? «Mi alma engrandece al Señor.» Á Dios se dirigen sus alabanzas, no á Isabel, que acababa de engrandecerla á Ella. El engrandecimiento y gloria de Dios se propone como objeto exclusivo, y todo cuanto piensa, dice y obra, son alabanzas y loores al Señor. ¡Quién pudiese llegar á la imitación tan perfecta de María, que todas sus obras engrandeciesen á Dios, único merecedor de toda alabanza! Pero María añade que su espíritu se regocijó en Dios su Salvador; porque la alegría que le causó el misterio sublime que en Ella se había obrado, era una alegría toda espiritual, fundada, no tanto en los bienes de naturaleza que del Señor había recibido, cuanto en los de gracia y de gloria que esperaba recibir. ¡Oh María! Bien podéis alegraros en vuestro Dios y Salvador, el cual os ha mirado con ojos benignos, y contemplando gozoso el profundo conocimiento que de vuestra nada teníais, y viendo que los dones que en Vos depositase redundarían todos en su gloria, se ha esmerado en hermosear vuestro Corazón y vuestra alma. ¡Oh! ¡Si nosotros nos conociéramos perfectamente; si estuviésemos íntimamente persuadidos que nada somos, nada podemos, para nada valemos! Entonces Dios nos miraría, y con su mirada nos comunicaría tesoros inmensos de gracia. Veamos, pues, qué propósitos y resoluciones nos conviene formar para esto, cuándo, por qué y en qué cosas nos lleva el amor propio y la vanidad; resolvamos la enmienda, pidamos la gracia que para esto no es necesaria, sin descuidar las demás obligaciones y necesidades.

15.—CÁNTICO «MAGNIFICAT».—SEGUNDA PARTE.

PRELUDIO 1.º Agradecida la Virgen Santísima á los beneficios que le otorgó el Señor, prorrumpió en un sublime cántico de alabanzas al Todopoderoso.

PRELUDIO 2.º Represéntate á la Virgen diciendo este hermoso cántico.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de tener y sentir los afectos santos que embargaban el espíritu de María al decirlo.

Punto 1.º *Desde este punto me llamarán bienaventurada todas las generaciones.*—Considera cómo María, viendo proféticamente que todas las generaciones habían de conocer las grandezas que en Ella había puesto el Señor, y que por ellas sería llamada de todas bienaventurada, sacó de este conocimiento un nuevo título para engrandecer á Dios su Salvador, diciendo [1]:

[1] Luc., i, 48.

tenéis para alegraros en vuestro Salvador, del cual habéis recibido dones tan soberanos, que no han sido concedidos iguales á los espíritus angélicos. ¡Oh alma mía! Levántate sobre ti misma como la Virgen, y alégrate puramente en tu Dios y Salvador. Si deseas gozo, gózate en el Señor [1], y Él te cumplirá los deseos de tu corazón, para que tu gozo sea lleno. ¿Buscas en las criaturas los motivos de tu gozo y alegría?

Punto 3.° *Por qué miró la pequeñez de su esclava.*—Considera cómo María en este verso comienza á enumerar los beneficios singulares con que el Señor la enriqueció, los cuales la mueven á alabarlo y á regocijarse en Él. El primer privilegio particular que de Dios recibió María fué el haberse dignado mirar la pequeñez de su esclava, como Ella misma dice, apuntando dos raíces de los divinos beneficios; una principal de parte de Dios, y otra de parte nuestra. De parte de Dios es dignarse mirarte con buenos ojos y acordarse de ti para hacerte bien. Porque, aunque es verdad que ve todas las cosas, pero no se dice mirar ni hacer caso de lo que deja en el abismo de la nada ó en el profundo de su miseria, sino de las que mira para usar con ellas de grande misericordia. La raíz de parte del hombre es el conocimiento de su pequeñez, por el cual se dispone á recibir los dones de su divina gracia y largueza; y así la Virgen, como tan ilustrada de Dios, juntó ambas cosas, engrandeciendo á Dios porque se dignó mirar la humildad de su esclava. Por las cuales palabras no tanto confiesa de sí que tiene la virtud de la humildad, cuanto la ejercita; porque como verdadera humilde, no se tiene por tal, ó lo callara, sino con humildad confiesa que es pequeña, vil y despreciada como esclava; y que, sin embargo de esto, no se desdeñó Dios de mirarla. Con lo cual te enseñó que el fundamento de las alabanzas de Dios, y de la acción de gracias por los favores que te hace, ha de ser el reconocimiento de tu pequeñez é indignidad, porque de esta manera no habrá peligro de mezclarse vana complacencia; antes, esta pequeñez ha de ser título para que te mire con buenos ojos y te haga grandes mercedes; porque su condición es mirar las cosas pequeñas en el cielo y en la tierra y hacerles grandes misericordias. Y así lo experimentó David, cuando dijo [2]: «Porque Dios miró mi humildad y pequeñez, libró á mi alma de todas sus miserias». ¡Oh Virgen humildísima, que tal conocimiento tenéis de Vos misma, que por él merecisteis atraer las miradas y el corazón de Dios, y al mismo Verbo divino á vuestro santísimo seno! Haced que conozca mi vileza y pequeñez, colocándome con el pensamiento en el polvo de mi nada y en el estiércol de mis pecados, para que de allí me levante el Señor para reinar en el cielo con sus santos. ¿Conocemos nosotros nuestra pequeñez?

[1] Psalm. xxxvi, 4; Joan., xvi, 24; Matth., xxv, 21. — [2] Psalm. xxx, 8.

¿Estamos convencidos de nuestra nada, y obramos fundados en este convencimiento?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien hace María, sin pensarlo, el oficio de Maestra! Ella entona un armonioso himno, convidándonos con su ejemplo á que le sigamos. ¿Qué dice en este himno? ¿Á quién alaba? «Mi alma engrandece al Señor.» Á Dios se dirigen sus alabanzas, no á Isabel, que acababa de engrandecerla á Ella. El engrandecimiento y gloria de Dios se propone como objeto exclusivo, y todo cuanto piensa, dice y obra, son alabanzas y loores al Señor. ¡Quién pudiese llegar á la imitación tan perfecta de María, que todas sus obras engrandeciesen á Dios, único merecedor de toda alabanza! Pero María añade que su espíritu se regocijó en Dios su Salvador; porque la alegría que le causó el misterio sublime que en Ella se había obrado, era una alegría toda espiritual, fundada, no tanto en los bienes de naturaleza que del Señor había recibido, cuanto en los de gracia y de gloria que esperaba recibir. ¡Oh María! Bien podéis alegraros en vuestro Dios y Salvador, el cual os ha mirado con ojos benignos, y contemplando gozoso el profundo conocimiento que de vuestra nada teníais, y viendo que los dones que en Vos depositase redundarían todos en su gloria, se ha esmerado en hermosear vuestro Corazón y vuestra alma. ¡Oh! ¡Si nosotros nos conociéramos perfectamente; si estuviésemos íntimamente persuadidos que nada somos, nada podemos, para nada valemos! Entonces Dios nos miraría, y con su mirada nos comunicaría tesoros inmensos de gracia. Veamos, pues, qué propósitos y resoluciones nos conviene formar para esto, cuándo, por qué y en qué cosas nos lleva el amor propio y la vanidad; resolvamos la enmienda, pidamos la gracia que para esto no es necesaria, sin descuidar las demás obligaciones y necesidades.

15.—CÁNTICO «MAGNIFICAT».—SEGUNDA PARTE.

PRELUDIO 1.° Agradecida la Virgen Santísima á los beneficios que le otorgó el Señor, prorrumpió en un sublime cántico de alabanzas al Todopoderoso.

PRELUDIO 2.° Represéntate á la Virgen diciendo este hermoso cántico.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de tener y sentir los afectos santos que embargaban el espíritu de María al decirlo.

Punto 1.° *Desde este punto me llamarán bienaventurada todas las generaciones.*—Considera cómo María, viendo proféticamente que todas las generaciones habían de conocer las grandezas que en Ella había puesto el Señor, y que por ellas sería llamada de todas bienaventurada, sacó de este conocimiento un nuevo título para engrandecer á Dios su Salvador, diciendo [1]:

[1] Luc., i, 48.

«Mirad que desde este punto me llamarán bienaventurada todas las generaciones», esto es, todos los hombres y todos los pueblos que crean en Cristo, los presentes y los por venir. Mas, pondera cómo en estas palabras no toma María por motivo de gozo sus propias alabanzas, lo cual no hubiera sido humildad; sino sólo las grandezas que Dios la dió, y el bien que resultaría á todos los que la sirviesen y alabasen. Reflexiona con cuánta razón se llama bienaventurada á la Virgen, y cuán justo es que tú formes coro con este común concierto de las generaciones todas. María es bienaventurada porque creyó, como la dijo su prima; bienaventurada porque trajo en su seno al Salvador del mundo; y mucho mas bienaventurada porque oyó siempre con fidelidad sus palabras y las guardó. Ella es bienaventurada con cada una de las ocho bienaventuranzas que predicó Jesús en el monte [1]. Es pobre de espíritu, siendo suyo el reino de los cielos; es mansa, y por esto posee la tierra de los vivos; lloró los males del mundo, y es ahora consolada; tuvo hambre y sed de justicia, y ahora está harta; fué misericordiosa, y alcanzó misericordia; fué pacífica, y así por excelencia es hija de Dios; limpia de corazón, y ahora está viendo á Dios; padeció persecuciones por la justicia, y ahora es suyo el reino de los cielos, como Reina suprema de todos sus moradores. Por donde puedes ver que el mayor motivo de alegría que puedes tener, es la esperanza cierta de tu bienaventuranza; por lo cual dijo Jesús á sus discípulos [2]: «No os alegréis que los demonios se os sujeten, sino de que vuestros nombres estén escritos en el libro de la vida». ¡Oh Reina soberana! Gózome de que seáis bienaventurada por tantos títulos. ¡Oh! ¡Si todas las naciones se convirtiesen á vuestro Hijo, y os llamasen con gran fe bienaventurada, para que por vuestro medio llegasen todos á ser bienaventurados, imitando aquí vuestra vida, y gozando después de vuestra gloria! ¿Qué sentimos nosotros de María? ¿La llamamos bienaventurada, y procuramos imitar las virtudes que la hacen digna de las alabanzas universales?

Punto 2.° *Porque ha hecho en mí cosas grandes el que es Todopoderoso y su nombre santo.*—Considera aquí otro título que adujo la Virgen Santísima para engrandecer y alabar á Dios y gozarse en Él, diciendo: «Porque ha hecho en mí cosas grandes el que es Todopoderoso y su santo nombre». En este momento revolvió María por su memoria las cosas milagrosas que Dios había obrado en Ella, y los grandes beneficios que la había hecho desde el instante de su concepción hasta entonces; especialmente recordaría la gracia singular de haberla preservado del pecado original, enriquecido de gracia, destruido en Ella la rebeldía de carne, y pacificado completamente su espíritu; pero, más particularmente trajo á su memoria aquel gran milagro, fundamento

[1] Matth., v, 3. — [2] Luc., x, 20.

y causa de todos sus bienes, de ser Virgen y Madre, y no cualquier madre, sino del mismo Dios; y admirada de tantas grandezas, alabó á Dios por ellas, atribuyéndolas á su omnipotencia y á la santidad de su nombre, porque con su omnipotencia las hizo, y por su santidad quiso hacerlas, para que su nombre fuese santificado y glorificado por todos los siglos. Y en decir que hizo Dios en Ella cosas grandes, da también á entender que la hizo grande en las cosas que hacen á los hombres grandes delante de Dios, que es la santidad y dones celestiales; porque siendo el Hijo grande, también lo había de ser su Madre. Por donde puedes ver que no es contrario á la humildad, sino que está muy conforme con ella, el reconocer en sí los dones de Dios; pues que, como dice san Pablo [1], el mismo Espíritu divino los descubre, para que se los agradezcas, atribuyéndolos, no á tus merecimientos, sino á la potencia y santidad de Dios, haciendo junta de estos dos atributos, como los santos cuatro animales que daban gloria á Dios, diciendo [2]: «Santo, Santo, Santo el Señor Dios todopoderoso, que era, es y ha de venir». ¡Oh Virgen sapientísima! Bien podéis decir que el Señor ha hecho en Vos cosas grandes, no sólo porque son grandes vuestros privilegios, grande vuestra dignidad, grande vuestro ministerio, sino por la grandeza de virtudes que os ha concedido; por la cual os suplico me alcancéis gracia para imitaros en ella, teniendo esto por única grandeza, y mirando con desprecio todas las terrenas. ¡Oh alma fiel! Si tan admirables son las grandezas de María, ¿por qué no te esmeras más en honrarla? ¿Por qué no buscas estas mismas grandezas?

Punto 3.° *Y su misericordia se extiende de una en muchas generaciones para con los que le temen.*—Considera ahora el nuevo título que recuerda la Virgen para engrandecer á Dios, diciendo: «Su misericordia se extiende de una en muchas generaciones con los que le temen». Acerca del cual has de ponderar cómo esta celestial Señora, no sólo quería alabar á Dios por los beneficios que ya había recibido, sino por otros muchos que esperaba todavía recibir; y no sólo por los beneficios propios, sino por los que reciben todas las naciones del mundo, alegrándose de que la misericordia de Dios sea continua, no cesando nunca esta fuente inagotable de derramar sobre sus criaturas el agua de sus beneficios; infinita, ya por razón de los seres á quienes se comunica, ya de los bienes que les hace, ya por la indignidad que de ellos tenían; y sempiterna, durando por toda la eternidad; y porque se extiende á todos los que le sirven y temen, de cualquier nación que sean. Pondera cómo es propio de los santos, cuando reconocen las mercedes que Dios les ha hecho, esperar de su misericordia que les hará otras muchas, como dijo san Pablo [3]: «Dios nos ha librado de tantos peligros y nos libra, en

[1] I Cor., II, 10. — [2] Apoc., IV, 8. — [3] II Cor., I, 10.

quien esperamos también que nos librará». Y propio es de ellos también no pensar que solamente amanece el Sol de justicia por sus casas, sino sentir altamente de la misericordia de Dios, y que se extiende á otros muchos y por todos los siglos; por lo cual le dan gracias, tomando por propios los beneficios de todos los hombres, gozándose de tener un Dios tan misericordioso, que á ninguno que le teme niega su misericordia, como lo confiesa David en el salmo CII, en el cual no hace otra cosa que glorificar á Dios por estos dos títulos de misericordia con él y con los demás justos. ¿Cómo pensamos nosotros acerca de esta doctrina? ¿Damos gracias á Dios por los bienes propios y ajenos? ¿Ó nos dejamos llevar de la envidia? ¡Oh Madre amabilísima! Ya que en vuestra mente recordáis, no sólo las misericordias que Dios ha usado con Vos, sino también las que ha concedido á todas las generaciones, recordadle y agradecedle las que ha usado conmigo, librándome del pecado, preservándome de muchos peligros y concediéndome tales bienes, que ni yo conozco, ni aunque conociera, supiera agradecer, si Vos no os dignáis ser mi Maestra y auxiliadora.

Epílogo y coloquios. ¡Qué penetración tan profunda, qué luz tan clara iluminaría la mente de la Virgen al decir que todas las generaciones la habían de llamar bienaventurada! Todo cuanto la rodeaba no hacía pronosticar tales bendiciones. Es una doncella pobre, desconocida, que mora en un rincón de la tierra, y ¿será llamada bienaventurada por todo el mundo? ¿Cómo se explica esto? Sin embargo, es cierto; todas las generaciones que han creído en Jesús han llamado bienaventurada y feliz á su Madre; bienaventurada por su fe, por su maternidad divina, por ser la más aprovechada discípula de su Hijo. Bienaventurada por las grandezas que el Señor se ha dignado concederla en este mundo, y por las riquezas de gloria que ahora posee en el cielo. Bienaventurada porque en Ella ha hecho cosas grandes el Santo por excelencia y el Todopoderoso, constituyéndola Corredentora del género humano, Mediadora de gracia, Maestra de los hombres, Asiento de la sabiduría, Portento del cielo y Salud de la tierra. ¡Oh María! Sois bienaventurada más que todas las demás puras criaturas; alcanzad para nosotros, miserables pecadores, una parte de estos dones que os hacen bienaventurada, para que con Vos lo seamos en el cielo. ¿No se extenderán hasta nosotros las misericordias que el Señor, como Vos dijisteis, derrama de generación en generación? Miremos atentamente si tememos á Dios, porque para los que le temen son las misericordias del Altísimo. Examinemos detenidamente si el santo temor del Señor nos guía, nos acompaña, nos detiene para no ofenderle, nos estimula para servirle y nos ilustra para escoger lo mejor y que más le agrada. Despertemos en nuestro espíritu este santo afecto, y para lograrlo, hagamos aquellas resoluciones prácticas que

nos convenga para este fin; roguemos al Señor y á la Virgen que nos ayuden á cumplirlas, y que se compadezcan de todas las demás necesidades.

16.—CÁNTICO «MAGNIFICAT».—TERCERA PARTE.

PRELUDIO 1.° María, en tono profético y agradecido, reconoce las maravillas del Todopoderoso en su inspirado cántico *Magnificat*.

PRELUDIO 2.° Represéntate á la Virgen diciendo este cántico.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de conocer los afectos que encierra y decirle con el mismo espíritu con que lo decía la Virgen.

Punto 1.° *Hizo obras poderosas con su brazo y desbarató á los soberbios en su mente y corazón.*—Considera cómo la Virgen prosigue sus fervorosas alabanzas al Señor, porque Él[1] «hizo obras poderosas con su brazo». Las obras de la omnipotencia divina son eficaces motivos, para el que las medita, para ensalzar y glorificar al Señor que las hizo. Y así, la Virgen en esta ocasión pasó por su memoria tales obras, acordándose de la creación del mundo, de su conservación y gobierno con tan admirable providencia, de las cosas prodigiosas que hizo, sacando á su pueblo de Egipto, y llevándole por el desierto á la tierra de promisión, con todas las demás que cuenta la Escritura; y principalmente se acordó de la obra de la Encarnación, en la cual mostró Dios su poder y la virtud de su brazo. Por todas estas obras, repasadas en un instante, engrandeció á Dios, diciendo: «Hizo obras poderosas con su brazo». Mas porque la omnipotencia de Dios, no sólo se manifiesta en las obras de su misericordia, sino también en las obras de su divina justicia, por esto la Virgen, después de haber recordado aquéllas, trajo éstas á la memoria, diciendo: «Desbarató á los que son soberbios en su mente y corazón». Aquí recordaría esta Señora los espantosos castigos que la rigurosa justicia de Dios ha hecho en los soberbios, contemplando cómo deshizo las trazas del soberbio Lucifer, que decía[2]: «Subiré al cielo, pondré mi silla sobre las estrellas, y seré semejante al Altísimo»; las de los soberbios, que querían edificar la torre de Babilonia[3], y los castigos que hizo en Faraón[4], en Nabucodonosor[5] y en otros semejantes soberbios. Y por todo esto engrandecía también á Dios, pues por ello es digno de ser alabado, así como lo hizo Cristo nuestro Señor, cuando dijo[6]: «Alábote, Padre celestial, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y prudentes, y las revelaste á los pequeñuelos». ¡Oh Virgen soberana! Muy justo es que alabéis y glorifiquéis á Dios por las obras de su omnipo-

1 Luc., I, 51.— 2 Isai., XIV, 13. — 3 Gen., XI, 4. — 4 Exod., X. — 5 Dan., IV, 30.
6 Matth., XI, 25.

tencia. En Vos misma habéis experimentado este atributo divino, porque sólo el Todopoderoso podía acumular en Vos tal tesoro de gracias, que Vos sola superarais inmensamente á todas las demás obras de sus manos. ¡Oh alma mía! Mira las grandes obras que el Señor ha obrado en ti, y teme sus castigos, si eres ingrata y soberbia: ¿qué te conviene hacer?

Punto 2.º *Echó de su silla á los poderosos, y ensalzó á los humildes; llenó de bienes á los hambrientos, y dejó vacíos á los ricos.*—Considera cómo María, prosiguiendo en ensalzar la omnipotencia de Dios en las obras de su misericordia y en los castigos de su justicia, dijo: «Echó de su silla á los poderosos, y ensalzó á los humildes; hinchó de bienes á los hambrientos, y dejó vacíos á los ricos». Suele Dios juntar maravillosamente en sus obras la misericordia con la justicia, porque mientras con una mano arroja de sus tronos y sillas á los poderosos del mundo, quitándoles los reinos y dignidades, y las grandezas que tenían, con la otra suele en su lugar ensalzar y entronizar á los pequeñuelos y bajos. Así como echó del trono celestial á los ángeles soberbios, y en su lugar levantó á los hombres humildes; y del trono de este mundo echó á su soberbio príncipe Satanás, que le tenía tiranizado, y en su lugar levantó á Cristo. Maestro de la humildad, el cual, siendo pequeño, como chinita bajada del cielo, sin manos ni obra de hombres, derribó la estatua [1] que significaba las cuatro monarquías del mundo, y por su humildad creció y llegó á ser un grande monte. Esta misma costumbre ha guardado siempre el Señor, como se dice en el libro de Job [2], cumpliendo lo que está escrito, que quien se ensalzare será humillado, y quien se humillare será ensalzado. Y de la misma manera á los hambrientos y pobres que se tienen por necesitados y tienen hambre y sed de la justicia, los llena de bienes espirituales, cumpliendo sus deseos; y, por el contrario, deja vacíos á los ricos, que se tienen por abundantes y piensan que no tienen necesidad de otros, conforme dice David [3]: «Los ricos tienen necesidad y hambre, mas los que buscan á Dios tendrán abundancia de todo bien». ¡Oh Madre dulcísima! ¡Cuán bien conocida tenéis la condición del Señor, cuyo es propio sublimar á los humildes y postrar á los soberbios! Ahora conozco cuán profunda fué vuestra humildad, sabiendo que guarda rigurosa proporción con la grandeza que se os ha concedido. ¿No nos moverán estas eficaces razones á ser humildes? ¿Qué debemos practicar para lograrlo?

Punto 3.º *Recibió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia, como lo había dicho á nuestros padres, Abraham y sus descendientes.*—Considera en este punto los dos últimos títulos que aduce María para alabar á Dios, con estas palabras:

[1] Dan., II, 34. — [2] Job., V, 11. — [3] Psalm. XXXIII, 11.

«Recibió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia, como lo había dicho á nuestros padres, Abraham y sus descendientes». En las cuales debes ponderar primeramente el cuidado y providencia que tiene Dios de mirar por los que ha tomado á su cargo, como hijos y domésticos suyos, acudiendo personalmente á remediarlos; y, aunque parece que por algún tiempo se olvida de ellos, pero á su hora se acuerda de la misericordia, y los remedia, como se acordó de Israel y del mundo entero, y vino á remediarle, cuando se hizo hombre. Por lo cual, aunque te veas agobiado de males y hayas tenido dentro de ti, como san Pablo [1], respuesta de muerte, creyendo firmemente que se acababa tu vida, no debes perder tu confianza, sino esperarle, porque aunque al parecer demore el ayudarte, es cierto que no tardará, sino que cumplirá su promesa. Por lo cual, mira cómo la Virgen te avisa que Dios es fiel en cumplir las promesas que tenía hechas á nuestros padres, llenándolas fielmente en todos sus descendientes hasta el fin del mundo; así como cumplió la palabra que dió á Abraham y á David, de que vendría á remediarlos, y á dar salud y vida á todos sus hijos hasta la consumación de los siglos. Con estas dos consideraciones se encendió el ánimo de la Virgen para engrandecer á Dios, y su espíritu se alegró en Dios su Salvador, y con ellas tu ánimo y tu espíritu se han de encender con semejantes afectos, pues cada día ves esta providencia que Dios tiene con sus hijos, y la fidelidad con que cumple lo que prometió á los Apóstoles, padres nuestros, no olvidándose de los fieles que son sus descendientes hasta el fin del mundo. ¡Oh Reina mía! Por aquel fervor santo en que se abrasaba vuestro Corazón cuando con tanto gozo entonabais este cántico en honor de vuestro Dios y Salvador, os suplico humildemente me alcancéis este mismo espíritu para decirlo, llenando mi corazón de aquellos afectos que inundaban el vuestro. ¡Oh cristiano! Aprende de tu dulce Madre á engrandecer á Dios, recordando el cuidado y providencia que de ti tiene y la fidelidad con que cumple cuanto te ha prometido. ¿Lo has hecho así hasta el presente?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien meditadas tenía la Virgen las obras prodigiosas de la omnipotencia de Dios! ¡Con qué júbilo las recordaba constantemente! Contempla Ella los portentos de la misericordia divina, y ve desfilar delante de los ojos de su mente la creación con todas sus bellezas, la conservación con la sublime providencia que exige, el cuidado paternal que el Señor tiene de su pueblo, la Redención con todos los misterios, beneficios y gracias que encierra, y abarcándolas de una mirada, arrebatada en éxtasis, exclama: «Hizo obras poderosas con su brazo». Mira el rigor de la justicia divina en el castigo de los so-

[1] II Cor., I, 9.

berbios, el ángel caído, confundidos los babilonios, anegados los egipcios, Nabucodonosor, Amán y otros soberbios hechos el oprobio de los hombres, y agradecida y admirada, dice: «Desbarató á los soberbios en su mente y corazón». En la distribución de los bienes observa María que el Señor tiene como ley invariable la exaltación de los humildes y la humillación de los soberbios, y esta norma tan gloriosa para Dios y tan instructiva para el hombre, es objeto de su admiración y alegría, y así gozosa exclama: «Echó de su silla á los poderosos, y ensalzó á los humildes; llenó de bienes á los hambrientos, y dejó vacíos á los ricos». Por fin, la fidelidad del Señor en cumplir sus promesas, el cuidado paternal que tiene de todos sus hijos, la caridad con que los ampara, la constancia y perpetuidad con que tales obras realiza, entusiasman á María, la cual engrandece á Dios con la palabra, y sobre todo con los más vivos afectos de su Corazón. Y tú, ¿has meditado estas obras del Señor? ¿No dicen ellas nada á tu espíritu? ¿No alabas por ellas á Dios? ¡Ah! Te deshaces en alabanzas á un miserable mortal que lleva á cabo una obra aunque insignificante, ¿y no manifiestas tu admiración y gratitud por las obras de Dios? Avergüénzate de tu proceder, propón cambiar de conducta; pide la gracia que necesites, y ruega por todas las necesidades.

17.—EXPECTACIÓN DEL PARTO.

PRELUDIO 1.º Deseaba María que llegase el nacimiento de Jesús, en el cual confiaba que no había de sufrir detrimento su virginidad; y así, preparaba cuidadosamente su alma para recibir á su Hijo.

PRELUDIO 2.º Represéntate á María puesta en oración, suspirando por poder abrazar á su divino Hijo, nacido al mundo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar los deseos de María y su preparación.

Punto 1.º *Deseos de María de ver nacido á su divino Hijo.* —Considera en este punto los encendidos deseos que tenía la Virgen Santísima de ver nacido á su Hijo, y de que llegase ya la dichosa hora de su parto. Lo primero, por conocer de vista al que, no sólo era Hijo suyo, sino también de Dios, y ver aquella Humanidad sacratísima que había tomado en sus entrañas, y gozar de su hermosura. Lo segundo, por adorarle, servirle y regalarle, y hacer con Él oficio de madre, en agradecimiento de la merced que le había hecho escogiéndola para ello. Y así, con gran ternura diría aquello de los Cantares [1]: «¡Quién me diese, Hijo mío, que te viese ya fuera de este encerramiento que tienes, para besarte, regalarte y servirte como mereces!» Lo tercero, para que el mundo gozase del bien que ella tenía; porque, aunque le amaba mucho, no le quería para sí sola, sino para todos, pues había encarnado para todos; y, como la esperanza que se dilata aflige el corazón [1], cada día se le haría un año; aunque por otra parte estaría contentísima de tenerle dentro de sí, entendiendo que Él gustaba de ello. Con estas consideraciones has de mover tu corazón y despertar en él unos encendidos deseos de que este Hijo de Dios nazca espiritualmente en tu alma y en la de todos, para que de todos sea adorado, servido y amado, valiéndote para esto de algunos versos de la sagrada Escritura de que usaría la Santísima Virgen y de que se sirve la Iglesia en el tiempo de Adviento [2]: «¡Ojalá rompieses esos cielos y vinieses! Para que en tu presencia se deshiciesen todos mis vicios. ¡Oh cielos! Enviad de lo alto este divino rocío. ¡Oh nubes! Lloved para mí al Justo. ¡Oh tierra! Ábrete y brota para mí al Salvador». Y espiritualizando los deseos de la Virgen de ver nacido al Hijo que había concebido, has de desear tú también que los buenos propósitos que has concebido por inspiración del Espíritu Santo, salgan á luz y vengan á traducirse en obras perfectas; de otra suerte, atormentarán tu conciencia, al modo que atormenta á su madre el niño que no puede nacer á su tiempo. ¡Oh Madre inmaculada! Por aquel intensísimo deseo que teníais de ver nacido á vuestro Hijo, os suplico vuestros auxilios, para que mi alma nazca á la gracia y se perfeccione en ella hasta alcanzar la gloria. ¡Oh alma devota! Aquí tienes el termómetro que te dice cuánto amas á Dios. ¿Tienes deseos de conservarle en tu compañía? ¿Sientes estar alejada de Él?

Punto 2.º *María confía que en el nacimiento de Jesús su virginidad no sufrirá menoscabo.* — Considera aquí la esperanza certísima que tenía nuestra Señora de que su virginidad no había de padecer detrimento en el parto, creyendo firmemente que, como fué virgen en el concebir al Hijo de Dios, sin obra de varón, así lo sería en el darle á luz sin perjuicio de su entereza virginal; porque la experiencia de lo pasado la certificaba de lo futuro, acordándose que ambas cosas fueron profetizadas juntamente por Isaías, diciendo [3]: «Mirad que una Virgen concebirá y parirá un hijo, cuyo nombre será Emmanuel, que quiere decir: Dios con nosotros». Revolvería estas palabras dentro de sí, y con grande admiración diría: ¿De dónde á mí tanto bien, que sea yo esta milagrosa Virgen? ¡Qué! ¿es posible que haya yo concebido en mis entrañas al mismo Hijo que el eterno Padre tiene dentro de las suyas? ¿Y que esté conmigo el Emmanuel que tantos han deseado tener consigo? ¿Y que sin daño de mi virginidad salga de mí para estar con todos? Con estos afectos encendidos has de recibir tú las visitas que el Señor se digna hacerte, ya por medio de las inspiraciones de su gracia,

[1] Cant., VIII, 1.

[1] Prov., XIII, 12. — [2] Isaí., XLV, 8; LXIV, 1. — [3] Isai., VII, 14.

ya, sobre todo, cuando te visita y entra en ti por medio de la comunión, sabiendo que el que tienes entonces en tu pecho es el mismo que tenía la Virgen en sus entrañas antes que naciese, y con la misma fe, humildad y confianza con que Ella le hablaba, debes tú también hablarle, convencido de que, así como escuchaba los afectos y súplicas que Ella le dirigía, así oye también las tuyas. Aprende sobre todo á tener grande esperanza de que Dios cumplirá todas las promesas que te ha hecho, aunque en la apariencia sean muy extraordinarias y milagrosas; y así has de creer y confiar con certeza que Él te ayudará en las tribulaciones, humillará á tus enemigos, te perdonará los pecados, te dará su gracia, para que vayas creciendo en virtud hasta llegar á la gloria. ¡Oh Virgen benditísima! Razón tenéis para regocijaros. En vuestro seno lleváis al Criador del mundo; dentro de poco vuestros ojos le verán, vuestros brazos le estrecharán y vuestros pechos le ofrecerán alimento. Sea para bien dicha tan soberana, por la cual os suplico dispongáis mi corazón, para que de un modo debido reciba á vuestro Santísimo Hijo cuando en la sagrada comunión se digna venir á visitarme.

Punto 3.° *María se prepara para el nacimiento de su Hijo.*—Considera cómo María, próxima ya al alumbramiento, viéndose libre de los sobresaltos y temores que tienen otras mujeres al hallarse en el estado que Ella, y de los cuidados del parto que suelen darles pena, sólo pensaba en aparejar su alma con esclarecidos actos de virtud, para servir mejor á su Hijo, y en prevenir lo que era menester para su nacimiento, conforme á su pobreza. Pondera cómo esta Señora estaría constantemente ocupada en hermosear su alma con más profunda humildad, más ardiente caridad y más viva fe, sabiendo que estas son las disposiciones que desea encontrar el Señor en las almas á quienes visita. Á su imitación has de aparejarte tú para el nacimiento de Jesús, quitando los estorbos que hubiere en tu alma, y adornándola con esclarecidos actos de virtud, conforme á aquellas palabras que decía á sus oyentes san Juan Bautista [1]: «Aparejad el camino para el Señor: todo valle se hinche; todo monte y collado se abaje; los caminos torcidos se enderecen y los ásperos se allanen, porque toda carne ha de ver al Salvador»; que es decir: Quitad de vosotros los vicios contrarios al Salvador que nace, y adornaos con virtudes semejantes á las que trae; quitad honduras de pusilanimidades, altivez de soberbias, intenciones torcidas y costumbres ásperas, procurando todo lo que fuere posible levantar vuestro espíritu á lo alto con la confianza, y abajarle á lo profundo con la humildad, enderezando vuestras intenciones á lo celestial, sin mezcla de lo terreno; y siendo mansos con todos, sin dar ocasión de tropezar á ninguno; porque

[1] Luc., III, 4; Isai., XL, 3.

tal es el Salvador que ha de nacer, y con tales disposiciones le habéis de recibir. Estas cuatro virtudes, contra los cuatro vicios contrarios, has de procurar para el fin dicho, por medio de la Virgen sacratísima. ¿Procuras tú recibir al Señor con las virtudes que te enseña María, esto es, con humildad, confianza, recta intención y mansedumbre? ¡Oh Virgen Santísima, que con fervorosos deseos esperabais el nacimiento de vuestro Hijo, y con excedentes obras os disponíais para verle y abrazarle! Negociadme que quite de mí los estorbos de su venida, y con gran diligencia me apareje para ella.

Epílogo y coloquios. ¡Qué deseos tan encendidos, qué anhelo tan ardiente sentiría la Virgen de ver nacido al Hijo que tenía en sus entrañas! Querría conocer de vista al que, siendo Hijo suyo, era al mismo tiempo Hijo de Dios desde la eternidad; anhelaría poder obsequiar, servir y abrazar á aquel divino infante, por quien había sido criado el cielo y la tierra, y al cual los ángeles postrados adoran; suspiraría porque cuanto antes aquella luz brillante iluminase el mundo, aquel sol resplandeciente vivificase y calentase la tierra, y aquel divino Pastor saliese á recoger su ganado. ¡Oh, cómo desahogaría aquella Señora su Corazón en amorosos suspiros! ¡Cómo repetiría las exclamaciones de los patriarcas y profetas llamando al Salvador del mundo! No recelaba que hubiera de sufrir detrimento alguno su integridad virginal en el parto. La experiencia de su concepción milagrosa y los oráculos de los profetas la tranquilizaban. Por lo cual, todos sus pensamientos y ocupaciones, todos sus deseos y trabajos se ordenaban á preparar su alma, disponerla y hermosearla con virtudes, sabiendo que estos son los adornos que agradan al Señor, y en los que se había de complacer únicamente su divino Hijo. ¿Ves á María? ¿Observas cómo se prepara para recibir en sus brazos á Jesús en su nacimiento? Y tú, ¿qué haces? ¿Sientes en tu corazón deseos de que amanezca para ti el día en que Jesús te regale con su presencia? ¿Cómo te preparas para recibirle? ¿Te adornas con la confianza, humildad, intención recta y mansedumbre? ¡Cuán poco gratas han debido ser para Jesús las visitas que te ha hecho y las que de ti ha recibido! ¿Cómo te portarás en adelante? Medita con atención lo que ha de agradar á Jesús, y con firmes propósitos trata de adquirir tales disposiciones; al efecto, pide á Jesús y á María su poderoso socorro, y ruégales por todas las necesidades, tanto espirituales como corporales.

18.—JORNADA DE LA VIRGEN Á BELÉN.

PRELUDIO 1.º La Virgen y san José, en cumplimiento del edicto del emperador, fueron á Belén, y no hallando allí posada, se recogieron en un establo.

PRELUDIO 2.º Represéntate á la Virgen en este camino y en Belén buscando posada.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar la obediencia, resignación y demás virtudes de María.

Punto 1.º *María y José dirígense á Belén.*—Considera cómo, llegado el tiempo en que había de nacer Jesucristo al mundo, salió un edicto del emperador de Roma [1], mandando que todos se empadronasen en el lugar de su origen; y como José era originario de Belén y de la familia de David, fuéle preciso ir á aquella ciudad con su esposa María, que se hallaba ya próxima á dar á luz á su Hijo. Muchas razones les excusaban del cumplimiento de esta obediencia; sin embargo, deseosa aquella sagrada familia de dar ejemplo de sumisión, se somete gustosa á una orden dada por un tirano, que solo busca su honra vana, inspirada por el orgullo y ambición, y sumamente pesada, ya por el tiempo en que se ha de cumplir, ya por las circunstancias excepcionales de la familia que la observa. Aprende tú de este ejemplo á someterte á los superiores, prescindiendo de los motivos que ellos tienen para mandarte y de las dificultades que tienes para obedecer. Pondera sobre todo la jornada que hizo la Virgen, el modo cómo caminaba, y las virtudes que en ella ejercitaba. Como era pobre, el camino largo y el tiempo del invierno riguroso, no le faltaban trabajos; pero todos los llevaba con admirable paciencia y alegría. Iba con gran modestia de sus ojos, y el corazón puesto en Dios y en el Hijo de sus entrañas, con quien tenía sus coloquios y entretenimientos. Si algún rato hablaba con su esposo, todo era de Dios con gran dulzura; y á pesar de su estado, no se cansaba, porque el Hijo no le causaba molestia, y la esperanza de verle pronto nacido le daba grande alegría, y gustaba salir de Nazareth, porque con mayor quietud gozaría de Él naciendo fuera de ella. ¡Oh Virgen benditísima! No es menester deciros como á la Esposa [2]: Que os déis prisa á caminar, pues ya pasó el invierno y cesó la lluvia, y han salido las flores de verano; porque las ganas de padecer y obedecer os hacen caminar en el rigor del invierno, para que nazca la flor de Jesé, en quien está nuestro descanso. ¡Oh cristiano! Contempla la obediencia puntual y alegre de María, su recogimiento en el andar, su dulzura en el hablar y su santidad en todo su porte. ¿Procuras imitarla?

Punto 2.º *María y José llegan á Belén, y no hallan posada.*—Considera cómo la entrada de la Virgen en Belén fué en ocasión de tanto concurso de gente, que no halló quien la hospedase; ni en el mesón ú hospedería pública hubo aposento donde estuviese; y así le fué forzoso recogerse con su Esposo en un establo de animales, trazándolo así la Divina Providencia, para que el Hijo de Dios entrase en el mundo mendigando y padeciendo, sin que hubiese uno que se compadeciese de su trabajo. Contempla á los dos santos Esposos recorriendo penosamente las calles de Belén, fatigados del largo camino que acababan de hacer; llaman á las casas de los parientes y amigos, los cuales se excusan, diciendo que no tienen lugar; van á la posada pública, y al verlos con un exterior tan pobre, tampoco los admiten. ¡Oh providencia admirable y adorable del Señor! Los hombres del mundo tienen palacios y casas muy acomodadas, y los ricos de Belén están muy abrigados y aposentados á su gusto; y la Reina de cielo y tierra, y la Emperatriz del universo, y el Hijo divino que lleva en su seno, siendo Hijo del eterno Padre, Señor de todo lo creado, viniendo á buscar posada á su ciudad y entre sus parientes, se ven desechados y no hallan donde hospedarse. Cuán bien comienzan á cumplirse las palabras que después dirá este Señor [1]: «Las raposas tienen sus madrigueras, y las aves del cielo sus nidos, y el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza». Pero mira la causa de no hallar posada la Virgen en Belén, y verás que fué la ignorancia de aquella gente; porque, llegando esta Señora con su Hijo á sus puertas, no los conocieron, ni supieron el bien que les viniera si les admitieran, admitiendo otros huéspedes de quienes podían recibir poco ó ningún provecho. ¡Oh Maestra soberana! Abrid los ojos de mi entendimiento, para que conozca á mi Dios cuando viene á visitarme. No sea yo tan insensato como los de Belén, que menosprecie vuestra visita, y cerrándoos la puerta de mi corazón, os obligue á apartaros de la casa de mi alma. ¿Has meditado tú los desprecios que sufre María en Belén? ¿Sentirás todavía el ser despreciado? ¿Cómo recibes las visitas del Señor?

Punto 3.º *Paciencia y conformidad con que María soportó su desamparo.*—Considera en este punto la paciencia y resignación admirables con que la Virgen Santísima y san José llevaron aquel trabajo y desamparo, y la alegría con que sufrieron los desvíos de los que los desechaban por ser pobres, y el gusto con que se recogieron en el establo, tomando para sí el lugar más desechado de la tierra. Porque de sus labios no salió ni una sola queja, ni su corazón sintió la turbación más ligera, ni el más insignificante resentimiento suspendió un solo momento la tranquilidad de su alma; sintiendo mucho más el bien de que se privaban aquellos que no querían admitirlos, que su propio mal

[1] Luc., II, 1. — [2] Cant., II, 11.

[1] Luc., IX, 58.

y desamparo. Entonces levantarían su corazón al cielo, y dirigiéndose al Padre Eterno le dirían [1]: «Señor, á Ti ha sido abandonado el pobre; Tú serás el ayudador y amparador del huérfano». Pondera particularmente las causas de esta paciencia y paz inalterable de la Virgen en una situación tan apurada. Estas son principalmente la voluntad de Dios, á la cual estaba sujeta incondicionalmente; el ejemplo del divino Hijo que llevaba en su seno, cuya humildad, paciencia y resignación conocía; la compañía de Jesús, con la cual todos los trabajos son suaves y las penas más amargas son dulces; el ejemplo de san José, ya el que debía darle, ya el que del mismo recibía. Imita á esta Señora, hermanando en ti la humildad y pobreza con la paciencia y alegría, y procurando para ti lo peor y más desechado del mundo, llevándolo con paciencia cuando te cupiere en suerte; pues no puede haber mayor suerte que imitar á la Virgen, como Ella imitó á Jesucristo. ¡Oh Virgen santa! También yo os digo, señalándome á mí mismo, *tibi derelictus est pauper;* pobre y miserable, me arrojo en vuestras manos; no me desechéis. Bien merecía vuestro desprecio, habiendo buscado antes que á Vos á miserables criaturas que me cobijaran y me franquearan un lugar en su corazón. Mas conozco mi error y lo ingrato que he sido con Vos. Sin embargo, admitidme, Madre mía, que jamás os dejaré. ¡Oh alma! ¿Cómo llevas las humillaciones y el desamparo de los hombres? ¿Te quejas en tales casos de la Providencia?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán admirables son los caminos de la divina Providencia! Jesús está para nacer; la Virgen, su Madre, está en Nazareth, y su nacimiento se ha de verificar en Belén. ¿De qué medios se valdrá el Señor para que todo se verifique según sus designios? ¡Oh sabiduría de Dios! El emperador de los romanos da un decreto, por el cual José y María se ven obligados á salir de su ciudad, dirigiéndose á Belén. De este modo, por una parte, Dios ve que se cumplen sus trazas, los hombres tenemos modelos perfectos á quienes imitar, y los ángeles ocasión de ejercitar su ternura y amor con el divino Hijo y su celestial Madre. Mira á esta Señora admirable, con qué prontitud obedece, con qué recogimiento camina, con qué resignación sufre los desvíos de los moradores de Belén, y con qué alegría se recoge al establo, lugar de animales, el más despreciado del mundo, en el cual ni los más pobres habrían querido recogerse. ¡Desgraciados habitantes de Belén! ¡Cuánto os perjudica vuestra ignorancia! Dios y su Madre se ofrecen á ser vuestros huéspedes, y á cobijarse bajo vuestro techo, y los desecháis, y admitís á muchos de quienes poco ó nada podéis esperar. Y tú, alma cristiana, ¿cuántas veces has desechado á tu Dios? ¿Cuántas veces llamaba á la puerta de tu corazón con santas inspiraciones, súplicas, remordimientos, y has hecho el sordo? Cuando te has visto despreciado, ¡qué sentimiento! ¡qué quejas tan amargas! ¿Qué harás en adelante? ¿No te abrazarás con los desprecios y desvío de los hombres? Mira á María y á José, y avergüénzate de tu delicadeza: propón imitar sus virtudes, y con humilde confianza pídeles para ti y para los demás.

[1] Psalm. x, 14.

19.—PURIFICACIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.

PRELUDIO 1.° Transcurridos los cuarenta días desde el nacimiento de Jesús, María fué al templo á cumplir con la ley de la purificación, ejercitando en esto excelentes virtudes.

PRELUDIO 2.° Represéntate á María cumpliendo este precepto legal.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar las virtudes que te enseña María.

Punto 1.° *María en su purificación dió ejemplos de amor al recogimiento y á la pureza de corazón.*—Pasados los cuarenta días que fijaba la ley [1] para la mujer que había dado á luz á un hijo varón, salió María de su retiro, y fué al templo para cumplir con la ley de la purificación, ofreciendo, como pobre, un par de tórtolas ó palominos, y pidiendo al sacerdote que rogase por Ella. ¡Qué virtudes tan excelentes descubre nuestra Señora en esta ocasión! Pondera primeramente su grande amor al recogimiento, que guardó con tanto gusto, que, cuando la ley no lo mandara, gustara Ella de estar aquellos cuarenta días en su rincón, apartada del tráfago y bullicio del mundo, y atenta solamente á contemplar las grandezas inefables de su Hijo, y á criarle con amor; y con Él se hallaba tan harta y contenta, que no echaba menos la compañía de todo el mundo. Admira luego la otra virtud excelente que te enseñó en este día, que fué grande amor á la pureza y limpieza de corazón, dando de ella muestras en que, con ser purísima, gustó de purificarse más, guardando la ley de la purificación, de la cual ninguna necesidad tenía, á fin que de Ella pudiese decir su Amado [2]: «Toda eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha alguna». Vuelve ahora sobre ti los ojos, y, al ver las muchas culpas y pecados que afean tu alma, y la libertad que tienes en el mirar, andar y parlar, y la repugnancia que sientes á la soledad, recogimiento y silencio, no podrás menos de confundirte y avergonzarte, viéndote tan lejos de imitar estas dos virtudes de María. La causa de esto es porque, muy distraído en las cosas exteriores, entras pocas veces y aun sin detenerte dentro de ti mismo, donde mora Dios; por lo cual, faltándote el consuelo exterior y careciendo del interior, vives triste, el silencio se te hace insoportable, la soledad un destierro y el recogimiento un suplicio. Si, imitando á tu Madre, te acostumbrases á hablar con Dios y á escuchar su divina voz

[1] Levit., XII, 2. — [2] Cant., IV, 7.

y desamparo. Entonces levantarían su corazón al cielo, y dirigiéndose al Padre Eterno le dirían [1]: «Señor, á Ti ha sido abandonado el pobre; Tú serás el ayudador y amparador del huérfano». Pondera particularmente las causas de esta paciencia y paz inalterable de la Virgen en una situación tan apurada. Estas son principalmente la voluntad de Dios, á la cual estaba sujeta incondicionalmente; el ejemplo del divino Hijo que llevaba en su seno, cuya humildad, paciencia y resignación conocía; la compañía de Jesús, con la cual todos los trabajos son suaves y las penas más amargas son dulces; el ejemplo de san José, ya el que debía darle, ya el que del mismo recibía. Imita á esta Señora, hermanando en ti la humildad y pobreza con la paciencia y alegría, y procurando para ti lo peor y más desechado del mundo, llevándolo con paciencia cuando te cupiere en suerte; pues no puede haber mayor suerte que imitar á la Virgen, como Ella imitó á Jesucristo. ¡Oh Virgen santa! También yo os digo, señalándome á mí mismo, *tibi derelictus est pauper;* pobre y miserable, me arrojo en vuestras manos; no me desechéis. Bien merecía vuestro desprecio, habiendo buscado antes que á Vos á miserables criaturas que me cobijaran y me franquearan un lugar en su corazón. Mas conozco mi error y lo ingrato que he sido con Vos. Sin embargo, admitidme, Madre mía, que jamás os dejaré. ¡Oh alma! ¿Cómo llevas las humillaciones y el desamparo de los hombres? ¿Te quejas en tales casos de la Providencia?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán admirables son los caminos de la divina Providencia! Jesús está para nacer; la Virgen, su Madre, está en Nazareth, y su nacimiento se ha de verificar en Belén. ¿De qué medios se valdrá el Señor para que todo se verifique según sus designios? ¡Oh sabiduría de Dios! El emperador de los romanos da un decreto, por el cual José y María se ven obligados á salir de su ciudad, dirigiéndose á Belén. De este modo, por una parte, Dios ve que se cumplen sus trazas, los hombres tenemos modelos perfectos á quienes imitar, y los ángeles ocasión de ejercitar su ternura y amor con el divino Hijo y su celestial Madre. Mira á esta Señora admirable, con qué prontitud obedece, con qué recogimiento camina, con qué resignación sufre los desvíos de los moradores de Belén, y con qué alegría se recoge al establo, lugar de animales, el más despreciado del mundo, en el cual ni los más pobres habrían querido recogerse. ¡Desgraciados habitantes de Belén! ¡Cuánto os perjudica vuestra ignorancia! Dios y su Madre se ofrecen á ser vuestros huéspedes, y á cobijarse bajo vuestro techo, y los desecháis, y admitís á muchos de quienes poco ó nada podéis esperar. Y tú, alma cristiana, ¿cuántas veces has desechado á tu Dios? ¿Cuántas veces llamaba á la puerta de tu corazón con santas inspiraciones, súplicas, remordimientos, y has hecho el sordo? Cuando te has visto despreciado, ¡qué sentimiento! ¡qué quejas tan amargas! ¿Qué harás en adelante? ¿No te abrazarás con los desprecios y desvío de los hombres? Mira á María y á José, y avergüénzate de tu delicadeza: propón imitar sus virtudes, y con humilde confianza pídeles para ti y para los demás.

[1] Psalm. x, 14.

19.—PURIFICACIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.

PRELUDIO 1.° Transcurridos los cuarenta días desde el nacimiento de Jesús, María fué al templo á cumplir con la ley de la purificación, ejercitando en esto excelentes virtudes.

PRELUDIO 2.° Represéntate á María cumpliendo este precepto legal.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar las virtudes que te enseña María.

Punto 1.° *María en su purificación dió ejemplos de amor al recogimiento y á la pureza de corazón.*—Pasados los cuarenta días que fijaba la ley [1] para la mujer que había dado á luz á un hijo varón, salió María de su retiro, y fué al templo para cumplir con la ley de la purificación, ofreciendo, como pobre, un par de tórtolas ó palominos, y pidiendo al sacerdote que rogase por Ella. ¡Qué virtudes tan excelentes descubre nuestra Señora en esta ocasión! Pondera primeramente su grande amor al recogimiento, que guardó con tanto gusto, que, cuando la ley no lo mandara, gustara Ella de estar aquellos cuarenta días en su rincón, apartada del tráfago y bullicio del mundo, y atenta solamente á contemplar las grandezas inefables de su Hijo, y á criarle con amor; y con Él se hallaba tan harta y contenta, que no echaba menos la compañía de todo el mundo. Admira luego la otra virtud excelente que te enseñó en este día, que fué grande amor á la pureza y limpieza de corazón, dando de ella muestras en que, con ser purísima, gustó de purificarse más, guardando la ley de la purificación, de la cual ninguna necesidad tenía, á fin que de Ella pudiese decir su Amado [2]: «Toda eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha alguna». Vuelve ahora sobre ti los ojos, y, al ver las muchas culpas y pecados que afean tu alma, y la libertad que tienes en el mirar, andar y parlar, y la repugnancia que sientes á la soledad, recogimiento y silencio, no podrás menos de confundirte y avergonzarte, viéndote tan lejos de imitar estas dos virtudes de María. La causa de esto es porque, muy distraído en las cosas exteriores, entras pocas veces y aun sin detenerte dentro de ti mismo, donde mora Dios; por lo cual, faltándote el consuelo exterior y careciendo del interior, vives triste, el silencio se te hace insoportable, la soledad un destierro y el recogimiento un suplicio. Si, imitando á tu Madre, te acostumbrases á hablar con Dios y á escuchar su divina voz

[1] Levit., XII, 2. — [2] Cant., IV, 7.

en lo secreto de tu corazón, hallarías en el retiro todo tu contento y vida. Pues, ¿qué te conviene practicar para esto? ¿En qué te debes reformar? ¡Oh Madre amante! Cierto es que apenas he entrado en el camino interior, y por esto los primeros pasos de él se me hacen muy ásperos; por aquel santo recogimiento que tuvisteis en compañía de vuestro Hijo, os suplico me alcancéis amor á la soledad y al retiro, para oir en él la dulce voz de mi Amado.

Punto 2.° *En la purificación ejercitó María la obediencia y la humildad.*—Considera cómo María ejercitó también en su purificación la más heroica obediencia. Ella sabía perfectamente que no estaba obligada á guardar esta ley, pues no había concebido por obra de varón, y tanto la concepción del divino Hijo como su nacimiento, se habían obrado milagrosamente, sin padecer ningún detrimento su integridad virginal; con todo, quiso cumplirla enteramente, como cumplió su Hijo la ley de la circuncisión, por conformarse con las demás mujeres y por guardar las leyes comunes á todos, sin querer exención, ni privilegio, ni dispensación, ni usar de epiqueyas ó interpretaciones, aun en lo que pudiera lícitamente usarlas. Y así, cumplidos los cuarenta días, con gran puntualidad y presteza se puso en camino para Jerusalén, con rara modestia y alegría, gozándose con el Hijo que llevaba en sus brazos, de cuyo ejemplo aprendía este modo de obedecer. Con esta obediencia juntó otra virtud que siempre la acompaña, y sin la cual difícilmente existe, cual es la humildad. Por ella María consintió en ser tratada como inmunda y como quien tenía necesidad de purificarse, como si no fuese virgen, mostrando en esto grande amor á la pureza y humillación, con cuyo ejemplo te has de confundir de verte tan soberbio, y deseoso de que te tengan por limpio y santo, siendo por otra parte pecador, y tan sucio y abominable, que tus justicias, como dijo el profeta Isaías [1], son como paño manchado con asquerosa sangre. Y no menos debes confundirte de ver tu poca ó ninguna obediencia, buscando siempre pretextos y excusas para eludir lòs preceptos de tus superiores, ó pidiendo dispensas, ó dando interpretaciones arbitrarias, con el fin de echar de ti el yugo de la ley. ¡Oh Virgen humildísima y obedientísima! Ya no me admira, al veros tan obediente, que hayáis triunfado de todos vuestros enemigos, y que, siendo tan humilde, hayáis atraído el corazón y los ojos de Dios. Lo que me admira, espanta y hace temblar es que, viéndoos tan obediente, sea yo tan rebelde, y que vuestra humildad no haya vencido mi soberbia. ¿Hasta cuándo menospreciaré estas dos virtudes tan esenciales, y que con tanta perfección me enseña María?

Punto 3.° *En su purificación ejercitó María la pobreza*

[1] Isai., LXIV, 6.

y la devoción.—Considera cómo María en su purificación quiso enseñarte el amor tan entrañable que tenía á la pobreza, hermana de la humildad, dándote ejemplo muy visible de ella, para aficionarte á una virtud que es como la puerta para entrar en la escuela del Salvador. Quizá pudo María, con el oro que le dieron los Magos, comprar un cordero y ofrecerle al Señor, como lo hacían las mujeres ricas y nobles; pero prefirió tratarse como pobre, y ofrecer el sacrificio que estaba señalado para los pobres, que eran dos tórtolas ó dos palominos. Aprende de María á contentarte con parecer y ser verdaderamente pobre, y no sólo en el espíritu, esto es, de corazón, teniéndole desprendido de las cosas terrenas, sino también en la realidad, si así lo dispone aquel Señor, que, siendo riquísimo y dueño de todo, al venir al mundo quiso verse privado de todo, hasta morir desnudo, sediento y desangrado en la cruz. Pondera, finalmente, la otra virtud excelente que practicó María, que fué gran devoción y reverencia con que dió esta ofrenda al sacerdote, pidiéndole con grande humildad rogase á Dios por Ella, siendo Ella tal que podía rogar por todos. Con estas virtudes añadió la Virgen Santísima muchos afectos vivísimos de intención pura y derecha, no buscándose en nada á sí misma, ni su gloria ó alabanza, sino sólo la gloria de Dios, encendidos con el fuego de la caridad más ardiente y resplandecientes con el oro de la celestial sabiduría. ¡Oh Virgen sacratísima! Gózome de veros tan rica de virtudes y tan diligente y cuidadosa en ejercitarlas; ahora veo con cuánta verdad sois azucena entre espinas, porque en vuestra comparación nosotros estamos afeados y denegridos con las espinas de nuestros pecados, y Vos sois azucena blanquísima y purísima, enriquecida con soberanas virtudes. ¡Oh alma mía! ¡Si tú lograses poseer la virtud de la pobreza y de la devoción que tanto adornaban á tu santísima Madre! ¿Cuándo y en qué cosas las puedes ejercitar?

Epílogo y coloquios. Modelo perfecto y ejemplar acabado de delicadas virtudes se ostenta María en su purificación. Su amor al retiro la retiene por cuarenta días en su casa, antes de ir á Jerusalén á cumplir las prescripciones de la ley; y allí está tan contenta, se halla tan gozosa, disfruta de tales delicias, ocupada en la contemplación y servicio de su divino Hijo, que no siente el verse privada de la compañía de los hombres. El celo por la pureza y limpieza de su alma oblígala á guardar la ley de la purificación, por más que ninguna necesidad tenía de ella. ¡Cuánta fué su obediencia! Por ella se sometió á una ley afrentosa, que de ningún modo la comprendía, sin desear exenciones, ni dispensas, ni buscar interpretaciones de ninguna clase, por las cuales pudiese apartarse de su dominio. ¡Cuán profunda fué su humildad! Siendo santísima, se presenta como pecadora; siendo Virgen singular, quiere pasar por una mujer ordinaria como las otras; habiendo concebido milagrosamente, oculta esta gracia, sujetán-

dose al precepto, que sólo ha sido impuesto á las mujeres que conciben y dan á luz según el orden natural. ¿Qué podrás decir de su pobreza? ¿Qué de la devoción con que se presentó al templo para poner en manos del sacerdote su ofrenda y pedirle sus oraciones? Verdaderamente, María, sois en todas las cosas admirable. Ya no me maravilla oir á los ángeles, que, al veros tan rica de virtudes, tan olorosa de buenas obras, tan abastecida de méritos, y apoyada en vuestro Amado, asombrados pregunten por vuestro nombre. Y nosotros, ¿amamos á María? ¿Imitamos sus excelentes virtudes? ¿Somos, á semejanza de Ella, humildes, obedientes, recogidos, pobres y devotos con el Señor? Lloremos nuestra reprensible tibieza; resolvámonos á seguir desde hoy un camino opuesto, y al efecto importunemos al Señor con fervientes súplicas, rogando por nosotros y por todo el mundo.

20.—PRESENTACIÓN DEL NIÑO JESUS AL TEMPLO.

PRELUDIO 1.° María presentó á su Hijo en el templo, ofreciéndolo al eterno Padre, y después lo redimió, pagando por Él el precio señalado.

PRELUDIO 2.° Represéntate á María en este suceso de su vida, ofreciendo á Jesús.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber imitar la devoción y desprendimiento de María.

Punto 1.° *María presentó y ofreció á su Hijo en el templo.*—Considera cómo la ley de los hebreos mandaba que todos sus primogénitos fuesen ofrecidos á Dios, como santos, y dedicados y consagrados á su servicio y honor, en reconocimiento de la merced que les hizo en sacarles de Egipto, matando en una noche todos los primogénitos de los egipcios. En cumplimiento de esta ley, la Virgen nuestra Señora llevó á su Hijo al templo para ofrecerlo al eterno Padre[1]. Pondera aquí el espíritu y devoción con que María haría este ofrecimiento tan excelente, en su nombre y de todo el linaje humano, al Padre celestial, y los fines porque le haría. Diríale con el mayor afecto: «Veis aquí, ¡oh Padre eterno!, á vuestro Unigénito en cuanto Dios, y primogénito mío en cuanto hombre, el que era representado por todos los primogénitos que hasta aquí se os han ofrecido, y cuya ofrenda habéis tanto deseado. Yo os le ofrezco con todo mi corazón en hacimiento de gracias de habérmele dado; pues no tengo cosa más copiosa que ofreceros: vuestro es, tomadle para Vos, en quien estará más bien empleado que en mí». Con estos mismos afectos de devoción, caridad para con los hombres y deseos de su bien, le ofrecería por la salud de todo el mundo y para que su redención fuese muy copiosa en olor de santidad. Recordaría al Padre eterno que su ofrenda, por razón de lo que ofrecía, era infinitamente más santa que la de Abraham, más copiosa que

[1] Exod., XIII, 2.

la de Abel, más suave que la de Noé, y más excelente que todas las que ordenó Moisés, y, fundada en estos títulos, le pediría fervorosamente la aceptase, y que por ella se dignase hacernos bien. Mira cómo María, de tal modo ofreció á su Hijo por todo el mundo, que también le ofreció por ti en particular; y examina cómo agradeces á tu santísima Madre esta tan preciosa dádiva, y ofrécete todo á su servicio y amor. ¡Oh Madre bondadosísima! Gracias os doy cuantas puedo por esta ofrenda tan soberana que hacéis de vuestro Hijo por mi salvación. Yo, por mis pecados, me había hecho indigno de que os acordaseis de mí; mas, pues sois tan generosa, que por mi amor os desprendéis de vuestro tesoro, yo también por amor vuestro me desprenderé de todas las cosas y de mí mismo para serviros. ¿Son estos los sentimientos de nuestro corazón? ¿Mostramos de algún modo nuestro agradecimiento á María?

Punto 2.° *María rescató por cinco siclos á su Hijo.*—Considera cómo también mandaba la ley que los primogénitos, luego de presentados, fuesen redimidos por cinco siclos por sus padres, los cuales con esta paga volvían á tener perfecto dominio sobre ellos[1]. Esta ceremonia practicó también la Virgen Santísima en esta ocasión; porque el Padre eterno, á quien ofreció el Niño, no quiso quedarse, ni alzarse con lo que se le dió, sino de nuevo quiso darle al mundo, y vendérsele por su bien, dando muestras muy excelentes de su infinita bondad y caridad. Y así María, en nombre de todo el mundo, lo compró y redimió, para criarle como hijo suyo; pero tampoco quiso alzarse con Él, sino criarle para nosotros y comprarle para que se ocupase en nuestro bien. Pondera qué sentiría la Virgen Santísima al dar los cinco siclos para el rescate de su Hijo; porque por una parte se confundiría de ver que á tan bajo precio se compraba lo que valía más que todo el cielo y la tierra; por otra, bendeciría la misericordia y benignidad del Padre celestial, el cual tan de balde nos da á aquel su Hijo en quien tiene sus complacencias. Ya miraría con ternura á su Hijo, alabándole por el cariño que muestra á los hombres entregándose tan generosa y liberalmente por su rescate; ya fijaría su consideración en el mundo, el cual, á pesar de poder comprar tan fácilmente su dicha y felicidad, loco é ignorante la rechaza, y esto amargaría sumamente el Corazón de esta Madre, la cual no por esto dejó de redimir y comprar á su Hijo, que sabía que se entregaría por esclavo y siervo de los hombres. Aprende de María á comprar á Jesús por cinco siclos, esto es, con la mortificación de los cinco sentidos y con la práctica de las cinco virtudes que te disponen para alcanzar la gracia, que son: fe viva, temor de Dios, dolor de pecados, confianza y perseverancia en cumplir la divina voluntad. ¡Oh Vir-

[1] Exod., XIII, 13; Levit., XXVII, 26.

gen santa! ¿Cómo osáis comprar por tan vil precio á vuestro Jesús? ¿Por cinco siclos compráis á Dios? ¿Y aun no le compráis para Vos, sino para mí? Bendita sea la humildad profundísima de vuestro Hijo y vuestra ardentísima caridad, por las cuales os ruego que me deis tal luz, que nunca venda, ni por todo el mundo, la gracia que me habéis alcanzado.

Punto 3.° *Dolor de María en la profecía de Simeón.*—Considera cómo, estando todavía la Virgen en el templo, entró en él un santo anciano, el cual, viendo al divino Jesús, á quien acababa de rescatar su Madre santísima, iluminado con una celestial claridad, le tomó en sus brazos, y dirigiéndose á María, después de haber dado gracias al Señor por el favor de que disfrutaba, la dijo [1]: «Mira que este Niño está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y por señal á quien se ha de contradecir, y tu misma alma será traspasada con un cuchillo». Pondera aquí las trazas de que se vale Dios para aguar los contentos de la Virgen, enseñándote que en este mundo no hay ni puede haber felicidad completa y perfecta. Y así, cuando más gozosa estaba María, ya por haber rescatado á su divino Hijo, ya por las alabanzas que á este Hijo suyo se tributaban, quiere descubrirla los trabajos que ha de padecer el Niño, y el cuchillo de dolor que por su causa ha de atravesar su alma, para que desde luego comenzase á tener atravesado aquel cuchillo, y gustase la amargura de la Pasión. Desde este momento la vida toda de la Virgen fué como un mar tempestuoso, cuyas olas amarguísimas se empujaban unas á otras; la luz que le manifestaba las penas y trabajos de su Hijo era tan brillante, que nada se le ocultaba de cuanto había de padecer; y conforme pasaban los días y los años, el dolor y el temor iba en aumento, porque se aproximaba el tiempo en que habían de tener doloroso cumplimiento los tristes anuncios de Simeón y fatal desenlace de la trabajosa vida de Jesús. Compadécete de esta Madre que tales tormentos padece. ¡Oh Madre de dolor! Muy presto comenzáis vuestra dolorosa carrera, que no ha de terminar hasta que veáis á vuestro Hijo resucitado; preparaos para experimentar Vos también las contradicciones del mundo, porque no es posible que tenga paz aquella Madre cuyo Hijo es objeto de cruel guerra. Dadme, Señora, por este dolor alguna parte en las contradicciones de vuestro Hijo, para que en el cielo tenga parte en sus eternas bendiciones. ¿No nos compadecemos nosotros del dolor de María? ¿No procuramos aliviar su pena siendo dóciles y verdaderos discípulos de Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta devoción y con qué espíritu tan agradecido ofrece María al Padre eterno su divino Hijo! ¡Cuánto agradecería este amoroso Padre tal ofrenda!

[1] Luc., II, 34, 35.

Jamás se le había hecho otra de tanto valor y excelencia; ni los sacrificios de Abel, Noé, Abraham y Jacob, ni las ofrendas todas que había ordenado Moisés por su inspiración, habían sido tan aceptas á sus divinos ojos, ni en ellas había hallado otra complacencia que el recuerdo de la que le hace en esta ocasión María. Esta Señora ofrece á su divino Hijo, y el Padre Eterno le mira con agrado, y por su respeto principia á envainar la espada con que amenazaba á los hombres sus hermanos. ¡Bendita sea la caridad del Padre, la misericordia del Hijo y el maternal desprendimiento de María! Mas, aunque el Señor acepta la ofrenda de la Virgen, no se queda con ella, sino que la devuelve al mundo, vendiéndola por cinco siclos, que paga María en nombre propio y de todos los hombres. Mira la generosidad de este Padre que por tan bajo precio te da lo que vale más que el mundo entero; mira el amor de la Virgen á los hombres, que, aunque rescata á su Hijo, no lo rescata para sí, sino para ellos; mira la humildad del Hijo, que consiente ser vendido por tan insignificante cantidad. ¿Qué debes hacer tú por ellos? ¿Cómo has de corresponder á tales muestras de amor? Fija tus ojos en María, la cual, en medio de los gozos santos que le causan las alabanzas que de su Hijo oye, siente atravesado su Corazón por dolorosa y larguísima espada, viendo desplegarse ante sus ojos el espantoso cuadro de las penas y persecuciones de su Hijo. Así sabe el Señor mezclar en la vida de los santos los gozos y los dolores. ¿No te compadeces de tu Madre? ¿No te resignarás en los trabajos? ¿Qué debes hacer para esto? Piénsalo con detención; examina lo que de ti desea María; y, resuelto á darla gusto, forma eficaces y particulares propósitos; ora al Señor que te ayude á ponerlos en práctica y que despache favorablemente todo cuanto desees obtener.

21.—HUIDA Á EGIPTO.

PRELUDIO 1.° Avisados por un ángel, salieron la Virgen y san José para Egipto, en donde permanecieron, sufriendo grandes privaciones, hasta recibir nuevo aviso del cielo.

PRELUDIO 2.° Represéntate á María y José huyendo á Egipto.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber imitar las virtudes de la Virgen.

Punto 1.° *Obediencia de María al ser avisada por su Esposo.*—Habiendo oído Herodes las cosas que se hablaban de Jesús, y visto que los Magos le habían engañado, resolvió matarle, decretando para esto el degüello de todos los niños de los alrededores de Belén menores de dos años [1]. ¡Adónde conduce la ambición y deseo de gobernar no refrenado! El Padre eterno, para librar á su Hijo, envió un ángel á José, cabeza de la sagrada

[1] Matth., II, 13.

gen santa! ¿Cómo osáis comprar por tan vil precio á vuestro Jesús? ¿Por cinco siclos compráis á Dios? ¿Y aun no le compráis para Vos, sino para mí? Bendita sea la humildad profundísima de vuestro Hijo y vuestra ardentísima caridad, por las cuales os ruego que me deis tal luz, que nunca venda, ni por todo el mundo, la gracia que me habéis alcanzado.

Punto 3.° *Dolor de María en la profecía de Simeón.*—Considera cómo, estando todavía la Virgen en el templo, entró en él un santo anciano, el cual, viendo al divino Jesús, á quien acababa de rescatar su Madre santísima, iluminado con una celestial claridad, le tomó en sus brazos, y dirigiéndose á María, después de haber dado gracias al Señor por el favor de que disfrutaba, la dijo [1]: «Mira que este Niño está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y por señal á quien se ha de contradecir, y tu misma alma será traspasada con un cuchillo». Pondera aquí las trazas de que se vale Dios para aguar los contentos de la Virgen, enseñándote que en este mundo no hay ni puede haber felicidad completa y perfecta. Y así, cuando más gozosa estaba María, ya por haber rescatado á su divino Hijo, ya por las alabanzas que á este Hijo suyo se tributaban, quiere descubrirla los trabajos que ha de padecer el Niño, y el cuchillo de dolor que por su causa ha de atravesar su alma, para que desde luego comenzase á tener atravesado aquel cuchillo, y gustase la amargura de la Pasión. Desde este momento la vida toda de la Virgen fué como un mar tempestuoso, cuyas olas amarguísimas se empujaban unas á otras; la luz que le manifestaba las penas y trabajos de su Hijo era tan brillante, que nada se le ocultaba de cuanto había de padecer; y conforme pasaban los días y los años, el dolor y el temor iba en aumento, porque se aproximaba el tiempo en que habían de tener doloroso cumplimiento los tristes anuncios de Simeón y fatal desenlace de la trabajosa vida de Jesús. Compadécete de esta Madre que tales tormentos padece. ¡Oh Madre de dolor! Muy presto comenzáis vuestra dolorosa carrera, que no ha de terminar hasta que veáis á vuestro Hijo resucitado; preparaos para experimentar Vos también las contradicciones del mundo, porque no es posible que tenga paz aquella Madre cuyo Hijo es objeto de cruel guerra. Dadme, Señora, por este dolor alguna parte en las contradicciones de vuestro Hijo, para que en el cielo tenga parte en sus eternas bendiciones. ¿No nos compadecemos nosotros del dolor de María? ¿No procuramos aliviar su pena siendo dóciles y verdaderos discípulos de Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta devoción y con qué espíritu tan agradecido ofrece María al Padre eterno su divino Hijo! ¡Cuánto agradecería este amoroso Padre tal ofrenda!

[1] Luc., II, 34, 35.

Jamás se le había hecho otra de tanto valor y excelencia; ni los sacrificios de Abel, Noé, Abraham y Jacob, ni las ofrendas todas que había ordenado Moisés por su inspiración, habían sido tan aceptas á sus divinos ojos, ni en ellas había hallado otra complacencia que el recuerdo de la que le hace en esta ocasión María. Esta Señora ofrece á su divino Hijo, y el Padre Eterno le mira con agrado, y por su respeto principia á envainar la espada con que amenazaba á los hombres sus hermanos. ¡Bendita sea la caridad del Padre, la misericordia del Hijo y el maternal desprendimiento de María! Mas, aunque el Señor acepta la ofrenda de la Virgen, no se queda con ella, sino que la devuelve al mundo, vendiéndola por cinco siclos, que paga María en nombre propio y de todos los hombres. Mira la generosidad de este Padre que por tan bajo precio te da lo que vale más que el mundo entero; mira el amor de la Virgen á los hombres, que, aunque rescata á su Hijo, no lo rescata para sí, sino para ellos; mira la humildad del Hijo, que consiente ser vendido por tan insignificante cantidad. ¿Qué debes hacer tú por ellos? ¿Cómo has de corresponder á tales muestras de amor? Fija tus ojos en María, la cual, en medio de los gozos santos que le causan las alabanzas que de su Hijo oye, siente atravesado su Corazón por dolorosa y larguísima espada, viendo desplegarse ante sus ojos el espantoso cuadro de las penas y persecuciones de su Hijo. Así sabe el Señor mezclar en la vida de los santos los gozos y los dolores. ¿No te compadeces de tu Madre? ¿No te resignarás en los trabajos? ¿Qué debes hacer para esto? Piénsalo con detención; examina lo que de ti desea María; y, resuelto á darla gusto, forma eficaces y particulares propósitos; ora al Señor que te ayude á ponerlos en práctica y que despache favorablemente todo cuanto desees obtener.

21.—HUIDA Á EGIPTO.

PRELUDIO 1.° Avisados por un ángel, salieron la Virgen y san José para Egipto, en donde permanecieron, sufriendo grandes privaciones, hasta recibir nuevo aviso del cielo.

PRELUDIO 2.° Represéntate á María y José huyendo á Egipto.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber imitar las virtudes de la Virgen.

Punto 1.° *Obediencia de María al ser avisada por su Esposo.*—Habiendo oído Herodes las cosas que se hablaban de Jesús, y visto que los Magos le habían engañado, resolvió matarle, decretando para esto el degüello de todos los niños de los alrededores de Belén menores de dos años [1]. ¡Adónde conduce la ambición y deseo de gobernar no refrenado! El Padre eterno, para librar á su Hijo, envió un ángel á José, cabeza de la sagrada

[1] Matth., II, 13.

familia, que le dijese: «Levántate, toma al Niño y á su Madre, y vete á Egipto». Así lo hizo el santo patriarca, y apenas su celestial Esposa oyó su voz, se preparó á obedecer. Pondera aquí, para tu enseñanza, la admirable obediencia de María á la orden del cielo y la humildad y rendimiento cómo se sujeta á san José. Porque Ella no se excusa ni por lo intempestivo de la hora, ni por lo riguroso de la estación, ni por la distancia del lugar, ni por la debilidad y delicadeza del Niño; Ella no siente ni siquiera un movimiento contrario á la orden que le impone; no dice que podría Dios ocultarlos milagrosamente, ó defenderlos por ministerio de algún ángel, como había defendido á Elíseo, ó que á lo menos podrían ir al país de los Magos, en donde su Hijo sería venerado y honrado, aquellas gentes edificadas y muchos se convertirían. Tampoco se quejó de que aquella obediencia se hubiese intimado á José y no á Ella, como más interesada de algún modo en la conservación de la vida de Jesús; porque le gustaba obedecer, no sólo á Dios, sino á toda criatura por su amor, y estaba muy lejos de decir lo que dijo María[1] hermana de Moisés: «¿Por ventura habla Dios por Moisés solo, y no también por nosotros?» Aprende de la Virgen este modo de obediencia tan puntual, pronta, ciega y sencilla, gustando, como Ella, de ser gobernado por otros, y que de otros se haga más caso que de ti, teniendo por suma dicha saber la divina voluntad y cumplirla, ora la sepas por revelación de Dios ó de sus ángeles, ora por dicho y ordenación de los hombres; porque lo primero es más glorioso, pero en lo segundo se ejercita más la humildad, sujetando el juicio y la voluntad, no solamente á Dios, sino al hombre por el mismo Dios. ¡Oh Virgen obedientísima! ¡Cuánto agradaría á vuestro divino Hijo vuestra puntual y exacta obediencia á la orden que os da vuestro Esposo! Si el Señor se complace en los que oyen su voz y tiemblan á sus palabras, ¿cuánto más se agradaría en Vos, que así venerabais y recibíais las palabras de José, sólo por ver en él representado á Dios? Por esta obediencia os pido me alcancéis esa virtud en grado tan perfecto que nunca obre contra ella, ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra. ¿En qué cosas me aparto yo de esta doctrina? ¿Cómo me he de reformar?

Punto 2.º *Paciencia y conformidad de María durante el viaje.*—Considera en este punto cómo los dos santos esposos, en oyendo la revelación del ángel, arreglando y tomando las pocas cosas que podían llevar consigo, se pusieron en camino para Egipto, obedeciendo con las tres perfecciones que ha de tener la obediencia, que son: rendimiento de juicio, prontitud de voluntad y perfección y exactitud en la obra. Pondera sobre todo su admirable paciencia en los trabajos propios de un tan largo

[1] Num., XII, 2.

viaje, emprendido sin ningún preparativo, y continuado sin abastecimiento alguno material, por medio de un desierto inhabitado; su admirable conformidad con la voluntad de Dios en todos los acontecimientos que les podían ocurrir, ya por la inclemencia del tiempo, ya por motivo de los ladrones y salteadores y de los soldados de Herodes, que tal vez buscarían al Niño para matarle, ya por las fieras y serpientes venenosas. Mas, no sólo caminaban teniendo el espíritu muy resignado á la ordenación del Señor, sino que experimentaban un singular gozo y suave contento haciendo largas jornadas, inundado su corazón de grande alegría interior; porque como sabían ser aquella la voluntad de Dios, y en el cumplimiento de ella ponían todo su contento, nadie podía quitarles el que sentían. Por otra parte, llevaban consigo á Jesús, que era todo su tesoro, su riqueza y felicidad, y esta compañía bastaba para consolarlos en cualquiera soledad y desamparo, sin divertirse ni procurar otros alivios que suelen buscar los caminantes. Mira en tu dulce Madre en dónde has de hallar consuelo y alegría cuando te veas atribulado y afligido. Sea la voluntad de Dios todo tu consuelo, y la compañía de Jesús la fuente inagotable de tu alegría. ¿Has obrado hasta hoy según estos provechosos ejemplos? ¡Oh Dios omnipotente, que tal obediencia, alegría y contento disteis á estos santos queridos vuestros! Por sus merecimientos os suplico me ayudéis, para que os obedezca con rendimiento de juicio, con prontitud de voluntad, con presteza en la ejecución y con alegría de corazón, por sólo cumplir vuestra voluntad, fiándome de vuestra providencia, que tendrá de mí cuidado, si de este modo os obedezco.

Punto 3.º *Estancia de María y José en Egipto.*—Considera cómo María y José estuvieron en Egipto hasta la muerte del tirano Herodes, que fueron, á lo que se cree, cinco ó siete años. Pondera la grande pobreza con que allí vivían, sustentándose con el trabajo de sus manos, en pobre casa, entre gente extraña y desconocida, y muy distintos de ellos en los sentimientos, palabras y costumbres; pero todo lo llevaban con alegría por las dos causas anteriormente dichas. De ellas procedía la grande quietud que allí tenían, de modo que ni deseaban la muerte de Herodes, ni se congojaban con la dilación de su vuelta, remitiéndolo todo á la divina Providencia. Además, como eran tan celosos de la gloria de Dios, vivían allí en continuo dolor por las idolatrías de aquella gente y su perdición; de modo que de cada uno se puede decir lo que san Pedro dice de Lot[1], cuando estaba en Sodoma, que era justo en el mirar y en el oir, viviendo entre aquellos que cada día atormentaban su santa alma con malas obras. Así, es indudable que la Virgen Santísima y san José estaban atormentados en su espíritu por los pecados de aquella

[1] II Petr., II, 8.

gente; pero, siempre conservaban en medio de ellos su pureza y santidad, resplandeciendo como lumbreras del cielo en medio de aquella nación mala. Y es de creer que su santidad, modestia y santa conversación ablandarían los corazones de aquellos bárbaros, y les causarían admiración y respeto; y algunos con su ejemplo se convertirían á Dios, y acudirían á favorecerles con limosnas y dádivas, las cuales aceptarían como pobres para su sustento. En este maravilloso ejemplo has de aprender el modo de conversar en medio del Egipto de este mundo, poblado también de gente bárbara, sin Dios, sin religión, idólatras y con pésimas costumbres. ¡Oh Virgen sacratísima! ¡Cuánto me admira vuestra pobreza, tranquilidad y santísima vida en el destierro de Egipto! ¡Oh, si yo supiera imitaros, ya que el Señor me ha colocado en medio del Egipto del mundo, en donde no hay más que adoradores de ídolos, gente descreída é infiel! Tenedme, Madre mía, de vuestra mano para que, no sólo no me pervierta con los mundanos, sino que mi ejemplo atraiga á muchos al servicio de vuestro Hijo.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán presto comienza María á experimentar el cumplimiento de la triste profecía de Simeón! Apenas ha llegado de Jerusalén y principiado á descansar de su penoso viaje, oye la voz de José, que, en medio del silencio de la noche, interrumpe su sueño, para decirle que Herodes busca al Niño para matarle, y que es voluntad de Dios que salgan al instante para Egipto. ¡Qué precepto tan dificultoso de cumplir! ¡Qué obediencia tan áspera! Mas, ¿cómo lo recibe María? Inclina su cabeza, y empieza á prepararse para tan largo viaje. Ni un suspiro exhala su pecho, ni una queja pronuncian sus labios, ni la menor sombra de resistencia viene á empañar el brillo de su obediencia admirable. Pero, mírala ya caminando por entre malezas, caminos desconocidos, desiertos arenosos, montes poblados de fieras y de ladrones. ¡Cuántas privaciones! ¡Cuánto cansancio! ¡Cuántos dolores! Todo lo supera la paciencia y conformidad de María. Sabe que es voluntad de Dios y tiene consigo á Jesús, y esto le basta para que la alegría venga á inundar su espíritu fatigado. Ya llegan á Egipto; María podrá descansar de su largo camino, y gozar á su placer del amor de su divino Hijo. Mas, ¡ah!, no tienen una choza en donde albergarse, no son de nadie conocidos, carecen del necesario sustento, y se ven rodeados de enemigos de Dios y de su tierno Hijo. Así trata el Padre celestial á la familia más querida que tiene en el mundo. ¿Te atreverás á quejarte en tus tribulaciones? ¿No te resignarás humildemente á sufrir todo lo que el Señor disponga? ¿Mirarás con repugnancia la cruz que Dios te carga sobre los hombros? ¿No te conformarás con las disposiciones de su voluntad soberana? Contempla con admiración á tu dulce Madre en este acontecimiento de su vida, y, resuelto á imitarla, propón con decisión

lo que te conviene hacer y evitar; pide fervoroso la gracia que necesitas, y ruega por todas las necesidades, en particular por la conversión de los infieles.

22.—PÉRDIDA DE JESÚS Y SU ENCUENTRO.

PRELUDIO 1.° Habiendo María perdido á su Hijo, lo buscó con diligencia, y hallándole en el templo, le dió amorosa queja, diciéndole: «Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros?»

PRELUDIO 2.° Represéntate á la Virgen buscando con dolor á Jesús.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar las virtudes que te enseña María.

Punto 1.° *María pierde á Jesús, y con esta ocasión ejercita excelentes virtudes.*—Volviendo José y María de Jerusalén, en donde habían celebrado la Pascua, y creyendo cada uno que Jesús iba con el otro, llegando á la noche á la posada, le echaron de menos, y buscándole entre los conocidos y amigos, no le hallaron [1]. Acerca de lo cual has de ponderar la traza de Dios en querer afligir á estos Santos, que habían de ser los modelos del mundo entero, sin culpa suya, y en ocasión de una obra que hacían por honrarle, y en la cosa que más podía lastimarles, que era perder tal Niño. Pondera en particular las excelentes virtudes que practica María, dándote ejemplo de lo que tú has de hacer en casos semejantes. Mira su paciencia, por la cual no se turba, ni se queja de nuestro Señor, sino que siente vivamente esta pérdida con rendimiento á la ordenación de Dios, con ser pérdida tan grande. Su humildad, porque, como santa, temía culpa ó descuido donde no le había, ó por lo menos atribuía esto á su indignidad; temía si la querría el Señor dejar y seguir ya otro modo de vivir, ó si había tenido algún descuido en mirar por Él, y confesaba que no era digna de tenerle consigo. Su diligencia, porque luego anduvo buscándole con cuidado y pena, por cumplir con su obligación y porque el amor la solicitaba; aunque le buscó entre deudos y conocidos, y por eso no le halló; porque si Cristo quisiera estarse con sus deudos, mejor se estaría con Ella. Finalmente, añadió una larga y muy fervorosa oración, como el caso exigía. Pondera luego cuán triste noche fué aquella para María, y cuán sola se hallaba sin su Hijo; cómo la gastaría toda meditando como paloma, orando con gran fervor, suplicando al Padre eterno no le quitase tan presto el cuidado de su Hijo, y que mirase por Él, dondequiera que se hallase. De todo lo cual has de sacar el modo cómo te has de haber cuando el Señor se ausenta de ti, dejándote en tinieblas; las virtudes que especialmente has de ejercitar en tales tiempos, y

[1] Luc., II, 45.

las cosas que debes practicar para hallarle de nuevo. ¡Oh Virgen soberana! Habéis entrado en los peligros del mar, y ya no os queda otro remedio que orar. Mar ha sido para Vos muy amargo la pérdida de vuestro Hijo; las olas de tristeza han entrado en vuestro Corazón, y le traen afligido con varios cuidados; las tinieblas de la noche atajan vuestros pasos, y estáis como atollada en el abismo del desconsuelo; por tales trabajos os ruego me amparéis en mis tempestades, iluminéis mis tinieblas, y me hagáis encontrar pronto al que es todo mi consuelo.

Punto 2.º *María encuentra á Jesús.*—Considera cómo la Virgen Santísima y san José, viendo que no hallaban á Jesús entre los parientes y conocidos, al otro día por la mañana regresaron á Jerusalén, y le hallaron al tercer día en el templo entre los doctores. Pondera cómo la soledad que sintió María en esta ocasión fué de la misma duración, poco más ó menos, que la que posteriormente experimentó desde la Pasión de su Hijo á la gloriosa resurrección, para significar que, cuando el alma pierde la gracia de la devoción, no la halla luego, antes se suele esconder por algún tiempo, ó en castigo de la culpa, si la hubo, ó para ejercitarla en la paciencia y humildad, y para que crezcan los deseos de recobrarla; pero no quiere Dios diferir mucho tiempo el consuelo, para que el alma no desmaye y piense que ha de tardar mucho su remedio. María halló á Jesús en el templo y entre los doctores; porque el lugar en donde se halla la gracia no es entre los regalos y entretenimientos del mundo, ni por las calles y plazas, sino en el templo, y tomando consejo de los maestros de espíritu, que son los que nos deben guiar por el camino de la virtud. Mas, mira particularmente el gozo tan puro y tan modesto de María al ver á su santísimo Hijo. Porque Ella, aunque le vió entre los doctores, con tanta admiración de todos, no hizo los ademanes que otras mujeres suelen hacer en tales casos, jactándose de tener tales hijos, sino, admirándose de verle allí, veneró en silencio lo que veía; con todo, sería tal el gozo que sentiría, que parecería resucitar de muerte á vida en cuanto vió á Jesús, y, como otra Ana, madre de Tobías[1], que lloraba la ausencia de su hijo con lágrimas irremediables, cuando le vió, lloraba de puro gozo; así es de creer que á la medida de su pena sería su alegría, según aquello de David[2]: «Según la muchedumbre de los dolores de mi corazón, tus consuelos alegraron mi alma». ¡Oh Virgen soberana! Gózome del gozo que tuvisteis en esta hora con la vista de vuestro Hijo[3]. La esperanza dilatada afligió vuestra alma; pero el cumplimiento de vuestro deseo fué para vos árbol de vida, hallando al que lo es para todos. Alcanzadme, Virgen benditísima, que le busque de modo que le halle, para que goce de la vida que de tal árbol procede. ¡Oh alma devota!

[1] Tob., x, 4. — [2] Psalm. XCIII, 19. — [3] Prov., XIII, 12.

Mira en dónde y cómo has de hallar á Jesús, si tuvieses la desgracia de perderle. ¿Le buscas como María?

Punto 3.º *Queja amorosa de la Virgen á su Hijo.*—Viendo la Virgen á su divino Hijo, díjole con amorosa queja: «Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros? Mira que tu padre y yo con dolor te buscábamos». No pretendió María con estas palabras interrogar á su Hijo ó pedirle la causa de lo que había hecho, porque esto fuera curiosidad excusada, sino sólo declarar el sentimiento de su Corazón. Así los santos usan de este modo de hablar con Dios cuando están afligidos, y viene á ser un modo de oración en que tácitamente le piden remedio á su dolor, porque por una parte atribúyenlo á la divina Providencia que lo ordenó ó permitió para su bien, y por otra confiesan que á Él toca remediarlo y atajarlo. No dijo María: ¿Por qué lo hiciste así conmigo?; porque propio es de los santos, cuando padecen alguna necesidad que es común á muchos, no quejarse de su solo daño, ni pedir para sí solos el remedio, sino dolerse del daño de todos, y pedir que todos sean remediados. Pondera sobre todo aquellas tan sentidas palabras: «Tu padre y yo con dolor te buscábamos». En las cuales puedes ver la profundísima humildad de María, no solamente en nombrar primero á san José que á sí misma, por el respeto que le tenía, sino también en llamarle delante de todos padre de Cristo; de donde podían imaginar que le había concebido por obra de varón; lo cual era humillación suya; pero la Virgen, como humilde, más estimaba la honra de su esposo que la suya propia, enseñándote á honrar á tus prójimos, aunque sea con menoscabo tuyo. Puedes también aprender en estas palabras el modo de buscar á Jesús con dolor que proceda de amor, cual era el de la Virgen; porque el verdadero amor causa todos estos efectos; que son: dolor de perder al amado, pureza de intención en buscarle, diligencia en practicar los medios, y perseverancia hasta encontrarle. ¡Oh Maestra soberana! Preciosas y utilísimas son las lecciones que me dais. Cada una de vuestras acciones y palabras encierra un tesoro de doctrina. Hacedme discípulo aprovechado, de modo que, obrando según vuestras enseñanzas, logre hallar á Jesús, y conservarle en mi compañía por toda la eternidad. ¿Imitamos nosotros la humildad de María, dando á nuestros prójimos la preferencia en todo? ¿Practicamos como Ella la caridad, rogando por todos?

Epílogo y coloquios. ¡Qué modelo tan acabado y perfecto hallamos en María! Para todas las circunstancias de la vida nos da los más brillantes ejemplos. ¿Quién lo creyera? Sin tener Ella la menor culpa, ha perdido su riquísimo tesoro Jesús. Dios ha querido sujetarla á tan gran prueba, para enseñarnos con su ejemplo que las virtudes que debemos ejercitar especialmente al escondérsenos ó retirársenos el Señor, son la paciencia y la humildad, teniéndonos por culpables, la diligencia en buscarle y

la oración ferviente y recogida hasta hallarle. ¡Oh! Si así lo hubieses hecho, no hubieras lamentado tantas veces tu pertinaz sequedad y falta de devoción, ni hubieras estado tanto tiempo separado de su divina Majestad. Contempla á María regresando á Jerusalén, buscando por calles y plazas, preguntando á conocidos y á desconocidos, y nadie le sabe dar razón de su Hijo. Sólo cuando entra en el templo, lo encuentra en medio de los doctores; su alma se inunda de gozo; sus ojos se arrasan en lágrimas, y abriendo sus labios, no para quejarse, ni para interrogar curiosamente, ni mucho menos para reprender al que, siendo su Hijo, era también su Dios, dice: «Hijo, ¿cómo lo hiciste así con nosotros? Tu padre y yo con dolor te buscábamos». Palabras breves, pero de significación altísima. ¿Cómo buscas á Jesús? ¿Practicas las virtudes necesarias para hallarle? ¿Con qué agradecimiento recibes la gracia de la devoción, y con qué esmero la conservas? ¿Sigues en todo esto los ejemplos de tu divina Madre? Sal ya de una vez para siempre de ese abandono y apatía en que has vivido, y con ardientes deseos, eficaces resoluciones y vivas súplicas busca á Jesús, y lo hallarás, y se gozará tu corazón, porque con Él hallará su vida.

23.—BODAS DE CANÁ.—INTERCESIÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º Viendo María el apuro de los esposos de Caná por la falta del vino, pidió á su Hijo que la remediase; y aunque Jesús le contestó que no había llegado su hora, no perdió la confianza, y obtuvo lo que pedía.

PRELUDIO 2.º Represéntate á María diciendo á Jesús con acento compasivo: «No tienen vino».

PRELUDIO 3.º Pide confianza en Dios y en el patrocinio de María.

Punto 1.º *Solicitud de María en remediar la falta del vino.*—Fué María convidada con su Hijo y algunos de sus discípulos á unas bodas en Caná de Galilea; y como en ellas faltase el vino, dijo la Virgen Santísima á su Hijo: «No tienen vino». En lo cual debes ponderar especialmente la compasión y solicitud de la Santísima Virgen; pues, en viendo la falta del vino, se compadeció de la afrenta y trabajo que allí se padecía; y de su propio motivo, sin que ninguno se lo pidiese, se movió á procurar el remedio de esta necesidad por medio de su Hijo, mostrando en esto el amor y agradecimiento que tenía á los que la convidaron. Lo mismo hace ahora por sus devotos, compadeciéndose de sus necesidades, aun cuando se olvidan ó descuidan de pedirla remedio de ellas; porque, como dice san Agustín [1]: «Cuanto la Virgen es mejor que todos los santos, tanto es más solícita de nuestro bien que todos ellos». ¡Cuánta confianza ha de inspirarte esta bellí-

[1] Joan., III; S. Thom.

sima condición de María, la cual así se compadece de sus devotos y se interesa por su bien! Pondera también la confianza tan amorosa y resignada con que hizo la Virgen aquella brevísima petición: «No tienen vino»; como quien estaba certificada de las entrañas de piedad de su Hijo, que bastaba ponerle delante la necesidad presente, para que quisiese remediarla, si convenía, pues no le faltaba amor ni poder para hacerlo. Á su imitación, has de ejercitar tú este modo de obrar, representando al Señor tus necesidades y faltas con grande amor, confianza y resignación, fiándote de su misericordia, que te dará el remedio cuando más te convenga. Y así, en lugar de la palabra que dijo la Virgen puedes poner otras, diciendo: «Padre mío, no tengo humildad, paciencia», etc. ¡Oh Virgen gloriosa! Mirad la falta que tengo del vino de la caridad y de la fervorosa devoción; y, pues tanta compasión tuvisteis por la falta del vino corporal, mayor la tendréis por la falta del vino espiritual; y si pedisteis remedio para aquélla, pedidle también para esta otra, diciendo para mí á vuestro Hijo: «Hijo, este mi siervo no tiene vino de amor de Dios; dádsele con abundancia, para que os sirva con fervor».

Punto 2.º *Contestación de Jesús á su Madre.*—Considera cómo Jesucristo, á la demanda de su Madre, contestó diciendo [1]: «Mujer [2], ¿qué nos va á Mí y á ti? Aún no es llegada mi hora». Con cuya respuesta quiso descubrir, por una parte, qué era más que hombre, y que también era Dios, cuyo era propio hacer la obra milagrosa que se le pedía, siguiendo sus trazas, y en el tiempo y hora que, en cuanto Dios, tenía señalada, sin mudarla ni anticiparla por respetos humanos. Por otra parte, quiso enseñarte cuán descarnado estaba de todo amor carnal á parientes; pues, aunque amaba tanto á su Madre, y con mayor amor que á los ángeles, no se lee que nunca la llamase madre, y varias veces quiso manifestar que su amor á Ella no era aquel que se funda en la carne y sangre, sino en la gracia divina que María había recibido con más abundancia que todas las otras criaturas. Pondera en particular las virtudes excelentísimas que ejercitó aquí la Virgen Santísima; á saber: grandísima paciencia, profunda humildad y sólida confianza; puesto que al oir aquella respuesta, al parecer desairada, no se turbó, ni quejó, ni respondió palabra alguna, ni se tuvo por injuriada, y, lo que más admira, no perdió la esperanza de ser oída. Cuyo ejemplo ha de animarte á tener paciencia y á no perder la confianza, cuando Dios no oyere tus peticiones ó difiriera el oirte, ó cuando los hombres te dieren respuestas desabridas, acordándote de lo que dice el profeta Isaías [3]: «En el sufrimiento, silencio y esperanza está nuestra fortaleza»; porque por tales medios alcanzamos de Dios lo que pretendemos. ¿Obramos según esta doctrina? ¿Imitamos la hu-

[1] Joan., II, 4. — [2] Vide infra, pág. 164. — [3] Isai., XXX, 15.

la oración ferviente y recogida hasta hallarle. ¡Oh! Si así lo hubieses hecho, no hubieras lamentado tantas veces tu pertinaz sequedad y falta de devoción, ni hubieras estado tanto tiempo separado de su divina Majestad. Contempla á María regresando á Jerusalén, buscando por calles y plazas, preguntando á conocidos y á desconocidos, y nadie le sabe dar razón de su Hijo. Sólo cuando entra en el templo, lo encuentra en medio de los doctores; su alma se inunda de gozo; sus ojos se arrasan en lágrimas, y abriendo sus labios, no para quejarse, ni para interrogar curiosamente, ni mucho menos para reprender al que, siendo su Hijo, era también su Dios, dice: «Hijo, ¿cómo lo hiciste así con nosotros? Tu padre y yo con dolor te buscábamos». Palabras breves, pero de significación altísima. ¿Cómo buscas á Jesús? ¿Practicas las virtudes necesarias para hallarle? ¿Con qué agradecimiento recibes la gracia de la devoción, y con qué esmero la conservas? ¿Sigues en todo esto los ejemplos de tu divina Madre? Sal ya de una vez para siempre de ese abandono y apatía en que has vivido, y con ardientes deseos, eficaces resoluciones y vivas súplicas busca á Jesús, y lo hallarás, y se gozará tu corazón, porque con Él hallará su vida.

23.—BODAS DE CANÁ.—INTERCESIÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º Viendo María el apuro de los esposos de Caná por la falta del vino, pidió á su Hijo que la remediase; y aunque Jesús le contestó que no había llegado su hora, no perdió la confianza, y obtuvo lo que pedía.

PRELUDIO 2.º Represéntate á María diciendo á Jesús con acento compasivo: «No tienen vino».

PRELUDIO 3.º Pide confianza en Dios y en el patrocinio de María.

Punto 1.º *Solicitud de María en remediar la falta del vino.*—Fué María convidada con su Hijo y algunos de sus discípulos á unas bodas en Caná de Galilea; y como en ellas faltase el vino, dijo la Virgen Santísima á su Hijo: «No tienen vino». En lo cual debes ponderar especialmente la compasión y solicitud de la Santísima Virgen; pues, en viendo la falta del vino, se compadeció de la afrenta y trabajo que allí se padecía; y de su propio motivo, sin que ninguno se lo pidiese, se movió á procurar el remedio de esta necesidad por medio de su Hijo, mostrando en esto el amor y agradecimiento que tenía á los que la convidaron. Lo mismo hace ahora por sus devotos, compadeciéndose de sus necesidades, aun cuando se olvidan ó descuidan de pedirla remedio de ellas; porque, como dice san Agustín [1]: «Cuanto la Virgen es mejor que todos los santos, tanto es más solícita de nuestro bien que todos ellos». ¡Cuánta confianza ha de inspirarte esta bellísima condición de María, la cual así se compadece de sus devotos y se interesa por su bien! Pondera también la confianza tan amorosa y resignada con que hizo la Virgen aquella brevísima petición: «No tienen vino»; como quien estaba certificada de las entrañas de piedad de su Hijo, que bastaba ponerle delante la necesidad presente, para que quisiese remediarla, si convenía, pues no le faltaba amor ni poder para hacerlo. Á su imitación, has de ejercitar tú este modo de obrar, representando al Señor tus necesidades y faltas con grande amor, confianza y resignación, fiándote de su misericordia, que te dará el remedio cuando más te convenga. Y así, en lugar de la palabra que dijo la Virgen puedes poner otras, diciendo: «Padre mío, no tengo humildad, paciencia», etc. ¡Oh Virgen gloriosa! Mirad la falta que tengo del vino de la caridad y de la fervorosa devoción; y, pues tanta compasión tuvisteis por la falta del vino corporal, mayor la tendréis por la falta del vino espiritual; y si pedisteis remedio para aquélla, pedidle también para esta otra, diciendo para mí á vuestro Hijo: «Hijo, este mi siervo no tiene vino de amor de Dios; dádsele con abundancia, para que os sirva con fervor».

[1] Joan., III; S. Thom.

Punto 2.º *Contestación de Jesús á su Madre.*—Considera cómo Jesucristo, á la demanda de su Madre, contestó diciendo [1]: «Mujer [2], ¿qué nos va á Mí y á ti? Aún no es llegada mi hora». Con cuya respuesta quiso descubrir, por una parte, que era más que hombre, y que también era Dios, cuyo era propio hacer la obra milagrosa que se le pedía, siguiendo sus trazas, y en el tiempo y hora que, en cuanto Dios, tenía señalada, sin mudarla ni anticiparla por respetos humanos. Por otra parte, quiso enseñarte cuán descarnado estaba de todo amor carnal á parientes; pues, aunque amaba tanto á su Madre, y con mayor amor que á los ángeles, no se lee que nunca la llamase madre, y varias veces quiso manifestar que su amor á Ella no era aquel que se funda en la carne y sangre, sino en la gracia divina que María había recibido con más abundancia que todas las otras criaturas. Pondera en particular las virtudes excelentísimas que ejercitó aquí la Virgen Santísima; á saber: grandísima paciencia, profunda humildad y sólida confianza; puesto que al oir aquella respuesta, al parecer desairada, no se turbó, ni quejó, ni respondió palabra alguna, ni se tuvo por injuriada, y, lo que más admira, no perdió la esperanza de ser oída. Cuyo ejemplo ha de animarte á tener paciencia y á no perder la confianza, cuando Dios no oyere tus peticiones ó difiriera el oirte, ó cuando los hombres te dieren respuestas desabridas, acordándote de lo que dice el profeta Isaías [3]: «En el sufrimiento, silencio y esperanza está nuestra fortaleza»; porque por tales medios alcanzamos de Dios lo que pretendemos. ¿Obramos según esta doctrina? ¿Imitamos la hu-

[1] Joan., II, 4. — [2] Vide infra, pág. 164. — [3] Isai., XXX, 15.

mildad, paciencia y confianza de María? ¡Oh Virgen sapientísima! Al ver el modo admirable cómo obráis en esta ocasión, me lleno de rubor y vergüenza, porque me veo totalmente alejado del camino que Vos seguís. Vos sufrís con paciencia lo que parece un desvío, y yo me indigno; Vos os humilláis profundamente, y yo me lleno de soberbia cuando pienso que no se hace caso de mí; Vos no perdéis la confianza, y yo al momento caigo de ánimo y abandono la oración: haced que os imite en esta santa práctica, y alcance por ella lo que pretendo.

Punto 3.º *Comportamiento de María, al oir la respuesta de su Hijo.*— Oyendo María la respuesta de Jesús, dijo á los que servían á la mesa [1]: «Haced cuanto os dijere mi Hijo». En este soberano consejo se descubre primeramente la heroica confianza de la Virgen; porque cuando su Hijo la dijera expresamente: Yo haré lo que me pedís, no pudiera Ella decir otra cosa de la que dijo. Vese también la grande luz que tenía para conocer el Corazón de Jesús y sus intentos; porque, puesto caso que pudiera remediar aquella necesidad, criando nuevo vino ó multiplicando lo poco que había, sin decir nada á los ministros que servían á la mesa, con todo esto, entendió la Virgen que su Hijo les había de mandar algo; porque la condición de Dios es que los hombres hagamos algo de nuestra parte para el remedio de nuestras necesidades, disponiéndonos con esta obediencia y diligencia para alcanzarlo. Pondera cómo con este consejo la Virgen tácitamente te avisa que, para alcanzar de Dios lo que pides, no hay medio más eficaz que con la confianza juntar la obediencia á cuanto te manda; porque, como dice David [2]: «Dios cumple la voluntad de los que le temen». Y san Juan dijo [3]: «Si nuestro corazón no nos reprendiere, confianza tenemos en Dios de alcanzar cuanto le pidiéremos», porque guardamos los mandamientos y hacemos las cosas que le agradan; y Cristo nuestro Señor dijo á los Apóstoles [4]: «Si mis palabras permanecieren en vosotros, cuanto quisiereis pediréis, y se os dará». Finalmente: mira el amor que la Virgen tenía al silencio y brevedad de las palabras, pues así las que dijo á su Hijo como las que dijo á los ministros fueron breves, muy medidas y ponderadas. Y en particular éstas has de estampar en tu corazón, como dichas por tal Madre y Maestra, procurando cumplir cuanto te dijere Cristo nuestro Señor, sin dejar cosa alguna, aunque sea dificultosa y aunque parezca fuera de propósito ó sea muy menuda, ora te lo diga por sí mismo con secretas inspiraciones, ora por medio de tus superiores. ¡Oh Virgen soberana, Maestra de todas las virtudes! Enseñadme á practicar las que aquí ejercitasteis, para que por ellas agrade á vuestro Hijo y sea digno de alcanzar lo que pretendo. ¡Oh alma fiel! Ten presentes las palabras de tu Madre María, haciendo siempre lo que te manda Jesús. ¿Lo has verificado de este modo hasta ahora?

[1] Joan., II, 5. — [2] Psalm. CXLIV, 19. — [3] I Joan., III, 21. — [4] Joan., XV, 7.

Epílogo y coloquios. ¡Dichosos los esposos de Caná de Galilea! Á sus bodas se dignaron asistir Jesucristo y la Virgen Santísima, y tuvieron la suerte que en ellas el Señor hiciera el primer milagro público y se descubriese la solicitud, bondad y poder de María. Mas, ¡oh vanidad de las cosas mundanas!; en mitad de la comida los ministros andan turbados, hablándose con sobresalto unos á otros; temen la afrenta que va á venir sobre los esposos, en medio de su contento. María lo ve, y movida de su compasión maternal, y confiada en el poder y bondad de su Hijo, le dice: «No tienen vino», segura que bastará recordarle la necesidad para que se resuelva á socorrerla. No importa que el Señor, para manifestar su divinidad y el desprendimiento que tenía de carne y sangre, le dé una respuesta al parecer desabrida; María no se turbará por ella, ni se quejará, ni se dará por resentida, y, lo que es más, no disminuirá un solo punto su confianza; y, teniendo toda la seguridad en la benevolencia y caridad de su Hijo, se contentará con decir á los criados: «Haced cuanto os diga mi Hijo». ¡Oh palabras prudentísimas y discretísimas, y camino seguro para alcanzar de Jesús toda suerte de bienes! Éstas debieras tú grabar en tu corazón. Imagínate que á ti mismo las dice María: «Haz cuanto te diga mi Hijo». ¿Qué contestas tú á ellas? ¿Cómo cumples este encargo? ¡Ah! Si María te dijese lo contrario: «No hagas nada de lo que diga mi Hijo», quizá no habrías de cambiar tu vida para obrar de este modo. Pues, ¿cuándo te resolverás á hacer caso del consejo ó precepto de tu Madre? ¿Cuándo acabarás de dominar esa voluntad propia, tan opuesta á la voluntad de Dios? Reflexiona ahora con atención lo que quisieras haber hecho en la hora de la muerte, y, mientras tienes tiempo, forma propósitos particulares y prácticos, y dirige á Jesús y á María fervorosas súplicas para ti y para todos tus prójimos, en especial los más necesitados y los que tienes en particular encargados.

24.—DOLORES DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º Los dolores de María en la Pasión de su Hijo fueron proporcionados al amor que le tenía y á su conocimiento, y por lo mismo fueron acerbísimos.

PRELUDIO 2.º Represéntate á María con Jesús difunto en sus brazos.

PRELUDIO 3.º Pide conocimiento y compasión de los dolores de la Virgen.

Punto 1.º *Amor de María á Jesús por ser su primogénito y por la excelencia que en Él veía.*—Considera cómo la primera raíz del dolor que padeció María en la Pasión de su Hijo, fué el amor que le tenía, porque á la medida del amor es el gozo de los bienes que tiene la persona amada y el dolor de los males que

padece. Este amor y dolor fueron vehementísimos en la Virgen por muchos títulos. Porque, primeramente, Jesús era su Hijo natural, á quien amaba con amor más tierno y puro que todos los padres y madres del mundo amaron á sus hijos; por cuanto Ella sola fué madre sin padre, y en Ella se recogía el amor de padre y madre; y como la concepción de este Hijo fué singular, por obra del Espíritu Santo, que es amor, así el amor fué singular, y por consiguiente fué singular el dolor que padeció en su muerte, de modo que pudo decir [1]: «Oh vosotros los que pasáis por el camino; mirad y ved si hay dolor que iguale al mío». Con esto se juntaba que este Hijo era primogénito [2] y único, cuya vida suele ser más amada y su muerte más sentida; y así, para encarecer la Escritura el llanto en alguna cosa, le llama llanto por muerte del unigénito [3]. Pues, ¿cómo lloraría la Virgen la muerte de este su unigénito, que juntamente era unigénito de Dios, viéndole crucificado con tan grande ignominia y dolor? Demás de esto, creció más el amor de la Virgen á su Hijo por la gran semejanza que tenían los dos, y la semejanza, como dice el Sabio [4], es causa de amor; y así los padres suelen amar mucho más al hijo que más se les parece. Pues, como la Virgen y su Hijo fuesen muy semejantes en la complexión y condición, en las costumbres y virtudes, eran como una cosa en todo; y el dolor que traspasaba al uno penetraba también el corazón del otro. Por fin, un nuevo título de amarle era la grandeza de santidad y sabiduría de su Hijo; porque la caridad [5], cuando está bien ordenada, ama más á los mejores que están más cercanos á Dios; y si con esto se junta que están más cercanos á nosotros por la sangre, crece mucho el amor, aunándose naturaleza y gracia para su perfección. ¡Oh Madre dolorosa! Vos sola y el Dios que os crió podríais decirnos las avenidas de dolor que inundaron vuestro Corazón en la Pasión de vuestro Hijo. Veis espirar al Hijo de vuestras entrañas; perdéis al Hijo unigénito, contempláis entre horribles torturas al más santo, perfecto y hermoso de los hijos. ¿Quién podrá medir vuestro dolor? Por él os suplico me concedáis la gracia de imitaros en la pena, y de no tener jamás parte en la culpa de los que os la causan. Y tú, alma fiel, ¿te compadeces de esta Madre afligida?

Punto 2.° *Amor de María á Jesús por ser su Dios y bienhechor infinito.*—Considera otros títulos eficaces que tuvo María para amar intensamente á Jesús y para sentir vehementísimamente sus dolores. Ella le reconocía por infinito bienhechor suyo, de quien había recibido innumerables y excelentísimos beneficios, y entre ellos el sumo de haberla escogido por Madre. Y, como el amor es agradecido, desea infinitos bienes para su bienhechor, en recompensa de los que le ha dado. Pues, ¿qué pena recibiría la Virgen, viendo padecer tan terribles males al que deseaba que gozase infinitos bienes? Además, este Hijo suyo era también Hijo de Dios vivo, y Dios infinito, y dignísimo de ser amado con infinito amor por su infinita bondad y hermosura; y como la Virgen con grande luz conocía esta infinita excelencia de su Hijo, amábale con todo su corazón, alma, espíritu y fuerzas, sin quitar nada del sumo amor que podía ofrecerle; y á esta medida creció el dolor, doliéndose con todo su corazón, con toda su alma, con todo su espíritu y con todas sus fuerzas, por ver tan despreciado y aborrecido al que por infinitos títulos merecía ser honrado y amado. Finalmente: el Espíritu Santo había derramado en su corazón la caridad de Dios, uniéndola consigo con el amor unitivo, de modo que fuese un espíritu con Dios y con su Hijo, de donde procedía tener por propias todas sus prosperidades y adversidades, y dolerse de los trabajos del Hijo, mucho más que si fueran suyos, porque le amaba más que á sí misma. Y, como con la fuerza de este amor salía de sí, y estaba traspasada y puesta en el Corazón del Hijo, lo que padecía Él, padecía Ella, sintiendo en sí lo que miraba sentir el Hijo; y así podía decir mucho mejor que san Pablo [1]: «Con Cristo estoy enclavada en la cruz; vivo yo, no yo, sino Cristo vive en mí, y yo vivo en Cristo». Y nosotros, ¿podemos decir lo mismo? ¿Sentimos las penas de Jesús y María? ¡Oh Virgen sacratísima! El amor encendido que profesáis á vuestro Hijo es el verdugo que os aflige, y os quitara la vida, si Dios milagrosamente no os la conservara para otros trabajos. Dadme una chispa siquiera de ese amor, para que mi alma quede transformada en la imagen de Jesús crucificado, sintiendo lo que Él sintió, llorando por lo que Él lloró, y detestando los pecados por los que padeció.

Punto 3.° *Conocimiento que tenía María de las penas de Jesús.*—Otra raíz de los dolores que padeció la Virgen en la Pasión de su Hijo fué el conocimiento claro y la viva aprensión que tenía de los trabajos del Señor y de todas las circunstancias que los acompañaban. Sabía Ella que los tormentos eran los más acerbos que un hombre puede sufrir; que el cuerpo de su Hijo era tan sensible y delicado, que no ha habido otro semejante. Veía la rabia de los atormentadores y de los demonios que la atizaban, con deseo de hacer perder la paciencia al Señor. Contemplaba á la Justicia divina mirando con aversión al pecado que cargaba sobre el Divino Hijo. Ella había leído con mucha detención y luz las divinas Escrituras que los contaban, y penetrándolos con celestial claridad, y hallándose presente á ellos, no solamente ponderaba lo que padecía por de fuera, sino penetraba lo de dentro, y de todo formaba representación tan viva, que se transformaba

[1] Thren., I, 12. — [2] Jerem., VI, 26. — [3] Amos, VIII, 10; Zach., XII, 10.
[4] Eccli., XIII, 19; S. Thom. — [5] S. Thom.

[1] Gal., II, 19.

en la imagen de lo que el Hijo padecía. Este fué el cuchillo de dos filos, aguzado con conocimiento y amor, que traspasó, como dijo Simeón [1], no el cuerpo, sino el alma de esta Virgen purísima. Y de esta manera también bebió el cáliz de la Pasión que Jesús ofreció á los hijos del Zebedeo, y fué bautizada con el bautismo de penas, y sumida en el mar amargo de las tribulaciones, de modo que se pudo decir de Ella [2]: «Grande es como el mar tu contrición y la amargura de tu aflicción». ¡Oh Virgen soberana! Bien podéis decir en esta ocasión [3]: No me llaméis Noemí, que quiere decir hermosa; sino llamadme Mará, que quiere decir amarga, porque me ha llenado de grande amargura el Todopoderoso. Grandes favores os hizo el Todopoderoso en el día de su encarnación, y grandes aflicciones os ha dado el día de su Pasión. Y pues también las aflicciones son favores, suplicadle muestre conmigo su poder, dándome sentimiento de lo que padeció y gracia para imitarle en ello. ¿No nos inspiran compasión las penas de nuestra Madre? ¿Seguiremos dando nuevos motivos á su dolor con nuestros pecados?

Epílogo y coloquios. ¡Oh dolores de María! ¡Cuán acerbos sois! Si el termómetro para medir la intensidad de un dolor, producido por la vista de una persona que padece, es el amor que á la misma se profesa y el conocimiento que de tales penas se tiene, ¿cuál y cuán grande sería el dolor de María en la Pasión de su Hijo, siendo su amor encendidísimo y el conocimiento de sus penas clarísimo? María amaba á Jesús como á su Hijo primogénito y unigénito, y en su Corazón se había acumulado el amor de padre y madre, y el Espíritu Santo, que había sido el principio activo de la generación de Jesús, había hecho del Corazón de María un corazón de madre la más amante. Amábale por la perfectísima semejanza que consigo tenía en su complexión, inclinación, virtud y hermosura. Amábale por lo sublime de su santidad y perfección; por ser Hijo de Dios vivo al mismo tiempo que lo era suyo; por ser su más insigne bienhechor, á quien se reconocía deudora de inmensas gracias. Pues este volcán de amor, ¿qué avenidas de dolor produciría en aquel Corazón amante, que con la mayor claridad y viveza conocía lo acerbo de los dolores, y lo cruel de las penas que sufría su Amado? ¡Oh! Sí, grande, inmenso, amargo, impenetrable es como el mar su dolor. ¿Es posible que los hombres no lo agradezcan? ¿Es posible que tengan la osadía de agravarlo con nuevos pecados, causa de los tormentos de Jesús? ¿Qué has hecho tú? ¿No te remuerde la conciencia? ¿No tiene motivo para quejarse de ti la Virgen? Reflexiónalo con atención y trata de reparar tamaña ingratitud, por medio de resoluciones firmes y prácticas, oraciones fervientes y confiadas, rogando por ti y por todas las necesidades.

[1] Luc., II, 35. — [2] Thren., II, 13. — [3] Ruth., I, 20.

25.—MARÍA AL PIE DE LA CRUZ.

PRELUDIO 1.° Estaba María con otras mujeres y san Juan junto á la cruz de Jesús, el cual, viéndola, dijo, señalando á Juan: «He ahí á tu hijo».

PRELUDIO 2.° Represéntate este paso tan tierno, como si lo vieras con tus ojos.

PRELUDIO 3.° Pide agradecimiento al favor que te dispensó Jesús y amor á María.

Punto 1.° *María, con otras devotas mujeres, estaban junto á la cruz del Señor.*—Considera cómo se acercaron á la cruz del Señor las personas que más se señalaron en amarle; porque no hay mayor señal de amar á Cristo, que seguirle hasta la cruz, compadeciéndose de sus dolores é ignominias, y haciéndose participante de ellas; y cuanto más cerca te llegares, y con mayor estabilidad y firmeza, tanto mayores muestras darás de este amor, como las dieron las cuatro personas que nombra el Evangelista, que son: su Madre, María Cleofé, María Magdalena y el discípulo amado. Entre las cuales la capitana y guía fué la Virgen sacratísima, por cuyo respeto fueron las demás en su compañía, y sin la cual no tuvieran ánimo para asistir allí; pero Ella, como más firme en la fe y más encendida en el amor, pospuesto todo peligro humano, y atropellando por todas las dificultades é ignominias que de aquí se le habían de seguir, quiso hallarse presente á la Pasión de su Hijo, y se puso en pie cerca de la cruz, con grande constancia y fortaleza, acercándose con el cuerpo todo lo más que le fué permitido; pero, con el espíritu se acercó tanto, que se pegó con ella y con su Hijo, y allí quedó espiritualmente crucificada con Él, por la grandeza del amor y del dolor. De suerte, que tres clavos la tenían allí crucificada: la viva aprensión de lo que el Hijo padecía; el entrañable amor que le tenía, no sólo como á Hijo, sino como á su Dios y bienhechor infinito, por lo cual todos sus trabajos tomaba por propios; y la compasión de que tal persona padeciese tanto por pecados ajenos; de donde resultaba en su ánimo un dolor tan grande, que bastó para martirio, como si muriera en otra cruz. Miraba la cabeza de su Hijo espinada, y quedaba la suya traspasada con espinas; miraba las manos enclavadas, y quedaban las suyas penetradas con los clavos; miraba los huesos desencajados de modo que se podían contar, y los suyos se estremecían de dolor. Y á este modo, cuanto el Hijo padecía corporalmente, padecía la Madre espiritualmente; pero de un modo terrible. ¡Oh Virgen de las vírgenes! ¡Con cuánta razón podemos llamaros hoy mártir de los mártires! Pues como á todas las vírgenes excedéis en la flor de la virginidad, así en el fruto á todos los mártires excedéis del martirio. Mártir sois por los deseos fervorosos de padecer los tormentos de vuestro Hijo; y mártir, por los terribilísimos dolores que con su vista padecisteis. ¡Oh quién pudiera acompaña-

en la imagen de lo que el Hijo padecía. Este fué el cuchillo de dos filos, aguzado con conocimiento y amor, que traspasó, como dijo Simeón [1], no el cuerpo, sino el alma de esta Virgen purísima. Y de esta manera también bebió el cáliz de la Pasión que Jesús ofreció á los hijos del Zebedeo, y fué bautizada con el bautismo de penas, y sumida en el mar amargo de las tribulaciones, de modo que se pudo decir de Ella [2]: «Grande es como el mar tu contrición y la amargura de tu aflicción». ¡Oh Virgen soberana! Bien podéis decir en esta ocasión [3]: No me llaméis Noemí, que quiere decir hermosa; sino llamadme Mará, que quiere decir amarga, porque me ha llenado de grande amargura el Todopoderoso. Grandes favores os hizo el Todopoderoso en el día de su encarnación, y grandes aflicciones os ha dado el día de su Pasión. Y pues también las aflicciones son favores, suplicadle muestre conmigo su poder, dándome sentimiento de lo que padeció y gracia para imitarle en ello. ¿No nos inspiran compasión las penas de nuestra Madre? ¿Seguiremos dando nuevos motivos á su dolor con nuestros pecados?

Epílogo y coloquios. ¡Oh dolores de María! ¡Cuán acerbos sois! Si el termómetro para medir la intensidad de un dolor, producido por la vista de una persona que padece, es el amor que á la misma se profesa y el conocimiento que de tales penas se tiene, ¿cuál y cuán grande sería el dolor de María en la Pasión de su Hijo, siendo su amor encendidísimo y el conocimiento de sus penas clarísimo? María amaba á Jesús como á su Hijo primogénito y unigénito, y en su Corazón se había acumulado el amor de padre y madre, y el Espíritu Santo, que había sido el principio activo de la generación de Jesús, había hecho del Corazón de María un corazón de madre la más amante. Amábale por la perfectísima semejanza que consigo tenía en su complexión, inclinación, virtud y hermosura. Amábale por lo sublime de su santidad y perfección; por ser Hijo de Dios vivo al mismo tiempo que lo era suyo; por ser su más insigne bienhechor, á quien se reconocía deudora de inmensas gracias. Pues este volcán de amor, ¿qué avenidas de dolor produciría en aquel Corazón amante, que con la mayor claridad y viveza conocía lo acerbo de los dolores, y lo cruel de las penas que sufría su Amado? ¡Oh! Sí, grande, inmenso, amargo, impenetrable es como el mar su dolor. ¿Es posible que los hombres no lo agradezcan? ¿Es posible que tengan la osadía de agravarlo con nuevos pecados, causa de los tormentos de Jesús? ¿Qué has hecho tú? ¿No te remuerde la conciencia? ¿No tiene motivo para quejarse de ti la Virgen? Reflexiónalo con atención y trata de reparar tamaña ingratitud, por medio de resoluciones firmes y prácticas, oraciones fervientes y confiadas, rogando por ti y por todas las necesidades.

[1] Luc., II, 35. — [2] Thren., II, 13. — [3] Ruth., I, 20.

25.—MARÍA AL PIE DE LA CRUZ.

PRELUDIO 1.° Estaba María con otras mujeres y san Juan junto á la cruz de Jesús, el cual, viéndola, dijo, señalando á Juan: «He ahí á tu hijo».

PRELUDIO 2.° Represéntate este paso tan tierno, como si lo vieras con tus ojos.

PRELUDIO 3.° Pide agradecimiento al favor que te dispensó Jesús y amor á María.

Punto 1.° *María, con otras devotas mujeres, estaban junto á la cruz del Señor.*—Considera cómo se acercaron á la cruz del Señor las personas que más se señalaron en amarle; porque no hay mayor señal de amar á Cristo, que seguirle hasta la cruz, compadeciéndose de sus dolores é ignominias, y haciéndose participante de ellas; y cuanto más cerca te llegares, y con mayor estabilidad y firmeza, tanto mayores muestras darás de este amor, como las dieron las cuatro personas que nombra el Evangelista, que son: su Madre, María Cleofé, María Magdalena y el discípulo amado. Entre las cuales la capitana y guía fué la Virgen sacratísima, por cuyo respeto fueron las demás en su compañía, y sin la cual no tuvieran ánimo para asistir allí; pero Ella, como más firme en la fe y más encendida en el amor, pospuesto todo peligro humano, y atropellando por todas las dificultades é ignominias que de aquí se le habían de seguir, quiso hallarse presente á la Pasión de su Hijo, y se puso en pie cerca de la cruz, con grande constancia y fortaleza, acercándose con el cuerpo todo lo más que le fué permitido; pero, con el espíritu se acercó tanto, que se pegó con ella y con su Hijo, y allí quedó espiritualmente crucificada con Él, por la grandeza del amor y del dolor. De suerte, que tres clavos la tenían allí crucificada: la viva aprensión de lo que el Hijo padecía; el entrañable amor que le tenía, no sólo como á Hijo, sino como á su Dios y bienhechor infinito, por lo cual todos sus trabajos tomaba por propios; y la compasión de que tal persona padeciese tanto por pecados ajenos; de donde resultaba en su ánimo un dolor tan grande, que bastó para martirio, como si muriera en otra cruz. Miraba la cabeza de su Hijo espinada, y quedaba la suya traspasada con espinas; miraba las manos enclavadas, y quedaban las suyas penetradas con los clavos; miraba los huesos desencajados de modo que se podían contar, y los suyos se estremecían de dolor. Y á este modo, cuanto el Hijo padecía corporalmente, padecía la Madre espiritualmente; pero de un modo terrible. ¡Oh Virgen de las vírgenes! ¡Con cuánta razón podemos llamaros hoy mártir de los mártires! Pues como á todas las vírgenes excedéis en la flor de la virginidad, así en el fruto á todos los mártires excedéis del martirio. Mártir sois por los deseos fervorosos de padecer los tormentos de vuestro Hijo; y mártir, por los terribilísimos dolores que con su vista padecisteis. ¡Oh quién pudiera acompaña-

ros en este modo de martirio! ¡Oh alma fiel! Aviva tu amor á Jesús, y sentirás deseos de acompañarle en sus penas. ¿No deseas imitar la compasión dolorosa de María?

Punto 2.° *Jesús designa á Juan para que haga con María las veces de hijo.*—Considera aquí el grande cuidado que tuvo Jesús de su amantísima Madre, porque, viendo que con su muerte se quedaba viuda y sin su Hijo, quiso designarle uno que le sustituyese é hiciera con Ella los oficios de tal, con lo cual te enseña que nunca debes dejar de cumplir todos tus deberes, por graves que sean los tormentos que padeces. Estando, pues, en la cruz, y viendo á su Madre partida de dolor, la dijo, señalando á san Juan, que allí también estaba[1]: «Mujer[2], he ahí á tu hijo». Como quien dice: No me olvido de ti, ni de la obligación que te tengo como hijo; mas, pues Yo me aparto de este mundo, en mi lugar te dejo á Juan por hijo, para que haga contigo oficio de tal, sirviéndote y haciendo lo que Yo había de hacer con tal Madre. No la quiso llamar madre, sino mujer, lo uno por no afligirla con esta palabra tan tierna, y lo otro, principalmente, para mostrar cuán descarnado estaba de carne y sangre, atendiendo á las obras de su Padre celestial. Pondera el grande sentimiento que esta palabra de Jesús causaría en el Corazón de la Virgen, ya porque entendió que su Hijo se despedía de Ella para morir, ya porque consideró el trueco tan desigual, que era trocar al Hijo de Dios vivo por el hijo de un pobre pescador, y al Maestro del cielo por el discípulo de la tierra. Sin embargo, conociendo María que esta era la voluntad de Dios, no sólo no se quejó de esta determinación de su Hijo moribundo, sino que, accediendo á sus deseos, principió á mirar desde aquel momento á Juan como á hijo encomendado especialmente por Jesús. ¡Oh afligida Madre! Si Jesús desde el patíbulo, mirándose á sí mismo, os hubiera dicho: Mujer, ves aquí á tu Hijo; ves aquí al que concebiste por obra del Espíritu Santo y diste á luz sin dolor; ves aquí al que reclinaste en un pesebre y alimentaste con tu leche; mírame puesto en los brazos de la cruz, entre dos ladrones, todo desfigurado y desangrado, ¿qué hubiera sentido vuestro Corazón? Por este dolor os suplico me recibáis también á mí por vuestro hijo, dándome espíritu de tal para con Vos. ¿Qué he de proponer y practicar para esto?

Punto 3.° *Juan representaba á todos los discípulos de Jesús.*—Considera en este punto cómo pasó más adelante la caridad de Jesucristo en estas palabras y más ahondó la inteligencia

[1] Joan., XIX, 26.

[2] La palabra hebrea *iesá* equivalía entonces á lo que en español SEÑORA, y en latín *Domina;* y así puede traducirse: «Señora, aquí tenéis á vuestro hijo».—Esta observación del ilustrado Amat, en sus notas á la biblia, debe asimismo tenerse en cuenta en el milagro de las bodas de Caná, donde el Señor usó con su Madre Santísima la misma palabra *Mulier.*

de María en ellas. Porque al decirla: «Mujer, ves aquí á tu hijo», no solamente quiso referirse á Juan, su discípulo amado, que se hallaba á sus pies, sino en él á todos los discípulos que tenía y tendría hasta el fin del mundo, de los cuales disponía que fuese Madre tierna y cariñosa aquella afligida Señora, á la cual se dirigía entonces. Así es que fué como si le dijese: Mujer, ves ahí á tu hijo; toma por hijo á mi discípulo, y á todos los que fueren discípulos míos; porque mi voluntad es que tú seas su madre, y ellos tus hijos; y que mires por ellos como por hijos tuyos, procurando su bien con toda solicitud. ¡Oh bondad inmensa del Salvador! Ya no podía ésta llegar á mayor extremo. Porque, no contento con habernos dado su sangre, vida, reposo, méritos y gracia, y aun su misma carne en comida, estando para morir, viendo que le quedaba su Madre, nos hizo graciosa donación de Ella, traspasando en nosotros los derechos que, como hijo, tenía á su amor, y encargándola que nos mirase con el mismo amor, ternura y cariño con que le miraba á Él. Desde entonces María, accediendo gustosa á los deseos de su Hijo, comenzó á mirarnos como hijos y cuidar de nuestro bien y felicidad como amorosa Madre; amándonos con encendida caridad; cuidando de nuestro sustento y vida; defendiéndonos de nuestros enemigos; preservándonos de los peligros, y abogando por nuestra causa ante el trono del Padre celestial. ¿No reconocemos nosotros estos buenos oficios de María? ¿Se los agradecemos con amor? ¿Cómo la correspondemos? ¡Oh Virgen benditísima! Desde hoy más tengo de deciros con confianza: «Mujer, veis aquí á vuestro hijo». Señora mía, aunque indignísimo de tan soberana merced, yo soy vuestro hijo y Vos sois mi Madre; acordaos que os mandó vuestro Hijo unigénito me tomaseis por hijo adoptivo; reconocedme por hijo y mirad por mi remedio.

Epílogo y coloquios. ¡Oh valor inaudito! ¡Oh fortaleza increíble de María! Jesucristo, su tierno Hijo, está colgado de tres clavos en un madero, exhalando el último aliento, y Ella, Madre, animosa, superior á todo dolor, movida y sostenida por un incendio de amor, se le acerca, y llega en cierto modo á enclavarse con Él en la cruz con los clavos del amor, del conocimiento y de la compasión. En este estado la mira el Salvador, y con dulce acento la dice: «Mujer, he ahí á tu hijo», aludiendo á san Juan, que presente se halla. ¡Qué espada para el corazón de una madre como María! Su Hijo moribundo se despide de Ella y le da el último adiós; y deseoso de cumplir con todos los oficios de un hijo amante, designa ya el que le ha de representar y hacer sus veces al lado de Ella. ¡Oh María! Oid las palabras de vuestro Hijo, que son tan amargas para Vos, como dulces para nosotros. En adelante, el lugar del Hijo de Dios será ocupado por el hijo del hombre; por el Maestro celestial tendréis al discípulo terreno. Y no solamente san Juan tendrá el derecho de llamaros

Madre, sino todos los que nos honramos con el glorioso título de discípulos de vuestro divino Hijo. ¡Oh Madre! No rehusaréis ser tal para nosotros, porque vuestro Hijo Jesús os lo ha encargado. María, pues, nos amará, alimentará, corregirá, vigilará é instruirá como solícita madre. Mas esta gracia tan soberana, ¿qué exige de nosotros? ¿Cómo lo haremos para corresponder dignamente á ella? ¿Qué hemos hecho hasta hoy? ¿No nos arguye la conciencia? ¡Ah! Conociendo que María era nuestra Madre, no sólo no la hemos servido, sino que casi no hemos cesado de darla disgustos. Preciso es que cambiemos de proceder, y, confusos y ruborizados del tiempo pasado, formemos eficaces propósitos, pidamos al Señor sus auxilios, y roguémosle encarecidamente que todos seamos amantes hijos de María.

26. — «ECCE MATER TUA». — TERCERA PALABRA.

PRELUDIO 1.° Jesús, desde la cruz, dijo á su discípulo Juan, señalando á María: «Ves ahí á tu madre», y el discípulo la recibió por suya.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús mostrándote á María y diciéndote: «He ahí á tu Madre».

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de corresponder como buen hijo á tan cariñosa Madre.

Punto 1.° *Jesús designa á Juan y á sus discípulos por hijos de María.*—Estando Jesucristo en la cruz, después de haber dicho á su Madre que mirase á Juan como á su hijo, se dirigió á éste, y, señalando á María, le dijo [1]: «Ves ahí á tu Madre». Y como las palabras de Cristo son eficaces para obrar lo que significan, y en la forma que Él quiere hacerlo, así como con las anteriores palabras había impreso en María espíritu de madre para con Juan y con todos los demás discípulos, así con éstas imprimió en san Juan espíritu de hijo para con María; y el mismo espíritu comunica á todos los que son perfectos discípulos suyos. Y, pues esta palabra no se dijo á sólo san Juan, sino en él á todos sus semejantes, has de imaginar que Cristo nuestro Señor te dice: «Ves ahí á tu Madre». Y, cumpliendo con los deseos y encargo de Jesús, debes amar á María con amor filial, interesándote por todo lo que á Ella mira; venerarla como á Madre piadosa, que siempre cuida de ti; obedecerla en todo cuanto te mande; servirla en cuanto pudieres, y acudir á Ella en todas tus necesidades espirituales y corporales. Recuerda que Jesús, así como te dió á su Padre para que lo fuese tuyo, haciéndote con su gracia su hijo adoptivo, así te da á su Madre por tuya, y por esto debes vivir como hijo de tal Madre. Considerando todo esto, has de mirar por una parte la bondad y misericordia de Jesús, que tal providencia se ha dignado tener de ti; por otra, la benignidad de María,

[1] Joan., XIX, 27.

que no ha vacilado en aceptar por hijo á un monstruo tan criminal como tú, que tantas veces habías atentado contra la vida de su Unigénito; y por otra, te has de confundir, viendo el poco caso que has hecho de tal dignidad, porque, siendo hijo de María, has obrado como si fueras hijo de su capital enemigo. ¡Oh Madre benditísima! ¿Cómo habéis querido admitirme por hijo, habiendo sido por tanto tiempo vuestro enemigo? Y ¿cómo he sido yo tan criminal, llegando á ultrajar á la más tierna de las madres? ¡Oh María! Ya que como tan obediente habéis aceptado el oficio que os ha encargado vuestro Hijo, permitidme que os diga: «Mostraos ser mi Madre, y por Vos reciba mis ruegos el que, naciendo por nosotros, quiso ser vuestro Hijo.

Punto 2.° *Causas porque san Juan fué designado para hijo de María.*—Considera en este punto las causas por las que quiso Cristo nuestro Señor que fuese san Juan y no otro el honrado para hacer sus veces al lado de su Madre Santísima, y para representar á todos sus discípulos en la honrosa filiación adoptiva de María. Estas causas fueron dos principales, y ambas juntas le dispusieron para recibir tan grande favor. La primera, porque fué virgen, y convenía que el Hijo virgen no encomendase á su Madre virgen sino á discípulo virgen; en lo cual puedes ver la estima grande en que tiene el Señor la virginidad de cuerpo y alma, y el aprecio que debes hacer tú de esta excelente cualidad, que tan eficazmente te dispone para recibir favores del cielo y para ser hijo de la Virgen; la cual, aunque no desecha á los que no la poseen, mientras que detesten los pecados que por ventura hayan cometido al perderla, pero prefiere en su amor á aquéllos, porque, como se dice en el libro de los Cánticos: «Ella gusta de apacentarse entre las azucenas», porque tiene sus complacencias y gusto en tratar y conversar con los castos, y más si son vírgenes. La segunda causa fué porque se señaló en la caridad y amor de Jesucristo, siguiéndole hasta la cruz y poniéndose cerca de ella, rompiendo por todas las dificultades que de esto le apartaban, como apartaron á los demás discípulos; y pues se señaló más que ellos, digno era de ser favorecido más que todos. De todo lo cual has de sacar un gran deseo de imitar á la Virgen y al glorioso san Juan en la castidad, y en el amor de Cristo y de su cruz, para ser digno de que la Virgen te tome por hijo, y puedas tú tenerla por Madre. ¿Qué piensas tú acerca de estas virtudes? ¿Procuras con grande empeño conservarlas y perfeccionarlas? ¡Oh Madre castísima! Ya no me sorprende que os gloriéis con este honroso título, cuando veo que el discípulo afortunado, que es escogido para hijo vuestro, brilla con el resplandor de la castidad. Lo que me sorprende y me entristece es el ver mi miseria tan grande, que no trabaje con más ahinco en procurar las dos virtudes que á san Juan dispusieron para el honroso título de hijo vuestro.

Punto 3.º *San Juan recibió á María por su Madre.*—Aquí has de considerar lo que dice el sagrado Evangelista que, en oyendo el discípulo amado las palabras de Jesucristo crucificado, desde aquella misma hora recibió á María por su Madre. Acerca de lo cual debes ponderar que de la Virgen no se dice que recibiese á san Juan por su hijo, porque ya se estaba dicho, por ser Ella tan obediente, que bastaba saber cualquiera señal de la divina voluntad para cumplirla. Pero de sí, dice el Evangelista, *accepit eam in sua*, que la tomó á su cargo, para ejercitar con Ella todos los oficios de un buen hijo para con su madre; los cuales cumplió con gran puntualidad y diligencia, no sólo por habérselo mandado su Maestro, sino también porque se tenía por feliz en servir á tal Madre. ¡Dichoso y afortunado santo, á quien tal tesoro fué confiado! Mas pondera bien cómo, no sólo dice el Evangelista que recibió á María por su madre, sino *in sua*, por todas sus cosas; que es decir: para madre á quien amase y sirviese; para maestra á quien escuchase y de quien aprendiese; para pastora á quien siguiese; para abogada en quien confiase; para su mediadora, su tesoro, su honor y su felicidad. De donde has de aprender que en María puedes hallar todo cuanto apetezcas, pudiéndose decir que su devoción y amistad es un tesoro inestimable, y aquellos que le encuentran, con él hallan todas las cosas. ¡Oh glorioso Evangelista! Gózome de la buena suerte que os ha cabido en este día; suplicad á vuestro dulce Maestro me dé el espíritu de hijo, que os dió para con su Madre, para que le sirva yo como la servisteis Vos. ¡Oh Madre amantísima! En adelante Vos seréis el único objeto de mi amor y confianza después de Dios; y en Vos sólo buscaré mi contento, mi alegría y felicidad para este mundo y el otro. ¡Oh alma mía! En María está tu tesoro; ¿posee Ella tu corazón?

Epílogo y coloquios. ¡Cuánta gloria, qué honor, qué distinción hace Jesucristo crucificado con su amado discípulo! ¡Cuán generosamente le paga las virtudes de la virginidad y de la caridad en que se ha distinguido entre sus condiscípulos! Desde la cruz le dirige afectuosa mirada, y señalando con la vista á María, que presente estaba, le dice: «Mira, ésta será tu Madre». ¡Qué sentiría el amante discípulo en esta ocasión! ¡Qué incendio de amor filial para con María se apoderaría de su corazón! Porque si las palabras de Jesús son eficaces para obrar lo que significan, no puede dudarse que con éstas el Señor infundiría en san Juan los afectos más tiernos de un hijo para con su madre. Así se explica cómo el mismo Evangelista, refiriendo lo que en sí ha pasado, diga que recibió á María por su Madre y por todas sus cosas. Desde aquel instante, san Juan ve en María una Madre ternísima, una Abogada poderosa, una Maestra sapientísima, una Pastora amante, un Tesoro inagotable; en una palabra: todas sus cosas. Y tú, ¿cómo miras á María? También á ti te ha dicho el Señor en la persona de san Juan: «Ves aquí á tu madre». ¿Eres hijo fiel, sumiso y obediente de María? ¿Te sometes á cuanto Ella dispone? ¿La defiendes al verla perseguida? ¿Tienes celo por extender el conocimiento, devoción y culto de Ella? ¿Te atreverás á decirla sin rubor cuando te presentes delante de Ella: Yo he sido vuestro hijo? Medita bien acerca de esto; llora tu ingratitud; propón eficazmente enmendarte; suspira, ruega, no te canses, importuna al Señor, presentando delante de su misericordia tus necesidades y las de todo el mundo.

27. — SOLEDAD DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º Muerto y sepultado Jesús, quedó María en la mayor soledad, durante la cual se ocupó en meditar las penas de su Hijo y en recoger á los Apóstoles.

PRELUDIO 2.º Represéntate á María sola y afligida, meditando los trabajos y dolores de su Hijo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de compadecerte de la soledad de María.

Punto 1.º *Sepultado Jesús, María volvió á Jerusalén triste y desolada.* — Considera cómo, acabado todo el oficio de la sepultura, la Virgen nuestra Señora, llena de nuevo dolor por verse sola y privada, no sólo del Hijo vivo, sino de su cuerpo muerto, determinó volverse á su posada, acompañándola aquellos nobles varones, con la Magdalena y las otras devotas mujeres; y al tiempo que llegaron al monte Calvario, en viendo la Virgen la cruz de su Hijo, la adoró, siendo Ella la primera que nos dió ejemplo de esta adoración. ¡Oh qué palabras tan tiernas y devotas la diría, regalándose con ella! Hincaría en tierra sus rodillas, y, levantadas en alto las manos, comenzaría á decir: Dios te salve, ¡oh Cruz preciosa!, en cuyos brazos murió el que yo traje siendo niño en los míos: mayor ventura fué la tuya en esto que la mía, pues en mis brazos comenzó la redención del mundo, y en los tuyos la acabó y perfeccionó; bendita eres entre todas las criaturas, porque en ti se trocó la maldición de la culpa en la bendición de la gracia, por el que murió en ti para dar la vida al mundo. Dios te salve, ¡oh árbol de vida!, por cuyo fruto todos los mortales pueden alcanzar la vida eterna; yo te adoro como imagen del que es imagen invisible de Dios, y tendió sus brazos y pies en ti, para renovar la imagen que Adán borró por su pecado. Con estas ú otras tales palabras adoraría la Virgen la santa cruz, y los demás que iban con Ella, á su imitación, harían lo mismo. Por el camino iría esta Señora con gran cuidado, por no pisar la sangre de su Hijo, la cual creía que era sangre de Dios y unida con su divinidad, y se lastimaría grandemente de los que la pisaban, llorando los pecados de aquellos que, como

Punto 3.º *San Juan recibió á María por su Madre.*—Aquí has de considerar lo que dice el sagrado Evangelista que, en oyendo el discípulo amado las palabras de Jesucristo crucificado, desde aquella misma hora recibió á María por su Madre. Acerca de lo cual debes ponderar que de la Virgen no se dice que recibiese á san Juan por su hijo, porque ya se estaba dicho, por ser Ella tan obediente, que bastaba saber cualquiera señal de la divina voluntad para cumplirla. Pero de sí, dice el Evangelista, *accepit eam in sua*, que la tomó á su cargo, para ejercitar con Ella todos los oficios de un buen hijo para con su madre; los cuales cumplió con gran puntualidad y diligencia, no sólo por habérselo mandado su Maestro, sino también porque se tenía por feliz en servir á tal Madre. ¡Dichoso y afortunado santo, á quien tal tesoro fué confiado! Mas pondera bien cómo, no sólo dice el Evangelista que recibió á María por su madre, sino *in sua*, por todas sus cosas; que es decir: para madre á quien amase y sirviese; para maestra á quien escuchase y de quien aprendiese; para pastora á quien siguiese; para abogada en quien confiase; para su mediadora, su tesoro, su honor y su felicidad. De donde has de aprender que en María puedes hallar todo cuanto apetezcas, pudiéndose decir que su devoción y amistad es un tesoro inestimable, y aquellos que le encuentran, con él hallan todas las cosas. ¡Oh glorioso Evangelista! Gózome de la buena suerte que os ha cabido en este día; suplicad á vuestro dulce Maestro me dé el espíritu de hijo, que os dió para con su Madre, para que le sirva yo como la servisteis Vos. ¡Oh Madre amantísima! En adelante Vos seréis el único objeto de mi amor y confianza después de Dios; y en Vos sólo buscaré mi contento, mi alegría y felicidad para este mundo y el otro. ¡Oh alma mía! En María está tu tesoro; ¿posee Ella tu corazón?

Epílogo y coloquios. ¡Cuánta gloria, qué honor, qué distinción hace Jesucristo crucificado con su amado discípulo! ¡Cuán generosamente le paga las virtudes de la virginidad y de la caridad en que se ha distinguido entre sus condiscípulos! Desde la cruz le dirige afectuosa mirada, y señalando con la vista á María, que presente estaba, le dice: «Mira, ésta será tu Madre». ¡Qué sentiría el amante discípulo en esta ocasión! ¡Qué incendio de amor filial para con María se apoderaría de su corazón! Porque si las palabras de Jesús son eficaces para obrar lo que significan, no puede dudarse que con éstas el Señor infundiría en san Juan los afectos más tiernos de un hijo para con su madre. Así se explica cómo el mismo Evangelista, refiriendo lo que en sí ha pasado, diga que recibió á María por su Madre y por todas sus cosas. Desde aquel instante, san Juan ve en María una Madre ternísima, una Abogada poderosa, una Maestra sapientísima, una Pastora amante, un Tesoro inagotable; en una palabra: todas sus cosas. Y tú, ¿cómo miras á María? También á ti te ha dicho el Señor en la persona de san Juan: «Ves aquí á tu madre». ¿Eres hijo fiel, sumiso y obediente de María? ¿Te sometes á cuanto Ella dispone? ¿La defiendes al verla perseguida? ¿Tienes celo por extender el conocimiento, devoción y culto de Ella? ¿Te atreverás á decirla sin rubor cuando te presentes delante de Ella: Yo he sido vuestro hijo? Medita bien acerca de esto; llora tu ingratitud; propón eficazmente enmendarte; suspira, ruega, no te canses, importuna al Señor, presentando delante de su misericordia tus necesidades y las de todo el mundo.

27. — SOLEDAD DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º Muerto y sepultado Jesús, quedó María en la mayor soledad, durante la cual se ocupó en meditar las penas de su Hijo y en recoger á los Apóstoles.

PRELUDIO 2.º Represéntate á María sola y afligida, meditando los trabajos y dolores de su Hijo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de compadecerte de la soledad de María.

Punto 1.º *Sepultado Jesús, María volvió á Jerusalén triste y desolada.* — Considera cómo, acabado todo el oficio de la sepultura, la Virgen nuestra Señora, llena de nuevo dolor por verse sola y privada, no sólo del Hijo vivo, sino de su cuerpo muerto, determinó volverse á su posada, acompañándola aquellos nobles varones, con la Magdalena y las otras devotas mujeres; y al tiempo que llegaron al monte Calvario, en viendo la Virgen la cruz de su Hijo, la adoró, siendo Ella la primera que nos dió ejemplo de esta adoración. ¡Oh qué palabras tan tiernas y devotas la diría, regalándose con ella! Hincaría en tierra sus rodillas, y, levantadas en alto las manos, comenzaría á decir: Dios te salve, ¡oh Cruz preciosa!, en cuyos brazos murió el que yo traje siendo niño en los míos: mayor ventura fué la tuya en esto que la mía, pues en mis brazos comenzó la redención del mundo, y en los tuyos la acabó y perfeccionó; bendita eres entre todas las criaturas, porque en ti se trocó la maldición de la culpa en la bendición de la gracia, por el que murió en ti para dar la vida al mundo. Dios te salve, ¡oh árbol de vida!, por cuyo fruto todos los mortales pueden alcanzar la vida eterna; yo te adoro como imagen del que es imagen invisible de Dios, y tendió sus brazos y pies en ti, para renovar la imagen que Adán borró por su pecado. Con estas ú otras tales palabras adoraría la Virgen la santa cruz, y los demás que iban con Ella, á su imitación, harían lo mismo. Por el camino iría esta Señora con gran cuidado, por no pisar la sangre de su Hijo, la cual creía que era sangre de Dios y unida con su divinidad, y se lastimaría grandemente de los que la pisaban, llorando los pecados de aquellos que, como

dice san Pablo [1], huellan al Hijo de Dios y contaminan la sangre de su nuevo Testamento. En llegando á la posada, con grande humildad agradeció á los dos varones, José y Nicodemus, el oficio de caridad que habían hecho con su Hijo, y se despidió de ellos; y quizá les diría lo que David [2] á los moradores de Galaad, cuando enterraron á Saul: «Benditos seáis de Dios, que hicisteis tal misericordia con vuestro señor Saul, y le disteis sepultura». ¡Oh Virgen afligida! Si en medio de vuestro dolor y desamparo no os olvidáis de recompensar á aquellos que os hacen algún servicio, yo espero que os acordaréis de mí; que, aunque nada he hecho por Vos, tengo vivos deseos de serviros con todas mis fuerzas todos los días de mi vida. ¡Oh cristiano! Sirve con fidelidad á tu Madre, y Ella premiará tus servicios. ¿Cómo lo has hecho?

Punto 2.º *Pasa María la noche meditando los dolores de su Hijo.* — Considera cómo, entrándose la Virgen en su posada, y retirándose en algún aposento apartado, comenzó á llorar su soledad y desamparo. Tenía su alma dividida en muchas partes, adonde estaba el tesoro de su Corazón. Una parte estaba en el sepulcro con el cuerpo de su Hijo, meditando y rumiando los dolores que había padecido en su Pasión. Otra parte tenía en el limbo con el alma del mismo Hijo, contemplando lo que haría con los padres que allí estaban; pero mucho más se le iría el corazón á los dolores, revolviéndolos por su memoria, y llorando las causas de ellos, suplicando al Padre eterno aplicase su fruto á muchos para gloria del que los padeció. Otro rato de la noche gastó en platicar con la compañía, que allí tenía, de los trabajos de Cristo. Especialmente el Evangelista san Juan, la contó las cosas que había hecho su Maestro en el cenáculo, cómo había cenado con ellos el cordero, lavádoles los pies é instituído el Santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre, y hécholes un divino sermón, y avisádoles de lo que les había de suceder, y cómo se habían ido al huerto de Getsemaní y las palabras de tristeza que les había dicho, y cómo se retiró á oración por tres veces. Y, finalmente, cómo vino Judas con un ejército de soldados á prenderle, los milagros que allí hizo y cómo todos sus discípulos huyeron y le desampararon. Todo esto oía la Virgen con gran devoción y espíritu, y conservaba todas estas cosas, confiriéndolas en su Corazón; pero cuando volvió á contemplar las penas que Ella había visto, toda se resolvía en lágrimas, gastando en esto lo restante de la noche. ¿No nos compadecemos del llanto de María? ¿No la acompañamos en su soledad con fervorosa meditación? ¡Oh Virgen soberana! Querría llorar con Vos, como el profeta Jeremías, y deciros [3]: ¿Cómo estáis sentada en soledad la que solíais ser ciudad llena de mucho pueblo? ¿Qué hacéis como viuda desamparada la que, por derecho, sois Señora de las

[1] Hebr., x, 29. — [2] II Reg., II, 5. — [3] Thren., I, 2.

gentes? Llorando lloráis de noche, y vuestras lágrimas corren por vuestras mejillas. No hay quien os consuele entre vuestros amigos, porque unos han huido, y otros se han convertido en crueles enemigos. Consolaos, Princesa soberana; cesen vuestros gemidos y suspiros, porque el grano de trigo que sembrasteis en el sepulcro, dentro de tres días saldrá vivo con su fruto muy copioso.

Punto 3.º *María recoge á los Apóstoles y los confirma en la fe.*—En este punto has de considerar cómo aquel buen Pastor, que había dado la vida por sus ovejas, aunque bajó al limbo para dar consuelo y libertad á las que estaban recogidas en aquel aprisco, no se olvidó de las que andaban descarriadas en la tierra, como ovejas sin pastor, y con la virtud de su omnipotencia, desde el limbo las inspiró á que se recogiesen adonde estaba su Madre, para que Ella en su lugar las consolase y esforzase. El primero que vino fué Pedro, todo lloroso y lastimado por las tres veces que había negado á su Maestro; y, postrándose delante de la Virgen y de su condiscípulo Juan, renovaría sus amargas lágrimas por muchos títulos: por sus negaciones, por los trabajos de su Maestro y por el desconsuelo de la Madre y de los demás que allí lloraban. Pero la Virgen le consoló blandamente, como quien sabía bien la condición de Dios, que es consolar á los que lloran. Luego fueron viniendo los demás Apóstoles, y á todos recibió la Virgen con grande caridad, como recoge la gallina debajo de las alas á sus polluelos, cuando vienen huyendo del milano. Exhortólos á que tuviesen fe y esperanza de la resurrección de su Hijo; pues, como se cumplió lo que les dijo de su crucifixión y muerte, así se cumpliría lo que juntamente les dijo de su resurrección. Puedes también ponderar el sentimiento que la Virgen y los Apóstoles tendrían cuando echaron de menos en su número de doce á Judas, y supieron la desventura de este miserable, el cual, si con arrepentimiento viniera á nuestra Señora, como vino Pedro, sin duda le admitiera y consolara; pero ya su culpa le había puesto donde no es ni será jamás capaz de consuelo. ¡Oh Virgen soberana! ¡Cuán bien comenzáis á ejercitar el oficio de Madre que vuestro Hijo os encargó en la cruz! Recogedme también debajo de vuestras alas, para que los milanos del infierno no se atrevan á hacerme daño. No quiero ser yo como el desventurado Judas, que, desesperando de la misericordia de vuestro Hijo y vuestra, se perdió. Aunque conozco que mis pecados son gravísimos y no merecen perdón, pero confieso que vuestra misericordia los supera, y así confiadamente me arrojo en vuestros brazos, para que me salvéis. ¡Oh alma devota! Aprende de los Apóstoles á recurrir á María en tus tribulaciones. ¿Lo has hecho así en el tiempo pasado?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán amarga y dolorosa fué la soledad de María! Puesto en el sepulcro el cuerpo de su santísimo

Hijo, trata de volverse á su posada, acompañada de las piadosas personas que habían cumplido con el Señor los últimos honores. Ya llega al Calvario, por donde ha de pasar para dirigirse á Jerusalén. Viendo la cruz de Jesucristo, cae de hinojos delante de ella, y humildemente la adora como preciosa reliquia y expresiva imagen suya, enseñándonos el culto que á la misma hemos de dar. Ya en su posada, manifiesta con dulces y afectuosas palabras lo agradecida que está á los fieles israelitas que han dado honrosa sepultura á su Hijo. ¡Oh María! ¡Cuán admirable sois en todas vuestras acciones y palabras! En todo pensáis, á todo atendéis; no olvidáis ningún deber, por insignificante que sea. Sobreviene ya aquella noche que para María parecería un siglo. Sola, desolada, triste, enlutada, tiene su alma como dividida entre el sepulcro en donde se halla el cuerpo, y el limbo donde está el alma de Jesús. Ya se dirige con la imaginación á la calle de amargura, ya al Calvario, ya al huerto donde está el cuerpo de su Hijo. Ya oye la relación que le hace san Juan de todos los sucesos pasados; ya dirige palabras de consuelo á las personas que la rodean; ya, en fin, como fiel pastora y cariñosa Madre de los discípulos de Jesús, trata de reunirlos, animarlos, decirles palabras de consuelo y fortalecerlos en la fe y confianza. Así te enseña María á no olvidar en medio de tu dolor el cumplimiento de tus deberes. Así te enseña á meditar en los trabajos de Jesús. ¿Cómo te has portado tú? ¿Qué harás en adelante? ¿Cuándo te decidirás á imitar á la Virgen en su soledad? ¿Por qué en tus penas te entregas á una loca tristeza, olvidado de tus deberes? Procura ya corregirte, haciendo con este fin propósitos firmes, pidiendo al Señor su auxilio para cumplirlos, y rogándole por la Iglesia y por todo el mundo.

28.—MARÍA SIGUE LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS.

PRELUDIO 1.° María se distinguió en la observancia de los consejos de la pobreza, obediencia y castidad.

PRELUDIO 2.° Represéntate á María diciéndote con ternura: «Yo hago siempre lo que agrada á Dios».

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar á la Virgen en el seguimiento de los consejos evangélicos.

Punto 1.° *María siguió los consejos de pobreza y obediencia.* — Considera cómo la Virgen nuestra Señora, ilustrada por el Espíritu Santo, no se retiró á los desiertos, como después lo hizo la Magdalena, sino escogió vivir, á imitación de su Hijo, vida común entre los demás discípulos, para ayudarlos con su ejemplo, guardando con gran perfección todos los consejos evangélicos, y de Ella aprendieron ellos á guardarlos. Primeramente abrazó la pobreza evangélica, haciendo voto de ella, y guardóle

siempre con grande estrechura, viviendo de la limosna que los Apóstoles, después de la Ascensión del Señor, repartían á los fieles y á las demás viudas [1], contentándose mucho mejor que san Pablo [2], con tener sustento y algo con que cubrirse; porque tenía muy fresca en su memoria la hiel y vinagre y la desnudez de su Hijo en la cruz, en cuya comparación le parecía poco todo cuanto padecía. Y así, como verdadera pobre, deseaba siempre padecer mayores efectos de la pobreza, juntando con ella su hermana la humildad, sin la cual aquélla dejaría de ser verdadera y perseverante. Pondera luego cómo tuvo también excelente obediencia, no solamente á todas las cosas que Cristo nuestro Señor dejó establecidas en la Ley evangélica, sino también á las que san Pedro y los Apóstoles ordenaban para toda la Iglesia, siendo la primera en obedecer y sujetarse á todo, acordándose de lo que su Hijo había dicho [3]: Que quien hiciese la voluntad de su Padre es su verdadero hermano y hermana y su madre; y así, en ninguna cosa quiso tanto mostrar ser Madre de Cristo como en obedecer á Cristo y á los que dejó en su lugar. ¡Oh Virgen soberana! Gózome de veros Madre de Cristo mi Señor, por dos títulos: por haberle engendrado en vuestro seno, y por haberle concebido en vuestro espíritu con perfecta imitación; sólo resta, Señora, que seáis su Madre por otro tercer título, engendrándole también espiritualmente en los corazones de los fieles, engendrándole dentro de mi alma, negociando que siempre viva en ella por todos los siglos. ¿Seguimos nosotros los admirables ejemplos que nos da María? ¿La imitamos en la práctica de las virtudes de la pobreza y obediencia?

Punto 2.° *María guardó la castidad, ayudándose para esto de la modestia, silencio y templanza.*—Considera cómo María se señaló sobre todo en la castidad, de la cual hizo voto y lo guardó perpetuamente y con una pureza más que angélica; por lo cual la Iglesia, no solamente la llama Virgen de las vírgenes, sino la misma virginidad, diciendo: «Santa é inmaculada Virginidad, no sé con qué palabras te pueda ensalzar». Daría, al modo que el Arca del Testamento, que era de Setim, madera incorruptible, y guarnecida por dentro y por fuera con chapas de oro purísimo [4], adornó su incorruptible castidad con virtudes purísimas, así las que perfeccionan el cuerpo en las obras exteriores, como las que perfeccionan el espíritu en las obras interiores, para ser santa, como dice el Apóstol, en el cuerpo y en el espíritu. La primera virtud fué rara modestia en todos los meneos exteriores, con una celestial compostura en el mirar y andar y en el modo de hablar, de tal manera, que el semblante del cuerpo era retrato de la santidad del espíritu, y por la portada exterior se conocía la hermosura del edificio interior, con res-

[1] Act., IV, 35. — [2] 1 Tim., VI, 8. — [3] Matth., XII, 50. — [4] Exod., XXV, 10.

plandores de divinidad. La segunda fué silencio admirable y muy discreto, hablando solamente cuando convenía, pocas palabras y con voz humilde, como consta de las que se cuentan en el Evangelio, por lo cual sus labios se comparan á una cinta de grana [1], dando á entender que ceñía sus palabras, pero con muestras de caridad. La tercera virtud fué singular templanza y abstinencia, guardando una regla celestial, que refiere san Ambrosio, porque comía del manjar ordinario que se halla dondequiera, y en tanta cantidad que bastase para no morir y no para regalar. Y, además de esto, después que se ausentó su Hijo, cumplió lo que Él había dicho, que ayunarían los amigos del esposo [2], ayunando Ella mucho, en especial cuando pretendía alcanzar algo para la Iglesia, juntando ayuno y penitencia con la oración, como se lo reveló después á santa Isabel. ¡Oh Virgen purísima! Ya no me sorprende vuestra pureza, más que de ángel, al considerar vuestra rigurosa mortificación. No necesitábais Vos de tal medio, habiendo sido concebida en gracia y no sintiendo en Vos la rebeldía de la carne; no obstante, por darnos ejemplo, la practicáis con tal rigor, como si os fuera indispensable. Comunicadme, Señora, este espíritu para que imite vuestra castidad. ¿Nos valemos nosotros del silencio, modestia y templanza para conservar la castidad? ¿No nos acusa la conciencia de haber omitido estos poderosos medios?

Punto 3.° *María conservaba la castidad por medio de la devoción y vigilancia.*—Considera cómo para guardar la castidad se ejercitaba también María, según san Ambrosio, en raras vigilias, porque solamente dormía lo necesario para vivir, á más no poder; y aun entonces no estaba del todo ociosa, porque, durmiendo el cuerpo, velaba su ánima, ó repitiendo lo que había leído, ó continuando lo que había interrumpido, ó ejecutando algo de lo que había propuesto, proponiendo algo de nuevo, con varios afectos del espíritu, según lo de los Cantares [3]: «Yo duermo y mi corazón vela». Demás de esto, tuvo gran diligencia para todas las obras exteriores que pertenecían al culto de Dios, y al servicio de su Hijo, y al gobierno de su pobre casa, y al bien de los prójimos, cumpliendo las obras de religión, piedad y misericordia, con gran cuidado. Esta virtud pondera san Ambrosio con estas palabras: «¿Cómo contaré la poca comida de la Virgen y su mucho trabajo? Su ocupación fué tanta, que sobrepujaba á sus fuerzas; su comida tan poca, que casi faltaba á ellas; su ocupación fué tan continua, que no tenía interrupción; la comida tan rara, que á pares pasaba los días sin comer». Finalmente, guardó con suma vigilancia su Corazón, dél cual, como dice el Sabio [4], procede la vida; y así, cuando salía de su casa, aunque fuese con compañía, ninguna guarda llevaba mejor que á sí misma, la cual velaba en guardar sus sentidos, componer sus meneos y conservar puro su Corazón para su Dios, á quien solamente deseaba agradar, sin hacer caso de los vanos juicios y dichos de los hombres; por lo que buscaba por juez y testigo de sus acciones, no á los hombres, sino á Dios, cuya gloria deseaba. ¿Admiras tú la vigilancia, actividad y mortificación de tu Madre? ¿Cómo la imitas en estas virtudes? ¡Oh Virgen soberana, más pura que los ángeles del cielo! Gózome de que seáis espejo de vírgenes, dechado de religiosas y muestra de evangélica perfección. Suplicad á vuestro Hijo me adorne con vuestras virtudes, para que guarde con perfección sus consejos.

[1] Cant., IV, 3. — [2] Math., IX, 15. — [3] Cant., V, 2. — [4] Prov., IV, 23.

Epílogo y coloquios.—¡Cuán bien siguió María los consejos evangélicos en el tiempo que transcurrió desde la Ascensión de su Hijo hasta su muerte! Aunque en la soledad hubiera Ella hallado todas sus delicias, no cesando nunca de conversar con Dios y con sus ángeles; sin embargo, por disposición del Señor, quedóse entre sus discípulos, para alentarlos con su presencia y enseñarles con su ejemplo el seguimiento de los consejos evangélicos. ¡Con qué perfección los siguió! Ella fué pobrísima, guardando escrupulosamente este voto, contentándose con lo que querían darle los Apóstoles y demás encargados de las distribuciones, huyendo de toda singularidad, bastándole para su contento tener algo que comer y con que cubrirse. Ella fué obedientísima, sometiéndose con todas las circunstancias que exige la perfecta obediencia, no sólo á todas las leyes y consejos de su divino Hijo, sino también á las que daba san Pedro y demás Apóstoles, para el gobierno de la Iglesia. Mas, la castidad fué la perla más preciosa que embelleció su alma. ¡Con cuánto esmero la procuró! ¡Con cuánto cuidado la conservó! Para defenderla, la rodeó de seis poderosas virtudes, que, al par que de defensa, la servían de adorno y la daban brillo: modestia angelical, silencio prudente, templanza estrechísima, ocupación continua, vigilancia incesante y vigilias prolongadas. ¡Oh religioso! Aquí tienes el más perfecto modelo de la santidad á que debes aspirar. Si fueses pobre, obediente y casto como lo fué María, de ti podría decirse en la muerte que has peleado buen combate. Examina detenidamente en qué cosas, cuándo y por qué te apartas del seguimiento de tu Madre santísima, acarreándote con esto daños sin cuento. Despierta ya de tu letargo, resuélvete de una vez á salir de tu tibieza; mira lo que debes corregir, enmendar y perfeccionar; forma propósitos; insta en la oración fervorosa, pidiendo por ti y por todos.

29.—ORACIÓN Y CONTEMPLACIÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º María fué el más perfecto modelo de la oración y contemplación más sublime.

PRELUDIO 2.º Represéntate á María orando y exhortándote á imitarla.

PRELUDIO 3.º Pide á María que te alcance espíritu de oración.

Punto 1.º *María estaba libre de los impedimentos de la oración y poseía las virtudes que disponen para ella.*—Considera cómo María, por un especial privilegio, estaba completamente libre de los cuatro impedimentos de la oración y contemplación, que san Bernardo llama culpa que remuerde, cuidado que punza, sentido que codicia y tropel de vanos pensamientos que turban la imaginación. De suerte que no fué nuestra Señora como la Sunamitis, que es alma cautiva y presa de sus pasiones, la cual se turba á sí misma con estos carros de cuatro ruedas, apartando de Dios nuestro Señor su vista en la oración, hasta que la llama cuatro veces con grande eficacia, diciéndola [1]: «Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete, vuélvete, para que te miremos»; porque esta sacratísima Virgen siempre miraba á Dios, sin tener cosa que la desviase ni apartase un punto de esta vista. Para lo cual la ayudaba el tener muy en su punto todas las virtudes que disponen á la oración y contemplación, y la sirven de alas para subir al cielo, especialmente viva fe de los divinos misterios, grande confianza en Dios nuestro Señor, humildad muy profunda, y sobre todo caridad muy encendida, con la eminencia de la sabiduría y demás dones del Espíritu Santo. Y, como estas virtudes iban siempre creciendo, así crecía también la contemplación; por lo cual con mayor admiración decían los ángeles [2]: «¿Quién es ésta que sube por el desierto como vara de humo, salida de mirra y de incienso y de todo género de polvos olorosos?» Como si dijeran: ¿Quién es ésta que está llena de mirra de mortificación, y de incienso de oración, y de polvos olorosos de todas las virtudes, las cuales, echadas en las brasas de su caridad, levantan un humo suavísimo de contemplación, que siempre va subiendo, y sube tan alto, que le perdemos de vista? ¡Oh Virgen santísima! Gózome de que, viviendo en la tierra, tengáis siempre vuestra conversación en el cielo, volando tan alto, que causéis grande admiración á los ángeles que os miran. Llevadme, ¡oh Virgen piadosísima!, tras Vos, al olor de vuestros ejemplos, y encended en mi alma un fuego de caridad, que consuma en ella todo lo terreno, y la levante á contemplar lo celestial. ¡Oh alma mía! Mira los impedimentos que has de orillar, las virtudes que te conviene practicar para que en

[1] Cant., VI, 12.—[2] Cant., III, 6.

tu oración imites á la Virgen. ¿Qué resoluciones te importa hacer para esto?

Punto 2.º *María frecuentaba los lugares en que padeció Jesús, y recibía diariamente la Eucaristía.*—Considera cómo María, para despertar en su alma y dar continuo pábulo á su fervorosa devoción, frecuentaba muy á menudo los lugares donde su Hijo santísimo había obrado los misterios de nuestra redención. Visitaba el huerto de Getsemaní, donde Jesús había dado principio á sus trabajos con el voluntario sudor de sangre; el monte Calvario, en donde habían llegado á su colmo y habían terminado; el santo sepulcro y el monte de las Olivas, de donde se subió á los cielos, y el sagrado cenáculo donde vino el Espíritu Santo y adonde se había instituido el Santísimo Sacramento; y hacia estas visitas con grande reverencia y devoción, y con muy alta contemplación de los misterios que allí se obraron, recibiendo nuevas ilustraciones acerca de ellos. ¡Oh quién pudiese seguir á esta Señora en estas piadosas excursiones al monte de la mirra y al collado del incienso [1], y sentir los devotísimos afectos que Ella sentía! Pondera también cómo la Virgen sacratísima alimentaba y acrecentaba su caridad y devoción, comulgando cada día con extraordinaria fe, reverencia y amor, y recibiendo á su divino Hijo sacramentado, para unirse con Él de nuevo, y entreteniéndose con verle y gozarle en el Sacramento hasta que le viese en la gloria. Y en cada comunión recibía tan grande aumento de gracia, por su excelentísima disposición, que no es posible declararse, y muchas veces se le mostraba Cristo nuestro Señor en la forma que allí está, como después acá lo ha hecho con otros siervos suyos. ¡Oh Virgen Santísima! Gózome de veros renovar cada día el primer gozo de la encarnación, recibiendo sacramentalmente en vuestro pecho al que entonces recibisteis en vuestras entrañas. Por Él os suplico me alcancéis tal disposición para recibirle, que me llene de su gracia, y después le goce con Vos en la gloria. ¡Oh alma fiel! En la meditación de la vida y Pasión del Señor, y en la frecuencia de Sacramentos, hallarás eficaces medios para adelantar en el espíritu y santificarte. ¿Cómo los practicas?

Punto 3.º *Dones soberanos de contemplación que tuvo María.*—Considera cómo María oraba instantemente, en todo lugar y tiempo, con la mayor continuación que oró pura criatura, cumpliendo el consejo de su Hijo, que dice: «Conviene siempre orar, y no desfallecer [2]». Oraba y contemplaba de día y de noche, haciendo obras de manos; y aun durmiendo pensaba muchas veces en Dios, el cual la visitaba entonces con visiones no menos regaladas que las de Jacob [3], cuando, durmiendo, vió el reino de Dios en figura de escala. Y generalmente en su contem-

[1] Cant., IV, 6. — [2] Luc., XVIII, 1. — [3] Gen., XXVIII, 12.

29.—ORACIÓN Y CONTEMPLACIÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.° María fué el más perfecto modelo de la oración y contemplación más sublime.

PRELUDIO 2.° Represéntate á María orando y exhortándote á imitarla.

PRELUDIO 3.° Pide á María que te alcance espíritu de oración.

Punto 1.° *María estaba libre de los impedimentos de la oración y poseía las virtudes que disponen para ella.*—Considera cómo María, por un especial privilegio, estaba completamente libre de los cuatro impedimentos de la oración y contemplación, que san Bernardo llama culpa que remuerde, cuidado que punza, sentido que codicia y tropel de vanos pensamientos que turban la imaginación. De suerte que no fué nuestra Señora como la Sunamitis, que es alma cautiva y presa de sus pasiones, la cual se turba á sí misma con estos carros de cuatro ruedas, apartando de Dios nuestro Señor su vista en la oración, hasta que la llama cuatro veces con grande eficacia, diciéndola [1]: «Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete, vuélvete, para que te miremos»; porque esta sacratísima Virgen siempre miraba á Dios, sin tener cosa que la desviase ni apartase un punto de esta vista. Para lo cual la ayudaba el tener muy en su punto todas las virtudes que disponen á la oración y contemplación, y la sirven de alas para subir al cielo, especialmente viva fe de los divinos misterios, grande confianza en Dios nuestro Señor, humildad muy profunda, y sobre todo caridad muy encendida, con la eminencia de la sabiduría y demás dones del Espíritu Santo. Y, como estas virtudes iban siempre creciendo, así crecía también la contemplación; por lo cual con mayor admiración decían los ángeles [2]: «¿Quién es ésta que sube por el desierto como vara de humo, salida de mirra y de incienso y de todo género de polvos olorosos?» Como si dijeran: ¿Quién es ésta que está llena de mirra de mortificación, y de incienso de oración, y de polvos olorosos de todas las virtudes, las cuales, echadas en las brasas de su caridad, levantan un humo suavísimo de contemplación, que siempre va subiendo, y sube tan alto, que le perdemos de vista? ¡Oh Virgen santísima! Gózome de que, viviendo en la tierra, tengáis siempre vuestra conversación en el cielo, volando tan alto, que causéis grande admiración á los ángeles que os miran. Llevadme, ¡oh Virgen piadosísima!, tras Vos, al olor de vuestros ejemplos, y encended en mi alma un fuego de caridad, que consuma en ella todo lo terreno, y la levante á contemplar lo celestial. ¡Oh alma mía! Mira los impedimentos que has de orillar, las virtudes que te conviene practicar para que en

[1] Cant., VI, 12.—[2] Cant., III, 6.

tu oración imites á la Virgen. ¿Qué resoluciones te importa hacer para esto?

Punto 2.° *María frecuentaba los lugares en que padeció Jesús, y recibía diariamente la Eucaristía.*—Considera cómo María, para despertar en su alma y dar continuo pábulo á su fervorosa devoción, frecuentaba muy á menudo los lugares donde su Hijo santísimo había obrado los misterios de nuestra redención. Visitaba el huerto de Getsemaní, donde Jesús había dado principio á sus trabajos con el voluntario sudor de sangre; el monte Calvario, en donde habían llegado á su colmo y habían terminado; el santo sepulcro y el monte de las Olivas, de donde se subió á los cielos, y el sagrado cenáculo donde vino el Espíritu Santo y adonde se había instituido el Santísimo Sacramento; y hacía estas visitas con grande reverencia y devoción, y con muy alta contemplación de los misterios que allí se obraron, recibiendo nuevas ilustraciones acerca de ellos. ¡Oh quién pudiese seguir á esta Señora en estas piadosas excursiones al monte de la mirra y al collado del incienso [1], y sentir los devotísimos afectos que Ella sentía! Pondera también cómo la Virgen sacratísima alimentaba y acrecentaba su caridad y devoción, comulgando cada día con extraordinaria fe, reverencia y amor, y recibiendo á su divino Hijo sacramentado, para unirse con Él de nuevo, y entreteniéndose con verle y gozarle en el Sacramento hasta que le viese en la gloria. Y en cada comunión recibía tan grande aumento de gracia, por su excelentísima disposición, que no es posible declararse, y muchas veces se le mostraba Cristo nuestro Señor en la forma que allí está, como después acá lo ha hecho con otros siervos suyos. ¡Oh Virgen Santísima! Gózome de veros renovar cada día el primer gozo de la encarnación, recibiendo sacramentalmente en vuestro pecho al que entonces recibisteis en vuestras entrañas. Por Él os suplico me alcancéis tal disposición para recibirle, que me llene de su gracia, y después le goce con Vos en la gloria. ¡Oh alma fiel! En la meditación de la vida y Pasión del Señor, y en la frecuencia de Sacramentos, hallarás eficaces medios para adelantar en el espíritu y santificarte. ¿Cómo los practicas?

Punto 3.° *Dones soberanos de contemplación que tuvo María.*—Considera cómo María oraba instantemente, en todo lugar y tiempo, con la mayor continuación que oró pura criatura, cumpliendo el consejo de su Hijo, que dice: «Conviene siempre orar, y no desfallecer [2]». Oraba y contemplaba de día y de noche, haciendo obras de manos; y aun durmiendo pensaba muchas veces en Dios, el cual la visitaba entonces con visiones no menos regaladas que las de Jacob [3], cuando, durmiendo, vió el reino de Dios en figura de escala. Y generalmente en su contem-

[1] Cant., IV, 6. — [2] Luc., XVIII, 1. — [3] Gen., XXVIII, 12.

plación recibió favores extraordinarios, mayores que cuantos han recibido los santos del Viejo y Nuevo Testamento. Mostrábasele Dios muchas veces, como á Moisés, hablando con Ella, no por figuras ni en sueños[1], sino boca á boca y cara á cara, con la claridad que con esta vida mortal se compadece. Era arrebatada, como san Pablo, hasta el tercer cielo[2], y entraba en el paraíso, donde oía los secretos de Dios que no se pueden decir. Fué, como san Juan[3], levantada en espíritu para ver las cosas que estaban por venir, con mayor luz que él tuvo. Vió muchas veces los cielos abiertos, como san Esteban[4], y á su Hijo sentado á la diestra del Padre. Finalmente: los regalos eran tantos, que los ángeles se admiraban y decían: «¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de deleites, arrimada á su Amado[5]?» Como si dijeran: ¿Quién es ésta que va subiendo por la contemplación al cielo, y en esta subida recibe abundancia de regalos, con tanto favor, que siempre va arrimada á su Amado, unida con Él por amor, y estribando en Él por singular confianza? ¿Deseamos nosotros participar de la dulzura que comunican las visitas del Señor? ¿Nos resignamos á beber su cáliz, á imitación de María? ¡Oh Virgen Santísima! Gózome de veros tan llena de deleites y tan unida por amor con vuestro Amado; muy merecidos los tenéis por los muchos trabajos que por su causa padecisteis. Bien podéis decirle, como David: Según la muchedumbre de mis dolores, alegraron mi alma tus consolaciones[6]. Repartid, Señora, alguna gotica de este celestial licor con vuestro siervo, para que se aliente á correr por el camino de los mandamientos con la dilatación de su corazón.

Epílogo y coloquios. ¡Oh María! Sois en verdad el tabernáculo de Dios; vuestra alma es un santuario, en el cual de continuo está ardiendo y quemándose el incienso de la más elevada oración. Libre esta Señora de todos los impedimentos y estorbos que el enemigo pone á la oración; rica de las virtudes que disponen inmediatamente al alma para ella, sin esfuerzo, con suavidad sube á lo alto y mira á Dios, contempla á Dios, oye las inspiraciones de Dios, y habla confiadamente con Dios. ¡Oh, quién supiera tener la mente tan fija en Dios como María! Para alimentar su devoción y dar materia á su contemplación, Ella visita frecuentemente aquellos lugares en donde Jesucristo su Hijo obró los misterios de nuestra redención. El huerto de Getsemaní, el camino del Calvario, este monte santo, el sepulcro y el cenáculo, son sus paseos favoritos, y allí su alma se eleva, y levantada sobre todo lo terreno, entabla sus fervientes coloquios con su divino Hijo, penetrando su espíritu de aquellos divinos afectos que inundaban el corazón de este Señor, cuando en ellos

[1] Num., XII, 8. — [2] II Cor., XII, 2. — [3] Apoc., IV, 1. — [4] Act., VII, 55.
[5] Cant., VIII, 5. — [6] Psalm. XCIII, 19.

obraba la redención del mundo. El Sacramento adorable del cuerpo y sangre de su divino Jesús es su ordinario alimento, y en su pecho se conservan de día y de noche las especies sacramentales. ¡Bendita sea, oh María, vuestra oración y contemplación! En ella superáis inmensamente á todos los santos. Mejor que Moisés habláis á Dios cara á cara; mejor que san Pablo sois arrebatada al tercer cielo, y vuestra conversación es con los ángeles. Y tú ¿imitas á María? ¿Cómo te ejercitas en la oración y contemplación? En este mismo momento, ¿no te arguye la conciencia de frialdad y tibieza? ¿Nada le dices á tu Dios y á tu Santísima Madre? Levántate de tu espiritual postración; propón, suspira, habla á Jesús, escucha sus palabras, ruégale por ti, por todos tus hermanos que están en la oración, y por todo el mundo.

30.—CELO DE MARÍA POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS.

PRELUDIO 1.° María procuraba la salvación de las almas, ya orando, ya trabajando, ya sufriendo muchas persecuciones.

PRELUDIO 2.° Represéntate á María en oración, ó bien, diciendo con afecto encendido á Dios: «El celo de tu casa me ha devorado».

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar el celo de María.

Punto 1.° *María procuraba la salvación de las almas con fervientes oraciones.*—Considera cómo la Virgen nuestra Señora, entrando cada día en la bodega de los vinos de su Hijo, se encendía allí en deseo de ejercitar con orden y concierto todos los actos y obras de la caridad[1]; y de aquí nacía en Ella un celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas encendidísimo, pero muy ordenado. Porque primeramente, sabiendo que la conversión de las almas y su perseverancia en la gracia suele de ordinario ser fruto de las oraciones, no sólo deseaba grandemente la salvación de todos los hombres, sino que con oraciones la solicitaba por todos los caminos que podía. Unas veces oraba por los predicadores, ya pidiendo que se aumentase su número, conforme á lo que había dicho su Hijo: «Rogad al Señor de la mies para que envíe operarios á ella», ya suplicando al Señor que diese eficacia á su palabra. Otras veces rogaba por los mismos pecadores, para que el Señor les concediera un corazón dócil para escuchar y cumplir todo cuanto les encargasen los Apóstoles. Y así, es de creer que por las oraciones de esta Señora se convirtieron tantos millares en el primero y segundo sermón de san Pedro. Á sus oraciones se debió tal vez la conversión de Saulo, por quien Ella oró no menos que san Esteban. Ella oraba también por los mártires, para que Dios les diese constancia y victoria. Y tenien-

[1] Cant., II, 4.

do sus manos levantadas al cielo mucho mejor que Moisés [1] cuando el pueblo peleaba, ¿cómo no habían de vencer aquellos por quienes oraba? De este ejemplo de la Virgen Santísima has de aprender á ejercitar el celo, sirviéndote de este medio de la oración, tan fácil, sencillo y al alcance de todos los hombres. Para otros medios podrá faltarte talento, habilidad, misión ú otras cualidades, mas no para este. Y si en las grandes tribulaciones corporales la caridad te obliga á hacer de tu parte lo conveniente para remediarlas, ¿cuánto más estarás en este deber cuando arrecian los males espirituales? ¡Oh Virgen soberana! Orad por este vuestro siervo cuando pelea contra sus enemigos, porque orando Vos por mí, yo venceré por Vos, y vuestra será la gloria de mi victoria; enseñadme también á imitaros en la oración, para que por ella logre ganar muchas almas para vuestro Hijo. ¡Oh alma! Por medio de la oración puedes ejercitar eficazmente el celo; ¿por qué no oras como María?

Punto 2.º *María trabaja cuanto puede por la salvación de las almas.*—Considera cómo, entre los trabajos que hacía María para salvar las almas, el primero era darles los más relevantes ejemplos de toda virtud. El ejemplo de María era un predicador mudo, pero eficacísimo, para mover á la santidad; porque en toda Ella resplandecía una santidad y grandeza tal, que, como dijo de Ella san Dionisio, si la fe no lo reprobara, pensaran todos que era Dios, como lo era su Hijo. Además de esto, ayudaba con la palabra, enseñando á los Apóstoles los misterios de la fe, que Ella sabía con más particularidad y con mayor luz del cielo; y consolando y alentando á los fieles, que acudían á Ella, no solamente de Jerusalén, sino de otras partes remotas, porque, como dijo san Ignacio mártir, todos deseaban verla como á un prodigio celestial de santidad. Pero, más adelante pasó su caridad, porque, así como por inspiración de Dios fué desde Nazareth á las montañas de Judea á visitar á santa Isabel, para que por su medio fuese justificado el Bautista; así también por la misma inspiración hizo ahora algunas jornadas. Fué á Éfeso, como lo afirman los Padres del Concilio efesino; á Antioquía, como lo prometió á san Ignacio; milagrosamente vino á Zaragoza, para consolar y ayudar á Santiago; y también iría á otras partes, para ayudar y consolar á los fieles que deseaban verla, y confirmarlos en la fe, y juntamente dilatarla entre los gentiles, porque, aunque era muy amiga del recogimiento, pero la caridad la hacía salir, como se dice en el libro de los Cantares [2], para visitar las viñas de las iglesias, y ver si florecían, y si las flores de los nuevos cristianos daban abundantes frutos. ¡Oh Virgen sacratísima! Con mucha más razón que el profeta Jeremías podéis decir que en vuestro Corazón se ha encendido un fuego abrasador que no os

[1] Exod., XVII, 11. — [2] Cant., VII, 21.

deja descansar, porque el fuego del celo por las almas abrasa y consume de tal modo vuestro espíritu, que no os deja un momento de reposo, y, ya por ejemplos, ya con palabras, ya con viajes, os esforzáis en ganarlas para vuestro Hijo. ¡Oh! Si este fuego celestial abrasase todo nuestro ser, entonces sí que imitaríamos á la Virgen. ¿Cómo hemos de avivarlo?

Punto 3.º *María, por la salvación de las almas, padeció grandes trabajos y persecuciones.*—Considera cómo María, después de la Ascensión de su Hijo y al principio de la Iglesia, á causa de lo mucho que trabajaba por la extensión de la doctrina de su Hijo santísimo, padeció, como dice san Ignacio, grandes murmuraciones y persecuciones de los escribas y fariseos, y de todos los que aborrecieron y persiguieron á su Hijo. Porque si uno de los mayores favores que el Señor concede á sus escogidos es darles participación en los trabajos que Él padeció para la redención del mundo, ¿qué participación tan aventajada de ellos daría á su Madre, escogida entre millares, y la única que conocía con toda perfección las inmensas riquezas que están escondidas en la cruz? Y así es de creer que María sería el blanco de la calumnia, persecución y rabia de los enemigos de Jesús, y si nada pudieron hacer contra Ella, fué por la protección especial con que la circundó el Señor. Mas, Ella en estas persecuciones se mostró siempre sufrida y muy gozosa, alegrándose de padecer algún desprecio por el nombre de su Hijo; y con este maravilloso ejemplo de paciencia alentaba á los que eran perseguidos; para que tuviesen otra semejante. Pero sentía grande aflicción con la caída de algunos flacos, porque mucho mejor que san Pablo podía decir [1]: «¿Quién se escandaliza, y yo no me abraso? ¿Y quién cae enfermo, que yo no enferme [2]? Y el celo de la casa de Dios comía sus entrañas como las de su Hijo, viendo los pecados de los que la profanaban; mas todo esto la movía á orar con mayor fervor y á procurar con más cuidado la salvación de las almas, para gloria del que las crió y redimió. ¡Oh Virgen soberana! Ya que no tuvisteis dolores en el parto de vuestro Hijo natural, Cristo Jesús, ahora los padecéis en el parto del hijo adoptivo, que es el linaje humano. Vestida estáis del sol, coronada de estrellas, y con la luna debajo los pies [3], y con todo eso clamáis con dolor por dar á luz este hijo, formando á Cristo dentro de su corazón. ¡Oh cristiano! Mira bien lo que por ti ha sufrido esta amantísima Madre, y no repugnes el padecer algo por tus prójimos. ¿Qué contesta á esto tu corazón?

Epílogo y coloquios. ¡Oh! ¡Cómo celó María por la gloria de Dios y la salvación de las almas! Abrasada por este fuego divino, puso en práctica cuantos medios tuvo en su mano para aumentar el rebaño de su Hijo divino, y preservar á las almas de

[1] II Cor., XI, 29. — [2] Psalm. LXXIII, 10. — [3] Apoc. XII.

la perdición eterna. Ella levanta sus manos purísimas al cielo pidiendo por los predicadores que siembran la santa semilla; por los pecadores en cuyos corazones es sembrada, para que la reciban y hagan fructificar; por los ilustres confesores de la fe, que son el blanco de la persecución, para que la confiesen hasta la muerte. ¡Cuántos triunfarían auxiliados por las súplicas de María! ¡Cuántos pecadores por su ruego alcanzarían la conversión! Mas Ella no se contenta sólo con orar; con sus santos ejemplos mueve á todos á la santidad; con sus fervorosas palabras conforta á los pusilánimes, confirma á los débiles, ilustra á los ignorantes y hace salir del mal camino á los extraviados. No contento ni satisfecho con esto su celo, emprende largos viajes, para visitar á las iglesias nacientes y atraer sobre ellas las bendiciones celestiales. Y ¿qué diremos de las tribulaciones y persecuciones de que fué víctima á causa de su celo? ¿Qué de la paciencia inalterable con que las soportó todas? ¡Oh María! Despertad en mi corazón este sentimiento de celo, comunicándole siquiera una parte del que abrasa el vuestro. ¿Qué celo tienes por la salvación de las almas? ¡Ah! Debieras orar, y no lo haces; podrías trabajar en la viña que el Señor te ha señalado, y la pereza te vence; ¿serás tú como el siervo malo que enterró el talento? Piensa que mientras tú estás ocioso, el demonio está sembrando la cizaña; y con este pensamiento, sal cuanto antes de esa flojedad tan ofensiva para Dios como perjudicial para ti. Mira lo que has de proponer, y convencido de tu inconstancia y debilidad, ruega con fervor para ti, para la Iglesia, para los pobres pecadores, herejes, infieles y demás necesidades.

31.—PROXIMIDAD DEL TRÁNSITO DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º Antes de morir, la Virgen se preparó con grandes deseos, y el Señor le envió al arcángel san Gabriel para que le anunciase su próximo tránsito.

PRELUDIO 2.º Represéntate á san Gabriel anunciando á María la proximidad de su partida de este mundo.

PRELUDIO 3.º Pide á la Virgen que te enseñe á prepararte para la muerte, como Ella lo hizo.

Punto 1.º *Deseos que María tenía de ir á su Hijo y á Dios.*—Considera los vivos y encendidos deseos que tenía la Virgen, especialmente en los últimos años de su vida, de ir á ver á Dios, y estar junta con su Hijo; los cuales nacían, no de tedio de la vida presente, ni de horror á los trabajos que padecía, sino de puro amor; el cual, cuando es muy encendido, suspira grandemente por la presencia del amado, y no halla descanso sino es en verle; y como era tan leída en las divinas Escrituras, de ellas sacaba las palabras de su afecto. Unas veces, hablando consigo misma, diría: «¡Ay de mí!, que se ha dilatado mucho mi peregrinación; morado he mucho tiempo con los moradores de Cedar; muchos días ha sido mi alma peregrina en esta vida [1]». Otras veces, hablando con Dios, diría [2]: «Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á Ti, mi Dios; mi alma tiene sed de Dios fuerte y vivo. ¿Cuándo tengo de ir á parecer en la presencia de mi Dios? Saca ya, Señor, mi alma de la cárcel de este cuerpo, para confesar tu santo nombre, y mira que los justos están esperando á que me des la corona de justicia que me tienes prometida [3]». Otras veces, hablando con los ángeles que la visitaban, les diría [4]: «Conjúroos, moradores de Jerusalén, que si topareis á mi Amado, le digáis que estoy enferma de amor; decidle que mi espíritu desfallece y mi carne se debilita con el deseo que tiene de verle y gozar de Él». Pondera también cómo algunas veces dentro del Corazón de la Virgen habría una santa contienda, como de sí lo dice san Pablo [5], entre el amor de Dios y del prójimo; porque el amor de Dios juzgaba por mejor ser desatada y estar con Cristo, mas el amor del prójimo decía que era necesario quedarse acá para hacerle bien; y como estaba tan resignada en la divina voluntad, diría lo que después dijo san Martín: «Señor, si soy necesaria para tu pueblo, no rehuso el trabajo, hágase tu voluntad». ¡Oh Virgen inefable, que ni fuisteis vencida del trabajo, ni lo seréis de la muerte, ni temisteis morir ni rehusasteis vivir, queriendo solamente lo que Dios quería! Conceded á mi alma que viva de tal manera, que llegue á imitar vuestros fervorosos deseos con la santa resignación que los acompaña, deseando la muerte con alegría, y sufriendo esta vida con paciencia. ¿Qué debo yo hacer para sentir esto?

Punto 2.º *Decreto de que la Virgen muera, y cómo se prepara para este paso.*—Considera cómo Dios nuestro Señor, aunque preservó á la Virgen de la culpa original, no quiso, según se cree comúnmente, preservarla de la muerte del cuerpo, que fué su efecto, sino que pasase por ella [6], como los demás hombres, para que se viese cuán irrevocable era esta sentencia de la muerte: para que la Virgen imitase en esto también á su Hijo, el cual murió para remediarnos con su muerte: para que mereciese mucho, venciendo esta natural repugnancia que tiene la carne á morir; y también para que diese á todos ejemplo raro de virtud en su muerte, y se compadeciese de los que mueren, como quien pasó por aquel trabajo, porque había de ser nuestra Abogada en aquella hora tremenda. Sintiendo, pues, la Virgen que le faltaban pocos días de vida, comenzó con nuevo fervor á aparejarse para la partida, ejercitando actos de virtud más esclarecidos, diciendo aquello de los Cantares [7]: «Fortalecedme con flores, fortificadme con frutos, porque estoy enferma de amor».

[1] Psalm. CXIX, 5. — [2] Psalm. XLI, 23. — [3] Psalm. CXLI, 8. — [4] Cant., V, 8.
[5] Philip., I, 23. — [6] Hebr., IX, 27. — [7] Cant., II, 5.

Como si dijera, hablando con sus potencias: La fuerza del amor me va consumiendo la vida; producid nuevas flores y frutos celestiales; brotad meditaciones, afectos y obras olorosas que alivien mi enfermedad y me dispongan al fin de ella. En estas cosas has de imitar á la Virgen, á fin de aparejarte para la muerte; deseando por una parte que llegue el momento de poder ir á ver á Dios, resignándote por otra enteramente á la voluntad de Dios y dándote prisa á hacer muchas obras perfectas, aumentando el fervor, cuando presumes que está cerca la partida, no sea que por tu tibieza y negligencia seas condenado en el purgatorio que llaman del deseo: ¡Oh Virgen benditísima! Al ver que Vos me precedéis en pasar este trance tan terrible, ya no temo la muerte, y me entrego del todo en las manos de Dios, para que disponga de mi vida cuando sea su santísimo beneplácito. Lo que os pido, Señora, es que por vuestra santísima muerte me ayudéis á prepararme para ella, y me asistáis en aquel momento, para que ella sea principio de una vida perdurable. ¡Oh alma devota! Piensa con frecuencia que has de dejar tu cuerpo. ¿Cómo te dispones para este acto?

Punto 3.º *Dios anuncia la muerte á María por medio de san Gabriel, y en torno suyo reune á los Apóstoles.*—Considera cómo, llegado el tiempo determinado para el glorioso tránsito de María, su Hijo la envió al arcángel san Gabriel para que le diese la nueva de ello: vendría resplandeciente, como cuando vino á anunciarla la encarnación del Verbo Divino; y es de creer que entraría con la misma salutación, diciéndola: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres por el fruto bendito de tu vientre Jesús. De su parte, Señora, vengo á decirte, cómo ya es llegada la hora en que quiere llevarte consigo, y premiarte los servicios que le has hecho, y dar juntamente contento á todos los cortesanos del cielo, que te están esperando con deseo de tenerte en su compañía». ¡Oh qué sentimientos tan levantados tendría la Virgen con tal nueva! Por una parte, llena de júbilo, diría con David[1]: «Alegrado se ha mi espíritu por las cosas que me han dicho, porque tengo de ir á la casa del Señor». Y, por otra, con gran resignación repetiría aquí las palabras que dijo la otra vez al ángel[2]: «Ves-aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra». Estos dos afectos has de ponderar y guardar en tu corazón, para cuando te dieren la nueva de tu muerte, pues gusta Dios que la recibas con alegría y resignación. Pondera también cómo á este tiempo vinieron milagrosamente los Apóstoles y muchos otros discípulos á estar presentes á la muerte de la Virgen, más para provecho de ellos, que para consuelo suyo, aunque se consoló mucho con su vista. Todos lloraban su ausencia y se encomendaban á sus

[1] Psalm. cxxi, 1.—[2] Luc., i, 38.

oraciones; y Ella consoló á todos y les dió consejos muy saludables, y á imitación de su Hijo oró por ellos y echóles su bendición con grande afecto, ofreciéndose á ser su abogada en el cielo. ¡Oh Madre dulcísima! Huérfanos quedamos en la tierra, si Vos os vais al cielo; pero si tenemos cierta vuestra ayuda desde allá, seguros viviremos en la tierra. Subid en buena hora, pues con vuestra bendición nos dejáis prendas de que subiremos con Vos á gozar un día de vuestro Hijo.

Epílogo y coloquios. ¡Qué deseos tan encendidos tenía la Virgen de ir á ver á su Hijo, al acercarse al término de su vida! Al modo que una piedra cuanto más se acerca á su centro con tan mayor celeridad corre, así María, según se iba acercando á su fin, volaba con sus deseos más precipitadamente á su Dios. ¡Qué suspiros exhalaría! ¡Qué lágrimas tan tiernas derramaría, pidiendo que llegase el momento de unirse con su Amado! ¡Cuántas veces repetiría los santos afectos de los profetas, con que estos hombres inspirados desahogaban su pecho suspirando por el cielo! Pero ¿morirá María? Estando limpia de todo pecado, ¿se habrá de sujetar á la pena de éste? Sí, morirá, porque así lo ha dispuesto el Señor en su adorable providencia, porque ha de asemejarse en todo á su Hijo; porque ha de ser nuestra abogada en la muerte, y conviene que pase por las fatigas de ella; porque nos ha de enseñar el modo de prepararnos para una muerte semejante á la suya, para que nos consolemos en aquel duro trance, recordando que también nuestra Madre pasó por él. ¡Alegraos, María! El arcángel san Gabriel ya desciende del cielo, y es portador de buena nueva. Oid la honrosa salutación que os dirige; escuchad la nueva que os da. Vuestro Hijo quiere teneros en su compañía. Ya los Apóstoles milagrosamente se hallan rodeándoos con amor, como los pollitos rodean á la gallina, y esperando de Vos palabras de consuelo. Entretanto, el espíritu de María se va abrasando en amor de Dios, los deseos crecen en intensidad, la alegría se refleja en su semblante, y todas sus potencias ejercitan con mayor perfección actos sobrenaturales, hasta que llegue el momento que se verifique la separación del alma y del cuerpo. Así te enseña María á prepararte para la muerte. Conformidad, deseo, alegría, resignación: tales son los afectos con que has de recibir el anuncio de tu partida de este mundo. Ejercítalos en vida, y sean ellos ahora tu elemento, á fin de que en la muerte no halles dificultad en despertarlos en tu alma. Á este fin, resuelve eficazmente lo que te convenga hacer, y conociendo tu nada, con vivo fervor pide por ti y por todo el mundo, singularmente por los agonizantes.

32.—MUERTE PRECIOSÍSIMA DE MARÍA.

PRELUDIO 1.° Estando la Virgen para morir, fué visitada por su Hijo, en cuyas manos entregó plácidamente el alma, y los Apóstoles dieron honrosa sepultura al cuerpo.

PRELUDIO 2.° Represéntate á María en el momento de espirar en los brazos de Jesucristo.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de tener una buena y feliz muerte.

Punto 1.° *Jesucristo bajó del cielo á recibir el alma de su Santísima Madre.*—Considera cómo, llegada ya la hora en que había de morir la Virgen Santísima, bajó Cristo nuestro Señor del cielo por Ella, cumpliendo la palabra que había dado á los Apóstoles, cuando les dijo [1]: «Si me fuere para aparejaros lugar en el cielo, Yo volveré otra vez y os llevaré conmigo». Vendría con Él innumerable multitud de ángeles, para que se hallasen en la muerte de María, y de allí arrojaría á todos los demonios, sin que se atreviesen á llegar á su posada. ¡Oh qué palabras tan regaladas diría el Hijo á la Madre! No alcanza nuestro entendimiento á rastrearlas, si no es por las que están escritas en el libro de los Cantares. Diríala con grande amor [2]: «Levántate, paloma mía, amiga mía, hermosa mía, y ven, porque ya es pasado el invierno, y han cesado las lluvias, y es llegado el fin de tus trabajos». Ven, oh Esposa mía, del Líbano y de los demás montes altos y fértiles de virtudes en que has morado [3]; deja ese mundo miserable, que es cueva de leones y monte de tigres; ven, y serás coronada con la corona de justicia que tan bien has merecido. En viendo la Virgen á su Hijo, y oyendo las palabras que la decía al corazón, es de creer que con la grande caridad que tenía, le pediría consolase á sus Apóstoles y discípulos, derramando sobre ellos su copiosa bendición. Y luego, acordándose del modo cómo su Hijo espiró en la cruz, diría las mismas palabras que Él dijo: «¡Oh Padre mío en cuanto Dios, é Hijo mío en cuanto hombre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu [4]!»; y en diciendo esto, espiró. ¡Oh cuán preciosa fué la muerte de esta Señora en los ojos de Dios! ¡Oh Madre amantísima! Descansad ya de vuestros trabajos, disfrutad alegre y perpetuamente de la gloria que habéis merecido y de la compañía de vuestro Hijo. Pero no olvidéis que también nosotros somos hijos vuestros, y nos hallamos en este valle de lágrimas, expuestos á mil peligros y escollos: desde el cielo alargadnos la mano para sacarnos de ellos y llevarnos adonde estáis, á fin de que con Vos alabemos á Dios eternamente.

Punto 2.° *Causas por que fué preciosa la muerte de María.*—Considera cómo la muerte de María fué preciosísima á los

[1] Joan., xiv, 3. — [2] Cant., ii, 10. — [3] Cant., iv, 8. — [4] Psalm. xxx, 6.

ojos de Dios por varias causas. Primeramente, porque no murió tanto de enfermedad de cuerpo, como de enfermedad de amor, el cual la consumió las fuerzas corporales, y así pudo decir que estaba enferma de amor, llagada con la caridad; y esta llaga penetró su alma y la sacó del cuerpo, para ver al mismo que Ella llagó con la unión de su encendida caridad [1]. Demás de esto, fué preciosa, porque murió sin dolor, contentándose su Hijo con los dolores que padeció cuando le vió morir en la cruz. Y porque fué tan grande la alegría que su alma experimentó con la presencia de su Amado, que no sintió separarse del cuerpo, cumpliéndose en Ella lo que dice la Sabiduría, que el tormento de la muerte no toca á los justos [2], porque sus almas están en las manos de Dios. Finalmente, todas sus obras, que eran muchas y muy esclarecidas, se juntaron entonces, manifestándoselas Dios, para que la acompañasen y llenasen de confianza y alegría. Si son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras les siguen [3], ¿cuánto más bienaventurada sería la que murió en Cristo de puro amor de Cristo, con abundancia de obras tan esclarecidas que la acompañaban [4]? Si es bienaventurado el siervo, á quien el Señor halla velando cuando viene á su casa [5], ¿cuánto más bienaventurada sería esta Virgen, que nunca durmió sueño profundo como las vírgenes locas, ni aun sueño ligero como las prudentes, sino siempre estuvo en vela [6]? Si el justo tiene grande esperanza en la hora de la muerte, ¿cuánto mayor la tendría esta Reina de los justos? ¡Oh Virgen Santísima! Para que mi muerte sea en algo semejante á la vuestra, alcanzadme que viva llagado de amor, y tan lleno de buenas obras, que no me toque el tormento de la muerte; justo es que me toque el tormento corporal de la muerte; pues es pena merecida por mi culpa; pero no me toque su tormento espiritual, afligiéndome con temor demasiado, con desconfianza y desmayo de corazón. ¡Oh alma! Si quieres que tu muerte sea preciosa, imita la vida de la Virgen, y multiplica las buenas obras. ¿Lo practicas de este modo?

Punto 3.° *Los discípulos dieron sepultura al cuerpo de la Virgen.*—Considera cómo, después que la Virgen espiró, dióse sepultura á su bienaventurado cuerpo, con grande pompa del cielo y de la tierra, de modo que de Ella se puede decir lo que Isaías dice de Jesucristo [7], que su sepulcro fué glorioso, porque concurrieron á él la gente más gloriosa del cielo y de la tierra; es á saber: los Apóstoles y muchos discípulos, los cuales iban cantando himnos y alabanzas á Dios y á su Madre, como el Espíritu Santo se los ponía en el corazón y en la boca; y también vinieron los coros angelicales que seguían el cuerpo, y estuvieron tres días en el sepulcro con música celestial, honrando á la

[1] Cant., ii, 5. — [2] Sap., iii, 1. — [3] Apoc., xiv, 13. — [4] Luc., xii, 34.
[5] Matth., xxv, 5. — [6] Prov., xiv, 32. — [7] Isai., xi 10.

que era Reina suya y estaba allí depositada. Además, fué gloriosísimo el sepulcro de María por los grandes milagros que hizo Dios á la presencia de este venerable cuerpo: porque, aunque mientras vivió no hizo milagros, parte por humildad, parte por dejar esto á los Apóstoles y á los predicadores del Evangelio, y parte porque su vida toda era un continuo milagro muy más glorioso que la vida del Bautista; pero, en muriendo, quiso su Hijo honrarla con esclarecidos milagros, como honra á otros Santos. Finalmente, fué glorioso su sepulcro, porque, puesto caso que los Apóstoles y discípulos tiernamente sintieron la muerte de la Virgen, pero es de creer que luego les daría Cristo nuestro Señor parte de la gloria de su Madre, llenando sus corazones de alegía espiritual, acordándose que tenían en el cielo á una Madre y Abogada que miraría por ellos. ¡Oh Virgen Soberana! De la manera que puedo, quiero acompañar vuestro cuerpo con mi espíritu, y entrarme entre los dos coros de Apóstoles y ángeles, para cantar con ellos vuestras alabanzas. Gracias os doy, Verbo eterno, por la honra que hacéis á vuestra Madre, por la cual os suplico me deis tal muerte, que merezca en su compañía gozaros siempre en la gloria. ¿Qué suerte nos tocaría si ahora nos asaltase la muerte? ¿Cómo debemos esperarla y prepararnos para ella?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán preciosa fué la muerte de nuestra Santísima Madre! El mismo Jesucristo, su Hijo muy amado, y Juez de vivos y muertos, quiso presenciarla y recibir aquella afortunada alma, al salir de su cuerpo. Millares de ángeles estarían presentes, y los demonios no osarían acercarse á aquel lugar, y con rabia tuvieron que respetar á aquella alma, cuyo brillo jamás pudieron empañar. El momento supremo se acerca; Jesús hace sentir á su Madre su presencia, llamándola al descanso con dulces palabras; y María, después de haber interesado á su divino Hijo en favor de los Apóstoles y discípulos que quedaban en el mundo, sin dolor, sin agonía, se duerme plácidamente en el Señor, y su alma, desatada de las ataduras del cuerpo, vuela con rapidez al Corazón de su Hijo. Pero, ¡cuán rica de méritos! ¡Cuán adornada de preciosos carismas! ¡Cuán embellecida con la gracia divina y dones del Espíritu Santo! Los ángeles, admirados, la contemplan, y no se cansan de mirarla, al ver que sale tan brillante del cuerpo de barro, en que por tantos años ha morado. Entretanto, los Apóstoles y discípulos, tomando el sagrado cuerpo de la Virgen, le dan honorífica sepultura. En torno de este glorioso sepulcro se reune lo más santo de la tierra, y los ángeles del cielo que cantan armoniosos himnos. Los milagros que en él se obran son estupendos, supliendo el Señor ahora los que la Virgen no hizo en vida. Al contemplar tan venerando espectáculo, ¿qué siente tu corazón? ¿Deseas que tu muerte sea preciosa como lo fué la de María? ¿Quieres que el Señor venga á recibir en sus brazos á tu alma saliendo del cuerpo? ¿Y

que tu sepulcro sea glorioso con verdadera y sólida gloria? Imita á María; practica, como Ella, las virtudes; ten grande horror al pecado; procura hacer siempre lo mejor. Para esto, propón lo que debes hacer, pide gracia para hacerlo, y ruega por todos tus prójimos, para que en ellos se aumente la devoción á María.

33.—ASUNCIÓN Y GLORIA DEL ALMA DE MARÍA.

PRELUDIO 1.° El alma de María subió al cielo en compañía de su Hijo y de las jerarquías angélicas, y fué glorificada.

PRELUDIO 2.° Represéntate al alma de María subiendo al cielo.

PRELUDIO 3.° Pide conocimiento de la gloria de María y gracia de poder algún dia participar de ella.

Punto 1.° *Salutaciones afectuosas que se darían Jesús y el alma de María al salir de su cuerpo.*—Considera cómo el alma de la Virgen, luego que se desprendió de las ataduras de su cuerpo, en el mismo instante fué introducida en el cielo y glorificada. Pero meditando esto del modo que puedes, como si hubiese sucedido poco á poco, pondera primeramente los dulces abrazos que se darían el Hijo y la Madre en aquella primera salida, con gozo inefable. Allí se cumplió lo que está escrito [1]: «Su mano siniestra está debajo de mi cabeza, y con su mano derecha me abrazará»; porque mientras vivió, el Hijo la sustentaba con la contemplación de los misterios y obras de su humanidad, significada por la mano izquierda; pero, en muriendo, la abrazó y rodeó con la vista clara de su divinidad, figurada por la mano derecha. ¡Oh qué gozosa estaría esta alma benditísima en aquel primer instante! Con qué afecto diría [2]: «¡Hallado he al que ama mi alma, asirle he, y no le dejaré hasta que me lleve consigo y me introduzca en la casa de mi madre, la celestial Jerusalén». Pondera también las salutaciones que dirigiría á la Virgen la ilustre compañía de las tres jerarquías celestiales, que con Ella subían, celebrando su asunción. Saludábanla, como dice san Atanasio, con varias salutaciones de grande gloria, y gozábanse de llevarla á su ciudad soberana; dábanle el parabién de las grandezas que Dios había obrado en Ella, y á una voz entonaban todos la salutación de san Gabriel, en que estaban sumadas sus grandezas; pero yo, entregiriéndome con el espíritu en medio de estas jerarquías, alabaré á esta Señora, celebrando su triunfo, como los hebreos el de Judith. ¡Oh Virgen gloriosísima [3]! Vos sois la gloria de Jerusalén, así de la militante como de la triunfante. Vos sois la alegría de Israel, así de los que ven á Dios por la contemplación en esta vida, como de los que le ven claramente en la otra. Vos sois la honra de nues-

[1] Cant., II, 6. — [2] Cant., III, 4. — [3] Judith, XV, 10.

tro pueblo; porque obrasteis siempre varonilmente, y amasteis la castidad, sin jamás conocer varón. Por esto seréis bendita para siempre, y por vuestra causa serán benditos los que por Vos fueren amparados. Y nosotros, ¿no nos alegramos de la gloriosa asunción de nuestra Madre? ¿No procuraremos trabajar para ir á tomar parte en su triunfo?

Punto 2.º *María sube á la gloria en brazos de su Hijo.* —Considera cómo subió la Virgen Santísima á los cielos, no llevada por manos de ángeles, como fué llevado Lázaro el mendigo al seno de Abraham, sino por las de su mismo Hijo y en sus mismos brazos, pagándole con esto los servicios y regalos que le hizo en su niñez, trayéndole en los suyos. De aquí procedió la grande admiración de las jerárquías celestiales, las cuales decían[1]: «¿Quién es esta que sube del desierto, llena de deleites, arrimada á su Amado?» Como si dijeran: ¿Quién es esta que sube del erial del mundo seco y estéril, donde no hay otra cosa sino dolor y trabajo, y con todo esto sube rica, próspera y abundante, llena de deleites celestiales, estribando, no en sí misma, ni en los ángeles, sino en su Amado? De esta manera entró la Virgen en el cielo empíreo, con alegría inefable de todos los cortesanos celestiales y de la Santísima Trinidad; porque el Padre eterno se gozaba de tener consigo á su querida Hija; el Hijo de tener consigo á su dulce Madre, y el Espíritu Santo de tener en su compañía á su amada Esposa. ¡Oh qué recibimiento tan alegre! ¡Qué besos de paz tan dulces! ¡Qué abrazos tan amorosos! ¡Qué coloquios tan tiernos pasarían entre tal Hija con tal Padre, y entre tal Madre con tal Hijo, y entre tal Esposa con tal Esposo, y entre las tres divinas Personas, sobre honrar á tal Princesa! Venerando todo esto en silencio, despierta en tu corazón vivos deseos de seguir á la Virgen en esta gloriosa jornada, comenzando por desamparar con el corazón al mundo y mirándole como un destierro; subiendo cada día en virtud y santidad, no estribando en tus fuerzas, sino en los auxilios del Señor; y alegrándote siempre en Dios y en las cosas de su servicio. ¿Lo has hecho así hasta hoy? ¿Qué debes hacer en adelante? ¡Oh Virgen sacratísima! Subid gloriosa y triunfante por esos cielos en brazos de vuestro Hijo; recibid las regaladas salutaciones de la corte del cielo y de la misma beatísima Trinidad. Muy justo es que seáis bendecida y alabada por Dios, habiendo sido vuestra vida una continua bendición y alabanza del Señor. Pero, no os olvidéis en vuestra grandeza de los que vivimos en la miseria; miradnos benigna, y compadeceos de nosotros, pobres pecadores.

Punto 3.º *Glorificación del alma de María.*—Considera en este punto la gloria esencial del alma de la Virgen, la cual

[1] Cant., VIII, 5.

es por todos los conceptos incomprensible; porque si á todos los justos Jesucristo[1] dará una medida de gloria buena, llena, apretada y colmada, ¿qué medida daría á su Madre[2]? Si con la medida que midiéremos seremos medidos, quien nunca quiso tener medida limitada en amar y servir á Dios, ¿qué medida casi sin medida recibiría del mismo Dios? La medida de la Virgen, en el servicio de su Hijo, siempre fué buena con todo género de bondad, sin mezcla de culpa; llena de todas gracias y virtudes, con plenitud de buenas obras; apretada con trabajos y mortificaciones; colmada y muy sobrada con la observancia de los consejos evangélicos; pues si Dios premia á los justos con medida de gloria mil veces más excelente que sus servicios, ¿cómo premiaría la medida tan excelente de su Madre? Sólo Dios que se la dió, y la Virgen que la recibió, pueden conocer la inmensidad de esta medida. Bástanos saber que quedó harta en todas sus potencias. Su entendimiento quedó harto con la vista clara de Dios trino y uno, bebiendo en aquel mar inmenso de su infinita sabiduría, con tal abundancia, que los querubines, en su comparación, están como vacíos. Su voluntad quedó harta con el amor beatífico de Dios, siendo él tan excesivo, que los serafines están, en su comparación, como helados. Su espíritu todo quedó harto con la posesión pacífica del bien infinito, engolfándose en el mar de los gozos del Señor, y bebiendo del río de sus deleites con tal abundancia, que los ángeles todos, en su comparación, están como sedientos. Finalmente: allí el Señor le premió la leche que le había dado, las lágrimas que le había enjugado, el cáliz amargo que había bebido, dejándola tan satisfecha y bien pagada, que nada le pareció todo cuanto había hecho y padecido al ver el premio que recibía. ¡Oh Virgen gloriosísima! Gózome de vuestra gloria, y del gozo y hartura que tenéis en esa mesa del cielo, donde estáis sentada con vuestro Hijo, comiendo y bebiendo lo mismo que Él come y bebe: mejor merecéis ese asiento que los Apóstoles, pues permanecísteis con Él en sus tentaciones más fielmente que todos ellos. ¡Oh alma devota! Contempla la gloria de María, y acuérdate que á los grandes premios sólo se puede llegar por grandes trabajos. ¿Cómo piensas acerca de estos?

Epílogo y coloquios. ¡Qué momento tan feliz para el alma de María sería aquel en que, separada ya de su cuerpo, se encontró en los brazos de su amado Hijo! ¡Qué salutaciones tan tiernas y cariñosas mutuamente se darían! ¡Cuán regocijados estarían los ángeles todos, viendo revestida de gloria y hermosura á su amadísima y soberana Reina! Pero, preciso es ir á tomar posesión de su glorioso reino. Organízase brillante procesión; abren la marcha los escuadrones celestiales, y al fin de ella viene María, cuya alma es llevada, no por ángeles, como la

[1] Luc., VI, 38.— [2] Matth., VII, 2.

de Lázaro, sino por el mismo Señor de todos ellos. Himnos armoniosos resuenan por los aires; los espíritus celestiales, asombrados, se preguntan unos á otros quién es aquella Señora á quien tales distinciones hace su Rey. Y entretanto María es presentada delante del trono de la beatísima Trinidad, que recibe á aquella Hija predilecta, Madre tierna y Esposa cariñosa con especiales muestras de amor, y le da aquella medida sin medida de gloria que había merecido con sus obras y trabajos; alumbra su entendimiento con un océano de luz divina; llena su voluntad del amor del sumo Bien, y sumerge su espíritu en un abismo de felicidad. ¡Oh María! Gozad en hora buena de tanta dicha, y no os olvidéis de nosotros, miserables desterrados. ¿Qué sentimos al ver la felicidad de nuestra Madre? ¿No se despierta en nosotros un deseo grande de acompañarla en ella? ¿Son nuestras obras tales, que nos hagan merecedores de su gloria? Si llegase ahora el momento de presentarnos á Dios, ¿qué suerte nos tocaría? Meditémoslo con cuidado, porque nos importa en gran manera; tratemos seriamente de hacernos dignos de la celestial recompensa, haciendo á este fin eficaces propósitos, vivas y confiadas súplicas, sin olvidarnos de las necesidades que se nos han encomendado.

34.—CORONACIÓN DEL ALMA DE MARÍA.

PRELUDIO 1.° María fué coronada con brillantísimas coronas por la Santísima Trinidad.
PRELUDIO 2.° Represéntate á María en el acto de ser coronada.
PRELUDIO 3.° Pide la gracia de conocer la gloria de María y de practicar las virtudes que la hicieron de ella merecedora.

Punto 1.° *María fué coronada como Reina del universo.*—Considera aquí la coronación de la Virgen por Reina universal de todo lo criado. Porque, luego de entrar en la corte celestial, fué levantada sobre los nueve coros de los ángeles á gloria incomparablemente mayor que la de todos ellos. Su Hijo santísimo la sentó á su mano derecha en un trono de grande majestad, con mayores muestras de amor que Salomón sentó en otro trono á su madre Betsabé[1]. Allí se cumplió lo que está escrito[2]: «Asistió la Reina á tu mano derecha, vestida con ropaje de oro, y adornada con variedad»; porque así como de Cristo nuestro Señor se dice estar á la diestra del Padre, en cuanto goza los mejores bienes de gracia y gloria que hay en el cielo; así la Virgen está á la diestra de su Hijo, porque después de Él tiene el más alto grado de gloria sobre todos los coros de los ángeles y de los demás espíritus bienaventurados: porque cuanto es más

[1] III Reg., II, 19. — [2] Psalm. XLIV, 10.

glorioso[1] el nombre de madre que el nombre de criado, tanto es más alto el trono de la Virgen que el de los demás. Pues, si el primer ángel, que después se perdió por su soberbia, estaba en el paraíso adornado con nueve géneros de piedras preciosas[2], esto es, con las perfecciones de los nueve coros angélicos, ¿cuánto más adornada estará la Virgen con todas las perfecciones de las piedras vivas y preciosas de la celestial Jerusalén? Levántate en el espíritu, y mira con los ojos de la fe á esta Madre del verdadero rey Salomón, con la corona de gloria con que la coronó su Hijo en el día de su entrada en el cielo, y en el día de la alegría de su corazón. Escucha cómo renueva gozosa su antiguo cántico[3]: «Mi ánima engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su sierva; desde hoy más me llamarán bienaventurada todas las generaciones». ¡Oh Virgen gloriosísima! Ya pueden todas las generaciones del cielo y de la tierra llamaros á boca llena bienaventurada, pues tenéis en posesión lo que hasta aquí teníais en esperanza. Gózome de la alteza de vuestro trono; sea para bien ese asiento á la diestra de vuestro Hijo; muy bien os está esa vestidura de oro de caridad bordada con tanta variedad de virtudes. ¡Oh alma mía! Da gracias al Señor por la gloria que ha concedido á María, é imita las virtudes de esta Señora para ser merecedor de ella. ¿Cómo lo verificas?

Punto 2.° *María fué coronada por la Santísima Trinidad con corona de poder, sabiduría y amor.*—Considera cómo María fué coronada por la Santísima Trinidad con tres coronas preciosísimas. El Padre Eterno la coronó con corona de potestad, concediéndola, después de Cristo, poderío sobre todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno, cumpliéndose también en Ella aquello del Salmo[4]: «Coronástela de honra y gloria, y constituístela sobre las obras de tus manos». El Hijo de Dios coronó con la corona de sabiduría, dándola conocimiento claro, no solamente de la divina Escritura y de todos los misterios que en ella están encerrados, sino de todas las cosas criadas y de todas las que pertenecen á su estado de Madre y Abogada nuestra. El Espíritu Santo la coronó con corona de caridad, infundiéndola, no solamente el amor de Dios, sino el amor encendidísimo de los prójimos, con un celo ardentísimo de su bien y salvación. ¡Oh qué admiración y pasmo tuvieron las tres jerarquías angélicas cuando vieron á la Virgen con tales coronas! Los serafines se admiraban del ardor de su caridad; los querubines, de la plenitud de su ciencia; los tronos, de la abundancia de su paz; las dominaciones, de la grandeza de su potestad; las virtudes, de la excelencia de sus dones, y los demás ángeles, de la soberanía de su perfección y santidad. Pondera con admira-

[1] Hebr., I, 4. — [2] Ezech., XXVIII, 13. — [3] Luc., I, 46. — [4] Psalm. VIII, 6.

ción esta triple corona de la Virgen tu Madre, alegrándote grandemente que tenga tanta potestad y grandeza, que pueda con su intercesión remediar tus miserias; tanta sabiduría, que sabe muy bien todas tus necesidades y entiende tus deseos y oraciones, y tanta caridad y celo, que desea más que tú el cumplimiento de ellas. ¡Oh Madre dulcísima, coronada por vuestro Hijo con misericordia y abundancia de misericordias [1]! Suplicadle que me corone con ellas en esta vida, para que alcance la corona de la otra. ¡Oh cristiano! Mira las coronas que la Trinidad beatísima ha concedido á tu Madre. ¿Desconfiarás de su patrocinio?

Punto 3.° *María fué coronada con las tres aureolas y con corona de doce estrellas.*—Considera cómo, además de las coronas dichas, la Santísima Trinidad concedió á la Virgen María las tres coronas de gloria accidental que los teólogos llaman laureolas ó coronas de laurel, que nunca pierde su verdor; conviene á saber: laureola de virginidad, de martirio y magisterio, porque esta Señora fué Virgen de las vírgenes; fué mártir en la Pasión de su Hijo, padeciendo en su espíritu lo que Él padecía en el cuerpo; y fué maestra de nuestra religión, enseñando los misterios de la fe á los mismos maestros de ella. Pondera cómo María fué también coronada con la corona de doce estrellas, de que se hace mención en el Apocalipsis [2], porque como concurrieron en Ella las grandezas y virtudes de todos los órdenes de santos que hay en el cielo, así fué coronada con los premios de todos ellos, figurados por las doce estrellas. Resplandeció en Ella sumamente y con grandes ventajas la fe y esperanza de los patriarcas; la luz y la contemplación de los profetas; la caridad y celo de los Apóstoles; la fortaleza y magnanimidad de los mártires; la paciencia y penitencia de los confesores; la sabiduría y discreción de los doctores; la santidad y pureza de los sacerdotes; la soledad y oración de los ermitaños; la pobreza y obediencia de los monjes; la castidad y limpieza de las vírgenes; la humildad y sufrimiento de las viudas, con la fidelidad y concordia de los santos casados; y, por consiguiente, recibió los premios y coronas de todos con exceso incomparable, porque á Ella cuadra con gran propiedad lo que dice el Sabio [3]: «Muchas hijas allegaron para sí riquezas, pero tú las has superado á todas». ¡Oh Reina soberana! Muy merecidas tenéis tan gloriosas coronas en el cielo, por los copiosos frutos que llevasteis en la tierra. Coronada estáis de estrellas, porque los santos que os siguieron son gloria y corona vuestra, y por vuestra intercesión y ayuda alcanzaron sus victorias. Y así, con mucha humildad arrojan sus coronas á vuestros pies [4], reconociendo que por vuestro medio las ganaron. Y tú, alma fiel, al

[1] Psalm. CII, 4. — [2] Apoc., XII, 1. — [3] Prov., XXXI, 29. — [4] Apoc., IV, 10.

contemplar la gloria de la Virgen, ¿cómo no te mueves á serle muy devoto? ¿Á confiar en su protección? ¿Y á venerar sus grandezas?

Epílogo y coloquios. ¿Quién podrá comprender ni imaginar siquiera la fiesta brillantísima que se celebraría en el cielo el día en que el alma de María fué gloriosamente coronada? Sólo los ángeles y santos que la presenciaron podrían darnos una idea de ella. El amable Salomón divino designó por sí mismo el trono en que había de sentarse su Madre, y lo colocó sobre los ángeles y arcángeles y sobre todas las jerarquías celestes, y á su misma diestra, cumpliéndose al pie de la letra lo que había dicho David: «Sentóse la Reina á su diestra, vestida con ropaje de oro, recamado con variedad de colores». ¡Cuán grande sería la admiración de los celestes espíritus al contemplar á María! La Santísima Trinidad pone en sus sienes preciosísimas coronas; el Padre le da corona de potestad; el Hijo de sabiduría; y el Espíritu Santo de amor, haciéndola Reina potentísima que todo lo puede, Reina sapientísima, á la cual nada se oculta, y Reina amantísima, que á todos abraza con ternura. Y porque Ella ha sido Virgen purísima, adórnala la aureola de virginidad, más pura y blanca que la nieve; y porque ha sido mártir fortísima, posee la aureola de mártir, y la de doctora por el magisterio que ha ejercido. ¿Quién podrá calcular el brillo de las doce estrellas que como corona la circundan? ¿Quién el gozo con que todos los santos figurados por ellas están alrededor de su trono alabándola, engrandeciéndola y arrojando á sus pies las coronas que poseen, reconociendo que á Ella se las deben? ¿Qué sientes tú al contemplar tales grandezas? ¿No honrarás á una Reina tan gloriosa? ¿No te esforzarás en tenerla más devoción? ¿Qué debes hacer para mostrársela? ¿Cómo te atreves á llamarte hijo de María siendo tan tibio en servirla? Suple siquiera con confusión la falta que tienes de amor, y para remediarla de algún modo, forma eficaces y firmes propósitos, bajando muy al particular; suplica á la misma Virgen que te ayude, y ruégala por todas las necesidades y fines acostumbrados.

35.—ASUNCIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA, CUANTO AL CUERPO.

PRELUDIO 1.° María resucitó al tercer día de muerta, y fué subida en cuerpo y alma al cielo en brazos de ángeles.

PRELUDIO 2.° Represéntate á María subiendo majestuosamente al cielo.

PRELUDIO 3.° Pide á la Virgen su auxilio para imitarla, de tal modo, que algún día puedas resucitar glorioso como Ella y subir á la gloria.

Punto 1.° *Incorrupción del cuerpo de la Virgen.*—Considera primeramente la incorrupción del cuerpo de la Virgen los tres días que estuvo en el sepulcro, conservándole Dios con la

ción esta triple corona de la Virgen tu Madre, alegrándote grandemente que tenga tanta potestad y grandeza, que pueda con su intercesión remediar tus miserias; tanta sabiduría, que sabe muy bien todas tus necesidades y entiende tus deseos y oraciones, y tanta caridad y celo, que desea más que tú el cumplimiento de ellas. ¡Oh Madre dulcísima, coronada por vuestro Hijo con misericordia y abundancia de misericordias [1]! Suplicadle que me corone con ellas en esta vida, para que alcance la corona de la otra. ¡Oh cristiano! Mira las coronas que la Trinidad beatísima ha concedido á tu Madre. ¿Desconfiarás de su patrocinio?

Punto 3.º *María fué coronada con las tres aureolas y con corona de doce estrellas.*—Considera cómo, además de las coronas dichas, la Santísima Trinidad concedió á la Virgen María las tres coronas de gloria accidental que los teólogos llaman laureolas ó coronas de laurel, que nunca pierde su verdor; conviene á saber: laureola de virginidad, de martirio y magisterio, porque esta Señora fué Virgen de las vírgenes; fué mártir en la Pasión de su Hijo, padeciendo en su espíritu lo que Él padecía en el cuerpo; y fué maestra de nuestra religión, enseñando los misterios de la fe á los mismos maestros de ella. Pondera cómo María fué también coronada con la corona de doce estrellas, de que se hace mención en el Apocalipsis [2], porque como concurrieron en Ella las grandezas y virtudes de todos los órdenes de santos que hay en el cielo, así fué coronada con los premios de todos ellos, figurados por las doce estrellas. Resplandeció en Ella sumamente y con grandes ventajas la fe y esperanza de los patriarcas; la luz y la contemplación de los profetas; la caridad y celo de los Apóstoles; la fortaleza y magnanimidad de los mártires; la paciencia y penitencia de los confesores; la sabiduría y discreción de los doctores; la santidad y pureza de los sacerdotes; la soledad y oración de los ermitaños; la pobreza y obediencia de los monjes; la castidad y limpieza de las vírgenes; la humildad y sufrimiento de las viudas, con la fidelidad y concordia de los santos casados; y, por consiguiente, recibió los premios y coronas de todos con exceso incomparable, porque á Ella cuadra con gran propiedad lo que dice el Sabio [3]: «Muchas hijas allegaron para sí riquezas, pero tú las has superado á todas». ¡Oh Reina soberana! Muy merecidas tenéis tan gloriosas coronas en el cielo, por los copiosos frutos que llevasteis en la tierra. Coronada estáis de estrellas, porque los santos que os siguieron son gloria y corona vuestra, y por vuestra intercesión y ayuda alcanzaron sus victorias. Y así, con mucha humildad arrojan sus coronas á vuestros pies [4], reconociendo que por vuestro medio las ganaron. Y tú, alma fiel, al

[1] Psalm. CII, 4. — [2] Apoc., XII, 1. — [3] Prov., XXXI, 29. — [4] Apoc., IV, 10.

contemplar la gloria de la Virgen, ¿cómo no te mueves á serle muy devoto? ¿Á confiar en su protección? ¿Y á venerar sus grandezas?

Epílogo y coloquios. ¿Quién podrá comprender ni imaginar siquiera la fiesta brillantísima que se celebraría en el cielo el día en que el alma de María fué gloriosamente coronada? Sólo los ángeles y santos que la presenciaron podrían darnos una idea de ella. El amable Salomón divino designó por sí mismo el trono en que había de sentarse su Madre, y lo colocó sobre los ángeles y arcángeles y sobre todas las jerarquías celestes, y á su misma diestra, cumpliéndose al pie de la letra lo que había dicho David: «Sentóse la Reina á su diestra, vestida con ropaje de oro, recamado con variedad de colores». ¡Cuán grande sería la admiración de los celestes espíritus al contemplar á María! La Santísima Trinidad pone en sus sienes preciosísimas coronas; el Padre le da corona de potestad; el Hijo de sabiduría; y el Espíritu Santo de amor, haciéndola Reina potentísima que todo lo puede, Reina sapientísima, á la cual nada se oculta, y Reina amantísima, que á todos abraza con ternura. Y porque Ella ha sido Virgen purísima, adórnala la aureola de virginidad, más pura y blanca que la nieve; y porque ha sido mártir fortísima, posee la aureola de mártir, y la de doctora por el magisterio que ha ejercido. ¿Quién podrá calcular el brillo de las doce estrellas que como corona la circundan? ¿Quién el gozo con que todos los santos figurados por ellas están alrededor de su trono alabándola, engrandeciéndola y arrojando á sus pies las coronas que poseen, reconociendo que á Ella se las deben? ¿Qué sientes tú al contemplar tales grandezas? ¿No honrarás á una Reina tan gloriosa? ¿No te esforzarás en tenerla más devoción? ¿Qué debes hacer para mostrársela? ¿Cómo te atreves á llamarte hijo de María siendo tan tibio en servirla? Suple siquiera con confusión la falta que tienes de amor, y para remediarla de algún modo, forma eficaces y firmes propósitos, bajando muy al particular; suplica á la misma Virgen que te ayude, y ruégala por todas las necesidades y fines acostumbrados.

35.—ASUNCIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA, CUANTO AL CUERPO.

PRELUDIO 1.º María resucitó al tercer día de muerta, y fué subida en cuerpo y alma al cielo en brazos de ángeles.

PRELUDIO 2.º Represéntate á María subiendo majestuosamente al cielo.

PRELUDIO 3.º Pide á la Virgen su auxilio para imitarla, de tal modo, que algún día puedas resucitar glorioso como Ella y subir á la gloria.

Punto 1.º *Incorrupción del cuerpo de la Virgen.*—Considera primeramente la incorrupción del cuerpo de la Virgen los tres días que estuvo en el sepulcro, conservándole Dios con la

misma entereza que tenía en vida; porque así como esta Señora, aunque fué concebida por el orden natural de los demás hombres, fué por especial privilegio preservada su alma de la corrupción de la culpa, así también, aunque murió su muerte natural, como los demás hijos de Adán, por privilegio especial fué preservado su cuerpo de la corrupción, que fué pena de la culpa, de modo que no cayese sobre Ella aquella maldición [1]: «Polvo eres, y en polvo te has de volver». Pondera las causas de este privilegio, que fueron: la primera, en premio de su pureza virginal, la cual fué milagrosa y nunca oída, con gran firmeza de voto y con grande constancia por toda la vida, y así había de ser premiada con premio milagroso y extraordinario, pero muy proporcionado, conservando la entereza de cuerpo tan puro sin corrupción, por toda la eternidad; la segunda causa fué en premio de la extraordinaria y milagrosa pureza y santidad de su alma, en la cual nunca hubo gusano de culpa que la mordiese, ni polvo de pecado que la manchase, ni resabio alguno del Adán terreno, y así, era muy conveniente que los gusanos no tocasen á su cuerpo, ni se convirtiese en tierra ó polvo, á semejanza del cuerpo del Adán celestial, por cuya santidad dijo David [2]: «No permitirás que tu santo vea corrupción». De aquí nace la tercera causa, porque así convenía á la honra de Cristo, cuya carne era como una misma cosa con la carne de su purísima Madre, por haber sido tomada de ella; y como su carne nunca experimentó corrupción, así, dice san Agustín, no era razón que la experimentase la carne de su Madre. ¡Oh Madre benditísima, Arca del nuevo Testamento, fabricada de madera de setín incorruptible! Gózome de la incorruptibilidad de vuestro cuerpo y del oro finísimo de vuestras virtudes, con las cuales adornasteis vuestro espíritu; alcanzadme por estos dones soberanos que os enriquecen, un espíritu quieto y modesto, rico delante de Dios é incorruptible por la culpa. ¿Lo poseemos nosotros? ¿Qué debemos proponer y hacer para alcanzarlo?

Punto 2.º *Resurrección del cuerpo de la Virgen.* — Considera cómo el cuerpo de la Virgen, por la virtud de su Hijo, salió al tercer día vivo y glorioso del sepulcro, determinándose el Señor á conceder á su Madre esta merced tan señalada, primeramente porque, como la amaba tanto, quiso cumplir y llenar, no sólo los deseos que su alma benditísima tuvo de ver á Dios, sino el deseo natural que tenía de unirse con su cuerpo, cual le tienen las almas de los demás bienaventurados, las cuales, como se dice en el Apocalipsis [3], claman con gran deseo por la resurrección de sus cuerpos. Además, quiso el Señor darnos con esto esperanzas de nuestra resurrección, con la fe de que, no solamente resucitó Él, verdadero Dios y hombre, sino también su

[1] Gen., III, 19. — [2] Psalm. XV, 10. — [3] Apoc., VI, 10.

Madre, que era pura criatura; y con esto juntamente despertar en nosotros grandes deseos de ir á verla, pretendiendo y buscando, no las cosas de la tierra, sino las cosas del cielo, donde está Cristo y su Madre, sentada á su diestra. Por último, para que con toda propiedad, desde luego hasta el día del Juicio y para siempre, se conservase en la Virgen el nombre de Madre de Dios; porque este nombre propiamente no cuadra á sola el alma, sino al compuesto de cuerpo y alma. Contempla los júbilos que tendría esta Señora al resucitar gloriosa, anticipándose á todos los demás bienaventurados. ¡Qué gozoso estaría aquel cuerpo sacratísimo, viéndose unido con aquella benditísima alma, y recibiendo por ella las cuatro dotes de gloria! Quedó mil veces más resplandeciente que el sol, y hermosísimo sin comparación más que la luna llena; inmortal, impasible, ligero y todo espiritualizado, sin temor de hambre, ni de frío, ni de cansancio, ni de otra alguna miseria, porque todo esto se acabó, resucitando á nueva vida para jamás morir. ¡Oh Virgen gloriosísima! Gózome de este nuevo privilegio que hoy os concede vuestro Hijo, cumpliendo el deseo de vuestra alma, glorificando vuestro cuerpo á semejanza del suyo: abogad por mí en su presencia, para que cumpla los deseos de mi alma, favoreciéndome para que le sirva en esta vida y después me glorifique en la otra. ¡Oh alma! Si quieres resucitar como María, debes vivir como Ella. ¿Te esfuerzas en imitarla? ¿En qué debes hacerlo?

Punto 3.º *Asunción del cuerpo glorioso de María.*—Considera en este punto la asunción del cuerpo glorificado de la Virgen al cielo. Aunque no sabemos el modo cómo esto pasó, pero podemos meditarlo á semejanza de la ascensión de Cristo nuestro Señor, imaginando que la resurrección de la Virgen se hizo acá en la tierra, viniendo su alma á unirse con su cuerpo, como se ha de hacer en la resurrección general en el día del Juicio. Millares de ángeles estaban guardando el sepulcro, cantando músicas celestiales; y desde allí darían voces á Cristo nuestro Señor, diciéndole aquello del Salmo [1]: «Levántate, Señor, á tu descanso, tú y el arca de tu santificación», porque tu descanso será llevar contigo el arca donde estuvo depositado el tesoro de tu santidad. Luego comenzó á subir esta soberana Arca en brazos de serafines y querubines, rompiendo por esos aires con júbilos de inefable gozo y alegría, y penetró todos los cielos hasta llegar al empíreo. Recibióla con sumo regocijo su amado Hijo, poniéndola, como Salomón, en el *Sancta Sanctorum*, en el lugar más alto y levantado de aquel templo celestial. Coronóla, como al arca, con una corona de oro purísimo, rodeando todo su cuerpo de una claridad y hermosura indecible. ¡Oh qué claro estaría el cielo, renovado con la luz de tal sol y tal luna, como

[1] Psalm. CXXXI, 8.

Cristo y su Madre! ¡Qué alegres estarían los ángeles con la gloria de tal Reina, por cuya intercesión esperaban que se repartirían las sillas de este reino! ¡Qué regocijados los otros bienaventurados con la gloria de tal Madre, por cuyo medio confiaban ver poblado el cielo de innumerables hombres! Y ¡qué contenta estaría esta humilde Madre, viéndose levantada desde lo más bajo de la tierra hasta lo más alto del supremo cielo! ¡Oh Madre santísima! Gózome de las dos estolas de gloria que os han dado, una para vuestra alma, como á los demás bienaventurados, y otra, por especial privilegio, desde luego, para vuestro cuerpo; concededme que yo me levante sobre todo lo terreno, y suspire por el cielo donde estáis Vos, Madre gloriosa, y en donde espero gozar de vuestra vista por todos los siglos. Pero ¿qué debo yo hacer para lograr tanto bien? ¿Cómo me tengo de humillar?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán generoso y espléndido remunerador es Jesucristo! No se contentó con honrar y glorificar de un modo soberano el alma de su Madre; quiso también honrar su cuerpo. Comenzó para esto preservándolo de la corrupción á que vienen á reducirse todos los otros. ¡Ah! No convenía ciertamente que fuese devorado por los gusanos y reducido á polvo aquel cuerpo, cuya alma estuvo limpia de la culpa original, libre de toda mancha, aun la más insignificante; aquel cuerpo que había sido el campo fértil en donde había nacido Jesús, que le había alimentado con su substancia, y cuya carne puede decirse que era la misma carne de Cristo. No quedaba todavía satisfecha la bondad del Señor con sólo preservarle de la corrupción. Era preciso anticipar el tiempo de comunicarle nueva vida sobrenatural, espiritual y gloriosa. Así lo hizo el Señor, ya para cumplir los deseos del alma de María, ya para avivar en nosotros la fe de la resurrección, ya, en fin, para que siempre pudiésemos llamar á María con el gloriosísimo título de Madre de Dios, el cual corresponde, no al alma ó cuerpo aislados ó separados, sino al compuesto de entrambos. Ya desciende gloriosa el alma de María, acompañada de escuadrones angélicos; ya penetra en el arca santa de su cuerpo; ya aparecen en éste las dotes de un alma glorificada; es más brillante que el sol, más sutil que un espíritu, más ágil que el pensamiento, más impasible que el mismo cielo. Gozad, ¡oh Madre gloriosa!, de tal felicidad. ¡Oh, si nosotros pudiésemos conservar aquella pureza que os mereció tanta dicha! ¡Oh, si supiéramos imitar la fe, humildad, obediencia y demás virtudes que os sublimaron á tanta gloria! ¿Qué hemos hecho hasta hoy? ¿Qué haremos en lo sucesivo? ¿Cómo nos hemos de hacer merecedores de la gloria de nuestra dulce Madre? ¿Nos humillamos como Ella? ¿Procuramos conservarnos puros como Ella? ¡Ah! ¡Qué diferencia tan inmensa! Avergoncémonos de nuestra pobreza y miseria; propongamos adquirir las virtudes que no poseemos; pidámoselo á la Virgen, interesándola también en favor de las demás necesidades que se nos han encomendado.

36.—HUMILDAD DE MARÍA PARA CON DIOS.

PRELUDIO 1.° María ocultó con humildad los dones de Dios, sintió que se descubriesen, y, llegado este caso, le tributó toda la gloria de ellos.

PRELUDIO 2.° Represéntate á María, turbada y confusa, oyendo las alabanzas que le tributa el ángel.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar esta humildad de María.

Punto 1.° *María encubrió y escondió los dones y regalos de Dios.*—Considera cómo el primer acto de humildad que ejercitó María cerca de los dones que recibió de nuestro Señor, fué encubrirlos con sumo silencio, sin descubrirlos con palabras, meneos ni señales exteriores. Esto es lo primero que exige esta virtud del que recibe favores grandes del cielo: por ningún respeto humano, ni por algún título aparente de glorificar á Dios ó aprovechar al prójimo, permite que se publiquen, si no es en los casos de necesidad en que nuestro Señor quiere y ordena que se descubran, pero fuera de estos casos, quien manifiesta los dones que recibe en secreto, se pone á peligro, como dice san Gregorio, de que se los roben los ladrones de la vanagloria, soberbia y presunción. Y por esto la humildad, con gran fuerza, dice aquello de Isaías [1]: «Mi secreto para mí, mi secreto para mí»; y lo repite dos veces, para significar las veras con que toma guardar este secreto, y gozar de él á sus solas. Pondera ahora cuán bien guardó todo esto la Virgen santísima; porque Ella ocultó la revelación del ángel [2] y el misterio de su preñez con tal cuidado, que ni á su mismo esposo san José quiso descubrirlo, á pesar del tierno amor que le profesaba, y la ilimitada confianza que le inspiraba: por lo cual con mucha razón la llama su Amado [3] huerto cerrado y fuente sellada, porque encerraba con silencio las gracias que recibía de Dios, sin hacer plaza de ellas, hasta que Dios las manifestaba. Así, con su ejemplo condena María tu vanidad y el afán con que deseas dar á conocer las gracias que el Señor te concede, mayormente si alguna vez se digna visitarte con algún consuelo en la oración; de donde nace el perderlo presto, porque de donde habías de sacar provecho, sacas daño, y lo que había de ayudarte para aumentar las virtudes, por tu soberbia te es ocasión de acrecentar la vanidad y amor propio. ¡Oh Madre inmaculada! Bien dijo vuestro Esposo que vuestra hermosura era toda interior, porque aunque recibisteis gracias tan soberanas que os hacían superior

[1] Isai., XXIV, 16. — [2] Matth., I, 19. — [3] Cant., IV, 12.

á los mismos serafines, con vuestra humildad supisteis encubrirlas de tal modo, que en vuestro exterior procurabais no distinguiros de los demás siervos de Dios, deseando que sólo el Señor fuese el testigo de vuestras excelencias. ¡Oh alma fiel! Oculta cuanto puedas las gracias que el Señor te concede, para que no las lleve el viento de la vanidad. ¿Lo has hecho así?

Punto 2.° *María sintió que se descubriesen sus dones celestiales.*—Considera cómo el segundo acto que inspira la humildad á un alma que ha recibido grandes dones de Dios, es aborrecimiento de sus propias alabanzas, y si alguna vez se ve precisada á oirlas á pesar suyo, las oye de mala gana, con encogimiento y aflicción, porque, como dice san Gregorio, el humilde, cuando es alabado de otros, ó no reconoce en sí el bien que oye, siendo tal el conocimiento de su propia miseria y vileza, y teniendo su entendimiento tan ocupado en meditarla, que se olvida de lo bueno que en sí tiene; ó, si lo conoce, teme perderlo con el vano contentamiento de su loa, porque sabe muy bien que este suele ser el ardid de que se vale el demonio para derribar á las almas favorecidas de Dios, exaltándolas primero para después humillarlas y conturbarlas; ó quizá teme que Dios le premie con este premio temporal de las alabanzas mundanas, porque ha de ser excluido del eterno, diciéndole el Señor en la hora de la muerte: «Recibiste ya tu paga». Pondera cómo la Virgen santísima ejercitó este acto, pero con modo muy levantado, cuando el ángel la saludó con palabras de tan grande gloria, llamándola llena de gracia [1] y bendita entre las mujeres; porque, como humilde, se turbó y encogió, pareciéndole que tanta grandeza no cabía en su pequeñez, por la baja estima que de sí tenía. Lo cual ha de moverte á grande confusión; viendo que es tal tu miseria, que, estando lleno de defectos, te olvidas de todos ellos, para no pensar más que en algún insignificante bien que poseas, y cuando por él te alaban, recibes grande complacencia, mirando, como dice Job [2], con grande gusto al sol cuando está en toda su claridad. ¡Oh Virgen admirable! ¿De dónde á Vos tanta humildad, que, siendo riquísima, no queréis oir hablar de vuestras riquezas, y siendo nobilísima, os da en rostro que os recuerden vuestra nobleza? Hermoso contraste presenta vuestro espíritu: es digno de toda alabanza, y sólo quiere desprecios; es merecedor de toda gloria, y nada quiere tanto como permanecer olvidado. ¿No nos sirve de confusión este ejemplo de María? ¿Cómo oiremos en adelante nuestras alabanzas?

Punto 3.° *María tributó siempre toda la gloria á Dios.*—Considera el tercer acto que inspira la humildad al que ha recibido algunos dones del Señor. Este acto consiste en que, cuando Dios quiere que sus dones se descubran, ó El los descubre por

[1] Luc., I, 28. — [2] Job, XXXI, 26.

alguna vía, le des luego la gloria de todo, y le alabes y bendigas por ello, diciendo aquello de David [1]: «No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu santo nombre sea la gloria», y con el mismo afecto desees que todos los demás también den la gloria á Dios por lo mismo, diciendo aquello del mismo profeta [2]: «Engrandeced conmigo al Señor, y alabemos todos juntos su santo nombre». Esto hizo la Virgen cuando vió que el Señor había revelado á santa Isabel el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, que en sus entrañas se había obrado, y cuando oyó las grandezas que la decía, porque al mismo punto dió la gloria de todo á sólo Dios, diciendo [3]: «Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador: porque se dignó mirar la pequeñez de su sierva, y por esto todas las generaciones me llamarán bienaventurada»; que fué como decir: Isabel, tú me engrandeces á mí por la dignidad que se me ha dado; yo engrandezco á Dios, cuyo es el bien que poseo, y que solo es digno de toda gloria y magnificencia: tú te alegras de que te visite; yo cifro toda mi alegría en Dios mi Salvador: tú me llamas bienaventurada porque creí; yo atribuyo mi bienaventuranza á sola la bondad infinita de Dios, que se dignó mirar mi miseria y pequeñez. Y nosotros, ¿á quién damos la gloria de los bienes que poseemos? ¿Nos alzamos injustamente con ella? ¡Oh Virgen gloriosísima! ¡Cuán bien nos enseñáis la práctica de la más perfecta humildad! Como agradecida, reconocéis los bienes que os ha concedido el Señor; como humilde, dais á Él toda la gloria; como agradecida, dáis gracias á Dios por sus dones; como humilde, no os tenéis por dueña, sino administradora; como agradecida, los empleáis en su servicio; como humilde, os parece nada lo que hacéis para lo que Él merece. Haced que yo os imite en el agradecimiento y en la humildad, y por estas virtudes me haga digno de las gracias del cielo.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán contento estaría el Señor viendo la humildad con que la Virgen recibía los dones y favores que en su alma depositaba! Porque Ella con gran cuidado los ocultaba, diciendo lo de Isaías: «Mi secreto para mí». Es Madre de Dios, en su seno ha obrado el Espíritu Santo el mayor de los prodigios, es la bendita entre las mujeres y la figurada en la antigua Ley, y la deseada de los patriarcas; Ella lo sabe, y á nadie lo participa, ni aun á su mismo esposo, conociendo la tribulación que éste sufre, inquieto por el estado en que Ella se encuentra. ¡Cuán admirable es, María, vuestra humildad! De la misma procede la turbación vergonzosa, la confusión grande que siente esta Señora cuando son descubiertos y manifestados los dones que la Majestad divina le ha concedido. ¡Qué turbada, confusa y dulcemente avergonzada está, al oir las alaban-

[1] Psalm. CXIII, 9. — [2] Psalm. XXXIII, 4. — [3] Luc. I, 46.

zas del arcángel san Gabriel! Ni siquiera se atreve á contestarle; conténtase con pensar y discurrir qué salutación tan nueva es la que se le dirige. Mas, si el Señor descubre las grandezas soberanas que en Ella ha obrado, no pudiéndolas Ella ocultar, ni encubrir con el disimulo y vergüenza santa, endereza sus palabras al mismo Dios, y le da la gloria de todo, confesando y alabando su poder y bondad, y la miseria y vileza que Ella de sí tiene. ¿Ves á tu Madre cuán humilde es? ¿Cómo te portas tú, cuando alguna gracia recibes del Señor? ¿La cacareas y publicas pronto? ¿La atribuyes á ti mismo? ¿Das al Señor toda la gloria? Acuérdate que este Señor te ha dado todas las cosas, pero ha reservado para sí la gloria. ¡Ay de ti, si se la usurpas! Entra dentro de tu corazón, indaga y escudriña las cosas y las ocasiones en que sueles robar la gloria al Señor; propón corregirte, y pide la gracia que te es para esto necesaria; no olvides las necesidades generales y particulares del mundo.

37.—HUMILDAD DE MARÍA EN ORDEN Á LOS DEMÁS.

PRELUDIO 1.º María se sujetó á Dios y á toda humana criatura por Dios.

PRELUDIO 2.º Represéntate á María ejercitándose en oficios humildes y despreciados, ya en el templo, ya en Nazareth.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar esta humildad de María.

Punto 1.º *María se humilló á Dios y á sus representantes.* — Considera cómo la verdadera humildad para con Dios enseña á escoger, como dice David [1], el lugar más despreciado en su casa y, cuanto es de su parte, ponerse en el lugar postrero, aunque Dios le dé el primero. De este modo lo hizo la Virgen: cuando vió que Dios la quería poner en el lugar más alto de su casa, después de su Hijo, haciéndola Madre suya, como humilde, tomó para sí el postrero, cual suele ser el de las esclavas, llamándose esclava del Señor. Y por esta causa, correspondiendo á su deseo, la contó san Lucas [2] en el postrer lugar, después de los Apóstoles y de las otras mujeres, entre las cuales estaba la que había sido pública pecadora. Y por esta misma causa, como verdadera humilde, cuando entró en Belén, gustó de tomar para su morada el más vil lugar del mesón, que era el establo. Enseña, además, esta misma humildad á sujetarse y obedecer á todas las leyes y ordenaciones de Dios y de sus ministros, aunque sean en cosas contrarias á la honra y reputación propia, sin querer admitir privilegios y exenciones, aunque haya causa para ello; y aunque no esté obligado á ellas por precepto, gusta el humilde de obedecer como todos, por humi-

[1] Psalm. LXXXIII, 11. — [2] Act., I, 14.

llarse más que todos, aun cuando pudiera excusar la humillación, á imitación de Cristo nuestro Señor, que se humilló á la ley de la circuncisión, y se hizo obediente hasta la muerte de cruz. Esto cumplió también la Virgen puntualmente, guardando la ley de la purificación, aunque no la obligaba y era con algún detrimento de su honor, por ser la ley dada para las mujeres no limpias, que habían concebido por obra de varón, queriendo conformarse en esto con las demás mujeres que tenían hijos, como si fuera una de ellas. ¡Oh Virgen humildísima! Al ver el santo cuidado que tenéis en buscar el último lugar en todas ocasiones, y la humildad con que os sujetáis á todas las leyes y ordenaciones, aun con menoscabo de vuestra fama, ya no quiero para mí privilegios y exenciones, ni desecharé el último lugar en la casa de Dios; al contrario, con verdadero deseo lo buscaré, sabiendo que es más honroso ser el más abyecto en la casa del Señor, que morar en los palacios de los reyes. ¡Oh cristiano! Aprende de tu Madre á humillarte y á someterte á todos. ¿En qué cosas debes corregirte?

Punto 2.º *María se sometió á todos y escogió oficios bajos y humildes.* — Considera cómo la virtud de la humildad mueve al que la posee á sujetarse y humillarse, no solamente á los mayores y á los iguales, sino también á los menores, dando á todos el primer lugar, y previniéndoles con los comedimientos y cortesías de honra, ganándoles en todo esto por la mano, conforme al consejo de san Pablo, que dice [1]: «Por la humildad teneos por superiores unos de otros, y preveníos uno á otro en todo lo que fuere honra». Así lo hizo la Virgen cuando fué á visitar á santa Isabel y la saludó primero, humillándose, como dice san Ambrosio, la mayor en su dignidad á la que era mucho menor, y ocupándose en servirla. Y lo mismo guardaba con todos, como maestra de humildad, sujetándose por Dios á toda humana criatura. También quiere esta virtud que el que la tiene, sirva á otros en oficios bajos y humildes, y se ocupe en ellos con gusto, como quien nació, no para ser servido, sino para servir, al modo que dijo Cristo nuestro Señor [2]: «No vine para que otros me sirvan, sino para servir yo á todos, y dar mi vida por su redención»; lo cual cumplió exactamente, ocupándose en oficio de carpintero y ganando de comer con este oficio, que hacía en servicio de otros, y sirviendo después á sus discípulos, hasta lavarles los pies, dándonos ejemplo para que cumplamos lo que después dijo san Pablo [3]: «Por la caridad del espíritu, servid unos á otros». Esto mismo ejercitó la Virgen, porque como pobre mujer de un pobre oficial, se ocupaba en los oficios humildes de su casa, y ayudaba á ganar su comida con el trabajo de sus manos, teniéndose también en esto por esclava, cuyo oficio

[1] Rom., XII, 10. — [2] Matth., XX, 28. — [3] Galat., V, 13.

zas del arcángel san Gabriel! Ni siquiera se atreve á contestarle; conténtase con pensar y discurrir qué salutación tan nueva es la que se le dirige. Mas, si el Señor descubre las grandezas soberanas que en Ella ha obrado, no pudiéndolas Ella ocultar, ni encubrir con el disimulo y vergüenza santa, endereza sus palabras al mismo Dios, y le da la gloria de todo, confesando y alabando su poder y bondad, y la miseria y vileza que Ella de sí tiene. ¿Ves á tu Madre cuán humilde es? ¿Cómo te portas tú, cuando alguna gracia recibes del Señor? ¿La cacareas y publicas pronto? ¿La atribuyes á ti mismo? ¿Das al Señor toda la gloria? Acuérdate que este Señor te ha dado todas las cosas, pero ha reservado para sí la gloria. ¡Ay de ti, si se la usurpas! Entra dentro de tu corazón, indaga y escudriña las cosas y las ocasiones en que sueles robar la gloria al Señor; propón corregirte, y pide la gracia que te es para esto necesaria; no olvides las necesidades generales y particulares del mundo.

37.—HUMILDAD DE MARÍA EN ORDEN Á LOS DEMÁS.

PRELUDIO 1.º María se sujetó á Dios y á toda humana criatura por Dios.

PRELUDIO 2.º Represéntate á María ejercitándose en oficios humildes y despreciados, ya en el templo, ya en Nazareth.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar esta humildad de María.

Punto 1.º *María se humilló á Dios y á sus representantes.*—Considera cómo la verdadera humildad para con Dios enseña á escoger, como dice David [1], el lugar más despreciado en su casa y, cuanto es de su parte, ponerse en el lugar postrero, aunque Dios le dé el primero. De este modo lo hizo la Virgen: cuando vió que Dios la quería poner en el lugar más alto de su casa, después de su Hijo, haciéndola Madre suya, como humilde, tomó para sí el postrero, cual suele ser el de las esclavas, llamándose esclava del Señor. Y por esta causa, correspondiendo á su deseo, la contó san Lucas [2] en el postrer lugar, después de los Apóstoles y de las otras mujeres, entre las cuales estaba la que había sido pública pecadora. Y por esta misma causa, como verdadera humilde, cuando entró en Belén, gustó de tomar para su morada el más vil lugar del mesón, que era el establo. Enseña, además, esta misma humildad á sujetarse y obedecer á todas las leyes y ordenaciones de Dios y de sus ministros, aunque sean en cosas contrarias á la honra y reputación propia, sin querer admitir privilegios y exenciones, aunque haya causa para ello; y aunque no esté obligado á ellas por precepto, gusta el humilde de obedecer como todos, por humi-

[1] Psalm. LXXXIII, 11. — [2] Act., I, 14.

llarse más que todos, aun cuando pudiera excusar la humillación, á imitación de Cristo nuestro Señor, que se humilló á la ley de la circuncisión, y se hizo obediente hasta la muerte de cruz. Esto cumplió también la Virgen puntualmente, guardando la ley de la purificación, aunque no la obligaba y era con algún detrimento de su honor, por ser la ley dada para las mujeres no limpias, que habían concebido por obra de varón, queriendo conformarse en esto con las demás mujeres que tenían hijos, como si fuera una de ellas. ¡Oh Virgen humildísima! Al ver el santo cuidado que tenéis en buscar el último lugar en todas ocasiones, y la humildad con que os sujetáis á todas las leyes y ordenaciones, aun con menoscabo de vuestra fama, ya no quiero para mí privilegios y exenciones, ni desecharé el último lugar en la casa de Dios; al contrario, con verdadero deseo lo buscaré, sabiendo que es más honroso ser el más abyecto en la casa del Señor, que morar en los palacios de los reyes. ¡Oh cristiano! Aprende de tu Madre á humillarte y á someterte á todos. ¿En qué cosas debes corregirte?

Punto 2.º *María se sometió á todos y escogió oficios bajos y humildes.*—Considera cómo la virtud de la humildad mueve al que la posee á sujetarse y humillarse, no solamente á los mayores y á los iguales, sino también á los menores, dando á todos el primer lugar, y previniéndoles con los comedimientos y cortesías de honra, ganándoles en todo esto por la mano, conforme al consejo de san Pablo, que dice [1]: «Por la humildad teneos por superiores unos de otros, y preveníos uno á otro en todo lo que fuere honra». Así lo hizo la Virgen cuando fué á visitar á santa Isabel y la saludó primero, humillándose, como dice san Ambrosio, la mayor en su dignidad á la que era mucho menor, y ocupándose en servirla. Y lo mismo guardaba con todos, como maestra de humildad, sujetándose por Dios á toda humana criatura. También quiere esta virtud que el que la tiene, sirva á otros en oficios bajos y humildes, y se ocupe en ellos con gusto, como quien nació, no para ser servido, sino para servir, al modo que dijo Cristo nuestro Señor [2]: «No vine para que otros me sirvan, sino para servir yo á todos, y dar mi vida por su redención»; lo cual cumplió exactamente, ocupándose en oficio de carpintero y ganando de comer con este oficio, que hacía en servicio de otros, y sirviendo después á sus discípulos, hasta lavarles los pies, dándonos ejemplo para que cumplamos lo que después dijo san Pablo [3]: «Por la caridad del espíritu, servid unos á otros». Esto mismo ejercitó la Virgen, porque como pobre mujer de un pobre oficial, se ocupaba en los oficios humildes de su casa, y ayudaba á ganar su comida con el trabajo de sus manos, teniéndose también en esto por esclava, cuyo oficio

[1] Rom., XII, 10. — [2] Matth., XX, 28. — [3] Galat., V, 13.

es servir á los demás de su casa. Y nosotros, ¿gustamos de sujetarnos á los demás, como María? ¿Nos repugna el ejercitarnos en oficios humildes? ¡Oh Virgen humildísima! Ahora comprendo por qué el Señor os ha enriquecido tanto, y os ha colocado, no entre los príncipes de su pueblo, sino por Reina de todos ellos. Es que Vos os humillasteis tanto, que siempre quisisteis ser pobrísima, ocupar el último lugar y ejercitar los más humildes oficios. Enseñadme, Señora, tal modo de humildad, para acompañaros en la gloria.

Punto 3.º *María rehusó oficios y cargos honrosos.*—Considera cómo la humildad, no sólo quiere de sus seguidores que se ocupen en oficios bajos y humildes, sino que rehusen, cuanto esté de su parte, oficios y cargos honrosos, y ministerios que suelen ser estimados de los hombres; ó por juzgarse por inhábiles ó indignos de ellos, ó por huir la honra que traen consigo, ó por acomodarse á su estado humilde, viviendo contentos con él. Esto guardó la Virgen, la cual, como dice santo Tomás, no hizo en su vida milagro alguno, ni quiso predicar en público; y si enseñaba á los Apóstoles y á otros fieles los misterios de la fe, era en secreto, dejando esta honra para los Apóstoles y discípulos, acomodándose á la regla que después dijo san Pablo[1]: «No se ha de permitir que la mujer enseñe»; antes, es de creer que en el templo y en las juntas y sermones estaba oyendo como las demás mujeres, y con grande humildad veneraba á los sacerdotes de Cristo, y recibía de ellos la sagrada comunión, teniéndose por indigna de tener tal potestad, ni deseando que su Hijo, por especial dispensación, se la comunicase. En todo lo cual has de aprender á huir cuanto puedas de los ministerios honrosos y elevados, acordándote que á quien más se haya dado, mayor cuenta se exigirá, que las elevadas montañas son azotadas con más recios vientos, y que sobre las torres más altas suelen de ordinario caer más rayos del cielo. ¡Oh Virgen gloriosísima! Muy bien empleado está en Vos el trono de gloria que tenéis en el cielo, pues tanto os humillasteis en la tierra: justo es se os dé allá el primer lugar después de vuestro Hijo, pues acá escogisteis el postrero: razón es que se os sujeten las jerarquías angélicas, pues Vos os sujetasteis como esclava á los mismos hombres. Y pues tan bien guardasteis los consejos de humildad, ayudadme para que, á imitación vuestra, yo los guarde, humillándome en la tierra para que Dios me ensalce en el cielo. ¡Oh alma devota! Vigila no te lleve la ambición de tener puestos ó cargos honrosos, mirando el proceder que en esto tuvo María, para imitarla. ¿Qué contesta á esto tu corazón? ¿Te dejaste llevar alguna vez de este deseo inmoderado?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán profunda, admirable y gloriosa es la humildad que María ejercita en sus relaciones con los prójimos! Ella escoge siempre el último lugar, acordándose del consejo de su divino Hijo, que dice: «Si fueres convidado, ponte en el último lugar». El Señor la nombra su Madre, y Ella se llama esclava; es la Madre de Jesús y Maestra de los Apóstoles, y en las juntas y reuniones de los cristianos busca el postrer lugar. Sométese con prontitud, humildad y rendimiento á todas las leyes y ordenaciones de Dios, aunque le acarreen alguna afrenta ó infamia, y obedece alegre á todas las leyes que dan los Apóstoles. Sirve, no sólo á sus superiores é iguales, sino aun á los inferiores; busca los oficios más bajos y despreciados, sin desdeñarse de hacerlos, aunque es la Reina del universo. Y, cuanto es de su parte, huye de todas las cosas que pueden proporcionarle honra y estimación entre los hombres. No es extraño que el Señor se enamore tanto de Ella, que decida colocarla en el primer lugar después de sí. ¡Dichoso tú si imitaras esta humildad de María! Serías agradable á Dios, y tu trato y compañía sería grata á los hombres. Así como la soberbia es una peste que divide los corazones é introduce en la sociedad la desunión, la disputa y los gérmenes de la destrucción, así la humildad es un lazo de oro que une los corazones y los espíritus. El humilde, con todos vive unido; con los superiores á quienes respeta y obedece, con los iguales á quienes considera y ama, y con los inferiores á quienes no se sobrepone con orgullo, sino que trata con amor, llegando á humillarse á ellos. ¿Qué haces tú? ¿Cómo te portas? ¿No te acusa tu corazón de haberte apartado de esta norma divina, siguiendo un camino opuesto al de María? Vuelve ya sobre tus pasos, y avivando los deseos de humildad, propón con eficacia y firmeza el ejercicio de esta virtud, imitando á tu divina Madre; pide gracia al efecto, y ruega por todo el mundo.

[1] Tim., II, 12.

38.—HUMILDAD DE MARÍA EN LAS CONTRADICCIONES.

PRELUDIO 1.º María sufrió de un modo inalterable la pobreza, las afrentas y los desprecios de todo el mundo, complaciéndose en ello.

PRELUDIO 2.º Represéntate á María serena y tranquila al pie de la cruz, oyendo las injurias que dirigen á Jesús y que hieren á ella.

PRELUDIO 3.º Pide á María que te ayude á sufrir las humillaciones.

Punto 1.º *María sufrió la pobreza y humillación propia y la de sus deudos.*—Considera la heroica humildad que mostró la Virgen en las humillaciones de la pobreza, y en las injurias venidas por mano ajena, las cuales son piedras de toque, en que se descubre la fineza de la humildad para con Dios y para con los demás hombres. Y conforme á esto, es acto muy perfecto de humildad el gustar de ser pobre y ejercitar todo lo que pertenece á la pobreza y á las humillaciones que de ella proceden; porque,

puesto caso que la pobreza voluntaria no es afrentosa entre cristianos; pero, cuando no se sabe si el ejercicio de pobreza es de necesidad ó de voluntad, causa desprecio entre los hombres; y así, es rara humildad tratarse como pobre en todas las cosas, y dejarse tratar de otros como son tratados los pobres, haciendo esto, no por fuerza, sino de grado. Esta humildad ejercitó la Virgen con grande gusto en todas las ocasiones que se le ofrecieron. En Belén fué desechada de todos cuando les pidió posada, y así se recogió al refugio de los pobres en el invierno, que es el establo. En la purificación no quiso ofrecer cordero, sino un par de tórtolas ó palominos, como pobre. En Egipto, y después de su vuelta á Nazareth, siempre abrazó los desprecios de la pobreza, gustando de que la tratasen como suelen ser tratadas las mujeres pobres. Pero mucho más adelante pasó esta humildad de la Virgen, porque, no sólo sufrió su propia pobreza y los consiguientes desprecios, sino también los de sus deudos, hallándose presente á ellos, al modo del santo Job, á quien, como él dijo, no atemorizó el desprecio de sus deudos, esto es, el ver al ojo sus desprecios. Y así la vemos compartiendo con su esposo y con su divino Hijo los desprecios que sufren, bebiendo del cáliz que ellos beben y siendo bautizada con el bautismo que ellos lo son; y sobre todo en el Calvario, sufre los desprecios que naturalmente habían de redundar en la Madre de aquel hombre ajusticiado, que moría desnudo y desamparado en medio de dos ladrones. ¡Oh Virgen soberana! Con mucha razón podremos llamaros bienaventurada, puesto que os habéis abrazado tan estrechamente con la pobreza de espíritu, que ni ella os desamparará, ni Vos os separaréis de ella en toda la vida; por ella os suplico me alcancéis abundantes riquezas de gracia, con las cuales os imite perfectamente como hijo carísimo vuestro. ¡Oh alma cristiana! Admira el amor que la Virgen profesa á la pobreza y cómo se complace en ella. ¿Amas tú esta excelente y provechosa virtud? ¿Sientes y te da en rostro la pobreza y desprecios de tus allegados?

Punto 2.º *María sufrió pacientemente las afrentas y deshonras.*—Considera cómo es acto de humildad muy precioso y raro el llevar con paciencia y silencio las afrentas que suceden contra la honra y buen crédito, no excusándose, ni volviendo por sí, ni quejándose de la sinrazón que se le hace, sino callando y aceptando la afrenta y humillación por amor de Dios. En esto hay varios grados: El primero es sufrir con paciencia las injurias y desprecios que nacen de nuestras culpas propias, diciendo con David [1]: «Antes de ser humillado yo había delinquido». El segundo y mayor es sufrir estas injurias sin tener culpa en ellas, callando, aunque nos levanten falsos testimonios. El tercero, muy

[1] Psalm. CXVIII, 67.

mayor, es sufrirlas cuando nos suceden por ocasión de alguna buena obra, por la cual merecíamos gloria y alabanza. El cuarto, muy mayor, es sufrir todo esto, no sólo de enemigos y extraños, sino de sus mismos hermanos, deudos ó amigos. Tal fué la humildad que tuvo Cristo nuestro Señor en las injurias y desprecios que padeció en esta vida; y la misma ejercitó su Madre santísima cuando su esposo san José la vió en cinta, é ignorando el misterio que en Ella se había obrado, la quiso dejar; pero Ella sufrió y calló sin volver por sí, dejando á la divina Providencia el cuidado de su propia honra. Y es de creer que no sería esta sola vez la que padeció la Virgen tal modo de injurias, cabiéndola muchas veces parte de los falsos testimonios que levantaban á su Hijo, y cuando los deudos de Cristo le perseguían y querían atar como furioso, también se volverían contra su Madre, porque veían que era de parte de su Hijo; pero Ella sufría y callaba, gozándose mejor que los Apóstoles de padecer injurias por el nombre de Jesús. ¡Oh humildísima Señora! Gracias os doy por la paciencia y alegría con que habéis sufrido las injurias y desprecios por nuestro bien. De hoy más tendré por honra el padecer y ser despreciado por Dios y por Vos, que tales afrentas tolerasteis por mí. ¿Conocemos nosotros el tesoro infinito de gracia que hay en sufrir desprecios por el Señor? ¿Rehusaremos ó nos quejaremos al vernos despreciados?

Punto 3.º *María sufrió con humildad las reprensiones y contestaciones ásperas.*—Considera otro acto excelente de humildad, que consiste en llevar con serenidad y paz de corazón las reprensiones y desvíos, las respuestas desabridas y secas, así las interiores que sentimos tratando con Dios, cuando nos desconsuela, ó niega, ó dilata lo que le pedimos, como las exteriores que nos dan los superiores ó nuestros prójimos, aunque sean sin nuestra culpa, y de ellas se nos siga algún desprecio; porque en tales casos, sufrir, y no excusarse, ni quejarse, ni indignarse, es acto de heroica humildad, la cual agrada mucho á nuestro Señor, y por ella, como dice san Bernardo, le agradó la Esposa, y la llamó hermosa, porque calló siendo ásperamente reprendida y amenazada, cuando la dijo [1]: «Si no te conoces, salta, y vete de mi casa». Esta humildad ejercitó la Virgen muchas veces y en varias ocasiones. Cuando su Hijo, siendo de doce años, dijo con sequedad á Ella y á san José: «¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que había de estar ocupado en las cosas de mi Padre?» Otra vez en las bodas de Caná, con muestras de sequedad y de negarla lo que le pedía, la dijo: «Mujer, ¿que nos va á Mí y á ti en esto? No es llegada mi hora». Y diciéndole otra vez algunos que su Madre y hermanos estaban allí, y deseaban verle, respondió con aparente desvío [2]: «¿Quién

[1] Cant., I, 7. — [2] Matth., XII, 48.

es mi Madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi Madre y mi hermano». En todas estas ocasiones, que tenían apariencia de reprensión y desprecio, conservó la Virgen grande humildad y silencio, enseñándonos el modo cómo nos hemos de portar en otras semejantes; porque, aunque es muy meritorio el sufrir un desprecio cuando se ha merecido, lo es inmensamente más cuando, no sólo no se ha hecho por qué, sino que se merecía toda honra. ¡Oh Virgen Santísima! Con razón sois llamada nuestra Maestra, porque si el fundamento de la verdadera sabiduría es la humildad, grande sobremanera debe de ser aquélla, cuando ésta es tan excesivamente profunda; haced conmigo vuestro oficio, enseñándome á ser humilde, para que llegue con vuestro auxilio á ser verdaderamente sabio. ¡Oh alma devota! Aliéntate á sufrir los desprecios y olvido de los hombres, teniendo á la vista el ejemplo de tu Madre. ¿Cómo los has sobrellevado hasta hoy? ¿Qué debes proponer para lo sucesivo?

Epílogo y coloquios. ¡Oh, quién tuviera tal humildad que llegase á gozarse en los desprecios y deshonras, como los mundanos se alegran en sus honras y aplausos! En María hallamos esta humildad en grado supremo. No es afrentosa la pobreza entre los cristianos cuando se abraza de voluntad; pero el sufrirla por necesidad trae consigo no poca afrenta, y es origen de grandes desprecios. La pobreza de María es completamente voluntaria y espontánea, y, con todo, tiene todas las apariencias de necesaria, y, por consiguiente, la ocasiona todas las privaciones, desprecios y deshonras que la acompañan. Mas, no sólo soporta gustosa la Virgen la pobreza, sino que acepta los desprecios y afrentas que le infieren, aunque no tenga culpa, y que le vengan por las mismas obras buenas que hace, y que procedan de aquellos de quienes menos podía esperarlos. Y si le dan contestaciones secas, respuestas desabridas, desvíos humillantes, María calla, y con una humildad soberana, los recibe como perlas preciosas para engalanar con ellos su espíritu. ¿Podías hallar un dechado de humildad más perfecto que María? Después de Jesús, es indudable que nadie ha sido tan humilde como Ella, y nadie, como Ella, se ha acercado tanto á este modelo universal de todos los hombres. ¿No necesitas tú de esta virtud? ¿No deseas ser ensalzado en el cielo? Mira lo que te importa hacer. Fija en tu vista y memoria este dechado que te ofrece María, examina cómo le imitas, estudia profundamente los ejemplos portentosos y edificantes que te da, y procura que ellos sean tu regla de conducta. Para lograrlo, haz propósitos, pide gracia, y ruega por todo el mundo, particularmente por la conversión de los pecadores.

39.—MOTIVOS DE LA DEVOCIÓN Á NUESTRA SEÑORA.

PRELUDIO 1.° Debes ser devoto de María, por lo que Ella es en sí, por título de gratitud, y porque ésta es la voluntad de la Iglesia.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús señalando á María y diciéndote: «He aquí á tu Madre».

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de una tierna devoción á María.

Punto 1.° *Primera razón de amar á María: lo quiere Dios.*—Considera las varias y eficaces razones que deben despertar tu devoción á María. La primera es, porque la Santísima Trinidad ama á esta Señora más que á todos los ángeles y santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos; y así, es justo que tú la ames sobre todas las puras criaturas, conformando tu amor con el de Dios, y amando más á la que por su santidad merece ser más amada. De donde has de sacar varios afectos de gozo espiritual y complacencia en los bienes de la Virgen, gozándote de que sea tan amada de Dios, y de que haya hallado gracia delante de Él; gozándote, además, de su santidad y de todas las virtudes que tiene, dando gracias á Dios porque se las dió, y suplicando á la misma Virgen te alcance parte de ellas, para que también seas amado de Dios y halles gracia en su presencia. La segunda razón es por ser Madre del mismo Dios y Madre de nuestro Salvador; el cual, por el grande amor que la tiene, quiere que todos la amen y sirvan como la grandeza de su dignidad merece, tomando por suyo cualquier servicio que se la hace; porque si dijo de los pobres[1]: «Lo que hiciereis por uno de estos pequeñuelos, por Mí lo hacéis», ¿cuánto más dirá: Lo que hicisteis en servicio de mi Madre, por Mí lo hicisteis? La tercera razón es porque es Madre nuestra, y nos ama entrañablemente, y esto bastaba para que la amásemos, pagando amor con amor, pues es propio de hijos amar á su madre, y más tales madres que con tal amor les aman. Por lo cual, así como el discípulo amado de Cristo, en oyéndole aquella palabra que le dijo en la cruz[2]: «Ves ahí á tu Madre», luego la tomó por suya y la amó con especial amor; también tú debes tomarla por tuya, y amarla y servirla con especial cuidado, teniendo por suma dicha tenerla por Madre. ¡Oh Madre amantísima! Encended en mi corazón un vivísimo afecto á vuestra maternal bondad. Triste de mí, que he dejado de amaros la mayor parte de mi vida; en adelante quiero suplir con mayor fervor y afecto el abandono que he tenido; ayudadme para ello, supliendo con vuestra fortaleza mi debilidad, con vuestro amor mi tibieza y con vuestra gracia mi extremada flaqueza.

[1] Matth., xxv, 40. — [2] Joan., xix, 27.

es mi Madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi Madre y mi hermano». En todas estas ocasiones, que tenían apariencia de reprensión y desprecio, conservó la Virgen grande humildad y silencio, enseñándonos el modo cómo nos hemos de portar en otras semejantes; porque, aunque es muy meritorio el sufrir un desprecio cuando se ha merecido, lo es inmensamente más cuando, no sólo no se ha hecho por qué, sino que se merecía toda honra. ¡Oh Virgen Santísima! Con razón sois llamada nuestra Maestra, porque si el fundamento de la verdadera sabiduría es la humildad, grande sobremanera debe de ser aquélla, cuando ésta es tan excesivamente profunda; haced conmigo vuestro oficio, enseñándome á ser humilde, para que llegue con vuestro auxilio á ser verdaderamente sabio. ¡Oh alma devota! Aliéntate á sufrir los desprecios y olvido de los hombres, teniendo á la vista el ejemplo de tu Madre. ¿Cómo los has sobrellevado hasta hoy? ¿Qué debes proponer para lo sucesivo?

Epílogo y coloquios. ¡Oh, quién tuviera tal humildad que llegase á gozarse en los desprecios y deshonras, como los mundanos se alegran en sus honras y aplausos! En María hallamos esta humildad en grado supremo. No es afrentosa la pobreza entre los cristianos cuando se abraza de voluntad; pero el sufrirla por necesidad trae consigo no poca afrenta, y es origen de grandes desprecios. La pobreza de María es completamente voluntaria y espontánea, y, con todo, tiene todas las apariencias de necesaria, y, por consiguiente, la ocasiona todas las privaciones, desprecios y deshonras que la acompañan. Mas, no sólo soporta gustosa la Virgen la pobreza, sino que acepta los desprecios y afrentas que le infieren, aunque no tenga culpa, y que le vengan por las mismas obras buenas que hace, y que procedan de aquellos de quienes menos podía esperarlos. Y si le dan contestaciones secas, respuestas desabridas, desvíos humillantes, María calla, y con una humildad soberana, los recibe como perlas preciosas para engalanar con ellos su espíritu. ¿Podías hallar un dechado de humildad más perfecto que María? Después de Jesús, es indudable que nadie ha sido tan humilde como Ella, y nadie, como Ella, se ha acercado tanto á este modelo universal de todos los hombres. ¿No necesitas tú de esta virtud? ¿No deseas ser ensalzado en el cielo? Mira lo que te importa hacer. Fija en tu vista y memoria este dechado que te ofrece María, examina cómo le imitas, estudia profundamente los ejemplos portentosos y edificantes que te da, y procura que ellos sean tu regla de conducta. Para lograrlo, haz propósitos, pide gracia, y ruega por todo el mundo, particularmente por la conversión de los pecadores.

39.—MOTIVOS DE LA DEVOCIÓN Á NUESTRA SEÑORA.

PRELUDIO 1.° Debes ser devoto de María, por lo que Ella es en sí, por título de gratitud, y porque ésta es la voluntad de la Iglesia.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús señalando á María y diciéndote: «He aquí á tu Madre».

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de una tierna devoción á María.

Punto 1.° *Primera razón de amar á María: lo quiere Dios.*—Considera las varias y eficaces razones que deben despertar tu devoción á María. La primera es, porque la Santísima Trinidad ama á esta Señora más que á todos los ángeles y santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos; y así, es justo que tú la ames sobre todas las puras criaturas, conformando tu amor con el de Dios, y amando más á la que por su santidad merece ser más amada. De donde has de sacar varios afectos de gozo espiritual y complacencia en los bienes de la Virgen, gozándote de que sea tan amada de Dios, y de que haya hallado gracia delante de Él; gozándote, además, de su santidad y de todas las virtudes que tiene, dando gracias á Dios porque se las dió, y suplicando á la misma Virgen te alcance parte de ellas, para que también seas amado de Dios y halles gracia en su presencia. La segunda razón es por ser Madre del mismo Dios y Madre de nuestro Salvador; el cual, por el grande amor que la tiene, quiere que todos la amen y sirvan como la grandeza de su dignidad merece, tomando por suyo cualquier servicio que se la hace; porque si dijo de los pobres[1]: «Lo que hiciereis por uno de estos pequeñuelos, por Mí lo hacéis», ¿cuánto más dirá: Lo que hicisteis en servicio de mi Madre, por Mí lo hicisteis? La tercera razón es porque es Madre nuestra, y nos ama entrañablemente, y esto bastaba para que la amásemos, pagando amor con amor, pues es propio de hijos amar á su madre, y más tales madres que con tal amor les aman. Por lo cual, así como el discípulo amado de Cristo, en oyéndole aquella palabra que le dijo en la cruz[2]: «Ves ahí á tu Madre», luego la tomó por suya y la amó con especial amor; también tú debes tomarla por tuya, y amarla y servirla con especial cuidado, teniendo por suma dicha tenerla por Madre. ¡Oh Madre amantísima! Encended en mi corazón un vivísimo afecto á vuestra maternal bondad. Triste de mí, que he dejado de amaros la mayor parte de mi vida; en adelante quiero suplir con mayor fervor y afecto el abandono que he tenido; ayudadme para ello, supliendo con vuestra fortaleza mi debilidad, con vuestro amor mi tibieza y con vuestra gracia mi extremada flaqueza.

[1] Matth., xxv, 40. — [2] Joan., xix, 27.

Punto 2.º *Segunda razón de amar á María: la gratitud.* —Considera la obligación que tienes de amar á María, por los buenos oficios que hace continuamente por todos en el cielo. Porque, lo primero, ora continuamente por nosotros mucho mejor que Jeremías[1] oraba por su pueblo, porque es nuestra abogada y medianera para con su Hijo. Lo segundo, es grandemente solícita de nuestro bien, de modo que, no solamente oye las peticiones de sus devotos, sino que, antes que ellos la pidan algo, representa á Dios sus necesidades, como en las bodas de Caná de Galilea[2] pidió vino para los convidados, movida sólo de su compasión; y, como dijo san Agustín, como es mejor que todos los santos, así es más solícita de nuestro bien que todos ellos. Lo tercero, es en gran manera poderosa para alcanzar remedio de nuestros males con presteza, por lo cual dice san Anselmo que algunas veces somos oídos más presto invocando el nombre de la Virgen, que invocando el nombre de su Hijo, no porque el Hijo no sea incomparablemente más poderoso y misericordioso que su Madre, sino porque, como también es juez nuestro, algunas veces su justicia detiene su misericordia, dilatando el oirnos por nuestros pecados; lo que no sucede en María, que sólo es Madre. De lo cual deduce el santo que la devoción cordial con la Virgen es señal de predestinación, porque con gran solicitud procura esta Señora para sus devotos todos los medios de su predestinación, hasta que alcanzan su fin y los lleva á la gloria. Además, los remedia en todos los peligros y necesidades, con tal certeza y seguridad, que dijo san Bernardo: «Virgen bienaventurada, cese de alabar tu misericordia quien se acordare que le has faltado en remediar su necesidad». ¡Oh Madre amantísima, cuya morada especial no es en la casa de Esaú el aborrecido, sino en la de Jacob el amado, echando raíces en los escogidos para el cielo! Con todo mi corazón deseo amaros y serviros como á madre, é imitar vuestras virtudes como hijo; admitidme en esa casa de Jacob donde moráis; echad raíces en mi corazón para que cumpla mi deseo, ocupándome con grande solicitud en vuestro servicio. ¡Oh alma mía! Ingrata serías si no amases á esta Madre generosísima y benéfica. ¿En qué debes manifestar tu amor á Ella?

Punto 3.º *Tercera razón de amar á María: lo quiere la Iglesia.* — Considera la devoción á María que el Espíritu Santo ha inspirado á la Iglesia, y que ésta desea infundir en todos sus hijos. Muéstrala primeramente en adorarla y venerarla con una adoración menor que la que se da á Dios, pero mayor que la que se da á los demás santos, y por excelencia se llama hiperdulía; y en razón de esto, la atribuye algunos renombres propios de sólo Dios, por la grande excelencia con que se hallan en Ella. Y así,

[1] II Macab., xv, 14. — [2] Joan., II, 3

vemos que la llama Madre de misericordia, vida nuestra, dulzura y esperanza nuestra; llámala puerta del cielo y pídela lo que es propio de Dios, como es desatar las cadenas de los culpados, dar lumbre á los ciegos y quitar de nosotros todos los males, y mostrarnos á Jesús, fruto bendito de su vientre. Muestra también su devoción á María la santa Iglesia en que dedica templos muchos y muy suntuosos á honra suya, con imágenes muy devotas, exhortando á visitarlos, confirmando todo esto el Señor con grandes milagros que hace por su respeto; y para este fin instituye congregaciones y religiones consagradas á su servicio, haciéndolas grandes favores, así en general como en especial, sin aceptar personas, porque cualquiera que la sirva halla favor en sus ojos. Muestra, finalmente, esta devoción en la frecuente memoria y recurso que tiene á Ella en todos tiempos, señalando para esto muchas festividades al año, y casi cada mes una, y en algunos dos ó tres, y cada semana dedica el sábado en honra suya con particular Oficio y Misa; y para cada día ha ordenado Oficio propio de esta Señora con indulgencias al que lo rezare; con sonido de campana avisa tres veces al día á sus hijos á que la saluden, y recomienda el santo Rosario y otras muy devotas oraciones en su honor. ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues tanto deseáis que honremos á vuestra Madre santísima, inspiradme con eficacia esta devoción, ayudándome á ejercitar con fervor las obras que vuestra esposa la Iglesia para este fin ejercita. ¿No nos moverá á ser devotos de María el ejemplo y el deseo de nuestra madre la Iglesia? ¿Cómo debemos portarnos para corresponder á sus designios?

Epílogo y coloquios. ¡Oh María! Quien no os ama, ó es un insensato, ó es un monstruo de ingratitud, ó un mal hijo de la santa Iglesia. Dios mismo mira con predilección á esta Señora, la distingue en su amor sobre todas las criaturas, la ha enriquecido de todos los dones que puede poseer una pura criatura, agotando en cierto modo sus infinitos atributos para engrandecerla. ¿Será posible que no la amemos? Es la Madre del Redentor, muy semejante á Él; por su medio quiere conceder sus gracias, y es nuestra Madre cariñosa, que nos ama con amor incomprensible. ¿No la amaremos? ¡Qué ingratitud sería esta! María piensa continuamente en nosotros, ora por nosotros, extiende su manto sobre nosotros, nos libra de los peligros y males que nos rodean; por Ella alcanzamos la gracia y la felicidad eterna. ¡Qué locura é ingratitud cometeríamos si nos olvidásemos de su devoción! ¡Ah! La santa Iglesia conoce todo esto, y por esta causa nada procura con tanto empeño como hacer de todos sus hijos, fervientes devotos de María. Hónrala con culto especial; en su honor instituye fiestas, establece congregaciones, aprueba prácticas devotas; continuamente nos recuerda que pensemos en María; y ¿no lo haremos? ¿No despertará esto nuestra devoción

á esta tierna Madre? ¿Cuál ha sido nuestro comportamiento hasta hoy? ¿Cuándo y de qué manera podemos y debemos obsequiarla? ¡Ah! ¡Somos activos y diligentes para honrar á una vil criatura de la cual apenas podemos esperar cosa alguna, y somos al propio tiempo flojos y remisos para honrar á María, que es la canal de todas las gracias! Reflexionemos bien acerca de esto, y con propósitos, ruegos y ardientes suspiros, esforcémonos en reformarnos, y no olvidemos las demás necesidades.

40.—EXCELENCIA DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.° Represéntate á tu dulce Madre, mostrándote su Corazón, y alargándote la mano, diciendo: «Dame, hijo mío, tu corazón».

PRELUDIO 2.° Pide conocimiento de las excelencias del Corazón de María, y una tierna devoción para con él.

Punto 1.° *El Corazón de María considerado en sí mismo.* —Considera la soberana excelencia que en sí mismo encierra el Corazón de María. Entre las puras criaturas no hay una sola que le iguale. Este Corazón es la parte más noble que hay en el cuerpo de la Madre de Dios, cuerpo santísimo y nobilísimo, puesto que, participando de la dignidad de la persona á quien pertenece, llega por esto á una dignidad casi infinita. De este Corazón admirable procede la vida de la misma Madre de Dios, esto es, la más noble, bella y divina de todas las vidas después de la de Jesucristo. En él se ha elaborado aquella sangre preciosísima, con que se formó el cuerpo y el Corazón de Jesucristo, verdadero Hijo de Dios. Él es el más noble órgano del alma más grande y santa que jamás ha existido, después del alma de Jesucristo. En este Corazón, como en un horno divino, se han encendido los sensibles afectos de la Santísima Virgen, y singularmente su amor, del cual un solo acto es más agradable á Dios que cuanto procede de todas las demás criaturas. Este Corazón, en fin, es el santuario del Espíritu Santo, santificado de un modo extraordinario por las operaciones del divino Espíritu y por la infusión de sus más excelentes gracias y dones. De todo lo cual se sigue que el Corazón de María es el más semejante al Corazón de Jesús. Porque se le asemeja en las perfecciones que le adornan, en las virtudes que posee, en los títulos y cualidades que le ennoblecen, en los privilegios que le han sido concedidos, en las riquezas, poder y gloria que le enriquecen, y aun en los honores que la santa Iglesia le tributa. Ponderando todo esto, has de admirarte grandemente de la frialdad con que honras y obsequias á un Corazón tan excelente y que tantos títulos reune, que le hacen inmensamente digno de todo honor. ¡Oh Corazón admirable, trono de Dios, sol de la tierra y riqueza del mundo! Preciso es no conoceros para no sentirse abrasado en

vuestro amor, y presa de vuestra hermosura. Grandes cosas ha hecho en Vos el que es omnipotente y su nombre santo; en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia os aventajáis á todas las criaturas, y sólo el Corazón de Jesús os supera, y aun tan de cerca le seguís, que casi llegáis á participar de lleno la plenitud de sus perfecciones. ¡Oh alma mía! Contempla admirada la excelencia del Corazón de tu Madre. ¿No le honrarás? ¿No te esforzarás en hacerte digno del privilegio que te ha hecho escogiéndote por hijo suyo?

Punto 2.° *El Corazón de María con relación á nosotros.*— Considera lo que es el Corazón de María mirado con relación á los hombres, á quienes se propone como fin de su devoción. Él es el objeto más amable, más tierno y afectuoso que puede imaginarse. Es el Corazón de aquella divina Señora, cuyo imperio se extiende sobre todas las criaturas, y á cuyo mandato se someten los cielos, la tierra y el mismo infierno. Es el Corazón de la Madre más amante de sus hijos, por los cuales se ha sometido gustosa á las más dolorosas penas, y de quienes nunca se olvida, aunque sea Ella olvidada y ofendida. Es el Corazón de nuestra Abogada poderosa é interesada vivamente por nuestro bien, y de la que es nuestro consuelo y refugio. Este preciosísimo Corazón es el manantial inagotable y la fuente perenne de la caridad, de la compasión, de la misericordia, de la ternura que nos tiene la Santísima Virgen. Es también el centro de los inmensos dolores que padeció esta divina Madre por la redención y salvación de los hombres. Y, finalmente, Él es el modelo con que debemos formar nuestros corazones, modelo de humildad la más profunda, de pureza la más angélica, de dulzura la más suave, de caridad la más tierna, de amor el más afectuoso, y de todas las demás virtudes. Pondera cómo en este Corazón vienen á reunirse todas las virtudes, gracias y prerrogativas que hacen á María amable á los hombres. De este Corazón, como de su fuente, nace la compasión que la mueve á consolar á los afligidos, dar salud á los enfermos, auxilio á sus devotos y alegría á los tristes. Por lo cual en este Corazón deben terminar los honores que á María tributan los cristianos. ¡Oh Corazón amantísimo! Quien no os ama, ó no tiene corazón, ó está privado de la fe, ó no sabe reflexionar acerca de vuestra sublime amabilidad. ¿Qué falta en Vos de lo que puede interesar nuestro amor? Vuestras grandezas y hermosura son inefables; vuestra ternura y caridad indecibles; vuestra virtud y poder soberanos. Por tales atributos os pido, Señora, sentimientos afectuosos de hijo para con Vos, y vivos deseos de amaros y serviros como á mi dulce Madre. ¡Oh alma mía! ¿Comprendes cuán acreedor á tu amor es el Corazón de María? ¿En qué cosas has de probar que le amas?

Punto 3.° *Motivos de devoción al Corazón de María.*— Considera aquí los poderosos y eficaces motivos que deben des-

pertar y fomentar tu devoción al Inmaculado Corazón de María. La ilustre devota de este adorable Corazón, santa Matilde, se encendía en deseos de honrarle, principalmente con la consideración de los siete motivos siguientes: 1.º El Corazón de María deseó ardientemente la venida de Jesucristo, y estos deseos y súplicas aceleraron el tiempo de la redención del género humano. 2.º Este Corazón era un volcán de caridad para con Dios y para con su prójimo, como que era aquella misteriosa celda en la que, introduciéndose el Señor, había ordenado en ella el amor. 3.º De aquí se sigue la otra causa del amor y devoción, que fué el tierno cariño que profesó al Hijo de Dios, amándole como á su Hijo, su Dios, su Bienhechor y su todo. 4.º En este Corazón sagrado conservaba cuidadosamente María las palabras de Jesucristo, y las meditaba y las confería consigo misma, rumiándolas con detenimiento para sacar de ellas abundantes frutos. 5.º En su Corazón María sufrió los tormentos que Jesús, su divino Hijo, padeció en su sagrado cuerpo, cooperando con ellos á la redención del linaje humano. 6.º Los buenos oficios y saludables esfuerzos que este adorable Corazón está haciendo en favor de la Iglesia, la han poblado de santos, la han adornado de virtudes y nan obtenido innumerables conversiones de endurecidos pecadores. 7.º Últimamente: este Corazón está de continuo delante del trono de Dios, trabajando para hacernos propicia y favorable á la Santísima Trinidad. Por manera que la gratitud, el interés, la justicia, todo nos está predicando el amor al Corazón de María. ¡Oh Corazón sacratísimo! ¡Quién tuviera el corazón de un ángel ó de un serafín para amaros cual merecéis! Mas, ¿qué digo cual merecéis? Aunque tuviera yo todos los corazones de los espíritus angélicos, y aunque todos mis miembros se convirtiesen en lenguas para alabaros, ni podría amaros del modo que merece vuestro amor, ni alabaros de un modo proporcionado á vuestra grandeza. Permitidme, Corazón tierno, que os diga con un ardiente devoto vuestro: Jamás descansaré hasta que logre amaros con ternura. ¡Oh alma mía! ¿Practicas la devoción al Corazón de María? ¿Cuándo y cómo la has de ejercitar?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán digno de todo honor, alabanza, amor y devoción es el tierno é inmaculado Corazón de María! Considerado en sí mismo, es la parte más noble del cuerpo sacrosanto de esta divina Señora, el principio de su vida. De él salió la preciosa sangre de que fué formado el mismo Corazón de Jesús, y en él, como en rico laboratorio, se ordenaron los afectos más tiernos y piadosos que Dios ha recibido de la humanidad. Este Corazón, con relación al hombre, es el Corazón de la más compasiva Reina, de la más tierna Madre, de la más poderosa Abogada. Él es el conducto por donde se comunican á los hombres las gracias del cielo: es el dechado más perfecto que podemos poner delante de nuestros ojos, si deseamos asemejarnos á

Jesús. ¿Es posible que no honremos y veneremos con tierno afecto á tan rico, hermoso y perfecto Corazón? ¡Qué ingratitud tan monstruosa sería la nuestra! Los encendidos deseos de este Corazón aceleraron nuestro rescate; su caridad ardiente para con Dios suple nuestra criminal tibieza; sus acerbos dolores nos merecieron el perdón de nuestras culpas; sus buenos oficios maternales llenan de gozo y enriquecen de santos á la Iglesia, y su mediación poderosa inclina en favor nuestro á la misma beatísima Trinidad. Y ¿no amaremos á este Corazón? ¿No procuraremos serle devotos? ¿No trataremos de honrarle? ¿Qué exige de nosotros? ¿Qué le debemos como hombres, como cristianos, como religiosos, como hijos suyos predilectos? Meditémoslo detenidamente, y formemos propósitos eficaces; y hoy [1] que el Señor nos abre los tesoros de este divino Tabernáculo, roguemos fervorosos por la santa Iglesia, por la conversión de los pecadores y por todas las demás necesidades.

[1] Se supone que esta meditación se hace en el día de la fiesta del Inmaculado Corazón de María, que en unas diócesis se celebra el domingo siguiente á la octava del Corpus Christi, ó sea el tercero después de Pentecostés, y en otras el domingo inmediato á la octava de la Asunción de Nuestra Señora.

Los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, por decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de 1.º de Diciembre de 1885, gozan el privilegio de celebrar esta fiesta, sea cual fuere la diócesis en que residan, en la dominica siguiente á la octava de la Asunción.

---

pertar y fomentar tu devoción al Inmaculado Corazón de María. La ilustre devota de este adorable Corazón, santa Matilde, se encendía en deseos de honrarle, principalmente con la consideración de los siete motivos siguientes: 1.º El Corazón de María deseó ardientemente la venida de Jesucristo, y estos deseos y súplicas aceleraron el tiempo de la redención del género humano. 2.º Este Corazón era un volcán de caridad para con Dios y para con su prójimo, como que era aquella misteriosa celda en la que, introduciéndose el Señor, había ordenado en ella el amor. 3.º De aquí se sigue la otra causa del amor y devoción, que fué el tierno cariño que profesó al Hijo de Dios, amándole como á su Hijo, su Dios, su Bienhechor y su todo. 4.º En este Corazón sagrado conservaba cuidadosamente María las palabras de Jesucristo, y las meditaba y las confería consigo misma, rumiándolas con detenimiento para sacar de ellas abundantes frutos. 5.º En su Corazón María sufrió los tormentos que Jesús, su divino Hijo, padeció en su sagrado cuerpo, cooperando con ellos á la redención del linaje humano. 6.º Los buenos oficios y saludables esfuerzos que este adorable Corazón está haciendo en favor de la Iglesia, la han poblado de santos, la han adornado de virtudes y han obtenido innumerables conversiones de endurecidos pecadores. 7.º Últimamente: este Corazón está de continuo delante del trono de Dios, trabajando para hacernos propicia y favorable á la Santísima Trinidad. Por manera que la gratitud, el interés, la justicia, todo nos está predicando el amor al Corazón de María. ¡Oh Corazón sacratísimo! ¡Quién tuviera el corazón de un ángel ó de un serafín para amaros cual merecéis! Mas, ¿qué digo cual merecéis? Aunque tuviera yo todos los corazones de los espíritus angélicos, y aunque todos mis miembros se convirtiesen en lenguas para alabaros, ni podría amaros del modo que merece vuestro amor, ni alabaros de un modo proporcionado á vuestra grandeza. Permitidme, Corazón tierno, que os diga con un ardiente devoto vuestro: Jamás descansaré hasta que logre amaros con ternura. ¡Oh alma mía! ¿Practicas la devoción al Corazón de María? ¿Cuándo y cómo la has de ejercitar?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán digno de todo honor, alabanza, amor y devoción es el tierno é inmaculado Corazón de María! Considerado en sí mismo, es la parte más noble del cuerpo sacrosanto de esta divina Señora, el principio de su vida. De él salió la preciosa sangre de que fué formado el mismo Corazón de Jesús, y en él, como en rico laboratorio, se ordenaron los afectos más tiernos y piadosos que Dios ha recibido de la humanidad. Este Corazón, con relación al hombre, es el Corazón de la más compasiva Reina, de la más tierna Madre, de la más poderosa Abogada. Él es el conducto por donde se comunican á los hombres las gracias del cielo: es el dechado más perfecto que podemos poner delante de nuestros ojos, si deseamos asemejarnos á

Jesús. ¿Es posible que no honremos y veneremos con tierno afecto á tan rico, hermoso y perfecto Corazón? ¡Qué ingratitud tan monstruosa sería la nuestra! Los encendidos deseos de este Corazón aceleraron nuestro rescate; su caridad ardiente para con Dios suple nuestra criminal tibieza; sus acerbos dolores nos merecieron el perdón de nuestras culpas; sus buenos oficios maternales llenan de gozo y enriquecen de santos á la Iglesia, y su mediación poderosa inclina en favor nuestro á la misma beatísima Trinidad. Y ¿no amaremos á este Corazón? ¿No procuraremos serle devotos? ¿No trataremos de honrarle? ¿Qué exige de nosotros? ¿Qué le debemos como hombres, como cristianos, como religiosos, como hijos suyos predilectos? Meditémoslo detenidamente, y formemos propósitos eficaces; y hoy [1] que el Señor nos abre los tesoros de este divino Tabernáculo, roguemos fervorosos por la santa Iglesia, por la conversión de los pecadores y por todas las demás necesidades.

[1] Se supone que esta meditación se hace en el día de la fiesta del Inmaculado Corazón de María, que en unas diócesis se celebra el domingo siguiente á la octava del Corpus Christi, ó sea el tercero después de Pentecostés, y en otras el domingo inmediato á la octava de la Asunción de Nuestra Señora.

Los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, por decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de 1.º de Diciembre de 1885, gozan el privilegio de celebrar esta fiesta, sea cual fuere la diócesis en que residan, en la dominica siguiente á la octava de la Asunción.

CUARTA SERIE

MEDITACIONES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

ADVERTENCIA. *La cuarta serie de meditaciones, á que damos principio, versa acerca del divino Sacramento del Altar, y tiene por objeto el proporcionar materia de meditación para la festividad de Corpus Christi y su octava y para los domingos del año no impedidos por alguna otra festividad, ejercicios espirituales ú otra causa accidental, que exija meditación distinta.*

Aunque esta serie no tiene más que 30 meditaciones, serán indudablemente suficientes para todo el año, si se repite, á lo menos una vez al mes, la primera meditación de esta serie, muy á propósito, por la doctrina que encierra, para despertar los santos afectos con que el cristiano debe acercarse á la sagrada comunión.

I.ª—DISPOSICIÓN PARA COMULGAR [1].

PRELUDIO 1.º Quedóse Jesús en el Santísimo Sacramento para ser nuestra comida.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo mostrándote su precioso cuerpo y diciéndote: «Toma y come; este es mi cuerpo».

PRELUDIO 3.º Pide luz y gracia para conocer la excelencia del beneficio que Jesús te dispensa en la sagrada comunión.

Punto 1.º *Quién es el que viene en el Santísimo Sacramento.*—Considera las grandezas del Señor que está encerrado en este santo Sacramento, actuando con viveza la fe de todas, así las que le convienen en cuanto Dios, como las que tiene en cuanto hombre. Pondera cómo el que está allí, es el mismo Hijo unigénito, que está en el seno del eterno Padre, resplandor de su gloria y figura de su substancia, tan eterno, inmenso, infinito como el Padre, y la misma sabiduría, bondad y fortaleza, por quien todas las cosas fueron criadas y se conservan. Allí también está el gobernador del mundo, el santificador de las almas y su glorificador. Y, con ser un Señor de tanta majestad, que no cabe en cielos ni en tierra, no contento con haberse hecho hombre por nuestro remedio, quiso humillarse y estrecharse más, y quedarse con nosotros en este Sacramento visible, para consolarnos y ampararnos con su presencia, y enriquecernos con sus infinitos tesoros. Luego discurrirás por los misterios de su humanidad, por las obras maravillosas que en ella hizo, y por los oficios que ejercitó; ponderando cómo en este Sacramento está el mismo que estuvo nueve meses en el seno de la Virgen nuestra Señora, enriqueciéndola con admirables dones de su gracia. Allí está el que estuvo reclinado en el pesebre, y fué adorado de los pastores y magos, pagándoles este servicio con muy copioso galardón; el que anduvo por el mundo enseñando, predicando, curando enfermos, resucitando muertos y haciendo bien á todos. En especial, pondera cómo es el mismo que por tu amor fué preso, azotado, coronado de espinas, escarnecido y crucificado; y estando en la cruz, rogó por sus enemigos, perdonó al ladrón, y le prometió su paraíso; el que despojó el infierno, resucitó glorioso y está sentado á la diestra de su eterno Padre, y el que después vendrá á juzgar al mundo: este mismo está en este Sacramento. Y aquí hace con nosotros los oficios que solía hacer en el mundo, de maestro, médico, pastor y sumo sacerdote, deseando que acudamos á Él, con la misma fe y confianza que si le viéramos en su carne mortal y visible. ¡Oh Redentor dulcísimo! ¿Qué gracias os podré dar por las entrañas de misericordia con que venís cada día á visitarnos de lo alto? ¿Cómo no acudiré confiadamente á Vos, pues Vos venís del cielo sólo para mí? Yo os adoro y glorifico en ese venerable Sacramento, y con el espíritu me arrojo á vuestros pies, como la Magdalena, para que me perdonéis; y toco vuestra sagrada cobertura, como la hemorroísa, para que me curéis, y palpo vuestras soberanas llagas, como Tomás, para que me ilustréis y avivéis la fe, con la cual digo y confieso que Vos sois mi Señor y mi Dios, digno de suma honra y gloria por todos los siglos. ¿Sientes, alma mía, estos santos y fervorosos afectos?

Punto 2.º *Modo cómo viene Jesús.*—En este punto has de considerar el modo regalado y amoroso cómo Cristo nuestro Señor viene á visitarte, siendo tú tan miserable y abominable pecador. ¡Ah! Bastara para tu salud que pudieras mirar este Santísimo Sacramento, como bastó á los israelitas heridos de las serpientes, para que sanasen de las heridas, mirar una serpiente de metal, puesta en un palo, que era figura de este Salvador. O bastara siquiera tocarle con la mano, como la mujer que padecía flujo de sangre quedó sana con tocar solamente el ruedo de su vestidura, y era demasiada honra la que se te hacía en darte tal licencia. Pero la caridad de este gran Dios no se contentó con esto, sino también quiere juntarse contigo con la unión más íntima y penetrativa que una cosa corporal puede juntarse con el hombre, porque en forma de manjar entra por tu boca y pasa por tu garganta y hace su morada y asiento dentro de tu pecho, mientras duran las especies sacramentales, renovando así

[1] Téngase presente lo dicho en la advertencia preliminar.

aquel famoso milagro, que tanto admiraba á Jeremías: *Faemina circumdabit virum*, una mujer llevará dentro de sí un varón; porque cada día, cualquier persona que comulga, trae dentro de sí, por entonces, á este varón, perfecto en la edad, tan grande y hermoso como está en el cielo. Pero, mucha mayor novedad te parecerá ésta, si ponderas la vileza de la persona que dentro de sí le trae, y la bajeza y estrechura horrible de la casa donde entra. Eres un vaso de maldad, cueva de basiliscos y casa de perdición, y ¡en tan vil posada quiere entrar Jesús! Tu lengua es un mundo de maldades, y ¡con ella has de tocar al que es fuente de todos los bienes! Tu pecho es un albañal de malos pensamientos y deseos, y ¡dentro de él has de aposentar al que es la misma caridad! ¡Oh Rey soberano! ¡Cuán bien os cuadra ser Padre de misericordias! Pues queréis morar en casa llena de tantas miserias, renovadla, Señor, primero; limpiadla y adornadla para que sea digna morada vuestra. ¡Oh Dios infinito! Inclinad vuestros cielos y bajad. Y, pues Vos queréis bajar y humillaros á morar dentro de mí, ¿qué mucho se humillen y bajen los cielos también? Vengan á mi alma las virtudes celestiales; venga la fe viva, la esperanza cierta, la caridad encendida. Venga la humildad, la obediencia y devoción, y conviertan en cielo la que ha de ser morada del Rey de los mismos cielos. ¿Nos admira el modo cómo viene Jesús? Y nosotros, ¿de qué modo le recibimos?

Punto 3.º *Fines que se propone Jesús en su venida.*— En este punto considerarás los fines que Cristo nuestro Señor pretende en esta venida, suplicándole que luego en entrando los que ponga en ejecución. Para lo cual discurrirás por algunos de los oficios que hizo este Señor en el mundo, los cuales viene á ejercitar en tu alma. Porque El, como Salvador, viene á perdonar tus pecados, aplicándote el precio de la sangre que derramó por ellos. Como Médico, viene á curar perfectamente todas tus enfermedades espirituales. Como Maestro, viene á ilustrarte con la luz de sus inspiraciones y á enseñarte el camino de la virtud y perfección. Como sumo Sacerdote, viene á aplicarte el fruto del sacrificio sangriento que por ti ofreció en cruz, y á moverte á que le ofrezcas sacrificio de corazón contrito y humillado, hostia de alabanza y holocausto de amor. Finalmente: como manjar, viene á sustentarte; como pastor, á recogerte; como protector, á defenderte; como fuego consumidor, á purificarte y encenderte. Considerando estos oficios que Cristo nuestro Señor quiere hacer dentro de ti, pondera la necesidad grande que tienes de ellos, mirándote como un hombre cautivo del demonio por tus pecados, enfermo de varias pasiones, ignorante con muchos errores, flaco, pobre y necesitado de sustento para el alma, y de tener paz con tu Criador, y de ser regido, amparado y favorecido de tu Salvador. Y comparando tus innumerables miserias con tus esclarecidos oficios, prorrumpe en afectos de admiración y deseos fervorosos de su venida. ¡Oh Dios de inmensa majestad! ¡Cómo no salgo de mí, considerando esta traza de vuestra infinita caridad! Elías y Eliseo se encogieron á sí mismos, juntándose con un niño muerto, para resucitarle; ¡y Vos os estrecháis mucho más á un bocado de comida, para juntaros conmigo y resucitarme á una nueva y fervorosa vida! Venid, Salvador mío, y no queráis tardar; venid y desharéis las miserias de vuestro siervo. Despertad vuestra omnipotencia, y venid para que luego me hagáis salvo. ¡Oh, si rompiéseis los cielos y vinieseis para que con vuestra venida se deshiciesen los montes de mis pasiones y derritiesen en vuestro amor todas mis entrañas! ¡Oh cielos!: enviad este rocío. ¡Oh nubes!: lloved á este Justo. ¡Oh tierra de los vivos!: brota para mí al Salvador. ¡Oh Salvador dulcísimo! venid á mi alma, que está ansiosa de recibiros; ejercitad en ella los oficios que pretendéis; juntaos conmigo, porque deseo estar con Vos por toda la eternidad.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán admirables se presentan la bondad, misericordia y omnipotencia de Dios en el divino Sacramento! Para alimentarte, el mismo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Rey universal de los siglos, Dueño absoluto de todas las cosas, después de haber pasado treinta y tres años haciendo bien á todos, sufriendo los más horribles tormentos y dando su vida en una cruz, se queda, bajo las especies de pan y vino, expuesto á los desprecios de unos, á las blasfemias de otros y á la ingratitud de todos. Su amor no se ha satisfecho ni contentado con hacerse visible y palpable en los accidentes que le cubren; quiere unirse contigo con tal intimidad, que no la hay mayor en la tierra. Es tu Padre, y desea abrazarte; es tu médico, y quiere sanarte; es tu maestro, y quiere enseñarte; es tu pastor, redentor, protector, y quiere regalarte con suavísimos pastos, rescatarte del poder del demonio, y constituirse tu constante auxilio. ¿Qué darás al Señor por los bienes inmensos que te ha concedido? ¿Cómo le pagarás tan inefables beneficios? Hasta hoy has sido tal vez árbol infructuoso, peor que los mismos irracionales, que saben reconocer y agradecer las caricias de su dueño. Jesús ardía en amor por ti, y tu corazón estaba helado; Él te llamaba, y tú hacías el sordo; Él te buscaba, y tú huías. ¿Hasta cuándo serás pesado de corazón? ¿Qué desea de ti Jesús? Piénsalo con atención, y haz firmes y eficaces propósitos de someterte ahora y siempre á su divina voz, y pide por ti y por las demás obligaciones.

2.ª—COMUNIÓN INFRUCTUOSA.

PRELUDIO 1.º La comunión suele ser infructuosa, ó porque se recibe sin deseo ó sin meditación y reflexión, ó con aficiones desordenadas.

PRELUDIO 2.º Representémonos el cenáculo, á Jesús consagrando el pan y el vino, á los Apóstoles mirándole con atención y á Judas distraido.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de aprovecharnos siempre de la sagrada comunión.

Punto 1.º *La comunión suele ser infructuosa, porque se recibe sin deseos.*—Lamentando el santo profeta Ageo las miserias en que habían de caer los cristianos, recordaba una de ellas, quizá la más funesta, diciendo: «Coméis, y no quedáis hartos; bebéis, y no estáis embriagados». Considera cómo es muy cierto que muchos cristianos se acercan frecuentemente al banquete de Jesús, y comen el pan divino, poderosísimo para satisfacer todas las aspiraciones racionales del hombre; y, con todo, nunca están hartos, hambreando y suspirando siempre por las cosas mundanas, y teniendo tan poca fortaleza para la virtud, como si nunca hubiesen comido. ¡Tal vez tú mismo te hallas en tan lamentable estado! Pondera atentamente que una de las causas de tan escaso fruto es porque no comes este divino manjar con hambre y deseo, sino por costumbre solamente. Semejante á la novilla de Efraim, como dice Oseas, que se va á trillar por comer, así tú te acercas al celestial convite sin tener estima ni aprecio de la excelencia de este divino pan, y sin renovar las diligencias y consideraciones que despierten el hambre que solías tener. Si fueses convidado por un monarca de la tierra á comer en su compañía, contarías los días que faltan para que llegase el designado, te prepararías, hablarías de la dicha que te ha cabido en suerte, y todo te parecería poco, para la grandeza del honor que se te dispensa. Jesús, Rey de cielos y tierra, te convida con mucha frecuencia, y apenas te acuerdas de esta invitación, sino es en el mismo instante que con glacial frialdad tomas parte en el convite. En la ley antigua disponía el Señor que los panes de la proposición, que eran figura del divino Sacramento, se renovasen cada semana, para que los sacerdotes los comiesen siempre con nueva hambre, como pan reciente y fresco; y el maná, otra figura del mismo Sacramento, caía todos los días, queriendo Dios que los israelitas lo comiesen siempre como pan nuevo y recién caído, con nuevo sabor y gusto, como si aquel fuese el día en que comenzaban á comerle. Del propio modo debieras recibir el divino Sacramento con nuevas ganas, con nuevas disposiciones, como si aquella fuera la primera vez que le recibes. ¡Oh Salvador mío! Pues vinisteis al mundo para destruir nuestro hombre viejo, y os preciáis de hacer un cielo nuevo y una tierra nueva, renovad, os suplico, mi espíritu, á fin de que como tierra nueva y virgen reciba el grano de vuestro sagrado cuerpo y produzca en él fruto de mil.

Punto 2.º *La sagrada comunión es infructuosa, por falta de reflexión debida, ó porque somos niños en la virtud.*—Aquí has de considerar otra causa, que suele hacer no pocas veces infructuosas tus comuniones. Porque, así como en el manjar corporal, el que come mucho no suele medrar si lo hace de prisa y sin desmenuzar bien el manjar en la boca, donde se inicia la digestión, ó si no lo cuece bien el estómago por tener el calor natural debilitado, así la comunión frecuente no suele serte de mucho provecho, porque la haces muy de prisa, sin rumiar con el entendimiento esta comida espiritual, para que la meditación encienda en la voluntad el fuego de los afectos, con que se incorpora en el alma lo que se come, y se medra con ello. Para significar esto había dispuesto el Señor que el cordero pascual, que era también figura de este Sacramento, no se comiese crudo, ni cocido en agua, sino asado con fuego; porque el fuego del amor de Dios y de la devoción es el que ha de sazonar esta comida, para que aproveche al alma. De aquí se sigue también otra causa del poco fruto de tus comuniones; porque comulgas como niño, y esta comida es propia de varones crecidos en la virtud. Los niños no pueden tomar el alimento sólido, porque lo tragarían entero, y no les aprovecharía, antes les dañaría. Mas, este manjar es alimento sólido, no propio de niños, sino de grandes, como dijo el mismo Dios á san Agustín: «Manjar soy de grandes; crece, y me comerás; mas, no me mudarás en ti, sino Yo te mudaré en Mí». Si tú le tomas, como niño, sin reflexión y sin hacer diferencia entre éste y los otros manjares, convertirás en ti este manjar, como si fuera puramente material; pero si le comes como grande, atendiendo á lo que haces, entonces este manjar, como es pan vivo, te transformará en sí, imprimiéndote su semejanza en la vida y en las virtudes. ¿Por qué no te acercas, pues, á la sagrada comunión con atención y reflexión cuidadosa? ¡Oh Rey amorosísimo! No permitáis que, presentándome á vuestra real mesa, esté tan distraído que deje de considerar lo que me ponéis delante. Tal proceder sería injurioso á Vos que me convidáis y al exquisito manjar que me regaláis; no menos que pernicioso para mí, porque ni sabría agradecer vuestro favor, ni pagarlo cual conviene. Concededme que coma vuestro divino manjar con tal disposición, que á mí me entre en provecho y seáis Vos por ello glorificado.

Punto 3.º *La sagrada comunión deja de ser fructuosa porque el paladar del alma está viciado.*—Considera aquí otro motivo de no medrar con la comunión frecuente, el cual consiste en que el paladar de tu alma está inficionado, y aficionado á los manjares viles y terrestres de la carne, y por esto no hallas gusto en los manjares del espíritu. Oye á san Gregorio que te dice: *Aliud mandis, aliud esuris;* comes una cosa y tienes hambre de otra: comes el Sacramento de que no tienes hambre, y

tienes hambre de las cosas terrenas y vanas, que no comes; y por esta causa vienes á tener hastío de los manjares espirituales; y poco á poco les das de mano, hasta dejarlos del todo ó tomarlos no más que por cumplimiento. ¡ Ah ! Te acontece lo que á los malos israelitas en el desierto. Como el maná era de suyo tan sabroso, á los principios le comían con grande gusto; pero, cuando se hubieron acostumbrado á comerle cada día, llegaron á fastidiarse de él, y, acordándose de las ollas de carne que comían en Egipto, decían: «Nuestra alma está seca, y tiene hastío de este manjar insubstancial». Esto mismo te ha sucedido quizá á ti. Al principio de tu conversión y nueva vida, hallabas grande gusto y provecho en la comunión; pero viniste poco á poco á perderle, por haber dado entrada á los regalos de la carne, á las vanidades y pasatiempos del mundo; y el mismo manjar que antes encontrabas tan sabroso, ahora te parece insípido, y la comida que antes te alimentaba y robustecía, ahora, con comerla con igual frecuencia, tu alma está seca, débil y á punto de perecer. Considerando todo esto, teme por una parte los espantosos castigos que sobrevinieron á los ingratos y carnales israelitas, y por otra resuélvete á renovar, como dice David, tu juventud como el águila, procurando comer con nuevo apetito este celestial manjar. ¿Qué te conviene resolver y practicar con este fin? ¡ Oh Redentor dulcísimo, que dijisteis: « Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros», y animado y estimulado por este deseo, instituisteis y comisteis con vuestros discípulos el divino Sacramento! Despertad en mi pobre alma este deseo. Corra yo como ciervo á esta fuente de aguas vivas; suspire mi alma por este celestial manjar, con el mismo anhelo que los hombres carnales desean los regalos de su carne, á fin de que, teniendo esta hambre y sed, sea bienaventurado y merezca ser saciado en este mundo con la gracia, y en el otro con la eterna gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Á cuántos cristianos ocurre lo que con triste acento lamentaba el santo profeta Ageo: «Comen y no medran, beben y no se embriagan». Se acercan, quizá con frecuencia, al convite eucarístico, y siempre se hallan débiles para la virtud y flacos para resistir á las tentaciones. Aunque comen un manjar espiritual, su espíritu no crece, ni mejora, ni se perfecciona. ¿Debemos nosotros contarnos entre tan desventurados cristianos? ¿De dónde procede tan lamentable calamidad? ¡Ah! Se come el más precioso, nutritivo y regalado de los manjares; pero sin tener hambre ni sed de él. Se recibe esta comida divina; pero sin mascarla ni rumiarla; hay tiempo para todo; sólo falta para meditar y ponderar el favor inmenso que nos dispensa el Señor, dándose todo á nosotros. Somos niños, y éste es manjar de grandes; le comemos sin discernimiento, sin hacer diferencia entre este manjar vivo y los manjares muertos, y por esto no produce otro resultado que estos. Finalmente: aunque nos alimentemos con este sabroso maná, suspiramos, como los israelitas, por los manjares de Egipto, esto es, por los bienes terrenos. ¿Hasta cuándo seremos tan ingratos con Jesús y tan necios y pesados de corazón? Escudriñemos con cuidado los propósitos y resoluciones que nos conviene formar para aprovecharnos en adelante algo más de este soberano Sacramento. Lloremos nuestra tibieza pasada; roguemos con ardiente fervor, no sólo para nosotros, sino por todos aquellos que se han de acercar á la sagrada comunión, que saquen el fruto que Jesús desea y á ellos les conviene.

3.ª—COSAS QUE ENCIERRA EL DIVINO SACRAMENTO EN GENERAL.

PRELUDIO 1.º En el Santísimo Sacramento se encierra de un modo admirable el cuerpo, la sangre, los méritos, virtudes y divinidad de Jesús.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciéndote: « Yo soy el pan vivo ».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ser generoso con Jesús, como Él lo es contigo.

Punto 1.º *Jesús, en el Sacramento, se nos da todo por amor.* — Considera cómo la fe te descubre dentro de los accidentes del pan y vino cinco cosas, en las que se resumen todas las que encierra este divino Sacramento. Éstas son: el cuerpo de Cristo nuestro Señor, su sangre preciosa, su alma benditísima, sus infinitos merecimientos y satisfacciones y la persona del Verbo eterno con su divinidad. Pondera cómo en esta inapreciable dádiva se echa de ver la infinita caridad y largueza de Jesucristo, porque la suprema caridad y generosidad de una persona resplandece en dar lo sumo que puede y todo lo que tiene, y en darlo con tanto amor, que todo le parece poco, ó en encubrirlo de tal manera, que parezca casi nada; lo cual prueba que no lo da por vana ostentación, sino de puro amor. Y así en el libro de los Cantares se dice: « Aunque diera el hombre toda la substancia de su casa por el amor, despreciarlo ha, como si no diera nada». Mira cómo Jesús es este hombre por excelencia, y más que hombre, Dios y hombre verdadero, el cual te da en el divino Sacramento su misma casa, que es su Cuerpo santísimo, la substancia preciosa de que se sustentó durante su vida mortal, que es su sangre; el morador que habita en ella, que es su Alma santísima y su divina Persona; y las alhajas que la adornan y enriquecen, que son sus virtudes y merecimientos. Y con ser el don infinito, lo encubre de tal modo, que todo parece poco y casi nada, porque lo da envuelto con los accidentes de un bocado de pan y un sorbo de vino, para que se vea que todo lo da por amor y para manifestar á los fieles su infinita caridad. ¡ Oh Dios de bondad! ¿ Qué será razón que os dé yo por una dádiva como esta? Aquí os ofrezco toda la substancia de mi casa; mi cuerpo y sangre, mi alma y mi persona, mi hacienda y libertad, y todo cuanto tengo

tienes hambre de las cosas terrenas y vanas, que no comes; y por esta causa vienes á tener hastío de los manjares espirituales; y poco á poco les das de mano, hasta dejarlos del todo ó tomarlos no más que por cumplimiento. ¡ Ah ! Te acontece lo que á los malos israelitas en el desierto. Como el maná era de suyo tan sabroso, á los principios le comían con grande gusto; pero, cuando se hubieron acostumbrado á comerle cada día, llegaron á fastidiarse de él, y, acordándose de las ollas de carne que comían en Egipto, decían: «Nuestra alma está seca, y tiene hastío de este manjar insubstancial». Esto mismo te ha sucedido quizá á ti. Al principio de tu conversión y nueva vida, hallabas grande gusto y provecho en la comunión; pero viniste poco á poco á perderle, por haber dado entrada á los regalos de la carne, á las vanidades y pasatiempos del mundo; y el mismo manjar que antes encontrabas tan sabroso, ahora te parece insípido, y la comida que antes te alimentaba y robustecía, ahora, con comerla con igual frecuencia, tu alma está seca, débil y á punto de perecer. Considerando todo esto, teme por una parte los espantosos castigos que sobrevinieron á los ingratos y carnales israelitas, y por otra resuélvete á renovar, como dice David, tu juventud como el águila, procurando comer con nuevo apetito este celestial manjar. ¿Qué te conviene resolver y practicar con este fin? ¡ Oh Redentor dulcísimo, que dijisteis: « Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros», y animado y estimulado por este deseo, instituisteis y comisteis con vuestros discípulos el divino Sacramento! Despertad en mi pobre alma este deseo. Corra yo como ciervo á esta fuente de aguas vivas; suspire mi alma por este celestial manjar, con el mismo anhelo que los hombres carnales desean los regalos de su carne, á fin de que, teniendo esta hambre y sed, sea bienaventurado y merezca ser saciado en este mundo con la gracia, y en el otro con la eterna gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Á cuántos cristianos ocurre lo que con triste acento lamentaba el santo profeta Ageo: «Comen y no medran, beben y no se embriagan». Se acercan, quizá con frecuencia, al convite eucarístico, y siempre se hallan débiles para la virtud y flacos para resistir á las tentaciones. Aunque comen un manjar espiritual, su espíritu no crece, ni mejora, ni se perfecciona. ¿Debemos nosotros contarnos entre tan desventurados cristianos? ¿De dónde procede tan lamentable calamidad? ¡Ah! Se come el más precioso, nutritivo y regalado de los manjares; pero sin tener hambre ni sed de él. Se recibe esta comida divina; pero sin mascarla ni rumiarla; hay tiempo para todo; sólo falta para meditar y ponderar el favor inmenso que nos dispensa el Señor, dándose todo á nosotros. Somos niños, y éste es manjar de grandes; le comemos sin discernimiento, sin hacer diferencia entre este manjar vivo y los manjares muertos, y por esto no produce otro resultado que estos. Finalmente: aunque nos alimentemos con este sabroso maná, suspiramos, como los israelitas, por los manjares de Egipto, esto es, por los bienes terrenos. ¿Hasta cuándo seremos tan ingratos con Jesús y tan necios y pesados de corazón? Escudriñemos con cuidado los propósitos y resoluciones que nos conviene formar para aprovecharnos en adelante algo más de este soberano Sacramento. Lloremos nuestra tibieza pasada; roguemos con ardiente fervor, no sólo para nosotros, sino por todos aquellos que se han de acercar á la sagrada comunión, que saquen el fruto que Jesús desea y á ellos les conviene.

3.ª—COSAS QUE ENCIERRA EL DIVINO SACRAMENTO EN GENERAL.

PRELUDIO 1.º En el Santísimo Sacramento se encierra de un modo admirable el cuerpo, la sangre, los méritos, virtudes y divinidad de Jesús.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciéndote: « Yo soy el pan vivo».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ser generoso con Jesús, como Él lo es contigo.

Punto 1.º *Jesús, en el Sacramento, se nos da todo por amor.* — Considera cómo la fe te descubre dentro de los accidentes del pan y vino cinco cosas, en las que se resumen todas las que encierra este divino Sacramento. Éstas son: el cuerpo de Cristo nuestro Señor, su sangre preciosa, su alma benditísima, sus infinitos merecimientos y satisfacciones y la persona del Verbo eterno con su divinidad. Pondera cómo en esta inapreciable dádiva se echa de ver la infinita caridad y largueza de Jesucristo, porque la suprema caridad y generosidad de una persona resplandece en dar lo sumo que puede y todo lo que tiene, y en darlo con tanto amor, que todo le parece poco, ó en encubrirlo de tal manera, que parezca casi nada; lo cual prueba que no lo da por vana ostentación, sino de puro amor. Y así en el libro de los Cantares se dice: « Aunque diera el hombre toda la substancia de su casa por el amor, despreciarlo ha, como si no diera nada». Mira cómo Jesús es este hombre por excelencia, y más que hombre, Dios y hombre verdadero, el cual te da en el divino Sacramento su misma casa, que es su Cuerpo santísimo, la substancia preciosa de que se sustentó durante su vida mortal, que es su sangre; el morador que habita en ella, que es su Alma santísima y su divina Persona; y las alhajas que la adornan y enriquecen, que son sus virtudes y merecimientos. Y con ser el don infinito, lo encubre de tal modo, que todo parece poco y casi nada, porque lo da envuelto con los accidentes de un bocado de pan y un sorbo de vino, para que se vea que todo lo da por amor y para manifestar á los fieles su infinita caridad. ¡ Oh Dios de bondad! ¿ Qué será razón que os dé yo por una dádiva como esta? Aquí os ofrezco toda la substancia de mi casa; mi cuerpo y sangre, mi alma y mi persona, mi hacienda y libertad, y todo cuanto tengo

y pueda tener, aunque todo es nada. De hoy más, diré como la Esposa: «Mi amado todo para mí, y yo toda para Él». Él se me da todo para mi sustento; yo me doy todo para su servicio, con deseo de permanecer en Él por toda mi vida. ¿Tenemos con Dios esta generosidad? ¿Consagramos á su servicio el cuerpo, alma, salud, vida, intereses? ¿Reservamos algo para nosotros?

Punto 2.º *Jesús, en el Sacramento, nos da más de lo que ofreció.*—Considera cómo sube de punto la caridad y generosidad de Jesús, si se reflexiona que en este divino Sacramento te da mucho más de lo que prometió, y mucho más de lo que era menester para remediar tu necesidad. Él había prometido darnos su carne y su sangre para que alcanzáramos por ellas la vida eterna; y para cumplir esta promesa, bastara sin duda darnos una partecica de su carne ó una gota de su sangre, ó como la que derramó en la Circuncisión; la cual, por ser de valor infinito, como sangre de Dios, bastaba para nuestro remedio. Mas, así como su infinita caridad no se contentó con lo que hizo en la Circuncisión, sino quiso también que en la Pasión fuese toda su carne herida y atormentada, y toda su sangre derramada, para que la redención fuese más copiosa, así también quiere darnos por sustento toda su carne y toda su sangre, para mayores muestras del amor y deseo que tiene de nuestro regalo y sustento. Pondera también cómo, aunque bastaba para la verdad de las palabras de la consagración, darnos en la hostia sólo su cuerpo, y en el cáliz sola su sangre, quiere también que al cuerpo acompañe la sangre y el alma, y á la sangre el alma y el cuerpo, todos unidos con la Divinidad; para que todo lo que Él tiene se junte con lo que nosotros tenemos, y lo santifique y perfeccione, obligándonos con esto á ser santos en el cuerpo y en el alma, en la carne y en el espíritu, y á darle generosamente, no sólo lo que nos manda, sino también lo que nos aconseja. ¡Oh Dios de amor! Cierto es que vuestra caridad obscurece la nuestra; porque es tanto lo que nos obligáis con ella, que todo es nada lo que os podemos ofrecer para agradecerla. ¿Qué podemos daros que no sea vuestro? ¿Y qué podemos ofreceros que no os sea muy debido? Tomad, Señor, lo que me habéis dado, que os lo doy con buena voluntad; y si todo ello fuera mío, y no debido, os lo diera de muy buena gana, para serviros muy de veras. ¿Nos contentamos con dar á Dios lo que le debemos? ¿De qué modo podemos mostrarle nuestra generosidad? ¿Cómo observamos nuestros votos y cumplimos nuestros deberes?

Punto 3.º *Jesús hace grandes milagros para mostrar su generosidad.*—Considera la admirable invención de la divina sabiduría, para poder practicar esta espléndida largueza con nosotros. Porque ella ha hallado un medio, para que el cuerpo de un varón muy perfecto cupiese en una cosa tan pequeña como es la partecica de una hostia, y que toda la sangre de este cuerpo

estuviese en una gota del vino que está en el cáliz. Muchos de los discípulos del Señor decían al oir esta su promesa: «Dura es esta palabra: ¿quién podrá oirla?» Pero nuestro omnipotente Dios, cuyas entrañas de misericordia siempre hallan nuevos medios para favorecer á sus amigos, supo amasar, cocer y estrechar su cuerpo y sangre, de modo que todo cupiese en una cantidad muy pequeña, y pudiese ser comida y bebida nuestra. Pondera cómo aquí se cumple la promesa que nos hizo por Isaías: «Yo os daré un pan apretado, y un agua estrecha». Tan apretado es este pan, que en una partícula de él se encierra un cuerpo de hombre entero, y tan estrecha es esta bebida, que en una sola gota se contiene toda su sangre. Esta es la medida buena, llena, apretada, colmada y superabundante que prometió el Señor poner en nuestro seno. Es buena, porque abraza lo bueno y hermoso de Dios; es llena, porque tiene todas las virtudes y merecimientos de Jesucristo; es apretada, porque se estrecha todo á un bocado de pan; es colmada, porque da más de lo necesario para nuestro remedio, con tanta abundancia, que es infinito lo que sobra. ¡Dichoso el que recibe con reverencia y devoción esta medida de tan precioso maná, porque, no sólo con ella quedará satisfecho, sino que recibirá una medida de admirable grandeza, buena por la gracia que con ella se comunica, llena por el aumento de las virtudes, apretada por la firmeza que concede, y colmada de favores divinos. ¡Oh Padre de misericordia! ¡Quién me diera que me aparejase para recibiros con una medida muy llena de santos pensamientos, apretada con muchas mortificaciones, y colmada con fervientes afectos, para poder gozar de los bienes que en este santo Sacramento me comunicáis! ¡Oh alma! Si Jesús obra tales portentos para alimentarte y enriquecerte, ¿qué haces tú para servirle? Si Él se prepara á sí mismo de un modo tan sorprendente para sustentarte, ¿cómo te preparas tú para comerle?

Epílogo y coloquios. ¡Cuánto admira y arrebata lo que la caridad y generosidad de Jesús ha llegado á hacer para bien de los hombres! Él nos da todo cuanto tiene, cuerpo, sangre, alma, divinidad, méritos y virtudes, y esto con tal amor y desprendimiento propio, y encubierto y velado de tal modo, como si todo fuese nada ó casi nada. Y nosotros, á la más insignificante acción que hagamos por Él, damos tanta importancia, que nos atrevemos á exigirle gratitud y premio abundante. Mas ¡oh largueza y abundancia infinita de Cristo! Para los fines que se proponía, y para el logro de los efectos que deseaba, hubiera sido suficiente el darnos una partecita de su carne ó una gota de su sangre; mas, esto no llenaba su encendida caridad. Y así como, para que fuese más copiosa su redención, no se contentó con derramar una gota de sangre, aunque ella sola hubiera bastado, sino que quiso derramarla toda; así para que nuestra sustenta-

ción fuese más abundante, nos da todo su cuerpo y sangre, sus méritos y virtudes, su alma y divinidad, queriendo con estas cosas remediar, alimentar, fortalecer todas las partes de nuestro ser. Bendito sea un Señor tan bondadoso y omnipotente, á quien la bondad hace obrar á la omnipotencia, y el poder ayuda á la bondad para nuestro bien. ¿Cómo no correspondemos nosotros á tan extraordinarios bienes? ¿Cómo no nos disponemos para recibirle? ¿Hemos meditado su caridad incomprensible? ¿Con qué cosas la pagaremos? Ya que Jesús se da todo por nuestro bien, démonos nosotros todos á Él para su gloria y honra; no reservemos nada para nosotros ni para el mundo. Con este fin, hagamos propósitos firmes y resoluciones eficaces; pidamos la gracia necesaria para cumplirlos, y no olvidemos las demás obligaciones y necesidades.

4.ª—EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO ESTÁ EL CUERPO DE JESUCRISTO.

PRELUDIO 1.º En el divino Sacramento se halla el mismo cuerpo sacratísimo de Jesús, que está en el cielo glorioso con las señales de las llagas y corona de espinas.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús diciéndonos: «Este es mi cuerpo».

PRELUDIO 3.º Pidamos viva fe de la real presencia de Jesús en la Eucaristía.

Punto 1.º *El cuerpo glorioso de Jesús está en la Eucaristía.*—Considera cómo dentro del divino Sacramento está substancialmente el mismo cuerpo gloriosísimo de Jesús, con toda la entereza, hermosura y majestad que tiene en el cielo empíreo, vestido de las cuatro dotes de gloria que recibió el día de su resurrección; y aunque tu vista material no lo divise, por estar encubierto con los accidentes, la fe te descubre allí al mismo que en el cielo se halla en estado inmortal é impasible, resplandeciente mil veces más que el sol, con la agilidad, sutileza ó espiritualidad que le conviene según su estado glorioso, y con tanta belleza en cada una de sus partes, que basta para robar la afición de los que le miran. Pondera cómo á este sagrado cuerpo convienen perfectamente las propiedades que cuenta su Esposa en el libro de los Cantares, diciendo: «Mi amado es blanco y rubicundo, escogido entre millares; su cabeza es como oro; sus cabellos como hojas de palma; sus labios como azucenas, que destilan mirra muy escogida; sus manos como hechas á torno, llenas de jacintos; su pecho como de marfil con engaste de zafiros; su figura como el monte Líbano, escogido como el cedro; su garganta suavísima; y todo Él es deseable, y amable y dignísimo de ser deseado y amado de todos los hombres». Y pues donde está el cuerpo se juntan las águilas, toma alas y vista de águila para acercarte con el espíritu al cuerpo sacratísimo de tu Salvador. Imagínate que viene á visitarte después de resucitado, para confirmar en ti los dones que te dió en tu resurrección espiritual, por el sacramento de la Penitencia; pídele que te comunique las virtudes que representan las cuatro dotes que le adornan: la inmortalidad con perseverancia; la impasibilidad con heroica paciencia; la claridad con viveza de fe; la agilidad con prontitud de obediencia, y la sutileza con desasimiento de todas las cosas terrenas. ¡Oh cuerpo sacratísimo del Salvador! Pues queréis juntaros con el nuestro, transformadnos en esta imagen de vuestra gloria, y dadnos las propiedades que resplandecen en Vos. Hacednos blancos por la gracia, rubicundos por la caridad, y escogidos entre millares, distinguiéndonos por el fervor del espíritu en serviros y por el celo en extender vuestra gloria. ¿Cómo podemos asemejarnos al cuerpo sagrado de Jesús que está en el Sacramento? ¿Posee nuestra alma las preciosas dotes que le embellecen? ¿Cómo podremos alcanzarlas?

Punto 2.º *En la Eucaristía está el cuerpo de Jesús señalado con las cinco llagas.*—En este punto has de considerar con más particularidad las cinco señales de las llagas que tiene el cuerpo sacratísimo de Jesús, oculto en el divino Sacramento. Estas preciosas señales que quedaron impresas en sus pies, manos y costado, son como cinco soles de inmenso resplandor, que aumentan su hermosura, y como cinco fuentes del Salvador, de las cuales en otro tiempo manó abundancia de sangre, y ahora manan aguas vivas de gracias celestiales, que se recogen con gozo en este soberano Sacramento. Pondera cómo estas llagas sagradas son las mismas que tocaron los Apóstoles el día de la resurrección en el cenáculo, y á su contacto todos quedaron animosos y llenos de celestial gozo; son las mismas que tocó santo Tomás, quedando tan trocado é ilustrado, que exclamó diciendo: «Dios mío y Señor mío». De estas llagas divinas saldrán en el día del juicio rayos de inmenso resplandor, que alumbrarán y colmarán de felicidad á los buenos, y confundirán y aterrarán á los malos, de tal modo, que darán con ellos en el profundo del infierno. Con esta consideración, cuando comulgas, imagínate que tocas estas llagas con el espíritu y aun con tus labios, aunque cubiertas con aquel velo, ó que te llegas á la llaga del costado para chupar allí el agua viva de la gracia y el licor preciosísimo de la caridad. Si esto haces con viva fe, quedarás lleno de gozo, y tan trocado, que digas como santo Tomás: «Verdaderamente aquí está mi Dios y mi Señor, gloria mía y bienaventuranza mía.» ¡Oh fuentes de mi Salvador! Destilad en mí el agua viva de la gracia, que harte la sed que tengo de ella. Regad con ella mi memoria, para que me acuerde de Vos, mi entendimiento para conoceros, mi voluntad para amaros; regad mis pies, para que siempre anden con buenos pasos; mis manos, para que siempre se ejerciten en santas obras, y mi costado, para que siempre brote fervientes afectos, amándoos por todos los siglos. ¿Creemos que en el Sacramento está el cuerpo

de Jesús, que en el cielo resplandece con las cinco llagas? ¿Lo adoramos con humildad? ¿Procuramos participar de la gracia que por medio de ellas quiere Jesús concedernos?

Punto 3.º *En la Eucaristía está el cuerpo de Jesús señalado por la corona de espinas.*—Considera cómo, á la manera que en el cuerpo santísimo de Jesús, escondido en el divino Sacramento por nuestro amor, están las cinco llagas que recibió por nuestro rescate, así está también la señal de la corona de espinas que punzó y agujereó su preciosa cabeza, haciendo una forma de corona como de setenta y dos estrellas de inmenso resplandor, y correspondientes á los agujeros que hicieron las espinas. Contempla también las señales de sus azotes en las espaldas, como un bordado de suma belleza que adorna la rica vestidura de su gloria. Y cuando te acercas á recibirle, imagínate que los ángeles del cielo te dicen aquello de los Cantares: «Sal, hija de Sión, y mira al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón». Contempla con viva fe al verdadero Salomón, rey pacífico y pacificador del mundo, que está detrás de aquella cortina del Sacramento, y verásle coronado con una corona de inmensa gloria que mereció por la corona de ignominia. Con tus pecados has sido causa que le fuese puesta la segunda; mas el Padre eterno le puso la de gloria, premiando con ella los trabajos de su querido Hijo. Imagínate que te dice el divino Espíritu: *Ecce homo;* mira á este hombre que aquí está escondido; en lo exterior tan desfigurado, que no parece hombre, sino pan, y en lo interior tan glorioso, que es más que hombre, pues es Dios verdadero. ¡Oh Rey de amor! Coronado estáis de gloria en premio de la corona afrentosa de espinas; mas, ya glorioso, ya humillado, sois infinitamente digno de reverencia por vuestra majestad, y de amor por vuestra amabilidad. Inspiradnos estos sentimientos, con los cuales nos dispondremos para recibiros dignamente. ¿Nos compadecemos de las ignominias de Jesús? ¿Deseamos participar de su gloria? ¿De qué medios nos valemos para alcanzarlo? ¿Con qué disposiciones le recibimos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh portento admirable! En el Santísimo Sacramento del altar se halla el cuerpo sacratísimo de Jesús, encubierto con las especies de pan y vino. Aunque nuestros ojos no lo vean, allí está vivo y glorioso como en el cielo. Adórnanle las bellísimas dotes que recibió en la resurrección, que son: impasibilidad, claridad, agilidad y sutileza. Es el más bello de los seres corporales. Su resplandor supera al del sol, su brillo al del diamante, su blancura á la de la nieve, su riqueza á la del oro y piedras preciosas. Allí está señalado con las cicatrices de los clavos y de la lanza, convertidas en focos vivísimos de luz divina. Allí está circundada su cabeza con brillantísima corona de luz y claridad, en lugar de la corona de espinas, que le fué puesta por nuestros pecados. Avivemos la fe, é imaginémonos unas veces que nos visita del modo y forma que estaba después de la resurrección, así como visitó á su Santísima Madre y á otras personas afortunadas; otras, que nos acercamos á Él, como los Apóstoles, y tocamos y besamos sus llagas, aunque cubiertas con el velo de los accidentes sacramentales; y otras, por fin, que oimos á los ángeles que están á su alrededor, diciéndonos que salgamos á recibir á nuestro Rey coronado con corona de gloria. ¡Oh si nuestro espíritu estuviera dispuesto con los mismos afectos de fe, reverencia, amor, temor y deseos que los Apóstoles cuando, resucitado, los visitaba! ¿De qué medios hemos de valernos para despertarlos en nosotros? Meditémoslo, propongamos, y pidamos, no sólo para nosotros, sino para todo el mundo, especialmente para todos los que en este día se acercan á recibir á Jesús.

5.ª—SANGRE PRECIOSA DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º En el Santísimo Sacramento está la sangre de Jesucristo, derramada en su Pasión, y recogida luego en la resurrección.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciendo: «Este es el cáliz de mi sangre».

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús que su divina sangre produzca en ti los efectos para que fué derramada.

Punto 1.º *En la Eucaristía está la sangre de Jesús, clamando misericordia.*—Mira con los ojos de la fe en la hostia y en el cáliz la sangre preciosísima de Jesucristo nuestro Señor, aunque en diferente manera, porque en la hostia la sangre acompaña al cuerpo, llenando los vasos de sus venas; pero en el cáliz el cuerpo acompaña á la sangre, dándole las venas en que está encerrada, pues no se aparta de ellas. Mas, porque en la Pasión se apartó del cuerpo, derramándose, por la remisión de nuestros pecados, se consagra en el cáliz separada de la hostia; y porque en la resurrección se tornó á juntar con el cuerpo en sus venas, está ahora junta en ambas partes; y en señal de esto la Iglesia en la misa mezcla en el cáliz parte de la hostia. Pondera con vivo afecto cómo esta preciosísima sangre está allí clamando al Padre Eterno, mucho mejor que la sangre de Abel, porque no pide venganza por el difunto, como aquélla, sino que pide los efectos de la Pasión y resurrección de Cristo en favor tuyo. Pide para nosotros y para el mundo entero perdón de pecados, pureza de conciencia, resurrección á nueva vida, y unión de la carne con el espíritu y del espíritu con Dios, con fervorosa y encendida caridad. Clama también con no menor viveza á nosotros, pidiendo que seamos diligentes en procurar todo esto, ofreciendo, si fuera menester, nuestra vida y sangre para

de Jesús, que en el cielo resplandece con las cinco llagas? ¿Lo adoramos con humildad? ¿Procuramos participar de la gracia que por medio de ellas quiere Jesús concedernos?

Punto 3.º *En la Eucaristía está el cuerpo de Jesús señalado por la corona de espinas.*—Considera cómo, á la manera que en el cuerpo santísimo de Jesús, escondido en el divino Sacramento por nuestro amor, están las cinco llagas que recibió por nuestro rescate, así está también la señal de la corona de espinas que punzó y agujereó su preciosa cabeza, haciendo una forma de corona como de setenta y dos estrellas de inmenso resplandor, y correspondientes á los agujeros que hicieron las espinas. Contempla también las señales de sus azotes en las espaldas, como un bordado de suma belleza que adorna la rica vestidura de su gloria. Y cuando te acercas á recibirle, imagínate que los ángeles del cielo te dicen aquello de los Cantares: «Sal, hija de Sión, y mira al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón». Contempla con viva fe al verdadero Salomón, rey pacífico y pacificador del mundo, que está detrás de aquella cortina del Sacramento, y verásle coronado con una corona de inmensa gloria que mereció por la corona de ignominia. Con tus pecados has sido causa que le fuese puesta la segunda; mas el Padre eterno le puso la de gloria, premiando con ella los trabajos de su querido Hijo. Imagínate que te dice el divino Espíritu: *Ecce homo;* mira á este hombre que aquí está escondido; en lo exterior tan desfigurado, que no parece hombre, sino pan, y en lo interior tan glorioso, que es más que hombre, pues es Dios verdadero. ¡Oh Rey de amor! Coronado estáis de gloria en premio de la corona afrentosa de espinas; mas, ya glorioso, ya humillado, sois infinitamente digno de reverencia por vuestra majestad, y de amor por vuestra amabilidad. Inspiradnos estos sentimientos, con los cuales nos dispondremos para recibiros dignamente. ¿Nos compadecemos de las ignominias de Jesús? ¿Deseamos participar de su gloria? ¿De qué medios nos valemos para alcanzarlo? ¿Con qué disposiciones le recibimos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh portento admirable! En el Santísimo Sacramento del altar se halla el cuerpo sacratísimo de Jesús, encubierto con las especies de pan y vino. Aunque nuestros ojos no lo vean, allí está vivo y glorioso como en el cielo. Adórnanle las bellísimas dotes que recibió en la resurrección, que son: impasibilidad, claridad, agilidad y sutileza. Es el más bello de los seres corporales. Su resplandor supera al del sol, su brillo al del diamante, su blancura á la de la nieve, su riqueza á la del oro y piedras preciosas. Allí está señalado con las cicatrices de los clavos y de la lanza, convertidas en focos vivísimos de luz divina. Allí está circundada su cabeza con brillantísima corona de luz y claridad, en lugar de la corona de espinas, que le fué puesta por nuestros pecados. Avivemos la fe, é imaginémonos unas veces que nos visita del modo y forma que estaba después de la resurrección, así como visitó á su Santísima Madre y á otras personas afortunadas; otras, que nos acercamos á Él, como los Apóstoles, y tocamos y besamos sus llagas, aunque cubiertas con el velo de los accidentes sacramentales; y otras, por fin, que oimos á los ángeles que están á su alrededor, diciéndonos que salgamos á recibir á nuestro Rey coronado con corona de gloria. ¡Oh si nuestro espíritu estuviera dispuesto con los mismos afectos de fe, reverencia, amor, temor y deseos que los Apóstoles cuando, resucitado, los visitaba! ¿De qué medios hemos de valernos para despertarlos en nosotros? Meditémoslo, propongamos, y pidamos, no sólo para nosotros, sino para todo el mundo, especialmente para todos los que en este día se acercan á recibir á Jesús.

5.ª—SANGRE PRECIOSA DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º En el Santísimo Sacramento está la sangre de Jesucristo, derramada en su Pasión, y recogida luego en la resurrección.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciendo: «Este es el cáliz de mi sangre».

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús que su divina sangre produzca en ti los efectos para que fué derramada.

Punto 1.º *En la Eucaristía está la sangre de Jesús, clamando misericordia.*—Mira con los ojos de la fe en la hostia y en el cáliz la sangre preciosísima de Jesucristo nuestro Señor, aunque en diferente manera, porque en la hostia la sangre acompaña al cuerpo, llenando los vasos de sus venas; pero en el cáliz el cuerpo acompaña á la sangre, dándole las venas en que está encerrada, pues no se aparta de ellas. Mas, porque en la Pasión se apartó del cuerpo, derramándose, por la remisión de nuestros pecados, se consagra en el cáliz separada de la hostia; y porque en la resurrección se tornó á juntar con el cuerpo en sus venas, está ahora junta en ambas partes; y en señal de esto la Iglesia en la misa mezcla en el cáliz parte de la hostia. Pondera con vivo afecto cómo esta preciosísima sangre está allí clamando al Padre Eterno, mucho mejor que la sangre de Abel, porque no pide venganza por el difunto, como aquélla, sino que pide los efectos de la Pasión y resurrección de Cristo en favor tuyo. Pide para nosotros y para el mundo entero perdón de pecados, pureza de conciencia, resurrección á nueva vida, y unión de la carne con el espíritu y del espíritu con Dios, con fervorosa y encendida caridad. Clama también con no menor viveza á nosotros, pidiendo que seamos diligentes en procurar todo esto, ofreciendo, si fuera menester, nuestra vida y sangre para

resistir al pecado, por llevar la cruz y ser crucificados en ella, y por morir al mundo y vivir para solo Dios. Reflexiona cuánto te importa, como dice san Pablo, no resistir á las voces del que te habla y no hacerte sordo á las palabras que desde allí te da la sangre del Señor. ¡Oh sangre divina, depositada en este Sacramento para mi bien! Clamad al Señor misericordia para tantos pecadores que con bestial ingratitud os están hollando; para tantos tibios que, recibiéndoos cada día, jamás quedan embriagados con vuestro amor; y para los justos, aumentándoles la justicia y santidad, y dándoles virtud para hacer justos á otros. Clamad también por mí, alcanzándome los bienes que pretendéis. ¿Oimos los clamores de esta divina sangre? ¿Estamos dispuestos para derramar la nuestra antes que profanarla? ¿Lloramos las culpas por las cuales ha sido vertida?

Punto 2.º *La sangre de Cristo está en el Sacramento para los mismos efectos por que fué derramada.*—Considera cómo Jesús puso en el Santísimo Sacramento toda su sangre, para producir en ti con ella los mismos efectos, para que fué derramada en el huerto de Gethsemaní, pretorio de Pilatos y monte Calvario. Pondera cómo el divino Señor derramó en el huerto su sangre por todos los poros de su cuerpo, afligiéndose con sumo dolor por nuestros pecados. Y esta misma sangre te da en el Sacramento, para despertar en ti afectos de compasión, dolor del pecado, y ofrecimiento y decisión de padecer voluntariamente cualquier dolor y trabajo que te envíe. Derramó también Jesús su sangre con violencia en el pretorio de Pilatos, sacándola los verdugos con azotes y espinas, en castigo de tus codicias, soberbias y ambiciones; y esta sangre te da en el Sacramento, para que allí la gustes y sientas lo que Él sintió, y te animes á castigarte por las demasías pasadas y á enfrenarte para no volver más á ellas. Sube, finalmente, con la consideración al Calvario, y mira cómo Jesús derrama toda su sangre por las heridas de los clavos y de la lanza, sin dejar en su cuerpo ni siquiera una sola gota, para darte testimonio de su amor inmenso, por el cual la deposita también toda en el Santísimo Sacramento. Y así, cuando comulgas, has de imaginar que de las cinco llagas de Jesús mana sangre en abundancia, la cual es precio y satisfacción de tus pecados, lavatorio de tus manchas, bebida que harta la sed de tus buenos deseos, y apaga el ardor de tus codicias. ¡Oh amantísimo Jesús! Si con tanta generosidad derramasteis vuestra sangre en el huerto para suplir la falta de dolor de nuestros pecados, en el pretorio para pagar por nuestras delicadezas y repugnancias á la penitencia, y en el Calvario para que se descubriese más vuestro amor, yo os ofrezco gustoso mi sangre, hacienda y vida, deseando que todo cuanto tengo sea instrumento perpetuo de vuestra gloria. ¿Son estos nuestros sentimientos? ¿Estamos dispuestos á mortificarnos y derramar nuestra sangre por los fines que movieron á Jesús á verterla?

Punto 3.º *En el Sacramento está la sangre de Jesús para alegrarnos y confortarnos.*—En este punto has de considerar cómo toda la sangre que Jesucristo derramó en la Pasión con tanto dolor é ignominia, fué recogida y colocada en sus venas el día de la resurrección con suma alegría y gloria, para estar allí perpetuamente, porque Cristo resucitó para nunca más morir ni apartar lo que entonces recogió; y así nos da esta sangre unida con su carne y glorificada en el Sacramento, para que nos alegre, conforte y resucite á nueva vida. Con lo cual nos da prendas ciertas de que, cuanto es de su parte, para siempre nos conservará la gracia, y nos dará la vida eterna, y nos resucitará para que gocemos de Él en la gloria, conforme á la promesa expresa que hizo, diciendo: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el día postrero»; esto es, ya tiene en sí prendas de la vida eterna para el alma, y de la resurrección para el cuerpo. Esto quiere significar la Iglesia cuando ordena que todos los fieles comulguen en la Pascua de Resurrección, en que el Cordero pascual Cristo Jesús fué sacrificado y resucitó glorioso. Y así como el cordero pascual que ofrecieron los hebreos, que era, según santo Tomás, la figura más expresa del Santísimo Sacramento, no sólo les sustentó con su carne, sino que con su sangre les libró de la espantosa muerte de los primogénitos y de la servidumbre de Faraón, así con mayor eficacia este divino Cordero pascual nos alimenta con su carne, y con su sangre nos preserva de la muerte y de la tiranía del demonio. ¡Oh sangre preciosa! Vos hacéis florecer en nosotros la imagen real de la Divinidad, dais hermosura y nobleza á nuestra alma, apartáis muy lejos de ella á los demonios, y nos traéis á los ángeles y al Señor de todos ellos. Si sola vuestra figura salvó á los israelitas de la muerte y de tantos peligros, ¿qué haréis Vos mismo entrando en nosotros y permaneciendo de asiento en nuestro corazón? ¡Oh si nos lavaseis, purificaseis y blanqueaseis de todas nuestras manchas! ¿Creemos que la sangre de Jesús puede hacer en nosotros tan soberanos efectos? ¿Cómo nos disponemos para recibirla?

Epílogo y coloquios. ¡Oh qué manantial de riquezas y felicidad tenemos en el divino Sacramento! No se contentó la bondad de Jesús en dejar en este divino convite su cuerpo, sino quiso también dejar su sangre preciosísima; pero de tal modo, que en la hostia ella acompaña al cuerpo y en el cáliz el cuerpo acompaña á ella; y, ya en el cáliz, ya en la hostia, esta sangre divina está clamando misericordia para nosotros y para todo el mundo. Clama á Dios que se compadezca del mundo, perdonando sus pecados, y dándole la gracia y la perseverancia; y clama á nosotros que sirvamos y amemos á Dios, imitando el

amor y generosidad que nos ha mostrado. Esta es la sangre divina que fué derramada con vivos dolores y acerbos tormentos en el huerto, pretorio y Calvario; y en el Sacramento pretende causar en nosotros los efectos para que en tales lugares se derramó. Mas, es también la que, después de recogida por los ángeles, volvió á llenar las venas del cuerpo beatífico de Jesús, quedando con él glorificada, y permaneciendo para siempre unida á él; y del propio modo viene á nosotros en el Sacramento para poner en nuestra alma y cuerpo los gérmenes de la inmortalidad gloriosa, si nosotros sabemos aprovecharnos de su bebida. Pues ¿qué hacemos? ¿Qué nos pide la sangre de Jesús? ¿Oimos con docilidad sus clamores? ¿No será ella poderosa para hacernos salir de nuestra tibieza y abandono, y llevarnos por el camino de la santidad? ¡Ah, cuán ingratos somos con Jesús si esto no hacemos! Propongamos, pues, lo que nos convenga, y pidámosle que por su divina sangre nos ayude y remedie todos nuestros males.

6.ª—ALMA SANTÍSIMA DE CRISTO.

PRELUDIO 1.º En el Santísimo Sacramento está el alma de Jesucristo con sus potencias, memoria, entendimiento y voluntad.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús diciéndonos desde el santo Sacramento: «Yo soy pan vivo».

PRELUDIO 3.º Pidamos á Jesús que por su alma benditísima santifique y una á sí la nuestra.

Punto 1.º *En el Santísimo Sacramento está el alma de Cristo más hermosa que los ángeles.*—Considera cómo este pan que tienes delante, y que has de comer dentro de poco tiempo, no es cosa muerta ó sin alma, como los otros alimentos corporales, sino que es real y verdaderamente pan vivo, porque dentro de los accidentes de pan que se ven por de fuera, está el cuerpo del Señor con su alma santísima, que le hace vivo y muy hermoso. Pondera cómo sin comparación es más gloriosa y admirable esta alma de Cristo, que todos los demás espíritus de las jerarquías celestes, los cuales en su presencia no tienen más resplandor, que en la presencia del sol las estrellas; porque toda ella está vestida del sol de la Divinidad, con una gracia tan inmensa, que excede incomparablemente á todas las gracias que tienen los ángeles y hombres juntos. A esta alma feliz ha sido dada la gracia sin medida; y así la diferencia que va del Hijo unigénito á los criados y siervos de su padre, esa va de Cristo á los ángeles y hombres. Penetra, pues, á través del velo del Sacramento, y mira la gloria y hermosura de aquella alma benditísima, llena de tanta gracia y sabiduría cuanta conviene al alma que está personalmente unida con el Hijo de Dios, y enriquecida en todas

sus potencias con las riquezas de que es capaz cada una de ellas, y con potestad de repartirlas entre los hombres, para lo cual viene al Santísimo Sacramento. Pondera cómo, entrando esta gloriosa alma en el justo, luego abre los primeros tesoros de la gracia que santifica á las almas, y reparte á cada una tanta abundancia, cuanta es la disposición con que comulga, y quedan las dos unidas con esta admirable semejanza; porque, si el que se junta con Dios, queda hecho un espíritu con Él, como dice san Pablo, mucho más, si nuestra alma se junta con la del Salvador, quedará por la gracia hecha un mismo espíritu con ella. ¡Oh bondadoso Jesús! ¿Es posible que queráis unir vuestra alma divina con la mía tan despreciable y con inclinaciones tan bajas y afrentosas? ¿De dónde á mí tan extraño favor? Consumid en ella todo lo terreno y vil, aniquilad todos los apetitos que la asemejan á los irracionales, y haced que vuestras aspiraciones sean las suyas, vuestros deseos los suyos, vuestras penas las suyas, y vuestra alegría sea la suya por siempre. ¡Oh alma mía! ¿Comprendes la dicha que has de tener? ¿Deseas unirte con Jesús? ¿Qué debes exterminar y adquirir para llegar á tan sublime estado?

Punto 2.º *Entendimiento y memoria del alma de Cristo actuados en la Eucaristía.*—Considera cómo el alma santísima de Cristo en el Sacramento, con la lumbre de la gloria que tiene, ve claramente la divina esencia con suma excelencia y perfección; y además de esto, tiene todas las ciencias naturales y sobrenaturales de todas las cosas, con toda la eminencia que conviene al alma que está unida con el Verbo Divino, sabiduría del eterno Padre, de quien procede toda la sabiduría y ciencia que hay en los ángeles y en los hombres. Y en el Sacramento se digna comunicar á las almas la parte de esta ciencia que les conviene; y así, en entrando, abre los tesoros de su sabiduría celestial, y arroja ilustraciones admirables, con que descubre sus secretos; abre otras veces el sentido para entender las divinas Escrituras, concede muy subidas contemplaciones, avenidas de meditaciones, y á veces raptos, suspensiones y éxtasis, por la abundancia de luz que comunica á los entendimientos, según la disposición de humildad y caridad que tienen los que comulgan. Pondera también cómo esta alma santísima conoce distintamente todas las cosas pasadas, presentes y por venir, sin que se le encubra pensamiento, palabra ni obra de cuantas ha habido ó habrá jamás; porque como Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, ha de ser juez de todos, ve lo malo y lo bueno de todos, para castigar lo uno y premiar lo otro. Con este espíritu has de ponerte en la presencia del Santísimo Sacramento, unas veces observando cómo te mira detrás de la cortina de las especies sacramentales, penetrando todo lo que dices, haces, trazas y piensas en lo más secreto de tu corazón. Otras veces has de considerar cómo en los tesoros de

su memoria tiene recogidos todos tus pecados para castigarlos á su tiempo, y también los merecimientos de cada uno para premiarlos. ¡Oh buen Jesús! Pues sois tesorero del eterno Padre, y depositario nuestro para guardar lo que Vos mismo nos concedéis, enriquecednos con vuestros tesoros y guardadlos con vuestra soberana protección, para que en el día de la cuenta nos hallemos ricos en vuestra presencia. ¿Creemos que Jesús en el Sacramento todo lo sabe? ¿Por qué no acudimos á Él en nuestras dudas? ¿Cómo nos atrevemos á ir á Él con el alma manchada de pecados?

Punto 3.° *Voluntad amante y poderosa del alma de Cristo en la Eucaristía.*—Considera ahora la voluntad del alma santísima de Jesús, que está en el divino Sacramento, y los tesoros de santidad y virtudes que hay en ella; porque su Corazón es como un horno de fuego encendidísimo que arde en amor de Dios y de los prójimos, amándote también á ti entre ellos. Y á la par de la caridad, van las demás virtudes con suma excelencia, porque son ejemplar de donde han de aprender los hombres, y tiene plena potestad de repartirlas entre todos. Para esto viene principalmente al Sacramento, porque como el manjar, uniéndose al que le come, le comunica sus cualidades, así Jesús en la comunión une su alma con la del justo que le recibe, con íntima unión de caridad, y le comunica sus divinas virtudes, de modo que de dos voluntades se hace una, y de dos corazones uno. Pondera luego cómo en la voluntad de esta alma santísima están también los tesoros de los deleites celestiales; porque ella bebe del río caudaloso de los goces de Dios, hasta hartar sus deseos con suma hartura; y con tanta plenitud, que de lo que sobra puede llenar á todos de alegría. Ella, verdaderamente, es maná escondido con inmensa dulzura, donde están todos los sabores y todos los modos de suavidad posibles para el regalo y recreación de los justos; y en entrando en ellos por la comunión, les comunica la parte que su disposición merece. De aquí nacen las espirituales delicias que experimentaban los Santos al acercarse á este divino convite, por las cuales les eran insípidos, desagradables y repugnantes todos los gustos del sentido. Y si tú no experimentas este sabor y gusto espiritual que es el fruto propio de este manjar, has de creer que la causa es porque no has aprendido á regirte y dominarte, haciéndote rey de sus pasiones. ¡Oh Rey soberano! Ya que vuestro convite es convite real, digno de vuestra grandeza, llenando en él el alma de bienes sobrenaturales de virtudes y de suavidad, dadme un corazón generoso como el vuestro para que sea digno de hallarme en vuestra mesa y gozar de vuestra inefable suavidad y dulzura. ¡Oh alma! Contempla en el Sacramento el alma de Cristo con una voluntad rica de amor, virtudes y deleites? ¿No procurarás unirte con ella? ¿Cómo vences para esto tu voluntad propia?

Epílogo y coloquios. ¡Oh dicha inefable! ¡Oh felicidad incomparable! Los cristianos tenemos en nuestra compañía á Jesús, el cual nunca se separa de nosotros, no sólo en su cuerpo, sino también en su alma santísima. En el divino Sacramento está realmente el alma de Jesús, porque su cuerpo está vivo como en el cielo, y por consiguiente informado por el alma. ¡Qué alma tan rica, tan preciosa, tan espléndida! Ha recibido más gracia que todos los ángeles y santos juntos, la misma que necesitaba para hacerse digna de la unión personal con Dios. ¡Felices nosotros, si unimos con ella la nuestra! ¡Qué riquezas tan copiosas reportará de tal unión! Mas el alma de Cristo, no solo es rica de gracia, sino llena de luz en su entendimiento, y de fuego de amor en su voluntad. Ella conoce todas las cosas, ve todos los acontecimientos, lee en todos los corazones, penetra todas las intenciones; á su perspicaz mirada nada puede esconderse; y estas luces comunica no pocas veces á los que se aproximan al santo Sacramento dispuestos con la humildad y caridad. Ella está abrasada en amor á Dios y á los hombres, é inundada en las más puras delicias. ¡Oh, si nos acercásemos con grande fe, confianza, dolor de pecados, humildad y caridad á recibir el divino Sacramento! Presto viene Jesús á nosotros; se unirá su alma con la nuestra, su Corazón con el nuestro, su entendimiento con el nuestro: ¡Ah! ¿No nos humilla y confunde esta divina dignación? Viles gusanillos, ¿podíamos aspirar á intimar tan estrechamente con Dios? Preparemos nuestro corazón; humillemos nuestro espíritu; avivemos nuestros deseos; propongamos fiel correspondencia á tan singular gracia; y, entretanto, en fervientes coloquios roguemos por nosotros y por todo el mundo.

7.ª—EN EL DIVINO SACRAMENTO ESTÁ LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

PRELUDIO 1.° En el Santísimo Sacramento está el Verbo divino, y por circuminsesión las otras dos personas, el Padre y el Espíritu Santo.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús en la hostia consagrada, diciéndote: «Mi Padre y Yo somos una misma cosa».

PRELUDIO 3.° Pide viva fe de que en el divino Sacramento está la Santísima Trinidad y profunda reverencia al acercarte á Él.

Punto 1.° *En el Santísimo Sacramento está el Verbo divino.*—Considera cómo en el Santísimo Sacramento está el Verbo divino, unido inseparablemente con el cuerpo, con la sangre y con el alma del Salvador; cuyo Verbo es verdaderamente maná de infinita dulzura y Dios escondido, porque habita en una luz inaccesible. Pondera cómo este Verbo es la palabra de Dios vivo, eterna é infinita, que salió, sale y saldrá eternamente del Padre, quedándose dentro de Él con toda la divinidad, sa-

su memoria tiene recogidos todos tus pecados para castigarlos á su tiempo, y también los merecimientos de cada uno para premiarlos. ¡Oh buen Jesús! Pues sois tesorero del eterno Padre, y depositario nuestro para guardar lo que Vos mismo nos concedéis, enriquecednos con vuestros tesoros y guardadlos con vuestra soberana protección, para que en el día de la cuenta nos hallemos ricos en vuestra presencia. ¿Creemos que Jesús en el Sacramento todo lo sabe? ¿Por qué no acudimos á Él en nuestras dudas? ¿Cómo nos atrevemos á ir á Él con el alma manchada de pecados?

Punto 3.° *Voluntad amante y poderosa del alma de Cristo en la Eucaristía.*—Considera ahora la voluntad del alma santísima de Jesús, que está en el divino Sacramento, y los tesoros de santidad y virtudes que hay en ella; porque su Corazón es como un horno de fuego encendidísimo que arde en amor de Dios y de los prójimos, amándote también á ti entre ellos. Y á la par de la caridad, van las demás virtudes con suma excelencia, porque son ejemplar de donde han de aprender los hombres, y tiene plena potestad de repartirlas entre todos. Para esto viene principalmente al Sacramento, porque como el manjar, uniéndose al que le come, le comunica sus cualidades, así Jesús en la comunión une su alma con la del justo que le recibe, con íntima unión de caridad, y le comunica sus divinas virtudes, de modo que de dos voluntades se hace una, y de dos corazones uno. Pondera luego cómo en la voluntad de esta alma santísima están también los tesoros de los deleites celestiales; porque ella bebe del río caudaloso de los goces de Dios, hasta hartar sus deseos con suma hartura; y con tanta plenitud, que de lo que sobra puede llenar á todos de alegría. Ella, verdaderamente, es maná escondido con inmensa dulzura, donde están todos los sabores y todos los modos de suavidad posibles para el regalo y recreación de los justos; y en entrando en ellos por la comunión, les comunica la parte que su disposición merece. De aquí nacen las espirituales delicias que experimentaban los Santos al acercarse á este divino convite, por las cuales les eran insípidos, desagradables y repugnantes todos los gustos del sentido. Y si tú no experimentas este sabor y gusto espiritual que es el fruto propio de este manjar, has de creer que la causa es porque no has aprendido á regirte y dominarte, haciéndote rey de sus pasiones. ¡Oh Rey soberano! Ya que vuestro convite es convite real, digno de vuestra grandeza, llenando en él el alma de bienes sobrenaturales de virtudes y de suavidad, dadme un corazón generoso como el vuestro para que sea digno de hallarme en vuestra mesa y gozar de vuestra inefable suavidad y dulzura. ¡Oh alma! Contempla en el Sacramento el alma de Cristo con una voluntad rica de amor, virtudes y deleites? ¿No procurarás unirte con ella? ¿Cómo vences para esto tu voluntad propia?

Epílogo y coloquios. ¡Oh dicha inefable! ¡Oh felicidad incomparable! Los cristianos tenemos en nuestra compañía á Jesús, el cual nunca se separa de nosotros, no sólo en su cuerpo, sino también en su alma santísima. En el divino Sacramento está realmente el alma de Jesús, porque su cuerpo está vivo como en el cielo, y por consiguiente informado por el alma. ¡Qué alma tan rica, tan preciosa, tan espléndida! Ha recibido más gracia que todos los ángeles y santos juntos, la misma que necesitaba para hacerse digna de la unión personal con Dios. ¡Felices nosotros, si unimos con ella la nuestra! ¡Qué riquezas tan copiosas reportará de tal unión! Mas el alma de Cristo, no solo es rica de gracia, sino llena de luz en su entendimiento, y de fuego de amor en su voluntad. Ella conoce todas las cosas, ve todos los acontecimientos, lee en todos los corazones, penetra todas las intenciones; á su perspicaz mirada nada puede esconderse; y estas luces comunica no pocas veces á los que se aproximan al santo Sacramento dispuestos con la humildad y caridad. Ella está abrasada en amor á Dios y á los hombres, é inundada en las más puras delicias. ¡Oh, si nos acercásemos con grande fe, confianza, dolor de pecados, humildad y caridad á recibir el divino Sacramento! Presto viene Jesús á nosotros; se unirá su alma con la nuestra, su Corazón con el nuestro, su entendimiento con el nuestro: ¡Ah! ¿No nos humilla y confunde esta divina dignación? Viles gusanillos, ¿podíamos aspirar á intimar tan estrechamente con Dios? Preparemos nuestro corazón; humillemos nuestro espíritu; avivemos nuestros deseos; propongamos fiel correspondencia á tan singular gracia; y, entretanto, en fervientes coloquios roguemos por nosotros y por todo el mundo.

7.ª—EN EL DIVINO SACRAMENTO ESTÁ LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

PRELUDIO 1.° En el Santísimo Sacramento está el Verbo divino, y por circuminsesión las otras dos personas, el Padre y el Espíritu Santo.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús en la hostia consagrada, diciéndote: «Mi Padre y Yo somos una misma cosa».

PRELUDIO 3.° Pide viva fe de que en el divino Sacramento está la Santísima Trinidad y profunda reverencia al acercarte á Él.

Punto 1.° *En el Santísimo Sacramento está el Verbo divino.*—Considera cómo en el Santísimo Sacramento está el Verbo divino, unido inseparablemente con el cuerpo, con la sangre y con el alma del Salvador; cuyo Verbo es verdaderamente maná de infinita dulzura y Dios escondido, porque habita en una luz inaccesible. Pondera cómo este Verbo es la palabra de Dios vivo, eterna é infinita, que salió, sale y saldrá eternamente del Padre, quedándose dentro de Él con toda la divinidad, sa-

biduría y omnipotencia que el mismo Padre tiene. Este Señor es la palabra omnipotente por quien fueron criadas todas las cosas y se conservan; y siendo eterno, salió en los días postreros del cielo para vestirse de nuestra carne. Este Señor es aquel que con la palabra que salía de su boca sanaba á los enfermos, resucitaba los muertos, convertía á los pecadores, trocaba los corazones y los llenaba de sus dones. Con su palabra sosegaba los mares, mandaba á los vientos y echaba á los demonios de los cuerpos, derribaba en tierra á sus enemigos, y á ella obedecían todas las cosas. Pues este mismo Verbo divino, con toda su omnipotencia, está encerrado, como maná escondido, dentro de este Sacramento, para obrar en el alma que le recibe, lo que obró viviendo en la tierra. Aquí con su palabra interior y con la eficacia de su gracia espiritualmente sana á los enfermos, resucita á los muertos, muda las voluntades, sosiega los ánimos turbados, reprime las tentaciones, hace huir á los demonios y triunfa de todos sus enemigos; y, si nosotros con viva fe le recibimos, experimentaremos en nosotros estos efectos de la omnipotencia de su palabra. ¡Oh palabra omnipotente! Pues que á vuestra soberana eficacia nada puede resistir, hablad á mi corazón, y luego se hará en él cuanto digáis. Decidle que sane, y quedará sano; que no se turbe, y luego se verá inundado de paz; que se haga en él la luz, y quedará iluminado. Hablad, Señor, una sola palabra, y ella será suficiente para obrar en mí cuanto queráis, y para hacerme tan santo como deseéis. ¿Creemos que en el Sacramento está el Verbo divino? Pues, ¿cómo nos acercamos á recibirle con tanta tibieza, flojedad y desconfianza?

Punto 2.º *En el Santísimo Sacramento está la persona del Padre.*—Considera en este punto cómo en el Santísimo Sacramento está también la persona del Padre Eterno acompañando á su Hijo; porque no pueden separarse uno de otro; y dondequiera que esté el Hijo, allí está el Padre; por lo cual Él mismo dijo: «Las cosas que Yo hablo, no las hablo Yo de Mí mismo, sino mi Padre las habla, y Él hace estas obras; porque Yo estoy en mi Padre, y mi Padre está en Mí». En el divino Sacramento, pues, está el Padre, engendrando á su Hijo dentro de sí, porque siempre le engendra y comunica su misma divinidad; y como le envió al mundo para nuestro remedio, así va continuando esta misión en el Sacramento, pudiendo decir con propiedad, mirando lo que allí pasa: «De tal modo amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito, para que todos los que le recibieren con fe viva, no perezcan, sino alcancen la vida eterna». Mira, pues, con los ojos de la fe en el Santísimo Sacramento al Eterno Padre, dándote á su mismo Hijo para que sea tu consuelo, alivio, medicina, luz, maestro y médico, y recordando lo que dice san Pablo: «El que nos ha dado á su mismo Hijo unigénito, ¿cómo no nos dará con Él todas sus cosas?», dilata en gran manera los senos de la confianza, estando certísimo que quien te ha dado lo que es más, no te negará lo que es menos; y quien te da á su Hijo, que es tan bueno como su Padre, también te dará los bienes que le pidieres, para servirle con ellos. ¡Oh Padre soberano! ¿Qué gracias os daremos por este don tan inmenso que dais al mundo, no una vez, sino millares de veces, renovándole cada día para que pueda caber parte de él á todos? ¿Adónde pudo subir más vuestra caridad, que á darnos vuestro Hijo, vestido de accidentes de pan, para que se entrañase dentro de nosotros, y nos uniese por amor consigo? Pues, ¿cómo pagaremos á este Padre amantísimo tal caridad? ¿Qué nos conviene hacer para esto?

Punto 3.º *En el Santísimo Sacramento está el Espíritu Santo.*—En este punto puedes considerar cómo también en este divino Sacramento el Espíritu Santo acompaña al Padre y al Hijo, porque todas tres divinas Personas son un Dios, y donde está la una está la otra, y lo que la una obra en las criaturas obra también la otra. De suerte que en este celestial convite se cumple á la letra lo que dijo san Juan: «Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una cosa»; porque en este Sacramento se juntan las tres divinas Personas, para dar interiormente testimonio al que comulga de la grandeza del pan vivo que recibe. El Padre, fortaleciendo con su omnipotencia las potencias del alma en el divino servicio, y renovando en lo íntimo de su corazón el testimonio que de Jesús dió, diciendo: «Este es mi Hijo muy amado; oidle». El Hijo de Dios, con su sabiduría, ilustra y enseña lo que se ha de hacer, y renueva los testimonios que de sí daba durante su vida mortal. Además de esto, el Verbo divino y su Padre, que son principio del Espíritu Santo, le comunican al alma que comulga dignamente; y así, cuando vas á comulgar, has de imaginarte que vas á recibir al Dador del Espíritu Santo, á aquel Señor que dijo á la samaritana: «Si conocieses el don de Dios, y quién es el que se entra por tus puertas, tú le pedirías de beber, y Él te daría un agua viva, que es el don del divino Espíritu, el cual, en entrando, da también testimonio de su divina presencia, unas veces como paloma, con la inocencia y pureza que causa, otras veces como fuego, con los afectos fervorosos de amor y celo que enciende. ¡Oh Espíritu santísimo! Venid pronto á mi alma, que suspira por recibiros; llenadla de vuestra divina luz, y encended en ella el sagrado fuego de vuestro amor. ¡Oh alma! Mira á tu buen Pastor, amable Padre, tierno Esposo, cariñoso Hermano! ¿No se despiertan en ti los deseos de recibirle? ¿De dónde procede tanta frialdad?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cosa admirable! ¡El mismo Señor de cielos y tierra en el divino Sacramento es comida de pobres, siervos y humildes! ¿Quién jamás lo hubiera imaginado?

¿Quién se atrevería á desearlo, si el mismo Señor no lo hubiese dispuesto? Allí, bajo los accidentes de pan y vino, se hallan la carne, la sangre, el alma, los méritos y virtudes de Jesús; y allí está también el Verbo divino, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, aquella Palabra omnipotente, viva, eficaz, penetrativa, por la cual todas las cosas han sido hechas y se conservan. Y como en la Santísima Trinidad no puede estar una persona sin la otra, estando el Verbo divino en el adorable Sacramento, está también el Eterno Padre, del cual procede, y allí nos da á su divino Hijo, para que sea nuestro Redentor, Maestro, Médico, luz y todo. Está también el Espíritu Santo, procedente de entrambos, dándonos pruebas de su presencia, ya por la pureza que nos inspira, ya por el ardor de caridad y celo que comunica. De suerte que cuando comulgamos recibimos en cierto modo á la Santísima Trinidad, y dentro de nuestro pecho se está obrando este misterio inefable. Pues, ¿cómo no salimos de nosotros mismos, pensando esto? ¿Cómo no tenemos más vivos deseos de recibir á Jesús? ¿Cómo no nos preparamos con más profunda humildad, más fervorosa devoción? ¿Quién hubiera jamás imaginado tan soberanas grandezas, si el mismo Dios no las hubiese revelado y ejecutado? ¡Oh dicha inefable! ¡Que nuestro corazón se convierta en trono de la beatísima Trinidad! Dispongamos lo conveniente, haciendo firmes y prácticas resoluciones, y orando fervientemente por nosotros, por todos los que han de comulgar y por todo el mundo.

8.ª—MÉRITOS DE JESÚS ENCERRADOS EN LA EUCARISTÍA.

PRELUDIO 1.º En el Santísimo Sacramento ha encerrado el Señor todos los méritos que ha contraído con su Padre y todas las satisfacciones.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús diciéndonos: «El pan que Yo daré es mi carne por la vida del mundo».

PRELUDIO 3.º Pidamos las disposiciones necesarias para recibir con provecho el Santísimo Sacramento.

Punto 1.º *En el Sacramento puso Jesús todos sus merecimientos.*—Considera la inmensidad de los merecimientos de Jesucristo, no sólo por la infinita dignidad de la persona, por lo cual tienen un valor infinito, sino por las obras y trabajos con que los alcanzó. Para conocer algo de ellos, has de ponderar cómo Jesús, en el primer instante de su encarnación, vió todas las cosas que había de hacer y padecer hasta morir en la cruz, y ofrecióse con gran prontitud á cumplirlo todo, por agradar á su Padre y para nuestro remedio. Y esta primera voluntad fué tan meritoria, que, como dice san Pablo, fuimos santificados por ella con la oblación que hizo de su cuerpo. Mas esta voluntad abrazó no sólo lo que había de hacer y padecer hasta la muerte,

sino también lo que después de ella le había de suceder. Vió la lanzada que le habían de dar en el costado, la sepultura de su cuerpo, su descenso al limbo, su resurrección y permanencia en el mundo hasta su ascensión. Vió asimismo todas las gracias y dones que había de conceder á todos y á cada uno de los hombres hasta el fin del mundo, y las obras gloriosas que había de hacer por medio de ellos, con las ayudas que pensaba darles con las inspiraciones y Sacramentos. Vió, además, todas las blasfemias, injurias y persecuciones que se habían de levantar contra Él y contra su doctrina y discípulos, por parte de todos sus enemigos. Y todo esto lo aceptó en aquel instante con una voluntad muy generosa, la cual por esto fué de altísimo merecimiento á los ojos de su eterno Padre, como es meritoria la voluntad del hombre que ordena muchas mandas buenas en su testamento; y aunque al tiempo de la ejecución no esté en estado de merecer, son señales de lo mucho que mereció con ella. Pues con este riquísimo tesoro viene Jesús á este Sacramento, para enriquecernos con él, y aplicarnos sus merecimientos, á fin de que se aumenten mucho los nuestros. ¡Oh dulce Jesús, rico en misericordias! ¿Por qué sois tan generoso con los hombres, poniendo en sus manos y á su disposición el caudal infinito de nuestros méritos? ¿No sabéis que su corazón es tan miserable, que ni sabrá ni querrá agradeceros tal bondad? ¿No sabéis que vuestra misma caridad será ocasión de que sea más grave la malicia de ellos despreciándola? Concedednos, Señor, que, reconociendo vuestro beneficio, nos sirvamos de él para nuestro provecho y vuestra gloria. ¿Hemos nosotros comprendido á lo que Jesús se ha ofrecido por nuestro bien? Y nosotros, ¿nos ofrecemos á hacer y padecer todo lo que desea Jesús? ¿Qué quiere actualmente de ti?

Punto 2.º *En el divino Sacramento puso Jesús los méritos contraídos con su institución.*—Aquí has de considerar particularmente los méritos contraídos por Jesucristo con la institución del Santísimo Sacramento, los cuales depositó en este mismo convite. Pondera cómo en el primer instante de su encarnación vió que era posible hacer esta manera de banquete á los hombres, dándoles en manjar y en bebida la carne y sangre que tomaba por ellos, y se ofreció con generosa voluntad á dispensarles este bien, al tiempo que se hubiese de partir de esta vida. Y los treinta y tres años que vivió, siempre tuvo este deseo muy ardiente, como le tuvo de ser bautizado con el bautismo de sangre y de beber el cáliz de su Pasión. Y por esto dijo la noche de la cena: «Con deseo he deseado comer este cordero pascual antes que padezca». ¿Y qué es decir con deseo he deseado, sino que el deseo había sido largo, continuo y muy intenso? Considera luego cuán meritorio fué este deseo y voluntad de darnos tal comida y bebida; porque vió este Señor en aquel instante los

innumerables bienes que había de conceder á sus siervos por medio de la comunión, y las insignes misericordias que haría con ellos y para ellos. Vió también las injurias, desprecios y malos tratamientos que había de recibir en este Sacramento, así de los judíos, herejes y paganos que le niegan y dicen que es puro pan, como de los pecadores y malos sacerdotes, que le reciben en pecado mortal y le tratan con poca reverencia. Y todo esto aceptó este Señor con gran voluntad, y con ella mereció los grandes bienes que nos hizo y hace en el buen uso del mismo Sacramento. Por lo cual, al ir á comulgar, has de ofrecerle en particular el tesoro de los merecimientos con que te mereció la buena disposición para hacerlo, y la buena comunión y fruto de ella. ¡Oh amantísimo Jesús! Si nos decís que el que diere un vaso de agua por amor de Dios se hará digno de recibir una medida llena, apretada, colmada y que rebose de gloria en el cielo, ¿qué habréis merecido Vos, dándonos vuestra propia carne por comida, y por bebida vuestra misma sangre? Yo me admiro, Señor, de tan infinito caudal de merecimientos, y os suplico me apliquéis una parte de él, para hacerme por ellos digno de vuestra gloria. ¿Qué hacemos para que se nos apliquen estos merecimientos de Jesús? ¿Cómo nos acercamos al Santísimo Sacramento?

Punto 3.° *En el Santísimo Sacramento hay el tesoro de las satisfacciones de Jesús.*—Considera cómo las satisfacciones de Jesús son infinitas y suficientísimas, no sólo para pagar por los pecados de todos los hombres habidos y por haber, sino para satisfacer por todas las penas en que se puede incurrir. Porque, si una sola gota de la sangre de Cristo, un solo suspiro de su Corazón, el más ligero dolor, era bastante para satisfacer por los pecados del mundo, por recibir el valor de la excelencia de la persona de quien procedían, ¿qué tesoro tan inmenso, y qué cúmulo de satisfacciones tan soberano habrán producido los inmensos dolores, los torrentes de sangre y las ardientes lágrimas que derramó y padeció Jesús? Pondera cómo de estas satisfacciones nace el tesoro que la Iglesia nuestra Madre reparte á vivos y difuntos con las indulgencias; pero más eficazmente se reparte este tesoro por el sacrificio de la Misa, cuyo efecto propio es pagar por las penas que debemos por nuestras culpas. Y así, cuando oyes Misa has de ofrecer, en compañía del sacerdote, aquel divino sacrificio con todo el fervor de corazón que te fuere posible, para sacar de aquel tesoro una gran parte para ti y para otros, vivos ó difuntos; porque cuanto fuere mayor el fervor de la caridad con que se ofrece, tanto mayor es la parte de satisfacción que se aplica. También la comunión, como dice santo Tomás, ayuda para esta misma paga, despertando en nosotros los fervorosos actos con que suelen hacerse; por lo cual, cuando comulgamos, hemos de juntar nuestras satisfacciones con las del Señor que recibimos, para que sean más eficaces unidas con ellas. ¡Oh benignísimo Jesús! ¿Qué bondad es esta que

me mostráis, disponiendo que una comida tan regalada sea paga de deuda tan penosa? ¿Y que al tiempo que comemos para regalo y sustento del alma, paguemos por las penas que merecimos por regalar con desorden el cuerpo? Haced, Señor, por vuestra caridad, que mi regalo y contento sea padecer y ser despreciado por Vos, como Vos lo fuisteis por mí. ¿Necesitamos de las satisfacciones de Jesús? ¿Cómo asistimos á la Misa y comunión, en donde se nos aplican?

Epílogo y coloquios. ¡Qué deseo tan encendido tiene Jesucristo de enriquecernos y de pagar por nuestras deudas! En el Santísimo Sacramento ha depositado el tesoro de sus merecimientos y satisfacciones, á fin de que todos sus discípulos é hijos acudiesen á esta fuente de agua viva, y sacasen de ella copiosos méritos, y alcanzasen la remisión de los pecados. No hay que temer que se agote este divino manantial, ni siquiera que se disminuya el cúmulo de merecimientos y satisfacciones que en él ha depositado Jesús. El cual alcanzó méritos en grado infinito por razón de la dignidad de su persona, é indefinidos por razón de los sacrificios á que se ofreció para obtenerlos. En el primer instante de la encarnación se desarrolla delante de Jesús todo el cuadro de lo que había de hacer y padecer, antes de su muerte, en la misma muerte y después de ella, en su cuerpo ó en sus discípulos, ó en su doctrina y enseñanza. Ve también, con mayor claridad que si ya hubiese ocurrido, todo el bien que podía hacer y que realmente haría por medio del Santísimo Sacramento, y todas las injurias, profanaciones y desprecios que tendría que sufrir. ¡Y á todo se ofrece generosamente! ¡Oh abnegación digna de eterna alabanza! ¿Cómo correspondemos á ella? ¿Procuramos reportar el fruto que ha intentado Jesús? Insensatos somos, si, teniendo, como tenemos, á nuestra disposición esta fuente de aguas vivas, morimos de sed. Basta ya de pereza y abandono. Si somos pobres, aquí tenemos el más abundante tesoro; si estamos gravados de deudas, aquí tenemos la paga; si nos hallamos faltos de méritos para el cielo, aquí los encontraremos. Propongamos lo que nos convenga hacer, y con viva fe, firme confianza y profunda humildad roguemos por nosotros y por todos.

9.ª—VIRTUDES DE JESÚS EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

PRELUDIO 1.º En el divino Sacramento ejercita el Señor sobre todo la humildad, obediencia y caridad.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús, que, desde el Sacramento, nos está diciendo: «Ejemplo os he dado para que hagáis lo que Yo he hecho».

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar las virtudes de Jesús.

Punto 1.º *Jesús ejercita la humildad en grado heroico.*—La primera virtud que resplandece en el Santísimo Sacramento es la profunda humildad de Jesús, con que actualmente se humilla á sí mismo, encubriendo toda la gloria y resplandor que tiene, con una tan baja y humilde cubierta, como es los accidentes del pan y del vino. Y, como desde el pesebre estaba clamando, no con palabras sino con obras: «Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón»; así también desde este Sacramento está dando los mismos clamores á todos los cristianos, y á ti, cuando comulgas; por lo cual has de humillarte y encubrirte, deseando el último lugar en todo, por imitarle. Pondera, además, cómo hasta el día de hoy sufre con humildad y mansedumbre las injurias que allí recibe, los desprecios, descortesías y descomedimientos que con Él se tienen; y, aunque le pongan en el postrer lugar, no se queja ni se venga, sino disimula y hace del que no lo ve, y pasa por ello; y así quiere que los que se acercan á recibirle hagan otro tanto, si aspiran á ser sus discípulos y á tener parte en las gracias y favores, que comunica á los humildes en este Sacramento. Y si te haces sordo á estas voces, tienes mucho por qué correrte y avergonzarte, siendo tan soberbio en la presencia de este Señor tan humilde, como dice Dios por Ezequiel: «Hijo del hombre, muestra á la casa de Israel este templo, para que se confundan por sus pecados; midan su fábrica para que se avergüencen de las cosas que hicieron». Y ¿qué templo más verdadero que este divino Sacramento, donde está el mismo Dios y su Cristo? Con este templo se han de conformar todos los justos, que son templos vivos del Espíritu Santo, adornándose con las virtudes que este Señor tiene y del modo que Él las ejercita. ¡Oh humildísimo Jesús, templo vivo de la Divinidad! Grande admiración es para mí el ver en Vos tanta grandeza encubierta con tan excesiva humildad; pero, más me confunde el ver mi bajeza con tan extremada soberbia, y que sea tan miserable que no hagan mella en mí los prodigiosos ejemplos que diariamente me dais de tan necesaria virtud. En adelante, ¿no nos alentaremos á ser humildes? ¿No procuraremos el último lugar? ¿No sufriremos con paz y alegría los desprecios?

Punto 2.º *Obediencia de Jesús en el Santísimo Sacramento.*—Luego has de considerar la heroica obediencia que Jesús

practica en el Santísimo Sacramento. El mismo quiso obligarse á ella cuando ordenó que, en diciendo cualquier sacerdote las palabras de la consagración, al instante se pondría bajo los accidentes del pan y del vino. Lo cual cumple con una obediencia perfectísima, acompañada de todas las condiciones que pide esta virtud en su grado supremo; porque es puntual, presta é instantánea, sin detenerse ni un solo momento en venir al Sacramento. Es universal, á todos los sacerdotes, aunque sean malos y consagren con mala intención y por un fin muy malo, porque no mira á su mal ánimo, sino al fin santo que Él tuvo en la ordenación que hizo; también es universal á todo lugar y tiempo, porque ninguno ha excluido. Es constante y perseverante, porque ni se cansa de venir muchas veces, ni se va del Sacramento por mal tratamiento que le hagan; y, mientras duran las especies, dura con gran firmeza, y en esto durará hasta el fin del mundo, porque allí también está diciendo: «He venido del cielo, no á hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió». Y desde allí clama con el ejemplo que, si quieres recibirle dignamente, has de adornar tu alma con una obediencia semejante á la suya; porque el que ha de hospedar á Jesús como Marta, y recibir de Él la refección espiritual como María, ha de ser su alma como Betania, que quiere decir casa de obediencia, dedicándola á obedecer en todas las cosas al que se hizo obediente, para enriquecerla con sus gracias. ¡Oh dulce Jesús! Ahora veo cuán amigo sois de la obediencia y cuánto deseáis hallar esta virtud en vuestros siervos. No contento con obedecer hasta la muerte, os habéis quedado entre nosotros, para darnos un continuo ejemplo de obediencia perfecta, universal, y perseverante. Por ella os suplico gracia para practicar esta virtud que tanto os agrada y tanto necesito. Y nosotros, ¿somos obedientes? ¿Tiene nuestra obediencia á Dios y á sus representantes los caracteres de la obediencia de Jesús? ¿Es perfecta? ¿Es universal? ¿Es perseverante?

Punto 3.º *Caridad y misericordia de Jesús.*—Considera aquí la heroica caridad y misericordia de este Señor en darse á sí mismo y á todas sus cosas á todo género y suerte de hombres, por viles y despreciados que sean, para remediar sus necesidades y hartar el hambre que tienen; cumpliendo aquí á la letra lo que dijo á un hombre que le convidó á comer: «Cuando hicieres algún convite, no llames solamente á tus parientes y amigos ricos, que pueden pagártelo convidándote ellos otra vez; sino llama también á los pobres, tullidos, cojos y ciegos de quienes no puedes esperar paga». Así lo hace este divino Señor, sin negarse á nadie, ni aun á los más viles pecadores, luego que se han arrepentido de sus pecados, no teniendo asco de entrar á morar en casa que ha sido cueva de ladrones, morada de basiliscos y posada de demonios. Pondera también cómo ma-

nifiesta el Señor su admirable largueza en querer que esté la mesa siempre puesta, y Él se está en el sagrario de asiento muchos días, esperando la hora en que ha de llegar uno de estos pobrecitos, para darle la refección que le pide. Y á todos llama y convida para que vengan á su convite; y no podemos hacerle mayor placer que acudir á su llamamiento, tomando Él lo que es provecho nuestro, por materia de su gozo, como si fuera provecho suyo. De aquí nace el amoroso llamamiento que nos hace por Isaías, diciendo: «Todos los que tenéis sed, venid á las aguas, y los que tenéis plata, daos prisa, comprad y comed; venid y comprad sin dinero y sin permuta vino y leche. Oid mi voz; comed lo que es bueno, y se alegrará con su grosura vuestra alma». ¡Oh amantísimo Señor! Pues que vuestra infinita misericordia os hace venir del cielo á convidar, no sólo á los reyes y príncipes, sino á los hombres más viles y despreciados, deseoso de enriquecerlos á todos; concededme que, confiado en vuestra benignidad, me acerque á Vos y participe del convite divino que habéis preparado, y quede mi alma llena de gracia y harta de virtudes celestiales. ¡Oh si los hombres no buscasen ya con tantas ansias el manjar que perece, sino éste que permanece hasta la vida eterna! ¿Qué hacemos nosotros? ¿Qué fruto reportamos de la caridad de Jesús? ¿Cómo correspondemos á su misericordia?

Epílogo y coloquios. ¡Qué virtudes tan excelentes ha querido encerrar el Señor en el Santísimo Sacramento! Y ¡con qué perfección tan acabada las practica! Su humildad no puede ser más profunda. Aquí oculta y esconde toda su grandeza y esplendor divino, no bajo la cubierta de un cuerpo hermosísimo como en la encarnación, sino bajo los viles accidentes de pan y vino. Aquí sufre sin inmutarse, ni dar siquiera señales de disgusto ni sentimiento, las burlas, desprecios, injurias, profanaciones. ¡Oh, si nosotros oyésemos su voz que nos dice: «Aprended de Mí, que soy humilde de corazón»! ¿Qué diremos de su obediencia? Ni puede ser más perfecta, ni más puntual, ni más universal, sin distinción de personas, lugares ni tiempos, ni con más extraordinario sacrificio, comprometiéndose á ir, así al palacio del noble como á la choza del pordiosero, y á entrar en el corazón del santo y en el pecho infame del pecador. Mas su caridad, misericordia y generosidad campean sobre todas las virtudes. El convite no puede ser más rico ni más precioso, y, con todo, á él son todos los hombres invitados; y la mesa siempre está parada, y Jesús siempre dispuesto y llamando, y alegrándose cuando alguno atiende á su llamamiento. ¿Cómo, en vista de esto, practicamos estas virtudes? ¿Somos humildes? ¿obedientes? ¿caritativos? Avergoncémonos siquiera de presentarnos á Jesús, siendo tan extremada la distancia que hay de nosotros á Él. Y pues no podemos dejar de recibir, si queremos vivir, proponga-

mos hacer cuanto sea necesario para preparar nuestra alma, y pidamos por nosotros y por todos.

10.—EL SANTÍSIMO SACRAMENTO ES ALIMENTO DE LOS CRISTIANOS.

PRELUDIO 1.° Jesucristo instituyó el Santísimo Sacramento para nuestro alimento y vida, al modo que plantó en el paraíso el árbol de vida para nuestros padres, y envió el maná para los israelitas.

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesús diciendo: «El que come de este pan, vivirá eternamente».

PRELUDIO 3.° Pidamos gracia para agradecer este favor y aprovecharnos de él.

Punto 1.° *Providencia de Jesús comparada con la que tuvo del hombre en el paraíso terrenal.*—Considera la excelencia singular de la divina Providencia en sustentar nuestras almas con este soberano Sacramento, la cual excede infinitamente á la que tuvo de nuestros primeros padres en el estado de inocencia. Para ellos hizo muchos árboles en el paraíso, y entre ellos el árbol de vida, cuya fruta, comida de cuando en cuando, bastase para conservar la vida del cuerpo. Para los cristianos ha puesto muchos manjares espirituales en el paraíso de su Iglesia y entre ellos ordenó este divino Sacramento como árbol de vida, porque es pan de vida sempiterna. Pero ¡qué diferencia tan inmensa se descubre entre uno y otro árbol! Aquél era terreno, hecho de tierra; éste es celestial y venido del cielo: aquél daba vida al cuerpo; éste al alma: aquél solamente conservaba la vida á los vivos; éste alguna vez da la vida á los muertos. Pondera cómo mucho mejor se puede comparar el Santísimo Sacramento al árbol de vida, que está en el paraíso celestial, el cual, según san Juan, lleva doce frutos, cada mes el suyo, ó diferentes en especie, para deleitar con la variedad, ó uno mismo doce veces, para recrear con la novedad, y sus hojas son salud de las gentes. Porque este soberano Sacramento, en quien está aquel Señor que dijo: «Yo soy el camino, verdad y vida», lleva doce frutos, produciendo en nuestras almas toda variedad de virtudes, y moviéndola al ejercicio de los doce frutos del Espíritu Santo, que son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Y estos doce frutos renueva cada vez que dignamente se recibe; y sus hojas, que son las palabras que de él están escritas, son poderosas para dar salud perfecta; porque de ellas dijo el mismo Señor: «Las palabras que os he dicho son espíritu y vida». ¡Oh Padre amorosísimo! Gracias os doy por esta regalada providencia que habéis tenido de nosotros, plantando tal árbol en medio de vuestra Iglesia, para darnos vida eterna. Concededme que pueda vencer mis pecados y pasiones, para que guste la fruta de este árbol del paraíso que prometisteis al victorioso. Y tú,

alma mía, ¿comprendes esta amorosísima providencia? ¿Cómo correspondes á ella? ¿Qué exige de ti?

Punto 2.º *Providencia de Jesús comparada con la que tuvo de los israelitas en el desierto.* —En este punto has de considerar la excelencia de esta providencia, comparándola con la que nuestro Señor tuvo en sustentar al pueblo de Israel con el maná, figura muy expresiva de este divino Sacramento. Pondera cuatro excelentes propiedades que tenía el maná, y que este soberano Sacramento reune con inmensas ventajas. El maná era pan del cielo, fabricado por los ángeles en la región del aire, y como rocío caía en la tierra y se cuajaba, después se molía y se amasaba, y se cocía en el fuego, y así se comía; este divino Pan vino del supremo cielo por obra, no de ángeles, sino del Espíritu Santo; como rocío bajó á la tierra, y juntándose con la pequeñez de nuestra humanidad, fué molido con trabajos corporales, amasado con agua de aflicciones interiores, cocido con fuego de tormentos y amorosos afectos, y de este modo se hizo nuestro manjar, cubriéndose con los accidentes de pan y vino. El maná era pan medicinal, preservando de las enfermedades corporales á los que lo comían; este divino Sacramento sana las enfermedades del alma, preservando de muchas culpas, y libra de la muerte eterna, en que incurriéramos por ellas. El maná tenía un solo sabor natural, mas para los justos tenía todo sabor, sabiendo á cada uno á lo que quería; este divino manjar, aunque tiene un solo sabor natural de las especies de pan y vino, mas para los justos tiene todos los sabores espirituales que cada uno puede desear, conforme á su necesidad, porque encierra dentro de sí á la fuente de todo sabor y dulzura. El maná, por fin, cogido en grande ó pequeña cantidad, bastaba para el sustento del que le cogía, quedando tan harto quien cogía poco como quien cogía mucho; este divino Sacramento basta para el entero sustento espiritual del que le come, ya sea grande, ya pequeña la medida que de él tome, porque todo Cristo está en la hostia grande y en la pequeña, y en cada partecica de ella. ¡Oh Dios de amor! No diga ya el pueblo de Israel que no hay una nación tan grande y feliz como ella, cuyos dioses se hagan tan caseros y tratables como el suyo. Grandes beneficios les hicisteis, pero inmensamente mayores son los que dispensáis á los cristianos. Dábaisles pan de ángeles; á nosotros nos dais pan divino: aquel pan curaba las enfermedades corporales; éste cura las espirituales: aquél recreaba al cuerpo con todos los sabores; éste recrea al espíritu con todas las gracias: aquél, aunque en pequeña cantidad, saciaba el apetito; pero una partícula de éste llena los senos inmensos del corazón. ¡Oh alma devota! ¿Qué sientes al considerar tales bondades? ¿Cómo correspondes al amor de tu Dios?

Punto 3.º *Diligencia con que hemos de disponernos para recibir la sagrada comunión.*—Considera, finalmente, cómo la divina Providencia ha ordenado que tú cooperes con ella, para buscar y gustar este divino Pan, al modo que mandó á los israelitas que madrugasen á coger el maná, antes de salir el sol; porque en saliendo lo derretía, en castigo de los perezosos; para que entendiesen todos que convenía prevenir la luz del sol, para recibir la bendición de Dios y bendecirle por ella. Pondera cómo debes también madrugar para buscar este divino maná, meditando ante todo las grandezas de este divino Sacramento, y cogiendo el maná dulcísimo de la devoción, que se saca de la consideración de ellas, antes que el sol de las ocupaciones y tentaciones que suceden entre día, te derramen y sequen el espíritu. Debes, otrosí, madrugar para alabar y glorificar á Dios, con ánimo muy agradecido por este beneficio, asistiendo al sacrificio que con este fin se celebra; porque si Dios tanto deseó que se conservara en su pueblo la memoria del maná, con el cual había sustentado á sus padres por el tiempo de cuarenta años, ¿cuánto más deseará que tengas perpetua memoria de este divino manjar, con el cual ha alimentado hasta hoy y sustentará hasta el fin del mundo al pueblo cristiano? Debes, sobre todo, madrugar el día de la comunión, para disponerte á ella diligentísimamente, tomando esta ocupación como la principal de aquel día, acordándote que si ahora no te aparejas y no te aprovechas de esta celestial comida, llegada la muerte, padecerás perpetua hambre, como el día del sábado la padecían los israelitas que no habían querido coger el maná durante la semana. Ahora conozco, Dios mío, mi insensatez y locura. Me he atrevido á presentarme delante de Vos sin preparación ninguna. Lo que no me atrevería á hacer con un rey de la tierra, ni aun con el último de los hombres, he hecho tantas veces con Vos. Con el entendimiento disipado, el corazón frío y mi espíritu distraído, me he presentado á vuestra divina mesa. ¡Oh alma mía! ¿Conoces tu error? ¿Cómo lo debes remediar? ¿Qué preparación te exige Jesús para que le recibas?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán tierna y paternal fué la providencia de Dios con nuestros primeros padres en el paraíso! Las más variadas y sabrosas frutas estaban siempre á su disposición, y entre ellas la del árbol de vida, que milagrosamente conservaba la salud y preservaba de toda enfermedad. No fué menos tierna la que tuvo con los israelitas en el desierto, haciendo llover del cielo el precioso maná, que contenía todos los gustos, preservaba de todas las enfermedades y sustentaba admirable é igualmente á los que lo comían, ya fuese en grande, ya en pequeña cantidad. Sin embargo, infinitamente más generoso, espléndido y misericordioso se ha mostrado el Señor con nosotros, si atendemos al alimento y manjar que nos ha preparado. ¡Su mismo cuerpo y sangre con todos sus méritos, virtudes, atributos y grandezas! ¡Oh verdad, digna de toda admiración y

alabanza! ¿Quién, al poder alimentarse de este árbol de vida, envidiará la suerte de Adán y Eva, cuando moraban en el paraíso? ¿Quién echará de menos la dicha de los israelitas, pudiendo comer todos los días este divino maná? ¿Quién no se esforzará en disponerse para acudir á este celestial convite, madrugando para contemplar las grandezas que en él se encierran, para alabar y glorificar al Rey que nos convida, y para adornar el alma que ha de ser su morada? Confundámonos de no haberlo hecho así hasta hoy; propongamos obrar de otro modo en adelante, pidiendo para esto gracias al Señor, y rogando por las demás necesidades.

II.—EL SANTÍSIMO SACRAMENTO ES SUMA DE LAS GRANDEZAS DE DIOS.

PRELUDIO 1.° Quiso Jesucristo compendiar y recordar por medio del Santísimo Sacramento las grandezas de su divinidad y omnipotencia.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús diciendo: «El pan que Yo daré es mi carne por la vida del mundo».

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de conocer y adorar las grandezas que se encierran en el divino Sacramento.

Punto 1.° *El Santísimo Sacramento es compendio de las grandezas de la Divinidad y Trinidad.*—Considera cómo este santo Sacramento es un memorial de las grandezas maravillosas de la Divinidad y Trinidad que en él están encerradas. Aquí está la persona del Verbo divino, unida con su sacratísima humanidad, en quien, como dice san Pablo, mora la plenitud de la Divinidad corporalmente. Por consiguiente, está en su compañía la Santísima Trinidad, porque no es posible separarse una persona de la otra, por ser todas un mismo Dios; y todas las obras que en este Sacramento hace el Hijo, también las hacen el Padre y el Espíritu Santo, aunque con un modo especial se atribuyen al Hijo, en cuanto sola su Persona sustenta la carne y la sangre que se nos dan en manjar. Pondera cómo también en este Sacramento están todas las perfecciones y atributos de Dios; pues, como dijo el mismo Apóstol, en Cristo están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y también los de su bondad y caridad, los cuales resplandecen admirablemente en esta obra. La sabiduría, en haber inventado tal medio, que Dios y hombre se haga manjar y bebida de los hombres; la bondad, en comunicarse á sí mismo de esta manera á sus fieles; la caridad, en unirse y entrañarse con sus amigos y no negarse á sus enemigos; la misericordia, en darse por manjar de los hambrientos y bebida de los sedientos, y venir personalmente á visitar y curar á los enfermos; y la liberalidad, en darnos de pura gracia cuanto tiene. Al considerar tales portentos que por ti ha querido obrar el Señor, y la mucha estima que de tu alma ha tenido, admírate

grandemente, y alaba su bondad soberana. ¡Oh Dios y Señor mío! ¡Cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra! Admirable fué en la creación del hombre; más admirable en su reparación, y no menos admirable en su sustento, haciendo una suma de vuestras maravillas para sustentar al que es suma de vuestras obras. ¡Oh alma mía! ¿Conoces lo que por ti ha hecho Jesús? ¿Qué haces tú por Él?

Punto 2.° *El Santísimo Sacramento es como recuerdo de la omnipotencia de Dios, por obrarse en él dos milagros: separar la substancia de pan de los accidentes, y convertir un cuerpo como la hostia en otro tan grande como el cuerpo de Jesús.*—Considera cómo este Santísimo Sacramento es un memorial de las maravillas de la omnipotencia de Dios, la cual obra aquí muchos y muy grandes milagros invisibles á los ojos del cuerpo, pero admirables y estupendos á los ojos del alma, que los mira con la lumbre de la fe. El primer milagro que nos descubre la fe es deshacer Dios con su palabra omnipotente la unión y trabazón natural que tenían los accidentes de pan y vino con su substancia, cambiando la substancia y conservando los accidentes sin aquel arrimo; de modo que, aunque percibes con los sentidos color, sabor y olor de pan y vino, realmente no está la substancia del vino ni del pan, sino la carne y sangre de Jesucristo, en quien milagrosamente se convirtió. ¡Así separa el Señor lo que naturalmente era inseparable, para unirse contigo! Y tú, para unirte con Él, ¿no querrás separarte de lo que le ofende? Pero pondera el otro milagro, que consiste en convertirse una substancia tan humilde de pan y vino en otra tan excelente y perfecta como es el cuerpo de Cristo. Allí, debajo los accidentes que permanecen, está substancialmente todo Él con la entereza que tiene en el cielo [1]. Allí está su sacratísima cabeza, con aquellos divinos ojos que roban el corazón. Allí están sus benditísimos pies y manos, con las señales de las llagas que hicieron los clavos, y el costado con la llaga que hizo la lanza, y el Corazón encendidísimo con el fuego del amor que le movió á recibirlas, y todo el cuerpo con las dotes de claridad y hermosura que excede á la del sol, luna y estrellas. Pues ¿qué mayor maravilla puede ser que hacer Dios en un instante una conversión y mudanza tan extraordinaria de una cosa tan pequeña en otra tan grande, de una tan vil en otra tan preciosa, sólo para

[1] Puede verse á santo Tomás (*Sum. Theol.*, III p., q. 86, a. 4), en donde dice que en el Santísimo Sacramento, *ex vi realis concomitantiae*, se halla la cuantidad dimensiva del cuerpo de Cristo, con todos sus accidentes, esto es, con todos sus órganos y partes. Y, aunque no hay ni puede haber distancia local entre unos y otros órganos, puesto que allí está el cuerpo de Jesús de un modo substancial, pero tampoco puede decirse que se hallen de una manera confusa, porque, como observa el mismo santo Doctor (*Sent.*, lib. 4, dist. 10, in fin. art. 2), sus órganos *habent ordinem inter se, licet secundum ordinem illum non comparentur ad dimensiones exteriores.*

sustentar al hombre? ¡Oh Gloria mía! Mudadme en otro varón, para que pueda serviros por esta mudanza que por mí habéis hecho. Si Vos me dais todo lo que sois para mi sustento, yo os quiero dar todo lo que soy para vuestro servicio; mi cuerpo con mis sentidos, mi corazón y cuanto tengo, emplearé en serviros, pues Vos lo habéis empleado todo en sustentarme. ¿Estás tú, alma mía, animada de estos sentimientos?

Punto 3.º *Otros dos milagros de la divina omnipotencia, que son: estar el cuerpo de Cristo en el Sacramento á manera de espíritu, y sin dejar al cielo.*—Considera otro milagro no menos estupendo que los dos anteriores, que es estar todo el cuerpo de Cristo en el Sacramento indivisiblemente á manera de espíritu, de modo que todo Él está en toda la hostia y todo en cada parte de ella. De donde resulta que, aunque la hostia se divida, Cristo nuestro Señor no se divide, sino que todo Él entero queda en cada partecica de ella. Y de aquí es también que la vida que vive Cristo en el Sacramento, no es vida de carne, sino como vida de espíritu; porque allí, aunque tiene pies, no anda, y aunque tiene manos, no palpa, y aunque tiene lengua, no habla; solamente usa de las potencias espirituales, propias del espíritu. En lo cual debes aprender que, aunque vivas en carne, no has de obrar según la carne, sino según el espíritu, haciendo obras espirituales y mortificando las carnales. Pondera luego otro sorprendente milagro, que consiste en que, estando Cristo nuestro Señor en el cielo empíreo, ocupando el lugar que su soberana grandeza merece, sin dejar de estar allí, baja al Sacramento, y juntamente está en diferentes partes del mundo, dondequiera que fuere consagrado, sin exceptuar lugar ninguno, y con tanta vigilancia atiende á la consagración de cualquier sacerdote, que, en diciendo las palabras de la consagración con intención de consagrarle, en el mismo instante las saca verdaderas, haciendo todos los milagros referidos. ¡Oh omnipotencia soberana de Jesús, que así os empleáis en provecho de los hombres, ofreciendo poner vuestro cuerpo en cualquier lugar de la tierra donde puede estar el suyo! ¿Quién será capaz de hacer cuanto merecéis por tan admirable beneficio? Permitidme, Señor, que me dedique todo, y en todo tiempo y en todo lugar, á vuestro servicio. ¡Oh alma devota! Esto debes hacer si quieres corresponder de algún modo al amor de Jesús. Mas ¿qué has de corregir y enmendar? ¿Qué te conviene practicar?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán cierto es que en el divino Sacramento hallamos un recuerdo perenne y expresivo de las grandezas y maravillas de Dios! ¡Cuán bien dijo David que el Señor daría á los que le temen un manjar suavísimo, que sería un memorial de sus obras portentosas! Él nos recuerda la Trinidad beatísima, los infinitos atributos de Dios, su bondad, misericordia, sabiduría, omnipotencia. Estando en él escondido y

velado bajo los accidentes del pan el Verbo encarnado, están también con Él el Padre y el Espíritu Santo con todas las perfecciones infinitas que les competen. ¡Oh cristiano! ¿Has considerado tu dicha al recibir el Santísimo Sacramento? ¿Has pensado que en ese momento feliz se cumple al pie de la letra la promesa de Jesús á sus amantes discípulos? Vendremos á él y moraremos dentro de él. Para ello ha de despertar su omnipotencia, ha de realizar los más grandes portentos; pero no importa. Su amor pasa por todo. Él rompe la unión que existe entre la substancia y los accidentes; de tal modo prepara y amasa su cuerpo sacratísimo, que todo Él se halla en toda la hostia y en cada parte de ella, y sin dejar el cielo, donde está glorioso y en su propia especie, se presenta puntualmente adonde quiera que le llamen sus ministros, sin faltar jamás á la palabra que ha dado y á las promesas que nos ha hecho. ¡Oh! ¡Si tú supieras agradecer tan grande benignidad y misericordia! ¡Si, á imitación de tu Señor, estuvieras siempre presto para someterte á sus mandatos y voluntad! ¿Qué te conviene resolver para obrar de este modo? ¿Qué propósitos has de hacer? Piénsalo, resuelve, pide gracia al Señor, y ruégale por todas las necesidades.

12.—EL SANTÍSIMO SACRAMENTO, CAUSA DE LA GRACIA.

PRELUDIO 1.º Instituyó Jesús el Santísimo Sacramento, para concedernos por medio de él la divina gracia.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo, mostrándote el Santísimo Sacramento y diciéndote: «El que coma de este pan, vivirá».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de recibir siempre con las debidas disposiciones la sagrada comunión, para que sea para ti fuente de gracia y vida.

Punto 1.º *Jesús en el Sacramento, da la gracia por sí mismo.*—Considera cómo, habiendo determinado Jesús instituir siete Sacramentos, que fuesen siete señales sensibles de la gracia, y siete instrumentos para aplicarte el fruto de su Pasión, que es la santificación, quiso que el uno de ellos no fuese pura criatura, como es pura agua, ó aceite, ó bálsamo, ó puro pan y vino; sino que el mismo Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, quiso real y verdaderamente juntarse con la criatura, y encubrirse milagrosamente debajo de los accidentes del pan y del vino, para darte Él mismo la gracia, y aplicarte el fruto de su Pasión, mostrando en esto la infinita caridad y amor que te tiene y lo mucho que estima tu santificación y el aumento y perfección de ella. Esto puedes ponderar por varios ejemplos. Porque nuestro amorosísimo Jesús no es como el médico, que ordena la medicina y encarga al enfermero que la aplique, sin tocar él al enfermo; antes Él mismo es el médico y la medicina, y el que invisiblemente la aplica, entrando como manjar en nosotros y dándonos

sustentar al hombre? ¡Oh Gloria mía! Mudadme en otro varón, para que pueda serviros por esta mudanza que por mí habéis hecho. Si Vos me dais todo lo que sois para mi sustento, yo os quiero dar todo lo que soy para vuestro servicio; mi cuerpo con mis sentidos, mi corazón y cuanto tengo, emplearé en serviros, pues Vos lo habéis empleado todo en sustentarme. ¿Estás tú, alma mía, animada de estos sentimientos?

Punto 3.° *Otros dos milagros de la divina omnipotencia, que son: estar el cuerpo de Cristo en el Sacramento á manera de espíritu, y sin dejar al cielo.*—Considera otro milagro no menos estupendo que los dos anteriores, que es estar todo el cuerpo de Cristo en el Sacramento indivisiblemente á manera de espíritu, de modo que todo Él está en toda la hostia y todo en cada parte de ella. De donde resulta que, aunque la hostia se divida, Cristo nuestro Señor no se divide, sino que todo Él entero queda en cada partecica de ella. Y de aquí es también que la vida que vive Cristo en el Sacramento, no es vida de carne, sino como vida de espíritu; porque allí, aunque tiene pies, no anda, y aunque tiene manos, no palpa, y aunque tiene lengua, no habla; solamente usa de las potencias espirituales, propias del espíritu. En lo cual debes aprender que, aunque vivas en carne, no has de obrar según la carne, sino según el espíritu, haciendo obras espirituales y mortificando las carnales. Pondera luego otro sorprendente milagro, que consiste en que, estando Cristo nuestro Señor en el cielo empíreo, ocupando el lugar que su soberana grandeza merece, sin dejar de estar allí, baja al Sacramento, y juntamente está en diferentes partes del mundo, dondequiera que fuere consagrado, sin exceptuar lugar ninguno, y con tanta vigilancia atiende á la consagración de cualquier sacerdote, que, en diciendo las palabras de la consagración con intención de consagrarle, en el mismo instante las saca verdaderas, haciendo todos los milagros referidos. ¡Oh omnipotencia soberana de Jesús, que así os empleáis en provecho de los hombres, ofreciendo poner vuestro cuerpo en cualquier lugar de la tierra donde puede estar el suyo! ¿Quién será capaz de hacer cuanto merecéis por tan admirable beneficio? Permitidme, Señor, que me dedique todo, y en todo tiempo y en todo lugar, á vuestro servicio. ¡Oh alma devota! Esto debes hacer si quieres corresponder de algún modo al amor de Jesús. Mas ¿qué has de corregir y enmendar? ¿Qué te conviene practicar?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán cierto es que en el divino Sacramento hallamos un recuerdo perenne y expresivo de las grandezas y maravillas de Dios! ¡Cuán bien dijo David que el Señor daría á los que le temen un manjar suavísimo, que sería un memorial de sus obras portentosas! Él nos recuerda la Trinidad beatísima, los infinitos atributos de Dios, su bondad, misericordia, sabiduría, omnipotencia. Estando en él escondido y

velado bajo los accidentes del pan el Verbo encarnado, están también con Él el Padre y el Espíritu Santo con todas las perfecciones infinitas que les competen. ¡Oh cristiano! ¿Has considerado tu dicha al recibir el Santísimo Sacramento? ¿Has pensado que en ese momento feliz se cumple al pie de la letra la promesa de Jesús á sus amantes discípulos? Vendremos á él y moraremos dentro de él. Para ello ha de despertar su omnipotencia, ha de realizar los más grandes portentos; pero no importa. Su amor pasa por todo. Él rompe la unión que existe entre la substancia y los accidentes; de tal modo prepara y amasa su cuerpo sacratísimo, que todo Él se halla en toda la hostia y en cada parte de ella, y sin dejar el cielo, donde está glorioso y en su propia especie, se presenta puntualmente adonde quiera que le llamen sus ministros, sin faltar jamás á la palabra que ha dado y á las promesas que nos ha hecho. ¡Oh! ¡Si tú supieras agradecer tan grande benignidad y misericordia! ¡Si, á imitación de tu Señor, estuvieras siempre presto para someterte á sus mandatos y voluntad! ¿Qué te conviene resolver para obrar de este modo? ¿Qué propósitos has de hacer? Piénsalo, resuelve, pide gracia al Señor, y ruégale por todas las necesidades.

12.—EL SANTÍSIMO SACRAMENTO, CAUSA DE LA GRACIA.

PRELUDIO 1.° Instituyó Jesús el Santísimo Sacramento, para concedernos por medio de él la divina gracia.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesucristo, mostrándote el Santísimo Sacramento y diciéndote: «El que coma de este pan, vivirá».

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de recibir siempre con las debidas disposiciones la sagrada comunión, para que sea para ti fuente de gracia y vida.

Punto 1.° *Jesús en el Sacramento, da la gracia por sí mismo.*—Considera cómo, habiendo determinado Jesús instituir siete Sacramentos, que fuesen siete señales sensibles de la gracia, y siete instrumentos para aplicarte el fruto de su Pasión, que es la santificación, quiso que el uno de ellos no fuese pura criatura, como es pura agua, ó aceite, ó bálsamo, ó puro pan y vino; sino que el mismo Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, quiso real y verdaderamente juntarse con la criatura, y encubrirse milagrosamente debajo de los accidentes del pan y del vino, para darte Él mismo la gracia, y aplicarte el fruto de su Pasión, mostrando en esto la infinita caridad y amor que te tiene y lo mucho que estima tu santificación y el aumento y perfección de ella. Esto puedes ponderar por varios ejemplos. Porque nuestro amorosísimo Jesús no es como el médico, que ordena la medicina y encarga al enfermero que la aplique, sin tocar él al enfermo; antes Él mismo es el médico y la medicina, y el que invisiblemente la aplica, entrando como manjar en nosotros y dándonos

la gracia que sana nuestra dolencia. No es como el hombre rico y poderoso, que da el precio para redimir el esclavo, y manda á su criado que le rescate, sino Él mismo es el Redentor y el precio de nuestro rescate, y el que aplica este precio de su sangre, y por sí mismo nos da la perfecta libertad de la gracia y adopción de hijos de Dios. No es como el rey que convida á sus vasallos y manda á sus criados que les sirvan á la mesa; antes Él mismo quiere ser el que nos convida y el convite, y el que nos sirve á la mesa, dándosenos á sí mismo en manjar y bebida. Y, aunque los sacerdotes son sus instrumentos para esto, pero Él real y verdaderamente asiste á todo, velado y oculto debajo las especies del pan y del vino. ¡Oh médico misericordiosísimo! ¡Oh Redentor liberalísimo! ¡Oh Rey piadosísimo! ¿Qué haré por vuestro servicio en recompensa de lo que hacéis por mi provecho? ¿Cómo no amaré á quien tanto me ama? ¿Cómo no estimaré la gracia de mi santificación, pues el mismo santificador viene á mí? ¡Oh alma mía! Medita y admira las invenciones amorosas de Jesús, para darte su gracia: ¿no harás de ella el aprecio que es debido?

Punto 2.° *Jesús en el Sacramento, da la gracia con abundancia.*—Aquí has de considerar la abundancia de gracia que Cristo nuestro Señor concede al alma cuando entra en ella por medio del Santísimo Sacramento. En esta ocasión se cumplen perfectamente, si el hombre no pone óbice, las palabras que dice la santa Iglesia: *mens impletur gratia;* el ánima se llena de gracia; porque aquí recibe con plenitud la gracia y caridad, le son infundidas todas las virtudes sobrenaturales y los siete dones del Espíritu Santo, con grande aumento y perfección, mucho mayor que en todos los demás Sacramentos; puesto que éstos no son más que canales por las cuales comunica el Señor la gracia, y en aquél se halla la misma fuente de las gracias y el dador de ellas; por cuyo motivo, el don que concede ha de ser más abundante. Cuando el rey da limosna por mano de su limosnero, bien se sufre que la dé pequeña; mas cuando él mismo la da por su mano, ha de ser dádiva grande, como dádiva de rey. Así Jesucristo, cuando te distribuye su gracia por medio de los demás Sacramentos, se comprende que lo haga con tasa y limitadamente; pero en éste, como Él por sí mismo da la limosna de la gracia y virtudes, dala muy copiosa, como limosna dada por la mano de Dios, cumpliendo aquí lo que dice David, que te corona con su misericordia y con grandes obras que nacen de ella, llenando tu deseo de grandes bienes. En este punto puedes imaginar que Jesús te dice aquello del salmo: «Abre bien tu boca y la llenaré»; dilata y ensancha los senos de tu alma y los deseos de tu corazón, porque vengo con propósito de llenarlos y cumplirlos. ¡Oh Amado mío, rico en misericordias, y generoso en regalar y en enriquecer á los que se acercan á Vos! ¡Quién tuviera palabras para alabar y afectos para agradecer la abundancia de gracias que me comunicáis en el Santísimo Sacramento! Gracias os doy por esta merced tan soberana, y no permitáis que sea tan estúpido que no la conozca, tan ingrato que no la agradezca, y tan tibio que no me aproveche de ella.

Punto 3.° *Jesucristo en el Sacramento hace al alma regalado convite.*—Considera en este punto el convite espiritual que hace Cristo dentro del alma, comunicándola en su entrada la refección espiritual, que es la gracia propia de este Sacramento; lo cual puedes entender al modo que dice san Gregorio, que las virtudes y dones del Espíritu Santo, figurados por las tres hijas y siete hijos de Job, hacen banquete muy solemne al alma con el ejercicio de sus actos, meneándolos Cristo nuestro Señor con su presencia, para que los ejerciten con grande júbilo. Hace el banquete por medio de la caridad, moviéndola á que ejercite actos de amor de Dios, de gozo espiritual, de celo de su gloria, de ansias de unirse con su Amado. Mueve la virtud de la religión, para que ejercite actos de reverencia, alabanza, agradecimiento y mil afectos de devoción y oración. Mueve el don de sabiduría, para que brote altos sentimientos de Dios con admiración de sus grandezas, con grande fe y luz de sus verdades, con grande sabor y dulzura por sus perfecciones; y de esta manera menea la fe y la esperanza, la humildad y la obediencia, con las demás virtudes y dones del Espíritu Santo, cuyos actos son refección, sustento y hartura espiritual del alma. De todo esto debes sacar un entrañable deseo de convidarle tú también como Él te convida, animándote á ejercitar estos actos con tu libre albedrío ayudado de su gracia, aunque estés seco y pesado; porque Cristo nuestro Señor gusta mucho de esta comida, y de cenar contigo dentro de tu corazón. Y por esto dice el Espíritu Santo, que si te sientas á comer con el príncipe, mires lo que te ponen delante, sabiendo que le has de aparejar otro tanto para que él coma. ¡Oh Príncipe soberano! Entrad en esta pobre morada á cenar conmigo, y traed con Vos la cena de que gustáis, porque de mi parte me ofrezco á aparejarla, haciendo con todas mis fuerzas lo que os diere gusto en ella. Y nosotros, ¿qué virtudes ejercitamos cuando nos acercamos al divino convite? ¿Recibimos á nuestro celestial Huésped con actos de humildad, amor, fe, reverencia y demás virtudes que desea?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán generoso se muestra Jesús en la distribución de su gracia y de las virtudes sobrenaturales, que nos ha merecido á costa de su sangre! Entre los siete Sacramentos, que son como las señales de su gracia y los instrumentos y canales por los que se nos comunica, hay uno que no es pura criatura, sino el mismo Dios, escondido bajo las especies de pan y vino. Este Rey amoroso nos convida á su mesa, nos sirve y quiere que le comamos á Él mismo. Este Redentor bondadoso se

da á sí mismo por precio de nuestro rescate, y Él mismo lo paga para que nosotros sin trabajo salgamos de la esclavitud del enemigo. ¡Oh amor divino, verdaderamente desinteresado! ¿Quién puede llegar á calcular el tesoro inmenso de gracias que recibirá aquel que, debidamente preparado, se acerca á este manantial de bienes y fuente de bendiciones? Aquí el alma se llena de gracia; aquí el Rey por su mano da limosna, y no puede menos de ser limosna real; aquí el mismo Dios convida al alma y reune en torno de sí á todas sus potencias y á todas las virtudes, y las excita y mueve á que obren los actos que les son propios con grande alegría y provecho de aquélla. Mueve al entendimiento para que penetre sus grandezas, á la voluntad para que le abrace con amor, á la memoria para que se acuerde de Él y de sus beneficios; mueve la fe, esperanza y demás virtudes para que le hagan dulce música, con los afectos que les corresponden. Y tú, ¿cómo te presentas á este convite? ¿Procuras disponerte con el ejercicio de la meditación devota y de las virtudes? ¿Cómo lo has hecho hasta aquí? Tal vez te has acercado al altar santo, movido sólo de la costumbre, acompañado de la frialdad y seguido de la indiferencia. Si es así, procura reformarte, haciendo propósitos, dirigiendo al Señor amorosas súplicas, y rogándole por ti y por todas tus obligaciones.

13. — EL SANTÍSIMO SACRAMENTO, CAUSA DE NUESTRA UNIÓN con Cristo.

PRELUDIO 1.º Jesús instituyó el Santísimo Sacramento para unirse con nuestras almas por la caridad.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciendo: «Quien come mi carne y bebe mi sangre, en Mí permanece y Yo en él».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de unirte íntimamente con Jesús por medio de la caridad.

Punto 1.º *Por el Santísimo Sacramento nos unimos con Jesús.* — Considera cómo Cristo nuestro Señor particularmente instituyó este divino Sacramento, para unirse contigo con unión de caridad todo el tiempo de esta vida, que es el mayor beneficio que aquí hace á sus escogidos. Esto significó cuando dijo: «Quien come mi carne y bebe mi sangre, en Mí permanece y Yo en él». Que fué decir, está en Mí por la caridad, como el que ama está en la cosa amada, y Yo estoy en él por gracia, comunicándole los bienes que proceden de ella. Y esto, no es sólo mientras dura este manjar sensible en el cuerpo, sino de asiento y con permanencia; porque, consumidas las especies sacramentales, aunque Jesucristo, en cuanto hombre, no permanece contigo, pero en cuanto Dios queda unido contigo y tú con Él con amor de amistad mutua, amándote y amándole, poniendo por obra lo que dijo san Juan: «Dios es caridad, y quien permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios en él»; porque Cristo nuestro Señor, en cuanto Dios, es la misma caridad por esencia, y de Él nace, por medio de este Sacramento, la caridad participada, y el que le come queda unido con la caridad, y así está en Dios como en su casa de refugio, y Dios está en él como en su templo y casa de recreación. Fija bien tu consideración en estas tres circunstancias, capaces de encender en tu alma la llama más viva de amor: la caridad de Dios es quien te convida con este Sacramento; la caridad es la regalada comida que te sirven en este banquete, y ella entra dentro de ti y se sienta en medio de tu corazón, para aficionar con su presencia á todas tus potencias; y la misma caridad es el fin y fruto de esta comida, deseando Dios por medio de ella permanecer en ti como en el lugar de su descanso, y que tú permanezcas en Él como en el lugar de tu refugio. ¡Oh Amado mío! ¿Qué necesidad tenéis de mi pobre corazón para que inventéis tales medios para conquistarle? ¿No tenéis en el cielo los corazones de todos los ángeles y bienaventurados, que laten á impulsos del amor que os profesan? Bendita sea vuestra caridad, que, para comunicarse á nosotros y mudarnos en sí, se ha querido convertir en comida y servirnos de alimento, y morar de asiento en nuestra alma. ¿Cómo correspondemos nosotros á esta caridad? ¿La hemos rechazado y arrojado de nuestro corazón por el pecado?

Punto 2.º *Por esta unión divina vivimos la vida de Cristo.* — Considera cómo, queriendo Jesucristo mostrarte la excelencia de la unión, que se alcanza por medio de la recepción del Santísimo Sacramento, dijo: «Como Yo vivo por el Padre, así quien me come vive por Mí». En las cuales palabras puso la mayor semejanza que podía traer para este intento. Para comprender algo de ella, mira cómo el Hijo de Dios, mediante la generación eterna, recibe de su Padre el ser y la vida de Dios, y todas las perfecciones, virtudes y obras de Dios; de suerte que el Hijo, por esta generación, es un Dios con su Padre, vive en Él y por Él, y es sabio, bueno, santo, infinito y todopoderoso como Él, y con Él tiene un mismo sentir, querer y obrar en todas las cosas. Del propio modo, si tú comes dignamente á Cristo nuestro Señor en este divino Sacramento, en virtud de esta comida recibirás por participación el ser y vida de Cristo, sus perfecciones y virtudes, y la conformidad con Cristo en el sentir, querer y obrar lo mismo que Él, de suerte que seas un espíritu con Él. Porque en este manjar vivo sucede lo contrario que en los manjares muertos con que alimentas el cuerpo; pues que no le conviertes en tu substancia como á éstos, sino que Él te convierte en sí; de tal modo, que puedas decir con el Apóstol: «Vivo yo, ya no yo, sino Cristo vive en mí»; y mi vivir es Cristo, porque vivo en Él, hallando en su imitación y seguimiento todo mi contento, alegría, paz y cuanto puedo apetecer; vivo por Él, porque

Él es el principio de todas mis obras; y vivo para Él, puesto que á su mayor gloria y honor dirijo todo cuanto hago, sin buscar agradar á otro ni á mí mismo. ¡Oh, si llegases á unirte con Jesús de tal modo que pudieses con verdad hablar como este grande Apóstol! ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues tantas ganas tenéis de que sea una cosa con Vos, como Vos lo sois con vuestro Padre, entrad dentro de mi alma, por medio de este Sacramento, y obrad en ella la unión que por él me habéis prometido, para que por ella seáis glorificado por todos los siglos.

Punto 3.° *Jesús por esta unión es la causa universal de las acciones de quien le recibe.*—Considera en este punto la extensa significación de la palabra de Jesucristo, que dice: «Quien me come, vivirá *propter me*, por Mí». En esta preciosa sentencia están indicados todos los géneros que hay de causa, dando á entender que Jesús será causa perfectísima de todas las obras vivas que hiciere quien le come. Él será la causa eficiente ó eficaz, porque con la eficacia de su inspiración será el principio de ellas, moviéndole poderosamente á que las ejecute. Será la causa final, porque será el fin último á cuya gloria las ordene, proponiéndose en ellas, no alguna ventaja material, ni la satisfacción de su amor propio, ni el acrecentamiento de su propio honor ó interés, sino pura y exclusivamente la gloria de Jesús. Será la causa ejemplar, porque será el dechado y modelo del cual las saque, y con el cual procure conformarse en ellas, no buscando la imitación de los hombres ni de los ángeles, sino principalmente la de Jesús, recordando lo que Él mismo dijo: «No llaméis maestros á muchos, porque uno solo es vuestro Maestro, Cristo». Será, por último, la causa material ó la materia y objeto de las palabras, pensamientos y afectos que tuviere, de modo que siempre viva *propter Christum*, por Cristo, como quien no sabe otra cosa que á Cristo, y éste crucificado; ni quiere amar, ni hablar, sino es de Cristo, ni obrar sino por Cristo, y para Cristo. De este modo, Cristo vendrá á ser su vida, la cual le comunica en el Santísimo Sacramento, y por esto por excelencia se llama Pan de vida, porque por Él se vive vida de Dios, y vida de Cristo en unión con Él, como Él vive la vida misma de su Padre. Ponderando estas maravillas que obra el divino Sacramento en el que debidamente le recibe, debes confundirte grandemente viendo que, á pesar de recibir con tanta frecuencia este pan vivo, se halla tu alma tan falta de fuerzas, y casi muerta para Dios, moviéndola más los deseos de las cosas mundanas que el amor de Jesucristo, buscando más el contento de los hombres que el gusto de Dios, entreteniéndose más fácilmente en la consideración de las cosas terrenas que en la meditación de las cosas divinas. ¡Oh Pan de vida! ¿Cómo es que siendo Vos mi ordinario sustento, me hallo muerto? ¿Cómo se explica que alimentándome Vos mismo, no sienta en mí fuerzas para hacer obras de vida? Vivificadme, Señor, con vuestra vida celestial y divina, para que de hoy más no viva en mí, sino en Vos, y no viva vida de hombre, sino vida de Dios, unido con Él por todos los siglos. ¿Deseamos alcanzar esta vida? ¿Qué debemos resolver y practicar para llegar á ella?

Epílogo y coloquios. ¡Qué beneficio tan singular nos concede Cristo nuestro Señor por medio del Santísimo Sacramento! ¡Nos une consigo con unión de caridad! ¿Cuándo el hombre, vil gusano de la tierra, podía aspirar á dignidad tan elevada? Si tan apreciada y codiciada es la intimidad y amistad con los grandes y príncipes del mundo, y se reputa por un honor muy grande el formar parte de su servidumbre, ¿qué aprecio deberá hacerse de la intimidad con Jesucristo, y qué honor será el estar unido con Él con los lazos de la amistad? Esto se nos concede al recibir sacramentalmente su cuerpo y sangre. Quien come mi carne, ha dicho el mismo Señor, y bebe mi sangre, mora en Mí y Yo en él; Yo seré para él un lugar de refugio, y él será para Mí un templo y lugar de recreación. ¡Bendita sea tan encendida caridad de Jesús! La cual no se contenta con unirnos consigo de este modo tan admirable, sino que quiere hacernos participantes de su misma vida, haciendo de cada uno de nosotros otro Cristo, teniendo por participación su mismo ser y vida, sus perfecciones y virtudes, y un mismo sentir, querer y obrar con Él, á semejanza de la unión que Él tiene con su Eterno Padre. ¡Oh, si nos dispusiéramos debidamente, y recibiéramos con la conveniente preparación este divino manjar! Llegaríamos, como dijo el mismo Señor, á vivir *propter eum*, y sería Él la causa universal de todas nuestras operaciones. ¿De dónde procede que no reportemos tales efectos? Es que nos contentamos con comerle corporalmente; le miramos simplemente como manjar corporal. No incorporamos su divino espíritu, ni nos preparamos con aquella fe, humildad y deseo, ni le agradecemos cual deberíamos su visita. Mas, aún tenemos tiempo; resolvámonos á cambiar de rumbo, acercándonos con otras disposiciones al divino convite; formemos aquellos propósitos que, atendido el estado actual de nuestra alma, nos sean convenientes, y pidamos fortaleza para cumplirlos y remedio para todas las necesidades.

14.—EFECTOS DE NUESTRA UNIÓN CON CRISTO.

PRELUDIO 1.° Como el manjar comunica sus cualidades al que frecuentemente le come, así este divino Sacramento á los que le reciben.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús diciéndote: «Este es el pan que bajó del cielo».

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de recibir de tal modo este Sacramento, que produzca en tu alma los efectos que Jesús pretende.

Punto 1.° *El Santísimo Sacramento comunica sus propiedades á los que le reciben.*—Considera aquí los efectos de tu

Él es el principio de todas mis obras; y vivo para Él, puesto que á su mayor gloria y honor dirijo todo cuanto hago, sin buscar agradar á otro ni á mí mismo. ¡Oh, si llegases á unirte con Jesús de tal modo que pudieses con verdad hablar como este grande Apóstol! ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues tantas ganas tenéis de que sea una cosa con Vos, como Vos lo sois con vuestro Padre, entrad dentro de mi alma, por medio de este Sacramento, y obrad en ella la unión que por él me habéis prometido, para que por ella seáis glorificado por todos los siglos.

Punto 3.º *Jesús por esta unión es la causa universal de las acciones de quien le recibe.*—Considera en este punto la extensa significación de la palabra de Jesucristo, que dice: «Quien me come, vivirá *propter me*, por Mí». En esta preciosa sentencia están indicados todos los géneros que hay de causa, dando á entender que Jesús será causa perfectísima de todas las obras vivas que hiciere quien le come. Él será la causa eficiente ó eficaz, porque con la eficacia de su inspiración será el principio de ellas, moviéndole poderosamente á que las ejecute. Será la causa final, porque será el fin último á cuya gloria las ordene, proponiéndose en ellas, no alguna ventaja material, ni la satisfacción de su amor propio, ni el acrecentamiento de su propio honor ó interés, sino pura y exclusivamente la gloria de Jesús. Será la causa ejemplar, porque será el dechado y modelo del cual las saque, y con el cual procure conformarse en ellas, no buscando la imitación de los hombres ni de los ángeles, sino principalmente la de Jesús, recordando lo que Él mismo dijo: «No llaméis maestros á muchos, porque uno solo es vuestro Maestro, Cristo». Será, por último, la causa material ó la materia y objeto de las palabras, pensamientos y afectos que tuviere, de modo que siempre viva *propter Christum*, por Cristo, como quien no sabe otra cosa que á Cristo, y éste crucificado; ni quiere amar, ni hablar, sino es de Cristo, ni obrar sino por Cristo, y para Cristo. De este modo, Cristo vendrá á ser su vida, la cual le comunica en el Santísimo Sacramento, y por esto por excelencia se llama Pan de vida, porque por Él se vive vida de Dios, y vida de Cristo en unión con Él, como Él vive la vida misma de su Padre. Ponderando estas maravillas que obra el divino Sacramento en el que debidamente le recibe, debes confundirte grandemente viendo que, á pesar de recibir con tanta frecuencia este pan vivo, se halla tu alma tan falta de fuerzas, y casi muerta para Dios, moviéndola más los deseos de las cosas mundanas que el amor de Jesucristo, buscando más el contento de los hombres que el gusto de Dios, entreteniéndose más fácilmente en la consideración de las cosas terrenas que en la meditación de las cosas divinas. ¡Oh Pan de vida! ¿Cómo es que siendo Vos mi ordinario sustento, me hallo muerto? ¿Cómo se explica que alimentándome Vos mismo, no sienta en mí fuerzas para hacer obras de vida? Vivificadme, Señor, con vuestra vida celestial y divina, para que de hoy más no viva en mí, sino en Vos, y no viva vida de hombre, sino vida de Dios, unido con Él por todos los siglos. ¿Deseamos alcanzar esta vida? ¿Qué debemos resolver y practicar para llegar á ella?

Epílogo y coloquios. ¡Qué beneficio tan singular nos concede Cristo nuestro Señor por medio del Santísimo Sacramento! ¡Nos une consigo con unión de caridad! ¿Cuándo el hombre, vil gusano de la tierra, podía aspirar á dignidad tan elevada? Si tan apreciada y codiciada es la intimidad y amistad con los grandes y príncipes del mundo, y se reputa por un honor muy grande el formar parte de su servidumbre, ¿qué aprecio deberá hacerse de la intimidad con Jesucristo, y qué honor será el estar unido con Él con los lazos de la amistad? Esto se nos concede al recibir sacramentalmente su cuerpo y sangre. Quien come mi carne, ha dicho el mismo Señor, y bebe mi sangre, mora en Mí y Yo en él; Yo seré para él un lugar de refugio, y él será para Mí un templo y lugar de recreación. ¡Bendita sea tan encendida caridad de Jesús! La cual no se contenta con unirnos consigo de este modo tan admirable, sino que quiere hacernos participantes de su misma vida, haciendo de cada uno de nosotros otro Cristo, teniendo por participación su mismo ser y vida, sus perfecciones y virtudes, y un mismo sentir, querer y obrar con Él, á semejanza de la unión que Él tiene con su Eterno Padre. ¡Oh, si nos dispusiéramos debidamente, y recibiéramos con la conveniente preparación este divino manjar! Llegaríamos, como dijo el mismo Señor, á vivir *propter eum*, y sería Él la causa universal de todas nuestras operaciones. ¿De dónde procede que no reportemos tales efectos? Es que nos contentamos con comerle corporalmente; le miramos simplemente como manjar corporal. No incorporamos su divino espíritu, ni nos preparamos con aquella fe, humildad y deseo, ni le agradecemos cual deberíamos su visita. Mas, aún tenemos tiempo; resolvámonos á cambiar de rumbo, acercándonos con otras disposiciones al divino convite; formemos aquellos propósitos que, atendido el estado actual de nuestra alma, nos sean convenientes, y pidamos fortaleza para cumplirlos y remedio para todas las necesidades.

14.—EFECTOS DE NUESTRA UNIÓN CON CRISTO.

PRELUDIO 1.º Como el manjar comunica sus cualidades al que frecuentemente le come, así este divino Sacramento á los que le reciben.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciéndote: «Este es el pan que bajó del cielo».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de recibir de tal modo este Sacramento, que produzca en tu alma los efectos que Jesús pretende.

Punto 1.º *El Santísimo Sacramento comunica sus propiedades á los que le reciben.*—Considera aquí los efectos de tu

unión con Cristo en el divino Sacramento, por medio de algunas semejanzas. Es ante todo un manjar; y así como el manjar, uniéndose con el cuerpo, le pega sus mismas cualidades, de donde resulta que manjares gruesos crían humores gruesos, y manjares delicados humores delicados y saludables; así Cristo nuestro Señor, entrando en ti y uniéndose con tu alma, le comunica sus propiedades y cualidades del cielo, su caridad, humildad, obediencia, paciencia y las demás virtudes; de modo que quedes renovado á imagen de este hombre nuevo y de este Adán celestial, y se pueda decir de ti: como el segundo Adán es celestial, así eres tú celestial, y cual es Cristo, tal es el que le come. Y aunque es verdad que este sagrado alimento comunica todas las virtudes, pero señaladamente da á cada uno la que más ha menester, y la que más desea y pretende con aquella comida, á semejanza del maná, que aunque sabía á todo gusto, pero servía á la voluntad de cada uno de los justos. Pondera también cómo Jesús, para significar los efectos que causa en el que le come, se compara á la vid, diciendo: «Yo soy la vid y vosotros los sarmientos: quien permanece en Mí y Yo en él, llevará mucho fruto». Este divino Señor entra dentro de ti, y, como cepa, se pone en medio de tu corazón, y une consigo el sarmiento de tu alma con las varas de sus potencias, y les da virtud para que broten frutos suavísimos de bendición, devotos pensamientos, fervorosos afectos, santas palabras y perfectas obras. Pero no solamente es la vid, sino también es el labrador y podador que poda el sarmiento para que dé fruto. Y así, entrando en el hombre, le inspira lo que ha de podar y mortificar, y le ayuda á ello, para que se conserve la unión, y saque más copioso fruto de ella. ¡Oh amantísimo Jesús, que en forma de manjar dulce y regalado queréis entrar dentro de mi pecho para comunicar á mi alma vuestras excelentes propiedades, y que, como vid, deseáis que os plante en medio de mi corazón para que mi alma, unida con Vos, lleve mucho fruto! Venid á vuestro siervo que os desea: entrad en mi corazón, y no os separéis jamás de mí, para que yo nunca me separe de Vos.

Punto 2.º *Jesús desea que nos unamos con Él por la sagrada comunión.*—Considera cómo Jesús instituyó el Santísimo Sacramento bajo las especies de pan y vino para que conocieses la frecuencia con que debes acercarte á la sagrada mesa, y la calidad de las personas que le han de recibir. Él está animado de un entrañable deseo de hacerte cada día este banquete y de que te aparejes para tener parte en él. Los reyes de la tierra tienen por grandeza que sus convites sean muy preciosos, pero muy raros; dos ó tres veces al año; mas el Rey del cielo tiene por grandeza que su convite sea preciosísimo, y cada día por toda la vida; y así le instituye en forma de pan y vino, que es manjar de cada día, para que entiendas que como el cuerpo, aunque no hubiera precepto de conservar la vida, sólo por necesidad y gusto come cada día el pan y vino con que se sustenta; así el alma, aunque no hubiera precepto de comulgar, ha de hacerlo muy á menudo, por la necesidad que tiene de conservar la vida espiritual, y por el gusto que hay en esta comida, y por dar gusto al que la convida con tanto amor, y la manda que pida cada día este pan cotidiano, por lo mucho que desea dársele. Y para más moverte, también te amenaza que, si no comes su carne y bebes su sangre, no tendrás vida en ti, ni la vida de la gracia, ni la eterna de la gloria. Pondera, además, que, así como el pan y el vino son sustento ordinario de toda suerte de personas, ricos y pobres, grandes y pequeños, así el Señor quiere que este Sacramento sea sustento de todos los fieles en cualquier estado y suerte que tuvieren, alta ó baja, porque á todos convida, como se ve por la parábola del hombre que hizo una grande cena, y convidó hasta los cojos y mancos, sintiendo grandemente que algunos se excusasen de acudir á la invitación. ¿Con qué frecuencia nos acercamos al convite divino? ¿Resistimos á la invitación de nuestro amoroso Padre? ¡Oh Padre amantísimo, que con infinita caridad abrazáis á todos los hombres, eligiéndolos para vuestros hijos adoptivos, sin acepción de personas, deseando que todos los días asistan al preciosísimo banquete que les habéis preparado! Gracias os doy por tan generoso amor, y os suplico me hagáis digno de comer cada día este pan cotidiano.

Punto 3.º *Jesús quiere unión de caridad entre los que le comen.*—Considera cómo quiso Jesucristo que la materia remota del divino Sacramento fuese pan y vino, que se hacen de muchos granos de trigo y uva unidos entre sí, para significar que por él se junta espiritualmente sólo con almas unidas en caridad consigo mismas y con sus prójimos. De suerte que, así como no se pueden consagrar los granos de trigo y de uva hasta que se hacen pan y vino con dicha unión, así también, aunque Cristo nuestro Señor entre por la comunión sacramental en el hombre, no se unirá espiritualmente con él, si está desunido y dividido con falta de caridad, y si no se dispone debidamente para quitar los impedimentos de ella. Mas esto puedes alcanzarlo triturándote y desmenuzándote, como trigo, por medio de la contrición y de la penitencia, y dejándote pisar, como uva, con la verdadera humildad y sujeción á todos por amór de Dios. De lo cual nacerá en ti grande fortaleza para todas las obras de la vida espiritual, con grande alegría del ánima, porque, como el pan, según dice David, conforta el corazón del hombre, y el vino le alegra, y, aunque sean manjar ordinario, no enfadan ni causan fastidio, antes suelen ser como salsa que acompaña la otra comida; así también este pan y vino del cielo conforta y alegra el espíritu, y, aunque se coma cada día, no causa fastidio, si se come dignamente; antes despierta nuevas ganas de comerle otra

vez, porque encierra en sí todo género de suavidad, no terrena como el maná, que enfadó á los hijos de Israel, sino celestial, que recrea á los ángeles del cielo. ¡Oh Amado de mi alma, que por tantas vías y modos me provocáis á gozar de este soberano convite! No permitáis que me excuse con el desordenado amor de los bienes de la tierra, ni tampoco que venga á él sin la vestidura de bodas, que es la caridad. Desnudad mi corazón de todo amor terreno, y vestidle del divino, para que asista con amor al convite de amor, y alcance por su medio la perfección del amor, uniéndome con Vos con perfecta caridad. ¿Practicamos nosotros la caridad con los prójimos, que es disposición indispensable para el fruto de la comunión? ¿Qué efectos causa en nosotros esta celestial comida? ¿Salimos de ella fuertes y animosos para seguir el camino de la virtud?

Epílogo y coloquios. ¡Qué efectos tan maravillosos produce en nosotros la unión mística con Jesucristo por medio del Santísimo Sacramento! Al modo que el manjar comunica al que le come las propiedades naturales que posee, así este divino manjar enriquece al alma que debidamente le recibe con las mismas cualidades que en él se encierran. ¡Oh misterio de amor de Jesucristo! Quiere que seamos humildes, obedientes, caritativos como Él, y, para lograrlo, se hace comida, y quiere que le entremos en nosotros, y le coloquemos en nuestro pecho como en un relicario, y desde allí se entretiene en hermosear el alma con las virtudes que á Él enriquecen; y, como cepa, se coloca en medio de nuestro corazón, une á sí nuestra alma y la comunica su savia divina, para que dé regalados y opimos frutos de bendición y de vida. Al considerar todo esto, ¿quién no sentirá vivos deseos de recibir frecuentemente este divino manjar, y de disponerse con todos aquellos requisitos que Jesús desea hallar en los que le han de recibir? Como el pan y vino es alimento cotidiano y para toda clase de personas, y supone la unión de muchos granos de trigo y de uva, así este adorable Sacramento es sustento de toda clase de personas y de todos los días, y supone unión de caridad en los que le comen. Mira si estás así dispuesto. ¿Deseas que Jesús obre en ti todos estos prodigios? ¿Cómo te preparas para recibir su visita? ¿Cómo te has preparado en el tiempo pasado? Quizá, como los israelitas, te has cansado de este divino maná. Quizá te has acercado á recibirle, teniendo tu corazón enemistado con tu prójimo. Vuelve sobre tus pasos; reforma, mejora y perfecciona lo que sea necesario; y, para llevarlo á cabo, forma propósitos muy prácticos y firmes, pide con fervientes coloquios las gracias que te sean necesarias y todo cuanto desees obtener.

15.—EL SANTÍSIMO SACRAMENTO, RECUERDO DE LA PASIÓN DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Jesucristo instituyó el Santísimo Sacramento para que fuese un memorial de su Pasión santa.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciendo á sus Apóstoles después de la consagración: «Haced esto en mi memoria».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber recordar con amor y agradecimiento los trabajos de Jesús.

Punto 1.º *Causas por qué este memorial fué un convite regalado.*—Deseando Jesucristo instituir un Sacramento, que fuese un recuerdo perpetuo de su Pasión, aunque parece que era más propio que hubiera sido un Sacramento en el cual hubiésemos derramado la sangre, como era la circuncisión de los judíos, ó hubiésemos comido alguna cosa amarga, como se comían lechugas amargas con el cordero pascual, no quiso sino que fuese un convite regalado de pan de trigo y vino incorrupto. Pondera las causas de esta amorosa providencia de Jesús. La primera fué para descubrir su infinita bondad, y la caridad y amor que nos tiene, porque, como buen Padre, escoge para sí las cosas penosas, y reserva para nosotros, sus hijos, las suaves, en memoria de sus penas, y para aplicarnos el fruto y provecho que se nos sigue de ellas: este mismo espíritu debes tener tú, como hijo de tal Padre. La segunda fué para manifestar el gusto grande con que padeció los trabajos de su Pasión, en cuanto era en beneficio nuestro y para nuestro bien; por lo cual dispuso que su memoria fuese en cosa de gusto y suavidad, y en banquete de grande regocijo, para que con más gusto nos acordásemos de ella y se la agradeciésemos. La tercera fué para que vieses la suavidad de su ley, de la cual había dicho que era yugo suave y carga ligera, y así todos sus Sacramentos son suaves, y éste sobre todos, con haber salido de su costado, herido con cruel lanza. Finalmente; con tan amorosa providencia te obliga á que imites las cosas amargas y afrentosas de su Pasión; pues cuanto Él se muestra más generoso en querer que su memoria sea un convite lleno de suavidad, tanto más te obliga á que, á ley de agradecido, te acuerdes de ella, con cosas llenas de amargura, abrazando la penitencia y el ayuno, la mortificación y humillación y todo lo que es conforme con Cristo crucificado. ¡Oh Amado de mi corazón! ¿Qué haré yo por Vos, en recompensa de tan soberano beneficio y del amor tan excesivo que en él me mostráis? Si os miro como Padre, sois amorosísimo; si como Redentor, sois dulcísimo; si como Legislador, sois suavísimo: por todas partes me coronáis con misericordia y con innumerables obras que proceden de ella. ¡Oh alma devota! ¿No te moverá este amor de Jesús á abrazarte con los trabajos y mortificaciones? ¿Cómo lo has hecho hasta ahora?

Punto 2.º *Causas por qué Jesús quiso quedarse personalmente en este convite.*—Considera en este punto las causas por las que Jesús quiso quedarse Él mismo en persona en este Sacramento, para ser memoria de su Pasión; porque para esto bastaran sólo el pan y el vino, como basta el agua pura en el Bautismo. para recordar su muerte y sepultura. La primera fué para descubrirte la estima grande que tiene de su Pasión, queriendo Él mismo ser el memorial de ella, para obligarte á tener grandísima estima y continua memoria de este beneficio, agradeciéndoselo mucho, pues Él se hace despertador de la memoria contra tu olvido, y atizador del agradecimiento contra tu ingratitud. La segunda causa fué para descubrirte más su infinita caridad y el deseo inmenso que tiene de padecer por tu bien; porque cada vez que se dice misa, como el mismo Cristo hace representación de su muerte y Pasión, así está aparejado á padecer real y verdaderamente por tu amor, si fuera necesario para tu provecho; pero. como esto no es necesario ni conveniente, gusta de padecer y morir siquiera en la representación. La tercera causa fué para suplir con su presencia la falta de agradecimiento que tienen los hombres, no sólo por el beneficio de su redención, sino por los demás beneficios que han recibido de Dios, los cuales, por ser infinitos, no pueden ser agradecidos bastantemente por pura criatura; y así Él mismo quiere por su persona en este Sacramento ser el que agradece por los hombres todos estos beneficios. De modo que, así como el Espíritu Santo pide mercedes por los hombres con gemidos inenarrables, así podemos decir que Cristo nuestro Señor en este Sacramento agradece estos beneficios con afectos inenarrables, moviéndote á ejercitarlos con gran virtud. Por lo cual este Sacramento se llama Eucaristía, que quiere decir acción de gracias. ¡Oh Dios de amor! ¿Qué es lo que hacéis? ¡Oh Bienhechor infinito! ¿Qué es lo que ordenáis? Si para agradeceros los beneficios recibidos me hacéis de nuevo otro tan grande como todos ellos, ¿con qué tengo de agradecer este nuevo beneficio? ¡Oh cristiano! ¿Qué le darás al Señor por él? ¿No te acordarás con frecuencia y amor de lo que por ti ha hecho y padecido?

Punto 3.º *Causas por qué quiso quedarse bajo las especies de pan y vino.*—Considera aquí las causas por qué quiso Jesús quedarse en especies de pan y vino, para ser memoria de su Pasión; pues, sin duda, tienen con ella alguna semejanza. Quiso el Señor significar que, así como en este Sacramento se junta con especies de pan hecho de granos de trigo, despedazados y molidos, y de vino hecho de granos de uva, pisados y estrujados, así en su Pasión fué su cuerpo sacratísimo atormentado y molido con azotes, espinas y clavos, y también fué pisado con graves ignominias, y estrujado hasta sacarle toda la sangre y dejarle exprimido como uva en el lagar. Y así, con la presencia de estas especies de pan y vino, quiere que te acuerdes de los dolores y

afrentas que representan; y que como comes el pan y bebes el vino, así comas y bebas é incorpores contigo las penas de su Pasión y muerte. Y en especial, has de quebrantar y moler tu corazón con la contrición de tus pecados, y castigar tu carne con penitencias, y gustar de ser despreciado por imitarle. Más adelante pasa la caridad de este Señor, porque en el bautismo el bautizado representa la muerte y sepultura de Cristo, cuando es sumido debajo de las aguas, como El fué sumido debajo de las olas de sus trabajos y aflicciones, y colocado en el sepulcro debajo de una grande losa. Pero en este Sacramento, el mismo Cristo representa su muerte y sepultura, cuando es comido y partido con los dientes, y cuando es tragado y puesto dentro del estómago, en memoria de que fué desmenuzado con los dientes de sus perseguidores y tragado de la muerte, y puesto en una sepultura: y á todo esto asiste el mismo Cristo, para que se haga con reverencia y espíritu, comunicando los frutos de su Pasión y muerte al que le recibe. ¡Oh Cristo dulcísimo! Santificad el sepulcro de mi alma en que queréis entrar, para que sea digna morada vuestra. Y puesto que en vuestro sepulcro ningún otro fué jamás sepultado, así en éste no entre de aquí en adelante cosa que os desagrade, ni criatura que le profane, conservándole siempre nuevo y puro para vuestra gloria. ¡Oh alma feliz! ¿Deseas ser sepulcro de Cristo? ¿Cómo te dispones para esto?

Epílogo y coloquios. ¡Oh arcanos de la misericordia y bondad divinas! Quiere Jesús dejarnos un recuerdo y memorial perpetuo de su dolorosa Pasión, y en vez de un rito ó ceremonia en que derramásemos la sangre, como Él la derramó, instituyó con este fin un regalado convite. ¡Ah! Como buen Padre, quiere para sí lo amargo y para sus hijos lo dulce; desea que nos convenzamos del gusto espiritual con que padeció por nosotros todos los tormentos, y de la suavidad de la ley que promulgó; pretende infundirnos deseos de abrazar voluntariamente la mortificación á título de agradecidos. ¿Y no lo haremos? ¿No nos moverán á sacrificarnos tantas finezas de Jesús? El cual no se contentó con que el memorial de su Pasión fuese un simple convite, sino que quiso ser Él mismo el manjar y la bebida de este convite, descubriendo su infinita caridad y deseo de padecer, y supliendo por sí mismo la falta de agradecimiento que llora en ti y en todos los hombres. Mírale con los ojos del alma y á la luz de la fe, debajo de los accidentes de pan y vino. Así como éstos se forman de muchos granos de trigo molidos, y de muchos granos de uva estrujada, así Jesús fué molido con trabajos, estrujado con tormentos horribles, y después colocado en el sepulcro. Prepárale tu corazón, límpialo para que se sirva de él como de sepulcro, y guste de morar en él. ¿Cómo debes hacerlo? ¿Qué cosa hay en ti que repugne á Jesús? Medítalo bien, forma propósitos de enmendarte y corregirte, y, convencido de tu debilidad, inconstancia y disi-

pación, pide fervorosamente la gracia y el socorro que necesitas, y ruega por todo el mundo.

16.—EL SANTÍSIMO SACRAMENTO, SEÑAL Y PRENDA DE LA GLORIA.

PRELUDIO 1.º Jesús instituyó el Santísimo Sacramento para que fuese una segura prenda de la gloria que nos ha prometido.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús presentándote el divino Sacramento, y diciéndote: «El que coma este pan, vivirá eternamente».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de recibir bien la sagrada comunión, y que sea para ti prenda de gloria.

Punto 1.º *Prendas de la gloria que nos da la Santísima Trinidad.*—Considera cómo Dios nuestro Señor, trino y uno, no se ha contentado con prometerte la gloria eterna, asegurándote que Él mismo será tu recompensa, sino que ha querido darte las más seguras prendas de esta promesa, y las mayores que podía darte. Esto puedes ponderar por lo que ha hecho cada una de las tres divinas Personas. El Padre Eterno no pudo darte prenda más preciosa y amada que su Hijo, que es tan bueno como El. Así como los reyes, para asegurar las paces ó treguas ó una gran deuda, suelen dar en prenda ó rehenes á su hijo mayorazgo; así este divino Padre te da en este Sacramento á su Hijo unigénito Jesucristo por prendas de la gloria y de todas las demás cosas que te ha prometido, con tanta seguridad, cuanto es de su parte, como si ya te lo hubiese dado, conforme á lo que dice san Pablo: «Quien no perdonó á su propio Hijo, sino que le entregó por nosotros, ¿por ventura, no nos dió con Él todas las cosas?» No es menor la prenda que te da el Hijo de Dios, el cual se da á sí mismo encubierto en este Sacramento, en el cual se encierran todos los títulos y derechos que tienes para tu salvación, como quien promete un grande mayorazgo y da en prenda la escritura y privilegio en que se funda. Porque este Señor que está en el Sacramento es tu hermano mayor, mayorazgo del Eterno Padre y heredero de su cielo, el cual se hizo hombre para salvar á los que estaban predestinados para la gloria, por cuyo medio han de alcanzar el fin de su predestinación, y con el precio de su sangre te compró el cielo y abrió sus puertas, para que pudieses entrar en él, por los medios que para ello te ofrece. Finalmente: el Padre y el Hijo te dan la mayor prenda que pueden darte, que es el Espíritu Santo, de quien dice san Pablo que es «prenda de nuestra herencia», la cual te da Cristo en tu corazón para seguridad de sus promesas, y para esto vino al mundo y viene á este Sacramento, con el cual recibes dos prendas, una visible, que es el Sacramento, donde está Cristo Dios y hombre verdadero, y otra invisible, que es el Espíritu Santo, que se te da por el mismo Sacramento. ¡Oh Trinidad beatísima! Gracias os doy innumerables por tales prendas como me dais de vuestras promesas soberanas. Bien se ve, Señor, que sois buen pagador, pues no os duelen prendas, dándome tantas, tan preciosas y tan buenas. ¡Oh cristiano! ¿Ves cuán sólida y fundada es tu esperanza? ¿Desconfiarás aún de tu salvación?

Punto 2.º *En el Santísimo Sacramento se nos da lo necesario para alcanzar la gloria.*—Considera cómo el Santísimo Sacramento es también prenda de la gloria, porque es medio eficacísimo para alcanzarla. Para esto es necesario perdón de las culpas pasadas, preservación de las futuras, sustento de la gracia recibida, con perseverancia hasta el fin. En todo esto tiene eminencia este Sacramento con la presencia de Jesucristo; porque, aunque los sacramentos del Bautismo y Penitencia perdonan los pecados, éste confirma mucho el perdón, admitiéndote el mismo Rey que te perdona á su mesa en señal de haberte perdonado. También preserva de culpas, porque enfrena las pasiones de la carne, da fortaleza contra las tentaciones del demonio, y te previene contra todos los peligros del mundo. Además, sustenta la vida de la gracia, como el manjar sustenta la vida del cuerpo; pero con tal eficacia, que puede conservar el aumento que ha dado hasta la vida eterna. Todo lo cual se funda en la promesa de Cristo, que dice: «Este es el pan que bajó del cielo, para que si alguno comiere de él, no muera. Yo soy Pan vivo que bajé del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré en el día postrero». En cuyas palabras el Señor te asegura que este divino Pan con su virtud celestial te libra de todo lo contrario á la vida eterna; porque te libra de la muerte primera, que es la culpa, y de la muerte segunda del alma, que es la condenación, y á su tiempo te librará de la muerte del cuerpo en la resurrección. Demás de esto, te concede todo lo que es vida eterna, porque te da la vida de la gracia, y la conserva hasta el fin, y después te dará la vida de la gloria, de que goza el alma, y al fin del mundo la vida gloriosa de que ha de gozar el cuerpo. De todo esto tienes prendas en este Sacramento, porque para todo tiene virtud y da fuerzas al que le come con la frecuencia y reverencia que debe. ¡Oh Árbol de vida, puesto en medio del Paraíso de Dios, en señal y prendas de inmortalidad y vida eterna! Dadme á comer vuestro dulce fruto, para que preserve mi alma de todo género de muerte, y le conceda todo género de vida; logre yo por Vos el perdón de los pecados, la victoria de las pasiones, la práctica de las virtudes y la perseverancia hasta la muerte, á fin de alcanzar la gloria eterna.

Punto 3.º *En el Sacramento te da Dios lo mismo que te dará en la gloria.*—Considera cómo este Sacramento es prenda de la vida eterna, en cuanto es un convite excelentísimo, en que nos da Dios á comer y beber lo mismo que en la gloria, pero

guisado y acomodado á nuestro estado de caminantes, debajo de velo y obscuridad. En lo cual has de ponderar que Cristo Señor nuestro, como dijo á sus Apóstoles, tiene consigo á todos los bienaventurados sentados á su mesa, haciéndoles un solemnísimo convite, cuyo manjar es su misma divinidad y humanidad, viéndola claramente y hartando con ella todos sus deseos, embriagándose con el vino del amor beatífico, y bebiendo del río caudaloso de los deleites celestiales. Y en este convite, como dice san Lucas, el mismo Señor se ciñe y los sirve, porque Él mismo les da este premio de justicia; pero cíñese, porque es infinito, y ninguno le puede comprender, ni ver, si no es ceñido y ajustado á sus merecimientos. Pondera luego cómo este Dios infinito, que hace este banquete en el cielo, acordándose de los hijos que tiene en la tierra, se ciñe mucho más para convidarlos, poniéndose todo con su divinidad debajo de estas especies de pan y vino, tan pequeñas y estrechas, para que allí con los ojos de la fe le veamos presente, y recibiéndole dentro de nosotros, llene también nuestros deseos como acá pueden llenarse, y nos embriague también con el vino de su amor, y nos dé á gustar la suavidad de sus deleites, dándonos todo esto como prendas, en esperanza de lo que después nos dará en cumplida posesión. Por lo cual le has de dar inmensas gracias, con deseos entrañables de ceñirte y mortificarte, y estrecharte por servirle, pues Él se ciñe tanto por regalarte. Debes también alentarte á procurar una vida celestial, para ser digno de este convite en que te dan lo mismo que en el cielo; pues por esto en la oración del *Padre nuestro,* antes de pedirle te mandó Cristo decir: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». ¡Oh Amado mío! Si Vos, estando en el cielo, venís á ceñiros en la tierra por mi regalo, ¿qué mucho que, para subir yo de la tierra al cielo, me ciña por vuestro servicio? Avivad, Señor, mi fe y fortificad mi voluntad, para que, viviendo vida celestial, de tal manera guste del banquete que me hacéis en esta vida, que llegue á gozar del que me prometéis en la otra. ¡Oh alma devota! Piensa maduramente que tienes la dicha de comer el mismo manjar que hace felices á los bienaventurados. ¿Se asemeja tu vida á la de ellos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh! ¡Cuánto desea nuestro Padre celestial concedernos la bienaventuranza de la gloria! Él nos ha dado su divina palabra, y nos ha asegurado que un día sería nuestra recompensa; y, para confirmar la seguridad del cumplimiento de tan soberana promesa, nos ha concedido las mayores prendas que podía darnos. El Padre eterno nos ha dado á su Hijo, el Hijo se ha dado á sí mismo, y Padre é Hijo nos dan al Espíritu Santo. ¿Quién dudará de la fidelidad del Señor en cumplir su promesa, cuando con tales prendas la asegura? Pero ¿qué diremos del Santísimo Sacramento, que también es una prenda de la gloria que ha puesto en nuestras manos Jesucristo? Por él puedes

alcanzar todos los medios necesarios para merecer y subir á la gloria, el perdón de los pecados, el aumento de los méritos, la pureza del alma, la perseverancia hasta la muerte: todo esto obtienes por medio de este divino Sacramento, si le recibes dignamente. ¿Puede darse prenda más segura? No es esto sólo; no se ha contentado con esta admirable fineza el amor de Jesús; antes ha querido que en este divino convite hallaras ya la gloria anticipada, gustando el mismo manjar que allí gustan los santos, sentándote en la misma mesa que ellos, y siendo servido por el mismo que á ellos les sirve, que es Jesucristo nuestro Señor. ¿Ves el amor de Jesús? ¿Podía hacer más para asegurar tu esperanza? ¿Cómo debes corresponder á fineza tan soberana? ¡Ay de ti, si con tales invenciones no logra el Salvador triunfar de tu duro corazón! Ríndete ya á su amor; decídete á trabajar activamente para su gloria y tu salvación; resuelve lo conveniente, y ora con fervor, pidiendo por ti y por todos.

17.—CEREMONIAS QUE PRECEDIERON Á LA INSTITUCIÓN del Sacramento.

PRELUDIO 1.° Jesucristo, antes de instituir el divino Sacramento, lavó los pies á sus discípulos, comió el cordero pascual, y les dijo que tenía gran deseo de comer aquella cena.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesucristo en estos actos.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de poseer las disposiciones necesarias para acercarte á la sagrada comunión.

Punto 1.° *Lavatorio de los pies.*—Considera cómo quiso Cristo nuestro Señor que á la institución del Santísimo Sacramento precediese el lavatorio de los pies, para significar dos disposiciones que son muy necesarias á aquellos que han de acercarse á la sagrada comunión. La primera disposición es una gran pureza y limpieza de alma; porque no debes contentarte con estar limpio de los pecados graves, con los cuales este divino Sacramento, en vez de ser para ti Sacramento de vida, sería causa de muerte, sino, en cuanto pudieres, te has de purificar de los pecados ligeros, lavando tus pies del polvo que se les pega con las aficiones terrenas; porque, siendo Cristo la misma limpieza, razón es que le recibas con la mayor limpieza que te fuere posible, lavándote con el sacramento de la Confesión y con agua de lágrimas, suplicando á este Señor que Él te lave y purifique para dignamente recibirle. Has de imaginarte que te dice lo que dijo á san Pedro: «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo en este convite», porque no recibirás la parte de los frutos y gozos que reciben los que asisten lavados y puros. La otra disposición que necesitas para acercarte á este convite, significada por el lavatorio, es el ejercicio de la humildad y caridad. Era una piadosa costumbre entre los hebreos que, en señal de estas

guisado y acomodado á nuestro estado de caminantes, debajo de velo y obscuridad. En lo cual has de ponderar que Cristo Señor nuestro, como dijo á sus Apóstoles, tiene consigo á todos los bienaventurados sentados á su mesa, haciéndoles un solemnísimo convite, cuyo manjar es su misma divinidad y humanidad, viéndola claramente y hartando con ella todos sus deseos, embriagándose con el vino del amor beatífico, y bebiendo del río caudaloso de los deleites celestiales. Y en este convite, como dice san Lucas, el mismo Señor se ciñe y los sirve, porque Él mismo les da este premio de justicia; pero cíñese, porque es infinito, y ninguno le puede comprender, ni ver, si no es ceñido y ajustado á sus merecimientos. Pondera luego cómo este Dios infinito, que hace este banquete en el cielo, acordándose de los hijos que tiene en la tierra, se ciñe mucho más para convidarlos, poniéndose todo con su divinidad debajo de estas especies de pan y vino, tan pequeñas y estrechas, para que allí con los ojos de la fe le veamos presente, y recibiéndole dentro de nosotros, llene también nuestros deseos como acá pueden llenarse, y nos embriague también con el vino de su amor, y nos dé á gustar la suavidad de sus deleites, dándonos todo esto como prendas, en esperanza de lo que después nos dará en cumplida posesión. Por lo cual le has de dar inmensas gracias, con deseos entrañables de ceñirte y mortificarte, y estrecharte por servirle, pues Él se ciñe tanto por regalarte. Debes también alentarte á procurar una vida celestial, para ser digno de este convite en que te dan lo mismo que en el cielo; pues por esto en la oración del *Padre nuestro,* antes de pedirle te mandó Cristo decir: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». ¡Oh Amado mío! Si Vos, estando en el cielo, venís á ceñiros en la tierra por mi regalo, ¿qué mucho que, para subir yo de la tierra al cielo, me ciña por vuestro servicio? Avivad, Señor, mi fe y fortificad mi voluntad, para que, viviendo vida celestial, de tal manera guste del banquete que me hacéis en esta vida, que llegue á gozar del que me prometéis en la otra. ¡Oh alma devota! Piensa maduramente que tienes la dicha de comer el mismo manjar que hace felices á los bienaventurados. ¿Se asemeja tu vida á la de ellos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh! ¡Cuánto desea nuestro Padre celestial concedernos la bienaventuranza de la gloria! Él nos ha dado su divina palabra, y nos ha asegurado que un día sería nuestra recompensa; y, para confirmar la seguridad del cumplimiento de tan soberana promesa, nos ha concedido las mayores prendas que podía darnos. El Padre eterno nos ha dado á su Hijo, el Hijo se ha dado á sí mismo, y Padre é Hijo nos dan al Espíritu Santo. ¿Quién dudará de la fidelidad del Señor en cumplir su promesa, cuando con tales prendas la asegura? Pero ¿qué diremos del Santísimo Sacramento, que también es una prenda de la gloria que ha puesto en nuestras manos Jesucristo? Por él puedes

alcanzar todos los medios necesarios para merecer y subir á la gloria, el perdón de los pecados, el aumento de los méritos, la pureza del alma, la perseverancia hasta la muerte: todo esto obtienes por medio de este divino Sacramento, si le recibes dignamente. ¿Puede darse prenda más segura? No es esto sólo; no se ha contentado con esta admirable fineza el amor de Jesús; antes ha querido que en este divino convite hallaras ya la gloria anticipada, gustando el mismo manjar que allí gustan los santos, sentándote en la misma mesa que ellos, y siendo servido por el mismo que á ellos les sirve, que es Jesucristo nuestro Señor. ¿Ves el amor de Jesús? ¿Podía hacer más para asegurar tu esperanza? ¿Cómo debes corresponder á fineza tan soberana? ¡Ay de ti, si con tales invenciones no logra el Salvador triunfar de tu duro corazón! Ríndete ya á su amor; decídete á trabajar activamente para su gloria y tu salvación; resuelve lo conveniente, y ora con fervor, pidiendo por ti y por todos.

17.—CEREMONIAS QUE PRECEDIERON Á LA INSTITUCIÓN del Sacramento.

PRELUDIO 1.° Jesucristo, antes de instituir el divino Sacramento, lavó los pies á sus discípulos, comió el cordero pascual, y les dijo que tenía gran deseo de comer aquella cena.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesucristo en estos actos.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de poseer las disposiciones necesarias para acercarte á la sagrada comunión.

Punto 1.° *Lavatorio de los pies.*—Considera cómo quiso Cristo nuestro Señor que á la institución del Santísimo Sacramento precediese el lavatorio de los pies, para significar dos disposiciones que son muy necesarias á aquellos que han de acercarse á la sagrada comunión. La primera disposición es una gran pureza y limpieza de alma; porque no debes contentarte con estar limpio de los pecados graves, con los cuales este divino Sacramento, en vez de ser para ti Sacramento de vida, sería causa de muerte, sino, en cuanto pudieres, te has de purificar de los pecados ligeros, lavando tus pies del polvo que se les pega con las aficiones terrenas; porque, siendo Cristo la misma limpieza, razón es que le recibas con la mayor limpieza que te fuere posible, lavándote con el sacramento de la Confesión y con agua de lágrimas, suplicando á este Señor que Él te lave y purifique para dignamente recibirle. Has de imaginarte que te dice lo que dijo á san Pedro: «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo en este convite», porque no recibirás la parte de los frutos y gozos que reciben los que asisten lavados y puros. La otra disposición que necesitas para acercarte á este convite, significada por el lavatorio, es el ejercicio de la humildad y caridad. Era una piadosa costumbre entre los hebreos que, en señal de estas

virtudes, cuando uno convidaba á otro á comer, le lavaba los pies; y de esta omisión se quejó Jesucristo á Simón, cuando le convidó á comer en su casa; esto mismo desea Jesús de ti, cuando te llegas á su convite. En estos piadosos afectos debes, pues, ejercitarte antes de acercarte á recibir la sagrada Comunión, humillándote delante de Dios y de los hombres, y amando entrañablemente á Dios y á todos los hombres por Dios, cumpliendo con ellos las obras de piedad con reverencia y caridad. ¡Oh Dios de mi alma! Ya que tal limpieza deseáis para poder tener parte en Vos, lavadme cabeza, manos y pies, lavad mis pensamientos, obras y afectos, y enseñadme á practicar los brillantes ejemplos de caridad y humildad que Vos nos disteis, para que, limpio y bien dispuesto, asista en este convite y participe de sus frutos. ¡Oh cristiano! Mira la enseñanza de Jesús. ¿Cómo te preparas para la comunión?

Punto 2.° *Cena del cordero pascual.*—Considera cómo á la institución del Santísimo Sacramento precedió el sacrificio y comida del cordero pascual, para enseñarte dos cosas. La primera, que, así como aquel cordero se sacrificaba en agradecimiento de la merced, que Dios hacía á su pueblo, en sacarlo del cautiverio de Faraón, y con su sangre se señalaban las casas de los hebreos, para que el ángel de Dios, que mataba todos los primogénitos de Egipto, no tocase en ellas; y con su carne se confortaban los que habían de hacer aquella jornada, para comenzarla y proseguirla con esfuerzo; así también este Cordero de Dios, cuya carne y sangre está en este divino Sacramento, se sacrifica en la Misa en memoria y agradecimiento de la merced que Dios nos ha hecho sacándonos del cautiverio del demonio, y por medio de ella nos preservamos de la muerte de la culpa y somos confortados para salir de la servidumbre del pecado, y comenzar y proseguir con fervor la jornada de la virtud hasta llegar á la tierra prometida de la gloria. La segunda cosa que te enseña Jesús con la ceremonia del cordero pascual es el modo cómo has de recibir la sagrada comunión; porque le has de comer ceñido el cuerpo, con la mortificación de la carne; calzados los pies, con la guarda del corazón y de todos sus afectos; con báculo en la mano, esto es, con grande confianza en la cruz de Cristo y en su protección y gobierno; aprisa, con apresuración de fervor espiritual, sin pereza ni flojedad; con pan sin levadura y lechugas amargas, ó sea, con pureza de alma, sin corrupción de culpa y con ejercicios de mortificación; y, por fin, no crudo ni cocido en agua, sino asado en fuego; esto es, no sin consideración, sino con meditación que encienda el amor de Dios. ¡Oh Cordero divino, que venís á mi alma para librarla de la esclavitud del demonio, de la tiranía del mundo y de la muerte del pecado! Seáis bien venido, y obrad en ella los efectos que pretendéis. Pero antes preparadla para que sepa recibiros y comeros de

modo que vuestra venida le sea sumamente provechosa. ¿Cómo recibimos nosotros este divino Cordero? ¿Qué fruto sacamos de tan deliciosa comida?

Punto 3.° *Jesús manifestó vivos deseos de comer la Pascua con sus discípulos.*—En este punto has de considerar aquellas amorosas palabras que dijo Jesús á sus Apóstoles al principio de la cena, y quizá las diría al principio de esta cena sacramental: «Con gran deseo he deseado comer con vosotros este cordero pascual, antes que padezca. Dígoos de verdad que no le comeré más hasta que se cumpla y venga el reino de Dios». En las cuales te avisa dos cosas que te disponen admirablemente para recibir este Sacramento: la primera, que le debes comer con gran deseo y muy vehemente, así como El deseó comerle vehementísimamente en compañía de los suyos; porque Cordero tan precioso se ha de comer con grandísima hambre y deseo, nacido de la consideración de tu necesidad y de su excelencia y dignidad; porque ni la necesidad puede ser mayor que la tuya, ni la excelencia del manjar mayor que la suya, y así no ha de haber hambre mayor que ésta. La segunda cosa que te avisa es que debes comer cada vez este Sacramento como si fuera aquélla la última, y como quien no le ha de comer más hasta el cielo, pues por esto se llama Viático para pasar á la otra vida; y si con este afecto comulgas, será la comunión devota y provechosa, acordándote de lo que dice el Sabio: «Cuando te sentares á comer en la mesa con el príncipe, considera diligentemente lo que te ponen delante, y entra un cuchillo por tu garganta». Esto es, come este manjar que te da el Príncipe del cielo, como quien tiene el cuchillo en la garganta y está á punto de espirar, y cómele habiendo antes mortificado muy bien los afectos desordenados de tu carne, como lo harías si supieras que esta comida había de ser la postrera de tu vida. ¡Oh Rey del cielo! Ya que queréis que me siente con Vos en esta soberana mesa, comunicadme vivos deseos de ello, y dadme valor para degollar todas las aficiones que me hacen indigno de ello, aparejándome para este convite como quien está de paso, para ir luego al eterno.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán significativas son todas las acciones de Jesús! Bien ha dicho un santo Padre que cada una de ellas es un precepto que nos dice lo que debemos hacer. Antes de instituir el Santísimo Sacramento lava los pies á los discípulos, y con esta misteriosa y edificante acción te enseña que, para acercarte á la sagrada mesa, has de estar libre y limpio, no sólo de pecados mortales, sino hasta de los veniales y de todo afecto desordenado, y dispuesto con las virtudes de la humildad y de la caridad. Come, además, Jesús con los Apóstoles el Cordero pascual, ya para significar los efectos que en todos produce el divino Sacramento, ya también para indicar el modo con que se ha de comer, obrando espiritualmente lo que los israelitas

hacían corporalmente en la comida de aquél. Pero, sobre todo, admira el deseo vivísimo que tiene Jesús de instituir este convite y que tú participes de él. «Vivísimamente he deseado, dice Jesús, comer esta Pascua con vosotros.» ¡Oh portento del amor de Jesús! ¡Oh ingratitud monstruosa del hombre! Jesús desea entrar en su corazón, y él le cierra las puertas ó le recibe con desgana y fastidio; Jesús no quiere morir sin haber dado al hombre esta prueba de ternura, y al hombre le importa poco vivir sin este Señor. Y tú, ¿cómo te has portado? ¿Qué deseos abrigas? ¿Con qué disposiciones te acercas á la sagrada comunión? Medítalo con grande confusión y vergüenza de verte tan tibio y remiso en desear estar con Jesús y hospedarle en tu corazón. Propón con firme voluntad la enmienda; y para alcanzarla, haz fervientes súplicas al mismo Señor, rogando por ti, por los pecadores y por todas las obligaciones que tienes.

18.—TIEMPO EN QUE INSTITUYÓ JESÚS EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

PRELUDIO 1.º Jesús quiso instituir el Santísimo Sacramento del Altar la noche antes de morir, movido por altísimas causas.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús rodeado de sus Apóstoles, consagrando la hostia y el vino.

PRELUDIO 3.º Pide correspondencia á las finezas de amor de Jesús.

Punto 1.º *Jesús instituyó la Eucaristía la noche de la cena, para descubrirnos su amor.*—Considera cómo, pudiendo Jesús diferir la institución del Santísimo Sacramento para después de su resurrección, no quiso, sino instituyólo la noche de su Pasión y víspera de su muerte, por varias razones. La primera, porque quiso darnos una prueba patente de la grandeza del amor que profesaba á los hombres. ¡Oh cuán ardiente era este amor! Al mismo tiempo que ellos trataban de quitarle la vida con terribles tormentos y deshonras, y cuando ya se estaban pandillando para ir á prenderle ignominiosamente, Él estaba instituyendo este convite celestial, para darles la vida con admirables regalos y favores, y quería que gozasen de él muchos de aquellos que actualmente trataban de darle la muerte. Con lo cual te quiso enseñar juntamente, que, como las injurias y persecuciones de los malos no fueron capaces de entibiar ni disminuir en un solo grado su caridad, ni pudieron hacer que dejase de regalar con este manjar á sus escogidos, así ningunos trabajos, desprecios y tormentos han de ser parte para que los escogidos dejen de servirle y de participar de este soberano convite y coger su copioso fruto. Por donde echarás de ver con cuánta razón dijo san Pablo: «¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo, así de la caridad que El nos tiene, como de la que nosotros con su gracia le tenemos? ¿Por ventura podrán hacer

divorcio ó apartamiento entre estas dos caridades y amistades la tribulación ó la angustia, la persecución ó el cuchillo? Cierto estoy que ni la vida ni la muerte, ni criatura alguna, nos podrá apartar de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús». En estas palabras tienes tú la regla de conducta que debes seguir cuando te veas puesto en la tribulación; pues que vale infinitamente más el amor de Dios que todos los bienes naturales. ¡Oh dulce Jesús! Cierto estoy que ningunas persecuciones amortiguarán vuestra caridad, pues en medio de ellas me disteis por prendas de perpetuo amor vuestro cuerpo en manjar y vuestra sangre en bebida; por ella os suplico me concedáis otra caridad tan encendida, que ninguna persecución baste para entibiarla. ¿No nos admira el amor de Jesucristo? ¿Cómo lo agradecemos y cómo correspondemos á él?

Punto 2.º *Jesús deseó estar siempre con nosotros.*—Considera otra causa amorosa y regalada que tuvo Jesús para instituir el Santísimo Sacramento la víspera de su muerte. Esta fué para manifestar á los hombres el entrañable deseo que tenía de estar siempre en su compañía, y no separarse, cuanto era de su parte, ni un solo momento de ellos, no sólo en cuanto Dios, sino en cuanto hombre. Por lo cual, cuando se había de apartar de ellos según la presencia corporal, visible y ordinaria de su humanidad, trazó quedarse con otro modo de presencia, también ordinaria y perpetua, hasta el fin del mundo, debajo de las especies de este Sacramento. Y, aunque bastara instituirle poco antes de su ascensión y subida á los cielos, no quiso sino antes de la Pasión, para dejar entablado en su vida mortal este modo de quedarse con los hombres mortales, por cuyo amor le instituía, y para que se viese su infinita caridad, pues cuando los hombres querían echarle del mundo por envidia y rencor, Él trataba de quedarse con ellos en el mundo por otro modo, con grande piedad y amor. Mira cuán de veras había dicho que tenía sus delicias en estar con los hijos de los hombres, y en qué solidez de razones prueba la verdad de esta palabra: pues, queriendo los hombres arrojarle de sí, no pudiendo sufrir su compañía, Él busca un medio tan extraordinario como amoroso para quedarse, con tal que uno solo de ellos, investido con la dignidad de su ministerio, desee tenerle consigo. ¡Qué confusión debe causarte este proceder de Jesús, si lo comparas con el que tú tienes con Él! Jesús desea estar contigo, y á ti se te hace pesada y molesta la compañía del Señor; Él hace milagros para no separarse de ti, y tú no sabes imponerte el menor sacrificio para acompañarle. ¡Oh Amado de mi corazón! Si tanto deseáis estar siempre conmigo, ¿por qué no he de desear yo estar con Vos, mirándoos presente en todo lugar, en cuanto Dios, y en este Sacramento en cuanto hombre? ¡Oh quién pudiera asistir siempre en la iglesia, cuando se celebra este divino misterio! Mas ya que no puedo lo que de-

seo, haré lo que puedo, procurando estar allá las veces que pudiere con alma y cuerpo, y siempre con el corazón y afecto. ¿Son estos nuestros sentimientos y deseos? ¿Por qué no visitamos á Jesús con más frecuencia?

Punto 3.º *Jesús quiso que siempre tuviésemos un sacrificio eficaz.*—Considera la tercera causa que movió á Jesús á instituir el Santísimo Sacramento en la noche de la cena y víspera de su muerte, que fué para que nunca faltase en el mundo un memorial de su Pasión y algún sacrificio ordenado para aplacar y glorificar á Dios; y, como en aquella cena y con su Pasión cesaba ya el memorial del Cordero y los sacrificios de la ley vieja, quiso entonces instituir este divino Sacramento y sacrificio, para que fuese memorial y representación viva de su Pasión, por el cual se nos aplicase el fruto de ella. Y aunque bastara instituirle después de su resurrección, no quiso sino antes, porque el amor vehemente gusta más de anticipar el bien que ha de hacer por su amado; y por obligarte con esto á que tuvieses más tierna memoria suya, porque lo que los padres encomiendan á sus hijos cuando están cercanos á la muerte, suele quedar más impreso en la memoria de ellos. Para comprender mejor la excelencia de este bien que te hizo el Señor en este momento, pondera la necesidad imprescindible que tenías de un sacrificio poderoso y eficaz como este. No podías tú llenar los deberes y obligaciones que te ligan con Dios; no podías darle la gloria que le es debida, ni agradecerle cual conviene sus beneficios, ni aplacar su cólera indignada por tus pecados, ni obtener la remisión de ellos y las demás gracias que necesitas para tu salvación; y Jesucristo, por medio del sacrificio que en esta ocasión instituyó, suple ventajosa y abundantemente lo que te falta. Sus alabanzas agradan á Dios, y en ellas se complace; sus súplicas son eficaces para alcanzar cuanto convenga, y sus obsequios son poderosos para aplacar completamente al Señor. ¡Oh Padre amantísimo! Pues en tal hora quisisteis establecer este sacrificio y este memorial de vuestra Pasión y muerte, suplícoos que sepa aprovecharme de él, y recordar con gran memoria lo que por mí sufristeis, hasta que mi vida se acabe; si me olvidare de Vos, olvidada sea mi mano derecha; y mi lengua se pegue al paladar si de Vos no me acordare. ¡Oh alma fiel! No te olvides de este Señor que nunca se olvida de ti; ¿qué debes hacer para esto?

Epílogo y coloquios. Admirable sobre toda ponderación se presenta la conducta de Jesús en la institución del Santísimo Sacramento. Para esto no escoge aquel tiempo en que las turbas, entusiasmadas con sus palabras y milagros, le proclaman: «Bendito el que viene en el nombre del Señor». Ni tampoco aquellos días que, después de la resurrección, continuó conversando con sus Apóstoles, apareciéndoseles, y dándoles señales de su vida gloriosa. La noche que precedió á su Pasión, la víspera de su cruel

muerte, fué el momento afortunado en que Jesús hace á la humanidad el mayor bien que podía hacerle. ¡Qué amor! Disimula la ingratitud, y sólo piensa en hacer bien á su amado; todas las persecuciones y trabajos no bastan para disminuirle, ni mucho menos extinguirle. ¡Qué deseo tan vivo y vehemente de estar con los hombres! Ellos le arrojan cruelmente del mundo, y Él se queda milagrosamente en él. ¡Qué cuidado tan paternal tiene de sus discípulos! Siendo su Pasión una fuente de gracias y bendiciones, conviene que tengan alguna cosa que se la recuerde constantemente; no pudiendo ellos cumplir los deberes que tienen con Dios, les es indispensable un sacrificio eficaz, para que supla su debilidad é impotencia. Á todo esto atiende Jesús, y todo lo provee en la noche de su Pasión; instituye el divino Sacramento para que sea un recuerdo de su Pasión y un sacrificio perenne que aplaque á Dios, le dé gloria y le haga propicio. ¿Conoces ahora la infinita caridad de tu divino Maestro? ¿Cómo debieras corresponder á ella? ¿Cómo lo has verificado? ¿Deseas estar con Él, como Él desea estar contigo? ¿Qué provecho reportas de su Pasión y del sacrificio que instituyó para recordarla y aplicar el fruto de ella? ¡Ah! Si un vil mortal hubiese hecho por ti la milésima parte de lo que hizo Jesús, su memoria no se borraría de tu mente. Procura, pues, cambiar de proceder en orden á este divino Maestro y Padre. Propón, pide, suplica por ti y por el mundo.

19.—LUGAR Y COMPAÑÍA DE CRISTO AL INSTITUIR LA SANTA Eucaristía.

Preludio 1.º Jesús instituyó el divino Sacramento en el cenáculo, en donde obró otros muchos misterios, acompañado de los Apóstoles.

Preludio 2.º Represéntate á Jesucristo en este acto de su vida.

Preludio 3.º Pide la gracia de ser digno cenáculo de Cristo, adornado con las virtudes que Él desea hallar en las almas que le reciben.

Punto 1.º *El lugar de la institución es un salón bien adornado.*—Considera el lugar que escogió Jesucristo para instituir el divino Sacramento, y el misterio que en él está encerrado. Este lugar fué un cenáculo grande y bien aderezado, ofrecido por su dueño con muy buena voluntad, y aceptado por Jesucristo con grande benignidad, apropiándolo para sus obras maravillosas y misteriosas; porque en este mismo cenáculo se recogieron los Apóstoles con la Virgen después de la Pasión; allí se les apareció Cristo después de la resurrección; allí se recogieron en oración á esperar la venida del Espíritu Santo, y allí vino sobre ellos en lenguas de fuego, y de allí salieron á predicar la Ley evangélica. Pondera cómo este cenáculo figura principalmente la Iglesia católica, en la cual sola, y no fuera de ella, se puede comer este

seo, haré lo que puedo, procurando estar allá las veces que pudiere con alma y cuerpo, y siempre con el corazón y afecto. ¿Son estos nuestros sentimientos y deseos? ¿Por qué no visitamos á Jesús con más frecuencia?

Punto 3.º *Jesús quiso que siempre tuviésemos un sacrificio eficaz.*—Considera la tercera causa que movió á Jesús á instituir el Santísimo Sacramento en la noche de la cena y víspera de su muerte, que fué para que nunca faltase en el mundo un memorial de su Pasión y algún sacrificio ordenado para aplacar y glorificar á Dios; y, como en aquella cena y con su Pasión cesaba ya el memorial del Cordero y los sacrificios de la ley vieja, quiso entonces instituir este divino Sacramento y sacrificio, para que fuese memorial y representación viva de su Pasión, por el cual se nos aplicase el fruto de ella. Y aunque bastara instituirle después de su resurrección, no quiso sino antes, porque el amor vehemente gusta más de anticipar el bien que ha de hacer por su amado; y por obligarte con esto á que tuvieses más tierna memoria suya, porque lo que los padres encomiendan á sus hijos cuando están cercanos á la muerte, suele quedar más impreso en la memoria de ellos. Para comprender mejor la excelencia de este bien que te hizo el Señor en este momento, pondera la necesidad imprescindible que tenías de un sacrificio poderoso y eficaz como este. No podías tú llenar los deberes y obligaciones que te ligan con Dios; no podías darle la gloria que le es debida, ni agradecerle cual conviene sus beneficios, ni aplacar su cólera indignada por tus pecados, ni obtener la remisión de ellos y las demás gracias que necesitas para tu salvación; y Jesucristo, por medio del sacrificio que en esta ocasión instituyó, suple ventajosa y abundantemente lo que te falta. Sus alabanzas agradan á Dios, y en ellas se complace; sus súplicas son eficaces para alcanzar cuanto convenga, y sus obsequios son poderosos para aplacar completamente al Señor. ¡Oh Padre amantísimo! Pues en tal hora quisisteis establecer este sacrificio y este memorial de vuestra Pasión y muerte, suplícoos que sepa aprovecharme de él, y recordar con gran memoria lo que por mí sufristeis, hasta que mi vida se acabe; si me olvidare de Vos, olvidada sea mi mano derecha; y mi lengua se pegue al paladar si de Vos no me acordare. ¡Oh alma fiel! No te olvides de este Señor que nunca se olvida de ti; ¿qué debes hacer para esto?

Epílogo y coloquios. Admirable sobre toda ponderación se presenta la conducta de Jesús en la institución del Santísimo Sacramento. Para esto no escoge aquel tiempo en que las turbas, entusiasmadas con sus palabras y milagros, le proclaman: «Bendito el que viene en el nombre del Señor». Ni tampoco aquellos días que, después de la resurrección, continuó conversando con sus Apóstoles, apareciéndoseles, y dándoles señales de su vida gloriosa. La noche que precedió á su Pasión, la víspera de su cruel

muerte, fué el momento afortunado en que Jesús hace á la humanidad el mayor bien que podía hacerle. ¡Qué amor! Disimula la ingratitud, y sólo piensa en hacer bien á su amado; todas las persecuciones y trabajos no bastan para disminuirle, ni mucho menos extinguirle. ¡Qué deseo tan vivo y vehemente de estar con los hombres! Ellos le arrojan cruelmente del mundo, y Él se queda milagrosamente en él. ¡Qué cuidado tan paternal tiene de sus discípulos! Siendo su Pasión una fuente de gracias y bendiciones, conviene que tengan alguna cosa que se la recuerde constantemente; no pudiendo ellos cumplir los deberes que tienen con Dios, les es indispensable un sacrificio eficaz, para que supla su debilidad é impotencia. Á todo esto atiende Jesús, y todo lo provee en la noche de su Pasión; instituye el divino Sacramento para que sea un recuerdo de su Pasión y un sacrificio perenne que aplaque á Dios, le dé gloria y le haga propicio. ¿Conoces ahora la infinita caridad de tu divino Maestro? ¿Cómo debieras corresponder á ella? ¿Cómo lo has verificado? ¿Deseas estar con Él, como Él desea estar contigo? ¿Qué provecho reportas de su Pasión y del sacrificio que instituyó para recordarla y aplicar el fruto de ella? ¡Ah! Si un vil mortal hubiese hecho por ti la milésima parte de lo que hizo Jesús, su memoria no se borraría de tu mente. Procura, pues, cambiar de proceder en orden á este divino Maestro y Padre. Propón, pide, suplica por ti y por el mundo.

19.—LUGAR Y COMPAÑÍA DE CRISTO AL INSTITUIR LA SANTA Eucaristía.

PRELUDIO 1.º Jesús instituyó el divino Sacramento en el cenáculo, en donde obró otros muchos misterios, acompañado de los Apóstoles.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo en este acto de su vida.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ser digno cenáculo de Cristo, adornado con las virtudes que Él desea hallar en las almas que le reciben.

Punto 1.º *El lugar de la institución es un salón bien adornado.*—Considera el lugar que escogió Jesucristo para instituir el divino Sacramento, y el misterio que en él está encerrado. Este lugar fué un cenáculo grande y bien aderezado, ofrecido por su dueño con muy buena voluntad, y aceptado por Jesucristo con grande benignidad, apropiándolo para sus obras maravillosas y misteriosas; porque en este mismo cenáculo se recogieron los Apóstoles con la Virgen después de la Pasión; allí se les apareció Cristo después de la resurrección; allí se recogieron en oración á esperar la venida del Espíritu Santo, y allí vino sobre ellos en lenguas de fuego, y de allí salieron á predicar la Ley evangélica. Pondera cómo este cenáculo figura principalmente la Iglesia católica, en la cual sola, y no fuera de ella, se puede comer este

Cordero, y recibir las gracias y dones que de él proceden. Pero también representa al alma que ha de recibir á Cristo, y en la cual ha de morar y residir por medio del Santísimo Sacramento. Por esta causa, este Señor, que tan amigo era de pobreza, y que ni tenía donde reclinar la cabeza, dispuso en esta ocasión de un cenáculo grande y bien adornado, para que entendieses que, para recibirle, tu alma ha de ser grande y muy capaz por los dones celestiales; ancha por la latitud de la caridad y amor de Dios y del prójimo; larga por la longanimidad de la esperanza, y adornada con todo género de virtudes, que son la tapicería de la casa en que Dios mora, porque, como está el cielo adornado con estrellas, así ha de estar el alma adornada con virtudes. Considerando todo esto, y viendo la falta absoluta que tienes de estos adornos celestiales, con gran clamor, fe y confianza se los has de pedir á Jesús, rogándole que, como Rey poderoso y riquísimo, prepare, por sí ó por sus ángeles, la casa de tu corazón en donde ha de hospedarse. ¡Oh Dios eterno! Pues os dignáis venir á esta pobre alma, mirad que de su cosecha es morada pequeña, corta, estrecha y sin adorno alguno; engrandecedla con vuestros dones, y ensanchadla con la caridad, dilatadla con la confianza, adornadla con las virtudes, inclinad esos cielos estrellados, y estampad en mí una viva figura de ellos, para que sea digna morada vuestra. ¿Merecemos nosotros ser morada de Jesús? ¿Poseemos las cualidades que Él desea?

Punto 2.° *Circunstancias del que cedió el cenáculo á Jesucristo.* — Considera cómo la persona á quien pidió Jesucristo el cenáculo para instituir en él la sagrada Eucaristía, era un hombre del cual no se declara su nombre, pero de tan buena voluntad, que al momento que los enviados de Jesús le manifestaron el deseo de su Maestro, lejos de poner excusa ni reparo, ni decir que necesitaba su casa para sus parientes ó amigos, les mostró inmediatamente y ofreció el mejor y más adornado salón de ella, poniéndolo al servicio de Jesús y de sus discípulos. En todo lo cual puedes ver lo mucho que estima Jesús una voluntad buena y pronta de recibirle, y el poco ó ningún caso que hace de las excelencias y grandezas del mundo, sin reparar en que sea pobre ó rico, noble ó plebeyo, letrado ó idiota el que le ha de recibir en su alma; sólo desea que le ofrezca lo que tiene, con una voluntad buena y devota, inspirada por Dios, consintiendo el hombre. Aprende de aquí á hacer poco caso de las cosas que el mundo aprecia como grandes y dignas de estimación, y mucho de lo que estima y aprueba Jesús, juzgando de las cosas, no según las máximas de los mundanos, sino según los ejemplos y enseñanzas de Jesucristo. Finalmente, has de ponderar cómo al entrar Jesucristo en el alma que dignamente le recibe, se la apropia y toma por suya, al modo que hizo en el cenáculo; la hace casa de oración muy levantada, la descubre sus sublimes misterios, y comunica

los dones del Espíritu Santo, y la hace salir á publicar sus grandezas para que ayude á los prójimos. ¡Dichoso tú si aciertas á ser cenáculo de Cristo, en quien se agrade, y en donde resida y obre sus misterios! ¿Posees esta voluntad buena, benigna y siempre dispuesta á someterse á la de Dios? ¿Qué caso haces de las grandezas, aplausos y honores del mundo? ¡Oh amabilísimo Jesús! Cierto es que no sois Vos aceptador de personas, sino que á todos comunicáis abundantemente vuestros dones, atendiendo, no á lo que el mundo atiende y venera, sino á la buena voluntad de serviros y amaros que halláis en vuestros amigos. Concededme, Señor, esta buena voluntad, y venid á este cenáculo de mi corazón, y tomadlo por vuestro, que de hoy más no quiero que sea mío.

Punto 3.° *Compañía que tuvo Cristo en la institución del Sacramento.* — En este punto has de considerar la compañía de personas que escogió Cristo nuestro Señor para instituir en su presencia el Santísimo Sacramento, y darles parte de él. Estos fueron los Apóstoles, entre los cuales, lo más probable es que estaba Judas, quien no había salido aún del cenáculo á dar el aviso á los pontífices y sacerdotes. Pondera cuán diferentemente estaban allí los once Apóstoles y este traidor; porque los once estaban presentes con el cuerpo y con el espíritu, con atención y reverencia, mirando y entendiendo lo que Cristo nuestro Señor hacía y decía, recibiendo aquella comida con grandísima devoción, y haciendo diferencia de ella á las otras; pero Judas estaba allí presente con sólo el cuerpo, porque con el espíritu estaba en sus malvadas pretensiones; y por esto, ni atendía ni entendía lo que Cristo estaba haciendo, y recibió aquel pan de vida sin hacer diferencia de él al pan ordinario, y así no le entró en provecho, antes se le convirtió en daño, y de allí salió para vender á su Maestro, y paró en muerte desastrada; cumpliéndose en él lo que después dijo el apóstol san Pablo, que quien comulga indignamente es culpable contra el cuerpo y sangre de Jesucristo, como si otra vez le entregara á sus enemigos. Por lo cual muchos caen enfermos, y se debilitan y aun mueren desastradamente; y así, por no hacer tal injuria á cuerpo tan venerable, has de procurar asistir á este convite, como los Apóstoles, con cuerpo y espíritu, con atención, reverencia y devoción, reparando en lo que Cristo hace por ti, y en lo que tú vas á hacer cuando le recibas, apartando el corazón, no solamente de las cosas malas, sino de otros negocios diversos, atendiendo, como dice el Sabio, á mirar lo que te ponen delante. ¡Oh Maestro soberano! Ya que os habéis dignado escogerme para vuestra escuela y para participar más de cerca y con mayor abundancia de vuestros misterios, yo os doy gracias con todo mi corazón por este tan singular beneficio, y os suplico que, escarmentando en la desgracia de Judas, me esfuerce en imitar la fe, atención y demás virtudes de los demás

Apóstoles, las cuales merecieron que este manjar les entrara en provecho.

Epílogo y coloquios. ¡Qué virtudes tan excelentes, qué adornos tan celestiales ha de tener el alma que se acerque á recibir á Jesucristo! Esto significó el Señor al disponer que el cenáculo que sirvió para la institución del divino Sacramento, fuese un salón grande, espacioso y muy adornado. Poco le importan las grandezas mundanas, ni se paga de lo que el mundo aprecia; por este motivo no quiso que se revelase el nombre del que voluntariamente lo cedió. Con el mismo gusto entra este Señor en el palacio del rey, que en la choza del pastor; le es indiferente que delante del mundo sea noble ó plebeyo el que le ha de recibir; lo único que desea y de que no puede prescindir es que tenga buena voluntad, que esté bien preparado y dispuesto con los adornos de las virtudes. Feliz tú, si tienes el alma así preparada, y deseas la visita de este divino Señor. Él vendrá á ti, tomará posesión de tu corazón, lo escogerá por su morada, se complacerá en obrar en él sus obras misteriosas, le llenará de las gracias y dones del Espíritu Santo, hasta que sea instrumento hábil para la santificación de los prójimos. Mas ¡ay de ti si, falto de estas disposiciones y manchado con culpas graves, te atrevieses á recibir al Señor! Vendrías á caer en la espantosa miseria de Judas, que en tal estado asistió á la institución del Sacramento divino, y en vez de comer la vida, tragó con él la muerte y condenación. Mira, pues, cómo está tu alma antes de recibir á Jesucristo; examina las disposiciones que le faltan; pruébate cuidadosamente, y para esto escudriña todos los rincones de tu corazón, y mira si abriga alguna afición desordenada, si alimenta alguna pasión indómita, si conserva alguna antipatía ó repugnancia opuesta á la caridad, y algo de esto si encuentras, con firmes propósitos y ardientes súplicas procura vencerte, rogando al mismo tiempo por los demás.

20.— GRANDEZAS QUE DESCUBRIÓ JESÚS EN LA CONSAGRACIÓN.

PRELUDIO 1.° Jesús, en la conversión maravillosa del pan en su cuerpo, descubrió su infinita sabiduría, omnipotencia y bondad.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús consagrando el pan y convirtiéndole en su cuerpo.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de comprender las grandezas de Jesús que brillan en esta obra.

Punto 1.° *En la consagración brilla la sabiduría de Jesucristo.*—Estando Jesucristo sentado á la mesa, tomó en sus benditas manos un pan de los que allí estaban, y diciendo: «Esto es mi cuerpo», en virtud de estas palabras, mudó la substancia del pan en la de su santísimo cuerpo. De suerte que lo que al principio de las palabras era verdadero pan, en el instante que

las acabó se convirtió en su verdadero cuerpo, cubierto con los accidentes exteriores de pan. En esta conversión brilla primeramente la infinita sabiduría de Jesucristo. Grande fué la sabiduría de este Señor en crear al mundo con tan rica y abundante variedad de seres, ordenados todos con tal primor y exactitud, que cada uno de ellos tiene su fin y destino peculiar en la escala del universo. Mayor sabiduría supone la invención de un medio por el cual el mundo fuese reparado con todo el rigor que exige la justicia divina, y con toda la generosidad que reclama su misericordia infinita, uniendo en una sola persona cosas tan extremas, como son Dios y hombre, con el fin de que esta persona padeciese como hombre y mereciese como Dios. Pero mayor sabiduría, si cabe, supone este divino misterio, porque ha hallado un medio cómo juntar á Dios hecho hombre con especies y accidentes de pan y vino en un sacramento para nuestro sustento. De donde debes sacar grandes afectos de admiración, gozo y alabanza, gozándote de tener un Dios tan sabio, y alabándole por estas admirables invenciones de su infinita sabiduría, y rindiendo tu juicio con actos de fe á lo que inventó con ella, pues no es mucho que el infinitamente sabio sepa hacer lo que tú no alcanzas á comprender. Y si para sustentar al hombre, tu Redentor ha sabido inventar un modo tan admirable, no dudes que su sabiduría infinita conoce perfectamente todo cuanto te pasa, y sabe también el modo eficaz de remediar tus males y de proporcionarte los bienes que te faltan. ¡Oh sapientísimo Jesús! En Vos están depositados los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios, y conocéis claramente todo cuanto hay en el hombre, y veis los medios por los cuales le habéis de hacer feliz; dadme alguna parte de tales tesoros, para que sepa conocer y estimar la merced que me habéis hecho, y siga siempre vuestra voluntad, agradeciéndola y aprovechándome de ella. ¿Admiramos nosotros la sabiduría de Jesús? ¿No creeremos lo que Él nos enseña?

Punto 2.° *En el Santísimo Sacramento brilla la divina omnipotencia.*—Considera cómo en la maravillosa conversión del pan en el cuerpo de Jesucristo brilla también de un modo sorprendente la omnipotencia de este Señor que tal prodigio obra. Porque con una sola palabra en un momento hace innumerables milagros, así en el pan como en su mismo cuerpo, para amasarlos y juntarlos para tu sustento. Pondera cómo, en un instante, muda y convierte este Señor la substancia del pan en su cuerpo, quedándose solos los accidentes de aquél, para encubrirle, y le dispone de tal modo, que todo Él está debajo de una cantidad muy pequeña de una hostia; de modo que todo está en toda y en cada parte de ella, sin que se divida el cuerpo, aunque se divida la hostia. Todo lo cual has de creer con viva fe, pues basta ser Dios omnipotente para creer que lo pudo hacer, y que lo hizo, pues lo dijo. Y si tan estupenda mudanza

obra para alimentarte y para darte fuerzas para alcanzar la gloria, debes esperar con toda seguridad y sin temor, que también podrá mudar y cambiar de tal modo tu corazón, que le trueque de pesado para las cosas de Dios en ligero para todo lo que exija el divino servicio, de flaco en fuerte, de tibio en fervoroso; y podrá también mudar todas las cosas que te rodean, si así te conviene para tu bien, y así podrá hacer que cesen tus tentaciones, que dejes de sentir la repugnancia para las cosas de virtud, que acaben de perseguirte los enemigos con sus ataques; por lo cual debes estar cierto que si estas gracias no te son concedidas, débese, sin duda, porque no conviene para tu bien. ¿Por qué dudas aún del poder de Jesús? ¿Cómo no acudes á Él con toda confianza? ¡Oh Jesús omnipotente! Al ver que para sustentar á un vil gusanillo como es el hombre, trastornáis el orden de la naturaleza, guisando con nuevo modo la disposición de vuestro cuerpo, para acomodarle á la pequeñez de vuestro esclavo, despiértase en mí una sólida confianza en vuestro poder. Trocadme, Señor, en otro varón, cambiad mis inclinaciones y deseos, á fin de que todo mi gusto y contento sea serviros y agradaros por todos los siglos.

Punto 3.º *En el divino Sacramento brilla la bondad de Jesús y su celo por la salvación de las almas.*—Considera cómo en este divino Sacramento se manifiesta y descubre no menos la infinita bondad y caridad de Cristo nuestro Señor con las mayores muestras que pudo dar de ella, para tu sustento. Porque así como el Padre Eterno mostró su bondad y caridad en dar al mundo para su remedio la cosa más preciosa que tenía, que era su divino Hijo, y con Él nos dió todas las cosas, para que fuese copiosa nuestra redención; así el Hijo de Dios mostró su bondad y caridad en darnos para nuestro sustento la cosa más preciosa que tenía, que era á sí mismo, y su precioso cuerpo con todo cuanto dentro de él estaba, como si un rey tuviera un cofre muy rico, lleno de grandes tesoros de oro y plata, perlas y joyas de inestimable valor, y dijese á uno: «Toma este cofre para ti», dándole el cofre, le da cuanto está dentro de él; así nuestro soberano Rey, dándote su cuerpo y carne santísima, te da también su sangre, su alma, su divinidad, y los tesoros de sus merecimientos y satisfacciones, para que goces de ellas, queriendo estar siempre contigo, y ser tu compañero, tu convite y regalador perpetuo. En todo lo cual resplandece también admirablemente el celo ferventísimo que tiene este Señor de tu salvación, inventando tal medio, para aplicarte Él mismo los frutos de su Pasión, de suerte que pueda ya decir: «El celo de tu casa me comió»; porque, no solamente me comió y consumió la honra, hacienda y vida, sino me hizo comedero, y que me dejase comer, para dar salud y vida á los que moran en mi casa. ¡Oh Amado mío! ¿Con qué podré responder á tanta bondad, caridad y celo como

mostráis en este Sacramento? Vos me dais lo mejor que tenéis; yo quiero daros lo mejor que tengo: Vos me dais á Vos mismo y á todas vuestras cosas; veisme aquí; yo os ofrezco á mí mismo y á todas mis cosas, mi cuerpo, mi alma, mi sangre y mi vida, y cuanto puedo tener ofrezco á vuestro servicio.

Epílogo y coloquios. ¡Cómo resplandecen las infinitas perfecciones de Jesús en la institución de la sagrada Eucaristía! Aquí brilla su divina sabiduría que, en la invención de este medio para sustentar al hombre, parece que ha llegado al supremo grado de lo que puede idear, pudiéndose decir que, siendo Jesús sapientísimo, no supo inventar una cosa más excelente. Brilla la omnipotencia que tiene en cuanto Dios, porque, siendo omnipotente, no pudo hacer cosa más grande. Brilla su inmensa caridad, porque nos da lo mejor que nos puede dar, y siendo riquísimo en misericordia, no le quedó otra cosa superior con la que nos enriqueciera. Brilla, en fin, el ardiente celo que siempre tuvo por la salvación de los hombres, obligándose perpetuamente á servirles de comida espiritual con que se sustenten, fortalezcan, y vayan creciendo hasta llegar á lo supremo de la perfección, pudiéndose decir, no ya solamente que el celo de la felicidad de los hombres le comió y devoró, sino que le convirtió en comida, para con ella alimentarlos y comunicarles sus cualidades. Ante tales prodigios de la inmensa bondad de tu Salvador, ¿qué debieras tú hacer? Si Él agota, por decirlo así, su sabiduría, omnipotencia y bondad para sustentarte, ¿por qué tú no empleas todas tus facultades para amarle y servirle? ¿Tu memoria para acordarte de Él? ¿Tu entendimiento para contemplar sus grandezas y perfecciones? ¿Tu vida entera para su servicio? Medita bien esta grave obligación que sobre ti pesa; y para cumplirla, forma los propósitos convenientes, dirige al Señor fervientes súplicas, y no olvides el pedir por todas las obligaciones y necesidades propias y ajenas.

21. — GENEROSIDAD DE JESÚS EN LA CONSAGRACIÓN.

PRELUDIO 1.º Jesucristo consagró el pan, diciendo: «Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros».

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús en este acto sublime.

PRELUDIO 3.º Pide luz para conocer la generosidad infinita de Jesús encerrada en estas palabras.

Punto 1.º *Jesús nos da su propio cuerpo, no una figura ó representación de él.*—Considera cómo Jesucristo, por medio de las palabras de la consagración, convirtió el pan en su propio cuerpo. Por este motivo, al consagrar, no dijo: «Esto es figura ó representación de mi cuerpo», sino «esto es mi cuerpo real y verdadero», para declarar la presencia real de su cuerpo santí-

obra para alimentarte y para darte fuerzas para alcanzar la gloria, debes esperar con toda seguridad y sin temor, que también podrá mudar y cambiar de tal modo tu corazón, que le trueque de pesado para las cosas de Dios en ligero para todo lo que exija el divino servicio, de flaco en fuerte, de tibio en fervoroso; y podrá también mudar todas las cosas que te rodean, si así te conviene para tu bien, y así podrá hacer que cesen tus tentaciones, que dejes de sentir la repugnancia para las cosas de virtud, que acaben de perseguirte los enemigos con sus ataques; por lo cual debes estar cierto que si estas gracias no te son concedidas, débese, sin duda, porque no conviene para tu bien. ¿Por qué dudas aún del poder de Jesús? ¿Cómo no acudes á Él con toda confianza? ¡Oh Jesús omnipotente! Al ver que para sustentar á un vil gusanillo como es el hombre, trastornáis el orden de la naturaleza, guisando con nuevo modo la disposición de vuestro cuerpo, para acomodarle á la pequeñez de vuestro esclavo, despiértase en mí una sólida confianza en vuestro poder. Trocadme, Señor, en otro varón, cambiad mis inclinaciones y deseos, á fin de que todo mi gusto y contento sea serviros y agradaros por todos los siglos.

Punto 3.° *En el divino Sacramento brilla la bondad de Jesús y su celo por la salvación de las almas.*—Considera cómo en este divino Sacramento se manifiesta y descubre no menos la infinita bondad y caridad de Cristo nuestro Señor con las mayores muestras que pudo dar de ella, para tu sustento. Porque así como el Padre Eterno mostró su bondad y caridad en dar al mundo para su remedio la cosa más preciosa que tenía, que era su divino Hijo, y con Él nos dió todas las cosas, para que fuese copiosa nuestra redención; así el Hijo de Dios mostró su bondad y caridad en darnos para nuestro sustento la cosa más preciosa que tenía, que era á sí mismo, y su precioso cuerpo con todo cuanto dentro de él estaba, como si un rey tuviera un cofre muy rico, lleno de grandes tesoros de oro y plata, perlas y joyas de inestimable valor, y dijese á uno: «Toma este cofre para ti», dándole el cofre, le da cuanto está dentro de él; así nuestro soberano Rey, dándote su cuerpo y carne santísima, te da también su sangre, su alma, su divinidad, y los tesoros de sus merecimientos y satisfacciones, para que goces de ellas, queriendo estar siempre contigo, y ser tu compañero, tu convite y regalador perpetuo. En todo lo cual resplandece también admirablemente el celo ferventísimo que tiene este Señor de tu salvación, inventando tal medio, para aplicarte Él mismo los frutos de su Pasión, de suerte que pueda ya decir: «El celo de tu casa me comió»; porque, no solamente me comió y consumió la honra, hacienda y vida, sino me hizo comedero, y que me dejase comer, para dar salud y vida á los que moran en mi casa. ¡Oh Amado mío! ¿Con qué podré responder á tanta bondad, caridad y celo como

mostráis en este Sacramento? Vos me dais lo mejor que tenéis; yo quiero daros lo mejor que tengo: Vos me dais á Vos mismo y á todas vuestras cosas; veisme aquí; yo os ofrezco á mí mismo y á todas mis cosas, mi cuerpo, mi alma, mi sangre y mi vida, y cuanto puedo tener ofrezco á vuestro servicio.

Epílogo y coloquios. ¡Cómo resplandecen las infinitas perfecciones de Jesús en la institución de la sagrada Eucaristía! Aquí brilla su divina sabiduría que, en la invención de este medio para sustentar al hombre, parece que ha llegado al supremo grado de lo que puede idear, pudiéndose decir que, siendo Jesús sapientísimo, no supo inventar una cosa más excelente. Brilla la omnipotencia que tiene en cuanto Dios, porque, siendo omnipotente, no pudo hacer cosa más grande. Brilla su inmensa caridad, porque nos da lo mejor que nos puede dar, y siendo riquísimo en misericordia, no le quedó otra cosa superior con la que nos enriqueciera. Brilla, en fin, el ardiente celo que siempre tuvo por la salvación de los hombres, obligándose perpetuamente á servirles de comida espiritual con que se sustenten, fortalezcan, y vayan creciendo hasta llegar á lo supremo de la perfección, pudiéndose decir, no ya solamente que el celo de la felicidad de los hombres le comió y devoró, sino que le convirtió en comida, para con ella alimentarlos y comunicarles sus cualidades. Ante tales prodigios de la inmensa bondad de tu Salvador, ¿qué debieras tú hacer? Si Él agota, por decirlo así, su sabiduría, omnipotencia y bondad para sustentarte. ¿por qué tú no empleas todas tus facultades para amarle y servirle? ¿Tu memoria para acordarte de Él? ¿Tu entendimiento para contemplar sus grandezas y perfecciones? ¿Tu vida entera para su servicio? Medita bien esta grave obligación que sobre ti pesa; y para cumplirla, forma los propósitos convenientes, dirige al Señor fervientes súplicas, y no olvides el pedir por todas las obligaciones y necesidades propias y ajenas.

21. — GENEROSIDAD DE JESÚS EN LA CONSAGRACIÓN.

PRELUDIO 1.° Jesucristo consagró el pan, diciendo: «Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros».

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús en este acto sublime.

PRELUDIO 3.° Pide luz para conocer la generosidad infinita de Jesús encerrada en estas palabras.

Punto 1.° *Jesús nos da su propio cuerpo, no una figura ó representación de él.*—Considera cómo Jesucristo, por medio de las palabras de la consagración, convirtió el pan en su propio cuerpo. Por este motivo, al consagrar, no dijo: «Esto es figura ó representación de mi cuerpo», sino «esto es mi cuerpo real y verdadero», para declarar la presencia real de su cuerpo santí-

simo, y dar muestras excelentísimas de su misericordia y providencia paternal. Porque en realidad de verdad, para lo que es santificar y sustentar al hombre espiritualmente, bastara que este Sacramento fuera puro pan, en cuanto representaba á Cristo, así como agua pura en el bautismo nos lava y santifica; pero la infinita caridad de Cristo no se contentó con esto, sino quiso Él mismo, por su propio cuerpo y por su propia persona, estar en este Sacramento, y santificarte, para manifestación del amor que te tenía, y del cuidado con que tomaba tu regalo y sustento; porque lo que uno hace por sí mismo, hácelo con mayor amor, con más compasión y con más diligencia y providencia, como la madre que estima y ama mucho á su hijo, no consiente que otra ama le crie, ni quiere que sea sustentado con leche ajena, sino ella misma le cría con leche de sus pechos, y se los da muy tierna y amorosamente, con muy gran cuidado y compasión de su necesidad. De este modo, y por este motivo, ha querido quedarse Jesús personalmente en el Santísimo Sacramento, obligándote á que le correspondas con la ternura y amor de un hijo, teniendo todo tu consuelo y contento en estar con Él, anteponiéndole á todo el mundo y sintiendo vivamente el haberte apartado de Él con el pecado, y haciendo mil protestas y promesas que jamás le has de abandonar. ¡Oh Padre amantísimo! ¡Oh Madre y ama mía piadosísima! ¿Cómo no me deshago en serviros con amor, haciendo por Vos lo que Vos hacéis por mí? No me contentaré ya con sólo hacer lo que me mandáis, sino que lo haré de tal modo, que cumpla perfectamente lo que me aconsejáis. Loco, insensato y criminal he sido las veces que os ofendí; quisiera borrar con mi sangre todos mis pecados, viendo que con vuestra carne venís á fortalecer mis debilidades y flaquezas. ¡Oh alma mía! Admira la bondad y ternura de Jesús. ¿No corresponderás á ella?

Punto 2.º *Jesús nos da todo su cuerpo, no una parte de él.*—Considera cómo Jesucristo, por medio de las palabras de la consagración, puso todo su cuerpo entero en toda la hostia y en cada parte de ella. Y así, no dijo: «Esto es parte de mi cuerpo ó de mi carne», sino «este es mi cuerpo todo entero y perfecto». Cierto es que cualquiera partecica de su carne bastara para santificarte; pero quiso poner allí su cuerpo entero [1], su cabeza, ojos, oídos, boca, lengua, pecho, corazón, manos y pies, para significar que con sus miembros sacratísimos quería santificar todos los miembros del que le recibe, y sanar á todo el hombre entero. Con sus ojos quiere santificar los tuyos, con su corazón el tuyo, con sus manos las tuyas, á la manera que el profeta Elíseo, para resucitar al niño difunto, se encogió y juntó sus ojos, boca y manos con las del niño, y así le dió vida.

[1] Véase la nota de la meditación 11, pág. 939.

Por esto, cuando te acerques á recibirle ó á visitarle, recordando esta verdad, has de presentar á Jesús las faltas, debilidades y necesidades de todos tus miembros y sentidos, pidiéndole que Él mismo, con los suyos, los remedie, al modo que, cuando un médico se llega á visitar á un enfermo, éste le hace la relación de toda su enfermedad. Dile que mire tus ojos, tan sueltos para mirar lo que no deben, y tan rebeldes para sujetarse á las leyes de la modestia religiosa, y que con los suyos los santifique; que mire tus oídos, tan abiertos para todo lo que es vanidad y sensualidad, y tan duros para escuchar los sermones, correcciones y avisos, y que con los suyos los corrija; que mire tu lengua tan amiga de parlerías, murmuraciones y vanidades, y tan torpe para la oración y confesión de sus propias faltas, y que por la santidad de la suya, la mejore y perfeccione. Así debes ir recorriendo el corazón, las manos y pies, y demás potencias y sentidos. ¡Oh dulce Jesús! Pues os habéis encogido tanto en este Sacramento para dar vida á mi alma, libradla por vuestros sentidos de la muerte que le entra por los suyos. Abrid vuestro pecho y dilatad vuestro corazón, y metedme dentro de él, para que todo me encienda y abrase en el fuego de vuestro amor. Admirado os contemplo en ese Sacramento, y os suplico santifiquéis mi alma con sus potencias, y mi cuerpo con todos sus miembros, porque no es justo que, siendo tan pecador como soy, haya de ser morada del Dios de la santidad.

Punto 3.º *Jesús en el Sacramento nos da aquel cuerpo que se entregó á la muerte por nosotros.*—Considera en este punto la última palabra de la consagración, en la que dice Jesús de su cuerpo, «que se da, ó se entregará por vosotros». Con ella se da manifiestamente á entender que allí está aquel mismo cuerpo, que había de ser vendido y entregado á la muerte por ti, y que Él mismo se entregaba para ser comido de ti, y uno y otro efecto proceden del mismo amor que este Señor te profesa. Porque te amó, se dió á sí mismo por comida de tu alma; y porque te amó, se entregó á sí mismo por precio de tu rescate y por Hostia expiatoria de tus pecados. Considera, pues, en el cuerpo glorioso de Jesús, que está en el divino Sacramento, las señales de las cinco llagas y de la corona de espinas que quedaron grabadas é impresas en Él después de la resurrección, y recorriéndolas todas, has de despertar fervorosos afectos de amor de Dios, dolor de pecados, confianza en la divina misericordia, y propósito firmísimo de no ofender á un Señor que tanto ha hecho y sufrido por ti. Mira que, comiendo á la mesa de un Dios crucificado, y alimentándote de un manjar que, aunque es vivo, ha sido antes muerto para ti, no es justo que busques con afán los deleites y contentos de la carne, sino que has de llevar impresas también en tu corazón y en tu cuerpo las llagas de tu dulcísimo Señor, á fin de que en ti se manifieste la vida de Jesús, como

dice san Pablo; y así, has de abrazarte con la penitencia y mortificación, crucificando tu carne con sus concupiscencias y pasiones desordenadas. ¡Oh cuerpo santísimo de mi Salvador, que fuiste en la cruz traspasado con clavos y lanza, recibiendo cinco llagas muy crueles, y ahora estás en el cielo y en este Sacramento con las mismas muy resplandecientes! Yo te adoro, alabo y glorifico, y te suplico por esas llagas que cures las mías, y por los dolores que por ellas padeciste, me des amor á la mortificación y penitencia, y así me disponga para subir á la gloria. ¡Oh alma devota! Mira con los ojos de la fe las llagas de Jesús que está en el Sacramento. ¿No oyes cómo por ellas, como por otras tantas bocas, te predica el amor de Dios, la obediencia y demás virtudes?

Epílogo y coloquios. ¡Oh! ¡Quién no se admira del amor de Jesucristo! Ya que deseaba alimentarnos por medio de un Sacramento, hubiera bastado, sin duda, que sólo hubiese sido una figura ó representación de su cuerpo, á lo menos para causar en nosotros este efecto y resultado. Mas no quedaba satisfecho el amor de Jesús, y así quiso quedarse Él mismo real y verdaderamente en este Sacramento, á fin de no fiar á otro el cuidar de nuestro sustento, regalo y vida. ¡Oh amor verdaderamente divino! Si se hubiera á lo menos contentado con distribuir su cuerpo entre sus discípulos, dando una partecica á cada uno, con esto ya cumplía su deseo de alimentarnos por sí mismo; y ciertamente que la más insignificante partícula hubiera bastado para nuestra completa sustentación; pero tampoco llenaba esto los deseos de Jesús, y así quiso quedarse, á modo de substancia, estando Él en toda la Hostia y en cada parte de la misma, de modo que si comes un solo fragmento de ella, recibes ya á todo Cristo; á aquel mismo que por tu amor quiso ser vendido por su ingrato discípulo, entregado á la muerte, y puesto en una cruz, y que, después de muerto, resucitó con las señales de las cinco llagas, las cuales conserva aún en el cuerpo glorioso que ha querido dejar en este Sacramento. Fija los ojos de la fe en este divino manjar; habla con Jesús, desahogando tu corazón en fervorosos afectos, acompañándolos de aquellos propósitos que de ti exigen el amor que Jesús te profesa y la correspondencia que tú le debes. No olvides el pedir confiadamente todo cuanto pretendas alcanzar para ti y para todos aquellos que se han encomendado á tus oraciones.

22.—COMUNIÓN DE JESÚS Y DE LOS APÓSTOLES.

PRELUDIO 1.° Jesús dió la comunión á los Apóstoles, y se comulgó á sí mismo.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús con la sagrada forma en sus divinas manos distribuyéndola á sus discípulos.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar la reverencia y devoción de los Apóstoles en esta su primera comunión, y sobre todo la de Jesús.

Punto 1.° *Reverencia y devoción de los Apóstoles en esta su primera comunión.*—Cristo nuestro Señor, después de haber consagrado el Santísimo Sacramento, lo distribuyó á sus Apóstoles, para que le comiesen, y ellos, con la más profunda reverencia y con devoción altísima, tomaron aquel benditísimo pan y le comieron. Considera cómo el divino Maestro haría en este momento otro milagro de su omnipotencia en los entendimientos y corazones de aquellos rudos pescadores y discípulos imperfectos, ilustrándolos con una lumbre extraordinaria, para que, con viva fe, certísimamente creyesen que lo que estaba bajo de aquellas apariencias de pan, era el mismo cuerpo de Jesucristo. Iluminados con tal resplandor de luz divina, se encogerían humildemente y temblarían de tomar en sus manos aquel celestial manjar; pero, animados con las palabras del Salvador, lo llegarían á sus labios, lo besarían con ternura y lo comerían, por una parte temblando de respeto, y por otra gozándose con amor, por meterlo dentro de sus entrañas. Pondera aquí también cuán grande fué la dicha que tuvieron los sagrados Apóstoles de poder recibir los primeros á Jesús sacramentado; con qué emulación santa les mirarían los ángeles que estaban en el cielo y los que no se separaban nunca de la compañía del Hijo de Dios para asistirle y servirle; por cuán dichosos se tendrían ellos con haber comido este alimento celestial, y cómo no envidiarían la suerte de sus padres que habían comido el maná en el desierto; cómo se mirarían unos á otros sin decir una sola palabra, estando sus espíritus embargados en la contemplación de las palabras y acciones de su Maestro y de aquel pan vivo que delante de sí tenían. ¡Oh Apóstoles sagrados! ¿Qué pasaba por vuestro corazón cuando resonaban en vuestros oídos las divinas expresiones de Jesús, y cuando vuestros entendimientos se hallaban inundados con la abundancia de la luz celestial, que os descubrió la grandeza de aquel misterio de amor? ¡Qué reverencia tan profunda sentiríais! ¡Qué amor tan vivo! ¡Qué deseo tan intenso! ¡Qué devoción tan ardiente! Suplicad á vuestro Maestro y mío me dé el santo amor y temor con que comulgasteis, para que le reciba con el provecho con que le recibisteis.

Punto 2.° *Dulzura y afectos maravillosos de los Apóstoles al recibir á Jesús.*—Considera aquí la grande dulzura y afectos maravillosos que sintieron los Apóstoles en aquella primera

comunión; los cuales sin duda fueron tan excelentes, que por ellos conocieron la excelencia y dignidad infinita de aquel divino manjar, probando por experiencia la diferencia del sabor y gusto de aquel divino pan, al que poco antes habían comido. Sólo el desventurado Judas no halló sabor en esta comida, porque la tomó sin fe, sin devoción ni reverencia. Para sentir más esto, puedes piamente discurrir por los once Apóstoles, ponderando el modo cómo comulgaban. San Pedro avivaría allí su fe, diciendo á lo que estaba encerrado en aquel pan: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo». Y Cristo nuestro Señor le pudo interiormente responder: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te lo ha revelado carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Y cuando Cristo nuestro Señor le diese el pan consagrado, con esta viva fe, llena de reverencia, diría dentro de sí: «Apártate de mí, Señor, que soy un gran pecador»; pero por obedecer, le tomaría y comería. En san Juan puedes considerar cómo avivaría los afectos de amor, viendo que su Maestro, no solamente le pegaba consigo, sino que se quería entrar en su propio corazón; y quedó tan absorto y con tanto éxtasis de este excesivo amor, que, acabada esta cena mística, se reclinó sobre su divino pecho, durmiendo el dulcísimo sueño de la contemplación. ¡Oh! ¡Quién pudiera tener tal fe como Pedro, y tal amor y caridad como Juan, para recibir con ellos á mi Señor! ¡Oh! ¡cuán bien les pagó el Señor el trabajo que tuvieron en aparejar la cena del cordero, porque, como á más queridos y fervorosos, les daría mejorada la ración! ¡Oh Apóstoles gloriosos! Alcanzadme este espíritu con que comulgasteis, para que goce también de la dulzura de que gozasteis. ¡Oh alma mía! Estudia en estos fervientes discípulos y aprende el modo de llegarte dignamente á la santa comunión. ¿Avivas para esto tu fe? ¿Enciendes en ti la llama del amor?

Punto 3.º *Jesús se comulgó á sí mismo.*—Considera en este punto cómo Cristo nuestro Señor, según dicen comúnmente los santos, tomando un bocado de aquel pan, se comulgó á sí mismo. Esto hizo primeramente para animar á los Apóstoles á que no temiesen recibir aquel pan vivo, viéndole á Él que le tomaba; porque tal debía de ser el temor santo de ellos, viendo con los ojos de la fe muy esclarecida por la lumbre extraordinaria, que habían de recibir al mismo Jesús bajo las especies de pan, que con dificultad se hubieran atrevido á comerle, si no se hubiese anticipado en esto Jesús. El cual les enseñó, al mismo tiempo, de un modo práctico la reverencia, devoción y modestia con que debían comerle, haciendo grande diferencia entre este pan y el otro que anteriormente habían comido. Demás de esto, quiso el Señor en esta ocasión proceder del mismo modo que se había conducido en todos los acontecimientos de su vida, enseñando antes con el ejemplo lo que después había de imponer como un precepto, predicando con la obra primero que con la palabra, y,

así como quiso ser bautizado antes de dar el bautismo á otros, así quiso comulgarse á sí antes de dar la comunión á otros. ¡Oh, qué reverencia y devoción tan grande mostraría exteriormente, cuando llegaba aquel bocado á su boca, mirando la divinidad que estaba junta con la carne que allí recibía! ¡Oh, qué nuevos júbilos de alegría brotarían de su ánima santísima, al tiempo que se comió á sí mismo, por el grande gozo que se le acrecentó de haber instituido tan admirable Sacramento! Mira tú en este perfectísimo dechado cuantas veces hayas de acercarte á este sagrado convite; contempla la reverencia, devoción y amor de Jesús, y esfuérzate en imitar estas disposiciones. ¡Oh dulce Jesús! ¡Quién pudiera recibiros con el amor y reverencia con que Vos os recibisteis, imitándola en el modo que puede ser imitada! Esta, Dios mío, os ofrezco por la que á mí me falta, y por ella os suplico me deis la mayor parte que fuere posible, pues toda será muy debida á tan soberana Majestad. ¡Oh cristiano! Mira el modo cómo comulga tu divino Maestro. ¿Deseas imitar las disposiciones interiores y exteriores con que hace este solemnísimo acto? ¿Qué propósitos te convienen?

Epílogo y coloquios.—¡Qué día tan memorable, qué momento tan precioso fué para los Apóstoles y para todo el mundo aquel en que Jesús instituyó el Santísimo Sacramento! Los Apóstoles fueron los primeros que lograron la dicha de sustentarse de este sagrado manjar. ¡Con qué reverencia y devoción lo tomarían! Jesucristo, que acababa de hacer una mudanza tan milagrosa en la substancia del pan, convirtiéndola en la de su sacratísimo cuerpo, hizo otra no menos portentosa en los entendimientos de sus ignorantes discípulos, comunicándoles una luz tan nueva, que conocieron el misterio obrado en aquel pan divino que el Señor les ofrecía, cambiándolos de ignorantes en sabios, de incrédulos en fieles, de duros en dóciles á sus enseñanzas. Y al ver los Apóstoles que su mismo Maestro que tenían delante de sí, velado bajo las especies de pan, quería entrar en su corazón, sintieron nacer en su espíritu vivísimos sentimientos de reverencia, devoción, amor, confianza, dolor de los pecados y humildad profunda. Con estos afectos recibieron aquella divina comida, animados con el ejemplo de su santo Maestro, que quiso antes que ellos comer su propio cuerpo. ¡Oh, si tú, al acercarte á la sagrada comunión, supieras apropiarte los afectos santos que embargaban los ánimos de los discípulos del Señor en esta ocasión! Si llegaras á imitar el modo cómo Jesús se comulgó á sí mismo; aquella profunda reverencia que tenía á la divinidad escondida en aquel pan consagrado; aquel santo fervor con que le introdujo en su mismo pecho. Por desgracia, en lugar de tales afectos, tu mente se halla distraída, tu corazón frío, tu imaginación estérilmente ocupada. ¡Ah! ¡Si recibieras la visita de Jesús, cuando menos de aquel modo con que recibes la de un personaje

distinguido! Suple con humilde confusión lo que te falta de devoción y amor; haz propósitos de reformarte en esto, y para alcanzarlo, pide la gracia que necesites, y ruega por todas tus obligaciones y por las de todos aquellos que te han recomendado.

23. — CONSAGRACIÓN DEL CÁLIZ.

PRELUDIO 1.º Después de la consagración del pan, Jesús consagró el vino, convirtiéndole en su preciosísima sangre.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo consagrando el cáliz.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer las grandezas encerradas en el cáliz de la sangre de Jesucristo.

Punto 1.º *El cáliz consagrado muestra la infinita caridad y omnipotencia de Cristo.*— Considera cómo Jesucristo, después de la consagración del pan, tomó en sus manos un cáliz de vino y convirtiólo en su sangre, diciendo: «Este es el cáliz de mi sangre, del nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada, en remisión de los pecados». En las cuales palabras resplandecen primeramente la infinita caridad, liberalidad y omnipotencia del Señor, el cual quiso poner toda su sangre, sin dejar una sola gota en el cáliz, para nuestro regalo y sustento. Bastara, sin duda, para nuestra santificación que en el cáliz estuviera tanta cantidad de sangre cuanta era la del vino, ó una sola gota de ella; pero no quiere sino que esté allí toda la sangre de sus venas, la que entonces tenía, y ahora tiene en su cabeza, corazón y brazos, y en todo su cuerpo, dándonosla toda generosamente, sin dejar nada, mostrando en esto su amor y largueza, y convidándonos para que nosotros también le demos toda nuestra sangre, si fuese menester, para su servicio. Mas, no se satisfizo con esto la caridad del Señor, porque, no sólo quiso darte la sangre, sino la vasija preciosísima en que está. Como si un príncipe convidase á beber con un excelente vino en una taza sembrada de piedras muy preciosas, y dijese: «Toma el vino y también la taza», así este divino Señor te da su preciosa sangre y también la copa ó vaso en que está, que es sus venas, su carne y cuerpo santísimo, con su ánima y divinidad, para que todo sea tu comida y bebida. Pero, para la atención en la palabra *mei*, de la sangre mía, no ajena, sino propia; en la cual se ve su caridad, bien diferente de la de los reyes de la tierra, los cuales beben la sangre ajena de sus vasallos, y de ella hacen liberalidades, y á costa de ella defienden sus tierras, y conquistan las ajenas; pero Cristo nuestro Señor con su sangre preciosa da de beber á sus vasallos, de ella hace franquezas y liberalidades, y con ella gana tesoros y reinos para ellos. ¡Oh Rey soberano, no tirano, sino Padre, y Padre amantísimo, que con la sangre de vuestras venas dais la vida y sustento á vuestros vasallos é hijos, para que todos seamos

de vuestra real sangre, haciéndonos, como dice san Pedro, «linaje escogido, real sacerdocio, gente santa»! ¡Oh! ¡Si todo el pueblo cristiano conociera su linaje y sangre, y se preciase de ella, bebiendo vuestras santas y generosas virtudes! ¡Oh! ¡Si á lo menos reconociera y agradeciera yo vuestras infinitas misericordias! ¿Qué os daré, Señor, en retorno de tales y tantos beneficios?

Punto 2.º *Jesús, con su sangre, confirmó su nuevo Testamento.*—En este punto puedes considerar cómo Jesús llamó al cáliz de su sangre el nuevo Testamento, porque con ella quiso confirmar las promesas y legados que en él hizo á los hombres. Pondera la excelencia del nuevo Testamento sobre el viejo, porque éste estribaba en sangre de animales, en cuanto figuraban la sangre de Cristo; pero el nuevo estriba en la misma sangre de Cristo, en la cual está fundado, establecido y confirmado. Jesucristo, en la noche de la Pasión, hizo su Testamento con muchos legados y promesas de infinito valor, porque abrazan todos los tesoros de gracia y gloria que tiene Dios, para repartir con sus escogidos. En este Testamento te prometió perdón de los pecados y, por consiguiente, de las penas merecidas por ellos. Prometió también la gracia y adopción de hijos de Dios, con la caridad y todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, y la herencia del cielo, que es la eterna bienaventuranza; y que oiría tus oraciones, y asistiría contigo á tus trabajos, para ayudarte en tus obras. Y de todas estas promesas y legados quiso que esta sangre fuese la firmeza, prendas, arras, escritura y carta de privilegio, por la cual has de cobrar lo que Cristo te ganó, y lo que te prometió y dejó por legado en su Testamento. Demás de esto, en el mismo Testamento te dejó Cristo nuestro Señor grandes avisos y consejos, el nuevo mandato del amor de unos con otros, la observancia de sus preceptos, y lo que pertenece á las obras de humildad, paciencia y perfección cristiana. Para todo esto vale la sangre de este cáliz, y por ella alcanzas fuerzas para cumplirlo, procurando, como dicen, tener sangre en el ojo, y preciarte de ser siempre valeroso en su servicio. Teniendo todo esto presente, cuando dices misa, ó la oyes, ó comulgas, has de ofrecer confiadísimamente esta sangre al Padre eterno, para alcanzarlo. ¡Oh Padre eterno! La sangre de este cáliz preciosísimo os ofrezco y presento como escritura y señal del testamento de vuestro Hijo, en el cual me prometió que me daríais lo que pidiese; y pues Vos sois el testamentario, cumplid en mí su testamento, concediéndome lo que os pido. Dadme vuestra gracia copiosa, que borre mis pecados y me llene de virtudes; vuestra fortaleza, que me ayude á seguir los consejos que me dió vuestro Hijo, hasta la muerte. ¡Oh alma devota! Teniendo esta sangre divina que clama misericordia, ¿desconfiarás de poder alcanzarla? ¿No te aprovecharás de su eficacia?

Punto 3.º *La sangre de Cristo es la que nos lava de los*

distinguido! Suple con humilde confusión lo que te falta de devoción y amor; haz propósitos de reformarte en esto, y para alcanzarlo, pide la gracia que necesites, y ruega por todas tus obligaciones y por las de todos aquellos que te han recomendado.

23. — CONSAGRACIÓN DEL CÁLIZ.

PRELUDIO 1.º Después de la consagración del pan, Jesús consagró el vino, convirtiéndole en su preciosísima sangre.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo consagrando el cáliz.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer las grandezas encerradas en el cáliz de la sangre de Jesucristo.

Punto 1.º *El cáliz consagrado muestra la infinita caridad y omnipotencia de Cristo.*— Considera cómo Jesucristo, después de la consagración del pan, tomó en sus manos un cáliz de vino y convirtiólo en su sangre, diciendo: «Este es el cáliz de mi sangre, del nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada, en remisión de los pecados». En las cuales palabras resplandecen primeramente la infinita caridad, liberalidad y omnipotencia del Señor, el cual quiso poner toda su sangre, sin dejar una sola gota en el cáliz, para nuestro regalo y sustento. Bastara, sin duda, para nuestra santificación que en el cáliz estuviera tanta cantidad de sangre cuanta era la del vino, ó una sola gota de ella; pero no quiere sino que esté allí toda la sangre de sus venas, la que entonces tenía, y ahora tiene en su cabeza, corazón y brazos, y en todo su cuerpo, dándonosla toda generosamente, sin dejar nada, mostrando en esto su amor y largueza, y convidándonos para que nosotros también le demos toda nuestra sangre, si fuese menester, para su servicio. Mas, no se satisfizo con esto la caridad del Señor, porque, no sólo quiso darte la sangre, sino la vasija preciosísima en que está. Como si un príncipe convidase á beber con un excelente vino en una taza sembrada de piedras muy preciosas, y dijese: «Toma el vino y también la taza», así este divino Señor te da su preciosa sangre y también la copa ó vaso en que está, que es sus venas, su carne y cuerpo santísimo, con su ánima y divinidad, para que todo sea tu comida y bebida. Pero, para la atención en la palabra *mei*, de la sangre mía, no ajena, sino propia; en la cual se ve su caridad, bien diferente de la de los reyes de la tierra, los cuales beben la sangre ajena de sus vasallos, y de ella hacen liberalidades, y á costa de ella defienden sus tierras, y conquistan las ajenas; pero Cristo nuestro Señor con su sangre preciosa da de beber á sus vasallos, de ella hace franquezas y liberalidades, y con ella gana tesoros y reinos para ellos. ¡Oh Rey soberano, no tirano, sino Padre, y Padre amantísimo, que con la sangre de vuestras venas dais la vida y sustento á vuestros vasallos é hijos, para que todos seamos

de vuestra real sangre, haciéndonos, como dice san Pedro, «linaje escogido, real sacerdocio, gente santa»! ¡Oh! ¡Si todo el pueblo cristiano conociera su linaje y sangre, y se preciase de ella, bebiendo vuestras santas y generosas virtudes! ¡Oh! ¡Si á lo menos reconociera y agradeciera yo vuestras infinitas misericordias! ¿Qué os daré, Señor, en retorno de tales y tantos beneficios?

Punto 2.º *Jesús, con su sangre, confirmó su nuevo Testamento.*—En este punto puedes considerar cómo Jesús llamó al cáliz de su sangre el nuevo Testamento, porque con ella quiso confirmar las promesas y legados que en él hizo á los hombres. Pondera la excelencia del nuevo Testamento sobre el viejo, porque éste estribaba en sangre de animales, en cuanto figuraban la sangre de Cristo; pero el nuevo estriba en la misma sangre de Cristo, en la cual está fundado, establecido y confirmado. Jesucristo, en la noche de la Pasión, hizo su Testamento con muchos legados y promesas de infinito valor, porque abrazan todos los tesoros de gracia y gloria que tiene Dios, para repartir con sus escogidos. En este Testamento te prometió perdón de los pecados y, por consiguiente, de las penas merecidas por ellos. Prometió también la gracia y adopción de hijos de Dios, con la caridad y todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, y la herencia del cielo, que es la eterna bienaventuranza; y que oiría tus oraciones, y asistiría contigo á tus trabajos, para ayudarte en tus obras. Y de todas estas promesas y legados quiso que esta sangre fuese la firmeza, prendas, arras, escritura y carta de privilegio, por la cual has de cobrar lo que Cristo te ganó, y lo que te prometió y dejó por legado en su Testamento. Demás de esto, en el mismo Testamento te dejó Cristo nuestro Señor grandes avisos y consejos, el nuevo mandato del amor de unos con otros, la observancia de sus preceptos, y lo que pertenece á las obras de humildad, paciencia y perfección cristiana. Para todo esto vale la sangre de este cáliz, y por ella alcanzas fuerzas para cumplirlo, procurando, como dicen, tener sangre en el ojo, y preciarte de ser siempre valeroso en su servicio. Teniendo todo esto presente, cuando dices misa, ó la oyes, ó comulgas, has de ofrecer confiadísimamente esta sangre al Padre eterno, para alcanzarlo. ¡Oh Padre eterno! La sangre de este cáliz preciosísimo os ofrezco y presento como escritura y señal del testamento de vuestro Hijo, en el cual me prometió que me daríais lo que pidiese; y pues Vos sois el testamentario, cumplid en mí su testamento, concediéndome lo que os pido. Dadme vuestra gracia copiosa, que borre mis pecados y me llene de virtudes; vuestra fortaleza, que me ayude á seguir los consejos que me dió vuestro Hijo, hasta la muerte. ¡Oh alma devota! Teniendo esta sangre divina que clama misericordia, ¿desconfiarás de poder alcanzarla? ¿No te aprovecharás de su eficacia?

Punto 3.º *La sangre de Cristo es la que nos lava de los*

pecados.—Considera en este punto lo que Cristo nuestro Señor dijo de su sangre á los Apóstoles, esto es, que por ellos y por muchos se derramaría en remisión de los pecados. Dice que será derramada por ellos, para moverlos á compasión y dolor, y también á grande amor y agradecimiento, como quien dice: «Mirad que os doy la misma sangre que tengo de derramar con graves dolores, no por mi causa, sino por la vuestra y por vuestro remedio. Compadeceos de Mí que la derramo, y amadme, pues tal es mi amor». Y como dijo aquella palabra, «por vosotros», porque hablaba con muchos, pudiera decir á cada uno: «Esta es la sangre que derramo por ti», y así puedes imaginar que te lo dice. Demás de esto, dice que será derramada por muchos, esto es, por todos los hombres del mundo cuanto á la suficiencia, y por muchos, cuanto á la eficacia y fruto que de ella sacarán. Y en este cáliz se pone para todos aquellos por quienes se derramó, y hace mención de esto, para que conozcas su largueza infinita; pues no hay hombre en el mundo por quien no haya derramado esta sangre, y á quien no convide con el fruto de ella, aunque sea un esclavo y la hez de la tierra. Por fin, añade que se derramará en remisión de los pecados, sin poner tasa alguna, ni en el número ni en la gravedad; porque no hay número tan crecido de pecados, ni pecado tan grave y abominable, que por la virtud de esta sangre no se pueda perdonar; hasta los pecados de los sayones y verdugos, que con crueldad endemoniada la derramaron, pudieron ser perdonados por ella, porque por ellos se derramó, y si ellos quisieran, fácilmente alcanzaran perdón. ¿Cómo es que, disponiendo de tan precioso baño, nuestra alma está manchada de culpas? ¿Cómo podemos y debemos purificarnos de ellas? ¡Oh sangre preciosísima del Cordero Jesús, en cuya virtud todos podemos lavar y blanquear nuestras estolas, limpiando nuestras almas de las manchas de nuestros pecados! Lavadme, blanqueadme, limpiadme y hermosead mi alma, quitando de ella las fealdades de la culpa, y adornándola con las virtudes de la divina gracia.

Epílogo y coloquios. Digna es de toda alabanza y agradecimiento la generosidad infinita que con nosotros usa el divino Salvador, al darnos su sangre preciosísima bajo la especie del vino. No se contentó con darnos una gota de ella, la cual, como sangre de Dios, hubiera sido suficientísima para santificarnos y perfeccionarnos; nos la da toda, sin dejar una sola gotita, y con ella nos da el vaso en que está contenida, que es su carne y cuerpo sacratísimo. ¡Cómo resalta esta generosidad de Cristo si la comparas con la de los reyes de la tierra! Éstos derraman la sangre de sus vasallos, para defender sus tierras y derechos; Él la derrama para defender y enriquecer á los suyos; aquéllos viven y se regalan á costa de la sangre de sus súbditos, y con ella hacen generosidades; Éste da toda su sangre para comunicarles

la vida, y regalarles, y llenarles de alegría y felicidad. ¡Qué sentirían los Apóstoles al oir á su divino Maestro que su sangre sería derramada por ellos! ¡Cómo brotarían de sus agradecidos pechos suspiros vivos de amor, y de sus ojos, ardientes lágrimas de ternura! Imagínate que te dice lo que á ellos, porque es verdad que también por ti ha sido derramada esta sangre divina. ¿Qué exige de ti tal caridad y misericordia? Mayor es sin comparación esta gracia, si se medita lo que ha motivado tal derramamiento. No la ha vertido por darte un reino temporal, ni por hacerte feliz en este mundo; esto hubiera sido indigno de la majestad infinita de Dios. El perdón de los pecados, el adorno de las virtudes, las riquezas espirituales, los bienes de la gloria: esto ha deseado merecerte Jesús al derramar su sangre divina. ¿Será posible que tú, olvidado de estos bienes, te afanes torpemente por las cosas materiales y por las efímeras grandezas mundanas? ¿Cómo lo hiciste hasta ahora? ¿Quién sabe si en la misma sangre de Jesús buscas un lucro temporal? Medita atentamente la largueza y desprendimiento de Jesús, y tu mezquindad y afición á la tierra; propón reformarte, y pide por ti, por todos los sacerdotes y por el mundo entero.

24.—ESPECIES SACRAMENTALES.

PRELUDIO 1.º Jesucristo quiso quedarse bajo las especies de pan y vino, y no de otra cosa visible; pero dispuso por fines altísimos que la conversión en su cuerpo fuese invisible.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesucristo instituyendo el divino Sacramento.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la humildad y demás virtudes que te enseña Jesús en este hecho.

Punto 1.º *Causas por qué se quedó Cristo bajo dos especies distintas y no bajo una sola.*—Considera las causas por qué instituyó Cristo nuestro Señor este Sacramento en dos especies distintas de pan y vino, poniendo en la una principalmente su cuerpo, y en la otra su sangre, supuesto que verdaderamente con el cuerpo está la sangre, y con ésta el cuerpo, haciéndose compañía. Una de las causas fué para mostrarte que el convite que te hacía era perfectísimo; y, así como en los convites de la tierra hay comida y bebida, así también la hubiese en este convite celestial, aunque por su infinita excelencia con lo uno está junto lo otro; y cualquiera parte de él juntamente harta nuestra hambre y satisface nuestra sed, por lo cual has de darle infinitas gracias, gozándote de que sea tan perfecto en todas sus obras. Otra causa más principal fué para significar que su sangre preciosísima estuvo toda separada de su cuerpo en la Pasión, derramándola por nuestros pecados con dolores y tormentos gravísimos. Y así, cuando oyes Misa y ves alzar primero la sagrada hostia y después el cáliz, has de acordarte de este apartamiento

tan doloroso, ponderando cómo en aquel cáliz está recogida toda la sangre que el Señor derramó la noche y día de su Pasión en cinco veces; á saber: por el sudor, azotes, espinas, clavos y lanzada. Y discurriendo por cada una, puedes hacer coloquios con su Majestad con afectos de amor y agradecimiento, de dolor y arrepentimiento de los pecados, pidiéndole al propio tiempo que te libre de aquellos males y te conceda aquellos bienes que con ella quiso merecerte. ¡Oh amantísimo Jesús! Yo os alabo y glorifico, porque os dignasteis depositar en el cáliz toda la sangre que derramasteis en vuestra Pasión con tanto dolor, para que yo con gozo disfrutase del perfectísimo convite que me preparasteis antes de ella. ¿Qué os daré por tan grande beneficio, sino ofreceros esta misma sangre, en este cáliz de mi salud, glorificando con él vuestro santo nombre? Y tú, alma devota, ¿has visto cuán perfecto es el convite que te ofrece Jesús? Si Él consintió que por tu amor fuese separada su sangre del cuerpo, ¿cómo no consientes tú en separarte por amor suyo de las cosas que amas?

Punto 2.º *Causas por qué la conversión se hace invisiblemente.* — Considera cómo, pudiendo el Señor hacer que la conversión del pan y vino en su cuerpo y sangre fuese visible, no quiso sino que se hiciese invisiblemente, quedando los accidentes de pan y vino para encubrirle. Esto dispuso á fin de alentar, por una parte, tu confianza y darte ánimo y atrevimiento para tocarle y comerle, porque si no estuviera así disfrazado y encubierto, no te atreverías de seguro á ello, y, por otra, para darte un nuevo y continuo ejemplo de humildad y heroica paciencia. Porque, así como en la encarnación, siendo Hijo de Dios, se humilló, tomando forma de siervo, encubriendo la alteza de su divinidad con la bajeza de su humanidad, por razón de lo cual fué de muchos desconocido, despreciado y maltratado, como si fuera puro hombre, así en este Sacramento, el que era juntamente Dios y hombre verdadero, quiso humillarse á tomar aquella figura exterior de pan y vino, y encubrir con ella la alteza de su divinidad y humanidad, por razón de lo cual es también de muchos desconocido, despreciado y maltratado, y á veces pisado, como si fuera puro pan y vino; lo cual sufre con gran paciencia, sin dar muestras de venganza, por ejemplo de los hombres. Demás de esto, quiso que tuvieses un nuevo y continuo ejercicio de heroica fe, negando todos tus sentidos y los discursos que de ellos saca el entendimiento, rindiéndole y cautivándole á lo que la fe te dice. Por lo cual este divino Sacramento es llamado misterio de fe por excelencia. Y así, cuando oyes Misa, ó comulgas, ó entras en la iglesia, en donde está este adorable Sacramento, debes ejercitar fervorosos actos de fe, creyendo firmísimamente que, aunque tus ojos vean color de pan, tu olfato olor y tu gusto sabor de lo mismo, allí no hay pan, sino el cuerpo

del Señor. ¡Oh Salvador dulcísimo! Ilustrad mi entendimiento, como ilustrasteis el de los Apóstoles, para que con viva fe conozca la infinita hermosura que está allí encerrada, y sea confortado con el olor suavísimo de vuestra humildad y demás virtudes, y sustentado y recreado con la dulzura de vuestros deleites. ¡Oh alma! Aviva tu fe, creyendo que Jesús está en el Sacramento, y al verle tan humillado, confúndete de ser tan soberbia, y mira lo que debes hacer para quitar de ti tal vicio.

Punto 3.º *Causas por qué se quedó Jesús bajo las especies de pan y vino.*—Considera aquí las causas por qué quiso Jesús quedarse debajo las especies de pan y vino, y no de otra cosa sensible. La primera fué el deseo que tenía de juntarse contigo, no solo espiritualmente, en cuanto Dios, sino corporalmente, en cuanto hombre, con la mayor unión que era posible; porque no hay cosa que así se junte con el hombre como el manjar y bebida, la cual no se pega sólo por defuera, sino entra por la boca, y penetra las entrañas, y allí se pega con ellas; y como el amor es unitivo del que ama con la cosa amada, quiso el amantísimo Jesús, no sólo quedarse cerca de nosotros, sino entrar dentro de nosotros, y con esta unión sacramental causar la unión espiritual del verdadero amor. Otra causa fué para significar que por medio de este Sacramento obra en el alma los mismos efectos que el manjar corporal causa en el cuerpo; porque con su presencia y con la gracia que le comunica, sustenta, conserva y aumenta la vida espiritual; da fuerzas y alegra el corazón; resiste al calor perverso del amor propio, y repara los daños que por él nos vienen; y finalmente nos hace semejante á sí, imprimiéndonos sus virtudes y propiedades, cumpliéndose lo que dijo: «El que me come, vivirá por Mí». La última causa fué para significar que como el pan se hace de muchos granos de trigo molidos y hechos una masa, y el vino de muchos granos de uva pisados y exprimidos; así este manjar y bebida pide corazones unidos por la caridad, y se ordena para causar la unión de muchos fieles en un espíritu, y por esta causa se llama comunión, como unión de muchos entre sí con Cristo, de cuyo espíritu participan; y, si para esto es menester que te dejes moler, pisar y holiar, has de ofrecerte á ello en razón de gustar la dulzura de este divino manjar y unirte con Cristo. ¡Oh Jesús amantísimo! Vos, para uniros conmigo, para alimentarme y conservarme, y para enseñarme la caridad y unión con mis prójimos, habéis querido quedaros en el divino Sacramento bajo las especies de pan y vino. Bendita sea vuestra bondad, por la cual habéis consentido en ser pisado y hollado para hacerme tan grande bien. Yo me ofrezco á todos los desprecios y mortificaciones que Vos queráis permitir, á fin de que jamás me separe de Vos. Vuestra gracia divina, la unión con vuestra Majestad, esto os pido, y esto me basta.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán admirable, sabia y caritati-

va se ostenta la Providencia de Dios en la institución del Santísimo Sacramento! Podía quedarse el Señor debajo de una sola especie como la del pan, y quiso hacerlo debajo de la de pan y vino, para significarnos que el convite que nos hacía era perfectísimo, compuesto de comida y bebida, y para recordarnos que en la Pasión su sangre estuvo toda separada de su cuerpo. Podía imprimir en la sagrada hostia consagrada alguna señal sensible, por la cual los mismos sentidos percibiesen su real presencia, y no quiere, para humillarse profundamente, para darte un nuevo ejercicio de fe continua y heroica, y para alentarte á recibirle, estando encubierto y disfrazado. Podía, finalmente, quedarse debajo de otras distintas especies; mas escoge el pan y vino, porque esto le proporciona una oportuna ocasión de unirse íntimamente con nosotros, de alimentar, conservar y aumentar la vida de nuestra alma, y de predicarnos la unión con los prójimos. ¡Oh sabiduría de Jesucristo! ¡Cuán digna sois de toda alabanza! Al contemplar todo esto, ¿no sientes en tu alma afectos vehementes de agradecimiento, amor y deseo de unirte con Jesús? ¿No estás dispuesto á sacrificarte, á sufrir humillaciones y desprecios, á ser pisado y hollado, para conservar la unión con Jesús y con tus prójimos? ¿Cómo has obrado hasta el presente? ¿Qué harás en adelante? ¡Ay de ti, si con tan sólidos motivos no te decides todavía á amar y servir á Jesús! Resuélvete de una vez para siempre á practicar lo que te exige el amor que te ha mostrado Jesucristo; y para lograrlo, pide con fervor las gracias de que tienes necesidad y ruega por la santa Iglesia y por todo el mundo.

25.—SEIS ACTOS MISTERIOSOS DE JESÚS AL INSTITUIR el Santísimo Sacramento.

PRELUDIO 1.º Jesús, al instituir el divino Sacramento, tomó el pan en sus manos, alzó al cielo sus ojos, dió gracias á su Padre, bendijo el pan, y, partiéndolo, diólo á sus discípulos para que le comiesen.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús practicando estos misteriosos actos.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de penetrar el sentido de ellos y obrar del modo que te exigen.

Punto 1.º *Jesús tomó el pan en sus manos.*—Considera cómo Jesucristo, con un semblante exterior grave, modesto y devoto, poderoso para causar reverencia y admiración á sus discípulos, tomó de la mesa un pan en sus santas y venerables manos; y, aunque pudiera consagrarle en la mesa, quiso tomarle en ambas manos, para significar que la mudanza de este pan en su cuerpo era obra de su omnipotencia y largueza y de sus obras meritorias, figuradas por las manos. Pondera cómo es obra de su omnipotencia en cuanto Dios, y de la potestad de excelencia

que tenía en cuanto hombre, dada por su Padre; el cual puso todas las cosas en sus manos, y con ellas hizo esta mudanza tan maravillosa, de modo que Él mismo tuviese á sí mismo todo entero en sus propias manos, y quedándose donde estaba, se pusiera todo entero en las manos de sus discípulos, para que le comieran. Es también esta mudanza obra de la generosidad infinita de sus manos; porque, como dice David, Dios da á todos su manjar en el tiempo conveniente, y abriendo su mano los llena de bondad y bendición; así también nos da abundantísimamente este manjar celestial, y abre ambas manos para llenarnos de bendiciones y virtudes. No puede ciertamente haber mayor generosidad que la que aquí tiene Jesús, que se le da todo entero, sin reservar nada para sí, en precio, sustento, y por compañero. Es, por fin, obra de sus manos, porque con sus merecimientos y con los trabajos de sus manos y con el sudor de su rostro ganó este pan que te da á comer; y quiere juntamente que este pan sea comida, no de holgazanes, sino de trabajadores que comen el trabajo de sus manos, disponiéndose con ejercicios de buenas obras para comerle; y después de comido, prosiguiendo el trabajo de sus manos en servirle. ¿Ves, alma mía, á tu Padre cómo trabaja para sustentarte? ¿Por qué no te aprovechas de sus sudores? ¡Oh amorosísimo Padre! ¿Quién no os amará con intenso amor, al contemplar que, para sustentar á vuestros hijos, agotáis vuestra omnipotencia y liberalidad, y, cual otro Adán, trabajáis y sudáis, para ganarles el pan con excesivas fatigas y gravísimos dolores? No permitáis, Señor, que por mi pereza y abandono me haga indigno de este divino pan, sino que, trabajando con mis manos, me disponga debidamente para alimentarme de él.

Punto 2.º *Jesucristo levantó los ojos al cielo y dió gracias á su Padre.*—Teniendo Jesucristo el pan en sus manos, levantó sus ojos al cielo, para significar que el pan que pretendía dar á sus discípulos no era pan de la tierra, sino pan del cielo y pan de los ángeles, pan sobresubstancial, dado por su eterno Padre, en cumplimiento de lo que había prometido en un sermón, cuando dijo: «No os dió Moisés pan del cielo, sino mi Padre os da pan del cielo verdadero. Yo soy pan vivo que bajé del cielo». Y así levanta los ojos al cielo, para mover á sus discípulos y á todos los hombres á que levanten allá sus corazones con afectos de esperanza, de oración y pureza, esperando recibir este manjar de nuestro Padre celestial que está en los cielos, y pidiéndosele con oración afectuosa, y disponiéndonos á recibirle con pureza de vida celestial, según lo que dice la Iglesia en el prefacio de la Misa: *Sursum corda* «Arriba los corazones», á lo cual contestamos: «Ya los tenemos levantados al Señor». Procura que sean en ti verdaderas estas palabras. Pondera luego cómo dió gracias al eterno Padre por esta merced tan soberana que por sus manos hacía al mundo, en darle tal pan para su comida y sustento;

enseñándote que este pan se ha de comer con grandes afectos de agradecimiento antes y después de comerle, por lo cual se llama Eucaristía, que quiere decir *acción de gracias*. ¡Oh cuán fervorosas las daría Cristo en aquella hora! Porque si dió gracias por el pan de cebada que dió en el desierto, ¿cuánto mayores y más fevorosas las daría por este pan del cielo que da á los hombres en el desierto de este mundo? ¡Oh Redentor dulcísimo! ¡Cuán bien cumplís las promesas que nos hicisteis de darnos pan del cielo! Allá alzáis vuestros ojos, provocándonos á que levantemos á vuestro Padre nuestros corazones con encendidos afectos. Daisle tiernas acciones de gracia, para enseñarnos á agradecer un beneficio tan singular como el que nos concedéis. Obrad, Señor, en mí lo que pretendéis, para que este pan divino llene mi alma de vuestra gracia, y me encienda en deseos celestiales.

Punto 3.° *Jesús bendijo y partió el pan, y lo dió á sus discípulos.*—Considera cómo Jesucristo, después de dar gracias á su Padre, bendijo el pan con bendición de oración obradora de lo que bendecía. Nosotros bendecimos una cosa con el deseo y la oración, deseando algún bien, y pidiendo á Dios que nos le dé; pero el Señor bendijo el pan, no sólo pidiendo al Padre la conversión y transmutación que de él pensaba hacer, sinó comunicándole virtud divina, é imprimiéndole un bien tan grande, como era mudarle en su propio cuerpo, y hacerle principio y causa de las bendiciones espirituales, que por su medio vienen del cielo para nuestra salud. ¡Tan eficaz es la bendición de Cristo! Luego lo partió, para significar que todos comen de un mismo pan y beben de un mismo cáliz, y así han de tener un mismo amor; pero que lo han de comer, no entero y á bulto, sino partido y desmenuzado con la meditación, considerando todo lo que está encerrado en él, que es la carne de Cristo, su ánima santísima, su sangre preciosa, su divinidad y todos sus merecimientos; y ponderar cada cosa por sí es como partir espiritualmente el pan, para comerle. Últimamente, partido el pan, diólo Jesús á sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed, porque este es mi cuerpo». ¡Oh, qué dádiva tán preciosa, en la cual les dió todo lo que era, y lo que tenía, de pura gracia, sólo por ser amigo de dar! ¡Con qué reverencia y estima tomarían los Apóstoles aquel divino pan, ilustrados sus entendimientos con la luz interior de viva fe que al mismo tiempo el Señor les comunicaría! Sin duda no se hubieran atrevido á comerle, si el mismo Señor no se lo hubiese mandado, diciéndoles: «Tomad y comed», que fué como decirles: Tomad este pan, y mirad que no os le doy sólo para que lo beséis, adoréis y pongáis sobre vuestras cabezas, sino para que lo comáis, sin que nadie se excuse con título de humildad. ¡Oh Amado mío! ¡Quién fuera como vuestros sagrados Apóstoles, que os contemplaron bendiciendo y partiendo el pan, y lo recibieron de vuestras manos para comerle! ¡Quién

sintiera los afectos santos que embargaban sus espíritus al contemplaros en tan misteriosas acciones! Pues que también á mí me mandáis que os coma, yo os tomaré, adoraré, y por obedeceros, os comeré, para gozar de vuestra dulce presencia. ¿Deseamos nosotros recibir á Jesús? ¿Cómo nos preparamos para tal acto?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán significativas son las acciones de Jesús en el acto de la consagración! Todas ellas son poderosas para despertar en el ánimo del que las medita fervientes afectos, y para moverle á fervorosos coloquios con el Señor. Lo primero, toma un pan en sus santas y venerables manos; ellas representan su omnipotencia, generosidad y obras meritorias; pues que á tales atributos se debe el beneficio inmenso que se ha dignado concedernos en el divino Sacramento. Levanta los ojos al cielo, de donde nos viene toda dádiva excelente y don perfecto, para provocarnos á que también alcemos la vista á aquel monte santo, del cual nos viene todo auxilio y todo bien. Da gracias á su Eterno Padre por el beneficio que pensaba hacernos, deseando suplir con quella acción de gracias la falta de agradecimiento que deplora en los hombres, y que también nosotros le acompañemos en las alabanzas que tributa á su amoroso Padre. Bendice el pan con bendición eficaz obradora de lo que significa; lo parte en pedazos para mostrar á sus discípulos que se podía partir aquel pan sin que se partiese lo que en él se contenía, y diciéndoles tácitamente que ellos también lo partiesen y desmenuzasen por medio de la meditación detenida de todas las grandezas que en él se encierran. Luego se lo entrega, mandándoles que lo coman. ¡Oh amor infinito de Jesús! ¿Quién podrá comprender tu ardor? Figúrate, ¡oh alma!, que Jesús se dirige á ti, diciéndote las palabras que á los Apóstoles. ¿Te atreverás á comer este pan? ¿Cómo está tu corazón? ¿Está dispuesto para hospedar á este soberano Rey de cielos y tierra? ¡Tan feo, sucio, pobre y enfermo como está! Di á Jesús y á la Virgen que lo preparen, y, por tu parte, resuélvete á hacer de tu parte cuanto puedas para este intento, suplicando al Señor que supla lo que te falte y remedie las demás cosas necesarias.

26.—LOS APÓSTOLES RECIBEN LA POTESTAD DE CONSAGRAR.

PRELUDIO 1.° Jesucristo dió la potestad de consagrar su cuerpo y sangre á los Apóstoles y á sus sucesores en el sacerdocio, sin ninguna limitación.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús diciendo á los Apóstoles, y á ti entre ellos: «Haced esto en mi memoria».

PRELUDIO 3.° Pide agradecimiento al Señor por tan señalada gracia.

Punto 1.° *Jesús dió potestad de consagrar su cuerpo á los hombres, no á los ángeles.*—Considera cómo Jesús, des-

enseñándote que este pan se ha de comer con grandes afectos de agradecimiento antes y después de comerle, por lo cual se llama Eucaristía, que quiere decir *acción de gracias*. ¡Oh cuán fervorosas las daría Cristo en aquella hora! Porque si dió gracias por el pan de cebada que dió en el desierto, ¿cuánto mayores y más fevorosas las daría por este pan del cielo que da á los hombres en el desierto de este mundo? ¡Oh Redentor dulcísimo! ¡Cuán bien cumplís las promesas que nos hicisteis de darnos pan del cielo! Allá alzáis vuestros ojos, provocándonos á que levantemos á vuestro Padre nuestros corazones con encendidos afectos. Daisle tiernas acciones de gracia, para enseñarnos á agradecer un beneficio tan singular como el que nos concedéis. Obrad, Señor, en mí lo que pretendéis, para que este pan divino llene mi alma de vuestra gracia, y me encienda en deseos celestiales.

Punto 3.º *Jesús bendijo y partió el pan, y lo dió á sus discípulos.*—Considera cómo Jesucristo, después de dar gracias á su Padre, bendijo el pan con bendición de oración obradora de lo que bendecía. Nosotros bendecimos una cosa con el deseo y la oración, deseando algún bien, y pidiendo á Dios que nos le dé; pero el Señor bendijo el pan, no sólo pidiendo al Padre la conversión y transmutación que de él pensaba hacer, sinó comunicándole virtud divina, é imprimiéndole un bien tan grande, como era mudarle en su propio cuerpo, y hacerle principio y causa de las bendiciones espirituales, que por su medio vienen del cielo para nuestra salud. ¡Tan eficaz es la bendición de Cristo! Luego lo partió, para significar que todos comen de un mismo pan y beben de un mismo cáliz, y así han de tener un mismo amor; pero que lo han de comer, no entero y á bulto, sino partido y desmenuzado con la meditación, considerando todo lo que está encerrado en él, que es la carne de Cristo, su ánima santísima, su sangre preciosa, su divinidad y todos sus merecimientos; y ponderar cada cosa por sí es como partir espiritualmente el pan, para comerle. Últimamente, partido el pan, diólo Jesús á sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed, porque este es mi cuerpo». ¡Oh, qué dádiva tán preciosa, en la cual les dió todo lo que era, y lo que tenía, de pura gracia, sólo por ser amigo de dar! ¡Con qué reverencia y estima tomarían los Apóstoles aquel divino pan, ilustrados sus entendimientos con la luz interior de viva fe que al mismo tiempo el Señor les comunicaría! Sin duda no se hubieran atrevido á comerle, si el mismo Señor no se lo hubiese mandado, diciéndoles: «Tomad y comed», que fué como decirles: Tomad este pan, y mirad que no os le doy sólo para que lo beséis, adoréis y pongáis sobre vuestras cabezas, sino para que lo comáis, sin que nadie se excuse con título de humildad. ¡Oh Amado mío! ¡Quién fuera como vuestros sagrados Apóstoles, que os contemplaron bendiciendo y partiendo el pan, y lo recibieron de vuestras manos para comerle! ¡Quién

sintiera los afectos santos que embargaban sus espíritus al contemplaros en tan misteriosas acciones! Pues que también á mí me mandáis que os coma, yo os tomaré, adoraré, y por obedeceros, os comeré, para gozar de vuestra dulce presencia. ¿Deseamos nosotros recibir á Jesús? ¿Cómo nos preparamos para tal acto?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán significativas son las acciones de Jesús en el acto de la consagración! Todas ellas son poderosas para despertar en el ánimo del que las medita fervientes afectos, y para moverle á fervorosos coloquios con el Señor. Lo primero, toma un pan en sus santas y venerables manos; ellas representan su omnipotencia, generosidad y obras meritorias; pues que á tales atributos se debe el beneficio inmenso que se ha dignado concedernos en el divino Sacramento. Levanta los ojos al cielo, de donde nos viene toda dádiva excelente y don perfecto, para provocarnos á que también alcemos la vista á aquel monte santo, del cual nos viene todo auxilio y todo bien. Da gracias á su Eterno Padre por el beneficio que pensaba hacernos, deseando suplir con quella acción de gracias la falta de agradecimiento que deplora en los hombres, y que también nosotros le acompañemos en las alabanzas que tributa á su amoroso Padre. Bendice el pan con bendición eficaz obradora de lo que significa; lo parte en pedazos para mostrar á sus discípulos que se podía partir aquel pan sin que se partiese lo que en él se contenía, y diciéndoles tácitamente que ellos también lo partiesen y desmenuzasen por medio de la meditación detenida de todas las grandezas que en él se encierran. Luego se lo entrega, mandándoles que lo coman. ¡Oh amor infinito de Jesús! ¿Quién podrá comprender tu ardor? Figúrate, ¡oh alma!, que Jesús se dirige á ti, diciéndote las palabras que á los Apóstoles. ¿Te atreverás á comer este pan? ¿Cómo está tu corazón? ¿Está dispuesto para hospedar á este soberano Rey de cielos y tierra? ¡Tan feo, sucio, pobre y enfermo como está! Di á Jesús y á la Virgen que lo preparen, y, por tu parte, resuélvete á hacer de tu parte cuanto puedas para este intento, suplicando al Señor que supla lo que te falte y remedie las demás cosas necesarias.

26.—LOS APÓSTOLES RECIBEN LA POTESTAD DE CONSAGRAR.

PRELUDIO 1.º Jesucristo dió la potestad de consagrar su cuerpo y sangre á los Apóstoles y á sus sucesores en el sacerdocio, sin ninguna limitación.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús diciendo á los Apóstoles, y á ti entre ellos: «Haced esto en mi memoria».

PRELUDIO 3.º Pide agradecimiento al Señor por tan señalada gracia.

Punto 1.º *Jesús dió potestad de consagrar su cuerpo á los hombres, no á los ángeles.*—Considera cómo Jesús, des-

pués de haber instituido el Santísimo Sacramento, dijo á sus Apóstoles: «Haced esto en mi memoria». Por cuyas palabras consta que les dió potestad de hacer lo mismo que Él había hecho, convirtiendo el pan en su cuerpo y el vino en su preciosa sangre, mandándoles, así á ellos como á los sacerdotes que les sucedieran en la dignidad sacerdotal, que hiciesen esto mismo en la forma que Él lo había hecho. En lo cual debes ponderar primeramente las personas á quienes se concede esta tan admirable y sorprendente potestad; porque la infinita caridad de Cristo, que no quiso dar poder sobre su verdadero cuerpo y sangre á los ángeles del cielo, la concedió generosamente á los hombres que viven en la tierra, para que ellos, en su nombre y representando su misma persona, pudiesen decir con verdad sobre el pan: Esto es mi cuerpo, convirtiéndolo inmediatamente, en virtud de estas palabras, en el cuerpo de Cristo, como el mismo Señor lo convirtió, y con tanta muchedumbre de milagros, que excede á los milagros de dar vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos. Pondera aquí cuán soberana es esta potestad, que excede á la de los espíritus angélicos; antes había hecho al hombre poco menor que á ellos, como dice el profeta David; pero ahora le engrandece más que á los ángeles, dándole facultad y poder sobre su propio cuerpo y sangre, lo cual no tienen éstos. Crece de punto esta dignación y caridad del Señor, si se considera cuán indignos eran los hombres de tal potestad. Ellos eran los que, al entrar en el mundo, no le conocieron y le obligaron á que naciese en un miserable portal, los que en su niñez le habían perseguido, los que se habían mofado de sus doctrinas y los que le habían cubierto de oprobios, y á la sazón estaban maquinando contra su vida. ¡Oh amantísimo Jesús! ¿Cómo no os causan horror los hombres, de quienes no recibís más que desprecios é injurias? ¿Cómo les levantáis á tanta dignidad, dándoles una potestad que excede inmensamente á la de los ángeles? Bendigan vuestra bondad todas las criaturas, y mi ánima con sus potencias se deshaga en vuestras perpetuas alabanzas. ¡Oh alma mía! ¿Cómo no agradeces al Señor tal misericordia? ¿Cómo no correspondes á tal amor?

Punto 2.º *Jesús dió la potestad de consagrar, sin límite de lugar ni tiempo.*—Considera cómo sube de punto la generosidad de Jesús en dar la potestad de consagrar su cuerpo y sangre, si se mira que no puso ningún límite á ella, ni en cuanto á las personas que la podrían tener, ni respecto de los lugares en que la podrían ejercer, ni de los tiempos en que podrían usarla. Porque bien pudiera ordenar que no hubiera más de un sacerdote en el mundo, ó uno en cada provincia ó ciudad; ó que los sacerdotes no pudiesen consagrar sino es siendo muy santos; ó que este Sacramento, como el cordero pascual, no se celebrara sino en un lugar señalado y una vez al año; pero su generosidad

no quiso poner estas tasas. Antes bien, para que todos pudiesen gozar del fruto de su Sacramento con abundancia, quiso dar plena facultad de que hubiese muchos sacerdotes, consintiendo que todos, aunque fuesen malos, pudiesen consagrar en todo tiempo y lugar, cada día y en cada iglesia y oratorio de cualquier aldea. Por donde se ve la largueza sin medida de la caridad de Jesucristo, y cuán justo es que tú también le ames sin medida, procurando que no haya lugar, tiempo ni ocasión en que escasees tus alabanzas al Señor que tales demostraciones y pruebas de amor te ha dado. Saca también de esto la obligación en que estás de dar las ordinarias muestras de amor á todos tus prójimos, aunque sean enemigos y te estén causando muchos daños, puesto que Jesucristo no quita á los sacerdotes, aunque sean malos y traten de injuriarle, la potestad ordinaria que una vez les confirió de consagrar su cuerpo y sangre adorables. ¡Oh Salvador amabilísimo! ¿No sabéis la condición de los hombres que, si lo precioso no es raro, luego lo tienen en poco? Pues, ¿por qué queréis que haya tantos sacerdotes con plena potestad de celebrar tan á menudo este venerable Sacramento? ¡Ah! Vuestro amor sin tasa no os consiente poner tasa á vuestros beneficios. ¡Oh, si fuésemos tan largos y generosos en serviros como Vos lo sois en regalarnos! ¿No amaremos y serviremos en todo lugar y tiempo á Jesús? ¿Qué exige de nosotros al presente su amor?

Punto 3.º *Jesús se comprometió á obedecer perpetuamente.*—En este punto has de considerar la infinita humildad y obediencia que Jesucristo nuestro Señor muestra á la voz y palabra de los sacerdotes. Porque desde este mismo punto se obligó hasta la fin del mundo á venir á la voz del sacerdote, cuando consagre, guardando la materia y forma que Él mismo determinó; y esto sin dilación ni tardanza, en el mismo instante en que profiera sobre el pan y el vino las palabras divinas, con intención de hacer lo que hace la santa Iglesia: además, en cualquier lugar y hora en que lo haga, aunque muchos sacerdotes lo verifiquen á la vez en lugares y puntos muy distantes; sin distinción de ministros, ya sean santos, ya pecadores, ya sabios, ya ignorantes; y aunque lo hagan con fin malvado y criminal, y con la intención de pisarle, echarle en el fuego é injuriarle de otros modos, mientras que guarden lo substancial para el Sacramento; y todo esto sólo para bien de sus escogidos, no porque á Él le hubiese de venir algún bien ó provecho particular. De este extraordinario ejemplo de Jesucristo has de aprender á obedecer á tus prelados en todo lo lícito que te mandaren, aunque ellos sean malos y malintencionados, aunque seas mirado de ellos con odio y se complazcan en humillarte, cumpliendo su mandato con obediencia puntual, pronta y perseverante, sin cansarte de obedecer hasta la muerte, como no se cansa Cristo de cumplir lo que una vez ofreció. ¡Oh piélago inmensísimo de la caridad

de Dios! ¡Qué! ¿Es posible que obedezca Dios á la voz de un hombre, y no de hombre santo como Josué, sino perverso como Judas? ¿Y que se deje tratar de manos tan sangrientas y se sujete á tantas y tales bajezas? ¡Oh Señor! ¡Cuán amigo sois de humildad y obediencia, pues cada día queréis darnos tan ilustre ejemplo de ellas! ¡Oh cristiano! Confúndete al considerar estas virtudes del Salvador, cotejándolas con tu soberbia y rebeldía, y resuélvete á cambiar tus costumbres. ¿Qué propósitos debes hacer para ello?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán inmensa es la caridad y generosidad del Salvador! No sólo consagró Él su cuerpo y sangre para darlos á los Apóstoles, sino que les facultó á ellos y á sus sucesores para que hicieran otro tanto hasta el fin de los siglos. Ni á los ángeles ni á su misma Madre santísima concedió esta facultad, y la dió á los Apóstoles y á los sacerdotes que vinieran en pos de ellos. Y para que resaltara más tal bondad, no quiso poner límite alguno en cuanto al ejercicio de ella, ni acerca del número de sacerdotes que podría haber, ni de los lugares en que se podría consagrar, ni de los tiempos en que se debería verificar. Verdaderamente, si por los efectos se conoce la causa, has de deducir que el amor de Jesucristo á los hombres es infinito, cuando tales efectos produce. Contempla á Jesus humillándose hasta el extremo de obedecer siempre y con puntualidad á la voz de una miserable criatura suya, quizá esclava del demonio, y que tal vez le llama para ultrajarle. No se detiene un solo momento; está con los oídos atentos á todas las partes del mundo y al momento que su ministro profiere las palabras que Él mismo le ha puesto en sus labios, se presenta, se pone en sus manos, se deja llevar á cualquier parte, sin que de Él salga una queja, un suspiro ni oponga la menor resistencia. ¡Oh amor inmenso de Jesús! ¡Quién supiera corresponderte! ¿Cómo lo has hecho tú? ¿Qué convendrá que hagas en lo por venir? ¿En qué cosas puedes humillarte para imitar al Salvador? Imposible parece que entre los cristianos haya quien sea soberbio y quien resista á la autoridad, teniendo siempre delante de sus ojos tan extraordinario y perfecto modelo. Cuando menos nosotros reformémonos, haciendo con este fin propósitos, súplicas, ruegos muy confiados, pidiendo por nosotros y por nuestros prójimos.

27.—JESÚS QUIERE QUE SE CELEBRE EL SANTO SACRIFICIO EN SU memoria.

PRELUDIO 1.° Jesús dió á sus Apóstoles y sucesores la potestad de ofrecer el sacrificio de su cuerpo y sangre, encargándoles que lo hiciesen en su memoria.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús confiriendo á los Apóstoles esta potestad.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de celebrar y oir este sacrificio con las disposiciones convenientes.

Punto 1.° *Jesús encarga á sus Apóstoles que ofrezcan el santo sacrificio de la Misa.*—Considera cómo Jesucristo, en la misma noche de la cena, encargó á los Apóstoles, y en ellos á los sacerdotes que les habían de suceder, que ofreciesen el sacrificio que instituyó bajo los accidentes de pan y vino, en sustitución de los sacrificios de la ley vieja, que en aquella noche cesaban. Pondera cuánta es la superioridad de este santo sacrificio sobre aquellos, porque, si sacrificio es una ofrenda que el hombre hace á Dios de alguna cosa que le agrada para reverenciarle y honrarle en reconocimiento de su infinita excelencia y majestad, ¿qué cosa se puede ofrecer al Padre eterno más preciosa, ni que más le agrade, que su mismo Hijo, Dios y hombre verdadero, de quien Él dijo: «Este es mi Hijo muy amado en quien me he agradado»? Mira cómo este sacrificio con eminencia es causa de los tres efectos para que se ordenan los sacrificios; es á saber: en satisfacción de nuestros pecados, en acción de gracias por los beneficios recibidos, y para impetrar de Dios los bienes que necesitamos, temporales ó eternos. Para estos fines has de oir ó celebrar la Misa, dilatando cuanto pudieres las velas de tu confianza, pues para todo hay en ella fundamento, confiando que por medio de este sacrificio aplacarás la ira del Padre eterno, y pagarás las deudas de tus pecados y alcanzarás las virtudes y dones que le pidieres, extendiendo con la caridad todo el bien á los prójimos, así vivos como difuntos del purgatorio, pues á todos puede aprovechar, diciéndote á ti mismo, para avivar tu confianza: ¿Qué pecados habrá tan graves cuyo perdón no se alcance con este divino sacrificio del cuerpo y sangre de Cristo que se ofreció en la cruz? ¿Qué penas no se pagarán con esta paga de un valor infinito, y qué bienes no se alcanzarán con tal ofrenda? ¡Oh Padre eterno! Si tanto os agradó la ofrenda de vuestro siervo Abel, á quien por envidia mató su hermano Caín, mucho más os agradará la ofrenda de vuestro Hijo inocentísimo, á quien por envidia mató su hermano el pueblo hebreo, ofreciendo su vida para remediarnos con su muerte. Aceptad, ¡oh Padre celestial!, este sacrificio, y por él concededme los bienes que me habéis prometido. ¿Cómo ofrecemos nosotros la santa Misa? ¿Cómo nos presentamos á este santo sacrificio y qué fruto sacamos?

Punto 2.º *Jesús mandó que lo ofrecieran en su memoria.* — Considera cómo Jesucristo encargó á sus Apóstoles que hicieran esto, á saber: la ofrenda del sacrificio de la Misa en su memoria, y especialmente en memoria de su Pasión y muerte. Acerca de lo cual debes ponderar cómo el Señor se dignó ofrecer dos sacrificios por tu causa: uno sangriento en la cruz, y otro incruento en la noche de la cena, y éste quiso que fuese en memoria del otro, para que eches de ver lo mucho que desea que tengas memoria de Él y de su Pasión sacratísima, por el bien que de ella te resulta; pues por esta causa instituyó este Sacramento y sacrificio, en que Él mismo se queda entre nosotros para despertar esta memoria y movernos con ella á ejercitar los tres actos de agradecimiento, que son: reconocer y estimar el beneficio, alabar al bienhechor y hacerle algún servicio. Para lo cual puedes recordar cómo nuestro Señor, siempre que hacía á su pueblo algún beneficio señalado, ordenaba alguna cosa en su agradecimiento, por lo mucho que nos importa ser agradecidos, para recibir de Él nuevas gracias. Y como este beneficio de la Pasión, con los dones inmensos que de él proceden, no podía ser dignamente agradecido por los hombres, quiso suplir esta falta, haciéndose nuestra ofrenda, para que se la ofreciésemos por los dones que nos había dado; y como ella misma es otro nuevo beneficio, no queda otro medio para agradecerla sino frecuentarla con la memoria dicha, procurando asistir cada día á este venerable sacrificio, y recibir espiritualmente muy á menudo este divino Sacramento, y sacramentalmente todas las veces que se pueda. ¿Cuándo y cómo nos acercamos á este divino Sacramento? ¿Cómo mostramos á Jesús nuestro agradecimiento? ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues os quedáis con nosotros, para que vuestra amorosa presencia despierte nuestra memoria, concededme que siempre me acuerde de Vos, como Vos os acordasteis de mí, para que siempre os alabe por los innumerables beneficios que de Vos recibo.

Punto 3.º *Jesús quiso que se celebrase también este misterio en memoria de sus virtudes.*—Considera cómo Jesucristo quiso también que se celebrase este misterio y sacrificio en memoria de las heroicas virtudes que ejercitó en su vida y muerte, de las cuales es un vivo dechado este Sacramento adorable; porque, como vino al mundo, no sólo para redimirnos, sino también para ser el modelo más acabado de todas ellas, así viene al Sacramento, no sólo para santificarnos, sino á renovar los mismos ejemplos, los cuales, por ser presentes y continuos, mueven mucho á su imitación. Y así puedes imaginar que desde allí te está diciendo: «Ejemplo te he dado para que hagas lo que yo hice contigo; y aprende de Mí, que soy manso y humilde de corazón». Estas virtudes son principalmente la caridad, uniéndose contigo con un modo tan maravilloso, que sólo Dios podía inventar, y esto únicamente para hacerte bien, sin esperar de ti cosa alguna; la generosidad, entregándote todo cuanto tiene, cuerpo, alma, méritos, virtudes, sangre y divinidad, sin reservarse cosa alguna; la humildad, ocultando y encubriendo su grandeza y majestad bajo el velo de los accidentes de pan y vino, exponiéndose á que los herejes le nieguen, los impíos le blasfemen y los malos cristianos le profanen; la mansedumbre, sufriendo sin quejarse y con inalterable tranquilidad todas las ofensas que le hacen sus enemigos; y la perseverancia, continuando en el ejercicio de estas admirables virtudes, no por un año, ni un siglo, sino por todos los siglos, hasta el fin del mundo. La imitación de estas virtudes ha de ser uno de los principales frutos que debes sacar de la meditación del Santísimo Sacramento. ¡Oh Dios de las virtudes! Pues que en el Santísimo Sacramento quisisteis dejarnos un memorial y compendio de todas ellas, concededme que de tal manera medite y reciba este misterio, que imite vuestros esclarecidos ejemplos. ¡Oh cristiano! Contempla con pasmo las distinguidas virtudes de Jesús. ¿Deseas imitarlas? ¿Cómo has de hacerlo?

Epílogo y coloquios. ¡Qué providencia tan amorosa y tierna ha tenido Dios del mundo! No sólo ha concedido á los sacerdotes que consagrasen y distribuyesen su precioso cuerpo para alimento á los fieles, sino ha querido que, al hacer esta obra, se verificase el incruento sacrificio de la ley nueva. Después de la abolición de los sacrificios figurativos de la vieja ley, hubiéramos quedado sin un medio eficaz y poderoso para glorificar á Dios, darle gracias por sus beneficios, obtener el perdón de los pecados, y los bienes espirituales y temporales de que necesitamos, si Jesús, en su bondadosa providencia, no hubiera dispuesto este sacrificio, infinitamente superior en dignidad y eficacia á todos los antiguos, dando á los sacerdotes el encargo de ofrecerle. ¿Qué pecados no se perdonarán por él? ¿Qué bienes no se alcanzarán? ¿Qué dones no se obtendrán? Mas este sacrificio incruento se ofrece en memoria y representación del sacrificio cruento y doloroso de la cruz, y para dar al Señor gracias por él; puesto que tan notable fué este beneficio, que nadie podía agradecerlo debidamente sino el mismo Señor que lo concedió, y esto hace Jesús. Él en persona se queda en el sacrificio de la Misa, y da gracias á su Padre por el beneficio de la redención y por los demás favores hechos á los hombres, y á éstos les da ejemplos sorprendentes de todas las virtudes, á fin de que, imitándole, se hagan dignos de que sus obsequios sean aceptados por Dios. En vista de lo cual, mira cómo asistes á este sacrificio, qué fruto sacas de él, qué virtudes copias de Jesús, cómo te has portado hasta ahora. Haz propósitos firmes y eficaces de asistir todos los días, en cuanto puedas, á la santa Misa, y de oirla con aquella atención, recogimiento y fervor que tan alto sacrificio

requiere; pide con humildad y confianza la gracia que para esto necesitas, y ruega por todas tus obligaciones.

28. — JESÚS SACRAMENTADO, NUESTRO DIOS.

PRELUDIO 1.º Jesús, que está en el Santísimo Sacramento, es nuestro Dios.

PRELUDIO 2.º Represéntate á innumerables ángeles, que, en torno del divino Sacramento, están cantando al Señor allí oculto el Santo, Santo, Santo....

PRELUDIO 3.º Pide sentimientos de profundo respeto y veneración para recibir dignamente la sagrada Comunión.

Punto 1.º *Atributos de Dios escondido en el Santísimo Sacramento.*—Considera cuánto pudieras alcanzar y entender las perfecciones de Dios oculto en el Sacramento. Él es el *Ser infinito,* que sin comparación ni proporción excede á todo ser, y en perfección á todas las criaturas, las cuales todas no pueden comprenderle. Su *eternidad* es sin principio ni fin, ni sucesión ni mudanza en su ser; siempre fué, es y será uno mismo y de una misma manera. Su *grandeza* es tal, que llena el cielo y la tierra, siendo aquél su trono y ésta el estrado de sus pies: en su comparación, todas las criaturas reunidas son como una gota de rocío y aun nada. Ante su *majestad* tiemblan las columnas del cielo, y se estremecen de pavor los cielos de los cielos, el abismo, el universo y todo cuanto en ellos hay: tiene por criados millones de ángeles, de los cuales uno solo vale más que todo el mundo. Tanta es su *fortaleza*, que con una mirada hace temblar la tierra, y con tres dedos sostiene el universo. Con su *sabiduría* conoce el número de las estrellas, y llama á cada una con su propio nombre; sabe perfectísimamente todo cuanto fué, es y será, como si ya hubiese sido. Con su *providencia,* sin embarazarse ni cansarse, conserva, provee, gobierna y sustenta todas las cosas, sin olvidarse de alimentar al menor de sus pajaritos y de vestir á cada uno de los lirios del campo. Por su *poder* hizo cuanto quiso en el cielo, en la tierra y en los abismos. Su *bienaventuranza* es propia, y no depende de ninguna cosa; todos los bienes criados no la pueden aumentar un solo grado, ni todos los males disminuirla. Su *hermosura* hace felices á cuantos la ven, y en ella desean mirar los ángeles. ¿Quién podrá decir algo de su *santidad* y *pureza*, que no le permite consentir en su casa la más ligera mancha? ¿Y de su *justicia* tan rigurosa, que no perdonó á su propio Hijo vestido con el traje de pecador? ¿De su *bondad,* que hace salir el sol para los buenos y malos? ¿De su *misericordia,* que le hace olvidar todos los pecados del hombre que se arrepiente? Admírate que un Señor de tan soberanas perfecciones quiera venir á ti. ¡Oh Señor amabilísimo! ¿Quién es el hombre para que os acordéis de él? ¿O el hijo del hombre para que le visitéis? Si el cielo y los cielos de los cielos no pueden contenerlos, ¿cuánto menos la casa estrecha, obscura y sucia de mi corazón? ¡Oh alma mía! Piensa bien quién es el Señor que viene á visitarte, y prepárale con humildes afectos tu corazón.

Punto 2.º *Reverencia con que se debe recibir al Señor.*—Considera en este punto la profunda reverencia con que debes llegarte al divino Sacramento del altar. Para lo cual servirá en gran manera que recuerdes lo que había dispuesto el mismo Dios acerca de la reverencia con que debía tratarse el arca santa, figura de este soberano Sacramento. Pondera cómo había mandado que nadie se atreviera á tocarla, ni siquiera á mirarla descubierta, ni aun los mismos levitas; y los que se atrevieron á quebrantar este precepto, fueron castigados ejemplarmente. Los mismos sacerdotes, para ejercitar su sagrado ministerio, debían estar completamente limpios y puros, no sólo de pecados, sino hasta de manchas inculpables y aun de defectos puramente naturales. Pues si tal respeto exigía Dios para llegarse á aquella arca, que no era más que una pálida figura del divino Sacramento, ¿qué reverencia, qué profundo respeto exigirá para llegarse, no sólo á tocar, sino á comer este divino manjar? Oye las ordenaciones que dió el Señor á Moisés, cuando se dignó mostrársele en el monte Sinaí: «Ve á tu pueblo, y santifícalos hoy, que laven sus vestidos, y que se preparen para dentro de tres días. En este día Yo bajaré á la cumbre del monte; mas tú le rodearás de una fuerte valla, y dirás al pueblo: Nadie ose acercarse al monte ni tocarle; porque si tienen tal atrevimiento, perecerán». ¿Por qué tal reverencia? ¿Por qué tan extremado respeto? Porque ha de bajar Dios, á quien no puede ver el ojo del hombre. Este mismo Dios se digna bajar todos los días, y se esconde en el divino Sacramento, y no sólo no prohibe que nos acerquemos, sino que lo permite, lo desea, lo suplica, lo manda. ¡Oh gran Dios! Infundid en mi corazón un saludable temor y vivo respeto de vuestra Majestad infinita. ¿Quién soy yo para acercarme á Vos? Si en vuestra presencia tiemblan los ángeles, ¿cómo no temblaré yo, miserable pecador? ¡Oh alma devota! Santifícate en verdad, borra con lágrimas de dolor todas tus culpas, para no encender con ellas la indignación del Señor.

Punto 3.º *Pureza de alma con que se ha de comulgar.*—Considera la pureza de alma con que debes acercarte á recibir la sagrada comunión. Mandaba Dios á su pueblo que guardase todo decoro y honestidad, y aun que no consintiesen tener en su compañía los leprosos y otros enfermos repugnantes, figura muy expresiva del pecador manchado y sucio con la culpa. Si esto exigía por la sola razón de que su arca santa, desde la cual daba sus oráculos y comunicaba sus órdenes, estaba en medio de él, ¿que deseará y querrá de ti y de todo el pueblo cristiano, en medio del cual habita en su propia persona, dejándose tocar y aun comer de aquellos que lo deseen? Pondera cómo Moisés no pudo acercar-

requiere; pide con humildad y confianza la gracia que para esto necesitas, y ruega por todas tus obligaciones.

28. — JESÚS SACRAMENTADO, NUESTRO DIOS.

PRELUDIO 1.º Jesús, que está en el Santísimo Sacramento, es nuestro Dios.

PRELUDIO 2.º Represéntate á innumerables ángeles, que, en torno del divino Sacramento, están cantando al Señor allí oculto el Santo, Santo, Santo....

PRELUDIO 3.º Pide sentimientos de profundo respeto y veneración para recibir dignamente la sagrada Comunión.

Punto 1.º *Atributos de Dios escondido en el Santísimo Sacramento.*—Considera cuánto pudieras alcanzar y entender las perfecciones de Dios oculto en el Sacramento. Él es el *Ser infinito,* que sin comparación ni proporción excede á todo ser, y en perfección á todas las criaturas, las cuales todas no pueden comprenderle. Su *eternidad* es sin principio ni fin, ni sucesión ni mudanza en su ser; siempre fué, es y será uno mismo y de una misma manera. Su *grandeza* es tal, que llena el cielo y la tierra, siendo aquél su trono y ésta el estrado de sus pies: en su comparación, todas las criaturas reunidas son como una gota de rocío y aun nada. Ante su *majestad* tiemblan las columnas del cielo, y se estremecen de pavor los cielos de los cielos, el abismo, el universo y todo cuanto en ellos hay: tiene por criados millones de ángeles, de los cuales uno solo vale más que todo el mundo. Tanta es su *fortaleza*, que con una mirada hace temblar la tierra, y con tres dedos sostiene el universo. Con su *sabiduría* conoce el número de las estrellas, y llama á cada una con su propio nombre; sabe perfectísimamente todo cuanto fué, es y será, como si ya hubiese sido. Con su *providencia,* sin embarazarse ni cansarse, conserva, provee, gobierna y sustenta todas las cosas, sin olvidarse de alimentar al menor de sus pajaritos y de vestir á cada uno de los lirios del campo. Por su *poder* hizo cuanto quiso en el cielo, en la tierra y en los abismos. Su *bienaventuranza* es propia, y no depende de ninguna cosa; todos los bienes criados no la pueden aumentar un solo grado, ni todos los males disminuirla. Su *hermosura* hace felices á cuantos la ven, y en ella desean mirar los ángeles. ¿Quién podrá decir algo de su *santidad y pureza*, que no le permite consentir en su casa la más ligera mancha? ¿Y de su *justicia* tan rigurosa, que no perdonó á su propio Hijo vestido con el traje de pecador? ¿De su *bondad,* que hace salir el sol para los buenos y malos? ¿De su *misericordia,* que le hace olvidar todos los pecados del hombre que se arrepiente? Admírate que un Señor de tan soberanas perfecciones quiera venir á ti. ¡Oh Señor amabilísimo! ¿Quién es el hombre para que os acordéis de él? ¿O el hijo del hombre para que le visitéis? Si el cielo y los cielos de los cielos no pueden contenerlos, ¿cuánto menos la casa estrecha, obscura y sucia de mi corazón? ¡Oh alma mía! Piensa bien quién es el Señor que viene á visitarte, y prepárale con humildes afectos tu corazón.

Punto 2.º *Reverencia con que se debe recibir al Señor.*—Considera en este punto la profunda reverencia con que debes llegarte al divino Sacramento del altar. Para lo cual servirá en gran manera que recuerdes lo que había dispuesto el mismo Dios acerca de la reverencia con que debía tratarse el arca santa, figura de este soberano Sacramento. Pondera cómo había mandado que nadie se atreviera á tocarla, ni siquiera á mirarla descubierta, ni aun los mismos levitas; y los que se atrevieron á quebrantar este precepto, fueron castigados ejemplarmente. Los mismos sacerdotes, para ejercitar su sagrado ministerio, debían estar completamente limpios y puros, no sólo de pecados, sino hasta de manchas inculpables y aun de defectos puramente naturales. Pues si tal respeto exigía Dios para llegarse á aquella arca, que no era más que una pálida figura del divino Sacramento, ¿qué reverencia, qué profundo respeto exigirá para llegarse, no sólo á tocar, sino á comer este divino manjar? Oye las ordenaciones que dió el Señor á Moisés, cuando se dignó mostrársele en el monte Sinaí: «Ve á tu pueblo, y santifícalos hoy, que laven sus vestidos, y que se preparen para dentro de tres días. En este día Yo bajaré á la cumbre del monte; mas tú le rodearás de una fuerte valla, y dirás al pueblo: Nadie ose acercarse al monte ni tocarle; porque si tienen tal atrevimiento, perecerán». ¿Por qué tal reverencia? ¿Por qué tan extremado respeto? Porque ha de bajar Dios, á quien no puede ver el ojo del hombre. Este mismo Dios se digna bajar todos los días, y se esconde en el divino Sacramento, y no sólo no prohibe que nos acerquemos, sino que lo permite, lo desea, lo suplica, lo manda. ¡Oh gran Dios! Infundid en mi corazón un saludable temor y vivo respeto de vuestra Majestad infinita. ¿Quién soy yo para acercarme á Vos? Si en vuestra presencia tiemblan los ángeles, ¿cómo no temblaré yo, miserable pecador? ¡Oh alma devota! Santifícate en verdad, borra con lágrimas de dolor todas tus culpas, para no encender con ellas la indignación del Señor.

Punto 3.º *Pureza de alma con que se ha de comulgar.*—Considera la pureza de alma con que debes acercarte á recibir la sagrada comunión. Mandaba Dios á su pueblo que guardase todo decoro y honestidad, y aun que no consintiesen tener en su compañía los leprosos y otros enfermos repugnantes, figura muy expresiva del pecador manchado y sucio con la culpa. Si esto exigía por la sola razón de que su arca santa, desde la cual daba sus oráculos y comunicaba sus órdenes, estaba en medio de él, ¿que deseará y querrá de ti y de todo el pueblo cristiano, en medio del cual habita en su propia persona, dejándose tocar y aun comer de aquellos que lo deseen? Pondera cómo Moisés no pudo acercar-

se á la zarza ardiendo, sin antes descalzarse; Isaías, sintiéndose manchado de culpas, no se atrevía á fijar los ojos en el Señor que le apareció, hasta que un ángel purificó sus labios con una brasa de fuego; y el mismo Jesucristo no quiso dar su cuerpo á sus amados Apóstoles, sin haberles antes limpiado y lavado cuidadosamente los pies. Pues ¿cómo te atreverás tú á llegarte á este adorable Sacramento, teniendo el alma manchada por la culpa, sin descalzar y purificar los pies, desnudándote de todo afecto terreno, y lavándote de toda mancha, aunque ligerísima? Piensa que si hubieses de ser admitido en la presencia de un Rey de la tierra, quitarías de ti todas aquellas inmundicias y fealdades que supieras le habían de desagradar, y presentándote delante de tu soberano Dios, en cuya presencia los cielos mismos no están limpios y los ángeles cubren su rostro con las alas de puro rubor y respeto, ¿no te dispondrás con la más exquisita limpieza que te sea posible? ¡Oh santísimo y purísimo Señor! Ahora sí que quiero deciros con vuestro amado Apóstol: «Apartaos de mí, que soy un vil pecador». Si miro los días de mi vida, no he pasado uno solo sin ofenderos; si examino mis obras, no hallo una que os sea del todo agradable; si mis pensamientos, los más son inútiles, ó vanos ó perniciosos; si mis palabras, casi todas ofensivas á vuestra Majestad. Y, con todo, ¿queréis venir? ¡Oh alma! ¿Qué pureza necesitas para hospedar al Dios de la santidad? ¿Qué debes hacer para alcanzarla?

Epílogo y coloquios. ¡Qué misterios tan incomprensibles é inefables nos descubre la fe en el Santísimo Sacramento que hemos de recibir! Allí está aquel Dios infinito en toda suerte de perfecciones; eterno, que abraza todos los tiempos; sapientísimo, para quien nada se oculta; potentísimo, al cual nada resiste; justísimo, que sabe castigar con rigurosa severidad al pecador; hermosísimo, bondadosísimo, misericordiosísimo. Y á este Señor has de recibir cuando te llegues á la sagrada comunión. ¡Con qué respeto y veneración debes acercarte! Mira á los judíos, que no se atreven á fijar la vista de puro respeto en el arca santa, ni osan llegarse al monte donde ha bajado la gloria de Dios. Mira á los ángeles; temblando están de temor en la presencia del Señor. Y tú, ¿te atreverás á llegar al altar y comer á aquel mismo Dios á quien figuraba el arca, y que entre truenos y relámpagos bajó al Sinaí? Pero ¿cómo está tu alma? ¿Se halla adornada de pureza y santidad? ¡Cuán angelical debe poseerla aquel que se acerca á recibir este Cordero inocentísimo! No sólo ha de estar libre de pecados, sino limpio de culpas leves, y libre de afectos terrenos. Entra en tu corazón, examínale detenidamente, mira que Jesús le ve y sabe si abriga alguna afición desordenada y que le ofenda. Haz propósitos de mejorarte. Pide gracia para cumplirlos, y ruega por las demás necesidades generales y particulares que te han encomendado.

29.—JESUCRISTO SACRAMENTADO, NUESTRO REY.

PRELUDIO 1.º Jesucristo en la Eucaristía es tu Rey majestuoso, amable y generoso.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús en el Sacramento, diciéndote: «Dios me ha constituído Rey sobre Sión, su monte santo».

PRELUDIO 3.º Pide reverencia, amor y gratitud á este Rey.

Punto 1.º *Jesucristo es un Rey majestuoso.*—Considera cómo en el Santísimo Sacramento está aquel Señor que dice por boca del Profeta: «Yo he sido establecido por Dios Rey sobre Sión, su monte santo, para predicar su precepto». Él lleva escrito en su vestido este glorioso lema: «Rey de reyes, Señor de señores». Su majestad es tal, que excede infinitamente á la de todos los reyes de la tierra. Sentado á la diestra de su Padre celestial, mira á sus pies á millones de ángeles, profundamente humillados, y á todos los santos, que arrojan ante su trono sus coronas, reconociéndole y venerándole por su Rey y Señor, entonándole himnos de alabanza y tributándole todo honor. Rige los pueblos con cetro de hierro, y á una simple insinuación de su soberana voluntad, todas las cosas se someten temblando. La majestad de este Rey es tan propia y personal, que, siendo extremadamente humillado, y de todos sus amigos abandonado en el huerto, con sólo decir «Yo soy», hizo retroceder y postró en tierra á todos sus enemigos. Pondera cómo este Rey de reyes, grande, majestuoso, por el cual reinan todos los que tienen autoridad, está en el Santísimo Sacramento. Mírale al través de los accidentes de pan y vino, y, aunque esté humillado y desconocido, allí tiene la misma majestad que en el cielo, y debe moverte á la misma reverencia que si le vieses en su propia especie. Allí están los ángeles rodeándole y dispuestos á correr á ejecutar todas sus órdenes. Allí está la corte celestial acompañándole, porque donde está el Rey está la corte. Reflexiona que si la reina Ester, al ver la majestad de Asuero sentado en su trono, fué sobrecogida de tal temor y respeto que cayó desmayada en los brazos de las que la acompañaban, ¿qué debiera sentir tu alma ante la Majestad soberana de Jesús sacramentado? Si la vista de un ángel llenó de tal espanto y encogimiento á los ilustres patriarcas Tobías, padre é hijo, que cayeron postrados en tierra, y allí permanecieron por tres horas, ¿cómo quedas tú disipado y frío habiendo visto al mismo Rey de los ángeles? ¡Oh Rey de tremenda majestad! ¿Quién se atreverá á llegarse á Vos, cuya mirada hace estremecer la tierra y cuya voz quebranta los cedros del Líbano? ¿Quién tendrá valor para recibiros, viéndose cubierto de culpas y sabiendo que vuestros ojos purísimos no pueden ver la maldad? Vos sois mi Rey; regid mis potencias y sentidos, mi alma y mi cuerpo, de modo que puedan ser digna morada vuestra.

Punto 2.° *Es Rey benigno y amable.*—Considera aquí la benignidad y amabilidad de este Rey, que por tu amor ha querido esconderse en la sagrada Eucaristía. Nada hace tan recomendables á los reyes de la tierra como el ver que reciben á sus súbditos, aunque sean pobres y de humilde condición, con benignidad y dulzura. El temor más intenso se apodera del espíritu de los vasallos cuando han de acercarse á las gradas del trono; mas el aspecto benigno y las palabras paternales que salen de los labios del monarca son para ellos como la luz de la aurora que disipa las tinieblas y reanima la naturaleza. Pero, ¿qué es lo que hacen los reyes de la tierra comparado con la bondad de este Rey celestial? Desde el trono eucarístico á todos da cariñosa acogida, escucha piadoso sus súplicas, oye benigno sus quejas y responde á sus preguntas. Oye cómo dice á las puertas del corazón agobiado: «Venid á Mí todos los que os encontráis atribulados, y yo os aliviaré». Aunque no hace acepción de personas, con todo, recibe y habla con preferencia á los sencillos, humildes y desamparados. Con ellos gusta de tener largas conversaciones y tomar parte muy activa en todos sus trabajos. Mira cómo, para alentarte con su benignidad infinita, sin dejar de ser tu Rey, quiere llamarse tu hermano, tu amigo, tu alimento, tu consolador. ¿Has comprendido el sentido de estas palabras y la obligación que te impone la bondad y benignidad de este Rey? Si Él es tan benigno para recibir á los que se le acercan, ¿por qué no le visitas con más frecuencia? Si es tan bondadoso y amante con los que le reciben, ¿por qué no le correspondes con el mismo amor? ¡Oh Rey benignísimo, que con vuestra dulce mirada disipáis las tristezas del corazón más afligido, y con vuestras divinas palabras alumbráis los entendimientos más obscurecidos! Yo me acerco á Vos, y os pido que me miréis: *Respice in me et miserere mei;* miradme y compadeceos de mí; miradme para hacerme santo; miradme para infundirme vuestro amor; miradme para llenarme de bendiciones.

Punto 3.° *Es Rey generoso.*—Considera en este punto la generosidad infinita de este gran Rey á quien vas á recibir. Como Él por su sabiduría conoce todas tus necesidades y deseos, y con su poder inmenso las puede remediar, y su misericordia le mueve á ello, nada escasea para tu bien. Pondera la diferencia que hay entre los reyes de la tierra y este Rey del cielo. Aquéllos ponen tributos y gabelas á sus vasallos, y se los piden con rigor; éste se los quita todos, y paga sus deudas con amor: aquéllos empobrecen á los suyos para enriquecerse á sí; éste se empobrece á sí, para enriquecer con su pobreza á los suyos: aquéllos hacen participantes de sus generosidades y regalos á algunos pocos que no los necesitan; éste á nadie rehusa sus favores y gracias: aquéllos viven y se regalan á costa de sus súbditos; éste da vida y regala á sus súbditos á costa suya. De modo que puede

muy bien decir á todos: ¿Qué debí hacer por mi viña, esto es, por cualquiera alma que se haya puesto á mi servicio, que no lo hiciese? Pero en nada manifiesta más evidentemente su generosidad que en los auxilios que nos presta para pelear contra nuestros enemigos. Mírale cómo, para librarte de su poder, Él ha querido bajar del cielo, y, colocándose delante de ti, ha emprendido una lucha cruel hasta derramar su sangre y dar su vida para libertarte de ellos. Desde el divino Sacramento continúa guiándote en los combates que libras con tus enemigos; con su carne preciosa te alimenta y da fuerzas; con sus inspiraciones te alienta, y con sus ejemplos te dice que la victoria de sus discípulos consiste en sufrir callando, y en aceptar la muerte, si es necesario, antes que abandonar su servicio. Compara ahora la generosidad de este gran Rey con tu ingratitud monstruosa; lo que Él hace y sufre por ti con lo que tú haces y padeces por Él, y avergonzado de tu proceder, dile: ¡Oh Rey mío y Señor mío! No sólo os quiero dar cuanto tengo, sino aun mi vida quisiera sacrificaros y ofrecérosla en recompensa de lo que habéis hecho, y en reparación de las injurias que habéis recibido y recibís todavía de los pecadores.

Epílogo y coloquios. ¡Oh alma feliz! ¡Mira que viene tu Rey! Dentro de pocos momentos ha de entrar por las puertas de tu corazón. ¿No te atemoriza su majestad? Es el Rey de los reyes, Señor de los señores: su poder es infinito; y en un instante podría aniquilarte; su sabiduría es inmensa, y ve tu corazón y la frialdad y disipación en que se halla: ante Él tiemblan los cielos y se estremecen los abismos; ¿y tú no tiemblas? ¿Tú, que le hiciste traición mil veces? ¿Tú, que le dijiste: no quiero que reinéis sobre mí, no quiero serviros? ¡Oh Rey inmortal! Vuestra majestad me estremece; pero vuestra bondad, ternura y benignidad dilatan mi corazón, y arrancan de él suspiros vehementes por recibiros. Este Rey es tan majestuoso como benigno; á nadie desecha, á todos recibe con ternura, para todos tiene palabras de consuelo y amor, y á todos habla el lenguaje que les conviene y que ellos entienden. Si estás inquieto, hablará paz á tu corazón; si triste, te dirá palabras de consuelo; si rodeado de tinieblas, sus palabras te iluminarán más que la luz del sol; si pobre, no escaseará sus dones, porque es infinitamente generoso. ¡Oh! ¡Cuán grande é inefable es la generosidad de este Rey! ¡Cómo resalta si se la compara con la escasez, miseria y mezquindad de los reyes terrenos! Él lo da todo sin esperar nada; Él se da á sí mismo á aquellos mismos que le niegan su amor. Y tú, ¿qué has hecho? ¿Cómo te has portado? ¿Has venerado la majestad de este Monarca, amado su benignidad y agradecido su generosidad? ¿Cómo te has de portar en adelante? Habla á este Rey que ya viene á ti. Renueva en su presencia tus propósitos, y pídele gracia para cumplirlos con perfección.

30.—JESÚS SACRAMENTADO, HUÉSPED DEL ALMA.

PRELUDIO 1.° Quedóse Jesús en el Santísimo Sacramento para ser nuestro huésped.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús mirándote desde el Sacramento y diciéndote lo que á Zaqueo: «Conviene que me hospede hoy en tu casa».

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saberle preparar digno hospedaje y de aprovechar la visita.

Punto 1.° *Dignación de Jesús en querer hospedarse en nuestro corazón.*—Considera con admiración cómo Jesucristo se digna venir á hospedarse en tu alma. Para penetrar este misterio de la bondad de Jesús, mírale en el cielo sentado sobre un trono de querubines, á la diestra de su eterno Padre, empuñando el cetro del universo, y servido por millares de millones de espíritus angélicos, atentos siempre á la menor indicación de su voluntad. Y este Señor tan grande viene á esconderse bajo los accidentes de pan y vino para poder ser tu Huésped, penetrar en tu pecho y fijar su morada en tu corazón. ¿Quién jamás hubiera imaginado tal prodigio de amor? Sin embargo, no sólo Él mismo se invita cariñoso, sino que, para moverte con más eficacia á que le des hospedaje, te dice que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres, te pide con ternura tu corazón, y te asegura que se halla á la puerta de él, dando repetidas aldabadas para moverte á que le abras y á que consientas en cenar con Él este manjar divino. No contento con tan generosos ofrecimientos, te promete que con Él vendrá toda la Santísima Trinidad, que convertirá tu corazón en un cielo, en el cual morará de asiento. ¡Oh amor infinito de Jesucristo, que nunca se cansa de hacer bien! Pondera para confusión tuya las muchas veces que has cerrado las puertas de tu corazón á este divino Señor, abriéndolas de par en par al demonio, su enemigo y tuyo. Has rechazado á un huésped que te quería dar la vida, y has admitido al que te daba la muerte. Tu corazón se ha convertido en una caverna de ladrones y un desierto habitado de las fieras, pudiendo hacer de él un glorioso tabernáculo y un paraíso de delicias. Pero mira cómo Jesús, incansable todavía, te habla como á Zaqueo, diciéndote: «Conviene que entre y permanezca en tu casa». ¡Oh amantísimo y amabilísimo Jesús! ¿Es posible que resista por más tiempo á vuestra dulce invitación? ¿De dónde á mí que el mismo Rey de cielos y tierra venga á visitarme? ¡Ah! No sólo os admito gustoso, sino que humildemente me atrevo á deciros con vuestro siervo Abraham: «Si he hallado gracia en vuestros ojos, no paséis de vuestro siervo». Venid, Jesús mío; mi alma os desea y no quiere apartarse ya más de Vos.

Punto 2.° *Limpieza que exige tal Huésped.*—Aquí has de considerar la pureza que desea hallar Jesús sacramentado en

la casa donde entra á morar. En la antigua Ley había mandado á Moisés que el santuario en donde se había de colocar el propiciatorio estuviese cubierto del oro más puro y escogido; los vasos que habían de servir en los sacrificios debían ser riquísimos. Si tal limpieza exigía para aquellas ofrendas y sacrificios que no eran más que simples figuras, más ó menos imperfectas, de este celestial convite, ¿qué pureza y limpieza exigirá en el que ha de recibir y comer á Él mismo, representado por las antiguas figuras? Mira cómo, queriendo este divino Señor venir al mundo y tomar carne humana, y debiendo formarse en el seno de una mujer por el tiempo de nueve meses, dispuso que la escogida para tan señalado y excelso ministerio fuese la más pura, limpia, hermosa y agraciada que podía existir. Pues este mismo Huésped que permaneció encerrado nueve meses en las entrañas de la Virgen Santísima, es el mismo que va á penetrar en tu pecho y á morar en él, á lo menos por el tiempo que duran las especies sacramentales. ¿Habías meditado alguna vez esta verdad tan consoladora? Pero ¿cómo está tu alma? Ella ha de ser el cenáculo en que Jesús celebre hoy la Pascua. Acuérdate que para esta festividad, el Señor, olvidado, al parecer, de su amadísima pobreza, dispuso que fuera un salón grande, espacioso, limpio y bien adornado. ¿Reune tu alma estas condiciones espirituales? ¡Oh amantísimo Salvador! Confieso que no me hallo bastantemente dispuesto para albergaros. Pobre, vil, sucio, miserable, ¿cómo me atreveré á presentarme á Vos? Preparadme, Señor, por vuestra misericordia, limpiadme con vuestra sangre, adornadme con vuestra gracia, enriquecedme con vuestros méritos. Enviad vuestros ángeles para que hermoseen el aposento en que queréis morar. Y tú, alma mía, ¿qué debes hacer!

Punto 3.° *Bienes que da al que le hospeda.*—Considera cómo este Señor riquísimo y generosísimo paga abundantemente el hospedaje que se le da. Durante su vida mortal, en todas las partes en donde entraba dejaba testimonios claros y brillantes de su generosidad. Entró en las entrañas de la Virgen María, y enriquecióla de millares de dones y gracias sin cuento ni comparación. Entró en casa de Zacarías, estando aún Juan en las entrañas de su madre, y desde allí le santificó, llenó del Espíritu Santo á Isabel, y la dió el don de profecía. Entró en el mundo, é hinchóle de luz, de doctrina, de milagros, de salud y de otros mil bienes. Entró en casa de Zaqueo, y con Él entró la salud y la vida en la misma. Entró después de muerto en el infierno, y convirtióle en un paraíso, haciendo en el mismo instante bienaventurados á los Santos Padres que allí se hallaban. Aun el Arca del Testamento, que no era más que una pálida figura de este Señor sacramentado, en cuanto entró en casa de Obededón, atrajo sobre toda la familia las bendiciones más singulares. ¿Qué bendiciones derramará sobre los que le hospedan á

Él mismo? Si este bondadoso Señor ha premiado con abundancia á los que han acogido benévolos á todos sus siervos, prometiéndoles una recompensa igual, ó á lo menos parecida á la que daba á éstos, ¿qué recompensa dará á los que le reciben á Él mismo en persona? Imagínate que desde el Sacramento te dice: «Mira que vengo presto, y conmigo llevo la recompensa». ¿Qué dices á tan tierno y amante Huésped? ¡Oh amabilísimo Jesús! No soy digno de que entréis en la casa de mi alma; pero decid sólo una palabra, y con ella la dispondréis, purificaréis y adornaréis para que pueda hospedaros. ¡Oh alma dichosa! Tu Esposo viene; sal á recibirle, provista con el aceite de la caridad; arrójate á sus pies como la Magdalena para oir su doctrina, y esfuérzate en servirle y obsequiarle como Marta, para que guste de morar contigo y jamás se separe de ti.

Epílogo y coloquios. ¡Oh misterio de amor! Jesús, el Rey soberano de cielos y tierra, que está sentado sobre los querubines, quiere venir á esconderse en tu pecho y á morar, temporalmente á lo menos, en él. ¡Quiere ser tu Huésped! Para esto ha sido preciso agotar, por decirlo así, todos los divinos atributos que posee; pero no importa: ha sido indispensable amasar su carne de la manera más nueva y nunca oída, ocultándola bajo las especies de pan, y por todo pasa Jesús con tal de poder ser tu Huésped. Y tú, ingrato, has preferido dar hospedaje en tu corazón al demonio, enemigo del Señor y tuyo. ¡Qué locura! Sin embargo, todavía Jesús se ofrece á venir, pero has de limpiar la casa de tu alma. No le ofende la pobreza material, ni la bajeza del origen, ni la vileza en que estás respecto del mundo; pero sí le ofendería si tu alma no estuviese limpia y pura. Todos los lugares en que moró debieron estar de este modo preparados, y así debes prepararte á ti mismo, con lo cual podrás esperar abundantes bendiciones celestiales. Mira cómo bendice á Zaqueo, á Marta y María que le hospedan; á Isabel que le recibe en su casa. ¿Quieres ser participante de aquellas bendiciones? Imítalos, dispón tu corazón, llora tus pecados. Haz propósitos de ser para siempre agradecido á su bondad y no apartarte jamás de tan benéfico Señor. Pide las gracias, luces y auxilios que para cumplirlos necesitas, y ruega por todo el mundo.

QUINTA SERIE

DOMINICAS Y FIESTAS DEL AÑO.

ADVERTENCIA. *La presente serie, última de toda la obra, contiene una meditación para cada una de las dominicas y fiestas que ocurran en el año. Muchas comunidades religiosas y personas espirituales gustan consagrar en tales días algún tiempo más á la oración mental, ya oyendo el santo sacrificio de la Misa, ya en otra hora del día, por hallarse desocupadas de los negocios y quehaceres que suelen impedírselo en los días laborables. Para ellas se ha escrito esta última serie, cuyas meditaciones sólo tienen dos puntos, suponiendo que esta meditación extraordinaria no se alargará tanto como la ordinaria; aunque es cierto que las consideraciones que se hallan en cada meditación abren campo para meditar una hora y más, con los auxilios de la divina gracia.*

Como podrá verse, el asunto sobre que versan estas meditaciones es la misma festividad ó el Evangelio de la respectiva dominica. De este modo hemos creído interpretar mejor el espíritu de la santa Iglesia; para lo cual, no sólo hemos procurado acomodar la meditación al Evangelio, sino, además, los dos puntos de que consta cada una hemos querido que se fundasen de ordinario en las antífonas del Benedictus *y* Magnificat, *en las cuales suele condensar la Iglesia el santo Evangelio, ó tocar los puntos más culminantes que abraza.*

DOMINICA I DE ADVIENTO.

PRELUDIO 1.° Jesucristo explica á los Apóstoles las señales del Juicio final, y añade que cuando comiencen á aparecer, se alienten, porque se acerca su redención.—(Luc., XXI, 25-33.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesús hablando todo esto á los Apóstoles y oyéndolo nosotros con ellos.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de tener vivo temor del divino juicio y firme confianza en la misericordia de Dios.

Punto 1.° Considera aquí con horror las señales que precederán á la segunda venida del Salvador como Juez, á fin de que te prepares para recibirle ahora que viene como Padre. Habrá señales en el sol, el cual perderá su resplandor y se obscurecerá, dejando á la tierra envuelta en densas tinieblas; en la luna, la cual aparecerá como de color de sangre, como dice el profeta Joel, y en las estrellas, que chocarán entre sí y queda-

Él mismo? Si este bondadoso Señor ha premiado con abundancia á los que han acogido benévolos á todos sus siervos, prometiéndoles una recompensa igual, ó á lo menos parecida á la que daba á éstos, ¿qué recompensa dará á los que le reciben á Él mismo en persona? Imagínate que desde el Sacramento te dice: «Mira que vengo presto, y conmigo llevo la recompensa». ¿Qué dices á tan tierno y amante Huésped? ¡Oh amabilísimo Jesús! No soy digno de que entréis en la casa de mi alma; pero decid sólo una palabra, y con ella la dispondréis, purificaréis y adornaréis para que pueda hospedaros. ¡Oh alma dichosa! Tu Esposo viene; sal á recibirle, provista con el aceite de la caridad; arrójate á sus pies como la Magdalena para oir su doctrina, y esfuérzate en servirle y obsequiarle como Marta, para que guste de morar contigo y jamás se separe de ti.

Epílogo y coloquios. ¡Oh misterio de amor! Jesús, el Rey soberano de cielos y tierra, que está sentado sobre los querubines, quiere venir á esconderse en tu pecho y á morar, temporalmente á lo menos, en él. ¡Quiere ser tu Huésped! Para esto ha sido preciso agotar, por decirlo así, todos los divinos atributos que posee; pero no importa: ha sido indispensable amasar su carne de la manera más nueva y nunca oída, ocultándola bajo las especies de pan, y por todo pasa Jesús con tal de poder ser tu Huésped. Y tú, ingrato, has preferido dar hospedaje en tu corazón al demonio, enemigo del Señor y tuyo. ¡Qué locura! Sin embargo, todavía Jesús se ofrece á venir, pero has de limpiar la casa de tu alma. No le ofende la pobreza material, ni la bajeza del origen, ni la vileza en que estás respecto del mundo; pero sí le ofendería si tu alma no estuviese limpia y pura. Todos los lugares en que moró debieron estar de este modo preparados, y así debes prepararte á ti mismo, con lo cual podrás esperar abundantes bendiciones celestiales. Mira cómo bendice á Zaqueo, á Marta y María que le hospedan; á Isabel que le recibe en su casa. ¿Quieres ser participante de aquellas bendiciones? Imítalos, dispón tu corazón, llora tus pecados. Haz propósitos de ser para siempre agradecido á su bondad y no apartarte jamás de tan benéfico Señor. Pide las gracias, luces y auxilios que para cumplirlos necesitas, y ruega por todo el mundo.

QUINTA SERIE

DOMINICAS Y FIESTAS DEL AÑO.

ADVERTENCIA. *La presente serie, última de toda la obra, contiene una meditación para cada una de las dominicas y fiestas que ocurran en el año. Muchas comunidades religiosas y personas espirituales gustan consagrar en tales días algún tiempo más á la oración mental, ya oyendo el santo sacrificio de la Misa, ya en otra hora del día, por hallarse desocupadas de los negocios y quehaceres que suelen impedírselo en los días laborables. Para ellas se ha escrito esta última serie, cuyas meditaciones sólo tienen dos puntos, suponiendo que esta meditación extraordinaria no se alargará tanto como la ordinaria; aunque es cierto que las consideraciones que se hallan en cada meditación abren campo para meditar una hora y más, con los auxilios de la divina gracia.*

Como podrá verse, el asunto sobre que versan estas meditaciones es la misma festividad ó el Evangelio de la respectiva dominica. De este modo hemos creído interpretar mejor el espíritu de la santa Iglesia; para lo cual, no sólo hemos procurado acomodar la meditación al Evangelio, sino, además, los dos puntos de que consta cada una hemos querido que se fundasen de ordinario en las antífonas del Benedictus *y* Magnificat, *en las cuales suele condensar la Iglesia el santo Evangelio, ó tocar los puntos más culminantes que abraza.*

DOMINICA I DE ADVIENTO.

PRELUDIO 1.° Jesucristo explica á los Apóstoles las señales del Juicio final, y añade que cuando comiencen á aparecer, se alienten, porque se acerca su redención.—(Luc., XXI, 25-33.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesús hablando todo esto á los Apóstoles y oyéndolo nosotros con ellos.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de tener vivo temor del divino juicio y firme confianza en la misericordia de Dios.

Punto 1.° Considera aquí con horror las señales que precederán á la segunda venida del Salvador como Juez, á fin de que te prepares para recibirle ahora que viene como Padre. Habrá señales en el sol, el cual perderá su resplandor y se obscurecerá, dejando á la tierra envuelta en densas tinieblas; en la luna, la cual aparecerá como de color de sangre, como dice el profeta Joel, y en las estrellas, que chocarán entre sí y queda-

rán eclipsadas, causando espantosos estruendos. ¡Qué horror! Entretanto, las gentes que entonces vivan en el mundo quedarán como pasmadas, oprimidas por el más excesivo temor, al contemplar sobre su cabeza tales prodigios, y al sentir debajo sus pies continuas trepidaciones y deshechas tempestades. ¡Cómo palidecerán de miedo y se secarán de pavor ante la expectativa de lo que va á acontecer! De este modo tan tremendo hará el Señor ostentación de su soberano poder. Y si tales son los anuncios, ¿qué será el acontecimiento que pronostican? ¿Qué será ver la Majestad de Jesucristo descender vestido de gloria, sentado sobre brillantes nubes, acompañado de millones de ángeles, precedido de glorioso estandarte de la santa Cruz? ¡Ay de los impíos que lo blasfemaron! ¡Ay de los pecadores que lo despreciaron! ¡Ay de ti, en aquel día, si no has sido fiel discípulo de este Señor y amante de su Cruz. Pondera bien todo esto como si ahora mismo aconteciera, y excita en tu corazón un vivo temor del Señor, para que entonces puedas confiar y levantar la cabeza, recordando que se acerca tu redención. ¿Es posible que no temas á un Señor que con tanta facilidad conmueve el orbe y conturba las gentes? ¡Oh Rey soberano! Sed para mí Padre de misericordia; avivad en mi entendimiento la fe de estas verdades; despertad en mi voluntad el temor de vuestros castigos, y clavad con él mi carne, para que nunca se levante contra el espíritu ni le lleve tras sí, haciéndole esclavo de sus pasiones.

Punto 2.° Considera el deseo que tiene Jesucristo que los cristianos se preparen para el día tremendo del Juicio. Por esta causa avisa á los Apóstoles, y en ellos á los discípulos, que vivan cuando sobrevengan tales señales, que las consideren con atención, y que de ellas deduzcan la proximidad del día feliz del rescate eterno. Sabia providencia de Dios fué el ocultarnos el tiempo de su segunda venida, para que siempre estuviéramos preparados para recibirle. ¡Oh locura del hombre! Prepárase para los sucesos menos importantes y de escasas consecuencias, y olvida ó no quiere disponerse para el más trascendental de todos. ¿Caes tú en tamaña insensatez? Pondera cómo para los buenos, después de la opresión, temor y angustia, viene la redención. Pasan por el fuego y el agua; pero después entran gozosos en el refrigerio. Son como la higuera que en el invierno está como seca y combatida de grandes tempestades; mas en el verano ofrece regalados frutos y densa sombra. Así ellos, mientras se hallan en este mundo, son menospreciados y tenidos por inútiles, azotados con grandes tribulaciones y afligidos de penas; empero, cuando lleguen al estío feliz de la gloria, se presentarán cubiertos del verdor de las virtudes, y cargados de los frutos de las buenas obras y de los premios merecidos. ¿Seremos nosotros contados entre estos felices? ¡Oh gran Dios, que si humilláis á vuestros amigos, y si castigáis á vuestros hijos, es

solamente para ensalzarlos con gloria, y recibirlos como Padre! Haced que acepte con amor vuestras humillaciones y castigos, y me haga digno de ser contado entre vuestros hijos.

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán espantosas serán las señales que anunciarán la segunda venida de Jesucristo! En el cielo el sol se eclipsará, la luna se convertirá en color de sangre, las estrellas se desordenarán, las fuerzas de la naturaleza se debilitarán; en la tierra, todo será apretura en los hombres, terremotos en el globo, tempestades en el mar, y desesperación universal. Los malos aparecerán tristes, escuálidos, macilentos, temblando de miedo; los buenos, aunque algo más confiados, estarán también temerosos, viendo tan formidables señales de la ira de Dios. ¡Qué días tan largos y pesados serán aquellos! ¿Quién podrá vivir entre tantas muertes? ¿Quién descansar, viendo que todo el universo está cansado? ¡Qué sobresalto tan horroroso! Sin embargo, quiere el Señor que en medio de tales horrores, sus discípulos levanten la cabeza, y se alegren santamente, pensando que para ellos se aproxima la redención. Los que no pueden tener contento, alegría ni esperanza, son los pecadores; porque para ellos, en lugar de la redención, se aproxima la eterna condenación. ¿Deseas tú poder confiar y alegrarte en las tribulaciones? Trabaja por conservarte justo, detesta la culpa, huye del pecado, únete de tal modo con Dios, que estés dispuesto á perderlo todo antes que separarte de Él. Para esto, medita, propón, y pide por ti y por todos.

DOMINICA II DE ADVIENTO.

PRELUDIO 1.° El Bautista desde la cárcel envió á dos de sus discípulos á Jesús, á que le preguntasen si era el Mesías; y el Señor, después de haber dado testimonio de sí, dióle también de san Juan.—(Matth., XI, 2-10.)

PRELUDIO 2.° Represéntate al Bautista enviando á Jesús esta comisión y á sus discípulos presentándose al Señor.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar el celo prudente del Bautista y los ejemplos de Jesús.

Punto 1.° Estando san Juan Bautista en las prisiones, envío á dos de sus discípulos á Jesús para que le preguntasen: «¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro?» Considera en este suceso la fidelidad del Bautista en el cumplimiento de los deberes de su ministerio; aunque se halla en prisiones, y con fundamento puede creer que se le acerca la muerte, no olvida que ha venido para ser el Precursor del Mesías, y que ha recibido el encargo de señalarlo con el dedo á los hombres; y así manda á sus discípulos á Cristo, á fin de que por sí mismos se cercioren de que éste es el único Maestro de quien no se han de separar. Como buen padre, cuida de sus hijos hasta el último mo-

mento de su vida. Pondera la prudencia con que lleva á cabo esta obra. Él, aunque no duda que Cristo es el Mesías verdadero; pero como ve la incredulidad de sus discípulos, no quiere por sí corregirla, antes prefiere que ellos se le presenten, y vean las obras que ejecuta, y sigan la doctrina que enseña, y queden convencidos que Él y no otro es el Esperado de las naciones. Fija bien tu consideración en este ejemplo del Bautista, y no podrás menos de confundirte viendo tu comportamiento tan disonante del suyo. ¡Cuán fácil eres en dispensarte de tus precisas obligaciones cuando la enfermedad ó la tribulación te visita! Descuidas los que están á tu cargo para no imponerte un ligero sacrificio, y exiges con rigor el rendimiento de todos á lo que tú afirmas, como si fueras infalible, mostrándote siempre difícil en creer lo que asegura tu prójimo. ¡Oh Santo Precursor! Admirable es vuestra constancia, firmeza, prudencia y cuidado de los vuestros, que mostráis al mundo: por estas virtudes os suplico me alcancéis la gracia de imitaros en ellas, y con las mismas merecer el premio que Vos ya gozáis. ¿Qué nos conviene proponer para imitar al Bautista?

Punto 2.° Considera aquí el modo edificante con que Jesús contestó á los enviados de su Bautista. No merecían éstos por su poca disposición una respuesta categórica como la que dió en otra ocasión á la Samaritana; y así, no les dijo: «Yo soy el que buscáis», sino quiso que sus obras diesen antes testimonio de Él obrando con este fin varios milagros delante de ellos. ¡Cuánto más eficaz y poderoso es el ejemplo que la palabra para convencer á los hombres! Oye cómo el Salvador llama bienaventurado al que no se escandaliza de Él. Escandalízanse de Cristo aquellos que rechazan su ley como insoportable, desprecian sus consejos como vanos, consideran sus ejemplos como impracticables; aquellos que no quieren reconocerle como á su pastor, maestro y guía; aquellos que rehusan vestirse su librea, abrazarse con su cruz y pelear con Él contra las concupiscencias. ¡Ay de los tales! Lejos de ser dichosos, aunque el mundo los designe con tal nombre, son en verdad desgraciados. Pondera la prudencia con que Jesús alaba á san Juan y los motivos en que funda sus alabanzas. Para que no se crea que es adulación lo que dice, espera á que se retiren los discípulos que le había enviado; y le alaba porque ha morado y es amigo del desierto; porque no es caña flaca que á todo viento se mueva; porque no viste con sensualidad; porque ha cumplido la misión que Dios le encomendó. ¿Merecerías tú, por la conducta que observas, los aplausos del Señor? Los ejemplos y enseñanza de Jesús, ¿son para ti ocasión de escándalo y ruina? ¿Eres adulador con aquellos de quienes algo esperas? ¡Oh Jesús amantísimo! Si Vos probáis vuestra divina misión dando vista á los ciegos, oído á los sordos y enseñando á los pobres, haced conmigo estos prodigios; pues

grande es la necesidad que de ellos tengo; abrid mis ojos para que vea y comprenda vuestros ejemplos; abrid mis oídos, para que escuche vuestra doctrina; y compadeceos de mi pobreza, enriqueciéndome con vuestra gracia en este mundo y con vuestra gloria en el otro.

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta verdad afirmó Jesús que el Bautista no era una caña agitada por el viento! Está en la cárcel, y aun allí, olvidado de sí mismo, sólo piensa en el bien de sus discípulos y en el desempeño de su celestial ministerio. Quiere que todos reconozcan á Cristo por el Mesías; teme que sus discípulos se resistan á abrazar esta creencia, y dispone que ellos mismos se enteren del eficaz fundamento en que se apoya. ¡Qué prudencia y simplicidad santa en la pregunta que pone en boca de ellos! Jesús recibe con agrado á los discípulos de su Precursor; delante de ellos hace grandes prodigios, y aunque no les dice categóricamente que es el Mesías, remite su testimonio á las obras que ejecuta, las cuales habían sido anunciadas por los profetas. No podía ciertamente aducir una prueba más concluyente de su divina misión. ¡Cuánta luz arroja este Evangelio sobre aquellos que no cierran á él los ojos! ¿Qué consecuencias prácticas hemos de sacar nosotros? ¿Qué virtudes podemos aprender? ¿En qué cosas disentimos del Bautista y de Jesucristo? Meditémoslo detenidamente; apliquemos á nosotros mismos lo que nos convenga, haciendo propósitos muy particulares y acomodados al estado de nuestra alma, y roguemos por nosotros y por todo el mundo.

DOMINICA III DE ADVIENTO.

PRELUDIO 1.° Los judíos enviaron á Juan una distinguida embajada, para preguntarle quién era; y el santo precursor contestó humillándose profundamente y ensalzando á Jesús.—(Joan., I, 19-28.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á los comisionados de los judíos hablando con el Bautista y oyendo nosotros lo que dicen.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de buscar con interés la verdad y conservarla con firmeza, y de imitar la humildad del Bautista.

Punto 1.° En esta legación que envían los judíos de Jerusalén á san Juan Bautista has de considerar primeramente la ojeriza que tenía el demonio contra la virtud y santidad del Precursor, la cual le indujo á tenderle este peligroso lazo, para hacerle caer en el hoyo profundo de la soberbia, en el cual había caído él mismo, y en pos de él tantos otros. No le tienta con otros vicios más viles y bajos, porque su derrota habría sido más cierta; pero le tienta de soberbia, en la que esperaba más el triunfo. Mira luego cómo los judíos, aparentando deseos de su salvación, preguntan al Bautista si es el Salvador esperado. Su

conducta en esto es digna de alabanza, y condena la de muchos cristianos que, olvidados de lo que atañe á su salvación, sólo piensan en lucros y ganancias temporales. Empero los judíos no proceden con buena fe, porque, mostrándoles Juan al que buscan, ellos no le quieren recibir. ¡Cuántas veces se pregunta, no por saber y abrazar la verdad, no por conocer el buen camino y seguirle, sino por fingir un buen deseo que no se tiene, ó quizá para probar al que es preguntado! Considera el poco caso que se puede hacer de los juicios de los hombres Los judíos se dirigen á Juan, preguntándole si es el Mesías, y dejan de acudir á éste, con hacer obras inmensamente más señaladas y portentosas que aquél para confirmar su misión divina. ¡Oh Salvador del mundo! Haced que os busque siempre con sencillez, humildad y deseo sincero de hallaros; que aborrezca con toda mi alma el detestable vicio de la soberbia, menospreciando como vanos los juicios del mundo y pretendiendo exclusivamente agradaros á Vos. ¿Son estos nuestros sentimientos? ¿Nos hemos apartado alguna vez de tal línea de conducta?

Punto 2.° Consideremos aquí el humildísimo testimonio que de sí mismo dió el Bautista, y el glorioso y elocuente elogio que hizo de Jesús. Pregúntanle si es el Mesías, y contesta que no es él el Cristo, sin añadir, como pudiera, que era su Precursor. Prosiguen preguntándole si es Elías. Él podía responder que en cierto modo lo era; pero dice: «No soy». Insisten en interrogarle si es profeta, y contesta: «No». Cada vez con más sequedad, como quien está disgustado de unas preguntas tan honrosas. ¡Cómo oculta este grande santo las riquezas y dones excelentes que Dios ha puesto en su alma! No oculta la bajeza que tiene de su cosecha. Porque, preguntándole quién era, responde: «Soy la voz del que clama en el desierto». ¿Qué cosa más insubsistente que la voz, la cual, en su existencia, firmeza y robustez, depende absolutamente del que la emite? Y ¿qué cosa más vana que la voz dada en el desierto, en donde nadie la oye, y con la cual nadie puede ser instruido, reprendido ni amonestado, porque no es oída? Pondera cómo el admirable Precursor, que tan bajo testimonio da de sí, lo da glorioso y sublime del Mesías, por más que los judíos no se lo piden. Es propio de los verdaderos amantes de Jesús el anunciarlo oportuna é inoportunamente, hablando poco de sí y mucho de Él, abatiéndose ellos profundamente y ensalzándole á Él. Dice el Señor que, aunque venga en pos de él, no obstante, fué antes que él, por razón de la divinidad; y que es tal su excelencia y grandeza, que no se considera digno de desatar la correa de su calzado. ¡Oh cristiano! Mira á esta lumbrera ardiente y brillante cómo habla de sí y cómo habla de Cristo. ¿No te confunde una humildad tan profunda? ¿No te enciende en el amor de Dios una caridad tan ardiente? Y al resplandor de esta luz, ¿no descubres tu propia vileza?

Epílogo y coloquios. En verdad que san Juan no era una débil caña. Si lo hubiera sido, el viento de la vanidad lo hubiera sin duda derribado. Era roble firmísimo, que había echado hondas raíces en la humildad, y la tentación de soberbia con que le tienta el demonio, en vez de desvanecerle, le confirma y consolida en el conocimiento profundo de su nada. Pregúntanle los judíos si es el Cristo que ha de venir. Laudable era este deseo de saber, aunque no nacía de una sincera intención de aprovecharse. Posible es que, si la respuesta del Bautista hubiese podido ser afirmativa, lejos de complacer á los judíos, hubiera levantado en ellos una furiosa ira contra él; porque, aunque les admiraba su vida, estaban muy lejos de querer imitarla, por ser repugnante á su amor propio y sensualidad. Juan, empero, no se deja fascinar por los aplausos del mundo. Confiesa la verdad, y dice que no es el Cristo, ni Elías, ni ningún profeta; lo único que de sí asegura es ser la voz del que clama en el desierto. ¡Oh humildad verdaderamente heroica! ¡Quién te poseyera con la perfección que este ilustre Precursor! El cual no se contenta con disminuirse y aun aniquilarse á sí; pasa más adelante, y engrandece, y glorifica, y sublima sobre todas las cosas á Jesús. ¿Qué decimos nosotros de nosotros mismos? ¿Qué juicio formamos de nuestra virtud, talento, sabiduría? ¿Qué decimos de Jesús? ¿Qué dicen de Él nuestras obras? Temible es que, lejos de honrarle con nuestro comportamiento, le deshonremos. Mas entremos dentro de nosotros, resolvamos corregirnos, y pidamos al Señor luz y remedio para todas las necesidades.

DOMINICA IV DE ADVIENTO.

PRELUDIO 1.° En el décimoquinto año del imperio de Tiberio, Juan, inspirado por Dios, salió del desierto, en donde moraba, y fué á predicar la penitencia por las riberas del Jordán.—(Luc., III, 1-6.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Juan saliendo del desierto, y predicando á las muchedumbres que compungidas le escuchan.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de disponernos para ser instrumentos hábiles para la gloria de Dios, y seguir las exhortaciones del Bautista.

Punto 1.° En el año décimoquinto del imperio de Tiberio César fué hecha palabra sobre Juan en el desierto. Considera aquí las circunstancias que concurrieron en Juan, y las cualidades que le dispusieron para la elección que de él hizo el Señor, para el honrosísimo ministerio de Precursor de su Hijo. Limpio de toda mancha desde el mismo seno materno, y entregado á rigurosa penitencia desde la niñez, hacía en el desierto vida más angélica que humana; su conversación no era con los hombres, sino con Dios; contemplaba incesantemente las grandezas del Señor; su humildad era profundísima, su pobreza extremada, su

silencio continuo, su mortificación nunca vista. Tales virtudes y tal vida has de abrazar tú, si quieres disponerte para ser instrumento hábil para la gloria de Dios y bien de las almas. Al tiempo que Juan vivía en el desierto, olvidado del mundo, Tiberio César, Poncio Pilato y los demás que gobernaban la nación, moraban en suntuosos palacios, y eran honrados y envidiados de las gentes. Dios no piensa como los mundanos; elige al Bautista, y desecha á los grandes de la tierra. Mas ya murieron todos ellos. ¿Dónde están unos y otros? ¿Cuál es la suerte de Juan y cuál la de aquellos que en su tiempo regían los imperios? ¡Qué diferencia tan inmensa! ¿De qué les aprovecharon los cetros que empuñaron, los pontificados que desempeñaron, las coronas que ciñeron? Ellos, en su orgullo, mirarían á Juan como á un iluso, quizá oyeron con burla hablar de su penitencia y aspereza. Si ahora pudieran volver al mundo, ¡cuán diverso sería sú obrar! ¡Oh alma religiosa! Fija bien tu pensamiento en esta utilísima idea, y resuélvete á vivir de tal modo, que jamás te hayas de arrepentir de tu conducta. Sé humilde, silenciosa, mortificada, amiga de penitencia, y Dios te mirará con amor, y te elegirá para hacerte grande en este mundo y en el otro.

Punto 2.º Considera en este punto las circunstancias que acompañaron á la predicación del Bautista, según se refieren en el sagrado Evangelio. ¿En dónde predica? En el lugar que Dios le ha señalado, aunque haya de abandonar su amada soledad y retirado desierto. No escoge la ciudad, en donde el auditorio fuera más ilustrado; ni los pueblos, en donde la gente es más sencilla. El enviado de Dios ha de ir adonde su Señor le manda, y si, como Jonás, rehusa ir á Nínive, caerá en el profundo del mar. Predica en las orillas del Jordán, cuyas aguas sin cesar se van precipitando al abismo, símbolo hermoso de las humanas generaciones á quienes se ha de predicar, mientras pasan por este mundo transitorio y fugaz. Mientras vivimos, podemos aprovecharnos de los sermones, avisos y exhortaciones; si no lo hacemos, si no cogemos este maná durante la semana de nuestra vida mortal, en el sábado de la eterna pasaremos dolorosa hambre. ¿Qué predicaba el Bautista? No cosas raras, incomprensibles, vanas, ni de afectada erudición: el bautismo de penitencia, la necesidad de preparar los caminos del Señor, llenando los valles de la pusilanimidad con la confianza, abajando los montes de la soberbia con la humildad, rectificando los dobleces de la hipocresía con la sencillez, y suavizando con la mansedumbre las asperezas de la ira y del carácter violento. ¿Cómo predica? Primero con el ejemplo, y después con celo ardiente, y acomodándose á la calidad y condición de su auditorio, y con tal sencillez, que nadie deja de comprenderle. ¡Oh! Tú, que has sido escogido del Señor para el divino ministerio, contempla con atención este perfecto dechado, y aprende de él las circunstancias que han de acompañar tus

sermones y trabajos, para que sean de provecho para ti y para tus prójimos.

Epílogo y coloquios. ¡Bienaventurado Juan, que con su pureza, mortificación, retiro y oración se dispuso para que el Señor le mirase con predilección, y le separase como saeta escogida! Muchos grandes había en el mundo; muchos reyes imperaban en la tierra, y sólo en el ignorado Bautista pone Dios sus ojos para hacerle Precursor del Mesías. ¡Cuán profundos é inescrutables son los designios de Dios! Á aquéllos de nada les aprovecharon sus imperios; tal vez les ocasionaron más espantosa ruina. A Juan le aprovechó tanto su virtud, retiro y penitencia, que le mereció una sublime dignidad en la tierra y una excelsa gloria en el cielo. ¿Quién, al considerar esto, no preferirá la santidad á todas las grandezas mundanas? ¿Qué piensas tú que esto meditas? El Bautista da principio á su sagrado ministerio, saliendo del desierto, y dirigiéndose á las orillas del Jordán, guiado por el espíritu de Dios; con celo encendido, con admirable sencillez, predica la penitencia, confirmando sus enseñanzas con prodigiosos ejemplos. De este modo el fruto es inmenso; los pecadores, llorando con dolor sus pecados, corren á pedir el bautismo; los soldados piden consejos de salud; los mismos fariseos dan muestras de conversión. ¡Cuán poderosa es la voz del predicador, cuando ella sale de un corazón humilde y va acompañada del buen ejemplo! ¿Qué decimos nosotros á todo esto? ¿Nos preparamos, como Juan, para ser vasos de elección? ¿Imitamos la obediencia, celo y buen ejemplo del santo Precursor? ¿No hallamos en nosotros ninguna cosa que exija reforma? Examinémoslo con imparcialidad, y después de conocido resolvamos lo que nos sea conveniente, pidiendo al Señor su gracia para ejecutar los propósitos, y su favor para todo lo demás que tenemos deber ó encargo de encomendar á su providencia.

DOMINICA DENTRO DE LA OCTAVA DE NATIVIDAD.

PRELUDIO 1.º Los santos ancianos Simeón y Ana, inspirados por Dios, alabaron y engrandecieron al Niño Jesús al tiempo que su Madre Santísima lo presentó en el templo.—(Luc., II, 33-40.)

PRELUDIO 2.º Represéntate á María y José en el templo presentando á Jesús y á Simeón y Ana diciendo grandezas de Él.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la devoción y fervor de la Virgen y san José, y la fe de Simeón y Ana.

Punto 1.º Admirábanse la Virgen y san José de las cosas que se decían de Jesús. Considera cómo la admiración de estos afortunados consortes no procedía de que se les descubriesen nuevas grandezas en el niño Jesús, ignoradas hasta entonces de ellos, ó sobre las cuales hubiesen dudado; sino que nacía de

la nueva luz con que Dios, por medio del anciano Simeón, ilustraba su mente, para conocer los designios que tenía sobre su divino Hijo. Con viva claridad contemplaban los divinos atributos encerrados en el divino Niño, las obras que había de llevar á cabo, su propia pequeñez y nada; todo lo cual les descubría la infinita misericordia de Jesús, la enorme ingratitud de los hombres y su inefable dicha. Y esto contemplaban con admiración. Aprende de ellos á admirarte, no de las grandezas humanas, porque todo hombre es heno, sino de las divinas. Jesucristo es, en verdad, admirable en todas sus cosas: en su persona, doctrina, ejemplos, virtudes, gloria y majestad; lo que no se refiere á Cristo, es despreciable. Si no te causan admiración las divinas grandezas, es, ó por tu poca fe, ó por tu falta de consideración, ó porque tu mente está muy embargada en la contemplación de las cosas terrenas; eres como el hombre animal que no percibe las cosas que son de Dios. Pondera la providencia del Señor en mezclar lo amargo con lo dulce, lo sabroso con lo desabrido. Estaba todavía la Virgen saboreándose en contemplar con soberano gozo las grandezas que se decían de Jesús, cuando oye al anciano Simeón que le anuncia la nueva más fatal y dolorosa. Este Niño tan glorioso, luz de las gentes y gloria de Israel, será blanco de cruel persecución, y la espada que le hiera atravesará el corazón de su Madre. ¡Oh María! ¡Qué cambio tan brusco sintió en este momento vuestro espíritu! Del extremo del gozo pasaría sin duda al dolor más excesivo. Un momento antes veíais alegre el brillantísimo cuadro de las grandezas de vuestro Hijo; ahora todo cuanto veis es dolor, amargura, azotes, clavos, espinas y cruz. ¡Oh alma! Contempla y admira en esta Señora los caminos de Dios en el gobierno de las almas; en tus gozos no dudes que vendrá el dolor, y en tus dolores espera la proximidad del gozo. ¿No has experimentado en ti mismo la verdad de esta economía divina?

Punto 2.º Este Niño ha nacido para la ruina y para la resurrección de muchos en Israel. Pondera bien estas palabras tan significativas. ¿Quién lo creyera, si el mismo Espíritu Santo no lo hubiera dicho? ¡Jesús, puesto para la ruina de muchos! Él, que vino para que todos tuviesen vida, y la tuviesen con más abundancia, por la malicia de los hombres, viene á ser para algunos ocasión de ruina, por el abuso que hacen de sus gracias, por la resistencia á sus inspiraciones, por el desprecio de sus consejos, por el olvido voluntario y criminal de sus ejemplos. Es aquella misteriosa piedra que destruye y desmenuza á aquel sobre quien cae. Si yo no hubiera venido y no les hubiese hablado, decía de los judíos este Señor, no tendrían pecado; mas ahora no pueden tener excusa de su culpa. ¿Será Él para nosotros causa de gloriosa resurrección, ú ocasión de lamentable ruina? Lo es sin duda para aquellos que le contradicen con orgullo. Para

los judíos, que le contradijeron en su vida mortal hasta dejarle clavado y muerto en la cruz: para los gentiles y herejes, que le contradicen y persiguen en sus discípulos y en su Iglesia; para los malos cristianos, que le contradicen, crucificándole dentro de su corazón, y robándolo del corazón de los fieles con sus escándalos. ¿Pertenecemos á esta desgraciada clase? Considera al mismo tiempo cómo la piadosa Ana se presentó al templo cuando la Virgen presentaba al Señor á su divino Hijo, é iluminada del divino Espíritu, comenzó á ensalzar y glorificar al Dios que estaba presente. Esta revelación alcanzó esta santa viuda por su asiduidad en la oración, por la frecuencia en visitar el templo, por sus ayunos, por su castidad y demás excelentes virtudes. ¿Las imitamos nosotros? ¡Oh divinísimo Niño Jesús! Bienaventurados son los que os conocen y os aman como merecéis, ó, á lo menos, del modo que ellos pueden. Gracia muy singular es esta, y en ella está cifrada la vida eterna. Concedédmela, Señor, por vuestra misericordia, á fin de que, amándoos con fervor, halle en Vos la gloriosa resurrección, y me preserve de la eterna ruina.

Epílogo y coloquios. ¡Qué documentos tan importantes hallamos en el santo Evangelio de este día! Admíranse José y María al oir las alabanzas de Jesús; no les causan admiración las grandezas terrenas, sino las celestiales; su admiración no nace de ignorancia anterior de lo que se dice, sino de la mayor luz que reciben acerca de lo que ya sabían y creían; mas en medio de su gozosa admiración, María es sorprendida con una dolorosa noticia: el santo Simeón le descubre los tormentos que habrá de sufrir aquel hermoso Niño, que ama más que á sí misma. ¡Qué dolor! ¡Qué tormento! ¡Qué pena! Así el Señor sabe sembrar la vida de los justos de espinas y abrojos, para que sepan que su descanso está en el cielo, donde tienen á su Padre y á todo lo que pueden desear. Jesús ha venido para ser la ruina y resurrección de muchos; la ruina para los que se condenen, á pesar de sus avisos, consejos, enseñanzas y amenazas; la resurrección para los que se salven obedeciendo á su ley, aprovechándose de sus Sacramentos; la ruina para los que le contradigan; la resurrección para los que se mantengan dóciles á su voz. ¿Deseamos nosotros hallar en Jesús nuestra resurrección? Miremos cómo pensamos de sus ejemplos, consejos y demás medios de salud, que Él nos ha deparado. Y si nuestra conciencia nos arguye de haber abusado de ellos, hagamos ahora firmes propósitos de cambiar de costumbres, de mudar de vida; y para mejor ejercitarlo, pidamos gracia al Señor, y roguemos por todo cuanto deseamos alcanzar.

DOMINICA VACANTE DESPUÉS DE LA CIRCUNCISIÓN [1].

El niño Jesús, modelo de amor á Dios, al prójimo y á sí mismo.

PRELUDIO 1.° Represéntate al niño Jesús tendido en el pesebre, y á su corazón ardiendo en vivísimas llamas de verdadero y perfecto amor.

PRELUDIO 2.° Pídele que te enseñe prácticamente el verdadero amor.

Punto 1.° Considera primeramente cómo Jesús desde el pesebre ya te enseña el verdadero amor de Dios. El amor se prueba con obras, con que se busca el bien del amado, aun á costa de sufrimientos propios. Así obra Jesús en orden á Dios, buscando su gloria aun con grave incomodidad suya. Para agradarle y glorificarle se viste de nuestra naturaleza, nace en un portal, y sufre todas las privaciones. Mas, cuando, á pesar suyo, ve el amor que su amado es ofendido, lo siente, se aflige, se entristece, y con lágrimas de pena y dolor desea resarcirle del amor que se le niega, y por su parte hace cuanto puede para traerle amadores sinceros. Contempla á Jesús en el pesebre; sus lágrimas no son de dolor por sus penas, sino de sentimiento por las ofensas de Dios; con su inspiración atrae al pesebre á los pastores y á los gentiles para que glorifiquen á Dios. ¡Oh quién nos diera amar á Dios con este amor eficaz, práctico y operativo con que le ama Jesús! Pondera luego cómo también nos predica y enseña el amor á los prójimos. Todo cuanto hace, sufre y padece en el pesebre, es para bien de los hombres. Es su amor tan desinteresado, que en él no se busca en nada á sí mismo, sino puramente el bien, la salvación de las almas. Para librarlos de las enfermedades, carga gustoso con todos los dolores que ellas ocasionan. Él abraza la tristeza para merecernos sempiterna alegría, soporta los tedios para despertar nuestra esperanza, se priva de los bienes temporales para ganarnos los eternos. ¿Conoces ahora cuán bien te enseña el niño Jesús el verdadero amor á Dios y á tus prójimos? ¿Es tu amor como el suyo, de obra, desinteresado, desprendido y constante en tolerar los trabajos? ¡Oh divino Jesús! ¡Cuán presto comenzáis vuestro oficio de Maestro! ¡Con qué perfección me enseñáis el amor verdadero para con Dios y para con mis prójimos! Esclareced mi entendimiento, para que, conociendo vuestros ejemplos, los siga con fidelidad, y merezca el premio que ofrecéis á los que os siguen.

Punto 2.° En este punto has de considerar cómo Jesús en

[1] Los años en que la fiesta de la Circuncisión del Señor no cae en domingo, lunes ó martes, ocurre después de dicha fiesta una dominica llamada *vacante*, en la cual se podrá tener esta meditación.

su infancia te enseña también el modo de amarte á ti mismo santamente. El verdadero amor á sí mismo consiste en querer para sí el bien, no falso y aparente, sino el sólido y verdadero, que es el eterno. El que de veras se ama, busca antes que todas las cosas su último fin, y á la consecución de él dirige y ordena todas sus obras y trabajos. Nada hace, dice ni proyecta que pueda apartarle de él, y aleja de sí con presteza y energía todas aquellas cosas que pueden servirle de estorbo. Para lograr su fin, no vacila en sujetarse á toda suerte de privaciones, penas, tormentos y humillaciones; renuncia, cual si fuera vil estiércol, todos los bienes mundanos para lucrar á Cristo; lleva todos los días la cruz, con el fin de seguirle constantemente, cumpliendo la voluntad divina. Obrar de este modo es amarse con amor verdadero; lo contrario es amarse con amor fingido, es aborrecerse, conforme lo que dice el Salvador: «Quien ame su alma, la perderá; y quien la perdiere por mi amor, la ganará». Contempla ahora al infante Jesús en el pesebre. ¿Qué bien quiere para sí? No el sensual, sino el de la gloria de Dios. Sus palabras son estas: «Yo no busco mi gloria, sino la del que me envió». Entre las privaciones en que se halla está tranquilo, porque cumple la voluntad de su Padre. Él mira al mundo cubierto de crímenes; las olas de los pecados se empujan furiosamente; su Padre es desconocido y deshonrado; la verdadera Religión es abandonada; el demonio extiende por doquiera su imperio, y Jesús, aunque siente vivísimamente tanto mal, permanece tranquilo en el pesebre, contento con cumplir la divina voluntad, tolerando las inclemencias del tiempo, los efectos de la pobreza y las molestias propias de su estado, prefiriendo á todas las cosas el cumplimiento de la voluntad de Dios. Así debes tú amarte; deseando para ti los bienes sólidos y eternos; privándote de todo aquello que estorbe ó retarde su consecución, y tolerando todas las penalidades necesarias para lograr este fin. ¿Te amas de este modo? ¡Ay de mí! Hasta ahora, lejos de amarme, me he aborrecido como si fuera el mayor enemigo de mí mismo; por disfrutar un placer vil y pasajero me he puesto en peligro de sufrir tormentos eternos, y por un pedazo de tierra he vendido los bienes del cielo. Guiad, Señor, mis pasos; gobernad y enderezad mi corazón, para que no se aparte del camino por Vos trazado y seguido desde la infancia.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien nos predica Jesús desde el pesebre la práctica de la verdadera, sólida y perfecta caridad! El amor puede considerarse en cuanto nos une con Dios, con nuestros hermanos y con nosotros mismos. Estos tres amores, ó tres actos de un mismo amor, practica Jesús en el pesebre. Él ama vivamente á Dios; y porque le ama, busca su divina gloria con todas sus fuerzas; llora con vivo sentimiento las ofensas que recibe, y soporta gozoso todos los trabajos por cumplir su divi-

ná voluntad. Él ama á los hombres, y su amor es desinteresado, desprendido, activo, diligente, sufrido y eficaz para proporcionarles toda suerte de bienes, aun á costa de su propio descanso, salud y vida. Él se ama á sí mismo con amor verdadero, y por esto busca exclusivamente la gloria de Dios; menosprecia lo temporal; suspira por lo eterno; pone bajo sus pies los bienes todos de este mundo. Aquí tenemos el modelo que necesitábamos. ¿Procuraremos imitarle? Para esto, ¿qué debemos evitar, corregir ó mejorar en nuestra conducta? Reflexionémoslo con grande atención; propongamos con firmeza y decidida voluntad, y en fervientes coloquios pidamos por nosotros y por todos.

DOMINICA DENTRO DE LA OCTAVA DE LA EPIFANÍA.

PRELUDIO 1.° Habiendo subido á Jerusalén la sagrada Familia, Jesús se quedó en el templo sin comunicarlo á sus padres; los cuales, echándole de menos, le buscaron con dolor hasta hallarle.—(Luc., II, 42-52.)

PRELUDIO 2.° Represéntate á José y María buscando con grandísimo dolor á Jesús, y hallándole en el templo.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de aprender las enseñanzas que te dan Jesús y María.

Punto 1.° Habiendo subido María y José al templo para adorar al Señor, según mandaba la ley á los israelitas, llevaron en su compañía á Jesús, niño á la sazón de doce años. Y volviéndose ya á su pueblo, quedóse Jesús allá, sin apercibirse de ello sus padres, los cuales creían que venía en el acompañamiento con la otra gente. Acerca de este hecho tan extraordinario has de contemplar con edificación y con deseos de imitarlos, la obediencia, devoción y buen ejemplo que dan estos piadosos consortes, haciendo todos los años un largo y penoso viaje, no con el objeto de lucro temporal, ni por el amor natural que pudieran tener á algunos parientes que tuviesen en Jerusalén, ni por vana curiosidad, sino puramente por honrar y glorificar á la majestad de Dios en su santo templo. Así enseñan á los padres que deben educar á sus hijos, no sólo con consejos, avisos y enseñanzas, sino también con ejemplos. Aquí está el más perfecto modelo de la familia cristiana. ¡Oh si todas tratasen de imitarla, consagrándose, no ya individualmente, sino en común, al servicio del Señor! Pondera luego el extraño suceso de quedarse Jesús en el templo, ignorándolo sus padres, y las virtudes que ejercita. ¡Qué amor tan vivo para con su Padre celestial, y qué deseo tan encendido de cumplir su voluntad! ¡Para ello no vacila en dar á su tierna Madre el más acerbo de los dolores y el más horrible sentimiento! Ninguna otra causa hubiera podido mover á Jesús á causarle tal pena; empero el amor de Dios está sobre todo, es amor de preferencia. ¡Qué desprendimiento de carne y sangre! De este modo enseña prácticamente la santa libertad con que deben abandonar á sus padres y parientes todos aquellos que se sienten llamados á la vida perfecta. ¡Ay de ellos si por un amor mal entendido, y por no disgustar á los hombres, vuelven á Dios las espaldas! Algún día les dirá: Yo os llamé, y me resististeis; os rogué, y me despreciasteis; en vuestra perdición yo me burlaré de vosotros. ¡Oh dulcísimo Jesús! No permitáis que sea yo tan rebelde, que me oponga al cumplimiento de vuestra voluntad; preparado está, Señor, mi corazón, preparado está; dispuesto estoy á seguiros constantemente con vuestra gracia, aunque haya de morir con Vos. ¿Abrigamos nosotros estos sentimientos? ¿Imitamos la devoción, obediencia y demás virtudes de José y María?

Punto 2.° Considera cómo habiendo María y José hallado á Jesús en el templo después de una dolorosa y pesada inquisición, díjole su Madre: «Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros? Mira que tu padre y yo con dolor te buscábamos». Jesús respondió: «Pues, ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que en las cosas de mi Padre conviene que yo asista»? María no se queja de Jesús; sólo le manifiesta con humildad su excesivo dolor y la grande ansiedad en que se había hallado por motivo de su separación. Derrama en la presencia de su divino Hijo los sentimientos de su afligido corazón, porque no es defectuoso abrir á Dios nuestro espíritu, manifestándole nuestras penas, siendo Él el único que puede curarlas radicalmente. ¿Por qué pierdes tú el tiempo contándolas á los hombres, que no te pueden remediar, y dejas de presentarlas á Dios, que podría eficazmente consolarte? Contempla las circunstancias de la palabra de María: es breve, no encarece su dolor y amargura; es humilde, llama á José con el nombre de padre, anticipándole á sí; es paciente; ninguna muestra da de poca resignación ó paciencia; toda ella respira amor materno, ternura inmensa, afecto celestial. ¡Oh quién supiera imitar á esta angelical Señora! Pondera luego la admirable respuesta de Jesús, desabrida en la apariencia y según la exterior corteza, pero en realidad llena de divina sabiduría y de encendido amor. Así obra Dios con aquellos que fielmente le sirven: trátalos con severidad aparente, para ejercitarlos en la virtud y darles ocasión de merecer; mas siempre es un Padre amoroso que vela por el bien de sus hijos. Pregunta por qué le buscaban: si le buscaban como á su Dios, no tenían necesidad de ello, porque no se había separado de ellos; si como á hombre, había de estar en las cosas de su Padre. ¡Con qué claridad descubrió á los judíos presentes que Él era más que hombre! Sin embargo, ellos no quisieron entenderlo, y se contentaron con rendir á Jesús un tributo de admiración transitoria. Mira en lo que se ocupa Jesús y en lo que debes tú ocuparte: en las cosas de tu Padre celestial. Deja á los muertos que entierren á sus muertos; tú sigue constante y fielmente á Cristo. ¿Lo has practi-

cado así? ¡Oh Salvador mío! De hoy más, vuestras palabras serán la respuesta que yo daré á los que quisieren retraerme de vuestro divino servicio: «En las cosas de mi Padre, conviene que yo asista». La gloria de mi Padre es mi gloria; el interés de mi Padre es mi interés, y el honor de este divino Padre buscaré hasta mi último aliento.

Epílogo y coloquios. ¡Qué ejemplo tan hermoso para las familias cristianas se halla en el suceso que es objeto del Evangelio de hoy! José y María suben todos los años á Jerusalén para adorar á Dios en su santo templo; y, aunque el viaje es largo y trabajoso, y ellos privados de recursos materiales, no abandonan esta santa costumbre, haciendo que el divino Jesús les acompañe. Mas, ¡oh abismo de la Providencia divina!, uno de estos viajes tan santos es para ellos motivo del más intenso dolor. Jesús, niño de doce años, deseoso de cumplir la voluntad de su Padre celestial, aun á costa de la tranquilidad y alegría de su Madre terrena, quédase en el templo sin comunicárselo. Advertida por José y María la ausencia del divino Niño, con dolor regresan á la ciudad, le buscan por todas partes, preguntan á todos los parientes y conocidos, y sólo después de tres días le encuentran en el templo con los doctores de la Ley. ¡Qué enseñanzas! ¡Qué misterios! ¡Qué documentos! Viendo el desprendimiento de Jesús, ¿conservaremos afecto desordenado á carne y sangre? Contemplando el proceder de María, ¿no buscaremos con más dolor, deseo y constancia la divina gracia? Lloremos si la hemos perdido; practiquemos los medios necesarios para hallarla; propongamos lo que hemos de hacer ú omitir al efecto, y roguemos por nosotros y los demás.

DOMINICA II DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

PRELUDIO 1.º Hubo unas bodas en Caná de Galilea, á las que asistieron Jesús y María: y habiendo faltado en ellas el vino, Jesús remedió milagrosamente la falta por la súplica de María.—(Joan., II, 1-11.)

PRELUDIO 2.º Representémonos el convite de las bodas y á Jesús y María dando providencias para remediar la falta del vino.

PRELUDIO 3.º Pidamos firme confianza en el poder de Jesús y en la bondad maternal de María.

Punto 1.º Celebráronse unas bodas en Caná de Galilea, y á ellas fueron invitados el Salvador y su Santísima Madre, los cuales accedieron con benignidad á tal invitación. Acerca de este acontecimiento has de considerar dos cosas principalmente. La prudencia de los esposos en invitar á Jesús y á María, y la santa condescendencia de éstos en aceptar la invitación. ¡Felices estos esposos, que reciben en su convite á los dos más ilustres personajes que había en el cielo y en tierra! ¡Qué bendiciones tan

abundantes pueden esperar para su nuevo estado, cuando entre la comitiva que los bendice y acompaña están Aquel, en el cual han de ser bendecidas todas las gentes, y aquella que por antonomasia es llamada la bendita entre todas las mujeres! Con tales comensales, todos los que asistían al convite se alegrarían santamente, sin que ninguno se permitiese la más insignificante ligereza. ¡Qué recato en las miradas! ¡Qué cuidado en las palabras! ¡Qué miramiento en todas las acciones! Estos convidados debieras procurar tú en tu mesa, guardando en ella la presencia de Dios, buscando ante todo su gloria, y comiendo en su nombre. Propio es de los justos, como dice David, comer y banquetear alegremente en la presencia de Dios. Pondera luego cómo Jesús y María no rechazaron la invitación de los piadosos esposos. La caridad verdadera se hace toda para todos, es alegre con los alegres, jovial con los joviales, triste con los tristes; y si va gustosa á la casa del llanto, no rehusa tampoco la casa del convite, cuando en ella puede hacer algún bien á su prójimo. Todo esto pretendían y esto hicieron Jesús y María. ¡Pobres esposos! ¡En qué confusión y afrenta se hubieran visto, si en su convite no se hubieran ellos hallado! Mas si consintieron Jesús y María en asistir á las bodas á que fueron invitados, mucho más se dignarán acompañarte en espíritu y con su protección siempre que los llames, sobre todo si los llamas para que te asistan en tus luchas, contradicciones y trabajos. ¿Cómo no los invitas con humildad? ¿Cómo no perseveras orando hasta alcanzar lo que pretendes? ¡Oh dulce Jesús! ¡Oh amabilísima María! No os olvidéis de este miserable siervo vuestro, que os invoca con deseo de que le asistáis; poco es lo que os puedo ofrecer; pero, según ello sea aceptadlo: mi corazón por morada, el vino de la compunción y el pan de lágrimas; aceptadlo por vuestra bondad, y no me privéis de vuestra compañía.

Punto 2.º Habiendo faltado el vino en las bodas, rogado Jesús por su Santísima Madre, mandó llenar de agua unas tinajas, y con un acto de su voluntad omnipotente la convirtió en vino, socorriendo de este modo prodigioso la necesidad y apuro de aquellos esposos. Considera en este hecho la pobreza y miseria del hombre, y su poca virtud y fortaleza figuradas por el vino, que cuando más necesarias son, entonces vienen á faltar. Muy bien dijo el Señor: «Sin Mí nada podéis hacer». Afortunadamente, tiene una Madre bondadosísima, llena de misericordia y ternura para con los que la obsequian, como se vió en este caso. Sin ser rogada, Ella descubre el apuro de los criados que sirven á la mesa, observa la falta del vino; y aunque es necesario para subvenir á tal necesidad un grande milagro, y Jesucristo no ha querido hacer todavía ninguno en público, Ella no vacila, y con confianza ilimitada, con seguridad absoluta de alcanzar lo que desea, representa á su Hijo con brevedad la falta que ha

notado, y encarga á los criados que hagan todo lo que Él les diga. ¿Quién confiará en las cosas terrenas, viendo que escasean y nos faltan cuando mayor necesidad teníamos de ellas? ¿Quién no lo esperará todo de la bondad, poder, misericordia y benignidad de María, que así se anticipa á socorrer á los que no la invocan? ¿Qué hará con aquellos que la ruegan con humilde confianza? Jesús manda á los criados que llenen de agua las tinajas, que estaban vacías. Antes de conceder sus favores, exige de nosotros el sacrificio del propio juicio, la obediencia, y que de nuestra parte hagamos cuanto nos sea posible. Y cuando ya no sirven los medios humanos, entonces se vale de su virtud omnipotente, y con ella convierte el agua en vino, esto es, nuestra debilidad en fortaleza, nuestra frialdad en fervor, nuestra tristeza en gozo, nuestra pequeñez en eterna grandeza. ¡Oh Dios omnipotente! ¡Cuán fácil cosa es para Vos enriquecer súbitamente al pobre y al mendigo! Del vil estiércol le levantáis para colocarle entre los príncipes de vuestro reino. Dadme firme confianza en vuestro poder y misericordia, y humilde sumisión á vuestros mandatos, á fin de hacerme digno de vuestros favores.

Epílogo y coloquios. ¡Dichosos esposos, que cuentan entre los convidados á su boda á Jesús y á María, su Santísima Madre! Estando con ellos tan distinguidos personajes, nada pueden temer, ninguna cosa podrá aguarles el purísimo contento que experimentan. ¡Oh, si nosotros procurásemos no separarnos jamás de ellos, ni en las tristezas, ni en las alegrías, ni en la aflicción, ni en el contento! Si con humildad, confianza y amor los invocásemos, no dejarían ellos de acudir á nuestro socorro y alivio. Cuando no rechazaron el convite de bodas, menos rechazarían nuestro convite, siendo su presencia tan necesaria para nuestra santificación y salvación. En lo mejor y más animado del convite de Caná escasea el vino. ¡Así son las cosas materiales y los gustos del sentido! Si no las abandonamos, ellas nos dejarán cuando más las necesitemos. ¿Quién será tan insensato que ponga en ellas su corazón? ¡Ay del hombre que cifra su felicidad y contento en los gustos, empleos, riquezas ó placeres del mundo! ¡Qué pena, qué vergüenza y sentimiento experimentará cuando, á pesar suyo, se le escapen de sus manos! El hombre sensato y prudente pone su corazón y funda su esperanza en el amor de Jesús y en la maternal bondad de María. De este modo jamás queda confundido. Si es necesario, ellos harán milagros para ayudarle, como lo hicieron para subvenir á la necesidad de los apurados esposos. ¿Qué resoluciones nos conviene tomar en vista de todo esto? ¿En qué ponemos nuestro corazón? ¿Cuándo comenzaremos á confiar en la misericordiosa y eficaz protección de María? Mirémosla como una Madre tierna y bondadosa: propongamos portarnos como verdaderos hijos, y, al

efecto, pidamos los auxilios y luces necesarias, y roguemos por las demás necesidades y obligaciones.

DOMINICA III DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

PRELUDIO 1.º Bajando Jesús de un monte, le siguieron muchas turbas, y acercándosele un leproso, obtuvo la salud que pedía. Entrando luego en Cafárnaum, un centurión le suplicó sanase á un criado suyo, y al instante fué oído, obteniendo para su siervo la salud apetecida.—(Matth., VIII, 1-13.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús rodeado de gentes, y á los enfermos que se le acercan para pedirle lo que desean.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar las virtudes del leproso y del centurión.

Punto 1.º Bajando Jesús de un monte, le rodeó innumerable turba de gente. Los varones apostólicos que quieran hacer fruto en las almas deben imitar á Jesús: conviene que suban al monte de la oración y perfección antes de dedicarse á los ejercicios y ministerios con los prójimos. Necesario es que en el retiro de la oración traten á solas con Dios aquello que han de enseñar y predicar al pueblo. El olvido de este consejo ha hecho no pocas veces estériles sus trabajos. Considera cómo se acercó á Jesús un miserable leproso, el cual, adorándole con humildad profunda, dijo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Jesús alargó su mano y le tocó, diciendo: «Quiero; sé limpio». Admira, por una parte, las excelentes virtudes de este pobre leproso, con las cuales se dispuso para recibir la gracia de la salud corporal; y, por otra, la infinita dignación de Jesús en escucharle con agrado, en tocarle con cariño y en sanarle tan perfectamente. ¡Qué humildad tan profunda en el leproso! Póstrase en tierra, cosiendo su frente con el polvo, como dice san Lucas. ¡Qué fe tan viva! Dice: «Si quieres, puedes; tu poder se extiende á todo lo que quiera tu voluntad». ¡Qué confianza tan firme! No dice, si quieres, porque dude de la voluntad de Jesús, sino porque recela por su propia indignidad. Y ¡qué resignación tan admirable! Muestra su deseo, pero expresamente nada pide: todo lo remite á la bondad y misericordia de Jesús. ¡Oh, si nosotros imitásemos este hermoso ejemplo, cuán cierta sería nuestra curación de la lepra espiritual del pecado! Pondera, además, la benignidad y ternura de Jesús, el cual, compadecido de la miseria del pobre leproso, no se desdeñó de alargar su divina mano para tocarle, por más que los judíos consideraban como una impureza legal tocar á un leproso, y en la misma ley estaba prohibido, por el peligro de contagio; mas en el Señor no había tal peligro, y, como Legislador, no estaba obligado á tal precepto, y prefirió en este caso la benevolencia, amor y caridad con el enfermo. ¡Cuánto has de amar la caridad con tus prójimos! Sin olvidar por esto la obediencia debida á la ley y tus superiores, puesto que el mismo Jesús mandó

al leproso. ya curado, que se presentase al sacerdote, en cumplimiento de lo que estaba en ella mandado. ¡Oh dulce Jesús! Avergonzado de la inmunda lepra de mis pecados, me postro delante de Vos y os adoro humildemente. Señor, si queréis, podéis limpiarme; tocadme con vuestra mano poderosa; desplegad vuestros labios y mandad á mi lepra que se retire, y al instante quedaré limpio. ¿Nos disponemos para esto con las virtudes que nos enseña el leproso?

Punto 2.° Considera cómo entrando Jesús en Cafarnaum, un centurión le envió un recado pidiéndole la salud de un siervo suyo. Dirigíase el Señor á casa del enfermo, y en un segundo recado el centurión le hizo presente su indignidad y la viva fe que tenía en la omnipotencia de su palabra; por lo cual, Jesús alabó públicamente su fe y concedióle lo que deseaba. En este suceso debes admirar las muchas y raras virtudes de este centurión gentil. Contempla particularmente su fe, que en cierto modo causó admiración al mismo Dios; su caridad y humanidad, por la cual se compadece de su siervo, como si fuera un hijo; su humildad, confesándose indigno de recibir en su casa á Jesucristo; su piedad y confianza, con la cual espera el remedio de la enfermedad de su criado; su devoción, celo por la gloria de Dios y desprendimiento de los bienes materiales, amando mucho á los judíos, con ser él gentil, y llegando hasta á edificarles una sinagoga con sus propios intereses; y, finalmente, el admirable ejemplo que da á todos los padres de familia, enseñándoles el cuidado que han de tener de sus criados, tanto en lo corporal como en lo espiritual, y el modo de recurrir á Cristo en todas las necesidades y trabajos que les asalten. ¿Imitas tú, siendo cristiano y religioso, las virtudes de este hombre gentil? Si no lo haces, oye con temblor la palabra de Jesús, que á ti se dirige especialmente: «Muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, y entretanto, los hijos del reino serán arrojados en las tinieblas exteriores». Lo cual, aunque literalmente alude á los judíos, que por su incredulidad habían de ser reprobados, ocupando los gentiles el lugar que debían ocupar ellos; con todo, en un sentido moral, puede entenderse de todos aquellos que pertenecen á la Iglesia, y sobre todo de los sacerdotes y religiosos, verdaderos hijos predilectos que ocupan un lugar muy distinguido en el reino de Jesucristo, que es la Iglesia; los cuales, si no hacen las obras que son propias de tales hijos, serán vergonzosamente desechados, y en su lugar puestos otros que reconozcan mejor los beneficios de Dios y se aprovechen más de ellos. ¡Oh Redentor mío! Confieso que por mi ingratitud, incredulidad y rebeldía he merecido ser reprobado y arrojado en las tinieblas exteriores, y sólo á vuestra infinita bondad debo el que me conservéis todavía en vuestro reino; haced que conozca las finezas de vuestra misericordia, y corresponda á ellas haciendo siempre obras dignas de tal reino.

Epílogo y coloquios. ¡Oh si conociésemos cuánto nos daña y afea la lepra de nuestros pecados! Jamás la lepra corporal ha podido perjudicar tanto á un hombre ante sus semejantes, como el pecado nos perjudica delante de Dios y de sus ángeles. El leproso del Evangelio conoce su miseria, y con fe viva, humildad profunda, confianza ilimitada y fervor ardiente, obtiene del divino Jesús, no sólo que se digne tocarle con su omnipotente mano, sino que le libre repentinamente de su hedionda enfermedad. ¿Por qué nosotros no nos presentamos á este celestial Médico con las disposiciones que este leproso? ¡Ah! Es que no tenemos por nuestra alma el interés que este enfermo tenía por su cuerpo, ni siquiera el interés que se tomaba el Centurión por su vil esclavo, víctima de dolorosa enfermedad. ¿Y no tememos presentarnos ante el Señor con la asquerosa lepra de la culpa? ¿No tememos que, aunque hijos del reino, nos veamos entonces desechados, y hayamos de contemplar á otros menos favorecidos que nosotros que están sentados en gloriosos tronos? Reflexionemos bien sobre esto; y ahora que tenemos gracia y tiempo, ordenemos y arreglemos nuestra vida del modo que quisiéramos morir. Al efecto, propongamos y pidamos por nosotros y por todos.

DOMINICA IV DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

Preludio 1.° Estando Jesús en la nave con sus discípulos, levantóse una brava tempestad mientras Él dormía. Espantados los discípulos, le despiertan: manda á los vientos que cesen, y sobreviene una apacible bonanza.—(Matth., VIII, 23-27.)

Preludio 2.° Represéntate este suceso como si te hallaras en él.

Preludio 3.° Pide la gracia de tener viva fe y segura confianza en Jesús.

Punto 1.° Considera cómo, subiendo Jesús á un navío, seguido de sus discípulos, echóse á dormir sobre de un cabezal en la popa, porque estaba muy cansado de los trabajos apostólicos á que se había entregado aquel día. Al momento se levantó tan recia tempestad, que la nave se llenaba de agua; de lo cual, asustados los discípulos, le despertaron, diciendo: «Señor, sálvanos, que perecemos». Permitió el divino Maestro que se alzase tan deshecha tempestad estando Él durmiendo, ya para ejercitar la fe, confianza, constancia y laboriosidad de sus discípulos, ya para darles una nueva muestra de su poder, calmándola instantáneamente; ya también para enseñarnos que, en apartándose Él del alma, según su presencia y devoción sensible, pronto se ve combatida de duras y peligrosas tentaciones; ya, por fin, para que deduzcamos qué sucederá á la pobre alma que le arroje de sí con el pecado, viendo lo que pasa cuando no hace más que

dormirse. ¡Qué tempestad! ¡Qué turbación! ¡Qué agitación! El corazón del impío es como un mar alborotado, que no puede descansar un instante. Pondera cómo, en medio de tan espantosa tempestad, Jesús duerme tranquilo; en lo cual nos representa la paz y sosiego del justo entre los vaivenes y tempestades del mundo. Si tú quieres disfrutar de tan apacible tranquilidad, procura tener siempre buena conciencia, huyendo de toda culpa, aun ligera; completa resignación en las manos de Dios; perfecta obediencia á todos sus mandatos, y sólida confianza en su bondadosa providencia. Estas virtudes son el cabezal sobre el que duerme tranquila el alma del justo. Mira, finalmente, á los discípulos cómo en tal peligro no se descuidan ni se están con los brazos cruzados; antes, trabajan, reman, luchan contra la tormenta, porque no quieren interrumpir el descanso de su amado Maestro; mas viendo que la tormenta, en vez de calmarse, arrecia, despiértanle, manifestándole el peligro que les amenaza. Y nosotros, ¿qué hacemos en las tentaciones? ¿Acudimos con fervor á Jesús? ¡Oh amoroso Maestro! Salvadnos, que perecemos; todos los días vemos sucumbir innumerables almas en este mar borrascoso del mundo, sumergiéndose hasta el profundo del abismo; tenednos con vuestra poderosa mano, y libradnos de tan espantosos y continuos peligros.

Punto 2.º Despertándose Jesús, reprendió la poca fe de sus discípulos, é imperando á los vientos y al mar, hízose de repente una completa calma, lo cual llenó de estupor y admiración á todos los presentes, que se decían: ¿Quién es este á quien obedecen los vientos y el mar? Considera cómo el Salvador, antes de obrar el milagro y dispensar el favor que le pedían, reprendió la poca fe de sus discípulos, que temían estando con ellos el Señor de los elementos. El profeta David mostraba mayor confianza que ellos cuando decía: «Aunque anduviese entre las sombras de la muerte, no temeré los males, porque Tú estás conmigo». Reprendiólos también con aparente aspereza, porque esta es la providencia de Dios, humillar antes de ensalzar, afligir antes de consolar, dejar sentir la propia debilidad antes de acudir á socorrer con su omnipotencia. No temas las reprensiones del Señor, porque ni se airará perpetuamente, ni amenazará eternamente. Observa luego cómo Jesús, dando una mirada al mar embravecido, le dice con imperio: »Calla, enmudece»; y á la voz de Jesús cesa de repente el viento, páranse las olas, disípanse las nubes, y la calma más completa y apacible sucede en un instante á la mayor tempestad. ¡Oh poder infinito de Jesús! ¿Quién no confiará, viendo los efectos tan portentosos que realizáis? ¡Cuánta es la benignidad de este amantísimo Padre! Á pesar de que los Apóstoles le han rogado con escasa fe, no por esto ha dejado de oir su oración. Y si tal tranquilidad concede ya en este mundo, ¿cuál y cuán grande será la que dispensará á los justos en el otro? En la

admiración que se apodera de las gentes que presencian el milagro, puedes ver cómo es admirable á los ojos de los hombres, y aun de los ángeles, el hombre que sabe imperar á sus pasiones, y conservarse tranquilo entre los encontrados combates que ellas levantan. Por esto dijo el Espíritu Santo: «Mejor es el paciente que el fuerte, y el que domina su ánimo, que el conquistador de ciudades». ¡Oh Dios omnipotente! Mandad con imperio á mis pasiones, y ellas os obedecerán; decidlas que callen, y callarán; que enmudezcan, y al instante me hallaré en grande tranquilidad; pero, si queréis que luche, dadme, Señor, constancia y fortaleza en el combate, para que no sea vencido.

Epílogo y coloquios. ¡Qué documentos tan excelentes y prácticos, qué ejemplos tan santos y provechosos, y qué muestras y pruebas tan admirables de la bondad y poder de Jesús hallamos en el Evangelio de este día! Jesús sube á una nave, y se entrega á un momentáneo descanso. Dormirse Jesús, y levantarse una recia tempestad, es una misma cosa. ¿Qué harán los discípulos en tan apurado trance? Ellos no se duermen, ni siquiera se atreven á interrumpir el sueño necesario de su divino Maestro. Trabajan, reman, hacen esfuerzos supremos para salvar su pobre navecilla; y sólo cuando ven que la tempestad los va á sumergir en el profundo abismo, se resuelven á despertar á Cristo. No demoremos nosotros tanto el llamar á este divino Señor; sea este nuestro primer cuidado en la tentación; no nos fiemos de nuestros medios y trabajos, porque sin duda pereceríamos. Despierto ya Jesús, da una mirada á las agitadas olas y alborotados vientos, y con imperio les dice: «Calla, enmudece». ¡Oh poder de la palabra de Jesús! La más completa calma sucede de repente á la más deshecha tempestad. ¿Cómo es que no confiamos más en el Señor? ¿Será necesario aún que reprenda nuestra poca fe como á sus discípulos? No seamos tan duros para creer, contemplando tales portentos. Hagamos eficaces propósitos, fervientes y confiadas súplicas, rogando por nosotros y por los demás.

DOMINICA V DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

PRELUDIO 1.º Semejante es el reino de los cielos á un hombre que sembró buena semilla: el enemigo sembró en pos de él la cizaña, y queriendo los criados arrancarla, no se lo permitió su amo.—(Matth., XIII, 24-50.)

PRELUDIO 2.º Representémonos al enemigo sembrando maliciosa y ocultamente la cizaña en medio del buen trigo.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de estar siempre vigilantes, y no dejarnos sorprender del enemigo.

Punto 1.º El reino de los cielos es semejante á un campo, en el que, habiendo sembrado su amo buena semilla, el enemigo sembró cizaña, y viéndola los criados, preguntáronle de dónde

había venido; á lo que respondió: «El hombre enemigo la hizo.» Sobre esta primera parte de la parábola has de considerar cómo, según la explicación del Salvador, el sembrador de la buena semilla es el Hijo del hombre, el campo es el mundo, la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos malvados. Mira la bondad del Señor, el cual, sin tener necesidad de los hombres, sólo por hacerles bien, vino del cielo á la tierra, dispuso el campo de su Iglesia en medio del mundo, y por medio de los Santos Sacramentos, especialmente por el Bautismo, sembró en él la semilla de los justos. ¡Qué semilla tan buena! ¡Cuán poderosa es para producir otros semejantes á ellos! Este mismo Señor, en el campo de nuestro corazón, no cesa de sembrar la buena semilla de los santos pensamientos, piadosos deseos, vivos remordimientos y avisos interiores, destinados á germinar y á producir abundantes y regalados frutos, si nosotros por nuestra malicia no lo impedimos. Pondera cómo el enemigo, esto es, el demonio, ó su ministro, el escandaloso, está acechando el momento oportuno para sembrar la cizaña. Él no descansa, siempre vela; y ¿tú te entregas á una ociosidad reprensible? Mientras estés durmiendo el sueño de la tibieza y del descuido en el cumplimiento de tus deberes, él sembrará la cizaña de los malos deseos y pésimas imaginaciones en tu corazón, y la cizaña de los hombres malos y escandalosos en medio de los que tienes á tu cargo y en el campo que tú debes guardar. ¡Oh cuánto importa estar siempre en vela y orar, para no sucumbir en la tentación! Mira también el celo de los criados del Padre de familias, que con el mayor dolor, sentimiento y sorpresa le preguntan cómo tiene cizaña en su campo. Propio es de las personas abrasadas en santo celo el afligirse por los males y desórdenes que ven en la Iglesia, y acudir á Dios pidiéndole remedio de ellos. Si tú ves con ojos enjutos los pecados; si tu corazón no se entristece al contemplar la inmoralidad, irreligión y abandono de la fe que cunde tanto en el mundo; si no sientes pena al ver á los malvados prosperando y á los buenos arrinconados; á los impíos en los primeros puestos y á los justos despreciados, ten por cierto que no tienes celo de la gloria de Dios y bien del mundo. ¡Oh divino Sembrador! Mirad que vuestra semilla, ó queda sin fructificar, ó se convierte en cizaña por los ardides del enemigo; ved que vuestro campo está convertido en un espantoso y seco erial, que no produce ningún fruto; mostrad vuestra omnipotencia y bondad sembrando en él más abundante semilla de buenos, y tan preciosa y fructífera, que dé el ciento y mil por uno.

Punto 2.º Considera cómo, deseando los criados arrancar la cizaña, impidiólo su amo, diciendo: Dejad que crezca hasta la siega, y llegada ésta, diré á los segadores: Coged la cizaña y atadla en gavillas para el fuego, y al trigo ponedlo en mi granero. Pondera cómo no todo lo que parece celo es conforme con la voluntad de Dios; bueno parecía el que mostraban los criados del Padre de familias en querer arrancar la cizaña; y con todo, no les fué esto permitido. Dispone Dios en su infinita longanimidad que sean tolerados los malos, ya porque los que hoy son tales quizá mañana serán buenos, ya para no perjudicar también á los justos con la ruina de ellos. ¿Qué hubiera sido de ti si el Señor hubiese querido tratarte con el rigor con que tú querrías que castigase á ese pecador que menosprecia tus consejos? ¡Cuántas veces podría Jesucristo decirnos lo que á los hijos del Zebedeo: «No sabéis el espíritu que os mueve»! Mas reflexiona que la cizaña puede crecer hasta la siega, y no más. Llegado este tiempo, esto es, la muerte y el juicio, será cortada irremisiblemente; ya no afeará más el campo del Padre de familias; ya no podrá perjudicar al buen trigo; ya no podrá prometerse otro destino que el que dice el Señor: «Ser atada en haces y arrojada al fuego eterno». Atada en haces, ¡qué apretura, qué rabia sentirán los que fueron cómplices del mismo crimen! ¡Qué desesperación tan horrible, viendo que no pueden separarse por toda una eternidad aquellos que se aborrecen con toda su alma, y que no quisieran verse juntos un solo instante! Y, sin embargo, estarán sujetos, ligados, é inseparablemente atados, y, lo que horroriza sobremanera, estarán sumergidos en un pozo de fuego que horriblemente los atormentará sin consumirles, ni embotar sus potencias, ni disminuir jamás su ardor. ¡Ay de los que son cizaña en el campo del Padre de familias si abusan de su paciencia y longanimidad, y no pocuran convertirse en buena semilla! ¿Lo hemos sido nosotros alguna vez con nuestros escándalos? ¡Oh Padre amantísimo! Tocad con eficacia el corazón de los pecadores para que se conviertan; mostradles con claridad que están atesorando ira para el día de la venganza y del juicio postrero, para que, espantados del precipicio en que van á caer, se alejen de él y vuelvan al camino de la santidad que habían abandonado.

Epílogo y coloquios. ¡Oh astucia diabólica! ¡Cuánto trabajas para perder á la humanidad! En este dilatado y extenso campo ha sembrado el Padre de familias el trigo bueno, precioso y fructífero de los buenos y virtuosos; mas el demonio, envidioso de la suerte de éstos, acecha el momento de sembrar la cizaña de los malos, ya pervirtiéndolos á ellos, ya suscitando hombres malvados que con sus perniciosas doctrinas y pésimos ejemplos los aparten del buen camino. El demonio vigila, y los encargados de custodiar el campo duermen. Aquél trabaja por convertir en cizaña el buen trigo, y nosotros ni nos afanamos por convertir en buen trigo la cizaña, ni siquiera por conservar la bondad de aquél! Sólo sabemos lamentarnos de la abundancia de cizaña que observamos, y desear con espíritu vengativo tal vez que Dios la arranque al momento, sin misericordia ni compasión. ¡Cuánto distamos de los sentimientos amorosos de nues-

tro amante Padre! Él es longánimo, paciente y amigo de esperar al pecador; pero con el duro y obstinado es severo, fiel en cumplir sus amenazas, y en no volver atrás desde el instante que ha caído en las manos de su justicia. Nosotros vamos por camino opuesto. Fáciles en querer castigar, inconstantes en aplicar el castigo que exige la justicia. ¿No es este nuestro proceder? ¿En qué cosas debemos corregirnos y enmendarnos? Pensémoslo seriamente, y haciendo eficaces propósitos, supliquemos al Señor nos ayude á cumplirlos, y nos auxilie en todas las necesidades.

DOMINICA VI DESPUÉS DE LA EPIFANÍA.

PRELUDIO 1.º Compara Jesús el reino de los cielos al grano de mostaza, que, sembrado, nace, crece y se hace grande árbol, y á la levadura, que hace fermentar toda la masa y la comunica sabor.—(Matth., XIII, 31-55.)

PRELUDIO 2.º Represéntate á ti mismo con los discípulos, oyendo las palabras de Cristo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de hacer caso de las cosas pequeñas.

Punto 1.º Considera cómo, tanto en el orden material como en el orden moral, de principios insignificantes suelen originarse gravísimas consecuencias. De un grano de mostaza se hace un árbol, como dice el Salvador; así, de gotas de agua se forman los grandes ríos; de una insignificante gotera viene la ruina de un edificio; de granitos de arena se levantan grandes montes. Todo esto sucede más palpablemente, si cabe, en el orden moral. ¿Qué cosa más insignificante que un instante de tiempo? Sin embargo, en él puedes merecer, si lo aprovechas, un eterno peso de gloria, y si lo malgastas, tormentos interminables. Una resistencia á la divina inspiración, una ligera desobediencia, un pensamiento momentáneo, pueden dar origen á males inmensos y á una eterna ruina. ¡Con cuánta razón nos advierte el Espíritu Santo que el que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco caerá! Son ellas como el grano de mostaza del Evangelio. ¿Qué juicio formamos de las mismas? ¿Cómo miras tú las faltas ligeras? ¿Las cometes acaso sin repugnancia? Teme la sentencia de san Agustín, que dice: «Si has echado de ti la mole del pecado mortal, mira no seas oprimido por la arena de las culpas veniales». ¡Oh amantísimo Jesús! Sea mi alma, como vuestra fiel Esposa, toda hermosa, sin mancha; ni arruga, ni imperfección alguna; purificadla de las culpas pequeñas, y haced que mire con interés todo lo que os agrada para hacerlo, y todo lo que os disgusta para omitirlo.

Punto 2.º Considera cómo en la levadura de que nos habla el Salvador, puede entenderse en sentido moral la intención pura y recta que debe acompañar todas nuestras obras, para que sean agradables á Dios y meritorias de vida eterna. Porque así

como la levadura de tal manera hace fermentar la masa que, de insípida que antes era, viene á ser, después de cocida, un pan sabroso y suave al paladar, del propio modo la recta intención hace que las obras por sí indiferentes, como el comer, beber, descansar y otras semejantes, vengan á hacerse buenas y gratas al Señor. Este es el ojo limpio y puro que da brillo á todo el cuerpo, como dice Jesús. El cual, no sólo quiere que conservemos con nosotros esta preciosa levadura, sino que, además, nos manda que nos preservemos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Entra dentro de ti mismo, y escudriña con cuidado qué clase de intención te mueve en las obras que ejecutas. ¿Pretendes con ellas agradar vanamente á los hombres? ¿Buscas exclusivamente la gloria de Dios? ¡Oh Dios sapientísimo! Sé que Vos sois el escudriñador de los corazones, y si los hombres sólo pueden ver lo exterior, Vos penetráis hasta lo más íntimo del alma; haced que mis obras sean tales, que puedan presentarse ante vuestro divino tribunal sin peligro de ser rechazadas; dadme intención recta y ojo limpio, de modo que, sin ofender á los hombres, os agrade siempre á Vos.

Epílogo y coloquios. ¡Con qué sencillez, claridad y viveza nos advierte Jesús que miremos con interés las cosas pequeñas! ¿Qué cosa más diminuta que un granito de mostaza? Puede decirse que es la menor de las semillas que suelen sembrarse. Con todo, puesto bajo la tierra, fecundado con la humedad y el calor, nace, crece y se hace un árbol. ¿Qué cosa más despreciable que un pedacito de levadura? Sin embargo, escondida dentro de una notable cantidad de masa, la hace fermentar, la comunica sus cualidades, y la dispone para que, pasando por el fuego, se convierta en sabroso y nutritivo pan. Esto hacen en nosotros las cosas pequeñas. Una falta ligera, una murmuración sencilla, una resistencia momentánea á la gracia, pueden dar origen á un poderoso y corpulento árbol, que sirva un día para cebo del fuego eterno del infierno. Por el contrario, la correspondencia á una santa inspiración, una obra virtuosa, una intención pura, pueden producir bienes inmensos. Las gracias divinas están de tal modo encadenadas, que la una atrae otras muchas; y, al revés, cada resistencia es un nuevo paso con que nos alejamos del Señor. ¿Qué hacemos, pues, en vista de esto? ¿No haremos caso de cosas pequeñas? ¿No tendremos horror á las faltas, aunque ligeras? Meditemos atentamente lo que más nos interesa; propongamos con firmeza, y pidamos con grande fervor por nosotros y por todo el mundo.

DOMINICA DE SEPTUAGÉSIMA.

PRELUDIO 1.º Semejante es el reino de los cielos á un Padre de familias, que en distintas horas llama obreros para su viña, y al terminar el día da á todos el mismo salario.—(Matth., XX, 1-6.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á este Padre de familias llamando á los obreros y pagándoles lo ajustado.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de ser fervorosos en el divino servicio.

Punto 1.º El reino de los cielos es semejante á lo que pasa á un Padre de familias, que sale á diversas horas del día á llamar obreros para su viña, ajustando á los primeros por un denario, y á los demás prometiéndoles dar lo que sea justo. Sale también á última hora, y habiendo reprendido á algunos que estaban ociosos, mandólos, como los otros, á su viña. Considera acerca de esta primera parte de la parábola que el Padre de familias representa á Dios, el cual, aunque es un Señor soberano y Rey omnipotente, nos ama como un padre, y gusta llamarse con este cariñoso nombre y que todos nos tengamos por hermanos. El día significa el tiempo de la vida de cada uno, compuesto de varias horas ó edades distintas, como son la niñez, adolescencia, virilidad y vejez. La viña es la propia alma de cada hombre, la cual, para dar fruto, tiene necesidad, como la cepa, de estar arrimada al palo de la Cruz, de ser regada con el agua de la gracia, ayudada con el calor del Espíritu divino y cultivada con cuidado, ya preservándola de los animales dañinos, ya podándola y limpiándola con cuidado, ya arrancando de su alrededor las malas hierbas. El denario de plata por el que se contratan los obreros, recuerda la gloria del cielo, la cual es preciosa, como lo indica la plata; es eterna, como lo significa la redondez del denario, y consiste en la vista de Dios, el cual se deja ver de sus escogidos en el cielo, al modo que en el denario se ve la imagen del rey. Los obreros son todos y cada uno de los mortales venidos á este mundo, no para descansar, sino para trabajar; no para ocuparse en mundanos recreos y en trabajos inútiles, sino para trabajar en el bien de su alma y alcanzar su eterna salvación. Pondera ahora la benignidad y misericordia de Dios, que, sin tener necesidad de nadie, llama tantas veces á los hombres, ya por sí, ya por otros; y aunque muchos le desprecien, Él no deja de llamar en todas las épocas y circunstancias de la vida. ¿Hemos oído nosotros su divina inspiración? ¿Hemos hecho el sordo á su llamamiento, prefiriendo el continuar en la más reprensible ociosidad? ¡Oh Padre mío amantísimo! ¿Qué necesidad teníais de este miserable gusanillo, que habéis estado llamándome tan repetidas veces? ¿Cómo no os detenía mi intolerable ingratitud en desoír vuestras voces? Perdonadme, Padre mío, y haced que jamás me atreva á resistir á vuestro llamamiento.

Punto 2.º Considera cómo, llegada la noche, mandó el Padre de familias á su mayordomo que pagase á los obreros, dando á cada uno un denario, tanto á los que habían trabajado todo el día, como á los que sólo habían estado una hora; y murmurando los primeros, fueron reprendidos por el Padre de familias, diciendo que los últimos serían los primeros, y éstos vendrían á ser los últimos, porque muchos son los llamados, pocos los escogidos. Pondera aquí cómo el fin de la vida es el tiempo en que cada uno recibe la paga que ha merecido según sus obras; cuya paga no depende tanto del tiempo que ha durado el trabajo, cuanto del fervor y de la diligencia con que se ha trabajado; de lo mucho que uno mismo se ha vencido; de la pureza de intención que ha tenido; y, sobre todo, de la caridad con que ha trabajado. Mira la miseria del hombre tibio, representado en los obreros que estuvieron todo el día en la viña. Es mercenario, trabajando sólo por el lucro y propio interés; es envidioso, sintiendo los favores que á otros se hacen como si fueran males que él recibe; fatígase mucho y aprovecha poco, llevando con disgusto el peso del día y del calor; por fin, presume mucho de sus obras, y no quiere ver que están llenas de imperfecciones y son desagradables á Dios. Por el contrario, los fervorosos, á imitación de los otros obreros, sin tanto trabajo y cansancio reciben el mismo ó mayor premio. ¡Oh si tú fueras ferviente en el divino servicio! ¡Qué caudal de méritos atesorarías! Oye con temor la sentencia del Señor, que dice: «Muchos son los llamados, pocos los escogidos»; esto es, muchos son los pecadores, pocos los justos; muchos los tibios, pocos los fervorosos; muchos los mercenarios, pocos los que trabajan por amor. ¿Á cuáles perteneces tú? ¡Oh Jesús! Sea yo de vuestros escogidos, de modo que, sirviéndoos con fervor y caridad, merezca ser de los elegidos para la gloria!

Epílogo y coloquios. ¡También á nosotros se ha dignado llamar el Padre de familias para el cultivo de la viña de nuestra alma! Quizá en la niñez, tal vez en la adolescencia, virilidad ó ancianidad, ó más bien en todo tiempo. ¡Ah! ¡Cuántas veces ha resonado en nuestro corazón la voz de este amoroso Padre! De ninguno de los obreros del Evangelio se lee que resistiese al ser llamado; pero nosotros hemos resistido innumerables veces. Aun ahora continúa llamándonos Dios, y exhortándonos á que cultivemos la humildad, paciencia, abnegación ú otras virtudes. ¿Cómo respondemos al divino llamamiento? El momento de la paga se va acercando. El fin de la vida de cada uno será el instante venturoso para los que hayan sido dóciles al divino llamamiento y fervientes en el servicio de Dios; entonces recibirán un precioso denario, y serán introducidos en el gozo del Señor; empero para los rebeldes á la divina voz y los holgazanes en el cultivo de su viña, no será venturoso, sino triste, aflictivo, des-

consolador y amargo en extremo. ¿Qué suerte pretendemos? ¿Cómo correspondemos al llamamiento divino? ¿Somos fervorosos en trabajar por nuestra salvación? ¿Qué haríamos si supiésemos que muy presto ha de llegar el tiempo de la paga? Puesto que puede sucedernos, preparémonos con eficaces propósitos, fervientes súplicas, rogando por nosotros y por todas las obligaciones y necesidades.

DOMINICA DE SEXAGÉSIMA.

PRELUDIO 1.° Salió el sembrador á sembrar su semilla, de la cual, parte cayó en el camino, parte entre piedras, parte entre espinas, y no dió fruto: pero otra parte cayó en tierra buena, y produjo fruto abundante.—(Luc., VIII, 4-15.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesús proponiendo y explicando esta parábola.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de sacar mucho fruto de la divina palabra.

Punto 1.° Salió el sembrador á sembrar su semilla. Este divino Sembrador es el Verbo encarnado, que, deseoso de recoger abundante cosecha de almas escogidas, descendió del cielo al campo de este mundo, con el fin de sembrar en él y en los corazones de los hombres, que son como porciones de este campo, la preciosa semilla de su divina palabra, no sólo la exterior, por medio de su doctrina y ejemplos, sino también la interior, por medio de sus inspiraciones, ilustrando nuestra mente y moviendo nuestra voluntad. Esta caritativa obra hizo por sí y por sus enviados, ya por los ángeles, ya por los Apóstoles y demás ministros de la Iglesia, valiéndose para ello de la predicación, buenas lecturas, santos ejemplos, piadosas imágenes y otros objetos y acontecimientos, que son como ocasiones que despiertan en nuestra alma santos afectos y deseos. Considera cómo lo que movió á este divino Sembrador á emprender este trabajo fué sólo el amor á su Padre y el deseo de nuestro bien. Aunque toda su semilla fructificase abundantemente, ni había de aumentarse su gloria esencial, ni se habían de acrecentar sus riquezas, ni había de ser más feliz. Pues ¡oh ingratitud y torpeza del hombre, que no quiere hacer fructificar en sí la divina semilla de la palabra de Dios! Porque, como dijo el Salvador, de cuatro partes de la semilla sembrada, las tres se perdieron miserablemente: la una por caer junto al camino, y ser hollada por los pasajeros y comida de las aves del cielo; la otra por haber caído entre piedras, y no haber podido arraigarse; y la otra por haber caído entre espinas, las cuales, saliendo y creciendo más que ella, la sofocaron. Estas tres suertes de tierra ingrata y desaprovechada representan otras tantas clases de hombres, para los cuales la divina palabra, lejos de aprovechar, será tal vez ocasión de mayor castigo; porque, ó no la quieren escuchar, pudiendo; ó, si la escuchan, son inconstantes en hacer lo que Dios les inspira; ó, si comienzan á obrar según la divina inspiración, los negocios exteriores ahogan su espíritu y los apartan del buen propósito. Los primeros no tienen ninguna disposición para escuchar la divina palabra; los segundos están algo dispuestos, pero algunos obstáculos interiores impiden que prospere; los terceros tienen también alguna disposición, pero viciada por algunos estorbos exteriores. ¿Nos hallamos comprendidos en alguna de estas clases? ¡Oh divino Sembrador! Confieso que mi pobre corazón es tierra árida, seca y sin agua, y que de sí, sólo puede dar espinas y abrojos. Si queréis que dé algún fruto, Vos habéis de limpiarle con vuestra gracia, trabajarle con mortificaciones, regarle con vuestra sangre, sembrarle con vuestra inspiración; y aun después habéis de vigilarle, y con vuestro poder impedir que él no estorbe por su malicia el desarrollo de la divina semilla que vuestra caridad le ha concedido.

Punto 2.° Considera cómo la cuarta parte de la semilla cayó en tierra buena, y, saliendo, produjo el fruto centuplicado. Tierra buena son aquellas almas bien dispuestas para recibir la divina semilla y hacer que fructifique. Tales son aquellas que, verdaderamente deseosas de su aprovechamiento, apartan de sí todos los obstáculos que podrían impedir el fruto de las mismas; aquellas que, como campo bien preparado, están rodeadas de la cerca de la modestia y recogimiento que impide la entrada de los ladrones infernales; limpias de las espinas de los cuidados y aficiones terrenas, y de las piedras de las ocasiones peligrosas; abonadas con el recuerdo de su propia vileza, pequeñez y miseria; cultivadas con el arado de la mortificación; regadas oportunamente con el abundante riego de la divina gracia y con las lágrimas derramadas por el dolor de sus culpas; en fin, dispuestas de tal modo, que se arrojan en las manos de Dios para que haga de ellas lo que quiera, diciéndole con David: «Preparado está mi corazón, Señor; preparado está». Estas almas afortunadas son las que reciben con agradecimiento la divina semilla, cualquiera que sea el medio de que se sirva Dios para sembrarla en ellas; la retienen con cuidado, fomentándola con el calor de la meditación, volviendo repetidas veces la consideración á ella, y evitando todo aquello que podría quitársela; y, finalmente, con grande paciencia la hacen fructificar, obteniendo como precioso fruto méritos abundantes, virtudes señaladas, obras santas y eterno galardón en el cielo; todo esto en mayor ó menor grado, según sea la disposición con que la hayan recibido, porque está escrito: «Cada cual recibirá la recompensa según haya sido su trabajo». ¡Oh Salvador del mundo! Vos sois el escogido grano de trigo mortificado por la incredulidad de los judíos, y multiplicado maravillosamente con la fe de las naciones; por este admirable crecimiento y multiplicación os ruego que fructifique y se multiplique en mí vuestra divina semilla de tal modo, que merezca

en la muerte ser colocado en los graneros del cielo. ¿Con qué disposiciones recibimos la palabra divina? ¿Qué fruto produce en nosotros?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán inefables son la bondad, generosidad y largueza de Dios! Este amantísimo Padre, movido únicamente por el deseo de hacernos bien, se digna sembrar en nuestro corazón la semilla de la divina palabra, ya por sí mismo, ya por medio de sus ministros. Semilla divina es aquel deseo de mayor recogimiento, de más penitencia y silencio que sentimos en nuestra alma; aquel dolor de los pecados cometidos, desgana de las cosas del mundo, anhelo por la eterna felicidad que ocupa nuestro espíritu. ¡Con qué generosidad siembra este amante Sembrador! Muchos corazones son duros, que no quieren siquiera recibir su semilla; mas no importa; Él prosigue sembrando. Otros son temporales; un momento la reciben, pero luego la desechan; á pesar de esto, no deja de sembrar sus inspiraciones. Otros, aunque por de pronto hacen que fructifique, luego, embargados por los cuidados terrenos, impiden su desarrollo; con todo, Jesús no cesa en su caritativa y benéfica obra de sembrar esta preciosa semilla, y se consuela con que algunos saquen el provecho y fruto que Él pretende. Éstos le compensan satisfactoriamente la pérdida que los otros por su culpa le ocasionan. También ha caído repetidas veces en nuestra alma la semilla santa del Señor. ¿Cómo la hemos recibido? ¿Hemos puesto estorbos á su desarrollo? ¿Hemos procurado que diese el fruto que deseaba el Señor? Todavía tenemos tiempo y ocasión; empecemos siquiera hoy á mostrar algo más agradecimiento á la generosidad de Jesús; hagamos que el campo de nuestra alma dé fruto de ciento; ordenemos á este fin nuestros propósitos y súplicas, sin olvidar las demás necesidades.

DOMINICA DE QUINCUAGÉSIMA.

PRELUDIO 1.º Subiendo Jesús á Jerusalén, anunció á sus discípulos los trabajos que allí había de padecer, y al pasar junto á Jericó, dió vista á un ciego que con fervor se la pidió. —(Luc., XVIII, 31-48.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús manifestando á sus Apóstoles su futura Pasión y resurrección, y dando vista al ciego que se la pide.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de entender las palabras de Jesús, y sacar de ellas el fruto que su Majestad pretende.

Punto 1.º Llamó Jesús á sus Apóstoles, y les dijo: «Mirad que subimos á Jerusalén, en donde tendrán cumplimiento todas las cosas que han dicho los profetas acerca del Hijo del hombre». Considera cómo la obligación de todo cristiano, mientras vive en este mundo, es dirigirse á la Jerusalén celestial, no bajando, sino subiendo, esto es, haciéndose violencia, hollando las cosas terrenas, aspirando constantemente á mayor santidad, á más alto grado de perfección, y acercándose más cada día al cielo por la unión con Dios. El fervoroso discípulo de Jesús siempre traza y ordena subidas, creciendo de virtud en virtud, hasta llegar á la celestial Jerusalén. Pondera, sin embargo, que para subir á esta deliciosa ciudad, en donde ha de hallar el gozo y el triunfo, es indispensable que el hombre pase antes por la Jerusalén terrena, en la cual se halla el templo y el Calvario, símbolos de la oración y penitencia, puesto que éstas son las dos alas con que se sube á la gloria. ¿Te ejercitas en estas dos importantes virtudes? Escucha á Jesús cómo describe con grande particularidad á sus Apóstoles los tormentos de su Pasión: «El Hijo del hombre, dice, será entregado á los gentiles, y mofado, y azotado, y escupido; después le matarán, y al tercer día resucitará». ¡Cuán presentes tenía en su mente los trabajos que por nosotros había de pasar! ¡Con qué gusto hablaba de ellos! ¡Cómo los revolvía á menudo dentro de su corazón! Todo esto nos descubre el inmenso amor de Cristo á los hombres; la enorme ingratitud de éstos, que apenas se acuerdan de lo que su Padre ha sufrido por ellos; el horror que constantemente hemos de tener al pecado que tal estrago causó, y la confianza de que, si imitamos á Jesús en las penalidades, éstas se convertirán algún día en bienaventuranza y gloria. ¡Oh si entendiésemos bien esta doctrina! ¡Si nos persuadiésemos que nuestra felicidad, virtud y dicha está en la cruz! ¿Nos sucede lo que á los Apóstoles, que por su imperfección no entendieron las palabras de su divino Maestro? ¡Oh Maestro sapientísimo! Concededme vuestro divino espíritu para que ame lo que Vos amáis, suspire por lo que Vos suspiráis, y comprenda las palabras que Vos decís, aceptándolas con amor, rumiándolas con reflexión, y conformando perfectamente á ellas mi vida.

Punto 2.º Acercándose el Señor á Jericó, había junto al camino un ciego que pedía limosna, el cual, enterado de que pasaba Jesús, comenzó á clamar: «Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí». Y aunque las turbas le mandaban que callase, y le reprendían porque gritaba, él, con más instancia, y esforzando más la voz, repetía lo mismo, hasta que alcanzó lo que pretendía. En este pobre ciego hemos de considerar la miseria y desgracia del hombre, ciego para las cosas espirituales y para lo que atañe á su eterna salvación; porque así como la ceguera corporal afea el rostro, impide el trabajo, pone en continuos peligros y priva del gozo y alegría, así la ceguera espiritual envilece y afea el alma, no la deja trabajar en el negocio más importante, expónela á continuos peligros, tropiezos y á la misma muerte eterna, y, finalmente, le quita el verdadero gozo, porque no hay paz para los impíos, dice el Señor. Pero observa las virtudes que disponen á este ciego para recibir la vista del cuerpo, y con ellas te dispondrás tú también para alcanzar de Dios la del

alma. Él tiene fe viva y ardiente, creyendo que Jesús es el Hijo de David, ó el Mesías, que con tal nombre era apellidado entre los judíos; deseo intensísimo de recobrar la vista, el cual le mueve á pedir á las gentes que le digan quién pasa, y á levantar la voz con fervientes súplicas, sabiendo que pasa el Señor, poderosísimo para sanarle; oración fervorosa, como lo indican los clamores que salen de su pecho; resignada, porque no pide otra cosa sino misericordia; y perseverante, persistiendo en ella hasta alcanzar el ser oído, sin hacer caso de los que le dicen que calle. ¡Oh, si todos los que están ciegos para las cosas espirituales imitasen las virtudes de este ciego! ¡Si cuando menos las imitases tú, que conoces la desgracia y miseria que es la ceguera espiritual! Entonces obtendrías, sin duda, la luz del Señor, como la alcanzó el ciego, y oirías de sus labios aquellas palabras: «Tu fe te ha salvado». ¡Oh Jesús mío! Permitidme que con toda humildad os diga como el ciego: «Jesús, Hijo de David, tened misericordia de mí». Mirad que estoy ciego, y no conozco á Dios, ni á las criaturas, ni á mí mismo. Señor, haced que vea; porque si no veo, no puedo entenderos, ni glorificaros como debo.

Epílogo y coloquios. Todos los hombres del mundo se dirigen en cierto modo á Jerusalén; porque todos buscan la paz y la felicidad. Mas ¡cuán pocos son los que logran penetrar en esta felicísima ciudad! Para llegar á tan dichoso término, es preciso subir, hollando las cosas terrenas y haciéndose el hombre superior á sí mismo, y los hombres van de continuo bajando hasta ponerse bajo el nivel de los mismos irracionales; es indispensable la oración continua y la mortificación incesante, y estos medios se abandonan; es imprescindible seguir á Cristo y penetrarse de sus sentimientos y afectos, amando lo que Él ama, aborreciendo lo que Él odia, y por desgracia se sigue un camino opuesto; y aun los que se precian de discípulos suyos, á semejanza de los Apóstoles, no entienden el lenguaje de la cruz. ¡Ah! ¡Cuántos son los ciegos que andan por los caminos de este mundo! Tal vez también nosotros pertenecemos á tan deplorable clase. Si así fuera, imitemos al ciego de Jericó. Procuremos llegarnos á Jesús con fe viva, confianza cierta, resignación absoluta en su divina voluntad, oración humilde, ferviente y perseverante, y no dudemos que recibiremos la vista espiritual de que tanta necesidad tenemos. Formemos con este fin aquellas resoluciones y propósitos que nos sean convenientes; y con fervientes coloquios y humildes súplicas, pidamos gracia para cumplirlos, y roguemos por todas las necesidades, en particular por los ciegos pecadores que se precipitan en el infierno.

DOMINICA I DE CUARESMA.

PRELUDIO 1.° Jesucristo en el desierto fué tentado de varios modos por el demonio; pero resistió con fortaleza al enemigo, y vinieron los ángeles á servirle.—(Matth., IV, 1-11.)

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús en el desierto, resistiendo las tentaciones del demonio.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitar á Jesucristo, resistiendo al enemigo.

Punto 1.° Considera cómo estando Jesús en el desierto, entregado á la oración y penitencia, envidioso el demonio de tanta virtud, se le acercó y comenzó á tentar, induciéndole á que convirtiese las piedras en pan para remediar su necesidad; mas viéndose rechazado, tentóle de vanagloria, y por fin, de ambición de poderío y riquezas. Acerca de esto debes ponderar la malicia, atrevimiento y astucia del demonio, el cual no puede tolerar que un alma comience á servir á Dios con fervor, sino que al instante se esfuerza en hacerla desistir de su buen propósito y apartarla del buen camino que ha principiado. Lo cual procede del odio encarnizado que tiene contra Dios y contra su divino culto, y de la cruel envidia que tiene al hombre, cuya gloria y felicidad le recuerdan su pasada grandeza, y quisiera estorbarla con todas sus fuerzas. Pondera cómo es tal el atrevimiento de este capital enemigo, que á nadie perdona, atreviéndose á tentar al mismo Dios; y así, no presumas tú de ti mismo, ni confíes en las victorias pasadas, ni te duermas un solo instante, porque quizá aquel será el momento en que te embista, y hallándote descuidado, te precipitará en el abismo del pecado. Reflexiona en particular la astucia de este malvado enemigo, para estar apercibido á sus ataques. Unas veces tienta con pretexto de necesidad, como á Jesucristo al verle hambriento; otras, aparentando deseos de la gloria de Dios, como cuando le indujo á que se arrojase del pináculo del templo, para que creyesen en Él; otras, con descubierta malicia, como al decirle que le adorase. Sus tentaciones, ya son de gula, ya de soberbia, ya de ambición ú otros vicios. Él sabe tomar todas las apariencias y aspectos; ora con aire compasivo aparenta tener lástima de nuestros males y privaciones, para movernos á faltar á la conformidad, ora se presenta como muy celoso de aquello á que nos ve inclinados, ora finge grande generosidad y largueza en remunerar los servicios que se le prestan. ¿Cómo nos tienta á nosotros el demonio? ¿De qué medios se vale para hacernos sucumbir? ¡Oh Dios omnipotente! Levantaos, dando muestras de vuestro poder, y queden disipados en vuestra presencia todos vuestros enemigos; tenedme de vuestra mano, para que permanezca firme é intrépido en vuestro servicio; no sea que en mi humillación se burlen de mí estos adversarios que andan alrededor, y digan: Prevalecido hemos contra él.

Punto 2.° Considera cómo en este mismo Evangelio te enseña Jesucristo el modo de prepararte á recibir sin peligro los ataques del demonio, y resistir á todos ellos con valor; de suerte que sea él vencido y humillado. Jesús está en el desierto, adonde ha ido movido del divino Espíritu, y allí se ocupa en la oración más ferviente y en la mortificación más rigurosa. ¡Qué disposiciones tan eficaces para estar el hombre preparado y fortalecido contra todos los asaltos del enemigo! Aun los más rebeldes y pertinaces demonios se vencen, según el Salvador, con la oración y el ayuno. Pondera luego cómo te has de portar en tus luchas con el demonio, deduciéndolo del ejemplo que te da el divino Maestro. Si te tienta de gula, ó te induce á remediar alguna necesidad ó preservarte de algún mal, usando para ello de medios ilícitos, has de presentarle como Jesús el escudo de la confianza en Dios, y decirle: «No vive el hombre de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». Cuando pretende hacerte caer en pecado prometiéndote seguridad del perdón, y que presto te levantarás, y que de la culpa reportarás algún provecho ó gusto para ti, para tus prójimos ó para Dios, respóndele con el Señor: «No tentarás al Señor tu Dios». Pecar con la esperanza de ser pronto perdonado, es pedir á Dios un milagro innecesario, es tentar á su divina Majestad. Finalmente: si quiere arrastrarte á algún pecado que vulnere directamente el honor de Dios, como la blasfemia, infidelidad y todas las que se oponen á las virtudes teologales ó hieren alguno de los divinos atributos, aunque en cambio te ofrezca todo el mundo, debes responderle con santo celo y viva indignación: «Á tu Señor adorarás, y á Él solo servirás». Mira, por fin, cómo por resultado de la victoria y premio del triunfo, los ángeles se acercan á Cristo y le sirven amorosamente; no pienses que el Señor reserve toda su recompensa para el otro mundo; ya en este experimentarás algún premio, si eres fiel en la lucha. ¡Oh Padre mío celestial! ¿Quién no se esforzará en pelear con valor, si considera que Vos estáis contemplando el resultado de la batalla, para coronar al momento al que venciere, enviando para esto vuestros ángeles? No permitáis sea yo tan insensato que me deje vencer del enemigo; haced que, imitando á vuestro divino Hijo, salga siempre victorioso y merezca eterna corona.

Epílogo y coloquios. ¡Oh! ¡Cuán grande es la malicia, el atrevimiento y astucia del demonio! Es tal el odio que tiene contra Dios, que no puede ver tranquilo que haya quien le sirva, y tan rabiosa es la envidia que siente al hombre, que, si le ve marchar por buen camino, al instante trata de ponerle algún tropiezo, para que caiga ó se aparte de sus buenos propósitos. Él á nadie respeta; tienta al pecador, y no respeta al más santo. El mismo Jesucristo no se ve libre de sus ataques. ¡Qué astucia tan serpentina! ¡Qué modos tan solapados usa para tentar! Unas veces se presenta con aire compasivo, otras afecta indignación; ora se viste con piel de oveja para halagar, ora con apariencias de león para atemorizar; ya examina y escudriña nuestras inclinaciones para fomentarlas y satisfacerlas hasta ofender á Dios, ya estudia nuestras necesidades para inducirnos á remediarlas, aun á costa de nuestras almas. ¡Ay de nosotros, si no vivimos prevenidos! Jesús nos enseña prácticamente que si nos entregamos á la penitencia y oración, estaremos preparados para sostener los ataques diabólicos; y si contrariamos los impulsos de este cruel enemigo, triunfaremos y vendrán los ángeles del cielo á celebrar nuestra victoria. Miremos, en vista de todo esto, cómo nos hemos portado hasta ahora, y cómo nos hemos de portar en adelante en las tentaciones. Formemos propósitos de guiarnos por los ejemplos de Jesús; pidamos gracia para saber obrar así, y roguemos por las necesidades de todo el mundo.

DOMINICA II DE CUARESMA.

PRELUDIO 1.° Transfiguróse Jesús delante de tres de sus Apóstoles, los cuales, arrebatados al contemplar tal majestad, quisieron quedarse para siempre en el monte, para contemplar la gloria de su Maestro. — (Matth., XVII, 1-9.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesucristo transfigurado, á Moisés y Elías á sus dos lados, y á los Apóstoles contemplándolos con admiración.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de transfigurarnos espiritualmente.

Punto 1.° Tomó Jesús á tres de sus Apóstoles, Pedro, Santiago y Juan; llevólos á un alto monte, y transfiguróse delante de ellos. Considera acerca de esto las varias veces que se transfiguró Jesús por nuestro amor. En la Encarnación se transfiguró, vistiéndose de la naturaleza humana; en la Pasión, apareciendo como un gusano y leproso, sin hermosura ni belleza; en la Resurrección, cubriéndose de inmortalidad; en la Eucaristía se transfigura diariamente apareciendo bajo las especies de pan y vino, y en el Tabor lo verificó ostentando la gloria que tenía escondida y represada en su alma. De este modo, con estas repetidas transfiguraciones, te muestra Jesús su amor y caridad, deseando que tú seas fácil en transfigurarte, esto es, en negar tus propias afecciones, haciéndote alegre con los alegres, triste con los tristes, todo para todos, á fin de ganarlos á todos. Pondera luego los admirables misterios que están como escondidos en Jesucristo transfigurado; el cual es como la imagen y dechado del alma justa, que á los ojos de Dios y de sus ángeles aparece como resplandeciente por la fe y la caridad, adornada con el blanco ropaje de las obras puras y santas con que se viste; y acompañada de Moisés y Elías, esto es, de la tierna mansedumbre para con los hombres y del ardiente celo por la gloria de Dios. Es, además, esta transfiguración, símbolo y ejemplar de la nuestra; por me-

dio de la cual nos hemos de convertir de hombres terrenos en hombres celestiales, ya revistiéndonos en vida con las costumbres y virtudes de Cristo, ya también adornándonos con la claridad é inmortalidad en la universal resurrección, para ser en todo semejantes á Él. Por fin, es símbolo muy expresivo de la oración, en la cual el alma es iluminada, despojada de la fealdad de los vicios, embellecida con las virtudes, saciada de consuelos divinos, levantada al amor de Dios y de su cruz; habla con Dios, y, como dice san Pablo, se perfecciona y transforma en la misma imagen de Jesús, creciendo de claridad en claridad, guiada por el espíritu del Señor. ¡Oh dulcísimo Redentor! Pues que vinisteis al mundo, entre otros motivos para reformar nuestro cuerpo corruptible, y hacerle semejante al vuestro glorificado, comenzad vuestra obra, hermoseando y embelleciendo mi alma con vuestras virtudes; transformándola en vuestra perfecta imagen.

Punto 2.° Considera en este punto lo que hicieron los Apóstoles cuando, despertando del sueño á que se habían entregado, vieron el cambio maravilloso que se había obrado en su divino Maestro, y la gloriosa compañía de los dos distinguidos personajes que á sus dos lados estaban. Lo primero que experimentaron fué una admiración y gozo tal, que quedaron como fuera de sí de contento; y Pedro, haciéndose el intérprete de los sentimientos de sus condiscípulos, dijo: «Señor, bueno es que nos quedemos aquí; hagamos tres tabernáculos, uno para Vos, otro para Moisés y otro para Elías». Pedro en esta ocasión no sabía lo que estaba diciendo, como advierte el Evangelista; no porque ignorase las palabras que profería, sino porque pedía lo que no le convenía ni era conforme á la voluntad de Dios, ni á lo que reclamaba su propio bien. Olvidábase que el tiempo de esta vida no es para gozar, sino para padecer; que los consuelos de la oración se dan, no para que en ellos pongamos nuestro fin, sino para alentarnos con los mismos á trabajar. Olvidábase también que antes de la gloria hemos de combatir, y antes del descanso debemos trabajar, y que en este mundo no hemos de pretender el morar en tabernáculos de alegría, sino en tabernáculos de salud, esto es, en las llagas de Jesús. Con todo, reflexiona que si una pequeña gotita de gloria llenó de tan dulce consuelo, gozo y admiración á los Apóstoles, ¿qué experimentará el alma cuando entre en el gozo de su Señor, y beba abundantemente del torrente impetuoso de las delicias del cielo? Pondera también otro afecto que embargó á los Apóstoles en esta ocasión, que fué el temor. Luego que se retiraron Moisés y Elías, quedó Jesús envuelto en una nube resplandeciente, y del seno de ella salió una voz que dijo: «Este es mi Hijo muy amado, en quien me he complacido: oidle». Fué tal el temor que de ellos se apoderó al oir esta voz, que cayeron en tierra como muertos. ¡Cuán débil es el hombre! Si la sola voz de Dios, aunque sea amorosa, le hace temblar, ¿qué

sentirá cuando Él haga ostentación de su majestad y poder? ¿Tendrás todavía el atrevimiento de ofenderle? ¡Oh Jesús mío! Fijad de un modo indeleble en mi alma las palabras de vuestro celestial Padre. Haced que con docilidad y sumisión oiga vuestros preceptos para observarlos, vuestros consejos para seguirlos, vuestras amenazas para temerlas, vuestras promesas para esperarlas, y vuestras enseñanzas para conformar á ellas mi vida.

Epílogo y coloquios. ¡Cuántas veces quiso transfigurarse nuestro divino Salvador para darnos muestras inequívocas del amor que nos profesa! En la Encarnación, en la Pasión, en el Tábor, en la Eucaristía.... ¿Por qué no imitamos nosotros la caridad de Cristo, transfigurándonos espiritualmente, disimulando y ocultando lo que hay en nuestro corazón, cuando así conviene para la gloria de Dios y bien de los prójimos? ¡Cuán dichosos seríamos si, á lo menos, lográsemos transfigurar nuestra alma, imitando de un modo espiritual los caracteres de la transfiguración corporal de Jesús! Entonces sería blanca por la pureza, brillante por el resplandor de la virtud y claridad de la divina gracia; darían testimonio de ella el Padre y el Espíritu Santo, tratándola como á hija muy querida, y la acompañarían la mansedumbre en el trato con los hombres y el celo por la gloria de Dios, como Moisés y Elías acompañaban á Cristo. ¿Cómo hemos de alcanzar esta transfiguración? ¿Oramos de modo que por este medio se transfigure nuestra alma? Tal vez imitamos más bien á los Apóstoles, que, habiendo sido excesivamente flojos para la oración, al momento que Jesús les concedió aquel regalo, se engolosinaron de tal modo, que ya no querían marcharse del monte. Tedio en adquirir los bienes espirituales cuando requieren algún sacrificio, y afición desordenada á los consuelos sensibles que se nos conceden: tal es nuestra conducta. Propongamos obrar desde hoy de otro modo, imitando á Jesús, nuestro Maestro; y para esto oremos con fervor, no sólo por nosotros, sino por todos aquellos que se han recomendado á nuestras oraciones.

DOMINICA III DE CUARESMA.

PRELUDIO 1.° Habiendo Jesús arrojado al demonio de un hombre mudo, habló éste los fariseos tomaron de aquí ocasión para decir que, en virtud de Belzebub, echaba los demonios, lo cual rebatió el Señor con sólidos argumentos. Al oirlo una mujer, arrebatada de su palabra, levantó la voz, diciendo: «Bienaventurada la Madre que te ha dado á luz».—(Luc., XI, 14-28.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesús hablando á las turbas.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de entender y seguir las enseñanzas de Jesús.

Punto 1.° Estaba Jesús arrojando á un demonio de un hombre que era mudo; y cuando hubo salido el demonio, habló el mudo. Considera aquí uno de los más perniciosos efectos que

causa el demonio en el alma que se le rinde. La enmudece para que no hable con Dios en la oración, ni con sus ministros en el tribunal de la penitencia. Para justificar su abandono, pretextará tal vez otras excusas; mas siempre será cierto que la causa principal de su mudez es el demonio, el cual, no sólo le impide que hable cuando no debe, sino que la induce á parlar cuando debiera guardar silencio. Pondera luego la ingratitud y perversa malicia de los fariseos, á quienes los milagros más estupendos, lejos de convertir, sumergían más en el abismo de la incredulidad y odio contra el Señor. ¡Ay del hombre endurecido! Lo que para otros es motivo de alabar á Dios, para él será ocasión de ultrajarle y ofenderle, como sucedió aquí á los fariseos. Las turbas se admiran de la curación del mudo, y confiesan á Jesús por el Mesías, y ellos se atreven á tratarle de hechicero, que tiene pacto con el demonio: «En Belcebub, príncipe de los demonios, arroja á éstos». ¡Oh Jesús! ¿Cómo sufren vuestros oídos blasfemia tan espantosa? ¿Que á Vos, amantísimo Padre de los hombres, con Satanás, enemigo jurado de ellos? Reflexiona cómo Jesús con admirable mansedumbre rechazó esta injuriosa calumnia de los fariseos, y con razones convincentes les probó que, lejos de tener pacto con el demonio, había venido á destruir su imperio en el mundo, venciendo al fuerte armado que le custodiaba, y arrebatándole lo que antes poseía. ¡Oh cuánto debemos á Jesús! Á Él debemos la libertad de hijos de Dios, la paz del corazón, el poder acaudalar méritos para la vida eterna; porque los que se hallan bajo el poder del demonio, son esclavos del amo más cruel; y si tienen alguna paz, es aparente, falsa y muy transitoria, y en lugar de acaudalar, están derramando sin ningún provecho sus fuerzas, salud, talento y vida. ¿Perteneces tú á tan infortunada gente? ¡Oh Salvador del mundo! Abrid los ojos de tantos ciegos que viven, al parecer, felices bajo el yugo pesado del demonio; dejadles que sientan todo el peso de tan vergonzosa esclavitud, y haced que suspiren por librarse de ella, resolviéndose á serviros á Vos, que sois su Dios, su Redentor y Padre el más amante.

Punto 2.° Considera cómo mientras Jesús hablaba palabras de vida á la muchedumbre que le escuchaba embelesada, una sencilla mujer, arrebatada de admiración, levantó la voz en medio de la turba, y dijo: «Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te criaron». Á lo que contestó el Señor: «Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan». Acerca de lo cual has de ponderar que, mientras los fariseos soberbios están contradiciendo al Salvador con grande obstinación, esta sencilla mujer recibe del cielo especial luz y fervor, que la mueve á alabarle y engrandecerle en la presencia de todos. Siempre será una verdad que el Señor se esconde á los sabios soberbios, y se manifiesta á los pequeñuelos é ignorantes, pero humildes; y si tú quieres recibir las ilustraciones del cielo, te es preciso ir por el camino de la humildad. Con razón llamó esta devota mujer á María bienaventurada, por haber dado á luz á Jesucristo. Esta soberana dignidad de la maternidad divina es el principio de todas las grandezas de esta celestial Señora, y la causa principal que debe moverte á honrarla, obsequiarla y venerarla; mas si ella es bienaventurada por tener por hijo á Jesús, tambien lo eres tú que le puedes llamar hermano, padre, amigo y esposo, con tal que estés unido á Él con los lazos de la caridad. Escucha al mismo Señor cómo confirma la sentencia de la inspirada mujer, diciendo: «Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la cumplen»; que fué decir: En verdad, fué bienaventurada mi Madre, por haberme llevado en su seno; pero mayor bienaventuranza tuvo por haber oído mi palabra con atención, y haberla guardado cuidadosamente. Por manera que, para ser bienaventurado, no basta oir la palabra divina; es también indispensable conservarla, fomentarla con la meditación y hacerla fructificar con abundancia. ¡Oh alma mía! Aquí tienes el camino trazado, si deseas la bienaventuranza en este mundo y en el otro. Oye la divina palabra con recogimiento y humildad; guárdala en tu corazón con exquisito cuidado, y haz que produzca aquellos frutos que desea el divino Sembrador. ¿Obras tú de esta manera?

Epílogo y coloquios. ¡Cómo se descubre en este escogido pasaje del Evangelio el poder de Jesús, la rabia del demonio contra el hombre, y los efectos encontrados que la divina palabra produce en los soberbios obstinados, y en los sencillos y humildes! Á un simple mandato del Señor, el enemigo de nuestra salvación se ve precisado á abandonar á un hombre, sobre el cual ejercía un espantoso dominio. Este cruel adversario le había privado del uso de la lengua, y el infeliz, por sí solo, no era capaz de pedir remedio para su extrema necesidad. ¡Ay del hombre que se deja esclavizar del demonio! Presto sentirá los espantosos efectos de tan vergonzosa esclavitud: se verá privado de la palabra, porque ni sabrá hablar con Dios en la oración, ni con su ministro en el tribunal de la penitencia; del oído, porque ni oirá la voz de Dios que le habla, ni la voz de sus superiores; y quizá de la vista, porque no sabrá ver el horrible abismo en que se precipita. En este triste estado se hallaban los soberbios fariseos; por lo cual las palabras de Jesús sólo sirven para endurecerlos y obstinarlos en el mal. ¡Cuán distinto es el efecto que ellas producen en las turbas, y en la sencilla mujer que entre ellas le escucha! Aquéllas se admiran, ésta queda de tal modo arrebatada, que ya no sabe contenerse, y con entusiasmo inusitado alaba á Jesús y á la Madre dichosa que le llevó en su seno. ¡Oh, si nosotros fuésemos sencillos y humildes como estas gentes! ¡Cuánto más abundante sería el fruto que de la divina palabra reportaríamos! Hagamos propósitos para esto;

pidámoslo á Jesús con humildes súplicas, y roguémosle por todas nuestras obligaciones.

DOMINICA IV DE CUARESMA.

PRELUDIO 1.º Subió Jesús á un monte con sus discípulos, y viendo que le seguía una muchedumbre inmensa y hambrienta, multiplicó milagrosamente los panes para sustentarla, por lo cual, agradecida, quiso hacerle rey.—(Joan., VI, 1-15.)

PRELUDIO 2.º Represéntate este milagroso acontecimiento como si te hallaras presente.

PRELUDIO 3.º Pide confianza en el poder y misericordia de Jesús, y gratitud á sus favores.

Punto 1.º Pasando Jesús al otro lado del mar de Galilea, como le siguieran las turbas atraídas por la fama de los milagros, retiróse al monte con sus discípulos; en lo cual has de considerar las provechosas lecciones que da el Señor á estos, enseñándoles á esquivar los aplausos y alabanzas de las gentes, á huir de los peligros del mundo, y á cultivar sus almas en el retiro de la oración, suspendiendo por algún tiempo los ministerios apostólicos. Mas las turbas han comenzado ya á gustar de la dulzura que causa en el alma la compañía y conversación con Jesucristo, y no quieren separarse de Él, y le siguen al desierto, aunque el camino sea difícil y áspero, y aunque carezcan de alimentos. ¡Cuán poderoso y eficaz es el amor de Dios para estimular al hombre á que deje sus comodidades y se abrace con los trabajos y sacrificios! Convéncete que todavía no se ha apoderado de tu corazón esta divina llama, cuando te sientes tan flaco y débil para el sufrimiento, tan inconstante en la virtud y tan inclinado á buscar tus propios regalos. Mas con esta conducta, tan impropia de un discípulo de Jesucristo, estás privando á tu alma de favores muy señalados y excelentes. Si las turbas se hubiesen separado de Jesús, y no hubiesen perseverado en su seguimiento, no habrían presenciado el prodigioso milagro de la multiplicación de los panes, ni participado de aquel delicioso manjar. ¡Cuántas veces hubieras recibido señaladas gracias y extraordinarios beneficios del cielo, á no haber desistido tan presto de tus buenos propósitos y del ejercicio de la oración! Acuérdate que Dios quiere ser importunado, y si te duermes como las vírgenes fatuas, no entrarás en el convite de las divinas bodas. ¡Oh alma religiosa! Para tu atención en los ejemplos de Cristo, en el fervor de las turbas, y despierta en ti afectos de confusión y vergüenza. ¡Cuán lejos estás de seguir aquéllos y de imitar éste! Mas, ¿qué harás en adelante? ¿Qué propósitos te conviene hacer?

Punto 2.º Considera cómo, habiendo quedado satisfechas las turbas con el milagroso pan que Jesús con su omnipotencia había multiplicado, mandó el Señor á los discípulos que recogiesen los fragmentos que habían sobrado, y con ellos llenaron doce espuertas. ¡Oh grandeza del poder y de la generosidad de Cristo! Con cinco panes y dos peces alimenta á millares de personas, y aún sobran doce espuertas llenas de los fragmentos, esto es, una cantidad de pan muy superior á la que había antes que nadie comiese bocado. ¡Cuán generosamente pagó Jesús el desprendimiento y buena voluntad de los Apóstoles, que no vacilaron en darle todo lo que tenían, privándose del pan necesario para su sustento, con el objeto de alimentar á las turbas hambrientas! ¿No confiaremos en su poder, y no seremos generosos y desprendidos para servirle? Pondera cómo las gentes, viendo el prodigio que acababa de obrar el Señor en favor suyo, exclamaban entusiasmadas: «Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo», y trataban de alzarle y proclamarle Rey. De este modo te enseñan estas gentes sencillas el agradecimiento que debes tener y mostrar por los beneficios que de Jesucristo recibes. No debes contentarte con solas palabras y con alabanzas que lleva el viento; preciso es que le hagas Rey de tu corazón, ó, mejor, que tú te declares y seas en verdad súbdito humilde, sumiso, obediente y rendido de tan bondadoso Señor, sin que jamás te atrevas á levantarte con los dones que te ha concedido, y usurpar una soberanía que no te pertenece. Pero este Rey soberano huyó al conocer los intentos de las turbas; mucho más has de huir tú y desechar los aplausos mundanos, no siendo de tu cosecha sino merecedor de todo desprecio. ¡Oh Jesús! Permitidme que con la mayor humildad me declare vuestro vasallo; súbdito y esclavo vuestro soy, porque me criasteis, porque me redimisteis, y porque mil veces me he entregado á vuestro servicio. Confirmad mi propósito, y haced que no me aparte jamás de tan justa y necesaria determinación.

Epílogo y coloquios. ¡Afortunadas turbas, que, atraídas por la dulce conversación y utilísimas enseñanzas de Jesús, abandonan cuanto tienen y le siguen por los desiertos y montes! Ellas experimentarán los efectos maravillosos de la misericordia, bondad y omnipotencia de este Señor. Quiere Él que sus discípulos se aparten del bullicio del mundo y se entreguen al suave reposo de la meditación retirada; y cuando alguno oye su divino llamamiento, al instante le habla al corazón, traba con él amorosa conversación, y tiene singular providencia de él, tanto á lo que atañe al cuerpo como á lo concerniente al espíritu. Las devotas turbas lo experimentaron; muertas de hambre, ó poco menos, se hallan en soledad apartada; se han olvidado del sustento material por atender al espiritual; mas Jesús, en medio del desierto, dispone abundante comida, y con ella los sustenta y satisface á todos. Pero ¡cuán generoso se muestra con los Apóstoles! Éstos le han dado los cinco panes y dos peces que para sí necesitaban, y en recompensa les da doce espuertas llenas de fragmentos de pan milagroso. En verdad que quien da al pobre, presta á Dios. ¿Cuándo lo entenderemos nosotros? ¿Por qué no somos más mi-

sericordiosos con los pobres? ¿Por qué no seguimos con más constancia á Jesús? ¿Por qué no somos más amantes del retiro? ¡Cuánto tenemos que reformarnos si deseamos conformar nuestra vida con la del Señor! No perdamos el ánimo; propongamos muy prácticamente lo que convenga; pidamos con fervor, y no olvidemos las necesidades de la Iglesia y del mundo.

DOMINICA DE PASIÓN.

PRELUDIO 1.º Entre los muchos documentos que dió Jesús á los judíos, díjoles que los que son de Dios oyen sus palabras, y que Abraham le vió en espíritu y se alegró; en cambio, los judíos le trataron de samaritano y endemoniado. — (Joan., VIII, 46-59.)

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús hablando á los judíos y como que tú le estás oyendo.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de escuchar con docilidad sus palabras.

Punto 1.º En este punto has de considerar los admirables documentos que nos da Jesús en este Evangelio. ¿Quién de vosotros, dice á los judíos, podrá convencerme de un solo pecado? ¡Cuán pura y santa era la vida de Jesús, cuando así hablaba á sus más encarnizados enemigos, sin que éstos hallasen nada que oponerle! ¡Oh, si tú pudieses hablar de este modo! Mas no puedes hacerlo, porque te argüiría la conciencia, y tu ángel custodio, el demonio, tus compañeros, las ocupaciones, y aun las mismas piedras de tu casa, clamarían contra ti. Jesús no se desdeña de ser pobre, despreciado, perseguido y afrentado; lo único que abomina y detesta es la nota de pecador, que es real afrenta. Nosotros vamos tal vez por el camino opuesto: nos avergonzamos de la pobreza y desprecios, y no nos ruborizamos de ser pecadores. Pondera la razón contundente con que el Señor confunde á los judíos, y confundirá á los malos cristianos en el día del juicio. «Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?» ¡A cuántos que se llaman discípulos de Cristo podría dirigir este divino Maestro la misma amarga queja! Confiesan la divinidad del Salvador; están persuadidos de la verdad de su doctrina; están dispuestos para defenderla públicamente, aunque sea á costa de sacrificios, y en la práctica obran como si creyesen lo contrario, y aun no tienen reparo en aplaudir las máximas del mundo que más se oponen á las enseñanzas del Salvador. ¿Eres tú de esta clase de cristianos? ¿Oyes con docilidad y aplauso las máximas y las palabras de este Señor? ¡Ay de ti, si eres de aquellos que no quisieran escucharle! En este caso, no serías de Dios, ni El te reconocería por suyo, y en tu muerte oirías, á tu pesar, aquella durísima palabra: «No te conozco; apártate de Mí, obrador de maldad». Fija bien en tu memoria esta temible sentencia: «Vosotros no oís las palabras divinas, porque no sois de Dios». ¡Oh Salvador mío! Vuestro quiero ser en vida y en muerte, y por esto deseo oir vuestra palabra. Hablad, Señor, que vuestro

siervo oye; manifestadme vuestra voluntad, que presto estoy para cumplirla. Perdonad mi dureza pasada, y ayudadme á vencerla por completo.

Punto 2.º Considera aquí la maliciosa desvergüenza de los judíos en insultar á Jesucristo, cuyas palabras eran una enérgica reprensión de su pertinacia endemoniada en no querer hacer caso de sus enseñanzas. La verdad es amarga á los corazones orgullosos. Corrige al necio, dice el Espíritu Santo, y te insultará. Este fué el proceder de los judíos en esta ocasión. No pudiendo contradecir á Jesús con razones, lo hicieron con insultos y blasfemias. Tienen el atrevimiento de llamarle samaritano y endemoniado, palabras que eran reputadas como una gravísima injuria entre los de aquella nación. ¡Oh amantísimo Jesús! Así os pagan los judíos la predilección con que los miráis y las distinciones que en su favor hacéis. Pondera cómo es muy cierto que la soberbia de los que aborrecen al Señor va siempre en aumento. Así se observa en los judíos, los cuales, viendo que el Señor rechazaba el dictado de endemoniado, como más injurioso á la divina Majestad, y hacía caso omiso del de samaritano, ellos insistieron en llamarle con aquel afrentoso nombre, pretendiendo agravar más la injuria y afrentar con mayor insulto al Señor. El cual ya no vuelve á desplegar los labios para defenderse, ni oponerse directamente á sus insultos dejando su honor y gloria en las manos de su Padre, á quien tocaba, sobre todo, el glorificarle. Finalmente, mira con horror á los judíos, cómo creciendo en furor y rabia contra Cristo, ya no se satisfacen con insultarle de palabra. Toman piedras para matarle, y Jesús, para evitar la muerte, cuyo tiempo no había llegado, se escondió y salió del templo. ¡Ay del hombre iracundo! Esta horrenda pasión, si no trata de dominarla oportunamente, le precipitará en abismos los más funestos. ¿Qué piensas tú, alma fiel, de todo esto? ¿No temes la soberbia? ¿No tratarás de dominar la ira?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán limpia y pura era la vida toda del Señor! Desafía con toda seguridad á los judíos á que le citen una sola falta en toda su vida, y á pesar de estarlo acechando de continuo, no hallan cosa alguna que reprender en Él. ¡Quién fuese tan inocente y libre de pecados, que así pudiese hablar á sus mismos enemigos! Mas, ¡oh malicia endemoniada de los judíos!; no pudiendo contestar á Jesús con razones, lo hacen con insultos, y no logrando acobardarlo con ellos, pasan á los hechos, y toman piedras para matarle. Así obran los enemigos de la virtud y de la religión. ¿De qué les aprovechará tan irracional é infame proceder? ¡Desgraciados! La medida de los crímenes se llenará, el tiempo de la misericordia tendrá su fin, se agotará la paciencia divina, y el Señor concluirá por abandonarlos como á aquéllos. Y ¡ay de ellos cuando el Señor los deje! Entretanto, sin pensarlo ni quererlo, habrán servido de

poderosa palanca y provechosa escalera para subir los justos á la más empinada gloria. ¡Adónde conduce la soberbia y la ira cuando no se les pone un freno! ¿Qué nos conviene á nosotros hacer? ¿Hemos imitado á los soberbios é insultadores judíos, ó tenemos la suerte de seguir el camino que sigue Jesús? ¿Nos vemos injuriados por causa de la virtud? Meditémoslo atentamente, y si es así, no desfallezcamos; propongamos imitar á Jesús nuestro modelo, y, para lograrlo, pidámosle eficaces auxilios, y roguémosle por todo el mundo.

DOMINICA DE RAMOS.

PRELUDIO 1.º Entró Jesús solemnemente en la ciudad de Jerusalén montado en un pollino, mientras que las turbas extendían por el suelo sus capas, y llevando palmas en las manos, entonaban alegres cánticos.—(Matth., XXI, 1-9.)

PRELUDIO 2.º Representémonos este acontecimiento como si estuviéramos presentes.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de saber honrar á Jesús de un modo digno.

Punto 1.º Considera cómo, acercándose el tiempo de la Pasión, quiso Jesús hacer su entrada triunfal en Jerusalén, entre los vítores y aplausos de sus habitantes. Era Jesús el Cordero pascual que había de ser muy pronto inmolado, y dispuso entrar en ella con la pompa con que era aquél recibido por los israelitas; era el Rey que venía á tomar posesión de su reino, que debía comenzar en el madero de la cruz, y quiso que le hicieran un recibimiento regio. Pondera en particular las causas que le movieron á ordenar y aceptar tan extraordinario triunfo, siendo así que El había huido siempre de las alabanzas y honras mundanas. Quiso primeramente que se le reconociese por el verdadero Mesías, del cual habían escrito los Profetas que haría con tal solemnidad su entrada en la ciudad santa. Pretendió, además, hacer ostentación de su dignidad real, siguiendo las prácticas que los demás reyes cuando toman posesión de su reino, que son: entrada triunfal en la capital de su imperio, coronación y toma de posesión; del propio modo Él hace hoy su entrada, dentro de pocos días será coronado de espinas, y luego tomará posesión del reino, subiendo al trono de la cruz. Con esta exterior pompa nos mostró también la alegría interior con que iba á padecer, y el contento grande con que entra en el alma que le recibe por medio de la divina gracia, habiendo llorado y expiado sus culpas con la penitencia. Finalmente, este glorioso triunfo fué ocasión de que las siguientes ignominias fueran más afrentosas, de que se echase más de ver la inconstancia y mutabilidad de los hombres, porque los que hoy le alaban, dentro de poco pedirán su muerte. Todo lo cual ha de despertar en ti afectos santos de gratitud, amor, admiración y dolor de las culpas con las cuales arrojaste al Señor de la Jerusalén de tu alma. ¡Oh Rey de la

gloria! Muy debida os es la honra que os hacen las gentes sencillas en este día, y aunque hubiesen bajado todos los ángeles del cielo, era nada lo que hacían para lo que Vos merecéis; hacedme participante del gozo que les comunicasteis, para que en espíritu os acompañe con los afectos con que ellos os acompañaron.

Punto 2.º Considera en este punto las circunstancias de la triunfal entrada de Cristo en Jerusalén, y los obsequios que le hicieron sus discípulos y las turbas entusiasmadas por su presencia. En primer lugar, quiso entrar, no montado en un carro triunfal, ni en soberbia mula, sino en un humilde jumentillo, adornado y dispuesto con las pobres capas de sus discípulos, los cuales se tuvieron por dichosos en poder servir á su divino Maestro con su pobreza. ¡Qué humildad, qué menosprecio de las grandezas y pompas mundanas, qué mansedumbre en Jesús! Mas, ¡qué desprendimiento, qué amor tan obsequioso y obediente en sus discípulos! ¡Ojalá imitaras á uno y á otros! Mira luego lo que en obsequio de Cristo hacen las turbas, movidas de divina inspiración. Unos se despojan de sus vestidos y los extienden por el suelo, á fin de alfombrar el pavimento por donde ha de pasar. Arroja tú también á los pies de Jesucristo todas tus cosas, y aun tu propio corazón; ofrécele con generosidad todas tus obras para que las mejore, perfeccione y acepte, ya que ellas han de ser el vestido nupcial con que te habrás de presentar ante su tribunal divino. Otros cortan ramas de los árboles, ya de palma, ya de olivo, ya de otros árboles frutales de que estaba lleno el monte Olivete. La palma es símbolo de la victoria, y el olivo lo es de la gracia, y con estos dos ramos en las manos podrás tú salir al encuentro de Jesús con grande alegría en la hora de la muerte. ¡Ay de ti, si entonces te faltase la palma por haber sucumbido á los ataques de tus enemigos, ó no tuvieses el ramo de olivo por carecer de la gracia divina y no estar en paz con el soberano Juez! Pondera, por fin, cómo todos los concurrentes á este glorioso triunfo de Cristo, los que precedían y los que seguían, cantaban alegremente: «Bendito el que viene en el nombre del Señor». Preciso es que confiesen á Cristo todos los que se han de salvar: los que precedieron á su venida y los que hemos nacido después de ella; los que van delante de Él anunciándole, y los que van en pos de Él creyendo. ¡Oh Jesús, verdadera piedra angular sobre la cual es necesario que todos asienten el edificio de su salvación! Concededme que imite vuestras virtudes y siga vuestros ejemplos, de modo que, no sólo con las palabras os alabe y bendiga, sino que todas mis obras sean bendición y alabanza vuestra por todos los siglos.

Epílogo y coloquios. ¡Oh hija de Sión, alégrate! Tu Rey, manso y humilde, viene á ti á tomar posesión de tu reino; el Cordero pascual entra por tus puertas, para ser presto inmolado. Jesús, el deseado de las gentes, el Rey de los siglos, inmortal é

invisible, cubierto de humildad y pobreza, hace su entrada en la capital de su reino. ¡Qué triunfo tan nuevo y sorprendente! En vez de carroza dorada, monta humilde jumentillo; en vez de ricos aderezos, las capas de sus discípulos; por las alfombras de seda, las capas y vestidos de la sencilla multitud. ¡Cómo muestra Jesús, aun en esta misma ocasión, el menosprecio con que mira las alabanzas humanas y el amor que profesa á la humildad, modestia, vida obscura, sacrificio! ¿Le imitamos nosotros en estos sentimientos? ¿Imitamos, cuando menos, á las fervorosas turbas? Para esto debiéramos poner bajo los pies de Cristo nuestros bienes, salirle al encuentro victoriosos de nuestros enemigos, y ricos de gracia divina, poner á su servicio nuestra lengua para alabarle, nuestras manos trabajando por su gloria, y nuestros pies soportando por su amor todas las fatigas. ¿Es este nuestro proceder? ¿Qué debemos reformar en nuestra conducta? Pensémoslo con detenimiento; formemos firmes y decididas resoluciones; y, para cumplirlas, pidamos la divina gracia y eficaz remedio para todos los males.

DOMINICA DE RESURRECCIÓN.

PRELUDIO 1.º Al amanecer del domingo fueron unas devotas mujeres al sepulcro para ungir el cuerpo del Señor; estaban inquietas, temiendo que no podrían quitar la piedra que cerraba su entrada; mas la hallaron levantada, y en el interior un ángel que les anunció la resurrección.—(Marc., XVI, 1-7.)

PRELUDIO 2.º Represéntate á estas devotas mujeres oyendo gozosas el fausto anuncio del ángel.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la devoción y constante fervor de estas fieles discípulas de Jesús.

Punto 1.º Considera cómo, deseando María Magdalena y otras devotas mujeres ungir el cuerpo sacratísimo de Jesús, que creían todavía sepultado, el domingo, muy de mañana, compraron aromas y ungüentos, y se dirigieron al sepulcro, adonde llegaron al amanecer. Pondera bien cuán generosa, activa y prudente fué la devoción de estas santas mujeres. Fué generosa, porque, sabiendo que el cuerpo de Jesús había sido ungido con grande profusión de especies aromáticas por José de Arimatea y Nicodemus, no quedaron satisfechas; antes quisieron gastar de lo suyo con abundancia, para honrar á su divino Maestro. Fué activa, pues que, no habiendo podido salir de Jerusalén el día del sábado, por causa de la fiesta, salieron el domingo á la primera hora, cuando todavía estaba obscuro, como dijo san Juan; y no les detuvo la necesidad de comprar las cosas indispensables para la unción, ni el pensamiento de que el sepulcro estaría cerrado, ni el temor de los guardas que habían puesto los fariseos; sino que se dieron tal priesa, que cuando llegaron al

monumento estaba amaneciendo. Fué, por fin, prudente, porque, á pesar de los vivísimos deseos que tenían de tributar tal obsequio al Señor, permanecieron todo el día del sábado recogidas en casa, en cumplimiento del precepto de la ley, que mandaba santificar este día. Aprende de estas fervientes discípulas de Jesús á ser generoso y espléndido en los obsequios que hagas á tu Dios, activo en su servicio, y prudente, haciendo cada cosa á su debido tiempo. ¿No te arguye la conciencia de haber olvidado estos importantes documentos? ¡Oh dulcísimo Jesús! Vos con vuestra poderosa inspiración fuisteis el que guió en el camino á estas fieles israelitas, complacido de su piedad; concedednos tal fervor en vuestro servicio, que con presteza, buena voluntad y prudencia corramos á ungiros con el precioso óleo de la oración, meditación y demás ejercicios santos.

Punto 2.º Levantando las devotas mujeres sus ojos, vieron que la piedra que cerraba la entrada del sepulcro estaba quitada, aunque era muy grande. Acerca de esto hemos de considerar cómo, aunque recordaron aquellas santas mujeres la dificultad de penetrar en el sepulcro, á causa de la piedra que le cerraba, ellas no desistieron de su buen propósito, confiando que Dios les depararía un medio para quitarla, y el Señor quiso premiar esta firme confianza, porque, antes que llegasen al monumento, alzaron los ojos y vieron la losa ya retirada. Aprende de estas ilustres mujeres á no retroceder del camino que has emprendido, movido de la divina inspiración, por grandes que sean los obstáculos. Cuando menos pienses, Dios, por sí ó por sus ángeles, quitará todos los estorbos, removerá todos los impedimentos, de modo que alcances lo que pretendes. Reflexiona cómo no pararon aquí los premios que el Señor concedió á estas fieles discípulas suyas por su constancia. Hermosísimos ángeles, vestidos de blanquísimos y resplandecientes ropajes, hallaron en el sepulcro, en vez del cuerpo difunto que buscaban; y estos espíritus bienaventurados en figura humana, no sólo las tranquilizaron y calmaron su temor, sino que les anunciaron que Jesús había resucitado, encargándoles que fueran á comunicar esta fausta noticia á Pedro y á los demás Apóstoles. ¡Oh! ¡Cuán bien recompensa el Señor la fidelidad y constancia de los suyos en buscarle! ¡Cuán poco hemos de temer los estorbos y obstáculos que pueden poner los hombres, cuando es Dios quien nos dirige! ¡Oh Padre omnipotente! Guiad nuestros pasos por el camino de la virtud; ponednos cerca de Vos, y poco nos importa que todo el mundo pelee contra nosotros; porque, auxiliados de vuestra fortaleza, fortificaremos nuestra debilidad, penetraremos los muros más inexpugnables, y la victoria será segura.

Epílogo y coloquios. ¡Qué ejemplo de devoción tan hermoso nos dan las piadosas discípulas de Jesús en este Evangelio! Para honrar á su divino Maestro, fueron espléndidas, no con-

tentándose con lo que para Él habían hecho José y Nicodemus, queriendo ellas también gastar sus pocas facultades en ungirle abundantemente: fueron prudentes, escogiendo el tiempo oportuno para llevar á cabo esta obra, dejando pasar el día de fiesta, porque, para satisfacer lo que es sólo devoción, no debe prescindirse de la obligación; fué activa y diligente y con grande fortaleza y constancia, porque á la primera hora del domingo, cuando ya no las obligaba la fiesta del sábado, sin temer la obscuridad de la noche, ni la rabia de los judíos, ni la severidad de los guardas, van al sepulcro, aunque sabían que la losa que cerraba su entrada era tal que no la podrían ellas quitar. Sin embargo, confiadas en Dios, pasan adelante sin detenerse. ¡Felices mujeres! Presto experimentaréis el premio de vuestra devoción. Antes de llegar al sepulcro, ven desde lejos que la losa está quitada y la entrada franca; llegadas á él, un hermosísimo ángel las saluda y les comunica la más grata noticia. ¡La resurrección de Jesús! ¡Por cuán bien empleado darían su trabajo! Sin duda no sentirían el haber madrugado previniendo la luz del día, ni el haberse expuesto á algún peligro para honrar á su divino Maestro. ¿Por qué no imitamos nosotros la devoción activa, prudente y generosa de estas santas mujeres? ¿Qué nos conviene proponer para esto? Reflexionémoslo; propongamos con firmeza, y pidamos por nosotros y por todos.

DOMINICA DE CUASIMODO.

PRELUDIO 1.º El mismo día de la Resurrección, al anochecer, apareciose Jesús á sus Apóstoles, y les dió el Espíritu Santo. Ocho días después, estando santo Tomás, apareciose de nuevo para convencer y convertir á este discípulo incrédulo.—(Joan., xx, 19-31.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á los Apóstoles reunidos y á Jesús entrando en donde estaban.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de confiar en Dios y conservar viva nuestra fe.

Punto 1.º Considera cómo el día mismo de la Resurrección del Señor, al anochecer, hallándose los discípulos congregados, y teniendo las puertas cerradas, por miedo de los judíos, presentóse Jesús, y se puso en pie en medio de ellos, diciendo: «La paz sea con vosotros». Acerca de esta aparición del Señor á sus discípulos has de ponderar la bondad de este buen Padre, que, aunque había prometido dejarse ver de ellos en Galilea, no quiso retardar tanto tiempo el consolarlos; antes, en el mismo día de su resurrección decidió dejarse ver de ellos, darles la paz, librarles de la turbación en que se hallaban, y comunicarles abundantísimos dones del Espíritu Santo. Mas no quiere aparecérseles á la mañana, como se había aparecido á la Magdalena y á las demás mujeres, sino al anochecer; ya porque había algunos muy incrédulos, y convenía que fuesen disponiéndose paulatinamente para recibir el fruto de la aparición; ya porque se acrecentasen en los más fieles los deseos que tenían de verle; ya para enseñarnos á esperar con humildad y confianza la visita del Señor; el cual, cuando menos pensamos, se digna consolarnos y venir á prestarnos auxilio. De parte de los discípulos has de aprender las disposiciones con que debes prepararte para la divina visita: están congregados en un lugar, tienen las puertas cerradas y hablaban de la resurrección del Señor, como dice san Lucas. Si tú deseas disponerte para los favores del cielo, procura la unión con tus prójimos, cierra con el recogimiento y presencia de Dios las ventanas de tus sentidos, y ocúpate en santas meditaciones y piadosas conversaciones. ¡Oh amabilísimo Jesús! Venid á mi alma turbada con mucha inquietud, dadla una paz sólida, perfecta y duradera, de modo que, sin temor á sus enemigos, trabaje constantemente por vuestra gloria.

Punto 2.º Considera cómo al tiempo que Jesús se apareció á sus amados discípulos, no se halla con ellos Tomás, uno de los doce Apóstoles; y habiéndole dicho los demás que habían visto al Señor, no lo quiso creer, durando en su pertinaz obstinación por espacio de ocho días. Mira los defectos en que cayó Tomás en esta ocasión, para prevenirte contra ellos, y no dejarte engañar del astuto enemigo que en ellos le hizo caer. Fué incrédulo, no queriendo dar fe á la resurrección del Señor, á pesar de la solidez de las pruebas que tenía; pertinaz en su mal juicio, durando ocho días en él, no haciendo caso de lo que le decían sus condiscípulos y aun quizá la misma Virgen Santísima; presuntuoso, señalando el medio que le había de inducir á creer. Todo esto procedió en parte de alguna secreta soberbia y de la poca unión con sus hermanos, separándose fácilmente de ellos, haciéndose singular y olvidándose de lo que dice el Espíritu Santo. «¡Ay del solo, que si cae no tiene quien le levante!» Pondera luego la benignidad, ternura y caridad de Jesús, el cual, sin tener ninguna necesidad de aquel discípulo, sólo por hacerle bien, y para apartarle de la peligrosa pendiente en que se hallaba, se apareció de nuevo á los Apóstoles á los ocho días, estando él con ellos. Contempla á este amoroso Pastor cómo atrae á su redil á esta oveja que empezaba á descarriarse; cómo se humana hasta permitirle y mandarle que cumpla el deseo de tocar sus llagas y meter la mano en su costado; cómo le exhorta á que no sea incrédulo, sino fiel; y, finalmente, cómo llama bienaventurados á los que, como nosotros, sin ver creemos. ¿Qué dice todo esto á tu corazón? ¿Cómo has de aprovechar estos avisos y ejemplos de Jesús? ¿No huirás de los defectos de Tomás? ¡Oh Salvador mío! Gracias os doy por la ternura y amor con que recogisteis á vuestro discípulo extraviado. Mirad cuántos hay en estos días que se apartan del buen camino, y caen en incredulidad. Llamadlos con eficacia para que vuelvan á vuestra escuela y os confiesen por su Dios y Señor, digno de toda honra y gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Cuánta es la ternura y amor con que Jesús vela por sus amados discípulos! Jamás ninguna madre ha cuidado tan esmeradamente de su hijo como Él cuida de nosotros. Había prometido manifestarse resucitado á sus Apóstoles en Galilea. Pero sus entrañas paternales no consienten el diferir por tanto tiempo el hacerles tan grande bien. En el mismo día de la resurrección los ve reunidos en el cenáculo, miedosos á causa del furor y amenazas de los judíos, hablando de los misterios que se habían obrado aquella mañana, y de repente, sin abrir las puertas, se presenta en medio de ellos, calma su corazón, disipa sus temores, dales la paz, y los confirma con sólidas razones en la fe de su doctrina. ¡Cuán acreedor se hace Jesús á toda nuestra confianza, amor y obediencia! Pero el amor de Jesús no está satisfecho. Uno de sus queridos Apóstoles se ha apartado de sus condiscípulos, y alucinado por la soberbia, ha venido á caer en reprensible pertinacia, extraña incredulidad y dureza de juicio. Para sacarle de tan triste estado, Jesús visita de nuevo á sus discípulos, habla á Tomás, confírmale en la fe, y reprendiendo su incredulidad, nos da un eficaz motivo de consuelo á los que, sin verlas, hemos creído. ¿Quién no amará á tan amantísimo Señor? ¿Qué hemos hecho nosotros hasta ahora? Comencemos desde hoy mismo á entregarle todo nuestro corazón, sin reservar cosa alguna; formemos resoluciones muy eficaces acerca de esto, y, con amorosos coloquios, pidamos por nosotros y por todos aquellos que se han recomendado á nuestras oraciones.

DOMINICA II DESPUÉS DE PASCUA.

PRELUDIO 1.º En el Evangelio de hoy dice Jesús que es el buen Pastor, que conoce á sus ovejas y da por ellas su alma, y que su deseo es que haya un rebaño y un pastor.—(Joan., x, 11-16.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús diciéndonos que es el buen Pastor.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de ser verdaderas ovejas de Cristo, y que nos conozca por tales.

Punto 1.º Considera aquí con cuánta razón se apellida Jesús el buen Pastor. Él es nuestro Pastor excelentísimo, dotado de un modo eminente de todas las cualidades que á un pastor convienen. Él es el Señor y dueño nuestro absoluto, y nosotros, como dice David, somos las ovejas de su pasto: es sapientísimo, sobresaliendo entre todos los hombres, como el pastor sobre sus ovejas: es poderosísimo, para librar á sus ovejas de todo peligro, y llenarlas y abastecerlas de todo bien; es, por fin, amantísimo de sus ovejas, amándolas con divina caridad, hallándose dispuesto á sacrificarlo todo por el bien de ellas. Pondera cómo este buen Pastor conoce á sus ovejas, y no solamente en lo exterior de ellas, sino en lo interior, penetrando en lo más secreto de su corazón, leyendo con perfección en él todas las intenciones, deseos, pensamientos, sin que nada pueda ocultársele. Las señales en que funda este conocimiento, y por las cuales este buen Pastor distingue sus ovejas de las que no le pertenecen, son: caridad fraterna, obediencia á su divina voz, mansedumbre, temor de pecar, y paciencia en las adversidades y trabajos. Vuelve ahora sobre ti la consideración, y, admirando por una parte las sublimes cualidades de este buen Pastor, que le hacen infinitamente digno de ser amado, y por otra la carencia en que te hallas de los caracteres de las ovejas de Jesús, humíllate profundamente, conociendo tu miseria; pide á este amoroso Pastor que te ilumine y guíe por buen camino, y te preserve de seguir á otros pastores que te aparten de él. ¡Oh Pastor soberano! Tanto me habéis amado, que no vacilasteis en dar por mí la vida; pues habéis hecho lo más, haced ahora conmigo lo menos. Libradme de los lobos infernales; comunicadme aquellas cualidades que deben poseer vuestras ovejas, á fin de que merezca ser contado entre ellas, y logre el premio que les tenéis preparado en el cielo.

Punto 2.º En este punto has de reflexionar cómo no todos los que se presentan como pastores de las almas lo son en realidad. ¡Cuántos hombres pretenden ser honrados como maestros, guías y pastores, siendo así que no son sino ladrones que desean robar y matar las ovejas de Cristo; ó mercenarios que, buscando sólo su interés, no cuidan de las ovejas como si fueran propias, buscando sus particulares comodidades, no los intereses del buen Pastor; no quieren sacrificar cosa alguna para provecho de las ovejas, ni el reposo, ni los bienes, ni la salud, ni los entretenimientos, ni el amor propio; y si no sacrifican su hacienda, mucho menos sacrificarán su vida, como dice san Gregorio! Son, además, duros con las ovejas, sin compadecerse de las débiles, enfermas y tiernas; y cuando viene el lobo, esto es, cuando se presenta algún peligro para las ovejas, lejos de defenderlas, ayudarlas y librarlas de él, huyen, no dejando el lugar, destino ó ministerio, sino negando el consuelo y socorro; huyen, porque viendo la injusticia, callan; huyen, porque podrían remediar el mal, y no lo hacen; huyen, porque ven las ovejas que se van extraviando, y por orgullo ó por pereza no las vuelven al redil. Vive con cuidado, si el Señor te ha colocado para pastor de su rebaño, no caigas en tan peligroso escollo. Acuérdate de las amenazas del Señor contra tales pastores. Si eres oveja de Cristo, preciso es que te esfuerces en conocerle cada día con mayor perfección, meditando sus grandezas, estudiando sus ejemplos y considerando sus preceptos, consejos y enseñanza. Procura conocer los tesoros que hay en Él escondidos, su divinidad con todos los atributos que le son propios, su humanidad con todas las virtudes que en ella

ejercitó, á fin de despertar en ti la confianza, el amor, la imitación y demás afectos que te unen con Él. ¡Oh alma mía! Si quieres ser oveja de Cristo, y que este Señor te reconozca por suya, debes conocer á tu Pastor, seguirle con fidelidad, y aprovecharte del pasto de doctrina y Sacramentos con que te regala. Desprecia los pastos que te ofrece el mundo; aborrece los alimentos con que te brinda el demonio, y busca todo tu contento en los pastos de Jesucristo.

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta razón se apellida Jesús el buen Pastor! Jamás ha visto el mundo otro que reuniese los títulos que Él para darse tan dulce nombre. Teniendo un absoluto dominio sobre nosotros, que somos sus ovejas, es sapientísimo para conocerlas, riquísimo para sustentarlas, poderosísimo para defenderlas, y amantísimo para sacrificarse por ellas. ¡Cuán insensatos seremos si, dejando á este amoroso Pastor, vamos á ponernos bajo la dirección y obediencia de otros que, llamándose tales, son contrarios á Él, no aceptando su doctrina y menospreciando sus enseñanzas. Todos los que, sin particular vocación de Dios, se atribuyen este honroso oficio, son, ó ladrones que quieren matar á sus ovejas, ó mercenarios que, olvidándose de ellas, sólo atienden á sus intereses propios. Abramos, pues, los ojos; no depositemos jamás nuestra confianza en aquellos que se muestran enemigos de Jesús; procuremos conocer con perfección á este amante Pastor y á los que legítimamente le representan. Mas ¿qué resoluciones y propósitos nos conviene formar para alcanzar todo esto? Pensémoslo; y luego de conocido, confirmémoslos con ardientes y confiadas súplicas, rogando por nosotros y por todo el mundo, en particular por la conversión de los herejes y pecadores.

DOMINICA III DESPUÉS DE PASCUA.

PRELUDIO 1.º Jesucristo anunció á sus discípulos que se separaría de ellos por poco tiempo, y que después les visitaría; pronosticóles la tristeza que habían de pasar por esta causa, pero que su tristeza se convertiría en gozo.—(Joan., XVI, 16-22.)

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús hablando estas palabras á sus discípulos.

PRELUDIO 3.º Pide grande conformidad con la voluntad de Dios.

Punto 1.º Considera cómo Jesucristo, queriendo prevenir á los Apóstoles para las pruebas por las que habían de pasar, les dijo: «Dentro de poco ya no me veréis; mas poco después me volveréis á ver; porque voy á mi Padre». Mucho nos importa estar preparados para las luchas con que nos combate el demonio siempre toleramos con más fortaleza aquellos males para los cuales nos hemos preparado con el escudo de la previsión. ¡Cuán reprensibles son los hombres! Se previenen para combatir los males temporales que les amenazan, y apenas se acuerdan de los

enemigos de su alma, que los rodean, y de los males espirituales en que pueden caer á cada momento. Mira las continuas vicisitudes á que estás expuesto mientras vives en la tierra. En orden á los bienes corporales, ya tendrás salud, ya estarás enfermo, ya nadarás en la abundancia, y todo te saldrá á pedir de boca, ya te verás afligido por los contratiempos y calamidades. Acerca de los bienes y estado de tu alma, unas veces estarás triste, otras alegre, ora tentado, ora en paz; ya devoto y recogido, ya seco y distraído. Todo esto permite el Señor para que te acostumbres á mirar este mundo como un destierro, en el cual no puedes pretender descanso y regalo, sino tribulación, angustia y dolor, preparándote para la venida del Supremo Juez con el ejercicio de las virtudes y buenas obras. Si así lo haces, después de un tiempo breve verás á Jesús, que viene á recibirte con una brillante corona en la mano, para premiarte eternamente. ¿Qué haces, pues, en vista de todo esto? ¿Qué juicio formas del mundo? ¿Cómo miras esta tierra miserable? ¿Te preparas para las tentaciones que te amenazan? ¡Oh cristiano! Sé sabio y escucha el documento que el Señor te da, diciéndote: «Un poco de tiempo y no me verás, y después de otro tiempo me verás». Pórtate como si hoy mismo hubieses de ver á Jesús en su divino tribunal.

Punto 2.º Vosotros lloraréis y os afligiréis, y el mundo se alegrará; mas vuestra tristeza se convertirá en un gozo tal, que nadie os lo podrá quitar. En estas palabras, el divino Salvador describe el estado habitual de sus discípulos en la tierra, opuesto totalmente al de los mundanos. Si eres discípulo verdadero de Jesús, gemirás y llorarás en este mundo, considerándote como desterrado, expuesto á mil peligros, perseguido de innumerables enemigos, herido con muchos pecados, y contemplando á tu alrededor un sinnúmero de almas que se pervierten y se van al infierno. Mas en este mismo llanto serás bienaventurado, no sólo por las gracias y consuelos que en él recibirás de tu Dios, hasta poder decir con el Apóstol: «Sobreabundo de gozo en todas mis tribulaciones», sino porque, cuando menos pienses, tus lágrimas se convertirán en goces soberanos, cordiales, y tan íntimos, que nadie podrá privarte de ellos. No serán estas alegrías como las de los mundanos, que pueden ser disipadas por el más ligero contratiempo; un revés de fortuna despoja de ella al avariento que las cifra en las riquezas; una enfermedad priva de ella á aquel padre que la pone en la hermosura y gallardía de su hijo; y, lo que es más, los mismos hombres, con su loca imaginación, no pocas veces se roban á sí mismos la sensible alegría de que disfrutaban. La alegría que el Señor concede á los justos en premio de las tristezas que aquí padecieron por su amor, es de otra condición; nada absolutamente puede quitarla; porque se funda en Dios, y Dios está sobre todas las cosas. ¿Deseas par-

ticipar algún día de esta alegría infinita? ¿Procuras ser ahora verdadero discípulo de Jesús? ¡Oh Dios mío! No quiero yo la alegría de los mundanos, que se ha de convertir en llanto, ni la tristeza diabólica, que es polilla para el corazón humano. Si queréis que esté triste, dadme parte en vuestra tristeza, de modo que me aflija por las mismas causas que á Vos afligieron, y pueda después gozar de la alegría de que estáis ahora lleno.

Epílogo y coloquios. ¡Cuánto importa estar preparado para los males, calamidades y trabajos que nos pueden asaltar! Jesús lo demuestra en el Evangelio de hoy, recordando á los suyos la soledad y triste abandono en que se han de ver, las crueles persecuciones que habrán de sufrir, y las terribles tentaciones á que se verán expuestos. Los cambios, vaivenes y mudanzas en este mundo son continuos. Toda la vida del hombre en lo espiritual y en lo corporal está tejida de la más triste variedad. Tristeza y alegría, alabanzas y desprecios, abundancia y escasez, salud y enfermedad: tales son los compañeros inseparables que incesantemente se van sucediendo en nuestra peregrinación. ¡Dichosos nosotros, si por ser discípulos de Jesús podemos sufrir algo! Nuestra tristeza se convertirá en alegría, y será ésta tanto más intensa, cuanto más profunda fué aquélla. Mas ¡ay de nosotros si ahora nos entregamos á una alegría reprensible! Presto se convertirá en tristeza. ¿Qué preferimos, pues? ¿Deseamos ahora la tristeza con esperanza de disfrutar eternamente de deliciosa é inefable alegría, ó preferimos lo contrario? Seamos sensatos y prudentes; y pues el Señor nos ha concedido la fe, obremos según ella nos exige. Para esto, insistamos en hacer propósitos y súplicas, sin olvidar las necesidades generales y particulares, propias y ajenas.

DOMINICA IV DESPUÉS DE PASCUA.

PRELUDIO 1.° Jesucristo, deseando aliviar la tristeza de sus Apóstoles, les promete el Espíritu Santo, y les anuncia los efectos que en ellos y en el mundo causará.—(Joan., XVI, 5-14.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesús hablando á sus Apóstoles, y á nosotros entre ellos oyéndole.

PRELUDIO 3.° Pidamos grande desprendimiento de todas las cosas y conformidad con la voluntad del Señor.

Punto 1.° Considera cómo Jesucristo, viendo á sus amados Apóstoles afligidos por la próxima separación que temían, parte por corregirlos blandamente, parte para aliviar la tristeza desordenada en que estaban sumidos, les dijo: «Voy al Padre que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿adónde vas? Antes, porque os he dicho estas palabras, vuestro corazón se ha llenado de tristeza». Muchos son los cristianos que, como los Apóstoles en esta ocasión, viven muy inquietos por lo presente: preocúpales la salud del cuerpo, los intereses, los honores, empleos; desearían saber el desenlace que tendrán las cosas variables de este mundo y de la política humana, y apenas piensan en su porvenir eterno. ¡Cuán contados son los que á menudo se preguntan, como debieran hacerlo: *Quo vadis?* ¿Adónde vas? La vida que llevas, las costumbres que tienes, ¿adónde te conducen? ¿Al cielo, á gozar de tu Amado, ó al infierno, á rabiar con tus compañeros? Reflexiona que la tristeza es buena y laudable cuando viene de Dios, y tiene por origen el pecado, y produce la penitencia; pero no lo es; antes es reprensible y desagrada á Dios, cuando se funda en el amor de una cosa sensible, amada con algún desorden. Los Apóstoles se entristecen porque ven acercarse el momento en que se verán separados de su divino Maestro y privados de su presencia corporal, visible y ordinaria; y esta tristeza, al parecer tan justificada, es reprendida por el Señor. ¿Nos dejamos llevar nosotros de esta desordenada afección cuando nos faltan los consuelos sensibles? ¡Oh Maestro soberano! Ilustradme con vuestra sabiduría divina, para que sepa regir y gobernar mi corazón, no permitiendo que se alegre de lo que debe entristecerle, ni que se entristezca de lo que debiera alegrarse; sino que, guiado por vuestro espíritu, piense siempre, hable y obre del modo que os sea agradable.

Punto 2.° Deseoso el Salvador de templar y aliviar la tristeza que tenía tan abatidos á sus amados Apóstoles, les prometió enviarles el Espíritu Santo, asegurándoles que en su venida acusaría y convencería al mundo de pecado, de justicia y de juicio, y que á ellos les enseñaría toda verdad. ¡Qué promesa tan espléndida y generosa! ¿Quién podrá comprender el cúmulo infinito de bienes que en ella están encerrados? El Espíritu divino convence al mundo de pecado, patentizando la culpa en que incurren los mundanos que no quieren abrazar la fe de Jesucristo: de justicia, manifestando con claridad y dando testimonio de la justicia y santidad de Jesús, el cual por sus obras mereció ser clarificado en su resurrección y subir á su Padre: de juicio, probando con evidencia que deben ser juzgados con la misma severidad y rigor los mundanos que lo ha sido su cabeza y príncipe Lucifer. ¿Cómo es que no detestemos y aborrezcamos á un mundo que tiene contra sí el testimonio del divino Espíritu? ¡Ah! Es que quizá no nos guía esta divina luz; y así no podemos llamarnos todavía hijos de Dios, porque no somos de aquellos á quienes mueve el Espíritu divino. El cual, no sólo ha venido para condenar y reprobar al mundo, aprobando y confirmando la doctrina de Jesús, sino también para enseñarnos toda verdad en orden á Dios, á nosotros mismos y á nuestros prójimos: toda verdad ya acerca de lo pasado, ya sobre lo presente, ya también sobre lo venidero: toda verdad sobre las cosas invisibles y las

cosas visibles. ¿Qué nos enseña á nosotros el divino Espíritu? ¿Cómo oímos sus enseñanzas? ¡Oh Maestro soberano! Enseñadme interiormente lo que he de hacer y practicar actualmente para huir del mundo pecador, seguir á Jesús justo y librarme del jucio que merecen los seguidores del demonio; enseñadme á regir mis deseos, dominar mis pasiones, corregir mis afectos y amaros con toda perfección.

Epílogo y coloquios. ¿Quién no se alentará, al considerar los bellísimos y prácticos documentos que Jesús da en esta ocasión? Ve á sus amados discípulos excesivamente tristes á causa de la próxima y violenta separación que les anuncia; y, deseoso de templar una pasión que puede conducir al alma á lamentables caídas, los consuela y anima, recordándoles que pronto les enviará el divino Espíritu, el cual condenará al mundo réprobo y perseguidor de la virtud, y llenará á ellos de toda luz y verdad, descubriéndoles y declarándoles todo cuanto les conviene saber en orden á Dios, á sí mismos y á los prójimos; todas las cosas visibles é invisibles, lo pasado, lo presente y lo venidero. Parece imposible que tan ilustres promesas no aliviasen el corazón afligido de los discípulos del Señor. ¡Ah! Es que se preocupaban mucho por lo presente, y no preguntaban á Jesús adónde iba, esto es, no querían pensar siquiera en lo por venir. De aquí procede también que las promesas de Cristo no te consuelan. Tienes afición á este mundo miserable, y poco á la gloria que esperas. Tu corazón está apegado á la tierra y no se preocupa por el cielo. ¿Hasta cuándo serás tan necio y ciego? Piénsalo, propón y ruega con fervor.

DOMINICA V DESPUÉS DE PASCUA.

PRELUDIO 1.° Jesucristo exhortó con palabras encarecidas á los Apóstoles á la oración, señalándoles el modo de hacerla, dándoles motivos poderosos de confianza. —(Joan., XVI, 23-30.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesús dando estas divinas instrucciones á sus Apóstoles y á nosotros con ellos.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de saber orar.

Punto 1.° Considera cómo Jesús, hallándose próximo á dejar, según su presencia corporal, visible y ordinaria, á sus Apóstoles, trató de aliviar la grande tristeza que tal separación les causaba, ordenándoles un remedio eficaz para todos los males espirituales y corporales que puedan afligir al hombre, diciéndoles: «De verdad os digo que si alguna cosa pidiereis á mi Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea lleno». La oración es la medicina que cura todas nuestras enfermedades; en ella encontraremos luz cuando el Señor nos deje en

tinieblas, consuelo cuando estemos tristes, seguridad cuando nos hallemos fluctuando entre temibles incertidumbres, fortaleza cuando nos sintamos tentados, y resolución firme de salir de la culpa cuando hubiésemos caído. Mas considera cómo esta oración, para que produzca bienes tan soberanos, ha de hacerse en nombre de Cristo, y ordenarse á la consecución de un gozo lleno. Ora en nombre de Cristo aquel que se apoya y confía, no en sus propios méritos, sino en los de Cristo, y aduce, no sus propias virtudes y obras santas, para mover la divina misericordia, sino las obras y trabajos de Cristo; aquel que ora como discípulo de Cristo, como miembro del cuerpo cuya cabeza es Cristo, con espíritu de cumplir el encargo de Cristo; aquel, en fin, que pide cosas convenientes para la salvación y que pueden pedirse en el nombre del Salvador. El gozo lleno que se debe pretender y buscar en la oración, no es el que producen los bienes temporales y materiales, sino el que nace de la gracia y de la caridad, que nadie puede quitar. ¡Oh Redentor mío! Gracias os doy por habernos concedido un medio tan poderoso para obtener todos los bienes, cual es la oración. ¿Cómo podré yo pagaros tan señalado beneficio? Quiero por vuestro amor dedicarme constantemente á ella, pidiendo á vuestro Padre, en nombre vuestro, las cosas que pueden dar á Vos grande gloria y á mí un gozo lleno.

Punto 2.° Para mejor despertar en nuestra ánima la confianza tan necesaria para la oración, consideremos en este punto los motivos de ella, que recuerda el Salvador á sus Apóstoles. «Cuando pidáis en mi nombre, excuso deciros que Yo también rogaré por vosotros á mi Padre; aunque de esto no había necesidad, puesto que mi Padre os ama, pues vosotros me amasteis, y creisteis que salí de El». ¡Oh palabras dignas de toda ponderación, en las cuales se esconde un tesoro infinito de confianza y seguridad en la bondad y misericordia de Dios! Si oramos en el nombre de Jesucristo, este divino Señor á orar también por nosotros y con nosotros; y El ha sido siempre oído por su reverencia, como dice el Apóstol. El mismo Padre Eterno nos ama como á hijos muy amados, y, como Padre amantísimo, desea infinitamente hacernos felices por toda la eternidad. Él desea que le pidamos, porque con nuestras oraciones reconocemos su majestad, grandeza y dominio absoluto sobre todas las cosas; porque con la oración confesamos nuestra pequeñez, miseria y pobreza; porque con ella testificamos la excelencia de los dones que esperamos, y porque ella es como la señal de ser hijos de Dios, pues que es muy propio de los hijos acudir á su padre para demandar las cosas que necesitan. Con todo: no espera el Señor nuestras oraciones para concedernos innumerables bienes, y al instante que abrimos nuestros labios, nos favorece dándonos lo que nos conviene. Pues, ¿cómo no tendremos más confianza en nuestras oraciones? ¡Oh Padre de misericordias! Vergüenza me

causa el recuerdo de mis pasadas desconfianzas y temores excesivos; desde hoy me arrojo en vuestras manos, y estoy seguro que me auxiliaréis, porque me tenéis escrito en ellas, y no queréis olvidaros de mí. Oid, Señor, mis súplicas, y compadeceos de mi necesidad.

Epílogo y coloquios. ¡Oh providencia amorosa de Jesús! ¡Cómo resplandeces en el Evangelio de este día! ¡Qué Padre tan previsor, qué Médico tan sabio, qué Maestro tan caritativo se muestra en el consejo ó mandato que da á sus Apóstoles! ¡La oración! He aquí la clave de la felicidad verdadera, la panacea universal, la sólida sabiduría. Imposible parece que creyendo lo que creemos, y oyendo tan frecuentemente las palabras de Jesús, no seamos más aficionados á ella. Y más imposible aún parece que, sabiendo la promesa que ha hecho Jesús al que ora, lo hagamos con desconfianza, como si nuestras palabras se perdiesen en el vacío. Sabemos que Jesús, hijo de Dios, ora con nosotros; que el Padre Eterno nos ama con ternura mayor que todos los padres han amado á sus hijos; y, con todo, oramos con languidez y hablamos con Dios de un modo tan distraído, que no osaríamos hacerlo con el más vil mortal. No es extraño que no reportemos de la oración aquel gozo lleno que desea Jesús. Parece que sólo sabemos hablarle con fervor cuando le pedimos la basura de su casa, esto es, los bienes materiales. ¿Cuándo nos penetraremos de los deseos y sentimientos de nuestro Salvador, y le pediremos lo que le agrada? Tiempo es ya de que, enmendando lo pasado, nos resolvamos á orar como conviene, y á mirar la oración como la primera de nuestras ocupaciones. Propongamos y pidamos lo necesario para obrar de esta manera.

DOMINICA DENTRO DE LA OCTAVA DE LA ASCENSIÓN.

PRELUDIO 1.º Jesucristo anuncia á sus Apóstoles la venida del Espíritu Santo y los bienes que les comunicará, y los dispone para las tribulaciones que habrán de sufrir.—(Joan., XV, 26-27, y XVI, 1-4.)

PRELUDIO 2.º Representémonos al Señor pronosticando las persecuciones de que seremos víctimas.

PRELUDIO 3.º Pidamos al mismo Señor nos conceda la gracia del Espíritu Santo para sufrir con paciencia los trabajos que nos asalten.

Punto 1.º Cuando viniere el Espíritu consolador que Yo os enviaré desde el lugar en donde está mi Padre, Él dará testimonio de Mí. Considera cómo Jesucristo llama al Espíritu Santo el Paracleto, esto es, el consolador, el auxiliador, el abogado para prestarnos socorro. En Él hallamos todo cuanto podemos desear, y todo cuanto podíamos tener en Cristo, pues que son una misma naturaleza divina. Ningún hijo halla en su padre los bienes que nosotros encontramos en el Espíritu Santo. ¡Oh, si tú conocieses

este don de Dios! ¡Con cuánto ardor lo desearías! ¡Con qué fervor lo pedirías! ¡Con cuánta diligencia lo conservarías habiéndolo recibido! Este divino Espíritu se llama con razón Espíritu de verdad, porque es totalmente opuesto al espíritu de mentira, error y engaño, propio del demonio; es también la fuente y principio de toda verdad acerca de Dios del mundo y del hombre; nos enseña toda verdad, no sólo la que nos conviene saber para la salvación, sino también para alcanzar la perfección; Él nos muestra los bienes sólidos y verdaderos, cuales son los espirituales y eternos, descubriéndonos su excelencia y manifestándonos cuánto se diferencian de los vanos y caducos de la tierra. ¡Dichosos aquellos á quienes guía y dirige este Espíritu! No andarán en tinieblas, ni llamarán á lo bueno malo, sino que pesarán todas las cosas por el propio valor que tienen. ¿No sentimos nosotros la necesidad de este divino Espíritu? ¿Qué hacemos para alcanzarlo? ¡Oh Espíritu de verdad! Esclareced los ojos de nuestra mente para que conozcamos el camino que hemos de seguir, huyendo de todos los extremos peligrosos, de modo que en la práctica de la virtud y en el cumplimiento de nuestros deberes obremos siempre según vuestras divinas inspiraciones.

Punto 2.º Considera cómo Jesucristo, después de haber prometido á sus Apóstoles el divino Espíritu, que había de instruirles en toda verdad y dar testimonio de Él, les anuncia gravísimas persecuciones de parte del mundo y del demonio. El que está lleno del Espíritu Santo, presto viene á ser el blanco y á excitar la ojeriza de aquellos que son esclavos del espíritu diabólico. No te aflijas cuando te persigan los malos, porque no has de ser de mejor condición que tu Señor, el cual fué terriblemente perseguido. La prueba durará poco tiempo; y si en ella te encuentra el Señor digno de sí, estará contigo en la tribulación, y después te librará honrosamente de ella, y te glorificará. Pondera el motivo por el cual los malos persiguen á los buenos. Es que no conocen al Padre celestial ni á su Hijo divino, Jesucristo. No conocen ni meditan su poder inmenso, con el cual podría aniquilarles en un instante; su bondad infinita, que les está sustentando y mandando al sol que los alumbre y á todas las criaturas que les sirvan; su misericordia, su longanimidad, su hermosura. ¡Cuántos daños produce esta detestable ignorancia! El no conocer á Jesucristo, las obras que ha hecho, las penas que ha sufrido, las privaciones á que se ha sujetado, es la causa de no ser amado como es debido, y de que no se agradezcan sus beneficios ni se busque su gloria. Llora tal ignorancia, y pide con humildad y fervor á su Majestad que te libre de ella; medita con cuidado, ora con fervor y guarda la divina presencia, porque, si vas con el que es sapientísimo, serás sabio. ¡Oh dulcísimo Jesús! Vos sois la luz de luz que vinisteis á alumbrar al pueblo, que estaba sentado en las tinieblas y en las sombras de la muerte; haced conmigo

vuestro oficio; alumbradme para que os conozca á Vos y os ame, me conozca á mí, y me desprecie, conozca el bien de las tribulaciones y me abrace con ellas; y, finalmente, conozca la vanidad de los bienes terrenos y los menosprecie.

Epílogo y coloquios. ¡Qué cuidado tan amoroso tiene Jesús de sus discípulos! Aunque se ha subido al cielo, no ha querido que quedasen huérfanos; antes ha dispuesto enviarles el Espíritu consolador para que haga sus veces y le supla en su ausencia. El Espíritu Santo es, en verdad, Espíritu consolador. ¡Qué fuente tan abundante de paz, alegría, consuelo y felicidad es este divino Espíritu! Alegra el corazón, llenándole del amor divino, causa de todo placer verdadero y gusto santo; alegra el entendimiento, ilustrándole con verdadera ciencia; por esto se llama Espíritu de verdad. Acompañados é iluminados por este divino Espíritu, no hemos de temer las persecuciones de los hombres, porque, lejos de dañarnos, nos aprovecharán: de ellas saldremos puros, como el oro del crisol. ¡Oh, si comprendiésemos bien esta doctrina! Bienaventurados aquellos que, llenos del divino Espíritu, tienen la dicha de sufrir persecución por la justicia: de ellos será sin duda el reino de los cielos. ¿Temeremos aún las tribulaciones y persecuciones? ¿Decaeremos de ánimo en los trabajos con que nos prueba el mundo? Acordémonos que en nuestra compañía está el Espíritu consolador; formemos eficaces propósitos de aprovecharnos de sus gracias, y pidamos aquellas luces y auxilios que nos son necesarios, y no olvidemos las demás obligaciones.

DOMINICA DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.° Jesucristo en el Evangelio de esta festividad explica los caracteres de su amor y los efectos del Espíritu Santo.—(Joan., XIV, 23-31.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesús, como si le estuviéramos oyendo.

PRELUDIO 3.° Pidamos el divino amor y los dones del Espíritu Santo.

Punto 1.° Considera cómo Jesucristo nos muestra el carácter más principal del amor de Dios, diciendo: «Si alguno me ama, guardará mi palabra; el que no me ama, no la guarda». La caridad ó amor de Dios se descubre, no tanto en las palabras, cuanto en las obras. El amor de Dios, dice san Gregorio, nunca puede estar ocioso; él obra grandes cosas cuando existe; y si no quiere trabajar, no puede llamarse amor. Mira cuáles son tus obras, y si observas que flaqueas en la observancia de los divinos mandamientos, convéncete de que no amas á Jesús como debes. ¡Qué insensatez! ¡No amar al Señor que más títulos reune para merecer tu amor! ¡Qué locura! ¡No sentir amor al Señor de las virtudes, al Rey de la gloria, al más hermoso entre los hijos de los hombres, elegido entre millares, infinitamente deseable; á Aquél

que por ti puso su alma y se entregó á la más afrentosa muerte! Pondera los excelentes efectos de la caridad y amor de Cristo: «Si alguno me ama, será amado de mi Padre y Yo le amaré, bajaremos á él, y de asiento moraremos en él». De modo que si amas á Dios, su correspondencia es indudable; amas á una vil criatura, y ésta te menosprecia; amas á Dios, y este Señor acepta tu afecto y te corresponde á él sin demora. Y para probarte su amor, viene á ti de un modo singular, convirtiéndose tu alma en templo de Dios, paraíso divino, centro de riquezas inefables, fuente de abundantes gracias, y foco de luz celestial. Si tienes á Dios contigo, ¿qué falta te hacen las riquezas? ¿Qué necesidad tienes de los hombres? Sólo Dios basta. ¡Oh alma mía! Preciso es que tengas del todo embotada la voluntad, si tales razones no te inducen á amar á tu Dios. Si amas lo bueno, ¿por qué no amas al que es Sumo Bien? Si roba tu corazón lo bello, ¿por qué no te aficionas á la misma belleza? ¡Oh Jesús! Dadme vuestro amor, y esto me basta: con él soy bastante rico.

Punto 2.° Considera en este punto los bienes inmensos que hemos de obtener por medio del Espíritu Santo, si lo recibimos con aquella plenitud y abundancia con que pretende comunicarse á nuestras almas y desea Jesucristo. Este divino Espíritu, dice el Salvador, os enseñará todas las cosas y os sugerirá y traerá á la memoria lo que os he enseñado, á fin de que os pueda servir de norma segura en vuestra conducta. Pondera cómo el Espíritu Santo nos enseña todas las cosas necesarias para nuestra salvación, y no sólo las enseña exteriormente por los predicadores y otros medios, sino interiormente por sí mismo, iluminando nuestra mente para que las reconozca, inclinando la voluntad para que las abrace, y confortando la memoria para que las retenga. Él nos enseña lo necesario para la perfección, hasta hacernos semejantes en todo á Jesucristo, nuestro Maestro. Él enseña de un modo práctico; nos muestra la ley, y muévenos á cumplirla; nos enseña el camino, y hace que le sigamos; y, finalmente, nos induce á llorar las culpas, á expiarlas con la penitencia, y á imitar las virtudes del Salvador, su humildad, paciencia, caridad y demás. Este divino Espíritu, con sus secretas é internas ilustraciones, nos sugiere y recuerda las enseñanzas de Jesús para que nos aprovechen en las varias circunstancias de nuestra vida. En el tiempo de la tentación tráenos á la memoria sus lecciones acerca de la gravedad del pecado, terribilidad del infierno, presencia de Dios, vanidad de las cosas mundanas. En tiempo de trabajos, nos representa el premio de la gloria; en tiempo de alegría, nos recuerda la necesidad de moderarla; en tiempo de tribulación y dolor, nos presenta á la mente la Pasión de Jesús, y en tiempo de paz y descanso, la necesidad de estar preparados para la guerra. ¡Oh, si nosotros escuchásemos con docilidad las lecciones de este divino Espíritu! ¡Oh Maestro ce-

lestial! Compadeceos de nuestra ignorancia, y enseñadnos todas las cosas que nos ha dicho Jesús, á fin de que, cumpliéndolas, nos hagamos dignos de eterno premio.

Epílogo y coloquios. ¡Oh eficacia del divino amor! Él nos llena de fortaleza y vigor para acometer las empresas más difíciles, para perseverar en el cumplimiento de la ley, aunque pesada y repugnante, y para luchar constantemente contra todos nuestros enemigos. Este amor es un poderoso imán que atrae á nosotros el amor de toda la Santísima Trinidad, la cual viene á morar de asiento en el alma que lo posee. ¡Ah, si el Espíritu Santo viniese á nosotros con la plenitud con que se comunicó en este día á los Apóstoles y demás discípulos del Señor! No solo encendería en nuestro corazón esta divina y preciosa llama, sino que nos mostraría todo cuanto debemos saber para ser en este mundo fieles á nuestro Dios, y en el otro bienaventurados en la gloria. Él nos sugeriría con la oportunidad conveniente cuanto nos ha enseñado Jesús; y en la salud y enfermedad, en la abundancia y escasez, nos regularíamos por la norma celestial que ha trazado el divino Maestro. ¿Deseamos recibir á este divino Espíritu? ¿Qué medios practicamos con este objeto? Reflexionémoslo con atención, porque nos interesa en gran manera; propongamos de modo que el Espíritu Santo guste de morar en nosotros; pidámosle fervorosamente cuanto necesitemos.

DOMINICA I DESPUÉS DE PENTECOSTÉS [1].

PRELUDIO 1.º En el Evangelio de esta dominica, Jesucristo exhorta á la misericordia, prohibe los juicios temerarios y ofrece grandes premios á los que ejercitan la caridad con sus prójimos.—(Luc., VI, 36-42.)

PRELUDIO 2.º Representémonos al Salvador predicando á las turbas, entre las cuales nos hallamos.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de ser caritativos y misericordiosos con nuestros prójimos.

Punto 1.º Sed misericordiosos como lo es vuestro Padre. Quiere Jesucristo que nuestra misericordia se extienda á todos sin excepción, justos y pecadores, amigos y enemigos, conocidos y desconocidos; que la ejercitemos gratuitamente, sin esperanza ni pretensión de premio ni recompensa de los hombres; que sea abundante, haciendo todo el bien que podamos, é ilimitada, no sólo cuanto al tiempo, sino cuanto á los efectos, estando dispuestos hasta á dar por nuestros hermanos la vida. De este modo nuestra misericordia será semejante á la de nuestro Padre celestial. Considera luego las cosas en que quiere Jesús que ejercites

[1] La meditación correspondiente á la fiesta de la Santísima Trinidad, que se celebra en esta dominica, se hallará en la serie primera, med. 151.

más particularmente la misericordia. Debes evitar los juicios desfavorables á tus prójimos: «No juzguéis, y no seréis juzgados», dice el Señor. Mucho más has de huir de condenarle, aunque la injuria que te ha hecho sea muy grave; puesto que mayores son las que tú hiciste á Dios, y este Señor te medirá con la medida con que tú midieres á tu hermano; por lo cual dice: «No condenéis, y no seréis condenados». Mas no debes contentarte con no ofender á tu prójimo; Jesús te exige una misericordia y caridad positivas, ya perdonándole de corazón, «perdonad, y seréis perdonados»; ya también ayudándole en sus necesidades, remediando sus miserias y socorriéndole con abundantes limosnas, «dad, y se os dará». ¿Imitas tú la misericordia de Dios, tu Padre celestial? ¿Cómo ejercitas la caridad con tus prójimos? ¡Oh dulcísimo y amantísimo Jesús! Con razón nos exigís que tengamos misericordia de nuestros prójimos y usemos con ellos de caridad, pues Vos os señalasteis de tal modo en estas virtudes, que por ellas fuisteis murmurado de vuestros enemigos. Concededme que perdone como Vos perdonasteis, sea generoso como Vos lo fuisteis, á fin de que reine con Vos para siempre.

Punto 2.º Considera las eficaces razones que aduce Cristo nuestro Señor para movernos á la misericordia. «Con la medida con que midiereis á vuestros prójimos seréis medidos.» Verdad es que esta norma no se sigue siempre en este mundo; antes con frecuencia se pagan con ingratitud los bienes, y con ofensas las limosnas; empero, en el otro mundo, ésta será sin duda la ley universal ordenada por la divina Justicia. En el infierno, el dolor y el llanto serán proporcionados á las culpas cometidas y á los regalos desordenados que se hubiesen disfrutado; en el purgatorio, la medida de consuelo y refrigerio será proporcionada á la misericordia ejercitada en vida; y en el paraíso la gloria y bienaventuranza corresponderá á las virtudes practicadas, á los tormentos padecidos por Dios, y á las humillaciones y privaciones soportadas por su amor. ¿Quién, reflexionando todo esto, no se mueve á ser misericordioso y á seguir el camino trazado por el Salvador? ¡Ay de aquel que menosprecia estos consejos, y se gobierna por el dictamen del mundo, por los deseos de la carne, ó por las exigencias de su amor propio! Será un ciego guiado por otro ciego, y ambos caerán en la hoya profunda del pecado, y por fin en el abismo del infierno. Examina atentamente cómo piensas acá de estas cosas, y si alguna vez te has dejado llevar de los respetos humanos, de los apetitos desordenados y del amor desordenado de tu voluntad. Reflexiona, por fin, sobre las últimas palabras del Evangelio. «¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano, y no consideras la viga que está atravesada en el tuyo?» Tienes mucho rigor para corregir á los demás, y excesivo descuido para corregirte á ti; quieres que las faltas de otros no sean disimuladas, y sientes que se vean las tuyas. ¡Oh ama-

bilísimo Salvador! Llenad nuestro corazón de aquella divina caridad, por la cual, estando en la cruz, rogasteis por vuestros enemigos, excusando del modo que podíais su pecado; hacedme misericordioso con mis prójimos, á fin de que sea digno de recibir en el cielo abundante medida de gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán misericordiosos nos desea el divino Salvador! ¡Como su Padre celestial! ¿Quién es capaz de copiar en sí este divino modelo? Para esto es indispensable que nuestra misericordia sea universal, perpetua, gratuita, espléndida, ilimitada, y sin acepción de personas. Nuestra misericordia ha de ser, no sólo negativa, evitando los juicios desfavorables contra el prójimo y el condenarle con ligereza; sino positiva, perdonando con amor las ofensas y ejercitando la generosidad con abundantes limosnas. ¡Oh, si de este modo midiésemos á nuestro prójimo! En este mundo quizá no serían reconocidos ni alabados nuestros sacrificios; empero en el otro, la medida de gloria sería abundante, colmada, y que rebosaría por toda la eternidad. ¿Por qué en el trato y relaciones con nuestros hermanos no nos modelamos por esta doctrina de Jesús? ¿Por qué consultamos tantas veces á nuestras pasiones, á nuestras afecciones y repugnancias? ¡Ay de nosotros! En estos casos somos ciegos guiados por otros ciegos. Nada más ciego que la pasión. Ella nos precipitará sin duda en la hoya del pecado y en el abismo sin fondo del infierno. Conociendo todo esto, hagamos propósitos muy firmes de obrar según las enseñanzas de Jesús, ejercitando la misericordia con nuestros hermanos del modo que Él desea; supliquémosle que nos ayude á cumplirlos y que se compadezca de todas las necesidades.

DOMINICA DENTRO DE LA OCTAVA DEL CORPUS, II DESPUÉS DE Pentecostés.

PRELUDIO 1.° Un hombre hizo una grande cena, llamó á varios convidados, y se excusaron de asistir á ella; entonces mandó á su criado que obligase á entrar á todos los que encontrase al paso, hasta que se llenó la sala; mas los primeros quedaron excluidos.—(Luc., XIV, 16-24.)

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús sentado á la mesa, rodeado de fariseos, proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de no hacerte sordo al llamamiento divino.

Punto 1.° Un hombre distinguido preparó una grande cena, y estando todo dispuesto, envió á su siervo á que llamase á los invitados; mas éstos por diversos pretextos se excusaron de acudir á la invitación. Considera cómo este hombre figura muy expresivamente á Dios nuestro Señor, el cual por sola su misericordia ha preparado varias cenas para alimentar y recrear á los hombres. Cena abundantísima es la santa Iglesia, á la cual son

llamados todos los infieles y herejes; cena riquísima es la sagrada Eucaristía, para la cual invita Dios á los cristianos; cena preciosa es el estado religioso, al cual llama á sus escogidos; cena perfectísima y sumamente abastecida, y que con propiedad se llama con este nombre, es la gloria del cielo, que se da al terminar el día de esta vida mortal, y á la cual ya no seguirá otra comida, porque en ella quedará el hombre completamente satisfecho, sin que pueda suspirar por otros bienes que ya no posea, puesto que tiene á Dios, en el cual se encierran todos. Con ser tan excelentes y regaladas estas cenas, muchos de los invitados se excusan de acceder á los deseos del Señor que los invita: porque muchos herejes rehusan entrar en la Iglesia, muchos cristianos menosprecian la cena eucarística y resisten á la vocación religiosa, é innumerables hombres prefieren gozar en la tierra que subir á disfrutar de las delicias del cielo. ¿Estamos nosotros incluidos en alguna de estas clases? ¿Nos arrastra alguna vez la soberbia, el interés ó la sensualidad, causas universales por que los hombres desoyen la voz del Señor que los convida? ¡Oh Dios mío! Dad conocimiento y prudencia á tantos insensatos que, abandonándoos á Vos, fuente de aguas vivas, cavan para sí cisternas rotas que no pueden contener el agua, y dejando á un Padre tan amante como Vos, se entregan en manos de un amo cruel que los explota, aflige y humilla en este mundo y los atormentará para siempre en el otro.

Punto 2.° Considera cómo, viendo el Señor de la cena que los llamados primeramente habían desechado su invitación, dijo á su siervo: «Sal al instante por las calles y plazas, por los caminos y encrucijadas, y obliga á entrar á cuantos topes, aunque sean pobres, enfermos, ciegos y cojos, hasta que mi casa quede llena de convidados». Pondera aquí la misericordia infinita de Dios nuestro Señor, por la cual invita generoso para su divina cena á todos los hombres indistintamente. No desconfíes de la bondad de este celestial Padre, aunque te reconozcas pobre de virtudes y buenas obras; enfermo con muchas pasiones y desordenados afectos é inclinaciones; ciego para ver las cosas sobrenaturales y tus propias miserias y para meditar las cosas divinas; cojo, cayendo repetidas veces en culpas veniales. También tú tienes derecho á esperar el divino llamamiento, por más que te halles en tan miserable estado. Pero, si has recibido el encargo de llamar á otros, mira entre quiénes has de ejercer el divino ministerio, y cómo has de llevar á cabo los ejercicios de tu celo. Si los ricos no te escuchan, habla á los pobres; si los sabios te desprecian, enseña á los ignorantes; si los nobles no quieren oirte, dirígete á los plebeyos, y no desdeñes á los más miserables. Si Dios los admite á su cena, ¡cuán reprensible serás tú, si por orgullo no quisieras invitarlos! Y no basta una simple invitación; es preciso exhortar con energía, mover con viveza y ha-

cer una santa violencia, como si á ti te importara tanto como á ellos el entrar en el convite en donde ya estás. Reflexiona con santo temor cuán omnipotente es la providencia de Dios, la cual logra siempre su intento, llenando su convite; y si los unos desprecian su invitación, otros se aprovechan de ella. Guarda, pues, lo que tienes, á fin de que otro no te quite tu corona. ¡Oh alma mía! Si oyes la voz de Dios, no seas dura para escucharle y cumplir lo que te inspira, no sea que algún día te diga: Llamé, y tú rehusaste oir, y se burle de ti en tu abatimiento.

Epílogo y coloquios. ¡De qué modo tan sencillo y expresivo explica Jesús los secretos de su adorable providencia! Un señor prepara una espléndida cena; llama á los invitados, y habiendo éstos rehusado acudir á la invitación, envía á sus criados que vayan por todos los caminos y compelan á todos los que hallen á entrar en la sala del convite, sin mirar si son ciegos, cojos ó enfermos, hasta que se llene toda ella. Este Señor tan generoso es Dios. ¡Qué cenas tan abundantes, espléndidas y ricas ha preparado para los hombres! La Iglesia santa, el estado religioso, la sagrada Eucaristía, la gloria del cielo: cenas son que no reconocen superior. ¡Oh locura del hombre! Siente el divino llamamiento, y, engañado y dominado por la soberbia, avaricia ó amor al goce, desecha, estúpido, la amorosa y tierna invitación de su Dios. ¿Quién sabe si nosotros hemos seguido alguna vez el camino de estos insensatos? No juguemos á costa de la divina gracia, porque lo que sembremos, eso cogeremos. Si hacemos el sordo á la voz de Dios, otros arrebatarán nuestra corona, y nosotros, que habíamos de ser los hijos de su reino, vendremos á caer en las tinieblas exteriores. Meditemos profundamente estas verdades, y movámonos á hacer los propósitos que exigen ellas y el estado de nuestra alma. Pidamos á Jesús que se compadezca de nuestra debilidad é inconstancia, y nos dé su gracia para cumplirlos, sin dejar el remedio de las demás necesidades.

DOMINICA III DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.° En el Evangelio de este día se refieren las parábolas del pastor que busca la oveja perdida, y de la mujer que busca la dracma que se le extravió.—(Luc., xv, 1-10.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesús proponiendo estas parábolas.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de imitar la caridad del buen Pastor, y la diligencia de la mujer en buscar la dracma.

Punto 1.° Acercábanse á Cristo los publicanos y pecadores para oirle. Tal era la amabilidad de Jesús y el olor suavísimo de su virtud, que atraía á sí á los pecadores más obstinados, y le oían con humildad; y Él, con una ternura sin igual, los acogía cariñosamente y comía con ellos, recibiendo de ellos el manjar corporal, á fin de tener ocasión de alimentarlos con el manjar espiritual de su celestial doctrina y gracia divina. ¡Cuán propio de los ministros de Jesucristo es este celo tierno, amable, siempre accesible y compasivo! «Nos hemos hecho niños en medio de vosotros, decía el Apóstol escribiendo á los fieles de Tesalónica, y os regalamos con ternura, como la nodriza cuando acaricia á su hijito, siendo como sois carísimos para nosotros.» Los duros, ásperos, severos y rígidos para los pecadores, son semejantes á los fariseos, que querían alejarlos de Jesús, y murmuraban de Él porque los admitía. ¿Cuál es el modelo que tienes para el ejercicio de tu celo? ¿Imitas á los fariseos ó á Jesús? Pondera la infinita ternura de este Señor, que resalta en la parábola que en esta ocasión les propuso. Es un pastor que, teniendo cien ovejas, pierde una; al instante deja las noventa y nueve, y corre en busca de la que se extravió, y si la encuentra, cárgala sobre sus hombros, llévala al rebaño, y se felicita y alegra con sus amigos de haberla encontrado. El pastor es Jesús, la oveja perdida es el pecador que se aparta de la congregación de los justos, los amigos que se regocijan y se alegran son los ángeles, que hacen fiesta en la conversión del pecador. Medita bien las circunstancias de esta parábola, y, si tienes corazón, no podrás menos de llorar tus pecados y deshacerte en alabanzas de la bondad y misericordia de Jesús. ¡Oh Pastor amoroso! Ahora veo cuán ingrato he sido con Vos, desconociendo vuestros beneficios y pagando con nuevas ofensas vuestras excesivas bondades; hacedme oveja dócil que nunca me aparte de Vos; y pues queréis que también sea pastor, comunicadme vuestro espíritu para que os imite con fidelidad en el gobierno de las ovejas que me habéis encomendado.

Punto 2.° Considera cómo Jesús, para imprimir más indeleblemente en nuestro corazón la misericordia infinita que tiene con los pecadores, no se contentó con proponer la parábola del buen pastor; propuso también la de la dracma perdida. Era una mujer que poseía diez dracmas; perdió una, y al instante encendió una luz y barrió la casa con diligencia hasta que la encontró; dió cuenta del hallazgo á sus amigas y vecinas para que se alegrasen y la felicitasen. Reflexiona aquí cuántas comparaciones aduce Jesús para descubrirnos el infinito amor que nos profesa. Ya se compara á un padre de familias, ya á un médico, ya á un pastor, ya á una madre de familias; mas todas estas comparaciones, aunque expresivas, distan mucho de describir la intensidad, fortaleza, ternura y longanimidad del amor que tiene á los hombres. ¿Cómo es que nosotros no seamos más fieles en corresponderle? En la parábola anterior comparaba á nuestras almas á las ovejas; en ésta las compara á la dracma, moneda circular de plata, en la cual está grabada la imagen del soberano, para significar su preciosidad, su eternidad, y que es hermosa imagen de Dios. Mira bien cuánto vale tu alma y la virtud significada

también por la dracma; y, si tienes la desgracia de que se pierda, imita á la mujer del Evangelio; depón toda tibieza y flojedad, y con grande diligencia practica todos los medios necesarios para hallarla; enciende una luz, avivando tu fe, oyendo la divina palabra, y pidiendo las ilustraciones que te son necesarias; barre con ejercicios piadosos, sobre todo con examen y meditación, tu espíritu, y no te canses de practicar los medios hasta alcanzar el fin. ¿Cómo lo has practicado hasta hoy? ¿Es que no conoces la excelencia de tu alma? ¿Ó no has reflexionado que el amor de Jesús te incita á la penitencia? Piénsalo.

Epílogo y coloquios. ¡Qué dechado tan perfecto para el hombre apostólico es el divino Salvador! Él acoge con amor á los pecadores, óyelos con benignidad, acepta sus convites con admirable condescendencia; y, si los fariseos se atreven á censurar este caritativo proceder, con significativas parábolas los concluye y se justifica completamente. Ya es como un pastor amante de sus ovejas que, habiendo perdido una, deja todas las demás y corre en busca de aquélla, y, luego de hallada, la vuelve caritativamente al rebaño. Ya es como una cuidadosa madre que, habiéndosele extraviado una moneda, barre toda la casa, y auxiliada de una luz, la busca con empeño hasta dar con ella, y se alegra y regocija luego de hallada. ¡Así miraba Jesús á los pobres pecadores! ¡Como ovejas muy queridas, como dracmas preciosas! ¡Cuánto distamos nosotros de imitar este celo caritativo del Señor! Querríamos estar siempre con el azote levantado para descargar sobre aquellos que dejan de seguir á Jesús ó de acceder á nuestras exhortaciones. ¡Ah! No conocemos el espíritu que nos dirige. Entremos dentro de nuestro corazón; escudriñemos atentamente todos sus senos; veamos en qué cosas, en qué tiempos y por qué motivos dejamos de imitar al Señor. Propongamos eficazmente la enmienda, pidiendo por nosotros mismos y por todo el mundo.

DOMINICA IV DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Jesucristo, después de haber predicado á las turbas desde las naves, mandó á sus Apóstoles que se internasen en el mar, y que tendiesen las redes: hicieron tal pesca, que la red se rompía, y las dos naves se sumergían á causa del peso.—(Luc., v, 1-11.)

PRELUDIO 2.º Represéntate este suceso, á Jesús mandando tender la red, á los Apóstoles obedeciendo, y después asombrados de la pesca.

PRELUDIO 3.º Pide la virtud de la obediencia en todas las cosas.

Punto 1.º Viéndose Jesús oprimido de las muchas turbas que se precipitaban adonde Él estaba para oirle, y habiendo dos naves en la orilla del mar, subió á la de Pedro, y sentándose en ella enseñaba. Contempla el santo anhelo con que aquellas sencillas gentes deseaban oir la doctrina de Jesús; no le dejaban un momento de reposo, siguiéndole por los montes y valles, por los pueblos y desiertos, y hasta el mar. Bienaventurados los que así desean oir la divina palabra; tienen una señal infalible que son de Dios y que pertenecen á su bando. Jesús no se incomoda por las molestias que le causan las turbas, antes se regocija al ver en ellas tan ardiente deseo de aprender el camino del cielo. Muy poco celo demuestra aquel que se disgusta de que sus prójimos suspiren por escuchar la divina palabra y recibir los santos Sacramentos, y sin causa grave rehusa contentarlos. No obra así Jesús; antes, para saciar el hambre de las turbas, convierte en púlpito la nave de Pedro, y con reposo predica desde ella su celestial doctrina. Pondera luego la paga tan abundante que da á Pedro por haberle cedido gustoso la nave, á fin de predicar desde ella á las gentes. Mándale internarse en el mar, tender la red, y al instante es tal la muchedumbre de peces que entran en ella, que se ven precisados á sacarla, y no pudiendo ellos solos, llaman á los compañeros de la otra nave, y llenan de la pesca á entrambas. ¡Cómo paga Jesús lo que por su amor se hace! ¡Cuán necesaria y provechosa es la compañía de Jesús en nuestra ánima! ¡Oh Padre amantísimo! Entrad en la pobre nave de mi alma, guiadla á lo alto de la perfección, inspiradla una perfectísima obediencia á vuestros mandatos y consejos, á fin de que se enriquezca de méritos y se haga digna de grande gloria. ¿Deseamos nosotros, como las turbas, oir la divina palabra? En nuestro trato con los prójimos, ¿imitamos la amabilidad y caridad de Jesús? ¿Confiamos en su misericordia?

Punto 2.º En este punto has de considerar el comportamiento de los Apóstoles, por el cual se dispusieron para el señalado beneficio que Jesús les hizo. Porque primeramente admitieron generosa y puntualmente al Señor en su nave. ¡Cuántas veces ha deseado este bondadoso Padre entrar en tu alma, y le has cerrado la puerta é impedido la entrada! Estaba ocupada en otras cosas viles y despreciables, y Jesús no cabía en ella. Pondera cómo luego que Jesús mandó á Pedro que dirigiera su nave á alta mar, y que allí tendiese las redes, fué al instante obedecido; y si Pedro le representó que en toda la noche precedente nada habían cogido, no lo dijo porque desconfiase de pescar ahora cosa alguna, ó porque tuviese repugnancia á obedecer, sino para que resaltase más la confianza que tenía en la palabra y mandato de Cristo para el fin que se proponía, como si dijera: Aunque en toda la noche, que es el tiempo más á propósito para pescar, nada hemos cogido, no vacilo en tender la red ahora que es de día, porque tú me lo mandas, puesto que sé que en tu mano está el darme abundante pesca contra todas las esperanzas y probabilidades humanas. Mira también aquí lo que hicieron los Apóstoles al ver la pesca que por virtud de Cristo habían

obtenido. Pedro, espantado de tan estupendo prodigio, y maravillado de que un hombre tan poderoso y admirable como Jesús estuviese en su pobre nave, arrojóse á sus pies, y con los sentimientos de la más profunda humildad le dijo: «Apartaos de mí, que soy un miserable pecador»; los demás discípulos, y el mismo Pedro, abandonaron las redes, y siguieron desde entonces á Jesús, sin separarse ya de Él. Aprende de todo esto á conservar con esmero la compañía de Jesús, á obedecer en todo, aunque sea negando tu propio juicio, á humillarte cuando recibas alguna gracia, y á seguir á Jesús con fortaleza, dejando las redes de las cosas mundanas. ¿Te remuerde la conciencia acerca de esta doctrina? ¡Oh divino Redentor! Decidme con eficacia, como á Pedro: *Duc in altum*, camina hacia lo más alto de la perfección; porque si de este modo lo mandáis, yo lo cumpliré, resultando de aquí gran gloria para Vos, notable provecho para mis prójimos, y para mi alma ventajas inmensas en este y en el otro mundo.

Epílogo y coloquios. ¡Qué hambre tan viva tenían las turbas de la palabra de Dios! No dejan á Jesús un momento de reposo. Síguenle por los desiertos y montes, por los pueblos y aldeas, y no le dejan ni en la orilla del mar. Bienaventurados los que tal hambre tienen, porque serán saciados. El Señor, que siempre ha acostumbrado llenar de bienes á los hambrientos, sube á una nave, que era la de Pedro; porque sólo en la nave de Pedro, esto es, la Iglesia, está la cátedra de la verdad; desde ella Jesús predica á las gentes deseosas de escucharle. Satisfecha ya su hambre, trata Jesús de recompensar á Pedro el servicio que le ha hecho, admitiéndole en su nave. ¡Qué recompensa! Mándale que se interne en el mar y que tienda la red, y al instante coge tal muchedumbre de peces, que ni la red es bastante fuerte para sostenerlos, ni dos naves son bastante capaces para contenerlos. Así paga Jesús á Pedro y á los demás pescadores la obediencia que han tenido, el obsequio que le han hecho, y la paciencia con que le han escuchado, privándose para esto de pescar. No es extraño que Pedro, al ver el milagro de la pesca, enajenado, se arroje á los pies del Señor, reconociéndose en su presencia por un pecador miserable, y que él y los demás pescadores, dejadas las naves y las redes, se decidan á seguirle perpetuamente. Lo extraño es que nosotros, considerando estos hechos, no nos decidamos á obedecer y no aprendamos el fervor de las turbas y la benignidad de Jesús. Propongamos, á lo menos, la enmienda, y pidamos por nosotros y por todos los que se han encomendado á nuestras oraciones.

DOMINICA V DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.° Jesucristo, en el Evangelio de hoy, exhorta á conservar la caridad, evitando las faltas que la puedan herir, y á reparar su pérdida cuando en ella se hubiese faltado.—(Matth., v, 20-24.)

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús predicando á las turbas, y á ti entre ellas.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber conservar siempre la caridad con tus prójimos.

Punto 1.° Si vuestra justicia no supera á la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. En estas palabras te enseña Jesucristo que para entrar en la gloria no basta la justicia farisaica. Tal es aquella que sólo se ocupa en exterioridades, sin cuidar de la reforma interior; aquella que prescinde de la ley de Dios, y sólo se regula por las tradiciones de los hombres, esto es, por los juicios y dictámenes de los mundanos; aquella que consiste en solas palabras, dejando de practicar buenas obras; aquella, en fin, que no reconoce en las obras que produce otro móvil que la vanagloria ó algún provecho temporal. Si te contentas con esta justicia y santidad, el mundo quizá te honrará, te aplaudirá, llamará justo y santo; mas Jesús te cerrará la puerta de su reino, y te arrojará en el infierno. Pondera luego el rigor con que exige Jesús la caridad en sus discípulos. No se contenta con que se cumpla este precepto según la letra muerta de la ley, que dice: «No matarás»; quiere que, no sólo se evite el dar la muerte al prójimo, sino todo aquello que hiera la caridad; y así dice: «El que se aira contra su hermano es reo de juicio; el que á la ira añade alguna palabra de afrenta, es reo de concilio; el que le infiere una grave injuria, llamándole fatuo ó impío, es reo del fuego del infierno». En el mismo instante en que se encienda la ira en tu corazón, en el tribunal de la Santísima Trinidad se empezará á tratar de la venganza contra ti. Mira, pues, si tienes la virtud de la caridad, ó si faltas alguna vez á ella. ¿Cómo está tu corazón en orden á tus prójimos? ¿Te contentas con la justicia farisaica? ¡Oh dulcísimo Jesús! Razón tenéis para prescribirnos la caridad, Vos que por conservar y ejercitar esta virtud consentisteis en privaros de todo alivio, y encargaros de todo lo que podía causaros tormento y pena; concedednos que por amor á nuestros hermanos estemos dispuestos á soportar todas las privaciones y á tolerar todas las penas á las que Vos queréis sujetarnos.

Punto 2.° Considera cómo Jesucristo, no sólo quiere que no faltes de ningún modo á la caridad, sino que es también su voluntad que, si alguna vez se rompe este divino lazo entre tú y tu hermano, procures cuanto antes restaurarlo; por lo cual te dice: «Si ofreces tu don ante el altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu don y ve á reconciliarte con tu hermano, y después ven y ofrécelo». ¡Oh! ¡Cuánto importa con

servar la concordia y la paz con los hermanos! Para alcanzar este fin, ningún precio es grande, ningún sacrificio tiene importancia. Con la concordia crecen las cosas más insignificantes, con la discordia las mayores vienen á destruirse. Pondera cómo esta tan necesaria concordia y caridad exige que te reconcilies con aquel prójimo que tiene algo contra ti. No importa que te asista la razón y que él obre con injusticia. Jesucristo ha hablado en absoluto y no ha exceptuado este caso. Ya sea justa, ya injusta, la queja de tu hermano, quiere el Señor que te reconcilies con él. Para lo cual debes, por una parte, condonar la injuria y ofensa que te han inferido, y esto de corazón, perpetuamente y en todo caso; porque, como dice el Salvador: «si no perdonareis á los hombres, tampoco el Padre celestial perdonará vuestros pecados». Por otra parte, has de trabajar para que tu hermano se reconcilie contigo. La caridad es paciente, benigna, todo lo sufre, todo lo soporta y tolera. Ella sugiere lo que conviene hacer para restablecer la amistad perdida: una palabra dulce, la confesión de la propia culpa ó debilidad, un pequeño obsequio, un atento saludo, basta no pocas veces para ganar á un hermano. ¿Y no practicaremos medios tan sencillos y fáciles? ¿No trataremos de conservar la caridad con todos ó de renovarla, si se hubiese debilitado ó destruido? ¡Oh Dios de amor! Hijos vuestros queremos ser; por nuestra parte, el sol de nuestra caridad saldrá para todos, buenos y malos, y la lluvia de nuestros insignificantes favores se derramará indistintamente sobre los justos y pecadores: concedednos, Señor, este espíritu para que logremos imitaros aquí, y os gocemos en el cielo eternamente.

Epílogo y coloquios. ¡Ay de los cristianos que, á semejanza de los fariseos, se contentan con sola la justicia exterior, sin cuidarse de reformar su corazón, ó que se guían más por los juicios humanos que por las leyes divinas, ó que, hablando mucho de virtud, moralidad y honradez, interiormente la aborrecen y no la practican! Estos infelices no entrarán en el reino de los cielos. El Señor no se contenta de solas palabras y hojas, quiere obras y frutos; especialmente los frutos de la caridad fraterna. Él no puede tolerar la menor quiebra en orden á esta importantísima virtud. No sólo no consiente las acciones contra ella, sino tampoco las palabras, y ni aun los pensamientos y deseos. Y con esto no queda todavía satisfecho. Quiere que su discípulo sea muy pronto para perdonar al prójimo que le hubiere ofendido, y que haga todo lo posible para reconciliarse cuanto antes con él. ¡Oh qué doctrina tan santa y tan social es la doctrina de Cristo! Si los hombres la conociesen y se guiasen por ella, el mundo sería un paraíso anticipado. ¿Lo hacemos siquiera nosotros? ¿Cómo nos portamos en las relaciones con nuestros prójimos? ¿Conservamos contra ellos alguna acritud, resentimiento ó envidia? Dirijamos nuestro corazón por las enseñanzas del Señor; y para esto formemos los

propósitos y súplicas convenientes; no olvidemos el pedir por todas las demás necesidades.

DOMINICA VI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Turbas innumerables seguian á Jesús, olvidadas de su propio sustento, y el Señor, compadecido de ellas, las alimentó milagrosamente.—(Marc., VIII, 1-9.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús rodeado de gente, tratando con sus Apóstoles acerca del modo de sustentarla.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar el fervor de las turbas y la misericordia de Jesús.

Punto 1.º Considera en este punto el piadoso fervor de las gentes que siguen á Jesucristo; para lo cual abandonan las ciudades y los pueblos, suspenden sus trabajos, corren á la soledad, en donde esperan ver á Jesús, oir su doctrina y participar de los bienes que dispensa á los que á Él se acercan. ¡Dichosos los que con este fervor siguen á Jesucristo! No es menor la perseverancia, paciencia y confianza en el divino Maestro que en esta ocasión ostentan estas gentes. Porque, con hallarse faltas de alimento y encontrarse en medio de una soledad desierta, expuestas á todas las inclemencias, perseveran con Cristo, uno, dos y tres días, padeciendo el hambre y la sed sin queja, ni murmuración, ni inquietud; olvídanse de sí mismas y de las necesidades corporales, para no pensar sino en Jesús y en el sustento de su espíritu. Con esto te enseñan prácticamente lo que debes tú hacer. Anteponer los bienes del espíritu á las comodidades de tu cuerpo; preferir mil veces permanecer con Jesús pobre, hambriento y abandonado, que, separado de Jesús, vivir en la abundancia, regalo y entre honores; confiar con toda seguridad en la bondad y providencia del Señor, acordándote de que dijo: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y las demás cosas se os darán por añadidura»: finalmente, perseverar tres días y tres noches, esto es, constantemente, ya estés en luz, ya en tinieblas, ya consolado, ya afligido; y esto de balde, sin esperar premio temporal, aunque no tengas que comer. ¿Obras tú de esta manera? ¡Oh Dios mío! Atraedme como á estas gentes con las cuerdas de Adán y con las cadenas de la caridad, y unidme tan estrechamente con Vos, que ni la tribulación, ni la angustia, ni la sed, ni el hambre, ni lo presente, ni lo venidero pueda separarme de Vos.

Punto 2.º Aquí has de considerar con atención el modo caritativo y milagroso con que Jesús atendió á estas turbas y remedió su necesidad. Primeramente, convocó á sus discípulos para tratar de su remedio, lo cual hizo, ya para darles alguna participación en la caritativa obra que proyectaba, ya para descubrirles los afectos tiernos de su corazón compasivo, ya también

para que conociéramos que es muy conforme á su espíritu el deliberar y discurrir acerca de los medios para ejercitar la caridad con los prójimos. Luego les dijo: «Tengo compasión de estas turbas, porque hace tres días que perseveran conmigo, y si los despido en ayunas, desfallecerán en el camino, pues hay muchos que han venido de muy lejos.» ¡Qué caridad, qué providencia, y qué interés por nuestro bien demuestra Jesús en estas palabras! Olvídase de sí mismo, y sólo piensa en la necesidad de las turbas; compadécese de una necesidad corporal, y se resuelve á remediarla; ¿qué hará y qué sentirá tratándose de las espirituales? Él conoce en particular todo lo que sufren los suyos, los días que hace que le vienen siguiendo, lo que sucederá si los despide en ayunas, y el modo cómo ha de subvenir á su necesidad. ¡Qué manantial de confianza, paciencia y conformidad con la voluntad divina hallamos en este suceso! No dudes que se quede sin recompensa ni un solo acto de virtud; el Señor es fiel en pagar los sacrificios que por Él se hacen, y si no bastan los medios ordinarios y naturales para socorrerte, hallará medios extraordinarios y sobrenaturales, como en esta ocasión multiplicó prodigiosamente el pan y los peces, para sustentar á las turbas. ¡Oh Padre de misericordias! Gracias os doy por la que tenéis de aquellos que os siguen, haciendo portentosos milagros para alimentarlos y alegrarlos; despertad en mí una entera confianza en vuestra bondad y poder, á fin de que nunca desista de vuestro servicio, por graves que sean las tribulaciones que me enviéis.

Epílogo y coloquios. ¡Qué fuerza y eficacia tan prodigiosa tiene el santo fervor inspirado por nuestro Padre celestial! En las turbas que siguen á Jesucristo se descubren aquellas propiedades. Olvidadas de sí mismas y de sus necesidades, nada les contiene su impetuoso y vivo deseo de estar con Jesús; ni la sed, ni el hambre, ni el cansancio, ni las distancias, ni las soledades. La compañía de Jesús, su doctrina y milagros, esto desean y esto les basta. ¡Afortunadas gentes, que con tanto anhelo buscan el reino de Dios!; sin duda recibirán por añadidura todas las demás cosas. Ve Jesús la necesidad apremiante en que se hallan; reune á sus amados Apóstoles, y les propone el intento que abriga de socorrerlas; pídeles los panes y peces de que disponen; y previa la bendición divina, mandólo distribuir entre ellas, multiplicándose el pan hasta que todas se saciaron. ¡Oh amor generoso y generosidad amorosa de Jesús! ¿Cómo no confiamos en Vos? ¿Dónde hallaremos tan sólidos motivos para fundar nuestra confianza? Lo que importa es tener el fervor santo, la paciencia y la perseverancia de las turbas; insistir en el seguimiento de Jesús, hollando todos los obstáculos que pueden impedírnoslo. Mas para esto hemos de hacer propósitos eficaces, súplicas fervientes, rogando en ellas por nosotros y por todos.

DOMINICA VII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Jesucristo exhortó á sus discípulos á que se cautelasen para no dejars engañar de los falsos profetas; les dió los medios para conocerlos, y dijo que no bastan la palabras para entrar en el cielo, sino que son necesarias las obras.—(Matth., VII, 15-21.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús instruyendo á sus discípulos, oyéndolo nosotros.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de aprender y obrar según las enseñanzas de Jesucristo.

Punto 1.º Considera en este punto el maravilloso consejo que Jesús dió á sus discípulos, diciendo: «Cautelaos de los falsos profetas que vienen á vosotros vestidos con piel de oveja, é interiormente son lobos rapaces». Estos falsos doctores, contra los cuales nos quiere prevenidos nuestro divino Maestro, son los herejes y falsos filósofos, que, con pretexto de erudición y elocuencia, siembran sus perniciosas doctrinas: los mundanos que propalan y extienden, ya abierta, ya solapadamente, las máximas del mundo opuestas al Evangelio; los falsos hermanos que, por una afectada compasión y un mentiroso interés por nuestra suerte, pretenden alejarnos de cumplir la voluntad de Dios. De todos estos quiere Jesús que nos apartemos, porque es gravísimo el daño que causan; pues que no es al cuerpo, sino al alma, á quien perjudican; y es muy fácil que caiga en sus lazos el hombre que no está apercibido contra ellos. El modo de cautelarnos es alejando de nosotros sus malos escritos, huyendo de sus conversaciones, leyendo buenos libros y escuchando la voz de los pastores encargados de regirnos. ¡Oh! Si esta hubiera sido tu regla de conducta, ¡de cuántos males te hubieras librado! ¿Qué debes practicar para lo sucesivo? Reflexiona el poco caso que has de hacer de las apariencias exteriores, sabiendo lo que dice Jesús, que los lobos se presentan vestidos con piel de oveja. El demonio y sus satélites aparentan caridad y compasión de aquellos á quienes tientan; las mismas pasiones y el mundo comienzan á solicitarnos y hacernos guerra con pretextos de piedad, mansedumbre y deseo de nuestro bien. ¡Ay de nosotros, si no vigilamos! ¡Oh amantísimo Maestro! Mirad que nuestro enemigo está escondido y nos para asechanzas; venid á socorrernos, iluminándonos, auxiliándonos y dándonos vuestra gracia para no ser nunca engañados ni vencidos

Punto 2.º Aquí has de ponderar la señal infalible que da Jesús para conocer á los falsos doctores y distinguirlos de los verdaderos: «Por los frutos, dice, los conoceréis, porque el árbol bueno da buen fruto, y el malo lo da malo». Los frutos buenos con que se distinguen los verdaderos discípulos de Cristo, son: la verdadera penitencia, haciendo frutos dignos de ella; la caridad y amor del prójimo, sincero, vivo y eficaz, que no consiste en solas palabras; la sólida piedad, oración y frecuencia de Sacramentos; el celo por la conversión de las almas y por la pro-

pagación de la virtud; finalmente, la perfecta obediencia á la Iglesia y á sus ministros. ¿Producimos nosotros estos buenos frutos? Mira luego los malos frutos que proceden de un corazón maleado y de una voluntad rebelde. Estos son: desprecio de la Iglesia, de sus preceptos y ministros; lectura de libros inmorales y heréticos; frecuentación de reuniones y tertulias peligrosas, y cualquiera clase de pecados. Tales frutos sólo pueden ser producto de un hombre maleado, porque el árbol bueno, mientras se conserva tal, no puede dar frutos malos. Considera la suerte de este desgraciado árbol, del cual dice Jesús que será cortado, porque si está en la Iglesia, quizá salga de ella, cayendo en la herejía; si en la religión, se apartará, apostatando de ella; por fin será cortado de esta vida mortal, cayendo en la muerte eterna, en donde vivirá muriendo entre llamas para siempre jamás. Reflexionando todo esto, has de examinar qué frutos produces, si son buenos ó malos, ó si no produces ningún fruto, contentándote con hojas de palabrería. En este caso, no será mejor tu suerte, porque escrito está: «No entrará en el reino de los cielos el que se contenta con decir Señor, Señor, sino el que cumple la voluntad del Padre». ¡Oh Padre mío! No permitáis que me contente con imitar á los reprobados fariseos, que dicen y no hacen; haced que imite al divino Maestro, que antes de enseñar comenzó á obrar lo que había de predicar á los demás.

Epílogo y coloquios. ¡Ay del hombre que en este mundo no se pertrecha con la virtud de la prudencia! Fácilmente vendrá á perder la fe y á condenarse eternamente. Andamos por un camino sembrado de lazos; innumerables enemigos nos circundan dondequiera que estemos, y muchos de ellos vestidos con traje de amigos. Son lobos carniceros, que se visten con piel de oveja: aparentan caridad, y nos profesan cruel odio; manifiestan interés por nuestra felicidad, y en su interior pretenden hacernos eternamente desgraciados. ¡Ay de aquel que, fiándose de simples exterioridades, olvida la señal infalible que nos ha dado el Salvador para conocer y distinguir á las verdaderas ovejas de los lobos ocultos! Las obras son el indicio cierto é indubitable con que se conoce al bueno ó mal doctor; del propio modo que el fruto bueno ó malo revela la buena ó mala calidad del árbol que lo produce. Si tus obras son buenas, aunque el mundo te desprecie, como buen árbol serás trasplantado al jardín del Padre de familias; pero si son malas, por más que el mundo te aplauda, serás cortado y arrojado en el infierno. ¿Qué frutos produces? ¿Qué frutos debes producir? Medítalo, propón y pide con fervor.

DOMINICA VIII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.° Fué acusado un mayordomo ante su señor de que disipaba sus bienes, por cuyo motivo se le exigieron las cuentas, y él, no sabiendo qué hacer, con los bienes de su amo se ganó amigos para que le asistiesen.—(Luc., XVI, 1-9.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á este mayordomo pensativo, y luego llamando á los deudores de su señor para rebajarles la deuda.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de administrar rectamente las gracias que tenemos.

Punto 1.° Un mayordomo fué acusado ante su señor de que disipaba los bienes que administraba. Llamóle éste, y díjole: «¿Qué oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración, porque ya no podrás desempeñarla». Este mayordomo infiel es el hombre, que, habiendo recibido de su Dios abundantes bienes naturales y sobrenaturales, en lugar de darle la gloria que le es debida, se alza con ellos y los malgasta, usándolos de un modo opuesto á la voluntad de Aquél que se los ha confiado. Este derroche de los bienes de Dios es tanto más grave y criminal, cuanto más excelentes son ellos. Discurre por aquí lo que merecerán aquellos á quienes habiéndose comunicado alguna participación en el divino ministerio, abusan de este favor, buscando en él su propio honor ó ganancias temporales; si son tan reprensibles los que abusan de los bienes materiales, ¿cuánto más lo serán los que disipan los bienes espirituales y divinos? Pondera qué golpe tan espantoso será para el pecador, cuando en la hora de la muerte oiga la formidable voz de Dios, que le dice: «¿Qué es lo que oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración». En un instante desarrollará el Señor delante de su alma asustada todo el proceso de su vida. Á un lado aparecerán todos los beneficios recibidos y las buenas obras ejecutadas; en el otro se verán todas las ingratitudes y pecados. ¡Qué horror, qué turbación, qué temblor! ¡Oh alma mía! Resuene con frecuencia en tus oidos esta palabra del Señor: «Dame cuenta de tu mayordomía»: y antes que venga la noche en que nadie podrá obrar, ajusta bien y ordena tus cuentas, para que en tu muerte puedas con tranquilidad presentarte ante Dios. ¿Qué te conviene hacer para esto?

Punto 2.° Considera en este punto la determinación que tomó el mayordomo infiel, cuando supo que su señor iba á removerle de su oficio. Primeramente reflexionó consigo mismo, diciéndose: «¿Qué haré, sabiendo que dentro de poco voy á verme privado del único medio de vivir que tengo, que es mi empleo?» Tal debiera ser la reflexión de todo hombre al considerar que un día ha de acabar su vida y terminar la administración de los bienes que posee. La muerte es el mejor consejero; ella nos enseña el modo de administrar rectamente los dones recibidos. ¡Oh, si en todas las obras nos acordásemos de ella, y nos dijéramos: ¿Qué haré para poder dar buena cuenta de mi mayordomía? Lo se-

gundo que hizo el mal administrador, fué recapacitar los medios de vivir de que podría disponer, y resolver la práctica del menos costoso, menos humillante y más fácil. Verdad es que en su resolución no atendió á lo que reclamaba la justicia, ni la caridad con el prójimo; sino que, anteponiendo su bien particular á todo lo demás, pasó por todos los respetos humanos y divinos, para salir con su pretensión de tener un medio para sostenerse. Y aunque en esto es merecedor de toda reprensión y castigo, no obstante, debes imitarle en la prudencia que muestra, haciendo tú por tu eterna salvación lo que Él hace por su vida temporal. Medita los caminos que has de seguir para llegar á la gloria, y escoge el más seguro; y si ya lo tienes trazado, síguele con firmeza, constancia y decisión, menospreciando los respetos humanos, las dificultades que puedan hallar la carne y el amor propio. ¡Oh Salvador mío! Vuestra gracia os pido para trabajar incesantemente y con fervor por la santificación de mi alma; haced que en mis obras tenga siempre á la vista la cuenta que me espera, y que no me aparte por todo el mundo del camino que me habéis señalado para lograr mi felicidad.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán insensato es aquel hombre que, ocupado en sus goces y entretenimientos mundanos, se olvida de la cuenta que habrá de dará Dios antes de lo que se figura! El Señor en su misericordia le había confiado sus tesoros; pero él, imitando al mayordomo del Evangelio, los ha estado disipando. Cuando menos piense, resonará en sus oídos aquella formidable voz: «Dame cuenta de tu mayordomía»; y entonces se verá en un triste y lamentable desengaño. ¿No le tememos nosotros? ¿No procuraremos desde hoy siquiera imitar la prudencia del mayordomo, precaviéndonos para lo por venir, detestando, no obstante, el modo injusto con que lo hace? ¿No trabajaremos para conquistarnos amigos en el cielo, que con sus oraciones nos negocien el subir á las eternas moradas? Ante nuestros ojos tenemos los medios más á propósito para nuestra salvación: ejercicios de mortificación, significados por el cavar; ejercicios de oración, representados en el mendigar; y obras de misericordia. ¿Cuál de estos caminos debemos escoger? ¿Cuál quisiéramos haber elegido en la hora de la muerte? Ahora que tenemos tiempo, obremos el bien; resolvámonos á ser fieles mayordomos; preparémonos para aquella temible cuenta que no hemos de poder evitar; pidamos, al efecto, las luces, gracias y socorros que nos son necesarios, y roguemos por todo lo demás que tenemos encomendado.

DOMINICA IX DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.° Aproximándose Jesús á Jerusalén, lloró sobre esta ciudad, previendo los males que le habían de sobrevenir, y luego, entrando en el templo, arrojó de él á los profanadores.—(Luc., XIX, 41-47.)

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús llorando al ver la ciudad de Jerusalén, y arrojando del templo á los que lo profanaban.

PRELUDIO 3.° Pide un celo de la gloria de Dios compasivo y ardiente.

Punto 1.° Acercándose Jesús á la ciudad de Jerusalén, luego que la divisó, comenzó á llorar sobre ella, diciendo: «¡Ah! ¡Si conocieses también tú, por lo menos en este día que se ha dado para ti, lo que puede atraerte la paz ó felicidad!» Mira qué celo tan compasivo muestra el divino Salvador en esta ocasión. Da una mirada á la ciudad de Jerusalén; la contempla rebosando de prosperidad y alegría en la apariencia exterior pero llena de culpas y pecados en lo interior ella; cree que su prosperidad había de ser muy duradera, pero Él ve que dentro de poco tiempo ha de ser asolada por sus enemigos, y, sobre todo, observa la dureza obstinación y malicia de sus habitantes; y todo esto le mueve á derramar lágrimas abundantes de sus divinos ojos. ¡Gravísima ha de ser la causa que provoque á lágrimas al mismo Dios! No lloraba Jesús por la ruina de los edificios materiales que habían de caer bajo la piqueta de los conquistadores, ni aun por la muerte temporal de los ciudadanos; lloraba por la muerte espiritual de tantas almas que habían de caer en las garras del demonio, á causa de su obstinada rebeldía, en no querer conocer lo que debían hacer para obtener una paz completa. ¡Cuán espantosamente grave es el estado de un alma obstinada! ¡Hace llorar á Dios! Pondera cuál es el origen de la obstinación y endurecimiento del alma, y verás que no es otro que el olvido é ignorancia de las cosas que causan la verdadera y sólida paz, y de los terribles castigos que vendrán sobre los pecadores en la otra vida. Si el pecador meditase despacio la furia de los enemigos infernales, cuando le cerquen estrechamente, le asedien con furor, le arrojen en el suelo con rabia y se ensañen de mil maneras contra él, sin duda abriría los ojos, y se aprovecharía de la gracia del Señor cuando le visite con misericordia. ¿Hemos sido nosotros alguna vez la causa de que Jesús derramase lágrimas? ¿Conocemos las cosas que son para nuestra paz? ¿Meditamos las penas de que nos haremos reos, si despreciamos la misericordia divina?

Punto 2.° Considera en este punto cómo el celo de Jesús, no sólo era compasivo con los pecadores, sino también ardiente, enérgico y fuerte para defender la gloria de su Padre, como lo demostró en esta ocasión. Porque entrando en la ciudad, luego se dirigió al templo, y al ver las profanaciones que en él se co-

metían, empezó á arrojar á todos los compradores y vendedores, diciendo: «Mi casa es casa de oración, y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones». Jesús entra en Jerusalén, y luego se dirige al templo, no á los paseos y á las plazas, ni á lugares de diversión ó entretenimientos mundanos, en donde estaría reunido el pueblo, enseñándote lo que debes tú hacer. Viendo la profanación del templo, se arma de su celo, y con imperio, y tal vez con azotes, aroja de él á los profanadores. Contra otros pecados peleaba Jesús con doctrina, exhortación, ó, á lo más, con amenazas; sólo para combatir éste se valió también de obras, mostrando que los que lo cometen, aun en este mundo son merecedores de tales castigos, pues que de hijos de Dios se convierten voluntariamente en esclavos del demonio. ¡Y cuántos son en estos calamitosos tiempos los que profanan la casa de Dios! Unos se presentan de un modo irreverente, asistiendo á los divinos oficios sin piedad, respeto ni atención, hablando libremente con daño de su alma y escándalo de los demás; otros pasan más allá, y se atreven á ir al templo para pecar, y con miradas, deseos, signos y de otros modos criminales, ultrajan á Dios en su propia casa; algunos ministros del Señor y dependientes del santuario buscan en él exclusivamente su interés, ambición, vanagloria ó medro personal, no teniendo cuenta con el bien de las almas, y convirtiendo la casa de Dios en cueva de ladrones. ¿Nos remuerde la conciencia de alguno de estos defectos? ¿Deseamos imitar el celo de Jesús? ¡Oh dulcísimo Redentor! Mostrad conmigo vuestro ardiente y encendido celo; mi cuerpo es templo del Espíritu Santo; purificadlo con cuidado hasta que quede limpio de pecados, libre de pasiones desordenadas, y del todo rendido al espíritu; purificad también mi alma, para cuando gustéis morar en ella para siempre.

Epílogo y coloquios. ¡Qué caracteres tan diversos y excelentes presenta el celo de Jesús en el Evangelio de hoy! Compasión y severidad: ya es un Jeremías, que llora sobre la desolación de Jerusalén y las desgracias de su pueblo; ya un Elías, que con imperio y fuego santo embiste á los profanadores del templo, y les hace sentir el peso de su justa indignación. ¡Oh, si supiéramos copiar este divino y perfectísimo modelo! Por desgracia, guiado nuestro celo quizás más por la pasión que por el verdadero amor á Dios y á los prójimos, es severo cuando debiera ser blando, y es todo compasión cuando habría de ser todo rigor. Jesús sube á Jerusalén, y al ver la ciudad, llora sobre ella, recordando los pavorosos trabajos que han de llover sobre ella y sobre sus habitantes en este y en el otro mundo. ¡Oh portento inaudito! ¡Dios llorando! ¡Y llorando las desgracias de los hombres! ¡Y éstos riéndose y alegrándose al tiempo mismo que Dios llora por ellos! ¿Quién es capaz de sondear este abismo? Mas en el templo Jesús trueca en ardiente celo su compasión y ternura, y arroja con imperio á todos los profanadores. Tal vez nosotros nos hemos hecho dignos de ser arrojados del santo templo por el Señor. ¿No lo hemos profanado con nuestras miradas, deseos y otras culpas? ¿No hemos ido á buscar en él el lucro temporal más que la gloria de Dios? ¿Qué haremos en lo sucesivo? ¿Imitaremos en nuestro celo los caracteres del de Jesús? Resolvamos firmemente lo que nos convenga, y pidamos con fervor y confianza todo cuanto necesitemos para nosotros y para nuestros prójimos.

DOMINICA X DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Un fariseo y un publicano subieron al templo á orar: aquél era orgulloso, y su oración fué reprobada; éste era humilde, y fué justificado.—(Luc., XVIII, 9-14.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á estos dos hombres en su oración.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar la oración del publicano.

Punto 1.º Dos hombres subieron al templo á orar; el uno era fariseo, y el otro publicano. Considera cómo en estos dos hombres se representan dos suertes de cristianos que asisten á los templos, reciben los Sacramentos y piden á Dios sus gracias. El mundo hace diferencia entre ellos, honrando á unos por ser ricos, nobles, sabios ó de otra manera distinguidos, y menospreciando á otros como á pobres, viles, ignorantes y faltos de cualidades señaladas. Dios, empero, como no juzga por las apariencias, sino que penetra el corazón, los mira á todos como á pecadores, y si á alguno prefiere, es al que reconoce sus miserias y pecados y se humilla delante de Él. Ni el estado que tienes, aunque sea el más perfecto; ni el lugar en que te hallas, aunque sea el más santo; ni las ocupaciones á que te entregas, aunque sean las más divinas, podrán justificarte por sí solas delante de Dios, el cual, en su estimación, tal vez preferirá á otros menos favorecidos que tú, porque los verá más humildes. Pondera y compara entre sí las oraciones del fariseo y del publicano. El fariseo, puesto en pie en el primer lugar del templo, hacía la oración consigo mismo, diciendo: «Dios, gracias te doy, porque no soy, como los demás hombres, que son ladrones, adúlteros...., ni como ese publicano». ¡Qué orgullo! ¡Qué menosprecio de los demás! ¡Qué juicio de sí mismo! Bien se deja ver que su oración era consigo, no con Dios; si él hubiese recordado la presencia del Dios de la Majestad, no se hubiera atrevido á hablar de un modo tan insolente. El publicano, por el contrario, sin atreverse á levantar los ojos á Dios, á quien mira presente, avergonzado y confuso de sus pecados, hiere su pecho, diciendo: «Dios, sedme propicio, que soy pecador». ¡Qué humildad! ¡Qué conocimiento propio! ¡Qué disposición tan poderosa para atraer las divinas misericordias! ¿Cómo hacemos nosotros nuestra oración? ¡Oh humildísimo Jesús! Concededme

que la oración que yo haga se modele por la de este publicano, y que, conociendo mis culpas, me confunda de ellas y os pida misericordia, de modo que la alcance.

Punto 2.° En este punto has de considerar la sentencia que dió Jesucristo á estos dos hombres. El fariseo, orgulloso, hinchado y despreciador de su compañero, fué reprobado; y el publicano, humilde, vergonzoso y conocedor de su miseria, fué justificado. ¡Cuán distintos son los juicios de Dios de los juicios del mundo! Éste habría ensalzado y glorificado al fariseo, y reprobado y desechado con ignominia al publicano; pero Jesús, rectísimo Juez, da una sentencia contraria. ¡Cuánta es la eficacia de la humildad para ensalzar al hombre, y el poder de la soberbia para humillarlo! Con razón el Señor terminó esta parábola con una memorable sentencia: « Quien se ensalza, será humillado; quien se humilla, será ensalzado ». La soberbia es el camino seguro y cierto para llegar á la confusión é ignorancia; y cualquiera que de cualquier modo y en cualquiera cosa se ensalce, será humillado en el otro mundo, sin duda ninguna, y probablemente en esta misma vida. ¡Ay de ti, si te ensalzas con soberbia! Aunque estés rico de virtudes y otras gracias, serás reprobado como el fariseo. Mas si tú no buscas la exaltación, y Dios, á pesar tuyo, te pone en lugar elevado, no se habrá dado contra ti la sentencia, porque Jesús no dice el que es ensalzado, sino «el que se ensalza, será humillado». Reflexiona, por fin, acerca de la segunda parte de la sentencia: «Quien se humille, será ensalzado». No lo dudes: si te humillas delante de Dios, conociendo y confesando tu nada y dándole la gloria de todo; delante de los superiores, obedeciendo con perfección; delante de los iguales, tratándolos con respeto, como si fuesen mayores, y delante de los inferiores, oyéndolos con benignidad, cediendo con facilidad á sus razones y obsequiándolos con amor, serás ensalzado ya en este mundo de algún modo, pero en el otro con perfección. ¿Qué dices á todo esto? ¿Deseas la verdadera exaltación? ¿Cómo la procuras? ¡Oh Dios mío! No quiero ahora la gloria que ha de convertirse en eterna confusión, ni la elevación que ha de cambiarse en profundo abatimiento; haced que busque la humildad verdadera, no para ser después ensalzado, sino para que Vos seáis en mí glorificado.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán diferentes son los juicios divinos de los del mundo! Dos hombres suben al templo á orar: el uno fariseo, tenido por exacto y fiel observador de la ley de Moisés, y el otro publicano, reputado como infame y pecador por los judíos. Ambos entran en el templo, hacen su oración, y, después de terminada, vuélvense á su casa. Pero ¡qué diferencia! Los dos entraron en la casa de Dios siendo pecadores; y, al salir, el fariseo continúa más pecador que antes, y el publicano está justificado. ¿De dónde nace esta diferencia tan espantosa? ¡Ah! La falsa oración del fariseo es inspirada por la soberbia, y la verdadera del publicano se funda en la humildad y conocimiento propio. ¡Oh poder de la virtud de la humildad, que á tal altura levanta al que con ella se abraza! ¡Oh temible eficacia de la soberbia, que hunde en el abismo de la vileza y del desprecio al que la admite en su corazón! ¿Deseamos nosotros ser ensalzados en el otro mundo delante de Dios y de sus ángeles? Huyamos de la soberbia, y busquemos con un santo afán la humildad. No temamos el descender voluntariamente; porque, cuanto más bajemos ahora, más subiremos después. Al efecto, formemos las resoluciones prácticas que nos convengan, y roguemos con fervor la gracia necesaria para cumplirlas y el remedio de todas las demás necesidades.

DOMINICA XI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.° Presentaron á Jesús un sordo-mudo, al cual curó, usando de misteriosas ceremonias: las turbas, admiradas, publicaron el milagro, ensalzando con gloriosas alabanzas á Jesús.—(Marc., VII, 31-37.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesús sanando al sordo-mudo.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de conocer los bienes que Jesús nos hace, y glorificarle por ellos.

Punto 1.° Saliendo Jesús de los límites de Tiro, vino por Sidón al mar de Galilea. Presentáronle un sordo-mudo, rogándole que impusiera sobre él sus divinas manos. Considera aquí, por una parte, el celo encendido que por la gloria de Dios y bien de las almas devoraba al Salvador del mundo. Viajes largos é incómodos, caminos impracticables, cansancios, calores: todo lo tolera con gusto, para obtener el fin de su venida á este mundo, confundiendo nuestra desidia y pereza para servirle, é inconstancia en trabajar en el bien de los prójimos. Mira, por otra parte, la caridad de aquellos hombres que presentaron al Señor al sordo-mudo, suplicándole que le sanase. Ningún interés personal; sólo el amor y la compasión pudo moverles á hacer tal acto de caridad, y á no contentarse con presentar á Jesús al enfermo, sino á rogarle por él, imitando al santo Job, que era pies para el cojo, vista para el ciego, lengua para el mudo, remediando con generosidad tales miserias. En la persona del enfermo y en el modo cómo le cura el Señor, puedes ponderar la miseria del sordo-mudo espiritual, esto es, de aquellos que ni quieren oir la divina palabra, ni las correcciones de los hombres, y están mudos para orar, confesar la fe, manifestar sus culpas cuando conviene, teniendo muy suelta la lengua para todo lo que es vanidad, murmuración y conversaciones mundanas. ¡Cuán difícil es la curación de los tales! Si Jesús, al remediar al sordo-mudo corporal, adoptó tantos y tan sorprendentes medios, cuales

fueron apartarle de la turba, introducir sus dedos en los oídos de él, tocar su lengua, gemir, orar y mandar que se abriesen aquellos sentidos, á fin de denotar lo difícil que es el remedio de tales enfermos, ¿qué será necesario para curar á los sordomudos en el espíritu? ¿Podemos ser nosotros contados en tan desgraciado número?

Punto 2.º Considera aquí la omnipotencia de Jesús en la curación del sordo-mudo, y el efecto maravilloso que este milagro produjo en las turbas que lo presenciaron. Al instante que el Salvador dijo con imperio: *Efeta,* ábrete, abriéronse los oídos del sordo-mundo y soltóse su lengua, y comenzó á hablar rectamente y á oir á los que le hablaban. ¡Oh! ¡Cuán poderosa es la palabra de Jesús! Los mismos sordos la oyen. ¿Será posible que tú seas más duro de oídos que los mismos sordos, no oyendo lo que ellos oyen? El sordo-mudo, que nunca había articulado una palabra, ni había oído á otros que hablasen, habla en un instante rectamente. ¡Oh prodigio! ¿Quién le enseñó el lenguaje en que se expresaba? ¿Quién las palabras que usaba? ¡Oh! ¡Cuán poderoso es el Señor para obrar todo lo que quiere en el cielo, en la tierra y en los mismos abismos! Pondera luego el maravilloso efecto que produjo en las turbas la vista de un milagro tan extraordinario. Admiráronse grandemente, y comenzaron á publicarlo á grandes voces, diciendo: «Bien hizo todas las cosas, dando oído á los sordos y habla á los mudos». Y, aunque Jesús les prohibía el publicar sus milagros, aquellas gentes los predicaban con más entusiasmo. Fíjate bien en estas palabras, que el Espíritu Santo puso en los labios de esta gente: «Bien ha hecho todas las cosas». Jesús todo lo hace bien, ya te regale, ya te castigue; ora te consuele en la oración, ora te rodee de obscuridad: todo lo hace bien, porque en todas sus obras se propone la gloria de su Padre y el bien de los hombres: todo lo hace bien, por más que se queje el mundo, blasfeme la impiedad y se disguste la carne. ¡Oh! Si de mí se pudiese decir que he hecho bien todas las cosas; posible será que en el día del juicio me encuentre burlado, viendo que aun las obras que más justas y santas me parecieron, son delante de Dios como un trapo inmundo. ¿Qué dice á esto tu corazón? ¿Oyes la voz del Señor cuando te habla? ¿Eres mudo para hablar con Dios ó de Dios? ¡Oh Jesús poderoso! Si por Vos los sordos oyen y los mudos hablan, ejercitad conmigo ese poder, á fin de que, suelta mi lengua, cante vuestras misericordias y ensalce vuestras grandezas de modo que os agrade.

Epílogo y coloquios. ¡Qué celo tan infatigable y constante es el celo de Jesucristo! Viajes largos y pesados, fatigas durísimas, sufrimientos de toda clase; á todo se expone para salvar las almas. Á ningún afligido priva de su consuelo, á ningún pecador niega el perdón, á ningún enfermo rehusa dar la salud. ¿Por qué no imitamos nosotros este tan edificante celo? Presentan á Jesús un sordo-mudo, y, compadecido de su lastimoso estado, usa de toda su omnipotencia, y le da la salud. Es verdad que quiere que precedan á esta curación algunas ceremonias que en otros casos no usaba; mas esto hace, no por necesidad, sino para manifestar la grande dificultad que ofrece la curación de un sordo-mudo en el espíritu; el cual se ve privado de aquellos sentidos por los cuales entran las verdades en el entendimiento. Sin embargo, al mandar imperiosamente que se abran los sentidos del enfermo, éste comienza á oir y á hablar rectamente. ¡Oh poder infinito del Señor! ¡Cuán digno sois de toda alabanza! Muy justo es que os engrandezcan las turbas que han presenciado el milagro; pero más justo sería que nosotros fuésemos agradecidos, habiendo recibido la misma curación. ¿En qué cosas podemos y debemos mostrar nuestro agradecimiento? ¿Celamos por su gloria? ¿Oimos su divina voz? ¿Le hablamos con confianza en la oración? Corrijamos lo que nos sea necesario en nuestra conducta, por medio de propósitos eficaces, orando con fervor por nosotros y por nuestros prójimos.

DOMINICA XII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Preguntado Jesús por un doctor de la ley qué debia hacer para alcanzar la vida eterna, le contestó que debia amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo, y por medio de una parábola le declaró quién es el prójimo.—(Luc., x, 23-37.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús hablando con este escriba.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de amar á Dios y al prójimo con amor intenso.

Punto 1.º Considera cómo un doctor de la ley se acercó á Jesús y le dijo: «Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna?» Esta pregunta debieran repetir frecuentemente los hombres; pero los más, olvidados de la vida eterna, sólo se preocupan por la vida temporal; y así, suelen decirse: ¿Qué haré para pasar la vida felizmente? ¿para obtener este destino? ¿para sostener con decencia mi casa? ¿para alcanzar estos aplausos? Y apenas hay uno que piense en su vida eterna: «Todos se han apartado del verdadero y recto camino, dice David, y se han hecho inútiles; no hay uno que obre el bien, ni siquiera uno». Mas esta pregunta sólo debe hacerse á Cristo y á los que le siguen; porque los que no están con Él, ó ignoran del todo lo que es la vida eterna, ó yerran miserablemente acerca de ella y acerca del camino que á la misma conduce. No hay nombre alguno sobre la tierra que pueda salvarnos, si no es el nombre de Jesús. Para el mundo, el camino de la vida está en la satisfacción del amor propio; para la carne, en el desenfreno y hartura de las pasiones; el orgulloso, el avariento, el perezoso, todos trazan también su camino; pero estos caminos, lejos de conducir á la vida, precipitan al alma á la muerte eterna. Sólo Jesús nos puede mostrar, sin duda

ni temor, el mejor y más seguro camino para la eterna vida, que es la observancia de la ley, amando á Dios sobre todo y al prójimo como á nosotros mismos. Pondera cómo esta pregunta puede dirigirse á Jesús por varios motivos. Unos, como el fariseo, preguntan, no para saber, sino para tener ocasión de tentar. Tales son los hipócritas orgullosos, que siempre hallan algo que censurar en los sermones y demás enseñanzas que oyen; otros preguntan por sola curiosidad, sin ánimo de aprovecharse, y otros la hacen con recta intención. ¿Hacemos nosotros también esta pregunta? ¿Nos preocupa el negocio de la vida eterna? ¿Con qué intención deseamos saber? ¡Oh Maestro mío! No quiero tentaros yo como el escriba; pero decidme lo que he de hacer para llegar á la vida, y dadme gracia para cumplirlo, á fin de que seáis en mí glorificado y yo con Vos bienaventurado.

Punto 2.º En este punto has de considerar cómo habiendo el mismo doctor de la ley preguntado quién era su prójimo, contestóle el Señor con una sencilla parábola, ya para reprimir el orgullo de él, ya también para manifestar su infinita prudencia y sagacidad, obligándole á confesar que el verdadero prójimo y amigo de los hombres era Aquél á quien quería tentar. Un hombre descendía de Jerusalén á Jericó; propio es de los hombres flacos é inconstantes el descender; comienzan con fervor, y luego aflojan en el espíritu; los justos y fervorosos trazan subidas; los pecadores é imperfectos siempre van bajando, porque se dirigen á Jericó, esto es, á los bienes terrenos y mudables que buscan con afán, conservan con tenacidad, y, si los pierden, es con dolor y pena. Aquel miserable hombre cayó en manos de unos ladrones que, después de robarle cuanto tenía, le hirieron, dejándole medio muerto. Esto hacen los demonios con aquellos desgraciados que caen en sus manos. ¿Has sido tú víctima de sus emboscadas? ¿Has sido preso en sus lazos? Pasaron por el lugar en donde estaba el herido un sacerdote y un levita, y no le socorrieron; pasó después un samaritano, que, compadecido de aquella desgracia, se acercó al herido, atóle las heridas, curólas con caridad, y llevó al enfermo al mesón, para que allí acabase de mejorar. ¡Qué crueldad, qué entrañas tan duras para con el herido manifiestan el sacerdote y el levita!, y ¡qué compasión y misericordia muestra el samaritano! ¿Á quién hemos nosotros imitado? En los primeros se representa la ley antigua, que no pudo sanar al género humano; en el segundo, la nueva, que le proporciona salud perfecta: en los primeros, á los hombres ricos de bienes temporales y pobres de virtud; en el segundo, á los hombres virtuosos, que, sin tener nada, remedian la necesidad ajena: en aquéllos, á los mundanos, que por pensar en sí se olvidan de su prójimo; en éste, á Jesucristo, que se olvida de sí para ayudarnos á nosotros. ¡Oh divino Samaritano! Salid al encuentro de tantos heridos como hay por el camino de

este mundo; yo soy uno de ellos, quizá el más miserable; acercaos á mí, y miradme con misericordia; atad mis heridas, para que cese la corriente de mis pecados; cuidad de mí con amor hasta que alcance salud perfecta en este mundo, y en el otro la eterna gloria.

Epílogo y coloquios. ¡En qué errores tan lamentables caen los mortales! Es innato en ellos el deseo de saber; pero yerran miserablemente, ó porque pretenden saber lo que no les conviene, ó porque en sus inquisiciones no se proponen un fin recto, ó porque no preguntan á quien podría ilustrarlos de veras. Debieran preocuparse por la vida eterna, y sólo les ocupa el pensamiento de lo temporal; habrían de preguntar para saber la verdad, y preguntan para alimentar la vanidad; convendría que acudiesen á Jesús, que es la misma verdad, y acuden á sus enemigos. ¡Ah! Los verdaderos amigos y los que con toda propiedad merecen el nombre de prójimos, no se conocen ni por el vestido ni por las letras, ni por la pompa exterior que ostentan, ni aun por los cargos que desempeñan. Las obras inspiradas por una verdadera caridad son la piedra de toque con que son conocidos. En la parábola del Salvador, ni el sacerdote ni el levita pudieron llamarse propiamente prójimos; sólo el samaritano mereció este nombre y se hizo digno de ser presentado por modelo de piedad y ternura. Examinemos si nosotros le imitamos, ejercitando la caridad con nuestros hermanos. Y si algo debemos corregir acerca de este punto, hagamos eficaces propósitos para esto y pidamos la gracia de cumplirlos, rogando por las demás obligaciones.

DOMINICA XIII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Salieron al encuentro de Jesús diez leprosos, pidiéndole misericordia; Jesús les mandó ir á los sacerdotes, y al ir quedaron sanos; sólo uno de ellos, que era samaritano, volvió á dar las gracias á Jesús.—(Luc., XVII, 11-19.)

PRELUDIO 2.º Represéntate este suceso: á los leprosos en actitud suplicante; á Jesús ordenándoles el ir á los sacerdotes, y al samaritano curado postrado á los pies de Cristo.

PRELUDIO 3.º Pide sentimientos de gratitud por los beneficios que el Señor te ha hecho.

Punto 1.º Atravesaba Jesús la Samaria, dirigiéndose de la Galilea á Jerusalén, y llegando cerca de una aldea, salieron á su encuentro diez leprosos, y desde lejos le dijeron: «Jesús, Maestro, compadécete de nosotros». Considera aquí el deseo encendidísimo que tenía Jesús de hacer bien á los hombres; para lo cual no dejaba pasar ninguna ocasión que se le ofreciese. En sus viajes y cansancios, olvídase de sus propias fatigas, y sólo se acuerda de socorrer á los necesitados, como lo vemos en estos diez leprosos. Así nos enseña que obremos el bien mientras pasamos por este mundo y nos dirigimos á la Jerusalén del cielo. Los

leprosos, conociendo su necesidad, se unieron entre sí y salieron al encuentro de Jesús. ¡Cuánto importa conocer las propias necesidades y miserias, para moverse uno á orar con fervor, á desconfiar de sí, á unirse con sus hermanos con los lazos de la caridad, y á manifestarlas con humildad y sencillez á quien se debe! Mira á estos pobres enfermos cómo aprovecharon la ocasión de que pasaba Jesús para pedirle remedio. Mucho nos interesa aprovechar los tiempos y momentos que el Señor pone á nuestra disposición; no sea que nos diga: «Llamé y resististeis», y se burle de nosotros en nuestro abandono y humillación. Si estos leprosos hubiesen dejado perder la ocasión de pasar Jesús por donde estaban, hubiéranse quedado con su lepra. Pondera, finalmente, cuánta es la eficacia de la oración en común, sobre todo si se hace con fervor, confianza y resignación en la bondad del Señor, como lo practicaron los leprosos. ¡Oh Maestro sapientísimo! Vedme cubierto de la asquerosa lepra del pecado. ¿Qué será de mí si no me miráis con ojos compasivos? Limpiadme de ella, sanad mi enfermedad, y, para alcanzarlo, enseñadme á orar con tal fervor y confianza, que alcance lo que deseo. Mas, para esto, ¿aprovecho como conviene las ocasiones que el Señor me depara? ¿Imito á Jesús haciendo bien durante mi vida y paso por el mundo? ¿Cómo hago las oraciones?

Punto 2.° Mirando Jesús á los leprosos, compadecido de ellos, les dijo: «Id y mostraos á los sacerdotes»; y comenzando á obedecer, quedaron libres de la lepra. Uno de ellos, que era samaritano, volvió con grande alegría á dar gracias á Jesús por el beneficio que había recibido. Pondera aquí primeramente el modo cómo el Señor probó la fe y obediencia de estos leprosos, mandándoles que se presentasen á los sacerdotes, aun antes de que estuviesen limpios de su enfermedad, y el rendimiento de voluntad y juicio con que ellos se sometieron á la ordenación de Jesús; pues sin replicar, aunque se veían todavía cubiertos de lepra, principiaron á obedecer, enseñándote á rendir tu juicio y voluntad á los preceptos de Dios y á las ordenaciones de sus representantes. Obrando así, te dispondrás eficazmente para obtener lo que desees, como estos enfermos: comenzando á obedecer, fueron curados. Considera, en segundo lugar, el profundo agradecimiento que mostró el samaritano, el cual, al experimentar el beneficio recibido, volvió al instante adonde estaba Jesús, engrandeciendo á Dios con santo fervor, y arrojóse á los pies del divino Maestro como para besárselos, y dióle gracias; y puede creerse que se ofrecería á seguirle y á ser su discípulo para siempre. De este modo has de agradecer los bienes que el Señor te concede; alabándole, humillándote y entregándole tu corazón y todo cuanto tienes. Pero mira también cómo los nueve leprosos restantes, aunque recibieron igual beneficio que aquél, ni se lee que alabasen á Dios por él, ni volvieron á Jesús, ni le

tributaron acciones de gracias, como era justo. ¡Cuán general es la ingratitud en los hombres! Quizá tú también has caído en este vicio tan pernicioso, que seca la fuente de las divinas misericordias. ¿Cómo te portas después de la confesión, cuando el Señor te limpia de la lepra del pecado? ¿Imitas al samaritano agradecido, ó á los otros leprosos ingratos? ¿Cómo llevas las pruebas á que Jesús te sujeta? ¿Ejercitas en ellas la fe, la obediencia y resignación? ¡Oh alma mía! Mira la asquerosa lepra que te cubre, y avergüénzate de presentarte con ella delante de Dios. Pídele con fervor, confianza y humildad que te limpie, y no dudes que el Señor, rico en misericordia, oirá tu oración y despachará favorablemente tu súplica.

Epílogo y coloquios. ¡Qué enseñanzas tan útiles hallamos en el edificante suceso que nos refiere el Evangelio de este día! Hallándose Jesucristo de paso en Samaria, aprovechó tan oportuna ocasión para hacer bien á unos pobres leprosos que se encontraban por aquellos alrededores. Estos desgraciados, bien penetrados del miserable estado en que se hallaban, se reunen, y desde lejos, con lastimosos gritos, piden á Jesús que los sane. ¡Cuán eficaz es el conocimiento de la necesidad propia para mover á los hombres al ejercicio de la virtud! Oye el Señor las súplicas de aquellos enfermos, y, sin sanarles de antemano como á otro leproso, queriendo ejercitar su obediencia, les mandó que se presentasen á los sacerdotes. Cumplieron ellos el encargo de Jesús, y, principiando á ir, se sintieron sanos y libres de la lepra. Mas ¡oh ingratitud del hombre! De los diez leprosos curados, sólo uno volvió á dar las gracias á Jesús. ¿Conoces tú cuán repugnante y vergonzosa es la lepra del pecado de que adoleces? ¿Cómo no pides con más fervor al Señor que la sane? ¿Eres agradecido á los favores que de su Majestad recibes? Escudriña las cosas en que debes corregirte, y para hacerlo con eficacia, propón con toda firmeza, pide confiadamente el cumplimiento de los propósitos, y ruega por todas tus necesidades.

DOMINICA XIV DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.° Jesucristo, en el santo Evangelio de esta dominica, nos reprende la demasiada solicitud por las cosas temporales, y nos exhorta á buscar ante todo el reino de Dios y su justicia.—(Matth., VI, 24-33.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesús predicándonos tan soberana doctrina.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de imprimirla en nuestro corazón y obrar según ella.

Punto 1.° No seáis demasiado solícitos, ni por la comida, ni por el vestido. Considera cómo con estas palabras no condena Jesús el cuidado racional y prudente de las cosas temporales, sino la solicitud excesiva é irracional, más propia de los gentiles que no conocen á Dios y cifran toda su felicidad en este mundo.

Tal es la solicitud de aquellos que anteponen lo temporal á lo espiritual: ó lo buscan con detrimento de su alma y de la divina ley; ó lo pretenden por mal fin; ó lo procuran, valiéndose de malos medios; ó ponen en ello su último fin; ó, por último, lo buscan con excesiva ansiedad, acompañada de desconfianzas, quejas de la divina Providencia, envidias de la suerte del prójimo. ¿Estamos nosotros comprendidos en alguno de estos defectos tan reprensibles? Ponderemos los motivos poderosos que alega Jesús para inducirnos á quitar de nuestro corazón esta solicitud desordenada. Dios nuestro Señor ha sido tan generoso, que nos ha dado la vida; no pensemos que nos ha de negar los alimentos; si ha hecho lo más, no dejará de hacer lo menos. Las avecillas del cielo reciben de Él alimento; no dudemos que lo concederá á los hombres, que valen más que muchas de ellas. Nuestra solicitud, sin la bendición del Señor, es inútil; porque, ¿quién puede añadir á su estatura un sólo codo? Aquel Señor que viste y adorna las flores del campo que no duran más que un día, ¿no nos vestirá á nosotros, que hemos de permanecer para siempre? Finalmente: esta inquietud es injuriosa á Dios, indigna de los cristianos y propia de los gentiles, que no conocen la bondad paternal de este amantísimo Padre. Medita bien todas estas razones, las cuales son poderosas para obligarte á levantar los ojos de la tierra y fijarlos en el cielo, donde mora aquel Señor que hace salir el sol para los justos y pecadores y llover sobre el campo del bueno y del malo. ¡Oh Salvador dulcísimo! Gracias os doy por el interés que mostráis en procurar mi bienestar en este mundo y mi felicidad en el otro. Imprimid en mi espíritu vivos sentimientos de conformidad, confianza y resignación en vuestra divina Providencia, para que ni la escasez me inquiete, ni por la abundancia presuma, sino que siempre y en todos los casos y circunstancias descanse tranquilo en vuestras manos.

Punto 2.º Considera en este punto cómo Jesucristo, habiéndonos declarado la solicitud reprensible que debemos huir, nos manifiesta la solicitud santa que podemos y debemos procurar, diciendo: «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura». ¡Oh qué norma y ley tan sabia, prudente, útil y necesaria se encierra en estas palabras! Buscad primeramente, esto es, antes que todas las cosas. De modo que antes debes buscar la gloria de Dios y el bien de tu alma, que la salud, ciencia, riquezas, comidas, empleos y todo lo demás que se ordena al sustento ó bienestar del cuerpo. Buscad primeramente, esto es, con mayor empeño, con más diligencia, con más esmerado cuidado, el reino de Dios que el reino del mundo y que todas las cosas que puede ofrecer. En esta regla tan justa, por la cual se antepone lo espiritual á lo corporal, lo eterno á lo temporal, el cielo á la tierra, Dios á la criatura, se halla el atajo más breve para adquirir lo necesario, aun para la vida temporal. Es promesa de Jesús. «Todas las cosas se os darán por añadidura.» Arroja todos tus cuidados en el seno de Dios, y Él te alimentará, dice David, porque no dejará en continua incertidumbre y fluctuación al justo. Aquí se halla el camino de la verdadera y sólida paz; porque no la perderá aquella alma que se desprende de los deseos vanos de las cosas terrenas. De aquí vendrá también el adelantamiento en la virtud, removiendo por una parte los obstáculos de ella, y por otra vigorizando y robusteciendo el alma con el pensamiento y meditación de las cosas celestiales. Entra ahora dentro de ti mismo, y escudriña si hasta hoy ha sido esta la regla de tu conducta. ¡Ah! ¡Cuántas veces has preferido las cosas temporales á las eternas! Por no privarte de un gustillo, por no desagradar al mundo, para aumentar tus bienes, has abandonado neciamente la virtud, la gracia y la amistad de Dios. ¿No te dice esto tu corazón? ¿Qué harás en adelante? ¡Oh Jesús mío! ¡Qué medio tan poderoso y eficaz nos habéis dado para ser felices en este mundo y en el otro! ¡Cuán locos son los hombres que nò quieren adoptarlo! Abrid, Señor, los ojos de nuestra alma para que conozcamos vuestra doctrina, la sigamos con fidelidad y nos hagamos dignos de eterna corona.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán dichosos seríamos si imprimiésemos de un modo indeleble en nuestra mente la norma de conducta que nos propone el Salvador! No quiere que andemos demasiado solícitos por las cosas temporales; aunque no condena un prudente cuidado y discreta solicitud en buscarlas y conservarlas, reprueba la inquietud acerca de esto, porque es más propia de los gentiles que de los cristianos, los cuales saben muy bien que su amante Padre cuida de las aves del cielo y viste á los lirios del campo, y no se olvida jamás de las necesidades de aquellos que valen más que todo el mundo. ¡Cuán frecuente y ordinaria es entre los hombres esta solicitud exagerada é indiscreta! ¿Nos dejamos nosotros llevar de ella? Si hemos de andar solícitos, sea en ejercitar la virtud y en santificarnos; busquemos primero el reino de Dios y su justicia, como dice el Salvador. En este documento tan justo y racional se halla el camino de la paz verdadera, el principio de la felicidad, un inagotable manantial de virtud, y una bienaventuranza anticipada. ¡Ojalá fuese él la exclusiva y constante regla de nuestra conducta! Pues que tan necesario nos es, propongamos eficazmente obrar de este modo; pidamos para esto la gracia necesaria y roguemos por todo lo demás.

DOMINICA XV DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Encontrándose Jesús, al entrar en Naím, con un cortejo fúnebre, en que se llevaba á enterrar un cadáver, compadecido de la madre del difunto, que era viuda, resucitóle; y las gentes que lo vieron temieron y alabaron á Dios.—(Luc., VII, 11-16.)

PRELUDIO 2.º Representémonos este suceso, viendo con la imaginación la turba, el muerto tendido en las andas, y á Jesús acercándose á él.

PRELUDIO 3.º Pidamos á Jesús que tenga misericordia de nosotros, y nos resucite del pecado á la gracia, ó de la tibieza al fervor.

Punto 1.º Considera cómo acercándose Jesús con sus discípulos á las puertas de la ciudad de Naím, topó con una turba que llevaba á enterrar á un mancebo difunto, hijo único de su madre viuda. Para muchos este encuentro del Señor con el difunto sería casual; pero tú has de mirarlo como ordenado por Dios, que dispone de todas las cosas y acontecimientos, y cuya providencia se extiende á los sucesos menos importantes, del propio modo que á los más trascendentales. ¡De cuántos cuidados é inquietudes te librarías, si grabases en tu mente esta provechosa verdad! El difunto era un mancebo rico, joven, distinguido, muy amado de su madre y apreciado de sus conciudadanos; sin embargo, todas estas cualidades, que tanto se ambicionan, no pudieron librarle de la muerte, para que tú aprendas á mirarlas con menosprecio; pues que en el tiempo de mayor apuro nada aprovechan; y busques sobre todo las riquezas espirituales y el amor de Jesús y de sus santos, que son los únicos que en aquel trance triste pueden prestarte auxilio. Reflexiona cómo, siendo este mancebo hijo único, sería muy amado de su madre, la cual, como viuda, le consideraría como el único consuelo de su vejez y báculo de su ancianidad, y quizá el Señor le envió la muerte para castigarla por su excesivo amor y demasiada condescendencia. No te aficiones demasiado á las criaturas, ni cifres en ellas toda tu esperanza, porque obligarías á Dios á que te privase de ellas; no te fíes tampoco de tu juventud, pensando que la muerte está lejana, para entregarte á los placeres y delicias, ó para descuidarte en tu santificación, porque tal vez moverías á Dios á que te quitase del campo de este mundo como higuera infructuosa. ¡Oh Dios eterno! Abrid los ojos de nuestro entendimiento con la luz de vuestra gracia soberana, para que descubramos vuestra mano bondadosa en todos los sucesos que sobrevienen, y, teniendo á la vista la muerte, hagamos frutos dignos de penitencia. ¿Reconocemos en todos los acontecimientos la providencia de Dios? ¿Amamos desordenadamente á alguna criatura? ¿Nos acordamos frecuentemente de la muerte?

Punto 2.º Considera cómo, compadecido Jesús de las lágrimas y dolor de aquella desconsolada madre, la dijo: No llores; y acercándose al difunto, le resucitó, lo cual obligó á aquellas

gentes á alabar grandemente á Dios. Mira bien cómo se conmueven las entrañas de Jesús á la vista de la aflicción de aquella pobre viuda. Es propio de la caridad llorar con los que lloran. De tres modos ejercita la misericordia: con el afecto interior de compasión; con las palabras, diciéndola: «No quieras llorar»; y con las obras, devolviéndole el hijo resucitado. No te contentes con compadecerte interiormente de los desgraciados; procura consolarlos con blandas palabras y socorrerlos del modo que te fuere posible, á lo menos pidiendo al Señor que se apiade de ellos. Admira la omnipotencia de Jesucristo. Acércase al difunto, y diciéndole con imperio: «Mancebo, á ti te digo, levántate», el muerto resucita, y se sienta en las andas en que era llevado. Si al poder de Jesús ni la misma muerte resiste, ¿cuánto menos resistirán las criaturas, que le deben su existencia? Aunque te veas envuelto en las mayores tribulaciones y apuros; aunque carezcas de lo indispensable para tu vida; aunque las tentaciones más violentas agiten tu alma, confía en el poder de tu divino Maestro, y no temas. Pero ¿serás tú más sordo que un cadáver y más duro que este difunto? Él oye la voz de Jesús, y al instante se levanta; y á ti te habla el Señor, y haces el sordo, y no sales de tu ociosidad y abandono. ¡Oh Señor! ¿Hasta cuándo resistiremos á vuestras divinas voces? ¿Hasta cuándo menospreciaremos vuestras inspiraciones? Tocad con vuestra mano poderosa estas andas de nuestro cuerpo en que está metida nuestra alma, para que paren las pasiones que nos arrastran y oigamos con tranquilidad vuestra voz. ¿Imitamos la misericordia de Jesús y la ejercitamos como Él? ¿Confiamos en su poder?

Epílogo y coloquios. ¡Qué providencia tan tierna, amorosa y digna de todo aprecio es la de Jesús! Llega á Naím al tiempo mismo en que sacan de la ciudad y llevan á enterrar á un difunto mancebo, hijo único de una mujer viuda. No llores, ¡oh infortunada madre!; el Autor de la vida te ha salido al encuentro, y te ha mirado con ojos misericordiosos, y quiere darte perfecto consuelo. Tu hijo había muerto para que sirviese de enseñanza al mundo y demostrase la inutilidad de los esfuerzos humanos, cuando Dios ha decidido irrevocablemente cortar el hilo de la vida; y también para que aprendas á no amar con demasía las criaturas. Pero tu hijo resucitará, y será tanto mayor el consuelo que inundará tu alma, cuanto más intensa haya sido tu aflicción. Jesús se aproxima al féretro, toca con su mano las andas, y hace parar á los que las llevan; manda al difunto que se levante, y el que pocos momentos antes era un cadáver, abre los ojos, se incorpora y se sienta, y Jesús lo pone en los brazos de su madre, que le recibe sin saber lo que por ella pasa. Ante tan estupendo milagro, ¿quién no confiará en el poder de Jesús? Y, al ver al difunto que poco antes era un joven gallardo, rico y noble extendido en las andas, ¿quién hará caso de los bienes mundanos? Hora es

ya que miremos en quién y en qué cosas hemos de poner nuestro amor, y que formemos los propósitos convenientes, rogando, no sólo para cumplirlos, sino también por todas las necesidades.

DOMINICA XVI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.° Comiendo Jesús en casa de un príncipe de los fariseos, curó á un hidrópico y dió á los convidados una excelente lección de humildad.—(Luc., XIV, 1-11.)

PRELUDIO 2.° Representémonos al Señor curando al enfermo y enseñando la práctica de la humildad.

PRELUDIO 3.° Pidamos luz y gracia al Señor para aprovecharnos de sus divinas enseñanzas.

Punto 1.° Entró Jesús en la casa de un príncipe de los fariseos para comer, y ellos le observaban. Movióse Jesucristo á hacer esta visita, no tanto por la necesidad que Él padecía, cuanto por el deseo de hacer bien á los asistentes al convite. La visita de Jesús es siempre sumamente provechosa para el que la recibe, si él no pone estorbos á su infinita bondad. Díganlo la Virgen, santa Isabel, Zaqueo, Lázaro y tantos otros. ¿Qué fruto reportamos nosotros de las frecuentes visitas que nos hace Dios en la oración, comunión, tribulaciones y demás ocasiones en que se digna visitarnos? ¡Ah! Para los fariseos, lejos de ser provechosa la visita de Cristo, fué perniciosa, porque su malicia halló en ella una ocasión de observarle para calumniarle. Posible será que alguno de nosotros tome pie de la visita divina, ó para ofenderle, menospreciando su bondad y quejándose de su providencia, ó para observarle, como los fariseos, calumniando algunas de sus obras. Unos observan á Jesús y sus ejemplos, para imitarlos; otros sólo para admirarlos; otros para calumniarlos: unos le observan mirando en Él á un puro hombre; otros considerándole como un impostor; otros reverenciando en Él á un hombre Dios y acabado modelo de los hombres. ¿Cómo le observamos nosotros? Contempla la benignidad del Salvador, el cual, viendo que no podía hacer á los fariseos el bien que deseaba, á causa de la mala disposición de ellos, quiso, cuando menos, convencerlos de su sinrazón al tenerle por transgresor de la ley. Para lo cual se vale de hechos y de palabras: de hechos, curando repentinamente á un hidrópico, en confirmación de la divinidad de su misión celestial; de palabras, probando con razones perentorias la licitud de lo que hacía; porque si se puede salvar de un inminente peligro á un animal en día festivo, mucho más se podrá librar á un hombre de una enfermedad ó de la muerte. No te contentes con dar de palabra testimonio de ti; dalo también con las obras. ¡Oh Maestro soberano! Gracias os doy por los admirables ejemplos y saludables lecciones que nos dais. Concededme que os observe con toda atención, no para calumniaros, como los fariseos, sino para seguir vuestros consejos, practicar vuestros ejemplos y obrar fielmente según vuestras enseñanzas. ¿En qué cosas nos hemos de corregir para obrar según esta doctrina?

Punto 2.° Considera la hermosa lección de humildad que nos enseña Cristo en este Evangelio. Vió que todos los convidados se afanaban por ocupar los primeros puestos, y abriendo sus labios, dijo: «Cuando fueres convidado á las bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya sido convidado otro más digno que tú, y viniendo el que os ha convidado á entrambos, te diga: cede á éste el lugar, y con gran rubor hayas de descender al lugar ínfimo. Siéntate más bien en el lugar postrero, á fin de que con grande honra tuya te digan: «Amigo, sube más arriba». ¡Oh lección celestial, digna de ser impresa con letras de oro en el corazón de los hombres! Es muy ordinario en ellos el pretender el primer lugar. El afán inmoderado de superar á los demás, el deseo de flotar sobre todos es innato. En todo desearíamos ser los primeros, en talento, autoridad, riquezas, ciencia, y hasta en virtud, no para ser mejores, sino más honrados. ¿Qué es esto sino buscar el primer lugar? De aquí procede la repugnancia que tenemos á todo lo que huele á humillación; si no se hace caso de nosotros, si nuestras palabras y consejos no son escuchados, si dejan de confiarnos aquel cargo para el que nos considerábamos hábiles, al instante se apodera de nuestro corazón el disgusto, el resentimiento, la envidia, y quizá el odio contra aquellos que lo desempeñan. Mas ¡ay de nosotros si, guiados del amor propio nos entrometemos, en el primer lugar que con soberbia deseamos! Lucifer lo quiso, y fué hundido; quisiéronlo los primeros padres, y perecieron; y siempre será verdad la palabra de Jesús: El que se humille será ensalzado, y el que se ensalce será humillado. ¡Oh humildísimo Jesús! Esta es vuestra lección, que deseo escuchar con todo rendimiento y seguir con la mayor fidelidad. Dadme que os imite en la práctica de la humildad, no para ser ensalzado, sino para hacerme semejante á Vos en esta vida y acompañaros en la gloria. ¿Practicamos la virtud de la humildad? ¿Pretendemos con espíritu ambicioso los primeros lugares?

Epílogo y coloquios. ¡Oh malicia endemoniada de los fariseos! Convidan á Jesucristo, no para obsequiarle y servirle, sino para tener una ocasión de observarle, y hallar en su conducta algún pretexto para calumniarle. Desgraciado el hombre que comienza á dejarse dominar de la envidia; de abismo en abismo llegará al extremo de calumniar al mismo Dios. Jesucristo, haciendo caso omiso de las intenciones torcidas de los fariseos, sólo piensa en hacer bien; y viendo delante de sí á un hidrópico, después de prevenir con razones concluyentes el escándalo que los maliciosos fariseos podrían tomar si le curaba

en día festivo, dale la salud, y pasa á dar á todos los circunstantes y á los venideros una lección importantísima de profunda humildad. No busques el primer lugar en los convites, dice, porque es posible que haya otros más dignos de él que tú; escoge el último, y te mandarán que asciendas, recibiendo grande honra delante de todos. ¡Cuán cierto es que la verdadera honra y gloria es fruto de la sólida y profunda humildad! ¿Deseamos ser exaltados con verdadera exaltación? Humillémonos con verdadera humildad. ¿Queremos librarnos de la humillación eterna? Huyamos de la vana exaltación temporal. Para esto miremos y observemos á Jesús, no como los fariseos, para calumniarle, sino como sus verdaderos discípulos, para imitarle. ¿Lo hemos hecho así? ¿Qué haremos en lo venidero? Entremos en nosotros mismos; examinemos lo que hemos de corregir, y hechos eficaces propósitos, pidamos la gracia de cumplirlos, y roguemos por todo el mundo.

DOMINICA XVII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Dirigieron los fariseos una pregunta al Salvador para tentarle, y Él á su vez les hizo otra para confundirlos.—(Matth., XXII, 34-46.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á los fariseos preguntando al Señor.

PRELUDIO 3.º Pidámosle simplicidad para escuchar y someternos gustosos á sus enseñanzas.

Punto 1.º Considera en este punto la pregunta que dirigieron los fariseos al Salvador, con intento de hallar ocasión de acusarle: «Maestro, ¿cuál es el primer mandamiento de la ley?» Estos hombres criminales, abusando de la ciencia que el Señor les había comunicado, pretenden con ella tentar y confundir á Jesucristo. ¡Cuántos son los que los imitan en nuestros desgraciados tiempos! Sírvense muchos de su ciencia, no para la gloria de Dios, ni para la edificación de sus prójimos, ni para su salvación; antes con ella buscan su gloria, por ella menosprecian á los demás, y abusando de ella, impugnan y contradicen á Jesús, inventando sofismas contra su enseñanza, y tendiéndole lazos para hacerle caer á Él ó á sus discípulos. ¡Infelices! Cegados por el orgullo, pretenden escalar el cielo y ser semejantes al Altísimo; pero el Señor los confundirá, haciéndoles ver que todo lo que meditaron no fueron más que vanidades, y que sólo sus testimonios son excesivamente creibles y justificados en sí mismos. ¿Qué uso haces tú de la ciencia? ¿Cómo te aprovechas de los conocimientos que el Señor te ha dado? Oye cuál es el primero y principal mandamiento, al cual se ordenan todos los otros, y á cuya observancia se han de dirigir todos tus pensamientos, palabras y obras, y para lo cual has de emplear toda tu salud, fuerzas, ciencia y cuanto posees: «Amarás al Señor tu Dios, con

todo tu corazón, alma y entendimiento». Si esto haces, ya cumples toda la ley, porque la plenitud de la ley está en el amor. ¿Cómo amas á Dios? ¿En qué le manifiestas tu amor? ¿Qué haces y padeces por Él? ¡Oh divino Jesús! Si vinisteis al mundo á traer el fuego de la caridad, ved que mi corazón está sumamente frío; gloria vuestra será si encendéis en él esa divina llama, que me purifique de todas mis imperfecciones y me haga grato á vuestros divinos ojos.

Punto 2.º Aquí has de considerar la pregunta que dirigió Jesús á los fariseos, con la cual los confundió y abatió su orgullo: «¿Qué os parece de Cristo? ¿De quién es Hijo?» «De David», dijeron. «Pues ¿cómo David le llama Señor, siendo su hijo?» Á esto no pudieron los fariseos contestar una sola palabra. Mira cuán importante es la pregunta del Salvador, y cuán diferentemente contestan á ella los hombres. Tal es su importancia, que en el conocimiento de Jesucristo y de su Padre celestial está cifrada la eterna felicidad del hombre. Sin embargo, ¡cuán poco hacen los hombres para conocer con mayor perfección al divino Redentor! Se estudian las ciencias humanas, se profundiza en los conocimientos vanos y poco provechosos de las cosas mundanas, y apenas hay quien discurra, piense y medite para conocer mejor á Jesús. De aquí proceden los diabólicos errores que se propalan por el mundo acerca de este Señor. Yerran acerca de Jesús y su doctrina los gentiles, teniéndola por locura; los judíos, que la reputan por un escándalo; los impíos, que la miran como una necedad; y aun muchos católicos, que consideran á Jesús, ó como un amo duro y cruel que quiere cosechar de lo que no sembró, ó como un Dios tan misericordioso y condescendiente que todo lo disimula. ¿Cómo pensamos nosotros de Jesucristo? Él pone toda su gloria en estar sentado á la diestra de su Eterno Padre y en tener á sus enemigos bajo los pies. En esto debe cifrar la gloria el verdadero discípulo de Jesús. Amar y asemejarse á su Padre celestial, y dominar y vencer á sus enemigos. ¡Oh Rey mío! Gloríense otros en las riquezas, honores, cargos señalados, empleos de distinción; mi gloria y dicha está en asemejarme á Vos, conoceros con verdad y perfección y dominar á mis enemigos, que lo son también vuestros, porque para siempre quisieran apartarme de Vos.

Epílogo y coloquios. ¡Adónde llega la malicia y el atrevimiento del hombre! ¡Querer tentar á Dios! Así obran los reprobados fariseos. En su orgullo, se acercan á Cristo, y le hacen una capciosa pregunta. Abusando de los conocimientos que tienen, creen que con preguntar á Jesús cuál es el principal mandamiento de la ley, hallarán en la respuesta que dé algo de que asirse para combatirle. Mas el Señor se contenta con responder que el primer mandamiento consiste en amar á Dios y al prójimo. ¡Ay de nosotros si, olvidado de él, imitamos á los fariseos,

abusando de las gracias de Dios y pretendiendo tender algún lazo á nuestro prójimo! Burlados habían quedado los desgraciados fariseos con la respuesta de Jesús; mas este Divino Maestro quiso confundirles de una vez, y obligarles á desistir para siempre de ponerle nuevas asechanzas. Pregúntales de quién es hijo el Mesías, y contestando ellos que de David, Él les prueba, apoyándose en la divina Escritura, que es superior á este Rey. Por lo cual, avergonzados, se retiran. ¿Abusamos nosotros, como los fariseos, de nuestros conocimientos? ¿Tenemos un conocimiento recto de Jesús? ¿De qué modo lo hemos de adquirir? Reflexionémoslo con cuidado, formemos propósitos al efecto, y roguemos al Señor que nos lo dé y que se compadezca de todo el mundo.

DOMINICA XVIII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.° Habiendo presentado á Jesús un paralítico, exhortóle á la confianza, perdonóle los pecados, y le sanó, con grande aplauso de las turbas.—(Matth., IX, 1-8.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesús obrando este milagro.

PRELUDIO 3.° Pidamos á Jesús que nos sane de la parálisis espiritual y pereza en el ejercicio de la virtud.

Punto 1.° Presentaron á Jesús un paralítico tendido en una camilla. Considera cómo este paralítico representa al género humano enfermo por el pecado é imposibilitado de subir al cielo, y sólo Jesús puede sanarle, y para esto bajó del cielo, y se hizo médico de la humanidad, deseando curar á todos los hombres de la parálisis de la culpa, que les impide el ejercicio de las buenas obras. ¿Qué sería del mundo si este divino Señor no se hubiese dignado mirarle con ojos misericordiosos y sanarle de la parálisis espiritual en que yacía? Antes de curar al enfermo, quiso Jesús limpiarle de sus pecados, diciéndole: «Confía, hijo; perdonados te son tus pecados». Esto hizo para que entendiésemos que es infinitamente más peligrosa y dañosa la enfermedad del alma que la del cuerpo, y que se debe poner más empeño y cuidado en curar de aquélla que de ésta; quiso también significarnos que las enfermedades corporales son no pocas veces castigo de los pecados, y que, para recobrar la salud, es indispensable destruir con la penitencia la causa de haberla perdido, que es la culpa. ¡Oh si los cristianos hicieran reflexión sobre esto, no tendrían tanta repugnancia á los Sacramentos cuando les asalta alguna enfermedad! Mira también cómo el Señor exige al enfermo que tenga firme confianza; y para despertar en él este necesario afecto, le da el nombre de hijo, y le dice: «Confía, hijo». Nada más indispensable que la confianza para obtener las gracias del Señor. Es la confianza un tributo que pagamos á la generosidad, poder y misericordia de Dios, que con ella confesamos. ¡Oh Dios de bondad! ¿Cómo no confiaré en Vos, si sois mi Padre y os dig-

náis honrarme con el título de hijo? Aunque me matéis, yo esperaré en Vos, y tengo la seguridad que no me veré confundido eternamente. Miradme, Padre mío; víctima soy de espantosa parálisis espiritual, y sólo Vos podéis sanarme; miradme y compadeceos de mí.

Punto 2.° Considera cómo murmurando los escribas de que Jesucristo perdonase los pecados, dijo: *Para que sepáis que tengo facultad de perdonar los pecados*, dirigiéndose al enfermo añadió: *Levántate, toma tu lecho y vete á tu casa.* No hay prueba tan convincente y sólida como las obras. Si queremos que los hombres hagan caso de nuestras palabras y crean lo que les decimos, es indispensable que con nuestras obras confirmemos nuestra doctrina; el buen ejemplo es la razón más convincente de lo que se predica. Contempla la presteza y alegría con que se levantaría el paralítico, luego que sintió que á la voz de Jesús revivían y se fortalecían todos sus miembros; cómo tomaría sobre sus hombros el pesado lecho, y corriendo se iría á su casa. ¡Cuán fácil es la obediencia en las cosas que son conformes á los deseos de la carne! No sucede lo propio cuando se nos manda lo que es contrario á nuestros apetitos é inclinaciones, aunque sea el mismo Jesús el que lo manda. Pero aprende tú del paralítico curado á llevar tú al cuerpo, rigiendo y gobernando sus apetitos, y no dejarte jamás llevar ó arrastrar de él. Vete á tu casa y no á casa ajena, atendiendo á tu salvación y santificación antes que á los demás, visitando frecuentemente con tu imaginación la casa y mansión eterna que ahora estás trabajando con tus obras. Estas visitas asiduas te ayudarán á temer á Dios, á confiar en su misericordia y á glorificarle y alabarle como las turbas. ¡Oh Redentor dulcísimo! Mandadme con eficacia que tome el lecho de mi pesado cuerpo y que me vaya á mi casa, como el paralítico; porque si Vos lo mandáis de este modo, yo obedeceré. ¿Quién puede resistir á vuestra ordenación? Si las enfermedades más rebeldes se someten á vuestro imperio, también mi alma, aunque rebelde y perezosa, se someterá si Vos lo mandáis eficazmente. ¿Qué caso hacemos de los preceptos de Jesús? ¿Procuramos confirmar nuestras enseñanzas con buenas obras?

Epílogo y coloquios. ¡Cuánto resalta en este suceso la misericordia de Jesús! Preséntanle un paralítico, y compadecido del estado triste en que se halla, le dice: *Confía, hijo; perdonados te son tus pecados.* Estas palabras excitan la ira de los escribas, que le están acechando, y viendo el Señor sus pensamientos, para darles el argumento más contundente de la verdad de sus palabras, dice al enfermo: *Levántate, toma tu lecho, y vete.* El paralítico representa al género humano, herido de parálisis espiritual después del pecado del primer padre, y figura también á cualquier hombre que por el pecado se ha hecho incapaz de hacer obras meritorias de vida eterna. Jesús le mira compasivo,

y le perdona la culpa, exigiéndole únicamente la más sólida confianza en su paternal bondad. Y no sólo le perdona, sino que le comunica fuerzas para que, levantándose sobre sí, domine sus pasiones, gobierne sus inclinaciones y se haga superior á su cuerpo, sujetándole al espíritu. ¿Cómo no confiaremos, pues, en Jesús? ¿Qué cosa hay que no podamos esperar de su misericordia y poder? ¿Por qué olvidamos tan fácilmente estas pruebas que continuamente nos da? Hagamos propósitos de tener en Él más viva confianza, de obedecerle en todas las cosas; y para cumplirlos, pidámosle eficaces auxilios y roguémosle con fervientes coloquios.

DOMINICA XIX DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.° Un rey celebró las bodas de su hijo, llamando á muchos á que asistiesen, los cuales rehusaron; después llamó á todos los hombres, hasta que se llenó el convite: habiendo él entrado y visto á uno sin vestido de bodas, le reprendió y castigó.—(Matth., XXII, 1-14.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.° Pidamos fidelidad al divino llamamiento.

Punto 1.° Considera cómo, queriendo declarar el Señor á los judíos la reprobación de que se habían hecho dignos, les propuso esta parábola, la cual debiera hacer temblar, no sólo á los judíos, sino á todos aquellos que, llamados por Dios á la fe ó al estado religioso, rehusan seguir el divino llamamiento. Un rey celebró las bodas de su hijo, y llamó á los invitados para que asistiesen á ellas; mas éstos, lejos de agradecer la invitación real, la menospreciaron, y aun se atrevieron á injuriar y matar á los criados que en nombre del rey los invitaban. Estas bodas significan, según san Gregorio, la unión del Hijo de Dios con la naturaleza humana; la de Jesucristo con su Iglesia, y también la del mismo Señor con el alma á quien justifica y une consigo por medio de la fe y caridad. Y á todas estas uniones son invitados los hombres por sola la bondad y misericordia del Señor, el cual á todos ha abierto las puertas del cielo. ¡Oh generosidad infinita de Jesús! ¿Qué necesidad teníais, Señor, de los hombres para vuestro convite? Mas, ¡oh monstruosa ingratitud de éstos! No sólo desprecian la divina invitación, sino que se levantan contra aquellos que en nombre de Dios los convidan, y los injurian, persiguen y matan. ¿Hemos tenido nosotros tal ingratitud? ¿No hemos sofocado innumerables veces dentro de nuestro corazón la voz de la conciencia, que nos avisaba de la obligación de huir del pecado, seguir la virtud y unirnos con Cristo? Considera cómo el rey, conocida la maldad de los invitados, mandó á sus ejércitos que acabasen con ellos. Teme la indignación de Dios si te haces sordo á su llamamiento. Él se burlará de ti en tu infortunio, porque tú le menospreciaste cuando te llamaba. ¡Oh gran Dios! Bien se conoce que cifráis vuestras delicias en estar con los hijos de los hombres, pues que á todos convidáis á las bodas de vuestro santísimo Hijo, para que después de esta vida las celebren gozosos en el cielo. Aquí me tenéis, Señor; no quiero despreciar más tiempo vuestro convite, auxiliado con vuestra gracia. ¿Hemos oído nosotros el llamamiento del Señor? ¿Hemos imitado á los ingratos de la parábola?

Punto 2.° Considera cómo, deseando aquel gran rey que la sala del convite se llenase, viendo la ingratitud de los primeros, mandó á otros criados que saliesen por las calles y plazas, y obligasen á entrar á todos los que encontrasen al paso, hasta que se llenó la sala. Entró el rey á visitarlos, y observando que uno de los presentes no estaba con el vestido de bodas, le dijo: «Amigo, ¿cómo entraste sin el vestido nupcial?» Él enmudeció; pero el rey mandó á sus siervos que, atándole de pies y manos, le arrojasen á las tinieblas exteriores, donde habrá perpetuo llanto y crujir de dientes. Pondera cómo esta parte de la parábola mira particularmente á los católicos que tienen ya la dicha de pertenecer á la verdadera Iglesia de Jesucristo y tomar parte en el regalado convite que en ella se hace. ¡Qué variedad, riqueza y abundancia de manjares se distribuyen á las almas en este convite! Sacramentos divinos, consejos celestiales, ejemplos soberanos, virtudes admirables, dones del Espíritu Santo: todo lo da el Señor á los que han sido dóciles á su invitación. ¡Qué dicha y felicidad para aquellos que asisten á tal convite con la vestidura nupcial! ¡Cómo crecen en méritos y virtudes, y cómo se regalan con la presencia del Rey, que se les muestra con rostro amoroso y tierno! Mas, ¡ay de aquellos que, por haber manchado su vestido nupcial con pecados graves, son arrojados del convite y precipitados á las tinieblas exteriores, en donde el fuego siempre arde, y el gusano de la conciencia siempre roe, y la ira de un Dios vengador nunca se aplaca ni se aplacará por toda la eternidad! ¿De qué nos servirá el haber sido llamados á la fe y aun á la religión, y haber seguido el llamamiento, si, por no resistir á las tentaciones, perdemos el vestido de la divina gracia y atraemos sobre nosotros la indignación de Dios? ¡Oh justísimo Rey! ¡Confuso estoy al pensar que he osado presentarme á vuestro convite sin el vestido nupcial de vuestra gracia! ¿Cómo no me arrojasteis ya en las tinieblas eternas del infierno? Bendita sea vuestra caridad, que me esperó á penitencia, deteniendo la justicia, para usar conmigo de misericordia. ¿Cómo nos hallamos actualmente? Si nos sorprendiera en el estado en que se encuentra nuestra alma la visita del Señor, ¿temeríamos su rigurosa justicia?

Epílogo y coloquios. ¡Cómo resalta la inefable generosidad de Dios en esta parábola! Mas ¡qué contraste hace con ella

la espantosa ingratitud de los hombres! Al convite divino de su amistad y gracia que se celebra en este mundo, todos los hombres son invitados. Una y otra vez envía el Señor á sus criados, que son los ángeles, predicadores y demás ministros de su bondad, para que exhorten, supliquen y aun fuercen á los mortales á formar parte del convite. ¡Como si Dios tuviera necesidad de sus miserables criaturas! ¡Como si éstas con su presencia pudieran honrar sus divinas bodas! Empero, ¿quién lo creyera? Los hombres que se debieran considerar infinitamente honrados con la invitación de Dios, no sólo la menosprecian, sino que la oyen con enfado y pretenden vengarse del mismo Señor que los convida, y, no pudiendo esto, desahogan su ira contra los siervos que les envía, esto es, sus inspiraciones, los predicadores, confesores y demás ministros suyos. Y algunos desdichados que consienten en el divino llamamiento, penetran en el convite para profanarlo, ó con una repugnante desnudez de virtudes, ó con el vestido asqueroso de pecador, mereciendo con su torpe y atrevido proceder la eterna reprobación. ¿Nos reconocemos nosotros aludidos en este Evangelio? ¿Oimos las inspiraciones de Dios y correspondemos agradecidos á su llamamiento? ¿Qué desea de nosotros su divina Majestad? Pensémoslo.

DOMINICA XX DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Pidió un régulo de Cafarnaum á Jesús que sanase á su hijo, y, habiéndolo conseguido, creyó él y toda su casa.—(Joan., IV, 46-53.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á este hombre principal en actitud humilde delante de Jesús, pidiendo la salud de su hijo.

PRELUDIO 3.º Pidamos al Señor que nos sane de las enfermedades espirituales y nos libre de la muerte del alma que nos amenaza.

Punto 1.º Considera cómo habiendo pasado Jesús á la Galilea, un hombre principal de Cafarnaum, al cual el Evangelio llama régulo ó reyecillo, fué á encontrarle para rogarle que sanase á su hijo, que se estaba muriendo. Innumerables veces había estado Jesús en Cafarnaum, y no se lee que este personaje se hubiese dignado visitarle; mas viene la tribulación á visitar su casa, y para librarse de ella, sale de la ciudad, va á Jesús, aunque para ello ha de hacer un largo viaje. ¡Cuán cierto es que los males que en este mundo nos afligen, nos fuerzan frecuentemente á ir á Jesucristo! Pensamos que aquella enfermedad que nos asalta, aquella calumnia que nos levantan, aquella tentación que nos molesta, es una desgracia ó un castigo del cielo, y no es sino un eficaz reclamo con que el Señor quiere atraernos á sí. Bien dijo el mismo Señor por el profeta Oseas: «En la tribulación vendrán á Mí de mañana»; esto es, sacudirán la pereza y se darán prisa para venir á Mí, para que los sane. Pondera cómo los hombres son muy diligentes para librarse de las calamidades que atormentan al cuerpo y de los males que perjudican sus intereses, y, aunque sean poderosos, distinguidos y delicados como el régulo, no vacilan en dejar sus comodidades, para evitarlos y preservarse de ellos. ¡Oh, si tú fueses tan cuidadoso en evitar los males espirituales y en preservarte de los peligros del alma! ¡Oh insensatez humana! Trabájase mucho, súfrese no poco para este cuerpo corruptible, que cuando menos pensemos ha de ser pasto de los gusanos, mal que nos pese; y nada ó casi nada se hace por el alma, que es imagen de Dios, destinada para el cielo, y que ha de ser compañera de los ángeles! ¡Oh dulce Jesús! Pues sois la luz del mundo y vinisteis á visitarnos cuando estábamos sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, esclareced nuestro entendimiento, para que sepamos discernir lo precioso de lo vil, lo espiritual de lo corporal, lo celestial de lo terreno, y hacer de cada cosa el aprecio que merece. ¿Procuramos buscar á Dios en nuestras enfermedades y trabajos? ¿Buscamos con preferencia los bienes espirituales?

Punto 2.º Considera en este punto cómo, habiendo conocido el régulo, por la contestación que le dieron sus criados, que su hijo había sanado en la misma hora que Jesús le dijo que vivía, creyó él y toda su casa. ¡Cuánta es la eficacia de los milagros para mover exteriormente á abrazar la fe, previo el auxilio interior de la divina gracia! Lo extraño, lo raro, lo sorprendente y lo reprensible, es que tú, leyendo continuamente los milagros del Señor, y contemplando todos los días sus portentosas obras, tengas una fe tan débil y flaca, que á la menor contradicción vacilas y casi llegas á perderla. Si Jesús te regala y favorece, accediendo á tus deseos, crees; pero si quiere probar algún tanto tu constancia y fidelidad, difiriendo el escucharte, ya desfalleces. Con razón podría el Señor decirte lo que al régulo: «Si no veis señales y prodigios, no creéis». Pondera cuán eficaz fué el ejemplo de este régulo para mover á toda su casa á creer en Cristo. ¡Qué responsabilidad tendrán los padres y superiores si dejan de dar buen ejemplo á sus hijos y súbditos! ¡Y qué castigo merecerán éstos, si rehusan seguir é imitar los buenos ejemplos de sus mayores! ¡Oh Dios de bondad y misericordia! Vos, para enseñar y santificar á vuestra familia, que es todo el linaje humano, descendisteis del cielo, edificándonos y guiándonos con los más ilustres ejemplos; concedednos que, á fuer de hijos dóciles y sumisos, sigamos vuestras pisadas, y no nos apartemos jamás de vuestros ejemplos, contribuyendo así á vuestra gloria, y haciéndonos dignos de eterno premio. ¿Imitamos la fe del régulo del Evangelio? ¿Procuramos dar buen ejemplo á los inferiores, é imitar los de nuestros mayores?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán poderosa es la tribulación para conducirnos á Dios! El régulo que vivía en Carfarnaum,

quizá no se había acordado de Jesús con estar tanto tiempo en la misma ciudad; mas siéntese afligido, ve que la muerte va á arrebatar la existencia querida de su hijo, y al instante deja el reposo de su casa y corre á Cristo, que le puede socorrer eficazmente en tal necesidad. No le detiene ni la nobleza de su linaje, ni la elevación de su cargo, ni el respeto á lo que dirán los fariseos. ¡Oh! ¡Si nosotros pusiésemos tanto empeño en remediar los males espirituales como ponen los mundanos en remediar los corporales! La perseverancia en la oración de este afligido reyecillo alcanza de Jesús la curación de su hijo, y al cerciorarse de que por la palabra de Cristo ha sanado, cree con firmeza en la omnipotente virtud del Salvador, y su ejemplo mueve á toda la familia, que se declara discípula de Jesús. ¡Oh poder del buen ejemplo, sobre todo cuando viene de las personas puestas en lugar alto! ¡Qué cuenta daremos á Dios si, olvidándonos del estado sublime en que Dios nos ha puesto, nuestra vida es baja, ordinaria, llena de imperfecciones! Pues ¿qué nos conviene hacer y evitar para conformarnos con estas enseñanzas evangélicas? ¿Qué fe es la nuestra? ¿Qué hacemos para remediar las necesidades espirituales del mundo? ¿Cómo oramos? Meditemos con reflexión acerca de estos puntos, propongamos con eficacia, y roguemos con fervor por nosotros y por nuestros prójimos.

DOMINICA XXI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Pidiendo un Rey cuenta á un siervo que debía una gran cantidad, por haberse humillado, se la perdonó; pero no habiendo querido perdonar este siervo á su compañero una cantidad pequeña, fué aquél castigado severamente.—(Matth., XVIII, 23-35.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de estar siempre preparados para presentarnos al divino tribunal, y de perdonar á nuestros hermanos.

Punto 1.º Considera cómo siendo Dios nuestro Criador, es también nuestro Rey absoluto y legítimo Señor, y nosotros sus vasallos, esclavos y criados, obligados á darle estrecha cuenta el día que pretenda pedírnosla. ¡Ay del hombre que no está siempre preparado para ella! Cuando menos piense, será llamado al divino tribunal, en donde se examinarán muy detenidamente todas las deudas contraídas, y se dará el fallo definitivo, sin que haya lugar á excusas, ni se admitan súplicas, ni valgan intercesores. Mira cómo comenzando el Rey á tomar cuenta á sus criados, al primero que le fué presentado, halló que debía diez mil talentos; y, no pudiéndolos pagar, dispuso el Rey que fuese vendido él, su mujer y todas sus cosas. Mas, humillándose el siervo delante de Él, obtuvo, no sólo el perdón de la culpa, sino también la condonación de la deuda. Esta cantidad tan enorme te recuerda las inmensas deudas que tienes con Dios por haber pecado innumerables veces contra cada uno de los mandamientos, por haber abusado de los favores del cielo, y haber causado que otros pecasen. Esta deuda hacía temblar á un santo Job, que decía que de mil cargos que le haría Dios, no podría responder á uno siquiera; á san Pablo, el cual aseguraba que, aunque la conciencia no le reprendía de cosa alguna, no por esto se creía justificado delante de un Dios que descubre las cosas tenebrosas y ocultas. Temiendo estos santos, ¿no temes tú? Si ahora fueses llamado por tu soberano Rey, ¿podrías darle limpias tus cuentas? Piensa que al presente un vivo dolor, acompañado de verdadera y profunda humillación, puede conciliarte la gracia del Rey como al siervo del Evangelio; después de la muerte, todo sería inútil. ¡Oh Rey poderoso y Juez rectísimo! Perdón os pido de las enormes deudas que he contraído ahora antes que llegue el juicio; en él no tiene ya lugar vuestra misericordia; sólo brilla allí la severidad de vuestra justicia. Perdonadme, Señor, los pecados que he cometido, porque lo siento de veras, como lo sentiría, si ya me hallase en vuestro terrible tribunal.

Punto 2.º Considera aquí la ingratitud de este mal siervo, el cual, en saliendo de la presencia de su Rey que le acababa de perdonar la deuda, encontró á un consiervo suyo que le debía cien denarios, cantidad insignificante comparada con la que á él se había perdonado, y se los exigió; mas no pudiendo el otro pagar, pidióle postrado de rodillas que tuviese paciencia, que ya se lo pagaría todo. Á pesar de esto, el mal siervo arremetió contra él, pretendiendo ahogarle, y exigiéndole con furia la deuda. ¡Qué ingratitud! Así son muchas veces los hombres. Dios infinitamente generoso con ellos, y ellos inmensamente mezquinos y raquíticos con sus hermanos. Dios los perdona con la mayor facilidad deudas enormes, y ellos nada quieren perdonar á los que algo les deben. ¡Ay de los que tal proceder sigan con sus prójimos! Contra ellos se dirige la sentencia que el Salvador da contra el mal siervo. Porque sabiendo el Rey lo que había hecho con su compañero, le llamó, y dijo: «Siervo malo, yo te perdoné toda la deuda, porque me lo pediste, ¿no era justo que tú tuvieras compasión y perdonaras á tu hermano, al modo que yo te había perdonado á ti? ¡Qué reprensión será esta tan dura para el pobre pecador en el día del juicio! ¡Qué haría en aquellos momentos para librarse de las miradas é indignación de Jesucristo! El cual no se contentará con increpar la dureza del pecador, sino que le entregará á los atormentadores infernales, para que le atormenten hasta que pague el último maravedí. Tal será el castigo de los pecadores que, á pesar de todas las palabras, reinciden en las mismas culpas, de los que, siendo de Dios perdonados, rehusan perdonar á sus prójimos. ¡Oh amantísimo Jesús! Tan grande fué el amor que á vuestros enemigos profesasteis, que, no contento con derramar por su bien toda vuestra

sangre, por ellos pedisteis especialmente en la cruz, é interceciendo por ellos, hablasteis la primera palabra estando crucificado; por este vivo amor os suplico me concedáis un corazón generoso y compasivo de mis enemigos, de modo que les perdone con la misma buena voluntad con que Vos me perdonáis á mí. ¿Somos ingratos á los beneficios de Dios? ¿Perdonamos á nuestros ofensores?

Epílogo y coloquios. ¡Qué contraste hace la misericordia infinita de Jesús nuestro Rey con la ingratitud inconcebible del pecador! Hallándose éste alcanzado de deudas, y viendo que le es imposible pagarlas, si se humilla ante el Señor, oirá al instante palabras de perdón; y con todo, este mismo pecador es durísimo, y excesivamente rígido y exigente con sus hermanos, que por descuido ó voluntad le ofenden, aunque sea ligerísima la falta. Este es el retrato fiel de muchos cristianos; tienen por nada cuanto hace Dios en su favor perdonándolos, y creen que es un sacrificio superior á sus fuerzas el perdonar un leve descuido ó falta á su prójimo. Mas, ¡ay de ellos!: en el desgraciado siervo de este Evangelio pueden aprender adónde les conducirá su detestable conducta. Habiendo sido perdonado por su Rey, no quiso él perdonar á su consiervo, y el Rey, indignado, descargó sobre él todo el rigor de su justicia, castigándole aun por las mismas faltas que le había perdonado, por lo mucho que por su causa se aumentaba la culpa de su ingratitud, y asegurando que así obrará con todos aquellos que no quieren perdonar á sus hermanos. Escudriña los rincones de tu corazón, mira si en él conservas alguna antipatía ó falta de caridad con tus prójimos; propón la enmienda, pidiendo para esto las gracias necesarias. Ruega por todo el mundo.

DOMINICA XXII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.° Presentáronse á Jesús los discípulos de los fariseos con los herodianos preguntándole si se podía pagar el tributo al César; Jesús, exigiéndoles que le mostrasen una moneda, y viendo en ella el busto del César, dijo: «Dad al César lo que es del César». —(Matth., XXII, 15-21.)

PRELUDIO 2.° Representémonos este suceso, como si lo presenciáramos.

PRELUDIO 3.° Pidamos á Jesús que nos libre de la envidia y nos conceda gracia para saber dar á cada uno lo que se le debe.

Punto 1.° Considera cómo los fariseos y herodianos, aunque entre sí eran enemigos, se juntaron y unieron para tender un peligroso lazo al Salvador. Así obran en todo tiempo los enemigos de Cristo y de su Iglesia; separados unos de otros por odios mortales, por envidias diabólicas, sólo saben aunarse, cuando tratan de perseguir la religión y acabar el reinado de Jesucristo. Esto mismo hacen nuestras pasiones y los vicios que

nos combaten, moviéndose, y encendiéndose, y despertándose, y ayudándose mutuamente para destruir la gracia que reina en nuestro corazón. Mas tú trata de vencerlos, procurando dividirlos, y atacando sucesivamente uno en pos de otro, comenzando por el más dominante. ¿Lo practicas de este modo? Pondera cómo, presentándose á Jesús la comisión de los fariseos y herodianos, comenzaron á formular su petición con encarecidas alabanzas, diciendo: «Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios con toda sinceridad sin hacer acepción de personas». ¡Oh malicia endemoniada de estos atrevidos aduladores! Vienen á tentar á Cristo, y comienzan por ensalzarle; llámanle veraz, y pretenden hacerle caer en contradicción; dicen que no tiene acepción de personas, y tratan de poderle acusar públicamente de este defecto. ¡Ojalá no fuese tan común este vicio de la adulación entre los cristianos! ¡Cuántos hay que aparentan gran modestia, devoción y celo del Señor, y sus corazones están llenos de malicia y corrupción, pareciéndose á los sepulcros que, siendo blancos en lo exterior, están interiormente llenos de inmundicia y podredumbre! ¡Oh Maestro soberano! Pues es cierto que sois veraz y con toda sinceridad enseñáis el camino de Dios, suplícoos me concedáis la gracia de que con docilidad oiga vuestras divinas enseñanzas, y no me aparte un punto del camino que me habéis trazado. ¿Huimos de las malas compañías? ¿Detestamos el vicio de la adulación?

Punto 2.° Considera aquí cómo, preguntando los fariseos y herodianos á Jesús si era lícito pagar el tributo al César, sin contestar al instante á esta pregunta, para enseñarnos el cuidado y sosiego con que hemos de hablar delante de nuestros enemigos, que desean que hablemos para hallar ocasión de acusarnos, les exigió que le presentasen la moneda con que se pagaba el tributo; y viendo en ella la imagen del César, dijo: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios». Pondera bien estas dos admirables sentencias del Salvador, las cuales resumen la doctrina verdadera acerca de la obediencia. Dad al César lo que es del César; esto es, obedeced á los soberanos temporales que pacíficamente os gobiernan. No importa que ellos personalmente sean malos, ambiciosos, manden por mal fin; mientras sean tus superiores, y sus mandatos no se opongan á la ley de Dios y de su Iglesia, debes obedecerles. Pensar ó decir lo contrario, es apartarse de la enseñanza de Cristo y de sus Apóstoles. Y, si se ha de obedecer al César, ¿con cuánta más razón se habrá de obedecer á Dios? Si hemos de estar sujetos á los superiores temporales, ¿cuánto más deberemos estarlo á los espirituales? El gobierno de aquéllos se ordena á la felicidad de este mundo; el de éstos, á la felicidad eterna. ¿Qué dices tú de esta doctrina? ¿No te remuerde la conciencia de haberte apartado alguna vez de la sumisión debida á tus superiores? ¡Oh buen Jesús! Bien

podéis decirnos que demos al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios, puesto que Vos jamás os apartasteis un punto de esta enseñanza, y, siendo Rey eterno, os sometisteis á un rey temporal, y, siendo Hijo natural de Dios, quisisteis pagar el tributo que sólo obligaba á los esclavos; enseñadme á obedecer para gloria vuestra y bien de mi alma.

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta razón aseguró Jesús que los malos son más prudentes para lograr sus intentos que los buenos! Aunque aquéllos se hallen profundamente divididos, si tratan de llevar adelante sus propósitos de perseguir la virtud, saben deponer sus odios, y coligarse y estrecharse hasta que han logrado su pretensión. Tal es el proceder de los fariseos y herodianos de hoy: olvidan su pública enemistad para ir á tentar á Jesús. Mas, ¡con qué sagacidad y sutileza lo hacen! Principian por halagarle con blandas palabras, y después le tienden el lazo, preguntándole si se debía pagar el tributo al César. Si Jesús responde afirmativamente, se hará odioso al pueblo; si negativamente, los herodianos tendrán un pretexto para vengarse de Él. ¿Qué responderá Jesús en esta alternativa? Mostradme la moneda con que se paga el censo. ¿Qué imagen es esa? La del César, contestan. Pues dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. ¡Oh palabras dignas de ser grabadas con letras de oro en los corazones de todo el mundo! ¿Las hemos olvidado en la práctica? ¿Huimos de la adulación? ¿Imitamos la serenidad y calma de Jesús en presencia de sus enemigos? Indaguemos qué responde á esto nuestro corazón; corrijamos con firmes propósitos lo que nos dicte, y pidamos al Señor gracia para cumplirlos y el remedio para todos los males; roguemos en particular por todos los superiores.

DOMINICA XXIII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.° Una mujer que padecía un flujo de sangre acercóse á Jesús con gran confianza para sanar de su enfermedad: tocó la vestidura del Señor, y quedó sana: el Señor le dijo que por su fe había curado.—(Matth., IX, 18-26.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á esta pobre mujer acercándose á Jesús y tocándole el ruedo de su vestidura.

PRELUDIO 3.° Pidamos sólida confianza en el poder del Señor.

Punto 1.° Considera cómo, dirigiéndose el Señor á la casa de un príncipe de la sinagoga, que le había pedido la resurrección de su hija difunta, una mujer que hacía doce años que venía padeciendo una grave enfermedad, y había gastado inútilmente cuanto tenía en médicos y medicinas, decía dentro de sí: «Si logro tocar tan sólo el ruedo de su vestido, seré sana». Las disposiciones con que esta mujer se acerca á Jesucristo para recobrar la salud, simbolizan las que nosotros debemos procurar

para obtener la salud espiritual del alma. Ella tiene vivos deseos de sanar, y estimulada por ellos, viendo que nada podían los remedios humanos y los médicos de la tierra, se resolvió á acudir al Médico del cielo, único que con certeza la podía curar. Á estos deseos acompaña una firme confianza en el poder de Jesús, creyendo que es tan grande éste, que á sus mismos vestidos comunica virtud de hacer milagros, y que no es necesario siquiera representarle su enfermedad para que la cure. Funda estos deseos y confianza en una profunda humildad, teniéndose por indigna de parecer delante del Señor, aproximándose por la espalda, no atreviéndose siquiera á dirigirle la palabra. ¡Oh! Si nosotros imitásemos á esta ilustre mujer, alcanzaríamos sin duda la santificación de nuestra alma. Los deseos nos moverían á practicar los medios eficaces para este intento; la confianza nos dispondría para recibir las gracias del cielo, y la humildad atraería á nosotros las miradas de Dios. ¿Tenemos estas disposiciones? ¿Deseamos la santidad? ¿Confiamos alcanzarla, humillándonos delante de Dios? ¡Oh gran Dios! Ahora conozco la causa de no adelantar en el camino de la perfección: la tibieza en los deseos, mi poca confianza y escasa humildad, son los obstáculos que se oponen á mi santidad; concededme que los supere con valor y me haga digno de vuestra gracia.

Punto 2.° Considera cómo, aunque de ordinario conviene ocultar humildemente las gracias que se reciben de Dios, hay algunos casos en que es honroso para Dios y provechoso para el prójimo el manifestarlas. Esto quiere enseñarnos Jesucristo en esta ocasión, descubriendo el milagro que había obrado en la mujer que acababa de ser sana. Con esta revelación era Dios glorificado, los circunstantes edificados, el príncipe de la sinagoga confirmado en la fe, y la misma mujer curada del error en que estaba, pensando que había alcanzado de Jesús un favor tan señalado, sin saberlo Él mismo. Demás de esto, pretendía Jesús mostrarnos que para curar los pecados, que son las enfermedades del alma, no basta de ordinario el dolor, confusión y arrepentimiento, sino que es necesario que se manifiesten en la confesión; por lo cual preguntó á los circunstantes quién le había tocado, no porque lo ignorase, sino para provocar á que la misma enferma curada manifestase su dolencia, aunque sintiese algún rubor. Mira la ternura con que el Señor consuela á esta mujer que, confusa y temerosa, estaba á sus pies, diciéndola: «Tu fe te ha hecho salva». ¡Cómo sabe este buen Padre disimular los defectos de sus hijos, cuando éstos se humillan y se tienen por nada en su presencia! ¡Oh Jesús! ¿Quién no confiará en vuestra bondad paternal? ¿Quién no esperará el remedio de sus males viendo la facilidad con que curáis los más inveterados? Mirad, Señor, el flujo hediondo de mis culpas y pecados; atajadlo con vuestro poder, y libradme de él por vuestra misericordia.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán poco pueden los remedios humanos cuando no los acompaña la bendición de Dios! Doce años habían transcurrido desde que la pobre hemorroísa padecía una peligrosa enfermedad. Había gastado cuanto tenía, había acudido á todos los médicos, sin resultado favorable. Pero ¡dichosa mujer!, acude al Remediador de todos los males, y no saldrán fallidas sus esperanzas. Ella desea, confía, se humilla, y no podrá menos de alcanzar lo que pretende. Estimulada por tal deseo, movida por esta confianza, y reconociendo su bajeza, se acerca á Jesús por la espalda, toca su vestido, y al instante se siente curada. ¡Oh poder de Jesús! ¿Consentirá este Señor que quede sepultado en el silencio este milagro, é ignorada la fe de la enferma? La gloria de Dios, el bien de los prójimos, exigía otra cosa. Y así, aunque se ruborice la mujer, aunque en otras ocasiones haya el Señor encargado escrupulosa reserva á los que habían presenciado sus prodigios, en ésta lo quiere manifestar, y confirmar con su ejemplo que hay tiempo de hablar y tiempo de callar. ¿Imitamos los deseos, confianza y humildad de esta enferma? ¿Seguimos los ejemplos de Jesús, buscando siempre y en todas las cosas la gloria de Dios? ¿Nos llevan la vanidad y los deseos de ser conocidos y alabados? ¿Cuándo y de qué manera faltamos? Examinémoslo, y procuremos el remedio, haciendo propósitos y pidiendo la gracia de cumplirlos, y rogando por lo que tenemos encargado.

DOMINICA XXIV DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.° En el Evangelio de esta dominica explica el Señor lo que será el juicio final, y termina diciendo: «El cielo y la tierra pasarán, y mis palabras no pasarán».—(Matth., XXIV, 15-35.)

PRELUDIO 2.° Representémonos á Jesucristo explicando lo que ha de suceder al fin del mundo.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de conservar las enseñanzas del Salvador, y ajustar á ellas nuestra vida.

Punto 1.° Considera cómo la santa Iglesia, que principió el año trayéndonos á la memoria el juicio final, según lo escribe el Evangelista san Lucas, lo termina en este día, recordándonos el mismo juicio, según se lee en san Mateo. Esta conducta de nuestra Madre la Iglesia está inspirada por la más celestial sabiduría. Al comenzar el santo tiempo de Adviento nos recuerda este juicio, para movernos á que nos preparemos para recibir á Jesús en su primera visita, llena de suavidad y amor; y, al terminar el año, nos refresca la memoria de este acontecimiento, para que, si no hemos aprovechado la visita amorosa del Padre, temblemos y nos resolvamos á la penitencia, recordando la visita espantosa del Juez. ¿Qué debemos nosotros hacer para obrar

según los amorosos designios de nuestra santa Madre? Pondera cuán bien se va cumpliendo la sentencia divina del Salvador, cuando dijo: «El cielo y la tierra pasarán». Comenzaste en el año pasado el Adviento; pasó éste, pasó la Cuaresma, pasó el tiempo pascual.... ¿Qué te queda de todos estos tiempos? ¿Qué te queda de todos los años de tu vida? Si los has empleado en obras de virtud, esto hallarás delante de Dios; pero si los has pasado en divertimientos, pecados y en acumular tierra de bienes materiales, los has perdido miserablemente; y por más que trabajes, llores y te esfuerces, este tiempo está perdido, y los méritos que en él podías alcanzar tendrás de menos por toda la eternidad. ¡Oh Dios Eterno! Abrid los ojos de mi pobre alma, para que de hoy más trate seriamente de redimir y aprovechar el tiempo; grabad en ella el recuerdo de la última cuenta, para que por él se mueva á verdadera y constante penitencia. ¿Nos acordamos del juicio? ¿Cómo empleamos el tiempo? ¿Cómo lo emplearemos en adelante?

Punto 2.° Considera que, así como es certísima la primera parte de la sentencia de Jesucristo, que dice que el cielo y la tierra pasarán, también lo es la segunda, en que afirma que sus palabras no pasarán, esto es, no dejarán de cumplirse. Del profeta Samuel leemos en la divina Escritura que ninguna de las palabras que dijo cayó en tierra, esto es, quedó sin cumplimiento; lo mismo podemos decir de los demás profetas cuando hablaron por divina inspiración. Si esto se dice de los profetas, ¿con cuánta mayor razón debemos asegurarlo de Aquél por cuya inspiración ellos hablaron? Sí, todas las palabras que dijo el Salvador son verdaderas, todas sus promesas son segurísimas, todas sus amenazas, por más terribles que sean, se cumplirán. Cuanto ha dicho acerca del dogma y de la moral es indubitable; y aunque todo el mundo lo contradiga, y aunque los hombres todos, formando coro con los demonios, traten de combatirlo, permanecerá eternamente, porque escrito está: «Mis palabras no pasarán». Diez y nueve siglos hace que el Señor profirió estas palabras y que la Iglesia las predica. Nada hasta hoy ha podido impedir su cumplimiento. ¿Creerás tú, alma fiel, las palabras del Señor? ¿Vacilarás aún acerca de la verdad de sus promesas y amenazas? ¡Oh Dios mío! Aumentad en mí la fe; no permitáis que todas las tribulaciones, persecuciones y escándalos sean poderosos para levantar en mi corazón la más ligera duda sobre vuestras enseñanzas. Que se conmueva el orbe, que se enfurezcan las naciones, Vos habéis de reinar en mí durante la vida, para que yo reine con Vos eternamente.

Epílogo y coloquios. ¡Oh verdad tan espantosa como tristemente olvidada por los cristianos! El juicio se acerca; todos nos hemos de presentar ante el tribunal más augusto, más recto y más incorruptible, para dar cuenta de toda nuestra vida.

Esto nos recuerda la Iglesia al principio y al fin del año; y ¡nosotros lo olvidamos! En vano el Salvador nos dice que todas las cosas que nos rodean son transitorias; que hoy existen y mañana ya no parecen; en vano nos advierte que sola su palabra es eterna y permanente y no puede dejar de cumplirse en todas sus partes. Nosotros, insensatos, nos olvidamos de su palabra, para no pensar más que en estas cosas viles, que, si no las dejamos, ellas nos dejarán. ¿Hasta cuándo seremos pesados de corazón? ¿Cuándo abriremos los ojos á la luz que el Señor derrama sobre nuestra vida? Reflexionemos atentamente sobre lo que nos conviene practicar, evitar ó mejorar; hagamos propósitos, pidamos gracias, y roguemos por todo el mundo.

INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º La Santísima Virgen fué por divino privilegio preservada inmune de la culpa original; y así lo tiene definido la santa Iglesia.

PRELUDIO 2.º Representémonos al soberano Pontífice rodeado de Cardenales y Prelados innumerables, definiendo como dogma de fe la Inmaculada Concepción de María.

PRELUDIO 3.º Pidamos vivo agradecimiento al Señor por el beneficio que nos ha dispensado con la definición de este dogma.

Punto 1.º Considera cómo es un dogma de nuestra santa religión que María, en el primer instante de su Concepción, fué preservada de contraer la culpa original por los previstos méritos de Jesucristo. Quien no lo creyera, ha hecho naufragio en la fe y queda condenado por su propio juicio. El cielo y la tierra de consuno nos anuncian y enseñan esta verdad. El Padre Eterno, honrando á María con el glorioso título de Hija predilecta; el Hijo divino, llamándola su Madre escogida entre millares; el Espíritu Santo, proclamándola toda hermosa y sin mancilla; toda la Santísima Trinidad escogiéndola por su Tabernáculo, Trono, Huerto cerrado, ha manifestado claramente que María posee más pureza, candor y gracia que ninguna otra criatura. Los ángeles del cielo ya la saludan llena de gracia, ya la contemplan apareciendo al mundo como brillante aurora, despidiendo preciosa fragancia de santidad, arrimada constantemente á su Amado. La misma Señora se ha dignado hablar al mundo, y decir: «Yo soy la Inmaculada Concepción»; y en confirmación de esta verdad, ha hecho y hace innumerables y continuos milagros. ¿Quién será tan duro de corazón que vacile un instante en rendir su entendimiento en obsequio de este dogma? Alégrate de esta tan soberana honra que Dios ha concedido á tu Madre; dale por ella el parabién, y resuélvete á imitar en lo posible su limpieza, huyendo de toda culpa, conservando con esmero la divina gracia, haciendo de ella grande aprecio, y creciendo cada día en virtud delante de Dios y los hombres. ¡Oh Virgen Inmaculada! Vos sois la llena de gracia, el tabernáculo de Dios y la bendita entre las mujeres: por los inmensos dones que en vuestra Concepción recibísteis, os suplico me alcancéis la gracia divina, y que sea tan fiel y firme en conservarla, que pierda todas las cosas antes que un solo grado de ella.

Punto 2.º En este punto has de considerar las grandes ventajas que debemos reportar de este dogma tan suspirado y tan glorioso para nuestra dulce Madre. Él aviva nuestra fe, porque, viendo la conducta de la santa Iglesia en su definición, nos manifiesta que las verdades que esta tierna y prudente madre nos propone son excesivamente creíbles; excita la esperanza, presentándonos á una pura criatura como nosotros, hija de Adán pecador, de nuestra misma naturaleza, íntimamente unida con Dios, y recibiendo una gracia muy superior á la de todos los ángeles; enciende la caridad, porque nos descubre cuán generoso y desinteresado y ardiente es el amor que Dios profesa al género humano, y por lo tanto á nosotros también, cuyo amor sólo con amor puede pagarse. Este dogma nos depara armas poderosas y eficaces para combatir á nuestros enemigos; porque él nos muestra cuán poco puede el demonio contra aquellos que se ponen bajo la protección de Dios; cuán fácil le es al Señor templar y sosegar los movimientos de la concupiscencia, cuando así extingue y apaga el mismo *fomes* del pecado en María, y cuán despreciable es el mundo, cuando vemos que el dogma más glorioso y más amado de María es el que menos brillo y esplendor ostenta para el mundo, siendo toda su gloria interior y espiritual. Finalmente: este mismo dogma es la palanca más poderosa para despertar la devoción á María, señal cierta de predestinación. ¡Oh Madre purísima! Ahora sí que os diremos que sois la alegría de Israel; por Vos se alegran todos los que ven á Dios por la fe y esperan verle eternamente en el cielo por medio de la lumbre de la gloria; haced que yo reporte los bienes que Vos deseáis de este glorioso misterio, sobre todo que crezca en vuestra devoción y me haga digno de la eterna gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Qué honor para María! ¡Qué manantial de bienes para los cristianos! Es un dogma de nuestra santa Religión que María fué concebida sin la mancha del pecado original. El cielo y la tierra se postran delante de ella y la rinden homenaje y la apellidan gloria de Jerusalén, alegría de Israel, honor de la humanidad. La misma Trinidad beatísima se goza en honrarla, ensalzarla y glorificarla, y la misma Señora publica á la faz del mundo que es inmaculada, y en confirmación de su palabra, da salud á los enfermos, convierte á los pecadores, remedia todos los males y resucita á los mismos muertos. ¡Oh dogma consolador! ¡Cuántos bienes por ti nos vienen! La consideración de esta verdad aumenta la fe, confirma la esperanza, aviva la caridad, da fortaleza contra el demonio, vigor para resistir á

la carne y menosprecio del mundo. Él es el más poderoso aliciente para despertar la devoción á la Reina de los ángeles y adquirir esta señal cierta de predestinación. ¿Por qué, pues, no nos alegramos nosotros, al recordar y celebrar este misterio mariano? ¿Por qué no trabajamos por imitar la pureza de esta Señora? Salgamos de nuestra apatía; y con firmes propósitos, devotas súplicas, hagámonos dignos de ser hijos de María y roguémosla por la Iglesia, por la España y por el mundo entero.

NACIMIENTO DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Jesucristo en su nacimiento es un compañero que nos muestra lo que debemos huir y abrazar, para que espiritualmente nazca en nuestra alma.

PRELUDIO 2.º Represéntate á Jesús recién nacido, reclinado en el pesebre sobre algunas pajas, y cerca de Él á la Virgen, á san José y un par de animales.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de aprender las enseñanzas de Jesús.

Punto 1.º Considera lo que de Jesús canta la Iglesia, que al nacer se dió por compañero y amigo de los hombres. Bienaventurado el que ha tenido la dicha de hallar un amigo fiel: es el mejor tesoro que podía encontrar. Fija los ojos de tu mente en Jesús recién nacido; mira todo cuanto pasa á su rededor, lo que hace, lo que padece, y oye lo que dice, y te convencerás que Él es el mejor amigo que podíamos desear. Como tal nos enseña desde el pesebre lo que debemos huir para alcanzar la verdadera felicidad. Como Señor absoluto de todas las cosas y de todos los tiempos, en su mano estaba elegir á su voluntad el tiempo, el lugar y el modo de su nacimiento. Si los hombres hubiesen debido disponerlo, escogieran el más rico palacio de la más populosa ciudad y hubieran rodeado su cuna de todo el esplendor y magnificencia que ofrece el mundo. Mas los pensamientos de este divino Niño, como dice Isaías, no son como los nuestros, ni sus caminos son nuestros caminos. Deseoso de reinar en nuestro corazón, y de nacer espiritualmente en nuestra alma, en su nacimiento nos muestra los impedimentos que pueden estorbarle su entrada. La soberbia, la sensualidad, la avaricia, el amor del mundo, la libertad demasiada: he aquí lo que impide muchas veces que nazca Jesús en nuestro corazón. Por esto en su nacimiento está humillado, pobre, mortificado, fajado, y hecho el desprecio de los mundanos. ¡Oh Jesús divino! ¡Cuán reprensibles son los hombres, que, á pesar de vuestros ejemplos, conservan con desorden su amor al mundo y á sus concupiscencias! No permitáis que sea yo de estos desgraciados, porque no es justo que el discípulo siga un camino opuesto al que siguió su Maestro.

Punto 2.º Aquí has de considerar cómo Jesús en su nacimiento, no sólo te muestra lo que debes huir para que nazca en ti espiritualmente, sino también lo que te conviene practicar para

lograr tan inmenso bien. Pondera cómo este divino Niño fué formado por obra del Espíritu Santo en el seno de María; llegado el tiempo de su nacimiento, apareció en el mundo sin que la integridad virginal de su Santísima Madre padeciese el menor detrimento, fué envuelto en pañales por esta Señora, y puesto en un pesebre y alimentado con su leche virginal. Del propio modo, para que Él sea concebido en nosotros espiritualmente por la gracia, es necesario el auxilio del divino Espíritu, sin el cual no somos suficientes para pensar ni obrar cosa alguna meritoria. Luego de concebido, hemos de procurar que salga á luz por medio de obras puras, santas y conformes á nuestro estado. Las cuales obras, significadas también por los pañales que envuelven y cubren al divino Infante, se han de llevar á cabo con el auxilio de María. Para que nuestro corazón pueda servir de reclinatorio al divino Jesús, ha de ser como pesebre, pobre, por el desprendimiento de todas las cosas; fuera de la ciudad, por la soledad en la que ha de hallar sus espirituales delicias; con unas pocas pajas, contentándose con lo más vil de la tierra; expuesto á todas las inclemencias, de modo que pueda decir con el Apóstol: «Estoy habituado á todo; sé humillarme y recibir aplausos, vivir en la abundancia y padecer necesidad». ¡Oh, si estos fueran nuestros sentimientos! Entonces, no sólo moraría Jesús en nuestro corazón, sino que, fomentado y nutrido con el aliento de la oración y con la leche de las obras santas y caritativas, con los auxilios de José y María, iría creciendo admirablemente en él, y nosotros progresaríamos en virtud y santidad, haciéndonos dignos de mayor gloria. ¡Oh dulce Jesús! Por Vos suspira mi alma; romped los cielos y bajad; venid y no tardéis; tomad posesión de mi pobre corazón; dominad en él como dueño absoluto, á fin de que pueda yo algún día dominar con Vos en el cielo. ¿Estamos nosotros preparados? ¿Es nuestro corazón como el pesebre de Belén?

Epílogo y coloquios. ¡Gloria á Dios en las alturas! ¡Paz, alegría y gozo celestial á los hombres de la tierra! Esto nos anuncian los ángeles en este solemnísimo día; y con razón. El Dios de la majestad, que habita en una luz inaccesible, ha nacido al mundo, haciéndose nuestro compañero, socio y amigo. Apareció la benignidad del Salvador instruyéndonos, como dice san Pablo. Desea reinar en nosotros, y comienza á mostrarnos lo que debemos huir y practicar para lograr su apetecido objeto. Hollando en su nacimiento las riquezas, honores y placeres, nos muestra que debemos huir de la sensualidad, avaricia y orgullo; naciendo en un pesebre pobre, solitario, retirado y expuesto á todas las inclemencias del tiempo, nos dice lo que ha de ser nuestro corazón para que en él tenga sus delicias, y more con gusto. Entremos dentro de él, y escudriñemos con detenido examen el modo cómo nos encontramos. ¿Nos domina la sensualidad, el orgullo, la avaricia? ¿Tenemos amor á la pobreza, retiro, so-

ledad? ¿Nos hallamos indiferentes para lo que Jesús nos exija? Miremos lo que á esto contesta nuestro corazón; propongamos con firmeza lo que nos convenga, y pidamos fervorosamente al divino Jesús que nos ayude y remedie todas las demás necesidades.

PRINCIPIO DE AÑO Y ENMIENDA DE LA VIDA [1].

PRELUDIO 1.º Representémonos estar en el tribunal de Dios, dándole cuenta de nuestra vida, especialmente de lo que hemos hecho durante este año último.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de llorar las faltas pasadas y tener verdadera enmienda.

Punto 1.º Considera con atención lo que durante el año que ha terminado hiciste, y verás que en él has ido contrayendo continuamente dos suertes de deudas con Dios; á saber: de beneficios recibidos y de ofensas cometidas. Da una mirada á todos los días que han transcurrido, desde el principio de él hasta este momento, y no podrás menos de confesar que en cada uno de ellos el Señor se ha complacido en favorecerte corporal y espiritualmente. Á muchos envió la muerte; á ti te ha conservado la vida en medio de grandes peligros de perderla; muchos han vivido enfermizos, necesitados, faltos de lo necesario, tristes, perseguidos, calumniados; tú tal vez has gozado de salud, has disfrutado de paz, alegría, disponiendo de lo necesario para tu sustento y vestido; y si has estado enfermo, no te ha faltado quien te asistiese; si triste, quien te consolase; si perseguido, quien te defendiese. Pondera luego los innumerables beneficios espirituales. Mas ¿quién los podrá contar? ¡Cuántas inspiraciones, avisos, ilustraciones, remordimientos de conciencia! ¡Cuántas confesiones, comuniones, misas, sermones y funciones santas! ¡Cuántas meditaciones, exámenes, lecturas, buenos ejemplos! Y si á esto añades los beneficios ocultos que tú mismo no conociste, los peligros de que te preservó, las ocasiones de que te alejó, las tentaciones que impidió, los pecados de que te libró, las veces que sujetó al demonio para que no te dañase. ¡Ah! Verdaderamente debes humillarte en la presencia de este benéfico Señor, que tan generoso fué contigo, siendo tú con Él tan mezquino é ingrato. Porque no ha pasado un solo día que no le ofendieses innumerables veces, y quizá con notable gravedad. No solamente has sido la higuera que no ha dado frutos á su dueño, el criado que no ha negociado con los talentos de su Señor; sino que, semejante á los malos renteros, has usado en provecho propio de los frutos de su viña, y has matado á sus criados, que te pedían la renta, ahogando las inspiraciones con que te inducía á corresponder á sus beneficios. Oye la amorosa queja que te dirige el Señor:

[1] Esta meditación podrá servir para el día primero del año.

«¿Qué más debía hacer Yo con mi viña? ¿No tenía derecho á esperar que me diese sazonados frutos, y sólo me ha dado agraces?» Confúndete de tu proceder; arrójate á los pies de Jesús, como el siervo que debía diez mil talentos, y pídele que te perdone. ¡Oh Dios mío! No entréis en juicio con vuestro siervo, porque de mil cargos no podría responder á uno solo; continuad siendo benéfico y generoso conmigo, haciendo que en el nuevo año que me concedéis, supla lo que no hice en el que ha pasado.

Punto 2.º En este punto has de considerar lo que te conviene hacer en el año que has empezado para corresponder debidamente á los beneficios divinos, y no continuar siendo higuera infructuosa, ocupando inútilmente la tierra, y exponiéndote á la maldición del Señor. Para conocerlos, medita las obligaciones que tienes como hombre, como cristiano, como religioso, ó en el estado en que te ha puesto la divina Providencia, y ordena el modo cómo has de cumplirlas. Mira las tentaciones á que probablemente te verás expuesto, y prepárate para vencerlas, adoptando los medios más eficaces para alcanzar este fin. Mas pondera cómo es propio de buenos hijos y de fieles siervos no contentarse con hacer aquello á que están estrictamente obligados; antes se esfuerzan en conocer la voluntad de su padre y señor para cumplirla con perfección, sin esperar el mandato. La voluntad de tu Padre celestial es que te santifiques, que seas perfecto como Él lo es, lo cual exige de ti que evites todas las culpas, que practiques todas las virtudes, y que las ejercites con toda la perfección que sea posible. Á fin de moverte á esto, considera cómo para este año se ha dado sentencia de muerte contra millares de hombres; y no podrán evitarla, por más que trabajen y se cautelen; tú puedes ser uno de ellos. Cada día que pasas es una limosna que te da el Señor para que hagas penitencia, llores tus pecados, practiques obras buenas y te dispongas para el último trance. Las gracias de Dios están de tal manera encadenadas, que la correspondencia á una atrae la consecución de otras; y viceversa, la resistencia te va alejando de Dios y va deteniendo los efectos de su divina misericordia. Innumerables serán los que en este mismo año quedarán burlados, presentándose delante de Dios, desnudos de obras buenas y cubiertos de pecados. Pesa bien todas estas razones, y reflexiona qué quisieras haber hecho, si hubieses de morir antes del año próximo. ¿Qué aconsejarías á aquel que te pidiese consejo, hallándose en el estado en que tú actualmente te encuentras? ¡Oh Jesús amoroso! Por aquel dolor que sentisteis en este día y por las lágrimas que derramasteis, os suplico me deis á conocer vuestra santísima voluntad, y me ayudéis para cumplirla ahora en la tierra del modo que se cumple por los bienaventurados y deseo yo cumplirla en el cielo

Epílogo y coloquios. ¡Ha pasado un año! ¡Cuántas deudas contraídas durante él! ¡Cuántos desengaños experimenta

dos! ¡Cuánto hemos ejercitado la paciencia de Dios! Todos los días de él ha tenido aumento el cargo de los beneficios divinos, ya corporales, ya espirituales, y el de las culpas cometidas de pensamiento, palabra y obra. En cambio, la data de las obras buenas es casi nula. Pocas, y muy debidas, y hechas con grandes imperfecciones. Siguiendo este camino, ¿qué va á ser de nosotros? ¿Cómo nos atreveremos á presentarnos delante del divino tribunal? ¡Ah! Dios, en su infinita misericordia, aunque podía habernos quitado el talento de nuestra vida que tan mal empleábamos, tiene paciencia, nos espera, nos deja continuar otro año. Proseguirá cuidando amorosamente de la higuera estéril de nuestra alma; la regará todavía por más tiempo con su preciosa sangre; quizá la cave con algunas tribulaciones, á fin de que dé ópimos frutos. ¿Qué nos conviene á nosotros hacer? ¿Qué quisiéramos haber hecho al terminar el año que hoy empieza? Entremos dentro de nuestro corazón: miremos lo que se ha de reformar, enmendar ó perfeccionar; formemos adecuados propósitos, y pidamos á Jesús las gracias que necesitemos y también por todo el mundo, especialmente por los que hayan de morir este año.

EPIFANÍA DEL SEÑOR.

PRELUDIO 1.° Los Reyes Magos buscaron á Jesús con presteza, constancia y prudencia, y le hallaron; y después de ofrecidos sus dones, volviéronse á su tierra por otro camino.

PRELUDIO 2.° Represéntate á los santos Reyes en estas distintas circunstancias.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de imitarlos con perfección.

Punto 1.° En este punto has de considerar cómo los Reyes Magos son el más acabado modelo de los que han de buscar á Jesús y á su divina gracia. Luego que vieron en el cielo la estrella que les anunciaba el nacimiento del Rey deseado, se ponen en camino. Nada les detiene; ni el gobierno de sus estados, ni las lágrimas de sus familias, ni la crudeza del tiempo, ni lo largo y desconocido del viaje. Así quiere Dios ser obedecido de aquellos á quienes llama. ¡Dichoso tú si, imitando á estos esclarecidos Reyes, sigues con presteza el llamamiento del Señor! Pondera luego la constancia con que buscan al suspirado Rey. Por todas partes se ven rodeados de peligros, y no desisten; los desiertos que han de atravesar están infestados de fieras, y no se acobardan. Miran la estrella que marcha pausada y majestuosamente delante de ellos, y no tuercen ni á la derecha ni á la izquierda. Pero era necesario que pasasen por una nueva y dolorosa prueba; de repente se eclipsa la estrella; vense privados de este único consuelo y guía en medio de un país desconocido. ¿Qué harán estos ilustres Reyes? ¿Se volverán á sus dominios avergonzados y confusos, creyéndose víctimas de una ilusión? Nada de esto; no lo consiente su admirable constancia; faltos

de los medios divinos, apelan á los humanos; indagan, preguntan, inquieren con esmero, hasta que logran su intento. Mas en toda esta tribulación, ¡qué prudencia tan consumada demuestran! Mientras brilla la estrella, á nadie descubren su pretensión; desaparece la luz celestial, y debiendo buscar al Rey de los judíos, se acercan á preguntar á éstos, que son los que con certeza podrán contestar, puesto que á ellos han sido confiados los oráculos divinos. Considerando con admiración este suceso, alégrate de que el Señor se haya dignado comunicar dones tan soberanos de su gracia á estos gloriosos varones, y confúndete de verte tan rezagado, inconstante y voluble para las cosas divinas, y para lograr tu santificación. ¡Oh gloriosos Reyes! Por los dones soberanos de gracia que del divino Jesús recibisteis, os ruego encarecidamente me alcancéis puntual presteza en seguir la vocación, firme constancia en la práctica de la virtud, y sabia prudencia en huir de los peligros y escoger los medios que me pueden conducir como á vosotros al divino Redentor.

Punto 2.° Considera aquí cómo los santos Reyes nos enseñan lo que debemos hacer luego que hemos tenido la inmensa dicha de hallar á Jesucristo y á su divina gracia. Tres cosas practicaron estos distinguidos varones después de hallado aquel rico tesoro que con tal deseo habían buscado. Adoráronle con humildad, ofreciéronle con largueza sus dones, y volviéronse á su tierra por otro camino. Contempla á estos Monarcas cómo no vacilan en quitar de sus sienes las coronas, y deponer su cetro, y postrarse á los pies de aquel Niño que su Madre tiene en su regazo. ¡Qué fe tan viva! ¡Qué humildad tan sincera! ¡Qué amor tan reverente! Y tú, ¿no te humillas delante de Jesús? Si ahora que está glorioso y triunfante en el cielo, vestido de luz y adorado de millones de ángeles, no sabes humillarte ante su Majestad, velada por amor tuyo en el divino Sacramento, ¿cómo te hubieras humillado si le hubieras visto en un pesebre entre animales? Sin embargo, esto es lo que te exige Jesús. Los Reyes añaden á sus reverentes adoraciones generosos obsequios. Saben que el hombre no debe aparecer vacío delante de su Dios, que tan generoso se muestra con él; por esto, sin levantarse de su actitud humilde, abren sus tesoros, y los ofrecen al divino Rey, el cual los acepta agradecido por medio de su celestial Madre. ¡Qué dones tan preciosos! ¡Qué ofrendas tan significativas! Oro como á Rey, incienso como á Dios, mirra como á hombre mortal. Con estos dones ofrécenle su corazón, su alma y su cuerpo. Y nosotros, ¿qué ofrecemos á Jesús? ¡Siquiera imitásemos el ejemplo de los Magos después de adorar á Jesús! Ellos se van á su tierra por otro camino; no vuelven á Jerusalén, no visitan á Herodes, no aguardan una nueva estrella. Nada de esto es necesario; antes sería peligroso: además, tienen orden de Dios. ¿Hemos hallado á Jesús? ¿Hemos alcanzado su gracia?

Preciso es que vayamos por otro camino; apartémonos de aquel que nos alejaba de nuestra patria. El camino que debemos seguir es la oración, el recogimiento, la obediencia, la humildad; el que debemos evitar es la disipación, soberbia, libertad de los sentidos é imaginación. ¿Cómo lo hacemos? ¡Oh dulce Jesús! Habladme con aquella eficacia con que hablasteis á los Magos, á fin de que, como ellos, os adore con humildad, os obsequie con generosidad, y con decisión siga el camino de vuestros mandamientos que me ha de conducir á la gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta verdad merecen el nombre de Reyes Magos los distinguidos personajes que en este día adoraron al Redentor! Son Reyes por el perfecto dominio sobre sí mismos de que dieron evidente testimonio; son magos ó sabios por la celestial sabiduría que mostraron. Ellos enseñaron al mundo á buscar á Jesús con presteza, sin demora, flojedad ni á remolque; con constancia, sin vacilaciones, dudas ni incertidumbres; con prudencia, practicando los medios más eficaces para hallarlo. ¡Oh, si nosotros les imitásemos! ¡Si, como ellos, siguiésemos la estrella de la divina inspiración y voluntad! Hallado el Rey que buscaban, los Magos se postran reverentes y le adoran; abren sus tesoros, y le ofrecen sus dones; y, llegado el tiempo de partir, se van por otro camino, según el aviso del cielo. Pongamos nuestra consideración en estos gloriosos varones, y reflexionando sobre nosotros mismos, examinemos si buscamos á Jesús con la presteza, constancia y prudencia que ellos, si le ofrecemos con sinceridad nuestros dones; lloremos nuestra tibieza: propongamos eficaz reforma, y con fe y confianza, pidamos por nosotros y por todos los hombres del mundo.

PURIFICACIÓN DE LA VIRGEN.

PRELUDIO 1.° La Virgen fué al templo á cumplir la ley de la purificación, y allí el Señor llenó de consuelo su alma y de amargura su maternal corazón.

PRELUDIO 2.° Representémonos á la Virgen en el templo oyendo los tristes anuncios de Simeón.

PRELUDIO 3.° Pidamos la gracia de saber imitar á la Virgen en las virtudes que ejercita en este misterio.

Punto 1.° Considera cómo, transcurridos los días que marcaba la ley, María y José abandonaron su amado retiro de Belén, en el cual tan sobrenaturales regalos habían recibido del Señor, y se trasladaron á Jerusalén para cumplir lo que estaba prescrito para las demás mujeres que se hallaban en las circunstancias de María, pero no para esta purísima Señora; con lo cual, por una parte nos dió un ejemplo admirable de obediencia, y por otra nos enseñó prácticamente que no hemos de vacilar en dejar el recogimiento y quietud de la oración cuando se trata de cumplir alguna obediencia que nos impongan. Pondera cómo para dar cumplimiento á la ley de la purificación, María fué al templo, se presentó como si fuese inmunda al sacerdote, y ofreció el sacrificio que estaba mandado para las mujeres pobres, que consistía en un par de tórtolas ó palomas. Esto mismo debes tú practicar de un modo espiritual si deseas purificarte de las manchas que en verdad has contraído. Primeramente, has de presentarte á la casa de Dios, porque, aunque en todo lugar debes adorar al Señor en espíritu y verdad, pero el templo es el lugar en donde Él se digna hablar más particularmente al que le escucha, y escuchar al que le habla. Luego, has de confesarte inmundo y pecador, abriendo ante el ministro de Dios tu corazón y descubriéndole con profunda humildad y vivo dolor todas tus llagas, aunque sean asquerosas y hediondas. Lo tercero, debes ofrecerle el sacrificio por el pecado, el cual consiste en una verdadera y cordial compunción y en un propósito firme y eficaz de evitar las culpas, gimiendo como paloma tus extravíos y huyendo como tórtola á la soledad, lejos de los escollos y peligros que ofrece el mundo y bullicio de los hombres. ¿Practicas estos medios para purificarte? ¿De qué modo lo verificas? ¡Oh Virgen purísima! Vos, aunque más pura que los cielos, más blanca que la nieve y más limpia que el sol, queréis presentaros como impura y necesitada de purificación. ¡Oh humildad inefable! Por ella os pido que me ayudéis á purificarme de mis culpas, usando de los medios que Vos me habéis enseñado.

Punto 2.° En este punto debes considerar cómo María, después de haber hecho la ceremonia de la purificación, ofreció á Dios su divino Hijo, que era el objeto más excelente, rico y precioso que tenía. Aprende tú á ser generoso con Dios, y no te atrevas á ofrecer el santo sacrificio ni á recibir el divino Cordero sin que estés purificado del todo de tus culpas y pecados. Pondera luego el modo cómo premia Dios á la Virgen el riquísimo presente que le ofrece. No solamente la consuela, inspirando á dos insignes santos las grandezas del divino Jesús, y moviéndoles á que las pregonen públicamente, sino también la descubre los espantosos suplicios y crueles contradicciones de que ha de ser víctima aquel preciosísimo Niño, y la cruel espada que había de atravesar su corazón maternal. De estos dos modos paga el Señor en este mundo los obsequios que se le hacen y los servicios que se le prestan. Unas veces consuela con dulcísimos regalos, descubriendo los secretos divinos que se ignoraban; otras da parte en su amargo cáliz, compartiendo con sus más queridos amigos los dolores y penas que Él sufrió con tanta terribilidad en su vida y Pasión. Y no es menor prueba de amor ésta que aquélla; como no probó menos la predilección que Jesús tenía á los Apóstoles Pedro, Santiago y Juan cuando les admitió á ser testigos de su agonía en el huerto, que cuando les regaló con las dulzuras de la

transfiguración. ¡Oh, si nos convenciésemos de que es señalada y peculiar providencia de este amoroso Padre el castigar al que recibe por hijo! ¡Oh, si tuviésemos la dicha, no sólo de creer en Jesús, sino de padecer por su amor! ¡Oh afligida Madre! ¡Qué paga tan nueva os da el Señor por la infinita ofrenda que le presentáis! Por ella os ruego que sea yo generoso con Dios, agradecido á sus favores y resignado en los trabajos, y que, por graves que éstos sean, jamás me aparte de su amor y servicio.

Epílogo y coloquios. ¡Hermosísimo y por demás edificante es el ejemplo que nos da María en la purificación! Las virtudes más excelentes brillan en ella de un modo admirable. Su amor al retiro, su humildad profundísima, su obediencia absoluta, su devoción angélica, su generosidad ilimitada para con Dios, su amor á la pobreza, su modestia admirable en las alabanzas, su constancia y fortaleza á toda prueba en los dolores, su resignación omnímoda en las tribulaciones.... ¡Qué cúmulo tan inmenso de riquísimas virtudes! ¡Oh, si supiésemos nosotros copiarlas con perfección, modelando por este dechado las acciones de nuestra vida! Entonces quizá nos haríamos dignos de que el Señor nos tratase con el amor y predilección que á esta celestial Señora, comunicándonos dulces, suaves y espirituales regalos en la práctica de la virtud, y dándonos participación en las amarguras de su cáliz. Pues, ¿cuándo, de qué modo, en qué ocasiones podemos imitar las virtudes de María? Para realizarlo, ¿qué propósitos y resoluciones nos conviene hacer? Pidamos al Señor, por intercesión de su divina Madre, luz para conocerlos, gracia para cumplirlos, y socorro en todas nuestras necesidades espirituales y corporales.

ANUNCIACIÓN DE LA VIRGEN.

PRELUDIO 1.º María en su retiro recibió la visita del arcángel san Gabriel, que le anunció que sería Madre de Dios, y en esta ocasión dió notables ejemplos de prudencia, obediencia y otras esclarecidas virtudes.

PRELUDIO 2.º Representémonos á María turbada oyendo la salutación y las palabras del arcángel.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar los admirables ejemplos de María.

Punto 1.º Fué enviado el arcángel san Gabriel á María. Considera aquí las relevantes prendas que dispusieron á esta celestial doncella para recibir la visita de este arcángel, y esta embajada de Dios. María era la más humilde de todas las criaturas; penetrada de una celestial luz, conocía perfectamente su propia nada y daba al Señor toda la gloria, sin usurparla para sí; propio es del Señor dar su gracia á los humildes, mirarlos con predilección, y servirse de ellos para cosas grandes. Si tú deseas los dones del cielo, preciso es que seas humilde; no te

desdeñes ni avergüences, aunque tu origen sea modesto, la clase á que perteneces sea baja, y la ocupación obscura. María vivía en el retiro, guardando un silencio casi continuo, sin interrumpirle más que para dirigir á Dios sus ardientes oraciones. ¡Oh qué disposición tan importante y poderosa es ésta para alcanzar las visitas del cielo y las inspiraciones de Dios! No se halla á Dios en la conmoción y en el bullicio del mundo, si el hombre se introduce voluntariamente en él; cuando el Señor quiere hablarnos al corazón, comienza por guiarnos á la soledad. El ángel del Señor halló á María, no en la plaza pública, no entregada á conversaciones y pasatiempos inútiles, sino en lo secreto de su retiro, hablando con Dios, escuchando su divina voz, derramando en su presencia su purísimo corazón abrasado en amor. Finalmente, María arde en vivos deseos de ver al Mesías, de servirle, obsequiarle y probarle con todos los modos posibles su amor; y estos deseos son un poderoso imán que atrae á su seno al Hijo de Dios. ¿Deseas tú que el Señor te visite con misericordia, para enriquecerte de bienes? Sé humilde y recogido y aviva los deseos de tu santidad y perfección. ¡Oh Madre mía amantísima! Mira con misericordia á mi pobre alma; el estado en que se halla es en extremo lamentable; lejos de disponerse para que el Señor la visite, con su soberbia, disipación y tibieza se hace merecedora del divino abandono; ayudadme, Señora, con vuestra protección, alcanzadme la divina gracia para imitaros en este mundo, y después contemplaros en el otro.

Punto 2.º Considera en este punto el modo admirable cómo María recibe la visita del ángel y oye su pomposa é inesperada salutación. Dícele el mensajero divino: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor contigo». Al oir María estas alabanzas que, en su humildad, juzgaba tan inmerecidas, se turba, medita y reflexiona qué salutación sea ésta. Así obra el verdadero humilde; calla y se ruboriza, viendo cuán otro es de lo que de él dicen; por el contrario, el soberbio responde á los aplausos de los hombres con muestras de afectado agradecimiento, ó los rechaza hipócritamente, creyéndose entretanto muy digno de ellos. Pondera igualmente cómo se porta María cuando el ángel le descubre el objeto de su embajada, anunciándole que había sido escogida para una dignidad tan sublime, cual es la de ser Madre de Dios. Primeramente indaga modestamente si tal revelación está del todo conforme con lo que había prometido el Espíritu Santo. Y cuando ya está cerciorada de la voluntad de Dios, entonces, con una abnegación á toda prueba, con una humildad increíble, con una obediencia nunca oída, contesta: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». ¡Con qué prudencia examina esta Señora los espíritus si son de Dios! ¡Cómo sabe hacerse superior á sí misma, olvidándose de su propia debilidad, para ofrecerse á los más insuperables trabajos; de su excelsa dig-

nidad, para pensar en su propia vileza; de la pequeñez de su ser, para confiar en la grandeza y poder de Dios! ¡Oh, si nosotros recibiésemos, como María, las visitas del Señor! ¿Cómo nos conducimos cuando Él se digna visitarnos en la comunión, con alguna enfermedad, ó con algún consuelo en la oración? ¡Oh María! Pues que os dignáis ser nuestra Madre, alcanzadnos de Dios espíritu de hijos, de modo que os imitemos fielmente, no sólo en las prosperidades, sino también en las adversidades, ya nos visite el Señor con misericordia, ya nos haga sentir el rigor de su justicia.

Epílogo y coloquios. ¡Qué honor tan soberano para María el recibir una embajada del mismo Dios, siendo el embajador uno de los más elevados ángeles de la gloria! ¿Cómo se ha hecho digna esta excelsa Señora de tan inefable gloria? ¡Ah! Es humildísima, vive en el mayor recogimiento y abnegación propia, arde en vivos deseos de ver la redención del mundo. Este es el camino de la verdadera y sólida gloria. María, al oir la salutación gloriosa del ángel, se turba, reflexiona y calla. Esto hace el humilde. Oyendo el anuncio del celestial paraninfo, que le descubre que ha de ser Madre de Dios, discurre, y pregunta con humildad y prudencia cómo puede realizarse tal prodigio en Ella, y, conocido el misterio, con una abnegación á toda prueba, acepta generosa la inmensa carga de corredentora del género humano y Madre de todos los hombres. ¿Es posible que nosotros no amemos con todo nuestro corazón á esta admirable Señora? ¿Qué más pudo hacer por nosotros? Y, ¿qué hacemos nosotros por Ella? Examinémonos con detenimiento, propongamos con firmeza, y pidamos con fervor y confianza por nosotros y por todo el mundo.

ASCENSIÓN DE JESUCRISTO.

PRELUDIO 1.º Jesucristo subió á los cielos á vista de sus discípulos, comunicándoles en esta ocasión gracias muy singulares.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesucristo subiendo gloriosamente á los cielos.

PRELUDIO 3.º Pidamos viva fe de este misterio y ardiente deseo de acompañar á Jesús.

Punto 1.º Considera cómo, llegado el día señalado por el Señor, salió con sus discípulos de la ciudad de Jerusalén, llevólos al monte Olivete, y, después de haberles dado su bendición, comenzó á subir con majestad y gloria á los cielos, viéndolo éllos, hasta que una hermosa nube lo quitó de sus ojos. Este es uno de los misterios más estupendos y más gloriosos para nuestro Salvador. ¿Quién no queda arrebatado de admiración al considerar á un hombre de carne y hueso como nosotros, que, para salir del mundo, comienza á elevarse por sí solo por estos aires con pausa, majestad y gloria inefable, y que, cuando Él quiere, en la misma atmósfera hace aparecer una milagrosa nube, en la cual se esconde, para sustraerse á las miradas de los hombres? Los antiguos poetas no habían llegado á fingir una gloria semejante. ¡Cuán distinta es esta salida del mundo que hoy verifica Jesús, de la que realizan los demás hombres mortales! Estos, al morir, bajan al seno de la tierra, y muchos al profundo del infierno; Aquél sube por los aires sin detenerse hasta llegar á la misma derecha de Dios. Éstos dejan un cuerpo hediondo, repugnante, objeto de horror para los que le ven; Aquél ostenta un cuerpo hermosísimo y resplandeciente, llevando en pos de sí cautivos á todos los que le contemplan. Éstos alejan de su alrededor á todos los hombres, aun los más allegados y amigos; Aquél une tan estrechamente consigo con los lazos de la caridad á los que le ven, que no quisieran jamás separarse de Él. Considerando todo esto, despierta por una parte sentimientos de desprecio y horror á las cosas del mundo, aunque sean muy apetecidas de los hombres, viendo el resultado final que tienen, y por otra alaba, bendice y alégrate de la gloria de Jesús, deseando participar de ella. ¡Oh Redentor gloriosísimo! Gózome de que subáis glorioso y triunfante por los aires, alegrando á los ángeles que os acompañan, á los hombres que os miran y al Padre Eterno que os espera, para colocaros á su diestra; haced que os acompañe yo en vida, imitando vuestros ejemplos, para que pueda después acompañaros en muerte, subiendo á vuestra gloria.

Punto 2.º En este punto has de considerar cómo la Ascensión del Señor encierra preciosísimos bienes para todos sus discípulos. En este misterio hallan los cristianos el más eficaz motivo para despertar la alegría y júbilo santo. Jesús es nuestro Rey, nuestro Padre, nuestro Maestro, nuestro Amigo, nuestro Hermano mayor. ¿Qué súbdito, hijo, discípulo, amigo ó hermano no se regocija de la gloria de su rey, padre, maestro, amigo y hermano? Además, si Jesucristo, nuestra cabeza, ha subido á los cielos, nosotros, sus miembros, subiremos también. La Ascensión del Señor es la causa ejemplar y eficiente de la nuestra: ejemplar, en cuanto nos muestra el modo cómo subiremos; eficiente, por las abundantes gracias que comunica el Señor á los que meditan con devoción este misterio. Él ha ido á prepararnos el lugar; como amante Padre volverá para llevar á los suyos adonde Él está, porque quiere tener consigo á sus ministros y siervos, y en donde está el cuerpo quiere que se reunan las águilas. Pondera cómo la Ascensión de Jesucristo nos enseña también el camino que hemos de seguir para subir á la más elevada perfección. Él sube después de resucitado, habiéndose entretenido largo tiempo en santas conversaciones con sus discípulos; sube desde el monte de las Olivas, en cuya falda había sentido antes extremada tristeza y comenzado á beber el cáliz de su Pasión. Del propio modo, si tú quieres subir á la más elevada santidad,

debes antes resucitar á la vida de la gracia, ocuparte en hablar devotamente con Dios y santamente con tus prójimos; has de procurar la justicia, la paz con Dios, contigo y con los prójimos, y emprender valeroso el camino de la cruz, auxiliado con la divina gracia. ¡Oh Salvador mío! Ya que dijisteis que vendríais desde el cielo para visitar á vuestros discípulos y llevarlos á vuestra gloria, yo, discípulo vuestro, aunque indigno, suspiro por Vos; venid á mí, conducidme por el camino de la santidad, por la imitación de vuestras virtudes, y hacedme digno de la eterna bienaventuranza.

Epílogo y coloquios. ¡Oh milagro nunca oído! ¡Oh portento nunca visto! Jesus, nuestro amado Redentor y querido Padre, sube majestuoso á la gloria. Desde la cumbre del monte de las Olivas, á la vista de sus discípulos, después de haberles dado la bendición, principia á elevarse majestuosamente por los aires, dirigiendo su camino á la gloria; una nube milagrosa le recibe en su seno y le oculta á las miradas de los hombres, y en este nuevo tabernáculo sube hasta lo más alto del cielo. ¡Qué júbilo experimentarían los espíritus angélicos! ¡Qué himnos de gloria entonarían las almas bienaventuradas que con Jesús subían! ¡Qué gozoso estaría el Padre Eterno, viendo subir al Hijo de sus complacencias tan cargado de ricos despojos! Y nosotros, ¿por qué no nos alegramos en este solemnísimo día en que tanta gloria recibe el que es nuestro Padre, Hermano, Maestro, Amigo y Redentor? ¿Por qué no procuramos ahora seguir su camino, subiendo á la mayor perfección posible, y de este modo hacernos dignos de acompañarle algún día en su subida á la gloria? ¿Qué nos conviene proponer para esto? Subamos ahora con Jesús al monte de la perfección, y desde él podremos subir al monte de la gloria. Veamos lo que debemos practicar al efecto; pidamos con confianza todo cuanto deseemos para nosotros y para los demás.

FIESTA DEL CORPUS CHRISTI.

PRELUDIO 1.° En esta festividad quiere Jesús renovar de algún modo los misterios de su vida, andando por las calles y plazas, haciendo bien á todos.

PRELUDIO 2.° Represéntate á Jesús recorriendo por la Judea con grande séquito, y á ti acompañándole con las turbas.

PRELUDIO 3.° Pide la gracia de saber acompañar á Jesús con tiernos afectos de amor, confianza, agradecimiento y humildad.

Punto 1.° En este punto has de considerar cómo el Señor, por medio de las procesiones que celebra en este día la Iglesia, pretende recordar á todos los cristianos los viajes largos y jornadas que hizo durante su vida mortal para la salvación del mundo. Porque, así como en el tiempo que vivió sobre la tierra pasó

haciendo bien á todos y sanando á los oprimidos del demonio, porque Dios estaba con El; así también ahora en el divino Sacramento recorre los templos, plazas y calles de la cristiandad, haciendo bien á todos los que con viva fe llegan á Él, confesándole, adorándole y alabándole con todo su corazón, porque Dios está dentro de El; y así va comunicando á los que le siguen todo género de bienes, con resplandores de celestial luz, enseñándoles como Maestro, curándoles como Médico, perdonándoles como Salvador, y apacentándoles como Pastor con su mismo cuerpo y sangre. Pondera, en especial, cómo en esta ocasión se renueva de algún modo aquella pompa y solemnidad con que Jesús hizo su entrada en Jerusalén el Domingo de Ramos; porque, como entonces entró en aquella ciudad manso y humilde, sentado sobre un jumentillo, y le salió á recibir muchedumbre innumerable de gente para honrarle, alabarle y obsequiarle; así ahora va por las calles manso y humilde, cubierto con el velo de los accidentes de pan; y todos los cristianos, ricos y pobres, reyes y vasallos, vienen á honrarle y glorificarle con hachas y luminarias, con músicas y cánticos de júbilo, adornando las calles con flores y ramos, y con ricos doseles, cual corresponde á la grandeza de este Señor. ¡Oh alma mía! Mira los sentimientos con que debes acompañar á este bondadoso Señor; arroja á sus pies todos tus bienes con espíritu de pobreza; póstrate en su presencia con profunda humildad, y entona en tu corazón armoniosos himnos con aquel espíritu que lo hacen los ángeles en el cielo.

Punto 2.° Considera en este punto el fin que se propone el Padre Eterno y el mismo divino Hijo al ordenar las solemnes procesiones de este día. El Padre Eterno pretende con ellas premiar de algún modo en la tierra las estaciones dolorosas y afrentosas que Jesús anduvo en la noche y día de su Pasión. Y pues entonces fué llevado de tribunal en tribunal, de casa en casa, y después al Calvario con la cruz á cuestas, acompañado de soldados y gente armada y con voz de pregonero anunciando sus fingidos delitos, quiere que ahora vaya por las calles y plazas, entonando los cristianos cánticos de alegría, y que los soldados y grandes de la tierra le rindan homenaje, y que los hombres tengan á grande honor llevarle en sus hombros, y que le pongan tronos riquísimos, y que delante de El doblen todos con gran reverencia las rodillas, mucho mejor que los súbditos de Asuero delante de Mardoqueo. ¡Cuán de verdad honra el Señor á aquellos á quienes quiere honrar! Finalmente, el mismo Hijo de Dios dispone también que los hombres en la tierra le hagan fiesta al modo que se la hacen los bienaventurados en el cielo, á fin de tener ocasión de mostrar las riquezas de su misericordia infinita. En el cielo los veinticuatro santos ancianos arrojan sus coronas delante de Él; los santos cuatro animales le entonan himnos de gloria, alabando su omnipotencia, eternidad y dominio absoluto;

otros le presentan riquísimos vasos de oro llenos de las oraciones de los santos. Del propio modo desea que los cristianos se desnuden de cuanto tienen, arrojándolo á sus pies, reconociéndole dueño absoluto de todo; que le canten cantares de gloria y le ofrezcan fervorosas y olorosas oraciones; y para esto desciende á la tierra y se pasea por el mundo. De lo cual has de sacar el modo cómo debes acompañar á Jesús en estas procesiones, ya con acciones de gracias por lo que por ti padeció, ya con vivos afectos de humildad, veneración, ofrecimiento de ti mismo y desprendimiento de todas las cosas. ¡Oh Rey soberano! Muy justo es que os honren ahora los hombres, pues Vos aceptasteis tantas deshonras por su bien. Yo os adoro, bendigo y alabo en este soberano Sacramento, y os ruego que llenéis mi corazón de aquellos afectos que sienten vuestros santos en el cielo.

Epílogo y coloquios. ¡Oh misterio de amor! Jesús nuestro Salvador, que pasó por el mundo haciendo bien y sanando á todos los enfermos y poseídos del demonio; Jesús, que entró en Jerusalén aclamado y vitoreado por los sencillos habitantes de aquella ciudad; Jesús, que por nuestro amor quiso recorrer las calles de Jerusalén, atropellado, perseguido, calumniado, cargado con la cruz, y con voz de pregonero; Jesús, que está en el cielo en trono refulgente recibiendo los homenajes de toda la corte celestial y oyendo los cánticos de alabanza que entonan en su honor; este mismo Jesús se digna bajar en persona, venir á nuestra aldea, pasear por nuestras plazas y calles, escuchar nuestros cantares, recibir nuestros obsequios y derramar sobre nosotros sus abundantes bendiciones. Debiéramos nosotros acompañarle con los mismos sentimientos con que le honran los bienaventurados en la gloria; pero tal vez nos guían la vanidad, amor propio y respeto humano. Propongamos rectificar nuestra intención; pidamos lo que nos convenga para nosotros y para nuestros prójimos.

FIESTA DE SAN PEDRO APÓSTOL.

PRELUDIO 1.º El Apóstol san Pedro es digno de nuestra admiración é imitación en su vocación, en su vida y en su muerte; y la gloria de que goza es proporcionada á su santidad.

PRELUDIO 2.º Representémonos al Apóstol san Pedro glorioso y empuñando las llaves del cielo.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar sus relevantes ejemplos.

Punto 1.º Considera cómo, sintiendo san Pedro el llamamiento de Jesucristo, al instante, sin demora, dejó la barca, las redes, su padre, madre y todo cuanto tenía y podía tener en el mundo, y le siguió. ¡Dichoso varón, que, con esta puntualidad en seguir la divina vocación, se hizo merecedor de gracias muy señaladas y de una gloria muy sublime! Si él hubiese sido

sordo á la divina voz, habría vivido en la obscuridad, nadie se habría acordado de él, y en su muerte tal vez habría caído en los infiernos. También á ti se ha dignado el Señor llamarte repetidas veces, ya á un estado más perfecto, ya á mayor santidad en tu propio estado, y á la práctica más esmerada de alguna virtud, como la humildad, modestia ó mortificación. Y tú quizá has menospreciado ó resistido al divino llamamiento. ¿No te arguye la conciencia de esta ingrata conducta? Pondera cómo no basta seguir una vez la divina vocación; es indispensable obrar constantemente según ella. San Pedro dió durante toda su vida las pruebas más claras de la más perfecta correspondencia á la vocación del Señor. ¡Qué fidelidad guardó siempre á su divino Maestro! ¡Qué celo mostró en todas ocasiones por su gloria! ¡Con qué constancia y firmeza cumplió incesantemente los deberes de su ministerio! Y si una vez experimentó que era hombre flaco, ¡cómo lloró su culpa! ¡Con qué penitencia tan rigurosa y duradera la expió! Vuelve ahora sobre ti mismo, y confúndete al verte tan inconstante en tus propósitos; cualquiera tribulación te hace vacilar, y casi llegas á arrepentirte de haber seguido el divino llamamiento. ¡Oh glorioso Apóstol! Vos sois firme como una peña, y todas las puertas del infierno y los esfuerzos del espíritu de las tinieblas no podrán prevalecer contra vos; dadme parte de esa firmeza que os concedió el Señor, para que ni los vientos, ni las lluvias, ni los ríos caudalosos hagan conmover el edificio de mi alma, antes permanezca inmoble, como morada del Altísimo.

Punto 2.º Aquí has de considerar el martirio de san Pedro y el inmenso premio que con él y con su vida mereció. Oyó el Señor las súplicas de su fidelísimo siervo, y le concedió lo que tanto deseaba; esto es, dar la vida por la fe y sellar con su sangre la doctrina que había predicado, y tener la muerte semejante á la de su amado Salvador. Contémplale clavado en la cruz, cabeza abajo, como en actitud de emprender el viaje á la gloria, y mirando desde el suelo á su divino Maestro en el cielo. En aquel altar ofrece amoroso su vida, y Dios la acepta, y en retorno le da tal constancia y fortaleza, que todos los dolores no pueden arrancar de su corazón un solo suspiro, de sus ojos una sola lágrima, ni de sus labios un solo quejido. ¡Oh, si tú le imitases en los deseos de padecer por Jesús, y ofrecieses como él tu salud, descanso y vida por la salvación de las almas y por la gloria de Dios! Pondera, para moverte á ello, la gloria inmensa de san Pedro en el cielo. Mira cómo su alma afortunada, llena de méritos, cargada de buenas obras y rica de virtudes, se presenta delante de Dios. Su divino Maestro la corona de belleza é inmortalidad, la coloca en elevado trono; y toda la corte celestial tributa honrosos parabienes al que fué Vicario de Jesucristo, cabeza de la Iglesia y Maestro infalible de la humanidad. Los traba-

jos de su vida y martirio pasaron presto; la gloria y el gozo del cielo durarán eternamente. ¿No sentimos nacer en nuestro corazón un deseo de participar de aquella dicha? ¿Cómo imitamos á este Apóstol que la disfruta? ¡Oh admirable y glorioso san Pedro! Yo os felicito por la gloria que os ha concedido el Señor; pero más os felicito por el valor y fortaleza con que le servisteis hasta la muerte, mereciendo esta rica corona que ceñís; haced que os imite en los trabajos y en los dolores, á fin de que pueda después acompañaros en la gloria.

Epílogo y coloquios. ¡Con qué perfección cumple el glorioso apóstol san Pedro el encargo que le hizo su divino Maestro de confirmar á sus hermanos! Su vida, su pasión, su muerte, su gloria, son la más sólida confirmación de nuestra fe, y el más perfecto modelo que nos confirma en el camino de la virtud. Luego que conoce la divina vocación, la sigue con fidelidad, desprendimiento y constancia. Consecuente con el primer paso que ha dado, trabaja sin descanso por la gloria de su divino Maestro; y si una vez padece un desliz, le sirve para mejor conocerse, corregirse, despreciarse y llorar por toda su vida una pasajera debilidad. ¡Qué muerte tan edificante y tan dolorosa! ¡Qué confirmación tan sólida de la verdad que ha predicado durante toda su vida! ¡Qué prueba tan fundada del amor que siempre ha profesado á Jesús! En cambio, el Señor recibe su alma riquísima, y levantándola sobre las mismas jerarquías celestiales, la coloca en refulgente trono de gloria. ¿No despierta todo esto en nuestro espíritu una santa emulación, y un encendido deseo de imitar á este santo Apóstol? ¿Qué propósitos conviene que formemos con este objeto, atendido el estado actual de nuestra alma? Miremos lo que aconsejaríamos á aquel que se hallase en el mismo estado que nosotros; roguemos fervorosos por nuestra alma y por todo el mundo.

FIESTA DE SANTIAGO, EL MAYOR.

PRELUDIO 1.º Santiago, por su fidelidad á Dios y encendido celo, se hizo digno de singulares favores.

PRELUDIO 2.º Representémonos á Santiago de rodillas, recibiendo el golpe del verdugo que le corta la cabeza.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar los admirables ejemplos de virtud de este santo Apóstol.

Punto 1.º En este punto has de considerar cuán admirables fueron los ejemplos de virtud que en vida y en muerte dió el glorioso Santiago. Apenas oyó la voz de Jesucristo que le llamaba á su seguimiento, al momento, sin demora, dejó las redes, la barca y á sus padres, y siguió al Salvador. No le movió á esto ni la esperanza del premio, ni el temor del castigo, ni el brillo

de los milagros de Jesús; sólo el amor de Dios, en que interiormente se abrasaba su espíritu. Este santo afecto destruyó en él el amor de las criaturas, y le indujo á seguir inseparablemente á Jesús. ¡Cuán lejos estás tú de imitar á este fervoroso Apóstol! Ni todas las promesas, ni las más severas amenazas, son bastante eficaces para arrancarte del amor del mundo y servir con esmero á Dios. Pondera luego el ardiente celo de este grande Apóstol. El cual fué tan vivo, que no le dejó descansar en toda su vida, y le hizo subir valerosamente al patíbulo. Mira cómo, á modo de un rayo, hace velozmente sus correrías por Judea, Samaria y demás países vecinos. No satisfecho su celo, viene á España: recórrela toda desde Oriente á Poniente; siembra por todas partes la divina semilla; recoge los primeros frutos en los siete discípulos, que luego fueron los primitivos obispos; vuelto á Jerusalén, sella con su sangre la fe que ha predicado. ¿Es tu celo activo, laborioso, incansable y fuerte como el de Santiago? ¡Oh admirable Apóstol! Pues habéis sido nuestro padre en la fe, enseñándonos la santa doctrina, perfeccionad vuestra obra, haciendo que con ella conformemos nuestra vida, imitando vuestras virtudes, siguiendo vuestros ejemplos y celando con ardor por la gloria de Dios y bien de las almas.

Punto 2.º Considera aquí la generosidad con que recompensó el Señor la fidelidad, virtud y celo de este ilustre Apóstol. En los años de su predicación dispensóle á él, con san Pedro y san Juan, muestras muy singulares de amor, confianza y ternura. Porque, no solamente le cambió el nombre, llamándole *Boanerges*, hijo del trueno, presagiando lo vivo, ruidoso y eficaz de su celo, sino que además quiso hacerle testigo de sus más portentosas obras, confidente de sus tristezas y amarguras, y participante de su soberana gloria. Porque entre todos los Apóstoles, él fué escogido por Jesús para acompañarle en el milagro de la resurrección del primer difunto, en la transfiguración del Tabor, y en la amarga y dolorosa agonía del huerto de Getsemaní. ¡De cuántos bienes te privas á causa de tu tibieza en el divino servicio! ¡Cuántas gracias recibirías del Señor si en ti hallara fidelidad constante y puntual á sus inspiraciones! Reflexiona cómo uno de los premios más ricos con que el Señor recompensa los servicios de los santos, es el darles parte en su cáliz y el ordenar que padezcan persecución por su amor. Santiago fué el primero de los Apóstoles que selló con su sangre la fe que predicaban. ¡Qué honor! Él bebió antes que los demás el cáliz que había aceptado, y fué bautizado el primero con el bautismo que había admitido. ¿Comprendes tú la excelencia de este premio? ¿Mirarás con horror la cruz de Jesucristo? ¡Oh Salvador amabilísimo! Abrid y esclareced los ojos de nuestra mente, á fin de que conozcamos los tesoros de gracia y bendición que se esconden en vuestra cruz, y, estimulados por este conocimiento,

la deseemos con ardor, la busquemos con solicitud, y nos abracemos á ella con ternura, y logremos morir en ella por vuestro amor.

Epílogo y coloquios. ¡Qué correspondencia tan fiel á la vocación de Dios tuvo Santiago! No hubo necesidad de promesas ni amenazas para que se moviese á seguir á Jesús. Bastó una palabra del divino Maestro, y al instante dejó cuanto tenía y podía tener. No fué menor su celo. Su vida laboriosa y su dolorosísima muerte dan testimonio de él. ¿Por qué no imitamos á tan ilustre Apóstol? ¿En qué debemos reformarnos para seguir sus ejemplos? ¡Cuántos favores divinos podríamos esperar entonces! ¡Con qué generosidad recompensa Jesús á su amado Apóstol! Es preferido á los demás en vida, en muerte y aun después de ésta. En vida le hace su confidente, en muerte su primer testigo entre los Apóstoles, y después de la muerte honra especialmente su sepulcro. ¡Qué motivos tan poderosos para despertar en nosotros la devoción á Santiago y el deseo de imitarle! Meditémoslos atentamente y formemos aquellos propósitos y resoluciones que nos convenga, atendido el estado actual de nuestra alma. Roguemos por todas las necesidades.

ASUNCIÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º María subió al cielo en cuerpo y alma, y fué glorificada sobre todas las puras criaturas.

PRELUDIO 2.º Represéntate á María subiendo al empíreo acompañada de innumerables ángeles.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar á la Virgen y merecer su gloria.

Punto 1.º Considera cómo María fué la criatura que más se asemejó en su vida á Jesucristo, modelo perfectísimo de los hombres, y por esto se hizo digna de asemejarse á Él después de ella con preferencia á toda otra criatura. Ella, si es verdad que muriese para pagar la deuda general de la humanidad, es certísimo que, antes que su sacratísimo cuerpo comenzase á corromperse, resucitó gloriosa y adornada con las preciosas dotes de los bienaventurados, y subió triunfante al cielo para ser allí coronada de gloria é inmortalidad. Medita aquí con sosiego el gozo inefable que sentirían el cuerpo y el alma de María cuando se vieron transformados, cambiados, glorificados y unidos estrechamente para no separarse por toda la eternidad. Tal será el gozo que experimentarás tú el día de la resurrección, si tienes la dicha de resucitar para la vida; más ¡ay de ti si resucitases para la muerte eterna! Contempla á María subiendo al cielo. ¡Qué majestad! ¡Qué grandeza! Acompañada de su mismo Hijo, seguida de millares de ángeles, va subiendo esta arca santa, atraviesa los aires, traspasa las estrellas, y asciende hasta lo

más alto de los cielos á tomar posesión del trono que la santísima Trinidad le ha preparado. Júntate tú en espíritu con los escuadrones angélicos que la acompañan, entona con ellos alegres cantares, diles que la Señora con cuya compañía se honran, es tu Madre, y alégrate grandemente de verla tan glorificada, pidiéndole que nunca te abandone, hasta que logres fijar tu morada perpetua á los pies de su empinado trono. ¡Oh María! Gózome de vuestra gloria; con toda mi alma os felicito por ella, y con la mayor confianza os ruego que os acordéis de este pobre siervo vuestro que desea veros y acompañaros en el cielo. Miradme y compadeceos de mí.

Punto 2.º En este punto has de considerar las virtudes admirables que ejercitó María durante su vida, por las cuales se hizo merecedora de la sublimidad de la gloria que ahora disfruta en el cielo. Ella se ejercitó constante y perfectamente en las obras de Marta y de María, dedicándose á los ministerios de la vida activa, sirviendo con amor y caridad á los pobres en quienes veía representado á su divino Hijo, y retirándose después á vacar á la contemplación de las cosas divinas, poniendo su morada en el cielo, y regalándose allí con la vista del Señor y con la consideración de sus atributos y obras. Con estas dos alas subió á la más elevada perfección á que puede llegar una pura criatura, derramando en torno de sí un suavísimo perfume de todas las virtudes. Porque su humildad fué profundísima, su obediencia sin límites, su conformidad con la voluntad de Dios omnímoda, su modestia, paciencia, castidad, en una palabra, todas sus virtudes fueron heroicas; por lo cual le corresponde un premio superior al de todos los bienaventurados, puesto que la gloria del cielo es corona de justicia y está en razón directa de las buenas obras que se practicaron para alcanzarla. Pondera también las penas y dolores que María toleró por el amor de su Dios, bebiendo hasta las heces todo el amarguísimo cáliz de la Pasión de su divino Hijo, y bañándose enteramente en el doloroso bautismo en que este Señor fué sumergido. Jamás otra alma ha sufrido ni sufrirá tanto como el alma de esta Reina de los mártires; ninguna, pues, tiene mayor derecho que ella á la más encumbrada gloria. ¿Deseamos nosotros acompañar á nuestra Madre en el cielo y participar de su bienaventuranza? ¿Cómo la imitamos? ¿Cómo llevamos nuestras penas y aflicciones? ¡Oh Reina soberana! Alcanzadnos de vuestro divino Hijo abundante y eficaz gracia para que imitemos vuestras virtudes, sigamos vuestros ejemplos, conservemos la paciencia en nuestros trabajos, y nos hagamos dignos de eterno premio.

Epílogo y coloquios. ¡Oh María! Gozad en hora buena de la excelsa gloria que habéis ganado con el ejercicio de las más excelentes y sublimes virtudes, y soportando con amor los más aflictivos tormentos. Esta celestial Señora, que tanto se asemejó

á su divino Hijo, que jamás experimentó en su alma la corrupción de la culpa, y que ni siquiera había heredado el pecado de Adán. ¿podía dejar de asemejarse á Jesucristo después de esta vida, ni experimentar en su cuerpo las últimas consecuencias de la culpa en que no había caído? ¡Así es, que, si murió, su muerte fué muy transitoria; presto su dichosa alma volvió á reunirse con su cuerpo, comunicándole los gloriosos dotes de la bienaventuranza; y luego, cuerpo y alma subieron alegremente al cielo, acompañados del mismo Jesús, su divino Hijo, y de una multitud incomparable de espíritus bienaventurados. ¡Qué confianza para todos los que nos preciamos de ser sus vasallos! ¿Deseamos participar de esta misma gloria y felicidad? Imitemos á nuestra Madre en la práctica de las virtudes y en el sufrimiento de los trabajos. Para esto, propongamos y pidamos cuanto deseemos para nosotros y para nuestros prójimos.

NATIVIDAD DE LA VIRGEN.

PRELUDIO 1.º **El nacimiento de María es un acontecimiento gloriosísimo para Dios y utilísimo para el mundo.**

PRELUDIO 2.º **Representémonos á María en su nacimiento, á sus padres que la miran llorando de consuelo, y á los ángeles contemplándola desde la gloria.**

PRELUDIO 3.º **Pidamos que toda nuestra vida se emplee en glorificar á Dios y aprovechar á nuestros prójimos.**

Punto 1.º Considera cómo el nacimiento y aparición de María en este mundo es motivo de grande gloria para Dios. Un edificio magnífico honra al arquitecto que lo ha ideado y dirigido su obra; un cuadro muy perfecto honra al pintor que lo ha dibujado; un reloj ó alhaja muy primorosa honra al artífice que lo ha trabajado. ¿Cuánta honra y gloria recibirá Dios de las jerarquías angélicas, que contemplan extasiadas las grandezas de María en su mismo nacimiento? La reina de Sabá, al ver el orden, la grandeza y armonía, la abundancia y el esplendor de la corte de Salomón, no pudo menos de admirar con pasmo la sabiduría de este monarca. Admira tú también la sabiduría, omnipotencia y bondad de Dios al considerar las riquezas espirituales, el orden divino, la grandeza soberana de María, cuyos principios son muy superiores á los más elevados montes. Pondera también cómo la gloria de Dios consiste en la manifestación de sus infinitos atributos, los cuales se descubren y resaltan maravillosamente en el nacimiento de María. Descúbrese su fidelidad en cumplir las promesas tantas veces repetidas; su misericordia en compadecerse de un mundo tan desgraciado é ingrato; su bondad en llenar de tan inefables dones á una hija de Adán pecador, y en escuchar las humildes súplicas de Joaquín y Ana, por tanto tiempo estériles; su providencia, su caridad, su poder, todos los divinos atributos brillan en esta benditísima Niña. Fija en Ella los ojos de tu consideración, y, levantándolos al cielo, por una parte cúbrete de rubor viendo lo poco que glorificas á Dios, y por otra alábale y dale gracias por los bienes que ha depositado en María, por los cuales es digno de toda gloria. ¿Comprendemos la gloria que reporta Dios en el nacimiento de María? ¿Cómo le glorificamos nosotros?

Punto 2.º Considera cómo el nacimiento de María es, no sólo glorioso para Dios, sino sumamente provechoso para nosotros, y motivo de grande júbilo, ya por los bienes que nos anuncia, ya también por los que nos proporciona. María es la aurora celestial que anticipadamente nos revela la aparición del Sol de justicia, Cristo Jesús; es el arco iris que nos recuerda que presto cesará la lucha y guerra cruel que hay entre el cielo y la tierra, y la enemistad que existe entre Dios y el género humano. ¡Cuán consolador es para un esclavo el anuncio de que presto ha de llegar quien le rescate! ¡Cuán satisfactorio para un enfermo desahuciado la noticia de la venida de un sabio médico, que sin duda le librará de su dolencia! Este anuncio gratísimo nos da á nosotros, miserables esclavos del demonio y enfermos de muerte eterna, el nacimiento de María. Y, ¿no nos alegraremos? Pero, reflexiona cómo esta natividad, no es solamente un pronóstico consolador para los hombres; es también una fuente y manantial de gracias y bendiciones. Esta preciosísima Niña ha de ser nuestra Madre poderosa, encargada de darnos la vida, sustentarnos, defendernos, asistirnos y ayudarnos en todas nuestras necesidades; será la abogada omnipotente que defenderá nuestra causa delante de Dios; será nuestro refugio y consuelo, nuestra reina y todo cuanto podamos desear y apetecer. Mira cuánta razón tienes para alegrarte en este día; despierta tu confianza, y espera que aquel bondadoso Señor que ha comenzado la obra de tu felicidad eterna, se dignará consumarla para gloria suya. ¡Oh María! ¡Oh hermosísima Niña! Yo os saludo al veros aparecer en el mundo como gratísima señal de paz, reconciliación y consuelo; naced también en mi alma por medio de una tierna devoción, para que con Vos venga Jesús á tomar posesión de ella, y no se aparte ya por toda la eternidad.

Epílogo y coloquios. ¡Bendita sea la bondad y ternura de nuestro gran Dios, que, cuando más airado debía estar contra el mundo, se acuerda de su infinita misericordia, y le proporciona el más soberano beneficio! María ha nacido, ¡qué gloria para Dios! Jamás sus omnipotentes manos habían producido una obra tan acabada. Jamás habían brillado con tanto esplendor en criatura alguna las perfecciones divinas. María ha aparecido en el mundo: ¡qué dicha, felicidad y ventura para todo el género humano! Ella es la cándida paloma que nos trae el ramo de olivo, el arco iris que nos anuncia que va á aplacarse la indignación de

Dios contra el mundo. Ella ha de ser la corredentora del género humano, la madre, abogada, defensora, refugio y consuelo de los hombres. ¿Es posible que en esta festividad no salte de júbilo nuestro corazón, recordando todas estas cosas? ¿Es posible que no comencemos ya de una vez á honrar y obsequiar del modo que nos sea posible á esta dulcísima Madre? Miremos de qué manera hemos de recibirla en su venida al mundo, qué preparación nos exige, qué virtudes pretende hallar María en nosotros. Formemos los propósitos que nos inspire esta Señora y nos dicte el corazón; pidamos con confianza por nosotros y por todo el mundo.

FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.

PRELUDIO 1.º Representémonos la gloria, los santos y ángeles, distribuidos en coros gloriosísimos, alabando y cantando alegremente al Señor á quien contemplan.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conocer la excelencia y belleza de los moradores celestiales, y la dicha de ser contados entre ellos.

Punto 1.º Considera primeramente la muchedumbre innumerable de los bienaventurados. De solos los ángeles, dice Daniel que millares de millares asisten delante de Dios, y que diez veces cien millares le sirven; y de los hombres no vacila san Juan en su Apocalipsis en afirmar que son una multitud tan grande, que ninguno la puede contar; porque, aunque el número de ellos sea pequeño en comparación del infinito número de los condenados, pero absolutamente son muchos; por esto dijo Jesús que en la casa de su Padre hay muchas moradas. Con todo, aunque son innumerables, todos se conocen y conversan unos con otros con tanta familiaridad, como si fueran pocos. Pondera, además, la calidad de estos afortunados ciudadanos, la cual es gloriosísima porque todos son nobilísimos, santísimos, sapientísimos, prudentísimos, afabilísimos y eminentísimos en todas las cualidades que se pueden desear, de condición, complexión, cortesanía, discreción y de toda virtud, porque allí no puede entrar demonio, ni pecador, ni persona que esté manchada con resabio de culpa, ni de otra imperfección. Todos son lirios sin espinas, grano sin paja, trigo sin cizaña; porque las espinas, paja y cizaña se quedan fuera del cielo para cebo del fuego del infierno. Pues, si tanto contento recibimos con la compañía de un hombre sabio, discreto y santo, ¿qué gusto recibiremos en tratar con tantos y tan grandes en sabiduría, discreción y santidad? ¡Oh Dios de las virtudes! ¡Cuán hermosos y apreciables son vuestros tabernáculos! ¡Bienaventurados son los siervos que asisten delante de Vos! Por los siglos de los siglos os alabarán. ¡Oh, si yo pudiese formar parte de vuestra brillantísima corte! ¿Cuándo, Señor, tendré la dicha de ser contado entre los felices que con Vos están sentados á vuestra mesa celestial?

Punto 2.º Considera aquí la hermosísima y ordenada variedad que hay entre los bienaventurados, la cual es por todos conceptos admirable. Así como las estrellas del cielo se distinguen en la claridad, pero todas son hermosas, así los bienaventurados son muy diversos en su hermosura y claridad celestial, pero con sumo concierto y orden en sus grados. Los ángeles están distribuidos en tres jerarquías y nueve coros, diferentes todos en la naturaleza y en los dones de sabiduría y gracia, con una belleza admirable. Entre ellos están los hombres mezclados con sus coros, y algunos sobre todos ellos, porque les exceden en la santidad. Hay coros de Patriarcas y Profetas, de Apóstoles y Evangelistas, de Mártires y Confesores, de Pontífices y Doctores, de Sacerdotes y Religiosos, de Vírgenes y Viudas, y de otros estados, y todos con sumo concierto y hermosa variedad. Pondera, sobre todo, cómo, con tanta variedad de grados, belleza y claridad, la unión entre todos es estrechísima y amabilísima, porque todos se aman con un amor ardentísimo en Dios, con suma conformidad de sus voluntades, sin encuentros, ni pleitos, ni ambiciones ó envidias. Los mayores aman tiernamente á los menores, y les desean dar cuanto pueden. Los menores aman intensamente á los mayores, y se gozan del bien en que los exceden. El bien de uno es bien de todos, y el bien de todos es bien de cada uno. Todos comen á una mesa de la divinidad, beben de una copa celestial, tienen unos mismos ejercicios, sirviendo á un mismo Dios con un mismo espíritu; porque Dios está en todos, y es todas las cosas á todos, uniéndolos entre sí y consigo mismo. ¿Deseas tan amorosa compañía? ¿Imitas las virtudes que ellos practicaron? ¡Oh Santos bienaventurados, que os visteis en los peligros en que yo me veo, y gozáis ya de la quietud que yo deseo! Ayudadme con vuestras oraciones, para que imite vuestras virtudes, y llegue á tener parte en vuestras coronas, gozando de vuestra compañía por todos los siglos.

Epílogo y coloquios. ¡Qué recuerdos tan suaves y placenteros nos trae á la memoria la festividad de este día! En el cielo, cobijados bajo las alas protectoras de Dios, se hallan innumerables hermanos nuestros, y desde allí nos miran, contemplan nuestras luchas, ayúdannos con sus oraciones, y suspiran porque vayamos á acompañarlos. Su número es sobre toda ponderación; sus cualidades y los adornos que los embellecen son hermosísimos; la variedad es sobremanera admirable; y, en medio de tanta diferencia, hay una unión, paz, conformidad tal, como si fuesen iguales. Todos se conocen con perfección y se hablan con amor; allí no hay defectos, imperfecciones ni faltas; comen á la misma mesa, ven la misma Divinidad, entonan alegres cantares, y beben del río impetuoso y suave de los deleites

divinos. ¡Oh mil veces dichosos aquellos que, desatados de las cadenas de este cuerpo corruptible, han volado al seno de Dios! ¿Seremos nosotros contados algún día entre estos felicísimos coros de bienaventurados? Nuestras obras lo dirán. ¿Qué nos conviene ahora practicar y evitar? Mirémoslo con cuidado, y hagamos firmes propósitos de obtenerlo. Pidamos el cumplimiento de éstos y el auxilio divino en todas las necesidades que se nos han encomendado.

FIN.

TABLA

DE

MEDITACIONES PARA LOS DÍAS DE EJERCICIOS ESPIRITUALES

Cuando los santos ejercicios no han de durar más que seis días, inclusos los de entrada y de salida, suponiendo que cada día se tienen cuatro meditaciones y en el primero y último dos, la distribución de ellas se hará del modo siguiente:

		Págs.
Día 1.°	Fin del hombre	21
	Idem de las criaturas	24
Día 2.°	Pecado mortal	27
	Castigo de los pecados	30
	Muerte	33
	Penas del infierno en particular	46
Día 3.°	Arrepentimiento del pródigo	411
	Reino de Jesucristo	102
	Infinita caridad de Dios en la Encarnación	111
	Nacimiento de Jesús	124
Día 4.°	Jesús se queda en el templo	843
	Bautismo de Jesús	168
	Jesús se retira al desierto	171
	Dos banderas	375
Día 5.°	Tres clases de hombres	378
	Tres grados de humildad	381
	Entrada de Jesús en Jerusalén	562
	Crucifixión de Jesucristo	715
Día 6.°	Resurrección de Jesucristo	458
	Venida del Espíritu Santo	488

En los ejercicios de diez días se podrán tener las siguientes meditaciones:

Día 1.°	Fin del hombre	21
Día 2.°	Fin de las criaturas	24
	Pecado mortal	27
	Castigo de los pecados	30
	Muerte	33

		Págs.
Día 3.°	Juicio particular	36
	Juicio universal	39
	Infierno y eternidad de sus penas	43
	Penas del infierno en particular	46
Día 4.°	Hijo pródigo	411
	Reino de Jesucristo	102
	Causas de la Redención	105
	Caridad infinita de Dios en la Encarnación	111
Día 5.°	Nacimiento de Jesucristo	124
	Adoración de los pastores	136
	Adoración de los Reyes	151
	Subida de Jesús al templo	843
Día 6.°	Bautismo de Jesucristo	168
	Jesús se retira al desierto	171
	Vocación de los Apóstoles	182
	Excelencias de la ley evangélica	227
Día 7.°	Dos banderas	375
	Tres clases de hombres	378
	Tres grados de humildad	381
	Entrada de Cristo en Jerusalén	562
Día 8.°	Penas interiores y exteriores de Jesús	547
	Amor con que padece Jesús	556
	Injurias que sufrió Jesús en casa de Caifás	657
	Crucifixión de Jesucristo	715
Día 9.°	Resurrección de Jesucristo	458
	Aparición de Jesús á su Santísima Madre	461
	Aparición á San Pedro	467
	Aparición á los Apóstoles	474
Día 10.°	Ascensión de Jesús	484
	Venida del Espíritu Santo	488

DÍA DE RETIRO MENSUAL.

En este día se tendrán cuatro meditaciones, que serán:

1.ª— Muerte: sus propiedades y consecuencias 33
2.ª— Una de los pecados capitales, la que más convenga, ó bien, siguiendo cada mes el orden de las mismas 52
3.ª— Sentidos y potencias exteriores 77
4.ª— Sentidos interiores del alma 80

INDICE

INTRODUCCIÓN.

	Págs.
PRÓLOGO	5
Método para hacer la meditación	9
Modo de servirse de este libro	15
Indulgencias concedidas á la meditación	19

PRIMERA SERIE.

Meditaciones de la vía purgativa.

1.ª—Fin del hombre	21
2.ª—Fin de las criaturas	24
3.ª—Pecado mortal: su gravedad	27
4.ª—Castigo de los pecados	30
5.ª—Muerte: sus propiedades y consecuencias	33
6.ª—Juicio particular	36
7.ª—Juicio universal	39
8.ª—Infierno y eternidad de sus penas	43
9.ª—Penas del infierno en particular	46
10.—Purgatorio: sus penas	49
11.—Soberbia y humildad	52
12.—Avaricia y pobreza de espíritu	55
13.—Lujuria y castidad	58
14.—Ira y mansedumbre	61
15.—Gula y templanza	64
16.—Envidia y caridad	67
17.—Pereza y fervor	70
18.—Mandamientos de la ley de Dios	74
19.—Sentidos y potencias exteriores	77
20.—Potencias interiores del alma	80
21.—Estado religioso: sus fines	83
22.—Bienes del estado religioso	86
23.—Voto de pobreza	90
24.—Voto de castidad	93
25.—Voto de obediencia	96
26.—Observancia de las reglas	99

Meditaciones de la vía iluminativa.

27.—Reino de Jesucristo	102
28.—Causas de la Redención	105
29.—Atributos divinos que brillan en la Encarnación	108
30.—Infinita caridad de Dios en la Encarnación	111

Págs.

31.—Tiempo de la Encarnación..... 114
32.—Condiciones del cuerpo que tomó el Verbo encarnado.. 117
33.—Excelencia del alma de Cristo..... 120
34.—Nacimiento de Jesús..... 124
35.—Enseñanzas de Jesús recién nacido..... 127
36.—Adoración de los ángeles al Niño Jesús..... 130
37.—Cántico de los ángeles en el Nacimiento..... 133
38.—Adoración de los pastores á Jesús..... 136
39.—Contemplación del Nacimiento..... 139
40.—Buen uso del tiempo..... 142
41.—Circuncisión del Niño Dios..... 145
42.—Nombre de Jesús..... 148
43.—Adoración de los Reyes magos..... 151
44.—Virtudes, pruebas y premios de san José..... 155
45.—San Juan Bautista en el desierto..... 158
46.—Predicación de san Juan Bautista..... 162
47.—Embajada de los judíos al Bautista..... 165
48.—Bautismo de Jesucristo..... 168
49.—Jesucristo se retira al desierto..... 171
50.—Tentaciones de Jesucristo, en general..... 174
51.—Tentaciones de Jesucristo, en particular..... 178
52.—Vocación de los Apóstoles..... 182
53.—Correspondencia de los Apóstoles á la vocación..... 185
54.—Jesús arroja del templo á los profanadores..... 188
55.—Sermón del monte.—Introducción..... 192
56.—Primera bienaventuranza.—Los pobres de espíritu..... 195
57.—Segunda bienaventuranza.—Los mansos..... 198
58.—Tercera bienaventuranza.—Los que lloran..... 201
59.—Cuarta bienaventuranza.—Los hambrientos..... 205
60.—Quinta bienaventuranza.—Los misericordiosos..... 208
61.—Sexta bienaventuranza.—Los limpios de corazón..... 211
62.—Séptima bienaventuranza.—Los pacíficos..... 214
63.—Octava bienaventuranza.—Los que padecen persecuciones por la justicia..... 218
64.—Oficios apostólicos..... 221
65.—Promulgación de la ley evangélica..... 224
66.—Excelencias de la ley evangélica..... 227
67.—Preámbulo del Padre nuestro..... 230
68.—Oración del Padre nuestro.—Primera parte..... 234
69.—Oración del Padre nuestro.—Segunda parte..... 237
70.—Misión de los Apóstoles..... 240
71.—Requisitos de los varones apostólicos..... 244
72.—Prisión de san Juan Bautista..... 247
73.—Martirio de san Juan Bautista..... 251
74.—Misericordia de Jesús en el milagro de los cinco panes.. 254
75.—Circunstancias del milagro de los cinco panes..... 257
76.—Hartura y gratitud de las turbas..... 260
77.—Jesús sosiega una tempestad..... 263
78.—Tempestad en que Jesús anduvo sobre las aguas..... 267
79.—Jesús es tenido por fantasma..... 270
80.—Jesús permite á san Pedro andar sobre las aguas..... 273

Págs.

81.—Juicio de los hombres acerca de Dios..... 277
82.—Ilustre confesión de san Pedro..... 280
83.—Transfiguración del Señor..... 284
84.—Circunstancias de la transfiguración..... 287
85.—Petición de los hijos del Cebedeo..... 290
86.—Los hijos del Cebedeo aceptan el cáliz de la Pasión..... 293
87.—Santidad de Lázaro el pobre..... 297
88.—Desventura del Epulón..... 300
89.—Conversión de la Magdalena..... 303
90.—Jesús defiende y perdona á la Magdalena..... 307
91.—Jesús habla con la samaritana..... 310
92.—Conversión de la samaritana..... 313
93.—Absolución de la mujer adúltera..... 317
94.—Conversión de Zaqueo..... 320
95.—Libra Jesús del demonio á la hija de la Cananea..... 324
96.—Sana Jesucristo al criado del Centurión..... 327
97.—Curación de la hemorroísa..... 330
98.—Curación del tullido de la piscina..... 334
99.—Curación de un leproso..... 337
100.—Curación de diez leprosos..... 341
101.—Curación del ciego de Jericó..... 344
102.—Curación del ciego de nacimiento..... 348
103.—Curación de un sordo-mudo..... 351
104.—Curación del endemoniado lunático..... 355
105.—Resurrección de la hija de Jairo..... 358
106.—Resurrección del hijo de la viuda de Naim..... 361
107.—Enfermedad y muerte de Lázaro..... 365
108.—Resurrección de Lázaro..... 368
109.—Los judíos decretan la muerte de Jesús..... 372
110.—Las dos banderas..... 375
111.—Tres clases de hombres..... 378
112.—Tres grados de humildad..... 381
113.—Parábola de los que edifican sobre arena y los que sobre piedra..... 384
114.—Parábola del sembrador..... 388
115.—Parábola de la cizaña. (Primera parte)..... 391
116.—Parábola de la cizaña. (Segunda parte)..... 394
117.—Parábola del grano de mostaza..... 398
118.—Parábola del mercader que buscaba perlas..... 401
119.—Parábola de la oveja perdida..... 404
120.—Parábola del hijo pródigo. Sus extravíos..... 408
121.—Arrepentimiento del hijo pródigo..... 411
122.—Parábola del Samaritano..... 414
123.—Parábola del siervo de los talentos..... 418
124.—Ingratitud y castigo del siervo de los talentos..... 421
125.—Parábola del mayordomo llamado á cuentas..... 424
126.—Parábola del fariseo y del publicano..... 428
127.—Parábola de los obreros alquilados..... 431
128.—Parábola de la viña dada en arriendo..... 435
129.—Parábola de los convidados á las bodas..... 438
130.—Nuevos convidados á las bodas..... 441

Págs.

131.— Parábola de las diez vírgenes..... 445
132.— Castigo de las vírgenes necias..... 448
133.— Parábola de los talentos..... 451
134.— Premios de los que lucraron con los talentos..... 454

Meditaciones de la vía unitiva.

135.— Resurrección de Jesucristo..... 458
136.— Aparición de Jesucristo á María Santísima..... 461
137.— Aparición de Jesús á la Magdalena..... 464
138.— Aparición de Jesús á san Pedro..... 467
139.— Aparición á los discípulos de Emaús..... 471
140.— Aparición de Jesús á los Apóstoles..... 474
141.— Aparición de Jesús en el mar de Tiberíades..... 477
142.— Aparición á los Apóstoles, estando santo Tomás..... 481
143.— Ascensión de Jesucristo al cielo..... 484
144.— Venida del Espíritu Santo..... 488
145.— Don soberano del Espíritu Santo..... 491
146.— Fin porque se da el Espíritu Santo..... 494
147.— Efectos que obró el Espíritu Santo en los Apóstoles... 497
148.— Don de lenguas..... 500
149.— Inspiraciones del Espíritu Santo..... 504
150.— Dones del Espíritu Santo..... 507
151.— Unidad de Dios y Trinidad de Personas..... 510
152.— Bondad infinita de Dios..... 513
153.— Caridad y amor de Dios..... 516
154.— Misericordia de Dios..... 520
155.— Omnipotencia de Dios en la creación..... 523
156.— Omnipotencia de Dios en la conservación..... 526
157.— Providencia de Dios..... 529
158.— Elección, virtudes y premios de los santos..... 532
159.— Gloria del cielo..... 536
160.— Sagrado Corazón de Jesús..... 539

SEGUNDA SERIE.

Meditaciones de la Pasión de Jesucristo.

Advertencia sobre estas meditaciones..... 544
1.ª— Excelencia de la Persona que padece..... 544
2.ª— Penas interiores y exteriores de Jesús..... 547
3.ª— Perseguidores de Jesús..... 550
4.ª— Personas por quienes padece Cristo..... 553
5.ª— Amor con que padece Cristo..... 556
6.ª— Subida de Jesucristo á Jerusalén..... 559
7.ª— Entrada solemne de Cristo en Jerusalén..... 562
8.ª— Jesús llora sobre Jerusalén..... 566
9.ª— Jesús ungido por la Magdalena..... 569
10.— Judas vende á Cristo, su Maestro..... 573
11.— Objeto y precio de la venta de Jesús..... 576
12.— Jesús celebra la Pascua con sus discípulos..... 580

Págs.

13.— Lavatorio de los pies..... 583
14.— Resistencia de Pedro al lavatorio de los pies..... 587
15.— Jesús descubre á sus Apóstoles que entre ellos hay un traidor..... 590
16.— Contienda de los Apóstoles y avisos de Jesús..... 594
17.— Sermón de la cena. — Amor de Dios..... 597
18.— Sermón de la cena. — Amor fraternal..... 600
19.— Sermón de la cena. — Oración..... 604
20.— Sermón de la cena. — Consuelo en los trabajos..... 607
21.— Oración de Jesús después de la cena..... 610
22.— Va Jesús al huerto y le asalta la tristeza..... 614
23.— Causas de la tristeza de Cristo en el huerto..... 617
24.— Oración de Cristo en el huerto..... 620
25.— Jesús visita á sus Apóstoles, y vuelve á orar..... 624
26.— Aparición del ángel y sudor de sangre..... 627
27.— Llegada de Judas y de los soldados al huerto..... 631
28.— Los Apóstoles quieren defender á Jesús y Él no lo permite. 634
29.— Prendimiento de Jesús..... 637
30.— Jesús es llevado á casa de Anás..... 641
31.— Bofetada de Jesús y remisión á Caifás..... 644
32.— Pedro niega por tres veces á Cristo..... 647
33.— Penitencia de Pedro..... 650
34.— Falsos testimonios contra Cristo..... 654
35.— Injurias que sufrió Jesús en casa de Caifás..... 657
36.— Nuevas injurias de Jesucristo en casa de Caifás..... 661
37.— Presentación de Jesús á Pilatos..... 664
38.— Acusación de Jesús ante Pilatos..... 667
39.— Silencio admirable de Jesús..... 670
40.— Presentación de Jesús ante Herodes..... 674
41.— Jesús pospuesto á Barrabás..... 677
42.— Flagelación de Jesucristo..... 680
43.— Circunstancias de la flagelación..... 684
44.— Coronación de espinas..... 687
45.— Afrentas y dolores de Cristo en la coronación..... 690
46.— Jesús presentado al pueblo por Pilatos..... 693
47.— Contienda de los judíos y de Pilatos acerca de la muerte de Jesús..... 696
48.— Sentencia de muerte contra Jesús..... 699
49.— Sale Jesús con la cruz á cuestas..... 702
50.— Simón Cirineo ayuda á Jesús á llevar la cruz..... 705
51.— Encuentro de Jesús con las mujeres de Jerusalén y con su Santísima Madre..... 709
52.— Preliminares de la Crucifixión..... 712
53.— Crucifixión de Jesucristo..... 715
54.— Levantan los soldados la cruz en alto..... 718
55.— Misterios encerrados en Jesús crucificado..... 721
56.— Título puesto sobre la cruz..... 724
57.— Partición de las vestiduras..... 727
58.— Injurias que recibe Jesús crucificado..... 731
59.— Primera palabra que dijo Cristo en la cruz: «Padre, perdónalos»..... 734

Págs.

60.— Ladrones crucificados con Cristo..... 737
61.— Oración del buen ladrón, y segunda palabra de Jesucristo: « Hoy serás conmigo....»..... 740
62.— Tinieblas, y cuarta palabra: «Dios mío, ¿por qué me desamparaste?»..... 744
63.— Quinta palabra: «Tengo sed»..... 747
64.— Sexta palabra: « Consummatum est»..... 750
65.— Séptima palabra: « En tus manos encomiendo....»; y muerte de Jesús..... 754
66.— Milagros ocurridos en la muerte de Jesús..... 757
67.— Lanzada del costado de Cristo..... 760
68.— Sangre y agua que salió del costado de Jesús..... 763
69.— Descendimiento de la cruz..... 767
70.— Entierro y sepultura de Cristo..... 770

TERCERA SERIE.

Meditaciones de la Virgen Santísima.

Advertencia sobre estas meditaciones..... 774
1.ª— Elección y predestinación de María..... 774
2.ª— Inmaculada Concepción de María..... 778
3.ª— Nacimiento de la Virgen Santísima..... 781
4.ª— Dulce nombre de María..... 784
5.ª— Presentación de la Virgen Santísima..... 787
6.ª— Vida que hizo la Virgen en el templo..... 790
7.ª— María consagra su virginidad á Dios..... 793
8.ª— Embajada de san Gabriel á María..... 796
9.ª— Salutación angélica..... 800
10.— Turbación de María en la Anunciación..... 803
11.— Prudente pregunta de la Virgen..... 806
12.— Consentimiento de María á la embajada del ángel..... 810
13.— Visitación de María á santa Isabel..... 813
14.— Cántico « Magnificat », primera parte..... 816
15.— Cántico « Magnificat », segunda parte..... 819
16.— Cántico « Magnificat », tercera parte..... 823
17.— Expectación del parto..... 826
18.— Jornada de la Virgen á Belén..... 830
19.— Purificación de la Virgen Santísima..... 833
20.— Presentación del Niño Jesús al templo..... 836
21.— Huida á Egipto..... 839
22.— Pérdida de Jesús y su encuentro..... 843
23.— Bodas de Caná.—Intercesión de María..... 846
24.— Dolores de María..... 849
25.— María al pie de la cruz..... 853
26.— «Ecce Mater tua».—Tercera palabra..... 856
27.— Soledad de María..... 859
28.— María sigue los consejos evangélicos..... 862
29.— Oración y contemplación de María..... 866
30.— Celo de María por la salvación de las almas..... 869
31.— Proximidad del tránsito de María..... 872

Págs.

32.— Muerte preciosísima de María..... 876
33.— Asunción y gloria del alma de María..... 879
34.— Coronación del alma de María..... 882
35.— Asunción de la Virgen Santísima, cuanto al cuerpo.... 885
36.— Humildad de María para con Dios..... 889
37.— Humildad de María, en orden á los demás..... 892
38.— Humildad de María en las contradicciones..... 895
39.— Motivos de la devoción á Nuestra Señora..... 899
40.— Excelencia del Inmaculado Corazón de María..... 902

CUARTA SERIE.

Meditaciones del Santísimo Sacramento.

Advertencia sobre estas meditaciones..... 906
1.ª— Disposiciones para comulgar..... 906
2.ª— Comunión infructuosa..... 910
3.ª— Cosas que encierra el divino Sacramento en general.... 913
4.ª— En el Santísimo Sacramento está el cuerpo de Jesucristo. 916
5.ª— Sangre preciosa de Jesús..... 919
6.ª— Alma santísima de Cristo..... 922
7.ª— En el divino Sacramento está la Santísima Trinidad.... 925
8.ª— Méritos de Jesús encerrados en la Eucaristía..... 928
9.ª— Virtudes de Jesús en el Santísimo Sacramento..... 932
10.— El Santísimo Sacramento es el alimento de los cristianos. 935
11.— El Santísimo Sacramento es suma de las grandezas de Dios..... 938
12.— El Santísimo Sacramento, causa de la gracia..... 941
13.— El Santísimo Sacramento, causa de nuestra unión con Cristo..... 944
14.— Efectos de nuestra unión con Cristo..... 947
15.— El Santísimo Sacramento, recuerdo de la Pasión de Jesús. 951
16.— El Santísimo Sacramento, señal y prenda de la gloria. 954
17.— Ceremonias que precedieron á la institución del Sacramento..... 957
18.— Tiempo en que instituyó Jesús el Santísimo Sacramento. 960
19.— Lugar y compañía de Cristo al instituir la santa Eucaristía..... 963
20.— Grandezas que descubrió Jesús en la consagración..... 966
21.— Generosidad de Jesús en la consagración..... 969
22.— Comunión de Jesús y de los Apóstoles..... 973
23.— Consagración del cáliz..... 976
24.— Especies sacramentales..... 979
25.— Seis actos misteriosos de Jesús al instituir el Smo. Sacramento..... 982
26.— Los Apóstoles reciben la potestad de consagrar..... 985
27.— Jesús quiere que se celebre el Santo Sacrificio en su memoria..... 989
28.— Jesús sacramentado, nuestro Dios..... 992
29.— Jesús sacramentado, nuestro Rey..... 995
30.— Jesús sacramentado, huésped del alma..... 998

Págs.

SERIE QUINTA

Dominicas y fiestas del año.

Advertencia sobre estas meditaciones..... 1001
Dominica I de Adviento..... 1001
Dominica II de Adviento..... 1003
Dominica III de Adviento..... 1005
Dominica IV de Adviento..... 1007
Dominica dentro de la Octava de Navidad..... 1009
Dominica vacante después de la Circuncisión..... 1012
Dominica dentro de la Octava de la Epifanía..... 1014
Dominica II después de la Epifanía..... 1016
Dominica III después de la Epifanía..... 1019
Dominica IV después de la Epifanía..... 1021
Dominica V después de la Epifanía..... 1023
Dominica VI después de la Epifanía..... 1026
Dominica de Septuagésima..... 1028
Dominica de Sexagésima..... 1030
Dominica de Quincuagésima..... 1032
Dominica I de Cuaresma..... 1035
Dominica II de Cuaresma..... 1037
Dominica III de Cuaresma..... 1039
Dominica IV de Cuaresma..... 1042
Dominica de Pasión..... 1044
Dominica de Ramos..... 1046
Dominica de Resurrección..... 1048
Dominica de Quasimodo..... 1050
Dominica II después de Pascua..... 1052
Dominica III después de Pascua..... 1054
Dominica IV después de Pascua..... 1056
Dominica V después de Pascua..... 1058
Dominica dentro de la Octava de la Ascensión..... 1060
Dominica de Pentecostés..... 1062
Dominica I después de Pentecostés..... 1064
Dominica, dentro de la Octava del *Corpus*, II después de Pentecostés..... 1066
Dominica III después de Pentecostés..... 1068
Dominica IV después de Pentecostés..... 1070
Dominica V después de Pentecostés..... 1073
Dominica VI después de Pentecostés..... 1075
Dominica VII después de Pentecostés..... 1077
Dominica VIII después de Pentecostés..... 1079
Dominica IX después de Pentecostés..... 1081
Dominica X después de Pentecostés..... 1083
Dominica XI después de Pentecostés..... 1085
Dominica XII después de Pentecostés..... 1087
Dominica XIII después de Pentecostés..... 1089
Dominica XIV después de Pentecostés..... 1091
Dominica XV después de Pentecostés..... 1094
Dominica XVI después de Pentecostés..... 1096

Págs.

Dominica XVII después de Pentecostés..... 1098
Dominica XVIII después de Pentecostés..... 1100
Dominica XIX después de Pentecostés..... 1102
Dominica XX después de Pentecostés..... 1104
Dominica XXI después de Pentecostés..... 1106
Dominica XXII después de Pentecostés..... 1108
Dominica XXIII después de Pentecostés..... 1110
Dominica XXIV después de Pentecostés..... 1112

FIESTAS DEL AÑO.

Inmaculada Concepción de María..... 1114
Nacimiento de Jesús..... 1116
Principio de año y enmienda de la vida..... 1118
Epifanía del Señor..... 1120
Purificación de la Virgen..... 1122
Anunciación de la Virgen..... 1124
Ascensión de Jesucristo..... 1126
Fiesta del *Corpus Christi*..... 1128
Fiesta de san Pedro Apóstol..... 1130
Fiesta de Santiago el Mayor..... 1132
Asunción de María..... 1134
Natividad de la Virgen..... 1136
Fiesta de todos los Santos..... 1138
Tabla de Meditaciones para los días de ejercicios espirituales.. 1141
Día de retiro mensual..... 1143

FIN DEL ÍNDICE.